

La Inmutabilidad de Dios

NO. 1

**SERMÓN PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO 7 DE ENERO, 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA DE NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

***“Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos
de Jacob, no habéis sido consumidos.”***
Malaquías 3:6

Alguien ha dicho que “el estudio apropiado de la humanidad es el hombre.” Yo no voy a oponerme a esa idea, pero creo que es igualmente cierto que el estudio apropiado de los elegidos de Dios, es el propio Dios. El estudio apropiado del cristiano es la Deidad. La ciencia más elevada, la especulación más sutil, la filosofía más poderosa que puedan jamás atraer la atención de un hijo de Dios, es el nombre, la naturaleza, la Persona, la obra, los hechos, y la existencia de ese grandioso Dios, a quien el cristiano llama Padre.

En la contemplación de la Divinidad hay algo extraordinariamente *beneficioso para la mente*. Es un tema tan amplio que todos nuestros pensamientos se pierden en su inmensidad; tan profundo, que nuestro orgullo se ahoga en su infinitud. Nosotros podemos abarcar y enfrentar otros temas; en ellos sentimos una especie de auto-satisfacción y proseguimos con nuestro camino pensando: “he aquí, yo soy sabio.” Pero cuando nos aproximamos a esta ciencia de las ciencias y encontramos que nuestra plomada no puede medir su profundidad y que nuestro ojo de águila no puede ver su altura, nos alejamos pensando que el hombre vano quisiera ser sabio, pero que es como un burrito salvaje y entonces exclama solemnemente: “soy de ayer y no sé nada.” Ningún tema de contemplación tenderá a humillar la mente en mayor medida que los pensamientos de Dios. Nos veremos a obligados a sentir—

***“¡Gran Dios, cuán infinito eres Tú,
Y nosotros somos sólo unos gusanos sin valor!”***

Pero si el tema *humilla* la mente, también la *expande*. Aquel que piensa en Dios con frecuencia tendrá una mente más grande que el hombre que simplemente camina con pesadez alrededor de este globo estrecho. Quizás se trate de un biólogo que hace alarde de su habilidad para hacer la disección de un escarabajo, estudiar la anatomía de una mosca o clasificar a los insectos y a los animales en grupos que tienen nombres casi imposibles de pronunciar. Puede ser un geólogo, capaz de disertar sobre el megaliterio y el plesiosauro y todos los demás tipos de animales en extinción. El puede pensar que independientemente de cuál sea su ciencia, su mente se ve ennoblecida y engrandecida. Me atrevo a decir que así es, pero después de todo, el estudio más excelente para ensanchar el alma es la ciencia de Cristo, y Cristo crucificado, y el conocimiento de la Deidad en la gloriosa Trinidad.

Nada hay que pueda desarrollar tanto el intelecto, nada hay que engrandezca tanto el alma del hombre como la investigación devota, sincera y continua del grandioso tema de la Deidad. Y mientras humilla y ensan-

cha, este tema es eminentemente *consolador*. ¡Oh, en la contemplación de Cristo hay un ungüento para cada herida! En la meditación sobre el Padre, hay descanso para cada aflicción y en la influencia del Espíritu Santo hay un bálsamo para cada llaga. ¿Quieres liberarte de tus penas? ¿Quieres ahogar tus preocupaciones? Entonces ve y lánzate a lo más profundo del mar de la Deidad; piérdete en su inmensidad. Y saldrás de allí como cuando te levantas de un lecho de descanso, renovado y lleno de vigor.

No conozco nada que pueda consolar tanto al alma, que calme a las creciente olas de dolor y tristeza, que hable de tanta paz a los vientos de las pruebas, como una devota reflexión sobre el tema de la Deidad. Invito a todos a considerar este tema esta mañana. Les voy a presentar una sola perspectiva, y es la *inmutabilidad* del glorioso Jehová. “Porque yo,” dice mi texto, “Jehová,” (así debe ser traducido) “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.”

Tenemos tres puntos sobre los que vamos a reflexionar. Primero que nada, un Dios *que no cambia*. En segundo lugar, las *personas* que se benefician de este glorioso atributo, “los hijos de Jacob.” Y en tercer lugar, el *beneficio* que obtienen, “no habéis sido consumidos.” Vamos a tratar ahora estos puntos.

I. Primero que nada, tenemos ante nosotros la doctrina de LA INMUTABILIDAD DE DIOS. “Porque yo Jehová no cambio.” Voy a tratar de explicar o más bien ampliar el pensamiento y luego presentar unos pocos argumentos para demostrar su verdad.

1. Para ofrecerles una exposición de mi texto, primero voy a decirles que Dios es Jehová y que Él no cambia *en Su esencia*. No podemos decirles qué es la Deidad. No sabemos qué sustancia es esa que llamamos Dios. Es una existencia, es un Ser. Pero no sabemos qué es eso. Sin embargo, cualquier cosa que eso sea, nosotros la llamamos Su esencia y esa esencia nunca cambia. La sustancia de las cosas mortales siempre está cambiando. Las montañas cubiertas de coronas de blanca nieve se deshacen de sus viejas diademas durante el verano, en ríos que se deslizan por sus costados, mientras la nube de tormenta les da una nueva corona. El océano, con sus poderosas corrientes, pierde agua cuando los rayos del sol besan las olas que disuelven en una espuma que se eleva al cielo. Aun el propio sol requiere de combustible fresco de la mano de Infinito Todo-poderoso para alimentar su horno ardiente.

Todas las criaturas cambian. El hombre, especialmente en lo relacionado a su cuerpo, siempre está experimentando una revolución. Muy probablemente no hay una sola partícula en mi cuerpo que haya estado allí hace unos pocos años. Esta estructura ha sido desgastada por la actividad, sus átomos eliminados por la fricción, partículas frescas de materia se han acumulado constantemente en mi cuerpo y así ha sido renovado. Su sustancia ha cambiado. Este mundo está hecho de un material que siempre está discurriendo como un arroyo. Unas gotas están huyendo mientras otras las están persiguiendo, manteniendo siempre lleno el arroyo, pero siempre cambiando en cuanto a sus elementos.

Pero Dios es perpetuamente el mismo. No está hecho de ninguna sustancia o material, sino que es puro espíritu, un espíritu esencial y etéreo y por tanto Él es inmutable. Él permanece por siempre el mismo. No hay arrugas en Su frente eterna. La edad no lo ha debilitado ni los años lo han

marcado con los recuerdos de su vuelo. Él ve que pasan las edades, pero en lo que a Él concierne, es siempre *ahora*. Él es el gran Yo Soy, el Gran Inmutable. Observen que Su esencia no sufrió un cambio cuando se unió con la naturaleza humana. Cuando Cristo en años pasados Se vistió con un cuerpo mortal, la esencia de Su divinidad no fue cambiada. La carne no se volvió Dios, ni Dios se volvió carne por medio de un cambio real de naturaleza.

Las dos naturalezas fueron unidas en una unión hipostática, pero la Deidad permaneció siendo la misma. Era la misma cuando Él era un bebé en el pesebre, como era la misma cuando extendió las cortinas del cielo. Era el mismo Dios que colgó de la Cruz y cuya sangre se derramó en un torrente púrpura. El mismo Dios que sostiene al mundo sobre Sus semiperitos hombros, sostiene en Sus manos las llaves de la muerte y del infierno. Nunca ha sufrido cambios en Su esencia, ni siquiera en Su encarnación. Él permanece para siempre, eternamente, como el único Dios inmutable, el Padre de las luces, en Quien no hay variabilidad, ni siquiera la sombra de un cambio.

2. Él no cambia en Sus *atributos*. Cualesquiera que hayan sido los atributos de Dios en el pasado, son los mismos atributos ahora. Y podemos cantar acerca de cada uno de ellos: Como era en el principio, es ahora y será por siempre, mundo sin término, Amén. ¿Era Él *poderoso*? ¿Era Él el poderoso Dios cuando con Su voz mandó que se hiciera el mundo desde el vientre de la no-existencia? ¿Era Él el *omnipotente* cuando encumbró las montañas y excavó las cavernas del profundo océano? Sí, era poderoso entonces y Su brazo no está débil ahora. Él es el mismo gigante con todo Su poder. La savia de Su alimento aún está húmeda y la fortaleza de Su alma permanece firme para siempre.

¿Era Él sabio cuando constituyó este poderoso globo, cuando puso los cimientos del universo? ¿Tenía *sabiduría* cuando planeó el camino de nuestra salvación y cuando desde toda la eternidad Él diseñó Sus tremendo planes? Sí, y Él es sabio ahora. Él no es menos hábil, Él no tiene un menor conocimiento. Sus ojos que ven todas las cosas no se han debilitado. Sus oídos que oyen todas las exclamaciones, suspiros, sollozos y gemidos de Su pueblo, no se han endurecido con los años que Él ha escuchado todas sus plegarias. Él es inmutable en Su sabiduría. Sabe tanto ahora como siempre, ni más ni menos. Tiene la misma habilidad consumada, y la misma previsión infinita.

Él es inmutable, bendito sea su nombre, en su *justicia*. Justo y santo fue Él en el pasado. Justo y santo es Él ahora. Él es inmutable en Su *verdad*. Él lo ha prometido y Su promesa se ha convertido en realidad. Él lo ha dicho, y se hará. Él no cambia en la *bondad* y generosidad y benevolencia de Su naturaleza. No se ha convertido en un tirano Todopoderoso después de haber sido un Padre Todopoderoso. Su amor poderoso permanece firme como una roca de granito, incombustible ante los huracanes de nuestra iniquidad. Y bendito sea Su amado nombre, Él es inmutable en Su *amor*. Cuando al principio escribió su Pacto, cuán lleno de afecto estaba Su corazón hacia Su pueblo. Sabía que su Hijo debía morir para ratificar los artículos de ese acuerdo. Sabía muy bien que debía arrancar de Sus entrañas a Su bienamado para enviarlo a la tierra para se desangrara y muriera.

No dudó en firmar ese poderoso pacto. Ni se evadió de su cumplimiento. Él ama tanto ahora como amó entonces. Y cuando los soles dejen de brillar y las lunas cesen de mostrar su tenue luz, Él todavía amará por toda la eternidad. Tomen cualquier atributo de Dios, y yo voy a escribir *semper idem* sobre ese atributo, es decir, siempre igual. Tomen cualquier cosa que puedan decir de Dios ahora, y esto puede decirse no solamente en el oscuro pasado sino que también en el brillante futuro. Siempre será lo mismo: "Porque yo Jehová no cambio."

3. De la misma manera, Dios es inmutable en Sus *planes*. Ese hombre comenzó a construir, pero no tuvo la capacidad de terminar, y por lo tanto cambió su plan, al igual que lo haría cualquier hombre sabio en su misma situación. Entonces procedió a construir sobre un cimiento menor y recomenzó su obra. Pero ¿acaso se ha dicho alguna vez que Dios comenzó a construir pero no tuvo la capacidad de terminar? De ningún modo. Teniendo recursos sin límites a Su plena disposición, y cuando Su propia diestra podría crear mundos tan numerosos como las gotas del rocío matutino, ¿se detendrá alguna vez porque no tiene poder? ¿Acaso tendría que invertir, alterar o descomponer Su plan, porque no lo puede llevar a cabo?

"Pero," dirá alguno, "tal vez Dios nunca tuvo un plan." ¿Piensas que Dios es más insensato que tú, amigo? ¿Te pones a trabajar sin un plan? "No," dices tú, "siempre tengo un esquema." También Dios. Todo hombre tiene su plan, y Dios también tiene un plan. Dios es una mente maestra; Él planeó todo en Su gigantesco intelecto mucho antes de hacerlo, y una vez establecido el plan, observen bien, Él nunca lo modifica. "Esto se hará," dijo Él, y la mano de hierro del destino tomo nota y esto se realiza. "Este es mi propósito," y permanece firme, y ni el cielo ni la tierra pueden alterarlo. "Este es mi decreto," dice Él, promulgado por los ángeles. Aunque los demonios traten de arrancarlo de las puertas del cielo, no podrán alterar el decreto; este se cumplirá.

Dios no altera sus planes. ¿Por qué habría de hacerlo? Él es Todopoderoso, y por lo tanto puede realizar Su deseo. ¿Por qué habría de alterar Sus planes? Él lo sabe todo, y por lo tanto no se puede equivocar en Sus planes. ¿Por qué habría de alterarlos? Él es el Dios eterno, y por lo tanto no puede morir antes que Su plan se lleve a cabo. ¿Por qué habría de cambiar? ¡Ustedes átomos de existencia sin ningún valor, cosas efímeras de un día! ¡Ustedes insectos que se arrastran sobre la hoja del laurel de la existencia! Ustedes pueden cambiar sus planes, pero Él nunca, nunca cambia los suyos. Puesto que Él me ha dicho que Su plan es salvarme, por eso, yo soy salvo—

***"Mi nombre de la palma de Su mano
La eternidad no podrá borrar;
Impreso en Su corazón permanece,
Con la marca de la gracia indeleble."***

4. De la misma manera Dios es inmutable en Sus *promesas*. ¡Ah! nos agrada hablar acerca de las dulces promesas de Dios; pero si pudiéramos suponer alguna vez que una de ellas pudiera cambiar, no las volveríamos a mencionar más. Si yo pensara que los cheques del Banco de Inglaterra no se pudieran cambiar la semana entrante, no aceptaría recibir un cheque. Y si yo pensara que las promesas de Dios no se van a cumplir, si yo pensara que Dios no tendría ningún problema en alterar alguna palabra

de Sus promesas, ¡entonces adiós a las Escrituras! Yo necesito cosas inmutables: y encuentro que tengo promesas inmutables cuando abro la Biblia y leo: “para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta,” Él ha firmado, confirmado, y sellado cada una de Sus promesas.

El Evangelio no es “sí y no,” no es prometer algo hoy y negarlo mañana. El Evangelio es “sí, sí,” para gloria de Dios. ¡Creyente! Hubo una promesa muy motivadora que recibiste ayer; y esta mañana cuando abriste tu Biblia la promesa no era dulce. ¿Sabes por qué? ¿Piensas que la promesa cambió? ¡Ah, no! Tú cambiaste. Ese es el problema. Te habías estado comiendo algunas uvas de Sodoma y tu boca no tenía la capacidad de saborear adecuadamente lo espiritual y no pudiste detectar la dulzura. Pero la misma miel estaba allí, puedes estar seguro de ello, la misma esencia preciosa. “¡Oh!” dice un hijo de Dios: “yo una vez construí mi casa firmemente sobre algunas promesas estables; vino un viento y yo dije: Oh Señor, estoy abatido y estaré perdido.”

¡Oh! las promesas no fueron abatidas; los cimientos están allí; fue tu pequeña cabaña de “madera, heno, hojarasca” que tú habías estado construyendo. Fue eso lo que se cayó. Tú eres el que has sido sacudido estando sobre la roca, no la roca que está *debajo* de ti. Pero déjame decirte cuál es la mejor manera de vivir en el mundo. He escuchado que un caballero le dijo a un hombre de piel negra: “no puedo entender cómo tú siempre estás tan contento en el Señor, mientras yo estoy a menudo deprimido.”

“Pues bien, mi amo,” dijo él, “me tiendo completamente sobre la promesa; allí permanezco. En cambio usted está de pie sobre la promesa, si el equilibrio es débil, y si sopla el viento, usted se cae y luego exclama ‘¡Oh! me he caído;’ en cambio yo me tiendo enteramente sobre la promesa desde el principio y es por eso que no temo caer.”

Entonces siempre debemos decir: “Señor, allí está la promesa; te corresponde a Ti cumplirla.” ¡Yo me tiendo enteramente sobre la promesa! No debo permanecer de pie. Eso es lo que tú deberías hacer: prostarse sobre la promesa. Y recuerda, cada promesa es una roca, una cosa inmutable. Por lo tanto, arrójate a Sus pies, y descansa allí para siempre.

5. Pero ahora viene una nota discordante para arruinar el tema. Para algunos de ustedes Dios es inmutable en Sus *amenazas*. Si cada promesa se mantiene firme, y cada juramento del pacto se cumple, ¡escucha tú, pecador! Pon atención a la palabra. Oye los tañidos fúnebres de tus esperanzas carnales. Observa el funeral de tus confianzas en la carne. Cada amenaza de Dios, así como cada una de Sus promesas se cumplirá. ¡Hablemos de decretos! Te diré un decreto: “Mas el que no creyere, será condenado.” Ese es un decreto, y un estatuto que nunca puede cambiar. Puedes ser tan bueno como quieras, ser tan moral como puedas, ser tan honesto como deseas, caminar tan derecho como puedas. Sin embargo, allí está la amenaza inmutable: “Mas el que no creyere, será condenado.”

¿Qué dices a eso, Moralista? Oh, quisieras poder alterarlo y decir: “Aquel que no viva una vida santa será condenado.” Eso va a ser cierto; pero no es lo que dice. Dice: “El que no creyere.” Aquí está la piedra de tropiezo y la roca que hace caer; pero eso no lo puedes alterar. Debes creer o ser condenado, dice la Biblia; y fíjate bien, esa amenaza de Dios es tan inmutable como Dios mismo. Y cuando hayan transcurrido mil años

de tormentos en el infierno, mirarás a lo alto y verás escrito en letras ardientes de fuego: "Mas el que no creyere, será condenado."

"Pero, Señor, yo soy un condenado." Sin embargo dice "será" aún. Y cuando un millón de edades se hayan desplegado, y estés exhausto en medio de tus dolores y agonías, volverás tus ojos hacia lo alto y todavía leerás "SERÁ CONDENADO." Este decreto es inmutable, inalterable. Y cuando tú habrás podido pensar que la eternidad ya ha tejido su último hilo, que cada partícula de eso que nosotros llamamos eternidad, deberá haberse extinguido, tú todavía verás escrito allá arriba: "SERÁ CONDENADO." ¡Oh, qué terrible pensamiento! ¿Cómo me atrevo a decirlo? Pero debo hacerlo. Ustedes deben ser advertidos, señores, "para que no vayan ustedes también a este lugar de tormento." Se le debe decir cosas ásperas a ustedes; pues si el Evangelio de Dios no es una cosa áspera, la ley es una cosa áspera; el Monte Sinaí es una cosa áspera. ¡Ay del atalaya que no amoneste al impío! Dios es inmutable en sus amenazas. Ten mucho cuidado, oh pecador, pues "¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!"

6. Debemos sugerir otro pensamiento antes de proseguir, y es: Dios no cambia en *los objetos de su amor*. Es inmutable no solamente en Su amor, sino en los *objetos de su amor*—

**"Si alguna vez sucediera,
Que alguna oveja de Cristo se perdiera,
Ay, mi alma débil y voluble,
Se perdería mil veces al día."**

Si un amado santo de Dios pereciera, todos lo harían; si alguien bajo el pacto se perdiera, todos podrían hacerlo, y entonces la promesa del Evangelio no sería verdadera. La Biblia sería una mentira y no habría nada en ella digno de mi aceptación. Yo me convertiría en un infiel de inmediato, si pudiera creer que un santo de Dios pudiera perderse para siempre al fin. Si Dios me ha amado una vez, entonces Él me amará para siempre—

**"Si Jesús brilló sobre mí una vez,
Entonces Jesús es para siempre mío."**

Los objetos de un amor eterno nunca cambian. A quienes Dios ha llamado, los ha de justificar; a quienes ha justificado, los ha de santificar; y a quien Él santifica, los ha de glorificar.

II. Así, habiendo dedicado mucho tiempo, tal vez, para simplemente explicar el concepto de un Dios inmutable, voy a tratar de demostrar ahora que Él no es cambiante. Yo no soy un predicador argumentativo, pero voy a mencionar un argumento que es: *la misma existencia, y el ser de Dios, me parece a mí que implican inmutabilidad*. Permitanme reflexionar por un momento. Hay un Dios. Este Dios rige y gobierna todas las cosas; este Dios creó el mundo y Él lo sostiene y lo mantiene. ¿Cómo será este Dios? Me parece ciertamente que no podemos pensar en un Dios mutable. Concibo que el pensamiento es tan repugnante al sentido común, que si nosotros pensamos por un momento en un Dios que cambia, las palabras parecen chocar entre sí, y estamos obligados a decir: "Entonces debe ser un tipo de hombre," y llegar a la idea de un Dios de la misma manera que lo han hecho los Mormones.

Me imagino que es imposible concebir a un Dios cambiante. Al menos lo es para mí. Otros podrán ser capaces de pensar eso, por yo no podría considerarlo ni por un momento. Yo no podría pensar que Dios es muta-

ble, de la misma manera que no me puedo imaginar a un cuadrado redondo o ninguna otra cosa absurda por el estilo. Ese concepto de un Dios cambiante es tan contradictorio, que estoy obligado a incluir la idea de un ser inmutable tan pronto digo Dios.

2. Bien, pienso que un argumento será suficiente, pero podemos encontrar otro argumento en el hecho de la *perfección de Dios*. Creo que Dios es un Ser perfecto. Entonces, si Él es un Ser perfecto, Él no puede cambiar. ¿Pueden ver esto? Supongan que yo soy perfecto hoy. Si fuera posible que yo cambiara, ¿sería yo perfecto mañana después de la alteración? Si yo cambié, debí haber cambiado de un estado bueno a uno mejor. Y entonces, si puedo mejorar, no puedo ser perfecto *ahora*. O también pude haber cambiado de un estado mejor a uno peor, y si estuviera en una peor condición no hubiera sido perfecto *al principio*. Si soy perfecto, no puedo ser alterado y no volverme imperfecto. Si soy perfecto hoy, me debo mantener igual mañana si voy a mantener mi perfección. Así, si Dios es perfecto, El debe ser el mismo; pues el cambio implicaría imperfección ahora, o imperfección después.

3. También está el hecho de la *infinitud de Dios*, que elimina completamente el concepto de cambio. Dios es un Ser infinito. ¿Qué significa eso? No existe un hombre que te pueda decir lo que entiende por un ser infinito. Pero no pueden haber dos infinitos. Si una cosa es infinita, no hay espacio para nada más, pues infinito quiere decir todo. Quiere decir sin límites, no finito, que no tiene fin. Bien, no puede haber dos infinitos. Si Dios es infinito hoy, y después cambiara y siguiera siendo infinito, habría dos infinitos. Pero eso no puede ser. Supongamos que es infinito y después cambia. Entonces debe volverse finito, y no podría ser Dios. O Él es finito hoy y finito mañana, o es infinito hoy y finito mañana, o finito hoy e infinito mañana. Todas estas suposiciones son igualmente absurdas. El hecho de que Él es infinito de inmediato sofoca el pensamiento de que Él es un ser cambiante. La palabra “inmutabilidad” está escrita sobre la propia frente de la infinitud.

4. Ahora, queridos amigos, miremos *al pasado*: y allí vamos a recoger algunas evidencias de la naturaleza inmutable de Dios. ¿Ha hablado Jehová y no lo ha cumplido? ¿Lo ha jurado y no ha sucedido? ¿Acaso no puede decirse de Jehová: Él ha hecho toda Su voluntad y ha cumplido todo su propósito? Miren a las ciudades de los filisteos. Dios dijo “Lamenta Asdod, y ustedes puertas de Gaza, pues ustedes serán derribadas;” y ¿dónde están ahora? ¿Dónde está Edom? Pregunten a Petra y a sus murallas en ruinas. ¿Acaso su eco no repetirá la verdad que Dios ha dicho: “Edom será una presa y será destruido? ¿Dónde está Babel, y dónde está Nínive? ¿Dónde Moab y dónde Amón? ¿Dónde están las naciones que Dios dijo que destruiría? ¿Acaso Dios no las ha arrancado de raíz y las ha arrojado lejos del recuerdo de los que habitan en la tierra? ¿Y acaso Dios ha echado fuera a Su pueblo? ¿Alguna vez se ha olvidado de Su promesa? ¿Alguna vez no ha cumplido Su juramento o Su pacto, o se ha apartado alguna vez de Su plan? ¡Ah, no! ¡Señalen alguna instancia en la historia en la que Dios haya cambiado! No podrán hacerlo, señores; pues a través de toda la historia resalta el hecho que Dios ha sido inmutable en Sus propósitos. Me parece que oigo que alguien dice: “¡yo puedo recordar un

pasaje de la Escritura donde Dios cambió!” Y yo mismo pensé eso una vez. El caso al que me refiero es ese de la muerte de Ezequías.

Isaías entró y dijo: “Ezequías, tú vas a morir, tu enfermedad es incurable, ordena tu casa.” Él volvió su rostro a la pared y comenzó a orar. Y antes que Isaías saliese hasta la mitad del patio, se le ordenó que regresara y le dijera: “vas a vivir quince años más.” Ustedes podrían pensar que eso demuestra que Dios cambia. Pero yo no puedo ver en el relato la menor prueba de cambio que pueda existir. ¿Cómo sabes que Dios no conocía eso? ¡Oh! Dios sí lo sabía. Él sabía que Ezequías viviría. Por tanto Él no cambió, pues si Él sabía eso, ¿cómo podía cambiar? Eso es lo que yo quisiera saber.

Pero, ¿conoces un pequeño detalle? Que el hijo de Ezequías, Manasés, no había nacido entonces, y que si Ezequías hubiera muerto, no hubiera existido Manasés, y no hubiera existido Josías, ni tampoco Cristo, porque Cristo vino precisamente de ese linaje. Ustedes podrán comprobar que Manasés tenía doce años cuando su padre murió, de tal manera que debió haber nacido tres años después de estos hechos. ¿Y no creen ustedes que Dios había decretado el nacimiento de Manasés, y lo conocía de antemano? Ciertamente. Entonces, Él decretó que Isaías fuera y le dijera a Ezequías que su enfermedad era incurable, y que después le dijera, en el mismo aliento, “he aquí que Yo te sano y tú vivirás.” Él dijo eso para incitar a Ezequías a la oración. Habló, en primer lugar como hombre: “De acuerdo a las probabilidades humanas tu enfermedad es incurable, y te vas a morir.” Después esperó hasta que Ezequías oró; y luego vino un pequeño “pero” al final de la frase. Isaías no había terminado la frase. Él dijo: “Debes ordenar tu casa pues no hay humana cura; pero” (y después salió. Ezequías oró un poco, y después entró de nuevo y dijo) “Pero he aquí que yo te sano.” ¿Acaso hay alguna contradicción allí, excepto en el cerebro de quienes luchan contra el Señor, y desean convertirlo en un ser cambiante.

III. Ahora en segundo lugar, permítanme decir una palabra sobre LAS PERSONAS PARA QUIENES ESTE DIOS INMUTABLE ES UN BENEFICIO. “Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.” Entonces, ¿quiénes son “los hijos de Jacob,” que pueden gozarse en un Dios inmutable?

1. En primer lugar, son los *hijos de la elección de Dios*; pues está escrito, “A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí; pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal.” Está escrito: “El mayor servirá al menor.” “Los hijos de Jacob”—

**“Son los hijos de la elección de Dios,
Que por gracia soberana son creyentes;
Por un eterno designio
Ellos reciben gracia y gloria.”**

“Los hijos de Jacob” son los elegidos de Dios. Son los que Él conoció de antemano y ordenó de antemano para salvación eterna.

2. “Los hijos de Jacob” quiere decir, en segundo lugar, *personas que gozan derechos y títulos especiales*. Jacob, ustedes saben, no tenía derechos por nacimiento; pero él pronto los adquirió. Él cambió un guisado lentejas con su hermano Esaú, y así ganó la primogenitura. Yo no justifico los medios; pero él también obtuvo la bendición, y así adquirió derechos especiales. “Los hijos de Jacob” quiere decir personas que poseen dere-

chos y títulos especiales. A los que creen, Él les dio la potestad y el derecho de ser hechos hijos de Dios. Ellos tienen un interés en la sangre de Cristo. Ellos tienen un derecho “para entrar por las puertas en la ciudad.” Tienen un título para recibir honores eternos. Poseen una promesa de gloria eterna. Tienen un derecho de llamarse hijos de Dios. ¡Oh! Hay derechos y privilegios especiales que pertenecen a los “hijos de Jacob.”

3. Luego, a continuación, estos “hijos de Jacob” eran *hombres de manifestaciones especiales*. Jacob había tenido manifestaciones muy especiales de su Dios, y así había sido honrado grandemente. Una vez, una noche se acostó y durmió; tenía los setos del camino por cortinas, y el cielo por su pabellón, una piedra por almohada, y la tierra por cama. ¡Oh! Entonces él tuvo una manifestación peculiar. Había una escalera y él vio a los ángeles de Dios que ascendían y descendían. Así tuvo una manifestación de Cristo Jesús, como la escalera que llega de la tierra hasta el cielo, y los ángeles subían y bajaban trayéndonos misericordias. Posteriormente, qué manifestación tuvo lugar en Mahanaim, cuando los ángeles de Dios se encontraron con él. Y también en Peniel, donde luchó con Dios, y vio a Dios cara a cara. Esas fueron manifestaciones especiales. Y este pasaje se refiere a aquellos que, como Jacob, han tenido manifestaciones peculiares.

Ahora, ¿cuántos de ustedes han tenido manifestaciones personales? “¡Oh!” dicen “eso es entusiasmo; eso es fanatismo.” Bien, es un bendito entusiasmo, también, pues los hijos de Jacob han tenido manifestaciones peculiares. Han hablado con Dios como un hombre habla con su amigo. Han susurrado al oído de Jehová. Cristo ha estado con ellos para cenar con ellos, y ellos con Cristo. Y el Espíritu Santo ha iluminado sus almas con un poderoso brillo radiante, de tal manera que no podían tener dudas acerca de esas manifestaciones especiales. Los “hijos de Jacob” son los hombres que gozan de estas manifestaciones.

4. Asimismo, son *hombres de pruebas muy especiales*. ¡Ah! ¡Pobre Jacob! Yo no elegiría la suerte de Jacob si no tuviera la expectativa de la bendición de Jacob, pues su suerte fue muy difícil. Tuvo que huir de la casa de su padre, llegando a la casa de Labán. Y luego ese viejo y rudo Labán lo engañó todos los años que permaneció allí. Lo engañó con lo relacionado con su esposa, lo engañó en materia de sueldos, lo engañó con los rebaños, y lo engañó a lo largo de su historia. Eventualmente tuvo que huir de Labán, quien lo persiguió dándole alcance.

Enseguida vino Esaú con cuatrocientos hombres para vengarse y descuartizarlo. Después siguió un espacio de oración, y después Jacob luchó y tuvo que seguir el resto de su vida con el hueso de su cadera dislocado. Pero un poco más adelante, Raquel, su amada, murió. Después su hija es llevada a descarrิarse y los hijos asesinan a los de Siquem. Muy pronto su amado hijo José es vendido y llevado a Egipto, y viene la hambruna. Después Rubén se sube al lecho de Jacob y lo contamina. Judá comete incesto con su propia nuera. Todos sus hijos se convierten en una plaga para Jacob. Finalmente Benjamín es llevado lejos. Y el viejo Jacob, con su corazón quebrantado, exclama: “José no parece, ni Simeón tampoco, y a Benjamín le llevaréis.” Nunca algún hombre sufrió más tribulaciones que Jacob, todo a causa del pecado de engañar a su hermano.

Dios lo disciplinó a lo largo de toda su vida. Pero creo que hay muchos que pueden sentir simpatía por el querido anciano Jacob. Han tenido que

sufrir pruebas tal como él. ¡Bien, todos ustedes que llevan una cruz! Dios dice: "Yo no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos." ¡Pobres almas atribuladas! Ustedes no son consumidas a causa de la naturaleza inmutable de su Dios. Ahora, no vayan por ahí inquietas diciendo, con el orgullo que proporciona la miseria "yo soy el hombre que ha conocido la aflicción." Ciertamente "el Varón de Dolores" fue afligido mucho más que ustedes. Jesús fue ciertamente un hombre que conoció las aflicciones. Tú, en cambio, sólo ves las faldas de los vestidos de la aflicción. Nunca has tenido pruebas como las de Él. Tú no entiendes lo que significan los problemas. Tú apenas has dado unos sorbos a la copa de problemas. Sólo has sorbido una gota o dos, pero Jesús apuró la copa hasta las heces. No teman dice Dios: "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob," hombres de pruebas peculiares, "no habéis sido consumidos."

5. Y ahora un pensamiento acerca de quiénes son los "hijos de Jacob," pues yo quisiera que ustedes averigüen si ustedes mismos son "hijos de Jacob." Ellos son *hombres de un carácter muy especial*. Si bien es cierto que en el carácter de Jacob hubo ciertas cosas que no podemos alabar, hay una o dos cosas que Dios alaba. Allí estaba la fe de Jacob, gracias a la cual Jacob calificó para que su nombre fuera escrito entre los nombres de ilustres hombres poderosos que no recibieron lo prometido en la tierra, pero lo obtendrán en el cielo. ¿Son ustedes hombres de fe, amados hermanos? ¿Saben ustedes lo que es caminar por fe, obtener su alimento temporal por fe, depender del maná espiritual para vivir, todo esto por fe? ¿La fe gobierna sus vidas? Si así es, ustedes son "hijos de Jacob."

Continuando, Jacob era un hombre de oración, un hombre que luchaba y que gemía y que oraba. Por allá veo a un hombre que no oró antes de venir a la casa de Dios. ¡Ah! Tú pobre pagano, ¿acaso tú nooras? ¡No! responde él "no se me ocurrió tal cosa; durante años no he orado." Bien, espero que lo hagas antes de que mueras. Si vives y mueres sin oración, tendrás mucho tiempo para orar cuando llegues al infierno. Veo allá a una mujer: ella tampoco oró esta mañana; estuvo tan ocupada arreglando a sus hijos para que fueran a la escuela dominical, que no tuvo tiempo de orar. ¿No tuviste tiempo de orar? ¿Tuviste tiempo para vestirte? Hay un tiempo para cada propósito bajo el cielo, y si te hubieras propuesto orar, hubieras orado.

Los hijos de Jacob no pueden vivir sin oración. Son luchadores como Jacob. Son hombres en los que el Espíritu Santo obra de tal manera que ya no pueden vivir sin oración, como yo no puedo vivir sin respirar. Ellos deben orar. Señores, presten mucha atención, si ustedes están viviendo sin oración, ustedes están viviendo sin Cristo. Y si mueren así, su porción será en el lago que arde con fuego. ¡Que Dios los redima, que Dios los rescate de una suerte tal! Pero ustedes son los "hijos de Jacob," estén tranquilos, pues Dios es inmutable.

IV. En tercer lugar, me queda tiempo para decir sólo una palabra acerca de otro punto: EL BENEFICIO QUE RECIBEN ESTOS "HIJOS DE JACOB" DE UN DIOS QUE NO CAMBIA. "Por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos." ¿Consumidos?" ¿Cómo? ¿Cómo puede ser consumido un hombre? Pues, hay dos formas. Podríamos haber sido consumidos en el infierno. Si Dios hubiera sido un Dios cambiante, los "hijos de Jacob" que están aquí esta mañana, podrían haber sido consumidos en el infier-

no. Si no fuera por el amor inmutable de Dios yo debería haber sido una gavilla de heno en el fuego. Pero hay una forma de ser consumido en este mundo. Existe tal cosa como ser condenado antes de morir: "será condenado." Existe tal cosa como estar vivo, pero sin embargo estar absolutamente muerto. Pudimos haber sido abandonados a nuestros propios medios. Y entonces, ¿adónde estariamos ahora? Parrandeando con el borracho, blasfemando contra el Dios Todopoderoso. ¿Oh? Si Él te hubiera dejado, amado hermano, si Él hubiera sido un Dios que cambia, tú estarías entre los más inmundos de los inmundos, y entre los más viles de los viles.

¿Acaso no puedes recordar en tu vida temporadas similares a las que yo he sentido? He ido directo hasta llegar a los límites del pecado; alguna tentación muy fuerte me ha tomado de mis dos brazos, de tal forma que no podía luchar con ella. He sido empujado, arrastrado por un terrible poder satánico hasta el propio borde de algún horrido precipicio. He mirado hacia abajo, abajo, abajo, y he visto mi porción. Me he estremecido al borde la ruina. Me he horrorizado con mis cabellos de punta, al pensar en el pecado que he estado a punto de cometer, el horrible hoyo en el que he estado a punto de caer. Un brazo poderoso me ha salvado. Me he replegado exclamando ¡Oh Dios! ¿Cómo pude acercarme tanto al pecado y sin embargo he podido evitarlo? ¿Cómo pude haber caminado directo al horno y no haber caído, como los hombres vigorosos de Nabucodonosor, que fueron devorados por la llama del fuego? ¡Oh! ¿Es posible que yo esté aquí esta mañana, cuando pienso en los pecados que he cometido, y en los crímenes que han pasado por mi perversa imaginación? Sí, yo estoy aquí, sin ser consumido, Porque el Señor no cambia.

¡Oh! Si Él hubiera cambiado, ya habríamos sido consumidos en una docena de formas. Si el Señor hubiera cambiado, tú y yo deberíamos haber sido consumidos por nosotros mismos; pues, después de todo, el señor Yo es el peor enemigo que tiene el cristiano. Ya habríamos demostrado que somos suicidas de nuestra propia alma. Ya habríamos preparado la copa del veneno para nuestros propios espíritus, si el Señor no fuera un Dios que no cambia, que arrojó la copa lejos de nuestras manos cuando estábamos listos para tomar el veneno.

También ya habiéramos sido consumidos por el propio Dios si no fuera un Dios inmutable. Llamamos a Dios, Padre. Pero no hay ningún padre en este mundo que no hubiera matado a todos sus hijos hace mucho tiempo, harto de la provocación con que lo hostigaban, si hubiera recibido la mitad de los problemas que Dios ha recibido de Su familia. Dios tiene la familia más problemática de todo el mundo: incrédulos, desagradecidos, desobedientes, olvidadizos, rebeldes, descarrilados, murmuradores y de dura cerviz. Qué bueno que Él es misericordioso, pues de lo contrario ya hubiera tomado no solamente la vara, sino la espada contra algunos de nosotros desde hace mucho tiempo.

Pero no había nada en nosotros que pudiera ser amado al principio, así que no puede haber menos ahora. John Newton solía contar una rara historia, e invariablemente se reía al contarla, de una buena mujer que decía, para demostrar la doctrina de la Elección: "¡Ah! señor, Dios debe haberme amado antes de que yo naciera, pues de lo contrario no habría visto nada en mí posteriormente que Él pudiera amar." Estoy seguro que

eso es válido en mi caso, y cierto en relación a la mayoría del pueblo de Dios. Pues hay muy poco que amar en ellos después que han nacido, que si no los hubiera amado antes de nacer, no habría visto ninguna razón para elegirlos después.

Pero puesto que los amó sin obras, todavía los ama sin obras. Puesto que sus buenas obras no ganaron Su afecto, las malas obras no pueden suprimir ese afecto. Puesto que la justicia de ellos no sirvió de lazo para Su amor, así la perversidad de ellos no puede cortar esos lazos dorados. Él los amó por Su pura gracia soberana, y los va a amar aún. Pero nosotros deberíamos haber sido consumidos por el diablo, y por nuestros enemigos; consumidos por el mundo, consumidos por nuestros pecados, por nuestras pruebas, y en cientos de formas más, si Dios hubiera cambiado alguna vez.

Bien, se nos ha terminado el tiempo, y ya no me resta decir mucho. Sólo he tocado el tema de manera superficial. Ahora se los entrego a ustedes. Que el Señor les ayude a ustedes “hijos de Jacob” a llevar a su casa esta porción de alimento. Digiéranlo bien y aliméntense de él. ¡Que el Espíritu Santo aplique dulcemente las cosas gloriosas que están escritas! ¡Y que ustedes disfruten de “un banquete de manjares suculentos, banquete de vinos refinados, de gruesos tuétanos y de vinos purificados!” Recuerden que Dios es el mismo, independientemente de lo que se quite. Sus amigos pueden perder el afecto, sus ministros pueden ser cambiados, todo puede cambiar. Excepto Dios. Sus hermanos pueden cambiar y clasificarlos como viles: pero Dios de todas maneras los va a amar.

Su situación en la vida puede cambiar, y pueden perder sus propiedades. Toda la vida de ustedes puede ser sacudida y se pueden volver débiles y enfermizos; todas las cosas pueden abandonarlos, pero hay un lugar donde el cambio no puede poner su dedo; hay un nombre sobre el cual no se puede escribir mutabilidad; hay un corazón que no sufre alteraciones; ese corazón es el corazón de Dios: ese nombre es Amor—

**“Confía en Él, nunca te va a engañar.
Aunque con dificultad creas en Él;
Él nunca, nunca te abandonará,
Ni permitirá que tú lo dejes.”**

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1 – Volumen 1
The Immutability of God

El Consolador

NO. 5

SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO

21 DE ENERO DE 1855,

**POR EL REV. CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.”

Juan 14:26

El buen anciano Simeón llamó a Jesús ‘la consolación de Israel’ y en verdad lo fue. Antes de Su aparición real, Su nombre era el ‘Lucero de la Mañana’ que ilumina la oscuridad y profetiza la llegada del alba. A Él miraban con la misma esperanza que alienta al centinela nocturno, cuando desde la almena del castillo divisa la más hermosa de las estrellas y la aclama como pregonera de la mañana.

Cuando estaba en la tierra, fue la consolación de quienes gozaron del privilegio de ser Sus compañeros. Podemos imaginar cuán prestamente acudían a Cristo los discípulos para comentarle sus aflicciones, y cuán dulcemente les hablaba y disipaba sus temores con aquella igualable entonación de Su voz. Como hijos, ellos le consideraban como un Padre; a Él presentaban toda carencia, todo gemido, toda angustia y toda agonía, y Él, cual sabio médico, tenía un bálsamo para cada herida; Él había confeccionado un cordial para cada una de sus penas; y dispensaba prontamente un potente remedio para mitigar toda la fiebre de sus tribulaciones.

¡Oh, debe haber sido muy dulce vivir con Cristo! En verdad las aflicciones entonces no eran sino gozos enmascarados, porque proporcionaban la oportunidad de acudir a Jesús para alcanzar su alivio. ¡Oh, que hubiéramos podido posar nuestras cabezas sobre el pecho de Jesús, y que nuestro nacimiento hubiera sido en aquella feliz época que nos habría permitido escuchar Su amable voz, y contemplar Su tierna mirada, cuando decía: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados”!

Pero ahora se acercaba la hora de su muerte. Grandes profecías iban a ver su cumplimiento, y grandes propósitos iban a ser cumplidos, y por ello, Jesús debía partir. Era menester que sufriera, para que se convirtiera en la propiciación por nuestros pecados. Era menester que dormitara durante un tiempo en el polvo, para que pudiera perfumar la cámara del sepulcro a fin de que—

**“Ya no fuera más un osario que cerque
Las reliquias de la perdida inocencia.”**

Era menester que tuviera una resurrección, para que nosotros, que un día seremos los muertos en Cristo, resucitemos primero, y nos plantemos sobre la tierra en cuerpos gloriosos. Y era menester que ascendiera a lo alto para llevar cautiva la cautividad, para encadenar a los demonios del infierno, para atarlos a las ruedas Su carroaje y arrastrarlos cuesta arriba a la colina del alto cielo, para hacerles vivir una segunda derrota que será infligida por Su diestra cuando los arroje desde los pináculos del cielo hasta las más hondas profundidades de abajo. “Os conviene que yo me vaya”—dijo Jesús—“porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros.”

Jesús debe partir. Lloren ustedes que son Sus discípulos. Jesús ha de irse. Lamenten ustedes, pobres criaturas, que han de quedarse sin un Consolador. Pero escuchen cuán tiernamente habla Jesús: “No os dejaré huérfanos.” “Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.” Él no dejaría solas en el desierto a esas pobres ovejas escasas; Él no desampararía a Sus hijos dejándolos huérfanos. No obstante que tenía una poderosa misión que en verdad le ocupaba alma y vida; no obstante que tenía tanto que llevar a cabo, que habríamos podido pensar que incluso Su gigantesco intelecto estaría sobrecargado; no obstante que tenía tanto que sufrir, que podríamos suponer que Su alma entera estaba concentrada en el pensamiento de los sufrimientos que tenía que soportar, sin embargo, no fue así; antes de irse proporcionó reconfortantes palabras de consuelo; como el buen samaritano, derramó aceite y vino; y vemos qué es lo que prometió: “Les enviaré otro Consolador; uno que será justo lo que Yo he sido, e incluso será algo más: les consolará en sus angustias, disipará sus dudas, les reconfortará en sus aflicciones, y estará como mi vicario en la tierra, para hacer lo que Yo habría hecho, de haberme quedado con ustedes.”

Antes de que predique acerca del Espíritu Santo como el Consolador, debo hacer una o dos observaciones acerca de las diferentes traducciones de la palabra “Consolador.” La traducción de la Biblia de Reims, que ustedes saben que fue adoptada por los católicos romanos, ha optado por dejar esa palabra en el idioma original, y la ofrece como “Paráclito.” “Mas el *Paráclito*, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.” Esta es la palabra griega original, que significa otras cosas además de “Consolador.” Algunas veces quiere decir monitor o instructor: “Les enviaré otro monitor, otro maestro.” Frecuentemente significa: “Abogado”; pero el significado más común de la palabra es el que tenemos aquí: “Les enviaré otro *Consolador*.” Sin embargo, no podemos pasar por alto esas otras dos interpretaciones, sin decir algo sobre ellas.

“Les enviaré otro *maestro*.” Jesucristo fue el maestro oficial de Sus santos mientras estuvo en la tierra. A nadie llamaron Rabí excepto a Cristo. No se sentaron a los pies de ningún hombre para aprender sus

doctrinas, sino que las recibieron directas de labios de Aquel de quien se dijo: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” “Y ahora”—dice Él— “cuando me vaya, ¿dónde podrán encontrar al gran maestro infalible? ¿Les habré de constituir a un Papa en Roma, a quien acudirán, y quien será su oráculo infalible? ¿Les daré los concilios de la iglesia que tendrán por fin decidir todos los puntos intrincados?” Cristo no dijo tal cosa. “Yo soy el Paráclito o el Maestro infalible, y cuando me vaya, les enviaré otro maestro y Él será la persona que ha de explicarles la Escritura; Él será el oráculo de Dios con autoridad que pondrá en claro todas las cosas oscuras, develará los misterios, desenredará todos los nudos de la Revelación y les hará entender aquello no podrían descubrir, a no ser por Su influencia.”

Y, amados, nadie aprende rectamente algo, si no es enseñado por el Espíritu. Podrían aprender la elección, y podrían conocerla de tal manera que fueran condenados por ello, si no fueran enseñados por el Espíritu Santo, pues he conocido a algunas personas que han aprendido la lección de la elección para destrucción de sus almas; la aprendieron al punto que dijeron que eran de los elegidos, siendo así que no poseían señales, ni evidencias y ni obra alguna del Espíritu Santo en sus almas. Hay una forma de aprender la verdad en la universidad de Satanás, y de sostenerla en el libertinaje; pero si es así, será a sus almas como veneno a sus venas, y demostrará ser su ruina sempiterna.

Nadie puede conocer a Jesucristo a menos que sea enseñado por Dios. No hay doctrina de la Biblia que pueda ser aprendida de manera segura, plena y verdadera, excepto por la agencia del único maestro que posee la autoridad. ¡Ah!, no me hablen de los sistemas ni de los esquemas de la teología; no me hablen de comentaristas infalibles, o de doctores sumamente instruidos y sumamente arrogantes; sino háblenme del Grandioso Maestro que nos ha de instruir a nosotros, los hijos de Dios, y nos hará sabios para entender todas las cosas. Él es *el* Maestro; no importa lo que este o ese hombre digan; no me apoyo en la jactanciosa autoridad de nadie, ni ustedes lo hacen tampoco. Ustedes no se dejan llevar por la astucia de los hombres, ni por el ardid de las palabras; este es el oráculo que cuenta con la autoridad: el Espíritu Santo, que descansa en los corazones de Sus hijos.

La otra traducción es *abogado*. ¿Han pensado alguna vez cómo puede decirse que el Espíritu Santo sea un abogado? Ustedes saben cómo Jesucristo es llamado Admirable, Consejero, Dios fuerte; pero ¿por qué puede decirse que el Espíritu Santo es un abogado? Yo supongo que es por esto: Él es un abogado en la tierra para argumentar en contra de los enemigos de la cruz. ¿Por qué Pablo pudo argumentar con tanta eficacia ante Félix y Agripa? ¿Por qué los apóstoles permanecieron impertérritos delante de los magistrados, y pudieron confesar a su Señor? ¿Por qué ha sucedido que, en todos los tiempos, los ministros de Dios se volvieran intrépidos como leones, y sus frentes fueran

más firmes que el bronce, sus corazones más rígidos que el acero, y sus palabras como el lenguaje de Dios?

Vamos, es simplemente por esta razón: no era el hombre quien argumentaba, sino Dios el Espíritu Santo era quien argumentaba por su medio. ¿No han visto alguna ocasión a un ministro denodado, con manos alzadas y ojos llenos de lágrimas, argumentando con los hijos de los hombres? ¿Nunca han admirado ese cuadro proveniente de la mano del viejo John Bunyan? Una persona circunspecta con los ojos alzados al cielo, el mejor de los libros en su mano, la ley de la verdad escrita sobre sus labios, el mundo a su espalda, estando en posición de argumentar con los hombres, y con una corona de oro colocada sobre su cabeza.

¿Quién le dio a ese ministro un comportamiento tan bendito y un asunto tan excelente? ¿De dónde provino su destreza? ¿Acaso la obtuvo en la universidad? ¿Acaso la aprendió en el seminario? ¡Ah, no!; la aprendió del Dios de Jacob; la aprendió del Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo es el grandioso consejero que nos enseña cómo abogar su causa rectamente.

Pero, además de esto, el Espíritu Santo es el abogado en los corazones de los hombres. ¡Ah!, he conocido hombres que rechazan una doctrina hasta que el Espíritu Santo comienza a iluminarlos. Nosotros, que somos los abogados de la verdad, somos frecuentemente unos muy pobres argumentadores; estropeamos nuestra causa por culpa de las palabras que usamos; pero es una misericordia que el alegato esté en la mano de un argumentador especial, que abogará exitosamente y vencerá la oposición del pecador. ¿Acaso se enteraron jamás que alguna vez fallara?

Hermanos, me dirijo a sus almas: ¿no les convenció Dios de pecado en tiempos pasados? ¿No vino el Espíritu Santo y les demostró que ustedes eran culpables, aunque ningún ministro hubiere podido sacarlos jamás de su justicia propia? ¿No abogó la justicia de Cristo? ¿No llegó para decirles que sus obras eran como trapo de inmundicia? Y cuando ya casi habían decidido no escuchar Su voz, ¿no trajo consigo el tambor del infierno haciéndolo sonar junto a sus oídos, y pidiéndoles que miraran a través de la perspectiva de años futuros para ver el trono establecido, y los libros abiertos, y la espada blandida, y el infierno ardiendo, y los diablos aullando, y los condenados chillando por siempre? ¿Y no los convenció de esa manera del juicio venidero? Él es un poderoso abogado cuando argumenta en el alma acerca de pecado, de justicia y del juicio venidero.

¡Bendito abogado, argumenta en mi corazón, argumenta con mi conciencia! Cuando peque, infunde valor a mi conciencia para que me lo diga; cuando yerre, haz hablar a la conciencia de inmediato; y cuando me aparte y me vaya por caminos torcidos, entonces aboga la causa de la justicia, y ordéname que me quede en confusión, conociendo mi culpabilidad a los ojos de Dios.

Pero hay todavía otro sentido en el que el Espíritu Santo intercede, y es que aboga nuestra causa con Jesucristo, con gemidos indecibles. ¡Oh alma mía, tú estás a punto de estallar dentro de mí! Oh corazón mío, tú estás hinchado de dolor; la marea ardiente de mi emoción está muy cerca de desbordar los canales de mis venas. Anhelo hablar, pero el propio deseo encadena mi lengua. Deseo orar, pero el fervor de mi sentimiento reprime mi lenguaje. Hay un gemido interior que no puede ser expresado. ¿Saben quién puede expresar ese gemido, quién puede entenderlo, y quién puede ponerlo en un lenguaje celestial y enunciarlo en la lengua del cielo, para que Cristo lo oiga? ¡Oh, sí!, es Dios el Espíritu Santo; él aboga nuestra causa con Cristo, y luego Cristo la aboga con Su Padre. Él es el abogado que intercede por nosotros con gemidos indecibles.

Habiendo explicado así el oficio del Espíritu como maestro y como abogado, llegamos ahora a la traducción de nuestra versión: el *Consolador*; y aquí tendré tres divisiones. En primer lugar, el *consolador*; en segundo lugar, el *consuelo*; y en tercer lugar, el *consolado*.

I. Primero, entonces, tenemos al CONSOLADOR. Permitanme repasar brevemente en mi mente y también en la suya, las características de este glorioso Consolador. Permitanme decirles algunos de los atributos de Su consuelo, para que entiendan cuán convenientemente adaptado es para el caso suyo.

Y primero, señalaremos que Dios, el Espíritu Santo, es un Consolador muy *amoroso*. Me encuentro turbado y necesito consolación. Algun transeúnte se entera de mi aflicción, y entra, se sienta y trata de animarme; me dice palabras reconfortantes; pero él no me ama, es un extraño que no me conoce del todo, y sólo ha entrado para probar su habilidad; ¿y cuál es el resultado? Sus palabras se resbalan sobre mí como el aceite en una losa de mármol; son como la lluvia que golpetea sobre la roca; no interrumpen mi dolor, que permanece inmóvil como el diamante, ya que él no siente amor por mí. Pero si alguien que me amara encarecidamente como a su propia vida viniera y argumentara conmigo, entonces sus palabras se convierten en música en verdad; saben a miel; él conoce la contraseña que abre las puertas de mi corazón, y mi oído está atento a cada palabra; capto la entonación de cada sílaba al sonar, pues es como la armonía de las arpas del cielo.

¡Oh!, hay una voz enamorada que habla un lenguaje que le es propio, un idioma y un acento que nadie podría imitar; la sabiduría no podría imitarlo; la oratoria no podría alcanzarlo. El amor es el único que puede alcanzar al corazón doliente; el amor es el único pañuelo que puede enjugar las lágrimas del hombre doliente. ¿Y no es el Espíritu Santo un amoroso Consolador? ¿Sabes, oh santo, cuánto te ama el Espíritu Santo? ¿Puedes medir el amor del Espíritu? ¿Conoces cuán grande es el afecto de Su alma por ti? Anda, mide al cielo con tu palmo; anda, pesa los montes con balanza; anda, toma el agua del océano, y cuenta cada gota; anda, cuenta la arena sobre la vasta playa del

mar; y cuando hubieres cumplido esto, podrías decir cuánto te ama. Él te ha amado por largo tiempo; te ha amado considerablemente, te amó siempre; y todavía te amará. En verdad, Él es la persona que ha de consolarte, porque te ama. Entonces, dale entrada a tu corazón, oh cristiano, para que te consuele en tu calamidad.

Pero, además, Él es un Consolador *fiel*. El amor algunas veces resulta ser infiel. “¡Oh, más dañino que el colmillo de una serpiente” es un amigo infiel! ¡Oh, mucho más amargo que la hiel de la amargura es tener un amigo que me dé la espalda en mi zozobra! ¡Oh, ay de ayes es experimentar que uno que me ama en mi prosperidad me abandone en el tenebroso día de mi tribulación! Es triste verdaderamente: pero el Espíritu de Dios no es así. Él ama sempiternamente, y ama hasta el fin: Él es un Consolador fiel.

Hijo de Dios: tú tienes problemas. Hace muy poco descubriste que Él era un Consolador dulce y amoroso; te proporcionó alivio cuando otros no fueron sino cisternas rotas; Él te albergó en Su seno, y te llevó en Sus brazos. Oh, ¿por qué motivo desconfías de Él ahora? ¡Desecha tus temores, pues Él es un Consolador fiel!

“¡Ah!, pero”—dices tú—“temo que enfermaré y me veré privado de Sus ordenanzas.” Sin embargo, Él te visitará en tu lecho de enfermo, y se sentará junto a ti para proporcionarte la consolación.

“¡Ah!, pero yo tengo angustias mayores de las que puedes concebir; muchas ondas y olas pasan sobre mí; un abismo llama a otro a la voz de las cascadas del Eterno.” Sin embargo, Él será fiel a Su promesa.

“¡Ah!, pero yo he pecado.” Eso has hecho, pero el pecado no puede apartarte de Su amor; Él aún te ama.

No pienses, oh pobre hijo abatido de Dios, que debido a que las cicatrices de tus viejos pecados han desfigurado tu belleza, te ama menos por causa de esa imperfección. ¡Oh, no! Él te amó aun cuando tuvo un conocimiento anticipado de tu pecado; Él te amó sabiendo cuál sería el agregado de tu maldad; y no te ama menos ahora. Acércate a Él con todo el valor de la fe; dile que le has contristado, y Él olvidará tu descarrío y te recibirá de nuevo; los besos de Su amor serán dispensados sobre ti, y te tomará en los brazos de Su gracia. Él es fiel: confía en Él; Él no te engañará nunca; confía en Él: nunca te abandonará.

Además, Él es un Consolador *infatigable*. Algunas veces yo he tratado de consolar a ciertas personas que son probadas. Tú te enfrentas ocasionalmente con el caso de una persona nerviosa. Le preguntas: “¿qué te aqueja?”; esa persona te responde, y tú procuras quitar el problema, si fuera posible, pero mientras estás preparando tu artillería para demoler el problema, descubres que ha cambiado su morada y está ocupando una posición muy diferente. Tú cambias tu argumento y comienzas de nuevo; pero he aquí, se ha movido otra vez, y tú estás azorado. Te sientes como Hércules cuando cortaba las cabezas de la Hidra, que siempre volvían a crecer, y renuncias a tu tarea con deses-

peración. Te encuentras con personas a quienes es imposible consolar, que más bien le recuerdan a uno al hombre que se encadenó a sí mismo con grilletes y se deshizo de la llave de tal forma que nadie podía liberarlo.

Yo me he encontrado con personas aprisionadas con los grilletes de la desesperación. "Oh, yo soy el hombre"—dicen—"que ha visto a la aflicción; compadézcanme, compadézcanme, oh amigos míos"; y entre más tratas de consolar a gente así, peor se ponen; y por eso, descorazonados, les dejamos vagar por las tumbas de sus gozos anteriores.

Pero el Espíritu Santo nunca se descorazona con quienes desea consolar. Él intenta consolarnos y nosotros eludimos el dulce cordial; Él nos da un dulce brebaje para curarnos, y nosotros no queremos tomarlo; Él nos da una portentosa poción para alejar todos nuestros problemas, y nosotros la hacemos a un lado. Aun así, Él nos persigue; y aunque nosotros decimos que no queremos ser consolados, Él afirma que lo *seremos*, y cuando dice algo, lo cumple. Él no se desalentará por todos nuestros pecados, ni por todas nuestras murmuraciones.

Y oh, cuán sabio Consolador es el Espíritu Santo. Job tenía consoladores, y pienso que dijo la verdad cuando afirmó: "Consoladores molestos sois todos vosotros." Pero me atrevo a decir que ellos se consideraban sabios; y cuando el joven Eliú se levantó para hablar, ellos pensaron que rebosaba todo un mundo de impudencia. ¿Acaso no eran ellos "Venerables, dignos y muy poderosos señores"? (1) ¿Acaso no comprendían su dolor y su aflicción? Si ellos no podían consolarle, ¿quién podría hacerlo? Pero ellos no descubrieron la causa. Ellos pensaron que no era realmente un hijo de Dios, y que más bien creía tener justicia propia, y por ello le dieron el medicamento equivocado. Es una situación terrible cuando el doctor diagnostica equivocadamente la enfermedad y da una prescripción errónea, y así, tal vez, mata al paciente.

Algunas veces, cuando vamos y visitamos a la gente, confundimos su enfermedad: queremos aliviarlos sobre este punto, cuando no requieren ese tipo de alivio en absoluto, y sería mucho mejor que se les dejase solos, que arruinados por causa de tales consoladores molestos como somos nosotros.

Pero, ¡oh, cuán sabio es el Espíritu Santo! Él toma al alma, la pone sobre la mesa, y ejecuta la disección en un instante; encuentra la raíz del asunto, revisa dónde está el mal, y luego aplica el bisturí donde haya algo que deba ser extraído, o pone un emplasto donde esté la lla-
ga; y nunca se equivoca. ¡Oh, cuán sabio es el bendito Espíritu Santo! Me aparto de todo consolador me aparto y renuncio a todos ellos, pues Tú eres el único que proporciona la más sabia consolación.

Luego, observen cuán seguro Consolador es el Espíritu Santo. Fíjense en esto: no todo consuelo es seguro. Hay un joven por allá que está muy melancólico. Ustedes saben por qué se puso así. Entró a la casa de Dios y escuchó a un poderoso predicador, y la palabra fue

bendecida y lo convenció de pecado. Cuando regresó al hogar, su padre y el resto de la familia descubrieron que había algo diferente en él. “Oh”—dijeron—“Juan está demente, está loco.” ¿Y qué dijo su madre? “Que vaya a la campiña por una semana; que asista al baile o al teatro.” ¡Juan!, ¿encontraste algún consuelo allí? “Ah, no; me puse peor, pues mientras estaba allí, pensaba que el infierno podría abrirse y tragarme.” ¿Encontraste algún alivio en las alegrías del mundo? “No”—respondes—“pienso que fue una inútil pérdida de tiempo.” ¡Ay!, ese es un miserable consuelo, pero es el consuelo del mundano; y cuando un cristiano entra en angustia, cuántos le recomendarán este remedio o aquel otro. “Anda y escucha predicar al señor Tal y Tal; invita a unos cuantos amigos a tu casa; lee tal y tal volumen reconfortante”; y muy probablemente ese sea el consejo más inseguro del mundo.

El diablo vendrá a veces a las almas de los hombres como un falso consolador, y le dirá al alma: “¿qué necesidad hay de hacer todo este ruido acerca del arrepentimiento? Tú no eres peor que otras personas,” e intentará hacer creer al alma que lo que no es sino una presunción, es la seguridad real del Espíritu Santo; así engaña a muchos mediante un falso consuelo.

Ah, ha habido muchos, como infantes, que han sido destruidos por los elixires suministrados para inducirles al sueño; muchos han sido arruinados por el grito de “paz, paz,” cuando no hay paz, oyendo cosas benignas cuando deberían ser sacudidos en lo más vivo. El áspid de Cleopatra fue transportado en una canasta de flores; y la ruina de los hombres acecha con frecuencia en palabras dulces y hermosas. Mas el consuelo del Espíritu Santo es seguro, y pueden confiar en él. Si Él dice la palabra, contiene una realidad; si Él ofrece la copa de la consolación, puedes tomarla hasta el fondo, pues no hay sedimentos en sus profundidades, ni nada que intoxique o arruine, y todo es seguro.

Además, el Espíritu Santo es Consolador *activo*: Él no consuela con palabras, sino con hechos. Algunos consuelan diciendo: “Id en paz, callentaos y saciaos.” Pero el Espíritu Santo da, Él intercede con Jesús. Él nos da promesas, nos da gracia y así nos consuela. Observen además que Él es siempre un Consolador exitoso; no intenta aquello que no pueda cumplir.

Entonces, para concluir, Él es un Consolador siempre presente, de tal manera que no tienes que enviar por Él. Tu Dios está siempre cerca de ti, y cuando necesitas consuelo en tu angustia, he aquí, cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón; Él es una ayuda siempre presente en el tiempo de la aflicción. Desearía tener el tiempo para expandir estos pensamientos, pero no puedo hacerlo.

II. El segundo punto es el **CONSUELO**. Ahora hay algunas personas que comenten un grave error acerca de la influencia del Espíritu Santo. Un hombre insensato que tenía la fantasía de predicar en un cierto pulpito—aunque en verdad era sumamente incapaz de ese deber—

visitó al ministro, y le aseguró solemnemente que el Espíritu Santo le había sido revelado que había de predicar en su púlpito.

“Muy bien”—dijo el ministro—“supongo que no debo dudar de tu aseveración, pero como no me ha sido revelado que debo dejarte predicar, has de proseguir tu camino hasta que me sea revelado.”

He oido decir a muchas personas fanáticas que el Espíritu Santo les reveló estas cosas y aquellas cosas. Ahora, eso es en sentido general, un disparate revelado. El Espíritu Santo no revela nada nuevo ahora. Él nos recuerda las cosas antiguas. “Él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho.” El canon de la revelación está cerrado; no hay nada más que deba agregarse. Dios no da una revelación fresca, sino que remacha la antigua. Cuando ha sido olvidada, y puesta en la polvorienta cámara de nuestra memoria, Él saca y limpia el cuadro, mas no pinta uno nuevo. No hay nuevas doctrinas, sino que las antiguas son frecuentemente revividas. Afirmo que no es por medio de una nueva revelación que el Espíritu consuela. Él lo hace diciéndonos repetidamente las cosas antiguas; Él trae una lámpara nueva para revelar los tesoros escondidos en la Escritura; abre los recios baúles en los que había permanecido por largo tiempo la verdad, y apunta hacia cámaras secretas llenas de riquezas indecibles; pero no acuña cosas nuevas pues nos basta con lo que hay.

¡Creyente!, hay para ti lo suficiente en la Biblia para que vivas de ello para siempre. Aunque tú rebasaras los años de Matusalén, no habría necesidad de una fresca revelación; si llegaras a vivir hasta que Cristo venga a la tierra, no habría necesidad de añadir una sola palabra; si tuvieras que descender tan profundo como Jonás, o incluso descender como David comentó que lo hizo, hasta el seno del Seol, aun así habría lo suficiente en la Biblia para consolarte sin necesidad de una frase suplementaria. Mas Cristo dice: “Tomará de lo mío, y os lo hará saber.” Ahora, permítanme decirles brevemente qué es lo que el Espíritu nos dice.

¡Ah!, Él susurra al corazón: “Santo, ten ánimo; hay Uno que murió por ti; mira al Calvario; contempla Sus heridas; advierte el torrente que brota de Su costado; allí está tu comprador, y tú estás seguro. Él te ama con un amor eterno, y esta disciplina es ejercida para tu bien; cada golpe está obrando tu curación; por el moretón de la herida, tu alma es mejorada. “Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.” No dudes de Su gracia por causa de tu tribulación, sino que has de creer que Él te ama tanto en las estaciones de tribulación como en los tiempos de felicidad.

Y luego, además, dice: “¿Qué es todo tu sufrimiento comparado con el sufrimiento de tu Señor? ¿O cuál es toda tu turbación cuando es pesada en la balanza de las agonías de Jesús?” ¡Y especialmente en algunas ocasiones el Espíritu Santo quita el velo del cielo, y permite que el alma contemple la gloria del mundo superior! Entonces es cuando el santo puede decir: “¡Oh, Tú eres un Consolador para mí!”—

***“No importa que lluevan ansiedades como fiero diluvio,
Y que caigan tormentas de aflicción;
Que tan sólo llegue a salvo al hogar,
Mi Dios, mi cielo, mi todo.”***

Algunos de ustedes podrían seguirme si fuera a contar acerca de las manifestaciones del cielo. Ustedes también han dejado sol, luna y estrellas a sus pies, cuando en su vuelo, aventajando al relámpago rezagado, parecían entrar por las puertas de perla, y pisar las calles de oro, llevados a lo alto sobre las alas del Espíritu. Pero en este punto no debemos confiar en nosotros, para evitar que, perdidos en los ensueños, nos olvidemos de nuestro tema.

III. Y ahora, en tercer lugar, ¡quiénes son las personas CONSOLADAS! Me gusta, y ustedes lo saben, clamar al final de mi sermón: “¡Dividanse, dividanse!” Hay dos grupos aquí: algunos que son los consolados, y otros, que son los desconsolados, algunos que han recibido la consolación del Espíritu Santo, y algunos que no la han recibido. Ahora hemos de tratar de zarandearlos para ver quiénes son el tamo y quiénes son el trigo; y que Dios nos conceda que algunos que conforman el tamo sean transformados esta noche en Su trigo.

Ustedes podrían preguntarse: “¿cómo podría saber si soy un receptor del consuelo del Espíritu Santo?” Pueden saberlo mediante una regla. Si han recibido una bendición de Dios, recibirán también todas las otras bendiciones. Permitanme que me explique. Si yo pudiera venir aquí como un subastador, y vendiera el evangelio en lotes, lo vendería todo. Si yo pudiera decir: aquí está la justificación a través de la sangre de Cristo, libre, regalada, de gratis, muchos dirían: “yo quiero tener la justificación: dámela; deseo ser justificado, deseo ser perdonado.” Supongan que yo tomara la santificación, la renuncia a todo pecado, un cambio integral de corazón, abandonar la borrachera y el perjurio, entonces muchos dirían: “yo no quiero eso; a mí me gustaría ir al cielo, pero no quiero esa santidad; me gustaría ser salvo al final, pero todavía me gustaría gozar de las copas; me gustaría entrar a la gloria, pero entonces, he de proferir uno o dos juramentos en el camino.”

No, pecador, si recibes una bendición, las recibirás todas. Dios no dividirá nunca el Evangelio. No dará justificación a ese hombre, y santificación a aquel otro; perdón a uno y santidad al otro. No, todo va junto. A quienes llama, justifica; a quienes justifica, a esos santifica; a quienes santifica, a esos también glorifica. Oh, si yo no predicara nada salvo los consuelos del Evangelio, ustedes volarían hacia ellos como las moscas vuelan a la miel. Cuando se enferman, mandan a llamar al clérigo. ¡Ah!, todos ustedes quieren que su ministro llegue entonces y les dé palabras consoladoras. Pero si fuera un hombre honesto, no les daría a ciertos de ustedes ni una partícula de consolación. No comenzaría derramando aceite cuando el bisturí podría cumplir una mejor función. Yo quiero que un hombre sienta sus pecados antes de que me atreva a decirle algo acerca de Cristo. Quiero sondar su alma y hacer-

le sentir que está perdido antes de decirle algo acerca de la bendición comprada. Para muchos es la ruina que se les diga: "Ahora basta que creas en Cristo, y eso es todo lo que tienes que hacer." Si, en lugar de morir, se recuperaran, se levantarían como hipócritas encalados, eso es todo.

He oído acerca de un misionero citadino que guardaba un registro de dos mil personas de quienes se supuso que se encontraban en sus lechos de muerte, pero se recuperaron, y a quienes habría registrado como personas convertidas si hubiesen muerto, y ¿cuántos, de ese total de dos mil, creen ustedes que vivieron una vida cristiana posteriormente? ¡Ni siquiera dos! Positivamente sólo pudo encontrar a uno del que se comprobó después que vivía en el temor de Dios.

¿No es horrible que cuando los hombres y las mujeres están a punto de morir, clamen: "Consuelo, consuelo," y que de esto concluyan sus amigos que son hijos de Dios, mientras que, después de todo, no tienen derecho a consuelo, sino que son intrusos en los terrenos cercados del bendito Dios?

¡Oh Dios, que a estas personas les sea impedido obtener el consuelo cuando no tengan derecho a él! ¿Han recibido ustedes otras bendiciones? ¿Han tenido convicción de pecado? ¿Han sentido alguna vez su culpa delante de Dios? ¿Han sido humilladas sus almas a los pies de Jesús? Y, ¿han sido conducidos a mirar únicamente al Calvario en busca de refugio? Si no fuera así, no tienen derecho a la consolación. No tomen un solo átomo de ella. El Espíritu es un Convencedor antes de ser un Consolador; y ustedes deben tener las otras operaciones del Espíritu Santo antes de que puedan derivar algo de esto.

Y ahora llegamos a una conclusión. Ustedes han oido lo que este hablador ha dicho una vez más. ¿Qué ha sido? Algo acerca del Consolador. Pero déjenme preguntarles, antes de que se vayan: ¿qué saben acerca del Consolador? Cada uno de ustedes, antes de bajar las gradas de esta capilla, deje que esta solemne pregunta estremezca por entero a sus almas: ¿qué saben acerca del Consolador? ¡Oh, pobres almas, si no conocen al Consolador, les diré a quien conocerán: conocerán al Juez! Si no conocen al Consolador en la tierra, conocerán al Condenador en el mundo venidero, que clamará: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno." Bien puede Whitfield exclamar: "¡oh tierra, tierra, oye la Palabra del Señor!"

Si fuéramos a vivir aquí para siempre, podrían desestimar el Evangelio; si tuvieran una escritura de arrendamiento sobre sus vidas, podrían despreciar al Consolador. Pero señores, ustedes van a morir. Desde la última vez que nos reunimos, probablemente algunos se han marchado a su hogar permanente; y antes de que nos reunamos otra vez en este santuario, algunos aquí presentes estarán entre los glorificados de arriba, o entre los condenados de abajo. ¿Cuál de los dos caminos será? Dejen que su alma responda. Si esta noche cayeran muertos en sus bancas, o allí donde están de pie en el balcón, ¿adón-

de irían? ¿Al cielo o al infierno? ¡Ah, no se engañen a ustedes mismos; dejen que la conciencia haga su trabajo perfecto; y si a los ojos de Dios, se ven obligados a decir: “tiemblo y tengo miedo de que mi porción caiga con los incrédulos,” escuchen un momento, y entonces habré terminado con ustedes! “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.”

Fatigado pecador, diabólico pecador, tú que eres el desecho del diablo, réprobo, libertino, ramera, ladrón, ratero, adúltero, fornicario, beodo, perjuro, quebrantador del día de reposo: ¡escucha! Te hablo a ti al igual que a todos los demás. No exento a nadie. Dios ha dicho que no hay exenciones en esto. “*Todo aquel* que crea en el nombre de Jesucristo será salvo.” El pecado no es una barrera: tu culpa no es obstáculo. Todo aquel—aunque fuera tan negro como Satanás, aunque fuera tan inmundo como un diablo—todo aquel que crea esta noche, recibirá el perdón de todo pecado, todos sus crímenes serán borrados, y toda su iniquidad será eliminada; será salvo en el Señor Jesucristo, y estará en el cielo a salvo y seguro. Ese es el Evangelio glorioso. ¡Que Dios lo aplique a sus corazones y les dé fe en Jesús!—

**“Hemos escuchado al predicador,
La verdad por su medio nos fue mostrada ahora;
Pero necesitamos UN MEJOR MAESTRO,
Procedente del trono eterno:
LA APLICACIÓN
Es únicamente la obra de Dios.”**

Nota del traductor:

(1) Esta es una cita tomada del Otelo de Shakespeare.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>
 Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #5—Volume 1
 THE COMFORTER

CRISTO CRUCIFICADO

NOS. 7-8

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 11
DE FEBRERO, 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.”
1 Corintios 1:23, 24.

¡Cuánto desdén ha derramado Dios sobre la sabiduría de este mundo! Cómo la ha reducido a nada, haciendo que se muestre sin valor. Le ha permitido que elabore sus propias conclusiones, y que demuestre su propia insensatez. Los hombres se jactaban de ser sabios; decían que podían descubrir a Dios a la perfección; y para que su necesidad pudiera ser refutada de una vez por todas, Dios les dio la oportunidad de hacerlo así. Él dijo: “Sabiduría mundana, te voy a probar. Tú afirmas que eres poderosa, que tu intelecto es vasto y completo, que tu ojo es penetrante, que puedes descifrar todos los secretos; ahora, mira, Yo te pruebo: te presento un gran problema para que lo resuelvas. Aquí está el universo; las estrellas conforman su bóveda, los campos y las flores lo adornan, y las corrientes recorren su superficie; mi nombre está escrito allí; las cosas invisibles de Dios se hacen claramente visibles, siendo entendidas por medio de las cosas hechas. Filosofía, te pongo este dilema: encuéntrame. Aquí están mis obras: encuéntrame. Descubre en el maravilloso mundo que he creado, la manera de adorarme aceptablemente. Te doy el espacio suficiente para que lo hagas: hay datos suficientes. Contempla las nubes, la tierra, y las estrellas. Te doy tiempo suficiente; te daré cuatro mil años, y no interferiré; tú harás como quieras en tu propio mundo. Te daré hombres en abundancia, pues haré grandes y vastas mentes, a quienes llamarás señores de la tierra; tendrás oradores, y tendrás filósofos. Encuéntrame, oh razón, encuéntrame, oh sabiduría; descubre Mi naturaleza, si puedes: encuéntrame a la perfección, si eres capaz; y si no lo eres, entonces cierra tu boca para siempre, y Yo te voy a enseñar que la sabiduría de Dios es más sabia que la sabiduría del hombre; sí, que la locura de Dios es más sabia que los hombres.”

Y ¿cómo resolvió el problema la razón del hombre? ¿Cómo cumplió su proeza? Mira a las naciones paganas; allí verás el resultado de las investigaciones de la sabiduría. En el tiempo de Jesucristo, podrías haber visto la tierra cubierta con el fango de la corrupción: una Sodoma a gran escala, corrupta, inmunda, depravada, entregándose a vicios que no nos atrevemos a mencionar, gozándose en lascivias demasiado abominables para que nuestra imaginación se pose en ellas, aunque sea

por un instante. Encontramos a los hombres postrándose ante bloques de madera y de piedra, adorando a diez mil dioses más viciosos que ellos mismos.

Encontramos, de hecho, que la razón escribió su propia depravación con un dedo cubierto de sangre e inmundicia, y que ella se privó a sí misma de toda su gloria por las viles obras que llevó a cabo. No quiso inclinarse ante Él, que es “claramente visible,” sino que adoró a cualquier criatura; el reptil que se arrastra, el cocodrilo, la víbora, cualquier cosa podía ser un dios, pero ciertamente no el Dios del Cielo. El vicio podía ser convertido en una ceremonia, y el mayor crimen podía ser exaltado a una religión; pero de la verdadera adoración no conocían nada.

¡Pobre razón! ¡Pobre sabiduría! ¡Cómo caíste del cielo! Como Lucero, hijo de la mañana, estás perdida. Tú has escrito tu conclusión, pero es una conclusión de consumada insensatez. “Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agració salvar a los creyentes por la locura de la predicación.”

La sabiduría había tenido su tiempo, y tiempo suficiente; había hecho todo lo que podía, y eso fue muy poco; había hecho al mundo peor de lo que era antes que lo pisara, y ahora Dios dice: “La locura vencerá a la sabiduría; ahora la ignorancia, como la llaman ustedes, va a barrer con su ciencia; ahora la fe humilde, como la de un niño, va a convertir en polvo todos los sistemas colosales que sus manos han apillado.” Él llama a su ejército. Cristo se lleva la trompeta a Su boca, y vienen todos los guerreros, vestidos con ropas de pescadores, con el acento típico de las orillas del lago de Galilea: unos pobres marineros humildes. ¡Aquí están los guerreros, oh sabiduría, que te van confundir! ¡Estos son los héroes que vencerán a tus orgullosos filósofos! Estos hombres van a plantar su estandarte sobre las murallas en ruinas de tus fortalezas, y les ordenarán que se derrumben para siempre; estos hombres, y sus sucesores, van a exaltar un Evangelio en el mundo del cual se podrán reír ustedes como de algo absurdo, que podrán despreciar como una locura, pero que será exaltado sobre los montes, y será glorioso hasta los más altos cielos.

Desde ese día, Dios ha levantado siempre sucesores de los apóstoles. Yo afirmo que soy un sucesor de los apóstoles, no por descendencia de linaje, sino porque cumple el mismo papel y gozo del privilegio de cualquier apóstol, y soy tan llamado a predicar el Evangelio como el propio Pablo: si no tan bendecido en la conversión de pecadores, en alguna medida he sido bendecido por Dios; y por tanto, aquí estoy, loco como lo pudiera ser Pablo, necio como Pedro, o cualquiera de esos pescadores, pero, sin embargo, con el poder de Dios sostengo la espada de la verdad: habiendo venido aquí para “predicar a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.”

Antes de adentrarme en nuestro texto, permítanme decirles brevemente lo que yo creo que significa predicar a Cristo crucificado. Amigos

míos, yo no creo que predicar a Cristo crucificado sea dar a nuestra gente una buena dosis de filosofía cada domingo por la mañana y por la noche, desdeñando la verdad de este Santo Libro. No creo que predicar a Cristo crucificado sea hacer a un lado las doctrinas cardinales de la Palabra de Dios, y predicar una religión que es toda ella neblina y bruma, sin verdades definidas de ningún tipo. Yo entiendo que *quien* puede finalizar un sermón sin haber mencionado el nombre de Cristo ni una sola vez, no predica a Cristo crucificado; tampoco predica a Cristo crucificado el que deja fuera la obra del Espíritu Santo, el que no menciona ni una sola palabra acerca del Espíritu Santo, de tal forma que sus oyentes pueden decir en verdad: “ni siquiera sabemos si existe un Espíritu Santo.”

Y yo tengo mi propia opinión personal, que no se puede predicar a Cristo crucificado a menos que se predique lo que hoy en día se ha dado en llamar Calvinismo. Yo tengo mis propias ideas que siempre expreso con valor. Llamar a esas doctrinas Calvinismo es ponerles un apodo; Calvinismo es el Evangelio y nada más. Yo no creo que podamos predicar el Evangelio, si no predicamos la justificación por fe, sin obras; si no predicamos la soberanía de Dios en Su dispensación de gracia; si no exaltamos el amor de Jehová que elige, que es inmutable, eterno, incambiable y conquistador; tampoco creo que podamos predicar el Evangelio, a menos que lo basemos en la redención particular que Cristo llevó a cabo por Su pueblo elegido; no puedo comprender un Evangelio que deja que los santos se pierdan después que han sido llamados, y que acepta que los hijos de Dios se quemen en los fuegos de condenación a pesar de haber creído. Yo aborrezco un evangelio así. El Evangelio de la Biblia no es ese evangelio. Nosotros predicamos a Cristo crucificado de una manera diferente, y a todos los adversarios les respondemos: “Ese no es el Cristo que nosotros conocemos.”

Hay tres temas en el texto. Primero, un Evangelio rechazado: “Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura;” en segundo lugar, un Evangelio triunfante: “Para los llamados, así judíos como griegos;” y en tercer lugar, un Evangelio admirado: es para quienes son llamados, “Poder de Dios, y sabiduría de Dios.”

I. En primer lugar, tenemos aquí UN EVANGELIO RECHAZADO. Uno podría haber esperado que cuando Dios envió Su Evangelio a los hombres, todos los hombres escucharían con mansedumbre, y recibirían sus verdades con humildad. Podríamos haber pensado que los ministros de Dios no debían sino proclamar que la vida es traída a la luz por el Evangelio, y que Cristo vino para salvar a los pecadores, y todo oído estaría atento, los ojos mirarían con fijeza, y cada corazón estaría abierto de par en par para recibir esa verdad. Habríamos dicho, juzgando favorablemente a nuestros compañeros, que no podría existir en el mundo un monstruo tan vil, tan depravado, tan inmundo, capaz de poner piedras en el camino del progreso de la verdad; no hubiéramos concebido algo así; sin embargo esa concepción es la verdad.

Cuando el Evangelio fue predicado, en lugar de ser aceptado y admirado, un chiflido universal subió al cielo; los hombres no podían sopor-

tarlo; ellos arrastraron a su primer Predicador hasta la cumbre del monte y le habrían despeñado desde allí, si hubieran podido: inclusive hicieron algo más que eso, lo clavaron en la cruz, y allí dejaron languidecer en agonía Su vida moribunda, una agonía que nadie ha experimentado desde entonces. Todos Sus ministros elegidos han sido odiados y aborrecidos por los hombres del mundo; en vez de que los escuchen, se han burlado de ellos; han sido tratados como si fueran la hez de todas las cosas, y la basura de la humanidad. Miren a los santos hombres de la antigüedad, cómo fueron expulsados de ciudad en ciudad, perseguidos, afligidos, atormentados, lapidados en cualquier lugar donde el enemigo tuviera el poder de hacerlo.

Esos amigos de los hombres, esos verdaderos filántropos, que llegaban con corazones henchidos de amor y manos llenas de misericordia, con labios preñados de fuego celestial y almas que ardían con una santa influencia; esos hombres eran tratados como si fueran los espías del campamento, como si fueran desertores de la causa común de la humanidad; como si fueran enemigos y no, como en realidad lo eran, los mejores amigos.

No supongan, amigos míos, que los hombres gustan más del Evangelio ahora que antes. Existe la idea que nos estamos volviendo mejores. Yo no lo creo. Nos estamos volviendo peores. Tal vez, en ciertas cosas los hombres puedan ser mejores: mejores en lo exterior; pero su corazón sigue siendo el mismo. Si se hiciera hoy una disección al corazón humano, sería igualito al corazón humano de hace mil años: la hiel de amargura dentro de ese pecho de ustedes, sería precisamente tan amarga como la hiel de amargura en aquel Simón de antaño. Tenemos en nuestros corazones la misma latente oposición a la verdad de Dios; y por esta razón encontramos que los hombres son iguales que antes, que desprecian el Evangelio.

Hablando del Evangelio rechazado, voy a esforzarme por señalar las dos clases de personas que desprecian de igual manera la verdad. Los judíos lo convierten en tropezadero, y los gentiles lo consideran locura. Ahora, estos dos respetables caballeros, (el judío y el griego), estos antiguos individuos, no serán objeto de mi condenación, sino que voy a considerarlos como miembros de un gran parlamento, representantes de un buen grupo de votantes, y voy a intentar mostrarles que aunque toda la raza de los judíos fuera erradicada, habría todavía un número muy grande en el mundo que respondería al nombre de judíos, para quienes Cristo es un tropezadero; y que si Grecia fuera tragada por un terremoto, y cesara de ser una nación, habría todavía griegos para quienes el Evangelio sería una locura. Simplemente voy a introducir al judío y al griego, y dejarlos que les hablen a ustedes un momento, para que puedan ver a los caballeros que los representan; los hombres representativos; las personas que los simbolizan, que todavía no han sido llamados por la gracia divina.

El primero es el judío; para él, el Evangelio es tropezadero. El judío era un hombre respetable en su tiempo. Toda la religión formal estaba concentrada en su persona; iba al templo con mucha devoción; daba

diezmos de todo lo que poseía, incluyendo la menta y el comino. Lo podía ver ayunando dos veces a la semana, con su rostro muy marcado por la tristeza y la aflicción. Si lo mirabas, tenía la ley en medio de sus ojos; allí estaba la filacteria, y los flecos de sus vestidos eran de una anchura impresionante para que no se pudiera suponer jamás que era un perro gentil; que nadie pudiera concebir jamás que él no fuera un hebreo de raza pura. Él tenía un linaje santo; procedía de una familia piadosa; un buen hombre correcto era él. No podía soportar para nada a esos saduceos que no tenían religión. Él era un hombre religioso cabal; apoyaba a su sinagoga; no aceptaba ese templo en el monte Gerizim; no podía soportar a los samaritanos, y no tenía tratos con ellos; era un celoso de primera magnitud de la religión, un hombre excepcional; un espécimen de hombre moralista, amante de las ceremonias de la ley.

Consecuentemente, cuando oyó acerca de Cristo, preguntó quién era Cristo. “El hijo de un carpintero.” “¡Ah!” “El hijo de un carpintero, y el nombre de su madre era María, y de su padre José.” “Eso en sí mismo, es lo suficientemente presuntuoso,” comentó él, “prueba positiva, de hecho, que no puede ser el Mesías. Y, ¿qué es lo que dice?” Bien, pues dice: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!” “Eso no dará resultado.” “Además,” añade, “No es por las obras de la carne que alguien puede entrar en el reino de los cielos.” El judío amarraba de inmediato un doble nudo en su filacteria; pensaba que ordenaría que las franjas de su vestido fueran ampliadas al doble. ¡Inclinarse él ante el Nazareno! No, no; y si simplemente un discípulo atravesaba la calle, él consideraba el lugar contaminado, y no continuaba en sus pasos. ¿Piensan ustedes que él abandonaría la religión de su anciano padre, la religión que vino del Monte Sinaí, esa antigua religión que se encontraba en el arca y bajo la sombra de los querubines? ¿Renunciar a eso? No. Un vil impostor: a sus ojos, eso era Cristo. ¡El judío pensaba así! “¡Un tropezadero para mí! ¡No puedo oír hablar de eso! No lo quiero escuchar.” Por consiguiente, prestaba oídos sordos a toda la elocuencia del Predicador y no escuchaba nada.

Hasta luego, viejo judío. Tú duermes con tus padres, y tu generación es una raza errante, que todavía camina por la tierra. Hasta luego, ya he terminado contigo. ¡Ay!, pobre infeliz, ese Cristo que era tu tropezadero, será tu Juez, y sobre tu cabeza recaerá esa sonora maldición: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos.” Pero yo encuentro al señor judío aquí en Exeter Hall: personas que encajan en esa descripción, para quienes Jesucristo es un tropezadero. Permitanme que les haga una descripción de ustedes mismos, de algunos de ustedes. Ustedes también eran miembros de una familia piadosa, ¿no es así? Sí. Y tienen una religión que aman: la aman en cuanto a la crisálida, a la parte externa, la cubierta, la cáscara. No quisieran que se alterara ninguna regla, ni que ninguno de esos viejos arcos amados fuera eliminado, ni que los vitrales se cambiaran por nada del mundo; y si alguien dijera una palabra contra tales cosas, lo catalogarían de inmediato como hereje.

O tal vez ustedes no asisten a un lugar de adoración así, pero aman un lugar de reunión muy antiguo y sencillo, donde sus ancestros adoraron, o sea, una capilla disidente. ¡Ah!, es un hermoso lugar sencillo; ustedes lo aman, aman sus ordenanzas, aman su exterior; y si alguien hablara contra ese lugar, se sentirían muy vejados. Ustedes creen que lo que hacen allí, debería hacerse en todas partes; de hecho su iglesia es una iglesia modelo; el lugar donde ustedes van, es exactamente el tipo de lugar bueno para todos; y si yo les preguntara por qué tienen la esperanza de ir al cielo, tal vez responderían: "porque soy bautista," o, "porque pertenezco a la iglesia episcopal," o cualquier otra denominación a la que pertenezcan. Ya los he descrito. Yo sé que Jesucristo será un tropezadero para ustedes.

Si yo viniera y te dijera que todas tus idas a la casa de Dios no te sirven para nada; si yo te dijera que todas esas veces que has estado cantando y orando, pasaron desapercibidas a los ojos de Dios, porque tú eres un hipócrita y un formalista. Si yo te dijera que tu corazón no tiene la relación correcta con Dios, y que a menos que la tenga, todo lo externo no te sirve para nada, yo sé lo que responderías: "No voy a oír más a ese joven." Es un tropezadero. Pero si entraras a cualquier lugar donde escucharas que se exalta el formalismo; si se te dijera "debes hacer esto, y debes hacer lo otro, y entonces serás salvado," eso sí lo aprobarías de buen grado.

Pero cuántas personas hay que son religiosas en lo externo, intachables de carácter, aunque nunca han tenido la influencia regeneradora del Espíritu Santo; que no han sido conducidas a postrarse con su frente en el suelo ante la cruz del Calvario; que nunca han vuelto un ojo anhelante hacia el Salvador crucificado; que nunca han puesto su confianza en Él, que fue sacrificado a favor de los hijos de los hombres. Ellos aman una religión superficial, pero cuando un hombre habla algo más profundo que eso, declaran que es un discurso enrevesado.

Ustedes pueden amar todo lo externo acerca de la religión, de la misma manera que pueden admirar a un hombre por su ropa: sin que les importe nada el hombre mismo. Si es así, yo sé que pertenecen al grupo que rechaza el Evangelio. Ustedes me oirán predicar; y mientras yo hable de cosas externas, me oirán con atención; mientras yo promueva la moralidad, y argumente en contra de la borrachera, o muestre la atrocidad del incumplimiento del reposo el día domingo, todo irá muy bien; pero si digo una vez: "Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos;" si les digo alguna vez que deben ser elegidos por Dios, que deben ser comprados con la sangre del Salvador, que deben ser convertidos por el Espíritu Santo, ustedes dirán: "¡es un fanático! ¡Que se vaya! ¡Fuera! No queremos oír nada de eso." Cristo crucificado es para el judío, el formalista, un tropezadero.

Pero se puede encontrar otro espécimen de este judío. Este es completamente ortodoxo en sus sentimientos. En cuanto a formas y ceremonias, no las tiene en un alto concepto. Asiste a un lugar de adoración donde aprende sana doctrina. No quiere escuchar nada que no sea la verdad. Le gusta que hagamos buenas obras y tengamos moralidad.

Es un buen hombre, y nadie le puede encontrar una falla. Está aquí presente, asistiendo como siempre al servicio dominical. En la plaza camina ante los hombres con toda honestidad: eso pensaría ustedes. Pregúntenle acerca de cualquier doctrina, y puede darles toda una disquisición al respecto. De hecho, podría escribir todo un tratado sobre cualquier cosa relativa a la Biblia, y también acerca de muchas otras cosas. Lo sabe casi todo; y aquí, en este oscuro ático de la cabeza, su religión se ha establecido; tiene una excelente sala de recibo en su corazón, pero su religión nunca asiste allí: está cerrada para ella. Él tiene dinero allí: mamón, mundanalidad; o tiene otra cosa: amor de sí mismo, orgullo. Tal vez le guste escuchar una predicación práctica; lo admira todo; de hecho ama todo lo que sea correcto. Pero no hay nada bueno dentro de él: o más bien, todo es sonido sin sustancia. Le gusta escuchar sana doctrina; pero ésta no penetra el hombre interior. Nunca lo ves llorar. Predícale acerca de Cristo crucificado, un tema glorioso, y nunca verás que una lágrima ruede por sus mejillas; cuéntale acerca de la poderosa influencia del Espíritu Santo: te puede admirar por ello, pero la mano del Espíritu Santo no ha tocado nunca su alma; háblale acerca de la comunión con Dios, en qué consiste sumergirse en el mar más profundo de la Deidad, y perderse en su inmensidad: al hombre le encanta oír eso, pero nunca lo ha experimentado, nunca ha tenido comunión con Cristo; y cuando comienzas a calarle hondo, cuando lo acuestas sobre la mesa, y sacas tu bisturí de disección y comienzas a hacer tus cortes y le muestras su propio corazón, y le das ver lo que él es por naturaleza, y en lo que debe convertirse por gracia, el hombre se sobresalta; no puede soportar eso; no acepta nada de esto: recibir y aceptar a Cristo en el corazón. Aunque lo ama lo suficiente con su cerebro, es para él un tropezadero, y lo desecha. ¿Se reconocen descritos aquí, amigos míos? ¿Se ven ustedes como los ven otras personas? ¿Se ven ustedes como los ve Dios? Pues así es, posiblemente aquí hay muchas personas para quienes Cristo es un tropezadero como lo ha sido siempre para otros.

¡Oh, ustedes que son formalistas! Me dirijo ahora a ustedes; oh, ustedes que prefieren la cáscara de la nuez pero aborrecen la propia nuez; oh, ustedes, a quienes les gustan las galas y el vestido, pero a quienes no les importa la hermosa virgen que está ataviada con ellos: oh, ustedes que admirán la pintura y el oropel, pero que aborrecen el oro fino, les hablo a ustedes; les pregunto: ¿les da su religión un sólido consuelo? ¿Pueden mirar a la muerte a la cara con ese consuelo, y afirmar: "Yo sé que mi Redentor vive"? ¿Pueden cerrar sus ojos en la noche, y cantar como su himno de vísperas?—

***"Yo debo aguantar hasta el fin,
Tan convencido como la señal me es dada."***

¿Puedes bendecir a Dios en la aflicción? ¿Puedes sumergirte con el pesado equipo que cargas y nadar a través de las corrientes de las pruebas? ¿Puedes marchar triunfante en el escondrijo del león, reírte de la aflicción y ofrecer un desafío al infierno? ¿Puedes hacer esto? ¡No! Tu evangelio es afeminado; es una cosa de palabras y sonidos, y no de

poder. Arrójalo lejos de ti, te lo imploro: no vale la pena que lo conserves; pues cuando te presentes ante el trono de Dios, descubrirás que te fallará, y lo hará de tal manera que te impedirá encontrar otro; pues perdido, arruinado, destruido, te darás cuenta que Cristo que ahora es “tropezadero,” entonces será tu Juez.

He descrito al judío, y ahora voy a descubrir al griego. Él es una persona de un exterior muy diferente al judío. Para el griego la filacteria es una basura; y desprecia los flecos extendidos de sus mantos. Las formas de religión no le importan; de hecho siente una intensa aversión hacia los sombreros de alas anchas, y hacia cualquier cosa que represente un despliegue externo. Aprecia la elocuencia; admira cualquier formulación inteligente; ama los dichos singulares; le encanta la lectura del último libro; es un griego, y para él, el Evangelio es una locura. El griego es un caballero que puede ser encontrado hoy en la mayoría de los lugares: producido algunas veces en las universidades, formado constantemente en las escuelas, fabricado en todas partes. Está en la casa de cambio; en el mercado; posee un almacén; anda en carrozas; es un noble, un caballero; está en todas partes, inclusive en la corte. Es sabio en todo. Pregúntale cualquier cosa y él la sabe. Pídele una cita de cualquiera de los poetas antiguos, o de cualquier otra persona, y él te la puede proporcionar. Si tú eres un musulmán y argumentas las creencias de tu religión, él te escuchará muy pacientemente. Pero si tú eres un cristiano, y le hablas de Jesucristo, él te responderá: “Pon un alto a tu discurso enrevesado, no quiero oír nada acerca de eso.” Este caballero griego cree en cualquier filosofía, excepto en la verdadera; estudia toda sabiduría, excepto la sabiduría de Dios; busca todo conocimiento excepto el conocimiento espiritual; le gusta todo lo que el hombre hace, pero no le gusta nada que venga de Dios; es una locura para él, locura abominable. Sólo tienes que platicar acerca de una doctrina de la Biblia, y se tapa los oídos; ya no desea más tu compañía; es locura.

Yo me he encontrado a este caballero muchas veces. Cuando lo vi en una ocasión, me comentó que no creía en ninguna religión; y cuando le dije que yo sí creía, y que tenía la esperanza de ir al cielo al morir, él respondió que se atrevía a decir que eso era muy cómodo, pero que no creía en la religión, y que estaba seguro que era mejor vivir según lo dictara la naturaleza. En otra ocasión habló bien de todas las religiones, y creía que eran muy buenas y todas ellas verdaderas, cada una en lo suyo; y estaba convencido que si un hombre era sincero en cualquier tipo de religión, no tendría problemas al llegar a al fin. Yo le respondí que no estaba de acuerdo, y que yo creía que no había sino una sola religión revelada por Dios: la religión de los elegidos de Dios, la religión que es el don de Jesús. Después dijo que yo era un fanático intolerante y se despidió. Para él era locura. No quería saber nada de mí. O aceptaba todas las religiones o no aceptaba ninguna.

En otra oportunidad le detuve sosteniendo el botón de su saco, y discutí con él un poco acerca de la fe. Él dijo: “Todo eso está muy bien, creo que esa es sana doctrina protestante.” Pero al instante yo mencioné algo acerca de la elección, y comentó: “no me gusta eso; muchas

personas han predicado eso con muy malos resultados.” Luego sugerí algo acerca de la gracia inmerecida; pero no podía soportar tampoco eso, era una locura para él. Se trataba de un griego muy pulido, y pensaba que si no era un elegido, debía serlo. Nunca le gustó el pasaje bíblico: “Sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; . . . y lo que no es, para deshacer lo que es.” Él consideraba que eso era algo vergonzoso de la Biblia; y que cuando el libro fuera revisado, no dudaba que sería eliminado.

Para tal persona (pues está presente aquí el día de hoy, y ha venido muy probablemente para oír una caña sacudida por el viento), tengo que decir esto: “¡Ah!, hombre sabio, lleno de sabiduría del mundo; tu sabiduría te sostendrá aquí, pero ¿qué harás en las crecidas aguas del Jordán? La filosofía te puede ayudar para que te apoyes en ella mientras caminas en este mundo; pero el río es profundo, y tú vas a necesitar algo más que eso.

Si no tienes el brazo del Altísimo para que te sostenga en la corriente y te anime con las promesas, te hundirás, amigo; con toda tu filosofía, te hundirás; con todos tus conocimientos, te hundirás, y serás arrastrado a ese terrible océano de tormento eterno, donde permanecerás para siempre. ¡Ah!, griegos, podrá ser locura para ustedes, pero verán al Hombre, su Juez, y entonces lamentarán aquel día en que dijeron que el Evangelio era una locura.

II. Habiendo predicado hasta este punto acerca del rechazo del Evangelio, ahora voy a hablar brevemente sobre el EVANGELIO TRIUNFANTE. “Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.” Aquel hombre que está por allá, rechaza el Evangelio, desprecia la gracia, y se ríe de todo esto como de un engaño. Por aquí está otro hombre que se ríe también; pero Dios los pondrá de rodillas. Cristo no murió en vano. El Espíritu Santo no obrará en vano.

Dios ha dicho: “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.” “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho.” Si un pecador no es salvado, otro lo será. El judío y el griego no despoblarán nunca el cielo. Los coros de gloria no perderán un solo cantor a causa de toda la oposición de judíos y griegos; pues Dios lo ha dicho; algunos serán llamados; algunos serán salvados; algunos serán rescatados—

**“Perezca el mérito, como debe ser, aborrecido,
Y el necio con él, el que insulta a su Señor.
La expiación que el amor del Redentor ha obrado
No es para ti; el justo no la necesita.
¿Ves aquella prostituta que invita a todos los que encuentra,
Esa molesta presencia que se pudre en nuestras calles,
Ofreciéndose de la mañana a la noche, y a la otra mañana,
Que se aborrece a sí misma y que ustedes desprecian?:
La lluvia de gracia, inmerecida y libre,
Caerá sobre ella cuando el cielo te la niegue a ti.
De todo lo que dicta la sabiduría, esta es la esencia,
Que el hombre está muerto en el pecado, y la vida es un don.”**

Si los justos y los buenos no son salvados, si rechazan el Evangelio, hay otros que serán llamados, otros que serán rescatados, pues Cristo no perderá los méritos de Sus agonías, ni lo que fue comprado con Su sangre.

“Mas para los llamados.” Esta semana recibí una nota en la que me solicitaban que explicara la palabra “llamados;” porque en un pasaje dice “Porque muchos son llamados, y pocos escogidos,” mientras que en otro daría la impresión que todos los que son llamados deben ser elegidos. Ahora, déjenme mencionarles que hay dos llamados. Como mi viejo amigo John Bunyan afirma, “la gallina tiene dos llamados, el cloqueo común, que hace a diario y a cada hora, y el cloqueo especial que dirige a sus pollitos.” De la misma manera hay un llamado general, un llamado que se hace a cada hombre; todo hombre lo oye. Muchos son llamados por su medio; ustedes son llamados el día de hoy en ese sentido; pero muy pocos son elegidos.

El otro es un llamado especial, el llamado a los hijos. Ustedes saben cómo suena la campana en el taller para llamar a los hombres al trabajo: ese es un llamado general. Un padre va a la puerta y llama: “Juan, es hora de la cena.” Ese es el llamado especial. Muchos son llamados mediante el llamado general, pero ellos no son elegidos; el llamado especial es únicamente para los hijos, y eso es lo que el texto significa, “Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.” Ese llamado es siempre un llamado especial.

Aunque yo estoy aquí y llamo a los hombres, nadie viene; aunque yo predico a los pecadores de manera universal, no se logra ningún bien; es como el relámpago sin ruido (fucilazo) que se ve algunas veces en los atardeceres de verano, hermoso, grandioso, pero ¿quién ha oído que haya caído alguna vez sobre algún objeto? Mas el llamado especial es como el rayo bifurcado caído del cielo; golpea en algún lado; es la flecha que se clava por entre las junturas de la armadura. El llamado que salva es como el de Jesús, cuando dijo, “María,” y ella le respondió, “¡Raboni!”

¿Sabes algo de ese llamado especial, amado hermano? ¿Te ha llamado Jesús por tu nombre alguna vez? ¿Puedes recordar la hora cuando Él susurró tu nombre a tu oído, cuando te dijo: “Ven a Mí”? Si es así, concederás que es verdad lo que voy a decir al respecto: que es un llamado eficaz. Es irresistible. Cuando Dios llama con Su llamamiento especial, no se puede dejar de acudir. ¡Ah!, yo sé que yo me reía de la religión; yo la despreciaba, la aborrecía; ¡pero ese llamado! ¡Oh!, yo no quería venir. Pero Dios dijo, “tú vendrás. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí.” “Señor, yo no lo haré.” “Claro que lo harás,” dijo Dios. Y yo había ido algunas veces a la casa de Dios casi con una determinación de no escuchar, pero debía escuchar. ¡Oh, cómo penetró en mi alma la palabra! ¿Acaso tenía algún poder de resistir? No; fui derribado; cada hueso parecía fracturado; yo fui salvado por la gracia eficaz.

Yo apelo a su experiencia, amigos míos. Cuando Dios los tomó de la mano, ¿hubieran podido resistirse? Ustedes se enfrentaron a su ministro innumerables veces. La enfermedad no los quebrantó; las dolencias

no los condujeron a los pies de Dios; la elocuencia no los convenció; pero cuando Dios puso manos a la obra, ¡ah!, entonces qué cambio se dio; como Saulo, cuando iba hacia Damasco con sus caballos, escuchó esa voz del cielo que decía, “Yo soy Jesús, a quien tú persigues.” “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” En ese momento no había forma de continuar. Ese era un llamado eficaz. Como ese, también, que Jesús le hizo a Zaqueo, cuando estaba subido en el árbol: colocándose bajo el árbol, Él dijo, “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que pose yo en tu casa.” Zaqueo fue atrapado en la red; él oyó su propio nombre; el llamamiento penetró su alma; no podía quedarse en el árbol, pues un impulso Todopoderoso lo hizo bajar.

Y yo podría mencionarles algunos ejemplos especiales de personas que han asistido a la casa de Dios y han escuchado la descripción de su carácter delineado a la perfección, de tal forma que han dicho, “me está describiendo, me está describiendo.” Lo mismo que yo podría decir a ese joven que robó los guantes de su jefe ayer, que Jesús lo llama al arrepentimiento. Podría ser que aquí hubiera una persona así; y cuando el llamamiento viene a una persona en particular, generalmente viene con un poder especial. Dios da a Sus ministros una brocha especial y les enseña cómo usarla para pintar cuadros vivos, y de esta manera el pecador oye el llamamiento especial. Yo no puedo hacer el llamamiento especial; Dios es el único que puede hacerlo, y por eso yo se lo dejo a Él. Algunos deben ser llamados. Judíos y griegos podrán reírse, pero aun así hay algunos que son llamados, tanto judíos como griegos.

Entonces, para concluir este segundo punto, es una gran misericordia que muchos judíos hayan sido conducidos a olvidarse de su justicia propia; muchos legalistas han sido conducidos a abandonar su legalismo y a venir a Cristo, muchos griegos han inclinado su genio ante el trono del Evangelio de Dios. Nosotros tenemos unos cuantos de ellos. Como afirma Cowper—

***“Nosotros nos jactamos de ricos a quienes el Evangelio doblega
Y de uno que lleva una corona y ora;
Se muestran como vestigios de un olivo,
Aquí y allá vemos alguno ubicado en la rama más alta.”***

III. Ahora llegamos a nuestro tercer punto, UN EVANGELIO ADMIRADO; para los llamados por Dios, es el poder de Dios, y la sabiduría de Dios. Ahora, amados hermanos, este debe ser un asunto de pura experiencia entre sus almas y Dios. Si ustedes son llamados por Dios el día de hoy, lo sabrán. Yo sé que hay momentos en los que el cristiano debe decir—

***“Es un punto que anhelo conocer,
A menudo genera un pensamiento ansioso;
¿Amo al Señor o no?
¿Le pertenezco a Él, o no?”***

Pero si un hombre nunca se ha reconocido cristiano en su vida, nunca ha sido un cristiano. Si nunca ha tenido un momento de confianza en el que pudiera decir: “yo sé a quién he creído,” pienso que no estoy siendo duro cuando afirmo que ese hombre no pudo haber nacido de nuevo; pues no puedo entender cómo un hombre pueda nacer de nuevo

y no lo sepa; no entiendo cómo un hombre pueda haber sido asesinado y reviva, sin que se dé cuenta; cómo un hombre pueda pasar de la muerte a la vida, y no lo sepa; cómo un hombre pueda ser llamado de las tinieblas a una luz admirable y no se dé cuenta. Yo tengo la certeza que lo sé, cuando digo en alta voz mi vieja estrofa—

***“Ahora libre de pecado camino en libertad,
La sangre de mi Salvador es mi exoneración total;
A Sus pies amados contento me siento,
Un pecador salvado, homenaje yo rindo.”***

Hay momentos en los que los ojos brillan llenos de gozo; y en los que podemos decir, “estamos persuadidos, confiados, seguros.” Yo no quisiera angustiar a nadie que tenga dudas. A menudo prevalecerán pensamientos sombríos; hay ocasiones en las que ustedes podrían tener el temor de no haber sido llamados; cuando tienen dudas de su interés en Cristo. ¡Ah, cuán grande misericordia es que no sea su asimiento de Cristo el que los salve, sino el que Cristo los sostenga a ustedes! Cuán dulce realidad es que no depende de cómo se aferran a Su mano, sino de cómo Él se aferra a la mano de ustedes, lo que los salva. Sin embargo, yo creo que ustedes deben saber en un momento u otro, si son llamados por Dios. Si es así, me seguirán en la parte siguiente de mi sermón, que es un asunto de pura experiencia; para nosotros que somos salvos, es “Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios.”

El Evangelio es para el verdadero creyente una cosa de poder. Es Cristo el poder de Dios. Ay, hay un poder en el Evangelio de Dios que está más allá de toda descripción. Una vez yo, como Mazepa, atado sobre el caballo salvaje de mi lujuria, atado de pies y manos, incapaz de resistir, iba galopando perseguido por los lobos del infierno, que aullaban tras mi cuerpo y mi alma, como su presa justa y legal. Pero vino una poderosa mano que detuvo al caballo salvaje, cortó mis ataduras, me bajó y me condujo a la libertad. ¿Hay poder allí, amigo mío? Ay, hay poder, y quien lo haya sentido debe reconocerlo.

Hubo un tiempo en el que yo vivía en el impenetrable castillo de mis pecados, y confiaba en mis obras. Pero vino un pregonero a la puerta, y me ordenó que la abriera. Lleno de ira lo reprendí desde el vestíbulo y le dije que nunca entraría. Vino luego un personaje bueno, con un rostro lleno de amor; Sus manos tenían las marcas de cicatrices producidas por clavos, y Sus pies también tenían marcas de clavos; levantó Su cruz, usándola como un martillo; al primer golpe, la puerta de mi prejuicio se sacudió; al segundo golpe, tembló más; al tercero, se derrumbó, y Él entró; y dijo: “Levántate, y ponte de pie, pues te he amado con amor eterno.” ¡Una cosa de poder! ¡Ah!, es una cosa de poder. ¡Yo la he sentido aquí, en este corazón! Tengo dentro de mí el testimonio del Espíritu, y sé que es una cosa de poder porque me ha conquistado; me ha doblegado—

***“Únicamente Su gracia inmerecida, de principio a fin,
Ha ganado mi afecto, y ha sostenido firme mi alma.”***

Para el cristiano, el Evangelio es un asunto de poder. ¿Qué es lo que hace que el joven se convierta en un misionero para la causa de Dios, que deje a su padre y su madre, y que se vaya a lejanas tierras? Es una

cosa de poder la que lo logra: es el Evangelio. ¿Qué es lo que constriñe a aquel ministro, en medio de la peste del cólera, a subir esas rechinantes escaleras, para estar junto al lecho de alguna moribunda criatura atacada por esa espantosa enfermedad? Debe ser un elemento de poder el que lo guía a arriesgar su vida; es el amor por la cruz de Cristo el que le ordena hacerlo.

¿Qué es lo que habilita a un hombre para que se pare frente a una multitud de compañeros, tal vez sin que ellos lo esperen, con la determinación de no hablar de otra cosa sino de Cristo crucificado? ¿Qué es lo que le permite clamar: ¡Ea!, como el caballo de guerra de Job parecía decirlo en la batalla, moviéndose glorioso en poder? Es un elemento de poder el que lo hace: es Cristo crucificado. Y ¿qué es lo que da valor a esa tímida mujer para que camine por ese oscuro sendero en el atardecer lluvioso, para sentarse junto a la víctima de una fiebre contagiosa? ¿Qué es lo que la fortalece para atravesar esa guarida de ladrones, y pasar junto al libertino y al profano? ¿Qué es lo que la motiva para entrar en ese osario de muerte, y sentarse allí musitando palabras de consuelo? ¿Acaso ella va allí por el oro? Son demasiado pobres para que le puedan dar oro. ¿Acaso ella va allí buscando la fama? Ella nunca será conocida, ni participará en las crónicas de las mujeres poderosas de esta tierra. ¿Qué es lo que la motiva a hacerlo? ¿Acaso es su amor al mérito? No; ella sabe que no tiene ningún merecimiento ante el alto cielo. ¿Qué es lo que la impulsa a hacerlo? Es el poder del Evangelio en su corazón; es la cruz de Cristo; ella la ama, y por tanto dice—

***“Si todo el reino de la naturaleza fuese mío
Eso sería un regalo demasiado pequeño;
Amor tan sorprendente, tan divino,
Es lo que requiere mi alma, mi vida, mi todo.”***

Pero yo contemplo otra escena. Un mártir es llevado rápidamente a la hoguera; los verdugos están a su alrededor; la turba se burla, pero él marcha hacia delante con firmeza. Vean, lo atan a la hoguera poniendo una cadena en su cintura; apilan leños a su alrededor; una flama es encendida; escuchen sus palabras; “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre.” Las llamas están ardiendo alrededor de sus piernas; el fuego lo está quemando hasta los huesos; mirenlo cómo levanta sus manos mientras dice: “yo sé que mi Redentor vive, y aunque el fuego devore mi cuerpo, en mi carne he de ver a Dios.” Véanlo cómo se aferra a la hoguera, y la besa como si la amara, y escúchenle decir: “por cada cadena de hierro con la que el hombre me ciña, Dios me dará una cadena de oro; por todos estos leños y esta ignominia y vergüenza, Él incrementará el peso de mi eterna gloria.” Miren, todas las partes inferiores de su cuerpo han sido consumidas; todavía vive la tortura; al fin se dobla y la parte superior de su cuerpo se desploma; y al caer le escuchas decir: “En tus manos encomiendo mi espíritu.” Señores, ¿qué magia sorprendente había en él? ¿Qué fue lo que fortaleció a ese hombre? ¿Qué le ayudó a soportar esa残酷? ¿Qué le hizo permanecer inmóvil en medio de las llamas? Fue el elemento de

poder; fue la cruz de Jesús crucificado. Pues “para los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios.”

Pero contemplen otra escena completamente diferente. Allí no encontramos una multitud; es una habitación silenciosa. Encontramos un pobre jergón, una cama solitaria: un médico la acompaña. Allí está una jovencita; su rostro está pálido por la tisis; desde hace tiempo el gusano ha carcomido su mejilla, y aunque algunas veces regresa su rubor, es más bien el rubor de muerte del destructor engañoso. Allí yace, pálida y débil, descolorida, desgastada, moribunda: sin embargo, vean una sonrisa en su rostro, como si hubiese visto un ángel. Habla, y hay música en su voz. La Juana de Arco de la historia no era ni la mitad de poderosa como esa muchacha. Ella lucha con dragones en su lecho de muerte; pero miren su serenidad, y oigan su soneto agonizante—

*“¡Jesús!, amante de mi alma,
Déjame apresurarme a tu pecho,
Mientras revientan junto a mí las olas,
¡Mientras la tempestad se crece!
¡Escóndeme, oh mi Salvador! ¡Escóndeme
Hasta que pase la tormenta de la vida!
Guíame con seguridad al puerto seguro;
¡Oh, recibe, al final, mi alma!*

Y con una sonrisa cierra sus ojos en la tierra, para abrirllos en el cielo. ¿Qué es lo que le permite morir de esa manera? Es el poder de Dios para salvación; es la cruz; es Jesús crucificado.

Tengo muy poco tiempo para reflexionar sobre el último punto, y lejos de mí está el querer cansarlos con un sermón largo y prosaico, pero debemos dar un vistazo a la otra afirmación: Cristo es, para los llamados, sabiduría de Dios, así como poder de Dios. Para un creyente, el Evangelio es la perfección de la sabiduría, y si no lo considera así el impiado, es debido a la perversión del juicio a consecuencia de su depravación.

Una idea ha poseído durante largo tiempo a la mente pública, y es que un hombre religioso difícilmente puede ser un hombre sabio. La costumbre ha sido hablar de los infieles, de los ateos y de los deístas como hombres de pensamiento profundo y vasto intelecto; y temblar por el polemista cristiano, como si fuera a caer con certeza a manos de su enemigo. Mas esto es puramente un error; pues el Evangelio es la suma de la sabiduría; el epítome del conocimiento; una tesorería de la verdad; y una revelación de secretos misterios. En él vemos cómo la justicia y la misericordia pueden casarse; aquí vemos a la ley inexorable enteramente satisfecha, y al amor soberano cargando al pecador en triunfo. Nuestra meditación sobre él engrandece la mente; y en la medida que se abre a nuestra alma en destellos sucesivos de gloria, nos quedamos atónitos ante la profunda sabiduría manifiesta en él.

¡Ah, queridos amigos! Si buscan sabiduría, la verán desplegada en toda su grandeza, no en el balanceo de las nubes, ni en la firmeza de los cimientos de la tierra; no en la marcha mesurada de los ejércitos del firmamento, ni en el movimiento perpetuo de las olas del mar; no en la vegetación con todas sus hermosas formas de belleza; ni tampoco en el

animal con su maravilloso tejido de nervio, y vena, y músculo: ni en el hombre, esa última y más elevada obra del Creador. ¡Pero vuelvan su vista y vean este grandioso espectáculo! Un Dios encarnado sobre la cruz; un sustituto expiando la culpa mortal; un sacrificio satisfaciendo la venganza del cielo; liberando al pecador rebelde.

Aquí hay sabiduría esencial; entronizada, coronada, glorificada. Admiren esto, ustedes hombres de la tierra, y no sean ciegos: y ustedes, que se glorian de sus conocimientos, inclinen sus cabezas en señal de reverencia, y reconozcan que toda su habilidad no pudo haber concebido un Evangelio a la vez justo para Dios y seguro para el hombre.

Amigos míos, recuerden que a la vez que el Evangelio es en sí mismo sabiduría, también confiere sabiduría a sus estudiantes; enseña a los jóvenes sabiduría y discreción, y da entendimiento al simple. Un hombre que sea un admirador creyente y un amante sincero de la verdad, como lo es en Jesús, está en un lugar correcto para seguir con beneficio cualquier otra rama de la ciencia. Yo confieso que poseo en mi cabeza ahora un estante para cada cosa. Sé dónde poner cualquier cosa que leo; sé dónde almacenar cualquier cosa que aprendo. Antes, cuando leía libros, ponía todo mi conocimiento aglomerado en una gloriosa confusión; pero desde que conocí a Cristo, he puesto a Cristo en el centro como mi sol, y cada ciencia gira alrededor de Él como un planeta, en tanto que las ciencias menores son satélites de esos planetas. Cristo es para mí la sabiduría de Dios. Ahora puedo aprender de todo. La ciencia de Cristo crucificado es la más excelente de las ciencias; es para mí la sabiduría de Dios.

¡Oh, joven amigo, construye tu estudio en el Calvario! Levanta allí tu observatorio, y mediante la fe escudriña las cosas elevadas de la naturaleza. Toma una celda de ermitaño en el huerto de Getsemaní, y lava tu rostro en las aguas de Siloé. Adopta a la Biblia como tu clásico estándar; que sea tu última apelación en materia de disputas. Que su luz sea tu iluminación, y entonces te convertirás en alguien más sabio que Platón; más erudito que los siete sabios de la antigüedad.

Y ahora, mis queridos amigos, solemnemente y de todo corazón, como ante los ojos de Dios, yo apelo a ustedes. Están congregados aquí el día de hoy, yo sé, por diferentes motivos; algunos han venido por curiosidad; otros son mis oyentes regulares; algunos han venido desde un lugar y otros de otro. ¿Qué me han oído decir el día de hoy? Les he hablado de dos clases de personas que rechazan a Cristo; el devoto fanático que posee una religión formal y nada más; y el hombre del mundo, que llama a nuestro Evangelio una locura.

Ahora, pon tu mano en tu corazón y pregúntate esta mañana: “¿Soy yo uno de éstos?” Si lo eres, entonces camina por la tierra con todo tu orgullo; entonces, vete por donde viniste; pero debes saber que por todo esto, el Señor te llevará a juicio; debes saber que tus gozos y delicias se desvanecerán como un sueño, “y, como la infundada trama de una visión,” será barrida para siempre. Debes saber esto, oh hombre, que un día en los salones de Satanás, abajo en el infierno, tal vez te vea entre los miles de espíritus que dan vueltas por siempre en un círculo perpetuo.

tuo con sus manos en sus corazones. Si tu mano es transparente, y tu carne es transparente, voy a mirar a través de tu mano y de tu carne, y voy a ver a tu corazón. Y, ¿cómo lo veré? ¡Colocado en un estuche de fuego; un estuche de fuego! Y allí darás vueltas para siempre, con el gusano que roe tu corazón por dentro, que nunca morirá; un estuche de fuego aprisionando tu corazón que nunca muere, que siempre es torturado. ¡Buen Dios!, no permitas que estos hombres todavía rechacen y desprecien a Cristo; permite que este sea el momento en que sean llamados.

Para el resto de ustedes que son llamados, no necesito decir nada. Entre más vivan, encontrarán que el Evangelio es cada vez más poderoso; entre más profundamente sean enseñados por Cristo, entre más vivan bajo la constante influencia del Espíritu Santo, más reconocerán que el Evangelio es una cosa de poder, y más entenderán que es una cosa de sabiduría. ¡Que toda bendición descansen en ustedes; y que Dios esté con nosotros siempre!—

*“Que los hombres y los ángeles caven las minas
Donde brilla el dorado tesoro de la naturaleza;
Colocado cerca de la doctrina de la cruz,
Todo el oro de la naturaleza parece como escoria.
Si viles blasfemos con desdén
Declaran las verdades de Jesús vanas
Enfrentaremos el escándalo y la vergüenza
Y cantaremos con triunfo en Su nombre.”*

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #7-8 – Volumen 1

CHRIST CRUCIFIED

El Cristo del Pueblo

NO. 11

**PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO, 25 DE FEBRERO DE 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“He enaltecido a un escogido de mi pueblo.”
Salmo 89:19.

No me cabe ninguna duda que, originalmente, estas palabras se referían a David. Él fue un escogido de su pueblo. Su linaje era respetable, pero no ilustre. Su familia era santa, pero no exaltada: los nombres de Isaí, Obed, Boaz y Rut no evocaban recuerdos de realeza, ni motivaban pensamientos de antigua nobleza o de una gloriosa genealogía. En cuanto a David mismo, su única ocupación había sido la de un joven pastor, cargando a los corderos en su regazo, conduciendo tiernamente a las ovejas con sus crías; un joven sencillo que poseía una alma real, recta, de valor incombustible, pero aún así un plebeyo – uno del pueblo.

Pero esto no lo descalificaba para la corona de Judá. A los ojos de Dios, la procedencia de este joven héroe no era ninguna barrera para elevarlo al trono de la nación santa, como tampoco el más orgulloso admirador de castas y linajes se habría atrevido a insinuar siquiera, alguna palabra en contra del valor, sabiduría y justicia del gobierno de este monarca del pueblo.

No creemos que Israel o Judá hayan tenido jamás un gobernante mejor que David, y nos atrevemos a afirmar que el reino de “*uno escogido de mi pueblo*” eclipsó en gloria a los reinos de emperadores de alcurnia, y de príncipes en cuyas venas corría la sangre de varios reyes. Sí, más aún, afirmamos que la humildad de su nacimiento y de su educación, lejos de hacerlo incompetente para gobernar, le dieron, en buena medida, mejor preparación para su trabajo, y mayor capacidad para desempeñar sus tremendos deberes. Él pudo legislar para los muchos, porque era uno de ellos –él pudo gobernar al pueblo como el pueblo debía ser gobernado, porque era “*hueso de sus huesos y carne de su carne*”; su amigo, su hermano, así como su rey.

Sin embargo, en este sermón no vamos a hablar de David, sino del Señor Jesucristo, pues David, como lo refiere el texto, es un eminente *tipo* de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador, quien fue escogido de su pueblo. Jesús es Él, de quien Su Padre puede decir: “*he enaltecido a un escogido de mi pueblo.*”

Antes de entrar en la ilustración de esta verdad, quiero hacer una declaración, para evitar todas las objeciones relacionadas a la doctrina de mi sermón. Nuestro Salvador Jesucristo, digo yo, fue *escogido* de su pueblo, pero sólo en cuanto a Su *naturaleza humana* se refiere.

Como “Dios verdadero de Dios verdadero”, Él no fue escogido de su pueblo, pues no había nadie excepto Él. El era el Unigénito del Padre, “engendrado del Padre antes de la creación del mundo.” Él era igual a Dios, y eterno; consecuentemente, cuando hablamos de Jesucristo como escogido de su pueblo, debemos hablar de Él como Hombre. Se nos olvida con mucha frecuencia, pienso yo, la verdadera humanidad de nuestro

Redentor, porque era un hombre en todos los sentidos y para todos los efectos, y me gozo al cantar—

***“Hubo un Hombre, un Hombre de verdad
Que un día murió en el Calvario”***

Jesús no era hombre y Dios en una mezcla; sus dos naturalezas no sufrieron confusión. Él era Dios verdadero, sin ninguna disminución de Su esencia ni de Sus atributos; y Él era igualmente, verdaderamente y ciertamente un hombre. Es *como hombre* que hablo de Jesús esta mañana. Mi corazón se alegra cuando puedo apreciar el lado humano de ese glorioso milagro de la encarnación, y tratar con Jesucristo como mi hermano: habitando en la misma mortalidad, luchando contra las mismas enfermedades y dolores, compañero en el camino de la vida y, por unos instantes, compañero durmiente en la fría cámara de la muerte.

El texto menciona tres cosas: La primera: su extracción; Cristo era uno del pueblo. La segunda: su elección: Él fue escogido de su pueblo. La tercera: la exaltación de Cristo: Él fue exaltado. Pueden ver que he escogido tres palabras que comienzan con la letra E, para facilitar que las recuerden mejor: Extracción, Elección y Exaltación.

I. Vamos a comenzar con la EXTRACCION de nuestro Salvador. Hemos tenido muchas quejas en esta semana y durante las últimas semanas, en los periódicos, con respecto a las familias. Somos gobernados, y de acuerdo con la firme creencia de la gran mayoría de nosotros, muy mal gobernados, por ciertas familias aristocráticas. No somos gobernados por hombres escogidos del pueblo, como debería ser. Y ese es un error fundamental en nuestro gobierno, que nuestros gobernantes, aún siendo elegidos *por* nosotros, difícilmente podrían algún día ser elegidos *de entre* nosotros.

Hay familias que ciertamente no poseen el monopolio de la inteligencia o de la prudencia, pero que parecen tener la patente para ser promovidas. Mientras que por otro lado un hombre, uno cualquiera, un comerciante, con algo de sentido común, no puede llegar al gobierno. No soy un político, ni me dispongo a predicar un sermón político. Pero debo expresar mi simpatía con la gente, y mi gozo de que, nosotros como cristianos, somos gobernados por uno “escogido de mi pueblo.” Jesucristo es el Hombre del pueblo; él es el Amigo del pueblo; sí, uno de ellos. Aunque Él está sentado en lo alto en el trono de su Padre, Él fue “uno escogido de mi pueblo.” Cristo no debe ser llamado el Cristo de los aristócratas. Él no es el Cristo de los nobles. Él no es el Cristo de los reyes. Él es “uno escogido de mi pueblo.” Este es el pensamiento que anima los corazones de la gente y debería atar sus almas en unidad con Cristo y la santa religión de la que Él es el Autor y el Consumador. Vamos a martillar sobre esta pepita de oro para convertirla en una lámina, y vamos a inspeccionar muy de cerca su verdad.

Cristo, por su mismo nacimiento, fue uno del pueblo. Ciertamente, nació de estirpe real. María y José eran ambos de linaje real, aunque su época de gloria había pasado. Un extraño se sentaba en el trono de Judá, mientras el heredero legítimo trabajaba con un martillo y una pala. Observen bien el lugar de Su nacimiento. Nacido en un establo, tuvo por cuna un pesebre donde comían unos bueyes de largos cuernos. Su única cama era el forraje; y Sus sueños eran interrumpidos a menudo por el apetito de las bestias. Jesús era un principio de nacimiento; pero ciertamente no tenía el séquito que corresponde a los principes, para que

le sirviera. No estaba vestido con mantos de púrpura, ni envuelto en ropajes bordados.

Sus pies no pisaron los salones de los reyes. Sus sonrisas infantiles no honraron los palacios hechos de mármol de los monarcas. Observen a los visitantes que estaban alrededor de su cuna. Unos pastores fueron los primeros en venir. Nos damos cuenta que nunca perdieron el rumbo. No, Dios guía a los pastores, y El también guió a los magos, pero éstos sí se extraviaron. Sigue a menudo, que mientras los pastores encuentran a Cristo, los sabios no lo encuentran. Pero de cualquier forma, ambos grupos llegaron, los pastores y los magos; ambos se arrodillaron alrededor del pesebre, para mostrarnos que Cristo era el Cristo de *todos* los hombres; que no era solamente el Cristo de los magos, sino que Él era el Cristo de los pastores.

Ellos nos mostraron que Él no era solamente el Salvador de los pastores campesinos, sino también el Salvador de los hombres educados, pues—

***“Nadie es excluido, pues, sino aquellos
que se excluyen a sí mismos;
Bienvenidos los entendidos y los educados;
los ignorantes y los ordinarios”***

En Su mismo nacimiento fue uno del pueblo. No nació en una ciudad populosa; sino en el oscuro pueblo de Belén, “la casa del pan.” El Hijo del Hombre hizo su advenimiento sin acompañamiento de pomposos preparativos, y no fue anunciado por las notas de las trompetas de alguna corte.

Su *educación* también demanda nuestra atención. El no fue tomado de los pechos de su madre, como lo fue Moisés, para ser educado en los salones de un monarca; El no fue criado con esos aires de grandeza que adoptan las personas que tienen cucharas de oro en sus bocas desde el momento de nacer. El no fue educado como un joven rico, para mirar a todos con desdén; sino que siendo su padre un carpintero, sin duda trabajó muy duro en el taller de su padre. “Un lugar adecuado,” dice un autor muy antiguo, “para Jesús. Por que Jesús tenía que construir una escalera que alcanzara desde la tierra hasta el cielo. ¿Por qué, pues, no habría de ser el hijo de un carpintero?”

Perfectamente bien conocía El la maldición de Adán: “Con el sudor de tu frente comerás el pan.” Si ustedes hubieran visto al santo niño Jesús, no habrían notado nada que lo distinguiera de otros niños, excepto la pureza sin mancha que había en su semblante. Cuando nuestro Salvador comenzó su *vida pública*, seguía siendo el mismo. ¿Cuál era su rango? ¿Se vestía de púrpura y escarlata? ¡Oh, no!; El usaba la modesta vestidura de un campesino; “la túnica no tenía costura; era tejida entera de arriba abajo,” una simple pieza de ropa, sin adornos ni bordados. ¿Vivió acaso con lujo, haciendo un grandioso espectáculo en su viaje a través de Judea? No, Él trabajó durante su fatigoso camino y se sentó en el brocal del pozo de Sicar.

Él era como otros, un hombre pobre. No tenía cortesanos a su alrededor. Sus compañeros eran pescadores. Y cuando Él hablaba, ¿acaso lo hacía con palabras suaves que fluían como aceite? ¿Caminaba Él con pasos elegantes, como el Rey de Amalek? No. A menudo hablaba como el severo Elías. Lo que quiso decir lo dijo y quiso decir lo que dijo. Hablaba a la gente como un hombre del pueblo. Nunca se inclinó frente a los grandes hombres. No supo lo que era inclinarse o ceder. Se detuvo y lloró:

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Ay de vosotros, sepulcros blanqueados.” No pasó por alto a ningún tipo de pecadores: ni clase ni fortuna tenían alguna diferencia para Él. Expresó las mismas verdades tanto a los ricos del Sanedrín como a los trabajadores campesinos de Galilea. El era “uno escogido de mi pueblo.”

Fijense en su *doctrina*. Jesucristo era uno del pueblo en Su doctrina. Su Evangelio no fue nunca el evangelio de un filósofo, ya que no es difícil de comprender. Nunca consentirá ser enterrado en medio de palabras difíciles y frases técnicas: es tan simple que quien sepa deletrear “el que creyere y fuere bautizado”, puede tener el conocimiento del Evangelio que salva. Por eso los sabios del mundo desprecian el conocimiento de la Verdad, y burlonamente dicen: “hasta un herrero puede predicar hoy día, y hombres que andaban detrás del arado pueden convertirse en predicadores”; y la clase sacerdotal reclama “¿qué derecho tienen ellos para hacer tal cosa, sin nuestra autorización?”

Oh, qué triste que la verdad del evangelio sea menoscambiada por su sencillez, y que mi Señor sea despreciado porque Él no es exclusivo, ni será monopolizado por hombres de talento y erudición. Jesús es de la misma manera el Cristo del hombre ignorante como es el Cristo del hombre con educación. Pues Él ha escogido “lo vil del mundo y lo menoscambiado.” ¡Ah!, por mucho que amo la ciencia verdadera y la sólida educación, me lamento y me duelo ya que nuestros ministros están diluyendo a tal grado la Palabra de Dios con su filosofía, deseando ser predicadores intelectuales, pronunciando sermones que sirvan de modelo. Sus sermones son adecuados para un salón lleno de estudiantes universitarios y profesores de teología, pero sin ninguna utilidad para las masas, pues no tienen sencillez, calor, sinceridad, ni una sólida sustancia evangélica.

Me temo que nuestra educación universitaria de poco aprovecha a nuestras iglesias, puesto que con frecuencia sirve para apartar las simpatías de los jóvenes por la gente, y los une a los pocos intelectuales y ricos de la iglesia. Es bueno ser un ciudadano de la república de las letras, pero es mucho mejor ser un ministro eficaz del reino de los Cielos. Es bueno tener la habilidad de algunas mentes grandiosas para atraer a los poderosos. Pero el hombre más útil seguirá siendo aquél que, como Whitfield, usa “el lenguaje de la calle.” Es una triste realidad que las altas posiciones y el Evangelio, rara vez están de acuerdo. Y, más aún, deben saber que la doctrina de Cristo es la doctrina del *pueblo*. No tenía el propósito de ser el Evangelio de una casta, de algún grupo privilegiado o de una clase determinada dentro la comunidad.

El Pacto de la Gracia no es ordenado para hombres de un nivel especial, sino que están incluidos algunos de cada una de las clases. Hubo unos cuantos ricos que siguieron a Jesucristo en su día, y eso sucede en la actualidad. María, Marta y Lázaro eran ricos, y también la esposa del mayordomo de Herodes, con algunos otros de la nobleza. Estos, sin embargo, no eran más que unos cuantos: su congregación estaba formada por las clases más bajas, las masas, el pueblo. “La gran multitud le escuchaba con gusto.” Y Su doctrina no daba lugar a distinciones, sino que colocaba a todos los hombres como pecadores por naturaleza, en una igualdad a los ojos de Dios.

Uno es su Padre, “uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos.” Estas fueron palabras que Él enseñó a sus discípulos, mientras vivió en la tierra. Él era el espejo de la humildad, y demostró ser

el amigo de los hijos pobres de la tierra y el amante de la humanidad. ¡Oh ustedes, orgullosos porque tienen sus bolsillos llenos! ¡Oh ustedes, que no pueden tocar a los pobres ni siquiera con la punta de sus blancos guantes! ¡Ah ustedes, con sus mitras y sus báculos! ¡Ah, ustedes con sus catedrales y ornamentos espléndidos! ¡Este es el hombre al que ustedes llaman Señor, el Cristo del pueblo, Uno del pueblo! Y aún así, ven desde arriba con desprecio a la gente. Ustedes los desprecian. ¿Qué son ellos en opinión de ustedes? *El rebaño común, la multitud.*

¡Vamos! No se llamen más a ustedes mismos, los ministros de Cristo. ¿Cómo pueden serlo, a menos que, descendiendo de su pompa y dignidad, vengan en medio de los pobres para visitarlos? ¿A menos que caminen en medio de nuestra creciente población y les prediquen el Evangelio de Jesucristo? ¿Acaso creemos que ustedes son los descendientes de los pescadores? ¡Ah, no, hasta que se despojen de su grandeza, y, como los pescadores, salgan como gente del pueblo, y prediquen al pueblo, hablen a la gente, en vez de quedarse en sus espléndidos asientos, haciéndose ricos a costa de sus privilegios!

Los ministros de Cristo deberían ser los amigos de la humanidad en general, recordando que su Señor fue el Cristo del pueblo. ¡Regocíjense!, ¡Oh, regocíjense! ¡Ustedes todas las multitudes! ¡Anímense! ¡Gócense! porque Cristo era Uno del pueblo.

II. Nuestro segundo punto era la ELECCION. Dios dice: "He enaltecido a uno escogido de mi pueblo." Jesucristo fue elegido; escogido. De un modo u otro, esa fea doctrina de la elección saldrá a relucir. Oh, hay quienes al momento de escuchar esa palabra: "elección" se llevarán las manos a su frente murmurando: "Esperaré a que termine esa frase. Quizá haya algo más adelante que sí me guste." Otros dirán: "No volveré a ese lugar. Ese hombre es un hiper-calvinista." Pero el hombre no es un hiper-calvinista; el hombre dijo lo que estaba escrito en su Biblia y nada más. Es un cristiano, y no tienen ustedes derecho de llamarlo por ninguno de esos apodos, si es que es un apodo, pues no nos avergonzamos nunca, y no nos importa cómo nos llamen. Aquí está: "Uno escogido de mi pueblo." Pero ¿qué significa eso, sino que Jesucristo es elegido? A quienes no les gusta creer que los herederos del cielo han sido elegidos, no pueden negar la verdad proclamada en este versículo: que Jesucristo es elegido, que su Padre lo escogió a Él y lo escogió de Su pueblo. Como hombre, fue escogido de su pueblo, para ser el Salvador del pueblo y el Cristo del pueblo. Y ahora juntemos nuestros pensamientos y tratemos de descubrir la sabiduría trascendental de la elección de Dios.

La elección no es una cosa ciega. Dios escoge soberanamente pero Él siempre escoge inteligentemente. Siempre hay una razón secreta para Su elección de un individuo en particular; aunque ese motivo no radica en nosotros o en nuestros propios méritos, pero siempre hay una causa secreta mucho más remota que las obras de la criatura. Es alguna poderosa razón desconocida para todos, excepto para Él. En el caso de Jesús, los motivos son evidentes. Y sin pretender entrar a la sala del Consejo de Jehová, podemos descubrirlos.

1. Primero, vemos que la *justicia es por ello totalmente satisfecha*, por la elección de Uno del pueblo. Supongamos que Dios hubiera escogido a un ángel para que hiciera satisfacción por nuestros pecados; imaginen que un ángel fuese capaz de aguantar todo el sufrimiento y la agonía que eran requeridos para nuestra expiación. Aún así, después que el ángel hubiera hecho todo eso, la justicia nunca hubiera sido satisfecha por la sencilla

razón de que la ley dice: “El alma que pecare, ésa morirá”. Ahora, *el hombre* es el que peca, por consiguiente el hombre es quien debe morir. La justicia requería que así como por un hombre entró la muerte al mundo, asimismo por un hombre debía venir la resurrección y la vida.

La ley exigía que como el hombre era el pecador, el hombre debía ser la víctima; del mismo modo que en Adán todos morimos, asimismo en otro Adán debíamos ser todos resucitados. Consecuentemente, fue necesario que Jesucristo fuera elegido del pueblo. Pues si aquel ángel resplandeciente junto al Trono, el notable Gabriel, dejando a un lado sus esplendorres, hubiera descendido a nuestra tierra, y soportando el dolor, y sufriendo agonía, hubiera traspasado el umbral de la muerte abandonado una existencia miserable sumida en extremo dolor, después de *todo eso*, no habría satisfecho la justicia inflexible, porque está dicho: un hombre debe morir; de otra manera, la sentencia no se ha ejecutado.

2. Pero hay otra razón por la que Jesucristo fue escogido de su pueblo. Es que *toda la raza recibe honor*. ¿Saben ustedes que yo no quisiera ser un ángel aún si el propio Gabriel me lo pidiera? Si él me suplicara para que yo intercambiara lugares con él, no lo haría. Yo perdería mucho con ese intercambio, y él ganaría mucho. Aunque soy pobre, débil e indigno, aún así soy un *hombre*, y hay una dignidad relativa a la humanidad; una dignidad que se perdió un día en el jardín de la Caída, pero que fue recuperada en el jardín de la Resurrección. Es un hecho que un hombre es superior a un ángel; que en el cielo, la humanidad está más cerca del Trono que los ángeles.

Ustedes pueden leer en el libro de Apocalipsis que los 24 ancianos estaban alrededor del trono, y en el círculo *exterior* estaban los ángeles. Los ancianos, que son representativos de toda la iglesia, fueron honrados con una mayor cercanía a Dios que los espíritus ministraores. El hombre—el hombre elegido—es el ser más grande del universo, excepto Dios. El hombre está sentado allá arriba, ¡miren! ¡a la diestra de Dios, radiante de gloria, allí está sentado un HOMBRE! Pregúntense quién gobierna la Providencia, y dirige su tremadamente misteriosa maquinaria. yo les digo, es un Hombre, el Hombre Jesucristo.

Pregúntense quién ha atado los ríos en cadenas de hielo durante los últimos meses, liberándolos luego de los grilletes del invierno. Yo les digo que un Hombre lo ha hecho: Cristo. Pregúntense quién vendrá a juzgar a la tierra en justicia, y yo les digo que un Hombre. Un Hombre real y verdadero sostendrá la balanza del juicio y llamará a todas las naciones a Su alrededor. Y ¿quién es el canal de la gracia? ¿Quién es el emporio de toda la misericordia del Padre? ¿Quién es el que recoge todo el amor del Pacto? Yo respondo que un hombre, el Hombre Jesucristo. Y Cristo, siendo un hombre, te ha exaltado a ti, y me ha exaltado a mí, y nos ha puesto en los lugares más elevados.

Él nos hizo, en el principio, un poco menores que los ángeles y ahora, a pesar de nuestra caída en Adán, nos ha coronado, a Sus elegidos, con gloria y honor. Y nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús, para mostrar en las edades venideras las superabundantes riquezas de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús.

3. Pero, hermanos míos, contemplemos con una mirada más dulce que esa. ¿Por qué fue Él escogido de su pueblo? ¡Habla, corazón mío! ¿Cuál es la primera razón que se te viene a la cabeza? Pues los pensamientos del corazón son los mejores pensamientos. Los pensamientos de la cabeza son, a menudo, buenos para nada, pero los pensamientos del corazón, los

profundos ensueños del alma, éstos no tienen precio, son como perlas de Ormuz. Los poemas de un humilde poeta, siempre y cuando surjan de su corazón, agradarán mejor las cuerdas de mi alma que las manifestaciones sin vida del puro cerebro.

Vamos a ver, cristianos: ¿Cuál creen ustedes que es la dulce razón para la elección de su Señor, siendo Él uno de su pueblo? ¿Acaso no es ésta: *que Él pueda ser mi Hermano, en la bendita unión de su misma sangre?* ¡Oh, qué relación hay entre Cristo y el creyente! El creyente puede decir—

***“Hay Uno sobre todos los demás
Que bien merece el nombre de Amigo;
Su amor es fiel, más que el de un hermano
Su amor es libre y no tiene ningún límite.”***

Tengo un grandioso Hermano en el cielo. He oído algunas veces a los muchachos decir en la calle, cuando son molestados, que se lo van a decir a sus hermanos, y yo lo he dicho a menudo cuando el enemigo me ha atacado: “se lo voy a decir a mi Hermano que está en el Cielo”.

Puedo ser pobre, pero tengo un Hermano que es rico. Tengo un Hermano que es un rey. Soy hermano del Príncipe de los reyes de la tierra. ¿Me dejará acaso morir de hambre, o padecer necesidad o carencia, mientras Él está en Su trono? Oh, no. Él me ama. Él tiene sentimientos fraternales hacia mí. Él es mi hermano. Pero más que eso: ¡piensa, oh creyente! Cristo no es simplemente tu hermano, sino que Él es tu Esposo. “Tu Hacedor es tu Esposo, el Dios de los ejércitos es Su nombre”. La mujer se regocija al recostarse en el ancho pecho de su marido, teniendo la plena seguridad de que sus brazos son lo suficientemente fuertes para trabajar por ella, o para defenderla.

Ella sabe que el corazón de su esposo siempre palpitá de amor por ella, y que todo lo que él tiene, y lo que él es, le pertenece a ella, como quien comparte su existencia. ¡Oh, saber por el Espíritu Santo, que se ha hecho una dulce alianza entre mi alma y el siempre precioso Jesús! Eso es suficiente para que toda mi alma baile al son de la música, y que cada átomo de mi cuerpo sea un cantor agradecido de la alabanza de Cristo. Vamos, déjenme recordar cuando estaba tirado ahí en el campo, como un niño bañado en sangre; déjenme recordar aquel notable momento en que Él me dijo: “¡Vive!”, y no permitan que olvide que Él me ha educado, me ha entrenado, y que un día me desposará con Él en justicia, coronándome con una corona nupcial en el palacio de Su Padre.

¡Oh, es una felicidad indecible! ¡No me sorprende que este pensamiento haga vacilar mis palabras al pronunciarlo! Que Cristo es uno del pueblo, que Él pueda relacionarse estrechamente contigo y conmigo, que Él pudiera ser nuestro pariente más cercano—

***“Con lazos de sangre, con los pecadores
Uno, Nuestro Jesús, ha ido a la gloria;
A todos sus enemigos arrojó a la ruina:
Al pecado, a Satán, a la tierra, al infierno, al mundo.”***

Tú que eres santo, ata este bendito pensamiento como un collar de diamantes alrededor del cuello de tu memoria. Ponlo como un anillo en el dedo del recuerdo, y úsallo como el propio sello del rey, sellando las peticiones de tu fe con la confianza del éxito.

4. Pero ahora surge naturalmente otra idea. Cristo fue elegido de su pueblo, para que pudiera conocer lo que nos hace falta y entendernos. Conocen la vieja historia que una mitad del mundo no sabe cómo vive la otra mitad; y eso es muy cierto. Yo creo que algunos ricos no tienen la menor idea de lo que es la miseria de los pobres. No saben lo que es

trabajar para obtener su pan de cada día. Tienen una vaga idea de lo que significa un aumento en el precio del pan. Pero no saben absolutamente nada de eso. Y cuando damos el poder a hombres que nunca fueron del pueblo, no entienden el arte de gobernarnos.

Pero nuestro grandioso y glorioso Jesucristo es Uno escogido de su pueblo, y por lo tanto, Él conoce nuestras necesidades. Él sufrió *tentación y dolor* antes que nosotros. Padeció enfermedad, porque cuando colgaba de la cruz, lo abrasador de ese ardiente sol, trajo sobre Él una fiebre que lo quemaba. *Cansancio*, Él lo ha sufrido, porque estaba cansado cuando se sentó en el pozo. *Pobreza*, Él la conoce, porque algunas veces no tuvo pan para comer, excepto ese pan del que el mundo no sabe nada. Estar *sin hogar*, también lo conoció, porque las zorras tenían cuevas y las aves del cielo tenían sus nidos; mas Él no tenía dónde recostar Su cabeza.

Mi hermano en Cristo, no hay lugar al que puedas ir, donde Cristo no haya ido antes que tú, con la única excepción de los lugares pecaminosos. En el oscuro valle de sombra de muerte puedes ver sus huellas sangrientas, huellas marcadas con coágulos de sangre. Sí, y aún en las aguas profundas del Jordán crecido, dirás, cuando te acerques a la orilla: "Allí están las huellas de un hombre: ¿de quién son?" Al agacharte podrás discernir las marcas de los clavos y dirás: "Esas son las huellas del bendito Jesús."

Él ha estado aquí antes que tú. Él ha emparejado el camino. Él ha entrado a la tumba, para poder hacer de ella la habitación real de la raza escogida, y el ropero donde esa raza ha guardado las ropas de trabajo, para vestirse con las vestiduras del eterno descanso. En todos los lugares, dondequiera que vayamos, el Ángel del Pacto ha corrido al frente. Cada carga que tenemos que llevar, ha sido previamente puesta sobre los hombros de Emmanuel—

**"Su camino fue mucho más difícil y más oscuro que el mío;
Mi Señor Jesucristo sufrió ¿y yo me quejaré?"**

Estoy hablando a aquéllos que se encuentran en medio de difíciles pruebas. ¡Querido compañero de viaje! Anímate: Cristo ha consagrado el camino, y ha convertido el camino angosto en el propio camino del Rey hacia la vida.

Un pensamiento más antes de pasar al tercer punto. Hay una pobre alma por ahí, deseosa de venir a Jesús, pero tiene grandes dificultades por temor de no poder venir de la manera adecuada. Y yo conozco a muchos cristianos que dicen: "Bueno, yo espero haber venido a Cristo, pero me temo que no lo hice en la forma apropiada." Hay una pequeña anotación para uno de los himnos al pie de la página, en la colección de himnos del señor Denham, que dice: "Algunas personas temen no poder venir (a Cristo) en la forma correcta. Ahora, ningún hombre puede venir a Cristo a menos que el *Padre le envíe*. De modo que yo entiendo que si vienen a Él, no pueden venir de manera inapropiada."

De la misma manera entiendo que si los hombres vienen a Cristo, deben venir de la manera apropiada. Este es un pensamiento para ti, pobre pecador que te aproximas: ¿por qué temes venir?" "Oh", dirás, "soy tan gran pecador que Cristo no tendrá misericordia de mi." Oh, tú no conoces a mi bendito Señor. Su amor es más grande de lo que te imaginas. En otro tiempo yo era tan malvado como para pensar eso mismo, pero me he dado cuenta que es diez mil veces más amable de lo que creía. Te digo, Él tiene tanto amor, tanta gracia, tanta amabilidad, que no hubo nunca alguien que fuera ni la mitad de bueno de lo que Él

es. Es más amable de lo que puedas pensar alguna vez. Su amor es más grande que tus temores, y Sus méritos prevalecen sobre tus pecados.

Pero aún dices: "temo no venir a Él correctamente, pienso que no voy a poder usar palabras aceptables." Te diré la razón de eso: porque no recuerdas que Cristo fue tomado del pueblo. Si Su Majestad la Reina de Inglaterra me llamara a su presencia mañana por la mañana, me atrevo a decir que tendría mucha ansiedad acerca de la clase de ropa que debería usar, y cómo debería entrar y cómo debería observar la etiqueta de la corte, etcétera. Pero si uno de mis amigos aquí presente, me invitara, yo iría tal como estoy para verlo, porque él es uno de nosotros y me agrada.

Algunos de ustedes dicen: "¿cómo puedo ir a Cristo? ¿Qué debo decir? ¿Qué palabras debo usar?" Si fueras a ver a alguien superior a ti, entonces podrías preguntarte eso; pero Él es Uno del pueblo. Ve a Él tal como eres, pobre pecador; simplemente en tu miseria y en tu inmundicia; en toda tu maldad, simplemente como eres. ¡Oh pecador, que estás acosado por tu conciencia, ven a Jesús! Él es Uno del pueblo. ¡Si el Espíritu te ha dado convicción de pecado, no estudies la manera de venir, ven de cualquier modo! Ven con un gemido, ven con un suspiro, ven con una lágrima. De cualquier manera que vengas, si tan sólo vienes, eso será suficiente, porque Él es Uno del pueblo. "El Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!" El que oye diga: "¡Ven!"

En este momento no puedo dejar de darles una ilustración. He oído que en los desiertos, cuando las caravanas necesitan agua, y temen no encontrar ninguna, acostumbran enviar un camello con su jinete a cierta distancia por delante; a cierta distancia, otro más; y a un intervalo más corto, a otro; tan pronto el primer hombre encuentra el agua, antes de inclinarse para beber, grita fuertemente "¡vengan!". El que le sigue, oyendo la voz, repite la palabra ¡"vengan!", mientras el que viene más cerca grita a su vez: "¡vengan!" hasta que el desierto entero hace eco con las palabras "¡vengan!".

Así en ese versículo, "El Espíritu y la esposa dicen, antes que nada, ¡Ven!" Después: El que oye diga: "¡Ven!" El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente." Con esta ilustración dejó nuestro examen de las razones para la elección de Jesucristo.

III. Y ahora concluyo con Su EXALTACIÓN. "He enaltecido a uno escogido de mi pueblo." Ustedes recordarán mientras hablo de esta exaltación, que es realmente la exaltación de todos los elegidos en la Persona de Jesucristo. Por que todo lo que Cristo es, y todo lo que Cristo tiene, es mío. Si soy un creyente, todo lo que Él es en su Persona exaltada, eso soy yo, porque se me ha llevado a sentarme junto con Cristo en los lugares celestiales.

1. Primero, queridos amigos, fue suficiente exaltación para el cuerpo de Cristo ser exaltado en Su unión con la Divinidad. Eso es un honor que ninguno de nosotros puede recibir jamás. Nosotros nunca podemos esperar tener este cuerpo unido con Dios. No puede ser. Una vez ocurrió esta encarnación, y no más que una sola vez. De ningún otro hombre puede decirse: "Él era Uno con el Padre y el Padre era Uno con Él". De ningún otro hombre se dirá que la Deidad habitó en Él y que Dios era manifiesto en su carne, visto por los ángeles, justificado por el espíritu y elevado al Cielo.

2. De nuevo: Cristo fue exaltado por Su resurrección. Oh, cómo me habría gustado deslizarme en la tumba de nuestro Salvador. Supongo que era una cámara grande; adentro, había un enorme sarcófago de mármol, y

muy probablemente una tapa pesada descansaba sobre él. A continuación, fuera de la puerta estaba una pesada roca, y unos guardias vigilaban la entrada. ¡Durante tres días el Durmiente descansó allí! Oh habría deseado levantar la tapa de ese sarcófago, para mirarlo a Él. Pálido descansaba allí. Hilos de sangre se veían todavía en su cuerpo, que no pudieron ser lavados por aquellas cuidadosas mujeres que lo habían enterrado.

La muerte gritaba con gozo: “¡Lo he matado: la simiente de la mujer que debe destruirme, ahora es mi cautivo!” ¡Ah, cómo se reía la Muerte horrenda! ¡Ah, cómo miraba a través de sus huesudos párpados, al tiempo que decía: “Tengo al celebrado Vencedor en mis garras.” “¡Ah!”, dijo Cristo: “¡Pero yo te tengo a ti!” Y Él se levantó; la tapa del sarcófago se comenzó a levantar. Y El, que tiene las llaves de la muerte y del infierno, capturó a la muerte, hizo polvo sus miembros de hierro, y estrelló ese polvo contra el suelo y dijo: “Oh Muerte, yo seré tu plaga. Oh Infierno, yo seré tu destrucción.” Salió del sepulcro y los guardias, a su vez, huyeron. Asombrosamente glorioso, radiante de luz, refulgente con su Divinidad, se paró frente a ellos. Entonces, Cristo fue exaltado en Su resurrección.

3. Pero cuán exaltado fue Él en su ascensión. Salió de la ciudad hacia la cima del monte, sus discípulos atentos a Él mientras Él esperaba el momento señalado. Observen Su ascensión. Despidiéndose de todo el círculo, fue subiendo gradualmente, ascendiendo como se levanta la bruma del lago o la nube del río vaporoso. Él se remontó a los cielos, por Su propio poder de elevarse y Su poderosa elasticidad ascendió a las alturas. No como Elías, llevado por caballos de fuego. No como Enoc, en la antigüedad: no podría decirse que desapareció, porque Dios se lo llevó.

Él ascendió por Sí mismo. Y conforme subía, me imagino a los ángeles que contemplaban desde las murallas del Cielo y exclamaban: “¡Vean, viene el Héroe conquistador!” A medida que se acercaba más, gritaban de nuevo: “¡Vean, viene el Héroe conquistador! Así, su jornada por las llanuras del espacio se completaba; se acerca a las puertas del Cielo. Los ángeles atentos exclaman: “¡Levantad, oh puertas, vuestras cabezas! Levantaos, oh puertas eternas.” Las huestes gloriosas apenas se preguntan: “¿Quién es este Rey de Gloria?”, cuando de millares de millares de lenguas corre un océano de armonía, tocando a las puertas de perlas con poderosas olas de música, y abriéndolas de golpe: “¡Jehová, el fuerte y poderoso! ¡Jehová, el poderoso en la batalla!”

He aquí, las barreras de los cielos han sido abiertas de par en par y los querubines se están apresurando a recibir a su Monarca—

**“Trajeron Su carroaje de lo lejos.
Para llevarlo a Él a Su Trono;
Batieron sus alas triunfantes y dijeron,
‘La obra del Salvador está hecha.’”**

Miren, Él marcha por las calles. ¡Vean cómo los reinos y potestades caen delante de Él! Se colocan coronas a sus pies y Su Padre dice: “¡Bien hecho, Hijo mío, bien hecho!”, mientras el Cielo hace eco con el grito de: “¡bien hecho!”, “¡bien hecho!”. Sube a ese elevado Trono, al lado de la Paternal Deidad. “He enaltecido a uno escogido de mi pueblo.”

4. La última exaltación de Cristo que voy a mencionar, es aquélla que ha de venir, cuando Él se siente en el Trono de Su Padre David y juzgue a todas las naciones.

Observarán que he omitido la exaltación que Cristo ha de tener como rey de este mundo durante el milenio. No profeso entenderlo y por lo tanto

lo voy a dejar de lado. Pero yo creo que Jesucristo ha de venir sobre el Trono del Juicio, "y todas las naciones serán reunidas delante de él. El separará los unos de los otros, como cuando el pastor separa las ovejas de los cabritos."

¡Pecador! Tú crees que hay un juicio. Tú sabes que la cizaña y el trigo no siempre pueden crecer juntos. Que las ovejas y las cabras no siempre van a compartir el alimento. Pero ¿sabes algo de ese Hombre que va a juzgarte? ¿Acaso sabes que Quien va a juzgarte es un Hombre? Digo un HOMBRE. El Hombre que una vez fue despreciado y rechazado—

***“El Señor vendrá, pero no de la misma manera
En humillación, como vino una vez;
Un Hombre humilde frente a Sus enemigos;
Un hombre fatigado y lleno de dolores.”***

¡Ah, no! Habrá un arco iris alrededor de su cabeza. Sostendrá al sol en Su diestra como una señal de su gobierno. Pondrá a la luna y a las estrellas bajo sus pies, como el polvo del pedestal de Su Trono, que será de sólidas nubes de luz.

Los libros serán abiertos; esos enormes libros, que contienen las obras de los vivos y de los muertos. Ah, cómo se sentará triunfante sobre todos su enemigos, el despreciado Nazareno. No habrá más insultos, ni escarnios, ni burlas. Sino un horrible llanto de miseria, "Escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono." Oh, ustedes, mis oyentes, que ven ahora con desprecio a Jesús y Su Cruz, yo tiemblo por ustedes. Oh, más fiero que un león sobre su presa, es el amor provocado a ira. ¡Oh, despreciadores! Les advierto sobre aquel día en que el plácido rostro del Varón de Dolores esté tejido con enojo. Cuando los ojos que una vez fueron humedecidos con las gotas de rocío de la compasión, arrojen relámpagos sobre sus enemigos.

Y las manos, que una vez fueron clavadas a la Cruz para nuestra redención, empuñen el rayo para la condenación de ustedes. Mientras la boca que una vez dijo: "Venid a mí, todos los que estáis fatigados," pronunciará con palabras más fuertes y más terribles que la voz del trueno: "¡Apartaos de mí, malditos!" ¡Pecadores! Ustedes podrán pensar que es una cosa sin mayor importancia pecar contra el Hombre de Nazaret, pero se van a dar cuenta que haciendo eso han ofendido al Hombre que juzgará a la tierra en justicia. Y por su rebelión, sufrirán olas de tormento en el océano eterno de su ira. ¡Que Dios los libre de esa condenación! Pero les estoy advirtiendo de ello.

Todos ustedes han leído la historia de aquella dama que en el día de su boda, subió las escaleras y, viendo un antiguo ropero, con ánimo de diversión y travesura se metió dentro, pensando en esconderse ahí por una hora, para que sus amigos la buscaran. Pero había una cerradura ahí oculta y al cerrarse, la dejó encerrada para siempre. Nadie la pudo encontrar sino después de transcurridos muchos años. Cuando un día estaban moviendo ese viejo ropero, encontraron los huesos de un esqueleto, con un anillo de brillantes por aquí y otros adornos por allá. Ella había entrado ahí por diversión y alegría, pero fue encerrada para siempre.

¡Jóvenes hermanos y hermanas! Cuídense de no ser encerrados para siempre por sus pecados. Una copa jovial, eso es todo. Un juego momentáneo, pensó ella. Pero hay una cerradura secreta que está al acecho. Una sola visita a esa casa de mala reputación, un pequeño desvío del camino recto, eso es todo. ¡Oh, pecador! Eso es todo. Pero ¿sabes lo

que es todo eso? ¡Estar preso para siempre! Oh, si ustedes escaparan de esto, si me oyieran, mientras (porque sólo me queda un momento) les hablo otra vez del Hombre que fue “escogido de mi pueblo.”

¡Ustedes orgullosos! Tengo una palabra para ustedes. ¡Ustedes delicados, cuyos pasos no deben tocar el suelo! ¡Ustedes que miran hacia abajo con desprecio a sus prójimos mortales; gusanos orgullosos que desprecian a sus compañeros gusanos, sólo porque están vestidos de manera más elegante! ¿Qué piensan de esto? El Hombre del pueblo es Quien te salvará, si es que has de ser salvo. ¡El Cristo de la multitud, el Cristo de las masas, el Cristo del pueblo, Él debe ser tu Salvador! ¡Debes humillarte, hombre orgulloso! ¡Tú debes inclinarte, mujer soberbia! Debes hacer a un lado toda tu pompa, o de lo contrario nunca serás salvo, porque el Salvador del pueblo debe ser tu Salvador.

Pero al pobre pecador tembloroso, cuyo orgullo ha desaparecido, le repito la reconfortante seguridad. ¿Evitarás el pecado? ¿Evitarás la maldición? Mi Señor me pide que diga esta mañana: “Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar.” Recuerdo lo que decía una santa anciana. Alguien estaba hablando de la misericordia y el amor de Jesús, y concluyó diciendo: “¿Ah, acaso no es sorprendente? Ella dijo: “No, no lo es.” Pero ellos dijeron que sí lo era. “Vamos,” dijo ella, “¡simplemente así es Él; así es Él!”

Ustedes preguntan: ¿acaso pueden creer semejante cosa de una Persona? “¡Oh sí!” Puede decirse: “esa es sencillamente Su naturaleza.” ¿De modo que ustedes tal vez no pueden creer que Cristo quiere salvarlos, criaturas culpables como son? Yo les digo que así es Él. Él salvó a Saulo; Él me salvó a mí y te puede salvar a ti. Sí, es más, Él te salvará a ti. Porque cualquiera que a Él viene, jamás lo echará fuera.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #11 – Volume 1
“The People’s Christ”

LA BIBLIA

NO. 15

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 18 DE MARZO, 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Le escribí las grandesas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.”
Óseas 8:12.

Esta es la queja de Dios en contra de Efraín. No es una insignificante prueba de Su bondad, que Él se incline para reprender a Sus criaturas descarriadas; es una grandiosa evidencia de Su disposición llena de gracia, que incline Su cabeza para observar los asuntos de la tierra. Si El quisiera, podría envolverse con la noche como si fuese un vestido; podría poner las estrellas alrededor de Su mano como si fueran un brazalete y ceñir los soles alrededor de Su frente como una diadema; puede morar solo, lejos, muy por encima de este mundo, arriba en el séptimo cielo, y contemplar con calma y silenciosa indiferencia todas las actividades de las criaturas.

Podría hacer como Júpiter que, según creían los paganos, se sentaba en perpetuo silencio, haciendo señas a veces con su terrible cabeza, para hacer que las Parcas hicieran lo que le placiera, pero ignorando las cosas pequeñas de esta tierra, y considerándolas indignas de llamar su atención; absorto en su propio ser, absorto en Sí mismo, viviendo solo y apartado. Y yo, como una de Sus criaturas, podría ascender a la cumbre de una montaña y mirar a las estrellas silenciosas, y decirles: “Ustedes son los ojos de Dios, pero ustedes no me miran a mí; la luz de ustedes es un don de Su omnipotencia, pero esos rayos no son sonrisas de amor para mí. Dios, el poderoso Creador, me ha olvidado; soy una gota despreciable en el océano de la creación, una hoja seca en el bosque de los seres vivientes, un átomo en la montaña de la existencia. Él no me conoce, estoy solo, solo.”

Pero no es así, amados. Nuestro Dios es de un orden diferente. Él nos observa a cada uno de nosotros. No existe ni un gorrión ni un gusano que no se encuentre en Sus decretos. No hay una persona sobre la que no se posen Sus ojos. Nuestros actos más secretos les son conocidos. Cualquier cosa que hagamos, que soportemos o que suframos, el ojo de Dios siempre descansa sobre nosotros y Su sonrisa nos cubre, pues somos Su pueblo; o Su enojo nos envuelve, pues nos hemos apartado de Él.

¡Oh! Dios es diez mil veces misericordioso, pues contemplando a la raza del hombre, no la arranca de la existencia con una sonrisa. Vemos por nuestro texto que Dios se interesa por el hombre, por cuanto dice a Efraín: “Le escribí las grandesas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.” Pero vean cómo cuando observa el pecado del hombre no lo destroza ni lo rechaza a puntapiés, ni tampoco lo sacude por el cuello sobre el golfo del infierno hasta hacer tambalear su cerebro por el terror, para, finalmente, arrojarle en él para siempre; por el contrario, Dios desciende del cielo para argumentar con sus criaturas, discute con ellas, se rebaja, por así decirlo, al mismo nivel del pecador, le ex-

pone sus quejas y define sus derechos. ¡Oh! Efraín, te he escrito las grandeszas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.

Vengo esta noche como enviado de Dios, amigos míos, para tratar con ustedes como embajador de Dios; para acusar de pecado a muchos de ustedes; para hacerles ver su condición, con el poder del Espíritu; para convencerlos de pecado, de justicia y de un juicio venidero. El crimen del que los acuso es el pecado que leemos en este texto. Dios les ha escrito las grandeszas de Su ley, y fueron tenidas por cosa extraña. Es precisamente sobre este bendito libro, la Biblia, que pretendo hablar el día de hoy. Aquí está mi texto: esta es Palabra de Dios. Aquí está el tema de mi sermón, un tema que demanda más elocuencia de la que poseo; un asunto sobre el que podrían hablar miles de oradores a la vez; un tema poderoso, amplio y un inagotable asunto que, aun consumiendo toda la elocuencia que hubiera hasta la eternidad, no quedaría agotado.

Hoy tengo que decir tres cosas acerca de la Biblia, y las tres se encuentran en mi texto. Primero, Su autor: "Le escribí"; segundo, sus temas: Las grandeszas de la ley de Dios; y tercero, su tratamiento generalizado: fueron tenidas por la mayoría de los hombres por cosa extraña.

I. Primero, entonces, en lo relativo a este libro, ¿quién es EL AUTOR? El texto nos dice que es Dios. "Le escribí las grandeszas de mi ley." Aquí está mi Biblia, ¿quién la escribió? La abro y observo que se compone de una serie de tratados. Los primeros cinco libros fueron escritos por un hombre llamado Moisés. Paso las páginas y veo que hay otros escritores tales como David, y Salomón. Aquí leo a Miqueas, luego a Amós, luego a Óseas. Prosigo hacia adelante y llego a las luminosas páginas del Nuevo Testamento, y veo a Mateo, Marcos, Lucas y Juan; Pablo, Pedro, Santiago y otros; pero cuando cierro el libro me pregunto: ¿quién es su autor? ¿Pueden estos hombres, en conjunto, atribuirse la paternidad de este libro? ¿Son ellos realmente los autores de este extenso volumen? ¿Se dividen entre todos ellos el honor? Nuestra santa religión responde: ¡no!

Este volumen es la escritura del Dios viviente: cada letra fue escrita por un dedo Todopoderoso; cada palabra salió de los labios eternos, cada frase fue dictada por el Espíritu Santo. Aunque Moisés fue usado para escribir sus historias con su ardiente pluma, Dios guió esa pluma. Puede ser que David tocara su arpa haciendo que dulces y melodiosos salmos brotassen de sus dedos, pero Dios movía Sus manos sobre las cuerdas vivas de su arpa de oro. Puede ser que Salomón entonara Cantares de amor, o pronunciara palabras de sabiduría consumada, pero Dios dirigió sus labios, e hizo elocuente al Predicador. Si sigo al atronador Nahum cuando sus caballos aran las aguas, o a Habacuc cuando ve las tiendas de Cusán en aflicción; si leo a Malaquías, cuando la tierra está ardiendo como un horno; si paso a la plácida página de Juan, que nos habla del amor, o a los severos y fogosos capítulos de Pedro, que habla del fuego que devora a los enemigos de Dios; o a Judas, que lanza anatemas contra los adversarios de Dios; en todas partes veo que es Dios quien habla.

Es la voz de Dios, no del hombre; las palabras son las palabras de Dios, las palabras del Eterno, del Invisible, del Todopoderoso, del Jehová de esta tierra. Esta Biblia es la Biblia de Dios; y cuando la veo, me

parece oír una voz que surge de ella, diciendo: "Soy el libro de Dios; hombre, léeme. Soy la escritura de Dios: abre mis hojas, porque fueron escritas por Dios; léelas, porque Él es mi autor, y Lo podrás ver visible y manifiesto en todas partes." "Le escribí las grandezas de mi ley."

¿Cómo sabemos que Dios escribió este libro? No intentaré responder a esta pregunta. Podría hacerlo si quisiera, porque hay razones y argumentos suficientes, pero no pienso robarles su tiempo esta noche exponiendo esos argumentos a la consideración de ustedes. Pero no voy a hacer eso. Si quisiera, les podría decir que la grandeza del estilo está por encima de cualquier escritura mortal, y que todos los poetas que en el mundo han existido, con todas sus obras juntas, no podrían ofrecernos una poesía tan sublime ni un lenguaje tan poderoso como los podemos encontrar en las Escrituras.

Quisiera insistir en que los temas que se tratan en la Biblia están más allá del intelecto humano; que el hombre nunca hubiera podido inventar las grandes doctrinas de una Trinidad en la Deidad; que el hombre nunca hubiera podido decirnos nada de la creación del universo; ningún ser humano hubiera podido ser el autor de la sublime idea de la Providencia; que todas las cosas son ordenadas según la voluntad de un grandioso Ser Supremo, y que todas ellas obran conjuntamente para bien. Podría hablarles acerca de su honestidad, pues relata las fallas de sus escritores; de su unidad, pues nunca se contradice; de su sencillez magistral, para que el más simple pueda leerla. Y podría mencionar cien cosas más que podrían demostrar con claridad que el libro es de Dios. Pero no he venido aquí para hacerlo.

Soy un ministro cristiano, y ustedes son cristianos, o profesan serlo; y ningún ministro cristiano necesita sacar a luz argumentos de los paganos para rebatirlos. Es la insensatez más grande del mundo. Los infieles, pobres criaturas, no conocen sus propios argumentos hasta que nosotros se los decimos, y ellos, juntándolos poco a poco, vuelven a arrojarlos como lanzas sin puntas contra el escudo de la verdad. Es una insensatez sacar estos tizones del fuego del infierno, aun si estamos bien preparados para apagarlos. Dejemos que los hombres del mundo aprendan el error por sí mismos; no seamos propagadores de sus falsedades. Es cierto que hay predicadores que, no contando con los suficientes argumentos, los sacan de cualquier parte; pero los hombres elegidos del propio Dios no necesitan hacer eso; ellos son enseñados por Dios, y Dios les suministra los temas, las palabras y el poder.

Quizás haya alguien hoy que haya venido sin fe, un hombre racionalista, un librepensador. Con ese hombre no voy a discutir. Confieso que no estoy aquí para participar en controversias, sino para predicar lo que conozco y siento. Pero yo también fui como ese hombre. Hubo una mala hora en mi vida, cuando solté el ancla de mi fe; yo corté el cable de mis creencias y, no queriendo estar ya por más tiempo al abrigo de las costas de la revelación, dejé que mi nave anduviera a la deriva, impulsada por el viento. Dije a la razón: "Sé tu mi capitán;" dije a mi propio cerebro: "sé tú mi timón". Y así comencé mi loco viaje. Gracias a Dios ya todo eso terminó. Pero les contaré su breve historia.

Fue una navegación precipitada por el tempestuoso océano del librepensamiento. Conforme avanzaba, los cielos empezaron a oscure-

cerse; pero, para compensar esa deficiencia, las aguas eran brillantes con fulgores esplendorosos. Yo veía que volaban chispas agradables y pensé: "Si esto es el librepensamiento, es algo maravilloso." Mis pensamientos parecían gemas y yo espaciaba estrellas con mis dos manos; pero pronto, en lugar de aquellos fulgores de gloria, vi horrendos demonios, fieros y terribles, surgiendo de las aguas, y conforme proseguía, ellos rechinaron sus dientes haciendo gestos burlones; se aferraron a la proa de mi barco y me arrastraron. Mientras yo, en parte, me sentía feliz por la velocidad a la que iba, pero sin embargo me estremecía por la rapidez terrorífica con la dejaba atrás los viejos pilares de mi fe.

Conforme seguía avanzando a una velocidad espeluznante, comencé a dudar hasta de mi propia existencia; dudaba que el mundo existiera; dudaba que hubiera tal cosa como mi propio yo. Llegué al borde mismo de los dominios sombríos de la incredulidad. Me fui hasta el fondo mismo del mar de la infidelidad. Dudaba de todo. Pero aquí Satanás se engañó a sí mismo, porque la propia extravagancia de las dudas me demostró lo absurdo de ellas. Justo cuando vi el fondo de ese mar, escuché una voz que decía: "¿Acaso esta duda puede ser verdad?" A causa de este pensamiento volví a la realidad. Me desperté de ese sueño de muerte, que, sabe Dios, podría haber condenado mi alma y destruido mi cuerpo, si no hubiese despertado.

Cuando me levanté, la fe tomó el timón; a partir de ese momento ya no dudé. La fe condujo mi barca de regreso, la fe gritaba: "¡Lejos de aquí, lejos de aquí!" Arrojé mi ancla en el Calvario; alcé mis ojos a Dios, y heme aquí vivo y fuera del infierno. Por tanto, yo digo lo que sé. He navegado en ese peligroso viaje; he regresado a puerto sano y salvo. ¡Pídanme que sea otra vez un incrédulo! No, ya lo probé. Fue dulce al principio, pero amargo después. Ahora, atado al Evangelio de Dios más firmemente que nunca, parado sobre una roca más dura que el diamante, desafío los argumentos del infierno a que me muevan, "porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día".

Pero no voy a refutar ni a argumentar esta noche. Ustedes profesan ser hombres cristianos, pues de lo contrario no estarían aquí. Aunque la profesión de ustedes bien puede ser falsa; lo que ustedes *dicen* ser, puede ser exactamente lo contrario de lo que *realmente* son. Pero, aun así, yo supongo que todos ustedes admiten que ésta es la Palabra de Dios. Voy a compartir un par de pensamientos al respecto: "Le escribí las grandezas de mi ley."

Primero, mis amigos, examinen este volumen y *admiren su autoridad*. Este no es un libro común. No contiene los dichos de los sabios de Grecia, ni los discursos de los filósofos de la antigüedad. Si estas palabras hubieran sido escritas por el hombre, podríamos rechazarlas; pero, joh!, déjenme pensar un pensamiento solemne: que este libro es la letra de Dios, que estas son Sus palabras. Déjenme investigar su antigüedad: está fechado en las colinas del cielo. Permitanme que mire sus letras: lanzan destellos de gloria en mis ojos. Déjenme leer sus capítulos: su significado es grandioso y contienen misterios escondidos. Vayamos a las profecías: están llenas de inefables maravillas. ¡Oh, libro de los libros! ¿Y fuiste tú escrito por mi Dios? Entonces me postro ante ti. Tú, libro de vasta autoridad; tú eres una proclamación del Empera-

dor del Cielo. Lejos esté de mí ejercitar mi razón para contradecirte. ¡Razón!, tu función es considerar y averiguar lo que este volumen quiere decir, y no establecer lo que debería decir.

Vamos, ustedes, mi razón y mi intelecto, siéntense y escuchen, porque estas palabras son las palabras de Dios. Me siento incapaz de extenderme en este pensamiento. ¡Oh, si ustedes pudieran recordar siempre que esta Biblia fue verdadera y realmente escrita por Dios! ¡Oh! si se les hubiera permitido entrar a las cámaras secretas del cielo, y hubieran podido contemplar a Dios cuando tomaba Su pluma y escribía estas letras, entonces con seguridad las respetarian. Pero son efectivamente el manuscrito de Dios, tanto, como si ustedes hubieran visto a Dios escribiéndolas. Esta Biblia es un libro de autoridad, es un libro autorizado, pues lo escribió Dios. Oh, tiemblen, tiemblen, no sea que alguien lo desprecie; observen su autoridad, porque es la Palabra de Dios.

Entonces, puesto que Dios la escribió, notemos *su veracidad*. Si yo la hubiera escrito, habría críticos gusanos que de inmediato la atropellarían, y la cubrirían con sus larvas malvadas. Si yo la hubiera escrito, no faltarían hombres que la destrozarian de inmediato, y tal vez con mucha razón. Pero esta es la Palabra de Dios. Acérquense ustedes, críticos, y encuéntrenle alguna falla; examínennla desde su Génesis hasta su Apocalipsis, y encuéntrenle un error. Esta es una veta de oro puro sin mezcla de ninguna sustancia terrena. Esta es una estrella sin mancha, un sol de perfección, una luz sin sombra, una luna sin su palidez, una gloria sin penumbra.

¡Oh, Biblia!, no se puede decir de ningún otro libro que sea perfecto y puro; pero nosotros podemos declarar de ti que toda la sabiduría se encuentra encerrada en ti, y no hay ninguna partícula de insensatez. Este el juez que pone fin a toda discusión allí donde la inteligencia y la razón fracasan. Este libro no tiene mancha de error; sino que es puro, sin mezclas, la verdad perfecta. ¿Por qué? Porque Dios lo escribió. ¡Ah! Acusen a Dios de error, si quieren; díganle que Su libro no es lo que debería ser.

He oído de hombres llenos de orgullo y falsa modestia, a quienes les gustaría alterar la Biblia, y (casi me ruborizo al decirlo) he oido a algunos ministros que han alterado la Biblia de Dios, porque le tenían miedo. ¿Nunca han oido decir: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere -¿qué dice la Escritura?- "será condenado"? Pero sucede que esto es algo rudo, por lo tanto ellos dicen: "será desaprobado." ¡Caballeros!, eliminén el terciopelo de sus bocas, y prediquen la Palabra de Dios; no necesitamos ninguna de sus alteraciones. He escuchado a personas que, orando, en vez de decir: "hacer firme vuestra vocación y elección," dicen: "hacer firme vuestra vocación y salvación." Es una lástima que no hubieran nacido cuando Dios moraba en los tiempos remotos, hace mucho, mucho tiempo, para que hubieran podido enseñarle a Dios cómo escribir. ¡Oh, deshonestidad más allá de todo límite! ¡Oh, orgullo desmedido! ¡Tratar de dictar al Sabio de los sabios, de enseñar al Omniscente y de instruir al Eterno! Es extraño que haya hombres tan viles que usen el cortaplumas de escriba de Joacim para mutilar pasajes de la Palabra, porque tienen mal sabor. Oh, ustedes, que sienten aversión por ciertas porciones de la Santa Es-

critura, tengan la certeza que su gusto es corrompido y que la voluntad de Dios no se sujet a la pobre opinió de ustedes. Tu desaprobación es precisamente la razón por la que Dios la escribió; porque no se debe acomodar a ti, ni tienes derecho a ser complacido. Dios escribió lo que a ti no te gusta: escribió la verdad. ¡Oh! postrémonos en reverencia ante ella, pues Dios la inspiró. Es verdad pura. De esta fuente mana *aqua vitae* “el agua de vida” sin ninguna partícula de tierra; de este sol nacen rayos de esplendor sin sombra alguna. Bendita Biblia; tú eres toda la verdad. Bendita Biblia, tú eres toda verdad.

Antes de dejar este punto, detengámonos a considerar la *misericordia de Dios* al habernos escrito una Biblia. ¡Ah! Él podía habernos dejado sin ella, que anduvíramos a tientas nuestro camino de tinieblas, como los ciegos palpan buscando la pared. Podía habernos dejado en nuestro extravío, con la estrella de la razón como nuestra única guía. Recuerdo una historia del señor Hume, quien constantemente afirmaba que la luz de la razón es suficiente en abundancia. Estando en casa de un buen ministro de Dios una noche, había estado discutiendo sobre este asunto, manifestando su firme convicción en la suficiencia de la luz de la naturaleza. Al salir, el ministro le ofreció una vela, para que se pudiera alumbrar al bajar las escaleras. Él dijo: “no, la luz de la naturaleza será suficiente; con la luna me bastará.” Pero ocurrió que una nube estaba ocultando a la luna, y cayó escaleras abajo. “¡Ah!”, dijo el ministro, “a pesar de todo hubiera sido mejor haber tenido alguna lucécita desde arriba, señor Hume.”

Entonces, aun suponiendo que la luz natural fuera suficiente, sería mejor que tuviéramos un poco de luz desde arriba, y de esta manera estaríamos seguros de estar en lo correcto. Es mejor tener dos luces que una. La luz de la creación es muy brillante. Podemos ver a Dios en las estrellas; su nombre está escrito con letras de oro en el rostro de la noche; pueden descubrir Su gloria en las olas del océano, sí, y en los árboles del campo. Pero es mejor leer en dos libros que en uno. Le encontrarán aquí más claramente revelado, porque Él mismo ha escrito este libro y nos ha dado la clave para entenderlo, si ustedes tienen al Espíritu Santo. Amados hermanos, demos gracias a Dios por esta Biblia. Amémosla y considerémosla más preciosa que el oro más fino.

Una observación más, antes de pasar al segundo punto. Si ésta es la Palabra de Dios, ¿qué será de algunos de ustedes que no la han leído durante todo el último mes? “¿Un mes, dice usted? ¡Yo no la he leído durante todo este último año!” Ay, y muchos de ustedes no la han leído nunca. La mayoría de la gente trata a la Biblia muy cortésmente. Tienen una edición de bolsillo bellamente encuadrada, la envuelven en un pañuelo blanco, y así la llevan al lugar del culto. Cuando regresan a casa la guardan en un cajón hasta el siguiente domingo por la mañana. Entonces, la vuelven a sacar para un paseo, y la llevan a la capilla; todo cuanto la pobre Biblia recibe es este paseo dominical. Ese es su estilo de entretenér a este mensajero celestial. Hay suficiente polvo sobre algunas de las Biblias de ustedes como para escribir “condenación” con sus propios dedos. Muchos de ustedes ni siquiera la han hojeado desde hace mucho, mucho, mucho tiempo, y, ¿qué piensan?

Les digo palabras duras, pero son palabras verdaderas. ¿Qué dirá Dios, finalmente? Cuando vayan a su presencia, Él preguntará: “¿Leís-

te mi Biblia?" "No." "Te escribí una carta de misericordia, ¿la leíste?" "No." "¡Rebelde! Te envié una carta invitándote a venir; ¿la leíste alguna vez?" "Señor, nunca rompí el sello: siempre la guardé bien cerrada." "¡Desdichado!", dice Dios. "entonces, tú mereces el infierno; si te envié una epístola de amor, y ni siquiera quisiste romper el sello, ¿qué haré contigo?" ¡Oh! No permitan que eso les suceda a ustedes. Sean lectores de la Biblia; sean escudriñadores de la Biblia.

II. Nuestro segundo punto es: LOS TEMAS DE LOS QUE TRATA LA BIBLIA. Las palabras del texto son estas: "Le escribí las grandezas de mi ley." La Biblia habla de grandes cosas y solamente de grandes cosas. No hay nada en esta Biblia que no sea importante. Cada versículo contiene un solemne significado, y si todavía no lo hemos encontrado, esperamos hacerlo. Ustedes han visto a las momias cubiertas de vendas. Bien, la Biblia de Dios es algo parecido; hay numerosos rollos de lino blanco, tejidos en el telar de la verdad; de manera que tendrán que continuar desenvolviendo rollo tras rollo hasta encontrar el verdadero significado de lo que está escondido; y cuando crean haberlo hallado, aun continuarán desentrañando las palabras de este maravilloso volumen por toda la eternidad. No hay nada en la Biblia que no sea grandioso. Permítanme dividir, para ser más breve. Primero todas las cosas en esta Biblia son grandiosas; segundo, algunas cosas son las más grandiosas de todas.

Todas las cosas de la Biblia son grandiosas. Algunas personas piensan que no importa la doctrina que uno crea; que da lo mismo asistir a una iglesia o a otra, que todas las denominaciones son iguales. Hay un ser, la señora Intolerancia, a la que detesto más que a nadie en el mundo, y a la que jamás he hecho ningún cumplido ni he elogiado; pero hay otra persona a la que odio igualmente; se trata del señor Latitudinismo, individuo bien conocido que ha descubierto que todos somos iguales. Ahora, yo creo que una persona puede ser salva en cualquier iglesia. Algunas han sido salvadas en la iglesia de Roma, unos pocos hombres benditos cuyos nombres podría citar aquí. También sé, bendito sea Dios, que grandes multitudes son salvadas en la iglesia de Inglaterra; en ella hay una hueste de sinceros y piadosos hombres de oración. Creo que todas las ramas del protestantismo cristiano tienen un remanente según la elección de gracia, y necesitan tener, algunas de ellas, un poco de sal, pues de lo contrario se corromperían. Pero cuando me digo eso, ¿se imaginan que las coloco a todas al mismo nivel? ¿Están todas igualmente en lo cierto? Una dice que el bautismo de infantes es correcto, otras afirman que no es correcto. Algunos dicen que ambas tienen razón, pero yo no lo veo así. Una enseña que somos salvados por la gracia soberana, otra dice que no, sino que es nuestro libre albedrío el que nos salva; con todo, otros dicen que las dos están en lo cierto; yo no lo entiendo así. Una dice que Dios ama a Su pueblo y nunca dejará de amarlo; otra afirma que no amó a Su pueblo antes que ese pueblo Lo amara; que unas veces lo ama y otras deja de amarlo, volviéndole la espalda. Ambas pueden tener razón en lo esencial, pero nunca cuando una dice "Sí" y otra "No". Para verlo así necesitaría unos lentes que me ayudaran a ver hacia atrás y hacia adelante al mismo tiempo. No puede ser, señores, que ambas tengan razón, a pesar de que hay quien dice que las diferencias no son esenciales.

Este texto dice: “Le escribí las *grandezas de mi ley*”. No hay nada en la Biblia de Dios que no sea grandioso. ¿Se han detenido a pensar alguna vez cuál es la religión más pura? “¡Oh!”, dicen, “nunca nos hemos molestado con eso. Nosotros simplemente vamos donde nuestro padre y nuestra madre fueron.” ¡Ah! Esa es ciertamente una razón muy profunda. Ustedes van donde sus padres fueron. Yo creía que ustedes eran gente sensata, y nunca pensé que se dejaran llevar por otros en vez de por su propia convicción. Yo amo a mis padres sobre todo lo que respira, y el solo hecho de que creyeran que una cosa es verdad, me ayuda a pensar que lo es; pero yo no les he seguido. Pertenezco a una denominación diferente, y doy gracias a Dios por ello. Puedo recibirlas como hermanos y hermanas en Cristo, pero nunca pensé que, porque ellos fueran una cosa, yo tenía que ser lo mismo. Nada de eso. Dios me dio un cerebro y debo utilizarlo; y si ustedes tienen algún intelecto, deben usarlo también.

Nunca digan que no importa. Claro que importa. Todo cuanto Dios ha escrito aquí es de importancia eminente: El jamás hubiera escrito algo que fuera indiferente. Todo cuanto hay aquí tiene un valor; por lo tanto, escudriñen todos los temas, prueben todo por la Palabra de Dios. No tengo ninguna objeción en que lo que yo predique sea probado por este libro. Denme solamente un auditorio imparcial y ningún favor especial y este libro; y si digo algo contrario a él, voy a retractarme de eso el domingo siguiente. Por esto me mantengo firme o caigo. Busquen y miren, pero nunca digan: “No importa.” Cuando Dios dice algo, siempre es de importancia.

Pero, aunque todas las cosas en la Palabra de Dios son importantes, *no todo es importante en la misma medida*. Hay ciertas verdades vitales y fundamentales que deben ser creídas, o de lo contrario el hombre no podría ser salvo. Si quieren saber qué es lo que deben creer para ser salvos, encontrarán las *grandezas de la ley de Dios* entre estas cubiertas; todas están contenidas aquí. Como compendio o resumen de las *grandezas de la ley*, recuerdo lo que dijo una vez un viejo amigo mío: “¡Ah! Predica las tres ‘erres’ y Dios siempre te bendecirá.” Yo pregunté: “¿qué son las tres ‘erres’?” Y él me respondió: “Ruina, Redención y Regeneración.” Estas tres cosas contienen la esencia y el todo de la teología. “R” de ruina. Todos fuimos arruinados en la caída, todos nos perdimos cuando Adán pecó y todos estamos arruinados por nuestras propias transgresiones; todos estamos arruinados por nuestros corazones perversos, por nuestros malos deseos, y todos estaremos arruinados a menos que la gracia nos salve. Luego está la segunda “R” de redención. Somos redimidos por la sangre de Cristo, un Cordero sin mancha ni contaminación; somos rescatados por Su poder, somos redimidos por Sus méritos, y rescatados por Su fuerza. A continuación tenemos la “R” de regeneración. Si queremos ser perdonados, tenemos también que ser regenerados, porque nadie puede ser partícipe de la redención sin ser regenerado. Podemos ser tan buenos como queramos, y servir a Dios según lo imaginemos, según queramos; pero si no hemos sido regenerados, si no tenemos un corazón nuevo, si no nacemos de nuevo, todavía estamos en la primera “R”, esto es en la ruina.

Esto es un pequeño resumen del Evangelio, pero creo que hay otro mejor en los cinco puntos del calvinismo: Elección conforme al conoci-

miento previo de Dios, la natural depravación y pecaminosidad del hombre, la redención particular por la sangre de Cristo, el llamamiento eficaz por el poder del Espíritu, y la perseverancia final por el poder de Dios. Para ser salvos, debemos creer estos cinco puntos; pero no me gustaría escribir un credo como el de Atanasio, que empieza así: "Todo aquel que quiera ser salvo, deberá creer en primer lugar la fe católica, la cual es ésta"; al llegar a este punto tendría que detenerme porque no sabría cómo continuar. Sostengo la fe católica de la Biblia, toda la Biblia y nada más que la Biblia. No me corresponde redactar credos; sino que les suplico que escudriñen las Escrituras, porque ellas son la palabra de vida.

Dios dice: "Le escribí las grandesas de mi ley". ¿Dudan de su grandeza? ¿Creen que no son dignas de la atención de ustedes? Hombre, piensa un momento, ¿dónde te encuentras ahora?—

***"He aquí, en un estrecho trozo de tierra,
En mitad de dos mares sin límites;
Una pulgada de tiempo, el espacio de un momento,
Puede alojarme en aquel lugar celestial,
O encerrarme en el infierno."***

Recuerdo que una vez estaba yo en la playa, en una estrecha franja de tierra, sin preocuparme que la marea pudiera subir. Las olas lavaban constantemente ambas orillas, y envuelto en mis pensamientos permanecí allí por largo rato. Cuando quise regresar, me encontré ante una dificultad: las olas habían cortado el camino. De la misma manera, todos nosotros caminamos cada día por una estrecha senda, y hay una ola que sube más y más; vean cuán cerca está de sus pies, y otra ola se estrella a cada tic tac del reloj: "nuestros corazones, como sordos tambores, están redoblando marchas fúnebres camino de la tumba." Cada momento que vivimos es un avance hacia la tumba. Pero, *este Libro* me dice que, si soy convertido, cuando muera me recibirá un cielo de gozo y amor; los ángeles me esperarán con sus brazos abiertos, y yo, llevado por las potentes alas de los querubines, sobrepasaré al rayo, y me remontaré más allá de las estrellas, al trono de Dios, para morar allí para siempre--

***"Lejos de un mundo de pecado y dolor,
Moraré allí siempre con Dios."***

¡Oh!, esto hace que mis ojos derramen lágrimas tibias, esto hace que mi corazón se vuelva demasiado grande para mi pecho, y mi cerebro gire ante el solo pensamiento de—

***"Jerusalén, mi hogar feliz,
Tu nombre es siempre dulce para mí."***

¡Oh!, esa dulce escena más allá de las nubes; dulces campos revestidos de verde vivo y ríos de delicia. ¿No son éstas cosas grandiosas? Pero entonces, pobre alma no regenerada, la Biblia dice que, si tú estás perdido, tú estás perdido para siempre; te dice que si mueres sin Cristo, sin Dios, no hay esperanza para ti; que hay un lugar sin ningún rayo de esperanza, donde leerás grabado con letras de fuego: "conocías tu deber, pero no lo cumpliste". Te dice que serás echado de Su presencia con un: "Apartaos de mí". ¿Acaso no es grandioso todo esto? Sí, señores, tanto como el cielo es deseable y el infierno aborrecible, el tiempo breve y la eternidad infinita, como el alma es preciosa, el dolor debe ser evitado y el cielo debe ser buscado, como Dios es eterno y como Sus

palabras son ciertas, estas cosas son grandiosas; son cosas que ustedes deben escuchar.

III. Nuestro último punto es: EL TRATO QUE LA POBRE BIBLIA RECIBE EN ESTE MUNDO. La Biblia está considerada como una cosa extraña. ¿Qué quiere decir que la Biblia sea considerada como una cosa extraña? En primer lugar, quiere decir que es completamente ajena a muchas personas porque *nunca la leen*. Recuerdo que, en cierta ocasión, yo estaba leyendo la sagrada historia de David y Goliat, y estaba una persona presente, bastante entrada en años, quien me dijo: “¡Dios mío! Qué historia tan interesante; ¿en qué libro está?”

También me viene a la memoria otra persona que, hablando conmigo en privado, yo le hablé acerca de su alma, y ella me dijo cuán profundo era su sentimiento, ya que tenía enormes deseos de servir al Señor, pero encontraba otra ley en sus miembros. Yo abrí la Biblia en Romanos y le leí: “Porque no hago el bien que quiero; sino el mal que no quiero, eso hago.” “¿Está esto en la Biblia?”, preguntó ella, “yo no sabía eso.” No la culpé por su falta de interés en la Biblia hasta ese momento, pero me parecía difícil encontrar personas que no supieran absolutamente nada acerca de tal pasaje. ¡Ah! Ustedes saben más acerca de los libros de contabilidad de sus negocios que de la Biblia; más acerca de los diarios de sus vidas que de lo que Dios ha escrito. Muchos de ustedes pueden leer una novela de principio a fin, y, ¿qué provecho sacan de eso? Un bocado de pura espuma al haberla terminado.

Pero no pueden leer la Biblia; este manjar sólido, perdurable, sustancioso y que satisface, permanece sin ser probado, guardado en la alacena del abandono; mientras que todo cuanto escribe el hombre, el plato del día, es devorado con avidez. “Le escribí las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.” Ustedes nunca la han leído. Tengo esa dura acusación contra ustedes. Tal vez ustedes responden que no debo culparlos por una cosa así; pero siempre pienso que más vale tener una peor opinión de ustedes, que una opinión demasiado buena. Los culpo de esto: ustedes no leen su Biblia. Algunos de ustedes nunca la han leído completa, y su corazón les dice que lo que estoy diciendo es verdad. No sois lectores de la Biblia. Ustedes afirman que tienen una Biblia en la casa: ¿acaso pienso que son tan paganos que no tienen una Biblia en la casa? Pero, ¿cuándo fue la última vez que la leyeron? ¿Cómo saben que los lentes que perdieron hace tres años no están en el mismo cajón que la Biblia? Muchos de ustedes no han leído ni una sola página desde hace mucho tiempo, y Dios podría decirles: “Le escribí las grandezas de mi ley, y fueron tenidas por cosa extraña.”

Hay otros que leen la Biblia, pero cuando la leen, dicen *que es terriblemente árida*. Aquel joven que está allá opina que es muy “aburrida”; ésa es la palabra que usa. Él nos cuenta: “mi madre me dijo, cuando vayas a la ciudad, lee un capítulo cada día. Y yo se lo prometí para complacerla. Ojalá no lo hubiera hecho. No leí ningún capítulo ni ayer ni anteayer. Estuve muy ocupado. No pude evitarlo.” Tú no amas la Biblia, ¿verdad? “No, no encuentro en ella nada interesante.” ¡Ah!, eso es lo que yo pensaba también. No hace mucho tiempo yo no podía ver nada en ella. ¿Sabes por qué? Porque los ciegos no pueden ver. Pero cuando el Espíritu tocó las escamas mis ojos, estas se cayeron, y

cuando Él pone colirio en los ojos, entonces la Biblia se vuelve preciosa.

Recuerdo a un ministro que fue un día a visitar a una señora ya anciana y se propuso llevarle el consuelo de algunas de las preciosas promesas de la Palabra de Dios. Buscando, encontró en la Biblia de señora, escrito al margen, una “P”, y preguntó: “¿Qué significa esto?” “Esto quiere decir preciosa”, señor.” Poco más adelante descubrió una “P” y una “E” escritas juntas, y le volvió a preguntar su significado, y ella le respondió: esto, quiere decir ‘probada y experimentada’, porque yo la he probado y la he experimentado”. Si ustedes han probado y experimentado la palabra de Dios, si es preciosa para sus almas, entonces ustedes son cristianos; pero esas personas que desprecian la Biblia, “no tienen parte ni suerte en este asunto”. Si les parece árida, ustedes estarán áridos al fin en el infierno. Si no la estiman como algo mejor que su alimento diario necesario, no hay ninguna esperanza para ustedes, porque carecen de la evidencia más grande de su cristianismo.

Pero, ¡ay!, ¡ay!, lo peor está por venir. *Hay personas que odian la Biblia*, y también la desprecian. ¿Acaso tenemos algunas de esas personas aquí? Algunos se habrán dicho: “vayamos y oigamos lo que tiene que decirnos ese joven predicador.” Pues bien, esto es lo que tiene que decirles: “Mirad, oh menospaciadores, y asombraos, y desapareced.” Esto es lo que tiene que decirles: “los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios.” Y también tiene que decirles esto: “en los posteriores días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias.” Pero más aún, les dice hoy que si quieren ser salvos, deben encontrar la salvación aquí.

Por lo tanto, no menospicién la Biblia: escudriñenla, léanla, vengan a ella. Ten la seguridad, oh burlador, que tus carcajadas no pueden alterar la verdad, ni tus burlas te pueden librar de la condenación inevitable. Aunque en tu dureza hicieras un pacto con la muerte y firmaras un tratado con el infierno, aun así, la veloz justicia te alcanzará, y la poderosa venganza te derribará. En vano te burlas y te mofas, pues las verdades eternas son más poderosas que todos tus sofismas; tus ingeniosos dichos no pueden alterar la verdad divina de una sola palabra de este volumen de Revelación.

¡Oh! ¿Por qué altercan con su mejor amigo y maltratan su único refugio? Aun hay esperanza para el burlador. Esperanza en las venas del Salvador. Esperanza en la misericordia del Padre. Esperanza en la obra omnipotente del Espíritu Santo.

Una palabra más y terminaré. Mi amigo, el filósofo, dice que está muy bien que yo exhorte a la gente a leer la Biblia; pero que hay otras muchas ciencias grandiosas más interesantes y útiles que la teología. *Muy agradecido, señor, por su opinión.* ¿A qué ciencia se refiere usted? ¿A la ciencia de disecar escarabajos y colecciónar mariposas? “No, ciertamente no es a esa.” ¿A la ciencia de analizar las rocas y de tomar muestras de la tierra y hablarnos de sus diferentes estratos? “No, tampoco a esa precisamente.” ¿A qué ciencia, pues? Él me responde: “todas las ciencias en general son más importantes que la Biblia.” ¡Ah!, señor, ésa es su opinión, y habla de esa manera porque está lejos de Dios. Pues la ciencia de Jesucristo es la más excelente de las ciencias.

Que nadie deje la Biblia porque no es un libro culto y de sabiduría. Lo es. ¿Quisieran saber de astronomía? Está aquí: Ella habla del Sol de Justicia y de la Estrella de Belén. ¿Quieren saber de botánica? Está aquí: Ella habla de unas plantas de renombre: el Lirio de los Valles y la Rosa de Sarón. ¿Quieren saber de geología y mineralogía? Pueden aprender eso en la Biblia: pueden leer acerca de la Roca de los Siglos y de la Piedrecita Blanca con un nombre nuevo grabado, el cual ninguno conoce, sino aquel que lo recibe. ¿Quieren estudiar historia? Aquí están los anales más antiguos del género humano. Cualquiera que sea la ciencia de que se trate, vengan y búsquenla en este libro. Esa ciencia está aquí. Vengan, y beban de esta hermosa fuente del conocimiento y de la sabiduría, y descubrirán que serán hechos sabios para salvación. Sabios e ignorantes, niños y hombres, caballeros de cabellos blancos, jóvenes y muchachas, a ustedes les hablo, les pido y les suplico: respeten la Biblia y escudriñenla, porque a ustedes les parece que en ella tienen la vida eterna, y ella es la que da testimonio de Cristo.

He terminado. Vayamos a casa y pongamos en práctica cuanto hemos oído. Conozco a una señora que, cuando se le preguntó sobre lo que recordaba del sermón del pastor, dijo: "No recuerdo nada del mismo. Tenía que ver con pesas falsas y medidas fraudulentas, y yo no recordé nada excepto que cuando llegué a casa tenía que quemar mis medidas de grano." Así que si recuerdan cuando lleguen a sus casas quemar sus medidas, si recuerdan cuando lleguen a sus casas leer la Biblia, yo habré dicho lo suficiente. Quiera Dios, en Su infinita misericordia, cuando lean la Biblia, poner en sus almas los rayos iluminadores del Sol de Justicia, por la obra del siempre adorable Espíritu; de este modo, todo cuanto lean será de provecho y para salvación.

Podemos decir de la Biblia que es—

*"Es el escaparate del consejo revelado!
En donde la felicidad y el dolor están colocados de tal
manera
Que todo hombre sabe qué le corresponderá
Si interpreta todo correctamente.
Es el índice de la eternidad
No podrá de dejar de recibir la eterna felicidad
Quien se guíe por este mapa,
Ni puede equivocarse quien hable por él.
Es el libro de Dios. Quiero decir
El Dios de los libros, y pido que el que mire
Con enojo esa expresión, como demasiado aventurada,
Ahogue sus pensamientos en silencio, hasta encontrar
otra."*

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #15 – Volumen 1
The Bible

La Mente Puesta en la Carne es Enemiga de Dios

NO. 20

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 22 DE ABRIL, 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios.”
Romanos 8:7.

“Ya que la mente puesta en la carne es enemiga de Dios.”
(La Biblia de las Américas)

Esta es una denuncia muy solemne que el apóstol Pablo aquí formula contra la mente carnal. Él la declara enemiga de Dios. Cuando recordamos lo que el hombre fue una vez, considerado sólo un poco menor que los ángeles, el compañero con el que Dios se paseaba en el huerto del Edén al aire del día; cuando pensamos que el hombre fue creado a imagen de su Hacedor, puro, sin mancha e inmaculado, no podemos menos que sentirnos amargamente afligidos al descubrir una acusación como esta, proferida en contra de nosotros como *raza*. Debemos colgar nuestras arpas sobre los sauceas al oír la voz de Jehová, cuando habla solememente a Su criatura rebelde. “¡Cómo caíste del cielo, hijo de la mañana!” “Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; de toda piedra preciosa era tu vestidura, . . . los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios, allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios, y te arrojé de entre las piedras del fuego, oh querubín protector.”

Nos sentimos muy entristecidos cuando contemplamos las ruinas de nuestra raza. Como el cartaginense que al hollar el sitio desolado de su muy amada ciudad, derramó abundantes lágrimas cuando la vio convertida en escombros por los ejércitos romanos; o como el judío que deambulaba por las desiertas calles de Jerusalén, mientras lamentaba que la reja del arado hubiese desfigurado la belleza y la gloria de esa ciudad que

era el gozo de la tierra entera; así deberíamos dolernos por nosotros mismos y por nuestra raza, cuando contemplamos las ruinas de esa excelente estructura que Dios formó, esa criatura sin rival en simetría, con un intelecto sólo superado por el intelecto angélico, ese poderoso ser, el hombre, cuando contemplamos cómo cayó, y cayó, y cayó de su elevada condición,” convertido en una masa de destrucción.

Hace unos cuantos años se podía ver una estrella que resplandecía con brillantez inusitada, pero súbitamente desapareció; se ha llegado a conjeturar que se trataba de un mundo que ardía a miles de millones de kilómetros de nosotros, pero aun así, los rayos de esa conflagración llegaron hasta nosotros; el silencioso mensajero de luz dio la alarma a los remotos habitantes de este globo: “¡un mundo arde!” Pero ¿qué importancia tiene la conflagración de un planeta distante; qué es la destrucción del elemento material del orbe más gigantesco, comparada con esta caída de la humanidad, con este naufragio de todo lo que es santo y sagrado en nosotros? Para nosotros, en verdad, las cosas son difficilmente comparables, pues estamos profundamente interesados en una destrucción mas no en la otra.

La caída de Adán es NUESTRA caída; caímos en él y con él; sufrimos de igual manera; lamentamos la ruina de nuestra propia casa, deploramos la destrucción de nuestra propia ciudad, cuando nos detenemos para captar estas palabras escritas tan claramente que no pueden ser malinterpretadas: “Los designios de la carne” (esos mismos designios que una vez fueron santos, y que se volvieron carnales), “son ENEMISTAD contra Dios.” ¡Que Dios me ayude esta mañana a formular solemnemente esta denuncia contra todos ustedes! ¡Oh, que el Espíritu Santo nos convenga de tal modo de pecado, que unásimamente nos declaremos “culpables” delante de Dios!

No hay ninguna dificultad en la interpretación de mi texto: escasamente necesita una explicación. Todos nosotros sabemos que la palabra “carnal” significa aquí la naturaleza pecaminosa. Los antiguos traductores vertían el pasaje así: “la mente puesta en la carne es enemiga de Dios,” es decir, la mente no regenerada, esa alma que heredamos de nuestros padres, esa naturaleza pecaminosa que nació en nosotros cuando nuestros cuerpos fueron formados por Dios. La mente no regenerada, *phronema sarkos*, los deseos, las pasiones del alma; es esto lo que se apartó de Dios y se convirtió en Su enemigo.

Pero antes que nos adentremos en una discusión de la doctrina del texto, observen cuán vigorosamente lo expresa el apóstol: “Los designios de la carne,” dice, “son ENEMISTAD contra Dios.” Él usa un sustantivo, y no un adjetivo. No dice que simplemente se oponen a Dios, sino que se

trata de una enemistad positiva. No es el adjetivo negro, sino el sustantivo negrura; no es enemistado sino la enemistad misma; no es corrupto, sino la corrupción; no es rebelde, sino la rebelión; no es perverso, sino la perversión misma. El corazón aunque sea engañoso, es positivo engaño; es el mal en lo concreto, pecado en su esencia; es la destilación, la quintaesencia de todas las cosas que son viles; no es envidioso de Dios, es la envidia misma; no está enemistado, es la enemistad real.

No necesitamos decir una palabra para explicar que es “enemistad *contra Dios*.” No acusa a la naturaleza humana de tener simplemente una aversión al dominio, a las leyes, o a las doctrinas de Jehová; sino que asesta un golpe más profundo y más preciso. No golpea al hombre en la cabeza, sino que penetra en su corazón; pone el hacha a la raíz del árbol, y lo declara “enemistad *contra Dios*,” contra la persona de la Deidad, contra el Ser Supremo, contra el poderoso Hacedor de este mundo; no enemistado contra Su Biblia o contra Su Evangelio, aunque eso fuera verdad, sin contra Dios mismo, contra Su esencia, Su existencia, y Su persona. Sopesemos entonces las palabras del texto, pues son palabras solemnes. Están muy bien expresadas por ese maestro de la elocuencia, Pablo, y además, fueron dictadas por el Espíritu Santo, que enseña al hombre cómo expresarse correctamente. Que nos ayude a interpretar este pasaje, que nos ha dado previamente para su explicación.

El texto nos pide que tomemos nota, primero, *de la veracidad de esta aseveración*; en segundo lugar, *de la universalidad del mal que nos aqueja*; en tercer lugar, vamos a descender todavía más a las profundidades del tema procurando que lo graben en su corazón, al demostrar *la enormidad del mal*; y después de eso, si nos alcanza el tiempo, vamos a extraer una doctrina o dos del hecho general.

I. Primero, se nos invita a hablar sobre *la veracidad de esta gran declaración*: “los designios de la carne son enemistad contra Dios.” No requiere de pruebas, pues como está escrito en la palabra de Dios, nosotros, como cristianos, estamos obligados a inclinarnos ante ella. Las palabras de la Escritura son palabras de sabiduría infinita, y si la razón es incapaz de ver el fundamento de una declaración de la revelación, está obligada a creer en ella muy reverentemente, pues estamos convencidos que aunque esté por encima de nuestra razón, no puede ser contraria a ella.

Aquí encuentro que está escrito en la Biblia: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios;” y eso, en sí, me basta. Pero si necesitara testigos, convocaría a las naciones de la antigüedad; desenrollaría el volumen de historia antigua; les comentaría los hechos terribles de la humanidad. Quizás conmoviera sus almas hasta el aborrecimiento, si les

hablara de la crueldad de esta raza para consigo misma, si les mostrara cómo convirtió a este mundo en Acéldama por sus guerras, y lo ha inundado con sangre por sus luchas y asesinatos; si les enumerara la negra lista de vicios en que han caído naciones enteras, o les presentara los caracteres de algunos de los más eminentes filósofos, me daría vergüenza hablar de ellos y ustedes se negarían a escuchar. Sí, sería imposible que ustedes, como refinados habitantes de un país civilizado, soportaran la mención de los crímenes que fueron cometidos por esos mismos hombres que hoy en día son ensalzados como modelos de perfección. Me temo que si se escribiese toda la verdad, abandonaríamos la lectura de las vidas de los más poderosos héroes y de los sabios más orgullosos de la tierra, y diríamos de inmediato de todos ellos: “Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.”

Y si eso no fuera suficiente, quisiera hacerles ver los errores de los paganos; quisiera hablarles de la supersticiones de sus sacerdotes que han sometido a las almas a la superstición; quisiera que fueran testigos de las hórridas obscenidades, de los ritos diabólicos que constituyen las cosas más sagradas para estos ofuscados individuos. Entonces, después que hubieran oído lo que constituye la *religión* natural del hombre, les pediría que me explicaran cuál sería su *irreligión*. Si esta es su devoción, ¿cuál sería su impiedad? Si este es su ardiente amor por la Deidad, ¿cuál sería su odio a la misma? Estoy seguro que ustedes de inmediato confesarían, si supieran lo que es la naturaleza humana, que la denuncia está sustentada y que el mundo debe exclamar sin reservas, verazmente: “culpable”.

Puedo encontrar un argumento adicional en el hecho de que las mejores personas han sido siempre las más dispuestas a confesar su depravación. Los hombres más santos, los que están más libres de impureza, siempre han sentido más intensamente su depravación. El que tiene sus vestidos más blancos, percibirá mejor las manchas que les caigan. El que posee la corona más reluciente, sabrá cuándo ha perdido una piedra preciosa. El que da más luz al mundo, siempre será capaz de descubrir su propia oscuridad. Los ángeles del cielo velan sus rostros; y los ángeles de Dios en la tierra, Su pueblo escogido, siempre deben velar sus rostros con la humildad, cuando se acuerdan de lo que fueron.

Escuchen a David: él no era de esos que se jactaran de una naturaleza santa y de una disposición pura. Él dice: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre.” Muchos de esos santos hombres escribieron aquí, en este volumen inspirado, y los encontrarán a todos confesando que no eran limpios, no, ni aun uno; y uno de ellos exclamó: “¡miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?”

Y además, voy a citar a otro testigo que dé testimonio de la veracidad de este hecho, y que decidirá la pregunta: será su propia conciencia. ¡Conciencia, te voy a poner en el asiento de los testigos para interrogarte esta mañana! ¡Conciencia, dinos la verdad! ¡No te drogues con el opio de la seguridad en ti misma! ¡Testifica la verdad! ¿Nunca oíste decir al corazón: “quisiera que no existiera Dios”? ¿Acaso todos los hombres no han deseado, algunas veces, que nuestra religión no fuera verdadera? Aunque no han podido librarse enteramente sus almas de la idea de la Deidad, ¿acaso no han deseado que no existiera Dios? ¿No han acariciado el deseo que todas estas realidades divinas resultaran ser un engaño, una farsa y una impostura? “Sí,” responde cada individuo, “eso se me ha ocurrido algunas veces; he deseado poder entregarme a la necedad. He deseado que no hubiesen leyes que me restringieran; he deseado, como el insensato, que no hubiera Dios.”

Ese pasaje de los Salmos que dice: “Dice el necio en su corazón: no hay Dios,” está mal traducido. La traducción correcta debería ser: “Dice el necio en su corazón: *no acepto a Dios*. El necio no dice en su corazón *no hay* Dios, pues él sabe que hay un Dios; sino que más bien dice: “No acepto a Dios, no necesito ningún Dios, quisiera que no existiera ninguno.” Y, ¿quién de nosotros no ha sido tan insensato que no haya llegado a desear que no hubiera Dios?

Ahora, conciencia, ¡responde otra pregunta! Tú has confesado que algunas veces has deseado que no existiera Dios; entonces, supón que un hombre deseara la muerte de otro. ¿Acaso no demostraría eso que lo odiaba? Sí, lo demostraría. Y así, amigos míos, el deseo que no exista Dios, demuestra que tenemos aversión a Dios. Cuando deseo la muerte de otro y que se pudra en su tumba; cuando deseo que fuera un *non est* (un ser inexistente), debo odiar a ese hombre; de otra forma no desearía que fuera un ente extinto. Así que ese deseo (y no creo que haya existido alguien en el mundo que no lo hubiera sentido), demuestra que “los designios de la carne son enemistad contra Dios.”

Pero, ¡conciencia, tengo otra pregunta! ¿Acaso no ha deseado alguna vez tu corazón, puesto que hay un Dios, que Él fuera un poco menos santo, un poco menos puro, de tal manera que esas cosas que ahora son graves crímenes, pudiesen ser consideradas ofensas veniales, simples pecadillos? ¿Acaso no ha dicho nunca tu corazón: “Quisiera que estos pecados no fueran prohibidos”. ¡Quisiera que Él fuera misericordioso para que los pasara por alto sin que requiriera una expiación! Quisiera que no fuera tan severo, tan rigurosamente justo, tan severamente estricto en Su integridad.” Corazón mío, ¿nunca has dicho eso? La conciencia debe responder: “lo has dicho.” Bien, ese deseo de cambiar a Dios, demuestra

que no amas al Dios que es ahora el Dios del cielo y de la tierra; y aunque hables de religión natural, y te jactes de reverenciar al Dios de los verdes campos, de los fértiles prados, de las aguas abundantes, del retumbar del trueno, del cielo azul, de la noche estrellada, y del grandioso universo: aunque tú amas el bello ideal poético de la Deidad, no se trata del Dios de la Escritura, pues tú has deseado cambiar Su naturaleza, y en eso has demostrado que estás enemistado con Él. Pero, conciencia, ¿por qué debo andarme con rodeos? Tú puedes ser un testigo fiel, si quieres decir la verdad, que cada persona aquí presente ha transgredido de tal manera contra Dios, ha quebrantado tan continuamente Sus leyes, ha violado Su día de reposo, ha hollado Sus estatutos, ha despreciado Su Evangelio, que es muy cierto, ay, sumamente cierto que “los designios de la carne son enemistad contra Dios.”

II. Ahora, en segundo lugar, se nos pide que tomemos nota *de la universalidad de este mal*. Cuán vasta es esta aseveración. No es una mente carnal singular, o una cierta clase de caracteres, sino “*los designios de la carne.*” Es un enunciado sin restricciones, que incluye a cada individuo. Cualquier mente que pueda apropiadamente ser llamada carnal, si no ha sido espiritualizada por el poder del Espíritu Santo de Dios, es “enemistad contra Dios.”

Observen entonces, en primer lugar, la universalidad de esto en lo relativo a *todas las personas*. Toda mente carnal en el mundo está enemistada con Dios. Esto no excluye ni siquiera a los bebés que se alimentan del pecho de la madre. Nosotros los llamamos inocentes, y en realidad son inocentes de transgresiones reales, pero como dice el poeta: “en el pecho más tierno yace una piedra”. En la mente carnal de un bebé hay enemistad contra Dios; no está desarrollada, pero está allí. Algunos afirman que los niños aprenden a pecar por imitación. Pero no: llévense a un niño, pónganlo bajo las influencias más piadosas, asegúrense que el propio aire que respire sea purificado por la piedad, que beba sorbos de santidad, que sólo escuche la voz de la oración y de la alabanza; que sus oídos se mantengan afinados por las notas del himno sagrado; y a pesar de todo ello, ese niño puede convertirse todavía en uno de los más depravados transgresores; y aunque en apariencia esté encaminado en la propia senda al cielo, descenderá directamente al abismo si no es dirigido por la gracia divina. ¡Oh, cuán cierto es que algunos que han contado con los mejores padres, se han convertido en los peores hijos; que muchos que han sido entrenados bajo los más santos auspicios, en medio de las más favorables escenas de la piedad, se han convertido, sin embargo, en libertinos y disolutos! Así que no es por imitación, sino que es

por naturaleza que el niño es malo. Concédanme que el niño es carnal, pues mi texto dice: "los designios de la carne son enemistad contra Dios."

He oído que el cocodrilo recién nacido, cuando sale de su cascarón, en un instante comienza a ponerse en una postura de ataque, abriendo sus fauces como si hubiese sido enseñado o entrenado. Sabemos que los jóvenes leones cuando son domados y domesticados, conservan la naturaleza salvaje de sus congéneres de la selva, y si se les dejara en libertad, cazarian tan fieramente como los otros.

Lo mismo sucede con el niño; puedes atarlo con los verdes juncos de la educación, puedes hacer lo que quieras con él, pero como no puedes cambiar su corazón, esos designios de la carne estarán enemistados con Dios; y a pesar del intelecto, del talento, y de todo lo que puedan darle que sea de provecho, será de la misma naturaleza pecaminosa como cualquier otro niño, aunque en apariencia su naturaleza no sea tan mala; pues "los designios de la carne son enemistad contra Dios."

Y si esto se aplica a los niños, igualmente incluye a toda clase de hombres. Hay algunos hombres que han nacido en este mundo dotados de espíritus superiores, que caminan por todos lados como gigantes envueltos en mantos de luz y gloria. Me estoy refiriendo a los poetas, hombres que se destacan como colosos, más poderosos que nosotros, que parecen haber descendido de las esferas celestiales. Hay otros de agudo intelecto, que, investigando en los misterios de la ciencia, descubren cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo; hombres de tenaz investigación y de vasta erudición; y sin embargo, de cada uno de estos (poetas, filósofos, metafísicos y grandes descubridores), se dirá: "los designios de la carne son enemistad contra Dios."

Podrás entrenarle, convertir su intelecto en algo casi angélico, fortalecer su alma hasta que entienda lo que constituyen enigmas para nosotros, y los descifre con sus dedos en un instante; podrás hacerlo tan poderoso que pueda entender los férreos secretos de los montes eternos y pulverizarlos con su puño; podrás darle un ojo tan perspicaz que pueda penetrar los misterios de las rocas y de las montañas; podrás agregarle un alma tan potente que pueda matar a la gigantesca Esfinge, que por muchas edades confundió a los sabios más notables; pero cuando hayas hecho todo esto, su mente será depravada y su corazón carnal, todavía estará en oposición a Dios.

Sí, es más, puedes llevarlo a la casa de oración; puedes exponerlo constantemente a la predicación más clara del mundo, donde oirá las doctrinas de la gracia en toda su pureza, y predicación acompañada de santa unción; pero si esa santa unción no descansa en él, todo habría sido en vano: puede ser que asista con toda regularidad, pero al igual

que la piadosa puerta de la capilla, que gira hacia adentro y hacia afuera, él seguirá siendo igual; podría tener una religión superficial externa, pero su mente carnal estará enemistada con Dios. Ahora, esta no es una aseveración mía, es la declaración de la palabra de Dios, y pueden hacerla a un lado si no creen en ella; pero no discutan conmigo, ya que es el mensaje de mi Señor; y es válido para cada uno de ustedes: hombres, mujeres y niños, y para mí también, que si no somos regenerados y convertidos, si no experimentamos un cambio de corazón, nuestra mente carnal está enemistada con Dios.

Además, tomen nota de la universalidad de esto *en todo momento*. La mente carnal está en todo momento enemistada con Dios. “Oh,” dirá alguno, “puede ser verdad que a veces nos oponemos a Dios, pero ciertamente no siempre nos oponemos.” “Hay momentos,” dirá alguien, “cuando me siento que me rebelo, algunas veces mis pasiones me conducen a desviarme; pero ciertamente hay otras ocasiones favorables cuando realmente soy amigable con Dios, y le ofrezco verdadera devoción. A veces me he quedado (continúa el impugnador), en la cumbre de la montaña, hasta que toda mi alma se ha encendido con la escena contemplada abajo, y mis labios han pronunciado el himno de alabanza—

***“Estas son Tus obras gloriosas, Padre de bondad,
Todopoderoso, Tuya es esta estructura universal,
Tan hermosa y maravillosa: ¡cuán maravilloso entonces Tú!”***

Sí, pero fíjate, lo que es verdad un día no es falso al día siguiente; “los designios de la carne son enemistad contra Dios” todo el tiempo. El lobo podrá estar dormido, pero sigue siendo lobo. La serpiente con sus tonos atornasolados podrá dormitar en medio de las flores, y el niño puede acariciar su lomo resbaloso, pero sigue siendo una serpiente; no cambia su naturaleza aunque esté dormida. El mar es el albergue de las tormentas, aun cuando esté plácido como un lago; el trueno sigue siendo el trueno que retumba poderosamente, aunque se encuentre tan lejos que no podamos oírlo. Y el corazón, aunque no percibimos sus ebulliciones, aunque no vomite su lava, y no arroje las hirvientes rocas de su corrupción, sigue siendo el mismo temible volcán. En todo momento, a todas horas, a cada instante (digo esto según lo dice Dios), si ustedes son carnales, cada uno de ustedes es enemistad contra Dios.

Tenemos otro pensamiento relativo a la universalidad de este enunciado. *Todos los designios de la carne* son enemistad contra Dios. El texto dice: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios;” esto es, todo el hombre, cada parte de él: cada poder, cada pasión. Se hacen a menudo la pregunta: “¿Qué parte del hombre fue afectada por la caída?” piensan que la caída sólo la resintieron los afectos, pero que el intelecto permaneció incólume; ellos argumentan esto sustentados en la sabiduría del

hombre, y los impresionantes descubrimientos que ha hecho, tales como la ley de la gravedad, la máquina de vapor y las ciencias. Ahora, yo considero estas cosas como un despliegue insignificante de sabiduría, cuando se las compara con lo que se descubrirá dentro de cien años, y muy pequeñas comparadas con lo que se pudo haber descubierto si el intelecto del hombre hubiese permanecido en su condición original. Yo creo que la caída aplastó al hombre enteramente. Aunque cuando rodó como una avalancha sobre el poderoso templo de la naturaleza humana, algunos elementos permanecieron intactos, y en medio de las ruinas pueden encontrarse por aquí y por allá una flauta, un pedestal, una cornisa, una columna, que no están completamente quebrados, la estructura entera cayó, y sus reliquias más gloriosas son cosas caídas, hundidas en el polvo. El hombre completo está estropeado.

Miren *nuestra memoria*; ¿acaso no es verdad que la memoria participa de la caída? Yo puedo recordar mucho mejor las cosas malas que las que tienen olor a piedad. Si oigo una canción lasciva, esa música del infierno chirriará en mis oídos hasta que las canas cubran mi cabeza. Pero si oigo una nota de santa alabanza: ¡ay!, ¡se me olvida! Porque la memoria aprieta con una mano de hierro las cosas malas, pero sostiene con dedos débiles las cosas buenas. La memoria permite que los maderos gloriosos de los bosques del Líbano floten sobre la corriente del olvido, pero retiene toda la inmundicia que le llega flotando de la depravada ciudad de Sodoma. La memoria recordará lo malo, pero olvidará lo bueno. La memoria participa de la caída. Lo mismo ocurre con los *afectos*. Amamos lo terrenal más de lo que deberíamos amarlo; rápidamente entregamos nuestro corazón a una criatura, pero raras veces lo ofrecemos a nuestro Creador; y cuando el corazón es entregado a Jesús, es propenso a descarrิarse.

Miren a nuestra *imaginación* también. ¡Oh!, cómo se deleita la imaginación cuando el cuerpo se encuentra en una condición perniciosa. Sólo denle al hombre algo que lo lleve al punto de la intoxicación; dróguenlo con opio; y ¡cómo bailará su imaginación llena de gozo! Como pájaro liberado de su jaula, ¡cómo se remontará con alas más vigorosas que las alas del águila! Ve cosas que ni siquiera habría soñado en las sombras de la noche. ¿Por qué razón su imaginación no trabajó cuando su cuerpo se encontraba en un estado normal, cuando era saludable? Simplemente porque la imaginación es depravada; y mientras no se había introducido un elemento inmundo, mientras el cuerpo no había comenzado a estremecerse con un tipo de intoxicación, la fantasía no pensaba en celebrar su carnaval. Tenemos algunos espléndidos muestrarios de lo que el hombre puede escribir, cuando se ha encontrado bajo la maldita influencia del aguardiente. Debido a que la mente es tan depravada, le encanta

todo aquello que pone al cuerpo en una condición anormal; y aquí tenemos una prueba que la propia imaginación se ha descarrido.

Lo mismo ocurre con *el juicio*: puedo demostrar cuán imperfectamente decide. También puedo acusar a la *conciencia*, y decirle cuán ciega es, y cómo le guña el ojo a las más grandes necedades. Puedo examinar todos nuestros poderes, y escribir sobre la frente de cada uno de ellos: “¡Traidor al cielo! ¡Traidor al cielo!” Toda “la mente puesta en la carne es enemiga de Dios.”

Ahora, mis queridos lectores, “sólo la Biblia es la religión de los protestantes;” pero siempre que reviso un cierto libro tenido en gran estima por nuestros hermanos anglicanos, lo encuentro enteramente de mi lado, e invariablemente siento un gran deleite al citarlo. ¿Saben ustedes que soy uno de los mejores clérigos de la Iglesia de Inglaterra, el mejor, si me juzgaran por los Artículos, y el peor si me juzgaran por cualquier otra norma? Mídanme por los Artículos de la Iglesia de Inglaterra, y no ocuparía un segundo lugar ante nadie bajo el cielo azul del firmamento, predicando el evangelio contenido en ellos; pues si hay un excelente epítome del Evangelio, se encuentra en los Artículos de la Iglesia de Inglaterra. Permítanme mostrarles que no han estado escuchando una doctrina extraña. Tenemos, por ejemplo, el artículo noveno, sobre el pecado de nacimiento o pecado original: “El pecado original no consiste en seguir a Adán (como lo afirman vanamente los pelagianos), sino que es la falla y la corrupción de la naturaleza de cada individuo, que naturalmente es engendrada por la prole de Adán, por la cual el hombre está sumamente alejado de la justicia original, y es por su propia naturaleza propenso al mal, de tal forma que el deseo de la carne es contra el Espíritu; y, por lo tanto, toda persona venida a este mundo merece la ira de Dios y la condenación. Y esta infección de la naturaleza efectivamente permanece, sí, en los que son regenerados; por lo cual la concupiscencia de la carne, llamada en el griego: *phronema sarkos*, que algunos exponen como la sabiduría, la sensualidad, el afecto, el deseo de la carne, no está sujeta a la Ley de Dios. Y aunque no hay condenación para los que creen y son bautizados, sin embargo el apóstol confiesa que la concupiscencia y la lascivia tienen en sí la naturaleza del pecado.” No necesito nada más. ¿Acaso alguien que crea en el Libro de Oración disentirá de la doctrina que “la mente puesta en la carne es enemiga de Dios”?

III. He dicho que iba a procurar, en tercer lugar, mostrar la gran *enormidad de esta culpa*. Me temo, hermanos míos, que a menudo cuando consideramos nuestro estado, no pensamos tanto en la culpa como en la miseria. Algunas veces he leído sermones sobre la inclinación del pecador al mal, en los que esto se ha demostrado con mucho poder, y ciert-

tamente el orgullo de la naturaleza humana ha sido muy humillado y abatido; pero hay algo que me parece que si se deja fuera, resulta ser una gran omisión, es decir: la doctrina que el hombre es *culpable* en todas estas cosas. Si su corazón está contra Dios, debemos decirle que es su pecado; y si no puede arrepentirse, debemos mostrarle que el pecado es la única causa de su incapacidad para hacerlo, (que toda su separación de Dios es pecado), que mientras se mantenga alejado de Dios es pecado.

Me temo que muchos de los aquí presentes debemos reconocer que no acusamos de ese pecado a nuestras propias conciencias. Sí, decimos, estamos llenos de corrupción. ¡Oh!, sí. Pero nos quedamos muy tranquilos. Hermanos míos, no deberíamos hacerlo. Tener esas corrupciones es nuestro crimen, que debe ser confesado como un enorme mal; y si yo, como un ministro del Evangelio, no recalcara el pecado involucrado en ello, no habría encontrado su propio virus. Habría dejado fuera la verdadera esencia, si no mostrara que es un crimen.

Ahora, “la mente puesta en la carne es enemiga de Dios.” ¡Cuán grave pecado es! Esto se manifestará de dos formas. Consideren la relación en la que estamos con Dios, y luego recuerden lo que Dios es; y después que haya hablado de estas dos cosas, espero, ustedes verán, en verdad, que es un pecado estar enemistados con Dios.

¿*Qué es Dios para nosotros?* Él es el Creador de los cielos y de la tierra; Él sostiene los pilares del universo. Él con Su aliento perfuma las flores. Su lápiz las pinta de colores. Él es el autor de esta hermosa creación. “Somos ovejas de su prado; El nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos.” La relación que tiene con nosotros es la de Hacedor y Creador; y por ese hecho reclama ser nuestro Rey. Él es nuestro Legislador, el autor de la ley; y luego, para que nuestro crimen sea peor y más grave, Él gobierna la providencia; pues es Él quien nos guarda día a día. Él suple nuestras necesidades; Él mantiene el aire que respira nuestra nariz; Él ordena a la sangre que mantenga su curso a lo largo de nuestras venas; Él nos mantiene con vida, y nos previene de la muerte; Él está delante de nosotros como nuestro Creador, nuestro Rey, nuestro Sostén, nuestro Benefactor; y yo pregunto: ¿no es acaso un crimen de enorme magnitud, no es alta traición contra el emperador del cielo, no es un pecado horrible, cuya profundidad no podemos medir con la sonda de todo nuestro juicio, que nosotros, Sus criaturas, que dependemos de Él, estemos enemistados con Él?

Pero puede verse que el crimen es más grave cuando pensamos en lo que *Dios es*. Permitanme apelar personalmente ante ustedes en un estilo de interrogatorio, pues esto tiene mucho peso. ¡Pecador! ¿Por qué estás

enemistado con Dios? Dios es el Dios de amor. Él es amable con Sus criaturas. Él te mira con Su amor de benevolencia, pues este mismo día Su sol ha brillado sobre ti, hoy has tenido alimento y vestido, y has llegado a esta capilla con salud y vigor. ¿Odias a Dios porque te ama? ¿Es esa la razón? ¡Consideren cuántas misericordias han recibido de Sus manos a lo largo de su vida! No nacieron con un cuerpo deforme; han tenido una medida tolerable de salud; te has recuperado muchas veces de la enfermedad. Cuando estabas al borde la muerte, Su brazo ha detenido tu alma del último paso de destrucción. ¿Odias a Dios por todo esto? ¿Le odias porque salvó tu vida por Su tierna misericordia? ¡Contempla toda Su bondad que ha desplegado delante de ti! Podría haberte enviado al infierno; pero estás aquí. Ahora, ¿odias a Dios por haberte conservado? Oh, ¿por qué razón estás enemistado con Él? Amigo mío, ¿acaso no sabes que Dios envió a Su Hijo procedente Su pecho, y lo colgó en el madero, y allí permitió que muriera por los pecadores, el justo por los injustos? Y, ¿odias a Dios por ello? Oh, pecador, ¿acaso es esta la causa de tu enemistad? ¿Estás tan alejado que agradeces con enemistad el amor? Y cuando te ha rodeado de favores, cuando te ha ceñido con bendiciones, cuando te ha colmado de misericordias, ¿acaso le odias por eso? Él te podría decir lo mismo que dijo Jesús a los judíos: "Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?" ¿Por cuáles de estas obras odian a Dios? Si algún benefactor terrenal te hubiese alimentado ¿le odiarías? Si te hubiera vestido, ¿le ultrajarías en su cara? Si te hubiese dado talentos, ¿volverías esos poderes en su contra? ¡Oh, habla! ¿Forjarías el hierro de una daga y la clavarías en el corazón de tu mejor amigo? ¿Odias a tu madre que te crió en sus rodillas? ¿Acaso maldices a tu padre que sabiamente veló por ti? No, respondes, sentimos una pequeña gratitud por nuestros parientes terrenales. ¿Dónde están sus corazones, entonces? ¿Dónde están sus corazones, que todavía pueden despreciar a Dios, y estar enemistados con Él? ¡Oh, crimen diabólico! ¡Oh, atrocidad satánica! ¡Oh, iniquidad indescriptible! Odiar a Quien es todo amable, aborrecer al que muestra misericordia constante, desdeñar al que bendice eternamente, escarnecer al bueno, al lleno de gracia; ¡por sobre todo, odiar al Dios que envió a Su Hijo para que muriera por el hombre! ¡Ah!, en ese pensamiento: "La mente puesta en la carne es enemiga de Dios," hay algo que nos sacude; pues es un terrible pecado estar enemistados con Dios. Quisiera poder hablar con mayor poder, pero únicamente mi Señor puede hacerles ver el enorme mal de este horrido estado del corazón.

IV. Pero hay una o dos doctrinas que procuraremos deducir de todo esto. ¿Está la mente puesta en la carne "enemistada con Dios"? Entonces

la salvación no puede ser por méritos; tiene que ser por gracia. Si estamos enemistados con Dios, ¿qué méritos podríamos tener? ¿Cómo podemos merecer algo del Ser que odiámos? Aun si fuésemos puros como Adán, no podríamos tener ningún mérito; pues no creo que Adán tuviera algún merecimiento delante de su Creador. Cuando había guardado toda la ley de su Señor, no era sino un siervo inútil; no había hecho más de lo que tenía que hacer; no tenía un saldo a su favor, no había un excedente. Pero como nos hemos vuelto enemigos, ¡cuánto menos podemos esperar ser salvados por obras! Oh, no; la Biblia entera nos dice, de principio a fin, que la salvación no es por las obras de la ley, sino por los actos de la gracia.

Martín Lutero declaraba que él predicaba constantemente la justificación por la fe únicamente, “porque,” decía, la gente tiende a olvidarlo; de tal forma que me veía obligado casi a golpear sus cabezas con mi Biblia, para que se grabaran el mensaje en sus corazones.” Y es verdad que constantemente olvidamos que la salvación es sólo por gracia. Siempre estamos intentando introducir una pequeña partícula de nuestra propia virtud; queremos cooperar con algo.

Recuerdo un viejo dicho del viejo Matthew Wilkes: “¡Salvados por sus obras! Es como si intentaran llegar a América en un barquito de papel!” ¡Salvados por sus obras! ¡Eso es imposible! Oh, no; el pobre legalista es como un caballo ciego que da vueltas y vueltas al molino; o como el prisionero que sube los escalones del molino de rueda, y descubre que no ha subido después de todo el esfuerzo que ha hecho; no tiene una confianza sólida, no tiene una base firme en la que pueda apoyarse. No ha hecho lo suficiente: “nunca lo suficiente.” La conciencia siempre dice: “esto no es la perfección; debería haber sido mejor.” La salvación para los enemigos debe alcanzarse mediante un embajador, por una expiación, sí, por Cristo.

Otra doctrina que extraemos de esto es: *la necesidad de un cambio completo de nuestra naturaleza.* Es cierto que desde que nacemos estamos enemistados con Dios. ¡Cuán necesario es, entonces, que nuestra naturaleza sea cambiada! Hay pocas personas que sinceramente creen en esto. Ellos piensan que si claman: “Señor, ten misericordia de mí,” cuando están agonizando, irán al cielo directamente. Permitanme suponer un caso imposible por un momento. Imaginemos un hombre que está entrando al cielo sin un cambio en su corazón. Se aproxima a las puertas. Escucha un soneto. ¡Se sobresalta! Es un himno de alabanza a su *enemigo*. Ve un trono, y en él está sentado Uno que es glorioso; pero es su *enemigo*. Camina por calles de oro, pero esas calles pertenecen a su *enemigo*. Ve huestes de ángeles, pero esas huestes son los siervos de su

enemigo. Él se encuentra en la casa de un *enemigo*; pues él está *enemistado* con Dios. No puede unirse a los cantos, pues desconoce la melodía. Se quedaría parado allí, silente, inmóvil, hasta que Cristo dijera con una voz más potente que diez mil truenos: “*¿Qué haces tú aquí? ¿Enemigos en el banquete de bodas? ¿Enemigos en la casa de los hijos? ¿Enemigos en el cielo? ¡Vete de aquí! ¡Apártate, maldito, al fuego eterno del infierno!*” ¡Oh!, señores, si los no regenerados pudiesen entrar al cielo, traigo a la memoria una vez más el tan repetido dicho de Whitefield: sería tan infeliz en el cielo, que le pediría a Dios que le permitiese precipitarse en el infierno para buscar cobijo allá. Debe haber un cambio, si pensamos en el estado futuro, pues, *¿como podrían los enemigos de Dios sentarse jamás en el banquete de bodas del Cordero?*

Y para concluir, permítanme recordarles (y después de todo está en el texto), que *este cambio debe ser obrado por un poder superior al de ustedes*. Un enemigo puede posiblemente convertirse en amigo; pero no la *enemistad*. Si ser un enemigo fuera un agregado a su naturaleza, él podría volverse un amigo; pero si es la esencia misma de su existencia ser enemistad, positiva enemistad, la enemistad no se puede cambiar a sí misma. No, debe hacerse algo más de lo que nosotros podemos lograr. Esto es precisamente lo que se olvida en estos días. Necesitamos más predicación con la unción del Espíritu Santo, si queremos tener más obra de conversión. Yo les digo, amigos, si ustedes se cambian a sí mismos, y se hacen mejores, y mejores, y mejores, mil veces mejores, nunca serán lo suficientemente buenos para el cielo. Mientras el Espíritu de Dios no haya puesto Su mano en ustedes; mientras no haya regenerado el corazón, mientras no haya purificado el alma, mientras no haya cambiado el espíritu entero y no haya hecho al hombre una nueva criatura, no podrán entrar al cielo. Cuán seriamente, entonces, deberían hacer un alto y meditar. Heme aquí, una criatura de un día, un mortal nacido para morir, ¡pero sin embargo un ser inmortal! En este momento estoy enemistado con Dios. *¿Qué haré? ¿Acaso no es mi deber, así como mi felicidad, preguntar si hay una manera de ser reconciliado con Dios?*

¡Oh!, agotados esclavos del pecado, *¿acaso no son sus caminos, sendas de insensatez? ¿Acaso es sabiduría, oh mis amigos, es sabiduría odiar a su Creador? ¿Es sabio estar en oposición contra Él? ¿Es prudente despreciar las riquezas de Su gracia?* Si es sabiduría, es la sabiduría del infierno; si es sabiduría, es una sabiduría que es insensatez para con Dios. ¡Oh, que Dios nos conceda que se puedan volver a Jesús con pleno propósito de corazón! Él es el embajador; Él es el único que puede establecer la paz por medio de Su sangre; y aunque vinieron aquí como ene-

migos, es posible que atraviesen esa puerta como amigos, si no hacen sino mirar a Jesucristo, la serpiente de bronce que fue alzada.

Y ahora, puede ser que algunos de ustedes hayan sido convencidos de pecado, por el Espíritu Santo. Yo ahora les voy a proclamar el camino de salvación. "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Contempla, oh temeroso penitente, el instrumento de tu liberación. ¡Vuelve tus ojos llenos de lágrimas a aquel Monte del Calvario! Mira la víctima de la justicia, el sacrificio de expiación por tu transgresión. Mira al Salvador en Sus agonías, comprando tu alma con torrentes de Su sangre, y soportando tu castigo en medio de las agonías más intensas. Él murió por *ti*, si confiesas tus culpas ahora. Oh, ven tú, hombre condenado, autocondenado, y vuelve tus ojos a este camino, pues una mirada salvará. Pecador, tú has sido mordido. ¡Mira! No necesitas ninguna otra cosa sino "¡mirar!" Es simplemente "¡mirar!" Basta que mires a Jesús y serás salvo. Oyes la voz del Redentor: "Mirad a mí, y sed salvos." ¡Miren! ¡Miren! ¡Miren! Oh almas culpables—

**"Confía en Él, confía plenamente,
No permitas que otra confianza se entrometa;
Nadie sino Jesús
Puede hacer bien al pecador desvalido."**

Que mi bendito Señor les ayude a venir a Él, y los atraiga a Su Hijo, por Jesucristo nuestro Señor. Amén y Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #20—Volume 1.

THE CARNAL MIND ENMITY AGAINST GOD

Los Dos Efectos del Evangelio

NO. 26

SERMÓN PREDICADO EN LA MAÑANA DEL DOMINGO,
17 DE MAYO DE 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND.

“Porque para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden. A los unos, olor de muerte para muerte; mientras que a los otros, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?”
2 Corintios 2:15, 16.

Éstas son palabras de Pablo expresadas en nombre propio y en el de sus hermanos los Apóstoles. Son verdaderas en lo que concierne a todos aquellos que son elegidos por el Espíritu, preparados y enviados a la viña para predicar el Evangelio de Dios. Siempre he admirado el versículo 14 de este capítulo, especialmente cuando recuerdo los labios que las pronunciaron: “Pero gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo y que manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento por medio de nosotros.”

Imaginemos a Pablo, ya anciano, diciéndonos: “Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno”, que después fue arrastrado dándolo por muerto; el hombre de los grandes sufrimientos, que había pasado a través de mares de persecuciones; pensemos cuando dice, al fin de su carrera ministerial: ¡“Pero gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo!”

¡Triunfar cuando se ha naufragado, triunfar a pesar de haber sido flagelado, triunfar habiendo sido torturado, triunfar al ser apedreado, triunfar en medio de la burla del mundo!, ¡triunfar al ser expulsado de una ciudad y haber tenido que sacudir el polvo de sus pies!; ¡triunfar en todo momento en Cristo Jesús!

Ahora bien, si hablaran de ese modo algunos ministros de nuestro tiempo, no daríamos mucha importancia a sus palabras, pues gozan del aplauso del mundo. Siempre pueden irse en paz a sus casas. Tienen creyentes que los admiran, y no tienen enemigos declarados; contra ellos ni siquiera un perro mueve su lengua, todo es seguro y placentero. Si dicen, “Pero gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo”, no nos commueven; pero si lo dice alguien como Pablo, tan pisoteado, tan torturado y tan afligido, podemos considerarlo un héroe. He aquí un hombre que tenía verdadera fe en Dios y en el carácter divino de su misión.

Y cuán dulce es, hermanos míos, el consuelo que Pablo aplicaba a su propio corazón en medio de todas sus calamidades. Decía que, a pesar de

todo, Dios “manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento por medio de nosotros.” ¡Ah! Con este pensamiento un ministro puede dormir tranquilo en su lecho: “Dios manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento.” Con esto, puede cerrar sus ojos cuando acabe su carrera y abrirlos en el cielo: “Dios, por mediación mía, manifestó en todo lugar el olor de su conocimiento.”

Sigan, pues, las palabras de mi texto, que expondré dividiéndolo en tres partes. Nuestra primera observación será que, *aunque el Evangelio es un “buen olor” en todo lugar, produce sin embargo diferentes efectos en diferentes personas:* “A los unos, olor de muerte para muerte; mientras que a los otros, olor de vida para vida.”

Nuestra segunda observación será que los *ministros del Evangelio no son responsables de su éxito*, porque dice: “Para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden.” Y en tercer lugar, *la carga del ministro del Evangelio no es ligera*, su deber es muy agobiante. El apóstol mismo dijo, “Y para estas cosas ¿quién es suficiente?”

I. Nuestra primera observación es que, **EL EVANGELIO PRODUCE DIFERENTES EFECTOS**. Puede parecer increíble, pero es extrañamente cierto que hay pocas cosas buenas en el mundo de las que no se desprenda algún mal. Observemos cómo brilla el sol, sus rayos ablandan la cera y endurecen la arcilla; en el trópico hacen que la vegetación sea extremadamente exuberante, y que maduren los más ricos y escogidos frutos y se den las flores más hermosas, pero ¿quién no sabe que en aquellos lugares prosperan los peores reptiles y las más venenosas serpientes de la tierra?

Así ocurre con el Evangelio. Aunque es el sol de justicia para el mundo, aunque es el mejor regalo de Dios y nada puede ser comparado a la inmensidad de beneficios que concede a la raza humana, a pesar de todo, debemos confesar que, a veces, es “olor de muerte para muerte.” Pero no debemos culpar de ello al Evangelio; la culpa no es de la verdad de Dios, sino de aquellos que no aceptan recibirla. Es “olor de vida para vida” para todo aquel que la oye con un corazón abierto para recibirla. Y es sólo “muerte para muerte”, para el hombre que odia la verdad, que la menosprecia, se burla de ella, e intenta oponerse a su avance. En primer lugar, pues, vamos a hablar de ese carácter.

1. El Evangelio es para *algunos* hombres, “olor de muerte para muerte.” Ahora bien, esto depende en gran parte de qué es el Evangelio; porque hay algunas cosas llamadas “Evangelio”, que son “olor de muerte para muerte” para todos aquellos que las oyen. El predicador John Berridge decía que predicó la moralidad hasta que no quedó en el pueblo un sólo hombre moral; porque el modo más seguro de dañar a la moralidad es la predicación legalista. La predicación de las buenas obras y la exhortación a los hombres a la santidad como medio de salvación son muy admiradas en teoría, pero en la práctica se demuestra, no solamente que no son eficaces, sino, y esto es lo peor, que a veces se convierten en “olor de muerte para muerte.”

Así se ha comprobado; y creo que incluso el gran Chalmers confesó que durante años y años antes de conocer al Señor, no predicó otra cosa que moralidad y preceptos, pero nunca vio a ningún borracho convertido por el mero hecho de mostrarle los males de la borrachera. Ni vio a ningún blasfemo que dejara de blasfemar porque le dijera lo odioso de su pecado. Cuando empezó a predicar el amor de Jesús; cuando predicó el Evangelio como es en Cristo, en toda su claridad, plenitud y poder, y la doctrina de que “por gracia sois salvos por la fe; y esto no es de vosotros, pues es don de Dios” fue cuando conoció el éxito. Cuando predicó la salvación por la fe, multitudes de borrachos arrojaron sus copas y los blasfemos frenaron sus lenguas; los ladrones se hicieron honrados, y los injustos e impíos se inclinaron ante el cetro de Jesús.

Pero deben reconocer, como les dije antes, que aunque el Evangelio produce generalmente el mejor de los efectos en casi todos aquellos que lo oyen, ya sea apartándolos del pecado, ya haciéndolos abrazarse a Cristo, es sin embargo un hecho grande y solemne, y sobre el cual difícilmente sé como hablar esta mañana que, para muchos hombres, la predicación del Evangelio de Cristo es “muerte para muerte”, y produce mal en vez de bien.

i. Y el primer sentido es el siguiente: *Muchos hombres se endurecen en sus pecados al oír el Evangelio.* ¡Oh!, qué verdad más terrible y solemne es que, de todos los pecadores, algunos pecadores del santuario son los peores. Aquellos que pueden sumergirse más en el pecado, y tienen la conciencia más tranquila y el corazón más duro, se encuentran en la propia casa de Dios. Yo sé bien que un ministro fiel servirá de estímulo a los hombres, y las severas amonestaciones de un Boanerges a menudo les hará estremecerse. Igualmente, estoy consciente que la Palabra de Dios hace que a veces su sangre se coagule en sus venas; pero sé también (porque los he visto) que hay muchos que convierten la gracia de Dios en libertinaje, e incluso hacen de la verdad de Dios un pretexto para el diablo, y profanan la gracia de Dios para justificar su pecado. A tales hombres los he podido encontrar entre aquellos que oyen las doctrinas de la gracia en toda su plenitud. Son los que dicen: “Soy elegido, por eso puedo blasfemar; soy uno de los que fueron escogidos por Dios antes de la fundación del mundo, por ello puedo vivir como se me antoje.”

He visto a un hombre que, trepado sobre la mesa de una cantina y sosteniendo el vaso en su mano, decía: “¡Compañeros! Yo puedo hacer y decir más que cualquiera de ustedes; yo soy uno de esos que están redimidos por la preciosa sangre de Jesús”; y acto seguido se bebió su vaso de cerveza y comenzó a bailar ante los demás, mientras entonaba viles y blasfemas canciones. He aquí a un hombre para quien el Evangelio es “olor de muerte para muerte.” Oye la verdad, pero la pervierte; toma aquello que está puesto por Dios para su bien y lo utiliza para suicidarse. El cuchillo que le fuera dado para abrir los secretos del Evangelio, lo vuelve contra su propio corazón. La que es la más pura de todas las verdades y la más elevada de todas las moralidades es convertida en la en-

cubridora de sus vicios, y hace de ella un andamio que le ayuda a construir el edificio de sus maldades y pecados.

¿Hay aquí alguien como este hombre, a quien le guste oír el *Evangelio*, como ustedes lo llaman, y no obstante viva impuramente? ¿Quiénes pueden decir que son hijos de Dios, y a pesar de ello se comportan como vasallos sirvientes de Satanás? Sepan bien que ustedes son unos mentirosos e hipócritas, porque la verdad no está de ningún modo en ustedes. “Cualquiera que es nacido de Dios, no peca.” A los elegidos de Dios no se les permitirá caer permanentemente en pecado; ellos nunca “convertirán la gracia de Dios en libertinaje”, sino que, en todo lo que dependa de ellos, se esforzarán por permanecer cerca de Jesús. Tengan esto por seguro: “Por sus frutos los conoceréis.” “Así también, todo árbol sano da buenos frutos, pero el árbol podrido da malos frutos. El árbol sano no puede dar malos frutos, ni tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos.” No obstante, esas personas están continuamente pervirtiendo el Evangelio en maldad. Pecan con arrogancia por el mero hecho de que han oído lo que ellos consideran que son excusas para sus vicios.

No encuentro otra cosa bajo el cielo, que pueda extraviar tanto a los hombres, como un Evangelio pervertido. Una verdad pervertida es, generalmente, peor que una doctrina que todos saben que es falsa. Al igual que el fuego, uno de los elementos más útiles que puede causar la más intensa conflagración, así el Evangelio, que es lo mejor que poseemos, puede convertirse en la más vil de las causas. Éste es un sentido en el que el Evangelio es “olor de muerte para muerte.”

ii. Pero hay algo más. Es un hecho que *el Evangelio de Jesucristo aumentará la condenación de algunos hombres en el día del juicio final*. De nuevo me espanto al decirlo, porque es un pensamiento demasiado horrible para aventurarse a hablar de él; que el Evangelio de Cristo vaya a hacer del Infierno para algunos hombres un lugar aun más terrible de lo que pudiera hubiera sido. Todos los hombres se hubieran hundido en el Infierno de no haber sido por el Evangelio. La gracia de Dios redimirá a “una gran multitud, la cual ninguno puede contar”; guardará a un ejército incontable que será salvado en el Señor con una salvación eterna; pero, al mismo tiempo, a quienes la rechazan les hace más terrible la condenación. Y les diré por qué:

Primeramente, *porque los hombres pecan contra una luz superior*, y la luz que poseemos es una excelente medida para nuestra culpa. Lo que un nómada puede hacer sin que para él sea delito, en mí puede ser el mayor de los pecados, porque estoy mejor instruido; y lo que alguno pueda hacer en Londres con impunidad, me refiero a un pecado contra Dios que no sea excesivamente grande, podría parecerme a mí la mayor de las transgresiones, porque desde mi juventud he sido instruido en la piedad. El Evangelio viene sobre los hombres como la luz del cielo. ¡Qué errante debe andar el que se extravía en la luz! Si el que es ciego cae en la zanja, podemos compadecerle, pero si un hombre con la luz en sus ojos se arroja al precipicio y pierde su alma, ¿verdad que es imposible la compasión?—

“¡Cómo merecen el infierno más profundo”

***Quiénes menosprecian los gozos del cielo!
¡Qué cadenas de venganza deberán sentir
Los que se burlan del amor soberano!"***

Les repito que la condenación de todos ustedes aumentará, a menos que encuentren en Jesucristo al Salvador; porque haber tenido la luz y no haber andado por medio de ella será la misma esencia de la condenación. Éste será el virus de la culpa: "que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas."

La condenación de ustedes será también mayor si se *oponen al Evangelio*. Si Dios tiene un plan de misericordia, y el hombre se levanta contra él, ¿no será grande su pecado? ¿No fue inmensa la culpa en que incurrieron hombres tales como Pilato, Herodes y los judíos? ¡Oh!, quién puede imaginar la condena de aquellos que gritaron: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!" ¿Y qué lugar del fuego del infierno arderá con fuerza suficiente para el hombre que calumnia al ministro de Dios, para el que habla mal de su pueblo, para el que odia su verdad, y que, si pudiera, borraría de la tierra todo rastro de piedad? ¡Quiera Dios ayudar al infiel y al blasfemo! Dios salve sus almas, si me dieran a escoger de entre todos los hombres, no elegiría jamás ser como uno de ellos.

¿Piensan ustedes señores, que Dios no tendrá en cuenta lo que los hombres dicen? Uno ha maldecido a Cristo, llamándole charlatán. Otro ha declarado (sabiendo que mentía) que el Evangelio es falso. Un tercero ha proclamado sus máximas licenciosas, y después ha señalado a la Palabra de Dios diciendo: "¡Hay peores cosas en ella!" Y otro ha insultado a los ministros de Dios ridiculizando sus imperfecciones. ¿Creen que Dios olvidará todo esto en el último día? Cuando sus enemigos se presenten ante Él, los tomará de la mano y les dirá: "El otro día llamaste perro a mi siervo, y escupiste sobre él, ¿y por esto te daré el cielo?" No; si el pecado no ha sido lavado por la sangre de Cristo, dirá" ¡Apártate, maldito, al infierno del que te burlabas!; abandona el cielo que tú despreciabas, y aprende que, aunque decías que no había Dios, esta diestra te enseñará eternamente la lección de que sí lo hay, porque aquel que no me descubra por mis obras de benevolencia, sabrá de mí por mis hechos de venganza; así pues, ¡apártate te digo!" A aquellos que se han opuesto a la verdad de Dios, les será aumentado el castigo. Ahora bien, ¿no es ésta una solemne visión de que el Evangelio es para muchos "olor de muerte para muerte"?

iii. Consideraremos aún otro sentido. Creo que *el Evangelio hace a algunos seres de este mundo más desgraciados de lo que hubieran sido*. El borracho podría beber y gozarse en su embriaguez con mayor alegría, si no hubiera oido decir: "Todos los borrachos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre." Cuán jovialmente el trasgresor del domingo alborotaría durante todo el día si la Biblia no dijera: "¡Acuérdate del día de reposo, para santificarlo!" Y cuán felizmente podría lanzarse en su loca carrera el libertino y el licencioso, si no se hubiera dicho: "¡La paga del pecado es muerte, y después el juicio!" Pero la verdad pone amargura en

sus copas; los avisos de Dios congelan la corriente de su alma. El Evangelio es como el esqueleto en la fiesta egipcia: aunque durante el día se ríen de él, por la noche tiemblan como hojas de álamo blanco, y cuando las sombras del atardecer caen sobre ellos, se estremecen al menor susurro. Ante el pensamiento de su condición futura, su gozo se tristece, y la inmortalidad, en vez de ser un regalo para él, es, sólo al pensar en ella, el tormento de su existencia. Las dulces palabras de amor de la misericordia no son para ellos más armoniosas que el estruendo del trueno, porque saben que las menosprecian. Sí, he conocido a algunos que han sido tan desgraciados a causa del Evangelio, al no querer abandonar sus pecados, que han estado a punto de suicidarse. ¡Oh!, qué terrible pensamiento! El Evangelio es “olor de muerte para muerte”; ¿para cuántos de los que están aquí es así?, ¿quién está ahora oyendo la palabra de Dios para ser condenado por ella?, ¿quién saldrá de aquí para ser endurcido por la voz de la verdad? Así será para todo hombre que no crea en ella; porque para aquellos que la reciben es “olor de vida para vida”, pero para los incrédulos es una maldición, y “olor de muerte para muerte.”

2. Pero, bendito sea Dios, el Evangelio tiene un segundo poder. Además de ser “muerte para muerte”, es “olor de vida para vida.” ¡Ah!, hermanos míos, algunos de nosotros podríamos hablar, si ello nos fuera dado esta mañana, del Evangelio como “olor de vida” para nosotros. Volvamos la vista atrás a la hora en que estábamos “muertos en delitos y pecados.” En vano todos los truenos del Sinaí, en vano los avisos de los atalayas: dormíamos en el sueño moral de nuestras culpas, y ni un ángel podría habernos despertado. Y contemplemos también, con alegría, aquella hora en que entramos por primera vez dentro de los muros de un santuario y, para nuestra salvación, oímos la voz de la misericordia.

A algunos de ustedes les ocurrió hace unas semanas. Yo sé dónde están y quiénes son; hace sólo unas semanas o unos meses, también ustedes estaban lejos de Dios, pero han sido llevados a amarle. Recuerda, cristiano hermano mío, aquel momento en que el Evangelio fue para ti “olor de vida”, cuando te separaste de tus pecados, renunciaste a tus concupiscencias, y volviéndote a la Palabra de Dios, la recibiste con todo tu corazón. ¡Ah!, ¡aquella hora, la más dulce de todas! Nada puede compararse a ella. Conocí a una persona que durante cuarenta o cincuenta años había permanecido completamente sorda; una mañana, sentada a la puerta de su casa, mientras pasaban algunos vehículos por delante de ella, creyó oír una música melodiosa. No era música, era solamente el ruido de los carruajes. Su oído se había abierto repentinamente, y aquel sonido ordinario le pareció como música celestial, porque era la primera vez que oía en tantos años. De forma parecida, la primera vez que nuestros oídos se abrieron para oír las palabras del amor, la seguridad de nuestro perdón, oímos la palabra como nunca la habíamos oido hasta entonces; nunca nos pareció tan dulce y quizás, aun en estos momentos, miramos atrás y decimos—

**“¡Qué horas de paz gocé entonces!
¡Cuán dulce es su recuerdo todavía!”**

Cuando por primera vez fue “olor de vida” para nuestras almas. Así pues, amados míos, si alguna vez ha sido “olor de vida”, *siempre lo* será; porque no dice que sea olor de vida para muerte, sino “olor de vida para vida.” Al llegar a este punto, debo dirigir otro golpe a mis antagonistas los arminianos; no puedo remediarlo. Ellos sostienen que, a veces, el Evangelio es olor de vida para muerte. Nos dicen que un hombre puede recibir vida espiritual, y no obstante, morir eternamente. Es decir, puede ser perdonado y, después, castigado; puede ser justificado de todo pecado, y sin embargo sus trasgresiones pueden ser cargadas de nuevo sobre sus espaldas. Dicen que un hombre puede haber nacido de Dios, y no obstante morir; puede ser amado por Dios, y a pesar de ello Dios puede odiarle mañana.

¡Oh! No puedo soportar el hablar de tales doctrinas llenas de mentiras; que crean en ellas los que quieran. Por lo que a mí respecta, creo tan profundamente en el amor inmutable de Jesús, que supongo que si un creyente estuviera en el infierno, el mismo Cristo no estaría mucho tiempo en el cielo sin gritar: “¡Al rescate! ¡Al rescate!” ¡Oh!, si Jesucristo estuviera en la gloria y de su corona faltara una de sus piedras preciosas, la cual poseyera Satanás en el infierno, éste diría: “¡Mira, Príncipe de la luz y de la gloria, tengo en mi poder una de tus joyas!” Y manteniéndola en alto, gritaría: “Tú diste tu vida por este hombre, pero no tienes poder suficiente para salvarle; Tú lo amaste una vez, ¿dónde está tu amor? ¡De nada le sirve porque más tarde lo odiaste!” Y cómo se reiría burlonamente de aquel heredero del cielo, diciendo: “Este hombre fue redimido; Jesucristo lo compró con su sangre.” Y, arrojándolo a las olas del infierno con grandes carcajadas, diría: “¡Toma, redimido! ¡Mira cómo puedo robar al Hijo de Dios!” Y con gozo maligno continuaría repitiendo: “Este hombre fue perdonado, ¡contemplen la justicia de Dios! Es castigado después de haber recibido el perdón. Cristo sufrió por sus pecados y, no obstante, yo lo poseo; ¡porque Dios lo ha castigado dos veces!” ¿Creen ustedes que podrá decirse eso alguna vez?; ¡Ah!, no. Es “olor de vida para vida”, y no de vida para muerte. Sigan con su evangelio envilecido, predíquenlo donde quieran; pero mi Señor dijo: “Yo doy a mis ovejas vida eterna.” Ustedes dan a sus ovejas vida temporal, y ellas la pierden; pero Jesús dice: “Yo les doy vida ETERNA; y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano”.

Cuando hablo de este tema, generalmente me enciendo, porque creo que hay muy pocas doctrinas tan importantes como la de la perseverancia de los santos; porque si uno de los hijos de Dios llegara a perecer, o si yo supiese que esto pudiera suceder, sacaría la conclusión inmediata de que yo podría ser uno de ellos, y supongo que a cada uno de ustedes les pasaría lo mismo y en este caso ¿dónde están el gozo y la felicidad del Evangelio? De nuevo repito que el evangelio arminiano es una cáscara sin contenido; una cáscara sin el fruto; que se lo queden aquellos a quienes agrada. No discutiremos con ellos. Dejen que continúen predicándolo. Dejen que sigan diciendo a los pobres pecadores que, si creen en Jesús, serán condenados después de todo; que Jesucristo les perdo-

nará y que, a pesar de ello, el Padre los enviará al infierno. Sigan predicando el evangelio de ustedes, porque ¿quién lo escuchará?; y si alguno lo escucha, ¿le sirve de algo oírlo? Les digo que no; porque si después de convertirme estoy en el mismo lugar en que me encontraba antes de convertirme, de nada me sirve el haber sido convertido. Mas a aquellos a quienes Él ama, los ama hasta el fin—

***“Una vez en Cristo, en Él para siempre;
Nada puede separarme de Su amor.”***

Es “olor de vida para vida.” No solamente “vida para vida” en este mundo, sino “vida para vida” eternamente. Todo el que posea esta vida, recibirá la venidera; “gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que en integridad andan.”

Me veo obligado a dejar este punto; pero si mi Señor lo toma en sus manos y hace de estas palabras “olor de vida para vida” en esta mañana, me gozaré de haberlas pronunciado.

II. Nuestra segunda afirmación es que EL MINISTRO NO ES RESPONSABLE DE SUS ÉXITOS. Es responsable de lo que predica y de su vida y acciones, pero no es responsable de los demás. Si yo predico la Palabra de Dios, pero no hay ningún alma que se salve, el Rey me diría a pesar de todo: “¡Bien hecho, siervo bueno y fiel!” Si no dejo de dar mi mensaje, y ninguno lo quiere escuchar, Él dirá: “Has peleado la buena batalla; recibe tu corona”. Oigan las palabras del texto: “Porque para Dios somos buen olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden.” Esto se verá claro si les digo cómo se le llama al ministro del Evangelio en la Biblia. A veces es llamado *embajador*. Ahora bien, ¿de qué es responsable un embajador? Es enviado a un país como un agente diplomático, lleva a la conferencia condiciones de paz, hace uso de todo su talento para servir a su señor, intenta demostrar que la guerra va en contra de los intereses de diferentes países, se esfuerza por traer la paz; pero los otros reyes la rechazan con arrogancia. Cuando vuelve a su país, su señor le pregunta “¿Por qué no hiciste la paz?” “Porque”, contesta el embajador, “les expuse las condiciones y no quisieron oírlas.” “Bien”, dirá aquel, “has cumplido con tu deber; no voy a culparte si continúa la guerra.” En otras partes, el ministro del Evangelio es un *pescador*. Como es natural, un pescador no es responsable de la cantidad de peces que pesca, sino de la forma en que pesca. Esto es una bendición para algunos ministros, porque no han pescado nunca nada, y ni siquiera han atraído ningún pez cerca de sus redes. Han pasado toda su vida pescando con elegantes hilos y anzuelos de plata y oro, siempre utilizaron hermosas y pulidas frases, pero a pesar de todo el pez no picó; mientras que nosotros, que somos de una clase más ruda, hemos puesto el anzuelo en la boca de muchos centenares. No obstante, si echamos la red del Evangelio en el lugar adecuado, aunque no pesquemos nada, el Señor no hallará en nosotros falta alguna. Nos preguntará: “Pescador, ¿hiciste tu labor?, ¿arrojaste las redes al mar en tiempo de tormentas?” “Sí, mi Señor, así lo hice.” “¿Y qué has pescado?” “Uno o dos, solamente.” “Bien, podía haberte mandado multitudes si así me hubiese agrado; no es tuya la culpa.

En mi soberanía, doy donde me agrada o niego cuando así lo prefiero; pero en lo que a ti respecta, has hecho bien tu labor, por ello he aquí tu recompensa."

Algunas veces el ministro es llamado un *sembrador*. Y ningún agricultor hace responsable de la cosecha al sembrador; toda su responsabilidad consiste en sembrar, y en sembrar la semilla adecuada. Si la echa en buena tierra entonces es feliz; pero si cae al borde del camino, y las aves del cielo se la comen, ¿quién culpará al sembrador?; ¿podía haberlo remediado? No, él cumplió con su deber; esparció las semillas ampliamente y allí las dejó. ¿A quien ha de culparse? Al sembrador no, desde luego. De esta forma, amados míos, si un ministro va al cielo con una sola gavilla en sus espaldas, su Señor le dirá: "¡Segador, una vez fuiste sembrador!, ¿dónde recolectaste tu gavilla?" "Señor, sembré sobre la roca, y no creció; solamente un grano, en la mañana de un domingo, fue llevada por el viento hacia un lado y cayó en un corazón preparado. Y ésta es mi única gavilla." "¡Aleluya!", resonarán los coros angelicales, "una gavilla de entre las rocas es para Dios más honor que miles de ellas de una buena tierra; por ello debe sentarse tan cerca del trono como aquel que viene inclinado bajo el peso de sus muchas gavillas, procedentes de alguna tierra fértil." Creo que, si hay grados en la gloria, no estarán en proporción al éxito, sino a la calidad de nuestros esfuerzos.

Si procedemos correctamente, y si con todo nuestro corazón nos esforzamos para cumplir con nuestros deberes de ministros, aunque no veamos nunca ningún resultado, recibiremos la corona. Pero cuánto más feliz es el hombre de quien se dirá en el cielo: "Brilla eternamente, porque fue sabio y ganó muchas almas para la justicia." Siempre ha sido para mí el mayor gozo creer que cuando entre en el cielo, contemplaré en días futuros sus puertas abiertas, y por ellas veré entrar volando a un querubín quien, mirándome a la cara, pasará sonriente ante el trono de Dios, y después de haberse inclinado ante Él, y una vez prestado homenaje y adoración, vendrá a estrecharme la mano aunque no nos conozcamos; y si hubiera lágrimas en el cielo, yo voy a llorar al oírle decir: "Hermano, de tus labios oí la palabra, tu voz me amonestó por primera vez de mi pecado, y heme aquí contigo, el instrumento de mi salvación." Y mientras las puertas permanezcan abiertas, una tras otra irán llegando las almas redimidas; y por cada una de éstas, una estrella, una piedra preciosa en la diadema de gloria; por cada una de ellas otro honor y otra nota en el himno de alabanza. "Bienaventurados los que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, porque sus obras con ellos siguen."

¿Qué será de algunos buenos cristianos, de los que ahora están en Exeter Hall, si el valor de las coronas en el cielo se mide por las almas que hayan salvado? Alguno de ustedes poseerá una corona en el cielo sin una sola estrella. Hace poco tiempo leí algo sobre este tema: Un hombre en el cielo con una corona sin una sola estrella. ¡No salvó ni siquiera a uno! Gozaba en el cielo de felicidad completa porque le había salvado la Misericordia divina; pero, ¡oh!, ¡estar en el cielo sin una sola estrella! ¡Madre!, ¿qué dirías tú si estuvieras en el cielo sin alguno de tus hijos

que adorne tus sienes con una estrella? ¡Ministro!, ¿qué dirías si, siendo un orador refinado, no poseyeras ni una estrella? ¡Escritor!, ¿te parecería bien haber escrito incluso tan gloriosamente como Milton, y que luego en el cielo te encontraras sin una estrella? Me temo que prestamos muy poca atención a esto. Los hombres escriben enormes folios y tomos, para verlos un día en las bibliotecas, y para que sus nombres sean famosos para siempre. ¡Pero cuán pocos se preocupan de ganar estrellas eternas en el cielo! Esfuérzate, hijo de Dios, esfuérzate, porque si deseas servir a Dios, el pan que eches sobre las aguas no se perderá para siempre. Si arrojas la semilla entre las patas del buey o del asno, obtendrás una cosecha gloriosa en el día en que Él venga a reunir a sus elegidos. El ministro no es responsable de su éxito.

III. Y en último lugar, PREDICAR EL EVANGELIO ES UNA TAREA ELEVADA Y SOLEMNE. El ministerio ha sido a menudo rebajado a una profesión. En estos días se hace ministros de hombres que hubieran sido buenos capitanes de mar, o hubieran servido muy bien para estar detrás de un mostrador, pero que nunca estuvieron hechos para el púlpito. Son seleccionados por los hombres, abrumados de literatura, educados hasta un determinado nivel, vestidos adecuadamente, y el mundo les llama ministros. Deseo que Dios les haga triunfar, porque como solía decir Joseph Irons: "Dios esté con muchos de ellos, aunque sólo sea para reprimirles la lengua." Los ministros hechos por los hombres no tienen utilidad en este mundo, y cuanto antes nos libremos de ellos mejor. He aquí su forma de proceder: preparan sus manuscritos muy cuidadosamente, los leen el domingo con la mayor dulzura, en voz baja y de esta forma la gente se marcha complacida. Pero ese no es el modo de predicar de Dios. Si así fuera, me siento capaz de predicar para siempre. Puedo comprar sermones manuscritos por unos centavos, es decir, con tal de que ya hayan sido predicados unas cincuenta veces; si los utilizo por primera vez valen un poco más. Pero esa no es la manera.

Predicar la Palabra de Dios no es lo que algunos creen, un simple juego de niños, un negocio o profesión que cualquiera puede ejercer. Un hombre debe sentir, en primer lugar, que tiene un llamado solemne; después, debe saber que realmente posee el Espíritu de Dios y que cuando habla existe una influencia sobre él que le capacita para predicar como Dios quiere que lo haga. De otra forma debe abandonar el púlpito inmediatamente, porque no tiene ningún derecho a estar en él aunque la iglesia sea de su propiedad. No ha sido llamado para anunciar la verdad de Dios, y Dios le dice: "¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes?"

Mas ustedes dicen: "¿Qué dificultad existe en la predicación del Evangelio de Dios?" Bien, debe ser algo duro, porque Pablo dijo: "Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?" Antes que nada les diré que es difícil, porque así está hecho para que no sea tergiversado por prejuicios propios al predicar la Palabra. Cuando se tiene que hablar con severidad, el corazón nos dice: "No lo hagas. Si hablas de esta forma te juzgarás a ti mismo"; y entonces existe la tentación de no hacerlo. Otra prueba es que tememos desagradar al rico de nuestra congregación. De esta forma,

pensamos: "Si digo esto y lo otro, fulano y zutano se ofenderán; aquel otro no aprueba esta doctrina, lo mejor será que la abandone." Quizás suceda que recibamos los aplausos de las multitudes y no queramos decir nada que las disguste, porque si hoy gritan: "Hosanna", mañana gritarán: "Crucificalo, crucificalo". Todas estas cosas obran en el corazón de un ministro. Él es un hombre como ustedes, y las siente. Además, está el agudo cuchillo de la crítica y las flechas de aquellos que le odian a él y a su Señor, y, a veces, no puede evitar el sentirse herido. Posiblemente se pondrá su armadura y gritará: "No me importan las críticas de ustedes"; pero hubo épocas en que los arqueros afligieron penosamente incluso a José. Entonces se encuentra en otro peligro, el de querer defenderse, porque quien lo hace comete una gran locura. El que deja a sus detractores solos y, al igual que el águila, no hace caso de la charla del gorrión o como el león no se molesta en ahogar el gruñido del chacal, es un hombre y será honrado. Pero el peligro está en que queramos dejar establecida nuestra reputación de justos. Y, ¡oh!, ¿quién es suficiente para dirigir la nave librándola de estas peligrosas rocas? "Para estas cosas", hermanos míos, "¿quién es suficiente?" Para levantarse y anunciar, domingo tras domingo y día tras día, "las inescrutables riquezas de Cristo".

Al llegar a este punto, y para terminar, sacaré la siguiente conclusión si el Evangelio es "olor de vida para vida", y el trabajo del ministro es una labor solemne, cuánto bien hará a todos los amantes de la verdad el orar por todos aquellos que la predican, para que sean "suficientes para estas cosas". Perder mí devocionario, como les he dicho muchas veces, es lo peor que puede ocurrirme. No tener a nadie que ore por mí me colocaría en una situación terrible. "Quizá", dice un buen poeta, "el día en que el mundo perezca será aquel que no esté embellecido con una oración"; y tal vez, el día en que un ministro se apartó de la verdad fue aquel en que su congregación dejó de orar por él, y cuando no se elevó una sola voz suplicando gracia en su favor. Estoy seguro de que así ha de ocurrir conmigo. Denme el numeroso ejército de hombres que tuve el orgullo y la gloria de ver en mi casa antes de venir a este local; denme aquellas gentes dedicadas a la oración, que en las tardes del lunes se reúnen en gran multitud para pedir a Dios que derrame su bendición sobre ellos, y venceremos al mismo infierno a pesar de toda la oposición. No son nada nuestros peligros, si tenemos oraciones. Porque aunque aumente mi congregación; aunque la formen gentes nobles y educadas; y aunque yo posea influencia y entendimiento, si no tengo una iglesia que ore, todo me saldrá mal. ¡Hermanos míos! ¿Perderé alguna vez sus oraciones? ¿Cesarán alguna vez en sus súplicas? Nuestra labor en este gran lugar está casi terminada, y felizmente volveremos a nuestro muy amado santuario. ¿Cesarán entonces, acaso, en sus oraciones? Me temo que esta mañana no hayan pronunciado tantas plegarias como debieran; me temo que no ha habido una devoción tan ardiente como hubiera sido necesaria. Yo no he sentido el maravilloso poder que experimento algunas veces. No los culpo por ello, pero no quiero que nunca se diga: "Aquel pueblo que fuera tan ferviente, se ha tornado frío." No dejen que la *tibieza*

penetre en Southwark; si ha de estar en alguna parte, que se quede aquí, en el West End; no lo llevemos con nosotros. “Contendamos eficazmente por la fe que ha sido una vez dada a los santos”; y sabiendo en los peligros que se encuentra el portador del estandarte, suplico que se reúnan ustedes a su alrededor, porque habrá males en el ejército—

**“Si el porta-estandarte cae, como bien puede caer.
Porque todo es de esperar, en esa mortal lucha”.**

¡Levántense amigos! Empuñen el estandarte y manténganlo en alto hasta que llegue el día cuando nos encontremos en el último baluarte conquistado a los dominios del infierno, y cantemos todos: “¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Porque reina el Señor nuestro Dios Todopoderoso!”

Hasta entonces, continuemos luchando.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Volumen 1, No. 26
The Two Effects of the Gospel

El Nombre Eterno

NO. 27

**SERMÓN PREDICADO EL DOMINGO 27 DE MAYO, 1855,
POR CHARLES HADDON Spurgeon,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

***“Será su nombre para siempre.”
Salmo 72:17.***

Ninguna persona aquí presente requiere que se le diga que este es el nombre de Jesucristo, que “será para siempre.” Los hombres han afirmado acerca de muchas de sus obras: “permanecerán para siempre;” ¡pero cuánto se han desilusionado! En el período posterior al diluvio, los hombres construyeron ladrillo, recogieron asfalto, y cuando estaban construyendo la antigua torre de Babel, dijeron: “permanecerá para siempre.” Pero Dios confundió su lengua; no la pudieron terminar. Con Sus rayos la destruyó, dejándola como monumento a la insensatez de los hombres.

El viejo Faraón y los monarcas egipcios apilaron sus pirámides, y dijeron: “permanecerán para siempre,” y en efecto, permanecen hasta el día de hoy; pero se acerca el momento cuando el deterioro las devorará aun a ellas. Lo mismo sucede con las más portentosas obras del hombre, ya sea que se trate de templos o de monarquías, él ha escrito “para siempre” sobre ellas; pero Dios ha ordenado su fin, y han desaparecido. Las cosas más estables se han desvanecido como sombras y burbujas de una hora, y han sido destruidas prontamente por el mandato de Dios.

¿Dónde está Nínive, y dónde está Babilonia? ¿Dónde están las ciudades de Persia? ¿Dónde están los lugares altos de Edom? ¿Dónde está Moab, y dónde están los príncipes de Amón? ¿Dónde están los templos o los héroes de Grecia? ¿Dónde están los millones que pasaron por las puertas de Tebas? ¿Dónde están las huestes de Jerjes, o dónde los vastos ejércitos de los emperadores romanos? ¿Acaso no han desaparecido?

Y aunque en su orgullo dijeron: “esta es una monarquía eterna: esta reina de las siete colinas será llamada la ciudad eterna,” su orgullo se ha entenebrecido; y la que estaba sola y decía: “Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda,” ha caído, ha caído, y muy pronto se hundirá como se hunde una piedra de molino en la inundación y su nombre será una maldición y objeto de burla, y su lugar será habitación de lagartijas y de búhos.

El hombre llama a su obra eterna; Dios la llama pasajera. El hombre piensa que sus obras están hechas de piedra; Dios dice: “No, están hechas de arena; o peor aún: son aire.” El hombre afirma que construye sus obras para la eternidad; Dios las sopla un instante, y ¿dónde es-

tán? Como el tejido de una visión que se evapora, pasan y parten para siempre.

Es muy reconfortante, entonces, descubrir que hay una cosa que va a permanecer para siempre. Hoy espero poder hablar de ese algo, si Dios me da la capacidad de predicar, y a ustedes les da la capacidad de escuchar. “Será su nombre para siempre.” En primer lugar, *la religión* santificada por Su nombre permanecerá para siempre; en segundo lugar, *el honor* de Su nombre permanecerá para siempre; y en tercer lugar, *el poder de Su nombre que salva y que consuela*, permanecerá para siempre.

I. Primero, *la religión del nombre de Jesús va a permanecer para siempre*. Cuando los impostores forjaron sus engaños, albergaban la esperanza de que tal vez, en una época distante, podrían arriar al mundo ante ellos, y si veían a unos pocos seguidores congregarse alrededor de su estandarte, ofreciendo incienso en su santuario, entonces sonreían diciendo: “mi religión brillará más que las estrellas y durará toda una eternidad.” ¡Pero, cuán equivocados han estado! ¡Cuántos sistemas falsos han surgido y se han desvanecido! Algunos de nosotros hemos visto, aun en nuestra corta vida, sectas que han crecido en una sola noche como la calabacera de Jonás, y que desaparecieron con la misma prontitud. También hemos visto a algunos profetas que se han levantado y que han tenido su hora: sí, han tenido su día, al igual que todos los perros, pero también como los perros, su día ha transcurrido, y el impostor, ¿dónde está? ¿Y el máximo engañador, dónde está? Ido y cesado.

Puedo decir que esto es especialmente aplicable a los sistemas de infidelidad. ¡Cómo ha cambiado en los últimos ciento cincuenta años el poder jactancioso de la razón! Ha construido algo, y al día siguiente se ha burlado de su propia obra, ha demolido su propio castillo, y ha construido otro, y un tercero al otro día. Una vez apareció con el atuendo de un tonto con sus campanitas, anunciado por Voltaire; otra vez vino en la forma de un buscapiéritos bravucón, como Tom Paine; luego cambió su curso y asumió otra forma, hasta que en verdad lo encontramos ahora en el secularismo bajo y bestial de nuestros días, que no mira sino sólo a la tierra, mantiene su nariz al nivel del suelo, y tal como una bestia, piensa que este mundo lo es todo, o espera encontrar otro mundo por medio de la búsqueda de este mundo.

Bien, antes que un solo cabello de mi cabeza se torne gris, el último propugnador del secularismo se habrá marchado; antes de que muchos de nosotros cumplamos cincuenta años, una nueva infidelidad habrá aparecido, y a quienes preguntan: “¿dónde estarán los santos?” les podemos preguntar: “¿dónde estás tú?” Y ellos responderán: “hemos cambiado nuestros nombres.” Habrán cambiado sus nombres, habrán asumido una fresca figura, se habrán vestido con una nueva forma de mal; pero su naturaleza todavía será la misma, oponiéndose a Cristo, y esforzándose por blasfemar Sus verdades.

En todos sus sistemas de religión, o de irreligión (pues ese también es un sistema) puede escribirse: “se evapora: se marchita como una flor, es fugaz como un meteoro, frágil e irreal como el vapor.” Pero de la religión de Cristo se dirá: “Será su nombre para siempre.” Permitanme decir ahora unas cuantas cosas; no demostrarlo, pues no deseo hacer eso; sino darles unas cuantas sugerencias por medio de las cuales pueda algún día demostrarlo a otras personas, que la religión de Jesucristo debe inevitablemente permanecer para siempre.

Y en primer lugar, preguntamos a quienes piensan que pasará, *¿cuándo ha habido un momento en que ese nombre no ha existido?* Les preguntamos que si pueden señalar con el dedo algún período cuando la religión de Jesús era algo desconocido: “Sí,” responderán, “antes de los días de Cristo y de Sus apóstoles.” Pero nosotros decimos: “Para nada, Belén no fue el lugar de nacimiento del Evangelio; aunque Jesús nació allí, ya existía un Evangelio mucho antes del nacimiento de Jesús, un Evangelio que ya era predicado, aunque no era predicado con toda la sencillez y la simplicidad con que lo escuchamos ahora. Había un Evangelio en el desierto del Sinaí, aunque puede confundirse con el humo del incienso, y sólo puede ser visto a través de las víctimas sacrificadas. Sin embargo, había un Evangelio allí.”

Sí, más aún, los podemos llevar tiempo atrás, hasta los agradables árboles del Edén, donde los frutos maduraban perpetuamente, y el verano era permanente, y les decimos que en medio de estos bosques había un Evangelio, y les dejamos escuchar la voz de Dios, cuando le hablaba al hombre infiel, diciéndole: “la simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente.”

Y habiéndolos llevado hasta ese momento en el tiempo, preguntamos: “*¿dónde nacieron las religiones falsas? ¿Cuál fue su cuna?*” Nos señalan a Meca, o se vuelven en dirección a Roma, o hablan de Confucio, o de los dogmas de Buda. Pero nosotros decimos que ustedes se dirigen solamente a una oscuridad distante; nosotros los llevamos a la primerísima edad; los conducimos a los días de pureza; los llevamos otra vez al tiempo cuando Adán pisó por primera vez la tierra. Y entonces les preguntamos que si no es probable que como Evangelio primogénito, no será también el último en morir; y como nació tan temprano, y todavía existe, en tanto que tantas cosas efímeras se han extinguido, si no parece ser más probable que, cuando todos los otros hayan perecido como la burbuja sobre la ola, solamente nadará éste, como un buen barco sobre el océano, y todavía llevará a millares de almas, no a la tierra de las sombras, sino a través del río de la muerte, a las llanuras del cielo.

A continuación preguntamos, suponiendo que se extinguiera el Evangelio de Cristo, *¿cuál religión va a suplantarlo?* Le preguntamos al sabio, que afirma que el cristianismo va a morir pronto, “le ruego que me diga, señor, *¿qué religión vamos a tener en lugar del cristianismo?* ¿Vamos a tener los engaños de los paganos, que se inclinan ante sus dioses y adoran imágenes de madera y piedra? ¿Tendrán las orgías de

Baco, o las obscenidades de Venus? ¿Verán a sus hijas inclinándose una vez más ante Tammuz, o llevarán a cabo ritos obscenos como los que se hacían antes? No, ustedes no soportarían tales cosas; ustedes dirían: "esto no debe ser tolerado por hombres civilizados." "Entonces, ¿qué quisieran tener? ¿Quisieran tener al catolicismo romano con todas sus supersticiones?" Ustedes dirán: "No, Dios nos libre, nunca."

Pueden hacer lo que quieran con Inglaterra; pero este país es muy sabio para aceptar a los Papas de nuevo mientras dure el recuerdo de Smithfield, que conserva uno de los rastros de los mártires; ay, mientras respire un hombre que se considere libre, y que se guíe por la constitución de la Vieja Inglaterra, no podemos retomar el catolicismo romano. Ese grupo puede prosperar con sus supersticiones y su clericalismo; pero al unísono, quienes me escuchan, responderían: "No aceptaremos a un Papa."

Entonces, ¿qué escogerán? ¿Será acaso la religión musulmana? ¿Elegirán eso, con todas sus fábulas, toda su maldad y su carácter libidinoso? No les voy a hablar de eso. Ni les voy a mencionar la impostura maldita de Occidente, que se ha presentado recientemente. No vamos a permitir la poligamia, mientras haya hombres que amen el círculo social, y no toleren verlo invadido. No desearíamos, cuando Dios ha dado una esposa a un hombre, que éste se agencie veinte esposas, como compañeras de ese hombre. No podemos preferir a los mormones; no queremos hacerlo y no lo haremos.

Entonces, ¿qué tendremos en lugar del cristianismo? "¡Infidelidad!" exclaman ustedes, ¿no es cierto, señores? ¿Qué promueven muchos de ellos? Enfoques comunistas y el desgarro de toda la sociedad tal como está establecida actualmente. ¿Desearían Reinos de Terror aquí, como los tuvieron en Francia? ¿Quieren ver a toda la sociedad resquebrajada, y a los hombres errantes como monstruosos témpanos de hielo en el mar, chocando unos contra otros, y siendo destruidos completamente al final? ¡Dios nos libre de la infidelidad!

¿Qué pueden tener, entonces? Nada. No hay nada que pueda sustituir al cristianismo. ¿Qué religión le vencerá? No hay ninguna que se pueda comparar con el cristianismo. Si recorremos todo el globo terráqueo y buscamos desde Inglaterra hasta el Japón, no encontrariamos ninguna religión tan justa para Dios y tan segura para el hombre.

Le preguntamos al enemigo una vez más. Supongamos que encontraremos una religión que fuera preferible a la religión que amamos, *¿por qué medios aplastarías a la nuestra?* ¿Cómo te desharías de la religión de Jesús? Y *¿cómo suprimirías Su nombre?* Seguramente, señores, no pensarian nunca en la vieja práctica de la persecución, *¿o sí?* ¿Probarían una vez más la eficacia de la pira y de la hoguera, para quemar el nombre de Jesús? ¿Probarían el potro de tormento y los tornillos insertados en los pulgares? ¿Nos aplicarían otros instrumentos de tortura? Inténtenlo, señores, y no apagarán al cristianismo.

Cada mártir, mojando su dedo en su propia sangre, escribiría al morir sus honores en el cielo, y la misma flama que se elevaría al cielo en-

galanaría las nubes con el nombre de Jesús. Ya se ha probado la persecución. Recordemos los Alpes; dejen que hablen los valles del Piamonte; dejen que Suiza dé su testimonio; que hable Francia, con su noche de San Bartolomé, e Inglaterra con todas sus masacres. Y si no han podido aplastarla todavía, ¿esperan poder hacerlo? ¿Sí lo esperan? De ningún modo. Podríamos encontrar mil personas, y diez mil si fuese necesario, que estarían prestas a marchar a la hoguera mañana: y cuando fueran quemadas, si pudieras ver sus corazones, verías que en cada uno de ellos está grabado el nombre de Jesús. “Será su nombre para siempre;” entonces, ¿cómo podrán destruir nuestro amor por Él?

“¡Ah!” responden, “vamos a intentar unos medios más blandos que eso.” Pues bien, ¿qué intentarán? ¿Inventarán una religión mejor? Los invitamos a que lo hagan, y díganos de qué se trata; no los creemos capaces de tal descubrimiento. ¿Entonces qué? ¿Van a despertar a alguien que nos engañe y haga que nos descarriemos? Los invitamos a que lo hagan; pues no es posible engañar a los elegidos. Podrán engañar a la multitud, pero los elegidos de Dios no serán confundidos. Ya lo han intentado. ¿Acaso no nos han dado al Papa? ¿No nos han asediado con las doctrinas de Pussey? ¿No nos están tentando con el arminianismo al por mayor? Y ¿acaso por eso renunciamos a la verdad de Dios?

No; hemos adoptado esto como nuestro lema, y por él nos guiamos: “La Biblia, toda la Biblia y únicamente la Biblia,” es todavía la religión de los protestantes; y exactamente la misma verdad que movió los labios de Crisóstomo, la vieja doctrina que cautivó el corazón de Agustín, la vieja fe que Atanasio declaró, la antigua doctrina buena que Calvino predicó, es ahora nuestro Evangelio, y con la ayuda de Dios, permaneceremos en él hasta nuestra muerte. ¿Cómo lo apagarán? Si desean hacerlo, ¿dónde pueden encontrar los medios? No están a su alcance. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! se ríen con desprecio.

Pero lo van a apagar, ¿no es cierto? Lo intentarán, dicen ustedes. Y ¿esperan lograr su propósito? Sí; sé que lo harán, cuando hayan aniquilado al sol; cuando hayan apagado la luna con las gotas de sus lágrimas; cuando se hayan bebido todo el océano dejándolo seco. Entonces lo harán. Y sin embargo, ustedes dicen que lo harán.

A continuación, yo pregunto, *supongamos que lo hicieran, ¿qué sería del mundo entonces?* ¡Ah!, si fuera elocuente esta noche, tal vez se los podría decir. Si pudiera tomar prestado el lenguaje de un Robert Hall podría colgar al mundo en el luto; podría convertir al océano en el mayor doliente, con sus cantos fúnebres de aullantes vientos y con su salvaje marcha mortal de olas desordenadas; yo podría vestir a toda la naturaleza, no con mantos de verde, sino con vestiduras de un negro sombrío; les pediría a los huracanes que gritaran su lamento solemne (ese alarido de la muerte de un mundo) pues ¿qué sería de nosotros si perdiéramos el Evangelio?

En cuanto a mí se refiere, yo gritaría: “¡Dejen que me largue!” No tendría ningún deseo de estar aquí sin mi Señor; y si el Evangelio no

fuese verdadero, yo bendeciría a Dios si me aniquilara en este instante, pues no me importaría vivir si ustedes pudieran destruir el nombre de Jesucristo. Pero que un solo hombre fuera miserable no sería todo, pues hay miles y miles que pueden hablar como yo. Además, ¿en qué se convertiría la civilización si pudieran eliminar al cristianismo? ¿Dónde estaría la esperanza de paz perpetua? ¿Dónde los gobiernos? ¿Dónde las escuelas dominicales? ¿Dónde estarían todas sus sociedades? ¿Dónde cualquier cosa que mejore la condición del hombre, reforme su conducta, y moralice su carácter? ¿Dónde?

Dejen que el eco responda: “¿dónde?” Todo eso desaparecería y no quedaría ningún rastro de ello. Y ¿dónde, oh hombre, estaría tu esperanza del cielo? Y ¿dónde el conocimiento de la eternidad? ¿Dónde estaría la ayuda para atravesar el río de la muerte? ¿Dónde un cielo? Y ¿dónde la bendición eterna? Todo eso desaparecería si Su nombre no permaneciera para siempre. Pero estamos seguros de ello, lo sabemos, lo afirmamos, lo declaramos; creemos, y siempre lo haremos, que “Será su nombre para siempre” ay, ¡para siempre! Que trate de impedirlo quien quiera.

Este es mi primer punto; tendré que decir con aliento entrecortado el segundo punto, aunque siento tanto calor interno así como externo, que quiera Dios que pueda hablar con todas mis fuerzas, como debo hacerlo.

II. Pero, en segundo lugar, tanto como Su religión, también *el honor de Su nombre permanecerá para siempre*. Voltaire decía que él vivía en el crepúsculo del cristianismo. Quería decir una mentira; dijo una verdad. En efecto, él vivía en su crepúsculo; pero era el crepúsculo que precede a la mañana; no el crepúsculo de un anochecer, como quiso decir; pues viene la mañana en que la luz del sol va a irrumpir sobre nosotros con su gloria más verdadera.

Los burladores han dicho que debemos olvidarnos pronto de honrar a Cristo, y que un día, ningún hombre habrá de reconocerlo. Ahora, nosotros afirmamos otra vez, con las palabras de mi texto: “Será su nombre para siempre,” dándole el honor debido. Sí, yo les diré cuánto tiempo va a permanecer. Mientras haya en esta tierra un pecador que ha sido reclamado por la gracia Omnipotente, el nombre de Cristo permanecerá; mientras haya una María lista para lavar Sus pies con lágrimas, y secarlos con los cabellos de su cabeza; mientras respire el mayor de los pecadores que se ha lavado en la fuente abierta que lava el pecado y la impureza; mientras exista un cristiano que ha puesto su fe en Jesús, y que ha encontrado en Él su deleite, su refugio, su albergue, su escudo, su canción, y su gozo, no hay ningún temor de que el nombre de Jesús deje de ser escuchado.

No podemos renunciar nunca a ese nombre. Dejemos que el unitario tome su evangelio sin una Deidad en él; dejemos que niegue a Jesucristo; pero mientras los cristianos, los verdaderos cristianos, vivan, mientras nosotros gustemos que el Señor sea lleno de gracia, y tengamos manifestaciones de Su amor, visiones de Su rostro, susurros de Su mi-

sericordia, seguridades de Su afecto, promesas de Su gracia, esperanzas de Su bendición, no podemos cesar de honrar Su nombre.

Pero si todas estas cosas desaparecieran; si nosotros cesáramos de cantar Su alabanza, ¿sería olvidado acaso el nombre de Jesucristo? No; las piedras cantarian, las colinas formaría una orquesta, las montañas saltarian como carneros, y los cerros como ovejas, ¿acaso no es Él su creador? Y si estos labios, y los labios de todos los mortales se volvieran mudos en un instante, hay suficientes criaturas aparte de nosotros en este ancho mundo. Si así fuera, el sol dirigiría al coro; la luna tocaría su arpa de plata, y cantaría acompañando su melodía; las estrellas danzarían en sus rutas preestablecidas; las profundidades sin límites del éter serían el hogar de muchas canciones; y la inmensidad vacía estallaría en una gran exclamación: “Tú eres el glorioso Hijo de Dios; grandiosa es Tu majestad, e infinito Tu poder.”

¿Puede ser olvidado el nombre de Dios? No; está pintado en los cielos; está escrito en las inundaciones; los vientos lo susurran; las tempestades lo proclaman; los mares lo cantan; las estrellas lo brillan; las bestias lo braman; los truenos lo despliegan con estruendo; la tierra lo grita; y el cielo sirve de eco. Pero si todo eso desapareciera, si este grandioso universo se disolviera todo en Dios, de la misma manera que la espuma se disuelve en la ola que la acarrea, y se pierde para siempre, ¿sería olvidado Su nombre? No. Vuelvan sus ojos hacia aquel lugar allá; vean *la tierra firme* del cielo. “Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido?” “Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo.” Y si estos desaparecieran; si la última arpa de los glorificados hubiera sido tocada por los postreros dedos; si la última alabanza de los santos se hubiera extinguido; si el último aleluya hubiera resonado a lo largo de las bóvedas del cielo ya desiertas, vueltas lúgubres para entonces; si el último inmortal hubiera sido sepultado en su tumba (si existieran tumbas para los inmortales) ¿cesaría entonces Su alabanza? No, ¡cielos! no; pues allá están los ángeles; ellos también cantan Su gloria; a Él, los querubines y los serafines entonan himnos sin cesar, cuando mencionan Su nombre en ese coro tres veces santo: “Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos.”

Pero si éstos perecieran; si los ángeles fueran barridos, si el ala del serafín no volviera a agitar el éter; si la voz del querubín no volviera a cantar nunca su soneto ardiente, si las criaturas vivientes dejaran de cantar su coro eterno, si las mesuradas sinfonías de gloria se extinguieran en el silencio, ¿estaría perdido Su nombre entonces? ¡Ah! no; pues Dios se sienta en Su trono, el Eterno, Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Y si todo el universo fuera aniquilado, aún se escucharía Su nombre, pues el Padre lo oiría, y el Espíritu lo oiría, y permanecería grabado profundamente sobre el mármol inmortal de la roca de las edades: Jesús el Hijo de Dios; igual con Su Padre. “Será su nombre para siempre.”

III. Y también permanecerá el *poder de Su nombre*. ¿Quieres saber en qué consiste? Déjame decírtelo. ¿Ves a aquel ladrón allá colgado de una cruz? Mira a los demonios al pie de ella, con sus bocas abiertas, haciendo ilusiones con el dulce pensamiento que otra alma les dará alimento en el infierno. Mira al pájaro de la muerte, batiendo sus alas sobre la cabeza de ese pobre infeliz; la venganza pasa y lo sella con el sello de su propiedad; en lo profundo de su pecho está escrito: “un pecador condenado;” en su frente hay un sudor pegajoso, colocado allí por la agonía y la muerte. Mira a su corazón: está sucio con la costra de años de pecado; el humo de la lascivia permanece dentro, en negros festones de tinieblas; su corazón entero es el infierno condensado.

Ahora míralo. Está muriéndose. Un pie parece estar en el infierno; el otro se tambalea en vida: sólo sostenido por un clavo. Hay un poder en el ojo de Jesús. Ese ladrón mira: susurra: “Señor, acuérdate de mí.” Vuelve a mirar allí. ¿Ves a ese ladrón? ¿Dónde está ese sudor pegajoso? Allí está. ¿Dónde está esa horrible angustia? Ya no está allí. Hay una clara sonrisa en sus labios. Los demonios del infierno, ¿dónde están? Ya no hay ninguno: más bien un luminoso serafín está presente, con sus alas extendidas, y sus manos listas para arrebatar esa alma, convertida ahora en una joya preciosa, y llevarla a lo alto, al palacio del grandioso Rey.

Mira dentro de su corazón: está blanco de pureza. Mira su pecho: ya no está escrita la palabra: “condenado,” sino: “justificado.” Mira en el libro de la vida: su nombre está grabado allí. Mira en el corazón de Jesús: allí, en una de las piedras preciosas, Él lleva el nombre de ese pobre ladrón. ¡Sí, una vez más, mira! ¿Ves a ese ser brillante en medio de los glorificados, más luminoso que el sol, más claro que la luna? ¡Ese es el ladrón! Ese es el poder de Jesús; y ese poder permanecerá para siempre. Quien salvó al ladrón, pueda salvar al último hombre que viva sobre la tierra; pues todavía—

**“Hay una fuente que desborda sangre,
Procedente de las venas de Emanuel;
Los pecadores que se hunden en esa sangre,
Pierden todas las manchas de su culpa.
El ladrón agonizante se gozó al ver
Esa fuente en su día;
Y allí yo también, tan vil como él,
He lavado todos mis pecados.
¡Amado Cordero agonizante! Esa preciosa sangre
Nunca perderá Su poder,
Hasta que toda la iglesia redimida de Dios
Sea salva para no pecar más.”**

Su nombre poderoso permanecerá para siempre.

Y ese no es todo el poder de Su nombre. Permítanme llevarlos a otra escena, y ustedes serán testigos de algo un poco diferente. Allí, en ese lecho de muerte, yace un santo; no hay ninguna tristeza en su rostro, ni hay terror en su expresión. Sonríe débil pero plácidamente; gime, tal vez, pero sin embargo canta. Suspira a ratos, pero más a menudo probrumpe en exclamaciones. Ponte a su lado. “Hermano mío, ¿qué te lleva

a contemplar el rostro de la muerte con tal gozo?" "Jesús," susurra. "¿Qué te conduce a estar en placidez y calma?" "El nombre de Jesús." ¡Date cuenta que él olvida todo! Hazle una pregunta; no la puede responder. No te puede entender. Aún así, sonríe. Su esposa llega y le pregunta: "¿sabes mi nombre?" Él responde: "No." Su amigo más querido le solicita recordar la intimidad que habían desarrollado. "No te conozco," le dice. Sin embargo, si le susurras al oído: "¿conoces el nombre de Jesús?" sus ojos despiden gloria, y su rostro refleja el cielo, y sus labios recitan sonetos, y su corazón estalla de eternidad; pues el oye el nombre de Jesús, y ese nombre permanecerá para siempre. El mismo que llevó a uno al cielo, me llevará también a mí. ¡Ven, oh muerte! Voy a mencionar allí el nombre de Cristo. ¡Oh tumba! Esta será mi gloria, ¡el nombre de Jesús! ¡Perro del infierno! Esta será tu muerte, pues el aguijón de la muerte ha sido extraído: Cristo nuestro Señor. "Será su nombre para siempre."

Tenía cientos de cosas especiales que les hubiera querido presentar; pero mi voz me falla, así que es mejor que me detenga. No van a requerir nada más de mí hoy, ustedes se dan cuenta de la dificultad con que hablo cada palabra. ¡Espero que Dios las aplique en sus corazones! Yo no estoy particularmente ansioso en relación a mi propio nombre, si va a durar para siempre o no, siempre que esté registrado en el libro de mi Señor. Cuando a George Whitfield le preguntaron si fundaría una denominación, dijo: "No; nuestro hermano Wesley puede hacer como le plazca, pero dejen que mi nombre se extinga; que el nombre de Cristo permanezca para siempre." ¡Amén a eso! Que mi nombre se disuelva; pero que el nombre de Cristo permanezca para siempre.

Estaré contento si me olvidan cuando se hayan marchado. La mitad de estos rostros, no los volveré a ver otra vez, me atrevo a decir; tal vez no serán persuadidos jamás a entrar dentro de los muros de una asamblea; tal vez considerarán que no es lo suficientemente respetable asistir a una reunión Bautista. Bien, yo no digo que nosotros seamos gente respetable; no afirmamos que lo somos; pero sí afirmamos lo siguiente: que amamos nuestras Biblia; y si no es respetable hacer eso, no nos importa no ser tenidos en estima. Pero no creemos que seamos indignos de respeto después de todo, pues yo creo, si se me permite dar mi propia opinión, que si el cristianismo protestante fuese contado fuera de esa puerta (no solamente cada cristiano verdadero, sino cada persona que profesa) yo creo que los que creen en el bautismo infantil no tendrían una gran mayoría de qué hacer alarde.

Después de todo, no somos una diminuta secta sin reputación. Si sólo toman en cuenta Inglaterra, tal vez lo seamos; pero consideren los Estados Unidos de América, Jamaica, y las Indias Occidentales, e incluyan a quienes son bautistas de acuerdo a sus principios, aunque no abiertamente, y no somos menos que nadie, ni siquiera que la Iglesia de Inglaterra, en lo que a números se refiere. Si embargo este no es un tema que nos preocupe; pues yo digo del nombre de los bautistas: que perezca, pero que el nombre de Cristo permanezca para siempre.

Espero con placer el día cuando no haya ni un solo bautista con vida. Espero que se vayan pronto. Ustedes se preguntarán: “¿Por qué?” Pues cuando todo el mundo reconozca el bautismo por inmersión, nosotros estaremos inmersos en todas las denominaciones, y nuestra denominación habrá desaparecido. Por una vez otorguemos la preeminencia y ya no seremos más una denominación. Un hombre puede pertenecer a la Iglesia de Inglaterra, a los metodistas, o a los independientes, y sin embargo ser un bautista. Así que digo que el nombre bautista desaparezca pronto; pero que el nombre de Cristo permanezca para siempre.

Sí, y debido a mi amor por Inglaterra, yo no creo que perecerá jamás. ¡No, Inglaterra! Tú nunca vas a perecer; pues la bandera de la vieja Inglaterra está clavada al mástil por las oraciones de los cristianos, por los esfuerzos de la escuela dominical, y por sus hombres piadosos. Pero aún así digo que dejen que el nombre de Inglaterra perezca; que se disuelva en una gran hermandad; no tengamos ninguna Inglaterra, ni ninguna Francia, ni Rusia, ni Turquía, pero tengamos una cristiandad; y yo digo de todo corazón, desde lo profundo de mi alma, que perezcan las naciones y las distinciones nacionales, pero que el nombre de Cristo permanezca para siempre.

Tal vez sólo haya una cosa en la tierra que amo más que lo último que acabo de mencionar, y esa es la pura doctrina del calvinismo no adulterado. Pero si eso contuviera error, si hubiera cualquier cosa que sea falsa, yo soy el primero en decir, que eso perezca también, y que el nombre de Cristo permanezca para siempre. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! Jesús: “¡Que sea coronado Rey de todo!” No me oirán decir ninguna otra cosa. Estas son mis últimas palabras en Exeter Hall, por el momento. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús! “Que sea coronado Rey de todo.”

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #27 – Volumen 1

The Eternal Name

El Poder del Espíritu Santo

NO. 30

**Sermón predicado el Domingo 17 de Junio de 1855,
por Charles Haddon Spurgeon,
En la Capilla New Park Street, Southwark, Londres.**

**“El Poder del Espíritu Santo.”
*Romanos 15:13.***

El PODER es una prerrogativa especial y propia de Dios y sólo de Dios. “Dos veces he oído esto: que de Dios es el poder.” Dios es Dios, y el poder le pertenece. Aunque delegue una porción de él a Sus criaturas, sigue siendo Su poder. El sol, aunque es “como un esposo que sale de su tálamo, se alegra como gigante para correr el camino,” sin embargo no tiene poder para ejecutar sus movimientos sino de la manera como lo dirige Dios. Las estrellas, aunque viajan en sus órbitas y nada las puede detener, no tienen ni poder ni fuerza excepto el que Dios les otorga diariamente. El alto arcángel, junto a Su trono, que brilla más que un cometa resplandeciente, aunque es uno de aquellos que destacan en fuerza y que escucha la voz de los mandamientos de Dios, sin embargo no tiene sino el poder que su Creador le da.

En cuanto a Leviatán, que en pos de sí hace resplandecer la senda, que parece que el abismo es cano; y Behemot que se bebe de un trago el Jordán y se jacta de poder chupar ríos enteros. Esas criaturas majestuosas que se encuentran sobre la tierra, deben su fortaleza a Él, que formó sus huesos de acero, y sus miembros como barras de hierro.

Y cuando pensamos en el hombre, si tiene fuerza o poder, todo eso es tan poco e insignificante, que apenas si lo podemos considerar. Sí, cuando está en su punto más grande, cuando empuña su cetro, cuando está al mando de sus ejércitos, cuando gobierna naciones, aún así el poder le pertenece a Dios. Y es verdad “Dos veces he oido esto: que de Dios es el poder.”

Esta prerrogativa exclusiva de Dios, se encuentra en cada una de las tres Personas de la gloriosa Trinidad. El Padre tiene poder, pues por Su palabra fueron hechos los cielos y todo lo que contienen. Por su fuerza todas las cosas se mantienen y por Él cumplen con su destino. El Hijo tiene poder, pues como Su Padre, Él es el Creador de todas las cosas, “sin él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho.” y “en él todas las cosas subsisten.” Y el Espíritu Santo tiene poder. Hoy voy a hablar acerca del poder del Espíritu Santo. Espero que puedan tener ustedes una exemplificación práctica de ese atributo en sus propios corazones, cuando sientan que la influencia del Espíritu Santo está siendo derramada en mí, y que estoy comunicando las palabras del Dios viviente a las almas de ustedes. Y que esa influencia les sea otorgada también a ustedes y que sientan sus efectos en sus propios espíritus.

Consideraremos el poder del Espíritu santo de tres maneras en este día. Primero, las manifestaciones externas y visibles de ese poder. Segundo, las manifestaciones internas y espirituales de él. Y tercero, las obras futuras y esperadas derivadas de ese poder. Confío que de esta

manera el poder del Espíritu se hará presente claramente en las almas de ustedes.

I. Primero, entonces, debemos ver el poder del Espíritu en SUS MANIFESTACIONES EXTERNAS Y VISIBLES. El poder del Espíritu no ha estado inactivo, ha estado trabajando. Mucho ha sido hecho ya por el Espíritu de Dios; más de lo que pudiera haber sido logrado por ningún ser excepto el Infinito, Eterno, Todopoderoso Jehová, de quien el Espíritu Santo es una Persona. Hay cuatro obras que son los signos externos y manifiestos del poder del Espíritu: las obras de creación, obras de resurrección, obras de testimonio y las obras de gracia. De cada una de estas obras hablaré brevemente.

1. Primero, el Espíritu ha manifestado la omnipotencia de su poder en las obras de creación. Pues aunque no se menciona frecuentemente en la Escritura, sin embargo, algunas veces la creación es atribuida al Espíritu Santo, así como también al Padre y al Hijo. La creación de los cielos se nos dice que es la obra del Espíritu de Dios. Esto lo verán de inmediato en las sagradas Escrituras, Job 26:13: "Su espíritu adornó los cielos; Su mano creó la serpiente tortuosa." Se dice que, todas las estrellas del cielo fueron colocadas en lo alto por el Espíritu y una constelación particular llamada la "serpiente tortuosa" es señalada especialmente como el trabajo de Sus manos.

Él desata las ligaduras de Orión. Él ata con cadenas las dulces influencias de las Pléyades y guía a la Osa Mayor junto con sus hijos. Él hizo todas esas estrellas que brillan en el cielo. Los cielos fueron adornados por sus manos y Él formó a la serpiente tortuosa por su poder. Y así también muestra su poder en esos actos continuos de creación que todavía se realizan en el mundo. Como el crear al ser humano y a los animales, su nacimiento y generación. Estos también se le asignan al Espíritu Santo.

Si ven el Salmo 104, en los versículos 29 y 30, leerán, "Escondes tu rostro, se turban; les quitas el hálito, dejan de ser, y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu, son creados; y renuevas la faz de la tierra."

Así ven ustedes que la creación de todo hombre es la obra del Espíritu, y la creación de toda vida y toda carne. La existencia de este mundo se debe atribuir al poder del Espíritu así como también el primer adorno de los cielos o darle forma a la serpiente tortuosa. Y si ven en el primer capítulo del Génesis, allí notarán particularmente explicada esa peculiar obra de poder en el universo que fue llevada a cabo por el Espíritu Santo. Ustedes descubrirán entonces cuál fue Su trabajo especial. En el versículo segundo del primer capítulo de Génesis, leemos; "Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas."

No sabemos cuán remoto pueda ser el período de la creación de nuestra tierra, ciertamente muchos millones de años antes del tiempo de Adán. Nuestro planeta ha pasado por varias etapas de existencia y diferentes clases de criaturas han vivido en su superficie, todas ellas creadas por Dios. Pero antes que esa era llegara, en la que el ser humano sería su habitante principal y monarca, el Creador entregó el mundo a la confusión. Permitió que los fuegos internos estallaran desde las profundidades y fundió toda la materia sólida de manera que toda clase de sustancias estaban mezcladas en una vasta masa de desorden.

El único nombre que se podría dar al mundo de entonces es que era una caótica masa de materia.

Cómo debió haber sido, no podrían ustedes adivinarlo o definirlo. La tierra estaba enteramente desordenada y vacía. Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Llegó el Espíritu y extendiendo sus anchas alas, ordenó a las tinieblas que se dispersaran y al volar Él sobre la tierra, todas las diferentes porciones de materia se colocaron en sus lugares y ya no fue “desordenada y vacía”. Se volvió redonda como sus planetas hermanos y se puso en movimiento, cantando elevadas alabanzas a Dios, no de manera discordante como lo había hecho antes, sino como una grandiosa nota en la vasta escala de la creación.

Milton describe muy bellamente este trabajo del Espíritu que establece el orden donde hay confusión, cuando el Rey de la Gloria, en su poderosa Palabra y Espíritu, vino para crear nuevos mundos—

*“Sobre el piso celestial se detuvieron, y desde la orilla
Contemplaron el vasto inmensurable abismo
Tempestuoso como un mar, sombrío, desolado, salvaje,
Conmocionado hasta el fondo por vientos furiosos,
Y por olas hinchadas como montañas, al asalto
De las alturas del cielo para mezclar el polo con lo profundo.
‘Silencio, ustedes, olas perturbadas, y tu, abismo, paz,’
Dijo la Palabra que todo crea. Pongan fin a sus discordias.
Entonces sobre las aguas calmadas
El Espíritu de Dios Extendió sus alas creadoras
E infundió virtud vital y calor vital
A través de toda la masa fluida.”*

Esto, vean ustedes, es el poder del Espíritu. Si hubiéramos visto a esa tierra en toda su confusión, hubiéramos dicho, “¿Quién puede hacer un mundo de todo esto?” La respuesta hubiera sido, “El poder del Espíritu lo puede hacer. Con sólo extender sus alas como de paloma, Él puede hacer que todas las cosas se junten. Por ello habrá orden en donde no había nada sino confusión.” Y esto no es todo el poder del Espíritu. Hemos visto algunas de sus obras en la creación. Pero hubo una instancia en particular de creación en la que el Espíritu Santo estuvo más especialmente ocupado, a saber, la formación del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

Aunque nuestro Señor Jesucristo nació de una mujer y fue hecho a semejanza de la carne pecadora, sin embargo el poder que lo engendró estuvo enteramente en Dios el Espíritu Santo, como lo expresan las Escrituras, “El poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.” Él fue concebido por el Espíritu Santo, como dice el Credo de los Apóstoles. “Por lo cual también el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios.”

La estructura corporal del Señor Jesucristo fue una obra maestra realizada por el Espíritu Santo. Supongo que Su cuerpo debe haber sobrepasado a todos los demás en belleza. Que haya sido como el del primer hombre, justo el modelo de lo que el cuerpo será en el Cielo, en donde resplandecerá en toda su gloria. Esa estructura, en toda su belleza y perfección, fue modelada por el Espíritu. En Su libro estaban diseñados todos sus miembros cuando todavía no habían sido creados. Él Lo modeló y Lo formó. Aquí pues, tenemos otro ejemplo de la energía creativa del Espíritu.

2. Una segunda manifestación del poder del Espíritu Santo se encuentra en la resurrección del Señor Jesucristo. Si alguna vez han estudiado este tema, pueden haberse sentido desconcertados al hallar que, algunas veces, la resurrección de Cristo se le atribuye a Él mismo. Por su propio poder y Divinidad. Él no podía haber sido detenido por los lazos de la muerte, pero como Él voluntariamente entregó su vida, tenía poder para retomarla. En otra parte de la Escritura encontramos que la resurrección es atribuida a Dios el Padre, “Le levantó de los muertos.” “Exaltado por la diestra de Dios.” Y así otros muchos pasajes similares.

Pero, también se dice en la Escritura que Jesucristo fue levantado de entre los muertos por el Espíritu Santo. Ahora bien, todas esas cosas son ciertas. Él resucitó por el Padre porque el Padre dijo, “suelten al prisionero, déjenlo ir. La justicia ha sido satisfecha. Mi Ley ya no requiere más satisfacción, la venganza ha recibido lo que le correspondía, déjenlo ir.” Aquí dio Él un mensaje oficial que liberó a Jesús de la tumba. Fue levantado por Su propia majestad y poder porque Él tenía el derecho de salir y así lo sintió Él y por ello “rompió las ataduras de la muerte, Él ya no podía ser retenido por ellas.” Pero Él fue levantado por el Espíritu en cuanto a esa energía que recibió Su cuerpo mortal, por la cual se levantó de nuevo después de haber permanecido en su tumba por tres días y noches.

Si quieren pruebas de esto deben abrir otra vez su Biblia: 1 Pedro 3:18, “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu.” Y se puede encontrar otra prueba en Romanos, 8:11 (me gusta citar los textos porque creo que es una gran falla de los cristianos no escudriñar las Escrituras lo suficiente y yo haré que lo hagan cuando estén aquí, si es que no lo hacen en otros lugares), “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros.”

La resurrección de Cristo, pues, fue efectuada por la agencia del Espíritu y aquí tenemos una noble ilustración de Su omnipotencia. Si hubieran podido entrar, como lo hicieron los ángeles, en la tumba de Jesús y ver su cuerpo durmiente, lo hubieran encontrado frío como cualquier otro cadáver. Si levantaran Su mano, se desplomaría a un lado. Si hubieran podido mirar sus ojos, estarían vidriosos. Y allí se ve la lanzada mortal que debió acabar con su vida. Vean sus manos, no fluye la sangre, están frías e inmóviles.

¿Puede vivir ese cuerpo? ¿Puede levantarse? Sí. ¡Y ser un ejemplo del poder del Espíritu! Porque cuando el poder del Espíritu llegó a Él, al igual que cuando cayó sobre los huesos secos del valle, “Se levantó en la majestad de Su divinidad, brillante y resplandeciente, que asombró a los vigilantes de manera que huyeron. Sí, se levantó para no morir más, sino para vivir para siempre, Rey de reyes y Príncipe de los reyes de la tierra.”

3. La tercera de las obras del Espíritu Santo que han demostrado su poder de manera maravillosa, son las obras de testimonio. Con ello quiero decir las obras que atestiguan. Cuando Jesucristo fue bautizado en el río Jordán, el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de pa-

loma y lo proclamó el Hijo Amado de Dios. Eso es lo que yo llamo una obra de testimonio. Y cuando después levantó al muerto, cuando sanó al leproso, cuando les habló a las enfermedades y éstas huyeron rápidamente, cuando salieron precipitadamente por millares los demonios de los que estaban poseídos, todo eso se hizo por el poder del Espíritu. El Espíritu habitaba en Jesús sin medida y por ese poder se obraron todos esos milagros. Estas fueron obras de testimonio.

Y cuando Jesús se fue, recordarán ese magistral testimonio del Espíritu que regresó como un poderoso viento estruendoso entre los Apóstoles congregados y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos y fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según como el Espíritu les daba que hablasen. Y cómo también, ellos hicieron milagros. Cómo predicaban, cómo Pedro resucitó a Dorcas, cómo Pablo sopló la vida en Eutico, cómo se hicieron grandes milagros por los apóstoles así como lo había hecho su Señor, de manera que se vieron grandes, "señales y prodigios, llevados a cabo por el poder del Espíritu de Dios y muchos creyeron."

Después de eso ¿quién dudará del poder del Espíritu Santo? ¡Ah! esos miembros de la secta de Socinio que niegan la existencia del Espíritu Santo y Su absoluta personalidad, ¿qué van hacer cuando los atraemos mostrándoles las obras de creación, de resurrección y de testimonio? Están contradiciendo la Escritura. Pero observen: es una piedra sobre la que si algún hombre cae, saldrá lastimado; pero si cae sobre él como lo hará si se resiste, lo triturará hasta convertirlo en polvo. El Espíritu Santo tiene poder omnipotente. Sí, el poder de Dios porque Él es Dios.

4. Una vez más, si queremos otro signo externo y visible del poder del Espíritu, podemos mirar a las obras de gracia. Vean una ciudad donde un adivino tiene el poder que ha proclamado él mismo como una gran persona. Un cierto Felipe entra y predica la Palabra de Dios, en seguida Simón el Mago pierde su poder y él mismo busca para sí el poder del Espíritu, imaginando que puede comprarse con dinero.

Vean, en tiempos modernos, un país en donde los habitantes viven en miserables tiendas hechas de paja, y se alimentan de reptiles y de otras criaturas semejantes; obsérvenlos cómo se inclinan ante sus ídolos y cómo adoran a sus falsos dioses y cómo están tan hundidos en la superstición, y tan degradados que se llegó a debatir si tenían alma o no.

Vean a un Robert Moffat, (misionero en Sudáfrica por más de 50 años) que va con la Palabra de Dios en su mano, (que él mismo tradujo al lenguaje de los bechuanas) óiganlo predicar con la capacidad de expresión que le da el Espíritu, acompañando esa Palabra con poder. Ellos arrojan a un lado sus ídolos, odian y aborrecen sus costumbres anteriores; construyen casas en donde ellos habitan; se visten y ahora tienen una mente recta.

Rompen el arco y parten la lanza en pedazos; la gente incivilizada se vuelve civilizada; el salvaje se vuelve educado; el que no sabía nada comienza a leer las Escrituras. De esta manera por boca de aquellos que fueron salvajes, Dios atestigua el poder de Su poderoso Espíritu.

Tomen una casa en esta ciudad, y los podríamos llevar a muchas de esas casas, el padre es un borracho, un hombre que vive en una condición desesperada; véanlo en su locura, y ustedes preferirían encontrarse con un tigre sin cadenas que con un hombre así. Da la impresión que él podría partir a un hombre en pedazos si llegara a ofenderlo. Observen a su esposa. Ella también tiene su voluntad, y cuando él la trata mal, le opone resistencia; se han visto muchas peleas en esa casa, y a menudo el ruido que generan molesta a todo el vecindario. En cuanto a los pobres niños, véanlos en sus harapos y desnudez, pobres pequeños ignorantes. ¿Ignorantes dije? Están siendo instruidos y muy bien instruidos en la escuela del demonio y están creciendo para ser herederos de la condenación. Pero alguien a quien Dios ha bendecido por su Espíritu es guiado a esa casa.

Tal vez sólo se trata de un humilde misionero de la ciudad, pero le habla a ese hombre: "Oh" dice, "ven y escucha la voz de Dios." Y ya sea por su propio mensaje o por la predicación del ministro, la Palabra, que es eficaz y poderosa, corta el corazón del pecador. Las lágrimas corren por sus mejillas como nunca se había visto antes. Tiembla y se estremece, el hombre fuerte se inclina, el hombre poderoso tiembla y esas rodillas que nunca temblaron, comienzan a tambalearse. Ese corazón que nunca se acobardó, ahora comienza a temblar ante el poder del Espíritu.

Se sienta en una humilde banca junto al penitente, deja que sus rodillas se doblen mientras que sus labios pronuncian la oración de un niño, pero aunque es la oración de un niño, es la oración de un hijo de Dios. Le cambia su carácter. ¡Observen el cambio en su casa! Su mujer, se vuelve una señora decente, esos niños son el crédito de la casa y, a su debido tiempo, crecen como ramas de olivo alrededor de su mesa, adornando su casa como piedras preciosas. Si pasan por esa casa, no escucharán ruido ni peleas, sino cánticos de Sión.

Véanlo, no más orgías de borracho; ha vaciado su última copa y ahora, renunciando a lo anterior, viene a Dios y es Su siervo. Ahora ya no escucharán a la media noche el grito de las bacanales, pero si se oyera un ruido, sería el sonido de un solemne himno de alabanza a Dios. Y, entonces, ¿acaso no hay algo así como el poder del Espíritu? ¡Sí! Y estos seres deben haberlo experimentado y visto.

Conozco un pueblo, que fue una vez el más profano de Inglaterra, un pueblo inundado de borrachos y de libertinos de la peor clase, donde era casi imposible que un viajero honesto se detuviera en una posada sin ser molestado por las blasfemias, un lugar notorio por sus incendiarios y por sus ladrones. Un hombre, el jefe de todos, escuchó la vez de Dios. El corazón de ese hombre fue quebrantado. Todos sus pandilleros vinieron también para escuchar la predicación del Evangelio, y se sentaron y parecían reverenciar al predicador como si fuera un dios y no un hombre. Estos hombres fueron cambiados y reformados; y todo aquel que conoce ese lugar afirma que un cambio así no hubiera podido ocurrir nunca, sino sólo mediante el poder del Espíritu Santo.

Dejen que se predique el evangelio y que sea derramado el Espíritu y verán que tiene un poder tal como para cambiar la conciencia, para mejorar la conducta, para levantar al degradado, para castigar y reprimir la maldad de la raza, y ustedes deben gloriarse en eso. Digo: nada hay

como el poder del Espíritu. Tan solo déjenlo entrar y seguramente todo puede lograrse.

II. Ahora, el segundo punto. EL PODER INTERIOR Y ESPIRITUAL DEL ESPÍRITU SANTO. Lo que ya he mencionado, puede ser visto. De lo que estoy a punto de hablar debe de ser sentido y ningún hombre entenderá verdaderamente lo que digo a menos que lo sienta. Lo visible, aun el infiel debe confesarlo; lo visible, el más grande blasfemo no puede negarlo, habla la verdad; pero de este poder interior alguien se reirá con entusiasmo y otro dirá que no es sino la invención de nuestras fantasías febris. Sin embargo, tenemos una palabra de testimonio más segura que todo lo que ellos puedan decir. Tenemos un testigo en nuestro interior. Sabemos que es la verdad y no tenemos miedo de hablar del poder interno espiritual del Espíritu Santo. Observemos dos o tres cosas en las que el poder interior y espiritual del Espíritu Santo se puede ver muy grandemente y alabar.

1. Primero, el Espíritu Santo tiene poder sobre los corazones de los hombres. Ahora bien, los corazones de los hombres son difíciles de impresionar. Si quieres interesarlos en cualquier objeto mundial, lo puedes lograr. Una palabra engañosa puede ganar el corazón de un hombre, un poco de oro puede ganar el corazón de un hombre, un poco de fama y un poco del clamor del aplauso puede ganar el corazón de un hombre. Pero no hay ningún ministro que respire que pueda ganar el corazón de un hombre por sí mismo. Puede ganar sus oídos y hacer que lo escuchen; puede ganar sus ojos y hacer que se fijen en él; puede ganar la atención, pero el corazón es muy resbaloso. Sí, el corazón es un pez que no se deja atrapar por los pescadores del Evangelio. Pueden algunas veces jalarlo casi fuera del agua pero, viscoso como una anguila, se resbala entre sus dedos, y, después de todo, no lo capturan. Muchos hombres se han imaginado que han capturado el corazón, pero se han desengañado. Se necesita un hábil cazador para atrapar al ciervo en las montañas. Es demasiado rápido para que el pie humano pueda acercársele. Sólo el Espíritu tiene el poder sobre el corazón del hombre. ¿Alguna vez han probado ustedes su poder en un corazón? Si un hombre piensa que un ministro puede convertir el alma, me gustaría que lo intentara. Déjenlo que vaya y sea un maestro de la escuela dominical. Dará su clase, tendrá los mejores libros que puedan obtenerse, tendrá las mejores reglas, instalará sus murallas alrededor de su Sebastopol espiritual.

Tomará al mejor muchacho de su clase y mucho me equivoco si ese muchacho no estará cansado en una semana. Déjenlo que pase cuatro o cinco domingos intentándolo, pero luego dirá "Este muchacho es incorregible." Déjenlo intentar con otro. Y tendrá que intentar con otro y otro y otro, antes de que pueda ser capaz de convertir a uno. Pronto se dará cuenta que: "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos. ¿Puede convertir un ministro? ¿Puede tocar el corazón? David dijo, "Se engrosó el corazón de ellos como sebo." Sí, eso es completamente cierto y no podemos atravesar tanta grasa. Nuestra espada no puede llegar al corazón porque está recubierto de tal cantidad de grasa, es más duro que una rueda de molino. Más de una buena espada vieja de Jerusalén ha perdido su filo contra un corazón duro. Una pieza del verdadero acero que Dios ha puesto en las manos

de sus siervos ha perdido su filo al ser apuntada contra el corazón de un pecador. No podemos llegar al alma; pero el Espíritu Santo puede. "Mi amado metió su mano por la ventanilla, y mi corazón se conmovió dentro de mí." Él puede dar un sentido del perdón comprado con la sangre que puede disolver a un corazón de piedra. Él puede—

***Hablar con esa voz que despierta a los muertos,
Y que ordena levantarse al pecador,
Y que hace que la conciencia culpable tema
La muerte que nunca muere.***

Él puede hacer que se oigan los truenos del Sinaí; sí y Él puede hacer que los dulces susurros del Calvario entren en el alma. Él tiene poder sobre el corazón del hombre. Y la prueba gloriosa de la omnipotencia del Espíritu es que Él tiene dominio sobre el corazón.

2. Pero hay una cosa más terca que el corazón. Es la voluntad. "Mi Señor Obstinado," como Bunyan la llama en su libro "La Guerra Santa," es un individuo que no puede ser fácilmente doblegado. La voluntad, especialmente en algunos hombres, es una cosa muy terca, y en todos los hombres, si la voluntad es movida a oponerse, no hay nada que se pueda hacer con ellos. Alguien cree en el libre albedrío. Muchos sueñan con el libre albedrío. ¡El Libre Albedrío! ¿Dónde se puede encontrar eso? Una vez hubo libre albedrío en el Paraíso, y un terrible caos generó allí el libre albedrío, porque echó a perder todo el Paraíso y arrojó a Adán fuera del huerto. Una vez hubo libre albedrío en el cielo, pero arrojó fuera al glorioso arcángel y una tercera parte de las estrellas del cielo cayó en el abismo.

Yo no quiero tener nada que ver con el libre albedrío, pero trataré de ver si tengo libre albedrío dentro de mí. Y encuentro que lo tengo. Verdadero libre albedrío para el mal, pero muy pobre albedrío para lo que es bueno. Suficiente libre albedrío cuando peco, pero cuando quiero hacer el bien, el mal está presente en mí y cómo hacer lo que quisiera, no lo puedo descubrir. Sin embargo algunos presumen de libre albedrío. Me pregunto si aquellos que creen en él tienen algún poder mayor sobre las voluntades de las personas del que yo tengo. Yo sé que yo no tengo ninguno.

Encuentro que el viejo proverbio es muy cierto: "Un hombre puede llevar un caballo al agua, pero cien hombres no pueden hacer que beba." Encuentro que yo puedo llevar a todos ustedes al agua y a muchos más de los que pueden caber en esta capilla. Pero yo no los puedo hacer beber y no creo que ni cien ministros puedan hacerlos beber a ustedes.

He leído a Rowland Hill, Whitfield y a otros muchos, para ver qué hicieron ellos. Pero no puedo descubrir un plan para cambiar las voluntades de ustedes. No puedo persuadirlos. Y ustedes no cederán de ninguna manera. No creo que ningún hombre tenga poder sobre la voluntad de su compañero, pero el Espíritu de Dios sí lo tiene. "Los haré dispuestos en el día de mi poder." Hace que el pecador que no tiene voluntad quiera de tal manera, que va impetuosa tras el Evangelio. El que era obstinado, ahora se apresura hacia la Cruz. El que se reía de Jesús ahora se aferra a su misericordia. Y el que no quería creer ahora es llevado a creer por el Espíritu Santo, no sólo con gusto sino ansiosamente. Es feliz, está contento de hacerlo, se regocija con el sonido del

nombre de Jesús y se deleita en correr por el camino de los mandamientos de Dios. El Espíritu Santo tiene poder sobre la voluntad.

3. Y sin embargo creo que hay algo que es peor que la voluntad. Podrán imaginar a qué me refiero. La voluntad es algo más difícil de doblegar que el corazón. Pero hay una cosa que excede a la voluntad en su maldad y es la imaginación.

Espero que mi voluntad esté dirigida por la Gracia Divina. Pero me temo que en ocasiones mi imaginación no lo está. Aquellos que tienen mucha imaginación saben qué cosa tan difícil es de controlar. No la pueden refrenar. Romperá las riendas. Nunca serán capaces de dominarla. La imaginación a veces volará hacia Dios con tal poder que las alas del águila no pueden igualarla. A veces tiene tal poder que casi puede ver al Rey en su belleza y la tierra distante. En lo que a mí respecta, mi imaginación me lleva a veces sobre las puertas de hierro, a través de ese infinito desconocido hasta las propias puertas de perlas y descubrir al bendito Glorificado.

Pero si es potente en un sentido también lo es en otro. Pues también mi imaginación me ha hecho descender a los más viles escondrijos y cloacas de la tierra. Me ha traído pensamientos tan horribles, que a pesar de no poder evitarlos, he estado completamente aterrorizado por ellos. Estos pensamientos vendrán y cuando me siento en mi marco más santo, más devoto hacia Dios y más fervoroso en mi oración, a menudo sucede que es el preciso momento que estalla la plaga en su peor forma. Pero me gozo y pienso una cosa, que puedo clamar cuando esta imaginación viene a mí.

Yo sé que se dice en el Libro de Levítico, que cuando se cometía un acto de maldad, si la muchacha clamaba contra él, entonces salvaba su vida. Así sucede con el cristiano, si clama hay esperanza. ¿Pueden encadenar la imaginación? No, pero el poder del Espíritu Santo sí puede. Lo hará y ciertamente termina haciéndolo. Lo hace aún aquí en la tierra.

III. Pero la última cosa es, EL FUTURO Y LOS EFECTOS DESEADOS, porque después de todo aunque el Espíritu Santo ha hecho tanto no puede decir todavía, "Consumado es." Jesucristo pudo exclamar en lo que concierne a su propia labor, "Consumado es" pero el Espíritu Santo no puede decir eso, tiene todavía más que hacer. Y hasta la consumación de todas las cosas, cuando el propio Hijo llegue a ser sujeto al Padre, el Espíritu Santo no dirá: "consumado es." ¿Qué es lo que tiene que hacer el Espíritu Santo?

1. Primero, tiene que perfeccionarnos en la santidad. Hay dos clases de perfección que un cristiano necesita: una es la perfección de la justificación en la persona de Jesús. Y la otra es la perfección de la santificación obrada en él por el Espíritu Santo.

Por el momento la corrupción todavía descansa en los pechos de los regenerados. Actualmente el corazón es parcialmente impuro. Todavía tenemos lujurias e imaginaciones malvadas. Pero, oh, mi alma se regocija al saber que viene el día cuando Dios terminará el trabajo que ha iniciado y presentará mi alma, no solamente perfecta en Cristo, sino, perfecta en el Espíritu, sin mancha o defecto, o nada parecido.

¿Y es verdad que este pobre corazón depravado, llegará a ser tan santo como el de Dios? Y este pobre espíritu que a menudo exclama,

“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de pecado y de muerte?” ¿Este mismo pobre espíritu, será libre del pecado y de la muerte? ¿Y ya no oiré cosas malas que perturben mis oídos y no tendré pensamientos impuros que perturben mi paz? ¡Oh, feliz hora! ¡Que se apresure! Justo antes de que yo muera, se habrá terminado la santificación pero hasta ese momento no puedo tener la perfección en mí mismo. Pero en ese momento cuando parta mi espíritu tendrá su último bautismo en el fuego del Espíritu Santo. Será puesto en el crisol para su última prueba en el horno.

Y entonces, libre de toda escoria y fino como una barra de oro puro, será presentado a los pies de Dios sin el mínimo grado de escoria o mezcla. ¡Oh, hora gloriosa! ¡Oh, momento bendito! Pienso que deseo morir aunque no hubiera un cielo si tan solo pudiera tener esa última purificación y salir de la corriente del río Jordán totalmente limpio después de ser lavado. ¡Oh ser lavado, y quedar blanco, limpio, puro perfecto! Ni un ángel será más puro de lo que yo seré. ¡Sí! ¡Ni Dios mismo será más santo! Seré capaz de decir en un sentido doble, “¡Gran Dios, soy limpio, por medio de la sangre de Jesús soy limpio, y a través de la obra del Espíritu, también soy limpio!” ¿No debemos ensalzar el poder del Espíritu Santo que nos hace aptos para estar ante nuestro Padre en el cielo?

2. Otra gran obra del Espíritu Santo que no está cumplida todavía es la de traer la gloria del último día. En unos cuantos años, no sé cuándo, no sé cómo, el Espíritu Santo será derramado en una forma muy diferente que en el presente.

Hay diversidades de operaciones. Y durante los últimos años ha sido el caso que las operaciones diversificadas han consistido en muy poco derramamiento del Espíritu. Los ministros siguen una rutina monótona, continuamente predicando, predicando, predicando y poco bien se ha hecho. Tengo la esperanza de que tal vez una nueva era ha amanecido sobre nosotros y que habrá un mayor derramamiento del Espíritu Santo ahora.

¡Porque llega la hora y puede ser justo ahora cuando el Espíritu Santo será derramado otra vez, de una manera tan maravillosa que muchos correrán de un lado a otro y se incrementará el conocimiento! ¡El conocimiento del Señor cubrirá la tierra así como las aguas cubren la superficie de los grandes abismos!

Vendrá Su reino y Su voluntad será hecha en la tierra como lo es en el cielo. No estaremos esforzándonos para siempre como Faraón, sin las ruedas de su carroaje. Mi corazón se alegra y mis ojos brillan con el pensamiento de que muy probablemente viviré para ver como se vierte así el Espíritu cuando, “los hijos y las hijas de Dios otra vez profetizarán y los jóvenes verán visiones y los ancianos soñarán sueños.”

Tal vez no habrá dones milagrosos porque no serán requeridos. Pero sin embargo habrá tal cantidad milagrosa de santidad, tal extraordinario fervor de oración, tal real comunión con Dios y tanta religión vital y tanta difusión de las doctrinas de la cruz, que todo mundo verá que verdaderamente el Espíritu es derramado como agua y las lluvias descienden de arriba. Oremos por eso, laboremos continuamente por eso y busquemoslo de Dios.

3. Otra obra más del Espíritu, que manifestará de manera especial Su poder, será la resurrección general. Tenemos razón para creer por la Escritura que la resurrección de los muertos aunque será efectuada por la voz de Dios y de Su Palabra (el Hijo) también será efectuada por el Espíritu. Ese mismo poder que levantó a Jesucristo de entre los muertos, también vivificará los cuerpos mortales.

El poder de la resurrección es tal vez una de las mejores pruebas de las obras del Espíritu. ¡Ah, mis amigos, si pudiéramos desprender el manto de esta tierra por un momento, si el verde césped pudiera cortarse y pudiéramos ver dos metros abajo en sus profundidades, qué mundo aparecería!

¿Qué veríamos? Huesos, esqueletos, podredumbre, gusanos, corrupción Y ustedes dirían, ¿Vivirán estos huesos secos? ¿Se pueden levantar? “¡Sí, en un momento! En un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, los muertos serán resucitados.” El habla, ¡Están vivos! ¡Véanlos dispersos, el hueso se junta con su hueso! ¡Véanlos desnudos, la carne los recubre nuevamente! Véanlos aún sin vida. “¡Ven de los cuatro vientos, oh, aliento y sopla sobre estos muertos!” Cuando el viento del Espíritu Santo viene, ellos viven y estarán de pie como un gran ejército.

Así he intentado hablarles del poder del Espíritu y confío que se los he podido mostrar. Ahora debemos dedicar un momento o dos para una conclusión práctica. ¡Cristiano, el Espíritu es muy poderoso! ¿Qué concluyes de ese hecho? ¡Pues que tú nunca debes desconfiar del poder de Dios para llevarte al cielo! ¡Oh, qué dulce verso es ése que impresionó mi alma el día de ayer!—

**“Su probado brazo todopoderoso
Está levantado para tu defensa.
¿Dónde está el poder que pueda
Alcanzarte en tu refugio
O que pueda arrancarte de allí?**

El poder del Espíritu Santo es tu baluarte y toda Su omnipotencia te defiende. ¿Pueden conquistar tus enemigos a la omnipotencia? Entonces pueden conquistarte. ¿Pueden luchar con la Deidad y arrojarla al suelo? Entonces ellos pueden conquistarte. Pero eso no sucederá, porque el poder del Espíritu es nuestro poder, el poder del Espíritu es nuestra fortaleza.

Y una vez más, cristianos, si éste es el poder del Espíritu ¿por qué habrían de dudar de algo? Ahí está tu hijo, ahí está tu esposa por la que has suplicado con tanta frecuencia, no dudes del poder del Espíritu. “Aunque tardare, espéralo; porque sin duda vendrá, no tardará.” Ahí está tu esposo, oh santa mujer, has luchado por su alma y aunque es un infeliz tan endurecido y desesperado que te trata mal, hay poder en el Espíritu.

Oh ustedes que han salido de iglesias desoladas con muy escasas hojas en el árbol, no duden que el poder del Espíritu los levante. Porque será “lugar donde descansen asnos monteses, y ganados hagan majada.” Abierto, pero deshabitado hasta que el Espíritu se derrame desde arriba.

Y entonces el suelo árido será convertido en un estanque y la sedienta tierra tendrá fuentes de agua. Entonces en las habitaciones de los dragones, en donde cada uno de ellos yace, habrá pasto con carrizos y juncos y ustedes ¡Oh miembros de este templo! Ustedes que recuerdan

lo que Dios ha hecho especialmente para ustedes, nunca desconfien del poder del Espíritu. Ustedes han visto el desierto florecer como el Carmelo.

Ustedes han visto el desierto florecer como una rosa. Confien en Él para el futuro. Salgan pues y laboren con esta convicción: el poder del Espíritu Santo es capaz de todo, vayan a su escuela dominical, vayan a distribuir sus folletos, vayan a su empresa misionera, vayan a predicar en sus habitaciones con la convicción de que el poder del Espíritu es nuestra gran ayuda.

Y ahora por último, a ustedes pecadores. ¿Que más tenemos que decirles acerca de este poder del Espíritu? Estoy convencido que hay esperanza para algunos de ustedes. Yo no puedo salvarlos, yo no puedo conmoverlos, a veces puedo hacer que lloren, pero se secan sus ojos y todo ha terminado, pero yo sé que mi Señor sí puede. Ese es mi consuelo. Tú, el primero de los pecadores, hay esperanza para ti, este poder te puede salvar como a cualquiera. Es capaz de romper tu corazón aunque sea de hierro, puede hacer que de tus ojos broten las lágrimas, aunque hayan sido como rocas anteriormente.

Su poder es capaz hoy, si Él lo quiere, de cambiar tu corazón, de modificar la corriente de todas tus ideas, de hacerte de inmediato un hijo de Dios, de justificarte en Cristo. Hay poder suficiente en el Espíritu Santo. Él puede traer a los pecadores a Jesús. Él es capaz de hacerte querer en el día de Su poder ¿Quieres esta mañana? ¿Ha ido Él tan lejos como para hacer que deseas Su nombre, para hacer que deseas a Jesús?

Entonces, ¡oh pecador! Mientras Él te atrae di, “atráeme soy infeliz sin Ti.” Síguelo, síguelo y a medida que Él te conduzca, pisa sobre sus huellas y regocijate de que Él ha iniciado una buena obra en ti, porque hay una evidencia de que Él continuará haciéndolo hasta el final. Y ¡oh, tú abatido! pon tu confianza en el poder del Espíritu, descansa en la sangre de Jesús y tu alma es salva, no solamente ahora sino a través de la eternidad. Que Dios los bendiga a ustedes, mis lectores. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #30 – Volumen 1
The Power of the Holy Spirit

Predicar el Evangelio

NO. 34

**Sermón predicado el Domingo 5 de Agosto, 1855,
por Charles Haddon Spurgeon,
AT NEW PARK STREET CHAPEL, SOUTHWARK.**

**“Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme,
porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de
mí si no anuncio el evangelio!”
1 Corintios 9:16.**

El hombre más grande de los tiempos apostólicos fue el apóstol Pablo. Él siempre fue grande en todo. Si se le considera como pecador, él fue en extremo pecador; si se le ve como perseguidor, él odiaba en extremo a los cristianos, y los perseguía hasta ciudades lejanas; si se le toma como convertido, su conversión fue la más notable de todas las que hayamos leído, llevada a cabo por medio de un poder milagroso, y por la voz misma de Jesús que le habló desde el cielo -"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"- Si lo tomamos simplemente como cristiano, vemos que fue extraordinario, que amó a su Maestro más que otros, y buscaba mostrar, mas que todos los demás, la gracia de Dios en su vida. Pero si lo consideramos como un apóstol, y como un predicador de la Palabra, sobresale de manera eminente como principio de los predicadores, que predicaba a reyes-ya que predgó ante Agripa, y ante el Emperador Nerón-estuvo frente a emperadores y reyes por causa del nombre de Cristo. Era característica de Pablo que cualquier cosa que hiciera, la hacía con todo su corazón. Era del tipo de personas que no podía desempeñar una función a medias, ejercitando una parte de su cuerpo y dejando que la otra parte permaneciera indolente; sino que, cuando se ponía a trabajar, absolutamente todas sus energías-cada nervio, cada tendón-eran utilizadas al máximo en el trabajo que tenía que hacer, ya fuera trabajo del malo o del bueno. Pablo, por tanto, podía hablar con toda la experiencia en lo tocante a su ministerio; puesto que él fue el mayor de los ministros. Todo lo que dice es importante; todo nos llega de lo profundo de su alma. Y podemos estar seguros que cuando escribió ésto, lo escribió con mano firme—"Si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme, porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!"

Ahora bien, estoy convencido que estas palabras de Pablo son aplicables a muchos ministros en nuestros días; a todos aquellos que tienen un llamado especial, que son guiados por el impulso interno del Espíritu Santo a ocupar la función de ministros del evangelio. Al considerar este versículo, responderemos a tres preguntas el día de hoy—Primero, ¿qué es predicar el evangelio? En segundo lugar, ¿por qué el ministro no tiene nada de qué jactarse? Y en tercer lugar, ¿cuál es esa necesidad y esa preocupación involucradas en el versículo: "Porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de mí si no anuncio el evangelio!"

I. La primera pregunta es: **¿Qué es predicar el evangelio?** Hay muchas respuestas para esta pregunta, y posiblemente aquí mismo, en mi

audiencia (aunque yo creo que somos muy uniformes en nuestras convicciones doctrinales) pueden hallarse dos o hasta tres respuestas rápidamente disponibles a esta pregunta: ¿Qué es predicar el evangelio? Intentaré, por tanto, responderla yo mismo de conformidad a mi propio juicio, con la ayuda de Dios; y si sucede que no es la respuesta correcta, están ustedes en completa libertad de encontrar una mejor respuesta mediante su propio discernimiento.

1. La primera respuesta que daré a la pregunta es esta: *Predicar el evangelio es exponer cada doctrina contenida en la Palabra de Dios, y dar a cada verdad su propia importancia.* Los hombres pueden predicar una parte del evangelio; pueden predicar únicamente una sola doctrina del evangelio; y yo no diría que un hombre no predica en absoluto el evangelio si solo sostuviera la doctrina de la justificación por la fe -"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe." Yo lo consideraría un ministro del evangelio, pero es alguien que no predica todo el evangelio. No puede afirmarse que un hombre predica el evangelio completo de Dios si hace a un lado, a sabiendas e intencionalmente, una sola verdad de nuestro bendito Dios. Este comentario mío debe ser muy punzante y estallar en las conciencias de muchas personas, que, casi como un asunto de principios, no comparten ciertas verdades con la gente debido a que temen esas verdades. En una reciente conversación, hace un par de semanas, con un eminente creyente, me decía: "señor, sabemos que no debemos predicar la doctrina de la elección, ya que no tiene la capacidad de convertir a los pecadores." Yo le respondí: "¿pero quién se atreve a identificar fallas en la verdad de Dios? Usted está de acuerdo conmigo, que la elección es una verdad, y sin embargo usted afirma que no debe de predicarse. Yo no me atrevería a afirmar algo así. Yo considero que es una arrogancia suprema atreverse a decir que una doctrina no debe de predicarse, cuando Dios en su suprema sabiduría ha querido revelarla a los hombres. Yo además me preguntaría: ¿el fin de todo el evangelio es convertir a los pecadores? Hay ciertas verdades que Dios bendice para conversión de los pecadores; pero, ¿acaso no hay otras verdades destinadas a traer consuelo a los santos? y ¿no deberían estas verdades ser objeto del ministerio de la predicación, igual que las demás? ¿debo tomar en cuenta unas y descartar a las otras? No: si Dios dice: "¡Consolad, consolad a mi pueblo!" si la elección consuela al pueblo de Dios, entonces debo de predicarla. Sin embargo, no estoy tan convencido que la doctrina de la elección no pueda convertir pecadores. El gran Jonathan Edwards nos dice que, en el momento culminante de uno de sus avivamientos, predicaba acerca de la soberanía de Dios tanto en la salvación como en la condenación del hombre y mostraba que Dios era ¡infinitamente justo si enviaba a los hombres al infierno! que Él era infinitamente misericordioso si salvaba a algunos; y que todo provenía de su libre gracia soberana; y decía: "No he encontrado ninguna otra doctrina que promueva tanta reflexión: nada encuentra un mejor camino al corazón del hombre que la predicación de esta verdad." Lo mismo puede decirse de otras doctrinas. Hay ciertas verdades en la palabra de Dios que están condenadas al silencio; porque, en verdad, no deben de expresarse, ya que, de acuerdo a las teorías que ciertas personas tienen de estas doctrinas, no están orientadas a promover ciertos fines. Pero, ¿nos corresponde

a nosotros juzgar la verdad de Dios? ¿Debemos poner sus palabras en la balanza, y decir: "Esto es bueno y esto es malo?" ¿Debemos tomar la Biblia y amputarla y decir: "Esto es paja y esto es grano?" ¿Debemos deshacernos de alguna de las verdades diciendo: "no me atrevo a predicarla?" No: Dios no lo quiera. Cualquier cosa que está escrita en la Palabra de Dios está escrita para instrucción nuestra: y toda ella es útil, ya sea para repremisión o para consuelo, o para la instrucción en justicia. Ninguna verdad de la Palabra de Dios debe de ocultarse sino que cada porción de ella debe de predicarse según su propio sentido.

Algunos hombres se limitan intencionalmente a cuatro o cinco tópicos que predicen de manera continua. Si te aventuras a entrar a sus iglesias, naturalmente esperarás oírlos predicar sobre este versículo: "Ni de la voluntad de la carne, sino de Dios"; o, si no, sobre éste otro: "Elegidos conforme al previo conocimiento de Dios Padre." Ustedes saben muy bien que al entrar a esas iglesias escucharán únicamente acerca de la elección y que todo proviene de Dios. Esos individuos se equivocan, tanto como los otros, dando demasiada importancia a una verdad y olvidando las demás. Cualquier cosa que deba predicarse, llámenla con el nombre que quieran la Biblia, toda la Biblia y nada mas que la Biblia, es la norma del verdadero cristiano. Desgraciadamente, muchos forjan un círculo de hierro alrededor de sus doctrinas, y cualquiera que ose dar un paso mas allá de ese pequeño círculo, no es considerado como poseedor de sana doctrina. En ese caso, ¡Dios bendiga a los herejes! Señor ¡envíanos más herejes! Muchos convierten a la teología en una especie de cilindro que contiene cinco doctrinas que rotan de manera indefinida; nunca se aventuran a otros temas. Debe de predicarse toda la verdad. Y si Dios ha escrito en su palabra "El que no cree ya ha sido condenado", eso debe de predicarse tanto como "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús." Si leo: "Oh Israel, tu te has destruido a ti mismo" (Versión King James) la condenación de ese hombre es su propia obra; debo de predicar eso al igual que la frase siguiente: "En Mí se encuentra tu ayuda" (Versión King James). Cada uno de nosotros, a quienes se nos ha confiado el ministerio, debe de buscar predicar toda la verdad. Sé que puede resultar imposible tratar de decir toda la verdad. La alta colina de la verdad tiene brumas que envuelven su cima. Ningún ojo humano puede ver la cumbre; tampoco ningún pie humano la ha pisado alguna vez. Sin embargo podemos intentar pintar la bruma ya que no podemos pintar la cima. Intentemos describir el misterio ya que no podemos explicarlo. No encubramos nada; si hay nubes en la cima de la montaña de la verdad, digamos: "Nube y oscuridad hay alrededor de ella." No lo neguemos; y no pensemos en reducir la montaña de acuerdo a nuestro propio estándar, simplemente porque no podemos ver la cima o porque no podemos alcanzar la cumbre. El que quiera predicar el evangelio debe de predicar todo el evangelio. Quien quiera ser considerado un ministro fiel, no debe hacer a un lado ningún aspecto del evangelio.

2. Nuevamente, si me preguntan: ¿qué es predicar el evangelio? Contesto que *predicar el evangelio es exaltar a Jesucristo*. Tal vez ésta sea la mejor respuesta que puedo ofrecer. Me entristece comprobar a menudo qué poco se entiende el evangelio aún entre algunos de los mejores cris-

tianos. Hace algún tiempo una joven mujer se encontraba en medio de una gran tribulación en su alma; ella se acercó a un hombre cristiano muy piadoso, quien le dijo: "Mi querida amiga, debes irte a casa a orar." Yo pensé en mis adentros, eso no es nada bíblico. La Biblia no dice: "vete a casa y ora." La pobre joven se fue a casa y oró y continuó sufriendo su tribulación. Él le dijo: "Debes tener paciencia, debes leer las Escrituras y estudiarlas." Eso tampoco es bíblico; eso no es exaltar a Cristo. Encuentro que muchos predicadores están predicando esa clase de doctrina. Le dicen a un pobre pecador convencido: "Tienes que ir a casa y orar, y leer las Escrituras; debes asistir al culto;" etcétera. Obras, obras, obras-en vez de: "Por gracia sois salvos por medio de la fe", yo le diría: "Cristo debe salvarte-cree en el nombre del Señor Jesucristo." Yo no le diría a nadie, en esas circunstancias, que ore o que lea las Escrituras o que asista al templo; le presentaría la fe, la fe simple en el evangelio de Dios. No que menosprecie la oración-eso debe de venir después de la fe. No que diga ni una palabra en contra de buscar en las Escrituras-esa es una señal infalible de ser hijo de Dios. No que tenga objeciones en contra de ir al templo a escuchar la palabra de Dios-¡Dios no lo quiera! Me gozo viendo a la gente en el templo. Pero ninguna de esas cosas es el camino de la salvación. En ninguna parte está escrito: "El que asista al templo será salvo"; o: "El que lea la Biblia será salvo." No he leído en ninguna parte: "El que ore y sea bautizado será salvo"; pero sí: "El que cree"—el que tiene una fe desnuda en el "Hombre Cristo Jesús"—en su Divinidad, en su humanidad, es librado del pecado. Predicar que solo la fe salva, es predicar la verdad de Dios. Tampoco reconoceré, en ningún momento, a nadie como ministro del evangelio si predica cualquier otra cosa como el plan de la salvación, excepto la fe en Jesucristo; la fe, la fe, y solamente la fe en su nombre. Pero la mayoría de las personas se encuentra enredada en sus propias ideas. Tenemos tanto concepto de trabajo almacenado en nuestro cerebro, tal idea del mérito y de las obras labrada en nuestros corazones, que nos resulta casi imposible predicar de manera clara y completa la justificación por la fe; y si lo llegamos a hacer, entonces la gente no la puede recibir. Les decimos: "Cree en el Señor Jesús y serás salvo." Pero ellos tienen la noción que la fe es algo tan maravilloso, tan misterioso, que es casi imposible que la puedan alcanzar sin tener que hacer algo más. Sin embargo, esa fe que nos une al Cordero es un don instantáneo de Dios, y aquel que cree en el Señor Jesús es salvo en el momento, sin ningún otro requerimiento. ¡Ah!, mis amigos ¿acaso no queremos exaltar mas aún a Cristo en nuestra predicación, y exaltar mas aun a Cristo en nuestras vidas? La pobre María dijo: "Han sacado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto", y podría decir lo mismo ahora si pudiera salir de la tumba. ¡Oh, que haya siempre un ministerio que sólo exalte a Cristo! ¡Oh, que la predicación siempre lo muestre a Él como profeta, sacerdote y rey para su pueblo! Que el Espíritu manifieste al Hijo de Dios a sus hijos a través de la predicación. Necesitamos tener una predicación que diga: "¡Mirad a mí y sed salvos, todos los confines de la tierra!" ¡Predicación del Calvario, teología del Calvario, libros sobre el Calvario, sermones sobre el Calvario! Estas son las cosas que queremos y en la proporción en que el Calvario sea

exaltado y Cristo sea engrandecido, en esa medida el evangelio es predicado en nuestro medio.

3. La tercera respuesta a la pregunta planteada es: *predicar el evangelio es dar a los diferentes tipos de personas lo que requieren*. “Sólo debes predicar al pueblo de Dios, cuando estés en ese púlpito”, le dijo una vez un diácono a un ministro. El ministro respondió: “¿Has marcado a todo el pueblo de Dios en la espalda, para que pueda reconocerlo”? ¿De qué sirve esta gran capilla si sólo voy a predicar al querido pueblo de Dios? Son demasiado pocos. El querido pueblo de Dios puede caber en un pequeño salón. Tenemos aquí mucha gente que no pertenece al querido pueblo de Dios y ¿cómo puedo saber si la predicación que me piden que dirija al pueblo de Dios no puede también alcanzar a alguien más? Alguien puede decir por otro lado: “Por favor, predica a los pecadores. Si no predicas a los pecadores esta mañana no habrás predicado el evangelio. Te escucharemos sólo una vez; y tendremos la certeza que no caminas correctamente si no predicas particularmente a los pecadores en esta mañana, en este sermón en particular.” ¡Qué tontería, mis amigos! Hay momentos en que debe de alimentarse a los hijos, y hay otras ocasiones en que debe de advertirse a los pecadores. Hay propósitos diferentes para ocasiones diferentes. Si un ministro predica a los santos de Dios, y no dice nada a los pecadores, está actuando correctamente, siempre y cuando en otras oportunidades en que no esté consolando a los santos, dirija su atención de manera especial a los impíos. Escuché un buen comentario de un amigo mío muy inteligente el otro día. Una persona estaba criticando las fallas de “Lecturas para la Mañana y para la Noche” del Dr. Hawker, ya que no tenían por objetivo la conversión de los pecadores. Mi amigo le dijo al caballero: “¿Has leído la Historia de Grecia escrita por Grote?” “Sí.” Pues bien, ¿no es cierto que ese es un libro chocante puesto que no tiene por objetivo la conversión de los pecadores? “Sí, respondió el otro, pero la Historia de Grecia escrita por Grote no fue escrita para convertir a los pecadores.” “No”, respondió mi amigo, “y si tu hubieras leído el prefacio de Lecturas para la Mañana y para la Noche del Dr. Hawker hubieras visto que ese libro no fue escrito para convertir a los pecadores, sino para alimento del pueblo de Dios, y si cumple con ese objetivo entonces el escritor ha sido sabio, aunque no haya tenido otro objetivo. Cada grupo de personas debe de recibir lo suyo. El que predica únicamente a los santos y sólo a ellos, no predica el evangelio completo; el que predica únicamente a los pecadores y sólo a ellos y nunca a los santos, no predica el evangelio completo. Nosotros tenemos aquí una mezcla de todo. Tenemos al santo que está lleno de seguridad y es fuerte; tenemos al santo que es débil y de poca fe; tenemos al recién convertido; tenemos al hombre que duda entre dos opiniones; tenemos al hombre moral; tenemos al pecador; tenemos al reprobado; tenemos al marginado. Cada uno de esos grupos debe de recibir su palabra. Cada uno de ellos debe de recibir su porción de alimento a su tiempo; no en todo tiempo, sino a su *debido* tiempo. El predicador que olvida a alguno de esos grupos no sabe cómo predicar el evangelio completo. ¡Qué! ¿Me pueden exigir que me limite en el púlpito a predicar ciertas verdades únicamente, para confortar a los santos? No lo puedo aceptar. Dios les da a los hombres corazones para que amen a su prójimo, y por tanto

deben de desarrollar esos corazones. Si amo a los impíos ¿no debo de tener los medios para hablarles? ¿No puedo hablarles acerca del juicio venidero, de la justicia y de su propio pecado? Dios no permita que yo corrompa de tal manera mi naturaleza y de tal manera me endurezca, que no llegue a derramar ninguna lágrima cuando considere la perdición de los seres humanos que me rodean y que de pie me dirija a ellos diciendo: “¡Ustedes están muertos, por tanto no tengo nada que decirles a ustedes!” y que en realidad predique (aunque no sea con palabras) esa herejía tan abominable, que si los hombres están destinados a la salvación entonces se salvarán-y que si no están destinados a la salvación entonces no se salvarán; que entonces, necesariamente, deben de quedarse quietos y no hacer absolutamente nada; y que no tiene ninguna importancia si viven en pecado o en justicia-un destino fatal los tiene aprisionados con cadenas inquebrantables y su destino está tan determinado que pueden continuar tranquilamente viviendo en pecado. Yo creo que su destino está determinado—como elegidos se salvarán y si no son elegidos están condenados para siempre. Sin embargo no creo en la herejía que se deriva como una inferencia que establece que por lo tanto los hombres no son responsables y no tienen que hacer nada. Esa es una herejía a la cual siempre me he opuesto ya que es una doctrina del demonio y no de Dios. Creemos en el destino; creemos en la predestinación; creemos en que hay elegidos y no elegidos: pero, a pesar de ello, creemos que debemos de predicar a los hombres: “Cree en el Señor Jesús y serás salvo”, pero si no crees en Él, estás condenado.

4. Había pensado dar una respuesta más a la pregunta, pero no me alcanza el tiempo. La respuesta habría sido algo así como: predicar el evangelio no es predicar ciertas verdades *acerca del* evangelio, no es predicar acerca de la gente, sino predicar a la gente. Predicar el evangelio no consiste en hablar sobre lo que el evangelio es, sino en predicarlo al corazón, no por medio de tu propio poder, sino bajo la influencia del Espíritu Santo-no es estar en púlpito y hablar como si nos estuviéramos dirigiendo al ángel Gabriel diciéndole ciertas cosas, sino hablar de hombre a hombre y derramar nuestro corazón en el corazón del compañero. Esto, creo yo, es predicar el evangelio, y no decir entre dientes algún árido manuscrito el Domingo en la mañana o en la noche. Predicar el evangelio no es mandar a un cura para que haga el trabajo por ti; no es vestir la ropa fina y pronunciar una altísima especulación. Predicar el evangelio no es, con las manos de obispo, hacer una oración que constituye un bello ejemplar y luego ceder el púlpito para que una persona más humilde predique. No, predicar el evangelio es proclamar con lengua de trompeta y celo encendido las inescrutables riquezas de Cristo Jesús, para que los hombres puedan oír, y entendiendo, puedan volverse a Dios con todo su corazón. Esto es predicar el evangelio.

II. La segunda pregunta es: ¿POR QUÉ NO LES ES PERMITIDO A LOS MINISTROS GLORIARSE? “Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme.” Hay maleza que puede crecer en cualquier parte; y una maleza que puede crecer es el ORGULLO. El orgullo puede crecer en una roca tanto como en un jardín. El orgullo crece en el corazón de un limpia-botas y crece en el corazón de un político. El orgullo crece en el corazón

de una muchacha de servicio e igualmente crece en el corazón de su señora. Y el orgullo puede también crecer en el púlpito. Es una hierba que se esparce de manera terrible. Requiere cortarse cada semana, ya que de otra forma estaríamos hundidos hasta nuestras rodillas en él. Este púlpito es un excelente terreno para el orgullo. Crece de manera desenfrenada; y yo estoy seguro que difícilmente encontrarían a un predicador del evangelio que no confiese que tiene una muy fuerte tentación hacia el orgullo. Yo supongo que, aun aquellos ministros sobre los que no se comenta nada, pero que son gente muy buena, y que tienen una iglesia en una ciudad grande y a la que asisten al menos seis personas, sufren la tentación del orgullo. Pero independientemente que eso sea así o no, estoy seguro que dondequiera que haya una gran asamblea, y dondequiera que haya mucho ruido y agitación en relación a un hombre, hay allí un gran peligro de orgullo. Y, véanlo bien, entre más orgulloso sea un hombre más estrepitosa será su caída al final. Si la gente sostiene en sus brazos en alto a un ministro, y deja de sostenerlo y lo suelta, ¡qué golpazo se dará el pobre individuo al término de todo. Así les ha ocurrido a muchos. Muchos hombres han sido sostenidos en alto por los brazos de otros hombres; han sido sostenidos en alto por los brazos de *la alabanza*, y no por *la oración*; estos brazos se han debilitado y han caído al suelo. Digo que hay la tentación al orgullo en el púlpito; pero no hay razón para el orgullo en el púlpito; no hay terreno para que crezca el orgullo; pero crecerá de todas maneras. “No tengo de qué jactarme.” Pero, a pesar de todo ello, a menudo se introduce algún motivo para enorgullecernos, no real, sino aparente para nosotros mismos.

1. Ahora, ¿cómo es que un verdadero ministro siente que “no tiene de qué jactarse”? Primero, *porque está muy consciente de sus propias imperfecciones*. Creo que nadie se formará una opinión más justa de sí mismo que quien es llamado constante e incessantemente a orar. Una vez un hombre pensó que podía predicar y cuando le fue permitido ocupar el púlpito, encontró que las palabras no fluían libremente como él esperaba y en un momento de ansiedad nerviosa y temor, se inclinó hacia delante sobre el púlpito y dijo: “Amigos míos, si ustedes se subieran al púlpito, perderían toda la soberbia que pudieran poseer.” Creo que eso *les pasaría* a muchos, si intentaran alguna vez la predicación. Les quitaría la inclinación a criticar y les haría pensar que, después de todo, la predicación no es un trabajo fácil. Cuando se predica mejor es cuando se piensa que se ha predicado mal. Quien se ha fijado en la mente un elevado concepto de lo que debe de ser la elocuencia, y lo que debe ser una arenga sincera, sabrá qué tan corto se queda. Él, mejor que nadie, puede reprobarse cuando reconoce su propia deficiencia. No creo que un hombre deba gloriarse cuando hace algo bien. Por otro lado, creo que él será el mejor juez de sus propias imperfecciones y que las verá claramente. *Él* sabe lo que debe ser: otros hombres no. Miran y ven y piensan que todo es maravilloso mientras que el predicador piensa que todo es maravillosamente absurdo, y se retira meditando en las cosas que ha fallado. Cualquier ministro verdadero sentirá sus deficiencias. Se comparará a sí mismo con hombres tales como Whitfield, con predicadores de la talla de los puritanos, y dirá: “¿Qué soy yo? Un enano al lado de un gigante; el montículo de un hormi-

guero al lado de una montaña.” Cuando se retira a descansar el domingo por la noche, dará vueltas en su cama porque siente que erró el tiro, que no ha tenido la vehemencia, la solemnidad, la mortal intensidad de propósito que requería su función. Se reprochará por no haber enfatizado lo suficiente algún punto, o por haber evitado algún otro, o por no haber sido lo suficientemente explícito en algún tema en particular, o por haber considerado demasiado algún otro. Verá sus propias fallas, ya que Dios siempre disciplina a sus hijos en la noche, cuando han hecho algo mal. No necesitamos que otros nos reprendan; Dios mismo lo hace directamente. El ministro más honrado por Dios a menudo se sentirá deshonrado en su propia estima.

2. De nuevo, otro medio que nos lleva a no jactarnos es el hecho que Dios nos recuerda que *todos nuestros dones son prestados*. Y de manera sorprendente, al leer un periódico esta mañana, esta verdad me fue recordada: que todos nuestros dones son prestados. El artículo dice así: “La semana pasada, la quieta comunidad de Pueblo Nuevo fue trastornada por un evento que ha traído tristeza a la comunidad completa. Un caballero muy exitoso, que había obtenido un título universitario con honores, se ha vuelto loco desde hace algunos meses. El había administrado una academia para la educación de jóvenes, pero su locura lo ha obligado a abandonar su ocupación, y desde hace algún tiempo ha vivido solo en una casa en esa comunidad. El casero obtuvo una orden de desalojo; y habiendo sido necesario esposarlo, lo dejaron, negligentemente sentado en unas escaleras a la vista de una gran multitud, hasta que llegó el medio de transporte que lo condujo al asilo. Uno de sus alumnos (según el periódico) es el Sr. Spurgeon.”

¡El hombre que me enseñó todo lo que sé en cuanto a conocimiento humano, se ha convertido en un loco de atar! Al darme cuenta de eso sentí que podía doblar mi rodilla con humilde gratitud y dar gracias a Dios que mi razón no se ha tambaleado y que sus poderes permanecen intactos. ¡Oh, cuán agradecidos debemos de estar que nuestros talentos nos han sido preservados y que nuestra mente es sana! Ninguna otra cosa me habría podido afectar más directamente. Ese gran hombre se había esforzado juntamente conmigo-un hombre de genio y habilidad; y ¡miren en lo que se había convertido! ¡cómo ha caído! ¡cómo ha caído! ¡Cuán velozmente la naturaleza humana cae desde la altura y se hunde por debajo del nivel de los animales! ¡Bendigan al Señor, amigos míos, por los talentos que les ha dado! ¡Den gracias al Señor por la razón y por el intelecto que poseen! Aunque éstos no sean muy sofisticados, responden a sus necesidades; y si los llegasen a perder, pronto se darían cuenta de la diferencia. Tengan mucho cuidado de no pensar en relación a cualquier tema: “¿No es ésta la gran Babilonia que yo edifiqué?” siempre debemos de recordar que tanto la cuchara de albañil como la mezcla nos vienen de Dios. La vida, la voz, el talento, la imaginación, la elocuencia-todos son dones de Dios; y quien haya recibido los mayores dones debe sentir que a Dios pertenece el escudo de los poderosos, puesto que Él ha dado poder a su pueblo y fortaleza a sus siervos.

3. Otra respuesta a la pregunta. Otro medio que utiliza el Señor para preservar a sus ministros de la tendencia a jactarse es este: *Él les hace*

sentir su dependencia constante del Espíritu Santo. Confieso que algunos ministros no sienten eso. Algunos se atreven a predicar sin el Espíritu de Dios o sin haberle orado. Pero pienso que ningún hombre que verdaderamente haya sido llamado de lo alto, se atreverá a hacer eso ; sino mas bien sentirá que necesita al Espíritu. Una vez, cuando me encontraba predicando en Escocia, el Espíritu de Dios quiso dejarme solo ; no pude hablar como usualmente lo hago. Tuve la necesidad de decirle a la gente que el coche había perdido sus ruedas ; que el coche se arrastraba pesadamente. He sentido el beneficio de eso desde entonces. Fui humillado amargamente y pude haberme arrastrado bajo la cáscara de una nuez o me pude haber escondido en cualquier oscuro rincón de la tierra. Sentí como si no debía hablar más en el nombre del Señor ; y entonces me vino el pensamiento: “¡Oh!, eres una criatura ingrata : ¿no ha hablado Dios por tu medio cientos de veces? Y por esta vez que no quiso hacerlo ¿vas a reconvénir a Dios por eso? Mas bien dale gracias por los cientos de veces que ha estado a tu lado ; y si alguna vez te ha abandonado entonces admira su bondad de mantenerte humilde por este medio.” Algunos pueden pensar que fue el poco estudio lo que me llevó a esa situación, pero puedo afirmar con toda honestidad, que no fue eso. Pienso que estoy obligado a estudiar con dedicación y así no tentar al Espíritu con sermones sin preparación. Usualmente considero mi deber pedir la guía del Señor para mis sermones y le imploro que lo grabe en mi mente ; pero en esa ocasión, creo que me había preparado mas cuidadosamente de como ordinariamente lo hago, de tal forma que la falta de preparación no era la causa. La simple causa fue: “El viento sopla de donde quiere” ; y los vientos no siempre son huracanados. En algunas ocasiones el viento está quieto. Y, por tanto, si me apoyo en el Espíritu, debo de saber que no siempre sentiré su poder con la misma fuerza. ¿Qué haría yo sin la influencia celestial ya que a ella le debo todo? Por medio de este pensamiento Dios humilla a los que le sirven. Dios nos enseñará cuánto lo necesitamos. No permitirá que pensemos que hacemos algo por nosotros mismos. “No, dice Él, no te corresponde nada de la gloria. Voy a humillarte. ¿Estás pensando: yo hago ésto? Te mostraré lo que eres sin Mi.” Vemos a Sansón ir tras los filisteos para atacar. Él se imagina que puede matarlos ; pero los filisteos están encima de Sansón. Le sacan los ojos. Su gloria se esfuma porque no confió en su Dios, sino que confiaba en sí mismo. Cada ministro será llevado a sentir su dependencia en el Espíritu ; y entonces dirá con énfasis, igual que Pablo : “Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme.”

III. Ahora viene la tercera pregunta, con la cual concluiremos este mensaje. **¿CUÁL ES ESA NECESIDAD QUE NOS ES IMPUESTA DE PREDICAR EL EVANGELIO?** 1. En primer lugar, *una gran parte de esa necesidad se debe al llamamiento mismo.* Si un hombre es verdaderamente llamado por Dios para el ministerio, lo desafío a que se niegue a aceptar el llamamiento. Un hombre que verdaderamente tiene en su seno la inspiración del Espíritu Santo que lo llama a predicar no puede dejar de hacerlo. Tiene que predicar. Como fuego en los huesos, así será esa influencia hasta que proyecte sus llamas hacia fuera. Los amigos pueden querer frenarlo, los enemigos criticarlo, los despreciadores burlarse de él, pero el hom-

bre es indomable ; él tiene que predicar si tiene el llamado del cielo. Todo el mundo lo puede abandonar ; pero él le predicaría a las áridas cumbres de las montañas. Si tiene el llamado del cielo, aunque no tenga una congregación, le predicaría a las cascadas y daría su voz a los riachuelos. No podría callarse. Sería una voz proclamando en el desierto: "Preparad el camino del Señor." No creo que se pueda detener a un ministro de la misma forma que no se puede detener a las estrellas del cielo. No creo que se puede lograr que un ministro deje de predicar, si realmente tiene el llamado, de la misma manera que no se puede detener a las poderosas cataratas queriendo consumir sus aguas con la tacita de un niño. El hombre que ha sido guiado por el cielo no puede ser detenido por nadie. Ha sido tocado por Dios y nadie le impedirá predicar. Volará en alas de águila y nadie podrá encadenarlo a la tierra. Hablará con la voz de un serafín y nadie podrá cerrar su boca. ¿No es su palabra como un fuego dentro de mí? ¿Debo de callar cuando Dios ha colocado su Palabra en mí? Y cuando un hombre habla de conformidad a lo que el Espíritu le da a hablar, siente un gozo semejante al cielo; y cuando termina desea volver a su trabajo de nuevo y ansía estar predicando nuevamente. Yo creo que los jóvenes que predicen tan solo una vez a la semana y piensan que ya han cumplido con su deber, no han sido llamados por Dios a una gran obra. Pienso que si Dios ha llamado a alguien, lo impulsará a predicar constantemente y sentirá que debe de predicar en medio de las naciones las riquezas ines-
crutables de Cristo.

2. Pero otra cosa nos hará predicar: sentiremos ¡ay de mí si no anuncio el evangelio! y esa es *la triste carencia de este pobre mundo caído*. ¡Oh, ministro del evangelio! ¡Haz un alto por un instante y piensa en tus pobres prójimos! ¡Veros como un arroyo, apresurándose a la eternidad-diez mil vuelan a su morada eterna cada solemne momento! ¡Mira el término de ese arroyo, esa tremenda catarata que lanza arroyos de almas al abismo! Oh, ministro, piensa que los hombres se condenan por millares cada hora, y que cada vez que late tu pulso, una nueva alma abre sus ojos en el infierno en medio de tormentos ; piensa en cómo los hombres aceleran su camino a la destrucción, cómo "el amor de muchos se enfriá" y "abunda la iniquidad." Te pregunto: ¿no sientes una gran necesidad? ¿No sientes el ¡ay de mí si no predico el evangelio!? Camina una tarde por las calles de Londres en el momento del ocaso cuando la oscuridad abriga a la gente. ¿No ves a aquella prostituta caminar veloz a su maldito trabajo? ¿No ves a miles y miles de millares lanzados a la ruina cada año? Del hospital y del asilo salen voces que dicen: "¡Ay de ti si no predicas el evangelio!" Acércate a ese gran edificio construido con paredes impresionantes ; entra en los calabozos y mira allí a los ladrones que por años han gasto sus vidas en el pecado. Ábrete paso en alguna ocasión hacia la triste plaza de Newgate y mira al asesino ajusticiado. Una voz saldrá de cada institución correccional, de cada prisión, de cada patíbulo, diciendo: "¡Ay de ti si no predicas el evangelio!" Acércate a las camas de los moribundos y observa cómo los hombres mueren en la ignorancia sin conocer los caminos del Señor. Mira el terror en sus rostros conforme se acercan a su Juez, sin haber conocido la salvación, sin haber siquiera conocido el camino ; y mientras los ves temblando ante su Hacedor, escucha una voz:

“Ministro, ay de ti si no predicas el evangelio.” Puedes también seguir otra ruta. Ve alrededor de esta gran metrópolis y párate a la puerta de algún lugar donde se escuchen el sonar de campanillas, cantos y música, pero bajo el total influjo de la ramera de Babilonia, donde las mentiras se predicen como verdades ; y cuando regreses a casa y pienses en los Papas, deja que una voz te recuerde: “Ministro, ay de ti si no predicas el evangelio.” O entra a la habitación del infiel donde blasfema en contra de su Hacedor ; o asiste al teatro donde se ponen en escena obras llenas de luxuria y libertinaje, y de lo profundo de todos estos antros de vicio sale una voz, “Ministro, ay de ti si no predicas el evangelio.” Y da una última caminata por las cámaras de los condenados ; cuando pueda verse el abismo del infierno, párate frente a él y escucha—

***“los tristes lamentos, las quejas vacías,
Y los chillidos de fantasmas torturados.”***

Acerca tu oído a las puertas del infierno y por unos instantes escucha los gritos entremezclados y los alaridos de agonía y desesperación que te romperán los tímpanos ; y cuando regreses de ese triste lugar con su música lúgubre aun produciéndote terror, escucharás la voz que te recuerda: “ ¡Ministro! ¡Ministro! ¡Ay de ti si no anuncias el evangelio! Mantengamos estas cosas al alcance de nuestra vista y entonces tendremos que predicar. Si te dijeran: *¡Deja de predicar!* *¡Deja de predicar!* Responderías: Aunque el sol dejara de brillar, nosotros predicaríamos en la oscuridad. Aunque las mareas dejaran de existir en las playas, nuestra voz predicaría el evangelio. Aunque el mundo dejara de girar, y los planetas detuvieran su curso, nosotros aún predicaríamos el evangelio. Hasta tanto que el centro encendido de la tierra no estalle a través de las gruesas estructuras de sus montañas abiertas, nosotros entre tanto predicaremos el evangelio ; hasta que la conflagración universal no disuelva la tierra, y la materia desaparezca, estos labios o los labios de otros ministros llamados por Dios, tronarán llevando la voz de Jehová. No podemos evitarlo. “Porque me es impuesta necesidad” ; sí, ¡ay de nosotros si no anunciamos el evangelio!

Ahora, mis queridos hermanos, una palabra para ustedes. Hay algunas personas que me escuchan hoy que son verdaderamente culpables a los ojos de Dios porque ellos no predicen el evangelio. No puedo imaginar que de las mil quinientas o dos mil personas aquí presentes, que escuchan mi voz, no haya personas calificadas para predicar el evangelio además de mí. No tengo tan mala opinión de ustedes para considerarme superior en intelecto a la mitad de ustedes, o aún en el poder de predicar la Palabra de Dios : y aún suponiendo que yo lo fuera, no puedo creer que tengo tal congregación que no haya muchos dotados de talentos y dones que no los puedan utilizar en la predicación de la Palabra. Entre los Bautistas de Escocia existe la costumbre de invitar a los hermanos para que exhorten los domingos en la mañana ; no tienen un ministro de planta que predique en esa ocasión, sino que cada hombre que se sienta inclinado a hacerlo, se levanta y habla. Todo eso está muy bien, solamente que me temo que muchos hermanos sin las calificaciones adecuadas se convertirían en los mayores conferencistas, ya que es un hecho conocido que los hombres que tienen poco que decir se tomarán el mayor tiempo ; y, si yo presidiera, les diría: “Hermano, está escrito, habla para edificación.” “Estoy seguro que

no te edificarías ni a ti mismo ni a tu esposa, intenta lograr eso primero y si no lo puedes lograr, no desperdices nuestro precioso tiempo.”

Lo repito nuevamente, no puedo dejar de creer que hay algunos presentes este día que son flores “desperdiendo su dulce aroma en el aire del desierto”, joyas de brillantísima luz, perdidas en las cavernas del mar del olvido. Este es un asunto muy serio. Si hay talentos en la iglesia de Park Street (la iglesia cuyo pastor era Spurgeon) , espero que se desarrolle. Si hay predicadores en mi congregación, dejemos que prediquen. Muchos ministros se esfuerzan para limitar a los jóvenes en el asunto de la predicación. Aquí tienen mi mano, tal como es, para apoyar a cualquiera de ustedes que quiera decir a los pecadores por doquier, qué amado Salvador han encontrado. Quisiera descubrir muchos predicadores entre ustedes ; quiera Dios que todos los servidores del Señor sean profetas. Hay algunos presentes que deberían ser profetas, excepto que están medio temerosos bien, debemos encontrar para ellos el remedio para quitarles su timidez. No puedo soportar el pensamiento que mientras el demonio pone a todos sus servidores a trabajar, haya un siervo de Jesucristo que esté dormido. Joven, cuando regreses a casa, examínate a ti mismo, date cuenta de cuáles son tus habilidades, y si descubres alguna habilidad, entonces haz la prueba en alguna pobre y humilde habitación y habla a una docena de pobres gentes acerca de lo que deben hacer para ser salvos. No necesitas tener aspiraciones de dedicarte de tiempo completo al ministerio, pero si Dios así lo quiere, entonces puedes aspirar a ello. El que desea un obispado buena cosa desea. De cualquier manera busca de alguna manera predicar el evangelio de Dios. He predicado este sermón de manera especial porque deseo iniciar un movimiento que parta desde este lugar y que alcance a muchas personas. Quiero descubrir a algunos en mi iglesia, de ser posible, que prediquen el evangelio. Y pongan atención, ustedes que tienen talento y poder, ¡ay de ustedes si no predicán el evangelio!

¡Pero mis amigos! si se dice: Ay de nosotros si no predicamos el evangelio, ¿cómo será el ay de ustedes si escuchan y no reciben el evangelio? Dios quiera que escapemos de esa condenación. Que el evangelio de Dios sea para nosotros sabor de vida para vida y no de muerte para muerte.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #34 – Volumen 1
Preach the Gospel.

EL CIELO Y EL INFIERNO

NOS. 39-40

UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL MARTES

4 DE SEPTIEMBRE, 1855,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

AL AIRE LIBRE EN KING EDWARD'S ROAD, HACKNEY.

“Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

Mateo 8:11, 12.

En nuestra tierra es permitido hablar claro, y su gente está siempre anuente a prestar un oído atento a cualquiera que le pueda decir algo digno de atención. Por eso tengo la certeza que dispondremos de un auditorio atento, pues no hay ninguna razón para suponer otra cosa. Este campo, como están conscientes todos ustedes, es de propiedad privada. Y yo quisiera sugerir a quienes salen a predicar al aire libre, que es mucho mejor ir a un campo o a un terreno desprovisto de edificios, que bloquear caminos e interrumpir negocios; y es todavía mucho mejor estar en un lugar que tenga protección, para poder prevenir de inmediato cualquier disturbio.

Esta tarde pretendo animarlos para que busquen el camino al cielo. Tendré que expresar también algunas cosas severas relativas al fin de los hombres que se pierden en el abismo del infierno. Sobre estos dos temas voy a predicar, con la ayuda de Dios. Pero les suplico, por amor de sus almas, que disciernan entre lo que es correcto y lo que no lo es; comprueben si lo que yo les digo es la verdad de Dios. Si no lo es, rechácenlo totalmente y arrójenlo lejos; pero si en verdad lo es y lo desprecian, será bajo su propio riesgo; pues como tendrán que responder ante Dios, el grandioso Juez de cielos y tierra, no les irá bien si desprecian las palabras de este siervo y de Su Escritura.

Mi texto consta de dos partes. La primera es muy agradable para mí, y me proporciona gran placer; la segunda es terrible en extremo; pero puesto que ambas son verdades, ambas deben ser predicadas. La primera parte de mi texto es, “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.” La frase que yo llamo la parte negra, oscura y amenazadora es esta: “Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

I. Tomemos la primera parte. Aquí hay una PROMESA SUMAMENTE GLORIOSA. Voy a leerla de nuevo: “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.” Me gusta mucho este texto, porque me descubre

lo que es el cielo, y me presenta un hermoso cuadro de él. Dice que es un lugar donde voy a sentarme con Abraham, e Isaac y Jacob. Oh, qué pensamiento tan dulce es ese para el trabajador. A menudo se limpia el tibio sudor de su frente, y se pregunta si hay una tierra donde no tendrá que afanarse más. Muy raramente come un mendrugo de pan que no esté humedecido con el sudor de su rostro. A menudo viene a casa agotado y se deja caer en un sillón, tal vez demasiado cansado para poder dormir. Se pregunta: “¡Oh!, ¿no hay una tierra donde yo pueda descansar? ¿No hay algún lugar donde pueda quedarme quieto? Sí, tú que eres hijo del trabajo arduo y agotador—

“Hay una tierra feliz

Lejos, lejos, muy lejos,

donde ese trabajo arduo y agotador es desconocido. Más allá del firmamento azul, hay una hermosa ciudad luminosa, cuyos muros son de jaspe, y cuya luz brilla más que el sol. Allí “los impíos dejan de perturbar, y allí descansan los de agotadas fuerzas.” Allí están los espíritus inmortales que no necesitan limpiarse el sudor de su frente, pues “no siembran, ni siegan,” ni están sometidos a un trabajo arduo y agotador—

“Allí en un monte verde y florido

Sus cansadas almas se sentarán:

Y con gozos arrobadores harán

Un recuento de las fatigas de sus pies.”

Para mi mente, una de las mejores visiones del cielo es que es *una tierra de reposo*; especialmente para el trabajador. Quienes no tienen que trabajar duro, piensan que amarán el cielo como un lugar de servicio. Eso es muy cierto. Pero para el trabajador, para el hombre que labora arduamente con su cerebro o con sus manos, siempre será un dulce pensamiento que haya una tierra donde vamos a descansar.

Pronto, esta voz no será forzada ya más: pronto, estos pulmones no tendrán que ejercitarse nunca más allá de su poder; pronto, este cerebro no será atormentado por el pensamiento; pero me sentaré a la mesa del banquete de Dios; sí, estaré reclinado en el pecho de Abraham, y estaré tranquilo para siempre. ¡Oh!, hijos e hijas de Adán que están cansados, no tendrán que empujar el arado en un ingrato suelo en el cielo, no tendrán que levantarse para desempeñar arduas labores antes que salga el sol, y trabajar todavía cuando el sol se ha ido a descansar desde hace un buen rato; sino que estarán tranquilos, estarán quietos, descansarán, pues todos son ricos en el cielo, todos son felices allá, todos están en paz. Trabajo arduo, problemas, fatigas, esfuerzos, son palabras que no se pueden deletrear en el cielo; no existen tales cosas allá, pues siempre reposan.

Y noten *con qué buena compañía comparten*. Ellos “se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob.” Algunas personas piensan que no conoceremos a nadie en el cielo. Pero nuestro texto declara aquí que nos “sentaremos con Abraham e Isaac y Jacob.” Entonces tengo la certeza que estaremos conscientes que ellos son Abraham e Isaac y Jacob. He escu-

chado la historia de una buena mujer que le preguntó a su marido, cuando estaba a punto de morir: “querido mío, ¿crees que me conoce-rás cuando tú y yo lleguemos al cielo?” “¿Que si te conoceré?”, respon-dió él, “vamos, siempre te he conocido mientras has estado aquí, y ¿piensas que voy a ser más insensato cuando llegue al cielo?” Pienso que fue una excelente respuesta.

Si nos hemos conocido aquí en la tierra, nos reconoceremos allá. Yo tengo queridos amigos que han partido hacia allá, y siempre es un pen-samiento dulce para mí que, cuando ponga mi pie, como espero hacer-lo, en el umbral del cielo, vendrán mis hermanas y hermanos y me to-marán de la mano, diciendo: “sí, amadísimo, ya estás aquí.” Parientes queridos que han sido separados, se encontrarán otra vez en el cielo. Alguno de ustedes ha perdido una madre que se ha ido al cielo; y si tú sigues la huella de Jesús, te encontrarás con ella allá.

En otro caso, me parece que veo a alguien que viene a recibirtre a la puerta del paraíso; y aunque los lazos de afecto natural pueden haberse olvidado en cierta medida (se me puede permitir usar una figura) cuán bendecida sería ella cuando se volviera hacia Dios, y le dijera: “Aquí es-toy yo, y los hijos que me has dado.” Reconoceremos a nuestros amigos: esposo, tú conocerás a tu esposa. Madre, conocerás a tus amados hiji-tos; tú observabas sus figuras cuando yacían jadeantes, quedándose sin aliento. Tú recuerdas cómo te abalanzaste sobre sus tumbas al momento de ser echada la fría tierra sobre ellos, y se dijo: “La tierra a la tierra, el polvo al polvo, las cenizas a las cenizas.” Pero tú volverás a oír esas amadas voces de nuevo; tú escucharás esas dulces voces una vez más; tú todavía sabrás que las personas que amaste, han sido amadas por Dios. ¿Acaso no sería un cielo lúgubre para nuestra habitación, uno donde no pudiéramos conocer a nadie ni nadie nos reconociera? No me interesaría ir a un cielo así.

Yo creo que el cielo es la comunión de los santos, y que nos conoce-remos unos a otros allí. A menudo he pensado que me dará mucho gus-to ver a Isaías; y, tan pronto como llegue al cielo, creo que voy a pre-guntar por él, porque él habló más acerca de Jesús que todos los demás profetas. Estoy seguro que voy a querer encontrar a George Whitfield, quien continuamente predicó a la gente, y se desgastó con un celo más que seráfico. ¡Oh, sí!, tendremos una compañía elegida en el cielo, cuando lleguemos. No habrá distinción entre cultos e incultos, clero y laicado, sino que caminaremos libremente entre todos; sentiremos que somos hermanos; nos sentaremos “con Abraham e Isaac y Jacob.”

He escuchado acerca de una dama que recibió la visita de un minis-tro en su lecho de muerte, y le dijo: “quiero hacerle una pregunta, aho-ra que estoy a punto de morir.” “Bien,” preguntó el ministro, “¿cuál es?” “¡Oh!”, respondió ella muy afectada, “quiero saber si hay dos lugares en el cielo, pues yo no podría soportar que Betsy, la cocinera, estuviera en el cielo junto conmigo. Es tan poco refinada.” El ministro dio la vuelta y respondió: “oh, no se preocupe por eso, señora. No hay temor de eso;

mientras no se despoje de su orgullo maldito, usted no entrará nunca al cielo." Todos nosotros debemos despojarnos de nuestro orgullo. Debemos humillarnos y estar sobre una base de igualdad ante los ojos de Dios, y ver en cada hombre un hermano, antes de poder esperar ser recibidos en la gloria.

Bendecimos a Dios, y le damos gracias porque no preparará mesas separadas para unos y para otros. El judío y el gentil se sentarán juntos. El grande y el pequeño se alimentarán de los mismos pastos, y nos "sentaremos con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos."

Pero mi texto tiene todavía una dulzura más profunda, pues afirma que "vendrán *muchos* y se sentarán." Algunos fanáticos de mente estrecha piensan que el cielo será un lugar muy pequeño, donde habrá muy poca gente que asistió a su capilla o a su iglesia. Yo confieso que no tengo ningún deseo de un cielo pequeño, y me da mucho gusto leer en las Escrituras que en la casa de mi Padre hay muchas mansiones. Cuán a menudo escucho que la gente dice: "¡Ah!, estrecha es la puerta y angosto el camino, y pocos son los que la hallan. Habrá pocas personas en el cielo; la mayoría se perderá." Amigo mío, yo no estoy de acuerdo contigo. ¿Acaso crees tú que Cristo permitirá que el diablo le gane? ¿Que permitirá que el diablo tenga más personas en el infierno de las que Él tenga en el cielo? No, eso es imposible. Pues entonces Satanás se reiría de Cristo. Habrá más personas en el cielo de las que habrá entre los que se pierden. Dios dice: "He aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero;" pero Él nunca dice que habrá una multitud que nadie puede contar que se perderá. Habrá huestes incontables que llegarán al cielo. ¡Qué buenas noticias para ti y para mí! Pues si hay tantos que serán salvados, ¿por qué no habría de ser salvo yo? ¿Por qué no dice también, aquel hombre que está allá en medio de la multitud: "no podría ser yo uno entre esa multitud?" Y ¿no podría esa pobre mujer que está allá cobrar valor y decir: "Bueno, si sólo se salvara media docena de personas, yo temería no estar entre esas; pero, puesto que vendrán muchos, por qué no habría de ser salva yo? ¡Anímate, tú que estás desconsolado! ¡Alégrate, hijo del dolor y de la aflicción, todavía hay esperanza para ti!"

Yo no puedo creer que alguien esté más allá del alcance de la gracia de Dios. Habrá unos cuantos que han cometido ese pecado que es para muerte y Dios los ha abandonado; pero la vasta mayoría de la humanidad está todavía dentro del alcance de la misericordia soberana: "Y vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán en el reino de los cielos."

Miren otra vez mi texto, y ustedes verán de dónde vienen estas personas. Ellos "vendrán del oriente y del occidente." Los judíos decían que todos ellos vendrían de Palestina, cada uno de ellos, cada hombre, cada mujer y cada niño; que no habría nadie en el cielo que no fuera judío. Y los fariseos pensaban que si todos ellos no eran fariseos, no podrían ser

salvos. Pero Jesucristo dijo que vendrán muchos del oriente y del occidente. Habrá una multitud de aquella tierra muy lejana, China, pues Dios está haciendo una obra grandiosa allí, y nosotros esperamos que el Evangelio será victorioso en esa tierra. Habrá una multitud de esta tierra occidental de Inglaterra; y también del país occidental que está más allá del mar, de América; y del sur, de Australia; y del norte, de Canadá, Siberia y Rusia. Desde los confines de la tierra vendrán muchos que se sentarán en el reino de Dios.

Pero yo creo que este texto no debe entenderse tanto en sentido geográfico, como en sentido espiritual. Cuando dice que “vendrán muchos del oriente y del occidente,” yo pienso que no se refiere particularmente a las naciones, sino a diferentes tipos de personas. Ahora, “el oriente y el occidente” quiere decir aquellos que se encuentran más lejos de la religión; sin embargo, muchos de ellos serán salvados y llegarán al cielo. Hay una clase de personas que será considerada siempre como desahuciada. A menudo he escuchado, ya sea de un hombre o de una mujer, un comentario acerca de esas personas, “él no puede ser salvado: es demasiado disipado. ¿Para qué es bueno él? Pídele que vaya a un lugar de adoración: estaba borracho la noche del sábado. ¿De qué serviría razonar con él? No hay esperanza para él. Es un tipo endurecido. Mira lo que ha hecho durante todos estos años. ¿De qué servirá hablarle?

Ahora, escuchen esto, ustedes que piensan que sus compañeros son peores que ustedes; que condenan a otros cuando ustedes son tan culpables como ellos: Jesucristo dice: “vendrán muchos del oriente y del occidente.” Habrá muchos en el cielo que una vez fueron borrachos. Yo creo que, en medio de esa muchedumbre comprada con sangre, habrá muchos que se tambalearon entrando y saliendo de una taberna durante la mitad de sus vidas. Pero por el poder de la gracia divina ellos fueron capaces de arrojar la copa de licor contra el suelo. Ellos renunciaron al desenfreno de la intoxicación (huyeron de ella) y sirvieron a Dios. ¡Sí! Habrá muchos en el cielo que fueron borrachos en la tierra.

Habrá también muchas prostitutas: algunas de las más disipadas serán encontradas allí. Ustedes recuerdan la historia de Whitfield que dijo una vez que habrá personas en el cielo que fueron “desechadas por el diablo;” algunos que el diablo difícilmente pensaría que son lo suficientemente buenos para él, pero que Cristo salvará. Lady Huntingdon le sugirió una vez con delicadeza que ese lenguaje no era decoroso. Pero justo en ese momento se escuchó el timbre y Whitfield bajó las escaleras y se dirigió a la puerta. Después subió y dijo: “señora, ¿qué cree que me acaba de decir una pobre mujer? Ella era una triste perdida y me dijo: ‘Oh, señor Whitfield, cuando usted estaba predicando nos dijo que Cristo recibiría los desechos del diablo y yo soy uno de ellos.’” Y ese fue el instrumento de su salvación.

¿Alguna vez alguien nos impedirá que prediquemos a los más bajo de lo bajo? A mí se me ha acusado de reunir a toda la plebe de Londres a

mi alrededor. ¡Dios bendiga a la plebe! ¡Dios salve a la plebe! Luego yo digo: supongamos que ellos son “¡la chusma!” ¿Quién podría necesitar el Evangelio más que ellos? ¿Quiénes requieren que Cristo sea predicado más que a ellos? Tenemos a muchos que predicen a las damas y a los caballeros, pero necesitamos que alguien le predique a la chusma en estos días degenerados.

¡Oh!, aquí hay consuelo para mí, pues muchos elementos de la plebe vendrán del oriente y del occidente. ¡Oh!, ¿qué pensaría si vieran la diferencia que hay entre algunos que están en el cielo y otros que estarán allá? Podría encontrarse alguien allí cuyo cabello cuelga enfrente de sus ojos, sus greñas están enmarañadas, se ve horrible, sus ojos congestionados se ven saltones, sonríe casi como un idiota, ha bebido hasta consumir su cerebro de tal forma que la vida parece haber partido en lo concerniente al sentido y al ser; sin embargo yo te diría: “ese hombre es susceptible de salvación”, y en unos pocos años yo podría decir: “mira hacia allá;” ¿ves aquella estrella brillante? ¿Descubres aquel hombre con una corona de oro fino sobre su cabeza? ¿Adviertes aquel ser cubierto con vestiduras de zafiro y ropajes de luz? Ese es aquel mismo hombre que se sentaba allí como un pobre ser descarriado, casi idiotizado; sin embargo, ¡la gracia soberana y la misericordia lo han salvado!

No hay nadie excepto esos que he mencionado antes, que han cometido el pecado imperdonable, que esté más allá de la misericordia de Dios. Tráiganme a los peores hombres, y aun así yo les predicaría el Evangelio; tráiganme a los más viles, y yo les predicaría, porque recuerdo que el Señor dijo: “Vé por los caminos y por los vallados, y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa.” “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.”

Hay una palabra más que debo resaltar antes de terminar con esta dulce porción: esa es la palabra: *van a venir* (vendrán). ¡Oh, yo amo los “yo haré” y por consiguiente los “ellos harán,” de Dios! No hay nada comparable a esas expresiones. Si el hombre dice: “se hará,” ¿qué hay con ello? “Yo voy a” dice un hombre, pero nunca lo cumple; “yo haré,” dice, pero quebranta su promesa. Pero no ocurre lo mismo con los “Yo haré” de Dios. Si Él dice “será,” así será; cuando Él dice “sucederá,” así será. Ahora Él ha dicho aquí, “muchos vendrán, muchos *van a venir*.” El diablo dice, “no vendrán;” pero “ellos vendrán.” Sus pecados dicen: “ustedes no pueden venir;” Dios dice: “ustedes *van a venir*.” Ustedes mismos dicen: “no vendremos;” Dios dice: “ustedes *van a venir*.” ¡Sí!, hay algunas personas aquí que se están riendo de la salvación, que se burlan de Cristo y ridiculizan el Evangelio; pero yo les digo que inclusive algunos de ustedes vendrán.

“¡Cómo!, responden, “¿puede Dios conducirme a ser cristiano?” Les digo que sí, pues allí radica el poder del Evangelio. No les pide su consentimiento; lo obtiene. Él no dice, ¿quieres recibirla?, pero hace que ustedes quieran en el día del poder de Dios. No en contra de su volun-

tad, pero hace que ustedes quieran. Les muestra su valor, y luego ustedes se enamoran de él, y corren directamente tras él y lo obtienen.

Mucha gente ha dicho: "no aceptamos nada que tenga que ver con la religión," y sin embargo, ha sido convertida. He oído la historia de un hombre que una vez asistió a una capilla para escuchar los himnos, y tan pronto como el ministro comenzó a predicar, se tapó los oídos con sus dedos, para no oír. Pero pronto, un pequeño insecto se posó en su cara, por lo que se vio obligado a apartar el dedo con que se tapaba el oído, para ahuyentarlo. En ese preciso instante el ministro dijo: "El que tiene oídos para oír, oiga." El hombre oyó; y Dios se encontró con él en ese instante para la conversión de su alma. Salió convertido en un hombre nuevo, con un carácter cambiado. Él, que había venido para reírse, se retiró para orar; quien vino para burlarse, salió para doblar su rodilla en penitencia: el que vino para pasar una hora en el ocio, regresó a casa para pasar una hora en devoción con su Dios. El pecador se volvió un santo; el libertino se convirtió en un penitente. Quién sabe si no habrá alguien así aquí, esta noche. El Evangelio no necesita su consentimiento, lo obtiene. Quita la enemistad de su corazón. Ustedes dicen: "no quiero ser salvado;" Cristo dice que serán salvados. Él hace que tu voluntad dé un giro completo, y en consecuencia tú clamas: "¡Señor, sálvame, que perezco!" Ah, entonces el cielo exclama: "Yo sabía que haría que dijeras eso;" y entonces, Él se regocija por tu causa, porque ha cambiado tu voluntad y te ha conducido a querer en el día de Su poder.

Si Jesucristo subiera a esta plataforma esta tarde, ¿qué haría con Él mucha gente? "¡Oh!", dirá alguien, "lo haríamos un Rey." No lo creo. Lo crucificarían de nuevo si tuvieran la oportunidad. Si Él viniera y dijera: "Aquí estoy, yo los amo, ¿quieren que Yo los salve?" Nadie de ustedes daría su consentimiento si fueran dejados a su voluntad. Si Él los mirara con esos ojos ante cuyo poder el león se habría encogido; si Él hablara con esa voz que derramó cataratas de elocuencia como un arroyo de néctar vertido desde los acantilados, ni una sola persona vendría para ser Su discípulo; no, se requiere el poder del Espíritu para hacer que los hombres vengan a Jesucristo. Él mismo dijo: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere." ¡Ah!, necesitamos eso; y aquí lo tenemos.

¡Ellos vendrán! ¡Ellos vendrán! Ustedes podrán reírse, podrán despreciarnos; pero Jesucristo no morirá en vano. Si algunos de ustedes lo rechazan, habrá otros que no lo rechazarán. Si hay algunos que no son salvados, otros lo serán. Cristo verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad de Jehová será en su mano prosperada. Algunos creen que Cristo murió pero que algunas de las personas por quienes murió, se perderán. Yo no podría entender nunca esa doctrina. Si Jesús, mi garantía, llevó mis dolores y cargó con mis aflicciones, yo me considero tan seguro como los ángeles en el cielo. Dios no puede pedir el pago dos veces. Si Cristo pagó mi deuda, ¿tendré que pagarla yo otra vez? No—

**“Libre del pecado camino en libertad,
La sangre del Salvador es mi completa absolución;
Estoy contento a Sus amados pies,
Soy un pecador salvado, y homenaje Le rindo.”**

¡Vendrán! ¡Vendrán! Y nada en el cielo, ni en la tierra, ni en el infierno, puede impedir que vengan.

Y ahora, tú que eres el primero de los pecadores, escucha un momento mientras te llamo para que vengas a Jesús. Hay una persona aquí esta noche, que se considera la peor alma que haya vivido jamás. Hay alguien que se dice a sí mismo, “yo estoy seguro que no merezco ser llamado para venir a Cristo!” ¡Alma! ¡Yo te llamo! Tú que eres el más miserable perdido, esta noche, por la autoridad que Dios me ha dado, te exhorto a que vengas a mi Salvador.

Hace algún tiempo, cuando fui a la Corte de un condado, para ver lo que hacían, oí que llamaban a alguien por su nombre, e inmediatamente el hombre respondió: “¡Abrañ paso! ¡Abrañ paso! ¡Me están llamando!” Y se acercó con prontitud. Ahora, esta tarde, yo llamo al primero de los pecadores, y le pido que diga: “¡Abrañ paso! ¡Apártense, dudas! ¡Apártense, temores! ¡Apártense, pecados! ¡Cristo me llama! ¡Y si Cristo me llama, eso es suficiente!”—

**“Yo me acercaré a Sus pies llenos de gracia,
Cuyo cetro ofrece misericordia;
¡Tal vez Él me ordenará que Lo toque!
Y entonces el suplicante vivirá.”**
**“Yo podría perecer si voy;
Pero estoy resuelto a intentar;
Pues si me quedo lejos, yo sé
Que debo morir para siempre.”**
**“Pero si muero con la misericordia buscada,
Habiendo probado al Rey,
Eso sería morir (¡deleitable pensamiento!)
Como un pecador nunca murió.”**

¡Ven y prueba a mi Salvador! ¡Ven y prueba a mi Salvador! Si te echa afuera después que Lo hayas buscado, divulga en el abismo que Cristo no quiso escucharte. Pero nunca te será permitido hacer eso. Sería una deshonra para la misericordia del pacto, que Dios eche afuera a un pecador penitente; y nunca ocurrirá eso mientras esté escrito “Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos.”

II. En la segunda parte, mi texto es desgarrador. Yo predico con gran deleite acerca de la primera parte; pero aquí hay una triste tarea para mi alma, porque encontramos palabras tenebrosas. Sin embargo, como les he dicho, lo que está escrito en la Biblia debe ser predicado, ya sea tenebroso o alegre. Hay algunos ministros que nunca mencionan nada acerca del infierno. Escuché de un ministro que una vez dijo a su congregación: “Si ustedes no aman al Señor Jesucristo, serán enviados a ese lugar cuyo nombre no es cortés mencionar.” A ese ministro no se le debió permitir que predicara de nuevo, si era incapaz de usar palabras

claras. Ahora, si yo veo que aquella casa se está incendiando, ¿creen ustedes que me quedaría inmóvil diciendo: "me parece que allá se está desarrollando una operación de combustión"? "No; yo gritaría: ¡Fuego! ¡Fuego!" y entonces todo mundo entendería lo que estoy diciendo.

Así, si la Biblia dice: "Los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera," ¿debo pararme aquí y presentar las cosas favorablemente? Dios no lo quiera. Debemos decir la verdad, tal como está escrita. Es una verdad terrible, pues dice: "*los hijos del reino* serán echados a las tinieblas de afuera!" Ahora, ¿quiénes son esos hijos? Les diré. "*Los hijos del reino*" son esas personas que se hacen notar por sus muestras externas de piedad, pero que no tienen sus características interiores. Personas que ustedes verán marchando hacia la capilla, tan religiosamente como es posible, con sus Biblias y sus himnarios, o yendo hacia la iglesia, tan devota y modestamente como pueden, mostrándose tan sombríos y serios como bedeles parroquiales, imaginándose que están seguros de ser salvos, aunque su corazón no esté allí, nada sino sólo sus cuerpos. Estas son las personas que son "*los hijos del reino*." No tienen gracia, ni vida, ni a Cristo, y serán echados a las tinieblas de afuera.

Además, estas personas son *hijos de padres y madres piadosos*. No hay nada que convenga tanto el corazón de un hombre, fíjense bien, como hablar acerca de su madre. He oído la historia de un marinero blasfemo, que nadie podía controlar, ni siquiera la policía, que por donde pasaba creaba disturbios. Una vez, él asistió a un lugar de adoración, y nadie podía mantenerlo quieto; pero un caballero se le acercó y le dijo: "Juan, tú tuviste una madre una vez." Con eso, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Él dijo: "¡Ja!" Bendito seas, amigo, es cierto que la tuve; y yo llevé sus cabellos grises con dolor a la tumba, y soy un descarado al estar aquí esta noche." Luego se sentó, muy sereno y sumiso por la simple mención de su madre.

¡Ah!, y hay algunos de ustedes, "*hijos del reino*" que pueden recordar a sus madres. Tu madre te sentó en sus rodillas y te enseñó muy temprano a orar; tu padre te instruyó en los caminos de la piedad. Y sin embargo, tú estás aquí esta noche sin gracia en tu corazón: sin la esperanza del cielo. Estás descendiendo hacia el infierno tan rápido como tus pies te lo permiten. Hay algunos de ustedes que han quebrantado el corazón de su pobre madre. ¡Oh!, si pudiera decirles lo que ella ha sufrido por ustedes mientras han estado entregándose al pecado durante la noche. ¿Se dan cuenta de cuál será su culpa, "*hijos del reino*," después que las oraciones y las lágrimas de una madre piadosa han caído sobre ustedes? No puedo concebir que nadie entre al infierno con una peor gracia que el hombre que va allá con las gotas de lágrimas de su madre sobre su cabeza, y con las oraciones de su padre siguiendo sus talones.

Algunos de ustedes soportarán inevitablemente esta condenación; algunos jóvenes y mujeres se despertarán un día y se encontrarán en las tinieblas de afuera, mientras sus padres estarán arriba en el cielo,

mirándolos hacia abajo con ojos de reproche, como queriendo decir: “¡Cómo!, ¿después de todo lo que hicimos por ti, todo lo que te dijimos, has llegado a esto?” “¡Hijos del reino!” No crean que una madre piadosa pueda salvarlos. No piensen que porque su padre fue un miembro de tal y tal iglesia, su piedad los salvará. Puedo suponer a alguien parado a la puerta del cielo rogando, “¡déjenme entrar! ¡Déjenme entrar!” “¿Por qué?” “Porque mi madre está allí adentro.” Tu madre no tuvo nada que ver contigo. Si fue santa, fue santa para ella; si fue perversa, fue perversa para ella. “Pero mi abuelo oró por mí.” Eso no te sirve de nada. ¿Oraste tú por ti mismo? “No; no oré.” Entonces las oraciones del abuelo y las oraciones de la abuela, y las oraciones del padre y de la madre, pueden amontonarse unas sobre otras hasta que alcancen las estrellas, pero nunca podrán formar una escalera que tú puedas usar para subir al cielo. Debes buscar a Dios por ti mismo; o más bien, Dios debe buscarte. Debes tener una experiencia vital de piedad en tu corazón, pues de lo contrario estás perdido, aunque todos tus amigos estén en el cielo.

Una piadosa madre soñó un sueño terrible y se lo contó a sus hijos. Ella pensó que el día del juicio había llegado. Los grandes libros fueron abiertos. Todos ellos estaban ante Dios. Y Jesucristo dijo: “Separen la paja del trigo; pongan los cabritos a la izquierda, y las ovejas a la derecha.” La madre soñó que ella y sus hijos estaban de pie justo en el centro de la gran asamblea. Y el ángel vino, y dijo: “tengo que llevarme a la madre: ella es una oveja: ella debe ir a la derecha. Los hijos son cabritos: ellos deben ir a la izquierda.” Ella soñó que al retirarse, sus hijos la agarraban, y le decían: “Madre, ¿acaso podemos separarnos? ¿Acaso debemos estar separados?” Entonces ella los abrazó mientras les decía: “Hijos míos, si fuera posible, los llevaría conmigo.” Pero en un instante el ángel la tocó: sus mejillas estaban secas, y ahora, sobreponiéndose al afecto natural, siendo transformada en un ser supernatural y sublime, rendida a la voluntad de Dios, dijo: “hijos míos, yo les enseñé bien, yo los eduqué, y ustedes abandonaron los caminos de Dios, y ahora todo lo que tengo que decir es Amén a su condenación.” Entonces, en ese momento, ellos fueron arrebatados lejos, y ella los vio en tormento perpetuo, mientras ascendía al cielo.

Joven, ¿qué pensarás tú, cuando venga el último día, y escuches que Cristo dice: “¡Apártate de mí, maldito!”? Y habrá una voz justo detrás de Él, diciendo, Amén. Y mientras investigas de dónde procede esa voz, descubrirás que fue la voz de tu mamá. O también, jovencita, cuando seas echada a las tinieblas de afuera, ¿qué pensarás al oír una voz diciendo, Amén? Y cuando mires, allí está sentado tu papá, y sus labios todavía se agitan con la solemne maldición. “¡Ah!, hijos del reino,” los reprobos penitentes entrarán en el cielo, muchos de ellos; publicanos y pecadores llegarán allá; borrachos arrepentidos y blasfemos serán salvos; pero muchos de “los hijos del reino” serán echados a las tinieblas de afuera.

¡Oh!, pensar que tú que has sido educado tan bien, te pierdas, mientras que muchas de las peores personas serán salvadas. Será el infierno del infierno para ti cuando eleves tu mirada y veas allí al “pobre Juan,” el borracho, reclinado en el pecho de Abraham, mientras tú que has tenido una madre piadosa eres echado al infierno, ¡simplemente porque no creíste en el Señor Jesucristo; apartaste de ti Su Evangelio, y viviste y moriste sin él! ¡Ese será el peor agujón de todos, verse ustedes mismo echados a las tinieblas de afuera, cuando el primero de los pecadores encuentra la salvación!

Ahora, escúchenme un momentito (no los detendré por largo tiempo), mientras asumo la triste tarea de decirles qué es lo que sucederá a estos “hijos del reino.” Jesucristo dice que ellos “serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.”

Primero, observen, ellos serán *echados*. No dice que *van a ir*; pero cuando lleguen a las puertas del cielo serán *echados*. Tan pronto como el hipócrita arribe a las puertas del cielo, la Justicia dirá: “¡Allí viene! ¡Allí viene! Él menospreció las oraciones de un padre, y se burló de las lágrimas de una madre. Él ha forzado su camino de descenso contra todas las ventajas que la misericordia le ha provisto. Y ahora allí viene. Gabriel, agarra a ese hombre.” Entonces el ángel, atándote de pies y manos, te sostiene un instante sobre las fauces del abismo. Te ordena que mires hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo. No existe fondo: y tú oyes que se elevan desde el abismo unas palabras: “tétricos gemidos, quejidos profundos, y alaridos de espíritus torturados.” Tú te estremeces, tus huesos se derriten como cera, y tu médula se sacude dentro de ti. ¿Dónde está ahora tu poder? Y ¿dónde tu jactancia y tus fanfarronas? Das un alarido y lloras, y pides misericordia; pero el ángel, con su tremendo puño, te sostiene firme, y luego te arroja al abismo, con el grito: “¡Lejos, lejos!” Y tú caes al hoyo que no tiene fondo, y te deslizas para siempre hacia abajo, hacia abajo, hacia abajo, sin encontrar nunca un lugar de descanso para la planta de tus pies. Serás echado afuera.

Y ¿dónde serás echado? Debes ser echado “a las tinieblas de afuera;” serás colocado en el lugar donde no habrá esperanza. Pues, por “luz,” en la Escritura, nosotros entendemos “esperanza;” y tú serás echado “a las tinieblas de afuera,” donde no hay luz: no hay esperanza. ¿Hay algún hombre aquí que no tenga esperanza? No puedo imaginar a una persona así. Tal vez, alguno de ustedes diga: “Tengo una deuda de treinta libras esterlinas, y pronto seré vendido; pero tengo la esperanza de obtener un préstamo, y así podré escapar de mi dificultad.”

Otro dice: “Mi negocio está en la ruina, pero las cosas todavía pueden cambiar: tengo la esperanza.” Otro dice: “Yo estoy sumido en la angustia, pero espero que Dios me provea.” Otro dice: “yo debo cincuenta libras esterlinas; lo siento; pero voy a poner mis fuertes manos a trabajar, y voy a hacer un gran esfuerzo para salir del problema.” Alguien piensa que su amigo está muriéndose; pero tiene la esperanza que tal vez la fiebre dé un giro: espera que pueda vivir. Pero en el infierno no

hay esperanza. Ni siquiera tienen la esperanza de morir: la esperanza de ser aniquilados. ¡Ellos están perdidos para siempre, para siempre, para siempre! En cada cadena del infierno está escrito: "para siempre." En los fuegos, allá, sobresalen las palabras: "para siempre." Encima de sus cabezas, ellos leen: "para siempre." Sus ojos están amargados y sus corazones están adoloridos por el pensamiento que es para siempre. ¡Oh!, si yo pudiera decirles esta noche que el infierno va a desaparecer quemado un día, y que los que estaban perdidos podrán ser salvos, habría un jubileo en el infierno motivado por el simple pensamiento de eso. Pero no puede ser: es "*para siempre*" que "son echados a las tinieblas de afuera."

Pero yo quisiera terminar con esto tan pronto como pueda, pues ¿quién puede soportar hablar de esta manera a sus compañeros? ¿Qué es lo que están haciendo los perdidos? Están "llorando y crujiendo sus dientes." ¿Crujes tú ahora los dientes? No lo harías a menos que sintieras dolor y estuvieras en agonía. Bien, en el infierno siempre hay un crujir de dientes. Y ¿sabes por qué? Hay uno que cruje sus dientes a su compañero, y murmura: "yo fui conducido al infierno por ti; tú me condujiste al extravío, tú me enseñaste a beber por primera vez." Y otro cruje también sus dientes y le responde: "Y qué si lo hice, tú me hiciste más malo de lo que yo hubiera sido."

Hay un niño que mira a su madre y le dice: "Madre, tú me entrenaste en el vicio." Y la madre cruje sus dientes otra vez al niño, y le responde: "no siento piedad por ti, pues tú me sobrepasaste en el vicio y me condujiste a lo profundo del pecado." Los padres crujen sus dientes a sus hijos, y los hijos a sus padres. Y me parece que si hay algunos que tendrán que crujir sus dientes más que otros, serán los seductores, cuando vean a quienes desviaron de los caminos de virtud, y los oigan decir: "¡Ah!, nos da gusto que tú estés en el infierno con nosotros, te lo mereces, pues tú nos condujiste aquí."

¿Tiene alguno de ustedes sobre su conciencia el día de hoy, el hecho que ha conducido a otros al abismo? Oh, que la gracia soberana te perdone. "Yo anduve errante como oveja extraviada," dice David. Ahora, una oveja extraviada nunca se extravía sola si pertenece al rebaño. Recientemente leí acerca de una oveja que saltó sobre la baranda de un puente, y cada una de las ovejas de ese rebaño la siguió. Así, si un hombre se extravía, conduce a otros al extravío con él. Algunos de ustedes tendrán que dar cuentas por los pecados de otros cuando lleguen al infierno, así como por los pecados propios. ¡Oh, qué "lloro y crujir de dientes" habrá en ese abismo!

Ahora cierro el libro negro. ¿Quién quiere decir algo más sobre él? Les he advertido solemnemente. ¡Les he hablado de la ira venidera! La tarde se oscurece, y el sol se está poniendo. ¡Ah!, y las tardes se oscurecen para algunos de ustedes. Veo aquí a hombres con cabellos grises. ¿Acaso son sus cabellos grises una corona de gloria o la gorra de un in-

sensato? ¿Están ustedes en el propio borde del cielo, o están tambaleándose a la orilla de su tumba, y hundiéndose hacia la perdición?

Permitanme advertirles, hombres de cabellos grises; su atardecer se aproxima. Oh, pobre hombre de cabellos grises que vacilas, ¿darás tu último paso al abismo? Deja que un pequeño niño se ponga frente a ti y te suplique que reconsideres. Allí está tu cayado: no tiene ningún trozo de tierra sobre el cual descansar; y ahora, antes que te mueras, recapacita esta noche; deja que se levanten precipitadamente setenta años de pecado; deja que los fantasmas de tus olvidadas transgresiones marchen enfrente de tus ojos. ¿Qué harás con setenta años desperdiciados por los cuales tienes que responder, con setenta años de crimen que vas a traer ante Dios? Que Dios te dé esta tarde gracia para que te arrepientas y para que pongas tu confianza en Jesús.

Y ustedes hombres de edad mediana, no estén tan seguros: la tarde cae para ustedes también; pueden morir pronto. Hace unos cuantos días, fui levantado temprano de mi cama por una petición para que me apresurara a visitar un moribundo. Yo fui a toda velocidad para ver a la pobre criatura; pero cuando llegué a la casa, él ya había muerto: era un cadáver. Mientras estaba en la habitación pensé: "¡Ah!, ese hombre no tenía la menor idea que moriría tan pronto." Allí estaban su esposa y sus hijos y sus amigos: no pensaron que se iba a morir, pues era sano, robusto y vigoroso sólo unos cuantos días antes.

Ninguno de ustedes tiene un arrendamiento de su vida. Si lo tienen, ¿dónde está? Vayan y vean si lo tienen escondido en los baúles de su hogar. ¡No!, ustedes pueden morir mañana. Por tanto, permitanme advertirles por la misericordia de Dios; déjenme hablarles como les podría hablar un hermano; pues yo los amo, y ustedes saben que así es, y yo quisiera que se grabaran esto en sus corazones. ¡Oh, estar entre las muchas personas que serán aceptadas en Cristo: qué bendición será esa! Y Dios ha dicho que todo aquél que invoque Su nombre será salvo: no echa a nadie que venga a Él por medio de Cristo.

Y ahora, jóvenes y jovencitas, una palabra para ustedes. Tal vez piensen que la religión no es para ustedes. "Seamos felices," se dicen: "estemos alegres y llenos de gozo." ¿Por cuánto tiempo, jovencito, por cuánto tiempo? "Hasta que cumpla veintiún años." ¿Estás seguro que alcanzarás esa edad? Déjame decirte una cosa. Si en efecto vives hasta esa edad, pero no tienes un corazón para Dios, no lo tendrás tampoco en esa fecha. Si los hombres son dejados a sí mismos, no se vuelven mejores. Sucede con ellos lo mismo que con un jardín: si lo abandonas y permites que crezcan hierbas malas, no esperes encontrarlo en mejor estado en seis meses: estará peor. ¡Ah!, los hombres hablan como si pudieran arrepentirse cuando quieran. Es obra de Dios darnos el arrepentimiento. Algunos inclusive llegan a decir: "voy a volverme a Dios tal y tal día." ¡Ah!, si sintieras de manera correcta dirías: "debo correr a Dios, y pedirle que me dé el arrepentimiento ahora, para que no muera antes de haber encontrado a Jesucristo mi Salvador."

Y ahora, una palabra para concluir este mensaje. Les he hablado del cielo y del infierno, ¿cuál es el camino, entonces, para escapar del infierno y para ser encontrado en el cielo? No les voy a repetir mi viejo cuento esta noche. Yo recuerdo que cuando se los conté anteriormente, un buen amigo que se encontraba entre la multitud, me dijo: "Dinos algo que sea fresco, viejo amigo." Ahora, realmente, cuando se predica diez veces a la semana, no siempre podemos decir cosas frescas. Han oido hablar de John Gough, y ustedes saben que él repite sus historias una y otra vez. Yo no tengo nada sino el viejo Evangelio. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo." Aquí no hay ninguna referencia a obras. No dice: "Aquel que sea un buen hombre será salvo." Bien, ¿qué significa creer? Significa poner enteramente tu confianza en Jesús. El pobre Pedro una vez creyó, y Jesucristo le dijo: "Vamos, Pedro, camina hacia a mí sobre el agua." Pedro fue, pisando las crestas de las olas, sin hundirse; pero cuando miró las olas, comenzó a temblar, y se hundió.

Ahora, pobre pecador, Cristo te dice: "Vamos; camina sobre tus pecados; ven a Mí;" y si lo haces, Él te dará poder. Si tú crees en Cristo, serás capaz de caminar sobre tus pecados: pisar sobre ellos, y vencerlos. Yo puedo recordar aquel tiempo cuando mis pecados me miraron por primera vez a mi cara. Yo me consideré el más execrable de todos los hombres. No había cometido grandes transgresiones visibles contra Dios; pero tenía presente que había sido educado y guiado muy bien, y por eso pensaba que mis pecados eran peores que los de otras personas. Clamé a Dios por misericordia, pero Él no me oyó, y yo no sabía lo que era ser salvo. Algunas veces estaba tan cansado del mundo que deseaba morir: pero entonces me acordaba que había un mundo peor después de este, y que no sería bueno apresurarme a presentarme ante mi Señor sin estar preparado. A veces, pensaba perversamente que Dios era un tirano sin corazón, porque no respondía mi oración; y luego, otras veces, pensaba: "yo merezco Su disgusto; si Él me envía al infierno, será justo." Pero recuerdo la hora cuando entré a un lugar de adoración, y vi a un hombre alto y delgado subir al púlpito: nunca lo he vuelto a ver después de ese día, y probablemente nunca lo vea, hasta que nos encontremos en el cielo. Abrió la Biblia, y leyó, con una débil voz: "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más." ¡Ah!, pensé yo, yo soy uno de los términos de la tierra; y entonces, volteándose, y fijando su mirada en mí, como si me conociera, ese ministro dijo: "Mira, mira, mira." Vamos, yo pensaba que había muchas cosas que yo debía *hacer*, pero descubrí que sólo tenía que *mirar*. Yo pensaba que tenía que tejerme un vestido: pero descubrí que si miraba, Cristo me daría un vestido.

Mira, pecador, eso es ser salvado. Mirad a Él, todos los términos de la tierra, y sed salvos. Esto es lo que los judíos hicieron, cuando Moisés sostuvo en alto la serpiente de bronce. Él dijo: "¡Miren!" y ellos miraron. Las serpientes andaban retorciéndose a su alrededor, y ellos llegaban a estar casi muertos; pero simplemente miraban, y en el instante en que

miraban, las serpientes quedaban fulminadas, y ellos eran sanados. Mira a Jesús, pecador. "Nadie sino Jesús puede hacer bien a los pecadores desvalidos." Hay un himno que cantamos a menudo, pero que no es muy correcto, que dice—

***"Aventúrate en Él, aventúrate enteramente;
No dejes que ninguna otra confianza se entrometa."***

Ahora, no es una especulación confiar en Cristo, para nada. El que confía en Cristo está muy seguro. Yo recuerdo que cuando el querido John Hyatt se estaba muriendo, Matthew Wilks le dijo: "Y bien, John, ¿puedes confiar ahora tu alma en las manos de Jesucristo?" "Sí," respondió él, "¡un millón! ¡Un millón!" Yo estoy seguro que cada cristiano que haya confiado en Cristo puede decir: "Amén" a eso. Confía en él; nunca te va a engañar. Mi bendito Señor nunca te echará afuera.

Debo terminar mi mensaje, y sólo me resta agradecerles su amabilidad. Nunca he visto a tantas personas reunidas, que estén tan tranquilas y tan quietas. Realmente pienso, después de todas las duras cosas que se han dicho, que los ingleses saben quién los ama, y que ellos estarán con el hombre que esté con ellos. Doy gracias a cada uno de ustedes, y sobre todas las cosas, les suplico, si hay razón o sentido en lo que he dicho, reflexionen sobre lo que son, y ¡que el bendito Espíritu les revele su verdadera situación! Que les muestre que están muertos, que están perdidos, arruinados. ¡Que les haga sentir qué cosa tan terrible sería hundirse en el infierno! ¡Que les señale el camino al cielo! Que los tome, como lo hizo el ángel en tiempos antiguos, y ponga su mano en ustedes, diciendo: "¡Escapa! ¡Escapa! ¡Escapa! Mira al monte; no mires tras de ti; no pares en toda esta llanura." Y que todos nos reunamos al fin en el cielo; y allá seremos felices para siempre.

Un comentario de Spurgeon: "Este sermón ha sido regado con muchas oraciones de los fieles de Sion. El predicador no pretendía que fuera publicado, pero viendo ahora que lo han imprimido, no se disculpará por su composición defectuosa ni por su estilo difuso; en lugar de eso, el predicador suplica las oraciones de sus lectores, para que este débil sermón pueda exaltar el honor de Dios, por la salvación de muchas personas que lo lean. "La excelencia del poder es de Dios, y no del hombre."

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #39-40 – Volumen 1
HEAVEN AND HELL

Arrepentimiento Para Vida

NO. 44

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 23 DE SEPTIEMBRE,
1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

*“¡De manera que también a los gentiles ha dado
Dios arrepentimiento para vida!”
Hechos 11:18.*

Uno de los mayores obstáculos que haya tenido que superar jamás la religión cristiana, fue el prejuicio inveterado que se apoderó de las mentes de sus primeros seguidores. Los creyentes judíos, los doce apóstoles y aquellos que Jesucristo había llamado de entre los esparcidos de Israel, estaban tan apegados a la idea de que la salvación era de los judíos, y que nadie sino los discípulos de Abraham, o, por lo menos, los circuncidados, podían ser salvos, que no podían aceptar la idea de que Jesús hubiera venido para ser el Salvador de todas las naciones, y que en Él serían benditos todos los pueblos de la tierra.

Con mucha dificultad podían aceptar esa suposición; era tan opuesta a toda su educación judía, que los vemos convocando a Pedro a un concilio de cristianos, y preguntándole: “¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos, y has comido con ellos?” Y Pedro no pudo exonerarse a sí mismo hasta no haber referido plenamente el asunto, y haber declarado que Dios se le apareció en una visión, diciéndole: “Lo que Dios limpió, no lo llames tú común,” y que el Señor le ordenó predicar el Evangelio a Cornelio y a su casa, ya que eran creyentes.

Después de esto el poder de la gracia fue tan enorme, que esos judíos no pudieron resistirle más: y pese a toda su previa educación, de inmediato asumieron el principio comprehensivo del cristianismo: “y glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”

Bendigamos a Dios porque ahora estamos libres de los impedimentos del judaísmo, y porque tampoco estamos bajo los impedimentos de un gentilismo que a su vez ha excluido a los judíos; sino que vivimos muy cerca del bienaventurado tiempo que se aproxima, cuando judío y gentil, esclavo o libre, se sentirán uno en Jesucristo, nuestra Cabeza.

No me propongo abundar sobre este tópico, sino que mi tema el día de hoy será: “el arrepentimiento para vida.” Pido gracia a Dios para hablarles de tal manera que Su palabra sea como una espada cortante “que penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos.”

Por “arrepentimiento para vida” creo que debemos entender *aquel* arrepentimiento que va acompañado de vida espiritual en el alma, y

que asegura la vida eterna a todo aquel que lo posee. “El arrepentimiento para vida,” afirmo, trae consigo vida espiritual, o, más bien, es la primera consecuencia procedente de esa vida.

Hay arrepentimientos que no son signos de vida—excepto de vida natural—porque sólo son efectuados por el poder de la conciencia y la voz de la naturaleza que habla en los hombres; pero el arrepentimiento del que se habla aquí, es producido por el Autor de la vida, y cuando viene, engendra tal vida en el alma que aquellos que estaban “muertos en sus delitos y pecados,” son revividos conjuntamente con Cristo; aquellos que no tenían receptividad espiritual, ahora “reciben con mansedumbre la palabra implantada”; aquellos que dormitaban en el propio centro de la corrupción, reciben el poder de convertirse en hijos de Dios, y de estar cerca de Su trono.

Yo creo que este es el “arrepentimiento para vida”: aquel arrepentimiento que da vida a un espíritu muerto. También he dicho que este arrepentimiento asegura la vida eterna; pues hay arrepentimientos de los cuales oyes hablar a los hombres, que no aseguran la salvación del alma.

Algunos predicadores afirman que aunque los hombres pueden arrepentirse y creer, también pueden apostatar y perecer. No pretendemos consumir nuestro tiempo haciendo un alto para exponer su error ahora; a menudo hemos considerado eso antes, y hemos refutado todo lo pudieran decir en defensa de su dogma. Pensemos en un arrepentimiento infinitamente mejor.

El arrepentimiento de nuestro texto no es ese arrepentimiento, sino que es un “arrepentimiento para vida”; un arrepentimiento que es un verdadero signo de salvación eterna en Cristo; un arrepentimiento que nos preserva en Jesús a través de este estado temporal, y que, cuando hayamos pasado a la eternidad, nos proporciona una bienaventuranza que no puede ser destruida.

“Arrepentimiento para vida” es la salvación real del alma, es el germen que contiene todos los elementos esenciales de la salvación, que los resguarda para nosotros, y que nos prepara para ellos.

En este día hemos de prestar una atención, acompañada de oración, al “arrepentimiento” que es “para vida.” Primero, voy a dedicar unos cuantos minutos a la consideración del *arrepentimiento falso*; en segundo lugar, voy a considerar *los signos que caracterizan al verdadero arrepentimiento*; y, posteriormente, enalteceré la *caridad divina*, de la cual está escrito: “¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”

I. Primero, entonces, consideraremos ciertos FALSOS ARREPENTIMIENTOS. Voy a comenzar haciendo esta observación: que *espantarse bajo el sonido del Evangelio no es “arrepentimiento.”* Hay muchas personas que cuando oyen un fiel sermón evangélico, permanecen agitadas y conmovidas. Mediante un cierto poder que acompaña a la Palabra, Dios da testimonio de que se trata de Su propia Palabra, y provoca en aquellos que la oyen un cierto temblor involuntario.

He visto a algunas personas—cuando las verdades de la Escritura han resonado desde este púlpito—cuyas rodillas han temblado chocando entre sí, cuyos ojos han derramado lágrimas como si hubiesen sido fuentes de agua. He sido testigo de la profunda depresión de su espíritu, cuando—según me han dicho algunos de ellos—fueron sacudidos hasta el punto de no saber cómo soportar el sonido de la voz, pues era semejante a la terrible trompeta del Sinaí, tronando únicamente su destrucción.

Queridos lectores, ustedes podrían estar sumamente turbados bajo la predicación del Evangelio, y, sin embargo, podrían no tener ese “arrepentimiento para vida.” Ustedes podrían saber lo que es estar muy seria y profundamente afectados cuando asisten a la casa de Dios, y sin embargo, podrían ser pecadores endurecidos.

Permitanme confirmar esta observación mediante un ejemplo: Pablo compareció ante Félix con sus manos encadenadas, y cuando disertaba acerca de “la justicia, del dominio propio y del juicio venidero,” está escrito que “Félix se espantó,” y, sin embargo, por buscar dilaciones, Félix se encuentra en la perdición, en medio del resto de personas que han dicho: “prosigue tu camino por esta vez; cuando encuentre un tiempo adecuado te buscaré.”

Hay muchas personas que no pueden asistir a la casa de Dios sin alarmarse; ustedes saben lo que es estar espantados ante el pensamiento de que Dios los castigará; puede ser que con frecuencia hayan sido inducidos a una emoción sincera bajo la influencia del ministro de Dios; pero, permitanme decirles que, a pesar de todo, podrían ser desechados porque no se han arrepentido de sus pecados ni se han vuelto a Dios.

Peor aún. Es muy posible que no solamente se espanten ante la Palabra de Dios, sino que podrían volverse Agripas amigables, y estar “*por poco persuadidos*” a volverse a Jesucristo, y, sin embargo, no tener ningún “arrepentimiento”; podrían ir más allá y llegar a desear el Evangelio; podrían decir: “¡Oh!, este Evangelio es algo tan bueno, que yo quisiera recibirla. Asegura tanta felicidad aquí y tanto gozo en el más allá, que quisiera poder llamarlo mío.” ¡Oh, es bueno oír de esta manera esta voz de Dios! Pero podrían quedarse tranquilos, y, mientras algún texto poderoso es predicado adecuadamente, podrían decirse: “creo que es verdad”; pero tiene que entrar en el corazón antes de que puedan arrepentirse. Puedes incluso caer de rodillas en oración y puedes pedir con labios aterrados que esto sea de bendición para tu alma; y, después de todo, podría ser que no fueras un hijo de Dios. Podrías decir como Agripa le dijo a Pablo: “Por poco me persuades a ser cristiano”; sin embargo, igual que Agripa, podrías no pasar más allá del “por poco.” Agripa estaba “casi persuadido a ser cristiano,” pero no “plenamente convencido.”

Ahora, cuántos de ustedes han estado “por poco persuadidos” y, sin embargo, no están realmente en el camino a la vida eterna. Cuán a menudo la convicción los ha conducido a caer de rodillas y “por poco” se han arrepentido, pero han permanecido allí, sin arrepentirse realmente.

¿Ven aquel cadáver? Murió recientemente. Todavía no ha adquirido la lividez mortal, su color se semeja todavía a la vida. Su mano está tibia todavía; podría pensarse que está vivo, y casi pareciera respirar. Todo está íntegro: el gusano escasamente lo ha tocado; la descomposición escasamente se ha presentado; no hay ningún olor fétido. Sin embargo, la vida se ha ido; no hay ninguna vida allí.

Lo mismo sucede con ustedes: por poco están vivos; por poco tienen cada órgano externo de la religión que tiene el cristiano; pero no tienen vida. Podrían tener un arrepentimiento, pero no el arrepentimiento sincero. ¡Oh, hipócrita! Te advierto el día de hoy, que no solamente podrías sentir espanto sino hasta una complacencia por la Palabra de Dios, y, sin embargo, después de todo, no tener “arrepentimiento para vida.” Todavía podrían hundirse en el pozo del abismo, y escuchar que se diga: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.”

Pero, además, es todavía posible que los hombres progresen inclusive más allá de esto, y que positivamente *se humillen bajo la mano de Dios, pero que sean completos extraños al arrepentimiento*. Su bondad no es como la nube mañanera y el rocío temprano que se desvanecen, sino que después que escuchan el sermón, regresan a casa y realizan lo que ellos conciben que es la obra del arrepentimiento, es decir, renuncian a ciertos vicios y necesidades, se visten de cilicio y sus lágrimas se derraman muy abundantemente por causa de lo que han hecho; se lamentan delante de Dios; y, sin embargo, con todo eso, su arrepentimiento no es sino un arrepentimiento pasajero, y regresan otra vez a sus pecados.

¿Acaso niegan que existe tal penitencia? Permitanme contarles un caso. Un cierto hombre llamado Acab codiciaba la viña de su vecino Nabot, que se rehusaba a venderla a cualquier precio ni hacer un intercambio. Acab consultó con su esposa Jezabel, que urdió el plan de matar a Nabot para que el rey se apropiara de la viña. Después que Nabot murió, y Acab hubo tomado posesión de la viña, el siervo del Señor se reunió con Acab y le dijo: “¿No mataste, y también has despojado?... Así ha dicho Jehová: En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán también tu sangre, tu misma sangre. . . .He aquí yo traigo mal sobre ti, y barreré tu posteridad.” Leemos que Acab se fue y anduvo humillado; y el Señor dijo: “Pues por cuanto se ha humillado delante de mí, no traeré el mal en sus días.”

Él le había concedido una suerte de misericordia; pero leemos a continuación, en el siguiente capítulo, que Acab se rebeló, y en una batalla en Ramot de Galaad, de conformidad al siervo del Señor, fue muerto allí; así que “los perros lamieron su sangre” exactamente en la viña de Nabot.

Ustedes también, les digo, podrían andar humillados delante de Dios por un tiempo, y, sin embargo, podrían seguir siendo los esclavos de sus transgresiones. Ustedes tienen miedo de la condenación, pero no tienen miedo de pecar: tienen miedo del infierno, pero no le temen a

sus iniquidades; tienen miedo de ser arrojados al pozo, pero no temen endurecer sus corazones contra Sus mandamientos.

¿No es verdad, oh pecador, que le tienes pavor al infierno? No es el estado de tu alma el que te turba, sino el infierno. Si el infierno fuera extinguido, tu arrepentimiento se extinguiría; si los terrores que te esperan fuesen eliminados, pecarías más pérfidamente que antes, y tu alma se endurecería, y se rebelaría contra su soberano.

No se engañen, hermanos míos, en este punto; examínense para comprobar si andan en fe; pregúntense si tienen el “arrepentimiento para vida”; pues podrían andar humillados por un tiempo, y, sin embargo, no arrepentirse nunca delante de Dios.

Muchos avanzan más allá de esto, y, sin embargo, están destituidos de la gracia. *Podría ser posible que confieses tus pecados sin arrepentirte.* Podrías acercarte a Dios, y decirle que eres un miserable; podrías enumerar una larga lista de tus transgresiones y de los pecados que has cometido, sin un sentido de la horripilación de tu culpa, sin una sola chispa de odio real a tus acciones.

Podrías confesar y reconocer tus transgresiones, y, sin embargo, no sentir un aborrecimiento del pecado; y si no resistes al pecado, en la fortaleza de Dios, si no lo abandonas, este supuesto arrepentimiento no sería sino el color dorado que luce la pintura decorativa; no se trata de la gracia que realmente transforma en el oro que soporta el fuego. Digo que podrían llegar a confesar sus faltas, y, sin embargo, no tener arrepentimiento.

Además, y entonces habré tocado el más lejano pensamiento que he de dar sobre este punto. *Podrían hacer alguna obra digna del arrepentimiento, y sin embargo ser impenitentes.* Déjenme darles una prueba de esto en un hecho autenticado por la inspiración.

Judas traicionó a su Señor, y después de haberlo hecho, un sobrecogedor sentido del enorme mal que había cometido se apoderó de él. Su culpa enterró toda esperanza de arrepentimiento, y en el abatimiento de la desesperación, mas no en el dolor de la verdadera compunción, confesó su pecado a los sumos sacerdotes, clamando: “Yo he pecado entregando sangre inocente.” Ellos le dijeron: “¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!” Entonces arrojó las piezas de plata en el templo, para mostrar que no podía soportar cargar con el precio de la culpa; y las dejó allí. Salió, y, ¿fue salvo? No. “Salió, y fue y se ahorcó.”

Y aun entonces la venganza de Dios le siguió: pues cuando se colgó cayó desde la altura donde estaba suspendido, y quedó destrozado; se perdió y su alma pereció. Pueden ver lo que este hombre hizo. Él pecó, confesó su error, y devolvió el oro; sin embargo, después de eso, fue un réprobo. ¿Acaso no nos pone a temblar esto? Pueden ver cuán posible es ser tan aproximadamente el remedio de un cristiano, que la propia sabiduría, si solamente fuera mortal,ería engañada.

II. Ahora, habiéndoles advertido así que hay muchas falsas clases de arrepentimiento, tengo el propósito de ocupar un corto tiempo haciendo algunas observaciones sobre EL VERDADERO ARREPENTIMIENTO, y los signos mediante los cuales podremos discernir si contamos con ese “arrepentimiento” que es “para vida.”

Antes que nada, permítanme corregir uno o dos errores que aquellos que están viniendo a Jesucristo cometan con frecuencia. Uno es que creen a menudo que deberían experimentar profundas, horribles y pavorosas manifestaciones de los terrores de la ley y del infierno antes de que se pueda decir que se arrepintieron.

Con cuántas personas he conversado que me han dicho lo que solamente puedo traducirles en español a ustedes, en esta mañana, más o menos de esta manera: "no me arrepiento lo suficiente, no me siento lo suficientemente pecador. No he sido un transgresor tan indisculpable y perverso como muchos otros: yo casi quisiera haberlo sido; no porque ame al pecado, sino debido a que entonces tendría convicciones más profundas de mi culpa, y me sentiría más seguro de haber venido verdaderamente a Jesucristo."

Ahora, sería un grave error imaginar que estos pensamientos terribles y horribles de un juicio venidero tengan algo que ver con la validez del "arrepentimiento." Con frecuencia no son el don de Dios para nada, sino las insinuaciones del diablo; e incluso allí donde la ley obra y produce estos pensamientos, no deberían considerarlos como constituyentes de una parte y una porción del "arrepentimiento." No entran en la esencia del arrepentimiento.

El "arrepentimiento" es un odio al pecado; consiste en apartarse del pecado y en una determinación, en la fuerza de Dios, de abandonarlo. Es posible que un hombre se arrepienta sin un horripilante despliegue de los terrores de la ley; podría arrepentirse sin haber oído los sonidos de la trompeta del Sinaí, sin haber escuchado algo más que un distante rumor de su trueno.

Un hombre puede arrepentirse enteramente por medio de la voz de la misericordia. Dios abre algunos corazones a la fe, como en el caso de Lidia. A otros acomete con el martillo grueso de la ira venidera; a algunos abre con la ganzúa de la gracia, y a otros con la palanca de hierro de la ley.

Puede haber muchas formas de llegar allí, pero la pregunta es: ¿has llegado allí? ¿Te encuentras allí? Sucede con frecuencia que el Señor no está en la tempestad ni en el terremoto, sino en el "silbo apacible y delicado."

Hay otro error que muchas pobres personas cometan cuando están pensando en la salvación, y es: que no se pueden arrepentir lo suficiente; se imaginan que si se arrepintiesen hasta un cierto grado, serían salvos. "¡Oh, señor!"—dirán algunos de ustedes—"no tengo suficiente contrición."

Amados, permítanme decírles que no hay ningún grado eminente de "arrepentimiento" que sea necesario para la salvación. Ustedes saben que hay grados de fe, y sin embargo la mínima fe salva; también hay grados de arrepentimiento, y el mínimo arrepentimiento, si es sincero, salvará al alma.

La Biblia dice: "El que creyere será salvo"; y cuando dice eso, incluye el grado más pequeño de fe. También cuando dice: "Arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados," incluye al hombre que tiene el grado más bajo de arrepentimiento real.

El arrepentimiento, además, no es nunca perfecto en ningún hombre en este estado mortal.

Nunca alcanzaremos la fe perfecta que esté enteramente libre de dudas; y nunca alcanzaremos el arrepentimiento que sea libre de alguna dureza de corazón. El más sincero penitente que conozcan se sentirá parcialmente impenitente.

El arrepentimiento es también un acto continuo durante la vida entera. Crecerá continuamente. Yo creo que un cristiano en su lecho de muerte se arrepentirá más amargamente de lo que lo hizo jamás. Arrepentirse es algo que ha de hacerse durante toda la vida. Pecar y arrepentirse, pecar y arrepentirse, resume la vida de un cristiano. Arrepentirse y creer en Jesús, arrepentirse y creer en Jesús, conforma la consumación de su felicidad.

No deben esperar ser perfectos en “arrepentimiento” antes de ser salvos.

Ningún cristiano puede ser perfecto. El “arrepentimiento” es una gracia. Algunas personas lo predicen como una condición de salvación. ¡Condición de insensatez! No hay condiciones para la salvación. Dios mismo da la salvación; y Él únicamente la da a los que Él quiere. Dice: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia.”

Si, entonces, Dios te ha dado el mínimo arrepentimiento, y es un arrepentimiento sincero, alábalo por ello, y espera que ese arrepentimiento crezca más y más profundamente conforme sigas adelante.

Entonces esta observación ha de ser aplicada a todos los cristianos. Hombres y mujeres cristianos, ustedes sienten que no tienen un arrepentimiento lo suficientemente profundo. Sienten que no tienen una fe lo suficientemente grande. ¿Qué han de hacer? Pidan un aumento de fe, y crecerá.

Lo mismo sucede con el arrepentimiento. ¿Han tratado alguna vez de alcanzar un profundo arrepentimiento? Amigos míos, si han fracasado en el intento, confien en Jesús, y traten cada día de obtener un espíritu penitencial. No esperen tener—lo repito—un perfecto arrepentimiento al principio; han de tener contrición sincera, y luego, bajo la gracia divina irán de poder en poder, hasta que al final odiarán y aborrecerán el pecado como a una serpiente o una víbora, y entonces estarán cerca, muy cerca, de la perfección del arrepentimiento.

Les he dado estas consideraciones, entonces, como inicio del tema. Y ahora ustedes preguntarán: ¿cuáles son los signos del verdadero “arrepentimiento” a los ojos de Dios?

Primero, les digo, que hay *pena* en él. Nadie se arrepiente jamás del pecado sin sentir algún tipo de tristeza a la vez. Puede ser más o menos intensa, de acuerdo a la manera en que Dios les llama, y a su previa manera de vida; pero debe haber alguna tristeza. No nos importa cuándo llega, pero en algún momento o en otro debe llegar, o no sería el arrepentimiento de un cristiano.

Conocí una vez a un hombre que profesaba que se había arrepentido, y en verdad su carácter había cambiado externamente; pero nunca pude ver que tuviera un dolor real por el pecado; tampoco

vi jamás algunas señales de contrición en él cuando profesó creer en Jesús. Yo consideré que en ese hombre se trataba de un salto extático a la gracia; y encontré después que tuvo exactamente un salto igualmente extático a la culpa otra vez. Él no era una oveja de Dios, pues no había sido lavado en contrición: pues todo el pueblo de Dios ha de ser lavado en contrición cuando es convertido de sus pecados. Nadie puede venir a Cristo y conocer Su perdón sin sentir que el pecado es una cosa odiosa, pues llevó a la muerte a Cristo. Ustedes que tienen sus ojos secos, sus rodillas sin doblar y sus corazones empedernidos, ¿cómo podrían pensar que son salvos? El Evangelio promete salvación únicamente a aquellos que realmente se arrepienten.

Sin embargo, para no herir a ninguno de ustedes, y hacerles sentir algo que no es mi intención hacerles sentir, permítanme observar que no quiero decir que deban derramar lágrimas reales. Algunos hombres tienen una constitución tan dura que no podrían derramar una sola lágrima. He conocido a algunas personas que han sido capaces de suspirar y de gemir, pero las lágrimas no brotan.

Bien, yo digo que aunque las lágrimas suministran a menudo evidencias de contrición, podrían tener “arrepentimiento para vida” sin ellas. Lo que yo quisiera que entendieran es que debe haber un dolor real. Si la oración no es vocal, debe ser secreta. Para mostrar el arrepentimiento, aunque sea mínimo, debe haber un gemido aunque no haya palabras, debe haber por lo menos un suspiro aunque no haya lágrimas.

En este arrepentimiento ha de haber, pienso, no únicamente dolor, sino que ha de haber algo práctico: debe ser un arrepentimiento práctico—

***“No basta con decir que lo sentimos, y arrepentirnos,
Y luego continuar día a día como siempre caminamos.”***

Muchas personas están muy apenadas y muy penitentes por sus pecados pasados. Óiganlos hablar. “¡Oh!”—dicen—“lamento profundamente haber sido un borracho un día; y sinceramente deploro haber caído en ese pecado; lamento profundamente haber hecho eso.” Luego se van directo a casa; y cuando llega la una de la tarde del día domingo los encontrarán bebiendo otra vez. Y, sin embargo, esa gente dice que se ha arrepentido.

¿Acaso les creerían ustedes cuando dicen que son pecadores, pero que no aman el pecado? Puede ser que no lo amen durante un tiempo; pero ¿podrían ser sinceros penitentes, y luego ir y transgredir otra vez inmediatamente, en la misma forma en que lo hicieron antes? ¿Cómo podríamos creerles si transgreden una y otra vez, y no abandonan su pecado? Conocemos a un árbol por sus frutos; y ustedes que son penitentes producirán obras de arrepentimiento.

A menudo he considerado como un muy hermoso ejemplo que refleja el poder de la contrición, una anécdota aportada por un piadoso ministro. Él había estado predicando sobre el arrepentimiento, y en el curso de su sermón habló del pecado del robo. Cuando iba camino a su casa, un trabajador se le acercó, y el ministro observó que tenía

algo bajo su uniforme de obrero. El ministro le dijo que no tenía que acompañarle más lejos; pero el hombre persistió. Por fin le dijo: "traigo un azadón bajo mi brazo que robé en aquella finca; lo escuché predicar acerca del pecado de robo, y debo ir y ponerlo en su lugar otra vez." Eso fue un sincero arrepentimiento, pues lo motivó a regresar y devolver el artículo robado.

Sucedía lo mismo con los isleños de los Mares del Sur, de quienes leemos que robaban la ropa y los muebles de los misioneros, y todo lo que se podían llevar de sus casas; pero cuando eran convertidos salvadoramente, les llevaban todo de regreso.

Pero muchos de ustedes dicen que se arrepienten, y sin embargo no producen fruto; eso no sirve para nada. La gente se arrepiente sinceramente, dicen, de haber cometido un robo, o de haber mantenido una casa de juegos; pero se cuidan de que todas las ganancias sean empleadas en el mejor bienestar de su corazón. El verdadero "arrepentimiento" producirá obras dignas de "arrepentimiento"; será un arrepentimiento práctico.

Pero vamos más lejos. Ustedes pueden saber si su arrepentimiento es práctico mediante esta prueba. ¿Tiene alguna duración o no? Muchos de sus arrepentimientos se asemejan al rubor hético de la persona tísica, que no es ninguna señal de salud. Muchas veces he visto a algún joven en un trance de piedad recién adquirida pero poco firme; y él ha creído que ha estado a punto de arrepentirse de sus pecados. Durante algunas horas, tal persona está profundamente contrita delante de Dios, y por semanas renuncia a sus necesidades. Asiste a la casa de oración, y conversa a la manera de un hijo de Dios. Pero regresa a sus pecados como el perro vuelve a su vomito. El espíritu inmundo "ha vuelto a su casa, y ha tomado consigo otros siete espíritus peores que él. . .y el posteror estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero."

¿Cuánto tiempo ha durado tu contrición? ¿Duró algunos meses, o te sobrevino y se alejó súbitamente? Tú dijiste: "me uniré a la iglesia; haré esto, aquello y lo otro, por amor a Dios." ¿Son tus obras duraderas? ¿Crees que tu arrepentimiento dure seis meses? ¿Continuará por doce meses? ¿Durará hasta que estés envuelto en tu mortaja?

Pero, además, he de hacerles una pregunta más. ¿Ustedes creen que se arrepentirán de sus pecados si no hubiese un castigo delante ustedes? ¿O se arrepienten porque saben que serán castigados para siempre si permanecieran en sus pecados? Supongan que les dijera que no existe el infierno del todo; que, si quisieran, podrían blasfemar; y, si quisieran, podrían vivir sin Dios. Supongan que no hubiere recompensa para la virtud, y no hubiere castigo para el pecado, ¿cuál elegirían? ¿Podrían decir con toda honestidad esta mañana: "creo que, por la gracia de Dios, sé que elegiría la justicia aunque no hubiere recompensa para ella, aunque no se ganase nada por medio de la justicia, y no se perdiera nada por el pecado?"

Todo pecador odia su pecado cuando se acerca a la boca del infierno; todo asesino odia su crimen cuando se aproxima al patíbulo;

nunca he visto que un niño odie tanto su falta como cuando va a ser castigado por ella. Si no tuvieran un motivo para temer al abismo, si supiesen que pudieran entregar su vida al pecado, y que pudieran hacerlo con impunidad, aun así, ¿sentirían que odiaban al pecado, y que no podrían, y no querrían cometer el pecado, excepto por causa de la debilidad de la carne? ¿Todavía desearian la santidad? ¿Todavía desearian vivir como Cristo? Si así fuera—si pudieran decir eso sinceramente—si de esta manera se volvieran a Dios y odiaran su pecado con un odio eterno, no tienen que temer pues tienen un “arrepentimiento” que es “para vida.”

III. Ahora viene el tercer encabezado y el último, y es LA BENDITA BENEFICENCIA DE DIOS en conceder a los hombres “arrepentimiento para vida.” El “arrepentimiento,” mis queridos amigos, es el don de Dios. Es uno de esos favores espirituales que aseguran la vida eterna. Es una maravilla de la gracia divina que no solamente provea el camino de salvación, que no solamente invite a los hombres a recibir la gracia, sino que positivamente haga que los hombres estén dispuestos a ser salvos.

Dios castigó a Su Hijo Jesucristo por nuestros pecados, y por ello proveyó la salvación para todos Sus hijos perdidos. Envía a Su ministro; el ministro pide a los hombres que se arrepientan y crean, y se esfuerza por llevarlos a Dios. Ellos no quieren escuchar el llamado, y desprecian al ministro. Pero entonces otro mensajero es enviado, un embajador celestial que no puede fallar. Emplaza a los hombres a que se arrepientan y se vuelvan a Dios. Sus pensamientos están un poco descarriados, pero después que Él, el Espíritu Divino, argumenta con ellos, olvidan el tipo de personas que eran, y se arrepienten y se vuelven.

Ahora, ¿qué haríamos nosotros si hubiésemos sido tratados como lo fue Dios? Si hubiésemos preparado una cena, o una fiesta, y hubiéremos enviado mensajeros para invitar a los convidados a venir, ¿qué haríamos? ¿Ustedes creen que nos tomariamos el trabajo de ir por todos lados visitándolos a todos y de hacer que vinieran? Y cuando se hubieren sentado y dijeran que no pueden comer, ¿acaso abriríamos sus bocas? Si todavía declararan que no pueden comer, ¿los haríamos comer?

¡Ah!, amados, estoy inclinado a pensar que no harían eso. Si hubieran firmado las invitaciones, y los invitados no vinieran a su fiesta, ¿acaso no dirían: “no habrá fiesta”? Pero, ¿qué hace Dios? Él dice: “Ahora haré una fiesta, e invitaré a la gente, y si no vinieren, mis ministros saldrán y los traerán personalmente. Diré a mis siervos: vayan por los caminos y por los vallados, y fuércenlos a entrar, para que puedan participar de la fiesta que he preparado.”

¿Acaso no es un acto estupendo de la misericordia divina que efectivamente los vuelva dispuestos? No lo hace por medio de la fuerza, sino que usa una dulce persuasión espiritual. Primero están renuentes al máximo a ser salvados; “pero”—dice Dios—“eso no es nada, Yo tengo el poder de hacerlos volverse a Mí, y lo haré.” El Espíritu Santo hace penetrar entonces la Palabra de Dios en las

conciencias de Sus hijos de una manera tan bendita, que no pueden rehusarse más a amar a Jesús.

Les pido que observen que no lo hace por medio de alguna fuerza en contra de su voluntad, sino mediante una dulce influencia espiritual que cambia la voluntad.

Él coloca no únicamente un festín de cosas buenas delante de los hombres, sino que los induce a venir y participar de ellas, y los constriñe a continuar festejando mientras los lleva a la mansión permanente y eterna. Y al llevarlos arriba, le dice a cada uno: "Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia. Ahora, ¿me amas tú a Mí? "Oh, Señor"—claman—"Tu gracia al traernos aquí demuestra que nos amas, pues nosotros estábamos renuentes a venir. Tú dijiste: irán, y nosotros dijimos que no iríamos, pero Tú nos hiciste ir. Y ahora, Señor, te bendecimos y te amamos por esa fuerza. Fue un apremio divino." Yo era un cautivo que forcejeaba, pero fui conducido a estar dispuesto—

*"Oh, gracia soberana, somete mi corazón!
Quiero ser conducido en triunfo también;
Un cautivo dispuesto para mi Señor,
Para cantar los honores de Su Palabra."*

Bien, ahora, ¿qué dicen ustedes? Algunos dirán: "señor, he estado tratando de arrepentirme durante largo tiempo. En penas y aflicciones he estado orando y tratando de creer, y haciendo todo lo que pueda." Les diré algo: lo intentarán por tiempo indefinido antes de ser capaces de hacerlo. Esa no es la forma de alcanzarlo.

Oí la historia de dos caballeros que iban de viaje. Uno de ellos le dijo al otro: "no sé cómo haces, pero da la impresión que tú recuerdas siempre a tu esposa y tu familia, y todo lo que están haciendo en casa, y da la impresión que tú conectas todas las cosas que te rodean con ellos; pero yo trato de recordar a mi familia constantemente, y, sin embargo, nunca logro hacerlo." "No"—respondió el otro—"esa es precisamente la razón por qué no puedes: porque lo intentas. Si pudieras conectarlos con cada pequeña circunstancia que encontramos, fácilmente los recordarías. En tal y tal momento pienso: ahora se están levantando; y en tal y tal momento: ahora están en oración; en tal y tal hora: ahora están desayunando. De esta manera los tengo siempre delante de mí."

Creo que lo mismo sucede con relación al "arrepentimiento." Si un hombre dijera: "quiero creer," y tratara, mediante algún medio mecánico, de inducirse al arrepentimiento, sería un absurdo, y nunca lo lograría. Pero la manera en que puede arrepentirse es, por la gracia de Dios, creyendo, creyendo y pensando en Jesús. Si viera el costado sangrante, la corona de espinas, las lágrimas de angustia; si tuviera una visión de todo lo que Cristo sufrió, no tengo temor de afirmar que se volvería a Él en arrepentimiento.

Apostaría la reputación que yo pudiera tener en las cosas espirituales afirmando que un hombre no puede, bajo la influencia de Espíritu Santo de Dios, contemplar la cruz de Cristo sin un corazón quebrantado. Si no fuera así, mi corazón sería diferente del de todos los demás. No he conocido nunca a nadie que hubiere reflexionado, y

mirado la cruz, que no hubiere descubierto que la cruz engendró “arrepentimiento” y engendró fe.

Miramos a Jesús si queremos ser salvos, y luego decimos: “¡Sacrificio admirable!, que Jesús haya muerto así para salvar a los pecadores.” Si quieres la fe, debes recordar que Él la da; si quieres el arrepentimiento, ¡Él lo da!, si quieres vida eterna, Él la da liberalmente. Él puede forzarte a sentir tu gran pecado, y llevarte al arrepentimiento por la mirada de la cruz del Calvario, y el sonido del mayor y más profundo clamor de muerte: “Eloi, Eloi, ¿llama sabactani?” “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Eso engendrará “arrepentimiento”; eso te hará llorar y decir: “¡Ay!, ¿y mi Salvador sangró; y mi Soberano murió por mí?” Entonces, amado amigo, si quisieras tener “arrepentimiento,” este es mi mejor consejo para ti: mira a Jesús. Y que el bendito Dador de todo “arrepentimiento para salvación” te guarde de los falsos arrepentimientos que he descrito, y te dé ese “arrepentimiento” que existe para vida—

*“¡Arrepiéntete!, clama la voz celestial,
Y no oses demorarte;
El infeliz que desdeña el mandato, muere,
Y se enfrenta a un fiero día.
El ojo soberano de Dios, ya no
Pasa por alto los crímenes de los hombres;
Sus heraldos son despachados por doquier
Para advertir al mundo de pecado.
Los emplazamientos abarcan toda la tierra;
Que la tierra concurra y tema;
¡Escuchen, hombres de cuna real,
Y que sus vasallos oigan también!
Juntos ante Su presencia dóblense,
Y confiesen toda su culpa;
Abracen al bendito Salvador ahora,
No minimicen Su gracia.
Dobléguense antes de que la terrible trompeta suene,
Y los llame a Su tribunal;
Pues la misericordia conoce el límite establecido,
Y se convierte en venganza allí.”*

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #44 – Volumen 1

REPENTANCE UNTO LIFE

La Encarnación y el Nacimiento de Cristo

NO. 57

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA
DEL DOMINGO 23 DE DICIEMBRE, 1855,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

*“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá,
de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde
el principio, desde los días de la eternidad.”*

Miqueas 5:2.

Esta es la estación del año cuando, querámoslo o no, estamos obligados a pensar en el nacimiento de Cristo. Considero que es una de las cosas más absurdas bajo el cielo pensar que hay religión cuando se guarda el día de Navidad. No hay ninguna probabilidad que nuestro Salvador Jesucristo haya nacido en ese día, y su observancia es puramente de origen papal; sin duda quienes son católicos tienen el derecho de reverenciarlo, pero no puedo entender cómo los protestantes consistentes pueden considerarlo de alguna manera sagrado. Sin embargo, yo desearía que hubiese diez o doce días de Navidad al año; porque hay suficiente trabajo en el mundo y un poco más de descanso no le haría daño a la gente que trabaja.

El día de Navidad es realmente una bendición para nosotros; particularmente porque nos congrega alrededor de la chimenea de nuestra casa y nos reunimos una vez más con nuestros amigos. Sin embargo, aunque no seguimos los pasos de otras personas, no veo ningún daño en que pensemos en la encarnación y el nacimiento del Señor Jesús. No queremos ser clasificados con aquellos que—

*“Ponen más cuidado en guardar el día de fiesta
De manera incorrecta,
Que el cuidado que otros ponen
Para guardarlo de manera correcta.”*

Los antiguos puritanos hacían ostentación de trabajo el día de Navidad, sólo para mostrar que protestaban contra la observancia de ese día. Pero nosotros creemos que protestaban tan radicalmente, que deseamos, como descendientes suyos, aprovechar el bien accidentalmente conferido por ese día, y dejar que los supersticiosos sigan con sus supersticiones.

Procedo de inmediato al punto que tengo que comentarles. Vemos, en primer lugar, *quién fue el que envió a Cristo*. Dios el Padre habla aquí, y dice: “de ti me saldrá el que será Señor en Israel.” En segundo lugar, *¿dónde vino al momento de Su encarnación?* En tercer lugar, *¿para qué vino?* “Para ser Señor en Israel.” En cuarto lugar, *¿había venido ya antes?* Sí, ya lo había hecho antes. “Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

I. Entonces, en primer lugar, *¿QUIÉN ENVIÓ A CRISTO?* La respuesta nos es entregada por las propias palabras del texto: “De ti,” dice Jehová, hablando por la boca de Miqueas, “de ti me saldrá.” Es un dulce pensamiento que Jesucristo no vino sin el permiso, autoridad, consentimiento y ayuda de Su Padre. Fue enviado por el Padre, para que fuera

el Salvador de los hombres. ¡Ay! Nosotros estamos inclinados a olvidar que, si bien es cierto que hay distinciones en cuanto a las Personas de la Trinidad, no hay distinción en cuanto al honor; y muy frecuentemente atribuimos el honor de nuestra salvación, o al menos las profundidades de Su misericordia y el extremo de Su benevolencia, más a Jesucristo que al Padre. Este es un gran error. ¿Y qué si Jesús vino? ¿Acaso no lo envió el Padre? Si fue convertido en un niño, ¿acaso no lo engendró el Espíritu Santo? Si habló maravillosamente, ¿acaso el Padre no derramó gracia en Sus labios, para que fuera un capaz ministro del nuevo pacto?

Si Su Padre lo abandonó cuando tomó la amarga copa de hiel, ¿acaso no lo amaba aún? Y después de tres días ¿no Lo levantó de los muertos y Lo recibió en lo alto, llevando cautiva la cautividad? ¡Ah!, amados hermanos, quien conoce al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo como debería conocerlos, nunca coloca a Uno por encima del Otro; no está más agradecido al Uno que al Otro; Los ve a todos en Belén, en Getsemaní y en el Calvario, Todos igualmente involucrados en la obra de salvación. “De ti *me* saldrá.” Oh cristiano, ¿has puesto tu confianza en el hombre Cristo Jesús? ¿Has colocado tu seguridad únicamente en Él? Y ¿estás unido a Él? Entonces debes creer que estás unido al Dios del cielo; puesto que eres hermano del hombre Cristo Jesús, y tienes una íntima relación con Él, entonces por esa razón estás ligado al Dios eterno, y “el Anciano de días” es tu Padre y tu amigo. “De ti *me* saldrá.”

¿Acaso nunca has visto la profundidad del amor que había en el corazón de Jehová, cuando Dios el Padre equipó a Su Hijo para la grandiosa empresa de misericordia? Había habido un día triste en el cielo una vez antes, cuando Satanás cayó, y arrastró consigo a un tercio de las estrellas del cielo, cuando el Hijo de Dios, lanzando de Su grandiosa diestra los truenos omnipotentes, arrojó al grupo rebelde al foso de perdición; pero si pudiéramos concebir una pena en el cielo, debe haber sido un día más triste cuando el Hijo del Altísimo dejó el seno de Su Padre, donde había descansado desde antes de todos los mundos. “Ve,” dijo el Padre, “¡con la bendición de Tu Padre sobre Tu cabeza! Luego viene el despojarse de Sus vestidos. ¡Cómo se reúnen los ángeles alrededor, para ver al Hijo de Dios quitarse Sus vestiduras! Puso a un lado Su corona; dijo “Padre mío, yo soy Señor de todo, bendito por siempre, pero voy a hacer mi corona a un lado, y voy a ser como los hombres mortales.” Se despoja de Su brillante vestimenta de gloria; “Padre,” dice “voy a ponerme un vestido de barro, justo el mismo que usan los hombres.” Luego se quita todas esas joyas con las que era glorificado; hace a un lado Sus mantos bordados de estrellas y Sus túnicas de luz, para vestirse con las simples ropas del campesino de Galilea. ¡Cuán solemne debe haber sido ese desvestirse!

Y en seguida, ¿pueden imaginarse la separación? Los ángeles sirven al Salvador a lo largo de las calles, hasta que se acercan a las puertas, cuando un ángel exclama: “¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y saldrá el Rey de gloria!” ¡Oh!, me parece que los ángeles deben haber llorado cuando perdieron la compañía de Jesús; cuando el Sol del Cielo les arrebató toda Su luz. Pero lo siguieron. Descendieron con Él; y cuando Su espíritu entró en la carne, y se volvió un bebé, Él fue servido por ese poderoso ejército de ángeles, quienes después de haber estado con Él en el pesebre de Belén, y des-

pués de verlo descansar en el pecho de Su madre, en su camino de regreso hacia lo alto, se aparecieron a los pastores y les dijeron que había nacido el Rey de los judíos. ¡*El Padre* lo envió! Contemplen ese tema. Sus almas deben aferrarse a ese tema, y en cada período de Su vida piensen que Él sufrió lo que el Padre quiso; que cada paso de Su vida fue marcado con la aprobación del grandioso YO SOY. Cada pensamiento que tengan acerca de Jesús debe estar conectado con el Dios eterno, siempre bendito; pues “Él,” dice Jehová, “me saldrá.” Entonces, ¿quién lo envió? La respuesta es, Su Padre.

II. Ahora, en segundo lugar, ¿ADÓNDE VINO? Una palabra o dos relativas a Belén. Se consideró bueno y adecuado que nuestro Salvador naciera en Belén, y eso debido a la historia de Belén, al nombre de Belén, y a la posición de Belén: pequeña en Judá.

1. En primer lugar, se consideró necesario que Cristo naciera en Belén, *debido a la historia de Belén*. Muy querida para todo israelita era la pequeña aldea de Belén. Jerusalén podía brillar más que ella en esplendor, pues allí estaba el templo, la gloria de toda la tierra, y “Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el monte de Sion;” sin embargo alrededor de Belén ocurrió un número de incidentes que la convirtieron siempre en un agradable lugar de descanso para la mente de cada judío. Inclusive el cristiano no puede evitar amar a Belén.

Creo que la primera mención que tenemos de Belén es triste. Allí murió Raquel. Si buscan en el capítulo 35 de Génesis, encontrarán que el versículo 16 dice: “Después partieron de Bet-el; y había aún como media legua de tierra para llegar a Efrata, cuando dio a luz Raquel, y hubo trabajo en su parto. Y aconteció, como había trabajo en su parto, que le dijo la partera: No temas, que también tendrás este hijo. Y aconteció que al salirsele el alma (pues murió), llamó su nombre Benoni; mas su padre lo llamó Benjamín. Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén. Y levantó Jacob un pilar sobre su sepultura; esta es la señal de la sepultura de Raquel hasta hoy.” Este es un incidente singular: casi profético. ¿No habría podido María haber llamado a su propio hijo Jesús, su Benoni?; pues Él iba a ser ‘el hijo de mi dolor.’

Simeón le dijo: “(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.” Pero aunque ella pudo haberlo llamado Benoni, ¿cómo lo llamó Dios Su Padre? Benjamín, el hijo de mi mano derecha; Benjamín en cuanto a Su Divinidad. Este pequeño incidente parece ser casi una profecía que Benoni: Benjamín, el Señor Jesús, debía nacer en Belén.

Pero otra mujer hace célebre este lugar. El nombre de esa mujer era Noemí. Allí en Belén vivió en días posteriores otra mujer llamada Noemí, cuando tal vez la piedra que el amor de Jacob había levantado, ya estaba cubierta de musgo y su inscripción estaba borrada. Ella también fue una hija de gozo, pero una hija de amargura a la vez. Noemí fue una mujer a quien el Señor había amado y bendecido, pero tenía que marcharse a una tierra extraña; y ella dijo: “No me llaméis Noemí (delicia) sino llamadme Mara (amargo); porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso.” Sin embargo, ella no estaba sola en medio de todas sus pérdidas, pues se aferró a ella Rut la moabita, cuya sangre gentil se debía unir con el torrente puro y sin mancha del judío que debía en-

gendrar al Señor nuestro Salvador, el grandioso Rey tanto de los judíos como de los gentiles.

El bellísimo libro de Rut tenía todo su escenario en Belén. Fue en Belén que Rut salió a recoger espigas en los campos de Booz; fue allí que Booz la miró, y ella se inclinó a tierra ante su señor; fue allí que se celebró su matrimonio; y en las calles de Belén, Booz y Rut recibieron una bendición que los hizo fructíferos, de tal forma que Booz se convirtió en el padre de Obed, y Obed el padre de Isaí, e Isaí engendró a David. Este último hecho ciñe a Belén con gloria: el hecho que David haya nacido allí: el héroe poderoso que mató al gigante filisteo, que libró a los descontentos de su tierra de la tiranía de su monarca y que después, con el pleno consentimiento de un pueblo que así lo quería, fue coronado rey de Israel y de Judá.

Belén era una ciudad real, porque reyes fueron engendrados allí. Aunque Belén era pequeña, tenía mucho para ser estimada; porque era como ciertos principados que tenemos en Europa, que no son celebrados por nada sino por haber engendrado a consortes de las familias reales de Inglaterra. Era un derecho, entonces, por la historia, que Belén debía ser el lugar del nacimiento de Cristo.

2. Pero además, *hay algo en el nombre del lugar.* “Belén Efrata.” La palabra *Belén* tiene un doble significado. Quiere decir “la casa del pan,” y “la casa de la guerra.” ¿No debía nacer Cristo en “la casa del pan?” Él es el pan de Su pueblo, de Quien recibe su alimento. Como nuestros padres comieron maná en el desierto, así nosotros vivimos de Cristo aquí abajo. Hambrientos frente al mundo, no podemos alimentarnos de sus sombras. Sus cáscaras pueden gratificar el gusto porcino de los mundanos, pues ellos son puercos; pero nosotros necesitamos algo más sustancial, y en ese bendito pan del cielo, hecho del cuerpo magullado de nuestro Señor Jesús, y cocido en el horno de Sus agonías, encontramos un alimento bendito. No hay alimento como Jesús para el alma desesperada o para el más fuerte de los santos. El más humilde de la familia de Dios va a Belén por su pan; y el hombre más fuerte, que come sólidos alimentos, va a Belén por ellos.

¡Casa de Pan! ¿De dónde podría venir nuestro alimento fuera de Ti? Hemos probado al Sinaí, pero en sus cumbres abruptas no crecen frutos, y sus alturas espinosas no producen el trigo que pueda alimentarnos. Hemos ido al propio Tabor, donde Cristo fue transfigurado, y sin embargo allí no hemos sido capaces de comer Su carne y beber Su sangre.

Pero tú Belén, casa de pan, correctamente fuiste nombrada; pues allí se le dio al hombre por primera vez el pan de vida. Y también es llamada “la casa de la guerra;” porque Cristo es para un hombre “la casa del pan,” o de lo contrario, “la casa de la guerra.” Mientras Él es alimento para el justo, hace la guerra al impío, según Su propia palabra: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa.”

¡Pecador! Si tú no conoces a Belén como “la casa del pan,” será para ti una “casa de guerra.” Si de los labios de Jesús nunca bebes la dulce miel; si tú no eres como la abeja, que sorbe el dulce licor delicioso de la Rosa de Sarón, entonces de esa misma boca saldrá una espada de dos

filos en tu contra; y esa misma boca de la que los justos sacan su pan, será para ti la boca de la destrucción y la causa de tu mal.

Jesús de Belén, casa de pan y casa de guerra, confiamos en que te conocemos como nuestro pan. ¡Oh!, que algunos que no están en guerra Contigo puedan oír en sus corazones, así como en sus oídos el himno—

***“Paz en la tierra, e indulgente misericordia,
Dios y los pecadores reconciliados.”***

Y ahora nos vamos a referir a esa palabra: *Efrata*. Ese era el viejo nombre del lugar, que los judíos conservaban y amaban. Su significado es, “fecundidad,” o “abundancia.” ¡Ah! Qué adecuado fue que Jesús naciera en la casa de la fecundidad; pues ¿de dónde vienen mi fecundidad y tu fecundidad, hermano mío, sino de Belén? Nuestros pobres corazones infecundos nunca produjeron ningún fruto, ni flor, hasta que fueron regados con la sangre del Salvador.

Es Su encarnación la que enriquece el suelo de nuestros corazones. Por toda su tierra había espinas punzantes, y venenos mortales antes que Él viniera; pero nuestra fecundidad viene de Él. “Yo seré a él como la haya verde; de mí será hallado tu fruto.” “Todas mis fuentes están en ti.” Si nosotros somos como árboles plantados junto a corrientes de aguas, dando fruto en nuestro tiempo, no es porque hayamos sido naturalmente fructíferos, sino a causa de las corrientes de aguas junto a las cuales fuimos plantados.

Es Jesús Quien nos hace fecundos. “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto.” ¡Gloriosa Belén Efrata! ¡Nombrada muy adecuadamente! Fecunda casa de pan; ¡la casa de abundante provisión para el pueblo de Dios!

3. A continuación notamos *la posición de Belén*. Se dice que es “pequeña para estar entre las familias de Judá.” ¿Por qué se dice esto? Porque Jesucristo siempre va en medio de los pequeños. Él nació en la pequeña aldea “para estar entre las familias de Judá.” No en la alta colina de Basán, ni en el monte real de Hebrón, ni en los palacios de Jerusalén, sino en la humilde pero ilustre aldea de Belén.

Hay un pasaje en Zacarías que nos enseña una lección: se dice que un varón que cabalgaba sobre un caballo alazán, estaba entre los mirtos que había en la hondura. Ahora, los mirtos crecen en las honduras; y el varón cabalgando el caballo alazán siempre cabalga allí. Él no cabalga en la cima de la montaña; Él cabalga entre los humildes de corazón. “Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”

Hay algunos pequeños entre nosotros hoy: “pequeña para estar entre las familias de Judá.” Nadie escuchó antes el nombre de ustedes, ¿no es verdad? Si los enterraran e inscribieran sus nombres en sus tumbas, pasarían desapercibidos. Quienes pasaran por allí dirían: “eso no significa nada para mí: nunca lo conocí.”

No sabes mucho de ti mismo, ni tienes una gran opinión acerca de ti mismo; tal vez a duras penas puedes leer. O si tienes algunas habilidades y talentos, eres despreciado por los hombres; o, si no eres despreciado por ellos, tú te desprecias a ti mismo. Tú eres uno de los pequeños. Bien, Cristo siempre nace en Belén entre los pequeñitos. Cristo nunca entra en los grandes corazones; Cristo no habita en los grandes corazones, sino en los pequeñitos. Los espíritus poderosos y orgullosos

nunca tienen a Jesucristo, pues Él entra por puertas bajas, y nunca entrará por puertas elevadas.

Quien tiene un corazón quebrantado, y un espíritu humillado, tendrá al Salvador, pero nadie más. Él no sana ni al príncipe ni al rey, sino “Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” ¡Qué dulce pensamiento! Él es el Cristo de los pequeñitos. “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel.”

No podemos abandonar este tema sin otro pensamiento aquí, que es, *¡cuán maravillosamente misteriosa fue esa providencia que trajo a la madre de Jesucristo a Belén, en el mismo momento que iba a dar a luz!* Sus padres residían en Nazaret; ¿y con qué motivo hubieran querido viajar en ese momento? Naturalmente, hubieran permanecido en casa; no es nada probable que Su madre hubiera hecho un viaje a Belén encontrándose en esa condición especial. Pero Augusto César promulga un edicto que todo el mundo debe ser empadronado. Muy bien, entonces que sean empadronados en Nazaret. No; le agrado a Él que todos debían ir a Su ciudad. ¿Pero por qué Augusto César pensó en eso precisamente en ese momento en particular? Simplemente porque mientras el hombre piensa su camino, el corazón del rey está en la mano de Jehová.

¡Mil variables se relacionaron entre sí, como dice el mundo, para producir este evento! Primero que nada, César tiene una disputa con Herodes; uno de la familia de Herodes fue depuesto. César dice: “voy a imponer impuestos a Judea, y voy a convertirla en una provincia, en vez de mantenerla como un reino separado.” Pues bien, tenía que hacerse así. Pero, ¿cuándo debe hacerse? Esta ley impositiva, se dice, se comenzó cuando Cirenio era gobernador. Pero, ¿por qué debe llevarse a cabo este censo en ese momento en particular, supongamos que en Diciembre? ¿Por qué no se hizo en el mes de Octubre anterior? Y ¿por qué la gente no hubiera podido ser censada en el lugar en que residía? ¿No era su dinero tan bueno en el lugar en que vivía como en cualquier otro? Era un capricho de César; pero era el decreto de Dios.

¡Oh!, amamos la doctrina sublime de la absoluta predestinación eterna. Algunos han dudado que sea consistente con el libre albedrío del hombre. Bien sabemos que es así y nunca hemos visto ninguna dificultad en el tema; creemos que los filósofos metafísicos son los que han creado las dificultades; nosotros no vemos ningún problema. Nos corresponde creer que el hombre hace lo que le parece, pero sin embargo siempre hace lo que Dios decreta. Si Judas traiciona a Cristo, “para eso fue destinado;” y si Faraón endurece su corazón, sin embargo, “Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra.” El hombre hace lo que quiere; pero también Dios hace que el hombre haga los que Él quiere. Más aún, no sólo está la voluntad del hombre bajo la absoluta predestinación de Jehová; sino que todas las cosas, grandes o pequeñas, son de Él. Bien ha dicho el buen poeta: “Sin duda, la navegación de una nube tiene a la Providencia como su piloto; sin duda la raíz de un roble es nudosa debido a un propósito especial, Dios rodea todas las cosas, cubriendo al globo como aire.” No hay nada grande o pequeño, que no sea de Él.

El polvo del verano se mueve en su órbita, guiado por la misma mano que dispersa a las estrellas a lo largo del cielo; las gotas de rocío tienen su padre, y cubren el pétalo de la rosa conforme Dios lo ordena; sí, las hojas secas del bosque, cuando son desparramadas por la tormenta, tienen una posición asignada donde caen, y no pueden modificarla. En lo grande y en lo pequeño, allí está Dios: Dios en todo, haciendo todas las cosas de acuerdo al consejo de Su propia voluntad; y aunque el hombre busca ir contra su Hacedor, no puede.

Dios le ha puesto un límite al mar con una barrera de arena; y si el mar levanta una ola tras otra, sin embargo no excederá su límite asignado. Todo es de Dios; y a Él, que guía las estrellas y le da sus alas a los gorriones, que gobierna a los planetas y también mueve los átomos, que habla truenos y susurra céfiros, a Él sea la gloria; pues Dios está en cada cosa.

III. Esto nos lleva al tercer punto: ¿PARA QUÉ VINO JESÚS? Él vino para ser “Señor en Israel.” Es algo muy singular que se dijera de Jesucristo que era “nacido el rey de los judíos.” Muy pocos alguna vez han “nacido reyes.” Algunos hombres nacen como príncipes, pero rara vez nacen como reyes. No creo que encuentren algún caso en la historia donde un niño haya nacido rey. Nació como príncipe de Gales, tal vez, y tuvo que esperar un número de años, hasta que su padre muriera, y entonces lo hicieron rey, poniéndole una corona en su cabeza; y un crisma sagrado, y otras cosas extrañas por el estilo; pero no nació rey. No recuerdo a nadie que haya nacido rey, excepto Jesús; y hay un significado enfático en ese verso que cantamos—

**“Nacido para liberar a Tu pueblo;
Nacido niño, pero sin embargo, rey.”**

En el instante que vino a la tierra Él era un rey. No tuvo que esperar su mayoría de edad para poder asumir Su imperio; pero tan pronto como Su ojo saludó a la luz del sol, era rey; desde el momento que Sus manos pequeñitas tomaron alguna cosa, tomaron un cetro: tan pronto latió Su pulso, y Su sangre comenzó a fluir, Su corazón latió con latidos reales, y Su pulso latió con una medida imperial, y Su sangre fluyó en una corriente de realeza. Él nació rey. Él vino para ser “Señor en Israel.” ¡Ah!, dirá alguien, “entonces vino en vano, pues muy poco ejerció Su gobierno; “A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron;” vino a Israel pero no fue su rey, sino que fue más bien “despreciado y desechado entre los hombres,” rechazado por todos ellos, y abandonado por Israel, a quien vino.”

Ay, pero “no todos los que descienden de Israel son israelitas,” ni tampoco porque sean de la simiente de Abrahán son todos también llamados. ¡Ah, no! Él no es Señor de Israel según la carne, sino que es Señor de Israel según el espíritu. Muchos le han obedecido en Su carácter de Señor. ¿Acaso los apóstoles no se inclinaron ante Él, y le reconocieron como Rey? Y ahora, ¿no lo saluda Israel como su Señor? ¿Acaso toda la simiente de Abrahán según el espíritu, todos los creyentes, pues él es el “padre de los creyentes,” no reconoce que a Cristo pertenecen los escudos de los poderosos, pues Él es el Rey de toda la tierra? ¿No gobierna en Israel? Ay, verdaderamente sí reina; y aquellos que no son gobernados por Cristo no son de Israel. Él vino para ser Señor de Israel.

Hermano mío, ¿te has sometido al gobierno de Jesús? ¿Es Señor de tu corazón, o no? Podemos conocer a Israel por esto: Cristo ha venido a

sus corazones, para ser Señor de ellos. “¡Oh!” dirá alguien, “yo hago lo que me dé la gana, nunca he estado bajo la servidumbre de nadie.” ¡Ah!, entonces odias el señorío de Cristo. “¡Oh!”, dirá otro, “yo me someto a mi ministro, a mi clérigo, a mi sacerdote, y pienso que lo que me dice es suficiente, pues él es mi señor.” ¿Es así? ¡Ah!, pobre esclavo, no conoces tu dignidad; pues nadie es tu señor legal sino el Señor Jesucristo. “Ay,” dice otro, “he profesado Su religión, y soy Su seguidor.” Pero, ¿gobierna en tu corazón? ¿Tiene Él el comando de tu corazón? ¿Guía tu juicio? ¿Buscas en Su mano el consejo cuando experimentas dificultades? ¿Estás deseoso de honrarlo, y poner coronas sobre Su cabeza? ¿Es él tu Señor? Si es así, entonces tú eres uno de Israel; pues está escrito: “será Señor en Israel.”

¡Bendito Señor Jesús! Tú eres Señor en los corazones de los que son de Tu pueblo, y siempre lo serás; no queremos otro señor salvo Tú, y no nos someteremos a nadie más. Somos libres, puesto que somos siervos de Cristo; estamos en libertad, puesto que Él es nuestro Señor, y no conocemos ninguna servidumbre ni ninguna esclavitud, porque sólo Jesucristo es el monarca de nuestros corazones. El vino para ser “Señor en Israel;” y fijense bien, esa misión Suya no está terminada todavía, y no lo estará hasta las glorias posteriores. Dentro de poco verán a Cristo venir de nuevo, para ser Señor sobre Su pueblo Israel, y gobernar sobre ellos no sólo como el Israel espiritual, sino también como el Israel natural, pues los judíos serán restaurados a su tierra, y las tribus de Jacob cantarán en las naves de su templo; a Dios serán ofrecidos nuevamente, himnos hebreos de alabanza, y el corazón del judío incrédulo será derretido a los pies del verdadero Mesías.

En breve, Quien en Su nacimiento fue saludado como rey de los judíos por unos orientales, y de Quien en Su muerte un occidental escribió: Rey de los judíos, será llamado Rey de los judíos en todas partes; sí, Rey de los judíos y también de los gentiles; en esa monarquía universal cuyo dominio se extenderá por todo el globo habitable, y cuya duración será sin tiempo. El vino para ser Señor en Israel, y con toda certeza será Señor, cuando reine gloriosamente en Su pueblo, con todos sus antepasados.

IV. Y ahora, el último punto es, ¿VINO JESUCRISTO ALGUNA VEZ ANTES? Respondemos que sí: pues nuestro texto dice: “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

Primero, *Cristo ha tenido Sus salidas en Su divinidad*. “Desde los días de la eternidad.” Él no había sido una persona secreta y silenciosa hasta ese momento. Ese niño recién nacido ha obrado maravillas desde hace mucho tiempo; ese bebé dormido en los brazos de Su madre, es bebé hoy, pero es el Anciano de la eternidad; ese niño que está allí no ha hecho Su primera aparición en el escenario de este mundo; Su nombre todavía no ha sido escrito en el registro de los circuncidados; pero aunque no lo sepas, “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.”

1. Desde tiempos antiguos, *Él salió como nuestra cabeza del pacto en la elección*, “según nos escogió en él antes de la fundación del mundo.”—

**“Cristo sea Mi primer elegido, dijo,
Y luego eligió nuestras almas en Cristo nuestra Cabeza.”**

2. Él salió por Su pueblo, *como su representante ante el trono, aun antes que ese pueblo fuera engendrado en el mundo*. Fue desde la eter-

nidad que Sus poderosos dedos tomaron la pluma, y la estilográfica de las edades, y escribió Su propio nombre, el nombre del eterno Hijo de Dios; fue desde la eternidad que firmó el pacto con Su Padre, que pagaría sangre por sangre, herida por herida, sufrimiento por sufrimiento, agonía por agonía, y muerte por muerte, a favor de Su pueblo; fue desde la eternidad que Se entregó a Sí mismo, sin murmurar una palabra, que desde Su cabeza hasta la planta de Sus pies sudaría sangre, que sería escupido, traspasado, se burlarían de Él, sería partido en dos, sufriría el dolor de la muerte, y las agonías de la cruz. Sus salidas como nuestra garantía fueron desde la eternidad.

¡Haz una pausa, alma mía, y asómbrate! Tú has tenido salidas en la persona de Jesús desde la eternidad. No solamente cuando naciste en este mundo te amó Cristo, pero Sus deleites estaban con los hijos de los hombres antes de que hubieran hijos de los hombres. A menudo pensaba en ellos; desde la eternidad hasta la eternidad Él había puesto Su afecto en ellos. ¡Cómo!, creyente, Él ha estado involucrado en tu salvación desde hace tanto tiempo, y ¿no va a alcanzarla? ¿Desde la eternidad Él ha salido para salvarme, y va a perderme ahora? ¡Cómo!, ¿me ha tenido en Su mano, como Su joya preciosa, y dejará que resbale en medio de Sus preciosos dedos? ¿Me eligió antes que las montañas fueran colocadas, o fueran esculpidos los canales de las profundidades, y va a perderme ahora? ¡Imposible!—

***Mi nombre de las palmas de Sus manos
La eternidad no puede borrar;
Grabado en Su corazón permanece,
Con marcas de gracia indeleble.”***

Estoy seguro que no me amaría durante tanto tiempo, para luego dejar de amarme. Si tuviera la intención de cansarse de mí, ya se hubiera cansado de mí desde hace mucho tiempo. Si no me hubiera amado con un amor tan profundo como el infierno y tan inexpresable como la tumba, si no me hubiera dado todo Su corazón, estoy seguro que me hubiera abandonado desde hace mucho tiempo. Él sabía lo que yo sería, y Él ha tenido mucho tiempo para considerarlo; pero yo soy Su elegido, y eso es definitivo. Y a pesar de lo indigno que soy, no me corresponde refunfuñar, si Él está contento conmigo. Pero Él está contento conmigo: debe estar contento conmigo; pues Él me ha conocido lo suficiente para conocer mis fallas. Él me conoció antes que yo me conociera; sí, Él me conoció antes que yo existiera. Antes que mis miembros fueran formados, fueron escritos en Su libro: “Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas.” Sus ojos de afecto se enfocaron en esos miembros. Él sabía cuán mal me iba a portar con Él, y sin embargo ha seguido amándome—

***“Su amor de tiempos pasados me impide pensar,
Que me dejará al fin en problemas que me hundan.”***

No; puesto que “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad,” serán “hasta la eternidad.”

En segundo lugar, creemos que Cristo *ha salido desde tiempos remotos a los hombres, de tal forma que los hombres lo han visto*. No me detendré para decirles que fue Jesús Quien se paseaba en el huerto del Edén, al aire del día, pues Sus deleites estaban con los hijos de los hombres; ni los voy a demorar señalándoles todas las diversas maneras

en que Cristo salió a Su pueblo en la forma del ángel del pacto, el Cordero Pascual, la serpiente de bronce, la zarza ardiendo, y diez mil tipos con los que la historia sagrada está tan repleta; pero prefiero señalarles cuatro ocasiones cuando Jesucristo nuestro Señor ha aparecido en la tierra como un hombre, antes de Su grandiosa encarnación para nuestra salvación.

Y, primero, les ruego que vayamos al capítulo 18 de Génesis, donde Jesucristo apareció a Abraham, de quien leemos: "Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra. Pero, ¿ante quién se postró? Dijo: "Señor," solamente a uno de ellos. Había un hombre en medio de los otros dos, de lo más conspicuo debido a Su gloria, pues se trataba del Dios-hombre Cristo; los otros dos eran ángeles creados, que habían asumido la apariencia de hombres temporalmente. Pero éste era el hombre Cristo Jesús. "Y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo. Que se traiga ahora un poco de agua, y lavad vuestro pies; y recostaos debajo de un árbol." Notarán que este hombre majestuoso, esta persona gloriosa, se quedó retrasado para hablar con Abraham. En el versículo 22 se dice: "Y se apartaron de allí los varones, y fueron hacia Sodoma;" esto es, dos de ellos, como verán en el siguiente capítulo: "pero Abraham estaba aún delante de Jehová." Notarán que este hombre, el Señor, sostuvo una dulce comunión con Abraham, y le permitió a Abraham interceder por la ciudad que estaba a punto de destruir. Estaba positivamente como un hombre. De tal forma que cuando caminó en las calles de Judea no era la primera vez que era un hombre; lo había sido antes, en "el encinar de Mamre, en el calor del día."

Hay otra instancia; su aparición a *Jacob*, que tenemos registrada en el capítulo 32 de Génesis, en el versículo 24. Toda su familia se había ido, y "Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios." Este era un hombre, y sin embargo era Dios. "porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido." Y Jacob sabía que este hombre era Dios, pues dice en el versículo 30: "Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma."

Encontrarán otro ejemplo en el libro de *Josué*. Cuando Josué atravesó la poco profunda corriente del Jordán, y entró en la tierra prometida, y estaba a punto de sacar a los cananeos, ¡he aquí!, este poderoso hombre-Dios se apareció a Josué. En el capítulo 5, en el versículo 13, leemos: "Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba delante de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: ¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? Él respondió: No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora." Y Josué vio de inmediato que había divinidad en Él; pues se postró sobre rostro en tierra, y adoró, y le dijo: "¿Qué dice

mi Señor a su siervo?" Ahora, si éste hubiera sido un ángel creado hubiera regañado a Josué, diciendo: "yo soy un siervo como tú." Pero no; "el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo."

Otra instancia notable es la que está registrada en tercer capítulo del libro de Daniel, donde leemos la historia cuando Sadrac, Mesac y Abednego son echados en medio de un horno de fuego ardiendo, y como lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que los habían alzado. Súbitamente el rey preguntó a los de su consejo: "¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?" Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: "He aquí yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante a hijo de los dioses." ¿Cómo podía Nabucodonosor saber eso? Sólo porque había algo tan noble y majestuoso en la forma en que ese maravilloso Hombre se comportaba, y una terrible influencia lo circundaba que tan maravillosamente quebrantó los dientes consumidores de esa llama devoradora y destructora, de tal forma que ni siquiera podía chamuscar a los hijos de Dios. Nabucodonosor reconoció Su humanidad. No dijo: "veo a tres hombres y a un ángel," sino que dijo: "veo positivamente a cuatro hombres, y la forma del cuarto es como el Hijo de Dios." Ven, entonces, lo que significa que Sus salidas son "desde los días de la eternidad."

Observen aquí por un momento, que cada una de estas cuatro ocurrencias, sucedieron a los santos *cuando ellos estaban involucrados en deberes muy eminentes, o cuando estaban a punto de involucrarse.* Jesucristo no se aparece a Sus santos cada día. Él no vino a ver a Jacob hasta que no estuvo en aflicción; Él no visitó a Josué antes de que estuviera a punto de involucrarse en una guerra santa. Es solamente en condiciones extraordinarias que Cristo se manifiesta así a Su pueblo.

Cuando Abraham *intercedió* por Sodoma, Jesús estaba con él, pues uno de los empleos más elevados y más nobles de un cristiano es ese de la intercesión, y es cuando él está ocupado de esa manera que tendrá la probabilidad de obtener una visión de Cristo. Jacob estaba involucrado en *luchar*, y esa es una parte del deber de un cristiano, que nunca han experimentado algunos de ustedes; consecuentemente, ustedes no tienen muchas visitas de Jesús. Fue cuando Josué estaba *ejercitando la valentía* que el Señor se encontró con él. Lo mismo con Sadrac, Mesac y Abednego: ellos se encontraban en los lugares altos de la *persecución* debido a su apego al deber, cuando Él vino a ellos, y les dijo: "estaré con ustedes, pasando a través del fuego."

Hay ciertos lugares especiales en los que debemos entrar, para encontrarnos con el Señor. Debemos encontrarnos en grandes problemas, como Jacob; debemos estar en medio de grandes trabajos, como Josué; debemos tener una gran fe de intercesión, como Abraham; debemos estar firmes en el desempeño de un deber, como Sadrac, Mesac, y Abednego; de lo contrario no lo conoceremos a Él "cuyas salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad." O si lo conocemos, no seremos capaces de "comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento."

¡Dulce Señor Jesús! Tú, cuyas salidas fueron desde el principio, desde los días de la eternidad, Tú no has abandonado Tus salidas todavía. ¡Oh, que salieras hoy para animar al desmayado, para ayudar al cansado, para sanar nuestras heridas, para consolar nuestras aflicciones! ¡Sal, te suplicamos, para conquistar a los pecadores, para someter corazones endurecidos; para romper las puertas de hierro de las concupiscencias de los pecadores, y cortar las barras de hierro de sus pecados y hacerlas pedazos! ¡Oh, Jesús! ¡Sal; y cuando salgas, ven a mí! ¿Soy un pecador endurecido? Ven a mí; yo te necesito—

*“¡Oh!, que tu gracia someta mi corazón;
Quiero ser llevado triunfante también;
Un cautivo voluntario de mi Señor,
Para cantar los honores de Tu palabra.”*

¡Pobre pecador! Cristo no ha dejado de salir todavía. Y cuando sale, recuerda, va a Belén. ¿Tienes tú un Belén en tu corazón? ¿Eres pequeño? Él saldrá a ti todavía. Ve a casa y búscalo por medio de una oración sincera. Si has sido conducido a llorar a causa del pecado, y te sientes demasiado pequeño para que te vean, ¡ve a casa, pequeño! Jesús viene a los pequeños; Sus salidas son desde el principio, y Él está saliendo ahora. Él vendrá a tu vieja pobre casa; Él vendrá a tu pobre corazón desdichado; Él vendrá, aunque estés en la pobreza, y estés cubierto de harapos, aunque estés desamparado, atormentado y afligido; Él vendrá, pues Sus salidas han sido desde el principio, desde los días de la eternidad. Confia en Él, confia en Él, confia en Él; y el saldrá y habitará en tu corazón por toda la eternidad.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #57 – Volumen 2
The Incarnation and Birth of Christ
(Christmas Sermón, 1855)

La Visión Beatífica

NOS. 61, 62

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
20 DE ENERO, 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

“Le veremos tal como él es.”
1 Juan 3:2.

Uno de los deseos más naturales del mundo es querer ver a alguien cuando nos enteramos que se trata de una persona grandiosa y buena. Cuando leemos las obras de cualquier autor eminente, solemos revisar la portada para ver su retrato. Cuando nos enteramos de algún portentoso acto de bravura, nos apretujamos junto a nuestras ventanas para ver al guerrero en cuestión mientras cabalga por las calles. Si nos llegan noticias de alguien santo y entregado de manera eminentemente a su labor, no nos importa esperar en cualquier parte, con tal de que alcancemos a ver a ese hombre que Dios ha bendecido tan grandemente.

Este sentimiento se vuelve doblemente poderoso cuando tenemos alguna conexión con ese hombre. Cuando sentimos, no sólo que es grande, sino que es grande para nosotros. No simplemente que es bueno, sino que es bueno para con nosotros. No únicamente que es benevolente, sino que ha sido nuestro benefactor.

Entonces el deseo de verle se convierte en un deseo insaciable, y el deseo es insaciable hasta que pueda ser satisfecho al ver a ese donador desconocido e invisible hasta ese momento, que ha realizado actos prodigiosamente buenos para con nosotros.

Yo estoy seguro, hermanos míos, que todos ustedes confesarán que este fuerte deseo ha surgido en sus mentes en relación al Señor Jesucristo. A nadie le debemos tanto como a Él; de nadie hablamos tanto, de nadie esperamos tanto, en nadie pensamos tanto como en Él: de cualquier manera, nadie piensa tan constantemente en nosotros. Yo creo que todos aquellos que amamos Su nombre, tenemos un deseo sumamente insaciable de contemplar Su persona. La cosa que pido por encima de todo lo demás, es poder contemplar por siempre Su rostro, poner por siempre mi cabeza en Su pecho, saber por siempre que soy Suyo, y morar por siempre con Él.

Ay, un breve atisbo, una visión transitoria de Su gloria, una rápida mirada a Su desfigurada pero ahora exaltada y resplandeciente faz, recompensaría con creces casi un mundo de tribulaciones. Tenemos un fuerte deseo de verle. Y no creo que sea un deseo indebido. El propio Moisés pidió poder ver a Dios. Si hubiese sido un deseo indebido surgido de la vana curiosidad, no le habría sido concedido, pero Dios le concedió a Moisés su deseo: le puso en la hendidura de la roca, le cubrió con la sombra de Sus manos y le ordenó que mirara el borde de Sus vestiduras, porque no podría ver Su rostro.

Sí, y aún hay más: el deseo sincero de los mejores hombres ha estado orientado en la misma dirección. Job dijo: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios." Ése era su deseo. Y el santo Salmista dijo: "Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza"; "Veré tu rostro en justicia." Y la mayoría de los santos, encontrándose en el lecho de muerte, han expresado su más vivo, bendito y caro anhelo del cielo, resumido en el vehementemente deseado: "estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor." Y nuestro dulce cantor de Israel entretejió con primor las palabras cuando dijo humildemente, pero también dulcemente—

***Durante millones de años mis ojos asombrados
Recorrerán Tus hermosuras;
Y por edades sin fin adoraré
Las glorias de Tu amor.***

Nos regocijamos al encontrar un verso como este, pues nos dice que nuestra curiosidad será satisfecha, nuestro deseo se verá consumado y nuestra bienaventuranza será perfeccionada. "LE VEREMOS TAL COMO ÉL ES." El cielo será nuestro, y todo aquello que soñamos alguna vez acerca de Él, será algo más que una posesión nuestra.

Con la ayuda del poderoso Espíritu de Dios, que es el único que puede poner palabras en nuestras bocas, hemos de hablar primero de todo lo concerniente a *la gloriosa posición*: "TAL COMO ÉL ES"; en segundo lugar, de *Su identidad personal*: "Le veremos *tal como Él es*"; en tercer lugar, *la visión positiva*: "LE VEREMOS tal como Él es"; y en cuarto lugar, *las personas involucradas*: "Le VEREMOS tal como Él es."

I. Primero, entonces, LA GLORIOSA POSICIÓN. A menudo nuestras mentes se vuelven a Cristo como era, y como tal hemos deseado verle. ¡Ah, con cuánta frecuencia hemos deseado ver al bebé que dormía en Belén! ¡Cuán sinceramente hemos deseado ver al hombre que habló con la mujer junto al pozo! ¡Cuán frecuentemente hemos deseado que pudiéramos haber visto al bendito Médico caminando en medio de los enfermos y de los moribundos, dando vida con Su tacto, y sanando con Su aliento! ¡Cuán frecuentemente también nuestros pensamientos se han retirado a Getsemaní, y hemos deseado que nuestros ojos fueran lo suficientemente fuertes para atravesar a través de mil ochocientos cincuenta años que nos separan del prodigioso espectáculo, para verle como era! Nunca le veremos así; las glorias de Belén han partido para siempre; las lobregueces del Calvario han sido despejadas; la escena de Getsemaní está disuelta; e incluso los esplendores del Tabor están apagados en el pasado. Son como cosas que fueron, y no tendrán nunca una resurrección. La corona de espinas, la lanza, la esponja y los clavos, ya no existen. El pesebre y el sepulcro de piedra ya no están. Los lugares están allí, pero no son hollados por pies cristianos, ni son bendecidos y santificados por la presencia de su Señor.

Nunca le veremos como era. En vano intenta pintarle nuestra fantasía, o figurarle nuestra imaginación. No podemos ni debemos verle como era; tampoco deseamos hacerlo, pues tenemos una mejor promesa: "Le veremos tal como él es." Vamos, consideremos eso por unos

cuantos momentos a manera de contraste, y entonces estoy seguro de que preferirán ver a Cristo como es, a contemplarle como era.

Consideren, antes que nada, que no le veremos *humillado en Su encarnación*, sino *exaltado en Su gloria*. No hemos de ver al infante de un palmo de longitud; no hemos de admirar al juvenil muchacho; no hemos de dirigirnos al hombre incipiente; no hemos de commiserarnos del hombre que se limpia el sudor cálido de Su frente ardiente; no hemos de contemplarle tiritando de frío en el aire de la medianoche; no hemos de verle estando sujeto a los dolores, y debilidades, y aflicciones y achaques como los nuestros. No hemos de ver el ojo fatigado por el sueño; no hemos de contemplar las manos cansadas por la labor; no hemos de contemplar los pies sangrantes por las arduas jornadas, demasiado largas para su fortaleza. No hemos de verle con Su alma turbada; no hemos de contemplarle humillado y afligido. ¡Oh, la visión es todavía mejor! Hemos de verle exaltado. Veremos la cabeza, pero no con su corona de espinas—

***“La cabeza que una vez fue coronada de espinas,
Está ahora coronada de gloria.”***

Veremos la mano, y la señal del clavo también, pero no veremos el clavo; fue quitado y quitado para siempre. Veremos Su costado, y la herida con la que fue traspasado, pero no manará sangre de ella. No le veremos con los vestidos de un campesino, sino con el imperio del universo sobre Sus hombros. No le veremos con una caña en Su mano, sino sosteniendo un cetro de oro. No le veremos siendo escarnecido y escupido e insultado, ni siendo hueso de nuestro hueso en todas nuestras agonías, aflicciones y zozobras, sino que le veremos exaltado. No será más Cristo, el varón de dolores, experimentado en quebranto, sino Cristo, el Hombre-Dios, radiante de esplendor, refulgente de luz, vestido con arcoíris, ceñido con nubes, envuelto en relámpagos, coronado de estrellas, con el sol bajo Sus pies. ¡Oh gloriosa visión! ¿Cómo podríamos adivinar lo que Él es? ¿Qué palabras podrían explicárnoslo? ¿O, cómo podríamos hablar de ello? Sin embargo, sea lo que fuere, con todo su esplendor descubierto, todas Sus glorias despejadas, y Él mismo sin velo ni reboso: *le veremos tal como El es*.

Recuerden además que no hemos de ver a Cristo como era, el *despreciado*, el *tentado*. No veremos nunca a Cristo sentado en el desierto cuando el architraidor le dice: “Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan.” No le veremos parado firmemente sobre el pináculo del templo, desafiando al maligno que le pide que se eche abajo desde esa elevada altura. No le veremos erguido sobre el monte de la tentación, con la tierra siéndole ofrecida si solamente se postrara a los pies del demonio. No; tampoco le veremos escarnecido por los fariseos, tentado por los saduceos, ridiculizado por los herodianos. No le contemplaremos siendo señalado por el dedo del escarnio. Nunca le veremos siendo llamado un “hombre comilón y bebedor de vino.” Nunca veremos al calumniado, al insultado, al vejado, al despreciado Jesús. Él no será visto como uno de quien esconderemos nuestros rostros, que “fue menospreciado, y no lo estimamos.” Estos ojos nunca verán esas benditas mejillas chorreando saliva; estas manos no tocarán nunca esa bendita mano Suya mientras estaba siendo mancha-

da por la infamia. No le veremos menospreciado por los hombres y oprimido: sino que “*le veremos tal como él es.*”—

**“Ya no estará la lanza sangrienta,
Ni la cruz ni los clavos estarán;
Pues el propio infierno tiembla ante Su nombre,
Y todos los cielos adoran.”**

No habrá un demonio tentador cerca de Él, pues el dragón está debajo de Sus pies. No habrá hombres insultadores, pues ¡he aquí!, los redimidos echan sus coronas delante de Sus pies. No hay demonios asediadores, pues los ángeles hacen resonar Su excelsa alabanza a lo largo de las calles de oro; los príncipes se inclinan delante de Él; los reyes de las islas traen tributo; todas las naciones le rinden homenaje, en tanto que el grandioso Dios del cielo y de la tierra brilla sobre Él y le concede honor poderoso. Le veremos, amados, no aborrecido, ni despreciado y rechazado, sino adorado, honrado, coronado, exaltado, servido por espíritus flámeos, y adorado por querubines y serafines. “Le veremos tal como él es.”

Observen, además, que no veremos al Cristo *que lucha con el dolor*, sino al Cristo *que es un vencedor*. Nunca le veremos pisar solo el lagar, sino que le veremos y exclamaremos: “¿Quién es éste que viene Edom, de Bosra, con vestidos rojos? ¿Éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder?” No le veremos cuando estuvo luchando cuerpo a cuerpo con el enemigo: pero le veremos cuando Su enemigo esté debajo de Sus pies. Nunca le veremos al tiempo que el sudor sangriento brota de todo Su cuerpo; pero le veremos cuando todas las cosas estén sujetas bajo Sus pies, y cuando haya vencido al infierno mismo. Nunca le veremos como el luchador, pero le veremos tomar el premio. Nunca le veremos escalando la muralla, pero le veremos blandiendo la espada de la victoria en su cima. No le veremos luchar, pero le veremos regresar victorioso del combate, y exclamaremos: “¡Corónenle! ¡Corónenle! Las coronas son apropiadas para la frente del vencedor.” *Le veremos tal como él es.*”

Además, nunca veremos a nuestro Salvador bajo el *desagrado* de Su Padre, sino que le veremos *honrado por la sonrisa de Su Padre*. La hora más tenebrosa de la vida de Cristo fue cuando Su Padre le desamparó, esa hora sombría cuando la mano sin remordimientos de Su Padre llevó la copa a los propios labios de Su Hijo, y a pesar de lo amarga que era, le dijo: “Bebe, Hijo mío; ay, bebe”; y cuando el trémulo Salvador, resentido en Su naturaleza humana exacerbada por la agonía del momento, dijo: “Padre, siquieres, pasa de mí esta copa.” ¡Oh, fue un momento tenebroso cuando los oídos del Padre fueron sordos a las peticiones de Su Hijo, cuando los ojos del Padre se mantuvieron cerrados frente a las agonías de Su Hijo! “Padre mío”—dijo el Hijo—“¿no podrías quitar la copa? ¿No hay otra opción para Tu severa justicia? ¿No hay otro medio para la salvación del hombre?” ¡No hay otro! ¡Ah, fue un momento terrible cuando probó el ajenjo y la hiel! Y ciertamente fue todavía más tenebrosa esa triste medianoche de mediodía, cuando el sol ocultó su faz en oscuridad, mientras Jesús clamaba: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Creyente, tú no verás nunca ese rostro triste; tú no verás nunca esa pálida, pálida frente; tú no verás nunca esas pobres sienes cubiertas de cicatrices; tú no verás nunca esos ojos llenos de lágrimas; tú no verás nunca ese pálido cuerpo enjuto; tú no verás nunca ese desfallecido, desfallecido corazón; tú no verás nunca ese espíritu sumamente afligido, pues el Padre no aparta nunca Su rostro ahora.

Pero, ¿qué es lo que verás? Verás a tu Señor iluminado por la luz de Su Padre así como por la suya propia; le verás acariciado por Su amante Padre; le verás sentado a la diestra de Su Padre, glorificado y exaltado para siempre. *"Le veremos tal como él es."*

Tal vez no he mostrado con suficiente claridad la diferencia entre las dos visiones: la visión de lo que era y de lo que es. Entonces, concédanme unos momentos más, y voy a procurar establecer más claramente la diferencia. Cuando vemos a Cristo como era, ¡cuán asombrados nos quedamos! Uno de los primeros sentimientos que deberíamos haber tenido, si hubiéramos podido ir al Monte de los Olivos y ver a nuestro Salvador sudando allí, habría sido el asombro. Cuando se nos informa que era el Hijo de Dios en agonías, habríamos alzado nuestras manos, y nos hubiéramos quedado sin habla ante ese pensamiento.

Pero entonces, amados, aquí está la diferencia. El creyente estará tan asombrado cuando vea las glorias de Jesús sentado en Su trono, como habría estado al haber visto Sus sufrimientos terrenales. Un sentimiento habría sido el asombro, seguido por el horror; pero cuando vemos a Jesús como es, será *asombro sin horror*. No nos sentiremos horrorizados ni por un instante ante esa visión, sino más bien—

***Nuestras dichas harán rondas eternas,
Más allá de los límites de los cielos,
Y de las fronteras más remotas de la tierra.***

Si pudiéramos ver a Jesús como era, le veríamos con *gran temor*. Si le hubiéramos visto caminando sobre el agua, ¡qué espanto habríamos sentido! Si le hubiéramos visto resucitando a los muertos, le habríamos considerado un Ser sumamente augusto. Así nos sentiremos sobrecogidos cuando veamos a Cristo en Su trono; pero el primer tipo de sobrecogimiento es un sobrecogimiento mezclado con temor, pues cuando vieron a Jesús andando sobre el agua, dieron voces y tuvieron miedo; pero cuando veamos a Cristo tal como es, diremos—

***Majestuosa dulzura está entronizada
Sobre Su terrible sien.***

No habrá temor mezclado con el sobrecogimiento, sino que habrá *sobrecogimiento sin temor*. No nos inclinaremos delante de Él con temblor, sino que será con gozo; no nos estremeceremos ante Su presencia, sino que nos regocijaremos con indecible gozo.

Además, si hubiéramos visto a Cristo como era, habríamos sentido un gran *amor* por Él; pero ese amor habría tenido un componente de *commiseración*. Habríamos estado mirándole, y diciendo—

***¡Ay!, ¿y sangró mi Salvador,
Y murió mi Salvador?
¿Entregaría esa sagrada cabeza
Para un gusano tal como soy yo?"***

Le amaremos tanto cuando le veamos en el cielo, y más, también, pero será un *amor sin commiseración*; no diremos: “¡ay!,” sino que exclamaremos—

***“Aclamemos todos el poder del nombre de Jesús;
Los ángeles caigan postrados:
Traigan la diadema real,
Y corónenle Señor de todo.”***

Además, si hubiésemos visto a Jesucristo como era aquí abajo, habríamos tenido *gozo* al pensar que vino para *salvarnos*; pero habríamos experimentado *tristeza* mezclada con ese gozo al pensar que *necesitábamos ser salvados*. Nuestros pecados nos harían dolernos porque tuviera que morir; y el “¡ay!,” brotaría de nosotros conjuntamente con un canto de gozo. Pero cuando le veamos, tendremos *gozo sin aflicción*; el pecado y la aflicción se habrán ido; nuestro gozo habrá de ser puro, sin mezcla, sin adulteración.

Aun más, si hubiésemos visto a nuestro Salvador como era, habría sido un *triunfo* ver cómo venció, pero todavía habría estado circundado de *suspensión*. Habríamos temido que no pudiera vencer. Pero cuando le veamos allá arriba, será *triunfo sin suspensión*. Envainen la espada; la batalla ha sido ganada. Ya terminó. “Consumado es,” se ha dicho. El sepulcro es cosa del pasado; las puertas han sido abiertas; y ahora, en lo futuro y para siempre, Él está sentado a la diestra de Su Padre, desde donde vendrá para juzgar a vivos y muertos.

Aquí, entonces, radica la diferencia. “Le veremos tal como él es.” Sentiremos asombro sin horror, sobrecogimiento sin temor, amor sin commiseración, gozo sin aflicción, triunfo sin suspensión. Esa es la gloriosa posición. Pobres palabras, ¿por qué me fallan? Pobres labios, ¿por qué no hablan de mejor manera? Si pudieran lo harían; pues ustedes están hablando de cosas gloriosas. “Le veremos tal como él es.”

II. Ahora, en segundo lugar, tenemos una IDENTIDAD PERSONAL. Tal vez, mientras he estado hablando, algunos hayan comentado: “¡Ah!, pero yo quiero ver *al* Salvador, al Salvador del Calvario, al Salvador de Judea, al mismo que murió por mí. Yo no deseo con tanta ansia ver al glorioso Salvador del que has hablado; quiero ver a ese mismo Salvador que hizo las obras de amor, al Salvador sufriente, pues yo le amo.”

Amados, ustedes le verán. Es el mismo. Hay una identidad personal. “Le veremos.” “Mis ojos lo verán, y no otro.” “LE veremos tal como él es.” Que veremos al propio, al mismo Cristo, es un pensamiento encantador; y el poeta cantó bien cuando dijo—

***“¡Oh!, cómo el pensamiento de que conoceré
Al hombre que sufrió aquí abajo,
Para manifestar Su favor
Por mí, y por mis seres más queridos,
O aquí, o con Él mismo en lo alto,
Mueve mi extasiada pasión,
Ante esa dulce palabra: “por siempre.”
Contemplarle resplandeciente por siempre,
Lamarle mío sempiternamente,
Y verle siempre ante mí.
Contemplar por siempre Su Faz
Y recibir Sus rayos concentrados en pleno***

***Mientras el Padre exhibe todo,
A todos los santos por siempre.”***

Esto es lo que queremos: ver al mismo Salvador. Ay, será el mismo Señor el que veremos en el cielo. Nuestros ojos le verán a Él y no a otro. Estaremos seguros de que se trata de Él, pues cuando entremos en el cielo le conoceremos por Su *humanidad y Deidad*. Descubriremos que es un hombre, tal como era en la tierra. Encontraremos que es un hombre y Dios también, y estaremos muy seguros de que nunca hubo otro Hombre-Dios; nunca leímos ni soñamos de otros. No supongan que cuando lleguen al cielo tendrán que preguntar: “¿Dónde está el hombre Cristo Jesús?” Le verán justo enfrente de ustedes en Su trono, un hombre como ustedes mismos—

***“Esplendoroso como un hombre se sienta el Salvador;
El Dios, cuán resplendente brilla.”***

Pero entonces le conocerán por Sus *heridas*. ¿Nunca han oído sobre algunas madres que han tenido que reconocer a sus niños años después de que se perdieron, por las señales y heridas de sus cuerpos? ¡Ah!, amados, si vemos alguna vez a nuestro Salvador, le conoceremos por Sus heridas. “Pero”—dirán—“han desaparecido todas.” Oh, no; pues Él—

***“Parece un Cordero que fue una vez inmolado,
Y todavía lleva Su sacerdocio.”***

Las manos están todavía traspasadas, aunque los clavos no están allí; los pies tienen todavía las horadaciones que los perforaron; el costado está todavía ampliamente hendido, y le reconoceremos por Sus heridas. Nos hemos enterado de algunas personas que han buscado a los muertos en el campo de batalla; han alzado sus rostros y los han mirado, pero no los reconocieron. Pero ha llegado la tierna esposa, y había alguna profunda herida, algún corte hecho por el sable que su esposo recibió en su pecho, y dijo: “es él; lo reconozco por esa herida.” De igual manera en el cielo detectaremos al instante a nuestro Salvador por Sus heridas, y diremos: “es Él; es Él, el mismo que dijo una vez: ‘Horadaron mis manos y mis pies.’”

Pero, hermanos, Cristo y nosotros no somos extraños, pues le hemos visto a menudo en el espejo de la Palabra. Cuando nuestros pobres ojos han sido ungidos por el Espíritu Santo con colirio, algunas veces hemos tenido una suficiente vislumbre de Cristo para conocerle por su medio. Nunca le hemos visto excepto de manera refleja. Cuando hemos contemplado la Biblia, Él ha estado sobre nosotros y la ha mirado; y hemos mirado allí como a un espejo, y le hemos visto “por espejo, oscuramente.” Pero hemos visto lo suficiente de Él para conocerle. Y, oh, me parece que cuando le vea, diré: “Ese el esposo del que leí en el Cantar de Salomón; estoy seguro de que es el mismo Señor del quien David solía cantar. Sé que ese es Jesús, pues ahora se parece a Jesús, el que le dijo a la pobre mujer: ‘Ni yo te condeno,’ es como ese bendito Jesús que dijo: ‘Talita cumi’, ‘Niña, a ti te digo, levántate.’” Le conoceremos porque será tan parecido al Jesús de la Biblia, que le reconoceremos de inmediato.

Pero, además, le hemos conocido mejor que por las Escrituras algunas veces: por una cercana e íntima *comunión* con Él. Vamos, nos en-

contramos con Jesús en la oscuridad alguna veces; pero sostenemos una dulce conversación con Él, y Él pone Sus labios junto a nuestro oído, y nuestro labio se acerca en gran manera a Su oído, cuando sostenemos una conversación con Él. ¡Oh!, le conoceremos muy bien cuando le veamos. Pueden confiar que el creyente conocerá a su Señor cuando le encuentre. No necesitaremos que Jesucristo nos sea presentado cuando vayamos al cielo, pues si estuviera fuera de Su trono y estuviese sentado con todo el resto de los benditos espíritus, iríamos directo a Él, y diríamos: "Jesús, yo te conozco." El diablo le conocía, pues dijo: "Sé quién eres"; y yo estoy seguro de que el pueblo de Dios le conocerá. "Jesús, sé quién eres," diremos de inmediato, cuando nos dirijamos a Él. "¿Cómo me conoces?", pregunta Jesús. "Bien, dulce Jesús, no somos desconocidos. Tú te has manifestado a mí como no lo has hecho con el mundo; Tú me has dado algunas veces grandes muestras de Tu afecto inmerecido; ¿piensas que te he olvidado? Vamos, he visto algunas veces Tus manos y Tus pies por la fe, y he puesto mi mano en Tu costado, como Tomás, en tiempos antiguos; ¿y piensas que soy un extraño para contigo? No, bendito Jesús; si fueras a poner Tu mano delante de Tus ojos, y ocultaras Tu rostro, te conocería en esa condición. Si fueras vendado una vez más, mi ojo te reconocería, pues te he conocido durante demasiado tiempo para dudar de Tu personalidad."

Creyente, llévate este pensamiento contigo: "*Le veremos*," a pesar de todos los cambios en Su posición. Será la misma persona. Veremos las mismas manos que fueron horadadas, los mismos pies que experimentaron el cansancio, los mismos labios que predicaron, los mismos ojos que lloraron, el mismo corazón que palpitó en agonía; positivamente el mismo, excepto en lo relativo a Su condición. Escriban la palabra ÉL en las mayores mayúsculas posibles. "*Le veremos tal como él es.*"

III. Esto nos conduce al tercer punto: LA NATURALEZA POSITIVA DE LA VISIÓN, "*Le veremos tal como él es.*" Esta no es una tierra de vista; es demasiado oscuro para verle a Él, y nuestros ojos no son lo suficientemente buenos. Aquí andamos por fe, y no por vista. Es placentero creer en Su gracia, pero preferimos verla. Bien, "*Le veremos.*" Pero tal vez piensen que cuando dice: "*Le veremos*," quiere decir que sabremos más acerca de Él; pensaremos más en Él; tendremos mejores perspectivas de Él por la fe.

Oh, no, no significa eso para nada. Significa lo que dice: vista positiva. Tan sencillamente como puedo ver a mi hermano aquí, tan sencillamente como puedo ver a cualquiera de ustedes, veré también a Cristo con estos mismos ojos. Con estos mismos ojos que los están mirando a ustedes, veré al Salvador. No es una fantasía que le veremos. No comiencen a desmenuzar estas palabras. ¿Ven la lámpara de gas? Verán al Salvador de la misma manera: naturalmente, positivamente, realmente, efectivamente. No le verán como en sueños, no le verán en el sentido poético de la palabra ver, no le verán en el sentido metafórico de la palabra; sino que, positivamente, "*Le verán tal como él es.*"

"*Le veremos*": fijense en eso. No pensaremos acerca de Él, y soñaremos acerca de Él, sino que positivamente "*Le veremos tal como él es.*" Cuán diferente será esa visión de Él de la que tenemos aquí. Pues

aquí le vemos *por reflejo*. Ya se los he dicho antes: ahora vemos a Cristo “por espejo, oscuramente”; entonces le veremos cara a cara.

El buen doctor John Owen, en uno de sus libros, explica este pasaje: “aquí vemos por espejo,” y dice que eso significa: “aquí vemos a través de un telescopio, y vemos a Cristo sólo oscuramente a través de él.” Pero el buen hombre se olvidó de que los telescopios no fueron inventados sino hasta cientos de años después de que escribió Pablo; así que Pablo no tenía a los telescopios en mente. El hecho es que el cristal no fue usado nunca para ver a través de él en aquella época. Usaban el cristal para ver *por*, pero no para ver *a través*. El único cristal que tenían para ver era el espejo. Tenían un tipo de cristal que no era más brillante que nuestro común cristal oscuro de botella. “Ahora vemos por espejo, oscuramente.” Esto significa, por medio de un espejo. Tal como les he dicho, Jesús es retratado en la Biblia; allí está Su retrato; estudiamos la Biblia y lo vemos. Le vemos “por espejo, oscuramente.” Igual que algunas veces, cuando están viendo en su espejo, ven a alguien que pasa por la calle, mas no ven a la persona en sí, únicamente la ven reflejada. Ahora, nosotros vemos a Cristo reflejado, pero entonces no le veremos en el espejo, veremos positivamente Su persona. No veremos a Cristo reflejado, no veremos a Cristo en el santuario, no veremos al Cristo brillando desde la Biblia, no veremos a Cristo reflejado desde el púlpito sagrado, sino que “le veremos tal como él es.”

Además: *cuán parcialmente vemos aquí a Cristo*. El mejor creyente sólo obtiene un atisbo a medias de Cristo. Mientras está aquí, un cristiano ve la gloriosa cabeza de Cristo, y se deleita mucho en la esperanza de Su venida; otro contempla Sus heridas, y predica siempre sobre la expiación; otro mira dentro de Su corazón, y se gloria más en la inmutabilidad y en la doctrina de la elección; otro mira sólo la humanidad de Cristo, y habla mucho en lo concerniente a la identificación de Cristo con los creyentes; otro piensa más en Su Deidad, y siempre le oirán aseverando la divinidad de Cristo. No creo que haya un creyente que haya visto el todo de Cristo.

No. Nosotros predicamos en la medida que podemos hacerlo, sobre el Señor, pero no podemos pintarle enteramente. Ustedes saben que algunas de las mejores pinturas, únicamente presentan la cabeza y los hombros; no dan un cuadro completo. No hay un creyente, no hay un teólogo selecto que pudiera pintar un cuadro completo de Cristo. Algunos de ustedes no podrían pintar algo más que Su dedo meñique; y fijense, si pudiéramos pintar bien el dedo meñique de Jesús, será digno del tiempo de toda una vida para hacer eso. Aquellos que pueden pintar mejor, no pueden pintar ni siquiera Su rostro completo.

¡Ah!, Él es tan glorioso y maravilloso que no podemos retratarlo íntegramente. No le hemos visto más que parcialmente. Vamos, amados; ¿cuánto saben de Cristo? Ustedes dirán: “¡Ah!, yo conozco un poco sobre Él; puedo unirme a la esposa cuando ella declara que todo Él es codiciable. Pero yo no le he inspeccionado de la cabeza a los pies, y no puedo enfatizar Sus prodigiosas glorias.” Aquí vemos parcialmente a Cristo; allá le veremos enteramente, cuando “le veremos tal como él es.”

Aquí, también, *¡cuán oscuramente vemos a Cristo!* Es a través de muchas sombras que ahora contemplamos a nuestro Maestro. La visión aquí es bastante oscura, pero allá “Le veremos tal como él es.” ¿No han estado nunca en la cima de los montes cuando la niebla se dispersa en el valle? Han dirigido su mirada abajo para ver la ciudad y el riachuelo al pie del monte, pero sólo podían divisar algún campanario, y observar algún pináculo; podían ver un domo en la distancia; pero todo eso estaba tan envuelto en la niebla que con dificultad podían discernirlos. Súbitamente el viento dispersó la neblina que cubría la parte baja, y han podido ver el hermoso, hermoso valle.

¡Ah!, sucede lo mismo cuando el creyente entra en el cielo. Aquí se pone de pie y mira a Cristo velado en la niebla, a Jesús que está cubierto. Pero cuando llegue a lo alto, a la cima del Pisga, y más alto aún, hasta donde está su Jesús, entonces no le verá oscuramente, si no que le verá brillantemente. Veremos a Jesús entonces “sin un velo que interfiera,” no oscuramente, sino cara a cara.

Aquí, también, *¡cuán distadamente vemos a Cristo!* ¡Casi tan lejanamente como a la lejana estrella! Le vemos, pero no de cerca; le contemplamos, pero no junto a nosotros; tenemos un atisbo de Él, pero, ¡oh!, ¡qué longitudes y distancias se extienden de por medio! ¡Qué montes de culpa: una pesada carga! Pero entonces le veremos cercanamente; le veremos cara a cara; como un hombre habla con su amigo, así hablaremos entonces con Jesús. Ahora estamos lejos de Él; entonces estaremos cerca de Él. Lejos en las tierras altas, donde Jesús mora, allí estarán nuestros corazones también, cuando corazón y cuerpo estén “presentes al Señor.”

Y ¡oh!, *¡cuán transitoria es nuestra visión de Jesús!* Es únicamente un breve espacio de tiempo cuando tenemos un atisbo de Cristo, y luego pareciera apartarse de nosotros. Nuestros carros han sido a veces como los de Aminadab; pero, en breve, las ruedas se han ido, y perdemos al bendito Señor. ¿No han sentido en algunas horas de su vida que han estado de tal manera en la presencia de Cristo, que casi no sabían donde se encontraban? No hablemos de los carros de Elías y de los caballos de fuego; ustedes mismos ardían; podrían haberse convertido en un caballo y en un carro de fuego, e ir al cielo sin ningún problema. Pero entonces, súbitamente, ¿nunca sintieron como si un bloque de hielo hubiera caído en su corazón, y apagado el fuego, y han exclamado: “Adónde se ha ido mi amado? ¿Por qué ha ocultado su rostro? ¡Oh, que oscuro! ¡Qué sombrío!”

Pero, ¡cristianos, no habrá rostros ocultos en el cielo! ¡Bendito Señor Jesús! Tus ojos no estarán cubiertos en la gloria. ¿No es tu corazón un mar de amor, donde discurren todas mis emociones? Y no hay marea baja en tu mar, dulce Jesús, allí. ¿No eres Tú todo? Allí no te perdemos, no pondrás Tu mano delante de Tus ojos allí; pero sin una sola alteración, sin cambio o disminución, nuestros ojos descansados, despejados, te contemplarán perpetuamente a través de la eternidad. “Le veremos tal como él es.”

¿Saben?, además habrá otra diferencia. Cuando “le veamos tal como él es,” ¡cuánto mejor será esa visión de la que tenemos aquí! Cuando vemos a Cristo aquí, lo vemos para nuestro beneficio; cuando

le veamos allá, le veremos *para nuestra perfección*. Doy testimonio de mi Señor, que todavía no le he visto sin resultar beneficiado por Él. Hay muchos hombres en este mundo a quienes vemos muy a menudo, pero que no obtenemos ningún bien de ellos, y entre menos les veamos, mejor. Pero de nuestro Jesús podemos decir que nunca nos acercamos a Él sin recibir un bien de Él. No he tocado todavía Sus vestiduras sin sentir que mis dedos olían a mirra, y áloes y casia, desde palacios de marfil. Nunca me acerqué a Sus labios sin que Su propio aliento derramara perfume sobre mí. No he estado nunca cerca de mi Señor, sin que haya eliminado algún pecado para mí. No me he acercado nunca a Él sin que Sus benditos ojos no quemaran una lascivia en mi corazón. Nunca me he acercado para oírle hablar, sin que sintiera que me derretía cuando el Amado hablaba, siendo conformado a Su imagen.

Pero, entonces, amados, cuando le veamos allá, no será para mejorarnos, será para perfeccionarnos. “Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.” ¡Oh, esa primera dulce mirada a Cristo, cuando abandonemos el cuerpo! Estoy recubierto de harapos: Él me mira, y entonces vestiré ropas de luz. Soy negro; Él me mira, y olvido la tiendas de Cedar y me vuelvo blanco como las cortinas de Salomón. Estoy manchado; el pecado me ha mirado, y hay inmundicia en mis vestidos: he aquí, soy más blanco que la nieve apretada, porque Él me ha mirado. Tengo malos deseos y malos pensamientos, pero han huido como el demonio delante de Su rostro, cuando dijo: “Vete, Satanás; te mando que salgas de ese hombre.” “Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.”

Yo sé, amados, que el Salvador les parece como un gran barco, y yo como un pequeño bote, tratando de remolcar al barco fuera de la bahía. Así me siento yo. Tengo los remos, y estoy tratando de jalar; pero se trata de un barco tan grande y glorioso que no puedo remolcarlo. Hay algunos temas cuyo timón puedo asir y guiar a cualquier parte; saldrán de cualquier bahía, por estrecho que sea el paso; pero este es un noble barco; tan grande que es muy difícil sacarlo al mar. Se requiere que el Espíritu Santo sople las velas para ustedes, y que su alma entera lo considere con detenimiento, y desee pensar en este maravilloso cuadro; y luego espero que no salgan satisfechos con el predicador, porque sentirán que el tema los había dominado por completo a él y a ustedes también.

IV. Por último, aquí están LAS PERSONAS INVOLUCRADAS: “Nosotros le veremos tal como él es.” ¡Vamos, ahora, amados! No me gusta dividirlos; parece un trabajo duro que ustedes y yo tengamos que ser separados por completo, cuando estoy seguro de que nos amamos con todo nuestro corazón. Diez mil actos de amor recibidos de parte de ustedes, diez mil actos de sincero amor y simpatía, unen a mi corazón con mi pueblo. Pero, ¡oh amados!, ¿no es obvio que cuando decimos: “nosotros le veremos,” esa palabra “nosotros” no quiere decir todos nosotros, no incluye a todos los aquí presentes? “¡Nosotros le veremos tal como él es!” Vamos, dividamos ese “nosotros” en “yos.” ¿Cuántos “yos” hay aquí, que le verán tal como él es”?

Hermano, con nieve sobre tu cabeza, ¿querrás verle “tal como él es”? Tú has tenido muchos años de luchas, y pruebas y tribulaciones: si le ves alguna vez “tal como él es,” eso recompensará todo. “Sí”—respondes—“yo sé a quién he creído.” Bien, hermano, tus viejos ojos apagados no necesitarán lentes en breve. Verle “tal como él es,” te devolverá el ojo resplandeciente de tu juventud, con todo su lustre y su fuego. Pero, ¿están tus canas llenas de pecado? Y, ¿permanece la lujuria en tu vieja sangre fría? ¡Ah, tú le verás, pero no de cerca; tú serás echado de Su presencia! Dios quisiera que este brazo mío fuera lo suficientemente fuerte para arrastrarte al Salvador; pero no lo es. Te dejo en Sus manos. ¡Que Dios te salve!

Y tú, querido hermano, y tú, querida hermana, que has llegado a la mitad de tu vida, batallando con las faenas de la vida, involucrado en todas sus batallas, soportando sus males, tú te estás preguntando—pudiera ser—si le verás. El texto dice: “Le veremos”; y ¿podemos ustedes y yo poner nuestras manos en nuestro corazón y conocer nuestra unión con Jesús? Si es así, “Nosotros le veremos tal como él es.” ¡Hermano, sigue luchando! ¡Arriba contra el diablo! ¡Pégale duro! ¡No tengas miedo! Esa visión de Cristo te recompensará. Soldado de la cruz, afila tu espada de nuevo, y haz que corte profundo. ¡Obrero, trabaja de nuevo, penetra más profundo, alza el hacha más alto, con un brazo más fornido y más robusto, pues la visión de tu Señor al final, te agradará mucho! ¡Arriba, guerrero! ¡Escala la muralla, pues la victoria espera sonriendo en la cima, y tú encontrarás a tu Capitán allí! Cuando tu espada esté humeante con la sangre de tus pecados, será una gloria, en verdad, reunirte con tu Señor, cuando estés revestido de triunfo, y entonces “verle tal como él es.”

Joven, mi hermano en la edad, el texto dice: “Nosotros le veremos tal como él es.” ¿Acaso “nosotros” significa aquel joven que está en el pasillo? ¿Se refiere a ti, hermano mío, que estás allá arriba? ¿Le veremos nosotros tal como él es? No nos avergonzamos de llamarnos entre nosotros hermanos en esta casa de oración. Joven, tú tienes una madre y su alma chocaría por ti. Si tu madre pudiera venir a ti esta mañana, te tomaría por el brazo y te diría: “Juan, ‘le veremos tal como él es’; no soy yo, Juan, quien le verá sola por mí misma, sino que tú y yo le veremos juntos, ‘nosotros le veremos tal como él es.’” ¡Oh, qué amargo, amargo pensamiento acaba de atravesar mi alma! ¡Oh cielos, si fuéramos separados alguna vez de quienes amamos tan entrañablemente, cuando llegue el último día de rendir cuentas! ¡Oh, si no le viéramos tal como Él es! Me parece que para el alma de un hijo no hay algo más lacerante que el pensamiento de que podría suceder que algunos de los hijos de su madre verán a Dios, ¡pero que él no le verá!

Acabo de recibir una carta de una persona que agradece a Dios porque leyó el sermón basado en el texto: “Vendrán muchos del oriente y del occidente,” y confía que le ha traído a Dios. Dice: “soy miembro de una familia numerosa, y todos ellos aman a Dios excepto yo; no creo haber pensado antes en ello, pero tomé este sermón suyo, y me ha conducido al Salvador.”

¡Oh, amados, piensen en traer al último de nueve al Salvador! ¿No tengo una madre que salta de gozo? Pero, ¡oh!, si ese joven entre nueve

se hubiera perdido, y hubiera visto a sus ocho hermanos y hermanas en el cielo, mientras él mismo era echado fuera, me parece que hubiera tenido nueve infiernos: sería nueve veces más infeliz en el infierno, viendo a cada uno de ellos, y a su madre y a su padre, también, aceptos, y él mismo echado fuera. No habría sido “nosotros” allí con la familia entera.

¡Cuán agradable pensamiento es que podamos reunirnos hoy, algunos de nosotros, y podamos poner nuestras manos alrededor de quienes amamos, y estar como una familia sin divisiones: padre, madre, hermana, hermano, y todos los demás que nos son queridos, y poder decir por medio de una humilde fe: “Nosotros le veremos tal como él es,” todos nosotros, sin que nadie quede fuera!

Oh, amigos míos, sentimos que somos una familia en la Capilla de Park Street. Yo siento, cuando estoy lejos de ustedes, que no hay nada como este lugar, que no hay nada sobre la tierra que pueda recomendar el dolor de la ausencia de este sagrado recinto. ¡De alguna manera u otra nos sentimos unidos por tales lazos de amor!

El domingo pasado fui a un lugar en el que el ministro nos dio el material más vil que haya sido producido jamás. Yo deseaba haber estado de regreso aquí, para poder predicar un poco de la piedad, o de lo contrario oírla. ¡Pobre predicador wesleyano! Predicó sobre obras de principio a fin, con base en ese hermoso texto: “Los que sembraron con lágrimas, con regocijo segarán,” diciéndonos que sin importar lo que sembráramos, debíamos cosechar, sin mencionar jamás la salvación para los pecadores y el perdón requerido incluso por los santos. Era algo semejante a esto: “sean buenas personas, y obtendrán el cielo gracias a ello. “Lo que siembren, con seguridad cosecharán; si son muy buenas personas y hacen lo mejor que puedan, todos irán al cielo, pero si son muy malos y perversos, entonces tendrán que ir al infierno; siento tener que decírles eso, pero cualquier cosa que siembren, eso cosecharán.” Ni un solo bocado acerca de Jesucristo, de principio a fin; ni un mendrugo. “Bien”—pensé—“afirman que soy más bien duro con estos sujetos arminianos; pero si no atravieso mi vieja espada en ellos más que nunca, ahora que los he escuchado otra vez, entonces no soy un hombre que vive.” Yo pensé que pudieran haber cambiado un poco, y no predicar tanto sobre obras; pero estoy seguro de que nunca hubo un sermón más lleno de salvación por obras predicho por el propio Papa, que ese sermón. Ellos creen en realidad en la salvación por obras, independientemente de lo que digan, e independientemente de la forma en que lo nieguen cuando los conduces a un escrutinio cercano; pues te están diciendo de manera tan permanente que seas bueno y recto y piadoso y nunca te dirigen a que mires primero a las sangrantes heridas de un Salvador agonizante; nunca te dicen acerca de la gracia inmerecida de Dios, que te ha sacado de enormes pecados, sino que siempre están hablando acerca de esa bondad, bondad, bondad que no será encontrada nunca en la criatura.

Bien, amados, de alguna manera u otra, doquiera que vayamos, nos parece que debemos regresar aquí—

“Aquí moran nuestros mejores amigos, nuestra parentela;

Aquí reina Dios nuestro Salvador.

Y el pensamiento de perder a uno de ustedes me aflige casi tanto como el pensamiento de perder a uno de mis parientes. ¡Con cuánta frecuencia nos hemos mirado unos a otros con placer! ¡Cuántas veces nos hemos reunido, para cantar los mismos viejos himnos con las mismas viejas melodías! ¡Cuán a menudo hemos orado juntos! Y cuán encarecidamente amamos todos nosotros el sonido de la palabra “¡Gracia, gracia, gracia!”

Y, sin embargo, hay algunos de ustedes que yo conozco en mi corazón, y que ustedes mismos conocen, que no le verán, a menos que experimenten un cambio, a menos que tengan un nuevo corazón y un espíritu recto. Bien, ¿les gustaría encontrarse con su pastor en el día del juicio, y sentir que deben ser separados de él porque sus advertencias permanecieron sin ser escuchadas y su invitación fue arrojada al viento? ¿Piensas, joven amigo, que te gustaría reunirte conmigo en el día del juicio, para recordar allí lo que has oído, y lo que has despreciado? Y, ¿piensas tú que te gustaría estar delante de tu Dios, y recordar cómo te fue predicado el camino de salvación: “Cree y sé bautizado y serás salvo,” y que tú desechaste el mensaje? Eso sería en verdad muy triste.

Pero dejamos este pensamiento con ustedes, y para que no piensen que si no son dignos no le verán —si no son buenos no le verán, si no hacen tales y tales cosas buenas, no le verán—permítanme decirles, quienquiera que seas, aunque seas el peor pecador bajo el cielo, quienquiera que seas, aunque tu vida sea la más inmunda y la más corrupta, quienquiera que seas, aunque hasta ahora hayas sido el más descuidado y el más libertino: el que crea en el Señor Jesucristo tendrá vida eterna, pues Dios borrará sus pecados, le dará justicia por medio de Jesús, le hará acepto en el amado, le salvará por Su misericordia, le guardará por Su gracia, y al final le presentará sin mancha y sin arrugas delante de Su presencia con gozo grande y sumo.

Mis queridos amigos, para concluir aquí tenemos un dulce pensamiento: que junto con una gran porción de ustedes puedo decir: “*No-sotros le veremos tal como él es.*” Pues ustedes saben que cuando nos sentamos a la mesa del Señor, ocupamos todo el sótano de esta capilla, y yo creo que la mitad de nosotros somos del pueblo de Dios de aquí, pues yo sé que muchos miembros no pueden asistir a la mesa del Señor en la noche. Hermanos, tenemos un solo corazón, una sola alma: “un Señor, una fe, un bautismo.” Podemos ser separados por un poco tiempo, aquí abajo; algunos podrían morir antes que nosotros, tal como nuestro querido hermano Mitchell ha muerto; algunos podrían cruzar el río antes que nos corresponda a nosotros; pero nos reuniremos de nuevo al otro lado del río, y “Le veremos tal como él es.”

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermóns #61, 62—Volume 2
THE BEATIFIC VISION

La Resurrección de los Muertos

NOS. 66, 67

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA
DEL DOMINGO 17 DE FEBRERO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

***“Ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.”
Hechos 24:15.***

Reflexionando el otro día acerca del triste estado de las iglesias en nuestro tiempo, fui conducido a mirar en retrospectiva a los tiempos apostólicos, y a considerar en qué difiere la predicación de estos días, de la predicación de los apóstoles. Noté la vasta diferencia en su estilo en relación a la oratoria formal y determinada de la época presente. Observé que los apóstoles no tomaban un texto cuando predicaban, ni se reducían a un solo tema, y mucho menos a algún lugar de adoración, y más bien descubro que se paraban en cualquier lugar y declaraban desde la plenitud de su corazón, lo que sabían de Jesucristo. Pero la principal diferencia que observé radicaba en los *temas* de su predicación. Me sorprendí cuando descubrí que el elemento principal de la predicación de los apóstoles era la resurrección de los muertos. Encontré que yo había estado predicando la doctrina de la gracia de Dios, que había estado sosteniendo la elección libre, que había estado conduciendo al pueblo de Dios de la mejor manera que podía a las profundas cosas de Su palabra; pero me sorprendí al descubrir que no había estado copiando la manera apostólica ni siquiera a la mitad de lo que hubiera podido hacerlo.

Los apóstoles, cuando predicaban, siempre daban testimonio de la resurrección de Jesús, y la consecuente resurrección de los muertos. Parecería que el Alfa y la Omega de su evangelio fue el testimonio que Jesucristo murió y resucitó otra vez de los muertos de acuerdo a las Escrituras. Cuando eligieron a otro apóstol en el lugar de Judas, que se convirtió en un apóstata (Hechos 1:22), dijeron: “Uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección”; de tal forma que la esencia del oficio de un apóstol era ser un testigo de la resurrección.

Y cumplieron muy bien su oficio. Cuando Pedro se presentó ante la multitud, declaró que: “David habló de la resurrección de Cristo.” Cuando Pedro y Juan fueron llevados ante el concilio, la mayor causa de su arresto fue que los gobernantes estaba resentidos “de que enseñasen al pueblo, y anunciasen en Jesús la resurrección de entre los muertos” (Hechos 4:2). Cuando fueron puestos en libertad después de haber sido examinados, se nos dice que: “Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre ellos” (Hechos 4:33). Fue esto lo que motivó la curiosidad de los atenienses cuando Pablo predicó en medio de ellos: “Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evange-

lio de Jesús, y de la resurrección.” Y esto provocó la risa de los areopagitas, pues cuando habló de la resurrección de los muertos, “unos se burlaban, y otros decían: Ya te oiremos acerca de esto otra vez.” En verdad dijo Pablo, cuando compareció ante el concilio de los fariseos y los saduceos: “Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado hoy por vosotros.” Y es igualmente cierto que constantemente aseveraba: “si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe... aún estáis en vuestros pecados.”

La resurrección de Jesús y la resurrección de los justos son una doctrina en la que creemos nosotros, pero que raramente predicamos o nos interesamos en leer. Aunque he buscado en varias librerías un libro especialmente relacionado con el tema de la resurrección, todavía no he podido comprar ningún libro de ningún tipo relacionado con el tema; y cuando busqué en las obras del doctor Owen, que constituyen una mina inapreciable del conocimiento divino, y que contienen mucho que es valioso casi sobre cualquier tema, escasamente pude encontrar, incluso allí, más que una ligera mención de la resurrección. Ha sido clasificada como una verdad bien conocida, y, por tanto, no ha sido discutida nunca. No han surgido herejías relacionadas con ella; casi habría sido una misericordia si hubiesen surgido, pues siempre que una verdad es disputada por los herejes, los ortodoxos luchan denodadamente por ella, y el púlpito resuena con ella cada día.

Sin embargo, estoy persuadido de que hay mucho poder en esta doctrina; y si la predico esta mañana, verán que Dios reconocerá la predicación apostólica, y habrá conversiones. Pretendo ponerla a prueba ahora, para ver si no hubiera algo que no podemos percibir en el presente en la resurrección de los muertos, que sea capaz de mover los corazones de los hombres y llevarlos a sujetarse al Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Hay muy pocos cristianos que creen en la resurrección de los muertos. Podrían asombrarse al escuchar eso, pero no me sorprendería si descubriera que tú mismo albergas dudas con respecto a ese tema. Por la resurrección de los muertos se quiere expresar algo muy diferente de la inmortalidad del alma que cada cristiano cree, y en eso está a nivel con el pagano, que cree también en ella. La luz de la naturaleza es suficiente para decírnos que el alma es inmortal, así que el infiel que lo duda, es un necio peor que un pagano, pues éste, antes que la Revelación fuera dada, lo había descubierto: hay débiles vislumbres en los hombres de razón que enseñan que el alma es una cosa tan maravillosa que ha de perdurar para siempre.

Pero la resurrección de los muertos es una doctrina bastante diferente, que trata, no con el alma, sino con el cuerpo. La doctrina consiste en que este cuerpo material en el que existo ahora ha de vivir con mi alma; que no sólo es la “chispa vital de la llama celestial” la que ha de arder en el cielo, sino el propio incensario en el que el incienso de mi vida humea, es santo para el Señor y ha de ser preservado para siempre.

El espíritu, todo el mundo lo confiesa, es eterno; pero ¡cuántos hay que niegan que los cuerpos de los hombres se levantarán efectivamente de sus tumbas en el gran día! Muchos de ustedes creen que tendrán un cuerpo en el cielo, pero creen que será un fantasmal cuerpo etéreo, en lugar de creer que será un cuerpo semejante a este: carne y sangre (aunque no el mismo tipo de carne, pues no toda carne es la misma carne), un cuerpo sustancial, sólido, tal como el que tenemos aquí.

Y hay un grupo todavía menor de personas entre ustedes que creen que los impíos tendrán cuerpos en el infierno; pues está ganando terreno por doquier la convicción de que no habrá tormentos positivos para los condenados que afecten sus cuerpos, sino que habrá de ser un fuego metafórico, un azufre metafórico, unas cadenas metafóricas y una tortura metafórica.

Pero si fueran cristianos como profesan serlo, creerían que cada hombre mortal que haya existido jamás no solamente vivirá por la inmortalidad de su alma, sino que su *cuerpo* vivirá otra vez, que la propia carne en la que camina ahora en la tierra es tan eterna como el alma, y existirá eternamente. Esa es la peculiar doctrina del cristianismo.

Los paganos no adivinaron ni imaginaron nunca tal cosa, y, por ello, cuando Pablo habló de la resurrección de los muertos, “unos se burlaban,” lo que demuestra que entendían que hablaba de la resurrección del cuerpo, pues no se habrían burlado si sólo hubiera hablado de la inmortalidad del alma, pues eso ya había sido proclamado por Platón y Sócrates, y había sido recibido con reverencia.

Ahora estamos a punto de predicar que habrá una resurrección de los muertos, tanto de los justos como de los injustos. Vamos a considerar primero *la resurrección de los justos*; y, en segundo lugar, *la resurrección de los injustos*.

I. Habrá UNA RESURRECCIÓN DE LOS JUSTOS.

La primera prueba que ofreceré de esto, es que ha sido la *constante e invariable verdad de los santos desde los primeros períodos del tiempo*. Abraham creía en la resurrección de los muertos, pues se dice en la Epístola a los Hebreos, en el capítulo 11, y en el versículo 19, que “pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir.” No albergo ninguna duda de que José creía en la resurrección, pues dio instrucciones concernientes a sus huesos; y seguramente no habría sido tan cuidadoso de su cuerpo, si no hubiera creído que habría de ser resucitado de los muertos. El patriarca Job era un firme creyente en la resurrección, pues comentó en el texto que es citado repetidamente (Job 19:25, 26): “Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios.” David creía en la resurrección más allá de cualquier sombra de duda, pues cantó de Cristo: “Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.” Daniel creyó en ella, pues dijo que: “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán

despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua.” Las almas no duermen en el polvo; los cuerpos sí.

Les hará bien acudir a uno o dos pasajes para ver qué pensaban estos santos hombres. Por ejemplo, en Isaías, en 26:19, se lee: “Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo!, porque tu rocío es igual a rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos.” No ofreceremos ninguna explicación. El texto es positivo y seguro.

Dejemos que hable otro profeta: Oseas, en el capítulo 6 y versículos 1 y 2: “Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendrá. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él.” Aunque esto no declara la resurrección, la usa como una figura que no sería útil si no fuera considerada como una verdad establecida. Pablo también declara en Hebreos 11:35, que esa fue la fe constante de los mártires, pues dice: “Otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección.”

Todos esos hombres y mujeres santos que, durante el tiempo de los Macabeos, se mantuvieron firmes por su fe, y soportaron el fuego y la espada e inenarrables torturas, creyeron en la resurrección, y esa resurrección los estimulaba para entregar sus cuerpos a las llamas, sin que les importara ni siquiera la muerte, sino que creían que después alcanzarían una bendita resurrección.

Pero nuestro Señor trajo la resurrección a la luz de la manera más excelente, pues explícita y frecuentemente la declaró. “No os maravilléis de esto”—dijo—“porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz.” “Viene la hora cuando llamará a los muertos a juicio, y estarán delante de su trono.” En verdad, en toda Su predicación hubo un flujo continuo de una creencia firme, y de una positiva declaración pública de la resurrección de los muertos. No los abrumaré con pasajes de los escritos de los apóstoles: ellos abundan en el tema. De hecho, la Santa Escritura está tan llena de esta doctrina que me sorprende, hermanos, que nos hubiéramos apartado tan pronto de la firmeza de nuestra fe, y que se llegara a creer en muchas iglesias que los cuerpos materiales de los santos no vivirán otra vez, y especialmente que los cuerpos de los impíos no tendrán una existencia futura. Nosotros sostengamos según nuestro texto, que “ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos.”

Una segunda prueba, pensamos, la encontramos en *la transposición de Enoc y Elías al cielo*. Leemos de dos hombres que fueron al cielo en sus cuerpos. “Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios”; y Elías fue transportado al cielo en un carro de fuego. Ninguno de estos hombres dejó sus cenizas en el sepulcro: ninguno dejó su cuerpo para que fuera consumido por el gusano, y ambos ascendieron a lo alto en sus cuerpos mortales (sin duda cambiados y glorificados). Ahora, esos dos individuos fueron la garantía de que todos hemos de resucitar de la misma manera. ¿Sería verosímil que dos espíritus relumbrantes estuvieran en el cielo vestidos de carne, mien-

tras que el resto de nosotros estuvíramos desvestidos? ¿Sería algo razonable que Enoc y Elías fueran los únicos santos que tuvieran sus cuerpos en el cielo, y que nosotros estuvíramos allí únicamente en nuestras almas, ¡pobres almas!, anhelando contar otra vez con nuestros cuerpos?

No; nuestra fe nos dice que habiendo ido estos dos hombres al cielo con seguridad, como lo expresa John Bunyan, por un puente que nadie más pisó, gracias al cual no se vieron en la necesidad de vadear el río, nosotros seremos alzados de las aguas, y nuestra carne no morará para siempre en la corrupción.

Hay un notable pasaje en Judas, en el que se habla de que cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo por el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir “juicio de maldición.” Ahora, esto se refiere a la gran doctrina de que *los ángeles vigilan los huesos de los santos*. Ciertamente nos informa que el cuerpo de Moisés era vigilado por un grandioso arcángel; el diablo pensaba turbar ese cuerpo, pero Miguel contendía con él por esa causa. Ahora, ¿habría una contención acerca de ese cuerpo si no hubiese sido de ningún valor? ¿Contendería Miguel por aquello que habría de servir únicamente de alimento de los gusanos? ¿Lucharía con el enemigo por aquello que habría de ser esparcido a los cuatro vientos del cielo, para no ser reunido nunca en una armazón más buena y nueva? No; seguramente que no.

De esto aprendemos que un ángel vigila sobre cada tumba. No es una ficción cuando esculpimos sobre el mármol los querubines con sus alas. Hay querubines con alas extendidas sobre las lápidas sepulcrales de todos los justos; ay, y donde “los rústicos antepasados de aldea duermen,” en algún rincón recubierto de ortigas, allí está un ángel noche y día para vigilar cada hueso y proteger cada átomo, para que en la resurrección esos cuerpos, con más gloria de la que tuvieron en la tierra, puedan levantarse para morar por siempre con el Señor. La custodia de los cuerpos de los santos, por parte de los ángeles, demuestra que resucitarán otra vez de los muertos.

Pero, además, las *resurrecciones que ya han tenido lugar* nos dan esperanza y confianza de que habrá una resurrección de todos los santos. ¿No recuerdan que está escrito que cuando Jesús resucitó de los muertos, muchos de los santos que estaban en sus sepulcros resucitaron, y vinieron a la ciudad, y aparecieron a muchos? ¿No han oído que Lázaro, aunque había estado muerto tres días, salió del sepulcro a la palabra de Jesús? ¿No han leído nunca cómo la hija de Jairo despertó del sueño de la muerte cuando Él dijo: “*Talita cumi?*” ¿No le han visto nunca a las puertas de Naín, ordenando que el hijo de la viuda se levante del féretro? ¿Han olvidado que Dorcas, que hacía vestidos para los pobres, se sentó y vio a Pedro después de haber estado muerta? ¿Y no recuerdan a Eutico que cayó del tercer piso abajo, y fue levantado muerto, pero, ante la oración de Pablo, fue resucitado de nuevo? O, ¿no vuelta su imaginación al tiempo cuando el encanecido Elías se tendió sobre el niño muerto, y el niño respiró, y estornudó siete veces, y su alma volvió a él? O, ¿no han leído que cuando enterraron a un

hombre, tan pronto como tocó los huesos del profeta, revivió, y se levantó sobre sus pies? Estas son prendas de la resurrección; unos cuantos especímenes, unas cuantas joyas ocasionales que son arrojadas en el mundo para decírnos cuán llena de joyas de la resurrección está la mano de Dios. Él nos ha dado pruebas de que es capaz de resucitar a los muertos por la resurrección de unos cuantos que después fueron vistos en la tierra por testigos infalibles.

Pero ahora debemos dejar estas cosas y debemos referirlos al Espíritu Santo a modo de confirmación de la doctrina de que los cuerpos de los santos resucitarán de nuevo. El capítulo en el que encontrarán una gran prueba está en la Primera Epístola a los Corintios, 6:13: "Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo." *El cuerpo, entonces, es del Señor.* Cristo murió, no solamente para salvar mi alma, sino para salvar mi cuerpo. Se afirma que Él "vino a buscar y a salvar lo que se había perdido."

Cuando Adán pecó perdió su cuerpo, y perdió también su alma; era un hombre perdido, perdido por completo. Y cuando Cristo vino para salvar a Su pueblo, vino para salvar sus cuerpos y sus almas. "Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor." ¿Acaso es este cuerpo para el Señor, y sin embargo será devorado por la muerte? ¿Acaso es este cuerpo para el Señor, y los vientos esparcirán muy lejos sus partículas donde nunca encontrarán a sus congéneres? ¡No!, el cuerpo es para el Señor, y el Señor lo tendrá. "Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder."

Ahora miren el verso siguiente: "¿No sabéis que *vuestros cuerpos son miembros de Cristo?*" No únicamente el alma es una parte de Cristo, unida a Cristo, sino el cuerpo lo es también. Estas manos, estos pies, estos ojos, son miembros de Cristo, si soy un hijo de Dios. Soy uno con Él, no únicamente en cuanto a mi mente, sino uno con Él en cuanto a este cuerpo físico. El propio cuerpo es tomado en unión. La cadena de oro que ata a Cristo a Su pueblo se extiende alrededor del cuerpo y del alma también. ¿Acaso no dijo el apóstol: "Los dos serán una sola carne. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia"? Efesios 5:31, 32. "Los dos serán una sola carne"; y el pueblo de Cristo no sólo es uno con Él en espíritu sino que son "una sola carne" también. La carne del hombre está unida con la carne del Dios-hombre; y nuestros cuerpos son miembros de Jesucristo. Bien, mientras viva la cabeza, el cuerpo no puede morir; y mientras Jesús viva, los miembros no pueden perecer.

Además, el apóstol dice, en el versículo 19: "¿O ignoráis que vuestro *cuerpo es templo del Espíritu Santo*, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio." Dice que este cuerpo es el templo del Espíritu Santo; y cuando el Espíritu Santo mora en un cuerpo, no sólo lo santifica, sino que lo vuelve eterno. El templo del Espíritu Santo es tan eterno como el Espíritu Santo. Se pueden demoler otros templos y sus dioses también, pero el Espíritu Santo no puede morir, ni "puede perecer Su templo." ¿Acaso este cuerpo que ha contenido una vez al Espíritu San-

to será pasto de gusanos siempre? ¿No será visto más, sino que será como los huesos secos del valle? No; los huesos secos vivirán, y el templo del Espíritu Santo será edificado otra vez. Aunque las piernas—los pilares—de ese templo caigan, aunque los ojos—sus ventanas—se oscurezcan, y aquellos que ven a través de ellos no vean más, sin embargo, Dios reconstruirá este tejido, alumbrará otra vez los ojos, y restaurará sus pilares y renovará su belleza, sí, “cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de immortalidad.”

Pero el argumento fundamental con el que concluimos nuestra prueba es que *Cristo resucitó de los muertos*, y, en verdad, Su pueblo lo hará también. El capítulo que leímos al comienzo del servicio es prueba de una demostración de que si Cristo resucitó de los muertos, todo Su pueblo ha de resucitar; que si no hay resurrección, entonces Cristo no ha resucitado. Pero no me quedaré considerando esta prueba por mucho tiempo, pues yo sé que todos ustedes sienten su poder, y no hay necesidad de que yo la exponga claramente.

Como Cristo resucitó en realidad de los muertos: carne y sangre, así será para nosotros. Cristo no era un espíritu cuando resucitó de los muertos; Su cuerpo podía ser tocado. ¿Acaso no puso Tomás su mano en Su costado? ¿Y no le dijo Cristo: “Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.” Y si hemos de resucitar como resucitó Cristo—y eso es lo que se nos enseña—entonces resucitaremos en nuestros cuerpos, no como espíritus, no como excepcionales cosas etéreas, hechos de no sé que, de alguna sustancia sumamente elástica y refinada, sino que “como el Señor nuestro Salvador resucitó, así todos sus seguidores han de resucitar.”

Resucitaremos en nuestra carne, aunque “no toda carne es la misma carne”; resucitaremos en nuestros cuerpos, aunque no todos los cuerpos son los mismos cuerpos; y resucitaremos en gloria, aunque no todas las glorias son las mismas glorias. “Una carne es la de los hombres, otra carne es la de las bestias”; y hay una carne de este cuerpo, y otra carne del cuerpo celestial. Hay aquí un cuerpo para el alma, y otro cuerpo para el espíritu allá arriba; y, sin embargo, será el mismo cuerpo que resucitará de nuevo del sepulcro: el mismo, digo, en identidad, aunque no en gloria o en adaptación.

Llego ahora a algunos pensamientos prácticos derivados de esta doctrina, antes de pasar a otras consideraciones.

Hermanos míos, qué pensamientos de consuelo hay en esta doctrina, que afirma que los muertos resucitarán de nuevo. Algunos de nosotros hemos estado parados junto a la tumba esta semana; y uno de nuestros hermanos, que sirvió largamente a su Señor en nuestro medio, fue colocado en la tumba. Él fue un hombre valiente por la verdad, infatigable en la labor, abnegado en el deber, y siempre preparado a seguir a su Señor (se trata del señor Turner, de la escuela Lamb and Flag), y en la máxima medida de su capacidad, fue servicial para la iglesia. Ahora, allí se vieron algunas lágrimas derramadas: ¿saben a qué se debían? No hubo una sola lágrima solitaria que haya sido de-

rramada por su alma. No tuvimos que recurrir a la doctrina de la inmortalidad del alma para que nos diera consuelo, pues la conocíamos bien, estábamos perfectamente seguros de que había ascendido al cielo. El servicio funerario acostumbrado en la Iglesia de Inglaterra no nos ofrece ningún consuelo relativo al alma del creyente que ha partido, y eso es sabio de su parte, puesto que está en la bienaventuranza, sino que nos alienta recordándonos la resurrección prometida para el cuerpo; y cuando hablo en relación a los muertos, no es para dar consuelo en cuanto al alma, sino en cuanto al cuerpo. Y esta doctrina de la resurrección tiene consuelo para los deudos en relación a la mortalidad enterrada. Ustedes no lloran porque su padre, hermano, esposa, esposo, haya ascendido al cielo: serían crueles si lloraran por eso. Ninguno de ustedes llora porque su amada madre esté delante del trono, sino lloran porque su cuerpo está en la tumba, porque esos ojos ya no pueden sonreírles, porque esas manos no pueden acariciarles, porque esos dulces labios no pueden pronunciar melodiosas notas de afecto. Lloran porque el cuerpo está frío, y muerto, semejante al barro. Ustedes no lloran por el alma.

Pero yo tengo un consuelo para ustedes. Ese mismo cuerpo resucitará de nuevo; ese ojo destellará con fuerza de nuevo; esa mano será extendida con afecto una vez más. Créanme, no les estoy diciendo ninguna ficción. Esa misma mano, esa mano real, esos brazos fríos, semejantes al barro, que cuelgan por el costado y se caen al ser levantados por ustedes, sostendrán un arpa un día; y esos pobres dedos, ahora helados y tiesos, serán agitados a lo largo de las cuerdas vivas de las arpas de oro en el cielo. Sí, ustedes verán ese cuerpo una vez más—

***Sus pecados innatos requieren
Que su carne vea el polvo,
Pero así como el Señor su Salvador resucitó,
Así han de hacerlo Sus seguidores.***

¿No secará eso sus lágrimas? “No está muerto, sino que duerme.” No está perdido, sino que es “semilla sembrada para que madure para la cosecha.” Su cuerpo está descansando por poco tiempo, bañándose en especias, para que sea apto para los abrazos de su Señor.

Y aquí hay consuelo para ustedes también, para ustedes, pobres sufrientes, que sufren en sus cuerpos. Algunos de ustedes son casi mártires que experimentan dolores de un tipo o de otro: lumbago, gota, reumatismos, y todo tipo de tristes situaciones de las que la carne es heredera. Escasamente transcurre un día sin que sean atormentados con un sufrimiento de algún tipo u otro; y si no fueran lo suficientemente necios para estar autorecetándose siempre, podrían tener a cada rato al doctor de visita en su casa.

Aquí hay consuelo para ustedes. Ese pobre cuerpo suyo destartalado vivirá otra vez sin sus dolores, sin sus agonías; ese pobre andamio trémulo recibirá el reembolso de todo lo que ha sufrido. ¡Ah!, pobre esclavo negro, cada cicatriz sobre tu espalda tendrá una franja de honor en el cielo. ¡Ah!, pobre mártir, la crepitación de tus huesos en el fuego te ganará algunos sonetos en la gloria; todos tus sufrimientos serán

bien pagados por la felicidad que experimentarás allá. No temas sufrir en el cuerpo, porque tu cuerpo participará un día de tus deleites. Cada nervio se estremecerá de gozo, cada músculo se moverá por la bienaventuranza; tus ojos destellarán con el fuego de la eternidad; tu corazón palpitara y pulsará con bienaventuranza inmortal; tu estructura será el canal de beatitud; el cuerpo que es con frecuencia ahora una copa de ajenjo, será un recipiente de miel; este cuerpo que es a menudo un panal del cual destila hiel, será un panal de bienaventuranza para ti. Reciban consuelo, entonces, ustedes que sufren, que languidecen desfallecidos en el lecho: no tengan miedo, pues sus cuerpos vivirán.

Pero quiero extraer del texto una palabra de *instrucción* en relación a la doctrina del reconocimiento. Muchos se preguntan perplejos si conocerán a sus amigos en el cielo. Bien, ahora, si los cuerpos han de resucitar de los muertos, no veo razón alguna para que no los reconozcamos. Creo que conoceré a algunos de mis hermanos, incluso por sus espíritus, pues conozco muy bien su carácter, habiendo hablado con ellos de las cosas de Jesús, y conociendo muy bien las partes más prominentes de su carácter.

Pero veré también sus cuerpos. Siempre consideré como un golpe contundente, la respuesta a la pregunta que hizo al viejo John Ryland su esposa. ¿"Piensas"—preguntó—"que me conocerás en el cielo"? "Vamos"—le respondió—"te conozco aquí; y, ¿crees que seré más insensato en el cielo de lo que soy en la tierra?" La pregunta está fuera de toda disputa. Hemos de vivir en el cielo con cuerpos, y eso decide el asunto. Nos vamos a conocer los unos a los otros en el cielo; pueden tomar eso como un hecho positivo, y no como una simple fantasía.

Pero ahora tendremos una palabra de *advertencia*, y entonces habré concluido con esta parte de mi tema. Si sus cuerpos han de morar en el cielo, les suplico que los cuiden. No me refiero a que tengan cuidado con lo que comen y beben, y con lo que se han de vestir, sino que me refiero a que tengan cuidado de que sus cuerpos no sean contaminados por el pecado. Si esta garganta ha de gorjear para siempre los cánticos de gloria, no permitan que palabras de impudencia la ensucien. Si estos ojos han de ver al rey en su hermosura, entonces esta ha de ser su oración: "Aparta mis ojos, que no vean la vanidad." Si estas manos han de sostener una rama de palma, oh, entonces nunca han de recibir un soborno, nunca han de buscar el mal. Si estos pies han de caminar por las calles de oro, entonces no han ser ligeros tras la maldad. Si esta lengua ha de hablar por siempre de todo lo que Él dijo e hizo, ¡ah!, entonces no ha de expresar cosas ligeras y frívolas. Y si este corazón ha de palpitara para siempre con bienaventuranza, les suplico que no se lo entreguen a extraños; tampoco le permitan extraviarse tras el mal. Si este cuerpo ha de vivir para siempre, qué cuidado hemos de darle, pues nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, y son miembros del Señor Jesús.

Ahora, ¿creerán en esta doctrina o no? Si no creen, están excomulgados de la fe. Esta es la fe del Evangelio; y si no creen en ella, todavía

no han recibido el Evangelio. “Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados.” Los muertos en Cristo *van a* resucitar, y resucitarán *primero*.

II. Pero ahora llegamos a LA RESURRECCIÓN DE LOS IMPÍOS. ¿Resucitarán los impíos también? Aquí tenemos un punto de controversia. Ahora tendré que decir algunas cosas duras: podría detenerlos un poco, pero les ruego que me escuchen con atención. Sí, los impíos resucitarán.

La primera prueba nos es proporcionada en la segunda Epístola a los Corintios, 5:10: “Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” Ahora, puesto que todos hemos de comparecer, los impíos han de comparecer, y recibirán según lo que hayan hecho en el cuerpo. Como el cuerpo peca, es natural que el cuerpo sea castigado. Sería injusto castigar el alma y no el cuerpo, pues el cuerpo ha estado tan involucrado con el pecado como lo ha estado el alma en todo momento.

Pero doquiera que voy ahora oigo que se afirma: “Los ministros en tiempos antiguos eran proclives a decir que había fuego en el infierno para nuestros cuerpos, pero no es así; es un fuego metafórico, un fuego imaginario.” ¡Ah!, no es así. Recibirán las cosas hechas en su cuerpo. Aunque sus almas habrán de ser castigadas, sus cuerpos serán castigados también. Ustedes que son sensuales y diabólicos, no se preocupan de que sus almas sean castigadas, porque nunca piensan acerca de sus almas, pero si yo les hablo de un castigo corporal, pensarán mucho más en él. Cristo ha dicho que el alma será castigada, pero describió con mayor frecuencia al cuerpo en aflicción para impresionar a Sus oyentes, pues sabía que eran sensuales y diabólicos, y que nada que no afectara el cuerpo los tocaría en lo más mínimo. “Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.”

Pero este no es el único texto que demuestra la doctrina, y les daré uno que es mejor: Mateo 5:9: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.” No dice: “que toda tu *alma*,” sino “todo tu *cuerpo*.” Amigo, esto no dice que tu alma estará en el infierno—eso es afirmado muchas veces—sino que declara positivamente que *tu cuerpo* estará. Ese mismo cuerpo que ahora está parado en el pasillo, o sentado en la banca, si llegarás a morir sin Cristo, arderá por siempre en las llamas del infierno. No es una fantasía del hombre, sino una verdad que tu carne material y tu sangre, y esos propios huesos sufrirán: “todo tu cuerpo sea echado en el infierno.”

Pero por si una prueba no te satisface, escucha otra extraída del mismo Evangelio, capítulo 10:28: “No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. El infierno será un lugar pa-

ra cuerpos así como para almas. Tal como he observado, siempre que Cristo habla del infierno y del estado perdido de los impíos, habla en todo momento de sus cuerpos; escasamente le encuentran diciendo algo acerca de sus almas. Él dice: "Donde el gusano de ellos no muere," que es una figura de un sufrimiento físico: el gusano que tortura por siempre lo íntimo del corazón, como un cáncer dentro de la propia alma.

Él habla del "fuego que no puede ser apagado." Ahora, no comiencen a decirme que se trata de un fuego metafórico: ¿a quién le importa eso? Si un hombre me amenazara con darme un golpe metafórico en la cabeza, poco me preocuparía al respecto; sería bienvenido para que me diera los golpes que quisiera. ¿Y qué dicen los impíos? "A nosotros no nos importan los fuegos metafóricos." Pero, amigo, son *reales*, sí, tan reales como tú mismo. Hay un fuego real en el infierno, tan ciertamente como ahora tienes un cuerpo real, hay un fuego exactamente igual en todo al que tenemos en la tierra, excepto en esto: que no consumirá, aunque te torturará.

Tú has visto al asbesto cuando está al rojo vivo dentro del fuego, pero cuando lo sacas, no se ha consumido. De igual manera tu cuerpo será preparado por Dios de tal manera que arderá para siempre sin ser consumido; estará metido, no como tú consideras, en un fuego metafórico, sino en una llama real. ¿Tenía en mente nuestro Salvador una ficción cuando dijo que arrojaría cuerpo y alma en el infierno? ¿Para qué habría un abismo si no hubiese cuerpos? ¿Por qué el fuego, por qué las cadenas, si no fueran a estar los cuerpos allí? ¿Puede tocar el fuego al alma? ¿Pueden encerrar el abismo a los espíritus? ¿Pueden las cadenas atar a las almas? No; el abismo y el fuego y las cadenas son para los cuerpos, y los cuerpos estarán allí. Tú dormirás en el polvo por poco tiempo.

Cuando mueras, tu alma será atormentada sola—eso será un infierno para ella—pero en el día del juicio tu cuerpo se unirá a tu alma, y entonces tendrás infiernos gemelos, cuerpo y alma estarán juntas, ambos repletos de dolor hasta el borde, tu alma sudando gotas de sangre por los poros más íntimos y tu cuerpo cubierto de agonía de la cabeza a los pies; conciencia, juicio, memoria, todos siendo torturados, pero más aún: tu cabeza siendo atormentada por dolores desgarradores, tus ojos saltando de sus cuencas con cuadros de sangre y dolor; tus oídos siendo atormentados con—

**"Tétricos gemidos y quejidos profundos.
Y alaridos de torturados espíritus."**

Tu corazón palpitará precipitadamente por la fiebre; tu pulso se agitará en agonía a una enorme velocidad; tus miembros crujirán en el fuego como los de los mártires, pero no arderán; tú mismo, colocado en un recipiente de aceite hirviendo, estarás dolorido, pero permanecerás siendo indestructible; todas tus venas se convertirán en una senda que será recorrida por los pies ardientes del dolor; cada nervio será una cuerda sobre la cual el diablo tocará por siempre su diabólica

melodía del ‘Lamento Inenarrable del Infierno’; tu alma se dolerá eternamente y para siempre, y tu cuerpo palpitará al unísono con tu alma.

¡Ficciones, señor! De nuevo lo digo: no son ficciones, y vive Dios que se trata de una verdad sólida y severa. Si Dios es veraz, y esta Biblia es verdadera, lo que he dicho es la verdad, y descubrirán algún día que así es.

Pero ahora debo tener un pequeño razonamiento con los impíos sobre uno o dos puntos. Primero, razonaré con aquellos de ustedes que están muy orgullosos de sus atractivos cuerpos, y que se arreglan con excelentes ornamentos, y se tornan gloriosos en sus ropajes. Hay algunos de ustedes que no tienen tiempo para la oración, pero tienen suficiente tiempo para ataviarse; no tienen tiempo para la reunión de oración, pero tienen suficiente tiempo para cepillarse su cabello por toda una eternidad; no tienen tiempo para doblar sus rodillas, pero tienen tiempo abundante para tratar de parecer listos y grandiosos. “¡Ah, fina dama, tú que cuidas tu rostro muy bien maquillado!, recuerda qué dijo alguien en la antigüedad cuando alzó una calavera para contemplarla—

**“Díganle a ella, que aunque se cubra con una pulgada de pintura,
A este cutis ha de llegar al final.”**

Y algo peor que eso: ese bello rostro será marcado con las garras de los demonios, y ese hermoso cuerpo será únicamente el instrumento del tormento. ¡Ah!, vístete para el gusano, altivo caballero; únete para las rastreras criaturas del sepulcro; y peor aún, ven al infierno con tu cabello empolvado: ‘un caballero en el infierno’; desciende al abismo con tus preciosos vestidos; señor mío, vé allá, para encontrarte no más alto que los demás, excepto tal vez por una mayor tortura, y sumergido más profundamente en las llamas.

Ay, no nos conviene desperdiciar aquí tanto tiempo en las cosas menudas, cuando hay tanto por hacer, y tan poco tiempo para hacerlo, en lo relacionado a la salvación de las almas de los hombres. Oh Dios, nuestro Dios, libra a los hombres de celebrar y de darle gusto a sus cuerpos, cuando sólo los están engordando para el matadero, y alimentándolos para que sean devorados en las llamas.

Además, óiganme cuando digo que están gratificando a sus concupiscencias: ¿saben que esos cuerpos cuyas lascivias gratificamos aquí, estarán en el infierno, y que tendrán las mismas concupiscencias en el infierno que las que tiene aquí? El libertino se apresura a dar gusto a su cuerpo en lo que deseé; ¿podrá hacer eso en el infierno? ¿Podrá encontrar un lugar allí en el gratifique su concupiscencia y encuentre indulgencia para su sucio deseo? Aquí, el borracho puede vaciar por su garganta la copa intoxicante y mortal; pero, ¿dónde encontrará el licor para beber en el infierno, cuando la borrachera será tan ardiente sobre él como lo es aquí? Ay, ¿dónde encontrará siquiera una gota de agua para refrescar su lengua ardiente? El hombre que ama aquí la glotonería, será un glotón allá, pero ¿dónde estará la comida que le satisface, cuando aunque sostuviera su dedo en alto vería que los panes se alejan, y no le será permitido que tome ningún fruto? ¡Oh, tener tu pa-

siones, y, sin embargo, no poder satisfacerlas! ¡Encerrar a un borracho en su celda y no darle nada de beber! Se arrojaría contra la pared para conseguir el licor, pero no hay licor para él. ¿Qué harás en el infierno, oh borracho, con esa sed en la garganta, y no pudiendo tragártela sino flamas que incrementan tu suplicio?

Y, ¿qué harás tú, oh persona disoluta, cuando todavía quisieras estar seduciéndole a otros, pero no hay nadie con quien puedas pecar? ¿Hablo claramente? Si los hombres quieren pecar, encontrarán hombres que no se avergüencen de reprocharles. ¡Ah, tener un cuerpo en el infierno, con todas sus concupiscencias, pero sin el poder de satisfacerlas! ¡Cuán horrible será ese infierno!

Pero escúchenme todavía una vez más. Oh, pobre pecador, si viera que vas al escondrijo del inquisidor para ser atormentado, ¿no te rogaría que te detuvieras antes de que traspasaras el umbral? Y ahora te estoy hablando de cosas que son reales. Si estuviera esta mañana sobre un escenario, y estuviera actuando estas cosas como si fueran fantasías, les haría llorar: haría llorar a los piadosos al pensar que tantos serán condenados, y haría llorar a los impíos al pensar que serán condenados. Pero cuando hablo de realidades, no los commueven ni la mitad de lo que lo harían las ficciones, y están sentados como lo estaban antes de que el servicio comenzara.

Pero óiganme mientras afirmo de nuevo la verdad de Dios. Yo te digo pecador, que esos ojos que ahora miran a la lujuria, mirarán a las aflicciones que te han de vejar y atormentar. Esos oídos que prestas ahora para oír la canción de la blasfemia, oirán gemidos, y quejidos, y hórridos sonidos, que sólo los condenados conocen. Esa misma garganta por la que ahora derramas la bebida, estará llena de fuego. Esos propios labios y brazos tuyos serán torturados al mismo tiempo. Vamos, si tú tienes un dolor de cabeza, correrías a tu médico; pero, ¿qué harás cuando tu cabeza, y tu corazón, y tus manos, y tus pies te duelean todos a la vez? Cuando sólo tienes un dolor en tus riñones, buscas las medicinas que te sanen, pero ¿qué harás cuando la gota, y el reumatismo, y le vértigo y todo lo vil ataquen tu cuerpo a la vez? ¿Cómo te comportarás cuando seas aborrecible con todo tipo de enfermedad, leproso, paralítico, negro, podrido, tus huesos te duelan, tu médula tiemble, cada miembro que tienes esté lleno de dolor; tu cuerpo un templo de los demonios y un canal de aflicciones? Y, ¿proseguirás a ciegas? Como va el buey al degolladero, y como lame la oveja el cuchillo del carnicero, lo mismo ocurre con muchos de ustedes.

Señores, ustedes están viviendo sin Cristo, muchos de ustedes; son justos con justicia propia e impíos. Uno de ustedes sale esta tarde para tomar su porción de placer del día; otro es un fornicador en secreto; otro puede engañar a su vecino; otro puede maldecir a Dios de vez en cuando; otro viene a esta capilla pero en secreto es un borracho; otro parlotea acerca de la piedad, y Dios sabe que es un hipócrita desventurado. ¿Qué harás en aquel día cuando estés delante de tu Hacedor? Es poco que tu ministro te censure ahora; es poco ser juzgado por el juicio del hombre; ¿qué harás cuando Dios truene, no tu acusación,

sino tu condenación: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles"?

¡Ah!, ustedes que son sensuales, yo sabía que no les conmovería nunca mientras hablara acerca de tormentos para sus almas. ¿Les conmuevo ahora? ¡Ah, no! Muchos de ustedes se irán y se reirán, y me llamarán—como recuerdo que me llamaron una vez antes—"un clérigo del fuego del infierno." Bien, vayan; pero verán un día al predicador del fuego del infierno en el cielo, tal vez, y ustedes mismos serán echados fuera; y mirando hacia abajo con una mirada reprobatoria, pudiera ser, les recordaré que oyeron la palabra, y no la escucharon.

¡Ah, hombres, es algo sin importancia oírla; será algo duro soportarla! Ahora me escuchan inmóviles; será trabajo más duro cuando la muerte se aferre a ustedes y estén rostizándose en el fuego. Ahora desprecian a Cristo; no le despreciarán entonces. Ahora pueden desperdiciar sus días domingo; entonces darían mil mundos por un domingo si pudieran tenerlo en el infierno. Ahora pueden mofarse y burlarse; entonces no habrá ni mofas ni burlas; estarán gritando, y auillando, y llorando y pidiendo misericordia; pero—

**"No se permiten actos de perdón
En la fría tumba a la que nos apresuramos;
La oscuridad, la muerte y la larga desesperación,
Reinan en eterno silencio allí."**

¡Oh, mis queridos lectores! ¡La ira venidera! ¡La ira venidera! ¡La ira venidera! ¿Quién de ustedes morará con el fuego consumidor? ¿Quién de ustedes habitará con las llamas eternas? ¿Puedes hacerlo tú, amigo mío? ¿Y tú? ¿Puedes habitar con la llama eterna? "Oh, no"—respondes—"¿qué debo hacer para ser salvo?" Escucha lo que Cristo tiene que decir: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo; el que cree no será condenado." "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana."

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermóns #66, 67—Volume 2
THE RESURRECTION OF THE DEAD

Las Alegorías de Sara y Agar

NO. 69

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 2 DE MARZO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

“Pues estas mujeres son los dos pactos.”
Gálatas 4:24.

No puede haber una mayor diferencia entre dos cosas en el mundo que la que existe entre la ley y la gracia. Y sin embargo y aunque resulte extraño decirlo, a pesar que ambas cosas son diametralmente opuestas y esencialmente diferentes la una de la otra, la mente humana que es tan depravada y la inteligencia, aun cuando es bendecida por el Espíritu, se han alejado tanto del discernimiento correcto, que una de las cosas más difíciles del mundo es hacer una apropiada distinción entre la ley y la gracia.

Quien conoce esa diferencia y la recuerda continuamente (la diferencia fundamental entre ley y gracia) ha comprendido la esencia de la teología. Quien pueda comprender adecuadamente la diferencia entre la ley y la gracia, no está lejos de entender el tema del Evangelio en todas sus ramificaciones, sus matices y sus alcances. En toda ciencia hay una parte que resulta muy sencilla y fácil una vez que la hemos aprendido, pero que al principio se mostraba como un difícil comienzo aun antes de entrar en materia.

Ahora, la primera dificultad cuando uno se esfuerza en aprender el Evangelio es ésta. Entre la ley y la gracia debe haber una diferencia muy clara para cualquier cristiano, y especialmente para quien ha recibido instrucción y preparación; pero aún así, inclusive en los cristianos más preparados e instruidos, hay siempre una tendencia a confundir ambas cosas. Son tan opuestas como la luz y la oscuridad, y tan irreconciliables como el fuego y el agua; sin embargo el ser humano está perpetuamente esforzándose por hacer un compuesto de ambas cosas, a menudo por ignorancia, pero a veces voluntariamente. Buscan cómo mezclarlas, cuando Dios las ha separado categóricamente.

Esta mañana voy a tratar de enseñarles algo acerca de las alegorías de Sara y Agar, para que puedan entender la diferencia esencial entre los pactos de la ley y de la gracia. No nos vamos a adentrar completamente en el tema, sino que únicamente usaremos los ejemplos que el texto nos proporciona. En primer lugar quiero que consideren *a las dos mujeres* a quienes Pablo usa como tipos: Agar y Sara; después me concentraré *en los dos hijos*: Ismael e Isaac; en tercer lugar, me voy a referir *a la conducta de Ismael para con Isaac*; y voy a concluir comentando acerca *de los diferentes destinos de ambos*.

I. Primero, los invito a que miren a LAS DOS MUJERES: Agar y Sara. Se dice que ellas son los tipos de los dos pactos; y antes de empezar, debemos decirles en qué consisten los pactos. El primer pacto representado por Agar, es el pacto de obras, que es éste: “Oh, hombre, allí

está mi ley; si tú por tu lado te comprometes a guardarla, Yo, por Mi lado me comprometo a que vivas si la guardas. Si tú prometes obedecer mis mandamientos perfectamente, enteramente, plenamente, sin una sola ofensa en ningún punto, Yo te llevaré al cielo. Pero escúchame bien, si tú violas algún mandamiento, si tú te rebelas contra una sola ordenanza, te voy a destruir para siempre.” Ese es el pacto de Agar, el pacto promulgado en el Sinaí, en medio de tempestad, fuego y humo; o más bien presentado, antes que nada, en el huerto del Edén, donde Dios le dijo a Adán: “el día que de él comieres, ciertamente morirás.” Mientras no comiera del árbol, sino que más bien permaneciera sin mancha y sin pecado, Adán tenía la garantía de vivir. Ese es el pacto de la ley, el pacto de Agar.

El pacto de Sara es el pacto de gracia, no hecho entre Dios y el hombre, sino hecho entre Dios y Cristo Jesús, y que consiste en ésto: “Cristo Jesús por Su parte se compromete a llevar el castigo de los pecados de todo Su pueblo, se compromete a morir, a pagar sus deudas, a cargar con las iniquidades sobre Sus hombros; y el Padre por Su parte promete que todos aquellos por los que muera efectivamente el Hijo, serán salvados con toda certeza; que viendo que ellos tienen corazones perversos, Él pondrá Su ley en sus corazones, para que no se aparten de ella, y que viendo que tienen pecados, Él los pasará por alto y no los recordará más jamás.”

El pacto de obras era: “¡Oh hombre, haz ésto y vivirás!”, pero el pacto de gracia es: “¡Haz esto, oh Cristo, y tú, hombre, vivirás!” La diferencia en los pactos radica en ésto. El uno fue hecho con el hombre, el otro con Cristo; el uno era un pacto condicional, condicional al cumplimiento que le diera Adán; el otro es un pacto condicional para con Cristo, pero perfectamente incondicional para con nosotros. No hay ningún tipo de condiciones en el pacto de la gracia, o si existen condiciones, el propio pacto las satisface. El pacto da fe, da arrepentimiento, da buenas obras, da salvación, como un acto puramente incondicional y gratuito; tampoco nuestra permanencia en ese pacto depende de nosotros en el menor grado. El pacto fue hecho por Dios con Cristo, firmado, sellado y ratificado y en todas las cosas ordenado correctamente.

Ahora, vayamos y miremos la alegoría. En primer lugar, quisiera que vieran que *Sara, que es el tipo del nuevo pacto de la gracia, fue la esposa original de Abraham*. Antes que él conociera algo acerca de Agar, Sara era su esposa. El pacto de gracia era después de todo, el pacto original. Hay algunos malos teólogos que enseñan que Dios hizo al hombre recto e hizo un pacto con él; que el hombre pecó y que como algún tipo de reconsideración posterior, Dios hizo un nuevo pacto con Cristo para la salvación de Su pueblo. Pero eso es un error total. El pacto de gracia fue hecho antes que el pacto de obras; pues Cristo Jesús, antes de la fundación del mundo, lo consumó como Su cabeza y representante; y se dice que nosotros somos elegidos de conformidad al conocimiento anticipado de Dios el Padre, por medio de la obediencia y la aspersión de la sangre de Jesús.

Nosotros, muchos antes que cayéramos, fuimos amados por Dios; Él no nos nos amó por piedad, sino que amó a Su pueblo considerado

puramente como criaturas. Él los amó cuando se convirtieron en pecadores; pero cuando comenzó con ellos, los consideró como criaturas. Él permitió que cayeran en pecado, para mostrar las riquezas de Su gracia, que existía antes del pecado de los hombres. No los amó ni los eligió de entre todos los demás después de su caída, sino que los amó más allá de su pecado y antes de su pecado. Él hizo el pacto de gracia antes que cayéramos por el pacto de obras.

Si ustedes pudieran regresar a la eternidad, y preguntar cuál pacto nació primero, escucharían que la gracia nació antes que la ley; que vino al mundo mucho antes que la ley hubiera sido promulgada. De mayor antigüedad que los principios fundamentales que guían nuestra moralidad es esa grandiosa roca fundamental de gracia, en un pacto hecho en la antigüedad, antes que los videntes predicasen la ley, antes que el Sinaí humeara. Mucho antes que Adán estuviera en el huerto, Dios había ordenado a Su pueblo para vida eterna, para que pudiera ser salvado por medio de Jesús.

Observen a continuación: *aunque Sara era la esposa de mayor edad, sin embargo Agar dio a luz al primer hijo.* Así que el primer hombre Adán fue el hijo de Agar; aunque nació perfectamente puro y sin mancha, él no fue el hijo de Sara cuando estaba en el huerto. Agar tuvo el primer hijo. Ella dio a luz a Adán, que vivió durante un tiempo bajo el pacto de obras. Adán vivió en el huerto de conformidad a este principio. Su caída consistiría en la comisión de pecados; y si no cometía ningún pecado, entonces él permanecería para siempre. Adán tenía enteramente el poder de obedecer a Dios o no: su salvación, entonces, descansaba simplemente sobre esta base: “Si tocas de ese fruto, ciertamente morirás; si obedeces Mi mandamiento y no lo tocas, vivirás.”

Y Adán, perfecto como era, no era sino un Ismael después de su caída, y no un Isaac. *Aparentemente*, de cualquier manera, él pertenecía a la familia de Agar, aunque *secretamente*, según el pacto de gracia, pudo haber sido un hijo de la promesa. Bendito sea Dios, nosotros no estamos bajo Agar ahora; no estamos bajo la ley desde la caída de Adán. Ahora Sara ha dado a luz hijos. El nuevo pacto es, “La madre de todos nosotros.”

Pero además observen *que Agar no estaba destinada a ser una esposa; nunca debió haber sido otra cosa que la sierva de Sara.* La ley nunca tuvo por objetivo salvar hombres: únicamente estaba destinada para ser una sierva del pacto de gracia. Cuando Dios promulgó la ley en el Sinaí, no fue con el propósito de que algún hombre pudiera salvarse jamás por ella; nunca concibió que el hombre obtendría la perfección por ese medio. Pero ustedes saben que la ley es una maravillosa sierva de la gracia. ¿Quién nos llevó al Salvador? ¿Acaso no fue la ley que tronaba en nuestros oídos? Nunca hubiéramos venido a Cristo si la ley no nos hubiese guiado allá; nunca hubiéramos conocido el pecado si la ley no lo hubiera revelado.

La ley es la sierva de Sara que barre nuestros corazones y hace que el polvo se levante para que nosotros pidamos a gritos que la sangre sea rociada sobre nosotros para aplacar el polvo. La ley es, por decirlo así, el perro pastor de Jesucristo, que va tras Sus ovejas y las trae al redil; la ley es el rayo que aterra a los impíos y los conduce a volverse del error de sus pasos y a buscar a Dios. ¡Ah!, si supiéramos cómo usar la ley

correctamente, si entendiéramos cómo colocarla en el lugar adecuado y hacerla obediente a su señora, todo estaría muy bien.

Pero esta Agar siempre estará deseando ser la señora, como Sara; pero Sara jamás permitirá eso, sino que se cerciorará de tratarla duramente y echarla fuera. Nosotros debemos hacer lo mismo; y que nadie nos critique si tratamos a la familia de Agar con dureza en estos días, si a veces decimos cosas severas contra quienes ponen su confianza en las obras de la ley.

Vamos a citar a Sara como nuestro ejemplo. *Ella* trató duramente a Agar, y así lo haremos nosotros. Queremos hacer que Agar huya al desierto: no queremos tener tratos con ella. Sin embargo es algo muy notable que a pesar que Agar es tosca y fea, los hombres siempre tienen un mayor amor por ella que el que sienten por Sara; y están inclinados a exclamar continuamente: “Agar, tú serás mi señora,” en lugar de decir: “Sara, yo seré tu hijo y Agar será la esclava.”

¿Dónde está la ley de Dios ahora? No está *por encima* del cristiano. Está por *debajo* del cristiano. Algunos hombres sostienen la ley de Dios como una vara, *in terrorem* (en terror) sobre los cristianos, y dicen: “si tú pecas, serás castigado con esta vara.” No es así. La ley está bajo el cristiano; es para que se apoye en ella, para que sea su guía, su regla, su modelo. “No estamos bajo la ley, sino bajo la gracia.” La ley es el camino que nos guía, no la vara que conduce, ni el espíritu que nos impulsa.

La ley es buena y excelente, si guarda su lugar. Nadie critica a la sierva puesto que no es la esposa; y nadie despreciará a Agar puesto que no es Sara. Si ella simplemente hubiera recordado su trabajo, todo hubiera ido bien, y su señora nunca la habría echado. No queremos echar fuera de las iglesias a la ley, siempre y cuando sea mantenida en su posición correcta; pero cuando es elevada al rango de señora, fuera con ella; nosotros no aceptaremos el legalismo.

Además: *Agar nunca fue una mujer libre y Sara nunca fue una esclava*. Entonces, amados, el pacto de obras nunca fue libre, ni ninguno de sus hijos fue libre jamás. Todos aquellos que confían en sus obras no son libres nunca, y nunca podrán serlo, aunque llegaran a ser perfectos en buenas obras. Aun si no tuvieran pecado, continúan siendo esclavos, pues cuando hubiéremos hecho todo lo que teníamos que haber hecho, Dios no sería nuestro deudor, sino que nosotros todavía seríamos deudores de Él y permaneceríamos como esclavos.

Si yo pudiera guardar toda la ley de Dios, no tendría ningún derecho a mi favor, pues habría cumplido únicamente con mi deber y todavía sería un esclavo. La ley es el amo más riguroso del mundo y ningún hombre sabio querria servirle; pues después de todo lo que hubieras hecho, la ley nunca te daría un “gracias” por ello, sino que diría: “¡continúe, señor, continúe!”

El pobre pecador que intenta ser salvado por la ley es como un caballo ciego que da vueltas y más vueltas alrededor de un molino, sin dar nunca un paso más allá, y que sólo recibe latigazos continuamente; sí, entre más rápido vaya, más trabajo hace, más se cansa, y le va peor. Entre más legalista sea un hombre, más segura será su condenación; entre más

santo sea un hombre, si confía en sus obras, más seguro puede estar de su rechazo final y de su eterna porción con los fariseos.

Agar era una esclava; Ismael, aunque era un buen muchacho virtuoso, no era sino un esclavo, y no podía aspirar a más. Todos los trabajos que desempeñaba para su padre no podían convertirlo en un hijo nacido en libertad. Sara nunca fue esclava. Ella pudo eventualmente ser tomada prisionera por Faraón, pero aun en esa condición no fue una esclava; su esposo pudo negarla ocasionalmente, pero ella continuaba siendo su esposa; pronto fue reconocida por su esposo, y pronto Faraón fue obligado a devolverla. Así el pacto de la gracia podría dar la impresión de estar en peligro alguna vez y su Representante podría clamar: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa;" pero nunca estuvo en un riesgo real. Y a veces el pueblo bajo el pacto de la gracia podría parecer cautivo y esclavo; pero ellos todavía son libres. ¡Oh!, que nosotros supiéramos cómo "Estar firmes en la libertad con que Cristo no hizo libres."

Un pensamiento más. *Agar fue expulsada, al igual que su hijo; pero Sara no fue echada fuera nunca.* Así que el pacto de obras ha cesado de ser un pacto. No sólo las personas que han confiado en él han sido arrojadas fuera; Ismael no fue expulsado solo, sino que la madre de Ismael también lo fue. Así que no sólo el legalista se sabrá a sí mismo condenado, sino que la ley como un pacto ha dejado de ser, pues tanto la madre como el hijo son echados fuera por el Evangelio, y quienes confian en la ley son desechados por Dios.

Ustedes preguntan hoy, ¿quién es la esposa de Abraham? Pues Sara; ¿acaso no duerme al lado de su marido en la cueva de Macpela en este instante? Allí descansa ella, y si descansara allí por los próximos mil años, ella sería todavía la esposa de Abraham, mientras que Agar jamás podrá serlo. Oh, cuán dulce es saber que el pacto celebrado en la antigüedad fue en todas las cosas perfecto, y nunca, nunca será invalidado. "No es así mi casa para con Dios; sin embargo, él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado."

¡Ah!, ustedes legalistas, no me sorprende que enseñen la doctrina de que se puede perder la salvación, pues eso es consistente con su teología. Por supuesto que Agar tiene que ser echada fuera e Ismael también. Pero nosotros que predicamos el pacto de salvación gratuita y plena, sabemos que Isaac nunca será echado fuera y que Sara nunca dejará de ser la amiga y esposa de Abraham.

¡Ustedes que pertenecen a la familia de Agar! ¡Ustedes ceremonialistas! ¡Ustedes hipócritas! ¡Ustedes formalistas! De qué les servirá cuando digan al final: "¿Dónde está mi madre? ¿Dónde está mi madre la ley?" ¡Oh!, ella es echada fuera, y tú te puedes unir a ella en el olvido eterno. Pero el cristiano puede preguntar al final, ¿dónde está mi madre?; y se dirá: "Allí está la madre de los fieles, la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros; y entraremos, y habitaremos con nuestro Padre y nuestro Dios."

II. Ahora vamos a considerar a los DOS HIJOS. Mientras que las dos mujeres eran un tipo de los dos pactos, los dos hijos eran un tipo de quienes viven bajo cada uno de los pactos. Isaac es el tipo del hombre que camina por fe y no por lo que ve, y que espera ser salvado por la gracia;

Ismael es el tipo del hombre que vive por obras, y espera ser salvado por sus propias buenas acciones. Consideremos a ambos.

En primer lugar, *Ismael es el mayor*. Entonces, amados, el legalista es mucho mayor que el cristiano. Si yo fuera un legalista hoy, sería algunos quince o dieciseis años mayor de lo que soy como cristiano, pues todos nacemos como legalistas. Hablando de los arminianos, Whitfield decía: "Todos nosotros nacemos arminianos." La gracia es la que nos torna calvinistas, la gracia nos vuelve cristianos, la gracia nos hace libres, y nos permite conocer nuestra posición en Cristo Jesús. Debe esperarse entonces que el legalista tenga mayor poder de argumentación que Isaac; y cuando los dos muchachos están luchando, naturalmente Isaac cae derribado, pues Ismael es más corpulento. Y debemos esperar que vamos a escuchar que Ismael hace el mayor ruido, pues él es hombre fiero; su mano es contra todos, y la mano de todos contra él; mientras que Isaac es un joven pacífico. Él siempre apoya a su madre, y cuando se burlan de él, va y le dice a su madre que Ismael se burló de él, pero eso es todo lo que puede hacer; él no posee mucha fuerza.

Lo mismo pueden observar ustedes el día de hoy. Los ismaelitas son generalmente los más fuertes, y nos pueden derribar violentamente cuando argumentamos con ellos. De hecho ellos se jactan y se glorían porque los isaacs no tienen mucho poder de razonamiento, no tienen mucha lógica. No, Isaac no necesita eso, pues él es un heredero según la promesa y la promesa y la lógica no se llevan mucho. Su lógica es su fe; su retórica es su entrega.

Nunca esperen que el Evangelio resulte victorioso mientras estén disputando a la manera de los hombres; más bien esperen ser vapuleados. Si ustedes argumentan con un legalista y él gana, digan: "¡Ah!, yo esperaba eso; eso demuestra que yo soy un Isaac, pues con toda seguridad Ismael dará a Isaac una paliza, y yo no lo lamento para nada. Tu padre y tu madre estaban en la plenitud de su vigor, y eran fuertes; entonces fue natural que me dominaras, pues mi padre y mi madre eran bastante viejos."

Pero, ¿cuál era la *diferencia* entre los dos muchachos en su apariencia externa? No existía *ninguna diferencia entre ellos en cuanto a las ordenanzas*, pues ambos fueron circuncidados. No había ninguna distinción en relación con las señales externas y visibles. Así, mis carísimos hermanos, a menudo no hay ninguna diferencia entre Ismael e Isaac, entre el legalista y el cristiano, en materia de ceremonias externas. El legalista toma el sacramento y es bautizado; él tendría temor de morir sin hacer eso.

Y yo creo que no había mucha diferencia en cuanto al carácter de ellos. Ismael era un hombre casi tan bueno y honorable como Isaac; y la Escritura no dice nada en su contra; en verdad, yo estoy inclinado a creer que él era un muchacho especialmente bueno, basado en el hecho que cuando Dios dio una bendición, diciendo: "Yo estableceré mi pacto con Isaac." Abraham pidió: "Ojalá Ismael viva delante de ti." Él suplicó a Dios por Ismael, porque amaba al muchacho, indudablemente por su disposición. Dios respondió, sí, yo le voy a dar a Ismael tal y tal bendición;

él será padre de príncipes y él tendrá bendiciones temporales; pero Dios no cedería ni por la oración de Abraham. Y cuando Sara estaba muy enojada, como debe haber estado ese día cuando echó a Agar fuera de su casa, se dice: "Este dicho pareció grave en gran manera a Abraham a causa de su hijo," y yo no sospecho que el apego de Abraham haya sido una insensatez.

Hay un rasgo del carácter de Ismael que es digno de ser admirado. Cuando Abraham murió, no le heredó a Ismael ni un pedazo de madera ni una piedra, pues ya le había dado previamente su porción antes de despedirlo; sin embargo Ismael participó en los funerales de su padre, pues se dice que sus hijos Ismael e Isaac lo enterraron en Macpela. Parecería que sólo habían unas pequeñas diferencias en el carácter de los dos. Así que, amadísimos hermanos, hay poca diferencia entre el legalista y el cristiano en su aspecto exterior. Ambos son los hijos visibles de Abraham. Nada los distingue en la vida; pues Dios permitió que Ismael fuera tan bueno como Isaac, para mostrar que no es la bondad del hombre lo que motiva la distinción, sino que "de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece."

Entonces, *¿cuál era la distinción?* Pablo nos ha dicho que el primero nació según la carne y el segundo por el Espíritu. El primero era un hijo natural, el otro un hijo espiritual. Pregunten al legalista: "Tú haces buenas obras; te has arrepentido, dices que guardas la ley y que no tienes necesidad de arrepentirte. Ahora, ¿de dónde sacaste tu fuerza?" Tal vez él responda: "de la gracia;" pero si le preguntaran qué quiere decir con eso, diría que él usó la gracia; él poseía gracia y la usó. Entonces la diferencia consiste en que tú usaste tu gracia y los otros no. Sí. Bien, entonces es debido a tus acciones. Puedes llamarlo gracia o puedes llamarlo mostaza; después de todo no fue la gracia, pues fue el hecho que la usaras, dices, lo que hizo la diferencia. Pero pregunten al pobre Isaac cómo ha guardado la ley, y ¿qué responde? Muy mal, ciertamente. Isaac, *¿eres un pecador?* "¡Oh!, sí, y excesivamente grande; me he rebelado contra mi padre un sinnúmero de veces; a menudo me he apartado de Él." Entonces no te consideras tan bueno como Ismael, *¿no es cierto?* "No." Pero sin embargo hay una diferencia entre tú y él, después de todo. *¿Cuál ha sido la diferencia?* "Pues, la gracia me ha hecho diferente." *¿Por qué Ismael no es un Isaac?* *¿Podría Ismael haber sido un Isaac?* "No," responde Isaac, "fue Dios quien me hizo diferente, de principio a fin; Él me hizo un hijo de la promesa antes que yo naciera, y Él me debe guardar así."—

**"La gracia coronará toda la obra
A lo largo de días sin fin;
Coloca en el cielo la última piedra,
Y muy bien merece toda la alabanza."**

Isaac realmente tiene más buenas obras; en ese sentido no está colocado por detrás de Ismael. Cuando es convertido, trabaja para servir a su padre, de ser posible, mucho más de lo que el legalista trabaja para servir a su amo; pero aún así, sin duda, si escucharan ambos relatos, sabrían que Isaac dice que él era un pobre pecador miserable, mientras que Ismael se presentaría como un muy honorable caballero farisaico. La diferencia no reside en el trabajo, sin embargo, sino en los motivos; no en

la vida, sino en los medios de sostener esa vida; no tanto en lo que hacen, sino más bien en cómo lo hacen.

Entonces, aquí está la diferencia entre algunos de ustedes. No que ustedes los legalistas sean peores que los cristianos; a menudo, sus vidas pueden ser mejores, pero sin embargo ustedes pueden perderse. ¿Acaso se quejan de eso como algo injusto? Para nada. Dios dice que los hombres deben ser salvados por fe, y si ustedes dicen: "No, yo seré salvo por las obras," pueden intentarlo, pero estarán perdidos para siempre. Es como si tuvieran un sirviente y le dijeran: "Juan, ve a hacer tal y tal cosa al establo;" pero él va y hace lo contrario, y luego dice: "señor, lo hice muy bien." "Sí," dirían ustedes, "pero eso no es lo que te pedí que hicieras." Así Dios no te ha dicho que ganes tu salvación por medio de buenas obras; sino que Él ha dicho: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad." De tal forma que cuando se presenten ante Dios con sus buenas obras, Él dirá: "Yo nunca te pedí que hicieras eso. Yo dije, el que creyere en el Señor Jesucristo y fuere bautizado, será salvo." "¡Ah!" dirás tú, "yo pensé que mi propia manera era mucho mejor." Amigo, tú estarás perdido por andar pensando a tu manera. "¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia," "mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la ley."

III. Ahora diré brevemente una palabra o dos sobre LA CONDUCTA DE ISMAEL PARA CON ISAAC. Sabemos que Ismael se burlaba de Isaac. Queridos hijos de Agar, ¿acaso algunos de ustedes no se han sentido sumamente irritados cuando han oído esta doctrina? Han dicho: "es espantoso, es horrible, es muy injusto, que yo pueda ser tan bueno como quiera, pero si no soy un hijo de la promesa, no puedo ser salvo; es realmente horroroso, es una doctrina inmoral; causa mucho daño, y debería ser suprimida." ¡Por supuesto! Eso demuestra que tú eres un Ismael. Por supuesto que Ismael se burlará de Isaac; y no necesitamos otra explicación.

Donde se predica la pura soberanía de Dios, donde se sostiene que el hijo de la promesa y no el hijo de la carne es el heredero, el hijo de la carne siempre hace un alboroto acerca de ello. ¿Qué le dijo Ismael a Isaac? "¿Qué tienes que hacer tú aquí? ¿Acaso no soy yo el hijo mayor de mi padre? A mí debió pertenecer toda la propiedad, si no fuera por ti. ¿Acaso estás arriba de mí?" Así es como habla el legalista: "¿acaso no es Dios el padre de todos? ¿No somos todos sus hijos? No debemos establecer ninguna diferencia." Ismael preguntó: "¿No soy yo tan bueno como tú? ¿No sirvo yo igualmente a mi padre? En cuanto a ti, tú sabes que eres el favorito de tu madre, pero mi madre es tan buena como la tuya." Y de esta manera molestaba y se burlaba de Isaac.

Eso es exactamente lo que ustedes, arminianos, hacen con la salvación por gracia. El legalista dice: "no puedo verlo así, no puedo aceptarlo, y no lo haré; si ambos somos iguales en carácter, no puede ser justo que uno se pierda y el otro sea salvo." Y así se burla de la gracia inmerecida. Puedes pasártela sin problemas, si evitas predicar sobre la gracia

inmerecida, pero si te atreves a hablar sobre tales cosas, aunque sean ofensivas para la muchedumbre ¿qué dirá la gente? Las llaman “el anzuelo de la popularidad.” Pocos peces, sin embargo, muerden ese anzuelo. La mayoría de los hombres dicen: “lo odio, no puedo soportarlo; él es tan poco caritativo.” ¡Ustedes afirman que predicamos esto para ganar popularidad! Vamos, es visiblemente una clara mentira; pues la doctrina de la soberanía de Dios siempre será impopular; los hombres siempre la odiarán y rechinarán sus dientes, tal como lo hicieron cuando Jesús la enseñaba. Muchas viudas, decía Él, había en Israel, pero a ninguna de ellas fue enviado el profeta, sino a una viuda en Sarepta. Y muchos leprosos había en Israel, pero ninguno de ellos fue limpiado, excepto uno que había venido de muy lejos, de Siria.

Una envidiable popularidad obtuvo nuestro Salvador con ese sermón. Las personas rechinaron sus dientes en su contra; y toda la popularidad que tenía hubieran querido rodarla cuesta abajo desde la cumbre del monte, desde donde, se dice, lo querían despeñar; mas Él pasó por en medio de ellos y se fue. ¡Cómo! ¡Popular para rebajar el orgullo del hombre, para abolir la posición del hombre, y hacerlo que se encorve ante Dios como un pobre pecador! No, nunca será popular sino hasta que los hombres nazcan ángeles, y que todos los hombres amen al Señor, y eso no sucederá todavía, creo.

IV. Pero necesitamos investigar QUÉ SUCEDIÓ CON LOS DOS HIJOS.

Primero, *Isaac recibió toda la herencia, pero Ismael no recibió nada.* No que Ismael haya salido pobre, pues recibió muchos regalos y se volvió muy rico y poderoso en este mundo; pero no tuvo ninguna herencia espiritual. Así el legalista recibirá muchas bendiciones como una recompensa por su legalidad; él será respetado y honrado. “Verdaderamente,” dijo Cristo, “los fariseos tienen ya su galardón.” Dios no le roba su recompensa a nadie. Cualquier cosa que el hombre intente pescar, pescará. Dios les paga a los hombres todo lo que les debe, y todavía mucho más; y aquellos que guardan su ley, aun en este mundo, recibirán grandes favores. Al obedecer el mandamiento de Dios ellos no lesionarán sus cuerpos como lo hacen los viciosos, y preservarán mejor su reputación. La obediencia es buena en ese sentido.

Pero por otro lado Ismael no recibió ninguna herencia. Por tanto, tú, pobre legalista, si estás dependiendo de tus obras o de cualquier otra cosa, excepto de la gracia soberana inmerecida de Dios, para tu liberación de la muerte, tú no tendrás ni siquiera un palmo de la herencia de Canaán; sino que en aquel grandioso día cuando Dios reparta las porciones a todos los hijos de Jacob, no habrá ni un pedazo para ti. Pero si tú eres un pobre Isaac, un pobre pecador culpable y tembloroso, si tú dices: “Ismael tiene sus manos llenas—

**“Pero yo nada en mis manos llevo,
Simplemente a la cruz me apego,”**

Si tú dices en este día—

**“Yo no soy absolutamente nada,
Pero Jesucristo es mi todo en todo.”**

Si tú renuncias a todas las obras de la carne, y confiesas: “yo soy el primero de los pecadores, pero soy el hijo de la promesa; y Jesús murió por mí,” tú tendrás una herencia, y no te la robarán todas las burlas de

quienes son Ismael en el mundo; ni será disminuida por los hijos de Agar. Tú podrás ser vendido algunas veces, y llevado a Egipto, pero Dios traerá a quienes son como José o como Isaac de regreso, y tú todavía serás exaltado a la gloria y te sentarás a la diestra de Cristo.

¡Ah!, he pensado a menudo qué consternación habrá en el infierno cuando vayan allá hombres buenos en lo exterior. “Señor,” dice uno al entrar allí, “¿debo ir a ese calabozo aborrecible? ¿No guardé el día domingo? ¿No fui un sabatario estricto? Yo nunca maldije ni juré en toda mi vida. ¿Acaso voy a entrar allí? Yo pagué diezmos de todo lo que poseía, y ¿voy a ser encerrado allí? Yo fui bautizado; participé en la cena del Señor; yo fui todo lo que un hombre bueno pudo ser jamás. Es verdad, yo no creí en Cristo; pero no pensé que necesitara a Cristo, pues estaba convencido que yo era demasiado bueno y demasiado honorable; y ¿voy a ser encerrado allí? ¡Sí señor! Y entre los condenados tú tendrás esta preeminencia, que tú ciertamente despreciaste a Cristo por sobre todo lo demás. Los otros nunca erigieron un anticristo. Ellos siguieron una vida de pecado, y lo mismo hiciste tú en tu medida, pero tú agregaste a tu pecado éste que es el más condenable de los pecados: tú te alzaste como un anticristo, y te inclinaste y adoraste tu propia justicia imaginaria.

Entonces Dios procederá a decir al legalista: “Tal día Yo te escuché injuriar mi soberanía; te oí decir que era injusto de Mi parte salvar a Mi pueblo, y distribuir Mis favores según el consejo de Mi propia voluntad; tú ciertamente impugnaste la justicia de tu Creador, y justicia tendrás en todo su poder.” El hombre había pensado que tenía un gran saldo a su favor, pero descubre luego que es únicamente un granito de su obligación; pero después Dios extiende la larga lista de sus pecados, con ésto al final: “¡sin Dios, sin esperanza, un extraño de la nación de Israel!” el pobre hombre ve entonces que su pequeño tesoro es algo despreciable, mientras que la factura que debe a Dios es de diez mil millones de talentos; y entonces con un alarido terrible y un grito desesperado, huye con su pequeña lista de méritos que había esperado que lo salvarían; gritando: “¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido con todas mis buenas obras! Descubro que mis buenas obras eran como un grano de arena, pero que mis pecados eran montañas; y debido a que no tuve fe, toda mi justicia no era sino hipocresía blanqueada.”

Ahora, una vez más, *Ismael fue echado fuera e Isaac fue mantenido en la casa*. Así sucederá con algunos de ustedes, cuando el día de rendir cuentas venga para probar la iglesia de Dios. Aunque ustedes han estado viviendo en la iglesia lo mismo que otros, aunque ustedes llevan la máscara de la profesión de fe sobre ustedes, descubrirán que no les sirve de nada. Ustedes han sido como el hijo mayor, “tan pronto llega tu hijo que consumió tus bienes con rameras, has hecho matar al becerro más gordo.”

¡Ah!, legalista envidioso, tú serás echado de la casa al final. Yo te digo a ti, legalista, y a ti, formalista, que tu relación con Cristo es como la de cualquier pagano, y aunque has sido bautizado con el bautismo cristiano, aunque te sientas a la mesa cristiana, aunque oyes un sermón cristiano, no tienes participación ni porción en el asunto, no más que un católico o

un musulmán, a menos que confies simplemente en la gracia de Dios, y que seas un heredero de conformidad a la promesa. Quienquiera que confie en sus obras, aunque sea nada más un poco, descubrirá que esa poca confianza arruinará su alma. Todo lo que la naturaleza hila será deshilado. Ese barco que fue construido por las obras verá su quilla partida en dos. Un alma debe confiar sencilla y exclusivamente en el pacto de Dios, pues de lo contrario esa alma está muerta.

Legalista, tú esperas ser salvado por tus obras. Vamos, ahora te voy a tratar respetuosamente. No te voy a acusar de haber sido un borracho, o un blasfemo; pero quiero preguntarte: ¿estás consciente que para ser salvo por tus obras, el requisito es que tú seas enteramente perfecto? Dios exige el cumplimiento de toda la ley. Si tienes una vasija con la más pequeña grieta, no está impecable. ¿Acaso no has cometido pecado en toda tu vida? ¿No has tenido nunca un mal pensamiento, nunca ha habido perversidad en tu imaginación? Vamos, amigo, yo no supondría que has manchado esos blancos guantes de cabritilla con algo así como lujuria, o carnalidad, o que tu fina boca que usa ese lenguaje tan casto haya condescendido a algún juramento, o algo parecido a la lascivia; no voy a imaginarme que alguna vez hayas cantado una canción obscena; voy a dejar eso fuera de duda; pero, ¿no has pecado nunca? "Sí," respondes tú. Entonces, recuerda esto: "*el alma que pecare, esa morirá;*" y eso es todo lo que tengo que decirte. Pero si tú niegas que has pecado alguna vez, ¿sabes que si en el futuro cometes un solo pecado, aunque hayas vivido durante setenta años una vida perfecta, pero al final de esos setenta años cometes un pecado, toda tu obediencia no valdría nada? Pues "*Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.*"

"Amigo," dirás, "tu suposición es falsa, pues aunque creo que debo hacer algunas buenas obras, yo creo que Jesucristo es muy misericordioso, y aunque yo no soy exactamente perfecto, soy sincero, y yo creo que la obediencia sincera será aceptada en lugar de una obediencia perfecta." ¿De veras? Te ruego que me digas ¿qué es la obediencia sincera? He conocido a un hombre que se emborracha una vez a la semana; él es muy sincero, y no cree que esté haciendo mal en tanto que esté sobrio el día domingo. Muchas personas tienen lo que llaman una obediencia sincera, pero es una obediencia que siempre deja un pequeño margen para la iniquidad. Pero entonces tú respondes: "yo no tomo demasiado margen, sólo permito ciertos pecadillos." Mi querido amigo, estás muy equivocado en cuanto a tu sincera obediencia, pues si esto fuera lo que Dios requiere, entonces cientos de los caracteres más viles serían tan sinceros como lo eres tú. Pero yo no creo que seas sincero. Si fueras sincero, obedecerías lo que Dios dice, "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo." Creo que la obediencia sincera es un sincero engaño, y tú te darás cuenta de ello. "Oh," dirás, "yo creo que después de todo lo que hemos hecho, debemos ir a Jesucristo, y debemos decir: 'Señor, hay una gran deficiencia aquí, ¿la puedes remediar?' He oído que antes pesaban a las brujas contra la Biblia de la parroquia, y si pesaban más que la Biblia, eran declaradas inocentes; pero poner a una bruja y a la Biblia en la misma balanza es una nueva idea. Vamos, Cristo no se

pondrá en la balanza con un insensato arrogante como lo eres tú. Quieres que Cristo sirva de contrapeso. Él está muy agradecido contigo por el cumplido, pero Él no aceptará ese servicio tan bajo. "Oh," comentas tú, "Él me *ayudará* en el asunto de la salvación." Sí, yo sé que eso te complacería; pero Cristo es un Salvador muy diferente; Él decide hacerlo todo cuando hace algo. Te podrá parecer extraño, pero no le gusta ninguna ayuda. Cuando hizo el mundo, ni siquiera le pidió al ángel Gabriel que enfriara con su ala la materia derretida, sino que Él lo hizo enteramente todo.

Lo mismo ocurre con la salvación: Él dice, "Y a otro no daré mi gloria." Y quisiera recordarte, como profesas ir a Cristo, y sin embargo dices tener una participación en el negocio, que hay un pasaje en las Escrituras *a propósito* para ti, que puedes masticar a placer, "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra." Pues si mezclas ambas, arruinas a las dos. Vete a casa, amigo, y prepárate una mezcla de fuego y agua, esfuérzate por mantener en tu casa a un león y a un cordero, y cuando hayas tenido éxito haciendo ésto, dime que has logrado que las obras y la gracia estén de acuerdo, y yo te responderé que me has dicho una mentira aún entonces, pues las dos cosas son tan esencialmente opuestas, que eso no puede lograrse.

A cualquiera de ustedes que deseche todas sus buenas obras y quiera venir a Jesús, diciendo "nada, nada, NADA—

**'Nada en mis manos llevo,
Simplemente a la cruz me apego.'**

Cristo le dará suficientes buenas obras, Su Espíritu producirá en él tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad, y le hará santo y perfecto; pero si te has esforzado por alcanzar la santidad fuera de Cristo, has comenzado por el punto equivocado, has buscado la flor antes de tener una raíz y tus esfuerzos son insensatos.

Ustedes que son como Ismael ¡tiemblen ante Él ahora! Si otros son como Isaac, que siempre recuerden que son hijos de la promesa. Permanezcan firmes. No se dejen enredar por el yugo de la servidumbre, pues ustedes no están bajo la ley, sino bajo la gracia.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #69-Volume 2

THE ALLEGORIES OF SARAH AND HAGAR

Buenas Obras

NO. 70

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 16
DE MARZO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

**“Celoso de buenas obras.”
Tito 2:14.**

No tenemos miedo de inculcar en ustedes un espíritu legalista por lo que vamos a decir, pues, creemos que después de nuestras frecuentes exhortaciones apoyadas por el Espíritu Santo, para que eviten cualquier cosa que semeje confianza en sus buenas obras, no sentimos temor que nos malinterpreten como para suponer que, cuando hablamos de buenas obras hoy, queremos de alguna manera que se imaginen que esas buenas obras pueden promover su eterna salvación. Nos esforzamos aquí arduamente el domingo antepasado para enseñarles la diferencia entre los dos pactos: el pacto de gracia y el pacto de obras. Les ruego que traten de recordar lo que dijimos en esa ocasión, y si por cualquier equivocación de la lengua dijésemos algo que pudiera parecer legalismo, cotejen ambos mensajes, y allí donde cometamos algún error sobre la grandiosa verdad de la justificación por fe, rechacen nuestro testimonio.

“Celoso de buenas obras.” Hay algunos que nos oyen predicar alta doctrina, y nos escuchan declarar constantemente que por gracia somos salvos por medio de la fe, y esto no de nosotros, pues es don de Dios. Por lo tanto, suponen que no podemos predicar sobre buenas obras, y que no podríamos predicar un buen sermón de exhortación a los cristianos, para que vivan en santidad. Bien, no diremos que podemos predicar un buen sermón, pero sí diremos que intentaremos predicar un sermón sobre ese tema que será tan bueno como los suyos, que conduzca a los hijos de Dios a vivir en santidad de la misma manera que puede hacerlo cualquiera de sus exhortaciones, cimentadas como están en la confianza en la carne, y basadas en amenazas, regulaciones y promesas que ellos suponen que inducirán a los hijos, pero que sólo son buenas para esclavos, mas de poca valía para que operen en los creyentes que verdaderamente han renacido. Los hijos de Dios conforman un pueblo santo. Para este propósito específico nacieron y fueron traídos al mundo, para que fueran santos. Para esto fueron redimidos con sangre y fueron hechos un pueblo peculiar. El propósito de Dios en la elección, el fin de todos sus propósitos, no se ve cumplido mientras no se conviertan en un pueblo “celoso de buenas obras.”

Ahora, esta mañana, primero que nada, les hablaremos de *la naturaleza de las buenas obras*, pues hay muchas cosas llamadas buenas obras que no lo son en lo absoluto; en segundo lugar, vamos a *rastrear a las buenas obras hasta sus orígenes*: vamos a descubrir de dónde provienen las buenas obras; en tercer lugar, intentaremos mostrarles *el uso de las buenas obras*; y vamos a concluir procurando *demostrar que nuestras doctrinas de la gracia que discrimina, que distingue, la gracia inmerecida, tienen influencia para convertirnos a los creyentes en ellas, en "celosos de buenas obras."*

I. Entonces, en primer lugar, estamos a punto de contestar la pregunta: *¿QUÉ SON LAS BUENAS OBRAS?* Bien, me atrevo a decir que ofenderemos a muchas personas cuando les digamos qué son las buenas obras, pues en nuestra opinión, las buenas obras son las cosas más raras del mundo, y creemos que podríamos caminar muchas millas antes de ver alguna. Usamos la palabra 'buenas' en su sentido propio. Hay muchas obras que son lo suficientemente buenas entre un hombre y otro, pero vamos a usar hoy la palabra 'buenas' en un sentido más elevado, concerniente a Dios. Creemos que seremos capaces de demostrarles que hay muy pocas buenas obras en cualquier parte, y que no hay ninguna, fuera del seno de la iglesia de Cristo.

Creemos, si leemos correctamente la Escritura, que ninguna obra puede ser buena a menos que sea ordenada por Dios. ¡Esto elimina una gran porción de lo que los hombres hacen para ganar la salvación! El fariseo decía que él diezmaba la menta, y el eneldo, y el comino. ¿Podía demostrar él que Dios le mandaba diezmar su menta, su eneldo y su comino? Probablemente no. Decía que ayunaba muchas veces a la semana. ¿Podía probar que Dios le decía que ayunara? Si no, sus ayunos no eran obediencia. Si yo hago algo que no se me ordena que haga, no estoy obedeciendo al hacerlo. Vanas, entonces, son todas esas pretensiones de los hombres que, mortificando sus cuerpos, negando su carne, haciendo esto, eso, o lo de más allá, pueden ganar el favor de Dios. Ninguna obra es buena a menos que Dios la mande. Un hombre puede construir una larga hilera de hospicios, pero si los construye sin referencia al mandamiento, no ha hecho ninguna obra buena.

Además: *ninguna obra puede ser buena a menos que se haga por un buen motivo*; y no hay ningún motivo que pueda llamarse bueno, que no sea la gloria de Dios. El que hace buenas obras con miras a salvarse a sí mismo, no las hace por un buen motivo, porque su motivo es egoísta. Quien las realiza también para ganarse la estima de sus semejantes y por el bien de la sociedad, tiene un motivo laudable, en lo que concierne a los hombres; pero es, después de todo, un motivo inferior. ¿Qué fin tenemos en mente? Si es el beneficio de nuestros semejantes, entonces que nuestros semejantes nos paguen; pero eso no tiene nada que ver con Dios. La obra no es buena a menos que un hombre la haga con miras a

la gloria de Dios, y nadie puede hacerla con esa mira, mientras Dios no le haya enseñado cuál es Su gloria, y no haya sido conducido a someterse a la divina voluntad de Dios, de tal manera que en todo lo que haga, tenga en mente al Altísimo y obre con el fin de promover Su gloria y honor en el mundo.

Amados, aun cuando nuestras obras sean hechas con los mejores motivos, no son buenas obras a menos que sean hechas con fe; pues “Sin fe es imposible agradar a Dios.” Como Caín, podemos construir un altar, y poner encima las primicias de la tierra, creyendo que es un sacrificio aceptable en sí; pero si está desposeído de la sal de la fe, allí se quedará, no será aceptado por Dios, pues sin fe es imposible agradar a Dios.

Tráiganme a un hombre que toda su vida haya estado agotando su salud y su fortaleza por sus semejantes; consíganme a un funcionario público que haya cumplido plenamente con su responsabilidad, que haya trabajado día y noche hasta afectar su salud, porque estaba convencido que Inglaterra espera que todo hombre cumpla con su deber, y deseaba hacerlo; tráiganme a ese hombre; déjenme ver todas sus obras de caridad; permitanme ser testigo de la benevolencia más pródiga, de la generosidad más abundante; díganme que, con una finalidad consistente, él ha trabajado siempre por su país; y luego, si no puede responder esta pregunta: “¿Crees tú en el Hijo de Dios?” estaré obligado a decirle con toda honestidad que no ha hecho una solitaria obra buena en toda su vida, en lo que concierne a Dios.

Más aún, *cuando tenemos fe en Dios, y hacemos todas nuestra obras por el mejor de los motivos, aun entonces no tenemos ninguna solitaria buena obra, mientras no sea rociada sobre ella la sangre de Cristo.* Mirando todo lo que hemos hecho a lo largo de nuestras vidas, ¿podemos encontrar una solitaria cosa que nos atrevamos a llamar buena, si no ha sido rociada sobre ella la sangre de Cristo? Concedamos que haya algo bueno en ella, pues el Espíritu la obró en nuestras almas; también hay mucho de malo en ella, pues aun nuestros mejores ejercicios son terriblemente estropeados, viciados y arruinados por los pecados e imperfecciones que hay en ellos, por lo que no nos atrevemos a llamarlos buenos, mientras Jesús no los haya rociado con Su sangre, y no haya quitado la mancha.

Oh, cuán a menudo he pensado: “¡ahora sí he trabajado arduamente para predicar la palabra de Dios; no me he reservado en ningún momento, delante de amigos o enemigos, y espero haber declarado todo el consejo de Dios!” Y sin embargo, amados, cuántos de esos sermones no han sido buenas obras en lo absoluto, porque no estaba buscando la honra de mi Señor en el momento, o porque no había fe involucrada en ellos, sino que los prediqué en un marco de desaliento, abatimiento o desdicha; o, tal vez, incluso en mi objetivo de ganar almas, he tenido una

meta natural; pues temo que a menudo tenemos un motivo incluso perverso cuando nos regocijamos al ver convertidas a las almas, como es honrarnos a nosotros mismos para que el mundo diga: “¡vean cuántas almas son llevadas a Dios por su medio!”

Y aun cuando la iglesia se reúne para llevar a cabo buenas obras, ¿acaso no han observado que algo egoísta se cuela furtivamente: un deseo de exaltar a nuestra propia iglesia, de glorificar a nuestro propio pueblo, y hacernos poderosos nosotros mismos? Amados, estoy seguro que si se sientan y desmenuzan sus buenas obras, encontrarán muchas costuras malas en ellas que requerirán ser descosidas para ser cosidas de nuevo. Hay tantas manchas y borrones en lo tocante a ellas, que necesitarán ser lavadas en la sangre de Cristo para hacerlas buenas para algo.

Y ahora, amados, ¿creen que tienen algunas buenas obras? “¡Oh!,” responderán: “me temo que yo no tengo muchas, es más, sé que no las tengo; pero gracias a Su amor, Quien aceptó a mi persona en Cristo, acepta mis obras por medio de Cristo; y Quien me bendijo en Él para que fuese un vaso escogido, ha tenido el agrado de aceptar eso que Él mismo echó en el vaso, ‘Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado.’”

Y ahora, ustedes que son *moralistas*, que han confiado en ser justos, si lo que he dicho es verdad, ¿en qué se ha convertido su santidad? Tú dices: “yo soy un hombre caritativo.” ¡Te concedo que lo eres! Te digo que vayas y apeles a tus semejantes para que te paguen tu caridad. Dices: “soy un hombre moral y consistente, un gran motivo de orgullo para el país; si todos los hombres actuaran como lo hago yo, ¡qué bueno sería para el mundo y para esta generación!” Por supuesto que has servido a tu generación. Entonces manda tu factura y que tu generación te pague. Te digo que has trabajado arduamente para nada, porque sembraste viento y torbellino segarás. Dios no te debe nada; no has vivido para honrarle; debes confesar honestamente que no has llevado a cabo una sola acción con el deseo de agradarle; has trabajado arduamente para agradarte a ti mismo, ese ha sido el motivo más elevado que has tenido; estabas convencido que si eras bueno irías al cielo, y que si eras malo seguramente te irías al infierno. Has sido completamente egoísta de principio a fin. Concilia tus cuentas y sáldalas contigo mismo. Dios no te debe nada; no has hecho nada por Él; y si has hecho algo, entonces considera en tu intimidad que has violado tanto los mandamientos de Dios, y tan frecuentemente has hecho todo lo posible para ofender a tu Hacedor, si eso fuera posible, que todas tus cuentas quedan reducidas a nada.

Y en cuanto a tus buenas obras, ¿dónde están? ¿Dónde están? ¡Ah!, se trata de un invento, una ficción, una risa, un sueño. ¿Acaso los pecadores hacen buenas obras? Para nada. Muy bien lo dijo Agustín:

“según las conocemos, las buenas obras de los pecadores no son otra cosa que espléndidos pecados.” Esto es aplicable a las mejores obras del mejor de los hombres que no tenga a Cristo. No son otra cosa que pecados espléndidos, pecados embellecidos. ¡Queridos amigos, que los perdone Dios por sus buenas obras! Tienen tan gran necesidad de ser perdonados por sus buenas obras como la tienen de ser perdonados por sus malas obras, si están sin Cristo; pues yo considero que ambas categorías son muy semejantes, es decir, malas, si fueran cribadas.

II. Y ahora, en segundo lugar, ¿DE DÓNDE PROVIENEN LAS BUENAS OBRAS?

Es una vieja máxima que la naturaleza no puede superarse a sí misma. El agua proveniente de la punta del cerro sólo subirá tan alto como su fuente; pero, a menos que se ejerza alguna extraordinaria presión sobre ella, nunca subirá más alto. Lo mismo sucede con la naturaleza humana. La Escritura nos informa que es extraordinariamente depravada; no podemos esperar que de una naturaleza pervertida procedan las buenas obras. ¿Acaso pueden emanar aguas dulces del pozo amargo? De la misma manera que el veneno no crece en árboles saludables que dan frutos saludables, tampoco pueden crecer frutos saludables en árboles venenosos. No busquemos buenas obras en la naturaleza depravada como tampoco deberíamos buscarlas en la vid de Soreco en la vid de Gomorra. No podemos esperar encontrar buenas obras provenientes de la naturaleza del hombre; en verdad es vano e inútil pensar que las buenas obras se puedan originar en el hombre natural.

Ustedes se preguntarán: “¿de dónde provienen, entonces?” Nuestra respuesta es que las buenas obras provienen de una conversión real, producida por el Espíritu de Dios. Hasta el momento de nuestra conversión, no hay ni la más mínima sombra de bondad en nosotros. A los ojos del mundo podremos tener buena reputación y ser respetables, pero a los ojos de Dios no somos nada de eso. Si pudiéramos ver en nuestros corazones como miramos a veces los rostros de otras personas, veríamos muchas cosas allí que ahuyentaría de nuestras almas la simple suposición de buenas obras, antes de que nuestro corazón sea cambiado. Cuántas cosas no hay en el mundo que ponemos sobre nuestras mesas y que incluso comemos, que si fueran puestas al microscopio, tendríamos miedo de tocarlas, pues veríamos toda clase de criaturas repulsivas que trepan y se arrastran sobre ellas, ¡cosas inconcebibles! Y lo mismo sucede con la naturaleza humana. Una vez que el corazón humano es colocado bajo el microscopio de la Escritura, y lo vemos con un ojo espiritual, lo vemos tan depravado e inmundo, que quedamos muy convencidos que mientras no tengamos un nuevo corazón y un espíritu recto, sería tan imposible encontrar buenas obras

en el hombre inconverso e injusto, como ver fuego ardiendo en medio del océano. Las dos cosas serían igualmente incongruentes.

Nuestras buenas obras, si es que las tenemos, brotan de una conversión real. Además, emanan de una constante influencia espiritual ejercida sobre nosotros, desde el tiempo de la conversión hasta la hora de la muerte. ¡Ah!, cristiano, tú no tendrías buenas obras si no tuvieras una influencia renovada día con día. Descubrirías que la gracia que te fue dada en la primera hora no es suficiente para producir fruto hoy. No es como plantar un árbol en nuestros corazones, que de sí mismo produce fruto naturalmente, sino que la savia sube de la raíz que es Jesucristo. Nosotros no somos árboles independientes, sino que somos pámpanos injertados en la vid viva. ¡Buenas obras, yo sé de dónde provienen ustedes! Vienen flotando en la corriente de la gracia, y si yo no tuviera esa corriente de gracia fluyendo siempre, nunca encontraría buenas obras que surgieran de mí. ¿Buenas obras de una criatura? ¡Imposible! Las buenas obras son dones de Dios, son Sus perlas escogidas, que hace descender con Su gracia.

Y además, nosotros creemos que *las buenas obras surgen de la unión con Cristo*. Nosotros creemos que en la medida que un hombre se reconozca y se sienta uno con Jesús, será más santo. El propio hecho que Cristo y el cristiano se conviertan en uno, vuelve al cristiano semejante a Cristo. ¿Por qué el carácter de un cristiano es semejante al carácter de Cristo? Únicamente por esta razón: porque él es injertado y unido al Señor Jesucristo. ¿Por qué ese pámpano produce uvas? Simplemente porque ha sido injertado a la vid, y por tanto participa de la naturaleza del tronco. Así que, cristiano, la única manera por la que puedes producir fruto para Dios es siendo injertado en Cristo y unido con Él. Ustedes, cristianos, que piensan que pueden caminar en santidad sin guardar una perpetua comunión con Cristo, han cometido un grave error. Si quieren ser santos deben vivir cerca de Jesús. Las buenas obras brotan únicamente allí. De aquí sacamos las más poderosas razones contra cualquier cosa que se parezca a la confianza en las obras; pues como las obras son únicamente el don de Dios, cuán completamente imposible es que un hombre que sea injusto, inconverso e impío, produzca alguna buena obra por sí. Y si son dones de Dios, cuán poco mérito puede haber en ellas.

III. De esta manera hemos tratado de seguir la huella de las buenas obras hasta sus orígenes y sus cimientos. Y ahora llegamos al tercer punto, que es, ¿PARA QUÉ SIRVEN LAS BUENAS OBRAS?

A mí me gusta ser llamado un antinomiano, por esta razón: el término es aplicado generalmente a aquellos que sostienen firmemente la verdad y no la sueltan. Pero no me gustaría ser un antinomiano. No estamos en contra de la ley de Dios. Creemos que no es obligatoria como pacto de salvación; pero no tenemos nada que decir en contra de la ley de Dios.

“Porque sabemos que la ley es espiritual; mas nosotros somos carnales, vendidos al pecado.” Nadie nos acusará, con verdad, de ser antinomianos. Nosotros contendemos con los antinomianos; pero en cuanto a ciertas pobres almas, que son tan inconsistentes como para decir que la ley no es obligatoria, y sin embargo tratan de guardarla con todo su poder, ¡nosotros no contendemos con ellas! No harán nunca un grave mal. Pero creemos que deberían aprender a distinguir entre la ley como un pacto de vida y como una dirección después que hayamos obtenido la vida.

Bien, amamos las buenas obras. Nos preguntan que para qué sirven. Respondo, primero: *las buenas obras son útiles como evidencias de la gracia*. El antinomiano dice: ‘pero yo no requiero evidencias; yo puedo vivir sin ellas’. Esto no es razonable. ¿Ves aquel reloj? La hora sería precisamente la misma aunque no tuviésemos esa evidencia. Sin embargo, encontramos que el reloj es de mucha utilidad. De tal manera que decimos que las buenas obras son la mejor evidencia de la vida espiritual en el alma. ¿Acaso no está escrito que “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos?” Amar a los hermanos es una buena obra. Además: “el que permanece en mí, éste lleva mucho fruto.” Los frutos de justicia son buenas obras, y son evidencias que permanecemos en Cristo. Si yo vivo en el pecado día a día, ¿qué derecho tengo para concluir que soy un hijo de Dios?

Un hombre viene a esta capilla y mientras oye el Evangelio, exclama: “¡Cuán deliciosa verdad! ¡Qué doctrina tan celestial!” Sin embargo, cuando abandona el lugar, lo puedes ver que entra a una cantina tras otra, hasta quedar intoxicado. ¿Acaso este hombre tiene algún derecho de considerarse un heredero del cielo? El hombre que viene a la casa de Dios, y bebe en “banquete de vinos refinados,” y luego se va y bebe su copa y goza de la compañía de los impíos, no da ninguna evidencia que es partícipe de la gracia divina. Dice: “no me gustan las buenas obras.” Por supuesto que no. “Yo sé que no seré salvado por buenas obras.” De esto estamos seguros, pues no tiene ninguna obra por la que pueda ser salvo. Muchos están listos a decir—

***“Nada en mis manos traigo,
Simplemente a Tu cruz me aferro.”***

Crean que son hijos de Dios, porque si bien no tienen buenas obras como evidencia, piensan que tienen fe. ¡Ah, señor!, tú tienes fe, y hay otro caballero igualmente tan respetable como tú, que tiene fe; no te diré su nombre, pero él es mejor que tú, pues se nos informa que: “él cree y tiembla,” mientras que tú permaneces incombustible a pesar de las más poderosas exhortaciones. Sí, ustedes que creen que son hijos de Dios mientras viven en pecado, están en el más terrible error. No puede haber engaño, con la excepción del engaño del fariseo, que es más terrible que el engaño del hombre que piensa que el pecado y la gracia pueden reinar conjuntamente. El cristiano tiene pecados del corazón, por los que gime y

se lamenta, pero en lo concerniente a su vida exterior, él es guardado, de tal manera que el maligno no lo toca; el Señor lo cubre bajo la sombra de Sus alas; Él no le permite salirse del camino, excepto en algunas caídas. Las obras son las evidencias de nuestra fe; por fe, nuestras almas son justificadas delante Dios; por obras, nuestra fe es justificada delante de nosotros mismos y de nuestros semejantes.

En segundo lugar, creemos que las buenas obras son *los testigos o el testimonio para otras personas, de la verdad de lo que creemos*. Cada cristiano fue enviado al mundo para ser un predicador; y precisamente como cualquier otra criatura que Dios ha creado, siempre estará predicando acerca de su Señor. ¿Acaso el mundo entero no predica a Dios? ¿Acaso las estrellas, mientras están brillando, no miran desde el cielo y dicen que hay un Dios? ¿Acaso los vientos no entonan el nombre de Dios en sus poderosos aullidos? ¿Acaso las olas no murmuran ese nombre sobre la costa, y el trueno, no lo hace en las tormentas? ¿Acaso las aguas y los campos, los cielos y las llanuras, las montañas y los valles, los arroyos y los ríos, no hablan todos de Dios? Lo hacen con toda seguridad; y una criatura nacida de nuevo (el hombre creado en Cristo), debe predicar a Cristo dondequiera que vaya. Este es el uso de las buenas obras. Predicará, no siempre con su boca, sino con su vida. El uso de las buenas obras es que son el sermón de un cristiano. Un sermón no es lo que un hombre dice, sino lo que hace. Los que practican están predicando; no es predicar y practicar; sino que practicar es predicar. El sermón que es predicado con la boca se olvida pronto, pero lo que predicamos mediante nuestra vidas nunca se olvida. No hay nada como una práctica fiel y una vida santa, si queremos predicarle al mundo. La razón por la que el cristianismo no avanza a pasos más agigantados, es simplemente esta: que quienes profesan la fe son en gran medida una deshonra para la religión, y muchos de aquellos que se han unido a la iglesia, no tienen más piedad que los que están fuera de ella. Si yo predicara un sermón tan contradictorio un domingo como algunos de ustedes lo han predicado la mayor parte de sus vidas, al salir dirían: "no regresaremos más hasta que él no sea un poco más consistente consigo mismo." Hay una diferencia hasta en el propio tono de voz de algunas personas cuando están en la capilla, sumidas en oración, que cuando están en el taller; difícilmente las podríamos considerar las mismas personas. ¡Fuera con su inconsistencia! Profesantes, cuídense de que sus inconsistencias no borren su evidencia, y de no ser encontrados manifestando, no inconsistencia, sino la más terrible consistencia al vivir en el pecado y la iniquidad, y por tanto, siendo consistentes en la hipocresía.

En tercer lugar, *las buenas obras son útiles como un atavío para un cristiano*. Todos ustedes recordarán ese pasaje de las Escrituras, que nos dice cómo debe ataviarse una mujer. "Vuestro atavío no sea el externo de

peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible." El atavío de las buenas obras, el atavío con el que esperamos entrar en el cielo, es la sangre y la justicia de Jesucristo; pero el adorno de un cristiano, aquí abajo, es su santidad, su piedad, su consistencia. Si algunas personas tuvieran más piedad, no requerirían de un vestido tan llamativo; no tendrían necesidad de maquillarse siempre, para distinguirse. Los mejores aretes que puede usar una mujer, son los aretes de oír la Palabra con atención. El mejor de los anillos que podemos usar en nuestro dedo, es el anillo que el padre puso en el dedo del hijo pródigo, cuando fue traído de regreso; y la mejor ropa que podremos usar jamás, es la vestidura confeccionada por el Espíritu Santo, el vestido de una conducta consistente. Pero es maravilloso que, mientras muchos están tomándose todas las molestias para arreglar este pobre cuerpo, tienen muy pocos atavíos para su alma; olvidaron vestir su alma. ¡Oh, no!, llegaron muy tarde a la capilla, todo debido a ese otro prendedor, del que podrían haber prescindido. Ellos vienen justo cuando el servicio está comenzado, porque, en verdad, tienen tanto que ponerse, que no podrían estar aquí a tiempo.

Y hay hombres y mujeres cristianos, que olvidan lo que Dios ha escrito en Su palabra, tan verdadero ahora como lo ha sido siempre, que las mujeres deben arreglarse con modestia. Tal vez sería algo bueno que regresáramos a la regla de Wesley, es decir, abandonar el atavío del mundo, y vestirnos tan sencilla y nítidamente como los cuáqueros, aunque, ¡ay!, ellos tristemente han abandonado su primitiva simplicidad. Me veo obligado a apartarme, a veces, de lo que llamamos las elevadas cosas del Evangelio; pues realmente, por las apariencias externas, no podemos distinguir a los hijos de Dios de los hijos del diablo, y deberían existir diferencias. Debería haber alguna distinción entre los unos y los otros. Y aunque la religión permite la distinción de rango y vestido, sin embargo todo en la Biblia clama contra el hecho que nos ataviemos, y nos volvamos orgullosos en razón de la belleza de nuestro atavío.

Algunos dirán: "¡yo quisiera que dejaras ese tema en paz!" Por supuesto que quieren, porque se aplica a ustedes. Pero no dejamos de tocar ningún punto que creamos que se encuentra en las Escrituras; y aunque para mí el alma de un hombre es de suma importancia, la honestidad para con la conciencia de cada uno y la honestidad para conmigo mismo exigen que siempre hable de lo que considere un mal que se propaga en la Iglesia. Debemos cuidarnos siempre que en todo nos apeguemos, en la medida de lo posible, a la Palabra escrita. Si necesitan atavíos, aquí están. Aquí hay joyas, anillos, vestidos, y todo tipo de ornamentos. Hombres y mujeres, ustedes se pueden vestir hasta que brillen como ángeles. ¿Cómo pueden hacerlo? Vistiéndose de benevolencia, de amor a los santos, de honestidad y de integridad, de

rectitud, de piedad, de amabilidad fraternal, de caridad. Estos son los atavíos que los propios ángeles admirán y que incluso el mundo admira; pues las personas admirán al hombre y a la mujer que están arreglados con las joyas de una vida santa y de una conversación piadosa. Les suplico, hermanos, “En todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador.”

IV. De esta manera les he mostrado el uso de las buenas obras. Ahora, sólo un momento o dos, para decirles que la religión que profesamos en este lugar, y que predicamos, está DISEÑADA PARA PRODUCIR BUENAS OBRAS EN EL HIJO DE DIOS.

Algunos afirman que el llamado Calvinismo, que es un *alias* del verdadero Evangelio, está calculado para inducir a los hombres al pecado. Ahora, vamos a refutar eso, simplemente recordándoles que el pueblo más santo del mundo ha sido aquel que profesó la doctrina que nosotros sostenemos. Si ustedes preguntasen quiénes fueron las grandes luces morales del mundo en la Edad Media, la respuesta será: personas como Atanasio, Ambrosio y Crisóstomo; y luego, acercándonos más, hombres tales como: Wickliffe, Jerónimo de Praga y Calvino; y cada uno de estos sostuvo las doctrinas que proclamamos con entusiasmo. Y sólo permítanme recordarles que, nunca hubo mejores hombres en el mundo que los puritanos, y cada uno de ellos sostuvo con firmeza la verdad que amamos.

Me encontré un comentario en un libro, el otro día, que me agració tanto que decidí leerlo ahora. El escritor dice: “los puritanos fueron los más resueltos protestantes de la nación; calvinistas celosos; predicadores cálidos y afectuosos. Eran las personas más pías y devotas de la tierra; hombres de oración en lo secreto y en público, así como en el seno de sus familias. Su estilo de devoción era ferviente y solemne, dependiente de la ayuda del Espíritu Divino. Tenían una profunda reverencia para el santo nombre de Dios, y eran enconados enemigos no sólo de los juramentos profanos, sino de la plática insensata y de las burlas. Eran estrictos observantes del día del Señor, dedicando todo el día a la devoción en público y en privado y a la caridad. Era marca distintiva de un puritano, en aquellos tiempos, verlo asistir a la iglesia dos veces al día, con su Biblia bajo el brazo. Y mientras otros se dedicaban al juego y a las distracciones, a las parrandas, a caminar por los campos, o a la diversión del boliche, la esgrima, etcétera, estos, desde la víspera del día de reposo, se dedicaban con la familia a leer las Escrituras, a cantar salmos, a repasar sermones, a catequizar a sus hijos y a la oración. Y esta actividad la llevaban a cabo no sólo el día del Señor, sino que tenían sus horas de devoción familiar durante los días de semana; eran circunspectos en cuanto a todo exceso en la comida y en la bebida, en la ropa, y las diversiones sanas. Eran frugales, diligentes, honestos en sus tratos, y solícitos en dar a cada quien lo que le correspondía.” Ese es un

noble testimonio hacia la verdad puritana y el poder del Evangelio. Un sabio infiel dice que los calvinistas y jansenistas, “cuando son comparados con sus antagonistas, se han destacado, no en menor grado, en las virtudes más rígidas y respetables; ellos han sido un honor para su propia época, y el mejor modelo de imitación para las generaciones sucesivas.” Imagínense a un infiel hablando así. Creo que fue infiel quien dijo: “vayan a escuchar a un arminiano para oír hablar de buenas obras; pero vayan a un calvinista para ver cómo exhibe esas obras.” Y aun el doctor Priestly, que era un unitariano, admite que: “los que sostienen las doctrinas de la gracia, se conforman menos al mundo y tienen un principio mayor de religión, que nuestros propios seguidores: y quienes, con base en un principio de la religión, atribuyen más a Dios y menos al hombre que otros, tienen la mayor elevación de piedad.”

Y precisamente ahora que los unitarianos están trayendo a todos sus grandes hombres (tan grandes que nunca habíamos escuchado sus nombres hasta este día), y están haciendo todos sus esfuerzos en Londres para conseguir adeptos para el Unitarianismo, sólo les diríamos este hecho. El doctor Priestly atribuye la frialdad del Unitarianismo a la realidad que se han vuelto más indiferentes hacia la doctrina religiosa, y eso explica que sus capillas no tengan mucha asistencia, afirmando que los unitarianos tienen muy poco apego a sus doctrinas religiosas. ¡Cuánta misericordia! Pues si continuaran aferrándose a ellas, inevitablemente se perderían. Un hombre que niega la divinidad de Cristo se perderá con certeza. Es inútil que afirmen ser cristianos; muy bien podrían afirmar que son santos ángeles. La mejor prueba que puedo ofrecerles de la santa influencia de nuestras doctrinas, es este grandioso hecho, a saber: que en cada época, aquellos que han sostenido las doctrinas de la gracia han mostrado en sus vidas una santa conducta y una santa conversación.

Pero además, al recorrer rápidamente las doctrinas, preguntamos, *¿qué podría hacer más santos a los hombres que las verdades que predicamos?* ¿No les enseñamos, acaso, que Dios ha elegido para Sí un pueblo que debe ser santo? ¿Es esa una doctrina perversa? ¿No les decimos que Dios ha elegido para Sí un pueblo que en este mundo publicará Su alabanza por su vida santa? ¿Es esa una doctrina impía? Y les hemos dicho que el Espíritu Santo les da un nuevo corazón, y un espíritu recto, y que se requiere algo más de lo que ustedes podrían hacer; que son incapaces de llevar a cabo las cosas buenas que Dios espera de ustedes, por lo tanto, Dios el Espíritu debe renovarlos. ¿Llaman a eso una doctrina malvada? ¿Es acaso perversa la doctrina que los hombres son depravados por naturaleza y que necesitan gracia regeneradora? Y la doctrina de que los verdaderos santos perseverarán hasta el fin, ¿es malvada? Me parece que lo que se opone a estas doctrinas es precisamente lo más perverso del mundo. ¿Acaso es perversa la doctrina

de que únicamente los creyentes tienen un interés en la sangre de Cristo? La doctrina que predico, que Cristo ha redimido únicamente a los que viven en santidad, habiendo sido conducidos a ello por el Espíritu Santo, ¿es impía? No lo creo. Retamos a todos aquellos a quienes les encanta hablar en contra de nuestras doctrinas, que demuestren que una sola de ellas tiene algún componente impío. ¿Nos acusas porque no apoyamos las buenas obras? Ven y trata de entrar a nuestra iglesia, y pronto tendrás una prueba que estás equivocado. Vamos, no te recibiríamos, caballero, aunque nos dieras mil libras esterlinas, si no te consideráramos un hombre santo. Si no tienes buenas obras, pasará mucho tiempo antes de que te recibamos; y si vivieras en el pecado y en la injusticia, y te introdujeras subrepticiamente en nuestra iglesia, saldrías en una semana; pues pronto serías reportado al pastor y a los diáconos, y podrías comprobar que sostendemos la necesidad de las buenas obras. Si no las exhibieras diariamente te echaríamos fuera, pues no queremos tener comunión con las obras infructíferas de las tinieblas, sino que más bien las reprobamos. Nuestro orden eclesiástico es la mejor refutación de esa calumnia.

¿Qué más podemos agregar, entonces? Esperamos haber demostrado nuestros puntos a todos los hombres honestos y consistentes. Únicamente los despedimos a ustedes, hipócritas, con este mensaje resonando en sus oídos: "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él." A menos que vivan según Cristo, no estarán con Cristo al final; si su espíritu no es santificado en este mundo, Dios no los santificará cuando vengan delante de Su trono.

Pero ustedes, pobres pecadores, que no tienen ninguna santidad propia, y que no tienen buenas obras: sé que no tienen ninguna porque no son hijos de Dios. ¿Sienten que no las tienen? Vengan, entonces, y Cristo les dará algo: Él se dará a Sí mismo a ustedes. Si creen en el Señor Jesús, Él les lavará de todos sus pecados, les dará un nuevo corazón, y de aquí en adelante la vida de ustedes será santa, su conducta será consistente, Él les guardará hasta el fin, y con toda certeza serán salvos. ¡Que Dios bendiga este testimonio para cualquiera que esté viviendo en pecado, para que pueda ser rescatado de él; por Cristo nuestro Señor! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #70 - Volume 2
GOOD WORKS

Un Pueblo Dispuesto y un Líder Inmutable

NO. 74

UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 13 DE ABRIL, 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.

*“Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder,
en la hermosura de la santidad.”*

*Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud.”
Salmo 110:3.*

Nunca me ha desconcertado tanto un versículo de la Escritura, al tratar de descubrir su significado y su encadenación, como este pasaje lo ha hecho. Leyéndolo rápidamente, a simple vista, puede parecer fácil. Pero si lo escudriñan muy cuidadosamente, encontrarán que difícilmente pueden hilar sus palabras, o darles un significado inteligible. He leído a todos los comentaristas que poseo y encuentro que todos ellos dan un significado a las palabras, pero ninguno de ellos (ni siquiera el doctor Gill), da un significado coherente a toda la frase. Después de revisar las antiguas traducciones y de emplear todos los medios a mi alcance para descubrir su significado, me encuentro tan lejos de lograrlo como lo estaba al principio.

Matthew Henry, uno de los comentaristas más sabios y ciertamente el mejor para una lectura en familia, dice que el pasaje puede ser leído de la siguiente manera: “Tu pueblo vendrá voluntariamente en el día de tu poder en la hermosura de la santidad. En el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud.” Así es como él lo explica, aunque no establece que ésa sea la traducción adecuada. Henry explica la última frase, “tienes tú el rocío de tu juventud” diciendo que en la primera etapa de la vida, desde el seno de la aurora, los jóvenes deben entregarse a Jesucristo. Pero esto no es así.

Hay dos puntos después de la palabra aurora (en la versión King James en inglés), que dividen la frase. Además, no dice, “el pueblo se te ofrecerá. Tienes tú el rocío de su juventud,” como debería leerse si fuera tal como el expositor lo entiende. Sino que más bien dice a Cristo: “Tienes Tú el rocío de Tu juventud.” No fue sino hasta que consideramos plenamente el contexto del versículo y que tratamos de entender el alcance del Salmo, que concluimos que ya habíamos entendido su significado. Y aun así, dejaremos al juicio de cada uno de ustedes decidir si hemos entendido la mente del Espíritu, como esperamos haberlo hecho.

El Salmo es una especie de Salmo de coronación. Se le dice a Cristo que tome Su trono. “Siéntate a mi diestra.” El cetro es colocado en Su mano. “Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder.” Y luego se hace una pregunta: “¿Dónde está Su pueblo?” Pues un rey no sería rey sin sus súbditos. Aun el título más elevado de realeza no es sino algo vacío, si no hay súbditos que constituyan su plenitud. ¿Dónde, entonces, encontrará Cristo eso que será la plenitud de Él, que lo llena todo en todo? La gran ansiedad que tenemos no es acerca de si Cristo es rey o no; sabemos que lo es. Él es Señor de la creación y de la Providencia.

Nuestra ansiedad es acerca de Sus súbditos. A menudo nos preguntamos: “oh, Señor, ¿dónde encontraremos a Tus súbditos?” Cuando hemos

predicado a corazones endurecidos y hemos profetizado a huesos secos, nuestra incredulidad dice a veces: “¿dónde encontraremos hijos para Cristo? ¿Dónde encontraremos a las personas que van a constituir los súbditos de Su imperio?” Todos nuestros temores son apaciguados por este pasaje: “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad, desde el seno de la aurora.” Y por la segunda promesa: “Tienes tú el rocío de tu juventud.” Estos pensamientos son puestos aquí para mitigar las ansiedades del pueblo creyente de Dios y para permitirle que vea cómo Cristo será ciertamente rey y que nunca le faltará una multitud de súbditos.

En primer lugar, aquí hay *una promesa relativa a Su pueblo*. Y en segundo lugar, aquí hay *una promesa relativa al propio Cristo*. Que Él será un Cristo tan fuerte, tan lozano, tan nuevo y tan poderoso como siempre.

I. Primero, consideraremos LA PROMESA HECHA AL PUEBLO DE CRISTO. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad desde el seno de la aurora.” Aquí hay una promesa de tiempo: “en el día de tu poder.” Aquí hay una promesa de *pueblo*: “Tu pueblo.” Aquí hay una promesa de *disposición*: “Tu pueblo se te ofrecerá.” Aquí hay una promesa de *carácter*: “Tu pueblo se te ofrecerá en la hermosura de la santidad.” Y aquí hay una *figura majestuosa* que muestra la manera en que serán atraídos. Mediante una atrevida metáfora, se dice que saldrán tan misteriosamente como las gotas del rocío desde el seno de la aurora. No sabemos cómo, pero serán producidos por Dios. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad.” Desde el seno de aurora vendrán.

1. Primero, aquí tenemos una promesa relativa al *tiempo*. Cristo no reúne a Su pueblo cada día, sino en un día en especial, el día de Su poder. No es en el día cuando el hombre se siente con mayor fuerza que las almas son congregadas, pues, ¡ay!, los siervos de Dios a veces predicán hasta que su autocomplacencia les dice que han sido sumamente elocuentes y poderosos, y que, por lo tanto, los hombres deben ser salvados: pero no hay ninguna promesa de que en el día de *nuestro* poder, veremos que los hombres se reúnen alrededor de Cristo.

También hay momentos en los que el pueblo pareciera tener un gran poder de buscar a Dios y en los que tiene el poder de oír, pero no hay ninguna promesa que justo cuando reine la excitación y cuando la criatura parezca tener poder, que ese día será el día de la convocatoria de Dios. Es “en el día de tu poder,” y no en el día del poder del ministro, ni de los oyentes.

El día del poder de Dios: ¿cuándo es? Entendemos que es *el día cuando Dios derrama Su propio poder sobre el ministro*, de tal forma que los hijos de Dios son reunidos por su predicación.

Hay momentos, amados hermanos, cuando el siervo llamado del Dios viviente no tendrá nada que hacer en la predicación excepto simplemente abrir su boca y dejar que las palabras fluyan. Escasamente tendrá que detenerse para pensar, sino que más bien los pensamientos serán inyectados en su mente y mientras predica sentirá que hay un poder que acompaña su palabra. Sus oyentes también lo discernirán. Algunos de ellos sentirán como si estuvieran sentados junto a un mazo que golpea sus corazones. Otros sentirán como si la verdad se introdujera furtivamente en sus corazones para matar toda incredulidad, de una forma tal que no po-

drían resistir ese poder bendito. Sucederá a menudo que los hijos de Dios encontrarán que la Palabra va acompañada de una influencia y de un poder irresistibles.

Habían escuchado previamente a ese ministro, y confiaron en haber sido edificados y bendecidos, pero en ese día había una fuerza especial en el mensaje (cada palabra cayó en tierra buena), cada golpe llegó a su destino. No hubo ninguna flecha lanzada que no hubiera llegado al centro del alma, no hubo una sola sílaba predicada que no hubiera sido como la Palabra del propio Jehová hablando ya sea desde el Sinaí o desde el Calvario. ¿Han conocido tiempos así? Ah, esos son tiempos cuando Dios, por la manifestación de Sí mismo, se agrada en iluminar a Sus hijos, en reunir a Su pueblo y en hacer dispuestos a los pobres pecadores.

Hay también un día de poder *en el corazón de cada pecador*. Pues, ay, el día general de poder que ocurre en nuestra congregación pasa por alto a muchos (muchos por quienes tenemos que llorar); mientras cientos derraman lágrimas de penitencia, otros cientos están sentados de manera impasible e inmóvil. Mientras algunos corazones saltan de puro gozo, otros están aprisionados por los grilletes de la ignorancia y están durmiendo el sueño de la muerte. Mientras Dios está derramando Su Espíritu hasta llenar al borde algunos corazones, listos para estallar, hay otros que están secos, sin ninguna gota de humedad celestial. El día del poder de Dios es un día de poder personal en nuestras almas, como el día de Zaqueo cuando el Señor le dijo: "date prisa, desciende."

No es un día de argumento de hombre sino un día del poder omnipo-tente, pues Dios está trabajando en el corazón. No es un día de ilumina-ción intelectual, un día de simple instrucción, sino un día en el que Dios entra en el corazón y con una mano poderosa doblega la voluntad y la vuelve como quiere; hace que el juicio juzgue correctamente, que la ima-ginación piense como debe hacerlo y guía a toda el alma hacia Sí mismo. ¿Has pensado alguna vez en qué poder es ese que Dios ejerce en el cora-zón de cada individuo? No hay ningún poder como ése. ¿Acaso podrá el hombre mandar a las poderosas cascadas que se congelen y se junten en cúmulos? Si le obedecieran, no habría realizado un milagro ni la mitad de poderoso como ese que Dios obra en el corazón, cuando ordena a las inundaciones de pecado que cesen de fluir. ¿Acaso podría yo ordenar al volcán Etna, con sus llamas y su humo, que cese sus ebulliciones? Y si llegara a aquietarse de inmediato, yo no habría hecho una obra tan pode-rosa como cuando Dios habla a un espíritu hirviente, enviando fuego y humo, y le ordena que se detenga.

El Dios eterno exhibe más poder cuando vuelve a un pecador del error de sus caminos, que en la creación de un mundo o en la sustentación de un universo. En el día del poder de Dios, el pueblo de Dios será un pueblo dispuesto. Amados hermanos, nosotros también esperamos *un día de poder en el período venidero del reino de Jesucristo*. Entiendo que vendrá un tiempo cuando los más débiles de nosotros serán como David, y cuando David será como un ángel del Señor. Se acerca el tiempo cuando cada po-bre ministro ignorante predicará con poder, y cuando cada hijo de Dios estará lleno del conocimiento de Dios. Esperamos el feliz día cuando venga Cristo y haga que el conocimiento del Señor se difunda tan rápidamen-te que cubrirá la tierra como las aguas cubren el mar.

A menudo nos alegramos con este tema: bien, si laboramos en vano y gastamos nuestras fuerzas a cambio de nada ahora, no sucederá lo mismo siempre; vendrá el día cuando el viento fresco del Espíritu llenará las velas de la iglesia y la hará navegar con rapidez; cuando la débil mano del ministro será tan poderosa como la mano del guerrero cristiano más valeroso que haya blandido jamás la espada del Espíritu; cuando cada palabra de Cristo será como ungüento derramado, esparciendo su perfume sobre un mundo pecador; cuando no predicaremos nunca un sermón que no tenga efecto; cuando, como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, dará fruto para la gloria de Dios; ese fruto es la destrucción de los ídolos y el derrumbamiento de todas las religiones falsas. ¡Día feliz, ese día de poder! ¡Cristianos! ¿Por qué no oran por ese día? ¿Por qué no piden a Dios que dé poder a Su pueblo, y que Cristo venga con presteza y encuentre a Su pueblo dispuesto?

Hay, sin embargo, otra traducción para estas palabras. Calvin las traduce: “en el tiempo de la reunión de su ejército,” “au jour des montres” “en el día de la revista.” A veces ustedes dicen: “¡oh!, si ocurriera una gran contienda, ¿dónde serán encontrados los hombres que luchen por Cristo?” Hemos escuchado a creyentes tímidos que dicen: “oh, me temo que si viniera la persecución, encontrariámos a muy pocos valientes por la verdad; pocos ministros se adelantarian valerosamente para sostener el Evangelio de Cristo.” ¡No hay tal cosa, creyente! El pueblo de Cristo estará dispuesto en el día de los ejércitos de Dios. Dios no ha tenido que pelear nunca una batalla en la que pudiera decir: “no tengo soldados de reserva.” Dios no ha tenido nunca una ardua campaña en la que Sus ejércitos hayan sido insuficientes.

Una vez, el profeta dijo: “Después alcé mis ojos y miré, y he aquí cuatro cuernos. Y dije al ángel que hablaba conmigo: ¿Qué son éstos? Y me respondió: estos son los cuernos que dispersaron a Judá, a Israel y a Jerusalén. Me mostró luego Jehová cuatro carpinteros. Y yo dije: ¿Qué vienen éstos a hacer? Y me respondió, diciendo: Aquéllos son los cuernos que dispersaron a Judá, tanto que ninguno alzó su cabeza; mas éstos han venido para hacerlos temblar, para derribar los cuernos de las naciones que alzaron el cuerno sobre la tierra de Judá para dispersarla.” Zacarías 1: 18-21. Dios tenía suficientes hombres para derribar los cuernos, y para construir Su casa, había cuatro hombres; y Él tenía el tipo adecuado de hombres, listos para hacer Su trabajo; pues los “carpinteros” estaban listos. Siempre que la lucha se aproxime, Dios encontrará a Sus hombres. Siempre que la batalla vaya a comenzar, Dios encontrará a hombres valerosos por la verdad. Nunca teman que Dios vaya a descuidar Su iglesia. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de la batalla de Dios.” ¿Estás asumiendo alguna empresa noble? ¿Acaso dices: “Aquí hay un gran empeño por evangelizar al mundo: dónde encontraremos a la gente?” La respuesta es: “El pueblo de Dios se ofrecerá voluntariamente en el día de Sus ejércitos.”

Algunos maestros de escuelas dominicales se están quejando que en sus iglesias no pueden encontrar suficientes personas para cubrir su distrito. ¿Por qué no? Porque no tienen suficiente pueblo de Dios, pues el pueblo de Dios está dispuesto en el día de Sus ejércitos. Nosotros nos hemos quejado porque no podemos conseguir ministros para evangelizar.

¿Por qué no? Porque no están imbuidos plenamente del Espíritu del Señor, pues Su pueblo estaría dispuesto en el día de los ejércitos de Dios, cuando se le necesite. Ellos siempre tienen corazones dispuestos, que están listos para la batalla. No dicen: "debo consultar a carne y sangre." No, allí está el estandarte; ¡adelante soldados de Dios! Allí está la batalla; ¡desenvainen las espadas! Ellos están listos de inmediato para la batalla. Siempre están listos en el día de los ejércitos de Dios. Amados, no teman la lucha; no tengan miedo de emprender algo; tampoco piensen que la plata y el oro serán escasos: "Tu plata y tu oro son míos, y los millares de animales en los collados."

Independientemente de cuál sea el peso de sus ideas, no piensen que fracasarán. El pueblo de Dios se presentará voluntariamente cuando Él requiera de su ayuda. Nosotros creemos firmemente en esa verdad; pero debemos esperar el día de Dios; debemos orar por el día de Dios; debemos tener esperanza al respecto de ese día; y cuando venga, Dios encontrará a Su pueblo dispuesto, como debe estarlo.

2. Además, tenemos aquí la promesa de *un pueblo*, "Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder"; nadie más lo hará. Aquí hay una promesa que Cristo siempre tendrá un pueblo. En las épocas más oscuras, Cristo siempre ha tenido una iglesia; y si vienen tiempos más oscuros todavía, el tendrá todavía a Su iglesia. ¡Oh!, Elías, tu incredulidad es una insensatez. Tú dices: "y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida." No, Elías, en esas cuevas de la tierra, Dios tiene a Sus profetas, escondidos en grupos de cincuenta en cincuenta.

Tú también, pobre cristiano incrédulo, en algunos momentos tú dices: "y sólo yo he quedado." ¡Oh!, si tuvieras ojos para ver, si pudieras viajar un poco, tu corazón se alegraría al descubrir que a Dios no le falta pueblo. Mi corazón se alegra al descubrir que Dios tiene una familia en todas partes. A cualquier parte que vayamos, encontramos corazones verdaderamente sinceros: hombres llenos de oración. Yo bendigo a Dios porque puedo decir, en relación a la iglesia en cualquier parte donde vaya, aunque no sean muchos, hay unos cuantos que suspiran y gimen por los dolores de Israel. Hay grupos de elegidos en cada iglesia, hombres verdaderamente sinceros que están esperando y están listos para recibir a su Señor, que claman a Dios para que les envíe tiempos de refrigerio de la presencia del Señor.

No estén tristes; Dios tiene un pueblo, y ese pueblo está dispuesto ahora; y cuando llegue el día del poder de Dios, no hay temor acerca del pueblo. La religión puede encontrarse en un punto bajo, pero nunca ha estado en un nivel tan bajo que la nave de Dios pueda encallar. Podría casi llegar a ese nivel, pero el diablo nunca será capaz de atravesar el río de la iglesia de Cristo a pie enjuto. Siempre encontrará agua en abundancia corriendo por ese canal. Dios nos dé gracia para que podamos buscar a Su pueblo, creyendo que está por todas partes, pues la promesa es, "Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder."

3. A continuación llegamos a la *disposición*. El pueblo de Dios es un pueblo dispuesto. Adam Clarke dice: "Este versículo ha sido pervertido lamentablemente. Se le ha considerado como que está señalando la operación irresistible de la gracia de Dios en las almas de los elegidos, volviéndolos dispuestos a recibir a Cristo como su Salvador." Una doctrina que descarta plenamente. Bien, mi querido Adam Clarke, estamos extre-

madamente agradecidos contigo por tu observación, pero al mismo tiempo pensamos que el texto no ha sido “lamentablemente pervertido.” Nosotros creemos que el texto ha sido utilizado muy adecuadamente para mostrar que Dios hace a los hombres dispuestos. Pues si leemos nuestras Biblias correctamente, entendemos que los hombres, por naturaleza, no están dispuestos; pues hay un texto que a ustedes les gusta mucho, que nosotros creemos que no les pertenece, y que dice: “y no queréis venir a mí para que tengáis vida.” Y hay otro texto que nos gustaría poner en tu mente y en la de tus hermanos: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.” Si ustedes recordaran eso, creemos, aunque el texto no lo enseña, podrían al menos tener algún respeto por la doctrina; pero dice, que el pueblo de Dios estará dispuesto en el día del poder de Dios; y si lo leemos como simples ingleses, lo consideramos una promesa que Dios producirá un pueblo que estará lo suficientemente dispuesto en el día de Su poder; y del hecho que nadie está dispuesto por naturaleza, inferimos de este texto que habrá una obra de Su gracia que hará que los hombres estén dispuestos en el día del poder de Dios.

No sabemos si ustedes consideran eso como una lógica adecuada. Nosotros creemos que lo es. Hemos sido acusados de no tener ninguna lógica, y no estamos particularmente preocupados por ello, pues preferimos tener lo que los hombres llaman dogmatismo, que lógica. A Cristo le corresponde demostrar y a nosotros predicar. Le dejamos el argumento a Cristo; en cuanto a nosotros, únicamente tenemos que afirmar lo que vemos en la Palabra de Dios. El pueblo de Dios será un pueblo dispuesto.

Yo predico a muchos de ustedes, un número incontable de veces. Les hablo del infierno; les pido que huyan de él; les hablo de Cristo; les pido que Lo miren, pero ustedes están renuentes a hacerlo. ¿Qué concluyo yo de eso? O que el día del poder de Dios no ha venido todavía, o que ustedes no pertenecen al pueblo de Dios. Cuando predico con poder, y la palabra es repartida con unción, si los veo incombustibles e indecisos, reacios a entregarse a Jesucristo, ¿qué es lo que digo? Bien, temo que esos no pertenecen al pueblo de Dios, pues el pueblo de Dios es un pueblo dispuesto en el día de Su poder, deseoso de someterse a la gracia soberana, a ponerse en las manos del Mediador, a colgar simplemente de Su cruz para la salvación.

Yo pregunto de nuevo, ¿qué es lo que lo ha vuelto dispuesto? ¿Acaso no debió haber sido algo de la gracia, lo que ha cambiado su voluntad? Si el albedrío del hombre fuera enteramente libre para hacer el bien o el mal, los conjuro, amigos míos, para que respondan esto: si así fuera, ¿por qué no se vuelven a Dios en este preciso instante, sin ninguna ayuda divina? Es porque ustedes no están dispuestos, y se requiere de la promesa que el pueblo de Dios estará dispuesto en el día de Su poder.

Yo creo que esta palabra tiene su aplicación no sólo en lo relativo a que quieran ser salvados, sino que estén dispuestos a trabajar después que son salvados. ¿Han conocido alguna vez a algún ministro que predicó un domingo, pero que en la reunión de oración del lunes por la noche daba la impresión que hubiera preferido estar en casa? Y si estuviera programada una conferencia para el jueves, ¿acaso no se presentó, pobre hombre, como si tuviera que desempeñar algún deber enormemente difícil? ¿Qué pensarian de tal hombre? Pues pensarian que él no pertenece al pueblo de Dios, de lo contrario estaría dispuesto. Algunas personas vienen a la casa

de Dios, pero vienen exactamente de la manera que lo hace el negro esclavo cuando va al lugar de sus azotes; no les gusta, y se alegran cuando se marchan de nuevo. Pero qué decimos del pueblo de Dios—

***"Hacia sus atrios con gozos desconocidos,
Se dirigen las tribus sagradas."***

Son un pueblo dispuesto. Hay un gran grupo. La Iglesia de Dios requiere alguna ayuda. Un hombre reparte algo sin importancia como siempre lo hace para mantener su respetabilidad. Ustedes no piensan que exhiba el espíritu de un cristiano, porque no está dispuesto; pero el pueblo de Dios está dispuesto; todo lo que hace, lo hace voluntariamente, pues es constreñido, no por compulsión, sino únicamente por gracia.

Estoy seguro que todos nosotros podemos hacer mejor las cosas cuando estamos dispuestos que cuando somos forzados a hacerlas. Dios ama los servicios de Su pueblo, porque lo hace voluntariamente. Hacer la tarea voluntariamente es la esencia del Evangelio. Dios se deleita en tener como siervo a un pueblo dispuesto. Él no quiere tener esclavos para agraciar Su trono, sino hombres libres, quienes, con alegría y gozo, estén dispuestos en el día de Su poder.

4. Escasamente tendremos el tiempo suficiente para una discusión del texto completo, pero brevemente debemos notar el *carácter* de este pueblo así como sus disposiciones. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder.” “Ellos estarán dispuestos en la hermosura de la santidad.” Así es como estarán vestidos: no simplemente en santidad, sino en la hermosura de la santidad, pues la santidad tiene su hermosura, sus joyas, sus perlas; y ¿cuáles son éstas? Ellos estarán vestidos en la hermosura de la santidad de la justicia imputada y la gracia impartida.

El pueblo de Dios, en sí mismo, es un pueblo deformé; de aquí que deba recibir la gracia. El estándar de la belleza es la santidad. Si un ángel descendiera del cielo, y llevara a Dios a la criatura más bella que pudiera encontrar, no escogería las rosas de la tierra, no recogería sus lirios, sino que subiría al cielo el carácter hermoso de un hijo de Dios. Donde encontrara a un héroe abnegado, donde descubriera a un cristiano desinteresado: a un ardiente discípulo, el ángel lo tomaría exclamando: “Grandioso Dios, aquí hay hermosura; tómala, esta es *Tu hermosura*.”

Cuando paseamos y admiramos las estatuas y otras obras parecidas, decimos: “¡qué belleza!”, pero el cristiano tiene la verdadera belleza: la hermosura de la santidad. ¡Oh!, ustedes que son jóvenes, ustedes que son alegres, ustedes que son orgullosos, ustedes piden belleza, pero ¿saben ustedes que todas las bellezas de esta tierra no pueden traerles ningún bien, pues ustedes tienen que morir y llevar una mortaja?—

***"El tiempo te robará tu lozanía,
La muerte te arrastrará a la tumba."***

Pero si tienes la hermosura de la santidad, ésta aumentará y se tornará más hermosa y más hermosa, y entre los bellos ángeles, tú, tan bello como ellos, estarás revestido de la justicia de tu Salvador. “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente” para pasar al frente, y será el pueblo adecuado; será un pueblo santo, vestido con toda “la hermosura de la santidad.”

5. Ahora, hay una intrépida metáfora que debemos explicar en último lugar. El texto dice: “Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder en la hermosura de la santidad.” Ahora ustedes entienden eso, pero ¿qué significan las siguientes palabras: “desde el seno de la aurora?”

“Pues, desde el primer período de sus vidas,” dicen los comentaristas: “el pueblo de Dios será dispuesto.” No, no significa eso; hay una figura atrevida y brillante aquí. Se pregunta: ¿de dónde procederán? ¿Cómo será traído el pueblo de Dios? ¿Qué medios serán empleados? ¿Cómo se llevará a cabo? La sencilla respuesta es ésta. ¿Nunca has visto las gotas de rocío resplandecientes sobre la tierra? Y ¿nunca te preguntaste: “de dónde procede este rocío? ¿Cómo llegaron hasta aquí, tan infinitas en número, tan prodigamente esparcidas por doquier, tan puras y brillantes?” La naturaleza susurró la respuesta: “vinieron desde el seno de la aurora.” Así vendrá el pueblo de Dios, tan silenciosamente, tan misteriosamente, tan divinamente, como si viniera “desde el seno de la aurora,” como gotas de rocío.

La filosofía se ha esforzado por descubrir el origen del rocío, y tal vez lo ha adivinado; pero para el oriental, uno de los grandes enigmas era, ¿de qué seno procedía el rocío? ¿Quién es la madre de esas gotas perladas? Entonces, así vendrá *misteriosamente* el pueblo de Dios. Quien lo mire pasar por el camino dirá: “no había nada en la predicación de ese hombre; yo pensé que necesitaba oír a un orador; este hombre ha sido hecho el instrumento de la salvación de miles de personas, y yo pensé que necesitaba oír a un hombre elocuente, pero he escuchado a muchos grandes predicadores, mucho más inteligentes e intelectuales que él; ¿cómo fueron convertidas estas almas?” “Pues, han venido desde el seno de la aurora,” misteriosamente.

Nuevamente, las gotas del rocío: ¿quién las hizo? ¿Acaso los reyes y los príncipes se levantan y sostienen sus cetros, y ordenan a las nubes que derramen lágrimas, o las asustan hasta el llanto por medio de la percusión de un tambor? ¿Acaso marchan a la batalla los ejércitos para forzar al cielo a ceder sus tesoros, y dispersar sus diamantes con generosidad? No; Dios habla; Él susurra al oído de la naturaleza, que llora de alegría por las buenas noticias que la aurora se aproxima. Dios lo hace; no se emplea ninguna agencia aparente, ningún trueno, ningún rayo; Dios lo ha hecho.

Así es como será salvado el pueblo de Dios; ellos provienen del “seno de la aurora” llamados *divinamente*, traídos divinamente, bendecidos divinamente, contados divinamente, esparcidos divinamente por la superficie entera del globo, divinamente refrescantes para el mundo, ellos proceden del “seno de la aurora.”

Ustedes habrán podido advertir en la aurora qué *multitud* de gotas de rocío hay, y tal vez se han preguntado: “¿de dónde proviene tan grande multitud?” Nosotros respondemos: el seno de la aurora es capaz de diez mil nacimientos de una vez. Así, “desde el seno de la aurora” vendrán los hijos de Dios. No se oye ninguna lucha, ningún dolor, ningún grito, ninguna agonía; todo es secreto; pero ellos vendrán frescos “desde el seno de la aurora.” La figura es tan bella que las palabras no logran explicarla. Sólo tienen que levantarse temprano una mañana cuando el sol está comenzando a disparar sus rayos de luz en el cielo, y mirar los campos resplandecientes de rocío, y preguntarse: “¿de dónde viene todo esto?” La respuesta es, vino “desde el seno de la aurora.” Así, cuando descubran que multitudes son salvados, y los vean venir tan misteriosamente, tan suavemente, tan divinamente, y sin embargo, tan numerosamente, únicamente los podrán comparar al rocío de la mañana. Ustedes preguntan:

“¿de dónde vienen éstos?” Y la respuesta es, han venido “desde el seno de la aurora.”

II. Ahora, la segunda parte del texto es la más dulce, y debemos detenernos un momento en ella. Hubo una promesa hecha a Cristo relativa a Su pueblo, y eso apacigua nuestros temores en relación a la Iglesia. Y aquí hay OTRA PROMESA HECHA A CRISTO: “Tienes tú el rocío de tu juventud.” ¡Ah!, creyente, esta es una grandiosa fuente para el éxito del Evangelio, que Cristo tenga el rocío de Su juventud. Ciertos líderes, en sus días de juventud, han conducido a sus tropas a la batalla, y por la fuerza de su voz, y la fortaleza de sus cuerpos, han inspirado con valor a sus hombres; pero el viejo guerrero tiene sus cabellos grises; comienza a estar decrepito, y ya no puede guiar a los hombres a la batalla. No sucede así con Cristo. Él tiene todavía el rocío de Su juventud. El mismo Cristo que condujo a Sus tropas a la batalla en Su primera juventud, las conduce ahora. El brazo que hirió al pecador con Su palabra, hiere ahora; está tan lleno de energía como lo estuvo antes. El ojo que miró a Sus amigos con alegría, y a Sus enemigos con una mirada sumamente dura y alta; ese mismo ojo nos está mirando ahora, con intensidad, como aquella mirada de Moisés (que nunca se oscureció). Él tiene el rocío de Su juventud.

¡Oh!, nos deleita pensar que Cristo fue “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos,” en Su juventud, lleno del poder del Todopoderoso, y Él es exactamente lo mismo ahora. Él no es un viejo Cristo, un Cristo gastado, sino que todavía es nuestro líder. Él es tan joven como siempre. El mismo rocío, la misma frescura, se encuentran en torno a Él. Ustedes oyeron que se ha dicho de un cierto ministro: “en sus años más jóvenes había mucha frescura a su alrededor, pero se está volviendo viejo y comienza a repetirse a sí mismo.”

Nunca sucede así con Cristo; Él siempre tiene el rocío de Su juventud. Él, que habló de tal manera que: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”, otra vez, cuando venga para hablar de nuevo, hablará exactamente como lo hizo antes. Él tiene el rocío de Su juventud personalmente.

Así también *doctrinalmente*, Cristo tiene el rocío de Su juventud. Usualmente, cuando una religión comienza, es muy exuberante, pero luego declina. Miren a la religión de Mahoma. Por más de cien años amenazó con subvertir reinos, y trastocar el mundo entero, pero ¿dónde están las espadas que relucieron entonces? ¿Dónde están ahora las manos dispuestas que hirieron a los enemigos de Mahoma? Bien, su religión se ha convertido en algo viejo y acabado; a nadie le preocupa eso; y el turco, sentado en su diván, con sus piernas cruzadas, fumando su pipa, es la mejor imagen de la religión musulmana: vieja, enferma, decadente.

Pero la religión cristiana, ¡ah!, es tan fresca como cuando comenzó en su cuna en Jerusalén; es tan robusta, tan vibrante y tan poderosa, como cuando Pablo la predicó en Atenas, o Pedro en Jerusalén. No es una religión vieja. Ni una sola de sus partículas se ha vuelto vieja, aunque han transcurrido cientos de años. ¡Cuántas religiones han muerto desde que comenzó la religión de Cristo! ¡Cuántas se han alzado, como hongos en una noche! Pero, ¿acaso no es la religión de Cristo tan nueva como lo ha sido siempre? Les pregunto a ustedes, que peinan canas, ustedes han conocido a su Señor en su juventud, y consideraron que Su religión era dulce y preciosa; ¿la encuentran inútil ahora? ¿Encuentran ahora que Cristo

ya no tiene sobre Sí el rocío de la juventud? No; ustedes pueden decir, "Dulce Jesús, el día que toqué por primera vez Tu mano, el día de mis espaldas, pensé que eras todo codiciable; y Tú no eres como un amigo terrenal: no has envejecido; eres tan joven como siempre. Tu frente no muestra ninguna arruga; Tus ojos poseen todo el brillo. Tus cabellos son negros todavía, con la negrura del cuervo, y no han emblanquecido con la edad; todavía eres incombustible, inalterado, sin importar todos los años que te he conocido."

Bien, amados hermanos, ¿ven qué aliento es esto para nosotros, en la propagación del reino de nuestro Señor, que no estamos predicando algo viejo que ya caducó, sino una religión que tiene el rocío de su juventud en ella? La misma religión que pudo salvar a tres mil en Pentecostés, puede salvar a tres mil ahora. Yo predico la antigua doctrina, pero es tan nueva como cuando salió del tesoro del cielo. La imagen y la inscripción son tan claras, y el metal es tan brillante y reluciente como siempre. Yo poseo una vieja espada, pero no está sarrosa; aunque ha tajado y cortado a Rahab (el dragón), sin embargo no muestra ni una sola marca de debilidad sobre ella: es tan nueva como cuando fue forjada en el yunque de la sabiduría.

El Evangelio está acompañado del mismo espíritu que tenía cuando era un Evangelio joven. Como Pedro se levantó a predicar en aquel tiempo, lo mismo pueden hacer los Pedros de ahora, y Dios les dará la misma unción. Como Pablo predicó en aquel tiempo, así lo harán los Pablos de ahora. Como Timoteo sostuvo la palabra del Señor, así la pueden sostener los Timoteos de ahora, y el mismo Espíritu Santo la apoyará.

Me temo que el pueblo de Cristo no cree en esta frase: que Cristo tiene el rocío de Su juventud. Tienen el concepto que los tiempos de los grandes avivamientos son idos. Se preguntan: y los padres, ¿dónde están? Somos propensos a exclamar: "los caballos de Israel, y sus carros." Nadie usará jamás de nuevo el manto de Elías; nunca veremos hechos grandes y maravillosos otra vez. ¡Oh insensata incredulidad! Cristo tiene todavía el rocío de Su juventud. Está tan lleno del Espíritu Santo ahora como lo estuvo al principio, pues lo posee sin medida. Y aunque lo ha transmitido a miles de personas, todavía lo transmitirá.

Pero hacen la pregunta: "¿cómo es que la gente en estos tiempos comienza a cansarse del Evangelio, si tiene el rocío de su juventud?" Bien, amados hermanos, es debido a que el Evangelio no viene a ellos en forma de rocío. ¿Acaso no oímos con frecuencia un Evangelio seco y sin médula, como un montón de huesos a los que se les ha quemado su médula? Estos huesos son muy buenos para sus teólogos que aman la filosofía, a quienes les gusta estudiar las antigüedades, y que identifican a qué animal inmundo le corresponde este o ese hueso, pero que no sirven a los hijos de Dios, pues esos huesos ya no tiene ningún alimento. Necesitamos un Evangelio cubierto de unción, lleno de sabor; y cuando el pueblo de Dios tiene eso, nunca se cansa del Evangelio, sino que encuentra un rocío y una frescura en él que son permanentes.

Ahora, si Cristo tiene el rocío de Su juventud en torno a Él, con cuánta sinceridad deberíamos proclamar Su palabra quienes somos Sus ministros. No hay nada como una poderosa fe para hacer que un hombre predique poderosamente. Si yo creo que estoy predicando un viejo Evangelio vacilante, no puedo proclamarlo con celo; pero si sé que estoy predicando un poderoso Evangelio fornido, cuya estructura no ha sido sacudida, y

cuyo poder es precisamente tan grande como siempre, ¡cuán poderosamente debería predicarlo!

¡Ah!, bendito sea Dios, hay unos cuantos corazones, tan encendidos como siempre, unas pocas almas tan firmes en la causa de su Señor como lo fueron los corazones de los Apóstoles. Hay todavía unos cuantos hombres buenos y verdaderos, reunidos alrededor de la cruz. Como los hombres de David en la cueva de Adulam, hay unos cuantos valientes que se reúnen en torno al estandarte. Él no se ha quedado sin testigos, Él tiene todavía el rocío de Su juventud, y puede venir el día cuando esos que ahora están escondidos en la oscuridad, saldrán, como rocío ante el sol, reluciendo en cada arbusto, adornando cada árbol, iluminando cada pueblo, alegrando los pastos, haciendo que las colinitas canten gozosas.

Anda, cristiano, y pon esto en la forma de una oración. Pídele a Cristo que Su pueblo pueda estar dispuesto en el día de Su poder, y que siempre retenga el rocío de Su juventud—

***“Cabalga, dulce Príncipe, triunfantemente,
Y ordena al mundo que obedezca.”***

Prosigue, y comprueba que eres el mismo como siempre, el Dios bendito, “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.” ¡Arriba, cristiano, arriba! ¡Lucha por tu joven Monarca! ¡Arriba, guerreros! ¡Que sus espadas brillen fuera de sus vainas! ¡Luchen por su Rey! ¡Arriba! ¡Arriba! Pues el viejo estandarte es también un nuevo estandarte. Cristo es todavía joven y todavía fresco. ¡Que el entusiasmo de su juventud los vuelva a ceñir! Otra vez, levántense, ustedes cristianos de edad avanzada, y dejen que retorren los días de su juventud, pues si Cristo tiene el rocío de Su juventud en torno a Él, les incumbe a ustedes servirle con vigor juvenil. ¡Arriba! Saliendo de su sueño ahora, denle una nueva juventud, y esfuércense por ser tan sinceros y tan celosos por Su causa como si fuese el primer día que lo han conocido. ¡Oh, que Dios vuelva dispuestos a muchos pecadores! Que quiera Él traer a muchos a Sus pies, pues ha prometido que serán dispuestos en el día de Su poder.

Nota del traductor: Este sermón lo preparó y predicó Spurgeon, mientras dormía. La historia es como sigue: la esposa de Spurgeon nos la relata en la Autobiografía que fue compilada por ella y J. W. Harrald, después de la muerte del predicador en 1892.

“Un extraordinario incidente ocurrió en esta temprana etapa de nuestra historia. Un sábado por la noche, mi amado esposo estaba profundamente perplejo por las dificultades presentadas por un texto sobre el que deseaba predicar al día siguiente. Era el Salmo 110: 3. Con su usual acuciosidad en la preparación de los sermones, él consultó todos los comentarios que poseía en aquel entonces, buscando la luz del Espíritu Santo sobre las palabras de los comentarios y sus propios pensamientos; pero, aparentemente, todo fue en vano. Yo estaba tan angustiada como lo estaba mi esposo, pero no podía ayudarle en tal emergencia. Por lo menos, yo pensé que no podría; pero el Señor tenía un gran favor reservado para mí, y me utilizó para liberar a Su siervo de una seria turbación. Se quedó trabajando hasta muy tarde, y estaba completamente exhausto y descorazonado, pues sus esfuerzos por llegar al corazón del texto eran inútiles. Yo le aconsejé que se retirara a descansar, y lo tranquilicé sugiriéndole que, si trataba de dormir, probablemente en la mañana se sentiría fresco y capaz de rendir más.

Spurgeon respondió: "si me voy a dormir, ¿me podrías despertar muy temprano, para tener el tiempo suficiente de prepararme?" Quedó satisfecho cuando yo le garanticé que yo lo despertaría. Y como un niño confiado y cansado, puso su cabeza en la almohada y durmió profunda y dulcemente de inmediato. Muy pronto, ocurrió algo maravilloso. En las primeras horas del domingo, lo oí hablando en su sueño, y me levanté para escucharlo con atención. Pronto me di cuenta que estaba tratando el tema del versículo que era oscuro para él, y estaba explicando su significado de manera clara y precisa, con mucha fuerza y frescura. Me puse a la tarea, temblando de gozo, de entender y seguir todo lo que estaba diciendo, pues yo sabía que, si yo podía entender y guardar los puntos principales del sermón, él no tendría ninguna dificultad en desarrollarlo y ampliarlo. ¡Ningún predicador tuvo jamás un oyente más atento y ansioso! No quería dejar escapar una sola palabra. No tenía ningún medio a la mano para tomar notas, así que como Nehemías, "entonces oré al Dios de los cielos," y le pedí que pudiera yo recibir y retener los pensamientos que Él había dado a Su siervo en su sueño, y que eran singularmente confiados a mi guarda. Yo estaba acostada, repitiendo una y otra vez los puntos principales que deseaba recordar, y mi felicidad era muy grande en anticipación de su sorpresa y deleite cuando se despertara; pero estuve despierta tanto tiempo, disfrutando mi gozo, que me sobrecogió el sueño en el momento que debía despertarme, pues él se despertó con un sobresalto, y viendo el reloj, dijo: "dijiste que me despertarías muy temprano, y ve la hora que es. ¿Por qué me dejaste dormir? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?..." "Escucha, amado," le respondí; y le dije todo lo que yo había oido. "¡Caramba! Eso es precisamente lo que necesitaba," exclamó, "¡esa es la verdadera explicación de todo el versículo! Y ¿dices que lo prediqué en mi sueño? ... Es maravilloso," repetía una y otra vez, y ambos alabamos al Señor por tan notable manifestación de Su poder y amor. Lleno de gozo mi amado bajó a su estudio, y preparó este sermón dado por Dios, y fue predicado el 13 de Abril de 1856, en la Capilla de New Park Street. En el párrafo inicial el predicador da su propia versión de la dificultad que experimentó al tratar con el texto."

Fuente: Autobiografía, Volumen 2, Capítulo 47, páginas 188, 189.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #74 – Volumen 2

A WILLING PEOPLE AND AN IMMUTABLE LEADER

Las Misiones del Evangelio

NO. 76

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 27 DE ABRIL, 1856,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
PARA LA SOCIEDAD MISIONERA BAUTISTA.**

“Y la palabra del Señor se difundía por toda la región.”
Hechos 13:49.

No me voy a limitar al uso de este texto. Como es una vieja costumbre basarnos en textos cuando predicamos, he tomado uno, pero les voy a predicar en general, acerca de un tema que les va a interesar, y que siempre ha interesado: el tema de las misiones del Evangelio. Estamos persuadidos que todos ustedes coinciden en que es un deber absoluto a la vez que un privilegio eminente de la Iglesia, proclamar el Evangelio al mundo. No concebimos que Dios hará su propio trabajo sin instrumentos, sino que como siempre ha empleado medios en la obra de regeneración de este mundo, continuará haciéndolo, y que es necesario que la Iglesia haga su máximo esfuerzo para difundir la verdad dondequiera que pueda llegar a los oídos de algún hombre.

No tenemos dos opiniones sobre ese punto. Algunas iglesias podrán tenerlas, pero nosotros no. Nuestras doctrinas, aunque supuestamente llevan a la apatía y a la pereza, en todo momento han demostrado ser eminentemente prácticas; los padres de la misión siempre fueron amantes celosos de las doctrinas de la gracia de Dios; y creemos que los grandes pilares de la empresa misionera, si ha de tener éxito, deben ser siempre aquellos que sostienen firmemente y con valentía la verdad de Dios, y que también tienen fuego y celo, y el deseo de difundir la verdad por todas partes.

Pero hay un punto en el que tenemos una gran diferencia de opiniones, y se refiere a la razón por la cual hemos tenido tan poco éxito en nuestras labores misioneras. Habrá algunos que dicen que el éxito ha sido proporcional a la agencia, y que no podríamos haber tenido más éxito. Yo estoy lejos de compartir esa opinión, y no creo que ellos mismos la expresarían de rodillas ante el Dios Todopoderoso. No hemos sido exitosos al grado que podríamos haberlo esperado, ciertamente no al grado que los apóstoles fueron exitosos, ciertamente nada parecido al éxito de Pablo o Pedro, ni siquiera al de esos hombres eminentes que nos han precedido en los tiempos modernos, que fueron capaces de evangelizar países enteros, volviendo a miles de personas a Dios.

Ahora, ¿cuál es la razón de esto? Tal vez podemos volver nuestros ojos a lo alto, y pensar que podemos encontrar la razón en la soberanía de Dios, que ha retenido Su Espíritu, y no ha derramado su gracia como en otros tiempos. Estoy preparado a conceder todo lo que los hombres puedan decir sobre ese punto, pues yo creo en la ordenación de todo por el Dios Todopoderoso. Creo en un Dios presente en nuestras derrotas así como en nuestros éxitos; un Dios tan presente en el aire inmóvil como en la tempestad veloz; un Dios de mareas bajas como un Dios de inundaciones. Pero todavía debemos mirar a casa buscando la causa. Cuando Sión

se esfuerza, da a luz hijos; cuando Sión se dedica en serio a su trabajo, Dios acompaña en serio ese trabajo; cuando Sión ora continuamente, Dios bendice a Sión. Por tanto, no debemos buscar arbitrariamente la causa de nuestro fracaso en la voluntad de Dios, sino que debemos ver también, cuál es la diferencia entre nosotros y los hombres de los tiempos apostólicos, y qué es lo que hace que nuestro éxito sea tan insignificante en comparación con los tremendos resultados de la predicación de los Apóstoles. Creo que voy a poder demostrar una o dos razones por las cuales nuestra santa fe no es tan próspera como lo era entonces.

En primer lugar, *no tenemos hombres apostólicos*; en segundo lugar, *no se ponen a trabajar en un estilo apostólico*; en tercer lugar, *no tenemos iglesias apostólicas* que los apoyen; y en cuarto lugar, *no tenemos la influencia apostólica del Espíritu Santo* en la medida en que la tenían en aquellos tiempos.

I. En primer lugar, **TENEMOS POCOS HOMBRES APOSTÓLICOS EN ESTOS TIEMPOS.** No diré que no tenemos ninguno. Por aquí y por allá podremos encontrar uno o dos, pero desdichadamente sus nombres nunca se escuchan; no se destacan en el mundo, y no son notables predicadores de la verdad de Dios. Tuvimos a un Williams una vez, un verdadero apóstol, que iba de una isla a otra isla, sin preocuparse por su vida; pero Williams ya fue llamado para recibir su recompensa. Tuvimos a un Knibb, que trabajó para su Señor con devoción seráfica, y no le daba pena llamar a algún esclavo oprimido: su hermano. Pero Knibb, también, ha entrado en su reposo. Tenemos uno o dos que todavía permanecen, nombres preciosos que atesoramos; los amamos fervientemente, y nuestras oraciones siempre se elevarán al cielo por ellos. Siempre decimos en nuestras oraciones: “¡Dios bendiga a hombres como Moffat! ¡Dios bendiga a quienes se esfuerzan con sinceridad y laboran con éxito!” Pero vuelvan la vista a su alrededor y ¿dónde podemos encontrar a más hombres iguales a ellos? Todos ellos son hombres buenos; no encontramos falla en ellos; son mejores que nosotros; nosotros no somos nada comparados con ellos; pero a pesar de eso debemos decir que no son iguales a sus padres, ellos difieren de los poderosos apóstoles de muchas maneras, cosa que ellos mismos reconocerían con prontitud.

No sólo estoy hablando de misioneros, sino también de ministros; pues pienso que tenemos mucho que lamentar en relación a la propagación del Evangelio en Inglaterra como en tierras extranjeras, y lamentar la falta de hombres llenos del Espíritu Santo y de fuego.

En primer lugar, *no tenemos hombres con celo apostólico*. Convertido de una manera muy singular, por una intervención directa del cielo, Pablo, a partir de ese momento, se convirtió en un hombre entregado. Siempre se había esforzado, tanto en su pecado como en sus persecuciones; pero después que escuchó esa voz del cielo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” y recibió el poderoso oficio de un apóstol, habiendo sido enviado como un vaso elegido a los gentiles, escasamente pueden concebir cuán profunda y asombrosa entrega manifestó. Ya fuera que comiera, o bebiera, o cualquier cosa que hiciera, todo lo hacía para la gloria de su Dios; nunca desperdicó ni una hora; él empleaba su tiempo ya sea atendiendo a sus propias necesidades con sus manos, o levantando esas mismas manos en la Sinagoga, o en la Colina de Marte, o en cualquier parte donde pudiera atraer la atención de la multitud. Su celo era tal, y tan ar-

diente, que no podía (como nosotros desafortunadamente lo hacemos) limitarse a una pequeña esfera; Pablo predicaba la Palabra en todas partes. No fue suficiente para Pablo que se le destinara como apóstol de Pisidia, sino que tenía que ir también a Panfilia; no fue suficiente para él ser el gran predicador de Panfilia y de Pisidia, sino que tenía que ir a Atalia; y cuando hubo predicado en toda Asia, tenía que abordar un barco con destino a Grecia, y predicar allí también. Yo creo que Pablo no oyó solamente una vez, en sueños, a los hombres de Macedonia diciéndole: “¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!” sino que cada día y cada hora oía en sus oídos el grito de multitudes de almas: “¡Pablo, Pablo, pasa aquí y ayúdanos!” Pablo no podía dejar de predicar. “¡ay de mí si no anuncio el evangelio!” “Pero lejos esté de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.” ¡Oh! Si hubieran podido ver a Pablo predicar, no se habrían ido como se van cuando nos oyen predicar, con la convicción a medias que no queremos decir realmente lo que decimos. Sus ojos predicaban un sermón sin necesidad de usar los labios, y sus labios lo predicaban no de una manera fría y sin vida, sino que cada palabra caía con un poder sobrecogedor en los corazones de sus oyentes. Predicaba con poder, porque se había entregado plenamente. Si lo hubieran visto predicar, habrían tenido la convicción que era un hombre que sentía que tenía una obra por realizar y la debía realizar, y no podía contenerse ni estar tranquilo a menos que la realizara. Era el tipo de predicador que se hubiera podido bajar del púlpito e ir derecho a su ataúd, para luego comparecer ante Dios, listo para entregar sus últimas cuentas. ¿Dónde están los hombres como ese hombre? Yo confieso que no puedo reclamar ese privilegio, y rara vez oigo un sermón solitario que se pueda aproximar a la marca de ese sincero, profundo y apasionado anhelo por las almas de los hombres.

No tenemos ahora ojos como los ojos del Salvador, que podían llorar por Jerusalén; tenemos pocas voces como esa voz sincera y apasionada que parecía exclamar perpetuamente: “Venid a mí, y yo os haré descansar.” “¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise juntar a tus hijos, así como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!” Si los ministros del Evangelio fueran más entregados en su trabajo de predicación; si, en vez de dar conferencias y dedicar una buena parte de su tiempo a actividades literarias y políticas, quisieran predicar la Palabra de Dios, y predicarla como si estuvieran pidiendo por sus propias vidas, ¡ah! entonces, hermanos míos, podríamos esperar gran éxito; pero no podemos esperarlo mientras hagamos nuestro trabajo a medias, y mientras no tengamos ese celo, esa sinceridad, y ese propósito profundo que caracterizó a los hombres de otros tiempos.

Continuando, considero que no tenemos en nuestros días hombres que pueden predicar como Pablo, *en cuanto a su fe*. ¿Qué hacia Pablo? Fue a Filipos; no conocía a nadie allí. Absolutamente a nadie. Pablo tenía la verdad de su Señor, y creía en el poder de esa verdad. No tenía ningún séquito y estaba desposeído de toda pompa, de cosas llamativas, de toda ostentación. No se subía a un púlpito con un cómodo cojín para dirigirse a una respetable congregación, sino que caminaba por las calles y empezaba a predicar a la gente. Fue a Corinto, a Atenas, solo, sin ayuda, para predicar el Evangelio del Dios bendito. ¿Por qué? Porque tenía fe en el Evangelio y creía que iba a salvar almas, e iba a arrojar al suelo a los ídolos, destrozándolos. No tenía ninguna duda acerca del poder del Evangelio; pero

en nuestros días, hermanos míos, no tenemos fe en el Evangelio que predicamos. ¡Cuántos hay que predicar un evangelio sin estar seguros que va a salvar almas; y, por lo tanto, añaden cosas que les son propias para, (eso piensan ellos) así poder ganar hombres para Cristo!

Hemos conocido a algunas personas que creían en las doctrinas calvinistas, pero que predicaban Calvinismo en la mañana y Arminianismo en la noche, porque temían que el Evangelio de Dios no convertiría a los pecadores. Así que querían fabricarse un evangelio propio. Yo sostengo que un hombre que no cree que su evangelio pueda salvar las almas de los hombres, no cree en absoluto en el Evangelio. Si la verdad de Dios no va a salvar las almas de los hombres, las mentiras de los hombres no podrán; si la verdad de Dios no vuelve a los hombres hacia el arrepentimiento, estoy seguro que no hay nada en este mundo que pueda. Cuando creemos que el Evangelio es poderoso, entonces comprobaremos que es poderoso. Si vengo a este púlpito y digo: "Sé que lo que predico es verdad," el mundo dice que me encanta hablar de mí mismo. "Ese joven es dogmático." Ay, y ese joven quiere ser dogmático; él se gloria en eso, lo considera como uno de sus títulos especiales, pues cree firmemente en lo que predica. Dios no quiera que alguna vez suba vacilante las escaleras del púlpito para algo de lo que no estoy seguro, algo que espero que pueda salvar a los pecadores, pero sin tener certeza absoluta.

Cuando tengo fe en mis doctrinas, esas doctrinas prevalecerán, pues la confianza es la que obtiene la victoria. Quien tiene el valor suficiente para tomar el estandarte, y mantenerlo en alto, ciertamente tendrá sus seguidores. Quien dice: "yo sé," y lo afirma categóricamente en el nombre de su Señor, sin discusión, antes de mucho tiempo encontrará hombres que escuchen lo que dice, y que dirán: "Este hombre habla como quien tiene autoridad y no como los escribas y los fariseos." Esa es una razón que explica por qué no tenemos éxito: no tenemos fe en el Evangelio. Enviamos hombres educados a la India para confundir a los Brahmanes cultos. ¡Tonterías! Dejen que los Brahmanes digan lo que quieran; ¿acaso nos interesa disputar con ellos? "Oh, pero son tan intelectuales y tan brillantes." ¿Qué nos importa eso? No debemos buscar ser brillantes para encontrarnos con ellos. Dejen que los hombres del mundo combatan sus errores metafísicos; nosotros tenemos que decir simplemente: "Esta es la verdad: quien la crea será salvo, y quien la niegue será condenado."

No tenemos ningún derecho de rebajar el terreno elevado del testimonio divino que tiene autoridad; y mientras no mantengamos ese nivel, y salgamos como debe ser, ceñidos con el cinturón de la divinidad (predicando, no lo que *puede* ser verdad, sino afirmando lo que Dios ha revelado con toda certeza) no obtendremos éxito. Necesitamos una fe más profunda en nuestro Evangelio; necesitamos estar muy seguros de lo que predicamos. Hermanos, considero que no tenemos la fe de nuestros padres. Yo mismo me siento como un simple principiante en materia de fe. Algunas veces pensé que podría creer en cualquier cosa; pero ahora, tan pronto se me presenta una simple dificultad, me vuelvo tímido, y me da miedo. Cuando predico con cierta incredulidad en mi corazón es cuando predico sin éxito; pero cuando predico con fe pudiendo decir: "sé que mi Dios ha dicho, que en esa misma hora me dará lo que debo predicar, y sin importarme la estima de los hombres, predico lo que creo que es cierto," entonces es cuando Dios reconoce la fe y la corona con su propia corona.

Nuevamente: no nos negamos a nosotros mismos lo suficiente, y esa una razón por la cual no prosperamos. Lejos esté de mí decir algo en contra de la abnegación de esos valiosos hermanos que han abandonado su país y han atravesado el tormentoso océano para predicar la Palabra. Los consideramos hombres que deben recibir honor; pero sin embargo, pregunto: ¿dónde está la abnegación de los apóstoles en nuestros días? Pienso que una de las desgracias más grandes que han caído sobre la iglesia en estos días fue esa última misión a Irlanda. Unos hombres fueron a Irlanda, pero como hombres de gran valor, valientes hombres intrépidos, regresaron, y eso es todo lo que podemos decir sobre ese asunto. ¿Por qué no vuelven otra vez? Porque dicen que los irlandeses los desaprobaron pública y ruidosamente. Pues bien, ¿se pueden imaginar a Pablo que saca un microscopio de su bolsillo, y mira a través de ese microscopio al hombrecillo que le dice: "no pienso ir allá a predicar porque los irlandeses me abuchearon." "¡Cómo!" responde Pablo, "¿este hombre es un predicador? ¡Ciertamente qué pequeña edición de ministro es!" "¡Oh! pero nos lanzaron piedras; ¡no tienes idea de qué mal nos trajeron!" Díganle eso al apóstol Pablo. Estoy seguro que les daría vergüenza hacer eso. "¡Oh! pero en algunos lugares la policía intervino y nos amenazó porque íbamos a generar un alboroto popular." ¿Qué habría respondido Pablo a eso? *Intervención de la policía!* No sabía que teníamos algún derecho de preocuparnos por los gobiernos. Nuestra misión es predicar la Palabra, y si nos encarcelan, allí nos quedaremos; no hay ningún problema, finalmente. "¡Oh! pero pudieron haber matado a algunos de nosotros." Eso es justamente. ¿Dónde está ese celo que tenía todo por basura a fin de ganar a Cristo? Creo que si hubieran matado a unos pocos de nuestros ministros, el cristianismo hubiera prosperado. Sin importar el luto que hubiéramos guardado, y yo hubiera sido el primero en guardarla, digo que la matanzaa de una docena de ellos no hubiera sido mayor causa de tristeza que la muerte de cientos de nuestros hombres en una lucha exitosa por el territorio nacional. Yo consideraría que mi sangre habría sido derramada con un buen fin en un esfuerzo tan santo. ¿Cómo prosperó el Evangelio en tiempos pasados? ¿Acaso no entregaron algunos sus vidas por el Evangelio; y otros más no alcanzaron la victoria pasando sobre los cadáveres asesinados de sus hermanos; y no debe ser así ahora? Si vamos a retroceder porque tenemos miedo de perder la vida, sólo el cielo sabe cuándo será predicado el Evangelio en todo el mundo. Nosotros no.

¿Qué han hecho otros misioneros? ¿Acaso no han encarado la muerte en sus más horribles formas, y han predicado la Palabra en medio de incontables peligros? Hermanos míos, de nuevo repetimos, no estamos criticando, pues nosotros mismos podríamos errar de la misma manera; pero estamos seguros que en eso no somos iguales que Pablo. Él fue a un sitio donde le apedrearon y le arrastraron fuera de la ciudad, suponiendo que estaba muerto. ¿Acaso dijo Pablo: "Pues bien, en el futuro no voy a ir a ningún lugar donde me traten mal"? No, pues dice: "Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno; tres veces he sido flagelado con varas, tres veces he padecido naufragio." Estoy seguro que no tenemos la abnegación de los Apóstoles. Nosotros somos simples caballeros ociosos y guerreros de salón. Cuando llego a mi casa y veo qué vida tan confortable y feliz llevo, me digo a mí mismo: "¡Qué poca cosa hago por mi Señor! Me avergüenzo porque no puedo negarme a mí mismo por Su ver-

dad, e ir por todas partes predicando Su Palabra.” Veo con lástima a la gente que dice: “No prediques tan a menudo; vas a matarte.” ¡Oh Dios mío! ¿Qué habría respondido Pablo a esto: “Cuida tu físico; tú eres muy temerario; estás demasiado lleno de entusiasmo”?

Cuando me comparo con esos hombres de otros tiempos, digo: “Oh que esos hombres pretendan llamarse cristianos, pero que busquen detener nuestra obra de fe y nuestra labor de amor, por causa de una pequeña consideración acerca del físico, que más bien se fortalece al predicar la Palabra de Dios.”

Pero oigo que alguien susurra: “Debes ser flexible.” Mi querido amigo, estoy siendo sumamente flexible. No estoy criticando a esos amigos; son buenas personas; somos “honorables personas todos;” pero sólo diré que en comparación a Pablo, somos menos que nada y vanidad; pequeñas criaturas enanas e insignificantes, que difícilmente pueden verse junto a esos hombres gigantes de otros tiempos.

Unos de mis oyentes o lectores tal vez puedan sugerir que esta no es la única causa, y observan: “yo creo que debes disculparlos, pues los ministros no pueden hacer milagros ahora.” Bien, he considerado eso también, y ciertamente es una desventaja, pero no la considero muy grande; pues si lo fuera, Dios no la hubiera dejado existir. Él dio ese don a la Iglesia en su infancia, pero ahora ya no la necesita. Nos equivocamos al atribuir demasiado a los milagros. ¿Cuál era uno de ellos? Dondequiera que iban los apóstoles podían hablar el idioma del lugar. Bien, en el tiempo que le hubiera tomado a Pablo caminar de aquí a la India, podríamos aprender el indostano, y podemos ahora llegar rápidamente utilizando los medios de transporte disponibles ahora: así que no se ganaría mucho. Luego, para dar a conocer el Evangelio a los pueblos, se necesitaban milagros, de tal manera que todo el mundo hablaría de ese tema; pero ahora tenemos imprentas que nos ayudan. Lo que digo hoy, podrá ser leído en seis meses más allá de los montes Apalaches (Estados Unidos); y lo mismo con otros ministros, lo que dicen y lo que hacen puede ser impreso de inmediato y distribuido por todas partes; así que tienen medios para darse a conocer que no están muy por detrás del poder de los milagros.

Asimismo tenemos una gran ventaja sobre los apóstoles. Dondequiera que iban eran perseguidos, y algunas veces, los mataban; pero ahora, aunque ocasionalmente oímos acerca del asesinato de un misionero, esto ocurre muy raras veces. La matanza de un inglés en cualquier parte, provocaría el envío de una flota de buques de guerra para recompensar esa ofensa con un castigo. Todo el mundo respeta a un inglés en cualquier parte; tiene el sello del gran César; él es un verdadero cosmopolita: es un ciudadano del mundo. Eso no podría decirse de los pobres judíos despreciados. Tal vez a Pablo le tenían cierto respeto, pues él era un ciudadano romano, pero no así al resto de los judíos. Ahora no nos pueden matar sin que esto genere mucho ruido. El asesinato de dos o tres ministros en Irlanda provocaría un tremendo tumulto en todo el país; el gobierno tendría que intervenir, todo el mundo se levantaría en armas, y luego podríamos predicar con la protección de la policía, y así recorrer todo el territorio, provocando a los sacerdotes, asustando al anticristo, y haciendo que la superstición huyera de sus cuevas para siempre.

II. En segundo lugar, NO HACEMOS NUESTRO TRABAJO EN UN ESTILO APOSTÓLICO. ¿Cómo es eso? Pues, en primer lugar, hay una queja

general que *no hay la suficiente* predicación por parte de ministros o misioneros. Ellos están tranquilos interpretando, estableciendo escuelas, y haciendo esto y lo otro y lo de más allá. No estamos criticando esto; pero esa no es la labor a la que se deberían dedicar; su oficio es predicar, y si predicaran más, podrían esperar un mayor éxito. El misionero Chamberlain predicó una vez en un determinado lugar, y muchos años después se descubrieron unos discípulos en ese lugar originados por ese único sermón. Williams predicaba en todas partes donde iba, y Dios lo bendecía; Moffat predicaba en todas partes adonde iba, y su trabajo era reconocido. Ahora tenemos nuestras iglesias y nuestras imprentas, en las que invertimos mucho dinero. Esto es hacer buenas cosas, pero no es hacer *el bien*. No estamos utilizando los medios que Dios ha ordenado, y por lo tanto no podemos esperar que progresemos.

Algunos dicen que hay demasiada predicación en Inglaterra en nuestros días. Pues bien, la tendencia de los tiempos es rebajar la predicación, pero es la “locura de la predicación” la que va a cambiar el mundo. No corresponde a los hombres decir: “si predicas menos, puedes estudiar más.” Se requiere mucho estudio cuando se tiene una iglesia establecida; pero yo entiendo que los apóstoles no necesitaban ningún estudio, sino que simplemente entregaban las sencillas verdades cardinales de la religión, no utilizando solamente un texto, sino recorriendo todo el catálogo de la verdad. Así pues pienso que, en las labores evangélicas itinerantes, no debemos quedarnos en un solo tema, pues de esa manera tendríamos que estudiar, sino que más bien sería conveniente predicar toda la verdad dondequiera que vamos. De esta manera siempre encontraremos palabras que entregar, y verdades siempre listas para enseñar a la gente.

A continuación considero que se ha cometido un gran error al *no afirmar la divinidad de nuestra misión*, permaneciendo firmes en la verdad, que es una revelación que no debe ser puesta a prueba por los hombres, sino que debe ser creída; siempre sosteniendo esto: “El que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado.” Me duele cuando leo que nuestros misioneros sostienen disputas con los Brahmanes, y se dice algunas veces que el misionero ha derrotado al Brahmán porque ha mantenido la calma, y así el Evangelio ha sido muy honrado como consecuencia del debate. Yo considero que el Evangelio fue rebajado por la controversia. Pienso que el misionero debe decir: “Vengo a decírles algo que el Único Dios del cielo y de la tierra ha dicho, y les digo antes de anunciarlo, que si creen serán salvos, y si no, serán condenados. Vengo a decírles que Jesucristo, el Hijo de Dios, se encarnó, para morir por el pobre hombre indigno, que por su mediación, y muerte, y sufrimiento, el pueblo de Dios puede ser liberado. Ahora, si quieren escucharme, van a oír la palabra de Dios: si no quieren, sacudo el polvo de mis pies contra de ustedes, y me voy a otro lado.” Miren a la historia de cada impostura; esa historia muestra que la pretensión de autoridad asegura un grado de progreso. ¿Cómo fue que Mahoma llegó a tener una religión tan poderosa en su tiempo? Él estaba completamente solo, y fue a la plaza y dijo: “He recibido una revelación del cielo.” Era una mentira, pero pudo convencer a unos hombres para que le creyeran. Dijo: “Tengo una revelación del cielo.” La gente le miró a la cara; vieron que parecía sincero, que creía lo que decía, y unas cinco o seis personas se le unieron. ¿Pudo probar lo que decía? No. Dijo: “deben creer lo que digo, o no habrá un Paraíso para ustedes.” Hay un

poder en ese tipo de cosas, y dondequiera que iba su afirmación era creída, no sobre la base de un razonamiento, sino a causa de su autoridad, que él declaraba que le venía de Alá; y al cabo de un siglo de haber proclamado su mentira, mil sables habían brillado fuera de sus fundas, y su palabra había sido proclamada a través de África, Turquía, Asia, y aún en España. El hombre reclamaba autoridad, él reclamaba divinidad; por lo tanto tenía poder. Tomen por otro lado el crecimiento de los Mormones. ¿Cuál ha sido su fuerza? Sencillamente esta: la aseveración de su poder venido del cielo. Se hace esa afirmación y la gente la cree, y ahora tienen misioneros en casi todos los países de la tierra habitable, y el libro del Mormón es traducido a muchas lenguas. Aunque no podrá haber nunca un engaño más transparente, y una falsificación menos hábil, y más mentiras detectables sobre la propia superficie, sin embargo esta simple pretensión de poder fue el vehículo para acarrear el poder.

Ahora bien, hermanos míos, *nosotros tenemos poder*; nosotros *somos* los ministros de Dios; nosotros predicamos la verdad *de Dios*; el gran Juez del cielo y de la tierra nos ha dicho la verdad, y no nos corresponde a nosotros discutir con gusanos de la tierra. ¿Por qué debemos temblar y temerles? Estemos firmes y digamos: "Nosotros somos los siervos del Dios viviente; les decimos lo que Dios nos ha dicho, y les advertimos, que si rechazan nuestro testimonio, en el día del juicio el castigo para Tiro y Sidón será más tolerable que para ustedes." Si la gente rechaza eso, nosotros habremos hecho nuestro trabajo. No es nuestro trabajo hacer que los hombres crean; nuestro trabajo es testificar de Cristo en todas partes, predicar y proclamar el Evangelio a todos los hombres.

Pero hay un pasaje en la Biblia que parece militar en contra de lo que he dicho, si la traducción común es correcta, el pasaje que dice que Pablo: "tomó a los discípulos aparte, discutiendo cada día en la escuela de Tirano." Pero esto se pude traducir mejor como: "dialogando cada día en la escuela de Tirano." Albert Barnes dice que: "discutiendo no es una traducción adecuada," pues la palabra griega no tiene ese significado. Jesús, cuando predicaba, "dialogaba." Cuando un hombre se le acercó y le dijo: "Maestro, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna? Él "dialogó" con el hombre. Cuando otro le dijo: "Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia," Cristo no discutió con él, sino que "dialogó." Su estilo usual era hablar a la gente, y sólo muy raras veces discutió con los hombres. Podríamos renunciar a todos los libros que han sido escritos en defensa del cristianismo si quisiéramos predicar sólo a Cristo, si, en lugar de defender los puestos de avanzada, dijéramos: "Dios se encargará de ellos," y lleváramos a cabo una incursión en contra del enemigo; entonces por el Santo Espíritu de Dios llevaríamos todo delante de nosotros. ¡Oh Iglesia de Dios! debes creer que eres invencible; pero si te quedas paralizada temblando y llena de temor, entonces estás arruinada. Alza tu cabeza y di: "Yo soy la hija de Dios; yo soy la novia de Cristo." No te detengas a demostrarlo, sino afírmalo; marcha en medio de la tierra, y reyes y príncipes se inclinarán ante ti, porque habrás retomado tu antigua fuerza y habrás asumido tu antigua gloria.

Tengo que hacer una observación más en relación al estilo de nuestro trabajo. Me temo que no participamos lo suficiente del método divino de *cubrir vastos territorios*. Pablo era un gran errante: él predicaba en un lugar, y doce personas se convertían allí; establecía una iglesia de inmedia-

to; no se detenía hasta tener quinientos; sino que cuando tenía doce, se iba a otro lugar. Una santa mujer lo recibe; ella tiene un hijo y una hija; ellos son salvos y bautizados: allí hay otra iglesia. Luego continúa; dondequiera que va la gente cree y es bautizada, dondequiera que encuentra a una familia que cree, él o su acompañante bautiza a toda la casa, y continúa su camino siempre formando iglesias y nombrando ancianos a cargo de ellas. En estos días vamos y nos establecemos en un lugar, hacemos una base allí, y trabajamos gradualmente alrededor de ella, y pensamos que esa es la manera de tener éxito. ¡No, no! Saquea todo un continente; intenta grandes cosas y grandes cosas serán hechas. Pero dicen que si simplemente pasas por un lugar, esto será olvidado como son olvidadas las tormentas del verano, que mojan todo pero que no satisfacen a nadie.

Sí, pero tú no sabes cuántos elegidos de Dios puede haber por allí; no debes quedarte en un solo lugar; continúa tu camino; los elegidos de Dios están en todas partes. Yo les digo que si no pudiera recorrer este país, Inglaterra, no podría soportar predicar. Si predicara *aquí* todo el tiempo, muchos de ustedes se endurecerían al escuchar el Evangelio. Me gusta ir aquí, allí, y a todas partes. *Mi ambición mayor* es esta: que pueda ir a todo el país, y a la vez mantener mi cuartel general en un solo lugar. Creo firmemente que cubrir vastos territorios es un gran plan de Dios. Debemos tener ministros y pastores fijos, pero quienes son como los apóstoles deben ir más lejos de lo que lo hacen.

III. Pero yo tengo una tercera cosa que decir que va a dar en el blanco en cuanto a muchos de nosotros: esto es, que **NO TENEMOS IGLESIAS APOSTÓLICAS**. ¡Oh! si hubieran podido ver una iglesia apostólica, ¡qué cosa tan diferente parecería en relación a cualquiera de nuestras iglesias! Tan diferente, casi diría yo, como la luz lo es de la oscuridad, tan diferente como el lecho seco de un arroyo en el verano lo es de un poderoso río que fluye, siempre lleno, profundo y claro, siempre apresurándose hacia el océano.

Ahora, ¿dónde está nuestra *vida de oración* comparada con la de ellos? Confío que algo sabemos acerca del poder de la oración en esta iglesia, pero no creo que oremos como ellos lo hacían. “Y partiendo el pan casa por casa, participaban de la comida con alegría y con sencillez de corazón, alabando a Dios.” Como regla, no había ningún miembro de la iglesia que fuera frío o indiferente; entregaban completamente sus almas a Dios; y cuando Ananías y Safira sustrajeron del precio, cayeron y murieron por su pecado. ¡Oh! si nosotros oráramos con la sinceridad que ellos lo hacían, tendríamos un éxito parecido. Cualquier medida de éxito que pudiéramos haber tenido aquí se ha debido enteramente a las oraciones de ustedes bajo la soberanía de Dios; y en todos los lugares donde he estado he manifestado con orgullo que mi gente es gente de oración. Si otros ministros también tuvieran personas de oración; si la Iglesia orara por los misioneros con el mismo número de oraciones, y siendo las condiciones las mismas, Dios las bendecirá, y habrá más prosperidad que nunca.

No tenemos la costumbre apostólica de *la liberalidad*. En los días de los apóstoles ellos daban todos sus bienes. No se les *requería* que lo hicieran en aquel tiempo, y no se requiere ahora; a nadie se le ocurre solicitar tal cosa; sin embargo, nos hemos ido hasta el otro extremo, y muchos no dan absolutamente nada. Hay hombres que poseen fortunas y sin embargo se preocupan tanto por sus familias, aunque sus familias *tienen* todo, que

dan lo mismo que la joven sirvienta que se sienta a su lado. Hay un dicho común, que los miembros de las iglesias cristianas no dan en proporción a su riqueza. Damos por cortesía y porque es respetable. Muchos de nosotros damos, espero, porque amamos la causa de Dios; pero muchos decimos: "hay un pobre albañil, que trabaja muy duro toda la semana y sólo gana lo suficiente para mantener a su esposa y a su familia: él va a dar un peso; ahora, yo gano tantos miles de pesos a la semana (soy un hombre rico) ¿cuánto daré? Bueno, voy a dar cien pesos." Otro dice: "voy a dar veinte pesos esta mañana." Ahora, si compararan su riqueza con lo que tiene el albañil, verían que él da todo lo que le queda por encima de su nivel de manutención, mientras que ellos, comparativamente, no dan nada.

Queridos hermanos, no somos cristianos a medias; esa es la razón por la cual no podemos tener éxito a medias. Somos cristianos, pero me pregunto si lo somos plenamente. El Espíritu de Dios no ha entrado en nosotros para darnos esa vida, y ese fuego, y esa alma que poseían en aquellos tiempos antiguos.

IV. Finalmente, como resultado de las otras cosas que hemos visto, y tal vez en parte por causa de ellas también, NO TENEMOS EL ESPÍRITU SANTO EN ESA MEDIDA QUE POSEÍAN LOS APÓSTOLES. No veo ninguna razón por la cual esta mañana, si Dios así lo quisiera, yo no pudiera estar frente a ustedes y predicar un sermón que fuera el instrumento de la conversión de cada alma presente en este lugar. No veo ninguna razón por la cual, mañana, yo no pudiera predicar un sermón que fuera el medio de salvación de todos los que lo oyieran, si el Espíritu de Dios fuera derramado. La Palabra es capaz de convertir, de manera tan amplia como Dios el Espíritu quisiera aplicarla; no veo ninguna razón por la cual, si tenemos conversiones solas o en pequeños grupos ahora, no haya un momento cuando cientos y miles vengan a Dios. El mismo sermón que Dios bendice para diez personas, si Él quisiera sería de bendición para cien personas. Estoy seguro que en los últimos tiempos cuando venga Cristo y comience a tomar el reino para Sí, cada ministro de Dios tendrá tanto éxito como Pedro en el día de Pentecostés.

Estoy seguro que el Espíritu Santo es capaz de hacer que la Palabra tenga éxito, y la razón por la que no prosperamos es que no tenemos al Espíritu Santo apoyándonos con poder y energía como ellos lo tenían en aquel entonces. Hermanos míos, si tuviésemos al Espíritu Santo en nuestro ministerio, nuestro talento no tendría ninguna importancia. Los hombres pueden ser pobres y sin ninguna educación; sus palabras pueden ser entrecortadas y con muchos errores gramaticales; sin las frases impactantes de Hall, o los gloriosos truenos de Chalmers; pero si el poder del Espíritu estuviera con ellos, los más humildes evangelistas tendrían mucho más éxito que los más pomposos teólogos, o los más elocuentes predicadores. Es la *gracia* extraordinaria, no el talento, lo que prevalece al final del día; el poder espiritual extraordinario, no el poder mental extraordinario. El poder mental puede llenar una capilla; pero el poder espiritual llena la Iglesia. El poder mental puede reunir una congregación; el poder espiritual salva almas. Necesitamos poder espiritual.

¡Oh! conocemos a algunas personas ante cuyo talento reconocemos que no valemos, pero que no tienen poder espiritual, y cuando ellos hablan no tienen al Espíritu Santo apoyándolos; pero conocemos a otros, hombres sencillos de mucho valor y empeño que hablan con el dialecto de su re-

gión, y que predicen en sus lugares de origen y el Espíritu Santo viste cada una de sus palabras con poder; los corazones son quebrantados, las almas son salvadas, y los pecadores nacen de nuevo. ¡Espíritu del Dios viviente! Te necesitamos. Tú eres la vida, el alma; Tú eres la fuente del éxito de tu pueblo; sin Ti no pueden hacer nada. Contigo pueden hacerlo todo.

Así he intentado mostrarles lo que pienso que es la causa de nuestra falta de éxito parcial. Y ahora permítanme, con toda sinceridad, suplicarles a nombre de Cristo y del Santo Evangelio de Cristo, que se motiven para desarrollar esfuerzos renovados para difundir Su verdad, y para orar con más entrega para que venga Su reino, y Su voluntad se cumpla en la tierra así como en el cielo. ¡Ah! Mis amigos, si yo pudiera mostrarles los cientos de miles de espíritus que ahora caminan en las tinieblas exteriores; si pudiera llevarlos a la tenebrosa cueva del infierno y mostrarles los millares y millares de almas paganas en medio de una tortura indecible, sin haber escuchado ni una palabra, pero que fueron justamente condenadas por sus pecados; me parece que podrían ustedes preguntarse: “¿Hice algo por salvar a estos infelices millares de personas? Ellos han sido condenados, y ¿acaso puedo decir que soy inocente de su sangre?”

¡Oh! Dios de misericordia, si estas ropas están limpias de la sangre de los hombres, tendré un motivo eterno para bendecirte en el cielo. ¡Oh, Iglesia de Cristo! Tienes una razón muy importante para preguntarte si estás limpia en esta materia. Ustedes dicen con demasiada frecuencia, ustedes hijos de Dios: “¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?” Ustedes son demasiado parecidos a Caín; no se preguntan a ustedes mismos si Dios no va demandar de manos de ustedes la sangre de sus compañeros. ¡Oh! hay una verdad que dice: “Si el centinela no les advierte, ellos morirán, pero yo demandaré su sangre de manos del centinela.” ¡Ah! Muchos más de nosotros deberíamos estar predicando a los paganos, y sin embargo, tal vez, somos indolentes y estamos haciendo muy poco o nada. Muchos de ustedes, sí, todos ustedes, deberían estar haciendo mucho más de lo que están haciendo ahora a favor de los propósitos evangélicos y para la divulgación del Evangelio de Cristo. ¡Oh! Háganse esta pregunta en sus corazones: ¿podría decir a un espíritu condenado si me lo encuentro en el infierno, “Pecador, hice todo lo que podía hacer por ti?” Me temo que algunos tendrán que decir: “No, no lo hice; es cierto que pude haber hecho más; pude haber laborado más, aunque no hubiera tenido éxito, pero no lo hice.”

Ah, queridos amigos, pienso que hay una razón muy importante para dudar que algunos de nosotros creemos verdaderamente en nuestra religión. Una vez, un infiel se encontró con un cristiano y dijo: “Yo sé que no crees en tu religión.” “¿Por qué?” preguntó el cristiano. “Por que,” respondió el infiel, “durante años te has encontrado conmigo cuando voy a mi trabajo. ¿Tú crees, no es cierto, que hay un infierno en el que son arrojados los espíritus de los hombres?” “Si, lo creo,” replicó el cristiano. “Y tú crees que a menos que yo crea en Cristo seré enviado allí?” “Sí.” “No lo crees, estoy seguro, ya que si creyeras serías un infeliz muy inhumano pasando a mi lado, día a día, sin decirme nunca nada acerca de eso y sin advertirme al respecto.”

Yo sostengo que hay algunos cristianos que son verdaderamente culpables en este asunto; Dios los perdonará, la sangre de Cristo puede lavar

completamente aún eso, pero ellos son culpables. ¿Has pensado alguna vez en el tremendo valor de una sola alma? Queridos amigos, si hubiera un solo hombre sin salvación en Siberia y todo el resto del mundo fuera salvo, si Dios moviera nuestras mentes, valdría la pena que toda la gente de Inglaterra fuera tras esa alma. ¿Han pensado alguna vez en el valor de un alma? ¡Ah! ustedes no han escuchado los aullidos o los gritos del infierno; no han oído los poderosos himnos y hosannas de las almas glorificadas; no tienen una noción de lo que es la eternidad, pues de lo contrario conocerían el valor de un alma.

Ustedes que han sido quebrantados por la convicción de pecado, humillados por el Espíritu, y llevados a clamar por misericordia por medio del Jesús del pacto; ustedes saben algo del valor de un alma, pero muchos de mis lectores no lo saben. ¿Podríamos predicar descuidadamente, podríamos orar fríamente, si supiéramos cuán preciosa es la cosa que nos concierne? No, estariamos doblemente entregados a nuestra tarea para que Dios quisiera salvar a los pecadores. Estoy seguro que el estado de cosas presente no puede continuar por mucho tiempo; no estamos haciendo casi nada; el cristianismo está en un bache. La gente piensa que nunca será mejor; que es claramente imposible hacer maravillas en estos días. ¿Acaso estamos en una condición peor que las naciones católicas lo estaban cuando un hombre, un Lutero, predicó? Entonces Dios puede encontrar a un Lutero ahora. No estamos en un peor estado que cuando Whitefield comenzó a predicar, y todavía Dios puede encontrar a Sus Whitfields ahora. Es un engaño suponer que no podemos tener el éxito que ellos tuvieron. Lo tendremos con la ayuda de Dios; veremos cosas mayores que estas con la ayuda de Dios por su Espíritu. En todo caso, no dejaremos que la Iglesia de Dios descance si no la vemos prosperar, sino que presentaremos nuestra protesta sincera y de todo corazón en contra de la frialdad y el letargo de los tiempos, mientras nuestra lengua se mueva en nuestras bocas, protestaremos contra el relajamiento y la falsa doctrina que prosperan en todas las iglesias, y entonces esa feliz doble reforma (una reforma de doctrina y del Espíritu) se dará entre nosotros. Dios sabe que entonces diremos: “¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes, y como palomas hacia sus palomares?” y muy pronto se escuchará el aviso de la venida de Cristo. El mismo descenderá de los cielos; y escucharemos que se dice y que se canta: “¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Porque reina el Señor nuestro Dios Todopoderoso.”

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #76 – Vol. 2
Gospel Missions

LA SOBERANÍA DIVINA

NO. 77

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE MAYO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

**“¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”
Mateo 20:15.**

El padre de familia dice: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” y de la misma manera el Dios del cielo y de la tierra les hace esta pregunta a ustedes el día de hoy, “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” No hay ningún atributo de Dios que sea más consolador para Sus hijos que la doctrina de la Soberanía Divina. Bajo las más adversas circunstancias, en medio de las tribulaciones más severas, ellos creen que la Soberanía ha ordenado sus aflicciones, que la Soberanía los gobierna y que la Soberanía los va a santificar a todos.

No hay nada por lo que los hijos de Dios deban contender con más ahínco que por el dominio de su Señor sobre toda la creación; el reinado de Dios sobre todas las obras de Sus propias manos; el trono de Dios, y Su derecho a sentarse sobre ese trono. Por otra parte, no hay doctrina más odiada por los hombres del mundo, y no hay otra verdad que hayan convertido en una pelota de fútbol, como la grandiosa, estupenda, y muy cierta doctrina de la Soberanía del infinito Jehová.

Los hombres permitirán que Dios esté en cualquier lugar excepto en Su trono. Ellos le permitirán que esté en Su taller para formar mundos y hacer estrellas. Le permitirán que esté en Su casa de caridad repartiendo limosnas y entregando Sus tesoros. Le permitirán que sostenga la tierra y mantenga firme sus pilares, o que encienda las lámparas del cielo, o que gobierne las olas del océano, que siempre están en movimiento; pero cuando Dios asciende a Su trono, entonces Sus criaturas rechinan los dientes; y cuando nosotros proclamamos a un Dios *entronizado*, y el derecho que tiene de hacer lo que quiera con lo suyo, a disponer de Sus criaturas como lo crea conveniente, sin consultarlos en la materia, entonces es cuando se burlan de nosotros y somos execrados, y entonces es cuando los hombres prestan oídos sordos a nuestras palabras, pues el Dios en Su trono no es el Dios que ellos aman. Lo aman mejor en cualquier otro lugar de lo que lo hacen cuando Él se sienta con el cetro en Su mano y Su corona sobre Su cabeza. Pero nosotros amamos predicar a Dios en Su trono. Es el Dios en Su trono en quien confiamos. Es el Dios en Su trono a quien hemos estado cantando este día; y es el Dios en Su trono de quien hablaremos en este sermón. Sin embargo, voy a predicar únicamente acerca de una parte de la Soberanía de Dios, y esa es la Soberanía de Dios en la dis-

tribución de Sus dones. En este respecto yo creo que Él tiene el derecho de hacer lo que quiera con lo suyo, y que Él ejerce ese derecho.

Debemos admitir, antes de comenzar nuestro sermón, algo muy cierto, es decir, que todas las bendiciones son dones y que nosotros no tenemos ningún derecho a ellos por mérito propio. Yo pienso que cualquier mente razonable concederá esto. Y habiendo admitido lo anterior, nos esforzaremos para demostrar que Él tiene un derecho, viendo que esos dones le pertenecen, para hacer lo que quiera, para retenerlos por completo si así le agrada, o para distribuirlos si así decide hacerlo, para dárselos a algunos pero no a otros, para no dárselos a nadie o dárselos a todos, conforme parezca bien a Sus ojos. “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

Vamos a dividir los dones de Dios en cinco clases. En la primera clase tendremos los dones *temporales*; en la segunda, los dones *salvadores*; en la tercera, los dones *honorables*; en la cuarta clase, los dones *útiles*; y en la quinta clase, los dones *consoladores*. De todos ellos diremos: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

I. Entonces, en primer lugar, tenemos LOS DONES TEMPORALES. Es un hecho indisputable que Dios no ha dado lo mismo a todos los hombres en los asuntos temporales; que Él no ha distribuido a todas Sus criaturas la misma cantidad de felicidad o la misma posición en la creación. Hay diferencias. Observen qué diferencia hay en los *hombres* en lo personal (pues vamos a considerar principalmente a los hombres); uno nace como Saúl, que del hombro arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo; otro vivirá toda su vida como Zaqueo, un hombre de corta estatura. Uno tiene un cuerpo escultural y es bello, y otro es débil y está lejos de tener una figura hermosa. A cuántos no encontramos cuyos ojos nunca se han gozado en la luz del sol, cuyos oídos nunca han escuchado los encantos de la música, y cuyos labios nunca han pronunciado sonidos inteligibles o armoniosos.

Camina por la tierra y encontrarás hombres superiores a ti en vigor, salud, y figura, y encontrarás a otros que son tus inferiores en estas mismas cosas. Algunos de los aquí presentes son preferidos muy por encima de sus semejantes por su aspecto físico, y otros caen muy abajo en la balanza y no cuentan con nada que los pueda llevar a gloriarse en la carne. ¿Por qué Dios ha dado a un hombre belleza y a otro no se la ha dado? A uno le ha dado todos sus sentidos mientras que a otro sólo unos cuantos? ¿Por qué en algunos Él ha despertado el sentido del entendimiento, mientras que otros están obligados a cargar con un cuerpo terco y lento?

Nosotros respondemos y que los demás digan lo que quieran, que no se puede dar ninguna otra respuesta excepto ésta: “Sí, Padre, porque así te agradó.” Los viejos fariseos preguntaban: “¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?” Sabemos que no fue a causa del pecado de sus padres ni del pecado del hijo que éste haya nacido ciego, o que otros hayan sufrido desgracias similares, sino que Dios ha hecho como ha que-

rido en la distribución de Sus beneficios terrenales, y así ha dicho al mundo: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

Observen, también, qué diferencia existe en la distribución de los *dones mentales*. No todos los hombres son como Sócrates; sólo hay unos cuantos como Platón; eventualmente, por aquí y por allá, nos encontramos con un Bacon; muy de vez en cuando conversaremos con un Sir Isaac Newton. Algunos tienen estupendos intelectos con los que pueden descubrir los secretos: sondear las profundidades de los océanos; medir la altura de los montes; desdoblar los rayos del sol y pesar las estrellas.

Otros no tienen sino mentes superficiales. Tú puedes intentar educarlos y educarlos, pero nunca lograrás que sean grandes. No puedes mejorar lo que no está allí. No tienen talento y tú no puedes dárselo. Cualquiera puede ver que hay una inherente diferencia en la gente desde el mismo nacimiento. Algunos, con tan solo un poco de educación sobrepasan a quienes han recibido una preparación elaborada. Tenemos a dos muchachos educados en la misma escuela, enseñados por el mismo maestro, y que se han aplicado a sus estudios con la misma diligencia, pero uno de ellos destacará muy por encima del otro. ¿Por qué ocurre esto? Porque Dios afirma Su soberanía tanto sobre la mente como sobre el cuerpo.

Dios no nos ha creado iguales, sino que ha diversificado Sus dones. Un hombre puede ser tan elocuente como Whitfield; otro tartamudea aunque sólo hable tres palabras en su idioma natal. ¿Qué es lo que ocasiona estas tremendas diferencias entre hombre y hombre? Respondemos que debemos referirlo todo a la Soberanía de Dios, que hace como quiere con lo suyo.

De nuevo observen cuáles son las diferencias de *las condiciones de los hombres en este mundo*. Se descubren de tiempo en tiempo mentes poderosas en hombres cuyos miembros arrastran las cadenas de la esclavitud, y cuyas espaldas son descubiertas para recibir latigazos; tienen su piel negra pero en la mente son muy superiores a sus brutales amos.

De la misma manera también en Inglaterra descubrimos hombres sabios que a menudo son muy pobres, y hombres ricos que con frecuencia son ignorantes y vanos. Uno viene al mundo para ser cubierto de inmediato con púrpura imperial; otro solamente podrá usar las humildes ropas del campesino. Uno habita en un palacio y tiene una mullida cama para reposar, mientras que otros difícilmente encuentran un lugar de descanso y nunca poseerán una cubierta más suntuosa que la paja de su propia choza. Si nos preguntamos la razón de esto, la respuesta todavía es: “Sí, Padre, porque así te agradó.”

Y así de otras maneras, al pasar por la vida, ustedes observarán cómo se manifiesta esa soberanía. A un hombre Dios le da una larga vida y buena salud, de tal forma que escasamente conoce lo que es un día de enfermedad, mientras que otro hombre se tambalea y encuentra una tumba casi a cada paso, y temiendo a la muerte siente que se muere mil veces.

Un hombre aun en su extrema vejez, como Moisés, tiene un ojo vigoroso; y aunque su cabello sea gris, él se mantiene tan firme sobre sus pies como cuando era joven en la casa de su padre. Nuevamente preguntamos: ¿cuál es la causa de esta diferencia? Y la única respuesta adecuada es que es el efecto de la Soberanía de Jehová.

Encontrarán también que algunos hombres son arrancados en la flor de su vida, apenas en la mitad de sus días, mientras otros alcanzan los setenta años y más. Uno parte antes de haber cubierto la primera etapa de su existencia, y otro ve que su vida se alarga tanto que se convierte en una carga; estoy convencido que debemos atribuir la causa de todas estas diferencias en la vida al hecho de la Soberanía de Dios. Él es Soberano y Rey y ¿no hará lo que quiera con lo suyo?

Vamos a dejar este punto, pero antes de hacerlo debemos deternos un instante para terminar de reflexionar sobre él. Oh, tú, que has recibido el don de una noble figura, de un hermoso cuerpo, no te jactes de ello, pues tus dones te vienen de Dios. Oh, no te gloríes, pues si tú te glorías te vuelves feo en un instante. Las flores no se jactan de su belleza, ni tampoco los pájaros cantan a su plumaje. No sean vanas, hijas de la belleza; ustedes hijos, no se exalten por su hermosura; y, oh, ustedes hombres de poder y de intelecto, recuerden que todo lo que tienen es otorgado por un Soberano Señor; Él ciertamente creó; Él puede destruir. No hay muchos pasos que separen al más poderoso intelecto del idiota más desvalido; el pensamiento profundo casi toca la locura. Tu cerebro puede ser trastornado en cualquier momento, y estarías condenado desde ese momento a vivir como un loco. No te jactes de todo lo que sabes, pues aun el pequeño conocimiento que tienes te ha sido dado. Por tanto, digo, no te exaltes por encima de toda medida, sino que usa lo que Dios te ha dado para el servicio de Dios, pues es una dádiva real, y no debes despreciarla.

Pero si el Soberano Señor te ha dado un talento, y nada más, no lo escondas en una servilleta, sino que úsalo bien, y entonces puede suceder que Él te dé más. Bendice al Señor porque tienes *más* que otros, y dale gracias porque te ha dado *menos* que otros, pues tú tienes menos que acarrear sobre tus hombros; y entre más ligera sea tu carga menos motivos tendrás para gemir mientras prosigues tu camino hacia una tierra mejor. Entonces bendice a Dios si tú posees menos que tus semejantes, y contempla Su bondad tanto en el retener como en el dar.

II. Hasta este momento, la mayoría estará de acuerdo con lo que hemos dicho; pero cuando llegamos al segundo punto, LOS DONES SALVADORES, habrán muchos que ya no estarán de acuerdo, ya que no pueden aceptar nuestra doctrina. Cuando aplicamos esta doctrina concerniente a la Soberanía Divina a la salvación del hombre, entonces vemos que los hombres se levantan para defender a sus pobres semejantes a quienes consideran como perjudicados por la predestinación de Dios. Pero no he sabido de alguno que se alzara para defender al diablo; y sin embargo, yo

creo que si algunas criaturas de Dios tienen un derecho de quejarse de Sus tratos son *los ángeles caídos*. Por su pecado fueron arrojados del cielo de inmediato, y no podemos leer en ningún lado que alguna vez se les haya enviado algún mensaje de misericordia. Una vez echados fuera, su condenación fue sellada; mientras que a los hombres se les dio una tregua, la redención fue enviada a su mundo, y un gran número de ellos fue elegido para vida eterna. ¿Por qué no contender con la Soberanía tanto en un caso como en el otro?

Decimos que Dios ha elegido un pueblo escogido de la raza humana, y Su derecho de hacer esto es negado. Pero yo pregunto, ¿por qué no se discute igualmente el hecho que Dios ha elegido a los hombres y no a los ángeles caídos, o Su justicia en tal elección? Si la salvación fuera un asunto de derecho, ciertamente los ángeles tendrían tanto derecho como los hombres. ¿Acaso no estaban colocados en una dignidad superior? ¿O acaso pecaron más? Creemos que no. El pecado de Adán fue tan deliberado y completo que no podemos imaginar un pecado mayor que el que cometió. Si los ángeles expulsados del cielo hubieran sido restaurados, ¿no habrían prestado un mayor servicio a su Hacedor del que nosotros podremos prestar jamás? Si se nos hubiera permitido juzgar este asunto, habríamos liberado a los ángeles y no a los hombres. Admiren, pues, el amor y la Soberanía Divinos, ya que mientras los ángeles fueron hechos pedazos, Dios ha levantado un número de elegidos de la raza de los hombres para ponerlos entre príncipes, por medio de los méritos de Jesucristo nuestro Señor.

Observen de nuevo la Soberanía Divina en el hecho que *Dios eligió a la raza de los israelitas y dejó a los gentiles en la oscuridad durante años*. ¿Por qué Israel fue instruido y salvado mientras que a Siria se le dejó para que pereciera en la idolatría? ¿Acaso era esa raza más pura en su origen y mejor en su carácter que la otra? ¿Acaso los israelitas no tomaron miles de veces falsos dioses para ellos y provocaron la ira y el aborrecimiento del Dios verdadero? ¿Por qué fueron favorecidos por encima de sus semejantes? ¿Por qué el sol del cielo brilló sobre ellos mientras que todas las naciones de los alrededores fueron dejadas en la oscuridad, y millones fueron hundidos en el infierno? ¿Por qué? La única respuesta que puede darse es ésta, que Dios es un Soberano, y “de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece.”

Y ahora también ¿por qué Dios *nos ha enviado Su palabra mientras que una multitud de personas permanece todavía sin Su palabra*? ¿Por qué cada uno de nosotros viene al tabernáculo de Dios, domingo tras domingo, gozando del privilegio de escuchar la voz del ministro de Jesús, mientras que otras naciones no han sido bendecidas de esa manera? ¿Acaso Dios no pudo haber hecho que la luz resplandeciera en las tinieblas allí al igual que aquí? ¿No hubiera podido Él, si así lo hubiera querido, haber enviado mensajeros ligeros como la luz, para proclamar Su Evangelio por toda la

tierra? Podía haberlo hecho si hubiera querido. Como sabemos que no lo ha hecho así, nos inclinamos en mansedumbre, confesando el derecho que Él tiene de hacer lo que quiera con lo suyo.

Pero permítanme que recalque la doctrina una vez más. Contemplen cómo Dios despliega Su Soberanía en que *de la misma congregación, entre quienes escuchan al mismo ministro, y oyen la misma verdad, uno es tomado y el otro es dejado*. ¿Por qué es que para una de las personas que me escucha y que se sienta en aquella banca, y para su hermana que está sentada a su lado, el efecto de la predicación es diferente? Ellas han sido alimentadas sobre la misma rodilla, han sido mecidas en la misma cuna, educadas bajo los mismos sistemas, oyen al mismo ministro con la misma atención, ¿por qué es que la una será salvada y la otra será dejada? Lejos esté de nosotros tejer alguna excusa para el hombre que es condenado: no sabemos de ninguno: pero también, lejos esté de nosotros el restarle gloria a Dios. Nosotros afirmamos que Dios es quien hace la diferencia; que la hermana que es salva no tendrá que agradecerlo a sí misma sino a su Dios.

Habrá también dos hombres que son borrachos. Alguna palabra predicha traspasará a uno de ellos de lado a lado, mientras que el otro se quedará sentado incommovible, aunque en todos los aspectos ambos sean exactamente lo mismo, tanto en constitución como en educación. ¿Cuál es la razón? Tú responderás que tal vez porque uno acepta y el otro rechaza el mensaje del Evangelio. Pero entonces deberías preguntarte, ¿quién hizo que uno lo aceptara y quién hizo que el otro lo rechazara? Te *reto* a que digas que el hombre mismo hizo la diferencia. *Debes* admitir en tu conciencia que es Dios el único a quien pertenece este poder. Pero a quienes no les gusta esta doctrina están sin embargo levantados en armas en contra nuestra; y ellos se preguntan, ¿cómo puede Dios en justicia hacer tal acepción entre los miembros de Su familia?

Supongan que un padre tiene un cierto número de hijos, y que a uno de ellos diera todos sus favores, y a los demás los dejara sumidos en la miseria, ¿no diríamos nosotros que se trata de un padre duro y cruel? Yo respondo que así es. Pero los casos no son los mismos. *No es un padre* con quien tienes que tratar sino con *un juez*. Tú dices que todos los hombres son hijos de Dios; te exijo que demuestres eso. Yo nunca lo he leído en mi Biblia. Yo no me atrevo a decir: “Padre nuestro que estás en los cielos,” mientras no sea regenerado. No puedo deleitarme en la paternidad de Dios para conmigo mientras no sepa que soy uno con Él, y coheredero con Cristo. No me atrevo a reclamar la paternidad de Dios siendo un hombre sin regenerar. No se trata de una relación de padre e hijo, pues el hijo tiene un derecho sobre su padre, sino de Rey y súbdito; y ni siquiera una relación tan elevada como esa, pues hay un derecho entre el súbdito y el Rey.

Una criatura, una criatura pecadora, no puede argumentar algún derecho sobre Dios; pues eso equivaldría a que la salvación sea por obras y no por gracia. Si los hombres pudieran merecer la salvación, entonces salvarlos sería únicamente el pago de una deuda, y Él no les estaría dando nada más de lo que debería. Pero nosotros afirmamos que la gracia establece diferencias para que sea verdaderamente gracia. Oh, pero algunos preguntarán: ¿acaso no está escrito: “*a cada uno le es dada medida de gracia para provecho?*” Si a ustedes les gusta repetir esa maravillosa cita que a menudo se me viene a la cabeza, pueden hacerlo, pues no es una cita de la Escritura a menos que fuera de una edición Arminiana. El único pasaje que se asemeja de alguna manera a este, se refiere a los dones espirituales de los santos y únicamente de los santos.

Pero yo afirmo que, admitiendo la suposición de ustedes, si a cada uno le es dada una medida de gracia para provecho, sin embargo Él ha dado a ciertos una medida de gracia particular para que sea realmente provechosa. Pues, ¿qué entienden ustedes por gracia que sea provechosa? Yo puedo entender los adelantos del hombre en el uso de grasa perfeccionada, pero no puedo entender una gracia perfeccionada y usada por el poder del hombre. La gracia no es algo que yo uso; la gracia es algo que me usa a mí. Pero la gente habla de gracia como si fuera algo que ellos pueden usar, y no como una influencia que tiene poder sobre ellos. La gracia no es algo que yo pueda perfeccionar, sino algo que me perfecciona, que me emplea, que obra en mí; y que la gente hable lo que quiera acerca de la gracia universal, todo eso es absurdo, no existe tal cosa ni puede existir.

Pueden hablar correctamente de bendiciones universales, ya que vemos que los dones naturales de Dios están esparcidos por todas partes, más o menos, y los hombres pueden recibirlas o rechazarlas. Sin embargo, no sucede lo mismo con la gracia. Los hombres no pueden tomar la gracia de Dios y emplearla para transportarse ellos mismos de las tinieblas a la luz. La luz no viene a las tinieblas diciendo: úsame; sino que la luz viene y ahuyenta a las tinieblas. La vida no viene al hombre que está muerto diciéndole: úsame, y sé restaurado a la vida; sino que viene con un poder propio y restaura la vida. La influencia espiritual no viene a los huesos secos diciéndoles: usen este poder y revístanse de carne; sino que viene y los reviste de carne, y la obra está hecha. La gracia es algo que viene y ejerce una influencia sobre nosotros—

***“Únicamente la voluntad soberana de Dios
Nos convierte en herederos de la gracia;
Nacidos a imagen de Su Hijo,
Una raza creada de nuevo.”***

Y nosotros les decimos a todos ustedes que rechinan sus dientes al oír esta doctrina, ya sea que lo sepan o no, que ustedes tienen una buena dosis de enemistad contra Dios en sus corazones; pues hasta que no sean conducidos a conocer esta doctrina, hay algo que todavía no han descubierto, que los opone a la idea de un Dios absoluto, un Dios sin límites,

un Dios sin cadenas, un Dios inmutable, y un Dios con un libre albedrío que a ustedes les encanta demostrar que poseen las criaturas. Estoy persuadido que la Soberanía de Dios debe ser sostenida por nosotros si queremos gozar de un saludable estado mental. “La salvación es de Jehová.” Entonces dénle toda la gloria a Su santo nombre, a Quien pertenece toda la gloria.

III. En tercer lugar, vamos a considerar ahora las diferencias que Dios a menudo establece en Su iglesia en cuanto a DONES HONORABLES. Hay una diferencia hecha entre los propios hijos de Dios, cuando son Sus hijos. Fíjense en lo que quiero decir: uno tiene el don honorable del *conocimiento*, mientras que otro sabe muy poco. Me encuentro de vez en cuando con un amado hermano cristiano con quien podría hablar durante un mes, y le aprendería algo cada día. Ha tenido profunda experiencia (él se ha asomado a las cosas profundas de Dios) y toda su vida ha sido un perpetuo estudio dondequiera que ha estado. Él parece haber recogido pensamientos, no simplemente de los libros, sino también de los hombres, de Dios y de su propio corazón. Él conoce todos los recodos y los embrollos de la experiencia cristiana: él entiende las alturas, las profundidades, las longitudes, y las anchuras del amor de Cristo, que exceden a todo conocimiento. Él ha conseguido una idea grande, un íntimo conocimiento del sistema de gracia, y puede defender los tratos del Señor con Su pueblo.

Luego te encuentras con otro que ha pasado por muchos problemas, pero que no tiene un profundo conocimiento de la experiencia cristiana. No aprendió ni un solo secreto en todas sus tribulaciones. Salía a tropiezos de un problema para meterse de inmediato en otro, pero nunca se detuvo para levantar alguna de las joyas que estaban enterradas en el lodo; nunca intentó descubrir las preciosas perlas escondidas en sus aflicciones. Sabe apenas un poco más acerca de las alturas y de las profundidades del amor del Salvador de lo que sabía cuando vino por primera vez al mundo. Puedes conversar con un hombre así tanto como quieras, pero no obtendrás nada de él. Si te preguntas por qué ocurre eso, yo respondo que hay una Soberanía de Dios que otorga conocimiento a algunos y no a los otros.

El otro día iba caminando con un cristiano anciano, que me comentaba cuánto se ha beneficiado por mi ministerio. No hay nada que me humille más que el pensamiento de que ese anciano creyente recibiera experiencia en las cosas de Dios y recibiera instrucción en los caminos del Señor de un simple bebé en la gracia. Pero yo espero, cuando yo sea un anciano, si vivo y llego a ser uno, que algún bebé en la gracia me instruya. Dios cierra la boca del viejo algunas veces y abre la boca del niño.

¿Por qué somos maestros de cientos de personas que son, en muchas áreas, más capaces de enseñarnos a nosotros? La única respuesta que podemos encontrar está en la Soberanía Divina, y debemos inclinarnos

ante ella, pues ¿acaso no tiene Él el derecho de hacer lo que quiera con lo suyo?

En lugar de envidiar a los que tienen el don del conocimiento, deberíamos procurar obtenerlo, si es posible. En lugar de sentarnos a murmurar diciendo que no tenemos más conocimiento, debemos recordar que el pie no puede decirle a la cabeza, ni la cabeza al pie, no tengo necesidad de ti, pues Dios nos ha dado talentos conforme ha querido.

De nuevo observen, al hablar de dones honorables, que no sólo el conocimiento sino también el *servicio* es un don honorable. No hay nada más honorable para un hombre que el oficio de diácono o ministro. Nosotros engrandecemos nuestro oficio, pero no nos engrandecemos a nosotros mismos. Sostenemos que no hay nada que dignifique más a un hombre que el ser nombrado para un oficio en una iglesia cristiana. Yo prefiero ser un diácono de una iglesia que ser alcalde de la ciudad de Londres. Yo considero que ser un ministro de Cristo es un honor infinitamente más elevado que cualquier honor que el mundo pueda otorgar. Mi púlpito es para mí más deseable que un trono, y mi congregación es un imperio lo suficientemente grande; un imperio ante el cual los imperios de la tierra se reducen a nada en cuanto a la importancia eterna.

¿Por qué envía Dios, por el Espíritu Santo, un llamamiento especial a un hombre para que sea un ministro, y pasa por alto a otro? Hay otro hombre más dotado, tal vez, pero nosotros no nos atrevemos a ponerlo en un púlpito porque él no tiene un llamado especial. Lo mismo sucede con el diaconado; el hombre que todos piensan que es el adecuado para ese oficio es pasado por alto, y otro es elegido.

Hay una manifestación de la Soberanía de Dios en Sus nombramientos para los diversos oficios: al poner a David en un trono, al convertir a Moisés en líder de los hijos de Israel a través del desierto, al elegir a Daniel para que estuviera entre príncipes, al elegir a Pablo para que fuera ministro de los gentiles, y a Pedro para que fuera el apóstol de la circuncisión. Y ustedes que no tienen el don de un servicio honorable, deben aprender la grandiosa verdad contenida en la pregunta del Señor: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?”

Hay otro don honorable, el don de *la expresión*. La elocuencia tiene mayor poder sobre los hombres que todos los demás dones juntos. Si un hombre quiere tener poder sobre la multitud, debe buscar tocar sus corazones, y encadenar sus oídos. Hay hombres que son semejantes a vasijas llenas de conocimiento hasta el borde, pero que no tienen los medios para transmitir ese conocimiento al mundo. Ellos poseen todas las gemas del saber, pero desconocen cómo engarzarlas en el anillo de oro de la elocuencia. Pueden cortar las flores más bellas, pero no saben cómo tejerlas en una dulce guirnalda para presentarlas al ojo del admirador. ¿Cómo es esto? Nuevamente decimos que la Soberanía de Dios está desplegada aquí, en la distribución de dones honorables.

Aprende aquí, oh hombre cristiano, si tú tienes dones, a arrojar el honor de ellos a los pies del Salvador, y si no los posees, aprende a no murmurar; recuerda que Dios es igualmente bondadoso cuando retiene como cuando distribuye Sus favores. Si alguien de entre ustedes es exaltado, que no se envanezca; si alguien es humillado, que no sea despreciado; pues Dios da a cada vasija su medida de gracia. Sírvale cada uno según su medida, y adore al Rey del Cielo que hace lo que quiere.

IV. En cuarto lugar notamos el don de UTILIDAD. A menudo he hecho mal al censurar a mis hermanos ministros por no ser útiles, le he dicho a alguno: tú podrías haber sido tan útil como yo si hubieras sido diligente. Pero seguramente hay otros que todavía son más diligentes y más eficientes y que trabajan de manera constante, pero con muy poco efecto. Y, por lo tanto, permítanme retirar mi acusación, y en lugar de eso, afirmar que el don de la utilidad es el resultado de la Soberanía de Dios. No está en el hombre ser útil, sino que es de Dios hacer al hombre útil. Nosotros podemos trabajar con toda nuestra fuerza, pero únicamente Dios puede hacernos útiles. Podemos desplegar todas nuestras velas cuando sopla el viento, pero no podemos hacer que sople el viento.

La Soberanía de Dios es vista también en la diversidad de los dones ministeriales. Te acercas a un ministro y eres alimentado con abundancia de alimento bueno: el otro ministro no da lo suficiente ni para alimentar a un ratón; tiene abundancia de censura, mas no tiene alimento para el hijo de Dios. Otro puede consolar al hijo de Dios, pero no puede reprender al rebelde. No tiene suficiente fuerza mental para dar esos azotes que son necesarios algunas veces. ¿Y cuál es la razón? La Soberanía de Dios.

Uno puede blandir el martillo pero no podría sanar un corazón quebrantado. Si llegara a intentarlo, vendría a tu mente la imagen de un elefante tratando de ensartar un hilo en una aguja. Un hombre así puede reprender, pero no puede aplicar aceite y vino en una conciencia herida. ¿Por qué? Porque Dios no le ha dado ese don.

Hay otro que siempre predica sobre la teología práctica; y muy raramente se refiere a temas doctrinales. Otro es todo doctrina, y no puede predicar mucho acerca de Jesucristo y Él crucificado. ¿Por qué? Dios no le ha dado el don de doctrina. Otro siempre predica a Jesús, bendito Jesús; hombres de la escuela de Hawker; y muchos dicen, ¡oh!, ellos no nos dan suficiente experiencia; ellos no se internan en la profunda experiencia de la corrupción que aflige a los hijos de Dios. Pero nosotros no les echamos la culpa por esto. Ustedes notarán que del mismo hombre brotarán a veces arroyos de agua viva, mientras que en otros momentos estará totalmente seco. Un día domingo te retiras de la iglesia refrescado por la predicación, y el domingo siguiente no recibes ningún bien. Hay Soberanía Divina en todo esto, y debemos aprender a reconocerla y admirarla.

En una ocasión, la semana pasada, estaba yo predicando a una gran multitud de personas, y en una parte del sermón la gente estaba muy

conmovida; yo sentí que el poder de Dios estaba allí; una pobre criatura gritó de manera audible debido a la ira de Dios contra el pecado; pero en otro momento las mismas palabras pudieran haber sido expresadas y pudo haber existido el mismo deseo en el corazón del ministro, sin que se produjera ningún efecto. Yo digo que debemos identificar la Soberanía Divina en todos esos casos. Debemos reconocer la mano de Dios en todo. Pero la presente generación es la más impía que haya pisado la tierra jamás, lo creo verdaderamente. En los días de nuestros padres, tan pronto caía un chaparrón, ellos declaraban que era obra de Dios que cayera; y tenían oraciones para que lloviera, oraciones para que hiciera sol, y oraciones para la cosecha; oraban cuando una gavilla se incendiaba, así como cuando el hambre desolaba la tierra; nuestros antepasados decían: el Señor lo ha hecho. Pero ahora nuestros filósofos tratan de explicarlo todo, y atribuyen todo los fenómenos a segundas causas. Pero hermanos, nosotros debemos atribuir el origen y la dirección de todas las cosas al Señor, y únicamente al Señor.

V. Finalmente, LOS DONES CONSOLADORES son de Dios. Oh, qué dones de consolación gozamos algunos de nosotros en las ordenanzas de la casa de Dios, y en un ministerio que es productivo. Pero cuántas iglesias no tienen un ministerio de ese tipo; y entonces, ¿por qué lo tenemos nosotros? Porque Dios ha establecido esa diferencia. Algunos de los que me escuchan tienen una sólida fe, y se pueden reír de los imposibles; somos capaces de cantar una canción en medio del mal tiempo: tanto en la tempestad como en la calma. Pero hay otra persona con poca fe que está en peligro de tropezar con cada brizna de paja. Nosotros atribuimos la fe eminentemente enteramente a Dios.

Uno nace con un temperamento melancólico, y ve que una tempestad siempre se está generando en medio de la calma; mientras que otro está contento, y ve bordes de plata en cada nube, no importa cuán negra sea, y es un hombre feliz. ¿Pero por qué sucede ésto? Los dones consoladores provienen de Dios.

Y luego observen que nosotros mismos diferimos a ratos. Durante un tiempo podremos tener un bendito intercambio con el cielo, y nos es permitido mirar al interior del velo. Pero súbitamente, estos gozos deleitables se esfuman. ¿Acaso murmuramos por causa de eso? ¿No puede hacer Él lo que quiera con lo que es suyo? ¿No puede quitar lo que ha dado? Los consuelos que poseemos fueron Suyos antes que fueran nuestros—

**“Y aunque me quitaras todo,
Yo no me quejaría,
Antes que yo lo poseyera,
Todo era enteramente Tuyo.”**

No hay gozo del Espíritu, ni abundante esperanza bendita, ni una gran fe, ni un deseo ardiente, ni una cercana comunión con Cristo, que no sean un don de Dios, y que no debamos atribuirlo a Él. Cuando estoy en tinieblas y sufro desilusiones, miro a lo alto y digo: Él da cánticos en la

noche; y cuando soy conducido al regocijo, digo, mi monte permanecerá firme para siempre. Dios es un soberano Jehová; y, por tanto, me postro a Sus pies, y si perezco, voy a perecer allí.

Pero déjenme decir, hermanos, que esta doctrina de la Soberanía Divina está muy lejos de hacer que ustedes se sienten con pereza, sino que espero en Dios que tendrá la tendencia de humillarlos, y de conducirlos a decir: "yo soy indigno de la más pequeña de todas Tus misericordias. Siento que Tú tienes el derecho de hacer conmigo lo que quieras. Si Tú me aplastas a mí, pobre gusano indefenso, no serás afrentado; no tengo el derecho de pedirte que tengas compasión de mí, excepto esto, que necesito Tu misericordia. Señor, si Tú quieres, Tú puedes perdonar, y jamás diste Tu gracia a alguien que la necesitara más ardientemente. Puesto que estoy vacío, lléname con el pan del cielo; puesto que estoy desnudo, vísteme con Tu manto; puesto que estoy muerto, dame la vida."

Si suplicas así, con toda tu alma y con toda tu mente, aunque Jehová es Soberano, el extenderá Su cetro y salvará, y vivirás para adorarlo en la belleza de Su santidad, amando y adorando Su Soberanía llena de gracia. "El que creyere," es la declaración de la Escritura "y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado." El que cree únicamente en Cristo, y es bautizado con agua en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, será salvo, pero el que rechace a Cristo y no crea en Él, será condenado. Ese es el decreto Soberano y la proclamación del cielo: inclínate ante él, reconócelo, obedécelo, y que Dios te bendiga.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,

en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor

los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones

del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #77 – Volumen 2

Divine Sovereignty

Dios Solamente es la Salvación de Su Pueblo NO. 80

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 18 DE MAYO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET CHAPEL, SOUTHWARK, LONDRES.**

“El solamente es mi roca y mi salvación.”
Salmo 62:2

Cuán noble título. Cuán sublime, sugestivo y subyugador. “MI ROCA.” Es un símil tan divino, que únicamente debería aplicarse a Dios.

Miren aquellas rocas y consideren su antigüedad, pues desde sus más altos picos, miles de edades nos han espiado. Cuando esta gigantesca ciudad no había sido fundada todavía, esas rocas ya estaban grises por los años. Cuando nuestra humanidad no había respirado todavía el aire, se nos informa que esas rocas ya eran cosas muy antiguas; son hijas de épocas idas. Miramos estas antiguas rocas con respeto, pues se encuentran entre las primicias de la naturaleza. Descubrimos, escondidos en sus entrañas, vestigios de mundos desconocidos sobre los cuales los sabios sólo pueden *suponer*, pero que, sin embargo, no pueden *conocer*, a menos que el propio Dios les enseñe lo que ha existido antes de ellos. Ustedes contemplan la roca con reverencia, pues imaginan todas las historias que podría contarles si tuviera voz; podría relatarles cómo a través de múltiples agentes ígneos y acuosos, ha sido torturada hasta asumir su presente figura.

De la misma manera nuestro Dios es preminentemente antiguo. Su cabeza y Sus cabellos son blancos como la lana, tan blancos como la nieve, pues Él es “el Anciano de días,” y la Escritura siempre nos enseña a recordar que Él “no tiene principio de días.” Mucho antes que la creación fuese engendrada, “Desde el siglo y hasta el siglo,” Él era Dios.

¡Mi roca! Qué historia podría contarles la roca acerca de las tormentas a las que ha estado expuesta; de las tempestades que han asolado su base en el océano, y los truenos que han turbado los cielos por encima de su cabeza; pero ella misma ha permanecido incólume frente a las tempestades, e incombustible ante los embates de las tormentas. Así ocurre con nuestro Dios. ¡Cuán firme ha estado (cuán inmutable ha sido), aunque las naciones le hayan injuriado, y “aunque los reyes de la tierra consultaran unidos!” ¡Simplemente se queda quieto y pone en desbandada a las filas enemigas, y no necesita extender Su mano! En Su grandeza estática como una roca, Él ha combatido a las olas, y ha esparcido a los ejércitos de Sus enemigos, batiéndolos en retirada en medio de la confusión.

Miren otra vez a la roca: ¡vean cuán firme y cuán incombustible permanece! No resbala de un sitio a otro, sino que permanece firme para siempre. Otras cosas han cambiado, las islas se han hundido bajo el mar, y los continentes han sido sacudidos; pero vean, la roca permanece tan firme como si fuese el propio cimiento de todo el mundo, y no podrá ser conmovida mientras no naufrague la creación, o mientras no se des-

aten las ligaduras de la naturaleza. Así es con Dios: ¡cuán fiel es Él a Sus promesas! ¡Cuán inalterable en Sus decretos! ¡Cuán firme! ¡Cuán inmutable!

La roca es inalterable; ninguna de sus partes se ha desgastado. Aquel pico de granito ha brillado bajo el sol, y ha llevado el blanco velo de la nieve invernal. Algunas veces ha adorado a Dios con su cabeza descubierta, y otras veces las nubes le proporcionaron alas discretas para que, como un querube, adorara a su Hacedor; pero ella misma, sin embargo, ha permanecido inalterable. Las heladas invernales no han podido destruirla, y los calores veraniegos no han logrado derretirla. Lo mismo sucede con Dios. He aquí, Él es mi roca. Él es el mismo, y Su reino no tendrá fin. Él es inmutable en Su ser, firme en Su propia suficiencia. Él se mantiene a Sí mismo inmutablemente el mismo, y “por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos.” Los diez mil usos de la roca, además, están llenos de ideas en cuanto al ser de Dios. Ustedes ven aquella fortaleza sobre una alta roca: cuán difícilmente pueden escalarla las propias nubes, y ningún asalto puede perpetrarse tratando de remontar sus precipicios, pues los hombres armados no pueden avanzar, y los sitiados se burlan de ellos desde la cima.

Así, nuestro Dios, es una defensa segura, y no seremos commovidos pues Él “puso nuestros pies sobre peña, y enderezó nuestros pasos.” Muchas rocas gigantescas son una fuente de admiración por su altura. Desde sus picos podemos ver al mundo extendido a la distancia, como un pequeño mapa. Identificamos un río o un arroyo que serpea a lo largo, como si fuese una vena de plata recostada sobre un manto de esmeralda. Descubrimos a las naciones a nuestros pies, “como gotas de agua en una cubeta,” y las islas son “unos puntitos” en la distancia, mientras que el propio océano no parece sino una palangana de agua, sostenida por la mano de un poderoso gigante.

El Dios todopoderoso es como una roca. Estamos en Él, y desde allí miramos al mundo abajo, y lo consideramos como algo insignificante. Hemos subido a la cumbre de Pisga, desde cuya cima podemos ver a través de este mundo de tormentas y adversidades hasta la resplandeciente tierra de los espíritus: ese mundo que todo ojo y todo oído desconocen, pero que Dios nos ha revelado por medio del Espíritu Santo. Esta roca poderosa es nuestro refugio y es nuestro observatorio alto, desde donde vemos lo invisible y tenemos la evidencia de cosas que no hemos gozado todavía. Sin embargo, no necesito detenerme para decirles todo lo concerniente a una roca, pues podríamos predicar durante una semana entera acerca de ella; pero les dejamos esas consideraciones para que las mediten durante la semana. “*Él es mi roca.*” ¡Qué glorioso pensamiento! Cuán seguro estoy, y cuán protegido: y ¡cómo puedo regocijarme al saber que cuando tenga que vadear la corriente del Jordán, Él será mi roca! No caminaré sobre un cimiento resbaloso, sino que me apoyaré en Aquel que no puede traicionar mi pie; y podré cantar, cuando me esté muriendo: “Jehová mi fortaleza es recto, y en él no hay injusticia.”

Ahora dejamos el pensamiento de la roca, y procederemos al tema de nuestro mensaje, que es: Dios solamente es la salvación de Su pueblo—

“El solamente es mi roca y mi salvación.”

Notaremos, primero, *la grandiosa doctrina que Dios únicamente es nuestra salvación*; en segundo lugar, *la grandiosa experiencia de conocer y de aprender que “El solamente es mi roca y mi salvación”*; y, en tercer lugar, *el gran deber*, que ya podrán adivinar, *de dar toda la gloria y todo el honor y poner nuestra fe en Él que “es solamente mi roca y mi salvación.”*

I. Lo primero es, LA GRANDIOSA DOCTRINA: que Dios “solamente es nuestra roca y nuestra salvación.” Si alguien nos preguntase qué elegiríamos por lema, como predicadores del Evangelio, responderíamos: “Dios solamente es nuestra salvación.” El desparecido y lamentado señor Denham puso al pie de su retrato, un texto sumamente admirable: “la salvación es de Jehová”. Ahora, ese es precisamente el epítome del calvinismo; es su suma y sustancia. Si alguien les preguntase qué significa ser un calvinista, pueden responder: “es alguien que dice: *la salvación es de Jehová.*” No puedo encontrar en la Escritura ninguna otra doctrina diferente a esta. Es la esencia de la Biblia. “El solamente es mi roca y mi salvación.” Mencionen cualquier cosa que difiera de esto y será una herejía; díganme una herejía, y yo descubriré su esencia en esto: que se ha apartado de esta grandiosa, fundamental, y sólida verdad: “Dios es mi roca y mi salvación.” ¿Cuál es la herejía de Roma sino añadir algo a los méritos perfectos de Jesucristo: agregar las obras de la carne para que ayuden a alcanzar nuestra justificación? Y, ¿cuál es la herejía del arminianismo sino la secreta adición de algo para completar la obra del Redentor? Descubrirán que cada herejía, si es traída a la piedra de toque, se manifestará en esto, negará esto: “El solamente es mi roca y mi salvación.”

Vamos a explicar a fondo esta doctrina. Por el término “salvación” aquí, yo entiendo, no solamente la regeneración y la conversión, sino algo más. Yo no reconozco como salvación lo que regenera, pero luego me pone en una posición tal que puedo quedar fuera del pacto y perderme; yo no puedo llamar puente a una estructura que sólo llega hasta la mitad del río; no puedo llamar salvación a aquello que no me lleve al cielo, que no me lave hasta dejarme perfectamente limpio, y no me ponga en medio de los glorificados que cantan hosannas constantes alrededor del trono.

Si la analizamos en sus componentes, la salvación comprende la liberación, la preservación continua a lo largo de la vida, la sustentación, y al final la reunión de todos esos elementos en el perfeccionamiento de los santos en la persona de Jesucristo.

1. Por salvación entiendo *la liberación* de la casa de servidumbre en la que nací por naturaleza, y la entrega a la libertad con que Cristo nos hizo libres, cuando “Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.” Esto, entiendo, es enteramente de Dios. Y yo pienso que estoy en lo correcto en lo relativo a esa conclusión, pues la Escritura me informa que el hombre está muerto; y, ¿cómo puede alcanzar un muerto su propia resurrección? Me enseña que el hombre es totalmente depravado, y odia el cambio divino. ¿Cómo puede un hombre, entonces, provocar ese cambio que él mismo odia? Encuentro que el hombre ignora lo que significa ser nacido de nuevo, y como Nicodemo, hace la necia pregunta: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el

vientre de su madre, y nacer?" No puedo concebir que un hombre haga lo que no puede entender: y si no sabe lo que significa nacer de nuevo, no puede nacer de nuevo por sí mismo. No. Yo creo que el hombre es totalmente impotente en la primera obra de su salvación. No puede romper sus cadenas, pues no son cadenas de hierro, sino cadenas de su propia carne y sangre; primero debe romper su propio corazón antes de poder romper los grilletes que lo aprisionan. Y ¿cómo puede un hombre romper su propio corazón? ¿Qué martillo puedo usar para quebrar mi propia alma, o qué fuego puedo encender para disolver mi corazón? No, la liberación es únicamente de Dios. La doctrina es afirmada continuamente en la Escritura; y quien no crea en ella, no recibe la verdad de Dios. La liberación es solamente de Dios; "la salvación es de Jehová."

2. Y si somos liberados y somos vivificados en Cristo, *la preservación* es únicamente del Señor. Si soy un hombre de oración, Dios es quien me conduce a orar: si tengo gracias, Dios me da esas gracias; si doy frutos, Dios me da los frutos; si permanezco en una vida consistente, Dios me sostiene en esa vida consistente. Yo no hago absolutamente nada tendiente a mi propia preservación, excepto lo que Dios hace primero en mí. Toda la bondad que pueda existir en mí, me es dada únicamente por el Señor. Los pecados que cometo, esos son míos. Pero cuando actúo correctamente, eso me es dado por Dios, entera y completamente. Si he repelido a un enemigo, Su fortaleza dio vigor a mi brazo. ¿Derribé al suelo a un enemigo? Su potencia afiló mi espada y me dio valor para asestar el golpe. ¿Predico Su palabra? No soy yo, sino la gracia que está en mí. ¿Vivo una vida santa para Dios? No soy yo, sino Cristo que vive en mí. ¿Soy santificado? Yo no me he santificado a mí mismo; el Espíritu Santo de Dios me santifica. ¿Estoy apartado del mundo? Estoy apartado por la disciplina *de Dios*. ¿Creczo en conocimiento? El grandioso Instructor me enseña. Encuentro en Dios todo lo que necesito; pero en mí no encuentro nada. "El solamente es mi roca y mi salvación."

3. Y además: *la sustentación* es absolutamente indispensable. Necesitamos sustentación de la providencia para nuestros cuerpos, y sustentación de la gracia para nuestras almas. Las misericordias providenciales son enteramente del Señor. Es verdad que la lluvia desciende del cielo y riega la tierra, y "la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come;" pero ¿de qué manos proviene la lluvia y qué dedos destilan el rocío? Es cierto que el sol brilla y hace crecer y brotar y florecer a las plantas, y su calor hace que los frutos maduren en los árboles; pero, ¿quién da al sol su luz, y quién lo usa para esparcir su calor protector? Es cierto que yo trabajo y me afano; mi frente suda; mis manos están cansadas; me arrojo sobre mi cama, y allí descanso, pero no estoy "extinguiendo mis propias fuerzas," ni atribuyo mi preservación a mi propio poder. ¿Quién fortalece mis músculos? ¿Quién hace a mis pulmones como el hierro, y quién hace estos nervios de acero? "Dios solamente es mi roca y mi salvación." Él solamente es la salvación de mi cuerpo y la salvación de mi alma. ¿Me alimento de la palabra? Esa palabra no sería alimento para mí, a menos que el Señor la convierta en alimento para mi alma, y me ayude a alimentarme de ella. ¿Vivo del maná que desciende del cielo? ¿Qué es ese maná, sino el propio Jesucristo en-

carnado, cuyo cuerpo y cuya sangre como y bebo? ¿Estoy recibiendo continuamente frescos incrementos de poder? ¿De dónde saco mi poder? Mi salvación es de Él: sin Él no puedo hacer nada. Como el pámpano no puede llevar fruto a menos que permanezca en la vid, yo tampoco puedo llevar fruto a menos que permanezca en Él.

4. Luego, juntemos los tres pensamientos en uno. *La perfección* que pronto tendremos, cuando estemos allá, cerca del trono de Dios, será enteramente del Señor. Esa reluciente corona que brillará en nuestra frente como una constelación de refulgentes estrellas, habrá sido elaborada únicamente por nuestro Dios. Voy a una tierra, pero es una tierra que el arado terrenal jamás ha removido, aunque es más verde que los mejores pastos de la tierra, y aunque es más rica que todas las cosechas que la tierra jamás vio. Voy a un edificio con una arquitectura más grandiosa que la que el hombre haya podido concebir jamás; no está construido por una arquitectura de mortales, es “una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.” Todo lo que sabré en el cielo, me lo enseñará el Señor; y cuando al fin me presente delante de Él, diré—

**“La gracia coronará toda la obra
A través de los días sin fin;
En el cielo está la principal piedra del ángulo,
Digna de toda la alabanza.”**

II. Y ahora, amados, llegamos a LA GRAN EXPERIENCIA. La más grande de todas las experiencias, yo creo, es saber que “El solamente es mi roca y mi salvación.” Hemos estado insistiendo sobre una doctrina; pero la doctrina no es nada, a menos que sea demostrada en nuestra experiencia. La mayoría de las doctrinas de Dios deben aprenderse únicamente en la práctica: llevándolas al mundo y dejando que aguanten el desgaste de la vida. Si yo le preguntara a cualquier cristiano, en este lugar, si esta doctrina es verdadera, si él hubiera tenido alguna experiencia profunda, me respondería: “¡Ay, es verdaderamente cierta!, ninguna palabra en la Biblia de Dios es más verdadera que esa, pues ciertamente la salvación es solamente de Dios.” “El solamente es mi roca y mi salvación.” Pero, amados, es sumamente difícil tener tal conocimiento experimental de la doctrina, que siempre nos impida apartarnos de ella. Es muy difícil creer que “la salvación es de Jehová.” Hay momentos en que ponemos nuestra confianza en algo más que no es Dios, y entonces pecamos cuando vinculamos con Dios cualquier otra cosa que no provenga de Él. Permitanme reflexionar un poco más detenidamente en la experiencia que nos llevará al conocimiento de que la salvación es solamente de Jehová.

El verdadero cristiano estará dispuesto a confesar que la salvación es efectivamente sólo de Dios; esto es, que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” Recordando mi vida pasada, veo que desde su comienzo todo ha sido de Dios; efectivamente de Dios. Yo no tomé una antorcha para iluminar al sol; pero el sol efectivamente me alumbró. Yo no comencé mi vida espiritual, no. Yo más bien di coces y luché en contra de las cosas del Espíritu: cuando Él me atrajo, por un tiempo, no corrí tras Él. Había en mi alma un odio natural contra todo lo santo y lo bueno. Sus galanteos eran desperdiados en mí; las advertencias eran arrojadas al viento; los truenos eran desprecia-

dos; y en cuanto a los susurros de Su amor, eran rechazados como cosas sin valor y pura vanidad. Pero estoy seguro que ahora puedo decir, hablando por mí, y a nombre de todos los que conocen al Señor: "El solamente es mi salvación, y la salvación de ustedes también." Él fue el que hizo volver sus corazones, y los puso de rodillas. Pueden decir con toda verdad, entonces—

***"La gracia enseñó la oración a mi alma,
La gracia llenó mis ojos de llanto."***

Y llegando a este momento, ustedes podrán decir—

***"La gracia me ha guardado hasta este día,
Y no permitirá que me aleje."***

Yo recuerdo que cuando me estaba acercando al Señor, pensaba que lo estaba haciendo todo por mí mismo, y aunque buscaba al Señor con sinceridad, no tenía la menor idea que el Señor me estaba buscando a mí. No creo que el joven convertido esté consciente de esto al principio. Un día cuando estaba sentado en la casa de Dios, no estaba concentrado en el sermón que predicaba el hombre, porque no creía en lo que decía. De pronto me asaltó el pensamiento: "¿Cómo llegaste a ser cristiano?" Yo busqué al Señor. "Pero, ¿por qué te pusiste a buscar al Señor?" Este pensamiento atravesó mi mente como un relámpago: yo no lo habría buscado a menos que hubiese existido alguna influencia previa en mi mente que *me condujera* a buscarle. Estoy seguro que no pasarán muchas semanas, después de que se conviertan en cristianos, no pasarán muchos meses, antes de que digan: "yo atribuyo enteramente mi cambio a Dios." Yo deseo que esta sea mi confesión constante. Yo sé que hay algunas personas que predicen un evangelio por la mañana y otro por la noche: que predicen un sano y buen evangelio en la mañana, porque están predicando a los santos, pero predicen falsedad por la noche, porque están predicando a los pecadores. Pero no hay necesidad de predicar la verdad en una ocasión y la falsedad en la otra. "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma." No hay necesidad de agregar nada más para atraer a los pecadores al Salvador. Pero, hermanos míos, deben confesar que "la salvación es de Jehová." Cuando recuerden su pasado, deben decir: "mi Señor, todo lo que tengo, Tú me lo has dado. ¿Tengo las alas de la fe? Yo fui una vez una criatura sin alas. ¿Tengo los ojos de la fe? Yo fui una vez una criatura ciega; yo estaba muerto hasta que Tú me diste vida; ciego, hasta que Tú abriste mis ojos; mi corazón era un repugnante nido de suciedad, pero Tú pusiste perlas allí, si están allí, pues las perlas no son el producto de un estercolero; Tú me has dado todo lo que poseo."

Y así, si miran al presente, si su experiencia es la de un hijo de Dios, todo lo atribuirán a Él; no únicamente todo lo que han tenido en el pasado, sino todo lo que tienen ahora. Aquí están ahora, sentados en una banca esta mañana; hoy, sólo quiero que consideren dónde se encuentran. Amados, ¿creen ustedes que estarían donde están si no fuera por la gracia divina? Sólo piensen en la severa tentación que tuvieron ayer; ellos "consultaron para arrojarte de tu grandeza;" tal vez fueron tentados como yo lo soy a veces. Algunas veces el diablo parece arrastrarme justo al borde de un precipicio de pecado por algún tipo de ensalmo, llevándome a olvidar el peligro por la dulzura que lo rodea; y en el preciso momento cuando está a punto de arrojarme al abismo, y veo al abismo bos-

tezando a mis pies, una mano poderosa me saca, y oigo una voz que me dice: "evitaré que caigas en el abismo; he encontrado un rescate." ¿Acaso no sienten que, antes de que el sol se ponga serían condenados, si la gracia no los guardara? ¿Tienes algo bueno en tu corazón que la gracia no te haya dado? Si yo supiera que tengo una gracia que no hubiera venido de Dios, la pisotearía con mis pies, porque no sería una virtud pia-dosa; la consideraría una falsificación, pues no sería legítima si no procediera de la casa de moneda de la gloria. Podría ser muy semejante a lo legítimo; pero ciertamente es mala, a menos que proceda de Dios. ¡Cristiano!, ¿puedes decir de todas las cosas pasadas y presentes: "El solamente es mi roca y mi salvación?"

Y ahora, miren hacia adelante, hacia el futuro. ¡Hombre!, considera cuántos enemigos tienes; cuántos ríos tienes que cruzar, cuántas montañas tienes que escalar, con cuántos dragones tienes que luchar, de cuántas fauces de leones debes escapar, cuántos fuegos tienes que atravesar, cuántas corrientes tienes que vadear. Hombre, ¿qué piensas? ¿Puede venir tu salvación de cualquier otra fuente que no sea Dios? ¡Oh!, si yo no tuviese el brazo eterno que me apoya, gritaria: "¡Muerte!, arrebátame a cualquier parte; a cualquier parte fuera de este mundo." Si no tuviera esa especial esperanza, esa única confianza, ¡entiérrenme a diez mil brazas de profundidad, al fondo de la creación, donde mi ser desparezca! ¡Oh!, pónganme lejos, pues soy un miserable si no tengo a Dios para que me ayude a lo largo de mi jornada. ¿Acaso son ustedes lo suficientemente fuertes para luchar con alguno de sus enemigos sin la ayuda de su Dios? No lo creo. Una insignificante criada insensata puede descorazonar a Pedro, y puede abatirte a ti también, si Dios no te guarda. Te suplico que recuerdes esto; espero que lo sepas por la experiencia del pasado; pero procura recordarlo en el futuro, hacia donde te diriges: "la salvación es de Jehová." No se queden mirando a su corazón, no se queden examinándose para ver si tienen algo bueno que los recomiende, sino que deben recordar que "la salvación es de Jehová." "El solamente es mi roca y mi salvación."

Efectivamente, todo nos viene de Dios; y estoy seguro que debemos agregar, *todo lo relativo a los méritos*. Hemos experimentado que la salvación es enteramente de Él. ¿Qué méritos tengo yo? Si yo pudiera amontonar poco a poco todo lo que he tenido jamás, y luego me acercara a ustedes y les pidiera todo lo que tienen, no podríamos recoger nada de valor entre todos. Nos hemos enterado de algún católico que dijo alguna vez que cuando se pesaran sus buenas obras contra sus malas obras, la balanza se inclinaría a su favor, y que por tanto iría al cielo. Pero no hay tal cosa. He visto a muchas personas, muchos tipos de cristianos, y muchos cristianos singulares, pero nunca me he encontrado con ninguno que haya dicho que tuviera méritos propios al ser examinado muy de cerca. Nos hemos enterado de hombres perfectos, y nos hemos enterado de hombres perfectamente insensatos, y hemos considerado a ambas categorías perfectamente iguales. ¿Acaso tenemos méritos propios? Estoy seguro que no los tenemos, si hemos sido enseñados de Dios. Una vez creímos que los teníamos; pero un hombre llamado Convicción visitó nuestra casa una noche, y se llevó todos los motivos que teníamos de

gloriarnos. ¡Ah!, todavía somos viles. Yo no sé si Cowper lo expresó lo suficientemente bien cuando dijo—

*“Desde la hora bendita que fui traído a Tus pies,
Y todas mis necesidades fueron desarraigadas,
No he confiado en brazo que no sea el Tuyo,
Ni espero en nada sino en Tu justicia divina!”*

Pienso que él cometió un error, pues la mayoría de los cristianos confían algunas veces en el ego, pero estamos obligados a reconocer que “la salvación es de Jehová,” si la consideramos desde el punto de vista de los méritos.

Mis queridos amigos, ¿han experimentado esto en sus propios corazones? ¿Pueden decir “amén” a eso, al oírlo? ¿Pueden decir: “Yo sé que Dios es quien me ayuda”? Me atrevo a decir que pueden, la mayoría de ustedes puede; pero no lo dirán tan bien como lo harán pronto si Dios les enseña. Nosotros lo *creemos*, cuando comenzamos la vida cristiana; lo *sabemos* posteriormente; y entre más vivimos, más descubrimos que es verdad: “Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová.” De hecho, la corona de la experiencia cristiana debe ser despojada de toda confianza en el yo o en el hombre, y debe ser conducida a confiar entera y simplemente en Jesucristo. Yo afirmo, cristiano, que la experiencia más elevada y más noble, no consiste en estar gimiendo acerca de tu corrupción, en llorar por tus descarríos, sino que consiste en decir—

*“A pesar de todos mis pecados, afanes y miserias,
Su Espíritu no me soltará.”*

“Señor, creo; ayúda mi incredulidad.” Me gusta lo que dice Lutero: “yo correría a los brazos de Cristo, aunque tuviera una espada desenvainada en Sus manos.” A eso se le llama una fe atrevida; pero como dice un viejo teólogo, no existe tal cosa como una fe atrevida; no nos estamos aventurando cuando se trata de Cristo; no hay ningún riesgo; no hay ninguna contingencia en el más mínimo grado. Es una experiencia santa y celestial, cuando podemos ir a Cristo en medio de la tormenta, y decirle: “¡Oh! Jesús, yo creo que estoy cubierto por Tu sangre;” cuando sentimos que estamos cubiertos de harapos, y a pesar de ello decimos: “Señor, yo creo que por medio de Cristo Jesús, a pesar de ser andrajoso, estoy completamente absuelto.” La fe de un santo es poca fe cuando cree como un santo; pero la fe de un pecador es verdadera fe cuando cree como un pecador. La fe, no la de un ser sin pecado, sino la fe de una criatura pecadora: esa es la fe que deleita a Dios. Anda, entonces, cristiano; pide que esta sea tu experiencia, que aprendas cada día que “El solamente es mi roca y mi salvación.”

III. Y ahora, en tercer lugar, vamos a hablar DEL GRAN DEBER. Hemos tenido la gran experiencia; ahora contraemos un gran deber.

El gran deber es: si únicamente Dios es nuestra roca, y lo sabemos, ¿no estamos obligados a poner toda nuestra confianza *en* Dios, a dar todo nuestro amor *a* Dios, a poner toda nuestra esperanza *en* Dios, a entregar toda nuestra vida *para* Dios, y a someter todo nuestro ser *a* Dios? Si Dios es todo lo que tengo, entonces, todo lo que tengo será de Dios. Si únicamente Dios es mi esperanza, entonces, yo pondré toda mi esperan-

za en Dios; si el amor de Dios es solamente lo que salva, Él únicamente tendrá mi amor.

Vamos, déjame hablarte por un momento, cristiano, pues quiero advertirte que no tengas dos Dioses, dos Cristos, dos amigos, dos esposos, dos grandiosos Padres; que no tengas dos fuentes, dos ríos, dos soles, o dos cielos, sino que tengas solamente uno. Quiero pedirte ahora, que ya que Dios ha puesto toda la salvación en Él mismo, que te entregues por entero a Dios. ¡Vamos, permíteme que hable contigo!

En primer lugar, *nunca le agregues nada a Cristo*. ¿Quieres coser tus viejos harapos a las nuevas vestiduras que Él da? ¿Quieres verter el nuevo vino en las viejas botellas? ¿Quieres juntar a Cristo con tu ego? Sería como uncir a un elefante con una hormiga; nunca podrían arar juntos. ¡Qué!, ¿quisieras aparejar a un arcángel con un gusano, con la esperanza que te arrastren a lo largo del cielo? ¡Cuánta inconsistencia! ¡Cuánta insensatez! ¡Qué!, ¿tú y Cristo? De seguro, Cristo sonreiría; ¡no, Cristo lloraría al pensar en una cosa así! ¿Cristo y el hombre juntos? ¿CRISTO Y COMPAÑÍA? No, eso no sucederá nunca; Él no aceptará nada parecido; Él debe serlo todo. Observen cuán inconsistente sería poner cualquier cosa junto a Él; y noten, además, *cuán errado* sería. Cristo no soportará jamás que se ponga nada junto a Él. Él llama adulteros y fornicarios a quienes aman otra cosa que no sea Él; Él demanda que tu corazón entero confie en Él, que toda tu alma le ame, y que toda tu vida le honre. Él no vendrá a tu casa mientras no le entregues todas las llaves y las pongas en Su cinturón; Él no tolerará que le des todas las llaves menos una; Él no vendrá mientras no le abras el desván, la sala, el comedor, todo, incluyendo el sótano. Te hará cantar—

***“Si pudiera reservarme algo,
Y ningún deber me obligara,
Amo a mi Dios con tan grande celo,
Que todo le entregaré.”***

Fíjate bien, cristiano; es un pecado no entregarle todo a Dios.

Además, *Cristo es agraviado* cuando no le entregas todo. Seguramente no deseas ofender a Quien derramó Su sangre por ti. De seguro no hay ningún hijo de Dios aquí que quisiera vejar a su bendito Hermano mayor. No puede haber una sola alma redimida con sangre, que quisiera ver esos benditos ojos dulces de nuestro Bienamado llenos de lágrimas. Yo sé que ustedes no quieren afligir a su Señor; ¿no es cierto? Pero les diré que vejarán Su noble espíritu si aman algo que no sea Él; pues Él los ama tanto, que es muy celoso del amor de ustedes. Se dice, en lo relativo a Su Padre, que es “un Dios celoso,” y con quien tienen que tratar es con un Cristo celoso; por lo tanto, no pongan su confianza en carros, no se apoyen en caballos, sino que digan: “El solamente es mi roca y mi salvación.”

Les ruego que consideren también una razón por la cual no deben mirar a ningún otro lado; y es que si miras a cualquier otra cosa *no podrás ver tan claramente a Cristo*. ¡Oh! dices, “puedo ver a Cristo en Sus misiones;” pero no puedes verle tan bien allí, como si vieres Su persona. Nadie puede mirar a dos objetos a la vez, y verlos a ambos muy claramente. Podrás dar un vistazo al mundo y un vistazo a Cristo; pero no puedes mirar atentamente a Cristo con tus ojos bien abiertos, y todavía

echar un vistazo al mundo. Te lo suplico, cristiano, no lo intentes. Si miras al mundo, será una basurita en tu ojo; si confías en cualquier cosa que no sea Él, estarías sentado entre dos banquitos y te caerías al suelo, y tu caída sería terrible. Por lo tanto, cristiano, míralo únicamente a Él. “El solamente es mi roca y mi salvación.”

Además observa, cristiano, yo te pido que nunca mezcles nada con Cristo; pues en verdad, cada vez que lo hagas *recibirás azotes por ello*. Nunca ha habido un hijo de Dios que albergara en su corazón a uno de los traidores del Señor, que no hubiera recibido una acusación en su contra. Dios ha emitido una orden de cateo contra todos nosotros; y ¿saben ustedes qué es lo que le ha pedido a Sus oficiales que busquen? Les ha pedido que busquen a todos nuestros amantes, todos nuestros tesoros, y a todos nuestros ayudadores. A Dios le importan menos nuestros pecados como pecados, que nuestros pecados e incluso nuestras virtudes, como usurpadores de Su trono. Yo te digo, no hay nada en el mundo sobre lo que pongas tu corazón, que no sea colgado de una horca más alta que la de Amán. Si amas cualquier cosa que no sea Cristo, hará que te sirva de penitencia; si amas tu casa más que a Cristo, la convertirá en una prisión para ti; si amas a tu hijo más que a Cristo, lo convertirá en una víbora en tu pecho y te picará; si tú amas a tus provisiones diarias más que a Cristo, hará que tu bebida sea amarga y la comida sea como arena en tu boca, hasta que entregues tu vida entera a Él. No hay nada que tengas, que Él no pueda convertir en una vara, si amas eso más que a Él; y puedes estar seguro que lo hará, si lo conviertes en algo que robe a Cristo.

Y además considera que si miras a cualquier otra cosa excepto a Dios, *pronto caerás en el pecado*. Nunca ha habido un hombre que haya fijado sus ojos en cualquier otra cosa, salvo en Cristo, que no se haya extraviado. Si el marinero guía su timón por la estrella polar, irá al norte; pero si conduce algunas veces siguiendo a la estrella polar y otras veces a alguna otra constelación, no sabe hacia dónde se dirige. Si no mantienes tu ojo fijo enteramente en Cristo, pronto estarás perdido. Si alguna vez renuncias al secreto de tu fuerza, es decir, a tu confianza en Cristo; si alguna vez te diviertes con la Dalila del mundo, y te amas a ti mismo más que a Cristo, los filisteos caerán sobre ti, y te raparán las siete gudejas de tu cabeza, y te llevarán para que muelas en la cárcel, hasta que tu Dios te otorgue la liberación haciendo que tus cabellas vuelvan a crecer una vez más, conduciéndote a confiar plenamente en el Salvador. Pon, entonces, tus ojos en Jesús; pues si te apartas de Él, ¡te va a ir muy mal! Te suplico, cristiano, que cuides tus gracias; cuida tus virtudes; cuida tu experiencia; cuida tus oraciones; cuida tu esperanza; cuida tu humildad. No hay una sola de tus gracias que no pudiera condenarte, si la descuidas. El viejo Brooks dice: cuando una mujer tiene un marido, y ese marido le entrega algunos anillos caros, los lleva en sus dedos; y si es tan insensata como para amar a los anillos más que a su marido, si sólo se preocupara por las joyas, y olvidara al marido que se las regaló, ¡cuán airoso estaría el marido, y cuán insensata sería ella misma! ¡Cristiano! Te lo advierto, cuida tus gracias; pues podrían llegar a ser más peligrosas que tus pecados. Te advierto que te cuides de todo en este mundo; pues

todo tiene esta influencia, en especial un elevado patrimonio. Si tenemos cómodos ingresos, tendremos la tendencia a no mirar mucho a Dios. ¡Ah!, cristiano con una fortuna independiente, cuidado con tu dinero; cuidado con tu oro y con tu plata; serán una maldición para ti si se interponen entre tú y tu Dios. Siempre debes mantener tu ojo en la nube y no en la lluvia, en el río y no en la barca que flota sobre la superficie. No mires a los rayos del sol, sino al sol; atribuye tus misericordia a Dios, y di perpetuamente: “El solamente es mi roca y mi salvación.”

Por último, te pido una vez más que fijes enteramente tus ojos en Dios, y no en algo en ti, *¡porque lo que ahora eres, y lo que fuiste siempre, es que serías un pobre pecador condenado si estuvieses sin Cristo!* El otro día, estaba predicando y toda la primera parte del sermón la prediqué como un ministro; de pronto recordé que yo era un pobre pecador, y entonces, *¡de qué manera tan diferente comencé a hablar!* Los mejores sermones que predico siempre son aquellos que predico, no en mi condición de ministro, sino como un pobre pecador predicando a pecadores.

Encuentro que no hay nada tan bueno como que un ministro recuerde que no es nada sino un pobre pecador, después de todo. Se dice del pavo real que, aunque posee hermosas plumas, está avergonzado de sus patas negras: yo estoy convencido que debemos sentir vergüenza de nuestros negros pies. Aunque nuestras plumas parezcan muy brillantes a veces, debemos recordar lo que seríamos si no tuviéramos la ayuda de la gracia. ¡Oh!, cristiano, pon tus ojos en Cristo, porque fuera de Él no eres nada mejor que los condenados del infierno; no hay ningún demonio en el abismo que no pudiera hacerte sonrojar, si estás fuera de Cristo. ¡Oh, que fueras humilde! Recuerda que tienes un corazón perverso dentro de ti, aun cuando la gracia esté allí. Tú tienes la gracia: Dios te ama; pero recuerda, tú tienes todavía un tumor maligno en tu corazón. Dios ha quitado mucho de tu pecado, pero todavía permanece la corrupción. Sentimos que aunque el viejo hombre esté de alguna manera sujetado, y el fuego esté más o menos controlado por las dulces aguas de la influencia del Espíritu Santo, podría arder otra vez más que antes, si Dios no lo contuviera. Entonces, no nos gloriemos en nosotros. El esclavo no necesita estar orgulloso de su linaje. Tiene su marca en la mano, hecha con hierro candente. ¡Fuera con el orgullo! ¡Despójense de él! Descansemos enteramente y solamente en Jesucristo.

Ahora, sólo una palabra para el impío: tú, que no conoces a Cristo. Has oído lo que te he dicho, que la salvación es solamente de Cristo. ¿No es esa una buena doctrina para ti? Ya que tú no tienes nada, ¿no es buena? Tú eres un pobre pecador, perdido y arruinado. Entonces, escucha esto, pecador: tú no tienes nada, y no necesitas nada, pues Cristo lo tiene todo. “¡Oh!” dices tú, “yo soy un esclavo.” ¡Ah!, pero Él tiene la redención. “No,” dices tú, “yo soy un negro pecador.” Ay, pero Él tiene la bañera que puede dejarte muy limpio. ¿Acaso dices: “yo soy un leproso”? Sí, pero el Médico bueno puede quitarte tu lepra. ¿Acaso dices: “estoy condenado”? Ay, pero Él tiene tu absolución firmada y sellada, si en verdad crees en Él. ¿Acaso dices: “pero yo estoy muerto”? Ay, pero Cristo tiene la vida, y Él te puede dar vida. No necesitas nada tuyo: nada en qué confiar excepto en Cristo; y si hay un hombre, o una mujer, o un niño

aquí, que estén preparados a repetir solemnemente conmigo, con todo su corazón: "confieso que Cristo es mi Salvador, y que no tengo poderes ni méritos míos en los cuales confiar; veo mis pecados, pero veo que Cristo los vence; veo mi culpa, pero creo que Cristo es más poderoso que mi culpa;" yo afirmo, que si alguien de ustedes puede decir eso, pueden retirarse y regocijarse, pues son herederos del reino de los cielos.

Debo contarles una singular historia, que fue contada en nuestra reunión de la iglesia, porque podría haber algunas pobres personas que entendieran el camino de la salvación por medio de ella. Uno de los amigos fue a ver a una persona que estaba a punto de unirse a la iglesia; y le preguntó: "¿podrías decirme qué le dirías a un pobre pecador que viniera a preguntarte cuál es el camino de la salvación?" "Bien," respondió, "no lo sé: difícilmente podría decírtelo; pero da la casualidad que me ocurrió ayer una situación parecida. Una pobre mujer vino a mi taller, y le expliqué el camino; pero fue de una manera tan sencilla que no me gustaría repetirla." Oh, sí, dímelo; me encantaría oírlo." Pues bien, ella es una pobre mujer, que siempre está empeñando sus cosas, y cuando pasa el tiempo, las rescata otra vez. No supe cómo explicárselo excepto de esta manera. Le dije: "mira; tu alma está empeñada al diablo; Cristo ha pagado el dinero de la redención; toma a tu fe como el pago, y sacarás a tu alma del empeño." Ahora, eso fue algo muy sencillo, pero fue la forma más excelente de impartir un conocimiento de salvación para esta mujer. Es cierto que nuestras almas estaban empeñadas a la venganza del Todopoderoso; éramos pobres, y no podíamos pagar el dinero de la redención; pero Cristo vino y lo pagó todo, y la fe es el comprobante que usamos para sacar a nuestras almas del empeño. No necesitamos poner ni un solo centavo; sólo tenemos que decir: "Señor, yo creo en Jesucristo. No he traído dinero para pagar por mi alma, pero aquí está el comprobante; el dinero se pagó hace mucho tiempo. Esto está escrito en Tu palabra: "La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado." Si presentas ese comprobante, podrás sacar a tu alma del empeño; y dirás: "he sido perdonado, he sido perdonado, soy un milagro de la gracia." Que Dios les bendiga, amigos míos, por Cristo nuestro Señor.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #80—Volume 2.

GOD ALONE THE SALVATION OF HIS PEOPLE

El Dios de los Ancianos

NOS. 81, 82

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

25 DE MAYO DE 1856,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.

Este sermón fue predicado también en su esencia en Stambourne, Essex, en la conmemoración del Jubileo de su abuelo, el señor JAMES SPURGEON, el martes 27 de Mayo de 1856.

“Y hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré.”
Isaías 46:4.

El próximo martes subiré al púlpito para dirigirme a la congregación en circunstancias especiales; circunstancias que, acaso, ocurren raramente, y posiblemente no hayan ocurrido nunca antes. Habría sido más apropiado que el anciano ministro fuera quien se dirigiera a la congregación; sin embargo, como él lo decidió así, así ha de ser. Yo voy a buscar mi consolación en el versículo tercero, donde se declara que aunque Dios sea el Dios del término de nuestra vida, es también el Dios de su comienzo. Él nos lleva desde la matriz; por eso, el niño puede confiar en Dios, al igual que el que el hombre canoso. Y Aquel que otorga bendiciones especiales a las canas, también corona la cabeza de los jóvenes con Su perpetuo favor, si se trata de Sus hijos.

“Y hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré.”

¿Me permiten exponerles *la doctrina de este texto*, para luego mostrarles cómo es implementado, especialmente en el tiempo de la vejez?

I. Yo sostengo que LA DOCTRINA DEL TEXTO ES: *la constancia del amor de Dios, su perpetuidad, y su naturaleza inalterable.* Dios declara que Él no es simplemente el Dios del santo joven; que Él no es simplemente el Dios del santo de edad mediana: sino que Él es el Dios de los santos en todas sus edades, de la cuna a la tumba. “Y hasta la vejez yo mismo”; o, como lo traduce Lowth más hermosa y apropiadamente: “Y hasta la vejez yo soy el mismo, y hasta las canas te soportaré.”

La doctrina, entonces, es doble: que Dios *mismo es el mismo*, sin importar cuál sea nuestra edad; y que *los tratos de Dios para con nosotros*, tanto en la providencia como en la gracia, tanto cuando nos soporta como cuando nos guarda, son *igualmente inalterables*.

(1.) En cuanto a la primera parte de la doctrina, que expresa que *Dios es el mismo* cuando llegamos a la ancianidad, seguramente no tengo necesidad de demostrarlos. Abundantes testimonios de la Es-

critura declaran que Dios es un ser inmutable, sobre cuya frente no hay una sola arruga debido a la edad, y cuya fortaleza no se debilita por el paso de las edades; pero si necesitáramos pruebas, podríamos mirar a la naturaleza en cualquier parte, y a partir de allí deberíamos adivinar que Dios no cambiará durante el breve período de nuestra vida mortal. ¿Acaso me parece algo difícil que Dios sea el mismo durante setenta años, cuando descubro muchas cosas en la naturaleza que han retenido el mismo perfil e imagen durante muchos años más?

¡Contemplen el sol! El sol que condujo a nuestros padres a su diaria labor, nos ilumina todavía; y la luna, por la noche, es la misma: el mismísimo satélite, resplandeciente con la luz de su señor, el sol. ¿Acaso las rocas no son las mismas? ¿Y no hay muchos árboles añosos, que permanecen siendo casi los mismos durante multitudes de años, y sobreviven a los siglos? ¿Acaso no es la tierra, en su mayor parte, la misma? ¿Han perdido las estrellas su brillo? ¿Acaso las nubes no derraman su lluvia sobre la tierra? ¿Acaso el océano no palpita todavía con ese grandioso pulso único de flujo y reflujo? ¿No aúllan todavía los vientos, o no respiran en delicadas brisas sobre la tierra? ¿Acaso no brilla todavía el sol? ¿No crecen las plantas como lo hacían antiguamente? ¿Ha cambiado la cosecha? ¿Ha olvidado Dios Su pacto del día y de la noche? ¿Acaso ha traído otro diluvio sobre la tierra? ¿Acaso ésta no está en el agua y fuera del agua? Ciertamente, entonces, si la naturaleza cambiante—hecha para que pase en unos cuantos años más, y que será “deshecha, y se fundirá”—permanece siendo la misma a través de los ciclos de setenta años, ¿no podemos creer que Dios, que es más grande que la naturaleza, y es el creador de todos los mundos, permanecerá siendo el mismo a lo largo de un período tan breve? ¿No basta eso?

Entonces, tenemos otra prueba. Si tuviéramos un nuevo Dios, no deberíamos tener las Escrituras: si Dios hubiese cambiado, entonces necesitaríamos una nueva Biblia. Pero la Biblia que lee el niño es la Biblia del hombre canoso; la Biblia que yo llevaba conmigo a mi escuela dominical, es la que me sentaré a leer, cuando, ya canoso, me falle toda fuerza salvo la que es divina. La promesa que me alegraba en la joven mañana de la vida, cuando me consagré por primera vez a Dios, me alentará cuando mis ojos estén debilitados por la edad, y la luz del sol del cielo los ilumine y vean fulgurantes visiones de mundos muy distantes, donde espero morar por siempre.

La palabra de Dios es todavía la misma; ninguna promesa ha sido abolida. Las doctrinas son las mismas; las verdades son las mismas; todas las declaraciones de Dios permanecen inalterables para siempre; y yo sostengo, a partir del propio hecho de que el Libro de Dios no es afectado por los años, que Dios mismo ha de ser inmutable, y que Sus años no lo cambian. Consideren nuestra adoración: ¿no es la misma? ¡Oh, amigos de cabezas canosas! Ustedes pueden recordar muy bien

cuando eran llevados a la casa de Dios en su niñez, y escuchaban los mismísimos himnos que oyen ahora. ¿Han perdido su sabor? ¿Han perdido su música? A veces, cuando es ofrecida la oración, ustedes recuerdan que su anciano pastor elevaba la misma petición hace cincuenta años; pero la petición es tan buena como siempre. Permanece todavía sin cambio; es la misma alabanza, la misma oración, la misma exposición, la misma predicación. Toda nuestra adoración es la misma. Y para muchas personas, se trata de la misma casa de Dios, donde fueron dedicadas a Dios en el bautismo.

Ciertamente, hermanos míos, si Dios hubiese cambiado, habríamos estado obligados a hacer una nueva forma de adoración; si Dios no hubiese sido inmutable, habríamos tenido la necesidad sacrificar nuestro sagrado servicio frente a un nuevo método. Pero, puesto que nos encontramos inclinándonos a semejanza de nuestros padres, con las mismas oraciones, y cantando los mismos salmos, creemos debidamente que Dios mismo debe ser inmutable.

Pero contamos con mejores pruebas que esta, que Dios es inmutable. Aprendemos esto *de la dulce experiencia de todos los santos*. Ellos testifican que el Dios de su juventud es el Dios de sus años posteriores. Reconocen que Cristo “tiene el rocio de su juventud.” Cuando le vieron por primera vez como el resplandeciente y glorioso Emanuel, pensaron que era “todo él codiciable”; y cuando le ven ahora, no ven una belleza desmejorada, y una gloria que ha partido: es el mismísimo Jesús. Cuando descansaron por primera vez en Él, se dieron cuenta de que Sus hombros eran lo suficientemente fuertes para sostenerlos; y encuentran que esos hombros son todavía tan poderosos como siempre. Pensaron que al principio Sus entrañas en verdad se derretían de amor, y que Su corazón latía aceleradamente con misericordia; y encuentran que sigue siendo el mismo. Dios no ha cambiado; por esto “no habéis sido consumidos.” Ponen su confianza en Él, porque todavía no han advertido una sola alteración en Él. Su carácter, Su esencia, Su ser, y Sus actos, todos ellos son los mismos; y, además, para coronarlo todo, no podemos suponer un Dios, si no podemos suponer un Dios inmutable. Un Dios que cambiara no sería Dios. No podríamos captar la idea de la Deidad si permitiéramos alguna vez a nuestras mentes que dieran entrada al pensamiento de mutabilidad. De todas estas cosas, entonces, concluimos que “hasta la vejez Él mismo, y hasta la canas nos soportará Él.”

(2.) El otro lado de la doctrina es este: Dios no sólo es *el mismo en Su naturaleza*, sino que es *el mismo en Sus tratos*; Él nos soportará igual, nos guardará igual, nos sostendrá igual que solía hacerlo. Y aquí, también, casi no necesitamos demostrarles que los tratos de Dios para con Sus hijos son los mismos, especialmente si les recuerdo que las promesas de Dios son hechas, no a la edades, sino a la gente, a las personas, a los hombres.

Algunos ministros han declarado recientemente que personas de ciertas edades son más propensas a ser convertidas que personas de otras edades. Hemos oído que algunas personas declaran que si un hombre sobrepasa los treinta años de vida, si ha oído infructuosamente el Evangelio, no es probable en absoluto que vaya a ser salvado. Pero nosotros creemos que nunca ha sido proclamada desde el púlpito una mentira más palpable y descarada, pues nosotros mismos hemos conocido a multitudes de personas que han sido salvadas a los cuarenta, cincuenta, sesenta y setenta años de edad, e incluso, en los linderos de la tumba, a los ochenta años.

Encontramos algunas promesas en la Biblia que son hechas a algunas condiciones particulares; pero las promesas importantes, las mayores y más grandiosas promesas son hechas a los pecadores como pecadores; son hechas a los elegidos, a los escogidos, sin tener en cuenta su edad o condición. Nosotros sostenemos que el anciano puede ser justificado de la misma manera que el joven; que el manto de Cristo es lo suficientemente amplio para cubrir al hombre fuerte y adulto así como al pequeño niño. Creemos que la sangre de Cristo sirve para lavar setenta años, así como setenta días de pecado; que “no hay acepción de personas para con Dios,” que todas las edades son similares para Él, y que el que “a mí viene, no le echo fuera,” y estamos seguros de que todas las buenas cosas de la Biblia son tan buenas en una etapa como en otra. ¿Será cambiado por los años el perfecto manto de justicia que me cubre? ¿Será destruida por los años la santificación del Espíritu? ¿Vacilarán las promesas? ¿Será disuelto el pacto? Puedo suponer que las colinas eternas se derretirán; puedo soñar que los montes eternos serán disueltos, igual que la nieve sobre sus picos; puedo concebir que el océano sea chupado con lenguas de llamas bifurcadas; puedo suponer que el sol sea detenido en su carrera; puedo imaginar que la luna sea convertida en sangre; puedo concebir que las estrellas caigan de la bóveda de la noche; puedo imaginar “la ruina de naturaleza y el choque de los mundos”; pero no puedo concebir el cambio de una sola misericordia, o de una sola bendición del pacto, o de una sola promesa, o de una sola gracia que Dios otorga a Su pueblo, pues encuentro que cada una de ellas, en sí misma, está sellada con la inmutabilidad, y no tengo razón para ponerla en un área de incertidumbre.

Cuando repaso la Biblia entera, encuentro que la experiencia de los santos, hace mil, hace dos mil, hace tres mil años, era exactamente la misma que la experiencia de los santos ahora; y si encuentro que la misericordia de Dios es inmutable desde el tiempo de David hasta mi tiempo, ¿puedo concebir que Dios, que permanece siendo el mismo por miles de años, cambie durante el breve período de setenta años? No, nosotros sostenemos que Él nos llevará, y nos soportará en la vejez de la misma manera que en nuestra juventud.

Pero, además de eso, tenemos testigos vivientes, testimonios vivos. Yo podría encontrar en la planta baja de este lugar, y en los balcones, no uno ni dos, sino veinte, sí, cien testigos vivientes, quienes, puestos de pie, les dirían que Dios los guarda ahora tal como lo hizo antaño, y que todavía los soporta. No necesito apelar a mis amigos, que se pondrían de pie en sus lugares, y con lágrimas rodando por sus mejillas, dirían: “¡Jóvenes, jovencitas, confien en su Dios; Él no me ha desamparado! Yo encuentro que—

***Incluso hasta la vejez, todo Su pueblo demuestra de hecho,
Su amor inalterable, eterno, soberano;
Y cuando las canas adornan sus sienes,
Son aún transportados como corderos en Su pecho.***

Pregúntenle a aquel anciano amigo, pregúntenle a cualquier cristiano anciano, si encuentra que Dios le ha desamparado en lo más mínimo, y verán que sacude su cabeza, y le oirán decir: “oh, joven amigo, si tuviera otros setenta años para vivir, confiaría todavía en Él, pues no he encontrado que me falle en todo el camino en el que el Señor Dios me ha conducido. No ha fallado una sola promesa, sino que todo se ha cumplido.” Y pienso que le veo alzando su mano en medio de la asamblea, y diciendo: “No tengo nada que lamentar excepto mi pecado. Si viviera otra vez, sólo querría ponerme en las manos de la misma Providencia, para ser conducido y dirigido por la mismísima gracia.” Amados, no necesitamos proporcionarles más pruebas, pues testigos vivientes dan testimonio de que Dios cumple Su promesa: “Yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré.”

II. Pero ahora llegamos a nuestro verdadero tema, que es, considerar EL TIEMPO DE LA VEJEZ COMO UN PERÍODO ESPECIAL, y observar, por tanto, la constancia del amor divino, que Dios sostiene y socorre a Su siervos en sus años posteriores. No puedo imaginar o soñar que necesito ofrecer alguna disculpa por predicar a los ancianos. Si yo estuviera en diversos círculos majaderos en los que la gente se llama a sí misma: damas y caballeros, y siempre quiere ocultar la edad, podría tener alguna vacilación; pero no tengo nada que ver con eso aquí. Llamo a un viejo, un viejo, y a una anciana, una anciana; si ellos se consideran viejos o no, no es de importancia para mí. Yo creo que son viejos si sobrepasan los sesenta años, o están llegando a los setenta u ochenta años.

La vejez es *un tiempo de recuerdos peculiares, de esperanzas peculiares, de solicitudes peculiares, de bendiciones peculiares, y de deberes peculiares*; y, sin embargo, en todo esto, Dios es el mismo, aunque el hombre sea peculiar.

(1.) Primero, *la vejez es un tiempo de una memoria peculiar*; de hecho, es la edad de la memoria. Nosotros, los jóvenes, hablamos de recordar tales y tales cosas que ocurrieron hace cierto tiempo; pero, ¿qué es nuestra memoria comparada con la memoria de nuestros pa-

dres? Nuestro padre mira al pasado que es de una longitud tres o cuatro veces mayor a la longitud de tiempo sobre la que nosotros paseamos nuestra mirada. ¡Cuán peculiar es la memoria del anciano! ¡Cuántas dichas puede recordar! ¡Cuántas veces ha latido aceleradamente su corazón con arroamiento y bienaventuranza! ¡Cuántas veces ha sido alegrada su casa por la abundancia! ¡Cuántos festivales de cosecha ha visto! ¡Cuántas veces fue pisada la vendimia! ¡Cuántas veces ha oído la risa alrededor del fuego de la chimenea! ¡Cuántas veces han gritado sus hijos a su oído, y se han regocijado en derredor suyo! ¡Cuántas veces sus propios ojos han fulgurado con deleite! ¡Cuántos montes de Mizar ha visto! ¡Cuántas veces ha tenido dulces festines con el Señor! ¡Cuántos períodos de comunión con Jesús! ¡A cuántos servicios sagrados ha asistido! ¡Cuántos cánticos de Sion ha cantado! ¡Cuántas oraciones respondidas han alegrado su espíritu! ¡Cuántas felices liberaciones le han hecho reír de gozo! ¡Cuando mira hacia atrás, puede ensartar sus misericordias recibidas en una sarta que comprende a miles de ellas! Y cuando las mira a todas ellas—aunque pensará también en muchas tribulaciones que ha tenido que atravesar—puede decir: “Ciertamente el bien y la misericordia me han seguido todos los días de mi vida.” Dios ha estado con él hasta sus canas, y hasta la vejez le ha soportado. Mira a sus gozos pasados como pruebas de la constancia de Dios.

¡Y cuántas aflicciones ha tenido! ¡Cuántas veces ha tenido que recluirse en su aposento de enfermo! ¡Cuántas veces esa hermana anciana ha tenido que acostarse en el lecho de la aflicción! ¡Cuántas enfermedades pueden divisar él o ella en su pasado! ¡Cuántas horas de amargo afán y dolor! ¡Cuántas épocas de turbación, debilidad, y acercamientos a la tumba! ¿Cuántas veces se ha tambaleado el anciano muy cerca de esos linderos desde los cuales ningún viajero puede regresar? ¿Cuántas veces ha experimentado la vara del Padre sobre sus hombros? Y, sin embargo, recordando todo ello, puede decir: “Y hasta la vejez Él mismo, y hasta las canas me soportará Él.”

¿Con cuánta frecuencia, también, ha ido ese anciano al sepulcro donde ha enterrado a muchos de sus seres queridos? Allí, tal vez, ha depositado a su amada esposa, y va a llorar a ese lugar; o, el marido duerme, mientras la esposa vive todavía. Ese anciano recuerda también a hijos e hijas que fueron arrebatados al cielo casi tan pronto como nacieron; o, quizás, se les permitió vivir hasta alcanzar la flor de la vida, y luego fueron cortados justo en su gloria juvenil. ¿Cuántos de sus viejos amigos a quienes les dio la bienvenida junto a su chimenea, ha enterrado? ¿Cuán frecuentemente se ha visto forzado a exclamar: “Aunque los amigos han partido, no obstante, ‘Amigo hay más unido que un hermano’, y en Él confío todavía, y a Él entrego todavía mi alma”?

Y observen, además, ¡cuántas veces ha quebrantado la tentación a ese venerable santo! ¡Cuántos conflictos ha tenido con las dudas y los temores! ¡Cuántas luchas con el enemigo! ¡Cuán a menudo ha sido tentado a abandonar su fe! ¡Cuán frecuentemente ha tenido que estar en lo más denso de la batalla!; y, sin embargo, ha sido preservado por la misericordia, y no ha llegado a ser cortado. Ha sido fortalecido para perseverar en el camino celestial. ¡Cuán inflamados por el viaje están sus pies! Cuán ampollados por la aspereza del camino. Pero él podría decirles que, a pesar de todas esas cosas, Cristo le ha “guardado hasta este día, y no le soltará”; y su conclusión es que “hasta la vejez Dios ha sido el mismo, y hasta las canas le ha soportado.”

Hay una triste reflexión que estamos obligados a mencionar cuando contemplamos la calva del santo anciano: ¡cuántos pecados ha cometido! ¡Ah, mis amados!, por puras que hayan sido sus vidas, se verán obligados a decir: “¡Oh, cómo he pecado, en la juventud, en la edad madura, e incluso cuando los achaques se han congregado a mi alrededor! ¡Que hubiera sido piadoso! ¡Cuán a menudo he abandonado a Dios! ¡Cuán frecuentemente me he alejado de Él! ¡Ay, cuán a menudo le he provocado! ¡Cuán frecuentemente he dudado de Sus promesas, cuando no tenía ningún motivo para desconfiar de Él! ¡Cuán frecuentemente mi lengua ha pecado contra mi corazón! ¡Cuán constantemente he violado todo lo que sabía que era bueno y excelente! Estoy obligado a decir ahora, en mi gris vejez—

***“Nada en mis manos traigo,
Simplemente a Tu cruz me aferro.”***

Soy todavía—

***“Un monumento de la gracia,
Un pecador salvado por la sangre.”***

Ahora no tengo esperanza alguna salvo en la sangre de Cristo, y sólo puedo preguntarme cómo es que Cristo me ha preservado durante tanto tiempo. Puedo decir, en verdad: “Hasta la vejez Él es el mismo, y hasta las canas me ha soportado.”

(2.) El anciano, también, tiene *esperanzas peculiares*. Él no tiene las esperanzas que yo tengo o que tienen mis jóvenes amigos aquí. Él tiene escasas esperanzas del futuro en este mundo; están reunidas en un pequeño espacio, y podría decirles, en unas cuantas palabras, lo que constituye toda su expectativa y su deseo. Pero él tiene una fe, y es la mismísima fe que tenía cuando confió en Cristo la primera vez; es una esperanza “incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación.”

Permitanme hablar un poco de esa fe, y ustedes verán, con base en eso, que el cristiano es el mismo que siempre fue; y que incluso hasta la vejez, Dios trata de la misma manera con él. Mi querido hermano, ¿cuál es el *fundamento* de tu esperanza? ¿No es el mismo que te animaba cuando fuiste unido inicialmente a la iglesia cristiana? Tú dijiste

entonces: "Mi esperanza está en la sangre de Jesucristo." Yo te pregunto, hermano, ¿cuál es tu esperanza ahora?, y estoy seguro de que responderás: "yo no espero ser salvado debido a mi largo servicio, ni debido a mi entrega a la causa de Dios."—

**"Toda mi esperanza está apuntalada en Cristo,
Toda mi ayuda de Él la obtengo:
Él cubre mi indefensa cabeza
Con la sombra de Su ala."**

Hermano mío, y ¿cuál es *la razón* de tu esperanza? Si se te preguntara qué razón tienes para creer que eres cristiano, tú dirías: "exactamente la misma razón que di en la reunión para ser miembro de la iglesia." Cuando pasé al frente en esa reunión, dije entonces: "yo creo que soy un hijo de Dios, porque siento que soy un pecador, y Dios me ha dado gracia para poner mi confianza en Jesús." Yo pienso que esa es toda la razón que tienes para considerarte ahora un hijo de Dios. En algunos momentos tienes alguna evidencia, según la llamas, pero hay horas en las que tus gracias y virtudes están oscurecidas, y no puedes verlas, pues prevalecen tenebrosas dudas, y tú confesarias, estoy seguro, que la única manera de deshacerte de tus dudas sería venir y decir de nuevo—

**"Como un culpable, débil e indefenso gusano,
En los amorosos brazos de Cristo caigo;
Él es todavía mi fortaleza y justicia,
Mi Salvador y mi todo."**

Y *el objeto o el fin* de la esperanza, ¿no es acaso el mismo? ¿Cuál era tu esperanza cuando viniste la primera vez a la puerta angosta? Vamos, tu esperanza era que pudieras llegar a la tierra de los bienaventurados. ¿Y acaso no es la misma ahora? ¿Ha cambiado tu esperanza del cielo? ¿Deseas alguna otra cosa, o algo mejor? "No"—responderías—"cuando comencé pensé que un día estaría con Jesús, y eso es lo que espero ahora. Siento que mi esperanza es precisamente la misma. Quiero estar con Jesús, ser como Él, y verle como es."

Y el gozo de esa esperanza, ¿no es exactamente el mismo? ¡Cuán alegre solías ponerte cuando tu ministro predicaba acerca del cielo, y te hablaba de sus puertas de perla y de sus calles de oro fulgurante! ¿Y ha perdido ahora algo de su belleza ante tus ojos? ¿No recuerdas que una noche, en la casa de tu padre, en la oración familiar, cantaron?—

**"Jerusalén, mi hogar dichoso,
¡Nombre siempre querido para mí!
¿Cuándo tendrán un término mis fatigas,
En gozo y paz contigo?"**

¿No puedes cantar eso ahora? ¿Prefieres otra ciudad sobre Jerusalén? ¿Recuerdas cómo solían levantarse algunas veces en la casa de Dios, cuando eras un niño, y cantaban?—

**"En las tormentosas riveras del Jordán estoy,
Y lanzo una mirada anhelante."**

¿Acaso no hará ese himno por ti algo más de lo que hizo en aquel entonces? Puedes cantarlo ahora como solía cantarlo tu anciano padre, con un corazón firme, y, sin embargo, con un labio trémulo. La esperanza que te extasiaba entonces, te extasía ahora. Te pones en movimiento con la misma consigna. El cielo es todavía tu hogar—

***“Allí moran tus mejores amigos, tu parentela,
Allí, Dios tu Salvador reina.”***

¿Acaso no prueba todo esto, nuevamente, que aunque nuestras esperanzas son un poco más contraídas de lo que eran, sin embargo, “Dios es el mismo, y hasta las canas nos soportará”?

(3.) Además, la vejez es un tiempo de *solicitud peculiar*. Una anciano no está ansioso acerca de muchas cosas, como nosotros; pues no tiene muchas cosas por las que preocuparse. No tiene los cuidados de empezar en los negocios, como los tuvo una vez. No tiene hijos a los que ha de iniciar en los negocios. No tiene que volver sus ojos ansiosos sobre su pequeña familia. Pero su solicitud se ha incrementado un poco en otra dirección. Tiene más solicitud por su estructura corporal de la que tuvo anteriormente. Ahora no puede correr como solía hacerlo, si no que debe caminar con un paso sobrio. Teme, cada vez y cuando, que el cántaro “se quiebre junto a la fuente,” por “lo bajo del ruido de la muela.” Ya no tiene más aquella potencia de deseo que una vez poseyó; su cuerpo comienza a vacilar, a flaquear y a temblar. La vieja vivienda ha aguantado estos cincuenta años, ¿y quién espera que una casa dure para siempre? Un poco de argamasa se ha desprendido de algún lugar, y un listón ha caído de otro lugar; y cuando llega a sacudirla un poco de viento, está listo a gritar: “mi morada terrestre, este tabernáculo, está a punto de deshacerse.”

Pero ya les dije antes que esta peculiar solicitud no es sino otra prueba de la fidelidad divina; pues ahora que tienen poco placer en la carne, ¿no encuentran que Dios es exactamente el mismo?, y que, aunque han llegado los días en que pueden decir: “no siento placer en ellos,” sin embargo, no han llegado los días en los que puedan decir: “no tengo placer en Él,” sino, muy al contrario—

***“Aunque todos los arroyos creados estén secos,
Su benignidad es la misma:
Con ella están ustedes satisfechos,
Y se glorían en Su nombre.”***

Si sólo hubiera sido tu Dios cuando eras un joven fuerte, habrías podido pensar que te amaba por lo que podías hacer por Él; pero ahora te has convertido en un pobre pensionado desgastado; ¿tienes alguna mejor prueba de que Él es un Dios que no cambia, porque te ama cuando puedes hacer tan poco por Él? Te digo que incluso tus dolores corporales no son sino pruebas de Su amor; pues Él está desmantelando tu viejo tabernáculo y quita una estaca primero y otra después, y lo está construyendo de nuevo en mundos más resplandecientes, para no ser desmantelado nunca más.

Y recuerden, también, que hay otra preocupación: una falla de la mente así como del cuerpo. Hay muchos ejemplos notables de ancianos que han sido tan dotados en su vejez como en su juventud; pero en relación a la mayoría de las personas, la mente se vuelve más o menos incapacitada, especialmente la memoria. No pueden recordar lo que hicieron ayer, aunque es un hecho singular que pueden recordar lo que hicieron hace cincuenta, sesenta, o setenta años. Olvidan muchas cosas que querían recordar, pero aun así encuentran que su Dios es exactamente el mismo; encuentran que Su bondad no depende de su memoria, que la dulzura de Su gracia no depende de su paladar. Cuando sólo pueden recordar un trozo del sermón, todavía sienten que deja una tan buena impresión en su corazón como cuando sus memorias eran notables; y así cuentan con otra prueba de que Dios, aun cuando la vieja mente falla un poco, hasta las canas los soporta, hasta su vejez, y que para ellos es el mismo siempre.

Pero la principal preocupación de la vejez es la muerte. Los jóvenes podrían morir pronto. Los ancianos *deben* morir. Los jóvenes, si duermen, duermen en un asedio; los ancianos, si duermen, duermen en un ataque, cuando el enemigo ha abierto ya una brecha, y está tomando por asalto el castillo. Un viejo pecador canoso es un canoso viejo necio; pero un cristiano anciano es un anciano sabio. Pero aun el cristiano anciano tiene preocupaciones peculiares acerca de la muerte. Él sabe que no está a gran distancia de su fin. Siente que, incluso en el curso de la naturaleza, aparte de la que es llamada una muerte accidental, no hay duda alguna de que en unos cuantos años más ha de presentarse ante su Dios. Piensa que podría estar en el cielo en diez o veinte años. ¡Pero cuán breves parecen ser esos diez o veinte años! No actúa como el hombre que piensa que el coche está todavía muy lejos, y que puede tomarse su tiempo; sino que es como alguien que está a punto de salir de viaje, y oye la bocina de la posta, tocando calle arriba, y se está preparando. Su única preocupación ahora es examinarse para ver si está en la fe. Teme que si está equivocado ahora, sería terrible haber pasado toda su vida teniendo escarceos con la profesión, y descubrir al final que no tiene nada para sus dolores, excepto un mero nombre vacío, que ha de ser barrido por la muerte. Él siente ahora qué cosa tan solemne es el Evangelio; siente que el mundo es como nada; siente que está cerca del tribunal de la condenación.

Pero todavía, amados, observen que la fidelidad de Dios es la misma; pues si estuviere más cerca de la muerte, tiene la dulce satisfacción que está más cerca del cielo; y si tiene más necesidad que nunca de examinarse, también tiene más evidencia con la cual examinarse, pues puede decir: "Bien, yo sé que en tal y tal ocasión el Señor oyó mi oración; en tal y tal momento se manifestó a mí, como no se manifestó al mundo," y, aunque el examen pone más presión sobre los ancianos, tienen más materiales para él.

Y aquí, nuevamente, está otra prueba de esta grandiosa verdad. "Y hasta la vejez soy el mismo," dice Dios; "y hasta las canas os soportaré yo."

(4.) Y ahora, además, la vejez tiene sus *bendiciones peculiares*. Hace algún tiempo me encontré a un anciano a quien vi predicando en un aniversario, y le dije: "Hermano, sabes, no hay un hombre en toda la capilla a quien envidie más que a ti." "¿Envidiar me?"—me preguntó—"vamos, tengo ochenta y siete años." Yo le dije: "En verdad, te envidio porque estás tan cerca de tu hogar, y porque creo que en la vejez hay un gozo peculiar que nosotros, los jóvenes, no gustamos al presente. Tú has llegado al fondo de la copa, y no sucede con el vino de Dios como lo que ocurre con el vino de los hombres. El vino del hombre se convierte en hez al final, pero el vino de Dios se vuelve más dulce entre más profundamente bebas de él." Él respondió: "Eso es muy cierto, joven amigo," y me dio una palmada.

Yo creo que hay una bendición vinculada a la vejez que nosotros, los jóvenes, desconocemos por completo. Les diré cómo es eso. En primer lugar, el anciano tiene una buena experiencia de la que puede hablar. Los jóvenes están solamente probando algunas de las promesas, pero el anciano puede repasarlas, una por una, y decir: "Esa, he probado esa, y esa otra, y esa otra." Nosotros las leemos y decimos: "yo espero que sean verdaderas," pero el anciano dice: "yo sé que son verdaderas." Y entonces comienza a explicarles por qué. Tiene una historia para cada una de las promesas, como el soldado para sus medallas; y las saca y dice: "te diré cuándo me reveló eso el Señor; justo cuando perdí a mi esposa; justo cuando enterré a mi hijo; justo cuando salí de mi casa, y no conseguí trabajo durante seis semanas; o, en otro tiempo, cuando me quebré la pierna." Él comienza a contarte la historia de las promesas, y dice: "yo sé ahora que todas son verdaderas."

Qué bendición es mirarlas como notas pagadas; sacar los viejos cheques que han sido pagados, y decir: "sé que son genuinos, o de lo contrario, no habrían sido pagados." Las personas mayores no tienen las dudas que los jóvenes tienen acerca de las doctrinas. Los jóvenes son propensos a dudar, pero cuando envejecen, comienzan a volverse sólidos y firmes en la fe.

A mí me encanta pedirles a mis hermanos ancianos que hablen conmigo en relación a las cosas buenas del reino. Ellos no sostienen la verdad con sus dos dedos, como lo hacen algunos de los jóvenes; sino que la afellan con firmeza, y nadie puede quitarles su aferramiento. Rowland Hill, una vez, perdió el hilo en un sermón, y entonces utilizó este texto: "Oh, Dios, mi corazón está dispuesto." "Jóvenes"—dijo—"no hay nada como tener sus corazones dispuestos. Yo he estado todos estos años buscando al Señor; ahora mi corazón está dispuesto. Nunca tengo dudas ahora acerca de mi elección, o de ninguna otra doctrina.

Si un hombre me trae una nueva teoría, yo digo: ‘¡llévatela a otro lado!’ Sostengo sólida y firmemente únicamente la verdad.”

Un anciano caballero me escribió hace poco tiempo y decía que yo estaba demasiado adelantado. Decía que él creía las mismas doctrinas que yo creo, pero que no pensaba así cuando tenía mi edad. Yo le dije que era tan bueno comenzar correctamente como terminar correctamente, y era mejor estar bien al principio que tener luego que borrar tantos errores después.

Un anciano aldeano se me acercó una vez, y me dijo: “¡Ah, jovencito!, usaste un texto muy profundo; lo manejaste lo suficientemente bien, pero es un texto para un anciano, y sentí miedo cuando lo anunciaste.” Yo pregunté: “¿Acaso la verdad de Dios depende de la edad? Si el asunto es verdadero, es tan bueno oírlo de mí como de cualquier otra persona; y si tú puedes oírlo mejor en alguna otra parte, tienes la oportunidad.” Aun así, el anciano no pensaba que las preciosas verdades de Dios eran adecuadas para la gente joven; pero yo sostengo que son adecuadas para todos los hijos de Dios; por tanto, me encanta predicarlas. Pero, cuán bendito es llegar a una posición en la vida en la que tienes un buen anclaje para tu fe, en la que puedes decir—

**“Aunque todas las formas que el infierno maquine,
Asedien mi fe con arte traicionero.”**

No seré muy amable con ellas—

**“Las llamaré vanidad de mentiras,
Y ataré el Evangelio a mi corazón.”**

Y yo creo que el cristiano anciano disfruta de gozos peculiares de otro tipo; y se trata de que tiene una comunión peculiar con Cristo, más de la que nosotros tenemos. Por lo menos, si entiendo a Bunyan correctamente, creo que nos dice que cuando nos aproximamos al cielo, hay una tierra muy gloriosa. “Entraron en el País de Beula, cuyo aire era muy dulce y agradable; y como el camino pasaba por este país, se solazaron allí durante un tiempo. Oían continuamente el canto de las aves y veían cada día las flores que brotaban de la tierra, y la voz de la tórtola del lugar. En esta tierra el sol alumbraba día y noche, porque está más allá del valle de sombra de muerte, y también fuera del alcance del Gigante Desesperación, cuyo Castillo ni siquiera se ve desde aquel lugar. Aquí estaban a la vista de la ciudad a la que se dirigían; también se encontraron con algunos de sus habitantes, pues en este país solían pasear los seres resplandecientes, por cuanto estaba en los límites del cielo. En esta tierra fue renovado también el contrato entre el Esposo y la Esposa; sí, aquí, ‘como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo’. Allí no tenían carencia de trigo y de vino, pues en ese lugar los peregrinos hallaron abundantemente todo lo que habían deseado durante su peregrinación. Allí oyeron voces que salían de la ciudad, y decían: ‘Decid a la hija de Sion: He aquí viene tu Salvador; he aquí su recompensa con él, y delante de él

su obra. Allí, todos los moradores del país les llamaban: ‘pueblo santo, los redimidos del Señor’.”

Hay comuniones peculiares, peculiares aperturas de las puertas del paraíso, visiones peculiares de la gloria, cuando se aproximan a ese lugar. Es lógico que entre más se acerquen a la luz resplandeciente de la ciudad celestial, el aire será más puro. Y por esa razón hay bendiciones peculiares que pertenecen a los ancianos, pues ellos experimentan más esta comunión peculiar con Cristo.

Pero todo esto únicamente demuestra que Cristo es el mismo; porque, cuando hay menos gozos terrenales, Él concede más los goces espirituales. Por tanto, nuevamente, se convierte en un hecho que: “Hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo.”

(5.) Y ahora, por último, el santo anciano tiene *deberes peculiares*. Hay ciertas cosas que un buen hombre puede hacer, que nadie más debería hacer o podría hacer bien. Y esa es una prueba de la fidelidad divina, pues Él dice de Sus ancianos: “Aun en la vejez fructificarán”; y en efecto lo hacen. Sólo les diré algunas de ellas.

El testimonio es uno de los deberes peculiares de los ancianos. Ahora, supongan que me levantara y dijera: “No he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan.” Alguien replicaría: “Vamos, todavía no cumples veintidós años; ¿qué sabes tú acerca de eso?” Pero si un anciano se levantara y dijera: “Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan,” ¡con qué poder llega ese testimonio!

Supongan que yo les dijera: “Confien en Dios en todas sus angustias y pruebas; yo puedo dar testimonio de que Él no te desampará.” Ustedes replicarían: “oh, sí, joven amigo, pero tú no has tenido muchas angustias; tú has sido un hijo de Dios sólo estos últimos seis años; ¿cómo podrías saberlo?” Pero si se levantara un cristiano anciano, y recuerda muy bien a un cristiano anciano que se levantó de la mesa sacramental, y dijo: “Amados hermanos, estamos reunidos de nuevo alrededor de esta mesa, y creo que todo lo que puede hacer un anciano es dar testimonio de su Señor. Estos cuarenta y cinco años, he caminado en Su verdad. Jóvenes, escuchen lo que tengo que decirles. Él ha sido mi Dios durante estos cuarenta y cinco años, y no puedo encontrar una sola falla en Él; he encontrado que los caminos de la religión son caminos deleitosos, y todas sus veredas paz.”

Ustedes saben que si oyen a un anciano hablar, prestan mayor atención a lo que dice, debido a que se trata de un anciano. Recuerdo haber oído al finado señor Jay. Me imagino que si hubiese oido el mismo sermón predicado por un joven, no lo hubiera tenido en alta consideración; pero parecía haber tal profundidad en él porque provenía de un anciano, que estaba parado en los bordes de la tumba; era como un eco del pasado, que venía a mí, para hacerme oír de la fidelidad de mi Dios, para que pudiera confiar en el futuro.

El testimonio es el deber de los ancianos y de las ancianas. Ellos deberían esforzarse siempre que pudieran en dar testimonio de fidelidad de Dios, y declarar que también ahora, cuando son viejos y de cabellos canos, su Dios no los desampara.

Hay otro deber que es peculiarmente obra de los ancianos, y se trata de la obra de consolar al joven creyente. Que yo sepa, no hay nadie más calificado para convertir a un joven, que un anciano benevolente. Yo sé que en algunas partes del país hay una progenie especial de ancianos, que para el bien de la iglesia, yo deseo de todo corazón que se extinga pronto. Tan pronto como ven a un joven creyente, lo miran con desconfianza, esperando que sea un hipócrita; van a su casa, y encuentran que todo es satisfactorio, pero dicen: "yo no estaba tan confiado de esa manera cuando era joven; jovencito, tú has de ser contenido un poco." Entonces surgen algunas preguntas difíciles, y el pobre hijo de Dios se ve duramente presionado, y es visto con desconfianza, porque no responde a sus estándares.

Pero los ancianos a los que aludo son como algunas personas de aquí, con quienes me deleito en hablar, que no te dicen cosas duras, sino que te expresan gentiles palabras: ellos dicen: "yo era imprudente cuando era joven. Sé que cuando era un pequeño niño no habría podido responder estas preguntas. No espero tanto de ti como de uno que sea un poco mayor." Y cuando llega a ellos un joven cristiano, le dicen: "no tengas miedo: yo he atravesado las aguas y no me han cubierto; y a través del fuego, y no he sido quemado. Confía en Dios, 'Pues hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo.'

Luego, hay otra obra que es propia de los ancianos, y es la obra de *advertir*. Si un anciano fuera a ponerse en medio del camino, y te gritara que te detengas, te detendrías más pronto de lo que lo harías si lo hiciera un muchacho, pues entonces dirías: "quítate del camino, bribón," y seguirías adelante. Las advertencias de los ancianos tienen gran efecto; y es su función peculiar guiar al imprudente y advertir al desprevenido.

Ahora ya he concluido excepto por la aplicación. Y quiero hablarles a tres clases de personas.

Cuán precioso pensamiento, jóvenes y jovencitas, está contenido en este texto: "Hasta la vejez Él mismo, y hasta las canas les soportará Él." Ustedes quieren una inversión segura; bien, aquí hay una inversión que es lo bastante segura. Un banco puede quebrar; pero el cielo no. Una roca puede ser disuelta, y si construyo una casa sobre ella puede ser destruida; pero si construyo sobre Cristo, mi felicidad está segura para siempre.

¡Joven amigo! La religión de Dios durará en tanto que tú quieras; no serás capaz de agotar Sus consuelos en toda tu vida; más bien encontrarás que la botella de tus gozos estará tan llena después de que hubieras estado bebiendo setenta años, como lo estaba cuando co-

menzaste. ¡Oh!, no compres algo que no te dure: “Comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura.”

¡Oh, cuán placentero es ser un cristiano joven! ¡Cuán bendito es comenzar temprano en la mañana a amar y servir a Dios! Los mejores cristianos ancianos son aquellos que una vez fueron cristianos jóvenes. Algunos cristianos ancianos sólo tienen poca gracia, debido a que no fueron cristianos jóvenes. ¡Oh, algunas veces he pensado que si hay algún hombre que tendrá una amplia y generosa entrada en el cielo, es el hombre que fue llevado a conocer al Señor en la etapa temprana de su vida! Ustedes saben que ir al cielo será como los barcos entran en la bahía. Algunos serán remolcados hacia allá casi por milagro, “serán salvos, aunque así como por fuego”; otros entrarán justo con una hoja o dos de vela: “con dificultad se salvan.” Pero habrá algunos que entrarán con todas sus velas izadas, y a estos “les será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador.” ¡Personas jóvenes!, el barco que es echado al agua temprano en la mañana logrará una amplia y generosa entrada, y llegará al puerto de Dios con velas desplegadas.

Ahora, ustedes que son de mediana edad, están sumergidos en los negocios, y suponen algunas veces qué les ocurrirá en su ancianidad. Pero, ¿hay alguna promesa de Dios para ustedes cuando suponen acerca del mañana? Dicen: “supón que viva hasta llegar a ser tan anciano como fulano de tal, y llegara ser una carga para la gente, entonces, no me gustaría eso.” No se entrometan en los asuntos de Dios; déjenle a Él Sus decretos. Hay muchas personas que supusieron que iban a morir en un taller, y murieron en una mansión. Y muchas mujeres que pensaron que morirían en las calles han muerto en sus lechos, felices y confortables, cantando de la gracia providencial y de la misericordia eterna.

¡Hombre de mediana edad! Escucha otra vez lo que dice David: “Joven fui, y he envejecido, y no he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan.” Sigue adelante, entonces, y desenvaina tu espada otra vez. “De Jehová es la batalla”; déjale a Él tus años declinantes, y dale tus años presentes. Vive para Él ahora, y nunca se deshará de ti cuando seas viejo. No acumules para la vejez y no te abstengas de involucrarte en la causa de Dios, más bien, confía en Dios en cuanto al futuro. Sé “solícito en tu trabajo”; pero ten cuidado de no dañar tu espíritu, siendo demasiado solícito, siendo ambicioso y egoísta. Recuerda que—

***“Requerirás muy poco aquí abajo,
Ni necesitarás ese poco por largo tiempo.”***

Y, finalmente, mis amados padres venerables en la fe, y madres en Israel, tomen estas palabras para alegría suya. No permitan que los jóvenes los sorprendan entregándose a la melancolía, sentados en el rincón de su chimenea, rezongando y refunfuñando, sino salgan a todas partes alegres y felices, y pensarán que es una gran bendición ser

cristiano. Si eres taciturno e irritable, pensarán que el Señor te ha desamparado; pero si guardas un rostro sonriente, pensarán que la promesa se ha cumplido. "Y hasta la vejez yo mismo, y hasta las canas os soportaré yo; yo hice, yo llevaré, yo soportaré y guardaré."

Mis venerables amigos, les suplico que procuren tener un carácter alegre y un espíritu animoso, pues un muchacho se alejará de un anciano taciturno; pero no hay un muchacho en el mundo que no ame a su abuelo si es alegre y feliz. Ustedes pueden conducirnos al cielo si tienen la luz del sol del cielo en su rostro; pero no nos conducirán a ninguna parte si son malhumorados y de mal carácter, pues entonces no nos interesará su compañía. Diviértanse con el pueblo de Dios, y procuren vivir felizmente delante de los hombres; pues así nos harán ver, hasta el fin de la demostración, que incluso en la vejez, Dios está con ustedes, y que cuando falle su fortaleza, Él será todavía su preservación. ¡Que el Dios Todopoderoso les bendiga, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

Nota de los editores: Dado que el sermón precedente excede los límites del número usual de páginas del Penny Pulpit, y siendo deseable que sea publicado completo, se ha considerado recomendable hacer que el presente sermón tenga un doble número. Números 81, 82.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermóns #81, 827—Volume 2
THE GOD OF THE AGED

ODIO SIN CAUSA

NO. 89

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 29 DE JUNIO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

*“Sin causa me aborrecieron.” Juan 15:25.
“Me odiaron sin causa.” La Biblia de las Américas.*

Se entiende usualmente que la cita a la que hace aquí referencia nuestro Salvador, se encuentra en el Salmo 35, en el versículo 19, donde David, hablando de sí mismo de manera directa y del Salvador de manera profética, dice: “No se alegren de mí los que sin causa son mis enemigos, ni los que me aborrecen sin causa guíñen el ojo.” Nuestro Salvador comenta esto como aplicable a Sí mismo, y de hecho nos está diciendo, realmente, que muchos de los Salmos son mesiánicos, es decir, que se refieren al Mesías; y, por eso, el doctor Hawker no erró cuando dijo que creía que los Salmos se refieren al Salvador, aunque podría estar llevando la verdad demasiado lejos. Pero sería un buen plan que cuando leamos los Salmos, los veamos continuamente como aludiendo, no tanto a David, sino al hombre de quien David era el tipo, Jesucristo, el Señor de David.

Ningún ser fue jamás tan codiciable como el Salvador. Sería casi imposible no sentir afecto por Él. Ciertamente, a simple vista, parecería más difícil odiarlo que amarlo. Y sin embargo, amable como era, sí, “Todo él codiciable,” ningún ser se encontró tan pronto con el odio, y ninguna criatura soportó jamás tan continuada persecución como la que Él sufrió. Tan pronto entró en el mundo, la espada de Herodes estuvo lista para eliminarlo, y los inocentes de Belén, por su terrible masacre, dieron un triste anticipo de los sufrimientos que Cristo soportaría, y del odio que los hombres derramarían sobre Su cabeza consagrada. Desde Su primer instante y hasta la cruz, excepto por el tiempo pasajero de calma de Su niñez, parecería que todo el mundo se alió contra Él, y todos los hombres buscaron destruirle.

Ese odio se manifestó de diferentes maneras, algunas veces en acciones descaradas, como cuando le llevaron a la cumbre del monte queriendo despeñarle, o cuando los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle, porque había dicho que ‘Abraham se gozó que había de ver Su día; y lo vio, y se gozó’. En otros momentos, ese aborrecimiento se manifestó en palabras de calumnia, tales como estas: “Este es un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores;” o en mi-

radas de desprecio, como cuando le miraban sospechosamente porque comía con publicanos y pecadores y se sentaba a la mesa sin lavarse las manos. En otros momentos ese odio permanecía enteramente en sus pensamientos, y decían dentro de sí: “Este blasfema,” porque dijo: “tus pecados te son perdonados.” Pero casi en todo instante había un odio contra Cristo; y cuando le tomaron queriendo hacerle rey, y una superficial y pasajera ráfaga del aplauso popular lo hubiera elevado a un trono inestable, aun en ese momento había un odio latente contra Él, sólo que bajo control por el milagro de los panes y los peces. Pero únicamente se necesitaba una cantidad igual de panes y peces ofrecidos por los sacerdotes, para que ese odio se convirtiera en el grito de: “¡Crucificalo, crucificalo!”, en vez del grito de: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

Todo tipo de hombres le aborrecía. La mayoría de los hombres tiene que enfrentarse con alguna oposición; pero con frecuencia se trata de una oposición de clase, y siempre hay otras clases que los miran con respeto. El demagogo, que es admirado por el pobre, debe esperar ser despreciado por el rico; y quien trabaja para la aristocracia, se enfrenta, por supuesto, con el menospicio de muchos. Pero hubo un hombre que caminaba entre el pueblo, que lo amó, que habló al rico y al pobre como si estuvieran al mismo nivel (y ciertamente lo están) ante Su bendita opinión: y, sin embargo, todas las clases conspiraron para aborrecerle; los sacerdotes le quisieron hacer callar a fuerza de voces porque Él desbarataba sus dogmas; los nobles querían matarlo porque decía que era Rey; mientras que los pobres, por alguna razón que sólo ellos conocían, (aunque admiraban Su elocuencia y frecuentemente se habrían postrado ante Él en adoración por las maravillosas obras que realizaba), aun ellos, conspiraron para matarlo y para consumar su culpa clavándolo al madero, guiados por hombres que deberían haber hecho una mejor labor de liderazgo. Luego meneaban sus cabezas injuriándole, y diciéndole que ya que podía reedificar un templo en tres días, que se salvara a Sí mismo y descendiera de la cruz. Cristo fue aborrecido, calumniado y escarnecido en grado sumo; fue “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto.”

Ahora, esta mañana, trataremos de *justificar los comentarios del Salvador, que sin causa le aborrecieron*; segundo, vamos a reflexionar en el pecado de los hombres: *que los hombres sin causa le aborrecieron*; en tercer lugar, daremos una lección o dos al propio pueblo de Cristo, que debe aprender del hecho de que su Salvador fue aborrecido sin causa.

I. Primero, entonces, amados, JUSTIFIQUEMOS LO QUE EL SALVADOR DIJO: “Sin causa me aborrecieron.” Y nosotros hacemos la observación de que, aparte de la consideración de la pecaminosidad del hombre,

y la pureza de Cristo, ciertamente no hay una sola causa que pueda mencionarse para el odio que el mundo le tenía.

Primero consideremos a Cristo *en Su persona*. ¿Había algo en la persona de Cristo como hombre, cuando vivió en este mundo, que tuviera una tendencia natural a provocar el odio de alguien? Advirtamos que había una ausencia de casi todo lo que provoca el aborrecimiento entre hombre y hombre. En primer lugar no había en Cristo *un gran rango* que provocara la envidia. Es un hecho muy conocido que aunque un hombre sea muy bueno, si es elevado por encima de su prójimo por las riquezas, o por algún título, aunque cada hombre individualmente lo respete, sin embargo los muchos a menudo hablarán en su contra, no tanto por lo que es, sino por su rango y su título. Parece natural que los hombres pertenecientes a las masas desprecien a los nobles; cada hombre, individualmente, piensa que es algo distinguido y maravilloso conocer a un lord; pero junten a los hombres, y en grupo, despreciarán a los lores y a los obispos, y hablarán con mucha ligereza en contra de principados y potestades.

Ahora, Cristo no contaba con ninguna de las circunstancias externas de rango, no tenía un carroaje, no usaba ropas finas, nada por encima de Sus compañeros; cuando salía fuera, no tenía heraldos que anunciaran Su viaje, ni tampoco iba rodeado de pompas que le honraran. De hecho, uno pensaría que la apariencia de Cristo naturalmente producía lástima. En vez de ser elevado por encima de los hombres, en cierto sentido, parecía estar por debajo de ellos, pues las zorras tenían sus guardias, y las aves del cielo nidos, mas el Hijo del Hombre no tenía dónde recostar Su cabeza. Muchos demócratas han hablado mal contra el arzobispo cuando ha ido al Palacio de Lambeth; pero, ¿le habrían maldecido o despreciado si supieran que ese arzobispo no tenía dónde recostar su cabeza, y que simplemente trabajaba arduamente por la causa de la verdad, y no recibía ninguna recompensa? La envidia naturalmente provocada por el rango, la ocupación, y cosas semejantes, no habría podido operar en el caso de Cristo; no había nada en Su túnica que llamara la atención; era la túnica de un campesino de Galilea, “la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo.” No había nada en Su rango. Podrá haber sido el hijo de una antigua familia real, pero su realeza estaba aparentemente extinta, y era conocido únicamente como el Hijo del carpintero. Le aborrecieron, entonces, en ese sentido, “Sin causa.”

Muchas personas parecen ser susceptibles de envidia contra aquellos que *ejercen mando* o gobierno sobre ellos. El simple hecho de que un hombre tenga autoridad sobre mí, agita mis pasiones perversas y comienzo a verlo con sospecha, porque él está investido con esa autoridad. Algunos hombres se adaptan naturalmente al sistema y obedecen sim-

plemente porque la regla está dada; principados y potestades son establecidos y ellos se someten por el Señor; pero la mayoría, especialmente en estos tiempos republicanos, parecen tener una tendencia natural a dar coches contra la autoridad, simplemente porque se trata de la autoridad. Pero si las autoridades y los gobiernos cambiaron cada mes, yo creo que en algunos países, en Francia por ejemplo, habrían revoluciones, tanto bajo un gobierno como bajo el otro; de hecho, ellos allí odian cualquier gobierno, y quisieran estar sin ley, para que todo hombre pudiese hacer lo que se le viniese en gana. Pero esto no operó en el caso de Cristo. Él no fue un rey; Él no asumió ningún imperio sobre la multitud. En verdad fue Señor sobre las tempestades y los mares; es cierto que conminaba a los demonios, y, si así lo hubiera querido, los hombres habrían sido Sus siervos obedientes. Pero Él no asumió poder sobre ellos. No commandó ejércitos, no promulgó leyes, no se hizo grande en el territorio; la gente hacía lo que quería, porque Él no imponía Su autoridad sobre ellos. De hecho, en vez de darles leyes que fueran severas, parecía haber suavizado la rigidez de su sistema; pues cuando la mujer adúlera que, de otra manera, habría sido castigada con la muerte, fue traída ante Él, le dijo: "Ni yo te condeno." Y mitigó, hasta cierto punto, la rigidez de la ordenanza sabática, que era en ciertos aspectos demasiado onerosa, diciendo: "El día de reposo fue hecho por causa del hombre." Ciertamente, entonces, ellos le aborrecieron "sin causa."

Algunos hombres resultan desagradables para otros porque son *altivos*. Conozco a algunas personas que me habrían caído muy bien si no hubiesen sido tan almidonadas; realmente habría simpatizado con ellas y les habría admirado si hubiesen tenido el menor grado de condescendencia, pero ¡caminaban por el mundo con tan orgulloso paso! Tal vez no sean orgullosas: muy probablemente no lo sean; pero, como decía un viejo teólogo: "cuando vemos la cola de una zorra en un hoyo, esperamos naturalmente que la zorra esté allí." Y, de alguna manera u otra, la mente humana no puede soportar el orgullo; siempre le damos de patadas. Pero no había nada parecido en nuestro Salvador. ¡Cuán humilde era! Él se rebajó a todo. Lavó los pies de Sus discípulos; y cuando caminaba entre los hombres, no había alarde en Él que les dijera: "vean mi talento, vean mi poder, vean mi rango, vean mi dignidad, sométanse, yo soy más grande que ustedes."

No, Él toma un sitio en medio de ellos. Allí está Mateo, el publicano, sentado junto a Él, y no se siente incómodo por el publicano, aunque sea el peor de los pecadores; y hay una ramera, y Él le habla; hay otra mujer con siete demonios, y Él echa los demonios fuera de ella, y hay otro que tiene lepra, y llega a tocar a ese leproso, para mostrar cuán humilde era, y que no había nada de orgullo en Él. ¡Oh, si hubiesen podido ver al Sal-

vador; Él era el mismísimo modelo de humildad! No había en Él nada de las formas de etiqueta y urbanidad típicas de ustedes. Poseía esa verdadera cortesía que lo hacía amable a todos los hombres, porque era una cortesía afable y afectuosa para todos. No había altivez en el Salvador, y consecuentemente no había nada que provocara la ira de los hombres por esa causa. Por tanto, Le aborrecieron “sin causa.”

Hay otras personas por quienes no puedes evitar sentir aversión, porque son muy regañonas, e irascibles y *airadas*; parecería que nacieron en un día terriblemente oscuro de tormenta, y que, en la composición de sus cuerpos, se hubiese empleado una buena cantidad de vinagre. No podrías sentarte largo rato junto a ellas, sin sentir que debes mantener tu lengua encadenada; no puedes hablar con libertad, pues de lo contrario habría una riña, ya que la palabra que dijeras la convertirían en una ofensa. Dirías: “fulano de tal es sin duda un buen hombre; pero realmente no puedo soportar su carácter.” Y cuando un hombre sobresale en público, pero cuenta con una disposición amarga y sórdida, uno siente la inclinación de aborrecerle. Pero no había nada de esto en el Salvador. “Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición.” Si los hombres escupían Su rostro, no les decía nada; y cuando Le golpearon, Él no los maldijo; se quedó quieto y soportó el escarnio. Caminó por el mundo recibiendo sobre Él constante menosprecio e infamia; pero “Jesús no respondió palabra.” Nunca se enojó. Al leer la vida del Salvador, no pueden encontrar que haya dicho una palabra de enojo, excepto esas palabras de santa ira que derramó, como aceite hirviente, sobre la cabeza del orgullo farisaico; entonces, en verdad, Su ira hirvió, pero se trataba de ira santa. Con un espíritu tan afectuoso, tan amable, y tan manso, uno pensaría que Él pudo haber ido por el mundo con toda la facilidad posible. Su amable espíritu debería haber encontrado un camino recto para Sus pies. Pero, a pesar de todo eso, Le aborrecieron. En verdad, podemos decir: “Sin causa le aborrecieron.”

Hay otro grupo de personas al cual difícilmente puedes evitar aborrecer: son las personas *egoístas*. Ahora, conocemos algunas personas que tienen una muy excelente índole, que son extremadamente honestas y rectas, ¡pero que son tan egoístas! Cuando estás con ellas, sientes que son tus amigas únicamente por lo que pueden obtener de ti; y cuando les has cumplido el propósito, te hacen simplemente a un lado y tratan de buscar a otra persona. Cuando intentan hacer el bien, su buena obra tiene un objetivo ulterior, pero, de alguna manera u otra, siempre son descubiertos; y ningún hombre en el mundo recibe una mayor porción de odio público que el hombre que vive una vida egoísta. Entre los hombres más miserables del universo, pateados por todo el mundo como balón de fútbol, está el mísero egoísta. Pero en Cristo no hubo nada de egoísmo;

todo lo que hacía, lo hacía por otros. Tenía un poder maravilloso de obrar milagros, pero ni siquiera quiso cambiar una piedra por pan para Él; reservaba Su poder milagroso para otros; no parecía tener ninguna partícula de ego en Su naturaleza entera. De hecho, la descripción de Su vida podría darse de manera muy breve: “A otros salvó, a sí mismo no se pudo salvar.” Caminó por diversos lugares. Tocó a los más pobres, a los más ruines, y a aquellos que estaban más enfermos. No le importaba lo que los hombres dijeran de Él. No tenía ninguna consideración por la fama, o la dignidad, o la comodidad, o el honor. No tomaba en consideración en lo absoluto ni Sus satisfacciones corporales ni mentales. Abnegación fue la vida de Cristo; pero la practicaba con tal tranquilidad que no parecía un sacrificio. ¡Ah!, amados, en ese sentido, ciertamente aborrecieron a Cristo sin causa, pues no había nada en Cristo que motivara su odio. De hecho, por otro lado, había todo lo necesario para conducir al mundo entero a amar y reverenciar a una persona tan eminentemente abnegada.

Hay otro tipo de personas que no me agrada, es decir, los *hipócritas*; es más, pienso que puedo convivir con el hombre egoísta, si supiera que es egoísta; pero al hipócrita no le permito ni que se acerque a mí. Si se comprueba que un hombre público ha sido hipócrita una vez, el mundo difícilmente volverá a confiar en él; lo aborrecerán. Pero en este respecto, Cristo estuvo libre de culpa; y si le aborrecieron, no le aborrecieron por eso, pues nunca existió un hombre más sencillo que Cristo. Fue llamado, ustedes lo saben, el niño Jesús; pues como un niño que dice todo y no se reserva nada, y no es astuto, así era Jesús; no tenía afectación ni engaño. Siempre era el mismo, en el cual “no hay mudanza, ni sombra de variación.” Entre todas las cosas que el mundo habló de Cristo, nunca dijo que creía que fuera un hipócrita; y entre todas las calumnias que le endilgaron, nunca dudaron de Su sinceridad. Si hubiesen podido demostrar que realmente se hacía pasar como bueno ante ellos, habrían tenido una base para aborrecerle; pero Él vivía a la luz del sol de la sinceridad y caminaba en la cima de la montaña ya que era observado continuamente. No podía ser un hipócrita, y los hombres lo sabían, y, sin embargo, le aborrecieron. Verdaderamente, amigos míos, si ustedes inspeccionaran el carácter de Cristo en toda su hermosura, en toda su benevolencia, en toda su entrega, en toda su intensa avidez de beneficiar al hombre, en verdad dirían: “Sin causa le aborrecieron.” No había nada en la persona de Cristo que condujera a los hombres a aborrecerle.

A continuación, ¿*hubo algo en la misión de Cristo* que pudiera hacer que la gente le aborreciera? Si le hubiesen preguntado: “¿por qué razón has venido del cielo,” habría habido algo en Su respuesta que provocara su indignación y su odio? No lo creo. ¿Cuál fue el propósito de Su venida? Él vino, primordialmente, para explicar misterios. Para decirles lo

que significaba el cordero del sacrificio, cuál era el significado del chivo expiatorio (Azazel), cuál era el propósito del arca, de la serpiente de bronce, y de la urna que contenía el maná; vino para rasgar el velo del lugar santísimo, y para mostrar a los hombres los secretos que no habían conocido nunca antes. ¿Por qué habrían de odiar a Aquél que alzó el velo del misterio y alumbró las cosas entenebrecidas y resolvió los enigmas? ¿Por qué habrían de odiar a Aquél que les enseñó lo que Abraham deseaba ver, y lo que los profetas y los reyes anhelaban conocer, pero que murieron sin conocerlo? ¿Había algo en todo eso que los condujera a odiarlo?

¿Con qué otra misión vino? Vino a la tierra para recuperar al desca-rrido; y ¿hay algo en ello que llevara a los hombres a odiar a Cristo? Si vino a reformar al borracho, a recuperar a la ramera, y a salvar a los pú-blicanos y pecadores, y llevar de nuevo a la casa de su padre al hijo pró-digo, ciertamente esos son objetivos con los que todo filántropo debería coincidir; es para eso que nuestros gobiernos son formados y estructura-dos, para conducir a los hombres a un mejor estado; y si Cristo vino con ese propósito, ¿había algo en ello que hiciera que los hombres lo odia-ran?

¿Con qué otro propósito vino? Vino para sanar las enfermedades del cuerpo; ¿acaso es eso un legítimo objeto de odio? ¿Acaso vamos a odiar al médico que va por el mundo sanando gratuitamente todo tipo de en-fermedades? Los oídos sordos son abiertos, las bocas mudas hablan, los muertos son levantados, y los ciegos pueden ver, y las viudas son bende-cidas juntamente con sus hijos. ¿Acaso es todo esto una causa para que un hombre sea aborrecible? En verdad, Él podría preguntar: “¿por cuál de ellas me apedreáis?” “Si he hecho buenas obras, ¿por qué razón habláis en mi contra?” Pero ninguna de estas obras era la causa del odio de los hombres. Le aborrecieron sin causa. Y Él vino a la tierra a morir, para que los pecadores no murieran. ¿Fue ese el motivo del odio? ¿Debería odiar al Salvador porque vino a sofocar las llamas del infierno para mí? ¿Debería despreciar a Aquél que permitió que la espada encendida de Su Padre fuera apagada con Su propia sangre vital? ¿Debería mirar con indignación al sustituto que asume mis pecados y dolores sobre Él, y carga con mis aflicciones? ¿Debería aborrecer y despreciar al hombre que me amó más de lo que Se amó a Sí mismo: que me amó tanto que visitó la lúgubre tumba para salvarme? ¿Son estas las causas del odio? En verdad Su misión debería habernos hecho cantar Sus alabanzas para siempre, y unirnos a las arpas de los ángeles en sus himnos de embele-so. “Sin causa me aborrecieron.”

Pero, además: *¿hubo algo en la doctrina de Cristo que nos condujera a aborrecerle?* Respondemos que no; no había nada en Su doctrina que

pudiera provocar el odio de los hombres. Tomen Sus doctrinas preceptivas. ¿Acaso no nos enseñó que hagamos a otros como queremos que ellos hagan con nosotros? ¿Acaso no fue el exponente de todo lo que es amable y honorable y de buena reputación? Y ¿acaso Su enseñanza no fue la propia esencia de la virtud, de tal forma que si la misma virtud la hubiese escrito, no habría podido escribir un código tan perfecto de buena conducta y de excelentes virtudes?

¿Fue acaso la parte ética de Sus doctrinas lo que odiaron los hombres? Él enseñó que los ricos y los pobres deben estar al mismo nivel; Él enseñó que Su Evangelio no debía limitarse a una nación en particular, sino que había de ser gloriosamente expansivo, y que debía cubrir todo el mundo. Esta, tal vez, fue la razón principal de su odio contra Él; pero ciertamente no había una causa justificable para su indignación en esto. No había nada en Cristo que condujera a los hombres a odiarle. "Sin causa le aborrecieron."

II. Y ahora, en segundo lugar, voy a reflexionar sobre EL PECADO DEL HOMBRE, como el motivo de haberle aborrecido sin causa. ¡Ah!, hermanos, no les diré de los adulterios del hombre, y las fornicaciones, y los asesinatos, y los envenenamientos, y las sodomías. No les hablaré de las guerras del hombre, y los derramamientos de sangre, y las cruidades, y las rebeliones. Si necesito hablarles del pecado del hombre, debo decirles que el hombre es un deicida: que hizo morir a su Dios, y sacrificó a su Salvador; y cuando les haya dicho eso, les habré dado la esencia de todo pecado, la obra maestra del crimen, el mismo pináculo y el clímax de la terrífica pirámide de la culpa mortal. El hombre se excedió a sí mismo cuando asesinó a su Salvador, y el pecado eclipsó a Herodes cuando sacrificó al Señor del universo, al amante de la raza humana, que vino a la tierra a morir. Nunca se muestra tanto el pecado en su carácter sumamente pecaminoso como cuando lo vemos apuntando a la persona de Cristo, a Quien aborreció sin causa. En cualquier otro caso, cuando el hombre ha aborrecido el bien, ha habido siempre circunstancias atenuantes. Nunca vemos el bien en este mundo sin alguna aleación; independientemente de cuán grande sea la bondad de alguien, hay siempre una clavija en la que podamos colgar una censura; independientemente de cuán excelente pueda ser un hombre, hay siempre alguna falla que disminuye nuestra admiración o nuestro amor. Pero en el Salvador no había nada igual. No había nada que pudiera ensuciar el cuadro; la santidad se destacaba a plenitud en la vida; había santidad y únicamente santidad.

Si un hombre odiara a Whitefield, uno de los hombres más santos que jamás haya existido, les diría que no odiaba su bondad, sino que odiaba su predicación delirante y las extraordinarias anécdotas que contaba; o

citaria algo brotado de sus labios y lo sometería a escarnio. Pero en el caso de Cristo, los hombres no podrían hacer eso; pues aun cuando buscaron falsos testigos, sus testigos no pudieron ponerse de acuerdo. No había nada en Él sino santidad: y cualquier persona medio tuerta podría ver que los hombres odiaron simplemente que Cristo fuera perfecto; no podrían haberle odiado por ninguna otra causa. Y así pueden ver el abominable mal, el detestable mal del corazón humano: el hombre odia el bien porque sí. No es cierto que nosotros, el pueblo cristiano, seamos odiados por nuestras debilidades; los hombres convierten nuestras debilidades en un clavo en el que cuelgan su risa; pero si no fuésemos cristianos, no odiarían nuestras debilidades. Ridiculizan nuestras inconsistencias; pero no creo que les importen nuestras inconsistencias; si no profesáramos la religión, o si pensaran que no poseemos ninguna, podríamos ser tan inconsistentes como el resto del mundo. Pero debido a que el Salvador no tenía ni inconsistencias ni debilidades, los hombres se quedaron sin excusa para odiarle, y se vio que el hombre naturalmente odia al bien, porque es tan malo que no puede hacer otra cosa que detestar el bien.

Y permítanme apelar ahora a cada pecador presente, y preguntar a cada uno en particular, si ha tenido alguna vez una razón para odiar a Cristo. Alguien dirá: "yo no le odio; si viniera a mi casa le amaría mucho." Pero es muy notable que Cristo es tu vecino de al lado, en la persona de la pobre Beatriz que vive allí. Asiste a tal y tal capilla, y tú dices que Beatriz no es otra cosa que una pobre metodista hipócrita. ¿Por qué no quieres a Beatriz? Ella es una parte de los miembros de Cristo, y "en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis." Tú dices que no odias a Cristo. Ahora, mira al otro lado de la capilla. ¿Acaso no conoces a aquel hombre, un miembro de este lugar, un hombre muy santo, pero que por una razón no soportas: porque una vez te habló de tus fallas. ¡Ah!, amigo, si amaras a Cristo amarías a Sus miembros. ¡Cómo!, me dices que amas mi cabeza, pero que no amas mis manos? Mi querido amigo, no puedes cortar mi cabeza y permitirme que siga siendo la misma persona. Si amas a Cristo, la cabeza, debes amar a Sus miembros. Pero tú dices: "yo en efecto amo a Su pueblo." Muy bien, entonces has pasado de muerte a vida, si amas a los hermanos. Pero tú dices: "no estoy seguro de ser una persona cambiada, todavía. No estoy consciente de que haya alguna oposición en mi corazón contra Cristo y Su Evangelio." Puede ser que no estés consciente, pero el hecho de que no estés consciente hace tu caso más triste. Tal vez si lo supieras, y lloraras por ello, vendrías a Cristo; pero como no lo sabes y no lo sientes, esa es una prueba de tu hostilidad. Ahora, ¡vamos! Debo suponer que eres hostil a Cristo, a menos que le ames; pues yo sé que sólo hay dos

opiniones acerca de Él. O le amas o le odias. Ser indiferente en a Cristo es simplemente una imposibilidad.

Un hombre muy bien podría decir: “soy indiferente a la honestidad.” Vamos, entonces es deshonesto ¿no es cierto? ¿Eres indiferente a Cristo? Entonces le aborreces. Y ¿por qué le odias? Muchas veces has sido cortejado por el Evangelio; has resistido los llamados, muchos de ellos; dime, ahora, ¿por cuál de las obras de Cristo le aborreces? ¿Tengo frente a mí a un perseguidor? ¡Pecador! ¿por qué razón aborreces a Cristo? ¿Le maldices? Dime qué ha hecho para que estés enojado con Él. Señala una sola falta Suya en Su proceder hacia ti. ¿Te ha hecho daño Cristo alguna vez? “¡Oh!” dirá alguno, “me ha quitado a mi esposa y la ha convertido en una de Sus hijas, y ha sido bautizada y asiste a la capilla, y yo no puedo soportar eso.” ¡Ah!, pecador, ¿es esa la causa por la que aborreces a Cristo? ¿Habías aborrecido a Cristo si Él la hubiera arrebatado de las llamas, si la hubiera salvado de descender a la muerte? No, le habrías amado. Y Él ha salvado el alma de tu esposa. ¡Ah!, aunque nunca te salvara a ti, si tú amas a tu esposa, tendrías suficiente motivo para amarle, pensando que ha sido tan bueno contigo. Yo te digo que si tú aborreces a Cristo, no sólo le odias sin causa, sino que le aborreces teniendo amplias razones para amarle. Vamos, pobre pecador, ¿qué ganas con odiar a Cristo? Tienes remordimientos de conciencia.

Muchos pecadores, por odiar a Cristo, han sido encerrados en la cárcel, tienen un abrigo andrajoso, un cuerpo enfermo, una casa asquerosa y sórdida con sus cristales rotos, y una pobre esposa que ha sido golpeada hasta casi morir, y niños que se escabullen de su presencia tan pronto el padre llega a casa. ¿Qué ganas con odiar a Cristo? ¡Oh!, si fueras a estimar tus ganancias, encontrarías que tener a Cristo sería ganancia, pero que aborrecerle es una pérdida irreparable para ti. Ahora, si odias a Cristo y a la religión de Cristo, yo te digo que odias a Cristo sin causa; y permíteme darte una solemne advertencia, que consiste en esto: que si continúas odiando a Cristo hasta tu muerte, no lesionarás a Cristo por ello, pero tú te harás un daño terrible. ¡Oh, que Dios te libre de ser de aquellos que aborrecen a Cristo! No hay nada que ganar y todo por perder al aborrecerle. ¿Por qué causa odias a Cristo, perseguidor? ¿Por qué causa odian a Cristo, ustedes que son hombres carnales e impíos? ¿Por qué odian el Evangelio de Cristo? Sus ministros, ¿qué daño les han hecho? ¿Qué daño pueden hacerles, cuando más bien anhelan hacerles todo el bien del mundo? ¿Por qué es que odias a Cristo? ¡Ah!, es sólo porque estás desesperadamente metido en la maldad: porque veneno de áspides hay debajo de tus labios, y sepulcro abierto es tu garganta. De otra manera, amarías a Cristo. “Sin causa le aborrecieron.”

Y ahora, hombres cristianos, debo predicarles por unos instantes. En verdad ustedes tienen una gran razón para amar a Cristo ahora, pues una vez le odiaron sin causa. ¿Alguna vez han tratado mal a un amigo sin darse cuenta? Es algo desafortunado que la mayoría de nosotros lo hayamos hecho alguna vez. Sospechábamos que un amigo nos había hecho algún daño; reñimos con él durante varias semanas y, sin embargo, no nos había hecho nada. Lo único que hizo fue advertirnos. ¡Ah!, no hay lágrimas comparables a las que derramamos cuando hemos hecho daño a un amigo. Y ¿no deberíamos llorar cuando hemos injuriado al Salvador? ¿Acaso no vino a mi puerta una noche húmeda y fría, y yo le cerré mi puerta en Su cara? ¡Oh!, he hecho lo que no puedo deshacer; he menospreciado a mi Señor, he insultado a mi amigo, he arrojado deshonra sobre Aquél que admiro. ¿Acaso no lloraré por Él? ¡Oh!, ¿no gastaré mi propia vida por Él? Derramó Su sangre por mis pecados, por mi propia traición. Monumentos, ¡ah!, monumentos construiré; doquier que viva, doquier que vaya, acumularé monumentos de alabanza, para que Su nombre sea divulgado; y doquier que vaya, diré con abundantes lágrimas lo que Él ha hecho, y diré que yo le he tratado mal y le he malentendido pavorosamente durante mucho tiempo. Le aborrecimos sin causa; por tanto, amémosle.

III. DOS LECCIONES PARA LOS SANTOS.

En primer lugar, *si su Señor fue aborrecido sin causa, no esperen tener una vida tranquila en este mundo*. Si su Señor estuvo sujeto a todo este menosprecio y a todo este dolor, ¿suponen ustedes que siempre pasearán a lo largo de este mundo en un carro? Si así lo suponen, estarán maravillosamente equivocados. Como su Señor fue perseguido, ustedes deben esperar lo mismo. Algunos de ustedes nos compadecen cuando somos perseguidos y despreciados. ¡Ah!, guarden su piedad, guárdenla para aquellos de quienes el mundo habla bien; guárdenla para aquellos contra quienes el ¡ay! es pronunciado: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!” Guarden su piedad para los favoritos de la tierra; guarden su compasión para los señores de esta tierra, que son aplaudidos por todos los hombres. Nosotros no les pedimos commiseración; es más, señores, en todas estas cosas nos regocijamos, y “nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que las cosas que nos han sucedido, han redundado más bien para el progreso del evangelio.” Y contamos como gozo cuando caemos en todo tipo de pruebas, pues nos alegramos porque de esta forma el nombre de Cristo es conocido y Su reino es extendido.

La otra lección es, *traten de que, si el mundo los odia, los odie sin causa*. Si el mundo va a oponérseles, no tiene caso que provoquen que el mundo se les oponga. Este mundo es lo suficientemente amargo, sin ne-

cesidad que yo le ponga vinagre. Algunas personas se figuran que el mundo los perseguirá; por tanto, se ponen en una posición de lucha, como si estuvieran invitando a las persecuciones. Ahora, yo no veo qué bien se deriva de hacer eso. No intenten ni provoquen que otras personas los aborrezcan. Realmente, la oposición a la que se enfrentan algunas personas no es por causa de la justicia, sino por causa de su propio pecado, o por causa de su propio carácter ofensivo. Muchos cristianos conviven en alguna casa: tal vez una sirvienta cristiana; ella dice que es perseguida por causa de la justicia. Pero ella posee una mala disposición, algunas veces habla con dureza, y luego la señora de la casa la regaña. Eso no es ser perseguido por causa de la justicia. Hay otra persona, un comerciante en la ciudad, tal vez; él no es visto con mucha estima. Él dice que es perseguido por causa de la justicia; pero en realidad es que no mantuvo un descuento ofrecido hace algún tiempo. Otro dice que es perseguido por causa de la justicia; pero anda por todos lados asumiendo autoridad sobre los demás, y de vez en cuando las personas le responden y le reconviene.

Pueblo cristiano, cuídate de que si eres perseguido, sea por causa de la justicia; pues si te persiguen por tu causa, debes aguantar las consecuencias. En las persecuciones que tú mismo provocas por tus propios pecados, Cristo no tiene nada que ver; son castigos sobre ti mismo. Aborrecieron a Cristo sin causa; entonces no teman ser aborrecidos. Odiaron a Cristo sin causa; entonces no provoquen el ser odiados, y no den al mundo ningún motivo para ello.

Y ahora, ustedes que odian a Cristo, que pudieran amarle. ¡Oh, que Él viniera a ustedes ahora! ¡Oh, que se manifestara a ustedes! Y entonces seguramente lo amarían de inmediato. El que cree en el Señor Jesús ciertamente lo amará y el que le ama será salvo. ¡Oh, que Dios les dé fe, y les dé amor, por Cristo Jesús! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #89 – Volumen 2
HATRED WITHOUT CAUSE

Dios en el Pacto

NO. 93

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3 DE AGOSTO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

**“Yo seré a ellos por Dios.”
*Jeremías 31:33.***

¡Cuán glorioso es el segundo pacto! Muy apropiadamente es llamado “un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas” (Hebreos 8:6). Es tan glorioso, que basta su simple pensamiento para anonadar al alma cuando discierne la asombrosa condescendencia y el infinito amor de Dios, al establecer un pacto para criaturas tan indignas, para propósitos tan gloriosos, con tan desinteresados motivos. Es mejor que el otro pacto, el pacto de obras, que fue realizado con Adán, o que aquel pacto que fue establecido con Israel el día en que salieron de Egipto. Es mejor, pues está establecido sobre un *principio superior*. El antiguo pacto fue establecido sobre el principio del mérito; era: “Sirve a Dios y serás recompensado por ello; si caminas perfectamente en el temor de Dios, Dios caminará bien para contigo, y todas las bendiciones del Monte Gerizim vendrán sobre ti, y serás sumamente bendecido en este mundo, y en el mundo venidero.” Pero ese pacto se vino al suelo, porque, aunque sólo establecía que el hombre sería recompensado por sus buenas obras, o castigado por sus malas obras, sin embargo, teniendo el hombre la certeza de pecar, y tendiendo infaliblemente hacia la iniquidad desde la caída, el pacto no era apropiado para su felicidad, ni podía promover su bienestar eterno.

Pero el nuevo pacto no está cimentado, en absoluto, sobre las obras. Es un pacto de una gracia pura y sin mezcla; pueden leerlo desde su primera palabra hasta la última, y no hay ni una sola sílaba solitaria en cuanto a cosa alguna que debamos hacer nosotros. Todo el pacto es una alianza, no tanto entre el hombre y su Hacedor, como entre Jehová y el representante del hombre, el Señor Jesucristo. El lado humano del pacto ha sido cumplido ya por Jesús, y no queda pendiente nada ahora excepto el compromiso de dar; no está pendiente el compromiso de los requerimientos. Todo el pacto, en lo referente a nosotros, el pueblo de Dios, está establecido así: “Te daré esto, te otorgaré aquello; cumpliré esta promesa; concederé aquel favor.” Pero no hay nada que nosotros debamos hacer; Él obrará todas nuestras obras en nosotros; y las mismísimas gracias que están representadas algunas veces como estipulaciones del pacto, son promesas para nosotros. Él nos da la fe; Él promete colocar la ley en nuestro interior y escribirla en nuestros corazones. Es un glorioso pacto, afirmo, porque está cimentado sobre la simple misericordia y la gracia sin mezcla; es independiente de los actos de las criaturas, y de

cualquier cosa que deba ser realizada por el hombre; y por esta razón, este pacto sobrepasa al otro en *estabilidad*. Allí donde hay cualquier cosa del hombre, siempre hay un grado de mutabilidad; cuando tienes que ver algo con las criaturas, allí tienes algo que ver con el cambio, pues las criaturas, y el cambio y la incertidumbre, siempre van juntos. Pero como este nuevo pacto no tiene ahora nada que ver con la criatura, puesto que la criatura no tiene que hacer nada y únicamente ha de recibir: la idea de cambio desaparece entera y totalmente. Es el pacto de Dios, y por tanto, es un pacto inmutable. Si hubiera algo que yo tuviera que hacer en el pacto, el pacto sería inseguro; y aunque fuera yo feliz como Adán, todavía podría volverme un desgraciado como Satanás. Pero si todo el pacto está del lado de Dios, entonces, si mi nombre está en ese pacto, mi alma está tan segura como si yo estuviese caminando ahora por las calles de oro; y si hay alguna bendición en el pacto, estoy tan seguro de recibirla como si ya la hubiese sujetado con mis manos; pues la promesa de Dios tiene la seguridad de ser seguida por su cumplimiento; la promesa no falla nunca; siempre trae consigo la totalidad de aquello que tiene el propósito de transmitir, y en el instante en que la recibo por fe, estoy seguro de la bendición misma. ¡Oh, cuán infinitamente superior es este pacto en relación al otro, en su manifiesta seguridad! Está más allá del riesgo o del peligro de la más mínima incertidumbre.

Pero he estado pensando en los dos o tres últimos días que el pacto de gracia supera al otro pacto, de manera sumamente maravillosa, en las *poderosas bendiciones* que confiere. ¿Qué otorga el pacto de gracia? Esta mañana pensaba predicar un sermón sobre “¿cuáles son las bendiciones que otorga el pacto de gracia a los hijos de Dios”? Pero cuando comencé a reflexionar al respecto, vi que había tanto en el pacto que, si sólo hubiera leído una lista de las grandes y gloriosas bendiciones contenidas en sus pliegos, habría necesitado ocupar casi todo el día en hacer unas cuantas observaciones sencillas sobre cada una de ellas.

Consideren las cosas grandiosas que Dios ha otorgado en el pacto. Él las resume diciendo que ha dado “todas las cosas.” Él les ha dado vida eterna en Cristo Jesús; sí, Él les ha dado a Cristo Jesús para que sea suyo; ha hecho a Cristo heredero de todas las cosas, y a ustedes los ha hecho coherederos con Él, y en consecuencia, les ha dado todas las cosas. Si fuera yo a resumir esa poderosa reserva de inefable tesoro que Dios ha transferido a cada alma elegida mediante ese glorioso pacto, no me alcanzaría el tiempo. Por tanto, comienzo con una grandiosa bendición que es transferida a nosotros por el pacto, y luego, en otros dominigos, con el permiso de Dios, consideraré separadamente, una a una, diversas cosas que el pacto transmite.

Entonces comenzamos por lo primero, que basta para sobreCogernos por su inmenso valor; de hecho, si no hubiese sido registrada en la Palabra de Dios, no habríamos podido soñar jamás que una bendición así pudiera ser nuestra. Dios mismo, por el pacto, se convierte en la propia porción y herencia del creyente. “Yo seré a ellos por Dios.”

Y ahora daremos comienzo a este tema de esta manera. Les mostraremos primero que ésta es una *bendición especial*. Dios es la posesión especial de los elegidos cuyos nombres están en el pacto. En segundo lugar, por unos instantes comentaremos que esto constituye una *bendición sumamente preciosa*, “Yo seré a ellos por Dios.” En tercer lugar, consideraremos *la seguridad de esta bendición*, “Yo seré a ellos por Dios.” Y en cuarto lugar, procuraremos alentarlos para que *hagan un buen uso de esta bendición*, tan gratuita y tan liberalmente transferida a ustedes por el eterno pacto de gracia: “Yo seré a ellos por Dios.”

Deténganse solamente un momento y considérenlo antes de que comencemos. En el pacto de gracia, Dios mismo se entrega a ustedes y se vuelve suyo. Entiendan esto: *Dios*, todo lo que significa esta palabra: eternidad, infinitud, omnipotencia, omnisciencia, perfecta justicia, rectitud infalible, inmutable amor; todo lo que quiere decir *Dios*: Creador, Guardián, Preservador, Gobernante, Juez; todo lo que esa palabra: “*Dios*” significa, toda la bondad y el amor, toda la munificencia y la gracia, todo eso, este pacto se los otorga para que sea de su propiedad absoluta al igual que cualquier otra cosa que pudieran llamar propia: “Yo seré a ellos por Dios.” Les pido que reflexionen sobre ese pensamiento. Aunque no predicara del todo, si esto fuese abierto y aplicado por el todo glorioso Espíritu, hay suficiente contenido en ello para provocar su gozo durante todo el día domingo. “Yo seré a ellos por Dios.”—

**“¡Mi Dios; cuán alegre es ese sonido!
¡Cuán placentero es repetirlo!
Bien dice eso, por el placer motivado, el corazón
En el que Dios ha establecido Su asiento.”**

I. ¿Cómo es *Dios*, especialmente, el *Dios* de Sus propios hijos? Pues *Dios* es el *Dios* de todos los hombres, de todas las criaturas; Él es el *Dios* del gusano, del águila voladora, de la estrella y de la nube; Él es *Dios* en todas partes. ¿Cómo, entonces, es Él más mi *Dios* y su *Dios*, que el *Dios* de todas las cosas creadas? Respondemos que en algunas cosas *Dios* es el *Dios* de todas Sus criaturas; pero incluso allí, hay una relación especial existente entre Él y Sus criaturas elegidas, a quienes ha amado con un amor eterno. Y a continuación, hay ciertas relaciones en las que *Dios* no existe con respecto al resto de Sus criaturas, sino sólo con respecto a Sus propios hijos.

1. Primero, entonces, *Dios* es el *Dios* de todas Sus criaturas, puesto que Él tiene el derecho de decretar hacer con ellos lo que le plazca. Él es el Creador de todos nosotros: Él es el alfarero, y tiene potestad sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra. Por mucho que pequen los hombres contra *Dios*, Él sigue siendo su *Dios* en este sentido: que su destino está inalterablemente en Su mano; que Él puede hacer con ellos exactamente como quiera; por mucho que resientan Su voluntad, o menosprecien Su beneplácito, Él puede hacer que la ira del hombre le alabe, y puede reprimir el resto de las iras. Él es el *Dios* de todas las criaturas, y lo es absolutamente en el asunto de la predestinación, puesto que Él es su Creador y tiene el derecho ab-

soluto de hacer con ellas lo que le plazca. Pero de nuevo aquí Él tiene una consideración especial para con Sus hijos, y Él es *su* Dios incluso en ese sentido; pues para ellos, mientras ejerce la misma soberanía, la ejerce de la manera de la gracia y solamente de la gracia. Los convierte en vasos de misericordia, que serán para Su honra para siempre; Él los elige de entre las ruinas de la caída y los vuelve herederos de la vida eterna, a la vez que permite que el resto del mundo continúe en el pecado y consuma su culpa por un castigo bien merecido, y así, aunque Su relación es la misma en lo concerniente a Su soberanía y a Su derecho a decretar, hay algo especial en Su aspecto amoroso para con Su pueblo; y en ese sentido Él es *su* Dios.

Además: Él es el Dios de todas Sus criaturas, en el sentido que *tiene el derecho de exigir la obediencia de todos*. Él es el Dios de todo hombre nacido en esta tierra, en el sentido de que están obligados a obedecerle. Dios puede exigir la reverencia de todas Sus criaturas, porque Él es su Creador, Gobernador y Preservador; y, por el hecho de su creación, todos los hombres están colocados en tal sujeción a Él, que no pueden escapar de la obligación de sumisión a Sus leyes. Pero incluso aquí hay algo especial en relación al hijo de Dios. Aunque Dios es el gobernante de todos los hombres, Su gobierno es especial para con Sus hijos, pues hace a un lado la espada de Su gobierno y toma en Su mano la vara para Su hijo, mas no la espada de Su venganza punitiva. A la vez que le da al mundo una ley grabada en piedra, le da a Su hijo una ley en su corazón. Dios es mi gobernante y el suyo, pero si no son regenerados, Él es su gobernante en un sentido diferente de lo que lo es para mí. Él tiene diez veces más derecho a reclamar mi obediencia del que tiene a reclamar la obediencia de ustedes. Puesto que ha hecho más por mí, yo estoy obligado a hacer más por Él; puesto que me ha amado más, estoy obligado a amarle más. Pero si llegara a desobedecerle, la venganza no caería tan pesadamente sobre mi cabeza como caería sobre la de ustedes, si están fuera de Cristo; pues esa venganza incurrida por mí ha caído ya sobre Cristo, mi sustituto, y sólo me correspondería la disciplina, de tal manera que ven de nuevo allí que aunque la relación hacia todos los hombres es universal, hay algo especial en referencia a los hijos de Dios.

Además: Dios ostenta un poder universal sobre todas Sus criaturas *en el carácter de un Juez*. Él “juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud.” Es verdad que juzgará a todos los hombres; pero como si Su pueblo no fuera del mundo, se agrega posteriormente “a su pueblo con rectitud.” Dios es el Dios de todas las criaturas, repetimos, en el sentido de que Él es su juez; Él los convocará a todos ellos delante de Su tribunal, y los condenará o los absolverá a todos según sea el caso, pero incluso allí, hay algo peculiar con relación a Sus hijos, pues para ellos nunca vendrá la sentencia condenatoria, sino sólo la absolutoria. Si bien es Juez de todos, es especialmente *su* juez, porque Él es el juez al que aman reverenciar, el juez al que anhelan acercarse, porque saben que Sus labios confirmarán aquello que sus corazones ya han sentido: la sentencia de su plena absolución por medio de los méritos de su glorioso

Salvador. Nuestro Dios amoroso es el Juez que absolverá nuestras almas, y, en ese sentido, podemos decir que es *nuestro* Dios. Entonces, ya sea como Soberano, o como Gobernante que aplica la ley, o como Juez que castiga el pecado, si bien Dios es en algún sentido el Dios de todos los hombres, en este asunto hay algo especial hacia Su pueblo, de tal manera que pueden decir: “Él es nuestro Dios, incluso en esas relaciones.”

2. Pero ahora, amados, hay puntos con los cuales el resto de las criaturas de Dios no puede identificarse; y aquí radica la gran médula del asunto; aquí mora la propia alma de esta gloriosa promesa. Dios es nuestro Dios en un sentido en el cual el no regenerado, el inconverso, el impío, no pueden tener ninguna familiaridad, en el cual no tiene ninguna participación de ningún tipo. Acabamos de considerar otros puntos en relación a lo que Dios es para el hombre de manera general; considéremos ahora lo que es para nosotros, de una manera que no lo es para nadie más.

Primero, entonces, Dios es mi Dios, puesto que Él es *el Dios de mi elección*. Si yo soy Su hijo, entonces Él me ha amado desde antes de la existencia de todos los mundos, y Su mente infinita se ha ejercitado con planes para mi salvación. Si es mi Dios, Él me ha visto cuando me he descarriado lejos de Él, y cuando me he rebelado; su mente ha determinado cuando seré detenido, cuando seré conducido al arrepentimiento del error de mis caminos. Él ha estado proveyéndome de los medios de la gracia, Él ha aplicado esos medios de gracia en el tiempo señalado, pero Su propósito eterno ha sido la base y el cimiento de todo ello; y así, Él es mi Dios, como no es el Dios de nadie más fuera de Sus propios hijos. Mi Dios glorioso y clemente por eterna elección, pues pensó en mí y me eligió desde antes de la fundación del mundo, para que yo fuera sin mancha delante de Él en amor. Mirando en retrospectiva, entonces, veo al Dios de la elección, y el Dios de la elección es mi Dios si estoy en la elección. Pero si no temo a Dios ni le tengo consideración, entonces Él es el Dios de otro hombre y no el mío. Si no tengo ningún derecho ni participación en la elección, entonces me veo forzado a considerarlo como siendo, en ese sentido, el Dios de un gran cuerpo de hombres a quienes ha elegido, pero no es mi Dios. Si puedo mirar hacia atrás y veo mi nombre registrado en el hermoso libro de la vida, entonces, en verdad, Él es mi Dios en elección.

Además, el cristiano puede llamar a Dios: su Dios, a partir del hecho de su *justificación*. Un pecador puede llamar a Dios: Dios, pero siempre ha de insertar un adjetivo, y hablar de Dios como un Dios airado, un Dios irritado, o un Dios ofendido. Pero el cristiano puede decir: “Dios mío,” sin poner ningún adjetivo excepto si es algún dulce adjetivo para enaltecerlo; pues ahora, nosotros, que una vez estuvimos muy apartados, somos llevados cerca por la sangre de Cristo; nosotros, que éramos enemigos de Dios por nuestras obras impías, somos Sus amigos; y mirándolo a Él, podemos decir: “mi Dios,” pues Él es mi amigo, y yo soy Su amigo. Enoc pudo decir: “mi Dios” pues caminó con Él. Adán no pod-

ía decir: “mi Dios,” cuando se escondió entre los árboles del huerto. Entonces, mientras yo, un pecador, huyo de Dios, no puedo llamarlo mío; pero cuando tengo paz con Dios, y soy llevado cerca de Él, entonces, en verdad, Él es mi Dios y mi amigo.

Además: Él es el Dios del creyente por *adopción*, y en eso el pecador no tiene parte. He oído que algunas personas representan a Dios como el Padre del universo entero. Me sorprende que algún lector de la Biblia hable así. Pablo citó una vez a un poeta pagano, quien dijo que linaje Suyo somos; y es verdad que lo somos en algún sentido, al haber sido creados por Él. Pero en el excelso sentido en el que el término “hijo” es usado en la Escritura para expresar la santa relación de un hijo regenerado con su Padre, en ese sentido nadie puede decir: “Nuestro Padre,” excepto aquellos que tienen el “Abba Padre” impreso en sus corazones por el espíritu de adopción.

Bien, por el espíritu de adopción, Dios se vuelve mi Dios, de una manera en la que no es el Dios de otros. El cristiano tiene un derecho especial en cuanto a Dios, porque Dios es su Padre, como no es el Padre de nadie salvo de sus hermanos. Sí, amados, estas tres cosas bastan para mostrarles que Dios es, en un sentido especial, el Dios de Su propio pueblo; pero debo dejar eso a sus propios pensamientos, que les sugerirán veinte maneras diferentes en las que Dios es especialmente el Dios de Sus propios hijos, más de lo que es del resto de Sus criaturas. “Dios,” dicen los malvados; pero “*mi* Dios,” dicen los hijos de Dios. Si entonces, Dios es tan especialmente su Dios, que sus vestidos sean acordes con su alimentación. Vístanse con el sol; vístanse del Señor Jesús. La hija del rey es (y así han de ser todos los hijos del rey) toda gloriosa internamente; sus vestidos han de ser de oro labrado. Vístanse de humildad, cúbranse de amor, entrañas de compasión, amabilidad, mansedumbre; pónganse el vestido de la salvación. Su compañía y conversación han de ser acordes con sus vestidos. Vivan en medio de los integros, en medio de la generación de los justos; únanse a la congregación de los primogénitos, a esa innumerable compañía de ángeles, y a los espíritus de los justos hechos perfectos. Vivan en los atrios del grandioso Rey; contemplen Su rostro, sirvan a Su trono, ostenten Su nombre, hagan manifestas Sus virtudes, publiquen Sus alabanzas, hagan avanzar Su honra, sostengan Su interés; las personas viles y los caminos malvados han de ser menospreciados delante de sus ojos: sean de un espíritu más noble en vez de ser compañeros de ellos. No tengan consideración por sus sociedades, ni por sus escarnios, sus halagos o sus enfados; no se regocijen con sus gozos, no tengan miedo de sus temores, no se preocupen con sus preocupaciones, no se alimenten con sus suculentos alimentos; salgan de en medio de ellos, y vayan a su lugar, a su ciudad, donde ninguna cosa inmunda pueda entrar o fastidiar. Vivan por fe, en el poder del Espíritu, en la hermosura de la santidad, en la esperanza del Evangelio, en el gozo de su Dios, en la magnificencia y, sin embargo, en la humildad de los hijos del grandioso Rey.

II. Ahora, por un momento, consideremos LA SUMA PRECIOSIDAD DE ESTA GRAN MISERICORDIA, “Yo seré a ellos por Dios.” Yo concibo que el propio Dios no pudiera decir más que eso. No creo que si el Infinito fuera a ampliar Sus poderes y a engrandecer Su gracia, pudiera exceder en gloria esta promesa, “Yo seré a ellos por Dios.” ¡Oh, cristiano!, sólo considera lo que significa que Dios sea tuyo; considera lo que es, comparado con cualquier otra cosa—

**“La porción de Jacob es el Señor;
¿Qué más podría requerir Jacob?
¿Qué más podría proporcionar el cielo,
O qué más podría desear una criatura?”**

¡Comparen esta porción con la fortuna de sus semejantes! Algunos tienen su porción en el campo, son ricos y poseen abundantes bienes, y sus doradas cosechas están incluso madurando ahora bajo el sol; pero ¿qué son las cosechas comparadas con tu Dios, el Dios de las cosechas? O, ¿qué son los graneros comparados con Aquel que es tu labrador, y que te alimenta con el pan del cielo? Otros tienen su porción en la ciudad; su riqueza es superabundante y fluye hacia ellos en corrientes permanentes hasta llegar a convertirse en un verdadero depósito de oro; pero ¿qué es el oro comparado con tu Dios? Tú no podrías alimentarte de oro; tu vida espiritual no podría ser sustentada por el oro. Aplica el oro a tu cabeza adolorida, y ¿acaso te proporcionaría algún alivio? Ponlo sobre una conciencia atormentada, y ¿podría tu oro apaciguar sus dolores? Ponlo sobre tu desfallecido corazón y comprueba si puede detener un solitario gemido o quitarte una sola aflicción. Pero tú tienes a Dios, y en Él tienes más que el oro o las riquezas que pudieras adquirir jamás, más que las reservas que el brillante mineral te pudiera comprar jamás. Algunos tienen su porción en este mundo, en aquello que más aman los hombres: el aplauso y la fama; pero hazte la pregunta: ¿no es tu Dios mucho más que eso para ti? Qué, si mil trompetas sonaran tu alabanza, y si una miríada de clarines resonaran con tu aplauso, ¿qué sería todo eso para ti si hubieres perdido a tu Dios? ¿Aquietaría esto las turbulencias de un alma a disgusto consigo misma? ¿Te prepararía para atravesar el Jordán y enfrentar esas olas tormentosas que en breve han de ser vadeadas por todos los hombres, cuando sean llamados de este mundo hacia tierras desconocidas? ¿Te serviría entonces un soplo de viento, o el aplauso de las manos de tus semejantes te bendeciría sobre tu lecho de agonía? No, hay dolores aquí con los que el hombre no puede lidiar, y hay dolores venideros con los cuales los hombres no pueden interferir para aliviar los dolores, y las angustias, y las agonías y la lucha moribunda. Pero cuando tú tienes esto: “yo seré a ellos por Dios,” tienes tanto como todo lo que los demás hombres pudieran tener juntándolo todo, pues esto es lo que tienen, y más. ¡Cuán poco debemos estimar los tesoros de este mundo comparados con Dios, cuando consideramos que Dios frecuentemente da las mayores riquezas a las peores de Sus criaturas! Como decía Lutero, Dios da alimento a Sus hijos, y bagazo a los cerdos; ¿y quiénes son los cerdos que reciben el bagazo? No es frecuente que el pueblo de Dios reciba las

riquezas de este mundo, y eso no hace sino demostrar que las riquezas son de poco valor ya que, de lo contrario, Dios nos las daría.

Abraham dio a los hijos de Cetura una porción y los despidió; yo he de ser Isaac y he de tener a mi Padre, y el mundo puede quedarse con todo lo demás. ¡Oh, cristiano!, no pidas nada en este mundo, sino sólo pide que puedas vivir con esto y morir con esto: “Yo seré a ellos por Dios.” Esto sobrepasa a todo lo demás del mundo.

Pero *compara esto con lo que tú requieres, cristiano*. ¿Qué es lo que requieres? ¿No hay aquí todo lo que tú requieres? Para hacerte feliz tú necesitas algo que te satisfaga; y vamos, te pregunto, ¿no es esto suficiente? ¿No llenará esto tu cántaro hasta el propio borde, sí, hasta rebosar? Si puedes poner esta promesa dentro de tu vaso, ¿no te verías forzado a decir, con David: “Mi copa está rebosando; tengo más de lo que el corazón pudiera desear”? Cuando esto sea cumplido: “Yo soy tu Dios,” has de vigilar que tu copa esté siempre muy vacía de cosas terrenales; supón que no tengas ni una solitaria gota de gozo de las criaturas, sin embargo, ¿no es esto suficiente para llenarla hasta que tu mano insegura no pueda sostener la copa en razón de su llenura? Yo te pregunto si no estás completo cuando Dios es tuyo. ¿Necesitas alguna otra cosa que Dios? Si piensas que necesitas algo más, sería bueno que carecieras de ello, pues todo lo que necesites, salvo Dios, no es sino para gratificar tu concupiscencia. ¡Oh, cristiano!, ¿no es esto suficiente para satisfacerte aunque todo lo demás fallara?

Pero tú necesitas algo más que una tranquila satisfacción; tú deseas, algunas veces, un embelesado deleite. Vamos, alma, ¿no hay suficiente aquí para deleitarte? Lleva esta promesa a tus labios; ¿bebiste alguna vez un vino la mitad de dulce que éste: “Yo seré a ellos por Dios”? ¿Alguna vez algún arpa o violón resonaron con la mitad de una dulzura como esta: “Yo seré a ellos por Dios”? Ninguna música tocada por dulces instrumentos, o extraída de cuerdas vivas podría producir jamás una melodía comparable a esta dulce promesa: “Yo seré a ellos por Dios.” ¡Oh!, aquí hay un verdadero mar de bienaventuranza, un verdadero océano de deleite; vamos, baña tu espíritu en él; puedes nadar, sí, hasta la eternidad, sin encontrar nunca una orilla; puedes bucear hasta el propio infinito sin encontrar jamás el fondo, “Yo seré a ellos por Dios.” ¡Oh!, si esto no hace que tus ojos resplandezcan, si esto no hace que tu pie baile de gozo y que tu corazón palpite aceleradamente con bienaventuranza, entonces, seguramente, tu alma no goza de un estado saludable.

Pero tú necesitas algo más que deleites presentes, algo concerniente a lo cual puedes ejercitar la esperanza; y ¿qué más esperas conseguir jamás que el cumplimiento de esta grandiosa promesa: “Yo seré a ellos por Dios”? ¡Oh, esperanza!, tú eres una cosa de grandes manos; tú sujetas cosas poderosas, que ni siquiera la fe tiene el poder de sujetar; pero aunque tu mano sea muy grande, esto la llena, de tal manera que no puedes sujetar ninguna otra cosa. Yo protesto, delante de Dios, que no tengo ninguna esperanza fuera de esa promesa. “Oh”—dices tú—“tú tienes una esperanza del cielo.” Sí, yo tengo una esperanza del cielo, pero

esto es el cielo: "Yo seré a ellos por Dios." ¿Qué es el cielo, sino estar con Dios, morar con Él, comprobar que Dios es mío y que yo soy Suyo? Yo afirmo que no tengo ninguna esperanza más allá de esa; no hay una promesa fuera de esa, pues todas las promesas están albergadas en esa, todas las esperanzas están incluidas en esto: "Yo seré a ellos por Dios." Esta es la obra maestra de todas las promesas; es la piedra más preciosa de todas las grandes y preciosas cosas que Dios ha provisto para Sus hijos: "Yo seré a ellos por Dios." Si realmente pudiéramos comprenderlo, si pudiera ser aplicado a nuestras almas y pudiéramos entenderlo, podríamos aplaudir y decir: "¡Oh, la gloria, oh, la gloria, oh, la gloria de esa promesa!" Constituye un cielo aquí abajo, y ha de constituir un cielo allá arriba, pues nada más se requiere sino esto: "Yo seré a ellos por Dios."

III. Ahora, por un momento, reflexionen sobre la CERTEZA DE ESTA PROMESA; no dice: "Yo *podría* ser su Dios"; sino dice: "Yo *seré* a ellos por Dios." El texto tampoco dice: "Tal vez yo sea su Dios"; no; dice: "Yo *seré* a ellos por Dios." Hay un pecador que dice que no quiere que Dios sea su Dios. Quiere que Dios sea su preservador, que le cuide, y le guarde de los accidentes. No objeta que Dios le alimente, que le suministre pan, y agua y vestido; tampoco le importa convertir a Dios en algo así como algo que pueda ostentar, que pueda sacar los domingos, e inclinarse ante ello, pero no quiere que Dios sea su *Dios*; no quiere que Dios sea su todo. Él hace de su estómago su dios, del oro su dios, del mundo su dios. ¿Cómo entonces ha de cumplirse esta promesa? Allá está uno de los elegidos de Dios; él no sabe todavía que es un elegido, y dice que no quiere tener a Dios; ¿cómo, entonces, ha de cumplirse esta promesa? "¡Oh!"—dice alguien—"si el hombre no quiere tener a Dios, entonces, por supuesto, Dios no puede alcanzarlo"; y hemos oído que se predica, y leemos con frecuencia que la salvación depende enteramente de la voluntad del hombre, que si el hombre se opone y resiste al Espíritu Santo de Dios, la criatura puede ser vencedora del Creador y el poder finito puede vencer al infinito. Frecuentemente tomo un libro y leo: "¡Oh, pecador!, has de estar dispuesto, pues a menos que lo estés, Dios no puede salvarte"; y algunas veces nos preguntan: "¿cómo es que ese individuo no es salvo?" Y la respuesta es: "No está dispuesto a serlo; Dios hizo lo posible con él, pero no quiso ser salvado." Ay, pero supongan que hubiere hecho lo posible con él, como lo hizo con aquellos que *son* salvados, ¿habría sido salvado entonces? "No, habría resistido." Es más, respondemos que no está en la voluntad del hombre, no es por la voluntad de la carne, ni de sangre, sino del poder de Dios; y no podemos nunca acariciar una idea tan absurda como esa, que el hombre pueda vencer a la Omnipotencia, que el poder del hombre sea mayor que el poder de Dios. Nosotros creamos, en verdad, que ciertas influencias usuales del Espíritu Santo pueden ser vencidas; creamos que hay operaciones generales del Espíritu en los corazones de muchos hombres, que son resistidas y rechazadas, pero la obra eficaz del Espíritu Santo, con la determinación de salvar, no podría ser resistida a menos que supongan que Dios es vencido por Sus

criaturas, y que el propósito de la Deidad es frustrado por la voluntad del hombre, lo que sería suponer algo análogo a la blasfemia.

Amados, Dios tiene poder para cumplir la promesa: “Yo seré a ellos por Dios.” “¡Oh!”—clama el pecador—“no te tendré a Ti por Dios.” “¿Noquieres?,” responde Él, y lo entrega en la mano de Moisés; Moisés lo toma por un rato y le aplica el garrote de la ley, lo arrastra al Sinaí, donde el monte se cimbra sobre su cabeza, los rayos destellan, y los truenos braman, y entonces el pecador clama: “¡Oh, Dios, sálvame!” “¡Ah!, pensé que no querías tenerme por tu Dios.” “Oh, Señor, Tú serás a mí por Dios,” dice el pobre pecador trémulo, “He desechado mis ornamentos; oh, Señor, ¿qué harás conmigo? ¡Sálvame! Yo me entregaré a Ti. ¡Oh, tómame!” “Sí”—dice el Señor—“lo sabía; Yo dije que sería a ellos por Dios; y tú te ofrecerás voluntariamente en el día de mi poder.” “Yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.”

IV. Ahora, por último, dije que concluiríamos EXHORTÁNDΟLOS A HACER USO DE DIOS, si Él es de ustedes. Es extraño que las bendiciones espirituales sean nuestras únicas posesiones que no empleamos. Recibimos una gran bendición espiritual, y dejamos que la herrumbre se le adhiera por muchos días. Está el propiciatorio, por ejemplo. Ah, amigos míos, si tuvieran la caja del dinero en efectivo tan llena de riquezas como lo está ese propiciatorio, acudirían con frecuencia a ella; tan frecuentemente como sus necesidades lo requirieran. Pero ustedes no acuden al propiciatorio ni la mitad de las veces que necesitan acudir. Dios nos ha dado cosas sumamente preciosas, pero nosotros nos las usamos nunca. La verdad es que no pueden ser expuestas a un uso excesivo; no podemos usar una promesa hasta dejarla raída; nunca podremos extinguir el incienso de la gracia; nunca podríamos consumir los infinitos tesoros de la misericordia de Dios.

Pero si *las bendiciones* que Dios nos da no son usadas, tal vez *Dios* sea el menos usado por todos. Aunque Él es nuestro Dios, recurrimos menos a Él que a cualquiera de Sus criaturas, o a cualquiera de Sus misericordias que derrama sobre nosotros. Miren a los pobres paganos; ellos usan a sus dioses, aunque no sean dioses. Ellos erigen un trozo de madera o de piedra, y lo llaman Dios; ¡y cómo lo usan! Necesitan lluvia: el pueblo se reúne y pide la lluvia, en la firme pero insensata esperanza de que su dios puede proporcionarla. Hay una batalla, y su dios es izado; es sacado de la casa, donde habita usualmente, para que vaya delante de ellos, y los conduzca a la victoria. ¡Pero cuán raramente pedimos consejo de la mano del Señor! ¡Cuán a menudo nos involucramos en nuestro negocio sin pedir Su guía! ¡Cuán constantemente nos esforzamos por llevar nuestras cargas en nuestras tribulaciones, en vez de arrojarlas sobre el Señor, para que nos sostenga! Y esto no se debe a que no podamos, pues el Señor pareciera decir: “Yo soy tuyos, alma, ven y úsame como quieras; tú puedes venir libremente a mi provisión, y entre más frecuentemente vengas serás más bienvenido.” Tú no tienes a un Dios que permanece junto a ti para ningún propósito; no dejes que tu Dios sea como otros dioses, sirviendo sólo como un espectáculo: que no tenga un nombre sólo para

que tú tengas un Dios. Puesto que Él te lo permite, teniendo un amigo así, úsallo diariamente. Mi Dios suplirá todas tus necesidades: nunca carezcas de algo mientras tengas un Dios, nunca temas ni desmayes mientras tengas un Dios; acude a tu tesoro, y toma cualquier cosa que necesites; hay alimento, y vestido y salud y vida y todo lo que necesites.

Oh, cristiano, aprende la pericia divina de hacer que Dios sea todo, hacer un alimento de tu Dios, y agua, y salud, y amigos, y reposo; Él puede suplirte todo eso; o lo que es mejor, Él puede estar en lugar de todas estas cosas, tu alimento, tu vestido, tu amigo, la vida tuya. Todo esto te lo ha dicho en esta sola expresión: Yo soy tu Dios; y sobre esto tú puedes decir, como una santa nacida del cielo dijo una vez: "No tengo esposo, y sin embargo, no soy viuda, mi Hacedor es mi esposo. No tengo ni padre ni amigos, y sin embargo, no soy ni huérfana ni un ser sin amigos; mi Dios es a la vez mi padre y mi amigo. No tengo ningún hijo, pero ¿acaso no es Él mejor para mí que diez hijos? No tengo casa, pero, sin embargo, tengo un hogar, pues he puesto al Altísimo por mi habitación. Me he quedado sola, pero sin embargo, no estoy sola, pues mi Dios es buena compañía para mí; con Él puedo caminar, de Él puedo recibir dulce consejo, puedo encontrar un dulce reposo; cuando me acuesto, cuando me levanto, mientras estoy en la casa, o cuando me encuentro en el camino, mi Dios está siempre conmigo; con Él viajo, con Él moro, con Él me albergo, vivo, y viviré para siempre."

¡Oh, hijo de Dios!, permíteme exhortarte que hagas uso de tu Dios. Haz uso de Él en la oración; te lo suplico, acude a Él a menudo, porque Él es *tu* Dios. Si Él fuera el Dios de otro hombre, tú podrías cansarlo; pero Él es *tu* Dios. Si fuese mi Dios y no el tuyo, tú no tendrías ningún derecho de acercarte a Él, pero Él es *tu* Dios; Él se ha cedido a ti, si pudiéramos usar una expresión así (y pensamos que podemos) Él se ha convertido en la propiedad positiva de todos Sus hijos, de tal manera que todo lo que Él tiene, y todo lo que es, es de ellos. Oh hijo, ¿acaso vas a dejar que tu tesoro permanezca ocioso, estando necesitado de él? No; anda y toma de él por medio de la oración—

***"Huye a Él en cada aflicción,
Tu mejor, tu único amigo."***

Vuela a Él, cuéntale todas tus carencias. Recurre a Él por fe, constantemente, en todo tiempo. ¡Oh!, te lo suplico, si te ha sobrevenido alguna oscura providencia, recurre a tu Dios como un sol, pues Él es un sol. Si algún poderoso enemigo ha salido contra ti, usa a tu Dios como un escudo, pues Él es un escudo que te protege. Si has perdido tu camino en los laberintos de la vida, recurre a Él como un guía, pues el grandioso Jehová te dirigirá. Si atraviesas en medio de tormentas, recurre a Él, pues es el Dios que calma la furia del mar y dice a las olas: "Enmudezcan." Si tú eres un pobre individuo que no sabe a dónde dirigirse, úsallo como un pastor, pues el Señor es tu Pastor, y nada te faltará. Cualquier cosa que seas, dondequieras que estés, recuerda que Dios es justo lo que necesitas, y que está precisamente donde lo necesitas. Te suplico, entonces, que re-

curras a tu Dios; no lo olvides en tu aflicción, sino huye a Él en medio de tus angustias, y clama—

**“Cuando todos los torrentes creados están secos,
Tu plenitud es la misma;
Que yo esté satisfecho con esto,
¡Y me glorie en Tu nombre!
Ningún bien puede hallarse en las criaturas
Pero puede ser hallado en Ti;
He de tener todas las cosas, y abundantemente,
Mientras Dios sea Dios para mí.”**

Por último, cristiano, permíteme exhortarte de nuevo que recurras a Dios para que sea tu deleite en este día. Si tú tienes una aflicción, o si estás libre de ella, te suplico que hagas de Dios tu deleite; sal de esta causa de oración y sé feliz en este día en el Señor. Recuerda que es un mandamiento: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” No se contenten con ser moderadamente felices; busquen remontarse a las alturas de la bienaventuranza y gozar un cielo aquí abajo; acérquense a Dios, y se habrán acercado al cielo. No sucede lo mismo que sucede con el sol aquí, que entre más alto se eleven más frío lo encuentran, porque en la montaña no hay nada que refleje los rayos del sol; pero con Dios, entre más se acerquen a Él, más resplandeciente brillará sobre ustedes, y cuando no haya más criaturas que reflejen Su bondad, Su luz será todavía más brillante. Acudan a Dios continuamente, importunamente, confidentemente; “Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón”; “Encomienda a Jehová tu camino,” y que Él “te guíe por Su consejo, y después te reciba en la gloria.”

Aquí está el primer elemento del pacto; el segundo es semejante a este. Lo consideraremos en otro domingo. Y ahora, que el Señor los despida con Su bendición. Amén.

[**http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html**](http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html)

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #93—Volume 2
GOD IN THE COVENANT

Menospreciar a Cristo NO. 98

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 17 DE AGOSTO DE 1856
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

**“Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno
a su labranza, y otro a sus negocios.”
Mateo 22:5.**

El hombre no ha cambiado mucho desde los días de Adán. En su estructura corporal parece ser exactamente el mismo, pues los esqueletos que tienen una antigüedad de muchos cientos de años, son la exacta contraparte de los nuestros; y, verdaderamente, los hechos del hombre realizados hace siglos y que quedaron registrados en la historia, podrían ser escritos de nuevo, pues “nada hay nuevo debajo del sol.” Se descubre todavía la misma clase de hombres (aunque, tal vez, vestidos de manera diferente) que existió en edades muy remotas. Hay todavía hombres que responden al carácter que el Salvador atribuyó a otras personas en Su día: “Se van, uno a su labranza, y otro a sus negocios,” sin valorar las cosas gloriosas del Evangelio.

Estoy seguro de que tenemos muchos caracteres semejantes aquí esta noche, y pido al Señor que me dé gracia para predicarles muy solemnemente y muy explícitamente. Y debo pedirles a quienes entienden el arte celestial de la oración, que oren para que Dios se agrade en hacer llegar directamente al pecho en el que quiere se alojen, cada uno de estos pensamientos, para que produzcan el fruto consolador de justicia en la salvación de muchas almas.

“No hicieron caso”; demasiadas personas hacen eso mismo hoy en día; y, eso mismo hará, esta noche, una buena porción de mis oyentes. Yo creo que es pecado menospreciar a Cristo; y a riesgo de ser falsamente llamado legalista, o partidario del libre albedrío, por quienes son sabios por encima de lo que está escrito, yo los acusaré de lo mismo, pues espero que no he de pertenecer jamás a esa clase de calvinistas que hacen la labor del diablo excusando a los pecadores en sus pecados.

En primer lugar, les diré unas cuantas palabras concernientes a *qué es aquello que el pecador menosprecia*; en segundo lugar, *cómo es que lo menosprecia*; y, en tercer lugar, *por qué es que lo menosprecia*. Después haré una observación adicional o dos, y será todo, para no cansarlos.

I. En primer lugar, ¿QUÉ ES AQUELLO QUE EL PECADOR MENOSPRECIA? Según la parábola, las personas aludidas menosprecian la fiesta de bodas que un rey había preparado, con todo tipo de manjares exquisitos, a la que habían sido convocados generosamente, y a la que no asistieron intencionadamente. Es fácil descubrir el significado espiritual de esto. Los pecadores que menosprecian a Cristo, expresan su desprecio por un glorioso banquete que Dios ha provisto con motivo de la boda de Su Hijo. El lugar en que nos encontramos tierra solemne es. ¡Oh, imploramos las enseñanzas del Espíritu Santo!

Tomando esta parábola como la base de nuestros comentarios, podemos señalar, primero, que el pecador menosprecia *al mensajero que le lleva las noticias que la cena de bodas está preparada*. Estos hombres rehusaron asistir; decidieron ir, “uno a su labranza, y otro a sus negocios,” y así, no tomaron en serio al mensajero; y cada pecador que menosprecia la grandiosa salvación de Jesucristo, no toma en serio al ministro del Evangelio, y esto no es un insulto insignificante a los ojos de Dios.

Si el embajador de Inglaterra fuera tratado con indiferencia, eso no sería considerado nunca por nuestra gran nación como una ofensa insignificante; y tengan por cierto que no es algo sin importancia para Dios que los embajadores que envía sean despreciados. Pero eso no es tan grave, comparativamente; los embajadores somos hombres como ustedes, que podemos soportar el menosprecio, si eso fuera todo. De hecho, nos daría mucho gusto perdonarlos si estuviese en nuestro poder hacerlo, y si esta fuese toda la culpa de ustedes.

Pero estas personas *desdeñaron la fiesta*. Algunas de ellas se figuraban que los animales engordados y las demás provisiones que estarían sobre la mesa, no serían mejores que los que ellas tenían en casa. Esas personas pensaban que el banquete real no sería algo tan grandioso como para renunciar a sus negocios por un día, o como para renunciar a su labranza tan solo por una hora. Despreciaron el banquete, o, al menos, parecería que así fue, ya que no asistieron.

¡Oh, pecador, cuando tú desdeñas la gran salvación, sería bueno que recordaras qué es lo que desprecias; cuando menosprecias el Evangelio de Dios, menosprecias la justificación por fe, menosprecias ser lavado en la sangre de Jesús, menosprecias al Espíritu Santo, menosprecias el camino al cielo, y luego menosprecias a la fe, a la esperanza y al amor; menosprecias todas las promesas del pacto eterno, todas las cosas gloriosas que Dios ha reservado para quienes le aman, y menosprecias todo aquello que Él ha revelado en Su Palabra como el don que promete a quienes vienen a Él. Desdeñar el Evangelio es algo grave, pues en esa Palabra—

las buenas nuevas inspiradas por Dios—está resumido todo lo que la naturaleza humana pudiera requerir, y todo lo que incluso los santos que están en la bienaventuranza reciben. ¡Oh, es una locura despreciar el Evangelio del Dios bendito! ¡Es peor que una insensatez! Si desprecias las estrellas, eres un necio; si desprecias la tierra de Dios, con sus gloriosas montañas, con sus ríos que fluyen en sus hermosos prados, eres un loco maniático; pero si menosprecias el Evangelio de Dios, eres el equivalente de diez mil maniáticos en uno. Si desdeñas eso, eres mucho más necio que quien no ve ninguna luz en el sol, no contempla ninguna hermosura en la luna ni ninguna brillantez en el firmamento estrellado. Pisotea, si quieres, Sus obras inferiores; pero, ¡oh!, recuerda que cuando desdeñas el Evangelio, estás menospreciando la obra maestra de tu grandioso Creador—eso que le costó más que crear una miríada de mundos—la compra sangrienta realizada por las agonías de nuestro Salvador.

Y, además, estas personas *menospreciaron al Hijo del Rey*. Se trataba de Su matrimonio, y en tanto que no asistieron, deshonraron a ese Ser glorioso en cuyo honor fue preparada la cena. Desdeñaron a Aquel a quien Su Padre amaba. ¡Ah, pecador!, cuando desdeñas el Evangelio, desdeñas a Cristo, a ese Cristo delante de quien los gloriosos querubines se inclinan, a ese Cristo a cuyos pies el excelso arcángel considera una felicidad arrojar su corona; desdeñas a Aquel con cuya alabanza resuena la bóveda del cielo; desdeñas a Aquel a quien Dios tiene en muy alta consideración, pues le ha llamado: “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.”

¡Ah!, es algo solemne menospreciar a Cristo. Si desprecias a un príncipe, recibirás por ello poca honra de manos del rey; pero si desprecias al Hijo de Dios, el Padre se vengará de ti por el menosprecio de Su Hijo. ¡Oh, mis queridos amigos!, me parece que es un pecado, no imperdonable, lo sé, pero, aun así, un pecado sumamente atroz, que los hombres menosprecien a mi bendito Señor Jesucristo y le traten con cruel desdén. ¡Menospreciarte a Tí, dulce Jesús! ¡Oh!, cuando te veo cubierto con un manto de sangre, luchando en Getsemaní, me encorro ante Ti, y digo: “Oh, Redentor, que sangras por el pecado, ¿podría desdeñarte algún pecador? Cuando le contemplo y veo un río de sangre que cae bañando Su hombro, por la maldita flagelación del látigo de Pilato, pregunto: “¿Puede desdeñar algún pecador a un Salvador como éste?” Y cuando le veo por allá, cubierto con Su sangre, clavado a un madero, expirando en medio de la tortura, y gritando: “Elí, Elí, ¿llama Sabactani?,” me pregunto: “¿puede alguien menospreciar esto?”

Ay, si lo hicieran, entonces, en verdad, sería un pecado que bastaría para condenarlos, aunque no hubieran cometido ningún otro pecado:

que hubieren desdeñado al Príncipe de Paz, que es glorioso y todo Él codiciable.

¡Oh, amigo mío!, si desdeñas a Cristo, habrás insultado al único ser que puede salvarte, al único que puede transportarte al otro lado del Jordán, al único que puede correr los cerrojos de las puertas del cielo y darte la bienvenida. No permitas que ningún predicador de cosas melifluas te persuada de que eso no es un crimen. Oh, pecador, piensa en tu pecado si es que le estás desdeñando, pues entonces desdeñas al único Hijo del Rey.

Y, además, estas personas *menospreciaron también al Rey* que había preparado el banquete. ¡Ah!, poco sabes, oh pecador, que cuando tomas a la ligera el Evangelio, insultas a Dios. He oído que algunas personas dicen: “señor, yo no creo en Cristo, pero aun así estoy seguro de que pro-curo reverenciar a Dios; a mí no me importa el Evangelio, yo no deseo ser lavado en la sangre de Jesús, ni ser salvado por la gracia inmerecida; pero yo no desprecio a Dios; ¡yo soy un religioso natural!” No, señor, tú, en verdad, insultas al Todopoderoso, en la medida que niegas a Su Hijo. Si desprecias al vástagos de un hombre, insultas al propio hombre; si rechazas al unigénito Hijo de Dios, rechazas al propio Ser eterno. No hay tal cosa como la verdadera religión natural aparte de Cristo; es una mentira y una falsedad; es el refugio de un hombre que no es lo suficientemente valiente para decir que odia a Dios, pero es un refugio de mentiras, pues quien niega a Cristo, en ese acto ofende a Dios, y se cierra las puertas del cielo contra sí mismo.

No se puede amar al Padre excepto a través del Hijo; y no hay una adoración aceptable del Padre, excepto a través del Grandioso Sumo Sacerdote, el Mediador, Jesucristo. ¡Oh, amigo mío!, recuerda que tú no has despreciado simplemente el Evangelio, sino has menospreciado el Evangelio de Dios. Al reírte de las doctrinas de la revelación, tú te has reido de Dios; al ultrajar la verdad del Evangelio, has ultrajado al propio Dios; has cerrado tu puño ante el rostro del Eterno; tus blasfemias no han sido contra la iglesia, sino contra Dios mismo. ¡Oh, recuerden, ustedes, que se burlan del mensaje de Cristo! ¡Oh, recuerden, ustedes, que se alejan del ministerio de la verdad! Dios es un Dios fuerte; ¡cuán severamente *puede* castigar! Dios es un Dios celoso: ¡oh, cuán severamente *castigará!* ¿Menospreciar a Dios, pecador? Vamos, esto, por encima de todo lo demás, es un pecado que condena, y al cometerlo, pudiera ser que un día firmes tu propia sentencia de muerte, pues desdeñar a Dios, a Cristo, y a Su santo Evangelio, es destruir la propia alma, y es precipitarse de cabeza a la perdición. ¡Ah, almas infelices, sumamente infelices

han de ser ustedes, si viven y mueren desdeñando a Jesús, y prefiriendo sus labranzas y sus negocios a los tesoros del Evangelios!

Además, pobre amigo mío digno de compasión, considera que cuando desdeñas todas las cosas que he mencionado, *estás menospreciando las grandes solemnidades de la eternidad*. El hombre que desdeña el Evangelio, menosprecia el infierno; piensa que sus fuegos no son ardientes, y sus llamas no son como Cristo las ha descrito; desdeña las lágrimas ardientes que escaldan sempiternamente las mejillas desesperadas; menosprecia los alaridos y los gritos que han de ser los cantos lastimeros y la música terrible de las almas que perecen. ¡Ah, no es sabio menospreciar el infierno!

Considera de nuevo: menosprecias al cielo, ese lugar al que los bienaventurados anhelan llegar, donde la gloria reina sin una nube, y la bienaventuranza reina sin un suspiro. Tú pones la corona de la vida eterna debajo de tus pies; pisoteas la rama de palma debajo de tu pie malvado y consideras poca cosa ser salvado, y poca cosa ser glorificado. “¡Ah, pobre alma!, una vez que estés en el infierno, y una vez que la llave de hierro sea girada para siempre en la cerradura del destino inevitable, descubrirás que el infierno es un algo que no es tan fácil de despreciar; y cuando hayas perdido el cielo y toda su bienaventuranza, y sólo puedas oír el cántico de los bienaventurados resonando tenuemente en la distancia, aumentando tu miseria por el contraste con su dicha, entonces descubrirás que no es algo sin importancia haber menospreciado el cielo. Todo hombre que desdeña la religión, menosprecia estas cosas. Juzga erróneamente el valor de su propia alma, y la importancia de su estado eterno.

Esto es lo que los hombres menosprecian. “¡Oh, señor!”—dice alguien—“yo nunca doy lugar a palabras hostiles contra la verdad de Dios; nunca me río del ministro, ni desprecio el día domingo.” Alto, amigo mío, yo te absuelvo de todo eso; y, sin embargo, solemnemente te acusaré de este gran pecado de menospreciar el Evangelio. ¡Óyeme, entonces!

II. ¿CÓMO ES QUE LOS HOMBRES LO MENOSPRECIAN?

En primer lugar, *cuando los hombres van a oír la predicación pero no prestan atención*, están menospreciando el Evangelio y todas las cosas gloriosas de Dios. ¡Cuántas personas frecuentan las iglesias y capillas para entregarse a una siesta confortable! Consideren qué insulto tan horrendo es eso para el Rey del cielo. ¿Acaso entrarian en el palacio de su majestad, la reina, y pedirían una audiencia, para luego echarse a dormir en su cara? Y, sin embargo, el pecado de dormir en la presencia de ‘su majestad’ no sería tan grande, incluso contra sus leyes, como el pecado de dormir intencionadamente en el santuario de Dios. Cuántas

personas van a nuestras casas de adoración, y no se duermen, pero se sientan con una mirada vacía, escuchando como escucharían a un hombre que no puede tocar una tonada cautivante con un buen instrumento. Lo que entra por un oído sale por el otro. Todo lo que entra en el cerebro sale sin afectar jamás al corazón.

¡Ah, mis oyentes, ustedes son culpables de menospreciar el Evangelio de Cristo cuando escuchan un sermón sin prestarle atención! ¡Oh, cuánto darían las almas perdidas por oír otro sermón! ¡Qué daría aquel pobre desgraciado que se está aproximando ahora a la tumba, por otro día domingo! ¡Y cuánto darias tú, uno de estos días, cuando estés a la orilla del Jordán, por poder recibir una advertencia más, y escuchar una vez más la voz cortejadora del ministro de Dios! Nosotros desdeñamos el Evangelio cuando lo oímos sin prestarle una solemne y seria atención.

Pero algunas personas dicen que ellos, *en verdad*, ponen atención. Bien, es posible poner atención al Evangelio, y, sin embargo, desdeñarlo. He visto llorar a algunos hombres bajo la influencia de algún poderoso sermón; he visto que las lágrimas ruedan unas tras otras: lágrimas, benditas evidencias de las emociones internas. Algunas veces me he dicho a mí mismo: es maravilloso ver llorar a estas personas bajo la influencia de alguna palabra eficaz de Dios, que les está provocando una alarma, como si el propio Sinaí estuviese tronando en sus oídos.

Pero hay algo más maravilloso que el llanto de los hombres bajo la influencia de la palabra. Es el hecho de que pronto, demasiado pronto, se enjugan todas sus lágrimas. Pero, ¡ah!, mi querido oyente, recuerda que si tú oyes acerca de estas cosas y te deshaces de alguna solemne impresión, al hacer eso, menosprecias a Dios y desdeñas Su verdad; y ten mucho cuidado cuando hagas eso, para que tus propios vestidos no se manchen de rojo con la sangre de tu alma, y se diga: “Te perdiste, oh Israel.”

Pero hay otras personas que la menosprecian de una manera diferente. Oyen la palabra y le ponen atención; pero, ¡ay!, *le ponen atención conjuntamente a algo más*.

¡Oh, hombre que me escuchas, tú menosprecias a Cristo, si lo colocas en cualquier lugar, salvo en el centro de tu corazón! Aquel que da a Cristo un poco de sus afectos, menosprecia a Cristo, pues Cristo quiere recibir el corazón entero o no quiere recibir nada. Aquel que da a Cristo una porción, y al mundo otra porción, desprecia a Cristo, pues cree que Cristo no merece recibir la totalidad. Y, en tanto que dice eso, o piensa eso, tiene pensamientos rastreros y malvados acerca de Cristo.

¡Oh, hombre carnal, tú eres medio religioso y medio profano; tú eres algunas veces serio, pero con frecuencia eres frívolo; algunas veces eres aparentemente piadoso, pero con frecuencia eres perverso, pues tú me-

nosprecias a Cristo! Y, ustedes, que lloran el día domingo y luego regresan a sus pecados el día lunes; ustedes, que ponen al mundo y sus placeres por encima de Cristo, tienen menor estima por Él de la que merece; y, ¿qué es eso sino desdeñarlo? ¡Oh!, te exhorto, amigo que me escuchas esta noche, a que te preguntes si no eres ese hombre. ¿No menosprecias tú mismo a Cristo? El hombre con justicia propia, que se coloca a sí mismo como socio de Cristo en el asunto de la salvación, no obstante sus buenas obras de hojarasca, es tal cabecilla entre los despreciadores, que yo quisiera ponerlo en la picota en el propio centro de ellos, y pedirles a todos los que son como él que tiemblen, para que no sean encontrados ellos también menospreciadores de Jesús.

Además, menosprecia a Cristo *quien hace una profesión de religión, y, sin embargo, no vive de acuerdo con ella.* ¡Ah, miembros de la iglesia, ustedes necesitan una buena zarandeadal!; tenemos ahora una inmensa cantidad de cizaña mezclada con el trigo; y algunas veces pienso que tenemos algo peor que eso. Tenemos algunas personas en nuestra iglesia que no son tan buenas como la cizaña, pues no parecieran haber estado cerca del trigo del todo; no son nada mejor que el tamo. Han entrado a nuestras iglesias, justo igual que si hubieran entrado a una asociación comercial, porque piensan que su negocio mejorará. Tomar el sacramento proporciona respetabilidad a su nombre; haber sido bautizados o ser miembros de una iglesia cristiana los vuelve estimables; y así, entran en grandes cantidades en pos de los panes y de los peces, pero no en pos de Jesucristo.

¡Ah, hipócrita, tú menosprecias a Cristo si piensas que Él es un pretexto para allegarte riquezas! Si tú sueñas que has de poner montura y freno a Cristo, y cabalgar hacia las riquezas en Él, cometes un grave error, pues nunca tuvo la intención de llevar a los hombres a ninguna parte excepto al cielo. Si tú supones que la religión tenía el propósito de dar lustre a tu hogar, de alfombrar tus pisos y forrar tus bolsas, te has equivocado grandemente. Tiene el propósito de ser provechosa para el alma; y aquel que piensa usar la religión para su propia ventaja personal, menosprecia a Cristo; y en el último día, este crimen le será imputado en su contra: que le ha “menospreciado”; y el Rey enviará a sus ejércitos para cortarlo en pedazos, entre aquellos que despreciaron a Su Majestad, y no quisieron obedecer Sus leyes.

III. Y ahora, en tercer lugar, les diré POR QUÉ LO HAN MENOSPRECIADO. Lo han hecho por diferentes razones.

Algunos de ellos lo menospreciaron *porque eran ignorantes*; no sabían cuán excelente era la fiesta, no sabían cuán generoso era el rey, no sabían cuán hermoso era el Príncipe, pues, de otra manera, habrían pensa-

do de manera diferente. Ahora, hay muchas personas presentes esta noche que desdeñan el Evangelio porque no lo entienden. He oído a menudo a la gente reírse de la religión; pero pregúntales en qué consiste, y no saben más de la religión de lo que sabe un caballo, y todavía es peor, pues creen cosas erróneas acerca de ella, y un caballo no hace eso. Se ríen de la religión, simplemente, porque no la entienden; es algo que está más allá de su alcance.

Nos hemos enterado de un necio que, siempre que se mencionaba un pasaje en latín, se reía, porque pensaba que era un chiste, o, de cualquier manera, era una manera muy ridícula de hablar, y, por eso se reía. Lo mismo sucede con muchas personas cuando oyen el Evangelio; no saben lo que es, y, por tanto, se ríen. “¡Oh!”—dicen—“ese hombre está loco.” Pero, ¿por qué está loco? Porque no le entiendes. ¿Eres tan soberbio como para suponer que toda la sabiduría y todo el conocimiento han de descansar en ti? Yo te sugeriría que la locura está de tu lado. Y aunque pudieras decir de él: “Muchas letras te han vuelto loco”; nosotros repligaríamos: “es muy fácil volverse loco cuando no se tiene ningún conocimiento en absoluto.” Y aquellos que no poseen ninguno, y especialmente aquellos que no tienen ningún conocimiento de Cristo, son los más propensos a despreciarle. Bien dijo Watts—

***“Si todas las naciones conocieran Su valor,
Seguramente, la tierra entera le amaría.”***

¡Oh, queridos amigos!, si ustedes supieran cuán bendito maestro es Cristo, si ustedes supieran qué cosa tan bendita es el Evangelio, si pudieran ser conducidos a creer que Dios es un Dios muy bendito, si pudieran tener una hora del goce que experimenta el cristiano, si pudieran experimentar una promesa aplicada a su corazón, nunca menospreciarían otra vez el Evangelio.

¡Oh, tú dices que no te gusta! Vamos, ¿no lo has probado nunca? ¿Despreciaría un hombre el vino del cual no ha dado ningún sorbo? Podría ser más dulce de lo que se imagina. ¡Oh, gustad y ved que es bueno Jehová!; y es muy seguro que si lo pruebas una vez, verás Su bondad. Me aventuraré a decir, otra vez, que hay muchas personas que menosprecian el Evangelio, simplemente, debido a su ignorancia; y si eso es así, tengo de alguna manera la esperanza de que cuando sean iluminadas un poco por asistir a escuchar la Palabra, el Señor se agrade en llevarlos a Sí por gracia; y entonces yo sé que nunca más menospreciarán a Cristo. ¡Oh, no sean ignorantes, pues “el alma sin ciencia no es buena”! Busquen conocerle, ya que conocerle rectamente es la vida eterna; y cuando le conozcan, nunca le menospreciarán.

Otras personas le menosprecian *debido al orgullo*. “¿de qué me sirve”—dice alguien—“que me traigas esa invitación? Entra en mi casa, amigo, y yo te mostraré una fiesta tan buena como cualquiera de la que pudieras hablarme. ¡Mira esto! Aquí puedes comer opíparamente; mi mesa está tan bien surtida como la mejor; que me perdone su Majestad, pero el Rey no puede dar una mejor fiesta que yo; y no veo por qué he de andar arrastrando mis huesos por allí, si no voy a conseguir nada mejor de lo que puedo conseguir en casa.” Así que no quiso ir debido a su orgullo.

Y lo mismo sucede con algunos de ustedes. ¡Tú necesitas ser lavado! No, nunca fuiste inmundo, ¿no es cierto? ¡Tú necesitas ser perdonado! ¡Oh, no, tú eres demasiado bueno para eso! Vamos, tú eres tan tremendamente piadoso en tu propia opinión, que si todo fuera verdad, harías que incluso el ángel Gabriel se sonrojara al pensar en ti. Tú no consideras que un ángel sea capaz ni siquiera de sostener una vela para ti. ¡Cómo! ¿Qué tú busques misericordia? Eso es un insulto para ti. “Anda, y díselo al borracho”—comentas—“anda y trae a la ramera; yo soy un hombre respetable; yo voy siempre a la iglesia o a la capilla; yo soy un buen individuo; puedo jaranear de vez en cuando, pero lo compenso algún otro día; algunas veces soy un poco negligente, pero, entonces, le pongo las riendas a los caballos, y cubro la distancia después; y me atrevería a decir que voy a ir al cielo tan fácilmente como los demás. Yo soy un tipo muy bueno.”

Bien, amigo mío, no me sorprende que desprecies el Evangelio, pues el Evangelio sólo te dice que estás enteramente perdido. Te dice que tu justicia propia está llena de pecado. Te dice que, en cuanto a cualquier esperanza de ser salvado por tu justicia propia, podrías, de igual manera, intentar navegar a través del Atlántico sobre una hoja marchita, que llegar al cielo por medio de tu justicia propia. Y en cuanto a que es un vestido adecuado para cubrirte, podrías, de igual manera, tomar una telaraña para ir a la corte y considerarla un vestido apropiado para presentarte delante de su Majestad.

¡Ah, mi oyente!, yo sé por qué desprecias a Cristo; es por causa de tu orgullo satánico. Que el Señor te despoje de tu orgullo; pues si no lo hace, será el tizón que rostizará tu alma para siempre. Cuídate del orgullo; los ángeles cayeron por el orgullo. ¿Cómo pueden los hombres, entonces, aunque sean la imagen de su Creador, esperar ganar por medio de él? Evíténlo, huyan de él; pues tan ciertamente como eres altivo, incurrirás en la culpa de menospreciar a Cristo.

Tal vez, un número equivalente menospreció la buenas nuevas, porque *no le creyeron al mensajero*. “¡Oh!”—dijeron—“detente un momento. ¡Cómo!, ¿será ofrecida una cena? No lo creo. ¡Qué!, ¿el joven Príncipe se

va a casar? Cuéntaselo a los necios, ya que nosotros no creemos una cosa así. No lo creemos; la historia es increíble.” El pobre mensajero regresó a casa y le dijo a su Señor que no le quisieron creer. Esa es precisamente otra razón del por qué muchas personas desdeñan el Evangelio, porque no lo creen. “¿Qué”—dicen—“Jesucristo murió para limpiar a los hombres de sus pecados? No lo creemos. ¡Cómo! ¡Un cielo! ¿Quién lo vio alguna vez? ¡Un infierno! ¿Quién oyó jamás sus gemidos? ¡Cómo! ¡La eternidad! ¿Quién regresó jamás de esa última esperanza de todo espíritu? ¡Cómo! ¿Bendición en la religión? No lo creemos: es una cosa entorpecedora y miserable. ¡Cómo! ¿Dulzura en las promesas? No, no la hay; nosotros creemos que hay dulzura en el mundo, pero no creemos que haya ninguna dulzura en los pozos que el Señor ha cavado.” Y así, ellos desprecian el Evangelio, porque no lo creen. Pero, yo estoy seguro de que, una vez que un hombre cree en él, nunca lo menosprecia. Si yo tengo una solemne convicción en mi corazón, por el Espíritu Santo, de que si no soy salvo, hay un golfo abierto que me devorará; ¿piensas que puedo ir a descansar después de haber temblado de la cabeza a los pies? Si creo de corazón que hay un cielo provisto para aquellos que creen en Cristo, ¿piensas que puedo dar sueño a mis ojos, o descanso a mis párpados después de haber llorado porque no es mío? Yo creo que no.

Pero la incredulidad infame introduce su mano en la boca de un hombre, y le arranca su corazón, y, así, le destruye, pues no le permitirá creer, y, por tanto, no puede sentir, porque no cree. ¡Oh, amigos míos, la incredulidad conduce a los hombres a menospreciar a Cristo, pero la incredulidad no permanece para siempre! No hay infieles en el infierno: todos son creyentes allí. Hay muchos que fueron infieles aquí, pero no lo son ahora; las llamas son demasiado hirvientes para hacerlos dudar de su existencia. Es difícil que un hombre, en medio del tormento de las llamas, dude de la existencia del fuego. Sería difícil que un hombre, estando delante del ojo ardiente de un Dios, dude después de eso de la existencia de un Dios. ¡Ah, incrédulos! Arrepíéntanse, o más bien, que el Señor los vuelva de su incredulidad, pues esto les hace desdeñar a Cristo; y esto es lo que les está quitando la vida, y destruyendo sus almas.

Otro conjunto de personas menospreció esta fiesta *porque eran muy mundanos*; tenían que hacer demasiadas cosas. Me he enterado de un rico comerciante que fue visitado un día por un hombre piadoso, y cuando le tuvo enfrente, le dijo: “bien, señor, ¿cuál es el estado de su alma?” “¡Alma!”—le respondió—“¡maldita sea! No tengo tiempo de cuidar mi alma; tengo suficientes cosas que hacer cuidando mis barcos.” Aproximadamente una semana después sucedió que tuvo que encontrar tiempo para morir, pues Dios se lo llevó. Tememos que Dios le dijo: “Necio, esta

noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?" Ustedes, comerciantes de Londres, hay muchos de ustedes que leen más sus libros de contabilidad que sus Biblia. Tal vez deban hacerlo, pero ustedes no leen sus Biblia del todo, y, en cambio, revisan sus libros de contabilidad todos los días.

Se dice que en América adoran al dólar todopoderoso; yo creo que en Londres, muchas personas adoran a nuestras monedas de oro todopoderosas; tienen el mayor respeto posible por un pagaré bancario; ese es el dios que muchos hombres están adorando siempre. El libro de oración que llevan muy religiosamente en sus manos es su libro del registro de efectivo. Incluso los domingos, hay un caballero por allá—no piensa que su capataz lo sepa—pero estuvo sentado toda la mañana dentro de la oficina, porque estaba lloviendo, haciendo sus cuentas; y ahora asiste aquí en la noche, porque es un hombre muy piadoso, extraordinariamente piadoso. Él sería capaz de cerrar los parques los domingos, él querría que ninguna persona recibiera aire puro, porque es muy piadoso, pero él mismo puede sentarse medio día en la oficina, el día domingo, para contar su dinero, y no lo considera pecado. Pero algunos están demasiado ocupados para pensar en estas cosas. "¡Orar!"—dicen—"no tengo tiempo para eso; tengo que pagar. ¿Qué? ¿Leer la Biblia? No, no puedo; tengo que supervisar esto y aquello, y revisar el desempeño de los mercados. Yo encuentro el tiempo para leer el periódico *Tiempos*, pero no podría pensar en leer la Biblia." Será maravillosamente desafortunado para algunos de ustedes cuando descubran que el contrato de renta de sus vidas es más bien más corto lo que esperaban. Si hubieran firmado un contrato por sus vidas por ochenta y ocho años a partir de este momento, serían muy necios, tal vez, al gastar cuarenta y cuatro de ellos en el pecado. Pero considerando que son arrendatarios a discreción, y sujetos a ser sacados cualquier día, es el colmo de la necesidad, el propio clímax del absurdo—que excede todo lo que el bufón, con su gorra y sus campanillas hizo jamás—vivir simplemente para recoger las riquezas mal habidas de este mundo, y no vivir para las cosas venideras. La mundanalidad es un demonio que ha estrujado el cuello de muchas almas; ¡que Dios nos conceda que no perezcamos debido a nuestra mundanalidad!

Hay otra clase de personas que sólo puedo caracterizar de esta manera: *son enteramente atolondradas*. Si les preguntas algo concerniente a la religión, no tienen ninguna opinión en absoluto al respecto. No la detestan positivamente, ni se burlan de ella; pero no tienen ni idea al respecto. El hecho es que tienen la intención de pensar al respecto en un futuro. La suya es un tipo de existencia de mariposas; siempre revolotean por todos lados, sin hacer nunca nada, ni para otros ni para sí mismas. Y es-

tas son personas muy amigables; siempre están listas a dar algún dinero para una caridad; nunca rechazan a nadie, aunque darían su dinero de la misma manera si fuera para un juego de críquet o para una iglesia. Ahora, si yo fuere forzado a regresar al mundo, y tuviera que elegir el carácter que querría ser, la última posición que desearía ocupar sería la del hombre atolondrado. Yo creo que las personas irreflexivas son las que están en mayor peligro de caer en la perdición, de todas las clases que conozco.

Algunas veces me gusta dirigir la palabra a un hombre completamente resuelto, inflexible, y que odia el Evangelio, pues su corazón es como un pedernal, y cuando es golpeado con el martillo del Evangelio, el pedernal queda destrozado en un instante. Pero estas personas atolondradas poseen corazones de goma elástica: las golpeas, y ceden; las golpeas de nuevo, y vuelven a ceder. Si están enfermas, y las visitas, te dicen: "sí." Cuando les hablas acerca de la importancia de la religión; te dicen: "sí." Cuando les hablas acerca de escapar del infierno y entrar al cielo, te dicen: "sí." Les predicas un sermón cuando ya están mejor, y les recuerdas los votos que hicieron durante su enfermedad; "eso es correcto, señor," te dicen. Y responden lo mismo sin importar lo que les digas. Son siempre muy corteses contigo, pero hacen a un lado cualquier cosa que les digas. Si comienzas a hablarles acerca de los borrachos, ¡oh!, ellos no son borrachos; tal vez se emborracharon accidentalmente en alguna ocasión, pero esa fue una pequeña cosa fuera de lo usual. Y preséntales cualquier pecado que quieras a ellos, y pueden golpearlos, y golpearlos, pero no sirve de nada, pues no son quebrantados ni la mitad de fácilmente (hablando a la manera de los hombres), que el hombre de verdadero corazón firme que odia el Evangelio.

Vamos, hay un marinero que regresa a casa de su travesía en el mar, jurando, blasfemando, y maldiciendo; entra en la casa de Dios, y el Espíritu aplica casi la primera palabra para quebrantar el corazón de Juan. Otro joven dice: "yo sé lo que cualquier ministro pudiera decirme; pues mi propia madre me enseñó, y mi anciano padre solía leerme la Biblia hasta el punto de tener—yo creo—cada partícula de ella en mi cabeza. Voy a la capilla por causa del respeto a su memoria, pero realmente no me importa nada de todo eso; eso está muy bien para los ancianos, está muy bien para las ancianas, y para quienes se están muriendo en los tiempos del cólera. Es algo muy bueno, pero yo no tengo ningún interés en eso por el momento."

Ahora, yo les digo muy solemnemente, personas descuidadas, que ustedes son los propios socorristas del diablo; ustedes constituyen su reserva; él los mantiene alejados de la batalla; no los envía al frente como

envía al blasfemo, pues teme que algún disparo podría caer casualmente sobre ustedes, y podrían ser salvados. Pero él dice: “espera aquí, y si has de salir yo te proporcionaré una cota de malla impenetrable.” Las flechas vuelan zumbando contra ti: todas te alcanzan, pero, ¡ay!, ni una sola de ellas penetra en tu corazón, pues ése se quedó en alguna otra parte. Tú eres solamente una crisálida vacía. Cuando vienes a la casa de Dios, y se predica Su palabra, la desdeñas, pues tu hábito consiste en ser atolon-drado acerca de todo.

Tengo que tocar otro caso muy brevemente, y luego los dejaré ir. Pueden desdeñar el Evangelio *debido a una consumada presunción*. Son como el necio, que sigue adelante y es castigado; no son como el hombre prudente, que “ve el mal y se esconde.” Ellos siguen adelante; ese paso es seguro, y lo dan; el siguiente paso es seguro, y también lo dan; su pie se balancea sobre el abismo de tinieblas; pero intentarán dar un paso, y como ese paso es seguro, piensan que intentarán dar el siguiente; y como el último ha sido seguro, y como durante muchos años han dado pasos seguros, suponen que siempre los darán; y como todavía no han muerto, piensan que nunca morirán. Y así, por pura presunción, pensando que “todos los hombres son mortales, excepto ellos,” prosiguen su camino menospreciando a Cristo. Tiemblen, ustedes, hombres presuntuosos, ya que no siempre serán capaces de hacer eso.

Y, por último, me temo que hay una gran cantidad de personas que desdeñan a Cristo *debido al carácter común del Evangelio*. Es predicado en todas partes, y esa es la razón por la que lo desdeñan. Pueden oírlo en la esquina de cada calle; pueden leerlo en esta Biblia que tiene amplia circulación; y debido a que el Evangelio es tan común, les tiene sin cuidado. ¡Ah, mis queridos amigos!, si sólo hubiera un ministro del Evangelio en Londres que les pudiera decir la verdad; si sólo hubiera una Biblia en Londres, yo creo que ustedes acudirían apresuradamente a oír la lectura de esa Biblia; y el hombre que tuviera el mensaje no tendría ninguna sinecura, pues estaría obligado a trabajar de la mañana a la noche para explicárselos a ustedes. Pero ahora, porque tienen tantas Bibles, se les olvida leerlas; porque tienen tantos opúsculos, empacan cualquier artículo en vez de ellos; porque tienen tantos sermones, no los tienen en gran valor para nada. Pero, ¿por qué sucede eso? ¿Tienes en menos estima al sol porque derrama sus rayos ampliamente? ¿Tienes en menos estima al pan porque es el alimento que Dios da a todos sus hijos? ¿Tienes en menos estima al agua, cuando estás sediento, porque todos los riachuelos te la suministran? No. Si tú estuvieras sediento de Cristo, le amarías mucho más, porque Él es predicado en todas partes; y no le menospreciarías debido a eso.

“Ellos, sin hacer caso.” ¿Cuantos de mis oyentes esta noche, pregunto de nuevo, están menospreciando a Cristo? Muchos de ustedes lo están haciendo, sin duda. Les daré, entonces, sólo una advertencia, y luego nos despediremos. ¡Menosprecia a Cristo, pecador! Permíteme decirte que tú lamentarás el día cuando estés en tu lecho mortuorio. Será duro para ti cuando el monstruo huesudo te aferre, y cuando te esté llevando al río, para hundirte en el lago de muerte. Será duro para ti, cuan los tendones de tus ojos se rompan, y cuando el sudor mortal bañe tu frente. Recuerda la última vez que tuviste fiebre; ¡ah!, cómo temblabas. Recuerda, anoche, cómo te estremecías en la cama durante la tormenta, cuando los rayos atravesaban tu ventana; y cómo temblabas cuando el trueno profundo hablaba la voz de Dios. ¡Ah!, pecador, tú temblarás más entonces, cuando veas que la muerte viene por ti, cuando el jinete huesudo sobre su caballo blanco, tome su dardo y lo hunda en tus entrañas. Será duro para ti entonces, si no tienes a Cristo como refugio, ni cuentas con la sangre para lavar tu alma.

Recuerda, además, que después de la muerte viene el juicio. Será duro para ti si has despreciado a Cristo, y mueres como un despreciador. ¿Ves a aquel ángel volador? Sus alas están hechas de llamas, y en su mano blande una puntiaguda espada de dos filos. Oh, ángel, ¿a qué se debe tu vuelo presuroso? “¡Escucha!”—dice él—“esta trompeta te lo dirá.” Y lleva la trompeta a sus labios, y—

“Toca un llamado tan fuerte y terrible,

Que nunca los sonidos proféticos fueron tan llenos de infortunios.”

¡Miren, los muertos en sus sudarios se han levantado de sus tumbas! He aquí, el carroaje sombrío es jalado por manos de querubines. ¡Observen! Allá sobre el trono se sienta el Rey, el Príncipe. Oh, ángel, ¿qué habrá de ser, en este terrible día, del hombre que ha menospreciado a Cristo? Miren allí, Él desenvaina Su espada. “Esta hoja”—dice—“le encontrará y le atravesará. Esta hoja, como una guadaña, arrancará toda cizaña del trigo, y este brazo fuerte le atará en un manojo para ser quemado; y este gran brazo mío le sujetará, y le arrojará abajo, abajo, abajo, donde las llamas arden para siempre, y el infierno aúlla por siempre.” Será muy duro para ustedes entonces. Fíjense en la palabra de este hombre esta noche; salgan y burlense de ella; pero recuerden, se los repito, que sería algo terrible para ustedes—cuando Cristo venga para juicio—si fueran encerrados en las cavernas de la desesperación, si alguna vez oyeran decir: “Apartaos de mí, malditos,” si mezclaran sus terribles gritos con los dolorosos aullidos de miríadas de perdidos, si vieran el abismo que no tiene fondo, y el golfo que tiene paredes de fuego, por haberle menospre-

ciado. ¡Sería algo terrible que se encontraran allí, sabiendo que nunca podrán salir de allí!

Pecador, esta noche yo te predico el Evangelio. Antes de que te vayas, oyelo y cree en él; que Dios te dé gracia para recibirla, para que seas salvo. “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere”—eso dice la Escritura—“será condenado.” Creer, es poner tu confianza en Cristo; ser bautizado, es ser sumergido en agua en el nombre del Señor Jesús, como una profesión de que ya eres salvo, y de que amas a Cristo. “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Oh, que ustedes no lleguen a saber nunca el significado de esa última palabra: CONDENADO. ¡Adiós!

Nota del traductor:

Sinecura: empleo o cargo retribuido que ocasiona poco o ningún trabajo.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #98—Volume 2
MAKING LIGHT OF CHRIST

Cristo en el Pacto

NO. 103

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 31 DE AGOSTO, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

**“Te daré por pacto al pueblo.”
Isaías 49:8.**

Todos nosotros creemos que nuestro Salvador tiene mucho que ver con el pacto de la salvación eterna. Nos hemos acostumbrado a considerarle como el Mediador del pacto, como la fianza del pacto, y como el alcance o la esencia del pacto. Le hemos considerado como el *Mediador* del pacto, pues teníamos la certeza de que Dios no podía hacer ningún pacto con el hombre a menos que hubiese un mediador, un árbitro, que debía estar entre ambos. Y le hemos aclamado como el Mediador que, con la misericordia en Sus manos, descendió para comunicarle al hombre pecador las nuevas de que la gracia fue prometida en el consejo eterno del Altísimo. Hemos amado también a nuestro Salvador como la *Fianza* del pacto quien, a nombre nuestro, asumió pagar nuestras deudas; y a nombre de Su Padre, asumió también vigilar que todas nuestras almas estuviesen seguras y salvas, y al final fuesen presentadas sin tacha y completas delante de Él. Y no dudo que también nos hayamos alegrado con el pensamiento de que Cristo es la *suma y la sustancia* del pacto; creemos que si quisiéramos resumir todas las bendiciones espirituales, tenemos que decir: “Cristo es todo.” Él es su materia y Él es su sustancia; y aunque se podría decir mucho en lo tocante a las glorias del pacto, no podría decirse nada que no fuera encontrado en esa sola palabra: “Cristo.”

Pero esta mañana voy a hablar de Cristo, no como el Mediador, no como la fianza ni como el alcance del pacto, sino como un grandioso y glorioso artículo del pacto que Dios ha dado a Sus hijos. Es nuestra firme creencia que Cristo es nuestro, y nos es dado por Dios; sabemos que “lo entregó por todos nosotros,” y por tanto, creemos que “nos dará también con él todas las cosas.” Podemos decir con la esposa: “Mi amado es mío.” Sentimos que tenemos una propiedad personal en nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y por tanto, de la manera más sencilla posible, sin los adornos de la elocuencia o los atavíos de la oratoria, nos habrá de deleitar durante unos momentos en esta mañana, meditar simplemente sobre este grandioso pensamiento: Cristo Jesús, en el pacto, es propiedad de cada creyente.

I. Primero, *examinaremos esta propiedad*; en segundo lugar, notaremos el *propósito por el que nos fue transferida esta propiedad*; y, en tercer lugar, daremos *un precepto*, que muy bien podría ser unido a una bendición tan grande como esta, y que, ciertamente, es una inferencia de ella.

1. Entonces, en primer lugar, aquí tenemos UNA GRANDIOSA POSESIÓN: Jesucristo, por el pacto, es la propiedad de todo creyente. Por esto debemos entender a Jesucristo en diversos sentidos; y vamos a comenzar, ante todo, declarando que Jesucristo es nuestro, *en todos Sus atributos*. Él posee un doble conjunto de atributos, puesto que hay dos naturalezas enlazadas en gloriosa unión en una sola persona. Él posee los atributos de Dios verdadero, y posee los atributos de hombre perfecto; y, sean los que fueren, cada uno de esos atributos es una propiedad perpetua de cada creyente hijo de Dios. No necesito hacer hincapié en Sus atributos como Dios; todos ustedes saben cuán infinito es Su amor, cuán vasta Su gracia, cuán firme Su fidelidad, cuán constante Su veracidad. Ustedes saben que Él es omnisciente; saben que es omnipresente; saben que es omnipotente, y ha de consolarles pensar que todos estos grandiosos y gloriosos atributos que pertenecen a Dios, son todos suyos. ¿Tiene Él poder? Ese poder es suyo, suyo para apoyarlos y fortalecerlos; suyo para que venzan a sus enemigos, suyo para guardarlos inmutablemente seguros. ¿Tiene Él amor? Bien, no hay una sola partícula del amor en Su grandioso corazón que no sea suya; todo Su amor les pertenece; pueden sumergirse en el inmenso océano sin fondo de Su amor, y decir de todo ello: “es mío.” ¿Tiene Él justicia? Puede parecer un atributo severo; pero incluso eso es suyo, pues por Su justicia Él verificará que todo lo que ha sido pactado para ustedes por el juramento y la promesa de Dios, les sea concedido de manera sumamente cierta. Menciona lo que quieras que sea una característica de Cristo como el siempre glorioso Hijo de Dios, y, oh amigo fiel, puedes poner tu mano sobre eso y decir: “es mío.”

Tu brazo, oh Jesús, que sostiene las columnas de la tierra, es mío. Esos ojos, oh Jesús, que traspasan las densas tinieblas y contemplan lo porvenir, Tus ojos son míos, para considerarme con amor. Esos labios, oh Cristo, que algunas veces hablan palabras más retumbantes que diez mil truenos, o que susurran sílabas más dulces que la música de las arpas de los glorificados, esos labios son míos. Y ese gran corazón que palpita aceleradamente con un amor muy desinteresado, puro e incólume, ese corazón es mío. Todo Cristo, en toda Su gloriosa naturaleza como el Hijo de Dios, como Dios sobre todo, bendito para siempre, es suyo, positivamente, realmente, sin metáfora, en realidad es suyo.

Considérenlo también como hombre. Todo lo que Él tiene como un hombre perfecto, es suyo. Como un hombre perfecto estuvo delante de Su Padre, “lleno de gracia y de verdad,” lleno de favor; y aceptado por Dios como un ser perfecto.

Oh, creyente, la aceptación de Dios para con Cristo es tu aceptación, pues ¿no sabes que ese amor que el Padre puso en un Cristo perfecto, ahora lo pone en ti? Pues todo lo que Cristo hizo es tuyo. Esa perfecta justicia que Jesús obró, cuando a lo largo de Su vida inmaculada guardó y honró la ley, es tuya. No hay una sola virtud que Cristo haya tenido jamás, que no sea tuya; no hay un solo acto santo que hubiere hecho jamás que no sea tuyo; no hay una oración que hubiere enviado una vez al cielo que no sea tuya; no hay un solitario pensamiento hacia Dios que hubiere sido Su deber pensar y que pensó como hombre sirviendo a Su Dios, que no sea tuyo. Toda Su justicia, en Su vasto alcance y en toda la perfección de Su carácter, te es imputada. ¡Oh!, ¿podrías pensar en todo lo que posees en la palabra “Cristo”? Vamos, creyente, considera la palabra “Dios” y piensa cuán poderosa es; y luego medita en esa palabra “hombre perfecto,” pues todo eso que el Hombre—Dios, Cristo, y el glorioso Dios—hombre, Cristo, hubiere tenido jamás, o pueda tener jamás como característica de cualquiera de Sus naturalezas, todo eso es tuyo. Todo te pertenece a ti; se debe a un puro favor inmerecido, más allá de todo miedo de revocación, pero todo es traspasado a ti para que sea tu propiedad real, y eso para siempre.

2. Considera después, creyente, que no solamente Cristo es tuyo en todos Sus atributos, sino que es tuyo *en todos Sus oficios*. Grandiosos y gloriosos son esos oficios; tenemos poco tiempo para mencionarlos todos. ¿Es un profeta? Entonces es *tu* profeta. ¿Es un sacerdote? Entonces es *tu* sacerdote. ¿Es un rey? Entonces es *tu* rey. ¿Es un redentor? Entonces es *tu* redentor. ¿Es un abogado? Entonces es *tu* abogado. ¿Es un precursor? Entonces es *tu* precursor. ¿Es una fianza del pacto? Entonces es *tu* fianza. En cada nombre que lleva, en cada corona tiene, en cada vestidura que le cubre, Él pertenece al creyente.

¡Oh!, hijo de Dios, si tuvieras gracia para guardar este pensamiento en tu alma, te consolaría maravillosamente pensar que, en todo oficio que Cristo ejerce, Él es ciertamente tuyo. ¿Lo ves allá, intercediendo delante de Su Padre, con Sus brazos extendidos? ¿Observas Su efod, Su mitra de oro sobre Sus sienes, que muestra la inscripción “SANTIDAD A JEHOVÁ”? ¿Le ves cuando alza Sus manos para orar? ¿No escuchas esa maravillosa intercesión, tal como nunca ningún hombre oró sobre la tierra; esa intercesión con autoridad tal como ni Él mismo usó en las agonías del huerto? Pues—

**“Con suspiros y gemidos, elevó
Su súplica aquí abajo;
Pero con autoridad intercede,
Entronizado ahora en la gloria.”**

¿Ves cómo pide y cómo recibe, tan pronto como Su petición es presentada? ¿Y podrías creer, te atreverías a creer que esa intercesión es toda tuya, que tu nombre está escrito en Su pecho y que en Su corazón está

estampado con señales de gracia indeleble, y que toda la majestad de esa maravillosa y excelente intercesión es tuya, y que toda ella sería utilizada en tu favor si así lo requirieras; que no tiene ninguna autoridad con Su Padre que no usaría a tu favor, si la necesitaras; que no tiene poder de interceder que no emplearía por ti en cualquier tiempo de necesidad? Vamos, las palabras no pueden expresar esto; son únicamente sus pensamientos los que pueden enseñarles esto; únicamente Dios el Espíritu Santo es el que puede hacerles entender la verdad que ponga este pensamiento embelesador y arroba dor en su propia posición en su corazón; ese Cristo es suyo en todo lo que es y en todo lo que tiene. ¿Lo ves en la tierra? Allí está, como sacerdote ofreciendo Su sacrificio sangriento; mírale sobre el madero, ¡Sus manos están traspasadas, Sus pies están vertiendo sangre! ¡Oh!, ¿ves el pálido semblante, y esos lánguidos ojos que desbordan compasión? ¿Observas esa corona de espinas? ¿Contemplas el más poderoso de los sacrificios, la suma y sustancia de todos ellos?

Creyente, eso es *tuyo*, esas preciosas gotas suplican y reclaman *tu* paz con Dios; ese costado abierto es *tu* refugio, esas manos perforadas son tu redención; ese gemido lo emite por ti; ese clamor de un corazón abandonado lo expresa por ti; esa muerte la muere por ti. Vamos, te lo suplico, considera a Cristo en cualquiera de Sus oficios; pero cuando lo consideres, ten en cuenta este pensamiento: que en todas estas cosas Él es TU Cristo, dado a ti para ser un artículo en el pacto eterno: tu posesión para siempre.

3. Observa a continuación que Cristo es del creyente en cada una de Sus *obras*. Ya sean obras de sufrimiento o de deber, constituyen la propiedad del creyente. Cuando era un niño, fue circuncidado, y ¿ese rito sangriento es mío? Sí, “Circuncidados en Cristo.” Como creyente es enterrado, y ¿es mío ese signo líquido del bautismo? Sí; “sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo.” Yo comparto el bautismo de Jesús cuando permanezco enterrado con mi mejor amigo en la mismísima tumba líquida. Mira allí, Él muere, y morir es una obra suprema. Pero ¿es mía Su muerte? Sí, yo muero en Cristo. Él es enterrado, y ¿es mío ese entierro? Sí, yo soy enterrado con Cristo. Él resucita. ¡Obsérvalo sorprendiendo a Sus guardas y levantándose de la tumba! Y ¿es mía esa resurrección? Sí, habemos “resucitado con Cristo.” Fijense además que Él asciende a lo alto, y lleva cautiva a la cautividad. ¿Es mía esa ascensión? Sí, pues “juntamente con él nos resucitó.” Y, miren, Él se sienta sobre el trono de Su Padre; ¿es mío ese acto? Sí, “asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales.” Todo lo que hizo es nuestro. Por decreto divino existió tal unión entre Cristo y Su pueblo que todo lo que Cristo hizo lo hizo Su pueblo: y todo lo que Cristo ha desempeñado, Su pueblo lo desempeñó en Él, pues estuvieron en Sus lomos cuando descendió a la tumba,

y en Sus lomos han ascendido a lo alto; con Él entraron en la bienaventuranza; y con Él se sientan en los lugares celestiales. Representado por Él, su Cabeza, todo Su pueblo, incluso ahora, es glorificado en Él, en Él, que es la cabeza sobre todas las cosas para Su iglesia. En todos los hechos de Cristo, ya sea en Su humillación o en Su exaltación, recuerda, oh creyente, que tienes un interés en el pacto, y todas esas cosas son tuyas.

4. Quiero sugerir por un instante un dulce pensamiento, y que es este: ustedes saben que en la persona de Cristo “habita corporalmente *la plenitud de la Deidad.*” ¡Ah!, creyente, “de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia.” *Toda la plenitud de Cristo.* ¿Sabes lo que es eso? ¿Entiendes esa frase? Te garantizo que tú no lo sabes ni lo sabrás todavía. Pero toda esa plenitud de Cristo cuya abundancia podrías adivinar por tu propio vacío, toda esa plenitud es tuya para suplir tus necesidades multiplicadas. Toda la plenitud de Cristo para constreñirte, para guardarte y preservarte; toda esa plenitud de poder, de amor, de pureza, que está almacenada en la persona del Señor Jesucristo, es tuya. Has de atesorar este pensamiento, pues entonces tu vacío no necesita ser nunca causa de temor; ¿cómo puedes estar perdido cuando tienes toda la plenitud a la cual acudir?

5. Pero llego a algo más dulce que eso; *la propia vida de Cristo* es propiedad del creyente. ¡Ah!, este es un pensamiento en el que no puedo adentrarme, y pienso que me he excedido al sólo mencionarlo. La vida de Cristo es la propiedad de cada creyente. ¿Puedes concebir qué es la vida de Cristo? “Seguro”—respondes—“Él la derramó en el madero.” Así lo hizo, y fue Su vida la que te dio entonces. Pero Él tomó esa vida de nuevo; incluso la vida de Su cuerpo fue restaurada; y la vida de Su grandiosa y gloriosa Deidad nunca sufrió ningún cambio, incluso en aquel momento. Pero ahora, tu sabes que tiene inmortalidad: “el único que tiene inmortalidad.” ¿Podrías concebir qué tipo de vida es la que Cristo posee? ¿Puede morir alguna vez? No; primero serían acalladas las arpas del cielo y el coro de los redimidos cesaría para siempre; primero se verían sacudidos los gloriosos muros del paraíso, y sus cimientos serían levantados antes que Cristo, el Hijo de Dios, muriera jamás. Inmortal como Su Padre, ahora está sentado en gloria, el Grandioso Ser Eterno.

Cristiano, esa vida de Cristo es tuya. Escucha lo que dice: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” “Habéis muerto, y vuestra vida,” ¿dónde está?, “está escondida con Cristo en Dios.” El mismo golpe que nos hiera hasta la muerte, ha de asesinar a Cristo también; la misma espada que pueda quitar la vida espiritual de un hombre regenerado, debe quitar también la vida del Redentor; pues están íntimamente vinculadas; no son dos vidas, sino una. Nosotros somos sólo los rayos del grandioso Sol de Justicia, nuestro Redentor, chispas que han de retornar de nuevo al

grandioso astro. Si somos los verdaderos herederos del cielo, no podemos morir mientras Aquel de quien tomamos nuestra resurrección, no muera también. Nosotros somos la corriente que no puede detenerse mientras la fuente no se seque; somos los rayos que no pueden cesar mientras el sol no cese de brillar. Nosotros somos los pámpanos, y no podemos marchitarnos mientras el tronco viva. “Porque yo vivo, vosotros también viviréis.” La propia vida de Cristo es la propiedad de cada uno de Sus hermanos.

6. Y lo mejor de todo es que *la persona de Jesucristo* es la propiedad del cristiano. Amados, estoy persuadido de que pensamos muchísimo más en los dones de Dios de lo que pensamos en Dios; y predicamos muchísimo más acerca de la influencia del Espíritu Santo, de lo que predicamos acerca del Espíritu Santo. Y tengo también el convencimiento de que hablamos muchísimo más acerca de los oficios, y las obras y los atributos de Cristo de lo que lo hacemos acerca de la persona de Cristo. Por esto es que sólo hay unos cuantos entre nosotros que pueden entender las figuras que son utilizadas en el Cantar de Salomón, concernientes a la persona de Cristo, porque muy pocas veces hemos procurado verle o hemos deseado conocerle.

Pero, oh creyente, tú has sido capaz algunas veces de contemplar a tu Señor. ¿No le has visto a Él, que es blanco y rubio, “señalado entre diez mil y todo él codiciable”? ¿No has estado algunas veces perdido en el placer cuando has visto Sus pies, que son muy semejantes al oro fino, como si ardieran en un horno? ¿No le has contemplado en el doble carácter, el blanco y el rojo, el lirio y la rosa, el Dios y sin embargo el hombre, agonizante y sin embargo viviente; perfecto, y sin embargo ostentando en Él un cuerpo de muerte? ¿Has contemplado alguna vez a ese Señor con la seña de los clavos en Sus manos y la marca todavía en Su costado? ¿No te has quedado extasiado ante Su sonrisa amorosa, y no has sido deleitado por Su voz? ¿Nunca has recibido Sus visitas de amor? ¿No ha puesto nunca Su estandarte sobre ti? ¿Nunca has caminado con Él hasta las aldeas y hasta el huerto de los nogales? ¿Nunca te has sentado bajo Su sombra? ¿Nunca has descubierto que Su fruto es dulce para tu paladar? Sí, lo has hecho. Su *persona*, entonces, es tuya. La esposa ama a su esposo; ella ama su hogar y su propiedad; ella ama a su esposo por todo lo que le da, por toda la liberalidad que le confiere, y todo el amor que le entrega; pero el objeto de sus afectos es su persona.

Lo mismo sucede con el creyente: bendice a Cristo por todo lo que hace y por todo lo que es. Pero, ¡oh!, Cristo es todo. A él no le importa tanto lo concerniente a Su oficio, sino lo que le importa es lo concerniente a *el Hombre* Cristo. Mira al hijo sobre las rodillas de su padre; el padre es un catedrático de la universidad; es un gran hombre con muchos títulos, y tal vez el hijo sepa que esos son títulos honrosos, y estime a su pa-

dre por ellos; pero a él no le importa el asunto de la cátedra y la dignidad del padre, como la persona de su padre. No es el birrete de la universidad ni la toga lo que ama el muchacho; ay, y si es un hijo amoroso, no será tanto el alimento que el padre provea, o la casa en que viva, sino el padre al que ama; es su amada persona la que se ha convertido en el objeto del afecto verdadero y cordial.

Estoy seguro de que lo mismo sucede con ustedes, si conocen a su Salvador; aman Sus misericordias, aman Sus oficios, aman Sus obras, pero, ¡oh!, aman más a Su persona. Reflexionen, entonces, en que la persona de Cristo es transferida a ustedes en el pacto: “Te daré por pacto al pueblo.”

II. Ahora llegamos al segundo punto: ¿CON QUÉ PROPÓSITO DIOS PONE A CRISTO EN EL PACTO?

1. Bien, en primer lugar, Cristo está en el pacto *para consolar a cada pecador que viene*. “Oh”—dice el pecador que está viniendo a Dios—“yo no puedo asirme a un grandioso pacto como ese, no puedo creer que el cielo sea provisto para mí, no puedo concebir que ese manto de justicia y todas esas cosas maravillosas puedan ser aplicadas a un ser tan vil como yo.” Aquí interviene el pensamiento de que Cristo está en el pacto. Pecador, ¿puedes aferrarte a Cristo? ¿Puedes decir—

**“Nada en mis manos traigo,
Simplemente a Tu cruz me aferro”?**

Bien, si tienes eso, fue puesto a propósito para que te aferres a eso. Las misericordias del pacto de Dios van todas juntas, y si te has asido de Cristo, has ganado todas las bendiciones del pacto. Esa es una de las razones por las que Cristo fue puesto allí. Vamos, si Cristo no estuviera allí, el pobre pecador diría: “no me atrevo a asirme a esa misericordia. Es semejante a Dios y es divina, pero no me atrevo a aferrarme a ella; es demasiado buena para mí. No puedo recibirla, mi fe se tambalea.” Pero ve a Cristo en el pacto con toda Su grandiosa expiación; y Cristo le mira tan amorosamente, y extiende Sus brazos tan ampliamente, diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar,” que el pecador viene y abraza a Cristo, y luego Cristo le susurra: “Pecador, al asirte a Mí, has conseguido todo.” Vamos, Señor, no me atrevo a pensar que pudiera recibir las otras misericordias. Me atrevo a confiar en Ti, pero no me atrevo a tomar las otras misericordias.

Ah, pecador, pero al tomarme a Mí lo has tomado todo, pues las misericordias del pacto son como los eslabones de una cadena. Este eslabón en particular es seductor. El pecador se aferra a él; y Dios lo ha puesto allí a propósito para motivar al pecador a que venga y reciba las misericordias del pacto. Pues una vez que se ha asido de Cristo—allí está el consuelo—tiene todo lo que el pacto puede dar.

2. Cristo es puesto también *para confirmar al santo que duda*. En algunas ocasiones él no puede leer su interés en el pacto. No puede ver su

porción entre aquellos que son santificados. Tiene miedo de que Dios no sea *su* Dios, de que el Espíritu no tenga ningún trato con *su* alma; pero entonces—

***“En medio de las tentaciones agudas y potentes,
Su alma vuela a ese amado refugio;
La esperanza es su ancla, firme y sólida,
Cuando la tempestad ruge y las olas golpean.”***

Entonces se aferra a Cristo, y si no fuera por eso, incluso el creyente no se atrevería a venir del todo. No se podría aferrar a ninguna otra misericordia sino a aquella con la que Cristo esté conectado.

“Ah”—dice—“yo sé que soy un pecador, y Cristo vino para salvar a los pecadores.” Así que se aferra firmemente a Cristo. “Puedo asirme aquí”—dice—“mi negras manos no van manchar a Cristo, mi inmundicia no lo hará a Él inmundo.” Entonces el santo se sujetta firmemente a Cristo, tan firmemente como si fuera la crispación agónica de un hombre que se está ahogando. ¿Y qué pasa entonces? Pues que tiene cada una de las misericordias del pacto en su mano. Ha sido sabiduría de Dios haber puesto a Cristo en el pacto, para que un pobre pecador, que podría tener miedo de asirse a alguien más, conociendo la naturaleza misericordiosa de Cristo, no tenga miedo de asirse a Él, y allí se aferre al todo, aunque muy a menudo de manera inconsciente para él.

3. Además, era necesario que Cristo estuviera en el pacto, porque *hay muchas cosas allí que no serían nada sin Él*. Nuestra grandiosa redención está en el pacto, pero no tenemos ninguna redención excepto por medio de *Su sangre*. Es cierto que mi justicia está en el pacto, pero no puedo tener ninguna justicia aparte de la justicia que Cristo ha obrado, y que me es imputada por Dios. Es muy cierto que mi perfección eterna está en el pacto, pero los elegidos sólo son perfectos en Cristo. Ellos no son perfectos en sí mismos, ni lo serán jamás, hasta no ser lavados y santificados y perfeccionados por el Espíritu Santo. E incluso en el cielo su perfección consiste no tanto en su santificación, como en su justificación en Cristo—

***“Su belleza es ésta: su glorioso vestido,
Jesús el Señor su justicia.”***

De hecho, si sacaran a Cristo del pacto, habrían hecho lo mismo que si hubieran roto el cordón de un collar: todas las joyas, o cuentas, o corales, se caerían y se separarían unos de otros. Cristo es el cordón de oro donde se engarzan las misericordias del pacto, y cuando te sujetas a Él, has obtenido todo el conjunto de las perlas. Pero si Cristo fuese sacado, es cierto que habría perlas, pero no podríamos usarlas ni podríamos asirlas; están separadas, y la pobre fe no puede saber nunca cómo asirlas. Oh, que Cristo esté en el pacto es una misericordia que vale mundos.

4. Pero observen, además, tal como les dije cuando prediqué en lo tocante a Dios en el pacto, que Cristo está en el pacto *para ser usado*. Dios

nunca da a Sus hijos una promesa que no tenga el propósito de que la usen. Hay algunas promesas en la Biblia que no he usado todavía; pero estoy muy convencido de que vendrán tiempos de aflicción y tribulación cuando encontraré que esa pobre promesa despreciada, que yo pensaba que no estaba dirigida a mí, será la única sobre la que pueda flotar. Sé que viene el tiempo cuando cada creyente conocerá el valor de cada promesa del pacto. Dios no le ha dado al creyente ninguna parte de una herencia que no haya tenido la intención de que la cultive. Cristo nos es dado para que lo utilicemos.

¡Creyente, recurre a Él! Te diré de nuevo como te dije antes, que tú no recurras a Cristo como deberías hacerlo. Vamos, hombre, cuando estás en problemas, ¿por qué no vas y se lo cuentas? ¿Acaso no tiene un corazón compasivo, y acaso no puede Él consolarte y aliviarte? No, andas corriendo a todos tus amigos salvo a tu mejor amigo, y andas contando tu historia por todas partes excepto en el pecho de tu Señor. Oh, recurre a Él, recurre a Él. ¿Estás negro con los pecados de ayer? Aquí está una fuente llena de sangre; úsalas, santo, úsalas. ¿Ha regresado otra vez tu culpa? Bien, Su poder ha sido comprobado una y otra vez; ¡vé y recurre a Él! ¡Recurre a Él! ¿Te sientes desnudo? Ven aquí, alma, ponte el vestido. No te quedes viéndolo; pótelo. Desvístete, amigo, desvístete de tu propia justicia, y también de tus propios miedos. Ponte este manto, y úsalos, pues fue diseñado para *vestirlo*. ¿Te sientes enfermo? Cómo, ¿no quieres ir y tocar la campana nocturna de la oración, y despertar al médico? Te suplico que vayas y lo despiertes temprano y Él te dará el cordial que te revivirá. Cómo, ¿estás enfermo, con ese médico en la puerta vecina, un pronto auxilio en las tribulaciones, y no quieres acudir a Él? Oh, recuerda que tú eres pobre, pero también recuerda que tú tienes “un pariente... hombre rico de la familia.” Cómo, ¿no quieres acudir a Él para pedirle que te dé de Su abundancia, aunque te ha dado esta promesa: que en tanto que Él posea algo tú participarás de ello, pues todo lo que Él es y todo lo que Él tiene, es tuyo?

Oh, creyente, recurre a Cristo, te lo suplico. No hay nada que le desgrade más a Cristo que Su pueblo lo exhiba pero que no recurra a Él. A Él le agrada que se le pidan trabajos. Él es un gran obrero; siempre lo fue para Su Padre y ahora le agrada ser un gran obrero para Sus hermanos. Entre más cargas pongan sobre Sus hombros, los amará más. Pongan su carga sobre Él. Nunca conocerán tan bien la simpatía del corazón de Cristo y el amor de Su alma, como cuando hubieren transferido a Sus hombros una verdadera montaña de aflicciones que estaba sobre ustedes, y descubran que Él no se tambalea bajo el peso. ¿Son sus aflicciones como gigantescas montañas de nieve sobre su espíritu? Ordénenles que rueden y retumben como una avalancha hacia los hombros del Todopoderoso Cristo. Él puede llevárselas y transportarlas a lo profundo del

mar. Recurre a tu Señor, pues para este preciso propósito fue puesto en el pacto, para que recurras a Él siempre que lo necesites.

III. Ahora, por último, aquí hay un PRECEPTO, y ¿cuál habría de ser el precepto? Cristo es nuestro; entonces *sean de Cristo*, amados. Ustedes saben muy bien que *son de Cristo*. Son Suyos por la donación del Padre cuando los entregó a ustedes al Hijo. Son Suyos por Su compra sanguinaria cuando contó el precio para la redención de ustedes. Son Suyos por dedicación, pues ustedes se han entregado a Él. Son Suyos por adopción, pues son llevados a Él y convertidos en Sus hermanos y coherederos con Él. Yo les suplico, amados hermanos, que laboren para mostrarle al mundo que le pertenecen en la práctica. Cuando sean tentados a pecar, repliquen: “No puedo hacer este grande mal. No puedo, pues le pertenezco a Cristo.” Cuando esté puesta frente a ti una riqueza que puede ser ganada pecando, no la toques; di que tú eres de Cristo; si no fuera así, lo harías, pero ahora no puedes tomarla. Dile a Satanás que tú no ganarias el mundo si tuvieras que amar menos a Cristo. ¿Estás expuesto en el mundo a dificultades y peligros? Resiste en el día malo, recordando que tú le perteneces a Cristo. ¿Estás en un campo en donde hay mucho por hacer, y otros permanecen sentados ociosa y perezosamente, sin hacer nada? Dédicate a tu tarea, y cuando el sudor bañe tu frente y se te pida que te detengas, responde: “No, no puedo detenerme; yo le pertenezco a Cristo. Él tuvo un bautismo con el que debía ser bautizado, y yo también, y me veo presionado hasta que sea terminado. Yo soy de Cristo. Si yo no fuera de Cristo, y no fuera comprado por sangre, podría ser como Isacar: asno fuerte que se recuesta entre los apriscos; pero yo soy de Cristo.” Cuando el canto de la sirena del placer quiera apartarte del sendero de la rectitud, respóndele: “Acalla tus provocaciones, oh tentadora; yo soy de Cristo. Tu música no puede afectarme; yo no me pertenezco pues he sido comprado por un precio.” Cuando la causa de Dios te necesite, entrégate a ella, pues tú eres de Cristo. Cuando los pobres te necesiten, date a ellos, pues tú eres de Cristo. Cuando, en cualquier momento, haya algo que deba hacerse para Su iglesia y para Su cruz, hazlo, recordando que le perteneces a Cristo. Te suplico que nunca falsees tu profesión. No vayas donde otros puedan decir de ti: “ese no puede pertenecerle a Cristo”; sino sé siempre uno de aquellos cuya forma de hablar sea cristiana, cuyo idioma mismo sea semejante a Cristo, cuya conducta y conversación sean tan fragantes para el cielo, que todos los que te vean puedan saber que tú le perteneces al Salvador y puedan reconocer en ti Sus rasgos y Su hermoso semblante.

Y ahora, muy queridos oyentes, debo decir una palabra a aquellos de ustedes a quienes no les he predicado, pues hay algunos que nunca se han asido al pacto. A veces escucho el susurro y algunas veces leo que hay hombres que confían en las misericordias no pactadas de Dios.

Permítanme asegurarles solemnemente que *ahora* no hay tal cosa en el cielo como las misericordias no pactadas; no hay tal cosa bajo el cielo de Dios ni por encima de él, como una gracia no pactada para con los hombres. Todo lo que pudieran recibir y todo lo que pudieran esperar jamás, debe ser a través del pacto de la gracia inmerecida, y solamente a través de ese pacto.

Tal vez tú, pobre pecador convencido, no te atrevas a asirte del pacto hoy. Tú no puedes decir que el pacto es tuyo. Tienes miedo de que no sea nunca tuyo; tú eres tan indigno y vil. Pon atención; ¿puedes asirte de Cristo? ¿Te atreverías a hacer eso? “Oh”—dices—“yo soy demasiado indigno.” Es más, alma, ¿te atreverías a tocar el borde de Su vestido hoy? ¿Te atreverías a acercarte a Él lo suficiente como para tocar la parte de Su vestido que se arrastra sobre el suelo? “No”—respondes—“no me atrevo.” ¿Por qué no, pobre alma, por qué no? ¿No puedes confiar en Cristo?—

**“¿No son Sus misericordias abundantes y gratuitas?
Entonces di, pobre alma, por qué no son para ti.”**

No me atrevo a venir; soy tan indigno,” afirmas. Escucha, entonces: mi Señor te invita a que vengas, y ¿tendrás miedo después de eso? “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.” ¿Por qué no te atreves a venir a Cristo? ¡Oh, tienes miedo de que te eche fuera! Escucha atentamente, entonces, lo que dice: “Al que a mí viene, no le echo fuera.” Tú dices: “*yo sé que me echaría fuera.*” Ven, entonces, y ve si puedes demostrar que es un mentiroso. Yo sé que no podrías, pero ven e intentalo. Él ha dicho: “Al que a mí viene.” “*Pero yo soy el más negro.*” Sin embargo, Él ha dicho: “Al que a mí viene”; ven tú, que eres el más negro de los negros pecadores. “*Oh, pero yo soy inmundo.*” Ven tú, que eres inmundo, ven y pruébalo, ven y haz el intento; recuerda que ha dicho que no echará fuera a nadie que venga a Él por fe. Ven y compruébalo. Yo no te pido que te aferres al pacto entero, pues eso lo harás poco a poco; pero aférrate a Cristo, y si hicieras eso, entonces tú tendrías el pacto. “*Oh, no puedo aferrarme a Él,*” dice una pobre alma. Bien, entonces, quédate postrado a Sus pies, y pídele que te sujeté a *ti*. Gime un gemido y di: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Suspira un suspiro, y di: “¡Señor, salvame!” Deja que tu corazón lo diga, si tus labios no pueden hacerlo. Si el dolor, largamente sofocado, arde como una llama dentro de tus huesos, deja salir por lo menos una chispa. Ahora, di una oración, y en verdad te digo que una sincera oración demostrará con suma certeza que Él te salvará. Un verdadero gemido, cuando Dios lo ha puesto en el corazón, es un sello de Su amor; un verdadero anhelo de Cristo, si es seguido por una búsqueda sincera y denodada de Él, será aceptada por Dios, y serás salvo. Ven, alma, una vez más. Aférrate a Cristo. “*Oh, pero no me atrevo a hacerlo.*” Ahora esta-

ba a punto de decir algo necio; iba a decir que *yo desearía* ser un pecador como tú mismo en este instante, y pienso que yo correría adelante y me aferraría a Cristo, y luego te diría: “aférrate tú también.” Pero *yo soy* un pecador como tú mismo, y no soy mejor que tú; no tengo ningún mérito, ninguna justicia, no tengo obras; yo sería condenado en el infierno a menos que Cristo tenga misericordia de mí, y estaría en el infierno ahora si hubiera recibido lo que merezco. ‘Heme aquí, un pecador que fue una vez tan negro como lo eres tú; y, sin embargo, oh Cristo, estos brazos te abrazan.’ Pecador, ven y toma tu turno después de mí. ¿Acaso no lo he abrazado? ¿Acaso no soy tan vil como lo eres tú? Ven y que mi caso te dé confianza. ¿Cómo me trató cuando me aferré a Él por primera vez? Bien, Él me dijo: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia.” Ven, pecador, ven y prueba. Si Cristo no me echó fuera a mí, Él jamás te menospreciará. Vamos, pobre alma, vamos—

**“Arriésgate con Él (no es un riesgo) arriésgate por entero,
No dejes que se entrometa ninguna otra confianza;
Nadie sino Jesús
Puede hacer bien a los pecadores desvalidos.”**

Él puede hacerte todo el bien que tú necesitas: ¡oh!, confía en mi Señor, ¡oh!, confía en mi Señor; Él es un precioso Señor Jesús, Él es un dulce Señor Jesús, Él es un amoroso Salvador, Él es un amable y descendiente perdonador del pecado. Ven, tú que eres negro; ven, tú que eres inmundo; ven, tú que eres pobre; ven, tú que te estás muriendo; ven, tú que estás perdido, tú, que has sido enseñado a sentir tu necesidad de Cristo; vengan, todos ustedes, vengan ahora pues Jesús los invita a venir; vengan rápidamente. ¡Señor Jesús, atráelos, atráelos por Tu Espíritu! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #103—Volume 2
CHRIST IN THE EVERLASTING COVENANT

La Fe NO. 107

**Sermón predicado la mañana del domingo 14 de diciembre de 1856,
Por CHARLES HADDON SPURGEON,
En Music Hall, Royal Surrey Gardens.**

**“Sin fe es imposible agradar a Dios.”
*Hebreos 11:6.***

El Catecismo de la histórica Asamblea pregunta: “¿Cuál es el fin principal del hombre? y su respuesta es: “Glorificar a Dios y gozar de Él para siempre.” La respuesta es perfectamente correcta. Aunque también hubiera sido igualmente correcta si hubiera sido más corta. El fin principal del hombre es “agradar a Dios,” pues al hacerlo (no necesitamos afirmarlo, porque es un hecho fuera de toda duda), se agradará a sí mismo. El fin principal del hombre en esta vida y en la venidera, así lo creemos, es complacer a Dios su Hacedor. Si un hombre agrada a Dios, hace lo que más le conviene para su bienestar temporal y eterno. El hombre no puede agradar a Dios sin atraer hacia sí mucha felicidad, pues si alguien agrada a Dios, es porque Dios lo acepta como Su hijo.

Esto es así porque Él le otorga las bendiciones de la adopción, derrama en él la abundancia de Su gracia, lo bendice en esta vida y le asegura una corona de vida eterna, que él usará y que brillará con un lustre inagotable, aún cuando todas las guirnaldas de la gloria terrenal se hayan deshecho. Por el contrario, si un hombre *no* agrada a Dios, inevitablemente atrae hacia sí penas y sufrimiento en esta vida. Coloca gusanos y podredumbre en la puerta de todas sus alegrías. Llena su almohada mortuoria con espinas y aumenta el fuego eterno con carbones llameantes que lo van a consumir eternamente.

El hombre que agrada a Dios, mediante la Gracia Divina, va peregrinando hacia la última recompensa que espera a quienes aman y temen a Dios. Pero el hombre que desagrada a Dios tiene que ser desterrado de la presencia de Dios, y por consiguiente, del goce de la felicidad. Así lo dice la Escritura. Si estamos en lo cierto cuando declaramos que agradar a Dios es ser feliz, entonces la única pregunta importante es ¿cómo puedo agradar a Dios? Y hay algo muy solemne en lo que dice nuestro texto: “Sin fe es imposible agradar a Dios.”

Es decir, puedes hacer lo que quieras, esforzarte tanto como puedas, vivir de la manera más excelente que quieras, presentar los sacrificios que escojas, distinguirte como puedas en todo aquello que es honorable y de buena reputación; sin embargo nada de esto puede ser agradable a Dios a menos que lleve el ingrediente de la fe. Como dijo Dios a los judíos: “En toda ofrenda ofrecerás sal,” así Él nos dice a nosotros: “Con todo lo que

haces debes traer fe, pues de lo contrario, sin fe es imposible agradar a Dios.”

Esta es una antigua ley. Tan vieja como el primer hombre. Tan pronto como Caín y Abel vinieron al mundo y se convirtieron en hombres, Dios hizo una proclamación práctica de esta ley que “sin fe es imposible agradarle.” Caín y Abel, en un día muy soleado erigieron dos altares, uno junto al otro. Caín tomó de los frutos de los árboles y de la abundancia de la tierra y colocó todo sobre su altar. Abel trajo de los primogénitos del rebaño, poniéndolo sobre su altar. Se iba a decidir cuál de los dos sacrificios aceptaría Dios.

Caín había traído lo mejor que tenía pero lo trajo sin fe. Abel trajo su sacrificio, con fe en Cristo. Ahora, ¿cuál sería mejor recibido? Las ofrendas eran iguales en valor; en lo relativo a la calidad, eran igualmente buenas. ¿En cuál de esos altares descendería el fuego del cielo? ¿Cuál consumiría el Señor Dios con el fuego de Su agrado? Oh, veo que la ofrenda de Abel arde y que el semblante de Caín se ha decaído, pues a Abel y su ofrenda Jehová miró con agrado, pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda.

Así será siempre, hasta que el último hombre sea reunido en el cielo. Nunca habrá una ofrenda aceptable que no esté sazonada con la fe. No importa qué tan buena sea, con la misma buena apariencia de aquella que tiene fe: sin embargo, a menos que la fe esté con ella. Dios nunca la aceptará pues Él declara: “Sin fe es imposible agradar a Dios.”

Voy a tratar de condensar mis pensamientos esta mañana y seré tan breve como sea posible siendo a la vez consistente con una explicación completa del tema. Primero voy a *exponer* lo que es la fe. En seguida voy a *argumentar* que sin fe es imposible ser salvo. En tercer lugar voy a *preguntar*: ¿Tienes tú la fe que agrada a Dios? Entonces vamos a tener una exposición, un razonamiento y una pregunta.

I. En primer lugar, LA EXPOSICIÓN. ¿Qué es la fe?

Los antiguos escritores, que eran sumamente sensatos, pues habrán notado que los libros que fueron escritos hace unos doscientos años por los viejos Puritanos, tienen más sentido en una sola línea que el que se encuentra en una página entera de nuestros libros actuales, y contienen más sentido en una sola página que todo el sentido que se puede encontrar en un volumen entero de nuestra teología actual. Los antiguos escritores nos dicen que la fe se compone de tres elementos: primero conocimiento, segundo asentimiento y luego lo que llaman confianza; es decir, apropiarse del conocimiento al cual le damos nuestro asentimiento y lo hacemos nuestro al confiar en Él.

1. Entonces empecemos por el principio. El primer elemento de la fe es el *conocimiento*. Un hombre no puede creer lo que no conoce. Ese es un axioma claro y evidente. Si yo nunca he escuchado nada acerca de algo en toda mi vida y no lo conozco, no puedo creerlo. Y sin embargo hay algunas

personas que tienen una fe como la del minero en una mina de carbón que, cuando le preguntaron en qué creía, respondió: “Yo creo en lo que cree la Iglesia.” “Y ¿qué es lo que cree la Iglesia?” El minero responde: “La Iglesia cree lo que yo creo.” “Te ruego me digas: ¿Qué creen la Iglesia y tú?” “Pues los dos creemos lo mismo.”

Este hombre no creía en nada excepto que la iglesia estaba en lo cierto, pero en qué, él no podía decirlo. Es inútil que un hombre afirme: “soy creyente” y sin embargo no sepa en qué cree. Yo he conocido a personas así. Se ha predicado un violento sermón que ha calentado la sangre. El predicador ha clamado: “¡Creed, creed, creed!” Y a las personas repentinamente se les ha metido en la cabeza que eran creyentes y han salido de la casa de oración exclamando: “soy creyente.”

Y si les preguntaran: “¿Díganme en qué creen?” no podrían dar una razón de la esperanza que hay en ellos. Ellos creen que tienen la intención de ir a la iglesia el siguiente domingo. Pretenden unirse a ese tipo de gente. Pretenden cantar con mucha emoción y tener delirios maravillosos. Como consecuencia de todo eso creen que serán salvos. Pero no pueden decir qué es lo que creen. Ahora, no creo en la fe de nadie a menos que conozca lo que cree. Si dice: “yo creo” y no sabe lo que cree, ¿cómo puede ser eso una fe verdadera? El Apóstol dijo: “¿Cómo creerán a aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados?”

Para que haya una fe verdadera, es necesario que un hombre sepa algo de la Biblia. Créanme, esta es una época en la que no se valora tanto la Biblia como antes. Hace unos cien años el mundo estaba saturado de intolerancia, crueldad y superstición. La humanidad siempre corre de un extremo al otro y ahora nos hemos ido al otro extremo. En aquella época se decía: “Sólo una fe es la verdadera, suprimamos todas las demás por medio del tormento y la espada” Ahora se dice, “no importa que nuestros credos se contradigan, todos son válidos.”

Si usáramos el sentido común sabríamos que esto no es así. Pero algunos responden: “tal y tal doctrina no debe ser predicada y no debe creerse.” Entonces, amigo mío, si no requiere ser predicada, no necesitaba ser revelada. Tú impugnas la sabiduría de Dios cuando afirmas que una doctrina no es necesaria; pues equivale a decir que Dios ha revelado algo que no es necesario; y Dios no sería tan sabio haciendo ya sea más de lo necesario, o menos de lo necesario. Nosotros creemos que los hombres deben estudiar toda doctrina que viene de la Palabra de Dios y que su fe debe basarse en la totalidad de las Sagradas Escrituras, especialmente en todo lo relativo a la Persona de nuestro siempre bendito Redentor.

Debe existir un cierto grado de conocimiento antes de que pueda haber fe. “Escudriñad las Escrituras,” pues, “porque a vosotros os parece que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Cristo.” Co-

mo resultado de escudriñar y *de leer* viene el *conocimiento*, y por el *conocimiento* viene la *fe* y por la *fe* viene la *salvación*.

2. Pero un hombre puede saber algo y sin embargo puede no tener fe. Puede saber algo y no creer en ello. Por consiguiente, el *asentimiento* debe acompañar a la fe; esto es, debemos creer lo que conocemos y tener la certeza que es la verdad de Dios. Ahora, para tener fe, no solo basta que yo lea las Escrituras y las entienda, sino que debo recibirlas en mi alma como la propia verdad del Dios viviente. Y con devoción y con todo mi corazón debo recibir todas las Escrituras como inspiradas por el Altísimo, conteniendo toda la doctrina que Él requiere que yo crea para mi salvación.

No está permitido dividir las Escrituras y creer sólo aquello que te parezca bien. No se te permite creer las Escrituras a medias, pues si lo haces a propósito, no tienes la fe que únicamente ve a Cristo. La fe verdadera da su total asentimiento a las Escrituras. Toma una página y dice “no importa lo que se encuentre en esta página, yo creo en ella.” Pasa al siguiente capítulo y dice: “Aquí hay algunas cosas difíciles de entender que los indoctos y los inconstantes tuercen, tal como lo hacen con el resto de las Escrituras, para su perdición. Pero por muy difíciles que sean, yo creo en ellas.”

Considera la Trinidad. No puede entender la Trinidad en Unidad pero cree en ella. Ve el Sacrificio de expiación. Hay algo difícil en ese concepto pero lo cree. Y sea lo que sea que esté contenido en la revelación, besa el libro con devoción y dice: “lo amo todo, doy mi pleno, sincero y libre asentimiento a cada una de sus palabras, así sea una amenaza o una promesa, un proverbio, un precepto, o una bendición.” Como todo es Palabra de Dios, todo es absolutamente verdadero. Eso es lo que creo. Todo aquel que quiera ser salvo debe conocer las Escrituras y debe darles su total asentimiento.

3. Pero un hombre puede tener todo esto y sin embargo no tener la fe verdadera. Pues lo principal de la fe radica en el tercer elemento, es decir, en la *confianza* en la Verdad. No en creerla simplemente pero en hacerla nuestra y en descansar en ella para salvación. Reposar en la verdad era la palabra que utilizaban los viejos predicadores. Comprenderás esta palabra, apoyándose en ella, diciendo: “Esta es la Verdad, a ella confío mi salvación.” Ahora, la fe verdadera, en su esencia misma se basa en esto: en apoyarse en Cristo. No me salvará si solamente sé que Cristo es un Salvador. Pero me salvará si *confío* en Él para que *sea mi* Salvador.

No seré librado de la ira venidera creyendo que Su expiación es suficiente, pero sí seré salvo cuando haga de esta expiación mi confianza, mi refugio y mi todo. La esencia, la *esencia* de la fe radica en esto: arrojarse uno sobre la promesa. El salvavidas que permanece a bordo de un barco no puede ser el instrumento de salvación del hombre que se está ahogando, ni tampoco la convicción que el salvavidas es un excelente y un efecti-

vo invento puede salvarlo. ¡No! Es necesario que lo tenga alrededor de sus lomos, o en sus manos. De otra manera se hundirá.

Para usar un viejo y conocido ejemplo: supongamos que el aposento alto de una casa se está incendiando. La gente se arremolina en la calle. Una criatura se encuentra en la habitación en llamas. ¿Cómo escapará? No puede saltar hacia abajo: moriría de inmediato. Un hombre fornido exclama: “¡Salta a mis brazos!” Una parte de la fe es creer que el hombre está allí, y otra parte de la fe es creer que el hombre es lo suficientemente fuerte para sostenerlo. Pero la esencia de la fe radica en arrojarse a los brazos de ese hombre. Esa es la *prueba* de la fe y su verdadera esencia.

Entonces, pecador, debes saber que Cristo murió por el pecado. Debes comprender que Cristo puede salvar y además debes creer que no serás salvo mientras no confies en que Él es tu Salvador y que lo es para siempre. Como dice Hart en su himno, que realmente expresa el evangelio—

***“Confía en Él, confía plenamente,
No confies en ningún extraño.
Nadie sino sólo Jesús
Puede hacer bien al pecador desamparado.”***

Esta es la fe que salva. Y sin importar qué tan impía haya sido tu vida hasta ahora, esta fe, si te es dada en este momento, borrará todos tus pecados, cambiará tu naturaleza y te hará un hombre nuevo en Cristo Jesús. Te conducirá a vivir una vida santa y hará tu salvación eterna tan segura como si un ángel te llevara esta mañana en sus resplandecientes alas y te transportara de inmediato al cielo. ¿Tienes tú esa fe? Esta es una pregunta de suma importancia. Pues mientras que con fe los hombres son salvos, sin fe son condenados.

Como ha dicho Brooks en uno de sus admirables trabajos: “Aquél que cree en el Señor Jesucristo será salvo, aun si sus pecados son muchos. Pero aquél que no cree en el Señor Jesús será condenado, aun si sus pecados son pocos. ¿Tienes tú fe? Pues el texto declara “Sin fe es imposible agradar a Dios.”

II. Ahora llegamos al ARGUMENTO: *por qué* sin fe, no podemos ser salvos.

Pues bien, hay algunos caballeros aquí presentes que dicen: “Ahora veremos si el señor Spurgeon posee algo de lógica. No, señores, no lo harán, porque nunca he pretendido ejercitárla. Espero tener la lógica que pueda hablar al corazón de los hombres. No me inclino a usar la lógica mental que es mucho menos poderosa si puedo ganar el corazón de los hombres de otra manera. Pero si fuera necesario, no me daría miedo demostrar que conozco más de lógica y de muchas otras cosas que los hombrecillos que se toman la molestia de censurarme. Sería bueno si supieran controlar sus lenguas, pues esto es al menos, una parte fina de la retórica.

Mi argumento será tal que confío en hablar al corazón y a la conciencia, aunque no agrade exactamente del todo a aquellos que gustan de los silogismos—

***“Quién pudiera dividir un cabello, partiéndolo
Entre su lado oeste y su lado noroeste.”***

1. “Sin fe es imposible agradar al Dios.” Nunca ha habido un caso registrado en la Escritura, de alguien que haya agradado a Dios sin fe. El capítulo 11 del Libro de Hebreos es el capítulo de los hombres que agradaron a Dios. Escuchen sus nombres: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio.” “Por la fe Enoc fue traspuesto.” “Por la fe Noé preparó el arca.” “Por la fe Abraham obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia.” “Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida.” “Por la fe Sara dio a luz a Isaac.” “Por fe ofreció Abraham a Isaac.”

“Por fe Moisés rehusó los tesoros de los egipcios.” “Por fe bendijo Isaac a Jacob.” “Por fe Jacob bendijo a cada uno de los hijos de José.” “Por fe José, moribundo, se acordó de la partida de los hijos de Israel.” “Por fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca.” “Por fe cayeron los muros de Jericó.” “Por fe Rahab la ramera no pereció.” “¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, así como de Samuel y de los profetas.”

Todos estos fueron hombres de fe. Otros que son mencionados en la Escritura, también hicieron algo. Pero Dios no los aceptó. Algunos hombres se han humillado y sin embargo Dios no los ha salvado. Así lo hizo Acab, pero sus pecados no fueron perdonados nunca. Muchos hombres se han arrepentido y sin embargo no han sido salvos, porque su arrepentimiento no fue correcto. Judas se arrepintió, fue y se ahorcó y sin embargo no fue salvo. Algunos hombres han confesado sus pecados y no han sido salvos. Saúl lo hizo. Le dijo a David: “He pecado, hijo mío, David.” Y sin embargo continuó como antes.

Multitudes han confesado el nombre de Cristo y han hecho muchas cosas maravillosas y sin embargo nunca agradaron a Dios, por esta sencilla razón: no tuvieron fe. Y si no hay ni uno sólo mencionado en la Escritura, que es la historia de unos cuatro mil años, no parece probable que en los otros dos mil años de la historia de la humanidad hubiese habido uno, cuando no hubo ni uno sólo en los primeros cuatro mil años.

2. El siguiente argumento es que *la fe es la gracia que somete* y no hay nada que pueda hacer que un hombre se someta sin fe. Ahora a menos que una persona se humille, su sacrificio no puede ser aceptado. Los ángeles lo saben. Cuando adoran a Dios lo hacen cubriendo sus rostros con sus alas. Los redimidos lo saben. Cuando alaban a Dios arrojan sus coronas a Sus pies. El hombre que no tiene fe da pruebas que no puede inclinarse. Por esta razón es que no tiene fe: porque es demasiado orgulloso para creer. El declara que no someterá su mente, que no se convertirá en un niño creyendo mansamente lo que Dios le dice que debe creer.

Él es demasiado orgulloso y no puede entrar al cielo, porque la puerta del Cielo es tan baja que nadie puede pasar por ella a menos que incline la cabeza. Nunca hubo un hombre que pudiese caminar de manera erecta hacia la salvación. Debemos ir hacia Cristo de rodillas. Pues aunque Él es una puerta lo suficientemente grande para que el mayor de los pecadores pueda entrar, Él es una puerta tan baja que los hombres tienen que inclinarse si quieren ser salvos. Por eso es que la fe es necesaria, pues la incredulidad es una evidencia cierta de falta de humildad.

3. Y ahora más razones. La fe es necesaria para la salvación porque la Escritura nos enseña que *las obras no pueden salvar*. Les contaré una historia muy conocida para que el más sencillo de mis lectores pueda entender lo que digo: un ministro salió a predicar un día. Subió una colina que se encontraba en su camino. Al pie de esa colina se desplegaban unos pueblos, adormecidos en su belleza, rodeados de dorados cultivos inmóviles bañados por el sol. Pero él no los pudo ver pues su atención se concentró en una mujer que se encontraba a la puerta de una casa que, al verlo, se acercó a él muy ansiosa y le dijo: “Señor, ¿tiene usted alguna llave que pudiera prestarme? Se me rompió la llave de mi armario, donde hay cosas que necesito urgentemente.”

El ministro respondió: “No traigo ninguna llave.” La señora se sintió frustrada pues pensaba que todo el mundo debía traer llaves consigo. “Pero aun suponiendo,” dijo el ministro, “que tuviera unas llaves, podría ser que no funcionaran en su cerradura y por tanto no podría sacar los objetos que quiere. Pero no se desespere, alguien vendrá con una llave. Pero,” dijo él, tratando de aprovechar la ocasión, “¿alguna vez ha oído hablar acerca de la llave del Cielo?” “Pues sí” dijo ella, “he vivido lo suficiente y he asistido a la iglesia lo suficiente para saber que si trabajamos duro, si conseguimos el pan mediante el sudor de nuestra frente y si actuamos de manera correcta con nuestro prójimo. Si nos comportamos como dice el Catecismo, con humildad y reverencia hacia nuestros superiores y si cumplimos con nuestro deber en el lugar de la vida en que Dios ha querido colocarnos y si oramos con regularidad, seremos salvos.”

“Ah,” dijo el ministro, “Mi buena señora, esa es una llave rota, pues usted ha quebrantado los Mandamientos, no ha cumplido con sus obligaciones. Es una buena llave pero usted la ha roto.” “Le ruego, señor” dijo ella, creyendo que él entendía el asunto y sintiéndose asustada, “¿Qué he omitido?” Dijo él: “pues lo más importante de todo. La sangre de Jesucristo. ¿Acaso no sabe usted, que la llave del reino se encuentra en Su cinturón? Él abre y nadie cierra. Y Él cierra y nadie abre.” Y explicándole más claramente, dijo: “Es Cristo y sólo Cristo Quien puede abrir la puerta del Cielo para usted. No sus buenas obras.”

“¿Qué?” dijo ella, “¿son acaso inútiles nuestras buenas obras?” “No,” dijo él “no después de la fe. Si usted primero cree, usted podrá tener tantas buenas obras como quiera. Pero si usted cree, nunca confiará en ellas.

Pues si confiara en las buenas obras las habría corrompido y ya no serían buenas obras. Tenga tantas buenas obras como quiera, pero deposite su confianza en nuestro Señor Jesucristo. Si no lo hace así, su llave nunca abrirá la puerta del Cielo.”

4. Pues bien, queridos lectores, debemos tener fe verdadera, porque la vieja llave de las buenas obras está tan dañada por todos nosotros que nunca podremos entrar al Paraíso utilizando esa llave. Si alguno de ustedes pretende no tener pecado, lo diré con sinceridad, se engaña a sí mismo y la Verdad no está en él. Si ustedes piensan que mediante sus buenas obras van a entrar al Cielo, no podrían estar más engañados. En el último gran día ustedes se darán cuenta que sus esperanzas no valían nada y que como las hojas secas de los árboles en otoño, el viento se llevará todas sus buenas obras. O serán quemadas por las mismas llamas que ustedes deberán sufrir eternamente. ¡Cuídense de sus buenas obras! Háganlas después de la fe y recuerden, *el camino a la salvación es simplemente creer en Jesucristo.*

Otra vez: sin fe es imposible ser salvos y agradar a Dios porque sin fe *no hay unión con Cristo.* Y la unión con Cristo es indispensable para nuestra salvación. Si yo llego ante el Trono de Dios con mis oraciones, nunca serán contestadas a menos que lleve a Cristo conmigo. Los habitantes de un antiguo reino (los molosos), cuando no podían obtener un favor de su rey, empleaban un método muy singular. Tomaban al único hijo del rey en sus brazos y cayendo de rodillas, exclamaban: “Oh, rey, por tu hijo, concédenos lo que te pedimos.”

Él rey sonreía y decía: “¡No niego nada a aquellos que me piden algo en nombre de mi hijo!” Así es con Dios. Él no negará nada al hombre que viene del brazo de Cristo. Pero si viene sólo, será echado fuera. La unión con Cristo es, después de todo, el principal punto de la salvación. Permítanme contarles una historia para explicar esto: las estupendas Cataratas del Niágara son famosas en todas partes del mundo. Y aunque es maravilloso escuchar su estruendo y son un magnífico espectáculo, han sido sumamente peligrosas para la vida humana, especialmente cuando de manera accidental alguien es arrastrado por sus aguas.

Hace algunos años, dos hombres, un lanchero y un obrero de las minas de carbón, iban en un bote y fueron arrastrados de manera vertiginosa por la corriente y ambos inevitablemente caerían al abismo y serían despedazados. Unas personas en la orilla los vieron pero nada podían hacer para rescatarlos. Finalmente, a uno de los dos hombres le lanzaron una cuerda, a la cual él se aferró. En el mismo instante en que la cuerda llegó a su mano, un tronco pasó flotando cerca del otro hombre. El imprudente y confundido barquero en vez de tomar la cuerda que ya tenía su compañero, se agarró del tronco. Fue un error fatal. Ambos estaban en peligro inminente pero el compañero fue arrastrado a la orilla porque pudo sujetarse a la cuerda que las personas que estaban en tierra firme sostenían,

mientras que el otro, asido al tronco, fue arrastrado irremediablemente y nunca más se supo de él.

¿No ven en esto una ilustración práctica? La fe nos une a Cristo. Cristo está en la orilla, sosteniendo la cuerda de la fe y si nosotros nos aferramos a ella con la mano de la confianza, Él nos sacará a la orilla. Pero nuestras buenas obras sin ningún vínculo con Cristo son arrastradas hacia el abismo de la más terrible desesperación. No importa que tan fuerte nos agarremos a esas obras, aún con garfios de acero, no nos podrán salvar en lo más mínimo. Seguramente han visto lo que quiero mostrarles. Algunos ponen objeciones a las anécdotas. Yo las seguiré usando hasta que se cansen de poner objeciones.

La verdad nunca es proclamada con más poder a los hombres que cuando se les dice, como Cristo lo hizo, una historia de cierto hombre con dos hijos, o la de cierto propietario que salió de viaje y dividió su fortuna y dio a uno diez talentos y al otro uno. La fe entonces, es la unión con Cristo. Traten de alcanzarla. ¡Pues si no, aferrados a sus obras se los llevará la corriente! ¡Abráicense a sus obras y se hundirán en el abismo! ¡Perdidos porque sus obras no están unidas a Cristo y no tienen vínculo alguno con el bendito Redentor!

Pero tú, pobre pecador, cargado con todo tu pecado, si la cuerda rodea tu cuerpo y Cristo la sostiene, no temas—

***“Su honor está comprometido a salvar
A la peor de sus ovejas.
Todo lo que Su Padre Celestial le dio
Sus manos ciertamente sujetarán.”***

5. Sólo un argumento más y habré terminado. “Sin fe es imposible agradar a Dios.” Porque *sin fe es imposible perseverar en la santidad*.

¡Qué multitud de cristianos de conveniencia tenemos hoy en día! Muchos cristianos se parecen a algunos habitantes del mar, que en buen clima navegan en la superficie del mar en un espléndido escuadrón, como los poderosos barcos. Pero en el mismo instante en que el viento forma olas, bajan las velas y se hunden en las profundidades.

Muchos cristianos actúan de esa manera. En buena compañía, en los salones evangélicos, en hogares cristianos, en salones píos, en las capillas y en las sacristías, son tremadamente religiosos. Pero si se les expone a un poco de ridículo, si alguien se ríe burlonamente y les llama Metodistas, Presbiterianos, o algo parecido, ahí se acaba su religión hasta el próximo día bueno. Después cuando el día es agradable otra vez y la religión les útil para sus propósitos, nuevamente despliegan las velas y vuelven a ser piadosos como antes.

Créanme, ese tipo de religión es peor que la falta de religión. Aprecio mucho a un hombre que es cabal: un hombre íntegro. Y si algún hombre no ama a Dios, no le permitan que diga que sí lo ama. Pero si es un verdadero cristiano, un seguidor de Jesús, que lo diga y que lo mantenga. No

hay por qué avergonzarse de ello. De lo único que debemos avergonzarnos es de la hipocresía. Seamos honestos cuando profesemos nuestras creencias y eso será nuestra gloria. ¿Ah, qué harían sin fe en tiempos de persecución? ¿Ustedes gente buena y piadosa sin fe, qué harían si la horca fuera levantada nuevamente en Smithfield y si una vez más la hoguera consumiera a los santos convirtiéndolos en cenizas?

¿Qué harían si abrieran nuevamente la cárcel para los Lolardos, esos antiguos reformadores? ¿O si los instrumentos de tortura fuesen usados nuevamente? ¿Qué harían si el cepo fuese utilizado, como ya ha sido usado por una iglesia Protestante en el pasado, dando testimonio de esto la persecución en contra de mi predecesor Benjamín Keach, que fue puesto en el cepo en Aylesbury por escribir un libro sobre el bautismo infantil? ¡Aun si la forma más benigna de persecución reviviese, cómo se dispersaría la gente hacia todas partes! Y algunos pastores abandonarían sus rebaños.

Una anécdota más, que confío les haga ver la necesidad de la fe, y que me conduce a la última parte de mi discurso. Una vez, un americano que poseía esclavos, en ocasión de la compra de un esclavo, le preguntó al vendedor: “Dígame honestamente cuáles son sus defectos.” El vendedor respondió: “No tiene ningún defecto que yo sepa, excepto uno, y es que ora.” Ah,” exclamó el comprador, “eso no me gusta, sé de algo que lo curará muy pronto de ese mal.”

Así que a la siguiente noche Cuffey (así se llamaba el esclavo) fue sorprendido en la plantación por su nuevo amo mientras oraba pidiendo por su nuevo dueño, su esposa y su familia. El hombre escuchó y por el momento no dijo nada. Pero a la mañana siguiente llamó a Cuffey y le dijo: “No quiero discutir contigo, hombre, pero no aceptaré oraciones en mi propiedad. Así que abandona esa práctica.” “Mi amo,” respondió él esclavo, “No puedo dejar de orar. Yo debo orar.” “Si insistes en orar te enseñaré a hacerlo.”

“Mi amo, debo continuar haciéndolo.” “Bien, entonces te daré veinticinco azotes cada día, hasta que dejes de hacerlo.” “Mi amo, aunque me azotes cincuenta veces, debo orar.” “Pues si con esa insolencia respondes a tu amo, los recibirás de inmediato.” Así que atándolo, le propinó veinticinco azotes y le preguntó si iba a orar de nuevo. “Sí, mi amo, debemos orar siempre, no podemos dejar de hacerlo.” El amo lo miró asombrado. No podía entender cómo un pobre hombre podía continuar orando, cuando parecía no hacerle ningún bien y sólo le traía persecución. Le contó a su esposa lo sucedido.

Su esposa le dijo: “¿Por qué no permites que el pobre hombre ore? Cumple muy bien con su trabajo. A ti y a mí no nos interesa el tema de la oración, pero no hay nada de malo en dejarlo orar, sobre todo si continúa haciendo bien su trabajo.” “Pero a mí no me gusta,” respondió el amo. “Me he espantado tremadamente. ¡Si hubieras visto cómo me veía!” “¿Estaba

enojado?" "No, eso no me hubiera molestado. Pero después de haberlo azotado, me miró con lágrimas en los ojos como si tuviera más lástima de mí que de él mismo." Esa noche el amo no pudo dormir. Daba vueltas en la cama de un lado a otro. Recordó sus pecados.

Recordó que había perseguido a un santo de Dios. Saltando de su cama exclamó "¿Esposa, puedes orar por mí?" "Nunca he orado en mi vida" respondió ella, "No puedo orar por ti." "Estoy perdido," dijo él, "si alguien no ora por mí. Yo no puedo orar por mí mismo." "No conozco a nadie en la plantación que sepa orar, excepto a Cuffey," dijo la esposa. Hicieron sonar la campana y trajeron a Cuffey. Tomando la mano de su sirviente negro, el amo dijo: "Cuffey, ¿puedes orar por tu amo?" "Mi amo" respondió el esclavo, "he estado orando por ti desde que mandaste azotarme y tengo la intención de seguir haciéndolo siempre."

Cuffey se arrodilló y derramó su alma en lágrimas y tanto la esposa como el marido fueron convertidos. Ese negro no hubiera podido hacer esto sin fe. Sin fe no hubiera podido sostener su decisión, y hubiera exclamado: "Mi amo, en este momento dejo de orar. No me gusta el látigo del hombre blanco." Pero debido a que perseveró por su fe, El Señor lo honró y le dio el alma de su amo en recompensa.

III. Y ahora como conclusión, LA PREGUNTA, la pregunta vital. Querido lector: ¿tienes fe? ¿Crees en el Señor Jesucristo con todo tu corazón? Si es así puedes confiar en que eres salvo. Sí, puedes concluir con absoluta certeza que nunca verás la perdición. ¿Tiene fe? ¿Te ayudo a responder esta pregunta? Voy a someterte a tres pruebas, por cierto muy breves, para que no te canses, y luego nos despedimos.

Quien tiene fe ha renunciado a su justicia propia. Si pones un átomo de confianza en ti mismo no tienes ninguna fe. Si pones una partícula de confianza en cualquier otra cosa que no sea la obra de Cristo, no tienes fe. Si confías en tus obras, estas obras son anticristo y Cristo y el anticristo no pueden estar juntos. Para Cristo es todo o nada. Él debe ser el Salvador suficiente o no lo será en lo absoluto. Si tienes fe, entonces puedes decir—

**"Nada traigo en mis manos,
Simplemente a la Cruz me aferro."**

La fe verdadera puede ser reconocida por esto: expresa una gran estimación por la Persona de Cristo. ¿Amas a Cristo? ¿Dariás tu vida por Él? ¿Buscas servirle? ¿Amas a Su pueblo? Puedes decir:

**"Jesús amo tu nombre encantador,
Es música para mi oído."**

Oh, si no amas a Cristo, no crees en Él. Pues creer en Cristo engendra amor. Y aún más: aquél que tiene fe verdadera tendrá *sumisión* verdadera. Si un hombre dice tener fe y no tiene obras, miente. Si alguien declara que cree en Cristo y no vive una vida santa, miente.

Pues aunque no confiamos en las buenas obras, sabemos que la fe siempre engendra buenas obras. La fe engendra la santidad. Y no se tiene al que engendra si no se ama al hijo. Las bendiciones de Dios son dadas con ambas manos, son dobles. Con una mano Él otorga el perdón. Con la otra mano siempre da la santidad. Y ningún hombre puede tener una bendición sin la otra.

Y ahora, mis queridos lectores, ¿me debo poner de rodillas e implorarles en el nombre de Cristo que conteste cada quien esta pregunta en el silencio de su habitación: Tienes fe? Oh, responde: ¿sí o no? Por favor, no digas “no sé” o “no me importa.” Ah, te va importar un día, cuando la tierra tiembla y el mundo se sacuda de un lado a otro. Te importará cuando Dios te llame a juicio y condene a los incrédulos y a los impíos. Oh, que fuera sabio; que te importara ahora y si alguno de ustedes siente que necesita a Cristo, se lo ruego, en el nombre de Jesús, que busque la fe en Él que es exaltado en las alturas, para dar arrepentimiento y remisión de los pecados y quien, si te ha dado el arrepentimiento, también te dará las remisiones de los pecados.

¡Oh, pecadores que conocen sus pecados! “Crean en el Señor Jesús y serán salvos.” Descansen en Su amor y en Su sangre, en Su obra y en Su muerte, en Sus sufrimientos y en Sus méritos. Y si lo hacen así, no caerán jamás sino que serán salvos ahora y serán salvos en ese gran día cuando no ser salvo será terrible en verdad.

“Convertíos, convertíos; ¿por qué moriréis, casa de Israel?” Descansen en Él, toquen el borde de su manto y serán salvos. Que Dios los ayude a hacerlo así. Por Cristo nuestro Señor. Amén, Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #107 – Volumen 3

Faith

Vete a Casa—Un Sermón de Navidad

NO. 109

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 21
DE DICIEMBRE, 1856.**

**POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSICI HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.”
Marcos 5:19.

El caso del hombre de quien se hace referencia aquí, es verdaderamente extraordinario: ocupa un lugar entre los hechos memorables de la vida de Cristo, tal vez tan prominente como cualquier otra cosa que haya sido registrada por cualquiera de los evangelistas. Este pobre desventurado, poseído por una legión de espíritus inmundos, había sido llevado a una condición peor que la locura. Tenía su morada en los sepulcros, donde permanecía de día y de noche, siendo el terror de todos los que pasaban por allí. Las autoridades habían tratado de ponerle freno; le habían atado con grillos y cadenas, pero en los paroxismos de su locura había destrozado las cadenas y desmenuzado los grillos. Habían intentado rehabilitarlo, pero nadie le podía dominar. Era peor que las bestias salvajes, pues ellas podían ser domadas; pero su fiera naturaleza no se sometía. Era una calamidad para consigo mismo, pues corría sobre los montes de día y de noche, dando voces y aullando pavorosamente, hiriéndose con piedras filosas y torturando su pobre cuerpo de la manera más terrible.

Jesucristo pasó por allí. Él dijo a la legión: “Sal de este hombre.” El hombre fue sanado al instante. Se arrodilló a los pies de Jesús. Se volvió un ser racional, un hombre inteligente, sí, y lo que es más, un hombre convertido al Señor. Por gratitud a su liberador, le dijo: “Señor, yo te seguiré dondequieras que vayas; seré tu constante compañero y tu siervo; permite que lo sea.” “No,” respondió Cristo, “aprecio tu motivo: es uno de gratitud hacia mí. Pero si quieres mostrar tu gratitud, ‘vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.’”

Ahora, esto nos enseña una importante lección, es decir, que la verdadera religión no rompe los lazos de la relación familiar. La verdadera religión raramente se inmiscuye en esa sagrada y casi divina institución, llamada *hogar*; no separa a los hombres de sus familias, enajenándolos de su carne y su sangre. La superstición ha hecho eso. Una terrible superstición, que se llama a sí misma cristianismo, ha separado a los hombres de sus semejantes. Pero la verdadera religión nunca ha pedido eso. Vamos, si se me permitiera

hacerlo, buscaría al ermitaño en su solitaria caverna, iría a él y le diría: “amigo, si eres lo que profesas ser, un verdadero siervo del Dios vivo, y no un hipócrita, como adivino que eres; si eres un verdadero creyente en Cristo y quieres mostrar lo que Él ha hecho por ti, vuelca ese cántaro, come el último mendrugo de tu pan, abandona esta funesta cueva, lava tu cara, desata tu cinto de hilo de cáñamo; y si quieres mostrar tu gratitud, vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo. ¿Acaso puedes tú edificar a las hojas secas del bosque? ¿Pueden las bestias adorar a ese Dios al que tu gratitud debe esforzarse por honrar? ¿Acaso esperas convertir estas rocas, y convencer a los ecos que canten? No, regresa; mora con tus amigos, recupera tu relación con los hombres y únete otra vez a tus compañeros, pues esta la manera aprobada por Cristo de mostrar gratitud.”

Y yo iría a cada monasterio y a cada convento de monjas y les diría a los monjes: “¡salgan, hermanos, salgan! Si son lo que dicen ser, siervos de Dios, váyanse a su casa, a los suyos. ¡Olvídense de esta absurda disciplina; no es el mandamiento de Cristo; están haciendo las cosas de manera diferente a como Él las quiere; váyanse a casa, a los suyos!” Y a las hermanas de la misericordia les diríamos: “sean hermanas de misericordia para sus propias hermanas; váyanse a casa, a los suyos; cuiden a sus ancianos padres; conviertan sus propias casas en conventos; no se queden aquí alimentando su orgullo y desobedeciendo el mandato de Cristo, que dice: “váyanse a casa, a los suyos.” “Vete a casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” El amor a una vida solitaria y ascética, que es considerada por algunos como una virtud divina, no es ni más ni menos que una enfermedad de la mente. En la época en que había muy poca caridad, y por consiguiente pocas manos que construyeran asilos de locos, la superstición compensaba esa falta de asilos permitiendo a hombres y mujeres insensatos que se entregaran a sus caprichos en solitarias guaridas o en descuidada pereza. Young ha dicho con toda verdad—

***“Los primeros síntomas seguros de una mente saludable
Son el descanso del corazón y el placer encontrado en casa.”***

Eviten, amigos míos, sobre todas las cosas, esos conceptos románticos y absurdos de la virtud, que son la progenie de la superstición y los enemigos de la justicia. Mantengan siempre el afecto natural, y amen a aquellos que están ligados a ustedes por vínculos naturales.

La verdadera religión no puede ser inconsistente con la naturaleza. No puede requerir nunca que me abstenga de llorar cuando se muere mi amigo. “Jesús lloró.” No puede negarme el privilegio de una sonrisa, cuando la Providencia me mira de manera favorable, pues una vez “En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre.” No conduce al hombre a decir a su padre y a su madre, “ya no soy más su hijo.” Eso no es el cristianismo, sino algo peor de lo que harían las bestias, que nos llevaría a un rompimiento completo con

nuestros semejantes, a caminar en medio de ellos como si no tuviésemos ningún parentesco con ellos. A todos los que opinan que una vida solitaria debe ser una vida de piedad, yo les diría: “es el más grande engaño.” A todos los que piensan que quienes rompen los vínculos de relación deben ser buenas personas, digámosles: “los que mantienen esos vínculos son los mejores.” El cristianismo hace al esposo un mejor esposo, y a la esposa una mejor esposa de lo que antes eran. No me libera de mis deberes como hijo; me hace un mejor hijo, y a mis padres los hace mejores padres. En vez de debilitar mi amor, me da una razón renovada para fortalecer mi afecto; y a quien antes amaba como mi padre, ahora le amo como mi hermano y colaborador en Cristo Jesús; y a quien reverenciaba como mi madre, ahora la amo como mi hermana en el pacto de gracia, hermana mía para siempre en el estado venidero. ¡Oh!, nadie debe suponer que el cristianismo interfiere en los hogares; tiene el objetivo de fortalecerlos, y hacerlos baluartes que ni la misma muerte puede separar, pues los liga en un vínculo de vida con el Señor su Dios, y reúne a los varios individuos al otro lado del río.

Ahora, voy a decirles por qué elegí este texto. Pensé para mí: hay una gran cantidad de jóvenes que siempre viene para oírme predicar; siempre se apretujan en los pasillos de mi capilla, y muchos de ellos han sido convertidos a Dios. Ahora se aproxima otra vez el día de Navidad, y ellos irán a casa a ver a los suyos. Cuando lleguen a casa querrán cantar un villancico de Navidad en la noche; quisiera sugerirles uno, en especial a quienes han sido convertidos recientemente. Les daré un tema para su discurso en la noche de Navidad; podrá no ser tan divertido como “El Naufragio del María de Oro,” (1) pero será igual de interesante para el pueblo cristiano. El tema será este: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho con sus almas, y cómo ha tenido misericordia de ustedes.”

En mi opinión, desearía que hubiesen veinte Navidades en el año. Muy raras veces los jóvenes pueden reunirse con los suyos: Raramente pueden estar unidos como felices familias: Y aunque no guardo ningún respeto por la observancia religiosa de ese día, lo amo como una institución familiar, como uno de los días más brillantes de Inglaterra, el gran Día de reposo del año, cuando el arado descansa en el surco, cuando el estrépito de los negocios guarda silencio, cuando el mecánico y el obrero salen a refrescarse sobre el verde césped de la tierra alegre. Si algunos de ustedes son jefes, discúlpennme la divagación, muy respetuosamente les pido que paguen a sus empleados los mismos salarios en el día de Navidad como si trabajasen. Estoy seguro que alegrarán sus casas si lo hacen así. Es injusto que la única opción que tengan sea o festejar o ayunar, a menos que les den el dinero necesario para que festejen y se alegren en ese día de gozo.

Pero ahora vamos a nuestro tema. Vamos a casa para ver a los nuestros, y esta es la historia que algunos de nosotros tenemos que contar. “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el

Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” Primero, *tenemos aquí lo que deben decir*; luego, en segundo lugar, *por qué deben decirlo*; y después, en tercer lugar, *cómo deben decirlo*.

I. Primero, entonces, TENEMOS AQUÍ LO QUE DEBEN DECIR. Debe ser una historia basada en la propia experiencia. “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” No deben ir a sus hogares y comenzar a predicar sin dilación. No se les ordena que hagan eso. No deben comenzar a seleccionar temas doctrinales para exponerlos, esforzándose por convencer a las personas sobre sus puntos de vista y sentimientos peculiares. No deben ir a casa con diversas doctrinas aprendidas recientemente, para tratar de enseñarlas. Al menos, no se les ordena que hagan eso; pueden hacerlo, si quieren, y nadie se les opondrá; pero deben ir a casa y decir, no lo que han creído, sino lo que han *sentido*: lo que ustedes verdaderamente saben que les pertenece; no las grandes cosas sobre las que han leído, sino las grandes cosas que el Señor ha *hecho por ustedes*; no únicamente los que han visto que se ha obrado en la gran congregación, y cómo grandes pecadores se han vuelto a Dios, sino lo que el Señor ha hecho por *ustedes*. Y observen esto: nunca hay una historia más interesante que aquella que un hombre relata acerca de sí mismo.

‘La Balada del Viejo Marinero’ (2), genera mucho de su interés porque el hombre que la contó era, él mismo, un marinero. Ese hombre, cuyo dedo era huesudo como el dedo de la muerte, se sentó y comenzó a relatar la lúgubre historia del barco en alta mar en medio de una gran calma, cuando cosas viscosas en verdad arrastraban sus patas en el brillante mar. El invitado de la boda estaba muy quieto, escuchando atentamente, pues el viejo era en sí mismo una historia. Siempre se genera un gran interés por una narrativa personal. Virgilio, el poeta, sabía esto y por ello, sabiamente, hace que Eneas relate su propia historia, y hace que la comience diciendo, “en lo que yo mismo tuve gran participación.” Entonces, si quieren interesar a sus amigos, cuéntenles lo que ustedes mismos sintieron. Cuéntenles cómo ustedes fueron una vez abandonados pecadores perdidos, cómo el Señor los encontró, cómo doblaron sus rodillas, y derramaron su alma delante de Dios, y cómo al final saltaron de gozo pues estaban seguros que le oyeron decir interiormente: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo.” Cuenten a sus amigos una historia basada en su propia experiencia personal.

Noten, a continuación, que debe ser una historia de *gracia inmerecida*. No dice: “cuenta a los tuyos cuán grandes cosas has hecho tú mismo,” sino “cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo.” El hombre que siempre está convencido del libre albedrío y del poder de la criatura, y niega las doctrinas de la gracia, invariablemente mezcla mucho de lo que él mismo ha hecho, cuando cuenta su experiencia; pero el creyente en la gracia soberana, que sostiene las grandiosas verdades cardinales del

Evangelio, ignora esto, y declara: “contaré lo que el Señor ha hecho conmigo. Es verdad que debo contarles primero cómo fui inicialmente conducido a orar; pero lo contaré así—

***“La gracia enseñó a mi alma a orar,
La gracia hizo que mis ojos se inundaran.”***

Es verdad que debo contarles en cuántas aflicciones y pruebas Dios ha estado conmigo; pero lo contaré así—

***“La gracia me ha guardado hasta este día,
Y no me abandonará.”***

No cuenta nada acerca de sus propias acciones, o decisiones, u oraciones o búsquedas, sino que todo lo atribuye al amor y a la gracia del grandioso Dios que mira con amor a los pecadores, y los convierte en Sus hijos y herederos de la vida eterna. Vete a tu casa, joven, y cuenta la historia del pobre pecador; vete a tu casa, jovencita, y abre tu diario, y cuenta a tus amigos historias de gracia. Cuéntales las poderosas obras que la mano de Dios ha obrado en ti por Su amor inmerecido, soberano y gratuito. Cuenta una historia de gracia inmerecida junto a la chimenea familiar.

A continuación, el relato de este pobre hombre fue una historia *agradecida*. Yo sé que fue una historia agradecida, porque el hombre dijo: “les contaré cuán grandes cosas el Señor ha hecho conmigo;” y (sin querer involucrar para nada ningún juego de palabras), hago la observación que un hombre que es agradecido está siempre lleno de la grandeza de la misericordia que Dios le ha mostrado; siempre piensa que lo que Dios ha hecho por él es inmensamente bueno y supremamente grandioso. Tal vez, cuando estés contando la historia, alguno de tus amigos preguntará: “y ¿qué con eso?” Y tu respuesta será: “tal vez no es algo grande para ti, pero lo es para mí. Tú dices que arrepentirse es poca cosa, pero a mí me parece todo lo contrario; es algo grandioso y precioso ser conducido a reconocerme como pecador, y a confesarlo; ¿dices tú que es poca cosa haber encontrado un Salvador?” Míralos a la cara y diles: “Si ustedes lo hubiesen encontrado también, no lo considerarían poca cosa. Consideran poca cosa que me haya quitado la carga de mi espalda; pero si ustedes hubieran sufrido con esa carga, y sentido su peso como lo he sentido durante largos años, no considerarían poca cosa ser emancipados y liberados por una mirada a la cruz.” Cuéntales que es una historia grandiosa, y si ellos no pueden ver su grandeza, derrama lágrimas amargas, y cuéntales la historia con gran sinceridad, y yo espero que sean conducidos a creer que al menos tú estás agradecido, aunque ellos no lo estén. Que Dios les conceda que puedan contar una historia agradecida.

Y finalmente, sobre este punto: debe ser una historia contada por un pobre pecador convencido que *no ha merecido* lo que recibió. “Cómo ha tenido *misericordia* de ti.” No fue un simple acto de bondad, sino un acto de misericordia inmerecida hacia uno que se encontraba en la aflicción. ¡Oh!, he oído a hombres que cuentan la historia de su conversión y de su

vida espiritual de tal forma, que mi corazón *los* ha aborrecido tanto a ellos como a su historia, pues han contado sus pecados como si verdaderamente se jactaran de la grandeza de su crimen, y han mencionado el amor de Dios sin una lágrima de gratitud, sin la simple acción de gracias de un corazón realmente humilde, sino, más bien, como si se exaltasen cuando exaltaban a Dios. ¡Oh!, cuando contemos la historia de nuestra propia conversión, quisiera que lo hicieran con profunda tristeza, al recordar lo que solíamos ser, y con grande gozo y gratitud, al recordar cuán poco merecemos estas cosas.

En una ocasión estaba predicando sobre la conversión y la salvación, y sentí dentro de mí, como a menudo lo sienten los predicadores, que no era sino un trabajo estéril decir esta historia, y era para mí un deslucido, deslucido relato; pero súbitamente pasó por mi mente el pensamiento: “vamos, tú mismo eres un pobre pecador perdido; cuenta, cuenta como recibiste la gracia; comienza a contar sobre la gracia de Dios según la has sentido.” Bien, entonces mis ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas; aquellos oyentes que estaban cabeceándose comenzaron a iluminarse, y escucharon, porque estaban oyendo algo que el predicador sentía verdaderamente, y que ellos reconocían como verdadero para él, aunque no lo fuera para ellos. Cuenten su historia, mis lectores, como pecadores perdidos. No vayas a tu casa y entres a tu hogar con un aire altivo, como diciendo: “he aquí un santo que viene a casa, a los pobres pecadores, para contarles una historia;” sino que ve a tu casa como pobre pecador que eres tú mismo; y cuando entres, como tu madre recuerda lo que solías ser, no necesitas decirle que has tenido un cambio: ella lo notará, aunque estés con ella solamente un día. Tal vez te pregunte: “Juan, ¿cuál es ese cambio que se ha dado en ti?” Y si es una madre piadosa, comenzarás a contarle la historia, y yo sé (y aunque seas un hombre no te avergonzarás que te lo diga), que rodeará tu cuello con sus brazos, y te dará un beso como no lo hizo nunca antes, pues eres su hijo que ha nacido dos veces, su hijo del que ya no se apartará jamás, aunque la misma muerte los divida por un breve instante. “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.”

II. Pero ahora, en segundo lugar, ¿POR QUÉ DEBEMOS CONTAR ESTA HISTORIA? Pues oigo a muchos miembros de mi congregación que dicen: “señor, yo podría contar esta historia a cualquier persona menos a mis propios familiares; podría venir a su sacristía para contarle algo de lo que he probado y experimentado de la Palabra de Dios; pero no podría contárselo a mi padre, ni a mi madre, ni a mis hermanos, ni a mis hermanas.” Bien, entonces trataré de argumentar con ustedes, para inducirles a que lo hagan, para que pueda enviarlos a casa en este día de Navidad, y que sean misioneros en sus respectivas localidades, y verdaderos predicadores, aunque no lo sean de nombre. Queridos amigos, por favor cuenten esta historia cuando vayan a casa.

En primer lugar, háganlo *por su Señor*. ¡Oh!, yo sé que le aman; estoy seguro que le aman, si tienen la prueba que Él les amó. No podrán pensar nunca en Getsemaní y en Su sudor sangriento, en Gabata y en la espalda lacerada de Cristo, flagelada por el látigo: no podrán pensar nunca en el Calvario y en Sus manos y pies traspasados, sin amarle; y utilizo un argumento muy poderoso cuando les digo, por su amado Señor que les amó tanto, que vayan a casa y lo cuenten. ¡Qué!, ¿acaso piensan que podemos recibir tanto y no contarlo? Cuando hacemos algo por nuestros hijos, no se esperan mucho tiempo para contarlo a todo el mundo: “fulano de tal me dio un regalo, y me hizo tal y tal favor.” Y ¿deberían los hijos de Dios ser remisos en declarar cómo fueron salvados cuando sus pies se apresuraban al infierno, y cómo la misericordia redentora los arrebató como tizones del fuego? ¡Joven, amas a Jesús! Te pregunto, entonces, ¿te rehusarás a contar la historia de Su amor por ti? ¿Se quedarán callados tus labios cuando Su honor está comprometido? ¿Acaso no contarás, doquiera que vayas, que Dios te amó y murió por ti? Se nos informa que este pobre hombre “se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban.” Lo mismo debes hacer tú. Si Cristo ha hecho mucho por ti, no puedes evitarlo: debes contarlo.

Mi estimado amigo, el señor Oncken, un ministro en Alemania, nos contó el pasado lunes por la noche, que tan pronto él fue convertido, el primer impulso de su alma recién nacida fue hacer el bien a otros. Y ¿dónde debería realizarlo? Pensó que debería ir a Alemania. Era su tierra natal, y el mandamiento era “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales.” No había entonces un solo bautista en toda Alemania, ni nadie con quien tuviese afinidad, pues los luteranos se habían desviado de la fe de Lutero, y se habían apartado de la verdad de Dios. Pero fue allí y predicó, y ahora cuenta con setenta u ochenta iglesias establecidas en el continente europeo. ¿Qué lo condujo a hacerlo? Nada sino el amor a su Señor, que hizo tanto por él, le motivó a ir y contar a sus semejantes la maravillosa historia de la bondad divina.

Pero a continuación pregunto: ¿son piadosos sus amigos? Entonces vayan a casa y cuéntenles, para *alegrar sus corazones*. Recibí anoche una breve epístola escrita por una mano temblorosa, por alguien que ha sobrepasado la edad natural del hombre, que vive en el condado de Essex. Su hijo, por la soberanía de Dios, fue convertido al escuchar la Palabra predicada, y el buen hombre no pudo evitar escribir al ministro, agradeciéndole y bendiciendo más que nada a su Dios, porque su hijo había sido regenerado. “Señor,” comienza la carta, “un viejo rebelde escribe para agradecerle, y por sobre todo dar gracias a Dios, porque su amado hijo ha sido convertido.” Prosigue diciendo: “¡continúe su labor, y que el Señor le bendiga!”

Y hubo otro caso que escuché hace algún tiempo, en el que una joven fue a casa de sus padres, y cuando su madre la vio, le dijo: “si el ministro me hubiese regalado todo Londres, no lo hubiera considerado tan valioso

como valoro esto: pensar que eres una persona renovada, y que estás viviendo en el temor de Dios.” ¡Oh!, si quieras hacer que el corazón de tu madre salte de gozo, y si quieras alegrar a tu padre, si quieras hacer feliz a tu hermana que te envió tantas cartas que alguna vez leíste junto a un poste de luz, con tu pipa en la boca, vete a casa y cuéntale a tu madre que sus deseos todos se han cumplido, que sus oraciones han sido escuchadas, que no te burlarás más de sus clases en la escuela dominical, ni te reirás de ella porque ama al Señor, sino que irás con ella a la casa de Dios, pues amas a Dios, y has dicho: “tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios, y tengo la esperanza que tu cielo será mi cielo para siempre.” ¡Oh, qué alegría sería si alguien de aquí, que se hubiese descarriado, regresara de esta manera a casa!

Hace poco tiempo, tuve el privilegio de predicar para una noble institución que recibe a mujeres que han llevado vidas negligentes, y antes de predicar el sermón, le pedí a Dios que lo bendijera, y en el sermón impreso notarán que al final hay un relato de dos personas que fueron bendecidas y restauradas por ese sermón. Ahora, déjenme contarles una historia de lo que una vez le sucedió al señor Vanderkist, un misionero de la ciudad, que trabaja arduamente toda la noche para hacer el bien en esa gran obra. Había habido una riña de borrachos en la calle; él se interpuso entre los dos hombres para separarlos, y le dijo algo a una mujer allí presente, concerniente a cuán horrible es que los hombres sean así de borrachos. Ella caminó junto a él unos momentos, y comenzó a contarle una historia de dolor y pecado; de cómo había sido atraída lejos del hogar de sus padres en Somersetshire, y había terminado aquí para el eterno mal de su alma. Él la llevó a casa, y le enseñó el temor y el amor de Cristo; y ¿qué es lo primero que hizo cuando regresó a los senderos de la piedad, y descubrió que Cristo es el Salvador de los pecadores? Dijo: “ahora debo irme a casa, a los míos.” Le escribió a los suyos; ellos fueron a recibirla a la estación de Bristol, y difícilmente pueden concebir cuán feliz fue esa reunión. El padre y la madre habían perdido a su hija; nunca más habían sabido de ella; y allí estaba, enviada por medio de una institución (el Dormitorio Femenino de Londres) y restaurada al seno familiar.

¡Ah, que hubiese alguien así aquí! No lo sé; en medio de tan grande multitud, es posible que haya alguien así. ¡Mujer! ¿Te has extraviado de tu familia? ¿Los has abandonado desde hace largo tiempo? “Vete a tu casa, a los tuyos,” te lo ruego, antes de que tu padre se aproxime tambaleante hacia su tumba, y antes de que los grises cabellos de tu madre descansen sobre la almohada, blanca como la nieve, de su féretro. ¡Regresa, te lo suplico! Diles que eres una penitente; diles que Dios se ha encontrado contigo; que el joven ministro dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos.” Y si es así, no me avergonzaré de haber dicho estas cosas, aunque ustedes piensen que no debí mencionarlas; pues si pudiera ganar aunque fuera un alma de esta manera, bendeciré a Dios por toda

la eternidad. “Vete a tu casa, a los tuyos. Vete a tu casa y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo.”

¿Acaso no pueden imaginar la escena cuando el pobre endemoniado mencionado en mi texto regresó a casa? Él había sido un loco de remate; y cuando llegó y tocó a la puerta, imaginan ver a sus amigos comentando los unos a los otros, en medio del terror, “¡oh!, allí viene otra vez,” y a la madre subiendo las escaleras a toda velocidad y poniendo llave a todas las puertas, porque su hijo que estaba perdidamente loco había regresado; y los pequeñitos gritando porque sabían lo que había hecho antes: cómo se hería con piedras, porque estaba poseído de los demonios. Y podrán imaginarse el gozo, cuando el hombre dijo: “¡madre!, Jesucristo me ha sanado; déjame entrar; ahora ya no soy un lunático!” Y cuando el padre abrió la puerta, le dijo: “¡padre!, ya no soy lo que era; todos los espíritus malignos se han ido; ya no viviré más en los sepulcros. Quiero contarles cómo hizo el milagro el hombre glorioso que obró mi liberación: cómo les dijo a los demonios: ‘Salgan de él’ y ellos se precipitaron en el mar por un despeñadero, y he regresado a casa sanado y salvado.” ¡Oh!, si alguien así, poseído del pecado, estuviese aquí hoy, y fuera a casa a los suyos, para contarles de su liberación, me parece que la escena sería muy semejante.

Una vez más, queridos amigos. Me parece que alguien podría decir: “¡ah!, señor, quisiera poder ir a casa y que los míos fueran piadosos! Pero cuando voy a casa voy al peor de los lugares; pues los míos están en medio de quienes nunca conocieron a Dios, y por consiguiente nunca oraron por mí, y nunca me enseñaron nada concerniente al cielo.” Bien, joven amigo, vete a tu casa, a los tuyos. Aunque sean tan malos, son los tuyos. Algunas veces me reúno con jóvenes que quieren ser miembros de la iglesia. Cuando les pregunto acerca de su padre, me responden: “oh, señor, me he separado de mi padre.” Entonces yo les digo: “joven, debes ir y ver a tu padre antes de que yo trate algo contigo; si sientes antipatía por tu padre y tu madre, yo no te recibiré en la iglesia; aunque sean muy malos, son *tus padres*.” Vete a tu casa, con ellos, y cuéntales, no para alegrarlos, pues muy probablemente estén enojados contigo; pero cuéntales para *la salvación de sus almas*. Yo espero que, cuando estés contando la historia de lo que Dios hizo por ti, sean conducidos por el Espíritu a anhelar la misma misericordia para ellos. Pero te daré un consejo. No cuentes esta historia a tus amigos impíos cuando estén todos reunidos, pues se reirán de ti. Tómalos uno a uno, cuando te puedas reunir con cada uno a solas, y comienza a contarles la historia, y te oirán seriamente.

Había una vez una dama muy piadosa que tenía una casa de huéspedes para jóvenes. Todos los jóvenes eran muy alegres y frívolos, y ella quería comentarles algo concerniente a la religión. Introdujo el tema, y fue de inmediato motivo de risa. Ella pensó: “he cometido un error.” A la mañana siguiente, después del desayuno, cuando ya todos se iban, le dijo a uno de ellos: “jovencito, me gustaría hablar contigo por unos

momentos,” y llevándolo aparte, a otra habitación, habló con él. La siguiente mañana tomó a otro, y la siguiente, a otro, y le agradó a Dios bendecir su sencillo mensaje, dado de manera individual: pero, sin duda, si les hubiese hablado a todos juntos, se hubieran apoyado entre sí para burlarse de ella. Redarguye a un hombre cuando esté solo. Un versículo puede impactarle mientras un sermón le deja frío. Ustedes pueden ser el instrumento de llevar a Cristo al hombre que a menudo ha oído la Palabra y únicamente se ha reído de ella, pero que no puede resistir una suave admonición.

En uno de los estados de los Estados Unidos, había un infiel que despreciaba grandemente a Dios, odiaba guardar el día domingo y todas las instituciones religiosas. Los ministros no sabían qué hacer por él. Se reunían y oraban por él. Pero uno de ellos, un tal diácono B, decidió pasar un largo tiempo de oración por el hombre; después de eso se montó en su caballo, y se dirigió a la fragua del hombre, pues era un herrero. Dejó su caballo afuera, y le dijo: “vecino, estoy sumamente preocupado por la salvación de tu alma; te quiero decir que oro día y noche por la salvación de tu alma.” Lo dejó, y regresó a casa a caballo. El infiel entró en su casa después de un minuto o dos, y le dijo a uno de sus amigos fieles: “aquí tenemos un nuevo argumento; tenemos al diácono B, que vino hasta aquí, y no vino a disputar, y no me dijo más palabras que estas: ‘yo digo que estoy sumamente preocupado por tu alma; no puedo soportar que te pierdas.’ ¡Oh!, a ese tipo,” dijo, “no puedo responderle;” y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Fue con su esposa y le dijo: “no puedo entender esto; yo mismo nunca me preocupé por mi alma, pero ese diácono, que no tiene ningún vínculo conmigo, y de quien siempre me he reído, ha cabalgado ocho kilómetros esta mañana, solamente para decirme que está sumamente preocupado por mi salvación.” Después de un poco de tiempo, pensó que ya era tiempo de que se preocupara él también acerca de su salvación. Entró, cerró la puerta, comenzó a orar, y al día siguiente fue a la casa del diácono, y le dijo que él también ya estaba preocupado por su salvación, y le pidió que le dijera qué debía hacer para ser salvo. ¡Oh!, que el eterno Dios use a algunos de los aquí presentes de la misma manera, para que sean inducidos a—

***“Decir a otros a su alrededor
Cuán amable Salvador han encontrado;
Señalar Su sangre redentora,
Y decir: ¡He aquí el Camino a Dios!”***

III. No voy a detenerlos más tiempo; pero hay un tercer punto, sobre el que debemos ser muy breves. ¿Cómo DEBE CONTARSE ESTA HISTORIA?

Primero, *cuéntenla sinceramente*. No digan más de lo que sepan; no cuenten la experiencia de John Bunyan, cuando deben contar la propia. No digan a su madre que han sentido algo que únicamente Rutherford ha sentido. Solamente cuenten la verdad. Cuenten su experiencia

sinceramente; pues tal vez una sola mosca en el frasco de ungüento lo echará a perder, y una expresión que no sea verdadera puede arruinarlo todo. Cuenten la historia sinceramente.

A continuación, *cuéntenla muy humildemente*. Ya lo he dicho antes. No se entrometan con quienes son mayores y saben más; sino que cuenten su historia humildemente; no como un predicador, no *ex cathedra*, (desde la cátedra), sino como un amigo y un hijo.

Luego, cuéntenla *seriamente*. Que vean que ustedes lo dicen en serio. No hablen de religión con locuacidad; no harán ningún bien si lo hacen así. No hagan juegos de palabras sobre los textos; no citen la Escritura de manera jocosa: si lo hacen, podrán hablar hasta enmudecer, y no harán ningún bien si les dan la menor oportunidad de que se rían, ya que ustedes mismos se ríen de las cosas santas. Cuéntenla seriamente.

Y, además, *cuéntala muy devotamente*. No trates de contar la historia a ningún hombre mientras no la hayas contado a Dios primero. Cuando estés en casa el día de Navidad, no permitas que nadie vea tu rostro hasta que Dios lo haya visto. Levántate de mañana, lucha con Dios; y si tus amigos no son convertidos, *lucha con Dios por ellos*; y luego descubrirás que es un trabajo fácil *luchar con ellos por Dios*. Trata, si puedes, de reunirte con ellos a solas, uno por uno, y cuéntales la historia. No tengas miedo; piensa únicamente en el bien que posiblemente puedas hacer. Recuerda que quien salva a un alma de la muerte ha cubierto una multitud de pecados, y tendrá estrellas en su corona por siempre y para siempre. Busca someterte a Dios-Salvador, para que en tu familia seas el medio de conducir a tus seres amados a buscar y encontrar al Señor Jesucristo, y entonces un día, cuando se encuentren en el Paraíso, sea un gozo y una bendición que estés allí, y que los tuyos estén también allí, para quienes Dios te hizo el instrumento de salvación. Que tu confianza en el Espíritu Santo sea total y honesta. No confies en ti; no temas confiar en Él. Él te puede proporcionar palabras. Él puede aplicar esas palabras a sus corazones, y capacitarte para “dar gracia a los oyentes.”

Quiero concluir con un breve y pienso que agradable cambio de perspectiva del texto, para sugerir otro significado. Pronto, queridos amigos, muy pronto para algunos de nosotros, el Señor dirá: “Vete a tu casa, a los tuyos.” Ustedes saben dónde está ese hogar. Está por encima de las estrellas—

***“Donde nuestros mejores amigos, nuestra parentela mora,
Donde Dios nuestro Salvador reina.”***

Aquel hombre de cabellos grises ha enterrado a todos sus amigos; él ha dicho; “yo iré a ellos, pero ellos no regresarán a mí.” Pronto su Señor le dirá; “te has quedado lo suficiente aquí en este valle de lágrimas; ¡vete a tu casa, a los tuyos!” ¡Oh, hora feliz! ¡Oh, momento bendito, cuando esa sea la palabra: “¡Vete a tu casa, a los tuyos!”

Y cuando vayamos a casa, a los nuestros, en el Paraíso, ¿qué haremos? Bien, en primer lugar nos dirigiremos a ese bendito asiento

donde se sienta Jesús, nos quitaremos la corona y al arrojaremos a Sus pies, y le coronaremos Señor de todo. Y cuando hayamos hecho eso, ¿cuál será nuestra siguiente actividad? Pues, contaremos a los seres benditos del cielo lo que el Señor ha hecho por nosotros, y cómo ha tenido compasión de nosotros. Y ¿acaso tal historia será contada en el cielo? ¿Será ese el villancico de Navidad de los ángeles? Sí, lo será; ha sido publicado allí anteriormente (no se avergüencen de decirlo de nuevo), pues Jesús lo ha contado antes: “Y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido.” Y tú, pobre oveja, cuando seas encontrada, ¿no contarás cómo te buscó tu Pastor, y cómo te encontró? ¿Acaso no te sentarás en las fértiles praderas del cielo, y contarás la historia de tu propia redención? ¿No hablarás con tus hermanos y con tus hermanas para contarles, cómo Dios te amó y cómo te ha traído aquí? Tal vez digas: “será una historia muy breve.” ¡Ah!, lo sería si la escribieras ahora. Un librito podría contener toda tu biografía; pero allá arriba cuando tu memoria sea agrandada, cuando tu pasión sea purificada y tu entendimiento sea aclarado, descubrirás que lo que no era sino un opúsculo en la tierra, será un gigantesco tomo en el cielo. Contarás una larga historia allí sobre la gracia que sostiene, que restringe, y que constriñe, y pienso que harás una pausa para dejar que otro cuente su historia, y luego otro, y después otro, y al fin, después que hayas estado en el cielo mil años, prorrumpirás en exclamaciones: “oh santos, tengo algo más que decir.” Otra vez contarán sus historias, y otra vez los interrumpirás con: “oh, amados, he pensado en otro caso de la misericordia salvadora de Dios.” Y así proseguirás, dándoles temas para himnos, encontrándoles el material para la trama y la urdimbre de sonetos celestiales. “Vete a tu casa,” dirá Él pronto, “vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” Espera un momento; espera lo que Él quiera, y pronto serás reunido en la tierra del más allá, en el hogar de los benditos, donde la felicidad sin fin será tu porción. ¡Que Dios nos conceda una bendición, por Su nombre!

Notas del traductor:

- (1) *The Wreck of the Golden Mary.* Un cuento escrito por Charles Dickens en el que un barco choca con un iceberg, con funestas consecuencias. La historia ocurre en el tiempo de Navidad.
- (2) *The Rhyme of the Ancient Mariner.* Un poema largo escrito por Samuel Taylor Coleridge.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #109 – Volumen 3
GOING HOME—A CHRISTMAS SERMON

Un Extraordinario Salvador

NO. 111

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE ENERO DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Grande para salvar.”
Isaias 63:1.***

Esta aseveración se refiere, por supuesto, a nuestro bendito Señor Jesucristo, quien es descrito como “éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos,” y quien, cuando se le pregunta quién es, responde: “Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar.” Entonces será bueno que al comienzo de nuestro discurso hagamos uno o dos comentarios concorrentes a la misteriosamente compleja persona del Hombre y Dios a quien llamamos nuestro Redentor, a saber, Jesucristo nuestro Salvador. Uno de los misterios de la religión cristiana es que nos enseña a creer que Cristo es Dios y, no obstante, que es hombre. Basándonos en la Escritura, nosotros sostendemos que Él es “Dios verdadero,” igual y coeterno con el Padre, y que al igual que Su Padre, posee todos los atributos divinos en un grado infinito. Él participó con Su Padre en todos los actos de Su divino poder: estuvo involucrado en el decreto de la elección, en el diseño del pacto, en la creación de los ángeles y en la creación del mundo, cuando fue trasladado de la nada al espacio, y en el ordenamiento de este hermoso cuadro de la naturaleza. Antes de realizar cualquiera de estos actos, el Redentor divino era el Hijo eterno de Dios. “Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios.” Tampoco dejó de ser Dios por hacerse hombre. Él era igualmente “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” cuando fue el “varón de dolores, experimentado en quebranto,” tal como lo fue antes de Su encarnación. Contamos con abundantes pruebas de ello en las constantes afirmaciones de la Escritura, y, ciertamente, también en los milagros que obró. La resurrección de los muertos, la caminata sobre las olas del océano, el apaciguamiento de los vientos y el hundimiento de las rocas, más todos esos maravillosos actos Suyos que no tenemos tiempo de mencionar aquí, fueron sólidas y contundentes pruebas de que Él era Dios, muy verdaderamente Dios, aun cuando descendió a ser hombre. Y la Escritura nos enseña con toda certeza que Él es Dios ahora que comparte el trono de Su Padre, ahora que se sienta “sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra,” y es el verdadero y apropiado objeto de la veneración, de la adoración y del homenaje de todos los mundos.

Igualmente se nos enseña a creer que Él es *hombre*. La Escritura nos informa que en el día señalado, Él descendió del cielo y se hizo hombre siendo a la vez Dios, y asumió la naturaleza de un bebé en el pesebre de Belén. Dejó de ser un bebé, se nos informa, y creció hasta convertirse en un hombre y en todo se volvió “hueso de nuestros huesos y carne de

nuestra carne,” excepto en nuestro pecado. Sus sufrimientos, Su hambre, y sobre todo, Su muerte y sepultura, son sólidas pruebas de que era hombre, un hombre con absoluta certeza; y con todo, la religión cristiana nos exige creer que si bien era hombre, era verdaderamente Dios. Se nos enseña que era un “niño nacido, un hijo dado,” y, sin embargo, que era al mismo tiempo el “Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno.” Todo aquel que quiera tener una visión clara y correcta de Jesús, no debe mezclar Sus naturalezas. No debemos considerarlo como un Dios diluido en una humanidad deificada, o como un simple hombre oficialmente exaltado a la Deidad, sino como teniendo dos naturalezas distintas que habitan en una persona; no como Dios fundido en hombre, ni como hombre hecho Dios, sino hombre y Dios tomados juntamente en unión. Por tanto, en Él confiamos como el Árbitro, el Mediador, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre. Ese es nuestro Salvador. Es de este glorioso pero misterioso ser de quien habla el texto cuando dice que es extraordinario: “grande para salvar.”

No necesitamos informarles que es extraordinario pues, como lectores de las Escrituras, todos ustedes creen en el poder y en la majestad del Hijo Encarnado de Dios. Creen que Él es el Regente de la Providencia, el Rey de la muerte, el Vencedor del infierno, el Señor de los ángeles, el Amo de las tormentas y el Dios de las batallas, y, por tanto, no necesitan ninguna prueba de que Él es extraordinario. El tema de esta mañana es una parte de Su poderío. Él es “grande para salvar.” ¡Que Dios el Espíritu Santo nos ayude al adentrarnos brevemente en este tema y que haga uso de él para la salvación de nuestras almas!

Primero, vamos a considerar *lo que significan las palabras: “para salvar”*; en segundo lugar, veremos *cómo comprobamos el hecho de que Él es “grande para salvar”*; en tercer lugar, *la razón por la que Él es “grande para salvar”*; y luego, en cuarto lugar, *las inferencias que han de extraerse de la doctrina de que Jesucristo es “grande para salvar.”*

I. Primero, entonces, ¿QUÉ HEMOS DE ENTENDER POR LAS PALABRAS: “PARA SALVAR”?

Comúnmente cuando la mayoría de los hombres lee estas palabras, considera que quieren decir: ‘salvación del infierno.’ Tienen razón parcialmente, pero la noción es altamente deficiente. Es cierto que Cristo salva efectivamente a los hombres del castigo de su culpa. Él lleva al cielo a quienes merecen la ira eterna y el disgusto del Altísimo. Es cierto que Él borra “la iniquidad, la rebelión y el pecado,” y que las iniquidades del remanente de Su pueblo son pasadas por alto gracias a Su sangre y Su expiación. Pero ese no es todo el significado que está contenido en las palabras “para salvar.” Esta deficiente explicación subyace en la raíz de los errores que muchos teólogos han cometido, en razón de los cuales han rodeado de brumas su sistema de teología. Han dicho que salvar es arrebatar a los hombres como se arrebata a los tizones del fuego: que es salvarlos de la destrucción, si se arrepienten. Pero quiere decir muchísimo más, y casi diría, infinitamente más que eso. Salvar significa algo más que simplemente librarse a los penitentes de hundirse en el infierno.

Por las palabras “salvar” yo entiendo la totalidad de la grandiosa obra de la salvación, desde el primer deseo santo y desde la primera convicción espiritual, hasta la completa santificación. Todo eso es realizado por Dios por medio de Jesucristo. Cristo no sólo es grande para salvar a los que efectivamente se arrepienten, sino que es capaz de hacer que las personas se arrepientan. Él no está ocupado simplemente en llevar al cielo a quienes creen, sino que es poderoso para dar a los hombres nuevos corazones y para generar la fe en ellos. Él no es meramente poderoso para dar el cielo a alguien que lo desea, sino que es poderoso para hacer que el hombre que odia la santidad la ame, para constreñir al despreciador de Su nombre a doblar su rodilla delante de Él, y para hacer que el réprobo más esclavizado por los vicios se vuelva del error de sus caminos.

Por las palabras “para salvar” yo no entiendo lo que algunos pretenden que significan. Nos dicen en su teología que Cristo vino al mundo para colocar a todos los hombres en un estado salvable, para hacer que la salvación de todos los hombres sea posible gracias a sus propios esfuerzos. Yo no creo que Cristo viniera por algo así. Yo no creo que viniera al mundo para colocar a los hombres en un estado *salvable*, sino para colocarlos en un estado *salvado*; no vino para ponerlos donde pudieran salvarse por sí solos, sino para realizar la obra en ellos y por ellos, de principio a fin. Mis queridos oyentes, si yo creyera que Cristo sólo vino para ponerlos a ustedes y a mí también en un estado en el que pudiéramos salvarnos a nosotros mismos, yo renunciaría a la predicación desde ahora y para siempre, pues conociendo algo acerca de la maldad de los corazones de los hombres—ya que sé algo acerca del mío—y sabiendo cuánto odian naturalmente los seres humanos la religión de Cristo, yo abandonaría la esperanza de todo éxito en la predicación de un evangelio que sólo tuviera que exponer pero cuyos efectos dependieran de la voluntaria aceptación que le dieran personas no renovadas y no regeneradas. Si yo no creyera que hay una fuerza que sale con la palabra de Jesús, que hace que los hombres se ofrezcan voluntariamente en el día de Su poder, y que los vuelve del error de sus caminos gracias a la potencia extraordinaria, sobrecogedora y constrictiva de una influencia divina y misteriosa, yo cesaría de gloriarme en la cruz de Cristo. Cristo, repetimos, es poderoso, no simplemente para colocar a los hombres en una condición salvable, sino que es absoluta y enteramente poderoso para salvarlos. Yo considero este hecho como una de las pruebas más grandiosas del carácter divino de la revelación de la Biblia. Muchas veces he tenido dudas y temores, igual que la mayoría de ustedes los han tenido ¿y dónde está el sólido creyente que no haya vacilado algunas veces? He dicho en mi interior: “¿Es verdadera esta religión que día tras día predico incessantemente al pueblo? ¿Es la correcta? ¿Es cierto que esta religión tiene una influencia sobre la humanidad?” Y les diré cómo me he convencido. He mirado a los cientos, más aún, a los miles que me rodean que una vez fueron los más viles de los viles—borrachos, blasfemos y caracteres semejantes—y ahora los veo “vestidos y en su juicio cabal,” caminando en santidad y en el temor de Dios, y me he dicho: “Entonces esto tiene que ser la verdad, porque veo

sus maravillosos efectos. Es la verdad porque es eficiente para lograr unos propósitos que el error no podría conseguir nunca. Ejerce una influencia en el orden más bajo de los mortales y sobre los más abominables seres de nuestra raza. Es un poder, un irresistible agente del bien; entonces, ¿quién podría negar su verdad? Yo entiendo que la prueba más convincente del poder de Cristo no es que Él ofrezca la salvación, no es que les pida que la tomen si así lo desean, sino que cuando ustedes la rechazan, cuando la odian, cuando la desprecian, Él tiene un poder mediante el cual puede cambiarles su mente, puede hacerlos pensar de manera diferente a como lo hacían antes, y puede volverlos del error de sus caminos. Yo concibo que ese es el significado del texto: "grande para salvar."

Pero eso no agota todo el significado. Nuestro Señor no sólo es grande para hacer que los hombres se arrepientan, para vivificar a los que están muertos en el pecado, y para volverlos de sus necesidades y de sus iniquidades. Él es exaltado para hacer algo más que eso: Él es grande para hacer que sigan siendo cristianos después de haberlos hecho cristianos, y es grande para preservarlos en Su temor y amor hasta llevarlos a la consumación de su existencia espiritual en el cielo. El poder de Cristo no radica en convertir a alguien en un creyente, para luego dejar que posteriormente se las arregle por sí mismo, sino que Aquel que comienza la buena obra, la continúa. Aquel que implanta el primer germen de vida que vivifica al alma muerta, da posteriormente la vida que prolonga la existencia divina, y otorga ese extraordinario poder que destroza al final toda atadura de pecado y lleva al alma perfeccionada a la gloria. Nosotros sostendremos, enseñamos y creemos, sobre la base de la autoridad de la Escritura, que todos los hombres a quienes Cristo ha dado el arrepentimiento se sostendrán infaliblemente en su camino. Nosotros creemos verdaderamente que Dios no comienza nunca una buena obra en un hombre sin concluirla; creemos que nunca hace que un hombre esté verdaderamente vivo para las cosas espirituales sin que continúe esa obra en su alma hasta el final, asignándole un lugar entre los coros de los santificados. Yo no creo que el poder de Cristo estriba simplemente en llevarme un día a la gracia, y que luego me diga que me mantenga por mí mismo allí, sino que radica en ponerme de tal manera en un estado de gracia y en darme tal vida interior y tal poder dentro de mí, que no puedo volverme atrás así como tampoco el sol en el cielo puede detener su curso ni puede cesar de brillar. Amados, consideramos que esto está significado por los términos: "grande para salvar." Esto es llamado comúnmente doctrina calvinista, pero no es otra cosa que la doctrina cristiana, que la doctrina de la santa Biblia, pues a pesar de que ahora es llamada 'calvinismo,' no podía ser llamada así en los días de Agustín y, sin embargo, en las obras de Agustín pueden encontrarse exactamente estas cosas. Y tampoco debe ser llamada 'agustinismo,' pues se encuentran en los escritos del apóstol Pablo. Y con todo, no era llamada 'paulismo' simplemente por esta razón: porque es la ampliación y la plenitud del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Repitiendo lo que dijimos antes, nosotros

sostenemos y enseñamos valientemente que Jesucristo no sólo es capaz de salvar a los hombres que se ponen en Su camino y que están anuentes a ser salvados, sino que Él es capaz de hacer que los hombres estén dispuestos, que es capaz de hacer que el borracho renuncie a su borra-chera y venga a Él, que es capaz de hacer que el despreciador doble su rodilla, y que es capaz de hacer que los corazones empedernidos se derri-tan ante Su amor. Ahora nos corresponde a nosotros mostrar que Él es capaz de hacerlo.

II. ¿CÓMO PODEMOS COMPROBAR QUE CRISTO ES “GRANDE PARA SALVAR”?

Primero presentaremos el argumento más sólido y sólo vamos a ne-ce-sitar uno. El argumento es que Él lo *ha* hecho. No necesitamos ningún otro; sería superfluo añadir otro. Él *ha* salvado a los hombres. Él los ha salvado, en toda la extensión y el significado de la palabra que hemos procurado explicar. Pero con el objeto de exponer esta verdad bajo una clara luz, vamos a suponer el peor de los casos. Es muy fácil imaginar, dicen algunos, que cuando el Evangelio de Cristo es predicado aquí a al-gunas personas que son amistosas y virtuosas y que siempre han sido educadas en el temor de Dios, reciban el Evangelio con amor. Muy bien, entonces no tomaremos un tal caso. Ustedes ven a aquel isleño de los Mares del Sur. Acaba de concluir una diabólica comida de carne huma-na. Es un caníbal. De su cinturón penden cabelleras de seres humanos que él ha asesinado y de cuya sangre se gloria. Si ustedes desembarca-ran en su costa, él se los comería también, a menos que procedieran con sumo cuidado. Ese hombre se inclina ante un bloque de madera. Es una pobre criatura ignorante y degradada, y muy poco alejada de la bestia. Ahora bien, ¿tiene poder el Evangelio de Cristo para domar a ese hom-bre, para tomar las cabelleras que penden de su cinturón, para hacer que renuncie a sus prácticas sanguinarias, y a sus dioses, y hacer que se convierta en un cristiano civilizado? Ustedes saben, mis queridos amigos, que se habla mucho acerca del poder de la educación en Inglaterra; pue-de haber mucho de cierto en eso; la educación puede hacer mucho por algunas personas que están aquí, no en un sentido espiritual, sino en un sentido natural; pero, ¿qué haría la educación con este salvaje? Vayan y pruébenlo. Envíenle al mejor maestro de Inglaterra: se lo comería antes de que terminara el día. Eso sería todo lo bueno de ese esfuerzo. Pero si va el misionero con el Evangelio de Cristo, ¿qué será de él? Vamos, en multitudes de casos, el misionero ha sido el pionero de la civilización y bajo la providencia de Dios ha escapado de una muerte cruel. Va con amor en sus manos y en sus ojos; le habla al salvaje. Y fijense bien, ya que les estamos compartiendo ahora hechos, no sueños. El salvaje depo-ne su hacha de combate. Dice: “es maravilloso; lo que este hombre me dice es prodigioso, voy a sentarme para escucharlo.” Escucha y las lá-grimas ruedan por sus mejillas; se enciende en él un sentimiento de hu-manidad que nunca antes ardió en el interior de su alma. Dice: “creo en el Señor Jesucristo,” y pronto está vestido y en su sano juicio, y se con-vierte en un hombre en todos los sentidos, en un hombre tal como pudié-

ramos desear que fueran todos los hombres. Ahora bien, nosotros afirmamos que esto comprueba que el Evangelio de Cristo no viene a la mente que está preparada para él, sino que por sí mismo prepara a la mente; que Cristo no pone meramente la semilla en la tierra que ha sido preparada de antemano, sino que ara también el suelo, sí, y lo arrollana, y realiza la plenitud de la obra. Él es sumamente capaz de hacer todo eso. Pregúntenles a nuestros misioneros que están en el África, en medio de los peores bárbaros del mundo, pregúntenles si el Evangelio de Cristo es capaz de salvar, y les señalarían el craal del hotentote, y luego les señalarían las casas de los kuramanes y les dirían: “¿Qué ha provocado esta diferencia, sino la palabra del Evangelio de Cristo Jesús?” Sí, queridos hermanos, hemos tenido pruebas suficientes en países paganos, y no necesitamos decir nada más, pues contamos también con suficientes pruebas en casa. Hay algunos que predicen un evangelio que es muy apropiado para educar al hombre en asuntos morales, pero que es totalmente inapropiado para salvarlo o para mantener sobrios a los hombres que se han vuelto borrachos. Hay algunos que predicen algo que es lo suficientemente bueno para suministrarles a los hombres un tipo de vida cuando ya la tienen, pero que no es bueno para vivificar a los muertos ni para salvar el alma, y que puede entregar más bien a la desesperación a los propios personajes a quienes el Evangelio de Cristo pretendía alcanzar.

Pero yo podría contarles unas historias de algunos que se han sumergido de cabeza en los golfos más negros del pecado, que nos horrorizarían a todos, si les permitiéramos contar de nuevo su culpa. Yo podría decírles cómo han venido a la casa de Dios con una actitud agresiva en contra del ministro, resueltos a burlarse de cualquier cosa que dijera. Se quedaron un momento; alguna palabra atrajo su atención; pensaron en su interior: “voy a oír esa frase.” Fue algún dicho directo y conciso que penetró en sus almas. No supieron cómo fue, pero se quedaron arrobados, y se demoraron para oír por un poco más de tiempo; y gradualmente, inconscientemente para ellos mismos, las lágrimas comenzaron a brotar, y cuando se fueron, estaban poseídos por un sentimiento extraño y misterioso que los condujo a sus aposentos. Cayeron de rodillas; contaron delante de Dios toda la historia de su vida. Él les dio la paz a través de la sangre del Cordero, y muchos de ellos fueron a la casa de Dios para decir: “Venid, oíd y contaré lo que ha hecho Dios por mi alma,” y para—

***“Decírles a los pecadores a la redonda
Cuán amado Salvador habían encontrado.”***

Recuerden el caso de John Newton, aquel grande y poderoso predicador de Santa María, en Woolnoth, un ejemplo del poder de Dios para cambiar el corazón así como para dar paz cuando el corazón es cambiado. ¡Ah!, queridos oyentes, a menudo pienso: “Esta es la más grandiosa demostración del poder del Salvador.” Si se predicara otra doctrina, ¿logaría lo mismo? Si lo hiciera, ¿por qué no hacer que cada hombre reúna una multitud en torno suyo y la predique? ¿Realmente lo haría? Si lo hiciera, entonces la sangre de las almas de los hombres habría de recaer en el hombre que no la proclamara denodadamente. Si cree que su evangelio efectivamente salva almas, ¿cómo explica que suba a su púlpito desde el

primero de Enero hasta el último de día de Diciembre, y no se entere nunca de que alguna ramera se haya vuelto honesta ni de que un boracho haya conocido la sobriedad? ¿Por qué? Por esta razón: porque es una pobre dilución del cristianismo. Es algo semejante a él, pero no es el cristianismo audaz y auténtico de la Biblia; no es el genuino Evangelio del bendito Dios, pues ese *tiene* poder para salvar. Pero si ellos creen verdaderamente que el suyo es el evangelio, que salgan a predicarlo, y que se esfuerzen con todo su poder para rescatar a las almas del pecado, que abunda lo suficiente, Dios lo sabe. Repetimos que tenemos una prueba positiva, incluso en casos que tenemos ante nosotros, de que Cristo es poderoso para salvar aun a los peores hombres y apartarlos de las necesidades a las que se han entregado por demasiado tiempo, y nosotros creemos que el mismo Evangelio predicado en otra parte produciría los mismos resultados.

La mejor prueba que pueden obtener jamás de que Dios es grande para salvar, queridos oyentes, es que Él los salvó *a ustedes*. ¡Ah, mi querido oyente, sería un milagro que Él salvara a tu prójimo que está a tu lado, pero sería un milagro mayor que te salvara a ti! ¿Qué eres tú esta mañana? ¡Responde! “Yo soy un infiel,” dice uno; “yo odio y desprecio a la religión de Cristo.” ¡Pero supón, amigo, que hubiera un poder en esa religión para que un día fueras conducido a creer en ella! ¿Qué dirías entonces? ¡Ah!, yo sé que te enamorarías de ese Evangelio eternamente, pues dirías: “yo, entre todos los hombres, fui el último en recibirla, y con todo, sin saber cómo, heme aquí habiendo sido conducido a amarla.” ¡Oh!, un hombre semejante, cuando es constreñido a creer, se convierte en el más elocuente predicador en el mundo. “¡Ah!, pero”—dice otro—“yo he sido por principio un quebrantador del día domingo, yo desprecio el día de guardar, yo odio enteramente y plenamente cualquier cosa religiosa.” Bien, yo no puedo probarte nunca que la religión sea verdadera, a menos que se apodere de ti alguna vez, y que te haga un hombre nuevo. Entonces dirás que hay algo en ella. “De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto testificamos.” Cuando sentimos el cambio que ha obrado en nosotros mismos, entonces hablamos de hechos y no de fantasías, y también hablamos valerosamente. Repetimos, entonces, que Él es “grande para salvar.”

III. Pero ahora la pregunta es: ¿POR QUÉ CRISTO ES “GRANDE PARA SALVAR”? Para esto hay diversas respuestas.

Primero, si tomamos la palabra “salvar” en la acepción popular del término—que, después de todo, aunque sea verdadera, no es su significado pleno—si entendemos que ‘salvación’ quiere decir perdón del pecado y salvación del infierno, Cristo es grande para salvar, *debido a la eficacia infinita de Su sangre expiatoria*. ¡Pecador!, por negro que estés por el pecado, Cristo es capaz esta mañana de volverte más blanco que la nieve recién caída. Tú preguntas por qué. Yo te lo diré. Es capaz de perdonar porque Él fue castigado por tu pecado. Si tú sabes y sientes efectivamente que eres un pecador, si no tienes ninguna esperanza o refugio delante de Dios excepto en Cristo, entonces has de saber que Cristo es

grande para perdonar porque fue castigado una vez por el propio pecado que tú cometiste, y por tanto, Él puede remitirlo libremente porque el castigo fue pagado enteramente por Él mismo.

Siempre que toco este tema me veo tentado a contar una historia; y aunque ya la he contado muchísimas veces a oídos de muchos de ustedes, otros nunca la han oído, y es la manera más sencilla de exponer la fe que tengo en la expiación de Cristo:

En una ocasión un pobre irlandés vino a verme a la sacristía. Se presentó más o menos de esta manera: "su reverencia, vengo a hacerle una pregunta." "En primer lugar"—le respondí—"yo no soy un reverendo, ni podría reclamar ese título; a continuación, ¿por qué no acudes a tu sacerdote para hacerle esa pregunta?" "Bien, su reveren...quiero decir, señor, yo acudí a él, pero no me respondió de una manera muy satisfactoria que digamos, así que me dirijo a usted para preguntarle, y si me respondiera, le daría paz a mi mente pues estoy muy turbado al respecto." "¿Cuál es la pregunta?", le dije. "Pues es esta: usted dice y otros también lo dicen, que Dios es capaz de perdonar el pecado. Ahora bien, yo no puedo ver cómo puede ser justo, y con todo, perdonar el pecado, pues"—dijo el pobre hombre—"yo he sido tan grandemente culpable que si el Dios Todopoderoso no me castigara, *debería hacerlo*; siento que Él no sería justo si permitiera que yo me quedara sin un castigo. ¿Cómo, entonces, señor, puede ser cierto que Él puede perdonar y, sin embargo, puede conservar el título de justo?" "Bien"—le respondí yo—"es por medio de la sangre y de los méritos de Jesucristo." "¡Ah!"—dijo él—"pero entonces yo no entiendo lo que quiere decir con eso. Es el tipo de respuesta que recibí de parte del sacerdote, pero yo quería que me explicara más claramente cómo era que la sangre de Cristo podía hacer a Dios justo. Usted dice que lo hace, pero quiero saber cómo." "Bien, entonces"—dije yo—"te diré lo que me parece que es el sistema completo de la expiación, que yo considero como la quinta esencia, la raíz, la médula y la sustancia de todo el Evangelio. Esta es la manera en la que Cristo es capaz de perdonar: "Supón"—le dije—"que hubieras matado a alguien. Serías un asesino. Serías condenado a morir merecidamente." "Sin duda"—dijo él—"que lo merecería." "Bien, su majestad la reina está muy deseosa de salvar tu vida, y con todo, al mismo tiempo, la justicia universal exige que alguien muera debido al acto que se ha cometido. Ahora bien, ¿cómo habrá de arreglárselas?" El hombre respondió: "He ahí el punto. Yo no puedo ver cómo puede ser inflexiblemente justa y, con todo, permitir que yo escape. "Bien"—comenté—"supón, Pat, que me dirigiera a ella y le dijera: "Su majestad, aquí tenemos a este pobre irlandés que merece ser colgado; yo no quiero apelar la sentencia porque la considero justa; pero, si usted me lo permite, yo lo amo tanto que si me colgara en su lugar, yo estaría muy dispuesto a padecerlo." Pat, supón que ella estuviera anuente a hacerlo y me colgara en tu lugar; ¿qué pasa entonces? ¿Sería justa la reina dejándose ir?" "Sí"—respondió él—"creo que sí. ¿Colgaría la reina a dos por un solo delito? Yo diría que no. Yo saldría libre y no hay ningún policía que me detendría por ello." "¡Ah!"—comenté yo—"así es como Jesús salva.

‘Padre’—dijo Él—Yo amo a estos pobres pecadores; ¡permite que padezca en vez de ellos!” ‘Sí’—dijo Dios— ‘lo harás’; y murió en el madero y sufrió el castigo que todo Su pueblo elegido debería haber sufrido, de tal manera que ahora todos los que creen en Él—comprobando de esa manera que son Sus elegidos—pueden concluir que Él fue castigado por ellos, y que, por tanto, ellos no pueden ser castigados nunca.” “Bien”—dijo él, mirándome a la cara una vez más—“entiendo lo que quiere decirme; pero ¿cómo es que si Cristo murió por todos los hombres, a pesar de eso, algunos hombres son castigados de nuevo? Pues eso es injusto.” “¡Ah!” —le respondí— “yo nunca te dije eso. Yo te digo que Él murió por todos los que creen en Él, y por todos los que se arrepienten, y que fue castigado por sus pecados, tan absoluta y realmente, que ninguno de ellos será castigado de nuevo jamás.” “Claro”—dijo el hombre batiendo sus palmas, “ese es el Evangelio; si no lo es, entonces no sé nada, pues nadie pudo haber inventado eso; es tan prodigioso. ¡Ah!” —dijo él mientras bajaba las escaleras, “Pat es salvo ahora; cargado con todos sus pecados, Pat va a confiar en el Hombre que murió por él, y así será salvo.”

Querido oyente, Cristo es grande para salvar, porque Dios no apartó la espada sino que la hundió en el corazón de Su propio Hijo. Él no perdonó la deuda ya que fue pagada con gotas de sangre preciosa, y ahora el gran recibo está clavado en la cruz, y nuestros pecados con él, de tal manera que podemos quedar libres si creemos en Él. Por esta razón Él es “grande para salvar,” en el verdadero sentido de la palabra.

Pero en el sentido amplio de la palabra—entendiendo que quiere decir todo lo que he dicho que significa—Él es “grande para salvar.” ¿Cómo es que Cristo es capaz de hacer que los hombres se arrepientan, que crean y que se vuelvan a Dios? Alguien responde: “pues bien, por la elocuencia de los predicadores.” ¡Dios no quiera que digamos eso jamás! No es “con ejército, ni con fuerza.” Otros responden así: “Es por la fuerza de la persuasión moral.” Dios no quiera que digamos “sí” a eso; pues la persuasión moral ya ha sido probada en el hombre lo suficiente, y con todo, no ha tenido éxito. ¿Cómo lo lleva a cabo? Respondemos que por medio de algo que algunos de ustedes desprecian, pero que, sin embargo, es un hecho. Lo hace por la influencia omnipoente de Su Divino Espíritu. Mientras las personas están oyendo la palabra, el Espíritu Santo obra el arrepentimiento en aquellos a los que Dios habrá de salvar. Él cambia el corazón y renueva el alma. Es verdad que la predicación es el instrumento, pero el Espíritu Santo es el grandioso agente. Es cierto que la verdad es el instrumento de la salvación, pero el Espíritu Santo es quien aplica la verdad que salva el alma. ¡Ah!, y con este poder del Espíritu Santo podemos ir a los seres humanos más envilecidos y degradados y no hemos de temer que Dios no los salve. Si le agradara a Dios, el Espíritu Santo podría hacer que cada uno de ustedes cayera de rodillas, confessara sus pecados, y se volviera a Dios en este instante. Él es un Espíritu Todopoderoso, capaz de obrar prodigios.

Leemos en la vida de Whitefield que algunas veces, después de la predicación de uno de sus sermones, dos mil personas profesaban a la vez

haber sido salvadas, y realmente muchas de ellas lo eran. Nosotros nos preguntamos por qué sucedía así. En otros momentos, predicaba de manera igualmente poderosa, pero ni una sola alma era salvada. ¿Por qué? Porque en un caso el Espíritu Santo acompañaba a la Palabra y en el otro caso no. Todo el resultado celestial de la predicación se debe al Espíritu Divino enviado de lo alto. Yo no soy nada; mis hermanos en el ministerio no son nada en absoluto; es Dios quien hace todo. “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor.” Ha de ser “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos.” ¡Anda, pobre ministro! Tú no tienes ningún poder para predicar con una pulida dicción y con un elegante refinamiento; anda y predica como puedas. El Espíritu puede hacer que tus débiles palabras sean más poderosas que la elocuencia más cautivadora. ¡Ay, ay, por la oratoria! ¡Ay, por la elocuencia! Ha sido probada lo suficiente. Hemos tenido expresiones pulidas, y frases compuestas con finura; pero ¿en dónde ha sido salvada la gente por esas cosas? Hemos tenido un lenguaje grandilocuente y recargado; pero, ¿dónde han sido renovados los corazones? Pero ahora, “por la locura de la predicación,” por la sencilla comunicación que hace un niño de la Palabra de Dios, le agrada a Él salvar a los que creen y salvar a los pecadores del error de sus caminos. ¡Que Dios haga válida Su Palabra otra vez esta mañana!

IV. El cuarto punto era: ¿CUÁLES SON LAS INFERENCIAS QUE SE HAN DE EXTRAER DEL HECHO DE QUE JESUCRISTO ES GRANDE PARA SALVAR?

Pues bien, primero, hay un hecho que tienen que aprender los ministros: que deben esforzarse por predicar con fe, sin vacilaciones. “Oh Dios”—clama el ministro algunas veces, estando de rodillas—“yo soy débil; les he predicado a mis oyentes, y he llorado por ellos; he gemido por ellos, pero no quieren volverse a Ti. Sus corazones son como la muela inferior del molino; no quieren llorar por el pecado, ni tampoco quieren amar al Salvador.” Luego me parece que veo al ángel que está de pie junto a él y que le susurra a su oído: “tú eres débil, pero Él es fuerte; tú no puedes hacer nada, pero Él es ‘grande para salvar’.” Medita en esto. No es el instrumento, sino Dios. No es la pluma con la que escribe el autor la que ha de recibir la alabanza de su sabiduría ni el reconocimiento por haber escrito el volumen, sino que es el cerebro que lo piensa y la mano que mueve la pluma. Lo mismo sucede en la salvación. No es el ministro, no es el predicador, sino el Dios que concibe la salvación y que después usa al predicador para realizarla. ¡Ah!, pobre predicador desconsolado, si sólo has obtenido poco fruto por tu ministerio, continúa teniendo fe, recordando que está escrito: “Mi palabra... no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.” Prosigue con tu labor; ten buen ánimo. Dios te ayudará. Él te ayudará y lo hará pronto.

Además, aquí tenemos otro aliciente para los hombres y mujeres que oran pidiéndole a Dios por sus amigos. Madre, tú has estado gimiendo

por tu hijo durante muchos años; él ya es un adulto y ha abandonado tu techo, pero tus oraciones no han sido escuchadas. Eso es lo que tú crees. Él está tan tranquilo como siempre; todavía no ha hecho que tu pecho se alegre. Algunas veces piensas que llevará tus canas con tristeza a la tumba. Sólo fue ayer que dijiste: "voy a darme por vencida respecto a él, no voy a orar por él nunca más." ¡Detente, madre, detente! ¡Por todo lo que es santo y todo lo que es celestial, alto! No tomes otra vez esa resolución; ¡comienza de nuevo! Tú has orado por él; tú lloraste sobre su frente infantil, cuando estaba en su cuna; tú le enseñaste cuando llegó al uso de razón, y le has advertido con frecuencia desde entonces, aunque no ha servido de nada. ¡Oh!, no renuncies a tus oraciones, pues recuerda que Cristo es "grande para salvar." Pudiera ser que Él espera para otorgar la gracia, y te mantiene en la espera para que conozcas más de Su clemencia cuando llegue la misericordia. Pero continúa orando. Me he enterado acerca de madres que han orado por sus hijos durante veinte años; sí, y de algunas que han muerto sin ver a sus hijos convertidos, y entonces su propia muerte fue el instrumento de la salvación de sus hijos, conduciéndolos a pensar. Sabemos de un padre que había sido un hombre piadoso durante muchos años, y con todo, nunca tuvo la dicha de ver convertido a ninguno de sus hijos. Tenía a sus hijos en torno a su lecho y les dijo al tiempo de morir: "Hijos míos, moriría en paz si pudiera creer que ustedes me seguirán al cielo; pero esto es lo más afflictivo de todo: no que me estoy muriendo, sino que los estoy dejando para no volver a verlos jamás." Ellos lo miraron, pero no estaban dispuestos a reflexionar en sus caminos. Se marcharon. Su padre se vio sobrecogido de pronto por grandes nubes y por oscuridad de mente; en vez de morir apacible y dichosamente, murió experimentando gran miseria de alma, pero confiando siempre en Cristo. Al morir, musitó: "¡Oh!, que hubiera muerto una muerte feliz, pues eso habría sido un testimonio para mis hijos; pero ahora, oh Dios, esta oscuridad y estas nubes han suprimido en cierta medida mi poder de dar testimonio de la verdad de Tu religión." Bien, él murió, y fue enterrado. Los hijos asistieron al funeral. Al día siguiente, uno de ellos le dijo a su hermano: "¡Hermano, he estado pensando; nuestro padre fue siempre un hombre piadoso, y si a pesar de ello, su muerte fue una muerte muy lúgubre, cuánto más lúgubre será la nuestra, sin Dios y sin Cristo!" "¡Ah!"—respondió el otro—"ese pensamiento me sacudió a mí también." Ellos subieron a la casa de Dios, oyeron la Palabra de Dios, regresaron a casa y se pusieron de rodillas en oración, y para su sorpresa descubrieron que el resto de la familia había hecho lo mismo, y que el Dios que no había respondido nunca la oración del padre en vida, la respondió después de su muerte, y por medio de su muerte también y precisamente por esa muerte que se veía como improbable de obrar la conversión de alguien. ¡Continúa orando, entonces, hermana mía; continúa orando, hermano mío! Dios aun llevará a tus hijos y a tus hijas a Su amor y temor, y tú te regocijarás por ellos en el cielo, si no lo hicieras nunca en la tierra.

Y finalmente, mis queridos oyentes, hay muchas personas aquí esta mañana que no sienten ningún amor por Dios, ni ningún amor por Cristo, pero sienten un deseo de amarlo en sus corazones. Ustedes están diciendo: “¡Oh!, ¿puede Él salvarme? ¿Puede ser salvado un ser despreciable como yo?” Ahí estás parado en lo denso de la multitud, y ahora estás diciendo en tu interior: “¿Podré un día cantar en medio de los santos en lo alto? ¿Puedo ver que mis pecados sean borrados por la sangre divina?” “Sí, pecador, Él es ‘grande para salvar’ y eso es un consuelo para ti.” ¿Te consideras tú el peor de los hombres? ¿Te golpea la conciencia como con un puño de hierro, y dice que todo ha terminado contigo, que estarás perdido, que tu arrepentimiento no te servirá de nada, que tus oraciones no serán escuchadas nunca, que tú estarás perdido para todos los fines y propósitos? Mi querido oyente, no pienses así. Él es “poderoso para salvar.” Si tú no puedes orar, Él puede ayudarte a hacerlo; si tú no puedes arrepentirte, Él puede darte el arrepentimiento; si sientes que es difícil creer, Él puede ayudarte a creer, pues Él es exaltado en lo alto para dar arrepentimiento, así como para dar remisión de pecados. Oh, pobre pecador, confía en Jesús; apóyate en Él. Clama, y que Dios te ayude a hacerlo ahora, el primer domingo del año; que Él te ayude este mismo día a confiar tu alma a Jesús, y este será uno de los mejores años de tu vida. “Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” Vuélvanse a Jesús, ustedes, almas desfallecidas; vayan a Él, pues he aquí, Él les pide que vengan. “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida,” y tenga la gracia de Cristo gratuitamente. Esto predicho a ustedes, y a todos los que están dispuestos a recibirlo, ya les ha sido dado.

Que Dios por Su gracia los haga anuentes, y salve sus almas, por medio de Jesucristo nuestro Señor y Salvador. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #111—Volume 3
A MIGHTY SAVIOR

Confesión de Pecado— Un Sermón con Siete Textos NO. 113

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 18 DE ENERO, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

Mi sermón de esta mañana se apoyará en siete textos, y, sin embargo, me atrevería a decir que no habrá ni tres palabras diferentes en la totalidad de ellos, pues sucede que los siete textos son todos semejantes, a pesar de que se encuentran en siete diferentes porciones de la santa Palabra de Dios. Sin embargo, necesito utilizarlos a todos para ejemplificar diferentes casos. Debo pedirles a los que trajeron sus Bibles que se refieran a los textos conforme los vaya mencionando.

El tema del sermón de esta mañana será: LA CONFESIÓN DEL PECADO. Nosotros sabemos que esto es absolutamente necesario para la salvación. A menos que haya una verdadera confesión de corazón a Dios de nuestro pecado, no tenemos ninguna promesa de que encontraremos misericordia por medio de la sangre del Redentor. “Mas el que confiesa (*los pecados*) y se aparta (*de ellos*) alcanzará misericordia.” Pero no hay ninguna promesa en la Biblia para el hombre que no confiese sus pecados.

Sin embargo, como sucede con cada punto de la Escritura, hay un riesgo de que estemos engañados, y muy especialmente en el tema de la confesión del pecado. Hay muchos que hacen una confesión, y una confesión delante de Dios, pero, a pesar de ello, no reciben ninguna bendición, porque su confesión no contiene ciertas señales que son requeridas por Dios como demostración de que son genuinas y sinceras y que prueban que se trata de la obra del Espíritu Santo.

En esta mañana mi texto consta de dos palabras, “He pecado.” En unos casos de tres, “Yo he pecado.” Y ustedes verán cómo estas palabras, en labios de diferentes hombres, indican sentimientos muy diferentes. Mientras que uno dice “he pecado,” y recibe el perdón, otro que analizaremos dice: “he pecado” y prosigue su camino para ennegrecerse con peores crímenes que antes, y sumergirse en mayores profundidades de pecado que hasta ese punto hubiere experimentado.

El Pecador Endurecido Faraón: “He pecado.” Éxodo 9:27.

I. El primer caso que voy a presentar ante ustedes es el del PECADOR ENDURECIDO, que cuando está bajo el terror dice: “he pecado.” Y podrán encontrar el texto en el libro de Éxodo, en el capítulo 9 y ver-

sículo 27: “Entonces Faraón envió a llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo: He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos.”

Pero, ¿por qué se dio esta confesión de labios del tirano altivo? El Faraón no acostumbraba humillarse delante de Jehová. ¿Por qué se inclina el orgulloso? Ustedes podrán juzgar sobre el valor de su confesión cuando oigan las circunstancias bajo las cuales fue hecha.

“Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y Jehová hizo tronar y granizar, y el fuego se descargó sobre la tierra; y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto. Hubo, pues, granizo, y fuego mezclado con el granizo, tan grande, cual nunca hubo en toda la tierra de Egipto desde que fue habitada.”

“Ahora” –dice Faraón, cuando el trueno está retumbando a lo largo del cielo, y los relámpagos están prendiendo fuego al propio suelo, y el granizo está cayendo en grandes trozos de hielo, ahora, dice él: “he pecado.” Faraón no es sino un tipo y un espécimen de multitudes de personas de la misma clase.

Cuántos rebeldes empedernidos a bordo de un barco—cuando los maderos se ven forzados y crujen, cuando el mástil está roto, y el barco es arrastrado por la corriente y azotado por el temporal, cuando las hambrientas olas abren sus fauces para tragarse al barco entero y a los tripulantes vivos, como son tragados los que descienden al Seol—cuántos marineros empedernidos han doblado su rodilla, y con lágrimas en sus ojos han clamado: “¡he pecado!”

Pero, ¿de qué provecho y de qué valor fue su confesión? El arrepentimiento que nació en la tormenta murió en la calma; ese arrepentimiento que fue engendrado en medio de los truenos y de los rayos, fenició tan pronto todo fue acallado en la quietud, y el hombre que era un pío marinero cuando se encontraba a bordo del barco, se convirtió en el más malvado y abominable de los marinos cuando puso su pie sobre *terra firma* (en tierra firme).

¿Cuán a menudo, también, no hemos visto esto en una tormenta de truenos y relámpagos? Las mejillas de muchos empalidecen cuando oyen el retumbo de los truenos. Cuando las vigas de sus casas están temblando, y el propio suelo a sus pies está vacilando ante la voz de Dios llena de majestad, las lágrimas brotan de sus ojos y claman: “¡oh Dios, he pecado! ¡Pero ay, por ese arrepentimiento! Cuando el sol brilla de nuevo, y las nubes negras se disipan, el pecado viene de nuevo sobre el hombre, y él se torna peor que antes.

¡Cuántas confesiones del mismo tipo, también, hemos visto en los tiempos del cólera, y de la fiebre y de la pestilencia! Entonces nuestras iglesias se han visto atiborradas de oyentes, que, debido a que tantos funerales han traspasado por sus puertas, o debido a que tantos han fallecido en las calles, no podían dejar de subir a la casa de Dios para confesar sus pecados. Y por causa de esa visitación, cuando una, dos, o tres personas han muerto en la propia casa, o en la casa vecina, ¡cuántos han pensado que realmente se volverían a Dios! Pero, ¡ay!, cuando la pestilencia hubo cumplido su tarea, la convicción cesó; y

cuando la campana hubo tañido por última vez por una muerte causada por el cólera, entonces sus corazones cesaron de latir con penitencia, y sus lágrimas dejaron de brotar.

¿Cuento en esta mañana con algunas personas de esas? No dudo que cuente con personas empedernidas que escarnecerían a la propia de religión, que me considerarían un farsante y un hipócrita si me esforzara por convencerlos de la religión, pero que saben muy bien que la religión es verdadera, ¡y que lo sienten en sus momentos de terror! Si hay aquí esta mañana algunas personas de esas, permítanme decírles solemnemente: “señores, ustedes han olvidado los sentimientos que experimentaron en sus horas de alarma; pero, recuerden, Dios no ha olvidado los votos que hicieron entonces.”

Marinero, tú dijiste que si Dios te daba vida para ver otra vez la tierra firme, serías Su siervo; no lo eres; has mentido contra Dios; le has hecho una falsa promesa, pues nunca has cumplido el voto que tus labios expresaron.

Tú dijiste, sobre el lecho de enfermo, que si Dios te daba la vida, no pecarías nunca más como lo hiciste antes; pero aquí estás, y tus pecados de esta semana hablarán por ellos mismos. No eres nada mejor de lo que eras antes de tu enfermedad. ¿Acaso podrías mentir a tu semejante y quedar sin censura? ¿Y piensas tú que vas a mentir contra Dios y quedar sin castigo? No; el voto, aunque haya sido hecho imprudentemente, es registrado en el cielo; y aunque sea un voto que el hombre no pueda cumplir, sin embargo, como es un voto que él mismo ha hecho, y que además, lo ha hecho voluntariamente, será castigado por su falta de cumplimiento; y Dios ejecutará venganza en contra de él al final, porque dijo que se volvería de sus caminos, y luego, cuando la desgracia hubo concluido, no lo cumplió.

Un gran clamor se ha elevado recientemente en contra de los permisos de salida de los reos; no tengo ninguna duda que hay algunos hombres aquí que delante del alto cielo están en la misma posición que los reos con permiso de salida están en relación a nuestro gobierno. Estaban a punto de morir, según pensaban; prometieron portarse bien si se les podía perdonar, y están hoy aquí con permiso de salida en este mundo: ¿y cómo han cumplido su promesa? La justicia podría alzar el mismo clamor contra ellos como lo alzan las personas en contra de los ladrones que son dejados en libertad tan constantemente en medio de nosotros.

El ángel vengador podría decir: “oh Dios, estos hombres dijeron que si se les perdonaba serían mucho mejores; pero solamente son peores. ¡Cómo han violado su promesa, y cómo han atraído la ira divina sobre sus cabezas!

Este es el primer estilo de penitencia; y es un estilo que yo espero que nadie imite, pues es completamente inútil. De nada les sirve decir: “he pecado,” simplemente bajo la influencia del terror, para luego olvidarlo posteriormente.

El Hombre de Doble Ánimo

Balaam: “He pecado.” Números 22:34.

II. Ahora vamos con un segundo texto. Les voy a presentar otro carácter: *el hombre de doble ánimo*, que dice: “he pecado,” y siente que ha pecado, y lo siente incluso profundamente, pero que es de mente tan mundana, que “ama el premio de la maldad.” El personaje que he elegido para ilustrar esto, es *Balaam*. Vayan al libro de Números, al capítulo 22 y versículo 34: “Entonces Balaam dijo al ángel de Jehová: He pecado.”

“He pecado,” dijo Balaam; sin embargo, prosiguió después con su pecado. Uno de los caracteres más extraños del mundo entero es Balaam. A menudo me he maravillado ante ese hombre; él pareciera encarnar realmente, en otro sentido, los versos de Ralph Erskine:

**“Al bien y al mal igualmente inclinado,
Y a la vez un diablo y un santo.”**

Pues realmente parecía ser ambas cosas. En algunos momentos, nadie podía hablar más elocuentemente y más verazmente, y en otros momentos Balaam exhibía la más ruin y sórdida avaricia que pudiera deshonrar a la naturaleza humana.

Imagínense que están viendo a Balaam: está parado en la cumbre del cerro, y allí están las multitudes de Israel a sus pies; se le pide que los maldiga, y clama: “¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo?” Y cuando Dios abre los ojos de Balaam, comienza a hablar incluso de la venida de Cristo, y dice: “Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca.” Y luego concluye su disertación diciendo: “Muera yo la muerte de los rectos, y mi postrimería sea como la suya.”

Y ustedes dirían de ese hombre que es un carácter esperanzador. Esperen a que baje de la cima del monte, y le oirán dar el más diabólico consejo al rey de Moab, un consejo que era posible que el propio Satanás lo sugiriera. Balaam le dijo al rey: “no podrías vencer a este pueblo en la batalla, pues Dios está con ellos; intenta alejarlos de su Dios.” Y ustedes saben cómo los habitantes de Moab, con lascivias desvergonzadas trataron de alejar a los hijos de Israel de la lealtad a Jehová. De tal forma que este hombre parecía tener la voz de un ángel en un momento, y, sin embargo, la propia alma de un diablo en sus entrañas. Él era un personaje terrible; él era un hombre de dos propósitos, un hombre que iba en gran medida hasta el fin siguiendo dos propósitos.

Yo sé que la Escritura dice: “Ninguno puede servir a dos señores.” Ahora, esto es malentendido con frecuencia. Algunos lo leen: “Ninguno puede servir a dos señores.” Sí puede; puede servir a tres o a cuatro. La manera de leerlo es esta: “Ninguno puede servir a dos señores.” Ambos no pueden ser señores. Puede servir a dos, pero ambos no pueden ser su señor. Un hombre puede servir a dos que no sean sus señores, o podría servir hasta veinte; él podría vivir para veinte propósi-

tos diferentes, pero no puede vivir para más de un propósito rector, pues sólo puede haber un propósito rector en su alma.

Pero Balaam se esforzaba por servir a dos señores; era como la gente de la que se decía: “Temián a Jehová, y honraban a sus dioses.” O como Rufus, que era una hogaza de pan de la misma levadura; pues ustedes saben que nuestro antiguo rey Rufus pintó a Dios de un lado de su escudo, y al diablo del otro, y abajo escribió el lema: “disponible para los dos; sigo al que pueda.”

Hay muchas personas de ese estilo que están listas para ambos. Cuando se encuentran con un ministro, cuán píos y santos son; el día domingo esas personas son la gente más respetable e íntegra del mundo, según pensarias; en verdad, hasta afectan un amaneramiento al hablar, afectación que consideran eminentemente religiosa. Pero en los días de semana, si quisieras encontrar a los mayores pillos y tramposos, son precisamente algunos de esos hombres que son tan mojigatos en su piedad.

Ahora, tengan la seguridad, mis queridos lectores, que ninguna confesión de pecado puede ser genuina a menos que sea hecha de todo corazón. De nada sirve decir: “he pecado,” y luego seguir pecando. “He pecado,” dices tú, y muestras un rostro sereno, muy sereno; pero, ¡ay!, ¡ay!, por ese pecado que cometerás cuando te alejes. Algunos hombres parecieran haber nacido con dos temperamentos.

Cuando estaba en la biblioteca de Trinity College, Cambridge, observé una hermosa estatua de Lord Byron. El bibliotecario me dijo: “párese aquí, señor.” Miré, y dije. “¡qué hermoso rostro intelectual! ¡Qué gran genio era!” “Pase por aquí”—me dijo—“al otro lado.” “¡Ah, qué demonio! Allí está el hombre que desafió a la Deidad.” Parecía tener tan mal cariz y tan terrible mirada en su rostro que semejaban la pintura que Milton hizo de Satanás cuando dijo: “mejor reinar en el infierno que servir en el cielo.” Yo me alejé y le dije al bibliotecario: “¿crees que el artista diseñó esto?” “Sí”—respondió—“deseaba pintar los dos caracteres: el grande, grandioso, el casi sobrehumano genio que poseía, y también la enorme masa de pecado que albergaba en su alma.”

Hay algunos hombres de ese mismo tipo. Me atrevo a decir que, como Balaam, quisieran demolerlo todo usando como argumento sus encantos; podrían obrar milagros; y, sin embargo, al mismo tiempo, hay algo en ellos que revela un horrido carácter de pecado, tan grande como el que parecería ser su carácter por la justicia.

Balaam, ustedes saben, ofreció sacrificios a Dios sobre el altar de Baal: ese era justamente el tipo de su carácter. Muchos lo hacen; ofrecen sacrificios a Dios en el santuario de Mamón; y aunque dan para la construcción de una iglesia, y distribuyen a los pobres, en la puerta contigua de su despacho trituran al pobre por pan y exprimen la propia sangre de la viuda, para poder enriquecerse. ¡Ah!, es inútil y vano que digas: “he pecado” a menos que quieras decirlo de todo corazón. Esa confesión del hombre de doble ánimo no sirve de nada.

El Hombre Insincero

SAÚL: “He pecado.” 1 Samuel 15:24.

III. Ahora un tercer carácter y un tercer texto. Lo encontramos en el primer libro de Samuel, en el capítulo 15 y versículo 24: “Yo he pecado.”

Aquí tenemos a un *hombre insincero*: el hombre que no es como Balaam, sincero hasta cierto punto en dos propósitos; sino el hombre que es exactamente lo contrario: que no tiene un punto prominente en su carácter del todo, sino que es moldeado permanentemente por las circunstancias que atraviesan sobre su cabeza.

Saúl era un hombre así. Samuel lo reprendió y él dijo: “Yo he pecado.” Pero no quiso decir lo que dijo, pues si leen el versículo completo lo encontrarán diciendo: “Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, *porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos*,” lo cual era una excusa mentirosa.

Saúl nunca le temió a nadie; siempre estaba muy listo para hacer su propia voluntad: él era un déspota. Y justo antes había aducido otra excusa: que había salvado los novillos y las ovejas para ofrecerlos a Jehová, y por tanto, ambas excusas no podían haber sido verdaderas.

Ustedes recuerdan, amigos míos, que la característica más prominente del carácter de Saúl era su insinceridad. Un día sacó a David de su cama—como él pensaba—para matarlo en su casa. En otro momento declara: “Vuélvete, hijo mío David, que ningún mal te haré más.” Un día, debido a que David le salvó su vida, Saúl dijo: “Más justo eres tú que yo; no te perseguiré más,” y eso lo dijo el día antes de salir a luchar contra su propio yerno, para matarlo. Algunas veces Saúl estaba en medio de los profetas, fácilmente convertido en profeta, y luego, posteriormente, entre las adivinas; algunas veces estaba en un lugar, y luego estaba en otro lugar, siendo insincero en todo.

Cuántas de esas personas tenemos en cada asamblea cristiana; ¡hombres que son fácilmente moldeables! Siempre están de acuerdo contigo sin importar lo que les digas. Tienen disposiciones afectuosas, y muy probablemente una tierna conciencia; pero entonces la conciencia es tan notablemente tierna que cuando se toca, cede, y temes explorar más profundamente: sana tan pronto es herida.

Debo usar ahora una comparación muy singular que usé alguna vez anteriormente: hay algunos hombres que parecieran tener corazones de caucho. Si simplemente los tocas, queda una seña al instante; pero no sirve de nada, pues se restaura a su forma original. Podrías presionarlos lo que quisieras y son tan elásticos que siempre puedes lograr tu propósito; mas, sin embargo, no tienen un carácter fijo, y pronto vuelven a ser lo que eran antes.

Oh, señores, demasiados de ustedes han hecho lo mismo; han inclinado sus cabezas en la iglesia, y han dicho: “Hemos errado y nos

hemos extraviado de tus caminos”; pero no tenían la intención de decir lo que dijeron. Te has acercado a tu ministro; has dicho: “me arrepiento de mis pecados”; pero no sentías que eras pecador; sólo lo dijiste para agradar al ministro. Y ahora asistes a la casa de Dios; nadie es más impresionable que tú; las lágrimas ruedan por tus mejillas en un momento, mas sin embargo, a pesar de todo ello, las lágrimas se secan tan rápidamente como brotaron, y tú permaneces para todos los fines y propósitos, siendo el mismo que eras antes. Decir “yo he pecado” de una manera artificial, es algo peor que inútil, pues es una burla en contra de Dios confesar así con insinceridad de corazón.

He sido breve en mis comentarios sobre este carácter; pues parecería que está relacionado al de Balaam; aunque cualquier ser pensante vería de inmediato que hay un contraste real entre Saúl y Balaam, a pesar de que hay una afinidad entre ambos. Balaam fue el gran hombre malo, grande en todo lo que hizo; Saúl fue pequeño en todo, excepto en la estatura: pequeño en su bien y pequeño en su vicio; y era demasiado necio para ser desesperadamente malo, aunque demasiado perverso para ser bueno en algún momento: mientras que Balaam fue grande en ambos sentidos: fue un hombre que en un momento pudo desafiar a Jehová, y, sin embargo, en otro momento, pudo decir: “Aunque Balac me diese su casa llena de plata y oro, no puedo traspasar la palabra de Jehová mi Dios para hacer cosa chica ni grande.”

El Penitente Dudoso **ACAN: “Yo he pecado.” Josué 7:20.**

IV. Y ahora tengo que presentarles un caso muy interesante; es el caso del penitente dudoso, el caso de Acán, en el libro de Josué, en su capítulo 7, y versículo 20: “Y Acán respondió a Josué diciendo: verdaderamente yo he pecado.”

Ustedes saben que Acán robó una parte de los despojos de la ciudad de Jericó, hecho que fue descubierto por suertes, y fue condenado a muerte. He escogido este caso como representativo de algunas personas cuyo carácter es ambiguo en su lecho de muerte; personas que se arrepienten aparentemente, pero de quienes lo más que podemos decir es que esperamos que sus almas sean salvas al fin, aunque en verdad no lo sepamos.

Acán—ustedes están conscientes de ello—fue apedreado por contaminar a Israel. Pero yo encuentro en la Misná, una antigua exposición judía de la Biblia, estas palabras: “Josué dijo a Acán, el Señor te turbará *en este día*.” Y la nota acerca del texto es: “dijo *en este día*, implicando que iba a ser turbado únicamente en esta vida, al ser lapidado hasta morir, pero que Dios tendría misericordia de su alma, en vista de que hizo una plena confesión de su pecado.” Y yo también, al leer este capítulo, estoy inclinado a coincidir con la idea de mi venerable y ahora glorificado predecesor, el doctor Gill, en la creencia que Acán realmente fue salvo, aunque, como un ejemplo, fue castigado con la

muerte por el crimen. Pues ustedes pueden observar cuán amablemente habló Josué a Acán. Él le dijo: “Hijo mío, da gloria a Jehová el Dios de Israel, y dale alabanza, y déclárame ahora lo que has hecho; no me lo encubras.” Y descubrimos a Acán haciendo una muy plena confesión. Él confiesa: “Verdaderamente yo he pecado contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho. Pues vi entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro de peso de cincuenta siclos, lo cual codicié y tomé; y he aquí que está escondido bajo tierra en medio de mi tienda, y el dinero debajo de ello.” Parece una confesión tan plena, que si se me permitiera juzgar, yo diría: “espero conocer a Acán el pecador delante del trono de Dios.”

Pero encuentro que Matthew Henry no comparte esa opinión; y muchos otros expositores consideran que de la misma manera que su cuerpo fue destruido, también lo fue su alma. Por tanto, he seleccionado su caso como representativo de un dudoso arrepentimiento.

¡Ah!, queridos amigos, me ha tocado en suerte estar junto a muchos lechos de muerte, y ver muchos arrepentimientos como este; he visto al hombre, cuando ha sido reducido a un esqueleto, sostenido por las almohadas en su cama; y ha dicho, cuando le he hablado del juicio venidero: “señor, siento que he sido culpable, pero Cristo es bueno; yo confío en Él.” Y yo he dicho dentro de mí: “yo creo que el alma de ese hombre es salva.” Pero siempre me he alejado con la melancólica reflexión que no recibí pruebas de ello, más allá de sus palabras; pues se requiere de pruebas en actos y en vida futura, para poder sostener una firme convicción sobre la salvación de un hombre.

Ustedes saben ese importante hecho, que un médico guardó una vez un registro de mil personas que creían que se estaban muriendo, y que él creía que eran penitentes; él escribió sus nombres en un libro como personas que, si hubiesen muerto, habrían ido al cielo; esas personas no murieron, sino que vivieron; y él comenta que de las mil personas no hubo ni tres que fueran verdaderamente convertidas después, sino que regresaron otra vez a sus pecados y fueron tan malas como siempre.

¡Ah!, queridos amigos, yo espero que ninguno de ustedes tenga un arrepentimiento en su lecho de muerto como aquellos; yo espero que su ministro o que sus padres no tengan que estar junto a su lecho, y luego se alejen y tengan que decir: “pobre individuo, yo espero que sea salvo. Pero, ¡ay!, los arrepentimientos a la hora de la muerte son cosas muy endebles; son bases tan pobres y tan triviales para la esperanza, que me temo que, después de todo, su alma esté perdida.”

¡Oh, morir con una plena certidumbre! ¡Oh, morir con una abundante prueba, dejando atrás un testimonio que hemos partido de esta vida en paz! Esa es una manera más feliz de morir que hacerlo de una manera dudosa, yaciendo enfermo, estando suspendido entre dos mundos sin que sepamos ni nosotros ni nuestros amigos a cuál de los dos mundos nos dirigimos. ¡Que Dios nos conceda gracia para que

demos en nuestras vidas evidencias de verdadera conversión, para que nuestro caso no sea dudoso!

El Arrepentimiento de la Desesperación JUDAS: “Yo he pecado.” Mateo 27:4.

V. No los detendré por largo tiempo, así confío, pero debo darles ahora otros caso malo; el peor de todos. Es el ARREPENTIMIENTO DE LA DESPERACIÓN. Vayan por favor al capítulo 27 y versículo 4 de Mateo. Allí encontrarán un terrible caso del arrepentimiento de la desesperación. Ustedes reconocerán al personaje en el instante de leer el versículo: “Diciendo: yo he pecado.” Sí, Judas, el traidor, que había traicionado a su Señor, cuando vio que su Señor era condenado, “devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado entregando sangre inocente. . . Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió. . .” ¿y qué pasó? “Y se ahorcó.”

Aquí tenemos el peor tipo de arrepentimiento de todos; de hecho, no sé si tenga justificación llamarlo arrepentimiento; debería ser llamado remordimiento de conciencia. Pero Judas, en efecto, confesó su pecado, y luego salió y fue y se ahorcó.

¡Oh!, esa horrenda, esa terrible, esa espantosa confesión de desesperación. ¿No la han visto nunca? Si nunca lo han hecho, entonces bendigan por no haber sido llamados nunca a ver ese espectáculo. Yo lo he visto una vez en mi vida, y le pido a Dios que no tenga que verlo de nuevo: el arrepentimiento del hombre que ve a la muerte mirándole en el rostro, y que dice: “yo he pecado.” Tú le dices que Cristo ha muerto por los pecadores, pero él responde: “no hay esperanza para mí; yo he maldecido a Dios en Su cara; yo lo he desafiado; yo sé que mi día de gracia ya pasó; mi conciencia está asustada como un hierro candente; me estoy muriendo, ¡y yo sé que estaré perdido!

Un caso como ese sucedió hace mucho tiempo, ustedes saben, y está registrado—el caso de Francis Spira—el caso más terrible, tal vez, excepto el caso de Judas, que esté registrado en la memoria del hombre.

¡Oh!, mis lectores, ¿tendrá alguno de ustedes ese arrepentimiento? Si lo tuvieren, será como un faro para todas las personas que pequen en el futuro; si tienen un arrepentimiento como ese, será una advertencia para las generaciones venideras.

En la vida de Benjamín Keach—y él también fue uno de mis predecesores—encuentro el caso de un hombre que había sido un profesante de la religión, pero que se había apartado de la profesión, y había caído en terrible pecado. Cuando llegó la hora de su muerte, Keach, con muchos otros amigos, fue a verlo, pero no pudieron quedarse con él por más de cinco minutos cada uno; pues él decía: “vete; es inútil que vengas a mí; he pecado contra el Espíritu Santo, alejándolo; soy como Esaú, pues he vendido mi primogenitura, y aunque la busco

cuidadosamente con lágrimas, no puedo encontrarla de nuevo.” Y luego repetía palabras terribles, como estas: “mi boca está llena de cascachos y bebo ajenjo día y noche. ¡No me digan nada de Cristo, no me digan nada de Cristo! Yo sé que Él es un Salvador, pero lo odio y Él me odia. ¡Yo sé que debo morir; yo sé que debo perecer!” Y luego se sucedían gritos lastimeros, y ruidos horrendos, que nadie podía tolerar. Ellos regresaban otra vez en sus plácidos momentos sólo para excitarlo una vez más y hacerlo gritar en su desesperación: “¡estoy perdido! ¡Estoy perdido! ¡No tiene caso que me digan algo al respecto!”

¡Ah!, pudiese haber un hombre aquí que llegue a tener una muerte como esa; permítanme advertirle, antes de que llegue a ella; y que Dios el Espíritu Santo conceda que ese hombre pueda ser vuelto a Dios, y hecho un verdadero penitente, y entonces no necesita tener más miedo; pues sus pecados han sido lavados en la sangre de un Salvador, y no necesita tener ningún remordimiento por sus pecados, pues le son perdonados por medio del Redentor.

El Arrepentimiento del Santo.
JOB: “Pequé.” Job 7:20.
(Versión 1909)

VI. Y ahora vengo a la plena luz del día. Los he estado llevando a lo largo de oscuras y funestas confesiones; no los detendré allí por más largo tiempo, sino que los llevaré a las dos buenas confesiones que les he leído. La primera es la de Job en el capítulo 7, y en el versículo 20: “Pequé, ¿qué te haré, oh Guarda de los hombres?” Este es el *arrepentimiento del santo*.

Job era un santo, pero había pecado. Este es el arrepentimiento del hombre que ya es un hijo de Dios, que ha experimentado un aceptable arrepentimiento delante de Dios. Pero como tengo la intención de reflexionar sobre esto en el sermón de la noche, voy a dejar este tema, para no cansarlos.

David fue un espécimen de este tipo de arrepentimiento, y quisiera que estudiaran cuidadosamente sus salmos penitenciales, cuyo lenguaje está siempre lleno de humildad llorosa y sincera penitencia.

La Confesión Bendita
EL HIJO PRÓDIGO: “He pecado.” Lucas 15:18.

VII. Llego ahora al último caso, que voy a mencionar; es el caso del hijo pródigo. En Lucas 15: 18, encontramos que el hijo pródigo dice: “Padre, he pecado.” ¡Oh, aquí tenemos *una bendita confesión!* Aquí tenemos aquello que demuestra que un hombre es un carácter regenerado: “Padre, he pecado.” Permítanme pintar la escena.

Allí está el hijo pródigo; él ha huido de un buen hogar y de un padre amoroso, y ha consumido todo su dinero con rameras, y ahora no le queda nada. Acude a sus antiguos compañeros y les pide ayuda. Ellos

se burlan de él hasta el escarnio. “Oh”—dice él—“ustedes han bebido mi vino por largo tiempo; siempre he sido el que paga todas sus francachelas; ¿acaso no me podrían ayudar?” “Lárgate de aquí,” le dicen; y lo echan de sus casas. Él acude a todos sus amigos con quienes se ha asociado, pero ninguna le da nada.

Finalmente un cierto ciudadano de aquella tierra le dijo: “necesitas algo que hacer, ¿no es cierto? Pues bien, ve y apacienta mis cerdos.” El pobre hijo pródigo, el hijo de un rico terrateniente que poseía una gran fortuna, tiene que ir y apacentar cerdos; ¡y eso que él era judío! Alimentar cerdos era el peor empleo (según su parecer) que le podían asignar.

Véanlo allí, vestido de escuálidos harapos, alimentando a los cerdos; ¿cuál era su salario? Vamos, era tan poca cosa que él “deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba.” Mirenlo, allí está, con sus compañeros plebeyos en la pocilga, con todo su cieno y su inmundicia. Súbitamente, un pensamiento puesto allí por el buen Espíritu, atraviesa su mente. “¿Cómo es posible”—pregunta—“que en la casa de mi padre haya abundancia de pan e inclusive hay en exceso, y yo aquí perezco de hambre? Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.”

Y se levantó y se fue. Mendiga en todo su camino de pueblo en pueblo. Algunas veces alguien lo lleva en su carroaje, tal vez, pero en otros momentos va caminando trabajosamente subiendo las áridas colinas y descendiendo a los desolados valles, completamente solo. Y ahora, por fin, llega a la colina ubicada fuera de la aldea, y ve la casa de su padre al pie de la misma. Allí está; el viejo álamo frente a la casa y allá están los promontorios alrededor de los cuales él y su hermano solían correr y jugar; y ante el espectáculo de la vieja casa solariega, todos los sentimientos y las asociaciones de su antigua vida se le vinieron de golpe, y las lágrimas rodaron por sus mejillas, y casi estaba a punto de salir huyendo otra vez. Dice. “me pregunto si mi padre ha muerto, y me atrevería a decir que a mi madre se le destrozó el corazón cuando me fui lejos; siempre fui su favorito. Y si alguno de ellos vive, no me querrá ver nunca; cerrarán la puerta en mi cara. ¿Qué he de hacer? No puedo regresar y tengo miedo de seguir adelante.”

Y mientras deliberaba de esta manera, su padre había estado paseándose por el techo de la casa, buscando a su hijo; y aunque el hijo pródigo no podía ver a su padre, su padre sí podía verle. Bien, el padre baja las escaleras tan rápido como puede, corre hacia él, y mientras está considerando huir de nuevo, los brazos de su padre rodean su cuello, y comienza a besarlo, como un padre amante, en verdad, y luego el hijo comienza a decir: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo,” e iba a agregar: “hazme como a uno de tus jornaleros.” Pero su padre tapó su boca con su mano. “No digas nada más,” le dice; “Yo te perdonó todo; no me dirás nada acerca de ser un jornalero; no aceptaré nada de eso. Ven conmigo.”

go”—le dice—“entra, pobre hijo pródigo. ¡Oíd!”—Les dice a sus sier-
vos—“traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta;
porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es
hallado. Y comenzaron a regocijarse.”

¡Oh, qué preciosa recepción para uno de los peores pecadores! El
buen Matthew Henry dice: “El padre lo vio, y los suyos eran ojos de
misericordia; corrió a recibirla, y las suyas eran piernas de misericor-
dia; puso sus brazos alrededor de su cuello, y los suyos eran brazos de
misericordia; lo besó, y fueron besos de misericordia; le dijo, y lo que
dijo fueron palabras de misericordia: ‘Sacad el mejor vestido.’ Hubo
hechos de misericordia, maravillas de misericordia, todo fue de miseri-
cordia. Oh, qué Dios de misericordia es Él.”

Ahora, hijo pródigo, haz tú lo mismo. ¿Lo ha puesto Dios en tu co-
razón? Hay muchos que han andado huyendo desde hace mucho
tiempo. ¿Dios te dice: “regresa”? Oh, entonces yo te pido que regreses,
pues ciertamente tan pronto como regreses, Él te recibirá. No ha habi-
do todavía ningún pecador que haya venido a Cristo, que Cristo haya
echado fuera. Si Él te echara fuera, tú serías el primero. ¡Oh, si sim-
plemente le probaras!

“Ah, señor, yo soy tan negro, tan inmundo, tan vil.” Bien, ¿qué pasa
contigo?, no eres más negro que el hijo pródigo. Ven a la casa de tu
Padre, y tan ciertamente como Él es Dios, Él mantendrá Su palabra:
“Al que a mí viene, no le echo fuera.”

¡Oh, si yo pudiese oír que algunos han venido a Cristo esta mañana,
yo en verdad le bendeciría! Debo decir en este punto, para honra de
Dios y de Cristo, una notable circunstancia, y luego habré concluido.

Ustedes recordarán que una mañana mencioné el caso de un infiel
que había sido un escarnecedor y un burlador, pero que, por medio de
la lectura de uno de mis sermones impresos, había sido traído a la ca-
sa de Dios y luego a los pies de Dios. Bien, el pasado día de Navidad,
el mismo infiel juntó todos sus libros, y fue al mercado de Norwich, y
allí hizo una retractación pública de todos sus errores, y una profesión
de Cristo, y luego, tomando todos sus libros que él había escrito, y que
guardaba en su casa, sobre temas impíos, los quemó a la vista del pú-
blico. He bendecido a Dios por tal maravilla de gracia como esa, y oro
para que haya muchos casos más de individuos, que, aunque hayan
nacido como hijos pródigos, regresen todavía a casa diciendo: “he pe-
cado.”

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #113 – Volumen 3

CONFESIÓN OF SIN—A SERMÓN WITH SEVEN TEXTS

Pecados Secretos

No. 116

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 8
DE FEBRERO, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

**“Librame de los que me son ocultos.”
Salmo 19:12.**

**“Absuélveme de los que me son ocultos.”
Biblia de las Américas.**

La justicia propia surge en parte del orgullo, pero principalmente de la ignorancia de la ley de Dios. Debido a que los hombres conocen muy poco o nada del terrible carácter de la ley divina, se imaginan justos insensatamente. No están conscientes de la profunda espiritualidad, de la rigurosa severidad de la ley, pues de lo contrario tendrían nociones diferentes y de mayor sabiduría. Si supieran cuán estrictamente la ley juzga los pensamientos, cómo se involucra con cada emoción del hombre interior, no habría ninguna criatura bajo el cielo de Dios, que se atreviera a considerarse justa delante de Dios, en virtud de sus propias obras y pensamientos. Basta que la ley sea revelada a un hombre, basta que sepa cuán estricta es la ley y cuán infinitamente justa, para que su justicia propia se marchite hasta convertirse en nada. Su justicia propia será un harapo inmundo a sus ojos, cuando antes la consideraba un vistoso abrigo.

David, habiendo visto la ley de Dios, y habiéndola alabado en este Salmo que hemos leído aquí el día de hoy, al reflexionar en su excelencia, fue conducido a formular esta pregunta: “¿Quién podrá entender sus propios errores?” Y luego ofrece esta oración, “Absuélveme de los que me son ocultos.”

En el Concilio Lateranense de la Iglesia de Roma (1), se aprobó un decreto que establece que todo creyente verdadero debe confesar anualmente sus pecados, todos sus pecados, a un sacerdote, y se agregó a ese decreto la declaración que no hay esperanza de perdón si no se cumple con el decreto. ¿Qué podría igualar el disparate de un decreto como ese? ¿Acaso suponían que los hombres pueden decir sus pecados tan fácilmente como pueden contar sus dedos? Vamos, si pudiéramos recibir el perdón de todos nuestros pecados, diciendo cada pecado que hemos cometido en una hora, ninguno de nosotros podría entrar al cielo, puesto que, además de los pecados que nos son conocidos y que podemos ser capaces de confesar, hay un vasto conjunto de pecados que son tan verdaderos pecados como los que podemos observar, pero que están escondidos y pasan desapercibidos delante de nuestros ojos. ¡Oh!, si tuviésemos ojos como los de Dios, tendríamos una opinión propia muy diferen-

te. Los pecados que vemos y confesamos, son como las pequeñas muestras que el granjero trae al mercado, tomadas del granero que está repleto en su casa. No tenemos sino unos cuantos pecados que podemos observar y detectar, comparados con todos aquellos que están escondidos de nosotros y que tampoco son vistos por nuestros semejantes.

No dudo que sea una verdad aplicable a todos los que estamos aquí, que en cada hora de nuestra existencia en la que desarrollamos una actividad, cometemos decenas de miles de impiedades por las cuales la conciencia nunca nos ha remordido, porque nunca las hemos visto como cosas malas, en virtud de que no hemos estudiado las leyes de Dios como deberíamos hacerlo.

Ahora, tenemos que aceptar que pecado es pecado, ya sea que lo veamos o no. Un pecado, aunque sea desapercibido, es un pecado tan real como si advirtiéramos que es pecado, aunque no es un pecado tan grave a los ojos de Dios como si lo hubiéramos cometido deliberadamente, en vista que carece del agravante de la intención. Todos los que conocemos nuestros pecados, ofrezcamos esta oración después de cada una de nuestras confesiones: "Señor, he confesado todos los pecados que me son conocidos, pero debo agregar un etcétera después de ellos, diciendo: 'Absuélveme de los *que me son* ocultos.'"

Sin embargo, esa no será la esencia de mi sermón de hoy. Mi objetivo es una cierta clase de hombres que tienen pecados no desconocidos para ellos, pero que los mantienen en secreto delante de sus semejantes. Cada vez y cuando levantamos una hermosa piedra colocada sobre el verde césped de la iglesia profesante, bordeada por la espesura de una bondad aparente, y para nuestro asombro, encontramos debajo de ella todo tipo de insectos inmundos y reptiles aborrecibles, y en nuestro disgusto frente a tanta hipocresía, exclamamos: "todos los hombres son unos mentirosos; no hay nadie en quien podamos depositar nuestra confianza." No sería justo aplicar ese calificativo a todos; pero realmente, los descubrimientos que se hacen sobre la insinceridad de nuestros semejantes, son suficientes para que los despreciamos, pues pueden ir muy lejos en cuanto a las apariencias, y sin embargo albergan muy poca pureza de corazón. A ustedes, señores, que pecan en secreto, pero que hacen profesión de fe; a ustedes que quebrantan los pactos de Dios en la oscuridad, pero que se ponen máscaras de bondad cuando están en la luz; a ustedes, señores, que cierran las puertas y cometan impiedades en secreto; a ustedes voy a predicar esta mañana. Oh, que Dios se agrade en hablarles también, y los conduzca a decir esta oración: "Absuélveme de los *que me son* ocultos."

Me esforzaré por exhortar a todos los hipócritas, pidiéndoles que abandonen, que renuncien, que detesten, que odien, que aborrezcan todos sus pecados secretos. Y, primero, me voy a esforzar para mostrar *la insensatez de los pecados secretos*; en segundo lugar, *la miseria de los pecados secretos*; en tercer lugar, *la culpa de los pecados secretos*; en cuarto lugar, *el peligro de los pecados secretos*; y luego intentaré aplicar

algunas palabras a manera de remedio, para que todos nosotros recibamos la gracia de evitar los pecados secretos.

I. Primero, entonces, LA INSENSATEZ DE LOS PECADOS SECRETOS.

Hipócrita, eres hermoso cuando se te ve; tu conducta exterior es recta, afable, liberal, generosa y cristiana; pero te entregas a algún pecado que el ojo del hombre no ha detectado todavía. Tal vez es la borrachera en privado. Tú denigras al borracho cuando se tambalea por las calles; pero tú puedes entregarte a la borrachera en privado. Puede ser cualquier otro apetito o vicio; no me corresponde especificar cuál es en este momento. Pero, hipócrita, te decimos que eres un necio cuando piensas en albergar un pecado secreto. Eres un necio por una razón especial, que tu pecado no es un pecado secreto; *es conocido*, y será revelado un día; tal vez, muy pronto. Tu pecado no es un secreto; el ojo de Dios lo ha visto; tú has pecado delante de Su rostro. Tú has cerrado la puerta, has corrido las cortinas, y te has ocultado del ojo del sol, pero el ojo de Dios traspasa la oscuridad; la sombra que te rodeaba era tan clara como la luz del mediodía de verano para el ojo de Aquel que ve todas las cosas. ¿Acaso no sabes, oh hombre, que “todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que rendir cuentas”?

Cuando el sacerdote hundía su cuchillo en las entrañas de su víctima, descubría el corazón y el hígado, y todo lo que estaba contenido dentro. Así eres tú, oh hombre, visto por Dios, cortado en dos mitades por el Todopoderoso. No tienes ninguna cámara secreta donde te puedas esconder. No tienes ningún sótano oscuro donde puedas encubrir tu alma. Cava profundo, ay, tan profundo hasta llegar al infierno, pero no podrás encontrar suficiente tierra sobre el globo terráqueo para cubrir tu pecado; si pudieras reunir montañas sobre la tumba de ese pecado, esas montañas contaría el secreto de quién está bajo sus entrañas. Si pudieras arrojar tu pecado al mar, mil olas susurrantes contaría el secreto. No es posible que lo escondas de Dios. Tu pecado está fotografiado en el alto cielo. El acto, cuando fue cometido, fue fotografiado en el cielo y allí permanecerá, y un día tú serás revelado al ojo curioso de todos los hombres, como un hipócrita y un falso, que cometiste el pecado en un supuesto secreto, aunque eras observado por Jehová que todo lo ve.

Oh, cuán insensatos son los hombres cuando piensan que pueden hacer algo en secreto. Este mundo es semejante a esas colmenas de cristal, dentro de las cuales trabajan las abejas: las podemos observar, y vemos todas las operaciones de esas criaturitas. Así, Dios mira desde arriba y lo ve todo. Nuestros ojos son débiles. No podemos ver en la oscuridad. Pero Su ojo, como un orbe de fuego, traspasa las tinieblas. Él lee los pensamientos del hombre y ve sus actos, cuando cree que está muy escondido.

Oh, este pensamiento bastaría para refrenarnos de todo pecado, si verdaderamente lo aplicáramos a nosotros: “¡Tú eres Dios que ve!” ¡Ladrón, detente! Deja eso que te has robado. ¡Dios te ve! Ningún ojo de detección en la tierra te ha descubierto, pero los ojos de Dios te están mirando ahora a través de las nubes. ¡Blasfemo! Aquellas personas que te

preocupan no oyeron tu juramente, pero Dios sí lo escuchó; penetró en los oídos del Señor Dios de los ejércitos. ¡Ah!, tú, que llevas una vida inmunda, y sin embargo pareces un comerciante respetable que muestra a los hombres un carácter afable y bueno. Tus vicios son todos conocidos y están escritos en el libro de Dios. Él guarda un diario de todos tus actos. Y qué pensarás en aquel día cuando una muchedumbre esté reunida, comparada con la cual, esta inmensa multitud no es sino una gota en un balde, y Dios lea la historia de tu vida secreta, y los hombres y los ángeles la escuchen. Estoy seguro que no hay nadie a quien le guste que se lean todos sus secretos, en especial, nuestros secretos pensamientos.

Si yo eligiera de entre esta congregación al hombre más santo, y le pidiera que pasara al frente y le dijera: "bien, señor, yo conozco todos sus pensamientos, y estoy a punto de contarlos," estoy seguro que me ofrecería el soborno más grande que pudiera conseguir, para que yo ocultara al menos algunos de ellos. "Cuente," me diría, "mis acciones; de ellas no me avergüenzo; pero no cuente mis pensamientos ni mis imaginaciones: de ellos siempre estaré avergonzado delante de Dios." Cuán grande, entonces, pecador, será tu vergüenza cuando tus lascivias secretas, tus transgresiones privadas, tus crímenes ocultos sean anunciados desde el trono de Dios, y publicados por Su propia boca, y con una voz más fuerte que mil truenos sean predicados a los oídos del mundo congregado. Cuál no será tu terror y confusión entonces, cuando todas las obras que has hecho sean publicadas a la faz del sol, a los oídos de toda la humanidad. Oh, renuncia a la insensata esperanza de sigilo, pues tu pecado ha sido registrado en este día, y será publicado un día en todas las paredes del cielo.

II. A continuación, veamos LA MISERIA DE LOS PECADOS SECRETOS.

De todos los pecadores, el hombre que hace una profesión de religión, y sin embargo vive en la iniquidad, es el más miserable. Un impío descarado, que toma un vaso en su mano y dice: "soy un borracho, y no me avergüenzo de serlo," será indeciblemente miserable en los mundos venideros, pero aunque sea breve, tiene su hora de placer. Un hombre que maldice y dice juramentos, y afirma: "Esa es mi costumbre, soy un blasfemo," y hace una profesión de ello, tiene, al menos, algo de paz en su alma; pero el hombre que camina con el ministro de Dios, que está unido a la Iglesia de Dios, que sale delante del pueblo de Dios y se une a él, y luego vive en pecado, ¡cuán miserable debe ser su existencia! Vamos, tiene una existencia peor que el ratón que está en su escondrijo de la sala, y corre a escondidas para recoger las migajas, y luego regresa velozmente a su agujero. Tales hombres deben apresurarse a salir para pecar de vez en cuando; y ¡oh, cuán temerosos están de ser descubiertos! Un día, tal vez, se muestra su carácter, pero con maravillosa astucia se las arreglan para esconderlo y disimularlo; pero al siguiente día otra cosa vuelve a suceder, y viven en constante temor, diciendo mentira tras mentira, tratando de que la última mentira sea convincente, agregando engaño tras engaño, para que los demás no los descubran—

***“Oh, es una enmarañada tela la que tejemos,
Cuando una vez nos aventuramos a engañar.”***

Si voy a ser un impío, llevaré la vida de un pecador fanfarrón, que pecha delante de la faz del día; pero, si peco, no voy a actuar como un hipócrita y un cobarde. No voy a profesar ser de Dios, mientras gasto mi vida para el diablo. Esa forma de engañar al diablo es algo de lo que todo pecador honesto deberá avergonzarse. Dirá: “Ahora, si en verdad sirvo a mi señor, le serviré de una forma declarada, no fingiré al respecto; si hago una profesión, la cumpliré; pero si no la hago, si vivo en pecado, no voy a disimularlo por medio de hipocresía y engaño.” Algo que ha desjarretado a la iglesia y que ha partido su vigor en dos, ha sido la hipocresía más infame. ¡Oh!, en cuántos lugares hay hombres a quienes podríamos alabar hasta los propios cielos, si creyéramos en sus palabras, pero que arrojariamos al abismo más profundo si pudiéramos ver sus acciones secretas. ¡Que Dios perdone a cualquiera que esté actuando así!

Yo casi diría que difícilmente podría perdonarle. Yo puedo perdonar al hombre que se entrega al desenfreno abiertamente, y no profesa ser mejor. Pero al hombre que adulata, y habla con engaño, y simula, y ruega, y luego vive en pecado, a ese hombre lo odio, no puedo soportarlo, lo aborrezzo con toda mi alma. Si se volviera de sus caminos, lo amaría, pero en su hipocresía, es para mí la más aborrecible de todas las criaturas.

Dice un cuento que la rana en verdad lleva un joya en su cabeza, pero este hombre no tiene ninguna, sino que carga con la inmundicia mientras simula estar enamorado de la justicia. Una simple profesión, señores, no es más que ostentación maquillada para ir al infierno; es como los penachos en la carroza fúnebre y los jaeces que llevan los negros caballos que arrastran a los hombres a sus tumbas. Cuídense, por sobre todas las cosas, de una profesión hecha con cera que no resiste los rayos del sol; eviten una vida que necesita dos caras; debe ser una cosa o la otra. Si te decides a servir a Satanás, no pretendas servir a Dios; y si sirves a Dios, sírvele de todo corazón. “Ninguno puede servir a dos señores;” no lo intenten, no se empeñen en hacerlo, pues ninguna vida será más miserable que esa. Por sobre todas las cosas, eviten cometer actos que sea preciso esconder.

Hay un singular poema escrito por Hood, llamado “El Sueño de Eugenio Aram,” una poesía sumamente notable en verdad, que ilustra el punto sobre el que estoy reflexionando. Aram ha asesinado a un hombre y ha tirado su cuerpo al río: “una lenta corriente, negra como tinta, profunda en extremo.” Al día siguiente visita la escena de su culpa—

***“Y buscó la negra poza maldita,
Con una desordenada mirada recelosa;
Y vio al muerto en el lecho del río,
Pues el infiel curso estaba seco.”***

Luego cubrió el cadáver con montones de hojas, pero un viento violento cubrió el bosque dejando el secreto a la intemperie y bajo el sol:

***“Entonces caí rostro en tierra,
Y por primera vez comencé a llorar,
Pues entonces supe que mi secreto era uno***

*Que la tierra rehusaba guardar,
En suelo o mar, aunque estuviera
A diez mil brazas de profundidad.”*

Él profetiza que será descubierto en notas que jumbrosas. Enteró a su víctima en una cueva y la cubrió con piedras, pero cuando los años completaron su cansada ronda, el hecho macabro fue descubierto y el asesino fue ejecutado.

La culpa es un “chambelán ceñudo,” aun cuando sus dedos no estén teñidos de sangre. Los pecados secretos traen ojos afiebrados y noches de insomnio, hasta que los hombres apagan sus conciencias, y se tornan realmente maduros para la fosa. La hipocresía es un juego difícil de jugar, pues se trata de un engañador ante muchos observadores; y ciertamente es un intercambio miserable, que conducirá al fin, como su certeiro clímax, a una tremenda bancarrota. ¡Ah!, ustedes que han pecado sin ser descubiertos, “estén seguros que su pecado los encontrará;” y consideren que puede encontrarlos antes de que pase mucho tiempo. El pecado, como el asesinato, será descubierto; los hombres cuentan sus historias inclusive en sus sueños. Dios ha compungido de tal manera algunas veces a los hombres en sus conciencias, que han sido obligados a pasar al frente y confesar la historia.

¡Pecador secreto! Si quieres el gusto anticipado de la condenación en la tierra, continúa con tus pecados secretos, pues nadie es más miserable que el que peca secretamente pero trata de preservar su imagen. Aquel ciervo, perseguido por sabuesos sangrientos, con las fauces abiertas, es mucho más feliz que el hombre que es perseguido por sus pecados. Aquel pájaro, atrapado en la red del cazador, y luchando por escapar, es mucho más feliz que aquel que se ha tejido a su alrededor una red de engaño, y se esfuerza por escapar de ella día con día haciendo que los trabajos sean más difíciles y la red se haga más fuerte. ¡Oh, la miseria de los pecados secretos! En verdad, uno puede orar, “Líbrame de los que me son ocultos.”

III. Y ahora, a continuación, la culpa, LA SOLEMNE CULPA DEL PECADO SECRETO.

Ahora, Juan, tú crees que no hay nada malo en una cosa hasta que alguien la vea, ¿no es cierto? Sientes que es un gran pecado que tu jefe te descubra robando del cajón donde guarda su dinero, pero que no es pecado si no te descubre, ningún pecado. Y usted, señor, se imagina que es un pecado grave hacer trampas en el negocio, si es descubierto y llevado a la corte; pero hacer fraudes sin ser descubierto nunca, eso está muy bien: no diga nada al respecto, señor Spurgeon, se trata de negocios; usted no debe inmiscuirse en los negocios; los fraudes que no son descubiertos, no deben representar ningún problema para usted. La medida común del pecado es su notoriedad. Pero yo no creo en eso. Un pecado es un pecado, ya sea que se cometa en privado o delante del ancho mundo.

Es muy singular cómo los hombres miden la culpa. Un obrero del ferrocarril pone una señal equivocada y hay un accidente; el hombre es

juzgado y es severamente censurado. El día anterior también había puesto la señal equivocada, pero no hubo ningún accidente, y por tanto nadie lo acusó por su descuido. Pero era exactamente lo mismo, accidente o no accidente; el accidente no generó la culpa, sino el acto; no fue su notoriedad y ni siquiera su consecuencia. Era su responsabilidad haber tenido cuidado. Y era tan culpable la primera vez como lo fue en la segunda instancia, pues expuso negligentemente vidas humanas. No midan el pecado por lo que otras personas digan de él; sino mídanlo por lo que Dios dice de él, y lo que les digan sus propias conciencias.

Ahora, yo sostengo que el pecado secreto, en todo caso, es el peor de los pecados, porque el pecado secreto implica que el hombre que lo comete tiene anidado al ateísmo en su corazón. Se preguntarán cómo puede ser eso. Yo respondo que podrá ser un cristiano que profesa, pero le diré en su cara que es un ateo práctico, si se esfuerza por mantener una profesión respetable delante del hombre, y luego transgrede en secreto. Díganme, ¿acaso no es un ateo el que dice que hay un Dios, pero al mismo tiempo le da más importancia al hombre que a Dios? ¿Acaso no es la propia esencia del ateísmo, no es una negación de la divinidad del Altísimo, cuando los hombres valoran con ligereza a Dios y dan más importancia al ojo de la criatura que a la observación de su Creador? Hay personas que por nada del mundo dirían una mala palabra en presencia de su ministro, pero lo pueden hacer cuando saben que Dios los está viendo. Esos son ateos. Hay algunos que no harían trampas en los negocios por nada del mundo si supieran que serían descubiertos, pero pueden hacerlo mientras Dios está con ellos; esto es, valoran más el ojo del hombre que el ojo de Dios; y piensan que es peor ser condenados por el hombre, que ser condenados por Dios. Llámenlo como quieran, su nombre correcto es ateísmo práctico. Es deshonrar a Dios; es destronarle; es ponerlo por debajo de Sus propias criaturas; y ¿qué es eso sino negarle Su divinidad?

Hermanos, les imploro que no incurran en la terrible culpa de los pecados secretos. Ningún hombre puede pecar poco en secreto, pues en verdad engendrará más pecados. Nadie puede ser un hipócrita y sin embargo tener una culpa moderada. Irá de mal en peor, y continuará así, hasta que cuando su culpa sea publicada, será descubierto como el peor y más endurecido de los hombres. Atribuyan mucha importancia a la culpa del pecado secreto. ¡Ah, si pudiera, ahora predicaría como Rowland Hill lo hacía, haciendo sentir a ciertas personas que les estaba predicando en lo personal, y que temblaran! Se dice que cuando él predicaba, no había ningún hombre junto a la ventana, o en medio de la multitud, o sentado en algún lugar alto, que no dijera: "vaya, me está predicando a mí; me está hablando acerca de mis pecados secretos." Y cuando proclamaba la omnisciencia de Dios, se dice que los hombres se inclinaban a pensar que estaban viendo a Dios presente corporalmente en medio de ellos, mirándolos. Y cuando terminaba el sermón, escuchaban una voz que susurraba a sus oídos, "¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?"

Yo quisiera poder hacer lo mismo. Hacer que cada hombre se mirara, y descubriera su pecado secreto. Vamos, lector, ¿cuál es? Sácalo a la luz del día; tal vez se muera bajo la luz del sol. A estas cosas no les gusta ser descubiertas. Dile ahora a tu propia conciencia cuál es. Míralo a la cara; confiéssalo delante de Dios, y que Él te dé gracia para hacer desaparecer ese pecado y cualquier otro, y ¡volverte a Él con pleno propósito de corazón! Y agrego esto: que tu culpa es culpa, sea descubierta o no, y si acaso hay alguna diferencia, es una culpa mayor, porque ha sido secreta. ¡Dios nos libre de la culpa del pecado secreto! “Absuélveme de los *que me son ocultos.*”

IV. Y miren, a continuación, EL PELIGRO DEL PECADO SECRETO. Un peligro es que un hombre no puede cometer un pecadito en secreto sin que, con el tiempo, se convierta en un pecado público. Si cometes un pecado, es como cuando se derrite el glaciar inferior en los Alpes; los otros lo seguirán. Amontonas hoy una piedra sobre el majano, al día siguiente echas otra, y así sucesivamente, hasta que el montón, erigido piedra sobre piedra, se convierte en una pirámide.

Vean al insecto del coral en su trabajo. Ustedes no pueden decretar donde concluirá su trabajo. No edificará su roca exactamente tan alta como la quieran ustedes, sino que no se detendrá hasta que no esté cubierta de algas, y luego hasta que las algas se decompongan; y luego habrá tierra sobre ella, y finalmente una isla será construida por estas diminutas criaturas.

El pecado no puede ser contenido por el freno y la brida. “Pero yo sólo voy a tomarme un traguito de ven en cuando, sólo voy a estar intoxicado una vez a la semana o algo así. Nadie lo verá; me iré directamente a la cama.” Pronto estarás borracho en las calles. “Únicamente voy a leer un libro lascivo y lo voy a esconder debajo del sofá cuando entre alguien.” Todavía lo mantienes en tu biblioteca, amigo. “Sólo me reúno con esos amigos ocasionalmente.” Luego te reunirás todos los días, tal es su carácter embrujador; no puedes evitarlo. Es igual que le pidas al león que te permita meter tu cabeza en sus fauces. Tú no puedes controlar sus mandíbulas: tampoco puedes regular el pecado. Un vez que te adentras en él, no puedes decir cuándo serás destruido. Podrás ser un individuo tan afortunado que, como Van Amburgh, metas y saques tu cabeza muchísimas veces; pero puedes estar seguro que uno de estos días será una aventura costosa.

Además, puedes empeñarte en esconder tu hábito depravado, pero saldrá a la luz, no puedes evitarlo. Tú guardas tu pequeño pecado favorito en casa; pero fíjate bien en esto, cuando la puerta esté abierta de par en par, el perro saldrá a la calle. Cúbrelo en tu pecho, pon sobre él pliegue tras pliegue de hipocresía para mantenerlo secreto, pero el desdichado estará cantando algún día cuando estés en compañía de otros; no puedes mantener quieto al pájaro del mal. Tu pecado deambulará lejos; y lo que es peor, no te importará uno de estos días. El hombre que se entrega al pecado en privado, gradualmente vuelve su frente tan dura como el bronce. La primera vez que pecó, las gotas de sudor brotaban de su fren-

te al recordar lo que había hecho; la segunda vez, ya no había sudor caliente en su frente, sólo una cierta agitación del músculo; la tercera vez, había un aspecto solapado y furtivo, pero no había agitación; la siguiente vez, pecó un poco más; y gradualmente se volvió el atrevido blasfemo de su Dios, que llegó a exclamar: “¿Quién soy yo para que tema a Jehová, y quién es El para que le sirva?”

Los hombres van de lo malo a lo peor. Echa tu barca a la corriente, y seguramente irá a donde la corriente la arrastre. Colócate en el remolino, y serás como una paja en el viento: irás adonde sople el viento, no te puedes controlar. El globo puede remontarse, pero no puede controlar su curso; irá en la dirección que sople el viento. Si tú te montas una vez en el pecado, no hay forma de detenerte. Ten cuidado. Si no quieres convertirte en el peor de los individuos, cuídate de los pecaditos, porque ellos, apilándose unos sobre otros, pueden al fin lanzarte desde la cima y destruir tu alma para siempre. Hay un gran peligro en los pecados secretos.

Pero yo tengo aquí algunos verdaderos cristianos que consienten pecados secretos. Afirman que no es sino un pecadito, y por lo tanto pueden pasarlo por alto. Queridos hermanos, les hablo a ustedes ahora, y me hablo a mí mismo, cuando digo esto: destruyamos todos nuestros pequeños pecados secretos. Son llamados pequeños y si lo son, recordemos que son las zorras, inclusive las zorras pequeñas, las que destruyen nuestros viñedos, pues nuestros viñedos tienen tiernos retoños. Cuidémonos de nuestros pequeños pecados. Un pecadito, como una piedrita en el zapato, hará que el viajero que va al cielo camine con mucha dificultad. Los pecaditos, como ladronzuelos, pueden abrir la puerta a los más grandes que están afuera.

Cristianos, recuerden que los pequeños pecados deterioran su comunión con Cristo. Los pecaditos, como la manchitas en la seda, pueden dañar la fina textura de la comunión. Los pecados pequeños, como las pequeñas irregularidades de una maquinaria, pueden dañar todo el tejido de su religión. Una mosca muerta arruina todo el tarro de ungüento. Ese cardo puede llenar todo un continente de cizaña nociva.

Hermanos, matemos nuestros pecados tan pronto los descubramos. Alguien dijo: “El corazón está lleno de pájaros inmundos. Es su jaula.” “Ah,” dijo otro teólogo, “pero no debes hacer una apología de eso, pues la responsabilidad del cristiano es torcerles el cuello.” Y así es. Si hay cosas malas, nuestra responsabilidad es matarlas. Los cristianos no deben tolerar pecados secretos. No debemos albergar traidores; es alta traición en contra del Rey del Cielo. Arrastrémoslos a la luz, y ofrezcámossos sobre el altar, renunciando a nuestro pecados secretos más queridos, siguiendo la voluntad y el mandamiento de Dios. Hay un gran peligro en el pequeño pecado secreto; por tanto evitémoslo, no pasemos cerca de él, volvámonos de él y huyamos de él, y ¡que Dios les dé gracia para dominarlo!

V. Y ahora, para concluir, voy a exhortar con todo mi poder a algunos de ustedes a quienes Dios ha compungido en sus conciencias. He venido a suplicarles, hasta las lágrimas si fuera posible, que renuncien a sus pecados secretos. Tengo a uno aquí por quien bendigo a Dios; le amo,

aunque no le conozco. Casi está persuadido de ser un cristiano; claudica entre dos opiniones, tiene la intención de servir a Dios, se esfuerza por abandonar el pecado, pero encuentra que es una lucha difícil, y por lo pronto no sabe qué será de él. Me dirijo a él con todo mi amor: amigo mío, ¿conservarás tu pecado y te irás al infierno, o dejarás tu pecado e irás al cielo? Esta es la solemne alternativa: la presento a todos los pecadores que han despertado; que Dios elija por ustedes, de otra manera tiemblo al pensar cuál alternativa podrán elegir. Los placeres de esta vida son tan intoxicantes, sus gozos entrampan de tal manera, que si no recordara que Dios es el que en nosotros produce así el querer como el hacer, no tendría esperanza en ustedes. Pero confío que Dios decidirá el asunto.

Permítanme poner la alternativa delante de ustedes: por un lado está el júbilo de una hora, una breve vida de dicha, aunque será una pobre, pobre dicha; por otro lado, hay vida eterna y gloria perpetua. De un lado, hay una felicidad transitoria, y después sobrecedora aflicción; en este caso, hay sólida paz y gozo eterno, y después bienaventuranza sobreabundante. No temo ser considerado un arminiano cuando digo, como dijo Elías: “¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él.” Pero, ahora, hagan voluntariamente su elección; y ¡que Dios les ayude a hacerla! No digan que van a adoptar la religión sin tomar en cuenta primero su costo; recuerden, está su lujuria a la que deben renunciar, su placer que deben abandonar; ¿pueden hacerlo por Cristo? ¿Pueden? Yo sé que no pueden, a menos que la gracia de Dios les ayude para hacer esa elección. Pero ¿pueden decir: “sí, con la ayuda de Dios, yo renuncio a todos los juguetes llamativos de la tierra, a sus pompas, boatos y fruslerías?”

***“Todo esto no puede nunca satisfacer,
Denme a Cristo, o muero.”***

Pecador, nunca te arrepentirás de esa elección, si Dios te ayuda a tomarla; encontrarás la felicidad aquí, y serás tres veces feliz por toda la eternidad.

“Pero,” dirá alguien, “señor, yo tengo la intención de ser religioso, pero no estoy de acuerdo con su rigurosidad.” Yo no pido eso; yo espero, sin embargo, que des el beneplácito a la rigurosidad de *Dios*, y la rigurosidad de Dios es diez mil veces más grande que la mía. Podrás decir que soy puritano en mi predicación; Dios será puritano cuando juzgue en aquel gran día. Puedo ser percibido como severo, pero nunca podré ser tan severo como lo será Dios. Yo puedo pasar la grada de dientes filosos en tu conciencia, pero Dios pasará gradas de fuego eterno en todo tu ser un día. ¡Yo podré hablar cosas que truenan! Dios no las dirá sino que las lanzará de Sus manos. Recuerden que los hombres se pueden reír del infierno, y decir que no existe; pero deben rechazar sus Biblia antes de creer esa mentira. Las conciencias de los hombres les dicen que—

***“Hay un terrible infierno,
Y dolores eternos;
Donde los pecadores con diablos deben morar,
En tinieblas, fuego y cadenas.”***

Señores, ¿conservarán sus pecados secretos y merecerán el fuego eterno por ellos? Recuerden que no hay opción, o renuncian a todos ellos, o de lo contrario no pueden ser hijos de Dios. No se pueden alcanzar ambas cosas; no puede ser Dios y el mundo, no puede ser Cristo y el diablo; debe ser uno u otro. ¡Oh!, que Dios les dé gracia para renunciar a todos los pecados; pues ¿cuánto valen? Son sus engañadores ahora, y serán sus torturadores para siempre. ¡Oh!, que sus ojos estuviesen abiertos para ver la podredumbre, el vacío y el embuste de la iniquidad. ¡Oh!, que Dios los vuelva a Él. ¡Oh!, que Dios les dé la gracia para atravesar el Rubicón (2) del arrepentimiento en esta misma hora; para que digan: "a partir de ahora es guerra a muerte con mis pecados; no voy a mantener voluntariamente ninguno de ellos, sino que fuera con ellos, fuera con ellos; cananeos, hititas, jebuseos, todos serán echados fuera."—

*"El ídolo más amado que he conocido,
Cualquiera que haya sido;
Ayúdame a derribarlo del trono,
Y adorarte solamente a Ti."*

"Pero, ¡oh!, señor, no puedo hacerlo; sería como sacarme los ojos." Ay, escucha lo que dice Cristo: "mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego." "Pero sería como cortarme un brazo." Ay, mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que ser echado en el fuego eterno. ¡Oh!, cuando el pecador venga delante de Dios al final, ¿piensan que hablará como lo hace ahora? Dios revelará sus pecados secretos: el pecador no dirá entonces: "Señor, consideraba a mis pecados secretos tan dulces, que no podía renunciar a ellos." Me imagino cuán diferente será entonces. "Señor," me dicen ahora, "*usted es demasiado estricto;*" ¿dirán eso mismo cuando los ojos del Todopoderoso estén mirándolos airadamente? Ustedes me dicen ahora: "*señor, usted es demasiado preciso;*" ¿le dirán eso al Dios Todopoderoso en Su cara? "*Señor, tengo la intención de conservar tal y tal pecado.*" ¿Pueden decirlo en el tribunal de Dios al fin? No se atreverán a hacerlo en aquel momento.

¡Ah!, cuando Cristo venga una segunda vez, habrá un cambio sorprendente en la manera en que hablan los hombres. Me parece verle; allí está sentado en Su trono. ¡Vamos, Caifás, ven a condenarle ahora! ¡Judas, ven y bésale ahora! Hombre, ¿cuál es tu problema ahora? ¿Le tienes miedo? Vamos, Barrabás, sal; ve si te prefieren ahora en lugar de Cristo. Blasfemo, ahora es tu momento; has sido un hombre valeroso; maldícelo en Su cara ahora. Ahora, borracho, camina tambaleante hacia Él. Vamos, infiel; dile ahora que no hay Cristo: ahora que el mundo está encendido con Su rayo y la tierra es sacudida con el trueno hasta que sus sólidos pilares se doblegan: dile a Dios ahora que no hay Dios; ríete ahora de la Biblia; búrlate ahora del ministro. Vamos, caballeros, ¿cuál es el problema que tienen? ¿Qué, no pueden hacerlo? ¡Ah, allá los tienen; han huido a los montes y a las rocas: "y decían a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono." ¡Ah!, ¿dónde están ahora sus jactancias, sus alardes, y sus glorias? ¡Ay!, ¡ay!, ay de ustedes en aquel terrible día de maravillas.

Pecador secreto, ¿qué será entonces de ti? Sal de este lugar sin tu máscara; sal para examinarte, sal para doblar tu rodilla, sal para llorar, sal para orar. ¡Que Dios te dé gracia para creer! Y, ¡oh, cuán placentero es el pensamiento que hoy los pecadores han huido para refugiarse en Cristo, y los hombres han nacido de nuevo para Jesús!

Hermanos, antes de concluir, repito las palabras que han causado tanta polémica: es ahora o nunca, es *volverse o perderse* (*turn or burn*). Lo digo solemnemente a los ojos de Dios; si no fuera la verdad de Dios, yo debo dar cuentas por ello en el gran día de rendir cuentas. Sus conciencias les dicen que es verdad. Llévenselo a casa, y burlense de mí si quieren; hoy estoy limpio de su sangre: si alguien no busca a Dios, sino que vive en pecado, yo seré limpio de su sangre en aquel día cuando demande sus almas de mano del atalaya; oh, que Dios les conceda que queden limpios de una manera bendita!

Cuando bajé las escaleras de este púlpito el domingo pasado o tal vez hace dos domingos, un amigo me dijo unas palabras que han permanecido en mi mente desde entonces: "señor, hay nueve mil personas hoy que no tendrán excusa en el día del juicio." Eso es válido para ustedes también hoy. Si son condenados, no será por falta de predicación a ustedes, ni tampoco será por falta de oración por ustedes. Dios sabe que si mi corazón pudiera partirse por sus almas, lo haría, porque Dios me es testigo de cómo los amo a todos ustedes con el entrañable amor de Jesucristo.

¡Oh, que Él toque sus corazones y los lleve a Él! Pues la muerte es algo solemne, la condenación es algo terrible, estar sin Cristo es algo espantoso, estar muerto en el pecado es algo pavoroso. ¡Que Dios los guíe a ver estas cosas como son, y los salve, por Su misericordia! "El que creyere y fuere bautizado, será salvo."

**"Señor, escudriña mi alma, prueba cada pensamiento;
Aunque mi propio corazón no me acuse
De caminar con un falso disfraz,
Ruego el juicio de Tus ojos.
¿La perversidad secreta se oculta adentro?
¿Cedo ante algún pecado desconocido?
Oh, vuelve mis pasos cuando me extravíe,
Y condúceme en Tu perfecto camino."**

Notas del traductor:

- (1) Se refiere al decreto del IV Concilio de Letrán del año 1215.
- (2) La expresión *pasar el Rubicón* significa tomar una decisión grave y aceptar sus consecuencias.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #116 – Volumen 3
SECRET SINS

La Justificación por Gracia

NO. 126

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO, 5 DE ABRIL, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Siendo justificados gratuitamente por su gracia,
mediante la redención que es en Cristo Jesús.”***
Romanos 3:24.

El monte del consuelo es el monte del Calvario; la casa de consolación está construida con la madera de la cruz; el templo de licores celestiales tiene su fundamento sobre la roca hendida, hendida por la lanza que traspasó Su costado. Ninguna escena de la historia sagrada alegra jamás el alma como la escena del Calvario—

***“¿No es extraño, que la hora más oscura
Que alguna vez amaneció en la tierra pecaminosa
Toque el corazón con un poder más suave
Para consolarlo, que la alegría de un ángel?
¿Que mire mejor a la cruz el ojo que lamenta,
Que al lugar donde las estrellas de Belén brillan?***

En ninguna otra parte puede el alma encontrar consuelo jamás, sino en ese lugar donde la miseria reinó, donde la aflicción triunfó, y donde la agonía alcanzó su clímax. Allí la gracia ha excavado una fuente que siempre fluye con aguas puras como el cristal, y cada gota es capaz de aliviar los dolores y las agonías de la humanidad. Ustedes han tenido sus épocas de dolor, mis hermanos y hermanas en Cristo Jesús; y ustedes confesarán que no fue en el Monte de los Olivos donde encontraron consuelo, ni tampoco en el Monte Sinaí, ni en el Tabor; más bien Getsemaní, Gabata, y el Gólgota han sido los instrumentos de consuelo para ustedes. Las hierbas amargas de Getsemaní con frecuencia han quitado las amarguras de sus vidas; el flagelo de Gabata a menudo ha ahuyentado con el látigo sus preocupaciones, y los gemidos del Calvario han hecho huir a todos los otros gemidos.

Entonces esta mañana tenemos un tema que confío será el instrumento de consuelo de los santos de Dios, viendo que surge en la cruz, y a partir de allí corre en un arroyuelo rico en bendiciones perennes para todos los creyentes. Observen que tenemos en nuestro texto, primero que nada, *la redención de Cristo Jesús*; en segundo lugar, *la justificación de los pecadores que fluye de esa redención*; y luego, en tercer lugar; *la manera de dar esta justificación*, “gratuitamente por su gracia.”

I. Entonces, primero, tenemos LA REDENCIÓN QUE ES EN O POR CRISTO JESÚS.

La figura de la redención es muy sencilla, y ha sido utilizada con mucha frecuencia en la Escritura. Cuando un prisionero ha sido capturado y sometido a esclavitud por algún poder bárbaro, ha sido usual, antes de que pueda ser liberado, que se pague un precio de rescate.

Ahora, nosotros, como estamos inclinados a la culpabilidad por la caída de Adán, y somos por tanto virtualmente culpables, fuimos entregados a la venganza de la ley por el irreprochable juicio de Dios; fuimos entregados en manos de la justicia; las justicia nos reclamó como sus esclavos para siempre, a menos que pudiéramos pagar un rescate mediante el cual nuestras almas pudieran ser redimidas. Ciertamente nosotros éramos pobres como los hijuelos del búho, no teníamos con qué bendecirnos a nosotros mismos. Éramos, como nuestro himno lo ha expresado, “deudores en bancarrota;” nuestra casa fue embargada; todo lo que teníamos fue vendido; nos quedamos desnudos, y pobres y miserables, y por ningún medio podíamos encontrar una recompensa; y justo en ese momento, Cristo entró y se hizo nuestro patrocinador, y, en el lugar y posición de todos los creyentes, pagó el precio del rescate para que nosotros pudiéramos en esa hora ser liberados de la maldición de la ley y de la venganza de Dios, y seguir nuestro camino, limpios, libres, y justificados por Su sangre.

Permítanme mostrarles algunas de las cualidades de la redención que es en Cristo Jesús. Ustedes recordarán *a la multitud* que Él ha redimido; no solamente yo, ni solamente tú, sino “una gran multitud, la cual nadie podía contar,” que excederá en número a las estrellas del cielo, que no pueden ser contadas por los mortales.

Cristo ha comprado para Sí a algunos de cada reino, y de cada nación, y lengua, bajo el cielo; Él ha redimido de entre los hombres a algunos de cada rango, desde el más elevado hasta el más bajo; a algunos de cada color: blancos y negros; a algunos de cada posición en la sociedad; a los mejores y a los peores. Jesucristo se ha entregado a Sí mismo por algunos provenientes de todas las categorías, para que puedan ser redimidos para Él.

Ahora, en relación a este rescate, tenemos que observar que se *pagó todo*, y todo fue pagado *de una vez*. Cuando Cristo redimió a Su pueblo, lo hizo por completo; no dejó ni una sola deuda sin pagar, ni ningún pequeño saldo para ser pagado después. Dios demandó de Cristo el pago de los pecados de todo Su pueblo; Cristo intervino y pagó hasta el último centavo que Su pueblo debía. El sacrificio del Calvario no fue un pago parcial; no fue una exoneración parcial, sino que fue un pago completo y perfecto, y obtuvo una completa y perfecta remisión de todas las deudas de todos los creyentes que han vivido, que viven o que vivirán hasta el fin de los tiempos.

En ese día que Cristo colgó en la cruz, no dejó ningún saldo que nosotros tuviéramos que pagar como una satisfacción para Dios; no dejó absolutamente nada, desde un hilo hasta el cordón de los zapatos, que Él no haya satisfecho. Todas las demandas de la ley fueron pagadas, en ese momento y en ese lugar por Jehová Jesús, el gran Sumo Sacerdote de todo Su pueblo. Y bendito sea Su nombre, lo pagó todo de una vez. El rescate fue tan invaluable, tan digno de un príncipe, y tan generoso fue el precio demandado por nuestras almas, que uno pensaría que

hubiera sido maravilloso si Cristo lo hubiera pagado en abonos; parte ahora y parte después.

Los rescates de los reyes a veces han sido pagados en parte con un pago inicial, y luego en abonos durante un plazo de años. Pero no sucede así con nuestro Salvador: de una vez por todas Él se dio a Sí mismo como sacrificio; de inmediato contó el precio, y dijo: "Consumado es," no quedando nada adicional que Él tuviera que hacer, ni nada que nosotros tuviéramos que llevar a cabo. Él no abonó un pago parcial, y luego declaró que vendría de nuevo a morir, o que sufriría de nuevo, o que obedecería de nuevo; sino que liquidó en el acto, hasta el último centavo, el rescate de todo el pueblo, y se le dio el recibo del pago total, y Cristo clavó ese recibo en Su cruz, y dijo: "Consumado es, consumado es; he suprimido el manuscrito de las ordenanzas, lo he clavado en la cruz. ¿Quién es el que condenará a Mi pueblo, o le levantará algún cargo? ¡Pues yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados!"

Y cuando Cristo pagó todo este rescate, observen bien, que *Él lo hizo todo por Sí mismo!* Él fue muy especial acerca de eso. Simón, el Cireneo, pudo haber llevado la cruz; pero Simón, el Cireneo, no podía ser clavado en ella. Ese círculo sagrado del Calvario estaba reservado exclusivamente para Cristo. Dos ladrones estaban con Él allí; ni había en ese lugar hombres justos, para que nadie dijera luego que la muerte de esos dos hombres justos ayudó al Salvador. Dos ladrones estaban colgados con Él, para que los hombres pudieran ver que había majestad en Su miseria, y que Él podía perdonar a los hombres y manifestar Su soberanía, aun cuando se estaba muriendo. No había hombres justos que sufrieran; ninguno de Sus discípulos compartió Su muerte. Pedro no fue arrastrado allí para ser decapitado. Juan no fue clavado a una cruz al lado de Él. Fue dejado solo allí.

Él dice: "He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo." El total de la tremenda deuda fue puesto sobre Sus hombros; todo el peso de los pecados de todo Su pueblo fue colocado sobre Él. Una vez pareció tambalearse bajo ese peso: "Padre mío, si es posible." Pero luego se puso firme: "pero no se haga mi voluntad, sino la tuya." Todo el castigo de Su pueblo fue destilado en una sola copa; ningún mortal podría darle ni siquiera un sorbo. Cuando Él se llevó la copa a Sus labios, era tan amarga, que casi la rechazó: "pase de mí esta copa." Pero Su amor por Su pueblo era tan grande, que tomó la copa con Sus dos manos, y—

***"De un solo sorbo de amor
Bebió hasta el fondo la condenación,"***

por todo Su pueblo. La tomó toda, lo soportó todo, lo sufrió todo; de tal forma que ahora y por siempre no hay llamas del infierno para ellos, no hay potros de tormento; no tienen aflicciones eternas; Cristo ha sufrido todo lo que ellos deberían haber sufrido, y ellos deben salir, y saldrán libres. El trabajo fue llevado a cabo completamente por Él mismo, sin ayuda de nadie.

Y además observen que *fue aceptado*. Verdaderamente fue un rescate excelente. ¿Quéaría igualarlo? Un alma que “está muy triste, hasta la muerte;” un cuerpo desgarrado por la tortura; una muerte del tipo más inhumano; y una agonía de tal carácter que la lengua no puede mencionar, ni la mente de un hombre puede imaginar su horror. Fue un precio muy bueno. Pero pregunto: ¿fue aceptado? Ha habido precios que se han pagado algunas veces, o más bien que se han ofrecido, que nunca fueron aceptados por las personas a quienes se les había ofrecido, y por eso el esclavo no obtuvo su libertad. Pero este rescate sí fue aceptado.

La evidencia es clara. Cuando Cristo declaró que Él pagaría la deuda por todo Su pueblo, Dios envió al oficial para que lo arrestara; lo arrestó en el huerto de Getsemaní, y prendiéndolo lo arrastró al pretorio de Pilato, a casa de Herodes, y al tribunal de Caifás; el pago fue hecho por completo, y Cristo fue puesto en el sepulcro. Estuvo allí, encerrado en prisión vil, hasta que la aceptación fuera ratificada en el cielo. Durmió allí durante tres días en Su tumba. Fue declarado que la ratificación fuera esta: el fiador quedaría en libertad tan pronto como sus compromisos de la fianza fuesen cumplidos. Ahora dejen que sus mentes visualicen a Jesús enterrado. Él está en el sepulcro. Es cierto que Él ha pagado toda la deuda, pero el recibo no ha sido entregado todavía; Él duerme en esa estrecha tumba. Encerrado allí con un sello sobre una piedra gigante, duerme todavía en Su tumba; la aceptación de Dios todavía no ha sido otorgada. Los ángeles todavía no han descendido del cielo para decir: “la obra está hecha, Dios ha aceptado Tu sacrificio.” Ahora es la crisis de este mundo; oscila tambaleante en la balanza. ¿Aceptará Dios el rescate o no? Veremos. Un ángel desciende del cielo con un resplandor intenso; remueve la piedra; y sale el cautivo, sin vendas en Sus manos, habiendo dejado atrás Su indumentaria fúnebre; libre, para no sufrir nunca más, para no morir nunca más. Ahora—

**“Si Jesús no hubiera pagado la deuda,
Nunca habría sido puesto en libertad.”**

Si Dios no hubiera aceptado Su sacrificio, Él estaría en Su tumba en este momento; nunca se hubiera levantado de Su tumba. Pero Su resurrección fue una señal de que Dios lo había aceptado. Dijo: “He tenido una reclamación contra Ti hasta esta hora; esa reclamación ha sido satisfecha ahora; eres libre.” La muerte entregó a su cautivo real, la piedra fue rodada y el conquistador salió llevando cautiva a la cautividad.

Y además, Dios dio una segunda prueba de aceptación; *pues llevó al cielo a Su unigénito Hijo*, y lo sentó a Su diestra, muy por encima de los principados y potestades; y por medio de eso quiso decirle: “Síéntate en el trono, pues has hecho la obra poderosa; todas tus obras y todas tus miserias son aceptadas como el rescate de los hombres.” Oh, amados míos, piensen qué escena tan maravillosa debe haber sido cuando Cristo ascendió a la gloria. ¡Qué noble certificado de la aceptación de Su Padre! ¿No les parece contemplar la escena en la tierra? Es muy simple. Unos cuantos discípulos están sobre una colina, y Cristo comienza a ascender con un movimiento lento y solemne, como si un ángel Lo im-

pulsara con suavidad gradualmente, como niebla o vapor que se levanta de un lago hasta los cielos. ¿Pueden imaginar lo que sucedía allá a lo lejos? Pueden concebir por un momento cómo, cuando el poderoso conquistador entró por las puertas del cielo, los ángeles lo recibieron—

***“Trajeron su carroza de lo alto,
Para transportarlo a Su trono;
Batieron sus triunfantes alas, y exclamaron,
‘La obra grandiosa ya está hecha.”***

¿Pueden imaginar cómo resonaban los aplausos cuando Él entró por las puertas del cielo? ¿Pueden concebir cómo se empujaban unos a otros para ver cómo se aproximaba Él, vencedor y sangrante de la batalla? ¿Ven a Abraham, Isaac, Jacob, y a todos los santos redimidos, reunidos para contemplar al Salvador y al Señor? Ellos habían deseado verlo, y ahora sus ojos Lo contemplaban en carne y sangre, ¡el conquistador de la muerte y del infierno! ¿Pueden verlo, con el infierno sujetado a las ruedas de Su carroaje, arrastrando a la muerte cautiva a través de las calles reales del cielo? ¡Oh, qué espectáculo había allí ese día! Ningún guerrero romano obtuvo jamás un triunfo así; nadie vio jamás un espectáculo tan majestuoso. La pompa de todo el universo, la realeza de la creación entera, los querubines y los serafines, y todos los poderes creados, se maravillaron ante esa escena. Y Dios mismo, el Eterno, coronó todo cuando estrechando a Su Hijo contra Su pecho, dijo: “Bien hecho, bien hecho; has finalizado la obra que Te encomendé. Quédate para siempre, mi Amado.”

¡Ah! Pero Él nunca habría tenido ese triunfo si no hubiera pagado toda la deuda. A menos que Su Padre hubiera aceptado el precio del rescate, el rescatador nunca hubiera sido honrado de tal manera; pero debido a que fue aceptado, por eso Él triunfó así. Suficiente, entonces, en lo que concierne al rescate.

II. Y ahora, con la ayuda del Espíritu de Dios, voy a referirme al EFECTO DEL RESCATE; siendo justificados: “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención.”

Ahora, ¿cuál es el significado de justificación? Los teólogos los confundirán, si les preguntan. Voy a hacer mi mejor esfuerzo para explicar la justificación de manera sencilla y simple, para que me entienda inclusive un niño. No hay tal cosa como una justificación que pueda ser obtenida en la tierra por los hombres, excepto de una sola manera. La justificación, ustedes saben, es un término forense; siempre es empleado en un sentido legal. Un prisionero es traído al tribunal de justicia para ser juzgado. Sólo hay una forma en que ese prisionero puede ser justificado; esto es, no debe ser encontrado culpable; y si no es encontrado culpable, entonces es justificado: esto es, se ha demostrado que es un hombre justo.

Si ese hombre es encontrado culpable, no puede ser justificado. La Reina puede perdonarlo, pero ella no puede justificarlo. Sus hechos no son justificables, si fuera culpable de ellos; y él no puede ser justificado por ellos. Puede ser perdonado; pero ni la realeza misma podrá jamás lavar el carácter de ese hombre. Es tan criminal cuando es perdonado

como lo era antes de ser perdonado. No hay ningún medio entre los hombres de justificar a un hombre de una acusación que es levantada en su contra, excepto cuando se demuestra que no es culpable.

Ahora, la maravilla de maravillas es que se ha demostrado que somos culpables, y sin embargo somos justificados: se ha leído el veredicto en contra nuestra de: culpables; y sin embargo, a pesar de ello, somos justificados. ¿Puede algún tribunal terrenal hacer eso? No, la redención de Cristo logró eso que es una imposibilidad para cualquier tribunal de la tierra. Todos nosotros somos culpables. Lean el versículo 23 que precede inmediatamente al texto: “por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios.” Allí es presentado el veredicto de culpables, y sin embargo inmediatamente después se dice que somos justificados gratuitamente por Su gracia.

Ahora, permitanme explicarles *cómo justifica Dios al pecador*. Voy a suponer un caso imposible. Un prisionero ha sido juzgado y condenado a muerte. Él es un hombre culpable; él no puede ser justificado porque es culpable. Pero ahora, supongan por un momento que pudiera ocurrir algo así: que alguien más pudiera participar, y que pudiera asumir toda la culpa de ese hombre, que pudiera ponerse en su lugar y por algún proceso misterioso, que por supuesto es imposible entre los hombres, se convirtiera en ese hombre; o tomara sobre sí el carácter de ese hombre; él, el hombre justo, pone al rebelde en su lugar, y convierte al rebelde en un hombre justo. Nosotros no podemos hacer eso en nuestras cortes.

Si yo me presentara ante un juez, y él decidiera que debe encarcelarme durante un año en vez de un desgraciado que fue condenado ayer a un año de prisión, yo no podría asumir su culpa. Podría sufrir su castigo, pero no podría llevar su culpa. Ahora, lo que la carne y la sangre no pueden hacer, eso hizo Jesucristo mediante Su redención. Aquí estoy yo, el pecador. Yo me refiero a mí mismo como representando a todos ustedes. Estoy condenado a muerte. Dios dice: “Voy a condenar a ese hombre; debo, quiero y lo voy a castigar.” Cristo interviene, me hace a un lado, y se pone en mi lugar. Cuando se pide que hable el reo, Cristo dice: “Culpable,” y hace que mi culpa sea suya. Cuando se va a aplicar el castigo, Cristo se presenta. Dice: “castígame a Mí,” “he puesto mi justicia en ese hombre, y Yo he tomado sobre Mí los pecados de ese hombre. Padre, castígame a Mí y considera a ese hombre como si fuera Yo. Deja que él reine en el cielo; y que yo sufra sus miserias. Déjame que Yo soporte su maldición, y que él reciba mi bendición.” Esta maravillosa doctrina del intercambio de lugares entre Cristo y los pobres pecadores, es una doctrina de revelación, pues no habría podido ser concebida por la naturaleza humana.

Permítanme que lo explique de nuevo, no sea que no quedó muy claro. La forma en que Dios salva a un pecador no es, como dicen algunos, ignorando el castigo. No; el castigo ha sido cumplido por completo. Es colocando a otra persona en el lugar del rebelde. El rebelde debe morir; Dios dice que debe morir. Cristo dice: “Yo seré el sustituto del rebelde.

El rebelde tomará mi lugar y Yo tomaré el suyo.” Dios consiente a esto. Ningún monarca de la tierra tendría poder para dar su consentimiento a un cambio así. Pero el Dios del cielo tenía el derecho de hacer lo que Él quisiera. En su infinita misericordia dio su beneplácito al arreglo. “Hijo de mi amor,” dijo, “debes colocarte en el lugar del pecador; debes sufrir lo que correspondía sufrir a él; debes ser considerado culpable, tanto como él fue considerado culpable; y después voy a ver al pecador bajo otra luz. Lo veré como si fuera Cristo; lo aceptaré como si fuera mi unigénito Hijo, lleno de gracia y de verdad. Le daré una corona en el cielo y lo llevaré en Mi corazón por toda la eternidad.” Esta es la forma en que somos salvados, “siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.”

Y ahora proseguimos a *explicar algunas de las características* de esta justificación. En el momento en que un pecador arrepentido es justificado, recuerden, él es justificado en relación a todos sus pecados. He aquí un hombre plenamente culpable. En el instante en que cree en Cristo, recibe su perdón de inmediato, y sus pecados ya no son más tuyos; son arrojados a las profundidades del mar. Fueron puestos sobre los hombros de Cristo y han desaparecido. Ahora es un hombre justo a los ojos de Dios, y acepto en el Amado. “¡Cómo!”, dicen, “¿quieres decir eso literalmente?” Así es, en efecto. Esa es la doctrina de la justificación por la fe.

El hombre deja de ser considerado por la justicia divina como un ser culpable. En el instante en que él cree en Cristo toda su culpa es quitada. Pero voy un paso más allá. En el momento que el hombre cree en Cristo, deja de ser considerado culpable desde la perspectiva de Dios. Y lo que es más, se vuelve justo, se vuelve meritorio. Pues en el instante en que Cristo toma sus pecados, él toma la justicia de Cristo; así que cuando Dios mira al pecador que sólo una hora antes estaba muerto en pecados, ahora lo contempla con tanto amor y afecto como siempre miró a Su Hijo. Él mismo lo ha dicho: “Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado.”

Él nos ama tanto como su Padre Le ama a Él. ¿Pueden creer en una doctrina como ésa? ¿No sobrepasa a todo pensamiento? Pues bien, es una doctrina del Espíritu Santo; la doctrina mediante la cual debemos esperar ser salvados. ¿Podría yo ilustrar mejor este pensamiento para cualquier persona no instruida? Les voy a decir la parábola que encontramos en los profetas, la parábola de Josué el sumo sacerdote. Josué entra vestido con ropas inmundas; esas ropas inmundas representan sus pecados. Quitele esas ropas inmundas; ese es el perdón. Pongan una mitra en su cabeza, vístano con ropajes reales, háganlo rico y apreciable: eso es la justificación.

Pero, ¿de dónde salen *estas* ropas, y a dónde van a parar esos harapos? Los harapos que Josué vestía pasan a Cristo, y con las vestiduras de Cristo se viste Josué. El pecador y Cristo hacen exactamente lo que hicieron Jonatán y David; Jonatán dio su ropa David, y David dio a Jonatán sus vestidos; así también Cristo toma nuestros pecados, y noso-

tros tomamos la justicia de Cristo; y por medio de esta gloriosa sustitución e intercambio de lugares, los pecadores son liberados y son justificados por Su gracia.

“Pero”, dice alguien, “nadie es justificado así, sino hasta que se muera.” Créanme, lo es—

***“El instante en que un pecador cree,
Y confía en su Dios crucificado,
Recibe de inmediato su perdón;
Salvación plena, mediante Su sangre.”***

Si aquel joven por allá ha creído verdaderamente en Cristo hoy, habiéndose dado cuenta mediante una experiencia espiritual de lo que yo he intentado describir, está tan justificado ahora a los ojos de Dios como lo estará cuando esté ante el trono. Los espíritus gloriosos no son más aceptables a Dios en el cielo que el pobre hombre aquí en la tierra que ha sido justificado una vez por la gracia. Es una perfecta purificación, es un perfecto perdón, una perfecta imputación. Somos plenamente, libremente y totalmente aceptados por Cristo nuestro Señor.

Sólo una palabra más sobre esto, y dejaré el tema de la justificación. Quienes han sido justificados una vez, son justificados irreversiblemente. Tan pronto un pecador ocupa el lugar de Cristo, y Cristo toma el lugar del pecador, no hay temor de un segundo cambio. Si Jesús ha pagado la deuda una vez, la deuda está saldada y nunca más será presentada al cobro; si son perdonados, son perdonados de una vez y para siempre. Dios no otorga al pecador Su libre perdón firmado de Su puño y letra para retractarse más tarde y castigarle. Está lejos de Dios proceder de esta manera. Él dice: “He castigado a Cristo; tú puedes irte libremente.” Y después de esto “nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”, porque “justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.”

Oigo que alguien exclama “Esa es una doctrina extraordinaria.” Bien, alguien puede pensar así; pero déjenme decirles que es una doctrina que profesan todas las iglesias protestantes, aunque no la prediquen. Es la doctrina de la iglesia anglicana; es la doctrina de Lutero; es la doctrina de la iglesia presbiteriana; es visiblemente la doctrina de todas las iglesias cristianas; y si resulta extraña a los oídos de ustedes, es porque no están acostumbrados a oír, y no porque la doctrina sea extraña. Es doctrina de la Santa Escritura que nadie puede condenar a quien Dios justifica, y nadie puede acusar a aquellos por los que Cristo ha muerto, pues están completamente liberados de pecado. Así que, como dice uno de los profetas, Dios “no ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel.” En el mismo instante en que ellos creen, sus pecados son imputados a Cristo, dejan de ser tuyos, y la justicia de Cristo les es imputada y contada como suya, de manera que son aceptados.

III. Y ahora voy a terminar con un tercer punto, el cual espero exponer brevemente y con mucho denuedo: LA FORMA DE OTORGAR ESTA JUSTIFICACIÓN. John Bunyan diría que hay personas a quienes se les hace agua la boca por este gran don de la justificación. Algunos de mis

lectores estarán diciendo: “¡Oh, si yo pudiera ser justificado! Pero, ¿podré serlo, amigo? He sido un borracho, he sido un blasfemo y todo lo ruin que pueda ser un hombre. ¿Acaso puedo ser justificado? ¿Tomará Cristo mis negros pecados y tomaré yo Sus blancas vestiduras?” Sí, pobre alma, si tú lo deseas, si Dios te ha hecho desearlo. Si confiesas tus pecados, Cristo está dispuesto a tomar tus harapos y a darte Su justicia para que sea tuya para siempre. “Bien, pero, ¿cómo se puede obtener?”, dirá alguno. “¿He de ser un santo varón durante muchos años para llegar a conseguirlo?” ¡Escucha!: “Gratuitamente por su gracia”, “gratuitamente”, porque no hay precio que pueda pagarla; “por su gracia”, porque no es por nuestros méritos. “Pero yo he estado orando por ello y no creo que Dios me perdone si no hago algo para merecerlo.” Te digo, amigo, que si traes alguno de tus méritos, jamás serás perdonado. Dios otorga su justificación gratuitamente, y si tú traes algo para pagarla, te lo tirará a la cara, y no te dará Su justicia. Él la otorga gratuitamente.

El viejo Rowland Hill fue cierta vez a predicar a una feria. Observó cómo los comerciantes vendían sus mercancías en subasta pública. Entonces Rowland dijo: “Yo también voy a hacer una subasta en la que venderé vino y leche sin dinero y sin precio. Mis amigos allí, dijo, se esfuerzan porque ustedes puedan llegarles sus precios, mi problema es que yo no encuentro quién sea capaz de bajarse a los míos.” Y esto, mis queridos lectores, sucede con los hombres. Si yo predicara una justificación que se pudiera comprar con dinero, ¿quién se iría de aquí sin ser justificado? Si yo predicara una justificación que se puede obtener caminando cien kilómetros, ¿no nos convertiríamos en peregrinos cada uno de nosotros, mañana mismo? Si yo predicara una justificación que consistiera en flagelos y torturas, habría muy pocas personas que no aceptarían la tortura, y debo agregar que muy severamente.

Pero si se trata de una justificación que es gratuita, gratuita, gratuita, los hombres la desprecian. “¡Cómo!, ¿voy a obtenerla completamente gratis, sin que yo haga nada?” Así es; la debes obtener a cambio de nada, o jamás la tendrás: es “gratuita.” “Pero, ¿acaso no puedo ir a Cristo y apelar a su misericordia diciendo: Señor, justifícame, pues no soy tan malo como los demás?” Eso no te servirá de nada, porque es “por su gracia.” “Pero, ¿no podré albergar una esperanza porque voy a la iglesia dos veces al día?” No señor; es “por su gracia.” “Pero, ¿tampoco podré alegar que intento ser cada vez mejor.” No señor; es “por su gracia.” Insultas a Dios queriendo comprar Sus tesoros con tu dinero falso. ¡Oh, qué ideas tan pobres tienen los hombres sobre el valor del Evangelio de Cristo, cuando piensan que pueden comprarlo! Dios no aceptará las sucias monedas de ustedes para que compren el cielo. Una vez, un rico moribundo, creyó que podría comprar un lugar en el cielo construyendo por su cuenta una serie de asilos. Un buen hombre se aproximó a su lecho de enfermo y le preguntó: “¿Cuánto más va a dejar usted?” “Veinte mil libras.” “Esa cantidad no podría comprar el suficiente espacio para que sus pies puedan pisar el cielo, pues sus calles son

de oro. ¿Qué valor puede tener su oro? Sería considerado como nada, cuando el suelo del cielo está empedrado con oro.”

No amigos míos; no podemos comprar el cielo ni con oro, ni con buenas obras, ni con oraciones, ni con nada. ¿Cómo habremos, pues, de conseguirlo? Con sólo pedirlo. Todos los que nos reconocemos pecadores, podemos tener a Cristo con sólo pedirlo. ¿Deseas tú tener a Cristo? ¡Puedes tener a Cristo! “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.” Pero si tú te apegas a tus propios conceptos diciendo: “No, yo trataré de hacer muchas obras buenas, y luego voy a creer en Cristo”, te respondo, amigo mío, que serás condenado si crees en semejante engaño. Solemnemente te advierto que no puedes ser salvo de esa manera. “Bien, pero, ¿no he de hacer buenas obras?” Ciertamente que sí; pero no debes confiar en ellas. Debes confiar solamente en Cristo, y después haces las buenas obras. “Pero”, dice alguien, “yo creo que si hiciera algunas buenas obras me servirían de recomendación cuando me acercara a Cristo.” No sería así; no constituirían recomendación alguna. Supongan que un mendigo usando guantes blancos de piel fina se acercara a la casa de alguien diciendo que tiene mucha necesidad y que necesita una limosna. ¿Le servirían de recomendación sus guantes blancos para mover a alguien a la caridad?, ¿podrá servirle de recomendación para lograr limosna un lindo sombrero nuevo que se compró esta mañana? “No”, dirías: “¡Eres un miserable impostor!; no necesitas nada, y no obtendrás nada; ¡fuera de aquí!”

El mejor distintivo de un mendigo son los harapos; y el mejor ropaje para un pecador que vaya a Cristo, es ir tal cual es, sin otra cosa que rodeado de pecado. “Pero no, dice alguien, debo ser un poco mejor, y entonces creo que Cristo me salvará.” No podrás ser mejor por mucho que lo intentes. Además, usando una paradoja, si pudieras mejorar, estarías en desventaja, porque cuanto peor seas, tanto mejor serás para ir a Cristo. Si son completamente impíos, vengan a Cristo; si sienten su pecado y renuncian a él, vengan a Cristo; aunque hayan tenido el alma más perversa y vil, vengan a Cristo; si sienten que no tienen nada en ustedes que les pueda servir de recomendación, vengan a Cristo—

**“Confía en Jesús, confía plenamente;
No dejes que se mezcle otra confianza.”**

No digo esto para alentar a ningún hombre a que continúe en su pecado. ¡Dios no lo quiera! Si continúan en pecado, no deben venir a Cristo; no pueden, sus pecados se lo impedirán. No pueden venir a Cristo y ser libres, y continuar encadenados al remo de su galera, al remo de sus pecados. No, señores, es el arrepentimiento; es dejar inmediatamente sus pecados. Pero fijense bien que ni el arrepentimiento, ni el dejar sus pecados, puede salvarlos. Es Cristo, Cristo, Cristo, solamente Cristo.

Pero sé que muchos de ustedes se irán y tratarán de construir su propia torre de Babel para llegar al cielo. Unos lo harán de una manera y otros de otra. Adoptarán ceremonias: pondrán como cimiento de la estructura la doctrina del bautismo infantil, y encima colocarán la confirmación y la cena del Señor. “Iré al cielo”, dicen; “¿acaso no guardo el

Viernes Santo y el día de Navidad? Soy mejor que esos disidentes. Soy una persona sumamente extraordinaria. ¿Acaso no oro más que cualquiera?" Estarás largo tiempo empujando esa rueda de molino, sin que consigas avanzar una pulgada. No es éste el camino para llegar a las estrellas. Alguien dice: "Iré y estudiaré la Biblia y creeré en la sana doctrina; y no dudo que, creyéndola, seré salvo." ¡En verdad que no lo serás! No serás más salvo por creer en la verdadera doctrina que por hacer buenas obras. "¡Vaya!", dirá otro, "eso me gusta; creeré en Cristo y viviré como mejor me plazca." ¡En verdad que no serás salvo!; porque si crees en Cristo, El no te dejará vivir como le plazca a tu carne; por medio del Espíritu te constreñirá a mortificar tus inclinaciones y concupiscencias. Si te concede la gracia de que creas, también te dará después la gracia de vivir una vida santa. Si te da la fe, te dará después buenas obras. No puedes creer en Cristo a menos que renuncies a cada pecado y decididas servirle con pleno propósito de corazón. Por último, creo oír a un pecador que dice: "¿Acaso es ésa la única puerta?, y ¿puedo aventurarme a pasar por ella? Entonces lo haré. Pero no lo comprendo muy bien; soy como el pobre Tiff en ese libro tan notable titulado 'Dred'. Hablan mucho acerca de una puerta, pero yo no veo esa puerta; hablan mucho sobre un camino, pero no puedo verlo. Porque si el pobre Tiff pudiera ver el camino saldría por él con aquellos niños. Hablan de combates, pero no veo que nadie luche, de otro modo yo también combatiría."

Permítanme que se los explique, pues. Encuentro en la Biblia: "Palabra fiel y digna de ser recibida de todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." ¿Qué otra cosa pueden hacer, sino creer en esto y confiar en Él? Nunca serán defraudados con una fe como ésta. Les voy a poner otro ejemplo que he utilizado cientos de veces, pero que volveré a utilizar por no poder encontrar otro mejor. La fe es algo parecido a esto: Es una historia que se cuenta de un capitán de barco de guerra, cuyo hijo, un muchacho joven, era muy aficionado a subir por el cordaje del buque. Una vez, persiguiendo a un mono, subió al mástil hasta alcanzar el verterlo mayor. Y como ustedes saben, el verterlo mayor es como una gran mesa redonda puesta sobre el mástil; así que, cuando el joven estuvo allí, tenía espacio suficiente; pero la dificultad estaba, usando la mejor explicación que puedo, en que no podía alcanzar el mástil que estaba debajo de esa plataforma, pues su estatura no le permitía descolgarse por el verterlo, alcanzar el mástil y bajar. Allí estaba en esa plancha de madera; se las había arreglado para llegar allí, de alguna manera u otra, pero le era imposible bajar. Su padre se dio cuenta y quedó horrorizado; ¿qué debía hacer? ¡En unos instantes su hijo caería y quedaría destrozado! Estaba aferrado a la plataforma con todas sus fuerzas, pero en pocos segundos caería sobre la cubierta convirtiéndose en una masa informe. El capitán pidió un megáfono, y llevándoselo a la boca gritó: "¡Muchacho, la próxima vez que el barco se incline lo suficiente, lánzate al mar!" Era en verdad su única salvación; podía ser rescatado del agua, pero jamás se salvaría si caía

sobre cubierta. El pobre muchacho miró al mar; la altura era impresionante, no podía soportar la idea de arrojarse a la corriente que rugía allá abajo; le pareció brava y peligrosa. ¿Cómo podría lanzarse a ella? Y así se aferró con todas sus fuerzas a la plataforma, aunque no había duda que pronto se soltaría y perecería. El padre pidió una pistola, y apuntando al muchacho dijo: "Muchacho, la próxima vez que el barco se incline, lánzate al mar, o si no te dispara." El chico sabía que su padre cumpliría su palabra, y así, cuando el barco se inclinó hacia un costado, se lanzó al mar. Los robustos brazos de los marineros fueron tras él, y lo rescataron, subiéndole a cubierta.

Como aquel joven, nosotros nos encontramos por naturaleza en una posición de peligro extremo, del cual, ni ustedes ni yo tenemos la menor posibilidad de escapar por nosotros mismos. Desafortunadamente, tenemos algunas buenas obras propias a las que, como aquella plataforma, nos aferramos de forma tan entrañable que no las soltaremos nunca. Cristo sabe que, si no las soltamos, terminaremos hechos pedazos, pues esa confianza putrefacta nos destruirá. Y por eso dice: "Pecador, abandona esa confianza en tus propias obras, y arrójate en el mar de mi amor." Nosotros miramos hacia abajo diciendo: "¿Podré ser salvo confiando en Dios? Parece como si estuviera disgustado conmigo, y no podría confiar en Él." ¡Ah!, ¿no te persuadirá el tierno grito de la misericordia?: "El que creyere será salvo." ¿Acaso es necesario que te apunte con el arma de la destrucción?: "El que no creyere será condenado." Ahora te encuentras en la misma posición que aquel joven; te hallas en una situación que encierra un peligro inminente, y despreciar el consejo del Padre es motivo de la más terrible alarma, y hace que tu peligro se agrave. ¡Debes hacerlo, o de otro modo morirás! ¡Deja de aferrarte! La fe consiste en que un pecador se suelte de su asidero y se deje caer, y así es salvado. Y aquello que parecía ser su destrucción es el medio de su salvación. Crean en Cristo, oh, pobres pecadores, crean en Cristo. Ustedes que conocen su culpa y su miseria, arrójense sobre Él; vengan y confien en mi Señor, y como Él vive, ante quien estoy, nunca confiarán en Él en vano; sino que serán perdonados, y proseguirán su camino gozándose en Cristo Jesús.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #126 – Volumen 3

Justification by Grace

LOS USOS DE LA LEY

NO. 128

**UN SERMÓN PREDICADO EL DOMINGO 19 DE ABRIL DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

**“Entonces, ¿para qué sirve la ley?”
Gálatas 3:19.**

El Apóstol Pablo, mediante un argumento poderoso y altamente ingenioso, ha demostrado que la ley no fue establecida por Dios para la justificación y salvación del hombre. Él declara que Dios hizo un pacto de gracia con Abraham mucho antes de que la ley fuera dada en el Monte Sinaí; que Abraham no estuvo presente en el Monte Sinaí, y que, por lo tanto, no pudo hacerse alteración alguna al pacto hecho allí, por sugerencia suya; que, adicionalmente, no se le pidió el consentimiento a Abraham para alguna alteración del pacto, y sin su consentimiento el pacto no podía haber sido cambiado legalmente; y además, que el pacto permanece firme e incombustible, viendo que fue hecho a la simiente de Abraham, al igual que al propio Abraham. “Esto, pues, digo: El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga, para invalidar la promesa. Porque si la herencia es por la ley, ya no es por la promesa; pero Dios la concedió a Abraham mediante la promesa.”

Por tanto, ni herencia ni salvación pueden obtenerse jamás por la ley. Ahora bien, irse a los extremos es el error de la ignorancia. Generalmente, cuando los hombres creen en una verdad, llevan su creencia hasta el extremo de negar otra; y, con mucha frecuencia, la afirmación de una verdad cardinal conduce a los hombres a generalizar sobre todos los matices, generando falsedades de esa verdad. La supuesta objeción puede expresarse así: “Tú dices, oh Pablo, que la ley no puede justificar; ciertamente entonces la ley no sirve para nada; ‘entonces, ¿para qué sirve la ley?’ Si no puede salvar al hombre, ¿cuál es su objetivo? Si por sí misma nunca llevará a nadie al cielo ¿para qué fue escrita? ¿Acaso no es una cosa inútil?”

El apóstol muy bien pudo haber replicado a su oponente con una mirada de desprecio, diciéndole: “Oh insensato, y tardo de corazón para entender. ¿Se demuestra que una cosa es completamente inútil, simplemente porque no responde a cada propósito en el mundo? ¿Dirán acaso que debido a que el hierro no es comestible, entonces el hierro es inútil? Y debido a que el oro no puede ser alimento para el hombre, ¿por esa causa lo tirarán a la basura, llamándolo escoria que no vale nada? Sin embargo, sobre la base de esas insensatas premisas, ustedes proceden de esa manera. Pues, debido a que he dicho que la ley no puede salvar, ustedes me han preguntado neciamente que para qué sirve entonces. Y

ustedes insensatamente suponen que la ley de Dios no sirve para nada, y que no tiene ningún valor.”

Esta objeción, por lo general, es propuesta por dos tipos de personas. Primero, por simples latosos a quienes no les gusta el Evangelio, y desean encontrarle todo tipo de fallas. Ellos pueden decirnos aquello en lo que no creen; pero no nos dicen en qué creen. Ellos quieren oponerse a las doctrinas y a los sentimientos de los demás; pero estarían perdidos si se les pidiera que se sienten y escriban sus propias opiniones. No parecen haber ido más lejos que el genio de un mono, que puede hacer pedazos todo, pero que no puede arreglar nada.

Luego, por otro lado, está el antinomiano, que dice: “Sí, yo sé que soy salvo únicamente por gracia;” y entonces quebranta la ley diciendo que no le obliga, ni siquiera como regla de vida; y pregunta: “¿Para qué, entonces, sirve la ley?” echándola fuera de su puerta como si fuera un mueble viejo únicamente útil como leña, porque, en verdad, no está adaptada para salvar su alma.

Pero una cosa puede tener muchos usos, aunque no tenga alguno en particular. Es cierto que la ley no puede salvar; pero es también igualmente cierto que la ley es una de las obras más importantes de Dios, y merece toda la reverencia, y es extremadamente útil cuando es aplicada por Dios para los propósitos para los cuales fue establecida.

Sin embargo, amigos míos, perdónenme si solamente hago la observación que esta es también una pregunta muy natural. Si leen la doctrina del apóstol Pablo encontrarán que declara que la ley condena a toda la humanidad. Ahora, por un solo instante vamos a echar una ojeada a las obras de la ley en este mundo. He aquí, veo cuando la ley es ordenada en el Monte Sinaí. Aun el propio monte tiembla con miedo. Relámpagos y truenos forman el cortejo de esas terribles sílabas que ablandan los corazones de Israel. Todo el Sinaí humeaba. Jehová resplandeció desde el monte de Parán, y el Santo vino de Sinaí; “y vino de entre diez millares de santos.”

De Su boca salió una ley ardiente para ellos. Era una ley terrible aun en el momento en que fue dada; y desde entonces, de ese Monte Sinaí ha bajado una temible lava de venganza, para inundar, para destruir, para quemar, y para consumir a toda la raza humana, si no fuera porque Jesucristo ha detenido ese terrible torrente, y ha ordenado a sus olas de fuego a que se queden quietas.

Si pudieran contemplar al mundo sin Cristo en él, simplemente bajo la ley, verían un mundo en ruinas, un mundo con el sello negro de Dios puesto sobre él, marcado y sellado para condenación; verían hombres que, si conocieran su condición, tendrían sus manos sobre sus lomos y estarían gimiendo todos sus días; verían hombres y mujeres condenados, perdidos, arruinados; y en las regiones más alejadas verían la fosa que es cavada para el impío, en la cual la tierra debería haber sido arrojada para taparla, si la ley hubiera hecho lo suyo, aparte del Evangelio de Jesucristo nuestro Redentor.

Ay, amados, la ley es una gran inundación que habría anegado al mundo con algo peor que el agua del diluvio de Noé; es un gran incendio que habría quemado la tierra con una peor destrucción que la que cayó sobre Sodoma; es un ángel severo con una espada, sediento de sangre, y con alas de muerte; es un gran destructor que arrasa a las naciones; es el gran mensajero de la venganza de Dios, que es enviado al mundo.

Sin el Evangelio de Jesucristo, la ley no es otra cosa que la voz condenatoria de Dios, que truena en contra de la humanidad. “Entonces, ¿para qué sirve la ley?” parece una pregunta muy natural. ¿Puede la ley ser de utilidad para el hombre? ¿Puede ese Juez que se pone el birrete negro y nos condena a todos, esa ley del Presidente del Tribunal Supremo de Justicia, puede ayudar en la salvación? Sí, si puede; y ustedes verán cómo lo hace, si Dios nos ayuda en nuestra predicación. “Entonces, ¿para qué sirve la ley?”

I. El primer uso de la ley es *manifestarle al hombre su culpa*. Cuando Dios determina salvar a un hombre, lo primero que hace con él es enviarle la ley, para mostrarle cuán culpable, cuán vil, cuán ruin es él, y en qué peligrosa posición se encuentra. ¿Ven a ese hombre situado al borde del precipicio?; está profundamente dormido, y exactamente en el peligroso límite del farallón. Un simple movimiento y rodará y se hará pedazos contra las puntiagudas rocas del fondo y nunca más se sabrá de él.

¿Cómo puede ser salvado? ¿Qué se puede hacer por él, qué se puede hacer? Ésa es nuestra posición; también nosotros estamos al borde la ruina, pero somos insensibles a ello. Dios, cuando comienza a salvarnos de peligro tan inminente, envía Su ley, la cual, con un recio puntapié nos despierta, y hace que abramos los ojos; vemos entonces nuestro terrible peligro, descubrimos nuestras miserias; y es entonces cuando estamos en la posición correcta para clamar por nuestra salvación, y nuestra salvación viene a nosotros.

La ley actúa con el hombre como lo hace el médico cuando quita lo que obstruye el ojo del ciego. Los hombres que creen en su justicia propia son ciegos, aunque se consideran buenos y hasta excelentes. La ley quita esa obstrucción, y les permite descubrir cuán viles son, y cuán completamente arruinados y condenados están, si permanecen bajo la sentencia de la ley.

Sin embargo, en vez de tratar esto doctrinalmente, voy a tratarlo prácticamente, esperando un impacto directo en sus conciencias. Amado lector, ¿acaso la ley de Dios no te convence de pecado este día? Bajo la mano del Espíritu de Dios, ¿no te hace sentir que has sido culpable, que mereces la perdición, que has incurrido en la terrible ira de Dios?

Ustedes que están sentados allá; ¿no han quebrantado estos diez mandamientos? ¿Aun en la letra no los han quebrantado? ¿Quién de ustedes ha honrado siempre a su padre y a su madre? ¿Quién de nosotros ha dicho siempre la verdad? ¿Acaso algunas veces no hemos levantado un falso testimonio en contra de nuestro vecino? ¿Hay alguna persona aquí que no se haya fabricado otro dios, y que no se haya amado a sí mismo, o a su negocio, o a sus amigos, más de lo que ha amado a Jehová, el Dios

de toda la tierra? ¿Quién de ustedes no ha codiciado la casa de su vecino, o su siervo, o su buey, o su asno? Todos nosotros somos culpables con relación a cada letra de la ley; todos nosotros hemos transgredido los mandamientos. Y si realmente entendiéramos estos mandamientos, y sintiéramos que nos condenan, tendrían esta influencia útil en nosotros de mostrarnos el peligro en que estamos, y de llevarnos a volar a Cristo.

Pero, amados lectores, ¿acaso esta ley no los condena a ustedes porque aunque ustedes dijeron que no han quebrantado su letra, sin embargo ustedes han violado su espíritu. Pues aunque nunca hayan matado, sin embargo se nos dice que el que está enojado con su hermano es un asesino. Como dijo una vez un hombre de color: "señor, yo pensé que nunca había matado a nadie, que yo era inocente en este mandamiento; pero cuando oí que el que odia a su hermano es un asesino, entonces me reconocí culpable, pues muy a menudo he matado a veinte hombres antes del desayuno, pues he estado enojado con ellos con mucha frecuencia."

La ley no sólo involucra lo que dice con palabras, sino que encierra cosas profundas escondidas en sus entrañas. Dice: "No cometerás adulterio." Pero esto quiere decir, como afirma Jesús, "Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón." Dice, "No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano;" quiere decir que debemos reverenciar a Dios en todo lugar, y tener Su temor ante nuestros ojos, y en todo momento debemos respetar Sus ordenanzas, y siempre caminar en Su temor y amor. Ay, hermanos míos, seguramente no hay nadie aquí que esté tan endurecido en su justicia propia como para que diga: "yo soy inocente." El espíritu de la ley nos condena. Y ésta es su propiedad útil; nos humilla, nos hace ver que somos culpables, y así somos conducidos a recibir al Salvador.

Además, fíjense bien, mis queridos lectores, que *una infracción de esta ley es suficiente para condenarnos para siempre*. El que ofende a la ley en un punto, se hace culpable de todos. La ley exige que obedezcamos cada mandamiento; y si uno de ellos es quebrantado, todos los demás quedan lesionados. Es como un jarrón de sobresaliente hechura; para destruirlo no necesitas hacerlo añicos; basta con hacerle la más pequeña fractura y se habrá destruido toda su perfección.

Puesto que es una ley perfecta la que se nos ordena obedecer, y obedecerla de manera perfecta, basta infringirla una vez, aunque no volviéramos a hacerlo nunca. No podemos esperar otra cosa de la ley más que la voz, "tú estás condenado, tú estás condenado, tú estás condenado." Bajo este aspecto, ¿no debería la ley despojarnos a muchos de nosotros de toda nuestra jactancia? ¿Hay alguien que pudiera levantarse de su lugar para decir: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres?" Con seguridad no habrá nadie que pueda regresar a casa diciendo: "he diezmado la menta y el comino; todo esto lo he guardado desde mi juventud." No, sino que si es esta ley ha tocado la conciencia y el corazón, estaremos junto al publicano, diciendo: "Dios, sé propicio a mí, pecador."

La única razón por la que un hombre piensa que es justo es porque no conoce la ley. Piensas que nunca la has quebrantado debido a que no la

entiendes. Algunos de ustedes son las personas más respetables; ustedes piensan que han sido tan buenos que pueden ir al cielo mediante sus propias obras. Tal vez no lo dicen de esa manera, pero en lo secreto piensan eso; han recibido el sacramento con mucha devoción, ustedes han sido poderosamente piadosos al asistir a su iglesia o capilla con regularidad, son buenos con los pobres, generosos y justos, y dicen, "yo me salvaré por mis obras."

No, señor; mira la llama que vio Moisés, y estremécete, y tiembla y desespera. La ley no puede hacer nada por nosotros, excepto condenarnos. Lo máximo que puede hacer es sacarnos a latigazos fuera de nuestra jactanciosa justicia propia y conducirnos a Cristo. Pone un peso a nuestras espaldas y nos hace pedirle a Cristo que lo quite de allí. Es como una lanceta que explora la herida. Para usar una parábola, es como algún oscuro sótano que no ha sido abierto por años, que está lleno de todo tipo de criaturas repugnantes; podemos caminar en ese sótano sin saber que están allí.

Pero viene la ley, derriba las cortinas, permite que entre la luz, y luego descubrimos cuán vil corazón tenemos, y cuán perversas han sido nuestras vidas; y, entonces, en lugar de jactarnos, somos llevados a postrarnos y a clamar, "Señor, salvame o perezco. Oh, salvame por tu pura misericordia o de lo contrario seré arrojado fuera." Oh, ustedes que son justos con su justicia propia que leen este sermón, que se consideran tan buenos que pueden remontarse al cielo por su propias obras, (caballos ciegos, dando vueltas perpetuamente al molino sin progresar ni una sola pulgada), ¿piensan cargar con la ley sobre sus hombros como lo hizo Sansón con las puertas de Gaza? ¿Acaso se imaginan ustedes que pueden guardar a la perfección esta ley de Dios? ¿Se atreverían a decir que no la han quebrantado? No, seguramente, confesarán: "me he rebelado," aunque lo harán en voz muy baja. Entonces deben saber esto: la ley no puede hacer nada por ustedes en lo relacionado al perdón.

Todo lo que puede hacer es solamente esto: puede hacerte sentir que no eres absolutamente nada; puede desvestirte; puede magullarte; puede matarte; pero jamás puede darte vida, ni vestirte ni limpiarte, pues no fue establecida para hacer eso.

¿Oh, lector, estás triste hoy por causa del pecado? ¿Sientes que has sido culpable? ¿Reconoces tu trasgresión? ¿Confiesas tus extravíos? Escúchame, entonces, como embajador de Dios. El Señor tiene misericordia de los pecadores. Jesucristo vino al mundo para salvar pecadores. Y aunque tú has quebrantado la ley, Él la ha guardado. Toma Su justicia para que sea tuya. Entrégate a Él. Ven a Él ahora, sin nada y desnudo, y cúbrete con Sus vestiduras. Ven a Él, malvado y sucio, y lávate en la fuente que ha sido abierta para el pecado y la impureza; y entonces sabrás "para qué sirve la ley." Ese es el primer punto.

II. Ahora, el segundo uso. *La ley sirve para aniquilar toda esperanza de salvación por medio de una vida reformada.* La mayoría de los hombres, cuando se reconocen culpables, prometen que se reformarán. Dicen: "he sido culpable y he merecido la ira de Dios, pero en el futuro voy a

acumular muchos méritos que compensarán todos mis viejos pecados.” Pero la ley tapa la boca del pecador con su mano y le dice: “alto, no puedes hacer eso; es imposible.”

Les mostraré cómo puede la ley hacer esto. Lo hace parcialmente recordándole al hombre que *la obediencia futura no puede expiar la culpa pasada*. Usando una metáfora común, para que el pobre pueda entenderme plenamente, ustedes han ido acumulando un saldo deudor en la tienda donde compran. Ahora es tan grande que no pueden pagarla. Entonces acuden a la señora Brown, la dueña de la tienda, y le dicen: “caramba, señora, me da mucha pena, que debido a que mi esposo está sin trabajo,” y todo eso, “sé que nunca le podré pagar. Tengo una gran deuda con usted, pero si le parece, señora, si me perdoná esta deuda, ya nunca le voy a volver a deber; en el futuro le pagaré siempre de contado.” “Sí, diría ella, “pero eso no arreglaría nuestras cuentas. Si me va a pagar lo que compra, estaría simplemente cumpliendo con su obligación. Pero, ¿qué pasará con toda la deuda acumulada? ¿Cómo se va a saldar? No se podrá liquidar con todo lo que pague en el futuro.”

Esto es lo que hacen los hombres con respecto a Dios. “Es verdad,” dicen, “sé que me he extraviado grandemente; pero ya no volveré a hacerlo.” Ah, sería bueno que ya no utilices esas respuestas infantiles. Al aferrarte a tal esperanza no haces otra cosa que manifestar tu excesiva insensatez. ¿Acaso puedes borrar tu transgresión mediante la obediencia futura? Ah, no. La vieja deuda debe pagarse de alguna manera. La justicia de Dios es inflexible, y la ley te dice que ninguno de tus propósitos puede expiar lo que has hecho en el pasado. Debes recibir una expiación por medio de Cristo Jesús el Señor.

“Pero,” dice el hombre, “voy a tratar de ser mejor, y entonces yo creo que recibiré misericordia.” Entonces la ley interviene y dice: “Vas a tratar de guardarme, ¿no es cierto? Vamos, amigo, no puedes hacerlo.” *La perfecta obediencia en el futuro es imposible*. Y los diez mandamientos son mostrados, y si cualquier pecador que ha despertado los mira, se retirará diciendo: “es imposible que yo los guarde.” “Vamos, amigo, tú dices que serás obediente en el futuro. Tú no has sido obediente en el pasado, y no hay ninguna probabilidad que guardes los mandamientos de Dios en el tiempo venidero. Dices que evitarás los males del pasado. No puedes . “Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?” Pero tú respondes “voy a poner más empeño en mis caminos.” “Amigo, no lo harás; la tentación que te venció ayer te vencerá mañana también. Pero, fíjate bien, si pudieras vencerla no podrías alcanzar la salvación con ello.”

La ley te dice que a menos que obedezcas perfectamente, no puedes ser salvado por tus hechos; te dice que un solo pecado lo manchará todo, que una trasgresión arruinará toda tu obediencia. En el cielo debes llevar una vestidura sin mancha; Dios puede aceptar únicamente una ley inviolada. Así, entonces, la ley responde a este propósito, decirles a los hombres que sus logros, sus enmiendas, sus hechos, no son de ninguna utilidad en el asunto de la salvación. Lo que les toca es venir a Cristo, obtener un nuevo

corazón y un espíritu recto; obtener el arrepentimiento evangélico del cual no tienen que arrepentirse, para que así puedan poner su confianza en Jesús y recibir el perdón por medio de Su sangre.

“Entonces, ¿para qué sirve la ley?” Sirve este propósito, como decía Lutero, el propósito de un martillo. Lutero, como ustedes saben, es muy enérgico acerca del tema de la ley. Dice: “Si alguien no es un asesino, ni un adulterio, ni un ladrón, y se refrena externamente del pecado, como lo hacía el fariseo que es mencionado en el Evangelio, esa persona juraría que es justa, y por lo tanto concibe una opinión de justicia, y presume de sus buenas obras y de sus méritos. A tales personas Dios no puede ablandar ni humillar de ninguna otra manera, para que puedan reconocer su miseria y su condenación, sino por medio de la ley; porque ese es el martillo de la muerte, el trueno del infierno, y el rayo de la ira de Dios, que hace polvo a los hipócritas insensibles y obstinados. Porque mientras habite en el hombre la opinión de justicia, habitará en él también el orgullo incomprendible, la presunción, la seguridad, el odio hacia Dios, el desprecio a Su gracia y a Su misericordia, la ignorancia de las promesas y de Cristo. La predicación de la libre remisión de pecados, por medio de Jesucristo, no puede entrar en el corazón de alguien así, ni tampoco puede experimentar ningún sabor ni aroma al respecto; pues esa poderosa roca y esa muralla diamantina, es decir, la opinión de justicia con la cual se reviste el corazón, lo impide. Por lo tanto, la ley es ese martillo, ese fuego, ese viento grande y poderoso, y ese terrible terremoto que parte las montañas, y quiebra las rocas (1 Reyes 19: 11, 12, 13), es decir, los hipócritas obstinados y orgullosos. Elías, no pudiendo resistir estos terrores de la ley, que son significados por estas cosas, cubrió su rostro con su manto. Sin embargo, cuando la tempestad cesó, que Elías había presenciado, se escuchó un silbo apacible y delicado en el cual estaba el Señor; pero fue necesario que la tempestad de fuego y de viento, y el terremoto pasaran, antes que el Señor se revelara en ese silbo apacible.”

III. Y ahora avanzamos otro paso. Ustedes que conocen la gracia de Dios podrán seguirme en este siguiente paso. *La ley tiene por objeto mostrarle al hombre la miseria que recaerá sobre él a causa de su pecado.* Hablo por experiencia, a pesar de ser joven; y muchos entre quienes me escuchan, oirán esto con verdadero interés, porque han sentido lo mismo.

Hubo una época en que yo, siendo aún muy joven, sentí con gran dolor la maldad del pecado. Mis huesos se hicieron viejos entre mis gemidos prolongados. Día y noche la mano de Dios caía duramente sobre mí. Hubo momentos en los que me asustaba con visiones y me atemorizaba con sueños; cuando durante el día sentía hambre de liberación, pues mi alma ayunaba dentro de mí: tenía miedo que los propios cielos cayeran sobre mí, y aplastaran mi alma culpable. La ley de Dios se había apoderado de mí, y me estaba mostrando mi miseria.

Durante la noche, si dormía, soñaba con el abismo sin fondo, y cuando me despertaba me parecía sentir la miseria que había soñado. Subía a la casa de Dios y mi canción no era más que un gemido. Me retiraba a mi

aposento y allí en medio de lágrimas y gemidos elevaba mi oración, sin ninguna esperanza ni refugio. Entonces podía decir con David: "El búho de las soledades es mi amigo, y el pelícano del desierto mi compañero," pues la ley de Dios me azotaba con su látigo de diez puntas, y luego me frotaba con salmuera, de tal forma que yo me estremecía y temblaba con dolor y angustia, y mi alma prefería morir estrangulada que vivir, pues yo estaba sumamente afligido. Algunos de ustedes han experimentado lo mismo. La ley fue enviada a propósito para hacer eso.

Pero ustedes se preguntarán, "¿qué necesidad hay de esa miseria?" Yo respondo que esa miseria fue enviada por esta razón: para que así yo pueda clamar a Jesús. Usualmente nuestro padre celestial no nos hace buscar a Jesús hasta que no nos ha dejado limpios a punta de latigazos, de toda nuestra confianza; Él no nos hace anhelar ardientemente el cielo hasta que no nos haya hecho sentir algo de las torturas intolerables de una conciencia dolorida, que es un antícpo del infierno.

¿Acaso no recuerdas, amigo mío, cuando solías despertarte en la mañana, y lo primero que hacías era tomar una copia del libro *Alarma de Alleine*, o *Un Llamado al Inconverso* de Baxter? Oh, esos libros, esos libros; en mi niñez yo los leía y los devoraba cuando estaba bajo un sentido de culpa. Leer esos libros era como permanecer al pie del Sinaí. Cuando leía a Baxter, encontraba que decía cosas como éstas: "Pecador, recapacita; en una hora pudieras estar en el infierno. Piensa que dentro de poco pudieras estar agonizando; aun ahora, la muerte está carcomiendo tu mejilla. ¿Qué harás cuando estés frente al tribunal de Dios sin un Salvador? ¿Le dirás que no tuviste tiempo que dedicar a la religión? ¿Acaso esa excusa vacía no se evaporará en el aire tenue? Oh, pecador, entonces ¿te atreverás tú a insultar a tu Hacedor? ¿Te atreverás a burlarte de Él? Recapacita; las llamas del infierno son abrasadoras y la ira de Dios es terrible. Aunque tus huesos fueran de acero, y tus costillas de bronce, te estremecerías de terror. Oh, aunque tuvieras la fortaleza de un gigante, no podrías luchar con el Altísimo. ¿Qué harás cuando te haga pedazos, y no haya nadie que te pueda librar? ¿Qué harás cuando dispare en tu contra sus diez poderosos cañones? El primer mandamiento dirá: "¡Aplástalo; él me ha quebrantado!" El segundo mandamiento dirá: "¡Condénalo; él me ha quebrantado!" El tercero dirá: "¡Maldición sobre él; porque me ha quebrantado!" Y de una manera parecida todos dispararán en contra tuya; y tú estarás sin un refugio, sin un lugar adonde huir, y sin ninguna esperanza."

¡Ah!, ustedes no han olvidado aquellos días en los que ningún himno parecía el adecuado para ustedes excepto el que comienza así—

**"Encórvate, alma mía, tú que solías elevarte,
y platica por un rato con la muerte;
Considera cómo agoniza el mortal,
Y exhala su último suspiro."**

O también—

**"Ese terrible día ciertamente vendrá,
La hora establecida se apresura,
Cuando deba comparecer ante mi Juez,**

Para pasar la solemne prueba.

Ay, y es por esto que la ley fue enviada: para convencernos de pecado, para hacernos temblar y estremecer delante de Dios. ¡Oh!, ustedes que son justos con justicia propia, permítanme dirigirles simplemente una palabra o dos el día de hoy, pronunciadas con terrible y ardiente sinceridad. Recuerden, señores, que viene el día cuando una muchedumbre mucho más vasta que ésta se congregará sobre las llanuras de la tierra; cuando el Salvador, el Juez de los hombres, se sentará en un gran trono blanco.

Ahora, ya ha llegado; el libro es abierto; la gloria del cielo es manifestada, rica con un amor triunfante, y ardiendo con una venganza inextinguible; diez mil ángeles están a cada lado; y tú estás de pie para ser juzgado. Ahora, tú que eres justo con justicia propia, ¡dime ahora que fuiste a la iglesia tres veces al día! ¡Vamos, amigo, dime ahora que tú guardaste todos los mandamientos! ¡Dime ahora que tú no eres culpable! ¡Preséntate ante Él con el recibo de tu menta, de tu anís y de tu comino! ¡Vamos, ahora, amigo! ¿Dónde estás? Oh, estás huyendo. Estás gritando, "Peñas, escóndanme; montes, caigan sobre mí."

¿Qué pretendes, hombre? Cómo; tú eras tan justo en la tierra que nadie osaba hablarte; eras tan bueno y tan decente; ¿por qué huyes? ¡Vamos, hombre, llénate de valor; ven ante tu Hacedor; dile que fuiste honesto, sobrio, excelente, y que mereces ser salvado! ¿Por qué te demoras para repetir tus jactancias? Anímate; dílas. Veo que continúas huyendo de la presencia de tu Hacedor, dando alaridos. No se hallará a nadie que permanezca delante de Él, apoyado en su propia justicia.

Pero ¡miren!, ¡miren!, ¡miren! Veo a un hombre que sale al frente de esa abigarrada multitud; marcha hacia delante con paso firme, y con ojos sonrientes. ¡Cómo! ¿Hay alguien que se atreve a estar ante su Hacedor? Sí, hay uno; se adelante y exclama, "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" ¿No te estremeces? ¿No se lo tragará las montañas de ira? ¿No lanzará Dios Su terrible rayo en contra suya? No; escucha mientras continúa confiadamente: "¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó." Y veo la diestra de Dios extendida: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros." Ahora se cumple el verso que una vez cantaste con dulzura—

***"Con valentía estaré en aquel gran día,
Pues ¿quién me acusará de algo?
Ya que, por medio de Tu sangre, absuelto he sido
De la tremenda maldición y vergüenza del pecado."***

IV. Y ahora, mis queridos amigos, temo cansarlos; por lo tanto, permítanme sugerir brevemente otro pensamiento. "Entonces, ¿para qué sirve la ley?" *Fue enviada al mundo para mostrar el valor de un Salvador.* De la misma manera que el oropel hace resaltar las joyas, y las manchas oscuras hacen que los tintes brillantes luzcan más brillantes, así la ley hace que Cristo aparezca más puro y más celestial. Oigo a la ley de Dios maldecir. Cuán dura es su voz. Jesús dice: "Venid a Mí;" ¡oh, qué música! Cuánto más musical, después de los sonidos discordantes de la ley. Veo

que la ley condena; contemplo a Cristo obedeciéndola. ¡Oh!, cuán importante es ese precio, conociendo cuán pesada es la demanda!

Leo los mandamientos y los encuentro estrictos y tremadamente severos. ¡Oh!, cuán santo debe haber sido Cristo para obedecerlos todos ellos por mí. Nada me lleva a valorar más a mi Salvador que cuando veo que la ley me condena. Cuando sé que esta ley se interpone en mi camino, y como un querubín con una espada encendida no me dejará entrar al paraíso, entonces puedo conocer cuán dulcemente preciosa debe ser la justicia de Cristo, que es un pasaporte para el cielo, y que me da gracia para entrar en él.

V. Y, finalmente, “¿para qué sirve la ley?” Fue enviada al mundo para *evitar que los cristianos confíen en la justicia propia*. ¿Acaso los cristianos confían alguna vez en su justicia propia? Claro que sí, así es. El mejor cristiano del mundo encontrará que le resulta difícil evitar la jactancia y la confianza en su propia justicia. John Knox, en su lecho de muerte, sufrió severos ataques de justicia propia. “La última noche de su vida en la tierra, durmió de corrido por algunas horas, emitiendo muchos profundos gemidos. Cuando se le preguntó por qué gemía tan profundamente, respondió, ‘Durante mi vida he resistido muchos ataques de Satanás; pero en estos momentos me ha atacado de manera más terrible que nunca, y ha utilizado toda su fuerza para acabar conmigo de una vez. La astuta serpiente se ha esforzado para persuadirme de que he merecido el cielo y la bienaventuranza eterna por el fiel cumplimiento de mi ministerio. Pero bendito sea Dios que me ha dado la capacidad de apagar este dardo encendido, recordándome pasajes como éstos: ‘¿Qué tienes que no hayas recibido?’ y, ‘Por la gracia de Dios soy lo que soy.’”

Sí, y cada uno de nosotros ha sentido lo mismo. Ha sido más bien divertido cuando a menudo se me han acercado algunos hermanos que me dicen: “confío que el Señor lo conservará humilde,” cuando ellos mismo eran tan orgullosos como la alta posición que ostentaban y todavía unas cuantas pulgadas más. Han sido muy sinceros en su oración para que yo sea humilde, alimentando sin darse cuenta su propio orgullo debido a su propia reputación imaginaria de humildad. Desde hace mucho tiempo he renunciado a instar a la gente a que sea humilde, porque naturalmente tiende a hacerlos más bien orgullosos.

Un hombre suele decir: “Dios mío, estas personas temen que yo sea orgulloso; debo tener algo que sea motivo de orgullo.” Luego nos decimos a nosotros mismos, “no les voy a permitir que lo vean;” y tratamos de reprimir nuestro orgullo, pero después de todo, somos tan orgullosos interiormente como el propio Lucifer. Yo encuentro que las personas más orgullosas y que más confían en su justicia propia son aquellas que no hacen nada, y que no les preocupa en lo más mínimo lo que los otros opinan acerca de su propia bondad.

La vieja verdad del libro de Job es una realidad ahora. Ustedes saben que al comienzo del libro de Job se dice: “Estaban arando los bueyes, y las asnas paciendo cerca de ellos.” Eso es lo que ocurre generalmente en este mundo. Los bueyes están arando en la iglesia (tenemos algunos que

están trabajando arduamente para Cristo) y las asnas están paciendo cerca de ellos, en las zonas más selectas y fértiles de la tierra. Estas son las personas que tienen mucho que decir acerca de la justicia propia. ¿Qué hacen? No hacen lo suficiente para ganarse la vida, y sin embargo piensan que van a ganarse el cielo. Se sientan cruzados de brazos, y sin embargo son tan reverentemente justos, porque quizás eventualmente dan dinero para alguna caridad. No hacen nada y sin embargo se jactan de su justicia propia.

Y con los cristianos pasa lo mismo. Si Dios te hace laborioso, y te mantiene ocupado en Su servicio, es menos probable que seas orgulloso confiando en tu propia justicia que si no haces nada. Pero en todo momento hay una tendencia natural a ello. Por tanto, Dios ha escrito la ley, para que cuando la leamos veamos nuestras faltas; para que cuando nos miremos en ella, como en un espejo, veamos la impurezas de nuestra carne, y tengamos un motivo para aborrecernos en saco y cenizas, y clamar a Jesús pidiéndole misericordia. Usen la ley de esta manera y no de otra.

Y ahora, alguien dice: “señor, ¿hay algunas personas aquí presentes a quienes usted haya predicado esto a propósito?” Sí, me gusta predicar a la gente. No creo que sea de ninguna utilidad predicar para la gente. Me gusta predicar directamente a los individuos y al corazón. En cada círculo encuentro a un grupo que afirma en idioma muy claro: “yo soy tan buen padre como el mejor que pueda ser encontrado en la parroquia; soy un buen comerciante, pago veinte chelines por libra; no como el señor Fulano de Tal; yo voy a la iglesia, o voy a la capilla, y eso es más de lo que hace todo el mundo; pago mis suscripciones: pago una cuota para la enfermería; digo mis oraciones; por tanto, creo que tengo tan buenas probabilidades de ir al cielo como cualquier otro en el mundo.” Creo que tres de cada cuatro personas en Londres piensan de esta manera.

Ahora, si esa es la base de tu confianza, tienes una esperanza podrida; tú tienes una tabla sobre la que estás parado que no resistirá tu peso en el día de rendir cuentas a Dios. Vive el Señor mi Dios, en cuya presencia estoy, “que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.” Y si piensas que la obra más perfecta de tus manos puede salvarte, tienes que saber esto, que “Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó.” Aquellos que no la buscaban, la alcanzaron. ¿Por qué? Porque el uno la ha buscado por fe, el otro la ha buscado por las obras de la ley, donde nunca se puede encontrar la justificación.

Escuchen ahora el Evangelio, hombres y mujeres; dejen de vanagloriarse de su propia justicia; abandonen sus esperanzas, junto con todas las confianzas de ustedes que surgen de esto—

**“Tus lágrimas podrían fluir para siempre,
Y tu celo no conocer descanso,
Nada puede expiar el pecado;
Cristo debe salvar, y únicamente Cristo.”**

Si quieren saber cómo hemos de ser salvos, escuchen esto: deben venir a Cristo sin traer nada de ustedes. Cristo ha guardado la ley. Tienen que hacer que Su justicia sea de ustedes. Cristo sufrió en el lugar de todos los que se arrepienten. Él ha padecido el castigo de ustedes. Y por medio de la fe en la santificación y la expiación de Cristo, ustedes serán salvos. Vengan, entonces, ustedes que están trabajados y cargados, heridos y mutilados por la Caída; vengan, entonces, ustedes pecadores; vengan, entonces, ustedes moralistas; vengan, entonces, todos ustedes que han quebrantado la ley de Dios y lo sienten; abandonen sus propias confianzas y vengan a Jesús, Él los aceptará; les dará vestiduras de justicia sin mancha alguna, y los hará suyos para siempre.

Pero, ¿cómo puedo venir? Preguntará alguien; “¿Debo ir a casa y orar? No, señor, no. Allí donde estás parado ahora, tú puedes acercarte a la cruz. Oh, si te reconoces pecador, ahora, te suplico, antes de que tu pie se aparte del lugar que estás pisando, ahora dí esto—

**“Yo me arrojo en Tus brazos:
Señor, salva mi alma culpable en el último día.”**

Ahora, humillense, abandonen toda justicia propia. “Mírenme a mí; miren ahora;” no digan: “¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo). “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.” Sí, tú, tú, tú. ¡Oh!, bendito sea Dios, hemos sabido de cientos de personas que han creído en Cristo en este lugar. Algunas de las personas más malvadas se han acercado a mí, aun recientemente, y me han contado lo que Dios ha hecho por ellos.

Oh, que tú también quisieras venir a Jesús. Recuerda, el que cree será salvo, aunque sus pecados sean incontables; y el que no cree, debe perecer, aunque sus pecados sean pocos. ¡Oh, que el Espíritu Santo los conduzca a creer; para que así puedan escapar de la ira venidera, y tengan un lugar en el paraíso entre los redimidos!

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #128 – Volumen 3
The Uses of the Law

La Regeneración

NO. 130

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
3 DE MAYO DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”
Juan 3:3.

Nuestros pensamientos están mayormente ocupados, en nuestra vida diaria, en las cosas más necesarias para la existencia. Nadie se queja de que, en tiempos de escasez, el tema del precio del pan esté presente con frecuencia en labios de la gente, ya que se tiene la convicción de que el tema es de vital importancia para el grueso de la población; por eso nadie se queja, aunque tengan que escuchar continuos discursos demagógicos y leer perpetuos artículos en los periódicos que tratan sobre esos temas.

Entonces yo puedo ofrecer la misma excusa esta mañana por traer ante ustedes el tema de la regeneración. Es un tema de vital y absoluta importancia; es el eje principal del Evangelio; es el punto en el que la mayoría de los cristianos están de acuerdo, sí, todos los que son cristianos sinceros y veraces. Es un tema ubicado en la propia base de la salvación. Es el propio fundamento de nuestra esperanza del cielo, y, así como debemos ser muy cuidadosos del cimiento de nuestra estructura, de igual manera hemos de ser muy diligentes en saber si realmente somos nacidos de nuevo, debiendo cerciorarnos debidamente de ello para la eternidad. Conviene, entonces, que nos examinemos frecuentemente; y el deber del ministro es exponer aquellos temas que conduzcan al autoexamen y que propendan a escudriñar la mente y a probar los corazones de los hijos de los hombres.

Con objeto de proceder de inmediato, haré primero algunos comentarios sobre *el nuevo nacimiento*; en segundo lugar, voy a explicar *qué significa que seamos incapaces de ver el reino de Dios si no nacemos de nuevo*; después, proseguiré a notar *por qué es que “si no nacemos de nuevo, no podremos ver el reino de Dios”*; y luego, antes de concluir, voy a *reconvenir a los hombres* como embajador de Dios.

I. Primero, entonces, EL TEMA DE LA REGENERACIÓN. Al tratar de explicarla, quiero pedirles que noten, antes que nada, *la figura que es empleada*. Se dice que un hombre debe nacer de nuevo. No puedo ilustrarlo de mejor manera que suponiendo un caso. Supongan que en Inglaterra se promulgara una ley que estableciera que la admisión a los salones reales, la preferencia en la asignación de cargos, y cualesquier privilegios que pudieran pertenecer a la nación, sólo pueden ser otorgados a personas que son nacidas en Inglaterra. Supongan que el nacimiento en esta tierra fuera convertido en un *sine qua non* (un requisito indispensable), y se declarase perentoriamente que sin importar lo que los hombres pudieran hacer o ser, a menos que fueran

súbditos de Inglaterra nacidos en el país, no pueden presentarse ante su Majestad, ni gozar de ninguno de los emolumentos u oficios del Estado, ni ningún privilegio de los ciudadanos. Creo que si suponen un caso así, seré capaz de ilustrar la diferencia entre cualesquiera cambios y reformas que los hombres llevan a cabo por sí mismos y la obra real del nacimiento nuevo.

Supondremos, entonces, que alguien, digamos un indio piel roja, viniese a este país, y procurara obtener los privilegios de ciudadanía, sabiendo bien que la regla es absoluta y que no puede ser alterada: que un hombre debe nacer siendo súbdito o de lo contrario, no puede gozar de esos privilegios. Supongan que dijera: “*voy a cambiar mi nombre*, voy a adoptar un nombre inglés. He sido llamado por mi altisonante título entre los ‘sioux’; he sido llamado: ‘el hijo del Gran Viento de Occidente’, o cualquier otro nombre, pero tomaré un nombre inglés. Me considerarán un hombre cristiano, un súbdito inglés.” ¿Bastará eso para que lo admitan? Ven que se aproxima a las puertas del palacio y solicita admisión. Dice: “he asumido un nombre inglés.” “Pero, ¿acaso naciste y creciste en Inglaterra?” “No,” responde. “Entonces las puertas han de cerrarse para ti, pues la ley es absoluta, y aunque llevaras incluso el nombre de la familia real, puesto que no naciste aquí, no puedes ser admitido.”

Voy a aplicar esta ilustración a todos los que estamos aquí. Seguramente la mayoría de nosotros, al menos, ostenta el nombre de cristiano profesante; viviendo en Inglaterra, considerarías una ignominia que no fueses llamado cristiano. No eres un pagano, no eres un infiel; no eres ni musulmán ni judío; piensas que el nombre ‘cristiano’ es apreciable para ti y lo has adoptado.

Puedes estar muy seguro de que el nombre de cristiano no es la naturaleza de un cristiano, y de que, haber nacido en un país cristiano y ser reconocido como profesante de la religión cristiana, no te sirve absolutamente de nada, a menos que se le agregue algo más: ser nacido de nuevo como súbdito de Jesucristo.

“Pero”—dice este indio piel roja—“estoy dispuesto a *renunciar a mi atuendo*, y a adoptar el estilo inglés; de hecho, iré hasta el colmo de la moda; verán que no difiero en nada del estilo aceptado en el tiempo presente. ¿No podría yo venir ante la presencia de ‘Su Majestad’, una vez que estuviera vestido con ropas de la corte, y me hubiere arreglado como lo demanda la etiqueta? Miren, voy a despojarme de este penacho, no voy a blandir más mi hacha de guerra y renunciaré a estos vestidos. Voy a renunciar a los mocasines para siempre; ahora seré un inglés, tanto en mi vestimenta como en mi nombre.” Se aproxima entonces a la puerta, vestido a la usanza de nuestros propios paisanos, pero las puertas continúan cerradas en su cara, porque la ley requiere que tiene que haber nacido en el país y, sin eso, independientemente de cómo vaya vestido, no puede entrar en el palacio.

¡Entonces, cuántos hay entre ustedes, que no sólo toman el nombre de cristianos, sino que han adoptado costumbres cristianas: van a sus iglesias y a sus capillas, asisten a la casa de Dios, se preocupan por-

que su familia observe alguna forma de religión, y porque sus hijos no se queden sin oír el nombre de Jesús!

Hasta aquí vamos bien; ¡Dios me libre de decir algo en contra de ellos! Pero recuerden que eso es malo, porque se quedan con eso. Todo ello no sirve absolutamente de nada para que sean admitidos en el reino del cielo, a menos que cumplan también con esto otro: haber nacido de nuevo. ¡Oh, por más que se vistan de manera sorprendentemente grandiosa con el ropaje de la piedad, y cubran sus sienes con la diadema de la benevolencia, y se ciñan los lomos con la integridad y se calcen los zapatos de la perseverancia, y caminen por la tierra como hombres honestos, deben recordar que, a menos que nazcan de nuevo, “lo que es nacido de la carne, carne es,” y si no tienen las operaciones del Espíritu en ustedes, encontrarán las puertas cerradas, porque no han nacido de nuevo.

“Bien”—reflexiona este indio—“no solamente adoptaré el vestido, si no que *aprenderé el idioma*; voy a deshacerme de mi acento extranjero y del lenguaje que una vez hablé en las salvajes praderas y en los bosques, y mis labios no volverán a pronunciar esas palabras. No voy a hablar más de ‘Shu-Shu-gah’, ni voy a mencionar esos extraños nombres con los que he llamado a mis aves silvestres y a mis ciervos, sino que hablaré como hablan ustedes, y actuaré como actúan ustedes; no solamente me vestiré como ustedes, sino que imitaré minuciosamente sus modales, hablaré de la misma manera, adoptaré el acento y pondré cuidado en ser gramaticalmente correcto; ¿no me admitirían entonces? Me habría convertido por completo en un inglés; ¿no podría ser recibido entonces?” “No”—responde el portero—“no tienes derecho de admisión, pues a menos que un hombre nazca en este país, no puede ser admitido.”

Lo mismo sucede con algunos de ustedes que hablan igual que los cristianos. Tal vez haya en ustedes un tinte de demasiada afectación; han comenzado a imitar tan estrictamente lo que creen que deba ser un hombre piadoso, que van un poco más allá del objetivo, e interpretan su papel tan exageradamente que somos capaces de detectar la impostura. Sin embargo la mayoría de la gente los considera como cristianos de cuño legítimo. Han estudiado algunas biografías, y a veces cuentan extensos relatos sobre la experiencia divina, que han tomado prestados de las biografías de hombres buenos; han estado con cristianos, y saben cómo hablar igual que ellos; tal vez hasta se les haya pegado un tonillo puritano; van a lo largo del mundo tal como lo hacen los cristianos profesantes; y si se les observara, nadie los identificaría. Tú eres un miembro de la iglesia; has sido bautizado; participas de la cena del Señor; tal vez seas un diácono o un anciano; compartes la copa sacramental; eres justamente todo lo que un cristiano pueda ser, excepto que no tienes un corazón cristiano. Eres un sepulcro blanqueado, lleno todavía de podredumbre por dentro, aunque hermosamente adornado por fuera.

¡Bien, tengan cuidado, tengan cuidado! Es algo sorprendente comprobar cuánto se aproxima a expresar la vida el pintor, y, sin embargo, el lienzo está inerte e inmóvil; y es igualmente sorprendente ver cuánto

se puede acercar un hombre a ser cristiano, y, sin embargo, debido a que no es nacido de nuevo, la regla absoluta lo excluye del cielo; y, con toda su profesión, con todas las galas de su profesada piedad, y con todos los vistosos penachos de la experiencia, tiene que ser transportado lejos de las puertas del cielo.

Señor Spurgeon, usted es poco caritativo. No me importa lo que digas sobre eso; nunca deseo ser más caritativo que Cristo. Yo no fui el que dijo eso; Cristo lo dijo. Si tienes alguna querella en Su contra, dirímelas en el lugar apropiado; yo no soy el hacedor de esta verdad, sino simplemente su vocero. Encuentro que está escrito, "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios." Si el lacayo acude a la puerta y entrega el mensaje correctamente, el hombre que está a la puerta puede maltratarle lo que quiera, pero el lacayo respondería: "señor, no me maltrate, yo no puedo remediarlo; yo sólo puedo decirle lo que mi señor me dijo. Yo no soy quien origina esto." Así que, si me consideran falto de caridad, recuerden que no me están acusando a mí, sino que acusan a Cristo; no están criticando al mensajero, sino que están criticando el mensaje; Cristo es quien ha dicho: "el que no naciere de nuevo." Yo no puedo disputar con ustedes, y no lo intentaré. Se trata simplemente de la palabra de Dios. Si la rechazan, lo hacen bajo su propio riesgo. Crean en ella y recibanla, se los suplico, porque proviene del labio del Altísimo.

Pero noten ahora *la manera en que es obtenida esta regeneración*. No creo que haya personas aquí presentes que fueran tan profundamente estúpidas como para ser *puseyistas*. Me cuesta creer que yo hubiere sido el instrumento de atraer a alguien hasta aquí, tan completamente desprovisto de algún remanente de cerebro, como para creer en la doctrina de la regeneración bautismal. Sin embargo, he de referirme a ella brevemente:

Hay algunos que enseñan que por medio de unas cuantas gotas de agua, rociadas sobre la frente de un infante, el infante se vuelve regenerado. Bien, concedido. Y, ahora, voy a encontrar a sus 'regenerados' veinte años después. Aquel púgil del cuadrilátero es un hombre regenerado. ¡Oh, sí, fue regenerado porque fue bautizado en su infancia!; y, si todos los bebés son regenerados en el bautismo, entonces ese boxeador profesional es un hombre regenerado. Acéptalo y recibelo como tu hermano en el Señor. ¿Oyes a aquel hombre que jura y blasfema contra Dios? Es regenerado, créeme, él es un regenerado; el sacerdote puso unas cuantas gotas de agua en su frente, y, por tanto, es un regenerado. ¿Ves a ese borracho que se tambalea por la calle, que es la peste del vecindario, que pelea con todo mundo y golpea a su esposa y es peor que una bestia? Pues bien, es un regenerado, es uno de esos regenerados *puseyistas*, ¡oh, es un excelente regenerado! ¿Pueden ver aquella muchedumbre reunida en la calle? Erigen un patíbulo, y Palmer está a punto de ser ejecutado; ¡es el hombre cuyo nombre ha de ser execrado a lo largo de toda la eternidad por su villanía! Aquí tenemos a uno de esos regenerados de Pusey. Sí, es regenerado porque fue bautizado en la infancia; regenerado mientras mezcla su estricnina, regenerado mientras administra lentamente su veneno para que

provoque la muerte y un infinito dolor durante todo el tiempo que lo está administrando. ¡Regenerado, en verdad! Si en eso consiste la regeneración, no vale la pena tener esa regeneración; si eso es lo que nos constituye en los seres libres del reino de los cielos, en verdad, el evangelio es ciertamente un evangelio licencioso; no podemos decir nada al respecto. Si ese es el evangelio: que todos esos hombres son regenerados y serán salvos, sólo podemos decir que sería el deber de cada quien en el mundo quitar al evangelio de inmediato, pues es tan inconsistente con los principios más comunes de la moralidad, que es imposible que sea de Dios, sino que es del diablo.

Pero algunas personas dicen que todos son regenerados cuando son bautizados. Bien, si piensan eso, aférrense a sus propios pensamientos; no puedo evitarlo. Simón el Mago fue ciertamente una excepción; fue bautizado por causa de la profesión de su fe, pero lejos de ser regenerado por su bautismo, encontramos que Pedro le dice: “en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.” Y, sin embargo, él era uno de esos regenerados, porque había sido bautizado. ¡Ah, esa doctrina sólo necesita ser enunciada a hombres sensibles, para que la rechacen de inmediato! Los caballeros que son aficionados a una religión de filigrana y que gustan de los ornamentos y del espectáculo; los caballeros que pertenecen a la ‘alta escuela de Beau Brummel’, muy probablemente preferirán esta religión, porque han cultivado su gusto a expensas del cerebro, y han olvidado que lo que es inconsistente con el sano juicio de un hombre, no puede ser consistente con la palabra de Dios. Esto nos basta en cuanto al primer punto.

A continuación, afirmamos que tampoco es regenerado un hombre *por sus propios esfuerzos*. Un hombre podría reformarse a sí mismo mucho, y eso es bueno y está muy bien; todos deben hacerlo. Un hombre podría desuchar muchos vicios, y abandonar muchas concupiscencias y vencer muchos malos hábitos, pero nadie en el mundo puede hacerse a sí mismo nacido de Dios; aunque luchara al máximo, nunca podría lograr aquello que está más allá de su poder. Y, fijense bien, si pudiera nacer de nuevo por sí mismo, aun así no entraría al cielo, porque hay otro punto que habría violado en la condición: “el que no naciere del Espíritu, no puede ver el reino de Dios.” De tal forma que los mejores esfuerzos de la carne no alcanzan esta altura: ser nacido de nuevo por el Espíritu de Dios.

Y ahora debemos decir que la regeneración consiste en esto: Dios el Espíritu Santo, de una manera sobrenatural—fíjense que por *sobrenatural* quiero decir precisamente lo que significa en sentido estricto: sobrenatural, más que natural—obra en los corazones de los hombres, que por las operaciones del Espíritu divino, se convierten en hombres regenerados. Pero, sin el Espíritu, no pueden ser regenerados nunca. Y a menos que Dios el Espíritu Santo, que “produce en nosotros así el querer como el hacer,” obre en la voluntad y en la conciencia, la regeneración es una absoluta imposibilidad, y, por tanto, también lo es la salvación.

“¡Cómo!”—dirá alguien—“¿quieres decir que Dios interviene absolutamente en la salvación de cada hombre para regenerarlo?” “En efecto,

es lo que digo; en la salvación de cada persona hay un ejercicio real de poder divino, por medio del cual el pecador muerto es revivido, el pecador renuente es convertido en un ser dispuesto, el pecador desesperadamente empedernido recibe una conciencia tierna; y aquel que rechazaba a Dios y despreciaba a Cristo, es conducido a arrojarse a los pies de Jesús. Esta tal vez sea llamada una doctrina fanática. No podemos evitarlo. Es una doctrina de la Escritura, y eso nos basta. “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios; lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” Si no te gusta, alterca con mi Maestro y no conmigo; yo simplemente declaro Su propia revelación: que debe haber en tu corazón algo más de lo que jamás pudieras obrar en él. Debe haber una operación divina; la puedes llamar una operación milagrosa si quieras; lo es en algún sentido. Debe haber una intervención divina, una obra divina, una influencia divina, pues de lo contrario, puedes hacer lo que quieras, pero sin eso perecerás y estás arruinado, pues: “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.”

El cambio es radical; nos da una naturaleza nueva, nos induce a amar lo que odiábamos, y a odiar lo que amábamos; nos coloca en un camino nuevo; cambia nuestros hábitos, cambia nuestros pensamientos, nos hace diferentes en privado y diferentes en público. Así que, estando en Cristo, se cumple esto: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

II. Y ahora debemos dirigirnos al segundo punto. Confío haber explicado en qué consiste la regeneración, de tal forma que todos puedan ver qué es. Ahora, ¿QUÉ SIGNIFICA LA EXPRESIÓN: “VER EL REINO DE DIOS”? Quiere decir dos cosas. Ver el reino de Dios en la tierra es ser un miembro de la iglesia mística, es gozar de los privilegios y de la libertad del hijo de Dios. Ver el reino de los cielos significa tener poder en la oración, tener comunión con Cristo, tener comunión con el Espíritu Santo, y producir y engendrar todos esos frutos benditos y gozosos que son el efecto de la regeneración.

En un sentido más exelso, “ver el reino de Dios,” significa ser admitido al cielo. “El que no naciere de nuevo,” no puede saber acerca de las cosas celestiales en la tierra, y no puede gozar de las bendiciones celestiales por siempre; “no puede ver el reino de Dios.”

III. Pienso que puedo pasar por alto el segundo punto sin comentarios, y proceder a notar en tercer lugar, POR QUÉ RAZÓN “EL QUE NO NACIERE DE NUEVO, NO PUEDE VER EL REINO DE DIOS.” Y voy a limitar mis comentarios al reino de Dios en el mundo venidero.

Bien, él no puede ver el reino de Dios porque *estaría fuera de lugar en el cielo*. Un hombre que no es nacido de nuevo no podría gozar el cielo. Hay una imposibilidad real en su naturaleza, que le impide gozar de cualquiera de las bienaventuranzas del paraíso. Tal vez piensen que el cielo consista en esas paredes enjoyadas, en esas puertas de perla y de oro; no es así; esa es la habitación del cielo. El cielo mora allí, pero no es el cielo. El cielo es un estado que es constituido aquí, que es constituido en el corazón; constituido por el Espíritu de Dios dentro de

nosotros, y a menos que Dios el Espíritu nos hubiere renovado, y nos hubiere causado nacer de nuevo, no podemos gozar de las cosas del cielo.

Vamos, es una imposibilidad física que un cerdo pueda pronunciar una conferencia sobre astronomía; todo individuo percibirá claramente que es imposible que un caracol construya una ciudad; y es igualmente imposible que un pecador sin enmienda pueda gozar del cielo. Vamos, no habría nada para él de lo que pudiera gozar; si pudiera ser colocado en el lugar donde está el cielo, sería miserable; gritaría: “¡déjenme salir, déjenme salir; sáquenme de este miserable lugar!” Apelo a ustedes mismos; un sermón es a menudo demasiado largo para ustedes; el canto de las alabanzas a Dios es un soso esfuerzo insustancial; consideran que subir a la casa de Dios es algo muy tedioso. ¿Qué harían allí donde se alaba a Dios día sin noche? Si simplemente un breve discurso es muy fatigante aquí, ¿qué pensarian de las eternas conversaciones de los redimidos a lo largo de las edades sobre las maravillas del amor redentor? Si la compañía de los justos es muy enfadosa para ustedes, ¿qué sería entonces su compañía a lo largo de toda la eternidad? Yo pienso que muchos de ustedes son libres de confesar que el cántico de salmos nos es para nada de su gusto, que las cosas espirituales no les importan; que les ofrezcan su botella de vino y que puedan sentarse a gusto, ¡ese es el cielo para ustedes!

Pues bien, todavía no se ha hecho un cielo así; y, por tanto, no hay un cielo para ustedes. El único cielo que hay es el cielo de los hombres espirituales, el cielo de la alabanza, el cielo del deleite en Dios, el cielo de la aceptación en el amado, el cielo de la comunión con Cristo.

Ahora ustedes no entienden nada acerca de esto; no podrían disfrutarlo si lo tuvieran; no tienen la capacidad de hacerlo. Ustedes, ustedes mismos, son su propia barrera para ir al cielo, debido al propio hecho de que no son nacidos de nuevo, y si Dios abriera de par en par la puerta, y les dijera: “Entren,” no podrían disfrutar del cielo si fueran admitidos, pues, a menos que un hombre nazca de nuevo, hay una imposibilidad—una imposibilidad moral—de que vea el reino de Dios.

Supongan que hubiese algunas personas aquí presentes que son completamente sordas, que no han oído nunca sonido alguno; bien, entonces yo digo que esas personas no pueden escuchar el canto. ¿Acaso cuando digo esto, estoy diciendo algo cruel? Es su propia incapacidad la que se los impide. Entonces cuando Dios dice que no pueden ver el reino de los cielos, quiere decir que es su propia incapacidad para gozar del cielo lo que les impedirá entrar allí.

Pero hay otras razones; hay razones del porqué—

***“Esas santas puertas excluyen por siempre
La polución, el pecado y la vergüenza.”***

Hay razones, además de las que se encuentran en ustedes mismos, por las que no pueden ver el reino de Dios, a menos que nazcan de nuevo. *Pregunten a aquellos espíritus* que están delante del trono: “Ángeles, principados y potestades, ¿quisieran ustedes que los hombres que no aman a Dios, que no creen en Cristo, que no han nacido de nuevo, moren aquí?” Los veo mientras nos miran desde la altura, y

los oigo responder: “¡No, una vez combatimos al dragón, y lo expulsamos, porque nos tentó a pecar! No debemos tener aquí a los malvados y no los tendremos. Estos muros de alabastro no deben ser manchados por dedos negros y lascivos; el pavimento blanco del cielo no debe ser manchado y ensuciado por los pies profanos de hombres impíos. ¡No!” Veo mil lanzas enhiestas, y los rostros de fuego de miríadas de serafines asomados sobre los muros del paraíso. “No, en tanto que estos brazos tengan fuerzas, y estas alas tengan poder, ningún pecador habrá de entrar aquí.”

Ahora me dirijo a los santos que están en el cielo, redimidos por la gracia soberana: “Hijos de Dios, ¿están anuentes a que los malvados entren al cielo como son, sin haber nacido de nuevo? Ustedes, hombres de amor, digan, digan, digan, ¿están anuentes a que sean admitidos los pecadores tal como son?” Veo que Lot se levanta y clama: “¡Admitirlos en el cielo! ¡No! ¡Cómo! ¿He de ser vejado otra vez por la conversación de los sodomitas, tal como lo fui una vez?” Veo a Abraham, quien da un paso al frente, y dice: “No; no puedo tenerlos aquí. Ya sufrió lo suficiente por culpa de ellos mientras estuve en la tierra: sus escarnios y sus burlas, sus necias pláticas y su vana conversación, nos vejaron y nos afligieron. No los queremos aquí.” Y aunque sean seres celestiales y amorosos, como lo son esos espíritus, no hay un solo santo en el cielo que no resintiera, con suma indignación, la aproximación de cualquiera de ustedes a las puertas del paraíso, si todavía fueran impíos, y no hubieren nacido de nuevo.

Pero eso no sería nada. Podríamos escalar, tal vez, las murallas del cielo, si sólo estuvieran protegidas por ángeles, y forzar las puertas del paraíso, si sólo los santos las defendieran. Pero hay otra razón adicional: *Dios mismo lo ha dicho*: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” ¡Qué, pecador! ¿Escalarás las murallas almenadas del paraíso cuando Dios está listo a arrojarte a la profundidad del infierno? ¿Acaso le afrontarías descaradamente con un rostro impudico? Dios lo ha dicho, ¿pueden ustedes tener lucha con el Todopoderoso? ¿Acaso podrían vencer a la Omnipotencia? ¿Podrían tratar de vencer al Altísimo? ¡Gusano del polvo!, ¿podrías vencer a tu Hacedor? Insecto trémulo de una hora, sacudido por los rayos que destellan muy en lo alto a través de todo el cielo, ¿podrías desafiar la mano de Dios? ¿Te atreverías a retarlo en Su cara? ¡Ah!, Él se reiría de ti. Así como la nieve se derrite ante el sol, así como la cera corre ante la fiereza del fuego, así lo harías tú, si Su furia se apoderara de ti una vez. No creas que tú puedes vencerle. Él ha sellado la entrada del paraíso ante ti, y no hay entrada para ti. El Dios de justicia dice: “No recompensaré al impío con el justo; no me permitiré que mi hermoso y piadoso paraíso sea manchado por hombres perversos y malvados. Si se arrepienten, tendré misericordia de ellos, pero si no se arrepienten, vivo Yo, los haré añicos, y no habrá quien libre.”

Ahora, pecador, ¿puedes sostenerte con desfachatez contra Él? ¿Te apresurarás contra los gruesos tachones de las adargas de Jehová? ¿Acaso intentarás escalar Su cielo cuando Su flecha está entesada sobre el arco para alcanzar tu corazón y cuando la espada reluciente

está presta para matarte? ¿Te esforzarás para oponerte a tu Hacedor? No tiesto, no; alterca con los tiestos que son tus semejantes. Anda, langosta arrastrada; anda y pelea con tus hermanos; contiende con ellos, pero no te pongas contra el Omnipotente. Él lo ha dicho, y tú no entrarás en el cielo nunca, nunca, excepto que nazcas de nuevo.

Además te digo, que no alterques commigo; yo sólo he entregado el mensaje de mi Señor. Tómalo, no creas en él si te atreves; pero si crees en él, no me injuries de palabra, pues se trata del mensaje de Dios, que proclamo a tu alma con amor, para que no perezcas en la oscuridad si estás desprovisto de él, ni camines con los ojos vendados a tu perdición sempiterna.

IV. Ahora, amigos míos, UNA BREVE RECONVENCIÓN PARA US-TEDES; y luego, me despido. Oigo que alguien dice: “Bien, bien, bien, ya veo. *Espero nacer de nuevo cuando muera.*” Oh, amigo, créeme, serás un miserable insensato por tus dolores. Cuando los hombres mueren, su estado queda fijado—

***“Puesto que está fijado su estado sempiterno,
Aunque se arrepintieran, ‘ya es demasiado tarde’.***

Nuestra vida es como esa cera que se derrite en la llama; la muerte pone su sello allí, y luego se enfriá, y la marca ya no puede ser cambiada nunca. Tú eres hoy como el metal ardiente que corre desde la paila hasta el molde; la muerte los enfriá a ustedes en su molde, y toman esa forma a lo largo de toda la eternidad. La voz de la condenación clama sobre los muertos: “El que es santo que siga siendo santo; el que es injusto, que siga siendo injusto; el que es inmundo, que siga siendo inmundo.” Los condenados están perdidos para siempre; no pueden nacer de nuevo; seguirán por siempre maldiciendo, por siempre siendo maldecidos; por siempre luchando contra Dios, y siendo siempre hollados bajo Sus pies; seguirán burlándose sempiternamente, y siendo objetos de escarnio por sus burlas; siempre rebelándose, y siendo siempre torturados con los látigos de la conciencia, porque siempre están pecando. No pueden ser regenerados porque están muertos.

“Bien,” dice otro, “*voy a asegurarme de ser regenerado justo antes de que muera.*” Amigo, lo repito una vez más, tú eres un necio cuando hablas así; ¿cómo sabes tú que vivirás? ¿Has firmado un contrato de arrendamiento sobre tu vida, como lo has hecho con tu casa? ¿Podrías garantizar acaso el aliento en tu nariz? ¿Podrías decir con certeza que otro rayo de sol alcanzará jamás tu ojo? ¿Podrías estar seguro de que, conforme tu corazón late una marcha funeral hacia tu tumba, no latirás pronto la última nota, y de tal forma podrías morir donde estás parado o donde te sientas ahora? ¡Oh, hombre!, si tus huesos fueran de hierro, tus nervios de cobre y tus pulmones de acero, entonces podrías decir: “viviré.” Pero tú estás hecho de polvo; tú eres como la flor del campo; tú podrías morir ahora mismo. ¡He aquí!, veo a la muerte parada por allá, moviendo de un lado a otro la piedra del tiempo sobre su guadaña, para afilarla; hoy, hoy, la muerte toma la guadaña para usarla con algunos de ustedes, y sin cesar, sin cesar, siega los campos y ustedes caen, uno a uno. No deben y no pueden vivir.

Dios nos transporta como una corriente, como un barco sumergido en una vorágine; como un tronco en una corriente en una carrera desenfrenada hacia la catarata. ¡No hay forma de que nos detengamos; todos estamos muriendo ahora, y, sin embargo, tú dices que serás regenerado antes de que mueras! Ay, señores, ¿pero son regenerados ahora? Pues, si no lo son, podría ser demasiado tarde esperar para mañana. Mañana podrían estar en el infierno, sellados para siempre por un destino adamantino, que no puede ser removido nunca.

“Bien”—clama otro—“*a mí no me importa mucho eso*, pues no creo que sea gran cosa quedarse fuera del paraíso. Ah, amigo, eso dices porque no lo entiendes. Tú te ríes de eso ahora, pero llegará un día en el que tu conciencia sea tierna, cuando tu memoria sea fuerte, cuando tu juicio sea iluminado, y cuando pienses de manera muy diferente de como piensas ahora. Los pecadores que están en el infierno no son los necios que eran en la tierra; en el infierno no se ríen de las quemaduras eternas; en el pozo no desprecian estas palabras: “fuego eterno.” El gusano que nunca muere, cuando está royendo, roe todos los chistes y la risa; tú podrías despreciar a Dios ahora, y me desprecias ahora a mí por lo que te digo, pero la muerte cambiará tu nota.

¡Oh, mis oyentes!, si eso fuera todo, yo estaría dispuesto a recibir el desprecio. Pueden despreciarme, sí, pueden hacerlo; pero, ¡oh!, se los suplico, no se desprecien a ustedes mismos; ¡oh!, no sean tan temerarios como para ir silbando al infierno, y reírse mientras se dirigen al pozo; pues cuando estén allá, señores, descubrirán que es algo diferente de lo que ahora sueñan que es. Cuando vean las puertas del Paraíso cerradas ante ustedes, descubrirán que es un asunto más importante de lo que ahora consideran. Ustedes vinieron para oírme predicar ahora, igual que si hubiesen ido a la ópera o al teatro; pensaron que yo los divertiría. ¡Ah!, ese no es mi propósito, y Dios es mi testigo de que vine aquí con toda la solemne sinceridad, para lavar mis manos de su sangre. Si son condenados, si cualquiera de ustedes fuera condenado, no sería debido a que no les advertí. Hombres y mujeres, si perecen, mis manos están lavadas en inocencia, pues les he hablado de su condenación. Clamo de nuevo: arrepíéntanse, arrepíéntanse, arrepíéntanse, pues “si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.” Vine aquí resuelto esta mañana a usar palabras ásperas si debo usarlas; a hablar sin tapujos contra los hombres y para los hombres, pues las cosas que decimos contra ustedes ahora, son realmente para su bien. No hacemos sino advertirles para que no perezcan.

Pero, ¡ah!, oigo que uno de ustedes dice: “yo no entiendo este misterio, te ruego que me lo expliques.” Necio, necio que eres; ¿ves aquel fuego? Nos levantamos asustados de nuestras camas, y hay luz en la ventana; bajamos corriendo las escaleras; la gente se desplaza rápidamente de un lado a otro; multitudes de personas han salido a la calle: corren hacia la casa que arde en llamas. Los bomberos ya están cumpliendo con sus funciones; un río de agua está siendo vertido sobre la casa; pero, ¡miren, miren! Hay un hombre arriba; un hombre está en la habitación superior; tiene sólo el tiempo justo para escapar, y eso con dificultad. Se escucha un grito: “¡Eh! ¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!

¡Eh! Pero el hombre no se asoma a la ventana. Vean, una escalera es colocada contra la pared; llega hasta el antepecho de la ventana. Una mano fuerte se introduce por los cristales de la ventana. ¿Qué está haciendo nuestro hombre todo ese tiempo? ¡Qué!, ¿está atado a su cama? ¿Acaso se trata de un tullido? ¿Se ha apoderado de él algún espíritu maligno que lo ha clavado al suelo? ¡No, no, no; siente que las tablas de madera se están calentando bajo sus pies, el humo comienza a sofocarlo, las llamas arden a su alrededor, y él sabe que sólo hay una vía de escape por esa escalera! Pero, ¿qué está haciendo? Está sentado—no, no me lo creerán—está sentado y diciendo: “el origen de este incendio es muy misterioso; y me pregunto cómo ha de ser descubierto; ¿cómo habremos de entenderlo?” Pues bien, ustedes se ríen de él, pero se están riendo de ustedes mismos. ¡Ustedes están buscando obtener la respuesta de esta pregunta y de aquella otra cuando su alma está en peligro del fuego eterno! ¡Oh!, cuando sean salvos, entonces habrá tiempo para hacer todas las preguntas; pero mientras se encuentran ahora en la casa en llamas, y en peligro de destrucción, no tienen tiempo de estarse confundiendo acerca del libre albedrío, del destino fijado, y de la absoluta predestinación.

Todas estas preguntas son buenas y están muy bien, después, para aquellos que son salvos. Dejen que el hombre que está en la costa intente descubrir la causa de la tormenta; su única tarea ahora es preguntar: “¿Qué debo hacer para ser salvo? ¿Y cómo puedo escapar de la gran condenación que me espera?

Pero, ¡ah!, amigos míos, no puedo hablar como desearía hacerlo. Creo que esta mañana me siento un poco como Dante cuando escribió “*El infierno*. ” Los hombres decían de él que había estado en el infierno; se veía así. Había pensado sobre el infierno durante tanto tiempo, que la gente decía: “ha estado en el infierno,” ya que hablaba con una terrible sinceridad. ¡Ah, si pudiera, yo hablaría de esa manera también! Sólo faltan unos cuantos días, y nos encontraremos cara a cara; puedo mirar al lapso de unos cuantos años, cuando ustedes y yo estaremos cara a cara delante del tribunal de Dios. “Centinela, centinela”—dice una voz—“¿les advertiste?, ¿les advertiste?” ¿Acaso dirá alguno de ustedes que no lo hice? No, incluso el más abandonado de ustedes dirá en aquel día: “nos reímos, nos mofamos de eso, y no nos importó; pero, oh Señor, estamos obligados a confesar la verdad: el hombre era denodado al respecto; nos habló de nuestra condenación, y por tanto está limpio.” ¿Dirán eso? Yo sé que lo harán.

Pero quiero agregar todavía este comentario: ser echado fuera del cielo es algo terrible. Algunos de ustedes tienen a sus padres allí; tienen amigos muy queridos allí; ellos tomaron la mano de ustedes al morir, y les dijeron: “hasta luego, hasta que nos reunamos.” Pero si ustedes no ven nunca el reino de Dios, no los podrán ver a ellos nunca más. “Mi madre”—dice alguien—“duerme en el cementerio; a menudo voy a la tumba y le pongo algunas flores, en recuerdo de aquella que me amantó; pero, ¿no habré de verla nunca más?” No, nunca más; no, nunca, a menos que nazcas de nuevo.

Madres, ustedes tienen bebés que han ido al cielo y quisieran ver a toda su familia alrededor del trono; pero ustedes no verán nunca más a sus hijos, a menos que nazcan de nuevo. ¿Quieren decir adiós en este día al inmortal? ¿Dirán hasta siempre en esta hora a sus amigos glorificados en el paraíso? Deben decirles eso, o de lo contrario han de ser convertidas.

Deben acudir prontamente a Cristo, y confiar en Él, y Su Espíritu ha de regenerarlos, pues, de lo contrario, habrán de mirar a lo alto, al cielo, y decir: “¡Coro de los bienaventurados! No los oiré cantar nunca; padres de mi juventud, guardianes de mi infancia, yo los amo, pero entre ustedes y yo está puesta una gran sima; yo soy echado fuera, y ustedes son salvos.”

Oh, les suplico que piensen en estos asuntos; y cuando salgan, no deben olvidar lo que les he dicho. Si han sido conmovidos de alguna manera esta mañana, no se deshagan de la conmoción; pudiera ser su última advertencia; sería algo terrible estar perdidos con las notas del Evangelio en sus oídos, y perecer bajo el ministerio de la verdad.

Notas del traductor:

- (1) Shu-Shu-gah: nombre de la garza real, según la canción de Hiawatha, el famoso poema épico de 1855 de Henry Wadsworth Longfellow.
- (2) Doctor E. B. Pusey, líder tractario, de fuertes inclinaciones a imitar a la iglesia de Roma en su ritualismo, y otras prácticas católicas externas, como el bautismo infantil. El señor Spurgeon usa frecuentemente Pusey y Puseyismo para designar esas tendencias.
- (3) Palmer: un famoso criminal inglés, quien, alrededor del año de 1856, fue sujeto a un juicio criminal muy sonado.
- (4) Beau Brummell: apodo de George Bryan Brummell, conocido como ‘el bello Brummel’ (1778-1840), quien fue el árbitro de la moda en Inglaterra, y amigo del príncipe Regente, que accedió al trono en 1811 como el rey Jorge IV.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #130—Volume 3

REGENERATION

La Salvación es de Jehová

NO. 131

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE MAYO, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“La Salvación es de Jehová.”
Jonás 2:9.***

Jonás aprendió este enunciado de buena teología en un extraño colegio. Lo aprendió en el vientre de la ballena, en los abismos de la tierra, cuando tenía unas algas enrolladas en su cabeza, y suponía que las rejas del orbe terráqueo lo habían encerrado para siempre. La mayoría de las grandes verdades de Dios deben ser aprendidas en medio de la tribulación. Deben ser grabadas en nosotros con fuego, con el hierro candente de la aflicción, pues de lo contrario no contarán con nuestra aceptación. Nadie es competente para juzgar en lo relativo al Reino, mientras no haya sido probado antes, pues hay muchas cosas que deben aprenderse en las honduras, que no podríamos conocer en las alturas. Descubrimos muchos secretos en las cuevas del océano, que, si nos hubiésemos remontado al cielo, no habríamos podido conocer. El predicador que cubre mejor las necesidades del pueblo de Dios, es aquel que ha sufrido en carne propia esas necesidades; el que ha necesitado consuelo, podrá consolar mejor al Israel de Dios; el que ha sentido su propia necesidad de salvación, predica mejor sobre ese tema. Jonás, cuando fue liberado de su grave peligro, cuando por el mandato de Dios, el pez abandonó obedientemente las grandes profundidades y entregó su carga en la costa, fue capaz de juzgar entonces; y este fue el resultado de su experiencia en medio de la aflicción: “La salvación es de Jehová.”

Debemos entender aquí que la salvación no es simplemente la salvación especial de la muerte que Jonás experimentó, pues, de acuerdo con el doctor Gill, hay algo muy especial en el texto original, puesto que la palabra salvación tiene una letra más de las que usualmente tiene, cuando se refiere únicamente a alguna liberación temporal. Por tanto sólo la podemos entender aquí como refiriéndose a la grandiosa obra de la salvación del alma, que permanece para siempre.

Voy a tratar de exponer, de la mejor manera posible, que “la salvación es de Jehová.” Primero, me esforzaré por explicar la doctrina; luego, procuraré mostrarles cómo Dios nos ha protegido de cometer errores, y nos ha cercado para conducirnos a creer en el Evangelio; luego, voy a reflexionar acerca de la influencia de esta verdad en los hombres; y voy a concluir mostrándoles lo opuesto de esta doctrina. Puesto que toda verdad tiene su reverso, esta también lo tiene.

I. Entonces, para comenzar, primero EXPLICAREMOS ESTA DOCTRINA: la doctrina que la salvación es de Jehová, o del Señor. Debemos entender que la obra entera por la cual los hombres son salvados de su es-

tado natural de pecado y de ruina, y son transportados al reino de Dios y hechos herederos de la felicidad eterna, es de Dios, y únicamente de Él. “La salvación es de Jehová.”

Entonces, damos inicio comentando que *el plan de salvación es enteramente de Dios*. Ningún intelecto humano, ninguna inteligencia creada, ayudaron a Dios en la planeación de la salvación. Él concibió el plan, y Él también lo implementó. El plan de salvación fue trazado desde antes de la existencia de los ángeles. Antes de que la estrella matutina proyectara su rayo iluminando las tinieblas; cuando todavía el éter incólume no había sido sacudido por las alas del serafín; cuando la solemnidad del silencio no había sido turbada por el canto del ángel, Dios ya había establecido el plan para salvar al hombre, pues sabía por anticipado que caería. Él no creó a los ángeles para asesorarse con ellos; no, lo hizo por Sí mismo. Podríamos preguntar: “¿A quién pidió opinión para ser aconsejado cuando planeó la grandiosa arquitectura del templo de la misericordia? ¿A quién le pidió consejo cuando cavó los abismos del amor, para que de ellos brotaran los manantiales de la salvación? ¿Quién le fortaleció las manos? Nadie. Él mismo lo hizo todo solo. De hecho, si los ángeles hubiesen existido, no habrían podido ayudar a Dios, pues puedo suponer muy bien que si se hubiese convocado un solemne cónclave de esos espíritus, y si Dios les hubiera comentado: “El hombre se rebelará; yo declaro que lo castigaré; mi justicia, inflexible y severa, exige que lo haga; sin embargo, me propongo tener misericordia. Si les hubiera preguntado a los escuadrones celestiales de seres poderosos: “¿cómo puede lograrse esto? ¿Cómo puede la justicia ver cumplidas sus demandas y cómo puede reinar la misericordia?” Los ángeles habrían guardado silencio hasta ahora; no habrían podido concebir un plan; el intelecto angélico habría sido incapaz de idear el medio por el cual la justicia y la paz se pudieran encontrar, y el juicio y la misericordia se pudieran besar. Dios lo concibió, pues sin Dios no podría haberse concebido. Es un plan demasiado espléndido para ser el producto de cualquier mente, excepto de esa mente que después lo implementó. “La salvación” que es más antigua que la creación, es “de Jehová”.

Y así como es de Jehová en su planeación, así es de *Jehová en su ejecución*. Nadie ha ayudado a proporcionar la salvación; Dios lo ha hecho todo Él mismo. El banquete de la misericordia es servido por un único anfitrión, a quien pertenecen los millares de animales en los collados. Pero nadie ha suministrado platillos exquisitos para ese banquete real; Él lo ha preparado solo todo. La bañera real de misericordia, en la que las almas negras son bañadas, fue llenada con la sangre de las venas de Jesús; nadie más proporcionó ni una sola gota. Él murió en la cruz, y como sacrificio expiatorio murió solo. No se mezcló con ese torrente la sangre de ningún mártir. No entró en el río de la expiación la sangre de nobles confesores ni de héroes de la cruz. Fue llenado por la venas de Cristo, y nadie más participó. Él lo ha hecho enteramente todo. La expiación es la obra de Jesús, sin ayuda de nadie más. En esa cruz veo al hombre que “pisó Él solo el lagar.” En aquel huerto veo al conquistador solitario, que

vino a combatir sin ayuda, cuyo propio brazo trajo la salvación, y cuya omnipotencia le sostuvo. "La salvación es de Jehová," en cuanto a sus provisiones; Jehová: (Padre, Hijo y Espíritu), lo ha provisto todo.

Hasta aquí todos estamos de acuerdo; pero ahora tendremos que debatir un poco. "La salvación es de Jehová," *en su aplicación*. "No," comenta el arminiano, "no lo es. La salvación es de Jehová, en la medida que hace todo lo que puede hacer por el hombre. Pero hay algo que el hombre debe hacer, y si no lo hace, perecerá." Ese es el camino arminiano de la salvación. Ahora, la semana pasada, me acordé de la teoría arminiana de la salvación, cuando estuve junto a esa famosa ventana del Castillo de Carisbrooke, por la que el rey Carlos, de infeliz e impía memoria, intentó escapar. Leí en la guía de turistas que todo estaba preparado para su escape; sus seguidores tenían dispuestos los medios al pie de la muralla que le permitirían huir a través del país, y en la costa tenían las naves listas que lo llevarían a otras tierras. De hecho, todo estaba planeado para su escape. Pero al rey le tocaba la tarea más importante. Sus amigos habían hecho todo lo que les correspondía. El rey tenía que hacer el resto. Pero lo que le correspondía hacer al rey, fue precisamente el punto crítico de la batalla. Él debía escapar por la ventana, pero no pudo salir por ella de ninguna manera, por lo que todo lo que sus amigos habían hecho por él, no sirvió de nada para liberarlo.

Lo mismo sucede con el pecador. Si Dios ha dispuesto todos los medios de escape, pero sólo requiriera que saliera de su calabozo, permanecería allí por toda la eternidad. ¿Qué, ¿acaso el pecador no está muerto en el pecado, por naturaleza? Y si Dios requiriera que se reviva a sí mismo, para luego, posteriormente, que Él hiciera todo lo demás, entonces, de verdad, amigos míos, no estaríamos tan agradecidos con Dios como lo hubiéramos pensado; pues si Dios requiriera tanto de nosotros, y pudiéramos hacerlo, podríamos hacer también el resto sin Su ayuda. Los católicos romanos cuentan un extraordinario milagro inventado por ellos acerca de San Dionisio, de quien narra la falsa leyenda que cuando le fue arrancada su cabeza, la tomó en sus manos y caminó con ella dos mil seiscientos kilómetros; acerca de lo cual dijo algún ingenioso: "en cuanto a los dos mil seiscientos kilómetros, eso no tiene ninguna importancia; la verdadera dificultad radica en el primer paso."

Así, yo creo que si el primer paso es dado, todo el resto puede ser llevado a cabo con facilidad. Y si Dios requiere del pecador, muerto en el pecado, que dé el primer paso, entonces estaría requiriendo precisamente eso que haría que la salvación fuera tan imposible bajo el Evangelio como siempre lo fue bajo la ley, viendo que el hombre es incapaz tanto de creer como de obedecer, y que no tiene ningún poder para venir a Cristo como tampoco lo tiene para ir al cielo sin Cristo. El poder le debe ser dado por el Espíritu. Él está muerto en sus pecados; el Espíritu debe revivirlo. Está atado de pies y manos y encadenado por la transgresión. El Espíritu debe cortar sus ataduras, y entonces podrá saltar a la libertad. Dios debe venir y arrancar las barras de hierro de sus bases, y entonces podrá escapar por la ventana, y tener éxito en su salida posteriormente;

pero a menos que hagan por él la primera parte, perecerá tan ciertamente bajo el Evangelio como habría perecido bajo la ley.

Yo dejaría de predicar si creyera que Dios, para la salvación, requiriera alguna cosa del hombre que Él mismo no se hubiera comprometido a suministrar. Porque ¿cuántos de los peores individuos están con frecuencia pendientes de mis labios, hombres cuyas vidas se han vuelto tan horriblemente malas, que el labio de la moralidad se rehusaría a hacer una descripción de su carácter? Cuando subo a mi púlpito ¿debo creer que estos hombres tienen que hacer algo antes de que el Espíritu de Dios obre en ellos? Si así fuera, subiría con un corazón pusilánime, convencido que no podría inducirlos nunca a completar esa primera parte. Pero ahora me acerco a mi púlpito con plena confianza: Dios el Espíritu Santo se encontrará con ellos el día de hoy. Son lo peor que pueden ser; pero Él pondrá un pensamiento nuevo en sus corazones. Les dará nuevos deseos, les dará nuevas voluntades, y aquellos que odiaban a Cristo, desearán amarle ahora; aquellos que una vez amaron al pecado, por medio del Espíritu divino de Dios, serán conducidos a odiarlo; y en esto radica mi confianza, que lo que ellos no pueden hacer, en razón de que son débiles en la carne, Dios, enviando Su Espíritu a sus corazones, lo hará por ellos, y en ellos, y así serán salvados.

Bien, dirá alguien: entonces eso hará que la gente se quede tranquila y se cruce de brazos. No, amigo, no sucederá así. Pero si lo hicieran, yo no podría evitarlo; mi oficio, como lo he dicho a menudo en este lugar, no es demostrarles la racionalidad de cualquier verdad, ni defender cualquier verdad de sus consecuencias; todo lo que hago aquí (y pretendo seguir haciéndolo), es expresar cada verdad que se encuentra en la Biblia; entonces, si no les gusta, deben dirimir la contienda con mi Señor, y si no la consideran razonable, deben debatir con la Biblia. Que otros defiendan la Escritura y demuestren que dice la verdad; ellos pueden realizar su trabajo mejor que yo lo haría. Lo mío es un simple oficio de proclamación. Yo soy el mensajero. Yo anuncio el mensaje del Señor; si no les gusta el mensaje, debatan con la Biblia, no conmigo. Mientras yo tenga a la Escritura de mi lado, tendrá el valor de desafiarlos a que hagan cualquier cosa en mi contra. "La salvación es de Jehová."

El Señor tiene que aplicarla, tiene que hacer querer a quien no quiere, tiene que hacer piadoso al impío, y conducir al rebelde depravado a los pies de Jesús, o de lo contrario, la salvación no será obtenida nunca. Si ese requisito no se cumple, se habría quebrado el eslabón de la cadena, el eslabón preciso que era absolutamente imprescindible para su integridad. Supriman el hecho de que Dios comienza la buena obra, y que nos envía lo que los viejos teólogos llaman la gracia que previene, supriman eso, y habrán echado a perder toda la salvación; habrían quitado la piedra angular del arco, que se derrumbaría por esa causa. Entonces no quedaría nada.

Y ahora, en el siguiente punto, vamos a tener desacuerdos otra vez. "La salvación es de Jehová," en cuanto a la sustentación de la obra en el corazón del hombre. Cuando un hombre es convertido en un hijo de Dios,

no tiene una provisión de gracia que le sea suministrada para que continúe para siempre, sino que tiene gracia para ese día; y debe recibir gracia para el día siguiente, y para el otro día, y para el otro, hasta el fin de los días, pues de lo contrario el comienzo no habría servido de nada. De la misma manera que el hombre no puede revivirse a sí mismo, tampoco puede mantenerse con vida solo. Puede alimentarse con alimento espiritual, y así preservar su fortaleza espiritual; puede caminar en los mandamientos del Señor, y así gozar de reposo y paz, pero todavía la vida interior depende del Espíritu, tanto para su existencia posterior como para su nacimiento. Yo en verdad creo que si alguna vez es mi porción poner el pie en el umbral de oro del paraíso, y apoyar este pulgar sobre la aldaña de perla, no podría nunca atravesar el umbral a menos que recibiera gracia para dar el último paso para poder entrar al cielo. Ningún hombre, aunque sea convertido, tendría por sí mismo algún poder, excepto ese poder que es infundido en él por el Espíritu diariamente, constantemente y perpetuamente. Pero los cristianos se consideran caballeros independientes; reciben en su mano una pequeña provisión de gracia, y dicen: "mi monte permanece firme, nunca seré conmovido." ¡Ah!, pero no pasa mucho tiempo antes que el maná comience a pudrirse. Estaba destinado únicamente a ser el maná para el día y lo hemos almacenado para el día siguiente, y entonces se descompone. Debemos recibir gracia fresca.—

**"Pues día a día el maná caía,
Oh, que aprendamos bien esa lección."**

Así que busquen día a día una gracia fresca. Frecuentemente el cristiano quiere recibir la suficiente provisión de gracia para que le dure un mes, y que le sea otorgada de una sola vez. "¡Oh!" dice, "qué multitud de tribulaciones me espera: cómo me enfrentaré a todas ellas? ¡Oh, que tuviera la suficiente gracia para soportarlas!" Mis queridos amigos, recibirán la gracia suficiente para sus problemas, conforme se presenten, uno por uno. "Como tus días serán tus fuerzas;" pero tus fuerzas no serán nunca como tus meses, o como tus semanas. Tú recibirás tus fuerzas como recibes tu pan. "El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy." La gracia nuestra de cada día, dánosla hoy. ¿Por qué razón te afanas por las cosas del mañana? El dicho popular reza: "atraviesa el puente cuando llegues a él." Ese es un buen consejo. Síganlo. Cuando se presente un problema, atáquenlo, y derríbenlo, y domínénlo; pero no comiencen desde ahora a anticipar sus infortunios. "¡Ah!, pero tengo tantos," dirá alguno. Por eso mismo yo te digo: no mires más allá de donde necesitas mirar. "Basta a cada día su propio mal." Haz lo mismo que hizo aquel valeroso griego, quien, cuando defendía a su país de los ataques de Persia, no fue a las llanuras a pelear, sino que permaneció en el desfiladero de las Termópilas; allí, cuando las decenas de millares venían contra él, tenían que pasar uno por uno, y fueron completamente aniquilados. Si se hubiese aventurado a la llanura, pronto habría sido devorado, y su puñado de soldados habría sido fundido como una gota de rocío en el océano. (1) Permanece en el desfiladero del día de hoy, y combate contra tus problemas enfrentándolos uno a uno; pero no te apresures a las llanuras

del día de mañana, pues allí serás obligado a huir y perecerás. Conforme a la medida de tu mal, así será la gracia que recibas. "La salvación es de Jehová."

La última consideración sobre este punto es: *la perfección final de la salvación es de Jehová*. Pronto, pronto, los santos de la tierra serán santos en la luz. Sus cabellos emblanquecidos por los años serán coronados de perpetuo gozo y de juventud eterna. Sus ojos, bañados de lágrimas, brillarán como las estrellas, y nunca más los cubrirán las nubes de la aflicción. Sus corazones, temblorosos ahora, tendrán gozo y firmeza, y serán establecidos para siempre como pilares en el templo de Dios. Sus locuras, sus cargas, sus aflicciones y sus dolores pronto acabarán. El pecado desaparecerá, la corrupción será eliminada, y un cielo de pureza inmaculada y de paz perfecta será de ellos para siempre. Pero todo será por gracia. Así como fue el cimiento, así será la cabeza del ángulo. Lo que fue iniciado en la tierra, terminará de ser construido en el cielo. Así como fueron redimidos de su conversación inmunda por la gracia, así serán redimidos también de la muerte y de la tumba por la gracia, y entrarán al cielo cantando—

**"La salvación es sólo de Jehová,
La gracia es un océano desprovisto de costas."**

Puede ser que estén presentes algunos arminianos aquí, pero no serán arminianos allá; aquí pueden decir: "es por la voluntad de la carne," pero en el cielo no pensarán lo mismo. Aquí podrán atribuir algo a la criatura; pero allá arrojarán sus coronas a los pies del Redentor, y reconocerán que Él lo hizo todo. Aquí pueden mirarse, y jactarse un poco de su propia fortaleza; pero allá, el himno "No a nosotros, no a nosotros," será entonado con una sinceridad más profunda y con un énfasis mayor de lo que fue cantado aquí abajo. En el cielo, cuando la gracia haya realizado su obra, esta verdad se destacará con resplandecientes letras de oro: "La salvación es de Jehová."

II. De esta manera he tratado de exponer el Evangelio. Ahora, ¿les puedo mostrar CÓMO DIOS HA GUARDADO ESTA DOCTRINA?

Algunos han afirmado que la salvación, en algunos casos, es el resultado del *temperamento natural*. Bien, amigo, bien; Dios ha respondido con eficacia a tu argumento. Tú afirmas que algunas personas son salvadas porque son naturalmente religiosas y son inclinadas al bien; desafortunadamente no he conocido nunca a nadie que pertenezca a esa clase de personas; pero voy a suponer por un instante que haya personas así. Dios ha contestado irrefutablemente tu objeción; pues, es extraño decirlo, el gran número de los que son salvos son precisamente las personas que parecían tener la menor probabilidad de ser salvadas, mientras que un gran número de los que perecen, fueron una vez las personas que nosotros hubiéramos esperado ver en el cielo, si la disposición natural tuviese algo que ver con ello.

Vamos, hay una persona aquí, que en su juventud fue un hijo de la insensatez. Su madre lloraba por él con frecuencia, y clamaba y gemía por los descarríos de su hijo. Era tal su espíritu fiero, que ni el freno ni la

brida podían sujetarlo. Eran tales sus perpetuas rebeliones y sus ebulliciones de ira ardiente, que su madre preguntó: "hijo mío, hijo mío, ¿en qué te convertirás en tus años de madurez? De cierto destrozará la ley y el orden, y serás una deshonra para el nombre de tu padre." Él creció. En su juventud era indómito y disoluto, pero, maravilla de maravillas, súbitamente se volvió un hombre nuevo, cambiado, enteramente diferente; se volvió tan diferente de lo que antes era, como diferentes son los ángeles de los espíritus condenados. Se sentaba a los pies de su madre, y alegraba su corazón, y el joven perdido y fiero se volvió apacible, dócil y humilde como un niñito y obediente a los mandamientos de Dios. Tú dirás: ¡maravilla de maravillas!

Pero hay otra persona aquí. Él era un joven muy bueno. Siendo un niño, hablaba de Jesús. A menudo, cuando su madre lo sostenía en sus rodillas, le hacía preguntas sobre el cielo. Era un prodigo, un portento de piedad en su juventud. Cuando creció, las lágrimas rodaban por sus mejillas cuando oía algún sermón. Difícilmente soportaba oír acerca de la muerte sin un suspiro. Algunas veces su madre le sorprendía, según pensaba ella, en solitaria oración. Y ¿qué es de él ahora? Esta misma mañana acaba de regresar de pecar. Se ha convertido en un villano corrumpido y desesperado y ha llegado lejos en toda manera de perversión y lascivia y pecado, y se ha convertido en un hombre tan condenablemente corrupto, que no necesita que otros influyan en él. Su espíritu depravado, que una vez estuvo confinado, ahora se ha desarrollado por sí solo, y ha aprendido a jugar el papel del león en su edad adulta, como jugó el papel de zorro en su juventud. No sé si ustedes hayan conocido algún caso semejante; pero ocurren con frecuencia.

Sé que puedo decir que en mi congregación algún individuo perdido y degradado, ha sido quebrantado de corazón, y ha sido conducido a llorar, y ha clamado a Dios pidiendo misericordia, y ha renunciado a su vil pecado. En cambio, una bella jovencita a su lado ha oído el mismo sermón, y si brotó alguna lágrima, se apresuró a enjugarla. Ella todavía continúa siendo lo que era: "Sin esperanza y sin Dios en el mundo." Dios ha escogido lo vil del mundo, y ha seleccionado a Su pueblo de entre los hombres más menoscapiados, para demostrar, que no es la disposición natural, sino que "La salvación es de Jehová" únicamente.

Bien, pero algunos dirán: *el ministro* que predica, es quien convierte a los hombres. ¡Ah!, esa es una idea grandiosa, ciertamente. Nadie sino un insensato podría pensar eso. Conocí a un hombre hace algún tiempo, que me aseguró que conocía a un ministro que tenía una gran cantidad de poder de conversión en él. Hablando de un gran evangelista de los Estados Unidos, comentó: "ese hombre, señor, tiene la mayor cantidad de poder de conversión que yo haya conocido en hombre alguno; el señor Fulano de Tal en una aldea vecina a Londres le sigue en poder." En aquel momento, este poder de conversión estaba siendo manifestado; doscientas personas fueron convertidas por el evangelista que ocupaba el segundo lugar, y se unieron a la membresía de la iglesia en unos pocos meses. Yo fui a ese lugar un poco después (fue en Inglaterra), y pregunté:

“¿cómo van tus convertidos?” “Bien,” respondió, “no puedo comentar mucho acerca de ellos.” “¿Cuántos de esos doscientos individuos que recibiste hace un año permanecen firmes?” “Bien,” respondió, “me temo que no muchos; hemos echado ya a setenta de ellos por borrachos.” “Sí,” repliqué, “eso pensé: ese es el final del grandioso experimento del poder de conversión.” Si yo pudiera convertirlos a todos ustedes, cualquiera podría revertir el proceso de su conversión; lo que un hombre puede hacer, otro lo puede deshacer; sólo permanece lo hecho por Dios.

No, hermanos míos. Dios ha tenido mucho cuidado de que no se diga nunca que la salvación es del hombre, pues usualmente Él bendice a quienes parecen menos calificados para ser útiles. Yo no espero ver tantas conversiones en este lugar como las que hubo el año pasado, cuando tenía menos oyentes. Me preguntarán: ¿por qué? Bien, el año pasado todo el mundo me maltrataba; mencionar mi nombre era mencionar el nombre del bufón más abominable que haya vivido. La simple mención del nombre atraía juramentos y maldiciones; para muchos, era un nombre despreciable, pateado por las calles como un balón de fútbol. Pero luego Dios me dio cientos de almas, que se sumaron a mi iglesia, y en un año, fue mi delicia ver personalmente no menos de mil personas convertidas para entonces. No espero eso ahora. Mi nombre es estimado de alguna manera ahora, y los grandes de la tierra no consideran una deshonra sentarse a mis pies; pero esto me lleva a temer, no sea que mi Dios me abandone ahora que el mundo me estima. Yo preferiría ser despreciado y calumniado a cualquier otra cosa. Estaría dispuesto a dejar esta asamblea que ustedes consideran muy grande y excelente, si mediante esa pérdida, pudiera ganar una mayor bendición. “Lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios;” y por eso creo que entre más estimado sea, peor será mi posición, y mucho menor será mi esperanza de que Dios me bendiga. Él ha puesto Su “tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.”

Un pobre ministro comenzó a predicar una vez, y todo el mundo habló mal de él; pero Dios le bendijo. Gradualmente cambiaron y lo halagaron. ¡Él era un gran hombre: qué maravilla! Pero, ¡Dios le dejó! A menudo ha sucedido lo mismo. Nosotros debemos recordar, en todos los tiempos de popularidad, que aquel “¡Crucifícale, crucifícale!” le sigue de cerca los talones al “Hosanna,” y que la multitud de hoy, si la tratamos con fidelidad, se puede convertir en un simple puñado el día de mañana, pues a los hombres no les gusta que les hablen claro. Debemos aprender a ser despreciados, condenados, difamados, y entonces aprenderemos a ser hechos útiles por Dios. A menudo he caído de rodillas, con un sudor hirviendo brotando de mi rostro, bajo el peso de una reciente calumnia lanzada contra mí; en una agonía de dolor mi corazón ha estado a punto del quebranto; hasta que por fin he aprendido el arte de soportarlo todo y no preocuparme de nada. Y ahora mi dolor corre en otra línea. Es precisamente en la dirección opuesta. Temo que Dios me abandone, para demostrar que Él es el autor de la salvación; que no se encuentra en el predicador; que no está en la multitud; que no se debe a la atención que

yo pueda atraer, sino en Dios, y sólo en Dios. Esto puedo decir de todo corazón: si ser convertido en el lodazal de las calles otra vez, si ser el hazmerreír de los insensatos y ser la canción del borracho, me permitiera una vez más ser de mayor servicio a mi Señor, y útil a Su causa, prefiero eso a las muchedumbres, o a todo el aplauso que el hombre pueda brindarme. Oren por mí, queridos amigos, oren por mí, que Dios me utilice todavía como un instrumento de salvación de almas; pues tengo miedo que diga: "no ayudaré a ese hombre, para que el mundo no diga que él lo ha hecho, pues "la salvación es de Jehová," y así debe ser, hasta el fin del mundo.

III. Y ahora, ¿CUÁL ES, CUÁL DEBE SER, LA INFLUENCIA DE ESTA DOCTRINA SOBRE LOS HOMBRES?

Bien, primero, para los pecadores, esta doctrina es *un gran ariete contra su orgullo*. Les daré un ejemplo. El pecador en su estado natural, me recuerda a un hombre que posee un castillo fuerte y casi inexpugnable, al cual ha huido. Cuenta con un foso exterior; hay un segundo foso; cuenta con murallas muy altas; y luego, después, hay un escondite en una torre, al cual entrará el pecador. Ahora, el primer foso que rodea al lugar de confianza del pecador está constituido por sus buenas obras. "¡Ah!", dice, "soy tan bueno como mi vecino; siempre he pagado veinte centavos, en efectivo; no soy ningún pecador: 'diezmo la menta y el comino;' soy en verdad un buen caballero respetable." Bien, cuando Dios viene a obrar en él, para salvarle, envía su ejército que cruza el primer foso; y cuando lo atraviesan, gritan: "La salvación es de Jehová;" y el foso se seca, pues si la salvación es de Jehová, ¿cómo podría ser por buenas obras? Pero cuando eso sucede, tiene una segunda trinchera: las ceremonias. "Bien," dice, "no confiaré en mis buenas obras, pero he sido bautizado, y he sido confirmado; ¿acaso no tomo el sacramento? Esa será mi confianza." "¡Sobre el foso! ¡Sobre el foso!" Y los soldados cruzan el foso otra vez, gritando: "La salvación es de Jehová." El segundo foso queda seco; ya no sirve para nada. Ahora se acercan a la primera muralla; el pecador, mirando desde arriba, dice: "yo me puedo arrepentir, puedo creer cuando quiera; me voy a salvar a mí mismo arrepintiéndome y creyendo." Los soldados de Dios suben, ese grandioso ejército de la convicción, y derrumban esta muralla que cae al suelo, y gritan: "La salvación es de Jehová." Tu fe y tu arrepentimiento te tienen que ser dados, pues de lo contrario ni creerás ni te arrepentirás del pecado." Y ahora el castillo es tomado; todas las esperanzas del hombre son eliminadas; siente que la salvación no es de él; el castillo del yo ha sido tomado, y el gran estandarte sobre el que está escrito "La salvación es de Jehová" es desplegado sobre las almenas. Pero, ¿acaso la batalla terminó? Oh, no; el pecador se ha retirado a su torre, en el centro del castillo; y ahora cambia sus tácticas. "Yo no puedo salvarme a mí mismo," dice, "por lo tanto voy a perder la esperanza; no hay salvación para mí." Ahora este segundo baluarte es tan difícil de tomar como el primero, pues el pecador se detiene y dice: "no puedo ser salvado, voy a perecer." Pero Dios ordena a los soldados que tomen este baluarte también, gritando: "La salvación es de

Jehová;" no es del hombre, *es de Dios*; "puede también salvar permanentemente," aunque tú no puedas salvarte a ti mismo. Esta espada, tú ves, corta por dos lados; corta al orgullo, y luego parte el cráneo de la desesperación. Si alguien dice que se puede salvar a sí mismo, parte de inmediato en dos su orgullo; y si alguien más dice que no puede ser salvado, abate su desesperación; pues afirma que puede ser salvado, viendo que, "La salvación es de Jehová." Ese es el efecto que esta doctrina tiene sobre el pecador: ¡que tenga ese efecto en ti!

Pero, ¿qué influencia tiene en los santos? Pues, es la clave de toda la divinidad. *Yo los reto a que sean heterodoxos* si creen en esta verdad. Tendrán una fe muy sólida si han aprendido a deletrear esta frase: "La salvación es de Jehová;" y si lo sienten en su alma *no se volverán orgullosos*; no podrán serlo. Arrojarán todo a Sus pies, confesando que ustedes no han hecho nada, excepto lo que Él les ha ayudado a hacer; y por tanto la gloria debe ser para Él, en quien radica la salvación. Si creen esto, *no serán desconfiados*. Dirán: "mi salvación no depende de mi fe, sino de Jehová; mi seguridad no depende de mí, sino que depende de Dios que me guarda; ser llevado al cielo no descansa en mis propias manos, sino en las manos de Dios; cuando prevalezcan las dudas y temores, cruzarán sus brazos, mirarán arriba y dirán—

**"Y ahora que mi ojo de fe es débil,
Yo confío en Jesús, ya sea que me hunda o nade."**

Si pueden guardar esto en la mente, podrán *siempre estar llenos de gozo*. El que sabe y siente que la salvación es de Jehová, no puede tener causa de preocupaciones. ¡Vamos, legiones del infierno; vamos, demonios del abismo!—

**"El que me ha ayudado me apoya a lo largo del camino,
Y me convierte en más que vencedor."**

La salvación no depende de este pobre brazo, pues de lo contrario perdería la esperanza, sino del brazo del Omnipotente, ese brazo en el que descansan los pilares de los cielos. "¿De quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?"

Y esto, por la gracia, *te animará a trabajar para Dios*. Si tú tuvieras que salvar a tus vecinos, puedes sentarte y no hacer nada; pero puesto que "La salvación es de Jehová," prosigue y prospera. Ve y predica el Evangelio; ve y anuncia el Evangelio en todas partes. Anúncialo en tu casa, proclámalo en las calles, proclámalo a toda tierra y a toda nación; pues no es de ti, sino "de Jehová." ¿Por qué nuestro amigos no van Irlanda para predicar el Evangelio? Irlanda es una deshonra para la iglesia protestante. ¿Por qué no van a predicar allá? Hace aproximadamente un año, un grupo de valerosos ministros fue allá para predicar; se portaron valerosamente; fueron allá, y regresaron, y eso es todo el resumen de la gloriosa expedición para combatir al Papado. Pero, ¿por qué regresaron? Porque fueron apedreados, ¡pobre gente tranquila! ¿Acaso piensan que el Evangelio se va a propagar sin unas cuantas piedras? Pero, ¡es que habrían sido asesinados! ¡Valerosos mártires! Habrían ingresado a las listas registradas en las crónicas sangrientas. ¿Acaso los mártires de antes, o los apóstoles, se rehusaron ir a algún país porque habrían de ser

asesinados? No, estaban listos a morir; y si media docena de ministros hubieran sido asesinados en Irlanda, habría sido lo mejor del mundo para la libertad en el futuro; pues después de eso la gente no se habría atrevido a tocarnos; el brazo fuerte de la ley los hubiera detenido; habríamos podido ir después por todas las aldeas de Irlanda, y habríamos tenido paz; los alguaciles pronto habrían puesto fin a un asesinato tan infame; habría despertado al protestantismo de Inglaterra para reclamar la libertad que es tanto nuestro derecho allí, como lo concedemos en todas partes. No veremos nunca un gran cambio mientras no tengamos hombres en nuestras filas que estén dispuestos a ser mártires. Esa profunda zanja no puede ser atravesada mientras los cuerpos de unos cuantos de nosotros no la cubran; y después de eso, será un trabajo fácil predicar el Evangelio allá. Nuestros hermanos deben ir allá otra vez. Pueden dejar sus corbatas blancas en casa, y la blanca pluma también, y seguir adelante con un corazón valeroso y un espíritu intrépido; y si la gente se burla y se ríe, que se rían y que se burlen. George Whitefield, cuando predicó en Kennington Common, donde le arrojaron gatos muertos y huevos podridos, dijo: "esto no es sino el abono del metodismo, lo mejor del mundo para hacerlo crecer; sigan arrojándolos tan rápido como puedan." Y cuando una piedra le cortó la frente, predicó mejor por el pequeño hilito de sangre que se escurría. ¡Oh, qué tuviéramos hombres que se atrevieran a enfrentarse a la turba, pues entonces la turba no tendría que ser enfrentada! Vamos allá, recordando que "La salvación es de Jehová," y prediquemos la Palabra de Dios en todo lugar y en todo tiempo, creyendo que la Palabra de Dios es más que un rival para el pecado, y que Dios será el Señor de toda la tierra.

Mi voz está fallando de nuevo, y mis pensamientos también. Estaba muy cansado esta mañana, antes de venir a este púlpito, y me siento cansado ahora. Algunas veces estoy lleno de gozo y alegría, y me siento en el púlpito como si pudiera predicar sin término; otras veces, me siento contento de terminar; sin embargo, con un texto como este me habría gustado terminar con todo el poder que el labio mortal pudiera acopiar. ¡Oh, hacer saber a los hombres esto, que su salvación es de Dios! ¡Blasfemo, no blasfemes contra Quien sostiene en Su mano tu aliento! Despreciador, no desprecies al que puede salvarte o destruirte. Y tú, hipócrita, no busques engañar a Aquel de quien proviene la salvación, y que por tanto sabe muy bien si tu salvación ha venido de Él.

IV. Y ahora, en conclusión, sólo déjenme decirles QUÉ ES LO OPUESTO A ESTA VERDAD. La salvación es de Dios: entonces *la condenación es del hombre*. Si cualquiera de ustedes es condenado, no podrá echarle la culpa a nadie, excepto a ustedes mismos; si cualquiera de ustedes parece, la culpa no estará a las puertas de Dios; si ustedes se pierden y son arrojados fuera, tendrán que asumir toda la culpa y todas las torturas de conciencia; permanecerán por siempre en la perdición, reflexionando: "me he destruido a mí mismo; he cometido el suicidio de mi alma; he sido mi propio destructor; no puedo culpar a Dios." Recuerda, si eres salvo, debes ser salvado únicamente por Dios, y si te pierdes, tú mismo te

has perdido. "Volveos, volveos de vuestras malas caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?"

Con mi última frase balbuceante, les pido que hagan una pausa y piensen. ¡Ah, mis amigos, mis amigos! Es una cosa terrible predicar a una multitud como ustedes. Pero el otro domingo, cuando bajaba las escaleras, se me vino a la mente una frase memorable, dicha por una persona que estaba aquí. Dijo: "hay 8,000 personas esta mañana que no tendrán excusa en el día del juicio." Quisiera predicar de tal manera que siempre se pudiera decir esto; y si no puedo hacerlo, ¡oh, que Dios tenga misericordia de mí, por amor de Su nombre! ¡Pero ahora, recuerden! Ustedes tienen almas; esas almas serán condenadas, o salvadas. ¿Cuál de esos destinos será? Sus almas serán condenadas para siempre, a menos que Dios las salve; a menos que Cristo tenga misericordia de ustedes, no hay esperanza para ustedes. ¡Pónganse de rodillas! Clamen a Dios pidiendo misericordia. Ahora eleven su corazón en oración a Dios. Que ahora sea el preciso momento en que sean salvos. ¡Que antes que la siguiente gota de sangre corra por sus venas, ustedes encuentren la paz! Recuerden que deben obtener esa paz ahora. Si sienten ahora su necesidad, deben recibirla ahora. Y, ¿cómo? Simplemente pidiéndola. "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis." —

**"Pero si sus oídos rechazan
El lenguaje de Su gracia
Sus corazones se endurecerán, como tercos judíos,
Esa raza incrédula,
El Señor vestido de venganza,
Alzará Su mano y jurará:
Tú que despreciaste mi prometido reposo
No tendrás porción allá."**

¡Oh, que ustedes no sean menoscapiadores, para que no "se asombren y perezcan"! Que puedan acudir a Cristo, y sean aceptos en el Amado. Es mi última y mi mejor oración. ¡Que el Señor la escuche! Amén.

Nota del traductor:

(1) Spurgeon hace referencia aquí a la batalla de las Termópilas (480 a.C.) Fue una batalla de la segunda guerra médica. El rey de Esparta, Leónidas, con trescientos hoplitas lacedemonios, intentó detener a las tropas de Jerjes I en el desfiladero de las Termópilas, en Lócrida oriental.

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #131 – Volumen 3
SALVATION OF THE LORD

Un Sermón Sencillo para Almas que Buscan

NO. 140

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL 12 DE JULIO, 1857
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”
Romanos 10:13.***

Un eminente teólogo ha afirmado que cuando muchos de nosotros predicamos la Palabra, suponemos un gran conocimiento de parte nuestros oyentes. “Muy a menudo,” dice este teólogo, “hay personas en la congregación que desconocen totalmente la grandiosa ciencia de la teología. Son perfectamente ignorantes de todo el sistema de la gracia y de la salvación.”

Por esto es muy conveniente que el predicador se dirija algunas veces a su audiencia como si fueran completos desconocedores de su mensaje, y más bien que predique como algo nuevo, exponiendo todo como si creyera que sus oyentes son ignorantes del tema. “Pues,” dice este buen hombre, “es mejor suponer muy escaso conocimiento, y así explicar el tema claramente hasta lograr su más detallada comprensión, que suponer demasiado conocimiento, y así permitir que el ignorante escape sin una palabra de instrucción.”

Entonces, yo creo que no voy a cometer el error que ese teólogo menciona en su punto de vista, pues voy a suponer que por lo menos algunos miembros de mi congregación desconocen en su totalidad el grandioso plan de salvación. Y estoy seguro que quienes lo conocen muy bien, y han experimentado su valor, serán indulgentes conmigo, mientras yo intento narrar, utilizando las palabras más sencillas que labios humanos puedan expresar, la historia de cómo los hombres se encuentran perdidos, y de cómo los hombres son salvados invocando el nombre del Señor, de conformidad a las palabras de mi texto.

Pues bien, debemos comenzar por el principio. Y debemos decirle primero a nuestros lectores, que en la medida que nuestro texto nos describe que los hombres son salvados, implica que los hombres necesitan la salvación, y les decimos que si los hombres hubieran sido como Dios los creó, no hubieran necesitado ninguna salvación. Adán, en el huerto del Edén no necesitaba ninguna salvación, pues era perfecto, puro, limpio, santo, y aceptable a Dios. Él era nuestro representante, estaba como el representante de toda la raza, y cuando tocó el fruto prohibido, y comió del árbol del cual le había dicho Dios: “Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás;” cuando transgredió de esa manera contra Dios, necesitó un Salvador, y nosotros, su descendencia a través de su pecado, venimos a este mundo, cada uno de nosotros, necesitando un Salvador.

Nosotros, los que ahora estamos presentes, no debemos sin embargo culpar a Adán; ningún hombre ha sido condenado hasta ahora únicamente por el pecado de Adán. Los niños que mueren, sin duda alguna, son salvados por la gracia soberana a través de la expiación que es en Cristo

Jesús. Tan pronto cierran sus ojos aquí en la tierra, puesto que son inocentes de todo pecado cometido por ellos, los abren de inmediato en la bienaventuranza del cielo. Pero ni tú ni yo somos niños. No necesitamos hablar ahora de los pecados de Adán. Nosotros tenemos nuestros propios pecados por los cuales responder, y Dios sabe que son suficientes. La Santa Escritura nos informa que todos nosotros hemos pecado, y estamos destituidos de la gloria de Dios, y la conciencia da testimonio de esa misma verdad. Todos nosotros hemos quebrantado los grandes mandamientos de Dios, y como consecuencia de ello, el Dios justo está obligado en justicia a castigarnos por los pecados que hemos cometido.

Entonces, hermanos míos, es debido a que ustedes y yo hemos quebrantado la ley divina y estamos sujetos a la ira divina, que tenemos necesidad de misericordia. Por tanto cada uno de nosotros, si cada uno de nosotros quiere ser feliz, si quiere habitar con Dios en el cielo para siempre, debe ser salvado.

Pero hay una gran confusión en las mentes de los hombres acerca de lo que significa ser salvo. Permitanme entonces decir que la salvación significa dos cosas. Quiere decir, en primer lugar, nuestro escape del castigo por los pecados cometidos; y, en segundo lugar, quiere decir la liberación del hábito del pecado, de tal manera que en el futuro no viviremos como hemos vivido.

Dios salva a los hombres de dos maneras: ve que el hombre es pecador, y que quebranta Sus leyes; Él dice: "Yo te perdonó, no te voy a castigar. He castigado a Cristo en tu lugar; tú serás salvado." Pero esto es sólo la mitad de la obra. Él dice a continuación: "Hombre, no te voy a permitir que continúes pecando como has estado acostumbrado a hacerlo; Yo te daré un nuevo corazón que dominará tus hábitos perversos. De tal manera que aunque has sido esclavo del pecado, estarás en libertad de servirme. Aléjate de él, no vas a servir más a tu negro amo; debes abandonar a ese demonio, y Yo haré que seas mi hijo y mi siervo. Tú dices: 'yo no puedo hacer eso.' Vamos, Yo te daré gracia para que lo hagas; te doy gracia para que abandones la borrachera, gracia para que dejes de jurar, gracia para que no profanes el domingo; Yo te doy gracia para que corras por los caminos de mis mandamientos, y para que descubras que esos caminos son deliciosos."

Entonces digo que la salvación consta de dos elementos: por un lado, liberación del hábito de vivir en enemistad con Dios; y por el otro lado, del castigo que conlleva la transgresión.

El gran tema frente nosotros hoy, sobre el cual trataré de insistir utilizando un lenguaje muy sencillo, evitando los vuelos de la oratoria de cualquier tipo es: cómo pueden ser salvados los hombres. Esa es la única gran pregunta. Debemos recordar qué significa ser salvos. Significa ser hechos cristianos, tener nuevos pensamientos, nuevos corazones, y luego, tener un nuevo hogar a la diestra de Dios en la bienaventuranza eterna.

¿Cómo pueden ser salvos los hombres? "¿Qué debo hacer para ser salvo?" es un grito que está brotando aquí de muchos labios el día de hoy. La respuesta que da mi texto es ésta: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." Primero trataré de explicar un poco el texto: *explicación*. En segundo lugar trataré de aclarar el texto en relación a algunos errores relativos a la salvación, que son muy populares: esta será *refutación*. Y luego, en tercer lugar, voy a enfatizar la utilidad de mi texto: eso

será *exhortación. Explicación, Refutación, Exhortación*; ustedes recordarán los puntos, y ¡que Dios los grabe en sus mentes!

I. Entonces, en primer lugar, EXPLICACIÓN. ¿Qué es lo que quiere decir aquí, invocar el nombre del Señor? Y yo tiemblo en este instante al tratar de explicar mi texto; pues siento que es muy fácil “oscurecer el consejo con palabras sin sabiduría.” En muchas ocasiones el predicador más bien oscurece la Escritura mediante sus explicaciones, en lugar de hacerla más luminosa. Muchos predicadores han sido como una ventana pintada, bloqueando el paso de la luz en lugar de facilitarlo. No hay nada que me confunda más y que ponga más a prueba mi mente, que la respuesta a esa simple pregunta: ¿Qué es la fe? ¿Qué es creer? ¿Qué es invocar el nombre del Señor? Para entender el verdadero sentido de esto, recurri a mi concordancia, y busqué los pasajes donde se emplea la misma palabra; y hasta donde puedo juzgar, puedo declarar basado en la autoridad de la Escritura, que la palabra “invocar” significa adorar; de tal forma que lo puedo traducir así: “Todo aquel que adore el nombre del Señor será salvo.” Pero permítanme explicar esa palabra “adorar” de acuerdo al significado que le da la Escritura, que se debe entender para poder explicar la palabra “invocar.”

Invocar el nombre del Señor significa, en primer lugar, *adorar a Dios*. Ustedes encontrarán en el libro de Génesis que “cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová.” Esto es, comenzaron a adorar a Dios, construyeron altares a Su nombre, ellos certificaron su creencia en el sacrificio que vendría ofreciendo un sacrificio tipo sobre el altar que habían preparado; doblaron su rodilla en oración; elevaron su voz en un himno sagrado y clamaron: “Grande es Jehová, Creador, Preservador, sea Él alabado por los siglos de los siglos.”

Ahora, quienquiera; quienquiera que viva en el ancho, ancho mundo, y que es capacitado por gracia para adorar a Dios, de la manera que Dios lo establece, será salvo. Si lo adoras por medio de un Mediador, teniendo fe en la expiación de la cruz; si lo adoras por medio de la oración humilde y de la alabanza sincera, tu adoración es prueba de que serás salvo. No podrías adorar así, a menos que tengas gracia dentro de tu corazón; y tu fe y gracia son una prueba que tendrás la gloria. Quienquiera pues que, en humilde devoción, sobre el verde pasto, bajo las tupidas ramas de un árbol, bajo la bóveda del cielo de Dios, o en la casa de Dios o fuera de ella; quienquiera que adore a Dios de manera ferviente con un corazón puro, buscando la aceptación por medio de la expiación de Cristo, y se arroje mansamente sobre la misericordia de Dios, será salvo. Así lo establece la promesa.

Pero para que nadie se vaya con una idea errónea de lo que es la adoración, debemos explicarla todavía un poco más. La palabra “invocar,” en el significado de la Escritura, quiere decir *oración*. Ustedes recuerdan el caso de Elías: cuando los profetas de Baal se esforzaban por conseguir de su falso dios la lluvia, él dijo: “yo invocaré el nombre de Jehová,” es decir, “voy a orar a Dios, para que envíe la lluvia.” Ahora, la oración es un indicio seguro de vida divina interior. Quien ore a Dios por medio de Jesucristo con una oración sincera, será salvo.

¡Oh, yo puedo recordar cómo consoló mi espíritu este texto un día! ¡Sentía el peso del pecado, y yo no conocía al Salvador; yo pensaba que Dios me aplastaría bajo Su ira, y me destruiría con Su ardiente disgusto! Yo iba de una capilla a otra a oír la predicación de la Palabra, pero jamás escuché una frase del Evangelio que, como este texto, me preservara del fin hacia el que me dirigía: el suicidio motivado por la pena y el dolor. Fue esta una dulce palabra: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Bien, pensé, yo no puedo creer en Cristo como desearía; yo no puedo encontrar perdón, pero sé que invoco Su nombre, sé que oro, ay, y oro con gemidos y lágrimas y suspiros día y noche; y si me condenara, yo podría argumentar esa promesa: “Oh Dios, Tú dijiste que el que invoque Tu nombre será salvo; yo lo invoqué; ¿me arrojarás fuera? Yo ciertamente usé como argumento tu promesa; yo ciertamente elevé mi corazón en oración; ¿puedes Tú ser justo y sin embargo condenar al hombre que realmente oró?” Pero observa con atención ese dulce pensamiento: la oración es ciertamente la precursora de la salvación. Pecador, tú no puedes orar y sin embargo perecer; la oración y la perdición son dos cosas que nunca pueden ir juntas.

Yo no te pregunto en qué consiste tu oración; puede ser un gemido, puede ser una lágrima, puede ser una oración sin palabras, o una oración en un lenguaje cortado, con muchas fallas gramaticales y desagradable al oído: pero si es una oración que brota de lo más íntimo del corazón, tú serás salvo; o de lo contrario esta promesa es una mentira. Tan ciertamente como tú ores, independientemente de quién seas, sin importar cuál haya sido tu vida pasada, o las transgresiones a las que te hayas entregado, aunque hayan sido las más inmundas que contaminan a la humanidad, a pesar de ello, si has aprendido a orar con tu corazón—

***“La oración es el aliento de Dios en el hombre,
Que retorna a su lugar de procedencia.”***

Y tú no puedes perecer si el aliento de Dios está contigo. “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Pero la palabra “invocar” significa algo más; significa *confiar*. Un hombre no puede invocar el nombre del Señor, a menos que confie en ese nombre. Debemos tener confianza en el nombre de Cristo, pues de lo contrario no lo habremos invocado correctamente. Escúchame entonces, pobre pecador afligido; tú has llegado aquí el día de hoy sintiendo tu culpa, consciente de tu peligro; aquí está tu remedio. Cristo Jesús el Hijo de Dios, se hizo hombre; Él “nació de la virgen María, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado.” Él hizo esto para salvar a pecadores como tú. ¿Quieres creer esto? ¿Quieres confiar tu alma a esta verdad? ¿Dirás: “Ya sea que me hunda o nade, Cristo Jesús es mi esperanza; y si perezco, pereceré con mis brazos alrededor de Su cruz, clamando—

***“En mis manos no traigo nada,
Simplemente a Tu cruz me aferro.”***

Pobre alma, si tú puedes hacer eso, serás salva. Ven ahora, no se requiere de ninguna de tus buenas obras: de ningún sacramento; todo lo que se te pide es esto, y Él te lo da a ti. Tú no eres nada; ¿quieres tomar a Cristo para que sea tu todo? Ven, tú estás negro, ¿no quieres ser lavado? ¿Quieres caer de rodillas, y clamar: “Dios, sé propicio a mí, pecador; no por nada que yo haya hecho, o pueda hacer, sino por causa de Aquél, cu-

ya sangre manaba de Sus manos y pies, en Quien únicamente confío?" Entiende pecador, los sólidos pilares del universo se tambalearán antes que tú perezcas; ay, el cielo lloraría un trono vacante y una Deidad extinguida, antes que la promesa sea violada en alguna instancia en el mundo. El que confia en Cristo, invocando Su nombre, será salvo.

Pero hay algo más, y con esto creo que les habré dado todo el significado de la Escritura relativo a esta palabra. Invocar el nombre del Señor significa *profesar Su nombre*. Ustedes recuerdan lo que Ananías le dijo a Saulo, quien más tarde se llamó Pablo: "Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre." Ahora, pecador, si tú quieres ser obediente a la palabra de Cristo, la palabra de Cristo dice: "El que creyere y fuere *sumergido*, será salvo." Fíjense que yo he traducido la palabra. La versión King James (en inglés) de la Biblia, no registró la traducción. Yo no me atrevo a ser infiel a mi conocimiento de la palabra de Dios. Si su significado fuera rociar, que nuestros hermanos la traduzcan como "rociar." Pero no se atreven a hacer eso; ellos saben que no tienen ninguna base en todo el lenguaje clásico que pudiera justificarlos jamás para hacer eso; y ellos no tienen la desfachatez de intentarlo.

Pero yo me atrevo a traducirlo: "El que creyere y fuere sumergido, será salvo." Y aunque la inmersión no es nada, sin embargo Dios requiere que los hombres que creen sean sumergidos, para hacer una profesión de su fe. Yo repito que la inmersión no es nada en materia de salvación, es la profesión de salvación; pero Dios exige que cada hombre que pone su confianza en el Salvador deba ser sumergido, tal como lo fue el Salvador, para el cumplimiento de la justicia. Jesús descendió mansamente de la ribera del Jordán, para ser sumergido bajo las olas; y cada creyente debe ser bautizado en Su nombre de la misma manera.

Ahora, algunos de ustedes retroceden ante la idea de hacer una profesión. "No," dicen, "creeremos pero seremos cristianos en lo secreto." Escuchen esto, entonces: "El que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles." Voy a repetir una verdad manifiesta; ninguno de ustedes ha conocido jamás a un cristiano secreto, y lo voy a comprobar. Pues si ustedes supieran que un hombre es un cristiano, ya no podría ser un secreto; pues si fuera un secreto ¿cómo hubieran podido saberlo? Entonces, puesto que nunca conocieron a un cristiano secreto, no tienen ninguna justificación para creer que existe alguien así. Deben salir a la luz pública y hacer una profesión. ¿Qué pensaría la Reina de Inglaterra de sus soldados si ellos juraran que son leales y honestos, y dijeran: "Su Majestad, nosotros preferimos no usar estos uniformes; queremos vestir de civil. Somos hombres verdaderamente honestos y rectos; pero no queremos permanecer en sus filas, no queremos ser reconocidos como sus soldados, preferimos andar furtivamente en el campo enemigo, y en nuestro propio territorio, y no usar nada que nos señale como soldados tuyos."

¡Ah!, algunos de ustedes hacen lo mismo con Cristo. Ustedes van a ser cristianos secretos, ¿no es cierto?, y van merodear furtivamente en el campamento del diablo, y en el campamento de Cristo, sin que sean reconocidos por alguien. Bien, tienen que asumir el riesgo si quieren ser así, pero a mí no me gustaría correr ese riesgo. Es una amenaza solemne: "De éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la

del Padre, y de los santos ángeles.” Es algo solemne, digo, cuando Cristo afirma: “El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.” Entonces, exhorto a cada pecador aquí, a quien Dios ha despertado para sentir la necesidad de un Salvador, a que obedezca el mandamiento de Cristo, tanto en este punto como en todos los demás.

Oigan cuál es el camino de la salvación: adoración, oración, fe, profesión. Y la profesión, si los hombres quieren ser obedientes, si quieren seguir la Biblia, debe ser hecha a la manera de Cristo, mediante un bautismo en agua, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Dios exige esto; y aunque los hombres son salvados sin ningún bautismo, y multitudes de personas vuelan al cielo sin haber sido lavadas jamás en la corriente; aunque el bautismo no salva, si los hombres quieren ser salvados, no deben ser desobedientes. Y si Dios da un mandamiento, yo debo obedecerlo. Jesús dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.”

Esta es entonces la explicación de mi texto. Ningún ministro de la iglesia puede objetar mi interpretación. La Iglesia de Inglaterra cree en la inmersión. Solamente establece que si los niños están débiles, deben ser rociados; y es asombroso ver la cantidad de niños débiles que deben haber nacido únicamente. ¡Estoy muy sorprendido de que algunos de ustedes todavía vivan, después de descubrir cuánta debilidad ha existido por todas partes! Los queridos pequeñitos son tan tiernos, que unas cuantas gotas serán suficientes en vez de la inmersión que su propia iglesia establece. Quisiera que todos los ministros anglicanos fueran mejores hombres de iglesia; si quisieran ser más consistentes con sus propios artículos de fe, serían más consistentes con la Escritura; y si fueran un poquito más consistentes con las reglas de su propia iglesia, serían un poco más consistentes con ellos mismos. Si sus hijos están enfermos, ustedes pueden permitir que sean rociados; pero si ustedes son buenos miembros de la iglesia los bautizarán por inmersión, si los niños pueden soportarlo.

II. Y ahora, el segundo punto es REFUTACIÓN. Hay algunos errores populares en relación a la salvación, que necesitan ser enfrentados mediante la refutación. Mi texto dice: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Ahora, una idea que entra en conflicto con mi texto es esta, *que los sacerdotes o los ministros son absolutamente necesarios para ayudar a los hombres en la salvación*. Esa idea es muy prevaleciente en algunos otros círculos además de la Iglesia Católica; son muchos, ¡ay!, tal vez demasiados, los que convierten al ministro de una iglesia independiente en su sacerdote, de la misma manera que el católico hace de su sacerdote su mediador. Son muchos los que se imaginan que no se puede alcanzar la salvación excepto de una manera misteriosa e indefinible, y el ministro o el sacerdote están involucrados en ella.

Escuchen entonces, si nunca hubieran visto a ningún ministro en su vida, si nunca hubieran escuchado la voz del obispo de la iglesia, o de algún anciano de la misma, pero invocaran el nombre del Señor, su salvación sería tan segura con ellos como sin ellos. Los hombres no pueden invocar a un Dios que no conocen. La necesidad de un predicador radica en exponer cuál es el camino de salvación; pues ¿cómo pueden oír sin un predicador, y cómo pueden creer en Él de quien no han oído nada?

Pero el oficio del predicador no va más allá de la simple exposición del mensaje; una vez que lo hemos expuesto, Dios, el Espíritu Santo, debe aplicarlo; pues no podemos ir más lejos. Oh, cuídense de las maquinaciones sacerdotales, de las astucias humanas, de las intrigas ministeriales y de las artimañas clericales. Todo el pueblo de Dios está formado por clérigos, todos somos *cleros* de Dios, todos somos Su clero, si hemos sido ungidos con el Espíritu Santo y somos salvos. Nunca debió existir una distinción entre clero y laicos. Todos los que amamos al Señor Jesucristo formamos parte del clero, y ustedes son tan capaces de predicar el Evangelio, si Dios les ha dado esa habilidad y los ha llamado a ese ministerio, como cualquier otro hombre pudiera serlo. No se requiere ninguna mano sacerdotal, ninguna mano presbiteriana, que significa sacerdotal, no es necesaria ninguna ordenación de hombres; nos basamos en el derecho humano de exponer aquello en lo que creemos, y también nos basamos en el llamamiento del Espíritu de Dios en nuestro corazón que nos ordena testificar Su verdad.

Pero, hermanos míos, ni Pablo, ni un ángel del cielo, ni Apolos, ni Cefas, pueden ayudarles en la salvación. La salvación no es del hombre, ni por los hombres, y ni el Papa, ni el Arzobispo, ni el obispo, ni el sacerdote, ni el ministro, ni nadie tiene gracia para repartir a los demás. Cada uno de nosotros debe recurrir a la fuente, argumentando esta promesa: “Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”

Si yo fuera encerrado en las minas de Siberia, donde no pudiera oír el Evangelio, pero yo invoco el nombre de Cristo, el camino es tan recto sin el ministro como con él, y la senda al cielo es tan directa desde las selvas del África y desde las cuevas de la prisión y del calabozo, como lo es desde el santuario de Dios.

Sin embargo, todos los cristianos aman el ministerio para edificación, mas no para salvación; aunque no confían ni en el sacerdote ni en el ministro, a pesar de eso, la palabra de Dios es dulce para ellos, y “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!”

Otro error muy común es que un buen sueño es la cosa más espléndida para salvar a la gente. Algunos de ustedes desconocen hasta qué punto prevalece este error; yo sí lo sé. Muchas personas creen que si tú sueñas que ves al Señor en la noche, serás salvo, y si Lo puedes ver en la cruz, o si piensas que has visto algunos ángeles, o si sueñas que Dios te dice: “Estás perdonado, todo está bien,” serás salvo. Pero si no tienes un sueño muy agradable, no puedes ser salvo. Eso es lo que piensan algunas personas.

Ahora, si esto fuera así, entre más pronto empecemos a consumir opio, mejor; porque no hay nada que haga que la gente sueñe tanto como el opio; y el mejor consejo que yo podría dar sería: que cada ministro distribuya opio generosamente, y entonces toda su congregación entraría al cielo gracias a los sueños. Debemos desechar esa basura; no hay nada cierto en ella. Los sueños son los tejidos desordenados de una imaginación desbocada; los bamboleos de los hermosos pilares de una grandiosa concepción; ¿cómo pueden convertirse en el medio para obtener la salvación?

Ustedes conocen la excelente respuesta de Rowland Hill. Debo citarla pues no conozco nada mejor. Cuando una mujer argumentaba que era salva porque había soñado, él dijo: “Bien, mi buena mujer, es bueno tener

sueños agradables cuando duermes; pero yo quiero ver cómo actúas cuando estás despierta; pues si tu conducta no es compatible con la religión cuando estás despierta, no daría un centavo por tus sueños.”

Ah, me sorprende que haya personas que puedan llegar a tales extremos de ignorancia como para contarme las historias que yo mismo he escuchado acerca de los sueños. Pobres criaturas, cuando estaban profundamente dormidas vieron que las puertas del cielo se abrían y un ángel blanco salía y lavaba sus pecados, y luego vieron que habían sido perdonadas; y desde entonces nunca han tenido ninguna duda ni temor. Entonces, es tiempo que empiecen a dudar; es un tiempo oportuno para que lo hagan; pues si esa es toda la esperanza con que cuentan, es una esperanza muy pobre. Recuerden que es “Todo aquel que invocare el nombre del Señor,” no, todo aquel que sueñe con Él.

Los sueños pueden hacer bien. Algunas veces ciertas personas han enloquecido de miedo a causa de ellos; y fue mejor que enloquecieran a que permanecieran en su juicio, pues en su juicio hacían más lo malo que en su locura; y los sueños hicieron bien en ese sentido. También algunas personas han sido alarmadas por los sueños; pero confiar en ellos es como confiar en una sombra, como basar sus esperanzas sobre burbujas, que escasamente requieren un soplo del viento para reventarse y convertirse en nada.

Oh, recuerden que no necesitan ninguna visión, ni ninguna aparición maravillosa. Si han tenido alguna visión o algún sueño, no necesitan despreciarlos; pueden haberles beneficiado: pero no confien en ellos. Pero si no han tenido ningún sueño, recuerden que la promesa radica únicamente en invocar el nombre de Dios.

Y ahora, una vez más, hay otras personas, un tipo de gente muy buena, que han estado riéndose mientras yo hablaba acerca de los sueños, y ahora nos toca a nosotros reírnos de ellos. Hay algunas personas que piensan que deben tener sentimientos de tipo maravilloso, pues de lo contrario no pueden ser salvos; algunos pensamientos sumamente extraordinarios, tales como no los han tenido nunca antes, pues de lo contrario ciertamente no pueden ser salvos.

Una vez, una mujer me solicitó que la admitiera a la membresía de la iglesia. Yo entonces le pregunté si había tenido un cambio de corazón. Ella respondió: “Oh, sí señor, ¡qué cambio! Usted sabe,” dijo, “lo sentí atravesando mi pecho de una manera tan especial, señor; y cuando estaba orando un día sentí algo que no podía identificar, me sentí tan diferente. Y cuando fui a la capilla, señor, una noche, al salir me sentí tan diferente de lo que había sentido hasta ese momento; tan ligera.” “Sí,” le respondí, “ligera de cabeza, mi querida alma, así es como se sintió usted, pero nada más, me temo.” La buena mujer fue muy sincera; ella pensó que había sido convertida porque algo había afectado sus pulmones, o había sacudido de alguna manera su cuerpo físico.

“No,” oigo decir a alguien, “la gente no puede ser tan estúpida como para eso.” Les aseguro que si pudieran leer los corazones de la congregación aquí presente, descubrirían que cientos de personas no tienen una mejor esperanza para llegar al cielo que ésa, pues me estoy refiriendo en este momento a una objeción muy popular. “Yo pensé,” me dijo alguien un día, “yo pensé cuando me encontraba en el jardín, que ciertamente Cristo podía quitarme los pecados tan fácilmente como Él podía desplazar las nu-

bes. Sabe, señor, en un instante o dos la nube había desaparecido, y el sol estaba brillando. Pensé: el Señor está borrando mi pecado.”

Tú dices que un pensamiento tan ridículo como ese no puede ocurrir a menudo. Pues déjame decirte que sí ocurre y muy a menudo por cierto. La gente llega a suponer que lo más absurdo del mundo es una manifestación de la gracia divina en sus corazones. Sin embargo, el único sentimiento que quiero sentir jamás es justamente éste: quiero sentir que soy un pecador y que Cristo es mi Salvador. Ustedes pueden quedarse con sus visiones, sus éxtasis, sus raptos, y bailes; el único sentimiento que deseo tener es el de un profundo arrepentimiento y una fe humilde; y si tú tienes eso, pobre pecador, eres salvo.

Algunos de ustedes creen que antes que puedan ser salvos debe darse un tipo de choque eléctrico, algo maravilloso que debe traspasarlos desde la coronilla hasta la planta del pie. Ahora escuchen esto: “Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.” ¿Qué pretendes con toda esta insensatez de sueños y de pensamientos sobrenaturales? Todo lo que se requiere es que como un pecador culpable debes venir y descansar en Cristo. Hecho eso, el alma está segura, y todas las visiones del universo no le podrían dar mayor seguridad.

Y ahora, tengo un error más que debo tratar de rectificar. Entre la gente muy pobre, (y yo he visitado a algunos de ellos, y sé que lo que digo es verdad, y algunos de ellos están aquí presentes, y a ellos me estoy dirigiendo), entre la gente muy pobre y sin educación, hay una idea muy prevaliente que de alguna manera u otra la salvación está conectada con saber leer y escribir. Ustedes tal vez se rían, pero yo sé que es cierto. A menudo una pobre mujer me ha dicho: “¡Oh!, señor, esto no es bueno para pobres criaturas ignorantes como nosotros; no hay esperanza para mí, señor; yo no puedo leer. ¿Sabe, señor, que no puedo leer ni una sola letra? Pienso que si pudiera leer un poquito podría ser salva; pero, ignorante como soy, no sé como puedo ser salva; pues yo no tengo entendimiento, señor.” Yo he encontrado esto también en los distritos rurales, entre gente que podría aprender a leer si quisiera. Y todos podrían aprender, a menos que sean perezosos. Y sin embargo continúan fríos de indiferencia en relación a la salvación, bajo la noción que el ministro puede ser salvado, pues lee muy bien un capítulo de un libro; que el oficinista puede ser salvado, pues dice “Amén,” tan bien; que el hacendado puede ser salvo, pues sabe muchísimo, y tiene muchos libros en su biblioteca; pero que ellos no podrían ser salvos, pues ellos no saben nada, y por lo tanto eso es imposible para ellos.

Ahora, ¿hay alguien así aquí presente el día de hoy? Le voy a hablar con toda claridad. Mi querido amigo, tú no necesitas saber mucho para ir al cielo. Yo te recomendaría que aprendas lo más que puedas; no seas negligente en cuanto al aprendizaje. Pero en relación a ir al cielo, el camino es tan sencillo, que “el que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará.”

¿Sientes que has sido culpable, que has quebrantado los mandamientos de Dios, que no has guardado el domingo, que has tomado Su nombre en vano, que no has amado a tu prójimo como a ti mismo, ni a tu Dios con todo tu corazón? Bien, si lo sientes, Cristo murió por gente como tú;

Él murió en la cruz, y fue castigado en tu lugar, y Él te pide que lo creas. Si quieres oír más acerca de esto, ven a la casa de Dios y escucha, y vamos a tratar de guiarte a algo más. Pero recuerda que todo lo que necesitas saber para llegar al cielo son estas dos cosas: Pecado y Salvador. ¿Sientes tu pecado? Cristo es tu Salvador; confía en Él, pídele a Él; y tan cierto como que estás aquí presente ahora, y que yo te estoy hablando a ti, tú estarás un día en el cielo.

Te diré dos oraciones para que ores. Primero, di esta oración: "Señor, muéstrame cómo soy." Esa es una oración sencilla para ti. Señor, muéstame cómo soy; muéstame mi corazón; muéstame mi culpa; muéstame el peligro en que estoy; Señor, muéstame cómo soy." Y cuando hayas dicho esa oración, y Dios la haya respondido, (y recuerda, Él escucha la oración) cuando Él la haya respondido, y te haya mostrado cómo eres, aquí tengo otra plegaria para ti: "Señor, muéstrate a mí. Muéstame Tu obra, Tu amor, Tu misericordia, Tu cruz, Tu gracia." Ora eso; y prácticamente esas son las únicas oraciones que necesitas decir, con las que llegarás al cielo: "Señor, muéstame cómo soy;" "Señor, muéstrate a mí." Entonces, tú no necesitas saber mucho. No necesitas deletrear para llegar al cielo; no necesitas hablar bien para llegar al cielo; el ignorante y el rudo son bienvenidos a la cruz de Cristo y a la salvación.

Disculpen que haya respondido así a estos difundidos errores; los encaro porque son populares, y populares incluso entre las personas aquí presentes. Oh, hombres y mujeres, escuchen una vez más la palabra de Dios: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." Hombre de ochenta años, niño de ocho años, joven y jovencita, rico, pobre, educado, analfabeto, a ustedes es predicado esto en toda su plenitud y gracia, sí, a cada criatura bajo el cielo "todo aquel;" (y eso no deja fuera a nadie,) "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo."

III. Y ahora no me resta sino finalizar con una EXHORTACIÓN. Mi exhortación es: les suplico por el nombre de Dios que crean en el mensaje que en este día declaro basado en la Palabra de Dios. No se alejen de mí debido a que el mensaje está expresado sencillamente, no lo rechacen debido a que he decidido predicarlo sencilla y llanamente al pobre, sino oigan atentamente otra vez: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." Les imploro que crean en esto. ¿Parece difícil de creer? Nada es muy difícil para el Altísimo. ¿Dicen ustedes: "he sido tan culpable que no puedo creer que Dios me salve"? Escucha a Jehová cuando dice: "Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. ¿Dicen ustedes: "yo estoy excluido. Ciertamente, no puedes decirme que Él quiere salvarme"? Escucha atentamente; dice: "Todo aquel"- "todo aquel" es una grandiosa puerta ancha, que permite entrar a grandes pecadores. Oh, ciertamente, si dice, "todo aquel," no estás excluido si llamas; ese es el punto.

Y ahora ven, debo argumentar contigo, voy a hacer uso de unas cuantas razones para inducirte a creer en esta verdad. Serán razones basadas en la Escritura. Que Dios las bendiga para ti, pecador. Si tú invocas el nombre de Cristo, serás salvo. Te diré en primer lugar que tú serás salvo porque *eres elegido*. Hasta el momento ningún hombre que no haya sido elegido ha invocado jamás el nombre de Cristo. Esa doctrina de la elección

que confunde a muchos y aterra a muchos más, no necesita hacer eso. Si tú crees, eres elegido; si invocas el nombre de Cristo, eres elegido; si te sientes pecador y pones tu confianza en Cristo, eres elegido. Ahora, los elegidos deben ser salvados, para ellos no hay condenación. Dios los ha predestinado para la vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie los arrebatará de las manos de Cristo. Dios no elige a los hombres para luego desecharlos; Él no los elige para luego arrojarlos al abismo.

Ahora, tú eres elegido, no pudiste haber invocado si no hubieras sido elegido, tu elección es la causa de tu invocación, y en la medida en que has invocado, y has invocado el nombre de Dios, tú eres elegido de Dios. Y de conformidad a Su libro, ni la muerte ni el infierno pueden borrar jamás tu nombre. Es un decreto omnípotente; ¡la voluntad de Jehová será cumplida! Su elegido debe ser salvado, aunque la tierra y el infierno se opongan; Su fuerte mano romperá sus filas, y Él guiará a Su pueblo a través de ellas. Tú perteneces a este pueblo. Al fin, tú estarás ante Su trono, y verás Su rostro sonriente en la gloria eterna, porque tú eres elegido.

Ahora, otra razón. Si tú invocas el nombre del Señor serás salvo porque tú eres redimido. Cristo te ha comprado y pagó por ti derramando la sangre más ardiente de Su corazón, para pagar por tu rescate. Partió Su corazón y lo hizo pedazos para librarte tu alma de la ira. Tú has sido comprado; tú no lo sabes, pero yo veo la marca de la sangre en tu frente. Si tú invocas Su nombre, aunque todavía no tengas consuelo, sin embargo Cristo te ha llamado Suyo. Desde aquel día en que Él dijo "Consumado es," Cristo ha dicho: "Mi deleite está en él, pues Yo lo he comprado con mi sangre;" y puesto que tú has sido comprado nunca perecerás. Nadie de los que han sido comprados con la sangre de Jesús se ha perdido. Aúlla, aúlla, oh infierno, pero no podrás aullar sobre la condenación de un alma redimida. Desechen esa horrible doctrina que los hombres son comprados con sangre, y sin embargo son condenados, es demasiado diabólica para que yo la crea.

Sé que lo que hizo el Salvador, realmente lo hizo, y si Él redimió, realmente redimió; y aquellos redimidos por Él están positivamente redimidos de la muerte y del infierno y de la ira. Mi mente no puede aceptar la injusta idea que Cristo fue castigado por un hombre, pero que tal hombre será castigado nuevamente. Nunca he podido entender cómo Cristo pudo estar en lugar de un hombre y ser castigado en su lugar, y sin embargo que ese hombre deba ser castigado nuevamente. No, en tanto que tú invocas el nombre de Dios, hay prueba que Cristo es tu rescate.

¡Ven, regocijate! Si Él fue castigado, la justicia de Dios no puede demandar una doble venganza, primero, de las manos sangrantes de tu Garantía, y luego de ti. Ven, alma, pon tu mano sobre la cabeza del Salvador, y di, "Bendito Jesús, Tú fuiste castigado por mí." Oh, Dios, yo no le tengo temor a Tu venganza. Cuando mi mano está sobre la expiación, golpea, pero Tú debes golpearme a través de Tu Hijo. Golpea, siquieres, pero no puedes pues lo has golpeado a Él, y ciertamente Tú no golpearás de nuevo por la misma ofensa.

¡Cómo! ¿Acaso Cristo sorbió toda mi condenación, de un solo trago de amor, y seré yo condenado después de eso? ¡Dios no lo quiera! ¡Cómo! ¿Será injusto Dios para olvidar la obra del Redentor a favor nuestro, y permitir que la sangre del Salvador haya sido derramada en vano? Ni siquiera el infierno se ha permitido ese pensamiento que sólo ha sido digno

de hombre traidores a la verdad de Dios. Ay, hermanos, si invocan a Cristo, si oran, si creen, pueden estar muy seguros de la salvación, pues son redimidos, y los redimidos no pueden perecer.

¿Les digo otro argumento más? Crean esta verdad: debe ser verdad. Pues si invocan el nombre de Dios, "En la casa de mi Padre," dice Cristo, "muchas moradas hay," y allí hay una para ti. Cristo ha preparado una morada y una corona, desde antes de la fundación del mundo, para todos los que creen. ¡Vamos! ¿Crees que Cristo prepará una morada, pero no llevará a su habitante allí? ¿Preparará coronas y luego perderá las cabezas que deberán llevarlas? ¡Dios no lo quiera! Vuelve tus ojos al cielo. Hay allí un asiento que debe ser ocupado, y debe ser ocupado por ti; hay una corona que debe ser llevada, y debe ser llevada por ti.

¡Oh!, ten ánimo: la preparación del cielo no tendrá moradas vacías; Él tendrá un espacio para aquellos que creen, y debido a que Él ha establecido ese espacio, quienes creen vendrán allí. ¡Oh! ¡Quiera Dios que yo me entere que alguna alma puede aferrarse a esta promesa! ¿Dónde estás? ¿Estás por allá, lejos, de pie en medio de la multitud, o estás sentada en la nave principal o en la galería superior? ¿Estás sintiendo tus pecados? ¿Derramas lágrimas en secreto por causa de ellos? ¿Lamentas tus iniquidades? ¡Oh! Aprópiate de Su promesa: "Todo aquel (dulce todo aquel) todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo." Dilo así. El diablo dice que es inútil que invoques; has sido un borracho. Respóndele que dice: "Todo aquel." "No," dice el espíritu maligno, "es inútil para ti; nunca has asistido a escuchar un sermón, ni has ido a la casa de Dios estos últimos diez años." Respóndele que dice, "Todo aquel." "No," dice Satanás, "recuerda tus pecados de anoche, y como te apareciste en el salón de música lleno de lujuria." Dile al diablo que dice: "Todo aquel," y que es una terrible falsedad de su parte que diga que tú puedes invocar a Dios y sin embargo ser condenado. No; dile que—

**"Si todos los pecados que los hombres han cometido
De pensamiento, de palabra o de obra,
Desde que los mundos fueron creados o el tiempo comenzó,
Pudieran juntarse en una pobre cabeza,
Únicamente la sangre de Jesucristo
Por toda esta culpa puede expiar."**

Oh, graben esto en su corazón. ¡Qué el Espíritu de Dios lo haga! "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo."

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #140 – Volumen 3
A Simple Sermon for Seeking Souls

Cosas que Acompañan a la Salvación

NO. 152

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 20
DE SEPTIEMBRE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“Estamos persuadidos de cosas mejores, y que pertenecen a la salvación.”
Hebreos 6:9.

“Cosas que acompañan a la Salvación.”
Versión King James.

No estoy muy seguro de que mi texto sancione todo lo que voy a decir sobre él hoy, si fuere leído y entendido en su contexto. Pero yo he tomado estas palabras más que nada en un sentido acomodado a mis necesidades, y las he usado como una especie de encabezamiento para el sermón que espero poder predicarles. Estuve meditando sobre este tema: “Cosas que acompañan a la salvación,” y después de algunos momentos de reflexión, mis pensamientos adoptaron la forma de una alegoria, misma que espero presentarles esta mañana.

Comparé a la salvación con un rico y valioso tesoro que Dios, en Su amor y misericordia infinitos, se propuso enviar al mundo, y recordé que nuestro Señor Jesús estaba tan interesado en traer esa salvación a esta tierra, que envió todo lo que tenía, y Él mismo vino para acompañar a esta salvación y ocuparse de ella.

Luego imaginé un cuadro de una gran marcha de seres resplandecientes que iban a lo largo de esta tierra portando la sagrada joya de Salvación. Miré al frente de la marcha y divisé una poderosa vanguardia que ya había llegado a las riberas de la eternidad. Miré alrededor de Salvación y divisé que iba siempre acompañada de diversas gracias y virtudes que parecían ser como tropas y soldados que la custodiaban en la vanguardia, en sus flancos y en la retaguardia.

Sin embargo, antes de comenzar, hacemos esta advertencia. Cuando el apóstol habla de virtudes y de gracias, las llama “cosas que acompañan a la salvación,” no cosas que la originan. Nuestra fe no da origen a la salvación, ni tampoco nuestra esperanza, ni nuestro amor, ni nuestras buenas obras; esas son cosas que la acompañan en carácter de una guardia de honor. El origen de la salvación se encuentra únicamente en la voluntad soberana de Dios Padre, en la infinita eficacia de la sangre de Jesús, Dios Hijo, y en la divina influencia de Dios Espíritu Santo. Hay, sin embargo, “cosas que acompañan a la salvación.”

(Comienza la alegoría)

“Entonces, imaginen la marcha de algún monarca de la antigüedad a lo largo de su territorio. Leemos historias de monarcas orientales de los tiempos de la antigüedad que parecieran más bien una novela que una realidad, cuando marchaban con miles de ondeantes estandartes, y con todo tipo de riquezas que portaban con ellos. Tomen eso ahora como la

base de mi comparación y supongan que Salvación es el sagrado tesoro que está siendo transportado a lo largo del mundo, siendo acompañada en su recorrido por guardias que marchan adelante y guardias que van atrás.

Vamos a comenzar, entonces, con *la vanguardia que acompaña a Salvación* o más bien *que va delante de ella*. Vamos a observar luego a *los que la preceden de manera inmediata*, y luego vamos a identificar a *aque-lllos que la acompañan en sus flancos*, y vamos a concluir identificando *la retaguardia que acompaña a esta Salvación de nuestro Dios*.

I. Primero, entonces, EN LAS MARCHAS DE TROPAS Y DE EJÉRCITOS HAY ALGUNOS QUE INTEGRAN LAS PRIMERAS LÍNEAS DE LA FORMACIÓN Y ANTECEDEN A TODOS LOS DEMÁS. Así sucede con la marcha de Salvación: hay elementos que la anteceden a gran distancia para despejar el camino. Voy a decirles los nombres de estos estupendos Titanes que anteceden la marcha. El primero es *Elección*; el segundo es *Predestinación*; el tercero es *Redención*, siendo el *Pacto* el capitán de todos ellos. Antes de que Salvación entrara en este mundo, Elección marchaba a la vanguardia y tenía por función identificar el alojamiento de Salvación. Elección recorría todo el mundo y marcaba las casas a las que Salvación debía llegar y los corazones en los que debía depositarse el tesoro. La mirada de Elección recorrió toda la raza humana desde Adán hasta el último ser humano y marcó con un sello sagrado a todos aquellos para quienes Salvación estaba destinada. Elección dijo: “Le era necesario pasar por Samaria” y Salvación tuvo que ir allá. Luego vino Predestinación. Predestinación no marcaba simplemente la casa, sino que trazaba el mapa del camino en el que Salvación debía viajar hasta esa casa. Predestinación ordenaba cada paso del gran ejército de Salvación. Ordenaba el tiempo en el que el pecador debía ser llevado a Cristo, la manera en que iba a ser salvado y el instrumento que debía ser empleado. Marcaba la hora exacta y el momento en el que Dios, el Espíritu, debía vivificar al que estaba muerto en pecado y en que debían declararse la paz y el perdón por medio de la sangre de Jesús. Predestinación marcó el camino tan detalladamente que Salvación nunca sobrepasa los límites y nunca confunde el camino. En el decreto eterno del Dios Soberano, cada uno de los pasos de Misericordia estaba ordenado. Como nada en este mundo gira al azar—la ubicación prevista de un junco en la ribera está tan prefijada como la posición de un rey—no era apropiado que Salvación fuera dejada al azar y, por tanto, Dios trazó un mapa del lugar donde debía levantar su tienda, cómo debía dar sus pasos hasta esa tienda, y el tiempo en que debía llegar allí. Luego vino Redención. El camino era áspero y aunque Elección había marcado la casa y Predestinación había trazado la senda, el camino estaba tan obstruido que Salvación no podía recorrerlo mientras no fuera despejado. Redención hizo acto de presencia; sólo contaba con un arma y esa arma era la victoriosa cruz de Cristo. Allí estaban los montes de nuestros pecados. Redención los aplanó y los partió en mitades y convirtió todo en un valle para que los redimidos del Señor pudieran atravesarlo marchando. Había una gran sima que era la ira del Dios ofendido. Redención tendió sobre esa sima un puente con la

cruz, y de esa manera dejó un pasaje perenne por el que habrían de pasar los ejércitos del Señor. Redención perforó túneles en cada montaña; secó todos los mares; derribó todos los bosques; allanó todo collado alto y rellenó los valles, de manera que el camino de Salvación es ahora transitabile y plano. Dios puede ser el justo, y el que justifica al impío.

Ahora bien, esta sagrada vanguardia porta como su estandarte al Pacto Eterno. Elección, Predestinación y Redención, los titanes que se anticipan y que escapan a nuestra vista, son convocados a la batalla por este estandarte: el Pacto, el Pacto Eterno, ordenado en todas las cosas y que será guardado. Nosotros sabemos y creemos que antes de que la estrella matutina sorprendiera a las sombras de la oscuridad, Dios ya había pactado con Su Hijo que debía morir y que debía pagar el precio del rescate y que, en lo que correspondía a Dios Padre, Él daría a Jesús “una gran multitud, la cual nadie podía contar,” la cual debía ser comprada con Su sangre, y mediante esa sangre, debía ser salvada con toda certeza. Ahora, cuando Elección avanza en su marcha, lleva consigo al Pacto. Estos son los elegidos en el Pacto de gracia. Cuando Predestinación marcha y traza el camino de Salvación, proclama el Pacto. “Repartiréis, pues, esta tierra entre vosotros según las tribus de Israel.” Y Redención, señalando a la sangre preciosa de Cristo, reclama Salvación para los comprados con sangre ya que el Pacto ha decretado que sea de ellos.

Ahora bien, mis queridos oyentes, esta vanguardia se ha anticipado tanto que ni ustedes ni yo podemos verla. Estas son doctrinas verdaderas, pero muy misteriosas; están más allá del alcance de nuestra vista y si queremos ver a Salvación, no debemos detenernos para contemplar a la vanguardia, porque ya va tan lejos que únicamente el ojo de la fe puede percibirla. Debemos contar con ese sagrado catalejo, con ese divino telescopio de la fe, pues de otra manera no tendremos nunca la evidencia de las cosas invisibles. Sin embargo, debemos tener la certeza de que si tenemos a Salvación, tenemos a Elección. Aquel que cree, es elegido; todo aquel que como pecador culpable se confía a Cristo es ciertamente un hijo escogido de Dios. Cuando creen en el Salvador y van a Él, pueden tener la seguridad de que fueron predestinados para hacerlo desde toda la eternidad, y que su fe es la gran señal y la evidencia de que son elegidos de Dios y que son preciosos en Su estimación.

¿Crees? Entonces Elección es tuya. ¿Crees? Entonces Predestinación es tan ciertamente tuya como es cierto que vives. ¿Confías únicamente en Jesús? Entonces, no temas. Redención está destinada para ti. Entonces no debemos ser presas del terror por esa grandiosa vanguardia que ya ha alcanzado el monte celestial, y ha preparado el lugar en el que reposarán los elegidos en el seno de su Dios para siempre.

II. Pero, pongan mucha atención. Estamos a punto de examinar AL EJÉRCITO QUE INMEDIATAMENTE PRECEDE A SALVACIÓN. Primero, al frente de este ejército marcha Uno cuyo nombre debemos pronunciar con un temor reverente. Es Dios, el Espíritu Santo. Antes de que pueda hacerse algo por nuestra salvación, tiene que venir esa Tercera Persona de la Sagrada Trinidad. Sin Él, fe, arrepentimiento, humildad y amor son cosas imposibles. La sangre de nuestro Señor Jesucristo no puede salvar

mientras no sea aplicada en el corazón por Dios, el Espíritu Santo. Entonces, antes de que observemos el grandioso ejército que antecede inmediatamente a Salvación, cuidémonos de no olvidar a Aquel que es el líder de todos ellos. El grandioso Rey que es inmortal, invisible, la Persona divina llamada Espíritu Santo, es quien vivifica el alma ya que de otra manera permanecería muerta para siempre; es Él quien la hace tierna, ya que de otra manera permanecería siendo insensible; es Él quien imparte eficacia a la Palabra predicada, ya que si no lo hiciera, no podría progresar más allá del oído; es Él quien quebranta el corazón; es Él quien lo sana; de principio a fin, Él es el grandioso aplicador de la Salvación en nosotros así como Jesucristo es el autor de Salvación para nosotros.

Oh, alma, tú puedes saber si Salvación ha llegado a tu casa haciéndote estas preguntas: ¿Eres partícipe del Espíritu Santo? Vamos, responde esta pregunta: ¿Ha soplado alguna vez sobre ti? ¿Ha soplado alguna vez en tu interior? ¿Puedes decir que has sido objeto de Su influencia sobrenatural? Pues, si no fuera así, recuerda que el que no naciere del Espíritu de lo alto, no puede ver el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; sólo lo que es nacido del Espíritu es espíritu. Tus mejores esfuerzos serían inútiles a menos que el Espíritu Santo produzca en ti así el querer como el hacer por Su buena voluntad. Los más sublimes esfuerzos de la carne no pueden llegar más alto que la carne, de la misma manera que el agua por sí sola nunca subirá más alto que su fuente. Tú podrías ser moral, podrías ser estrictamente recto, podrías ser una persona muy encomiable, pero a menos que seas partícipe del Espíritu Santo, Salvación es tan imposible para ti como lo es para los que están perdidos. Tenemos que nacer de nuevo, y tenemos que nacer de nuevo gracias a esa divina influencia pues, de lo contrario, todo es en vano. Recuerden, entonces, que el Espíritu de Dios acompaña siempre a Salvación.

Y ahora, en la retaguardia del Espíritu adorable, muy cerca marcha la Legión del Trueno. Tan pronto como Dios, el Espíritu Santo, entra en el alma, trae consigo lo que yo he llamado: la Legión del Trueno; y quienes han sido salvados no tendrán problemas para entender lo que quiero decir. Esta Legión del Trueno está revestida de cota de malla; sus cascos ondean con horror; su lenguaje es áspero como de hombres que vienen de un país lejano; es algo terrible contemplar sus rostros, pues son semejantes a leones, y en verdad aterran terriblemente a los tímidos. Algunos hombres pertenecientes a esta Legión del Trueno portan espadas; con estas espadas deben hacer morir al pecador pues, antes de que sea sanado, tiene que morir espiritualmente; la espada tiene que atravesarlo y tiene que eliminar todo su egoísmo antes de que pueda ser llevado al Señor Jesús. Luego, en otra agrupación, unos portan hachas con las que derriban a los robustos árboles de nuestro orgullo y abaten a los imponentes cedros de nuestra justicia. Con ellos están también los que ciegan con piedras los pozos, y rompen todas las cisternas de nuestra suficiencia carnal hasta que somos conducidos a desesperar al haber sido despojados de todas nuestras esperanzas. Luego marchan aquellos que, con trompetas de bronce, o con bocinas de cuernos de carnero—como los que

una vez demolieron Jericó dejándola a ras de suelo—las hacen sonar de manera tan aguda y terrible que el pecador piensa que incluso los bramidos del propio infierno no podrían ser más terribles. Luego siguen aquellos que con lanzas atraviesan el espíritu de un lado a otro; y en la parte trasera están los diez grandes cañones, la artillería de la ley, que disparan perpetuamente contra el espíritu herido hasta el punto de que no sabe ni qué es ni qué hace.

Amigo mío, ¿no ha venido nunca a tu casa esta Legión del Trueno? ¿No ha establecido nunca su cuartel en tu corazón? Pues puedes tener la seguridad de que éstas son algunas de las “cosas que acompañan a la salvación.” Lo que he dicho no es ninguna alegoría para quienes han sido convertidos, pero pudiera ser un misterio para quienes no conocen al Señor. Tienes que entender entonces que la primera obra de Dios, el Espíritu, en el alma, es una obra terrible. Antes de que un hombre pueda ser convertido verdaderamente tiene que sufrir una grande agonía de espíritu; toda la justicia propia tiene que ser allanada a ras del suelo y pisoteada como si fuera una calle fangosa. Cada una de nuestras esperanzas carnales tiene que ser hecha pedazos, y nuestros refugios de mentiras tienen que ser arrasados con el granizo de la ira de Dios. La ley de Dios le parece terrible al pecador cuando es convencido por primera vez de pecado. “¿Qué he hecho?”, dirá. O más bien, “¿Qué he deshecho? Me he destruido a mí mismo.” Míralo cuando Dios, el Espíritu, lo ha convencido por primera vez de pecado; pensarías que está loco; sus compañeros del mundo lo consideran loco. Llora de día y de noche y son sus lágrimas su pan y su bebida; los sueños del infierno no lo dejan dormir y cuando despierta piensa que ya lo experimenta. “¡Oh, la ira venidera, la ira venidera, la ira venidera!”; eso pareciera oprimir siempre su corazón. Es como el peregrino de John Bunyan que tiene una pesada carga sobre su espalda y no sabe cómo deshacerse de ella; se retuerce las manos y exclama: “¿Qué haré? Estoy arruinado. Me he rebelado contra Dios y Dios está airado conmigo.” Ah, yo les digo que esta Legión del Trueno es algo en verdad terrible. Alabado sea Dios porque una vez que sale del corazón hay algún gozo; pero mientras está alojada en la conciencia del hombre, yo lo desafío a que coma o beba sintiendo algún júbilo o gozo. La pobre ciudad de Almahumana está de luto todo el tiempo que estos rudos soldados se encuentran allí. Amenazas horribles y tristes presentimientos son la única compañía del pecador en un caso así. Él busca encontrar un poco de esperanza y consuelo en sus propios actos pero el martillo de la Ley cae y despedaza todas sus acciones. Piensa que descansará bien en el sillón de Indiferencia y de Pereza, pero llega la Ley, lo ata a las alabardas, toma su látigo de diez correas y comienza a azotarlo con todas sus fuerzas hasta que su corazón sangra de nuevo. Luego viene Conciencia con su salmuera y lo lava por todas partes y es gravemente atormentado, pues hasta su cama se convierte en un lecho de espinas y clavos. Esta Legión del Trueno precede siempre a Salvación. Todo hombre debe experimentar una mayor o menor cantidad de terrores antes de ser convertido. Algunos los experimentan menos, algunos los experimentan más; pero tiene que haber alguna medida de esta terrible obra de la ley

en el alma, pues de otra manera Salvación no ha visitado la casa de un hombre.

Oh, Legión del Trueno, tú has partido. Oímos todavía sus trompetas y sus moribundos ecos aún nos horrorizan. Podemos recordar, hermanos, aquellos terribles días cuando sus elementos se encontraban en nuestra casa y en nuestro corazón. Ya se han ido. ¿Qué vemos detrás de ellos? Muy cerca, en la parte posterior, avanza un corazón quebrantado. Míralo; no lo desprecies; Dios no lo desprecia nunca; no lo hagas tú. "Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios." Veo cómo es quebrantado este pobre corazón quebrantado; es rasgado en su propia esencia y en su centro; está bañado en lágrimas; está sobrecogido de sufrimiento. Miren su humildad; no habla de jactancia ahora. Observen su arrepentimiento; ahora odia los pecados que antes amaba; no habla más de una salvación gracias a sus propios méritos. Óiganlo al tiempo que el corazón quebrantado expresa en su pobre lenguaje lo que siente. Óiganlo: "Dios, sé propicio a mí, pecador." No tengan miedo de acercarse para mirar a este corazón quebrantado. ¡Cuán dulcemente está perfumado!" Se desprende de él el sagrado olor de un sacrificio que Dios aprueba. Óyelo cuando habla de nuevo: "¡Señor, salvame, que perezco!" Mira a ese pobre corazón quebrantado cuando está en el mundo cumpliendo con su oficio; interrumpe su actividad con jaculatorias como ésta: "¡Oh, que... ah... ah... quisiera que!" Y cuando se logra quedar solo, derrama su corazón delante de Dios, y clama—

***"Inmundo, inmundo, y lleno de pecado
De principio a fin, oh Señor, he sido;
Engañoso es mi corazón.***

Oh, lava mi alma en la sangre de Jesús; perdóname toda mi culpa, y yo seré Tu siervo eternamente y para siempre.

Queridos oyentes, ¿ha venido este corazón quebrantado a la casa de ustedes alguna vez? Tengan la seguridad de que estoy diciendo la propia verdad de Dios que no admite ninguna disputa: a menos que este corazón quebrantado haya entrado en su pecho, no podrán ser partícipes de Cristo. El corazón debe ser molido primero en el mortero de la convicción y despedazado con la mano del mortero de la ley, pues de otra manera nunca puede recibir a plenitud la gracia del Consolador. ¿Tienes hoy un corazón quebrantado? ¿Estás afligido en esta precisa hora? Ten buen ánimo pues Salvación no está muy lejos. Una vez que se tiene un corazón quebrantado la misericordia está muy cerca. El corazón quebrantado es el preludio de la salud. El que mata, sanará; el que hiere, vendrá; el que lesiona, curará. Dios te está mirando con amor y tendrá misericordia de ti.

Pero, ¿quiénes son aquellos que van en la retaguardia? Se trata de otra tropa, de otra legión, pero esos son muy diferentes del resto. Toca el turno a la Legión de Seda; estos no están cubiertos con hierro; no tienen cascós de guerra sobre sus cabezas; tienen miradas sonrientes y rostros rebosantes de gozo. No hay armas de guerra en sus manos; no detonan ningún trueno, antes bien, dicen amables palabras de compasión y sus manos están llenas de bendiciones. ¿Quieren saber quiénes conforman esta Legión de Seda? Entre ellos hay una tropa que toma al pobre cora-

zón herido y primero lo lava en la sangre; luego rocía sobre él la sangre sagrada de la Expiación; y es sorprendente ver cómo el pobre corazón quebrantado, a pesar de estar desfallecido y enfermo, revive con la primera gota de la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo; y una vez que queda bien lavado en la sangre, pasa al frente otro elemento de esta legión y lo toma y lo lava en agua; ambas cosas, sangre y agua, brotaron del corazón del Salvador—

***“Que la sangre y el agua
Que brotaron de Tu costado traspasado
Sean del pecado la doble cura,
Que me limpien de su culpa y su poder.”***

¡Y, oh, qué lavamiento es ese! El corazón que una vez fue negro como los carbones del infierno, se muestra blanco como la nieve de Líbano. ¡Oh, cuán puro queda una vez que ha sido bañado en el baño de la sangre y del agua del Salvador! Aquel que era negro como las tiendas de Cedar se vuelve codiciable como las cortinas de Salomón.

Luego siguen aquellos que derraman aceite y vino sobre las heridas de este pobre corazón quebrantado, de tal manera que ahí donde antes se dolía las heridas comienzan a cantar. El aceite y el vino sagrados de la preciosa promesa son derramados en cada herida. Y luego siguen aque-llos que con delicados dedos vendan el corazón con el linimento sagrado de Promesa hasta que ya no parece quebrantado, sino que más bien se regocija. El corazón entero canta de alegría, pues Dios ha restaurado su fuerza y ha vendado todas sus heridas conforme a Su promesa: “Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” Como el trabajo es-tá lejos de quedar terminado, luego siguen los que llevan el vestuario del Rey. Con las prendas provenientes de este rico guardarropa visten el alma de la cabeza a los pies; la cubren con todo lo que pudiera adornarla para lustre y gloria y la dejan resplandeciente como los espíritus que es-tán delante del trono. Y luego entran los joyeros del Rey, quienes comple-tan el conjunto; adornan el alma con ornamentos, y la acicalan con pie-dras preciosas. Así como el Padre dijo: “Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies,” así también esta Legión de Seda lava, sana, limpia y glorifica al pobre corazón que una vez permanecía quebrantado. ¿Han visitado ellos tu casa alguna vez? Es una alegoría, pero es muy clara para quien tiene entendimiento. Pecador, ¿te ha sido aplicada alguna vez la sangre de Cristo?—

***“¿Podrías mirar y ver el flujo
De la sangre redentora de Su alma,
Sabiendo con divina certeza
Que Él ha hecho tu paz con Dios?”***

¿Pones en esta hora tu mano sobre la amada cabeza de Cristo, confie-sas tu pecado, y crees que Él fue castigado por ti? ¿Puedes hacerlo? En-tonces, verdaderamente, la salvación es tuya. ¿Y ha sido lavado tu cora-zón con agua alguna vez? Dinos, ¿odias el pecado? ¿Ha sido limpiada to-da tu culpa, y ha sido cercenado el poder de la culpa, de tal manera que no amas los caminos de la iniquidad ni buscas correr en los senderos de los transgresores? Entonces tú eres un heredero del cielo. Y dinos, pobre pecador, ¿has sido vestido alguna vez con el traje de justicia de Jesús? ¿Has acariciado alguna vez la esperanza de ser acepto en el Amado? Me

parece que veo lágrimas en tus ojos y que te oigo decir algo que a veces he cantado con todo mi corazón—

**“Jesús, Tu sangre y Tu justicia
Son mi hermosura, son mi glorioso vestido;
En medio de mundos en llamas, vestido con ellos,
Alzaré con gozo mi cabeza.
Intrépido me mantendré en aquel gran día,
Pues ¿quién me acusará de algo?
He sido plenamente absuelto por medio de Cristo
De la tremenda maldición y vergüenza del pecado.”**

Todavía no hemos llegado a una plena convicción de Salvación. Los elementos de la Legión de Seda han partido; sus estandartes todavía ondean al viento, y sus trompetas de promesa alegran todavía el aire con sus melodías. ¿Qué sigue a continuación? Ahora vienen los acompañantes efectivos de Salvación, o, más bien, los que marchan en una fila inmediatamente precedente. Son cuatro, y se llaman *Arrepentimiento, Humildad, Oración y una tierna Conciencia*. Justo antes de la plena seguridad de Salvación marcha *Humildad*. Ella tiene una mirada de abatimiento; no está triste, pero sus ojos carecen de altivez; a duras penas se atreve a alzar su mirada al lugar en que mora el honor de Dios. Mira con frecuencia hacia abajo recordando su condición anterior, pensando en toda la amargura y la culpa de su vida anterior. No se jacta nunca de lo que Dios ha hecho por ella, y más bien mira al hueco de la cantera y al lodo cenagoso de donde fue arrancada. Sabe que ha sido lavada en la sangre del Salvador, pero recuerda cuán negra era antes de ser lavada y, oh, lamenta el pasado aunque se regocija en el presente. Siente su propia debilidad; no se atreve a estar sola; se apoya en el brazo de su Amado, pues sabe que caería al suelo si Él no la sostuviera continuamente. A su lado está su hermano llamado *Arrepentimiento*, quien riega el suelo con lágrimas para aplacar el polvo delante del Rey. Llora por doquier y si se le preguntara por qué solloza, te diría que no gime por miedo al infierno, ya que eso ha desaparecido. Aquella Legión de Seda, te dice, apaciguó todos sus temores. Llora porque mató al Señor que tanto lo amaba. Se da golpes de pecho y clama—

**“Ustedes, mis pecados, mis crueles pecados,
Fueron Sus principales atormentadores;
Cada uno de mis crímenes se convirtió en un clavo,
Y la incredulidad en una lanza.”**

Entre más le hablas acerca de Salvación, más llora al pensar que tuvo el valor de rebelarse contra su Salvador. Tiene la confianza de que sus pecados han sido borrados; sabe que su Señor lo ha perdonado; pero no se perdonará a sí mismo nunca. Luego, justo al lado de Arrepentimiento está un ser llamado *Oración*. Él es un sacerdote, y agita en su mano un incensario lleno de incienso aromático para que el camino del Rey quede preparado, para que dondequiera que marche haya un perfume odorífero. Oración se levanta a medianoche para invocar a Dios. Sus ojos abiertos saludan al sol naciente para elevar su corazón a Jehová; y cuando el sol se está poniendo, Oración no permite que el disco solar se oculte tras el horizonte si no llevara en su carro una suplicación suya. Luego, en este grupo está el cuarto de los acompañantes inmediatos de Salvación; se

trata de *una tierna Conciencia*. Esta tierna Conciencia teme poner un pie delante del otro no sea que pudiera poner su pie en un lugar indebido. Pobre tierna Conciencia; algunos la desprecian, pero el corazón del Rey la ama. Pluguiera a Dios, hermanos míos, que ustedes y yo conociéramos más acerca de ella. Yo solía conocer una conciencia tan tierna que desearía sentirla de nuevo. Entonces cuestionábamos la legitimidad de cada acto antes de realizarlo; y entonces, aunque fuese legítimo, nos deteníamos para ver si era apropiado; y si lo considerábamos apropiado, aun entonces no lo realizábamos a menos que sintiésemos que sería abundantemente honroso para el Señor nuestro Dios. Solíamos sentir escrúpulos ante cada doctrina, no fuera a ser que creyéramos en una mentira. Examinábamos cada ordenanza, no fuera a ser que cometiéramos idolatría; felices eran los días en los que tierna Conciencia era nuestra acompañante. Y ahora, queridos oyentes, les pregunto: ¿saben algo sobre estos cuatro seres? ¿Ha venido *Humildad* alguna vez a ustedes? ¿Ha abatido alguna vez su orgullo y les ha enseñado a yacer en el polvo delante de Dios? ¿Ha regado *Arrepentimiento* con lágrimas el suelo de sus corazones alguna vez? ¿Han sido conducidos alguna vez a llorar en secreto por sus pecados y a lamentar sus iniquidades? ¿Ha entrado *Oración* alguna vez en su espíritu? Recuerden que un alma que no ora es un alma sin Cristo. ¿Han aprendido a orar, no como con el chillido de una cotorra, sino con la siempre fresca expresión del corazón? ¿Han aprendido a orar jamás? Y por último, ¿tienen *una tierna Conciencia*? Pues a menos que su conciencia sea enterneceda, Salvación no los ha conocido, pues estos son sus más cercanos acompañantes.

III. Y ahora viene SALVACIÓN EN TODA SU PLENITUD. “Las cosas que acompañan a la salvación” realizan una gloriosa marcha al frente de ella, partiendo desde Elección hasta los preciosos capullos de la virtud que se abren en el corazón del pecador. ¡Qué buen orden de marcha! Seguramente los ángeles vuelan a veces acompañándolos admirados, y contemplan esta larga alineación que pregonan Salvación al corazón. Y ahora viene el precioso cofrecito guarnecido con joyas y piedras preciosas. Es de divina factura; no se alzó ningún martillo sobre ella; fue batida y delineada en el yunque de Poder Eterno y fundida en el molde de Sabiduría Eterna; pero ninguna mano humana la ha mancillado jamás; está montada sobre joyas tan indeciblemente preciosas que si el cielo y la tierra se vendieran ¡no se podría comprar con todo ese dinero otra Salvación! ¿Y quiénes son esos seres que la rodean tan cercanamente? Son tres dulces hermanos que tienen siempre la custodia del tesoro; tú los conoces; sus nombres son comunes en la Escritura: Fe, Esperanza y Amor, los tres divinos hermanos; ellos tienen a Salvación en sus entrañas y en sus lomos la portan por todas partes. *Fe*, se aferra a Cristo y le confía todo a Él; todo lo aventura a Su sangre y a Su sacrificio y no tiene ninguna otra confianza. *Esperanza*, mira con ojos radiantes a Jesucristo en la gloria en lo alto, y espera que venga pronto; mira hacia abajo y cuando divisa a la muerte sombría que viene en camino, espera traspasarla victoriosa. Y tú, dulce *Amor*, eres el más dulce de los tres hermanos; tus palabras son música y tus ojos son estrellas. Amor, mira tam-

bien a Cristo y está enamorado de Él; le ama en todos Sus oficios, adora Su presencia, reverencia Sus palabras, y está preparado a atar su cuerpo a la hoguera y morir por Él, que ató Su cuerpo a la cruz para morir por él. Dulce amor, Dios ha hecho muy bien en entregarte a ti la custodia de la obra sagrada. Fe, Esperanza y Amor. Dime pecador, ¿los tienes a los tres? ¿Crees tú que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Esperas ver con gozo el rostro de tu Hacedor gracias a la eficacia de Sus méritos? ¿Lo amas? Dime, ¿podrías repetir conmigo?—

***“¡Jesús! Yo amo Tu nombre encantador,
Es música para mis oídos;
De buena gana lo haría resonar muy fuerte
Para que el cielo y la tierra pudieran oír.
Sí, Tú eres precioso para mi alma,
Eres mi arrobo y mi confianza;
Las joyas para Ti son sólo vistosas baratijas,
Y el oro es sólo un polvo sordido.”***

¿Tienes esas tres gracias? Si es así, tienes a Salvación. Teniendo eso, tú eres rico para todos los propósitos de la bienaventuranza, pues Dios en el Pacto es tuyo. Dirige tu mirada al frente; recuerda que Elección es tuya y Predestinación y Decreto Soberano son también tuyos; recuerda que los terrores de la ley pasaron; el corazón quebrantado se lamenta; ya has recibido los consuelos de la religión; las gracias espirituales ya han brotado; tú eres un heredero de la inmortalidad y para ti hay un futuro glorioso. Estas son las “cosas que acompañan a Salvación.”

IV. Ahora les pido que tengan paciencia conmigo sólo durante unos cuantos minutos más; DEBO HACER MENCIÓN DE LA RETAGUARDIA. Es imposible que con una tal vanguardia, la gracia no esté debidamente acompañada en la retaguardia. Ahora vean a los que siguen a Salvación. Así como había hermosos querubines relucientes que caminaban al frente de ella—ustedes recuerdan sus nombres: Humildad, Arrepentimiento, Oración y una tierna Conciencia—hay cuatro querubines que la siguen y que marchan con una pompa solemne hacia el corazón del pecador. El primero es Gratitud, que siempre está cantando: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre.” Y luego Gratitud toma la mano de su hijo y el nombre de ese hijo es Obediencia. “Oh mi señor”—dice el corazón—“tú has hecho tanto por mí; yo te obedeceré”—

***“Ayúdame a cumplir Tus mandamientos,
Se trata de una senda deleitosa;
No permitas que mi corazón, mis manos y mis pies,
Ofendan en contra de mi Dios.”***

Acompañando a esta hermosa gracia identificamos a alguien llamado Consagración: es un radiante espíritu puro que no tiene mundanalidad; de su cabeza a sus pies le pertenece a Dios y es todo de oro. Óiganlo hablar—

***“Todo lo que soy y todo lo que tengo
Será por siempre Tuyo;
Todo lo que mi deber me ordene entregar,
Mis alegres manos lo entregarán.
Y si pudiese quedarme con algo
Y el deber no me lo requiriese,
Amo a mi Dios con un celo tan grande”***

Que estoy dispuesto a darle todo.

Ligado a este ser reluciente está otro con una faz serena y solemne, llamado Conocimiento. “Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová.” Quienes son salvados entienden misterios y conocen el amor de Cristo; “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero.”

Ahora bien, ¿tienes tú a esos cuatro seres? Son los sucesores de Salvación más bien que sus heraldos. “Oh, sí”—puede decir el creyente—“yo tengo la convicción de poseer a Gratitud, Obediencia, Consagración y Conocimiento.” No voy a cansarlos, pero hay tres seres relucientes que siguen a continuación de esos cuatro, y no debo olvidarlos pues son la flor de todos ellos. Está Celo con ojos de fuego y corazón de llama, una lengua que arde, una mano incansable y miembros que no se agotan nunca; vuela alrededor del mundo con alas más veloces que el destello de un relámpago, y, a pesar de ello, sus alas le parecen demasiado lentas para su deseo. Celo, siempre presto a obedecer, renuncia a sí mismo por Cristo y siempre está celosamente involucrado en algo bueno. Este Celo mora siempre muy cerca de un ser llamado Comunión. Éste, ciertamente, es el más hermoso de todo el séquito; Comunión es un ángel espiritualizado, un ángel purificado hecho más angélico todavía. Comunión invoca en secreto a su Dios; su Dios ve en secreto. Se conforma a la imagen de Jesús; camina siguiendo Sus huellas, y apoya perpetuamente su cabeza en Su pecho. Y como una consecuencia necesaria, al otro lado de Comunión, que con una mano se aferra a Celo, está Gozo, el gozo en el Espíritu. Gozo, que tiene un ojo más destellante que el júbilo que el mundo pudiera darle jamás a la belleza mortal, con paso ligero viaja sobre collados de aflicción, cantando por los ásperos caminos acerca de la fidelidad y del amor. Gozo, como un ruiseñor, canta en la oscuridad y puede alabar a Dios en la tempestad y en la tormenta exalta a Dios con su garganta. Es muy apropiado en verdad que este querubín vaya en la retaguardia de Salvación. No olviden a los otros tres; van detrás de las obras del Espíritu, son sublimes logros: Celo, Comunión y Gozo.

Ya casi he concluido. Justo en la parte posterior está Perseverancia, final, cierta y segura. Luego sigue Santificación perfecta, por la cual el alma es purificada de todo pecado y hecha tan blanca y pura como Dios mismo. Ahora hemos llegado al propio límite de la retaguardia del ejército; pero recuerden que así como había una vanguardia tan alejada al frente que no podíamos verla, así hay una retaguardia que va tan atrás que no podemos divisarla ahora. Simplemente tratemos de verla con el ojo de la fe. Hemos visto el ejército; lo hemos rastreado desde la Legión del Trueno, guiada por el Espíritu Santo, hasta terminar con la Santificación perfecta. Escuchen; oigo el sonido de la trompeta de plata; hay un glorioso escuadrón atrás. Unos guardias vienen muy, muy atrás, siguiendo los pasos de los héroes conquistadores que han barrido por completo con nuestros pecados. ¿No ven que en su parte delantera hay uno, a quien los hombres pintan como un esqueleto? Mirenlo; no es el rey de los terrores. Yo te conozco a ti, Muerte, yo te conozco. Los hombres te han falseado miserablemente. Tú no eres ningún espectro; tus manos no portan ningún dardo; tú no estás demacrado ni eres espanto-

so. Yo te conozco a ti, querubín resplandeciente; tú no tienes en tu mano un dardo, sino una llave de oro que abre las puertas del Paraíso. Eres hermoso cuando se te mira; tus alas son como alas de palomas, recubiertas de plata y como el oro fino. Contemplen a este ángel, Muerte, y a su sucesor, Resurrección. Veo tres cosas relucientes que vienen; una es llamada Confianza, ¡mírala! Mira a la muerte y no hay ningún miedo en sus ojos ni ninguna palidez en su frente. Vean: santa Confianza marcha con paso firme; el frío y gélido arroyo de la muerte no congela su sangre. Miren porque atrás le sigue su hermana Victoria; óiganla cuando exclama: “¿Dónde está, oh muerte, tu agujón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” La última palabra: “victoria,” se ahoga en medio de *los gritos de los ángeles*. Estos cierran la retaguardia. Los ángeles llevan a los espíritus de los redimidos al seno del Salvador—

***“Lejos de un mundo de aflicción y pecado,
Unidos a Dios eternamente,
Son bienaventurados por siempre.”***

Y ahora siguen los cánticos sempiternos: “Alábenle, alábenle, es Rey de reyes y Señor de señores; victoria le ha dado Su diestra. ¡Aleluya, aleluya, aleluya, por todos los siglos! ¡Aleluya, una vez más!” Que los ecos de la eternidad clamen perpetuamente: “¡Aleluya!, por las

“COSAS QUE ACOMPAÑAN A SU SALVACIÓN.”

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #152—Volume 3
THINGS THAT ACCOMPANY SALVATION

¡Despierten! ¡Despierten!

NO. 163

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL
DOMINGO 15 NOVIEMBRE, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON**

EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.

“Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios.”
1 TesalonICENSES 5:6.

Qué tristes consecuencias ha acarreado el pecado. Este hermoso mundo nuestro fue una vez un templo glorioso, y cada uno de sus pilares reflejaba la bondad de Dios, y cada una de sus partes era un símbolo del bien, pero el pecado ha corrompido y ha viciado todas las metáforas y las figuras que se puedan desentrañar de la tierra. Ha descompuesto de tal manera la divina economía de la naturaleza, que esas cosas que eran cuadros inimitables de virtud, bondad, y divina plenitud de bendición, se han convertido en figuras representativas del pecado. Es extraño decirlo, pero a la vez es extrañamente cierto, que los supremos dones de Dios se han convertido en los peores cuadros de la culpa humana, por el pecado del hombre.

¡Contemplen las corrientes de agua! Brotando de sus fuentes, se precipitan por los campos, llevando la abundancia en su seno; los cubren por un tiempo, y después de unos días se apaciguan y dejan sobre la llanura un depósito fértil, en el cual arrojará la semilla el labriego para obtener una cosecha abundante. Uno habría llamado la irrupción de las aguas un hermoso cuadro de la plenitud de la providencia, de la magnificencia de la bondad de Dios hacia la raza humana; pero descubrimos que el pecado se ha apropiado de esa figura. El comienzo del pecado es como el prorrumpir de las aguas.

¡Miren el fuego! Cuán amablemente nos ha dado Dios ese elemento, para alegrarnos en medio de las heladas invernales. Cuando huimos de la nieve y del frío, nos apresuramos al fuego de nuestro hogar, y allí, junto a la chimenea, calentamos nuestras manos y nos contentamos. El fuego es un rico cuadro de las influencias divinas del Espíritu, un santo emblema del celo del cristiano; pero, ¡ay!, el pecado ha tocado esto, y la lengua es llamada “un fuego;” “es inflamada por el infierno,” se nos dice, y a menudo está evidentemente llena, cuando emite blasfemias y calumnias; y Santiago, al contemplar los males causados por el pecado, alza su mano y exclama: “He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego!!

Y luego está el sueño, uno de los más dulces dones de Dios, hermoso sueño—

“Dulce restaurador de la naturaleza cansada, sueño balsámico.”

Dios ha seleccionado al sueño como la mejor figura del reposo de los benditos. “Así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él,” dice la Escritura. David lo coloca entre los dones peculiares de la gracia: “Pues que a su amado dará Dios el sueño.” Pero, ¡ay!, el pecado no pudo dejar en paz ni siquiera esto. El pecado ha contrarrestado inclusive esta metáfora celestial; y aunque el propio Dios había empleado al sueño para expresar la excelencia del estado de los benditos, sin embargo el pecado debía profanar inclusive esto, antes de poder expresar-

se. El sueño es empleado en nuestro texto como un cuadro de una condición pecaminosa. “Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios.”

Con esa introducción, procederé de inmediato al texto. El “durmamos” del texto es *un mal que debe ser evitado*. En segundo lugar, las palabras “Por tanto” son empleadas para mostrarnos que hay *ciertas razones para evitar este sueño*. Y puesto que el apóstol habla de este sueño con tristeza, es para enseñarnos que hay algunas personas, a quienes él llama “los demás,” *por quienes debemos lamentarnos*, porque ellos duermen y no velan y no son sobrios.

I. Comenzamos, entonces, en primer lugar, esforzándonos por señalar el MAL QUE EL APÓSTOL INTENTA DESCRIBIR BAJO EL TÉRMINO DURMAMOS. El apóstol habla de “los demás” que duermen. Si revisan el original, encontrarán que la palabra que es traducida como “los demás” tiene un significado más enfático. Puede ser traducida (y Horne la traduce así) “el desecho,” “Por tanto, no durmamos como *el desecho*,” la gentuza, los espíritus innobles, los que no tienen una mente que se eleve sobre los problemas de la tierra “por tanto, no durmamos como los demás,” la innoble multitud ruin que no está viva al elevado llamado celestial de un cristiano. “No durmamos como lo hace el desecho de la humanidad.” Y ustedes descubrirán que la palabra “durmamos,” en el original, tiene también un sentido más enfático. Significa un sueño profundo, una pérdida de conciencia casi extrema; y el apóstol indica que el desecho de la humanidad se encuentra ahora sumido en ese sueño profundo. Vamos entonces a intentar explicar, si podemos, lo que quiso decir con eso.

En primer lugar, el apóstol quiso decir que el desecho de la humanidad *está en un estado deplorable de ignorancia*. Quienes duermen no saben nada. Puede haber júbilo en la casa, pero el haragán no comparte esa alegría; puede haber muerte en la familia, pero ninguna lágrima rueda por la mejilla del que duerme. Grandes eventos pudieron haber acontecido en la historia mundial, pero él los desconoce. Un terremoto pudo haber desplomado toda una ciudad debido a su magnitud, o una guerra pudo haber devastado una nación, o el estandarte del triunfo puede estar ondeando al viento, y los clarines de su país pueden estar saludándonos con la victoria, pero él desconoce todo eso—

**“Su labor y su amor se han perdido,
A la vez desconociendo y siendo desconocidos.”**

El que duerme no sabe nada de nada. ¡Contemplen cómo el desecho de la humanidad coincide en esto! Sabe mucho de algunas cosas, pero no sabe nada de las cosas espirituales; no tiene la menor idea de la persona divina del adorable Redentor; no puede ni siquiera adivinar los dulces gozos de una vida de piedad; no se puede elevar a los sublimes entusiasmos ni a los raptos íntimos del cristiano. Hábale de doctrinas divinas, y éstas son para él un enigma; coméntale acerca de experiencias sublimes, y le parecen entusiastas fantasías. No sabe nada de los gozos venideros; y, ¡ay de él!, se le olvidan los males que le vendrán si continúa en su iniquidad.

El grueso de la humanidad es ignorante; no tiene conocimiento; no tiene el conocimiento de Dios, no tiene ante sus ojos temor de Jehová; sino que con sus ojos vendados por la ignorancia de este mundo, marcha hacia delante por los caminos de la lujuria hacia ese fin terrible y seguro, la ruina eterna de sus almas.

Hermanos, si somos santos, no seamos ignorantes como los demás. Escudriñemos las Escrituras, pues en ellas tenemos la vida eterna, porque ciertamente ellas dan testimonio de Jesús. Seamos diligentes; no permitamos que la Palabra se aparte de nuestros corazones; meditemos en eso tanto de día como de noche, para que podamos ser como el árbol plantado junto a corrientes de aguas. “Por tanto, no durmamos como los demás.”

Además, el sueño describe *un estado de insensibilidad*. Puede haber mucho conocimiento en quien duerme, escondido, almacenado en su mente, que pudiera ser muy bien desarrollado si pudiera ser despertado. Pero él no tiene ninguna sensibilidad, no tiene conocimiento de nada. El ladrón se ha introducido en la casa; tanto el oro como la plata están en las manos del ladrón; el hijo está siendo asesinado por la残酷 del que se ha metido en la casa; pero el padre duerme, aunque todo el oro y la plata que posee y su hijo más preciado, se encuentren en las manos del destructor. Está inconsciente; ¡cómo podrá sentir, cuando el sueño ha sellado completamente sus sentidos!

¡Vean!, en la calle hay luto. Un incendio acaba de destruir el albergue de los pobres, y los mendigos sin hogar se encuentran en la calle. Están clamando a su ventana, pidiéndole ayuda. Pero él duerme, y ¿qué sabe él, aunque la noche sea fría y aunque los pobres estén temblando por la tragedia? No tiene conciencia; no siente nada por ellos.

¡Por allí!, tomen la escritura de su propiedad y quemén el documento; ¡por allá!, ¡prendan fuego al corral de su granja! Quemén todo lo que tiene en el campo; maten su caballo y destruyan su ganado; dejen ahora que el fuego de Dios descienda y queme sus ovejas; que el enemigo caiga sobre todo lo que tiene y lo devore. Él duerme tan profundamente como si estuviera protegido por el ángel del Señor.

Tal es el desecho de la humanidad. Pero, ¡ay!, ¡que tengamos que incluir en esa palabra “desecho” a la mayor parte de ella! ¡Cuán pocos hay que sienten espiritualmente! Ellos sienten con mucha agudeza cualquier lesión corporal o cualquier daño a sus propiedades; pero ¡ay!, ¡no tienen ninguna sensación de ningún tipo por sus intereses espirituales! Están parados al borde del infierno, pero no tiemblan; la ira de Dios está ardiendo en contra de ellos, pero no temen; la espada de Jehová está desenvainada, pero el terror no se apodera de ellos. Ellos continúan con la danza festiva; beben la copa del placer intoxicante; se van de parranda y se entregan al libertinaje; todavía entonan la canción lasciva; sí, hacen más que eso; en sus vanos sueños desafían al Altísimo; mientras que, si se despertaran una sola vez a la conciencia de su estado, la médula de sus huesos se derretiría, y su corazón se disolvería como cera en medio de sus entrañas. Ellos están dormidos, son indiferentes e inconcientes. Puedes hacer cualquier cosa con ellos; puedes quitarles todo lo que es esperanzador, todo lo que pueda alegrarlos cuando se aproximen a la muerte, y sin embargo, no lo sienten; pues, ¿cómo pueden sentir algo mientras duermen? “Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios.”

Además, el que duerme *no se puede defender*. Miren a aquel principio; él es un hombre fuerte, ay, y un hombre fuerte armado. Ha entrado en la tienda de campaña. Está cansado. Ha bebido la leche que le dio la mujer; “en tazón de nobles le presentó crema,” y comió; se tiró al suelo y durmió. Y ahora ella se acerca. Tiene en su mano su mazo de trabajadores y su estaca. ¡Guerrero!, tú podrías disolverla en átomos con un

golpe de tu poderoso brazo; pero ahora no puedes defenderte a ti mismo. La estaca está en sus sienes; la mano de la mujer sostiene el mazo y la estaca ha perforado su cráneo; pues cuando se durmió quedó indefenso. El estandarte de Sísara había ondeado victoriamente sobre enemigos poderosos; pero ahora está manchado por una mujer. ¡Proclámenlo, proclámenlo! El hombre que, despierto, hacia que las naciones temblaran, muere a manos de una débil mujer mientras dormía.

Así es el desecho de la humanidad. Duerme; no tiene ningún poder de resistir la tentación. Su fortaleza moral se ha perdido, pues Dios se ha separado de ellos. Está la tentación de la concupiscencia. Son hombres de sólidos principios en asuntos de negocios, y nada los haría desviarse de la honestidad; pero la lascivia los destruye; son aprisionados como un pájaro en la trampa; están totalmente sometidos. O, tal vez, es de otra manera que son conquistados. Son hombres que no realizarían un acto impuro, que no tendrían ningún pensamiento lascivo; lo desprecian. Pero ellos tienen otro punto débil, están atrapados por la copa. Son sometidos y atrapados por la borrachera.

O, si pueden resistir estas cosas, y no son dados ni al libertinaje ni a los excesos de vida, sin embargo, tal vez, la ambición entró en ellos; escondida bajo el nombre de prudencia se deslizó en sus corazones, y son conducidos a aferrarse al tesoro y a acumular el oro, aunque ese oro haya sido exprimido de las venas de los pobres, y aunque hayan chupado la sangre de los huérfanos. Parecen incapaces de resistir sus pasiones.

Cuántas veces no me han dicho algunos hombres: "no puedo evitarlo, señor, sin importar lo que haga; resuelvo, y vuelvo a resolver, pero hago lo mismo; estoy indefenso; ¡no puedo resistir la tentación!" Oh, por supuesto que no puedes, mientras estés dormido. ¡Oh, Espíritu del Dios viviente! ¡Despierta al que está dormido! Que la pereza pecaminosa y la presunción, ambas, sean espantadas, no sea que quizás Moisés se encuentre con ellos en el camino, y encontrándolos dormidos, los cuelgue del patíbulo de la infamia para siempre.

Ahora voy a dar otro significado a la palabra "durmamos." Espero que algunos miembros de mi congregación hayan estado tolerablemente tranquilos mientras he estado describiendo las tres primeras cosas, porque pensaron que estos asuntos no les incumbían. Pero el sueño también significa *inactividad*. El labrador no puede arar sus campos mientras duerme, ni tampoco puede arrojar la semilla en los surcos, ni escudriñar las nubes, ni recoger su cosecha. El marinero no puede izar su vela, o pilotear su barco a través del océano, mientras dormita.

No es posible que en la casa de cambio, o en el mercado, o en la casa de comercio, los hombres lleven a cabo sus transacciones con sus ojos fuertemente cerrados por el sueño. Sería algo singular ver a una nación de personas que sueñan; sería una nación de ociosos. Todos se morirían de hambre; no producirían ninguna riqueza del suelo; no poseerían nada para sus espaldas, no tendrían ropas ni alimentos. ¡Pero a cuántos encontramos en el mundo que están inactivos por causa del sueño! Sí, digo inactivos. Con eso quiero decir que están bastante activos en una cierta dirección, pero están inactivos en referencia a la dirección correcta. ¡Oh, cuántos hombres hay que están totalmente inactivos en todo aquello que es para la gloria de Dios, o para el bienestar de sus semejantes!

En cuanto a ellos, pueden “levantarse de madrugada e ir tarde a reposar, y comer su pan con temor;” para sus hijos, que representan un doble de ellos, pueden trabajar hasta que les duelan los dedos; pueden cansarse hasta que sus ojos enrojezcan en sus cuencas, hasta que su cerebro sea un torbellino, y ya no puedan hacer más, pero para Dios no pueden hacer nada. Algunos dicen que no tienen tiempo, otros confiesan con franqueza que no tienen voluntad: para la iglesia de Dios no gastarían ni una hora, mientras que para el placer de este mundo podrían dedicar un mes. No pueden gastar ni su tiempo ni su atención en los pobres. Tal vez puedan tener tiempo que reservar para ellos mismos y para su propia diversión; pero para obras santas, para actos de caridad o piadosos, ellos declaran que no tienen tiempo libre; pero la razón es que no quieren.

¡Contemplen ustedes cuántos cristianos hay que profesan, pero que están dormidos en este sentido! Están inactivos. Cientos de pecadores se están muriendo en la calle; los hombres se están hundiendo en las llamas de la ira eterna; sin embargo, cruzan sus brazos, sienten compasión por el pobre pecador que perece, pero no hacen nada para mostrar que su compasión es real. Asisten a sus lugares de adoración; ocupan su bien acojinado banco; desean que el ministro los alimente cada domingo; sin embargo, no le enseñan a ningún niño en la escuela dominical; no distribuyen ningún folleto en la casa del hombre pobre; no llevan a cabo ningún acto que pueda ser el instrumento para salvar almas. Nosotros decimos que son hombres buenos; inclusive a algunos de ellos los elegimos para el oficio de diáconos; y sin duda son hombres buenos; son buenos de la misma manera como Antonio quiso decir que Brutus era honorable, cuando afirmó: “Eso somos todos, hombres honorables.” Eso somos todos, buenos, si ellos realmente fueran buenos. Pero ellos son buenos en un sentido: buenos para nada; pues únicamente se sientan y comen el pan, pero no aran el campo; beben el vino, pero no cultivan la vid que lo produce. Piensan que deben vivir para sí, olvidando que “ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí.”

Oh, qué vasta cantidad de sueño tenemos en todas nuestras iglesias y capillas; pues, ciertamente, si nuestras iglesias se despertaran una vez, hablando de lo material, hay suficientes hombres y mujeres convertidos, y hay suficiente talento en ellos, y tienen suficiente dinero y tiempo suficiente, (otorgando Dios la abundancia de su Espíritu Santo, lo que haría con certeza si todos fueran celosos); hay lo suficiente para predicar el Evangelio en cada rincón de la tierra. La iglesia no necesita detenerse por falta de instrumentos o por falta de medios; tenemos todo ahora, excepto la voluntad; tenemos todo lo que podemos esperar que Dios dé para la conversión del mundo, excepto únicamente un corazón para la obra, y el Espíritu de Dios derramado en medio de nosotros. ¡Oh!, hermanos, “no durmamos como los demás.” Ustedes pueden encontrar a “los demás” en la iglesia y en el mundo: “los desechos” de ambos grupos están profundamente dormidos.

Sin embargo, antes de finalizar este primer punto de la explicación, es necesario que diga simplemente que el propio apóstol nos suministra una parte de la exposición; pues la segunda frase, “sino velemos y sea mos sobrios,” implica que el reverso de estas cosas es el sueño, que es lo que él quiere decir. “Velemos.” Hay muchos que no velan nunca. No velan nunca contra el pecado; no velan nunca contra las tentaciones

del enemigo; no velan contra sí mismos, ni contra “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida.” Ellos no están atentos a las oportunidades de hacer el bien; no velan por oportunidades para instruir al ignorante, para confirmar al débil, para consolar al afligido, para socorrer a los necesitados; no velan para encontrar oportunidades para glorificar a Jesús, o para encontrar tiempos de comunión; no velan por las promesas; no están atentos a las respuestas a sus oraciones; no están atentos a la segunda venida de nuestro Señor Jesús. Estos son el desecho del mundo: no velan porque están dormidos. Pero nosotros *velemos*: así demostraremos que no estamos dormitando.

Además: “*seamos sobrios*,” afirma Albert Barnes que esto se refiere principalmente a la abstinencia o temperancia en la comida y en la bebida. Calvino dice que no es así: que esto se refiere más especialmente al espíritu de moderación en las cosas del mundo. Ambos tienen razón; se refiere a ambos. Hay muchos que son sobrios; otros duermen porque no lo son; pues la falta de sobriedad conduce al sueño. No son sobrios: no pueden estar contentos de hacer un pequeño negocio; quieren hacer uno grande. No son sobrios: no pueden hacer una inversión que sea segura; deben especular. No son sobrios: si pierden su propiedad, su espíritu decae internamente, y son semejantes a hombres que están borrachos de ajenjo. Si por otro lado, se vuelven ricos, no son sobrios: ponen de tal manera sus afectos en las cosas del mundo que se intoxican de orgullo, a causa de sus riquezas; se vuelven orgullosos por su bolsillo, y necesitan que los cielos sean elevados más alto, para que sus cabezas no se golpeen contra las estrellas.

¡Oh!, yo podría urgir este precepto en este momento, mis queridos amigos. Se aproximan tiempos difíciles, y los tiempos ya son lo suficientemente duros. Seamos sobrios. El pánico en América ha surgido principalmente por la desobediencia a este mandamiento: “*seamos sobrios*;” y si las personas que profesan la fe en América hubieran obedecido este mandamiento, y hubieran sido sobrios, el pánico, en el peor de los casos, habría sido mitigado, si es que no hubiera sido evitado totalmente. Ahora, en breve, ustedes que tienen algún dinero invertido, correrán al banco para retirarlo, porque temen que el banco se tambalee. No serán lo suficientemente sobrios para tener un poco de confianza en sus colegas, y ayudarlos en sus dificultades y de esta manera ser una bendición para la nación.

Y los que piensan que se pueden obtener beneficios prestando el dinero que poseen a intereses usureros, no estarán contentos con prestar lo que tienen disponible, sino que estarán extorsionando y exprimiendo a sus pobres deudores, para tener más dinero que prestar. Muy pocas veces los hombres se contentan con enriquecerse gradualmente; pero quien se apresura a ser rico no será inocente. Cuídense, hermanos míos, si vinieran tiempos difíciles a Londres, si las casas comerciales se desplomaran y los bancos quebraran, cuídense y sean sobrios. No hay nada que nos permita resistir tan bien el pánico, como el que cada uno de nosotros mantenga su espíritu en alto; simplemente levantándonos en la mañana, digamos: “los tiempos son muy difíciles, y hoy puedo perderlo todo; pero angustiarme no me servirá de nada; por tanto, voy a enfrentar con un corazón valiente la dura tristeza, y voy a continuar haciendo lo mío. Las ruedas del comercio podrán detenerse; yo bendigo a Dios, mi tesoro está en el cielo; no puedo ir a la quiebra. He puesto

mis afectos en las cosas de Dios; no puedo perderlas. ¡Allí está mi joya; allí está mi corazón!"

Vamos, si todos los hombres pudieran hacer eso, se ejercería una influencia para crear confianza pública; pero la causa de la gran ruina de muchos es la ambición de todos los hombres y el temor de algunos. Si todos pudiéramos ir por el mundo con confianza, y con valor, y con coraje, no hay nada en el mundo que pudiera desviar tan bien el golpe. Yo creo que el golpe va a darse; y hay muchos hombres aquí presentes, que son muy respetables, que pueden esperar convertirse muy pronto en mendigos. La obligación de ustedes es poner de tal manera su confianza en Jehová, que puedan decir: "aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar, Dios es mi amparo y fortaleza, mi pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeré," y haciendo eso, estarán creando mayores probabilidades de evitar su propia destrucción, que por cualquier otro medio que la sabiduría humana pudiera dictarles.

No seamos desenfrenados en los negocios, como los demás, sino que debemos despertar. "No durmamos," no nos dejemos llevar por el somnambulismo del mundo, o sea, actividad y codicia en el sueño, pues hay algo mejor que eso: "sino velemos y seamos sobrios." Oh, Espíritu Santo, ayúdanos a velar y ser sobrios.

II. Así, he ocupado un buen espacio de tiempo explicando el primer punto: ¿a qué clase de sueño se refería el apóstol? Y ahora ustedes observarán que las palabras "por tanto" implican que hay CIERTAS RAZONES PARA ESTO. Les voy a dar esas razones; y si las expreso en una forma un poco dramática, no deben sorprenderse; tal vez, de esa manera serán recordadas mejor. "Por tanto," dice el apóstol, "no durmamos."

Buscaremos primero nuestras razones en el propio texto del capítulo. La primera razón precede al texto. El apóstol nos informa que "todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; *por tanto*, no durmamos como los demás." No me sorprende ver que cuando camino por las calles al caer la noche, todas las tiendas están cerradas, y cada ventana tiene sus cortinas corridas; veo la luz en la habitación que está arriba significando el retiro para el descanso. No me sorprende que, media hora después, el ruido de mis pasos me asuste, y no encuentre a nadie en las calles. Si yo subiera las escaleras, y viera los plácidos rostros de los que duermen, no me sorprendería; pues es de noche, el tiempo apropiado para el sueño. Pero si una mañana, a las once o doce del día, caminara por las calles y me encontrara solo, y advirtiera que todas las tiendas están cerradas, y que cada casa está completamente a oscuras y no se escuchara ningún ruido, yo diría: "es muy extraño, es sumamente extraño, es sorprendente. ¿Qué pretenden estas personas? Es de día y sin embargo todos duermen. Me sentiría inclinado a tomar el primer aldabón que encontrara, y le daría un doble golpe, y correría a la siguiente puerta, y tocaría el timbre, y continuaría haciendo lo mismo por toda la calle; o iría a la estación de policía, y despertaría a todos los hombres que encontrara allí, y les pediría que hicieran ruido en la calle; o iría a la estación de bomberos, y les pediría que sonaran las sirenas a lo largo de la calle para tratar de despertar a estas personas. Pues me diría a mí mismo: "hay algún tipo de peste aquí; el ángel de la muerte debe haber sobrevolado por estas calles durante la noche y debe haber matado a estas personas, pues de lo contrario estarían despiertas."

Dormir durante el día es totalmente incongruente. “Bueno,” dice el apóstol Pablo, “pueblo de Dios, es de día para ustedes; el sol de justicia se ha alzado sobre ustedes con poder sanador sobre Sus alas; la luz del Espíritu de Dios alumbría sus conciencias; han sido sacados de las tinieblas y llevados a la luz admirable; que ustedes duerman, que la iglesia se entregue al sueño, es como una ciudad que está en la cama durante el día, como todo un pueblo que dormita cuando el sol brilla. Es inoportuno e impropio.”

Y ahora, si miran nuevamente al texto, descubrirán que hay otro argumento. “Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y amor.” Así, entonces, parece que es *tiempo de guerra*; y por tanto, lo digo de nuevo, es impropio dormir.

Hay una fortaleza allá, muy lejos, en la India. Una tropa de esos abominables cipayos la ha sitiado. Sabuesos sedientos de sangre, si lo graran entrar una vez, harían pedazos a la madre y sus hijos, y desmenuzarían al hombre fuerte. Ya están frente a las puertas: sus cañones están cargados; sus bayonetas tienen sed de sangre, y sus espadas tienen hambre de matar. Vayan por toda la fortaleza y encontrarán a todo mundo dormido. El centinela de la torre está cabeceando sobre su bayoneta. El capitán está en su tienda, con su pluma en la mano y los partes militares ante él, dormido junto a la mesa. Los soldados están acostados en sus tiendas, listos para la guerra, pero todos duermen. No se ve que ningún hombre vigile; no hay ningún centinela allí. Todos duermen.

Bien, amigos míos, ustedes dirían: “¿Qué está sucediendo aquí? ¿Qué podrá ser? ¿Acaso algún gran mago ha estado agitando su mano, y los ha hechizado a todos? ¿O acaso habrán enloquecido todos? ¿Habrán perdido la razón? Ciertamente, estar dormido en tiempos de guerra es algo atroz. ¡Aquí! Descuelga esa trompeta; acércate al oído del capitán, y suena la alarma, y verás que se despierta al instante. Quítale su bayoneta al soldado que dormita sobre las murallas y dale un agudo pinchazo, y verás que despierta al instante.” Pero ciertamente, ciertamente, nadie puede ser paciente con gente que duerme cuando el enemigo rodea los muros y está tronando a las puertas.

Pues bien, cristianos, ese es el caso de ustedes. Su vida es una vida de guerra; el mundo, la carne, y el demonio son una trinidad infernal, y la pobre naturaleza humana es una miserable construcción de barro para atrincherarse. ¿Estás dormido? ¿Dormido, cuando Satanás tiene balas de fuego de lujuria para lanzarlas en las ventanas de tus ojos, cuando tiene flechas de tentación para dispararlas en tu corazón, cuando tiene trampas preparadas para atrapar tus pies? ¿Dormido, cuando él ha minado tu propia existencia, y cuando está a punto de aplicar la llama con la que te va destruir, a menos que la gracia soberana lo prevenga? Dormir en tiempos de guerra es totalmente inconsistente. Que el Grandioso Espíritu de Dios impida que durmamos.

Pero ahora, dejando lo que dice el capítulo en sí, les voy a dar una o dos razones que moverán al pueblo cristiano, así lo espero, a despertar de su sueño. “¡Saquen a sus muertos! ¡Saquen a sus muertos! ¡Saquen a sus muertos!” Luego viene el tañido de una campana. ¿Qué es esto? Aquí está una puerta marcada con una gran cruz blanca. ¡Señor, ten misericordia de nosotros! Todas las casas a lo largo de esa calle parecen haber sido marcadas con esa cruz blanca de la muerte. ¿Qué es esto? Vean el pasto cómo crece en las calles; aquí están Cornhill y Cheapside

y están desiertas; nadie camina por su solitario pavimento; no se escucha otro sonido que el del casco de los caballos, como los cascos del pálido caballo de la muerte sobre las piedras, el tañido de esa campana tocando a dobles de muerte para muchos, y el retumbar de las ruedas de ese carro, y el grito terrible: “¡Saquen a sus muertos! ¡Saquen a sus muertos! ¡Saquen a sus muertos!”

¿Ven aquella casa? Allí vive un médico. Es un hombre que posee una gran habilidad, y Dios le ha prestado sabiduría. Hace muy poco tiempo, estando en su estudio, le agradó a Dios guiar su mente, y así descubrió el secreto de la peste. Él mismo fue golpeado por la plaga, y estuvo a punto de morir; pero se llevó el bendito frasco a los labios y dio un sorbo y se curó. ¿Creerán lo que estoy a punto de contarles? ¿Pueden imaginarlo? Ese hombre tiene la receta que va a curar a todo este pueblo; la tiene en su bolsillo. Él posee la medicina, que si se distribuyera una vez en esas calles, haría que los enfermos se regocijaran, y haría silenciar esa campana fúnebre. ¡Y está dormido! ¡Está dormido! ¡Está dormido! ¡Oh, ustedes cielos! ¿Por qué no caen y aplastan a ese infeliz? ¡Oh, tierra! ¿Cómo puedes soportar a este demonio en tu regazo? ¿Por qué no lo tragas rápidamente? Él posee la medicina; pero es demasiado rezoso para ir y proclamar el remedio. ¡Él tiene la curación pero es demasiado ocioso para salir y administrarla a los enfermos y a los moribundos! ¡No, amigos míos, un inhumano miserable de este tipo no debería existir! Pero puedo verlo hoy aquí. ¡Allí estás! Tú sabes que el mundo está enfermo con la plaga del pecado, y tú mismo has sido curado con ese remedio, que ha sido suministrado. Pero estás dormido, inactivo, ocioso. No sales para—

***“Dcir a los demás por todos lados,
Qué maravilloso Salvador has encontrado.”***

Allí está el precioso Evangelio: tú no sales para llevarlo a los labios de un pecador. Allí está la sangre sumamente preciosa de Cristo: tú nunca vas a decirles a los moribundos lo que deben hacer para ser salvos. El mundo está pereciendo por algo que es peor que una plaga: ¡y tú estás ocioso!

Y tú eres un ministro del Evangelio; y has asumido ese santo oficio sobre tus hombros; y te contentas con predicar dos veces el domingo, y una vez durante la semana, y no sientes ningún remordimiento. No deseas nunca atraer multitudes para que escuchen tu predicación; prefieres tener tus bancas vacías, y apegarte a lo que es conveniente, en vez de, al menos una vez y a riesgo de parecer extremadamente celoso, atraer a las multitudes y predicarles la Palabra.

Tú eres un escritor: tienes gran poder para escribir; tú dedicas tus talentos únicamente a la literatura ligera o a la producción de otras cosas que te pueden distraer, pero que no pueden beneficiar al alma. Conoces la verdad pero no la divulgas. Aquella madre es una mujer convertida: tienes hijos pero se te olvida instruirlos en relación al camino que conduce al cielo. Tú, allá, eres un hombre joven, que no tienes nada que hacer el día domingo, y allí está la escuela dominical esperando; no asistes para instruir a esos niños en el remedio soberano que Dios ha provisto para la curación de las almas enfermas.

La campana de la muerte está repicando aun ahora; el infierno está clamando, aullando de hambre por las almas de los hombres. “¡Saquen al pecador! ¡Saquen al pecador! ¡Saquen al pecador! ¡Que muera y se condene!” ¡Y allí estás tú que profesas ser cristiano, pero que no haces

nada que te pudiera convertir en un instrumento de salvación de almas; nunca extiendes tu mano para ser el medio utilizado por la mano del Señor para arrancar a los pecadores de la hoguera, como tizones! ¡Oh! Que la bendición de Dios esté con ustedes, para apartarlos de ese mal camino, para que no duerman como los demás, sino que velen y sean sobrios. El peligro inminente del mundo demanda que estemos activos, y que no dormitemos.

¡Escuchen cómo cruce el mástil! Vean la velas allí, desgarradas y convertidas en tiras. ¡Los rompientes están enfrente! El barco va directo hacia las rocas. ¿Dónde está el capitán? ¿Dónde está el contramaestre? ¿Dónde están los marineros? ¡Ustedes, allí! ¿Dónde están? Se aproxima una tormenta. ¿Dónde están ustedes? Están abajo en los camarotes. Allí está el timonel, que no puede dormir más profundamente; y allí están todos los marineros en sus hamacas. ¡Cómo! ¿Y los rompientes enfrente? ¡Cómo!, ¿las vidas de doscientos pasajeros están en peligro, y aquí están durmiendo estos insensatos? Sáquenlos a puntapiés. ¿Cuál es el objeto de permitir que hombres como éstos sean marineros, especialmente en un momento como éste? ¡Salgan todos! Si se hubieran dormido con buen tiempo, podríamos haberlos perdonado. ¡Levántese, capitán! ¿Qué ha estado haciendo? ¿Está loco? Pero, ¡escuche!, el barco ha encallado; se hundirá en un momento. Ahora se va a poner a trabajar, ¿no es cierto? Ahora se va a poner a trabajar cuando ya no sirve de nada, cuando los alardos de las mujeres que se ahogan le comprarán un boleto al infierno por su negligencia sumamente maldita, al haberlos descuidado plenamente. Pues bien, así somos muchos de nosotros, inclusive en estos tiempos.

Este orgulloso barco de la nación se mece en una tormenta de pecado; el propio mástil de esta gran nación rechina bajo el huracán del vicio que barre todo el pobre navío; cada madero está tenso al máximo, y Dios ayude al buen barco, o ¡ay!, nadie podrá salvarlo. Y, ¿quiénes son su capitán y sus marineros, sino los ministros de Dios, y los que profesan la religión? Estos son aquellos a quienes Dios les da Su gracia para que conduzcan el barco. “Vosotros sois la sal de la tierra;” ustedes preservan y conservan la vida, oh hijos de Dios. ¿Están durmiendo en la tormenta? ¿Están dormitando ahora? Si no hubiera guardadas de vicio, si no hubiera prostitutas, si no hubiera casas de impiedad, si no hubiera asesinatos ni crímenes, ¡oh!, ustedes que son la sal de la tierra, ustedes podrían dormir; pero hoy el pecado de Londres clama a los oídos de Dios. Esta ciudad monstruosa está cubierta de crímenes, y Dios está molesto con ella. Y ¿nosotros estamos dormidos y no hacemos nada? Entonces, ¡que Dios nos perdone! Pero ciertamente, de todos los pecados que Él perdona, éste es el mayor, el pecado de la somnolencia cuando un mundo se está condenando; es un pecado quedarse ocioso cuando Satanás está ocupado, devorando las almas de los hombres. “Hermanos, no durmamos” en tiempos como éstos; pues si lo hacemos, una maldición caerá sobre nosotros, horrible de soportar.

Allá está un pobre prisionero en una celda. Su cabello está todo enredado sobre sus ojos. Hace unas cuantas semanas, el juez se puso el negro birrete y ordenó que fuera llevado al lugar de donde vino, para ser colgado del cuello hasta morir. El pobre infeliz tiene su corazón desgarrado internamente, mientras piensa en los grillos, la horca, la caída al abrirse la trampilla, y en el más allá. ¡Oh!, ¿quién puede decir cuán

desgarrado y atormentado está su corazón, mientras piensa que va a dejarlo todo, y que no sabe hacia dónde va?

Por allí mismo está otro hombre, profundamente dormido sobre una cama. Él ha estado durmiendo durante dos días, y bajo su almohada tiene el indulto del prisionero mencionado. Me gustaría que azotaran a ese canalla, que lo azotaran con violencia, por ser la causa que aquel pobre hombre sufriera durante dos días innecesariamente su miseria. Vamos, si yo hubiera tenido en mis manos el perdón de ese hombre, habría volado allí, aun si hubiera tenido que montar en las alas del rayo para llegar a él, y hubiera considerado que el tren más rápido era muy lento si tuviera que llevar un mensaje tan dulce a un pobre corazón decaído. ¡Pero ese hombre, ese insensato, está profundamente dormido, con un indulto bajo su almohada, mientras que el corazón del otro hombre miserable se deshace en desmayos!

¡Ah! Pero no sean demasiado duros con él: él está aquí presente ahora. Junto a ti esta mañana está sentado un pobre pecador penitente; Dios lo ha perdonado y quiere que tú le des la buena noticia. Se sentó a tu lado el domingo pasado, y estuvo llorando durante toda la predicación del sermón, pues sentía su culpabilidad. Si le hubieras hablado en ese momento, quién sabe qué hubiera pasado. Habría tenido consuelo; pero allí está ahora, y no le das la nueva noticia. ¿Quieres que yo lo haga? ¡Ah!, señores, ustedes no pueden servir a Dios otorgando poderes; lo que el ministro hace no es nada para ustedes; ustedes tienen su propia responsabilidad que cumplir, y Dios les ha dado una preciosa promesa. Está ahora en sus corazones. ¿Acaso no te dirigirás a tu vecino para decirle la promesa? ¡Oh!, hay en muchos un corazón doliente que se duele por nuestra ociosidad en decir las buenas nuevas de esta salvación.

“Sí,” dice uno de los miembros de la iglesia que siempre viene a este lugar cada domingo buscando a los jóvenes y a las jóvenes que vio llorar el domingo anterior, y que trae a muchos a la iglesia, “sí, podría contarte una historia.” Mira a un joven al rostro, y dice, “¿no te he visto aquí muchas veces?” “Sí.” “Pienso que tienes mucho interés en el servicio, ¿no es cierto?” “Si, es cierto: ¿por qué me pregunta eso?” “Porque vi tu rostro el domingo pasado, y vi que algo te estaba pasando.” “¡Oh!, responde, nadie me había hablado nunca desde que asisto aquí, hasta ahora. Quisiera hablar con usted. Cuando estaba en casa con mi madre, pensaba que tenía alguna idea de la religión; pero me fui lejos, y me convertí en aprendiz en medio de una banda de jóvenes inicuos, y he hecho todo lo que no debí hacer. Y ahora, señor, comienzo a llorar, comienzo a arrepentirme. ¡Deseo de todo corazón saber cómo podría ser salvo! Escucho la predicación de la palabra, pero necesito algo que sea predicado personalmente por alguien para mí.” Y él se da la vuelta, lo toma de la mano y le dice: “Mi amado joven hermano, me da tanto gusto haber hablado contigo; hace que mi pobre y viejo corazón se goce al pensar que el Señor todavía está haciendo algo aquí. Ahora, no estés deprimido; pues sabes que, ‘Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.’” El joven se lleva el pañuelo a los ojos, y después de un minuto, dice, “quisiera que me permita visitarle y reunirme con usted,” “¡claro que puedes!” responde. Habla con él, lo guía por el camino, y finalmente, por la gracia de Dios, el feliz joven pasa al frente y declara lo que Dios ha hecho por su alma, y comenta que debe su salvación tanto a la humilde

instrumentalidad del hombre que le ayudó, como a la predicación del ministro.

¡Amados hermanos, el esposo viene! ¡Despierten! ¡Despierten! ¡La tierra pronto va a ser disuelta, y los cielos se derretirán! ¡Despierten! ¡Despierten! Oh Espíritu Santo, levántanos a todos y mantennos despiertos.

III. Y ahora ya no me queda tiempo para el último punto, y por tanto ya no los detendré más. Basta que diga como advertencia que hay UN MAL QUE LAMENTAR AQUÍ. Hay algunas personas que están dormidas y el apóstol lo lamenta.

Pecador compañero, hoy eres un inconverso; entonces déjame decirte seis o siete frases antes que te vayas. ¡Hombre inconverso! ¡Mujer inconversa! Ustedes duermen hoy, como esos que duermen en la punta del mástil en tiempo de tormenta; ustedes duermen, como el que duerme cuando se desbordan las aguas que inundan, mientras su casa se queda sin cimientos, y está siendo arrastrada lejos por la corriente, hacia el mar; ustedes duermen como el que se encuentra en la habitación del piso de arriba, cuando su casa está ardiendo y sus propias llaves se están derritiendo en el fuego, y no sabe nada de la devastación que le rodea; ustedes duermen; duermen como el que yace junto al borde de un precipicio, con la muerte y la destrucción debajo de él. Un único sobresalto en su sueño lo arrojaría al precipicio, pero él no lo sabe.

Tú duermes hoy; y el lugar donde duermes tiene un soporte tan frágil que si cediera una vez, caerías en el infierno: y si no te despertas antes de eso, ¡qué despertar será el tuyo! “Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos;” y clamó por una gota de agua, pero le fue negada. “El que creyere en el Señor Jesucristo y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Este es el Evangelio. Cree en el Señor Jesús, y entonces “os alegraréis con gozo inefable y glorioso.”

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #163 – Volumen 3

AWAKE! AWAKE!

“¿Qué He hecho?”

NO. 169

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 27
DE DICIEMBRE, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“*¿Qué he hecho?*”
Jeremías 8:6.

Tal vez ninguna otra figura represente a Dios bajo una luz más agraciada, que esas figuras de lenguaje que lo muestran inclinándose desde Su trono, y descendiendo del cielo para suplir las necesidades y considerar las aflicciones de la humanidad. Hemos de sentir amor por ese Dios que, cuando Sodoma y Gomorra rezumaban iniquidad, no quería destruir esas ciudades, aunque conocía su culpa y su maldad, hasta no haberlas visitado y transitado durante un tiempo por sus calles.

Pienso que no podemos evitar derramar en afecto nuestro corazón para con ese Dios, de quien se nos informa que inclina Su oído desde la gloria más sublime, y lo pone junto al labio del más débil individuo que exprese un deseo sincero.

¿Cómo podríamos resistirnos a sentir que Él es un Dios a quien debemos amar, cuando sabemos que presta atención a todo lo que nos concierne, que cuenta los propios cabellos de nuestra cabeza, que pide a los ángeles que protejan nuestros pasos para que nuestros pies no tropiecen en piedra, que señala nuestra senda y ordena nuestros caminos?

Pero esta grandiosa verdad es acercada especialmente al corazón del hombre, cuando recordamos cuán solícito es Dios, no meramente en lo referente a los intereses temporales de Sus criaturas, sino en lo concerniente a sus intereses espirituales. Dios es representado en la Escritura como en espera de dar por gracia, o, en el lenguaje de la parábola, como viendo a Sus hijos pródigos cuando aún están lejos; corriendo y echándose sobre su cuello y besándolos. Él está tan atento a todo lo que es bueno en el corazón del pobre pecador, que para Él hay música en un suspiro, y belleza en una lágrima; y en este versículo que acabo de leer, Él se representa como viendo al corazón del hombre y escuchando: escuchando por si pudiera oír algo que fuera bueno. “Escuché y oí; escuché; me quedé quieto y estuve atento a ellos.” Y cuán amigable se muestra Dios, cuando es representado como volviéndose a un lado, y por decirlo así, exclamando con dolor en Su co-

razón: “*En verdad* escuché y *en verdad* oí; no hablan rectamente; no hay hombre que se arrepienta de su mal, diciendo: ¿Qué he hecho?”

¡Ah, querido lector!, tú no albergas nunca un deseo hacia Dios que no aliente la esperanza de Dios; no pronuncias nunca una oración dirigida al cielo que Él no advierta; y aunque muy frecuentemente tú has musitado oraciones que han sido como la nube mañanera y como el rocío de la madrugada que pronto se desvanecen, sin embargo, todas estas cosas han commovido las entrañas de Jehová; pues Él ha estado escuchando tu clamor y ha estado advirtiendo el resuello de tu alma, y aunque todo se desvaneció, no pasó inadvertido, pues Él lo recuerda incluso ahora.

Y, ¡oh, tú que estás buscando en este día un Salvador, recuerda que los ojos de ese Salvador están puestos hoy en tu alma buscadora! No estás buscando a alguien que no pueda verte; estás viniendo a tu Padre, pero tu Padre te ve desde la distancia. Sólo una lágrima rodó por tu mejilla, pero tu Padre la advirtió como una señal esperanzadora; sólo un latido sacudió tu corazón hace un instante cuando se cantaba el himno, pero Dios, el Amante, advirtió incluso eso, y lo consideró al menos como un presagio de que no estás tan endurecido por el pecado, ni descartado por el amor y la misericordia.

El texto es: “¿Qué he hecho?” Sólo voy a introducirlo con unas *cuantas palabras de persuasión afectuosa*, exhortando a todos los presentes a que se hagan esa pregunta. En segundo lugar, les diré unas *cuantas palabras de ayuda, tratando de responder esa pregunta*; y habiendo hecho eso, concluiré con unas *cuantas frases de solemne amonestación para quienes han tenido una respuesta adversa*.

I. Primero, entonces, unas cuantas palabras de SINCERA PERSUASIÓN, solicitando a cada uno de los ahora presentes, y más especialmente a cada persona inconversa, que se hagan la pregunta y la respondan solemnemente: “¿Qué he hecho?”

A pocas personas les gusta tomarse la molestia de revisar sus propias vidas. La mayoría de las personas están tan cerca de la bancarrota que se avergüenzan de revisar sus propios libros. La gran mayoría de la humanidad se asemeja al necio avestruz, que, cuando es perseguido de cerca por los cazadores, entierra su cabeza en la arena y cierra sus ojos, y piensa que debido a que no ve a sus perseguidores, entonces está seguro. Gran parte de la humanidad, repito, se avergüenza de revisar su propia biografía; y si la conciencia y la memoria se pudieran convertir en coautores de una historia de sus vidas desde el principio hasta el fin, comprarían un gran broche de hierro y un candado y encerrarián el volumen, pues no se atreverían a leerlo. Saben que es un libro lleno de lamentación y aflicción, que no se atreverían a leer, y continúan todavía en sus iniquidades.

Yo tengo, por tanto, una difícil tarea al tratar de persuadir a cada uno de ustedes a que tomen el libro; sin importar que sus páginas sean unas cuantas o muchas, o que sean blancas o negras, me resultará difícil inducirlos a que las lean todas.

Pero pido que el Espíritu Santo te persuada ahora a que respondas a esta pregunta: “¿Qué he hecho?” Pues, recuerda, mi querido amigo, que escudriñarte a ti mismo no te puede causar ningún daño. Ningún comerciante empobrece jamás por revisar sus libros; podría descubrirse más pobre de lo que pensaba, pero no es la revisión de los libros lo que lo ha afectado; él se perjudicó por alguna mala práctica comercial que tuvo lugar antes.

Amigo mío, es mejor que conozcas el pasado mientras haya tiempo de restaurarlo, y no que continúes con tus ojos vendados, esperando entrar por las puertas del Paraíso y descubrir tu error cuando, ¡ay!, ya sea demasiado tarde porque la puerta está cerrada. No se pierde nada con hacer un inventario; no puedes empeorar en nada por causa de un breve autoexamen. Esto, en sí mismo, será un fuerte argumento para inducirte a hacerlo; pero recuerda que puedes estar muchísimo mejor; pues supón que tus asuntos estén bien con Dios: entonces puedes estar muy contento y consolarte, pues el que está bien con su Dios no tiene motivo para estar triste.

Pero, ¡ah!, recuerda que hay muchas probabilidades de que estés mal. Hay tantas personas en este mundo que viven engañadas, que existen altas probabilidades de que estés también engañado. Podrías tener un nombre para vida y sin embargo estar muerto; podrías ser como el árbol de John Bunyan, del cual dijo: “era hermoso de verse y era verde por fuera, pero su interior estaba lo suficientemente podrido para ser yesca del yesquero del diablo.” En este día podrías estar muy bien encalado delante de ti y delante de tus semejantes, y ser sumamente hermoso, pero muy bien podrías ser ese fariseo de quien Cristo dijo: “Eres un sepulcro blanqueado,... mas por dentro estás lleno de huesos muertos y de toda inmundicia.”

Ahora, hombre, aunque tú quieras ser engañado, por mi parte siento que preferiría mil veces conocer realmente mi propio estado, en vez de tener las imágenes más agradables acerca de ese estado y descubrirme engañado.

Muchas veces he musitado solemnemente esta oración: “Señor, ayúdame a conocer lo peor de mi propio caso; si todavía soy un apóstata de Ti, sin Dios y sin Cristo, al menos haz que sea honesto conmigo mismo y sepa lo que soy.”

Recuerda, amigo mío, que el momento disponible para que hagas un autoexamen es, después de todo, muy breve. Pronto sabrás el gran secreto. Tal vez yo no pronuncie palabras lo suficientemente fuertes para romper la máscara que ahora tienes sobre ti, pero hay alguien

que se llama Muerte que no aceptará ninguna lisonja. Podrías disfrazarte hoy con el vestido de un santo, pero la muerte te desnudará pronto, y estarás delante del tribunal después de que la muerte te hubiere descubierto en toda tu desnudez, ya sea que esa desnudez sea inocencia o culpabilidad.

Recuerda, también, que aunque tú puedes engañarte a ti mismo, no engañarás a tu Dios. Tú podrías sentir cargas ligeras, y el fiel de la balanza en la que te pesas podría no ser honesto, y podría, por tanto, no decirte la verdad; pero cuando Dios te juzgue no hará concesiones; cuando el eterno Jehová tome la balanza de la justicia y ponga Su ley en uno de los platillos, ah, pecador, ¡cómo temblarás cuando te ponga a ti en el otro! Pues, a menos que Cristo sea tu Cristo, se encontrará que eres liviano de peso: pesado serás en la balanza y serás hallado falso.

¡Oh, qué palabras adoptaré para inducir a cada uno de ustedes a que se escudriñen ahora! Conozco las varias excusas que algunos de ustedes presentarán. Algunos argumentarán que son miembros de iglesias, y que, por tanto, no tienen problemas.

Tal vez me estés mirando desde alguna de las galerías, y me digas: “señor Spurgeon, sus manos me bautizaron este mismo año en el Señor Jesús, y a menudo usted me ha pasado el pan y el vino sacramentales.” Ah, amigo mío, yo sé eso, y me temo que he bautizado a muchos que el Señor no ha bautizado jamás; y algunos de ustedes que han sido recibidos en la membresía de la iglesia en la tierra, jamás fueron recibidos por Dios. Si Jesucristo tenía un hipócrita entre Sus doce discípulos, ¿cuántos hipócritas no tendrá aquí entre cerca de mil doscientas personas?

¡Ah!, queridos lectores, en esta época es muy fácil hacer una profesión de religión: muchas iglesias reciben candidatos a su membresía sin ningún examen de ningún tipo; algunas de esas personas han venido a mí, y yo les he dicho: “debo tratarte de la misma manera como si hubieses venido del mundo,” porque me dijeron: “yo nunca vi al ministro; yo escribí una nota a la iglesia, y ellos me recibieron.”

En verdad, en esta época de profesiones, un hombre podría hacer la profesión más elevada del mundo, y sin embargo, ser contado con los apóstatas condenados al final. No se desentiendan de la pregunta por esa causa; y no digan: “estoy demasiado ocupado para atender mis asuntos espirituales; todavía hay tiempo suficiente.” Muchos han dicho eso, y antes de que su “tiempo suficiente” hubiere llegado, se encontraron donde el tiempo no será más.

¡Oh, tú que dices que tienes suficiente tiempo, cuán poco sabes lo cerca que está de ti la muerte! Hay algunas personas aquí presentes que no verán el día de año nuevo; hay toda probabilidad de que un gran número de personas no verá otro año. Oh, que el Señor nuestro

Dios nos prepare a cada uno de nosotros para la muerte y para el juicio, y bendiga la exhortación de esta mañana para nuestra preparación, conduciéndonos a hacernos la pregunta: “¿qué he hecho?”

II. Entonces, ahora he de ayudarles a responder la pregunta: “¿Qué he hecho?”

Cristiano, cristiano verdadero, tengo muy poco que decirte a ti esta mañana. No voy a multiplicar mis palabras, sino que dejaré la indagación a tu propia conciencia. ¿Qué has hecho tú? Oigo que respondes: “no he hecho nada para salvarme a mí mismo; pues eso fue hecho para mí en el pacto eterno, desde antes de la fundación del mundo. No he hecho nada para hacer una justicia para mí, pues Cristo dijo: “Consumado es”; yo no he hecho nada para alcanzar el cielo por mis méritos, pues todo eso lo hizo Jesús por mí antes de que yo naciera.”

Pero dime, hermano, ¿qué has hecho tú por Él, que murió para salvar tu alma desventurada? ¿Qué has hecho por Su iglesia? ¿Qué has hecho para la salvación del mundo? ¿Qué has hecho para promover tu propio crecimiento espiritual en la gracia?

¡Ah!, mi pregunta podría arremeter duramente contra algunos de ustedes que son verdaderos cristianos; pero los dejaré a su Dios. Dios disciplinará a Sus propios hijos. Sin embargo, haré una pregunta directa. ¿Acaso no hay muchos cristianos aquí presentes, que no pueden recordar haber sido el instrumento de la salvación de un alma durante este año? Vamos, revisa ahora: ¿tienes alguna razón para creer que directa o indirectamente has sido hecho el instrumento de la salvación de un alma en este año?

Voy a ir más allá. Algunos de ustedes son cristianos veteranos, y les haré esta pregunta: ¿tienen alguna razón para creer que desde que fueron convertidos han sido alguna vez el instrumento de salvación de un alma? En el oriente, en la época de los patriarcas, se consideraba una afrenta que una mujer no tuviera hijos; pero para un cristiano cuán grande afrenta es que no tenga hijos espirituales, ¡que no tenga a nadie nacido para Dios por su instrumentalidad!

Y, sin embargo, hay aquí algunas personas que han sido espiritualmente estériles, y no han traído ningún convertido a Cristo; no tienen ni una sola estrella en su corona de gloria, y deben llevar una corona sin estrellas en el cielo.

¡Oh!, me parece ver el gozo y la alegría con los que una buena hija de Dios me miró la semana pasada, cuando escuchamos de uno que había sido convertido por su instrumentalidad. La tomé de la mano y le dije: “bien, ahora tienes un motivo para dar gracias a Dios.” “Sí, señor”—respondió—“ahora me siento como una mujer feliz y enaltecida. Nunca había sido hasta ahora, que yo sepa, el medio de traer un alma a Cristo.” Y la buena mujer se veía muy feliz, y lágrimas de alegría brotaban de sus ojos.

¿Cuántas personas has traído a Cristo durante este año? Vamos, cristiano, ¿qué has hecho? ¡Ay! ¡Ay!, tú no has sido una higuera estéril, pero aun así tu fruto es de tal naturaleza que no puede ser visto. Podrían estar vivos para Dios, pero, ¿cuántos de ustedes han sido muy improductivos e infructíferos?

Y no piensen que mientras trato duramente con ustedes yo mismo quiera escaparme. No; yo me hago la pregunta: “¿qué he hecho?” Y cuando pienso en el celo de Whitfield, y en la sinceridad de muchos de aquellos grandes evangelistas de los tiempos antiguos, me quedo aquí consternado de mí mismo, y me hago la pregunta: “¿qué he hecho?” Yo sólo puedo responderla con alguna confusión de rostro. ¡Cuán a menudo les he predicado a ustedes la Palabra de Dios, y, sin embargo, cuán pocas veces he llorado por ustedes como debería hacerlo un pastor! Cuán a menudo he debido advertirles de la ira venidera, y además he olvidado ser más denodado de lo que pude haber sido. Temo que la sangre de algunas almas permanezca en mi puerta cuando me presente para ser juzgado por mi Dios al final. Les suplico que rueguen por su ministro por esto: que sea perdonado, si ha existido alguna vez falta de denuedo, y de energía y de oración, y rueguen que durante el siguiente año predique siempre como si no pudiera predicar nunca más—

“Como un hombre moribundo a hombres moribundos.”

Mientras cuestionaba al cristiano con la pregunta: “¿qué he hecho?”, oí al moralista que decía: “señor, he hecho todo lo que debí haber hecho. Usted podría, como un predicador del Evangelio, estar allí y hablarme acerca de pecados; pero yo le digo, señor, que he hecho todo lo que me correspondía; siempre he asistido regularmente a mi iglesia o capilla cada domingo, en la medida que un hombre o una mujer pueden hacerlo; siempre he dicho oraciones en familia, y siempre oro antes de ir a la cama y cuando me levanto por la mañana. No le debo nada a nadie, que yo sepa, ni he sido áspero con nadie; doy una porción sustancial a los pobres y creo que si las buenas obras tienen algún mérito, ciertamente he hecho muchas.”

Muy correcto, amigo mío, en verdad muy correcto, *si* las buenas obras tuvieran algún mérito; pero es muy desafortunado que no tengan ninguno; pues, nuestras buenas obras, si las hicieramos para salvarnos por ellas, no son mejores que nuestros pecados. Podrías muy bien esperar ir al cielo por maldecir y jurar, que ir por los méritos de tus propias buenas obras; porque aunque las buenas obras sean infinitamente preferibles a maldecir y jurar desde un punto de vista moral, sin embargo, no hay más mérito en lo uno de lo que hay en lo otro, aunque haya menos pecado en lo uno que en lo otro. Ten la bondad de recordar, entonces, que todo lo que has estado haciendo todos estos años no sirve de nada.

“Bien, señor, pero yo he confiado en Cristo.” Ahora, ¡alto ahí! Permite me hacerte una pregunta. ¿Quieres decir que has confiado en parte en Cristo y en parte en tus propias buenas obras? “Sí, señor.” Bien, entonces, déjame decirte que el Señor Jesucristo no será utilizado para hacer contrapeso; debes tomar a Cristo plenamente, o no hacerlo del todo, pues Cristo no irá nunca a medias contigo en la obra de tu salvación. Entonces, repito, todo lo que hayas podido hacer jamás no sirve de nada. Has estado construyendo una casa de cartón y la tempestad la echará por tierra; has estado construyendo una casa sobre arena, y cuando las lluvias desciendan, y vengan ríos, el último vestigio de esa casa será arrasado para siempre.

¡Oigan ustedes la palabra del Señor! “Por las obras de la ley nadie será justificado.” “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”; y, en la medida en que no hubieren permanecido en todas las cosas escritas en la ley, ustedes son transgresores de la ley, y están bajo la maldición, y todo lo que la ley tiene para decirles, es: “¡maldito, maldito, maldito! Su moralidad no les sirve de ninguna ayuda, en cuanto a las cosas eternas.”

Me vuelvo a otro carácter. Dice: “bien, yo no confío en mi moralidad ni en ninguna otra cosa; yo digo—

‘Vete, torpe afán, te pido que te alejes de mí.’

No tengo nada que ver con hablar de la eternidad, como quieras que haga. Pero, amigo, no soy una mala persona, después de todo. Es muy poca cosa lo que alguna vez hago mal; de vez en cuando un pecadillo, simplemente una pequeña insensatez, pero ni mi país, ni mis amigos, ni mi propia conciencia pueden decir algo en mi contra. Es cierto, yo no soy ninguno de sus santos; yo no profeso ser demasiado estricto; a veces puedo ir demasiado lejos, pero es sólo un poco, y me atrevo a decir que podemos enderezar todas las cosas antes de que venga el fin.” Bien, amigo, pero me habría gustado que te hicieras la pregunta: “¿qué he hecho?”

Me parece que si cada uno de ustedes simplemente se quitara esa película que cubre su corazón y su vida, podrían ver una afflictiva lepra ocultándose detrás de lo que han hecho. “Bien, tratándose de eso”—diría alguno—“tal vez he tomado una copa o dos de más algunas veces.” ¡Detente un poco! ¿Cuál es el nombre de eso? “Vamos, es sólo un poco de júbilo, amigo.” Alto: pongámosle el nombre correcto. ¿Cómo le llamarías si se tratara de cualquier otra persona? “Borrachera, supongo.”

Otro dice: “he sido un poco atolondrado en mis pláticas algunas veces.” ¿Qué es eso? “Ha sido sólo un rato de esparsión.” Sí, pero por favor llámalo como debe ser llamado: conversaciones lascivas. Escribe eso. “¡Oh, no, amigo; las cosas se están poniendo muy serias!” Sí, lo

son en verdad; pero no parecen ser más serias de lo que realmente son.

Algunas veces has salido el día domingo, ¿no es cierto? “¡Oh, sí!; pero eso sólo ha sido de vez en cuando; sólo algunas veces.” Sí, pero hemos de escribirlo como es, y veremos en qué para la lista. ¡Quebrantamiento del domingo! “Alto”—dices tú—“no he pasado más allá, amigo; en verdad no he ido más allá.” Yo supongo que en tu conversación, algunas veces en tu vida, has citado textos de la Escritura para hacer chistes de ellos, ¿no es cierto? Y algunas veces has clamado, cuando has estado algo sorprendido: “¡Señor, ten misericordia de mí!,” y has usado expresiones semejantes. No me aventuro a decir que juras: aunque hay una manera cristiana de jurar que acostumbran algunas personas, y consideran que no es jurar realmente, pero qué sería entonces, nadie lo sabe, y por tanto lo registraremos como juramentos: maldiciones y juramentos. “¡Oh, amigo!, fue sólo cuando alguien me pisó los pies, o cuando estaba enojado.” No importa, regístralos con su nombre correcto: obtendremos de ti una buena lista muy pronto.

Yo supongo que en el comercio nunca adulteras tus artículos. “Bien, ese es un asunto de negocios en el que no debes interferir.” Pues, sucede que voy a interferir—y si estás de acuerdo, lo llamaremos por su nombre correcto—robo. Vamos a registrar eso. Yo supongo que nunca has sido duro con un deudor, ¿no es cierto? ¿No has deseado nunca, en ningún momento, ser más rico, y en otras ocasiones, no has medio deseado que tu vecino de enfrente perdiera parte de su clientela, para que tú la adquirieras? Bien, lo llamaremos por su nombre correcto: eso es “avaricia, que es idolatría.”

Ahora, parece que la lista se está poniendo negra. Además de eso, ¿Cómo has pasado todo este año? Y, aunque hayas pretendido decir oraciones algunas veces, ¿has orado realmente alguna vez? No, no lo has hecho. Bien, entonces debes poner en la lista: falta de oración. Algunas veces has leído la Biblia, y algunas veces has escuchado al ministro; pero, después de todo, ¿no has dejado que todas estas cosas pasaran de lejos? Entonces yo quiero saber si eso no es despreciar a Dios, y si no habríamos de registrarla bajo ese nombre.

En realidad sólo necesitamos ir un poco más lejos; pues la lista, una vez sumada, es pavorosa, y pocos de nosotros podemos escapar de pecados tan grandes como estos, si nuestra conciencia estuviere lo suficientemente despierta.

Pero hay un hombre aquí presente que se ha vuelto muy descuidado e indiferente en relación a cada punto de moralidad; y me dice: “¡Ah, joven amigo!, yo podría decirte lo que he hecho durante el año.” Alto, amigo, no deseo saber eso particularmente ahora; puedes decírtelo a ti mismo cuando llegues a casa. Hay personas jóvenes aquí: tal vez no les haría mucho bien saber lo que tú has hecho. No eres nada

mejor de lo que deberías ser, afirman algunas personas; lo que significa que eres tan malo que no les gustaría decir lo que eres. ¿Acaso supones que en toda esta congregación no contamos con hombres pervertidos, con nadie que se entregue al pecado más terrible y a la lascivia más vil?

Vamos, el ángel de Dios parecería estar sobrevolando en nuestro medio, y tocando la conciencia de algunos para hacerles saber a qué iniquidades se han entregado durante el año. Yo le pido a Dios que mi simple alusión a ellos pueda ser el instrumento para despertar su conciencia.

¡Ah!, ustedes podrían ocultar sus pecados; el cobertor de la oscuridad podría ser su refugio; ustedes podrían pensar que no serán descubiertos nunca; pero recuerden que cada pecado que hayan cometido será leído delante del sol, y los hombres y los ángeles lo escucharán en el día de la cuenta final.

¡Ah, querido lector! Independientemente que seas moral o que seas disoluto, te suplico que respondas hoy solemnemente a esta pregunta: “¿Qué he hecho?” Sería muy bueno que tomaras un pedazo de papel cuando llegaras a casa, y simplemente escribieras todo lo que has hecho, desde el pasado Enero hasta Diciembre; y si algunos de ustedes no se espantaran por ello, debo decirles que han de tener nervios muy fuertes, y que no son candidatos a aterrarse ante mucho todavía.

Ahora me dirijo de manera especial al hombre inconverso, y me gustaría ayudarle a responder a esta pregunta desde otro punto de vista. “¿Qué he hecho?” ¡Ah, hombre!, tú que vives en pecado, tú que eres un amante del placer más que un amante de Dios, ¿qué has hecho tú? ¿Acaso no sabes que un pecado basta para condenar a un alma para siempre? ¿Acaso no has leído nunca en la Santa Escritura que es maldito el que pecha una sola vez? ¡Cuán condenado, entonces, estás tú por las miríadas de pecados de este solo año! Recuerda, te lo suplico, los pecados de tu juventud, y tus anteriores transgresiones hasta este momento; y si un solo pecado te arruinaría por siempre, ¡cuán arruinado estás ahora! Vamos, hombre, una ola de pecado podría anegarte. ¿Qué harán estos océanos de tu culpa? Un testigo en contra tuya bastará para condenarte: contempla las multitudes de necesidades y de crímenes congregados alrededor del tribunal, que han venido a testimoniar en contra tuya en el juicio. ¿Cómo escaparás a sus testimonios, cuando Dios te llame a Su tribunal? ¿Qué has hecho tú? Vamos, hombre, responde esta pregunta. Hay muchas consecuencias involucradas en tu pecado, y para responder esta pregunta correctamente debes responder a cada consecuencia: ¿qué has hecho a tu propia alma? Vamos, tú la destruiste; has hecho lo mejor que podías para arruinarla para siempre. Has estado cavando calabozos para tu propia pobre alma; has estado apilando haces de leña; has estado forjando

cadenas de hierro, combustible para quemarla, y grilletes para aherrojarla para siempre.

Recuerda, tus pecados son como la siembra para una cosecha. ¡Qué cosecha es la que has sembrado para tu pobre alma! Has sembrado viento y torbellino segarás; iniquidad has sembrado y condenación segarás.

¿Pero qué has hecho en contra del Evangelio? Recuerda cuántas veces este año has oído su predicación. Vamos, desde tu nacimiento ha habido vagones cargados de sermones desperdiciados en ti. Tus padres oraron por ti en tu juventud; tus amigos te instruyeron hasta que alcanzaste la edad adulta. Desde entonces, ¡cuántas lágrimas han sido derramadas por el ministro por tu causa! ¡Cuántas súplicas han sido dirigidas a tus oídos! Pero tú has roto la flecha. Los ministros se han preocupado por salvarte, pero tú no te has preocupado por ti mismo.

¿Qué has hecho en contra de Cristo? Recuerda que Cristo ha sido un buen Cristo para los pecadores aquí; pero así como no hay nada que arda tan bien como esa suave sustancia que es el aceite, así no habrá nada que sea tan fiero como ese Salvador de bondadoso corazón, cuando venga para ser tu Juez. Más fiero que un león sobre su presa es el amor rechazado. Desprecia a Cristo en la cruz, y será algo terrible para ti ser juzgado por Cristo cuando esté en Su trono.

Pero además: ¿qué has hecho por tus hijos este año? ¡Oh!, hay algunos aquí presentes que han estado haciendo todo lo posible para arruinar las almas de sus hijos. “Es una responsabilidad la que descansa sobre un padre”; y, ¿qué se dirá de un padre borracho? ¿Qué se dirá del hombre que da a sus hijos un ejemplo de ebriedad?

Blasfemo, ¿qué has hecho por tu familia? ¿Acaso no has estado retorciendo la cuerda para su destrucción eterna? ¿Acaso no harán con seguridad lo que tú haces?

Madre, tú tienes varios hijos, pero en este año no has orado por ninguno de ellos. Nunca has puesto tu brazo alrededor de sus cuellos mientras estaban de rodillas junto a su cama por la noche, y decían: “Padre nuestro”; nunca les has hablado del Jesús que amaba a los niños, y que una vez se volvió un niño como ellos. Ah, entonces, has descuidado a tus hijos.

Yo recuerdo a una madre que fue convertida a Dios en su ancianidad, y ella me dijo—y no voy a olvidar nunca el dolor de esa mujer—“Dios me ha perdonado, pero yo nunca me perdonaré a mí misma. Pues, señor”—comentó ella—“he alimentado y he criado a los hijos, pero lo he hecho sin ninguna consideración a la religión.” Y luego rompió a llorar y me dijo: “¡señor, he sido una cruel madre; he sido una desventurada!” “Vamos, mi buena mujer”—le repliqué—“tú has criado a tus hijos.” “Sí”—respondió ella—“mi esposo murió cuando eran muy pequeños y me dejó con seis hijos y estas manos han ganado el pan

para ellos y les han provisto de vestidos; “nadie”—me dijo—“podría acusarme de ser áspera con ellos en algo, excepto en esto: pero resulta ser lo peor de todo, pues he sido una cruel madre para ellos, pues mientras alimentaba sus cuerpos, descuidaba sus almas.”

Pero algunos han sobrepasado esto. ¡Ah, joven amigo, no solamente has hecho lo mejor que has podido para condenarte, sino que has hecho lo mejor para condenar a otros! Recuerda en Enero pasado, cuando invitaste a aquel joven para que fuera por primera vez a la cantina, y te reíste de todos sus infantiles escrúpulos según los llamas tú, y le invitaste a que bebiera como lo hiciste. Recuerda cuando en la oscuridad de la noche condujiste al descarrío por primera vez a un joven cuyos principios eran virtuosos, y que no había conocido la lascivia sino hasta que tú se la revelaste; le dijiste en aquel momento: “¡ven conmigo; te mostraré la vida de Londres, voy a dejar que veas el placer!” Aquel hombre joven—cuando vino a tu taller por primera vez—solía ir los domingos a la casa de Dios y parecía dar indicios de ir al cielo, “¡ah!”—dices—“a punta de burlas le quité la religión a Jackson, y ya no sale a ninguna parte los domingos excepto para ir de parranda, y es tan divertido ahora como cualquiera de nosotros.” ¡Ah!, amigo, y tú tendrás dos infiernos cuando te conviertas en un condenado; tendrás tu propio infierno y el suyo también, pues él te mirará a través de las espeluznantes llamas, y te dirá: “¡quizá nunca habría estado aquí, si tú no me hubieras traído aquí!” Y, ¡ah!, seductor, ¿qué ojos serán los que te mirarán con una mirada feroz y penetrante a través del horror del infierno? ¡Serán los ojos de uno al que condujiste a la iniquidad! ¡Qué doble infierno serán para ti cuando te miren ferozmente como dos estrellas cuya luz es furia y marchiten tu sangre por siempre!

Hagan una pausa, ustedes que han conducido a otros al descarrío, y tiemblen ahora. Yo mismo hice una pausa, y oré a Dios cuando conocí al Salvador por primera vez, para que me ayudara a conducir a Cristo a aquellos que yo había conducido al descarrío de alguna manera.

Y yo recuerdo que George Whitfield dice que cuando comenzó a orar, su primera oración fue que Dios convirtiera a aquellos con los que solía jugar a las cartas desperdiando sus domingos. “Y bendito sea Dios”—dice—“cada uno de ellos fue convertido.”

Oh, Dios mío, ¿acaso no puedo detectar sorpresa y terror en algún rostro aquí? ¿Acaso no tiemblan y chocan entre sí las rodillas del hombre? ¿Acaso no se acobarda en su interior el corazón de nadie por causa de su iniquidad? En verdad no puede ser así, pues de otra manera sus corazones se habrían vuelto de acero, y sus entrañas se habrían vuelto como de hierro en su interior. En verdad, si así fuera, las palabras de Dios son muy ciertamente verdaderas, aquellas palabras en las que dice, en el versículo siete de este capítulo: “Aun la ci-

güeña en el cielo conoce su tiempo, y la tórtola y la grulla y la golondrina guardan el tiempo de su venida; pero mi pueblo no conoce el juicio de Jehová.” Y ciertamente tenía razón aquel profeta que dijo: “El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su señor; Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento.”

Oh, ¿son ustedes tan brutales como para dejar que las reflexiones de esa culpa pasen sobre ustedes sin que les causen espanto y terror? Entonces, en verdad, nosotros que sentimos nuestra culpa tenemos necesidad de doblar nuestras rodillas por ustedes, y orar para que Dios los conduzca todavía a conocerse a ustedes mismos; pues, viviendo y muriendo como ustedes son, endurecidos y sin esperanza, su porción ha de ser horrible en extremo.

Cuán feliz sería si pudiera esperar que la mayoría de ustedes pudiera acompañarme en esta humilde confesión de nuestra fe; ¿puedo hablar como si estuviese hablando por cada uno de ustedes? Será opción de ustedes ya sea aceptar lo que digo o rechazarlo; pero yo confío que la gran multitud de ustedes me seguirá: “¡Oh, señor!, yo confieso en esta mañana que mis pecados son más pesados de lo que puedo soportar; he merecido Tu ira más ardiente, y Tu infinito disgusto; y difícilmente me atrevería a esperar que puedas tener misericordia de mí; pero, considerando que Tú entregaste a Tu Hijo para que muriera en la cruz por los pecadores, y que Tú has dicho también: ‘Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra,’ Señor, yo te miro en esta mañana, y aunque nunca antes miré, sin embargo, miro ahora; aunque he sido un esclavo del pecado hasta este momento, sin embargo, Señor, acéptame, pecador como soy, por medio de la sangre y de la justicia de Tu Hijo, Jesucristo. Oh Padre, no me mires con desagrado; muy bien podrías hacerlo, pero yo invoco esa promesa que dice: ‘Al que a mí viene, no le echo fuera.’ Señor, yo vengo—

*‘Tal como soy, sin ningún argumento,
Excepto que Tu sangre fue derramada por mí,
Y que Tú me pediste que viniera;
Oh Cordero de Dios, yo vengo.’
‘Mi fe en verdad pone su mano,
En esa amada cabeza Tuya,
Mientras que como penitente estoy,
Y allí confieso mi pecado.’*

“Señor, acéptame, Señor perdóname, y tómame como soy, de ahora en adelante y para siempre, para que sea Tu siervo, para que sea Tu redimido cuando muera.” ¿Puedes decir eso? ¿Acaso no lo dijeron muchos corazones? ¿Acaso no oí que muchos labios lo susitaron en silencio? Ten buen ánimo, hermano mío, hermana mía; si eso brotó de tu corazón, estás tan a salvo como los ángeles del cielo, pues eres un hijo de Dios, y no perecerás nunca.

III. Ahora tengo que dirigir unas cuantas palabras de ADMONICIÓN AFECTUOSA, y entonces habré concluido. Es algo muy solemne pensar cómo vuelan los años. Nunca he pasado un año más corto en mi vida que este, y entre mayor me vuelvo, más breves se vuelven los años; y tú, anciano, me atrevería a decir, miras atrás a tus sesenta o setenta años, y dices: “Ah, joven amigo, parecerán más cortos pronto.” Sin duda lo serán. “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría.”

Pero, ¿no es acaso algo solemne que otro año casi haya pasado, y, sin embargo, muchos de ustedes no sean salvos? Ustedes se encuentran exactamente donde se encontraban el año pasado. No, no se encuentran en el mismo lugar, pues están más cerca de la muerte, y están más cerca del infierno, a menos que se arrepientan; y, tal vez, ni siquiera lo que he dicho esta mañana tendrá algún efecto en ustedes. No están endurecidos completamente, pues han tenido muchas impresiones serias. Cantidad de veces han llorado por los sermones, y, sin embargo, todo ha sido en vano, pues siguen siendo lo que eran.

Les suplico que respondan a esta pregunta: “¿Qué he hecho?,” pues recuerden que vendrá el tiempo en que harán esa pregunta, pero será demasiado tarde. ¿Cuándo será eso?—Preguntas—¿En el lecho de muerte? No, allí todavía no es demasiado tarde—

***“Mientras la lámpara siga ardiendo,
El pecador más vil podría regresar.”***

Pero será demasiado tarde para preguntar: “¿Qué he hecho?,” cuando el aliento hubiere abandonado su cuerpo. Simplemente supongan que el Monumento fuera como solía ser, antes de que impidieran el acceso. Supongan que un hombre sube por las escaleras de caracol hasta arriba, con plena determinación de destruirse. Se encuentra en la parte exterior de la barandilla. ¿Pueden imaginarlo por un momento preguntando: “Qué he hecho,” justo después de haber saltado? Vamos, me parece que algún espíritu en el aire podría susurrar: “¿hecho? Has hecho lo que no puedes deshacer nunca. ¡Estás perdido, perdido, perdido!” (1).

Ahora, recuerden que los que no tienen a Cristo están subiendo hoy por esa escalera de caracol; tal vez mañana estarán en el artículo de la muerte, en la cúspide de esa torre, y cuando la muerte se hubiere asido de ustedes, y estuvieran en el momento preciso de saltar desde ese monumento de vida hacia abajo, al golfo de la desesperación, esa pregunta estará llena de horror para ustedes: “¿Qué he hecho?”

Pero la respuesta para ella no será de utilidad, sino más bien llena de terror. Me parece ver a un espíritu lanzado al mar de la eternidad. Oigo que pregunta: “¿Qué he hecho?” Es sumergido en medio de olas de fuego, y grita: “¿Qué he hecho?” Ve delante de sí una larga eternidad; pero hace la pregunta nuevamente: “¿Qué he hecho?” La terrible

respuesta llega: “tú te has ganado todo esto. Tú conocías tu deber, pero no lo cumpliste; fuiste advertido, pero desdeñaste la advertencia.”

¡Ah!, oigan el lúgubre soliloquio de tal espíritu. El último y grandioso día ha llegado; el trono llameante está instalado, y el gran libro es abierto. Oigo cuando pasan las hojas con crujidos terribles. Veo que se hacen señas a los hombres para que se formen a la derecha o a la izquierda, de acuerdo al resultado de ese gran libro. ¿Y qué he hecho? Yo sé que para mí el pecado será destrucción, pues nunca busqué a un Salvador. ¿Qué sucede ahora? El Juez ha fijado Su mirada en mí. Ahora se ha vuelto hacia mí. ¿Me dirá: “Apártate, maldito”? ¡Oh!, que sea yo aplastado para siempre en vez de soportar esa mirada. No hay ningún ruido, pero el dedo es alzado, y soy arrastrado fuera de la multitud, y estoy solo delante del Juez. Él mira mi página, y antes de que la lea, mi corazón tiembla dentro de mí. “Así sea”—dice Él—“no ha sido borrado con mi sangre. Tú despreciaste mis llamados; te reíste de mi pueblo; no quisiste nada de mi misericordia; dijiste que recibirías la paga de tu injusticia. Recibirás tu paga, y la paga del pecado es muerte.” ¡Ah, miserable de mí!, y, ¿está a punto de decir: “Apártate, maldito”? Sí, con una voz más fuerte que mil truenos, dice: “Apártate, maldito, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ¡Ah!, todo es cierto ahora. Yo me reía del ministro porque predicaba acerca del infierno; y aquí estoy, yo mismo, en el infierno; ¡ah!, yo solía preguntarme por qué quería él aterrarnos tanto. ¡Ah!, pluguiera a Dios que me hubiera aterrado más, y que hubiera quedado tan aterrado como para sacarme de este lugar. Pero ahora, heme aquí perdido y sin escapatoria. Estoy en tinieblas tan oscuras que no hay un rayo de luz que pueda alcanzarme jamás. Estoy encerrado tan estrechamente, que ninguno de los cerrojos ni barras pueden ser quitadas jamás. Estoy condenado para siempre.

¡Ah!, ese es un terrible soliloquio. Yo no puedo decírselo a ustedes. ¡Oh!, si ustedes mismos pudiesen estar allí, si sólo pudiesen conocer lo que sienten los condenados, y ver lo que tienen que aguantar, entonces se sorprenderían que yo no haya sido más denodado en la predicación del Evangelio, y se maravillarían, no porque yo deseé hacerlos llorar, sino porque no haya llorado mucho más yo mismo, y no haya predicado más solemnemente.

¡Ah!, mis lectores, como vive el Señor mi Dios, en cuya presencia estoy, algún día seré reconocido por su conciencia como habiendo sido un verdadero testigo para ustedes esta mañana; pero no hay ninguno de ustedes aquí hoy que quede sin excusa si pereciera. Ustedes han sido advertidos; yo les he advertido tan sinceramente como he podido. No tengo más poderes que gastar, no más artes que intentar, no más persuasión que pueda utilizar.

Únicamente puedo concluir diciendo que les suplico que corran a Jesús. Les suplico, como espíritus inmortales que están destinados a una bienaventuranza eterna o a una pena eterna, que huyan a Cristo; busquen misericordia de Sus manos; confíen en Él y sean salvos; y bajo su propio riesgo rechacen mi solemne advertencia. Recuerden que pueden rechazarla, pero no me están rechazando a mí, sino a Él, que me envió. Podrían despreciarla, pero no me están despreciando a mí, sino a uno más grande que Moisés, a Jesucristo el Señor; y cuando se presenten delante de Su tribunal, Su lenguaje será taladrante, y Sus palabras terribles, cuando los condene para siempre, para siempre, para siempre, sin esperanza, para siempre, para siempre, para siempre. Que el Señor nos libre de eso, por Jesucristo nuestro Señor, Amén.

(1) Nota del traductor:

Spurgeon hace referencia a una columna dórica conocida como el Monumento, una columna que fue construida para conmemorar el gran incendio que devastó la ciudad de Londres en 1666. Para subir al mirador, desde el que se puede contemplar toda la ciudad, hay 311 escalones y en la cúspide de la columna hay un mirador, protegido con una barandilla para los turistas. Probablemente estaba en remodelación al momento del comentario de Spurgeon, y no había acceso al público, y por eso Spurgeon supone que se pudiera subir al mirador.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #169 – Volumen 4
“WHAT HAVE I DONE?”

El Sermón de Pablo ante Félix

NO. 171

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE ENERO, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

*“Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio
y del juicio venidero, Félix se espantó, y dijo: Ahora vete;
pero cuando tenga oportunidad te llamaré.”*
Hechos 24:25.

El poder del Evangelio se manifiesta en su maravillosa grandeza cuando vemos su impacto sobre los corazones consagrados a él, cuando se ven sujetos a tribulación, a persecución o aflicción. ¡Cuán poderoso ha de ser ese Evangelio, pues, cuando entró en el corazón de Pablo, ya no pudo ser expulsado nunca de allí! Pablo sufrió la pérdida de todas las cosas, y las tuvo por basura, para ganar a Cristo.

Para difundir la verdad se enfrentó a penalidades, a naufragios, a peligros en tierra y peligros en el mar, pero ninguna de estas cosas lo hizo desistir, y no consideró valiosa su vida, pues quería ganar a Cristo y ser hallado en Él. Una persecución se sucedía a la otra; fue azotado con varas por los judíos; fue arrastrado de un tribunal a otro; casi no hubo ninguna ciudad en la que no encontrara que le esperaban cadenas y prisión. Atacado en su propio país, es acusado en Jerusalén, y procesado en Cesarea; es llevado de un tribunal a otro en busca de quitarle la vida.

Pero observen cómo conserva siempre la prominente pasión de su alma. No importa dónde lo pongan, pareciera ser como John Bunyan, que dice: “si me dejaran salir hoy de la prisión, predicaría otra vez mañana el Evangelio, por la gracia de Dios.” No, es más que eso, pues lo predicó en la prisión y lo proclamó delante de sus jueces.

Estando delante del Sanedrín clama: “Acerca de la resurrección de los muertos soy juzgado.” Cuando fue citado a comparecer ante Agripa, Pablo relata su conversión y habla tan dulcemente de la gracia de Dios, que el propio rey exclama: “Por poco me persuades a ser cristiano.” Y aquí, en nuestro texto, cuando comparece delante del Procurador Romano para ser juzgado en un juicio en el que están en juego su vida o su muerte, en lugar de comenzar a defenderse a sí mismo, diserta “de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero,” hasta que su juez se espanta, y entonces, el que se sienta sobre el trono toma el lugar del prisionero, y ahora el prisionero lo juzga en anticipación de aquel tiempo cuando los santos juzgarán a los ángeles, como asistentes que participan con Cristo Jesús.

Vamos, una vez que el hombre cree en el Evangelio y resuelve difundirlo, es convertido en un gran hombre. Si se trata de un hombre desposeído de poder, de intelecto y de talento, es convertido en un hombre grandemente denodado en su arduo deseo de servir a Cristo,

en la pequeña medida en que pueda hacerlo; pero si se trata de un hombre dotado, enciende su alma entera, saca a relucir todos sus poderes, desarrolla todo lo que permanece oculto, encuentra cada talento que había sido guardado en un pañuelo, y despliega todo el oro y la plata de la riqueza intelectual del hombre, exponiéndolo todo para honra de ese Cristo que lo ha comprado todo con Su sangre.

Podríamos detenernos un poco más y demorarnos en esta reflexión para mostrarles cómo, en todas las épocas, esta ha sido la verdad: que el poder el Evangelio en la influencia ejercida sobre los corazones de los hombres ha sido eminentemente demostrado, probando la verdad de aquella expresión de Pablo cuando dijo que: ‘ni tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada habrá de separarlos del amor de Dios, que es en Jesucristo su Señor’.

Pero en vez de hacer eso, los invito a escudriñar el texto más cuidadosamente. Tenemos ante nosotros un cuadro que muestra a tres personajes: Félix y Drusila, ambos sentados en el tribunal; Pablo, el prisionero, que fue conducido allí atado con cadenas para que explicara a Drusila y Félix las doctrinas de la religión cristiana y resolvieran si era absuelto o era condenado a morir.

Tienen por un lado a un juez dispuesto a condenar a muerte al prisionero, porque deseaba agradar a los judíos; también tienen, por otro lado, a un prisionero impertérrito que se presenta ante el juez y que sin recurrir a ningún debate, comienza a revelar el Evangelio seleccionando una cierta porción de él, lo cual es descrito en nuestro texto diciendo que Pablo disertaba acerca de “la justicia, del dominio propio y del juicio venidero.” El juez se espanta, despidió apresuradamente al prisionero y promete escucharle cuando tenga oportunidad.

Entonces, consideren en primer lugar, *el sermón apropiado*; noten, en segundo lugar, *el oyente afectado*, pues el que le escuchaba estaba en verdad commovido: “¡Félix se espantó!” Luego noten, en tercer lugar, la *lamentable desilusión*. En vez de que se prestara atención al mensaje, la única respuesta que recibió fue: “Ahora vete.”

I. Entonces, en primer lugar, tenemos un SERMÓN APROPIADO. Sólo escuchen por unos pocos momentos la historia de Félix. Félix fue originalmente un esclavo; fue manumitido por Claudio, y posteriormente se convirtió en uno de los infames favoritos del emperador. Por supuesto que estando en esa posición, Félix consentía los vicios de su señor, y estaba preparado en todo momento a complacer cualquier deseo lascivo de su abominable corazón. Gracias a esto fue promovido, y escaló todos los peldaños del sistema de ascensos en Roma, hasta que obtuvo el cargo de gobernador de Judea. Siendo gobernador allí, cometía todo tipo de actos de extorsión que le fueran posibles y llegó a tal extremo, al final, que el emperador Nerón se vio obligado a destituirlo, y habría sido severamente castigado por sus crímenes, a no ser por la influencia que tenía su hermano Palas—otro liberto—with el emperador, a través de quien obtuvo la exoneración no sin antes recibir una

severa reprensión. El historiador romano Tácito, comenta: “él desempeñaba las funciones imperiales en Judea con un alma mercenaria.”

Entonces pueden ver con facilidad cuán apropiado era el discurso, cuando el apóstol Pablo disertaba acerca de la justicia. Félix había sido un extorsionador injusto, y el apóstol seleccionó a propósito la justicia como uno de los tópicos de su discurso.

Junto a Félix estaba sentada Drusila. En el versículo que precede a nuestro texto ella es llamada su mujer. Se dice que era judía. Esta Drusila era la hija de Herodes Agripa, el grande; era una mujer notable en aquella época por sus encantos superlativos, y por su volubilidad desenfrenada. Había estado comprometida con Antioco, quien, a la muerte de Herodes, rehusó casarse con ella. Posteriormente casó con un reyezuelo sirio de nombre Azizo de Emesa, el cual, aunque era un pagano, estaba tan enamorado de ella que se sometió a los más rigurosos ritos de la religión judía para conseguirla en matrimonio. Su amor fue muy mal correspondido, pues en poco tiempo ella lo abandonó por instigación de Félix, y al momento del mensaje de Pablo, estaba viviendo como la mujer del lascivo Félix.

Entonces podemos entender fácilmente por qué el apóstol Pablo, fijando su severa mirada en Drusila, disertó acerca de la continencia, y públicamente censuró tanto a Félix como a Drusila, por la desvergonzada lascivia en la que vivían públicamente.

Y luego ustedes podrán imaginar cuán sorprendentemente apropiado era el último de los temas: “el juicio venidero,” puesto que se había iniciado un juicio y el propio Félix era el juez y Pablo era el prisionero.

Creo, hermanos míos, que no sería muy difícil imaginarnos cuán adecuadamente el apóstol manejó su tema. Yo concibo que Félix esperara tener una gran disquisición sobre algunos temas recónditos del Evangelio. Posiblemente esperara que el apóstol disertara acerca de la resurrección de los muertos. Pensó tal vez que la predestinación, la elección y el libre albedrío serían los tópicos del discurso del apóstol. “En verdad”—pensaría—“me dirá esas cosas profundas y ocultas en las que el Evangelio de Jesús difiere del judaísmo.” Pero no fue así.

En otro lugar, sobre la Colina de Marte, el apóstol hablaría sobre la resurrección; en otro lugar habría podido hablar de la elección, y declarar que Dios era el alfarero, y que el hombre no era sino barro. Pero este no era el lugar para eso; y tampoco este no era el momento propicio para tales temas; este era el momento para predicar los claros preceptos del Evangelio, y para tratar severamente con un hombre malvado que sustentaba un poder eminente.

Conciban entonces el incisivo estilo de sus palabras iniciales: cómo se dirigiría a Félix en lo tocante a la justicia. Puedo imaginarme cómo pondría ante la consideración de Félix a la viuda a quien le había sido arrebatada su herencia, a los niños huérfanos de padre que, desposeídos de la abundancia, eran conducidos a mendigar su pan. Puedo suponer cómo trajo a la mente de ese hombre ruin los muchos sobornos que había recibido cuando impartía justicia. Le recordaría las falsas decisiones que había tomado; quería recordarle cómo los judíos como

nación habían sido oprimidos; cómo por causa de los impuestos habían sido oprimidos en extremo; le presentaría una escena tras otra en las que la avaricia había pasado por encima de la equidad, describiendo valerosa y severamente el carácter preciso del hombre; para luego declarar al final que tales hombres no podrían tener una herencia en el reino de Dios, y pedirle que se arrepintiera de esta su iniquidad, para que sus pecados pudieran ser perdonados.

Luego amable y delicadamente volviéndose a la otra persona, puedo imaginar cómo fijaría sus ojos en Drusila, y le recordaría que ella había perdido todo aquello por lo que una mujer había de vivir, y comentaría solemnemente los más poderosos motivos que prevalecían en su lascivo corazón; y luego, dirigiéndose a Félix, le recordaría que los adulteros, y fornicarios y personas inmundas, no tienen una herencia en el reino de Dios; le recordaría cómo los vicios de un gobernante tienden a contaminar a una nación, y cómo las iniquidades de la nación de los judíos debían en gran medida serles inculpadas a él. Puedo concebir cómo por un instante Félix se mordería los labios. Pablo no le dio oportunidad para que sintiera ira o pasión; pues en un instante, en un arranque de elocuencia apasionada, introdujo el tema del “juicio venidero.” Condujo a Félix a pensar que veía el gran trono blanco, los libros abiertos, y a él mismo siendo denunciado delante de su juez: lo condujo a oír las voces de la trompeta, el “Venid, benditos”; el “Apartaos, malditos.” Lo petrificó, lo clavó en su asiento, abrió sus oídos, y le hizo escuchar, mientras con denuedo severo y apasionado—aunque sus manos estaban amarradas con cadenas—usaba la libertad del Evangelio para reconvenirle.

Puedo concebir muy bien que entonces Félix haya comenzado a espantarse. Aquel que era ruin, y vil, y pérvido, se espantó como un cobarde esclavo, como lo que era realmente; y aunque estaba sentado en un trono, se vio ya condenado. No podríamos decir lo que habría hecho a continuación si el diablo no le hubiera sugerido entonces que era tiempo de levantarse; pues con una prisa impaciente él y Drusila se levantaron del trono. “Ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré.”

¡Escúchenme, entonces, hermanos! Cada ministro debería hacer lo que hizo el apóstol Pablo. Él seleccionó un tópico apropiado para su auditorio. A nosotros nos corresponde hacer lo mismo. Pero ¿acaso no se puede encontrar a muchos ministros que, si se dirigieran a reyes o a príncipes, derramarían delante de ellos la adulación y la lisonja más viles que jamás brotarán de labios mortales? ¿Acaso no hay muchos que, cuando se dan cuenta de que personas grandes y poderosas los están escuchando, adaptando su doctrina, cortan los filos agudos de su predica, y se esfuerzan de una manera u otra por hacerse agradables a su auditorio? ¿Acaso no se puede encontrar a muchos ministros que, si se dirigen a un grupo antinomiano, se limitan a hablar estrictamente de la predestinación y la reprobación? ¿Y no hay ministros que, si se dirigen a un auditorio de filósofos, sólo hablarán de morali-

dad, pero nunca mencionan palabras tales como el pacto de gracia y la salvación por la sangre? ¿Acaso no se podría encontrar a algunos que piensan que el más elevado objetivo del ministro es atraer a la multitud para luego agradarla? ¡Oh, Dios mío, cuán solemnemente debería deplorar cada uno de nosotros nuestro pecado, si sintiéramos que hemos sido culpables en este asunto! ¿Qué importancia tendría haber agradado a los hombres? ¿Hay en ello algo que permita que nuestra cabeza descanse tranquila sobre la almohada de nuestra muerte? ¿Hay en ello algo que nos proporcione valor en el día del juicio o produzca nuestra felicidad cuando nos enfrentemos a Tu tribunal, oh Juez de los vivos y los muertos?

No, hermanos míos, debemos siempre tomar nuestros textos de tal manera que apuntemos hacia nuestros oyentes con todo nuestro poder. Yo espero no predicar nunca *delante* de una congregación; yo deseo siempre predicarles *a* ustedes; tampoco deseo exhibir poderes de elocuencia, ni tampoco pretendería ninguna profundidad de erudición. Yo quiero decir simplemente: “escúchenme, mis semejantes, pues Dios en verdad me envía a ustedes. Hay ciertas cosas que les conciernen y les hablaré de ellas. Ustedes se están muriendo; muchos de ustedes, cuando mueran, han de perecer para siempre; no me corresponde a mí estarlos divirtiendo con algunas cosas profundas que pudieran instruir su intelecto, pero sin entrar en sus corazones; a mi me corresponde poner la flecha en el arco y dispararla a su destino—desenvainar la espada—y aunque la vaina esté más reluciente que nunca, arrojarla a un lado, para que la majestad de la verdad desnuda hiera sus corazones; pues en el día del juicio, exceptuando las predicciones sencillas, todo lo demás será consumido como madera, heno y hojarasca; pero las predicciones claras permanecerán como el oro y la plata y las piedras preciosas que no pueden ser consumidos.”

Pero algunos hombres dirán: “señor, lo ministros no deben ser personales.” Los ministros deben ser personales, y nunca serán fieles a su Señor mientras no lo sean. Yo admiro a John Knox por presentarse, Biblia en mano, ante la reina María, para censurarla severamente. Yo admito que no me gusta exactamente la manera en que lo hizo; pero me encanta el acto en sí. La mujer había sido una pecadora, y él se lo dijo llanamente en su cara. Pero ahora, nosotros pobres y pusiláñimes hijos de nadie tenemos que pararnos y hablar acerca de generalidades; tenemos miedo de señalarlos y hablarles de sus pecados personalmente. Pero—bendito sea Dios—yo he sido liberado de ese miedo desde hace mucho tiempo. No hay ningún hombre que camine sobre la superficie de esta tierra al que no me atreva a reprender. No hay nadie—por relacionado que esté conmigo por lazos de profesión o de cualquier otro tipo—a quien me diera pena hablarle personalmente en todo lo relacionado al reino de Dios; y es únicamente por ser intrépidos y valerosos, y por convencer de la verdad, que estaremos limpios al final de la sangre de nuestros oyentes.

Que Dios nos conceda el poder de Pablo, para que podamos disertar sobre lo temas apropiados, y que no seleccionemos generalidades

cuando debamos decir la verdad para convencer a la conciencia de nuestros oyentes. Después de todo, el apóstol Pablo no necesita ningún elogio. El mejor elogio que podría rendirse al apóstol fue el comentario de que “Félix se espantó.” Y eso nos conduce a la segunda parte de nuestro tema.

II. “FÉLIX SE ESPANTÓ.” Sí, el pobre prisionero, sin contar con nada que le ayudara en la predicación de la verdad, y más bien, teniendo todo en contra: las cadenas, el uniforme de prisionero, la imagen de uno que había promovido la sedición en una nación; este pobre presidiario, con mano creyente tomó la espada de la verdad, y con esto partió las coyunturas y los tuétanos. Le arrancó los bigotes al león en su guarida. ¡Aún ahora le veo mirando severamente al gobernador en su cara, atacándolo en su corazón, rebatiendo sus excusas, hundiendo la palabra en él con la bayoneta de la verdad, echándolo de cada uno de los refugios de mentiras, y llegando a espantarlo!

¡Oh, qué maravilloso es el poder del Evangelio predicado! ¡Oh cuán poderosa es la verdad de que Dios está con el ministerio porque cuando los reyes de la tierra consultan unidos todavía desfallecen ante él! ¿Quién es aquel que no ve aquí algo más que elocuencia humana, cuando un prisionero se convierte en juez y el principio que está sobre el trono se convierte en el criminal?

“Félix se espantó.” ¿No hay algunas personas aquí presentes que hayan experimentado los mismos sentimientos que Félix? Algun ministro de habla sencilla les dijo algo que era más bien demasiado sencillo para ustedes. Al principio se enojaron; después que lo pensaron bien, y conforme el hombre proseguía en su discurso, ustedes se sintieron mortificados por haberle dado la oportunidad de que los expusiera de esa manera, según lo imaginaban.

Luego les vino un mejor pensamiento, y vieron de inmediato que el hombre no tenía ninguna intención de insultarlos personalmente; y luego sus sentimientos cambiaron. Una centella tras otra brotaba de sus labios; parecía el propio ‘Júpiter Tonante’ sentado en su trono, arrojando rayos de sus labios. Ustedes comenzaron a temblar. “En verdad aquí está un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho siempre; ¿acaso no es este un hombre enviado de Cristo?” ¡Ah, y de esta manera han dado su testimonio de la verdad del Evangelio! Aunque no hayan sentido su poder para su salvación, han sido testigos involuntarios de que el Evangelio es verdadero; pues han sentido su poder cuando ha puesto sus rodillas a temblar, y sus ojos derramaron muchas lágrimas.

Pero ¿qué es lo que hace que los hombres se espanten bajo el sonido del Evangelio? Algunos dicen que es su conciencia. Sí, y sin duda lo es en algún sentido. El poeta dijo: “la conciencia nos hace cobardes a todos”; y, ciertamente, cuando la exposición del ministro es fiel y pertinente a nuestro propio caso, la conciencia, si no está completamente cauterizada y muerta, hará sonrojar nuestras mejillas. Pero yo entiendo que la conciencia en sí misma es tan completamente corrupta, con-

juntamente con todos los otros poderes de la condición humana, que nunca haría que un hombre fuese tan lejos como llegar a espantarse, si no hubiese algo que obrara en la conciencia, y sólo fuese confiada a la obra de su propia fuerza natural.

Hermanos míos, yo creo que lo que algunas personas llaman convicción natural es, después de todo, la obra del Espíritu. Algunos teólogos muy profundos son tan entusiastas de la doctrina que afirma que el Espíritu Santo obra siempre eficazmente, que opinan que el Espíritu no puede obrar nunca una emoción transitoria en el alma de un hombre: ellos imputan tales cosas a la conciencia. Y si ven a un hombre como Félix, espantado, ¡dicen que se trata de la conciencia natural!

Ahora, ellos no ven que en esto están tocando otra doctrina igualmente amada por ellos—la doctrina de la depravación total—pues si los hombres son totalmente depravados por naturaleza, entonces, como espantarse es algo bueno, no serían capaces ni siquiera de eso sin alguna influencia del Espíritu Santo.

El hecho es, querido lector, que el Espíritu Santo obra de dos maneras. En los corazones de algunos hombres Él obra con Gracia restrictiva solamente, y la Gracia restrictiva, aunque no los salve, es suficiente para impedirles que se entreguen a los vicios corruptos y evidentes a los que se entregan algunos hombres que se quedan por completo sin los constreñimientos del Espíritu.

Ahora, en Félix había alguna pequeña porción de esta Gracia restrictiva; y cuando el apóstol le presentó el Evangelio, esta Gracia restrictiva revivió su conciencia, y condujo a Félix a espantarse. Noten que el hombre puede resistir y en efecto resiste esta Gracia restrictiva; pues, no obstante que el Espíritu Santo es omnisciente y que no puede ser resistido nunca cuando obra omnipotentemente, sin embargo, al igual que el hombre fuerte algunas veces no ejerce toda su fuerza sino que se esfuerza con su dedo, por ejemplo, de tal manera que permite que incluso un mosquito o una hormiga lo dominen, así mismo el Espíritu Santo obra algunas veces sólo temporalmente y por buenos y excelentes propósitos, que siempre logra; pero Él permite que los hombres apaguen y resistan Sus influencias, de tal forma que la salvación no es asequible de esa forma.

Dios el Espíritu Santo puede obrar en los hombres algunos buenos deseos y sentimientos, y sin embargo, podría no tener ningún propósito de salvarlos. Pero noten que ninguno de estos sentimientos son cosas que acompañen la salvación, pues si así fuera, continuarian. Pero Él no obra omnipotentemente para salvar, excepto en las personas de Sus propios elegidos, a quienes ciertamente atrae a Sí. Entonces, yo creo que el espanto de Félix ha de ser explicado por la Gracia restrictiva del Espíritu que revivió su conciencia e hizo que se espantara.

Pero ¿qué se dirá de algunos de ustedes que nunca se espantan? Tú has venido aquí esta mañana con tu rostro de bronce y con tu corazón insolente y altivo. Has estado vociferando tus blasfemias contra el alto cielo; y ahora permaneces incombustible y desvergonzado en la casa de

Dios. Aunque un Baxter resucitara de los muertos, y con conmovedoras lágrimas y suspiros predicara el Evangelio, tú te reirías y te burlarías; aunque Boanerges, con una lengua de trueno viniera y te predicara, tú fruncirías el labio y encontrarias alguna falla en su oratoria, y sus palabras nunca alcanzarían tu corazón.

¡Oh generación impía! ¡Cómo Dios los ha dado por perdidos, y cómo los ha embelesado el infierno! ¡Oh raza de hacedores de maldad! ¡Niños que son corruptores! ¡Cuán cauterizados están! ¡Mi alma lee con una mirada profética la escritura sobre la pared! Ustedes ya han sido condenados; ustedes dejaron atrás toda esperanza, “árboles otoñales, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados.” Pues en el hecho de que ustedes no se espantan, hay una prueba no sólo de su muerte sino de su positiva putrefacción. Han de morir como son, sin esperanza, sin confianza ni refugio; pues quien ha perdido el sentimiento ha perdido la esperanza; el que ya no tiene conciencia ha sido abandonado por Dios el Espíritu Santo, y ya no contendrá con él para siempre.

III. Y ahora, pasando rápidamente este punto del auditorio esparcido, llegamos a continuación a LA LAMENTABLE DESILUSIÓN que experimentó Pablo, cuando vio que Félix se levantaba con celeridad, y lo despedía de su presencia. “Es maravilloso”—dijo una vez un hombre a un ministro—“es maravilloso ver a toda una congregación conmovida hasta las lágrimas por la predicación de la Palabra.” “Sí”—respondió ese ministro—“es maravilloso; pero yo conozco una maravilla diez veces mayor que esa: la maravilla es que esa gente se limpie sus lágrimas tan rápido, y olvide lo que ha escuchado.”

Es maravilloso que Félix se espantara delante de Pablo; es más maravilloso aún que Félix dijera: “Ahora vete.” “Es extraño, es sorprendentemente extraño,” que cuando la palabra toca la conciencia, aun entonces el pecado tiene tal poder sobre los hombres que la verdad puede ser resistida y expulsada del corazón.

¡Félix, infeliz Félix! ¿Por qué es que te levantas de tu asiento en el tribunal? ¿Es tal vez porque tienes muchos asuntos que resolver? Detente, Félix; deja que Pablo te hable un minuto más. Tú tienes negocios: pero ¿no te importa tratar los asuntos de tu alma? ¡Detente, hombre infeliz! ¿Acaso estás a punto de ser un extorsionador otra vez; de nuevo vas a darle mayor peso a tus riquezas personales? Oh, detente: ¿no puedes dedicar otro minuto a tu pobre alma? Ha de vivir para siempre: ¿no has reservado nada para ella, ninguna esperanza en el cielo, nada de la sangre de Cristo, ningún perdón de pecado, ningún Espíritu santificador, ninguna justicia imputada? ¡Ah, hombre!, habrá un tiempo cuando el asunto que te parezca más importante demostrará no haber sido sino una ensueño, un pobre sustituto para las sólidas realidades que tú has olvidado.

Acaso respondes: “no, el rey me ha hecho un encargo urgente; debo atender asuntos de César.” ¡Ah, Félix!, pero tú tienes un monarca más grande que César: hay uno que es Emperador del cielo y Señor de la tierra: ¿no puedes dedicarle un momento para ejecutar Sus manda-

tos? Delante de Su presencia César no es sino un gusano. ¡Hombre!, ¿obedecerás a uno, y despreciarás a otro? ¡Ah, no! Yo sé lo que no te atreves a decir. Félix, tú te estás apartando de nuevo para entregarte a tus placeres lascivos. ¡Vete, y que vaya Drusila contigo! ¡Pero detente! ¿Te atreverías a hacer eso con esas últimas palabras resonando en tus oídos: “el juicio venidero”? ¡Cómo!, ¿acaso repetirás esa inexcusable tardanza que ya te ha condenado, y regresarás a empapar tus manos con la lascivia, y condenar doblemente tu espíritu, después de las advertencias sentidas y oídas? ¡Oh, hombre!, yo podría llorar por ti al pensar que como el novillo va al matadero, y como la oveja lame el cuchillo, así también te diriges al pecado que te destruye y a la concupiscencia que te arruina.

Ustedes también, muchos de ustedes, han quedado grandemente impresionados bajo el ministerio. Pero yo sé lo que han dicho la mañana del lunes, después de los profundos escudriñamientos de corazón efectuados el día domingo; han dicho: “debo atender mis negocios, debo cuidar de las cosas de este mundo.” ¡Ah!, van a decir eso un día cuando el infierno se ría en su cara por su insensatez. ¡Piensen en los hombres que están muriendo cada día diciendo: “hemos de vivir,” pero que olvidan que han de morir! ¡Oh, pobre alma, que te preocupas por esa casa, por tu cuerpo, y descuidas al huésped que vive dentro!

Otro replica: “he de tener un poco más de placer.” ¿Llamas placer a eso? ¡Cómo!, ¿puede haber placer cuando entregas a tu alma al suicidio; placer cuando desafias a tu Hacedor, cuando pisoteas Sus leyes y desprecias Su gracia? Si esto es placer, es un placer en relación al cual los ángeles lloran. ¿Qué, hombre, considerarás eso un placer cuando estés a punto de morir? Por sobre todo, ¿considerarás eso un placer cuando te presentes delante del tribunal de tu Hacedor al fin? Es extraño el engaño que te conduce a creer una mentira. No hay placer en eso que atrae la ira sobre tu alma hasta un grado sumo.

Pero la respuesta usual es: “todavía hay suficiente tiempo.” El joven dice: “déjame en paz hasta que me vuelva viejo.” Y tú, anciano, ¿qué dices? Puedo suponer que la juventud espere con satisfacción la vida, y cuente con encontrar un momento futuro más conveniente. Pero hay algunos de ustedes sobre los que han soplado setenta inviernos. ¿Cuándo esperan encontrar una ocasión propicia? Están a pocos días de marcha de la tumba: si sólo abrieran sus pobres ojos lánguidos podrían ver a la muerte a una pequeña distancia de ustedes. ¡Los jóvenes pueden morir; los viejos deben morir! Dormir en la juventud es morir en el asedio; dormir en la ancianidad es dormitar durante el ataque. ¡Cómo, hombre!, tú que estás tan cerca del tribunal de tu hacedor, ¿lo desecharás ahora con un “Ahora vete”? ¡Cómo!, ¿pondrás dilaciones ahora, cuando el cuchillo está puesto en tu garganta; cuando el gusano está en el corazón del árbol, y las ramas han comenzado a marchitarse; cuando las muelas ya no funcionan ahora porque son sólo unas cuantas, y las ventanas de los ojos están oscurecidas? ¡La hoja amarilla y marchita ha aparecido en ti, y tú estás todavía desprevenido para tu condena! ¡Oh, hombre!, de todos los necios, un necio de cabellos

canos es el peor que pudiera encontrarse. Con un pie en el sepulcro y otro pie en el cimiento de arena, ¿cómo habría de describirte, sino diciéndote como le dijo Dios al rico: “Necio, en unas cuantas noches más vienen a pedirte tu alma”? ¿Y entonces dónde estarás?

Pero aun así, el clamor común es: “hay tiempo suficiente.” Incluso el moralista mundano dijo: “tiempo suficiente es siempre insuficiente.” ¡Tiempo suficiente, hombre! ¿Para qué? Seguramente has gastado tiempo suficiente en el pecado: “Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles.” ¡Cómo!, ¿tiempo suficiente para servir a un Dios que entregó Su vida por ti? ¡No!, la eternidad no será demasiado larga para expresar Sus preces, y por tanto no puede ser demasiado largo el tiempo de amarlo aquí, y servirle los pocos días restantes que habrás de vivir en la tierra. Pero ¡detente! Voy a razonar contigo. ¡Vamos, Félix! No te irás esta mañana hasta que mi alma entera se haya derramado en ti, no hasta que te haya abrazado, y haya tratado de detenerte esta vez para que no le des la espalda a quien te invita a que vivas. Tú respondes: “en otra oportunidad.” ¿Cómo sabes tú que volverás a sentir alguna vez lo que sientes ahora? Esta mañana, tal vez, una voz está diciendo en tu corazón: “Prepárate para venir al encuentro de tu Dios.” Mañana esa voz será acallada. Los alborozos del salón de fiestas y del teatro apagarán esa voz que te advierte ahora, y tal vez no la oigas nunca más.

Los hombres reciben sus advertencias, y todas las personas que pecen han recibido una *advertencia final*. Tal vez esta sea tu última advertencia. Se te dice hoy que a menos que te arrepientas, debes pecer; a menos que pongas tu confianza en Cristo, has de ser desecharo para siempre. Tal vez nunca volverán a advertirte unos labios honestos; tal vez nunca te mirarán afectuosamente otra vez unos ojos llenos de lágrimas; Dios está jalando las riendas duramente para detener tu concupiscencia; tal vez, si hoy das coces contra el bocado del freno, y prosigues locamente tu carrera, Él echará las riendas tras tu espalda, diciendo: “Déjalo”; y luego es una oscura carrera de obstáculos entre la tierra y el infierno, y correrás en ella en loca confusión, no pensando nunca en un infierno hasta que te encuentres más allá de toda advertencia, más allá del arrepentimiento, más allá de la fe, más allá de la esperanza.

Pero además: ¿cómo sabes tú—si volvieras a tener de nuevo estos sentimientos alguna vez—que Dios te aceptará entonces? “Hoy”—dice—“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.” En esta hora Su amor llora por ti, y Sus entrañas te anhelan vivamente. Hoy dice: “Venid luego...y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” ¿Pones hoy un oído sordo a Sus palabras? ¿Desprecias hoy Su invitación y desdeñas Su advertencia? ¡Pon atención! Un día podrías necesitar lo que ahora desprecias, y entonces podrías clamar a Él, pero no te oirá; podrías entonces suplicarle, pero Él desechará tu oración, y Su única respuesta

será: “*¡Yo llamé!*” ‘Recuerda el Surrey Music Hall aquella mañana!’ “*Yo llamé, y no quisiste oír.*” Tú estabas apoyado contra esa columna bajo el balcón; *¡Yo llamé, y tú rehusaste!* Extendí mi mano, como queriendo atraerte a mi pecho, *y no hubo quien atendiese.* Tú estabas allí en el balcón; escuchabas, pero era como si no oyeras; por tanto,” y ¡oh, qué terrible conclusión!: “*También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis.*” ¡Alto! Esas no son mis palabras; son las palabras de Dios.

Vayan al libro de Proverbios, y las encontrarán allí. Sería algo duro que yo dijera eso de Dios; pero Dios lo dice de Sí mismo, y Dios es veraz, aunque todo hombre sea mentiroso; y si Él es veraz, ¿cómo sabes tú que no menospreciará tu oración un día, que no escuchará tu clamor, y que te proscribirá para siempre?

Pero además, ¿cómo sabes que has de vivir para ser advertido de nuevo? Un ministro dijo una vez —cuando yo le sugerí delicadamente que no había predicado el Evangelio esa mañana: “no, no tenía la intención de predicar a los pecadores en la mañana; pero les voy a predicar en la noche.” “¡Ah!”—respondí—“¿pero qué pasaría si alguien de tu congregación de la mañana esté en el infierno antes de que llegue la noche?”

Lo mismo podría decirte a ti. Has prometido ir hoy a la casa de un amigo, y piensas que no puedes romper esa promesa; quisieras poder hacerlo. Quisieras poder ir a casa y caer de rodillas y orar; pero no, no puedes hacerlo, porque tu promesa te ata. ¡Tendrás un momento propicio uno de estos días! ¡Y así el Dios Todopoderoso ha de esperar la conveniencia del hombre! ¿Cómo sabes que vivirás hasta que esa conveniencia se presente?

Un poco de calor en exceso, o demasiado frío dentro del cerebro; un flujo demasiado rápido de la sangre, o una circulación demasiado lenta de la misma; basta que los fluidos del cuerpo se vayan por el lugar equivocado, y ¡estás muerto!—

***“Los peligros pululan por todo el terreno,
Para cargarte a la tumba,
Y torvas enfermedades aguardan en derredor,
Para apresurar a los mortales al hogar.”***

¡Oh!, ¿por qué te atreves entonces a posponerlo diciendo: “todavía tengo tiempo suficiente”? ¿Será salvada tu alma jamás porque digas: “todavía tengo tiempo suficiente”? Muy bien dice el arzobispo Tillotson: “un hombre podría decir: estoy resuelto a comer, pero la resolución de comer nunca alimentará su cuerpo. Un hombre podría decir: estoy resuelto a beber, pero la resolución de beber nunca apagará su sed.” Y tú podrías decir: “estoy resuelto a buscar a Dios con el tiempo”; pero tu resolución no te salvará. No es el oyente olvidadizo sino el hacedor de la palabra el que será bendecido por ella.

Oh, que pudieras decir ahora: hoy, Dios mío, hoy yo confieso mi pecado; hoy te pido que manifiestes Tu gracia; hoy recibe mi alma culpable, y muéstrame la sangre del Salvador; hoy yo renuncio a mis necesidades, a mis vicios, y a mis pecados, constreñido por la Gracia sober-

rana; hoy desecho mis buenas obras como mi base para confiar; hoy clamo—

***“Nada en mis manos traigo,
¡Simplemente a Tu cruz me aferro!”***

¡Oh, feliz es aquel ministro que tenga un auditorio así! ¡Ese ministro sería más feliz que Pablo si supiera que su congregación ha dicho esto! Ven, oh Espíritu Santo, y atrae a los corazones renuentes y haz que se inclinen delante del cetro de la gracia soberana.

Predicar, ustedes pueden verlo, hace que pierda mi voz. ¡Ah!, no es eso. No es la predicación, sino el estar suspirando por sus almas lo que representa un duro trabajo. Yo podría predicar indefinidamente: podría pararme aquí día y noche para hablarles del amor de mi Señor, y advertir a las pobres almas; pero lo que me afecta es el pensamiento posterior que me seguirá cuando descienda las escaleras de este púlpito: que muchos de ustedes, amigos míos, desdeñarán esta advertencia. Ustedes se irán; saldrán a la calle; bromearán; se reirán. Mi Señor dice: “hijo de hombre, ¿has oído lo que los hijos de Israel dicen de ti? He aquí, tú eres como uno que toca una tonada con un instrumento; gozan contigo y luego siguen su camino.” Sí, pero eso no tendría importancia. Que se rían de mí no es gran molestia para mí. Puedo gozarme con las burlas y los desprecios; las caricaturas, las sátiras y las calumnias son mi gloria; de estas cosas me jacto, en estas cosas me gozo.

Pero que ustedes se aparten de su propia misericordia, esa es mi aflicción. ¡Escúpanme, pero, oh, arrepiéntanse! ¡Ríanse de mí: pero, oh, crean en mi Señor! Conviertan mi cuerpo en la basura de las calles, si quieren: ¡pero no condenen su propia alma! Oh, no desprecien su propia misericordia. No desechen el Evangelio de Cristo. Hay muchas otras formas de hacerle al tonto además de esa. Lleven carbones en su pecho; golpeen sus cabezas contra la pared para que otros necios se rían: pero no condenen sus almas por el simple objetivo de ser necios.

Dedíquense con seriedad a un tema serio. Si no hubiese un más allá, vivan como quieran; si no hubiera un cielo, si no hubiera un infierno, ríanse de mí. Pero si estas cosas son ciertas, y creen en ellas, los exhorto—puesto que los veré en el tribunal del Señor Jesús en el día del juicio—los exhorto, por su propio bienestar inmortal, que reciban estas cosas en el corazón. ¡Prepárense a venir al encuentro de su Dios, oh hijos de Israel! Y que el Señor les ayude en esto; por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #171 – Volumen 4
PAUL'S SERMÓN BEFORE FELIX

Escudriñad las Escrituras

NO. 172

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

17 DE ENERO DE 1858,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.

***“¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme
a esto, es porque no les ha amanecido.”***

Isaías 8:20.

¡Cuando los hombres no quieren aprender de Dios, cuán colosal se vuelve su locura! ¡Si desprecian la sabiduría que es de lo alto, Dios permite que comprueben su propia ignorancia muy dolorosamente! Cuando el hombre no quiere postrarse delante del Dios Altísimo inmediatamente se construye un ídolo; hace una imagen de madera o de piedra y se degrada postrándose delante de la obra de sus propias manos. Cuando los hombres no quieren recibir el testimonio de la Escritura con respecto a la creación de Dios, en seguida comienzan a desarrollar teorías que son mil veces más ridículas que lo ridículo que pretenden encontrar en el texto bíblico, pues, si no quieren aceptar la solución de Dios al problema, Él los deja que busquen otra a tientas, y su propia solución es tan absurda, que con la sola excepción de ellos, todo el mundo tiene el suficiente sentido para reírse de lo que dicen. Y cuando los hombres abandonan el Libro Sagrado de la Revelación, ¡ah!, amigos míos, ¿adónde van? Nos enterramos que en la época de Isaías acudían a lugares extraños pues en el versículo 19 se afirma que preguntaban a los encantadores, a los adivinos que bisbiseaban y murmujeaban (1); sí, consultaban por los vivos a los muertos y se convertían en crédulos seguidores de nigromantes. Es asombroso que los hombres que más ferozmente llenan de vituperios a la fe sean notables por su credulidad. Uno de los mayores incrédulos del mundo, quien se ha autodenominado un libre pensador desde su nacimiento, camina ahora tambaleante hacia su tumba creyendo en un extremado dislate que hasta un niño podría refutar. Sin preocuparse por tener a Dios en sus corazones, renunciando a la fuente viva, se han cavado cisternas rotas que no retienen el agua. ¡Oh, que cada uno de nosotros fuera más sabio, que no abandonáramos la buena senda antigua ni dejáramos el camino que Dios ha preparado para nosotros! Si despreciamos la guía de un Padre infalible no es de extrañar que viajemos entre espinos y abrojos y que desgarremos nuestra propia carne, y peor aun, que tropecemos en montes de oscuridad y nos perdamos en el fondo de sus precipicios. Inquieran y lean en la palabra de Dios. ‘Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Jesucristo.’

Yo pienso que en esta crisis particular que sufren los asuntos religiosos, es imperativo que el ministro cristiano exhorte a su pueblo a que sostenga firmemente las doctrinas de la verdad: las palabras de Dios. Pa-

rece probable que la nuestra será una época de predicación más bien que una época de oración. Vemos ahora por todas partes grandes asambleas que se congregan en salones y abadías para escuchar la predicación de la Palabra, y es un signo ominoso de los tiempos que estas predicciones no sólo sean patrocinadas ahora por los ortodoxos, sino aun por aquellos a quienes hemos considerado que son al menos de alguna manera herejes respecto a la antigua fe de la Iglesia Protestante. Por tanto se vuelve algo muy serio pues es muy probable—¿y acaso no lo puede ver todo sabio?—que cualquiera que se levante ahora que tenga algunos poderes de oratoria y algunas dotes de elocuencia, será proclive a atraer a la multitud sin importar lo que predique, aunque la palabra que declare sea tan falsa como es verdadera la Palabra de Dios, y sea tan contraria al Evangelio como es opuesto al cielo el infierno. ¿No parece probable que en esta época atraiga a una multitud de seguidores? ¿Y no es también muy probable que a través de esa caridad espuria que está proliferando ahora entre nosotros que quisiera amordazar las bocas de honestos reprobados, nos resulte difícil reprender al impostor cuando surge y nos sea difícil exponer la falsedad aun cuando sea evidente para nosotros? Estamos ahora tan bien y felizmente compenetrados entre nosotros, y el disconforme y el miembro de la iglesia establecida se han vuelto ahora tan amigables entre ellos, que tenemos que temer menos los efectos de la intolerancia extrema que los efectos del latitudinarianismo. Tenemos razones ahora para subirnos a la atalaya, no sea que se levanten algunos en medio de nosotros—la espuria progenie de estos felices tiempos de alianza evangélica—que reclamen nuestra caridad mientras predicen lo que condenamos de lleno en nuestros corazones. ¿Y qué mejor consejo puede dar el ministro en tiempos como éstos? ¿Qué libro podría recomendarles a sus oyentes? ¿Cómo los mantendrá firmes? ¿Dónde está el ancla que les dará para que la arrojen a las rocas? ¿O dónde están las rocas a las cuales tienen que arrojar el ancla? Nuestro texto es una solución a esa pregunta. Se nos proporciona aquí una grandiosa respuesta a la exhortación: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.”

Primero, esta mañana voy a empeñarme en exhortarlos a llevar *certas* cosas a las que tememos que se les añada una importancia supersticiosa, “a la ley y al testimonio.” En segundo lugar, voy a intentar mostrarles los *buenos efectos* que se presentarán si cada uno de ustedes lleva rígidamente todo lo que oye y cree “a la ley y al testimonio.” Y, en tercer lugar, voy a darles algunas *razones poderosas* por las que deben someterlo todo a esta sagrada piedra de toque; y voy a concluir ofreciéndoles *algún pequeño consejo* acerca de cómo pueden hacer esto verdadera y únicamente.

I. Permítanme que los exhorto a llevar CIERTAS COSAS “a la ley y al testimonio.”

1. Primero, yo quisiera que confrontaran con el Libro de Dios las ideas que fueron engendradas en ustedes por su temprano adiestramiento. La gente tiene muy enraizada la costumbre de decir: “¿No nací en la Iglesia

de Inglaterra? ¿No debería entonces continuar en ella?" O, por otro lado, "¿No practicó mi abuela el bautismo por inmersión? Entonces, ¿no debería continuar yo en la denominación bautista?" ¡Ni Dios quiera que yo dijera algo en contra de sus venerables y piadosos parientes, o que ustedes fueran irrespetuosos con la enseñanza de ellos! Aun cuando no podamos aceptarlo, nosotros siempre respetamos el consejo de ellos en consideración a las personas que nos lo ofrecen, sabiendo que la instrucción que nos dieron, aunque fuera errada, fue, con todo, bien intencionada. Pero como adultos reivindicamos el derecho de no ser alimentados como fuimos alimentados en nuestra supeditada infancia, con un alimento que escogieron por nosotros; reclamamos que debemos tener el derecho de juzgar si las cosas que hemos recibido y que hemos oído son acordes con este Libro Sagrado; y si descubrimos que nuestra instrucción fue desacertada en algo, no consideramos que estemos violando ningún principio de afecto si nos atrevemos a salirnos de nuestras familias y a unirnos a una denominación que sostiene creencias muy distintas de aquellas que nuestros padres abrazaron. Cada uno de nosotros debe recordar que así como Dios ha dado a cada ser humano una cabeza sobre sus hombros, cada individuo está obligado a usar su propia cabeza y no la de su progenitor. Dios le dio un criterio a tu padre. Tanto mejor, el juzgó por sí mismo. Él te ha dado un criterio a ti también; entonces juzga también por ti mismo. Con respecto a todo lo que recibiste en tu primera niñez di: "Bien, no voy a descartar todo eso con ligereza pues pudiera ser oro puro; pero al mismo tiempo, no lo voy a conservar a ciegas, pues pudiera tratarse de dinero falsificado. Voy a estudiar con detenimiento el Libro Sagrado y, en la medida de lo posible, voy a empeñarme en librarme de todo prejuicio. Voy a leer la Biblia como si nunca hubiese oído a ningún predicador o nunca hubiese sido instruido por mis progenitores, y voy a esforzarme por descubrir qué dijo Dios y voy a creer y abrazar lo que Dios dice, sea lo que sea, esperando que por Su gracia haya de sentir también su poder en mi propia alma.

2. Asimismo recuerden evaluar a los predicadores del Evangelio según esta norma. Muchos de ustedes saben muy poco acerca de lo que es el Evangelio. La idea general de la mayoría es que cada uno de nosotros tiene razón; que aunque yo pueda contradecir hoy a otra persona, y alguien más pueda contradecirme a mí, todos tenemos razón; y aunque sea una traición en contra del sentido común creer tal cosa, esa es una idea generalizada. Algunas personas siempre creen lo que dice el predicador más reciente. Si oyeron al hipercalvinista más extremo, al igual que él, aceptarían la plenitud de la doctrina de la reprobación; en caso de que escucharan a la mañana siguiente al más acérrimo arminiano, creerían con él en la más universal de las redenciones y en el más poderoso de los albedríos humanos. Si oyeron después al calvinista genuino, que predica que el hombre se ha destruido a sí mismo pero que en Dios se encuentra su ayuda, tal vez piensen entonces que el hombre se contradice a sí mismo, y por una vez se rebelan contra sus maestros. Pero es probable que si oyeron a esa persona otra vez, se reconciliarían fácilmente con las aparentes contradicciones pues lo que les gusta a ellos es sim-

plemente la presencia del hombre, es simplemente la manera que tiene el hombre de decir las cosas, y no lo que dice. Acabo de oír algo semejante con respecto al santo señor Durham, el escritor de ese libro encantador sobre el Cantar de Salomón. Si yo hubiera vivido en su tiempo, pienso que no hubiera querido oír jamás a ningún otro predicador. De día y de noche me habría sentado esperando recibir los dulces goteos de sus labios de miel. Pero en su tiempo había un joven predicador—su nombre ha caído en el completo olvido—cuya iglesia se llenaba de gente hasta la puerta, y en cambio, la iglesia del señor Durham, que quedaba muy cerca, estaba vacía. La explicación de eso es que a la mayoría de la gente no le interesa lo que se predica, sino la forma de decirlo; y si lo predicado es expresado elegantemente, si es expresado bellamente y es expresado enérgicamente, eso le basta a la gente, aunque sea una mentira; pero si se dice la verdad, no la reciben a menos que vaya acompañada de algunas dotes de oratoria y de elegancia. Ahora bien, al cristiano que ha superado su infancia no le importa cómo se expresa el predicador; para él lo importante es lo que dice. Lo único que se pregunta es: “¿Dijo la verdad?” Se queda únicamente con el grano. Para él la paja no significa nada, y el tamo menos. A él no le importan los arreglos de la fiesta ni la elaboración de los platillos; a él sólo le importa lo que constituye alimento sólido para él mismo.

Ahora, mis queridos amigos, cuando subo a este púlpito yo reclamo el derecho de ser oído pero no reclamo el derecho de que se me crea, a menos que las palabras que digo sean acordes con el Libro Sagrado. Yo deseo que me traten como quisiera que trataran a cualquier otra persona: que nos lleven a cada uno “ja la ley y al testimonio!” Le doy gracias a Dios porque no tengo necesidad de avergonzarme de mi Biblia. Algunas veces me avergüenzo de esta traducción que hicieron de ella, viendo cómo, en algunos puntos importantes, no es fiel a la Palabra de Dios; pero de la propia Palabra de Dios puedo decir que es el varón de mi diestra, mi meditación tanto de día como de noche; y si hubiese algo que predico que sea contrario a esta Palabra, hóllenlo en el cieno, escupan sobre ello y desprécielenlo. La verdad está aquí. Lo que se les pide que reciban no es lo que yo digo, sino lo que dice mi Dios. Pónganme a mí y pongan a todos mis hermanos en la criba; échennos a cada uno de nosotros en el fuego; póngannos en el crisol de la verdad; y lo que no sea acorde con la Palabra de Dios debe consumirse como escoria.

3. Hay otra clase de individuos que es muy contraria a esos seres a los que me he referido. Estos varones son sus propios predicadores: no le creen a nadie sino a ellos mismos y sin que lo sepan, tienen múltiples razones para odiar al Papa, porque “entre colegas siempre hay disensión,” ya que ellos mismos son Papas. Estas personas, cuando oyen que se predica una verdad, no la juzgan por la Biblia sino por lo que creen que debería ser la verdad. Por ejemplo, he oído decir a alguien después de haber oído la doctrina de la elección, o la doctrina de la Redención particular: “Bien, esa doctrina no me agrada, no me gusta.” Y luego comienza a blandir una objeción que ha fraguado en su propio yunque, pero sin intentar jamás citar algún texto de la Escritura para refutar a la doctrina;

sin referirse nunca a algún antiguo dicho de los Profetas se empeña en demostrar que la doctrina es un error, pero sólo juzgándola según su propia opinión, según sus deseos de lo que debería ser la verdad. ¿Qué pensarías de un hombre que le dijera a un astrónomo: "Vamos, de nada sirve que me digas que la constelación de Escorpión tiene tal y tal forma, pues yo te digo que no me gusta su aspecto? Mi querido amigo astrónomo, no pienso que la constelación de Escorpión debiera haber sido hecha de esa forma; y pienso que esta estrella debería haber sido puesta justo aquí, en vez de allí, y entonces todo estaría bien." El astrónomo simplemente le sonreiría, y diría: "tu opinión no tiene ninguna importancia pues no altera los hechos. Si piensas que estoy equivocado, la forma correcta de contradecirme no es diciéndome dónde piensas que deberían estar las estrellas. Simplemente ven y mira a través de mi telescopio y ve dónde *están* las estrellas." Ahora bien, lo mismo sucede con la verdad. La gente dice: "A mí no me gusta una verdad de ese tipo." Esa no es una refutación de esa verdad. La pregunta es: ¿Está en la Biblia? Porque si está allí, nos guste o no nos guste, es un hecho, y todo lo que el ministro tiene que hacer es reportar los hechos que encuentra allí. Vamos, el astrónomo no puede disponer a las estrellas en una fila como si se tratara de una hilera de lámparas de gas, para agradarte; y el ministro no puede poner las doctrinas en la forma en la que tú deseas que sean puestas. Todo lo que el astrónomo hace es ubicarlas, y entonces dice: "así es como están en el cielo"; entonces tú tienes que mirar al cielo para ver si es así. Todo lo que yo tengo que hacer es decirles lo que encuentro en la Biblia; si no les gusta, recuerden que esa no es una refutación, y no me importa que les guste o no les guste. Lo único que cuenta es: ¿está en la Biblia? Si está ahí no voy a detenerme para probarlo. Yo no vengo aquí para demostrar una doctrina en absoluto. Si está en la Biblia, es verdad; ahí está; yo la divulgo; si la rechazas, lo haces para tu propia condenación pues tú mismo crees que la Biblia es veraz, y yo te demuestro que está allí, y por tanto, tiene que ser verdad.

¿Debería ser acorde con tu mente? ¿Quisieras que la Biblia se adaptara a los designios de tu propio corazón? Si lo hiciera, sería algo sin valor. ¿Desearías tener un Evangelio acorde con tus deseos? Entonces, para algunos de ustedes sería un Evangelio que permitiría la lascivia. ¿Desearías tener una revelación diseñada para complacerte en tus lascivias y para que te entregues a tu orgullo? Si es así, has de saber que Dios no condescenderá jamás a alimentar tu altivez o tu desenfreno. La Biblia es un libro semejante a Dios. Él exige tu fe en ese libro, y aunque dieras coches contra él, es una piedra no puede ser quebrada jamás; pero advierte que tú puedes ser despedazado sobre ella, sí, y puede caerte encima y aplastarte hasta convertirte en polvo. Entonces te suplico que cotejes tus propios pensamientos y tus propios sentimientos con la piedra de toque de la verdad, pues "Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido."

4. Y hagan exactamente lo mismo con todos los libros que lean. Esta es una época de escribir libros y de imprimirllos. En estos tiempos, debido a la literatura periódica y a los libros que descansan en nuestros ana-

queles, nuestras Biblia no son muy leídas. Voy a relatarles una historia veraz tal como me fue contada ayer. Érase una vez un joven que ahora estudia para el ministerio, que era tan extraordinariamente ignorante de su propio Biblia que cuando oyó a un joven ministro mencionar la historia de cuando Nabucodonosor fue echado de entre los hombres hasta que su pelo creció como plumas de águila, y sus uñas como las de las aves, al concluir el sermón le dijo al ministro: "Bien, lo que le dijeron a la gente fue una historia muy rara, ciertamente; ¿dónde pescó esa historia?" "Vamos"—le respondió el ministro—"¿no has leído nunca tu Biblia? La puedes encontrar en el Libro de Daniel." El joven había leído muchísimas otras cosas, pero nunca había leído toda la Biblia, y, sin embargo, iba a ser un maestro de ella! Ahora bien, me temo que esa misma ignorancia es muy prevaleciente en muchas personas. No saben lo que contiene la Biblia; podrían decirte lo que está en el *Semanario del Feligrés*, o en el *Semanario del Cristiano*, o en la *Revista del Congregante*, o en la *Revista Wesleyana*, o en la *Revista Bautista*, o en la *Revista Evangélica*, y en todas esas publicaciones; pero hay una antigua revista, una revista de armas, una revista de riquezas que olvidan leer: es ese libro anticuado llamado la Biblia. "¡Ah!"—dijo alguien que estaba a punto de morir, que había sido un gran experto en los clásicos—"¡qué bueno hubiera sido que hubiera pasado tanto tiempo leyendo mi Biblia como el que invertí leyendo a Livio! ¡Qué bueno hubiera sido ser tan riguroso en mis reseñas sobre la Santa Escritura como lo fui en las reseñas sobre Horacio! ¡Oh, que fuéramos sabios para asignarle a la Biblia la mayor parte de nuestro tiempo, y para continuar leyéndola siempre, tanto de día como de noche, para que fuéramos como árboles plantados junto a corrientes de agua, que dan su fruto en su tiempo! Como ministros del Evangelio debemos recordar lo que bellamente dijo M'Cheyne: "Pueden estar seguros"—dijo—"de que es la Palabra de Dios y no el comentario del hombre sobre la Palabra de Dios, lo que salva a las almas"; y yo he observado que si alguna vez llegamos a presenciar una conversión, en el noventa y nueve por ciento de los casos la conversión es más bien atribuible al texto del sermón, o a alguna Escritura citada en el sermón, que a cualquier comentario del predicador, ya fuera trillado u original. La Palabra del Señor es la que rompe los grilletes y libera a los prisioneros; es la Palabra de Dios la que salva instrumentalmente a las almas y, por tanto, tenemos que cotejarlo todo con la piedra de toque. "¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido."

II. Paso ahora a mi segundo punto. Hermanos, permítanme mostrarles algunos de los BUENOS EFECTOS que habrán de obtenerse de un estudio detallado y cuidadoso de la ley y del testimonio de Dios.

1. Primero, recuerden que a menos que estudien la Palabra de Dios, no serán competentes para detectar el error. Si un hombre predicara a sus oídos alguna descarada falsedad, no estarían calificados como jueces para identificar esa falsedad a menos que hayan estudiado la Palabra de Dios. Ni ustedes ni yo estaríamos capacitados para sentarnos como jueces en un tribunal de las cortes superiores de nuestra tierra porque no estamos familiarizados con las complejidades de la ley. No podríamos ci-

tar precedentes, pues no hemos sido instruidos en eso. Y así nadie es capaz de juzgar respecto a lo que oye, a menos que sea capaz de citar la Escritura, a menos que entienda la Palabra de Dios y sea capaz de percibir y saber lo que significa.

Pero oigo que alguien dice que la Biblia es un libro tan difícil que está seguro de que no podría entenderlo nunca. Escúchame bien, amigo: la Biblia es un libro tan claro que quien está dispuesto a entenderlo puede hacerlo; es tan claro que el que corre puede leerlo, y puede leerlo mientras corre; sí, es tan claro, que entre más sencillo sea el hombre puede entenderlo mejor. Todo el adiestramiento que un hombre reciba jamás es más bien un obstáculo que un beneficio cuando se pone a leer la Palabra por primera vez. El conocimiento puede soltar muchos nudos posteriormente y puede quitar el velo de muchos misterios en tiempos posteriores; pero hemos oido decir a críticos de mentes profundas que al principio habrían dado todo el mundo si hubieran podido hacer a un lado todo su conocimiento para leer la Biblia sencillamente como el humilde aldeano la lee, y creerla como la Palabra de Dios, sin las objeciones de la crítica. Ustedes saben cómo la señora Beecher Stowe describe al Tío Tom leyéndola. No podía leerla rápido, de tal forma que la deletreaba letra por letra, y palabra por palabra; y la Biblia es uno de los libros—dice ella—que siempre gana cuando se lee de esa manera. Ustedes recuerdan cómo la leía él: “Que-vuestro-corazón-no-se-;” y luego se detuvo ante una palabra compleja; y por fin la farfulló, y era: “turbe. Creéis en Dios, creed también en mí.” Pues bien, la Biblia se torna más dulce cuando uno se detiene un largo tiempo al leerla; y lejos de que tu falta de instrucción te descalifique para tu entendimiento de la Biblia, te ayuda, pues la mayor parte de ella es más entendible desde la sencillez de tu corazón. Vengan ustedes y escudriñen las Escrituras; no son las misteriosas fábulas o los eruditos volúmenes de difíciles palabras que dicen algunas personas. Este no es ningún libro críptico, como nos diría el sacerdote; es un volumen que el niño que asiste a la escuela dominical puede entender, si el Espíritu de Dios descansa en su corazón. Es un libro que un obrero de manos callosas puede comprender tan bien como el teólogo ilustrado, y muchos de ellos se han vuelto sumamente sabios en él. Repito: lean sus Biblias, para que sean capacitados para detectar el error.

2. Pero, además, a mí no me cae bien el hombre que siempre está buscando el error. Pueden estar seguros de que ese tipo de hombres tienen algún error en su propio corazón. Dicen: “ladrón encuentra a ladron”; y es muy probable que haya algún amor al error en su corazón pues de lo contrario no estarían tan dispuesto a sospechar de él en otras personas. Pero permítanme darles otra razón. Escudriñen sus Biblias, pues, entonces, cuando se vean involucrados en alguna disputa, serán capaces de hablar muy confiadamente. No hay nada que dé al hombre tanto poder entre sus semejantes como la confianza. Cuando me contradicen en la conversación con respecto a cualquier convicción que yo exponga, si tengo la Escritura al alcance de mi mano, entonces me río de mi oponente, y aunque él sea muy sabio y haya leído diez veces más libros de los que yo haya simplemente visto, yo sencillamente le sonrío, si

puedo citar la Escritura. Entonces estoy confiado, estoy seguro y tengo certeza respecto al asunto, pues “Jehová ha dicho así” es un argumento que nadie puede refutar. Cuando un hombre tiene que hablar de una manera desconfiada, luce como un tonto. Siempre pienso que ciertos ministros elegantes que tienen miedo de ser llamados dogmáticos, y que por tanto, proponen el Evangelio como si a duras penas quisieran decir que estaban seguros de que es verdadero—como si lo pensaran, como si casi lo pensaran—con todo no lo pensaron lo suficiente para decir lo que sabían y más bien dejan que lo decidan sus oyentes. Siempre pienso que al hacerlo demuestran la pequeñez de sus mentes. Dudar pudiera ser algo grande, pero es algo grande no hablar mientras estás dudando, y no abrir tu boca hasta que creas, y entonces, cuando abres tu boca para decir algo que sabes que es cierto te adhieres a ello, no como una opinión, sino como un hecho incontrovertible. Nadie hará mucho en medio de sus semejantes hasta que pueda decir confiadamente lo que sabe que ha sido revelado.

Ahora, lectores de la Biblia, ustedes pueden alcanzar esta confianza, pero no pueden encontrarla en ninguna otra parte sino a los pies de la Escritura. Si sólo oyen a los ministros, serán inducidos a la duda, pues uno de ellos confundirá lo que su hermano buscaba demostrar; pero si leen sus Biblias, cuando tengan la Palabra legible bajo su propia luz, impresa en sus corazones por el Espíritu Santo, entonces—

***“Si todas las formas que los hombres inventan
Asaltaran tu fe con arte traicionero,
Tú las llamarías vanidad y mentiras,
Y atarás a tu corazón el Evangelio.”***

3. Además, escudriñen las Escrituras y sometan todo lo que oigan a esa gran prueba, porque haciéndolo obtendrán una rica cosecha de bendiciones para su propia alma. No creo que haya un solo texto en la Santa Escritura que no haya sido un instrumento de la salvación de un alma. Ahora bien, “quien camina entre hombres sabios será sabio, y quien camina en medio de los hombres sabios que escribieron la Santa Escritura tiene al menos la más alta probabilidad de ser hecho sabio para salvación. Si yo deseara ponerme en el lugar ideal para que el Señor se reúna conmigo, yo preferiría la casa de oración, pues es en la predicación que la Palabra es más bendecida; con todo, desearía igualmente la lectura de las Escrituras, pues puedo hacer una pausa en cada versículo, y decir: “este versículo fue bendecido para muchas almas; entonces, ¿por qué no habría de ser bendecido para mí? Por lo menos estoy junto al estanque de Betesda; voy caminando en medio de sus pórticos, ¿y quién sabe si el ángel agitará el estanque de la Palabra mientras yazgo impotente a uno de sus costados en espera de la bendición? Sí, es tan grande la verdad de que Dios ha bendecido cada palabra de la Escritura, que yo recuerdo una asombrosa anécdota sobre la conversión de un hombre gracias a un pasaje de la Escritura que no parecía apropiado para un propósito semejante. Ustedes conocen aquel capítulo de Génesis, ese capítulo muy opaco en donde leemos: “Fueron, pues, todos los días de Matusalén novecientos sesenta y nueve años; y murió,” y fulano de tal vivió tantos años y murió. Nos hemos enterado de que una vez fue leído en público y un

hombre que escuchaba esa lectura, al oír la frecuente repetición de: “y murió,” pensó: “¡Ah, y yo me voy a morir!” Y fue la primera nota de advertencia que penetró en su conciencia cauterizada, y fue el instrumento de Dios para llevárselo a Jesús. Ahora, lean las Escrituras por esta razón. Si desean la salvación, y si están anhelando vivamente la misericordia, si sienten su pecado y necesitan la salvación, vengan a este mar de amor, a este tesoro de luz, a este guardarropa de suntuosos trajes, a esta fuente de bienaventuranza; vengan ustedes, y vean cómo son suplidadas sus necesidades por medio de la plenitud de las riquezas de Jesús, quien es “presentado claramente”—en esta Palabra—“entre vosotros como crucificado.”

III. Y ahora, tan brevemente como me sea posible, permítanme exhortarlos nuevamente a una constante y perpetua lectura de la Palabra de Dios, no sólo por las razones expuestas hasta ahora, sino por otras más importantes. Han salido muchos falsos profetas en el mundo; yo les suplico, entonces, si no quieren ser engañados, que sean diligentes en el estudio de la Palabra de Dios. Según nos informa el doctor Livingstone, en ciertos tramos de sus viajes sus guías eran tan ignorantes o estaban tan decididos a engañarlo que habría sido mucho mejor viajar sin ellos que con ellos; él tenía que referirse constantemente a su brújula para no ser engañado. Ahora, yo no diría alguna cosa dura si no creyera que es verdad; pero yo pienso solemnemente que hay algunos supuestos maestros de la Palabra, que son ya sea ignorantes de las cosas espirituales en sus propios corazones, o están tan resueltos a predicar cualquier cosa menos a Cristo, que podrías estar mejor sin ellos que con ellos; y por eso tienen una absoluta necesidad de referirse perpetuamente a esta grandiosa brújula mediante la cual únicamente pueden encauzar su camino. Yo desprecio una caridad que después de todo no es caridad. Tengo que decirles lo que creo. Algunos quisieran que yo dijera desde aquí: “Todos los que son eminentes predicadores son ciertamente predicadores fide-dignos.” Ahora bien, yo no puedo afirmar eso. Cuando oigo que un hombre predica la doctrina de la Justificación sólo por la Fe, por medio de los méritos de Cristo, yo le extiendo mi mano y lo llamo ‘mi hermano,’ porque está en lo correcto en cuanto a lo esencial; pero al hacer esto estoy muy lejos de aprobar muchas de sus otras convicciones. Pudiera ser que él niegue el poder eficaz del Espíritu en la conversión; pudiera ser que no sostenga la doctrina de la total depravación de la raza humana, que no insista en la libre gracia soberana, que no predique ni enseñe la doctrina de la sustitución y de la satisfacción por medio de Cristo. Ahora, yo no me voy a engañar diciéndoles que en lo que ese hombre difiera de la Palabra de Dios tiene razón. Sin duda ese hombre podría ser bendecido para la salvación de ustedes; pero pudiera haber una maldición en su ministerio a pesar de todo, de manera que aunque pudieran ser salvados por su ministerio, pudieran quedar sujetos a servidumbre durante toda su vida por culpa de él, y pudieran andar gimiendo en vez de estar cantando; pudieran andar sollozando en vez de experimentar una sagrada explosión de alegría. Tú estudias con tal y tal individuo que fue el instrumento de tu conversión pero él te dice que tu salvación depende de ti

mismo y no del poder de Cristo. Él insiste en que tú, después de todo, puedes perder la gracia y ser echado fuera; él te dice que aunque seas salvo, Dios no te ama más de lo que amó a Judas; que no hay tal cosa como un amor especial, que no hay tal cosa, en efecto, como la ‘elección.’ Él te dice que otros podrían haber venido a Cristo, igual que tú, y que no hubo ningún poder especial aplicado a tu caso, que fuera mayor que cualquier otro. Bien, si no te conduce a gloriarte en el hombre, a engrandecer a la carne, y algunas veces a confiar en ti mismo, o por el contrario, si te condujera a turbarte cuando no hay necesidad de sentir turbación, yo me maravillaría, ciertamente, en la medida que su doctrina sea falsa y tienda a extraviarte. Podría ser el instrumento de tu salvación, y con todo, podría fallar en muchos puntos en ministrarte para tu edificación y consuelo. Por tanto, si no quieres ser confundido de esa manera, escudriña las Escrituras.

Pero, ¡ah!, hay un grave peligro de ser conducido radicalmente al extravío. Pudieran oír todo lo que el ministro diga, pero él podría olvidar decirles la parte vital de la verdad; pudiera tratarse de alguien que se deleita en las ceremonias, pero que no insiste en la gracia que contienen; él podría proponerles la rúbrica y el sacramento, y decirles que hay eficacia en la obediencia al uno y en la atención al otro, pero podría olvidar decirles que: “el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede ver el reino de Dios.” Ahora bien, bajo un ministerio así no sólo podrían ser conducidos al extravío, sino que, ¡ay!, podrían ser destruidos por completo. Pudiera ser alguien que insista mucho en la moralidad de la vida; podría decirte que seas honesto, justo, y sobrio; pero tal vez pudiera olvidar decirte que se requiere de una obra más profunda que la mera moralidad; pudiera recorrer la superficie pero sin hundir nunca la lanceta en la profunda úlcera de la corrupción de tu corazón. Él pudiera darte una dosis paliativa, alguna medicina que pudiera aquietar tu conciencia, pero podría no decirte nunca: “No hay paz para los malos, dijo Jehová”; pudiera ser uno de esos que profetiza cosas pulidas, que no quiere turbarte. Y, ¡oh!, recuerda que tu ministro pudiera ser un instrumento en las manos de Satanás para vendar tus ojos y conducirte al infierno, mientras tú pensabas en todo momento que ibas en camino al cielo. Ah, y óiganme todavía: yo no me excluyo de mi propia censura. Pudiera ser posible—yo le pido a Dios que no sea así—que yo mismo pudiera haber confundido la lectura de la Santa Escritura, que pudiera haberles predicado “un evangelio diferente; no que haya otro”; y por tanto, exijo de ustedes que mi propia enseñanza, y la enseñanza de cualquier otro hombre, ya sea escrita o de palabra, sea siempre llevada “¡a la ley y al testimonio!,” para que no los engañemos y no los conduzcamos al extravío. ¡Ah!, queridos oyentes, sería algo terrible que yo fuera el instrumento de conducir a cualquiera de ustedes al abismo. Aunque en alguna medida su sangre ha de ser sobre mi cabeza si yo los engañara, con todo, yo les suplico que recuerden que yo no soy responsable por sus almas más allá del punto donde mi poder me lleve. Si son conducidos al error por mi culpa, después de esta solemne declaración mía, serán ustedes tan ciertamente culpables como si yo nos los hubiera guiado al error; pues yo les encargo

que así como aman a sus propias almas, así como quieren garantizar la eternidad, no pongan más confianza en mí de la que pondrían en cualquier otro hombre, sólo en la medida que pueda demostrar por el infalible testimonio de la Palabra de Dios, que lo que he dicho es verdad. Apéguense siempre a esto: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.”

Oí una vez una historia que recuerdo haberles contado antes, de una joven que salió de este lugar diciendo: “Bueno, a mí no gusta el señor Spurgeon del todo; su doctrina es enrevesada; dijo tal y tal cosa.” Y luego la joven citó un texto de la Biblia como algo muy perverso que yo había dicho, algo acerca de que el alfarero tiene poder sobre la arcilla. Entonces la amiga que estaba con ella le dijo: “Fue Pablo quien dijo eso, no el señor Spurgeon.” “¡Ah!”—respondió ella—“yo pienso que el apóstol Pablo también era enrevesado.” Pues bien, nos alegra mucho incurrir en una censura de ese tipo, y no voy a objetar del todo si acompaña a Pablo dondequiera que él vaya; pero les suplicamos que acudan a sus Biblias y vean si es así. Algunos padres cristianos tienen una muy buena costumbre: cuando los niños y las niñas regresan a casa, les preguntan: “Bien, ¿cuál fue el texto?” Y entonces el padre quiere que repitan lo que el ministro les dijo; y aun el más pequeño sabe algo, y dice una cosa u otra que el ministro mencionó desde el púlpito. Entonces el padre busca en su Biblia para ver si esas cosas son así. Luego procura explicarles las cosas difíciles, de manera que se vuelven como esas nobles personas de Berea que eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, porque escudriñaban las Escrituras, para ver si estas cosas eran así.

Y ahora voy a mencionar simplemente una o dos peculiaridades en lo que siempre les he predicado a ustedes, peculiaridades que yo quisiera que investigaran ansiosamente. Pues bien, no acepten de mí nada de segunda mano, antes bien cotejen todo con la Palabra escrita. Yo creo y enseño que todos los hombres por naturaleza están perdidos por la caída de Adán. Vean si eso es cierto o no. Yo sostengo que los hombres se han descarriado tanto que nadie quiere ni puede venir a Cristo a menos que el Padre lo traiga. Si estoy mal, descúbranme. Yo creo que, antes de todos los mundos, Dios escogió para Sí a los miembros de un pueblo que nadie puede contar, por quienes el Salvador murió, a quienes les es dado el Espíritu Santo, y quienes serán infaliblemente salvos. Pudiera ser que no les guste esa doctrina; no me importa; vean si está en la Biblia, vean si declara que somos “elegidos según la presciencia de Dios Padre,” y así sucesivamente. Yo creo que cada hijo elegido de Dios tiene que ser sacado muy ciertamente de las ruinas de la caída por la gracia que convierte, y que muy seguramente será “guardado por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación” más allá del peligro de perderse para siempre. Si estoy mal en eso, saquen sus Biblias, y refútenme en sus propias casas. Yo sostengo que es un hecho que todo hombre que es convertido llevará una vida santa, y con todo, al mismo tiempo no pondrá ninguna dependencia en su vida santa, sino que confiará únicamente en la sangre y en la justicia de Jesucristo. Y yo sostengo que todo hombre que cree, tiene el deber de ser sumergido en el bautismo. Yo sos-

tengo que el bautismo infantil es una mentira y una herejía; pero yo reclamo respecto a esa grandiosa ordenanza de Dios, el Bautismo de los Creyentes, que pase por el examen de la Escritura. Yo sostengo que nadie sino sólo los creyentes deben ser bautizados por inmersión, y que todos los creyentes tienen el deber de ser sumergidos. Si estoy mal, no se hable más; no me crean; pero si tengo razón, obedezcan a la Palabra con reverencia. Yo no tolero el error incluso en puntos que algunos individuos consideran nimios; pues un grano de verdad es un diamante, y un grano de error pudiera tener serias consecuencias para nosotros, para nuestro perjuicio y aflicción. Yo sostengo, entonces, que sólo los creyentes tienen derecho a participar en la Cena del Señor; que es indebido dar la Cena del Señor indiscriminadamente a todos, y que sólo los cristianos tienen un derecho ya sea a las doctrinas, a los beneficios o a las ordenanzas de la casa de Dios. Si estas cosas no son así, condénenme como quieran; pero si la Biblia está conmigo, su condenación no sirve de nada.

Y ahora exhorto a los presentes a que lean sus Biblias, por una cosa. Lean sus Biblias para saber lo que dice la Biblia respecto a *ustedes*; y cuando pasen las páginas, algunos de ustedes encontrará que la Biblia dice: "Porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás." Si eso les asusta, pasen a otra página, y lean este versículo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar"; y cuando hayan leído eso, vayan a otra página y lean: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." Les ruego que no se aparten de sus Biblias hasta que el polvo de ellas los condene; más bien, sáquenlas, pónganse de rodillas, pidan el Espíritu de la divina enseñanza, y pasen estas páginas en una búsqueda diligente, y vean si pueden encontrar allí la salvación de sus almas a través de nuestro Señor Jesucristo. Que la bendición de Dios sea con ustedes al hacerlo, por medio de Jesucristo. Amén.

Nota del traductor:

(1) La cita del versículo 19 del capítulo 8 de Isaías está tomada de la Biblia de Jerusalén. Se adapta al sentido que le quiere dar el señor Spurgeon.

Rúbrica: una regla de conducta de un servicio litúrgico.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #172—Volume 4
SEARCH THE SCRIPTURES

Un Llamado a los Inconversos

NO. 174

**UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO 8
DE NOVIEMBRE, 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES.**

“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”
Gálatas 3:10.

Querido lector, ¿eres creyente o no lo eres? Según como respondas a esta pregunta, elegiré el estilo de dirigirme a ti el día de hoy. Yo te pediría como un gran favor para tu propia alma, que esta noche no pienses que estás sentado en una capilla, oyendo a un ministro que está predicando a una gran congregación. Piensa que estás sentado en tu propia casa, en tu propia silla, e imagina que yo estoy a tu lado, sosteniendo tu mano en la mía, hablándote a ti, y solamente a ti; pues así es como deseo predicar hoy a cada uno de mis lectores: uno por uno. Entonces, antes de empezar, quiero que tú me respondas, delante de Dios, esta pregunta solemne y de suma importancia: ¿estás en Cristo o no estás? ¿Has huido buscando refugio en Él, Quien es la única esperanza para los pecadores? O, ¿eres todavía un extraño para la nación de Israel, ignorante de Dios y de Su santo Evangelio? Sé honesto con tu propio corazón, y deja que tu conciencia responda: sí, o no, pues tu condición hoy, responde a una de estas dos situaciones: o estás bajo la ira de Dios, o has sido librado de ella. Tú eres en este día, ya sea el blanco de la ira, o un heredero del reino de la gracia. ¿Cuál de las dos situaciones es tu condición?

En tu respuesta no recurras a ninguno de los condicionantes “si” o “pero”. Responde con sinceridad a tu propia alma; y si tienes alguna duda al respecto, te suplico que no descanses hasta que hayas resuelto esa duda. No utilices esa duda en tu propio provecho, sino más bien úsala en tu contra. Puedes estar seguro que es más probable que te equivoques, en lugar de que estés en lo correcto; y ahora ponte tú mismo en la balanza, y si no inclinas completamente alguno de los platillos, y quedas equilibrado entre los dos, diciendo: “no sé cuál de los dos,” es mejor que te decidas por la peor de las respuestas, aunque te duela, y no que elijas la mejor, siendo engañado, y así prosigas presuntuosamente, hasta que el abismo del infierno te despierte de tu propio engaño. ¿Puedes, entonces, con una mano puesta sobre la santa palabra de Dios, y con la otra mano sobre tu propio corazón, alzar tus ojos al cielo, y decir: “Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo; yo sé que he pasado de muerte a vida; ya no soy lo que antes fui; ‘yo soy el primero de los pecadores, pero Jesús murió por mí;’ y si no estoy terriblemente engañado, hoy soy, ‘un pecador salvado por la sangre, un monumento a la gracia’”?

Hermano mío, que Dios te ayude; la bendición del Altísimo sea contigo. Mi texto no contiene truenos para ti. En lugar de este versículo, busquen el versículo 13, y lean allí su herencia: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)." Así que Cristo fue hecho maldición en tu lugar, y tú estás seguro, si realmente has sido convertido, y si en verdad eres un regenerado hijo de Dios.

Mi querido amigo, estoy solemnemente convencido de que una gran proporción de esta asamblea no se atrevería a afirmarlo; y tú hoy recuerda (pues estoy hablando personalmente a cada uno de ustedes), que eres uno de esos que no se atreve a afirmarlo, pues eres un extraño para la gracia de Dios. Tú no te atreverías a mentir delante de Dios y de tu propia conciencia, y por tanto dices honestamente: "yo sé que nunca he sido regenerado; soy ahora lo que siempre fui, y eso es lo más que puedo decir." Entonces, contigo tengo que tratar: te exhorto por Él, que juzgará a vivos y muertos, ante Quien tú y yo deberemos presentarnos, que escuches las palabras que predico, pues pudiera ser la última advertencia que oigas jamás, y exhorto también a mi propia alma: sé fiel a estos hombres moribundos, para que no sea hallada al fin en tus faldas, la sangre de las almas, y tú misma seas desechada. Oh Dios, haznos fieles hoy, y danos el oído que oye, y la memoria que retiene, y la conciencia tocada por el Espíritu, en el nombre de Jesús.

En primer lugar, hoy vamos a *juzgar al prisionero*; en segundo lugar, vamos a *decretar su sentencia*; y en tercer lugar, si nos enteramos que confiesa sus pecados y se vuelve penitente, vamos a *proclamar su liberación*; pero no la proclamaremos a menos que comprobemos que lo haga.

I. Entonces, en primer lugar, estamos a punto de JUZGAR AL PRISIONERO.

El texto dice: "Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas." Hombre inconverso, ¿eres culpable o no eres culpable? ¿Has permanecido "en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas"? Me parece que no te atreverías a declararte: "inocente." Pero voy a suponer por un momento que eres lo suficientemente audaz para hacerlo. Así que, entonces, amigo mío, quieres sostener que has permanecido "en todas las cosas escritas en el libro de la ley." De cierto la simple lectura de la ley debería ser suficiente para convencerte que estás en el error. ¿Acaso sabes lo que es la ley? Vamos, te voy a dar lo que podría llamarse una pincelada exterior de la ley, pero recuerda que dentro de ella hay un espíritu más profundo, no expresado por las simples palabras.

Escucha estas palabras de la ley: "*No tendrás dioses ajenos delante de mí.*" ¡Qué! ¿No has amado jamás alguna otra cosa más que a Dios? ¿Nunca has hecho un Dios de tu vientre, o de tu negocio, o de tu familia, o de tu propia persona? ¡Oh!, seguramente no te atreverías a decir que eres inocente en esto. "*No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.*" ¡Qué!, ¿nunca en tu vida has puesto algo en el lugar de Dios? Si tú no lo has hecho, yo sí, y muchas veces. Y yo sé que si tu conciencia

hablara con sinceridad, te diría: “¡hombre, tú has sido un adorador de las riquezas, has sido un adorador del vientre, te has inclinado delante del oro y la plata; te has postrado delante del honor, te has inclinado ante el placer, has hecho un dios de tu borrachera, un dios de tu concupiscencia, un dios de tu inmundicia, un dios de tus placeres!” ¿Te atreverías a decir que jamás has tomado *el nombre de Jehová tu Dios en vano?* Si nunca has jurado profanamente, seguramente en la conversación común, has hecho uso algunas veces del nombre de Dios, cuando no debías haberlo hecho. Responde: ¿has santificado siempre ese santísimo nombre? ¿Nunca has nombrado a Dios sin necesidad? ¿Acaso nunca has leído Su libro con un espíritu frívolo? ¿Nunca has oído Su Evangelio sin la debida reverencia? Seguramente eres culpable de esto. Y en cuanto al cuarto mandamiento, relativo a guardar el día de reposo: “*Acuérdate del día de reposo para santificarlo.*” ¿Nunca lo has quebrantado? ¡Oh, calla la boca y confiéstate culpable, pues estos cuatro mandamientos serían suficientes para condenarte!

“*Honra a tu padre y a tu madre.*” ¿Me dirás que has guardado ese mandamiento? ¿Acaso nunca fuiste desobediente en tu juventud? ¿Nunca has pisoteado el amor de tu madre, y nunca has pugnado con las llamadas de atención de tu padre? Pasa las páginas de tu historia hasta llegar a tu niñez: ve si no puedes comprobar que ya está escrito allí; ay, y tu madurez podría confesar que no siempre has hablado a tus padres como debías, y no siempre los has tratado con ese honor que merecían, y que Dios te mandó que les dieras. “*No matarás;*” tal vez no has matado a nadie nunca, pero ¿acaso no te has enojado nunca? Cualquiera que se enoja contra su hermano es un asesino; tú eres culpable en esto. “*No cometerás adulterio.*” Tal vez has realizado actos inmundos y en este preciso día estás manchado de lascivia; pero si has sido muy casto, estoy seguro que no estás exento de culpa, cuando el Señor dice: “Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón.” ¿Acaso ningún pensamiento lascivo ha atravesado por tu mente? ¿Acaso ninguna impureza ha sacudido tu imaginación? De seguro que si te atrevieras a afirmarlo, serías un impúdico desvergonzado. Y, ¿acaso nunca has robado? “*No hurtarás;*” tal vez estás hoy aquí en medio de la multitud con el producto de tu robo; has cometido ese acto; has perpetrado un robo; pero si has sido muy honesto, ha habido momentos en los que has sentido una inclinación a defraudar a tu vecino, hasta podrían haber existido algunos pequeños fraudes, o tal vez algunos más graves que has cometido secreta y silenciosamente, en los que la ley civil no te pudo echar mano, pero que, no obstante, fueron un quebrantamiento de esta ley. Y, ¿quién se atrevería a afirmar que *no ha hablado contra su prójimo falso testimonio?* ¿Acaso no hemos repetido nunca alguna historia que fuera en detrimento de nuestro vecino y que era falsa? ¿Acaso nunca hemos malinterpretado sus motivos? ¿Acaso nunca hemos entendido siniestramente sus planes? Y, ¿quién de nosotros se atrevería a decir que es inocente del último mandamiento: “*No codiciarás*”? Pues todos hemos deseado tener más de lo que Dios nos ha dado; y a veces nuestro corazón descarriado ha codiciado cosas que el Señor no nos ha concedido. Va-

mos, si nos declaramos inocentes, estaríamos anunciando nuestra propia insensatez; pues, en verdad, hermanos míos, la simple lectura de la ley es suficiente, si somos bendecidos por el Espíritu, para conducirnos a declararnos: "culpables, oh Señor, culpables."

Pero alguien exclama: "yo no me declararé culpable, pues aunque estoy muy consciente que no he permanecido 'en todas las cosas escritas en el libro de la ley', he hecho lo mejor que he podido." Esa es una mentira; delante de Dios es una falsedad. ¡No lo has hecho! No has hecho lo mejor que podías. Ha habido muchas ocasiones en las que pudiste haber realizado un mejor esfuerzo. ¿Acaso aquel joven que está allá, se atreviera a decirme que está haciendo lo mejor que puede *ahora*? ¿Que no puede reprimir su risa en la casa de Dios? Es posible que sea difícil para él que lo haga, pero es posible que pudiera, si quisiera, refrenarse de insultar a su Hacedor en Su cara. De cierto, ninguno de nosotros ha hecho lo mejor que podía. En cada período, en cada momento, ha habido oportunidades de escapar de la tentación. Si no hubiéramos tenido ninguna libertad de escapar del pecado, podría haber alguna excusa por él; pero ha habido puntos decisivos en nuestra historia cuando habríamos podido decidir por lo correcto o lo incorrecto, pero hemos hecho el mal y hemos evitado el bien, y nos hemos dirigido a ese camino que conduce al infierno.

"Ah, pero yo declaro, señor," dice otro, "que aunque es cierto que he quebrantado esa ley, sin duda alguna, no he sido peor que mis semejantes." Y, por cierto, ese es un argumento muy triste, pues ¿de qué te sirve? Ser condenado en grupo no te sirve de más consuelo, que si eres condenado tú solo. Es cierto que no has sido peor que tus semejantes, pero esto no te servirá de nada. Cuando los impíos sean arrojados en el infierno, será de muy poco consuelo para ti que Dios diga: "Apartaos de mí, malditos" a mil personas junto contigo. Recuerda que la maldición de Dios, cuando arrastre a una nación al infierno, será sentida por cada individuo de la muchedumbre de igual manera como si el castigo fuera para un solo individuo. Dios no es como nuestros jueces terrenales. Si sus tribunales estuvieran saturados de prisioneros, podrían sentirse inclinados a tratar superficialmente muchos casos. Pero con Jehová no sucede lo mismo. Él es tan infinito en Su mente, que la abundancia de criminales no será una dificultad para Él. Tratará contigo con la misma severidad y justicia como si no hubiese ningún otro pecador en todo el mundo.

Y yo te pregunto: ¿qué tienes que ver con los pecados de otros hombres? Tú no eres responsable de ellos. Dios determinó que tú te sostengas o caigas por ti mismo. De acuerdo a tus propias acciones serás juzgado. El pecado de la ramera puede ser más grave que el tuyo, pero tú no serás condenado por sus iniquidades. La culpa del asesino puede sobrepasar en mucho tus transgresiones, pero tú no serás condenado por el asesino. Oh, hombre, la religión es algo entre Dios y tu propia alma; y por tanto, te imploro que no mires al corazón de tu vecino, sino a tu propio corazón.

"Ay," exclama alguien, "pero yo me he esforzado muchas veces para guardar la ley, y pienso que lo he logrado por algún tiempo." Escucha

otra vez la lectura del versículo: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.” ¡Oh, señores!, no es algún rubor febril en las mejillas que brota por una irresolución enfermiza, lo que Dios reconoce como la salud de la obediencia. No se trata de una ligera obediencia durante una hora, lo que Dios aceptará en el día del juicio. Él usa la palabra “permaneciere;” y a menos que desde mi más temprana niñez hasta el día en que mis cabellos grises desciendan a la tumba, haya permanecido en obediencia a Dios, deberé ser condenado. A menos que haya servido obedientemente a Dios, desde el primer despertar de la razón, cuando comencé a ser responsable, hasta que, como una mata de trigo, sea juntado en el granero de mi Señor, la salvación por obras será imposible para mí, y yo seré condenado si estoy apoyado en mi propio fundamento. No es, lo afirmo, alguna fluctuante obediencia lo que salvará al alma. Tú no has permanecido “en todas las cosas escritas en el libro de la ley,” y por tanto estás condenado.

“Pero,” dirá otro, “hay muchas cosas que no he hecho, pero a pesar de todo he sido muy virtuoso.” Esa, también, es una pobre excusa. Supón que has sido virtuoso; supón que has evitado muchos vicios: lee mi texto. No es mi palabra, sino la palabra de Dios, léelo: “*todas las cosas*.” No dice: “*algunas cosas*.” “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.” Ahora, ¿has puesto en práctica todas las virtudes? ¿Te has apartado de todos los vicios? ¿Te puedes poner de pie y declarar: “nunca fui un borracho”? Sin embargo, serás condenado, si has sido un fornicario. ¿Respondes acaso: “nunca fui inmundo”? Sin embargo, has quebrantado el día de reposo. ¿Te declaras culpable de ese cargo? ¿Acaso declaras que nunca has quebrantado el día de reposo? Tú has tomado el nombre de Dios en vano, ¿no es cierto? En alguna parte u otra, la ley de Dios te puede herir. Es cierto (deja ahora que hable tu conciencia y afirme lo que yo asevero), es cierto que no has permanecido “en *todas las cosas* escritas en el libro de la ley.” Es más, estoy convencido que no has permanecido plenamente en ningún mandamiento de Dios, pues el mandamiento es sumamente amplio. No es el acto patente, simplemente, el que condenará a un hombre; es el pensamiento, la imaginación, la concepción del pecado, los que bastan para arruinar al alma. Recuerden, mis queridos lectores, que estoy predicando ahora la propia palabra de Dios, no una rigurosa doctrina de mi propiedad. Si nunca hubiesen cometido un solo acto de pecado, el puro pensamiento de pecado, la simple imaginación del pecado bastarían para arrastrar al alma al infierno para siempre.

Si hubieses nacido en una celda, y no hubieras podido salir nunca al mundo, ya fuera para cometer actos de lascivia, asesinato o robo, bastaría el pensamiento del mal en esa celda solitaria, para apartar tu alma para siempre del rostro de Dios. ¡Oh!, no hay nadie aquí que pueda tener la esperanza de escapar. Cada uno de nosotros debe inclinar su cabeza delante de Dios, y clamar: “culpable, Señor, culpable, cada uno de nosotros es culpable: ‘Maldito todo aquel que no permaneciere en *todas las cosas* escritas en el libro de la ley, para hacerlas.’” Cuando miro tu rostro, oh Ley, mi espíritu tiembla de horror. Cuando escucho tus truenos,

mi corazón se derrite como la cera en medio de mis entrañas. ¿Cómo podría soportarte? Si voy a ser juzgado al fin por mi vida, de seguro no necesitaré un juez, pues yo seré mi propio acusador voluntario, y mi conciencia será un testigo para condenarme.

Pienso que no necesito alargarme más en este punto. Oh, tú, que estás sin Cristo y sin Dios, ¿no permaneces condenado delante de Él? Quítate todas las máscaras, y desecha todas las excusas; que cada uno de nosotros arroje al viento todas sus vanas pretensiones. A menos que contemos con la sangre y la justicia de Cristo para que nos cubran, cada uno de nosotros debe reconocer que esta sentencia cierra las puertas del cielo en nuestra cara, y únicamente nos prepara para las llamas de la perdición.

II. De esta manera he juzgado el carácter, y ha sido encontrado culpable; ahora tengo que DECLARAR LA SENTENCIA.

A los ministros de Dios no les gusta para nada un trabajo como este. Yo preferiría pararme en este púlpito y predicar veinte sermones acerca del amor de Jesús, que predicar uno como este. Muy raramente toco este tema, pues no creo que sea necesario hacerlo a menudo; pero siento que si estas cosas se guardaran completamente en el trasfondo, y la ley no fuera predicada, el Señor no bendeciría ese evangelio; pues Él quiere que ambos temas sean predicados en su medida, y cada uno debe tener su propia prominencia. Ahora, por tanto, óiganme mientras les digo, lleno de tristeza, cuál es la sentencia contra todos ustedes que están sin Cristo, el día de hoy.

Pecador, tú eres maldito en este día. *Tú eres maldito*, no por algún hechicero cuyo ensalmo imaginario aterra únicamente al ignorante. Has sido maldecido, no por algún monarca terrenal que podría enviar sus tropas contra ti, y apoderarse rápidamente de tu casa y de tu patrimonio. ¡Maldito! ¡Oh, qué terrible cosa es una maldición de cualquier tipo! Qué cosa tan sobrecogedora es la maldición de un padre. Hemos oídos de algunos padres que, conducidos a la locura por la conducta desobediente y ofensiva de sus hijos, han alzado sus manos al cielo, y han implorado una maldición, una maldición fulminante sobre sus hijos. No podemos excusar el acto insensato e irreflexivo de ese padre. No podríamos eximirlo de pecado; pero, oh, la maldición de un padre debe ser horrenda. No puedo imaginar quéería ser maldecido por la persona que me engendró. Seguramente apagaría la luz del sol de mi historia para siempre, si fuese merecida. Pero ser maldecido por Dios: no tengo palabras para decirles qué debe ser eso. "Oh, no," dirás, "eso pertenece al futuro; no nos importa la maldición de Dios; no está cayendo sobre nosotros ahora." No, alma, sí está cayendo. La ira de Dios está sobre ti, incluso ahora. Todavía no has llegado al punto de conocer la plenitud de esa maldición, pero maldito eres en esta misma hora. Todavía no estás en el infierno; todavía Dios no se ha agrado en cerrar las entrañas de Su compasión, y arrojarte para siempre de Su presencia; pero a pesar de todo ello, eres maldito. Busca el pasaje en el libro de Deuteronomio, y comprueba cómo la maldición es algo que está presente en el pecador. En el capítulo 28 de Deuteronomio, en el versículo 15 y siguientes, leemos todo esto como la

sentencia del pecador: "Maldito serás tú en la ciudad," donde realizas tus negocios, Dios te maldecirá. "Y maldito en el campo," donde tomas tu recreo; donde vayas, allí te alcanzará la maldición. "Maldita tu canasta, y tu artesa de amasar. Maldito el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas. Maldito serás en tu entrar, y maldito en tu salir." Hay algunos hombres sobre quienes esta maldición es muy visible. Ellos alcanzan riquezas, pero allí está la maldición de Dios en sus riquezas. Yo no querría tener el oro de algunos hombres ni por todas las estrellas, aunque fueran de oro: y si pudiese tener toda la riqueza del mundo, pero tuviera que tener la avaricia del tacaño, preferiría ser pobre que tener esa riqueza. Hay algunos hombres que son visiblemente malditos. ¿No ves al borracho? Él es maldito, no importa dónde vaya. Cuando llega a su casa, sus pequeños hijos suben corriendo a sus camas, pues tienen miedo de ver a su propio padre; y cuando crecen un poco más, comienzan a beber igual que él, y lo seguirán y lo imitarán; y ellos también comenzarán a blasfemar, de tal manera que el borracho es maldito en el fruto de su cuerpo. Él pensó que no era tan malo que fuera un borracho y que blasfemara; oh, pero qué dolor atraviesa la conciencia del padre, si es que tiene conciencia, cuando ve a su hijo siguiendo sus pasos. La borrachera atrae tal maldición sobre un hombre, que no puede disfrutar lo que come. Maldita es su canasta y su artesa de amasar. Y en verdad, aunque un vicio dé la impresión que atrae la maldición más que otros, todo pecado acarrea la maldición, aunque no siempre la veamos.

¡Oh!, tú que estás sin Dios, y sin Cristo, y eres un extraño para Jesús, tú eres maldito donde te sientes, y maldito donde te pares; maldita es la cama sobre la que te acuestas; maldito el pan que comes; maldito el aire que respiras. Todo es maldito para ti. No importa donde vayas, eres un hombre maldito. ¡Ah!, ese es un pensamiento espantoso. ¡Oh!, algunos de ustedes son malditos hoy. ¡Oh, que un hombre tenga que decir eso de sus hermanos! Pero debemos decirlo, o no seríamos fieles a sus pobres almas agonizantes. Oh, Dios quiera que alguna pobre alma dijera en este lugar: "entonces yo soy maldito en este día; maldito por Dios, y maldito por Sus santos ángeles: ¡maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! Soy maldito pues estoy bajo la ley." Pienso en verdad que, con la bendición de Dios el Espíritu Santo en ella, sólo se necesita esa única palabra: "¡maldito!" "Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas."

Pero ahora, querido lector, tú que te encuentras en este estado, impenitente e incrédulo, tengo trabajo por delante antes de concluir. Recuerda, la maldición que reciben los hombres en esta vida, no es nada comparada con la maldición que caerá sobre ellos en el más allá. En unos breves años, tú y yo vamos a morir. Vamos, hablaré contigo sobre una base personal otra vez: joven amigo, pronto envejeceremos, o, tal vez, moriremos antes de ese momento, y seremos colocados en nuestras camas (la última cama sobre la que dormiremos jamás), y vamos a despertar de nuestro último sueño para oír las lúgubres nuevas que no tenemos esperanza; ¡el médico tomará nuestro pulso, y asegurará solemnemente a nuestros parientes que todo ha terminado! Y yaceremos inmóvi-

les en ese cuarto, donde todo calla excepto el tic tac del reloj, y el llanto de nuestra esposa e hijos; y vamos a morir. ¡Oh, cuán solemne será esa hora cuando tengamos que combatir con ese enemigo, la Muerte! Los estertores de la muerte están en nuestra garganta (a duras penas podemos articular algo), tratamos de hablar, el barniz de la muerte está sobre nuestros ojos: la Muerte ha puesto sus dedos en esas ventanas del cuerpo, y ha apagado la luz para siempre; las manos se niegan a alzarse, y allí estamos, ¡acercándonos a los límites de la tumba! ¡Ah, ese momento, cuando el espíritu ve su destino; ese momento, el más solemne de todos los momentos, cuando el alma mira al mundo venidero a través de los barrotes de su jaula! No, no puedo decirles lo que siente el espíritu, si es un espíritu impío, cuando ve el trono ardiente del juicio, y oye los truenos de la ira de Todopoderoso, cuando no hay sino un instante entre eso y el infierno. ¡No puedo describirles cuál será el terror que sentirán los hombres, cuando experimenten aquello que a menudo escucharon! ¡Ah!, está bien que se rían de mí esta noche. Cuando se vayan, será algo divertido hacer un chiste relativo a lo que dijo el predicador; que comenten entre sí, y se diviertan con todo esto. Pero cuando estén en sus lechos de muerte, no se reirán. Ahora, la cortina está cerrada y no pueden ver las cosas del futuro; está bien que se diviertan. Cuando Dios corra esa cortina y se den cuenta de la solemne realidad, no van a poder encontrar bromas en su corazón. Acab, sentado en su trono, se reía de Micaías. Sin embargo, no leemos que Acab se haya reído de Micaías cuando la flecha se clavó por entre las junturas de su armadura. En los tiempos de Noé, la gente se reía del viejo; le llamaban un necio decrepito, no lo dudo, porque les decía que Dios estaba a punto de destruir la tierra con un diluvio. Pero, ¡ah!, ustedes burladores, ustedes no se reían en aquel día cuando las cataratas estaban desplomándose del cielo, y cuando Dios abrió las puertas del gran abismo, y dio la orden a todas las aguas escondidas que salieran con ímpetu a la superficie; entonces se dieron cuenta que Noé tenía razón. Y cuando se aproxime la hora de su muerte, tal vez ustedes no se reirán de mí. Dirán, cuando estén en ese trance: "puedo recordar que una cierta noche caminé a la calle Park Street; escuché a un hombre que hablaba muy solemnemente; en aquel momento decidí que no me gustaba, pero sabía que era sincero, tenía la certeza que quería mi bien; ¡oh, que hubiera escuchado con atención su consejo; oh, que hubiera considerado sus palabras!"

¡Ah!, no hace mucho, un hombre que se había reído y se había burlado de mí muchas veces, fue un domingo a Brighton, para pasar ese día en una excursión. ¡Regresó esa misma noche para morir! El lunes por la mañana, cuando se estaba muriendo, ¿a quién creen que buscó? ¡Necesitaba que viniera el señor Spurgeon! Necesitaba al hombre del que siempre se había reído; necesitaba que viniera y le enseñara el camino al cielo, y le señalara al Salvador. Y aunque me alegré de ir, fue una tarea triste tener que hablarle a un hombre que acababa de quebrantar el día de reposo, y que había gastado su tiempo al servicio de Satanás, y había regresado a casa a morir. Y efectivamente se murió, sin una Biblia en su

hogar, sin que se ofrecieran oraciones por él, excepto la oración que yo ofrecí junto a su lecho.

¡Ah!, es extraño cómo la visión del lecho de un moribundo puede ser bendecida para estimular nuestro celo. Hace un año, más o menos, estuve junto al lecho de un pobre muchacho, de aproximadamente dieciséis años de edad, que había estado bebiendo hasta provocar su muerte, en un episodio alcohólico que tuvo lugar como una semana antes. Cuando le hablé acerca del pecado y de la justicia, y del juicio venidero, sé que tembló, y pensé que se había aferrado a Jesús. Cuando bajé las escaleras, después de orar por él muchas veces, y de tratar de que mirara a Jesús, y no teniendo sino una débil esperanza de su salvación final, pensé dentro de mí: ¡Oh Dios!, quisiera poder predicar cada hora, y cada momento del día, las inescrutables riquezas de Cristo; pues qué cosa tan terrible es morir sin un Salvador. Y luego recordé cuántas veces había estado en el púlpito, y no había predicado con el denuedo con que debí haber predicado; cómo he narrado con frialdad la historia del Salvador, cuando debí haber llorado torrentes de lágrimas, con emoción abrumadora. En muchas ocasiones he ido a mi cama, y he llorado hasta quedarme dormido, porque no he predicado como he deseado, y sucederá lo mismo esta noche. Pero, ¡oh, la ira venidera! ¡La ira venidera! ¡La ira venidera!

Mis queridos lectores, los temas de los que ahora hablo no son sueños, ni fraudes, ni chifladuras, ni viejas historias de comadres. Son realidades y pronto las verificarán. Oh pecador, tú que no has permanecido en todas las cosas escritas en el libro de la ley; tú que no tienes a Cristo; se aproxima el día cuando estas cosas estarán frente a ti, como cosas reales, solemnes y terribles. Y entonces; ¡ah!, entonces; ¡ah!, entonces, ¿qué harás? “Está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” Oh, imaginense—

***“La pompa de ese tremendo día,
Cuando Cristo venga con las nubes.”***

Creo que veo ese terrible día. La campana del tiempo ha tañido el último día. Ahora viene el funeral de las almas condenadas. Tu cuerpo se acaba de levantar de la tumba, y te desatas la mortaja encerada, y miras hacia arriba. ¿Qué es lo que veo? ¡Oh!, ¿qué es lo que oigo? Oigo una explosión tremenda y terrible, que sacude los pilares del cielo, y hace que el firmamento se tambalee de espanto; la trompeta, la trompeta, la trompeta del arcángel sacude los últimos límites de la creación. Miras y quedas pasmado. Súbitamente se escucha una voz, y unos dan alardos, y otros cantan himnos, Él viene, Él viene, Él viene; todo ojo le verá. Allí está; el trono descansa sobre una nube, blanca como el alabastro. Allí está sentado. “Es Él, el Hombre que murió en el Calvario (veo Sus manos traspasadas), pero, ¡ah, cuán cambiado está! No tiene una corona de espinas. Estuvo ante el tribunal de Pilato, pero ahora la tierra entera debe estar ante Su tribunal. Pero jescuchen! La trompeta suena otra vez: el Juez abre el libro, hay un silencio en el cielo, un solemne silencio: el universo está quieto. “Junta a mis escogidos y a mis redimidos de los cuatro vientos del cielo.” Rápidamente son juntados. Y como el brillo de un relámpago, el ala de ángel divide a la multitud. Aquí están los justos todos

congregados; y, pecador, allá estás tú, a la izquierda, dejado fuera, entregado a soportar la sentencia ardiente de la ira eterna. ¡Escucha! Las arpas del cielo tocan dulces melodías; pero a ti no te traen ningún gozo, mientras los ángeles están repitiendo la bienvenida del Salvador a Sus santos. “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.” Ustedes han tenido ese momento de respiro, y ahora Su rostro está acumulando nubes de ira, y el trueno está en Su frente; te mira a ti que le has despreciado, a ti que te burlaste de Su gracia, que despreciaste Su misericordia, a ti que quebrantaste Su día de descanso, a ti que te mofaste de Su cruz, a ti que no aceptaste que reinara sobre ti; y con una voz más fuerte que diez mil truenos, Él clama: “Apartaos de mí, malditos.” Y luego: . . . no, no continuaré. No hablaré de las llamas inextinguibles. No voy a hablar de los padecimientos del cuerpo, ni de las torturas del espíritu. Pero el infierno es terrible; la condenación es afflictiva. ¡Oh, escapa! ¡Escapa! ¡Escapa, para que, allí donde estás, no tengas que aprender tal vez qué significan los horrores de la eternidad, en el golfo de la eterna perdición! “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas.”

III. LIBERACIÓN PROCLAMADA.

“Nos has condenado a todos,” exclama uno. Sí, pero no he sido yo: Dios lo ha hecho. ¿Estás condenado? ¿Sientes esta noche que estás condenado? Ven, otra vez, déjame tomar tu mano, hermano mío: sí, puedo mirar alrededor de toda esta asamblea, y puedo decir que no hay nadie en este lugar a quien no ame como a un hermano. Si le hablo con severidad a cualquiera de ustedes, es para que sepa la verdad. Mi corazón y mi espíritu entero están commovidos por ustedes. Mis palabras más duras están mucho más llenas de amor que las suaves palabras de los ministros que hablan con tranquilidad, y que dicen: “paz, paz;” y no hay paz. ¿Ustedes piensan que me causa placer predicar de esta manera? ¡Oh!, preferiría mucho más estar predicando acerca de Jesús; de Su dulce y gloriosa persona, y de Su justicia que es completamente suficiente.

Ahora ven aquí, y platicemos con dulces palabras antes de terminar. ¿Sientes que estás condenado? ¿Dices: “Oh, Dios, yo confieso que serías justo, si hicieras todo esto conmigo”? ¿Sientes que no puedes ser salvado jamás por tus propias obras, sino que estás totalmente condenado por tu pecado? ¿Odias al pecado? ¿Te arrepientes sinceramente? Entonces, déjame decirte cómo puedes escapar.

Hombres y hermanos, Jesucristo, de la simiente de David, fue crucificado, muerto y sepultado; ahora ha resucitado, y está sentado a la diestra de Dios, donde también intercede por nosotros. Él vino a este mundo para salvar a los pecadores, por Su muerte. Él vio que los pobres pecadores eran malditos: Él tomó la maldición sobre Sus propios hombros, y nos salvó de ella. Ahora, si Dios ha hecho maldición a Cristo por algún hombre, no maldecirá a ese hombre de nuevo. Tú me preguntas, entonces: “¿fue Cristo hecho maldición por mí?” Respóndeme esta pregunta, y yo te lo diré: ¿te ha enseñado el Espíritu que eres maldito? ¿Te ha hecho sentir la amargura del pecado? ¿Te ha conducido a clamar: “Dios, sé

propicio a mí, pecador"? Entonces, mi querido amigo, Cristo fue hecho maldición por ti; y tú no eres maldito. Tú no eres maldito ahora. Cristo fue hecho maldición por ti. Ten ánimo; si Cristo fue hecho maldición por ti, tú no puedes ser maldito de nuevo. "¡Oh!" dirá alguno, "si pudiera estar convencido que fue hecho maldición por mí." ¿Le ves sangrando en el madero? ¿Ves Sus manos y Sus pies goteando sangre? Míralo, pobre pecador. Ya no te mires más a ti mismo, ni a tu pecado; mírale a Él y sé salvo. Todo lo que te pide que hagas es que mires, y Él te ayudará a hacer incluso eso. Ven a Él, confía en Él, cree en Él. Dios el Espíritu Santo te ha enseñado que tú eres un pecador condenado.

Ahora, te suplico, oye esta palabra y créela: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." Oh, puedes decir: "yo creo en esta Palabra (es verdadera), bendito sea Su amado nombre; es verdad para mí, pues independientemente de lo que no soy, yo sé que soy un pecador; el sermón de hoy me ha convencido de ello, aunque no me hubiera convencido de otra cosa; y, buen Señor, tú sabes que cuando digo que soy un pecador, no quiero decir lo que antes solía decir mediante esa palabra. Quiero decir que soy un pecador real. Quiero decir que si Tú me condenaras, lo merezco; si Tú me echaras de Tu presencia para siempre, sería únicamente lo que he ameritado en abundancia. Oh, mi Señor, yo soy un pecador; soy un pecador desahuciado, a menos que Tú me salves; soy un pecador sin esperanza, a menos que tú me sanes. No tengo ninguna esperanza en mi justicia propia; y, Señor, bendigo Tu nombre, y digo algo más: yo soy un pecador doliente, pues el pecado me aflige; no puedo descansar, estoy atribulado. Oh, si pudiera deshacerme del pecado, sería santo como Dios es santo. Señor, yo creo."

"¡Cómo, señor, creer que Cristo murió por mí simplemente porque soy un pecador!" Sí, así es. "No, señor, pero si yo tuviera un poquito de justicia, si pudiera orar bien, entonces podría pensar que Cristo murió por mí." No, eso no sería fe del todo, eso sería confianza en el yo. La fe cree en Cristo cuando ve que el pecado es negro, y confía en Él para quitarlo por completo. Ahora, pobre pecador, con todo el pecado que tienes, toma esta promesa en tus manos, y vete a casa el día de hoy, o si pudieras, hazlo antes de llegar a casa: vete a casa, digo, sube a tu aposento, solo, de rodillas junto a tu cama, y derrama tu corazón: "oh, Señor, todo lo que ese hombre dijo es verdad; estoy condenado, y, Señor, yo lo merezco. Oh, Señor, he tratado de ser mejor, y no he logrado nada, sino todo lo contrario, me he vuelto peor. Oh, Señor, he restado importancia a Tu gracia, y he despreciado Tu Evangelio: me sorprende que no me hayas condenado hace años; Señor, me maravilla que hayas permitido vivir a un miserable tan ruin, como soy yo. He despreciado la enseñanza de una madre, y he olvidado las oraciones de un padre. Señor, yo te he olvidado; he quebrantado el día de reposo, he tomado Tu nombre en vano. He hecho todo lo que es malo; y si Tú me condenas, ¿qué puedo decir? Señor, me quedo mudo ante Tu presencia. No tengo nada que argumentar. Pero Señor, vengo a decirte el día de hoy que Tú has dicho en la Palabra de Dios: "Al que a mí viene, no le echo fuera." Señor, yo vengo: mi único

argumento es que Tú has dicho: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores." Señor, yo soy un pecador; Él vino para salvarme a mí; confío en ello (ya sea que me hunda o nadie), Señor, esta es mi única esperanza: desecho cualquier otra, y me odio al pensar que jamás haya tenido otra esperanza. Dios, yo descanso únicamente en Jesús. Sálvame, te lo pido, y aunque no espero borrar mi pecado pasado con mi vida futura, oh Señor, te pido que me des un nuevo corazón y un espíritu recto, para que a partir de este momento y por siempre, camine en la senda de Tus mandamientos: pues, Señor, no deseo nada sino sólo ser Tu hijo. Oh, Señor, renunciaría a todo porque Tú me amaras; y estoy motivado a pensar que Tú me amas; pues así lo siente mi corazón. Soy culpable, pero nunca habría sabido que soy culpable, si Tú no me lo hubieras enseñado. Soy vil, pero nunca habría conocido mi vileza, si Tú no me la hubieras revelado. Ciertamente, Tú no me destruirás, oh Dios, después de haberme enseñado esto. Si lo hicieras, serías justo, pero—

**'Salva a un pecador tembloroso, Señor,
Cuyas esperanzas revolotean alrededor de Tu Palabra,
Quisiera descansar sobre alguna dulce promesa allí;
Algún apoyo seguro contra la desesperación.'**

Si no pudieras orar con una oración tan larga como esa, te digo que vayas a casa y digas esto: "Señor Jesús, yo sé que no soy absolutamente nada; sé Tú mi precioso todo en todo."

Oh, yo confío en Dios, que habrá algunas personas hoy que serán capaces de orar de esa manera, y si es así, que toquen las campanas del cielo; canten ustedes serafines; griten, ustedes los redimidos; pues el Señor lo ha hecho, y gloria sea dada a Su nombre, por toda la eternidad.

Nota del traductor: En el Prefacio del Volumen 4 de los Sermones del Púlpito de la Capilla New Park Street, correspondientes al año 1858, en el que se encuentra este Sermón, Spurgeon comentó:

"Otro sermón, intitulado **"Un Llamado a los Inconversos,"** ha sido un instrumento para despertar a muchas personas al sentido de su condición perdida. Tan grandemente fue bendecido por Dios al momento de su predicación, que ha sido imprimido en forma de librito, para poder distribuirlo en un formato independiente."

<http://www.spurgeon.com.mx>
 Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
 en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
 los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
 del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #174 - Volumen 4
 A CALL TO THE UNCONVERTED

Los Dos Talentos

NO. 175

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 31 DE ENERO, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos. Su señor le dijo: Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.”
Mateo 25:22, 23.

“Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces.” Los hombres han de reconocer que todo lo que poseen emana de la Gran Fuente, del dador de todo bien. ¿Tienes talentos? Te fueron dados por el Dios de los talentos. ¿Tienes tiempo? ¿Tienes riqueza, influencia, poder? ¿Tienes dotes de orador? ¿Tienes poderes de pensamiento? ¿Eres poeta, estadista, o filósofo? Cualquiera que sea tu posición y cualesquiera que sean tus dones, recuerda que no son tuyos, sino que te son prestados de lo alto.

Ningún hombre posee algo de suyo, con la excepción de sus pecados. Todos somos inquilinos a discreción. Dios nos ha puesto en sus propiedades, y ha dicho: “Negociad entre tanto que vengo.” Aunque nuestros viñedos produzcan los máximos frutos, las viñas pertenecen al Rey, y aunque recibamos cien como nuestro jornal, el Rey Salomón ha de recibir Sus mil. Toda la honra de nuestra habilidad y del uso que le demos, ha de ser para Dios, porque Él es el Dador.

La parábola lo afirma muy categóricamente, pues conduce a cada persona a reconocer que sus talentos proceden del Señor. Aun el hombre que cavó en la tierra y escondió el dinero del Señor, no negó que su talento pertenecía a su Señor; pues aunque su respuesta: “Aquí tienes lo que es tuyo,” fue sumamente impertinente, no era, sin embargo, una negación de este hecho. De tal forma que incluso este hombre aventajaba a aquellos que niegan sus obligaciones para con Dios, que menean altivamente sus cabezas ante la simple mención de la obediencia debida a su Creador, y gastan más bien su tiempo y sus poderes en rebelión en contra de Dios que a Su servicio. Oh, que todos fuéramos sabios para creer esta verdad y para ponerla en práctica, ya que es la más evidente de todas: que todo lo que tenemos, lo hemos recibido del Altísimo.

Ahora, hay algunos hombres en el mundo que sólo tienen unos pocos talentos. Nuestra parábola dice: “A uno dio cinco talentos, y a otro dos.” A ellos voy a dirigirme esta mañana; y ruego que las pocas cosas hirientes que pudiera decir sean bendecidas por Dios para su edificación o reprensión.

Primero, voy a comentar *el hecho de que hay muchas personas que sólo tienen unos pocos talentos*, y voy a intentar explicar por qué Dios les reparte pocos talentos. En segundo lugar, les recordaré que *incluso por estos pocos talentos han de rendir cuentas*. Y, en tercer lugar, voy a concluir haciendo la consoladora observación de que *si nuestros pocos*

talentos son usados correctamente, ni nuestra propia conciencia ni el juicio de nuestro Señor nos condenarán por no rendir más.

I. Entonces, en primer lugar, DIOS HA CREADO A ALGUNOS HOMBRES CON POCOS TALENTOS. Los hombres hablan con frecuencia de los demás como si Dios no hubiere establecido diferencias mentales entre ellos. Un hombre se descubre exitoso y entonces supone que si todos los demás hombres hubiesen sido tan diligentes y perseverantes como él mismo, todos habrían sido necesaria e igualmente exitosos. A menudo escucharán comentarios en contra de algunos ministros que son hombres piadosos y sinceros, pero que no tienen un poder de atracción, y son llamados individuos holgazanes y perezosos porque no pueden provocar mucha commoción en el mundo, aunque la razón pudiera ser que sólo tengan poco talento, y están haciendo el mejor uso del que tienen, y, por tanto, no debían ser censurados por la pequeñez de lo que son capaces de lograr.

Es un hecho que incluso en nuestro nacimiento hay diferencias, y esto lo debería entender cualquiera. No todos los niños son igualmente precoces, y no todos los hombres son igualmente capaces de aprender o de enseñar. Dios ha establecido diferencias eminentes y maravillosas. No hemos de suponer que toda la diferencia entre un Milton y un hombre que vive y muere sin ser capaz de leer, ha sido generada por la educación. Sin duda hubo originalmente alguna diferencia, y aunque la educación cuenta mucho, no puede hacerlo todo.

El terreno fértil, cuando está bien labrado, necesariamente producirá más que la mejor propiedad cuyo suelo sea duro y estéril. Dios hizo grandes a algunos y estableció las diferencias; y nosotros, al tratar con nuestros semejantes, hemos de recordar esto, para no decir cosas duras de aquellos mismos hombres a quienes Dios dirá después: "Bien, buen siervo y fiel."

Pero ¿a qué se debe que Dios no ha dado a todos los hombres talentos semejantes? Mi primera respuesta es: porque Dios es Soberano, y de todos Sus atributos, el que le agrada manifestar mayormente después de Su amor, es Su soberanía. El Señor Dios quiere que los hombres sepan que tiene el derecho de hacer lo que quiera con lo suyo. Por esto es que la salvación la da a algunos y a otros no; y Su única respuesta a cualquier acusación de injusticia es: "Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: Por qué me has hecho así?" El gusano no debe murmurar porque Dios no lo haya hecho un ángel, y el pez que se desliza en el mar no ha de quejarse por no tener alas para volar hasta los más altos cielos.

Dios tenía el derecho de hacer a Sus criaturas como a Él le agradara, y aunque los hombres cuestionen Su derecho, Él lo mantendrá y lo conservará inviolado en contra de todas las objeciones. Para defender Su derecho y conducir al hombre vano a reconocerlo, nos recuerda continuamente Su soberanía en el otorgamiento de todos Sus dones. "Daré a este hombre"—dice Él—"una mente tan aguda que pueda hurgar en todos los secretos; haré otra mente tan obtusa que únicamente los más sencillos elementos del conocimiento le serán asequibles. Daré a un hombre tal riqueza de imaginación, que

acumulará una montaña de imágenes tras otra hasta que su lenguaje parezca alcanzar una majestad celestial; daré a otro hombre un alma tan lerda que nunca será capaz de generar algún pensamiento poético.”

¿Por qué es esto así, oh Dios? La respuesta nos llega: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” (Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor.” Y así está escrito en lo concerniente a los hombres que uno de ellos será más grande que el otro; uno inclinará su cuello, y el otro le pondrá su pie encima, pues el Señor tiene el derecho de disponer de lugares y dones, de talentos y de riqueza, según sea agradable a Sus ojos.

Ahora, la mayoría de los hombres altercan con esto. Pero observen que la cosa de la que se quejan en Dios, es exactamente la misma cosa que aman en ustedes mismos. A todo individuo le agrada sentir que tiene un derecho a hacer con lo suyo lo que le plazca. Todos nosotros queremos ser pequeños soberanos. Ustedes quieren dar su dinero libre y liberalmente a los pobres; pero si alguno de ellos impertinentemente les exigiera algo porque tiene un derecho a su caridad, ¿le darían algo? Ciertamente no; ¿y quién pondría en tela de juicio la grandeza de su generosidad al negárselo?

Sucede lo mismo que en esa parábola que encontramos en uno de los evangelistas, en la que se nos dice que, después de que los hombres habían laborado, algunos de ellos durante doce horas, otros, seis horas, y otros solamente una hora, el Señor le dio a cada uno un denario. ¡Oh!, yo inclinaría mansamente mi cabeza, y diría: “Señor mío, ¿me has dado un talento?; entonces yo te bendigo por ello, y te ruego que me concedas gracia para usarlo correctamente. ¿Le has dado a mi hermano diez talentos? Te doy gracias por la grandeza de Tu amabilidad para con él; pero no le envidio ni me quejo de Ti.” ¡Oh, que tuviésemos un espíritu que siempre se inclinara delante de la soberanía de Dios!

Además: Dios da a uno cinco talentos, y a otro dos talentos, porque el Creador es un amante de la variedad. Se ha dicho que el orden es la primera ley del cielo; ciertamente la variedad es la segunda, pues en todas las obras de Dios hay una diversidad sumamente hermosa. Contemplen los cielos durante la noche: no todas las estrellas brillan con el mismo fulgor, ni están colocadas sobre líneas rectas como las lámparas de nuestras calles. Luego vuelvan su mirada hacia abajo: vean en el mundo vegetal cuántas distinciones hay, que van desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared, o el musgo que es todavía más pequeño. Miren cómo desde el enorme árbol gigantesco que da la impresión de que bajo sus ramas podría resguardarse todo un ejército, hasta el diminuto liquen, Dios ha hecho todo muy hermoso, pero todo lleno de variedad.

Contemplen cualquier árbol, si quieren: vean cómo cada hoja difiere de su vecina; cómo incluso cada uno de los pequeños capullos diminutos que se están abriendo en este instante al olor del perfume de la primavera que se aproxima, difieren el uno del otro; no hay dos iguales. Miren nuevamente al mundo animado: Dios no ha hecho a cada criatura semejante a la otra. Cuán amplio es el rango desde el

elefante colosal hasta el conejo que establece su guarida en la roca; desde la ballena que pinta de blanco el abismo con sus latigazos hasta el diminuto pececillo que surca el arroyo; Dios ha hecho todas las cosas diferentes, y vemos variedad por doquier.

No dudo que suceda lo mismo en el cielo, pues hay “tronos, y dominios, y principados, y potestades”: diferentes rangos de ángeles, tal vez, que se elevan de una categoría a la otra. “Una estrella es diferente de otra en gloria.” ¿Y por qué no habría de ser válida la misma regla para la humanidad? ¿Acaso Dios nos forma a todos con el mismo molde? No parece que fuera así, pues no ha hecho nuestros rostros iguales; no se puede decir que haya dos caras exactamente iguales, pues si hubiese alguna semejanza, hay también una diversidad manifiesta.

Entonces, ¿deberían ser semejantes las mentes? ¿Deberían ser moldeadas las almas de la misma manera? ¿Debería reducirse la creación de Dios a una gran fábrica en la que todo fuera fundido en el mismo fuego y derramado en el mismo molde?

No, por causa de la variedad, Él hará a un hombre un renombrado David, y a otro lo hará un desconocido escudero de David; hará que un hombre sea Jeremías, que habrá de profetizar, y de otro hará un Baruc, que únicamente leerá la profecía; uno será rico como Epulón, y otro será pobre como Lázaro; uno hablará con una voz fuerte como el trueno, y otro será mudo; uno será poderoso en palabra y doctrina, y otro será débil en oratoria y lento en palabras. Dios quiere tener variedad, y el día vendrá cuando, mirando al mundo desde arriba, veremos que la belleza de su historia está fuertemente endeudada con la variedad de caracteres que participaron en ella.

Pero avancemos un poco más. Dios tiene una razón más profunda que esta. Dios da a algunos hombres sólo unos cuantos talentos, pues tiene muchas pequeñas esferas y quiere que estas sean llenadas. Hay un gran océano, y necesita habitantes. Oh, Señor, Tú has hecho a Leviatán para que nade en él. Hay una gruta secreta, una caverna oculta, muy lejos en las profundidades del mar; su entrada es muy pequeña; si no hubiese otros seres que un Leviatán, se quedaría sin un inquilino para siempre: un pececito es formado, y ese pequeño espacio se convierte en un océano para él.

Hay miles de ramas y de ramaletas en los árboles del bosque; si todas las aves fueran águilas, ¿cómo serían alegrados los bosques con los cantos, o cómo podría disfrutar cada ramita de su ave cantora? Pero debido a que Dios quiere que cada ramita tenga su propia música, hizo que el ave cantora se posara en ella. Cada esfera ha de tener la criatura que la ocupe, adaptada al tamaño de la esfera.

Dios actúa siempre económicamente. ¿Tiene el propósito de que un hombre sea el pastor de alguna pequeña parroquia de cuatrocientos o quinientos habitantes? ¿De qué serviría que le diera a ese hombre las habilidades de un apóstol? ¿Tiene Dios el propósito de que una mujer sea la humilde maestra de sus propios hijos en casa, una tranquila preceptor de su propia familia? ¿No la turbaría y la lesionaría si Dios la hiciese una poetisa, y le diera dones que electrizaran a una nación? La pequeñez de sus talentos la equiparán hasta un cierto grado para la pequeñez de su esfera. Hay un joven que es muy capaz de ayudar en una escuela para niños pobres: tal vez si tuviese un genio más

elevado podría desdeñar el trabajo, y así la escuela para niños pobres se quedaría sin su excelente maestro.

Hay pequeñas esferas, y Dios quiere tener hombres pequeños para que las ocupen. Hay posiciones que representan un importante deber, y se encontrarán hombres con nervios y músculos adecuados para esa labor. Él ha hecho una estatua para cada nicho, y un cuadro para cada porción de la galería; ninguna parte se quedará desocupada; pero como algunos nichos son pequeños, así serán las estatuillas que los ocupen. A algunos les da dos talentos, porque dos son suficientes, y cinco serían demasiados.

Además, Dios da a los hombres dos talentos porque en ellos manifiesta a menudo la grandeza de Su gracia para salvar almas. Ustedes han escuchado acerca de un ministro que era profundamente ilustrado en conocimientos sagrados; su sabiduría era profunda, y su lenguaje elegante. Bajo su predicación muchas personas fueron convertidas. ¿Acaso no oyeron nunca—tal vez no fue dicho con toda claridad aunque sí fue sugerido—que mucho de su éxito era atribuible a su erudición y a su elegante oratoria?

Pero, por otro lado, se habrán encontrado con alguien que es áspero en su forma de hablar, de modales toscos y evidentemente sin grandes logros literarios; sin embargo, Dios le ha dado a ese hombre el único talento de un corazón sincero; habla como un hijo del trueno; con un lenguaje áspero y severo denuncia el pecado y proclama el Evangelio; bajo su predicación, cientos son convertidos. El mundo lo escarnece: “no puedo ver ninguna razón para ello”—dice el erudito—“todo es basura, plática vacía; el hombre no sabe nada.” El crítico toma su pluma, le limpia la punta, la hunde en la tinta más amarga que pueda encontrar, y escribe una historia sumamente deleitable de ese hombre, en la que llega tan lejos como para afirmar todo tipo de calumnias—tal vez no diga que ve cuernos sobre su cabeza—pero, con la excepción de eso, dice casi todo lo demás. Ese hombre es todo lo que sea malo, y nada que sea bueno. Lo denuncia exhaustivamente. Es insensato, es vano, es ruin, es altivo, es inculto, es vulgar. No existe una palabra en el idioma inglés que fuera lo suficientemente mala para él, por lo que debe acuñarse una que lo sea.

Y ahora, ¿qué dice la iglesia? ¿Qué dice el propio hombre? “Sí, Señor; gloria sea a Ti por siempre, puesto que lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es.” Así que parecería que Dios recibe algunas veces mayor gloria de lo pequeño que de lo grande; y no dudo que Dios haya creado a algunos de ustedes con poco poder para hacer el bien, con poca influencia, y con una esfera reducida, para manifestar a los ángeles, en el último gran día, cuánto puede hacer en un poco espacio.

Ustedes saben, queridos amigos, que hay dos cosas que siempre atraerán nuestra atención. Una es la habilidad incorporada a una corpulencia estupenda. Vemos al gigantesco navío, al Leviatán, y nos maravilla que el hombre haya podido fabricarlo; en otro momento vemos un elegante objeto de arte que ha de estar colocado sobre una superficie menor a una pulgada cuadrada, y decimos: “bien, entiendo cómo pueden fabricar los hombres un navío gigantesco, pero no puedo comprender cómo un artista pueda tener la paciencia y la habilidad para hacer una cosa tan diminuta como esta.”

Y, ¡ah!, amigos míos, me parece que Dios no es un Dios más grande para nuestro entendimiento cuando vemos los campos sin fronteras del éter y los incontables astros que flotan en él, que cuando vemos a una humilde mujer aldeana, y contemplamos la perfecta palabra de Dios cumplida en su alma, y la más alta gloria de Dios obrada con su poco talento. Seguramente si el hombre puede honrarse en lo pequeño así como también en lo grande, el Infinito y Eterno se glorifica mayormente cuando se inclina a la pequeñez de la humanidad.

II. Nuestra segunda proposición era que incluso POR UNOS CUANTOS TALENTOS HABRÁ QUE DÁR CUENTAS. Cuando pensamos en el día del juicio, somos muy propensos a imaginar que algunos individuos estarán sujetos a un proceso más riguroso que los demás. Yo sé que muchas veces, cuando he estado leyendo la historia de Napoleón, he dicho involuntariamente: “he aquí un hombre de tremenda habilidad, el señor del mundo; se requerirían doce siglos para producir otro hombre semejante; pero aquí tenemos a un hombre que prostituye toda su habilidad ante la ambición, que conduce a sus ejércitos como una inundación destructora que arrasa todos los países, que hace enviudar a las esposas, y deja sin padres a los hijos, no por cientos, ni por miles, sino por millones. ¿Cuál habrá de ser su solemne rendición de cuentas cuando esté delante del trono de Dios? ¿No se levantarán testigos de los campos de España, de Rusia, de Italia, de Egipto, de Palestina, y denunciarán al hombre que, para gratificar su propia ambición audaz, los condujo a la muerte?”

Pero por favor recuerden que aunque Napoleón habrá de ser un prisionero delante del tribunal, cada uno de nosotros también deberá presentarse allí. Y aunque nuestra posición no sea muy alta, y no hayamos estado sobre el pináculo de la fama, habremos estado lo suficientemente alto para quedar bajo la observación del Altísimo, y habremos tenido la habilidad y el poder suficientes para hacer el mal en el mundo, y para tener que rendir cuentas por ello.

“¡Oh!”—dijo alguien—“yo pensé que en verdad en el día del juicio me pasaría por alto; no he sido un Tom Paine; no he sido un líder entre ruines infieles vulgares; yo no he sido un homicida; no he sido un príncipe en medio de los pecadores; no he sido un perturbador de la paz pública; los pocos pecados que he cometido se han producido sin ruido; nadie ha oído hablar de ellos; no creo que mi mal ejemplo haya ido muy lejos; tal vez mis hijos no han sido muy bendecidos por mi comportamiento, mas, sin embargo, la mía ha sido sólo una pequeña cantidad de maldad, demasiado pequeña para haber podido envenenar a alguien que estuviera a mi lado. ¡He sido, en general, tan tolerablemente moral que aunque no podría decir que he servido a Dios, mis desviaciones del sendero del deber han sido en verdad inapreciables!”

¡Ah, en verdad amigos!, podrían considerarse lo más pequeños que quisieran, pero querer hacerse insignificantes no los excusará. ¡Muy poco les ha sido confiado! Entonces tienen menos problemas para hacer uso de sus talentos. El hombre que tienen muchos talentos requiere de una labor más ardua para usarlos a todos. Podría decir la excusa que le pareció que cinco talentos eran demasiados para ponerlos en el mercado a la vez; tú tienes sólo uno; cualquiera puede poner su único talento al interés: no te costaría mucho hacer eso; y en

tanto que vivas y en tanto que mueras sin haber incrementado ese único talento, tu culpa se verá incrementada en grado sumo por el simple hecho de que tu talento no era sino pequeño, y, consecuentemente, el dilema de usarlo no podía ser sino pequeño también. Si tenías poco, Dios requería poco de ti; vamos, entonces, ¿acaso no produjiste eso? Si un hombre pone una casa en renta al precio de una libra esterlina por año—sin importar cuán pequeña sea la casa para el valor de la renta—si no cobrara su renta no tendría ni la mitad de la excusa que tendría si su renta hubiese sido de cien libras y no la hubiese podido cobrar. Tú serás más inexcusable en razón de lo poco que se requería de ti. Entonces, permítanme dirigirme a ustedes para recordarles que han de rendir cuentas.

Recuerda, querido lector, que en el día del juicio tu rendición de cuentas habrá de ser personal; Dios no te preguntará qué hizo tu iglesia; Él te preguntará qué hiciste tú mismo. Ahora, hay una escuela dominical. Si Dios juzgara a todos los miembros de la iglesia como un cuerpo, cada uno de ellos diría: oh Señor, como un cuerpo teníamos una excelente escuela dominical, y teníamos muchos maestros, y así se excusarían a sí mismos.

Pero no es así; uno a uno, todos los profesantes habrán de concurrir delante de Él. “¿Qué hiciste por la escuela dominical? Yo te di el don para que enseñaras a los niños, ¿y qué hiciste? ¿Qué hiciste tú? Tú no debes responder ahora por el grupo con el que estabas unido, sino por ti como un individuo. “Oh”—dirá alguno—“había un gran número de ministros pobres; yo estaba en el Surrey Hall, y se hicieron muchas cosas por ellos.” No; ¿qué hiciste tú? Has de ser responsabilizado personalmente por tu propia riqueza, por tu propia habilidad.

“Bien”—dirá alguien—“me alegra decir que hay mucha más predicación ahora de la que solía haber; las iglesias parecerían estar muy activas.” Sí, amigo, y parecieras tomar parte del crédito para ti. ¿Predicas más tú de lo que solías predicar? Tú eres un ministro; ¿haces tú algún mayor esfuerzo? Recuerda que no es de lo que tus hermanos están haciendo, sino de lo que tú estás haciendo de lo que se te pedirá cuentas en el tribunal de Dios; y a cada uno de ustedes le será hecha esta pregunta: “¿Qué has hecho con tu talento?” Todo tu vínculo con las iglesias no te servirá de nada; son tus acciones personales: tu servicio personal hacia Dios es el que será demandado de ti como una evidencia de gracia salvadora. Y si otros están ociosos—si otros no le dan a Dios lo que le es debido—con mucha mayor razón tú debiste haber sido sumamente diligente en hacerlo.

Recuerda, además, que tu rendición de cuentas tendrá que ser particular. Dios entrará en todos los mínimos detalles. En el día del juicio no tendrás que hacer un apresurado reporte global, sino que cada inciso será leído. ¿Puedes probar eso? Sí. “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.”

Ahora, es en los detalles que los hombres se descarrían. “Bien”—dirá alguien—“si considero mi vida a grandes rasgos, no me avergüenzo mucho de ella, pero son esos pequeños detalles, esos ínfimos detalles: ellos conforman la parte problemática de rendir cuentas con los cuales uno no se querría involucrar.”

¿Sabes que todo el día de ayer se constituyó de pequeñeces? Y las cosas de hoy son todas pequeñas, y lo que hagas mañana serán todas cosas pequeñas. De la misma manera que las diminutas conchitas forman los montes de caliza, y los montes de caliza conforman cordilleras, así las acciones triviales conforman las cuentas completas, y cada una de ellas ha de ser seccionada aisladamente. Tú tenías una hora disponible el otro día: ¿qué hiciste? Tenías una voz: ¿cómo la usaste? Contabas con una pluma y podías usarla: ¿cómo la empleaste? Cada pormenor será descubierto, y se demandará una cuenta por cada uno de ellos.

Oh, que fueran sabios y que no menospreciaran este asunto, sino que tomaran cada nota de la música de su comportamiento, y buscaran poner en armonía a cada una de las notas con su vecina, para que, después de todo, no se demuestre que el salmo de su vida ha sido una horrible disonancia. Oh, que ustedes que están sin Dios recordaran que su vida es seguramente tal que el juicio del último gran día ha de concluir en su condenación.

Además, esas cuentas serán muy exactas, y no habrá manera de excluir esos nimios detalles. “¡Oh!, fueron en verdad unos cuantos pecadillos y unos asuntos muy ínfimos; no llevé la cuenta de ellos.” Pero de todos ellos se hará un inventario en aquel momento. Cuando Dios llegue para examinar nuestros corazones al final, los pecados de un centavo lo mismo que las iniquidades de una libra esterlina, todo será presentado en nuestra contra, y se rendirán cuentas exactas.

Recuerden, además, por último, y siempre sobre el mismo punto, que las cuentas serán muy imparciales en el día del juicio, cuando todo será juzgado sin ninguna referencia a su condición. El príncipe será convocado para dar cuenta de sus talentos, y a su lado habrán de estar su cortesano y su esclavo. El más poderoso emperador ha de estar ante el tribunal de Dios, lo mismo que el más ínfimo aldeano. Todos habrán de presentarse y ser juzgados de acuerdo a los actos que han hecho en el cuerpo.

En cuanto a nuestras profesiones, estas no nos servirán de nada. Podríamos haber sido los más altivos hipócritas que hayamos enfermado al mundo con nuestra altivez, pero habremos de ser escudriñados y examinados, de igual manera que si hubiésemos sido los más viles pecadores. Debemos tener nuestro propio juicio delante del eterno tribunal de Dios, y nada podría sesgar a nuestro Juez, o conducirlo a dar una opinión a favor o en contra nuestra, aparte de la evidencia.

¡Oh, cuán solemne tornará esto al juicio, especialmente si no contamos con la sangre de Cristo como argumento! El gran Abogado obtendrá una absolución para Su pueblo, por medio de Sus méritos imputados, aunque su pecado en sí mismo los condenaría. Pero recuerden que sin Él no seremos capaces nunca de soportar la ordalía de fuego del terrible día del juicio final.

“Bien”—dijo un viejo predicador—“cuando la ley fue dada, todo el monte Sinaí humeaba, y se derritió como cera; pero cuando el castigo de la ley sea impartido, la tierra entera temblará y se descorazonará. Pues ¿quién podrá soportar el día de Jehová, el día del ardor de la ira de Dios?”

III. El último punto es que SI POR LA GRACIA DIVINA—y es únicamente por la gracia divina que esto puede ser logrado—NUESTROS DOS TALENTOS SON CORRECTAMENTE USADOS, EL HECHO DE QUE NO HAYAMOS TENIDO CINCO NO SERÁ UN DETRIMENTO PARA NOSOTROS.

Cuando muere un hombre que ha sobresalido en el seno de la iglesia, un triunfante guerrero de la verdad, ustedes dicen que los ángeles se agolparán a las puertas del cielo para verlo, pues fue un héroe vigoroso que hizo mucho por su Señor. ¡Un Calvin o un Lutero, con cuántas aclamaciones habrán de ser recibidos! Son hombres con talentos, que han sido fieles a los que les fue confiado.

Sí, pero, ¿no saben ustedes que hay muchos pastores de humildes aldeas cuyos rebaños no llegan ni a cincuenta personas, que se afanan arduamente como si se tratase de sus vidas, que pasan horas orando por su bienestar, que usan toda la poca habilidad que poseen en sus esfuerzos para ganar esas personas para Cristo; y se imaginan ustedes que su entrada al cielo será menos triunfante que la entrada de hombres de la talla de Lutero?

Si así fuera, no saben cómo trata Dios con Su pueblo. Él les da recompensas, no de conformidad a la grandeza de los bienes que les fueron confiados, sino de acuerdo a su fidelidad para con ellos, y quien ha sido fiel sobre poco, será tan recompensado como aquel que ha sido fiel sobre mucho.

Quiero que vayan rápidamente al capítulo 25 de Mateo para ver esto. Notarán, primero, que el hombre que tenía dos talentos acudió a su Señor con la misma confianza que el hombre que tenía cinco. “Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos.” Estaré obligado a decir que mientras ese pobre hombre con los dos talentos estaba negociando con ellos, frecuentemente miraba a su vecino que tenía cinco talentos, y decía: “joh, yo desearía hacer tanto como mi vecino! Ahora vean, él tiene cinco talentos que invertir, y cuántos intereses está recibiendo cada año; joh, que yo pudiera lograr el mismo rendimiento!” Y conforme seguía adelante, oraba a menudo: “oh señor mío, dame una mayor habilidad, y mayor gracia para servirte, pues anhelo hacer más.” Y cuando se sentaba a leer su diario personal, pensaba: “ah, este diario no dice mucho. No hay un relato de mi recorrido a lo largo de cincuenta condados; no puedo decir cómo he viajado de región a región como lo hizo Pablo, para predicar la verdad. No; me he tenido que quedar en esta parroquia, y casi me he muerto de hambre, trabajando arduamente para esta gente, y si he agregado algunas diez o doce personas a la iglesia, eso ha sido algo muy exitoso para mí. Vamos, oigo que el señor Fulano de Tal tuvo el privilegio de agregar doscientas o trescientas personas en un año; joh, que yo pudiera hacer eso! Seguramente cuando vaya al cielo, me deslizaré de alguna manera por la puerta, mientras que él, por la gracia, tendrá la oportunidad de entrar con determinación, llevando sus gavillas con él.”

Ahora, detente, hombre de poca fe, detente; tu Señor no tratará así contigo. Cuando llegue la hora de tu muerte, por Su gracia tú sentirás tanta confianza al morir con tus dos talentos bien invertidos, como tu hermano con sus diez, pues cuando llegues allá, contarás con la dulce

presencia de tu Señor, y dirás: "estoy completo en Cristo. La justicia de Cristo me cubre de la cabeza a los pies, y ahora mirando atrás a mi vida pasada, puedo decir: 'bendito sea Su santo nombre'. Es poco lo que podía hacer, pero he hecho todo lo que podía hacer por Él. Sé que perdonará mis defectos, y remitirá mis fracasos, y nunca miraré hacia atrás a mi cargo en la humilde aldea sin sentir mucho gozo, porque el Señor me permitió trabajar allí."

Y, oh, me parece que el hombre tendrá incluso un encomio más rico en su propia conciencia, que el hombre que ha sido más públicamente aplaudido, pues se puede decir a sí mismo, después de haber puesto toda su confianza en Cristo: "bien, estoy seguro que no hice esto por fama, pues florecí sin ser visto; he perdido mi dulzura con el aire del desierto. Nadie se ha enterado jamás de mis actos; lo que yo hice se quedó entre mi Dios y yo, y puedo rendirle mis cuentas y decirle: 'Señor, lo hice por Ti, y no para honrarme a mí mismo.'"

Sí, amigos, podría hablarles ahora de muchas decenas de evangelistas denodados en esta nuestra tierra, que están trabajando más que cualquiera de nosotros, y, sin embargo, se llevan mucho menos honor. Sí, y podría mencionarles una gran cantidad de misioneros de la ciudad, cuyo arduo trabajo por Cristo está más allá de cualquier medida de alabanza, que nunca alcanzan una gran recompensa aquí; es más, que se enfrentan con desaires y desatenciones. Vean al pobre hombre cómo comienza sus tareas tan pronto se va de su lugar de adoración hoy. Tiene tres horas esta tarde para pasarlas con los enfermos, y después lo verán trabajar el lunes por la mañana. Tiene que ir de casa en casa pero a menudo recibe portazos en su cara, a menudo se ve expuesto a la gentuza y a los borrachos, y recibe burlas y escarnios, y se reúne con personas de todas las persuasiones religiosas o que no tienen ninguna persuasión. Continúa trabajando arduamente; tiene su pequeña reunión por la noche, y allí reúne un pequeño rebaño y ora con ellos, y de vez en cuando consigue la conversión de un hombre o de una mujer; pero no se lleva ninguna honra. Sólo le presenta al ministro al recién convertido, y le dice: "señor, aquí está un buen hombre; creo que ha sido reclutado; ¿podría bautizarlo y recibirla en su iglesia?" El ministro recibe todo el crédito por eso, pero en cuanto al pobre misionero citadino, no se menciona nada de él o en todo caso muy poco. Tal vez se da algunas veces la sola mención de su nombre: el señor Brown, o el señor Smith, pero la gente no tiene una mayor consideración de él, excepto, tal vez, como un objeto de caridad que han guardar, aunque él es el hombre que les da la caridad, dando toda la savia y la sangre y la médula de su vida a cambio de unas pobres 60 libras esterlinas por año, cantidad que dista de satisfacer las necesidades básicas de su familia. Pero cuando él muera, amigo mío, no tendrá una menor aprobación de su conciencia que el hombre al que se le permitió pararse delante de multitudes y que alzó a la nación al nivel de excitación por causa de la religión. Él se presentará delante de su Señor vestido con la justicia de Cristo, y con un rostro desprovisto de bochorno dirá: "Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes, he ganado otros dos talentos sobre ellos."

Además, y para concluir, ustedes podrán advertir que no hubo ninguna diferencia en el encomio de su Señor, ni tampoco ninguna

diferencia en su recompensa. En ambos casos dijo: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor." Aquí viene Whitfield, el hombre que se presentó ante veinte mil personas congregadas para predicar el Evangelio, quien en Inglaterra, Escocia, Irlanda y América, testificó la verdad de Dios, y que podía contar en miles a sus convertidos, ¡incluso por un solo sermón! Aquí viene, el hombre que soportó persecución y escarnio, pero que no fue atemorizado; el hombre de quien el mundo no era digno, que vivía para sus semejantes, y que por fin murió por su causa: pónganse de pie, ángeles, mientras el Señor lo toma de la mano y dice: "¡Bien, muy bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu Señor!" Vean cómo la gracia inmerecida honra al hombre a quien habilitó para actuar valientemente.

¡Pero presten atención! ¿Quién viene allá? Es una pobre criatura que se ve muy descarnada, que en la tierra era tísica; de vez en cuando brotaba un rubor hético en sus mejillas, y tuvo que permanecer acostada durante tres años en su lecho de enferma. ¿Acaso sería la hija de un príncipe, ya que parece que el cielo está haciendo mucho alboroto por causa de ella? ¡No, ella era una pobre muchacha que ganaba su sustento con su aguja de costurera, y que trabajó hasta consumirse! ¡Puntada, puntada, puntada, de la mañana a la noche! Y aquí viene. Descendió prematuramente a la tumba, pero aquí viene semejando gavillas de meses plenamente maduras, para entrar al cielo; y su Señor dice: "bien hecho, buena y fiel sierva, sobre poco has sido fiel, te pondré a gobernar muchas cosas; entra en el gozo de tu Señor." Ella toma su lugar junto a Whitfield. Pregunten qué fue lo que hizo, y descubrirán que solía vivir en una casucha escondida en un oscuro callejón de Londres; y otra pobre muchacha acostumbraba venir para trabajar con ella, y esa pobre muchacha, cuando vino la primera vez a trabajar con ella, era una alegre y volátil criatura, y esta jovencita tísica le contó de Cristo; y solían—cuando se sentía bastante bien—ingeníarselas para asistir a la capilla o a la iglesia juntas. Al principio le resultaba difícil convencer a la otra chica que fuera, pero la presionaba amablemente; y cuando la chica se descarrió un poco, la otra nunca se rindió. Solía decirle: "oh Juana, yo quisiera que amaras al Salvador"; y cuando Juana no estaba con ella, solía orar por ella, y cuando Juana estaba junto a ella, oraba con ella; y de vez en cuando, mientras cosía, le leía una página de la Biblia, pues la pobre Juana era analfabeta. Y con muchas lágrimas procuraba hablarle del Salvador que la amaba y que se había entregado por ella. Por fin, después de muchos días de firme persuasión, y de muchas horas de tristes desilusiones, y de muchas noches de desvelo y de oraciones salpicadas de lágrimas, por fin vivió para ver que la joven profesara su amor por Cristo; y la dejó y se enfermó, y estuvo en cama hasta que fue llevada al hospital, donde murió. Cuando estaba en el hospital solía tener a su lado unos cuantos folletos, y los distribuía entre quienes venían a verla; procuraba, si podía, atraer a las mujeres a su alrededor y les daba los folletos. Cuando ingresó al hospital y todavía podía levantarse, acostumbraba ponerse al lado de alguna moribunda si la enfermera se lo permitía; hasta que al fin se puso muy enferma y le pedía a una pobre mujer que estaba al otro lado de la sala y que se estaba recuperando y ya iba de salida, que viniera y le leyera

un capítulo de la Biblia; no que quisiera que le leyera para su propio beneficio, sino para beneficio de la lectora, pues pensaba que su corazón podría ser conmovido mientras le estaba leyendo. Por fin esta pobre muchacha murió y durmió en Jesús; y la pobre costurera tísica escuchó que le decían: "Bien"—¿y qué más le podría haber dicho un arcángel?—"esta ha hecho lo que podía."

Vean, entonces, el encomio del Señor; y la recompensa final será igual para todos los hombres que hubieren usado bien sus talentos. ¡Ah!, si hubiera grados de gloria, no serán distribuidos de acuerdo a nuestros talentos, sino a nuestra fidelidad en usarlos. En cuanto a si hay grados o no, no lo sé; pero esto sí sé: el que hace la voluntad de su Señor, oirá que se le dice: "Bien, buen siervo y fiel."

Y ahora, amigos, solamente esta palabra. Les he dicho que hay muchas personas en nuestra denominación que están predicando el Evangelio continuamente. Debería traerles algunas cuantas de las cartas que nos escriben los pobres ministros, pero algunas veces pienso que esto sería una violación de la delicadeza, y no quisiera hacerlo. Pero cuando lo hice en algún año, la colecta fue casi el doble de lo que normalmente es; así que creo que puedo romper la etiqueta para ayudarles. Sin embargo, puedo asegurarles solemnemente que si hay pobreza en cualquier lugar, ha de encontrarse entre los ministros de las iglesias bautistas, y lamento decir que una de las causas de esa pobreza es atribuible a la propia gente, pues no tienen el hábito de dar y por eso sus ministros padecen hambre.

Ahora, si Cristo ha de decir en el más allá: "Bien" a muchos humildes predicadores, ¿creen ustedes que Él tenga la intención de que se mueran de hambre con ingresos de 30 o 40 libras esterlinas por año mientras estén aquí? Ahora, hermanos, si Cristo ha de decir: "Bien" al final, podemos anticipar Su veredicto, y decir nosotros: "bien hecho hoy." ¿Y cómo podemos decir "bien" de mejor manera que quitando el bozal al buey que trilla, y dándoles a estos pobres ministros algo de nuestro propio dinero, conforme Dios nos ayude, para que sus necesidades se vean solventadas? Habrá un buen número de personas que dependerá el año entrante de lo que ustedes den este año; tal vez ustedes recuerden esto y les ayuden. Un amable caballero que usualmente asiste aquí, dice: "no pude asistir hoy, así que envío mi libra esterlina para que sea colocada en la caja de la colecta junto al ministro." Y yo confío que si hay personas que están ausentes aquí hoy pero que asistirán el próximo domingo, no olvidarán esta colecta. Esta colecta es siempre muy dilecta para el corazón de mi iglesia.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #175 – Volumen 4

THE TWO TALENTS

El Mundo Trastornado

NO. 193

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 9 DE MAYO, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá.”
Hechos 17:6

Esta es simplemente una antigua versión de una historia que se repite a menudo. Cuando surgen disturbios en un estado, y rebeliones y motines provocan el derramamiento de sangre, sigue siendo una costumbre gritar: “los cristianos han hecho esto.” En los días de Jesús, sabemos que se acusaba a nuestro bendito y divino Maestro de ser el promotor de la sedición, aunque, por el contrario, Él mismo había rehusado que lo hicieran rey cuando Sus seguidores querían llevárselo a la fuerza para coronarlo, pues dijo: “Mi reino no es de este mundo.” Sin embargo, Él fue crucificado bajo los dos falsos cargos de sedición y blasfemia.

Lo mismo ocurrió con los apóstoles. Doquiera que iban a predicar el Evangelio, los judíos que se les oponían buscaban soliviantar al vulgo de la ciudad para poner un fin a su ministerio. Allí en Tesalónica, los propios judíos provocaron un gran tumulto y tomaron consigo a algunos ociosos, hombres malos, y juntando una turba, alborotaron la ciudad; y asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlo al pueblo, aunque culparon del tumulto a los apóstoles diciendo: “Estos que trastornan el mundo entero también han venido acá.”

Este plan fue seguido a todo lo largo del imperio romano, hasta el tiempo en que la religión cristiana se convirtió en la religión del estado. Nunca sobrevino una calamidad a Roma, nunca se presentó una guerra, nunca una hambruna o una peste, sin que el vulgo clamara: “¡los cristianos a los leones! Los cristianos son los culpables.” El propio Nerón atribuyó el incendio de Roma, del cual sin duda había sido el incendiario, a los cristianos.

Los creyentes en Jesús eran calumniados como si fuesen una alcantarilla común en la que había de volcarse toda la inmundicia del pecado; por el contrario, ellos eran semejantes al grandioso mar de bronce bruñido de Salomón, que estaba lleno del agua más pura con la que incluso los sacerdotes lavaban sus vestiduras.

Y ustedes notarán que, hasta este día, el mundo todavía culpa de sus males a los cristianos. ¿Acaso no fue el insensato clamor hace unos cuantos meses—y existen algunos individuos de débiles mentes que todavía lo creen—que la gran masacre y el motín de la India fueron provocados por los misioneros? Es cierto que los hombres que trastornaban el mundo habían ido también allí. Pero debido a que

otros individuos abrían grandes brechas en todos los límites de la naturaleza y de la ley, y cometían actos por los que hasta los demonios podrían enrojecer, ¡esto también debía ser inculpado al santo Evangelio de Cristo, y los hombres de paz debían cargar sobre sus hombros con la culpa de la guerra!

¡Ah!, nosotros no tenemos que refutar esto: la calumnia es demasiado vana para que sea necesaria una refutación. ¿Acaso podría ser cierto que aquellos cuyo Evangelio es amor, fueran los promotores del disturbio? ¿Podría ser justo por un momento culpar al Evangelio por el motín y la rebelión, cuando su propio lema es: "En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres"? ¿Acaso no dijo nuestro Maestro: "Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios"? ¿Acaso Él mismo no pagó el tributo aunque haya recurrido a un pez del mar para obtener el estatero? ¿Y acaso Sus seguidores no han sido en todo momento una generación pacífica? Esto ha sido siempre así, excepto cuando se quiso coartar la libertad de su conciencia, en cuyo caso no fueron hombres dispuestos a doblar sus rodillas ante los tiranos y los reyes, sino que conjuntamente con el valeroso y viejo Oliver encadenaron a sus reyes y a sus nobles con grilletes herrados; y volverían a hacer lo mismo si su libertad fuera coartada alguna vez y se les impidiera adorar a Dios como deben hacerlo.

Nosotros creemos que lo que estos judíos decían de los apóstoles era justamente una categórica y deliberada mentira. Ellos sabían que no era verdad. Los apóstoles no eran perturbadores de los estados. Es cierto que ellos predicaban lo que perturbaría la constitución pecaminosa de un reino, y que perturbaría las malas prácticas de los falsos sacerdotes; pero la intención suya nunca fue la de provocar un alboroto en la gente. Ellos en verdad venían a levantar en armas a los hombres en contra del pecado; ellos desenvainaban la espada contra la iniquidad; pero no presentaban ninguna batalla contra los hombres por ser hombres, ni contra los reyes por ser reyes; más bien ellos proclamaban por doquier una guerra sin cuartel contra la iniquidad y el pecado y contra el mal.

Sin embargo, hermanos, nosotros creemos que hay muchas palabras verdaderas cuya intención era la burla, y es cierto que hay muchas palabras verdaderas que fueron expresadas con malicia. Ellos decían que los apóstoles trastornaban el mundo. Con eso querían decir que eran perturbadores de la paz. Pero estaban diciendo algo muy verdadero, pues el Evangelio de Cristo, en efecto, trastorna el mundo. El extremo superior estaba mal ubicado anteriormente, y ahora que el Evangelio es predicado, y cuando prevalezca, pondrá al mundo en la posición correcta, trastornándolo.

Y ahora voy a intentar mostrarles cómo el Evangelio de Cristo trastorna el *mundo en general*; y luego me voy a esforzar, en la medida en que Dios me ayude, para mostrarles cómo el *pequeño mundo que*

está en el interior de cada hombre es trastornado cuando ese hombre se convierte en un creyente en el Evangelio de Cristo.

I. Primero, entonces, el Evangelio de Cristo trastorna el mundo EN LO TOCANTE A LA POSICIÓN OCUPADA POR DIFERENTES CLASES DE HOMBRES.

En la estima de los hombres, el reino de los cielos es algo parecido a esto: en lo alto, sobre la cumbre, está ubicado el más grande rabí, el sumamente venerable, estimable y excelente doctor en teología, el gran filósofo, el hombre verdaderamente ilustrado, el hombre profundamente instruido, el hombre inmensamente intelectual. Él está colocado en el ápice: está en lo más alto, porque es el más sabio.

Y justo debajo de él, hay una clase de hombres que son profundamente eruditos—no tan capaces como el primero—pero aun así sumamente sabios, que miran desde arriba a los que están en la base de la pirámide, y comentan: “ah, ellos conforman la innoble multitud, y no saben absolutamente nada.”

Un poquito más abajo, vemos a los hombres sobrios, respetables y pensantes, que no son establecidos como maestros, pero que raramente están dispuestos a ser enseñados, puesto que, en su propia opinión, ya saben todo lo que ha de aprenderse.

Y después de ellos viene todavía un mayor número de individuos muy estimables que son sumamente sabios en la sabiduría del mundo, aunque no son tan exaltados como el filósofo y el rabí. Más abajo aún siguen aquellos que sólo tienen una respetable cantidad de sabiduría y de conocimiento; y, luego, en la propia base están ubicados el insensato, el niño pequeño y el bebé. Cuando miramos a estos, decimos: “esta es la sabiduría de este mundo. ¡Contemplen cuán grande diferencia hay entre el bebé que está en la base y el instruido doctor colocado en la cima! Cuán amplia es la diferencia entre el ignorante simplón que forma parte del sótano duro, rocoso y terco, y el hombre sabio hecho de mármol pulido, que luce resplandeciente en el ápice de la pirámide.”

Sólo miren ahora cómo Cristo trastorna el mundo. Allí está. Él simplemente lo invierte: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.” “Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, ricos en fe, herederos del reino.” Trastorna precisamente toda la urdimbre social; y el sabio descubre ahora que tiene que subir por las escaleras para buscar su simplicidad. Él ha estado procurando toda su vida, en la medida de lo posible, alejarse de la simplicidad del crédulo niño; ha estado pensando, y juzgando, y sopesando, y aplicando su lógica a cada verdad que escuchaba, y ahora ha de recomenzar y subir de nuevo: se tiene que convertir en un niño, y ha de regresar a su pasada simplicidad. Este es el mundo

trastornado violentamente; y, por tanto, el sabio difícilmente lo aprecia.

Si deseas ver al mundo trastornado a la perfección, lee el capítulo quinto del Evangelio de Mateo: allí tienes un resumen completo del mundo puesto de cabeza. Jesucristo trastornó el mundo con el primer sermón que predicó. Mira el versículo tercero: “*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*” Pero a nosotros nos cae bien un hombre que tiene un espíritu ambicioso—un hombre que, como decimos, sabe cómo abrirse paso en el mundo—que mira hacia arriba; que no está contento con la posición que ocupa, sino que siempre está dispuesto a escalar más y más alto.

Y también tenemos una muy buena opinión de un hombre que tenga una muy buena opinión de sí mismo; un hombre que no se doblegue ni se rebaje. Él defenderá sus derechos; eso hará; no cederá ante nadie. Se cree alguien, y se sostendrá en su creencia, y se lo demostrará al mundo. Él no es como algunos de sus semejantes apocados, que se contentan con la pobreza y se quedan tranquilos con lo que tienen. Él no se quedará contento. El mundo admira a un hombre así.

Pero Cristo simplemente trastorna eso y dice: “*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*” Se refiere a los hombres que no tienen una fortaleza propia pero que buscan en Cristo toda fortaleza; a los hombres que no tienen un espíritu para correr junto a un mundo malvado, sino que prefieren sufrir una lesión que infringirla; a los hombres que son mansos y de comportamiento humilde, que no buscan alzar su cabeza por encima de sus semejantes; a aquellos que si son grandes es porque la grandeza les fue infundida aunque nunca la buscaron; a los que están contentos a lo largo del fresco y apartado valle de la vida, y pueden mantener un ritmo sostenido en su camino y para quienes pareciera que siempre está sonando en los oídos esta frase: “*¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques*”; “*los pobres en espíritu*”: hombres que son felices en su pobreza, que están contentos con la providencia de Dios y que se consideran mucho más ricos de lo que merecen ser. Ahora, Cristo dice que estos hombres son bienaventurados. El mundo dice que son blandos y que son insensatos; pero Cristo coloca en la cima a aquellos que el mundo pone en el fondo. “*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.*”

Además existe otro grupo de personas en el mundo; son personas que siempre están *lamentándose*. No te lo dejan ver a menudo, pues su Señor les ha dicho que cuando ayunan unjan su rostro, para no mostrar a los hombres que ayunan; pero, aun así, secretamente delante de Dios, tienen que gemir; cuelgan sus arpas sobre los sauces; se lamentan por su propio pecado, y también se lamentan por el pecado de los tiempos. El mundo dice de ellos: “constituyen un grupo melancólico y apático y no me interesaría pertenecer a ese grupo”; y el

alegre fiestero los ve y casi llega a escupirlos en su escarnio. Pues, ¿qué son ellos? Sólo aman las tinieblas. Son los sauces llorones del raudal; en cambio este otro hombre, como el altivo álamo, alza su cabeza y es sacudido de un lado a otro por el viento de su dicha, y se jacta de su grandeza y de su libertad. Escucha cómo habla el alegre joven a su amigo que se lamenta porque está bajo convicción de pecado: “¡ah, la tuya es una disposición mórbida! Me das lástima; deberías estar bajo el cuidado de algún médico. Te la pasas lamentándote en medio del mundo. ¡Es algo muy funesto encontrarse sumido en las olas de la tribulación! ¡Qué caso tan aciago es el tuyo! No quisiera estar en tus zapatos ni tomar tu posición por nada del mundo.”

No, pero Cristo trastorna el mundo; y así, esas personas que consideras tristes y afligidas son precisamente las mismas que habrán de regocijarse. Pues lean el versículo cuatro: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.” Sí, hombre mundano, tu gozo es semejante al crepitar de las espinas bajo una olla. Flamea un poco y hace mucho ruido: pero pronto se acaba.

Sin embargo, “Luz *está sembrada* para el justo, y alegría para los rectos de corazón.” Ahora no puedes ver la luz, porque está sembrada. Quizá yace bajo los terrones de la pobreza, y de la vergüenza, y de la persecución. Pero cuando llegue el día de la gran cosecha, las hojas de luz, irguiéndose ante la segunda venida, producirán “grano lleno en la espiga” de bienaventuranza y gloria eternas. Oh, ustedes almas afligidas, alérgense; pues aunque el mundo los coloque al fondo, Cristo los pondrá en la cabeza del mundo. Cuando Él trastorne el mundo, dice que *recibirán* consolación.

Luego hay otro tipo de individuos, llamados “*los mansos*.” Seguramente se habrán encontrado con ellos de vez en cuando. Permítanme describirles la condición opuesta: conozco a un hombre que nunca está feliz a menos que tenga un juicio legal; no está nunca dispuesto a pagar ni una sola cuenta a menos que reciba un requerimiento legal. Le encanta la ley. La idea de citar a alguien a la corte es una golosina para él. No olvidará fácilmente ninguna ligera afrenta. Posee una gran cantidad de dignidad ficticia; y aunque se le toque muy ligeramente, si se pronuncia una dura palabra en su contra, o se le levanta una calumnia, se lanza contra su enemigo de inmediato; pues es un hombre de un temperamento duro, y mete a la cárcel al deudor, y en verdad les digo que si entraran a la cárcel por una demanda suya, no saldrían nunca hasta haber pagado el último cuadrante.

Ahora, los mansos son de una disposición muy diferente. Podrías vituperarlos, pero ellos no responderán; podrías injuriarlos, pero ellos saben que su Señor ha dicho: “Pero yo os digo: No resistáis al que es malo.” No estallan en iras y pasiones ante una ligera afrenta, pues saben que todos los hombres son imperfectos, y, por tanto, piensan

que tal vez su hermano cometió un error y no deseaba herir sus sentimientos; y, por ello, dicen: "bien, si no deseaba hacerlo, entonces no me he de ver afectado por esa situación; me atrevo a decir que tenía buenas intenciones, y entonces me quedo con lo que quiso y no con lo que hizo; y aunque habló duramente, seguramente mañana lo lamentará; yo no le mencionaré nada; voy a tolerar todo lo que me diga." Si lanzaran una calumnia en su contra, diría: "bien, no me importa; se apagará sola; donde no hay leña, el fuego no prospera." Otro habla muy mal en su contra a sus oídos; pero él se queda callado; él está sordo y no abre su boca. No es como el hijo de Sarvia que le dijo a David: "Te ruego que me dejes pasar, y le quitaré la cabeza a este perro muerto, porque maldijo a mi señor el rey." Él responde: "Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho." "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor." Se contenta con aguantar y se reprime, y tolera mil injurias es vez de infiligr una; mansa y tranquilamente prosigue su camino aunque el mundo y la gente digan: "jah!, ese hombre no podrá progresar; siempre será estafado. Vamos, estará siempre prestando dinero, y nunca le pagarán; estará dando su riqueza a los pobres, y no la volverá a ver. ¡Cuán estúpido es! Él permite que la gente quebrante sus derechos; no tiene fortaleza mental; desconoce cómo defenderse, pues es un tonto."

Ay, pero Cristo trastorna esto y dice: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad." ¿No es eso irritante para ustedes que son avaros, para ustedes que son personas gallardas, para ustedes los abogados, ustedes que siempre están tratando de meter en problemas a su vecino si tocara sus derechos? Ustedes lo hacen para heredar la tierra: pero vean cómo Cristo los fastidia y pisa su sabiduría. Él dice: "*los mansos recibirán la tierra por heredad.*" Después de todo, muy a menudo, la mejor manera de validar nuestros derechos es no ocuparnos de ellos.

Yo estoy muy seguro de que la manera más eficaz de defender su carácter, es no decir nunca una sola palabra acerca de él. Si todos en este lugar decidieran calumniarme, y pronunciar las más furiosas difamaciones que pluguieran, podrían estar absolutamente seguros de que nunca recibirán una demanda legal de parte mía. No soy tan insensato como para hacer eso. He observado siempre que cuando un hombre se defiende en un tribunal de justicia contra cualquier calumnia, simplemente le hace la tarea al enemigo con su propia mano. Nuestros enemigos no pueden hacernos daño, a menos que nosotros mismos nos hagamos el daño. Nunca fue lesionado el carácter de un hombre excepto por sí mismo. Pertenezcan a los mansos y heredarán la tierra. Toleren todas las cosas, esperen todas las cosas, crean en todas la cosas, y será lo mejor—incluso en esta tierra—a la larga.

¿Pueden ver a aquel caballero muy respetable que está por allá, que nunca ha dejado de asistir a su iglesia o a su capilla dos veces cada

domingo desde que se convirtió en un adulto? Lee también su Biblia, y ora en familia. Es verdad que hay algunas historias que andan volando por allí, en el sentido que es duro con sus trabajadores, y exigente a veces con sus pagos; es equitativo para con todos los hombres, pero no va más allá de eso. Este hombre tiene una excelente relación consigo mismo; cuando se levanta por la mañana, se da la mano a sí mismo, y se felicita por ser tan excelente persona. Él generalmente vive en la calle principal—en su opinión—y en el primer número de la calle, también. Si le hablaras acerca de su situación con Dios, dice que si él no va al cielo, nadie irá; pues él paga con exactitud a todo el mundo; él es estrictamente recto, y no hay nadie que pueda encontrarle una falla a su carácter. ¿Acaso no es un buen hombre? ¿No lo envidias? Es un hombre que tiene una opinión tan excelente de sí que se considera perfecto; o, si no es lo suficientemente perfecto, es tan bueno que cree que con una pequeña ayuda, entrará al reino de los cielos.

Bien, ahora, ¿pueden ver a una pobre mujer, parada al fondo de la iglesia, con lágrimas que ruedan de sus ojos? ‘Dé un paso al frente, señora; permítanos escuchar su historia.’ Ella tiene miedo de pasar al frente; no se atreve a hablar en presencia de personas respetables; pero logramos entender esto en cuanto a ella: ha descubierto últimamente que está llena de pecado, y desea saber qué ha de hacer para ser salva. Pregúntenle. Ella responde que no tiene méritos propios. Su cantinela es: “soy la primera de los pecadores. ¡Oh, que la misericordia me salvara!” Ella nunca se felicita por sus buenas obras, pues afirma que no tiene ninguna obra buena; todas sus justicias son como trapos de inmundicia; ella pone su boca en el propio polvo cuando ora, y no quiere ni aun alzar sus ojos al cielo. Ustedes sienten piedad por esa pobre mujer. No quisieran encontrarse en su caso. El otro hombre que acabo de mencionar está en la parte superior de la escalera, ¿no es cierto? Pero esta pobre mujer se encuentra en el fondo.

Ahora vean solamente cuál es el proceso del Evangelio: el mundo trastornado. “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.” Mientras que el hombre que está satisfecho de sí mismo tiene esto como su porción: “Todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición”; los publicanos y las rameras van delante de ustedes al reino de Dios, porque ustedes no buscan la justicia que es por fe, sino que la buscan como si fuera por las obras de la ley. Así que aquí ven ustedes que el mundo fue trastornado por el primer sermón que Cristo predicó.

Ahora vayan a la siguiente bienaventuranza: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.” De esto ya he hablado. Los misericordiosos no son muy respetados en este mundo, al menos si son imprudentemente misericordiosos; el hombre que perdona demasiado, o que es demasiado generoso, no es considerado

un sabio. Pero Cristo declara que aquel que ha sido misericordioso: misericordioso para satisfacer las necesidades de los pobres, misericordioso para perdonar a sus enemigos y para pasar por alto sus ofensas, alcanzará misericordia. Aquí, nuevamente, el mundo es trastornado.

“Bienaventurados los de *limpio corazón*, porque ellos verán a Dios.” El mundo dice: “bienaventurado es el hombre que se entrega a una vida de alegría.” Si le preguntaran al común de la humanidad quién es el hombre feliz, responderían: “el hombre feliz es aquel que tiene abundancia de dinero, y lo gasta liberalmente, y es liberado de toda restricción; cuya vida es una fiesta danzante y que bebe de la copa de la intoxicación; que va disolutamente de parranda; que, como el potro salvaje de la pradera, no es frenado por el orden, ni restringido por la razón, sino que se lanza por las anchas llanuras del pecado, sin arneses, sin guía, sin límites.”

Este es el hombre al que el mundo llama feliz: el hombre altivo, el hombre fuerte, el Nimrod, el hombre que puede hacer todo lo que desea, y que menosprecia mantenerse en la angosta vía de la santidad. Ahora, la Escritura dice: no es así; “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.”—

**“*Bienaventurado es el hombre que evita el lugar
Donde los pecadores disfrutan reunirse;
Que teme hollar los malvados caminos,
Y odia el asiento del escarnecedor.*”**

Bienaventurado es el hombre que no puede tocar algo porque sería lascivo, ni alguna otra cosa porque estropearía su comunión con su Señor; el hombre que no puede frecuentar el lugar de diversión, porque allí no podría orar, y que no puede ir a otro lugar, porque no podría esperar contar con el beneplácito de su Señor para la hora gastada en ese sitio. Ese hombre, el de limpio corazón, es considerado un moralista puritano, un sabatario estricto, un hombre que no tiene un criterio propio; pero Jesucristo endereza todo, pues dice: estos son los hombres bienaventurados, estos son los hombres felices. “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.”

Y ahora consideren el versículo noveno. ¡Qué trastorno del mundo es ese! Caminen a lo largo de Londres, y, ¿quiénes son los hombres que están colocados sobre nuestras columnas y pilares, y sobre las puertas de nuestros parques y otros lugares? Lean el versículo noveno, y vean cómo trastorna el mundo. Allí, sobre la propia cima del mundo, muy en alto, puede verse la manga sin el brazo de un Nelson: allí está, exaltado en lo alto sobre sus semejantes; y allá, en otro lugar, con un escuadrón a su espalda, está un duque; y en otro lugar, cabalgando sobre un caballo de guerra está un valiente militar. Estos son los héroes bienaventurados según el mundo. Vayan a la capital de cualquier imperio que elijan, y verán que los bienaventurados que son puestos sobre pedestales, y que tienen estatuas erigidas en su memoria, y que son colocados en nuestra Catedral de San Pablo, y en

nuestra Abadía de Westminster, no son exactamente los hombres mencionados en el versículo noveno. Leámoslo.

“Bienaventurados los *pacificadores*, porque ellos serán llamados hijos de Dios.” Ah, pero ustedes no bendicen a menudo a los pacificadores, ¿no es cierto? El hombre que está colocado entre dos contendientes y en consecuencia recibe él mismo el golpe—el hombre que cae en tierra y que suplica a otros que cesen de combatir—esos son los hombres bienaventurados. Cuán raramente son colocados en alto. Son generalmente hechos a un lado como personas que no pueden ser bienaventuradas, a pesar de que intentaron hacer a otros bienaventurados. Aquí tenemos el mundo trastornado.

El guerrero con su vestidura manchada en sangre, es colocado en la innoble tierra, para que muera y descomponga; pero el pacificador es alzado, y la corona de bienaventuranza de Dios es colocada alrededor de su cabeza, y los hombres la verán un día, y admirados lamentarán su propia insensatez, puesto que ellos exaltaron la espada ensangrentada del guerrero, pero rasgaron el modesto manto del hombre que fue un pacificador en medio de la humanidad.

Y para concluir el sermón de nuestro Salvador, noten además que encontramos en este mundo una raza de personas que siempre han sido odiadas; una clase de hombres que han sido cazados como cabras salvajes; perseguidos, afligidos, y atormentados. Como dice un viejo teólogo: “el cristiano ha sido considerado como si tuviese una cabeza de lobo, pues así como el lobo era cazado en todas partes por su cabeza, así ha sido cazado el cristiano hasta los últimos confines de la tierra.” Y cuando leemos la historia estamos inclinados a decir: “estas personas perseguidas ocupan el lugar más bajo de la bienaventuranza; estos que han sido aserrados, que han sido quemados, que han visto sus casas destruidas, y que han sido expulsados como exiliados sin hogar a todos los extremos de la tierra; estos hombres que han deambulado vestidos con pieles de oveja, y pieles de cabra; estos son los últimos de la humanidad.” Pero no es así. El Evangelio invierte todo esto, y dice: “Bienaventurados los que padecen *persecución* por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.” Repito: el conjunto completo de estas bienaventuranzas está precisamente en conflicto con la opinión del mundo; y podemos citar las palabras de los judíos, y decir: “Jesucristo fue ‘el hombre que trastornó el mundo.’”

Y ahora me doy cuenta de que he de ser muy breve, pues me he tomado demasiado tiempo esforzándome por mostrarles cómo el Evangelio de Cristo trastornó el mundo, en cuanto a la posición de sus caracteres, que no me queda tiempo para nada más. Pero, si me tienen paciencia, mencionaré brevemente los otros puntos.

He de señalar, a continuación, que la religión cristiana trastorna el mundo *con sus máximas*. Sólo voy a citar unos cuantos textos que demuestran esto muy claramente. “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo.” Ha

sido generalmente sostenido por cada uno de nosotros, que no hemos de permitir que nadie quebrante nuestros derechos; pero el Salvador dice: "Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa." "A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra." Si estos preceptos fuesen guardados, ¿no trastornarían el mundo? "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo"; pero Jesucristo dijo: "El amor ha de ser para todos los hombres." Él nos manda amar a nuestros enemigos, y a orar por aquellos que nos usan malignamente. Él dice: "Si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza." Esto en verdad sería trastornar el mundo; pues, ¿qué sería de nuestros barcos de guerra y de nuestros guerreros, si por las troneras donde ahora ponemos los cañones, enviáramos a alguna ciudad enemiga en llamas—por ejemplo, a la incendiada Sebastopol—si enviáramos a los habitantes que se quedaron sin casa porque fueron corridos de sus hogares, barriles de carne, y bultos de pan y ropa, para satisfacer sus necesidades? Eso habría representado la reversión de toda política humana; y sin embargo habría sido la aplicación de la ley de Cristo, después de todo.

Así habrá de ser en los días venideros, en los que nuestros enemigos serán amados, y nuestros adversarios serán alimentados. Se nos dice también, en estos tiempos, que es bueno que un hombre acumule para sí abundante riqueza, y que se vuelva rico, pero Jesucristo trastornó el mundo, pues Él dijo que hubo un cierto hombre rico que se vestía de púrpura y que pasaba sus días suntuosamente, y que sus campos producían abundantes cosechas; y que se dijo: "Derribaré mis graneros, y los edificaré mayores." Pero el Señor le dice: "¡Necio!" Esto es trastornar todo en el mundo.

Ustedes lo habrían convertido en un Regidor o en un Alcalde; los padres habrían acariciado las cabezas de sus hijos, diciéndoles: "todo lo logró a base de frugalidad y diligencia; mira cómo ha prosperado en el mundo; cuando lograba una buena cosecha, no regalaba a los pobres, como hace ese hombre extravagante que se ha mantenido trabajando toda su vida, y nunca podrá jubilarse de su negocio. Aquel otro sí ahorró todo; trata de imitar al señor Fulano de Tal y prospera también."

Pero Cristo dijo: "Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma." Es un trastorno de todo. Y algunos de nosotros tenemos la propensión a ser sumamente cuidadosos cada día, y siempre estamos mirando al futuro, y siempre estamos agitándonos acerca de lo que ha de sobrevenir. Pero es un trastorno del mundo cuando Cristo dice: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?"

Yo en verdad creo que las máximas de los negocios están en clara oposición con las máximas de Cristo. Pero se me responderá: "negocio es negocio." Sí, yo sé que negocio es negocio; pero el negocio no tiene el derecho de ser como es. ¡Oh, que pudiera ser alterado, hasta que todo hombre hiciera de su negocio una religión, e hiciera una religión de su negocio!

No los he detenido por largo tiempo en este punto; y por tanto estoy en libertad de mencionar un tercer punto: cómo Cristo ha trastornado el mundo en cuanto a nuestras *nociones religiosas*. Vamos, la vasta mayoría de la humanidad cree que si un hombre quiere ser salvado, eso es todo lo que se requiere. En efecto, muchos de nuestros predicadores predicán esta máxima mundana. Ellos les dicen a los hombres que han de conducirse a querer.

Ahora, sólo oigan cómo el Evangelio trastorna eso: "No depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia." El mundo quiere tener también una religión universal; pero eso Cristo lo trastoca: "Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo." Él nos ha predestinado *de entre* los hombres. "Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer." "Conoce el Señor a los que son tuyos."

¡Cómo va eso en contra de la opinión de la religión que tiene el mundo! La religión del mundo es esta: "Obra, y vivirás"; la religión de Cristo es: "Cree y vive." Nosotros opinamos que si un hombre es justo, sobrio, recto, entrará al reino de los cielos; pero Cristo dice: "Esto debías haber hecho, pero aun así, esto no podría limpiarte nunca." "Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición." "Por las obras de la ley nadie será justificado." "Cree y vive" es precisamente el trastorno de todo concepto humano. Apóyate en Cristo: confía en Él. Haz buenas obras después; pero, antes de nada, confía en Aquel que murió en el madero. Este es el trastorno de toda opinión humana. Y por esa razón, los mortales siempre combatirán contra esto, en tanto que el corazón humano sea lo que es. ¡Oh, que conociéramos el Evangelio! ¡Oh, que sintiéramos el Evangelio! Pues eso sería el trastornamiento de toda justicia propia, y el derribamiento de toda mirada altiva, y de toda reacción orgullosa.

II. Y ahora, amados, concédanme un poco de tiempo, mientras trato de demostrar QUE LO QUE ES VÁLIDO PARA EL MUNDO, ES VÁLIDO PARA EL CORAZÓN. Pero en vez de extenderme a fondo sobre los diferentes tópicos, voy a constituir mi último punto en el tema de análisis.

El hombre es un pequeño mundo, y lo que Dios hace en el mundo exterior, lo hace también en el interior. Y si quieren ser salvos, sus corazones han de ser trastornados. Apelo ahora a ustedes, y les pregunto si han sentido alguna vez esto: si conocen el significado de esto.

En primer lugar, su *juicio* ha de ser trastornado. ¿No dirían muchos de ustedes que, lo que ahora creen que es la verdad de Dios, es sumamente opuesto a sus antiguos conceptos carnales? Vamos, si alguien les dijera que deberían ser creyentes de las doctrinas de la gracia libre y soberana, que son doctrinas que distinguen, se reirían de esa persona en su cara. “¡Cómo! ¿Me preguntas si creo *yo* en la doctrina de la elección? ¡Cómo! ¿Me preguntas si sostengo la doctrina de la redención particular, o de la perseverancia final? ¡Esas son tonterías! ¡No puede ser!” Pero ahora sostienes esa doctrina, y aquello que considerabas irrazonable e injusto, ahora te parece ser para gloria de Dios, y para beneficio eterno del hombre. Puedes ahora besar la doctrina que una vez despreciaste, y la recibes mansamente y la consideras más dulce que las gotas de miel del panal, aunque una vez pensaste que era como el propio veneno de áspides, y hiel y ajenjo. Sí, cuando la gracia entra en el corazón, hay un trastornamiento de todas nuestras opiniones; y la grandiosa verdad de Jesús se sienta a reinar en nuestra alma.

Además, ¿no hay acaso un cambio total de todas sus *esperanzas*? Vamos, sus esperanzas solían ser todas sobre cosas de este mundo. ¡Si sólo pudiesen volverse ricos, si sólo pudiesen llegar a ser grandes y honrados, serían felices! Ustedes esperaban eso. Todo lo que esperaban era un paraíso en este lado del río.

Y ahora, ¿dónde están sus esperanzas? No en la tierra; pues donde está el tesoro, allí ha de estar su corazón. Ustedes están esperando una ciudad que no ha sido construida por manos; sus deseos ahora son celestiales, mientras que antes fueron carnales y bajos. ¿Pueden decir eso? ¡Oh!, todos ustedes que son miembros de esta congregación, ¿podrían decir que sus esperanzas y sus deseos han sido cambiados? ¿Están mirando hacia arriba en vez de mirar hacia abajo? ¿Esperan servir a Dios en la tierra, y gozar de Él eternamente? ¿O, todavía se contentan con preguntarse: “Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?”

Además, es un trastorno completo de todos sus *placeres*. Ustedes amaron una vez la cantina; ahora la odian. Odiaron una vez la casa de Dios; ahora es su habitación muy amada. La canción profana, el periódico dominical, la novela lasciva: todas estas cosas eran dulces para su paladar; pero ahora han quemado los libros que antiguamente los atraían, y ahora la polvorienta Biblia que fue colocada al fondo del estante, es tomada, y allí está, completamente abierta sobre la mesa familiar, y es leída tanto en la mañana como en la noche, y es muy amada y valorada y gozada.

El domingo era antes el día más soso de la semana para ustedes; y lo pasaban ya fuera haraganeando en la puerta de la casa en mangas de camisa, si eran pobres, o si eran ricos, pasaban el día en la sala de la casa, y recibían visitas por la noche. Ahora, en vez de eso, encuentran su compañía en la iglesia del Dios vivo, y convierten la

casa del Señor en la sala de estar donde agasajan a sus amigos. Su fiesta ya no es más un banquete de vino, sino un banquete de comunión con Cristo.

Hay algunos de ustedes que antes amaban únicamente el teatro, y la sala de conciertos, o el casino: sobre esos lugares ahora ven una gran señal negra de maldición, y jamás asisten allí. Ahora buscan la reunión de oración, el culto de la iglesia, la congregación de los justos, la habitación del Señor de los ejércitos.

Es maravilloso comprobar el gran cambio que produce también el Evangelio en el *hogar* de un hombre. Vamos, trastorna su casa. Miren sobre el mantel que cubre la repisa. Hay un vil mamarracho que presume ser un cuadro, o un libro despreciable cuyo tema es peor que la portada. Pero cuando el hombre sigue a Jesús suprime todo eso, y obtiene un cuadro de John Bunyan en prisión, o de su esposa compareciendo delante del magistrado, o un cuadro del apóstol Pablo predicando en Atenas, o algún buen tema antiguo representando escenas bíblicas.

Hay un juego de naipes en el aparador; lo quita de allí, y en su lugar pone, tal vez, la revista religiosa mensual o quizá unas cuantas obras de antiguos teólogos, y por aquí y por allá una de las publicaciones de la Sociedad de Opúsculos Religiosos, o un volumen de algún comentario bíblico. Todo ha sido trastocado allí. Los hijos comentan: “nuestro padre está muy cambiado.” Nunca lo habían visto así. Solía llegar algunas veces a casa por la noche borracho, y los hijos subían corriendo las escaleras para acostarse antes de que él llegara; y, ahora, Juanito y la pequeña Sara se sientan junto a la ventana para esperar que el padre llegue a casa; y salen titubeantes a la calle a recibirla, y él toma a uno en sus brazos, y al otro de la mano, y entra con ellos a casa.

Solía enseñarles a cantar canciones profanas, tales como: “¡aléjate, torpe cautela!”; ahora les canta: “Dulce Jesús, manso y humilde,” o pone en boca de ellos alguna dulce canción antigua. Antes tenía un alegre círculo de compañeros que venían a verle, y conformaban un grupo muy bullanguero los domingos por la tarde; pero todo eso se acabó. La madre le sonríe a su esposo: ahora es una mujer feliz; ella sabe que él no se deshonrará hundiéndose con las más viles compañías, ni será seducido a cometer los peores pecados.

Ahora, si pudiesen sacarle el corazón a un hombre e insertarle un nuevo corazón, eso no sería ni la mitad de bueno (tratándose de otro corazón natural), como el cambio obrado por Dios cuando saca el corazón de piedra, y lo sustituye por un corazón de carne—

***“Un corazón resignado, sumiso, manso,
Que sea trono de nuestro amado Redentor,
Donde sólo se escuche a Cristo hablar,
Donde únicamente reine Jesús.”***

Entonces, les hago nuevamente la pregunta: ¿Han sido trastornados? ¿Qué pasa con sus amigos? Ustedes preferían a

aquellos que podían decir los más fuertes juramentos, hablar imprudentemente, y decir las más grandes mentiras: ahora prefieren a aquellos que oran más fervientemente y que les comentan más acerca de Jesús. Todo ha cambiado en relación a ustedes. Si se encontraran a su yo anterior caminando por la calle, no lo reconocerían, excepto de oídas; no tienen ninguna relación con él en lo absoluto. Algunas veces el viejo caballero viene a su casa, y comienza a tentarlos para que regresen; pero ustedes lo echan de la puerta tan pronto como pueden, y le dicen: “¡lárgate! Nunca progresé mientras te conocía; tenía un traje raído sobre mis espaldas entonces, y siempre le estaba dando al cantinero todo mi dinero; no asistía nunca a la casa de Dios, sino que maldecía a mi Hacedor, y agregaba pecado a mi pecado, y ataba una rueda de molino alrededor de mi cuello. Así que aléjate de mí; no quiero tener que ver nada contigo; he sido enterrado con Cristo, y he resucitado con Él. Soy una criatura nueva en Cristo Jesús, y las viejas cosas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”

Hay algunas personas aquí presentes, que pertenecen a una diferente clase de sociedad, que no podrían entregarse a ninguna de estas cosas; pero, ¡ah!, damas y caballeros, si son convertidos alguna vez, habrán de experimentar una barrida tan grande como para quedar como el hombre más pobre que jamás hubiere vivido. Ha de haber un trastorno tan grande en la salvación de un conde, o de un duque, o de un noble, como en la salvación de un pobre o de un campesino. Hay tanto pecado en los más altos escalones de la sociedad como en los más bajos, y algunas veces más, pues tienen mayor luz, más conocimiento, más influencia, y cuando ellos pecan, no sólo se condenan a sí mismos, sino a otros también.

Oh ustedes que son ricos, ¿han experimentado un cambio también? ¿Se han convertido las frivolidades de este mundo en cosas repugnantes para ustedes? ¿Se alejan con desprecio del sesgo y del convencionalismo de la alta sociedad? ¿La han abandonado? ¿Podrían decir ahora: “aunque estoy en el mundo, no pertenezco a él; huyo de sus pompas y de sus vanidades; piso bajo mis pies su altivez y su gloria; estas cosas no son nada para mí; quiero seguir a mi Señor cargando Su cruz, independientemente de las circunstancias”?

Si no fuera ese el caso, si no han sido cambiados, recuerden que no hay excepciones; una verdad es cierta para todos: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.” Y en sustancia, eso equivale a mi texto: a menos que no sean completamente renovados, trastornados, no pueden ser salvos. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”; pues el que cree será santificado y renovado—será salvado al final—pero el que no cree debe ser echado fuera en el gran día de la justicia de Dios.

¡Que el Señor les bendiga por Jesucristo nuestro Señor!

Nota del traductor:

Según el testimonio del propio señor Spurgeon, expresado en el Prefacio del Volumen 4 de sus sermones, este sermón ha sido usado por el Señor de manera sumamente notable para la conversión de pecadores.

Recomendamos ampliamente su distribución por todos los medios posibles.

Fecha de traducción: 20 de Diciembre de 2007

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #193 – Volumen 4

THE WORLD TURNED UPSIDE DOWN

LA RESPONSABILIDAD HUMANA

NO. 194

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 16 DE MAYO, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado;
pero ahora no tienen excusa por su pecado.”***
Juan 15:22.

El pecado característico de los judíos, el pecado que agravó sus iniquidades anteriores por sobre todas las cosas, fue su rechazo de Jesucristo como Mesías. Él había sido descrito con toda claridad en los libros de los profetas, y aquellos que lo esperaban, tales como Simeón y Ana, tan pronto lo vieron aun en Su condición de bebé, se regocijaron de contemplarlo, y entendieron que Dios había enviado Su salvación. Pero debido a que Jesucristo no respondía a las expectativas de esa generación perversa; debido a que Él no vino ataviado con pompa ni vestido con poder; debido a que no tenía los arreglos de un príncipe ni los honores de un rey, ellos cerraron sus ojos respecto a Él; El era “como raíz de tierra seca,” Él fue “Despreciado y desechado entre los hombres.” Y su pecado no se detuvo allí. No contentos con negar Su condición de Mesías, los judíos estaban sumamente inflamados en su ira contra Él; lo cazaron durante toda Su vida, buscando Su sangre; y no se calmaron hasta que su malignidad diabólica hubo sido enteramente saciada al pie de la cruz, viendo los estertores agonizantes y las cruentas agonías de su Mesías crucificado. Aunque sobre la propia cruz estaban escritas las palabras: “JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS,” ellos no conocieron a su rey, el Hijo eterno de Dios; y puesto que no lo conocieron, lo crucificaron, “porque si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria.”

Ahora, el pecado de los judíos es repetido cada día por los gentiles; eso que aquellos hicieron una vez, muchos hacen cada día. ¿Acaso no hay muchas personas aquí presentes del día de hoy, escuchando mi voz, que olvidan al Mesías? Ustedes no se meterían en el problema de negarlo; ustedes no se degradarian, en el que es llamado un país cristiano, poniéndose de pie para blasfemar Su nombre. Tal vez ustedes sostienen una doctrina sana relativa a Él, y creen que Él es el Hijo de Dios, así como el Hijo de María; pero aún así no cumplen lo que Él pide, y no le dan ningún honor, y no lo aceptan como digno de su confianza. Él no es su Redentor; ustedes no esperan Su segunda venida, ni están esperando ser salvos por medio de Su sangre; es más, peor aún, ustedes lo están crucificando hoy; pues, ¿acaso no saben que los que hacen a un lado el Evangelio de Cristo, ciertamente crucifican de nuevo al Señor y abren ampliamente Sus heridas? Cuantas veces oigan la predicación de la Palabra y la rechacen, cuantas veces sean prevenidos pero ahoguen la voz de su conciencia, cuantas veces sean conducidos a temblar, pero sin embargo digan: “esta vez, sigue tu camino, cuando sea el momento oportuno, te

buscaré,” todas esas veces, ustedes toman el martillo y los clavos, y una vez más traspasan la mano, y le sacan la sangre del costado.

Y hay otras formas por medio de las cuales ustedes lo hieren a través de Sus miembros. Las veces que desprecian a Sus ministros, o arrojan piedras de tropiezo en el camino de Sus siervos, o se constituyen en un impedimento para el Evangelio por su mal ejemplo, o mediante palabras duras buscan desviar del camino de la verdad al que busca, todas esas veces ustedes cometan esa gran iniquidad que trajo la maldición sobre los judíos, que los ha condenado a andar errantes por la tierra, hasta el día de la segunda venida cuando *Él venga y sea reconocido*, aun por los propios judíos, como Rey de los judíos; a quien esperan con ansiosa expectación, tanto judíos como gentiles, al Mesías, al Príncipe que vino una vez a sufrir, pero que vendrá otra vez a reinar.

Y hoy me voy a esforzar por mostrar el paralelo existente entre el caso de ustedes y el de los judíos; y no lo voy a hacer con frases estudiadas, sino de manera incidental, conforme Dios me ayude; apelando a la conciencia de ustedes, y haciéndolos sentir que al rechazar a Cristo, cometen el mismo pecado e incurren en la misma condenación. Vamos a reflexionar, primero que nada, en *la excelencia del ministerio, puesto que Cristo viene en él y habla a los hombres*: “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado.” Notaremos, en segundo lugar, *el agravamiento del pecado originado por el rechazo del mensaje de Cristo*: “ni les hubiera hablado, no tendrían pecado.” En tercer lugar, *la muerte de todas las excusas, motivada por la predicación de la Palabra*: “pero ahora no tienen excusa por su pecado.” Y luego, en último lugar, anunciamos breve pero solemnemente *“la condenación terriblemente agravada de quienes rechazando así al Salvador, incrementan su culpa al despreciarlo.”*

I. En primer lugar, entonces, debemos decir hoy y decirlo con toda verdad, que EN LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO, EL SEÑOR JESUCRISTO VIENE A LA CONCIENCIA DEL HOMBRE Y EL SALVADOR LE HABLA, POR MEDIO DE NOSOTROS. Cuando Israel, en los viejos tiempos, despreció a Moisés y murmuró en su contra, Moisés dijo con mansedumbre: “Vuestras murmuraciones no son contra nosotros, sino contra Jehová.” Y verdaderamente el ministro puede decir lo mismo, con el apoyo de las Escrituras: el que nos desprecia a nosotros, no nos desprecia a nosotros, sino a Quien nos envió; el que rechaza el mensaje, no rechaza lo que nosotros decimos, sino que rechaza el mensaje del Dios eterno. El ministro es solamente un hombre; no tiene ningún poder sacerdotal, pero es un hombre que ha sido llamado de entre los demás hombres, y ha sido dotado por el Espíritu Santo, para hablar a sus semejantes; y cuando predica la verdad con poder enviado desde el cielo, Dios lo reconoce llamándolo Su embajador, y lo coloca en la elevada y responsable posición de atalaya sobre los muros de Sion, y Él ordena a todos los hombres que tengan mucho cuidado pues, un mensaje fiel, fielmente predicado, cuando es despreciado y pisoteado, equivale a una rebelión contra Dios, y a un pecado y a una iniquidad contra el Altísimo.

Lo que *yo* pueda decir como hombre, es algo sin importancia; pero si hablo como el embajador del Señor, tengan cuidado de no restarle importancia al mensaje. Es la Palabra de Dios enviada desde el cielo, la que nosotros predicamos con el poder del Espíritu Santo, suplicándoles con

todo denuedo que crean en ella, y que la recuerden. Si la hacen a un lado, ponen en peligro sus propias almas, pues no somos nosotros los que hablamos, sino el Espíritu del Señor nuestro Dios el que habla en nosotros. ¡Qué solemnidad otorga ésto al ministerio del Evangelio! Oh, ustedes, hijos de los hombres, el ministerio no es predicación de hombres, sino que es Dios el que habla por medio de los hombres.

Todos aquellos que han sido verdaderamente llamados y enviados como siervos de Dios, no son los autores de su mensaje; sino que primero lo escuchan del Maestro, y luego lo predicen al pueblo; y siempre tienen ante sus ojos estas solemnes palabras: "si tú no le amonestares ni le hablares, para que el impío sea apercibido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano." ¡Oh!, que pudieran ver hoy ante sus ojos, escritas con letras de fuego, las palabras del profeta: "¡Tierra, tierra, tierra! Oye palabra de Jehová." Pues en la medida que nuestro ministerio es verdadero y sin contaminación de error, es la Palabra de Dios, y tiene el mismo derecho y exigencia de que le creas, como si el propio Dios la dijera desde la cima del Sinaí, en vez de hablarla por medio del humilde ministerio de la Palabra de Dios.

Y ahora reflexionemos un momento en esta doctrina, y hagámonos esta solemne pregunta. ¿Acaso todos nosotros no hemos pecado gravemente contra Dios, por el descuido con que hemos tratado los medios de la gracia? ¿Cuán a menudo no has asistido a la casa de Dios, cuando Dios mismo estaba hablando allí? ¿Cuál habría sido la condenación de Israel, si, cuando fue convocado en aquel sagrado día para oír la Palabra de Dios desde la cima del monte, hubiera vagado lejos por el desierto, en vez de asistir para escuchar la Palabra? Y sin embargo eso es lo que tú has hecho. Has buscado tu propio placer, y has escuchado el canto de sirena de la tentación; has cerrado tus oídos para no escuchar la voz del Altísimo; y cuando Él mismo ha estado hablando en Su propia casa, te has vuelto y has seguido caminos torcidos, y no le has dado consideración alguna a la voz del Señor tu Dios. Y cuando has asistido a la casa de Dios, ¡cuán a menudo has participado con ojos de descuido, con un oído desatento! Has escuchado como si no hubieras oído. Las palabras han penetrado en tu oído, pero el hombre escondido en tu corazón ha sido sordo, y has sido como una víbora sorda; por muy sabios que fueran nuestros encantamientos, ustedes no han querido escucharnos ni mirarnos.

También el propio Dios ha hablado a veces a sus conciencias, para que ustedes escucharan. Han estado de pie en el pasillo, y sus rodillas han chocado entre sí, se han sentado en la banca que les corresponde, y mientras algún poderoso Boanerges ha tronado la palabra, ustedes han escuchado la predicación, como con voz de ángel, "*Prepárate para venir al encuentro de tu Dios; Meditad bien sobre vuestros caminos; Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás.*" Y sin embargo, han salido de la casa de Dios, y han olvidado qué clase de hombres eran. Ustedes han apagado al Espíritu, han despreciado al Espíritu de gracia; han puesto muy lejos de ustedes las agitaciones de su conciencia; han suprimido esas oraciones infantiles que comenzaban a clamar en su corazón; han ahogado esos deseos recién nacidos que apenas estaban brotando; han apartado de

ustedes todo aquello que era bueno y sagrado; han regresado otra vez a sus propios caminos, y se han desviado una vez más en las montañas del pecado, y en el valle de la iniquidad.

¡Ah!, amigos míos, sólo piensen, entonces, por un momento, que *en todo ésto ustedes han despreciado a Dios*. Yo tengo la certeza que, si el Espíritu Santo aplicara simplemente esta única solemne verdad a sus conciencias el día de hoy, este Salón de Música se convertiría en una causa de dolor, y este lugar se volvería un Boquim, un lugar de llanto y lamentación.

¡Oh, haber despreciado a Dios, haber pisoteado al Hijo del Hombre, haber pasado lejos de Su cruz, haber rechazado los arrullos de Su amor y las advertencias de Su gracia! ¡Cuán solemne! ¿Han pensado en ésto alguna vez antes? Ustedes pensaron que se trataba simplemente de despreciar a un hombre; ¿pensarán ahora que se trata de despreciar a Cristo? Pues Cristo les ha hablado a ustedes.

¡Ah!, Dios es mi testigo que a menudo Cristo ha llorado con estos ojos, y les ha hablado con estos labios. Yo no he buscado otra cosa que ganar sus almas. Algunas veces con palabras ásperas me he empeñado en conducirlos a la cruz, y otras veces con acentos de llanto he intentado llevarlos con lágrimas a mi Redentor; y estoy seguro que no era yo el que hablaba en esos momentos, sino que Jesús hablaba a través mío, y en tanto que ustedes oyeron y lloraron, pero luego se fueron y olvidaron, deben recordar que Cristo fue el que les habló a ustedes. Fue Él quien dijo: “Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra;” fue Él quien dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados;” fue Él quien les advirtió que si descuidan esta grandiosa salvación, ustedes deben perecer; y habiendo desecharla la advertencia y habiendo rechazado la invitación, no nos han despreciado a nosotros, sino que han despreciado a nuestro Señor; y, ay de ustedes, a menos que se arrepientan, pues es una cosa terrible haber despreciado la voz de Aquel que habla desde el cielo.

II. Y ahora nos dirigimos al segundo punto, es decir, que EL RECHAZO DEL EVANGELIO AGRAVA EL PECADO DE LOS HOMBRES. Ahora, no permitan que sea yo malentendido. He oído de algunas personas que, habiendo ido a la casa de Dios, se han llenado de un sentido de pecado, y al fin han sido conducidas casi a la desesperación, pues Satanás los ha tentado para que abandonen la casa de Dios; pues les dice: “entre más vayas, mayor será tu condenación.” Ahora, yo creo que esto es un error; no aumentamos nuestra condenación por ir a la casa de Dios; es mucho más probable que la incrementemos por no ir; pues al no ir a la casa de Dios, hay un doble rechazo de Cristo; lo están rechazando con la mente externa así como con el espíritu interno; ustedes desdeñan esperar junto al estanque de Betesda; ustedes son peores que aquel que yacía junto al estanque sin poder entrar. Ustedes no quieren estar allí, y por lo tanto, descuidando el oír la Palabra de Dios, ciertamente incurren en una terrible condenación; pero si suben a la casa de Dios, buscando sinceramente una bendición; si no obtienen consuelo; si no encuentran gracia en los medios, aún así, si van allá buscándola con devoción, su condenación no es aumentada por eso. Su pecado no es agravado simplemente por oír el Evangelio, sino por el rechazo voluntario y perverso de ese Evangelio,

cuando es oído. El hombre que oye el sonido del Evangelio, y después de oírlo, da la vuelta con una carcajada, o que, después de oírlo una y otra vez, y de ser afectado visiblemente, permite que los cuidados y los placeres de esta vida malvada, entren y ahoguen la semilla: ese hombre ciertamente aumenta su culpa en una medida pavorosa.

Y ahora vamos a comentar simplemente por qué, en un sentido doble, hace ésto. En primer lugar, porque *él adquiere un nuevo pecado que no había tenido antes*, y además de eso, agrava todos sus demás pecados. Tráinganme aquí un hotentote(1) o un hombre de Kamchatka, un fiero salvaje que nunca haya oído la Palabra. Ese hombre podría tener todos los pecados registrados en el catálogo de la culpa, excepto uno; ese pecado estoy seguro que no lo tiene. Él no ha pecado rechazando el Evangelio cuando se le predica. Pero tú, cuando escuchas el Evangelio, tienes una oportunidad de cometer un nuevo pecado; y si lo has rechazado, has agregado una nueva iniquidad a todas las demás que cuelgan de tu cuello.

A menudo he sido censurado por ciertos hombres que se han desviado de la verdad, por predicar la doctrina de que los hombres cometan un pecado si rechazan el Evangelio de Cristo. No me importan los títulos oprobiosos: yo sé que tengo el apoyo de la Palabra de Dios al predicar así, y no creo que alguien pueda ser fiel a las almas de los hombres y limpio de su sangre, a menos que dé un testimonio frecuente y solemne sobre este tema vital. “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí.” “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz.” “Pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” “Si yo no hubiese hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido a mi y a mi Padre.” “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras.” “Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado.” “Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciera afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!”

Ustedes ven que he estado citando diferentes pasajes de la Escritura, y si ellos no quieren decir que la incredulidad es un pecado, y *el* pecado, que, por sobre todos los demás, condena las almas de los hombres, entonces no quieren decir nada, sino que serían letra muerta en la Palabra

de Dios. Ahora, el adulterio y el asesinato, y el robo, y la mentira, todos estos son pecados mortales y pecados que condenan; pero el arrepentimiento puede limpiarlos a todos, por medio de la sangre de Cristo. Pero rechazar a Cristo destruye sin esperanzas al hombre. El asesino, el ladrón, el borracho, pueden todavía entrar al reino de los cielos, si, arrepintiéndose de sus pecados, se aferran a la cruz de Cristo; pero con estos pecados, un hombre está inevitablemente perdido, si no cree en el Señor Jesucristo.

Y ahora, mis lectores, ¿considerarán por un momento qué terrible pecado es éste, que ustedes agregan a todos sus otros pecados? Todo lo demás se esconde en las entrañas de este pecado: el rechazo de Cristo. Hay asesinato en esto; pues si el hombre que está en el patíbulo rechaza el perdón, ¿no se está asesinando a sí mismo? Hay orgullo en esto; pues están rechazando a Cristo, debido a que sus orgullosos corazones los han conducido a que se alejen. Hay rebelión en esto; pues nos rebelamos contra Dios cuando rechazamos a Cristo. Hay alta traición en esto; pues están rechazando a un rey; ustedes se alejan de Él, que es rey coronado de la tierra, y por lo tanto incurren en la más pesada de las culpas.

¡Oh!, pensar que el Señor Jesús haya descendido del cielo; pensar por un momento que haya sido clavado en la cruz; que allí haya tenido que morir en medio de agonías extremas, y que desde esa cruz te mire hoy, diciendo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados;" y que a pesar de eso te alejes de Él, es la puñalada más cobarde. ¿Qué puede ser más brutal, qué puede ser más diabólico, que alejarte de Él, que dio Su vida por ti? ¡Oh, que fueras sabio, que entendieras esto, que consideraras tu fin último!

Pero además, no solamente agregamos un nuevo pecado al catálogo de culpas, sino que *agravamos todas las demás culpas*. No puedes pecar tan barato como otras personas, tú, que has oído el Evangelio. Cuando los hombres sin instrucción y que son ignorantes pecan, su conciencia no les redarguye; y no hay tanta culpa en el pecado del ignorante, como la hay en quien tiene instrucción. ¿Robaste antes? Eso fue lo suficientemente malo; pero si oyés el Evangelio y continúas siendo un ladrón, entonces eres verdaderamente un ladrón. ¿Mentías antes de oír el Evangelio? El mentiroso tendrá su porción en el lago; pero si mientes después de oírlo: entonces parece que el fuego de Tofet se encenderá siete veces con más furia. Quien peca en la ignorancia tiene una pequeña excusa; pero el que peca contra la luz y el conocimiento, peca presuntuosamente; y bajo la ley no había expiación para esto, pues los pecados de presunción estaban fuera del palio de la expiación legal, aunque, bendito sea Dios, Cristo ha hecho la expiación inclusive para estos pecados, y el que cree será salvo a pesar de su culpa.

¡Oh!, yo les suplico, recuerden que el pecado de incredulidad ennegrece cualquier otro pecado. Es como Jeroboam. Se dice de él que pecó e hizo pecar a Israel. Así la incredulidad es un pecado en sí misma y conduce a todos los demás pecados. La incredulidad es la lima con la que se afila el hacha, y la reja del arado, y la espada que utilizan en la rebelión contra el Altísimo. Sus pecados se tornan sumamente graves, entre más incrédulos sean en relación a Cristo, entre más sepan de Él, y entre más

tiempo lo rechacen. Esta es la verdad de Dios; pero una verdad de la que se habla con repugnancia, y con muchos gemidos de nuestro espíritu.

Oh, tener que predicarles un mensaje así, quiero decir, *a ustedes*, pues si hay un pueblo bajo el cielo a quien se aplica mi texto, es a ustedes. Si hay una raza de hombres en el mundo que tienen que responder más que los demás, son ustedes. Sin duda hay otros que están en una base de igualdad con ustedes, que están bajo un ministerio fiel y entregado; pero como Dios juzgará entre ustedes y yo en el gran día, yo he sido fiel a las almas de ustedes al máximo de mi poder. Nunca he buscado desde este púlpito engrandecer mi propia sabiduría por medio de un lenguaje pomposo ni utilizando palabras técnicas. Les he hablado con toda sencillez; y ni una sola palabra ha salido de estos labios, hasta donde yo sé, que alguien no pudiera entender. Ustedes han recibido un Evangelio sencillo. No les he predicado desde este púlpito *con frialdad*. Pude haber dicho al subir las escaleras: "La carga de Señor era sobre mí;" porque mi corazón vino hasta aquí muy oprimido, y mi alma ardía en mi interior, y aun si he predicado débilmente, y mis palabras puedan haber sido torpes y mi lenguaje inapropiado, nunca me ha faltado *corazón*. Mi alma entera les ha hablado; y si hubiera podido revolver el cielo y la tierra para encontrar el lenguaje que pudiera haberlos ganado para el Salvador, lo habría hecho. No he evitado reprenderlos; nunca he presentado las cosas demasiado favorablemente. Le he dicho a esta época sus iniquidades, y a ustedes sus pecados. No he suavizado la Biblia para adecuarla a los gustos carnales de los hombres. Yo he dicho *condenado* allí donde Dios dice *condenado*, y no he tratado de endulzarlo diciendo "culpable." No he presentado las cosas demasiado favorablemente, ni me he esforzado por cubrir o esconder la verdad, sino que en relación a la conciencia de cada hombre, delante de Dios, me he esforzado por recomendar sinceramente y con poder el Evangelio, con un ministerio sencillo, franco, denodado y honesto. No me he guardado las gloriosas doctrinas de la gracia, aunque por predicarlas, los enemigos de la cruz me han llamado un antinomiano; ni he tenido temor de predicar la solemne responsabilidad del hombre, aunque otra tribu me ha denigrado como arminiano. Y al decir esto, no lo digo para gloriarme, sino que lo digo para censurarlos, si ustedes han rechazado el Evangelio, pues habrán pecado más gravemente que cualquiera; al desechar a Cristo, una doble medida de furia de la ira de Dios caerá sobre ustedes. El pecado, entonces, es agravado al rechazar a Cristo.

III. Y ahora, en tercer lugar, LA PREDICACIÓN DEL EVANGELIO DE CRISTO ELIMINA TODA EXCUSA DE QUIENES LO OYEN Y LO RECHAZAN. "pero ahora no tienen excusa por su pecado." Una excusa es una cubierta muy pobre para el pecado, cuando hay un ojo que todo lo ve y que traspasa esa cubierta. En el gran día de la tempestad de la ira de Dios, una excusa será un refugio muy pobre; pero aun así, al hombre le gustan las excusas. En los días fríos y lluviosos, los vemos muy bien abrigados, y aunque no tengan albergue o refugio, se sienten confortados con sus abrigos.

Lo mismo ocurre con ustedes; juntos buscarán, si pueden, una excusa para su pecado, y cuando la conciencia les remuerde, buscan sanar la herida con una excusa. Y aun en el día del juicio, aunque una capa sea

un pobre abrigo, será mejor que nada. “Pero ahora no tienen excusa por su pecado.” El viajero ha sido dejado en la lluvia sin su cobertura, expuesto a la tempestad sin la prenda que una vez le sirvió de abrigo. “Pero ahora no tienen excusa por su pecado,” descubiertos, detectados, y desenmascarados, han quedado sin excusas, sin una capa que cubra su iniquidad. Y ahora, permitanme simplemente observar cómo la predicación del Evangelio, cuando se lleva a cabo fielmente, suprime todas las excusas del pecado.

En primer lugar, un hombre puede levantarse y decir: “yo no sabía que estaba haciendo mal cuando cometí tal y tal iniquidad.” Ahora, tú no puedes decir *eso*. Dios te ha dicho solemnemente por medio de Su ley lo que es malo. Allí están los diez mandamientos; y allí está el comentario de nuestro Señor que ha explicado el mandamiento, y nos ha dicho que la antigua ley “No cometerás adulterio,” prohíbe también todos los pecados de miradas lascivas y ojos de malicia. Si el cipayo(2) hace iniquidad, hay excusa para ella. No dudo que su conciencia le dice que está haciendo mal, pero sus libros sagrados enseñan que está haciendo bien, y por tanto tiene esa excusa. Si el musulmán se entrega a la lujuria, no dudo que su conciencia le remuerda, pero sus libros sagrados le dan libertad. Ustedes profesan creer en sus Biblias, y las guardan en sus casas, y tienen a quienes las predicen en todas sus calles; y por tanto, cuando pecan, pecan con la proclamación de la ley grabada sobre la propia pared, ante sus ojos; ustedes verdaderamente violan una ley muy conocida que ha descendido del cielo y venido a ustedes.

Además, podrían decir, “cuando pequé yo no sabía cuán grande sería mi castigo.” De esto también, por el Evangelio, ustedes no tienen ninguna excusa; pues ¿no les dijo Jesucristo, y no les dice Él cada día, que quienes no lo reciban serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes? ¿Acaso no ha dicho Él, “E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna?” ¿No declara Él mismo que el malvado arderá con un fuego que nunca acaba? ¿No les ha hablado de un lugar donde el gusano nunca muere y donde el fuego no se apaga? Y los ministros del Evangelio no han evitado decirles esto, tampoco. Ustedes han pecado, aunque sabían que se perderían al hacerlo. Han tomado la poción llena de veneno, sabiendo que no era inofensiva: ustedes sabían que cada gota en esa copa estaba ardiendo con la condenación, y a pesar de eso han tomado la copa y la han vaciado hasta el fondo. Ustedes han destruido sus propias almas, estando sus ojos bien abiertos; han ido al cepo como insensatos, como un buey al matadero, y como oveja han lamido el cuchillo del carnicero. En esto, entonces, no tienen ninguna excusa.

Pero algunos de ustedes podrán decir, “Ah, yo oí el Evangelio, es verdad, y yo sabía que estaba haciendo mal, pero yo no sabía qué hacer para ser salvo.” ¿Hay alguien entre ustedes que pueda blandir una excusa como ésta? Me parece que no tendrían el atrevimiento de hacerlo. “Cree y vivirás,” es predicado cada día a sus oídos. Muchos de ustedes han estado oyendo el Evangelio estos últimos diez, veinte, treinta, cuarenta o cincuenta años, y no se atreverían a decir: “yo no sabía de qué se trataba el Evangelio.” Desde su más temprana niñez, muchos de ustedes lo han escuchado. El nombre de Jesús estuvo mezclado con sus canciones de cu-

na. Ustedes bebieron de un santo Evangelio conjuntamente con la leche materna, y sin embargo, a pesar de todo eso, nunca han buscado a Cristo. Los hombres dicen: "Saber es poder," ¡Ay!, el conocimiento, cuando no se usa, es *ira*, *ira*, IRA en sumo grado, contra el hombre que sabe, y que sin embargo hace eso que sabe que está mal.

Me parece que oigo a alguien que dice, "Ciento, yo escuché la predicción del Evangelio, pero nunca tuve ante mí el testimonio de un buen ejemplo." Algunos de ustedes podrían decir eso, y sería parcialmente cierto; pero hay otros, sobre quienes yo podría decir que esta afirmación es una excusa mentirosa. ¡Ah!, hombre; te ha gustado hablar de las inconsistencias de los cristianos. Has dicho: "no viven como debieran;" y, ay, hay mucho de verdad en lo que has dicho. Pero conociste a una mujer cristiana, cuyo carácter te veías forzado a admirar; ¿no la recuerdas? Fue la madre que te trajo al mundo. Esa ha sido la única dificultad contigo hasta el día de hoy. Tú pudiste haber rechazado el Evangelio muy fácilmente, pero el ejemplo de tu madre estaba ante ti, y no te podías sobreponer a eso. ¿No recuerdas entre los primeros albores de tu recuerdo, cómo abrías tus ojitos en la mañana, y veías el rostro amoroso de una madre que te miraba, y descubrías una lágrima en sus ojos, y la oías decir, "¡Dios, bendice al niño, para que un día pueda clamar al bendito Redentor!"

Tú recuerdas cómo tu padre te censuraba a menudo; *ella* en cambio, tu madre, te censuraba muy poco, y a menudo te hablaba con tonos de amor. Recuerda aquel pequeño aposento alto, donde te llevó aparte un día, y poniendo sus brazos alrededor de tu cuello, te dedicó a Dios, y oró para que el Señor te salvara en tu niñez. Recuerda la carta que te dio, y tu libro en el que escribió tu nombre cuando abandonaste el techo paterno para irte lejos, y la tristeza con la que te escribió cuando supo que habías comenzado a hundirte en las diversiones y a mezclarte con los impíos: recuerda aquella mirada llena de tristeza con la que apretó tu mano la última vez que te separaste de ella. Recuerda cómo te dijo: "Harás descender mis canas con dolor al sepulcro, si andas en caminos de iniquidad." Bien, tú sabías que lo que ella dijo no era falso; había realidad en ello.

Tú podías reírte del ministro, podías decir que era *su problema*, pero no te podías burlar de ella; ella era una cristiana, no podía haber ninguna equivocación. Cuán a menudo tuvo que aguantar tu mal carácter, y soportar tus modales toscos, pues ella poseía un espíritu dulce, casi demasiado bueno para la tierra; y tú recuerdas eso. Tú no estabas presente cuando ella agonizaba, y no pudiste llegar a tiempo; pero ella le dijo a una amiga cuando moría, "sólo hay una cosa que quiero, y luego puedo morir feliz; oh, que yo pudiera ver a mis hijos caminando en la verdad." Entiendo que ese ejemplo te deja sin excusa alguna para tu impiedad, y si cometes iniquidad después de eso, cuán terrible será el peso de tu calamidad.

Pero otras personas no pueden decir que tuvieron una madre así; su primera escuela fue la calle, y el primer ejemplo que tuvieron fue el de una madre blasfemo. Recuerda, amigo mío, que hay un ejemplo perfecto: Cristo; acerca de quien has leído, aunque no lo hayas visto. Jesucristo, el hombre de Nazaret, fue un hombre perfecto; en Él no hubo pecado, ni

hubo engaño en Su boca. Y si nunca has visto nada que valga la pena en un cristiano, puedes verlo en Cristo; y al expresar una excusa como ésta, recuerda que has aventurado una mentira, pues el ejemplo de Cristo, las obras de Cristo, así como las palabras de Cristo, te dejan sin ninguna excusa para tu pecado.

Ah, y me parece que oigo que se presenta una excusa más, y es ésta: "Bien, yo ciertamente tuve muchas ventajas, pero nunca tomaron posesión de mi conciencia de tal forma que las sintiera." Ahora, hay muy pocos aquí presentes que puedan afirmar eso. Algunos de ustedes dirán: "Sí, yo oí al ministro, pero nunca causó una impresión en mí. Ah, jóvenes y jovencitas, todos ustedes aquí presentes el día de hoy, yo seré un testigo contra ustedes el día del juicio, de que esto no es verdad. Pues, aún ahora mismo, sus conciencias han sido tocadas; ¿acaso no vi algunas tiernas lágrimas de arrepentimiento (yo confío que hayan sido eso) fluviendo en estos mismos instantes? No, no siempre se han conmovido por el Evangelio; han envejecido ahora, y es más difícil conmoverlos, pero no siempre fue así. Hubo una época en su juventud, cuando eran muy susceptibles de ser impresionados.

Recuerden que los pecados de su juventud serán la causa de que sus huesos se pudran, y todavía han perseverado en rechazar el Evangelio. Su viejo corazón se ha endurecido, y todavía no tienen excusa; una vez sintieron, ay, y aun ahora no pueden evitar sentir. Yo sé que hay algunos de ustedes que escasamente se pueden mantener quietos en sus asientos al pensar en sus iniquidades; y casi han hecho un voto, algunos de ustedes, que hoy buscarán a Dios, y que la primera cosa que harán, será ir a su recámara y cerrar la puerta y buscar al Señor.

Ah, pero recuerden la historia de aquella persona, que le hizo una observación a un ministro, acerca de cuán maravilloso era ver llorar a tanta gente. "No," respondió el ministro, "yo te diré de algo más maravilloso aún, que tantos se olvidarán de todo lo que lloraron cuando atravesen la puerta." Y ustedes harán eso. Aún así, cuando lo hayan hecho, recordarán que no han estado sin el forcejeo del Espíritu de Dios. Recordarán que el día de hoy, Dios ha puesto un obstáculo, por decirlo así, en su camino, cavó una zanja en su sendero, y colocó una señal, y dijo: "¡Tengan mucho cuidado! ¡Cuidado, cuidado, cuidado! Se están precipitando locamente hacia los caminos de la iniquidad! Y yo he venido ante ustedes el día de hoy, y en el nombre de Dios les he dicho: "Alto, alto, alto, así ha dicho Jehová, 'consideren sus caminos, ¿por qué moriréis? Volveos, volveteos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?'"

Y ahora, ¡si quieren desechar esto, que así sea; si quieren apagar estas chispas, si quieren extinguir esta antorcha que arde por primera vez, que así sea! La sangre de ustedes sea sobre sus cabezas; sus iniquidades están a su propia puerta.

IV. Pero ahora tengo una cosa más que hacer. Y es un trabajo tremendo; pues tengo que ponerme, por decirlo así, EL NEGRO BIRRETE Y PRONUNCIAR LA SENTENCIA DE CONDENACIÓN. Pues para quienes viven y mueren rechazando a Cristo, hay la más terrible condenación. Perecerán con una destrucción total. Hay diferentes grados de castigo; pero el grado más elevado de castigo es dado al hombre que rechaza a Cristo. Me atrevo a decir que ustedes han leído ese pasaje, que el menti-

roso y el fornicario y los borrachos tendrán su porción (¿con quién suponen que será?), con *los incrédulos*; como si el infierno fue hecho en primer lugar para los incrédulos; como si el abismo hubiera sido cavado no para los fornicarios, ni para los maldicentes, ni para los borrachos, sino para los hombres que desprecian a Cristo, pues ese es el pecado número uno, el vicio cardinal, y los hombres son condenados por eso. Otras iniquidades lo seguirán después, pero éste las precede en el juicio.

Imaginen por un momento que el tiempo ha transcurrido, y que el día del juicio ha llegado. Estamos todos reunidos, tanto los vivos como los muertos. El sonido de la trompeta resuena sumamente fuerte y prolongado. Todos estamos atentos, en espera de algo maravilloso. La bolsa cesa todas sus operaciones; la tienda ha sido abandonada por su dueño; las calles se llenan de gente. Todos los hombres están quietos; sienten que el último gran día de negocios ha llegado, y que ahora deben ajustar sus cuentas para siempre. Una solemne quietud llena el aire: no se escucha ningún sonido. Todo, todo es silencio. De pronto una gran nube blanca surca el cielo con pompa solemne, y luego ¡escuchen!, el doble clamor de la tierra sobresaltada. En esa nube se sienta alguien como el Hijo del Hombre. Todo ojo mira, y al fin se escucha un grito unánime: “¡Es Él! ¡Es Él! Y después de eso oyen por un lado gritos de “Aleluya, Aleluya, Aleluya, Bienvenido, Bienvenido, Bienvenido, Hijo de Dios.” Pero mezclado con eso hay un sonido bajo profundo, compuesto de llanto y de lamentos de los hombres que lo han perseguido, y que lo han rechazado. ¡Escuchen! Me parece que puedo interpretar el soneto; creo que puedo oír las palabras conforme llegan con toda claridad, cada una de ellas, tanndo con los dobles de muerte. ¿Qué dicen? Dicen, “a los montes y a las peñas: Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono.” Y ¿se contarán ustedes entre el número de quienes le dicen a las rocas “Escondednos”?

Mi lector impenitente, yo supongo por un momento que te has ido de este mundo, y que has muerto impenitente, y que estás en medio de los que están llorando, y lamentando, y rechinando los dientes. ¡Oh! ¡Cuánto no será entonces tu terror! Mejillas pálidas y rodillas entrechocando no son nada en comparación con el horror de tu corazón, cuando estés borracho, pero no con vino, y cuando te tambalees hacia un lado y al otro, con la intoxicación del aturdimiento, y caerás, y rodarás en el polvo embargado de horror y desmayo. Pues Él viene allá, y allí está, con ojo fiero como dardo de fuego; y ahora ha llegado el momento de la gran división. Se escucha la voz, “Junten a mis escogidos de los cuatro vientos del cielo, a mis elegidos en quienes mi alma se deleita.” Éstos son reunidos a Su diestra, y se quedan allí. Y luego dice, “Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla.” Y ustedes están reunidos, y están colocados a Su siniestra, atados en un manojo. Todo lo que se necesita es encender la pira. ¿Dónde estará la antorcha que la encienda? La cizaña debe quemarse: ¿dónde está la llama? La llama sale de Su boca, y está compuesta de palabras como éstas: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.” ¿Te estás demorando? “¡Apártate!” ¿Buscas una bendición? “Tú eres maldito.” Yo te maldigo con una maldición. ¿Buscas escapar? Es un fuego eterno. ¿Te detienes y suplicas? No, “Por cuanto llamé y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no

hubo quien atendiese. También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis.” “Apártate, te lo repito otra vez; ¡apártate para siempre!” Y eres echado de Su presencia. Y, ¿cuál es tus reflexión? Pues bien, es ésta: “¡Oh!, ¡que no hubiera nacido nunca! ¡Oh!, ¡que nunca hubiera escuchado la predicación del Evangelio, para no haber cometido nunca el pecado de rechazarlo!”

Este será el remordimiento del gusano de tu conciencia: “Supe cosas mejores, pero no las hice.” Como sembré vientos, es normal que ahora coseche tempestades; fui prevenido y no quise detenerme; fui arrullado, pero no quise ser invitado. Ahora veo que me he causado la muerte. ¡Oh!, el pensamiento más terrible de todos los pensamientos. ¡Estoy perdido, perdido, perdido! Y este es el horror de los horrores: me he causado mi propia perdición; yo he rechazado el Evangelio de Cristo; me he destruído a mí mismo.

¿Ocurrirá esto mismo contigo, apreciado lector? ¿Ocurrirá esto mismo contigo? ¡Yo ruego que no suceda eso! Oh, que el Espíritu Santo te constriña ahora a venir a Jesús, pues yo sé que eres demasiado vil para ceder, a menos que Él te fuerce a hacerlo. Tengo esperanzas acerca de ti. Me parece que te oigo decir: “¿qué debo hacer para ser salvo?” Déjame decirte el camino de salvación y luego me despido. Si quieres ser salvo, “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo;” pues la Escritura dice, “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” ¡Allí está Él colgado, agonizando en Su cruz! Míralo y vive—

**“Confía en Él, confía en Él plenamente,
Y que ninguna otra confianza se entrometa;
Nadie sino Jesús
Puede hacerles bien a los pecadores desvalidos.”**

Aunque seas perverso, inmundo, depravado, degradado, aún así estás invitado a venir a Cristo. Él recoge lo que Satanás desprecia; la hez, la escoria, la basura, el desperdicio, los desechos de este mundo, están invitados ahora a venir a Cristo. Vengan a Él ahora, y obtengan misericordia. Pero si endurecen sus corazones—

**“El Señor vestido de enojo,
Levantará Su mano y jurará,
‘Tú que despreciaste Mi descanso prometido,
No tendrás porción allí.’”**

Notas del traductor:

- (1) Hotentote: Se aplica a los individuos de cierto pueblo de raza negra que vive cerca del cabo de Buena Esperanza.
- (2) Cipayo: Soldado indio en una unidad militar al servicio de una potencia extranjera.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #194 – Volumen 4
Human Responsibility

Mirando a Jesús

NO. 195

**UN SERMÓN PREDICADO EN LA MAÑANA
DEL DOMINGO 23 DE MAYO, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL ROYAL SURREY GARDENS MUSIC HALL.**

**“Los que miraron a él fueron alumbrados, y sus
rostros no fueron avergonzados.”**
Salmo 34:5

Por el vínculo existente con el versículo precedente debemos entender que el pronombre “él” se refiere a la palabra “Jehová.” “Los que miraron al Señor Jehová fueron alumbrados.” Pero ningún hombre ha mirado aún a Jehová Dios, tal como Él es, y ha encontrado consuelo en Él, pues “nuestro Dios es fuego consumidor.” Un Dios absoluto, aparte del Señor Jesucristo, no puede dar ningún consuelo a un corazón atribulado. Podríamos mirarlo a Él y quedariamos ciegos, pues la luz de la Deidad es insufrible y así como el ojo mortal no puede fijar su mirada en el sol, el intelecto humano no podría mirar alguna vez a Dios y encontrar la luz, pues el brillo de Dios heriría el ojo de la mente con eterna ceguera. La única forma en que podemos ver a Dios es a través del Mediador Jesucristo—

**“Hasta que no vea a Dios encarnado,
Mi pensamiento está desconsolado.”**

Dios oculto y con el velo de la condición de hombre: así lo podemos ver con una mirada sostenida, pues así ha descendido a nosotros y nuestra pobre inteligencia finita puede entender y captar acerca de Él. Por lo tanto voy a usar mi texto hoy, y creo que muy legítimamente, en referencia a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. “Los que miraron a Él fueron alumbrados.” Pues cuando miramos a Dios, como es revelado en Jesucristo nuestro Señor y contemplamos la Deidad como es evidente en el Hombre Encarnado que nació de la Virgen María y fue crucificado por Poncio Pilato, en efecto vemos eso que ilumina la mente y derrama rayos de consuelo en el corazón que ha despertado.

Y ahora esta mañana, los invito en primer lugar, para ilustrar mi texto, a *mirar a Jesucristo en Su vida en la tierra* y espero que algunos de ustedes sean iluminados al hacerlo. Después lo miraremos a *Él en Su cruz*. Posteriormente vamos a mirarlo a *Él en Su resurrección*. Lo miraremos a *Él en Su intercesión*. Y finalmente, vamos a mirarlo a *Él en Su segunda venida*. Y puede ser que, conforme lo miremos con un ojo fiel, el versículo tendrá cumplimiento en nuestra experiencia, que es la mejor prueba de una Verdad de Dios, cuando comprobamos que es verdad en nuestro propio corazón. Vamos a “mirarlo a Él” y seremos “alumbrados.”

I. Entonces, primero vamos a MIRAR AL SEÑOR JESUCRISTO EN SU VIDA. Y aquí el santo que está atribulado encontrará todo lo que puede iluminarlo en el ejemplo, en la paciencia, en los sufrimientos de Jesucristo. Estas son estrellas de gloria que resplandecen en la medianoche sombría del cielo de la tribulación. Vengan aquí, todos ustedes hijos de Dios y sin importar cuáles sean sus penas, ya sean de ca-

rácter temporal o espiritual, encontrarán suficiente alivio y consuelo en sus vidas, si el Espíritu Santo abre ahora sus ojos para mirarlo a Él.

Tal vez tengo en mi congregación, más bien tengo la plena certeza que hay personas en mi congregación, que están hundidas en las profundidades de la pobreza. Ustedes son hijos del afán. Ustedes comen su pan con mucho sudor de su frente. El pesado yugo de la opresión sofoca su cuello. Tal vez en este momento sufran de un hambre extrema. El hambre los acosa, y aunque estén en la Casa de Dios, el cuerpo de ustedes se queja, y ustedes se sienten muy abatidos. Míralo a Él, pobre hermano mío en Jesús que estás muy afligido, míralo a Él para que seas alumbrado—

*“¿Por qué te quejas de carencia o aflicción,
Tentación o dolor? Él no ofreció nada más leve;
Herederos de la salvación, sabemos por Su Palabra,
Que en medio de la tribulación seguiremos al Señor.”*

¡Míralo allí! Durante cuarenta días, Él ayuna y tiene hambre. Míralo de nuevo, cansado del camino y sediento, se sienta junto al pozo de Sicar y Él, el Señor de gloria, que sostiene a las nubes en la palma de Su mano, dijo a la mujer: “Dame de beber.” ¿Acaso el discípulo será más que su Maestro, o el siervo más que su Señor? Si Él tuvo hambre y sed y desnudez ¡oh heredero de la pobreza, ten buen ánimo! En todo esto tienes comunión con Jesús. Por tanto, ten consuelo y míralo a Él y serás alumbrado.

Tal vez tu problema es de otro tipo. Tal vez has venido aquí hoy doliéndote de la lengua bifurcada de esa víbora: la calumnia. Tu carácter, aunque puro y sin mancha ante Dios, parece estar perdido ante el hombre. Pues esa sucia cosa calumniosa ha buscado quitarte eso que es más querido para ti que la vida misma, tu carácter, tu buena fama. Y en este día estás lleno de amargura y borracho de ajenjo, porque has sido acusado de crímenes que tu alma aborrece. Oh hijo del luto, este es ciertamente un duro golpe. La pobreza es como el azote de Salomón pero la calumnia es como los escorpiones de Roboam. Las profundidades de la pobreza se pueden sostener con el dedo meñique, pero la calumnia se tiene que llevar sobre los lomos.

Pero en todo esto puedes tener el consuelo de Cristo. Ven y míralo a Él para que seas alumbrado. El Rey de reyes fue llamado “samaritano”. Decían de Él que tenía un demonio y que estaba loco. Y sin embargo la infinita sabiduría habitaba en Él, aunque fue tildado de loco. ¿Acaso no fue Su vida siempre pura y santa? ¿Acaso no lo llamaron comilón y bebedor de vino? Él era el Hijo glorioso de Su Padre y sin embargo decían que Él echaba fuera los demonios por Beelzebú, príncipe de los demonios.

¡Ánimo, pobre víctima de la calumnia, límpiate esa lágrima! “Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¿cuánto más a los de su casa?” Si le habían honrado a Él, bien podrías haber esperado que te honraran a ti también. Conforme lo escarneían y le arrebaten Su gloria, no le importó llevar la afrenta y la deshonra, pues Él está contigo, llevando Su cruz delante de ti. Y esa cruz era más pesada que la tuya. Entonces, míralo a Él para que seas alumbrado.

Pero escuchó que alguien dice: “¡Ah! Pero mi aflicción es peor aún. No soy perseguido por la calumnia ni soy oprimido por la penuria. Pero señor, la mano de Dios pesa tremadamente sobre mí. Él ha traído

a mi memoria mis pecados. Él me ha quitado el brillo luminoso de Su rostro. Una vez yo creí en Él y podía leer claramente mi escritura de propiedad de mansiones en los cielos.' Pero hoy estoy muy abatido. Él me ha levantado en alto y me ha arrojado al suelo como un luchador. Él me ha colocado arriba para poder arrojarme con más fuerza contra el suelo. Mis huesos están quebrantados y mi espíritu dentro de mí se ha derretido de angustia."

Mi querido hermano atribulado, "míralo a Él y serás alumbrado." Ya no te lamentes más por tus miserias, pero ven conmigo y míralo a Él, si puedes. ¿Ves el huerto de los Olivos? Es una noche fría y la tierra crujе bajo tus pies, recubierta por la dura helada. Y allí en las tinieblas de ese huerto de olivos, está de rodillas tu Señor. Escúchalo. ¿Puedes entender la música de Sus gemidos, el significado de Sus suspiros? ¡Seguramente tus angustias no son tan pesadas como lo fueron las suyas, cuando gotas de sangre traspasaron Su piel y un sudor de sangre manchó el suelo! Dime, ¿acaso tus pruebas son mayores que las suyas?

Entonces, si Él tenía que combatir con los poderes de las tinieblas, tú debes esperar lo mismo. Y míralo a Él en la última hora solemne de Su agonía y escúchale decir: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Y cuando hayas oído eso, no murmures, como si algo extraño te hubiese ocurrido, como si tuvieras que unirte en Su "lama Sabachthani," y sudar unas cuantas gotas de Su sudor sangriento. "Los que miraron a Él fueron alumbrados."

Pero, posiblemente haya alguien aquí que es muy perseguido de los hombres. "Ah," dirá alguien, "yo no puedo practicar mi religión con tranquilidad. Mis amigos se han volteado en mi contra. Soy motivo de escarnio y de mofa y de burla, por causa de Cristo." Vamos, cristiano, no temas nada de esto, sino, "míralo a Él para que seas alumbrado." ¿Te acuerdas cómo lo persiguieron a Él? Oh, piensa en la vergüenza y en la manera en que le escupían y tiraban de sus cabellos y lo escarnecían los soldados. Piensa en esa terrible marcha a través de las calles, cuando cada hombre le gritaba y cuando aun quienes fueron crucificados con Él, lo envilecían. ¿Acaso has sido tratado peor que Él?

Pienso que esto es suficiente para que te pongas una vez más tu armadura. ¿Por qué te avergüenzas de ser deshonrado de la misma manera que tu Señor? Fue este pensamiento el que animaba a los mártires en tiempos antiguos. Quienes luchaban en el combate sanguinario, sabían que tenían que conquistar la corona ensangrentada, la corona de rubíes del martirio. Por tanto, ellos soportaban todo, como viendo al Invisible. Esto los consolaba y los animaba en todo momento. Ellos lo recordaban a Él que "sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar." "Porque aún no habéis resistido hasta la sangre, combatiendo contra el pecado." Porque ellos sabían que su Señor había hecho lo mismo y Su ejemplo los consolaba.

Estoy persuadido, amados hermanos y hermanas, que si miráramos más a Cristo, nuestros problemas no se volverían tan negros en la oscura noche. Mirar a Cristo va a aclarar el cielo de ébano. Cuando las tinieblas parecen tan espesas, como las de Egipto, la oscuridad se puede sentir, como sólidos pilares de ébano, y aun así, como un relámpago brillante, tan brillante aunque no tan fugaz, será una mirada

a Jesús. Una simple mirada a Él puede ser suficiente para todos nuestros trabajos en el camino.

Animados por Su voz, recargados de energía por Su fortaleza, estamos preparados para la acción y para el sufrimiento, tal como Él, hasta la muerte, si Él está con nosotros, también hasta la muerte. Entonces, este es nuestro primer punto. Tenemos la confianza en que ustedes que son cristianos agotados, no olvidarán que deben “mirar a Él para ser alumbrados.”

II. Y ahora tengo que invitarlos a contemplar un espectáculo más lúgubre. Pero extrañamente en la medida que el espectáculo se torna más negro, para nosotros se vuelve más resplandeciente. Cuanto más profundamente se hundió el Salvador en los abismos de la miseria, más brillantes han sido las perlas que Él ha obtenido: entre mayores fueron sus angustias y más profunda su deshonra, más brillantes han sido nuestras glorias. Vamos entonces (y esta vez voy a pedir a los pobres pecadores que dudan y tiemblan así como también a los santos, que vengan conmigo) vamos ahora a la cruz del Calvario. Allí, en la cima de esa pequeña colina, fuera de las puertas de Jerusalén, donde ejecutaban a los criminales comunes, el Tyburn de Jerusalén, el Old Bailey de esa ciudad, donde los criminales eran ejecutados, allí están tres cruces. La del centro está reservada para Alguien que tiene la reputación de ser el más grande de los criminales.

¡Miren allí! Lo han clavado en la cruz. Es el Señor de la Vida y de la Gloria, a cuyos pies los ángeles se deleitan derramando frascos llenos de gloria. Lo han clavado en la cruz: Él está suspendido allí en la mitad del cielo, agonizante, desangrándose; tiene sed y clama. Le traen vinagre que aplican con violencia en Su boca. Él sufre y necesita simpatía pero más bien se burlan de Él diciéndole: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar.” Citan de manera equivocada Sus palabras, lo retan ahora a destruir el templo y reedificarlo en tres días.

En el mismo momento en que esta predicción estaba llegando a su cumplimiento, ellos se burlan de Él por Su falta de poder para cumplirla. Ahora mírenlo, antes de que se corra el velo sobre agonías demasiado sombrías para que pueda contemplarlas el ojo. ¡Mírenlo ahora! ¿Hubo alguna vez un rostro tan desfigurado como el suyo? ¿Hubo alguna vez un corazón tan saturado de agonía? ¿Qué ojos reflejaron jamás el fuego del sufrimiento como Sus ojos, manantiales de una ardiente agonía? Vamos a contemplarlo, vamos y mirémosle ahora. ¡El sol está en medio de un eclipse y se rehúsa a mirarlo! La tierra tiembla. Los muertos resucitan. Los horrores de Sus sufrimientos han asustado a la tierra misma—

“Él muere! El Amigo de los pecadores muere.”

Y los estamos invitando para que miren esta escena para que puedan ser alumbrados. ¿Cuáles son sus dudas esta mañana? Independientemente de cuáles sean, pueden recibir una solución dulce y apasionada, si miran a Cristo en la cruz. Tal vez han venido a este lugar dudando de la misericordia de Dios. Miren a Cristo en la cruz y ¿pueden entonces dudar de Su misericordia? Si Dios no fuese abundante en misericordia y lleno de compasión, ¿habría entregado a Su Hijo para que se desangrara y muriera? ¿Piensan que un Padre se arrancaría a Su amado de Su corazón para clavarlo en un madero, para que sufriera una muerte ignominiosa por nuestra causa y a pesar de eso ser

duro, sin misericordia y sin piedad? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento impío! Debe haber misericordia en el corazón de Dios o de lo contrario nunca hubiera habido una cruz en el Calvario.

Pero, ¿dudas acaso de que el Señor pueda salvarte? Te estás preguntando a ti mismo esta mañana: “¿Cómo puede perdonar Él a un pecador tan grande como yo?” Oh, mira allí, pecador, mira allí, a la grandiosa expiación hecha, al inapreciable rescate que se ha pagado. ¿Piensas que esa sangre no tiene una eficacia para perdonar y para justificar? Ciertamente sin la cruz, esta sería una pregunta sin respuesta: “¿Cómo puede ser Dios justo y sin embargo ser quien justifica al impío?” ¡Pero mira allí al Sustituto que sangra! Y debes saber que Dios ha aceptado Sus sufrimientos como un equivalente del sufrimiento de todos los creyentes. Y luego deja que tu espíritu se atreva a pensar, si puede, que la sangre de Cristo no es suficiente para permitir que Dios reivindique su justicia y que sin embargo tenga misericordia de los pecadores.

Pero sé que dices: “Mi duda no es acerca de Su misericordia general, ni de Su poder de perdonar, sino acerca de si quiere perdonarme a mí.” Ahora yo te suplico, por Aquél que vive y murió, en esta mañana no mires a tu propio corazón tratando de encontrar una respuesta a esa dificultad. No te quedes quieto mirando tus pecados. Tus pecados te han llevado al peligro y no te pueden sacar de él. La mejor respuesta que puedes obtener jamás se encuentra a los pies de la cruz.

Cuando llegues a tu casa esta mañana, siéntate durante una media hora en una quieta contemplación. Siéntate a los pies de la cruz y contempla al Salvador agonizante y te reto a ver si te atreves a decir: “Tengo dudas de Su amor por mí.” Mirar a Cristo engendra la fe. No puedes creer en Cristo excepto contemplándolo y si lo miras vas a aprender que Él puede salvar. Vas a conocer Su misericordia. Y no puedes dudar de Él después que lo has mirado una vez. El Dr. Watts dice—

***“Si todas las naciones conocieran Su valía,
El mundo entero ciertamente Lo amaría.”***

Y estoy seguro que es muy cierto si se expresa de otra manera—

***“Si todas las naciones conocieran Su valía,
El mundo entero ciertamente en Él confiaría.”***

Oh, que tú quisieras mirarlo a Él ahora, y tus dudas se desvanecerían pronto. Pues no hay nada que mate con efectividad toda duda como una mirada a los ojos llenos de amor del Señor que se desangra y agoniza. “Ah,” comenta alguien, “pero mis dudas están vinculadas a mi propia salvación en este sentido: no puedo ser tan santo como yo quisiera.” “He intentado al máximo,” dice otro, “deshacerme de todos mis pecados pero no puedo. Me he esforzado para vivir sin malos pensamientos y sin actos impíos y todavía encuentro que mi corazón es ‘engañoso más que todas las cosas.’ Y me he apartado de Dios. Ciertamente ¿cómo puedo ser salvo, siendo como soy?”

¡Detente! Míralo a Él para que seas alumbrado. ¿Qué necesidad tienes de estar mirándote a ti mismo? La primera prioridad necesaria de un pecador no es consigo mismo sino con Cristo. Lo que necesitas es venir a Cristo, cargado, cansado, y con el alma enferma, y pedirle a Cristo que te cure. No debes ser primero tu propio médico para después ir a Cristo, sino debes ir a Él, tal como eres. La única salvación para ti es confiar directamente, simplemente, desnudamente en Cristo.

Algunas veces lo digo de esta manera: haz de Cristo el único pilar de tu esperanza y nunca intentes apoyarlo o sostenerlo a Él. "Él puede, Él quiere." Todo lo que pide de ti es que confies en Él.

En cuanto a tus buenas obras, esas se producirán después. Ellas son el fruto del Espíritu. Tu primera obligación no es hacer, sino creer. Mira a Jesús y pon tu confianza en Él. "Oh," exclama alguien más, "señor, me temo que no siento mi necesidad de un Salvador como debería sentirla." ¡Te estás mirando a tí mismo otra vez! ¡Todos ustedes se están mirando a ustedes mismos! Esto es totalmente indebido. Todas nuestras dudas y temores surgen de esta causa: estamos mirando al lugar equivocado. Sólo miren a la cruz otra vez, tal como lo hizo el pobre ladrón cuando agonizaba. Él dijo: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino."

Haz tú lo mismo. Puedes decirle a Él, si quieres, que tú no sientes la necesidad que tienes de Él como deberías sentirla. Puedes poner esto junto con todos tus demás pecados, que temes que no tienes la perspectiva adecuada de cuán grande y enorme es tu culpa. Puedes agregar a toda tu confesión este grito: "Señor, ayúdame a confesar mejor mis pecados. Ayúdame a sentirlos de manera más penitente." Pero recuerda, no te salva tu arrepentimiento. Es la sangre de Cristo, fluyendo de Sus manos y de Sus pies y de Su costado. ¡Oh, yo les suplico por Aquél a quien sirvo! Vuelvan sus ojos a la cruz de Cristo en esta mañana. Él cuelga en la cruz hoy. Él está suspendido en medio de ustedes. Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también está levantado el Hijo del Hombre hoy ante sus ojos, para que todo aquel que en Él crea no se pierda mas tenga la vida eterna.

Y ustedes hijos de Dios, me dirijo a ustedes ahora, pues también ustedes tienen sus dudas. ¿Quieren verse libres de ellas? ¿Quieren regocijarse en el Señor con fe incommovible y confianza inquebrantable? Entonces, miren a Jesús. Mírenlo de nuevo y serán alumbrados. Yo no sé qué ocurre con ustedes, mis queridos amigos, pero a menudo yo me encuentro asediado por las dudas. Y todo se puede reducir a la pregunta si tengo amor a Cristo o no. Y a pesar de que algunas personas se ríen de este himno, es un himno que me veo obligado a cantar—

*"Hay un punto que ansio conocer,
Que a menudo inquieta mis pensamientos!
¿Amo yo al Señor o no,
pertenezco a Él, o no soy Suyo?"*

Y yo estoy convencido que todo cristiano tiene a veces sus dudas y que las personas que no dudan son precisamente las personas que deberían dudar. Pues quien nunca siente dudas acerca de su estado tal vez lo haga cuando ya es demasiado tarde. Conocí a un hombre que decía que nunca albergó ninguna duda durante treinta años. Yo le dije que yo conocía a una persona que nunca tuvo ninguna duda acerca de él durante treinta años. "¿Cómo está eso?" respondió, "eso es muy extraño." Lo tomó como un cumplido. Yo repetí: "Conocí a un hombre que nunca tuvo ninguna duda acerca de ti durante treinta años. Él sabía que tú eras siempre el hipócrita más confundido que él conoció jamás. No tenía ninguna duda acerca de ti."

Pero este hombre no tenía ninguna duda acerca de sí mismo; él era un hijo de Dios especial, un gran favorito del Altísimo. Él amaba la doctrina de la Elección, que tenía escrita en su frente. Sin embargo actuaba como un pequeño dictador y era el más cruel opresor de los po-

bres y cuando él mismo cayó en la pobreza, se hundió hasta el fondo de la degradación rodando por las calles. Y este hombre no tuvo ninguna duda durante treinta años. Y sin embargo los mejores hombres siempre están dudando.

Algunos que están viviendo justo afuera de las puertas del Cielo sienten temor de ser arrojados al infierno, después de todo, mientras que esas personas que van por el camino espacioso que lleva a la perdición no sienten el menor temor. Sin embargo, si quieres liberarte de tus dudas una vez más, vuélvete a Cristo.

Ustedes saben lo que el Dr. Carey solicitó que se pusiese en su tumba; solamente estas palabras, pues ellas constituían su consuelo—

***“Como un gusano culpable, débil e indefenso,
Me arrojo en los brazos de Cristo.
Él es mi justicia y mi fortaleza,
Mi Jesús y mi Todo.”***

¿Recuerdan lo que ese eminentte teólogo escocés dijo cuando estaba en su lecho de muerte? Alguien le susurró: “¿Te estás muriendo ahora?” Él respondió, “sólo estoy juntando todas mis buenas obras para arrojarlas todas por la borda. Y yo me estoy atando a la gruesa tabla de la gracia inmerecida y espero nadar hasta la gloria sobre ella.” Haz tú lo mismo. Cada día fija tu mirada sólo en Cristo. Y mientras tu ojo sea fiel a ese punto, todo tu cuerpo debe estar y estará lleno de luz. Pero si pierdes la concentración y te miras primero a ti y *después* a Cristo, todo tu cuerpo estará lleno de tinieblas. Recuerda, entonces, cristiano, que debes volar a la cruz. Cuando ese gigantesco perro negro del infierno te persiga, ¡acércate a la cruz! Debes ir donde van las ovejas cuando las molesta el perro, ve al Pastor.

El perro teme el cayado del pastor. Tú no debe temerle. Esa es una de las cosas que te confortarán. “Tu vara y tu cayado me infundirán aliento.” ¡Refúgiense en la cruz, hermanos y hermanas míos! Refúgiense en la cruz si quieren liberarse de sus dudas. Tengo la certeza que si nosotros viviéramos más con Jesús, seríamos más *semejantes* a Jesús, y confiaríamos más en Jesús, las dudas y los temores serían cosas mucho más escasos y raros. Y no nos tendríamos que quejar de esas cosas de la misma manera que los primeros emigrantes a Australia no se tenían que quejar de los cardos. Pues no encontraron cardos allí y tampoco los habría si no hubieran sido llevados allí. Si vivimos simplemente por la fe en la cruz de Cristo, viviremos en una tierra donde no hay cardos. Pero si vivimos apoyados en *el yo*, entonces tendremos muchas espinas y cardos y ortigas que estarán creciendo allí. “Los que miraron a Él fueron alumbrados.”

III. Y ahora los invito a una gloriosa escena: LA RESURRECCIÓN DE CRISTO. Vengan aquí y mírenlo a Él, ¡cuando la serpiente antigua Le hiere en el calcañal!—

***“Él muere! El Amigo de los pecadores muere,
Y las hijas de Salem lloran inconsolables.”***

Él fue envuelto en un sudario y depositado en la tumba y allí Él durmió durante tres días con sus noches. Y en el primer día de la semana, Él, que no podía ser retenido por las ataduras de la muerte y cuyo cuerpo no podía conocer la corrupción, ni Su alma habitar en el Hades, Él se levantó de los muertos.

En vano las ataduras lo envolvían. Él mismo se liberó de ellas y por Su propio poder viviente las dobló en perfecto orden y las colocó en su

lugar. En vano estaban allí la gran piedra y el sello. El ángel se apareció y rodó la piedra y el Salvador salió. En vano estaban allí los guardias y los vigilantes. Pues ellos huyeron aterrorizados y Él se levantó como el conquistador de la muerte; como las primicias de los que durmieron. Por Su propio poder y potencia Él ha resucitado.

Veo entre los miembros de mi congregación a muchos que llevan el traje negro del luto. Algunos de ustedes han perdido a sus parientes más queridos en la tierra. Hay otros aquí que, no lo dudo, están bajo el constante terror de la muerte. Ustedes están de por vida sujetos a la servidumbre porque están pensando en los gemidos y en el combate mortal que se le presenta a los hombres cuando se aproximan al río Jordán. Vamos, vamos, les suplico, todos ustedes espíritus que gimen tímidamente, ¡contemplen a Jesucristo resucitado! Pues recuerden, esta es una grandiosa Verdad: "Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho." Y la estrofa de nuestro himno contiene ese pensamiento—

***“¿Qué? Aunque nuestro propio pecado requiere
Que nuestra carne vea el polvo,
Sin embargo, como el Señor nuestro Salvador resucitó,
Así todos los que Le siguen deberán resucitar.”***

Entonces, tú que eres viuda, no llores más por tu esposo, si él murió en Jesús. ¿Miras al Señor? Él resucitó de los muertos. Él no es un espectro. En presencia de Sus discípulos Él come un trozo de un pez asado y parte de un panal de miel. Él no es un espíritu. Pues Él dice: "Palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo." Esa era una resurrección *real*. Y aprendan, queridos hermanos, a reprimir sus tristezas cuando lloren. Pues sus seres queridos vivirán nuevamente. No solamente vivirán sus espíritus, sino también sus cuerpos—

***“Corrupción, tumba y gusanos,
Simplemente refinan este cuerpo.
Al son de la trompeta del arcángel,
Tendremos un cuerpo renovado.”***

Oh, no piensen que los gusanos se han comido a sus hijos, a sus amigos, a su esposo, a su padre, a sus ancianos progenitores; es cierto, parecería que los gusanos se los han devorado. Oh, ¿qué es el gusano después de todo, sino el filtro a través del cual nuestra pobre carne contaminada debe pasar? Pues en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta, los muertos serán resucitados incorruptibles y los que viven serán transformados. Verás de nuevo el ojo que acaba de ser cerrado y habrá vida en él. Tomarás de nuevo la mano que acaba de quedar inerte a un costado del lecho. Besarás de nuevo esos labios fríos y sin color como el hielo y de nuevo oirás la voz que está en silencio en la tumba. Vivirán de nuevo. Y ustedes que temen a la muerte: ¿por qué tener miedo de morir? Jesús murió antes que tú y atravesó las puertas de hierro y pasó por en medio de ellas antes que tú, y Él vendrá a encontrarse contigo. Jesús que vive, puede—

***“Convertir el lecho de la muerte
En algo tan suave como una almohada de plumas.”***

Entonces, ¿por qué llorar? Jesús resucitó de los muertos y ustedes también resucitarán. Tengan ánimo y confianza. No todo ha terminado cuando somos depositados en la tumba. No somos sino una semilla que ha sido sembrada para madurar en la cosecha eterna. El espíritu

de ustedes se remonta a Dios. El cuerpo duerme por un tiempo, para resucitar para la vida eterna. No puede ser resucitado si no muere. Pero cuando muera recibirá una vida nueva. No será destruido más. “Los que miraron a Él fueron alumbrados.” Oh, esto una cosa muy preciosa para mirarla: un Salvador resucitado. No conozco nada que pueda elevar más nuestros espíritus, que una visión verdadera de la resurrección de Jesucristo de los muertos. Entonces no hemos perdido ningún amigo. Se han ido antes que nosotros. Nosotros mismos no vamos a morir. Parecerá que morimos, pero más bien vamos a comenzar a *vivir*. Pues está escrito—

***“Él vive para morir. Él muere para vivir;
Él vive para no morir más.”***

¡Es la bendición que deseo para cada uno de ustedes!

IV. Y con la mayor brevedad posible, los invito a MIRAR A JESUCRISTO SUBIENDO AL CIELO. Después de cuarenta días lleva a sus discípulos al monte y mientras les está hablando, súbitamente comienza a elevarse. Y entonces Él es separado de ellos y una nube lo recibe y lo lleva a la Gloria. Tal vez se me pueda permitir una pequeña licencia poética si trato de figurarme eso que ocurrió después que Él ascendió entre las nubes. Los ángeles bajaron del cielo—

***“Ellos trajeron Su carroaje de lo alto,
Para transportarlo a Su trono
Batieron sus alas triunfantes y exclamaron,
La gloriosa obra ha sido realizada.”***

No dudo que, con un triunfo sin par Él ascendió la colina de luz y fue a la ciudad celestial y cuando se acercaba a los portales de esa gran metrópolis del universo, los ángeles exclamaban: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas.” Y los espíritus radiantes desde los ardientes muros preguntaban: “¿Quién es este Rey de gloria; quién?” y la respuesta fue: “Jehová de los ejércitos. El es el Rey de la gloria.”

Y luego, tanto aquellos que están sobre los muros como los que caminan junto a los carros se unen a los cantos una vez más y con un poderoso océano de música, que bate sus melodiosas olas contra las puertas del cielo, obligándolas a abrirse, se escuchan los acordes: “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria” y Él entra. Y a Sus pies arrojan sus coronas todas las huestes angélicas y entonces se presentan los que han sido lavados por Su sangre y se unen a Él, no arrojando rosas a Sus pies, como arrojamos flores a los pies de los conquistadores en nuestras calles, sino arrojando flores inmortales, imperecederas coronas de honor que nunca se destruyen. Mientras que una y otra vez y otra vez y otra vez, los cielos resuenan con esta melodía: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”

Ahora miren aquí, cristianos, aquí está el consuelo de ustedes; Jesucristo ganó combatiendo con enemigos espirituales, no con carne ni sangre, sino con principados y potestades. Ustedes están hoy en guerra y tal vez el enemigo los ha atacado y están a punto de caer. Te sorprende que no hayas intentado huir en el día de la batalla, pues a menudo has sentido el temor de salir corriendo del campo de batalla co-

mo un cobarde. Pero no temas. Tu Señor ha sido más que un conquistador y tú también lo serás.

Se aproxima el día en que con un esplendor menor que el Suyo pero sin embargo siendo el mismo en su medida, tú también pasarás por las puertas de la bienaventuranza. Cuando mueras, vendrán los ángeles a tu encuentro en medio de las aguas del río y cuando tu sangre se hiele en la corriente fría, tu corazón recibirá el calor de otra corriente: una corriente de luz y de calor procedente de la grandiosa fuente de todo gozo y tú estarás de pie al otro lado del Jordán y los ángeles vendrán a tu encuentro vestidos con sus inmaculadas ropas. Ellos te acompañarán en tu ascenso por la colina de la luz y cantarán las alabanzas de Jesús y te darán el saludo como un nuevo trofeo de Su poder.

Y cuando entres por las puertas del cielo, Cristo saldrá a recibirte, tu Señor, Quien te dirá: "Bien, buen siervo y fiel; entra en el gozo de tu señor." Entonces tú sentirás que estás compartiendo Su victoria, así como antes participaste en Sus luchas y en Su guerra. Continúa luchando, compañero cristiano, tu glorioso Capitán ha ganado una gran victoria y ha conseguido para ti en esa única victoria un estandarte que nunca ha sido manchado por la derrota, aunque con frecuencia ha sido mojado con la sangre de sus defensores.

V. Y ahora, una vez más "Los que miraron a Él fueron alumbrados." Míralo, Él está sentado en el Cielo. Él llevó cautiva la cautividad y ahora está sentado a la diestra de Dios, haciendo intercesión continua por nosotros. ¿Puede imaginarlo hoy tu fe? Como un gran Sumo Sacerdote de tiempos antiguos, Él está con Sus brazos extendidos (hay majestad en Su pose) pues Él no es un común intercesor que se humilla. Él no se da golpes de pecho, ni lanza Su mirada al suelo; sino suplica con autoridad en un trono de gloria.

Sobre Su cabeza está la brillante mitra reluciente de Su sacerdocio. Y miren: sobre su pecho están las deslumbrantes piedras preciosas donde están grabados para siempre los nombres de Sus elegidos. Escúchenlo en el momento de Su intercesión. ¿Puedes oír lo que dice? ¿Acaso no es tu oración la que Él está mencionando ante el Trono? Esa oración que tú ofreciste esta mañana antes de que vinieras a la Casa de Dios, Cristo la está ofreciendo ahora ante el Trono de Su Padre. El voto que recién has hecho cuando dijiste: "Ten piedad y ten misericordia" Él los está repitiendo allí.

Él es el Altar y el Sacerdote y con Su propio sacrificio Él rocía de perfume nuestras oraciones. Y sin embargo, posiblemente, ustedes han estado orando por muchos días sin obtener una respuesta. Pobre suplicante que lloras, tú has buscado al Señor y Él no te ha oido, o al menos no te ha respondido de manera de deleitar tu alma. Has clamado a Él, pero los cielos han sido como de cobre y Él no ha permitido el acceso de tu oración. Estás lleno de tinieblas y de desánimo debido a esto: "Los que miraron a Él fueron alumbrados."

Si tú no logras el éxito, Él si lo logra. Si tu intercesión pasa desapercibida, Él no puede pasar desapercibido. Si tus oraciones pueden ser como agua derramada sobre una roca que no puede ser recogida de nuevo, Sus oraciones no son así (Él es el Hijo de Dios) Él suplica y debe prevalecer. Dios no le puede rehusar a Su propio Hijo lo que le pide ahora, a Quien compró una vez las misericordias con Su sangre.

Oh, ten ánimo, continúa con tu súplica: "Los que miraron a Él fueron alumbrados."

VI. En último lugar, hay algunos aquí que están cansados del estrepito y del clamor de este mundo y con la iniquidad y el vicio de este mundo. Se han estado esforzando a lo largo de toda su vida para poner un alto al reino del pecado y parecería que sus esfuerzos no han dado ningún fruto. Los pilares del infierno están más firmes que nunca y el negro palacio del mal no ha sido derruido. Han tratado de derribarlo con todos los arietes de la oración y del poder de Dios, (así lo han creído ustedes) y sin embargo el mundo todavía peca, sus ríos todavía fluyen con sangre, sus llanuras todavía están contaminadas con la danza lasciva y su oído todavía está manchado con la sucia canción y el juramente profano.

Dios no es honrado. El hombre es todavía vil. Y tal vez tú dices: "Es en vano que continuemos la lucha, hemos asumido una tarea que no puede cumplirse. Los reinos de este mundo no pueden llegar a ser nunca los reinos de nuestro Señor y de Su Cristo." Pero, cristiano, "Los que miraron a Él fueron alumbrados." He aquí, Él viene, Él viene, Él viene pronto. Y lo que nosotros no podemos hacer en seis mil años, Él puede hacerlo en un instante. He aquí, Él viene, Él viene para reinar. Nosotros podemos intentar construir Su trono, pero no vamos a lograrlo.

Pero cuando Él venga, Él mismo construirá Su trono, sobre sólidos pilares de luz, y se sentará para juzgar en Jerusalén, gloriosamente en medio de Sus santos. Posiblemente hoy, en esta hora en que estamos reunidos, Cristo pueda venir: "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos." Aun mientras estoy hablando, Cristo Jesús puede aparecerse en las nubes de gloria. No tenemos ninguna razón para estar tratando de adivinar el momento de Su venida. Él vendrá como ladrón en la noche. Y si será cuando cante el gallo, o en pleno día o a medianoche, no nos está permitido estarlo adivinando.

Esto ha sido dejado enteramente en la oscuridad, y vanas son las profecías de los hombres, vanos sus "Esbozos Apocalípticos," y tontorriñas como esas. Nadie sabe nada al respecto, excepto que es verdad que Él vendrá. Pero cuando Él venga, ningún espíritu en el cielo ni en la tierra pretenderá que lo sabía. Oh, es mi esperanza llena de gozo que Él venga mientras yo viva. Tal vez algunos de nosotros estaremos vivos y permaneceremos en la venida del Hijo del Hombre. ¡Oh, esperanza gloriosa! Nosotros tendremos que dormir, pero seremos cambiados. Él puede venir ahora y nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.

Pero si tú mueres, cristiano, esta es tu esperanza: "Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis." Y esta debe ser tu responsabilidad: "Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis." ¡Cómo no voy a seguir trabajando, pues Cristo está a la puerta! ¡Nunca dejaré de esforzarme al máximo, pues mi Señor viene y Su recompensa viene con Él y Su obra está ante Él, dando a cada hombre conforme a su obra! Oh, no me voy a quedar inmóvil sumido en la desesperación, pues la trompeta ya está sonando. Me parece que

oigo los pasos de la legión conquistadora, los últimos poderosos héroes de Dios, posiblemente, están llegando al mundo.

La hora de este avivamiento es la hora del cambio de giro en la batalla. El combate ha sido tupido y el esfuerzo furioso, pero la trompeta del Conquistador está empezando a sonar, el ángel se la está llevando a sus labios. El primer sonido ha sido escuchado a través del mar y todavía lo escucharemos de nuevo. Pero si no oímos la trompeta en nuestros días, sin embargo todavía es nuestra esperanza. Él viene, Él viene y todos los ojos lo verán y quienes lo han crucificado llorarán y gemirán ante Él, pero los justos se gozarán y lo engrandecerán en grado sumo. "Los que miraron a Él fueron alumbrados."

Recuerdo que concluí una predicación en Exeter Hall diciendo: "¡Jesús, Jesús, Jesús!" y quiero concluir mi sermón hoy con las mismas palabras, pero antes tengo que hablar a aquel pobre desamparado que está parado allá, preguntándose si habrá misericordia para él. Dice: "Amigo, está muy bien decir 'Mirad a Jesús' pero supón que tú no puedes mirar. Si estás ciego, ¿cómo puedes hacerlo?" Oh, mi pobre hermano, vuelve tus ojos sin descanso a la cruz y esa luz que da luz para aquellos que ven, dará también la vista a quienes están ciegos. Oh, si no puedes creer en esta mañana, mira y considera y sopesa el asunto y al sopesar y reflexionar recibirás la ayuda para creer.

Él no te pide nada a ti. Él te invita ahora a creer que Él murió por ti. Si hoy te sientes un pecador perdido y culpable, todo lo que Él pide es que creas en Él. Es decir, confía en Él. ¿Acaso no es poco lo que Él pide? Y sin embargo es más de lo que cualquiera de nosotros está preparado a dar, excepto que el Espíritu nos dé el querer. Vamos, arrójate sobre Él. Desplómate sobre Su promesa. Húndete o nada, confía en Él y no te puedes imaginar el gozo que sentirás en ese instante especial en que creas en Él.

¿Acaso no hubo algunos entre ustedes que recibieron una fuerte impresión el domingo pasado, y que han estado muy ansiosos toda la semana? Oh, espero haberles traído un buen mensaje este día para consuelo de ustedes. "Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más." Mírenlo ahora, y mirándolo, vivirán. ¡Que cada uno de ustedes reciba toda bendición y que cada uno salga meditando en esa única Persona que amamos, ¡Jesús, Jesús, Jesús!

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #195 – Volumen 4

Looking Unto Jesus

La Conversión de Saulo de Tarso

NO. 202

UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 27 DE JUNIO, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
 EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.

**“Y habiendo caído todos nosotros en tierra, oí una voz que me hablaba,
 y decía en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?
 Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.”**
Hechos 26:14.

¡Cuán maravillosa es la condescendencia que indujo al Salvador a fijarse en un ser despreciable como Saulo! Entronizado en los altos cielos, en medio de las melodías eternas de los redimidos, y de los seráficos sonetos de los querubines y de todas las huestes angélicas, es extraño que el Salvador se inclinara desde Su dignidad para hablarle a un perseguidor. Ocupado como está, tanto de día como de noche, en argumentar la causa de Su propia iglesia delante del trono de Su Padre, únicamente la condescendencia le llevó, por decirlo así, a suspender Su intercesión para hablar personalmente con uno que había jurado ser Su enemigo. Y, ¡qué admirable gracia movió al corazón del Salvador a buscar a un hombre como Saulo, que había *proferido* amenazas en contra de Su iglesia! ¿Acaso no había encerrado a hombres y mujeres en la prisión? ¿Acaso no los había forzado a blasfemar el nombre de Jesucristo en cada sinagoga? ¡Y ahora el propio Jesús interviene para que Saulo entre en razón! Ah, si hubiese sido una centella la que vibró en su prisa para alcanzar el corazón del hombre, no nos habríamos sorprendido. O si los labios fruncidos del Salvador hubiesen pronunciado una maldición, no nos habríamos asombrado. ¿Acaso Él mismo no había maldecido en vida al perseguidor? ¿No había dicho: “Cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar”? Pero ahora el hombre que fue maldecido con ese lenguaje, iba a ser bendecido por el mismo a quien había perseguido; y aunque sus manos estaban manchadas con sangre, y ahora llevaba la comisión en sus manos de encerrar a otros en la prisión, y aunque había cuidado las ropas de quienes habían apedreado a Esteban, a pesar de todo ello, el Señor, el Rey del cielo, se dignó hablar personalmente desde los más altos cielos para llevarlo a sentir la necesidad de un Salvador, y para hacerlo participé de la fe preciosa.

Yo afirmo que esta es una maravillosa condescendencia y una gracia incomparable. Pero, amados, cuando recordamos el carácter del Salvador, no debería sorprendernos que hiciera eso, pues ha hecho cosas mayores. ¿Acaso no abandonó los tronos estrellados del cielo, y descendió a la tierra para sufrir, desangrarse y morir? Cuando pienso en el pesebre de Belén, en el cruel huerto de Getsemaní, y en el aún más vergonzoso Calvario, no me sorprende que el Salvador haga cualquier acto de gracia o de condescendencia. Habiendo hecho todo eso, ¿qué podría ser más grande? Si bajó del cielo al hades, ¿qué mayor condescendencia podría

realizar? Si Su propio trono permaneció vacío, si se despojó de Su propia corona, si Su Deidad debía ser velada por la carne, y los esplendores de Su Deidad fueron vestidos con los harapos de la humanidad, ¿qué nos sorprende, pregunto, que haya descendido a hablar con Saulo de Tarso, para atraer su corazón a Él?

Amados, algunos de nosotros no nos sorprendemos tampoco, pues aunque no hemos recibido mayor gracia que el propio apóstol, tampoco hemos recibido menor gracia que él. El Salvador no habló con nosotros desde el cielo con una voz audible para otros, pero habló con una voz que nuestra conciencia oyó. No estábamos sedientos de sangre, puede ser, en contra de Sus hijos, pero habíamos cometido pecados negros y atroces. Sin embargo, Él nos detuvo. No se contentó con cortejarnos ni con amenazarnos, ni se contentó con enviarnos a Sus ministros para que nos dijeran Su palabra de advertencia sobre nuestros deberes, sino que quiso venir Él mismo.

Y ustedes y yo, amados, que hemos experimentado esta gracia, podemos decir que fue un amor incomparable el que salvó a Pablo, pero no un amor único; pues Él nos salvó también, y nos ha hecho partícipes de la misma gracia.

Hoy tengo la intención de dirigirme especialmente a aquellos que *no tienen temor* del Señor Jesucristo, sino que al contrario, se le oponen. Estoy muy seguro que no hay nadie aquí que llegue al punto de desear revivir la vieja persecución de la iglesia. No creo que haya algún inglés, independientemente de cuánto pueda odiar la religión, que desee ver otra vez la hoguera de Smithfield, con su pira consumiendo a los santos. Pueden haber algunos que los odien con igual intensidad, pero aún así, no de aquella manera; el sentido común de nuestra época se opone a la horca, a la espada y al calabozo. Los hijos de Dios, al menos en este país, están libres de cualquier persecución política de ese tipo; pero es altamente probable que haya algunas personas aquí presentes, que hacen todo lo posible, y se esfuerzan al máximo, para provocar la ira al Señor, oponiéndose a Su causa. Tal vez ustedes puedan reconocerse si los describo. Raras veces asisten a la casa de Dios; de hecho sienten desprecio por todas las reuniones de los justos; tienen un concepto que todos los santos son unos hipócritas, que todos los que profesan la fe son falsos, y no se avergüenzan de decirlo. Sin embargo, tienen una esposa, y esa esposa suya ha quedado impresionada por las voces del ministerio; a ella le encanta ir a la casa de Dios, y únicamente el cielo y su corazón saben cuánto dolor y cuánta agonía mental han provocado en ella. ¡Cuán a menudo la han vituperado y se han burlado de ella por causa de su profesión de fe! No pueden negar que se ha vuelto una mujer mejor por su fe; se ven obligados a confesar que aunque ella no pueda acompañarlos en todas sus diversiones y juergas, hasta donde es posible, es una esposa amorosa y afectiva con ustedes. Si alguien pretendiera encontrarle algún defecto, ustedes defenderían su carácter con hombria; pero odian su religión y recientemente han amenazado con encerrarla el día domingo. Le dicen que es imposible que compartan la casa con ella si visita la casa de Dios. Además, tienen un pequeña hija; no objetaban que ese niña asistiera a la escuela dominical, pues eso la ponía fuera de su camino el día domingo, cuando fumaban su pipa en mangas de camisa; decían que no querían que sus hijos los molestaran, y por tanto se alegraban de enviarlos a la escuela dominical; pero el corazón de esa niña fue tocado, y no pueden

evitar comprobar que la religión de Cristo está en su corazón, y eso no les gusta para nada. Aman a la niña, pero darían cualquier cosa para que esa niña no fuera lo que es; darían cualquier cosa por apagar cualquier chispa de religión en ella.

Tal vez puedo describirlos con otro caso. Tú eres un patrón. Ocupas una posición respetable. Tienes a muchos hombres bajo tu cargo, y no puedes soportar que alguno de ellos haga una profesión de religión. Otros patrones que ustedes conocen han dicho a sus hombres: "hazle como quieras, en tanto que seas un buen siervo, no me interesan tus convicciones religiosas." Pero, tal vez, tú eres más bien lo opuesto; aunque no despedirías a nadie por causa de su religión, de vez en cuando haces a tu obrero objeto de tu escarnio, y si le descubres alguna pequeña falla, dices: "¡ah!, esa es culpa de tu religión. Yo supongo que aprendiste eso en la capilla." Y afliges el alma del pobre hombre, mientras él se esfuerza lo más posible por cumplir su deber para contigo.

O, tal vez eres un joven empleado en una bodega o taller, y uno de tus colegas recientemente se ha entregado a la religión; se le encuentra orando de rodillas, y cómo te has divertido con él, ¿no es cierto? Tú y otros amigos se han juntado como una jauría de sabuesos tras una pobre liebre, y siendo él una persona más bien tímida, tal vez no responda nada, o si habla, las lágrimas inundan sus ojos, porque han herido su espíritu.

Ahora, este es exactamente el mismo espíritu que encendió los tizones de antaño. Que torturó al santo sobre el potro de tormento. Que desmenuzó su cuerpo y que lo envió, errante, vestido con pieles de ovejas y con pieles de cabras. Si no he descrito con precisión su carácter todavía, podría hacerlo antes de haber concluido. Deseo dirigirme en particular a aquellos que, de palabra o de obra o de cualquier otra manera, persiguen a los hijos de Dios; o si no les gusta una palabra tan dura como "perseguir," entonces que se ríen de ellos, que se les oponen, y que se esfuerzan por poner un fin a la buena obra que se está desarrollando en sus corazones.

En el nombre de Cristo, en primer lugar, voy a *hacerles la pregunta*: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" En segundo lugar, en el nombre de Cristo, voy a *reconvenirles*: "dura cosa te es dar coces contra el agujón;" y luego, si Dios bendice lo que se dice para conmover sus corazones, puede ser que el Señor les dé *unas cuantas palabras de consuelo*, como lo hizo con el apóstol Pablo, cuando le dijo: "Levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti."

I. Entonces, en primer lugar, vamos a considerar que LA PREGUNTA QUE JESUCRÍSTO LE HIZO A PABLO DESDE EL CIELO, ha sido hecha a cada uno de ustedes en este día.

Primero, noten cuán personal fue la pregunta: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Cuando yo les predico, estoy obligado a dirigirme a todos ustedes como una asamblea. No es posible que yo, excepto en raras ocasiones, me dirija a alguien en particular, y que describa su carácter, aunque bajo la mano del Espíritu, eso a veces puede suceder; pero en general, estoy obligado a describir el carácter como un todo, y tratar con él en grupo. Pero no sucede así con nuestro Señor. Él no dijo desde el cielo: Saulo, ¿por qué me persigue la sinagoga? ¿Por qué los judíos odian mi religión?" No; fue más personal que eso: "Saulo, Saulo, ¿por qué me

persigues tú a Mí?” Si hubiera sido hecha en términos generales, se habría desviado del corazón del apóstol; habría sido como una flecha que no dio en su blanco, rozando apenas la piel del hombre en cuyo corazón quería enterrarse; pero cuando vino personalmente: “¿por qué me persigues tú a Mí?” no había forma de evadirla. Le pido al Señor que haga la pregunta personalmente a algunos de ustedes. Habrá muchas personas aquí presentes que han experimentado una predicación personal en sus almas. ¿Acaso no recuerdas, querido hermano en Cristo, cuando por primera vez te compungiste de corazón, cuán personal fue el predicador? Yo lo recuerdo muy bien. Me parecía que yo era la única persona en toda la capilla, como si una negra pared me rodeara y yo estuviera encerrado allí con el predicador, algo así como los prisioneros en la penitenciaría, cuando cada uno se sienta en un cubículo y no puede ver a nadie sino al capellán. Yo pensé que todo lo que decía iba dirigido a mí; estaba persuadido que alguien conocía mi carácter, y se lo había descrito al predicador y le había contado todo, y que me había seleccionado a mí personalmente. Vamos, pensé que había fijado sus ojos en mí, y tengo razones para creer que así lo hizo, pero aún así, dijo que no sabía nada de mí. Oh, que los hombres oyeron la palabra predicada, y que Dios los bendijera de tal manera mientras están oyendo, que sintieran que tiene una aplicación personal para sus corazones.

Pero noten de nuevo: el apóstol había recibido sólo alguna información en cuanto al perseguido. Si le hubiesen preguntado a quién perseguía, habría respondido: “a algunos pobres pescadores, que han estado proclamando a un impostor. Tengo la determinación de reprimirlos.” ¿Por qué, quiénes son ellos? “Son los más pobres del mundo. La propia escoria y el desperdicio de la sociedad. Si se tratase de príncipes o de reyes, tal vez les permitiríamos conservar su opinión; pero estos pobres, miserables e ignorantes individuos, no sé por qué se les deba permitir continuar con su apasionamiento. Deben ser perseguidos. Más aún, la mayoría de los que he estado persiguiendo, son mujeres: unas pobres criaturas ignorantes. ¿Qué derecho tienen esas personas de poner su criterio por encima del juicio de los sacerdotes? No tienen derecho a tener una opinión propia, y por tanto es muy correcto que yo los haga apartarse de sus insensatos errores.”

Pero vean bajo qué luz tan diferente Jesucristo hizo la pregunta. Él no pregunta: “Saulo, Saulo, ¿por qué persegiste a Esteban?” O, ¿por qué estás a punto de encerrar en la prisión a la gente de Damasco?” No. “Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues? ¿Alguna vez pensaron en este tema bajo esta nueva luz? Ustedes tienen a un pobre hombre que trabaja para ustedes, que viste un saco de tela ordinaria. Es un don nadie. Podrían reírse de él. No se lo diría a nadie, o si lo hiciera, no serían obligados a dar cuentas del incidente, porque no es nadie. No se atreverían a reírse así de un duque o de un conde. Cuidarían mucho su comportamiento si estuviesen en la compañía de gente noble; pero debido a que este es un pobre hombre, se sienten con licencia para reírse de su religión. El individuo aquel con su saco de tela ordinaria es Jesucristo mismo. En cuanto lo han hecho a uno de estos Sus hermanos más pequeños, a Él se lo han hecho. ¿Se les ha ocurrido alguna vez el pensamiento que cuando se ríen de alguien, se están riendo, no de esa persona, sino de su Señor? Ya sea que lo hayan pensado o no, es una gran verdad, que

Jesucristo recibe todas las injurias que son hechas a Su pueblo, como hechas contra Él mismo.

Tú encerraste a tu esposa la otra noche porque frecuenta la casa de Dios, ¿no es cierto? Cuando estuvo allí encerrada, temblando por el aire frío de la medianoche, suplicándote que la dejaras entrar, si tus ojos hubiesen estado muy abiertos, habrían visto al Señor de vida y gloria temblando allí, que te podría haber dicho: "Saulo, Saulo, ¿por qué *me* persigues?" Y entonces habrías comprendido que es un pecado mucho más grave del que imaginaste que era. Te reíste de la niña el otro día, porque cantaba un himno simple y evidentemente lo cantaba desde el fondo de su corazón. ¿Sabías acaso, (o si no lo sabías, deberías saberlo ahora), sabías acaso, que te estabas riendo de Cristo? ¿Sabías que cuando te burlaste de ella, te estabas burlando de su Señor, y que Jesucristo registró esa risa en Su gran libro, como una ofensa hecha a Su persona? "¿Por qué *me* sigues?" Si pudieras ver a Cristo entronizado en el cielo, reinando allí en los esplendores de Su majestad, ¿te reirías de Él? Si pudieras verle sentado en Su grandioso trono viniendo para juzgar al mundo, ¿te reirías de Él? ¡Oh!, así como todos los ríos van a dar al mar, así todos los riachuelos de las iglesias sufrientes corren a Cristo. Si las nubes están llenas de lluvia, se vacían sobre la tierra; y si el corazón del cristiano está lleno de dolores, se vuelca en el pecho de Jesús. Jesús es el grandioso depósito de todas las aflicciones de Su pueblo, y cuando te ríes de Su pueblo, ayudas a llenar ese depósito hasta el borde; y un día estallará en la furia de su poder y las aguas te barrerán, y el cimiento de arena sobre el que está construida tu casa, cederá, y luego, ¿qué harás cuando estés delante del rostro de Aquel de quien te has burlado, y cuyo nombre has despreciado?

Vamos a volver a hacer la pregunta desde otra perspectiva. Es muy razonable, y requiere de una respuesta. "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" "Saulo," pudo haber preguntado el Señor, "¿qué hice que te molestó? Cuando estuve en la tierra, ¿díje alguna palabra contra tu carácter, dañé tu reputación, lesioné tu persona, alguna vez te afligí, dije alguna vez alguna palabra en tu contra? ¿Qué daño te he hecho? ¿Por qué tienes tanta inquina contra Mí? Si hubiese sido tu peor enemigo, y te hubiera escupido en tu cara, no podrías estar más enojado conmigo que ahora. Pero, ¿por qué, hombre, estarías enojado en contra de quien no te ha hecho ningún daño, que no te ha causado nunca un disgusto? ¡Oh!, ¿por qué me persigues? ¿Acaso hay algo en mi carácter que lo merezca? ¿No fui puro, y santo, y diferente de los pecadores? ¿No anduve haciendo el bien? Resucité a los muertos. Sané a los leprosos. Di de comer a los hambrientos. Vestí a los desnudos. ¿Por cuál de todas estas obras me odias? ¿Por qué me persigues?"

La pregunta está igualmente dirigida a ti el día de hoy. ¡Ah!, hombre, ¿por qué persigues a Cristo? Él te hace la pregunta. ¿Qué daño te ha hecho? ¿Te ha despojado Cristo alguna vez, te ha robado, te ha lesionado de alguna manera? ¿Acaso Su Evangelio te ha quitado, de algún modo, los consuelos de la vida, o te ha causado algún daño? No te atreverías a decir eso. Si se tratara del mormonismo de Joe Smith, no me sorprendería que lo persiguieras, aunque no tendrías derecho de hacer incluso eso, pues podría despojarte de tu querida esposa. Si se tratara de un sistema inmundo y lascivo que minara los cimientos de la sociedad, podrías considerarte con el derecho de perseguirlo. Pero, ¿enseñó Cristo alguna vez a

Sus discípulos que te robaran, que te engañaran, o que te maldijeran? ¿Acaso Su doctrina no enseña precisamente lo contrario, y acaso no son Sus seguidores, cuando son fieles a su Señor y a ellos mismos, exactamente lo contrario de esto? ¿Por qué odiar a un hombre que no te ha causado ningún daño? ¿Por qué odiar una religión que no interfiere contigo? Si tú mismo no sigues a Cristo, ¿en qué te afecta que otros lo sigan? Tú dices que afecta a tu familia; demuéstralos, amigo. ¿Ha afectado a tu esposa? ¿Acaso te ama menos que antes? ¿Es acaso menos obediente? No te atreverías a decir eso. ¿Ha afectado a tu hijo? ¿Es tu hijo menos reverente contigo porque ahora teme a Dios? ¿Es menos afectuoso contigo porque ama a su Redentor más que a nadie? ¿En qué les ha causado algún daño Cristo? Él los ha alimentado con las mercedes de Su providencia. Los vestidos que llevan el día de hoy son los dones de Su munificencia. Él ha preservado para ustedes el aire que respiran y, ¿le maldecirán por ello?

No fue sino recientemente que un ángel vengador tomó el hacha para cortar la higuera, y Dios dijo: "Córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra?" Y vino Jesús y puso Su mano sobre el brazo del ángel, y dijo: "Déjala, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone." El salvó tu vida, y tú le maldices por esto. Tú blasfemas en Su contra porque te salvó la vida, y gastas el aliento que Su propia gracia te ha dado, maldiciendo al Dios que te ha permitido respirar. No tienes idea de cuántos peligros te ha protegido Cristo en Su providencia. No podrías calcular las numerosas misericordias que son derramadas en tu regazo cada hora, pero que tú no ves. Y, sin embargo, maldices al Salvador por misericordias innumerables, por la gracia que tu iniquidad no podrá detener, por un amor que no podrá ser vencido por tus injurias. ¿Por todo eso le maldices? ¡Cuánta vil ingratitud! De verdad le has odiado sin causa y le has perseguido, aunque El te ha amado, y no te ha causado ningún daño.

Pero permítanme presentarles una vez más un cuadro del Señor, y creo que nunca, nunca lo perseguirán otra vez, si sólo le pudieran ver. Oh, si sólo vieran al Señor Jesús, le amarian. Si sólo conocieran Su valor ¡no podrían odiarle! Él fue más hermoso que todos los hijos de los hombres. La persuasión moraba en sus labios, como si todas las abejas de la elo- cuencia hubiesen traído su miel allí, e hicieran de Su boca un panal. Él habló, y de tal manera habló, que si un león le hubiera escuchado, se habría echado y le habría lamido Sus pies. ¡Oh, cuán amable fue Él en Su ternura! Recuerden Su oración cuando el hierro traspasaba Su mano: "Padre, perdónalos." Durante toda Su vida nunca le oyeron decir una pa- labra airada contra quienes le perseguían. Él fue ultrajado, pero no devolvió el ultraje. Aun cuando fue llevado como cordero al matadero, enmudeció delante de Sus trasquiladores, y no abrió Su boca. Pero aunque fue más hermoso que los hijos de los hombres, tanto en Su persona como en Su carácter, fue sin embargo Varón de Dolores. La aflicción aró Su rostro con sus surcos más profundos. Sus mejillas fueron hundidas por la agonía. Ayunó muchos días, y a menudo sufrió de sed. Trabajaba arduamente de la mañana a la noche; luego pasaba toda la noche en ora- ción; luego se levantaba de nuevo para trabajar, (y todo esto sin recibir recompensa), sin esperar obtener nada de nadie. No tenía una casa, ni hogar, ni oro, ni plata. Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo ni- dos, mas Él, el Hijo del Hombre, no tenía dónde recostar Su cabeza. Él

fue un hombre perseguido, acosado por Sus enemigos de un lugar a otro, sin un amigo que le ayudara. Oh, si le hubiesen visto; si hubiesen visto Su hermosura y Su miseria unidas, si hubiesen visto Su amabilidad frente a la crueldad de Sus enemigos, sus corazones se habrían derretido. Ustedes habrían dicho: “¡No, Jesús, yo no puedo perseguirte! No, yo me pondré entre Tú y la quemante luz del sol. Si no puedo ser Tu discípulo, de todas formas no seré Tu oponente. Si este manto puede abrigarte en Tus contiendas de medianoche, helo aquí; y si este balde puede sacar agua para Ti del pozo, lo voy a bajar, y tendrás suficiente agua; pues si no te amo, puesto que Tú eres tan pobre, tan triste, y tan bueno, no puedo odiarte. ¡No, no voy a perseguirte!” Pero aunque tengo la seguridad de que, si vieran a Cristo, le dirían esto, sin embargo ustedes realmente le han perseguido en Sus discípulos, en los miembros de Su cuerpo espiritual, y por lo tanto, les hago la pregunta: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Que Dios les ayude a responder a esa pregunta, y la respuesta será vergüenza y confusión de rostro.

II. Esto me lleva al segundo punto: LA RECONVENCIÓN. “Dura cosa te es dar coces contra el aguijón.” Hay una figura aquí. Hay una alusión a la agujada usada con los bueyes. Cuando el buey es enyugado para el arado, si no se mueve con la rapidez deseada, el labrador lo pincha con una vara larga que tiene una punta de hierro. Muchas veces, tan pronto el buey siente el puyazo, en vez de continuar, da coces tan fuertes como puede. Da coces contra el aguijón, haciendo que el hierro se introduzca en su propia pata. Por supuesto que el labrador que lo guía mantiene su agujada en el mismo sitio, y entre más frecuentemente patea el buey, más herido resulta. Pero debe continuar. Está en manos del hombre que debe gobernar a la bestia y lo hará. Es su propia opción dar coces las veces que quiera, pues no le hace ningún daño al que lo conduce, sino sólo a sí mismo. Verán que hay mucha belleza en esta figura, si la desmenuzo y les hago una pregunta o dos.

Dura cosa te es dar coces contra el aguijón: pues, en primer lugar, no cumples tu propósito. Cuando el buey da coces contra el aguijón, es para mostrar resentimiento hacia labrador por haberle incitado a seguir adelante; pero en vez de herir al labrador, se hiere a sí mismo. Y cuando tú has perseguido a Cristo para detener el progreso de Su Evangelio, déjame preguntarte, ¿lo has detenido del todo? No; ni diez mil como tú serían capaces de detener el poderoso impulso hacia adelante de las huestes de los elegidos de Dios. Si tú crees, oh hombre, que puedes detener el progreso de la iglesia de Cristo, ¡anda y primero encierra a las dulces influencias de las Pléyades, y ordena al globo terráqueo que se quede quieto y que no gire alrededor de esas hermosas estrellas! Ve y párate frente a los vientos y ordénales que cesen de aullar, y ponte al borde de un remoto farallón, y ordénale al rugiente mar que retroceda cuando la marea está marchando hacia la costa; y cuando hayas detenido al universo, cuando el sol, la luna y las estrellas hayan obedecido a tu mandato, cuando el océano te hubiese escuchado y obedecido, entonces puedes salir y detener el progreso omnipoente de la iglesia de Cristo. Pero no podrás hacerlo. “Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas.” Pero, ¿qué dijo el Omnipotente? Ni siquiera se levantó para combatir con ellos. “El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en

su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte." A la iglesia no le importa todo el ruido del mundo. "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y se traspasen los montes al corazón del mar; aunque bramen y se turben sus aguas, y tiemblen los montes a causa de su braveza."

Ah, como no has prevalecido contra los ejércitos, ¿acaso piensas tú, oh hombre insignificante, que en un combate de uno a uno, sí serás capaz de conquistar? Tu deseo puede ser lo suficientemente fuerte, pero ese deseo no se verá cumplido nunca. Puedes desearlo ansiosamente, pero jamás lo lograrás. Pero incluso considerado como un asunto personal: ¿has tenido éxito alguna vez en detener la obra de gracia en el corazón de alguien? Te has reído de tu esposa para que renuncie a su profesión, pero si ella realmente es convertida, nunca te reirás lo suficiente para hacerla desistir. Tal vez has tratado de vejar a tu pequeño niño; pero si la gracia está en ese niño, te reto a ti y a tu señor el diablo que ahuyenten esa gracia. Ay, jovencito, tú te podrás reír de tu compañero de trabajo, pero él te vencerá en el largo plazo. Algunas veces podrá avergonzarse, pero no lo harás cambiar. Si fuera un hipócrita, lo lograrías, y entonces no habría mayor pérdida; pero si es un verdadero soldado de Cristo, puede soportar mucho más que la risa de un ser cabeza hueca como tú. No debes ni por un momento adularte pensando que te tendrá miedo. Él tendrá que soportar un bautismo de sufrimiento mayor que ese, y no se acobardará por la primera lluvia de tu pobre insensatez maliciosa y digna de compasión.

Y en cuanto a ti, amigo comerciante, puedes perseguir a tu empleado, pero comprueba que no lo obligarás a ceder. Vamos, conozco a un hombre cuyo jefe había intentado arduamente obligarlo a que actuara en contra de su conciencia; pero él dijo: "no, señor." Y el jefe pensó, "bien, él es un siervo muy valioso; pero lo voy a obligar si puedo." Así que lo amenazó diciéndole que si no hacía conforme él quería, lo despediría del trabajo. El hombre dependía de ese trabajo, y no sabía qué haría para ganar su sustento diario. Pero le respondió de inmediato con honestidad a su jefe: "señor, yo no tengo ninguna otra opción; lamentaría mucho tener que dejarlo, pues he estado muy contento con usted, pero si llegamos a eso, señor, prefiero morirme de hambre que doblegar mi conciencia ante nadie." El empleado se fue, y el jefe tuvo que salir corriendo tras él para traerlo de regreso. Y lo mismo sucederá en cada caso. Basta que los cristianos sean fieles, y saldrán airoso. Dura cosa es dar coches contra ellos; no puedes hacerles daño. Ellos vencerán, serán conquistadores por medio de Aquel que los ha amado.

Pero hay otra manera de expresarlo. Cuando el buey da coches contra el agujón, no obtiene ningún bien con ello. Puede patear lo que quiera, pero no se beneficia haciéndolo. Si el buey se detiene y arranca una hoja de hierba, o un poco de heno, vamos, entonces sería sabio, tal vez, al quedarse quieto; pero quedarse quieto para recibir un puyazo y dar coches, simplemente para que el hierro se meta en su carne, es algo más bien insensato.

Ahora, yo te pregunto, ¿qué has ganado al oponerte a Cristo? Supón que dices que no te gusta la religión. ¿Qué ganas al odiarla? Yo te diré qué ganas. Ganas esos ojos rojos con los que amanece algunas veces los lunes por la mañana, después de tu borrachera del domingo por la no-

che. Te diré qué ganas, jovencito. Has ganado esa constitución quebrantada, que, aun si ahora la has orientado a los caminos de la virtud, permanecerá contigo hasta que la dejes en tu tumba. ¿Qué has ganado? Vamos, hay algunos de ustedes que podrían haber sido miembros respetables de la sociedad, pero que ahora tienen ese sombrero roto, ese viejo traje raído, esa descuidada expresión etílica, y ese carácter del que te quisieras despojar y abandonar, pues no es bueno para ti. Eso es lo que has ganado oponiéndote a Cristo.

¿Qué has ganado al oponerte a Él? Pues bien, una casa sin muebles, pues por tus borracheras has tenido que vender todo lo valioso que poseías. Tus hijos visten harapos, y tu esposa vive en la miseria, y tu hija mayor, tal vez, se ha entregado a la vergüenza, y tu hijo se levanta para maldecir al Salvador, como tú mismo lo has hecho. ¡Lo que has ganado por oponerte a Cristo! ¿Qué hombre en todo el mundo ganó algo alguna vez por oponérsele? Hay una gran pérdida experimentada, pero en cuanto a alguna ganancia, no hay nada parecido a eso.

Pero tú afirmas que, aunque te has opuesto a Cristo, todavía eres moral. Otra vez te voy a preguntar: ¿Has ganado algo, aun así, por oponerte a Cristo? ¿Piensas que tu familia es más feliz por ello? ¿Te ha hecho un poco más feliz a ti? ¿Sientes que después que te has reido de tu esposa, o de tu hijo, o de tu empleado, puedes dormir más tranquilamente? ¿Consideras que *eso* será algo que aquietará tu conciencia cuando se acerque la hora tu muerte? Recuerda que morirás; y, ¿piensas que cuando estés agonizando, te proporcionará algún consuelo pensar que hiciste lo mejor que pudiste para destruir las almas de otras personas? No, debes confesar que es un pobre juego. No te estás beneficiando por ello, pero tú mismo te estás haciendo mucho daño. Ah, borracho, prosigue con tu borrachera, y recuerda que cada episodio alcohólico deja una plaga tras de sí, que tendrás que resentir algún día. Es placentero pecar hoy, pero no será placentero cortar su cosecha mañana; las semillas del pecado son dulces cuando las sembramos, pero el fruto es aterradoramente amargo cuando lo almacenamos al final. El vino del pecado sabe dulce cuando lo tragamos, pero es hiel y vinagre en las entrañas. Tengan cuidado, ustedes que odian a Cristo y se oponen a Su Evangelio, pues tan ciertamente como el Señor Jesucristo es el Hijo de Dios, y Su religión es verdadera, ustedes están apilando sobre su cabeza un cargamento de males, en vez de obtener algún bien. “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el agujón.”

Pero independientemente de las coces que dé, el buey tiene que seguir adelante. Hemos visto a un caballo que se queda quieto en la calle, y el conductor, que no le tenía mucha paciencia, lo ha azotado tanto, que nos hemos preguntado cómo el pobre caballo puede quedarse quieto bajo tal andanada de golpes; pero hemos observado que al fin, el caballo es obligado a continuar, y nos preguntamos: ¿qué ganó quedándose quieto? Lo mismo sucede con ustedes. Si el Señor quiere convertirte en un cristiano, puedes dar coces contra el cristianismo, pero Él te tendrá finalmente. Si Jesucristo quiere tu salvación, podrás maldecirle, pero Él hará que prediques Su Evangelio algún día, si quiere que lo hagas. Ah, si Cristo hubiera querido, Voltaire, quien lo maldijo, habría podido ser un segundo apóstol Pablo. No habría podido resistir a la gracia soberana, si Cristo lo hubiera determinado así. Si alguien le hubiera dicho al apóstol Pablo cuando iba camino de Damasco, que un día se convertiría en un predi-

cador del cristianismo, sin duda se habría reído de eso como de una tontería sin sentido; pero el Señor tenía la llave de su voluntad, y Él la manejó como quiso. Y así sucederá contigo, si Él ha decidido que seas uno de Sus seguidores—

***“Si, como el eterno mandato reza,
La gracia todopoderosa conquista a ese hombre,”***

La gracia todopoderosa te conquistará y el más sangriento de los perseguidores será convertido en el más valeroso de los santos. Entonces, ¿por qué me persigues? Tal vez estás despreciando al mismo Salvador que un día amarás; estás tratando de derrumbar la misma casa que un día tratarás de construir. Tal vez estás persiguiendo a los hombres que llamarás tus hermanos y hermanas. Es siempre recomendable que un hombre no llegue tan lejos, que luego no pueda regresar respetablemente. Entonces no vayan tan lejos en su oposición a Cristo, pues en cualquier momento puede ser que estés muy contento de encorvarte a Sus pies. Pero tenemos esta triste reflexión: si Cristo no te salva, tú debes continuar. Tú podrás dar coces contra el agujón, pero no te podrás ir de Sus dominios; podrás dar coces contra Cristo, pero no puedes quitarlo de Su trono; no puedes arrastrarlo fuera del cielo. Podrás dar coces contra Él, pero no podrás impedir que te condene al final. Te podrás reír de Él, pero con tus risas no podrás evitar el día del juicio. Podrás mofarte de la religión, pero todas tus burlas no podrán eliminarla. Podrás burlarte del cielo; pero todas tus mofas no acallarán ni una sola nota de las arpas de los redimidos. No, es lo mismo con coces que sin coces; no hay ninguna diferencia excepto para ti mismo. Oh, cuán insensato debes ser, puesto que perseveras en una rebelión que es dañina únicamente para tu propia alma. Esa rebelión no le causa ningún daño a Él, a quien tú odias, pero, si Él quisiera, podría detenerla, y si no la detiene, puede vengarla y la vengará.

III. Y ahora concluyo dirigiéndome a ciertas personas, cuyos corazones ya han sido tocados. ¿Sientes esta mañana tu necesidad de un Salvador? ¿Estás consciente de tu culpa por haberte opuesto a Él, y te ha dado el Espíritu Santo la voluntad de confesar tus pecados? ¿Estás clamando: “Dios, sé propicio a mí, pecador”? Entonces tengo BUENAS NOTICIAS para ti. Pablo, que perseguía a Cristo, fue perdonado. Él dice que era el primero de los pecadores, pero obtuvo misericordia. Tú también la obtendrás. Es más, Pablo no sólo obtuvo misericordia, también obtuvo honor. Fe llamado a ser un honroso ministro del Evangelio de Cristo, y tú puedes serlo también. Sí, si te arrepientes, Cristo puede usarte para atraer a otros. Me sorprende cuando veo cuántos de los peores pecadores se han convertido en hombres utilizados por el Señor. ¿Ves allá a John Bunyan? Está maldiciendo a Dios. Sube al campanario y toca la campana el día domingo, porque le gusta hacerlo, pero cuando la iglesia está abierta, él está practicando el juego de bolos sobre el pasto. Allí está en la barra de la cantina: nadie se ríe más fuerte que John Bunyan. Algunas personas se dirigen a la iglesia; nadie los maldice tanto como John. Él es el cabecilla en todo vicio. Si hay un gallinero que robar, John es su hombre. Si hay alguna iniquidad por hacer, si se hizo algún mal en la parroquia, no necesitas adivinar dos veces, John Bunyan está detrás de eso. Pero, ¿quién es aquel que enfrenta un juicio ante el magistrado? ¿A quién acabo de oír hace unos instantes, diciendo: “Si me permite salir de la prisión hoy, voy a predicar el Evangelio mañana, con la ayuda de

Dios"? ¿Quién fue el que estuvo encerrado doce años en la prisión, y cuando le dijeron que podía salir si prometía que no iba a predicar, replicó: "No, voy a quedarme aquí hasta que el moho crezca sobre mis párpados, pero debo predicar y voy a predicar el Evangelio de Dios tan pronto como alcance mi libertad"? Pues ese es John Bunyan, el mismo hombre que maldijo a Cristo el otro día. Un cabecilla del vicio se ha convertido en el soñador glorioso, en el propio líder de los ejércitos de Dios. Mira lo que Dios hizo por él, y lo que Dios hizo por él, lo hará por ti, si te arrepientes ahora y buscas la misericordia de Dios en Cristo Jesús—

"Él puede hacerlo, Él quiere hacerlo, no dudes más."

¡Oh!, confío en que me estoy dirigiendo a personas que han odiado a Dios, pero que son, sin embargo, los elegidos de Dios; que le han despreciado, pero que son comprados con sangre; que han dado coces contra el aguijón, pero que la gracia todopoderosa sacará adelante. Hay algunas personas, no lo dudo, que han maldecido a Dios en Su cara, pero que algún día cantarán aleluyas delante de Su trono; algunos que se han entregado a lujurias bestiales, que un día vestirán sus ropas blancas, y correrán sus dedos por las cuerdas de las arpas de oro de los espíritus glorificados en el cielo. ¡Qué felicidad es tener tal Evangelio para predicarlo a tales pecadores! Cristo es predicado al perseguidor. Ven a Jesús a Quien has perseguido.—

"Ven, y sé bienvenido, pecador, ven."

Y ahora, aguántenme un momento para dirigirme a ustedes otra vez. Me mira a la cara la probabilidad de tener muy pocas oportunidades más, de dirigirme a ustedes sobre temas que conciernen a sus almas. Mi querido lector, no voy a atribuirme nada, sino sólo esto: "No he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios," y tengo por testigo a Dios con cuantos suspiros, y lágrimas, y oraciones he trabajado para su bien. Miles han sido llamados, así lo creo, de este lugar; entre ustedes, a los que estoy viendo, hay un gran número de personas convertidas; de acuerdo a su propio testimonio han tenido un cambio completo, y ya no son ahora lo que antes eran. Pero estoy consciente de este hecho, que hay muchos de ustedes que han asistido aquí, ya casi cerca de dos años, que siguen siendo lo mismo que antes eran. Hay algunos de ustedes cuyos corazones no han sido tocados. Algunas veces lloran, pero sus vidas no han sido cambiadas todavía; todavía se encuentran en "hiel de amargura y en prisión de maldad."

Bien, señores, si no me volviera a dirigir a ustedes de nuevo, hay un favor que les pido. Si no se vuelven a Dios, si están resueltos a perderse, si no quieren oír mi reproche ni volverse a mi exhortación, sólo les pido este favor; por lo menos déjenme saber, y permitanme tener esta confianza, que estoy libre de su sangre. Creo que deben confesar eso. No he rehuido predicar del infierno con todos sus horrores, hasta el punto que se han reído de mí, como si siempre predicara al respecto. No he rehuido predicar sobre los temas más dulces y agradables del Evangelio, hasta el punto que he llegado a temer que mi predicación se hubiera vuelto afe-minada, en vez de retener el masculino vigor de un Boanerges. No he evitado predicar de la ley; ese grandioso mandamiento ha sonado en sus oídos: "Amarás al Señor tu Dios, y a tu prójimo como a ti mismo." Nunca he temido a los grandes, ni he buscado sus sonrisas; he reprendido a la nobleza como reprendería al campesino, y a cada uno de ustedes a tiempo les he dado su ración. Yo creo que al menos esto se puede decir de mí:

“Aquí está uno que no ha temido jamás el rostro de un hombre,” y espero no temerlo nunca. En medio de los ultrajes, y de los reproches, y de las críticas, he buscado ser fiel a ustedes y a mi Dios. Si a pesar de eso son condenados, permítanme tener esto como una consolación por su miseria, cuando piense en ese aterrador pensamiento: que no han sido condenados por no haber sido llamados; no han sido condenados por falta de que se llorara por ustedes, y no han sido condenados, permítanme agregar, por falta de oraciones por ustedes.

En el nombre de Aquel que juzgará a los vivos y muertos de acuerdo a mi Evangelio, y que vendrá en la nubes del cielo, y por aquel temible día cuando los pilares de esta tierra sean commovidos, y cuando los cielos se desplomen a sus oídos, por ese día cuando “Apartaos de mí, malditos,” o “Venid, benditos,” deba ser la terrible alternativa, los exhorto, guarden estas cosas en su corazón, y así como voy a enfrentar el rostro de mi Dios para rendir cuentas por mi honestidad para con ustedes, y por mi fidelidad para con Él, así recuerden, ustedes deberán comparecer en Su tribunal, para rendir cuentas de cómo oyeron y de cómo reaccionaron después de oír; y, ay de ustedes si, habiendo sido elevados con privilegios como Capernaum, sean abatidos como Sodoma y Gomorra, o más abajo que ellas, porque no se arrepintieron.

¡Oh, Señor! ¡Vuelve estos pecadores a ti; por Jesucristo, nuestro Señor! Amén.

Nota del traductor:

En su prefacio al Volumen 4 de sermones del Púlpito de la Capilla New Park Street, Spurgeon comenta que el sermón, **La Conversión de Saulo de Tarso**, “ha sido usado de la manera más notable para la conversión de los pecadores”. Añade: “yo valoro un sermón, no por la aprobación de los hombres, o la habilidad manifiesta en él, sino por el efecto producido cuando consuela al santo, y despierta al pecador. ¿Acaso no esta la regla práctica para valorar todo lo que se predica o que se escribe?” “Una fresca fuente de consuelo ha sido abierta para mí, por la información que recibo sobre la gran asistencia a las lecturas públicas de estas predicaciones impresas. En lugares solitarios, hay iglesias de Cristo cuyo único ministerio es encontrado en estas páginas, salvo cuando algún evangelista itinerante es guiado a predicar en medio de ellos. En las habitaciones de las apretujadas guardadas de la pobreza, estos sermones son leídos a cientos de personas, que escasamente entienden un lenguaje refinado. En las carreras, en las ferias, e incluso en las peregrinaciones de la Iglesia Católica Romana, estos sermones han sido utilizados por esforzados hermanos como un instrumento para alcanzar una audiencia al aire libre.”

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #202 – Volumen 4
THE SALVATION OF SAUL OF TARSUS

El Corazón Nuevo

NO. 212

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
5 DE SEPTIEMBRE, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;
y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra,
y os daré un corazón de carne.
Ezequiel 36:26.***

He aquí un portento del amor divino. Cuando Dios hace a Sus criaturas, lo que hace es bueno en gran manera. Si esas criaturas caen de la condición en que las creó, el Señor permite, como regla, que soporten la pena correspondiente a su transgresión, dejándolas que permanezcan en el lugar al que cayeron. Pero Dios hace aquí una excepción. El hombre, el hombre caído, creado puro y santo por su Hacedor, se rebeló voluntaria y depravadamente en contra del Altísimo, y perdió su primer estado; pero, he aquí, él experimenta una nueva creación por medio del poder del Espíritu Santo de Dios. ¡Contemplen este prodigo y maravillense! ¿Qué es el hombre comparado con un ángel? ¿Acaso no es un ser pequeño e insignificante? “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisones eternas, para el juicio del gran día.” Dios no tuvo misericordia de ellos; los hizo puros y santos, y debían permanecer así, pero como se rebelaron voluntariamente, los abatió de sus resplandecientes asientos para siempre; y sin hacerles ninguna promesa de misericordia, los encadenó fuertemente con los grillos del destino, para que sufran en el tormento eterno.

Pero, ¡asómbrense, oh cielos! El Dios que destruyó a los ángeles se inclina desde Su altísimo trono en la gloria, para hablarle al hombre, Su criatura, y le dice esto: “Ahora, tú has caído de mi gracia al igual que los ángeles; te has descarrido gravemente, y te has apartado de mis caminos; pero, he aquí, Yo voy a enmendar el daño hecho por tu propia mano. No lo hago por ti, sino por amor de Mi nombre. Habiéndote creado una vez, tú atrajiste la ruina sobre ti mismo, pero Yo te voy a crear otra vez. Pondré Mis manos en la obra una segunda vez; una vez más, darás vueltas en la rueda del alfarero, y Yo te haré a ti un vaso para honra, para hacer notorias las riquezas de Mi gloria. Quitaré tu corazón de piedra, y te daré un corazón de carne; te daré un corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de ti.” ¿Acaso no es un portento de la soberanía divina y de la gracia infinita, que los poderosos ángeles fueran arrojados al fuego

eterno, y que Dios hiciera un pacto con el hombre, estableciendo que lo renovará y lo restaurará?

Y ahora, mis queridos amigos, voy a procurar mostrar hoy, en primer lugar, *la necesidad de la grandiosa promesa contenida en mi texto*, que Dios nos dará un corazón nuevo y un nuevo espíritu; y después, me esforzaré por mostrar *la naturaleza de la grandiosa obra que Dios hace en el alma, cuando cumple esta promesa*; y finalmente, haré *unos cuantos comentarios personales para todos mis lectores*.

I. En primer lugar, mi trabajo consiste en procurar mostrar LA NECESIDAD DE ESTA GRANDIOSA PROMESA. El cristiano que ha nacido de nuevo y que ha sido iluminado, no necesita que se le enseñe esto; esta demostración es más bien para la convicción del impío, y para el abatimiento de nuestro orgullo carnal. Oh, que el día de hoy, el Espíritu lleno de gracia nos enseñe nuestra depravación, y que seamos conducidos en consecuencia a buscar el cumplimiento de esta misericordia, que es verdadera y abundantemente necesaria, si vamos ser salvados.

Ustedes notarán que, en mi texto, Dios no nos promete que mejorará nuestra naturaleza, o que pondrá un remiendo en nuestros quebrantados corazones. No, la promesa es que nos dará nuevos corazones y espíritus rectos. La naturaleza es demasiado depravada para ser remendada. No se trata de una casa que necesita de unas cuantas reparaciones por alguna teja caída del techo por aquí o por allá, o por un pedazo de yeso caído del cielo raso. No, la casa está podrida por completo, y los propios cimientos han sido socavados. No hay un solo trozo de madera que no esté carcomido por el comején, desde el techo más alto hasta su más profundo cimiento. Toda la casa se encuentra en mal estado, hay podredumbre por doquier y está a punto de desplomarse.

Dios no intenta repararla. Él no apuntala las paredes ni repinta su puerta. No la adorna ni la embellece, sino que decide que la vieja casa debe ser arrasada, y que construirá una casa nueva. Está demasiado destruida, repito, para ser reparada. Si sólo requiriese de unas cuantas reparaciones, podrían hacerse. Si únicamente una o dos ruedas de ese grandioso ente llamado "naturaleza humana" estuvieran descompuestas, entonces su Autor podría componerlas. Podría reemplazar los dientes rotos de la rueda, o sustituir toda la rueda, y la máquina quedaría como nueva. Pero no, toda ella es irreparable. No hay una sola palanca que no esté rota; ningún eje que no esté torcido; y ni una sola rueda que pueda mover a las demás. Toda la cabeza está enferma y todo el corazón desfalleciente. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, por todas partes, se encuentran heridas y magulladuras y llagas putrefactas. Por lo tanto, el Señor no intenta la reparación de estos seres, sino que les dice: "Les daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra. No intentaré ablan-

darlo. Dejaré que siga siendo tan duro como siempre ha sido, pero lo quitaré, y les daré un corazón nuevo, y será un corazón de carne.”

Ahora, voy a esforzarme para demostrar que Dios es reconocido justo en esto, y que hay una abrumadora necesidad de que lo haga así. Pues, en primer lugar, si ustedes consideran lo que ha sido la naturaleza humana, y lo que es, no les tomará mucho tiempo concluir: “Ah, en verdad es un caso desahuciado.”

Entonces, consideren por un momento cuán depravada es la naturaleza humana, recordando cuán mal ha tratado a su Dios. William Huntington dice en su autobiografía, que una de las sensaciones más agudas de dolor que sintió después de que fue revivido por la gracia divina fue que: “sintió mucha ‘commiseración’ por Dios.” No creo haber encontrado una descripción igual en ninguna otra parte, pero es muy expresiva. Aunque yo preferiría usar la palabra ‘empatía’ para con Dios y dolor por el mal trato que ha recibido. Ah, amigos míos, hay muchas personas que son olvidadas, que son despreciadas, que son pisoteadas por sus semejantes, pero nunca hubo un hombre que fuera tan despreciado como el Dios eterno lo ha sido. Muchos hombres han sido calumniados e insultados, pero nunca nadie fue tan insultado como Dios lo ha sido. Muchos han sido tratados cruel e ingratamente, pero nunca nadie fue tratado como nuestro Señor ha sido tratado. Recordemos nuestra vida pasada: ¡cuán ingratos hemos sido con Él! Como Él nos dio el ser, la primera expresión de nuestros labios debió ser una palabra de *alabanza*. Y mientras estemos aquí, es nuestro deber cantar perpetuamente a Su gloria. Pero en vez de eso, desde nuestro nacimiento hemos hablado falsedad, mentira e impiedad; y desde entonces hemos venido haciendo lo mismo. Nunca hemos reconocido Sus misericordias llevando a Su pecho gratitud y agradecimiento. Sus beneficios se quedan en el olvido, sin que reciban ningún aleluya de reconocimiento por causa de nuestra desidia para con el Altísimo, que nos persuade que se ha olvidado enteramente de nosotros, por lo que también procuramos olvidarlo a Él. Tan pocas veces pensamos en Él, que uno podría imaginar que no nos ha dado nunca un motivo para pensar en Él. Addison dijo—

***“Cuando todas Tus misericordias, oh mi Dios,
Son inspeccionadas por mi alma resucitada,
Arrobad en esa visión, quedo absorto
En el asombro, en el amor, y en la alabanza.”***

Pero creo que si miramos nuestro pasado con el ojo de la penitencia, quedaremos sumidos en el asombro, en la vergüenza, y el dolor, pues nuestro clamor será: “¿Cómo pude haber maltratado a un amigo tan bueno? He tenido un benefactor lleno de gracia, y he sido muy malagradecido con Él. He tenido un Padre muy devoto, pero nunca le he dado un abrazo. ¿Cómo es posible que no le haya dado un beso en señal de mi gratitud afectuosa? ¿Cómo es posible que no haya estudiado la forma de

hacerle saber que estaba consciente de Su bondad, y que sentía en mi pecho un agradecido reconocimiento por Su amor?"

Peor aún, no solamente hemos sido olvidadizos en cuanto a Él, sino que nos hemos rebelado en Su contra. Hemos arremetido contra el Altísimo. Odiamos cualquier cosa relacionada con Dios. Hemos despreciado a Su pueblo. Lo hemos llamado mojigato, hipócrita y metodista. Hemos menospreciado Su día de reposo. Él lo apartó para nuestro bien, y tomamos ese día para dedicarlo a nuestro propio placer y a nuestras propias actividades, en vez de consagrarlo a Él. Él nos dio un Libro en señal de amor, y quiere que lo leamos, pues está lleno de amor a nosotros; pero lo hemos mantenido cerrado permanentemente, de tal forma que hasta las arañas han tejido sus nidos en sus hojas. Él abrió una casa de oración y nos ha ordenado que asistamos, pues allí Él se encontraría con nosotros y hablaría con nosotros desde el propiciatorio. Pero a menudo hemos preferido el teatro a la casa de Dios, y preferimos escuchar cualquier otro sonido a la voz que nos habla desde el cielo.

Ah, amigos míos, repito que nunca ha habido un hombre, inclusive entre los peores hombres, que haya sido tan maltratado por Sus compañeros, como Dios ha sido maltratado por el hombre, y sin embargo, mientras los hombres le maltratan, Él ha continuado bendiciéndoles. Él sopla en su nariz aliento de vida, incluso cuando el hombre está maldiciéndole. Él le da su alimento, mientras el hombre gasta el vigor de su cuerpo en una guerra en contra del Altísimo. Y en el propio día de guardar, cuando quebranta Su mandamiento y gasta el día en sus propias lascivias, es Él quien da luz a nuestros ojos, aire a nuestros pulmones, y fortaleza a nuestros nervios y músculos. Él los ha estado bendiciendo incluso cuando ustedes le han estado maldiciendo. ¡Oh, es una gran misericordia que Él sea Dios y no cambie, pues de lo contrario, nosotros, hijos de Jacob, habríamos sido consumidos desde hace mucho tiempo, y con toda justicia!

Pueden imaginar, si quieren, a una pobre criatura agonizando en una zanja. Yo espero que esto no ocurra en nuestro país, pero tal cosa podría ocurrir de la misma manera que un hombre que había sido rico, súbitamente se volvió pobre, y todos sus amigos le abandonaron. Él les pidió pan pero nadie quiso ayudarle, hasta que por fin, sin ningún harapo que le cubriera, su pobre cuerpo perdió su vida en una zanja. Esto, creo yo, es el colmo de la desidia humana para con sus semejantes; pero Jesucristo, el Hijo de Dios, fue tratado peor que esto. Habría sido mil veces más caritativo para Él, si le hubieran dejado morir abandonado en una zanja; pero eso habría sido demasiado bueno para la naturaleza humana. Él debía conocer lo peor, y por eso Dios permitió que la naturaleza humana tomara a Cristo y lo clavara en el madero. Él permitió que la naturaleza humana estuviera frente a Él y se burlara de Su sed y le ofreciera vinagre, y le vituperara y le escarneciera en el colmo de Sus agonías.

Permitió a la naturaleza humana que lo convirtiera en su burla y su desprecio, y que se quedara mirando con ojos lascivos y crueles Su cuerpo desguarnecido y desnudo.

¡Oh, qué vergüenza para la humanidad! Nunca criatura alguna pudo haber sido peor que el hombre. Las mismas bestias son mejores que el hombre, pues el hombre tiene todos los peores atributos de las bestias, pero carece de sus mejores atributos. Tiene toda la fiereza del león pero no tiene su nobleza; tiene la terquedad del asno, sin su paciencia; tiene toda la gula voraz del lobo, sin su sabiduría que le conduce a evitar la trampa. Es un buitre rapaz, pero nunca se queda satisfecho. Es asimismo una serpiente con veneno de áspides bajo su lengua, pero que escupe su veneno tanto a corta como a larga distancia. Ah, si piensan en la naturaleza humana en cuanto a sus actos hacia Dios, dirán que es demasiado mala para ser corregida, y debe ser hecha completamente nueva.

Además, hay otro aspecto en el que podemos ver la pecaminosidad de la naturaleza humana: su *orgullo*. Esa es la peor característica del hombre: que sea tan orgulloso. Amados, el orgullo está entrelazado en toda la trama y la urdimbre de nuestra naturaleza, y sólo podremos deshacernos de él, cuando estemos envueltos en nuestra mortaja. Es sorprendente que cuando oramos y procuramos usar expresiones de humildad, el orgullo nos traiciona. Hace muy poco tiempo, estando de rodillas, me descubrí usando expresiones como esta: "oh, Señor, me duelo delante de Ti por haber sido alguna vez tan gran pecador como he sido. Oh, que me haya rebelado y sublevado como lo he hecho." Aquí hay orgullo, pues, ¿quién soy yo? ¿Qué había de sorprendente en ello? Yo debía saber que era tan pecador que no era sorprendente que me descarriara. Lo sorprendente es que no haya sido peor, y en eso el crédito es de Dios, no mío. Así que cuando tratamos de ser humildes, podemos estar apresurándonos insensatamente a los brazos del orgullo. ¡Qué cosa tan extraña es ver a un ser depravado, pecador y culpable, que esté orgulloso de su moralidad! Y sin embargo eso es algo que podemos ver cada día. El hombre, cuando es un enemigo de Dios, está orgulloso de su honestidad, aunque le esté robando a Dios; está orgulloso de su castidad, y sin embargo, si conociera sus propios pensamientos, descubriría que están llenos de lascivia e inmundicia; está orgulloso del elogio de sus semejantes, cuando él mismo sabe que tiene el remordimiento de su propia conciencia y la reconvención del Dios Todopoderoso. Pensar que un hombre pueda ser orgulloso cuando no tiene ningún motivo para ser orgulloso, es extraño y extravagante. Una masa de barro, viva, animada, manchada e inmunda, un infierno viviente, y sin embargo orgullosa de sí misma. ¡Yo, un hijo depravado de aquel que robó en el antiguo huerto de su Señor, y que se descarrió y que no quiso obedecer; de uno que cambió todas sus posesiones por el soborno despreciable de una manzana, y sin embargo, que esté orgulloso de mi linaje! ¡Yo, que vivo de la caridad diaria recibida

de Dios, que esté orgulloso de mi riqueza, aunque no tenga ni un centavo con el que bendecirme a mí mismo, a menos que Dios decida dármelo! ¡Yo, que vine desnudo a este mundo, y debo salir desnudo de él! ¡Yo, orgulloso de mis riquezas, qué cosa tan extraña! ¡Yo, un pollino de asno montés, un insensato que no sabe nada, que esté orgulloso de mis conocimientos! Oh, qué cosa tan extraña, que un necio llamado hombre, se nombre a sí mismo doctor, y se convierta a sí mismo en maestro de todas las artes, cuando no lo es de ninguna, y se vuelve más necio cuando piensa que su sabiduría ha alcanzado la cima. Y, oh, lo más extraño de todo, que el hombre que tiene un corazón engañoso, lleno de todo tipo de concupiscencias perversas, y de adulterio, y de idolatría, y de lujuria, presuma ser un individuo de buen corazón, y se precie de contar al menos con buenos puntos que merecen la veneración de sus semejantes, si no es que merecen también alguna consideración del Altísimo. Ah, naturaleza humana, esta es, entonces, tu propia condenación, porque eres insensatamente orgullosa, cuando no tienes por qué ser orgullosa. Escribe 'Icabod' sobre ella. Traspasada es la gloria de la naturaleza humana para siempre. Que sea quitada, y que Dios nos dé algo nuevo pues lo viejo no puede ser compuesto. La naturaleza humana es irremediablemente insensata, decrepita e inmunda.

Además, es muy cierto que la naturaleza humana no puede ser mejorada, pues muchos lo han intentado, pero siempre han fracasado. Quien trata de mejorar la naturaleza humana es como el que procura cambiar la posición de una veleta, girándola hacia el este cuando el viento sopla en dirección oeste; basta que quite su mano, y la veleta retoma su lugar. Así he visto a muchos que tratan de controlar a su naturaleza: él es un hombre de mal carácter, y está tratando de controlarlo un poco y lo logra, pero vuelve a manifestarse el mal carácter, y si no se desahoga en el instante, y si las chispas no vuelan por todos lados, quemará sus huesos por dentro hasta ponerlos incandescentes con el calor de la malicia, y permanecerá dentro de su corazón un residuo de cenizas de venganza. He conocido a algunos hombres que procuran hacerse religiosos, y al intentarlo lo único que logran es crear una monstruosidad, pues sus piernas son desiguales, y caminan cojeando en el servicio de Dios; son criaturas deformes y torpes, y cualquiera que les mire descubrirá pronto las inconsistencias de su profesión. ¡Oh!, afirmamos que en vano ese hombre tratará de aparecer ser blanco, como es imposible que el etíope muide su piel para que sea blanca aplicándole cosméticos, y en vano trataría el leopardo de mudar sus manchas. Igualmente es imposible que este hombre imagine que puede ocultar la depravación de su naturaleza por medio de algunos esfuerzos religiosos.

Ah, yo procuré mejorarme a mí mismo durante mucho tiempo, sin obtener buenos resultados; cuando comencé a intentarlo, descubrí que tenía dentro de mí a un demonio, y luego, cuando dejé de intentarlo, tenía

a diez demonios. En vez de volverme mejor, me volví peor: ya tenía al diablo de la justicia propia, de la confianza en mí mismo, del orgullo, y muchos otros que vinieron y me convirtieron en su hogar. Mientras estaba ocupado barriendo mi casa y arreglándola, he aquí que el diablo del que buscaba deshacerme y que se había ido por una corta temporada, volvió y trajo consigo otros siete espíritus más perversos que él, y entraron y habitaron en mí. Ah, pueden intentar reformarse, queridos amigos, pero descubrirán que no podrán lograrlo, y recuerden que aunque pudieran, no sería la obra que Dios requiere. Él no acepta la reforma. Él quiere una regeneración. Él quiere un corazón nuevo, y no un corazón que sólo haya tenido una pequeña mejoría.

Pero, además, ustedes percibirán con facilidad que debemos recibir un corazón nuevo, cuando consideren cuáles son las ocupaciones y gozos de la religión cristiana. La naturaleza que se alimenta de la basura del pecado, y que devora la carroña de la iniquidad, no puede ser la naturaleza que canta las alabanzas a Dios y que se regocija en Su santo nombre. ¿Acaso esperan que aquel cuervo que se alimenta de la comida más repugnante, tendrá toda la buena índole de la paloma, y que podrá jugar con la muchacha en su aposento? No, a menos que conviertan al cuervo en paloma, pues mientras siga siendo un cuervo, sus viejas inclinaciones permanecerán en él y será incapaz de hacer algo por encima de su naturaleza de cuervo. Ustedes han visto al buitre atracarse con la carne más podrida hasta quedar harto, y, ¿acaso esperan ver luego al buitre, posado en el ramaje, cantando las alabanzas de Dios con su torpe chillido y con el graznido de su garganta? Y, ¿acaso imaginan que le verán alimentándose de grano limpio, como cualquier ave de corral, a menos que su carácter y su disposición cambien enteramente? Imposible. ¿Pueden imaginar que el león se eche junto al buey, o que coma paja como el novillo, mientras siga siendo un león? Podrán vestir al león con una piel de oveja, pero no lo convertirán en oveja a menos que lo despojen de su naturaleza de león. Pueden tratar de hacer mejor al león tanto como quieran. El mismo Van Amburgh, si hubiera logrado mejorar a su leones durante mil años, no habría podido convertirlos en ovejas. Y podrán tratar de cambiar al cuervo o al buitre tanto como quieran, pero no podrán convertirlos en paloma: debe haber un cambio total de carácter. Me preguntarán, entonces, ¿es posible que un hombre que ha cantado las canciones lascivas del borracho, y ha manchado su cuerpo con inmundicia, y ha maldecido a Dios, cante sentidas alabanzas al Dios del cielo, igual que la persona que ha amado los caminos de pureza y de comunión con Cristo? Respondo, no, nunca, a menos que su naturaleza sea cambiada enteramente. Pues si su naturaleza sigue siendo lo que es, no importa cuánto intente cambiarla, no obtendrá ningún resultado positivo. En tanto que su corazón sea lo que es, nunca podrá gozar de los elevados

deleites de la naturaleza espiritual del hijo de Dios. Por tanto, amados, ciertamente debe implantarse en nosotros una nueva naturaleza.

Voy a agregar algo más, para concluir con este punto. Dios aborrece la naturaleza depravada, y por tanto, debe ser quitada, antes de que podamos ser aceptos en Él. Dios no odia tanto nuestro pecado como odia nuestra pecaminosidad. No es el desbordamiento de la fuente, es el pozo mismo. No es la flecha arrojada por el arco de nuestra depravación; es el propio brazo que sostiene el arco del pecado, y el motivo que dispara la flecha contra Dios. El Señor está airado no sólo contra nuestros actos manifiestos, sino contra la naturaleza que dicta esos actos. Dios no es miope y no sólo mira la superficie: Él mira el origen y la fuente. Él dice: “En vano será que traten de alcanzar buenos frutos si el árbol sigue siendo malo. En vano será que procuren limpiar el agua, en tanto que la fuente misma permanezca contaminada.” Dios está airado con el corazón del hombre. Él odia la naturaleza depravada del hombre, y la quitará y la limpiará a fondo antes de que admita al hombre a la comunión con Él, a la dulce comunión del Paraíso. Hay por tanto, una necesidad de una naturaleza nueva, y debemos recibirla, pues, de lo contrario, nunca podremos ver Su rostro con aceptación.

II. Y ahora, tendré la gozosa responsabilidad de mostrarles, en segundo lugar, LA NATURALEZA DE ESTE GRAN CAMBIO QUE EL ESPÍRITU SANTO OBRA EN NOSOTROS.

Y doy inicio haciendo la observación que es una obra *divina* de principio a fin. Dar al hombre un corazón nuevo y un nuevo espíritu es obra de Dios, y únicamente de Dios. El arminianismo se desploma cuando llegamos a este punto. Nada funciona aquí, excepto la vieja verdad que los hombres llaman calvinismo. “*La salvación es sólo de Jehová;*” esta verdad soporta la prueba de las edades y no podrá ser conmovida nunca, porque es la verdad inmutable del Dios vivo. Y a lo largo de todo el camino de la salvación tenemos que aprender esta verdad, pero especialmente cuando nos encontramos aquí, en este punto particular e indispensable de la salvación: la implantación de un nuevo corazón en nosotros. Esa debe ser la obra de Dios; el hombre tal vez pueda reformarse a sí mismo, pero ¿cómo se puede dar a sí mismo un nuevo corazón? No necesito abundar en este pensamiento, pues comprenderán al instante, que la misma naturaleza del cambio, y los términos en que ese cambio es mencionado aquí, lo ponen fuera del alcance del hombre. ¿Cómo puede el hombre ponerse un nuevo corazón, ya que siendo el corazón el poder motor de toda la vida, debe ejercitarse a sí mismo antes de que pueda hacer alguna otra cosa? Pero ¿cómo pueden los esfuerzos de un viejo corazón producir un nuevo corazón? ¿Pueden imaginar por un momento un árbol con un corazón podrido, que por su propia energía vital, se dé un joven corazón nuevo? No se puede suponer tal cosa. Si su corazón estuviera bien originalmente, y los defectos estuvieran localizados en alguna rama

del árbol, pueden concebir que el árbol, por medio del poder vital de la savia dentro de su corazón, rectifique el problema. Sabemos de algún tipo de insectos que pierden sus miembros, y por su poder vital son capaces de recuperarlos de nuevo. Pero quiten el asiento del poder vital: el corazón; y, ¿qué poder hay que pueda, con alguna posibilidad, rectificarlo, a menos que sea un poder externo, de hecho, un poder de lo alto?

Oh, amados, todavía no ha existido el hombre que haya avanzado ni un ápice en el camino de producir un nuevo corazón. El hombre debe permanecer pasivo en este proceso (posteriormente se volverá activo), pero en el momento en que Dios pone una nueva vida en el alma, el hombre es un sujeto pasivo: y si acaso hay alguna actividad, es una resistencia activa en Su contra, hasta que Dios, por medio de una gracia victoriosa e irresistible, ejerce el señorío sobre la voluntad del hombre.

Además, este es un cambio *inmerecido*. Cuando Dios pone un nuevo corazón en el hombre, no es porque el hombre merezca un nuevo corazón. No es porque haya algo bueno en su naturaleza por lo que Dios le da un nuevo espíritu. El Señor simplemente le da al hombre un corazón nuevo porque así le agrada; esa es Su única razón. “Pero,” podrías comentar, “supón que un hombre clame por un corazón nuevo.” Yo respondo, nadie clamó alguna vez por un corazón nuevo antes de recibirlo, pues el clamor por un corazón nuevo demuestra que ya hay un nuevo corazón. Pero, dirá alguien, “¿no debemos buscar un espíritu recto?” Sí, yo sé que es tu deber buscarlo, pero igualmente sé que es un deber que no cumplirás nunca. Se les ordena que tengan nuevos corazones, pero yo sé que no los tendrán nunca, a menos que Dios se los dé. Tan pronto como empiezan a buscar un nuevo corazón, hay una evidencia presuntiva que el nuevo corazón ya está allí, en germen, pues no habría podido germinar esta oración, a menos que las semillas no estuvieran antes allí.

“Pero,” dirá uno, “supón que el hombre no tiene un nuevo corazón, pero que sinceramente lo buscara, ¿lo recibiría?” No debes hacer suposiciones imposibles; en tanto que el corazón del hombre sea depravado y vil, no hará nunca tal cosa. Por tanto, no puedo decirte qué pasaría si hiciera lo que no hará nunca. No puedo responder a tus suposiciones; y si tú supones una dificultad, debes suponer también su solución. Pero el hecho es que nadie buscó jamás un corazón nuevo, ni lo buscará jamás, o un espíritu recto, hasta que, en primer lugar, la gracia de Dios comience a obrar en él. Si hay algún cristiano aquí, que dio el primer paso para acercarse a Dios, que lo proclame al mundo; nos enteraríamos por primera vez que ha habido un hombre que de antemano se acercó a su Hacedor. Pero yo nunca me he encontrado con un caso así; todo el pueblo cristiano declara que Dios comenzó la obra, y todos ellos cantarán—

***“Fue el mismo amor que preparó el festín,
El que dulcemente me forzó a entrar,
Pues yo me habría resistido a probar,
Y habría perecido en mi pecado.”***

Es un cambio por gracia, gratuitamente dado sin ningún mérito por parte de la criatura, sin ningún deseo anticipado, ni buena voluntad precedente. Dios lo hace porque así le agrada, y no de conformidad a la voluntad del hombre.

Además, es un esfuerzo *victorioso* de la gracia divina. Cuando Dios comienza la obra de cambiar el corazón, encuentra al hombre totalmente en contra de esa obra. El hombre por naturaleza da coces contra Dios y se resiste, porque no quiere ser salvado. Yo confieso que nunca habría sido salvado, si hubiera podido evitarlo. En tanto que pude, me rebelé y me sublevé y resistí a Dios. Cuando Él quería que orara, yo no oraba; cuando Él quería que escuchara la voz del ministerio, yo no quería hacerlo. Y cuando oía la predicación, y una lágrima rodaba por mis mejillas, yo la enjugaba y le desafiaba a que ablandara mi corazón. Cuando mi corazón había sido tocado un poco, yo procuraba distraerlo con placeres pecaminosos. Y cuando eso no bastaba, intentaba la justicia propia, y no quería ser salvado, hasta que fui cercado, y entonces Él me dio el golpe irresistible de la gracia, y no hubo forma de vencer ese vigor irresistible de Su gracia. Conquistó mi voluntad depravada, y me hizo encorvarme delante del cetro de Su gracia. Y lo mismo sucede en cada caso. El hombre se rebela en contra de su Hacedor y Salvador; pero donde el Señor determina salvar, salvará. Dios recibirá al pecador, si decide recibarlo. Ninguno de los propósitos de Dios ha sido frustrado jamás. El hombre procura resistir con todo su poder, pero todo el poder del hombre, aunque es tremendo para pecar, no es rival para el poder majestuoso del Altísimo, cuando pasea en el carroaje de Su salvación. Él, en efecto, salva irresistiblemente y conquista victoriamente el corazón del hombre.

Y, además, este cambio es *instantáneo*. La santificación de un hombre es obra de toda la vida, pero dar al hombre un corazón nuevo es obra de un instante. En un solitario segundo, más ligero que un relámpago, Dios pone un corazón nuevo en un hombre, y lo convierte en una nueva criatura en Cristo Jesús. Puedes estar sentado en la banca donde estás ahora, siendo enemigo de Dios, albergando un corazón perverso dentro de ti, duro como una piedra, y muerto y frío; pero si el Señor así lo quiere, la chispa de la vida caerá en tu alma, y en ese momento comenzarás a temblar: comenzarás a sentir; confesarás tu pecado, y acudirás a Cristo en busca de misericordia. Otras partes de la salvación son completadas gradualmente; pero la regeneración es una obra instantánea de la gracia soberana, eficaz e irresistible de Dios.

III. Ahora, nosotros tenemos en este tema un grandioso campo de esperanza y de aliento para los pecadores más viles. Queridos lectores, permítanme dirigirme a ustedes muy afectuosamente. Hay algunos de ustedes que están buscando misericordia; por muchos días han estado orando en secreto, y sus rodillas ya les duelen por la insistencia de su intercesión. Su clamor a Dios ha sido: "Crea en mí, oh Dios, un corazón

limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.” Permitanme consolarlos con esta reflexión: su oración ya ha sido escuchada. Ustedes tienen un nuevo corazón y espíritu recto: tal vez no serán capaces de percibir la verdad de esta afirmación en los próximos meses, por tanto, continúen en oración hasta que Dios haya abierto sus ojos, para que vean que la oración ha sido respondida; pero pueden estar seguros que ya ha sido respondida. Si tú odias el pecado, no es tu naturaleza humana la que lo odia; si anhelas ser un amigo de Dios, no es tu naturaleza humana la que así anhela; si deseas ser salvado por Cristo, no es tu naturaleza humana la que lo desea; si tú ansías, sin estipulaciones de tu parte, si tú quieres hoy que Cristo te haga Suyo, que te preserve y te guarde, en la vida y en la muerte, si estás deseoso de vivir para servirle, y si fuese necesario, listo también a morir por Su honor, eso no proviene de tu naturaleza humana: es obra de la gracia divina. Ya hay algo bueno en ti; el Señor ha comenzado una buena obra en tu corazón, y Él la perfeccionará hasta el fin. Todos estos sentimientos tuyos son mucho más de lo tú pudiste haber alcanzado por ti mismo. Dios te ha ayudado a subir los peligros de esta divina escalera de gracia, y tan cierto como te ha ayudado a subir todos estos escalones, te seguirá llevando hasta la cima, hasta que te tome en los brazos de Su amor en la gloria eterna.

Hay otras personas, sin embargo, que no han experimentado eso, sino que han sido conducidas a la desesperación. El diablo les ha dicho que no pueden ser salvadas; han sido demasiado culpables, demasiado viles. Cualquier otra persona en el mundo podría encontrar misericordia, pero no tú, pues tú no mereces ser salvado. Escúchame, entonces, querido amigo. ¿Acaso no he intentado dejar tan claro como la luz del sol a lo largo de todo este servicio, que Dios no salva nunca a un hombre en razón de lo que es, ni que comienza ni perfecciona Su obra en nosotros porque haya algo bueno en nosotros? El peor pecador es precisamente tan susceptible de recibir la misericordia divina como el que peca menos. El que ha sido un cabecilla del crimen, repito, es tan buen candidato para la gracia soberana de Dios, como quien ha sido un modelo de moralidad. Dios no necesita nada de nosotros. No ocurre como con el labrador, que no desea arar todo el día sobre las rocas, ni coloca a sus caballos sobre la arena; para comenzar a trabajar, él busca un terreno fértil, pero Dios no lo hace así. Él comenzará a trabajar sobre el terreno rocoso, y golpeará ese corazón de piedra que tienes, hasta que se convierta en el limo negro y fértil del dolor penitencial, y luego esparcirá la semilla viva en ese limo, hasta que produzca fruto a ciento por uno. Pero para comenzar Su obra, Él no necesita nada de ti. Puede tomarte siendo un ladron, un borracho, una ramera, o lo que seas: puede hacer que te pongas de rodillas, y clames por misericordia, para luego conducirte a vivir una vida santa, y guardarte hasta el fin.

“¡Oh!,” dirá alguien, “yo desearía que hiciera así conmigo, entonces.” Bien, alma, si ese es un deseo verdadero, *lo hará*. Si tú deseas en este día ser salvo, nunca habrá un Dios renuente allí donde hay un pecador dispuesto. Pecador, si tú quieres ser salvado, Dios no quiere la muerte de nadie, sino más bien que te arrepientes; y tú estás libremente invitado hoy para que vuelvas tus ojos a la cruz de Cristo. Jesucristo ha cargado con los pecados de los hombres, y ha llevado sus aflicciones; se te pide que mires allí, y confies allí, simple y sencillamente. Entonces tú eres salvo. El simple deseo, si es sincero, muestra que Dios te ha estado engendrando de nuevo a una esperanza viva. Si ese deseo sincero permanece, será evidencia abundante que el Señor te ha traído a Él, y que tú eres y serás Suyo.

Y ahora, cada uno de ustedes, reflexione (ustedes que son inconversos), que todos nosotros estamos hoy en las manos de Dios. Merecemos ser condenados: si Dios nos condena, no se escuchará ni una sola palabra en contra de Su decisión. Nosotros no podemos salvarnos a nosotros mismos; estamos enteramente en Sus manos; como una mariposa que está entre Sus dedos, Él nos puede aplastar ahora, si quisiera, o puede dejarnos ir y salvarnos. ¡Qué reflexiones deberían cruzar por nuestra mente, si creyéramos eso! Deberíamos postrarnos, tan pronto lleguemos a casa, y clamar: “¡Grandioso Dios, sálvame, porque soy pecador! ¡Sálvame! Yo renuncio a todo mérito, pues no poseo ninguno; merezco ser condenado; Señor, sálvame, por Cristo Tu Hijo.” Y vive el Señor, mi Dios, delante de Quien estoy, que no habrá nadie que haga esto, que encuentre que mi Dios le cierra las puertas de la misericordia. Anímate y pruébale, pecador; ¡ve y pruébale! Cae hoy de rodillas en tu habitación, y prueba a mi Señor. Prueba si no quiere perdonarte. Consideras que es muy duro. Es mucho más amable de lo que tú imaginas. Piensas que es un Señor duro, pero no lo es. Yo pensé que era severo y airado, y cuando lo busqué, me dije: “seguramente, aunque acepte a todo el resto del mundo, a mí me rechazará.” Pero sé que me tomó en Su pecho; y cuando consideré que me despreciaría para siempre, dijo: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados,” y me maravillé entonces, y me sorprendió todavía ahora. Pero lo mismo sucederá con ustedes. Sólo pruébenlo, se los suplico. Que el Señor les ayude a probarle, y a Él sea la gloria y para ustedes sea la felicidad y la bienaventuranza, eternamente y para siempre.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #212 – Volumen 4

THE NEW HEART

Confesión y Absolución

NO. 216

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 3 DE OCTUBRE DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL SALÓN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

***“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo,
sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador.”***
Lucas 18:13.

La mayoría de los héroes de las historias de nuestro Salvador han sido elegidos para ilustrar rasgos de carácter enteramente diferentes de su reputación general. ¿Qué pensaría de un escritor de moral de nuestra época, si en una obra de ficción, se empeñase en exponer ante nosotros la compasiva virtud de la benevolencia mediante el ejemplo de un cipayo? Y, sin embargo, Jesucristo nos ha dado uno de los mejores ejemplos sobre la caridad, en el caso de un samaritano. Para los judíos, un samaritano era proverbial por su amarga animosidad en contra de su nación, como lo es para nosotros el cipayo por su crueldad traicionera, y es igualmente objeto de menosprecio y de odio; pero Jesucristo, sin embargo, eligió a Su héroe de entre los samaritanos, para que no hubiera nada adventicio que le adornara, y más bien todo el engalanamiento le fuera atribuido a la gracia de la caridad.

Así, también, en la presente instancia, nuestro Salvador, estando desoso de explicarnos la necesidad de la humildad en la oración, no seleccionó a algún santo distinguido que fuera famoso por su humildad, sino que eligió a un publicano, que probablemente era uno de los más extorsionadores de su clase, pues da la impresión que el fariseo sugiere eso; y no dudo de que hubiera lanzado una mirada de soslayo a este publicano, cuando comentó, con autocomplacencia: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adulteros, ni aun como este publicano.”

Pero, con el objeto de que pudiéramos ver que no había nada en la persona que le predispusiera, y para que pudiera sobresalir la aceptación de la oración, al ser colocada incluso bajo una luz más resplandeciente contra el negro fondo del carácter del publicano, nuestro Señor seleccionó a este hombre para que fuera la norma y el modelo de alguien que ofrece una oración aceptable a Dios. Noten eso, y no se sorprenderán al encontrar esa misma característica exhibida, muy frecuentemente, en las parábolas de nuestro Señor Jesucristo.

En lo tocante a este publicano, sabemos muy poco sobre su previa carrera, pero podríamos hacer algunas conjeturas cercanas a la verdad, sin incurrir en un serio error. Sin duda era un judío, que pudo haber sido educado piadosamente y entrenado religiosamente, pero, tal vez, como Leví, huyó de sus padres y, no encontrando otro oficio que fuera exactamente el apropiado para su gusto depravado, se convirtió en un miembro de esa clase corrompida que cobraba los impuestos romanos, y, avergonzado de ser conocido como Leví por más tiempo, cambió su nombre al de Mateo, para que nadie reconociera, en la casta degradada de publicano,

al hombre cuyos padres temían a Dios, y se arrodillaban delante de Jehová.

Pudiera ser que este publicano hubiera abandonado los caminos de sus padres entregándose a la lascivia, y luego hubiera descubierto que la indigna ocupación de publicano era sumamente afin a su espíritu depravado. No podríamos decir cuántas veces trituró el rostro de los pobres, o cuántas maldiciones fueron derramadas sobre su cabeza cuando arrebató la herencia de la viuda, y robó al huérfano desamparado y desvalido. El gobierno romano le daba al publicano un poder mucho mayor del que debía poseer, y nunca era tarde en usar esa ventaja para su propio enriquecimiento. Posiblemente la mitad de todo lo que poseía era un robo, si no es que más, pues Zaqueo pareciera sugerir algo así en su propio caso, cuando dice: "He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado."

No era algo común que este publicano turbara el templo; los sacerdotes raramente le veían venir con algún sacrificio; habría sido una abominación, y por eso no lo traía. Pero sucedió que el Espíritu del Señor se encontró con el publicano, y lo llevó a considerar sus caminos, y su peculiar negrura: estaba lleno de turbación, pero la guardaba para sí, dejándola encerrada en su pecho; a duras penas podía descansar por la noche, y le era difícil dedicarse a sus negocios durante el día, pues día y noche la mano de Dios se había agravado sobre él. Por fin, incapaz de soportar más su abatimiento, pensó en aquella casa de Dios en Sion, y en el sacrificio que se ofrecía diariamente allí. "¿A quién acudiré, o adonde iré"—se preguntaba—"sino a Dios? ¿Y dónde puedo esperar encontrar misericordia, sino allí donde es ofrecido el sacrificio?" Dicho y hecho. Fue; sus pies desacostumbrados se orientaron al santuario, pero al llegar tiene vergüenza de entrar. Aquel fariseo, santo como parecía ser, sube desvergonzadamente al atrio de los judíos; se acerca lo más que puede a los propios recintos en los que sólo el sacerdocio podía estar; y ora con un lenguaje jactancioso. Pero en cuanto al publicano, elige para sí algún rincón apartado donde no sea visto ni oído, y ahora se dispone a orar, no con sus manos alzadas como aquel fariseo que está allá, no con los ojos vueltos al cielo con una mirada santurrona de hipocresía, sino fijando sus ojos en el suelo; lágrimas cálidas se escurren de ellos, y no se atreve a levantarlos al cielo. Por fin, sus ahogados sentimientos encuentran una expresión; aunque esa expresión era un gemido, era una breve oración que toda ella debía caber en el ámbito de un suspiro: "Dios, sé propicio a mí, pecador." Está hecho; él es oído; el ángel de la misericordia registra su perdón; su conciencia queda en paz; desciende a su casa, a diferencia del fariseo, como un hombre dichoso y justificado que se goza por la justificación que el Señor le había otorgado.

Entonces, mi oficio esta mañana será invitarlos, exhortarlos e implorarles que hagan lo que hizo el publicano, para que reciban lo que él obtuvo. Hay dos cosas en particular sobre las que procuraré hablar solemnemente y con denuedo: la primera es *la confesión*; la segunda es *la absolución*.

I. Hermanos, hemos de imitar al publicano, ante todo, en su CONFESIÓN. Ha habido mucha agitación pública durante las últimas semanas y meses en torno al confesionario. En cuanto a ese tema, es tal vez una

misericordia que el signo exterior y visible del Papado en la Iglesia de Inglaterra haya revelado a sus amigos sinceros el mal interno y espiritual que había estado asechando durante tanto tiempo allí. No necesitamos imaginarnos que el confesionario, o el clericalismo, del cual es simplemente un vástago, sean una novedad en la Iglesia de Inglaterra: han estado ya por mucho tiempo allí; pero ahora nos congratulamos ante la perspectiva de que la propia Iglesia de Inglaterra se verá forzada a descubrir sus propios males; y nosotros esperamos que Dios le dé gracia y vigor para cortar el cáncer de su pecho antes de que cese de ser una iglesia protestante, y Dios la deseche como algo aborrecible.

Esta mañana, sin embargo, no tengo nada que ver con el confesonario. Las mujeres necias pueden seguir confesándose tanto como quieran, y los necios esposos pueden confiar sus mujeres, si les place, a confesores como esos. Que quienes sean necios lo manifiesten; que quienes no tengan ningún entendimiento hagan al respecto lo que les parezca; pero en cuanto a mí, tendré el máximo cuidado para que ni yo ni los míos tengamos algo que ver con tales cosas. Dejando eso, sin embargo, llegamos a asuntos personales, procurando aprender a actuar rectamente, incluso de los errores de otros.

Noten la confesión del publicano; *¿ante quién fue presentada?* “Dios, sé propicio a mí, pecador.” ¿Pensó alguna vez el publicano en acudir a un sacerdote para pedirle misericordia y confesar sus pecados? Tal vez el pensamiento atravesara su mente, pero su pecado constituía un peso demasiado grande sobre su conciencia para que fuera aliviado de una manera como esa, así que pronto desechó esa idea. “No”—dijo—“siento que mi pecado es de tal carácter que nadie, sino Dios, puede quitarlo; y aunque fuera correcto que fuera e hiciera una confesión ante mi semejante, pienso que sería totalmente inútil en mi caso, pues mi enfermedad es de tal naturaleza que nadie, sino un Médico Todopoderoso, podría suprimirla.”

Así que dirige su confesión y su oración a un lugar, y sólo a un lugar: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Y ustedes notarán que esta confesión a Dios fue *secreta*: todo lo que pueden oír de su confesión es una única palabra: “pecador.” ¿Ustedes suponen que eso fue todo lo que confesó? No, amados, yo creo que mucho antes de esto, el publicano había hecho una confesión de todos sus pecados, privadamente, de rodillas en su propio hogar delante de Dios. Pero ahora, en la casa de Dios, todo lo que tiene que decir para que lo oiga el hombre es: “soy un pecador.”

Y yo te aconsejo que si alguna vez hicieras una confesión ante un hombre, que sea una confesión general, pero nunca debe ser una confesión específica. Tú debes confesar ante tus semejantes que has sido un pecador, pero decirle a cualquier hombre en qué sentido has sido un pecador, no sería sino pecar otra vez y ayudar a que tus semejantes transgredan. Cuán inmunda ha de ser el alma de ese sacerdote que presta su oído para que se convierta en una alcantarilla que ha de albergar la inmundicia de los corazones de otras personas. No puedo imaginar ni siquiera que el diablo sea más depravado que el hombre que gasta su tiempo, sentado en un confesonario, con su oído contra los labios de hombres y mujeres que, si confesaran verazmente, le harían un adepto de todos los vicios, y le instruirían en iniquidades que, de otra manera,

no habría conocido jamás. Oh, yo te exhorto que nunca contamines a tu prójimo; guarda tu pecado para ti mismo, y para tu Dios; Él no puede ser contaminado por tu iniquidad; haz una clara y plena confesión de tu pecado delante de Él; pero, ante tu prójimo, no le agregues nada a la confesión general: “¡soy un pecador!”

Esta confesión que hizo delante de Dios, fue *espontánea*. No se le hizo ninguna pregunta a este hombre en lo tocante a si era un pecador o no; o en cuanto a si había quebrantado el séptimo mandamiento, o el octavo, o el noveno, o el décimo; no, su corazón estaba lleno de penitencia, y se derramaba en este susurro: “Dios, sé propicio a mí, pecador.”

Nos dicen que algunas personas no pueden nunca hacer una plena confesión, a menos que un sacerdote les ayude, haciéndoles preguntas. Mis queridos amigos, la propia excelencia de la penitencia se pierde, y su encanto desaparece, si se hiciera alguna pregunta: la confesión no es verdadera ni real a menos que sea espontánea. El hombre que necesita que alguien le diga cuáles son sus pecados, no podría haber sentido el peso del pecado. ¿Pueden imaginarse a algún hombre cargado con un peso a su espalda, quien, antes de que gimiera bajo ese peso, necesitara que se le dijera que llevaba un peso allí? Ciertamente no. El hombre gime bajo el peso, y no necesita que se le diga: “allí está sobre tu espalda”; él sabe que allí está. Y si, mediante las preguntas de un sacerdote, pudiera obtenerse una plena y exhaustiva confesión de algún hombre o de alguna mujer, sería totalmente inútil, totalmente vana delante de Dios, porque no sería espontánea.

Debemos confesar nuestros pecados porque no podemos evitar confesarlos; tienen que salir porque no podemos guardarlos adentro; es como un fuego en los huesos, que pareciera como si fuera a derretir nuestro propio ánimo, a menos que diéramos salida al gemido de nuestra confesión delante del trono de Dios. Miren al publicano; no pueden oír la plena confesión humilde que hace; todo lo que pueden oír es su simple reconocimiento de que es un pecador; pero eso brota espontáneamente de sus labios; Dios mismo no tiene que hacerle la pregunta, sino que el publicano viene delante del trono, y libremente se entrega en manos de la Justicia Todopoderosa, confesando ser un rebelde y un pecador. Esto es lo primero que debemos notar de su confesión: que hizo la confesión a Dios, secreta y espontáneamente; y todo lo que dijo abiertamente fue que era “un pecador.”

Además: ¿qué confesó? Confesó, según nos informa nuestro texto, que era un pecador. Ahora, ¡cuán apropiada es esta oración para nosotros! Pues, ¿hay acaso algún labio aquí presente para el que esta confesión no sea adecuada: “Dios, sé propicio a mí, pecador?” ¿Acaso dices: “esa oración le vendría bien a la ramera, cuando, después de una vida de pecado, la corrupción está en sus huesos, y está muriendo en la desesperación: esa oración se adecua a sus labios?” Ay, pero, amigo mío, le vendría bien a tus labios y a los míos también. Si conocieras tu corazón—y yo conozco el mío—la oración que sería apropiada para ella sería apropiada para nosotros también. Tú nunca has cometido los pecados que el fariseo repudió; tampoco has sido extorsionador, ni has sido injusto, ni has sido un adulterio; tampoco has sido ni siquiera como el publicano; pero, sin embargo, la palabra “pecador” todavía se aplica a ti; y sentirías que así es, si

estuvieras en la condición apropiada. Recuerda cuánto has pecado *tú* en contra de la luz. Es verdad que la ramera ha pecado más abiertamente que tú, pero ¿tenía ella la luz que tú has recibido? ¿Crees que recibió una educación y un entrenamiento tan tempranos como los que tú has recibido? ¿Experimentó ella alguna vez los remordimientos de conciencia y las guardas de la providencia como los que han vigilado tu carrera? Esto he de confesar en cuanto a mí: siento, y debería sentir una peculiar atrocidad en mi propio pecado, pues peco contra la luz, contra la conciencia, y peor todavía, contra el amor recibido de Dios, y contra la misericordia prometida por Dios.

Pasa al frente, tú, que eres el mayor de los santos, y responde a esta pregunta: ¿no es apropiada esta oración para ti? Oigo que respondes, sin un momento de vacilación: "Sí, ahora se adecua a mí; y hasta que muera, mis trémulos labios han de repetir la petición con frecuencia: 'Dios, sé propicio a mí, pecador'."

Varones y hermanos, les imploro que usen esta oración hoy, pues es apropiada para todos ustedes. Comerciante, ¿no tienes ningún pecado en tus negocios que debas confesar? Mujer, ¿no tienes pecados hogareños que debas reconocer? Hijo de muchas oraciones, ¿no tienes ninguna ofensa contra el padre o la madre que debas confesar? ¿Hemos amado al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra fuerza; y ha amado cada uno de nosotros a nuestro prójimo como a sí mismo? Oh, cerremos nuestros labios en lo tocante a cualquier jactancia, y cuando los abramos, estas son las primeras palabras que han de brotar de ellos: "He pecado, oh Señor; he quebrantado tus mandamientos; Señor, sé propicio a mí, pecador."

Pero, observen esto: ¿no es algo extraño que el Espíritu Santo enseñe a un hombre a argumentar su condición de pecador delante del trono de Dios? Uno pensaría que cuando nos presentamos delante de Dios, deberíamos hablar un poco de nuestras virtudes. ¿Quién supondría que cuando un hombre está pidiendo misericordia, deba decir de sí mismo: "soy un pecador"? Vamos, seguramente la razón le impulsaría a decir: "Dios, sé propicio a mí, puesto que hay algo bueno en mí: Señor, yo no soy peor que mis vecinos: Señor, sé propicio a mí; intentaré ser mejor." ¿No es contra la razón, y no está maravillosamente por encima de la razón que el Espíritu Santo le enseñe a un hombre a argumentar ante el trono de la gracia, aquello que pareciera ir en contra de su súplica: el hecho de que él es un pecador? Y, sin embargo, amados hermanos, si ustedes y yo queremos ser oídos, hemos de venir a Cristo como pecadores. No intentemos hacernos mejores de lo que somos. Cuando llegamos ante el trono de Dios, no pretendamos, ni por un momento, recoger alguna de las falsas joyas de nuestras pretendidas virtudes; los harapos son los vestidos de los pecadores. La confesión es la única música que debe brotar de nuestros labios: "Dios, sé propicio a MÍ, pecador," es el único carácter en el que puedo orar a Dios.

Ahora, ¿acaso no hay muchos aquí presentes que sienten que son pecadores, y están gimiendo, suspirando y lamentando porque el peso del pecado está en su conciencia? Hermano, me alegra que te sientas pecador, pues tú tienes la llave del reino en tus manos. Tu sentido de tu condición pecadora es tu único título para la misericordia. Ven, te lo suplico,

tal como estás: tu desnudez es tu único reclamo al derecho de tener acceso al guardarropa del cielo; tu hambre es tu único reclamo al derecho de entrar en los graneros del cielo; tu pobreza es tu único reclamo al derecho para las eternas riquezas del cielo. Ven tal como estás, sin nada propio, excepto tu pecaminosidad, y argumenta esto delante del trono: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Esto es lo que aquel hombre confesó, que era un pecador, y lo argumentó, haciendo que el peso de su confesión fuera el contenido de su súplica delante de Dios.

Además, ¿cómo se presenta? ¿Cuál es la postura que asume? Lo primero que quisiera que notaran es su ubicación: “estando lejos.” ¿Para qué hizo eso? ¿Acaso no fue porque se sentía como un hombre separado? Hemos hecho con frecuencia confesiones generales en el templo, pero nunca una confesión fue aceptada a menos que fuera particular, personal y de corazón. Allí estaba la gente congregada para el acostumbrado servicio de adoración; se unen en un salmo de alabanza, pero el pobre publicano se quedó lejos de ellos. En seguida, se unen en el orden de la oración, pero él no podía acercarse a ellos. No, él había llegado allí solo, y debía permanecer solo. A semejanza del ciervo herido que busca las más profundas cañadas del bosque para desangrarse y morir solo, en profunda soledad, así parecía que este pobre publicano sentía que necesitaba estar solo. Ustedes observan que no dice nada acerca de otras personas en su oración. “Dios, sé propicio a mí,” como si no hubiese otro pecador en todo el mundo. Fíjate en esto, persona que me escuchas: debes sentirte solitario y aislado, para que puedas elevar aceptablemente esta oración. ¿Te ha seleccionado alguna vez el Señor en una congregación? ¿Te ha parecido, en esta vasta sala, como si una gran pared negra te circundara, y tú estuvieras encerrado allí con el predicador y con tu Dios; como si cada saeta salida del arco del predicador estuviera apuntada hacia *ti*, y cada amenaza fuera para *ti*, y cada solemne reproche fuera una censura para *ti*? Si has sentido eso, voy a felicitarte. Nadie elevó jamás esta oración rectamente a menos que la orara solo; a menos que dijera: “Dios, sé propicio a mí,” como un pecador solitario y aislado. “El publicano, estando lejos.”

Noten lo que sigue. “No quería ni aun alzar los ojos al cielo.” Eso era porque no se atrevía, no porque no quisiera; lo habría hecho si se hubiera atrevido. Cuán notable es que ese arrepentimiento quite todo el atrevimiento de los hombres. Hemos visto algunos individuos que eran muy atrevidos antes de ser tocados por la gracia soberana, y que posteriormente se volvieron los hombres más trémulos y escrupulosos, poseedores de la más tierna conciencia que se pudiera imaginar. Hombres que eran descuidados, que alardeaban y desafiaban a Dios, se volvieron tan humildes como unos niñitos, temerosos incluso de alzar sus ojos al cielo, aunque una vez lanzaron sus blasfemias y sus maldiciones en esa dirección.

Pero, ¿por qué no se atrevía a alzar sus ojos al cielo? Era porque estaba abatido en su “espíritu,” tan oprimido y cargado, que no podía mirar a lo alto. ¿Es ese tu caso, amigo mío, esta mañana? ¿Tienes miedo de orar? ¿Sientes como si no pudieras esperar que Dios tenga misericordia de ti; como si el menor destello de esperanza fuera la mayor luz que podrías soportar; como si tus ojos estuvieran tan acostumbrados a las tinieblas

de la duda y de la desesperación, que incluso un rayo robado pareciera ser demasiado para tu débil y pobre visión? ¡Ah!, bien, no temas, pues será una bienaventuranza para ti; tú estás solamente siguiendo al publicano en su triste experiencia ahora, y el Señor, que te ayuda a seguirle en la confesión, te ayudará a regocijarte con él en la absolución.

Noten qué otra cosa hizo. Se golpeaba el pecho. Era un buen teólogo; era un real doctor en teología. ¿Por qué se golpeaba el pecho? Porque sabía dónde se albergaba la maldad: en su pecho. No se golpeaba la frente, como lo hacen algunos hombres cuando están perplejos, como si el error estuviera en su entendimiento. Muchas personas culpan a su entendimiento y, en cambio, no culpan a su corazón, y dicen: "Bien, he cometido un error; ciertamente he estado actuando mal, pero, en el fondo, soy un hombre de buen corazón." Este hombre sabía dónde se albergaba la maldad, y golpeó el lugar debido—

"Aquí, en mi corazón, se alberga la maldad."

Se golpeaba el pecho como si estuviera enojado consigo mismo. Parecía decir: "¡Oh!, que pudiera golpear más duro a ti, mi ingrato corazón, porque has amado más al pecado que a Dios." No hizo penitencia, y, sin embargo, era un tipo de penitencia ejercida sobre sí mismo cuando se golpeaba el pecho una y otra vez, y clamaba: "¡Ay! ¡Ay! Ay de mí, que haya pecado jamás contra mi Dios: 'Dios, sé propicio a un pecador'."

Ahora, ¿puedes venir a Dios de esta manera, querido amigo mío? Oh, acerquémonos todos a Dios de esta manera. Tú tienes suficiente, hermano mío, para hacer que te quedes solo, pues ha habido pecados en los que tú y yo, cada uno de nosotros, hemos incurrido en una culpa solitaria. Hay iniquidades conocidas solamente por nosotros, que nunca le dijimos a la pareja de nuestro propio pecho, ni a nuestros propios padres o hermanos, ni siquiera al amigo a quien le pedíamos el dulce consejo. Si hemos pecado solos, de esta manera, retirémonos a nuestros aposentos, y confesémonos solitariamente, el esposo aparte, y la esposa aparte, el padre aparte, y el hijo aparte. Cada uno de nosotros ha de lamentarse individualmente.

Varones y hermanos, dejen de acusarse unos a otros. Desistan de las riñas provocadas por su inclinación a censurar, y por las calumnias provocadas por su envidia. Censúrense a ustedes mismos y no a su prójimo. Rasguen sus propios corazones y no la reputación de sus vecinos. Vamos, que cada individuo considere ahora su propio caso y no el caso de otro; que cada uno clame: "Dios, sé propicio a mí, estando solo aquí, pecador."

¿Y no tienes una buena razón para bajar tu mirada? ¿No pareciera, a veces, que es demasiado para nosotros mirar jamás al cielo otra vez? Hemos blasfemado contra Dios, algunos de nosotros, e incluso hemos imprecado maldiciones sobre nuestros miembros y sobre nuestros ojos; y cuando esas cosas regresan a nuestra memoria, muy bien podemos estar avergonzados de mirar a lo alto. O si hemos sido preservados del crimen de una blasfemia abierta, ¡con cuánta frecuencia hemos olvidado a Dios, ustedes y yo! ¡Cuán a menudo hemos descuidado la oración! ¡Cómo hemos quebrantado Sus días domingo y hemos dejado de leer la Biblia! Ciertamente estas cosas, cuando atraviesan nuestra memoria, podrían

constreñirnos a sentir que no podemos ni siquiera levantar nuestra vista al cielo.

Y en cuanto a golpear nuestro pecho, ¿quién hay entre nosotros que no deba hacerlo? Debemos enojarnos contra nosotros mismos ya que hemos provocado a Dios a enojarse con nosotros. Tenemos que tener ira contra los pecados que han acarreado la ruina sobre nuestras almas; debemos sacar a rastras a esos traidores, y ejecutarlos de inmediato en una muerte sumaria; bien que lo merecen; han sido nuestra ruina; somos nosotros su destrucción. Se golpeaba el pecho y decía: "Dios, sé propicio a mí, pecador."

Hay otro distintivo más en la oración de este hombre, que no deben pasar por alto. *¿Qué razón tenía para esperar que Dios tuviera alguna misericordia para con él?* El idioma griego nos explica más de lo que lo hace el inglés; y la palabra original aquí podría ser traducida: "Dios sé propiciado en cuanto a mí, pecador." En la palabra griega hay una clara referencia a la doctrina de la expiación. No es la oración de un 'unitariano': "Dios, sé misericordioso para mí," es más que eso: es la oración del cristiano: "Dios, sé propiciado en cuanto a mí, pecador." Hay, repito, una clara apelación a la expiación y al propiciatorio en esta breve oración.

Amigo, si queremos venir ante Dios con nuestras confesiones, hemos de tener cuidado de argumentar la sangre de Cristo. No hay esperanza para un pobre pecador aparte de la cruz de Jesús. Podríamos clamar: "Dios, sé propicio a mí," pero la oración no puede ser respondida nunca, aparte de la víctima ofrecida, el Cordero inmolado desde antes de la fundación del mundo. Cuando tú tienes el ojo puesto en el propiciatorio, asegúrate de poner también tu ojo en la cruz. Recuerda que la cruz es, después de todo, el propiciatorio; que la misericordia no fue nunca entronizada hasta que colgó de la cruz, coronada de espinas. Si tú quieres encontrar perdón, has de ir al tenebroso Getsemani, y has de mirar a tu Redentor sudando, en profunda angustia, gotas de sangre. Si tú quieres tener paz de conciencia, acude a Gabata, el Enlosado, y has de ver la espalda del Salvador inundada por una corriente de sangre. Si tú quieres tener el último y el mejor descanso para tu conciencia, vé al Gólgota; mira a la víctima inmolada colgando de la cruz, con manos y pies y costado todos traspasados, con cada herida abierta y en extremo dolor. No puede haber ninguna esperanza de misericordia aparte de la víctima ofrecida: el propio Jesucristo, el Hijo de Dios.

Oh, vengan; todos y cada uno de nosotros hemos de acercarnos al propiciatorio, y argumentar la sangre. Cada uno de nosotros debe ir y decir: "Padre, he pecado; sé propicio a mí, por medio de Tu Hijo." Vamos, borracho, dame tu mano; iremos juntos. Ramera, tú también dame tu mano; y acerquémonos de igual manera al trono. Y ustedes, cristianos profesantes, vengan ustedes también, no se avergüencen de quienes les acompañan. Vayamos ante Su presencia con muchas lágrimas, sin que ninguno de nosotros acuse a su prójimo, sino cada uno acusándose a sí mismo, y argumentemos la sangre de Jesucristo que habla paz y perdón para cada conciencia turbada.

Hombre despreocupado, te diré unas palabras antes de concluir este punto. Tú dices: "Bien, esa es una buena oración, en verdad, para un hombre que está al borde de la muerte. Cuando un pobre individuo sufre

del cólera, y ve a la negra muerte mirándole en el rostro, o cuando está aterrorizado y estupefacto en el tiempo de la tormenta, o cuando se descubre en medio de una terrible confusión y alarma debido a una peligrosa catástrofe o un inesperado accidente, mientras está acercándose a las puertas de la muerte, lo correcto es que diga: "Dios, sé propicio a mí."

Ah, amigo, entonces la oración ha de ser apropiada para ti, si eres un moribundo; ha de ser apropiada para ti, pues tú desconoces cuán cerca estás del borde de la tumba. Oh, si sólo entendieras la fragilidad de la vida y lo resbaladizo de ese pobre sostén en el que estás descansando, dirías: "¡Ay de mi alma!" Si la oración es apropiada para mí al morir, ha de ser apropiada para mí ahora, pues me estoy muriendo, incluso en este día, y no sé cuando he de exhalar mi último suspiro."

"Oh"—dice alguien—"yo pienso que es apropiada para un hombre que ha sido un pecador muy grande." Correcto, amigo mío, y por tanto, si te conocieras a ti mismo, sería apropiada para ti. Estás en lo correcto al decir que no se adecua a nadie excepto a los grandes pecadores; y si tú no sientes ser un gran pecador, yo sé que nunca musitarás esa oración. Pero hay algunas personas aquí hoy que sienten que son lo que tú deberías sentir y saber que eres. Esas personas, constreñidas por la gracia, usarán la oración esta mañana con un énfasis, derramando una lágrima sobre cada letra, y exhalando un suspiro sobre cada sílaba, conforme claman: "Dios, sé propicio a mí, pecador." Pero observa, amigo mío; tú podrías sonreír despectivamente ante el hombre que hace esta confesión, pero él saldrá justificado de esta casa, mientras que tú te alejarás estando todavía en tus pecados, sin ninguna esperanza, sin un rayo de dicha que alegre tu espíritu contumaz.

II. Habiendo descrito brevemente esta confesión, voy a notar, con mayor brevedad todavía, la ABSOLUCIÓN que Dios dio. Yo creo, en verdad, que la absolución proveniente de los labios de un hombre es poco menos que una blasfemia. Hay, en el Libro de Oración de la Iglesia de Inglaterra, una absolución que es esencialmente una copia de la absolución de la iglesia de Roma, que yo pensaría que es casi un extracto literal del misal romano. No dudo cuando digo que nunca se imprimió nada más blasfemo en la calle Holywell, que la absolución que debe pronunciar un clérigo junto al lecho de un moribundo; es positivamente espantoso pensar que alguien que se llame a sí mismo cristiano, descance tranquilamente en una iglesia hasta que hubieren hecho lo más que pudieran para revisar y reformar completamente ese libro—sumamente excelente—y despojarlo de todo vestigio de catolicismo romano.

Pero la absolución existe, amigos míos, y el publicano la recibió. "Éste descendió a su casa justificado antes que el otro." El otro no tuvo ninguna paz revelada a su corazón; este pobre hombre la tuvo toda, y descendió a su casa justificado. No dice que regresó a su casa habiendo tranquilizado su mente; eso es verdad, pero es más: descendió a su casa "justificado." ¿Qué quiere decir eso? Resulta que la palabra griega usada aquí es la misma palabra que el apóstol Pablo emplea siempre, para exponer la grandiosa doctrina de la justicia de Jesucristo: la propia justicia que es de Dios por la fe. El hecho es que, en el momento en que el hombre elevó esa oración, todo pecado que cometió jamás fue borrado del libro de Dios, así que no permaneció en el registro en contra suya; y es

más, en el instante en que la oración fue oída en el cielo, el hombre fue considerado como un hombre justo. Todo lo que Cristo hizo por él, fue colocado sobre sus hombros para que fuera el manto de su belleza, y en ese instante, toda la culpa que hubo cometido jamás fue lavada enteramente y desapareció para siempre. Cuando un pecador cree en Cristo, sus pecados, positivamente, dejan de existir, y lo que es más maravilloso todavía, todos ellos cesan de ser, como afirma Kent en esas líneas muy conocidas—

***“Aquí hay perdón para transgresiones pasadas,
Sin importar cuán negro sea su aspecto,
Y, oh alma mía, mira esto con asombro:
Para pecados venideros hay también perdón.”***

Todos son arrastrados sin dejar rastro en un solitario instante; los crímenes de muchos años; extorsiones, adulterios o incluso asesinatos, todos son limpiados en un instante; pues ustedes observarán que la absolución fue otorgada instantáneamente. Dios no le dijo al hombre: “Ahora debes ir y realizar algunas buenas obras, y luego te daré la absolución.” Él no dijo como dice el Papa: “ahora debes achicharrarte por un tiempo en las llamas del Purgatorio, y luego te dejaré salir.” No, Él le justificó allí mismo y en ese instante; el perdón le fue otorgado tan pronto como el pecado fue confesado. “Anda, hijo mío, en paz; no tengo ningún cargo contra ti; tú eres un pecador en tu propia estimación, pero no en la mía; he borrado todos tus pecados, y los he arrojado en lo profundo del mar, y no serán mencionados nunca jamás en tu contra.” ¿Pueden imaginar cuán feliz era el publicano, cuando todo fue cambiado en un instante? Si pudieran revertir la figura usada por Milton, le parecía a él mismo que era un sapo despreciable, pero el toque de la misericordia del Padre le hizo trepar a una brillantez y a un deleite angélicos; y salió de aquella casa con su mirada hacia lo alto, sin estar temeroso ya más. En vez del gemido que había en su corazón, tenía un cántico en sus labios. Ya no caminó nunca más solo; buscó a los piadosos y les dijo: “Vengan y oigan, ustedes, que temen a Dios, y les diré lo que ha hecho por mi alma.” No se golpeaba el pecho, sino que regresó a casa y tomó su arpa y rasgó las cuerdas, y alabó a su Dios. No habrías sabido que se trataba del mismo hombre si le hubieras visto al salir; y todo eso fue realizado en un minuto.

“Pero”—dirá alguien—“¿crees que él sabía con seguridad que todos sus pecados fueron perdonados? ¿Puede un hombre saber eso?” Puede, ciertamente. Y hay algunos aquí presentes que podrían dar testimonio de que esto es cierto. Ellos también lo han sabido. El perdón que es sellado en el cielo es resellado en nuestra propia conciencia. La misericordia que es registrada arriba, es llevada a derramar su luz en las tinieblas de nuestros corazones. Sí, un hombre puede saber en la tierra que sus pecados son perdonados, y puede estar seguro de que es un hombre perdonado así como está seguro de su propia existencia.

Y, ahora, oigo una exclamación de alguien que pregunta: “¿Y puedo ser perdonado yo esta mañana? ¿Y podría saber que he sido perdonado? ¿Podría ser perdonado de tal manera que todo sea olvidado: yo, que he sido un borracho, un blasfemo, y no sé cuántas cosas más? ¿Pueden ser lavadas todas mis transgresiones? ¿Puedo estar seguro del cielo, y todo eso, en un instante?” Sí, amigo mío, si tú crees en el Señor Jesucristo, si

te quedas donde estás ahora y musitas esta oración: “¡Señor, ten misericordia! Dios, sé propicio a mí, pecador, por medio de la sangre de Cristo.”

Yo te digo, amigo, que Dios no ha rechazado nunca esa oración; si brotó de unos labios honestos, Él nunca cerró las puertas de la misericordia a esa oración. Es una letanía solemne que será usada en tanto que el tiempo dure, y atravesará los oídos de Dios en tanto que exista un pecador que la use. Vamos, no tengas miedo, te lo imploro, usa esa oración antes de que abandones este Salón. Quédate donde estás; procura imaginarte que estás completamente solo, y si sientes que eres culpable, haz que ascienda esa oración.

¡Oh, cuán maravilloso sería si de los miles de corazones que están aquí presentes, igual número de oraciones ascendieran hasta Dios! Seguramente ni los propios ángeles tuvieron un día así en el Paraíso, como el que tendrían hoy, si cada uno de nosotros pudiera hacer esa confesión sinceramente. Algunas personas la están haciendo; sé que la están haciendo; Dios les está ayudando. Y, tú, pecador, ¿acaso te quedas lejos? Tú, que tienes suma necesidad de venir, ¿acaso rehúsas unirte a nosotros? Ven, hermano, ven. Dices que tú eres demasiado vil. No, hermano, tú no puedes ser demasiado vil para decir: “Dios sé propicio a mí.” Tal vez no seas más vil de lo que somos nosotros; de cualquier manera, podemos decirte esto: nosotros sentimos que somos más viles que tú, y queremos que musites la misma oración que nosotros hemos musitado.

“Ah!—dice alguien—“no puedo hacerlo; mi corazón no se doblegaría a eso; no puedo.” Pero, amigo, si Dios está listo para tener misericordia contigo, el tuyo debe ser entonces un corazón muy duro, si no está listo a recibir Su misericordia. ¡Espíritu de Dios, sopla sobre el corazón duro, y derrítelo ahora! Ayuda al hombre que siente que la indiferencia se está apoderando de él; ayúdale a que se despoje de ella a partir de esta hora.

Tú estás luchando contra ella; tú dices: “Quisiera poder orar pidiendo regresar a ser un muchacho o un niño otra vez, y entonces podría hacerlo; pero me he endurecido, y he envejecido en el pecado, y la oración sería una hipocresía en mí. No, hermano, no lo sería. Si sólo clamaras con tu corazón, te imploro que la digas. Muchos hombres piensan que son hipócritas cuando no lo son, y tienen miedo de no ser sinceros, cuando su propio miedo es una prueba de su sinceridad.

“Pero”—dirá alguno—“yo no tengo en mi carácter ningún rasgo que redima en absoluto.” Me alegra que pienses eso; aun así puedes utilizar la oración: “Dios, sé propicio a mí.” “Pero será una oración inútil,” dice alguien. Hermano mío, yo te aseguro, no en mi propio nombre, sino en el nombre de Dios, mi Padre y tu Padre, que no será una oración inútil. Tan cierto como Dios es, aquel que viene a Cristo no será echado fuera de ninguna manera. Ven conmigo ahora, te lo imploro; no te demores más; las entrañas de Dios están anhelándote. Tú eres Su hijo, y Él no renunciará a ti. Tú has huido de Él todos estos años, pero Él no te ha olvidado nunca; tú has resistido todas Sus advertencias hasta ahora, y Él ya casi está cansado, pero aun así, Él ha dicho en lo tocante a ti: “¿Cómo podré yo hacerte como Adma, o ponerte como Zeboim? Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión.”—

***Ven pecador humillado, en cuyo pecho
Giran mil pensamientos;
Ven, oprimido por tu culpa y tu miedo,***

**Y haz esta última resolución:
 Vendré a Jesús; aunque mi pecado
 Se ha elevado como una montaña,
 Conozco Sus atrios; entraré allí
 No importa quién se oponga.
 Postrado me quedaré ante Su rostro,
 Y allí mis pecados confesaré;
 Le diré que soy un infeliz arruinado,
 Sin Su gracia soberana.”**

Regresen a sus hogares: que cada uno de nosotros, el predicador, los diáconos, la gente, ustedes que pertenecen a la iglesia, y ustedes que son del mundo, cada uno de ustedes, regrese a casa, y antes de que alimenten sus cuerpos, derramen sus corazones delante de Dios, y que este clamor único ascienda de todos nuestros labios: “Dios, sé propicio a mí, pecador.”

Tengo que hacer una pausa. Ténganme paciencia.

Tengo que retenerlos unos instantes. Usemos esta oración como propia *ahora*. ¡Oh, que pudiera subir delante del Señor en este momento como la súplica sincera de cada corazón presente en esta asamblea! Voy a repetirla, no como un texto, sino como una oración, como mi propia oración; como su propia oración. ¿Podría cada uno de ustedes adoptarla personalmente para sí? Que cada uno, repito, que desee ofrecer la oración y pueda integrarse a ella, exprese a su conclusión, un audible “Amén.”

Oremos

“DIOS, SÉ PROPICIO A MÍ, PECADOR.” (*Y la gente dijo, efectivamente, con profunda solemnidad: “AMÉN”*).

P. S. El predicador espera que quien lea esto se sienta constreñido muy solemnemente a hacer lo mismo.

Nota del traductor:

Cipayo: soldado indio de los siglos XVIII y XIX al servicio de Francia, Portugal y Gran Bretaña.

Adventicio: extraño o que sobreviene, a diferencia de lo natural y propio.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #216—Volume 4
 CONFESSION AND ABSOLUTION

Una Exhortación a los Pecadores

NO. 219

**UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO,
14 DE SEPTIEMBRE, 1856,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Este a los pecadores recibe.”
Lucas 15:2.

Cuando estas palabras fueron expresadas, el grupo que se había reunido junto al Salvador era muy singular, pues el evangelista nos informa que: “Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle.” Los publicanos conformaban la categoría más ruin de la sociedad, y eran los opresores públicos, menospreciados y odiados por los judíos más insignificantes. Y precisamente ellos, conjuntamente con los más perversos caracteres, la escoria de las calles y el desperdicio de la sociedad de Jerusalén, rodeaban a este predicador poderoso, Jesucristo, para escuchar Sus palabras. Un poco alejados de la muchedumbre, se encontraban unos cuantos ciudadanos respetables, que en aquellos días eran llamados fariseos y escribas: hombres sumamente estimados como autoridades, y dirigentes, y maestros, en las sinagogas. Estos miraban con desprecio al Predicador, y le vigilaban con ojos envidiosos, para sorprenderle en falta. Si no podían encontrar ninguna falla en Él, fácilmente podrían encontrarla en Su congregación; Su relación con ellos escandalizaba su falso concepto de decencia, y cuando observaban que Él era afable con los individuos más depravados, que hablaba palabras amorosas a las personas más caídas de la humanidad, decían de Él lo que pretendía ser una deshonra, aunque más bien resultaba algo sumamente honroso: “Este hombre a los pecadores recibe.”

Yo creo que nuestro Salvador no podría haber deseado recibir una descripción más evidentemente verdadera o más enteramente consistente con Su sagrada misión. Es el retrato exacto de Su carácter; una mano maestra parece haberle pintado con vivos colores. Él es el hombre que “a los pecadores recibe.” Muchas verdades han sido expresadas en son de burla, y otras se han dicho con intención denigrante. Los hombres han comentado a veces, burlándose: “ahí va un santo;” pero resulta que es verdad. Han dicho: “ahí va uno de Sus escogidos, uno de Sus elegidos,” y lo han dicho como una calumnia. Pero la doctrina que calumnian, consuela a la persona que la recibió; fue su gloria y su honor. Ahora los escribas y los fariseos deseaban calumniar a Cristo; pero al hacerlo, fueron más allá de sus intenciones y le otorgaron un título de renombre. “Este a los pecadores recibe, y con ellos come.”

Esta noche voy a dividir mis observaciones en tres partes. Primero, *la doctrina de que Cristo recibe a los pecadores, que es una doctrina de la Sagrada Escritura*. En segundo lugar, *el ánimo que infunde al pecador*; y en tercer lugar, *la exhortación que naturalmente brota de ella, dirigida al pecador*.

I. Primero, entonces, LA DOCTRINA. La doctrina no es que Cristo recibe a todo el mundo, sino que Él “a los pecadores recibe.” En el lenguaje común, en esa expresión entendemos que están incluidos todos. Está de moda, hoy en día, que cada uno mienta en contra de su convicción, diciéndose pecador cuando en realidad está convencido que es una persona muy respetable, un hombre de bien, y no concibe que haya hecho nada indebido en su vida. Es una suerte de confesión ortodoxa la que hacen los hombres, cuando afirman que son pecadores; aunque podrían muy bien usar cualquier fórmula en vez de otra, o repetir palabras en una lengua extranjera; pues no sienten una contrición profunda y sincera. No tienen una verdadera convicción de ser pecadores. Estos escribas y fariseos, en efecto, afirmaban virtualmente que ellos no eran pecadores; ellos señalaban a los publicanos y a las rameras, y a los indignos, y decían: “estos son pecadores, nosotros no.” “Muy bien,” dijo Cristo, “Yo apruebo la distinción que ustedes han hecho. En su propia opinión, ustedes no son pecadores; bien, estarán exentos, por el momento, de ser llamados pecadores. Yo apruebo su distinción. Pero quiero informarles que Yo vine para salvar precisamente a esas personas que en su propia apreciación y en la de ustedes, son pecadores.”

Estoy convencido que la doctrina del texto es esta: que Cristo no recibe a los que poseen justicia propia, ni a los buenos, ni a los sinceros, ni a los que sueñan que no necesitan un Salvador; sino que recibe a los de espíritu quebrantado, a los de contrito corazón, a aquellos que están prestos a confesar que han quebrantado las leyes de Dios, y han merecido Su enojo. Cristo vino a salvar a estos últimos, y únicamente a estos; y yo reafirmo el tema del pasado domingo por la noche: que Cristo ha muerto por ellos, y por nadie más; que Él ha derramado Su sangre por quienes están dispuestos a confesar sus pecados, y que en verdad buscan misericordia a través de las venas abiertas de Su cuerpo herido, y que por nadie más propuso ofrecerse en la cruz.

Ahora, observemos, amados, que hay una distinción muy sabia de parte de Dios, que le agrade así elegir y llamar *a los pecadores* al arrepentimiento, y no a los demás. Por esta razón, nadie sino los pecadores vienen a Él. Nunca se ha visto el milagro de que alguien que posea justicia propia venga a Cristo buscando misericordia; nadie ha venido jamás a Cristo, excepto aquellos que necesitan un Salvador. Es lógico que cuando los hombres no se consideran necesitados de un Salvador, nunca se acerquen a Su trono; y ciertamente es lo suficientemente satisfactorio para todos los propósitos que Cristo diga que Él recibe a los pecadores, viendo que los pecadores son las únicas personas que vendrán a Él buscando misericordia, y por tanto sería inútil que Él dijera que recibe a cualquiera; pero sí recibe a aquellos que con certeza vendrán.

Y observen, además, que nadie excepto esos *pueden* venir; nadie puede venir a Cristo mientras no se reconozca verdaderamente pecador. El hombre con justicia propia no puede venir a Cristo; pues ¿qué está implícito cuando se viene a Cristo? Arrepentimiento, confianza en Su misericordia, y la negación de toda confianza en uno mismo. Ahora, un hombre con justicia propia no puede arrepentirse, y al mismo tiempo ser justo con justicia propia. Él concibe que no tiene pecado; ¿por qué, enton-

ces, habría de arrepentirse? Dile que venga a Cristo con humilde penitencia y exclamaría: “¡Ay!, tú insultas mi dignidad. ¿Por qué habría de acercarme a Dios? ¿En qué he pecado? Mi rodilla no se doblará para buscar perdón, puesto que no he ofendido; estos labios no buscarán perdón cuando no creo que he transgredido contra Dios; no voy a pedir misericordia.” El hombre con justicia propia no puede venir a Dios; pues su venida a Dios implica que cesa de tener justicia propia. El hombre con justicia propia tampoco puede poner su confianza en Cristo: ¿por qué habría de hacerlo? ¿Confiaré en un Cristo que no necesito? Si tengo justicia propia, no necesito, en mi propia opinión, un Cristo que me salve. ¿Cómo, entonces, podría venir con una confesión como esta—

“Nada traigo en mis manos”

cuando tengo mis manos llenas? ¿Cómo podría decir: “lávame,” cuando me considero limpio? ¿Cómo podría decir: “sáname,” cuando pienso que nunca estuve enfermo? ¿Cómo podría clamar: “dame libertad, dame libertad,” cuando estoy convencido que nunca he sido un siervo, y “jamás he sido esclavo de nadie”? Es únicamente el hombre que conoce su esclavitud en razón de su servidumbre al pecado, y el hombre que se reconoce enfermo y al borde de la muerte, en razón de su sentido de culpa: es únicamente el hombre que siente que no puede salvarse a sí mismo, el que puede confiar en el Salvador.

El hombre con justicia propia no puede tampoco renunciar a sí mismo, y asirse de Cristo, porque en la renunciación de sí mismo asumiría de inmediato el mismo carácter de aquellos que Cristo dice que recibirá. Se pondría entonces en el lugar del pecador, cuando arroje lejos su justicia propia. Vamos, señores, venir a Cristo implica quitarse las ropas inmundas de nuestra justicia propia, y ponernos el vestido de Cristo. ¿Cómo podría hacer eso, si a propósito me arropo con mi propio vestido? Y si para venir a Cristo, debo abandonar mi propio refugio y toda mi propia esperanza, ¿cómo podría hacerlo, si considero que mi esperanza es buena, y que mi refugio es seguro? ¿Cómo podría hacerlo, si supongo que ya estoy vestido adecuadamente para entrar a la cena de las bodas del Cordero?

No, amados, es el pecador, y únicamente el pecador, quien puede venir a Cristo; el hombre con justicia propia no puede hacerlo; está fuera de su alcance: y si pudiera, no lo haría. Su misma justicia propia pone grilletes a sus pies, de tal forma que no puede venir; paraliza su brazo, de tal forma que no puede aferrarse a Cristo; y ciega sus ojos, de tal forma que no puede ver al Salvador.

Además, hay otra razón: si estas personas que no son pecadoras, quisieran venir a Cristo, Cristo no recibiría de ellos la gloria. Cuando el médico abre sus puertas a los que están enfermos, y entrara yo gozando de perfecta salud, no ganaría ningún honor conmigo, porque no podría ejercer su capacidad en mí. El hombre benevolente podría distribuir toda su riqueza entre los pobres; pero si alguien que posee en abundancia se acercara a él, entonces no recibiría reconocimiento de esa persona por alimentar a los pobres, o por vestir a los desnudos. Si Jesucristo proclama que Él da Su gracia a todos los que la buscan, ciertamente es suficiente, viendo que nadie quiere ni puede venir por ella, excepto aquellos que son impulsados por sus necesidades perentorias. ¡Ay!, suficiente; es

suficiente para Su honor. Un gran pecador trae gran gloria a Cristo cuando es salvado. Si un hombre que no es pecador pudiera alcanzar el cielo, se glorificaría a sí mismo, pero no glorificaría a Cristo. Si el hombre sin mancha se sumerge en la fuente, no podría engrandecer su poder purificador, pues no tiene manchas que lavar. El que no tiene ninguna culpa, nunca podrá engrandecer la palabra “perdón.” Entonces es el pecador, y únicamente el pecador, el que puede glorificar a Cristo; y por eso “Este a los pecadores recibe,” pero no se dice que reciba a nadie más. “No ha venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.” Esta es la doctrina del texto.

Pero permítannos resaltar esa palabra: “Este a los pecadores *recibe*.” Ahora, mediante esto entendemos que Él recibe a los pecadores para dárles todos los beneficios que Él les ha comprado. Si hay una fuente, Él recibe a los pecadores para lavarlos en ella; si hay medicina para el alma, Él recibe a los pecadores para sanar sus enfermedades; si hay una casa para los enfermos, un hospital, un lazareto para los moribundos, Él los recibe en esos refugios de misericordia. Todo lo que Él tiene de amor, todo lo que Él tiene de misericordia, todo lo que Él tiene de expiación, todo lo que Él tiene de santificación, todo lo que Él tiene de justicia, lo comparte cuando recibe al pecador. Sí, es más, no contento con llevarlo a Su casa, lo recibe en Su corazón. Toma al pecador, negro e inmundo, y habiéndole lavado, “he aquí,” le dice, “tú eres mi amado; mi deseo es para ti.” Y para consumarlo todo, al fin Él recibe a los santos en el cielo. Santos, dije, pero quise decir aquellos que fueron pecadores, pues nadie puede ser santo verdaderamente, sino aquel que una vez fue pecador, y ha sido lavado en la sangre de Cristo, y blanqueado por medio del sacrificio del Cordero.

Observen, entonces, amados, que recibir a los pecadores quiere decir el todo de la salvación; y esta palabra en mi texto, “Cristo a los pecadores *recibe*,” engloba todo el pacto. Él los recibe a los gozos del paraíso, a la bienaventuranza de los beatificados, a los cánticos de los glorificados, a una eternidad de felicidad por siempre. “Este a los pecadores recibe;” y yo le doy especial énfasis a este punto: no recibe a nadie más. Él no salvará a nadie más, excepto a aquellos que se reconocen pecadores. Plena y gratuita salvación es predicada a todos los pecadores del universo; pero no tengo salvación que predicar para aquellos que no se reconozcan pecadores. A ellos debo predicarles la ley, diciéndoles que su justicia está conformada por harapos inmundos, que su bondad se desvanecerá como una telaraña, y serán hechos pedazos como el huevo del aveSTRUZ es desmenuzado por el casco del caballo. “Este a los pecadores recibe,” y no recibe a nadie más.

II. Ahora, entonces, EL ÁNIMO. Si este hombre recibe a los pecadores, a los pobres pecadores enfermos por el pecado, ¡cuán dulce palabra es esta para ti! Ciertamente, entonces, Él no te rechazará. Ven, permíteme animarte esta noche para que vengas a mi Señor, para que recibas Su grandiosa expiación, y para que seas vestido con toda Su justicia. Fíjense: me estoy dirigiendo a los pecadores reales, flagrantes, *bona fide (de buena fe dicen ser pecadores)*; y no a quienes dicen serlo por cortesía; no a quienes dicen que son pecadores para apaciguar, como suponen, a los

religiosos del día. Yo me dirijo a quienes sienten su condición perdida, arruinada, desesperada. Todos estos están ahora franca y gratuitamente invitados a venir a Jesucristo, y ser salvados por Él. Vengan, pobres pecadores, vengan.

Vengan, porque Él ha dicho que los recibirá; yo conozco sus miedos; todos los hemos sentido una vez, cuando estábamos viendo a Cristo. Yo sé que tú dices en tu corazón: Él me rechazará. Si yo presento mi oración, Él no me oirá; si clamo a Él, los cielos por ventura serán como bronce; he sido tan gran pecador, que nunca me llevará a Su casa para que more con Él." ¡Pobre pecador! No digas eso; Él ha publicado el decreto. Es suficiente entre hombres (si consideramos honestos a nuestros semejantes), obtener una promesa. ¡Pecador!, ¿no es esto suficiente entre tú y el Hijo de Dios? Él ha dicho: "Al que a mí viene, no le echo fuera." ¿No te atreverás a aventurarte con base en esa promesa? ¿No te adentrarás en el mar en una barca tan sólida como esta: Él lo ha dicho? Esa promesa ha sido una y otra vez el único consuelo de los santos; basados en esa promesa han vivido y apoyados en ella han muerto: Él lo ha dicho. ¡Qué! ¿Piensas acaso que Cristo te mentiría? ¿Te diría que te recibiría pero no piensa hacerlo? ¿Diría: "Mis animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas," pero te cerraría la puerta en tu cara? No, si Él ha dicho que no echará fuera a nadie que venga a Él, puedes estar seguro que no podría hacerlo, no te echaría fuera. Ven, entonces, prueba Su amor sobre esta base: Él lo ha dicho.

Ven, y no temas, pues debes recordar que si te sientes pecador, ese sentimiento es un don de Dios; por tanto, puedes venir con seguridad a Alguien que ya ha hecho tanto para atraerte. Un extraño llama a mi puerta, me pide limosna, y me dice de entrada muy claramente que nunca me ha visto antes, que no tiene argumentos para motivar mi generosidad, pero que se apoya enteramente en cualquier sentimiento benevolente que yo pudiese albergar en mi pecho. Pero si yo hubiera hecho cualquier cosa por él anteriormente, él podría decir, suponiendo que yo fuera rico: "señor, usted ha hecho tanto por mí, que pienso que no me abandonará al final; yo creo que no me dejará morir de hambre, después de tanto amor."

¡Pobre pecador!, si sientes tu necesidad de un Salvador, Cristo hizo que la sintieras; si tienes un deseo de seguir a Cristo, Cristo te dio ese deseo; si tienes algún anhelo de Dios, Dios te dio ese anhelo; si puedes suspirar por Cristo, Cristo te hizo suspirar; si puedes llorar por Cristo, Cristo te hizo llorar. Ay, si tú pudieras desearlo con el fuerte deseo de alguien que teme que jamás podrá encontrar, y sin embargo espera poder hacerlo, si no pudieras hacer otra cosa que esperar en Él, Él te ha dado esa esperanza. Y, ¡oh!, ¿acaso no vendrás a Él? Tú tienes algunas de las gracias del rey contigo; ven y argumenta lo que Él ha hecho, pues no hay petición que pueda fallar ante Dios, cuando argumentas esto. Dile que Sus pasadas misericordias te exhortan a probarle de nuevo en el futuro. Arrodíllate, pecador, arrodíllate; dile esto: "Señor, te doy gracias porque me reconozco pecador; Tú me has enseñado eso; te bendigo porque no cubro mi pecado, porque lo conozco, porque lo siento; siempre está delante de mí. Señor, ¿acaso me harías ver mi pecado y no me dejarías ver

a mi Salvador? ¡Cómo!, abrirías la herida y meterías la lanceta y sin embargo no me sanarías? ¡Cómo, Señor! Tú has dicho: 'Yo hago morir,' y ¿acaso al mismo tiempo no has dicho: 'Y Yo hago vivir'? Tú me has hecho morir, y ¿no me harás vivir?" Argumenta eso, pobre pecador, y confirmáras que es verdad que "Este a los pecadores recibe."

¿No es esto suficiente para ti? Entonces aquí tienes otra razón. Yo estoy seguro que "Este a los pecadores recibe," porque ha recibido a muchos, muchos más, antes de ti. Mira, allí está la puerta de la Misericordia; observa cuántos han ido a ella; casi puedes oír ahora los golpes a la puerta, como ecos del pasado. Puedes recordar cuántos viajeros cansados por el viaje han llamado allí para obtener el descanso, cuántas almas hambrientas han pedido pan allí. Anda, toca a la puerta de la Misericordia, y hazle al portero esta pregunta: "¿Hubo alguna vez alguien que solicitara entrar pero que haya sido rechazado?" Puedo garantizarte la respuesta: "no, ninguno."—

***"Ningún pecador fue enviado de regreso con las manos vacías,
Que haya venido buscando misericordia en el nombre de Jesús."***

Y, ¿serás tú el primero? ¿Crees acaso que Dios perderá Su buen nombre, rechazándote? La puerta de la Misericordia ha estado abierta noche y día, todo el tiempo desde que el hombre pecó; ¿crees que será cerrada en tu cara por primera vez? No, hombre, anda y prueba; y si descubres que así es, regresa y di: "tú no has leído la Biblia como debiste hacerlo;" o también puedes decir que has encontrado una promesa allí que no ha sido cumplida; pues Él dijo: "Al que a mí viene, no le echo fuera." No creo que haya habido alguien jamás en este mundo que pueda decir delante de Dios que buscó misericordia de Él sinceramente, pero que no la encontró. Es más, yo creo que tal ser nunca existirá, sino que cualquiera que venga a Cristo encontrará misericordia con suma certeza. ¿Qué mayor motivación necesitas? ¿Quieres una salvación para aquellos que no quieren venir para ser salvados? ¿Quieres que la sangre sea rociada sobre aquellos que no quieren venir a Cristo? Podrás quererlo así, entonces; pero yo no te lo puedo predicar. No lo encuentro en la Palabra de Dios, y por tanto no me atrevo a hacerlo.

Y, ahora, pecador, tengo otro argumento para exhortarte a creer que Cristo recibirá a todos los pecadores que vienen a Él. El argumento es que Él llama a los que lo son. Ahora si Cristo nos llama y nos ordena venir, podemos estar seguros que no nos rechazará cuando hayamos venido. Una vez, un ciego estaba sentado a la vera del camino, pidiendo limosna. Oyó, (pues no podía ver), oyó las pisadas de muchos pies que pasaban a su lado. Preguntó a qué se debía todo esto: ellos respondieron que Jesús de Nazaret pasaba por allí. A gran voz clamó: "¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!" El oído de la misericordia aparentemente estaba sordo, y el Salvador proseguía Su camino sin oír la oración. El pobre hombre se quedó quieto entonces, pero clamó con más fuerza, aunque no se movió. Sin embargo, cuando el Salvador le dijo: "Ven aquí," ¡ah!, entonces no se demoró un instante. Ellos le dijeron: "levántate, te llama;" y haciéndolos a un lado, se abrió paso en la multitud, y ofreció la oración, "Maestro, que recobre la vista." Bien, entonces, tú que te sientes perdido y arruinado, levántate y habla; Él te llama. Pecador convicto, Cristo dice: "Ven;" y para que estés seguro que Él te lo dice, citemos otra

vez las Escrituras: "No he venido a llamar a los justos, sino a pecadores al arrepentimiento." Tú eres llamado, hombre; entonces ven.

Si su majestad la reina pasara por aquí, difícilmente intentarías hablarle; pero si tu nombre fuera llamado, y además, por sus propios labios, ¿no irías a su carro? Y lo que ella tuviera que decirte, ¿no lo escucharías? Ahora el Rey del cielo dice: "Ven." Sí, los mismos labios que un día dirán: "Venid, benditos," dicen esta noche: "Vengan, pobres pecadores angustiados, vengan a mí, y Yo los salvaré." No hay un alma angustiada en este salón, si su angustia es obra del Espíritu Santo de Dios, que no encuentre salvación en las heridas de Cristo. Cree, entonces, pecador, cree en Jesús, que Él puede salvarte perpetuamente.

Y ahora, solamente un punto más para recomendarles este ánimo. Ciertamente, pobres almas, yo sé que cuando ustedes están bajo un sentido de pecado, es muy difícil creer. Decimos algunas veces, "únicamente cree;" pero creer es justo la cosa más difícil del mundo, cuando el peso del pecado permanece sobre sus hombros. Decimos: "pecador, únicamente confía en Cristo." Ah, ustedes no saben qué grande es ese 'únicamente.' Es una obra tan grande, que nadie puede hacerla sin la ayuda de Dios; pues la fe es el don de Dios, y Él la da únicamente a Sus hijos. Pero si hay algo que puede llamar al ejercicio de la fe, es esta última cosa que voy a mencionar.

Pecador, recuerda que Cristo quiere recibirte, pues vino desde el cielo para buscarte y encontrarte en medio de tus extravíos, y para salvarte y rescatarte de tus miserias; Él ha dado pruebas de Su sincero interés en tu bienestar, en que ha derramado la propia sangre de Su corazón, para redimir tu alma de la muerte y del infierno. Si Él hubiese querido la compañía de los santos, se habría podido quedar en el cielo, pues habían muchos allí. Abraham, e Isaac, y Jacob estaban con Él allí en la gloria; pero Él quería a los pecadores. Él sentía sed por los pecadores que perecen. Él quería convertirlos en trofeos de Su gracia. Él quería almas negras, para lavarlas hasta que quedaran blancas. Él quería almas muertas, para hacerlas vivir. Su benevolencia quería objetos en los que ejercitarse; y por tanto—

*"Descendiendo desde los refulgentes asientos de arriba,
Con gozosa prisa salió,
Y entró en la tumba en carne mortal,
Y habitó entre los muertos."*

¡Oh, pecador, mira allí y ve la cruz! ¡Observa a aquel hombre en ella!—

*"Mira: de Su cabeza, Sus manos, Sus pies,
El dolor y el amor se juntan y descienden.
¿Alguna vez se juntaron tal amor y tal dolor?
¿Alguna vez las espinas formaron corona tan rica?"*

¿Notas aquellos ojos? ¿Puedes ver la lánguida piedad por tu alma, flotando en ellos? ¿Te puedes fijar en aquel costado? Está abierto para que puedas esconder tus pecados allí. ¿Ves esas gotas de sangre púrpura? Cada gota es derramada por ti. ¿Escuchas aquel grito de muerte: "Eloi, Eloi, ¿llama Sabactani?" Ese grito, en toda su solemnidad de profundos tonos, es por ti. Sí, por ti, si eres un pecador; si hoy le dices a Dios: "Señor, yo sé que te he ofendido; ten misericordia de mí, por Jesús;" si ahora, enseñado por el Espíritu, eres conducido a aborrecerte en polvo y cenizas, porque has pecado, verdaderamente, delante de Dios: te digo ante

Sus ojos, como Su siervo, que serás salvado; pues Jesús no moriría por ti para dejarte perecer.

III. Ahora, el último punto es UNA EXHORTACIÓN. Si es cierto que Cristo vino únicamente para salvar a pecadores, mis amados lectores, trabajen, esfuércense, agonicen, para alcanzar en sus almas un sentido de su condición de pecadores. Una de las cosas más perturbadoras del mundo es sentirse pecador; pero esa no es una razón para que yo no les exhorte para que la busquen, pues aunque es perturbadora, es únicamente el malestar de la amarga medicina que conseguirá eficazmente la cura. No busquen alcanzar ideas elevadas de ustedes. Busquen confirmar una baja opinión propia; no traten de adornarse con ornamentos; que no sea su objetivo vestirse con oro y plata; no busquen hacerse buenos ustedes mismos; busquen desnudarse de ustedes mismos; busquen humillarse. No se eleven a las alturas, sino húndanse en las profundidades. No suban, sino bajen. Pidanle a Dios que les permita ver que ustedes no son absolutamente nada. Pidanle que los conduzca al punto de no tener nada que decir sino—

“Yo soy el primero de los pecadores”

y si Dios escucha tu oración, muy probablemente Satán te dirá que no puedes ser salvo porque eres un pecador.

Pero como dijo Martín Lutero: “Una vez, cuando yo estaba despedazado por el dolor y el pecado, Satán dijo: ‘Lutero, tú no puedes ser salvado, pues tú eres un pecador. ‘No,’ replicó Lutero, ‘voy a cortarte la cabeza con tu propia espada. Tú dices que soy un pecador; te agradezco que me lo digas. Tú eres un Satanás santo,’ (lo dice en tono de burla, sin duda) cuando afirmas que soy un pecador. Bien, Satanás, Cristo murió por los pecadores y por tanto Él murió por mí. ‘Ah,’ agregó, si tú puedes demostrarlo eso, Satanás, yo te daré las gracias por ello; y lejos de gemir, comenzaré a cantar, pues todo lo que necesitamos es saber y sentir que somos pecadores.”

Sintamos eso; sepamos eso, y podemos recibirla como una indudable revelación, que tenemos un derecho de venir a Cristo, y de creer en Él, y de recibirle como toda nuestra salvación, y todo nuestro deseo. Sin duda la Conciencia vendrá y les pondrá un alto; pero no traten de cerrarle la boca a la Conciencia, sino que más bien diganle que están muy agradecidos por todo lo que dice: ‘oh, tú has sido un tipo sin esperanza; pecaste cuando eras joven; has pecado inclusive hasta ahora. ¡Cuántos sermones han sido desperdiciados en ti! ¡Cuántos domingos has quebrantado! ¡Cuántas advertencias has despreciado! Oh, tú eres un pecador sin esperanza.’ Respóndanle a la Conciencia que le agradecen, pues entre más puedan probar que son pecadores, no por hechos exteriores, sino en lo íntimo de su corazón, más sabrán que son realmente culpables, y mayor razón tendrán para venir a Cristo diciendo: “Señor, yo creo que has muerto por los culpables; yo creo que Tu intención es salvar a los indignos. Yo me arrojo sobre Ti; ¡Señor, sálvame!” Eso no les va bien a muchos de ustedes, ¿no es cierto? No es el tipo de doctrina que halague mucho al hombre. No; ustedes quisieran ser gente buena, y ayudarle un poco a Cristo. A ustedes les gusta esa teoría que algunos ministros están siempre proclamando. “Dios ha hecho mucho por ti; tú haz el resto y entonces serás salvo.” Esa es una doctrina muy popular; tú haces una par-

te y Dios hará la otra parte. Pero esa no es la verdad de Dios, es sólo un delirante sueño. Dios dice: "Yo lo haré todo; ven y póstrate a mis pies; renuncia a tus obras; déjame tomar todo a Mi cargo; después, te haré vivir para mi gloria. Únicamente para que puedas ser santo, Yo deseo que confieses que eres impío; para que puedas ser santificado, debe confesar que todavía eres perverso."

Oh, hagan eso, lectores. Caigan delante del Señor; póstrense. No se queden de pie llenos de orgullo, sino póstrense delante del Señor en humildad; díganle que están arruinados sin Su gracia soberana; díganle que no tienen nada, que no son nada, que nunca serán algo sino nada, pero que ustedes saben que Cristo no necesita nada de ustedes, pues los aceptará tal como son. No busquen venir a Cristo con algo, además de su pecado; no busquen venir a Cristo con sus oraciones como una recomendación; no vengan a Él inclusive con profesiones de su fe; vengan a Él con su pecado, y Él les dará fe. Si se quedan lejos de Cristo, y piensan que tendrán fe aparte de Él, cometan un grave error. Es Cristo quien nos salva; debemos venir a Cristo para todo lo que necesitamos—

**"Tú, oh Cristo, eres todo lo que necesito;
Todo en todo en Ti lo encuentro:
Levantas al caído, ánimas al débil,
Sanas al enfermo, y guías al ciego."**

Jesús hará eso y más todavía; pero debes venir como ciego, debes venir como enfermo, debes venir como perdido, pues de lo contrario no puedes ni debes venir.

Ven, entonces, a Jesús, te lo suplico, independientemente de todo lo que hasta este momento te haya impedido venir. Tus dudas te mantendrán alejado, pero di: "apártate, Incredulidad; Cristo dice que Él murió por los pecadores: y yo sé que soy pecador."—

**"Mi fe vivirá por esa promesa,
Y en esa promesa morirá."**

Y hay algo que quiero decir, antes de llegar a una conclusión. No permanezcan alejado de Cristo, cuando se reconozcan pecadores, porque piensen que no entienden cada uno de los puntos de la teología. A menudo recibo a jóvenes convertidos, y me dicen: "yo no entiendo tal o cual doctrina." Bien, me da mucho gusto, en la medida que puedo, explicárselas. Pero alguna veces recibo, no a jóvenes convertidos, sino a jóvenes *convictos*, aquellos que están bajo convicción de pecado; y cuando estoy tratando de llevarlos a esto, es decir, que no son otra cosa que pecadores que pueden creer en Cristo, ellos comienzan con este intrincado punto, y se imaginan que no pueden ser salvos hasta no ser teólogos consumados. Ahora, si ustedes esperan entender toda la teología antes de poner su fe en Cristo, sólo puedo decirles que nunca lo lograrán; pues independientemente de cuánto tiempo vivan, habrá siempre algunas profundidades que no podrán explorar. Hay ciertos hechos incuestionables que deben comprender; pero siempre habrán dificultades que no serán capaces de ver. El santo más favorecido de la tierra no lo entiende todo; pero ustedes quieren entenderlo todo antes de venir a Cristo. Un hombre me pregunta cómo vino al mundo el pecado, y no vendrá a Cristo mientras no sepa eso. Bien, el estará perdido más allá de toda esperanza de recuperación, si espera hasta llegar a saberlo; pues nadie lo sabrá jamás. No

tengo razón para creer que sea ni siquiera revelado a quienes se encuentran en el cielo. Otro quiere saber cómo es que los hombres reciben la orden de venir (y sin embargo, se nos enseña en la Escritura que nadie puede venir), y él necesita que se le aclare eso; justo como si el pobre hombre que tenía su brazo seco, cuando Cristo le dijo: "Extiende tu brazo," hubiera respondido: "Señor, tengo un problema mental; quiero saber cómo me puedes decir que extienda mi brazo cuando está seco." Supongan que cuando Cristo le dijo a Lázaro: "¡Ven fuera!", Lázaro hubiera respondido: "tengo una dificultad mental; ¿cómo puede un muerto venir fuera?"

¡Vamos, debes saber esto, hombre vano! Cuando Cristo dice "Extiende tu brazo," Él te da el poder con el mandato, para que extiendas tu brazo, y la dificultad es resuelta en la práctica, aunque yo creo que nunca será resuelta en la teoría. Si los hombres quieren que la teología les sea presentada en un mapa, semejante a un mapa de Inglaterra; si quisieran tener cada pequeña aldea y cada seto del Evangelio del reino delineados en un mapa, no lo encontrarán en ninguna otra parte, excepto en la Biblia; y encontrarán todos los elementos tan bien delineados que los años de Matusalén no serían suficientes para descubrir cada pequeño detalle en ella. Debemos venir a Cristo y aprender, y no aprender y entonces venir a Cristo. "¡Ah!, pero," dirá alguien, "ese no es el sustento de mis dudas; yo no me quedo muy perplejo acerca puntos teológicos; tengo una ansiedad peor que esa: siento que soy demasiado malo para ser salvo." Bien, entonces yo creo que estás equivocado; esa es toda la respuesta que puedo darte; pues yo le creeré a Cristo antes de creerte a ti. Dices que eres demasiado malo para ser salvado; Cristo dice: "Al que a mí viene, no le echo fuera." Ahora, ¿quién estará en lo correcto? Cristo dice que Él recibirá al peor de todos y tú dices que no lo hará. ¿Qué pues? "Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso." Pero hay un tema de consuelo que desearía que reciban; yo deseo que Dios los conduzca a venir y probar al Señor Jesucristo, y vean si Él los echaría fuera. ¿Qué me importa ser a menudo reprochado por hacer mis exhortaciones al peor de los pecadores? Se dice que enfoco mi ministerio a los borrachos, a las rameras, a los blasfemos, y a los pecadores de la peor calaña. ¿Qué me importa que el dedo del escarnio sea apuntado hacia mí, o que sea considerado como un tonto ante la gente; ¿piensan que seré disuadido por su ironía? ¿Piensan que me quedaré avergonzado ante su hiriente ridiculización? Oh, no: como David, cuando danzó delante del arca del Señor, y Mical, la hija de Saúl, se burló de él y le menospreció como a un sinvergüenza, yo únicamente replicaré, que si esto es vil, me propongo ser más vil todavía.

Mientras vea las huellas de mi Señor delante de mí, y mientras vea todavía más señales llenas de gracia que confirmen mis labores; mientras vea que Su nombre es engrandecido, Su gloria es incrementada, y las almas que perecen son salvadas, (y gracias sean dadas a Dios por lo que hemos visto cada día), mientras este Evangelio me dé seguridad, mientras el Espíritu de Dios me mueva, y mientras las señales evidentes multipliquen los sellos de mi ministerio ¿quién soy yo para detenerme por causa del hombre, o resistir al Espíritu Santo por cualquier carne que tenga aliento? ¡Oh, entonces, tú que eres el peor de los pecadores, tú, el

más vil de los viles, tú que eres la hez de la ciudad, el desecho de la tierra, la basura de la creación, a quien nadie busca, tú que tienes el carácter destruido, y cuya alma está inmunda en lo más íntimo, tan negra que ningún lavador de la tierra puede blanquearla, tan envilecido que ningún moralista creería que eres recuperable! Ven tú, ven a Cristo. Ven siguiendo Su propia invitación. Ven, y serás recibido con toda seguridad con una cálida bienvenida. Mi Señor dijo que Él a los pecadores recibe. Sus enemigos lo afirmaron de Él: "Este a los pecadores recibe." De hecho y en verdad sabemos con certeza que Él ciertamente recibe a los pecadores, siendo testigos los propios enemigos.

Ven ahora, y dale el mayor crédito a Su palabra, a Su invitación, a Su promesa. ¿Acaso objetas que fue únicamente en los pocos días de gracia de Su residencia en la tierra que recibía a los pecadores? No, no es así; está confirmado por toda la experiencia subsiguiente. Los apóstoles de Jesús hicieron eco a ella después que Él hubo ascendido al cielo, en términos tan claros, como Él mismo la expresó cuando se encontraba todavía aquí. ¿Acaso no creerán esto: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero"? Ustedes, despreciadores, váyanse y ríanse de esto; váyanse, y burlense del Evangelio predicado, si quieren; pero un día nos encontraremos, cara a cara, ante nuestro Hacedor, y puede resultar muy duro para aquellos que han despreciado a Cristo, y se han reído de Sus palabras llenas de gracia.

¿Hay algún infiel aquí que diga que le irá lo suficientemente bien si muere la muerte de aniquilación, sin la existencia de un mundo futuro? Bien, amigo mío, supón que todos los hombres mueran como perros, y que yo estaré tan bien como lo estarás tú, aunque tal vez un poco mejor en cuanto a felicidad y paz en este mundo. Pero si, (y fíjate que no uso el condicional porque lo dude), si fuera cierto que hay un mundo venidero, no me gustaría estar en tu lugar en ese mundo venidero. Supongamos que hay un trono de juicio; que haya un infierno (lo digo hipotéticamente, no porque tenga alguna duda al respecto, sino porque tú me dices que lo dudas, aunque no creo que realmente lo hagas), si hubiese un lugar así, ¿qué harías entonces? Vamos, inclusive ahora tiemblas si se cae una hoja en la noche; estás horrorizado si el cólera merodea en las calles; estás alarmado si estás un poco enfermo, y corres al médico, y cualquiera puede engañarte con sus medicinas, porque le temes a la muerte. ¿Qué harás en los desbordamientos del Jordán, cuando la muerte se aferra a ti? Si un pequeño dolor te espanta ahora, ¿qué harás cuando tu cuerpo se sacuda, y tus rodillas se golpeen entre sí delante de tu Hacedor? ¿Qué harás, lector, cuando Sus ojos ardientes penetren al centro de tu alma? ¿Qué harás, cuando, en medio de diez mil truenos, Él diga: "Apartaos, apartaos"? No puedo decirte qué harás; pero te diré una cosa que no te atreverás a hacer; y es que no te atreverás a decir que yo no traté de predicarte el Evangelio tan sencillamente como siempre, al primero de los pecadores.

Óiganlo de nuevo: "El que creyere será salvo." Creer es confiar en Cristo; soltarse en esos benditos brazos que pueden sostener al pecador más pesado que jamás haya tenido aliento; dejarle hacer todo por ustedes,

hasta que les haya dado vida, y les haya permitido ocuparse en lo que Él previamente obró en ustedes, “su propia salvación,” e inclusive esto debe ser con “temor y temblor.” ¡El Dios todopoderoso conceda, que alguna pobre alma pueda ser bendecida hoy! Tú que estás en la costa, no espero hacerte ningún bien. Si tengo un dispositivo para lanzar cuerdas mar adentro, es solamente el barco encallado, o el marinero naufrago el que se regocijará al ver la cuerda. Ustedes que se consideran a salvo, no tienen necesidad de que les predique; ustedes son tan peligrosamente buenos en su propia opinión, que no tiene caso que intente hacerlos mejores; son todos tan terriblemente justos, que pueden seguir muy bien su camino, sin ninguna advertencia de mi parte. Deben disculparme, por tanto, si no tengo otra cosa que decir, excepto esta: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!” y permítanme dirigirme a otra clase de personas, a los más viles de los viles. No me importa si me gano el mote del predicador de los más despreciables y viles; no me avergonzaría de ser denigrado como Rowland Hill, como el predicador de las clases más despreciables; pues ellos necesitan el Evangelio tanto como cualquier otra criatura bajo el cielo; y si nadie se los predica, con la ayuda de Dios, me esforzaré por predicarles el Evangelio con palabras que puedan entender. Y si a la gente educada no le gusta la predicación de ese estilo, tienen la opción de no hacerle caso. Si quieren oír a predicadores de estirpe intelectual, por encima de la capacidad de pecadores comunes, que vayan y los oigan; yo debo contentarme con seguir a mi Señor, quien “se despojó a sí mismo,” para ir tras pecadores insólitos, de una manera insólita. Prefiero ir contra el decoro del púlpito, y atropellar la decencia del púlpito, que dejar de quebrantar corazones endurecidos. Considero que esa suerte de predicación es la correcta, que de una manera u otra, alcanza el corazón, y no me importa cómo lo haga. Yo confieso que si no puedo predicar de una manera, lo haría de otra; si nadie viene a oírmel cuando llevo un traje negro, tal vez sean atraídos si uso un traje rojo. De alguna manera u otra, les haría oír el Evangelio si pudiera; y me esforzaré por predicar de tal manera que el entendimiento más limitado sea capaz de entender este hecho: “Este a los pecadores recibe.” ¡Que Dios los bendiga a todos, por Cristo Señor nuestro!

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #219 – Volumen 4
AN APPEAL TO SINNERS

Sansón Vencido

NO. 224

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 21
DE NOVIEMBRE, 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

“Y le dijo: ¡Sansón, los filisteos sobre ti! Y luego que despertó él de su sueño, se dijo: Esta vez saldré como las otras y me escaparé. Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él. Mas los filisteos le echaron mano, y le sacaron los ojos, y le llevaron a Gaza; y le ataron con cadenas para que moliese en la cárcel.”
Jueces 16:20, 21.

En muchos sentidos Sansón es uno de los hombres más notables entre aquellos cuya historia quedó registrada en las páginas de la inspiración. Sansón gozó de un privilegio singular que sólo le fue concedido a otra persona más en el Antiguo Testamento. Un ángel predijo a sus padres su nacimiento. Isaac fue prometido a Abraham y Sara por unos ángeles a quienes habían ofrecido hospitalidad sin percatarse del hecho, pero con la excepción de Isaac, Sansón fue el único cuyo nacimiento fue profetizado por un mensajero angélico antes de la inauguración de la dispensación evangélica. Fue dedicado a Dios antes de su nacimiento, siendo apartado como un nazareo. Ahora bien, un nazareo era una persona consagrada enteramente a Dios, y en señal de su consagración, se abstendía completamente del vino y dejaba crecer su cabello sin que le pasaran navaja. Pueden entender, por tanto, que Sansón estaba enteramente consagrado a Dios, y quienes le veían dirían: “Aquel hombre es un varón de Dios, un nazareo, un consagrado.” Dios dotó a Sansón con una fuerza sobrenatural, una fuerza que no podía haber sido jamás el resultado de un mero poder muscular. No era la simple constitución física de Sansón la que le hacía fuerte; no hería a los filisteos con el brazo o con el puño; era un milagro que moraba en su interior, una continua emanación de la omnipotencia de Dios la que le hacía más fuerte que miles de sus enemigos. Parece que Sansón descubrió muy pronto la gran fuerza que poseía, pues “el Espíritu de Jehová comenzó a manifestarse en él en los campamentos de Dan.” Sansón juzgó a Israel treinta años, y lo liberó gloriosamente. ¡Cuán noble ser debe de haber sido! Mirenlo cuando se aparta un momento de sus padres para entrar en la viña. Un león que se halla agazapado allí salta sobre él, pero Sansón se le enfrenta completamente desarmado, lo recibe en sus musculosos brazos y lo despedaza como si se tratara de un cabrito. Véanlo tiempo después, cuando sus paisanos le ataron y le hicieron descender de la peña y le entregaron a los miles de filisteos. Apenas se está acercando a ellos cuando, sin ninguna arma, con su propio pie comienza a patearlos y hallando una quijada de asno fresca toma esa innoble arma, y barre con los hombres que

tenían cascós en sus cabezas y sobre sus piernas traían grebas de bronce. Y su vigor tampoco le falló años después, pues murió en la flor de sus días. Realizó una de sus mayores hazañas en esta etapa precisa de su vida. Sansón está encerrado en la ciudad de Gaza. Se queda allí hasta la medianoche; está tan confiado en su fuerza que no tiene ninguna prisa por partir, y en vez de atacar a los guardias y obligarlos a quitar los cerrojos, arranca los dos pilares y se lleva las puertas con todo y cerrojos, y transporta su pesada carga a lo largo de varias millas hasta la cumbre del monte que está delante de Hebrón. En todos los sentidos debe de haber sido algo grandioso ver a este hombre, especialmente si uno lo contaba como amigo. Si uno hubiera sido su enemigo, era mucho mejor verlo desde muy lejos, pues nadie podía escapar de él excepto quienes huían; pero tenerlo como amigo y estar con él en el día de la batalla era sentir que tenías un ejército en un solo hombre, y que tenías en un solo cuerpo lo que infundiría terror a miles de personas. Sin embargo, aunque Sansón tenía una gran potencia física, sólo tenía una pequeña fuerza mental y tenía todavía menos poder espiritual. Su vida entera es una escena de milagros y de locuras. Tenía muy poca gracia y era fácilmente vencido por la tentación. Es seducido y llevado al descarrío. Se le corrige con frecuencia pero aun así peca de nuevo. Por fin cae en las manos de Dalila. A ella la sobornan con una enorme suma y entonces se esfuerza por sacarle el secreto de su fuerza. Sansón juega insensatamente con el peligro y con su propia destrucción. Por fin, acosado por la importunidad de ella, le descubre el secreto que no debía haber confiado a nadie y que sólo a él le pertenecía. El secreto de su fuerza se ocultaba en sus guedejas. No era que su cabello le hiciera fuerte, pero su cabellera era el símbolo de su consagración y era la prenda del favor de Dios para con él. Mientras no tocaron su cabellera, Sansón fue un varón consagrado; tan pronto se la raparon, ya no estuvo más perfectamente consagrado y entonces su fuerza le abandonó. Le cortaron su cabellera. Le quitaron las guedejas que una vez le cubrieron y entonces se redujo a ser un débil jovenzuelo como otros hombres. Ahora los filisteos comienzan a oprimirle y le sacan los ojos con un hierro candente. ¡Cómo han caído los valientes! ¡Cómo son atrapados los grandes en la red! Se ve a Sansón, el gran héroe de Israel, arrastrando sus pies cuando se encamina a Gaza. Dije que marcha arrastrando los pies porque acaba de quedarse ciego—que era algo nuevo para él—por lo que todavía no había aprendido a caminar tan bien como aquellos que habiendo sido ciegos durante años, aprenden por fin a poner firmemente su pie sobre la tierra. Atados sus pies con cadenas de bronce—un modo inusual de atar a un prisionero, pero adoptado en este caso porque se suponía que Sansón seguía siendo muy fuerte y que cualquier otro tipo de cadenas sería insuficiente—se le ve caminando en medio de una pequeña escolta hacia Gaza. Y ahora llega a la propia ciudad de la cual había salido en todo su orgullo con las puertas y su cerrojo a cuestas; y los niñitos salen, y las clases bajas del pueblo le rodean y le señalan diciendo: “¡Sansón, el gran héroe, ha caído! ¡Divirtámonos con él!” ¡Qué espectáculo! El ardiente sol cae sobre su cabeza

desnuda que una vez estuvo protegida con aquellas exuberantes guedajas. Miren a la escolta que lo custodia: un simple puñado de hombres; cómo hubieran huido delante de él en sus días más brillantes; pero ahora hasta un niño podría vencerle. Lo llevan a un lugar donde un asno está moliendo en el molino y Sansón tiene que desempeñar esa misma inoble tarea. Vamos, él tiene que ser la diversión y la burla de todos los que pasan por ahí y de todo necio que entre para ver esa gran maravilla: el destructor de los filisteos reducido a trabajar en el molino. ¡Ah, qué caída tuvo lugar, hermanos míos! Bien podemos detenernos y llorar por el pobre ciego Sansón. Fue terrible que perdiera sus ojos; que perdiera su fuerza fue peor; pero que perdiera el favor de Dios por un tiempo y que se convirtiera en la diversión de los enemigos de Dios, fue lo peor de todo. Por esto podemos llorar en verdad.

Ahora, ¿por qué he narrado esta historia? ¿Por qué querría dirigir su atención a Sansón? Por esta razón. *Todo hijo de Dios es un hombre consagrado.* Su consagración no está tipificada por ningún símbolo externo; no se nos ordena que dejemos crecer por siempre nuestro cabello, ni que nos abstengamos de carnes o bebidas. El cristiano es un hombre consagrado, pero sus semejantes no ven su consagración excepto en las obras externas que son su resultado.

Y ahora quiero hablarles a ustedes, mis queridos amigos, como a hombres consagrados, como a nazareos, y creo que voy a encontrar una lección para ustedes en la historia de Sansón. Mi primer punto será *la fuerza de los consagrados*, pues ellos son varones fuertes; en segundo lugar, *el secreto de su fuerza*; en tercer lugar, *el peligro al que están expuestos*; y en cuarto lugar, *la ignominia que recaerá sobre ellos si caen en este peligro*.

I. Primero, LA FUERZA DEL VARÓN CONSAGRADO. ¿Saben ustedes que el hombre más fuerte en todo el mundo es un hombre consagrado? Aun si se pudiera consagrar a un objetivo equivocado, si fuera una completa consagración, tendría fuerza, fuerza para el mal, pudiera ser, pero aun así, fuerza. En las antiguas guerras romanas contra Pirro, ustedes recordarán una antigua historia de abnegada entrega. Un oráculo había dicho que la victoria acompañaría a aquel ejército cuyo líder se entregara a la muerte. Decio, el cónsul romano, sabiendo esto, se apresuró a entrar en lo más denso de la batalla para que su ejército pudiera vencer por su muerte. Los prodigios de valor que realizó son pruebas del poder de la consagración. En aquel tiempo cada romano parecía ser un héroe porque cada hombre era un hombre consagrado. Iban a la batalla con este pensamiento: "Voy a vencer o morir; el nombre de Roma está escrito en mi corazón; estoy preparado a vivir por mi país, o a derramar mi sangre por él." Y ningún enemigo podía hacerles frente jamás. Si un romano caía, no había heridas en su espalda porque todas estaban en su pecho. Su rostro, aun en la fría muerte, era como el rostro de un león, y cuando se le miraba era de un terrible aspecto. Eran hombres consagrados a su país; tenían la ambición de hacer que el nombre de Roma fuera la palabra más noble del lenguaje humano y por consiguiente el romano se volvía un gi-

gante. Y hasta este día basta que un hombre tenga un propósito en su interior—y no me importa cuál sea su propósito—y que su alma entera sea absorbida por él, y entonces, ¿qué no hará? Ustedes que tienen la visión que afirma: “todas las cosas por turnos y nada por mucho tiempo,” que no tienen nada por lo cual vivir, que son cadáveres sin alma que caminan en esta tierra y malgastan su aire, ¿qué pueden hacer? Pues nada. Pero el hombre que sabe a lo que está dedicado y que tiene su objetivo, se dirige velozmente a él “como una flecha arrojada desde un arco por un arquero vigoroso.” Nada puede apartarlo de su designio. Cuánto más cierto es esto si limito la descripción a lo que es peculiar del cristiano: ¡la consagración a Dios! ¡Oh, qué fuerza tiene el hombre que está dedicado a Dios! ¿Hay uno de esos varones aquí? Sé que lo hay. Yo sé que pudiera haber muchos que se han consagrado al Señor Dios de Israel en el secreto de su alcoba, y que pueden decir en sus corazones—

***“Ha sido concluida, la gran transacción ha sido concluida
Yo soy de mi Señor, y Él es mío.
Él me atrajo, y yo le seguí,
Alegre de obedecer a la voz divina.”***

Ahora, el hombre que puede decir eso y que está completamente consagrado a Dios, sea quien sea o lo que sea, es un hombre fuerte que habrá de hacer portentos.

¿Necesito hablarles de las maravillas que han realizado los hombres consagrados? Ustedes han leído las historias de tiempos antiguos, cuando a nuestra religión se le daba caza como a una perdiz en los montes. ¿Nunca oyeron cómo hombres y mujeres consagrados aguantaron dolores y agonías inauditos? ¿No han leído cómo los echaban a los leones, cómo fueron aserrados en mitades, cómo languidecieron en prisiones o se encontraron con una muerte más rápida a filo de espada? ¿No han oído cómo andaban de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno? ¿No han oído cómo desafiaron en su cara a los tiranos, cómo, cuando los amenazaban, se atrevían a reírse de todas las amenazas del enemigo con gran valentía; cómo, estando en la hoguera, aplaudían con sus manos en el fuego, y cantaban salmos de triunfo cuando hombres peores que demonios se mofaban de sus miserias? ¿Cómo fue eso? ¿Qué hizo que las mujeres fueran más fuertes que hombres y los hombres más fuertes que ángeles? Vamos, pues fue esto: ellos estaban consagrados a Dios. Ellos sentían que cada dolor que desgarraba su corazón estaba dándole la gloria a Dios, que todos los padecimientos que soportaban en sus cuerpos no eran sino las marcas del Señor Jesús, por las cuales patentizaban que estaban enteramente dedicados a Él. Y no sólo en esto se ha evidenciado el poder de los consagrados. ¿No han oído nunca cómo los santificados han realizado portentos? Lean las historias de quienes no estimaron preciosa su vida para ellos mismos con tal de honrar a su Señor y Maestro predicando Su Palabra, exponiendo el Evangelio en tierras extrañas. ¿No han oído cómo los hombres han abandonado su parentela y sus amigos y toda esa vida tan preciada, y han atravesado ma-

res tormentosos y se han adentrado en las tierras de los paganos donde los hombres se devoraban unos a otros? ¿No se han enterado de cómo pusieron sus pies en aquel país y vieron que el barco que los había transportado desaparecía en la distancia, y con todo, sin ningún miedo moraron en medio de salvajes incivilizados de los bosques, caminaron en medio de ellos, y les contaron la simple historia del Dios que amó al hombre y murió por él? Ustedes han de saber cómo esos hombres vencieron, cómo aquellos que parecían ser más fieros que leones se encorvaron delante de ellos, escucharon sus palabras, y fueron convertidos por la majestad del Evangelio que ellos predicaban. ¿Qué hizo que esos hombres fueran héroes? ¿Qué los capacitó para que se separaran de sus familias y de sus amigos, y se desterraran en tierras de pueblos extraños? Fue porque eran consagrados, completamente consagrados al Señor Jesucristo. ¿Qué hay en el mundo que el varón consagrado no pueda hacer? Tiéntalo; ofrécele oro y plata; llévalo a la cima del monte y muéstrale todos los reinos del mundo, y dile que los tendrá a todos si postrado adorare al dios de este mundo. ¿Qué dice el varón consagrado? “¡Quítate de delante de mí, Satanás! Tengo más que todo esto que tú me ofreces; este mundo es mío, y los mundos venideros; yo desprecio la tentación; no me voy a postrar delante de ti.” Si los hombres amenazan a un varón consagrado, ¿qué dice él? “Yo temo a Dios; por eso no puedo tenerles miedo; juzguen si es justo delante de Dios obedecerlos a ustedes antes que a Dios; pero, en cuanto a mí, yo no serviré a nadie más que a Dios.” Tal vez hayas visto en tu vida a un varón consagrado. ¿Se trata de una personalidad pública? ¿Qué es lo que no puede hacer él? Predica el Evangelio y mil enemigos lo asedian de inmediato; lo atacan por todos lados; algunos por esta razón y otros por aquella otra; sus virtudes reales son distorsionadas y son convertidas en vicios, y sus más ligeras faltas son magnificadas y son convertidas en los más grandes crímenes. Casi no tiene amigos; los propios ministros del evangelio le rehúyen; es considerado tan raro que todo el mundo debe evitarlo. ¿Qué hace él? En el interior de la cámara de su propio corazón sostiene una conversación con su Dios, y se hace esta pregunta: “¿hago bien? La conciencia da el veredicto: sí, y el Espíritu da testimonio a su espíritu de que la conciencia es imparcial. “Entonces”—dice—“venga lo bueno o venga lo malo, si estoy bien, no me voy a desviar ni a la derecha ni a la izquierda.” Tal vez sienta en secreto lo que no expresará en público. Siente el dolor de la deserción, de la deshonra y de la censura; clama—

***“Si sobre mi rostro, por causa de Tu amado nombre,
Recayeran la vergüenza y el reproche
Saludaré al reproche, y daré la bienvenida a la vergüenza
Si Tú me recuerdas.”***

En cuanto a su carácter público, nadie podría decir que le importan estas cosas, pues puede decir con Pablo: “De ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal de ganar a Cristo y de que acabe mi carrera con gozo.” ¿Qué no puede hacer un varón consagrado? Yo en verdad creo que si tuviera al mundo entero en su contra,

demostraría ser más que un antagonista para todos ellos. Diría: "Un montón, dos montones, con la quijada de un asno maté a mil hombres." No me importa cuán violento pueda ser su enemigo, ni cuán grande pudiera ser la ventaja que ese enemigo le sacara; aunque el león pudiera haberse agazapado para saltar, y pudiera estar saltando sobre él, lo desgarrará como si fuese un cabrito, pues es más que vencedor por medio de Aquel que le amó. Sólo es así quien está enteramente consagrado al Señor Jesucristo.

"Pero"—dice alguien—"¿podemos consagrarnos a Cristo? Yo pensé que eso era únicamente para los ministros." "Oh, no, hermanos míos; todos los hijos de Dios deben ser seres consagrados. ¿A qué te dedicas? ¿Estás involucrado en negocios? Si eres lo que profesas ser, tu negocio tiene que estar consagrado a Dios. Tal vez no tengas ninguna familia; tal vez estés involucrado en el comercio y estés ahorrando cada año alguna suma considerable. Déjame contarte el ejemplo de un hombre que está completamente consagrado a Dios. Vive en Bristol, (de nombre desconocido), un varón cuyos ingresos son sustanciales; ¿y qué hace con ellos? Trabaja en negocios continuamente para generar esos ingresos, pero de ellos, cada centavo, cada año, es gastado en la causa del Señor excepto lo que requiere para las cosas necesarias de la vida. Reduce sus necesidades al mínimo para disponer de más dinero para darlo. Él es un varón de Dios en su negocio. Yo no los exhorto a que hagan lo mismo. Pudieran encontrarse en una posición diferente; pero un hombre que tiene una familia y que está en los negocios debería ser capaz de decir: "Bien, yo gano tanto con mis negocios; tengo que proveer para mi familia pero no busco amasar riquezas. Voy a hacer dinero para Dios y voy a gastarlo en Su causa. Cuando me uní a la iglesia, dije—

***"Todo lo que soy, y todo lo que tengo,
Será Tuyo siempre;
Todo lo que mi deber me pida dar
Lo entregarán alegramente mis manos."***

Y lo dije con toda la intención. No entiendo a algunas personas cristianas que cantan ese himno, pero luego reducen, aprietan y recortan cualquier cosa cuando se trata de dar para la causa de Dios. Si canto eso es porque tengo la intención de decirlo. No lo cantaría a menos que así fuera. Si me uno a la iglesia, entiendo que me doy yo mismo y todo lo que tengo a esa iglesia; no quisiera hacer una profesión mentirosa; no quisiera hacer una confesión de una consagración que no tuviera la intención de hacer. Si he dicho: "yo soy de Cristo," por Su gracia seré de Cristo. Hermanos, los que están en los negocios pueden estar tan consagrados a Cristo como el ministro en su púlpito; ustedes pueden convertir sus transacciones ordinarias de la vida en un solemne servicio a Dios. Muchos hombres han deshonrado una sotana, pero muchos otros han consagrado una bata de obrero; muchos hombres han manchado los cojines de su púlpito, pero muchos otros han convertido la horma de zapatero en santidad al Señor. Dichoso el varón que es consagrado al Señor; dondequiera que esté, es un consagrado y hará maravillas.

Se ha señalado a menudo que todos somos hombrecitos en esta época. Hace cien años o más, si hubiéramos recorrido las iglesias, habríamos encontrado fácilmente un número de ministros de gran nota. Pero ahora todos somos hombrecitos, los babeantes hijos de unos “don nadie”; nuestros nombres no serán recordados nunca pues no hacemos nada para merecerlo. Es raro encontrar a un hombre vivo en esta tierra; se puede encontrar a muchos que se autodesignan hombres, pero ellos son cáscaras de hombres; se han quedado sin vida; el precioso núcleo pareciera haber partido. La pequeñez de los cristianos de esta época resulta de la pequeñez de su consagración a Cristo. La época de John Owen fue la era de grandes predicadores, pero déjenme decirles que esos fueron los días de una gran consagración. Esos grandes predicadores cuyos nombres recordamos, no consideraban nada como propio; les fueron suprimidas sus prebendas porque no pudieron conformarse a la Iglesia Establecida, y renunciaron voluntariamente a todo lo que tenían por el Señor. Les daban caza de un lugar a otro; la deshonrosa acta de las cinco millas no les permitía acercarse dentro un radio de cinco millas a cualquier ciudad que tuviera un mercado; deambulaban por aquí y por allá para predicar el Evangelio a unas pobres ovejas escasas, estando entregados plenamente a su Señor. Aquellos eran tiempos malos pero ellos prometieron que andarían el camino en las buenas o en las malas, y en efecto lo anduvieron con las rodillas hundidas en el lodo, y lo habrían recorrido aun si hubieran tenido que hacerlo con las rodillas hundidas en sangre. Se convirtieron en grandes hombres; y si nosotros fuéramos, como ellos lo fueron, enteramente entregados a Dios, si pudiéramos decir de nosotros mismos: “Desde la coronilla de mi cabeza hasta la planta de mi pie, no hay ni una sola gota de sangre que no sea enteramente de Dios; todo mi tiempo, todos mis talentos, todo lo que tengo es de Dios,” si pudiéramos decir eso, seríamos fuertes como Sansón, pues el *consagrado tiene que ser fuerte*.

II. Ahora, en segundo lugar, veremos EL SECRETO DE SU FUERZA. ¿Qué hace fuerte al varón consagrado? ¡Ah, amados!, no hay fuerza en el hombre por sí mismo. Sansón sin Dios no era sino un pobre necio. El secreto de la fuerza de Sansón consistía en esto: que en tanto que estuviera consagrado sería fuerte; en tanto que estuviera entregado enteramente a su Dios y no tuviera ningún objetivo sino el de servir a Dios, (y eso debía ser indicado por el crecimiento de su cabellera), en tanto que así fuera, y nada más, Dios estaría con él para ayudarle. Y ahora ustedes ven, queridos amigos, que si tienen alguna fuerza para servir a Dios, el secreto de su fuerza se esconde en el mismo lugar. ¿Qué fuerza tienes tú, salvo en Dios? ¡Ah!, he oído que algunos hombres hablan como si la fuerza del libre albedrío de la naturaleza humana fuera suficiente para llevar a los hombres al cielo. El libre albedrío ha llevado a muchas almas al infierno, pero nunca ha llevado todavía a un alma al cielo. Ninguna fuerza de la naturaleza puede bastar para servir al Señor debidamente. Nadie puede decir que Jesús es el Cristo sino por el Espíritu Santo. Nadie puede venir a Cristo si el Padre, que envió a Cristo, no le trajere. Entonces, si el pri-

mer acto de la vida cristiana está más allá de toda fuerza humana, ¿cuánto más están más allá de cualquiera de nosotros esos pasos más elevados? ¿No expresamos una cierta verdad cuando decimos en las palabras de la Escritura, “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios”? Yo pienso que cualquiera que realmente tenga un alma vivificada, tarde o temprano será conducido a sentir esto. ¡Sí!, yo cuestiono si un hombre puede ser convertido un día sin que descubra su propia debilidad. Es sólo un pequeño espacio antes de que el niño descubra que puede estar solo de pie en tanto que Dios su Padre lo tome por sus brazos y le enseñe a caminar, pero que si la mano de su Padre le es retirada no tiene ningún poder para estar de pie, sino que se cae de inmediato. Vean a Sansón sin su Dios saliendo contra mil hombres. ¿No se reirían de él? Y casi sin tiempo para expresar su terror, huiría, o sería despedazado. Imaginenlo sin su Dios, encerrado en Gaza, con las puertas cerradas firmemente. Él sale a las calles para escapar; ¿pero cómo puede encontrar una ruta de escape? Es apresado en una red como un toro salvaje; él puede dar vueltas una y otra vez alrededor de los muros, ¿pero dónde estará su liberación? Sin su Dios sólo es como otros hombres. El secreto de su fuerza radica en su consagración y en la fuerza que es su resultado. Recuerden, entonces, el secreto de su fuerza. Nunca piensen tener un poder que sea propio; confien enteramente en el Dios de Israel y recuerden que el canal a través del cual tiene que venir esa fuerza ha de ser su entera consagración a Dios.

III. En tercer lugar, ¿cuál es EL PELIGRO PECULIAR DE UN HOMBRE CONSAGRADO? Su peligro es que sus guedejas sean cortadas, es decir, que su consagración sea quebrantada. En tanto que está consagrado él es fuerte; rompan eso, y se vuelve débil como el agua. Ahora, hay mil navajas con las cuales el diablo puede rapar las guedejas de un varón consagrado sin que se dé cuenta. Sansón está profundamente dormido; el barbero es tan astuto que lo arrulla para que se duerma al tiempo que sus dedos recorren la cabeza, la coronilla del necio, que está poniendo al desnudo. El demonio es aun mucho más astuto que el hábil barbero; él puede rapar las guedejas del creyente casi sin que se dé cuenta. ¿Quieren que les diga con qué navajas puede consumar esa obra? Algunas veces toma la filosa navaja del orgullo, y cuando el cristiano se queda dormido y se descuida, viene con ella y comienza a pasar sus dedos sobre las guedejas del cristiano, y le dice: ¡Cuán excelente eres tú como persona! ¡Qué portentos has realizado! ¿Acaso no destrozaste hábilmente al león? ¿Acaso no fue una gran hazaña que hirieras cadera y muslo a los filisteos? ¡Ah!, se hablará de ti mientras el tiempo dure por llevarte a cuestas las puertas de Gaza. No tienes que temer a nadie.” Y así la navaja prosigue su obra y caen una guedeja tras otra, pero Sansón no se da cuenta. Él sólo piensa en su interior, “¡Cuán valiente soy! ¡Cuán grande soy!” Así funciona la navaja del orgullo: raja, y raja y raja, y él se despierta para descubrirse calvo y que toda su fuerza ha desaparecido. ¿No han pasado nunca esa navaja por tu cabeza? Yo confieso que la pasan

sobre mi cabeza. Después que han sido capaces de soportar aflicciones, ¿no han oído nunca una voz que les dice: “¡Cuán paciente fuiste!”” Después que han rechazado alguna tentación, y han sido capaces de mantenerse en el curso inamovible de la integridad, ¿no les ha dicho Satanás: “Eso que hiciste es algo excelente; actuaste con valentía”? Y en todo ese tiempo no te daban cuenta de que era la astuta mano del maligno la que estaba rapando tus guedejas con la filosa navaja del orgullo. Observen pues que el orgullo vulnera nuestra consagración. Tan pronto comienzo a volverme orgulloso por lo que hago o por lo que soy, he de preguntarme: ¿de qué estoy orgulloso? Vamos, hay en ese orgullo el acto de quitarle a Dios Su gloria. Yo prometí que Dios debía recibir toda la gloria, ¿y no es esa una parte de mi consagración? Y yo la estoy tomando para mí. He vulnerado mi consagración; mis guedejas han desaparecido y yo me vuelvo débil. Observa esto, cristiano: Dios no te dará nunca fuerzas para que te glorifiques a ti mismo. Dios te dará una corona, pero no para que la pongas sobre tu cabeza. Tan pronto como un cristiano comienza a escribir sobre su propio escudo de armas sus hazañas y sus triunfos y toma la gloria para sí, Dios le abatirá hasta el polvo.

Otra navaja que usa también es la *autosuficiencia*. “Ah,” dice el diablo al tiempo que raya tus guedejas, “Has hecho muchísimo. Ves que te ataron con mimbres verdes y tú los hiciste pedazos: simplemente olieron el fuego y se rompieron. Entonces tomaron cuerdas nuevas para atarte; jah!, aun a ellas las venciste, pues tú hiciste pedazos las cuerdas como si se trataran de un hilo. Luego tejieron las siete guedejas de tu cabeza, pero tú arrancaste la estaca del telar con la tela y te alejaste. Tú puedes hacer cualquier cosa, no tengas miedo; tú tienes la suficiente fuerza para hacer cualquier cosa; puedes realizar cualquier hazaña que te propongas.” Cuán delicadamente el diablo hará todo eso; cómo frota la cabeza mientras la navaja se desliza suavemente sobre su superficie y las guedejas caen al suelo y él las pisa en el polvo. “Tú has realizado todo esto, y puedes hacer cualquier otra cosa.” Cada gota de gracia destila del cielo. Oh hermanos míos, ¿qué tenemos que no hayamos recibido? No debemos imaginar que nosotros podemos crear una fuerza con la cual ceñirnos. “Todas mis fuentes están en *ti*.” En el momento en que comenzamos a pensar que es nuestro propio brazo el que nos ha alcanzado la victoria, todo habrá concluido para nosotros: nuestras guedejas de la fuerza serán rapadas y la gloria se apartará de nosotros. Veán, entonces, que tanto la autosuficiencia como el orgullo pueden ser la navaja con la que el enemigo raya nuestra fuerza.

Hay todavía otro peligro aun más palpable. Cuando un hombre consagrado comienza a *cambiar su propósito en la vida y a vivir para sí*, esa navaja raya su cabeza completamente. He ahí un ministro; cuando comenzó su ministerio podía decir: “Dios es mi testigo de que sólo me he puesto un objetivo: estar limpio de la sangre de cualquiera de mis oyentes y que pueda predicar el Evangelio fielmente y honrar a mi Señor.” En breve, tentado por Satanás, cambia su tono y habla de esta manera: “Debo conservar mi congregación. Si predico una doctrina dura, no ven-

drán. ¿No me criticó uno de los periódicos, y no se fueron algunos de mis congregantes debido a eso? Debo preocuparme respecto a qué persigo. Debo mantener esto en marcha. Debo tener mucho más cuidado y pulir más mi lenguaje. Tengo que adoptar un estilo más suave, o predicar una doctrina de nuevo diseño pues tengo que mantener mi popularidad. ¿Qué será de mí si me voy a pique? La gente dirá: ‘subió como un cohete y bajó como una vara’, y entonces todos mis enemigos se reirán.” Ah, cuando un hombre se comienza a preocupar con respecto al mundo hasta por un chasquido de los dedos, todo ha terminado para él. Si puede subir a su púlpito y decir: “He recibido un mensaje que tengo que entregar, y ya sea que lo oigan o que no lo oigan, voy a entregarlo tal como Dios lo pone en mi boca; no voy a cambiar el punto de una ‘í’ o la tilde de una ‘t’ ni siquiera por el hombre más grande que viva, o para atraer a la congregación más numerosa que se hubiera sentado jamás a los pies de un ministro,” ese hombre es poderoso. No permite que los juicios humanos lo muevan y él va a mover al mundo. Pero dejen que se desvíe y que piense acerca de su congregación y cómo será conservada: ¡ah, Sansón, cómo son rapadas tus gudejas! ¿Qué puedes hacer ahora? Esa falsa Dalila te ha destruido; te sacaron los ojos y suprimieron tu comodidad, y tu futuro ministerio será como la molienda de un asno alrededor del molino que gira continuamente; no tendrás ni reposo ni paz nunca jamás. O dejen que se desvíe de otra manera. Supongan que dijera: “Tengo que obtener una prebenda, o riqueza, tengo que cuidarme muy bien, tengo que enriquecerme aprovechando mi posición, ese tiene que ser el objetivo de mi vida.” No estoy hablando ahora meramente del ministerio, sino de todos los consagrados; y tan pronto como comenzamos a hacer del *yo* el objetivo primordial de nuestra existencia, nuestras gudejas son recortadas. “Ahora”—dice el Señor—“Yo le di fuerza a ese hombre, pero no para que la use para sí mismo. Luego lo puse en una alta posición, pero no para que se cubra de gloria; lo puse allí para que mire por mi causa, por mis intereses; y si no hace primero eso, caerá.” Ustedes recuerdan a la reina Ester: ella es exaltada y pasa de ser una humilde doncella a convertirse en la esposa del gran monarca Asuero. Bien, Amán consigue un decreto en contra de la nación de ella que establece que será destruida. El pobre Mordecai viene a Ester y le dice: “Tienes que ir a hablar con el rey.” “Bien”—responde ella—“pero si voy, moriré.” “Ah”—dice él—“si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?” Ester no fue elegida como la reina Ester para que ella se hiciera gloriosa, sino para que ocupara una posición para salvar a los judíos; y si ahora se prefiriera a su país entonces todo habría acabado para ella; la suerte de Vasti sería como nada comparada con su destrucción.

Y así, si tú vives en este mundo y Dios te prospera, alcanzas tal vez una posición, y dices: “heme aquí; voy a cuidar de mí mismo; antes he estado sirviendo a la iglesia pero ahora voy a cuidarme un poco.” “Vamos, vamos,” dice la naturaleza humana; “tienes que cuidar a tu fami-

lia," (que quiere decir: tienes que cuidarte a ti mismo). Muy bien, hazlo, amigo, como tu principal objetivo, y entonces eres un hombre arruinado. "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." Si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz. Aunque pareciera que habías suprimido la mitad de la luz por tener ese ojo bueno, con todo, tu cuerpo estará lleno de luz. Pero si comienzas a tener dos señores y a servir a dos objetivos, no servirás a ninguno; no prosperarás en este mundo, ni en el mundo venidero. Oh, cristiano, por sobre todas las cosas cuida tu consagración. Has de sentir siempre que estás enteramente entregado a Dios, y únicamente a Dios.

IV. Y ahora, por último, está LA IGNOMINIA DEL CRISTIANO. Le rapan sus guedejas. Yo le he visto, a pesar de ser joven, y tú con tus cabellos grises sobre tu frente le has visto con mayor frecuencia que yo. Le he visto en el ministerio. Hablaba como un ángel de Dios; había muchos que le tenían en alta consideración y se colgaban de sus labios; parecía ser ortodoxo en doctrina y sincero en su conducta. Le he visto desviarse; sólo fue algo insignificante, alguna ligera desviación de la antigua ortodoxia de sus padres, alguna leve violación de la ley de su iglesia. He visto que ha ido renunciando a una doctrina tras otra, hasta que al fin el propio lugar en el que predicaba se convirtió en un refrán y un proverbio; y el padre de cabellos grises señala al hombre a su hijo como a alguien al que hay que ver con sospecha, el cual, si dicta una conferencia, ha de ser oído con cautela, y si predica, no ha de ser escuchado en absoluto. ¿No le han visto? ¡Qué gran deshonra! ¡Qué caída! El hombre que llegó a los campos de Dan y que parecía ser movido por el Espíritu del Señor se ha convertido en un esclavo del error. Se ha introducido en los propios campos del enemigo, y allí está ahora, moliendo en el molino para los filisteos a quienes más bien debería estar golpeando con su brazo. Ahora, hay dos maneras de explicar esto. Ese hombre o es un hipócrita empedernido o un creyente caído. Algunas veces la gente dice de los que se desvían al pecado: "Miren ahora; vean, hay un cristiano caído, un hijo de Dios caído." Es algo así como cuando el vulgo ve en la noche una luz brillante en el cielo y dice: "Ah, hay una estrella caída." No era una estrella; las estrellas están muy bien. Tomen un telescopio; todas ellas están ahí. La Osa Mayor no ha perdido ni una sola estrella de su cola; y si miran, ahí está el cinturón de Orión muy seguro y la daga no se ha caído de allí. ¿Qué es, entonces? No sabemos exactamente lo que es. Tal vez pudieran ser unos cuantos gases que suben por un momento y que han estallado, y eso es todo, o alguna sustancia errante que ha caído y ya era tiempo de que eso sucediera. Pero todas las estrellas están bien. Entonces, pueden tener la seguridad de que los hijos de Dios están siempre seguros. Ahora, esos hombres que se han desviado y que han quebrantado su voto de consagración son señalados como una ignominia para ellos mismos y como una deshonra para la iglesia. Y quienes son miembros de la iglesia de Cristo han visto a hombres que han estado en sus filas como firmes soldados de la cruz, y los han visto "salir de nosotros, porque no eran de nosotros," o como al pobre Sansón, los han visto ir a sus tumbas sin los

ojos del consuelo que les fueron sacados, con los pies de su utilidad atados con cadenas de bronce y sin la fuerza de sus brazos que desapareció por completo. Ahora, ¿alguno de ustedes desea ser un renegado? ¿Deseas traicionar la santa profesión de tu religión? Hermanos míos, ¿hay alguien entre ustedes que en este día haga una profesión de amor a Cristo pero que desee ser un apóstata? ¿Hay alguien de ustedes que desee que le saquen los ojos como a Sansón y que sea obligado a moler en el molino? ¿Quisieras cometer un gran pecado, como David, e ir con los huesos rotos a la tumba? ¿Quisieras emborracharte, como Lot, y caer en la lascivia? No, yo sé lo que dices: "Señor, haz que mi senda sea como el vuelo del águila; haz que vuele al sol a lo alto, y que nunca me detenga ni me desvíe. Oh, dame gracia para servirte, como Caleb, con un corazón perfecto, y que desde el principio hasta el fin de mis días, mi senda sea como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto." Sí, yo sé cuál es tu deseo. Entonces, ¿cómo has de lograrlo? Considera muy bien tu consagración; ve que sea sincera; cuida de hacerla de corazón, y entonces mira al Espíritu Santo, después de que hayas mirado a tu consagración, y pídele que te dé tu gracia de cada día; pues así como el maná caía día a día, así debes recibir tu alimento diario de lo alto. Y, recuerda que no es por ninguna gracia que tengas en ti, sino por la gracia que es en Cristo y que te tiene que ser dada cada hora que has de ser sostenido, y habiendo hecho todo, ser coronado al fin como alguien fiel que ha perseverado hasta el fin. Yo les pido sus oraciones para que sea guardado fiel a mi Señor; y por otro lado, yo ofreceré mis fervientes oraciones para que ustedes le puedan servir mientras Él les preste aliento, para que cuando la voz suya se pierda en la muerte, le alaben con más dulces y más sonoros acordes melodiosos a lo largo de una inmortalidad sin fin.

Y en cuanto a ustedes que no se han entregado a Dios y que no están consagrados a Él, sólo puedo hablarles como a filisteos y advertirles que llegará el día cuando Israel será vengado de los filisteos. Un día pudieran estar reunidos en el piso alto de sus placeres, gozando de salud y fuerza; pero hay un Sansón llamado: Muerte, que derribará las columnas de su tabernáculo, y tendrán que caer y ser destruidos, y grande será su ruina. Que Dios les dé gracia para que puedan consagrarse a Cristo, de manera que viviendo o muriendo, se regocijen en Él y compartan con Él la gloria de Su Padre.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #224—Volume 4
SAMSON CONQUERED

Fuérzalos a Entrar

NO. 227

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 5 DE DICIEMBRE DE 1858,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS,
POR CHARLES HADDON SPURGEON.**

“Fuérzalos a entrar.”
Lucas 14:23

Tengo tanta prisa de ir y obedecer hoy mismo esta orden de forzar a entrar a los que se detienen ahora en los caminos y en los vallados, que no me puedo quedar en la introducción sino que debo dar inicio a mi presentación de inmediato.

Oigan pues, oh ustedes que desconocen por completo la verdad que es en Jesús, oigan pues el mensaje que tengo que entregarles. Ustedes han caído, caído en su padre Adán; también han caído por ustedes mismos, por el pecado que cometen diariamente y por su constante iniquidad. Han provocado la ira del Altísimo. Y tan ciertamente como han pecado, así de seguro los deberá castigar Dios si perseveran en sus iniquidades, pues el Señor es un Dios de justicia, y de ninguna manera pasará por alto al culpable.

¿Acaso no lo han oído ustedes?, ¿no se les ha dicho desde hace mucho tiempo al oído que, Dios, en su infinita misericordia, ha establecido una forma por la que, sin ninguna violación en contra de su honor, puede tener misericordia de ustedes, los culpables e indignos? A ustedes les hablo. Y mi voz se dirige a ustedes, oh hijos de los hombres. Jesucristo, Dios verdadero de Dios verdadero, descendió del cielo, y fue hecho a semejanza de carne de pecado. Engendrado por el Espíritu Santo, Él nació de la Virgen María. Vivió en este mundo una vida de santidad ejemplar y del más profundo sufrimiento, hasta que se entregó para morir por nuestros pecados, “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.”

Y ahora el plan de salvación es declarado con sencillez a ustedes: “Todo aquel que cree en el Señor Jesucristo será salvo.” Para ustedes que han violado todos los preceptos de Dios, y han despreciado su misericordia y desafiado su venganza, hay todavía para ustedes una misericordia proclamada: “todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Porque es “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero;” “Y al que a Él viene, jamás lo echará fuera. Porque Él puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”

Ahora todo lo que les pide Dios, y esto Él se los da a ustedes, es que tan sólo miren a Su Hijo sangrante y moribundo, y confien sus almas en las manos de Él cuyo nombre es lo único que puede salvarlos de la muerte y del infierno. ¿No es de asombrar que la proclamación de este evangelio, no reciba la aceptación unánime de los hombres? Uno pensaría que tan pronto como fuera predicado: “para que todo aquel que en él cree, no se pierda,” cada uno de ustedes, “arrojando sus pecados e ini-

quidades," se aferrarían a Jesucristo, y mirarían solamente a Su Cruz. Pero ¡ay! tal es la desesperada maldad de nuestra naturaleza, tal la perniciosa depravación de nuestro carácter, que este mensaje es despreciado, la invitación al banquete del Evangelio es rechazada, y hay muchas personas que en este día son enemigos de Dios por sus obras perversas. Ustedes son enemigos del Dios que les predica a Cristo hoy, enemigos de Él que envió a su Hijo para dar su vida como rescate para muchos. Digo que es extraño que sea así, y sin embargo es un hecho, y por ello la necesidad del mandato del texto: "Fuérzalos a entrar."

Hijos de Dios, para ustedes que han creído, tengo poco o nada que decirles esta mañana; y voy directo a cumplir mi propósito: busco a aquellos que no quieren venir, a los que están por los caminos y por los callejones. Y si Dios va conmigo, es mi deber cumplir ahora con esta orden: "Fuérzalos a entrar."

Primero, debo encontrarlos. Después, me debo de poner a trabajar para forzarlos a entrar.

I. Primero, debo ENCONTRARLOS A USTEDES. Si leen los versículos que preceden al texto, encontrarán una ampliación de este mandato: "Vé pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos." Y luego, más adelante, "Vé por los caminos" y trae a los vagabundos y bandidos; "y por los vallados" y trae a aquellos que no tienen donde descansar su cabeza, y están acostados junto a los vallados descansando, tráelos también, y "fuérzalos a entrar." Sí, los estoy viendo esta mañana, a ustedes los pobres. Mi misión es forzarlos a entrar. Ustedes no tienen recursos, pero esto no es una barrera para el reino de los Cielos, pues Dios no ha excluido de Su gracia al hombre que tiene frío y está cubierto de harapos y necesitado de pan. De hecho, si hubiera alguna distinción, estaría del lado de ustedes, y sería en su beneficio, "a vosotros es enviada la palabra de esta salvación." "Y a los pobres es anunciado el evangelio."

Pero especialmente debo hablarles a quienes son pobres *espiritualmente*. Ustedes no tienen fe, no tienen virtud, no tienen buenas obras, no tienen gracia, y lo que es peor aún, no tienen ninguna esperanza. Ah, mi Señor les ha enviado una invitación inmerecida. Vengan y sean bienvenidos a la fiesta de matrimonio de Su amor. "El que quiera, tome del agua de vida gratuitamente." Vengan, debo acercarme a ustedes, aunque estén manchados con la peor suciedad, y aunque no tengan nada sino harapos sobre sus espaldas. Aunque sus obras justas son como trapo de inmundicia, aún así me debo acercar a ustedes para invitarlos, primero, y si es necesario, forzarlos a entrar.

Y ahora los veo otra vez. No sólo son pobres, sino también mancos. Hubo un tiempo cuando creían que podrían lograr su propia salvación sin la ayuda de Dios, cuando podían hacer buenas obras, participar en las ceremonias, y entrar al cielo por ustedes mismos. Pero ahora están mancos, la espada de la Ley les ha amputado sus manos, y ahora ya no pueden trabajar más; dicen, con amarga tristeza—

**"La mejor realización de mis manos,
No se atreve a presentarse ante Tu Trono."**

Han perdido ahora todo el poder para obedecer la Ley. Sienten que cuando quieren hacer el bien, el mal está presente en ustedes. Ustedes

están mancos. Han renunciado, como a una esperanza abandonada, a todo intento de salvarse por sus propios medios, debido a que están mancos y sin brazos. Pero están peor que eso, porque si no pudieran hallar su camino al Cielo, podrían encontrar el camino por el sendero de la fe. Pero están lisiados de los pies al igual que de las manos. Sienten que no pueden creer, que no pueden arrepentirse, que no pueden obedecer las estipulaciones del evangelio. Se sienten absolutamente arruinados, sin ningún poder en todos los sentidos para hacer algo que pueda agradar a Dios. En efecto, ustedes claman—

***“Oh, si tan sólo creyera,
Entonces todo sería muy fácil,
Quiero, pero no puedo, socórreme Señor,
Mi ayuda debe venir de Ti.”***

Para ti soy enviado también. Ante ti debo levantar en alto el estandarte manchado de sangre de la Cruz, a ti debo predicar este evangelio: “Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.” Y a ti debo proclamar: “El que quiera, tome del agua de vida gratuitamente.”

Hay todavía otra clase. Ustedes están indecisos. Están dudando entre dos opiniones. Algunas veces están inclinados seriamente, y otras veces la alegría del mundo los desvía. El poco progreso que hacen en la religión es muy débil. Tienen un poco de fuerza, pero es tan poca que avanzan penosamente. Ah, hermano que caminas cojeando, a ti también se ha enviado esta palabra de salvación. Aunque te quedes paralizado entre dos opiniones, el Señor me envía a ti con este mensaje: “¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si Jehovah es Dios, ¡seguidle! Y si Baal, ¡seguidle!” Considera tus caminos; pon en orden tu casa, porque vas a morir y no vivirás. ¡Prepárate para venir al encuentro de tu Dios, oh Israel! Ya no titubeen, decídanse por Dios y Su Verdad.

Y todavía veo a otra clase, la de los ciegos. Sí, a ustedes que no pueden verse ni a sí mismos, que se creen buenos cuando está llenos de maldad, que toman por amargo lo dulce y lo dulce por amargo, la oscuridad por la luz y la luz por oscuridad. A ustedes he sido enviado. Ustedes, almas ciegas que no pueden ver su herencia perdida, que no creen que el pecado sea tan excesivamente malo como lo es, y que no quieren ser persuadidos que Dios es un Dios justo y recto, a ustedes he sido enviado. A ustedes, también, que no pueden ver al Salvador, que no ven belleza en Él para desecharlo; que no ven la excelencia en la virtud, ni gloria en la religión, ni felicidad en el servicio a Dios, ni se deleitan por ser sus hijos; a ustedes, también, he sido enviado.

Si, ¿a quién no he sido enviado si me apego a mi texto? Porque va más lejos aún: no sólo da una descripción particular, de manera que pueda encontrarse cada caso individual, sino que más adelante hace un recorrido general, y dice: “Vé por los caminos y por los callejones.” Aquí hacemos entrar a todos los rangos y condiciones de hombres: al gran señor en su caballo por el camino, y a la mujer caminando con todo el peso de sus preocupaciones. Al ladrón emboscando al que va por el camino; todos ellos están en los caminos, y todos ellos son forzados a entrar, y allá en los callejones descansan las pobres almas cuyos refugios construidos de mentiras han sido destruidos, y buscan ahora un pequeño al-

bergue para sus cansadas cabezas. A ustedes, también, hemos sido enviados esta mañana. Este es el mandato universal: fuérzalos a entrar.

Ahora, hago una pausa después de haber descrito el carácter. Hago una pausa para mirar hacia la tarea parecida a la de Hércules que está frente mí. Bien dijo Melanchton: "El viejo Adán fue demasiado fuerte para el joven Melanchton." Como si un niño quisiera doblegar a un Sansón, así busco yo conducir a un pecador hacia la Cruz de Cristo. Y, sin embargo, el Señor me envía con ese encargo. Allí, veo ante mí la gran montaña de la depravación humana y de la torpe indiferencia, pero por la fe exclamo, "¿Quién eres tú, oh gran montaña? ¡Delante de Zorobabel serás aplanada!"

¿Mi señor me dice: fuérzalos a entrar? Entonces, aunque el pecador sea como un Sansón y yo como un niño, lo conduciré con un hilo. Si Dios me dijo que lo hiciera, y yo lo intento con fe, se hará; y si con un corazón que gime, lucha y llora, busco este día forzar a los pecadores a venir a Cristo, las dulces exigencias del Espíritu Santo irán con cada palabra, y algunos serán forzados a entrar, con toda certeza.

II. Y ahora manos a la obra, directo a la tarea. Hombres y mujeres inconversos, todavía sin reconciliación y sin regeneración, a ustedes debo FORZARLOS A ENTRAR. Permitanme abordarlos en los caminos del pecado y repetirles otra vez mi encargo. El Rey del Cielo les envía esta mañana una inmerecida invitación. El dice: "¡Vivo yo, que no quiero la muerte del impío, sino que el impío se aparte de su camino y viva!"

"Venid, pues, dice Jehovah; y razonemos juntos: Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana." Queridos hermanos, mi corazón se regocija al pensar que tengo tan buena nueva que decírles, y sin embargo confieso que mi alma también está triste porque veo que ustedes no la consideran una buena nueva, sino que se alejan de ella, y no le dan su debida consideración.

Permítame decirte lo que el Rey ha hecho por ti: Él conocía tu culpa, Él sabía anticipadamente que ustedes se irían a la ruina. Sabía que su justicia exigiría la sangre de ustedes, y para resolver esta dificultad, y que su justicia fuera debidamente cumplida, y que aún así ustedes pudieran ser salvos, Jesucristo ha muerto. Contemplen por un momento este cuadro. ¿Ven a ese hombre allí de rodillas en el jardín de Getsemani, sudando gotas de sangre? ¿Ven después esto: ven a ese Ser que sufre atado a un pilar y que es azotado con terribles latigazos, hasta que los huesos de sus hombros se vuelven visibles como blancas islas en medio de un mar de sangre? Otra vez, vean este tercer cuadro. Es el mismo Hombre que cuelga en la Cruz con las manos extendidas, y con los pies firmemente clavados, agonizante, gimiendo y sangrando; es como si el cuadro hablara y dijera, "Consumado es."

Todo esto ha hecho Jesucristo de Nazaret para que Dios pudiera, de manera consistente con su justicia, perdonar el pecado. Y el mensaje para ustedes esta mañana es este: "Cree en el Señor Jesús y serás salvo." Es decir, confien en Él, renuncien a sus obras y a sus caminos, y pongan su corazón solamente en este Hombre, quien se entregó, Él mismo, por los pecadores.

Bien hermanos, les he dicho el mensaje, ¿qué dicen al respecto? ¿Lo rechazan? Me dicen que para ustedes no es nada. No pueden escucharlo; que me escucharán muy pronto. Pero quieren continuar en su camino en este día y cuidar sus propiedades y sus bienes. Deténganse hermanos, no solamente me fue dicho que les dijera el mensaje y continuara con mis asuntos. No. Se me pide que les fuerce a entrar. Y permítanme hacerles esta observación antes que siga adelante, que hay una cosa que puedo decir, y de la que Dios es testigo esta mañana, que es en serio mi deseo que obedezcas este mandato de Dios. Puedes despreciar tu propia salvación, pero yo no la desprecio. Te puedes ir y olvidar lo que vas a oír, pero recuerda por favor que las cosas que ahora te digo me costaron muchos sufrimientos antes que viniera aquí para expresarlas. Te hablo desde la parte más íntima de mi alma, mi pobre hermano, cuando te suplico por quien vive y estuvo muerto, y está vivo para siempre. Considera el mensaje de mi Señor que me pide que te lo presente ahora.

¿Pero acaso lo desprecias? ¿Todavía lo rechazas? Entonces debo cambiar mi tono por un minuto. No solamente te diré el mensaje y te invitaré como lo hago con toda seriedad y afecto sincero, sino que iré más lejos. Pecador, en el nombre de Dios te ordeno que te arrepientes y creas. ¿Me preguntas de dónde viene mi autoridad? Soy un embajador del Cielo. Mis credenciales, algunas de ellas secretas y en mi propio corazón. Y otras están abiertas ante ustedes y tienen los sellos de mi ministerio que son las muchas personas algunas sentadas y otras de pie en esta iglesia, donde Dios me ha dado muchas almas por mis servicios. Como el Dios eterno me ha dado una comisión para predicar Su evangelio, les ordeno que crean en el Señor Jesucristo. No por mi propia autoridad sino por la autoridad de quien dijo, “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura.” Y luego añadió esta solemne sanción, “El que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado.” Rechacen mi mensaje, y recuerden “El que ha desecharido la ley de Moisés ha de morir sin compasión por el testimonio de dos o tres testigos.” ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que ha pisoteado al Hijo de Dios? Un embajador no tiene menor rango que el hombre con quien trata, puesto que está colocado en alto. Si el ministro escoge asumir la dignidad adecuada, y es ceñido con la omnipotencia de Dios, y es consagrado con su santa unción, debe mandar a los hombres, y hablar con toda autoridad para forzarlos a entrar: “convence, reprende y exhorta con toda paciencia y enseñanza.”

¿Pero te alejas y dices que no aceptarás órdenes? Entonces otra vez cambiaré mi nota. Si lo anterior no ayuda, todos los otros medios a mi alcance serán intentados. Queridos hermanos, vengo a ustedes con mi lenguaje sencillo, para exhortales que corran hacia Cristo. Oh, hermanos míos, ¿no saben que es un Cristo lleno de amor? Déjenme decírselos desde mi propia alma lo que sé de Él. Yo también, alguna vez lo desprecié. Él tocaba a la puerta de mi corazón y yo rehusaba abrirla. Venía a mí, innumerables veces, mañana tras mañana, y noche tras noche. Me reconvenía en mi conciencia y me hablaba por medio de su Espíritu, y cuando, por fin, los truenos de la Ley prevalecieron en mi conciencia, creía que Cristo era cruel y sin amor.

Oh, no me puedo perdonar nunca a mí mismo por haber pensado tan mal de Él. Pero qué recepción tan llena de amor tuve cuando fui hacia Él. Yo pensaba que me castigaría, pero su mano no estaba cerrada por la ira sino completamente abierta en misericordia. Yo pensaba, completamente seguro, que sus ojos lanzarían relámpagos de ira hacia mí; pero, en lugar de ello, estaban llenos de lágrimas. Cayó sobre mi cuello y me besó. Me quitó mis harapos y me vistió con Su justicia, e hizo que mi alma cantara en alto de alegría; al tiempo en la casa de mi corazón y en la casa de Su iglesia había música y danza, porque el hijo que había perdido fue encontrado, y el que estaba muerto recibió de nuevo la vida.

Te exhorto, pues, a que mires a Jesucristo para que tu carga sea aligerada. Pecador, nunca lo lamentarás, seré un testimonio por mi Señor que no lo lamentarás nunca, no suspirarás para regresar a tu estado de condenación. Saldrás de Egipto e irás a la Tierra Prometida y la encontrarás fluyendo con leche y miel. Encontrarás pesadas las pruebas de la vida cristiana, pero recibirás Gracia para que se vuelvan livianas. En cuanto a los goces y deleites de ser un hijo de Dios, si hoy te miento me lo cargarás en los días venideros. Si saboreas y ves que el Señor es bueno, no tengo la menor duda que descubrirás que no sólo es bueno, sino mejor de lo que lo pueden describir los labios de los hombres.

No sé qué argumentos utilizar contigo. Apelo a tus propios intereses. Oh, mi pobre amigo, ¿no sería mejor para ti reconciliarte con el Dios del Cielo, que ser su enemigo? ¿Qué ganas con oponerte a Él? ¿Acaso eres más feliz siendo su enemigo? Responde, buscador de placeres: ¿has hallado deleites en esa copa? Respóndeme, fariseo: ¿has hallado descanso para las plantas de tus pies en todos tus trabajos? Oh tú, que te empeñas en establecer tu propia justicia, te mando que dejes hablar a tu conciencia. ¿Has encontrado que es una senda feliz? Ah, mi amigo, “¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestra trabajo en lo que no satisface? Oídme atentamente y comed del bien, y vuestra alma se deleitará con manjares.”

Te exhorto por todo lo que es sagrado y solemne, todo lo que es importante y eterno, ¡huye para salvar tu vida! No mires hacia atrás, no te quedes en la llanura, no te detengas hasta que hayas probado, y encontrado un interés en la sangre de Jesucristo, esa sangre que nos lava de todo pecado. ¿Todavía permaneces frío e indiferente? ¿Acaso no me permitirás el ciego que lo guíe a la fiesta? ¿No querrá mi amigo lisiado poner su mano en mi hombro y permitirme que lo lleve al banquete? ¿No consentirá el pobre que camine junto a él? ¿Acaso debo usar palabras más fuertes? ¿Debo ejercer alguna otra presión para forzarlos a entrar? Pecadores, a esto estoy resuelto esta mañana, y si no son salvos ustedes no tendrán excusa. Ustedes, desde el que peina canas hasta el que está en su infancia, si no se aferran a Cristo hoy, la sangre de ustedes será sobre sus propias cabezas.

Si hay poder en el hombre para traer a su compañero, (como lo *hay* cuando el hombre es ayudado por el Espíritu Santo) ese poder será ejercido esta mañana, con la ayuda de Dios. Vamos, no me voy a desanimar por sus rechazos. Si falla mi exhortación, intentaré otra cosa. Hermanos míos, les suplico, les suplico que se detengan y consideren. ¿Saben qué

es lo que están rechazando esta mañana? Están rechazando a Cristo, su único Salvador. "Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto." "Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos." Hermanos míos, no puedo soportar que ustedes hagan esto, pues yo sí recuerdo lo que ustedes están olvidando: el día vendrá en el que ustedes van a necesitar un Salvador. No falta mucho para que pasen los cansados meses, y su fortaleza comience a declinar. El pulso les fallará, su fuerza los va a abandonar, y ustedes y el horrendo monstruo, LA MUERTE, se enfrentarán entre sí. ¿Qué van a hacer en las crecidas corrientes del Jordán sin un Salvador? Los lechos de muerte son cosas frías sin el Señor Jesucristo.

De cualquier manera morir es algo horrible. El que tiene la mejor esperanza, y la fe más triunfal, encuentra que la muerte no es un asunto de risa. Es algo terrible pasar de lo visible a lo invisible, de lo mortal a lo inmortal, del tiempo a la eternidad. Y van a encontrar que es difícil pasar por las puertas de hierro de la muerte sin las dulces alas de los ángeles conduciéndoles a los portales de los cielos. Será una cosa muy dura morir sin Cristo.

No puedo evitar pensar en ustedes. Los veo actuar como suicidas esta mañana, y me imagino a mí mismo parado al lado de sus camas escuchando sus gritos, y sabiendo que se están muriendo sin esperanza. No puedo soportar eso. Me parece estar junto a su féretro ahora, viendo sus rostros pálidos y fríos, y yo digo: "Este hombre despreció a Cristo y descuidó la gran salvación." Pienso cuán amargas lágrimas voy a derramar en ese momento, si pienso que no les he sido fiel; y cómo esos ojos cerrados permanentemente en la muerte, pareciera que me reprochan y dicen: "Ministro, asistí a tus predicaciones en el famoso Music Hall, pero no te preocupaste seriamente por mí; me divertiste, me predicaste, pero no me rogaste. No supiste lo que Pablo quiso decir cuando dijo, 'y como Dios os exhorta por medio nuestro, rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!'

Les suplico que permitan que este mensaje entre en su corazón, por otra razón. Me imagino a mí mismo de pie en el tribunal de Dios. Como es cierto que el Señor vive, el día del juicio viene. ¿Crean en eso ustedes? Ustedes no son infieles. Su conciencia no les permitiría dudar de la Escritura. Tal vez han pretendido hacerlo, pero no pueden.

Sientes que debe haber un día que Dios va a juzgar al mundo en justicia. Te veo en medio de la multitud y el ojo de Dios está fijo en *ti*. Te parece a ti que Él no está mirando hacia ningún otro lado, sino sólo a ti, y te llama ante Él. Y Él lee tus pecados y exclama, "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno del infierno."

Mi querido lector, no puedo soportar pensarte en esa situación; me parece que todos los cabellos de mi cabeza se ponen de punta al pensar en la condenación de cualquiera de mis lectores. ¿Se imaginan ustedes en esa situación? La palabra ha sido pronunciada: "Apartaos de mí, malditos." ¿Ves el abismo cuando se abre para tragarte? ¿Oyes los gritos y alaridos de los que te han precedido en ese eterno lago de tormento? En vez de imaginar esa escena, me vuelvo hacia ti con las palabras del Profeta ins-

pirado, y te digo: “¿Quién de nosotros podrá habitar con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros podrá habitar con las llamas eternas?” ¡Oh! Mi hermano, no te puedo permitir que hagas de lado de esa manera la religión. No, yo pienso en lo que va a venir después de la muerte. Estaría privado de toda humanidad si viera a una persona a punto de envenenarse y no le arrancara la copa. O si viera a alguien a punto de lanzarse desde el Puente de Londres, y no lo asistiera para impedirlo. Y sería peor que un demonio si ahora con todo amor, y amabilidad y verdad, no te implorara a: “echar mano de la vida eterna,” y: “Trabajar, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna.”

Algún hiper-calvinista me diría que estoy equivocado al hacer esto. No puedo evitarlo. Debo hacerlo. Y puesto que al final debo estar ante mi Juez, siento que no tendrá una prueba completa de mi ministerio a menos que suplique con muchas lágrimas que ustedes quieran ser salvados, que ustedes quieran mirar a Jesucristo y recibir Su gloriosa salvación.

¿Pero acaso sirve de algo? ¿Acaso todas mis súplicas se han desperdiado ya que ustedes no les han prestado ninguna atención? Entonces, otra vez cambio mi nota. Pecador, te he suplicado como un hombre le suplica a su amigo, y si fuera por mi propia vida no podría hablar con más fervor en esta mañana como lo hago por la tuya. Me preocupé en serio por mi alma, pero ni una cachito más de lo que me preocupan las almas de mi congregación esta mañana. Y por tanto, si hacen de lado estas súplicas, tengo algo más: Debo amenazarlos. No siempre tendrán advertencias como estas:

Viene el día, cuando será apagada la voz de todo ministro del Evangelio, al menos para ti. Porque tu oído estará congelado en la muerte. Ya no habrá ninguna amenaza. Será más bien el cumplimiento de la amenaza. No habrá promesa, ni proclamaciones de perdón y misericordia; ni sangre que hable de paz. Sino que estarás en la tierra donde el día del Señor es tragado enteramente en noches eternas de desdicha, y donde la predicación del Evangelio está prohibida porque ambos serían infructuosos. Te pido entonces que escuches esta voz que se dirige ahora a tu conciencia. Pues sino, Dios te hablará en Su ira, y te dirá con sumo disgusto: “Pero, por cuanto llamé, y os resististeis; extendí mis manos, y no hubo quien escuchara (más bien, desechasteis todo consejo mío y no quisisteis mi repremisión), yo también me reiré en vuestra calamidad. Me burlaré cuando os llegue lo que teméis, cuando llegue como destrucción lo que teméis cuando vuestra calamidad llegue como un torbellino y vengan sobre vosotros tribulación y angustia.” Pecador, te vuelvo a amenazar. Recuerda, puede ser que tengas muy poco tiempo para oír estas advertencias. Tú imaginas que tu vida será larga, ¿pero acaso no sabes qué corta es? ¿Alguna vez has intentado medir cuán frágil eres? ¿Has visto el cuerpo de un muerto cuando ha sido cortado en pedazos por los estudiantes de anatomía? ¿Has visto algo tan maravilloso como la estructura humana?—

**“Qué extraño, que una arpa de mil cuerdas,
Se conserve afinada por tanto tiempo.”**

Pero deja que tan sólo una cuerda se tuerza, que un bocado de comida se vaya por la dirección equivocada, y te puedes morir. Por el más insig-

nificante incidente, te puedes morir en cualquier momento, cuando Dios lo quiera. Hombres muy fuertes han perecido en pequeños y ligeros accidentes, y eso te puede pasar a ti. En la capilla, en la casa de Dios, han caído muertos algunos hombres. Muy a menudo nos enteramos de personas que caen en nuestras calles, rodando del tiempo a la eternidad, por algún súbito ataque. ¿Estás seguro que ese corazón tuyo está perfectamente sano? ¿Circula tu sangre con toda precisión? ¿Estás completamente seguro de eso? Y si así es, ¿cuánto tiempo te va a durar?

Oh, tal vez hay aquí quienes nunca verán el día de Navidad. puede ser que el mandato ya haya salido: "Pon en orden tu casa, porque vas a morir y no vivirás." De toda esta gran congregación, no podría decir con precisión cuántos estarán muertos en un año; pero sí es cierto que el grupo congregado ahora nunca se volverá a reunir completo otra vez en otra asamblea. Algunos de esta vasta multitud, tal vez dos o tres, partirán antes de que recibamos al nuevo año. Les recuerdo, pues, queridos hermanos , que la puerta de la salvación puede cerrarse, o muy bien pudieras estar lejos de donde está la puerta de la misericordia. Vamos, pues, deja que la amenaza tenga poder sobre ti. No te lo digo para amenazarte sin motivo, sino con la esperanza de que la amenaza de un hermano pueda conducirte al lugar en donde Dios ha preparado el banquete del Evangelio.

Y ahora, ¿me debo ir sin ninguna esperanza? ¿Ya se agotó todo lo que puedo decir? No, regreso nuevamente contigo. Dime, hermano, ¿qué es lo que te mantiene alejado de Cristo? Escucho que alguien dice: "Oh, señor, es porque me siento demasiado culpable." Eso no puede ser, mi amigo, no puede ser. "Pero, señor, soy el primero de los pecadores." Amigo mío, no lo eres. El primero de los pecadores murió y fue al cielo hace muchos años. Su nombre era Saulo de Tarso, después llamado el apóstol Pablo. Él fue el primero de los pecadores, y yo sé que dijo la verdad de Dios. "No", aún dices, "soy demasiado vil." No puedes ser más vil que el primero de los pecadores. Cuando mucho eres el segundo entre los peores. Pero aun suponiendo que eres el peor que vive hoy día, sigues siendo el segundo, porque Pablo fue el primero. Pero supongamos que *eres* el primero, ¿no es esa precisamente la razón para que vengas a Cristo? Entre peor sea la condición de un hombre, con mayor razón debería ir al hospital o con un médico. Entre más pobre seas, mayor razón tienes para aceptar la caridad que te ofrece otro.

Ahora bien, Cristo no busca ningún mérito tuyo. Él da gratuitamente. Entre peor seas, más bienvenido eres. Pero déjame preguntarte: ¿Crees que te volverás mejor manteniéndote alejado de Cristo? Si es así, todavía sabes muy poco acerca del camino de la salvación. No, señor, entre más te detengas, te volverás peor. Tu esperanza se debilitará, tu desesperación se hará más fuerte. El clavo con el que Satanás te ha sujetado estará más firmemente clavado, y tendrás menos esperanza que nunca. Mira, te lo suplico, recuerda que no ganas nada con la demora, pero por ella puedes perderlo todo. "Pero," exclama otro: "siento que no puedo creer." No, amigo mío, y nunca vas a creer si primero miras a la *fe*. Recuerda, que no he venido para invitarte a la *fe*, sino que he venido para invitarte a *Cristo*. Pero dices, ¿cuál es la diferencia? Pues simplemente ésta: si

primero que nada dices, “yo quiero creer en algo,” nunca creerás. Tu primera pregunta debe ser, ¿qué es esta cosa en la que debo creer?” Así la fe vendrá como consecuencia de esa búsqueda.

Nuestro primer negocio no tiene que ver con la fe, sino con Cristo. Ven, te lo suplico, al monte del Calvario, y mira la Cruz. Contempla al Hijo de Dios, quien hizo los cielos y las tierra, que muere por tus pecados. Míralo a Él, ¿no hay poder en Él para salvar? Mira Su rostro tan lleno de piedad. ¿Acaso no hay amor en Su corazón que demuestra que está deseando salvarnos? Con toda certeza, pecador, mirar a Cristo te ayudará a creer. No creas primero, para después ir a Cristo, pues de esa manera tu fe será una cosa sin ningún valor. Ve a Cristo sin ninguna fe, y arrójate sobre Él, o te hundes o nadas. Pero oigo otro exclamación: “Oh, señor, no te imaginas cuántas veces he sido invitado, durante cuánto tiempo he rechazado al Señor.” No lo sé, y no lo quiero saber. Todo lo que sé es que mi Señor me ha enviado para forzarte a entrar, así que ven ahora. Puedes haber rechazado mil invitaciones, no conviertas esta en la mil una.

Has estado en la casa de Dios, y sólo te has endurecido para recibir el evangelio. Pero ¿acaso no veo una lágrima en tu ojo? Vamos, hermano mío, no te endurezcas por el sermón de esta mañana. ¡Oh, Espíritu del Dios viviente, ven y derrite este corazón porque nunca ha sido derretido, y fuérzalo a entrar! No te puedo dejar ir con excusas tan vanas como esas; si has vivido tantos años menoscambiando a Cristo, hay muchísimas razones por las que *no debes menoscabarlo* ahora.

¿Pero no te oí decir en voz baja que este no es el momento oportuno? ¿Entonces qué debo decirte? ¿Cuándo va a llegar ese momento oportuno? ¿Vendrá cuando estés en el infierno? ¿Vendrá cuando te estés muriendo, y las tenazas de la muerte se cierren sobre tu garganta; será entonces? ¿O cuando el sudor que quema esté abrasando tu frente; y entonces otra vez, cuando el frío sudor pegajoso esté allí, ¿serán esos los tiempos adecuados?

¿Cuando los dolores estén torturándote, y estés al borde de la tumba? No, señor, esta mañana es el momento conveniente. Que Dios lo haga así. Recuerda, no tengo autoridad de pedirte que vengas a Cristo mañana. El Señor no te ha invitado para venir a Él el próximo martes. La invitación es, “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación,” porque el Espíritu dice “hoy.” “Venid, pues, dice Jehovah; y razonemos juntos” ¿por qué lo pospondrías? Podría ser la última advertencia que puedas tener alguna vez. Posponlo, y puede ser que nunca más vuelvas a llorar en la iglesia. Podrías no tener nunca más la posibilidad de oír un sermón tan apasionado dirigido a ti. Puede ser que ya nunca te supliquen como yo te estoy suplicando ahora. Puedes irte ahora y Dios puede decir, “él es dado a ídolos; déjalo.” Él arrojará las riendas sobre tu cuello; y entonces, pon atención, tu camino es seguro, es el camino de la segura *condenación* y rápida destrucción.

Y ahora de nuevo, ¿todo esto es en vano? ¿No quieres venir a Cristo ahora? Entonces, ¿qué más puedo hacer? No tengo sino un último recurso, y lo voy a utilizar ahora. Se me permite que llore por ti; se me autoriza a orar por ti. Puedes despreciar mi predicación; puedes reírte del pre-

dicador; puedes llamarlo fanático si quieres; no te va a regañar, no traerá ninguna acusación en tu contra ante el gran Juez. Tu ofensa, en lo que a él concierne, está perdonada antes de que sea cometida; pero debes recordar que el mensaje que estás rechazando esta mañana es un mensaje de Alguien que te ama, y también se te da por los labios de alguien que te ama. Debes recordar que tú puedes jugar tu alma con el diablo, que puedes pensar con ligereza que es un asunto sin mayor importancia; pero hay alguien que está preocupado por tu alma, y uno que antes de venir aquí luchó con su Dios pidiendo fortaleza para predicarte, y quien cuando se haya ido de este lugar no olvidará a su audiencia de esta mañana.

Vuelvo a repetirlo, cuando las palabras nos fallan podemos derramar lágrimas; pues las palabras y las lágrimas son las armas con las que los ministros del evangelio fuerzan a los hombres a entrar. Tú no sabes, y supongo que no lo puedes creer, qué ansias siente un hombre a quien Dios ha llamado al ministerio por su congregación, y especialmente por algunos de los miembros. Oí el otro día de un joven que asistió a esta iglesia durante mucho tiempo, y que la esperanza de su padre era que fuera traído a Cristo. Sin embargo, ese joven se hizo amigo de un incrédulo; y ahora descuida sus deberes, y vive cada día en el camino del pecado. Vi el rostro pálido de su padre. No le pedí que me dijera lo que le pasaba, pues sentí que sería remover la pena y abrir de nuevo la herida. Temo, a veces, que los cabellos grises de ese buen hombre se irán a la tumba llenos de pena.

Jóvenes, ustedes no oran por ustedes mismos, pero sus madres luchan por ustedes. Ustedes no piensan en sus propias almas, pero la preocupación de sus padres es ejercitada por ustedes. He estado en reuniones de oración, y he oído a los hijos de Dios orar allí, y no hubieran podido orar con más celo y más intensidad de angustia si cada uno de ellos hubiera estado buscando la salvación de su propia alma. ¿Y no es extraño que nosotros estemos listos para mover cielo y tierra por la salvación de ustedes, y que ni aún así ustedes no piensen en ustedes mismos y no tengan ningún respeto para las cosas eternas?

Ahora me dirijo por un momento a algunos de ustedes en particular. Hay algunos aquí que son miembros de iglesias cristianas, y que hacen una profesión de religión. Pero, a menos que me equivoque, y me daría mucho gusto estarlo, su profesión es una mentira. No viven de acuerdo a ella, la deshonran. Viven en la práctica perpetua de no asistir a la casa de Dios, si no es que viven peores pecados aun. Ahora yo les pregunto a esos que no son el adorno de la doctrina de Dios su Salvador, ¿se imaginan que me pueden llamar su pastor, y que mi alma no pueda temblar por ustedes y que en secreto no derrame lágrimas por ustedes? Repito y digo que puede ser asunto de poca importancia para ustedes cómo manchan su ropa cristiana, pero es un asunto de gran preocupación para quienes suspiran y lloran y se lamentan por las iniquidades de los que profesan en Sión.

¿No le queda al ministro ninguna otra cosa, además de llorar y de orar? Sí, hay algo más. Dios no les ha dado a sus siervos el poder para dar la regeneración, pero les ha dado algo relacionado. Es imposible que

un hombre pueda regenerar a su vecino. Y, sin embargo ¿cómo nacen los hombres de nuevo a Dios? ¿No habla el apóstol de alguien (Onésimo) a quien había engendrado en sus prisiones? Ahora pues, el ministro tiene un poder que le es dado por Dios, para ser considerado padre y madre de aquellos nacidos de Dios, pues el apóstol dijo que sufrió dolores de parto por las almas hasta que Cristo fue formado en ellas. ¿Qué podemos hacer entonces? Podemos ahora apelar al Espíritu. Sé que he predicado el Evangelio, y que lo he predicado con mucho celo. Le recuerdo a mi Señor que honre Su propia promesa. Él ha dicho que Su palabra no volverá a Él vacía, y no volverá. Está en Sus manos, no en las mías. No puedo forzarlos, pero Tú Oh Espíritu de Dios, que tienes la llave del corazón, Tú puedes forzarlos.

¿Alguna vez notaron en ese capítulo del Apocalipsis, donde dice, "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo," que unos cuantos versículos antes, la misma Persona es descrita como el que tiene la llave de David? De manera que, si tocar a la puerta no funciona, Él tiene la llave y *puede y quiere* entrar. Ahora, si el llamado a la puerta de un ministro lleno de celo no prevalece contigo esta mañana, queda todavía ese secreto abrir del corazón que lleva a cabo el Espíritu, de manera que *serán* forzados a entrar. Consideré mi deber trabajar con ustedes como si yo pudiera forzarlos. Pero ahora lo dejo todo en las manos de mi Señor. No puede ser Su voluntad que después de haber trabajado tanto en el parto, no demos a luz hijos espirituales. Todo depende de Él. Él es Señor del corazón y el día lo va declarar: que algunos de ustedes llevados por la Gracia Soberana, se han convertido en prisioneros voluntarios de Jesús, que todo lo conquista y han sometido sus corazones a Él por medio del sermón de esta mañana.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #227 – Volumen 5
“Compel Them to Come In”

El Guerrero Desfalleciente

NO. 235

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 23
DE ENERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

**“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias
doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la
mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.”
*Romanos 7:24, 25.***

Si yo decidiera ocupar el tiempo de ustedes en un asunto controversial, podría demostrarles de manera concluyente que el apóstol Pablo está describiendo aquí su propia experiencia como cristiano. Algunas personas han afirmado que él declara aquí simplemente lo que había sido antes de su conversión, y no lo que era cuando se convirtió en receptor de la gracia de Dios. Pero tales personas están evidentemente equivocadas, y yo diría que están obstinadamente equivocadas, pues cualquier mente candorosa y sincera que leyera este capítulo, no podría caer en tal error. Es Pablo el apóstol, nada menos que el más grande de los apóstoles; es Pablo, el poderoso siervo de Dios, un verdadero príncipe en Israel, uno de los hombres valientes del Rey, es Pablo, el santo y el apóstol, el que aquí exclama: “¡Miserable de mí!”

Ahora, algunos humildes cristianos son víctimas a menudo de un error muy necio. Contemplan a ciertos santos avanzados, y a algunos ministros capaces, y dicen: “Seguramente hombres como éstos no sufren como sufro yo; no contienden con las mismas perversas pasiones como las que me vejan y me turban.” ¡Ah!, si conocieran los corazones de esos hombres, si pudieran atisbar en sus conflictos íntimos, pronto descubrirían que, entre más cercano a Dios viva un hombre, más intensamente tiene que dolerse por su corazón depravado, y entre más lo honra su Señor estando a Su servicio, más lo veja y lo atormenta día a día el mal de la carne.

Tal vez, este error sea más natural y más común, ciertamente, con relación a los santos apostólicos. Nos hemos acostumbrado a decir: *San Pablo, y San Juan, como si ellos fuesen más santos que los demás hijos de Dios.* Todos ellos son santos a quienes Dios ha llamado por Su gracia y ha santificado por Su Espíritu; pero, de alguna manera y muy neciamente, anotamos en otra lista a los apóstoles y a los primeros santos, y no nos aventuramos a mirarlos como mortales comunes. Los consideramos como seres extraordinarios que no podrían sentir pasiones iguales a

las nuestras. La Escritura nos enseña que nuestro Salvador “fue tentado en todo según nuestra semejanza” y, sin embargo, nosotros caemos en el egregio error de imaginar que los apóstoles—que eran sustancialmente inferiores al Señor Jesús—escaparon de estas tentaciones e ignoraron estos conflictos.

El hecho es que si ustedes hubiesen visto al apóstol Pablo, habrían pensado que era extraordinariamente parecido al resto de la familia elegida, y si hubiesen hablado con él, habrían dicho: “Caramba, Pablo, yo encuentro que tu experiencia y la mía son exactamente afines. Tú eres más fiel, más santo y has sido instruido más profundamente que yo, pero tienes que soportar exactamente las mismas pruebas. Es más, en algunos sentidos, tú eres probado más severamente que yo.”

No consideres que los santos del pasado estuvieron exentos de enfermedades o de pecados, ni los consideres con esa mística reverencia que casi te convierte en un idólatra. Tú mismo podrías alcanzar su santidad, y sus fallas deben ser censuradas tanto como las tuyas.

Yo creo que el cristiano tiene el deber de abrirse paso hasta el círculo interno de la santidad y si estos santos fueron superiores a nosotros en sus logros—como ciertamente lo fueron—debemos seguirlos; debemos esforzarnos por llegar a su lugar, sí, y sobrepasarlos, pues no veo que eso sea imposible. Tenemos la misma luz que ellos tuvieron y tenemos acceso a la misma gracia y, ¿por qué deberíamos sentirnos satisfechos mientras no los dejemos atrás en la carrera celestial? Debemos bajarlos a la esfera de los mortales comunes.

Si Jesús era el Hijo del hombre, y hombre verdadero, “hueso de nuestro hueso, y carne de nuestra carne,” también lo fueron los apóstoles, y es un egregio error suponer que no estaban sujetos a las mismas emociones ni a las mismas pruebas internas a las que se ven sometidos los más nimios miembros del pueblo de Dios. Todo esto tiende a nuestro consuelo y a nuestro ánimo, cuando descubrimos que estamos involucrados en una batalla en la que los propios apóstoles han tenido que pelear.

Y ahora, esta mañana consideraremos, primero, *las dos naturalezas*; en segundo lugar, *su constante batalla*; en tercer lugar, nos haremos a un lado y miraremos *al guerrero languideciente* y le oiremos dar voces: “¡Miserable de mí!”; y luego volveremos nuestros ojos en otra dirección, y veremos al guerrero que antes languidecía, ciñéndose ahora sus lomos para el conflicto, y convirtiéndose en *un vencedor expectante*, al tiempo que grita: “Gracias doy a Dios por medio de Jesucristo Señor nuestro.”

I. Entonces primero hablaremos de LAS DOS NATURALEZAS. Los hombres carnales, los hombres no regenerados, tienen una naturaleza; una naturaleza que heredaron de sus padres, y que, como consecuencia de la antigua transgresión de Adán, es mala, sólo mala, y mala de conti-

nuo. La simple naturaleza humana, la que es común a todos los hombres, contiene muchos rasgos excelentes, si juzgamos el asunto entre hombre y hombre.

Un hombre meramente natural puede ser honesto, recto, amable y generoso; puede tener pensamientos nobles y generosos, y puede lograr dominar un lenguaje veraz y viril; pero cuando llegamos a los asuntos de la verdadera religión, a los asuntos espirituales que conciernen a Dios y la eternidad, el hombre natural no puede hacer nada. La mente carnal, sin importar de quién sea, está caída, está enemistada con Dios, no conoce las cosas de Dios y no las puede conocer jamás.

Ahora, cuando una persona es conducida a ser cristiana, es por medio de la infusión de una nueva naturaleza. Esa persona está naturalmente “muerta en sus delitos y pecados,” “sin esperanza y sin Dios en el mundo.” El Espíritu Santo entra en ella e implanta un nuevo principio, una nueva naturaleza, una nueva vida. Esa vida es un principio excelso, santo y sobrenatural. Es, de hecho, la naturaleza divina, un rayo proveniente del grandioso “Padre de las luces.” Es el Espíritu de Dios que mora en el hombre.

Así pueden ver que el cristiano se convierte en un hombre doble, se convierte en dos hombres en uno. Algunos han imaginado que la vieja naturaleza es suprimida en el cristiano. No es así, pues la Palabra de Dios y la experiencia nos enseñan lo contrario; la vieja naturaleza permanece en el cristiano sin ningún cambio, inalterada, y sigue siendo exactamente la misma naturaleza, tan mala como siempre lo fue; en cambio, la nueva naturaleza del cristiano es santa, pura y celestial, y de aquí que surja—como lo habremos de notar a continuación—un conflicto entre las dos.

Ahora quiero que adviertan lo que dice el apóstol acerca de estas dos naturalezas del cristiano, pues estamos a punto de contrastarlas. Prime-ro, el apóstol en nuestro texto llama a la vieja naturaleza: “Este *cuerpo de muerte*.” ¿Por qué lo llama: “este *cuerpo de muerte*?”

Algunos suponen que se refiere a estos cuerpos que perecen; pero yo no creo eso. Si no fuera por el pecado, no deberíamos encontrar ningún defecto en nuestros pobres cuerpos. Adán, en el huerto de la perfección, no sintió que el cuerpo fuera un estorbo para él, y si el pecado estuviera ausente, no encontraríamos ninguna falla en nuestra carne y sangre.

Entonces, ¿de qué se trata? Pienso que el apóstol llama a la naturaleza depravada en su interior: ‘un cuerpo,’ *primero*, en oposición a quienes hablan de reliquias de corrupción en el cristiano. Me he enterado de que la gente dice que hay reliquias, residuos y remanentes de pecado en el creyente. Esas personas no saben mucho todavía acerca de ellas mismas. ¡Oh!, lo que permanece no es un hueso ni un andrajo; el cuerpo entero de pecado es el que está allí, íntegramente, “desde su coronilla hasta

la planta de su pie.” La gracia no mutila este cuerpo ni corta sus miembros; lo deja entero, aunque bendito sea Dios, lo crucifica, clavándolo a la cruz de Cristo.

Y además, yo pienso que lo llama ‘un cuerpo’ porque es algo tangible. Todos nosotros sabemos que tenemos un cuerpo. Es algo que podemos sentir. Sabemos que está allí. La nueva naturaleza es un espíritu, sutil y difícil de detectar. Algunas veces me cuestiono si está allí del todo. Pero mi vieja naturaleza constituye un cuerpo; nunca me es difícil reconocer su existencia pues es tan evidente como mi carne y mis huesos. Así como nunca dudo de que estoy en la carne y en la sangre, así tampoco dudo de que el pecado está dentro de mí. Es un cuerpo, algo que puedo ver y sentir, y que, para mi dolor, está siempre presente dentro de mí.”

Entiendan, entonces, que la vieja naturaleza del cristiano es un cuerpo; contiene una sustancia, o, como lo expresa Calvino, es *una masa* de corrupción. No es simplemente un pedazo de tela rasgada, un remanente, un paño del viejo vestido; más bien, toda ella, entera, permanece todavía allí. Si bien está aplastada por el pie de la gracia y ha sido arrojada de su trono, está allí, íntegramente está allí, en toda su triste condición tangible, como un cuerpo de muerte.

Pero, ¿por qué lo llama un cuerpo de *muerte*? Lo hace simplemente para expresar qué cosa tan terrible es este pecado que permanece en el corazón. Es un cuerpo de *muerte*. Tengo que usar una figura que siempre está adosada muy apropiadamente a este texto. Era una costumbre de los antiguos tiranos, cuando deseaban someter a los hombres a los más espantosos castigos, atarlos a un cadáver, colocándolos a los dos, espalda contra espalda; y así quedaba el hombre vivo con un cadáver amarrado a su espalda, en estado de putrefacción, pútrido, en estado de descomposición, que tenía que arrastrar dondequiera que iba.

Ahora, ésto es precisamente lo que el cristiano tiene que hacer. Tiene una nueva vida dentro de él. Tiene un principio vivo e inmortal que el Espíritu Santo ha puesto en su interior, pero siente que tiene que cargar cada día con este cadáver por doquier, con este cuerpo de muerte, con una cosa tan abominable, tan execrable y tan detestable para su nueva vida, como sería un cadáver para un ser viviente.

Francis Quarles nos proporciona, al principio de uno de sus ‘emblemas,’ un cuadro de un gran esqueleto en el que es depositado un hombre vivo. Sin importar cuán rara sea la fantasía, no es menos singular que cierta. Allí está el hombre que es un viejo esqueleto, inmundo, corrupto y abominable. Es una jaula para el nuevo principio que Dios ha puesto en el corazón. Consideren por un momento el impactante lenguaje de nuestro texto, “*este cuerpo de muerte*”: *es la muerte encarnada, la muerte concentrada*, la muerte que mora en el propio templo de la vida.

¿Consideraron alguna vez qué cosa tan terrible es la muerte? El pensamiento es sumamente detestable para la naturaleza humana. Tú afirmas que no temes a la muerte, y lo dices muy apropiadamente; pero la razón por la que no temes a la muerte es porque esperas una gloriosa inmortalidad. La muerte, en sí misma, es algo sumamente espantoso. Ahora, el pecado innato está rodeado de todo el terror desconocido, de toda la fuerza destructiva y de toda la lóbrega tenebrosidad de la muerte. Sería necesario pedirle a un poeta que describa el conflicto de la vida con la muerte, que describa a un alma viva condenada a caminar a través de las negras sombras de la confusión y condenada a llevar a la muerte encarnada en sus propias entrañas.

Pero ésa es la condición del cristiano. Como hombre regenerado, es un espíritu viviente, resplandeciente e inmortal; pero tiene que hollar las sombras de muerte. Tiene que presentar batalla diariamente contra todos los tremendos poderes del pecado, que son tan terribles, tan sublimemente terríficos como los propios poderes de la muerte y del infierno.

Si vemos el capítulo precedente, encontramos que el principio maligno es caracterizado como “nuestro viejo hombre.” Hay mucho significado en esa palabra: “viejo.” Pero nos basta con observar que, en edad, la nueva naturaleza no está sobre la misma base que la naturaleza corrompida. Hay algunas personas aquí que tienen humanamente sesenta años de edad, pero que escasamente alcanzan los dos años en la vida de la gracia.

Ahora hagan una pausa y mediten en la guerra que tiene lugar en el corazón. Es la contienda de un infante contra un hombre maduro, la lucha de un bebé contra un gigante. El viejo Adán, como un añaño roble, ha echado sus raíces hasta las profundidades de la condición del hombre. ¿Podría el ‘infante divino’ arrancarlo de raíz y echarlo fuera de su lugar? Esa es la obra que tiene ante sí, esa es la labor. Desde su nacimiento, la nueva naturaleza comienza la lucha y no puede dejar de luchar hasta tanto no sea perfectamente lograda la victoria. Sin embargo, se trata de trasladar una montaña, de secar un océano, de trillar los montes y ¿quién bastaría para hacer esas cosas? La naturaleza nacida del cielo requiere de la abundante ayuda de su Autor, y la recibirá o, de lo contrario, se rendiría siendo sometida en la lucha por la potencia superior de su adversario y siendo aplastada bajo su enorme peso.

Observen, además, que la vieja naturaleza del hombre que permanece en el cristiano, es *mala*, y no podría ser nunca otra cosa que mala; pues se nos dice en este capítulo que “en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien.” La vieja naturaleza de Adán no puede ser mejorada; no puede ser hecha mejor; intentarlo es una empresa vana. Podrían hacer lo que quisieran con ella; podrían educarla, podrían instruirla, y con eso sólo le darían más instrumentos para la rebelión, pero no podrían hacer del re-

belde un amigo, no podrían convertir las tinieblas en luz; es enemiga de Dios, y siempre lo será.

Ese es el significado de un pasaje de Juan, donde se dice: "Todo aquel que es nacido de Dios... no puede pecar, porque es nacido de Dios." La vieja naturaleza es mala, únicamente mala y mala de continuo; la nueva naturaleza es buena, enteramente buena; no sabe nada del pecado, excepto odiarlo. Su contacto con el pecado le acarrea dolor y miseria, y exclama: "¡Ay de mí, que moro en Mesec, y habito entre las tiendas de Cedar!"

Así les he dado alguna pequeña descripción de las dos naturalezas. Permítanme recordarles de nuevo que estas dos naturalezas son esencialmente incambiables. No podrían hacer menos divina a la naturaleza nueva que Dios les ha dado, y no pueden hacer menos impura y menos terrenal a la vieja naturaleza. El viejo Adán está condenado. Podrían barrer la casa y el espíritu podría dar la impresión de salir de ella, pero regresará otra vez y tomará consigo otros siete espíritus peores que él. Es la casa de un leproso y la lepra está en cada piedra, desde los cimientos hasta el techo; no hay ninguna parte sana. Es una vestimenta manchada por la carne; puedes lavarla, y lavarla y lavarla, pero no podrías lograr que quede completamente limpia; sería necio intentarlo. Mientras que, por otro lado, la nueva naturaleza no puede ser corrompida nunca; siendo sin mancha, santa y pura, mora en nuestros corazones; gobierna y reina allí, a la expectativa del día en que echará fuera a su enemiga, y ya sin rival, será monarca en el corazón del hombre para siempre.

II. He descrito así a los dos combatientes; ahora, vamos a considerar a continuación SU BATALLA. No hubo jamás, entre las naciones de todo el mundo, un odio inveterado más mortal que el que hay entre los dos principios: el bueno y el malo. Pero lo bueno y lo malo están divididos con frecuencia el uno del otro por la distancia, y por eso tienen un odio menos intenso.

Supongan un caso: el bien sostiene la libertad; por tanto, el bien odia al mal de la esclavitud. Pero nosotros no odiamos tan intensamente la esclavitud como lo haríamos si la viéramos ante nuestros ojos: entonces herviría la sangre cuando viéramos a nuestro hermano de raza negra siendo azotado con un látigo de cuero de vaca. Imaginen al amo de los esclavos, de pie allí, azotando a su pobre esclavo hasta que la roja sangre brota a borbotones y se convierte en un río; ¿pueden concebir la indignación que eso les produciría? Ahora, es la distancia la que los induce a sentir eso menos agudamente. Lo bueno olvida a lo malo porque está muy distante.

Pero ahora supongan que lo bueno y lo malo viven en la misma casa; imaginen a dos enemigos encarnizados, enjaulados, encerrados y confinados dentro de esta estrecha casa que es *el hombre*; supongan que los

dos son forzados a morar juntos; ¿pueden imaginar a qué nivel de furia llegarían entre ellos? El elemento malo dice: “intruso, te voy a echar fuera; no puedo estar tranquilo como yo quisiera, no puedo entregarme al desenfreno como quisiera, no puedo entregarme a la lascivia como quisiera; fuera de aquí; no estaré contento nunca mientras no te haya matado.”

“No,” dice la naturaleza nacida de nuevo: “yo te mataré, y te echaré fuera. No toleraré que sobreviva de ti ni una vara de madera ni una piedra; he jurado hacerte una guerra a muerte; he desenvainado la espada y he arrojado lejos mi vaina, y no voy a descansar nunca mientras no pueda cantar una completa victoria sobre ti, y te haya echado fuera de ésta que es mi casa.” Mantienen siempre su enemistad en dondequiera que estén; nunca fueron amigas, y nunca podrían serlo. Lo malo tiene que odiar a lo bueno, y lo bueno tiene que odiar a lo malo.

Y noten que, aunque pudiéramos comparar esa enemistad con la que guardan el lobo y la oveja, la naturaleza nacida de nuevo no es la oveja desde todo punto de vista. Pudiera serlo en su inocencia y en su mansedumbre, pero no lo es en su fuerza; pues la naturaleza nacida de nuevo tiene toda la omnipotencia de Dios en torno a ella, mientras que la vieja naturaleza tiene toda la fuerza del mal en ella, la cual es una fuerza que no puede ser exagerada fácilmente, pero que nosotros frecuentemente subestimamos.

Estas dos naturalezas están siempre enemistadas una contra otra desesperadamente. Incluso cuando ambas están quietas, se odian mutuamente exactamente al mismo nivel. Cuando mi naturaleza depravada está inactiva, sigue odiando a la naturaleza nacida de nuevo, y cuando la naturaleza nacida de nuevo está inactiva, siente un íntimo aborrecimiento por toda iniquidad. La una no puede tolerar a la otra y tienen que esforzarse por ir a la carga. Tampoco permiten en ningún momento dejar pasar una oportunidad de vengarse la una de la otra. Hay momentos en que la vieja naturaleza está muy activa, y entonces, cómo usa todas las armas de su letal armería contra el cristiano.

Ustedes se encontrarán súbitamente atacados por la ira, y cuando se protegen de la ardiente tentación, repentinamente descubrirán que el orgullo se alza y entonces comienzan a decirse: “¿Acaso no soy una buena persona puesto que pude controlar mi temperamento?” Y en el momento en que derriban a su orgullo llega otra tentación, y la luxuria mira por la ventana de sus ojos y desean algo que no deberían mirar, y antes de que puedan cerrar sus ojos a la vanidad, la pereza les rodea con su letargo letal, y los somete a su influencia y dejan de trabajar para Dios. Y, entonces, cuando se mueven otra vez, descubren en el propio intento de levantarse que han despertado a su orgullo. El mal les persigue sin importar adónde vayan o qué postura adopten.

Por otro lado, la nueva naturaleza no perderá nunca una oportunidad de aplastar a la vieja naturaleza. En cuanto a los medios de la gracia, la naturaleza nacida de nuevo no quedará satisfecha jamás mientras no los disfrute. En cuanto a la oración, por medio de ella buscará luchar con el enemigo. Empleará la fe, la esperanza, el amor, las amenazas, las promesas, la providencia, la gracia y todo lo demás para echar fuera al mal.

“Bien”—dice alguien—“no me parece que sea así.” Entonces tengo miedo de ti. Si no odias tanto al pecado como para hacer lo que sea, con tal de echarlo fuera, me temo que no eres un hijo vivo de Dios.

A los antinomianos les encanta oír que prediques acerca del mal que hay en el corazón, pero ésta es la falla con ellos: no les gusta que se les diga que a menos que odien ese mal, a menos que busquen echarlo fuera, y a menos que la constante disposición de su naturaleza nacida de nuevo sea arrancarlo de raíz, están todavía en sus pecados.

Los hombres que sólo creen en su depravación pero que no la odian, no aventajan al demonio en el camino al cielo. Mi corrupción no demuestra que soy un cristiano, ni tampoco saber que soy corrupto; lo que lo demuestra es mi odio a mi corrupción. Lo que demuestra que soy un hijo viviente de Dios es mi agonizante lucha a muerte contra mis corrupciones. Estas dos naturalezas nunca dejarán de luchar en tanto que estemos en este mundo. La vieja naturaleza nunca se rendirá; nunca clamará pidiendo una tregua, nunca pedirá que se establezca un pacto entre las dos. Atacará con la frecuencia que pueda. Cuando está inactiva, sólo está preparándose para alguna batalla futura.

La batalla de Cristiano contra Apolión duró tres horas, pero la batalla de Cristiano contra él mismo duró todo el trayecto desde la ‘Puerta angosta’ hasta el Río Jordán. El enemigo que está dentro no puede ser echado fuera nunca mientras estemos aquí. Satanás podría estar ausente de nosotros algunas veces, y podría experimentar tal derrota que se alegraría de poder regresar aullando a su guarida, pero el viejo Adán permanece con nosotros desde el principio hasta el fin. Estaba con nosotros cuando creímos en Jesús por primera vez, y aún mucho antes de eso, y estará con nosotros hasta el momento en que depositemos nuestros huesos en la tumba, nuestros miedos en el Jordán y nuestros pecados en el olvido.

Observen, además, que ninguna de estas dos naturalezas estará contenta en la lucha, si no trae a unos aliados en su ayuda. La naturaleza depravada tiene antiguas relaciones y en su esfuerzo para echar fuera a la gracia que está dentro, envía mensajeros a todos sus ayudadores. Como Quedorlaomer, el rey de Elam, lleva a otros reyes consigo cuando sale a la batalla.

“¡Ah!”—dice el viejo Adán—“tengo amigos en el abismo.” Entonces envía una misiva a las profundidades, y de allí salen aliados dispuestos,

espíritus procedentes de la vasta profundidad del infierno; un sinnúmero de diablos suben en ayuda de su hermano. Y luego, insaciable, la carne dice: “¡Ah!, yo tengo amigos en este *mundo*”; y entonces el mundo envía a sus fieras cohortes de tentación, tales como los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida. Qué batalla se da cuando el pecado, Satanás y el mundo están contra el cristiano al mismo tiempo.

“Oh”—dirá alguien—“es algo terrible ser cristiano.” Yo te aseguro que lo es. Ser un hijo de Dios es una de las cosas más duras del mundo; de hecho, es imposible, a menos que el Señor nos haga Sus hijos y nos mantenga siendo tales.

Bien, ¿qué es lo que hace la nueva naturaleza? Cuando vé a todos esos enemigos, clama al Señor, y entonces el Señor le envía amigos. Primero, Jehová interviene en su ayuda, en el consejo eterno, y revela al corazón su propio interés en los secretos de la eternidad. Luego viene Jesús con Su sangre. “Tú vencerás,” le dice; “te haré más que un vencedor por medio de mi muerte.” Y luego aparece el Espíritu Santo, el Consolador. Con tal ayuda, esta naturaleza nacida de nuevo es más que un rival para sus enemigos. Dios deja sola algunas veces a esa nueva naturaleza para hacerle saber su propia debilidad; pero eso no será por mucho tiempo, para que no se hunda en la desesperación.

¿Están luchando con el enemigo hoy, mis amados hermanos cristianos? ¿Están Satanás, la carne y el mundo—esa infernal trinidad—todos ellos en su contra? Recuerden que hay una trinidad divina de su lado. Continúen luchando, aunque como la ‘Valiente por la Verdad,’ su sangre ruede de su mano y fije su espada a su brazo. ¡Continúen luchando!, pues de su lado están las legiones del cielo; Dios mismo está con ustedes; Jehová—nisi es el estandarte suyo y Jehová—rafa es el sanador de sus heridas. Ustedes han de triunfar, pues, ¿quién podría vencer a la Omnipotencia, o pisotear a la Divinidad bajo su pie?

De esta manera me he esforzado por describir el conflicto, pero entiéndanme que no puede ser descrito. Debemos decir, como lo hace Dart en su himno cuando, después de cantar las emociones de su alma, declara—

***“Pero, hermanos, ustedes pueden adivinarlo con seguridad,
Pues han sentido, tal vez, lo mismo.”***

Si pudieran ver una llanura en la que se libra una batalla, verían cómo es arrancada la tierra por las ruedas del cañón, por los cascos de los caballos y por las pisadas de los hombres. Cuánta desolación puede verse allí donde crecieron los dorados granos de la cosecha. Cómo está remojada la tierra con la sangre de los muertos. Cuán aterrador es el resultado de esta terrible lucha. Pero si pudieran ver el corazón del creyente después de una batalla espiritual, descubrirían que es justamente la contraparte del campo de batalla, tan cortado como el terreno del campo de batalla después del más horrendo conflicto que los hombres o los de-

monios hayan librado jamás. Pues piensen: nuestro combate es del hombre contra sí mismo; es peor todavía, pues se trata del hombre contra el mundo entero; no, es peor que éso, pues se trata del hombre contra el infierno; Dios con el hombre contra el hombre, el mundo y el infierno. ¡Qué lucha es ésa! Valdría la pena que un ángel viniera desde los más remotos campos del éter para que pudiera contemplar un conflicto así.

III. Nos toca considerar ahora al AGOTADO COMBATIENTE. Alza su voz y clama llorando: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” Es el grito de un guerrero jadeante. Ha combatido durante tanto tiempo que ha perdido el aliento, y lo aspira con profundidad. Toma aliento por medio de la oración. “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” No renunciará al conflicto. Sabe que no puede hacerlo y no se atreve a hacerlo. Ese pensamiento no pasa por su mente, pero el conflicto es tan intenso y la batalla es tan furiosa, que casi está derrotado; se sienta para refrescarse y exhala su alma en suspiros; como el jadeante ciervo que brama por las corrientes de las aguas, dice: “¡Miserable de mí!” No, es peor que eso. Es el grito de uno que está desfallecido. Ha gastado todas sus fuerzas en la lucha y se desploma sobre los brazos de su Redentor y musita entre lánguidos jadeos: “¡Miserable de mí!” Sus fuerzas le han abandonado; ha sido duramente golpeado en la batalla; siente que sin la ayuda de Dios estaría derrotado tan completamente, que comienza su propio lamento de derrota: “¡Miserable de mí!” Y luego hace esta pregunta: “¿Quién me librará?” Y por allí se escucha una voz proveniente de Ley: “Yo no puedo y no quiero librarte.” Llega otra voz proveniente de Conciencia: “Yo puedo hacer que veas la batalla, pero no puedo ayudarte en ella.” “¡Ah!, nadie puede librarte; yo te voy a destruir; caerás por manos de tu enemigo; la casa de David será destruida y Saúl vivirá y reinará para siempre.” Y el pobre soldado desfallecido grita de nuevo: “¿Quién me librará?” Pareciera un caso irremediable, y yo creo que algunas veces el verdadero cristiano podría considerarse entregado irremediablemente al poder del pecado.

La desgracia de Pablo, yo creo, radica en dos cosas que bastan para hacer desgraciado a cualquier hombre. Pablo *creía* en la doctrina de la responsabilidad humana y, sin embargo, *sentía* la doctrina de la incapacidad humana. Hay gente que dice algunas veces: “Dile al pecador que no puede creer ni arrepentirse sin la ayuda del Espíritu Santo, y, no obstante, dile que es su deber creer y arrepentirse. ¿Cómo pueden ser reconciliadas ambas cosas? Nosotros respondemos que no buscan ninguna reconciliación; son dos verdades de la Santa Escritura, y las dejamos para que solas se reconcilien; son amigas, y los amigos no necesitan ninguna reconciliación.

Pero lo que parece una dificultad en términos de doctrina, resulta ser claro como la luz del día en términos de la experiencia. Yo sé que mi deber es ser perfecto, pero estoy consciente de que no puedo serlo. Yo sé que cada vez que cometo pecado soy culpable y, sin embargo, estoy muy seguro que he de pecar, pues tengo tal naturaleza que no puedo evitarlo. Yo siento que soy incapaz de deshacerme de este cuerpo de pecado y de muerte y, sin embargo, yo sé que debo deshacerme de él.

Estas dos cosas bastan para hacer miserable a cualquier persona: saber que es responsable por su naturaleza pecaminosa y, sin embargo, saber que no puede deshacerse de ella; saber que es su obligación guardar perfectamente la ley de Dios y caminar irreprochablemente en los mandamientos de la ley y, sin embargo, saber por la triste experiencia que es incapaz de hacerlo, así como sería incapaz de revertir el movimiento del globo, o desplazar al sol del centro de los astros.

Ahora, ¿ambas cosas no conducirían a cualquiera a la desesperación? La forma en la que algunas personas evitan el dilema es por medio de la negación de una de estas verdades. Afirman: "Bien, es cierto que soy incapaz de dejar de pecar"; y entonces niegan su obligación de hacerlo; no claman: "¡Miserable de mí!" Viven como quieren y dicen que no pueden evitarlo.

Por otro lado, hay algunas personas que saben que son responsables, pero entonces dicen: "Sí, pero yo puedo desechar mi pecado," y esas personas son tolerablemente felices. Tanto el arminiano como el hipercalvinista siguen adelante confortablemente; pero el hombre que cree en estas dos doctrinas, según son enseñadas en la Palabra de Dios, que cree que es responsable por el pecado y a la vez que es incapaz de deshacerse de él, no me sorprende que cuando mira dentro de él encuentre bastante material para hacerle suspirar y llorar hasta el punto del desmayo y de la desesperación: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?"

Y ahora alguien dice: "Ah, no quisiera ser un cristiano si ésa es la senda en que desfallece, si siempre ha de estar peleando consigo mismo, incluso hasta el punto de desesperar de la victoria." Detengámonos un momento. Tenemos que completar el cuadro. Este hombre está desfalleciente, pero pronto será restaurado. No piensen que está irremediablemente derrotado; cae para levantarse; desfallece pero para ser revivido nuevamente.

Conozco una magia que puede despertar sus esperanzas dormidas, y provocar un estremecimiento a lo largo de la corriente congelada de su sangre. Hagamos resonar la promesa a sus oídos, y veremos cuán pronto revive. Acerquemos a sus labios el cordial; veamos cómo reacciona y desempeña nuevamente el papel de hombre. "Casi he sido derrotado"—dice—"casi he sido conducido a la desesperación. Oh, enemigo mío, no te

regocijes por mí; aunque caiga, me levantaré de nuevo.” Y arremete contra él una vez más, gritando: “Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor.” Y así sigue adelante de nuevo, siendo más que un vencedor, por medio de Aquel que le amó.

IV. Esto me lleva al cuarto punto que consiste en que **EL CRISTIANO VENCERÁ AL FINAL**. ¿Creen que hemos de ser para siempre los burros de carga y los esclavos del pecado? ¿He de ser para siempre el galeote de mi propia naturaleza, esforzándome arduamente por la libertad sin poder escapar nunca? ¿He de tener siempre este cadáver encadenado a mi espalda y he de oler las pestíferas exhalaciones de su pútrido cuerpo? No, no, no, eso que está dentro de mi corazón es como un águila enjaulada y yo sé que esas barras que me confinan se romperán pronto; la puerta de mi jaula será abierta, y yo ascenderé con mis ojos puestos en el sol de gloria, remontándome a lo alto, fiel a la senda, sin desviarme ni a la mano derecha ni a la izquierda, volando hasta alcanzar mi nido en las semipiternas rocas del amor eterno de Dios.

No, nosotros, lo que amamos al Señor, no hemos de morir para siempre en Mesec. El polvo podría ensuciar nuestras ropas, la mugre podría cubrir nuestra frente y nuestro vestido podría estar harapiento, pero no estaremos así para siempre. Viene el día cuando nos levantaremos y nos sacudiremos el polvo, y nos pondremos nuestras hermosas ropas. Es verdad que somos ahora como Israel en Canaán. La tierra de Canaán está llena de enemigos, pero los cananeos serán arrojados y tendrán que ser echados fuera. Amalec será eliminado; Agag será cortado en pedazos; nuestros enemigos serán dispersados, cada uno de ellos, y la tierra entera, desde Dan hasta Beerseba, será del Señor.

¡Cristianos, regocijense! Pronto serán perfectos, pronto serán librados de pecado, pronto estarán totalmente libres de él, sin ninguna mala inclinación, sin ningún deseo perverso. Pronto serán tan puros como los ángeles en luz; no, más que éso, tendrán los vestidos de su Maestro puestos sobre ustedes, serán “santos como el Santo.” ¿Pueden imaginar eso? ¿Acaso el hecho de que han de ser perfectos no es la propia suma del cielo, el embeleso de la bienaventuranza y el soneto de las cumbres de los montes de gloria? Ninguna tentación puede alcanzarte proveniente del ojo, o del oído o de la mano; si la tentación pudiera alcanzarte tampoco serías dañado por ella, pues no habrá nada en ti que pudiera apuntalarla. Sería como cuando una chispa cae en el océano: tu santidad la apagaría en un instante. Sí, lavados en la sangre de Jesús, bautizados de nuevo con el Espíritu Santo, pronto han de caminar en las calles de oro, vestidos de blanco y con un corazón blanco, y perfectos como su Hacedor, estarán ante Su trono y cantarán Sus alabanzas por toda la eternidad.

¡Ahora, soldados de Cristo, a las armas de nuevo! Una vez más, apresúrense a la batalla, sabiendo que no pueden ser derrotados, sabiendo que han de vencer. Aunque languidezcan un poco, cobren ánimo, pues vencerán por medio de la sangre del Cordero.

Y ahora, desviándonos por un minuto, voy a concluir haciendo una o dos observaciones para muchos de los presentes. Hay algunas personas aquí que dicen: "yo no nunca me siento turbado de esa manera." Entonces, lo siento por ti. Les diré la razón de su falsa paz. No poseen la gracia de Dios en sus corazones. Si la tuvieran, seguramente descubrirían este conflicto en su interior. No desprecien al cristiano por estar en el conflicto; despréciense a ustedes mismos por estar fuera de él. La razón por la cual el diablo los deja tranquilos es porque sabe que ustedes le pertenecen. No necesita preocuparlos ahora; tendrá el tiempo suficiente para darles su paga al final. Él asedia al cristiano porque tiene miedo de perderlo; piensa que si no lo molesta aquí, nunca tendrá la oportunidad de hacerlo en la eternidad; así que lo morderá, y le ladrará mientras pueda hacerlo. Esa es la razón por la cual el cristiano es vejado más que tú.

En cuanto a ti, es posible que estés sin ningún dolor, pues los muertos no sienten los golpes. Podrías muy bien no tener ningún remordimiento de conciencia, pues es muy improbable que los hombres corruptos sientan las heridas, aunque les asestes puñaladas desde la cabeza hasta los pies. Su condición me da lástima, pues el gusano que no muere se está preparando para alimentarse de ustedes; el eterno buitre del remordimiento remojará pronto su hórrido pico en la sangre de sus almas. Tiemblen, pues los fuegos del infierno están hirviendo y son inapagables, y el lugar de perdición es horrendo más allá del sueño de un loco. Oh, que pensaran en su fin último. El cristiano podría tener un mal presente, pero tendrá un glorioso futuro. Pero el futuro de ustedes es la oscuridad de las tinieblas para siempre. Imploro por el Dios vivo a ustedes, que no temen a Cristo, que consideren sus caminos. Ustedes y yo tenemos que rendir cuentas por el servicio de esta mañana. ¡Quedan advertidos, señores; quedan advertidos! Pongan mucha atención, para que no piensen que esta vida lo es todo. *Hay* un mundo venidero; está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y "después de esto el juicio." Si no temen al Señor, habrá después del juicio, ira eterna y sempiterna miseria.

Y ahora, una palabra para quienes están buscando a Cristo. "¡Ah!"—dirá alguien—"amigo, he buscado a Cristo, pero me siento peor de lo que fui jamás en mi vida. Antes de tener cualquier pensamiento acerca de Cristo, me sentía bueno, pero ahora me siento malo." Está muy bien, amigo mío; me alegra oírte decir eso. Cuando los cirujanos curan la herida de un paciente, siempre se cuidan de extirpar la carnosidad, pues la curación no podría ser radical nunca si permaneciera la carnosidad. El

Señor te está quitando la confianza en ti mismo y la justicia propia. Él está revelando, precisamente ahora, el cáncer letal que está haciendo estragos dentro de ti. Vas en el sendero seguro a recuperar tu salud, si fueras en camino de ser herido. Dios hiere antes de sanar; Él da muerte al hombre en su propia estima antes de revivirlo. “Ah”—exclama alguien—“pero, ¿puedo yo esperar que seré librado alguna vez?” Sí, hermano mío, si miras a Cristo ahora. No me importan cuán graves sean tu pecado o tu desesperación de corazón; basta con que vuelvas tus ojos hacia Él, que sangró sobre el madero, y no solamente hay esperanza para ti, sino que hay una certeza de salvación.

Yo mismo, mientras meditaba sobre este tema, sentía el horror de una gran oscuridad que le sobrevino a mi espíritu, cuando pensaba en qué peligro me encontraba de ser derrotado, y no podía ver un rayo de luz en mi agobiado espíritu, hasta que volví mi mirada y vi a mi Señor clavado del madero. Vi la sangre que fluía todavía; la fe se asió del sacrificio y me dije: “Esta cruz es el instrumento de la victoria de Jesús, y será también el instrumento de la mía.” Miré a Su sangre; recordé que yo era victorioso en esa sangre, y me levanté de mis meditaciones, humillado, pero regocijándome; abatido, pero sin estar sumido en la desesperación; expectante de la victoria.

Haz lo mismo. “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”; cree éso. Tú eres un pecador despierto, consciente y penitente; por tanto, Él vino para salvarte. Cree en Su palabra; confía en Él. No hagas nada para tu salvación por ti mismo, antes bien confía en que Él lo hará. Arrójate simple y únicamente en Él y, como esta Biblia es veraz, no encontrarás que la promesa te falle: “el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.”

¡Que Dios les ayude dándoles esta nueva vida interior! Que los ayude a mirar a Jesús, y aunque el conflicto sea prolongado y duro, la victoria será dulce.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #235—Volume 5
THE FAINTING WARRIOR

La Necesidad de la Obra del Espíritu

NO. 251

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 8 DE MAYO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.**

**“Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu.”
Ezequiel 36:27.**

Una característica notable de los milagros de Cristo es que ninguno de ellos es innecesario. Los presuntos milagros de Mahoma y los de la iglesia de Roma, aun si se considerasen milagros, son un muestrario de hechos extravagantes. Supongan que San Dionisio hubiese caminado con su cabeza sostenida en sus manos después de haber sido decapitado; ¿qué propósito práctico se habría logrado con esa acción? Para efectos de conferir algún bien práctico a la humanidad, muy bien se hubiera podido quedar en su tumba. Los milagros de Cristo, en cambio, nunca fueron innecesarios. No constituyen unos caprichos del poder, y si bien es cierto que son manifestaciones de poderío, todos cumplían un propósito práctico.

Lo mismo puede decirse respecto a las promesas de Dios. No tenemos ni una sola promesa en la Escritura que pudiera ser considerada como un mero capricho de la gracia. Así como cada milagro fue necesario, absolutamente necesario, igualmente necesaria ha sido cada promesa contenida en la Palabra de Dios. Por eso yo puedo extraer un argumento del texto que tenemos ante nosotros—y yo pienso que puedo hacerlo de manera muy concluyente—in el sentido de que si Dios prometió en el pacto realizado con los miembros de Su pueblo poner Su Espíritu dentro de ellos, esa promesa tuvo que ser absolutamente necesaria. También tiene que ser absolutamente necesario para nuestra salvación que cada uno de nosotros reciba el Espíritu de Dios. Este será el tema del sermón de esta mañana. Yo espero que resulte muy interesante para quienes anhelan con ansia conocer el camino de la salvación.

Comenzamos, entonces, estableciendo esta proposición: la obra del Espíritu Santo es absolutamente necesaria para nosotros, si es que queremos ser salvos.

I. En el proceso de demostrar esto, antes que nada quisiera comentar que esta proposición es muy evidente cuando *recordamos lo que el hombre es por naturaleza*. Algunos dicen que el hombre puede alcanzar la salvación por sí solo; dicen que si oye la Palabra, está en su poder recibirla, creerla y hacer que se opere en él un cambio salvador. A esto repliquamos que ustedes desconocen lo que el hombre es por naturaleza, pues de otra manera nunca aventurarían una aseveración semejante. La Santa Escritura nos informa que el hombre está *muerto* en delitos y pecados por naturaleza. No dice que está enfermo, que está desfallecido, que se ha encallecido y endurecido y que su conciencia está cauterizada, sino que afirma que está categóricamente muerto. Cualquiera que sea el sig-

nificado de la palabra “muerte” con relación al cuerpo, tiene ese mismo significado con respecto al alma del hombre desde la perspectiva de su relación con las cosas espirituales. Cuando el cuerpo está muerto, carece de todo poder y es incapaz de hacer algo por sí mismo. Entonces, cuando el alma del hombre está muerta en un sentido espiritual, si la figura tiene alguna validez, tiene que ser plena y completamente impotente e incapaz de hacer algo por sí misma o para sí misma. Cuando vean que los muertos se levanten por sí solos de sus tumbas, cuando vean que se quiten el sudario que los cubre y que abran las tapas de sus propios féretros y caminen por nuestras calles vivos y animados, todo ello como resultado de su propio poder, entonces tal vez puedan creer que las almas que están muertas en el pecado pueden volverse a Dios, pueden recrear su propia naturaleza, y por sí solas pueden hacerse herederas del cielo aunque antes fueran hijas de ira. Pero observen que sólo pueden hacerlo *hasta entonces*.

El trasfondo del Evangelio es que el hombre está muerto en el pecado y que la vida divina es un don de Dios, y tendrías que ir en contra de todo este trasfondo antes de poder suponer que el hombre puede conocer y amar a Cristo prescindiendo de la obra del Espíritu Santo. El Espíritu encuentra a los hombres tan desprovistos de vida espiritual como lo estaban los huesos secos de Ezequiel. Él une los huesos y arma el esqueleto y luego viene de los cuatro vientos y sopla sobre los muertos, y ellos viven y se ponen de pie; conforman un ejército grande en extremo, y adoran a Dios. Pero aparte de eso, aparte de la influencia vivificadora del Espíritu de Dios, las almas de los hombres yacen en el valle de los huesos secos y están muertas y muertas por toda la eternidad.

Pero la Escritura no sólo nos dice que el hombre está muerto en el pecado; nos dice algo peor que eso, es a saber, que él es plena y categóricamente reacio a todo lo que sea bueno y recto. “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rom 8:7). Revisen toda la Escritura y continuamente encontrarán que la voluntad del hombre es descrita como contrapuesta a las cosas de Dios. ¿Qué dijo Cristo en aquel texto tan citado por los arminianos para refutar la propia doctrina que claramente enuncia? ¿Qué les dijo Cristo a quienes imaginaban que los hombres se acercarían sin necesidad de que se ejerciera la influencia divina? Les dijo, primero: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”; pero después dijo algo todavía más contundente: “No queréis venir a mí para que tengáis vida.” Nadie *quiere* venir. Ahí radica el mal mortal; no sólo afirma que el hombre es impotente para hacer lo bueno, sino que es lo suficientemente fuerte para hacer lo malo y que su voluntad está irremisiblemente contrapuesta a todo lo bueno. Anda, arminiano, dile a tus oyentes que vendrán si así lo quieren, pero has de saber que tu Redentor te mira a la cara y te dice que estás diciendo una mentira. Los hombres *no quieren* venir. Nunca vendrán por sí solos. No puedes inducirlos a venir; tampoco puedes forzarlos a venir con todos tus truenos ni puedes seducirlos a venir con todas tus invitaciones. Ellos *no quieren* venir a

Cristo para que tengan vida. Si el Espíritu no los atrae no quieren venir, ni pueden venir.

Entonces, partiendo del hecho de que la naturaleza del hombre es hostil al Espíritu divino, que odia la gracia, que desprecia la manera en que la gracia le es otorgada porque inclinarse para recibir la salvación gracias a los actos de otro es algo que va en contra de su propia naturaleza alta, por todo eso es necesario que el Espíritu de Dios obre para cambiar la voluntad, para corregir la inclinación del corazón, para poner al hombre en el sendero correcto y darle las fuerzas necesarias para que corra en él. ¡Oh, si analizas al hombre y lo entiendes, no puedes evitar reconocer la necesidad de la obra del Espíritu Santo! Un gran escritor ha comentado muy acertadamente que nunca conoció a ningún hombre que sostuviera algún gran error teológico, que no sostuviera conjuntamente alguna doctrina que minimizara la depravación del hombre. El arminiano acepta que es cierto que el hombre se encuentra en una condición caída, pero sostiene que todavía le queda algún poder a su voluntad y que esa voluntad es libre; que el hombre puede levantarse por sí solo. Minimiza el carácter desesperado de la caída del hombre. Por otro lado, el antinomiano dice que el hombre no puede hacer nada, que no es responsable en absoluto y que no está obligado a hacer nada ya que no es su deber creer ni tampoco es su deber arrepentirse. También reduce la pecaminosidad del hombre y no tiene una visión correcta de la caída. Pero una vez que se adopta el punto de vista correcto, es a saber, que el hombre está completamente caído, que es impotente, que es culpable, que está manchado y que está perdido y condenado, entonces se tendrá una sana doctrina en todos los puntos del grandioso Evangelio de Jesucristo. Tan pronto crees que el hombre es lo que la Escritura afirma que es, tan pronto crees que su corazón es depravado, que sus afectos son pervertidos, que su entendimiento está ensombrecido y que su voluntad es perversa—entonces tú tienes que sostener que si un desgraciado así descrito puede ser salvado—tiene que ser por la obra del Espíritu de Dios, y del Espíritu de Dios únicamente.

II. Tengo otra prueba a la mano. La salvación tiene que ser una obra del Espíritu en nosotros, porque *los medios usados en la salvación son de por sí inadecuados para el cumplimiento de la obra*. ¿Y cuáles son los medios de la salvación? Bien, ante todo y de manera primordial figura la predicación de la Palabra de Dios. Un mayor número de hombres es llevado a Cristo por la predicación que por cualquier otro medio, pues es el primero y el primordial instrumento de Dios. Es la espada del Espíritu, viva y eficaz, que penetra hasta partir las coyunturas y los tuétanos. “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación.” Pero, ¿qué hay en la predicación que salve a las almas? Podría dar la impresión de ser el instrumento de la salvación de las almas. Yo podría señalarles diversas iglesias y capillas a las que ustedes pudieran entrar y decir: “Aquí hay un ministro en verdad instruido, un hombre que enseña e ilumina el intelecto”; ustedes se sientan y dicen: “Bien, si Dios tiene la intención de realizar una gran obra, Él va a usar a un hombre instruido como éste.” Pero, ¿conocen ustedes a algunos hombres instruidos que

han llegado a ser instrumentos para llevar a las almas a Cristo en alguna gran medida? Hagan un recorrido por sus iglesias, si quieren, y mírenlas, y luego respondan esa pregunta. ¿Conocen a algunos grandes hombres—varones grandes en conocimiento y en sabiduría—que se hayan convertido en padres espirituales en nuestro Israel? ¿No es un hecho que salta a la vista que nuestros predicadores de moda, que nuestros elocuentes predicadores, que nuestros instruidos predicadores son justamente los varones más inútiles de la creación para ganar almas para Cristo? ¿Y dónde es que nacen las almas para Dios? Pues bien, nacen en la casa contra la cual la mofa y la burla y el escarnio del mundo apuntan sus baterías. Los pecadores son convertidos por medio del varón cuya elocuencia es tosca y burda, del varón que no tiene nada que lo haga interesante ante sus semejantes, que tiene que caer diariamente de rodillas y confesar su propia insensatez, y que cuando el mundo habla muy mal de él, siente que merece todo eso, puesto que él es sólo un vaso de barro en el que Dios se agrada en poner Su tesoro celestial. Me atreveré a decir que en cada etapa de la historia del mundo el ministerio más despreciado ha sido el más útil; y yo podría mostrarles en este día a unos pobres predicadores metodistas primitivos que a duras penas pueden hablar un correcto inglés, que han sido padres de más almas y que han llevado a Cristo a más personas que cualquier obispo en funciones. Vamos, al Señor le ha complacido siempre revestir de poder al débil y al insensato, pero no cubre de poder a quienes, si se obrase algún bien, podrían atribuir la excelencia del poder a su aprendizaje, a su elocuencia o a su posición. Así como era el deber del apóstol Pablo, así también es el deber de cada ministro gloriarse en sus debilidades. El mundo dice: “¡Bah, tu oratoria es inaceptable! Es áspera, ruda y excéntrica.” Sí, lo es, pero nos complace puesto que Dios la bendice. Entonces es mucho mejor que contenga debilidades, pues así se verá claramente que no es del hombre ni por el hombre, sino que es la obra de Dios y únicamente de Dios. Érase una vez—nos cuentan—un hombre sumamente curioso que deseaba ver la espada con la que un héroe notable había peleado algunas memorables batallas; echando una mirada a la hoja, le dijo: “Bien, yo no veo gran cosa en esta espada.” “No”—dijo el héroe—“pero no has examinado el brazo que la blande.” Y así también, cuando los hombres asisten para oír a algún ministro exitoso, son propensos a decir: “yo no veo nada en él.” No, pero no han examinado el brazo eterno que recoge la cosecha con esta espada del Espíritu. Si hubiesen visto la quijada del asno en la mano de Sansón, habrían dicho: “¡Cómo! ¿Montones sobre montones con esto?” ¡No; desenvaina alguna hoja pulida; saca el acero de Damasco! No, pero Dios quiere recibir toda la gloria y, por tanto, no es con el acero pulido sino con la quijada de Sansón que se ha de obtener la victoria. Lo mismo sucede con los ministros. Dios ha bendecido a los más débiles para hacer el mayor bien. Bien, entonces, ¿no se deduce de esto que tiene que ser la obra del Espíritu? Porque si no hay nada en el instrumento que pueda conducir a hacerla, ¿no es acaso la obra del Espíritu la que hace que se cumpla la obra? Déjenme simplemente mencionar esta lista: bajo el ministerio de la predicación las almas muertas son revividas, los

pecadores son conducidos al arrepentimiento, los más viles pecadores son convertidos en santos y algunos hombres que venían resueltos a no creer se vieron forzados a creer. Ahora bien, ¿quién realiza todo eso? Si dices que se debe al ministerio, entonces yo me despido de tu sano juicio, porque no hay nada en un ministerio exitoso que tienda a hacerlo. Tiene que ser el Espíritu que obra en el hombre a través del ministerio, pues de lo contrario tales obras no serían realizadas nunca. Si no fuera por la agencia del Espíritu sería tan vano esperar salvar a las almas por medio de la predicación como esperar levantar a los muertos susurrándoles cosas al oído. Ustedes saben que Melancton se dedicó a predicar sin el Espíritu del Señor, y él creía que podía convertir a toda la gente; pero finalmente descubrió que el viejo Adán era demasiado fuerte para el joven Melancton, y tuvo que hacer un alto y solicitar la ayuda del Espíritu Santo pues de la manera que lo hacía nunca vería a un alma convertida. Yo digo que ya que no hay nada en el ministerio de por sí, el hecho de que sea bendecido demuestra que la salvación tiene que ser una obra de un poder superior.

Sin embargo, otros instrumentos son también utilizados para bendecir a las almas de los hombres. Por ejemplo, están las dos ordenanzas del Bautismo y de la Cena del Señor. Ambas ordenanzas son constituidas en ricos instrumentos de la gracia. Pero permítanme preguntarles: ¿acaso hay algo en el bautismo que tenga la posibilidad de bendecir a alguien? ¿Acaso la inmersión en el agua puede tener la más leve tendencia a ser bendecida para el alma? Y luego con relación a comer el pan y a beber el vino en la Cena del Señor, ¿puede cualquier hombre racional concebir de alguna manera que haya algo en el simple trozo de pan que comemos y en el vino que bebemos? Y, sin embargo, sin duda la gracia de Dios acompaña eficazmente a ambas ordenanzas para la confirmación de la fe de quienes las reciben y aun para la conversión de quienes asisten a la ceremonia. Tiene que haber algo, entonces, más allá de la ceremonia externa; de hecho, el Espíritu de Dios tiene que dar testimonio por medio del agua, tiene que dar testimonio por medio del vino y dar testimonio por medio del pan, pues de lo contrario ninguna de estas cosas podría servir de instrumento de la gracia para nuestras almas. No podrían edificarnos ni podrían ayudarnos a tener comunión con Cristo; no podrían tender a generar la convicción en los pecadores ni a establecer a los santos. Entonces, con base en estos hechos, concluimos que tiene que haber una influencia superior, invisible y misteriosa: la influencia del divino Espíritu de Dios.

III. En tercer lugar, permítanme recordarles de nuevo que puede verse claramente la absoluta necesidad de la obra del Espíritu Santo en el corazón partiendo de este hecho: que *todo lo que ha sido hecho por Dios el Padre, y todo lo que ha sido hecho por Dios el Hijo es ineficaz para nosotros, a menos que el Espíritu les revele estas cosas a nuestras almas*. En primer lugar, nosotros creemos que Dios el Padre elige a Su pueblo. Él lo eligió para Sí desde antes de todos los mundos. Pero permítanme preguntarles: ¿qué efecto puede tener en alguien la doctrina de la elección mientras el Espíritu de Dios no entre en El? ¿Cómo sé que Dios me eligió

desde antes de la fundación del mundo? ¿Cómo se pudiera saber eso? ¿Puedo subir al cielo y leerlo en el rollo? ¿Es posible que me abra paso a través de las densas nieblas que ocultan la eternidad y que abra los siete sellos del libro y lea que mi nombre se encuentra registrado allí? ¡Ah, no! La elección es una letra muerta tanto en mi conciencia como en el efecto que pudiera producir en mí, mientras el Espíritu de Dios no me llame de las tinieblas a Su luz admirable. Y luego, gracias a mi llamado, veo mi elección, y sabiéndome llamado por Dios, sé que he sido elegido por Dios desde antes de la fundación del mundo. La doctrina de la elección es algo muy precioso para un hijo de Dios. Pero ¿qué la hace valiosa? Nada, excepto la influencia del Espíritu. Mientras el Espíritu no abra los ojos para leerla, mientras el Espíritu no divulgue el secreto místico, ningún corazón puede conocer su elección. Ningún ángel reveló jamás a hombre alguno que era elegido de Dios. Quien lo hace es el Espíritu. Él, mediante Sus operaciones divinas, da un infalible testimonio a nuestros espíritus de que somos nacidos de Dios y entonces somos capacitados para “leer nuestra título de propiedad sin gravamen en las mansiones en los cielos.”

Además, miren el pacto de gracia. Sabemos que Dios el Padre hizo un pacto con el Señor Jesucristo desde antes de todos los mundos, y que en ese pacto le fueron dadas y le fueron garantizadas a Él las personas de todo Su pueblo; ¿pero de qué nos serviría el pacto o cuál sería su utilidad para nosotros si el Espíritu Santo no nos entregara las bendiciones del pacto? El pacto es, por decirlo así, un árbol alto cargado de frutos; si el Espíritu no sacudiera ese árbol e hiciera que el fruto caiga para que lleve hasta el nivel donde nos encontramos, ¿cómo podríamos alcanzarlo? Traigan aquí a cualquier pecador y díganle que existe un pacto de gracia, y ¿qué se ganaría con ello? “Ah”—dice—“yo no podría ser incluido en él; mi nombre no puede ser registrado allí; no puedo ser elegido en Cristo”; pero basta que el Espíritu de Dios more en su corazón ricamente por medio de la fe y del amor que es en Cristo Jesús, y ese hombre ve el pacto, ordenado en todas las cosas y que será cumplido y clama con David: “Es toda mi salvación y mi deseo.”

Consideren, igualmente, la redención de Cristo. Sabemos que Cristo estuvo en la condición, en la posición y en sustitución de todo Su pueblo, y que todos aquellos que entrarán en el cielo comparecerán allá por un acto de justicia así como de gracia, en vista de que Cristo fue castigado en su lugar y en su posición, y que habría sido injusto que Dios los castigara, en vista de que Dios ya había castigado a Cristo en vez de ellos. Creemos que ya que Cristo pagó todas sus deudas, ellos tienen el derecho a su libertad en Cristo; que como Cristo los ha recubierto con Su justicia, tienen tanto derecho a la vida eterna como si ellos mismos hubieran sido perfectamente santos. Pero, ¿de qué me sirve eso mientras el Espíritu no tome de las cosas de Cristo y me las muestre? ¿Qué es la sangre de Cristo para cualquiera de ustedes mientras no hubiere recibido el Espíritu de gracia? Ustedes han oído predicar al ministro acerca de la sangre de Cristo mil veces, pero han seguido de largo. No significó nada para ustedes que Jesús muriera. Ustedes saben que Él expió por

unos pecados que no eran Suyos, pero sólo lo consideraron como un cuento, y, tal vez, hasta como un cuento ocioso. Pero cuando el Espíritu de Dios los condujo a la cruz, y les abrió los ojos, y los habilitó para ver a Cristo crucificado, ah, entonces la sangre tuvo ciertamente un significado. Cuando Su mano sumergió el hisopo en la sangre, y cuando aplicó esa sangre al espíritu de ustedes, entonces hubo un gozo y una paz en la fe, que no conocieron nunca antes. Pero, ah, mi querido oyente, que Cristo haya muerto no significa nada para ti a menos que tengas un Espíritu viviente en tu interior. Cristo no te proporciona ningún beneficio salvador, personal y duradero, a menos que el Espíritu de Dios te hubiere bautizado en la fuente repleta con Su sangre, y te hubiere limpiado en ella de la cabeza a los pies.

Dentro de las múltiples bendiciones del pacto sólo menciono unas cuantas, simplemente para mostrarles que ninguna de ellas es de alguna utilidad a menos que el Espíritu Santo nos las proporcione. Las bendiciones cuelgan de un clavo, del clavo Cristo Jesús; pero nosotros somos de baja estatura y no podemos alcanzarlas. El Espíritu de Dios las pone abajo y nos las entrega, y helas allí; son nuestras. Es como el maná en los cielos que está lejos del alcance de los mortales; pero el Espíritu de Dios abre las ventanas del cielo, hace descender el pan, lo coloca en nuestros labios y nos capacita para comerlo. La sangre y la justicia de Cristo son como un vino almacenado en una tinaja que está fuera de nuestro alcance. El Espíritu Santo sumerge nuestro vaso en este precioso vino, y entonces bebemos; pero sin el Espíritu habremos de morir y de perecer de todas maneras, aunque el Padre elija y el Hijo redima, pues sería como si el Padre no nos hubiera elegido nunca y como si el Hijo no nos hubiera comprado nunca con Su sangre. El Espíritu es absolutamente necesario. Sin Él ni las obras del Padre ni las del Hijo son de alguna utilidad para nosotros.

IV. Esto nos conduce a otro punto. *La experiencia del verdadero cristiano es una realidad; pero nunca puede ser conocida ni sentida sin el Espíritu de Dios.* Pues, ¿qué es la experiencia del cristiano? Permítanme darles sólo un breve resumen de algunas de sus escenas. Una persona vino a este salón esta mañana: se trata de uno de los hombres de mayor reputación en Londres. Nunca se ha entregado a ningún tipo de vicio externo; no ha sido nunca deshonesto; es conocido más bien como un comerciante recto y leal. Ahora, para su sorpresa, se le informa que es un pecador perdido y condenado, y tan perdido en verdad como el ladrón que murió en la cruz por sus crímenes. ¿Ustedes opinan que ese hombre lo creería? Con todo, supongan que lo creyera simplemente porque lo leyó en la Biblia. ¿Piensan que ese hombre será llevado a sentirlo? Yo sé que ustedes dicen: “¡Imposible!” Algunos de ustedes, incluso ahora, tal vez se estén diciendo: “Bien, ¡yo nunca lo creería!” ¿Pueden imaginar a ese honorable y recto comerciante musitando: “Dios, sé propicio a mí, pecador”?, estando junto a la ramera y al blasfemo y sintiendo en su propio corazón como si hubiese sido tan culpable como ellos, y usando precisamente la misma oración, dice: “¡Señor, sálvame, que perezco!” Ustedes no pueden concebirlo, ¿no es cierto? Va en contra de la naturaleza

que un hombre que ha sido tan bueno como él, se rebaje al nivel del peor pecador. Ah, pero eso tendrá que hacerse antes de poder ser salvo; tiene que sentir eso antes de poder entrar al cielo. Ahora, yo pregunto, ¿quién puede reducirlo a una experiencia tan arrasadora como esa sino el Espíritu de Dios? Yo sé muy bien que la naturaleza arrogante no se doblega a hacer eso. Todos nosotros somos aristócratas en nuestra propia justicia; no nos gusta doblarnos hacia el suelo ni ser contados entre los pecadores comunes. Si somos conducidos allá, tiene que ser el Espíritu de Dios el que nos derribe. Vamos, yo sé que si alguien me hubiera dicho que tenía que clamar a Dios pidiéndole misericordia, y que tenía que confesar que había sido el más vil de los viles, yo me habría reído en su cara; yo le habría dicho: "Cómo, yo no he hecho nada particularmente malo; yo no le he hecho daño a nadie." Y sin embargo, yo sé que en este preciso día puedo tomar mi lugar en la más baja posición, y cuando entre en el cielo me sentiré feliz al sentarme entre los peores pecadores para alabar al poderoso amor que me ha salvado de mis pecados. Ahora, ¿qué produce esta humillación del corazón? La gracia. Va en contra de la naturaleza que un hombre honesto e íntegro a los ojos del mundo se sienta un pecador perdido. Tiene que ser el resultado de la obra del Espíritu Santo pues de lo contrario nunca se haría.

Bien, después que un hombre ha sido traído aquí, ¿puedes concebir que ese hombre sienta por fin un remordimiento de conciencia y que sea conducido a creer que su vida pasada merece la ira de Dios? Su primer pensamiento sería: "Bueno, ahora, voy a vivir mejor de lo que he vivido jamás." Diría: "Ahora voy a intentar hacer el papel de un ermitaño y voy a provocarme tormentos por aquí y por allá y voy a negarme a mí mismo y voy a hacer penitencia; y de esa manera, dándole importancia a las ceremonias externas de la religión, aunado al desarrollo de un elevado carácter moral, sin duda he de borrar cualesquiera suciedades y manchas que hayan existido. ¿Pueden suponer que ese hombre sea conducido finalmente a sentir que, si llega alguna vez al cielo, tendría que llegar allá por medio de la justicia de alguien más? ¿Por medio de la justicia de otra persona?"—pregunta—"Yo no quiero ser recompensado por lo que otro individuo haga; no lo quiero. Voy a ir y voy a jugarme el todo por el todo; voy a llegar allá gracias a lo que yo mismo haga. Dime qué tengo que hacer y lo haré; me sentiré orgulloso de hacerlo, sin importar cuán humillante pudiera ser, para poder ganar por fin el amor y la estimación de Dios." Ahora, ¿puedes concebir que un hombre que piense así sea conducido a sentir que no puede hacer nada? Aunque se considere un hombre bueno, no puede hacer absolutamente nada que amerite el amor y el favor de Dios, y si va al cielo tiene que ir gracias a lo que Cristo hizo. De la misma manera que el borracho tiene que ir allá por medio de los méritos de Cristo, así este hombre moral ha de entrar en la vida sin poseer nada excepto la perfecta justicia de Cristo y por haber sido lavado en la sangre de Jesús. Decimos que esto es tan contrario a la naturaleza humana, que es tan diametralmente opuesto a todos los instintos de nuestra pobre humanidad caída, que nada sino el Espíritu de Dios puede llevar a un hombre a desnudarse de toda la justicia propia y de toda la

fortaleza de la criatura, y a verse forzado a descansar y a apoyarse sencilla y enteramente en Jesucristo el Salvador.

Esas dos experiencias bastarían para demostrar la necesidad de que el Espíritu Santo convierta a un hombre en un cristiano. Pero permítanme describir ahora a un cristiano tal como es después de su conversión. Si llega la aflicción, tormentas de aflicción, él mira a la tempestad a la cara y dice: "yo sé que todas las cosas obran para mi bien." Sus hijos fallecen, la compañera de su seno es llevada a la tumba; él dice: "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito." Su hacienda fracasa, su cosecha se malogra; las perspectivas de su negocio son turbias, todo parece perdido y él se ve reducido a la pobreza; dice: "Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya frutos, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová, y me gozaré en el Dios de mi salvación." A continuación lo ves acostado en su lecho de enfermedad, y sumido allí, dice: "Bueno me es haber sido humillado, pues antes que fuera humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra." Por fin lo ves acercándose al oscuro valle de la sombra de muerte, y lo oyes exclamar: "Sí, aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento." Ahora yo les pregunto: ¿qué es lo que hace que este hombre esté tan tranquilo en medio de todas estas diversas aflicciones y tribulaciones personales, sino el Espíritu de Dios? Oh, ustedes que dudan de la influencia del Espíritu, hagan algo similar sin Él, vayan y mueran como mueren los cristianos, y vivan como viven ellos, y si pueden mostrar la misma resignación tranquila, el mismo gozo apacible y la misma firme creencia en que las cosas adversas obrarán para bien a pesar de todo, entonces pudiéramos estar en libertad de renunciar al punto, pero no hasta entonces. La noble y sublime experiencia de un cristiano en tiempos de tribulación y de sufrimiento demuestra que tiene que existir una obra del Espíritu de Dios.

Pero miren también al cristiano en sus momentos de dicha. Él es un hombre rico. Dios le ha dado todo el deseo de su corazón en la tierra. Míralo. Dice: "yo no valoro estas cosas en absoluto, excepto en la medida que son un don de Dios; yo permanezco sin apegarme a ellas, y a pesar de esta casa y de este hogar y de todos estos consuelos, 'tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor.' Es cierto. Yo no necesito nada en la tierra, pero todavía siento que morir sería ganancia para mí, aunque tenga que dejar todo esto." No se aferra a la tierra; no la ase con una mano firme, sino que la considera como polvo, como una cosa que ha de pasar. Se solaza muy poco en ella, diciendo—

**"No tengo ninguna ciudad permanente aquí,
Busco una ciudad que no está a la vista."**

Observa a ese hombre; tiene suficiente espacio para los placeres de este mundo, pero bebe de una cisterna más elevada. Su placer proviene de cosas invisibles; sus momentos más felices son cuando deja fuera todas esas cosas buenas y viene a Dios como un pobre pecador culpable, y a través de Cristo entra en comunión con Él, y se remonta a una intimidad

de acceso y confianza y se acerca valerosamente al trono de la gracia celestial. Ahora, ¿qué es lo que motiva a un hombre que dispone de todas esas misericordias a no poner su corazón en la cosas de la tierra? Es algo maravilloso ciertamente que un hombre que posee oro y plata, y rebaños y manadas, no convierta a todo eso en su dios, sino que diga—

*“No hay nada en torno a esta espaciosa tierra
Que satisfaga mi gran deseo;
Mis más nobles pensamientos aspiran
A un gozo ilimitado y a una dicha sólida.”*

Estas cosas no constituyen mi tesoro; mi tesoro está en el cielo, y únicamente en el cielo. ¿Qué motiva esto? No se debe a una mera virtud moral. Ninguna doctrina de los estoicos condujo jamás a una condición semejante. No; lo que conduce a un hombre a vivir en el cielo teniendo una tentación para vivir en la tierra tiene que ser la obra del Espíritu y únicamente la obra del Espíritu. No me sorprende que un hombre pobre anhele el cielo pues no tiene nada que mirar en la tierra. No me sorprende que la alondra vuele a lo alto cuando hay una espina en el nido, pues no hay ningún descanso para ella abajo. Cuando ustedes son golpeados y carcomidos por la tribulación, no ha de sorprender que digan—

*“¡Jerusalén! ¡Mi hogar feliz!
Nombre por siempre amado para mí;
¿Cuándo tendrán un fin mis trabajos,
En gozo, y paz y en Ti?”*

Pero el mayor portento es que aunque recubras el nido de la manera más suave posible, aunque le proporciones todas las misericordias de esta vida, no puedes impedir que diga—

*“A Jesús, la corona de mi esperanza,
Mi alma se apresura a partir;
Oh, querubines, llévenme a lo alto,
Y transpórtense a Su trono.”*

V. Y ahora, por último, los actos aceptables de la vida del cristiano no pueden realizarse sin el Espíritu; y de esto se comprueba otra vez la necesidad del Espíritu de Dios. El primer acto de la vida del cristiano es el arrepentimiento. ¿Han intentado alguna vez arrepentirse? Si lo han hecho, si lo intentaron sin el Espíritu de Dios, saben entonces que exhortar a un hombre a que se arrepienta sin la ayuda del Espíritu es exhortarlo a realizar algo imposible. Sería más fácil que una piedra llorara y que un desierto floreciera que un pecador se arrepienta por su propia voluntad. Si Dios le ofreciera el cielo a alguien, simplemente sobre la base del arrepentimiento del pecado, el cielo sería tan imposible de alcanzar como es imposible alcanzarlo mediante las buenas obras, pues arrepentirse es tan imposible para el hombre como imposible le es guardar la ley de Dios, pues el arrepentimiento está en la propia raíz de la obediencia perfecta a la ley de Dios. Me parece a mí que en el arrepentimiento está la ley completa solidificada y condensada; y si un hombre pudiese arrepentirse por su propia voluntad, entonces no habría necesidad de un Salvador, ya que puede ir de igual manera al cielo escalando de inmediato las empinadas laderas del Sinaí.

El acto siguiente en la vida divina es la fe. Talvez ustedes piensen que la fe es algo muy fácil; pero si son llevados alguna vez a sentir la carga

del pecado, descubrirían que no es una labor tan fácil. Si son conducidos alguna vez al cielo profundo donde no hay ningún apoyadero, no es tan fácil poner sus pies sobre una roca cuando no se puede ver la roca. Yo encuentro que la fe es la cosa más fácil del mundo cuando no hay necesidad de creer en nada; pero cuando tengo la oportunidad de ejercitarse mi fe, entonces descubro que no tengo tanta fuerza para aplicarla. Hablando con un campesino un día, él usaba esta figura: "En medio del invierno pienso algunas veces que podría desyerbar muy bien el campo; y al inicio de la primavera pienso: ¡oh!, cómo quisiera cosechar; me siento listo para hacerlo; pero cuando llega el tiempo de desyerbar, y cuando llega el tiempo de cosechar, descubro que me faltan las fuerzas." Entonces, cuando no tienen aflicciones, ¿acaso no podrían segarlas de inmediato? Cuando no tienen que realizar ninguna tarea, ¿acaso no podrían hacerla fácilmente? Pero cuando el trabajo y los problemas se presentan, entonces descubren cuán difícil es enfrentarlos. Muchos cristianos son como el ciervo, que hablaba consigo mismo y se decía: "¿Por qué habría yo de huir de los perros? Poseo un par de notables cuernos y tengo también excelentes y veloces patas; yo podría causarles algún daño a esos galgos. ¿Por qué mejor no me detengo para mostrarles lo que puedo hacer con mi cornamenta? Puedo mantener alejados a los perros que sean." Pero tan pronto ladraron los perros el ciervo salió huyendo. Lo mismo sucede con nosotros. "Tan pronto como aceche el pecado"—decimos nosotros—"lo vamos a destrozr y lo vamos a destruir; tan pronto como sobrevenga alguna aflicción, la superaremos"; pero cuando llegan el pecado y la aflicción, entonces descubrimos nuestra debilidad. Entonces tenemos que clamar pidiendo la ayuda del Espíritu; y por medio de Él podemos hacer todas las cosas y sin Él no podemos hacer absolutamente nada.

En todos los actos de la vida cristiana, ya sea el acto de consagrarse a Cristo, o ya sea el acto de la oración cotidiana, sea el acto de la sumisión constante, o sea el de predicar el Evangelio, sea el de ministrar para las necesidades de los pobres o el de consolar a los desconsolados, en todas esas cosas el cristiano descubre su debilidad y su impotencia, a menos que esté revestido con el Espíritu de Dios. Vamos, yo he ido a veces a visitar a los enfermos pensando cuánto me gustaría consolarlos pero terminaba sin poder decir ni una sola palabra que valiera la pena de oírse o de decirse; y mi alma agonizaba procurando ser un instrumento de consuelo para el pobre hermano enfermo y desconsolado, pero yo no podía hacer nada, y salía del aposento y casi deseaba no haber visitado nunca a una persona enferma en mi vida; así aprendí mi propia locura. Lo mismo sucede con mucha frecuencia con la predicación. Preparas un sermón, lo estudias, y vienes para predicarlo pero generas el mayor revoltijo que se pudiera generar. Entonces dices: "ojalá no hubiera predicado nunca." Pero todo esto es para mostrarnos que ni consolando ni predicando se podría hacer lo correcto, a menos que el Espíritu obre en nosotros así el querer como el hacer, por Su buena voluntad. Además, todo lo que hacemos sin el Espíritu es inaceptable para Dios; y todo lo que hacemos bajo Su influencia, por mucho que lo despreciamos, no es despreciable para Dios pues Él nunca desprecia Su propia obra, y el Es-

píritu no puede mirar lo que hace en nosotros de ninguna otra manera que con complacencia y deleite. Si el Espíritu me ayuda a gemir entonces Dios tiene que aceptar al que gime. Si tú pudieras elevar la mejor oración en el mundo, sin el Espíritu, Dios no querría tener que ver nada con ella; pero aunque la oración sea entrecortada y sea coja y tullida, si el Espíritu la elaboró, Dios la mirará e igual que lo hizo respecto a las obras de la creación, dirá: "Es buena en gran manera" y la aceptará.

Y ahora permítanme concluir haciendo esta pregunta. Querido oyente, ¿tienes entonces contigo al Espíritu de Dios? Yo me atrevería a decir que la mayoría de ustedes tiene alguna religión. Bien, ¿de qué tipo es? ¿Es un artículo casero? ¿Lo que eres te lo debes a tí? Entonces, si es así, eres un hombre perdido hasta este momento. Querido oyente, si no has ido más lejos de lo que has caminado por ti mismo, todavía no vas en camino al cielo, antes bien te has encaminado en la ruta equivocada; pero si has recibido algo que ni la carne ni la sangre pudieran revelarte, si has sido conducido a hacer todo aquello que una vez odiaste y a amar todo aquello que una vez despreciaste, y a despreciar aquello en lo que una vez se posaron tu corazón y tu orgullo, entonces, alma, si esa es la obra del Espíritu, regocíjate; pues donde Él ha comenzado la buena obra, la concluirá. Y tú puedes saber si es la obra del Espíritu por ésto: ¿has sido conducido a Cristo y has sido apartado de tu yo? ¿Has sido apartado de todos los sentimientos, de todos los actos, de todas las voluntades, de todas las oraciones que constituían la base de tu confianza y de tu esperanza, y has sido llevado a confiar desnudamente en la obra consumada de Cristo? Si es así, esto es algo más de lo que naturaleza humana enseñó jamás a alguien; esa es una altura a la que nunca ascendió la naturaleza humana. El Espíritu de Dios ha hecho eso, y Él nunca abandonará lo que comenzó una vez. Irás de poder en poder, y tú estarás en medio de la multitud lavada con sangre, por fin completo en Cristo y acepto en el Bienamado. Pero si no tienes el Espíritu de Cristo, no eres para nada Suyo. Que el Espíritu te conduzca a tu aposento para llorar ahora, para arrepentirte ahora, para mirar a Cristo ahora, y que tengas una vida divina implantada ahora que ni el tiempo ni la eternidad serán capaces de destruir. Que Dios oiga esta oración y haga que nos retiremos con una bendición, por Jesús nuestro Señor. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #251—Volume 5

THE NECESSITY OF THE SPIRIT'S WORK

CRISTO TRIUNFANTE

NO. 273

UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
4 DE SEPTIEMBRE, 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS, LONDRES.

“Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”
Colosenses 2:15.

Para el ojo de la razón, la cruz es el centro de la aflicción y el fondo de la profundidad de la vergüenza. Jesús muere la muerte de un malefactor. Él cuelga del patíbulo de un criminal y derrama Su sangre sobre el monte común de la condenación, teniendo por compañeros a unos ladrones. En medio de burlas, escarnio, desprecio, obscenidades y blasfemias, Él entrega Su espíritu. La tierra Lo rechaza y lo levanta sobre su superficie, y el cielo no le suministra ninguna luz, sino que más bien oscurece al sol del mediodía en la hora de Su agonía. La imaginación no puede descender a las profundidades a las que se sumergió el Salvador. La propia malicia satánica no podría inventar una calumnia más negra que la que fue arrojada sobre Él. No escondió Su rostro de la vergüenza ni de los salivazos; y ¡qué vergüenza y qué escupitajos Le lanzaron! Para el mundo, la cruz debe ser siempre el emblema de la vergüenza: para los judíos un tropezadero y para los griegos locura.

Cuán diferente es el panorama que se presenta al ojo de la fe. La fe no reconoce ninguna vergüenza en la cruz, excepto la vergüenza de quienes clavarón al Salvador allí; no ve ninguna base para el desprecio, pero lanza un desprecio indignado al pecado, el enemigo que traspasó al Señor. La fe ve la aflicción, ciertamente, pero ve que de esta aflicción brota una fuente de misericordia. Es cierto que se duele por el Salvador agonizante, pero Lo ve trayendo vida e inmortalidad a la luz, en el preciso momento cuando Su alma fue eclipsada por la sombra de la muerte. La fe considera la cruz, no como un emblema de vergüenza, sino como el símbolo de gloria. Los hijos de Belial arrojaron la cruz en el polvo, pero el cristiano hace de ella una constelación, y la ve centelleando en el séptimo cielo. El hombre escupe sobre ella, pero los creyentes, teniendo a los ángeles por compañeros, se inclinan y adoran a Quien vive para siempre, aunque una vez fue crucificado.

Hermanos míos, nuestro texto nos ofrece una porción del panorama que la fe descubre con certeza, cuando sus ojos son ungidos con el colirio del Espíritu. Nos informa que la cruz fue el campo del triunfo de Jesucristo. Allí luchó, y allí también conquistó. Siendo victorioso en la cruz, Él dividió el botín. No, es mucho más que esto; en nuestro texto se habla de la cruz como la carroza triunfal en la que Él viajó cuando llevó cautiva la

cautividad, y dio dones a los hombres. Calvin explica así, de manera admirable, la última parte de nuestro texto: "En el griego, la expresión usada permite, es verdad, que la interpretemos así: *en Él mismo*; es más, la mayoría de los manuscritos tienen esa expresión. Sin embargo, el contexto del pasaje requiere imperativamente que lo leamos de otra manera; pues lo que sería muy pobre para que se aplique a Cristo, se adecua admirablemente bien cuando se aplica a la cruz. Pues así como había comparado previamente la cruz con un insigne trofeo o una muestra de triunfo, con la que Cristo dispersó a Sus enemigos, ahora también la compara a un carro triunfal en el que Él se mostró con grandiosa magnificencia. Pues aunque en la cruz no hay nada sino maldición, fue sin embargo absorbida por el poder de Dios de tal modo, que la cruz ha adoptado, por decirlo así, una nueva naturaleza. Pues no hay ninguna tribuna tan magnífica, ningún trono tan augusto, ninguna muestra de triunfo tan distinguida, ningún carro tan eminente y honorable, como lo es el patíbulo en el que Cristo ha sometido a la muerte y al diablo, el príncipe de la muerte; y es más, Él los ha puesto bajo las plantas de Sus pies."

Con la ayuda de Dios, hoy voy a predicarles acerca de las dos partes del texto. Primero, voy a esforzarme para describir *a Cristo despojando a Sus enemigos en la cruz*; y habiendo hecho eso voy a guiar su imaginación y su fe para que sigan adelante y vean *al Salvador en triunfal procesión sobre Su cruz*, llevando cautivos a Sus enemigos y haciendo claramente de ellos un espectáculo ante los ojos del atónito universo.

I. En primer lugar, el día de hoy, nuestra fe recibe la invitación de contemplar a CRISTO DESPOJANDO A LOS PRINCIPADOS Y POTESTADES. Satanás, aliado con el pecado y la muerte, había convertido este mundo en el hogar del desastre. El príncipe del poder del aire, usurpador caído, no contento con sus dominios en el infierno, necesitaba invadir esta hermosa tierra. Él encontró a nuestros primeros padres en medio del Edén; los tentó para que renunciaran a su obediencia al Rey del cielo; y al instante ellos se convirtieron en sus esclavos: esclavos para siempre, si el Señor del cielo no se hubiera interpuesto para rescatarlos. La voz de la misericordia fue escuchada mientras los grilletes estaban siendo remachados a sus pies, clamando: "¡Ustedes todavía podrán ser libres!" En la plenitud del tiempo, vendrá Uno que herirá la cabeza de la serpiente, y liberará a sus prisioneros de la casa de su servidumbre.

La promesa se demoró largamente. La tierra gemía y sufrió dolores de parto en su servidumbre. El hombre era esclavo de Satanás, y las rechinantes cadenas que sujetaban su alma eran pesadas. Al fin, en la plenitud del tiempo, el Libertador vino, nacido de mujer. Este infante conquistador tenía un palmo de estatura. Estaba acostado en un pesebre, Él, que un día iba a sujetar al antiguo dragón para arrojarlo al abismo sin fondo, sellándolo allí.

Cuando la vieja serpiente supo que su enemigo había nacido, conspiró para matarlo; se alió con Herodes para buscar al niño y destruirlo. Pero la providencia de Dios preservó al futuro conquistador; se fue a Egipto, y allí estuvo escondido por un corto tiempo. Luego, cuando había llegado a la

plenitud de años, hizo su advenimiento público, y comenzó a predicar libertad a los cautivos, y puertas abiertas a los que estaban sujetos a prisión. Entonces Satanás nuevamente descargó sus flechas y buscó terminar con la existencia de la simiente de la mujer. Por diversos medios buscó matarlo antes de que llegara Su tiempo.

En una ocasión, los judíos tomaron piedras para apedrearlo; y esto lo intentaron varias veces. Trataron de despeñarle desde la cumbre de un monte. Se esforzaron por quitarle la vida por cualquier medio, pero su hora no había llegado. Podían rodearle los peligros, pero Él era invulnerable hasta que llegó el tiempo. Al fin llegó el día tremendo. Paso a paso el conquistador debió combatir con el terrible tirano. Se escuchó una voz en el cielo: "Mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas." Y Cristo mismo exclamó: "Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera."

El Redentor se levantó de la mesa de la comunión a medianoche, y marchó hacia el frente, a la batalla. ¡Qué terrible fue ese combate! Al inicio, el poderoso conquistador pareció ser vencido. Arrojado en tierra en el primer asalto, cayó de rodillas y clamó: "Padre, siquieres, pasa de mí esta copa." Revitalizada Su fortaleza, fortalecido por el cielo, no se quejó más, y desde esta hora nunca pronunció ninguna palabra que diera la impresión que renunciaba a la batalla. Enrojecido por el sudor sangriento de la terrible refriega, se lanzó a lo más reñido de la batalla. El beso de Judas fue, por decirlo así, el primer sonido de la trompeta; el tribunal de Pilato fue el esplendor de la lanza; el látigo cruel fue el entrechocar de las espadas. Pero la cruz fue el centro de la batalla; allí, en la cima del Calvario, se debía pelear el combate de la eternidad. Ahora debe levantarse el Hijo de Dios, y ceñirse Su espada en Su cadera. Una terrible derrota o una gloriosa conquista esperan al Campeón de la iglesia. ¿Cuál de las dos será?

Nosotros nos quedamos sin aire, sumidos en ansioso suspenso, mientras la tormenta ruge. Escuché el sonido de la trompeta. Los gritos y alaridos del infierno se elevan en terrible clamor. El abismo está desalojando sus legiones. Terribles como leones, hambrientos como lobos, y negros como la noche, los demonios se abalanzan en millares. Las fuerzas de reserva de Satanás, que habían sido guardadas para este día de batalla terrible, están rugiendo en sus guaridas. Observen cuán incontables son sus ejércitos, y cuán fieros sus rostros. Blandiendo su espada, el archienemigo encabeza la vanguardia, ordenando que sus seguidores no luchen ni con pequeño ni con grande, excepto únicamente con el Rey de Israel.

Los líderes de la batalla son terribles. El pecado está allí, y todos sus innumerables vástagos están allí, escupiendo veneno de áspides, y clavando sus colmillos mortíferos en la carne del Salvador. La muerte monta el caballo amarillo, y su dardo cruel se abre paso rasgando el cuerpo de Jesús hasta el centro de Su corazón. Él "está muy triste, hasta la muerte." El infierno se aproxima, con todos sus carbones de enebro y sus dardos encendidos. Pero como jefe y cabeza de todos ellos está Satanás; recordando muy bien aquel lejano día cuando Cristo lo arrojó desde las mura-

llas almenadas del cielo, avanza con toda su malicia, dando voces para el ataque. Los dardos lanzados al aire son tan incontables que oscurecen el sol. Las tinieblas cubren el campo de batalla, y lo mismo que ocurrió en Egipto, era una oscuridad tan densa que podía tocarse.

La batalla no promete durar mucho, ya que se trata de Uno contra muchos. Un hombre: no, aclaremos, para que nadie me malinterprete, un *Dios* está en traje de combate enfrentando a decenas de miles de principados y potestades. Avanzan, vienen marchando, y Él se enfrenta a todos ellos. Al principio silenciosamente, Él permite que sus filas irrumpan sobre Él, soportando tan terriblemente la dureza de su embate, que no pensó en gritar. Pero al fin se escucha el grito de combate. Aquel que lucha por Su pueblo comienza a gritar, pero es un grito que hace temblar a la iglesia. Él clama: “Tengo sed.” La batalla es tan intensa en Su contra, y el polvo tan denso, que Él se sofoca y tiene sed. Clama: “Tengo sed.” ¿Acaso es un signo de que será derrotado pronto?

Esperen un momento; vean aquellos montones allá; todos ellos han caído por Su brazo, y en cuanto a los demás, no se preocupen. El enemigo no hace otra cosa que apresurarse a su propia destrucción. Su ira y su furia son en vano, pues ya sólo el último escuadrón está atacando. La batalla de las edades casi ha terminado. Al fin, las tinieblas son dispersadas. Escuchen atentamente cómo clama el Conquistador: “Consumado es.” ¿Y dónde están ahora Sus enemigos? Han muerto todos.

¡Allí yace el rey de los terrores, traspasado por completo por uno de sus propios dardos! ¡Allí yace Satanás con su cabeza sangrante, quebrantado! ¡Por allá se arrastra la serpiente con su lomo roto, retorciéndose en miseria espantosa! ¡En cuanto al pecado, ha sido hecho pedazos y dispersado a los vientos del cielo! “*Consumado es,*” clamó el Conquistador, cuando llegó de Bosra con vestidos rojos: “He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo; los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos.”

Y ahora procede a *dividir el botín*.

Hacemos una pausa aquí para observar que dividir el botín es una señal segura de que la batalla ha sido ganada por completo. El enemigo no permitirá nunca que el botín sea dividido entre los conquistadores, mientras le quede alguna fuerza. Ciertamente podemos deducir de nuestro texto que Jesucristo ha puesto en fuga, ha derrotado de manera completa y definitiva, ha puesto en retirada a todos Sus enemigos, pues de lo contrario no habría dividido el botín.

Y ahora, ¿qué significa la expresión que Cristo divide el botín? Yo entiendo que significa, en primer lugar, que Él desarmó a todos Sus enemigos. Satanás vino en contra de Cristo; él tenía en su mano una aguda espada llamada la Ley, bañada en el veneno del pecado, de tal forma que cada herida que la Ley infligía era mortal. Cristo arrebató esta espada de la mano de Satanás, y el príncipe de las tinieblas se quedó desarmado. Su yelmo fue partido en dos, y su cabeza fue aplastada como por la acción de una vara de hierro.

La Muerte se levantó contra Cristo. El Salvador le quitó su aljaba, la vació de todos sus dardos, los quebró en dos, devolvió a la Muerte el cabo emplumado, pero no le regresó las lengüetas envenenadas, para que no pudiera destruir nunca a los rescatados. El pecado vino contra Cristo; pero el pecado fue hecho pedazos por completo. Había sido el escudero de Satanás, pero su escudo fue abandonado, y quedó muerto en la llanura. ¿Acaso no es un noble cuadro contemplar a todos los enemigos de Cristo?; es más, hermanos míos, a todos sus enemigos, y los míos, totalmente desarmados. A Satanás no le quedó nada con qué poder atacarnos. Puede intentar lesionarnos, pero no puede herirnos nunca, pues se ha quedado sin espada ni lanza.

En las antiguas batallas, especialmente entre los romanos, cuando el enemigo había sido vencido, era costumbre quitarle todas sus armas y sus municiones; después, los enemigos eran despojados de su armadura y de sus vestiduras, sus manos eran atadas tras la espalda, y se les hacía pasar bajo el yugo. Ahora, lo mismo ha hecho Cristo con el pecado, la muerte y el infierno; ha tomado sus armaduras, los ha despojado de todas sus armas y los ha hecho pasar bajo el yugo; de tal forma que ahora son nuestros esclavos, y nosotros en Cristo somos conquistadores de quienes eran más poderosos que nosotros.

Yo entiendo que este es el primer significado de dividir el botín: desarmar totalmente al adversario.

A continuación, cuando los vencedores dividen el botín, se llevan no solamente las armas sino todos los tesoros pertenecientes a sus enemigos. Desmantelan sus fortalezas, y se roban todas sus provisiones, para que en el futuro no tengan la capacidad de renovar el ataque. Cristo ha hecho lo mismo con todos Sus enemigos. El viejo Satanás nos había despojado de todas nuestras posesiones. Satanás había agregado a sus posesiones el Paraíso. Todo el gozo, y la felicidad, y la paz del hombre, Satanás se los había arrebatado: no que él mismo pudiera gozar de ellos, sino que se gozaba en arrojarnos en la pobreza y en la condenación.

Ahora, Cristo nos ha devuelto todas nuestras herencias perdidas. El Paraíso es nuestro, y Cristo nos ha regresado más que todo el gozo y la felicidad que tuvo Adán. ¡Oh, ladrón de nuestra raza, cómo eres despojado y llevado cautivo! ¿Tú despojaste a Adán de sus riquezas? ¡El segundo Adán te las ha arrebatado! Cómo ha sido hecho pedazos y quebrado, quien fue el martillo de la tierra entera; el devastador se ha convertido en desolación. Ahora el necesitado será recordado y el manso heredará la tierra otra vez. “Se repartirá entonces botín de muchos despojos; los cojos arrebatarán el botín.”

Más aún, cuando los vencedores dividen el botín, es usual que se lleven todos los ornamentos del enemigo, las coronas y las joyas. Cristo, en la cruz, hizo lo mismo con Satanás. Satanás llevaba una corona sobre su cabeza, una alta diadema de triunfo. “Yo combatí al primer Adán,” dijo; yo lo vencí y he aquí mi diadema reluciente.” Cristo se la arrebató de su frente en la hora en que hirió la cabeza de la serpiente. Y ahora Satanás no puede jactarse de una sola victoria, está completamente derrotado. En

la primera refriega conquistó al hombre, pero en la segunda batalla el hombre lo venció. Satanás perdió su corona. Él ya no es más el príncipe del pueblo de Dios. Su poder de reinar ha desaparecido. Puede tentar, pero no puede forzar; puede amenazar, pero no puede avasallar; pues la corona es arrebatada de su cabeza, y los poderosos son humillados.

Oh, canten al Señor un cántico nuevo, todos ustedes, pueblo suyo; hagan un estruendo de gozo por Él con salmos, todos ustedes, sus redimidos; pues Él ha hecho pedazos las puertas de bronce, y ha cortado las barras de hierro, ha quebrado el arco y la lanza, ha quemado los carros en el fuego, ha destrozado a nuestros enemigos, y ha dividido el botín con los fuertes.

Y ahora, ¿qué nos dice esto? Simplemente lo siguiente: Si Cristo en la cruz ha despojado a Satanás, no temamos el encuentro con este gran enemigo de nuestras almas. Hermanos míos, en todas las cosas debemos ser hechos semejantes a Cristo. Debemos cargar con nuestra cruz, y en esa cruz debemos pelear como Él lo hizo, con el pecado, y la muerte y el infierno. No temamos. El resultado de la batalla está garantizado, pues como el Señor nuestro Salvador ha vencido una vez, también nosotros ciertamente conquistaremos en Él. Que nadie de ustedes tenga miedo, ni súbito temor, cuando el maligno venga contra ustedes. Si él los acusara, respóndanle con estas palabras: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?” Si él los condenara, ríanse de él con desprecio, clamando: “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó.” Si él amenazara con separarlos del amor de Cristo, enfréntense con confianza: “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.”

Si él les echara en cara sus pecados, ahuyenten a los perros del infierno con esto: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” Si la muerte los amenazara, grítenle a la cara: “¿Dónde está, oh muerte, tu agujón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” Sostén la cruz ante ti. Que ella sea tu escudo y tu adarga, y puedes tener la seguridad de que así como tu Señor no solamente ahuyentó al enemigo, sino que después tomó el botín, sucederá lo mismo contigo. Tus batallas con Satanás serán una ventaja para ti. Te volverás más rico a costa de tus antagonistas. Entre más numerosos sean ellos, mayor será tu parte del botín. Tu tribulación obrará paciencia, y tu paciencia experiencia, y tu experiencia esperanza: una esperanza que no avergüenza. A través de toda esta tribulación heredarás el reino, y los propios ataques de Satanás te ayudarán a gozar más del reposo que queda para el pueblo de Dios.

Ponte en formación de combate frente al pecado y Satanás. Todos ustedes que tensan el arco, dispárenles, no escatimen flechas, pues sus enemigos son rebeldes contra Dios. Levántate en contra de ellos, pon tu pie en sus cuellos, no temas, ni tampoco desmayes, pues la batalla es del Señor y Él los entregará en tus manos. Sé valeroso, recordando que tienes que combatir con un dragón sin aguijón. Podrá sisear, pero sus dientes

están rotos y su colmillo venenoso ha sido extraído. Tienes que batallar con un enemigo marcado con las cicatrices que le dejaron las armas de tu Señor. Tienes que combatir con un enemigo que está desnudo. Cada golpe que le asestes quedará muy visible, pues no tiene nada que le proteja. Cristo lo ha desnudado por completo, y ha partido su armadura, y lo ha dejado indefenso frente a Su pueblo.

Podrá rugir el león, pero no podrá destrozarte nunca. El enemigo podrá abalanzarse sobre ti con ruidos repugnantes y terribles alarmas, pero no hay causa real para temer. Permanece firme en el Señor. Tú luchas con un rey que ha perdido su corona; peleas con un enemigo con pómulos destrozados y con lomos descoyuntados. Regocijate, regocijate en el día de la batalla, pues para ti no es sino el comienzo de una eternidad de triunfo.

De esta manera me he esforzado por reflexionar sobre la primera parte del texto, es decir, que Cristo en la cruz dividió el botín, y quiere que nosotros hagamos lo mismo.

II. La segunda parte de nuestro texto se refiere, no solamente a la división del botín, sino AL TRIUNFO. Cuando un general romano había llevado a cabo grandes hazañas en un país extraño, su recompensa más alta era que el senado le decretara el triunfo. Por supuesto que se llevaba a cabo una distribución del botín en el campo de batalla, y cada soldado y cada capitán recibía su parte; pero cada individuo esperaba anhelante el día en que podría gozar del triunfo público. En un cierto día establecido, las puertas de Roma se abrían de par en par; todas las casas estaban decoradas con ornamentos; la gente se subía a los techos de las casas, o permanecía en grandes multitudes a lo largo de las calles. Las puertas eran abiertas, y muy pronto la primera legión comenzaba a desfilar al sonido de las trompetas, ondeando sus estandartes. La gente veía a los decididos guerreros mientras marchaban por la calle, regresando de sus campos de batalla teñidos de sangre.

Después que ya había desfilado la mitad del ejército, tu ojo podía posarse en uno que era el centro de toda la atracción: subido en un noble carro tirado por caballos blancos como la nieve, pasaba el propio conquistador, llevando en su cabeza una corona de laurel y parado con firmeza. Encadenados a su carro iban los reyes y los hombres valerosos que habitaban las regiones conquistadas por él. Inmediatamente después de ellos venía parte del botín. El marfil y el ébano eran transportados, así como las bestias de los diferentes países que había sometido. Después de ellos desfilaba el resto de los soldados, una larga, larga caravana de hombres valerosos, todos ellos compartiendo los triunfos de su capitán. Detrás de ellos seguían los estandartes, las viejas banderas que habían ondeado en alto en la batalla, y los estandartes que habían sido arrebatados al enemigo.

Y después de todo esto, grandes emblemas pintados con las importantes victorias del guerrero. En uno de ellos había un gran mapa que mostraba los ríos que había atravesado, o los mares que había surcado su poderío naval. Todo era representado en un cuadro, y las masas daban un grito renovado al ver el memorial de cada triunfo. Y luego, detrás, conjun-

tamente con los trofeos, seguían los prisioneros de rangos menos eminentes. Luego, la retaguardia era acompañada del sonido de la trompeta, que se agregaba a la aclamación de la muchedumbre. Era un día noble para la vieja Roma. Los niños no olvidarían nunca esos triunfos; ellos calculaban sus años por lapsos de tiempo desde un triunfo al otro. Se guardaba un solemne día festivo. Las mujeres arrojaban flores al conquistador, y él era el verdadero monarca del día.

Ahora, evidentemente, nuestro apóstol había visto triunfos así, o había escuchado de ellos, y toma esto como una representación de lo que Cristo hizo en la cruz. Nos dice: "Jesús los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz." ¿Han pensado alguna vez que la cruz podría ser la escena de un triunfo? Muchos de los viejos comentaristas, escasamente pueden concebir que esto sea verdad. Dicen: "Esto debe referirse, ciertamente, a la resurrección y ascensión de Cristo." Sin embargo, así lo dicen las Escrituras, que inclusive en la cruz Cristo gozó de un triunfo. ¡Sí!, mientras esas manos estaban sangrando, las aclamaciones de los ángeles estaban siendo derramadas sobre Su cabeza. Sí, mientras esos pies estaban siendo desgarrados por los clavos, los espíritus más nobles del mundo se congregaban a Su alrededor llenos de admiración.

Y cuando Él murió en esa cruz teñida de sangre en medio de agonías inexpresables, se escuchó una exclamación como nunca se había escuchado antes por los rescatados en el cielo, y todos los ángeles de Dios, con la más sonora armonía, cantaron Su alabanza. Y luego, con el coro completo, se cantó el cántico de Moisés, el siervo de Dios y del Cordero, pues Él había cortado ciertamente a Rahab y había herido severamente al dragón. Canten al Señor, pues Él ha triunfado gloriosamente. El Señor reinará por siempre y para siempre, Rey de Reyes y Señor de Señores.

Pero, hoy no me siento capaz de describir una escena tan grandiosa, y sin embargo, tan contraria a cualquier cosa que la carne pudiera adivinar, como el cuadro de Cristo triunfando efectivamente en la cruz: en medio de Su sangre derramada, Sus heridas, y Sus dolores, siendo verdaderamente un vencedor triunfante, admirado por todos.

Más bien elijo tomar mi texto de esta manera: la cruz es la base del triunfo final de Cristo. Puede decirse que Él triunfó realmente allí, porque fue por ese acto Suyo, ese ofrecimiento de Sí mismo, que conquistó por completo a todos Sus enemigos, y se sentó para siempre a la diestra de la Majestad en los cielos. En la cruz, para el ojo espiritual, está contenida cada victoria de Cristo. Puede no estar allí de hecho, pero está allí virtualmente; el germen de Sus glorias puede ser descubierto por el ojo de la fe en las agonías de la cruz.

Ténganme paciencia mientras humildemente intento describir el triunfo que resulta ahora de la cruz.

Cristo ha vencido para siempre a todos Sus enemigos, y ha dividido el botín en el campo de batalla, y ahora, inclusive en este mismo día, Él goza de la recompensa bien ganada y del triunfo de Su terrible esfuerzo. Vuelvan sus ojos a las almenas del cielo, la grandiosa metrópolis de Dios. Las puertas de perlas están abiertas de par en par, y la ciudad brilla con sus

murallas enjoyadas como una novia preparada para su esposo. ¿Ven a los ángeles que se arremolinan junto a las almenas? ¿Pueden observarlos en cada mansión de la ciudad celestial, anhelando ávidamente y buscando algo que no ha llegado todavía? Al fin, se escucha el sonido de una trompeta, y los ángeles se apresuran a las puertas: la vanguardia de los redimidos se aproxima a la ciudad. Abel entra solo, cubierto con un manto escarlata, heraldo de un glorioso ejército de mártires. ¡Escuchen los gritos de aclamación! Este es el primero de los guerreros de Cristo, a la vez un soldado y un trofeo, que han sido liberados. Muy cercano a él le siguen otros, que en esos tiempos iniciales habían aprendido acerca de la fama del Salvador que venía.

Detrás de ellos puede descubrirse un poderoso ejército de veteranos patriarcas, que dieron testimonio de la venida del Señor en una era perversa. Vean a Enoc caminando con su Dios, cantando dulcemente: "He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares." Allí también está Noé, que había navegado en el arca con el Señor como su piloto. Luego siguen Abraham, Isaac, y Jacob, Moisés, y Josué, y Samuel, y David, todos hombres poderosos de valor. ¡Escúchenlos cuando entran! Cada uno de ellos agita su yelmo en el aire, y clama: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre....., a él sea honra, y gloria, y dominio e imperio por los siglos de los siglos."

¡Hermanos míos, miren con admiración este noble ejército! Observen a los héroes conforme marchan a los largo de las calles de oro, encontrándose por todas partes con un recibimiento entusiasta de los ángeles que guardaron su primer estado. Avanzan, avanzan muchedumbres, esas legiones incontables: ¿hubo jamás un espectáculo así? No es el desfile de un día, sino el "espectáculo" de todo tiempo. Por cuatro mil años, el ejército de los redimidos de Cristo avanza como un arroyo. Algunas veces el escuadrón es pequeño, pues a menudo el pueblo ha sido mermado y humillado; pero, muy pronto, sigue una muchedumbre, y avanzan y avanzan, y avanzan muchos más, todos clamando, todos alabando a Quien los amó y Se entregó por ellos.

¡Pero vean, Él viene! Veo a Su heraldo inmediato, cubierto con una piel de pelo de camello, y un cinturón de cuero alrededor de sus lomos. El Príncipe de la casa de David está muy cerca. Que todos los ojos estén muy abiertos. ¡Ahora, fíjense, no únicamente los ángeles, sino también los redimidos abarrotan las ventanas de los cielos! ¡Él viene! ¡Él viene! ¡Es el propio Cristo! Azota a los corceles, blancos como la nieve, para que suban las colinas eternas; "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotros, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria." Vean, Él entra en medio de aclamaciones. ¡Es Él! Pero no está coronado de espinas. ¡Es Él! Pero aunque Sus manos llevan las cicatrices, ya no están manchadas de sangre. Sus ojos son como una llama de fuego, y en Su cabeza hay muchas coronas, y en Su vestidura y en Su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES. Está parado en alto en esa carroza que tiene su interior "recamado de amor por las doncellas de Jerusalén." Cubierto con una vestidura teñida en sangre, es reconocido como Empe-

rador del cielo y de la tierra. Avanza, prosigue hacia delante, y ¡más fuerte que el sonido de muchas aguas y como poderosos truenos son las aclamaciones que lo rodean!

Consideren cómo la visión de Juan se ha vuelto realidad, pues ahora podemos ver por nosotros mismos y oír con nuestros oídos, el cántico nuevo del que escribe: "Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra. Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos."

Pero, ¿quiénes son los que van junto a las ruedas de la carroza? ¿Quiénes son esos monstruos repulsivos que vienen aullando atrás? Yo los conozco. El primero de todos, el archienemigo. Miren a la serpiente antigua, amarrada y encadenada, ¡cómo retuerce su cuerpo roto! Sus tonos azulados todos manchados al ser arrastrada en el polvo, sus escamas desprovistas de su tan alardeada brillantez. Ahora la cautividad es llevada cautiva, y la muerte y el infierno serán arrojados al lago de fuego. Con cuanta burla es contemplado el cabecilla de los rebeldes. Cómo se ha convertido en el objeto de eterno desprecio. El que se sienta en el cielo se ríe, el Señor se burla de él. Miren cómo ha sido herida la cabeza de la serpiente, y el dragón es pisoteado.

Y ahora, miren atentamente aquel monstruo horrible. *El pecado*, atado a la mano de su satánico progenitor. Miren cómo voltea sus ojos encendidos, observen cómo se contorsiona y se retuerce en agonías. Vean cómo contempla la ciudad santa, pero él es incapaz de escupir su veneno allí, pues está encadenado y amordazado, y está siendo arrastrado, involuntario cautivo, junto a las ruedas del vencedor.

Y allí también está la vieja Muerte, con sus dardos rotos y sus manos atrás: el siniestro rey de los terrores; él también va cautivo. Escuchen la canción de los redimidos, de quienes han entrado al Paraíso, al ver cómo son arrastrados estos imponentes prisioneros. "Digno es Él," claman, "de vivir y reinar al lado de Su Padre Todopoderoso, por cuanto subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres."

Y ahora, detrás de Él, veo fluir a la gran masa de Su pueblo. Llegan primero los apóstoles, que en piadosa comunión, cantan himnos al Señor; y luego sus sucesores inmediatos; y luego, la larga formación de quienes soportando crueles burlas y sangre, a través de la llama y de la espada,

han seguido a su Señor. Estos son aquellos de quienes el mundo no es digno, las más brillantes estrellas del cielo.

Miren también a los poderosos predicadores y confesores de la fe, Crisóstomo, Atanasio, Agustín, y los demás. Sean testigos de su santa unanimidad cuando alaban al Señor. Después dejen que su mirada recorra los centelleantes escuadrones hasta que lleguen a los días de la Reforma. Veo en el centro del escuadrón a Lutero, Calvino y Zuinglio, tres santos hermanos. Veo a la cabeza de ellos a Wickliffe, y a Huss, y a Jerónimo de Praga, todos marchando juntos. Y luego veo un número que nadie puede contar, convertidos a Dios por medio de estos reformadores poderosos, que ahora siguen al Rey de reyes y Señor de señores.

Y mirando a nuestro propio tiempo veo que la corriente se hace más ancha y más amplia. Pues son muchos los soldados que han entrado al triunfo de su Señor en estos últimos tiempos. Podremos lamentarnos de su ausencia de *nosotros*, pero debemos gozarnos por su presencia con el Señor. Pero, ¿cuál es el clamor unánime, cuál es el cántico que resuena desde el primer escuadrón hasta el último? Es este: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos.” ¿Acaso han cambiado la tonada? ¿Han suplantado Su nombre por el de otro? ¿Han puesto la corona en la cabeza de otro, o han colocado a otro héroe en la carroza? Ah, no: ellos están contentos de ver que la triunfante procesión continúa su marcha triunfal; y se gozan al contemplar los renovados trofeos de Su amor, pues cada soldado es un trofeo, cada guerrero en el ejército de Cristo es otra prueba de Su poder salvador, y de Su victoria sobre la muerte y el infierno.

No tengo tiempo para extenderme más, pues de lo contrario describiría los impresionantes cuadros al fin de la procesión; pues en los antiguos triunfos romanos, los hechos del conquistador eran descritos en las pinturas. Las ciudades que había tomado, los ríos que había atravesado, las provincias que había sometido, las batallas que había librado, todo eso era representado en cuadros expuestos a la vista del pueblo, que con gran júbilo y gozo se arremolinaba alrededor de él, o lo veían por las ventanas de sus casas, y llenaban el aire con sus aclamaciones y aplausos.

Yo podría mostrarles, en primer lugar, el cuadro de los calabozos del infierno, destruidos por completo. Satanás había preparado en lo más profundo de los abismos de las tinieblas, una prisión para los elegidos de Dios; pero Cristo no ha dejado piedra sobre piedra de ellos. En el cuadro veo las cadenas hechas pedazos, las puertas de la prisión quemadas por el fuego, y todas las profundidades del ancho abismo sacudidas hasta sus cimientos.

En otro cuadro veo el cielo abierto para todos los creyentes; veo las puertas que estuvieron firmemente cerradas, abiertas ahora por la palanca de oro de la expiación de Cristo. Veo otro cuadro, que es la tumba despojada; contemplo a Cristo en ella, durmiendo por un rato, para luego correr la piedra y levantarse a la inmortalidad y a la gloria. Pero no nos podemos detener para describir estos cuadros impresionantes de las victorias de Su amor. Sabemos que llegará el tiempo cuando la triunfante pro-

cesión se detenga, cuando el último de Sus redimidos entre en la ciudad de la felicidad y del gozo, y cuando al sonido de la trompeta que se escuche por última vez, Él ascenderá al cielo, y tomará a Su pueblo para que reine con Dios, nuestro Padre, por los siglos de los siglos, mundo que no conoce fin.

Nuestra única pregunta, y con ella concluimos, es, ¿tenemos una buena esperanza, por medio de la gracia, de que marcharemos en esa tremenda procesión? ¿Pasaremos revista en ese día de pompa y de gloria? Dime, alma mía, ¿tendrás una humilde parte en ese glorioso desfile? ¿Caminarás tras las ruedas de Su carroza? ¿Te unirás a los tronantes hosannas? ¿Se unirá tu voz al coro eterno? Algunas veces, temo que no. Hay momentos en que se nos ocurre la terrible pregunta: ¿qué pasa si mi nombre queda fuera cuando se lea la lista de convocatoria?

Hermanos, ¿no les preocupa ese pensamiento? Sin embargo, hago la pregunta de nuevo. ¿Pueden responderla? ¿Estarán allí; podrán ver esta pompa? ¿Le verán triunfar sobre el pecado, la muerte, y el infierno al fin? ¿Puedes contestar esta pregunta? Hay otra pregunta, pero la respuesta servirá para ambas: ¿crees en el Señor Jesucristo? ¿Es Él tu confianza y tu protección? ¿Le has entregado tu alma para que la guarde? Descansando en Su poder, puedes decir a nombre de tu espíritu inmortal—

***No tengo ningún otro refugio,
Mi alma desvalida depende de Ti.***

Si puedes decir eso, tus ojos lo verán en el día de Su gloria; es más, tú compartirás Su gloria, y te sentarás con Él en Su trono, así como Él ha vencido y se sienta con Su Padre en Su trono. Me ruborizo al predicar como lo he hecho hoy, acerca de un tema que está más allá de mi alcance; sin embargo, no podía dejar de cantarlo; más bien, de la mejor manera posible, debía cantarlo.

Que Dios engrandezca su fe, y fortalezca su esperanza, e inflame su amor, y los prepare para ser hechos partícipes de la herencia de los santos en la luz, para que cuando venga en medio de las nubes del cielo, sobre las alas del viento, estén listos para encontrarse con Él, y puedan ascender con Él para ver para siempre la visión de Su gloria.

Que Dios nos otorgue esta bendición, por Cristo nuestro Señor. Amén

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #273 – Volumen 5
CHRIST TRIUMPHANT

El Tesoro de la Gracia

NO. 295

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO,
22 DE ENERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“El perdón de pecados según las riquezas de su gracia”
Efesios 1:7.

Isaías ocupa entre los profetas el sitio que Pablo ocupa entre los apóstoles. Cada uno de ellos se destaca con singular prominencia habiendo sido levantado por Dios para un conspicuo propósito, y cada uno brilla como una estrella de extraordinaria brillantez. Isaías habló más de Cristo y describió más minuciosamente Su pasión y Su muerte que todos los demás profetas tomados en su conjunto. Pablo proclamó la gracia de Dios—gracia libre, plena, soberana y eterna—sobrepasando al glorioso conjunto de los apóstoles. Algunas veces se remontaba a tales asombrosas alturas o se sumergía en tales profundidades inescrutables, que aun Pedro no podía seguirle. Estaba presto a confesar que “nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada,” ha escrito “algunas cosas difíciles de entender.” Judas pudo escribir acerca de los juicios de Dios y reprobar con terribles palabras a “hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios.” Pero no podía, como Pablo, explicar el propósito de la gracia como fue planeado en la mente eterna, o la experiencia de la gracia como es sentida y experimentada en el corazón humano. Está también Santiago: él, como un fiel ministro, podía tratar de manera muy detallada con las evidencias prácticas del carácter cristiano. Y sin embargo, pareciera que se queda en la superficie; no penetra de manera profunda en el subsuelo sobre el que debe estar asentado el piso visible de todas las gracias espirituales. Aun Juan, sumamente favorecido entre todos esos apóstoles que fueron compañeros de nuestro Señor en la tierra—dulcemente como el discípulo amado escribe acerca de la comunión con el Padre y Su Hijo Jesucristo—aun Juan no habla de la gracia tan ricamente como lo hace Pablo “para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna.” No se trata, en verdad, que tengamos libertad para preferir a un apóstol sobre otro. No podemos dividir a la Iglesia diciendo: ‘yo soy de Pablo, yo de Pedro, yo de Apolos; pero sí podemos reconocer el instrumento que a Dios le agrado utilizar; po-

demos admirar la manera en que el Espíritu Santo le equipó para su obra; podemos, con las iglesias de Judea, “glorificar a Dios en Pablo.” Entre los primeros padres, Agustín fue identificado como el “Doctor de la Gracia,” tanto se deleitaba él en esas doctrinas que exhiben la gratuidad del favor divino. Y podríamos afirmar ciertamente lo mismo de Pablo. El descollaba entre sus iguales declarando la gracia que trae salvación. El sentido de la gracia impregnaba todos sus pensamientos tal como la sangre vital circula por todas las venas del cuerpo de uno. Si habla de la conversión, “me llamó por su gracia.” Es más, él ve a la gracia activa antes de su conversión, y “me apartó desde el vientre de mi madre.” Pablo atribuye todo su ministerio a la gracia. “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.” Véanle en cualquier momento y bajo cualesquiera circunstancias: ya sea abatido por la debilidad o transportado hasta el tercer cielo con revelación, él se describe de una sola manera, “Por la gracia de Dios soy lo que soy.”

No hay ministros que contiendan tan plena y resueltamente por la gracia libre, soberana e incondicional, como aquellos que antes de su conversión se han recreado en pecados graves y escandalosos. Sus predicadores caballerosos que han sido educados piadosamente y que han sido enviados de su cuna a la escuela, de la escuela a la universidad y de la universidad al púlpito sin encontrar mucha tentación, o sin ser rescatados de las guardas de la impiedad, saben comparativamente poco y hablan con escaso énfasis acerca de la *gracia inmerecida*. Es un Bunyan, que profería maldiciones, un Newton que era un verdadero monstruo en el pecado, y son los seres semejantes a ellos los que no pueden olvidar ni siquiera una hora en sus vidas posteriores la gracia que los libró del pozo del abismo y que los arrebató, cual tizones, del incendio. Extraño, en verdad, que Dios quiera que así sea.

Es inescrutable la providencia que permite que algunos de los elegidos de Dios se extravíen y anden errantes hasta donde una oveja se puede descarriar. Sin embargo, tales hombres se convierten en los más valientes paladines de esa gracia que es la única que puede rescatar a cualquier pecador de la eterna condenación.

Esta mañana nos proponemos exponer para ustedes “*las riquezas de la gracia de Dios*; este es el *Tesoro*; luego, en segundo lugar, hablaremos del “*Perdón de los Pecados*,” que ha de ser juzgado por esa *Medida*: el perdón *va acorde con las riquezas de Su gracia*; y vamos a concluir después considerando algunos de los *privilegios que están vinculados con eso*.

I. Primero, consideren LAS RIQUEZAS DE SU GRACIA. En un intento por descubrir lo que es inescrutable, yo supongo que tenemos que usar algunas de esas comparaciones con las cuales solemos estimar la riqueza de los monarcas y de los potentados de este mundo. Sucedió una vez que el embajador español, en los días de gloria de España, fue a visitar al embajador francés, y fue invitado por él a ver los tesoros de su señor. Con sentimientos de orgullo le mostró los repositorios profusamente surtidos con la más preciosa y más costosa riqueza de la tierra. “¿Podrías mostrar joyas tan ricas,” dijo él “o algo parecido a esto en cuanto a la magnificencia de las posesiones en todo el reino de tu soberano?” “¿Llamas rico a tu señor?,” respondió el embajador de España, “vamos, los tesoros de mi señor no tienen fondo,” aludiendo, por supuesto, a las minas de Perú y Petrosa. Así, en verdad, en las riquezas de la gracia hay minas demasiado profundas para que las pueda desentrañar el entendimiento finito del hombre. Por profunda que sea tu investigación, hay todavía una capa situada por debajo que desconcierta toda investigación. ¿Quién puede descubrir jamás los atributos de Dios? ¿Quién puede conocer al Todopoderoso a la perfección? No sabemos cómo estimar la propia cualidad y las propiedades de la gracia tal como mora en la mente de la Deidad. El amor en el pecho humano es una pasión. Con Dios no es así. El amor es un atributo de la esencia divina. Dios es amor. En los hombres, la gracia y la liberalidad pueden convertirse en un hábito, pero con Dios la gracia es un atributo intrínseco de Su naturaleza. Él tiene que ser clemente. Así como por necesidad de Su Deidad Él es omnipotente, y omnipresente, así también Él es clemente por absoluta necesidad de Su divinidad.

Entremos pues, hermanos míos, en esta resplandeciente mina de los atributos de la gracia de Dios. Cada uno de los atributos de Dios es infinito, y por tanto, este atributo de la gracia no tiene límites. Ustedes no pueden concebir la infinitud de Dios. ¿Por qué, entonces, tendría yo que intentar describirla? Sin embargo, recuerden que como los atributos de Dios tienen el mismo alcance, la medida de un atributo tiene que ser la medida de otro. O, prosiguiendo, si un atributo no tiene límite, tampoco lo tiene otro atributo. Ahora, ustedes no pueden concebir ningún límite para la omnipotencia de Dios. ¿Qué es lo que no puede hacer? Él puede crear, Él puede destruir. Él puede crear una miríada de universos con Su palabra, o Él puede apagar la luz de miríadas de estrellas tan fácilmente como nosotros apagamos una chispa con el pie. Basta que así lo quiera y criaturas sin número cantan Su alabanza; otro acto de volición, y esas criaturas se hunden en su desnuda nada, así como la espuma de un momento se deshace en la ola que la transporta y se pierde para siem-

pre. El astrónomo dirige su telescopio al espacio más remoto y no puede encontrar ningún límite para el poder creador de Dios; pero si pareciera encontrar algún límite, nosotros le informaríamos entonces que todos los mundos de los mundos que se agrupan en el espacio, densos como las gotas del rocío matutino sobre los prados, no son sino jirones del poder de Dios. Él puede hacer más que todas esas cosas, puede deshacerlas y convertirlas en nada y puede comenzar de nuevo. Ahora, así de ilimitado como es Su poder, así de infinita es Su gracia. Así como tiene poder para hacer cualquier cosa, así tiene gracia suficiente para dar cualquier cosa, para darlo todo al primero de los pecadores.

Tomen otro atributo si les parece: la omnisciencia de Dios. No hay límite para ella. Nosotros sabemos que su mirada está sobre cada individuo de nuestra raza; le ve tan minuciosamente como si fuera la única criatura que existiera. Se cuenta del águila que presume desafiar con su mirada al sol, pero que, cuando alcanza su mayor altura puede detectar el movimiento del pez más pequeño en las profundidades del mar. Pero, ¿qué es esto comparado con la omnisciencia de Dios? Su ojo rastrea al sol en su maravilloso curso, Su ojo advierte al cometa alado cuando vuela a través del espacio, Su ojo discierne el límite más distante de la creación, habitada o inhabitada. No hay nada oculto de esa luz, con Él no hay tinieblas del todo. Si me remonto al cielo, Él está allí; si me sumerjo en el infierno Él está allí; si vuelo montado en el rayo matutino más allá del mar occidental—

***“Su mano, más veloz, arribará primero,
Y allí detendrá al fugitivo.”***

No hay ningún límite para Su entendimiento, ni lo hay para Su gracia. Así como Su conocimiento abarca todas las cosas, así Su gracia abarca todos los pecados, todas las pruebas, todas las debilidades del pueblo en el que está puesto Su corazón. Entonces, mis queridos hermanos, la próxima vez que tengamos miedo de que la gracia de Dios se extinga, miremos en el interior de esta mina y entonces reflexionemos en que todo lo que ha sido extraído jamás de ella no la ha reducido ni en una sola partícula. Todas las nubes que han sido tomadas del mar no han disminuido jamás su profundidad, y todo el amor y toda la misericordia que Dios ha dado a los casi infinitos números de la raza humana, no ha disminuido ni en una sola pizca la montaña de Su gracia. Pero sigamos adelante; nosotros juzgamos algunas veces la riqueza de los hombres no únicamente por sus propiedades reales en minas y cosas semejantes, sino por lo que tienen disponible que ha sido almacenado en el tesoro. Tengo que llevarlos ahora, hermanos míos, al reluciente tesoro de la gracia divina. Ustedes conocen su nombre, se llama el Pacto. ¿No han oido la maravillosa historia de lo que se hizo en la antigüedad antes de que el mundo fuera

hecho? Dios sabía anticipadamente que el hombre caería, pero Él resolvió de acuerdo a Su propio propósito y voluntad infinitos, que de esta caída Él levantaría una multitud la cual nadie puede contar. El Padre Eterno sostuvo un solemne consejo con el Hijo y el Espíritu Santo. Así habló el Padre: “¡Yo quiero que los que he elegido sean salvados!” Así dijo el Hijo: “Padre mío, estoy dispuesto a desangrarme y morir para que Tu justicia no sufra y que Tu propósito sea ejecutado.” “Yo quiero”—dijo el Espíritu Santo—“que aquellos a quienes el Hijo redima con sangre sean llamados por gracia, sean vivificados, sean preservados, sean santificados y perfeccionados y llevados a salvo al hogar.” Entonces se suscribió el Pacto, y fue firmado, sellado y ratificado entre los Tres Sagrados. El Padre dio a Su Hijo, el Hijo se entregó a Sí mismo, y el Espíritu promete toda Su influencia y toda Su presencia a todos los elegidos. Entonces el Padre dio al Hijo las personas de Sus elegidos, entonces el Hijo se entregó a Sí mismo a los elegidos y los tomó en unión con Él, y entonces el Espíritu prometió en el pacto que esos elegidos iban a ser llevados a salvo al hogar al final. Siempre que pienso en el antiguo pacto de gracia, me quedo perfectamente asombrado y azorado con su gracia. Yo no podría ser inducido a ser arminiano de ninguna manera; la poesía misma de nuestra santa religión radica en esas antiguas cosas de los montes eternos, en ese glorioso pacto firmado y sellado y ratificado, bien ordenado en todas las cosas desde toda la eternidad.

Haz una pequeña pausa aquí, mi querido oyente, y piensa que antes de que este mundo fuera hecho, antes de que Dios hubiese puesto los profundos cimientos de los montes, o hubiera llenado los mares con la fuente de la palma de Su mano, Él había elegido a Su pueblo, y había puesto Su corazón en ellos. A ellos se dio a Sí mismo, dio a Su Hijo, Su cielo y Su todo. Por ellos Cristo determinó renunciar a Su bienaventuranza, a Su hogar, a Su vida; a ellos el Espíritu les prometió todos Sus atributos, para que fueran bendecidos. Oh gracia divina, cuán gloriosa eres tú, sin principio ni fin. ¿Cómo he de alabarte? Ángeles, hagan suya la melodía; canten estos nobles temas: el amor del Padre, el amor del Hijo y el amor del Espíritu.

Esto, hermanos míos, si lo piensan bien, pudiera hacerlos estimar debidamente las riquezas de la gracia de Dios. Si leen el rollo del pacto de principio a fin, que contiene, como en efecto lo hace, la elección, la redención, el llamamiento, la justificación, el perdón, la adopción, el cielo, la inmortalidad, si leen todo eso, dirán: “¡Estas son las riquezas de la gracia! ¡Dios grande e infinito! ¡Quién es un Dios como Tú por las riquezas de Tu amor!”

Además, las riquezas de grandes reyes pueden ser estimadas a menudo por la munificencia de los monumentos que levantaron para registrar sus hazañas. Nos hemos quedado sorprendidos en estos tiempos modernos por las maravillosas riquezas de los reyes de Nínive y Babilonia. Los monarcas modernos con todos sus aparatos no podrían erigir tales cantidades gigantescas de palacios como aquellos en los que el viejo Nabucodonosor caminaba en tiempos antiguos. Nos volvemos a las pirámides, y vemos allí lo que la riqueza de las naciones puede lograr; miramos al otro lado del océano a México y a Perú, y vemos las reliquias de un pueblo semibárbaro pero nos quedamos pasmados y asombrados al pensar en qué riquezas y qué minas de riquezas deben de haber poseído antes de que tales obras pudiesen ser completadas. Tal vez pudiéramos juzgar mejor las riquezas de Salomón cuando pensamos en esas grandes ciudades que él construyó en el desierto: Tadmor y Palmira. Cuando visitamos esas ruinas y vemos las sólidas columnas y la magníficente escultura, decimos: Salomón era rico realmente. Al caminar en medio de las ruinas sentimos algo parecido a lo que sintió la reina de Saba: que ni aun en la Escritura se nos dice la mitad acerca de las riquezas de Salomón. Hermanos míos, Dios nos ha conducido a inspeccionar trofeos más ricos que los de Salomón, o de Nabucodonosor, o de Moctezuma o todos los de Faraón. Vuelvan su mirada hacia allá, y vean a toda esa hueste comprada con sangre, vestidos de ropas blancas, rodeando el trono; oigan cómo cantan, con voz triunfante, con melodías seráficas: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre... a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos." ¿Y quiénes son ellos? ¿Quiénes son esos trofeos de Su gracia? Algunos de ellos provienen de los lupanares de la prostitución; muchos han venido de las tabernas de la borrachera. Es más, las manos de algunos de ellos que ahora son tan blancas y hermosas, antes estuvieron enrojecidas con la sangre de los santos. Veo allá a los hombres que clavarón al Salvador al madero; hombres que maldijeron a Dios, e invocaron muerte y condenación sobre ellos mismos. Veo allá a Manasés, que derramó tanta sangre inocente, y al ladrón que en el último momento miró a Cristo, y dijo: "Señor, acuérdate de mí." Pero no necesito hacer que miren tan alto; miren, hermanos míos, a su alrededor, y pudiera ser que no conozcan al vecino junto a quien están sentados en esta mañana. Pero hay historias de gracia que algunos pudieran contar aquí esta mañana, que harían cantar a los propios ángeles más sonoramente de lo que lo han hecho antes. Bien, yo sé que estas mejillas se han enrojecido de llanto cuando he escuchado las historias de la gracia inmerecida obradas en esta congregación. Entonces yo las llego a conocer, pero, por supuesto, no son desconocidas para ustedes, que estu-

vieron entre los más viles de los hombres, entre la escoria de la sociedad. Contamos aquí con aquellos para los que proferir maldiciones era algo natural y la borrachera se había convertido en un hábito; y sin embargo, aquí están y son ahora siervos de Dios y de Su iglesia, y se deleitan en dar testimonio a otros del grandioso Salvador que han encontrado. Ah, pero, mi querido oyente, tal vez tú seas uno de esos trofeos, y si es así, la mejor prueba de las riquezas de Su gracia es la que tú encuentras en tu propia alma. Yo pienso que Dios es clemente cuando veo que otros son salvados, pero sé que lo es porque Él me ha salvado a mí; aquel muchacho díscolo y voluntarioso que se burlaba del amor de una madre, y que permanecía impasible a pesar de todas sus oraciones, que sólo deseaba conocer un pecado para perpetrarlo. ¿Está de pie aquí hoy para predicarles el Evangelio de la gracia de Dios? Sí. Entonces no hay ningún pecador fuera del infierno que haya pecado demasiado para que la gracia le salve. Ese amor que puede alcanzarme a mí, puede alcanzarte a ti. Ahora conozco las riquezas de Su gracia porque las he probado, y las siento en lo más íntimo de mi corazón, mi querido oyente, y espero que tú las conozcas también, y entonces te unirás con nuestro poeta que dice—

***“Entonces seré el que cante más recio en la multitud,
Mientras las resonantes mansiones en los cielos suenen
Con gritos de gracia soberana.”***

Vayamos ahora un poco más adelante. Hemos mirado así el vino y los tesoros y los monumentos. Pero hay más. Una cosa que asombró a la reina de Saba, con respecto a las riquezas de Salomón, fue la suntuosidad de su mesa. Grandes multitudes se sentaban a la mesa para comer y beber, y aunque eran muchos, con todo, todos tenían lo suficiente y aun sobraba. Su corazón se quedó pasmado cuando ella vio las provisiones que llevaban en un solo día. Olvido en este preciso momento, aunque tenía la intención de referirme al pasaje de cuántos animales engordados, cuántos bueyes de pasto y cuántos ciervos, corzos, y animales de caza de todo tipo, y cuántas coros de harina y cuántos galones de aceite eran llevados a la mesa de Salomón cada día, pero era algo maravilloso; y las multitudes que se sentaban a festejar eran maravillosas también, y sin embargo, había suficiente para todos. Y ahora piensen, hermanos míos, en las hospitalidades del Dios de la gracia cada día. Millones de millones de Su pueblo están sentados en este día al festín; hambrientos y sedientos traen con ellos al banquete gran apetito, pero ni uno solo de ellos regresa insatisfecho; hay suficiente para cada uno, suficiente para todos, suficiente perennemente. Aunque las huestes que se alimentan allí son incontables como las estrellas del cielo, con todo, yo veo que a ninguno le hace falta su porción. Él abre Su mano y suple la carencia de cada santo viviente sobre la faz de la tierra. Piensen en cuánta gracia requiere un

santo, tanta gracia que nada sino el Infinito puede suministrársela por un día. Quemamos tanto combustible cada día para mantener el fuego del amor en nuestros corazones, que podríamos agotar las minas de Inglaterra de toda su riqueza de carbón. Ciertamente, si no fuera porque tenemos infinitos tesoros de gracia, el consumo diario de un solo santoaría demandar más que todo lo que pueda encontrarse sobre la faz de la tierra. Y, sin embargo, no es uno sino son muchos santos, y muchos cientos, no por un solo día, sino por muchos días; no únicamente por muchos años, sino generación tras generación, siglo tras siglo, raza tras raza de hombres, que viven de la plenitud de Dios en Cristo. Sin embargo, ninguno de ellos padece hambre; todos beben hasta saciarse; comen y quedan satisfechos. Entonces, qué riquezas de gracia podemos ver en la suntuosidad de Su hospitalidad.

Algunas veces, hermanos míos, he pensado que si pudiera obtener la comida sobrante en la puerta trasera de la gracia de Dios yo estaría satisfecho, como la mujer que dijo: "Los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos," o como el hijo pródigo que dijo: "Hazme como a uno de tus jornaleros." Pero ustedes recordarán que ningún hijo de Dios es orillado jamás a vivir de algarrobas; Dios no da los desperdicios de Su gracia al más insignificante de ellos, sino que todos son alimentados como Mefiboset: comen de la propia mesa del rey los bocadillos más exquisitos. Y si uno puede hablar por los demás, creo que en los asuntos de la gracia todos tenemos la porción de Benjamín: todos tenemos diez veces más de lo que habríamos podido esperar, y aunque no recibimos más de lo que necesitamos, con todo, nos quedamos sorprendidos a veces ante la maravillosa abundancia de la gracia que Dios nos da en el pacto y en la promesa.

Ahora vamos a otro punto para ilustrar la grandeza de las riquezas de la gracia de Dios. Las riquezas de un hombre pueden ser juzgadas a menudo por el atuendo de sus hijos, por la manera en que viste a su servidumbre y a los de su casa. No es de esperarse que el hijo del hombre pobre, aunque esté cómodamente vestido, use vestidos semejantes a los que usan los hijos de los príncipes. Veamos, entonces, cuáles son las ropas con las que el pueblo de Dios está vestido, y cómo son atendidos. Aquí hablo otra vez sobre un tema donde se necesita una gran imaginación y mi propia imaginación me falla por completo. Los hijos de Dios están cubiertos con un manto, un manto sin costura, que si se llegara a perder, ni la tierra ni el cielo podrían comprar algo semejante a él. En su textura sobrepasa al lino fino de los comerciantes; en cuanto a blancura es más puro que la nieve recién caída; ningún telar en la tierra podría hacerlo, pero Jesús gastó Su vida para elaborar mi manto de justicia.

Había una gota de sangre en cada giro de la lanzadera, y cada hilo fue hecho con las agonías de Su propio corazón. Es un manto que es divino, completo; es uno mejor que el que Adán usó en la perfección del Edén. Adán sólo tenía una justicia humana, aunque era perfecta, pero nosotros tenemos una justicia divinamente perfecta. Alma mía, estás vestida extrañamente, pues el manto de tu Salvador está sobre ti; el manto real de David cubre a su Jonatán. Mira al pueblo de Dios vestido también con las ropas de la santificación. ¿Hubo alguna vez un manto como ese? Está literalmente rígido por el peso de las joyas. Él viste cada día al más insignificante miembro de Su pueblo como si fuese un día de bodas; los viste como una novia se adorna con joyas; Él ha dado a Etiopía y a Seba para ellos, y hará que se vistan en oro de Ofir. ¡Qué riquezas de gracia debe de haber en Dios que viste así a Sus hijos!

Pero concluyamos este punto que ni siquiera he comenzado. Si quisieras conocer las plenas riquezas de la gracia divina, lee el corazón del Padre cuando envió a Su Hijo a la tierra para morir; lee las líneas en el semblante del Padre cuando derrama Su ira sobre Su primogénito y bienamado Hijo. Lee también la misteriosa caligrafía en la carne y el alma del Salvador, cuando sobre la cruz, temblando en agonía, las ondas de creciente dolor ruedan sobre Su pecho. Si quieres conocer el amor tienes que mirar a Cristo, y verás a un hombre tan lleno de dolor que Su cabeza, Su cabello y Sus vestidos están ensangrentados. Fue el amor el que le hizo sudar como grandes gotas de sangre. Si quieres conocer el amor, tienes que ver cómo se burlan del Omnipotente Sus criaturas, tienes que oír cómo calumnian al Inmaculado los pecadores, tienes que oír cómo entrega el Eterno Ser Su vida en medio de gemidos, y clama en las agonías de la muerte. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” En suma, resumiéndolo todo, las riquezas de la gracia de Dios son infinitas, más allá de todo límite; son inextinguibles, no pueden ser consumidas nunca; son suficientes para todo, bastan para cada alma que venga a tomar de ellas; habrá suficiente por siempre mientras dure la tierra, hasta que la última vasija de misericordia sea llevada a casa a salvo.

Suficiente, entonces, en lo que respecta a las riquezas de Su gracia.

II. Por un minuto o dos, déjenme considerar ahora EL PERDÓN DE LOS PECADOS.

El tesoro de la gracia de Dios es la medida de nuestro perdón; este perdón de pecados es conforme a las riquezas de Su gracia. Podemos inferir, entonces, que el perdón que Dios da al penitente no es un perdón mezquino. ¿No has pedido perdón a alguien algunas veces, y él te ha dicho: “Sí, te perdonó,” y tú has pensado: “Bien, ni siquiera hubiera pedido perdón si hubiera pensado que lo daría en un estilo tan rudo como ese;

pude haber continuado como estaba, en vez de ser perdonado de una manera tan forzada"? Pero cuando Dios perdona a un hombre, aunque sea el peor de los pecadores, extiende Su mano y perdona libremente; de hecho, hay tanto gozo en el corazón de Dios cuando perdona, como lo hay en el corazón del pecador cuando es perdonado. Dios es tan bendecido al dar como lo somos nosotros al recibir. Perdonar es Su propia naturaleza. Él tiene que ser clemente, tiene que ser amoroso, y cuando activa Su corazón de amor para liberarnos de nuestros pecados no escatima el flujo; lo hace voluntariamente, y sin reproche. Además, si el perdón va en proporción a las riquezas de Su gracia, podemos tener la seguridad de que no es un perdón limitado, que no es el perdón de algunos pecados mientras otros quedan sobre la espalda. No, esto no sería conforme a la Deidad, no sería consistente con las riquezas de Su gracia. Cuando Dios perdona, pone la marca en todo pecado que el creyente ha cometido alguna vez, o que cometerá jamás. Ese último punto pudiera hacerlos titubear, pero yo creo, en verdad, con Juan Kent, que en la sangre de Cristo—

**"Hay perdón para las transgresiones pasadas,
No importa cuán negro sea su matiz;
Y, ¡oh!, alma mía, mira asombrada,
Para pecados venideros hay perdón también."**

No importa cuántos, no importa cuán atroces, no importa cuán innumerables pudieran haber sido tus pecados, el instante en que crees, cada uno de ellos es borrado. En el Libro de Dios no hay ni un solo pecado contra nadie en este lugar, cuya confianza esté en Cristo, ni uno solo, ni siquiera la sombra de uno, ni una mancha, ni el remanente de algún pecado que permanezca, todos han desaparecido. Cuando el diluvio de Noé cubrió los montes más elevados, pueden tener la seguridad que cubrió las madrigueras de los topos; y cuando el amor de Dios cubre los pecados pequeños, cubre los grandes, ¡y todos desaparecen de inmediato! Cuando una factura es pagada totalmente, no hay ningún inciso que pueda ser cobrado de nuevo, y cuando Dios perdona los pecados del creyente no queda ni un solo pecado; ni siquiera la mitad de uno puede ser llevado a Su recuerdo de nuevo. Es más, cuando Dios perdona, no únicamente lo perdona todo, sino que lo hace de una vez por todas. Algunos nos dicen que Dios perdona a los hombres pero que, sin embargo, se pierden. ¡Un excelente dios es ese de ustedes! Ellos creen que el pecador penitente encuentra misericordia, pero que si al poco tiempo resbala o tropieza, será sacado del pacto de gracia y perecerá. Yo no podría ni querría creer en un pacto así; yo lo pisaría bajo mis pies como algo completamente despreciable. Cuando el Dios que yo amo perdona, nunca castiga posteriormente. Por un sacrificio hay una plena remisión de todo pecado

que hubo alguna vez en contra de un creyente, o que alguna vez habrá en contra suya. Aunque vivas hasta que tu cabello quede blanco tres veces, hasta que los mil años de Matusalén pasen sobre tu surcada frente, ni un solo pecado habrá jamás en tu contra, ni serás castigado jamás por ningún pecado, pues cada pecado es perdonado, es plenamente perdonado, de manera que ni siquiera parte del castigo será ejecutado en contra tuya. “Bien, pero”—dice alguien—“¿cómo es que Dios castiga a Sus hijos?” Yo respondo: no los castiga. Él los disciplina como un padre, pero eso es diferente del castigo de un juez. Si el hijo de un juez fuera llevado al tribunal, y ese hijo fuere perdonado libremente de todo el mal que hubiera hecho, si la justicia lo exoneró y lo absolvio, pudiera suceder no obstante que hubiera un mal en el corazón de ese hijo que el padre, por amor al hijo, tendría que sacar con azotes. Pero hay una gran diferencia entre una vara en la mano del verdugo, y una vara en la mano de un padre. Que Dios me hiera, si peco contra Él; sin embargo, no es debido a la culpa del pecado; no hay ningún castigo en él de ningún tipo pues la cláusula penal ha sido eliminada. Es sólo para curarme de mi falta que hace salir la locura de mi corazón. ¿Castigas a tus hijos vengativamente porque estás enojado con ellos? No, sino porque los amas; si tú eres lo que los padres deberían ser, el castigo es una prueba de tu afecto, y tu corazón se duele más que sus dolores corporales, cuando tienes que castigarlos por lo que han hecho mal. Dios no está enojado en contra de Sus hijos, ni hay ningún pecado en ellos que Él castigará. Él les aplicará la vara pero no los castigará por el pecado. ¡Oh gracia gloriosa! Es un Evangelio digno de ser predicado

*“El instante en que un pecador cree,
Y confía en Su Dios crucificado,
Recibe de inmediato su perdón,
Redención plena por medio de la sangre de Cristo.”*

Todo ha sido borrado; cada átomo ha desaparecido; ha sido quitado por siempre y para siempre, y él lo sabe muy bien.

*“Ahora liberado del pecado camino en libertad,
La sangre de mi Salvador es mi pleno descargo;
A Sus amados pies pongo mi alma,
Como un pecador salvado, y le rindo homenaje.”*

Habiendo hablado así del perdón del pecado diciendo que es plenamente proporcionado a la gracia de Dios, le voy a hacer esta pregunta a mi oyente: Amigo mío, ¿eres un hombre perdonado? ¿Todos tus pecados han desaparecido? “No”—dice alguien—“no puedo decir que han desaparecido, pero estoy haciendo lo mejor que puedo para reformarme.” ¡Ah!, puedes hacer lo mejor que puedas para reformarte, y yo espero que lo hagas, pero eso nunca lavará tus pecados pasados. Todas las aguas de los ríos de la reforma no pueden lavar nunca ni una sola mancha de roja

sangre de la culpa. “Pero”—dice uno—“¿puedo creer, tal como soy, que mis pecados son perdonados?” No, pero te diré qué puedes hacer. Con la ayuda de Dios, ahora puedes arrojarte simplemente sobre la sangre y la justicia de Cristo, y en el instante en que haces eso, todos tus pecados desaparecen, y desaparecen de tal manera que no pueden regresar otra vez. “El que cree en el Señor Jesucristo será salvo.” Es más, él es salvo en el momento de su fe. No es recibido más como un pecador a los ojos de Dios. Cristo ha sido castigado por él. La justicia de Cristo lo envuelve y es acepto en el amado. “Bien, pero”—dice uno—“yo puedo creer que un hombre, después de que ha sido cristiano por mucho tiempo, puede saber que sus pecados han sido perdonados, pero no puedo imaginar que yo pueda saberlo de inmediato.” El conocimiento de nuestro perdón no siempre viene en el momento en que creemos, pero el hecho de nuestro perdón está antes de nuestro conocimiento de él, y podemos ser perdonados antes de que lo sepamos. Pero si tú crees en el Señor Jesucristo con todo tu corazón, te voy a decir esto: Si tu fe está libre de cualquier confianza en ti mismo, tú sabrás hoy que tus pecados te son perdonados, pues el testimonio del Espíritu dará testimonio a tu corazón, y tú oirás esa voz secreta, ese silbo apacible que te dice: “Ten buen ánimo; tus pecados, que son muchos, te son todos perdonados.” “Oh”—dice uno—“yo daría todo lo que tengo por eso.” Y tú podrías dar todo lo que tienes, pero no lo tendrías a ese precio. Podrías dar al primogénito por tu transgresión, el fruto de tu cuerpo por el pecado de tu alma, podrías ofrecer ríos de aceite, y el sebo de diez mil animales gordos; no lo tendrías por dinero, pero puedes tenerlo por nada; es traído a ti gratuitamente; se te pide que lo tomes. Sólo reconoce tu pecado, y pon tu confianza en Cristo, y no hay ni un solo hombre entre ustedes que oirá algo acerca de su pecado en el día del juicio. Será arrojado en la profundidad del océano, será llevado para siempre.

Voy a mostrarles un cuadro, y luego voy a dejar el tema. Vean, allí está el sumo sacerdote de los judíos. Le llevan un macho cabrío; es llamado “el macho cabrío expiatorio.” Él pone sus manos sobre la cabeza de este macho cabrío, y comienza a hacer una confesión de pecado. ¿Vendrás y harás lo mismo? Jesucristo es el macho cabrío expiatorio; ven y pon tu mano sobre esta cabeza coronada de espinas, y haz confesión de tu pecado, como lo hacía el sumo sacerdote en la antigüedad. ¿La has hecho? ¿Ha sido confesado tu pecado? Ahora cree que Jesucristo es capaz y que está dispuesto a quitar tu pecado. Confía enteramente y completamente en Él. ¿Ahora qué sucede? El sumo sacerdote toma el macho cabrío expiatorio, lo pone en manos de un hombre de confianza que lo conduce sobre el monte y por el valle, hasta que está a muchas millas de distan-

cia, y entonces, soltando de pronto sus ataduras, lo asusta, y el macho cabrío huye tan rápido como le es posible. El hombre lo vigila hasta que se va, y ya no puede verlo más. Regresa, y dice: "Me llevé lejos al macho cabrío expiatorio, y desapareció de mi vista; se ha ido al desierto." Ah, mi querido oyente, y si tú has puesto tus pecados en Cristo mediante una plena confesión, recuerda que Él los ha quitado; cuanto está lejos el oriente del occidente se han marchado y se han marchado eternamente. Tu borrachera, tus juramentos se han ido, tus mentiras, tu robo se ha ido, tu quebrantamiento del día domingo, tus malos pensamientos se han ido, todos se han ido, y tú no los verás nunca más—

***"Sumergidos, como en un mar sin orillas,
Perdidos, como en la inmensidad."***

III. Y ahora concluyo notando LOS BENDITOS PRIVILEGIOS QUE SIGUEN SIEMPRE AL PERDÓN QUE NOS ES OTORGADO CONFORME A LA GRACIA DE DIOS. Yo pienso que hay una gran cantidad de personas que no creen que haya alguna realidad en la religión en absoluto. Pienzan que es algo muy respetable ir a la iglesia y asistir a la capilla, pero llegar al punto de gozar jamás de una conciencia de que sus pecados son todos perdonados, nunca piensan en eso. Y yo tengo que confesar que, en la religión de estos tiempos modernos, no pareciera haber mucha realidad. Yo no oigo en este día esa proclamación del Evangelio que suena claramente y que es la inequívoca proclamación que quisiera oír. Es algo grandioso llevar el Evangelio a todo tipo de hombres, llevarlo al teatro, y cosas parecidas, pero queremos que el Evangelio no sea diluido; la leche tiene que contener un poco menos de agua. Tiene que haber una verdad más clara y palpable que se le enseñe a la gente, un algo que ellos puedan realmente sujetar, un algo que puedan entender, aun si no quieren creerlo. Confío en que nadie me malentienda en esta mañana en lo que he dicho. Es posible obtener que todos nuestros pecados sean perdonados ahora. Es posible saberlo y disfrutarlo. Ahora voy a mostrarles cuál será la felicidad resultante para ustedes si obtuvieran esta bendición.

En primer lugar, tendrás paz de conciencia, tu corazón que palpita tan rápido cuando estás solo estará muy quieto y tranquilo. Estarás menos solo cuando estás solo. Ese miedo tuyo que hace que aceleres el paso en la oscuridad porque tienes temor de algo, pero no sabes de qué, se esfumará por completo. Me enteré de un individuo que estaba tan constantemente endeudado, y que era arrestado tan continuamente por los alguaciles, que en una ocasión, cuando iba por unos barandales que protegían una cierta área, habiendo enredado su manga en uno de los barandales, se dio la vuelta y dijo: "Amigo, yo no te debo nada." Pensaba que se trataba de un alguacil. Y lo mismo sucede con pecadores no per-

donados, en dondequiera que estén piensan que van a ser arrestados. No pueden disfrutar nada. Aun su júbilo, qué es, sino sólo el color del gozo, el crepitar de las espinas bajo la olla; no hay un fuego sólido y firme. Pero una vez que un hombre es perdonado, puede caminar en cualquier parte. Dice: "para mí no es nada si vivo o muero, si las profundidades del mar me cubren, o si soy enterrado debajo de la avalancha; con el pecado perdonado, estoy seguro." La muerte no tiene ningún aguijón para él. Su conciencia está en paz. Luego da un paso al frente. Sabiendo que sus pecados están perdonados tiene un gozo indecible. Nadie tiene unos ojos tan chispeantes como el verdadero cristiano; entonces un hombre conoce su interés en Cristo, y puede leer su título libre de gravamen. Es un hombre feliz, y tiene que ser feliz. Sus tribulaciones, ¿cuáles son? Menos que nada y vanidad, pues todos sus pecados han sido perdonados. Cuando el pobre esclavo desembarca por primera vez en Canadá, pudiera darse el caso de que no tuviera ni un centavo en su cartera y escasamente ninguna otra cosa que harapos sobre su espalda; pero pone su pie en suelo británico, y es libre; véanle saltar y danzar, y aplaude diciendo: "Gran Dios, yo te doy gracias porque soy un hombre libre." Lo mismo sucede con el cristiano, él puede decir en su cabaña cuando se sienta para comer su mendrugo de pan: gracias a Dios no tengo ningún pecado mezclado en mi copa. Todos han sido perdonados. El pan pudiera estar seco, pero no está ni la mitad de seco como lo estaría si tuviera que comerlo con las hierbas amargas de una conciencia culpable y con un terrible aprensión de la ira de Dios. Tiene un gozo que resistirá todos los climas, un gozo que no cambia con la temperatura, un gozo que brilla en la oscuridad y que resplandece en la noche así como en el día.

Luego, prosiguiendo, ese hombre tiene acceso a Dios. Otro individuo que tiene pecados no perdonados permanece lejos, y si piensa en Dios del todo, es como un fuego consumidor. Pero el cristiano perdonado mira a Dios cuando ve los montes y los collados, y los arroyos rodantes y la rugiente marea, dice: "Mi Padre hizo todo eso"; y le da la mano al Todo-poderoso a través de toda la infinita extensión que divide al hombre de su Hacedor. Su corazón vuela a Dios. Mora cerca de Él, y siente que puede hablar con Dios como un hombre habla con su amigo.

Luego otro efecto de esto es que el creyente no le teme a ningún infierno. Hay cosas solemnes en la Palabra de Dios, pero no aterran al creyente. Pudiera haber un pozo del abismo que no tiene fondo, pero dentro de él su pie jamás resbalará; es cierto que hay un fuego que no se apagará nunca, pero no puede quemarle. Ese fuego es para el pecador, pero él no tiene ningún pecado que le sea imputado; todos han sido perdonados. Aun la horda congregada de todos los demonios en el infierno no podría

llevarle allí, pues no tiene ni un solo pecado del que pueda acusársele. Aunque peca diariamente, siente que todos esos pecados han sido expiados; sabe que Cristo ha sido castigado en su lugar, y, por tanto, la Justicia no puede tocarle de nuevo.

Además, el cristiano perdonado está esperando el cielo. Él está esperando la venida del Señor Jesucristo, pues si la muerte interviniere antes de ese glorioso evento, sabe que para él la muerte súbita es súbita gloria; y en la posesión de una conciencia tranquila y de paz con Dios, puede subir a su aposento cuando venga la última hora solemne; puede encoger sus pies en su cama; puede decirle adiós a sus hermanos y compañeros, a su esposa y a sus hijos, y puede cerrar sus ojos en paz sin dudar de que los abrirá en el cielo. Tal vez el gozo del pecado perdonado nunca se destaca más brillantemente que en el lecho de un moribundo. Con frecuencia he tenido el privilegio de comprobar el poder de la religión cuando he estado junto al lecho de personas moribundas. Hay una joven mujer que está ahora en el cielo y que una vez fue miembro de esta nuestra iglesia. Yo fui a verla con uno de mis amados diáconos cuando su partida estaba muy cercana. Sufría la última etapa de la tisis. Se miraba hermosa y dulcemente bella, y creo que nunca oí tales sílabas como las que caían de los labios de esa muchacha. Había tenido decepciones, y pruebas, y problemas, pero de todo ello no tenía que decir ni una sola palabra, excepto que bendecía a Dios por ello; la habían llevado más cerca del Salvador. Y cuando le preguntamos si no tenía miedo de morir, "No"—respondió—"lo único que temo es esto: tengo miedo de vivir, no sea que mi paciencia se agote. Todavía no he dicho ni una palabra de impaciencia, señor, y espero no hacerlo. Es triste estar tan débil, pero pienso que si me tocara decidir preferiría estar aquí que gozando de salud, pues es algo muy precioso para mí; yo sé que mi Redentor vive, y estoy esperando el momento cuando Él envíe su carro de fuego para llevarme con Él." Yo le hice la pregunta: "¿Tienes alguna duda?" "No, ninguna, señor, ¿por qué habría de tenerla? Yo sujeté mis brazos alrededor del cuello de Cristo." "Y ¿no tienes ningún miedo por tus pecados?" "No, señor, todos han sido perdonados; yo confío en la sangre preciosa del Salvador." "¿Y crees que seguirás siendo tan valiente como ahora cuando llegue efectivamente el momento de tu muerte?" "No señor, si Él me dejara, pero Él nunca me dejará, pues ha dicho: 'No te desampararé, ni te dejaré'." Ahí tienen a la fe, queridos hermanos y hermanas; que todos la tengamos y recibamos el perdón de los pecados según las riquezas de Su gracia.

en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #295—Volume 6
THE TREASURE OF GRACE

Paz Espiritual

NO. 300

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA
DEL DOMINGO 19 DE FEBRERO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

***“La paz os dejo, mi paz os doy.”
Juan 14:27.***

Nuestro Señor estaba cerca de Su muerte, a punto de partir de este mundo, y de subir a Su Padre; por tanto, hizo Su testamento; y este es el bendito legado que deja a los fieles: “La paz os dejo, mi paz os doy.”

Podemos estar completamente seguros de que este testamento de nuestro Señor Jesucristo es válido. Ustedes tienen aquí Su propia firma; ha sido firmado, sellado, y entregado en presencia de los once apóstoles, quienes son fieles y veraces testigos. Es verdad que un testamento no entra en vigor mientras el testador viva, pero Jesucristo ha muerto una vez por todos; y ahora nadie puede disputar Su legado. El testamento está en vigor, puesto que el testador ha muerto. Sin embargo a veces puede ocurrir que la voluntad de un testador en su testamento sea desatendida; y él, impotente enterrado bajo tierra, es incapaz de levantarse y exigir que se cumpla su última voluntad.

Pero nuestro Señor Jesucristo que murió, y que por tanto hizo Su testamento válido, se levantó de nuevo, y ahora vive para ver que cada estipulación contenida en el testamento se cumpla; y este bendito codicilo (acto relacionado a un testamento) “La paz os dejo, mi paz os doy,” es aplicable a toda la simiente comprada con sangre. La paz es de ellos, y debe ser de ellos, porque Él murió y puso el testamento en vigor, y vive para supervisar que el testamento se cumpla.

La donación, el bendito legado que nuestro Señor ha dejado aquí, es Su *paz*. Esta puede considerarse como una paz con todas las criaturas. Dios ha hecho una alianza de paz entre Su pueblo y el universo entero. “Pues aun con las piedras del campo tendrás tu pacto, y las fieras del campo estarán en paz contigo.” “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien.” La Providencia que una vez estaba apartada y parecía trabajar en contra de nuestro bienestar, está ahora en paz con nosotros. Las ruedas giran en un orden feliz, y nos traen bendiciones cada vez que ruedan.

Las palabras de nuestro Señor también se refieren a la paz que existe en medio del pueblo de Dios, la paz de cada quien hacia su hermano. Hay una paz de Dios que reina en nuestros corazones por medio de Jesucristo, por la cual estamos unidos con los lazos más estrechos de unidad y concordia con cada uno de los hijos de Dios, con quienes nos encontramos en nuestra peregrinación aquí abajo. Sin embargo, dejando por el momento estos dos tipos de paz, que yo creo que están comprendidos en el legado, procedamos a considerar otros dos tipos de paz, que conforme a nuestra experiencia se resuelven en uno, y que ciertamente conforman la parte más rica de esta bendición.

Nuestro Salvador se refiere aquí a la paz con Dios, y a la paz con nuestra propia conciencia. Primero hay paz con Dios, pues Él “nos reconcilió consigo mismo por Cristo;” Él ha derrumbado la pared que nos separaba de Jehová, y ahora hay “¡en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Cuando el pecado es quitado, Dios no tiene motivos para la guerra contra Sus criaturas: Cristo ha quitado *nuestro* pecado, y por tanto hay una paz sustancial virtual establecida entre Dios y nuestras almas. Esta, sin embargo, puede existir sin que nosotros la entendamos claramente y sin que nos gocemos en ella. Por tanto, Cristo nos ha dejado paz en la conciencia.

La paz con Dios es el tratado; la paz en la conciencia es su publicación. La paz con Dios es la fuente, y la paz en la conciencia es el arroyo de cristal que nace de allí. Hay una paz decretada en la corte de la justicia divina en el cielo; y de allí se sigue una consecuencia necesaria: tan pronto se conoce esa noticia, hay paz en la corte inferior del juicio humano, donde la conciencia se sienta en el trono para juzgarnos de conformidad a nuestras obras.

Entonces, el legado de Cristo es una paz doble: una paz de amistad, de acuerdo, de amor, de unión eterna entre el elegido y Dios. Además es una paz de dulce gozo, de quieto descanso del entendimiento y la conciencia. Cuando no hay vientos arriba, no habrá tempestad abajo. Cuando el cielo está sereno, la tierra está quieta. La conciencia refleja la complacencia de Dios. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.”

Hoy me propongo hablar de esta paz, si Dios el Espíritu Santo me ayuda con Su gracia, de esta manera: primero, su *fundamento secreto*; a continuación su *noble naturaleza*; en tercer lugar, sus *benditos efectos*; en cuarto lugar, sus *interrupciones y medios de mantenimiento*; y luego voy a concluir con algunas palabras de *solemne advertencia* para quienes nunca han gozado de paz con Dios, y por consiguiente nunca han tenido verdadera paz con ellos mismos.

I. En primer lugar, entonces, LA PAZ QUE GOZA EL VERDADERO CRISTIANO CON DIOS Y CON SU CONCIENCIA TIENE UN SÓLIDO FUNDAMENTO SOBRE EL CUAL DESCANSAR. No está construida sobre una ficción placentera de su imaginación, sobre un sueño engañoso de su ignorancia; sino que está construida sobre hechos, sobre verdades positivas, sobre realidades esenciales; está fundada sobre una roca, y aunque caigan las lluvias no se derrumbará, porque su cimiento es seguro.

Cuando un hombre tiene *fe en la sangre de Cristo*, no es sorprendente que tenga paz, pues ciertamente tiene garantía de gozar de la más profunda calma que un corazón mortal pueda conocer. Pues él razona consigo mismo de esta manera: Dios ha dicho: “De todo aquello de que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree;” y, además, que “El que creyere y fuere bautizado, será salvo.” Ahora, mi fe está fija sinceramente en el grandioso sacrificio sustitutivo de Cristo, por tanto he sido justificado de todo, y permanezco acepto en Cristo como un creyente.

La consecuencia necesaria de eso es que él posee paz mental. Si Dios ha castigado a Cristo por mí, no me castigará de nuevo. “Limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado.” Bajo la ley ceremonial

judía, se hacía mención del pecado cada año; el cordero de la expiación debía ser sacrificado mil veces, pero “Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.” ¿Cómo, pregunto yo, puede temblar quien crea que ha sido perdonado? Ciertamente sería muy extraño que su fe no le infundiera una santa calma en su pecho.

Además, el hijo de Dios recibe su paz de otro conducto de oro, pues *un sentido de perdón ha sido derramado en abundancia en su alma*. No solamente cree en su perdón por el testimonio de Dios, sino que siente el perdón. ¿Alguien de ustedes sabe lo que es esto? Es algo más que una creencia en Cristo; es la crema de la fe, el fruto maduro en plenitud de la fe, es un privilegio muy encumbrado y especial que Dios otorga después de la fe. Si no poseo ese sentido de perdón, todavía estoy obligado a creer, y luego, al creer, avanzaré muy pronto hasta ver eso en lo que creí y esperé. El Espíritu Santo algunas veces derrama abundantemente en el creyente una certeza de que ha sido perdonado. Mediante una agencia misteriosa, Él llena el alma con la luz de la gloria. Si todos los testigos falsos que hay en la tierra se pusieran de pie y le dijeran a ese hombre, en ese momento, que Dios no está reconciliado con él, y que sus pecados permanecen sin perdón, él se reiría hasta la burla; pues dice: “el Espíritu Santo ha derramado abundantemente en mi corazón el amor de Dios.”

Él *siente* que está reconciliado con Dios. Ha subido desde la fe hasta el gozo, y cada uno de los poderes de su alma siente el rocío divino conforme es destilado desde el cielo. El entendimiento lo siente, ha sido iluminado; la voluntad lo siente, ha sido encendida con santo amor; la esperanza lo siente, pues espera el día cuando el hombre completo será hecho semejante a la Cabeza de su pacto, Jesucristo.

Cada una de las flores en el jardín de la humanidad siente el dulce viento del sur del Espíritu cuando sopla sobre ellas, y hace que las dulces especias lancen su perfume. ¿Cómo puede sorprender, entonces, que el hombre tenga paz con Dios cuando el Espíritu Santo se convierte en un huésped real del corazón, con toda su gloriosa caravana de bendiciones? ¡Ah!, pobre alma atribulada, qué paz y gozo indecible reinarían en tu alma si simplemente creyeras en Cristo. “Sí,” dices, “pero yo quiero que Dios me manifieste que soy perdonado.” Pobre alma, no hará eso de inmediato; Él te ordena creer en Cristo *primero*, y *después* te manifestará el perdón de tu pecado. Somos salvos por fe, no por gozo; pero cuando le creo a Cristo y le tomo Su palabra, aun cuando mis sentimientos parezcan contradecir mi fe, entonces, como una recompensa gratuita, Él honrará mi fe, permitiéndome sentir aquello en lo que creí cuando no lo sentía.

El creyente también goza, en épocas de favor, de tal *intimidad con el Señor Jesucristo*, que no puede sino estar en paz. ¡Oh!, hay dulces palabras que Cristo susurra al oído de Su pueblo, y hay visitas de amor que Él hace, que un hombre difícilmente creería aunque se le dijera. Ustedes deben saber por ustedes mismos en qué consiste tener comunión con el Padre y con Su Hijo Jesucristo. Ciertamente Cristo se manifiesta a nosotros de una manera que no lo hace con el mundo. Todos los pensamientos sombríos y espantosos son desterrados. “Yo soy de mi amado, y mi amado es mío.” Este es el sentimiento del espíritu que lo absorbe todo. Y qué maravilla es que el creyente tenga paz cuando Cristo

habita así en su corazón, y reina sin rival allí, así que no conoce a ningún otro hombre sino sólo a Jesucristo. Sería un milagro de milagros si no tuviéramos paz; y la cosa más extraña en la experiencia cristiana es que nuestra paz no continúe más, y la única explicación de nuestra miseria es que nuestra comunión se ha roto, está echada a perder, pues de lo contrario nuestra paz sería como un río, y nuestra justicia como las olas del mar.

Ese venerable hombre de Dios, Joseph Irons, que hace muy poco tiempo ascendió a nuestro Padre en el cielo, dice: “¡Qué nos sorprende que un hombre cristiano tenga paz cuando *trae consigo las escrituras del cielo en su pecho!*” Este es otro fundamento sólido para la confianza. Nosotros sabemos que el cielo es un lugar preparado para una gente preparada, y a veces el cristiano puede exclamationar con los apóstoles: “con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz.” Sintiendo que Dios le ha dado la aptitud, él descubre que esta preparación es una garantía para la esperanza de que entrará en el lugar de habitación del glorificado. Puede levantar su mirada, y decir: “aquel mundo brillante es mío, mi herencia asegurada; la vida me impide recibirla, pero la muerte me llevará a ella; mis pecados no pueden destruir el contrato escrito por el cielo; el cielo es mío; el propio Satanás no puede impedirme entrar. Yo debo estar, yo estaré donde está Jesús, pues mi espíritu Lo anhela, y mi alma está enlazada con Él.” Oh, hermanos, no es una sorpresa, cuando todo es bendición por dentro y todo es calma arriba, que los hombres justificados posean “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento.”

Tal vez ustedes dirán, bien, ¡pero el cristiano tiene problemas como otros hombres: pérdidas en los negocios, muertes en su familia, y enfermedades en su cuerpo! Sí, pero él tiene otro fundamento para su paz: *una seguridad de la fidelidad* y de la veracidad del pacto de su Dios y Padre. Él cree que Dios es un Dios fiel; que Dios no echará fuera a quienes ha amado. Para él todas las providencias oscuras no son sino bendiciones encubiertas. Cuando su copa es amarga, él cree que fue preparada por amor, y todo terminará bien, pues Dios garantiza el resultado final. Por tanto, ya sea que haya mal tiempo o buen tiempo, cualesquiera que sean las condiciones, su alma se abriga bajo las alas gemelas de la fidelidad y del poder de su Dios del Pacto.

El espíritu santificado está tan resignado a la voluntad de su Padre, que no rezonga. Para él, como Madame Guyon solía decir: “Es igual si el amor ordena su vida o su muerte, o le señala felicidad o aflicción.” Él está contento de tomar precisamente lo que el Padre le envía, sabiendo que su Padre lo entiende mucho mejor de lo que él se entiende a sí mismo. Él cede el timón de su barco a la mano de un Dios lleno de gracia; y él mismo recibe la capacidad de dormir tranquilamente en la cabina; él cree que su capitán tiene poder sobre los vientos y las olas; y cuando a veces siente su barco sacudido por la tormenta, exclama con Herbert—

**“Aunque los vientos y las olas asalten mi quilla,
Él la preserva; Él la gobierna;
Aun cuando la barca parece más tambaleante.
Las tormentas son el triunfo de Su arte;
Ciertamente Él puede esconder
Su rostro, pero no Su corazón.”**

Entonces no sorprende que tenga paz, cuando puede sentir esto, sabiendo que Quien ha comenzado la buena obra, tiene tanto la voluntad como el poder de perfeccionarla, hasta el día de Cristo.

II. Habiendo descorrido apresuradamente el velo del fundamento secreto de la paz del cristiano, debemos reflexionar durante unos pocos minutos acerca de SU NOBLE CARÁCTER.

La paz de otros hombres es innoble y despreciable. Su paz nace en la guarida del pecado. Sus padres son la arrogancia y la ignorancia. El hombre no sabe quién es, y por tanto piensa que es algo, cuando no es nada. Dice: "yo soy rico y próspero en bienes," cuando está desnudo, y es pobre y es miserable. El nacimiento de la paz del cristiano no es así. *Esa paz* es nacida del espíritu. Es una paz que Dios el Padre da, pues Él es el Dios de toda paz; es una paz que Jesucristo compró, pues Él ha obtenido la paz con Su sangre, y Él es nuestra paz; y es una paz que el Espíritu Santo obra: Él es su autor y la deposita en el alma.

Entonces nuestra paz es hija de Dios, y su carácter es semejante a Dios. Su Espíritu es su progenitor, y es como su Padre. ¡Es "*mi paz*," dice Cristo! No es la paz de un hombre; sino la paz serena, calma y profunda del Eterno Hijo de Dios. Oh, si sólo tuviera esta única cosa dentro de su pecho, esta paz divina, el cristiano sería ciertamente algo glorioso; y aun los reyes y los hombres poderosos de este mundo son como nada cuando se les compara con el cristiano; pues lleva una joya en su pecho que ni todo el mundo podría comprar, una joya elaborada desde la vieja eternidad y ordenada por la gracia soberana para que sea la gran bendición, la herencia real justa de los hijos elegidos de Dios.

Entonces esta paz es divina en su origen; y también es *divina en su alimento*. Es una paz que el mundo no puede dar; y no puede contribuir a su sustento. Los bocados más exquisitos que alguna vez haya degustado el sentido carnal, serían amargos para la boca de esta dulce paz. Ustedes pueden traer su trigo fino, su dulce vino, su aceite desbordante; sus exquisitezces no nos tientan, pues esta paz se alimenta con alimento de ángeles, y no puede saborear ninguna comida que salga de la tierra.

Si le dieran a un cristiano diez veces más las riquezas que posee, no se lograría que tuviera diez veces más paz; sino probablemente diez veces más angustia; pueden engrandecerlo en honor, o fortalecerlo en salud; sin embargo, ni su honor ni su salud contribuirían a su paz; pues esa paz fluye de una fuente divina; y no hay arroyos tributarios de las colinas de la tierra que alimenten esa divina corriente; el arroyo fluye del trono de Dios, y es sustentado únicamente por Dios.

Entonces es una paz nacida y alimentada divinamente. Y déjenme señalar de nuevo que es *una paz que vive por encima de las circunstancias*. El mundo ha tratado con empeño de poner un fin a la paz del cristiano, pero nunca ha sido capaz de lograrlo. Yo recuerdo, en mi niñez, haber oído a un anciano cuando oraba, y escuché algo que se grabó en mí: "Oh Señor, da a tus siervos esa paz que el mundo no puede ni dar ni quitar." ¡Ah! Todo el poder de nuestros enemigos no puede quitárnosla. La pobreza no la puede destruir; el cristiano en ropas harapientas puede tener paz con Dios. La enfermedad no la puede estropear; acostado en su cama, el santo está gozoso en medio de los fuegos. La persecución no la puede arruinar, pues la persecución no puede separar al

creyente de Cristo, y mientras él sea uno con Cristo su alma está llena de paz.

“Pon tu mano aquí,” dijo el mártir a su verdugo, cuando fue llevado a la hoguera, “pon tu mano aquí, y ahora pon tu mano en tu propio corazón, y siente cuál late más fuertemente, y cuál es el más turbado.” Extrañamente el verdugo fue sacudido de asombro, cuando descubrió que el cristiano estaba tan calmado como si fuera a una fiesta de bodas, mientras que él mismo estaba poseído de una tremenda agitación por tener que desempeñar una obra tan desesperada.

¡Oh, mundo! Te desafiamos a que intentes robar nuestra paz. No nos vino de ti, y tú no puedes arrebatarla. Está puesta como un sello sobre nuestro brazo; es fuerte como la muerte e invencible como la tumba. Tu torrente, oh Jordán, no la puede ahogar, aunque tus profundidades sean negras y hondas; en medio de tus tremendas ondas nuestra alma está confiada, y descansa quieta sobre Quien nos amó y se dio a Sí mismo por nosotros.

Con frecuencia he tenido que comentar que los cristianos colocados en las circunstancias más desfavorables son, como regla general, mejores cristianos que quienes están colocados en posiciones propicias. En medio de una iglesia muy grande, formada por personas de todas las categorías sociales, y cuya condición conozco tan profundamente como la puede llegar a conocer un hombre, he observado que las mujeres que vienen de casas donde el marido es impío, y con niños complicados; que los jóvenes que vienen de talleres donde se encuentran con oposición y burla; que la gente que viene de las profundidades de la pobreza, de las guardias y tugurios de nuestra ciudad, son las joyas más brillantes que están engastadas en la corona de la iglesia. Da la impresión como si Dios quiere derrotar a la naturaleza, no sólo haciendo crecer el hisopo en la pared, sino haciendo crecer al cedro allí también. Él encuentra sus perlas más brillantes en las aguas más oscuras, y levanta sus joyas más preciosas de los basureros más inmundos—

**“Maravillas de gracia pertenecen a Dios,
Repitán sus misericordias en sus himnos.”**

Y también he descubierto esto, que a menudo, entre más turbado está un cristiano, su paz es más pura; mientras más pesada sea la envolvente marea de sus penas y dolores, más tranquila, y calma, y profunda es la paz que reina en su corazón. Entonces, pues, es paz nacida y alimentada divinamente, y está muy por encima de la influencia del torbellino de este mundo.

Además, debo comentar brevemente acerca de la naturaleza de esta paz, que es *profunda y real*. “La paz de Dios,” dice el apóstol, “que sobrepasa todo entendimiento.” Esta paz no sólo llena todos los sentidos hasta el borde, hasta que cada potencia es saciada con delicia, pero el entendimiento que puede comprender todo el mundo, y entender muchas cosas que no están dentro del campo de visión, aun ese entendimiento no puede comprender la longitud y la anchura de esta paz. Y no sólo el entendimiento no podrá entenderla, sino todo entendimiento es superado.

Cuando nuestro juicio se ha ejercitado al máximo todavía no puede captar las alturas ni las profundidades de esta profunda paz. ¿Alguna vez han imaginado cómo debe ser la quietud que habita en las cavernas en la profundidad de los mares, muchos kilómetros por debajo del pe-

cho de las corrientes, donde los huesos de los marineros yacen impasibles, donde nacen las perlas y los corales que nunca ven la luz, donde el oro y la plata que perdieron los mercaderes hace mucho tiempo yacen dispersos sobre el piso arenoso; la quietud de abajo, en las cuevas de rocas, y en los palacios silentes de tinieblas donde no rompen las olas, y el pie intruso del buzo nunca ha pisado? Así de clara, así de calma es la paz de Dios, el descanso plácido del creyente que posee seguridad.

O vuelvan su mirada a las estrellas. ¿No han dormido nunca el dulce sueño de la quietud de esas órbitas silenciosas? Elevémonos más allá del reino del ruido y del alboroto y caminemos la autopista sin ruido de las silenciosas órbitas. Los truenos quedan allá abajo, el tumulto confuso de la multitud no mancha la santidad de esta maravillosa quietud. Miren cómo las estrellas duermen en sus dorados lechos, o cómo solamente abren sus brillantes ojos para vigilar el mar sin tormentas del éter, y guardar las fronteras solemnes del reino de la paz.

Así son la paz y la calma que reinan en el pecho del cristiano. "Dulce calma," la llama alguien; "paz perfecta," la define David; otro la llama "grandiosa paz." "Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo." El año pasado (ahora les diré un secreto de mi propio corazón) encontré un texto que me volvía al recuerdo muchas veces al día. Soñé con él cuando me dormí; cuando me desperté siguió conmigo, y lo verifiqué, y me deleité en él: "Gozará él de bienestar." Es mi promesa ahora. Hay tal *bienestar*, que no está en contradicción con el arduo trabajo, con la agonía por las almas de los hombres, con un verdadero deseo de mayores logros en la vida divina; hay tal bienestar (no se puede ganar mediante todos los aparatos del lujo, ni por todas las exaltaciones de la riqueza) un bienestar en el que "ni una sola ola de turbación rueda sobre el pecho lleno de paz," sino que todo es calma, todo es claridad, y todo es gozo y amor. Que habitemos por siempre en esa atmósfera serena, y no soltemos nunca esta paz.

Y para que nadie se quede sin entender lo que he dicho, voy a tratar de repetirlo brevemente mediante un ejemplo. ¿Ven a ese hombre? Él ha sido llevado a un tribunal cruel; ha sido condenado a muerte. La hora se acerca: es llevado a prisión, y colocado allí con dos soldados para que lo vigilen, y cuatro grupos de cuatro soldados delante de la puerta. La noche se avecina: él se acuesta, ¡pero en qué posición tan incómoda! ¡Encadenado en medio de dos soldados! Él se acuesta y se duerme. No se trata del sueño del criminal culpable, cuyo simple sentido de terror hace pesados sus párpados; sino un sueño calmo dado por Dios, que finaliza en una visión angélica mediante la cual él es liberado. Pedro duerme, a pesar de que la sentencia de muerte está sobre su cabeza, y la espada está presto para penetrar en su alma.

¿Ven aquel otro cuadro? Allá están Pablo y Silas: ellos han estado predicando, y sus pies son arrojados en el cepo por eso. Ellos morirán en la mañana; pero a medianoche ellos cantan alabanzas a Dios, y los prisioneros los escuchan. Uno hubiera creído que en ese calabozo tan asqueroso, ellos se habrían quejado y gemido toda la noche, o que al menos hubieran caído dormidos; pero no, ellos entonaban himnos a Dios, y los prisioneros los escuchaban. He ahí la paz; la calma, la quietud del heredero del cielo.

Les podría presentar otro cuadro: el de nuestros antiguos no-conformistas (disidentes de la Iglesia anglicana), en los días de las terribles persecuciones de la Reina Isabel. Ella arrojó a prisión, entre muchos otros, a dos de nuestros distinguidos antecesores, apellidados Greenwood y Barrow. Ellos fueron confinados a ese calabozo asqueroso y pestilente (la Prisión de Clink) encerrados en una gran celda con maníáticos, criminales, y similares, forzados a escuchar su espantosa conversación. Un día llegó la sentencia que ambos debían morir. Los dos hombres fueron sacados, y estaban a punto de ser llevados para su ejecución; pero no habían terminado de pasar por la puerta cuando se acercó un mensajero. La Reina había enviado una suspensión de la ejecución. Fueron enviados de regreso; en calma y llenos de quietud regresaron a su prisión; y al día siguiente fueron llevados a Newgate, cuando de nuevo, súbitamente, vino un segundo mensajero para decir que debían ser llevados a Tyburn para ser ejecutados. Ellos fueron atados nuevamente a la carreta, subieron al cadalso; pusieron cuerdas alrededor de sus cuellos, y se les permitió ponerse en esa condición frente a una multitud para hablarles, y dar testimonio a favor de la libertad de la iglesia de Cristo, y del derecho de libertad de decisión entre los hombres. Concluyeron su discurso, y por segunda vez esa infeliz Reina envió una suspensión de la ejecución, y ellos fueron llevados por segunda vez al calabozo, y fueron confinados en Newgate, pero sólo por unos días más, y luego por tercera vez fueron sacados, y en esta intancia finalmente fueron ahorcados. Sin embargo ellos iban al cadalso en cada ocasión tan alegremente, como van los hombres a su cama, y parecían tan gozosos, como si les fueran a poner una corona y no una soga en el cuello.

Todas las iglesias de Cristo pueden mostrar casos similares. Doquiera que haya habido un verdadero cristiano, el mundo ha hecho su mejor esfuerzo para quitarle su paz; pero es una paz que no puede ser apagada nunca: *vivirá* continuamente, sin importar qué cuerdas le pongan en el cuello, con las tenazas hirviendo destrozándoles el cuerpo, con la espada entrando hasta los huesos; vivirá hasta que, remontándose desde el arbusto ardiente de la tierra, esta ave del paraíso se ponga su plumaje reluciente en medio del jardín del paraíso.

III. Habiéndonos detenido más de lo esperado en este punto, me apresuro al tercer punto, LOS EFECTOS DE ESTA DIVINA PAZ.

Los benditos efectos de esta divina paz son, primero que nada, *gozo*. Ustedes advertirán que las palabras “gozo,” y “paz” son reunidas con mucha frecuencia; pues el gozo sin paz sería un gozo infeliz y profano. Sería el crujir de las espinas bajo la olla, defectuoso, simples llamas de gozo, mas no los carbones encendidos al rojo vivo de la bendición. Ahora, la paz divina da gozo al cristiano; ¡y qué gozo! ¿Han visto alguna vez el primer destello de gozo cuando ha alcanzado el ojo del penitente? He tenido la gran fortuna de orar con muchos pecadores convictos, de presenciar la profunda agonía de espíritu, y de simpatizar profundamente con la pobre criatura en su tribulación por el pecado. Heorado y he exhortado a la fe, y he visto ese destello de gozo, cuando al fin la palabra llena de esperanza ha sido expresada: “yo verdaderamente creo en el Señor Jesucristo con todo mi corazón.” ¡Oh! ¡Esa mirada de gozo! Es como si las puertas del cielo se hubieran abierto por un instante, y al-

gún destello de gloria hubiese brillado sobre el ojo y hubiera sido reflejado por él.

Yo recuerdo mi propio gozo, cuando por primera vez tuve paz con Dios. Pensé que podría bailar durante todo el camino de regreso a casa. Pude entender lo que decía John Bunyan, cuando declaró que quería contarles todo a los cuervos posados sobre la tierra arada. Estaba demasiado lleno para callar, sentía que debía decírselo a alguien. ¡Oh! Había gozo en mi casa ese día, cuando todos escucharon que el hijo mayor había encontrado un Salvador y sabía que había sido perdonado. Todos los gozos de la tierra son menos que nada y vanidad, comparados con esa bendición.

Como la moneda falsificada es muy diferente a la moneda real, así son diferentes los gozos rastreados de la tierra comparados con el gozo real que emana de la paz con Dios. ¡Joven amigo! ¡Joven amiga! Ustedes pudieran tener una bendición como nunca antes la han conocido, ustedes deben ser reconciliados con Dios a través de la sangre de Cristo; pues sin eso, ustedes nunca conocerán el gozo real ni el placer duradero.

Entonces, el primer efecto de esta paz es gozo. Luego sigue otro: *amor*. Aquel que está en paz con Dios por medio de la sangre de Cristo es constreñido a amar a Quien murió por él. “¡Precioso Jesús!” clama, “¡ayúdame a servirte! Tómame como soy, y dame capacidad para algo. Usame en Tu causa; envíame al lugar más remoto de la verde tierra, si Tú quieres, para mostrarles a los pecadores el camino de salvación; yo iré gozoso, pues mi paz aviva la llama del amor, para que todo lo que soy y todo lo que tengo sea Tuyo, *deba ser Tuyo*.”

A continuación viene un anhelo de *santidad*. Aquel que está en paz con Dios no tiene deseos de pecar; pues es muy cuidadoso para no perder esa paz. Es como una mujer que ha escapado de una casa en llamas; después le tiene miedo hasta una vela, para evitar cualquier peligro parecido. Camina humildemente con su Dios. Constreñido por la gracia, este dulce fruto del Espíritu, la paz, lo guía a esforzarse para guardar todos los mandamientos de Dios, y para servir a su Señor con toda su fuerza.

Adicionalmente, esta paz nos ayudará a soportar la aflicción. Pablo la describe como un zapato. Pues él dice: “calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz.” Nos capacita para andar sobre los agudos pedernales del dolor, sí, sobre víboras, y también sobre serpientes; nos da poder para caminar sobre las espinas de este mundo, sin que nuestros pies sufran cortaduras; caminamos sobre los fuegos y no nos quemamos. Este divino pie de la paz nos permite caminar sin cansancio, y nos permite correr sin desmayar. Yo puedo hacerlo todo cuando mi alma está en paz con Dios.

No hay ningún sufrimiento que mueva mi alma al dolor, no hay terrors que hagan palidecer mis mejillas, no hay heridas que me fuercen a un temor ignominioso, cuando mi espíritu está en paz con Dios. Convierte al hombre en gigante; hace crecer a un enano hasta alcanzar el tamaño de Goliat. Se vuelve el más poderoso de los poderosos; y mientras los débiles se arrastran sobre esta pequeña tierra, inclinados hasta el propio suelo, él la recorre como un Coloso. Dios lo ha hecho grande y poderoso, porque Él ha llenado su alma de paz y de gozo desbordantes.

Les podría decir otras cosas acerca de los benditos efectos de esta paz; pero me contentaré, después de haber indicado simplemente que esta paz da *intrepidez ante el trono* y el propiciatorio del Padre. Sentimos que hemos sido reconciliados, y por lo tanto ya no estamos a una distancia, sino que nos acercamos a Él, inclusive hasta Sus rodillas; desplegamos nuestras necesidades ante Él, suplicamos por nuestra causa, y descansamos confiando en el éxito, porque no hay enemistad en el corazón de nuestro Padre hacia nosotros, ni tampoco en nuestro corazón hacia Él. Somos uno con Dios, y Él es uno con nosotros, por medio de Jesucristo nuestro Señor.

IV. Y ahora tengo que ocuparme de un deber práctico, y con esto voy a llegar a una conclusión, después de decir unas palabras a quienes no conocen esta paz. Los comentarios prácticos que debo hacer son acerca del tema de las INTERRUPCIONES DE LA PAZ.

Todos los cristianos tienen un derecho a la paz perfecta, pero no todos ellos la poseen. Hay momentos en que prevalecen sombrías dudas, y tememos decir que Dios es nuestro. Perdemos una conciencia de perdón, y andamos a tientas al mediodía como si fuese de noche. ¿Cómo puede ser esto? Yo pienso que estas interrupciones se pueden deber a una de cuatro causas.

A veces se deben a *las feroces tentaciones de Satanás*. Hay períodos en los que con crueldad inusitada Satanás asalta a los hijos de Dios. No es de esperarse que ellos mantengan una perfecta paz mientras sostienen un combate con Apolión. Cuando Cristiano fue herido en su cabeza, y en sus manos, y en sus pies, no es de sorprender que haya gemido en grado sumo, y como Bunyan lo expresa: "Durante todo ese tiempo no le vi ni una sola mirada placentera, hasta que percibió que había herido a Apolión con su espada de dos filos; entonces, en verdad, sonrió, y miró hacia arriba; pero ese fue el combate más espantoso que yo haya visto jamás."

Fijense bien que no hay tal cosa como un disturbio de la realidad de la paz entre Dios y el alma; pues Dios siempre está en paz con quienes han sido reconciliados con Él por Cristo; pero hay un disturbio del gozo de esa paz, y eso sucede a menudo por los aullidos de ese gran perro del infierno. Él viene en contra nuestra con todo su poder, con sus fauces abiertas listo para tragarnos rápidamente, y si no fuera por la misericordia divina lo haría. No es de sorprender que a veces nuestra paz sea afectada cuando Satanás es fiero en sus tentaciones.

Otras veces una necesidad de paz puede surgir de *la ignorancia*. No me sorprende que un hombre que cree en la doctrina arminiana, por ejemplo, tenga poca paz. No hay nada en esa doctrina que le pueda dar paz. Es un hueso sin médula; me parece que es una religión fría, sin savia, sin médula, sin fruto; amarga y no dulce. No contiene nada sino el látigo de la ley; no hay grandes certezas; no hay hechos gloriosos del pacto de amor, de la gracia electiva, de la fidelidad del Todopoderoso, ni de los compromisos que dan la garantía.

Nunca voy a altercar con el hombre que puede vivir sobre tales piedras y en medio de escorpiones como la elección condicional, la redención accidental, la perseverancia cuestionable, y la regeneración ineficaz. Puede ser que haya personas, yo supongo, que pueden vivir con ese alimento seco. Si pueden vivir de eso, que les aproveche; pero yo creo que muchas de nuestras dudas y temores surgen de la ignorancia

doctrinal. Tal vez ustedes no tienen una visión clara de ese pacto llevado a cabo entre el Padre y Su Hijo glorioso, Jesucristo; ustedes no saben deletrear la palabra "Evangelio" sin mezclar la palabra "ley" en ella. Tal vez no han aprendido plenamente a mirar fuera del yo, a Cristo, para todo. Ustedes no saben cómo distinguir entre santificación, que varía, y justificación, que es permanente. Muchos creyentes no han llegado a discernir entre la obra del Espíritu y la obra del Hijo; ¿y cómo puede sorprendernos, si ustedes son ignorantes, que algunas veces ustedes no tengan paz? Aprendan más de ese precioso Libro, y su paz será más continua.

Además, esta paz es usualmente dañada por *el pecado*. Dios esconde Su rostro detrás de las nubes del polvo que es levantado por Su propio rebaño conforme avanzan por el camino de este mundo. Nosotros pecamos, y luego nos dolemos por ese pecado. Dios todavía ama a Su hijo, aun cuando peca; pero no permitirá que el hijo lo sepa. El nombre de ese hijo está en el registro familiar; pero el Padre toma ese libro, y no le permitirá leerlo hasta que no se haya arrepentido plenamente de nuevo, y venga otra vez a Jesucristo.

Si ustedes pueden tener paz, y sin embargo vivir todavía en pecado, fijense bien, ustedes no han sido regenerados. Si ustedes pueden vivir en la iniquidad, y sin embargo tener paz en sus conciencias, esa conciencia está cauterizada y muerta. Mas el cristiano, cuando peca, comienza a dolerse; si no en el mismo momento en que cae, no pasa mucho tiempo antes que la vara de su Padre le golpee la espalda, y comience a llorar—

***“¿Dónde está la bendición que conocí,
Cuando vi por primera vez al Señor?
¿Dónde está la visión que refresca el alma
De Jesús y de Su Palabra?”***

De nuevo: nuestra paz puede ser interrumpida también por *la incredulidad*. Ciertamente este es el cuchillo más filoso de los cuatro, y cortará más rápido el hilo dorado de nuestros gozos.

Y ahora, si ustedes quieren mantener una paz inquebrantable, reciban hoy el consejo del ministro de Dios, aunque él sea joven en años. Reciban el consejo que él les garantiza que es bueno, pues es está basado en las Escrituras. Si quieren mantener una paz permanente e inquebrantable, miren siempre al sacrificio de Cristo; no permitan que su ojo se vuelva a ninguna otra cosa que no sea Cristo. Cuando te arrepientes, querido lector, todavía mantén tu ojo en la cruz; cuando trabajes, trabaja con la fuerza del Crucificado. Todo lo que hagas, ya sea un auto-examen, ayuno, meditación, u oración, hazlo todo bajo la sombra de la cruz de Jesús; o de lo contrario, puedes vivir como quieras, pero tu paz no será sino algo lamentable; estarás lleno de intranquilidad y de problemas amargos. Vive cerca de la cruz y tu paz será continua.

Déjenme darles un consejo. Caminen humildemente con su Dios. La paz es una joya; Dios la pone en el dedo de ustedes; si se vuelven orgullosos de ella, Él se las quitará. La paz es un vestido noble; si presumen de su vestido, Dios los desvestirá. Recuerden la boca del hoyo de donde fueron sacados, y la cantera de la naturaleza de donde fueron cortados; y cuando tengan la brillante corona de paz en su cabeza, recuerden sus pies negros; además, aun cuando esa corona esté allí, cúbranla y tam-

bien el rostro con esas dos cosas, la sangre y la justicia de Jesucristo. De esta manera ustedes mantendrán su paz.

Y también caminen en santidad, evitando cualquier apariencia de mal. "No os conforméis a este siglo." Defiendan la verdad y la rectitud. No permitan que las máximas de los hombres tengan influencia en el juicio de ustedes. Busquen al Espíritu Santo para que puedan vivir a semejanza de Cristo, y vivir cerca de Cristo, y su paz no será interrumpida.

En cuanto a quienes no han tenido nunca paz con Dios, sólo puedo tener un sentimiento hacia ustedes, es decir, piedad. ¡Pobres almas! ¡Pobres almas! ¡Pobres almas!, que nunca conocieron la paz que Jesucristo da a Su pueblo. Y mi piedad es más necesaria ya que ustedes mismos no tienen piedad por ustedes. ¡Ah!, almas, viene el día cuando ese Dios con Quien ustedes están enemistados, los mirará a la cara.

Tendrán que verlo; y Él es "fuego consumidor." Tendrán que ver un horno ardiente, y hundirse, y desesperar, y morir. ¿Morir, dije? Peor que eso. Tienen que ser lanzados al abismo de condenación, donde morir sería una bendición que jamás podrá ser concedida. ¡Oh!, ¡que Dios les dé paz por medio de Su Hijo! Si ustedes están ahora convencidos de pecado, la exhortación es: "Cree en el Señor Jesucristo." Tal como eres, se te ordena que pongas tu confianza en Él, que ciertamente murió sobre el madero; y si haces esto, todos tus pecados te serán perdonados ahora, y tú tendrás paz con Dios; y, muy pronto, tú lo sabrás en tu propia conciencia y te gozarás. ¡Oh!, busquen esta paz y persiganla; y sobre todas las cosas, busquen al Hacedor de paz, Cristo Jesús, y serán salvos. Dios los bendiga por Su Hijo Jesucristo. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #300 – Volumen 6

Spiritual Peace

Separando lo Precioso de lo Vil NO. 305

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 25,
DE MARZO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

*“Para que sepáis que Jehová hace diferencia
entre los egipcios y los israelitas.”*
Éxodo 11: 7.

La diferencia entre los egipcios e Israel era sobremanera manifiesta. A primera vista parecía que Egipto llevaba la gran ventaja. Ellos tenían el látigo en su mano y el pobre Israel se dolía bajo el azote. Egipto poseía la mano de obra de los israelitas: los hijos de Jacob hacían ladrillos y los súbditos de Faraón habitaban las casas que los hijos de Jacob edificaban. ¡Cuán pronto, sin embargo, las cosas cambiaron! Dios envió plagas a Egipto pero la tierra Gosén fue librada. Él envió densas tinieblas sobre toda la tierra, tanto que se podían palpar; pero en toda la tierra de Gosén hubo luz. Envío todo tipo de moscas y piojos en todas sus fronteras, pero en todas las habitaciones de Israel no se vio ni una mosca, ni fueron molestados por las criaturas vivientes que brotaban del polvo animado de la tierra. El Señor envió granizo y una epidemia terrible sobre los ganados de los egipcios; pero el ganado de los hijos de Israel fue librado y en sus campos no cayó ninguna lluvia asoladora del cielo. Finalmente el ángel destructor desenvainó su reluciente espada para asestar su último golpe decisivo. En toda casa a través de la tierra de Egipto hubo llanto y gemidos; Dios hirió de muerte al primogénito de Egipto, las primicias de toda su fuerza, pero en cuanto a Su pueblo Él los condujo como ovejas, los guió a través del desierto como un rebaño de la mano de Moisés y Aarón. Llegaron al Mar Rojo y Él abrió una senda para ellos; atravesaron el mar a pie, y allí se regocijaron en Él. Se juntaron las corrientes como en un montón; los abismos se cuajaron en medio del mar. Ellos atravesaron las profundidades como se atraviesa un desierto, pero cuando los egipcios ensayaron hacer lo mismo murieron ahogados. En todas estas cosas el Señor hizo una gloriosa distinción entre Egipto e Israel. La columna de fuego que daba luz a Israel fue tinieblas para los ojos de Egipto. Siempre que Dios bendecía a Israel, maldecía a Egipto; en el mismo instante en que enviaba la bendición al uno, enviaba la maldición al otro. Él miraba a Israel y las tribus se regocijaban, pero cuando miraba a los egipcios, su campamento era trastornado.

Ahora, a oídos de ustedes en este día, Egipto e Israel son declarados como tipos de dos pueblos que moran sobre la faz de la tierra: los hombres que temen al Señor y los hombres que no le temen. Los egipcios son la representación de quienes están muertos en delitos y pecados, de quienes son enemigos de Dios por sus obras malvadas y forasteros para la mancomunidad de Israel. Los israelitas, el antiguo pueblo de Dios, son puestos ante nosotros como los representantes de aquellos que por la gracia han creído en Cristo, que temen a Dios y procuran guardar Sus mandamientos. La tarea de esta mañana será mostrarles, primero, *la diferencia*; en segundo lugar, *cuándo se ve esa diferencia*; y en tercer lugar, *la razón por la que debe verse*; sobre este último punto voy a acicatear sus mentes, exhortándolos a hacer esa diferencia cada vez más conspicua en su vida cotidiana.

I. Primero, entonces, LA DIFERENCIA. El Señor ha establecido una diferencia entre quienes son Su pueblo y quienes no lo son.

Hay muchas distinciones entre los hombres que un día serán borradas, pero permítanme recordarles de entrada que esta es una distinción *eterna*. Entre las diferentes clases de hombres, los ricos y los pobres, hay canales de intercomunicación, y eso es algo muy conveniente, pues entre menos se mantengan las distinciones de clase será mejor para la felicidad de todos. No ha de conservarse el tejido social manteniendo una columna a expensas de otra, ni pintando de dorado el techo pero descuidando los cimientos. La mancomunidad es *una*, y la prosperidad de una clase es proporcionalmente la prosperidad de todos. Pero hay una distinción tan amplia que verdaderamente podemos decir de ella: “Una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros,” y entre más ancha sea la línea de demarcación, más feliz será para la iglesia y mejor para el mundo. Hay una distinción de una anchura infinita entre el pecador muerto en pecado y el hijo de Dios vivificado por el Espíritu que ha sido adoptado en la familia del Altísimo. Con respecto a esta distinción permítanme hacer los siguientes comentarios.

Primero, la distinción entre los justos y los malvados es *sumamente antigua*. Fue ordenada por Dios desde antes de la fundación del mundo. Jehová escribió los nombres de Sus elegidos en el pacto eterno; por ellos Cristo asumió el compromiso de que Él sería Su fianza y el sustituto para sufrir en el lugar y en la posición de ellos. Los compromisos del pacto fueron hechos en favor de *ellos* y *exclusivamente de ellos*. Sus nombres fueron inscritos desde la eternidad en el libro de Dios y fueron grabados en las piedras preciosas del pectoral de su grandioso sumo sacerdote. Fueron luego apartados en el pacto: “Jehová ha escogido al piadoso para sí.” Mientras el mundo entero estaba bajo el maligno, estas preciosas joyas fueron seleccionadas del muladar de la caída. Ciertamente por natu-

raleza no eran mejores que otros hombres; con todo, la soberanía divina, del brazo de la gracia divina, seleccionó a algunos para que fueran vasos de misericordia que debían ser hechos aptos para el uso del Señor, en quienes Jehová mostraría no únicamente Su misericordia sino la plenitud de Su gracia y las riquezas de Su amor. Otras distinciones son meramente temporales; son cosas que crecieron ayer y morirán mañana; pero esta es más antigua que los montes eternos. Antes de que el cielo estrellado fuera extendido o que fueran cavados los cimientos de la tierra, el Señor había establecido una diferencia entre Israel y Egipto. Esto, sin embargo, es un poderoso secreto, y aunque hemos de decirlo tal como lo encontramos en la Palabra, con todo, no debemos entrometernos intrusamente con él.

Dios ha establecido otra distinción, es decir, una distinción *vital*. Entre el justo y el malvado hay una distinción esencial de naturaleza. Hay algunos entre ustedes que imaginan que la única diferencia entre el verdadero cristiano y cualquier otra persona es simplemente esta: que el uno asiste regularmente a su lugar de adoración, que es más consistente en la práctica de ceremonias, que no podría vivir sin la oración privada y cosas semejantes. Permíteme asegurarte que si no hay una diferencia más grande que esta entre otro hombre y tú, tú no eres un hijo de Dios. La distinción entre el inconverso y el convertido es mucho más amplia que esto. No es una distinción de vestido o de forma externa sino de esencia y de naturaleza. Traigan aquí una serpiente y un ángel: hay una distinción entre los dos de tal carácter que la serpiente no se podría convertir en un ángel, sin importar el esfuerzo que hiciera; el ángel no podría comer el polvo que forma el alimento de la serpiente, ni la serpiente podría alzar su voz y cantar el himno seráfico de los bienaventurados. Una distinción tan amplia como esa es la que hay entre el hombre que teme a Dios y el hombre que no le teme. Si tú eres todavía lo que siempre fuiste por naturaleza, no puedes ser un verdadero cristiano y es completamente imposible que te conviertas en uno por tus propios medios. Puedes lavarte y limpiarte, puedes vestirte y abrigarte; serás el hijo de la naturaleza finamente vestido, pero no el hijo viviente del cielo. Tú *tienes* que nacer de nuevo; tienes que recibir una nueva naturaleza en tu interior; una chispa de divinidad tiene que caer en tu pecho y tiene que arder allí. La naturaleza caída únicamente se puede levantar a la altura de la naturaleza, tal como el agua solo fluirá tan alto como su fuente; y como tú estás caído en la naturaleza, así debes permanecer a menos que seas renovado por la gracia. Dios por Su infinito poder ha vivificado a Su pueblo: Él los ha sacado de su vieja naturaleza; aman ahora las cosas que una vez odiaron, y odian las cosas que una vez amaron. Para ellos las cosas viejas “pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” El cambio no consiste

en que hablan más solemne y religiosamente, o que han dejado de ir al teatro, o que no pasan su vida en las frivolidades del mundo: ese no es el cambio; es una consecuencia de él, pero el cambio es más profundo y más vital que eso; es un cambio de la propia esencia del hombre. Ya no es más el hombre que una vez fue: ha sido “renovado en el espíritu de su mente,” ha nacido de nuevo, ha sido regenerado, recreado: es un extraño y un forastero aquí abajo; no pertenece más a este mundo sino al mundo venidero. Entonces, en este sentido, el Señor ha establecido una diferencia entre Israel y Egipto.

Quisiéramos comentar, adicionalmente, que a esta diferencia de naturaleza le sigue una diferencia *en el tratamiento judicial* de los dos hombres. Con ambos, los tratos de Dios son justos y rectos. ¡Lejos está de Él ser injusto con alguien! El Señor nunca es severo más allá de lo que la justicia exige, ni es clemente más allá de lo que la justicia permite. Aquí viene el impío, el hombre no regenerado; él argumenta sus buenas obras, sus oraciones, sus lágrimas; el Señor le juzgará de acuerdo a sus obras, y ¡ay de aquel día para él!, será verdaderamente un día de aflicción pues pronto descubrirá que sus mejores perfecciones son como trapo de inmundicia y que todas sus buenas obras sólo parecían ser buenas porque él estaba en las tinieblas y no podía ver las manchas que las pervertían. Se acerca otro hombre, es el hombre renovado. Dios trata con él justamente, es cierto, pero no de acuerdo a la balanza de la ley. Él mira a ese hombre como acepto en Cristo Jesús, justificado por medio de la justicia de Cristo y lavado en Su sangre, y ahora trata con ese hombre, no como un juez con un criminal, ni como un rey con un súbdito, sino como un padre con su hijo. Ese hombre es acogido en el seno de Jehová; su ofensa es suprimida; su alma es constantemente renovada por la influencia de la gracia divina y los tratos de Dios con él son tan diferentes de los tratos de Dios con otro hombre, como el amor de un esposo difiere de la severidad de un monarca airado. Por un lado, es simple justicia; por el otro lado, es amor ferviente; por un lado, la inflexible severidad de un juez, y por el otro lado, el afecto ilimitado del corazón de un padre. Entonces, en esto también, el Señor ha establecido una diferencia entre Israel y Egipto.

Esta distinción es realizada en *la providencia*. Es verdad que para el ojo desnudo un evento les ocurre a ambos; sufre el justo así como el malvado y van a la tumba que está señalada para todos los vivos; pero si pudiéramos mirar más de cerca a la providencia de Dios, veríamos líneas de luz que dividen la senda del piadoso de la suerte del transgresor. Para el justo cada providencia es una bendición. Una bendición envuelve todas nuestras maldiciones y todas nuestras cruces. Nuestras copas son algunas veces amargas pero siempre son saludables. Nuestra aflicción es

nuestro bienestar. Nunca somos perdedores por nuestras pérdidas, sino que más bien nos enriquecemos para con Dios cuando empobrecemos con respecto a los hombres. Sin embargo, para el pecador, todas las cosas obran conjuntamente para mal. ¿Es próspero? Es como la bestia que es engordada para el matadero. ¿Está sano? Es como la flor que se abre que está madurando para la guadaña del segador. ¿Sufre? Sus sufrimientos son las primeras gotas de la eterna granizada de la venganza divina. Si el pecador pudiera abrir sus ojos se daría cuenta de que todo para él tiene un aspecto negro. Para él las nubes están cargadas de truenos, y el mundo entero está vivo con terror. Si la tierra pudiera hacer lo que quisiera, haría que se desprendieran de su seno los monstruos que olvidan a Dios. Pero a los justos todas las cosas les ayudan a bien. Venga lo malo o venga lo bueno, todo terminará bien; cada ola lo transporta apresuradamente a su deseado puerto y aun el viento tempestuoso hincha sus velas y le conduce más rápidamente hacia el puerto de paz. El Señor ha establecido una diferencia entre Israel y Egipto en este mundo.

Sin embargo, esa diferencia se hará más claramente evidente en *el día del juicio*. Entonces, cuando Él se siente en el trono de Su gloria, apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Dará voces a Sus ángeles, diciendo: “Recojan de mi reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad.” Entonces, con la filosa hoz en su mano, el ángel volará por en medio del cielo y recogerá la cizalla, y la atará en manojos para quemarla. Pero, descendiendo de Su trono, sin delegar la deleitable tarea en ningún ángel, el Rey mismo, el Segador coronado, tomará Su propia hoz de oro y recogerá el trigo en Su granero. ¡Oh!, entonces, cuando el infierno abra ampliamente sus fauces y se trague a los impenitentes, cuando desciendan al pozo del abismo como lo hicieron en la antigüedad Coré, Datán y Abirán, cuando vean a los justos entrando a torrentes en el cielo, como un chorro de luz, enfundados en sus vestidos brillantes y resplandecientes, cantando triunfantes himnos y sinfonías corales, entonces se verá que el Señor ha establecido una diferencia. Cuando a través de la sima infranqueable el rico vea a Lázaro en el seno de Abraham—cuando desde el más profundo abismo del infierno el condenado vea al que es acepto, glorificado en la bienaventuranza—entonces resaltará la verdad, escrita en letras de fuego: “*Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas.*”

II. Pasamos a nuestro segundo punto: ¿CUÁNDO SE VE ESA DIFERENCIA?

Nuestra respuesta es: se ve a menudo *en el templo de Dios*. Dos hombres suben al templo a adorar; se sientan el uno junto al otro en la casa de Dios; a ambos se les predica la palabra; ambos la escuchan, tal vez con igual atención; el uno prosigue su camino y olvida, pero el otro re-

cuerda. Regresan otra vez: el uno escucha y el ministro es para él como alguien que toca una agradable melodía en un instrumento; el otro escucha y llora; siente que la palabra es viva y poderosa, más cortante que una espada de dos filos. Penetra en su conciencia; le atraviesa, le hiere en lo más vivo; cada palabra parece ser como una flecha disparada por el arco de Dios que encuentra un blanco en su conciencia. Y ahora regresan nuevamente. El uno siente por fin que la palabra es *suya*; por medio de ella ha sido conducido al arrepentimiento y a la fe en Cristo, y ahora sube a cantar las alabanzas de Dios como Su hijo acepto; mientras que el otro sigue cantando como un mero formalista—se une a una adoración en la cual siente muy poco interés—y sigue elevando su voz en una oración en la que su corazón está muy ausente. Si yo tuviera aquí esta mañana un montón de limaduras de acero y de cenizas mezcladas entre sí, y quisiera detectar la diferencia entre las dos cosas, sólo tendría que insertar un imán; las limaduras serían atraídas y las cenizas permanecerían inertes. Lo mismo sucede con esta congregación. Si yo quisiera saber hoy quiénes son aquellos que son el Israel de Dios y quiénes son todavía los egipcios bastardos, todo lo que se necesita es predicar el Evangelio. El Evangelio encuentra al pueblo de Dios; tiene una afinidad con ellos. Cuando viene a ellos y el Espíritu Santo de Dios abre sus corazones, ellos lo reciben; se aferran a él y se regocijan en él; en cambio, quienes no son de Dios, quienes no tienen parte ni interés en la redención de Cristo, lo oyen en vano e incluso son endurecidos por él, y siguen su camino para pecar con mayor ímpetu después de todas las advertencias que han recibido.

Dinos, ahora, mi querido oyente—para que te quede más claro—¿has visto alguna vez esta diferencia entre otra persona y tú? ¿Oyes ahora el Evangelio como no lo oíste nunca antes? Esta es la época de oír; hay más personas que asisten ahora a nuestros lugares de adoración que antes, pero aun así, los que son bendecidos no son los oyentes sino los hacedores de la Palabra. Dinos, entonces, ¿has sido conducido a oír la Palabra como nunca antes la oíste? ¿La escuchas esperando que sea bendecida para ti, deseando que tu conciencia sea sometida a ella tal como el oro se somete a la mano del orfebre? Si es así, he ahí el primer signo de una diferencia que Dios ha puesto entre los egipcios y tú.

Pero va más allá. Si el israelita es consistente con su deber, como pienso que debe serlo, en breve siente que le incumbe salir del resto de la humanidad y unirse a la Iglesia de Cristo. “El Señor ha establecido una diferencia,” dice; “ahora voy a mostrar esta diferencia. Mi Señor ha dicho: ‘El que creyere y fuere bautizado, será salvo.’ Yo no pongo ninguna confianza en el bautismo, pero tengo que mostrar que ya no soy más lo que era. Deseo ser obediente a mi Señor y Maestro. Deseo cruzar el Rubicón.

Voy a desenvainar mi espada contra el mundo y de una vez por todas voy a deshacerme de la vaina. Anhelo hacer algo que le haga ver al mundo que yo estoy crucificado para él, y que él está crucificado para mí. Luego, que me entierren en agua, ‘en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo,’ como el cuadro de mi muerte para todo el mundo. Voy a salir del agua como el cuadro de mi resurrección a una vida nueva, y que Dios me ayude a partir de esa bendita hora a proseguir mi camino como alguien que no es del mundo, así como Cristo no es del mundo.” Siempre que la mesa está servida sobre la que celebramos el memorial del cuerpo y de la sangre de Cristo, Dios sella otra vez esa diferencia. Si el ministro es fiel, advierte a los inconversos a que sigan su camino pues si comiesen allí, comerían y beberían condenación para ellos mismos, sin discernir el cuerpo del Señor. Los que son creyentes en Jesús, que tienen una esperanza de haber sido cambiados y de haber sido renovados por la gracia divina en el espíritu de sus mentes, *ellos* son los invitados a venir *y únicamente ellos*. Así le mostramos al mundo en los símbolos externos que el Señor hace una diferencia.

Pero, prosiguiendo: *toda la vida del cristiano*, si fuera lo que debería ser, está mostrándole al mundo que el Señor hace una diferencia. Aquí hay dos hombres que experimentan una crisis; enfrentan el mismo problema; son socios en un negocio; han perdido todo el dinero; la casa está arruinada; se ven reducidos a la mendicidad y tienen que comenzar de nuevo en el mundo. Ahora, ¿cuál de esos dos varones es el cristiano? Hay uno que está a punto de mesarse el cabello; no puede tolerar que haya tenido que trabajar toda su vida y que ahora sea pobre como Lázaro. Piensa que la Providencia es injusta. “Hay muchos vagabundos”—dice—“haciéndose ricos, y heme aquí, después de trabajar muy duro y de dar a cada uno lo que le corresponde, he sido abatido hasta el suelo, y me he quedado sin nada.” Pero el hombre cristiano —si realmente es cristiano (observen eso, pues hay muchísima gente que profesa ser cristiana y no lo es, y es el viento recio el que los prueba) dice: “El Señor dio y el Señor quitó; bendito sea el nombre del Señor.” “Yo sé”—dice—“que todas las cosas me ayudan a bien. Voy a ponerme a trabajar y voy a abrirmee paso una vez más”; y así con valor y con confianza en Cristo acude de nuevo a su labor, y Dios le bendice una vez más; es más, le bendice en sus tribulaciones más de lo que jamás le bendijo en su prosperidad. Aquí tenemos a dos hombres otra vez: ambos han estado haciendo lo malo, y cuando cae el justo junto con el malvado, ¿quién ha de distinguir la diferencia? A la mañana siguiente uno de ellos se levanta, y está muy tranquilo al respecto; no conoce ningún remordimiento de conciencia o si está tranquilo es porque tiene miedo de ser descubierto. Es como uno que habiendo caído en el cieno, se queda y se arrastra allí. Pero aquí vie-

ne el cristiano. Siente que ha hecho mal. “¿Qué haré?,” dice, “¿para reparar el daño al hombre y para mostrar mi arrepentimiento para con Dios?” Él estaría dispuesto a ponerse de rodillas ante cualquiera que haya dañado y a confesar cuán equivocado ha estado. Se odia a sí mismo y se desprecia a sí mismo porque ha obrado mal. Preferiría morir antes que pecar; y ahora que se da cuenta de que ha pecado, desearía haber muerto antes que haber deshonrado a su Señor y Maestro. Si ves a una oveja caer en el cieno, notarás que se levanta rápido y sale; pero si el puerco cae allí, se revuelca en él una y otra vez, y nada sino el látigo o la vara pueden hacer que se levante. De manera que hay una diferencia esencial entre el justo y el malvado, aun en sus pecados. “Siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse”; en cuanto al malvado, se revuelca y se deleita en su pecado, y permanece y continúa en él. Dios ha establecido una diferencia; y aun cuando esa diferencia sea oscura es discernible. Hay un tintineo en el hombre cristiano que es inconfundible. No importa lo que hagas con él, no es lo que el otro hombre es, y no puedes hacer que lo sea. Aquí está una nueva moneda que se parece sorprendentemente a un soberano, y yo la reviso por ambos lados; es una falsificación tan buena que no puedo descubrir si es oro o no. Aquí está otra: me doy cuenta de que es un soberano liviano. Los miro a ambos, y a primera vista estoy inclinado a pensar que mi soberano recién acuñado es el mejor de los dos, pues, digo yo, el otro está evidentemente desgastado y es liviano. Pero hay un tintineo en el cristiano que demuestra que es de oro, después de todo, aun cuando está desgastado y no llega a su peso. Puedes desfigurarla de tal manera que la imagen del rey no sea aparente en él, pero él es de oro a pesar de todo eso; sólo necesita ser probado, y en la hora de la tribulación ese tintineo del oro de la gracia lo detectará, y demostrará ser uno en quien Dios ha establecido una diferencia.

Esta distinción se hace evidente también en un hombre piadoso cuando está bajo la presión de alguna *fuerte tentación*. Hay dos comerciantes: ambos parecen hacer negocios de la misma manera; pero al fin se les presenta una rara oportunidad. Si no tienen ninguna conciencia podrían hacer una fortuna. Ahora vendrá la prueba. Un hombre busca la oportunidad y la aprovecha inescrupulosamente. Ese hombre no es ningún cristiano; registren eso como algo cierto. Hay otro hombre: siente un anhelo por la ganancia, pues es humano, pero su corazón odia el pecado, pues ha sido renovado por la gracia divina. “No”—dice—“es mejor cerrar la tienda que ganarme la vida deshonestamente; es mejor que quede arruinado en esta vida que quedar arruinado en el mundo venidero.” La máxima del establecimiento al otro lado de la calle es “*Tenemos que vivir*”; la máxima de esta tienda será: “Tenemos que morir.” Los clientes pronto saben en qué lugar tratarán con ellos muy honestamente, y allí

descubres en algún grado que el Señor ha establecido una diferencia entre Egipto e Israel.

Pero para no entreteneros demasiado en este punto: esa diferencia brilla muy vívidamente *en la hora de la muerte*. ¡Oh, cuán clara es esa diferencia algunas veces! La última vez que el cólera visitó Londres con severidad, aunque yo tenía muchos compromisos en el campo, renuncié a ellos para permanecer en Londres. Es el deber del ministro estar siempre en el lugar de visitación y de enfermedad. Nunca vi más conspicuamente que entonces en mi vida la diferencia entre el hombre que teme a Dios y el hombre que no le teme. Me llamaron un día lunes, como a eso de las tres y media, para ir a ver a un hombre que se estaba muriendo. Fui a visitarlo, y entré en el lugar donde estaba acostado. Él había ido a Brighton el domingo en la mañana en una excursión, y regresó enfermo; y allí yacía al borde de la tumba. Yo me quedé a su lado, y le hablé. La única conciencia que tenía era un presentimiento de terror mezclado con el estupor de la alarma: pronto aun eso se había esfumado, y yo tuve que quedarme suspirando allí con una pobre anciana que lo había cuidado, sin ninguna esperanza con respecto a su alma. Regresé a casa. Entonces me llamaron para que viera a una joven mujer; su muerte era también inminente, pero era un espectáculo hermoso, muy hermoso: ella estaba cantando aunque sabía que se estaba muriendo; hablaba con quienes la rodeaban, les decía a sus hermanos y hermanas que la siguieran al cielo, y se despidió de su padre sonriendo como si se tratara de un día de bodas. Ella estaba feliz y era bendecida. Vi entonces muy claramente que si no hay una diferencia en el goce de la vida, hay una diferencia cuando llegamos a la hora de nuestra muerte. Pero el primer caso que mencioné no es el peor que haya visto jamás. He visto a muchos al momento de su muerte cuyas historias de nada serviría contar. Los he visto cuando sus globos oculares han estado mirando penetrantemente desde sus cuencas, cuando han conocido de Cristo y han oído el Evangelio, pero, no obstante, lo han rechazado. Han estado muriendo en agonías tan extremas que uno solo podía huir de la habitación sintiendo que era algo terrible caer en las manos de un Dios airado y entrar en ese fuego que todo lo devora. En el lecho de muerte será manifiesto que el Señor ha establecido una diferencia entre Israel y Egipto.

III. Me he dado prisa en estos dos primeros puntos porque quiero detenerme muy enérgica y muy solemnemente en mi último punto. Hablamos con respecto a la diferencia que se *ve* entre los justos y los malvados. Mi último punto es: ¿POR QUÉ DEBE VERSE ESA DIFERENCIA? Tengo aquí un objetivo y un sentido prácticos; y yo espero que si el resto del sermón los deja indiferentes, esto, al menos, vivifique sus conciencias.

Esta es una época que contiene muchos signos esperanzadores; con todo, si juzgamos de acuerdo a la regla de la Escritura, hay algunas señales muy negras en este siglo. Temo algunas veces que la única época con la que podemos ser comparados realmente es el tiempo antes del diluvio, cuando los hijos de Dios se casaban con las hijas de los hombres, y cuando cesó de haber una distinción entre la Iglesia y el mundo. Hay que reconocer con franqueza que hay una mezcla tal en nuestros días, un compromiso tal, un tal estira y encoge de ambos lados de las cuestiones religiosas, que somos como una masa leudada, mezclada y unida. Todo esto está mal, pues Dios siempre ha pretendido que haya una distinción tan clara y palpable entre los justos y los malvados como la distinción entre el día y la noche.

Mi primer argumento es este. Cuando la Iglesia se ha distinguido claramente del mundo, ha prosperado siempre. Durante los tres primeros siglos el mundo odiaba a la Iglesia. La prisión, la hoguera, las patas del caballo salvaje, estas cosas eran consideradas demasiado buenas para los seguidores de Cristo. Cuando un hombre se hacia cristiano, renunciaba a padre y madre, a hogar y tierras, es más, a su propia vida también. Cuando se reunían tenían que hacerlo en las catacumbas, usando velas al mediodía porque había oscuridad en las profundidades de la tierra. Eran despreciados y desechados entre los hombres. “Anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados.” Pero entonces era la época de los héroes; era el tiempo de los gigantes. Nunca prosperó más la Iglesia ni floreció tan verdaderamente como cuando fue bautizada en sangre. La barca de la Iglesia nunca navega tan gloriosamente como cuando el rocío sangriento de sus mártires cae sobre su cubierta. Nosotros *tenemos* que sufrir y *tenemos* que morir si hemos de conquistar jamás este mundo para Cristo. ¿Hubo alguna vez un milagro tan sorprendente como la propagación del Evangelio durante los primeros dos o tres siglos? En un plazo de cincuenta años después de que Cristo hubo ascendido al cielo, el Evangelio fue predicado en todas las partes conocidas del mundo y hubo quienes se convirtieron a Cristo en las más inhospitalarias regiones. El Evangelio había ido más lejos que los barcos de Tarsis; las columnas de Hércules no habían limitado la diligencia de los apóstoles. El Evangelio fue proclamado a tribus salvajes e incivilizadas, a pictos y escoceses y a los fieros britanos. Se fundaron iglesias, algunas de las cuales han permanecido en su pureza hasta este día. Y todo esto, yo creo, fue en parte el resultado de esa impactante y marcada diferencia entre la Iglesia y el mundo. Ciertamente, durante el período después de que Constantino profesó ser cristiano cambiando con los tiempos porque vio que fortalecería su imperio—a partir del tiempo cuando la Iglesia comenzó a ser vinculada con el esta-

do—el Señor la dejó, y la entregó a la esterilidad, y se escribió Icabod sobre sus muros. Fue un día negro para la cristiandad cuando Constantino dijo: “Soy cristiano.” “Con este signo venceré,” dijo él. Sí, esa fue la verdadera razón de su pretendida conversión. Si podía conquistar por medio de la cruz, eso era bastante bueno; si hubiera podido conquistar por Júpiter le habría dado lo mismo. A partir de aquel momento la Iglesia comenzó a degenerarse. Y llegando a la Edad Media no podías reconocer la diferencia entre un cristiano y un mundano, ¿dónde ibas a encontrar piedad en absoluto, o vida o gracia en la tierra? Entonces vino Lutero, quien con un férreo agarre arrancó a la Iglesia del mundo y la retiró a riesgo de hacerla pedazos. No quería que estuviera vinculada en afinidad con el mundo; y entonces, “Se levantaron los reyes de la tierra, y príncipes consultaron unidos contra Jehová y contra su ungido”; pero el que mora en los cielos se rió; el Señor se burló de ellos. La Iglesia salió venciendo y para vencer, y su principal arma era su *disconformidad* para con el mundo, su salida de entre los hombres. Pon tu dedo sobre cualquier página próspera de la historia de la Iglesia, y yo voy a encontrar una notita marginal que dice así: “En esta época los hombres podían ver fácilmente donde comenzaba la Iglesia y dónde terminaba el mundo.” Nunca hubo buenos tiempos cuando la Iglesia y el mundo se unieron en matrimonio.

Pero aunque este argumento bastara para mantener a la Iglesia y al mundo aparte, hay muchos otros. Entre más separada esté la Iglesia del mundo en sus actos y en sus máximas, más verdadero es su testimonio por Cristo y más potente es su testimonio contra el pecado. Nosotros somos enviados a este mundo a testificar contra los males; pero si nosotros mismos nos involucramos en él, ¿dónde queda nuestro testimonio? Si nosotros mismos somos encontrados deficientes, somos falsos testigos; no somos enviados por Dios; nuestro testimonio no tiene ningún efecto. No dudo en decir que hay decenas de miles de cristianos profesantes cuyo testimonio ante el mundo es más dañino que benéfico. El mundo los mira y dice: “Bien, ya veo: tú puedes ser un cristiano, y sin embargo, seguir siendo un pillo.” “¡Ah!”—dice otro—“tú puedes ser un cristiano, me doy cuenta; pero entonces tendrás que ser una persona triste y miserable.” “¡Ah!,” clama otro, “a estos cristianos les gusta beber el pecado en secreto detrás de la puerta. Su cristianismo consiste en que no les gusta pecar abiertamente, pero pueden devorar la casa de una viuda cuando nadie está mirando; pueden ser borrachos, sólo que tiene que ser en un grupo muy pequeño; no les gustaría que se descubra que están mareados donde hay cien ojos que los están mirando.” Ahora, ¿qué es todo eso? Es simplemente esto: que el mundo ha descubierto que la Iglesia visible no es la pura Iglesia de Cristo puesto que no es fiel a sus principios,

y no opta por la rectitud y la integridad que son las señales de la genuina iglesia de Dios. Muchos cristianos olvidan que están dando un testimonio: no piensan que alguien los está viendo. Ay, pero los vigilan. No hay personas más vigiladas que los cristianos. El mundo nos lee desde la primera letra de nuestras vidas hasta la última y si pueden encontrar una falla—y que Dios nos perdone pues pueden encontrar muchas—con seguridad van a magnificar la falla tanto como puedan. Por tanto, estamos muy atentos para vivir cerca de Cristo, para caminar en Sus mandamientos siempre, para que el mundo vea que el Señor hace una diferencia.

Pero ahora tengo que decir algo muy triste: no quisiera tener que decirlo, pero tengo que hacerlo. Hermanos y hermanas, a menos que conviertan en su tarea cotidiana ver que existe una diferencia entre ustedes y el mundo, harán más daño que el bien que posiblemente pudieran hacer. La Iglesia de Cristo tiene que rendir cuentas de muchos horrendos pecados en este día. Permítanme mencionar uno que no es sino un tipo de otros. ¿Por qué medios piensan ustedes fueron asegurados los grilletes en la muñeca de nuestro amigo que está sentado allí, un hombre como nosotros, aunque de piel negra? Es la Iglesia de Cristo la que mantiene a sus hermanos bajo servidumbre; si no fuese por esa Iglesia, el sistema de esclavitud regresaría al infierno de donde salió. No habría verdugos que azotaran a los esclavos si no fuera porque hay hombres aptos para ese oficio tan degradante; si no se encontrara ministros cristianos que pueden justificar la esclavitud desde el púlpito, y miembros de la iglesia que venden a los hijos de seres más nobles que ellos mismos, si no fuera por esto, África sería libre. Albert Barnes dijo la verdad cuando afirmó que la esclavitud no podría existir ni por una hora si no fuera por la tolerancia de la Iglesia Cristiana. ¿Pero qué dice el propietario de esclavos cuando tú le dices que mantener en esclavitud a nuestros semejantes es un pecado, y un pecado condenable, inconsistente con la gracia? Él replica: “Yo no creo tus calumnias; mira al Obispo de tal y tal, o el ministro de tal y tal lugar, ¿no es acaso un buen hombre, y no expresa gimoteando: ‘Maldito sea Canaán’? ¿No cita acaso a Filemón y a Onésimo? ¿No va y habla de la Biblia, y les dice a sus esclavos que deberían sentirse muy agradecidos por ser sus esclavos, pues Dios Todopoderoso los hizo a propósito para que disfrutaran del raro privilegio de ser azotados por un amo cristiano? No me digas”—dice—“si eso fuera malo, no tendría a la Iglesia de su lado.” Y así la Iglesia libre de Cristo comprada con Su sangre tiene que llevar la vergüenza de maldecir a África y de mantener a sus hijos en la esclavitud. Que el buen Señor nos libre de este mal. Si los comerciantes de Manchester y los mercaderes de Liverpool tienen una participación en esta culpa, que al menos la Iglesia esté libre

de este crimen que llena el infierno. Los hombres han intentado arduamente hacer que la Biblia apoye este compendio de todas las villanías, pero la esclavitud, la cosa que contamina a la Gran República, tal esclavitud es muy desconocida para la Palabra de Dios, y por las leyes de los judíos era imposible que pudiera existir jamás. He conocido a hombres que citan textos como excusas por ser condenados, y no me sorprende que algunos hombres puedan encontrar una Escritura para justificar la compra y venta de las almas de los hombres.

¿Y qué piensan ustedes que es regresar a casa, a nuestra propia tierra, que mantiene el sistema de comercio que se aplica entre nosotros? Todos ustedes saben que hay negocios donde no es posible que un joven sea honesto en la tienda, donde, si declarara la verdad completa, sería despedido. ¿Por qué es, piensan ustedes, que se mantiene el sistema de etiquetar los bienes en el aparador que difieren de lo que se vende adentro o de exhibir una cosa y luego dar otro artículo, o el sistema de decir mentiras piadosas a través del mostrador con la intención de obtener un mejor precio? Ese sistema no resistiría ni una hora si no fuera por los cristianos profesantes que lo practican. No tienen el valor moral para decir de una vez por todas: "No tendremos nada que ver con estas cosas." Si lo hicieran, si la Iglesia renunciara a estas costumbres profanas, el negocio cambiaria dentro de los siguientes doce meses. Los puntales del delito grave y los apoyos de la truhanería son estos cristianos profesantes que doblan sus espaldas para hacer lo que otros hombres hacen; quienes, en vez de hacer frente al torrente, se rinden y nadan siguiendo la corriente, siendo como los pescados muertos en nuestras iglesias que van con la corriente, a diferencia de los peces vivos que siempre van en contra de ella y que nadan río arriba hacia la fuente del río. No quisiera hablar demasiado severamente de la Iglesia de Cristo, pues yo la amo, pero debido a que la amo tengo que expresar esto. Parecernos tanto al mundo, comerciar como el mundo comercia, hablar como el mundo habla, insistir siempre que debemos hacer lo que otras personas hacen, todo esto es hacer más daño al mundo que todo el bien que todos nuestros predicadores pretenden hacer. "Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas."

Este argumento, ciertamente severo y duro, podría movernos a apartarnos del mundo. Pero una vez más, ¿cómo es posible que honremos a Jesucristo mientras no hay ninguna diferencia entre nosotros y el mundo? Yo puedo imaginar que un hombre no profese ser un cristiano, y sin embargo, que honre a su Señor; eso sin embargo, es un asunto de la imaginación. Yo no conozco ningún ejemplo real; pero no puedo imaginar

que un hombre profese ser un cristiano, y que luego actúe como el mundo actúa, y sin embargo, que honre a Cristo.

Me parece ver que mi Señor está frente a mí. Tiene algo más que esas cinco benditas heridas. Veo que Sus manos sangran. “¡Mi Señor! ¡Mi Señor!” grito, “¿dónde recibiste esas heridas? Esas perforaciones no son las de los clavos, ni es la herida abierta por la punta de la lanza; ¿de dónde provienen esas heridas?” Le oigo responder tristemente: “Estas son las heridas que he recibido en la casa de mis amigos; tal y tal cristiano cayó, tal y tal discípulo me siguió de lejos, y al final, como Pedro, me negó por completo. Tal y tal de mis hijos es codicioso, tal otro es altivo, tal otro ha tomado a su vecino por el cuello y le ha dicho: ‘Págame lo que me debes,’ y Yo he sido herido en la casa de mis amigos.” Oh, bendito Jesús, perdónanos, perdónanos, y danos Tu gracia para que ya no lo hagamos más, pues nosotros *queremos* seguirte adondequiera que vayas; Tú sabes que *queremos* ser Tuyos, que queremos honrarte y no afligirte. Oh, danos ahora entonces de Tu propio Espíritu, para que podamos salir del mundo y ser como Tú, santo, inocente, sin mancha, y separado de los pecadores.

Sólo tengo que decir estas dos cosas y habré concluido. Para los profesantes de la religión digo esta palabra. Profesantes de la religión, hay algunos de ustedes que son monedas falsas. Cuando te acercas a la mesa del Señor tú *mientes*, y cuando dices de ti mismo: “yo soy un miembro de tal y tal iglesia,” dices algo que es una deshonra para ti. Ahora permítanme recordarles, señores, que ustedes pueden sostener su profesión aquí, pero cuando se presenten ante el tribunal de Dios, al final, descubrirán que es algo terrible que su profesión no haya sido real. Tiemblen, señores, a la diestra de Dios. Allí está la balanza y tendrán que ser pesados en ella, y si son hallados faltos, su porción tendrá que ser entre los engañadores, y ustedes saben dónde es eso: es en el más profundo abismo del infierno. Tiembla, amigo diácono, tiembla, miembro de la Iglesia, si no eres lo que profesas ser; te espera una condenación de un tipo más fiero y más horrendo que aun para el impío y el reprobado. De lo alto de tu profesión serás arrancado. Has construido tu nido entre las estrellas, pero tendrás que hacer tu cama en el infierno. Has decorado tu cabeza con una corona, pero tendrás que llevar una corona de fuego; esos finos vestidos te serán arrancados, ese oropel y esa pintura te serán quitados, y tú, desnudo para tu vergüenza, siendo el blanco de burlas de los demonios, te convertirás en objeto de siseo incluso de los condenados del infierno, cuando te señalen y clamen: “allí va el hombre que se destruyó por engañar a otros. Allí está el desventurado que hablaba de Dios y hablaba de Cristo, y no se consideraba como uno de nosotros, y ahora él está atado también en el manojo que será quemado.”

La última palabra es para quienes no son profesantes del todo. Dios ha establecido una diferencia entre ustedes y los justos. ¡Oh, mis queridos amigos, yo les suplico que le den vueltas a ese pensamiento en sus mentes! No hay tres caracteres, no hay vínculos intermedios; no hay una frontera entre los justos y los malvados. Hoy tú eres ya sea un amigo de Dios o Su enemigo. En esta hora o has sido vivificado o estás muerto; y, ¡oh!, recuerda que cuando llegue la muerte será el cielo o el infierno para ti, ángeles o diablos tendrán que ser tus compañeros, y las llamas tendrán que ser tu lecho y tu cobertor de fuego, o de lo contrario las glorias de la eternidad serán tu herencia perpetua. Recuerda que el camino al cielo está abierto. “El que cree en el Señor Jesús será salvo.” Cree en Él, cree en Él, y vive. Confia en Él, y serás salvo. Deposita la confianza de tu alma en Jesús, y serás librado *ahora*. Que Dios te ayude a hacer eso ahora, y ya no habrá más ninguna diferencia entre tú y los justos, sino que serás uno de ellos, y estarás con ellos en el día cuando Jesús venga para sentarse en el trono de Su padre David para reinar entre los hombres.

[**http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html**](http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html)

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #305—Volume 6

SEPARATING THE PRECIOUS FROM THE VILE

La Parábola del Sembrador

NO. 308

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 15 DE ABRIL, 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Juntándose una gran multitud, y los que de cada ciudad venían a él, les dijo por parábola: el sembrador salió a sembrar su semilla; y mientras sembraba, una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron. Otra parte cayó sobre la piedra; y nacida, se secó, porque no tenía humedad. Otra parte cayó entre espinos, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra, y nació y llevó fruto a ciento por uno. Hablando estas cosas, decía a gran voz: El que tiene oídos para oír, oiga.”
Lucas 8:4-8.

En nuestro país, cuando un sembrador sale con su semilla, entra a un campo cercado y comienza de inmediato, con debido orden y precisión, a esparcir la semilla de su canasta a lo largo de cada camellón y cada surco; pero en el Oriente, el campo de cultivo, que está muy cercano a la aldea, es una vasta planicie desprovista de cercas. Es cierto que el terreno está dividido en diferentes propiedades, pero no hay vallados, no hay divisiones, excepto los lindes antiguos, o tal vez, en raras ocasiones, un simple muro de piedras que se utiliza para dividir un campo de otro. A lo largo de estas tierras comunales y completamente abiertas, hay veredas, las más frecuentadas de las cuales se llaman calzadas. No deben imaginarse que estas calzadas sean en el menor grado como nuestros caminos macadamizados, sino son simplemente veredas frecuentadas, que quedan tolerablemente apisonadas. Por aquí y por allá hay atajos, sobre los cuales pueden andar los viajeros que deseen evitar el camino público buscando un poco más de seguridad, cuando el camino principal está infestado de ladrones, y el apresurado peatón puede encontrar un atajo a través de la planicie, y abre así un nuevo camino para otros que viajen en la misma dirección.

Cuando el sembrador sale en la mañana para sembrar la semilla, encuentra, tal vez, un pequeño espacio de terreno escarbado con un primitivo arado oriental; comienza a esparcir su semilla allí más abundantemente por supuesto, pero resulta que un sendero atraviesa el propio centro de ese campo, y a menos que esté anuente a dejar una importante área sin sembrar, tiene que arrojar un puñado de semillas sobre el sendero; y por allá, hay una roca que aflora justo en el centro de la tierra

arada, y la semilla cae sobre ella; y allá también, protegido por la negligente labranza del oriente, hay un rincón lleno de raíces de ortigas y cardos, y el sembrador siembra su semilla allí también; el trigo y las ortigas nacen juntamente, y según sabemos por la parábola, los espinos son más fuertes y ahogan a la semilla, de tal manera que no produce fruto para perfección. El recuerdo de que la Biblia fue escrita en el Oriente, y de que sus metáforas y alusiones nos deben ser explicadas enteramente, únicamente por viajeros orientales, nos ayudaría a menudo a entender un pasaje mucho mejor de lo que podría hacerlo un lector inglés común.

Ahora, el predicador del Evangelio es como el sembrador. Él no produce su semilla; su Señor le da su semilla. No sería posible que el hombre produjera la más pequeña semilla que haya germinado jamás sobre la tierra, y mucho menos esa semilla celestial de vida eterna. El ministro va a su Señor en secreto, y le pide que le enseñe Su verdad, y así llena su cesta con la buena semilla del reino. Lo que el ministro tiene que hacer, es salir, en el nombre de su Señor y esparcir la verdad preciosa. Si supiera dónde pudiera encontrarse el mejor suelo, tal vez se limitaría a aquel que ha sido preparado por el arado de la convicción. Pero como no conoce los corazones de los hombres, su oficio consiste en predicar el Evangelio a toda criatura; y tiene que echar un puñado en ese corazón duro allá, y otro puñado en este corazón crecido en exceso, que está lleno de afanes y riquezas y placeres de este mundo.

Él tiene que confiar el destino de la semilla al cuidado del Señor que se la dio, pues entiende muy bien que no es responsable de la cosecha; él es únicamente responsable del cuidado, de la fidelidad y de la integridad con los que esparce la semilla, a diestra y sinistra con ambas manos. Qué importa que ninguna espiga alegre jamás a las gavillas; aunque no se vea nunca una sola hoja brotando entre los surcos, el hombre será aceptado y recompensado por su Señor, si sólo ha sembrado la buena semilla, y la ha sembrado con mano cuidadosa. ¡Ay! ¡Ay! —si no fuera por este hecho, que no somos responsables de nuestro éxito—con qué agonía desesperanzadora debemos recordar que demasiado a menudo laboramos en vano, y gastamos nuestra fuerza sin obtener nada. El viejo clamor de Isaías debe ser todavía nuestro clamor, “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?”

Pero una semilla de cada cuatro, encuentra un terreno lleno de esperanzas. Tres de las cuatro porciones, esparcidas en lugares malos, no producen ningún buen efecto, sino que se pierden, y no se volverán a ver, excepto cuando se levanten en el juicio en contra de nuestros oyentes carentes de la gracia, para condenarlos.

Permitanme observar aquí que la medida de nuestro deber no está limitada por el carácter de nuestros oyentes, sino por el mandamiento de Dios. Estamos obligados a predicar el Evangelio, ya sea que los hombres

oigan o que se abstengan de oír. Los corazones de los hombres son lo que son. No soy liberado de mi obligación de sembrar la semilla sobre la piedra al igual que en el surco, en la calzada al igual que en el campo arado.

Esta mañana mi plan será muy simplemente, dirigirme a las cuatro clases de oyentes que han de ser encontrados en mi congregación. En primer lugar, tenemos a aquellos que están representados por la ubicación *junto al camino*, los *meros oyentes*; luego tenemos a aquellos representados por *oyentes de terrenos de pedregales*, aquellos en quienes es producida una impresión transitoria, tan transitoria, sin embargo, que nunca llega a ningún bien duradero. Luego siguen aquellos en quienes *se produce una impresión grande y buena*, pero los afanes de esta vida, y el engaño de las riquezas y los placeres de este mundo ahogan la semilla; y, por último, esa pequeña clase –Dios se agrade en multiplicarla en grado sumo–, esa pequeña clase de *oyentes de buena tierra*, en quienes la Palabra hace dar fruto, en algunos a treinta, en algunos a sesenta, y en algunos ciento por uno.

I. En primer lugar, entonces, voy a dirigirme a aquellos corazones que son semejante a la ubicación JUNTO AL CAMINO: “Una parte cayó junto al camino, y fue hollada, y las aves del cielo la comieron.” Hay muchos de ustedes que no vinieron aquí esta mañana para recibir una bendición. No tenían la intención de adorar a Dios, o ser afectados por algo que pudieran oír. Son semejantes a una calzada que nunca estuvo diseñada para que fuera un campo de cultivo. Si un solo grano de la verdad cayera en su corazón y creciera, sería un milagro, una maravilla tan grandiosa como si el grano creciera en un área junto al camino hollado y apisonado.

Ustedes son los oyentes que están junto al camino. Si la simiente, sin embargo, es esparcida con destreza, parte de ella caerá sobre ustedes y permanecerá por un rato en sus pensamientos. Es verdad que no la entenderán, mas sin embargo, si es colocada delante de ustedes en un estilo interesante, se alojará por un breve tiempo. Mientras no los atraiga un entretenimiento más simpático, hablarán de las palabras que oyeron pronunciar al ministro de la verdad. Pero incluso este tenue beneficio es breve, pues en muy poco tiempo olvidarán qué tipo de personas son.

Quiera Dios que pudiera tener esperanza de que mis palabras se demoraran en ustedes, pero no podemos esperarlo, pues el suelo de su corazón está tan apisonado por el tráfico continuo, que no hay esperanza que la semilla encuentre un asidero duradero y vivo para sus raíces. Hay demasiado tráfico en sus almas que no permite que la buena semilla permanezca sin ser aplastada. El pie de Satanás está pasando siempre sobre su corazón, con su manada de blasfemias, lascivias, mentiras, y vanidades. Luego ruedan por su corazón los carros del orgullo, y los pies de las riquezas insaciables lo huellan, hasta que se vuelve duro y dia-

mantino. ¡Ay de la buena semilla!, pues no encuentra un momento de respiro; las muchedumbres pasan y vuelven a pasar; de hecho, su alma es un Bolsa de Valores, a través de la cual continuamente atraviesan los ocupados pies de los mercaderes, que convierten a las almas de los hombres en una mercancía. Ustedes están comprando y vendiendo, pero poco piensan en que están vendiendo la verdad, y en que están comprando la destrucción de su alma; están ocupados aquí y allá acerca de este cuerpo, la cáscara de su humanidad, pero son negligentes en cuanto a esa cosa preciosa interna: su alma.

Dices que no tienes tiempo de pensar en la religión. No, el camino de tu corazón es una vía pública tan congestionada, que no hay espacio para que este trigo brote. Si comenzara a germinar, algún rudo pie aplastaría la verde brizna de hierba antes de que alcanzara algo parecido a la madurez. Ha habido ciertos momentos contigo cuando la semilla ha permanecido lo suficiente para comenzar a germinar, pero justo entonces había un lugar de diversión abierto, y entraste allí, y como con un talón de hierro, la chispa de vida que estaba en la semilla fue aplastada; había caído en el lugar incorrecto; había demasiado tráfico allí para que tuviera la posibilidad de crecer.

Durante la peste de Londres, cuando los hombres eran llevados a su hogar permanente en grandes multitudes, la hierba crecía en las calles; pero el trigo no crecía en Cornhill, independientemente de cuán excelente fuera la semilla que sembraras allí. Rebusca en el mundo, y no podrías comprar una semilla de trigo que floreciera donde continuamente transita tal cantidad de tráfico. Tu corazón es igual que una vía pública congestionada; pues hay tantos pensamientos, y afanes, y pecados; tanto orgullo, vanidad, maldad y pensamientos rebeldes en contra de Dios, continuamente transitando por ella, que la verdad es semejante a la semilla arrojada sobre la calzada; no puede crecer porque es aplastada; y si permaneciera por un momento, las aves del cielo vendrían y se la llevarían.

Ay, pero es un pensamiento muy triste, que si esparcieras semilla en la calzada, no es sólo el pie de un mal hombre el que impediría su crecimiento, sino que incluso el pie de un santo podría ayudar a destruir su vida. ¡Ay!, los corazones de los hombres pueden ser endurecidos, no merelymente por el pecado, sino por la propia predicación del Evangelio. Existe tal cosa como el endurecimiento para con el Evangelio; es posible escuchar sermones hasta llegar al punto que tu corazón se torna muerto y endurecido e indiferente. Como el perro del herrero que está echado y duerme mientras las chispas vuelan alrededor de su hocico, así yacerás y dormirás bajo el martillo de la ley, mientras las chispas de la condenación vuelan a tu alrededor, sin que te espanten ni te asombren nunca. Ya

has escuchado todo eso antes; te contamos una historia trillada cuando te advertimos de la ira venidera.

Los hombres que trabajan en las gigantescas calderas en las fábricas de Southwark, cuando entran por primera vez para sostener el martillo, quedan con sus oídos aturdidos por los golpes; luego no pueden oír ningún sonido; pero gradualmente, según me informan, se acostumbran tanto a ese terrible ruido, que podrían dormir en medio de la caldera mientras los otros trabajadores estuvieran aporreando y golpeando ese aparato, aunque sus reverberaciones son como el trueno más potente.

Así sucede con ustedes; un ministro tras otro ha hollado en la calzada de su alma, hasta que se ha tornado tan dura que, a menos que Dios mismo se agrade partirla en dos con un terremoto, o con una commoción del corazón, no habrá nunca espacio para que la semilla del cielo se aloje allí. Su alma se ha vuelto como un camino asendereado, por el cual circula mucho tráfico.

Hemos observado esta dura franja junto al camino y ahora vamos a describir qué sucede con la palabra cuando cae sobre este corazón. No crece; habría crecido si hubiese caído sobre un buen suelo, pero está en el lugar equivocado, y permanece tan seca como cuando fue arrojada por la mano del sembrador. Su vida yace dormida, el germen de vida en el Evangelio se esconde, y se queda en la superficie del corazón, pero no entra nunca en él. Como la nieve, que cae algunas veces en nuestras calles y no se queda allí ni un instante, sino que cae sobre el húmedo pavimento y se disuelve y se evapora, lo mismo sucede con el hombre. La palabra no tiene tiempo de revivir a las almas de los oyentes casuales de ella. Se queda allí un instante, pero no comienza nunca a echar raíces, o a tener el menor efecto.

Pero, nosotros preguntamos, ¿por qué los hombres vienen a oír si la palabra nunca es vuelta útil para ellos, y no entra nunca en el corazón? Eso me ha desconcertado a menudo; hay algunos de nuestros oyentes que no se ausentaría un domingo por nada del mundo, y que parecen deleitarse mucho al venir con nosotros para adorar, pero la lágrima no rueda nunca por su mejilla; su alma no parece elevarse nunca al cielo en las alas de alabanza, y tampoco se unen verdaderamente a nuestras confesiones de pecado. ¿Piensan en algún momento acerca de la ira venidera o acerca del estado futuro de sus almas? Su corazón es de hierro; es como si el ministro predicase a un montón de piedras en vez de predicarles a ellos.

¿Qué trae a estos pecadores insensibles aquí? ¿Hablamos a frentes de bronce y corazones de acero? De verdad tenemos las mismas esperanzas de convertir a leones y leopardos como de convertir a estos indómitos corazones incombustibles. ¡Oh sentimiento!, tú has huido a las bestias brutales y los hombres han perdido la razón. Yo supongo que estos hombres

vienen a menudo porque es respetable hacerlo, y además, porque incluso les ayuda a endurecerse; si permanecieran alejados, la conciencia les remordería y habría un poco de vida en ellos; pero asisten para poder lisonjearse con el convencimiento de que, después de todo, están bien. No son irreligiosos, no ellos; no son desconsiderados con la casa de Dios ni con su siervo; ellos asisten para poder endurecerse, y ser más y más embrutecidos en su estado de pecado y de insensibilidad.

¡Oh mis lectores!, su caso puede hacer llorar a los ángeles; tener el sol del Evangelio brillando sobre sus rostros, y sin embargo tener ojos invidentes que no ven nunca esa luz. La música del cielo resuena dulcemente, pero sus oídos son sordos, y ni el más débil acento alcanza jamás su pobre espíritu; el ministro es para ustedes alguien que toca un fino instrumento, pero toca ante una estatua que no tiene oídos para oír. Pueden captar el giro de una frase, y pueden encontrarle el sentido a una metáfora, pero el significado oculto, está totalmente perdido para ustedes. Están sentados en el banquete de bodas, pero no comen de los exquisitos bocadillos, y no beben de sus vinos; oyen las campanas del cielo tocando a júbilo por los espíritus rescatados, pero ustedes mismos permanecen secuestrados, sin Dios, y sin Cristo. Están parados a la puerta de la senda estrecha, en la propia puerta, pero no entran por ella; están cerca de la casa de misericordia, y la puerta está entreabierta; se paran y a veces miran hacia adentro, pero no dan nunca el paso final y decisivo.

Aunque hagamos lo que podamos para exhortarlos, aunque argumentemos con ustedes y oremos por ustedes, y nos lamentemos por ustedes, todavía permanecen justo tan endurecidos, tan descuidados, y tan incautos como siempre lo han sido. ¡Oh, que Dios tenga misericordia de ustedes!, y los saque de este estado pernicioso, para que todavía puedan ser salvos. Oh Espíritu Santo, rompe esta endurecida calzada, y condúcela a producir abundante fruto.

Sin embargo, todavía no hemos completado el cuadro. El pasaje nos dice que las aves del cielo la comieron. ¿Hay algún hombre aquí, esta mañana, que sea uno de estos oyentes de junto al camino? Tal vez no tenía la intención de entrar, pero vio a una gran multitud junto al Strand, y pensó que entraría y pasaría la hora, y que tal vez oiría algo que no olvidaría de inmediato; pero cuando salga y vaya a casa, algunos viejos compañeros le propondrán que vayan de excursión esta tarde. Él acepta y esa pobre semilla que había caído en lugar poco propicio será devorada por las aves del cielo.

Hay suficientes malignos listos siempre a comerse esta buena semilla. Está el diablo mismo, ese príncipe del aire, listo en cualquier momento a arrebatar un buen pensamiento, o a sofocar una santa resolución. Y luego, el diablo no está solo: tiene legiones de ayudantes. Puede usar a la propia esposa de un hombre, a los propios hijos, puede poner contra ti

ese trabajo tuyo, y cualquiera de ellos puede comer la buena semilla. Puede haber un cliente esperando a la puerta, y aunque no tienes deseos de atenderle hoy, tienes miedo de perderlo, y lo atiendes, y entonces la buena semilla se va, y todo su buen efecto es eliminado. Oh, es una tristeza agravada que la semilla celestial se vuelva alimento del diablo; que el grano de Dios alimente a los pájaros del diablo.

Permitanme dirigirme otra vez personalmente a ustedes, esta mañana. ¡Oh, mis lectores, si han oído el Evangelio desde su juventud, cuántas carretadas de sermones han desperdiciado! En sus días de juventud, oyeron al doctor Fulano de tal, y ¡cómo solía ese querido doctor orar por sus oyentes, hasta que sus ojos enrojecían por las lágrimas! ¿Recuerdan todos esos domingos cuando se decían a ustedes mismos: "quiero ir a mi aposento y caer de rodillas y orar"? Pero no lo hicieron; las aves del cielo comieron la semilla, y ustedes prosiguieron pecando al igual que lo hacían antes. Desde entonces, por un extraño impulso, muy raramente se ausentan de la casa de Dios; pero ahora las chispas del Evangelio caen en sus almas como si cayesen en un océano, en el que son apagadas para siempre. La ley puede tronar delante de ustedes, y aunque no la miran con desprecio, no les afecta nunca. Jesucristo puede ser alzado delante de ustedes; sus amadas heridas pueden ser exhibidas; la sangre derramada puede fluir delante de sus propios ojos, y pueden ser invitados con todo denuedo a mirarlo a Él y vivir; pero ahora se ha vuelto asunto de perfecta indiferencia para ustedes. No han dicho tanto con palabras: "si he de perderme, me perderé, y si he de salvarme, seré salvo"; no han llegado al punto de *decir* eso, pero han llegado a *pensar* eso, y ahora podemos hacer lo que queramos con ustedes, y lo que queramos por ustedes, pero no podemos penetrar sus espíritus empedernidos, y no podemos arrojar ningún pensamiento santo en sus corazones endurecidos. ¿Qué haré por ustedes? ¿Me pararé aquí y derramaré una lluvia de lágrimas sobre esta endurecida calzada? ¡Ay!, mis lágrimas no la traspasarían; está demasiado endurecida para eso. ¿Pasaré sobre ella el arado del Evangelio? ¡Ay!, el acero se rompería, pero la reja del arado no entraría. ¿Qué haré? Oh Dios, Tú sabes cómo hacer añicos el pedernal. Tú puedes derretir el apisonado corazón de piedra con la preciosa sangre de Jesús. Hazlo ahora, te suplicamos, para la alabanza y gloria de Su gracia, que la buena semilla viva todavía, y produzca esa cosecha celestial, deseada vivamente por el alma de Tu siervo, sin la cual él no puede vivir, pero con la cual se regocijará con gozo indecible y pleno de gloria.

II. Voy a dirigirme ahora a la segunda clase de oyentes. "Otra parte cayó sobre LA PIEDRA; y nacida, se secó, porque no tenía humedad." Ustedes pueden imaginarse fácilmente ese trozo de roca aflorando en el centro del campo. Por algún desgarro de la naturaleza, ha sido removida

hacia arriba en el medio de la planicie, y, por supuesto, la semilla cae allí como cae por todas partes.

Tenemos oyentes que nos causan más placer y sin embargo más dolor subsiguiente de lo que muchos de ustedes creerían. Nadie sino aquellos que aman las almas de los hombres pueden decir cuántas esperanzas, cuánto gozo, y cuántas expectativas arrojadas al suelo nos han traído estos pedregales. Tenemos una clase de oyentes cuyos corazones internamente son sumamente duros, pero externamente son aparentemente los más suaves y los más impresionables de los hombres. Mientras otros hombres no ven nada en el sermón, estos individuos lloran. No se trata sino de un discurso ordinario para la mayoría de nuestros oyentes, pero estos hombres son afectados hasta las lágrimas. Ya sea que prediques los terrores de la ley o el amor del Calvario, son de igual manera conmovidos en sus almas, y se producen aparentemente las impresiones más vívidas.

Yo tengo a algunos de esos oyentes aquí esta mañana. Han decidido, y decidido, y sin embargo, lo han pospuesto. No son los tenaces enemigos de Dios quienes se recubren de acero, sino que lo que parecen tener sus pechos desnudos, y los abren, y le dicen al ministro: "corta aquí; aquí hay un pecho desnudo para ti. Apunta tus flechas hacia acá. Encontrarán un lugar listo donde podrán alojarse." Regocijados de corazón, arrojamos allí nuestras flechas, y dan la impresión de penetrar; pero ay, llevan por debajo de la carne una secreta armadura que detiene cada dardo, y aunque vibra allí por un momentito, se cae, y no se completa ninguna obra. Leemos acerca de este personaje bajo este lenguaje: "Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra." O como lo explica otro pasaje: "Estos son asimismo los que fueron sembrados en pedregales: los que cuando han oído la palabra, al momento la reciben con gozo; pero no tienen raíz en sí, sino que son de corta duración, porque cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan."

¡Oh!, ¿acaso no tenemos decenas de miles de nuestros oyentes que reciben la palabra con gozo? No tienen profundas convicciones, es verdad, no tienen alarmas terribles, sino que saltan a Cristo súbitamente, y profesan una fe en Él instantánea, y esa fe tiene también toda la apariencia de ser genuina. Cuando la vemos, la semilla en realidad ha brotado. Hay un tipo de vida en ella, hay una brizna de hierba verde y real. Damos gracias a Dios y nos ponemos de rodillas, y aplaudimos: decimos que hay un pecador que ha sido traído de regreso, que hay un alma nacida para Dios, que hay un heredero del cielo. Pero nuestro gozo es prematuro: brotaron de súbito, y recibieron la palabra con gozo, porque no tenían profundidad de tierra, y por esa misma causa que apresuró la recepción

de la simiente; pero también, pronto, cuando el sol se elevó con su ardiente calor, se marchitaron.

Cada día vemos a estos hombres en la semana. Vienen a menudo para unirse a la Iglesia; nos cuentan una historia de cómo nos escucharon predicar en tal y tal ocasión, y, ¡oh, la palabra fue tan bendecida para ellos, que nunca se sintieron tan felices en su vida! “Oh señor, pensé que debía saltar de mi asiento cuando escuché acerca de un Cristo precioso, y creí en Él allí mismo en ese momento; estoy seguro que lo hice.” Les preguntamos si sintieron jamás su necesidad de un Salvador. Responden: “sí” –pero quieren decir: “no.” Nosotros les cuestionamos respecto a si alguna vez fueron convictos de pecado. Bien, ellos piensan que sí, pero no lo saben; pero una cosa sí saben, que sienten un gran placer en la religión. Les preguntamos, “¿piensan que persistirán?” Oh, tienen confianza que lo harán. Odian las cosas que una vez amaron, están seguros que eso es así. Todo se ha vuelto nuevo para ellos. Y todo esto se ha dado de súbito. Les preguntamos cuándo comenzó la buena obra. Descubrimos que comenzó cuando terminó, es decir, no hubo un trabajo previo, no se aró el suelo, pero de pronto pasaron de muerte a vida y salieron de la condenación a la gracia, como un hombre que está al borde de un río podría saltar a la corriente.

A pesar de ello, estamos muy agradecidos por estos hombres. No podemos negar que parece haber toda apariencia de gracia. Tal vez los recibimos en la Iglesia; pero en una semana o dos ya no asisten a un lugar de adoración, con la regularidad con que solían hacerlo. Los reprendemos con suavidad, y dicen: bien, se enfrentan a tal oposición por la religión, que se contentan con ceder un poco. En otra semana los habremos perdido por completo. La razón se debe a que se han reído de ellos, han sido expuestos a una pequeña oposición, y se han vuelto atrás. Ellos son los señores Flexibles; irán al cielo con Cristiano, pues el cielo es un país que vale la pena. Así que caminan del brazo, charlando juntos muy dulcemente acerca del mundo venidero. Pero pronto se encuentran con una ciénega –el Pantano del Desaliento– y dentro cae el pobre Cristiano, y el señor Flexible se hunde allí también. “¡Oh! –dice él–, yo no acepté acompañarte para esto; yo no acepté acompañarte para que mi boca se llenara de lodo; si logro salir de aquí, y regresar, te puedes quedar tú solo con el valioso país.” Así que el pobre hombre trepa hacia fuera como puede, y sale por el mismo lado que apuntaba hacia su casa; y hacia allá regresa, muy contento de pensar que ha escapado de la triste necesidad de ser un cristiano.

Y, ¿cuáles creen ustedes que son los sentimientos del ministro? Siente que se precipitó al considerar que había tenido éxito. Él es como el labrador que ve su campo todo verde y floreciente, y durante la noche una helada marchita cada tallo, y el pobre finquero se lamenta porque sus

esperadas ganancias se han disipado. Lo mismo sucede con el ministro; se retira a su aposento, y se postra delante de Dios, rostro en tierra, y clama: "Oh, he sido engañado; este hombre ha vuelto a su vómito, como el perro; ha vuelto a revolcarse en el cieno, como la puerca lavada."

Ustedes recordarán aquel viejo cuadro de Orfeo, que tenía tal habilidad con la lira, que los antiguos decían que hacía bailar a su alrededor a los propios robles y a las piedras. Es una ficción poética, y sin embargo le ha ocurrido a veces al ministro, que no sólo ha visto regocijarse a los piadosos, sino que los propios robles y la rocas han danzado en su lugares; pero, ¡ay!, han seguido siendo robles y piedras. Enmudece la lira, y el roble regresa al lugar de sus raíces, y la piedra de desploma más pesadamente en la tierra.

El pecador que, como Saúl, estaba entre los profetas, regresa a planear perversiones en contra del Dios Altísimo. El que cantó ayer, y oró anteayer en la reunión de oración, va a la taberna para maldecir; se arrastra por las calles de la ciudad la noche del mismo domingo de su recepción en el seno de la Iglesia visible en la tierra.

Yo conocí a un hombre que me causó muchas lágrimas amargas. En una cierta aldea, él era el cabecilla de todo lo que era malo; era un individuo alto, gallardo, grande; un hombre que podía beber más abundantemente que, tal vez, cualquier otro hombre en kilómetros a la redonda. Él era el terror del vecindario: un hombre que maldecía y juraba, y no conocía el miedo. Entró un día para oír la Palabra de Dios, y lloró. Toda la parroquia estaba asombrada. Allí estaba el viejo Fulano de tal, llorando, y se rumoró que el viejo Tom quedó impresionado; comenzó a asistir con regularidad a la capilla, y manifiestamente era un hombre cambiado. La cantina perdió a un excelente cliente; ya no era visto en la bolera, ni podía ser detectado entre las filas de borrachos que eran tan comunes en el vecindario. Al fin se decidió a dar un paso al frente en la reunión de oración; habló acerca de lo que había experimentado, de lo que había sentido y conocido. Le escuché orar; era un lenguaje rudo y áspero, pero contenía una sinceridad apasionada. Yo lo consideré como una deslumbrante joya de la corona del Redentor. Se sostuvo seis, no, nueve meses perseveró en nuestro medio. Si se requería realizar un trabajo pesado, él lo hacía. Si se requería mantener una escuela dominical, a unos seis o siete kilómetros de distancia, él caminaba hasta allá. Sin importar el riesgo, él salía para ayudar en la obra del Señor; si podía ayudar al más insignificante miembro de la Iglesia de Cristo, se regocijaba grandemente. Así prosiguió; Pero al fin, la risa a la que estaba expuesto, las mofas y escarnios de sus antiguos compañeros, que al principio enfrentó como un hombre, se volvieron demasiado grandes para él. Comenzó a pensar que había sido quizás demasiado fanático, demasiado dedicado. Entraba furtivamente al lugar de adoración, en vez de hacerlo osadamente; gra-

dualmente abandonó el servicio nocturno en medio de la semana, y por último abandonó el servicio dominical; y fue advertido a menudo, y a menudo fue reprendido, pero regresó a sus viejos hábitos; y aunque no volvió a ser el monstruo de pecado que había sido antes, cualesquiera pensamientos de Dios o de piedad que hubo conocido jamás, parecieron desvanecerse. Pudo hacer otra vez el juramento del blasfemo; otra vez pudo actuar perversamente junto a los profanos; y él –de quien nos habíamos jactado a menudo, y de quien decíamos en nuestras reuniones: “¡oh, cuánto debe ser glorificado Dios por esto!, ¿qué no puede hacer la gracia?”– para confusión de todos nosotros, estaba borracho algunas veces en nuestras calles, y entonces nos fue echado en cara: “este es uno de sus cristianos, ¿no es cierto? Es uno de sus convertidos que volvió a sus hábitos, y ha vuelto a ser tan malo como antes.”

Si es malo ser como el oyente de junto al camino, no puedo creer que sea mucho mejor ser como la roca. Y sin embargo, esta segunda clase de oyentes, ciertamente nos da más gozo que la primera clase. Hay un tipo de personas que siempre se acercan a un nuevo ministro; y he pensado a menudo, que es por un acto de la amabilidad de Dios en la Providencia que envía siempre a algunas de estas personas al principio, cuando el ministro es joven, y sólo tiene a pocas personas que están junto a él: una clase de personas que se commueven fácilmente, y si predica con denuedo ellos lo sienten, y lo aman, y se reúnen a su lado. Pero el tiempo, que prueba todas las cosas, los prueba. Parecen estar hechos de un metal bueno y verdadero, pero al ser colocados en el fuego, son probados, y revisados, y son consumidos en el horno.

Al mirarlos a ustedes, veo a uno o dos que pertenecen a ese tipo. No conozco a la mayoría de ustedes, pero sí veo a algunos de quienes debo decir: “ustedes encuadran exactamente con las personas descritas aquí.” Los he mirado cuando he estado predicando, y a menudo he pensado: “Allí, ese hombre saldrá del mundo uno de estos días, estoy seguro que lo hará.” He dado gracias a Dios por él. ¡Ah!, pero durante estos siete años les hemos predicado a ustedes, y siguen siendo lo mismo que eran. Bien, puede haber otros siete años, ¿quién lo podría decir? Y, ¿acaso esos siete años han de ser de esfuerzos inútiles? ¿Habrán de ser siete años de advertencias rechazadas y de invitaciones rehusadas? ¿Podría ser así, y habrían de ser llevados a su tumba al final, y estaré al pie de ese sepulcro abierto, y pensaré: “aquí yace una esperanza marchita, una flor que se secó siendo capullo, un hombre en quien la gracia parecía abrirse paso, pero en quien no reinó nunca; que dio algunos esperanzadores espasmos de vida, pero luego todos se desvanecieron en la frialdad y la languidez de la muerte eterna”? ¡Que Dios los salve! ¡Oh, que trate con ustedes eficazmente, y que ustedes puedan ser traídos al redil, sí, ustedes, para que Jesús reciba toda la gloria!

III. Tendré que tratar brevemente con la tercera clase, y que el Espíritu de Dios me ayude para dirigirme fielmente a ustedes. “Otra parte cayó entre ESPINOS, y los espinos que nacieron juntamente con ella, la ahogaron.” Ahora se trataba de tierra buena. Los primeros dos caracteres eran malos; el espacio junto al camino no era el lugar apropiado, y la roca no era una situación propicia para el crecimiento de cualquier planta; pero este es un buen terreno, pues allí crecen espinos. Un terreno en el que crecen cardos, ciertamente puede producir también trigo. Dondequiera que brote el cardo y prospere, allí podría prosperar también el trigo. Se trataba de un terreno rico, bueno y fértil; no era sorprendente, por tanto, que el labrador sembrara abundantemente allí, y echara puñado tras puñado en ese rincón del campo.

Vean cuán feliz se pone cuando visita ese lugar en un mes o dos. La semilla ha brotado. Es cierto que hay una plantita sospechosa por allí, que tiene aproximadamente el mismo tamaño del trigo. “¡Oh!” –piensa–, “eso no es importante, el trigo crecerá más rápido que esa plantita; cuando crezca ahogará a esos pocos espinos que desafortunadamente se han mezclado con él.” ¡Ay, señor labrador, usted no entiende la fuerza del mal, pues no soñaría de esa manera! Regresa, y la semilla ha crecido; hay incluso trigo en la espiga, pero los cardos, los espinos, y las zarzas se han enredado los unos con los otros, y el pobre trigo con dificultad recibe un rayo de sol. Está tan afestonado con zarzas por todos lados, que con los pringues de las zarzas y la ausencia de luz solar, muestra una tonalidad amarillenta y marchita. Pero todavía vive; persevera en el crecimiento, y da la impresión que producirá un poco de fruto, pero no llega nunca a nada. El segador no llena nunca su brazo con él. Hay la señal de fruto, pero no se materializa; no lleva fruto.

Ahora, nosotros contamos abundantemente con esta clase entre nosotros. Tenemos a las damas y a los caballeros que vienen a oír la palabra, y también entienden lo que oyen. No son hombres y mujeres ignorantes ni ciegos, que desechen lo que han oído. No estamos echando perlas delante de los cerdos cuando les predicamos, sino que recuerdan y atesoran las palabras de verdad; se las llevan a casa; reflexionan sobre ellas; vienen, regresan y vuelven otra vez. Llegan hasta el punto de hacer una profesión de religión. El trigo parece crecer y florecer, y que pronto llegará a la madurez. No tengan prisa; estos hombres y mujeres tienen mucho que cuidar; tienen los cuidados de una gran empresa; su establecimiento emplea muchos cientos de manos; no se dejen engañar por su piedad: no tienen tiempo para ella. Ellos les dirán que tienen que vivir; que no pueden descuidar este mundo; que de todas maneras tienen que cuidar el presente, y en cuanto al futuro, piensan que podrán cuidar de él muy pronto. Continúan asistiendo, y esa pobre y pequeña brizna esmirriada continúa creciendo; y ahora se han vuelto ricos, y pueden asistir al lugar

de adoración en su carroaje, y tienen todo lo que el corazón puede anhelar. ¡Ah!, ahora crecerá la semilla, ¿no es cierto? Ahora no tienen afanes; ya vendieron su tienda, y viven en el campo; ya no tienen que preguntarse: “¿de dónde saldrá el dinero para pagar el siguiente recibo?”; o, “¿cómo podrán proveer para una familia que va en aumento?” No, ahora tienen demasiado, en lugar de demasiado poco, pues tienen sus *riquezas*.

“Bien, pero”—dirá alguno—“ellos podrían gastar sus riquezas para la obra de Dios; podrían ser talentos que podrían poner al interés.” ¡Oh!, no, no es eso; sus riquezas son engañosas. Ahora tienen que atender a mucha gente, ahora deben ser respetables, ahora deben pensar en la posibilidad de volverse miembros del parlamento, ahora tienen que tener todo el engaño que las riquezas pueden posiblemente conferir. Sí, pero comienzan a gastar sus riquezas, así que seguramente superaron esa dificultad. Dan con larguezas para la causa de Cristo; son pródigos en la causa de la caridad, y cosas semejantes; ahora esa brizna pequeñita crecerá, ¿no es cierto? No, por lo pronto contemplen los cardos del placer. Su liberalidad hacia otros implica liberalidad hacia ellos mismos; se placen con lo que tienen, y tienen razón en hacerlo; pero al mismo tiempo, estos placeres se vuelven tan altos y tan grandes que ahogan al trigo, y las buenas semillas de la verdad evangélica no pueden crecer porque tienen este placer, esa fiesta musical, ese baile y esa tertulia; así que no pueden atender a las cosas de Dios, porque los placeres de este mundo ahogan la semilla.

Conozco a varios tremebundos especímenes de esta clase. No sería justo contar la historia para que fuese conocida otra vez, pero podría contar muchísimas historias. Sé de uno que ocupa un alto lugar en los círculos de la corte, que a menudo me ha confesado que desearía ser pobre, pues piensa que entonces podría entrar en el reino del cielo. Él tiene una alta posición, pero lo ha dicho, y lo ha mencionado con señales en su rostro que mostraban que lo que decía era verdad: “¡Ah!, señor, estos políticos, estos políticos, quisiera deshacerme de ellos, están carcomiendo la vida de mi corazón; no puedo servir a Dios como quisiera. Únicamente deseo retirarme al algún lugar apartado para buscar a mi Salvador.”

Sé de uno, también, tal vez sobrecargado de riquezas, siempre amable y noble con ellas, también; ese hombre me ha dicho, cuando hemos caminado juntos y he leído sus verdaderos pensamientos: “¡Ah!, señor, es una cosa terrible ser rico, pues uno encuentra que no es fácil aferrarse al Salvador con toda esta tierra que me rodea.”

¡Ah!, mis queridos lectores, no pediré por ustedes que Dios los ponga en el lecho de la enfermedad, que les quite todas sus riquezas, que los conduzca a la mendicidad, que les quite todos sus consuelos; no pediré

eso; oh, pero si Él lo hiciera, y ustedes salvaran su alma, sería la mayor negociación que podrían hacer jamás.

Si el rey pudiera quitarse su diadema para que fuera salvado; si aquellos más poderosos entre los poderosos que ahora expresan esta queja: que los espinos ahogan la semilla, pudieran renunciar a todas sus riquezas y ser proscritos de todos sus placeres; si todo su lujo se tornara en pobreza, y que todos aquellos que viven suntuosamente cada día pudieran tomar el lugar de Lázaro en el muladar, y que los perros les lamieran sus llagas, sería un cambio feliz para ellos si sus almas pudieran ser salvadas.

Fijense bien, yo creo que un hombre puede ser rico y honrado, y sentir mucho placer en las misericordias de Dios, y luego ir al cielo después de la muerte; pero será un trabajo difícil con él: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.” Algunos de esos camellos pasan por el ojo de la aguja; Dios hace que algunos ricos entren en el reino del cielo, pero su lucha es dura, y desesperada la trifulca que tiene que enfrentar siempre contra su carne orgullosa, para mantenerla humilde y sometida.

¡Calma, joven amigo, calma! No te apresures a subir allí. Es un lugar que trastornará tu cabeza. No le pidas a Dios que te haga popular; los que gozan de popularidad, la odian, y desearían deshacerse de ella. No le pidas que te haga famoso y rico; los ricos y los famosos a menudo se contemplan, y desearían regresar a la quietud que una vez gozaron. Clama con Agur: “No me des pobreza ni riquezas.” Que Dios me permita caminar por el punto medio de oro, y que siempre tenga en mi corazón esa buena semilla, que producirá fruto a ciento por uno para Su propia gloria.

IV. Ahora concluyo con el último carácter, es decir, la BUENA TIERRA. De los de buena tierra, como podrán observar, tenemos uno de cada cuatro. ¡Ah!, quiera Dios que hubiera uno de cada cuatro de nosotros aquí, con un corazón bien preparado para recibir la Palabra. El suelo era bueno; no que era bueno por naturaleza, pero había sido hecho bueno por gracia. Dios lo había arado; lo había removido con el arado de la convicción, y allí estaba en el camellón y en el surco como debe ser. Y cuando el Evangelio fue predicado, el corazón lo recibió, pues el hombre dijo: “Ese es justo el Cristo que necesito. ¡Misericordia!” –dijo él– “eso es precisamente lo que pecador necesitado requiere. ¡Un refugio! Que Dios me ayude a volar a él, pues necesito un refugio urgentemente.” De tal forma que la predicación del Evangelio fue LA cosa que daría consuelo a este terreno turbado y arado. La semilla cayó; brotó. En algunos casos produjo un fervor de amor, un largor de corazón, una devoción de propósito, como semilla que produjo a ciento por uno. El hombre se volvió un poderoso siervo de Dios, y gastó lo suyo y aun él mismo se gastó. Tomó su lu-

gar en la vanguardia del ejército de Cristo, y estuvo en el lugar más intenso de la batalla, e hizo actos de osadía que pocos pueden alcanzar: la semilla produjo a ciento por uno.

Cayó en otro corazón de carácter semejante: el hombre no pudo hacer lo máximo, aunque hizo mucho. Se entregó a sí mismo a Dios, tal como era, y en su negocio tenía una palabra que decir en cuanto al negocio del mundo venidero. En su diario caminar, adornó quietamente la doctrina de Dios su Salvador; produjo a sesenta por uno.

Luego cayó en otro, cuyas habilidades y talentos no eran sino pequeños; no podía ser una estrella, pero sería una luciérnaga; no podía actuar como el más grande, pero estaba contento con hacer algo, aunque fuese lo más insignificante. La semilla había producido en él a diez o tal vez a veinte por uno.

¿Cuántos de esos tengo yo en esa vasta congregación hoy? Vine aquí con mi alma ardiendo toda para predicarles; pero una súbita oscuridad y pesadez de alma me ha poseído, y mientras les he estado predicando, he predicado en mi propio espíritu contra viento y marea. Pero, ¿puedo esperar que independientemente de la torpeza con la que eche la semilla, caiga en algún buen lugar, en algún terreno propicio? ¿Hay alguien que ore dentro de sí: "oh Señor, sálvame; Dios sé propicio a mí, pecador"? La semilla ha caído en el lugar correcto. Alma, tu oración será escuchada; Dios nunca hace que un hombre anhele la misericordia sin que tenga la intención de otorgársela.

¿Y acaso otro susurra: "¡oh!, que pudiese ser salvo?" Alma, "Cree en el Señor Jesucristo, y tú, incluso tú, serás salva." ¿Has sido acaso el primero de los pecadores? Confia en Cristo, y tus enormes pecados desaparecerán como la piedra de molino que se hunde bajo las aguas. ¿No hay ningún hombre aquí que confie ahora en el Salvador? ¿Podría ser posible que el Espíritu estuviese enteramente ausente? ¿Sería posible que no se estuviese moviendo en un alma? ¿Que no esté engendrando la vida en un espíritu? Vamos a orar para que descienda ahora, para que aunque la semilla esté esparcida inapropiadamente, el Dios protector vigile sobre ella, y la fortalezca y la nutra, hasta llegar a una cosecha eterna.

Cuán solemne pensamiento es este: pensar en estas grandiosas reuniones dominicales durante todos estos años, yendo y viniendo, yendo y viniendo, y ¡tantas personas todavía no son salvadas! Yo supongo que es mi porción predicar a más de uno o dos millones de preciosos espíritus inmortales cada año, y ¡cuántos de estos millones oyen con oídos sordos, y no son commovidos en sus almas, sino que continúan como eran, muertos en delitos y pecados! Ese pensamiento me causa vértigos a veces; ¿pasarán ante mis ojos estas congregaciones en la eternidad, y si no he sido fiel, seré escupido por cada boca de cada hombre a quien he engañado? ¿Acaso cada ojo de los millones a quienes he predicado lanzará

condenaciones ardientes sobre mí por toda la eternidad? Deben hacerlo, *deben hacerlo*, si no he buscado su bienestar, y si no les he predicado el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

Les imploro, les suplico, si su sangre debe caer en alguna parte, al menos presten atención a lo que digo ahora, o permitanme esperar que aceptarán que he tratado de serles fiel, para que su sangre no sea encontrada en mis vestidos. Pero, ¿por qué esa sangre habría de ser esparcida en cualquier lado? ¿Acaso no hay esperanza? ¿No hay salvación? Mientras dure la vida, ¿no hay todavía una puerta de escape?

¡Huye, querido lector, huye! Te suplico que huyas, te imploro por el Dios vivo, por el tiempo, por la eternidad, por el cielo, por el infierno, huye, huye hacia Jesús, antes de que la Muerte te alcance, pues te está buscando; ese jinete-esqueleto montando su caballo amarillo, y antes de que la condenación te alcance, huye, huye adonde está Él, cuyos brazos abiertos están listos para recibirte ahora. Confía en Jesús y serás salvo: “El que creyere en el Señor Jesús, y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” ¿Acaso soy un fanático o un entusiasta al pedirte, al suplicarte que pienses en estas cosas? “Fanático” el día del juicio sólo querrá decir un hombre de buena fe. Un “entusiasta” sólo significará uno que quería decir lo que expresaba. Oh, cree en el Señor Jesucristo, para que no arda la ira de Dios y Su pronta justicia te alcance, incluso mientras estás aquí ahora—

**“Vengan, almas culpables, y huyan lejos,
Hacia Cristo para que sane sus heridas;
Este es el día del Evangelio de bienvenida,
En el que la gracia inmerecida abunda.”**

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #308 – Volumen 6
THE PARABLE OF THE SOWER

¡Verdadera Oración: Verdadero Poder!

NO. 328

UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

12 DE AGOSTO, 1860,

**POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

“Por eso os digo que todas las cosas por las que oréis y pidáis, creed que ya las habéis recibido, y os serán concedidas.”

Marcos 11:24 (Biblia de las Américas)

Este versículo tiene algo que ver con la fe de los milagros; pero yo creo que tiene mucha mayor relación con el milagro de la fe. Esta mañana, de todos modos, vamos a considerarlo bajo esa luz. Yo creo que este texto es la herencia, no sólo de los apóstoles, sino de todos aquellos que caminan en la fe de los apóstoles, creyendo en las promesas del Señor Jesucristo. Ese consejo que Cristo dio a los doce y a sus inmediatos seguidores, la Palabra de Dios lo repite para nosotros en este día. Que recibamos constante gracia para obedecerlo. “Todas las cosas por las que oréis y pidáis, creed que ya las habéis recibido, y os serán concedidas.”

Cuántas personas hay que se quejan porque no disfrutan la oración. No la descuidan, pues no se atreverían a hacerlo; pero la descuidarían si pudieran atreverse, pues están muy lejos de encontrar algún placer en ella. Y, ¿acaso no debemos lamentar que algunas veces el carro pierda sus ruedas y nos conduzca pesadamente a lo largo de nuestras súplicas? Le dedicamos el tiempo programado, pero volvemos a ponernos de pie, sin alivio, como un hombre que ha estado acostado en su cama pero que no ha dormido lo suficiente como para recuperar plenamente sus fuerzas. Cuando llega otra vez el tiempo de orar, nuestra conciencia nos vuelve a poner de rodillas, pero no tenemos una dulce comunión con Dios. No presentamos nuestras necesidades con la firme convicción de que Él las cubrirá. Después de musitar una vez más nuestra ronda acostumbrada de expresiones, nos ponemos de pie, tal vez más turbados en la conciencia y más afligidos en la mente, de lo que estábamos antes.

Creo que hay muchos cristianos que tienen esta queja: que oran, no tanto porque sea algo bendito que se les permita acercarse a Dios, sino porque deben orar, porque es su deber, porque sienten que si no lo hiesen, perderían una de las evidencias ciertas de su condición de cristianos. Hermanos, yo no los condeno; pero a la vez, si pudiera ser el instrumento para izarlos de ese estado tan bajo de gracia y llevarlos a una atmósfera más elevada y saludable, mi alma se gozaría en grado sumo. Si yo pudiera enseñarles un camino más excelente; si pudiesen considerar a la oración, de ahora en adelante, como su elemento, como uno de los

ejercicios más deleitables en su vida; si llegaran a valorarla más que el alimento necesario, y a considerarla como uno de los mayores lujos del cielo, ciertamente habría cumplido con un grandioso cometido, y ustedes tendrían que dar gracias a Dios por una grandiosa bendición.

Entonces, préstenme su atención mientras les solicito, primero, *que miren al texto*; en segundo lugar, *que miren a su alrededor*; y después, *que miren por encima de ustedes*.

I. Primero, MIREN AL TEXTO. Si lo miran cuidadosamente, pienso que percibirán las cualidades esenciales que son necesarias para que la oración sea grandemente exitosa y prevaleciente. De acuerdo a la descripción que hizo nuestro Salvador de la oración, siempre tiene que tener algunos *objetivos definidos* por los que debemos implorar. Él habla de cosas: “Todas las cosas por las que oréis y pidáis.” Parece, entonces, que no dispuso que los hijos de Dios vinieran a Él en oración, cuando no tuvieran nada que pedir.

Otro requisito esencial de la oración es *un deseo vehemente*; pues el Maestro supone aquí que cuando oramos tenemos deseos. Ciertamente, la forma externa o el esqueleto desnudo no sería una oración, sino solamente algo parecido a una oración. Pero no se trata de la actividad viva, la actividad que prevalece en todo, la actividad todopoderosa llamada oración, a menos que haya una plenitud y un desbordamiento de los deseos.

Observen, también, que *la fe* es una cualidad esencial de la oración exitosa: “Creed que ya las habéis recibido.” No pueden ser oídos en el cielo y recibir una respuesta satisfactoria para su alma, a menos que crean que Dios realmente les oye y que les responderá.

Otro requisito es evidente aquí en la propia superficie, es decir, que una *expectación de cumplimiento* debe acompañar siempre a una fe firme: “creed que ya las habéis recibido.” No se trata simplemente de creer que “las recibiremos” sino de creer que “realmente” las hemos recibido. Considerarlas como ya recibidas, como si ya contáramos con ellas, y actuar de manera correspondiente: actuar como si estuviésemos seguros de obtenerlas: “Creed que ya las habéis recibido, y os serán concedidas.” Revisemos estas cuatro cualidades, una por una.

Para que la oración tenga algún valor, debe tener peticiones definidas por los cuales suplicar. Hermanos míos, a menudo divagamos en nuestras oraciones, yendo tras esto, eso, y lo otro, sin obtener nada, porque en cada caso realmente no deseamos nada. Parloteamos acerca de muchos temas, pero el alma no se concentra en ningún objetivo. ¿Acaso no se ponen de rodillas, algunas veces, sin haber pensado de antemano qué quieren pedirle a Dios? Lo hacen por costumbre, sin ningún motivación de corazón. Son semejantes a un hombre que va a una tienda sin saber qué artículos quiere comprar. Quizá llegue a hacer una compra útil estando allí, pero ciertamente no es muy sabio adoptar un plan así. Y de

igual manera, cuando el cristiano está orando, puede sobrevenirle un deseo real, y alcanzar su fin, pero cuánto mejor le iría si, habiendo preparado su alma mediante la reflexión y un autoexamen, viniera a Dios con una súplica real, con un objetivo que quiere alcanzar. Si solicitáramos una audiencia ante la corte de su majestad la reina, deberíamos esperar tener que responder a la pregunta: “¿para qué deseas verla?” Sería inconcebible por nuestra parte, que fuéramos ante la presencia del la realeza, y que hasta en ese momento pensáramos en la petición por la que hemos llegado allí.

Lo mismo sucede con el hijo de Dios. Él debe ser capaz de responder a la importante pregunta: “¿Cuál es tu petición y te será otorgada? ¿Cuál es tu demanda?” ¡Imagínense a un arquero que dispara con su arco, pero sin saber dónde se encuentra el blanco! ¿Tendrá posibilidades de éxito? ¡Conciban un barco en un viaje de exploración, que navega sin que el capitán tuviera la menor idea de lo que está buscando! ¿Acaso esperarían que regresara abundantemente cargado ya fuera con los descubrimientos de la ciencia, o con muchos tesoros de oro? En todo lo demás deben tener un plan. No se presentan a trabajar sin saber qué es lo que necesitan fabricar; ¿cómo es que van a Dios sin saber qué es lo que necesitan obtener? Si tuvieran algún propósito, no encontrarían nunca que la oración es un trabajo monótono y pesado; estoy persuadido que la anhelarían vehementemente. Dirian: “Hay algo que necesito. Oh, que me pudiera acercar a Dios, y pedírselo; tengo una necesidad, y necesito verla satisfecha, y anhelo poder estar solo, para derramar mi corazón delante de Él, y pedirle esta cosa importante por la que mi alma suspira sinceramente.” Descubrirán que es provechoso para sus oraciones que tengan objetivos a los que apuntar, y también pienso que es provechoso si cuenten con algunas personas que puedan mencionar en sus oraciones. No pidan a Dios simplemente por los pecadores en general, sino siempre mencionen a algunos pecadores específicos. Si eres un maestro en la escuela dominical, no pidas simplemente que tu clase sea bendecida, sino ora por cada uno de tus niños, específicamente, delante del Altísimo. Si hay alguna misericordia que anhelas para tu hogar, no vayas dando rodeos, sino sé claro y directo en tus peticiones a Dios.

Cuando ores al Señor, dile lo que necesitas. Si no tienes dinero suficiente, si estás en la pobreza, si sufres estrecheces, presenta tu caso. No vengas con una fingida modestia delante de Dios. Ve de inmediato al punto; habla honestamente con Él. Él no necesita de un circunloquio como el que usan constantemente los hombres cuando no quieren decir abiertamente lo que tienen en mente. Si no necesitas ninguna misericordia, ni espiritual ni temporal, dilo. No rebusques en la Biblia para encontrar palabras con las cuales expresarte. Declara tus necesidades con las palabras que naturalmente broten de ti. Serán las mejores palabras, puedes estar seguro de ello. Las palabras de Abraham eran las mejores

palabras para Abraham, y las tuyas son las mejores para ti. No necesitas estudiar todos los textos de la Escritura para orar justo como Jacob y Elías lo hicieron. Si lo haces, no los imitarás. Podrías estarlos imitando literal y servilmente, pero no tendrías el alma que sugirió y animó sus palabras. Ora utilizando tus propias palabras. Habla claramente con Dios; pide de inmediato lo que necesitas. Nombra personas, nombra cosas, y apunta directamente al objetivo de tus súplicas, y estoy seguro que pronto descubrirás que el cansancio y la monotonía de los que te quejabas a menudo en tus intercesiones, ya no te asediarán; o, al menos, no tan habitualmente como ha sucedido hasta este momento.

“Pero” -dirá alguno- “yo no siento que tenga algunos objetivos especiales por los cuales orar.” ¡Ah!, mi querido hermano, no sé quién seas, o dónde vivas, para que no tengas objetivos especiales por los cuales orar, pues yo descubro que cada día trae ya sea su necesidad o su problema, y que yo tengo algo que pedirle a mi Dios cada día. Pero si no tuviéramos ningún problema, mis queridos hermanos, si hubiéramos alcanzado tal estatura en la gracia, que no tuviéramos necesidad de pedir nada, ¿acaso amamos tanto a Cristo que no tenemos necesidad de orar para que le amemos más? ¿Poseemos tanta fe que hemos cesado de clamar: “Señor, aumenta nuestra fe”? Estoy seguro que siempre descubrirán muy pronto, mediante un pequeño examen de conciencia, que hay algún objetivo legítimo por el que pueden tocar a la puerta de la misericordia y clamar: “Concédemelo, Señor, el deseo de mi corazón.” Y si no tienes ningún deseo, basta con que le preguntes al primer cristiano atribulado que encuentres, y él te compartirá uno. “Oh” -te responderá- “si no tienes nada que pedir para ti, ora por mí. Pide que mi esposa enferma se recupere. Pide que el Señor alce la luz de Su rostro sobre un corazón desalentado; pide que el Señor envíe ayuda a algún ministro que ha estado laborando en vano, y desgastando sus fuerzas infructíferamente.” Cuando hayas terminado con lo tuyo, suplica por otros; y si no te encuentras con alguien que pueda sugerirte un tema, mira a esta gigantesca Sodoma, esta ciudad como otra Gomorra desplegada ante ti; llévala constantemente en tus oraciones delante de Dios y clama: “Oh, ojalá Londres viva delante de Ti; que su pecado se detenga; que su justicia sea exaltada, que el Dios de la tierra atraiga hacia Sí mucho pueblo de esta ciudad.”

Junto con un objetivo de oración muy definido, es igualmente necesario que haya un deseo verdadero para alcanzarlo. “Las oraciones frías” -afirma un viejo teólogo- “piden ser rechazadas.” Cuando le pedimos al Señor con tibieza, sin fervor, es como si detuviésemos Su mano, y le impidiésemos darnos las mismas bendiciones que pretendemos estar buscando. Cuando tengan su objetivo bajo la mira, su alma tiene que ser tan poseída por el valor de ese objetivo, por su propia suma necesidad de él, por el peligro al que estarían expuestos a menos que la petición les fuera

concedida, que serán compelidos a suplicar por ella como un hombre suplica por su vida.

Hay una hermosa ilustración de la verdadera oración, explicada en la forma de dos nobles damas, cuyos esposos estaban condenados a muerte y a punto de ser ejecutados, cuando vinieron delante del rey Jorge y le pidieron que los perdonara. El rey ruda y cruelmente les denegó la petición. ¡Era de esperarse de la naturaleza de Jorge I! Y por estar suplicándole una vez, y otra, y otra, no podían luego ponerse de pie; tuvieron que ser literalmente arrastradas fuera de la corte, pues no estaban dispuestas a retirarse hasta que el rey les hubiese sonreído, y les hubiese dicho que sus esposos vivirían. ¡Ay!, fracasaron, pero eran unas nobles mujeres por su perseverancia en suplicar de esta manera por las vidas de sus esposos. Esa es la forma en la que debemos orar a Dios. Debemos tener tal deseo por la cosa que necesitamos, que no nos levantaremos hasta que la hayamos obtenido: mas, sin embargo, siempre en sumisión a Su voluntad divina. Sintiendo que lo que pedimos no puede ser malo, y que Él mismo lo ha prometido, tenemos la determinación que nos sea otorgado, y si no lo fuera, argumentaremos la promesa, una y otra vez, hasta que las puertas del cielo sean sacudidas antes de que nuestras súplicas cesen. No nos debe sorprender que Dios no nos haya bendecido tanto últimamente, pues no somos fervientes en la oración como deberíamos serlo. Oh, esas oraciones provenientes de un corazón frío que se mueren en nuestros labios, esas súplicas congeladas: si no mueven los corazones de los hombres, ¿cómo habrían de mover el corazón de Dios? No brotan de nuestras propias almas, no provienen de las profundas fuentes secretas de lo íntimo de nuestro corazón, y, por tanto, no pueden elevarse a Él, que únicamente escucha el clamor del alma, ante quien la hipocresía no puede tejer ningún velo, o la formalidad no puede practicar ninguna simulación. Debemos ser sinceros, pues de otra manera no tendremos ningún derecho a esperar que el Señor escuche nuestra oración.

Y seguramente, hermanos míos, si comprendiéramos la grandeza del Ser ante quien suplicamos, sería suficiente para reprimir toda ligereza y constreñirnos a una incesante sinceridad. ¿Entraré en Tu presencia, oh Dios mío, para burlarme de Ti con palabras salidas de un corazón frío? ¿Acaso los ángeles velan sus rostros delante de Ti, y yo me contentaré con parlotear a través de una fórmula sin alma y sin corazón? Ah, hermanos míos, no tenemos idea de cuántas de nuestras oraciones son una abominación al Señor. Sería una abominación tanto para ustedes como para mí que oyéramos a unos individuos pidiéndonos algo en la calle, como si no necesitasen lo que pedían. Pero, ¿acaso no hemos hecho lo mismo con Dios? Eso que es la mayor bendición del cielo para el hombre, ¿no se ha convertido en un deber árido y muerto? Se decía de John Bradford que tenía un arte peculiar para orar, y cuando se le preguntó su secreto, respondió: "cuando sé lo que necesito, siempre me quedo en

esa oración hasta que siento que la he argumentado con Dios, y hasta que Dios y yo hemos llegado a un acuerdo al respecto. Yo nunca prosigo con otra petición hasta no haber completado la primera.”

¡Ay!, algunos hombres comienzan diciendo: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre;” y sin advertir el pensamiento de adoración contenido en: “santificado sea tu nombre,” comienzan a repetir las siguientes palabras: “Venga tu reino”; luego, tal vez, algo impresione su mente: “¿realmente deseo que venga Su reino? Si llegara a venir ahora ¿dónde estaría yo?” Y mientras están pensando en eso, su voz sigue adelante con: “Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra;” de esta manera mezclan sus oraciones y dicen las frases de corrido. ¡Oh!, deténganse al final de cada frase hasta que verdaderamente la hayan orado. No traten de poner dos flechas en la cuerda a la vez, porque ninguna dará en el blanco. El que quiere poner dos balas en la pistola no puede esperar tener éxito. Descarguen un tiro primero, y luego carguen el otro. Pídanle algo a Dios y prevalezcan, y entonces pidan de nuevo. Alcancen la primera misericordia, y luego vayan otra vez por la segunda. No se satisfagan con pintar los colores de sus oraciones el uno sobre el otro, hasta el punto que no se pueda mirar ningún cuadro sino sólo un gigantesco pintarajo, un embadurnamiento de colores de pésimos trazos.

Miren a la propia Oración del Señor. Qué trazos tan claro y definidos se observan en ella. Hay ciertas misericordias definidas que no se entrecruzan. Allí está, y conforme miramos el conjunto, descubrimos un magnífico cuadro; no vemos confusión, sino un orden bellísimo. Que sea lo mismo con sus oraciones. Quédense en una petición hasta que hayan prevalecido con esa, y luego pasen a la siguiente. Con objetivos definidos y con ardientes deseos entremezclados, hay una alborada de esperanza de que prevalecerán con Dios.

Pero otra vez: estas dos cosas no servirían de nada si no estuvieran mezcladas con una cualidad divina todavía más esencial, es decir, una fe firme en Dios. Hermanos, ¿creen en la oración? Yo sé que ustedes oran porque son el pueblo de Dios; pero, ¿creen en el poder de la oración? Hay un gran número de cristianos que no. Piensan que es algo bueno, y creen que algunas veces hace maravillas; pero no creen que la oración, la oración real, tenga siempre éxito. Piensan que en efecto depende de muchas otras cosas, pero que no tiene ninguna cualidad esencial o poder en sí misma. Ahora, la convicción de mi propia alma es que la oración es el mayor poder en el universo entero; que tiene una fuerza más omnnipotente que la electricidad, que la atracción, que la gravedad, o que cualquier otra de estas fuerzas secretas que los hombres han llamado por nombres, pero que no entienden. La oración tiene una influencia tan invariable, tan segura, tan verdadera, tan palpable sobre el universo entero, como cualquiera de las leyes de la materia.

Cuando un hombre ora realmente, no se trata de si Dios le oirá o no. Dios debe oírle. No porque haya alguna compulsión en la oración, sino porque hay una dulce y bendita compulsión en la promesa. Como es el sublime y verdadero Dios, no puede negarse a Sí mismo. ¡Oh!, pensar en esto: que tú, un hombre insignificante puedes estar aquí y hablar con Dios, y a través de Dios puedes mover todos los mundos. Sin embargo, cuando tu oración es escuchada, la creación no es alterada; aunque las mayores peticiones sean contestadas, la providencia no será desordenada ni un solo instante. Ninguna hoja caerá más pronto del árbol, ninguna estrella detendrá su curso, ninguna gota de agua caerá más lentamente de su fuente, todo continuará siendo igual, y sin embargo, tu oración lo habrá afectado todo. Hablará a los decretos y a los propósitos de Dios mientras están siendo cumplidos diariamente, y todo ellos gritarán a tu oración, y clamarán: "tú eres nuestra hermana; nosotros somos decretos y tú una oración; pero tú misma eres un decreto, tan antiguo, tan seguro, tan viejo como lo somos nosotros." Nuestras oraciones son decretos de Dios en otra forma. Las oraciones del pueblo de Dios no son sino promesas de Dios suscitadas por corazones vivos, y esas promesas son los decretos, sólo que puestos en otra forma y figura. No pregunten: "¿cómo pueden mis oraciones afectar los decretos?" No pueden, excepto que en la medida que sus oraciones son decretos, y que conforme brotan, cada oración que es inspirada por el Espíritu Santo a su alma, es tan omnipotente y eterna como ese decreto que dijo: "Sea la luz; y fue la luz;" o como ese decreto que eligió a Su pueblo, y ordenó su redención por la sangre preciosa de Cristo.

Tú tienes poder en la oración, y tú estás hoy entre los ministros más potentes en el universo que Dios ha hecho. Tú tienes poder sobre los ángeles, pues ellos volarán a tu voluntad. Tú tienes poder sobre el fuego, y el agua, y los elementos de la tierra. Tú tienes poder para que tu voz sea escuchada más allá de las estrellas. Donde los truenos se desvanecen en silencio, tu voz despertará los ecos de la eternidad. El oído del propio Dios la escuchará y la mano de Dios mismo cederá a tu voluntad. Él te pide que clames: "Hágase tu voluntad," y tu voluntad será hecha. Cuando tú puedes argumentar Su promesa entonces tu voluntad es Su voluntad. ¿No parece algo sobrecogedor, mis queridos amigos, tener tal poder en las manos de uno como el poder de orar?

Han oido algunas veces historias de hombres que pretendían tener un poder extraño y místico, por el cual podían llamar a los espíritus de los profundos abismos, por el cual provocaban aguaceros torrenciales y detenían el sol. Todo era una invención de la imaginación, pero si fuera verdad, el cristiano es todavía un mayor mago. Basta que tenga fe en Dios, y no habrá nada imposible para él. Será libertado de lo profundo de las aguas, será rescatado de las más penosas aflicciones, en los días de hambre será saciado, será librado de la peste, en medio de la calamidad

caminará con paso firme y fuerte, en la guerra siempre será protegido, y en el día de la batalla alzará su cabeza, si cree simplemente en la promesa, y la levanta delante de los ojos de Dios y la argumenta con la convicción de una confianza incommovible. No hay nada, lo repito, no hay una fuerza tan tremenda, no hay una energía tan maravillosa, como la energía con la que Dios ha dotado a cada hombre, que como Jacob puede luchar, como Israel puede prevalecer con Él en oración.

Pero tenemos que tener fe en esto; tenemos que creer que la oración es lo que es, o de lo contrario no es lo que debería ser. A menos que crea que mi oración es eficaz, no lo será, pues dependerá de mí en gran medida. Dios me puede otorgar la misericordia aun cuando no tenga fe; eso dependerá de Su propia gracia soberana, pero Él no ha prometido hacerlo. Pero cuando yo tengo fe, y puedo argumentar la promesa con verdadero deseo, ya no es más una probabilidad si voy a obtener la bendición, o si mi voluntad se verá cumplida. A menos que el Eterno se aparte de Su Palabra, a menos que el juramento que ha dado sea revocado, y Él mismo cese de ser lo que es, “sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.”

Y ahora, subiendo otro escalón, conjuntamente con objetivos definidos, debe haber fervientes deseos y fe firme en la eficacia de la oración, y, ¡oh, que la gracia divina lo haga una realidad en nosotros! Deberíamos ser capaces de contar las misericordias antes de recibirlas, creyendo que vienen en camino.

Leyendo el otro día un dulce librito, que recomiendo a todos ustedes, escrito por un autor norteamericano que parece conocer enteramente el poder de la oración y con quien estoy en deuda por muchas cosas buenas, un librito llamado *La Hora del Sosiego*, me encontré una referencia a un pasaje del libro de Daniel, en su capítulo diez, creo, donde, como dice, toda la maquinaria de la oración está al desnudo. Daniel está de rodillas en oración, y el arcángel se le acerca. Habla con él y le dice que tan pronto como Daniel comenzó a disponer su corazón para entender, y para humillarse delante de Dios, sus palabras fueron oídas, y el Señor despidió al ángel. Luego le dice como si se tratase de cualquier conversación de negocios en el mundo: “a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme . . . He venido para hacerte saber lo que ha de venir.”

Vean, ahora, que Dios sopla el deseo en nuestros corazones, y tan pronto como el deseo está allí, antes de que llamemos, Él comienza a responder. Antes de que las palabras hayan recorrido la mitad de su camino al cielo, mientras todavía están temblorosas sobre los labios (conociendo las palabras que queremos decir) comienza a responderlas, y envía al ángel; el ángel llega y trae la bendición solicitada. Vamos, esto es una revelación, si pueden verla con sus ojos. Algunas personas piensan

que las cosas espirituales son sueños, y que estamos hablando cosas imaginarias. No, yo creo que hay tanta realidad en la oración de un cristiano como la que hay en un relámpago; y la utilidad y excelencia de la oración de un cristiano puede ser tan conocida sensiblemente, como el poder de un relámpago cuando parte un árbol, quiebra sus ramas y lo sacude hasta en su propia raíz. La oración no es una imaginación ni una ficción; es una cosa verdadera y real que ejerce coerción en el universo, atando con grillos a las propias leyes de Dios, y constriñendo al Sublime y Santo a poner atención a la voluntad de su pobre pero favorecida criatura humana.

Pero necesitamos creer en esto siempre. Necesitamos una seguridad en la eficacia de la oración. ¡Necesitamos contar las misericordias antes de que sean otorgadas! ¡Necesitamos estar seguros que van a llegar! ¡Necesitamos actuar como si ya las tuviésemos! Cuando hayan pedido por su pan de cada día, no deben turbarse con afanes, sino que deben creer que Dios los ha oído y se los dará. Cuando hayan presentado el caso de su hijo enfermo delante de Dios, deben creer que el niño se recuperará, y si no fuera así, que entonces será mayor bendición para ustedes y mayor gloria a Dios, y así dejarlo todo en Sus manos. Poder decir: "yo sé que me ha escuchado ahora; sobre la atalaya estaré yo continuamente; buscaré a mi Dios y oiré lo que tenga que decir a mi alma." ¿Te viste frustrado alguna vez, cristiano, habiendoorado en fe y habiendo esperado una respuesta? Yo doy mi propio testimonio aquí esta mañana, que todavía no he confiado en Él, pero que me fallara. He confiado en el hombre y he sido engañado, pero mi Dios nunca me ha denegado la petición que le he hecho, cuando he apoyado la petición con fe en Su disposición a escucharme, y en la seguridad de Su promesa.

Pero oigo que alguien pregunta: "¿podemos pedir por cosas temporales?" Ay, claro que pueden hacer eso. En todo den a conocer sus necesidades a Dios. La oración no es únicamente para lo espiritual, sino también para las preocupaciones cotidianas. Lleven sus más pequeñas preocupaciones delante de Él. Él es un Dios que oye la oración. Él es el Dios de su hogar así como el Dios del santuario. Siempre lleven todo lo que tengan delante de Dios. Como un buen hombre que está a punto de ser unido a esta Iglesia me dijo de su difunta esposa: "Oh" -dijo- "ella era una mujer que yo no podía convencerla de hacer algo hasta que hubieraorado por ello. Cualquier cosa que fuese, solía decir: 'debo ponerlo en oración'". Oh, que tuviéramos más de este dulce hábito de extender todo delante del Señor, justo como lo hizo Ezequías con la carta del Rabsaces, dejándolo todo allí, y diciendo: "Hágase Tu voluntad, yo me pongo en Tus manos."

La gente dice que el señor Müller de Bristol es entusiasta, porque reúne a setecientos niños y cree que Dios dará la provisión para ellos; aunque no haya nada en la bolsa, a menudo, él cree que la provisión vendrá.

Mis queridos hermanos, él no es un entusiasta; él sólo hace lo que debería ser la acción común de cada cristiano. Él está actuando sobre una norma de la cual el mundano siempre se burla porque no la entiende; es un sistema que siempre parece visionario y romántico al débil juicio del sentido, pero que nunca será percibido así por el hijo de Dios. No actúa conforme al sentido común, sino conforme a algo más elevado que el sentido común: la fe poco común. ¡Oh, que tuviéramos esa extraña fe que le toma la palabra a Dios! Él no puede permitir y no permitirá que el hombre que confía en Él sea avergonzado y confundido. He expuesto delante de ustedes ahora, lo mejor que he podido, lo que considero que constituyen cuatro elementos esenciales de la oración que prevalece: "Todas las cosas por las que oréis y pidáis, creed que *ya las habéis recibido, y os serán concedidas.*"

II. Habiéndoles pedido de esta manera que miraran el texto, LES PIDO QUE MIREN A SU ALREDEDOR. Miren a su alrededor en nuestras reuniones de oración, y miren a su alrededor en sus intercesiones privadas, y juzguen ambos elementos al tenor de este texto. Primero, miren a su alrededor en reuniones de oración; no puedo ser muy puntual en este tema, porque creo honestamente que las reuniones de oración que usualmente tienen lugar entre nosotros, tienen mucho menos fallas de las que estoy a punto de indicar, que cualquiera de los otros grupos a los que he asistido. Pero todavía tienen algunas de las fallas, y espero que lo que diremos, sea recibido personalmente por cada hermano que tenga el hábito de practicar públicamente la oración en las reuniones de oración. ¿No es un hecho que, tanto pronto como entran a la reunión, sienten que, si son llamados a orar, tienen que ejercitar un don? Y ese don, en el caso de muchos hombres que oran (hablando duramente, tal vez, pero pienso que honestamente) radica en tener una excelente memoria para recordar una buena cantidad de textos, que siempre han sido citados desde los días del abuelo de nuestro abuelo, y en ser capaz de repetirlos en el orden adecuado. El don radica también, en algunas iglesias, especialmente en iglesias de aldeas, en tener buenos pulmones, como para ser capaces de sostener el tono sin respirar, durante veinticinco minutos cuando son breves, o tres cuartos de hora cuando se alargan un poco. El don radica también en pasar a través de toda una hilera de cosas, siendo incapaces de pedir algo específico, haciendo de la oración, no una flecha con una punta, sino más bien una herramienta estrambótica que no tiene una punta, y sin embargo está destinada a ser puntiaguda; que apunta a todos lados, y que, por consiguiente, no le atina a nada. A estos hermanos se les pide con frecuencia que oren, a esos que tienen esos peculiares, y tal vez, excelentes dones, aunque en verdad debo decir que yo no puedo obedecer el mandato del apóstol de procurar dones como esos.

Ahora, si en lugar de eso, se le pidiera a algún hombre que ore, pero que nunca ha orado antes en público; supongamos que se levantara y di-

jera: “¡Oh Señor, me siento tan pecador que difícilmente puedo dirigirme a Ti, Señor, ayúdame a orar! ¡Oh, Señor, salva mi pobre alma! ¡Oh, que Tú salves a mis antiguos compañeros! ¡Señor, bendice a nuestro ministro! Que te agrade enviarnos un avivamiento. Oh Señor, no puedo decir nada más; óyeme por Jesucristo nuestro Señor! Amén. Bien, entonces, ustedes sintieron de alguna manera como si hubiesen comenzado a orar. Sintieron un interés en ese hombre, en parte por miedo a que se detuviera, y también porque quiso decir lo que dijo. Y si otro se levantara después de eso, y orara en el mismo espíritu, ustedes saldrían diciendo, “esta fue una oración real.” Yo preferiría tener tres minutos de una oración como esa, que treinta minutos de una oración del otro tipo, porque uno está orando, y el otro está predicando.

Permítanme citar lo que dijo un viejo predicador acerca del tema de la oración, y comentarlo como un pequeño consejo para ustedes: “Recuerden que el Señor no los escuchará por la *aritmética* de sus oraciones; Él no cuenta su número. Él no los escuchará por la *retórica* de sus oraciones; no le importa el lenguaje elocuente en el que son transmitidas. Él no los escuchará por la *geometría* de sus oraciones; no la calcula por su longitud, ni por su anchura. No los considerará por la *música* de sus oraciones; no le importan las dulces voces, ni las frases armoniosas. Tampoco los mirará por la *lógica* de sus oraciones; porque estén bien arregladas y excelentemente compartidas. Pero Él los oirá, y medirá la cantidad de bendición que les otorgará, de acuerdo a la *divinidad* de sus oraciones. Si ustedes pueden argumentar la persona de Cristo, y si el Espíritu Santo los inspira con celo y sinceridad, las bendiciones que pidan, de seguro vendrán a ustedes.”

Hermanos, me encantaría quemar todo el cúmulo de viejas oraciones que hemos estado usando estos últimos cincuenta años. Ese “aceite que va de vasija en vasija,” ese “caballo que se apresura a la batalla,” ese texto cortado citado indebidamente: “donde están dos o tres congregados, Tú estarás en medio de ellos,” y todas esas otras citas que hemos estado fabricando, y dislocando, y copiando de hombre a hombre. Yo quisiera que vengamos a hablar con Dios, simplemente desde lo profundo del corazón. Sería algo grandioso para nuestras reuniones de oración; habría una mayor asistencia; y estoy seguro que serían más fructíferas, si cada persona se sacudiera de ese hábito de formalidad, y hablara con Dios como un hijo habla con su padre; pidámosle lo que necesitemos, y luego sentémonos y habremos terminado. Digo esto con toda la sinceridad cristiana.

A menudo, porque he decidido no orar según cualquier fórmula convencional, la gente ha dicho: “¡ese hombre no es reverente!” Mi querido amigo, tú no eres el juez de mi reverencia. Ante mi propio Señor, me sostengo o caigo. No creo que Job haya citado a alguien. No creo que Jacob haya citado al viejo santo en el cielo: a su padre Abraham. No encuentro

que Jesucristo citara la Escritura en oración. Ellos no oraban con palabras de otras personas, sino que usaban sus propias palabras. Dios no quiere que vayan recogiendo esas excelentes pero muy enmohecidas especias del antiguo santuario. Él quiere el aceite nuevo, acabado de destilar, del fresco olivo de su propia alma. Él quiere especias e incienso, no de los viejos cofres, donde han permanecido por tanto tiempo que han perdido su olor, sino que quiere incienso fresco, y mirra fresca, traídos del Ofir de la experiencia de su propia alma. Procuren mucho orar realmente, no aprendan el lenguaje de la oración, sino busquen el espíritu de la oración, y que Dios Todopoderoso les bendiga, y les haga más poderosos en sus súplicas.

He dicho: "miren a su alrededor." Quiero que continúen la obra, y miren en sus propios aposentos. ¡Oh, hermanos y hermanas, no hay lugar que nos dé más vergüenza mirar que la puerta de nuestro aposento! No puedo decir que los goznes estén herrumbados; la puerta abre y cierra a la hora acostumbrada. No puedo decir que la puerta esté cerrada con llave y tenga telarañas. No descuidamos la oración misma; pero esas paredes, esa vigas que sobresalen de las paredes, ¡qué cosas no dirían! "¡Oh!" -podría clamar la pared- "yo te he oído cuando has tenido tanta prisa que difícilmente podías pasar dos minutos con tu Dios, y te he oído, también, cuando estabas medio dormido, y cuando no te dabas cuenta de lo que estabas diciendo." Entonces alguna de las vigas podría clamar: "te he oído llegar y pasar diez minutos y no pedir nada; al menos tu corazón no pidió nada. Tus labios se movieron, pero tu corazón estaba silente." Cómo podría clamar otra viga: "¡Oh!, he oído que gimes con toda tu alma, pero he visto que te retiras desconfiado, sin creer que tu oración fuera oída, citando la promesa, pero incrédulo de que Dios la cumpliría." Seguramente las cuatro paredes del aposento podrían juntarse y caer sobre nosotros en su ira, porque a menudo hemos insultado a Dios con nuestra incredulidad y con nuestra prisa, y con todo tipo de pecados. Le hemos insultado incluso en Su propiciatorio, en el lugar donde se manifiesta más plenamente Su condescendencia. ¿Acaso no sucede lo mismo con ustedes? ¿Acaso no debe confesarlo cada uno de nosotros cuando nos toque el turno? Cuídate entonces, hermano cristiano, y haz una enmienda, y que Dios te haga más poderoso y más exitoso en tus oraciones. que hasta este momento.

III. Pero para no detenerlos, mi último punto es, miren hacia arriba, MIREN ARRIBA. Miremos arriba, hermanos y hermanas cristianos, y lloremos. Oh Dios, Tú nos has dado un arma poderosa, y hemos dejado que se llene de herrumbre. Tú nos has dado la oración que es poderosa como Tú mismo, y hemos dejado que su poder permanezca dormido. ¿No constituiría un vil crimen si se le diera a un hombre un ojo que no quisiera abrir, o una mano que no quisiera levantar, o un pie que se quedara tieso por falta de uso? Ah, y, ¿qué diríamos de nosotros cuando Dios nos ha

dado poder en la oración, poder sin par, lleno de bendición para nosotros mismos, y de innumerables misericordias para otros, y sin embargo, ese poder permanece quieto. Oh, si el universo se quedara quieto como nosotros, ¿dónde estaríamos? Oh, Dios, Tú le das luz al sol y el sol brilla con ella. Tú le das luz a las estrellas y ellas titilan. A los vientos les das fuerza y ellos soplan. Y al aire Tú le das vida y se mueve, y los hombres respiran ese aire. Pero a tu pueblo Tú le has dado un don que es mejor que la fuerza, y la vida, y la luz, y, sin embargo, ese pueblo permite que se quede quieto. Olvidándose que blanden el poder, raras veces lo ejercitan, aunque sería bendecido para incontables miradas. Llora, hombre cristiano.

Constantino, el emperador de Roma, vio que en las monedas de los otros emperadores, sus efigies estaban en una postura erecta: triunfante. En lugar de eso, él ordenó que su efigie fuera grabada de rodillas, pues dijo: "esa es la postura en la que he triunfado". Nunca triunfaremos hasta que nuestra efigie sea grabada de rodillas. La razón por la que hemos sido derrotados, y por qué nuestros estandartes se arrastran en el polvo, es porque no hemos orado. Vayan, vayan de regreso a su Dios, con tristeza, y confiesen delante de Él, ustedes hijos de Efraín, que estuvieron armados y llevaban arcos, pero dieron sus espaldas en el día de la batalla. Vayan a su Dios y diganle que si no fueran salvadas las almas, no es porque Él no tenga el poder de salvar, sino porque no han laborado copiosamente como si estuviessen de parto por los pecadores que perecen. Sus entrañas no han vibrado como arpas por Kir-hareset, ni su espíritu ha sido conmovido por las defensas de la tribu de Rubén.

Despierten, despierten, ustedes que son el pueblo de Israel; sorpréndanse ustedes, descuidados; ustedes que han descuidado la oración; ustedes pecadores que están en el propio centro de Sion, y que han permanecido tranquilos. Despiértense; luchen y esfuércense con su Dios, y entonces recibirán la bendición: la lluvia temprana y la tardía de Su misericordia, y la tierra producirá en abundancia, y todas las naciones la llamarán bienaventurada. Miren arriba, entonces, y lloren.

Una vez más, miren hacia arriba y gócense. Aunque han pecado en contra de Él, a pesar de eso los ama. No han orado ni han buscado Su rostro, pero, he aquí, Él todavía clama a ustedes: "Buscad mi rostro;" y no ha dicho: "En vano me buscáis." Tal vez no han ido a la fuente, pero sigue corriendo tan libremente como antes. Han cerrado sus ojos a ese sol, pero todavía brilla sobre ustedes con todo su lustre. No se han acercado a Dios, pero Él los espera para derramar Su gracia, y está listo para oír todas sus peticiones. He aquí, Él les dice: "Pregúntenme acerca de las cosas venideras, y en lo concerniente a mis hijos y a mis hijas, pídemel." ¡Qué cosa tan bendita es que el Señor del cielo esté siempre listo para oír! Agustín tiene un hermoso pensamiento acerca de la parábola del hombre que tocó a la puerta de su amigo, a la medianoche, diciendo:

“Amigo, préstame tres panes.” La paráfrasis suya va más o menos así: “yo toco a la puerta de la misericordia, y está muy entrada la noche. ¿Saldrá alguno de los siervos de la casa para responderme? No; yo toco, pero están dormidos. ¡Oh!, ustedes, apóstoles de Dios, ustedes, mártires glorificados, ustedes duermen; descansan en sus camas; ustedes no pueden oír mi oración. Pero, ¿no responderán los hijos? ¿No hay hijos que estén listos a venir para abrir la puerta a su hermano? No; duermen. Mis hermanos que han partido, a quienes les pedía consejo, y que eran los compañeros de mi corazón, no pueden responderme, pues descansan en Jesús: su obras les han seguido, pero no pueden obrar por mí. Pero mientras los siervos están dormidos, y mientras los hijos no pueden responder, el Señor está despierto, despierto también a la medianoche. Podrá ser medianoche en mi alma, pero Él me oye, y cuando yo digo: “préstame tres panes,” Él viene a la puerta y me da todo lo que yo necesito.

Cristiano, mira hacia arriba y regocijate. Siempre hay un oído abierto para una boca abierta. Siempre hay una mano lista cuando hay un corazón listo. No tienes más que clamar y el Señor oirá; es más, antes de que llames, Él responderá, y mientras estés hablando, Él oirá. ¡Oh, entonces no seas tardo en la oración. Acércate a Él cuando llegues a tu casa; no, en el propio camino alza tu corazón silenciosamente; y cualesquiera que sean tus peticiones o tus súplicas, pídelo todo en el nombre de Jesús, y te será concedido.

Además, miren hacia arriba, queridos hermanos cristianos, y enmiednen sus oraciones de ahora en adelante. No miren más a la oración como una ficción romántica o como un arduo deber; mírenla como un poder real, como un placer real. Cuando los filósofos descubren algún poder latente, parecen deleitarse al ponerlo en acción. Creo que ha habido un gran número de ingenieros que han diseñado y construido algunas de las obras humanas más maravillosas, no porque fueran remunerativas, sino simplemente por un amor a mostrar su propio poder para realizar maravillas. Para mostrar al mundo lo que puede hacer la capacidad, y lo que el hombre puede lograr, han convencido a las compañías para que hicieran especulaciones sin ningún retorno aparente, hasta donde puedo ver, para poder tener una oportunidad de mostrar su genio.

Oh hombres cristianos, y, ¿desarrollará grandiosas obras un magnífico Ingeniero, manifestando Su poder, y tendrán ustedes un poder superior al que jamás haya tenido algún hombre, aparte de Su Dios, y permitirán que permanezca inmóvil? No, piensen en un grandioso objetivo, y ejerciten la musculatura de su oración para alcanzarlo. Que cada vena de su corazón esté saturada con la rica sangre del deseo, y luchen, y contiendan, y tiren con fuerza y esfuércense con Dios para alcanzarlo, usando las promesas y argumentando los atributos, y vean si Dios no les concede el deseo de su corazón. Los reto a que en este día sobrepasen en oración la munificencia de mi Señor. Les arrojo el guante del desafío.

Crean que es más de lo que es; abran su boca tan grande que Él no pueda llenarla; vayan ahora a Él por más fe de la que garantiza la promesa; aventúrense, arriésguense, sobrepasen al Eterno si eso fuera posible; inténtenlo.

O, como preferiría expresarlo, tomen sus peticiones y necesidades y vean si no las honra. Prueben si creyendo en Él, no les cumple la promesa, y los bendice ricamente con el aceite de la unción de Su Espíritu por el cual ustedes serán potentes en la oración.

No puedo evitar agregar únicamente estas pocas sílabas antes de que se vayan. Sé que hay algunos de ustedes que nunca han orado en su vida. Han dicho una forma de oración, tal vez, muchos años, pero no han orado ni una sola vez. ¡Ah!, pobre alma, debes nacer de nuevo, y mientras no hayas nacido de nuevo, no puedes orar, de la manera que he estado dirigiendo al cristiano para que ore. Pero permítanme preguntarles esto. ¿Anhela su corazón la salvación? ¿Les ha susurrado el Espíritu: "Ven a Jesús, pecador, pues Él te oirá?" Crean en ese susurro, pues Él les oirá. La oración del pecador despierto es aceptable a Dios. Él oye a los de quebrantado corazón y también los sana. Lleven sus gemidos y sus suspiros a Dios y Él les responderá. "Ah" -pero dirá uno- "yo no tengo nada que pedir." Bien, suplica como lo hizo David: "Perdonarás también mi pecado, que es grande." Tienen esa petición: su iniquidad es muy grande. Luego argumenten esa sangre preciosa, (ese argumento que prevalece), digan: "por Jesús que derramó su sangre," y prevalecerás, pecador. Pero no vayas a Dios, pidiendo misericordia con tu pecado en tu mano. ¿Qué pensarias del rebelde que se apareciera delante de su soberano y le pidiera perdón con una daga ceñida al cinto, y con la declaración de su rebelión en su pecho? ¿Merecería ser perdonado? No podría merecerlo, de ninguna manera, y ciertamente merecería doble condenación por haberse burlado de esta manera de su señor, mientras pretendía pedir misericordia. Si una esposa hubiese abandonado a su marido, ¿piensan que podría tener la desfachatez, con frente descarada, de regresar y pedir su perdón apoyándose en el brazo de su amante? No, no podría tener tal desfachatez, y sin embargo, así sucede con ustedes (tal vez pidiendo misericordia pero continuando en el pecado), pidiendo ser reconciliados con Dios, y sin embargo, albergando y entregándose a sus deseos. ¡Despierta! ¡Despierta!, y clama a tu Dios, tú que duermes. La barca se acerca a la roca, tal vez pueda chocar contra ella mañana y quedar deshecha, y tú podrías ser lanzado a los abismos insondables de la aflicción eterna. Invoca a tu Dios, digo, y cuando hayas clamado a Él, arroja tu pecado o no podrá oírte. Si alzas tus manos inmundas con una mentira en tu mano derecha, la oración sería indigna en tus labios. Oh, ven a Él, y dile: "quita toda iniquidad, recíbeme con gracia, ámame de pura gracia," y Él te oirá, y todavía orarás como príncipe prevaleciente, y

un día estarás como más que un vencedor delante del trono estrellado del que reina por siempre, Dios sobre todo, bendito para siempre.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermón #328—Volume 6
TRUE PRAYER—TRUE POWER**

El Amor a Jesús

NO. 338

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO,
30 DE SEPTIEMBRE, 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EXETER HALL, STRAND, LONDRES.**

*“Oh tú a quien ama mi alma.”
Cantar de los Cantares 1:7.*

Si se pudiese comparar la vida de un cristiano con un sacrificio, entonces *la humildad* cava el cimiento para el altar; *la oración* trae las piedras sin labrar y las apila unas sobre otras; *la penitencia* llena de agua la zanja alrededor del altar; *la obediencia* ordena la madera; *la fe* argumenta con Jehová-jireh, y coloca a la víctima sobre el altar; pero el sacrificio está incompleto en ese momento, pues, ¿dónde está el fuego? *El amor*, sólo el amor puede consumar el sacrificio proveyendo desde el cielo el fuego necesario. Independientemente de lo que nos haga falta en nuestra piedad, así como es indispensable que tengamos fe en Cristo, así también es absolutamente imprescindible que amemos a Cristo. El corazón que está desprovisto de un sincero amor por Jesús, está muerto en sus delitos y pecados todavía. Y si alguien se aventurara a afirmar que tiene fe en Cristo, pero no le amara, de inmediato nos aventuraríamos a afirmar con certeza que su religión es vana.

Tal vez la gran carencia de la religión de nuestros tiempos es el amor. Algunas veces considero al mundo en general, y a la iglesia que está demasiado comprometida en su seno, y tiendo a pensar que la iglesia posee luz, pero carece de fuego; que tiene un cierto grado de fe verdadera, un claro conocimiento, y muchas otras cosas que son preciosas, pero que carece, en gran medida, de ese amor ardiente con el que una vez caminó con Cristo a través del fuego del martirio, como una casta virgen; cuando le mostraba, en las catacumbas de la ciudad y desde las cavernas de la roca, su amor puro e inextinguible; cuando las nieves de los Alpes podían testificar acerca de la pureza virginal del amor de los santos, por la mancha púrpura que señalaba el derramamiento de su sangre en defensa de nuestro sangrante Señor, sangre que fue derramada en defensa de Aquél a quien “incesantemente adoraban,” aunque no hubiesen visto Su rostro.

Mi agradable tarea el día de hoy es motivar las mentes conocedoras de la verdad, para que, como parte de la Iglesia de Cristo, de alguna manera sientan hoy amor a Él en sus corazones, y puedan dirigirse a Él, no sólo

según la expresión, “oh tú en quien confía mi alma,” sino, “oh tú a quien ama mi alma.” El domingo pasado, si recuerdan, hablamos acerca de la fe simple, y procuramos predicar el Evangelio a los impíos; en esta hora, nos dedicaremos a hablar de la llama del amor puro, nacido del Espíritu, semejante a Dios.

Al reflexionar sobre mi texto, lo voy a considerar de esta manera: primero, vamos a escuchar *la retórica del labio*, oída en estas palabras: “Oh tú a quien ama mi alma.” Luego analizaremos *la lógica del corazón*, que nos justifica al dar a Cristo un título como este; y, en tercer lugar, vamos a llegar a algo que sobrepasa incluso a la retórica y a la lógica: *el ejemplo absoluto en la vida diaria*; y ruego que seamos capaces de demostrar constantemente, por medio de nuestros actos, que Jesucristo es *Él*, a quien aman nuestras almas.

I. Entonces, primero, debemos considerar que el amoroso título de nuestro texto expresa la RETÓRICA DEL LABIO. El texto llama a Cristo “Tú a quien ama mi alma.” Tomemos este título y hagamos en cierta medida su disección.

Una de las primeras cosas que llama nuestra atención, cuando nos ponemos a analizarlo, es *la realidad* del amor expresado aquí. Digo: realidad, entendiendo por el término “real,” no lo que contrasta con lo falso o ficticio, sino lo que está en contraste con lo tenebroso y confuso. ¿No ven que la esposa habla aquí de Cristo como de alguien que ella sabía que existía en realidad; no como una abstracción, sino como una persona. Habla de Él como de una persona real, “Tú a quien ama mi alma.” Bien, estas parecen ser las palabras de una mujer que lo está estrechando contra su pecho, que lo ve con sus ojos, que sigue activamente sus huellas, que sabe que existe y que recompensará al amor que le busque diligentemente.

Hermanos y hermanas, a menudo hay una gran deficiencia en nuestro amor a Jesús. No creemos en la realidad de la persona de Cristo. Pensamos en Cristo, y luego amamos el concepto que nos hemos formado de Él. Pero, oh, cuán pocos cristianos ven a su Señor como una persona real como nosotros mismos—hombre verdadero: un hombre que sufrió, un hombre que murió, carne y sangre sustanciales-, Dios verdadero tan real como si no fuese invisible, y tan verdaderamente existente como si pudiésemos comprenderlo en nuestras mentes. Quisiéramos que el Cristo real fuera predicado más plenamente, y fuera amado más plenamente por la iglesia. Fallamos en nuestro amor, porque Cristo no es real para nosotros como lo fue para la Iglesia primitiva. La Iglesia primitiva no predicaba mucha doctrina. Ellos predicaban a Cristo. Poco hablaban de las verdades relativas a Cristo; predicaban al propio Cristo, Sus manos, Sus pies, Su costado, Sus ojos, Su cabeza, Su corona de espinas, la esponja, el vinagre, los clavos. Oh, anhelamos al Cristo de María Magdalena, más

bien que al Cristo del teólogo analítico; denme *el* cuerpo herido de la divinidad, en vez del más sano sistema de teología. Permítanme explicarles lo que quiero decir.

Supongan que a su madre le fuera arrebatado un bebé, y ustedes buscaran fomentar en él su amor por su progenitora, mostrándole constantemente el retrato de la idea de una madre, procurando imbuirle el pensamiento de lo que es la relación de una madre con su hijo. En verdad, amigos míos, tendrían una tarea difícil si trataran de fijar en el niño el amor verdadero y real que debería sentir hacia la madre que le dio a luz. Pero denle una madre a ese niño; que sea mecido por el pecho real de esa madre; que sea nutrido de alimento por el propio corazón de la madre: que vea a su madre; que sienta a la madre; que ponga sus brazos alrededor del cuello real de la madre, y entonces no tendrían una difícil tarea para que amara a su madre.

Lo mismo sucede con el cristiano. Necesitamos a Cristo—no a un Cristo pintado, abstracto y doctrinal-, sino a un Cristo real. Yo podría predicarles durante muchos años, procurando infundir en sus almas un amor a Cristo; pero mientras no sientan que Él es un hombre real y una persona real, realmente presente con ustedes, y a quien pueden hablarle, conversar con Él, y comentarle sus necesidades, no habrían alcanzado un amor semejante al del texto, de tal manera que pudieran expresarle “Tú a quien ama mi alma.”

Cristiano, quiero que sientas, que tu amor a Cristo no es un mero afecto pío; sino que así como amas a tu esposa, así como amas a tu hijo, como amas a tu progenitor, así amas a Cristo; que aunque tu amor a Él sea de una forma más fina, y de un molde más elevado, sin embargo, es tan real como el de una pasión terrenal. Permítanme sugerirles otra figura. Una guerra ruge en Italia por la causa de la libertad. El simple pensamiento de libertad alienta al soldado. El pensamiento del héroe convierte al hombre en héroe. Aunque yo fuera y me pusiera en medio del ejército y les arengara acerca de lo que deben ser los héroes, y lo que deben ser los hombres valientes que luchan por la libertad; mis queridos amigos, la elocuencia más encendida tendría poco poder. Pero pongan delante de estos hombres a un Garibaldi—el heroísmo encarnado—pongán delante de sus ojos a ese hombre enaltecido, parecido a un antiguo romano recién salido de su tumba, y verían delante de ellos el significado de la libertad, y lo que el reto significa, e inflamados por su presencia real, sus brazos se fortalecerían, sus espadas se agudizarían, y se lanzarían a la batalla con presteza; su presencia aseguraría la victoria, porque con su presencia comprenderían el pensamiento que vuelve a los hombres aguerridos y fuertes.

De la misma manera, la iglesia necesita sentir y ver a un Cristo real en su medio. No es la *idea* de desinterés; no es la idea de devoción; no es la

idea de la propia consagración lo que tornará poderosa a la iglesia: tiene que ser esa idea, pero encarnada, consolidada, personificada en la existencia real de un Cristo hecho realidad en el campamento de los ejércitos del Señor. Yo oro por ustedes, y ustedes oren por mí, para que cada uno de nosotros tenga un amor en el que Cristo es una realidad, y que se pueda dirigir a Él así: "Tú a quien ama mi alma."

Pero además, miren al texto y percibirán claramente, algo más. La Iglesia, en la expresión que utiliza relativa a Cristo, habla no únicamente con una conciencia de Su presencia, sin con una firme *seguridad* de su propio amor. Muchos de ustedes, que efectivamente aman a Cristo, raras veces pueden ir más allá de decir: "¡Oh Tú a quien mi alma desea amar! ¡Oh Tú a quien espero amar!" Pero esta frase no dice eso para nada. Esta expresión no encierra la menor sombra de duda o de miedo: "¡Oh Tú a quien ama mi alma!"

¿Acaso no es una circunstancia feliz para un hijo de Dios que sepa que ama a Cristo? ¿Que pueda hablar del tema como un asunto de conciencia? ¿Que es algo a lo que no se pueden contraponer todos los razonamientos de Satanás? ¿Que es algo por lo cual puede poner su mano en su corazón y apelar a Jesús y decir: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo?" Pregunto: ¿acaso no es este un delicioso marco mental? O, más bien, invierto la pregunta: ¿acaso no es miserable la condición del corazón cuando hablamos de Jesús de una manera que no refleje un afecto seguro?

Ah, hermanos y hermanas míos, pueden venir tiempos cuando el corazón más amante tenga dudas acerca de su amor, provenientes del propio hecho que ama intensamente y ama sinceramente. Pero esos tiempos serán tiempos de angustia, ocasiones de examinar cuidadosamente al alma, noches de zozobra. El que ama verdaderamente a Cristo no permitirá que sus ojos se cierren, ni que dormiten sus pestañas, cuando tenga dudas de que su corazón le pertenezca a Cristo. "No" —dice— "este un asunto demasiado valioso para mí y debo cuestionarme si realmente poseo amor o no; esto es algo tan vital, que no lo puedo pasar por alto con un 'tal vez', como un asunto del azar. No, debo saber si amo a mi Señor o no, si soy Suyo o no."

Si me estoy dirigiendo a alguien el día de hoy que tenga dudas de amar a Cristo, pero que desee hacerlo, te suplico, mi querido amigo, no permanezcas tranquilo en tu estado mental presente; no te quedes satisfecho mientras no sepas que estás apoyado en la roca, y mientras no estés absolutamente seguro que en verdad amas a Cristo.

Imaginen por un momento que alguno de los apóstoles le hubiera dicho a Cristo que *creía* que le amaba. Figúrense por un instante que su propia esposa les dijera que ella esperaría amarlos. Imaginen a su hijo, sentado en sus rodillas, diciéndoles: "padre, creo que te amo a veces."

¡Eso equivaldría a que les dijera algo muy doloroso! Sentirían lo mismo que si les hubiese dicho: “te odio.” Porque, ¿qué es lo que pasa? ¿Acaso aquél, al que cuido tanto, simplemente piensa que me ama? ¿Acaso la hija, que estrecho contra mi pecho, duda, y lo hace tema de conjetura, si su corazón es mío o no? ¡Oh, Dios no quiera ni que soñemos que tal cosa nos suceda en nuestras relaciones ordinarias de la vida! Entonces, ¿a qué se debe que la toleramos en nuestra piedad? ¿Acaso no se trata de una piedad enfermiza y sensiblera? ¿No es un mórbido estado del corazón, el que nos conduce siempre a un lugar así? ¿Acaso no es incluso una condición mortal del corazón la que nos permite contentarnos con eso? No, no nos quedemos tranquilos hasta que seamos conducidos a la seguridad y a la certeza, mediante la obra completa del Espíritu Santo, para que podamos decir con una lengua convencida: “Oh tú a quien ama mi alma.”

Ahora, noten algo más, igualmente digno de nuestra atención. La Iglesia, la esposa, cuando habla así de su Señor, dirige nuestros pensamientos, no simplemente a su confianza de amor, sino a *la unidad* de sus afectos con relación a Cristo. No tiene dos amantes, sino sólo uno. La Iglesia no dice: “¡Oh ustedes en los que está puesto mi corazón!” Dice: “¡Oh tú!” No tiene sino Uno por quien su corazón jadea. Ha juntado sus afectos en un manojo y los ha convertido en un solo afecto, y luego ha colocado ese manojo de mirra y de especias sobre el pecho de Cristo. Él es para la Iglesia el “Todo Codiciable,” la suma de todos los amores que una vez anduvieron desperdigados. Ha puesto delante del sol de su corazón un espejo ustorio (1) que ha reunido todos los rayos de su amor en un foco, y todo su amor está concentrado, con todo su calor y su vejez, en el propio Cristo Jesús. Su corazón, que una vez semejaba una fuente de la que brotaban muchos arroyos, se ha vuelto como una fuente que sólo cuenta con una vertiente para sus aguas. Ha tapado todas las otras salidas, ha cortado toda la otra tubería, y ahora el arroyo, provisto de una fuerte corriente, corre hacia Él y únicamente a Él.

La Iglesia, en nuestro texto, no es una adoradora de Dios y a la vez de Baal; ella no es una contemporizadora que tenga un corazón para todos los que se acerquen a ella. No es como la ramera, cuya puerta está abierta para cualquier caminante; sino que es como la mujer casta, que no ve a nadie sino a Cristo, y no conoce a nadie a quien su alma deseé, con la excepción del Señor crucificado.

La esposa de un noble persa fue invitada para asistir a la fiesta de bodas del rey Ciro. A su regreso, su marido le preguntó animadamente si no consideraba que el novio-monarca era un hombre sumamente noble. Su respuesta fue: “no sé si sea noble o no; mi esposo era tan noble delante de mis ojos, que no vi a nadie aparte de él; no vi ninguna belleza sino en él.” Así, si le preguntaran al alma cristiana de nuestro texto: “¿no

es Fulano de tal dulcísimo y todo él codiciable?" "No" –respondería–, "mis ojos están fijados en Cristo, y mi corazón está tan entregado a Él, que desconozco si hay belleza en alguna otra parte; yo sé que toda la belleza y todo el encanto se encuentran resumidos en Él."

Sir Walter Raleigh solía decir: "que si todas las historias de los tiranos, la crueldad, la sangre, la concupiscencia, la infamia, fuesen todas olvidadas, todas estas historias podrían ser escritas de nuevo partiendo de la vida de Enrique VIII." Y yo podría decir por vía de contraste: "si toda la bondad, todo el amor, toda la mansedumbre, toda la fidelidad que hayan existido jamás fueran borrados por completo, todos podrían ser escritos de nuevo partiendo de la historia de Cristo." Cristo es lo único que ama el alma del cristiano; el cristiano no tiene diversos objetivos, no tiene dos amantes; habla de Él como de alguien a quien ha entregado su corazón entero, y nadie más participa de esa entrega. "Oh tú a quien ama mi alma."

Respondan, hermanos y hermanas, ¿amamos a Cristo de esta manera? ¿Le amamos de tal forma que podamos decir: "comparados con nuestro amor por Jesús, todos los otros amores no son nada"? Es cierto que poseemos esos dulces amores que vuelven a la tierra muy querida para nosotros; efectivamente amamos a nuestros parientes según la carne, pues estaríamos por debajo de las bestias si no lo hicieramos. Pero algunos podemos afirmar: "nosotros, de cierto, amamos a Cristo más que al esposo o a la esposa, al hermano o a la hermana." Algunas veces podríamos decir con San Jerónimo: "si Cristo me ordenara ir por este camino, y si mi madre se colgara de mi cuello para llevarme por otro camino; y si mi padre estuviera en mi senda, implorándome de rodillas y con lágrimas en los ojos que no fuera; y si mis hijos, aferrados a mis piernas, buscaran conducirme por otro camino, yo me soltaría de mi madre, empujaría al suelo a mi padre, y haría a un lado a mis hijos, pues debo seguir a Cristo." No podremos decir a quién amamos más mientras no entren en conflicto. Pero cuando llegamos a ver que el amor de los mortales requiere que hagamos esto, y el amor de Cristo, que hagamos lo contrario, entonces sabremos a quién amamos más.

Oh, los tiempos de los mártires fueron muy difíciles. Tomemos el caso de ese buen hombre, el señor Nicolás Ferrar, padre de doce hijos, todos ellos pequeñitos. Sus enemigos habían concebido el plan de que su esposa se encontrara con él, acompañada de todos sus hijitos, camino de la hoguera. Ella los colocó de rodillas a todos en una fila a lo largo de la calle. Sus enemigos esperaban que en ese momento de seguro se retractaría, y que buscaría salvar su vida por causa de esos amados niños. Pero, ¡no! ¡No! Ya él se los había entregado a Dios, y podía confiarlos a su Padre celestial; pero no podría hacer nada malo, ni por la felicidad de cubrir a esos pajaritos bajo sus alas y abrigarlos bajo sus plumas. Atrajo a

cada uno de ellos a su pecho, y contempló a cada uno, una y otra vez; y plugo a Dios poner en boca de su esposa y de sus hijos palabras de aliento en vez de desaliento para él, y antes de alejarse de ellos, sus propios niños habían pedido a su padre que se esforzara y muriera valerosamente por Cristo Jesús.

Ay, amigos, debemos tener un amor sin rival como este, que no sea compartido; un amor que fuera como una pleamar: otras mareas pueden subir mucho sobre la costa, pero esta llega hasta las propias rocas y golpea allí, llenando nuestras almas hasta el propio borde. Pido a Dios que lleguemos a conocer un amor semejante hacia Cristo.

Además, quiero cortarles otra flor. Si ven la expresión ante nosotros, tendrán que aprender no sólo su realidad, ni su seguridad, ni su unidad; también tendrán que advertir su *constancia*, “oh tú a quien ama mi alma.” No, “que amó ayer”; o, “que pueda comenzar a amar mañana”; sino “tú a quien ama mi alma,” “Tú a quien he amado desde que te conocí, y cuyo amor se ha vuelto tan necesario como mi aliento vital o mi aire básico.” El verdadero cristiano es alguien que ama a Cristo para siempre. No juega ‘tira y afloja’ con Jesús, apretujándolo hoy contra su pecho para luego dar la vuelta y buscar a cualquier Dalila para que lo dañe con sus maleficios. No, él siente que es un nazareo para el Señor; él no puede ser ni será contaminado por el pecado en ningún momento y en ningún lugar. El amor a Cristo en el corazón fiel, es como el amor de la paloma por su pareja; ella, si su pareja muriera, no puede ser tentada para casarse con otro, sino que se queda quieta sobre la perchta y exhala en suspiros su alma apesadumbrada hasta morir también.

Lo mismo sucede con el cristiano; si no tuviese a un Cristo a quien amar, tendría que morir, pues su corazón le pertenece a Cristo. Y así si Cristo se fuera, el amor no podría ser; su corazón se iría también, y un hombre sin corazón es un hombre muerto. ¿Acaso el corazón no es el principio vital del cuerpo? Y el amor, ¿no es el principio vital del alma? Sin embargo, hay algunos que profesan amar al Señor, pero únicamente caminan con Él a empujones, y luego salen como Dina a las tiendas del país de Siquem. Oh presten atención, ustedes profesantes, que buscan tener dos esposos; mi Señor no será nunca un esposo a medias. Él no es de los que aceptarían la mitad de su corazón. Mi Señor, aunque esté lleno de compasión y sea muy tierno, tiene un espíritu sumamente noble para permitirse ser propietario a medias de cualquier reino.

Canuto, el rey danés, compartió Inglaterra con el rey Edmundo Ironside, porque no podía conquistar todo el país, pero mi Señor poseerá cada pulgada tuya, o no querrá ninguna. Él reinará en ti de un extremo de la isla del hombre hasta el otro, pues de lo contrario no pondría ni siquiera un pie sobre el suelo de tu corazón. Él nunca fue propietario a medias de un corazón, y no se rebajaría a algo así. ¿No dijo el viejo puritano: “un

corazón es algo tan diminuto, que escasamente sirve de desayuno para un milán, pero ustedes dicen que es algo demasiado grande para que Cristo lo posea por entero”? No, entréguenselo por entero. Es muy poca cosa cuando pesas su mérito, y muy pequeño cuando se le mide por su encanto. Entréguenselo todo. Que su corazón unido, su afecto indiviso sea entregado a Él constantemente, cada hora—

**“¿Puedes aferrarte a tu Señor? ¿Puedes aferrarte a tu Señor,
Cuando los muchos se apartan?
¿Puedes testimoniar que Él tiene la Palabra viva,
Y nadie más sobre la tierra?
Y, ¿puedes resistir con el grupo de las vírgenes,
Con los humildes y puros de corazón,
Quienes doquiera que su Cordero los guíe,
De Sus huellas nunca se apartan?
¿Responden acaso: ‘podemos’? ¿Responden acaso: ‘podemos,
Por medio de Su poder que sostiene’?
Ah, pero recuerden que la carne es débil,
Y tratará de huir a la hora de la prueba.
Pero, sométanse a Su amor, que alrededor de ustedes ahora,
Los lazos de un hombre arrojará;
Las cuerdas de Su amor, que fue entregado por ustedes,
Los ligan firmemente al altar.”**

Que esa sea su porción, constante, que permanezcan en Él, que los ha amado.

Sólo haré una observación adicional, para no cansarlos, tratando de disecar de esta manera la retórica del amor. Percibirán claramente en nuestro texto una vehemencia de afecto. La esposa dice de Cristo: “Oh tú a quien ama mi alma.” Ella no quiere decir que le ama un poco, que lo ama con una pasión ordinaria, sino que lo ama en todo el sentido profundo de esa palabra.

Oh, hombres y mujeres cristianos, protesto ante ustedes que me temo que hay miles de profesantes que no han conocido nunca el significado de esta palabra “amor” relativa a Cristo. Lo han conocido referido a los mortales; han sentido su flama, han visto cómo cada poder del cuerpo y del alma es transportado por el amor; pero no lo han conocido en relación con Cristo. Yo sé que pueden *predicar* acerca de Él, pero ¿le aman? Sé que pueden orar a Él, pero ¿le aman? Sé que confían en Él—piensan que así es-, pero ¿le aman? ¡Oh!, ¿hay en su corazón un amor por Jesús semejante al de la esposa, que dijo: “¡Oh, si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino.” “No”—respondes—“eso es demasiado íntimo para mí.” Entonces me temo que no le amas, pues el amor es siempre íntimo. La fe puede permanecer a la distancia, pues su mirada es salvadora; pero la esposa amante se acerca, pues debe besar, debe abrazar. Vamos, amados, algunas veces el cristiano ama tanto a su Señor, que su lenguaje se torna sin significado para los oídos de

quienes no han experimentado nunca su estado. El amor tiene una lengua celestial propia, y algunas veces he oído al alma cristiana hablando de tal forma que los labios de los mundanos se burlan, y los hombres han dicho: "ese hombre delira y dice disparates; no sabe lo que dice." Por esta razón el Amor a menudo se vuelve un Místico, y habla en lenguaje místico, en el cual no se inmiscuye el extraño. ¡Oh, deberían ver al Alma amante cuando tiene su corazón lleno de la presencia de su Salvador, cuando sale de su tálamo de novia! De cierto, ella es como un gigante refrescado con vino nuevo. La he visto derribar dificultades, caminar sobre los hierros candentes de la aflicción pero sus pies no se han chamuscado; la he visto alzar su lanza contra diez mil, y ella los ha matado de un golpe. La he visto renunciar a todo lo que tenía, hasta desnudarse de sí misma, por Cristo; y sin embargo, se volvió más rica, e iba siendo ataviada con ornamentos conforme ella misma se despojaba, para poder arrojarse sobre su Señor, y entregarle todo.

Hermanos y hermanas cristianos, ¿conocen este amor? Sé que algunos de ustedes lo conocen porque lo han evidenciado en sus vidas. En cuanto a los demás, espero que lo puedan conocer, para que estén por encima de la baja posición que ocupa la mayoría de la Iglesia de Cristo en el presente día. Levántense de las ciénagas y de los fangales y de los pantanos de la tibiaza de Laodicea, y álcense, y élévense hasta la cima del monte, donde estarán bañando sus frentes a la luz del sol, viendo la tierra hacia abajo, con las propias tempestades de la tierra bajo sus pies, y sus nubes y sus tinieblas desplegándose abajo en el valle, mientras ustedes hablan con Cristo, que les habla desde la nube y son casi subidos al tercer cielo para habitar con Él allí.

De esta manera he intentado explicar la retórica de mi texto: "Oh tú a quien ama mi alma."

II. Ahora permítanme abordar LA LÓGICA DEL CORAZÓN, que yace en el fondo del texto. Corazón mío, ¿por qué debes amar a Cristo? ¿Con qué argumento te justificarás? Los extraños están allí y me oyen hablar de Cristo, y dicen: "¿por qué amas así a tu Salvador? Corazón mío, tú no puedes responderles como para hacerles ver Su encanto, pues ellos están ciegos, pero al menos puedes ser justificado a oídos de quienes tienen entendimiento; pues sin duda las vírgenes le amarán, si les dices por qué lo amas tú.

Nuestros corazones dan como razón de su amor a Él, primero esta: Le amamos por *Su infinito encanto*. Si no hubiese ninguna otra razón, si Cristo no nos hubiese comprado con Su sangre, sentimos que si tuviéramos corazones regenerados deberíamos amarle porque murió por otros. Yo a veces he sentido en mi propia alma, haciendo a un lado el beneficio que recibí por Su amada cruz y por Su preciosísima pasión, que, por supuesto, debe ser siempre el más profundo motivo de amor, "Nos-

tros le amamos a él, porque él nos amó primero”; sin embargo, haciendo eso a un lado, hay tal belleza en el carácter de Cristo—tal encanto en Su pasión—tal gloria en esa abnegación, que uno debe amarle. ¿Puedo mirar en tus ojos y no ser herido por Tu amor? ¿Puedo contemplar Tu cabeza coronada de espinas sin que mi corazón sienta las espinas en su interior? ¿Puedo verte en la fiebre de la muerte, y no arderá mi alma con la fiebre del amor apasionado hacia Ti? Es imposible ver a Cristo y no amarle; no puedes estar en Su compañía sin sentir de inmediato que estás soldado a Él. Anda y arrodíllate a Su lado en el huerto de Getsemaní, y estoy persuadido que conforme las gotas de sangre caigan al suelo, cada una de ellas será una razón irresistible para que le ames. Óyelo clamar: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Recuerden que Él soportó esto por amor a otros, y tendrán que amarle.

Si han leído alguna vez la historia de Moisés lo considerarían el más grande de los hombres, y le admirarían, y lo mirarían hacia arriba como a un gran coloso, algún gigante vigoroso de tiempos antiguos. Pero nunca sienten una partícula de amor en sus corazones hacia Moisés; no podrían; él es un carácter que no se puede amar; hay algo que admirar, pero nada que genere apego.

Cuando ven a Cristo, miran hacia arriba, pero hacen algo más que eso, se sienten atraídos hacia arriba; no admirar tanto, sino aman; no adoran tanto, sino abrazan; Su carácter encanta, subyuga, sobrecoge, y con el irresistible impulso de la propia atracción sagrada de Su carácter, atrae directamente su espíritu hacia Él. Bien dijo el doctor Watts—

***“Su valor, si todas las naciones lo conocieran,
De cierto la tierra entera le amaría también.”***

Pero el Alma amante todavía tiene otro argumento para amar a Cristo, es decir, *el Amor de Cristo* hacia ella. ¿Me amaste Tú a mí, Jesús, Rey del cielo, Dios de los ángeles, Señor de todos los mundos; fijaste tu corazón en mí? ¿Cómo, me amaste desde tiempos antiguos, y en la eternidad me elegiste para Ti? ¿Me seguiste amando cuando las edades se sucedían? Descendiste del cielo a la tierra para ganarme para que fuera tu esposa, y me amas de tal manera que no me dejas solo en este pobre mundo desértico; y ¿estás preparando hoy mismo una casa para mí, donde moraré Contigo para siempre? Señor, yo demostraría ser un hombre muy despreciable si no sintiera amor por Ti. Debo amarte, es imposible resistirme; ese pensamiento de que Tú me amas ha conducido a mi alma a amarte. ¡A mí! ¡A mí! ¿Qué había en mí? ¿Podías ver algo bello en mí? Yo mismo no veo nada; mis ojos están rojos de llanto, por causa de mi negrura y mi deformidad; he dicho a los hijos de los hombres: “No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró.” Y ¿Tú ves primores en *mí*? Qué vista tan rápida tienes, no, más bien debe ser que tú has hecho de

mis ojos tu espejo, y te ves Tú mismo en mí, y es Tu imagen lo que amas; de seguro, Tú no podrías amarme.

Es un texto embelesador el del Cantar de los Cantares, donde Jesús dice a la esposa: “Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha.” ¿Pueden imaginar que Cristo les diga eso? Y, sin embargo, lo ha dicho: “Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en ti no hay mancha,” ha quitado tu negrura, y estás en Su presencia tan limpia como si no hubieras pecado nunca, y tan llena de encanto como si fueras lo que serás cuando seas semejante a Él al fin.

Oh, hermanos y hermanas, algunos de ustedes pueden decir con énfasis: “puesto que Él me amó, yo lo amo.” Recorro con mi vista las filas de asientos, y veo allí a un hermano que ama a Cristo ahora, pero que hace pocos meses, le maldecía. Allí se sienta un borracho, allá otro que estuvo preso por crímenes; y Él los amó *a ustedes*, sí, a ustedes; a ustedes que ultrajaban a la esposa de su corazón, porque ella amaba el amado nombre, y que nunca eran más felices que cuando violaban Su día, y mostraban irrespeto a Sus ministros, y manifestaban su odio hacia Su causa, a pesar de todo eso, Él los amó. ¡Y a mí! ¡Incluso a mí! Haciendo caso omiso de las oraciones de una madre, a pesar de las lágrimas de un padre, teniendo mucha luz, y sin embargo, pecando mucho, él me amó, y me ha demostrado Su amor. Yo te conjuro, oh corazón mío, por los corazones y por las ciervas del campo, que te entregues enteramente a mi Amado, que gastes lo tuyo y aun tú mismo te gastes por amor de Él. ¿Acaso es ese el conjuro para tu corazón el día de hoy? ¡Oh, debería serlo si conocieras a Jesús, y luego supieras que Jesús te ama.

El alma amante nos da una razón todavía más poderosa. Ella siente que debe entregarse a Cristo, por el sufrimiento de Cristo por ella—

**“¿Podré olvidar Getsemani? “Cuando a la cruz vuelvo mis ojos,
O veo allí Tu conflicto, Y me apoyo en el Calvario,
Tu agonía y sudor sangriento, ¡Oh Cordero de Dios! ¡Mi sacrificio!
Y ¿no recordarte a Ti?” Debo recordarte a Ti.”**

Cuando mi vida se desvanezca, eso podría conducirme a perder mis poderes mentales, pero la memoria no amará a ningún otro nombre, sino al que está registrado allí. Las agonías de Cristo han grabado con fuego Su nombre en nuestro corazón; no puedes presenciar y ver cómo lo desprecian los hombres de guerra de Herodes, no puedes contemplarlo menospreciado, y escupido por labios serviles, no puedes verlo con los clavos traspasando Sus manos y Sus pies, no puedes observarlo en medio de las agonías extremas de Su terrible pasión, sin decir: “y Tú sufriste todo esto por mí, entonces yo debo amarte, Jesús. Mi corazón siente que nadie tiene un derecho sobre él como Tú lo tienes, pues nadie más se ha gastado como Tú lo has hecho. Otros podrán haber buscado comprar mi amor con la plata del afecto terrenal, y con el oro de un carácter celoso y

afectuoso, pero Tú los compraste con Tu sangre preciosa, y Tú tienes el más pleno derecho sobre él, Tuyo será, y eso para siempre.”

Esta es la lógica del amor. Puedo muy bien pararme aquí y defender el amor del creyente por su Señor. Quisiera tener más que defender de lo que tengo. Me atrevo a pararme aquí para defender las supremas extravagancias de la elocuencia, y los más disparatados fanatismos de la acción, cuando han sido hechos por amor a Cristo. Pero repito, sólo desearía poder tener más que defender en estos tiempos degenerados. ¿Ha renunciado algún hombre a todo por Cristo? Yo les demostraría que él es sabio si ha renunciado a todo por alguien como Cristo. ¿Ha muerto un hombre por Cristo? Escribo sobre su epitafio que de cierto no fue un necio, pues tuvo la sabiduría de entregar su corazón por Uno a quien traspasaron el corazón por su causa.

Que la Iglesia fuera extravagante por una sola vez; que rompiera los estrechos límites de la prudencia convencional, y que por una vez se levantara y obrara maravillas. Que regresara a nosotros la edad de los milagros. Que la Iglesia desnudara su brazo, y se subiera las mangas de su formalidad, y que saliera albergando un poderoso pensamiento, ante el cual los mundanos se reirían y se burlarían, aunque yo me pararía aquí, y ante el estrado del mundo burlador, me atrevería a defenderla.

Oh Iglesia de Dios, no podrías hacer nada extravagante por Cristo. Pudieran hacer a salir a sus Marías y ellas podrían quebrar sus vasos de alabastro, pero Él tiene más que merecido que se quiebren. Pudieran derramar el perfume, y darle ríos de ungüento, y gran cantidad del sebo de animales engordados, pero Él tiene más que merecido todo eso. Veo a la Iglesia como fue en los primeros siglos, como un ejército irrumpiendo en una ciudad, una ciudad que estaba rodeada por un gran foso, y no había medio de llegar a las murallas, excepto cubriendo el foso con los cadáveres de los propios mártires y confesores de la Iglesia. ¿Puedes verlos? Un obispo acaba de caer; le acaban de arrancar la cabeza con la espada. Al día siguiente, en el tribunal, hay veinte más que desean morir para seguir al obispo; y al día siguiente, veinte más; y la corriente fluye hasta que el gigantesco foso es llenado. Entonces, quienes les siguen, escalan los muros y plantan el estandarte manchado de sangre de la cruz, el trofeo de su victoria, sobre las almenas que rodean la ciudad.

¿Acaso deberíamos preguntar: “por qué todo este derramamiento de sangre”? Yo respondo que Aquel por quien toda se derramó, es digno. El mundo pregunta: “¿por qué este desperdicio de sangre? ¿Por qué todo este desgaste de energía en una causa que a lo sumo es fanática?” Yo repllico: “Él es digno, Él es digno, aunque todo el mundo fuese puesto en el incensario, y toda la sangre de los hombres fuera el incienso, Él es digno de que todo eso sea sacrificado por Él. Aunque la Iglesia entera fuera sacrificada en una hecatombe, Aquel en cuyo altar fuera sacrificada, es

digno. Aunque cada uno de nosotros permaneciera encerrado en un calabozo y se pudriera allí, aunque el moho creciera en los párpados, aunque nuestros cuerpos fueran entregados como alimento a los milanos, y a los buitres de carroña, Él es digno de reclamar ese sacrificio; y sería todavía un sacrificio muy insignificante para Alguien como Él.” Oh Señor, restaura en la Iglesia la fortaleza de amor que puede oír un lenguaje así, y sentir que es verdad.

III. Ahora llego a mi último punto, sobre el cual voy a reflexionar brevemente. La retórica es buena, la lógica es mejor, pero una DEMOSTRACIÓN POSITIVA es lo mejor.

Busqué darles la retórica cuando expuse las palabras del texto. He procurado darles la lógica, ahora que les expuse las razones para el amor, encontradas en el texto. Y ahora quiero darles -yo no puedo darlo—quiero que *ustedes* ofrezcan, cada uno de ustedes, el ejemplo de su amor por Cristo, en sus vidas diarias. Que el mundo vea que esto no es un simple marbete para ustedes, una etiqueta para algo inexistente, sino que Cristo es para ustedes, “aquel a quien ama mi alma.” Me preguntas cómo lo harás, y yo te respondo que así: “no te pido que tonsures tu coronilla para volverte un monje, o que te enclaustres, hermana mía, y te conviertas en monja. Una cosa así podría mostrar más tu amor a ti mismo, que tu amor a Cristo. Pero te pido que te vayas a tu casa ahora, y durante los días de la semana te involuques en tu ocupación ordinaria; ve con los hombres del mundo como estás llamado a hacerlo, y sigue el llamado que Cristo te ha hecho, y procura honrarlo en tu llamado. Para mí, por supuesto como un ministro, es hasta cierto punto menos honroso servir a Cristo como podría serlo para ustedes comparativamente, porque el llamado de ustedes, por decirlo así, me provee de oro; y para mí, hacer una imagen de oro de Cristo, a partir de ese oro, es una obra pequeña, aunque Dios quiera que encuentre más de lo que mis pobres fuerzas podrían lograr, si no fuera por Su gracia. Pero para ustedes, formar la imagen de Cristo en el hierro, o en la arcilla, o en el metal común de su conversación ordinaria, ¡oh, esto será ciertamente glorioso! Yo pienso que ustedes pueden honrar a Cristo en su esfera tanto como yo puedo hacerlo en la mía; tal vez más, pues algunos de ustedes pueden enfrentar mayores problemas, pueden tener mayor pobreza, pueden tener más tentación, más enemigos; y, por tanto, ustedes, al amar a Cristo bajo todas estas pruebas, pueden demostrar más plenamente de lo que yo podría hacerlo jamás, cuán verdadero es el amor de ustedes por Él, y cómo inspira sus almas Su amor por ustedes. Vayan, digo, y busquen oportunidades mañana, y al día siguiente, para hacer algo por Cristo. Hablen defendiendo Su nombre si hubiese alguien que lo ultrajara; y si lo encontraran herido en Sus miembros, sean como Eleanor, esposa del rey de Inglaterra, que chupó sus heridas para extraer el veneno. Estén listos a

que el nombre *de ustedes* sea ultrajado para que Él no sea deshonrado; levántense por Él, y sean Sus campeones. Que no le falten amigos, pues Él siguió siendo tu amigo cuando no contabas con nadie. Si te encuentras a cualquier pobre de entre Su pueblo, muéstrale amor por amor de Él, como lo hizo David con Mefi-boset por amor de Saúl. Si sabes que alguno de ellos está hambriento, llévale alimento; es como si pusieses el plato delante del propio Jesucristo. Si ves que alguien está desnudo, vístelo; estás vistiendo a Cristo cuando vistes a alguno de Su pueblo.

Es más, no sólo busques hacer este bien a Sus hijos, sino busca siempre ser un Cristo para aquellos que no son todavía Sus hijos. Ve en medio de los impíos y de los perdidos y de los abandonados; háblales las palabras de Él; diles que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores; ve tras las ovejas perdidas; sé tú un pastor como Él fue un Pastor, y así mostrarás tu amor. Dale todo lo que puedas; cuando mueras, herédale tus propiedades; yo no creería que amo a mi amigo si algunas veces no le diera un regalo; yo no creería amar a Cristo si no le diera algo, si no le comprara caña aromática por dinero, si no lo saciara con la grosura de mis sacrificios.

Oí el otro día una pregunta concerniente a un anciano, que hacía tiempo había profesado ser un cristiano. Decían que había dejado tanto y tanto dinero, y alguien preguntó: “pero en su testamento, ¿le dejó algo a Cristo?” Alguien se rió y consideró ridícula la pregunta. ¡Ah!, eso sucede porque los hombres no creen que Cristo sea una persona; pero si poseyésemos este amor, sería natural que le diéramos, que viviéramos para Él, y, tal vez, si poseyésemos algo, que se lo heredemos, de tal forma que podamos dar a nuestro Amigo, en nuestro testamento, una prueba que lo recordamos, de la misma manera que Él nos recordó en Su último testamento y voluntad.

Oh hermanos y hermanas, lo que más necesitamos en la Iglesia cristiana es un amor más extravagante hacia Cristo. Yo quiero que cada uno de ustedes muestre su amor por Jesús, haciendo algunas veces algo que no hayan hecho nunca antes. Recuerdo haber dicho una vez, un domingo en la mañana, que la Iglesia debería ser lugar para descubrimientos al igual que el mundo. No sabemos cuáles máquinas serán inventadas todavía por el mundo, pero la creatividad del hombre está en actividad continua para descubrir algo nuevo. Así también la creatividad de la Iglesia debería estar activa para descubrir algún nuevo plan para servir a Cristo.

Robert Raikes fundó las escuelas dominicales; John Pounds estableció los hospicios infantiles ingleses: pero, ¿deberíamos contentarnos nosotros con continuar lo que ellos inventaron? No; necesitamos algo nuevo. Fue en el Surrey Hall, a través de aquel sermón, que nuestros hermanos pensaron por primera vez en las reuniones que tuvieron lugar a la medianoche: una modalidad sugerida por el sermón que prediqué acerca de

una mujer con el vaso de alabastro. Pero no hemos llegado al final todavía. ¿Acaso no hay un hombre que no pueda inventar algo nuevo para Cristo? ¿No hay un hermano que no pueda hacer algo más para Él, de lo que se hace hoy, o se hizo ayer, o durante el último mes? ¿No hay alguien que se atreva a ser extraño y singular y alocado, y fanático a los ojos del mundo, pues no hay amor que no sea fanático a los ojos de los hombres? Pueden estar seguros que el amor que se confina al decoro no es amor. Yo quisiera que el Señor pusiera en su corazón algún pensamiento para darle una ofrenda inusitada de acción de gracias, para prestarle un servicio inusual, de tal forma que Cristo sea muy honrado con lo mejor de sus ovejas, y que la grosura de sus bueyes sea sumamente gloriosa por la prueba del amor de ustedes hacia Él.

Que Dios los bendiga como congregación. Yo sólo puedo invocar Su bendición, pues, oh, estos labios se rehúsan a hablar ya más del amor que yo confío que mi corazón conoce, y que deseo sentir más y más. Pecador, confía en Cristo antes de que procures amarlo, y confiando en Cristo tú eres salvo.

Nota del traductor

- (1)Espejo ustorio: espejo cóncavo que, puesto de frente al sol, repeja sus rayos y los reúne en el punto llamado foco, produciendo un calor capaz de quemar, fundir y hasta volatilizar los cuerpos allí colocados.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermón #338—Volume 6
LOVE TO JESUS**

ACCIDENTES, NO CASTIGOS

NO. 408

**UN SERMÓN PREDICADO EL DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE DE 1861,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“En este mismo tiempo estaban allí algunos que le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos. Respondiendo Jesús les dijo: ¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitaban en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”
Lucas 13:1-5.

El año de 1861 será notorio entre sus compañeros por ser un año marcado por calamidades. Justo en la época cuando el hombre sale a recibir el fruto de sus labores, cuando la cosecha de la tierra está madura, y los graneros comienzan a reventar, llenos del trigo nuevo, la Muerte también, ese poderoso segador, ha salido para cortar su propia cosecha; gavillas completas han sido recogidas en su granero: la tumba. Terribles han sido los lamentos que conforman el himno de cosecha de la muerte.

Al leer los periódicos estas últimas dos semanas, aun la persona más impasible ha experimentado sentimientos muy dolorosos. No solamente han ocurrido catástrofes tan alarmantes que se hiela la sangre al recordarlas, sino que también las columnas de los periódicos han sido dedicadas a ciertas calamidades de un menor grado de horror, pero que sumadas todas, son suficientes para llenar de terror la mente, por la cantidad tremenda de muertes inesperadas que recientemente han correspondido a los hijos de los hombres.

No solamente hemos tenido un accidente cada día de la semana, sino hasta dos y tres; no hemos sido simplemente aturdidos por el ruido alarmante de un terrífico estallido, sino por otro, y otro, y otro, que han seguido sus pisadas, como los amigos de Job, hasta que hemos tenido necesidad de la paciencia y de la resignación de Job, para escuchar la terrible narración de esas calamidades.

Ahora, hombres y hermanos, cosas como éstas han ocurrido siempre en todas las épocas del mundo. No piensen que ésto es algo nuevo; no consideren, como hacen algunos, que esto es el producto de una civilización excesiva, o el resultado de ese descubrimiento moderno tan maravilloso como es el vapor. Si nunca se hubiera conocido la máquina de vapor, y si nunca se hubiera construído un ferrocarril, de todas maneras habrían habido muertes inesperadas y accidentes terribles.

Al revisar los viejos archivos en los que nuestros antepasados han registrado los accidentes y las calamidades, encontramos que la antigua diligencia ofreció a la muerte un botín tan gravoso como la hace el tren que rueda velozmente; habían entonces tantas puertas para el Hades como las hay ahora; caminos tan empinados y escarpados que conducían

a la muerte, que eran transitados por una muchedumbre tan vasta como en nuestra época. ¿Acaso dudan de eso?

Les pido que vayamos al capítulo trece de Lucas. Recuerden a esos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé. ¿Qué tal si ninguna colisión los hubiera aplastado? (Nota: se refiere a una colisión de trenes ocurrida en esos días). ¿Qué tal si no hubieran sido destruidos por el ingobernable caballo de hierro que los arrastró al agua desde un terraplén? (Nota: se refiere a otro accidente ferroviario). Sin embargo, alguna torre mal construida, o alguna pared golpeada por la tempestad pudiera haber caído sobre dieciocho a la vez, y habrían perecido.

O peor que eso, un gobernante despótico, llevando las vidas de los hombres colgadas de su cinturón como si fueran las llaves de su palacio, pudiera haber caído súbitamente sobre los que estaban adorando en el propio templo, y pudiera haber mezclado su sangre con la sangre de los bocanadas que en ese momento estaban siendo sacrificados al Dios del cielo. No piensen, entonces, que esta es una época en la que Dios está tratando más duramente con nosotros que antes. No piensen que la providencia de Dios se ha vuelto más dura que antes; siempre ha habido muertes inesperadas, y siempre las habrá; siempre ha habido estaciones en las que los lobos de la muerte han cazado en manadas hambrientas, y, probablemente, hasta el fin de esta dispensación, el último enemigo tendrá sus festivales periódicos y colmará a los gusanos con carne humana.

Por tanto, no estén abatidos por las muertes inesperadas, ni tampoco estén turbados por estas calamidades. Continúen con sus actividades normales, y si sus llamados los llevan a cruzar el campo de la propia muerte, háganlo, y háganlo valerosamente. Dios no ha soltado las riendas del mundo, no ha quitado Su mano del timón de gran barco, todavía—

**“Él en todas partes tiene imperio,
y todas las cosas sirven a Su poderío;
Cada acto suyo es pura bendición,
Su camino es luz sin mancha.”**

Sólo aprendan a confiar en Él, y no tendrán ningún temor a la muerte inesperada; “Gozará él de bienestar, y su descendencia herederá la tierra.”

El tema particular de esta mañana, sin embargo, es este: el uso que debemos encontrar para estos terribles textos que Dios está escribiendo con letras mayúsculas en la historia del mundo. Dios ha hablado una vez, sí, dos veces; que no se diga que el hombre no prestó atención. Hemos visto un vislumbre del poder de Dios, hemos contemplado algo de la rapidez con la que Él puede destruir a nuestros conciudadanos. “Prestad atención al castigo, y a quien lo establece;” y al prestar atención, hagamos dos cosas.

Primero, no seamos tan insensatos como para sacar la conclusión a la que llegan las personas supersticiosas e ignorantes: esa conclusión que está sugerida en el texto, es decir, que quienes son destruidos por medio de accidentes, son pecadores que están por encima de todos los pecadores que habitan en el lugar. Y, en segundo lugar, lleguemos a la conclusión apropiada y correcta; hagamos un uso práctico de todos estos eventos para nuestra propia mejora personal; escuchemos la voz del Salvador que dice: “No; si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

I. Primero, entonces, TENGAMOS MUCHO CUIDADO DE NO SACAR UNA CONCLUSIÓN APRESURADA E IRREFLEXIVA ACERCA DE ESTOS

TERRIBLES ACCIDENTES: QUE QUIENES LOS SUFREN, LOS SUFREN POR CULPA DE SUS PECADOS.

Se ha dicho de la manera más absurda que quienes viajan en el primer día de la semana, y tienen un accidente, deben considerar ese accidente como un juicio de Dios sobre ellos, debido a que están violando el día de adoración del cristiano. Se ha dicho, aun por parte de ministros piadosos, que esta última colisión desplorable (de los trenes) debe considerarse una visitación notable y sumamente maravillosa de la ira de Dios en contra de esos infelices que por casualidad se encontraban en el túnel Clayton.

Pero yo presento mi protesta más energética contra una conclusión así, no solamente en nombre mío, sino en el nombre de Aquél que es el Señor del cristiano y el Maestro del cristiano. Yo pregunto acerca de esas personas que fueron aplastadas en ese túnel, ¿piensan ustedes que ellos eran mayores pecadores que todos los pecadores? "No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente." O los que murieron el lunes pasado, ¿piensan ustedes que ellos eran mayores pecadores que todos los pecadores que estaban en Londres? "No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente."

Ahora, fijense bien, yo no negaría que han existido ocasiones en que han habido juicios de Dios sobre personas particulares debido a su pecado; algunas veces, y yo pienso que muy raramente, tales cosas han ocurrido. Algunos de nosotros hemos oído, en nuestra propia experiencia, que ciertos hombres han blasfemado a Dios y lo han desafiado a que los destruya, y han muerto repentinamente; y en tales casos, el castigo ha seguido tan rápidamente a la blasfemia que era imposible no ver la mano de Dios en ello. El hombre había pedido perversamente el juicio de Dios, y su oración fue escuchada y vino el juicio.

Y más allá de toda duda, existen lo que se puede describir como los juicios naturales. Ustedes ven a un hombre vistiendo harapos, pobre, sin hogar; ha sido un libertino, ha sido un borracho, ha perdido su carácter, y no es sino el justo juicio de Dios sobre ese hombre que se esté muriendo de hambre, y que sea un proscrito entre los hombres. Ustedes pueden ver en los hospitales a repugnantes ejemplares de hombres y mujeres que están terriblemente enfermos; Dios no quiera que en casos tales, nosotros neguemos que hay un juicio de Dios sobre esas concupiscencias impías y licenciosas.

Y lo mismo puede decirse en muchos casos donde hay un vínculo tan claro entre el pecado y el castigo que hasta los hombres más ciegos pueden discernir que Dios ha convertido a la Miseria en la hija del Pecado. Pero en casos de accidente, tal como ese al que me refiero, y en casos de muerte repentina e instantánea, repito, yo presento mi más sincera protesta contra la idea insensata y ridícula que quienes perecen así, son mayores pecadores que todos los pecadores que sobreviven sin sufrir ningún daño.

Simplemente permítanme razonar este asunto con el pueblo cristiano; pues hay algunos cristianos sin mayor iluminación que se sentirán horrorizados por lo que he dicho. Y quienes tienden a ser perversos pueden soñar inclusive que yo estoy haciendo una apología para el quebrantamiento del día de adoración. Pero yo no hago tal cosa. Yo no disminuyo la gravedad del pecado; yo sólo testifico y declaro que los accidentes no deben ser vistos como castigos por el pecado, pues el castigo no pertenece a este mundo, sino al mundo venidero. A todos

aquellos que se apresuran a considerar cada calamidad como un juicio, yo les quiero hablar con la esperanza sincera de corregirlos.

Entonces, permítanme comenzar preguntando, amados hermanos míos, ¿acaso no ven que *lo que dicen no es cierto*? Y esa es la mejor de las razones del por qué no deben decirlo. ¿Acaso su propia experiencia y observación, no les enseña que un evento le ocurre tanto al justo como al malvado? Es cierto que el hombre malvado a veces cae muerto en la calle; ¿pero acaso el ministro no ha caído también muerto en el púlpito? Es cierto que un yate de placer, en el que los hombres buscaban su propia felicidad un día domingo, se ha hundido precipitadamente; ¿pero acaso no es igualmente cierto que un barco que llevaba únicamente hombres piadosos, cuyo destino era una gira para predicar el Evangelio, se ha hundido también?

La providencia visible de Dios no tiene respeto a las personas; y una tormenta se puede abatir sobre el barco misionero "John Williams," de la misma manera que se puede abatir sobre otro yate lleno de pecadores desenfrenados. ¡Qué! ¿Acaso no perciben que la providencia de Dios ha sido de hecho, en sus tratos externos, más dura con los buenos que con los malos? Pues ¿no dijo Pablo, al contemplar las miserias de los justos en su día: "Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres."

El camino de justicia a menudo ha conducido a los hombres al potro de tormento, a prisión, al patíbulo y a la hoguera; mientras que el camino del pecado a menudo los ha llevado al imperio, al dominio y a la alta estima de sus compañeros. No es cierto que en este mundo Dios castigue a los hombres por su pecado, y los premie por sus buenas obras. Pues, ¿acaso no dijo David: "Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde?" Y ¿no dejaba esto perplejo al Salmista durante un tiempo, hasta que fue al santuario de Dios, y entonces entendió el fin de ellos?

Aunque tu fe te asegura que el resultado final de la providencia obrará únicamente el bien para el pueblo de Dios, sin embargo tu vida, aunque sea solamente una breve parte del drama divino de la historia, debe haberte enseñado que la providencia no discrimina externamente entre el justo y el impío; que el justo perece inesperadamente al igual que el impío; que la peste no conoce diferencias entre el pecador y el santo; y que la espada de la guerra es despiadada con los hijos de Dios de la misma manera que lo es con los hijos de Belial.

Cuando Dios envía el flagelo, éste mata inesperadamente al inocente de la misma manera que al perverso y al insolente. Ahora, hermanos míos, si la idea de ustedes de una providencia que castiga y que premia no es cierta, ¿por qué hablan como si lo fuera? Y ¿por qué, si no es correcta como regla general, suponen ustedes que sea verdad en esta instancia particular? Sáquense esa idea de la cabeza, pues el Evangelio de Dios nunca requiere que ustedes crean algo que no es cierto.

Pero, en segundo lugar, hay otra razón. La idea de que, siempre que ocurre un accidente, debemos considerarlo como un juicio de Dios, *haría que la providencia fuera, en vez de un abismo grande, un charco muy superficial*. Pues cualquier niño puede entender la providencia de Dios, si es cierto que cuando hay un accidente de ferrocarril es porque la gente viaja en un día domingo. Yo puedo elegir a cualquier niñito de la clase más elemental de la escuela dominical, y me dirá: "Sí, yo veo eso." Pero entonces, si la providencia es una cosa así, si es una providencia que

puede ser entendida, evidentemente no es la idea de providencia de la Escritura, pues en la Escritura se nos enseña siempre que la providencia de Dios es "un abismo grande;" y aun Ezequiel, que tenía el ala del querubín y podía volar muy alto, cuando vio las ruedas que eran el gran cuadro de la providencia de Dios, solo podía decir que los aros de las ruedas eran tan altos que eran espantosos, y llenos de ojos, de tal forma que se les gritaba, "¡Rueda!"

Lo repito para que quede muy claro, si en todos los casos una calamidad fuera el resultado de algún pecado, entonces la providencia sería algo tan simple como que dos más dos son cuatro; sería una de las primeras lecciones que un niñito podría aprender. Pero la Escritura nos enseña que la providencia es un abismo grande en el que el intelecto humano puede nadar y bucear, pero no puede encontrar ni el fondo ni la orilla; y si tú o yo pretendemos que podemos encontrar las razones de la providencia, y torcer las dispensaciones de Dios con nuestros dedos, sólo demostramos nuestra insensatez, pero no estamos evidenciando que hemos comenzado a entender los caminos de Dios.

Pues, miren, señores; supongan por un momento que se está llevando a cabo una grandiosa representación de una obra teatral, y que ustedes se entrometen en la obra y ven a un actor en el escenario por un instante y dicen: "Sí, yo entiendo la obra," ¡qué tontos serían! ¿Acaso no saben que las grandes transacciones de la providencia comenzaron hace cerca de seis mil años? Y ustedes vinieron a este mundo hace treinta o cuarenta años, y han visto a un actor en escena, y ustedes dicen que ya entienden la obra. ¡Bah! No la entienden; apenas han comenzado a conocer. Únicamente Él conoce el fin desde el principio, únicamente Él entiende cuáles son los grandes resultados, y cuál es la grandiosa razón por la que el mundo fue hecho, y por la que Él permite que ocurra tanto el bien como el mal. No piensen que ustedes conocen los caminos de Dios; equivale a degradar la providencia, y bajar a Dios al nivel de los hombres, cuando pretenden que pueden entender estas calamidades y descubrir los designios secretos de la sabiduría.

Pero, a continuación, ¿no perciben que una idea así *alentaría el fariseísmo?* Estas personas que murieron aplastadas, o calcinadas, o destruidas bajo las ruedas de los vagones del ferrocarril, eran peores pecadores que nosotros. Muy bien, entonces nosotros debemos ser unas personas excelentes; ¡qué excelentes ejemplos de virtud! Nosotros no hacemos las cosas que ellos hacen, y por tanto Dios nos facilita todas las cosas. En la medida en que hemos viajado, algunos de nosotros cada día de la semana, y nunca hemos sido hechos pedazos, sobre esta suposición podemos catalogarnos como favoritos de la Deidad.

Y entonces, ¿no ven, hermanos, que nuestra seguridad sería un argumento para hacernos cristianos? Que hayamos viajado en un tren con seguridad sería un argumento que somos regenerados, pero yo nunca he leído en las Escrituras, "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque hemos viajado de Londres a Brighton sin ningún problema dos veces al día." Nunca he encontrado ningún versículo que se parezca a esto; y sin embargo si fuera cierto que los peores pecadores sufren los accidentes, se derivaría como un opuesto natural a esa proposición, que quienes no sufren accidentes deben ser personas muy buenas, y qué nociones farisaicas engendramos y nutrimos de esta manera.

Pero yo no puedo tolerar esta insensatez ni por un instante. Cuando contemplo por un momento los pobres cuerpos mutilados de quienes han sido sacrificados tan inesperadamente, mis ojos se llenan de lágrimas, pero mi corazón no se vanagloria, ni mis labios acusan; lejos de mí esa expresión llena de orgullo: "Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres." No, no, no, ese no es el espíritu de Cristo, ni el espíritu del cristianismo. Aunque podemos agradecer a Dios porque somos preservados, sin embargo podemos decir: "Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos," y nosotros debemos atribuirlo a Su gracia y únicamente a Su gracia. Pero no podemos creer que había algo mejor en nosotros, porque hemos sido preservados vivos estando la muerte tan cerca. Es únicamente porque Él ha tenido misericordia, y ha sido muy paciente para con nosotros, no queriendo que perezcamos, sino que nos arrepintamos, que nos ha preservado de esta manera para que no descendamos a la tumba, y nos ha mantenido la vida preservándonos de la muerte.

Y luego, permítanme comentar que la suposición contra la cual estoy contendiendo seriamente, es *muy cruel y dura*. Pues si este fuera el caso, que todas las personas que así se encuentran con la muerte de una manera extraordinaria y terrible son mayores pecadores que los demás, ¿no sería un golpe aplastante para los afligidos sobrevivientes, y no es poco generoso de nuestra parte consentir en esa idea, a menos que seamos forzados a aceptarla como una terrible verdad, por razones que no pueden responderse?

Ahora, yo los reto a que la susurren al oído de la viuda. Vayan a su casa y díganle: "su esposo era peor pecador que el resto de los hombres, por eso murió." No poseen la suficiente brutalidad para eso. Un pequeño niño inconsciente, que nunca había pecado, aunque, sin duda, un heredero de la caída de Adán, es encontrado aplastado en medio de los escombros del accidente. Ahora piensen por un momento, cuál sería la infame consecuencia de la suposición, que quienes perecieron eran peores que los otros. Tendrían que suponer que este niño inconsciente era peor pecador que muchos que habitan en las guardas de la infamia y cuyas vidas son todavía respetadas. ¿Acaso no perciben que la cosa es radicalmente falsa? Y tal vez yo podría mostrarles mejor la injusticia de eso, recordándoles que un día podría sucederles a ustedes.

Supongamos que les toque encontrarse con una muerte inesperada de ese tipo, ¿están anuentes a que se les adjudique la condenación sobre esa base? Un incidente así puede ocurrir en la casa de Dios. Permitanme recordar lo que ocurrió una vez que estábamos congregados; puedo afirmar con un corazón puro, que no nos reunimos con ningún otro objetivo sino el de servir a Dios, y este ministro no tenía ninguna meta al ir a ese lugar, excepto el de congregar a muchos que de otra manera no habrían tenido la oportunidad de escuchar su voz. Y sin embargo hubo funerales como resultado de un esfuerzo santo (pues todavía declaramos que fue un esfuerzo santo, y la bendición de Dios lo ha demostrado). Hubo muertes y muertes entre el pueblo de Dios; estaba a punto de decir que estoy contento que fue en el pueblo de Dios más que en los otros. Un terror tremendo se apoderó de la congregación, y la gente huyó, y no ven que si los accidentes deben ser considerados como juicios, entonces es una conclusión sana que nosotros estábamos pecando al estar allí. Esa es una insinuación que nuestras conciencias repudian categóricamente.

Sin embargo, si esa lógica fuera verdadera, es tan cierta contra nosotros como lo es contra otros, y en la medida que ustedes repelerían con indignación la acusación que algunos fueron heridos o golpeados debido al pecado, estando allí para adorar a Dios, lo que repelen para ustedes lo repelen para otros, y no quieren ser parte de la acusación que es presentada en contra de quienes han sido destruidos durante las últimas dos semanas, que perecieron por causa de cualquier gran pecado.

Aquí anticipo el clamor de personas prudentes y celosas que tiemblan por el arca de Dios, y la quieren tocar con la mano de Uza. "Bien," dirá alguno, "pero nosotros no debemos hablar así, pues es una superstición muy útil, pues habrán muchas personas que ya no viajarán los domingos debido al accidente, y por lo tanto debemos decirles, que quienes perecieron, perecieron debido a que viajaron en domingo."

Hermanos, yo no diría una mentira para salvar un alma, y esto sería decir mentiras, pues no es verdad. Yo haría cualquier cosa para parar el trabajo de los domingos y el pecado, pero no fraguaría una falsedad aun para lograr eso. Esas personas podrían haber fallecido un lunes al igual que un domingo. Dios no da una inmunidad especial algún día de la semana, y los accidentes pueden ocurrir en cualquier momento, y es solamente un fraude piadoso cuando buscamos jugar así con la superstición de los hombres por la causa de Cristo.

El sacerdote de la Iglesia Católica puede consistentemente usar un argumento así, pero un cristiano honesto, que cree que la religión de Cristo puede cuidarse a sí misma sin necesidad de decir falsedades, desdeña hacer eso. Estos hombres no perecieron porque viajaron un día domingo. Que sirva de testigo el hecho que otros perecieron un día lunes cuando andaban en misión de misericordia.

Yo no sé por qué razón o por qué motivo Dios envió el accidente. Dios no quiera que nosotros ofrezcamos nuestra propia razón cuando Dios no nos ha dado Su razón, pero no nos es permitido convertir la superstición de los hombres en un instrumento para hacer avanzar la gloria de Dios. Ustedes saben que entre los protestantes existen muchos fanatismos papales. Conozco a personas que aprueban el bautismo infantil argumentando: "Bien, no hace ningún daño, y hay muy buenas intenciones en él, y puede hacer mucho bien, y aun la confirmación puede resultar de bendición para algunas personas, y por lo tanto no hablemos en contra de eso."

A mí no me concierne si este tema hace daño o no, todo lo que me importa es si es correcto, si es Escritural, si es verdadero, y si la verdad perjudica, que es una suposición que no podemos aceptar de ninguna manera, ese perjuicio no estará a nuestra puerta. No tenemos otro deber que decir la verdad, aunque los cielos se caigan. Lo repito otra vez, que cualquier avance del Evangelio que se deba a la superstición de los hombres es un avance falso, y muy pronto se volverá en contra de las personas que usan esa arma no consagrada.

Nosotros tenemos una religión que apela al juicio del hombre y al sentido común, y cuando no podemos avanzar con eso, yo no acepto que debamos proseguir utilizando otros métodos; y, hermanos, si hay alguna persona que quiera endurecer su corazón y decir: "pues bien, yo estoy tan seguro en un día como en cualquier otro," lo que es muy cierto, yo debo responderle: "el pecado de que hagas tal uso como el que haces de una verdad debe yacer a tu puerta, no a la mía; pero si yo pudiera evitar que violes el día de descanso del cristiano, poniéndote enfrente una hipótesis

supersticiosa, no lo haría, pues me parece que aunque te logre mantener alejado de ese pecado por un poco tiempo, muy pronto te volverías demasiado inteligente para ser engañado por mí, y luego me llegarías a considerar como un sacerdote que ha jugado con tus temores en lugar de apelar a tu juicio.”

¡Oh!, ya es tiempo que sepamos que nuestro cristianismo no es una cosa débil y temblorosa, que apela a los pequeños temores supersticiosos de mentes ignorantes y tenebrosas. Es algo valiente, que ama la luz, y que no necesita de fraudes santificados para su defensa. ¡Sí, crítico! Enfoca tu linterna hacia nosotros, y que brille en nuestros propios ojos; nosotros no tenemos miedo, la verdad es poderosa y puede prevalecer, y si no puede prevalecer a la luz del día, no tenemos ningún deseo que el sol se ponga para darle una oportunidad.

Yo creo que ha brotado mucha infidelidad del muy natural deseo de algunos cristianos de aprovecharse de errores comunes. “Oh,” han dicho, “este error popular es muy bueno, mantiene a la gente en la posición correcta; vamos a perpetuar este error, pues evidentemente hace mucho bien.” Y luego, cuando el error ha sido descubierto, los infieles han dicho: “Oh, ahora vean que estos cristianos han sido descubiertos en sus estratagemas.” No tengamos ningún truco, hermanos; no les hablamos a los hombres como si fueran niños que pueden ser amedrentados por historias de fantasmas y de brujas. El hecho es que este no es el tiempo de retribución, y es peor que inútil que nosotros enseñemos que lo es.

Y ahora, por último (y ya voy a pasar a otro punto), ¿acaso no perciben que esta suposición, que no es cristiana ni Escritural, que cuando los hombres se encuentran inesperadamente con la muerte, es resultado del pecado, *roba al cristiano uno de sus argumentos más nobles para la inmortalidad del alma?* Hermanos, nosotros afirmamos diariamente, con la Escritura como nuestra garantía, que Dios es justo, y en la medida que Él es justo, debe castigar el pecado, y premiar al justo. Manifiestamente Él no lo hace en este mundo, un mismo evento les ocurre a ambos: el hombre justo es pobre al igual que el malvado, y muere repentinamente al igual que el mayor réprobo. Muy bien, entonces, la conclusión es natural y clara, que debe haber un mundo a continuación en el que estas cosas serán enderezadas.

Si hay un Dios, Él debe ser justo; y si Él es justo, Él debe castigar el pecado; y puesto que no lo hace en este mundo, debe haber otro estado en el que los hombres recibirán la debida recompensa de sus obras; y los que han sembrado para la carne, de la carne cosecharán corrupción, mientras que quienes han sembrado para el Espíritu, del Espíritu cosecharán vida eterna. Si hacen de este mundo el lugar de cosechar, le habrán quitado el aguijón al pecado.

“Oh,” dice el pecador, “si las aflicciones que el hombre soporta aquí es todo el castigo que tendrá, vamos a pecar con voracidad.” Tú respóndele, “no; este no es el mundo de castigo, sino el mundo de prueba; no es la corte de justicia, sino la tierra de misericordia; no es la prisión de terror, sino la casa de paciencia;” y les has abierto ante sus ojos las puertas del futuro; has puesto el trono del juicio ante sus ojos; les has recordado: “Venid, benditos,” y “Apartaos de mí, malditos;” así tienes un fundamento más razonable y por supuesto más Escritural, para apelar a sus conciencias y a sus corazones.

He hablado con miras a sofocar, en la medida de lo posible, la idea que está muy propagada entre los impíos, que nosotros como cristianos

sostenemos que cada calamidad es un juicio. No es así; nosotros no pensamos que aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, eran más culpables que todos los hombres que habitaban en Jerusalén.

II. Ahora pasamos a nuestro segundo punto. ¿QUÉ USO, ENTONCES, DEBEMOS HACER DE ESTA VOZ DE DIOS QUE ES OÍDA EN MEDIO DE LOS GRITOS AGUDOS Y LOS GEMIDOS DE LOS MORIBUNDOS? Dos usos; primero, *preguntas*, y segundo, *una advertencia*.

La primera *pregunta* que debemos hacernos es la siguiente: “¿Por qué no puede sucederme a mí que muy pronto e inesperadamente sea yo cortado? ¿Acaso tengo un contrato de arrendamiento de mi vida? ¿Tengo algún amparo especial que me garantice que no atravesaré inesperadamente los portales de la tumba? ¿He recibido un título de privilegio de longevidad? ¿He sido cubierto con una armadura tal que soy invulnerable a las flechas de la muerte? ¿Por qué no voy a morir?”

Y la siguiente pregunta que debe sugerir es esta: “¿Acaso no soy un gran pecador como esos que murieron? ¿No hay en mí, sí, en mí, pecados contra el Señor mi Dios? Si en pecados visibles otros me han superado, ¿acaso no son malvados los pensamientos de mi corazón? ¿Acaso la misma ley que los maldice a ellos no me maldice a mí? No he continuado en todas las cosas que están escritas en el libro de la ley para que se cumplan. Es tan imposible que yo sea salvo por mis obras como que ellos lo sean. ¿No estoy yo bajo ley, por naturaleza, como ellos lo están, y por lo mismo no estoy yo bajo maldición, como ellos lo están? Esa pregunta debe hacerse. En vez de pensar en *sus* pecados, lo cual me volvería orgulloso, debo pensar en *mis propios* pecados, lo que me volverá humilde. En lugar de especular en *su* culpa, que es asunto que no me incumbe, debo volver mis ojos hacia mi interior, y considerar *mi propia* trasgresión, por la cual debo responder personalmente ante el Dios Altísimo.”

Luego la siguiente pregunta es, “¿me he arrepentido de mi pecado? Yo no necesito estar investigando si *ellos* se han arrepentido o no: ¿me he arrepentido *yo*? Puesto que yo estoy expuesto a la misma calamidad, ¿estoy preparado para enfrentarla? ¿He sentido, por medio del poder de convencimiento del Espíritu Santo, la negrura y la depravación de mi corazón? ¿He sido guiado a confesar ante Dios que yo merezco Su ira, y que Su desagrado, si se posa en mí, será mi justo pago? ¿Odio el pecado? ¿He aprendido a aborrecerlo? ¿Me he apartado del pecado, por medio del Espíritu Santo, como de un veneno mortal y busco ahora honrar a Cristo mi Señor? ¿He sido lavado en Su sangre? ¿Reflejo Su semejanza? ¿Muestro Su carácter? ¿Busco vivir para Su alabanza? Pues si no es así, estoy en tan grave peligro como ellos lo estaban, y puedo ser cortado tan repentinamente, y luego, ¿dónde estoy? Yo no voy a preguntar ¿dónde están *ellos*? Y luego, de nuevo, en vez de estar atisbando en el futuro destino de estos infelices hombres y mujeres, ¡cuánto mejor sería preguntarnos acerca de nuestro destino y de nuestra propia situación!—

**“¿Qué soy yo? Alma mía, despierta,
Y haz un análisis imparcial.”**

¿Estoy preparado para morir? Si se abrieran ahora las puertas del infierno, ¿entraría yo allí? Si debajo de mí se abrieran ahora las fauces de la muerte, ¿estoy preparado con confianza para atravesarlas, no temiendo el mal, porque Dios está conmigo? Este es el uso correcto que podemos hacer de estos accidentes; esta es la manera más sabia de aplicar los juicios de Dios a nosotros mismos y a nuestra propia condición.

Oh señores, Dios ha hablado a cada hombre en Londres durante estas últimas dos semanas; Él me ha hablado a mí, Él les ha hablado a ustedes, hombres, mujeres y niños. La voz de Dios ha sonado desde el oscuro túnel; ha hablado desde la puesta del sol y la deslumbrante hoguera alrededor de la cual yacen los cadáveres de hombres y mujeres, y Él les ha dicho, "Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis." Esto está tan dirigido a ustedes, que yo espero que los lleve a preguntarse: "¿Estoy preparado, estoy listo? ¿Estoy dispuesto a enfrentar a mi Juez, y escuchar la sentencia pronunciada sobre mi alma?"

Cuando hayamos usado la voz de Dios para preguntarnos de esta manera, permitanme recordarles que debemos usarla también como *una advertencia*. "Todos pereceréis igualmente." "No," dirá alguien, "no igualmente. No todos seremos aplastados; muchos de nosotros moriremos en nuestras camas. No todos moriremos quemados; muchos de nosotros cerraremos tranquilamente nuestros ojos." Ay, pero el texto dice, "Todos pereceréis igualmente." Y déjenme recordarles que algunos de ustedes pueden perecer de una manera idéntica. No tienen ninguna razón para creer que ustedes no pueden ser cortados *inesperadamente*, mientras caminan por las calles. Pueden caerse muertos mientras comen; ¡cuántos no han perecido con el báculo de vida en sus manos! Estarán en su cama, y su cama súbitamente se convertirá en su tumba. Ustedes podrán ser fuertes, sanos, robustos, y ya sea por un accidente, o porque se detiene la circulación de su sangre, serán llevados rápidamente ante su Dios. ¡Oh!, ¡Que la muerte inesperada sea para ustedes gloria súbita!

Pero nos puede ocurrir a algunos de nosotros, que de la misma manera inesperada en que otros han muerto, moriremos así. Hace sólo poco tiempo, en Estados Unidos, un hermano, mientras predicaba la Palabra, entregó su cuerpo y su cargo simultáneamente. Ustedes recuerdan la muerte del doctor Beaumont, quien, mientras proclamaba el Evangelio de Cristo, cerró sus ojos al mundo. Y yo recuerdo la muerte de un ministro en este país, que acababa de pronunciar este verso—

*"Padre, yo anhelo, yo ansío ver
El lugar de Tu habitación;
Yo quiero dejar Tus atrios terrenales y huir
Hasta Tu casa, mi Dios,"*

entonces le agrado a Dios concederle el deseo de su corazón, y apareció ante el Rey en Su belleza. ¿Acaso no puede una muerte imprevista como esa sucederles a ustedes y a mí?

Pero es muy cierto que, venga la muerte de la manera que venga, hay unos cuantos aspectos en la que vendrá a nosotros justo de la misma manera como les ha venido a quienes sufrieron esos accidentes. En primer lugar, vendrá con toda *seguridad*. Ellos no hubieran podido escapar del perseguidor, no importa cuán rápido viajaran. Ellos no hubieran podido escapar de la saeta, no importa a qué lugar hubieran ido, escondiéndose de casa en casa, cuando su tiempo les llegó. Y nosotros pereceremos así.

Con la misma seguridad, tan ciertamente como la muerte ha puesto su sello sobre los cadáveres que ahora están cubiertos de tierra, con la misma certeza pondrá su sello sobre nosotros (a menos que el Señor venga antes), pues "está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio." No hay exoneración en este camino; no hay escape por ningún atajo para ningún individuo; no hay ningún

puente sobre este río; no hay ningún transbordador en el que podamos atravesar este Jordán sin mojarnos los pies.

¡A tus gélidas profundidades, oh río, cada uno de nosotros debe descender; en tu fría corriente nuestra sangre debe congelarse; y debajo de tus olas espumosas debe hundirse nuestra cabeza! Nosotros también debemos morir con certeza. "Trillado," dices tú, "y lleno de lugares comunes;" y la muerte es un lugar común, pero sólo nos ocurre una vez. Que Dios nos conceda que esa única vez que moriremos pueda estar perpetuamente en nuestras mentes, hasta que muramos diariamente, y no nos resulte un trabajo difícil morir al final.

Bien, entonces, como la muerte les llega a ellos y a nosotros con certeza, así vendrá tanto a ellos como a nosotros *poderosa e irresistiblemente*. Cuando la muerte los sorprendió, ¿qué ayuda tuvieron entonces? Una casita de cartón de un niño no hubiera podido ser aplastada más fácilmente que estos pesados vagones. ¿Qué podían hacer para ayudarse unos a otros? Ellos iban sentados unos junto a otros platicando. Se escuchó un grito, y antes de que se hubiera gritado una segunda vez, ellos fueron aplastados y destrozados. El esposo trata de rescatar de los escombros a su esposa, pero pesadas planchas de madera han cubierto su cuerpo; al fin sólo puede encontrar su pobre cabeza, y ella está muerta, y él se sienta junto a ella embargado por la tristeza, y pone su mano en su rostro, hasta que se torna frío como una piedra; y aunque ha visto a uno y a otro que han sido rescatados con los huesos rotos de en medio de la masa de escombros, él tiene que dejar el cuerpo de su esposa allí.

¡Ay! Sus hijos han quedado sin madre, y él ha perdido a la compañera de su corazón. Ellos no pudieron resistir; ellos hubieran podido hacer lo que quisieran, pero tan pronto llegó el momento, siguieron adelante, y el resultado fue la muerte o huesos rotos. Lo mismo sucederá con ustedes y conmigo; pueden sobornar al médico con los honorarios más altos, pero él no podría poner sangre fresca en sus venas; pueden pagarle grandes cantidades de oro, pero él no podría lograr que el pulso diera otro latido. ¡Muerte, irresistible conquistadora de hombres, no hay nadie que pueda prevalecer contra ti; tu palabra es ley, tu voluntad es destino! Así vendrá a nosotros como les llegó a ellos; vendrá con poder, y ninguno de nosotros podrá resistirla.

Cuando les llegó a ellos, vino *instantáneamente*, sin aceptar demoras. Así vendrá a nosotros. Podríamos tener un aviso más anticipado que ellos, pero cuando llegue la hora no habrá forma de posponerla. ¡Encoge tus pies en la cama, oh patriarca, pues debes morir y no vas a vivir! Dale el último beso a tu esposa, veterano soldado de la cruz; pon tus manos sobre la cabeza de tus hijos, y dales la bendición del moribundo, pues todas tus oraciones no pueden alargar tu vida, y todas tus lágrimas no pueden agregar ni una gota al pozo seco de tu ser.

Tú debes irte, el Señor manda por ti, y Él no soporta demoras. No, aunque tu familia esté dispuesta a sacrificar sus vidas para comprarte una hora de tregua, no puede ser. Aunque una nación sea un holocausto, un sacrificio voluntario, para darle a su soberano otra semana adicional a su reino, no se puede lograr. Aunque la congregación completa consienta voluntariamente en recorrer las oscuras bóvedas de la tumba, para salvar la vida de su pastor por otro año, no se puede alcanzar. La muerte no acepta demoras; el tiempo ha llegado, el reloj ha sonado, la arena se ha consumido, y tan ciertamente como ellos murieron cuando les llegó su

tiempo, en el campo inesperadamente, así de cierto debemos morir nosotros.

Y luego, nuevamente, recordemos que la muerte nos llegará a nosotros como les llegó a ellos, con *terrores*. No con el estallido de maderas rotas, tal vez, no con la oscuridad del túnel, no con el humo y el vapor, no con los gritos de las mujeres y los gemidos de los moribundos, pero sin embargo con terrores. Pues encontrarse con la muerte donde sea, si no estamos en Cristo, y si la vara y el cayado del pastor no nos infunden aliento, debe ser una cosa terrible y tremenda.

Sí, oh pecador, con suaves almohadas bajo tu cabeza, y el brazo tierno de tu esposa para sostenerte, y una dulce mano para limpiar tu sudor frío, en tu cuerpo encontrarás que es un trabajo terrible enfrentar al monstruo y sentir su aguijón, y entrar en sus espantosos dominios. Es un trabajo terrible en cualquier momento, bajo las mejores y más propicias circunstancias, que un hombre muera sin preparación.

Y ahora quisiera enviarlos de regreso a casa con un pensamiento que se quede grabado en su memoria; nosotros somos criaturas moribundas, no criaturas vivientes, y pronto nos habremos ido. Tal vez, estando yo de pie aquí, y hablando rudamente de estas cosas misteriosas, pronto se extenderá esta mano y cerrará mi boca que balbucea con tartamudeante esfuerzo; poder supremo, oh Rey eterno, ven cuando quieras, joh! Pero nunca vengas en una hora desperdiciada; que me encuentres en elevada meditación, cantando himnos a mi grandioso Creador; haciendo obras de misericordia a los pobres y a los necesitados; o cargando en mis brazos a los pobres y a los necesitados del rebaño; o solazando al desconsolado; o tocando el sonido de la trompeta del Evangelio a los oídos de las almas sordas que están pereciendo.

Entonces ven cuando Tú quieras; si Tú estás conmigo en vida, no temeré encontrarte en la muerte; pero, joh, que mi alma esté lista con su vestido de bodas, con su lámpara preparada y su luz encendida, lista para ver a su Señor y entrar en el gozo de su Dios!

Almas, ustedes conocen el camino de salvación; lo han escuchado a menudo, pero óiganlo de nuevo. “El que cree en el Señor Jesús, tiene vida eterna.” “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” “Cree en tu corazón y confiesa con tu boca.” Que el Espíritu Santo les dé gracia para hacer ambas cosas, y habiéndolo hecho, puedan decir—

***“Ven, muerte, con una congregación celestial,
Para llevarte mi alma.”***

Nota del traductor: David Livingstone llevó en su bolsillo una copia de este sermón, en sus viajes por todo el África. Él había escrito en el margen superior de la impresión del sermón el comentario: “Muy bueno. D. L.” A la muerte del misionero, esta misma copia le fue entregada al propio Spurgeon, quien la atesoró durante toda su vida. Hoy día se puede ver dicha copia, expuesta en una vitrina en *The Heritage Room* del Spurgeon’s College en Londres.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #408 – Volumen 7
Accidents, Not Punishments

“¡CONSUMADO ES!”

NO. 421

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
1 DE DICIEMBRE, 1861,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON.**

**“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es.
Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.”
Juan 19:30.**

Hermanos míos, yo quisiera que ustedes observaran con atención la singular claridad, el poder y la vivacidad de la mente del Salvador, en las últimas agonías de la muerte. Cuando los dolores y los gemidos acompañan la última hora, frecuentemente tienen el efecto de descomponer la mente, de tal forma que no es posible que el moribundo recoja sus pensamientos, o habiéndolos recogido, que pueda expresarlos de tal manera que otras personas los entiendan. En ningún caso podemos esperar de un hombre a punto de expirar, un notable ejercicio de la memoria, o un juicio profundo sobre temas complejos. Pero los últimos actos del Redentor estuvieron llenos de sabiduría y prudencia, aunque sus sufrimientos fueron agudísimos, más allá de toda medida. ¡Observen cuán claramente Él percibió el significado de cada tipo! ¡Cuán claramente pudo leer con Su ojo agonizante esos símbolos divinos que los ojos de los ángeles sólo podían mirar anhelantes! Él vio que los secretos que han sorprendido a los sabios y asombrado a los videntes, se cumplían todos en Su propio cuerpo.

No debemos dejar de observar el poder y el alcance de Su entendimiento acerca de la cadena que ligaba el pasado de sombras simbólicas con el presente iluminado por el sol. No debemos olvidar la brillantez de esa inteligencia que ensartaba todas las ceremonias y los sacrificios en un único hilo de pensamiento, y consideraba todas las profecías como una grandiosa revelación única, y todas las promesas como los heraldos de una persona, y que luego dijo de todo ello, “Consumado es, consumado en mí.”

¡Qué vivacidad de mente era esa que le permitió atravesar todos los siglos de profecía, penetrar la eternidad del pacto, y luego anticipar las glorias eternas! ¡Y todo esto mientras era escarnecido por multitudes de enemigos, y mientras Sus manos y Sus pies eran clavados a la cruz! Qué fuerza mental debe haber poseído el Salvador, para elevarse por encima de esos Alpes de Agonía, que tocaban las propias nubes. ¡En qué condición mental tan singular debe haberse encontrado durante el momento de Su crucifixión, para poder repasar todo el registro de la inspiración!

Ahora, podría parecer que esta observación no tiene gran valor, pero yo pienso que precisamente su valor radica en ciertas deducciones que se pueden establecer a partir de ella. A veces hemos escuchado que se dice: “¿Cómo pudo Cristo soportar, en tan corto tiempo, el sufrimiento que debería ser equivalente a los tormentos, los eternos tormentos del infierno?” Nuestra respuesta es que no somos capaces de juzgar lo que el Hijo de Dios es capaz de hacer inclusive en un momento, y mucho menos lo que podría hacer y lo que podría sufrir en toda Su vida y Su muerte.

Algunas personas que han sido rescatadas después de estar a punto de ahogarse, han afirmado con frecuencia que la mente de un hombre que se está ahogando es singularmente activa. Uno que, después de estar algún tiempo en el agua, fue al fin rescatado dolorosamente, comentó que la historia de su vida completa se agolpó en su mente mientras se estaba hundiendo, y que si alguien le hubiera preguntado cuánto tiempo había estado en el agua, habría respondido que veinte años, mientras en verdad había estado allí únicamente un momento o dos.

El extravagante relato del viaje de Mahoma montando a Alborak (1), no es una ilustración inadecuada. Él afirma que cuando el ángel vino en visión para llevarlo en su celebrado viaje a Jerusalén, atravesó todos los siete cielos y vio todas sus maravillas, y sin embargo se había ido por tan corto tiempo que aunque el ala del ángel había rozado una palangana de agua cuando se fueron, regresaron lo suficientemente pronto para evitar que el agua se derramara. El largo sueño del impostor epiléptico pudo haber ocupado realmente un segundo de tiempo nada más.

El intelecto del hombre mortal es tal que, si Dios así lo quiere, cuando se encuentra en ciertos estados, puede ponderar siglos de pensamiento de una sola vez; puede alcanzar, en un instante, lo que supondríamos que tomaría años y años para conocer o sentir. Por tanto pensamos que, por la singular claridad y la vivacidad del intelecto del Salvador en la cruz, es muy posible que en el espacio de dos o tres horas soportó en verdad, no sólo la agonía que podría haber sido contenida en siglos, sino inclusive un equivalente a lo que podría haber estado incluido en el castigo eterno.

De cualquier manera, no nos corresponde a nosotros decir que no podría ser así. Cuando la Deidad está ataviada de humanidad, la humanidad se vuelve omnipotente para sufrir; y así como los pies de Cristo fueron una vez omnipoetentes para caminar sobre los mares, así también su cuerpo entero se volvió todopoderoso para sumergirse en las grandes aguas, y para soportar una inmersión en "agonías desconocidas." Les ruego que no intentemos medir los sufrimientos de Cristo con la línea finita de nuestra propia razón ignorante, sino que debemos saber y creer que lo que Él soportó allí, fue aceptado por Dios como el equivalente de todos nuestros dolores, y por tanto no podría haber sido algo sin valor; más bien debió haber sido todo lo que Hart concibió que era, cuando dice que Él cargó con—

***"Todo lo que el Dios encarnado podía soportar,
Con la fuerza suficiente, pero toda Su fuerza requerida."***

No dudo que mi mensaje ilustrará de manera más clara la observación con la que comencé; procedamos a él de inmediato. Primero, *oigamos el texto y entendámoslo*; luego, *oigámoslo y maravillémonos de él*; y luego, en tercer lugar, *oigámoslo y proclamémoslo*.

I. OIGAMOS EL TEXTO Y ENTENDÁMOSLO.

El Hijo de Dios ha sido hecho hombre. Él ha vivido una vida de perfecta virtud y de total auto negación. Durante toda Su vida ha sido despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto. Sus enemigos han sido legión; ha tenido pocos amigos, y esos pocos Le han sido infieles. Al fin es entregado en manos de los que Le odian. Le arrestan cuando se encuentra orando; es denunciado tanto en las cortes espirituales como en las temporales. Le vistieron de púrpura para burlarse de Él y luego le desnudaron para avergonzarlo. Es colocado en Su trono para escarnecimiento y luego atado al pilar con crueldad. Es declarado inocente y sin embargo es entregado por el juez que debió haberlo protegido de Sus perseguidores. Es arras-

trado a lo largo de las calles de Jerusalén, la que había matado a los profetas, y que ahora se teñiría de rojo con la sangre del Señor de los profetas. Es conducido a la cruz; es clavado firmemente al cruel made-
ro. El sol Lo quema. Sus crueles heridas aumentan la fiebre. Dios lo desampara. “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, con-
tiene la angustia concentrada del mundo. Mientras está clavado allí en conflicto mortal con el pecado y Satanás, Su corazón está quebrantado, sus miembros dislocados. El cielo le abandona, pues el sol está velado en tinieblas. La tierra le desampara, pues “todos los discípulos, deján-
dole, huyeron.” Mira a todas partes, y no hay nadie que le ayude; lanza Su mirada alrededor, y no hay nadie que pueda compartir Su pena. Pi-
sa solo el lagar, y de Sus amigos ninguno está con Él. Él sigue, sigue adelante, determinado con firmeza a beber hasta la última gota de ese cáliz que no debe pasar de Él, si debe cumplir la voluntad de Su Padre. Finalmente clama: “Consumado es,” y entrega el espíritu. ¡Óiganlo, cris-
tianos, oigan este grito de triunfo que resuena hoy con toda la frescura y la fuerza que tuvo hace dos mil años! ¡Óiganlo desde la Palabra Sa-
grada y de los labios del Salvador, y que el Espíritu de Dios abra sus oídos para que puedan oír como los entendidos, y entender lo que oyen!

1. Entonces, ¿qué quiso decir el Salvador con la expresión: “Consu-
mado es?” Antes que nada, quiso decir que *todos los tipos, promesas, y
profecías fueron ahora plenamente cumplidos en Él*. Quienes están fami-
iliarizados con el original encontrarán que las palabras: “Consumado es,” aparecen dos veces en medio de tres versículos. En el versículo 28, encontramos esas palabras en el griego; en nuestra versión se traducen como “cumplido” (Versión King James, 1611) pero allí están: “Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba *consumado*, dijo, para que la Escritura se cumpliese: Tengo sed.” Y después dijo: “Consumado es.” Esto nos conduce a ver su significado claramente, que toda la Escritura se había cumplido ahora; que cuando dijo: “Consumado es,” el Libro entero, desde el principio hasta el fin, tanto en la ley como en los profe-
tas, todo había sido consumado en Él.

No hay una sola joya de promesa, desde esa primera esmeralda que cayó en el umbral del Edén, hasta la última piedra de zafiro de Ma-
laquías, que no haya estado incrustada en el pectoral del verdadero Su-
mo Sacerdote. Es más, no hay ningún tipo, desde la vaca alazana hasta la tórtola, desde el hisopo hasta el propio templo de Salomón, que no se haya cumplido en Él; y ni una sola profecía, ya sea que hubiera sido dada junto al río Quebar, o en las márgenes del Jordán; ningún sueño de los sabios, ya sea que lo hubieran soñado en Babilonia, o en Samaria, o en Judea, que no haya sido obrado con plenitud en Cristo Jesús.

Y, hermanos, ¡qué cosa tan maravillosa es que una multitud de pro-
mesas, y profecías, y tipos, aparentemente tan heterogéneos, se hayan cumplido todos en una persona! Supongamos que quitáramos a Cristo por un momento, y que le diera el Antiguo Testamento a cualquier sa-
bio de la tierra, diciéndole: “Toma esto; esto es un problema; vete a casa y construye en tu imaginación un carácter ideal que se ajuste con exac-
titud a todo lo que fue prefigurado aquí; recuerda, debe ser un profeta como Moisés, y también un campeón como Josué; debe ser un Aarón y un Melquisedec; debe ser tanto David como Salomón, Noé y Jonás, Ju-
dá y José. Es más, no debe ser únicamente el cordero que fue inmolado, y el chivo expiatorio que no fue inmolado, la tórtola que era sumer-
gida en sangre, y el sacerdote que sacrificaba al ave, sino que debe ser también el altar, el tabernáculo, el propiciatorio, y el pan de la proposi-
ción.”

Es más, para confundir todavía más a este sabio, le recordamos las profecías tan aparentemente contradictorias, que uno pensaría que no se podrían conciliar nunca en un solo hombre. Como estas: "Todos los reyes se postrarán delante de él; todas las naciones le servirán;" y sin embargo, es "Despreciado y desechado entre los hombres." Debe comenzar por mostrar a un hombre nacido de una madre virgen: "He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo." Debe ser un hombre sin mancha ni arruga, y sin embargo alguien en quien el Señor concentra las iniquidades de todos nosotros. Debe ser alguien glorioso, un Hijo de David, y sin embargo, debe ser una raíz de tierra seca.

Ahora, y lo digo sin ningún temor, si todos los más grandes intelectos de todas las edades se pusieran a resolver este problema, a inventar otra clave para los tipos y las profecías, no podrían hacerlo. Los veo, hombres sabios, ustedes están descifrando estos jeroglíficos; alguien sugiere una clave, y abre dos o tres de estas figuras, pero no puede proseguir, pues la siguiente figura lo desconcierta. Otro estudioso sugiere otra clave, pero resulta que falla allí donde es más necesaria, y otro, y otro, y así estos maravillosos jeroglíficos trazados antaño por Moisés en el desierto, deben quedar sin explicación, hasta que alguien pasa al frente y proclama: "La cruz de Cristo, Hijo de Dios encarnado;" entonces todo se aclara, de tal forma que uno que corre puede leer y un niño puede entender.

¡Bendito Salvador! En Ti vemos cumplido todo lo que Dios habló desde el principio por medio de los profetas; en Ti descubrimos que todo ha sido consumado con plenitud, todo aquello que Dios había establecido para nosotros en la sombría niebla del humo sacrificial. ¡Gloria sea dada a Tu nombre! "Consumado es," todo está compendiado en Ti.

2. Pero las palabras tienen un significado todavía más rico. No solamente fueron todos los tipos, y las profecías, y las promesas consumados así en Cristo, sino que *todos los sacrificios tipo de la antigua ley judía fueron abolidos y también fueron explicados*. Se terminaron, se terminaron en Él. ¿Se podrían imaginar por un minuto a los santos en el cielo, mirando inclinados lo que fue hecho en la tierra? Abel y sus amigos que habían estado sentados en las glorias de arriba desde mucho antes del diluvio; ellos observan mientras Dios enciende estrella tras estrella en el cielo. Promesa tras promesa proyecta luz sobre las densas tinieblas de la tierra. Ven llegar a Abraham y se inclinan y contemplan y se maravillan cuando miran a Dios revelando a Cristo a Abraham en la persona de Isaac. Ellos miran, al igual que lo hacen los ángeles, anhelando descifrar el misterio.

Desde los tiempos de Noé, Abraham, Isaac, y Jacob, ellos contemplan altares humeantes, señales del hecho que el hombre es culpable, y los espíritus ante el trono dicen: "Señor, ¿cuándo terminarán los sacrificios? ¿Cuándo no se derramará ya más sangre?" El ofrecimiento de sacrificios sangrientos aumenta pronto. Ahora son llevados a cabo por hombres ordenados para ese propósito. Aarón y los sumos sacerdotes, y los levitas, cada mañana y cada tarde ofrecen un cordero, mientras que grandes sacrificios son ofrecidos en ocasiones especiales. Los novillos gemen, los carneros sangran, los cuellos de las palomas son quebrados, y durante todo ese tiempo los santos están clamando: "Oh, Jehová, ¿hasta cuándo? ¿Cuándo cesará el sacrificio?"

Año tras año el sumo sacerdote atraviesa el velo y rocía con sangre el propiciatorio; el año siguiente lo ve hacer lo mismo, y el siguiente, y otra vez, y otra vez, y otra vez. David ofrece hecatombes, y Salomón sacrifica a decenas de miles; Ezequías ofrece ríos de aceite, Josías da

abundancia de la grosura de bestias engordadas, y los espíritus de los justos preguntan: “¿Cuándo será suficiente? ¿Cuándo se terminará el sacrificio? ¿Deberá haber siempre un recuerdo del pecado? ¿No vendrá pronto el último Sumo Sacerdote? ¿No harán pronto a un lado su trabajo, el orden y el linaje de Aarón, porque se ha consumado todo?” Todavía no, todavía no, espíritus de los justos, pues después de la cautividad todavía permanece el sacrificio de las víctimas.

¡Pero he aquí, Él viene! Miren más atentamente que antes: ¡Viene Quien va a poner fin al linaje de sacerdotes! ¡Miren! Allí está, vestido (pero ahora sin el efod de lino, sin las campanas que tintinean, y sin las brillantes joyas en su pectoral) sino que ataviado con un cuerpo humano, siendo Su altar la cruz, y Su cuerpo y Su alma la víctima, y siendo Él mismo el sacerdote, ¡miren!, ante Su Dios ofrece Su propia alma detrás del velo de densas tinieblas que Lo han cubierto de la mirada de los hombres. Presentando Su propia sangre, atraviesa el velo, la rocía allí, y avanzando desde el centro de las tinieblas, mira hacia abajo, a la tierra atónita, y hacia arriba, al cielo expectante, y clama: “¡Consumado es! ¡Consumado es!” Eso que ustedes esperaron durante tanto tiempo, ha sido cumplido y perfeccionado plenamente y para siempre.

3. El Salvador quiso decir, sin duda, que en ese momento *Su obediencia perfecta había sido consumada*. Era necesario, para que el hombre pudiera ser salvado, que se guardara la ley de Dios, pues ningún hombre puede ver el rostro de Dios a menos que sea perfecto en justicia. Cristo se comprometió a guardar la ley de Dios por Su pueblo, a obedecer cada uno de Sus mandamientos, y a preservar intactos cada uno de Sus estatutos. Durante todos los primeros años de Su vida, Él obedeció en privado, honrando a Su padre y a Su madre; durante los siguientes tres años, Él obedeció a Dios públicamente, gastándose y siendo gastado en Su servicio, al punto que si quisieras saber cómo sería un hombre cuya vida está plenamente conformada a la ley de Dios, puedes verlo en Cristo—

**“Mi amado Redentor y mi Señor,
Leo mi deber en Tu palabra,
Pero en Tu vida la ley se muestra
Dibujada en caracteres vivos.”**

No se necesitaba nada para completar la perfecta virtud de vida sino la obediencia perfecta en la muerte. Quien quiere servir a Dios debe estar presto, no solamente a entregar toda su alma y su fuerza mientras viva, sino que debe estar preparado a renunciar a su vida cuando sea para la gloria de Dios. Nuestro perfecto sustituto puso la última pincelada en Su obra al morir, y por tanto Él argumenta que está absuelto de cualquier deuda, pues “Consumado es.” ¡Sí, glorioso Cordero de Dios, consumado es! ¡Tú has sido tentado en todos los puntos que somos tentados nosotros; sin embargo, Tú no has pecado en ninguno de ellos!

Consumado *fue*, pues la última flecha salida de la aljaba de Satanás había sido arrojada contra Ti; la última insinuación blasfema, la última tentación perversa había extinguido su furia en Ti; el Príncipe de este mundo Te había inspeccionado de la cabeza a los pies, por dentro y por fuera, pero no encontró nada en Ti. Ahora Tu prueba ha terminado, has consumado la obra que el Padre te encomendó, y la terminaste de tal manera que el propio infierno no puede acusarte de ninguna imperfección. Y ahora, considerando Tu perfecta obediencia, Tú dices: “Consumado es,” y nosotros, Tu pueblo, creemos llenos de gozo que así es.

Hermanos y hermanas, esto es más de lo que ustedes o yo podríamos haber dicho si Adán no hubiera caído nunca. Si hubiéramos estado en el huerto del Edén hoy, nunca hubiéramos podido jactarnos de una jus-

ticia consumada, puesto que una criatura no puede consumar nunca su obediencia. Mientras una criatura viva, está obligada a obedecer, y mientras exista un agente libre en la tierra, estará en peligro de violar su voto de obediencia. Si Adán hubiera estado en el Paraíso desde el primer día hasta ahora, podría caer mañana. Abandonado a sí mismo, no hay razón por la cual ese rey de la naturaleza no hubiera perdido ya su corona.

Pero Cristo el Creador, que terminó la creación, ha perfeccionado la redención. Dios no puede pedir más. La ley ha recibido todas sus demandas; el más grande alcance de la justicia no puede reclamar la obediencia de otra hora. Consumado es; completado es; el último giro de la lanzadera (2) ha terminado, y el manto está tejido desde arriba y por completo. Entonces, regocijémonos porque el Señor quiso expresar mediante Su grito agonizante que Su justicia perfecta con la que nos cubre, fue consumada.

4. Pero además, el Salvador quiso decir *que la satisfacción que Él dio a la justicia de Dios había sido consumada*. Ahora la deuda había sido saldada hasta el último centavo. La expiación y la propiciación fueron hechas de una vez por todas y para siempre, por medio de esa única ofrenda hecha en el cuerpo de Jesús en el madero. Allí estaba la copa; el infierno estaba en ella; el Salvador la bebió: no dio un trago y luego una pausa; no dio un sorbo y luego un descanso; sino que Él la agotó hasta que no quedó ni un solo residuo correspondiente a alguien de Su pueblo. El gran látigo de diez correas de la ley fue desgastado en Su espalda; no ha quedado ningún azote para golpear a alguien por quien Jesús murió. El gran cañoneo de la justicia de Dios ha utilizado todas sus municiones; no queda nada que pueda ser lanzado contra un hijo de Dios. ¡Oh justicia, tu espada está envainada! ¡Tu trueno está silenciado, oh Ley! Ahora no queda nada de todas las aflicciones, y dolores, y agonías que debieron haber sufrido por sus pecados los pecadores elegidos, pues Cristo ha soportado todo por Sus propios amados, y "consumado es."

Hermanos, *es más de lo que pueden decir jamás los condenados en el infierno*. Si ustedes y yo hubiéramos sido obligados a satisfacer la justicia de Dios siendo enviados al infierno, nunca hubiéramos podido decir: "Consumado es." Cristo ha pagado la deuda que todos los tormentos de la eternidad no hubieran podido pagar. Almas perdidas, ustedes sufren hoy, como han sufrido por muchas edades pasadas, pero la justicia de Dios no ha sido satisfecha; Su ley no ha sido plenamente engrandecida. Y cuando el tiempo termine, y la eternidad flote para siempre, para siempre, sin haber pagado ningún saldo de la deuda, el castigo por el pecado debe recaer sobre los pecadores que no han sido perdonados. Pero Cristo ha hecho lo que todas las llamas del abismo no podrían hacer en toda la eternidad; Él ha engrandecido la ley y la ha hecho honorable, y ahora clama desde la cruz: "Consumado es."

5. Además, cuando dijo: "Consumado es," *Jesús había destruido totalmente el poder de Satanás, del pecado, y de la muerte*. El campeón se ha alistado para combatir por la redención de nuestra alma, contra todos los enemigos. Él se enfrentó al pecado. Horrible, terrible, el omnipotente Pecado lo clavó en la cruz; pero en esa acción, Cristo también clavó al Pecado en la cruz. Allí estuvieron los dos clavados juntos: el Pecado y el destructor del Pecado. El pecado destruyó a Cristo y mediante esa destrucción, Cristo destruyó al pecado.

A continuación vino el segundo enemigo, Satanás. Él asaltó a Cristo con todas sus huestes. Llamando a sus esbirros desde cada rincón y

cada cuartel del universo, dijo: “¡Despierten, levántense, o quédense caídos para siempre! ¡Aquí está nuestro gran enemigo que ha jurado herir mi cabeza; ahora hiramos Su calcañar!” Ellos lanzaron sus dardos infernales a Su corazón; derramaron sus calderos hirvientes en Su cerebro; vaciaron su veneno en Sus venas; escupieron sus insinuaciones en Su rostro; susurraron sus diabólicos miedos a Su oído. Él estuvo solo, el león de la tribu de Judá, perseguido por todos los perros del infierno. Nuestro campeón no se descorazonó, sino que usó Sus armas santas, golpeando a derecha e izquierda con todo el poder de Su humanidad apoyada por Dios.

Las huestes se le echaron encima; descarga tras descarga fue arrojada contra él. Estos no eran remedios de truenos, sino descargas del tipo que podrían sacudir las propias puertas del infierno. El conquistador avanzó con firmeza, derribando sus escuadrones, haciendo pedazos a Sus enemigos, rompiendo el arco y haciendo añicos la lanza, y quemando los carros en el fuego, mientras clamaba, “¡En el nombre de Dios voy a destruirlos!” Al fin, paso a paso, se enfrentó al campeón del infierno, y ahora nuestro David combatió a Goliat. La lucha no duró mucho; las tinieblas que se juntaron alrededor de ambos fueron muy densas; pero el que es el Hijo de Dios así como el Hijo de María, sabía cómo golpear al enemigo, y en efecto lo golpeó con furia divina, hasta que, habiéndolo despojado de su armadura, habiendo detenido sus encendidos dardos, y habiendo herido su cabeza, clamó: “Consumado es,” y envió al diablo, sangrando y aullando, a lo profundo del infierno. Podemos imaginarlo siendo perseguido por el eterno Salvador, que exclama—

**“¡Traidor!
Mi rayo te encontrará y te traspasará por completo,
Aunque te sumerjas bajo la ola más profunda del infierno,
Buscando una tumba protectora.”**

Su centella alcanzó al enemigo, e inmovilizando sus dos manos, el Salvador lo ató con grandes cadenas. Los ángeles trajeron la carroza real desde las alturas, a cuyas ruedas fue atado cautivo el diablo. ¡Arrean los corceles para que suban las colinas eternas! Los espíritus hechos perfectos salen a Su encuentro. ¡Entonen himnos al conquistador que arrastra tras de sí a la muerte y al infierno, y lleva cautiva a la cautividad! “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.” ¡Miren! Agarra al demonio y lo arroja al fondo a través de la noche sin límites, quebrantado, herido, con su poder destruido, despojado de su corona, quedando atrapado para siempre en el abismo del infierno.

Así, cuando el Salvador clamó: “Consumado es,” había derrotado al Pecado y a Satanás; igualmente había vencido a la Muerte. La muerte había venido en Su contra, como lo expresa Christmas Evans, con su dardo encendido que hundió en el Salvador, hasta el punto fijado en la cruz, y cuando intentó sacarlo de nuevo, dejó allí su agujón. ¿Qué más podía hacer? Estaba desarmado. En ese instante Cristo liberó a algunos de sus prisioneros; pues muchos de los santos se levantaron y fueron vistos por muchas personas: entonces le dijo: “Muerte, te arrebato tus llaves; debes vivir todavía un poco de tiempo más, para ser el guarda de esas camas en las que dormirán mis santos, pero dame tus llaves.” Y ¡he aquí!, el Salvador tiene hoy las llaves de la muerte que cuelgan de Su cinturón, y espera la hora que vendrá de la que nadie sabe nada, cuando la trompeta del arcángel sonará como las trompetas de plata del Jubileo, y entonces Él dirá: “Suelta mis cautivos.” En ese momento las

tumbas serán abiertas en virtud de la muerte de Cristo, y los cuerpos de los santos vivirán otra vez en una eternidad de gloria—

**“¡Consumado es!
Oigan el grito del Salvador que agoniza.”**

II. En segundo lugar, DEBEMOS OÍR Y MARAVILLARNOS.

Percibamos qué cosas poderosas fueron ejecutadas y obtenidas por estas palabras, “Consumado es.” De esta manera Él *ratificó el pacto*. Ese pacto fue firmado y sellado con anterioridad, y en todas las cosas fue bien ordenado, pero cuando Cristo dijo: “Consumado es,” entonces el pacto fue asegurado doblemente; cuando la sangre del corazón de Cristo salpicó el rollo divino, ya no se podría revertir nunca, ni ninguna de sus ordenanzas podría ser quebrantada, ni ninguna de sus estipulaciones podría fallar. Ustedes saben que el pacto era en este sentido. Dios establece por Su parte que dejaría que Cristo viera el fruto del trabajo de Su alma; que todos los que le fueron dados tendrían nuevos corazones y espíritus rectos; que serían lavados de pecado, y que entrarián en la vida por medio de Él. La parte del pacto correspondiente a Cristo era esta: “Padre, yo haré Tu voluntad; pagaré el rescate hasta la última jota y tilde; Te prestaré obediencia perfecta y Te daré completa satisfacción.” Ahora, si esta segunda parte del pacto no se hubiera cumplido nunca, la primera parte habría sido inválida, pero cuando Jesús dijo: “Consumado es,” entonces ya no quedó nada por hacer por Su parte, y ahora el pacto está todo de un solo lado. Es el “Yo haré,” de Dios, y por consiguiente “ellos harán.” “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros.” “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias.” “El día que os limpie de todas vuestras iniquidades.” “Les haré andar por sendas que no habían conocido.” “Y yo también te haré volver.”

El pacto fue ratificado ese día. Cuando Cristo dijo: “Consumado es,” *Su Padre fue honrado, y la divina justicia fue plenamente manifiesta*. Ciertamente el Padre siempre amó a Su pueblo. No piensen que Cristo murió para hacer de Dios un Padre amante. Él siempre lo amó desde antes de la fundación del mundo, pero “Consumado es,” quitó las barreras que estaban en el camino del Padre. Él quería, como un Dios de amor, y ahora Él podía, como un Dios de justicia, bendecir a los pobres pecadores. Desde ese día el Padre se agrada de recibir a los pecadores en Su pecho.

Cuando Cristo dijo: “Consumado es,” *Él mismo fue glorificado*. Entonces sobre Su cabeza descendió la gloriosa corona. Al instante el Padre le dio todos los honores que no había tenido antes. Él tenía honor como Dios, pero como hombre Él fue despreciado y desechado; ahora como Dios y hombre Cristo fue sentado para siempre en el trono de Su Padre, coronado con honor y majestad. En ese momento, también, por medio del “Consumado es,” *el Espíritu fue obtenido para nosotros*—

**“Es por el mérito de la muerte
De Quien fue colgado del madero,
Que el Espíritu es enviado para que sople
En esos huesos secos que somos nosotros.”**

Entonces el Espíritu que Cristo había prometido en otro tiempo, percibió un camino nuevo y vivo a través del cual podía venir para habitar en los corazones de los hombres, y para que los hombres pudieran subir y habitar con Él en lo alto.

Ese día también, cuando Cristo dijo: “Consumado es,” *las palabras tuvieron efecto en el cielo*. Ese día los muros de crisólito se afirmaron; entonces la luz color jaspe de la ciudad con puertas de perlas, brilló como la luz de siete días. Antes, por decirlo así, los santos habían sido

salvados a crédito. Habían entrado en el cielo, porque Dios tenía fe en Su Hijo Jesús. Si Cristo no hubiera terminado Su obra, ciertamente hubieran tenido que abandonar sus esferas luminosas, y hubieran tenido que sufrir en sus propias personas por sus pecados. Yo podría representar el cielo, si le fuera permitido a mi imaginación por un momento, como si estuviera listo a bambolearse si Cristo no hubiera terminado Su obra; sus piedras se hubieran desatado; independientemente de cuán macizos y estupendos sean sus bastiones, se habrían derribado como se estremecen las ciudades terrenales bajo los horrores de un terremoto.

Pero Cristo dijo: “Consumado es,” y el juramento, y el pacto, y la sangre, fijaron con firmeza el lugar de habitación de los redimidos, hicieron suyas sus mansiones de manera segura y eterna, y ordenaron que sus pies estuvieran firmes sobre la roca. Es más, esas palabras “Consumado es,” tuvieron efecto en la lóbregas cavernas y profundidades del INFIERNO. En ese momento Satanás golpeó furioso sus cadenas de hierro, aullando “soy derrotado por el propio hombre al que yo pensé que vencería; mis esperanzas están destrozadas; nunca vendrá a mi caza-prisión ninguno de los elegidos; en mi habitación nunca se hallará a alguien comprado con la sangre.”

Las almas perdidas se lamentaron ese día, pues dijeron: “Consumado es, y si a Cristo mismo, el sustituto, no se le permitió que se fuera libre mientras no hubiera terminado todo Su castigo, entonces nosotros nunca seremos libres.” Fue su doble tañido fúnebre, pues dijeron, “¡Ay de nosotros! La justicia, que no permitió que el Salvador escapara, nunca permitirá que tengamos libertad. Consumado es en cuanto a Él, y por tanto nunca será consumado en cuanto a nosotros.”

Ese día también la tierra tuvo un destello de luz sobre ella que no había conocido antes. En ese instante los picos de sus montañas comenzaron a brillar al levantarse el sol, y aunque sus valles todavía están cubiertos por la oscuridad, y los hombres vagan de aquí para allá, y andan a tientas al mediodía como si fuera de noche, sin embargo, ese sol se está levantando, está subiendo gradualmente sus escalones celestiales, para no ponerse más, y sus rayos pronto penetrarán las densas nieblas y las nubes, y todo ojo Lo verá, y todo corazón será alegrado por Su luz. Las palabras “Consumado es” consolidaron el cielo, sacudieron el infierno, consolaron la tierra, agradaron al Padre, glorificaron al Hijo, trajeron al Espíritu Santo, y confirmaron el pacto eterno para toda la simiente elegida.

II. Y ahora, paso a mi último punto, sobre el cual voy a hablar brevemente. “Consumado es.” **DEBEMOS PUBLICARLO.**

Hijos de Dios, ustedes que por fe recibieron a Cristo como su todo en todo, proclamen cada día de sus vidas que “Consumado es.” Vayan y diganlo a quienes se están torturando a sí mismos, pensando ofrecer satisfacción por medio de obediencia y mortificación. Aquel hindú que está allá, está a punto de arrojarse sobre los clavos. ¡Detente, pobre hombre! ¿Por qué habrías de sangrar? Pues, “Consumado es.” Aquel fakir está sosteniendo su mano erecta hasta que los clavos traspasen su carne, torturándose con ayunos y privaciones. Cesa, cesa, pobre desgraciado, deja todos esos dolores, pues “Consumado es.”

En todas partes de la tierra hay quienes piensan que la miseria del cuerpo y del alma puede ser una expiación por el pecado. Corre hacia ellos, detenlos de su locura y diles: “¿Por qué haces esto? Consumado es.” Cristo ha sufrido todos los dolores que Dios exige; toda la satisfac-

ción que demanda la ley por medio de la agonía de la carne, Cristo ya la ha sufrido. "¡Consumado es!"

Y cuando hayan hecho esto, busquen a continuación a los ignorantes cumplidores de votos de Roma. Cuando vean a los sacerdotes dando la espalda al público, ofreciendo cada día el pretendido sacrificio de la misa, y mostrando la hostia en alto (un sacrificio, dicen) "un sacrificio incruento para los vivos y los muertos," clamen, ¡detente, falso sacerdote, detente! Pues, "Consumado es." ¡Cesa, falso adorador, cesa de inclinarte, pues "Consumado es"! Dios no pide ni acepta ningún otro sacrificio que el que Cristo ofreció de una vez por todas sobre la cruz.

A continuación vayan a los insensatos en medio de sus compatriotas que se llaman a sí mismos protestantes, pero que son seguidores del Papa, después de todo, que piensan que mediante sus ofrendas y su oro, sus oraciones y sus votos, que por asistir a la iglesia o a la capilla, por sus bautismos y sus confirmaciones, se harán a sí mismos aptos para Dios; díganles: "Deténganse, 'Consumado es'; Dios no necesita esto de ustedes. Él ya ha recibido suficiente; ¿por qué quieren colgar sus harapos inmundos del lino fino de la justicia de Cristo? ¿Por qué quieren agregar su moneda falsificada al caro rescate que Cristo ha pagado a la casa del tesoro de Dios? Cesen de sus dolores, de sus obras, de sus representaciones, pues 'Consumado es'; Cristo lo ha hecho todo." Este texto basta para dispersar al Vaticano a los cuatro vientos. Coloquen esto en la base del Papado, y como un tren cargado de pólvora debajo de una roca, lo desintegrará en el aire.

Este es el trueno contra toda justicia humana. Únicamente dejen que venga como una espada de dos filos, y sus buenas obras y sus finas representaciones pronto serán arrojadas fuera. "Consumado es." ¿Por qué perfeccionar lo que ya está consumado? ¿Por qué tratar de añadir a lo que ya está completo? La Biblia está terminada, quien quiera añadirle algo verá su nombre borrado del Libro de la Vida, y se verá fuera de la ciudad santa: la expiación de Cristo está consumada, y quien quiera agregarle algo, debe esperar la misma condenación. Y cuando lo hayan proclamado así al oído de los hombres de cada nación y de cada tribu, díganlo también a todas las pobres almas desesperadas. Las encuentran de rodillas, clamando: "oh Dios, ¿qué puedo hacer para compensar mis ofensas?" Díganles: "Consumado es;" la recompensa ya fue entregada. "¡Oh Dios!" dicen, "¿cómo puedo alcanzar una justicia en la que Tú puedes aceptar a un gusano como yo?" Diles: "Consumado es;" su justicia ya está obrada; no tienen necesidad de esforzarse por añadirle algo, ya que "Consumado es."

Busca al pobre hombre desdichado y desesperado, que se ha rendido, no solamente a la muerte, sino a la condenación; aquel que dice: "no puedo escapar del pecado, no puedo ser salvado de su castigo." Dile: "El camino de la salvación está consumado de una vez por todas." Y si te encuentras algunos cristianos profesantes que se debaten en dudas y temores, diles: "Consumado es." Vamos, tenemos cientos y miles que realmente han sido convertidos, pero que no saben que "Consumado es." Nunca saben que están seguros. No saben que "Consumado es." Piensan que hoy tienen fe, pero que tal vez se pueden volver incrédulos mañana. No saben que "Consumado es." Esperan que Dios los acepte, y hacen algunas cosas, olvidando que el camino de aceptación está consumado.

Dios acepta igual a un pecador que creyó en Cristo hace sólo cinco minutos, como acepta a un santo que Lo ha conocido y amado durante ochenta años, pues no acepta a los hombres por algo que ellos hagan o

sientan, sino simple y únicamente por lo que Cristo hizo, y eso está consumado.

¡Oh, pobres corazones! Algunos de ustedes ciertamente aman al Salvador en alguna medida, pero ciegamente. Ustedes están pensando que deben hacer esto, y alcanzar aquello, y entonces pueden estar seguros que son salvos. ¡Oh! Pueden estar seguros de ello hoy: si creen en Cristo son salvos. “Pero yo siento imperfecciones.” Sí, ¿y qué? Dios no mira tus imperfecciones, sino que las cubre con la justicia de Cristo. Las ve para quitarlas, pero no para cargarlas a tu cuenta. “Ay, pero yo no puedo ser lo que quisiera ser.” Y ¿qué si no puedes serlo? Dios no te mira a ti, a lo que eres en ti mismo, sino a lo que eres en Cristo.

Ven conmigo, pobre alma, y tú y yo estaremos juntos hoy, mientras ruge la tormenta, pues no tenemos miedo. ¡Qué tremendo es el resplandor de ese rayo! ¡Cuán terrible el retumbo de ese trueno! Y sin embargo, no estamos alarmados, y ¿por qué? ¿Hay algo en nosotros que nos permita escapar? No, pero estamos bajo la cruz: esa preciosa cruz, que como algunos nobles conductores de rayos en la tormenta, toma sobre sí toda la muerte que produce el rayo, y toda la furia que viene de la tempestad. Nosotros estamos seguros. ¡Puedes rugir muy fuerte, oh tronante Ley, y puedes resplandecer terriblemente, oh justicia vengadora! Nosotros podemos ver con calmado deleite todo el tumulto de los elementos, pues nos encontramos bajo la cruz.

Vengan otra vez conmigo. El banquete real está preparado; el propio Rey se sienta a la mesa, y los ángeles son los que atienden. Entremos. Y realmente entramos, y nos sentamos y comemos y bebemos; pero, ¿cómo nos atrevemos a hacer eso? Nuestra justicia propia equivale a harapos inmundos; ¿cómo nos atrevemos a venir aquí? Oh, porque los harapos inmundos ya no son nuestros. Hemos renunciado a nuestra propia justicia, y por tanto hemos renunciado a los harapos inmundos, y hoy nos cubrimos con las vestiduras reales del Salvador, y de la cabeza a los pies estamos vestidos de blanco, sin mancha ni arruga ni cosa parecida; estamos a plena luz clara del sol: negros, pero con la gracia; despreciables en nosotros mismos, pero gloriosos en Él; condenados en Adán, pero aceptados en el Amado. Ni tenemos miedo ni nos avergonzamos de estar con los ángeles de Dios, de hablar con el glorificado; es más, ni siquiera nos alarmamos de hablar con el propio Dios y llamarlo nuestro amigo.

Y ahora, después de todo, yo publico esto a los pecadores. No sé dónde estás el día de hoy, pero confío que Dios te encuentre; tú que has sido un borracho, blasfemo, ladrón; tú que has sido un sinvergüenza de la peor calaña; tú que te has sumergido en el propio desagüe y te has revolcado en el cieno: si hoy sientes que el pecado es odioso para ti, cree en Quien ha dicho: “Consumado es.” Déjame que una mi mano con la tuya; vamos juntos, ambos, y digamos: “Aqui están dos pobres almas desnudas, buen Señor; nosotros no podemos vestirnos;” y Él nos dará un manto, pues “Consumado es.” “Pero, Señor, ¿es lo suficientemente largo para pecadores como nosotros, y lo suficientemente ancho para ofensores así?” “Sí,” responde Él, “Consumado es.” “¡Pero Señor, necesitamos un baño! ¿Hay algo que pueda quitar manchas negras tan repugnantes como las nuestras?” “Sí,” dice Él, “aquí está el baño de sangre.” “Pero, ¿no debemos agregarle nuestras lágrimas?” “No,” responde El, “no, consumado es, es suficiente.” “Y ahora, Señor, Tú nos has lavado, y nos has vestido, pero quisieramos estar completamente limpios por dentro, de tal forma que no pequemos más; Señor, ¿hay alguna manera de lograr esto?” “Sí,” dice Él, “hay un baño de agua que fluye

del costado traspasado de Cristo.” “Y, Señor, ¿hay lo suficiente para lavar mi culpabilidad así como mi culpa?” “Ay,” responde Él, “consumado es.” “Cristo Jesús nos ha sido hecho santificación y redención.”

Hijo de Dios, ¿quieres tener la justicia consumada de Cristo el día de hoy, y te regocijarás en ella más que nunca lo has hecho en el pasado? Y ¡oh!, pobre pecador, ¿quieres tener a Cristo o no? “Ah,” dice alguien, “yo lo quiero realmente, pero soy indigno.” Él no quiere ningún merecimiento. Todo lo que Él pide es que quieras, pues Tú sabes lo que Él dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sigame.” Si Él te ha dado el querer, puedes creer en la obra terminada de Cristo hoy mismo. “¡Ah!,” dices, “pero tú no te estás refiriendo a *mí*.” Claro que me refiero a ti, pues dice, “*A todos los sedientos.*” ¿Tienes sed de Cristo? ¿Quieres ser salvado por Él? “*A todos los sedientos,*” no únicamente aquella joven mujer que está por allá, no simplemente aquel caballero de cabellos canos por allí, que por largo tiempo ha despreciado al Salvador, sino también para toda la gente que está allá abajo, y ustedes que están en los dos pisos de balcones: “*A todos los sedientos: Venid a las aguas, y los que no tienen dinero, venid.*” ¡Oh, que yo pudiera “forzarlos” a venir!

Grandioso Dios, haz que el pecador quiera ser salvado, pues él quiere ser condenado, y no quiere venir a menos que Tú le cambies su voluntad! ¡Espíritu eterno, fuente de luz, y de vida, y de gracia, desciende y conduce a casa a los extranjeros! “Consumado es.” Pecador, ya no hay nada que todavía deba hacer Dios. “Consumado es;” y no hay nada que debas hacer tú. “Consumado es;” Cristo ya no necesita sangrar. “Consumado es;” no necesitas llorar. “Consumado es;” Dios el Espíritu Santo no necesita tardarse por causa de tu indignidad, y tú no necesitas esperar por causa de tu impotencia. “Consumado es;” cualquier piedra de tropiezo es rodada fuera del camino; las barras de bronce han sido rotas, las puertas de hierro se han hecho pedazos.

“Consumado es;” ¡vengan y sean bienvenidos, vengan y sean bienvenidos! La mesa está servida; los novillos engordados han sido sacrificados; los bueyes están listos. ¡Miren! ¡Aquí está el mensajero! ¡Vengan de los caminos y de los vallados; vengan de los escondrijos y de los desagües de Londres; vengan, ustedes que son los más viles de los viles; ustedes que se odian a sí mismos hoy, vengan! Jesús los llama; ¡oh!, ¿se tardarán en venir? ¡Oh! ¡Espíritu de Dios, repite la invitación, y conviértele en un llamado eficaz para muchos corazones, por nuestro Señor Jesucristo! Amén.

Nota del traductor:

- (1) Alborak: caballo alado imaginario con cara de mujer y cola de pavo real, blanco como la leche, en el que cabalgó Mahoma para ser transportado al cielo. Es una personificación del rayo.
- (2) Lanzadera: utensilio en donde va colocado el carrete de hilo, que es utilizado en los telares.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #421 – Volumen 7

“IT IS FINISHED!”

La Yo sé que mi Redentor vive

NO. 504

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 12 DE ABRIL, 1863,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí.”
Job 19:25-27.

La mano de Dios se ha recargado pesadamente sobre nosotros en esta semana. Un anciano diácono, que fue miembro de esta iglesia por más de cincuenta años, ha sido quitado de en medio de nosotros; y una hermana, la amada esposa de otro de nuestros líderes, y miembro por casi un mismo número de años, se ha quedado dormida. No ocurre con frecuencia que una iglesia sea llamada a lamentar la partida de dos miembros tan venerables; no hemos de prestar oídos sordos a esta doble admonición para que nos preparemos para venir al encuentro de nuestro Dios. Que ambos fueran preservados durante tanto tiempo, y fueran sostenidos tan misericordiosamente por tantos años, no sólo era una razón de gratitud para ellos, sino también para nosotros. Sin embargo, yo soy tan renuente a la predicación de los llamados *sermones fúnebres*, que me abstengo para que no parezca que encomio a la criatura cuando mi único propósito debe ser magnificar la gracia de Dios.

Nuestro texto merece nuestra profunda atención; difícilmente se habría escrito el prólogo de estas palabras de Job, si el asunto no hubiera sido de suma importancia a juicio del patriarca que las expresó. Escuchen el inusitado deseo de Job: “¡Quién diese que mis palabras fuesen escritas! ¡Quién diese que se escribiesen en un libro; que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre!” Tal vez apenas estaba consciente del pleno significado de las palabras que decía, pero su alma santa estaba impresionada con un sentido de alguna densa revelación oculta detrás de sus palabras; por tanto, deseaba que fueran registradas en un libro. Job ha visto cumplido su deseo: el Libro de los libros preserva las palabras de Job. Quería verlas esculpidas sobre roca, cortadas profundamente con una pluma de hierro e incrustadas con plomo; o bien, quería que fueran cinceladas sobre una lámina de metal, de acuerdo con la costumbre de los antiguos, para que el tiempo fuera incapaz de carcomer la inscripción. Job no vio cumplido su deseo en ese sentido, excepto que sus palabras han quedado registradas en muchos y muchos sepulcros: “Yo sé que mi Redentor vive.”

Algunos comentaristas opinan que Job, al hablar aquí de la roca, se refería a su propio sepulcro cavado en la roca, y que deseaba que este fuera su epitafio; anhelaba que fuera esculpido profundamente para que las edades no desgastaran la inscripción; que cuando alguien preguntara: “¿Dónde duerme Job?”, tan pronto como vieran el sepulcro del patriarca de Uz, concibieran que murió en la esperanza de la resurrección, confiando en un Redentor vivo.

No sabemos si esa frase adornaba los portales de la última morada de Job, pero, ciertamente, las palabras no habrían podido ser escogidas más adecuadamente. ¿Acaso el hombre de paciencia, espejo de resistencia, modelo de confianza, no debería llevar en memoria suya esta línea de oro, que está tan llena de toda la paciencia de la esperanza, y la esperanza de la paciencia, como podría estarlo el lenguaje de los mortales? ¿Quién de nosotros podría seleccionar una divisa más gloriosa para su último escudo de armas?

Lamento decir que unos cuantos de aquellos que han escrito sobre este pasaje no pueden ver en él a Cristo, o la resurrección, en absoluto. Albert Barnes, entre otros, expresa su intenso pesar porque no puede encontrar aquí la resurrección, y, por mi parte, siento pesar por él. Si hubiese sido el deseo de Job predecir el advenimiento de Cristo y su propia resurrección, no puedo ver qué mejores palabras podría haber usado; y si esas verdades no son enseñadas aquí, entonces el lenguaje debe haber perdido su objetivo original, y debe haber sido empleado para confundir y no para explicar, para ocultar y no para revelar. Yo pregunto: ¿qué quiere decir el patriarca, si no es que él resucitará cuando el Redentor esté en la tierra? Hermanos, ninguna mente simple dejaría de encontrar aquí lo que casi todos los creyentes han descubierto. Me siento seguro al apegarme al sentido antiguo y, esta mañana, no buscaremos ninguna nueva interpretación, sino que nos adheriremos a la interpretación común, con o sin el consentimiento de nuestros críticos.

Al discurrir sobre esas líneas, voy a hablar sobre tres cosas. Primero, *descendamos al sepulcro con el patriarca y contemplemos los estragos de la muerte*. Luego, con Job, *miremos hacia lo alto buscando consolación en el presente*. Y, en tercer lugar, y todavía en su admirable compañía, *anticipemos los futuros deleites*.

I. Entonces, primero que nada, con el patriarca de Uz, DESCENDAMOS AL SEPULCRO.

El cuerpo acaba de divorciarse del alma. Los amigos que le amaron más tiernamente han dicho: “Sepultaré mi muerto de delante de mí.” El cuerpo es cargado en el féretro y consignado a la muda tierra; luego es circundado por los terraplenes de la muerte. La muerte tiene una multitud de tropas. Si las langostas y las orugas son el ejército de Dios, los gusanos son el ejército de la muerte. Estos hambrientos guerreros co-

mienzan a atacar la ciudad del hombre. Comienzan con las obras exteriores; toman por asalto las fortificaciones externas, y derrumban las paredes. La piel, el muro de la ciudad del hombre, es totalmente quebrantada, y las torres de su gloria son cubiertas de confusión. Cuán rápidamente estropean toda belleza los crueles invasores. El rostro acumula negrura; el semblante es profanado por la corrupción. Esas mejillas que una vez fueron hermosas, rebosantes de juventud y sonrosadas de salud, se han hundido, como una pared pandeada o una cerca tambaleante; esos ojos, las ventanas de la mente, desde donde el júbilo y la aflicción atisbaban por turnos, ahora están llenos del polvo de la muerte; esos labios, las puertas del alma, los accesos de ‘Almahumana’, son arrancados y sus cerrojos, quebrantados. ¡Ay, ventanas de ágata y puertas de carbunclo!, ¿dónde están ustedes ahora? ¡Cómo he de lamentar por ti, oh tú, ciudad cautiva, pues hombres fuertes te han saqueado por completo! Tu cuello, que antes era como una torre de marfil, se ha vuelto como una columna caída; tu nariz, tan recientemente comparable a “la torre del Líbano, que mira hacia Damasco,” es como un cuchitril arruinado; y tu cabeza, que descollaba como el Carmelo, se esconde ahora como los terrones del valle. ¿Dónde está ahora la belleza? Los más hermosos no pueden distinguirse de los más deformes. La vasija tan delicadamente elaborada en la rueda del alfarero, es arrojada sobre el muladar junto a los más viles tiestos.

Ustedes han sido crueles, ustedes, guerreros de la muerte, pues aunque no blanden hachas y no sostienen martillos, han destruido la obra tallada; y aunque no hablan con la lengua, han dicho en sus corazones: “Devorémosla; ciertamente este el día que esperábamos; lo hemos hallado, lo hemos visto.” La piel ha desaparecido. Las tropas han entrado a la ciudad de ‘Almahumana’. Y ahora prosiguen su obra de devastación; los despiadados merodeadores caen sobre el propio cuerpo. Allí están esos nobles acueductos, las venas, a través de las cuales solían fluir las corrientes de la vida; ahora, en vez de ser canales de vida, se han bloqueado con la tierra y los desperdicios de la muerte, y ahora habrán de ser hechas trizas; ni una sola de sus reliquias será conservada. Observen los músculos y los tendones, como grandes calzadas que penetrando en la metrópoli, transportan la fuerza y la riqueza del hombre por todos lados; su curioso pavimento ha de ser levantado, y quienes transitan por ellas serán consumidos; cada hueso será horadado, y cada curioso arco, y cada ligamento nudoso han de ser partidos y destruidos. Hermosos tejidos, gloriosas bodegas, costosos motores, maravillosas máquinas, todo, todo será desmontado, y no quedará piedra sobre piedra. Esos nervios, que como alambres telegráficos conectaban todas las partes de la ciudad, para transportar el pensamiento y el sentimiento y la inteligencia, han sido cortados. No importa cuán artística pudiera ser la obra—y, ciertamente,

estamos hechos de manera sumamente maravillosa, al punto de que el especialista en anatomía se queda pasmado y asombrado al ver la destreza que el Dios eterno ha manifestado en la formación del cuerpo—esos despiadados gusanos hacen trizas todo, hasta que como una ciudad saqueada y despojada que ha sido entregada a días de pillaje y de fuego, todo queda reducido a un montón de ruinas: las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo. Pero estos invasores no se detienen aquí. Job dice que a continuación sus riñones se consumen (1). Solemos hablar del corazón como la grandiosa ciudadela de la vida, la custodia y la torre del homenaje donde el capitán de la guardia se sostiene firme hasta el final (2).

Los hebreos no consideran al corazón, sino a las vísceras inferiores, los riñones, como el asiento de las pasiones y del poder mental. Los gusanos no los perdonan; ellos entran en los lugares secretos del tabernáculo de la vida, y arrancan de la torre el estandarte. Habiendo muerto, el corazón no puede seguir preservándose, y cae como el resto del cuerpo: cae presa de los gusanos. ¡No queda nada, no queda absolutamente nada! La piel, el cuerpo, las partes vitales, todo, todo se ha acabado. No queda nada. En unos cuantos años, se podría levantar el césped y decir: “Aquí durmió fulano de tal, y ¿dónde se encuentra ahora?”, y podrían registrar, rastrear y cavar, pero no encontrarían ningún vestigio. La Madre Tierra ha devorado a sus propios vástagos.

Queridos amigos, ¿por qué queríamos que fuese de otra manera? ¿Por qué desearíamos preservar el cuerpo cuando el alma ya se ha ido? ¡Qué vanos intentos han hecho los hombres para lograrlo con ataúdes de plomo y envolturas de mirra e incienso! El embalsamamiento de los egipcios, esos expertos ladrones del gusano, ¿qué ha logrado? Ha servido para conservar algunos pobres y marchitos terrones de mortalidad sobre la tierra, para que sean vendidos como curiosidades, arrastrados a climas extraños, y mirados por ojos desconsiderados. No, que el polvo se vaya, y entre más pronto se disuelva, mejor. ¡Y qué importa cómo se vaya! ¡Qué importa si es devorado por las bestias, si es engullido por el mar para convertirse luego en alimento de los peces! ¡Qué importa si las plantas con sus raíces succionan las partículas! ¡Qué importa si el tejido pasa al animal, y del animal a la tierra, y de la tierra a las plantas, y de la planta otra vez al animal! ¡Qué importa si los ríos lo transportan a las olas del océano! Ha sido ordenado, que de alguna manera u otra, todo ha de ser separado: “el polvo al polvo, las cenizas a las cenizas.” Es parte del decreto que todo ha de perecer. Los gusanos o cualquier otro agente de destrucción han de destruir este cuerpo. No trates de evitar lo que Dios se ha propuesto; no lo veas como algo sombrío. Consideralo como una necesidad; mejor aún, míralo como la plataforma de un milagro, el excelso estado de la resurrección, puesto que Jesús, ciertamente, resucitará de los muertos las partículas de este cuerpo, por dispersas que estén. Nos

hemos enterado de algunos milagros, pero ¡qué milagro tan grande es la resurrección! Todos los milagros de la Escritura, sí, incluso aquellos obrados por Cristo, son pequeños comparados con este milagro. El filósofo pregunta: “¿Cómo es posible que Dios rastree cada partícula del cuerpo humano?” Dios puede hacerlo: sólo tiene que decir la palabra, y cada uno de los átomos, aunque hubiere viajado miles de leguas, aunque hubiere sido soplado como polvo a través del desierto y en seguida hubiere caído en el seno del mar, y luego hubiere descendido a sus profundidades para ser arrojado a una playa desolada, engullido por las plantas, tragado por las bestias, o pasado al tejido de algún otro hombre; este átomo individual, afirmo, encontrará a sus compañeros, y todo el conjunto de partículas, al sonar la trompeta del arcángel, viajará al lugar designado, y el cuerpo, el mismo cuerpo que fue depositado en la tierra, resucitará de nuevo.

Me temo que mi presentación ha carecido de interés al entretenarme en la exposición de las palabras de Job, pero pienso firmemente que la médula de la fe de Job radica en esto: que tenía una visión clara de que los gusanos destruirían su cuerpo después de hacerlo con la piel, y de que, sin embargo, en su carne vería a Dios. Ustedes saben que si pudiéramos preservar los cuerpos de los que han partido, lo consideraríamos como un pequeño milagro. Si mediante algún proceso, utilizando especias y gomas, pudiéramos preservar las partículas, para que el Señor reviviera esos huesos secos, y reviviera la piel y la carne, sería ciertamente un milagro, pero no sería un portento tan clara y palpablemente grande, como cuando los gusanos han destruido el cuerpo. Cuando el tejido es absolutamente disuelto, y la habitación es desmantelada, molida en pedazos, y arrojada en puñados al viento, de tal forma que no queda ninguna traza, entonces se verá el poder de la Omnipotencia cuando al fin Cristo esté sobre la tierra, y toda esa estructura sea ensamblada nuevamente, cada hueso con su hueso.

Esta es la doctrina de la resurrección, y bienaventurado es el hombre que no se tropieza con ninguna dificultad aquí, y lo ve como algo que es una imposibilidad para el hombre pero una posibilidad para Dios, y se aferra a la omnipotencia del Altísimo y dice: “¡Tú lo dices, y será hecho!” Yo no podría comprender todo de Ti; me asombro ante Tu propósito de levantar mis huesos desmoronados; pero yo sé que Tú realizas grandes portentos, y no me sorprende que concluyas el grandioso drama de Tus obras de creación aquí en la tierra, recreando el cuerpo humano mediante el mismo poder por el cual resucitaste de los muertos el cuerpo de Tu Hijo Jesucristo, y mediante esa misma energía divina que ha regenerado almas humanas a propia Tu imagen.

II. Ahora, habiendo descendido de esta manera al sepulcro, y no habiendo visto nada allí sino sólo lo repugnante, MIREMOS A LO ALTO

CON EL PATRIARCA Y CONTEMPLEMOS UN SOL QUE RESPLANDECE CON UN CONSUELO PRESENTE.

“Yo sé”—dice el patriarca—“que mi Redentor vive.” La palabra “Redentor” usada aquí, en el original hebreo es “goel”: pariente (3). El deber del pariente, o ‘goel’, era este: supongan que un israelita hubiese enajenado su propiedad, como sucedió en el caso de Noemí y Rut; supongan que un patrimonio que había pertenecido a una familia, hubiese sido transferido a otra familia por causa de la pobreza: el deber del ‘goel’, el deber del redentor, era pagar el precio como el pariente más cercano, y comprar otra vez la herencia. Boaz estaba en esa relación con Rut.

Ahora, el cuerpo puede ser considerado como la herencia del alma: la pequeña finca del alma, ese pedacito de tierra donde el alma ha solido caminar y deleitarse, como un hombre camina en su jardín o mora en su casa. Ahora, eso ha sido enajenado. La muerte, como Acab, nos arrebata el viñedo a nosotros, que somos como Nabot; perdemos nuestra propiedad patrimonial; Muerte envía sus tropas para que tomen nuestro viñedo y destruyan sus vides y las arruinén. Pero nos volteamos a Muerte y le decimos: “yo sé que mi ‘Goel’ vive, y Él redimirá esta heredad; la he perdido; tú te apropiaste de ella legalmente, oh Muerte, porque mi pecado decomisó mi derecho; he perdido mi herencia por culpa de mi propia ofensa, y por causa de mi primer padre Adán; pero vive Alguien que comprará la propiedad de nuevo.”

Hermanos, Job pudo decir esto de Cristo mucho antes de que descendiera a la tierra: “yo sé que Él vive”; y ahora que ascendió a lo alto, y llevó cautiva la cautividad, podemos decir seguramente con doble énfasis: “yo sé que mi ‘Goel’, mi Pariente, vive y que pagó el precio, por lo que recobraré mi patrimonio, de tal manera que en mi carne he de ver a Dios.” Sí, manos mías, ustedes son redimidas con sangre; compradas, no con cosas corruptibles, como con plata y oro, sino con la preciosa sangre de Cristo. Sí, ustedes, pulmones jadeantes, y, tú, corazón palpitante, justedes han sido redimidos! Aquel que redime el alma para que sea Su altar, ha redimido también el cuerpo, para que sea un templo del Espíritu Santo. Ni siquiera los huesos de José pueden permanecer en la casa de servidumbre. Ningún olor de fuego de muerte puede pegarse a las ropas que sus hijos santos han vestido en el horno.

Recuerden, también, que se consideraba siempre que era un deber del ‘goel’, no simplemente redimir por precio, sino que en caso de que eso fracasara, debía redimir por medio del poder. Por esto, cuando Lot fue llevado cautivo por los cuatro reyes, Abraham juntó a sus propios jornaleros, y a los siervos de todos sus amigos, y salió contra los reyes del oriente, y rescató a Lot y a los cautivos de Sodoma. Ahora, nuestro Señor Jesucristo, que una vez hizo el papel de pariente pagando el precio por nosotros, vive, y nos redimirá en poder.

¡Oh Muerte, tú tiemblas ante Su nombre! ¡Tú conoces el poder de nuestro Pariente! ¡Tú no puedes oponerte a Su brazo! Tú lo enfrentaste una vez en un duro combate cuerpo a cuerpo, y, oh Muerte, tú, en verdad, le heriste en el calcañar. Él se sometió voluntariamente a esto, pues, de lo contrario, oh Muerte, tú no tienes poder en contra Suya. ¡Pero Él te mató, Muerte, te mató! Él te arrebató todos tus cofres, te quitó la llave de tu castillo, abrió de par en par la puerta de tu calabozo, y, ahora, tú lo sabes, Muerte, tú no tienes poder para retener mi cuerpo; tú puedes enviar a tus esclavos para que lo devoren, pero tendrás que renunciar a él, y todo el botín de tus esclavos será restaurado. Muerte insaciable, tu buche hambriento tendrá que devolver las multitudes que has devorado. El Salvador te forzará a restaurar a los cautivos a la luz del día.

Me parece ver a Jesús con los siervos de Su Padre. “Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares.” ¡Tocad trompeta! ¡Tocad trompeta! ¡Emanuel cabalga a la batalla! El supremamente Poderoso se ciñe en majestad Su espada. ¡Él viene! Él viene para arrebatar con poder las tierras de Su pueblo, de aquellos que han invadido su porción. ¡Oh, cuán gloriosa es la victoria! No habrá ningún combate. Él viene, ve y vence. El sonido de la trompeta bastará; Muerte huirá aterrorizada; y, de inmediato, de los lechos del polvo y de la muda arcilla, los justos resucitarán a las regiones de un día sempiterno.

Nos detendremos unos minutos más aquí, para mencionar que, según se nos informa, había todavía muy conspicuamente en el Antiguo Testamento un tercer deber del ‘goel’, que consistía en vengar la muerte de su amigo. Si una persona era asesinada, el ‘Goel’ era el vengador de su sangre; tomando su espada, perseguía de inmediato a la persona culpable del derramamiento de sangre.

Así que ahora, visualicémonos como siendo heridos por la Muerte. Su flecha nos acaba de traspasar el corazón, pero en el acto de expirar, nuestros labios son capaces de jactarse de venganza, y ante el rostro del monstruo clamamos: “yo sé que mi ‘Goel’ vive.” Tú puedes huir, oh Muerte, tan rápidamente como quieras, pero ninguna ciudad de refugio podría ocultarte de Él; te dará alcance; te atrapará, oh tú, monarca solitario, y vengará en ti mi sangre.

Yo quisiera tener poderes de elocuencia para desarrollar este magnífico pensamiento. Crisóstomo, o Christmas Evans podrían describir la huída del Rey del Terror, la persecución hecha por el Redentor, la captura del enemigo, y la muerte del destructor. Cristo mismo vengará en Muerte, ciertamente, todo el daño que Muerte ha perpetrado en Sus amados parientes. Consuélate, entonces, oh cristiano; tú tienes a Alguien que siempre vive, aun cuando tú mueras, que te vengará, Alguien que ha pagado el precio por ti, y Alguien cuyos fuertes brazos te han de liberar.

Prosiguiendo con nuestro texto, noten la siguiente palabra, y parecería que Job encontró consolación, no solamente en el hecho de que tenía un ‘Goel’, un Redentor, sino que su Redentor vive. Job no dice: “Yo sé que mi ‘Goel’ vivirá, sino vive,” teniendo una clara visión de la existencia eterna del Señor Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre. Y ustedes y yo, mirando hacia atrás, no decimos: “vivió, sino Él vive hoy.” En este preciso día en que lamentan y se afligen por los venerados amigos que fueron su sostén y su apoyo en años pasados, pueden ir a Cristo con confianza, porque no sólo vive, sino que Él es la fuente de la vida; y, por tanto, ustedes creen que Él puede sacar de Sí vida para aquellos seres que depositaron en la tumba. Él es originalmente el Señor y dador de vida, y se declarará especialmente que Él es la resurrección y la vida, cuando las legiones de Sus redimidos sean glorificadas con Él.

Aunque no viera una fuente de la cual pudiera brotar vida para los muertos, aun así creería todavía la promesa de Dios que dijo que los muertos vivirán; pero cuando veo la fuente provista, y sé que está llena hasta el borde y que se desborda, puedo regocijarme sin temblar. Puesto que hay Uno que puede decir: “Yo soy la resurrección y la vida,” es algo bendito ver ya el medio dispuesto delante de nosotros en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Miremos entonces en lo alto a nuestro ‘Goel’ que vive en este preciso instante.

Sin embargo, me parece que el meollo del consuelo de Job radica en esa palabrita: “Mi.” “Yo sé que MI Redentor vive.” ¡Oh, hemos de aferrarnos a Cristo! Yo sé que Él es precioso en Sus oficios. Pero, queridos amigos, tenemos que adquirir una propiedad en Él antes de que podamos gozarle realmente. ¿De qué me sirve la miel del bosque si, como los desfallecidos israelitas, no me atrevo a comerla? Es la miel que está en mi mano, la miel que está en mis labios, la que ilumina mis ojos como le sucedió a los ojos de Jonatán. ¿De qué me sirve el oro en la mina? En Perú, hay hombres que son pordioseros, y en California algunos mendigan su pan. El oro que se encuentra en mi bolsa es el que puede satisfacer mis necesidades, permitiéndome comprar el pan necesario. De igual manera, ¿de qué me sirve un pariente si no es mi pariente? Un Redentor que no me redimiera, un vengador que nunca se levantara por mi sangre, ¿de qué me serviría? Pero la fe de Job era sólida y firme en la convicción de que el Redentor era suyo.

Queridos amigos, queridos amigos, ¿podrían decir todos ustedes: “yo sé que *mi* Redentor vive”? La pregunta es sencilla y está hecha sencillamente; pero, oh, qué cosas tan solemnes penden de su respuesta a la pregunta: “¿es MI Redentor?” Les exhorto a que no descansen ni se contenten hasta que por fe puedan decir: “Sí, yo descanso en Él; yo soy Suyo y Él es mío.” Yo sé que muchísimos de ustedes, mientras ven todo lo demás que poseen como algo que no es suyo, pueden decir: “*Mi* Redentor es

mío.” Él es la única propiedad que es realmente nuestra. Nosotros pedimos prestado todo lo demás; es más, debemos regresar nuestro propio cuerpo al Grandioso Prestador. Pero a Jesús no le podemos dejar nunca, pues, incluso cuando estamos ausentes del cuerpo, estamos presentes al Señor, y yo sé que ni siquiera la muerte nos puede separar de Él, de tal forma que cuerpo y alma están con Jesús, en verdad, incluso en las horas oscuras de la muerte, en la larga noche del sepulcro, y en el estado separado de la existencia espiritual.

Amado, ¿tienes a Cristo? Es posible que te aferres a Él con una débil mano, y que consideres que es casi una presunción decir: “Él es mi Redentor”; sin embargo, recuerda que basta que tengas fe del tamaño de un grano de mostaza y esa pequeña fe te da derecho a decir, y a decir ahora: “Yo sé que mi Redentor vive.”

Hay otra palabra en esta frase consoladora que sirvió, sin duda, para darle un gusto especial al consuelo de Job. El patriarca pudo decir: “Yo SÉ”; “Yo SÉ que mi Redentor vive.” Decir: “yo lo espero, yo confío en eso,” es consolador, y hay miles de ovejas en el redil de Jesús que difficilmente pueden ir más lejos. Pero para alcanzar la médula de la consolación, *debes* decir: “yo SÉ.” Los condicionales: ‘si’, ‘pero’, y ‘tal vez’, son seguros asesinos de la paz y del consuelo. Las dudas son cosas funestas en tiempos de aflicción. ¡Aguijonean el alma como avispas! Si tengo alguna sospecha de que Cristo no es mío, entonces hay vinagre mezclado con la hiel de la muerte. Pero si sé que Jesús es mío, entonces la oscuridad no es oscura; aun la noche resplandecerá a mi alrededor. Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura. “Yo sé que mi Redentor vive”: es una lámpara que arde brillante alegrando las humedades de la bóveda sepulcral; pero una débil esperanza es como un vacilante pábilo que humea, haciendo simplemente que la oscuridad sea visible, pero nada más. No me gustaría morir con una simple esperanza mezclada con sospechas. Yo podría estar seguro con esto pero difficilmente estaría feliz; pero, oh, cuán diferente es descender al río sabiendo que todo está bien, confiado en que, aunque sea un gusano culpable, débil e indefenso, he caído en los brazos de Jesús, creyendo que Él puede guardar el depósito que le he encomendado.

Queridos amigos cristianos, yo quisiera que nunca vieran la plena seguridad de la fe como algo imposible para ustedes. No digan: “es algo demasiado elevado; no podría alcanzarlo.” He conocido a uno o dos santos de Dios que raramente han dudado de su interés. Hay muchos de nosotros que no siempre gozamos de algún éxtasis arrebatador, pero, por otro lado, generalmente mantenemos el tenor sostenido de nuestro camino, simplemente aferrándonos de Cristo, sintiendo que Su promesa es verdadera, que Sus méritos son suficientes, y que estamos seguros. La seguridad es una joya por su valor, mas no por su rareza. Es un privile-

gio común de todos los santos obtener la gracia para alcanzarla y dicha gracia es otorgada libremente por el Espíritu Santo.

Sin duda si Job, en Arabia, en aquellas oscuras edades nebulosas, cuando sólo estaba el lucero matutino y no estaba el sol, cuando veían muy poco, cuando la vida y la inmortalidad no habían sido llevadas a la luz, si Job, antes de la venida y el advenimiento de Jesús podía decir: "yo sé," ustedes y yo no deberíamos hablar menos positivamente. Dios no quiera que nuestro positivismo sea una presunción. Tratemos y veamos que nuestras señales y evidencias sean correctas, para que no nos formemos una esperanza infundada, pues nada puede ser más destructivo que decir: "Paz, paz; y no hay paz." Pero, oh, hemos de construir para la eternidad, y construir sólidamente. No hemos de quedarnos satisfechos con los meros cimientos, pues es desde los aposentos altos que obtenemos la más amplia perspectiva. Pidamos al Señor que nos ayude a poner piedra sobre piedra, hasta que seamos capaces de decir mientras le vemos: "Sí, yo sé, yo SÉ que mi Redentor vive." Esto, entonces, ha de servir hoy de consuelo presente ante el prospecto de la partida.

III. Y ahora, en el tercero y último lugar, como LA ANTICIPACIÓN DEL DELEITE FUTURO, permitanme recordarles la otra parte del texto. Job no solamente sabía que el Redentor vivía, sino que anticipó el tiempo en que '*al fin se levantará sobre el polvo*'. Sin duda Job se refería aquí a la primera venida de nuestro Salvador, al tiempo cuando Jesucristo, "el go-el," el pariente, estaría en la tierra para pagar con la sangre de Sus venas el precio del rescate, que había sido pagado, en verdad, en fianza y estipulación, antes de la fundación del mundo, en la promesa. Pero yo no puedo pensar que la visión de Job se detuviera allí; él estaba esperando el segundo advenimiento de Cristo como el período de su propia resurrección. No podemos apoyar la teoría de que Job resucitó de los muertos cuando nuestro Señor murió, aunque ciertos judíos creyentes sosténian muy firmemente esta idea en un tiempo. Estamos persuadidos de que "al fin" se refiere al advenimiento de la gloria más bien que al de la vergüenza. Nuestra esperanza es que el Señor vendrá para reinar en gloria allí donde una vez murió en agonía. La resplandeciente y santa doctrina de la segunda venida ha sido grandemente revivida en nuestras iglesias en estos últimos días, y yo espero, en consecuencia, los mejores resultados. Hay siempre un peligro de que sea pervertida y convertida en un abuso por mentes fanáticas, debido a especulaciones proféticas; pero la doctrina, en sí misma, es una de las más consoladoras y, a la vez, una de las más prácticas, tendiente a mantener despierto al cristiano, debido a que el esposo viene a la hora menos pensada.

Amados, nosotros creemos que el mismo Jesús que ascendió del monte del Olivar, vendrá así como ascendió al cielo. Creemos en Su venida personal y en Su reino. Creemos y esperamos que cuando tanto las

vírgenes sabias como las necias se duerman; en la noche cuando el sueño es pesado en los santos; cuando los hombres estén comiendo y bebiendo como en los días de Noé, creemos que súbitamente como el relámpago brilla en el cielo, así Cristo descenderá con voz de mando, y los muertos en Cristo resucitarán y reinarán con Él. Esperamos la venida literal, personal y real de Cristo a la tierra, como el tiempo en el que los gemidos de la creación serán silenciados para siempre, y la ansiosa expectación de las criaturas será cumplida.

Noten que Job describe a Cristo como *levantado*. Algunos intérpretes han leído el pasaje: “Él estará levantado al fin contra la tierra”; que como la tierra ha encubierto a los asesinados, como la tierra se ha convertido en el osario de los muertos, Jesús se levantará para contender y decir: “¡Tierra, estoy en contra tuya; entrega a tus muertos! ¡Ustedes, terrones del valle, cesen de ser custodios de los cuerpos de los miembros de mi pueblo! ¡Silenciosas profundidades, y ustedes, cavernas de la tierra, entreguen, de una vez por todas, a aquellos a quienes han retenido prisioneros!” Macpela devolverá su precioso tesoro, los cementerios y los camposantos liberarán a sus cautivos, y todos los lugares profundos de la tierra entregarán los cuerpos de los fieles. Bien, ya sea que eso suceda o no, la postura de Cristo, de pie sobre la tierra, es significativa. Muestra Su triunfo. Él ha triunfado sobre el pecado, que una vez, como una serpiente enroscada, había aprisionado a la tierra. En el propio lugar en que Satanás ganó su poder, Cristo ha ganado la victoria. La tierra, que fue el escenario del bien derrotado, de donde la misericordia fue prácticamente expulsada, donde la virtud murió, donde todo lo celestial y puro, como flores marchitadas por vientos pestilenciales, inclinaban sus cabezas, secas y agostadas; en esta propia tierra todo lo que es glorioso florecerá en perfección; y el propio Cristo, que una vez fue despreciado y rechazado por los hombres, el más hermoso de todos los hijos de los hombres, vendrá en medio de una muchedumbre de cortesanos, mientras reyes y príncipes le rendirán homenaje, y todas las naciones le llamarán bienaventurado. “Y al fin se levantará sobre el polvo.”

Entonces, en esa hora propicia, Job dice: “En mi carne he de ver a Dios.” Oh, bendita anticipación: “He de ver a Dios.” No dice: “he de ver a los santos”—sin duda los veremos a todos en el cielo—sino: “He de ver a Dios.” Noten que no dice: “he de ver las puertas de perla, he de ver los muros de jaspe, he de ver las coronas de oro y las arpas de armonía,” sino, “He de ver a Dios”; como si esa fuese la suma y la sustancia del cielo. “En mi carne he de ver a Dios.” Los de limpio corazón verán a Dios. Era su deleite verle, por la fe, en las ordenanzas. Se deleitaban al contemplarle en comunión y oración. Allá en el cielo tendrán una visión de otro tipo. Hemos de ver a Dios en el cielo, y hemos de ser hechos completamente a semejanza de Él; el carácter divino será sellado en nosotros; y

siendo hechos a semejanza de Él, estaremos perfectamente satisfechos y contentos. Semejanza a Dios, ¿qué más podríamos desear? Y ver a Dios, ¿podríamos desear algo mejor? Veremos a Dios, y así habrá perfecto contentamiento para el alma y una satisfacción de todas las facultades.

Algunos leen el pasaje así: "sin embargo, veré a Dios en mi carne," y por esto piensan que hay una alusión a Cristo, nuestro Señor Jesucristo, como el verbo hecho carne. Bien, si es así, o no es así, es seguro que veremos a Cristo, y Él, como el divino Redentor, será el objeto de nuestra visión eterna.

Tampoco querremos jamás gozo que esté más allá de verle simplemente a Él. No pienses, querido amigo, que esta será una estrecha esfera para la consideración de tu mente. No es sino una fuente de deleite: "veré a Dios," pero esa fuente es infinita. Su sabiduría, Su amor, Su poder, todos Sus atributos serán los objetos de tu eterna contemplación, y como Él es infinito bajo cada aspecto, no hay temor de que se agote. Sus obras, Sus propósitos, Sus dones, Su amor por ti, y Su gloria en todos Sus propósitos, y en todas Sus obras de amor, vamos, estas cosas constituirán un tema que nunca podría ser agotado. Puedes anticipar con divino deleite el tiempo cuando en tu carne verás a Dios.

Pero tengo el deber de hacerles observar cómo Job ha hecho expresamente que notemos que será en el mismo cuerpo. "*En mi carne* he de ver a Dios"; y luego dice otra vez: "Al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro." Sí, es verdad que yo, el mismo hombre que está de pie aquí, aunque he de descender a la tumba, resucitaré muy ciertamente como el mismo hombre y contemplaré a mi Dios. No parte de mí, aunque sólo el alma tendrá alguna visión de Dios, sino mi todo, mi carne, mi alma, mi cuerpo y mi espíritu contemplarán a Dios.

Queridos amigos, no entraremos al cielo como un navío sin mástil es remolcado al puerto; ninguno de nosotros llegará a la gloria sobre tablas, ni sobre las piezas rotas del barco, sino que el barco entero será flotado a salvo al fondeadero, estando a salvo tanto el cuerpo como el alma. Cristo será capaz de decir: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí," no solamente todas las personas, sino todo lo de las personas, cada individuo en su perfección. No se encontrará en el cielo un solo santo imperfecto. No habrá ningún santo sin un ojo, y mucho menos algún santo sin un cuerpo. Ningún miembro del cuerpo habrá perecido; tampoco el cuerpo habrá perdido nada de su belleza natural. Todos los santos estarán allí, y todo lo de todos ellos; las mismas personas precisamente, sólo que habrán resucitado de un estado de gracia a un estado de gloria. Habrán madurado; ya no serán más la verde hierba, sino el grano lleno en la espiga; no serán capullos sino flores; no serán bebés sino hombres.

Por favor noten, antes de concluir, cómo el patriarca lo expresa como un gozo real y personal. "Y mis ojos lo verán, y no otro." No me traerán

un reporte como lo hicieron con la Reina de Sabá, sino que veré a Salomón, el Rey, por mí mismo. Podré decir, como le dijeron los que hablaron a la mujer de Samaria: “Ya no creo solamente por tu dicho, sino que le he visto por mí mismo.” Habrá una relación personal con Dios; no por medio del Libro, que no es sino como un espejo; no a través de las ordenanzas, sino directamente, en la persona de nuestro Señor Jesucristo, seremos capaces de tener comunión con la Deidad como un hombre habla con su amigo.

“Y no otro.” Si yo fuera inconstante y pudiera ser cambiado, eso estropearía mi consuelo. O si mi cielo tuviera que ser gozado por medio de un poder legal, si los tragos de la bienaventuranza tuvieran que ser bebidos a nombre mío, ¿dónde estaría la esperanza? Oh, no; veré yo a Dios por mí mismo, y no por medio de otro. ¿No les hemos dicho cientos de veces que nada servirá, sino la religión personal, y acaso no es éste otro argumento a favor de eso, porque la resurrección y la gloria son cosas personales? “Y no otro.” Si pudieran tener padrinos que se arrepintieran por ustedes, entonces, pueden tener la certeza que tendrían padrinos que serían glorificados por ustedes. Pero debido a que no hay otro que vea a Dios por ti, entonces tú mismo has de ver y tú mismo has de encontrar un interés en el Señor Jesucristo.

Para concluir, permítanme observar cuán necios hemos sido ustedes y yo cuando hemos mirado a la muerte con estremecimientos, con dudas, con desprecios. Después de todo, ¿qué es? ¡Gusanos! ¿Tiemblan ustedes ante esas viles cosas que se arrastran? ¡Partículas esparcidas! ¿Nos alarmaremos ante ellas? Para enfrentar a los gusanos tenemos a los ángeles; y para recoger las partículas esparcidas tenemos la voz de Dios. Estoy seguro de que la tristeza de la muerte se ha esfumado por completo ahora que arde la lámpara de la resurrección. Desvestirse no es nada puesto que nos aguardan mejores ropas. Podemos anhelar la noche para desvestirnos para que podamos resucitar con Dios.

Yo estoy seguro de que mis venerables amigos aquí presentes, al aproximarse tanto como lo hacen ahora al tiempo de su partida, han de tener algunas visiones de la gloria al otro lado del río. Bunyan no estaba equivocado, mis queridos hermanos, cuando puso la tierra de Beula a la conclusión del peregrinaje. ¿Acaso no es mi texto un telescopio que te permitirá ver al otro lado del Jordán; no podría ser como manos de ángeles que te traen manojo de mirra e incienso? Puedes decir: “Yo sé que mi Redentor vive.” No puedes necesitar nada más; no estabas satisfecho con menos en tu juventud, y no estarás contento con menos ahora.

Aquellos de nosotros que somos jóvenes, somos consolados por el pensamiento de que pronto podríamos partir. Digo que somos consolados, y no alarmados por él; y casi envidiamos a aquellos cuya carrera está casi completada, porque tememos—y, sin embargo, no debemos

hablar así, pues se ha de cumplir la voluntad del Señor—estaba a punto de decir que tememos que nuestra batalla podría durar largo tiempo, y que, tal vez, nuestros pies podrían resbalar; solamente Aquel que guarda a Israel no se descuida ni duerme. Entonces, como sabemos que nuestro Redentor vive, esto será nuestro consuelo en la vida: que aunque caigamos no seremos derribados por completo; y puesto que nuestro Redentor vive, este será nuestro consuelo en la muerte: que aunque los gusanos destruyan este cuerpo, en nuestra carne veremos a Dios.

Que el Señor añada Su bendición a las débiles palabras de esta mañana, y a Él sea la gloria para siempre. Amén.

*“¡Sepulcro, guardián de nuestro polvo!
 ¡Sepulcro, tesoro de los cielos!
 Cada átomo que te ha sido confiado
 Descansa en la esperanza de resucitar.
 ¡Escucha! La trompeta del juicio llama;
 Alma, reconstruye tu casa de arcilla,
 Tus paredes son la inmortalidad,
 Y tu día es la eternidad.”*

Notas del traductor:

- (1) Job dice que a continuación sus riñones se consumen. El señor Spurgeon hace esta explicación porque en la Versión King James en inglés de la Biblia, el versículo 27 del capítulo 19 de Job dice: “*though my reins be consumed within me.*” “Aunque mis riñones sean consumidos dentro de mí.”
- (2) Torre del homenaje: la torre más importante de un castillo, en la cual prestaba juramento el gobernador de la fortaleza.
- (3) La palabra *goel*, es un término técnico del derecho israelita. Se aplica a menudo a Dios salvador de su pueblo y vengador de los oprimidos. El Judaísmo rabínico la aplicó al Mesías; de ahí sin duda la traducción de San Jerónimo: “mi Redentor.”

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #504—Volume 9
 I KNOW THAT MY REDEEMER LIVES

Creyendo con el Corazón NO. 519

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 12 DE JULIO, 1863,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

*“Porque con el corazón se cree para justicia, pero
con la boca se confiesa para salvación.”
Romanos 10:10.*

Cada una de las estrellas del cielo vuelca su rayo de luz para alentar al marinero que navega en la inmensidad líquida, pero hay líderes en medio de ese ejército rutilante—estrellas de primera magnitud—cuyas lámparas de oro están tan diestramente colgadas, y además con tan sumo cuidado despabiladas, que ofrecen al navegante extraviado señales con cuya ayuda puede timonear su barco a puerto seguro.

De la misma manera, todas las promesas de la Escritura están cargadas de consuelo. Cada una relumbra y resplandece en su ámbito con el calor y la luz del amor; pero, incluso entre ellas, hay “estrellas particularmente brillantes”; hay promesas conspicuas como Orión, brillantes como las Pléyades, indelebles como Arturo y su prole.

Hermanos, ustedes conocen esos textos salvadores de almas a los que me estoy refiriendo, que irradian consuelo y que contienen tal bendita mezcla de palabras sencillas y de consoladoras frases, que guían a multitudes de pecadores al puerto de paz en Jesucristo.

Mi texto, yo creo, pertenece a esa categoría. Por lo menos, la doctrina que enseña—la doctrina de la salvación por fe—es la propia estrella polar del Evangelio; y aquel que timonee guiándose por ella encontrará la costa celestial. No debería desagradarles en absoluto que tal verdad sea proclamada otra vez a sus oídos.

El médico que está apunto de partir al extranjero, y que sabe que allá no le será posible conseguir más provisión medicinas, lleva consigo un lote de las más valiosas medicinas de la farmacia, pero compra el mayor inventario de los remedios para las enfermedades más comunes del cuerpo; y así, hermanos míos, en nuestro ministerio estamos obligados a predicar sobre todo tipo de temas; no debemos sacar cosas *viejas* y viejas, sino cosas nuevas y viejas; sin embargo, a pesar de eso, el predicador debe hacer hincapié mayormente en esa doctrina que es la más necesaria, y la que más eficazmente sanará al alma enferma por el pecado.

Nosotros creemos que por cada persona convertida bajo cualquier otra doctrina, hay diez personas que son traídas a Cristo por la sencilla predicación de la salvación por fe. Aunque cada verdad de la Escritura es semejante a una malla de la gran red del Evangelio, la grandiosa verdad de la justificación por fe contiene en sí tantas mallas, que constituye la mayor parte de la red, y retiene dentro de su superficie grandes multitudes de peces.

Pido a Dios que nos ayude hoy a echar esta red sobre el costado propicio del barco. Mientras yo dejo caer la gran red barredera, tomen ustedes la parte que les corresponde en la pesca evangélica, y oren para que Dios atraiga a los peces hacia ella, y que Su nombre sea alabado en este día así en el cielo como en la tierra.

El texto se divide muy sencillamente en dos partes. *Fe y confesión*. Las dos partes están unidas, y, por tanto, no las separe el hombre. “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”

Comentaremos tres cosas sobre cada uno de estos tópicos. Primero, sobre *la fe*. Tenemos ante nosotros, ya sea en el propio texto o en su contexto, el *objeto de la fe*, la *naturaleza de la fe*, y su *resultado*.

I. EL OBJETO DE LA FE

El versículo precedente dice así: “Que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”; de todo esto es evidente que Jesucristo, muerto y resucitado, es el fundamento de la fe.

El *objeto de la fe* es probablemente el tema más importante de nuestra contemplación. Yo creo que hay muchas personas que piensan demasiado en su fe y demasiado poco en el objeto de la fe. Se preguntan durante fatigosos meses si tienen el tipo correcto de fe; pero sería mejor para ellas que miraran para ver si su fe descansa sobre el fundamento correcto; pues, después de todo, al tiempo que la fe es importante, el fundamento de esa fe es lo que tiene suprema importancia, y debemos mirar mayormente a eso.

Ahora, la fe salvadora del alma descansa, de acuerdo a miles de referencias de la Escritura, sobre Cristo: sobre Cristo en toda Su persona, Su obra y Sus oficios.

Fe, antes que nada, descansa en Cristo como *encarnado*. El cántico de los ángeles se convierte en el cántico del pobre espíritu abatido. Jesús, el Hijo de Dios, nació en el pesebre de Belén; Dios fue hecho carne y habitó entre nosotros. Fe cree en este gran misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne; cree que Él—por quien los cielos fueron constituidos, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho—por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo y se encarnó en el vientre de la virgen. Fe cree todo esto y deriva consuelo de ello. Pues, Fe dice: “si Dios se hizo hombre para acercarse a nuestra naturaleza, me siento atraído por este acto de amor, me da confianza para con Dios, y me pide que me acerque al Señor con resolución, en tanto que Dios viene a mí.”—

*“Hasta no ver a Dios en carne humana,
Mis pensamientos no encuentran consuelo;
La santa, justa y sagrada Trinidad
Es un terror para mi mente.
Pero si aparece el rostro de Emanuel,
Mi esperanza, mi gozo, comienzan;
Su nombre veda mi miedo esclavizado,
Su gracia quita mis pecados.”*

Fe, a continuación, ve a Cristo en Su vida. Ella percibe que Él es perfecto en obediencia, santificado enteramente para Su obra, y aunque es “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” Fe se deleita en admirarlo y adorarlo en Su completa

obediencia a la ley de Dios; y percibe con arroabamiento que en cada jota y tilde, Él ha cumplido, magnificado y engrandecido la ley. Fe, con santa resolución, clama: "esta justicia será mía; Cristo ha cumplido la ley por mí. Evidentemente Él no tenía ninguna necesidad de hacerlo por Él; pero estando en la condición de hombre para mi salvación, cumplió la ley con ese mismo fin y propósito."

Fe mira esa justicia de Cristo, y, como el apóstol, aprende a decir: "Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como perdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe."

Pero principalmente Fe mira a Cristo ofreciéndose a Sí mismo en el madero. Está al pie de la cruz, mirando ese misterioso, ese incomparable espectáculo: Dios hecho carne, sangrando, muriendo; el Hijo de Dios desfallecido por los tormentos, destrozado por las agonías y los indecibles dolores, haciéndose obediente hasta la muerte.

Fe lo observa con la expectación de la esperanza y la emoción de la gratitud, y ambas le provocan lágrimas que ruedan por sus mejillas. Oye el agonizante clamor a gran voz del que cargó con el pecado: "Consumado es," y agrega un feliz Amén, "¡Consumado es!"

Mi alma cree que hay lo suficiente en esas heridas para lavar mi pecado; lo suficiente para desviar los truenos de un Dios airado; lo suficiente en esa justicia para cubrirme de la cabeza a los pies, y ganar para mí la sonrisa de la justicia infinita. Oh bendita cruz, tú eres el único pilar de nuestra consolación; Fe construye su todo sobre la principal piedra del ángulo.

Pero, amados, Fe no ha terminado con Jesús, pues donde Él va ella le sigue con diligencia. Su ojo rastrea el cuerpo del Salvador hasta la tumba de José de Arimatea. Contempla ese cuerpo, el tercer día, animado de vida, rodando la piedra y rompiendo la mortaja encerada. "Jesús vive", dice Fe; y en tanto que Cristo fue puesto en la prisión del sepulcro como una prenda y fianza por Su pueblo, Fe sabe que no habría podido salir otra vez si Dios no hubiese estado completamente satisfecho con Su obra sustitutiva—

***"Si Jesús no hubiese pagado nunca la deuda,
Nunca habría sido puesto en libertad."***

Fe por tanto percibe que si Cristo resucitó, mi alma es justificada. Dios ha aceptado a Cristo en nombre mío, y Su resurrección lo demuestra; y yo soy acepto en el Amado porque Jesucristo ha resucitado. Si tú crees en este sentido en tu corazón, que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Transportada a lo alto sobre alas de águila, Fe no tiene miedo de seguir a su Redentor hasta el trono de Su Padre; su ojo iluminado lo contempla sentado a la diestra de Dios, lo ve intercediendo, como el gran Sumo Sacerdote delante del poderoso trono del Padre; y espera hasta que Sus enemigos sean puestos por estrado de Sus pies. Fe construye sobre Su intercesión y dominio, así también como sobre Su muerte y resurrección. Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.

Observen, mis amados hermanos, que el cimiento completo sobre el que descansa Fe es este: Cristo vivió en la carne, Cristo murió en esa carne, Cristo resucitó de los muertos, Cristo intercede en la gloria en nombre de los pecadores. Ni siquiera el grosor de un cabello del fundamento de Fe se encuentra fuera de Cristo Jesús. Fe no construye sobre su propia experiencia; no descansa en absoluto en gracias, ni arrobamientos, ni derretimientos, ni reuniones, pleitos u oraciones; su principal piedra del ángulo es Cristo Jesús.

Fe nunca construye sobre algún conocimiento que hubiese obtenido por medio de la investigación; no construye sobre ningún mérito que se imagine haber alcanzado mediante un largo y ardiente servicio. Mira por completo más allá del yo y fuera del yo. Cristo Jesús, y sólo Cristo Jesús, es el objeto de su confianza.

Pecador, ¿qué dices tú a todo esto? Es cierto que no hay nada en ti, pero no tiene que haber nada en ti. ¿Puedes confiar en Jesús? Jesús, el Hijo de Dios, se convierte en tu hermano, hueso de tu hueso, y carne de tu carne. ¿Acaso no puedes confiar en Su amor? Jesús, el Hijo de Dios, muere en la cruz. ¿Acaso no puedes confiar en esa sangre, en esa agonía, en esa muerte? ¡Mira pecador! La sangre está brotando de Su cabeza, manos y pies. Es un Ser Divino el que sufre de esta manera; no es sino Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos, el que está clavado a ese madero. ¿Acaso no puedes creer que haya suficiente mérito en agonías como estas para que ocupen el lugar de tus sufrimientos en el infierno? ¿Acaso no crees que la justicia reciba una recompensa más amplia de las heridas de Cristo de la que podría recibir jamás de todas tus heridas, aun si tú hubieses sido golpeado desde la planta de tu pie hasta la coronilla de tu cabeza, hasta llegar a ser nada sino heridas y llagas putrefactas?

Me parece que responderás: "yo creo que en el Calvario Dios recibió una mayor glorificación de Su ley que en todas las agonías de todos los condenados en el infierno, aunque sufran eternamente la infinita ira de Dios."

Pecador, yo te pregunto, ¿no puedes creer que la perfecta justicia de Cristo sea suficiente para ti? ¿Puedes ver alguna imperfección en ella? ¿Acaso no es de lino limpio y resplandeciente? ¿Acaso hay alguna mancha? ¿Acaso no está hecha de tan precioso material—la obra divina de un divino Salvador—que nada podría equipararse?

Si tú la poseyeras, pecador, ¿no crees que podrías estar delante de Dios sin tener ni una sola mancha ni arruga? Y yo te pregunto, pecador, ¿acaso no crees que si Jesús intercediera por ti, tú serías salvo? ¿Acaso podría extender Su mano y decir: "Padre, perdona a ese pecador", y, sin embargo, que Dios rehúse escuchar Su oración? Si tú le entregaras tu causa para que intercediera, ¿piensas que no sería un intercesor exitoso? Vamos, hombre, a pesar de toda la incredulidad que está albergada en tu corazón, yo espero que creas que si Jesús, que era el propio corazón de Dios, defendiera tu causa, no intercedería en vano.

Me parece que te oigo responder: "oh, sí, nosotros creemos en todo esto; nosotros creemos que esta es la base para la más plena confianza para los santos, pero, ¿podríamos nosotros descansar en ella? ¿Hemos

de entender que si confiamos en Jesucristo, porque fue un hombre, y porque vivió, y murió, y resucitó, e intercede, somos salvos?"

Alma, esto es precisamente lo que quiero que entiendas. Aunque no tengas buenos pensamientos o sentimientos, aunque hasta aquí hayas sido el más condenable de los rebeldes en contra de Dios, aunque hasta este momento tu duro e impenitente corazón haya estado enemistado con Dios y con Cristo, sin embargo, si ahora, en este mismo día, creyeras que Cristo se encarnó, que Cristo murió, que Cristo resucitó, que Cristo está intercediendo y que puede salvarte, y tú asentaras tu alma sobre ese hecho, serías salvo.

Dios, el Padre infinitamente amante, está dispuesto a recibirte tal como eres. No pide nada de ti. Oh, hijo pródigo, tú podrías regresar en tus harapos e inmundicia, a pesar de que hayas gastado tu vida con rameras; a pesar de que los cerdos hayan sido tus compañeros, y hayas deseado ardientemente llenar tu vientre con sus algarrobas; tú podrías regresar sin recibir reconvenencias, ni siquiera una palabra de enojo, porque el Unigénito de tu Padre ha ocupado tu lugar, y en ese lugar sufrió todo lo que tus múltiples pecados merecían.

Si confias ahora en Jesús, el Señor, que te amó con amor indecible, serás recibido en este mismo día en el gozo y la paz, con los brazos de un Padre alrededor de tu cuello, aceptado y amado; estarias sin tus harapos, que te serían quitados, y vestirías el mejor vestido; tendrías el anillo en tu dedo y los zapatos en tus pies, escuchando la música y el baile, porque tu alma que se había perdido, ha sido hallada, y tu corazón que estaba muerto, ha recibido vida.

Este, entonces, es el objeto de la fe: un Salvador único, que lo hace todo, para todos los que confien en Él.

II. En seguida, tenemos en el texto, la NATURALEZA DE LA FE. Esto es obvio. Se nos dice que "*con el corazón* se cree para justicia." Esto no es introducido a modo de hacer una sutil distinción. Algunas veces los ministros hacen tantas distinciones acerca de la fe, que los verdaderos buscadores se quedan muy perplejos. Estoy siendo muy cuidadoso conmigo mismo esta mañana, para no hacer lo mismo.

He leído sermones sobre la fe natural y sobre la fe espiritual, y he sido persuadido de que lo que el predicador llamaba fe natural, era tan espiritual como la que distinguía como la fe de los elegidos de Dios. Entre menos distinciones hagamos aquí, yo creo, será mejor, puesto que Jesús lo ha expresado con amplitud: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo." Allí donde Él hace pocas distinciones, y donde más bien dice abiertamente: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo", no deberíamos estar estableciendo y multiplicando puntos de diferencia teológicos.

Con todo, amados hermanos, el texto en efecto dice: "*Con el corazón* se cree." Y esto es un poco extraño, porque nosotros atribuimos generalmente el acto de fe a la mente, al entendimiento. El entendimiento cree ciertos hechos que le parecen dignos de crédito, pero nuestro texto coloca a la fe en el corazón, y la define como una obra de los afectos más que del entendimiento. Yo entiendo que es así por esta razón: primero, para expresar sencillamente que la fe—la fe salvadora—*debe ser sincera*; no debemos decir simplemente: "veo que la cosa es así", sino que debemos creerlo sinceramente.

La fe que profese un hombre no ha de ser una fe conceptual, debido a que su madre tenía la misma persuasión, o debido a que viviendo en un país cristiano sería una criatura singular si fuera reconocido como un pagano.

Nuestra fe ha de consistir en una persuasión sincera, honesta y de corazón de las verdades que profesamos creer. Si yo me dijera: "bien, no tengo duda alguna que la religión cristiana es verdadera; me atrevo a decir que lo es"; pero no sintiera y supiera en mi corazón que es verdadera, entonces mi fe no me salvaría.

Sin duda, la palabra "corazón" es puesta aquí para hacer una distinción entre la fe doctrinal y la fe que acepta a Cristo. Vamos, yo tengo el infortunio de conocer a muchas personas que han leído mucha teología; se manejan de manera excelente en todas las partes escolásticas de la teología; son ortodoxos—ay, ortodoxos hasta el tope—y luchan como leones y tigres por un simple cabello de la cabeza de un credo; y, sin embargo, no serán salvados nunca por su fe, porque su creencia es meramente una creencia de ciertas proposiciones abstractas que no afectan nunca su naturaleza, y que, para decirlo honestamente, no creen en eso después de todo. Esos dogmas que ellos aceptan como verdades no tienen relación con ellos; sus corazones no regenerados no pueden percibir el verdadero impacto de esas doctrinas en ellos, y consecuentemente las reciben como mentiras.

Si ponen una verdad fuera de su propio lugar, la vuelven ya sea maravillosamente semejante a una mentira, o, de lo contrario, realmente una mentira. Y si yo sostengo ciertas doctrinas simplemente como teniendo validez para algunas personas en particular, pero sin ninguna referencia a mí, y si las sostengo de tal manera que no tengan ningún grado de influencia en mi carácter ni toquen mi corazón, entonces las sostengo falsamente; convierto la verdad de Dios en una mentira, y mi fe no podría nunca salvar mi alma. La verdadera religión es algo más que un concepto, pues algo ha de ser conocido y sentido; y la fe es algo más que la aceptación de un sano credo: se trata de creer *con el corazón*.

Pero ahora espero no oscurecer el consejo con palabras sin conocimiento. Permitanme, si pudiera, explicar lo que es creer con el corazón.

Amados, ustedes saben muy bien que la primera obra de Dios el Espíritu Santo en el hombre, no es enseñarle doctrinas, sino hacerle sentir gran hambre y sed, un gran vacío interior; el hombre es hostigado por un desasosiego, un perpetuo desfallecimiento, un deseo vehemente y un gemir por algo que escasamente sabe de qué se trata.

Ahora, eso es porque su corazón ha sido puesto en movimiento por el Espíritu. Su corazón, como una aguja bajo la influencia del imán, no encuentra reposo porque no ha encontrado su polo; ha sido tocado misteriosamente, y no sabe cómo o por qué; pero sí sabe esto: tiene una intranquilidad en su interior, y anhela tembloroso una paz establecida y permanente. Es el corazón—ustedes lo saben—el que está así severamente turbado.

Ahora, cuando el Señor Jesucristo es expuesto a nuestro oído en Su carácter de un perfecto y completo Salvador, capaz en este preciso

instante de perdonar todo pecado, y de darnos una perfecta justicia, y de darnos en este día una salvación que es completa, y que será completa cuando el tiempo se extinga, entonces el corazón dice: "bien, eso es precisamente lo que me ha hecho falta."

De la misma manera que las flores que han estado cerradas durante toda la noche, tan pronto como se levanta el sol, abren sus cálices como si sintiesen: "¡vaya, eso es lo que estábamos necesitando! ¡Salve, glorioso sol!", así, el corazón quebrantado, anhelante, ansioso y sediento, dice: "ah, eso es lo que yo necesito; Tú, oh Cristo, eres todo lo que necesito; encuentro en Ti todo y más todavía."

Luego, ese corazón dice: "ven a mí, Jesús, ven a mí; sé mío, quiero hospedarte; si quieres venir bajo mi techo, mi pobre y humilde corazón se pondrá feliz como las puertas del cielo." El corazón extiende sus brazos a Cristo, y Cristo viene a ese corazón; y el corazón lo estrecha muy de cerca. Eso es creer con el corazón. Es la propia convicción del corazón que Jesucristo es precisamente lo que necesitaba.

Muchos de ustedes tienen una fe verdadera en Cristo, y, sin embargo, nunca han leído '*Las Evidencias*' de Paley o '*Analogía*' de Butler; aunque no les perjudicaría si lo hicieran; pero nunca estudiaron esos libros, y tal vez nunca lo hagan. Difícilmente sabrían sobre qué base la Biblia es aceptada como verdadera, y por esto, infieles astutos les dan una buena sacudida cuando los cuestionan sobre ese punto.

Pero hay algo sobre lo que nunca podrás ser sacudido: tú sientes que el Evangelio *debe* ser verdadero, porque satisface las necesidades de tu corazón. Si alguien te dijera cuando estás sediento: "el agua no es buena," tú le dirías: "dame más agua; tengo tal sed dentro de mí que me obliga a desearla."

Por un irresistible proceso que es más extraño que la lógica, tú podrías demostrar que el agua es buena porque apaga la sed. Lo mismo sucede con el pan; cuando tienes hambre, si llegaras a la mesa y un filósofo te dijera: "tú no entiendes la razón por la que el pan nutre al organismo humano; ¡no sabes absolutamente nada acerca del proceso de la digestión, ni del método de asimilación, ni cómo los huesos son nutridos por el fósforo, y por el calcio y por la sílice contenida en la harina!" Tú responderías: "no lo sé; y no estoy particularmente interesado en saberlo; pero una cosa sí sé: estoy seguro que el pan es bueno para comer si estoy hambriento, y te lo demostraré"; y coges una hogaza y comienzas a cortarla y a comer.

Lo mismo ocurre con el corazón creyente. El corazón está hambriento y por eso se alimenta de Jesús; el corazón está sediento y por eso bebe del agua viva; y así el corazón cree para justicia.

Además, hay otra explicación. ¿Acaso no es renovado el corazón del hombre, queridos amigos, cuando es llevado a percibir la dificultad de reconciliar los aparentemente discordantes atributos de Dios? ¿Acaso no recuerdas bien aquel día cuando tu corazón te dijo: "Dios es justo; y es correcto que así sea"? y tu corazón parecía dispuesto a besar la empuñadura de la filosa espada de la Justicia. Tú dijiste: "Señor, aunque se trate de mi propia condenación, yo quiero adorarte porque Tú eres santo, santo, santo." Tu corazón dijo: "Señor, yo sé que Tú eres misericordioso, pues Tú me lo has dicho; en las hermosas obras

de Tus manos, en los abundantes cultivos cargados de amarillo grano, en este reluciente brillo del sol que madura todos los frutos, veo la prueba que Tú eres un Dios bueno y lleno de gracia. Pero, Señor, no puedo entender cómo puedes ser lleno de gracia y, sin embargo, ser justo; pues si eres justo, has jurado castigar, y si eres lleno de gracia, entonces, Tú perdonarás; ¿cómo puedes realizar ambas cosas, cómo puedes castigar y a la vez perdonar? ¿Cómo puedes castigarme y a la vez recibirme con muestras de afecto?"?

Un día subiste al santuario cuando tu corazón se encontraba precisamente en ese estado: cuando estaba sumido en la incertidumbre. Tu corazón era como la ciudad de Susa: estaba perplejo; pero oíste que el predicador mostraba claramente que Cristo se convirtió en un sustituto para el hombre, y pagó—hasta la última dracma—toda esa cuantiosa deuda que el hombre tenía con Dios. Viste las heridas de Jesús, y entendiste cómo un Dios airado vio toda Su justicia satisfecha en las agonías de Su amado Hijo, y tu corazón dijo: "¡vaya!, esa es precisamente la respuesta que he estado requiriendo. Yo estaba sumido en la perplejidad, y me mortificaba a mí mismo; tenía un celo por la justicia de Dios; mi conciencia me ponía celoso de esa justicia; tenía un anhelo profundo por la misericordia de Dios, y mi corazón me hacia anhelarla profundamente. Ahora veo cómo la justicia y la paz se han dado un mutuo beso, cómo la justicia y la misericordia se han echado cada una al cuello de la otra y se han reconciliado para siempre."

Y tu corazón dice: "este es el asunto; aquí está la llave maestra que abre todas las cerraduras de las puertas de la duda; aquí está el dedo divino que corre los pasadores." Oh, el gozo y la dicha con que tu corazón se asió al Redentor crucificado, diciendo: "es suficiente; estoy satisfecho, estoy contento, mi perplejidad ha llegado a su fin." Así que ustedes pueden ver que no es difícil entender cómo la fe puede ser una fe del corazón.

Pero quiero que adicionalmente noten que creer con el corazón implica un amor al plan de salvación. Voy a suponer que uno de ustedes el día de hoy, turbado por pensamientos de pecado, regresa a casa, y entra en su aposento y se sienta y reflexiona sobre el grandioso plan de salvación. Ve a Dios escogiendo a Su pueblo desde antes de la fundación del mundo, y escogiéndolo aun a sabiendas que estarian perdidos en la caída de Adán. Ven al Hijo conviniendo en una relación de pacto a favor de ellos, y comprometiéndose a ser su fianza para redimirlos de la ira. Ve a Jesús en la plenitud del tiempo presentándose como esa fianza, y cumpliendo todos Sus compromisos. Ve al Espíritu de Dios obrando para enseñar al hombre su necesidad, e influenciándolo para que acepte el plan de salvación. Ve al pecador lavado y limpiado; observa a ese pecador guardado, y preservado, y santificado, y perfeccionado, y al fin, llevado a casa a la gloria. Mientras reflexiona sobre esta obra del Señor, se dice a sí mismo: "bien, no sé si tenga algún interés en ello; pero, ¡cuán bendito es ese plan! ¡Cuán sublime! ¡Cuán condescendiente! ¡Cuán admirablemente apropiado para las necesidades del hombre! ¡Y cuán excelentemente adaptado para mostrar y glorificar cada atributo de Dios!" Mientras piensa en ello, brota una lágrima de su ojo, y algo le susurra: "vamos,

un plan como ese ha de ser verdad.” Entonces, esta dulce promesa recorre fulgurante su mente: “El que creyere en él, no será avergonzado”; y su corazón dice: “entonces, creeré en Él; ese plan es digno de ser creído por mí; ese sistema, tan magníficiente en su liberalidad, es digno de mi aceptación amorosa.” Cae de rodillas, y dice: “Señor, he visto la hermosura de Tu grandiosa obra de gracia, y mi alma se ha enamorado de ella. No tengo ninguna desavenencia con ella; me someto a ella; permíteme participar de ella. Jesús, permite que la virtud de Tu preciosa sangre fluya sobre mí; concédeme que el poder del agua que limpia, que fluyó con la sangre, venga y mate el poder del pecado en mi interior. ‘Señor, creo; ayúda mi incredulidad.’”

Eso es creer con el corazón; es creer porque el corazón es inducido a ver que esto tiene que ser verdad; y, por tanto, por un proceso de lógica que es más sutil y más poderosa en su mágica influencia que la lógica del cerebro, el alma, la mente entera, y todos los poderes del hombre son forzados, benditamente forzados, a rendirle obediencia.

Lo que es cierto de nosotros, queridos amigos, cuando comenzamos nuestra carrera espiritual, es cierto a lo largo de toda nuestra vida. La fe que salva al alma es siempre la fe del corazón, tanto en el cristiano desarrollado como en el bebé recién nacido. Permítanme apelar a algunos de ustedes que han estado por años en Cristo. Mis queridos hermanos, ¿cuál es hoy su testimonio en cuanto a la verdad que es en Jesús? ¿Cree su corazón en ella?

Me parece ver a un hombre de cabellos grises que se levanta y apoyándose en su báculo, dice: “en mis días de juventud entregué mi corazón a Cristo, y tuve una paz y un gozo tales como no había conocido nunca, aunque había probado las pompas y vanidades, los placeres y las seducciones del pecado. Mi corazón puede dar testimonio de la paz y de la felicidad que he encontrado en los caminos de la religión. Desde entonces, esta frente se ha visto surcada por muchas preocupaciones, y como pueden ver, esta cabeza se ha visto emblanquecida por muchas nieves invernales, pero el Señor ha sido el sostén y la confianza de mi corazón. He descansado en Cristo, y nunca me ha fallado. Cuando me ha sobrevenido algún problema, nunca he sido doblegado por él, sino más bien he sido capaz de enfrentarme a él. He experimentado pérdidas sensibles”; y señala las muchas tumbas que ha dejado atrás suyo en el desierto; “pero he sido ayudado a enterrar a esposa e hijos, y la fe me ha capacitado para decir con un corazón rebosante: ‘Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.’ He tenido muchos conflictos, pero siempre he vencido por medio de la sangre del Cordero. He sido calumniado, como han de serlo todos los hombres, pero he cargado tanto esa como todas mis otras cruces sobre mi hombro, y la he sentido ligera cuando la he llevado por fe. Puedo decir que esa es la serenidad beatífica y la calma que la religión de Jesús da a mi corazón en todos los tiempos y en todas las estaciones, que la creo, no como un asunto mental, sino como un asunto del corazón. Mi corazón está convencido por experiencia que esta no puede ser sino la religión de Dios, al ver que obra tales maravillas en mí.”

Recuerden, mis muy queridos hermanos, que esta es la forma correcta de creer en Jesús, porque esta es la manera en que pueden

creer en Él a la hora de su muerte. Seguro han oído acerca de aquel renombrado obispo que fue un verdadero siervo de nuestro Dios y Señor. En su lecho de muerte, su memoria vacilaba. Había envejecido y lo había olvidado todo. Sus amigos le preguntaron: “¿no nos reconoces?” Hizo un gesto negativo con su cabeza. Juntos se habían comunicado dulcemente los secretos y andaban en amistad en la casa de Dios, pero los había olvidado a todos. A continuación, los hijos rodean al anciano padre y le ruegan que los recuerde. Pero él menea su cabeza, pues los ha olvidado a todos. Por último, llegó su esposa, y pensó, ¿sería posible que yo fuera olvidada también? Sí, él la había olvidado, y meneó su cabeza nuevamente. Finalmente, alguien le preguntó al oído: “¿conoces al Señor Jesucristo?” La respuesta fue instantánea. Ese hermoso nombre le había regresado la conciencia desde el íntimo retiro en que se encontraba hasta el templo exterior de la mente. “¿Conocerle?”—respondió—“sí, Él es toda mi salvación y todo mi deseo.”

Pueden ver que era el corazón el que conocía a Jesús; y aunque el corazón pudiera reconocer a la esposa y al hijo, no podría conocer nunca al objeto más amado de la tierra como conoce a Cristo. Las letras de los nombres terrenales pueden ser más largos que el nombre de Cristo, pero el nombre de Cristo está grabado más profundamente. Todos los demás nombres podrían estar grabados profundamente a través de las muchas capas de la piel del alma, si me permiten usar una metáfora así de extraña, pero el nombre de Cristo está grabado en el centro, exactamente en el centro del alma. El hombre que cree con su corazón tiene a Cristo en él, no *superficialmente* en él, sino a Cristo *en él*, la esperanza de gloria.

Mis queridos lectores—ustedes que no han creído en Jesús—he procurado no confundirlos con refinamientos, sino que he tratado de hablar en un estilo sencillo. Yo pienso en verdad que es algo muy bendito que el texto diga: “*Con el corazón se cree*”; porque algunos de ustedes podrían decir: “no tengo suficiente *cabeza* para ser un cristiano.” Aunque no tuvieran del todo *cabeza*, si tuviesen un corazón amante, podrían creer en Jesús. Ustedes podrían decirse: “vamos, nunca he tenido grandiosos componentes naturales.” No se requiere de grandiosos componentes naturales. Podrían decirse: “nunca recibí educación alguna”—y a propósito, me encanta ver aquí a los obreros uniformados; pido a Dios que vengan más—“no he recibido educación alguna; fui a una escuela pública, y me enseñaron muchas cosas; pero no recuerdo nada.”

Bien, supón que no recuerdas nada; pero tienes un corazón, y algunos de ustedes poseen corazones más grandes que muchas otras personas que han hinchado sus cerebros pero que han dejado que sus corazones se encojan; puedes creer con tu corazón. Tu corazón puede ver que Cristo es un Cristo tal como lo necesitas; puedes ver que el perdón y la misericordia son justamente lo que requieres; y tu corazón puede decir, y que Dios el Espíritu Santo lo induzca a decir: “yo acepto a Cristo; yo confío en Cristo; yo tomo a Cristo para que sea mi todo en todo.” Esta preciosa palabra: “*Con el corazón se cree*,” abre de par en par las puertas del cielo para aquellos que son prácticamente incapaces, que parecen estar al borde de la idiotez, si es que hubiese

aquí ese tipo de personas. Incluso aquellos individuos que se consideran como los mayores necios que hubieren vivido jamás, incluso ese tipo de necios puede creer. “El que anduviere en este camino, por torpe que sea, no se extraviará.”

III. Ahora debo concluir, con la intención de tomar la segunda mitad del texto el próximo domingo por la mañana, si Dios nos da vida. Tomo primero lo más necesario. Pueden ir al cielo sin confesar: no pueden ir al cielo sin creer. Así que tenemos la fe primero y lo otro puede venir después. Debo concluir advirtiendo EL RESULTADO de la fe. “Con el corazón se cree PARA JUSTICIA.” El texto significa que el hombre que cree en Cristo es justo; es justo de inmediato, al instante; es justo en germen.

Cuando Dios hace las cuentas, tiene dos libros. Uno es el libro negro en el que escribe el nombre de los impíos, de aquellos que no tienen justicia. Puedes revisar ese libro enteramente, y aunque el hombre hubiere sido un ladrón, un proxeneta, y adúltero; aunque hubiere sido el mayor de los pecadores que jamás hubiere manchado a la sociedad y contaminado el aire de Dios, puedes revisar ese libro por completo, pero si ese hombre ha sido llevado a creer con su corazón, su nombre no está allí entre los que no tienen justicia; no podrías encontrarlo allí, no se encuentra en ese libro.

Tendrías que tomar el otro libro. Revisa en el Libro de la Vida, y allí está el nombre de Noé, de Daniel y de Ezequiel, de Juan el Bautista, y así sucesivamente. Tú me preguntas: “¿acaso esperarías encontrar el nombre de ese hombre allí?” Sí, lo espero. Si ese hombre creyó en Jesucristo con su corazón, entonces ha creído para justicia, y su nombre está allí en medio de los hombres justos; pues él es justo antes que nada en germen. Dios ha puesto en él una inextinguible chispa de justicia; Él ha colocado en el corazón de ese hombre una fuerza vitalizadora que no puede morir nunca por ninguna posibilidad, que lo ha hecho ya justo en parte, y que continuará hasta haberlo santificado, espíritu, alma y cuerpo, y haberlo hecho completamente justo, en el sentido real del término justo, justo en el sentido de santidad por medio de la santificación del Espíritu.

Pero hay otro sentido. En el momento en que el hombre cree en Jesucristo, está en la justicia de Cristo: perfectamente justo; se ha vestido con las vestiduras del Salvador. Ustedes oyeron al señor Weaver decir en esta plataforma—y pensé que era una buena ilustración—que un día se encontró con un hombre muy pobre que vestía harapos. Siendo este un hombre cristiano, quiso ampararlo; le dijo que si lo acompañaba a casa le daría alguna ropa. “Así que”—dijo Richard—“me quité el traje que seguía en calidad al mejor que tenía y me puse el mejor traje dominguero, pues no quería darle mi mejor traje. Le pedí al hombre que subiera y le dije que encontraría un traje que se podía poner; era mi segundo mejor traje. Así que después que se hubo puesto el traje, dejando atrás sus harapos, bajó y me preguntó: ‘bien, señor Weaver, ¿qué opina de mí?’ ‘Pues’—le respondí—‘pienso que te ves muy respetable’. ‘Oh, sí, señor Weaver, pero ese no soy yo; yo no soy respetable; son sus vestidos los que son respetables.’ Y así”—agregó el señor Weaver—“así sucede con el Señor Jesucristo; se encuentra con nosotros cuando estamos cubiertos con

los harapos y la inmundicia del pecado, y nos dice que subamos y nos pongamos, no Su segundo mejor traje, sino el mejor traje de Su perfecta justicia; y cuando bajamos con ese traje puesto, le preguntamos: ‘Señor, ¿qué opinas de mí?’ y Él responde: ‘Toda tú eres hermosa, amiga mía, en ti no hay mancha.’ Nosotros decimos: ‘no, no se trata de mí, es Tu justicia; yo soy de desear porque Tú eres de desear; yo soy hermosa porque Tú eres hermoso.’”

Así podemos concluir diciendo conjuntamente con Watts—

*“¡Extrañamente, alma mía, estás vestida
Por la grandiosa y sagrada Trinidad!
En la más dulce armonía de alabanza
Todos tus poderes se han de conjuntar.”*

Todo esto es por creer; nada más por creer. Después de creer vendrá la confesión y vendrá el hacer; pero la salvación, la justicia, descansan en la fe, y nada más—

*“Pecador, no hagas absolutamente nada,
Ni grande ni pequeño;
Jesús lo hizo todo,
Desde hace mucho, mucho tiempo.”*

Ven a Él tal como eres. Tómalo como tu completa justicia, y habrás creído con tu corazón para justicia. Que Dios añada Su propia bendición, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

(El próximo domingo, el señor Spurgeon espera retomar la segunda frase del texto).

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #519 – Volumen 9
BELIEVING WITH THE HEART

Animen a su Ministro

NO. 537

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

18 DE OCTUBRE, 1863,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN LA CAPILLA DE CORNWALL ROAD, BAYSWATER, INGLATERRA.

“Animale.”

Deuteronomio 1:38

Moisés no pudo introducir al pueblo en la tierra prometida. Tampoco la ley puede llevar a alguien al cielo. La ley puede sacar a un hombre del Egipto de su pecado, y puede conducirlo al desierto de la convicción; allí le suministra alimento, y lo nutre con algún pequeño consuelo, pero la ley nunca puede dar reposo al espíritu. Moisés no puede introducir nunca al Israel de Dios en Canaán. Esta tarea le fue asignada a Josué, cuyo nombre, como ustedes saben, no es sino otra forma del nombre de Jesús.

Así como únicamente Josué podía echar fuera de la tierra a los cananeos y dar una porción a toda la simiente de Israel, así también sólo Jesús puede dar reposo a los herederos del cielo. Moisés no puede hacerlo. Él puede ver la tierra prometida, pero no puede entrar nunca en ella.

Las convicciones legales pueden ir acompañadas de algunos deseos orientados a las cosas divinas, ay, y también de algunas percepciones de su dulzura. Pero el gozo final, el reposo que queda para el pueblo de Dios, viene al creyente únicamente a través de Jesucristo.

Vean en esto la debilidad de la ley: no es capaz de conducirnos a nuestro reposo. “Por las obras de la ley nadie será justificado.” Entonces, acudan presurosos a Jesús, pues Él es el Capitán de nuestra salvación; por Él, nuestros enemigos serán subyugados, y nuestra herencia eterna será adquirida.

Sin embargo, no es mi propósito explorar la verdad *mística* implicada aquí; me voy a limitar esta mañana al *mensaje* que se encuentra en la superficie. Josué era un hombre joven en comparación a Moisés. Estaba a punto de asumir la onerosa tarea de comandar a un gran pueblo. Además tenía la difícil empresa de conducir a ese pueblo a la tierra prometida, y de echar fuera a las naciones que la poseían.

Por tanto, el Señor le ordenó a Moisés que lo animara, para que frente a la perspectiva de una gran tarea no desfalleciera. Yo pienso que esto nos enseña que DIOS, NUESTRO DIOS, ES BENIGNAMENTE CONSIDERADO CON SUS SIERVOS, y quiere que estén provistos de gran valor para las empresas difíciles. Él no envía a Sus siervos como

un tirano enviaría a un soldado a alguna misión para la cual no esté capacitado; ni retiene posteriormente Su socorro olvidándose de los apuros a los que pudieran verse sometidos; sino que es muy cuidadoso de Sus siervos, y no permitirá que ni uno solo se pierda. Él los valora como la niña de Sus ojos, los guarda en todo momento, y los defiende de todos los peligros.

¿Por qué hace esto? El Señor nuestro Dios tiene sólidas razones para ser muy considerado con Sus siervos. ¿Acaso no son *Sus hijos*? ¿Acaso no es Él su Padre? ¿Acaso no los ama? Si todos los amores humanos pudieran juntarse, difícilmente formarían una gota en una cubeta, comparados con el océano de amor que Dios el Padre siente por Sus hijos. Todos los amores de las madres, todos los amores de los amigos, de los hermanos y de las hermanas, de esposos y esposas, si fueran apilados, serían como una topeta comparados con la imponente montaña del amor divino que Dios el Padre siente hacia Sus elegidos. Nosotros somos tan amados por Dios, (y no hay otra figura que exprese toda la longitud y la anchura de ese amor), como lo es Su Unigénito Hijo, Jesucristo—

***“Tan amado, tan muy amado, que no puedo ser más amado por Dios;
El amor con que ama a Su hijo es el que me prodiga a mí.”***

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado,” dijo Cristo. Ahora, nadie de nosotros enviaría a su hijo con la responsabilidad de una empresa difícil, sin que nos quedáramos ansiosos por su bienestar. No pondríamos sobre un hijo una prueba que sobrepasara sus fuerzas, sin que garantizáramos al mismo tiempo que estaremos a su lado para proporcionarle la fortaleza necesaria para enfrentar el día.

Además, *el honor del Padre mismo está involucrado en todo lo que hacen*. Si algún siervo de Dios cayera, entonces el nombre de Dios es despreciado. Las hijas de los filisteos se alegran, y los habitantes de Ecrón triunfan. “¡Ajá! ¡Ajá!”—dicen—“Ea, alma nuestra! Los siervos de Dios son puestos en fuga; Jehová no fue capaz de darles la victoria. Ellos confiaron en Él, y fueron avergonzados. Se apoyaron en Él, y cayeron a tierra.”

No piensen que el Padre celestial permitirá jamás que se diga eso. ¿Acaso enviará alguna vez a Sus siervos para permitir luego que caigan en manos del adversario? Él es demasiado celoso de Su grandioso nombre. Su honra está demasiado involucrada para permitir eso.

Ustedes que son débiles, a quienes Dios ha ordenado hacer algo o sufrir por causa de Su nombre, tengan la seguridad de que Él tiene el ojo puesto en ustedes ahora. No puede abandonarlos, a menos que cese de ser “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos.” No puede olvidarlos, pues Su corazón de amor no cambia nunca, y la relación que tiene con ustedes no puede ser disuelta nunca.

Amados, *Dios el Padre* cuida de Sus hijos porque son Sus hijos, y porque Su honra está en juego en ellos. Cuán dulce es el pensamiento de que si yo fallo, Dios falla; y si yo tengo éxito, puesto que soy el siervo enviado por Dios, Dios recibe toda la honra. Si yo me apoyara en Él y fallara, entonces en esa misma medida el propósito de Dios no sería cumplido, ni la promesa de Dios sería guardada, ni la naturaleza de Dios sería glorificada.

Oh, cuando te puedes apoyar en el nombre, en el renombre, en el propio carácter de Dios; cuando puedes decir como dijo Moisés en la cumbre del monte: “¿Qué harás tú a tu grande nombre?”; cuando puedes argumentar como lo hizo Lutero: “Señor, esta no es una contienda mía, sino Tuya. Tú sabes que me pusiste a hablar contra Tus enemigos, y si ahora me dejas, ¿dónde está Tu verdad?”; cuando puedes argumentar con Dios de esta manera, seguramente Él te dará el socorro. Cuando tu causa sea la causa de Dios, no puedes fallar.

Y no sólo el Divino Padre está involucrado. ¿No está también involucrado el *Hijo de Dios* en el bienestar de Sus hermanos? ‘*Él los ganó por su propia sangre*’. Un hombre valora en gran medida lo que ha comprado a un alto precio. Si no lo hiciera, equivaldría a que confesara que pagó una suma demasiado costosa por lo que compró. ‘*Por precio fuisteis comprados*’. Un precio que fue lo suficientemente tremendo; el Rey de Gloria dio la sangre de Su corazón para redimir a unos pobres gusanos como nosotros, aunque nunca confesará que dio demasiado por nosotros. Por amor Él estimará la compra equivalente al precio que pagó: el amor y el precio son ambos infinitos. Cuando mira a cada una de las personas pertenecientes a Su pueblo, dice: “allí está mi compra,” y la valora no tanto por lo que valga intrínsecamente, sino porque ve las gotas de Su propia sangre sobre esa persona. “Allí está”—dice Él—“el fruto de la aflicción de mi alma; allí está la satisfacción divina que me mi Padre me da por los sufrimientos que soporté.” ¿Piensas tú que valorando Él de esta manera a Sus siervos, los dejaría sin Su ayuda? No puede ser.

Además, *nuestro bendito Señor ha pasado precisamente a través de esas mismas tribulaciones* a las que llama a Su pueblo. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” La espina que hirió tu pie perforó Su talón antes de que te tocara a ti. La aflicción que provoca que las lágrimas broten de tus ojos, ha henchido antes que nada Su corazón—

***“En cada tormento que desgarra el corazón,
El Varón de dolores tuvo una porción.”***

“En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó.” Si ustedes mismos enviudaron, sienten una compasión por aquellos que son conducidos a un estado semejante, para el cual son verdaderos extraños otros individuos que no hayan pasado nunca por

él. Yo sé que amarás a los huérfanos si fuiste alguna vez un niño sin padre.

Ahora, nuestro Dios y Señor fue desamparado por Su Padre. Él dijo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Él cubrió toda la distancia del dolor humano, y por tanto, no sería posible que fuera desconsiderado con alguno de Sus hijos amados.

Para culminar este punto, ¿no saben ustedes que cada creyente es en realidad *una parte de Cristo*? Somos miembros de Su cuerpo, de Su carne, y de Sus huesos. ¿Fueron perseguidos los pobres siervos de Dios en Damasco? Cristo sufrió. "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Hasta este propio día nuestra Cabeza está en sintonía con nosotros—

***"Él siente en Su corazón todos nuestros suspiros y lamentos,
Pues estamos sumamente cerca de Su carne y de Sus huesos."***

¿Creen ustedes que la Cabeza no cuidará de los miembros? ¿Dejaré que mi dedo se infecte por descuido, hasta el punto que necesite ser extirpado por causa de la gangrena? No en tanto que mi cerebro pueda pensar o mi lengua pueda hablar. Y en tanto que Jesús pueda ver a Su pueblo, y Su lengua pueda hacer alguna intercesión, no permitirá que el más ínfimo miembro de Su cuerpo místico sufra por falta de pertrechos. Así como Dios cuidó de Josué, así Cristo cuida de ti en esta mañana, amado miembro del cuerpo de Cristo.

¿Acaso no basta este argumento: el interés del Padre y del Hijo? Si no bastara, recuerden *al muy bendito Espíritu. Él mora en todo el pueblo de Dios*. ¿Cómo podría morar en ellos y no ser cuidadoso con ellos? Nosotros olvidamos al enfermo y al pobre porque viven en callejuelas ignotas, por las que no transitamos; pero ustedes no podrían soportar que la pobreza languideciera en su propia casa—me parece—sin que hubiera una disposición a remediarla. No podrían tolerar que la enfermedad yaciera en su propio aposento sin mostrar ninguna simpatía.

Ahora, nuestro cuerpo es la casa del Espíritu Santo. Él mora en el cuerpo como en un templo, ¿y piensan ustedes que verá a Su gente languidecer por falta de gracia mientras esté presente con ellos? ¿Podría suceder que camine en ellos y los vea morirse de hambre, que perciba sus necesidades y sus privaciones y que no satisfaga sus necesidades? No tengan sueños tan duros acerca del tierno y bendito Espíritu, cuyo nombre es "el Consolador."

No ha de olvidarse que *Su oficio consiste en satisfacer las necesidades del pueblo de Dios*. El quehacer del Espíritu Santo es cuidar de los santos. Jesús dijo: 'Cuando me vaya, les enviaré al Consolador.' En tanto que tuvieran la presencia personal del Señor Jesucristo, los discípulos no necesitaban nada. Si Él tenía en cualquier momento un lugar donde descansar Su cabeza que le hubiere sido dado por caridad, ellos podían descansar con Él. "Donde yo estuviere, allí también estaré mi servidor"; esa era la regla amorosa

de Cristo. Cuando partió, ellos se quedaron como huérfanos hasta que el Espíritu de Dios vino como otro Consolador “para que esté con vosotros para siempre.”

¿Crees tú que el Espíritu Santo descuidaría Su oficio? Oh creyente débil y tembloroso, ¿te imaginas que Dios el Espíritu Santo será negligente con Su sagrado cargo? ¿Puedes suponer que ha asumido aquello que no puede o no quiere desempeñar? Ahora, si es Su función obrar en ti, fortalecerte, iluminarte, consolarte, ¿puedes suponer que te ha olvidado? “¿Por qué dices, oh Jacob, y hablas tú, oh Israel: Mi camino está escondido de Jehová, y de mi Dios pasó mi juicio? ¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio.”

Tú estás cerca de Él; ahora Sus ojos están sobre ti. De la manera que un padre se apiada de sus hijos, así el Señor se apiada de ti; y de la manera que una madre acaricia al bebé que amamanta, así el Señor te ama a ti; las entrañas de Su amor suspiran por ti, se apiadan de tus sufrimientos, y están listas para ayudarte en tus calamidades. Confia en Él, y Él te animará en verdad, y una vez que tus temores sean transformados en fe, triunfarás sobre todo enemigo, y verás el cumplimiento de cada promesa.

¡Observen bien *cuán lejos* se extiende la tierna consideración de Dios por Sus siervos! No solamente considera su estado externo, y los intereses absolutos de su condición, sino que recuerda sus espíritus, y le agrada verlos con buen ánimo.

Algunas personas piensan que es algo sin importancia que un creyente esté lleno de dudas y temores, pero yo no lo creo así. Yo percibo en este texto que mi Señor no quiere que estés enredado en temores. Él quiere que estés sin ansiedad, sin dudas y sin tristeza; Él dice: “Ámbole,” tanto como si hubiera dicho a Moisés que era algo importante que Su siervo Josué mantuviera su valor en alto.

Mi Señor no considera con ligereza tu incredulidad como lo haces tú. ¿Estás desalentado esta mañana?; bien, esto es un asunto preocupante. A mi Señor no le agrada ver tu rostro triste. Asuero puso en vigor una ley—la recordarás—que nadie debía presentarse en la corte del rey vestido de luto; pero esa ley no es la ley de mi Señor, pues puedes venir enlutado como estás. Pero, de todas maneras, Él quiere que te quites esos harapos y ese cilicio, pues en verdad hay muchos motivos para el regocijo. Alégrate siempre en el Señor. Ten buen ánimo; espera en el Señor, pues Él renovará tus fuerzas.

El cristiano ha de tener su ánimo en alto para glorificar al Señor. Si sustentara su espíritu en alto, sería capaz de soportar una prueba tras otra. Se acerca al fuego, pero el fuego no lo alcanzará si su fe es firme. Atraviesa ríos, pero las aguas nunca lo anegarán mientras pueda mirar a su Dios. Los cánticos más dulces de los creyentes son aquellos que cantan en la noche. El pueblo de Dios es semejante al ruiseñor: su

mejor música se escucha cuando el sol se ha ocultado. ¡Oh, muchas cosas dependen de que su ánimo se mantenga en alto! Si el ánimo se hunde, cualquier pequeño problema yace como un peso muerto sobre el alma. Por otro lado, si la fe es firme, toneladas de problemas se vuelven ligeras como una pluma.

A menos que el ánimo del pueblo de Dios sea sostenido, *deshonrarán a Dios*; pensarán duras cosas de Él, y tal vez llegarán a hablar cosas duras en contra Suya, y así el santo nombre de Dios no será tenido en estima. *¡Qué mal ejemplo es ese!* Esta enfermedad de la duda y del descorazonamiento es una epidemia que pronto se propaga en el rebaño de Dios. Un creyente alicaído pone tristes a veinte personas. Esta *fobia* es una especie contagiosa de locura; los hombres son prontamente mordidos por ella; si uno duda de la promesa de Dios, de inmediato una congregación entera comienza a echar espumarajos con dudas semejantes.

Cuando Pablo estaba en el barco y tomó el pan y comió en medio de la tormenta, entonces toda la tripulación fue alentada; pero si Pablo hubiera estado desanimado, entonces, desde el capitán hasta el más insignificante grumete habrían experimentado gran turbación.

¡Oh, tengan muy buen ánimo, por causa de sus hermanos y hermanas en Cristo! Cuando quieran decir algo duro o amargo, guárdense de decirlo, como lo hizo David (Asaf) para no ofender en contra de la generación del pueblo de Dios. “Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí.”

A menos que su valor sea mantenido en alto, *Satanás será demasiado para ustedes*. Mi experiencia me enseña que el viejo tentador cobarde siempre viene en contra de nosotros cuando nos encontramos en nuestro peor estado. Si se enfrentara conmigo *algunas veces*, podría arrojarlo como tamo delante del viento; pero siempre se enfrenta conmigo cuando un ataque de bilis, o algún problema doméstico, o alguna mala noticia proveniente del campo, obstaculizan mi alegría. Entonces, con toda seguridad, en alguna vereda oscura y estrecha está plantado el archienemigo, con su espada desenvainada, y jura que verterá la sangre de mi alma. Pero basta que el corazón sea recto, basta que el espíritu esté gozoso en Dios mi Salvador, y el gozo del Señor será su fortaleza, y ningún demonio del infierno prosperará en su ataque contra ustedes.

¡Además, el trabajo es ligero para un hombre de espíritu animado! Cuando el ánimo es el apropiado, puedes trabajar todo el día y casi toda la noche, pero si dejas que tu corazón se hunda y que a tu alma le falte valor, entonces te cansarás, y clamarás: “quiera Dios que ya fuera de noche, para poder descansar de nuestro trabajo.” El éxito acompaña a la alegría. El hombre que trabaja alegrándose en su Dios, creyendo con todo su corazón, tiene el éxito garantizado. El que siembra con esperanza, con regocijo segará. El que confía en el Señor

y se ríe ante las imposibilidades, pronto descubrirá que no hay imposibilidades de las cuales reírse, pues para el hombre que tiene su confianza puesta en Jehová, todas las cosas son posibles.

Es por tanto de suprema importancia que el ánimo del cristiano se mantenga constantemente en alto. Dios lo considera así. Así dijo el Señor: “*Anímale*”; “alegra el corazón del buen hombre; haz que el creyente cante de gozo; *anímale*. ”

II. En segundo lugar, hacemos la observación de que DIOS USA A LOS MIEMBROS DE SU PROPIO PUEBLO PARA QUE SE ANIMEN LOS UNOS A LOS OTROS. Él no le dijo al ángel: “Gabriel, allí está mi siervo Josué que está a punto de introducir al pueblo a Canaán; desciende y *anímale*. ” Dios no hace nunca milagros innecesarios; si Sus propósitos pueden ser alcanzados por medios ordinarios, Él ciertamente los cumplirá sin necesidad de usar alguna energía milagrosa. Gabriel no habría sido ni la mitad de apto de lo que fue Moisés para la obra. La simpatía de un hermano es más preciosa que la embajada de un ángel. El ángel, de alas ligeras, habría conocido mejor la orden del Señor que el temperamento del pueblo. Un ángel no podía haber experimentado nunca la dureza del camino, ni haber visto a las serpientes ardientes, ni haber guiado a la multitud de dura cerviz en el desierto.

Por mi parte, me alegra pensar que Dios realiza Su obra por medio del hombre. Nos da lazos especiales de hermandad. Hemos de depender los unos de los otros. Necesitamos condolernos de nuestro dolor; y también invitar al compañerismo en nuestros gozos. Así que, al ser mutuamente dependientes del consejo y de la protección de los unos para con los otros, somos fusionados más completamente en una sola masa, y somos hechos más plenamente una familia.

¿A quiénes, entonces, ha de ser asignada esta obra de animar a la gente? Seguramente *los ancianos* deben hacerlo; aquellos que son de años más maduros que sus semejantes. Conozco a algunas personas ancianas que, cada vez que ven a un joven cristiano, se aseguran de informarle de todas las dificultades y peligros del camino. Como *Desconfianza* y *Temeroso*, siempre tienen una historia lastimera que contar acerca del camino al cielo. Este era el viejo estilo del cristiano en muchas de nuestras iglesias.

Por mi parte, yo pienso que el cristiano anciano ocuparía mejor su tiempo si cuidara de las ovejas del rebaño y procurara cargarlas en su pecho. Háblale animadamente al buscador joven y ansioso, tratando de quitar amorosamente de su camino las piedras de tropiezo. Cuando encuentres una chispa de gracia en el corazón, arrodíllate y sóplala para que se convierta en llama. Deja que el joven creyente descubra la rudeza del camino gradualmente. Háblale de la fortaleza que habita en Dios, de la seguridad de la promesa, de la delicia del compañerismo con Jesús, de los encantos de la comunión con Cristo. Induce al joven

cristiano a proseguir, como la buenas madres enseñan a sus hijos a caminar sosteniendo un dulce por aquí, y por allá algo tentador para que puedan poner sus temblorosos piecezuelos uno delante del otro hasta que por fin aprenden a caminar.

Yo quisiera que cada iglesia tuviese muchos de estos hermanos y hermanas ancianos, padres y madres en Israel, que, siempre que ven a un joven cristiano, toman como lema esta expresión: "Anímale." No sé de nada que sea más alentador que escuchar la experiencia de un santo de cabellos grises. He encontrado mucho consuelo espiritual al sentarme a los pies de mi venerable abuelo, de más de ochenta años de edad. La última vez que lo vi, le dije: "abuelo, supongo que has tenido muchas tribulaciones." Él me respondió: "en verdad no he tenido demasiadas, y la mayoría de las que he tenido, yo mismo las he provocado." "¿Y crees que Dios alguna vez abandonaría a Su pueblo?" "No"—respondió—"pues si abandonara a uno de Su pueblo me habría dejado a mí, pero Él es un Dios fiel, y yo lo he comprobado, pues he conocido Su amor durante más de setenta años, y siempre me ha sido fiel. Ni una sola cosa buena de todo lo que el Señor ha prometido ha fallado."

Cuando aquellos que han atravesado el valle pueden dar un testimonio como este, eso cala profundo en el corazón de nosotros los jóvenes, y nos conduce a sentir que hemos encontrado algo de lo que podemos depender con seguridad. No permitas que ninguna palabra de rencilla salga de tu boca, mi anciano hermano; no dejes que se escape ni una sílaba de queja, hermana mía. Que su boca esté llena de alabanza al Señor, y llena de Su honra todo el día, y así ustedes animarán a los demás.

No solamente los ancianos, sino *los sabios* de la familia deben ser consoladores. No todos los creyentes tienen el mismo conocimiento. Algunos tienen una rápida comprensión de los caminos del Señor; adquieran prontamente un conocimiento doctrinal; y el conocimiento práctico les viene con una luz más resplandeciente que como les llega a otros intelectos menos agudos.

Hay miembros en nuestras iglesias que nunca llegarán a ser doctores en teología. Aunque saben muy bien que son pecadores, y que Cristo los salva—y por esto su aceptación está garantizada—si ustedes les hablan acerca de los misterios del Evangelio, pronto se sumergen en profundidades donde pierden pie, pues no han aprendido a nadar. Tal vez nunca serán capaces de entender, o al menos, de apreciar la doctrina de la elección.

Ahora, los hombres más sabios no han de guardar su conocimiento para ellos mismos; por sobre todo, no deberían usarlo para criticar. Sé de hombres que llevan su conocimiento como una espada. Ellos escuchan el sermón, y cuando se encuentran con algún amigo que se benefició algo con el sermón, ellos cavilan. Afirman: "oh, el primer

punto o el tercero no me parecieron muy válidos.” Se asegurarán de tener algo que decir que arranque el pan de las bocas de quienes están ansiosos por alimentarse. Ellos son más conocedores que sabios. Moisés era sabio en conocimiento doctrinal. Con cuánta consumada sabiduría se dirigió a Josué. “Esfuérzate y anima; porque tú entrarás con este pueblo a la tierra que juró Jehová a sus padres que les daría, y tú se la harás heredar. Y Jehová va delante de ti; él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides.”

Oh tú que has escudriñado las Escrituras de principio a fin y que conoces sus promesas; tú, que has estado en las eras de las especias, y el olor de tus vestidos es como el incienso, asegúrate de citar las promesas de Dios a los corazones temblorosos, y especialmente a aquellos involucrados en la ardua tarea para el Señor. Consuélalos. Repite la doctrina de la fidelidad de Dios; diles: “él estará contigo, no te dejará, ni te desamparará; no temas ni te intimides.” ¡Oh, que los de sabio corazón en la familia del Señor se dedicaran a esto en todos los tiempos!

No dudo tampoco que la clase *más feliz* de cristianos siempre haya de estar involucrada en consolar a los tristes y afligidos. Ustedes saben a quiénes me refiero; sus ojos están siempre centelleantes; doquier que van llevan consigo lámparas que brillan de animación; la luz del sol resplandece en sus rostros, y viven bajo la luz de la faz de Dios.

Pero contamos con algunos de rostro más sombrío, que son buenas gentes también; siempre ven el lado oscuro de las cosas. Ahora, ustedes que están felices, procuren animar a aquellos que están abatidos. Oh, queridos amigos, me temo que muchos de nosotros descuidamos este deber. Ustedes se preguntarán: “¿cómo podría desempeñarlo?” Di siempre una palabra amable; busca a aquellos que estén cansados y dales una palabra de consuelo. Incluso una sonrisa de tu rostro puede hacerles bien. No los evites porque estén tristes, sino más bien persíguelos. Cázalos, no los dejes tranquilos en su nido de espinas, sino que si el Señor te ha concedido remontarte a las alturas, hasta el claro éter azul, procura llevar a tu amigo contigo, y élévalo por encima de las nubes.

Supón que tu casa está sobre un monte, y tu vecino vive abajo en el pantano. Pídele que ascienda la colina y que se quede contigo. Tal vez tú tengas las llaves de la promesa; entonces, usa la llave y ábrele la puerta. Es posible que tú vivas en los pisos superiores donde puedes ver a la distancia y contemplar mayores porciones de la bienaventurada tierra. Invítalo a que suba de su sótano para que camine sobre el techo de tu palacio, y para que escudriñe el panorama con ayuda de tu telescopio: “*animale.*”

Que el hermano menesteroso sea animado de la misma manera por aquellos que son *ricos* entre ustedes. Ustedes pueden frecuentemente

infundir consuelo a espíritus abatidos por medio de una ayuda oportuna. El menesteroso se considerará rico con las sobras que le des. Quizá tu pobre hermano piense que lo miras con desprecio porque estás en una mejor situación que él; procura evitar que piense así. Si Dios te ha bendecido con una buena posición en Su providencia, has de estar presto a animar a quienes son pobres y necesitados.

Oh, si todas estas cosas que les he estado aconsejando fuesen puestas en práctica, ¡qué vasta cantidad de *felicidad* sería *creada!* Nuestras iglesias serían más semejantes a una familia. No me gusta que la gente asista a un lugar de adoración como muchos témpanos de hielo que flotan por el mar y se evitan entre sí, sino que me gusta ver que todas las distinciones sean eliminadas, exceptuando las distinciones de gracia superior, y aquellas que son observadas porque un hermano ha echado más al tesoro común de riquezas espirituales de la iglesia que cualquier otro hermano. Me gusta que aquellos que temen al Señor hablen a menudo con los demás. Cuando aquellos que temen al Señor hablan a menudo *en contra de* los demás, es señal de que estamos entrando en un mal estado.

Yo creo que esta práctica particular de animarse los unos a los otros puede restaurar en las iglesias esa santa *fraternidad* y ese bendito amor que una vez las distinguieron. Estoy seguro que esto los enriquecería a todos. Es a través del comercio que los países se vuelven ricos. Francia envía sus exportaciones a Inglaterra, e Inglaterra le paga con abundancia. La labor del humilde y la habilidad y el espíritu de empresa del encumbrado contribuyen a la gran nación. El intercambio de pensamientos tiende a ayudar.

Un arroyo de *santa riqueza* fluiría a través de nuestras iglesias si cada uno buscara al otro con miras a aleitarlo santamente. ¡Cuántas cosas buenas son estranguladas en su nacimiento! Cuántas buenas empresas son echas pedazos en los bancos de arena antes de hacerse a la mar. Animén a esa hermana de corazón amoroso que piensa que al menos podría tomar al grupo de infantes en la escuela dominical. Animén a esa anciana que tiene poco talento, pero que aun así podría ir de casa en casa para atender a los enfermos. Animén a ese pobre comerciante que se debate porque quiere hacer algo para el Señor, si pudiera de alguna forma ser liberado de los constantes cuidados que lo agobian. Animén a cualquier alma que contenga alguna chispa de gracia. Esfuércense por ayudar a otros, y descubrirán un retorno pleno de gracia en su propia alma.

Dios los anima. Cristo los anima cuando les señala el cielo que ha ganado para ustedes. El Espíritu los anima cuando produce en ustedes así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Entonces actúen a la manera divina, y vayan a animar a otros, siguiendo el lema: “*Anímale.*”

III. Prosigo hacia EL OBJETIVO supremo de mi mente. Se me ocurrió hace algunas seis semanas que podría decir unas cuantas cosas a la congregación de mi hermano que tal vez él mismo ni quisiera querría mencionar, y puesto que esta es una nueva empresa—y estoy seguro que todos nuestros corazones desean ansiosamente su éxito más rotundo—podría yo tomarme la libertad de decir unas cuantas cosas a la congregación que se agrupa alrededor de este púlpito, que podrían ser útiles para el futuro de la iglesia.

Voy a hablar de él como de un extraño, como hablaría de cualquier otro joven ansioso de construir una iglesia y glorificar a su Señor. Yo creo que hay una ocasión especial para el ejercicio de este deber de animar a los demás en el caso del ministro y de la iglesia de este lugar. Es una empresa nueva que está rodeada de peculiares dificultades, y que exige una labor especial.

“Vamos”—se preguntarán ustedes—“¿acaso un ministro requiere ser alentado? Nosotros tenemos suficientes problemas durante toda la semana, con nuestras pérdidas por aquí, y nuestras cruceñas por allá; nosotros necesitamos ser animados, pero, en verdad, los ministros no lo requieren.”

¡Ah!, si quieren conocer la refutación de tal idea, sería bueno que subieran a este púlpito, y lo ocuparan por un tiempo breve. Si quisieran hablar de intercambio de puestos, yo en verdad diría que en lo que concierne al placer de mi oficio, aparte del gozo espiritual que mi Señor me da, yo cambiaría mi lugar con un barrendero de las calles, o con un hombre que tritura piedras en el camino. Si un hombre desempeña el oficio de un ministro cristiano correctamente, nunca tendrá ningún descanso. “Dios ayude”—dice Richard Baxter—“al hombre que considere fácil la vida de un ministro.”

Vamos, él no solamente trabaja todo el día, sino que en su sueño lo encontrarán llorando por su congregación, sobresaltándose en su cama con sus ojos llenos de lágrimas, como si tuviese el peso de los pecados de su congregación oprimiendo su corazón, y no pudiera soportar ese peso. Yo no quisiera ser un hombre embarcado en el ministerio que no se sintiera tan terriblemente responsable, que, si pudiese escapar del ministerio yéndose con Jonás a las profundidades del mar, lo haría alegremente; pues si un ministro es lo que debiera ser, hay tal peso de solemne preocupación, tal sonido de temblor en sus oídos, que elegiría cualquier profesión o cualquier trabajo, sin importar cuán arduo fuera, antes que el puesto de predicador. “Pero si el atalaya viere venir la espada y no tocare la trompeta, y el pueblo no se apercibiere, y viiendo la espada, hiriere de él a alguno, éste fue tomado por causa de su pecado, pero demandaré su sangre de mano del atalaya.” Reflexionar y devanarse los sesos con la pregunta: “¿seré libre de su sangre?,” es algo terrible.

Algunas veces he pensado que debería darme un día o dos de descanso, pero confieso francamente que el descanso es muy poco descanso para mí, pues me parece oír los gritos de las almas que perecen, las lamentaciones de los espíritus que descienden al infierno, que me increpan así: "predicador, ¿puedes descansar? Ministro, ¿puedes estar callado? Embajador de Jesús, ¿puedes hacer a un lado las vestiduras de tu oficio? ¡Levántate y ponte a trabajar de nuevo!"

El señor Whitfield solía decir—cuando pensaba en el ministerio y todo lo que este involucra—que quería subirse al techo de cada carruaje de alquiler de Londres para predicar el Evangelio mientras los pasajeros proseguían su camino. Es un trabajo tan solemne que si no animan a su ministro, su ministro probablemente se sumirá en la desesperación. Recuerden que el hombre mismo necesitará de alientos, porque es débil. ¿Quién es suficiente para estas cosas? Servir en cualquier parte del ejército espiritual es peligroso, pero ser un capitán equivale a estar doblemente expuesto. La mayoría de los tiros son apuntados a los oficiales.

Si Satanás pudiera encontrar una mácula en nuestro carácter, entonces atacaría así: "¡público, público, público!" Si nos pudiera conducir a no explicar una doctrina o a desviarnos en la práctica, o a extraviarnos en la experiencia, se daría por satisfecho. Cómo le agrada al diablo quebrar los vasos de misericordia. Oren por el pobre hombre a quien ustedes exponen al peligro, y deben preservar mediante súplicas.

Si hubiera un barco en el mar encallado y destrozado sobre las rocas, y alguien se ofreciera de voluntario para arrojar una cuerda a la tripulación que se hunde, ustedes, esperando en la costa—y me parece que estarían obligados a hacerlo—no podrían hacer otra cosa que clamar: "¡oh Dios, ayúdale a llevar esa cuerda hasta el buque naufragado!"

Oren por el ministro y ánimenlo, pues siempre habrá muchas personas que lo desanimarán. Hay siempre espíritus llenos de censura por todas partes que le recordarán cualquier falla; él se verá afligido por aquellos cobardes que no se atreven a firmar sus nombres en una carta, sino que se la envían anónimamente; y luego está el diablo, que, en el momento en que el hombre desciende del púlpito, dirá: "¡ese fue un sermón muy pobre! ¿Te atreverías a predicar otra vez?" Después de que haya predicado durante semanas, surgirá la sugerencia: "tú no estás en tu esfera apropiada de labor." Hay todo tipo de descorazonamientos con los que habrá de enfrentarse. Los cristianos profesantes se pueden rebelar. Aquellos que permanecen a menudo serán inconsistentes, y él se encontrará suspirando y llorando en su aposento, mientras ustedes, tal vez, den gracias a Dios porque sus almas han sido alimentadas por él.

Animen a su ministro, se los ruego, en cualquier lugar al que asistan: animenle por su propio bien. Un ministro descorazonado es una seria carga para la congregación. Cuando la fuente se descompone, no pueden esperar encontrar agua en ninguna de las llaves; y si el ministro no fuese recto, equivale a una máquina de vapor en una gran fábrica: el telar de cada quien está ocioso cuando la fuerza motriz está descompuesta. Adviertan que él descansa en Dios y recibe Su poder divino, y todos conocerán, cada día domingo, el beneficio que eso representa. Esto es lo mínimo que pueden hacer. Hay otras muchas cosas que les podrían causar gastos, esfuerzo, tiempo, pero animar a su ministro es tan fácil, es un asunto tan simple, que muy bien puedo presionarlos para que lo hagan.

Tal vez ustedes digan: "bien, si es tan simple y sencillo, dinos a nosotros que esperamos quedarnos en este lugar, cómo podríamos animar al ministro aquí." Bien, pueden hacerlo de diversas maneras:

Podrían animarlo mediante *una constante asistencia*. A propósito, mirando a mí alrededor, creo que conozco a algunas de las personas aquí presentes y sé que pertenecen a capillas vecinas. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Por qué abandonaron a su ministro? Si yo viera venir a mi iglesia a alguien, procedente de la congregación de otro hermano en el ministerio, simplemente me gustaría propinarle tal reprensión que no se le olvidara nunca. ¿Por qué habrías de dejar a tu ministro? Si todo mundo hiciera eso, cuán descorazonado estaría ese pobre hombre. Sólo porque da la casualidad que alguien pasa por este vecindario, ustedes abandonan sus asientos. Un cumplido para mí, dirán. Yo se los agradezco; pero ahora, permítanme darles este consejo a cambio: aquellos que van de un lugar a otro, no son útiles para nadie; pero aquellos que, cuando los siervos de Dios están en su lugar, mantienen sus propios lugares y hacen saber a todo mundo que, aunque otros desanimen a su ministro, ellos no lo harán pues aprecian su ministerio, son los hombres verdaderamente útiles.

Además, permítanme decirles que pueden animar a su ministro cuando *están presentes en la reunión de oración*. Siempre es posible detectar cómo está progresando una iglesia por las reuniones de oración. Casi podría profetizar el tipo de sermón que se predicará el domingo, a partir de la reunión de oración del día lunes. Si muchos asisten a la casa de Dios, y son sinceros, el pastor recibirá una bendición de lo alto; no podría ser de otra manera, pues Dios abre las ventanas del cielo a la oración creyente. Nunca dejen de suplicar por su pastor en su aposento.

Oh, queridos amigos, cuando mencionan el nombre de un padre, y el nombre de algún hijo, mencionen también el nombre del ministro. Denle una gran porción en su corazón, y tanto en la oración privada como en la pública, animenle.

Anímenle, además, *haciéndole saber si han recibido algún bien*. Oh, si viniese a esta casa de oración un pecador que necesitara un Salvador, y desconociera el camino, y las palabras de mi hermano le señalaran la cruz del Salvador; si el ministro fuese el instrumento de mostrarles lo que significa la fe, y de conducirles a creer en Él, que nos ha reconciliado para con Dios por Su muerte, no oculten las buenas nuevas; vengan y díganlo. La mejor forma de hacerlo es proponiéndose estar unidos en comunión con la iglesia. Las reuniones nocturnas en nuestra iglesia, cuando recibimos nuevos candidatos en la congregación, son las noches de cosecha en el ministerio cristiano. Entonces es cuando vemos cómo prospera la causa de Dios en nuestra mano.

Pero si los muchos que han sido convertidos dentro de la iglesia no se lo hicieran saber al ministro, y se lo guardaran, ¿cómo habría de ser consolado el pobre hombre? Sé que me dirijo a algunos aquí—del pueblo de Dios—que no han hecho nunca una profesión. Supongan que todo el pueblo de Dios hiciera lo mismo que ustedes—y tienen tanto derecho a hacerlo como ustedes—¿cómo, les pregunto, cómo se mantendría el propio ministerio? ¿Cómo se impediría que los corazones de los ministros se quebrantaran, si nunca supieran de ninguna conversión? Dense prisa. No lo pospongan. No se demoren en guardar los mandamientos de Dios, sino pasen al frente de inmediato, y reconozcan lo que Dios ha hecho por su alma.

Además, todos ustedes pueden animar al ministro *por la consistencia de sus vidas*. No creo haberme sentido más gratificado que cuando en una ocasión estaba en una reunión de oración y tenía que reportar la muerte de un joven hermano que estaba al servicio de un eminente empresario, llegó una notita del empresario que decía: “mi empleado Eduardo _____ ha muerto. Les envío aviso de inmediato, para que me envíen a otro joven; pues si sus miembros son tal como él era, no deseo nunca tener mejores empleados alrededor mío.” Yo leí la carta en la reunión de la iglesia, y pronto se encontró a otro joven. Es algo alentador para el ministro cristiano saber que sus convertidos son tenidos en alta reputación.

Un patrono impío dijo de otro miembro de mi iglesia: “no pienso nada bueno de él; no es útil para nadie; ¡no puede decir una mentira!” Oh, ese el honor que un ministro cristiano anhela y desea con ansias: tener seguidores consistentes, contar entre quienes lo escuchan con personas que adornarán la doctrina de Dios nuestro Salvador.

Reúnanse alrededor de mi hermano, todos ustedes, y ánimenlo, ayudándole con ahínco y confirmándolo en toda buena palabra y obra. Hay un vecindario aquí—me han informado—que requiere evangelización. Aquí tenemos la pobreza junto a las riquezas. ¿Acaso aquella desventurada alfarería no sería mejor para la construcción de esta casa de oración? Estoy seguro que mi amigo Sir Morton Peto

pensaría que ha desperdiciado su dinero, si fuera simplemente para la reunión de una congregación, y no para mejorar el vecindario. Construimos siempre nuestras casas con miras a la gente que está alrededor. Creemos que es como abrir un pozo en el desierto, o una posada para las caravanas o un oasis en el desierto, o colocar una fuente de agua potable donde las almas sedientas pudieran beber. Es llevar un nuevo médico al vecindario para que atienda a las dolencias y enfermedades de las almas.

Oh, cuán vivamente anhela mi corazón el éxito de esta casa: no únicamente porque el ministro sea mi hermano, sino porque él es un valiente soldado de Cristo. Por predicar la verdad no ha dudado en granjearse una multitud de enemigos en otras partes, y no se avergonzará de hacer lo mismo aquí, si el mismo caso ocurriera. Yo le honro porque él ha honrado a mi Señor; y yo espero que ustedes reciban de él la verdad, toda la verdad, y sólo la verdad, en la medida que Dios se la ha enseñado. Yo sé que está presto a entregar su cuello por la conversión de las almas. Yo conozco su disposición para hacer cualquier cosa por la conversión de los pecadores.

Y si ustedes no lo alientan, atraerán sobre sus cabezas todas las maldiciones de aquellos que rechazan al profeta de Dios; pero, si lo animan, verán a una iglesia que se reúne a su alrededor que permanecerá después de nuestro tiempo, que será un arroyo perenne de bendición para edades venideras, hasta que Cristo mismo venga y consume el reino, reinando Él mismo en persona entre los hijos de los hombres. ¡Que el Señor conceda Su bendición!

Algunos de ustedes no pueden animar al ministro. No pueden animar a nadie, pues ustedes mismos no han nacido de nuevo. Oh, si ustedes no han pasado de muerte a vida, lo primero que puede animarlo es que comiencen a pensar acerca de su propio estado. ¿Dónde están? ¿Qué son? ¿Están sin Dios, sin Cristo, sin salvación? Estarán sin vida y sin el cielo, encerrados en el abismo para siempre, a menos que se arrepientan.

Oh, ustedes animarán al ministro si el Señor los guía a considerar sus caminos y a volverse del pecado y de la justicia propia también, y a mirar al Todopoderoso Salvador, que puede salvar perpetuamente a todos aquellos que confien en Él. Que el Señor agregue una bendición, por Cristo nuestro Señor. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #537 – Volumen 9
ENCOURAGE YOUR MINISTER

La Excelencia Superlativa del Espíritu Santo

NO. 574

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 12 DE JUNIO, 1864,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

**“Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese,
el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.”**
Juan 16:7.

Los santos de Dios pueden estimar sus pérdidas como ganancias mayores con toda razón. Las adversidades de los creyentes ministran a su prosperidad en gran manera. Aunque nosotros sabemos ésto, sin embargo, por la debilidad de la carne, temblamos ante las aflicciones que enriquecen el alma, y tememos contemplar los negros barcos que nos traen esos cargamentos de oro como tesoro. Cuando el Espíritu Santo santifica el horno, el fuego refina nuestro oro y consume nuestra escoria; sin embargo, al torpe mineral de nuestra naturaleza le desagradan los carbones ardientes, prefiriendo permanecer enterrado en las oscuras minas de la tierra. Nosotros actuamos como los niños necios que lloran porque se les ordena que tomen la medicina que sanará sus enfermedades.

Sin embargo, nuestro Salvador lleno de gracia nos ama demasiado sabiamente como para evitarnos el problema en razón de nuestros temores infantiles; Él ve anticipadamente el bien que nos proporcionarán nuestras aflicciones, y por tanto nos sume en ellas motivado por Su sabiduría y verdadero afecto.

Para estos primeros apóstoles era un problema muy grave perder a su maestro y amigo. La tristeza invadía sus corazones al pensar que Él partía, pero sin embargo Su partida les proporcionaría la grandísima bendición del Espíritu Santo. Por esta razón, ni sus súplicas ni sus lágrimas podían impedir la temida separación. Cristo no iba a gratificar sus deseos a cuenta de un costo muy grande como era la retención del Espíritu. A pesar que los apóstoles se dolían tanto con esa prueba tan severa, Jesús no permanecería con ellos, porque Su partida era conveniente en grado sumo. Amados hermanos, nosotros debemos esperar ser objeto de esa misma disciplina amorosa. Sepamos que vamos

a perder condiciones felices y gozos selectos cuando Jesús sabe que la pérdida nos beneficiará más que el gozo.

Dios ha dado dos grandes dones a Su pueblo: primero, *nos dio a Su Hijo*; segundo, *nos dio a Su Espíritu*. Después que nos hubo dado a Su Hijo para que se encarnara, para que obrara justicia y ofreciera una expiación por nosotros, ese regalo fue entregado completo, y no quedó nada pendiente a ese respecto. “Consumado es,” proclamó la plenitud de la expiación, y Su resurrección mostró la perfección de la justificación. Entonces no era necesario que Cristo permaneciera más tiempo sobre la tierra pues Su obra aquí abajo estaba terminada para siempre.

Ahora es el tiempo para el segundo don, la venida del Espíritu Santo. Éste no podía ser otorgado antes que Cristo hubiese ascendido, pues este escogidísimo favor estaba reservado para adornar con el más elevado honor la ascensión triunfante del grandioso Redentor. “Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres.” Esta fue, según nos informa Pedro, la grandiosa promesa que Jesús recibió de Su Padre. “Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.”

Para que Su entrada triunfal en el cielo pudiera ser sellada con insigne gloria, los dones de Espíritu de Dios no podían ser esparcidos entre los hijos de los hombres hasta que el Señor hubiera subido con voz de mando, con sonido de trompeta. Al haberse otorgado el primer don, se volvió necesario que Aquél cuya persona y obra constituyen esa bendición que no tiene precio, se tuviera que retirar para tener el poder para distribuir el segundo beneficio por cuyo único medio el primer don se vuelve de algún servicio para nosotros. Cristo crucificado no tiene ningún valor práctico para nosotros sin la obra del Espíritu Santo; y la expiación que Jesús realizó no puede salvar nunca ni una sola alma, a menos que el bendito Espíritu de Dios la aplique al corazón y a la conciencia.

Jesús no es visto nunca mientras el Espíritu Santo no abra el ojo: el agua del pozo de la vida no es recibida nunca mientras el Espíritu Santo no la haya sacado de las profundidades. Como medicina que no es usada porque carece de una prescripción médica; como manjares que no han sido probados porque están fuera del alcance de las personas; como tesoro que no es valorado porque está escondido bajo tierra; así es Jesús el Salvador, hasta que el Espíritu nos enseña a conocerlo, y aplica Su sangre a nuestras almas.

Es para honrar al Espíritu Santo que yo deseo hablar esta mañana, y oh, que la misma lengua de fuego que se asentó en otros tiempos sobre los apóstoles descansen ahora sobre el predicador, y que la Palabra venga con poder a nuestros corazones.

I. Vamos a comenzar nuestro sermón comentando que LA PRESENCIA CORPORAL DE CRISTO DEBE HABER SIDO SUMAMENTE PRECIOSA. Únicamente quienes aman a Cristo pueden decir *cuán preciosa* es. El amor desea estar siempre con el objeto amado y su ausencia causa dolor. El significado pleno de la expresión: “El dolor ha invadido su corazón,” lo conocen únicamente quienes anticipan una dolorosa separación de esa clase. Jesús se había convertido en el gozo de sus ojos, en el sol de sus días, en la estrella de sus noches: como la esposa, al regresar del campo, ellos se apoyaban sobre su amado. Eran como niños pequeñitos, y ahora que su Dios y Señor se iba, ellos se quedaban como huérfanos.

Hacían bien en sentir mucha tristeza de corazón. Hay tanto amor, hay tanto dolor, cuando el objeto del amor se va. Juzguen ustedes, hermanos míos, el gozo que la presencia corporal de Cristo nos daría esta mañana y luego ustedes podrán decir cuán preciosa debe ser. ¿Acaso algunos de nosotros no hemos estado esperando por años la venida de Cristo? Hemos alzado nuestros ojos en la mañana y hemos dicho: “Tal vez Él vendrá hoy,” y cuando el día ha concluído, hemos continuado nuestra espera en nuestras horas de insomnio, y nuestras esperanzas han sido renovadas cuando sale el sol otra vez. Nosotros Lo esperamos con mucho anhelo de acuerdo a Su promesa; y como hombres que aguardan a su Señor, estamos con nuestros lomos ceñidos esperando Su aparición. Estamos esperando y nos apresuramos al día del Señor. Esta es la radiante esperanza que levanta el ánimo de los cristianos, la esperanza que el Salvador descenderá para reinar entre Su pueblo gloriosamente. Supongan que Él se apareciera súbitamente en esta plataforma ahora; imaginense cómo le aplaudiríamos. Vamos, el que fuere cojo, ante el gozo de Su advenimiento, saltaría como una liebre, y hasta el sordo podría cantar lleno de alegría. ¡La presencia del Señor! ¡Qué felicidad! ¡Ven pronto! ¡Ven pronto, Señor Jesús! Debe ser realmente algo precioso gozar de la presencia corporal de Cristo.

Piensen en la gran ventaja que sería en la instrucción de Su pueblo. Ningún misterio podría confundirnos si lo refiriéramos todo a Él. Las disputas de la Iglesia cristiana pronto llegarían a su fin, pues Él nos diría más allá de toda contienda el significado de Su Palabra. No habría a partir de ese momento ningún desaliento para la Iglesia en su obra de fe o en su trabajo de amor, pues la presencia de Cristo sería el fin de todas las dificultades y la conquista segura de todos los enemigos. No tendríamos que dolernos, como lo hacemos ahora, de nuestro olvido de Jesús, pues podríamos verlo algunas veces; y una mirada a Él nos proporcionaría una buena provisión de gozo, de tal forma que como el profeta de Horeb, podríamos aguantar cuarenta días con la fuerza de ese alimento.

Sería un experiencia deliciosa saber que Cristo está en algún lugar de la tierra, pues entonces Él asumiría la supervisión personal de Su Iglesia universal. Él podría advertirnos de los apóstatas; podría rechazar a los hipócritas; consolaría a los débiles de mente, y reprendería a los que yerran. Cuán deleitable sería verlo caminar por en medio de los candeleros de oro, sosteniendo a las estrellas con Su diestra. Entonces las iglesias no necesitarían ser subdivididas ni fracturadas por causa de perversas pasiones. Cristo crearía la unidad. El cisma dejaría de existir y la herejía sería desarraigada. La presencia de Jesús, cuyo rostro es como el sol brillando en su cenit, haría madurar todos los frutos de nuestro jardín, consumiría todas las malas hierbas y daría vida a todas las plantas. La espada de dos filos en Su boca destruiría a Sus enemigos, y Sus ojos de fuego avivarían las santas pasiones de Sus amigos.

Pero quisiera comentar algo sobre este punto, porque en él la imaginación se ejercita a sí misma a costa del buen juicio. Yo me pregunto si el deleite que nos ha provocado en este momento el pensamiento que Cristo estuviera aquí en Su presencia corporal, no tendrá en sí levadura de carnalidad. Yo me pregunto si la Iglesia está ya preparada para gozar de la presencia corporal de su Salvador, sin caer en error al conocerlo según la carne. Puede ser que se necesiten siglos de educación antes que la Iglesia esté preparada para ver otra vez a su Salvador en la carne, sobre la tierra, porque yo veo en mí mismo (y yo supongo que sucede lo mismo con ustedes) que mucho del deleite que yo espero que me vendrá de la compañía de Cristo, es conforme a lo que ven los ojos y al juicio de la mente; y la vista siempre es la marca y el símbolo de la carne.

II. Sin embargo, abandonando ese punto, venimos ahora al segundo, que es, **QUE LA PRESENCIA DEL CONSOLADOR, COMO LA TENEMOS EN LA TIERRA, ES MUCHO MEJOR QUE LA PRESENCIA CORPORAL DE CRISTO.**

Nos hemos imaginado que la presencia corporal de Cristo nos traería mucha bendición y nos conferiría innumerables beneficios; pero de acuerdo a nuestro texto, la presencia del Espíritu Santo que obra en la Iglesia es más conveniente para ella. Pienso que esto les quedará muy claro, si lo consideran por un momento: que la presencia corporal de Cristo en la tierra, independientemente de cuán buena pueda ser para la Iglesia, implicaría muchos inconvenientes en nuestra presente condición, inconvenientes que son evitados por Su presencia a través del Espíritu Santo.

Cristo, siendo verdaderamente hombre, en cuanto a Su humanidad debería habitar en un cierto lugar, y para poder ir a Cristo sería necesario que nosotros viajáramos a Su lugar de residencia. Conciban a todos los hombres forzados a viajar desde los confines de la tierra para visitar al

Señor Jesucristo que habitaría en el Monte Sión, o en la ciudad de Jerusalén. Qué viaje tan largo sería ese para quienes viven en los últimos rincones del mundo. Indudablemente ellos se embarcarían con gozo en ese viaje, y como la paz sería universal, y la pobreza estaría erradicada, los hombres no tendrían ninguna restricción para hacer un viaje así; todos podrían realizarlo; sin embargo, como no todos vivirían allí donde podrían ver a Cristo cada mañana, tendrían que contentarse con darle una mirada de vez en cuando. En cambio, vean, hermanos míos, el Espíritu Santo, el vicario de Cristo, habita en todas partes; y si nosotros queremos acudir al Espíritu Santo, no necesitamos movernos ni siquiera una pulgada; lo podemos encontrar en el armario o podemos hablar con Él en las calles. Jesucristo, según la carne, no podría estar presente en esta congregación y a la vez estar en la iglesia vecina, y mucho menos estar presente en los Estados Unidos, o en Australia, o en Europa, o en África al mismo tiempo; pero el Espíritu Santo está en todas partes, y por medio de ese Espíritu Santo, Cristo guarda Su promesa: "Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos." Él no podría guardar esa promesa de acuerdo a la carne, o al menos, somos bastante incapaces de concebirlo haciendo eso; pero a través del Espíritu Santo, gozamos dulcemente de Su presencia, y esperamos hacerlo hasta el fin del mundo.

Piénsenlo bien, el acceso a Cristo, si estuviera aquí en Su personalidad corporal, no sería muy fácil para todos los creyentes. El día sólo tiene veinticuatro horas, y si nuestro Señor no durmiera nunca, si, como hombre, viviera todavía, y, como los santos arriba, no descansara ni de día ni de noche, a pesar de eso, sólo hay veinticuatro horas; y ¿qué serían veinticuatro horas para la supervisión de una Iglesia que nosotros confiamos que cubrirá toda la tierra? ¿Cómo podrían mil millones de creyentes recibir consuelo personal inmediato de Sus labios o las sonrisas de Su rostro? Aun en el momento presente hay varios millones de verdaderos santos en la tierra. ¿Quéaría hacer un hombre mediante su presencia personal, aun si ese hombre fuera la Deidad encarnada? ¿Quéaría hacer en un día para consuelo de todos éstos? Vamos, no podríamos esperar que cada uno de nosotros lo vería cada día; no, escasamente podríamos esperar tener nuestro turno una vez al año.

Pero, amados, ahora nosotros podemos ver a Jesús cada hora y cada momento de cada hora. Las veces que ustedes doblen su rodilla, Su Espíritu, que lo representa, puede tener comunión con ustedes y bendecirlos. No importa que sea a la medianoche que suba su clamor, o bajo la hoguera del ardiente mediodía, allí está el Espíritu esperando para derramar Su gracia, y los suspiros y los clamores de ustedes ascienden hasta Cristo en el cielo, y regresan con respuestas de paz. Tal vez a

ustedes no se les ocurrieron estas dificultades al pensar de entrada en este tema; pero si reflexionan por un momento, verán que la presencia del Espíritu, evitando esa dificultad, da a cada santo un acceso a Cristo en todo momento; no sólo a unos cuantos favoritos, sino a cada creyente hombre o mujer, el Espíritu Santo es accesible, y así todo el cuerpo de los fieles puede gozar de una comunión presente y perpetua con Cristo.

Debemos considerar además que la presencia de Cristo en la carne, sobre la tierra, por cualquier otro propósito diferente al de terminar la presente dispensación, implicaría otra dificultad. Por supuesto, cada palabra que Cristo hubiera hablado desde el tiempo de los apóstoles hasta ahora, habría sido inspirada; y siendo inspirada habría sido una lástima que cayera en la tierra. Por tanto, esribas sumamente ocupados estarían anotando siempre las palabras de Cristo; y, hermanos míos, si en el corto curso de tres años nuestro Salvador se las arregló para hacer y decir tanto que uno de los Evangelistas nos informa que si se hubiera escrito todo, el mundo mismo no habría podido albergar los libros que se habrían escrito, yo les pido que se imaginen qué tremenda cantidad de literatura habría adquirido la Iglesia cristiana si hubiera preservado las palabras de Cristo a través de estos mil ochocientos sesenta y cuatro años.

Con toda certeza no habríamos tenido la Palabra de Dios en la forma simple y compacta de una Biblia de bolsillo. Más bien habría consistido en innumerables volúmenes de dichos y hechos del Señor Jesucristo. Únicamente el estudiioso, no, ni siquiera el estudioso habría podido leer todas las enseñanzas del Señor, y el pobre y el ignorante estarían siempre en una terrible desventaja.

Pero ahora tenemos un libro que está terminado dentro de un alcance más bien reducido, y al que no se le debe agregar ni una sola línea; el canon de la revelación está sellado para siempre, y el hombre más pobre de Inglaterra que crea en Cristo, que acuda con un alma humilde a ese libro, y que mire a Jesucristo que está presente por medio de Su Espíritu aunque no según la carne, en poco tiempo puede comprender las doctrinas de la gracia, y entender con todos los santos cuáles son las alturas y las profundidades, y comprender el amor de Cristo que excede a todo conocimiento.

Por tanto entonces, debido a la inconveniencia, aunque la presencia corporal de Cristo pueda ser muy preciosa, es infinitamente mejor para el bien de la Iglesia que, hasta el día de Su gloria, Cristo esté presente por Su Espíritu, y no en la carne.

Además, hermanos míos, si Jesucristo estuviera todavía presente con Su Iglesia en la carne, *la vida de fe* no tendría el mismo espacio que tiene ahora para poder ser desplegada. Mientras hayan más cosas visibles para el ojo, habrá menos espacio para la fe: entre menos visibilidad, mayor

manifestación de fe. La Iglesia Católica, que ya tiene suficiente poca fe, suministra todo lo que puede para obrar en los sentidos; las narices de ustedes son regaladas con incienso, y sus oídos son deleitados con dulces sonidos.

Entre más crece la fe, menos necesita de ayudas externas; y cuando la fe muestra su verdadero carácter, y está divorciada claramente del sentido y de la vista, entonces no necesita absolutamente nada en donde descansar, excepto en el poder invisible de Dios; ha aprendido a colgarse del mismo lugar de donde cuelga el mundo, es decir, de ningún soporte visible; de la misma forma que el arco eterno de ese cielo azul se despliega en lo alto sin ningún apoyo, así la fe descansa sobre los pilares invisibles de la verdad y de la fidelidad de Dios, y no necesita nada que la cimente o la apunte.

La presencia de Cristo aquí, en carne corporal, y el conocimiento de Él de acuerdo a la carne, equivaldría a llevar a los santos de regreso a una vida de vista, y en alguna medida dañaría la simplicidad de la confianza desnuda. Ustedes recordarán que el apóstol Pablo dice: "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne;" y agrega, "y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así."

Al escéptico que nos pregunte: "¿Por qué crees tú en Cristo?", si Cristo hubiera permanecido en la tierra, siempre podríamos darle una fácil respuesta: "Helo allí, allí está el hombre. Míralo mientras continúa todavía haciendo milagros." Habría muy poco espacio para la santa adherencia de la fe a la Palabra desnuda de Dios, y ninguna oportunidad para que glorifique a Dios, confiando allí donde no puede rastrear: pero ahora, amados hermanos, el hecho que no contamos con nada visible hacia donde apuntar y que las mentes carnales puedan entender, este preciso hecho convierte al camino de la fe en algo mucho más acorde con su noble carácter—

**"Fe, poderosa fe, la promesa ve,
Y mira a eso únicamente;"**

que difícilmente podría hacer, si pudiera mirar a la persona visible de un Salvador presente. Será un día feliz para nosotros cuando la fe goce de la realización plena de sus esperanzas en la triunfante venida de su Señor; pero únicamente su ausencia puede entrenarla y educarla al punto necesario de refinamiento espiritual.

Más aún, la presencia de Jesucristo en la tierra afectaría materialmente la gran batalla de Dios en contra del error y del pecado. Supongan que Cristo destruyera a los que predicen el error con milagros; supongan que los monarcas perseguidores vieran súbitamente sus brazos secos, o que todos los hombres que se opusieran a Cristo fueran devorados de pronto por el fuego. Vamos, se trataría entonces de una batalla entre la grandeza

física y el mal moral, más bien que de una guerra en la que únicamente fuerza espiritual es empleada del lado del bien.

Pero ahora que Cristo se ha ido toda la lucha es entre espíritu y espíritu; entre Dios el Espíritu Santo y Satanás; entre la verdad y el error; entre la entrega de los creyentes y el apasionamiento de los incrédulos. Ahora la batalla es equilibrada. No tenemos milagros de nuestro lado; no los necesitamos, nos basta con el Espíritu Santo; no ordenamos fuego del cielo; ningún terremoto sacude la tierra bajo los pies de nuestros enemigos; Coré no es tragado; Datán no baja vivo al abismo. Nuestros enemigos poseen fuerza física y nosotros no la solicitamos. ¿Por qué? Porque por la acción divina nosotros podemos conquistar al error sin ella. En el nombre del Santo de Israel, en cuya causa nos hemos alistado; por Su poder somos suficientes sin necesidad de milagros, o señales, o maravillas. Si Cristo todavía estuviera aquí haciendo milagros, la batalla no sería tan espiritual como lo es ahora; pero la ausencia corporal del Salvador la convierte en un conflicto del espíritu del orden más noble y sublime.

Además, queridos amigos, el Espíritu Santo es más valioso para la Iglesia en su presente estado militante que lo que pudiera ser la presencia corporal de Cristo, pues Cristo debe estar aquí en una de dos maneras: Él debe estar aquí ya sea sufriendo, o sin sufrir. Si Cristo estuviera aquí sufriendo, entonces ¿cómo podríamos concluir que Su expiación ha sido consumada? ¿No es mucho mejor para nuestra fe que nuestro bendito Señor, habiendo hecho expiación por el pecado de una vez por todas, esté sentado a la diestra del Padre? ¿No es mucho mejor, pregunto yo, que verlo todavía batallando y sufriendo aquí abajo? "¡Oh! Pero," dirá alguno, "¡tal vez no sufriría!" Entonces te pido que no deseas tenerlo aquí hasta que nuestra guerra haya terminado, pues ver a un Cristo que no sufre en medio de Su pueblo sufriente; ver Su rostro calmo y tranquilo cuando tu rostro y el mío están arrugados de dolor; verlo sonriendo cuando nosotros estamos llorando, esto sería intolerable: no, eso no podría ser.

Hermanos, si Él fuera un Cristo sufriente ante nuestros ojos, entonces sospecharíamos que Él no ha completado Su trabajo; y, por otro lado, si Él fuera un Cristo que no sufre, entonces parecería como si Él no fuera un Sumo Sacerdote fiel hecho a semejanza de Sus hermanos. Estas dos dificultades nos conducen de regreso a un estado de agradecimiento hacia Dios porque no tenemos que responder a ese dilema, sino que el Espíritu de Dios, que es Cristo presente en la tierra, nos allana estas dificultades y nos proporciona toda la ventaja que podríamos esperar de la presencia de Cristo incrementada diez veces.

Solamente una observación adicional, que la presencia personal de Cristo, por mucho que la tengamos muy en alto, no produjo muy grandes

resultados en Sus discípulos hasta que el Espíritu fue derramado de lo alto. Cristo era su Maestro; ¿cuánto aprendieron ellos? Bueno, allí tenemos a Felipe; Cristo tiene que decirle: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” Ellos estaban confundidos con preguntas que ahora pueden ser respondidas por niños pequeñitos; ustedes pueden ver que al final de su curso de entrenamiento de tres años con Cristo, no habían alcanzado sino un limitado progreso. Cristo no era únicamente su Maestro, sino también su Consolador; sin embargo, con cuánta frecuencia Cristo no pudo consolarlos por causa de su incredulidad.

Después que Él hubo pronunciado ese deleitable discurso que hemos estado leyendo, los encontró dormidos embargados por la tristeza. En este capítulo, cuando está intentando consolarlos, Él agrega: “Antes, porque os he dicho estas cosas, tristeza ha llenado vuestro corazón.” La intención de Cristo era nutrir las gracias de Sus discípulos, ¿pero dónde estaban esas gracias? Aquí tenemos a Pedro; él ni siquiera tiene la gracia del valor ni de la consistencia, sino que niega al Señor mientras el resto de ellos lo abandonan y huyen. Ni siquiera el Espíritu de Cristo había sido infundido en ellos. Su celo no había sido moderado por el amor, pues querían que el fuego del cielo consumiera a sus adversarios, y Pedro sacó una espada para cortar la oreja del siervo del Sumo Sacerdote. Ellos conocían escasamente las verdades que su Señor les había enseñado, y estaban muy lejos de absorber Su Espíritu celestial.

Inclusive sus dones eran muy débiles. Es cierto que una vez hicieron milagros, y predicaron, pero ¿con qué éxito lo hicieron? ¿Acaso han escuchado alguna vez que Pedro ganó tres mil pecadores por medio de un sermón? No fue sino hasta después que el Espíritu Santo vino. ¿Descubren que alguno de ellos es capaz de edificar a otros y construir la Iglesia de Cristo? No, el ministerio de nuestro Señor Jesucristo, considerado únicamente en relación a sus frutos inmediatos, no fue comparable a los ministerios que se dieron después que descendió el Espíritu. “A lo suyo vino, y los tuyos no le recibieron.”

Su grandiosa obra como Redentor fue un triunfo completo de principio a fin; pero como Maestro, puesto que el Espíritu de Dios estaba únicamente sobre Él, y no sobre el pueblo, Sus palabras fueron rechazadas, Sus súplicas fueron despreciadas, Sus advertencias no fueron escuchadas por la gran multitud de personas. La poderosa bendición vino cuando se cumplieron las palabras de Joel. “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.” Esa era la bendición, y una bendición que,

nos atrevemos a decirlo otra vez, era tan rica y tan rara que ciertamente era conveniente que Jesucristo se fuera para que el Espíritu Santo descendiera.

III. Ahora prosigo al tercer punto del tema, y lo haré brevemente. Hemos llegado hasta aquí: que admitimos que la presencia de Cristo es preciosa, pero la presencia del Espíritu Santo se muestra muy claramente como de mayor valor práctico para la Iglesia de Dios que la presencia corporal del Señor Jesucristo. Avancemos entonces al tercer punto, que **LA PRESENCIA DEL CONSOLADOR ES SUPERLATIVAMENTE VALIOSA.**

Podemos concluir esto por los efectos que se vieron el día de Pentecostés. En el día de Pentecostés, el toque a rebato sonó la alarma celestial. Los soldados no estaban bien preparados para eso; constituían una minúscula banda, y tenían solamente esta virtud, que se contentaban con esperar hasta que les fuera dado poder. Estaban sentados quietos en el aposento de arriba. Un sonido poderoso se escucha a través de toda Jerusalén. El poderoso torbellino continúa su viaje hasta que alcanza el lugar elegido. Llena el lugar donde ellos permanecen sentados. Aquí encontramos un presagio de lo que el Espíritu de Dios será para la Iglesia. Vendrá misteriosamente sobre la Iglesia de acuerdo a la voluntad soberana de Dios; pero cuando venga como el viento, será para purgar la atmósfera moral, y para avivar el pulso de todos los que tienen respiración espiritual.

Esta es ciertamente una bendición, un beneficio que la Iglesia necesita grandemente; yo quisiera que este recio viento que sopla viniera sobre la Iglesia con una fuerza irresistible, arrastrando todo lo que encuentra: la fuerza de la verdad, pero aun más que eso, la fuerza de Dios introduciendo la verdad en los corazones y en la conciencia de los hombres.

Yo quisiera que ustedes y yo pudiéramos respirar este viento, y recibir su influencia que da vigor, para que podamos ser convertidos en campeones de Dios y de Su verdad. Oh, que pudiera llevarse nuestras nieblas de duda y las nubes de error. Ven, viento sagrado, Inglaterra te necesita; la tierra entera requiere de Ti. Las exhalaciones malolientes que proliferan en esta calma mortal desaparecerían si Tus rayos divinos iluminaran al mundo y commovieran la atmósfera moral. Ven, Espíritu Santo, ven, no podemos hacer nada sin Ti; pero si tenemos Tu viento, nosotros desplegamos nuestras velas, y aceleramos nuestro curso hacia la gloria.

Además, el Espíritu vino como fuego. Una lluvia de fuego acompañaba al recio viento que soplaba. ¡Qué bendición es esto para la Iglesia! La Iglesia necesita fuego para avivar a sus ministros, para dar celo y energía a todos sus miembros. Teniendo este fuego, la Iglesia arde en su camino

al éxito. El mundo la enfrenta con fuego hecho con gavillas de leña, pero ella confronta al mundo con el fuego de espíritus encendidos y almas que arden con el amor de Jesucristo. Ella no confía en el ingenio, ni en la elocuencia, ni en la sabiduría de sus predicadores, sino en el fuego divino que los cubre de energía. Sabe que los hombres son irresistibles cuando están llenos del consagrado entusiasmo enviado por Dios. Por lo tanto ella confía en esto, y su petición es: “¡Ven, fuego santo, habita en nuestros pastores y maestros! ¡Descansa sobre cada uno de nosotros!” Este fuego es una bendición que Cristo no nos trajo en persona, pero que ahora da a la Iglesia a través de Su Espíritu.

Y luego de esa lluvia de fuego descendieron unas lenguas. Esto, también, es el privilegio de la Iglesia. Cuando el Señor dio a los apóstoles diversas lenguas, es como si les hubiera dado las llaves de varios reinos. “Vayan,” les dijo, “Judea no es mi único dominio, vayan y abran las puertas de cada imperio, aquí están las llaves, ustedes pueden hablar cualquier idioma.” Queridos amigos, aunque no podamos hablar con cada individuo en su propio idioma, sin embargo, tenemos las llaves de todo el mundo sujetadas a nuestro cinturón si tenemos al Espíritu de Dios con nosotros. Ustedes tienen las llaves que abren los corazones humanos si el Espíritu de Dios habla por medio de ustedes. ¡Yo tengo hoy las llaves de los corazones de multitudes de personas aquí presentes, si el Espíritu Santo quiere usarlas!

Hay una eficacia en el Evangelio que es poco imaginada por quienes se refieren a él como locura de hombres, cuando el Espíritu está con nosotros. Yo estoy persuadido que los resultados que han seguido al ministerio durante nuestra vida son triviales e insignificantes, comparados con lo que serían si el Espíritu de Dios estuviera trabajando con más poder en medio de nosotros. No hay ninguna razón en la naturaleza del Evangelio o en el poder del Espíritu por la cual no se convierta una congregación entera con la predicación de un sermón. No hay ninguna razón en la naturaleza de Dios por la cual no pueda nacer una nación en un día, y por la cual, en un período de doce meses, una docena de ministros que predicaran a lo largo del mundo, no pudieran ser el instrumento para la conversión de cada elegido hijo de Adán a un conocimiento de la verdad. El Espíritu de Dios es perfectamente irresistible cuando extiende todo Su poder. Su potencia es tan divinamente omnipotente que al instante que sale la obra es completada.

El grandioso evento profético, vemos, ocurrió en el día de Pentecostés. El éxito alcanzado fue únicamente el correspondiente a los primeros frutos; Pentecostés no es la cosecha. Hemos estado acostumbrados a ver a Pentecostés como un despliegue grande y maravilloso del poder divino, que no podrá ser igualado en los tiempos modernos. Hermanos, va a ser

superado. Yo no estoy parado sobre Pentecostés como sobre una montaña muy alta, preguntándome a qué altura estoy, sino que miro a Pentecostés como un pequeño monte que está surgiendo desde el cual veré montañas mucho más altas en la lejanía. No veo a Pentecostés como el fin de la cosecha, con los graneros llenos de gavillas, no, sino como una ofrenda de la primera gavilla ante el altar de Dios. Ustedes deben esperar mayores cosas, oren pidiendo mayores cosas, anhelen mayores cosas.

He aquí nuestra Inglaterra, sumida en una impasible ignorancia del Evangelio. Como la carga de una pesadilla sobre su pecho tiene la regeneración bautismal, que es apoyada por una horda de sacerdotes, ya sea porque creen en ese dogma o porque mantienen sus beneficios si se suscriben a esa mentira. ¿Cómo podrá ser sacudido ese íncubo (demonio) del pecho vivo de Inglaterra? "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." Allí está Francia, maldecida con infidelidad, voluble, festiva, entregada al placer; ¿cómo podrá ser conducida a la sobriedad y santificada para Dios? "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." Por allá está Alemania, con su escepticismo metafísico, su medio catolicismo, es decir, el luteranismo, y su abundante entrega al Papa; ¿cómo se levantará Alemania? "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos." Lejos, allá en Italia, se asienta la vieja Roma, la ramera de las siete colinas, que todavía reina triunfante en su trono sobre una gran parte de la tierra; ¿cómo podrá morir? ¿Dónde está la espada que encontrará su corazón? "No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos."

Entonces, la única cosa que necesitamos es el Espíritu de Dios. No digan que necesitamos dinero; lo tendremos muy pronto cuando el Espíritu toque los corazones de los hombres. No digan que necesitamos edificios, iglesias, construcciones; todo esto puede servir de ayuda, pero la principal necesidad de la Iglesia es el Espíritu, y hombres en los que el Espíritu pueda ser derramado. Si antes de morir yo pudiera decir únicamente una oración, sería esta: "Señor, envía a Tu Iglesia hombres llenos del Espíritu Santo, y de fuego." Denle a cualquier denominación hombres así, y su progreso será poderoso: quiten esos hombres, envíenles graduados universitarios, de gran refinamiento y profundo conocimiento, pero con poco fuego y con poca gracia, perros sordos que no pueden ladrar y muy pronto esa denominación irá en declive. Dejen que venga el Espíritu, y el predicador podrá ser rústico, simple, rudo, sin modales, pero estando el Espíritu sobre él, ninguno de sus adversarios prevalecerá; su palabra tendrá el poder de sacudir las puertas del infierno. Amados hermanos, ¿acaso no dije algo bueno cuando afirmé que el Espíritu de

Dios es de superlativa importancia para la Iglesia, y que el día de Pentecostés parece decirnos precisamente eso?

Recuerden, hermanos, y aquí tenemos otro pensamiento que debería lograr que el Espíritu sea algo muy querido para ustedes, que sin el Espíritu Santo nada bueno pudo venir o vendrá jamás a cualquiera de sus corazones: ningún suspiro de penitencia, ningún clamor de fe, ninguna mirada de amor, ninguna lágrima de santa tristeza. El corazón de ustedes no podría palpitarse nunca con vida divina, excepto por medio del Espíritu; ustedes son incapaces del menor grado de emoción espiritual, ya no se diga de acción espiritual, aparte del Espíritu Santo. Ustedes yacen muertos, viviendo únicamente para el mal pero absolutamente muertos para Dios, hasta que el Espíritu Santo venga y los levante de la tumba. Hoy no hay nada bueno en ti, hermano mío, que no haya sido puesto allí. Las flores de Cristo son todas exóticas: "Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien." "¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie." Todo debe venir de Cristo, y Cristo no le da nada a los hombres excepto a través del Espíritu de toda gracia. Valoren, entonces, al Espíritu, como el conducto de todo bien que viene a ustedes.

Y además, nada bueno puede salir de ustedes aparte del Espíritu. Aunque esté en ustedes, sin embargo yace dormido excepto que Dios produzca en ustedes así el querer como el hacer, por Su buena voluntad. ¿Deseas predicar? ¿Cómo puedes hacerlo a menos que el Espíritu Santo toque tu lengua? ¿Deseas orar? ¡Ay! Qué trabajo tan débil es, a menos que el Espíritu haga la intercesión por ustedes. ¿Quieren vencer al pecado? ¿Quieren ser santos? ¿Anhelan imitar a su Señor? ¿Desean elevarse a las alturas superlativas de la espiritualidad? ¿Quieren ser hechos como los ángeles de Dios, llenos de celo y ardor por la causa del Señor? No pueden sin el Espíritu: "Porque separados de mí nada podéis hacer." ¡Oh, pámpano, tú no puedes dar fruto sin la savia! ¡Oh hijo de Dios, tú no tienes vida en ti mismo aparte de la vida que Dios te da a través de Su Espíritu! ¿No tengo razón, entonces, cuando dije que el Espíritu Santo es superlativamente precioso, de tal forma que aun la presencia de Cristo según la carne no es comparable a Su presencia en gloria y poder?

IV. Esto nos conduce a la conclusión, que es un punto práctico. Hermanos, si estas cosas son así, veamos, los que somos creyentes en Cristo, al misterioso Espíritu con profundo temor y reverencia. Lo debemos reverenciar de tal manera de no contristarlo o provocarlo a ira por nuestro pecado. No lo apaguemos en ninguno de Sus menores movimientos en nuestra alma; nutramos cada sugerencia, y estemos listos a obedecer cada uno de Sus dictados. Si el Espíritu Santo es en verdad tan poderoso, no hagamos nada sin Él; no comencemos ningún proyecto, ni llevemos a cabo ninguna empresa ni concluyamos ninguna

transacción, sin haber implorado Su bendición. Démosle el debido homenaje de sentir nuestra entera debilidad aparte de Él, y luego depender únicamente de Él, siendo esta nuestra oración: "Abre Tú mi corazón, y todo mi ser a Tu venida, y sosténme con Tu espíritu libre cuando haya recibido ese espíritu dentro de mí."

Ustedes que son inconversos, permitanme implorarles que en cualquier cosa que hagan, nunca desprecien al Espíritu de Dios. Recuerden que hay un honor especial asignado a Él en la Escritura: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada, ni en este siglo ni en el venidero." Recuerden, "A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado." Este es el pecado que es para muerte, del cual aun el tierno Juan dice: "por el cual yo no digo que se pida." Por tanto, tiemblen en Su presencia, quítense el calzado de sus pies, pues cuando Su nombre es mencionado, el lugar en que ustedes están, tierra santa es. El Espíritu debe ser tratado con reverencia.

A continuación, como una observación práctica, debemos llenarnos de valor hoy, viendo el poder del Espíritu. Hermanos, nosotros sabemos que como un cuerpo de hombres que buscan adherirse estrechamente a la Escritura y practicar las ordenanzas y sostener las doctrinas según las recibimos del propio Señor, no somos sino pobres y despreciados; y cuando miramos a los grandes de la tierra, los vemos del lado de lo falso y no de lo verdadero. ¿Dónde están los reyes y los nobles? ¿Dónde están los príncipes, y dónde están los hombres poderosos? ¿Acaso no están en contra del Señor de los Ejércitos? ¿Dónde está el oro? ¿Dónde está la plata? ¿Dónde está la arquitectura? ¿Dónde está la sabiduría? ¿Dónde está la elocuencia? ¿No han hecho un bando en contra del Señor de los Ejércitos? ¡Entonces qué! ¿Vamos a desalentarnos? Nuestros padres no se desalentaron. Ellos dieron su testimonio en el cepo y en la prisión, pero no tenían temor en cuanto a la buena y vieja causa; como John Bunyan aprendieron a pudrirse en calabozos, pero no conocieron la cobardía. Sufrieron y dieron testimonio que no se desalentaron. ¿Por qué? Porque sabían (no que la verdad es poderosa y va a prevalecer, pues la verdad no es poderosa y no prevalecerá en este mundo hasta que los hombres sean diferentes de lo que son) pero sabían que el Espíritu de Dios es poderoso y prevalecerá.

Es mejor tener una iglesia pequeña formada por hombres pobres pero con el Espíritu de Dios con ellos, que tener una jerarquía de nobles, un ejército de príncipes con títulos nobiliarios y prelados que no tienen el Espíritu Santo, pues esto no es solamente la fuente de la fuerza, sino que es la fuerza misma; allí donde está el Espíritu de Dios hay libertad y

poder. Entonces, hermanos, tengan valor, sólo tenemos que buscar eso que Dios ha prometido dar, y podemos hacer maravillas. Él dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan. Despierten, miembros de esta iglesia, y oren con sinceridad; y todos los creyentes del mundo, clamen en voz alta a Dios para que Su brazo desnudo pueda ser visto. Despierten, hijos de Dios, pues ustedes conocen el poder de la oración. No le permitan ningún descanso al ángel del pacto hasta que hable la palabra, y el Espíritu obre poderosamente entre los hijos de los hombres.

La oración es un trabajo adaptado a cada uno de ustedes que están en Cristo. Ustedes que no pueden predicar, ustedes que no pueden enseñar, pueden orar; y su oración privada, desconocida por los hombres, quedará registrada en el cielo; esos clamores silenciosos y sinceros de ustedes traerán una bendición.

Una mañana, hace pocos días, cuando estábamos en una sesión especial de oración, había algunos hermanos presentes que repetían en un volumen de voz que casi no podía ser escuchado: “¡Hazlo Señor! ¡Hazlo! ¡Concédelo! ¡Escúchanos!” Me agrada ese tipo de oración en las reuniones de oración; no me interesan los gritos de algunos de nuestros hermanos metodistas, aunque si quieren gritar, que lo hagan, pero a mí me gusta oír a los amigos que oran con gemidos que no pueden expresarse: “¡Señor, envía el Espíritu! ¡Envía el Espíritu, Señor! ¡Trabaja! ¡Trabaja! ¡Trabaja!” Durante el tiempo del sermón es lo que un número de iglesias debía estar haciendo, clamando a Dios en sus corazones.

Cuando caminen por las calles y vean el pecado debían orar: “¡Señor, derríbalo con Tu Espíritu!” Y cuando vean a un hermano que lucha y se esfuerza por hacer el bien, debían clamar: “¡Señor, ayúdalo! Ayúdalo por el Espíritu.” Estoy persuadido que únicamente necesitamos más oración, y no habría ningún límite para la bendición; pueden evangelizar Inglaterra, pueden evangelizar Europa, pueden volver cristiano al mundo entero, si sólo supieran cómo orar. La oración puede obtener cualquier cosa de Dios, la oración lo puede obtener todo: Dios no le niega nada al hombre que sabe cómo pedir; el Señor nunca cierra Sus graneros sino hasta que tú cierras la boca; Dios no detendrá Su brazo mientras no detengas tu lengua. Clama en voz alta y no te detengas; no le des descanso hasta que envíe Su Espíritu otra vez para agitar las aguas y actuar en este mundo de tinieblas para traer luz y vida.

Clamen de día y de noche, oh, ustedes, elegidos de Dios, pues Él los vindicará con rapidez. El tiempo de la batalla se acerca. Roma afila su espada para la pelea, los hombres del error rechinan sus dientes llenos de ira. ¡Por la espada del Señor y de Gedeón! ¡Por el viejo poder y la majestad de los días antiguos! ¡Por el derrumbe de los muros de Jericó, aunque no tengamos mejores armas que los cuernos de carnero! ¡Por echar fuera a

los paganos y por el establecimiento del Israel de Dios en la tierra! ¡Por la venida del Espíritu Santo con tal fuerza y poder, que así como el diluvio de Noé cubrió las cimas de las montañas, el diluvio de la gloria de Jehová cubra las cumbres del pecado y de la iniquidad, y el mundo entero sea gobernado por el Señor Dios Omnipotente!

Ustedes que no tienen el Espíritu, oren por Él. ¡Que el Señor los impulse a orar en este día! Pecadores inconversos, que el Espíritu les dé fe; recuerden que el Espíritu Santo les dice que confien en Cristo. Si honran al Espíritu Santo, confien en Cristo. Sé que deben ser regenerados primero, pero el hombre que confía en Cristo es regenerado. Ustedes deben arrepentirse, deben ser santos, pero el hombre que confía en Cristo se arrepentirá y será hecho santo; los embriones del arrepentimiento y de la santidad ya están en él. Pecador, confia en Cristo; el Espíritu Santo manda que confies en Él hoy. Que Él te conduzca a confiar en Cristo, y Él tendrá la gloria, por siempre. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #574—Volume 10

THE SUPERLATIVE EXCELLENCE OF THE HOLY SPIRIT

El Cántico de María

NO. 606

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 25
DE DICIEMBRE, 1864,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.”
Lucas 1:46, 47.

María andaba de visita cuando expresó su dicha en el lenguaje de este noble cántico. Sería bueno que todas nuestras relaciones sociales fueran tan útiles para nuestros corazones, como esta visita lo fue para María. “Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo.” María, llena de fe, hace una visita a Elisabet, quien también rebosa de una santa confianza, y al poco tiempo de estar reunidas ambas su fe se remonta a la plena convicción y su plena convicción estalla en un torrente de sagrada loa. Esta alabanza despertó sus poderes adormecidos y en lugar de dos aldeanas ordinarias, vemos ante nosotros a dos profetisas y a dos poetisas, sobre quienes el Espíritu de Dios descansó en abundancia.

Cuando nos reunamos con nuestros parientes y conocidos, nuestra oración a Dios debe implorar que nuestra comunión sea, no únicamente agradable, sino provechosa, que no se trate simplemente de pasar el tiempo y de disfrutar de una hora agradable, sino que podamos aproximarnos al cielo en la marcha de un día, y que podamos adquirir una mayor aptitud para nuestro eterno reposo.

Observen, esta mañana, el gozo sagrado de María, para que puedan imitarlo. Esta es una estación en la que todos esperan que seamos dichosos. Nos felicitamos unos a otros deseando que podamos tener una “Feliz Navidad.” Algunos cristianos que son un poco remilgados no gustan de la palabra “feliz.” Es una buenísima palabra proveniente del antiguo sajón, que contiene la dicha de la niñez y el júbilo de la edad adulta, que trae a nuestra mente el antiguo canto de los coros navideños y el repique de medianoche de las campanas, el acebo y los leños ardiendo. Yo amo esa palabra por su mención en una de las más tiernas parábolas que describe que, cuando el hijo pródigo, perdido durante tan largo tiempo, regresó a la casa de su padre sano y salvo, “comenzaron a regocijarse.” Esta es la estación cuando se espera que seamos felices, y el de-

seo de mi corazón es que, en el más sublime y mejor sentido, ustedes, creyentes, sean “felices.”

El corazón de María estaba alborozado dentro de ella; pero aquí está la señal de su alborozo: que se trataba de un regocijo santo y cada una de sus gotas era de un alborozo sagrado. No era el alborozo con el que los mundanos disfrutan de sus parrandas hoy y mañana, sino un júbilo como el que los ángeles disfrutan alrededor del trono donde cantan: “Gloria a Dios en las alturas,” mientras nosotros cantamos: “Y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres.” Tales corazones dichosos gozan de un festín continuo. Yo quiero que ustedes, .los que están de bodas,, posean hoy y mañana, sí, posean todos sus días la sublime y consagrada bienaventuranza de María, para que no solamente puedan leer sus palabras, sino que las usen en ustedes mismos, experimentando siempre su significado: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.”

En primer lugar, observen que *ella canta*; en segundo lugar, *ella canta dulcemente*; en tercer lugar, pregunto: *¿habrá de cantar sola?*

I. Observen, primero, que MARÍA CANTA.

Su tema es un Salvador; ella aclama al Dios encarnado. El largamente esperado Mesías está a punto de aparecer. Aquél a quien los profetas y los príncipes esperaron durante largo tiempo, está a punto de venir y de nacer de la virgen de Nazaret. En verdad nunca hubo un tema para el más dulce cántico que este: la condescendencia de la Deidad para con la flaqueza de la humanidad. Cuando Dios manifestó Su poder en las obras de Sus manos, las estrellas matutinas cantaron en coro y los hijos de Dios dieron gritos de júbilo; pero cuando Dios se manifiesta *Él mismo*, ¿qué música bastaría para el grandioso salmo de asombro adorador? Cuando la sabiduría y el poder son vistos, no son vistos sino los atributos; pero en la encarnación, es la persona divina quien es revelada en el velo de nuestra inferior arcilla: bien podía María cantar, ya que la tierra y el cielo incluso ahora se maravillan ante la gracia condescendiente. Digna de una música sin par es la noticia que “el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.” Ya no existe más un gran golfo extendido entre Dios y Su pueblo, pues la humanidad de Cristo ha construido un puente sobre él. Ya no pensamos más que Dios se sienta en lo alto, indiferente a las necesidades y aflicciones de los hombres, pues Dios nos ha visitado y ha descendido hasta la bajeza de nuestra condición. No necesitamos lamentarnos más porque no podamos participar nunca de la gloria moral y de la pureza de Dios, pues si Dios en gloria desciende hasta Su criatura pecaminosa, es ciertamente menos difícil llevar a esa criatura—lavada con la sangre y purificada—a las alturas por esa vía tachonada de estrellas, para que el redimido se siente para siempre en Su trono.

No debemos soñar más, sumidos en sombría tristeza, que no podemos acercarnos a Dios y que Él no oirá realmente nuestra oración ni se compadecerá de nuestras necesidades, si vemos que Jesús se convirtió en hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne: un bebé nacido igual que nosotros, viviendo la vida que nosotros tenemos que vivir, cargando con las mismas debilidades y aflicciones, e inclinando Su cabeza ante la misma muerte.

Oh, ¿no podemos venir con osadía por este camino vivo y nuevo y acceder al trono de la gracia celestial, cuando Jesús se reúne con nosotros como Emanuel, Dios con nosotros? Los ángeles cantaron sin casi saber por qué. ¿Podían entender por qué Dios se había hecho hombre? Deben de haber sabido que ahí había un misterio de condescendencia; pero todas las amorosas consecuencias que la encarnación conllevó, ni sus agudas mentes habrían podido adivinarlas; pero *nosotros* vemos el todo, y comprendemos más plenamente el grandioso designio. El pesebre de Belén era grande con gloria; en la encarnación estaba envuelta toda la bienaventuranza mediante la cual un alma, arrebatada de las profundidades del pecado, es levantada a las alturas de la gloria. ¿No nos conducirá nuestro mayor conocimiento a alturas de canto que las conjeturas angélicas no podían alcanzar? ¿Acaso los labios de los querubines han de ser movidos a decir sonetos ardientes y nosotros, que somos redimidos por la sangre del Dios encarnado, vamos a quedarnos traicionera y desagradecidamente callados?—

**“*¿No cantaron los arcángeles Tu venida?*
¿No aprendieron los pastores Su dirección?
La vergüenza me cubriría por ingrato,
Si mi lengua se rehusara a alabar.”**

Este, sin embargo, no fue el tema completo de su santo himno. Su peculiar deleite no era que un Salvador debía nacer, sino que *debía nacerle a ella*. Ella era bendita entre las mujeres y altamente favorecida del Señor; pero *nosotros* podemos gozar del mismo favor; es más, nosotros *debemos* gozar de él o la venida del Salvador no nos serviría de nada a nosotros. Yo sé que Cristo en el Calvario quita el pecado de Su pueblo. Pero nadie ha conocido jamás el poder de Cristo en la cruz, a menos que el Señor sea formado en el individuo como la esperanza de gloria.

El énfasis del cántico de la virgen está puesto sobre la gracia especial de Dios para con ella. Esas breves palabras, esos pronombres personales, nos informan que se trataba realmente de un asunto personal con ella. “Engrandece *mi* alma al Señor; y *mi* espíritu se regocija en Dios *mi* Salvador.” El Salvador era, de forma peculiar y en un sentido especial, suyo. Al cantar, ella no dijo: “Cristo para todos,” sino que su alegre tema fue: “Cristo para mí.”

Amados, ¿está Cristo Jesús en su corazón? Una vez lo miraron desde un punto distante, y esa mirada los curó de todas sus enfermedades es-

pirituales, pero, ¿viven ahora descansando en Él, y le reciben en sus propias entrañas como su alimento y bebida espirituales? Frecuentemente ustedes se han alimentado de Su carne y han bebido de Su sangre en santa comunión; han sido sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo; ustedes se han entregado en sacrificio a Él y le han tomado como el sacrificio para ustedes; pueden cantar acerca de Él como lo hizo la esposa: "Su izquierda está debajo de mi cabeza, y su derecha me abraza... Mi amado es mío, y yo suya; Él apacienta entre lirios."

Este es un feliz estilo de vida, y todo lo que no llegue a eso es un pobre trabajo de esclavos. ¡Oh!, ustedes no pueden conocer el gozo de María a menos que Cristo se convierta en suyo real y verdaderamente; pero, oh, cuando Él es suyo, suyo interiormente y reina en su corazón, y controla todas sus pasiones, y transforma su naturaleza, y subyuga sus corrupciones inspirándoles santas emociones, suyo interiormente, siendo un gozo indecible y lleno de gloria; oh, entonces *pueden cantar, tienen que cantar*; ¿quién podría acallar su lengua? Aunque todos los burladores y los escarnecedores de la tierra les pidieran que callaran, ustedes *tendrían que cantar*, pues su espíritu *debe regocijarse en Dios su Salvador*.

Perderíamos mucha instrucción si pasáramos por alto el hecho de que el poema escogido que tenemos ante nosotros es *un himno de fe*. Todavía no había nacido el Salvador, ni, hasta donde podemos juzgarlo, tampoco la virgen tenía ninguna evidencia del tipo requerido por el sentido carnal para hacerla creer que un Salvador nacería de ella. ¿Cómo podría ser esto?, era una pregunta que naturalmente habría podido suspender su cántico mientras no recibiera una respuesta convincente para carne y sangre; pero no se había producido tal respuesta. Sabía que para Dios todas las cosas son posibles y un ángel le había entregado esa promesa, y esto le bastaba: por la fuerza de la Palabra que salió de Dios, su corazón saltó de alegría y su lengua glorificó Su nombre.

Cuando considero qué es lo que ella creyó, y cómo recibió la palabra sin dudar, estoy dispuesto a darle como mujer, un lugar casi tan prominente como el que Abraham ocupó como hombre; y si no me atrevo a llamarla la madre de los fieles, por lo menos ha de recibir el honor debido como una de las más excelentes madres en Israel. María merecía con creces la bendición de Elisabet: "Bienaventurada la que creyó." Para ella "la certeza de lo que se espera fue su fe, y fe fue también su "convicción de lo que no se ve"; ella sabía, por la revelación de Dios, que debía llevar la simiente prometida que heriría la cabeza de la serpiente; pero no tenía ninguna otra prueba.

En este día hay algunos en medio de nosotros que tienen poco o ningún goce consciente de la presencia del Salvador; caminan en tinieblas y no ven ninguna luz; gimen por el pecado innato y se lamentan porque prevalecen las corrupciones; deben confiar ahora en el Señor, y

recordar que si creen en el Hijo de Dios, Cristo Jesús está en ellos, y por fe, muy bien pueden cantar gloriosamente el aleluya del amor adorador. Aunque el sol no brille hoy, las nubes y la niebla no han apagado su luz, y aunque el Sol de Justicia no brille sobre ti en este instante, mantiene Su lugar en esos cielos y no conoce variabilidad ni la sombra de un cambio. Si a pesar de todas tus excavaciones el pozo no brota, has de saber que una constante plenitud permanece en esa profundidad, que se agazapa tras el corazón y el propósito de un Dios de amor. Si como David, estás muy abatido, como él, di a tu alma: “Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío.” Entonces, alégrate con el gozo de María: es el gozo de un Salvador que es completamente suyo, pero que es evidenciado como tal, no por el sentido, sino por la fe. La fe tiene su música igual que el sentido, pero es de una clase más divina: si las vandas en la mesa hacen que los hombres canten y dancen, los festejos de una naturaleza más refinada y etérea llenan a los creyentes de una santa plenitud de deleite.

Escuchando aún el cántico de la virgen favorecida, permítanme observar que *su bajeza no la hace detener su cántico*; es más, inserta en él una nota más dulce. “Porque ha mirado la bajeza de su sierva.” Querido amigo, tú estás sintiendo más intensamente que nunca la profundidad de tu natural depravación, y eres abatido bajo el sentido de tus muchas fallas, y estás tan muerto y tan ligado a la tierra aun en esta casa de oración que no puedes levantarte a Dios; Has estado triste y deprimido mientras nuestros villancicos de Navidad han resonado en tus oídos; te sientes hoy tan inútil para la Iglesia de Dios, tan insignificante, tan completamente indigno, que tu incredulidad te susurra: “En verdad, en verdad, no tienes ningún motivo para cantar.”

Vamos, hermano mío, vamos, hermana mía, imiten a esta bendita virgen de Nazaret, y conviertan a esa propia bajeza e insignificancia que sienten tan dolorosamente, en una razón más para una loa incesante. Hijas de Sion, digan dulcemente en sus himnos de amor: “Ha mirado la bajeza de su sierva.” Entre más indigno soy de Sus favores, más dulcemente cantaré de Su gracia. Qué importa que yo sea el más insignificante de todos Sus escogidos; yo alabaré a Aquel que con ojos de amor me ha buscado, y ha puesto Su amor en mí. “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.”

Queridos amigos, estoy seguro de que el recuerdo de que hay un Salvador y de que este Salvador es *suyo*, debe hacerles cantar; y si ponen junto a eso el pensamiento de que una vez fueron pecadores, inmundos, viles, odiosos y enemigos de Dios, entonces sus notas se remontarán más alto, y llegarán hasta el tercer cielo para enseñar la alabanza de Dios a las arpas de oro.

Es muy digno de advertirse que *la grandeza de la bendición prometida* no le dio a la dulce cantante un argumento para suspender su agradecida tonada. Cuando medito sobre la gran bondad de Dios al amar a Su pueblo antes de que la tierra existiera, al entregar Su vida por nosotros, al interceder por nuestra causa delante del trono eterno, al disponer un paraíso de reposo para nosotros para siempre, un negro pensamiento me ha turbado: “Ciertamente este es un privilegio demasiado sublime para un insecto de un día como es esta pobre criatura, el hombre.” María no contempló este asunto incrédulamente, sino que se regocijó más intensamente por eso mismo. “Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso.”

Vamos, alma, es algo grandioso ser un hijo de Dios, pero como tu Dios hace grandes portentos, no vaciles motivado por la incredulidad, sino triunfa en tu adopción aunque sea una gran misericordia. ¡Oh!, es una portentosa misericordia, más alta que los montes, ser elegido por Dios desde toda la eternidad, pero es una verdad que Sus redimidos son elegidos así, y por tanto, canta motivado por ello. Es una profunda e indecible bendición ser redimidos con la preciosa sangre de Cristo, pero tú eres redimido así más allá de toda duda. Por tanto, no dudes, antes bien, da voces en alto por la alegría de tu corazón. Es un pensamiento arrobador que mores arriba, y que lleves la corona, y agites la rama de palma por siempre; que ninguna desconfianza interrumpa la melodía de tu salmo de expectación, y más bien—

**“Para la loa sonora del amor divino,
Pide a cada cuerda que despierte.”**

Qué plenitud de verdad hay en estas pocas palabras: “Me ha hecho grandes cosas el Poderoso.” Es un texto a partir del cual un espíritu glorificado en el cielo podría predicar un sermón sin fin. Te pido que guardes los pensamientos que te he sugerido de esta pobre manera, y que trates de llegar al sitio donde estuvo María gozando de santa exultación. La gracia es grande pero también lo es su dador; el amor es infinito, pero también lo es el corazón del cual brota; la bienaventuranza es indecible, pero también lo es la divina sabiduría que lo planeó desde tiempos antiguos. Que nuestros corazones se apropien del .’magnificat.,’ el .’hágase.’ de la Virgen, y loen al Señor muy alegremente en esta hora.

Además—puesto que no hemos agotado la melodía—*la santidad de Dios ha enfriado el ardor del gozo del creyente*; pero no fue así en el caso de María. Ella se regocija en él; “Santo es su nombre.” Incorpora ese brillante atributo a su cántico. ¡Santo Señor!, cuando olvido a mi Salvador, el pensamiento de Tu pureza me hace estremecerme; cuando estoy donde estuvo Moisés en el santo monte de Tu ley, estoy espantado y temblando. Para mí, consciente de mi culpa, ningún trueno podría ser más terrible que el himno del serafín: “¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos!” ¿Qué es Tu santidad sino un fuego consumidor que tiene que des-

truirme completamente, siendo yo un pecador? Si los cielos no son puros delante de Tus ojos, y notas necesidad en Tus ángeles, ¿cuánto menos entonces puedes soportar al hombre vano y rebelde, nacido de mujer? ¿Cómo puede ser puro el hombre, y cómo pueden mirarle Tus ojos sin consumirle rápidamente en tu ira? Pero, oh Tú, el Santo de Israel, cuando mi espíritu está en el Calvario y puede ver a Tu santidad vindicarse a sí misma en las heridas del hombre que nació en Belén, entonces mi espíritu se regocija en esa gloriosa santidad que una vez fue su terror. ¿Se inclinó hasta el hombre el tres veces santo Dios y asumió la carne del hombre? ¡Entonces, en verdad, hay esperanza! ¿Soportó un santo Dios la sentencia que Su propia ley pronunció contra el hombre? ¿Extiende ese santo Dios encarnado Sus heridas e intercede por mí? Entonces, alma mía, la santidad de Dios ha de ser una consolación para ti. Extraeré aguas vivas de este pozo sagrado, y agregaré a todas mis notas de júbilo esta otra: "Santo es su nombre." Él ha jurado por Su santidad, y no mentirá, guardará Su pacto con Su ungido y con Su simiente para siempre.

Cuando como sobre alas de ángeles nos remontamos al cielo en santa alabanza, la perspectiva se abre debajo de nosotros; de igual manera, cuando María se cierne con el ala poética, mira a lo largo de los pasadizos del pasado, y contempla los poderosos actos de Jehová en edades transcurridas hace ya mucho tiempo. Observen cómo la melodía adquiere majestad; se trata más bien del vuelo sostenido de Ezequiel, el de alas de águila, que del aleteo de la tímida paloma de Nazaret. Ella canta: "Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen." Mira más allá de la cautividad, a los días de los reyes, a Salomón, a David, a través de los jueces y hasta llegar al desierto, y a través del Mar Rojo a Jacob, a Abraham, y sigue su recorrido hasta que, deteniéndose en la puerta de Edén, oye el sonido de la promesa: "La simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente." Cuán magníficamente resume el libro de las guerras del Señor, y repasa los triunfos de Jehová: "Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones." Cuán deleitadamente la misericordia es entremezclada con el juicio en el siguiente canto de su salmo: "Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos."

Hermanos y hermanas míos, cantemos también nosotros del pasado, glorioso en fidelidad, temible en juicio, fecundo en portentos. Nuestras propias vidas nos proporcionarán un himno de adoración. Hablemos de las cosas que hemos experimentado tocantes al Rey. Estábamos hambrientos y Él nos llenó de cosas buenas; se encorvó sobre el muladar con el mendigo, y nos ha entronizado entre los príncipes; hemos sido sacudidos por la tempestad, pero con el Eterno Piloto al timón, no hemos tenido

miedo de naufragar; hemos sido echados dentro de un horno de fuego ardiendo, pero la presencia del Hijo del Hombre apaciguó la violencia de las llamas.

Proclamen, oh, ustedes, hijas de la música, la larga historia de la misericordia del Señor para con Su pueblo en las generaciones tiempo ha idas. Las muchas aguas no pudieron apagar Su amor, ni ahogarlo los ríos; la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada, nada de esto ha separado a los santos del amor de Dios, que es en Cristo nuestro Señor. Los santos, bajo el ala del Altísimo, han estado siempre seguros. Cuando han sido más asediados por el enemigo, han morado en perfecta paz: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones." Atravesando a veces la ola color rojo sangre, el barco de la Iglesia no se ha desviado nunca de su predestinado sendero de progreso. Cada tempestad la ha favorecido; el huracán que buscaba su ruina se ha visto obligado a llevarla adelante más rápidamente. Su bandera ha desafiado estos mil ochocientos años la batalla y la agitación, y no teme para nada lo que pudiera sobrevenir todavía. Pero, ¡he aquí!, se aproxima al puerto; está amaneciendo el día cuando le dirá adiós a las tormentas; las olas se han calmado debajo de ella; el reposo largamente prometido está a la mano; su Jesús mismo se encuentra con ella, caminando sobre las aguas; entrará en su puerto eterno y todos los que van a bordo cantarán de gozo con su Capitán, y triunfarán y cantarán victoria por medio de Aquel que la ha amado y ha sido su libertador.

Cuando María afinó así su corazón para glorificar en ella a Dios por Sus maravillas del pasado, enfatizó particularmente la nota de la elección. La nota más alta de la escala de mi alabanza es alcanzada cuando mi alma canta: "Yo le amo a Él, porque Él me amó primero." Kent lo expresa muy bien de esta manera—

**"Un monumento a la gracia,
Es un pecador salvado por la sangre;
Yo rastreo los raudales del amor
Hasta su fuente: Dios;
Y en Su poderoso pecho veo,
Eternos pensamientos de amor por mí."**

Difícilmente podríamos volar más alto que la fuente del amor en el monte de Dios. María sostiene la doctrina de la elección en su cántico: "Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos." Allí vemos a la gracia que distingue, a la consideración que discrimina; allí, a algunos se les permite que perezcan; allí están otros, los menos merecedores y los más oscuros, que son hechos objetos especiales del afecto divino.

No tengas miedo de hacer hincapié en esta excelsa doctrina, amado hermano en el Señor. Permítome asegurarte que cuando tu mente esté más triste y decaída, descubrirás que esto es una botella que contiene el

más exquisito cordial. Aquellos que dudan de estas doctrinas o que las arrojan a la fría sombra, se pierden de los más ricos racimos de Escol; se pierden de los vinos refinados y de los gruesos tuétanos; pero ustedes que, en razón de los años, han tenido sus sentidos ejercitados para discernir entre el bien y el mal, ustedes saben que no hay miel como ésta, no hay una dulzura comparable a ella. La miel en el bosque de Jonatán—cuando era tocada—iluminaba los ojos para ver, pero esta es miel que iluminará tu corazón para amar y aprender los misterios del reino de Dios.

Coman, entonces, y no tengan miedo del empalagamiento; aliméntense de esta selecta exquisitez, y no tengan miedo de cansarse de ella, pues entre más sepan, más querrán saber; entre más llena esté su alma, más desearán que su mente sea expandida, para poder comprender más el amor de Dios que es eterno, imperecedero, y discriminador.

Pero haré un comentario más sobre este punto. Ustedes ven que ella no terminó su cántico hasta no haber llegado *al pacto*. Cuando te remontas hasta un punto tan alto como la elección, demórate en su monte hermano, que es el pacto de gracia. En el último verso de su cántico, ella canta: “De la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre.” Para ella, ese era *el pacto*; para nosotros, que tenemos una luz más clara, el antiguo pacto hecho en la cámara del consejo de la eternidad, es el tema del mayor deleite. El pacto con Abraham fue en su mejor sentido sólo una copia menor de ese pacto de gracia hecho con Jesús, el Padre eterno de los fieles, antes que los cielos azules fueran extendidos. Los compromisos del pacto son una suaves almohadas para una cabeza adolorida; los compromisos del pacto con la fianza, Cristo Jesús, son los mejores sustentos de un espíritu trémulo—

**“Su juramento, Su pacto, Su sangre,
Me sostienen en la fiera inundación;
Cuando todo sostén terrenal se derrumba,
Sigue siendo mi fortaleza y mi sostén.”**

Si Cristo en efecto juró llevarme a la gloria, y si el Padre juró entregarme al Hijo para formar parte de la infinita recompensa por la aflicción de Su alma, entonces, alma mía, mientras Dios mismo no sea infiel, mientras Cristo no cese de ser la verdad, mientras el consejo eterno de Dios no se vuelva una mentira y el rojo pergamo de Su elección no sea consumido por el fuego, tú estás seguro. Descansa, entonces, en perfecta paz, venga lo que venga; descuelga tu arpa de los sauces y que tus dedos no cesen de tocarla siguiendo los acordes de la más rica armonía. Oh, que recibamos gracia de principio a fin para unirnos a María en su cántico.

II. En segundo lugar, ELLA CANTA DULCEMENTE. Ella alaba a Dios *con todo su corazón*. Observen cómo se sumerge hasta el centro del tema. No hay un prefacio, sino “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se

regocija en Dios mi Salvador.” Cuando algunas personas cantan, da la impresión de que tienen miedo de ser escuchadas. Nuestro poeta declara—

***“Con todos mis poderes de corazón y de lengua
Alabaré a mi Hacedor en mi canto;
Los ángeles oirán las notas que elevo,
Aprobarán el canto, y se unirán en la alabanza.”***

Me temo que los ángeles frecuentemente no escuchan esos pobres susurros, débiles y desfallecientes, que a menudo brotan de nuestros labios simplemente por la fuerza de la costumbre. María es todo corazón; evidentemente su alma está ardiendo; mientras ella medita, el fuego arde; luego expresa su emoción con palabras. Nosotros también hemos de recoger nuestros pensamientos dispersos, y hemos de despertar a nuestros poderes somnolientos para alabar al amor redentor. Ella usa una noble palabra: “Engrandece mi alma al Señor.” Yo supongo que esto significa: “Mi alma se esfuerza por engrandecer a Dios por medio de la alabanza.” Él es tan grande como pudiera serlo en Su ser; mi bondad no puede magnificarle, pero mi alma quisiera engrandecer a Dios en los pensamientos de los demás, y engrandecerlo en mi propio corazón. Yo quisiera darle al cortejo de Su gloria un mayor alcance; yo quisiera reflejar la luz que Él me ha dado; quisiera convertir en amigos a Sus enemigos; yo quisiera volver los pensamientos ásperos acerca de Dios en pensamientos de amor. “Engrandece mi alma al Señor.” El viejo Trapp dice: “mi alma quisiera crear un mayor espacio para Él.” Es como si María quisiera absorber más de Dios, como Rutherford, cuando dice: “¡Oh, que mi corazón fuera tan grande como el cielo, para que yo pudiera contener a Cristo en él!”; y luego, se pone un alto a sí mismo: “Pero los cielos y la tierra no pueden contenerle. Oh, que tuviera un corazón tan grande como siete cielos, para poder contener a todo Cristo dentro de él.” En verdad, este es un deseo más grande del que podríamos esperar jamás que fuese cumplido; sin embargo, nuestros labios cantarán todavía: “Engrandece mi alma al Señor.” ¡Oh, si pudiera coronarle; si pudiera propulsarle más arriba! Si el hecho de que fuera quemado en la hoguera pudiera añadir tan sólo una chispa más de luz para Su gloria, yo sería feliz por sufrirlo. Si el hecho de que yo fuese aplastado pudiera levantar una pulgada a Jesús, ¡feliz sería la destrucción que añadiera a Su gloria! Tal es el espíritu de entrega del cántico de María.

Además, su alabanza es muy *gozosa*: “Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” La palabra en el griego es muy notable. Yo creo que es la misma palabra que es usada en el pasaje: “Gozaos en aquel día, y alegraos.” Solíamos tener una antigua palabra en inglés que describía a un cierto baile de celebración, “a galliard,” “una gallarda.” Era un baile en el que se daban brincos; los antiguos comentaristas lo llaman un *levalto*. María, en efecto, declara: “Mi espíritu habrá de danzar como David de-

lante del arca, dará saltos, brincará, retozará y se regocijará en Dios mi Salvador." Cuando nosotros alabamos a Dios, no debería ser con notas dolorosas o lúgubres. Algunos de mis hermanos alaban siempre a Dios con la nota más baja, o en el profundo, profundo bajo; no pueden sentirse santos mientras no estén melancólicos. ¿Por qué algunos hombres no pueden adorar a Dios excepto con una cara larga? Los conozco por su simple manera de caminar cuando vienen a la adoración; ¡qué paso tan terrible es el suyo! No entienden el Salmo de David—

***"A sus atrios, con gozos desconocidos,
Las sagradas tribus acuden."***

No, estos individuos suben a la casa de su Padre como si se dirigiesen a la cárcel, y adoran a Dios los domingos como si fuese el día más lúgubre de la semana. Se dice de un cierto habitante de las zonas altas de Escocia—cuando los habitantes de esa región eran muy piadosos—que una vez fue a Edimburgo, y cuando regresó de su viaje comentó que había visto un terrible espectáculo el día domingo, pues había visto a ciertas personas en Edimburgo que iban a la iglesia con rostros felices. Él consideraba que era perverso verse feliz los domingos. Ese mismo concepto existe en las mentes de ciertas buenas personas de por aquí; se imaginan que cuando los santos se reúnen deben sentarse, y experimentar una pequeña y cómoda desdicha y sólo un poco de deleite. En verdad, gemir y languidecer no es el camino señalado para adorar a Dios. Debemos tomar a María como una norma. Yo la recomiendo todo el año como un ejemplo para los que están turbados y tienen un corazón desfalleciente. "Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador."

Cesen de regocijarse en las cosas sensuales, y no tengan ninguna comunión con los placeres pecaminosos, pues todo ese regocijo es maligno, pero no pueden regocijarse demasiado en el Señor. Yo creo que el problema con nuestra adoración pública es que somos demasiado sobrios, demasiado fríos, demasiado formales. Yo no admiro precisamente los exabruptos de nuestros amigos metodistas primitivos cuando se desenfrenan, pero no pondría ninguna objeción a oír un "¡aleluya!" dicho de todo corazón de vez en cuando. Una entusiasta explosión de exultación podría calentar nuestros corazones; el grito de "¡Gloria!" podría encender nuestros espíritus.

Esto sé, que no me siento nunca más listo para la verdadera adoración que cuando estoy predicando en Gales, cuando a lo largo de todo el sermón el predicador es auxiliado más que interrumpido por gritos de: "¡Gloria a Dios!" y "¡Bendito sea Su nombre!" Vamos, en ese momento la sangre comienza a arder y el alma de uno es sacudida, y esta es la verdadera manera de servir a Dios con gozo. "Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!" "Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador."

En tercer lugar, ella canta dulcemente porque canta *confiadamente*. No se detiene a preguntarse: “¿Tengo algún derecho de cantar?,” sino más bien dice: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva.” “Si,” es un triste enemigo de toda felicidad cristiana; “pero,” “por ventura,” “duda,” “conjeturar,” “sospechar,” estos constituyen una raza de salteadores de caminos que acechan a los pobres peregrinos tímidos y les roban el dinero de sus gastos. Las arpas pronto se desentonan y cuando sopla el viento desde el reducto de la duda, las cuerdas se rompen al por mayor. Si los ángeles del cielo pudieran albergar alguna duda, eso convertiría el cielo en un infierno. “Si eres Hijo de Dios” fue el arma cobarde blandida por el antiguo enemigo en contra de nuestro Señor en el desierto. Nuestro gran enemigo conoce bien cuál arma es la más peligrosa.

Cristiano, ponte el escudo de la fe siempre que veas la daga envenenada a punto de ser usada contra ti. Me temo que algunos de ustedes alientan sus dudas y temores. Bien podrían incubar jóvenes víboras y criar a un basilisco. Piensan que es una señal de gracia tener dudas, aunque más bien es una señal de debilidad. Si dudan de la promesa de Dios, eso no demuestra que no posean nada de gracia, pero demuestra, en verdad, que necesitan más gracia, pues si tuviesen más gracia, recibirían la Palabra de Dios tal como Él la da, y se diría de ustedes como se dijo de Abraham, que “tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido.” Que Dios les ayude a deshacerse de sus dudas. ¡Oh, esas son cosas diabólicas! ¿Es esta una palabra muy dura? Me encantaría encontrar una más dura. Son criminales, son rebeldes que buscan robarle a Cristo Su gloria; son traidoras que arrojan cieno sobre el escudo de armas de mi Señor. ¡Oh, son viles traidoras; cuélguelas de la horca que debe ser tan alta como la de Amán; arrójenlas a la tierra, y dejen que se pudran como carroña, o entiérrenlas con el entierro de un asno! Las dudas son aborrecidas por Dios y también han de ser aborrecidas por los hombres. Son crueles enemigas de sus almas, lesionan la utilidad suya y los despojan en todos los sentidos. ¡Elimínennelas con la espada del Señor y de Gedeón! Por fe en la promesa busquen echar fuera a estos cananeos y posean la tierra. Oh, ustedes, hombres de Dios, hablen con confianza, y canten con sagrado júbilo.

Hay algo más que confianza en su cántico. Ella canta con gran *familiaridad*, “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador... Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre.” Este es el cántico de alguien que se aproxima muy cerca de su Dios en amorosa intimidad. Yo siempre tengo una idea cuando escucho la lectura de la liturgia: que es la adoración de un esclavo. Las pala-

bras y las frases no son un problema para mí. Tal vez, de todas las composiciones humanas, el servicio litúrgico de la Iglesia de Inglaterra sea, con algunas excepciones, el más noble, pero sólo es bueno para esclavos o, suponiendo lo mejor, para súbditos. A lo largo de todo el servicio, uno siente que hay un cerco que rodea la montaña, tal como en el Sinaí. Su .’letanía.’ es el lamento de un pecador, y no el feliz triunfo de un santo. El servicio engendra una esclavitud, y no contiene nada del espíritu confiado de la adopción. Contempla al Salvador desde muy lejos, como alguien que ha de ser temido más bien que amado, y que ha de ser considerado temible en lugar de deleitarse en Él. No tengo duda de que se adecua a aquellos cuya experiencia los conduce a poner los diez mandamientos cerca de la mesa de la comunión, pues evidencian por esto que sus tratos con Dios son todavía sobre los términos de siervos y no de hijos.

En lo que a mí respecta, yo necesito una forma de adoración en la que pueda acercarme a mi Dios, y aproximarme incluso a Sus pies, exponiendo mi caso delante de Él, y ordenando mi causa con argumentos, hablando con Él como un amigo habla con su amigo, o un hijo habla con su padre; de otra manera, la adoración vale muy poco para mí.

Nuestros amigos de la Iglesia Episcopal, cuando vienen aquí, son naturalmente impactados por nuestro servicio viéndolo como irreverente porque es mucho más familiar y atrevido que el suyo. Hemos de guardarnos cuidadosamente de tener que merecer realmente esa crítica, y entonces no deberíamos temerla, pues un alma renovada desea vivamente precisamente ese trato que el formalista llama irreverente. Hablar con Dios como mi Padre, tratar con Él como con Uno cuyas promesas son verdaderas para mí, y a quien yo, un pecador lavado en la sangre y vestido con la justicia perfecta de Cristo, puedo venir con valor, sin tener que quedarme lejos. Yo digo que esto es algo que el adorador de los atrios exteriores no puede entender.

Hay algunos de nuestros himnos que hablan de Cristo con tal familiaridad que el crítico impasible dice: “A mí no me gustan tales expresiones. Yo no podría cantarlas.” Estoy plenamente de acuerdo contigo, señor crítico, ya que el lenguaje no te vendría bien a ti, puesto que eres un extraño; pero un *hijo* puede decir mil cosas que un siervo no debe decir. Recuerdo que un ministro alteró uno de nuestros himnos que dice—

**“Que rehúsen cantar
Quienes no conocieron nunca a nuestro Dios;
Pero los favoritos del Rey celestial
Pueden expresar libremente sus gozos.”**

Él lo cambió de esta manera—

“Pero los súbditos del Rey celestial.”

Sí; y cuando lo expresó, yo pensé: “eso es correcto; tú estás cantando lo que sientes; tú no sabes nada de la gracia que discrimina ni de las

manifestaciones especiales, y, por tanto, te apegas a tu nivel innato, que es: . 'súbditos del rey celestial.'." Pero, oh, mi corazón necesita una adoración que pueda sentir y expresar el sentimiento de que soy un favorito del rey celestial, y por tanto, que pueda cantar de Su amor especial, de Su favor manifiesto, de Sus dulces relaciones y de Su misteriosa unión con mi alma. Nunca estarás bien mientras no te hagas la pregunta: "Señor, ¿cómo es que te manifiestas a nosotros, y no al mundo?" Hay un secreto que nos es revelado, y que no es revelado al mundo exterior; un entendimiento que las ovejas reciben pero que no reciben las cabras. Yo apelo a cualquiera de ustedes que durante la semana ocupan una posición oficial: un juez, por ejemplo. Tú tienes un asiento en el tribunal y no estás revestido de una insignificante dignidad cuando estás allí. Cuando llegas a casa, hay un pequeño que tiene muy poco miedo de tu investidura de juez, aunque tiene mucho amor por tu persona, y que se sube a tus rodillas, te besa en la mejilla y te dice mil cosas que son adecuadas y correctas porque salen de *él*, pero que no tolerarías en la corte si provinieran de cualquier otro ser viviente. Esta parábola no necesita interpretación.

Cuando leo algunas de las oraciones de Martín Lutero, me escandalizo, pero argumento conmigo mismo así: "Es cierto que no puedo hablar con Dios de la misma manera que Martín pero, tal vez, Martín Lutero sintió y comprendió su adopción más de lo que yo lo hago, y por tanto, no era menos humilde porque fuera más arrojado. Pudiera ser que usó expresiones que estarían fuera de lugar en la boca de cualquier hombre que no hubiera conocido al Señor como él lo hizo."

Oh, amigo mío, canta en este día de nuestro Señor Jesús como de alguien cercano a nosotros. Acércate a Cristo, lee Sus heridas, mete tu mano en Su costado y mete tu dedo en la señal de los clavos, y luego tu canto adquirirá una sagrada dulzura y una melodía que no se puede lograr en ninguna otra parte.

Debo concluir observando que aunque su cántico era todo esto, sin embargo, *cuán humilde fue*, en verdad, y cuán lleno de gratitud. Los papistas la llaman: "Madre de Dios," pero ella no susurra nunca tal cosa en su cántico. No, ella dice más bien: "Dios *mi Salvador*"; justo las mismas palabras que el pecador que les habla podría usar, y tales expresiones como las que ustedes, pecadores, que están oyéndome, podrían usar también. Ella necesita un Salvador; siente que lo necesita y su alma se regocija porque hay un Salvador para ella. Ella no habla como si pudiera recomendarse ante Él, sino que espera ser acepta en el amado. Procuremos, entonces, que nuestra familiaridad esté mezclada siempre con la postración más humilde de espíritu, cuando recordamos que Él es Dios sobre todo, bendito para siempre, y nosotros no somos nada sino polvo y

cenizas. Él llena todas las cosas, y nosotros somos menos que nada y vanidad.

III. Lo último debía ser la pregunta: ¿HA DE CANTAR SOLA? Sí, debe hacerlo, si la única música que podemos traer es la de los deleites carnales y de los placeres mundanos. Habrá mucha música mañana que no encajaría con la suya. Habrá mucho júbilo mañana, y mucha risa, pero me temo que la mayor parte de eso no iría acorde con el cántico de María. No será “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” No querríamos impedir el retozo de los espíritus animales en los jóvenes ni en los viejos; no moderaríamos en lo más mínimo su goce de las misericordias de Dios, en tanto que no quebranten su mandamiento por causa del desenfreno, o la borrachera o el exceso; pero, aun así, cuando han practicado la mayor parte de este ejercicio corporal, de poco aprovecha, pues es sólo el disfrute de la hora pasajera y no la felicidad del espíritu que es permanente; y, por tanto María debe cantar sola en lo que a ustedes concierne. El gozo de la mesa es demasiado bajo para María; el gozo de la fiesta y de la familia es rastrero comparado con el suyo.

Pero, ¿ha de cantar sola? Ciertamente no, si en este día cualquiera de nosotros, por la simple confianza en Jesús, pudiera recibir a Cristo para ser suyo. ¿Te conduce el Espíritu de Dios a decir en este día: “Confío mi alma a Jesús”?

Mi querido amigo, entonces tú has concebido a Cristo; en el mejor sentido y en el sentido místico de esa palabra, Cristo Jesús es concebido en tu alma. ¿Lo comprendes como el que cargó con el pecado y quitó la transgresión? ¿Puedes verle sangrando como el Sustituto de los hombres? ¿Lo aceptas como tal? ¿Pone tu fe toda su dependencia en lo que Él hizo, en lo que es y en lo que hace? Entonces Cristo es concebido en ti, y puedes proseguir tu camino con todo ese júbilo que conoció María—y yo estaba casi listo a decir con algo más—pues la concepción natural del santo cuerpo del Salvador fue, como tema de congratulación, sólo la décima parte si se le compara con la concepción espiritual del santo Jesús dentro de tu corazón, cuando Él sea en ti la esperanza de gloria.

Mi querido amigo, si Cristo es tuyo, no hay cántico en la tierra tan sublime y tan santo para ser cantado; es más, no hay ningún cántico conmovedor procedente de los labios de los ángeles, ni ninguna nota commovedora de la lengua del arcángel, a los que tú no pudieras unirte. Incluso en este día, lo más santo, lo más feliz, lo más glorioso de las palabras, de los pensamientos y de las emociones, te pertenecen. ¡Úsalos! Que Dios te ayude a gozar de todo eso, y Suya sea la alabanza y tuyo sea el consuelo para siempre. Amén.

Notas del traductor:

Acebo: árbol de hojas brillantes y con espinas en los bordes y pequeños frutos en forma de bolitas rojas. Se usa en las decoraciones de Navidad. Gallarda: un baile que se bailaba abrazado, en el que el hombre ayudaba a la mujer a realizar un gran salto.

En la página 12 el pastor Spurgeon dice: no entienden el Salmo de David: *They do not understand David's Psalm:*

***Up to her courts with joys unknown,
The sacred tribes repair”***

No encontré por medio de mis herramientas usuales a qué Salmo se refiere, por lo que la traducción es mía.

Este cántico se conoce ampliamente como el ‘Magnificat,’ en latín, que quiere decir ‘Engrandece.’

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #606—Volume 10

**MARY'S SONG
[CHRISTMAS SERMON OF 1864]**

EL PODER DEL EVANGELIO EN LA VIDA DEL CRISTIANO

NO. 640

**UN SERMÓN PREDICADO EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO,
NEWINGTON.
POR CHARLES HADDON SPURGEON.**

**“Solamente procurad que vuestra conducta como ciudadanos
sea digna del evangelio de Cristo.”
*Filipenses 1:27.***

La palabra “conversación” no significa simplemente hablar o platicar con otras personas, sino también comprende todo el curso de nuestra vida y de nuestro comportamiento en el mundo. La palabra griega significa las acciones y los privilegios de ciudadanía, y nosotros debemos darle forma a toda nuestra ciudadanía, a todas nuestras acciones como ciudadanos de la nueva Jerusalén, para que sean dignas del Evangelio de Cristo. Observen, queridos amigos, la diferencia entre las exhortaciones de los legalistas y las del Evangelio. Quien quiere que sean perfectos en la carne, los exhorta a trabajar para su salvación, para que puedan lograr una justicia meritoria de carácter propio, y así ser aceptados por Dios. Pero quien es enseñado en las doctrinas de la gracia, los exhorta a la santidad por una razón completamente diferente. Él cree que ustedes son salvos, puesto que ustedes creen en el Señor Jesucristo, y les habla a todos lo que son salvos en Jesús, y luego les pide que hagan que sus acciones se conformen a su posición; sólo busca lo que razonablemente espera recibir: “Solamente procurad que vuestra conducta como ciudadanos sea digna del evangelio de Cristo. Ustedes han sido salvados por ese Evangelio; ustedes aseguran gloriarse en él, deseando difundirlo; procurad entonces que vuestra conducta sea digna de ese evangelio.” Ustedes se dan cuenta que uno los invita a trabajar para entrar al cielo por medio de sus obras; el otro los exhorta a laborar porque el cielo es de ustedes como un don de la gracia divina, y quiere que actúen como alguien digno de participar de la herencia de los santos en la luz.

Algunas personas no pueden oír una exhortación sin exclamar de inmediato que somos legalistas. Tales personas siempre van a encontrar que este Tabernáculo no es el lugar conveniente para que ellos puedan alimentarse. Nos encanta predicar la buena doctrina de la gracia soberana, y nos gusta insistir en que la salvación es solamente por gracia; pero nos encanta igualmente predicar acerca de la práctica estricta e insistir en

ella. Decimos que esa gracia que no hace a un hombre mejor que sus vecinos, es una gracia que nunca lo llevará al cielo, ni lo hará aceptable ante Dios.

Ya he señalado que la exhortación es dada en una forma que es altamente razonable. Los seguidores de cualquier otra religión, como regla, son conformados a su religión. Ninguna nación se ha elevado todavía por encima de sus llamados dioses. Vean a los discípulos de Venus, ¿acaso no estaban hundidos en lo profundo del libertinaje? Miren a los adoradores de Baco; permitan que las fiestas bacanales les revelen cómo habían entrado en el carácter de su deidad. Todavía en nuestro días los adoradores de la diosa Kalé (la diosa de los ladrones y de los asesinos) – que son los miembros de una secta de asesinos fanáticos de la India – se entregan completamente al espíritu del ídolo que ellos adoran. No nos sorprendemos de los crímenes de las personas de otros tiempos cuando recordamos a los dioses que ellos adoraban; Moloc, que se deleitaba con la sangre de los niños; Júpiter, Mercurio, y todos los dioses similares, cuyas acciones almacenadas en el diccionario clásico son suficientes para contaminar las mentes de la juventud. No nos sorprende que el libertinaje haya abundando, pues “como son sus dioses—así es la gente:” “un pueblo nunca es superior a su religión,” se ha dicho a menudo, y en la mayoría de los casos ese pueblo es peor. Es estrictamente natural que la religión de un hombre ponga el condimento de su conversación. Pablo dice a todos los que profesan ser salvos por Jesucristo; “Solamente procurad que vuestra conducta como ciudadanos sea digna del evangelio de Cristo.”

Para llegar a ese punto debemos meditar durante dos o tres minutos acerca de *qué es el Evangelio*, luego ver los puntos en que *nuestra conversación debe ser evangélica*; y finalmente, decir unas pocas palabras sinceras para recordar aquí a quienes profesan la religión, *la imperiosa necesidad de que su conversación sea digna del Evangelio de Cristo*.

I. “¡EL EVANGELIO DE CRISTO!” ¿QUÉ ES? Nos concentraremos en las dos últimas palabras, “de Cristo.” Con seguridad, si ustedes entienden a Cristo, entonces entienden el Evangelio. Cristo es su autor; Él, en la sala del consejo de la eternidad propuso convertirse en la garantía del pobre hombre caído; Él, en el cumplimiento de los tiempos, llevó a cabo la redención eterna para todos aquellos que Su Padre le había dado. Él es su autor como su arquitecto y como su constructor. Vemos en Cristo Jesús al Alfa y la Omega del Evangelio. Él ha provisto del tesoro de Su gracia todo lo necesario para hacer que el Evangelio sea el Evangelio de nuestra salvación. Y así como Él es su autor, Él es su contenido. Es imposible predicar el Evangelio sin predicar la persona, la obra, los oficios, y el carácter de Cristo. Si se predica a Cristo entonces el Evangelio es promulgado, y si se pone a Cristo en segundo plano, entonces ningún Evangelio es declarado. “Porque me propuse no saber nada entre vosotros,” dijo el

apóstol, “sino a Jesucristo, y a él crucificado,” y al decir esto, estaba llevando a cabo su comisión de predicar el Evangelio tanto a los judíos como a los gentiles. El compendio, la médula, el meollo; lo que los antiguos puritanos llamaban la quintaesencia del Evangelio es: Cristo Jesús; así que cuando terminamos de predicar el Evangelio podemos decir: “el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote,” y podemos verlo y referirnos a Él en el pesebre, en la cruz, en Su resurrección, Su segunda venida, Él, que reina como príncipe de los reyes de la tierra, sí, apuntar a Él en todas partes, como la suma total del Evangelio.

También es llamado “el Evangelio de Cristo,” porque Él es quien lo completará; Él dará el toque final a la obra, así como fue Él quien puso los cimientos. El creyente no comienza en Cristo y luego busca la perfección por sí solo. No, conforme corremos la carrera celestial, estamos todavía mirando a Jesús. Como su mano arrancó al principio el pecado que tan fácilmente nos asedia, y nos ayudó a correr la carrera con paciencia, así esa misma mano sostendrá la rama de olivo de la victoria, que luego formará parte de la guirnalda de gloria que pondrá alrededor de nuestra frente.

Es el Evangelio de Jesucristo: es *Su* propiedad; da gloria a *Su* persona, es dulce con el sabor de *Su* nombre. Por todos lados muestra las huellas de Sus dedos artísticos. Si los cielos son la obra de los dedos de Dios, y la luna y las estrellas existen por su mandato, lo mismo podemos decir de todo Su plan de salvación. Absolutamente todo él ¡gran Jesús! es tu obra, y por tu mandato se mantiene firme.

Pero también es “el Evangelio de Jesucristo,” y aunque esto ha sido explicado cientos de veces, no estará fuera de lugar hacerlo de nuevo. Son “*las buenas noticias*” “*el buen tiempo*” de Jesucristo, y son enfáticamente “buenas noticias” porque limpia el pecado, el peor pecado sobre la tierra. ¡Mejor aún, barre con la muerte y el infierno! Cristo vino al mundo para llevarse sobre sus hombros al pecado muy lejos, y lanzarlo al mar rojo de su sangre de la expiación. Cristo, el chivo expiatorio, tomó el pecado de su pueblo sobre su cabeza y lo llevó lejos al desierto del olvido, donde, si fuera buscado nunca podría ser encontrado. Estas son “buenas noticias,” porque afirma que el cáncer que carcome los puntos vitales de la humanidad ha sido curado; que la lepra que ha cubierto aún al propio rostro de la humanidad ha sido suprimida; Cristo ha preparado un torrente mejor que el río Jordán, y dice ahora a los hijos de los hombres, “Vé, lávate, y serás limpio.”

Además de eliminar el peor de los males, el Evangelio es “buenas noticias,” porque trae consigo la mejor de las bendiciones. ¿Qué es lo que hace sino dar vida a los muertos? Abre labios que son mudos, oídos que son sordos, y quita el sello de ojos que están ciegos. ¿Acaso no hace de la

tierra la morada de la paz? ¿No ha cerrado las puertas del infierno para los creyentes, y no ha abierto las puertas del cielo a todos aquellos que han aprendido a confiar en el nombre de Jesús? “¡Buenas noticias!” Esa palabra “buenas” tiene un doble significado cuando se aplica al Evangelio de Jesucristo. No podían tener mejor ocupación los ángeles cuando fueron y lo anunciaron, y dichosos los hombres que se dedican y se desgastan en la proclamación de tan buenas noticias de gran gozo. “¡Dios es reconciliado!” “¡En la tierra paz!” “¡Gloria a Dios en las alturas!” “¡Paz entre los hombres de buena voluntad!” Dios es glorificado en la salvación, los pecadores son librados de la ira venidera, y el infierno no recibe las multitudes de hombres, sino por el contrario el cielo se llena de una muchedumbre incontable de redimidos por la sangre.

Son “buenas nuevas” también, porque es algo que no pudo ser inventado por el intelecto humano. ¡Fueron buenas noticias para los ángeles! No han cesado todavía de maravillarse por eso, todavía están allí mirando al propiciatorio, y deseando saber más acerca de él. Serán noticias en la eternidad; estaremos—

***“Cantando con arroabamiento y sorpresa,
Su misericordia en los cielos.”***

Las “buenas noticias” dichas sencillamente en pocas palabras, son justamente estas “que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta sus transgresiones.” “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” “Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.” Suficiente, pues, en cuanto al tema de ¿qué es el Evangelio?

II. Ahora no voy a hablarles a quienes no le dan la bienvenida al Evangelio. Les hablaré en otro momento; ruego a Dios que les ayude a creerlo: pero tengo que hablar en especial a los creyentes. El texto dice que debemos HACER QUE NUESTRA CONVERSACIÓN SEA DIGNA DEL EVANGELIO.

¿Entonces qué tipo de conversación debemos tener? En primer lugar *el Evangelio es muy sencillo*; no tiene adornos; no está saturado de ornamentos engañosos. Es sencillo: “Ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría;” es grandemente sublime en su sencillez. Que así sea el cristiano. No es conveniente que el ministro cristiano se vista de azul y grana, y lino fino, y vestimentas ceremoniales, y sotanas, pues todo pertenece al Anticristo, y son descritos en el libro de Apocalipsis como las marcas ciertas de la ramera de Babilonia. No le conviene al hombre cristiano o a la mujer cristiana ser culpable de pasar horas y horas en el adorno de sus personas. Nuestro ornamento debe ser: “no el exterior, sino que sea la persona interior del corazón, en lo incorruptible de un espíritu tierno y tranquilo.” Nuestras maneras, nuestro hablar,

nuestra forma de vestir, todo nuestro comportamiento deben tener esa sencillez que es verdaderamente el alma de la belleza. Esos que se esfuerzan por hacerse admirables en su apariencia por medio de ornamentos engañosos, se extravían en el camino; la belleza se adorna a sí misma, y “está mejor adornada cuando no tiene ningún adorno.”

El hombre cristiano debe ser sencillo en todos los aspectos. Pienso que dondequieras que encuentres uno, deberías saber de inmediato que es cristiano. No debería ser como esos libros que no puedes entender a menos que alguien te explique todas esas palabras difíciles. El cristiano debe ser un hombre transparente como Natanael: “un verdadero israelita, en quien no hay engaño.” El hombre que entiende el espíritu de su Señor es, como Cristo, un niño-hombre, un hombre-niño. Saben ustedes que lo llamaban “ese santo niño Jesús;” así debe ser nuestro comportamiento, recordando que “si no os volvéis y os hacéis como *los niños*,” que son eminentemente sencillos y sin complicaciones, no podremos entrar al reino de los cielos.

A continuación, si queremos que nuestra conversación sea digna del Evangelio, debemos recordar que el Evangelio es *pre-eminente verdadero*. No hay nada en el Evangelio que sea falso, ninguna mezcla, nada agregado como un *argumento para el hombre*, para captar el interés popular; dice la verdad, la verdad desnuda, y si a los hombres no les gusta, el Evangelio no puede evitarlo, pero dice la verdad. Es oro libre de impurezas; agua pura sin mezcla. Así debe ser el cristiano. Debe hacer que su conversación sea *verdadera*. Los santos son hombres de honor, pero a veces, hermanos, pienso que muchos de nosotros hablamos demasiado para decir simplemente la verdad. No sé cómo puede la gente sacar cada mañana gruesos periódicos con tantas noticias, como si todo fuera verdad; supongo que deben incluir un poco de relleno para completar el tiraje, y mucho de ese relleno es de un material muy pobre. Y la gente que habla y habla y habla, no puede moler todo el grano; seguramente debe ser, al menos en parte, afrecho ordinario. Y en la conversación de un buen número de cristianos que profesan, cuánto no hay de escándalo, para no mencionar la difamación, expresada en contra de otros cristianos. Cuánta falta de caridad, cuánta falsedad voluntaria es expresada por gente que profesa el cristianismo; porque a menudo a la reprensión recibida no se le presta la suficiente atención, y luego se repite de manera descuidada sin importar si la repetición es verdadera o no.

Los labios del cristiano deben conservar la verdad cuando la falsedad se derrama de los labios de todos los demás hombres. Un cristiano no necesita hacer un juramento nunca, porque su palabra es tan buena como un juramento; su “sí” debe ser “sí”; y su “no, no.” Debe vivir y hablar de tal manera que tenga muy buena reputación en toda la sociedad; no tanto por la suavidad de sus maneras, como por la veracidad de sus expresiones. Muéstrenme a un hombre que sea un mentiroso habitual o frecuente,

y me estarán mostrando a un hombre que tendrá su porción en el lago hirviendo de fuego y azufre. No me importa a cuál denominación cristiana pueda pertenecer, si un hombre dice lo que no es, estoy seguro que no pertenece a Cristo; y es muy triste saber que en todos los grupos hay algunos que tienen esta grave falta deplorable, que no se puede confiar en lo que dicen. ¡Que Dios nos libre de eso! Nuestra conversación debe ser digna del Evangelio de Cristo, y entonces invariablemente será verdadera; o, si hay algún error en ella, será a causa de un error involuntario y nunca como consecuencia de un propósito o de un descuido.

A continuación, el Evangelio de Jesucristo es un *Evangelio valiente*. Es completamente lo contrario de esa cosa bonita llamada “caridad moderna.” El último demonio creado es la “caridad moderna.” La “caridad moderna” pasa a nuestro alrededor con su sombrero en la mano, y dice: “Ustedes están bien, todos ustedes están bien. Ya no discutan más; el Sectarismo es una cosa horrible, ¡desháganse de él, desháganse de él!” y así trata de inducir a todo tipo de personas a guardarse una parte de lo que creen, a silenciar el testimonio de todos los cristianos sobre aquellos puntos en los que tienen diferencias. Yo creo que esa cosa llamada Sectarismo en nuestros días no es otra cosa que honestidad verdadera. Sé un Sectario, mi hermano, sé profundamente un Sectario. Quiero decir con ello, mantén todo lo que ves que está en la Palabra de Dios y hazlo con firmeza, y no renuncies ni siquiera a los pequeños fragmentos de la verdad. Al mismo tiempo, aparta ese Sectarismo que hace que odies a otro hombre porque no ve lo que tú ves, ¡apártalo lejos de ti! pero nunca consentas en esa alianza impía, en ese pacto que parece que está controlando todo el país, que quiere poner un candado en la boca de cada hombre y enviarnos por todas partes como si fuéramos mudos: que me dice: “No debes hablar en contra de los errores de tal Iglesia,” y a otro dice: “No debes responder.” ¡No podemos evitar hablar! Si no lo hicieramos, las piedras de las calles podrían gritar en contra de nosotros. Esa clase de caridad es desconocida para el Evangelio. ¡Ahora escuchen la Palabra de Dios! “El que cree y es bautizado será salvo; el que no cree”—¿Qué? “Llegará al cielo por cualquier otra vía?”—“será *condenado*;” ese es el Evangelio. Ustedes pueden percibir con qué valentía lanza su censura. No pretende: “¡puedes rechazarme e irte por otro camino, y llegar de alguna manera con seguridad al fin de tu camino!” No, no, no; dice: “serás *condenado*” ¿Acaso no percibes la forma en que lo pone Cristo? Algunos maestros vienen al mundo y le dicen a todos los demás: “Sí, señores, con el permiso de ustedes, todos están en lo correcto. Sólo tengo uno o dos puntos que ustedes no han enseñado, déjenme un espacio; no los voy a echar fuera; puedo estar en el mismo templo con ustedes.” Pero oigan lo que dice Cristo: “Todos los que vinieron antes de mí eran ladrones y asaltantes, pero las ovejas no les oyeron.” Oigan lo que Su siervo Pablo dice: “Pero aun si nosotros mismos

o un ángel del cielo os anunciara un evangelio diferente del que os hemos anunciado," --¿Qué pues? "¿Que sea disculpado por su error?" No; sino que: "sea *anatema*." Ahora, ese es un lenguaje muy fuerte, pero observen, que así es justamente como debe vivir el cristiano. Así como el Evangelio es muy valiente en lo que tiene que decir, que así sea siempre también el cristiano. Me parece que "vivir" de una manera digna del Evangelio, es siempre una forma valiente e intrépida de vivir.

Algunas personas van arrastrándose por el mundo como si le pidieran permiso a algún gran hombre para vivir. No conocen sus propias mentes; toman sus palabras salidas directamente de sus bocas y las miran y solicitan de uno o dos amigos. "¿Qué piensas de estas palabras?" y si estos amigos las censuran las guardan y no las vuelven a mencionar. Como aguamala, no tienen médula espinal. Ahora Dios ha hecho que los hombres caminen erectos, y es una cosa noble que un hombre se pare derecho sobre sus pies; y es todavía una cosa más noble que un hombre afirme que en Cristo Jesús ha recibido esa libertad que es verdaderamente libertad, y por lo tanto no será esclavo de ningún hombre. "Oh Jehovah," dice David, "soy tu siervo. Tú rompiste mis cadenas." ¡Feliz el hombre cuyas cadenas han sido rotas! Que tus ojos sean como los ojos de un águila, sí, más brillantes aún; que nunca sean opacados por los ojos de otro hombre. Que tu corazón sea como el corazón del león, sin ningún miedo, excepto de ti mismo—

***"Sin que me importe, yo mismo un hombre agonizante,
La estima de los hombres agonizantes."***

Yo debo vivir como si Dios me vé, como creo que debo vivir, sin importar que los hombres digan lo mejor o lo peor, pues todo eso será para ti como el chirrido de un grillo al ponerse el sol. "¿Quién eres tú para que le tengas miedo a un hombre que va a morir, o al hijo del hombre que no es sino un gusano?" ¡No temas a los hombres! ¡Sé fuerte! ¡Sé valiente! pues sólo así tu conversación será digna del Evangelio de Cristo.

Asimismo, el Evangelio de Cristo es *muy tierno*. ¡Óiganlo hablar! "Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar." He aquí el espíritu de Su fundador: "No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que se está extinguiendo." Más aún, el mal carácter, dar coscorrones en la cabeza a la gente, ofenderse por una palabra, todo esto es contrario al Evangelio. Hay algunas personas que parecen haber sido amamantadas con vinagre, y cuyo aspecto en su totalidad va mejor con el Sinaí que con Sión; pensarías que siempre han subido al monte para ser tocados, el monte que arde con un incendio de fuego, pues ellos mismos parecen arder con fuego. Puedo decirles que lo mejor de ellos es más puntiagudo que un seto de espinas. Pero, queridos amigos, que no suceda eso con nosotros. Sean firmes, sean valientes, no tengan miedo, pero sean cautelosos. Si tienen el corazón de un león, tengan la mano de una dama; que haya tal ternura en su comportamiento que los niños no sientan nin-

gún temor de acercarse a ustedes, y que el publicano y la ramera no se vayan huyendo por su hostilidad, sino que reciban una invitación por la ternura de sus palabras y de sus hechos.

De la misma manera, el Evangelio de Cristo *está lleno de amor*. Es el mensaje del Dios de amor a la raza caída y perdida. Nos dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Proclama en cada palabra Su gracia: “que nos amó y quien se dio a sí mismo por nosotros.” “Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos.” Esta misma mente que estaba en Cristo Jesús debe morar ricamente en nosotros. Su último mandamiento a sus discípulos fue: “que os améis los unos a los otros.” Quien ama es nacido de Dios, mientras que sin esta gracia, no importa nuestra opinión de nosotros mismos, o lo que otros piensen de nosotros, somos realmente a los ojos de Dios sólo bronce que resuena o un címbalo que retiene.

¿No es esta una época en que haríamos bien en dirigir nuestra atención a la flor del paraíso? La atmósfera de la Iglesia debería fortalecer esta planta celestial a su perfección más elevada. El mundo debería señalarnos y decir: “Miren cómo estos cristianos se aman unos a otros. No de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad.” No me importa ese amor que me llama mi queridísimo hermano, y luego si difiero en sentimiento o en práctica, me trata como un cismático, me niega los derechos de hermandad, y si no me suscribo a una contribución forzada e impuesta para recoger fondos, se apodera de todos mis bienes y los vende en nombre de la ley, el orden, la Iglesia y Cristo. De todo ese amor fingido librándonos Señor. ¡Oh! pero que haya una unión real y de todo corazón y amor a todos los santos. Que nos demos cuenta del hecho que somos uno en Cristo Jesús. Al mismo tiempo oren pidiendo más amor para todos los hombres. Debemos amar a todos los que nos oyen, y el Evangelio debe ser predicado por nosotros a todas las criaturas. Odio al pecado en cualquier parte, pero amo y deseo amar cada vez más, cada día, las almas de los peores hombres, de los más viles de los hombres. Sí, el Evangelio habla de amor, y debo transpirarlo en todo lo que hago y todo lo que digo. Si nuestro Señor fue el amor encarnado, y nosotros somos sus discípulos: “Que todos nos conozcan y sepan que hemos estado con Jesús y hemos aprendido de Él.”

El Evangelio de Cristo es también el *Evangelio de misericordia*, y si un hombre quiere actuar como es digno del Evangelio, debe ser un hombre misericordioso. ¿Lo estoy viendo? Está orando. Ha estado en la mesa de la comunión, y ha estado tomando el vino que representa la sangre del Salvador. ¡Qué buen hombre es! Véanlo el día lunes: tiene a su hermano agarrado del cuello y está diciéndole: “Paga lo que debes.” ¿Acaso eso es digno del Evangelio de Cristo? Allí está sentado; va a dar su contribución a una obra de caridad, pero va a explotar a su costurera, se va a engordar con

su sangre y sus huesos; va a apoderarse de los pobres si puede, y los va a vender, y se los va a comer como si fueran pan, y sin embargo, al mismo tiempo: "como pretexto hacen largas oraciones." ¿Acaso esto es digno del Evangelio de Cristo? No lo considero así. El Evangelio de Cristo es misericordia, generosidad, liberalidad.

Recibe al mendigo y escucha su clamor; elige aun al más vil y sin ningún merecimiento, y esparce abundantes bendiciones sobre ellos, y llena el pecho del desnudo y del hambriento con buenas cosas. Que la conversación de ustedes sea digna del Evangelio de Cristo. Los avaros entre ustedes, los tacaños entre ustedes no tienen una conversación digna del Evangelio de Cristo. Podría haber mucho dinero en el tesoro de Dios, para la Iglesia de Dios y para los pobres de Dios, si no hubieran personas que parecen vivir sólo para acumular y para atesorar; su vida es diametralmente opuesta a toda la corriente y al espíritu del Evangelio de Cristo Jesús. Perdona a todos los que te ofenden, ayuda tanto como te sea posible, vive una vida de generosidad; debes estar preparado, en lo que puedas, a hacer el bien a todos los hombres, y especialmente a los de la casa de la fe, y así tu conversación será digna del Evangelio de Cristo.

Sin embargo no debo dejar de expresar que el Evangelio de Cristo es *santo*. Nunca lo van a encontrar excusando al pecado. Lo perdona, pero no sin una expiación tan terrible, que el pecado no puede verse nunca más pecaminoso que en el acto de misericordia que lo quita. "¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!" es el grito del Evangelio, y tal es la exclamación de los querubines y de los serafines. Ahora, si nuestra conversación debe ser como el Evangelio, debemos ser santos también. Hay cosas que el cristiano no debe ni siquiera nombrar, mucho menos tolerarlas. Los peores vicios son para el cristiano cosas que deben esconderse detrás de la cortina, y ser totalmente desconocidas. Los goces y los placeres del mundo, en la medida que sean inocentes, son tuyos, como también lo son de otros hombres; pero cuando son pecaminosos o se vuelven dudosos, los descarta con repugnancia, pues él tiene sus fuentes secretas de gozo, y no necesita ir para beber el agua de ese río lodoso que tanto gusta a los sedientos del mundo. Busca ser santo, como Cristo es santo; y no hay ninguna conversación digna del Evangelio de Cristo excepto esa.

III. Queridos amigos, podría continuar así, pues el tema es muy amplio, y sólo me detengo, porque desafortunadamente para mí, aunque tal vez felizmente para su paciencia, mi tiempo se ha terminado. Habiendo simplemente indicado lo que debe ser la vida cristiana, debo implorarles en pocas palabras, que por el poder de Dios el Espíritu Santo, busquen adecuar sus vidas de esa manera. Podría mencionar muchas razones. Sólo voy a darles una o dos.

La primera es, si no viven una vida así, harán que sus hermanos, que son inocentes de su pecado, sufran. Este debería ser un motivo lo suficiente

cientemente poderoso. Si un hombre pudiera deshonrarse a sí mismo, y llevar la culpa él solo, podríamos tolerarlo, pero no puede ser así. Digo, señor, que si te ven intoxicado, o si saben que caes en un pecado de la carne, vas a convertir la vida de cada pobre jovencita en la iglesia más difícil de lo que ya es, y cada joven que tiene que soportar la persecución sentirá que has puesto un agujón en las flechas de los impíos, que de otra manera no tendrían municiones. Pecas en contra de la congregación del pueblo de Dios. Sé que hay algunos aquí presentes que tienen que sufrir mucho por causa de Cristo. La burla suena en tus oídos desde la mañana hasta la noche, y aprendes a soportarlo virilmente; pero es muy difícil que te puedan decir: "Mira a fulano de tal, él es un miembro de una iglesia, y mira lo que hizo. Todos ustedes son un grupo de hipócritas."

Ahora, mis queridos amigos, ustedes saben que eso no es verdad; ustedes saben que hay muchas personas en nuestras iglesias de quienes el mundo no es digno. Los excelentes, los devotos, los que se asemejan a Cristo; no pequen, entonces, en razón de ellos, para no afligirlos, y vejarlos cruelmente.

Asimismo, ¿acaso no ven cómo hacen sufrir a su Señor, puesto que ellos no solamente dejan sus pecados en la puerta correspondiente, sino que afirman que eso resulta de su religión. Si ellos imputaran la necedad al necio, no me importaría, pero ellos la imputan a la sabiduría que debió convertir al necio en sabio, si hubiera podido aprender. Lo pondrán en mi puerta (eso no importa mucho) hace mucho tiempo perdi mi carácter; pero no puedo soportar que lo pongan a la puerta de Cristo. A la puerta del Evangelio. Cuando mencioné hace unos momentos que yo he perdido mi carácter, quise decir simplemente esto, que el mundo me desprecia, y no quisiera que fuera de otra manera, que así sea. No hay ningún amor perdido entre nosotros.

Si el mundo odia al ministro de Cristo, sólo puede decir que desea que nunca pueda heredar la maldición de quienes aman al mundo: "el amor del Padre no está en él." Sin embargo siempre ha sido el destino del verdadero ministro cristiano ser el blanco de la calumnia y, sin embargo, él se gloria en la cruz con toda su vergüenza. Pero sé, queridos amigos, que no quisieran, ninguno de ustedes, que yo soportara los reproches de sus pecados, y sin embargo tengo que hacerlo a menudo. No tan a menudo, para algunos, aunque sí para otros. Hay personas a quienes debo decirles, aún con lágrimas en mis ojos, que son los enemigos de la cruz de Cristo; y algunos otros a quienes arrebatamos del fuego, odiando hasta la ropa contaminada por su carne, pero que acarrean un triste deshonor sobre nosotros, sobre el ministerio, sobre el Evangelio y sobre el propio Cristo. No quieren hacer eso, al menos, espero que no; entonces que su conversación sea digna del Evangelio de Cristo.

Y luego recuerden, queridos amigos, que a menos que su conversación sea así, derribarán todo el testimonio que han dado acerca de Cristo. ¿Cómo pueden creerles sus alumnos de la escuela dominical, cuando ven que sus acciones contradicen su enseñanza? ¿Cómo pueden sus propios hijos en el hogar creer en su religión, cuando ven la impiedad de su vida? Los compañeros trabajadores de la fábrica no podrán creer en su asistencia a reuniones de oración, cuando los ven caminando de manera inconsistente en medio de ellos. ¡Oh! la gran cosa que la Iglesia necesita es más santidad. Los peores enemigos de la Iglesia no son los infieles. Realmente uno no sabe quiénes son los infieles en nuestros días; son tan insignificantes, son tan pocos, que uno tendría que salir de cacería para encontrarlos; pero los peores enemigos de la Iglesia son los hipócritas, los formalistas, los que profesan solamente de palabra, los que siguen de manera inconsistente su camino. Ustedes, (si hay algunos aquí presentes) derriban los muros de Jerusalén, abren sus puertas para que entre el enemigo, y en lo que a ustedes respecta, ustedes sirven al diablo. ¡Que Dios los perdone! ¡Que Cristo los perdone! ¡Que este atroz pecado les sea lavado! ¡Que sean traídos en humildad a los pies de la cruz, para aceptar la misericordia que, al menos hasta ahora, ustedes han rechazado!

Es molesto pensar cómo hay personas que se atreven a permanecer como miembros de iglesias cristianas, y aun apoderarse de un púlpito, cuando están conscientes que su vida privada es detestable. ¿Oh, cómo pueden hacer eso? ¿Cómo es posible que sus corazones se hayan vuelto tan duros? ¡Qué! ¿Acaso el diablo los ha hechizado? ¿Ha logrado el diablo que dejen de ser hombres para convertirlos también en diablos? ¿Que se atrevan a orar en público, tomar la santa cena, y administrar las ordenanzas, mientras sus manos están sucias, y sus corazones no están limpios, y sus vidas están llenas de pecado?

Los exhorto, a aquellos cuyas vidas no sean consistentes, que renuncien a su profesión, o de lo contrario vivan sus vidas como debe ser. ¡Porque el Espíritu eterno, que todavía tiene su aventador en su Iglesia, aventure la paja y dejará solamente el buen trigo dorado sobre el piso! Y si ustedes saben que están viviendo en algún pecado, que Dios les ayude a lamentarlo, a odiarlo, y que vayan a Cristo con ese pecado de inmediato; que se acerquen, le laven Sus pies con sus lágrimas, que se arrepientan sin ningún fingimiento, para comenzar de nuevo en Su fuerza una vida que sea digna del Evangelio.

Me parece que oigo a alguna persona impía que dice: "Como yo no hago ninguna profesión de fe, yo estoy bien." Ahora bien, ¡escúchame, querido amigo, escúchame! Tengo una palabra para ti. Un hombre es presentado ante los magistrados, y dice: "Nunca he afirmado que soy un hombre honesto." "oh," dice el magistrado, "entonces te condeno a seis meses de cárcel:" pues ven que es un villano descarado. Y tú que dices: "Oh, nunca

he hecho una profesión de fe,” pues por ponerte en ese terreno, tú mismo te colocas entre los condenados. Pero algunas personas hacen alarde de esto: “Nunca he hecho una profesión de fe.” ¿Acaso nunca has hecho una profesión de cumplir tu deber para con tu Hacedor? ¿Nunca has hecho una profesión de ser obediente al Dios en cuyas manos está tu aliento? ¿Nunca has hecho una profesión de ser obediente al Evangelio?

Pues entonces tu juicio será muy corto, tendrá muy poca duración cuando seas juzgado al fin; no se necesitarán testigos, pues nunca hiciste una profesión, nunca pretendiste ser justo. ¿Qué pensarías de un hombre que dijera: “Bien, yo nunca he profesado decir la verdad?” Otro dice: “Yo nunca he profesado ser casto.” Entonces tú dirías: “¡Alejémonos de la compañía de este individuo ya que evidentemente nada bueno puede salir de él, ya que no es bueno ni para hacer una profesión!” Digo esto de una manera muy fuerte para que lo recuerden; les pido que vayan a casa y simplemente mediten en esto: “Nunca he hecho una profesión de ser salvo. Nunca he hecho una profesión de arrepentirme de mis pecados, y por lo tanto cada día estoy haciendo la profesión de ser enemigo de Dios, de ser impenitente, de no ser un creyente; y cuando el demonio venga por los tuyos él me va a reconocer, pues hago la profesión de ser uno de los tuyos al no hacer una profesión de ser de Cristo.” El hecho es que le pido a Dios que nos traiga a todos aquí, primero para ser de Cristo, y luego para hacer una profesión de ello. Oh, que el corazón de ustedes pueda ser lavado con la sangre de Cristo, y luego, habiéndole dado ese corazón a Cristo, darlo al pueblo de Cristo. El Señor bendiga mis palabras por Cristo Jesús. Amén.

[Nota del traductor: El versículo que utiliza Spurgeon para predicar este sermón está tomado de la Versión King James de la Biblia, en inglés, que dice así “Only let your “conversation” be as it becomes the Gospel of Christ. Philipians 1:27.

Casi todas las versiones en español utilizan conducta. Sin embargo, el sentido del sermón se mantiene.]

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #640 – Volumen 11

The Gospel's Power in a Christian's Life

EL PODER DE SANAR DEL EVANGELIO

NO. 720

ESTE SERMÓN FUE PREDICADO EL DOMINGO 11 DE NOVIEMBRE DE 1866
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO , NEWINGTON.

"Y aconteció en uno de esos días que Jesús estaba enseñando, y estaban sentados allí unos fariseos y maestros de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén.

El poder del Señor estaba con él para sanar."

Lucas 5:17

Lucas, el escritor de este evangelio, era médico, y por lo tanto tenía un ojo clínico para los casos de enfermedades e instancias de curaciones; se puede percibir a lo largo de todo su evangelio, la mano de un hábil cirujano y un médico competente. De todo esto deduzco que independientemente de cuál sea nuestra ocupación y de cuál sea el arte o la ciencia en la que podamos haber destacado, debemos preocuparnos por usar todo ese conocimiento para Cristo. Si tenemos un llamado siendo médicos, podemos entender la obra del Señor Jesús de una manera más clara a través de lo que observamos en nuestra profesión, y también podemos hacer mucho por nuestro Señor siendo de verdadera utilidad sustancial entre nuestros pacientes.

Que ningún hombre desprecie su llamado. Independientemente de qué instrumento de utilidad Dios ha puesto en tus manos, considera que el Gran Capitán sabía qué armas te convenía usar. No ambiciones ni la espada ni la lanza de tu vecino, sino que usa lo que el Señor te ha dado y marcha a la batalla de la vida para servirle de acuerdo a tu capacidad. Si estás ubicado en este rincón de la viña o en aquél, considera que estás en el mejor lugar para ti y en el mejor lugar para tu Señor. Y no estés siempre juzgando lo que tus colegas siervos deberían hacer donde están, ni lo que tú podrías hacer si estuvieras en otro lugar, sino ve más bien qué es lo que puedes hacer donde estás y usa las cosas que tienes para dar gloria a tu Dios y Señor.

Es agradable observar en el lenguaje de un hombre verdadero, cómo se revela la personalidad de ese hombre. David frecuentemente canta como alguien que ha sido pastor en la adolescencia, y a pesar de ser un rey no se avergüenza de admitir que alguna vez se apoyó en su cayado de pastor. Hay una manifiesta diferencia entre las profecías de Amós, el pastor, y las de Isaías, el visionario real. Los verdaderos hombres no andan imitándose unos a otros, sino que cada uno, movido por Dios, habla de acuerdo a su inclinación natural y de conformidad a las circunstancias en las que la Providencia le ha colocado. Fue muy destructivo para el arte egipcio cuando los grandes hombres de esa tierra establecieron leyes para el gusto, y regulaciones para la escultura y para la pintura a las que cada artista debía apegarse, ya que en ese momento se puso en retirada cualquier cosa parecida a la

frescura y a la originalidad. Las proporciones de cada estatua colosal y de cada figura sobre la pared fueron fijadas con rigidez, y entonces la gloria y la excelencia del arte se desvanecieron de esa tierra.

Hacer eso mismo en materia de religión es aún más imprudente. ¡Decir: “Todos ustedes deben hablar de una determinada manera, y todos ustedes deben conformarse a esta manera de hablar y de vivir,” es la tontería máxima! Que cada quien hable como quiera, cada quien a su manera, cada alma regenerada mostrando su propia individualidad y buscando en esa individualidad engrandecer a Dios y mostrar las riquezas de Su Divina Gracia. Estos comentarios han sido sugeridos por las abundantes referencias de curaciones que hay en este capítulo y en otros capítulos del Evangelio de Lucas. Lucas no escribe como Juan, ni copia el estilo de Mateo. No escribe ni como un pescador ni como un publicano, sino como *un médico*.

Lucas nunca dejó de ser Lucas cuando fue llamado por la Gracia Divina. Era el mismo hombre pero elevado y refinado, y se le había enseñado a consagrarse a los más nobles fines, los dones que había adquirido en su ocupación terrenal. Había sido un médico antes, y se convirtió en “el médico amado” después de su conversión.

I. En primer lugar, el texto sugiere cuando lo leemos, que EL PODER DE CRISTO EN EL EVANGELIO ES PRINCIPALMENTE UN PODER DE SANAR. “El poder del Señor estaba con él para sanar.” El poder del Evangelio, del cual Cristo es la Suma y la Sustancia, es un poder *de sanar*. Hermanos míos, cuando Cristo vino a la tierra pudo haber venido con poder *de destruir*. Con toda justicia Dios pudo haber enviado a su Hijo Unigénito con los ejércitos de la venganza para destruir a este mundo rebelde. Pero—

*“Tus manos, amado Jesús, no estaban armadas
Con la vara de la venganza.
Ni traías la dura encomienda
De manifestar la venganza de Dios.
Sino todo fue misericordia, todo fue bondad
Y la ira abandonó el trono
Cuando vino Cristo con su misión de bondad,
Trayendo del cielo la salvación.”*

Él dijo: “El Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas.” Elías pide que llueva fuego del Cielo sobre los capitanes de cincuenta y sus cincuenta hombres, para que sean totalmente consumidos. Pero Cristo trae fuego del Cielo para un propósito muy diferente, es decir, que por su poder los hombres pueden ser salvos de la ira venidera. El Evangelio no está destinado a ser un poder que destruye. “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.” Y si ese Evangelio es hecho olor de muerte para muerte a los unos, no es debido a sus propias cualidades intrínsecas ni a su objetivo sino a la perversidad y a la corrupción del corazón humano.

Si los hombres perecen por el Evangelio de Vida, es porque convierten en piedra de tropiezo lo que estaba destinado a ser el cimiento. El Evangelio no sólo viene al mundo para revelar la enfermedad. Es cierto que efectivamente descubre, detecta y describe las enfermedades del hombre caído. Una de las más claras exposiciones de la situación caída del hombre es el Evangelio de la Gracia de Dios. Pero es más bien la intención de la Ley y no del Evangelio, presentar al hombre su ruina. Es bajo el resplandor del rayo del Sinaí que los hombres, temblando, leen la sentencia de

condenación sobre aquellos que han quebrantado la Ley de Dios. Bajo la luz más tenue del Calvario pueden leer la misma Verdad de Dios, y *deben* leerla, pero este *no es* el propósito principal del Calvario.

El Calvario es el lugar más bien para el bálsamo que sana, que para la lanza y el cuchillo. El trabajo de Jesús, nuestro Médico celestial, no es tanto diagnosticar la enfermedad sino recetar y aplicar el remedio. Ciertos filósofos han asumido el trabajo y se gozan en ello, con sarcásticas sonrisas sombrías en sus rostros, de señalar con sus dedos y puntualizar la corrupción y la debilidad humanas como un tema digno del ridículo y del sarcasmo. La filosofía de los estoicos, la sabiduría de tales hombres como Diógenes, no fue sino una demostración inmisericorde y sin corazón de la insensatez humana y del pecado.

Su filosofía no conocía ningún remedio y no se preocupaba por buscar uno. Esos filósofos le mostraban a la pobre humanidad que estaba embrutecida, engañada, degradada y depravada. Y la dejaban en esa condición, pasando de lado como el sacerdote y el Levita hicieron con el hombre herido de la parábola. Pero Jesús no venía con una misión infructuosa como esa. Él condena al mundo por el pecado por medio de Su Espíritu, pero no es para dejar al mundo en un estado de desesperación y sin esperanza de restauración, ¡sino para *recuperarlo* por Su poder! ¡Jesús tiene poder para sanar! Este es Su honor y Su renombre. ¡Tiene ojo de águila para ver nuestras enfermedades, corazón de león para enfrentarlas valientemente, y la mano de una dama para aplicar con suavidad el ungüento celestial! En Él se reúnen en perfección los tres ingredientes de un buen cirujano.

Amados, confío en que tanto ustedes como yo hemos conocido este poder de sanar en nuestros propios casos, y si es así, sabemos con toda certeza que es un poder *Divino* el que viene de nuestro Señor Jesús, porque Él es ciertamente Dios. Es solamente prerrogativa de Dios curar las enfermedades espirituales. La enfermedad natural puede ser instrumentalmente curada por los hombres, pero aun así, debe darse el honor a Dios que da el poder a la medicina, y también da el poder al cuerpo humano para arrojar fuera la enfermedad. Pero en cuanto a las enfermedades *espirituales*, estas tienen que ser tratadas únicamente por el gran Médico. Él reclama esto como su prerrogativa: “Yo hago morir y hago vivir; yo hiero y también sano.” Y uno de los nombres selectos del Señor es Jehovah Rapha, El Señor que te sana. “Y curaré tus heridas,” es una promesa que no podía salir de los labios de *un hombre*; sólo de la boca del *Dios* eterno.

Por esta razón es que el Salmista clamó al Señor: “Sáname, oh Jehovah, porque mis huesos están abatidos.” Y también: “Sana mi alma, porque contra ti he pecado.” También por esta razón, los piadosos alaban el nombre del Señor, diciendo: “Él sana todas nuestras enfermedades.” Él que *hizo* puede *sanar* al hombre. El que al principio fue el creador de nuestra naturaleza, puede crearla de nuevo. ¡Qué consuelo tan trascendente es que en la Persona de Jesucristo de Nazaret, tengamos a Dios Encarnado! “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad.” ¡Alma mía, no importa cuál sea tu enfermedad, este gran Médico puede curarte! ¡Si Él es Dios, Su infinito poder no conoce ningún límite! ¡Si Él es realmente Divino, no pueden haber fronteras para la majestad de Su poder!

Entonces ven con la ceguera de tu entendimiento. Acércate con la cojera de tu energía. Ven con la mano lisiada de tu fe. ¡Ven tal como eres, porque Él, que es Dios, ciertamente puede sanarte!

Nadie le dirá a la inundación de Su amor que sana: “Hasta aquí puedes llegar pero no más allá.” ¡La enfermedad humana más lejana puede ser alcanzada por este gran Médico! ¡Ten confianza tú, pobre corazón que dudas! ¡Ten una confianza incombustible en el Divino Sanador!

Aunque nuestro Señor Jesús sanaba como Dios, recuerda que Él también poseía poder para sanar por causa de su naturaleza *humana*. ¿No está escrito: “El castigo que nos trajo paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos nosotros sanados”? Él no usó ningún otro remedio para sanar nuestra enfermedad de pecado, sino el de cargar Él mismo con nuestras enfermedades y dolencias.

Este es el gran remedio para todos los males. ¡Bendito sea el Hijo de Dios porque esa medicina tan amarga, no es para que la bebamos *nosotros*, sino que Él se la tomó toda! Él tomó la terrible copa en Getsemaní y la bebió completamente por nosotros. Los agudos cortes curativos hechos por la lanza no hieren *nuestros* cuerpos; Él los soportó en su propia carne. Cuando los torturadores abrieron surcos profundos, estos surcos no fueron abiertos sobre los hombros *de los pecadores*, sino sobre los hombros del Sustituto de los pecadores. ¿Alguna vez oíste, oh Tierra, de algún Médico como éste? ¿De alguien cuyos dolores, y pesares, y sufrimientos, y angustias, y tormentos, y aflicción, y muerte constituyen la única medicina por medio de la cual elimina la enfermedad de los hombres? ¡Bendito Hijo de Dios, si yo confío en Ti, viendo que Tú eres Dios, cuánto voy a amarte!

¡Cómo quiero confiar en Ti, viendo que eres humano! ¡Con qué gratitud voy a mirar a Tu Cruz para verte, mientras esas benditas fuentes de salud manan torrentes convertidos en inundaciones de sangre, y mientras Tu corazón, fuente de toda salud espiritual, está vertiendo un eficaz raudal celestial que lava todas sus enfermedades al pecador! ¡Vengan aquí, todos ustedes enfermos de pecado, y miren al glorioso Hijo de Dios, hecho a semejanza de la carne, muriendo sobre la Cruz! ¡Vengan aquí, ustedes que lloran por su pecado, ustedes que están paralíticos y enfermos por la iniquidad! ¡Aquí hay poder, poder presente aún en el Salvador que muere para sanarlos, sin importar cuál sea su enfermedad!

Él sanó a todos los que lo necesitaban mientras residió aquí, y el costoso bálsamo de Su Expiación no ha perdido nada de su poder. El poder que estaba en Cristo para sanar, que salía de Él como Dios y como hombre, se aplicaba de manera preeminente, a quitar la culpa del pecado. Al leer todo este capítulo, uno se detiene con gozo en el versículo veinticuatro: “El Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados.” Aquí tenemos, entonces, una de las artes más poderosas del gran Médico; ¡Él tiene poder para perdonar pecados! Mientras vivió aquí abajo, antes de que el rescate hubiera sido pagado, antes que la sangre hubiese sido literalmente rociada sobre el propiciatorio, ¡Él tenía poder para perdonar pecados! ¿Acaso no tiene poder de hacerlo ahora que ha muerto? ¡Hermanos, qué poder debe residir en Él que ha pagado con fidelidad, hasta el último centavo, las deudas de Su pueblo! ¡Ciertamente Él tiene poder, cuando vemos que ha terminado con la trasgresión y ha acabado con el pecado!

Si tienes alguna duda, ¡míralo levantándose de los muertos! ¡Velo cuando asciende rodeado de esplendor a la diestra de Dios! ¡Escúchalo intercediendo ante el Padre Eterno, señalando a Sus heridas, argumentando los méritos de Su sagrada pasión! ¡Cuánto poder para perdonar hay aquí! “*Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres.*” “A éste, lo ha enaltecido Dios con su diestra como Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de

pecados.” En este mismo instante, pecador, Cristo tiene poder para perdonar, poder para perdonarte *a ti* y a millones como tú. Él ya no tiene que hacer nada más para ganar tu perdón. ¡Ya se ha hecho toda la obra de expiación! Respondiendo a tus lágrimas, Él puede perdonar tus pecados hoy, y hacer que tú *experimentes eso!*

El puede soplar en tu alma, en este mismo instante, la paz con Dios que sobrepasa todo entendimiento, que surge de la perfecta remisión de tus múltiples iniquidades. ¿Puedes creer eso? ¡Confío en que crees! ¡Quisiera que experimentes ahora que el poder de sanar que tiene el Evangelio es poder para perdonar pecados! No te demores más tiempo para consultar al Médico de almas. Apresúrate a ir a Él con palabras como estas—

*“¡Jesús! ¡Señor! ¡Escucha mi súplica!
Sálvame, sáname con una palabra.
Sin fuerzas me encuentro a Tus pies
Has oído mi débil queja.”*

Esta no es la única forma del poder sanador que reside sin medida en nuestro glorioso Señor. Él sana *el dolor* del pecado. Está escrito: “Sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas.” Cuando el pecado es realmente manifiesto a la conciencia, se torna muy doloroso. Y es una bendición indecible que la conciencia efectivamente esté en paz. La convicción de pecado es más aguda que un puñal que se clava en el corazón o que una flecha puntiaguda que atraviesa el pecho. Quien se haya dolido alguna vez, sometido a las punzadas de una conciencia que ha despertado, sabe muy bien que no hay dolor corporal que se le pueda comparar. Quebrantado bajo la mano de Dios, un hombre se puede formar alguna idea acerca de las cuáles deben ser las miserias del infierno.

Pero proporcional a ese dolor es el gozo por el alivio que Emanuel nos trae cuando nos aplica un bálsamo mejor que el de Galaad y nos da la infalible medicina del cielo para el alma enferma. Cuando Jesús es recibido con fe, Él quita todo nuestro dolor en un instante. ¡Una promesa aplicada por Su Espíritu, una gota de Su sangre que penetra en la conciencia, y de inmediato hay tanta paz tan honda y profunda que nada se le puede comparar! ¡Lo que el poeta escribió concerniente a la recuperación de una enfermedad corporal, es *doblemente* cierto en relación a la restauración espiritual!—

*“Mira al hombre que se ha revolcado largamente
Sobre la cama de espinas del dolor,
Observa cómo recupera su vigor desgastado,
Y respira y camina nuevamente:
La más pequeña flor del valle,
La más simple nota que acompaña al turbión,
El sol de todos, el aire, los cielos,
Abren para él las puertas del Paraíso.”*

¡Dios les otorgue a todos ustedes que temen Su nombre que el Sol de Justicia se levante con el poder de sanar bajo Sus alas!

Jesús también quita el *poder* del pecado. Mi querido amigo, el pecado puede ser en tu caso tan poderoso como un torbellino que te sacude a su antojo. Te sientes como si fueras hojas secas arrastradas por la tempestad. Apenas si tienes poder para resistir tus pasiones. Tal vez has cedido durante tanto tiempo ante ciertas formas del mal que ahora eres claramente impotente en la contienda contra ellas. ¡Sin embargo, no te desesperes! ¡Cristo con toda certeza te puede liberar! El

endemoniado tenía tal energía del mal dentro de él que rompió las cadenas y las ataduras con las que había sido atado. Se hizo él mismo cortaduras con unas piedras y aullaba durante toda la noche en medio de las tumbas. ¡Pero cuando Jesús se acercó a él muy pronto se le pudo ver vestido y en su pleno juicio, sentado con mansedumbre a los pies del gran Médico!

¡De igual manera ocurrirá contigo, pobre cautivo del mal! ¡No pienses que tienes que ser un borracho, o que tu temperamento irascible tenga que controlarte siempre! No concibas que tienes que ser siempre un esclavo de la lujuria, o ser llevado cautivo a voluntad del demonio. ¡Hombre, donde está Cristo, hay esperanza para ti! Y a pesar de que tienes esa enfermedad desde que naciste, una palabra salida de los poderosos labios del Hijo de Dios te puede curar, devolverte la salud! El poder del Evangelio es un poder para sanar al culpable del dolor y de *la influencia* del pecado. Jesucristo vino al mundo para destruir las obras del diablo en todas sus formas. No debe olvidarse que el Señor Jesús puede curarnos de nuestras recaídas. He escuchado que algunos dicen que una recaída es frecuentemente más temida por el médico que la enfermedad inicial, y que hay frecuentemente un período en el proceso de convalecencia cuando el virus de la enfermedad recobra renovadas energías y el médico siente que es en ese momento, y no al principio, cuando se tiene que pelear la *verdadera* batalla.

Hemos conocido a algunos hombres que han profesado la fe, y confiamos que fueron renovados, pero que han ido para atrás y son como el perro que se volvió a su propio vomito, y la puerca lavada que volvió a revolcarse en el cieno. Hemos tenido que lamentarnos de algunos en quienes el cambio parecía muy grande, pero era superficial, y pronto el poder del mal retornó sobre ellos. ¡Pero, lector caído, Jesús puede sanarte de tus caídas! ¡Cuánta misericordia es esa! “Yo los sanaré de su infidelidad. Los amaré generosamente, porque mi furor se habrá apartado de ellos,” ¡Qué importa que seas siete veces más un hijo del infierno de lo que eras antes, sin embargo, aún así, la eterna misericordia que sacó a una legión de demonios de un hombre, hace ya tiempo, puede sacarlos de ti! El poder de sanar de mi Señor es tal que si has recaído hasta el fondo, aún así Él te dice: “¡Regresa! ¡Regresa! ¡Regresa!”

Habrá mayor gozo por *ti*, pobre oveja perdida, que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Él se gozará más de recibirte, hijo pródigo errante, que el gozo que tiene por el hijo que siempre permaneció en la casa de su padre. Resumiendo, mi Señor, como un Médico, cura de manera súbita. ¡Él solamente toca y la salud se recupera de inmediato! Él realiza curaciones de todo tipo. Aquellas enfermedades que han servido de piedra de tropiezo para otros médicos han sido rápidamente curadas por Él. Él nunca falla. No tiene en Su diario registrado ningún caso que haya superado Su poder omnipoente. Él sana con efectividad; la enfermedad no puede reinar ya más, una vez que ha sido destronada por Él. Cuando lanza al demonio fuera de un hombre, ese demonio no regresará nunca.

¡Él sana con Su palabra aun a los que piensan que no pueden ser sanados! En relación a las almas, no hay ningún hospital para enfermos incurables, pues no hay nadie incurable. El Amigo de los pecadores “también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios.” Casos de enfermedades tan terribles que los hombres dicen: “Apártenlos de nuestra vista.” ¡Vicios tan detestables que su simple mención hace enrojecer la mejilla de la modestia! ¡Casos como estos la

mano maestra de Emanuel puede sanar! Para Dios no hay imposibles, y para el Hijo de Dios no hay nada difícil! ¡Él puede salvar al peor de todos los pecadores, y al más vil de los hombres! En el grado más alto que se pueda concebir, el poder del Evangelio es poder de sanar. ¡Ven, pobre pecador, y míralo a Él que puede sanar tus heridas mortales! ¡Ven y míralo a Él y vive!—

*"Levanta hacia la Cruz tus ojos llorosos,
¡He aquí, el Príncipe de Gloria muere!
Él muere extendido sobre el madero,
Derramando un bálsamo soberano para ti."*

II. Una segunda observación surge del texto. HAY PERÍODOS ESPECIALES EN LOS QUE SE MANIFIESTA DE MANERA ESPECIAL EL PODER DE SANAR. El versículo que estamos analizando dice que un cierto día el poder del Señor estaba con él para sanar, y por esto yo entiendo, no que Cristo no es siempre Dios, ni tampoco que algunas veces *era incapaz* de sanar, sino que entiendo que había ciertos momentos en los que Le agradaba manifestar Su divina energía para sanar en grado no acostumbrado. El mar nunca está vacío. Siempre está igual de lleno tanto en un momento como en otro, pero no siempre está a punto de desbordarse. El sol nunca está a media luz. Brilla con igual fuerza a todas horas, y sin embargo no siempre tenemos día, ni tampoco podemos bañarnos siempre en el calor del verano.

Cristo es la llenura misma, pero esa llenura no siempre se desborda. Él puede sanar, pero no siempre está ocupado en sanar. Hay momentos en los que el poder de salvar se manifiesta más de lo usual, tiempos de refresco, estaciones de avivamiento, días de visitación, días aceptables, días de salvación. Cualquier estudiante de la historia del mundo que la haya leído a la luz de la verdadera religión habrá observado que ha habido períodos especiales en los que el poder de Dios ha estado presente de manera especial para sanar a los hombres. Mi convicción solemne es que estamos viviendo en uno de esos períodos, que el momento presente es uno de esos momentos prefijados cuando el poder de Dios se manifiesta de manera especial.

Deduzco esto de muchas señales, incluyendo este texto que ayuda a mi convicción. Observen que en la ocasión mencionada en el texto había un gran deseo de la multitud de *oír* la Palabra. Al principio del capítulo leemos que se agolpaban sobre Él junto al lago. Más adelante los encontramos viniendo de todas las aldeas en grandes multitudes. Se hace una especial mención de maestros de la ley y de fariseos, los últimos en ser impresionados, pero que sin embargo, conmovidos por el entusiasmo general, se encontraban mezclándose con la muchedumbre. Se nos informa que el pueblo se aglomeraba alrededor de la casa de tal manera que el paralítico no podía ser metido a la casa, excepto bajándolo por el tejado en medio.

¡Cuando el poder de Dios se está moviendo hay un movimiento correlativo entre la gente! Querrán oír cuando el poder de Dios está con el predicador. Consideren como un signo de la Gracia Divina cuando las casas dedicadas al culto de adoración están llenas. Estén seguros que el Señor va a llenar las redes cuando los peces se junten alrededor de la lancha. No podemos esperar que el Evangelio sea bendecido para quienes no lo escuchan. Podemos esperar con toda legalidad y propiedad que sea una bendición para quienes tienen una intensa necesidad de escucharlo. En este momento veo un avivamiento religioso en medio de las masas de Londres, no tan grande como uno quisiera, pero sin embargo allí está y debemos estar agradecidos por eso.

No tendremos que aguantar por largo tiempo las tonterías del Puseyismo, la opinión pública nos ayudará a derrumbarlo. Ha tomado mucho tiempo para que nuestra nación se despierte, pero se despertará después de todo. Me parece que veo la marea del sentimiento popular yendo en la dirección correcta. Los hombres están ahora ocupados con pensamientos religiosos, y ya sea que piensen correcta o incorrectamente, hay un mayor interés por la verdad religiosa de lo que hubo antes. Y allí donde los ministros predicen con sencillez y con amor el Evangelio de Cristo, en ese momento siempre tienen oyentes. Este es un signo cierto de que el poder del Señor está presente para sanar.

Observen a continuación que el poder de sanar estaba claramente presente cuando Cristo estaba *enseñando*. Presten mucha atención a la hora favorecida, “Jesús estaba enseñando.” Jesús vinculaba la curación con la enseñanza. Así sucedía con la curación material, y con mayor razón con la curación *espiritual*, pues “la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo.” Hermanos, ¿acaso no hay en medio de nuestros hermanos, que sean con certeza nuestros hermanos, más enseñanza de Cristo que antes? Estoy persuadido que la mayoría de mis hermanos predicen con mayor fidelidad que antes y en su totalidad la sencilla verdad de Cristo Jesús. La enseñanza está regresando a los púlpitos.

Ahora préstame mucha atención, querido lector, ya seas salvo o no, si tú estás presente en el lugar donde Cristo es predicado en su totalidad, donde es levantado, exaltado, proclamado, y recomendado a ti, entonces estás en un lugar donde Él también está presente para *sanar*. ¿Acaso no está escrito: “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo”? Una señal adicional del poder presente se encuentra muy claramente en la gente enferma que fue sanada por Jesús. Nosotros también sabemos que en este mismo templo no pasa un domingo sin que se conviertan algunas almas. Tenemos el testimonio de casos de cientos de personas a quienes Dios ha bendecido por medio de la historia de la Cruz presentada de manera sencilla. Esta es una prueba positiva que cuando se *enseña* el tema de Cristo, y las almas están siendo *bendecidas*, Él está presente de una manera admirable, para sanar.

Debemos notar otra cosa, es decir, que este tiempo particular mencionado en el texto fue precedido por una temporada especial de oración por parte del principal Actor. ¿Se dieron cuenta de eso? Él se retiró y oró, y entonces el poder del Señor estaba presente para sanarlos. ¿Es entonces así, que aún en relación con Cristo Mismo, el Señor y Dador de Vida, en quien habita la plenitud de la Deidad, y que poseía al Espíritu sin medida, sin embargo antes que ese Espíritu se manifieste públicamente en un alto grado debe haber un retiro especial para la oración ferviente? ¡Con cuánta sencillez esto nos dice que la Iglesia debe orar si quiere tener el poder de sanar! Y hermanos y hermanas míos, ¡nosotros hemos orado! ¡Ha habido tanta oración en esta congregación que no creo que alguien nos haya ganado, aún en los tiempos apostólicos!

¡El lunes pasado fue un día de lucha de tal naturaleza que la bendición no podía sino derramarse! ¡Casi he cesado de pedir más! ¡Espero en una anticipación gozosa la visitación del cielo! ¡No vengo ahora como un sembrador sino más bien como un cosechador! ¡Creo que la red ya tiene muchos peces y lo único que tenemos que hacer es arrastrarla a tierra! ¡Dios quiera que la red no se rompa a causa de la multitud de peces! Dios está con nosotros, y ciertamente está con nosotros hoy en este templo. Maravillas de la Gracia Divina están siendo realizadas: ¡mientras aún estamos hablando hay hombres que están siendo inclinados a mirar a Cristo! ¡Mientras Lo estamos poniendo en alto, ojos llenos de lágrimas están mirando hacia Él! En muchos corazones se puede escuchar el grito: “Me levantaré, iré a mi padre.”

Ahora, con todas estas señales que se juntan: un deseo de escuchar, un tiempo establecido de oración privada, la enseñanza de la Palabra, y la bendición manifiesta de almas bajo esa Palabra, entiendo que hemos llegado en este momento a ese estado descrito en el texto.

III. Pasando a un tercer pensamiento, observamos que CUANDO EL PODER DEL SEÑOR ESTÁ PRESENTE PARA SANAR, PUEDE NO SER VISTO EN TODOS, PERO PUEDE MOSTRARSE EN ALGUNOS CASOS ESPECIALES Y NO EN OTROS. Es una triste reflexión que algunos hombres pueden estar en la región del poder Divino sin sentir sus operaciones. He leído y releído este versículo muchas veces con un objetivo: hacer que el versículo quiera decir que los fariseos y los doctores de la ley estaban presentes y que el poder del Señor estaba presente para sanarlos *a ellos*.

Pero el texto no nos enseña eso. El poder del Señor no estaba presente para sanar a los doctores ni a los fariseos, puesto que ellos no fueron sanados. La palabra “ellos” concuerda con un sustantivo más distante, de acuerdo con el uso frecuente del Nuevo Testamento por el cual los pronombres no están orientados a referirse al sustantivo más cercano, sino a uno más remoto. El poder de Dios estaba presente para sanar a *los enfermos*; no para sanar a los doctores ni a los fariseos. ¡Sin embargo, cuán cerca estaba la salud de ellos, pues si hubieran conocido su enfermedad, y hubieran querido confesarla, había poder suficiente para curarlos a ellos!

Pero como ocurrieron las cosas, no encontramos que ninguno de ellos haya sido sanado. Ni un solo doctor de la ley, ni ningún fariseo sintió el poder que estaba pasando tan cerca de ellos que estaban sorprendidos y asustados y buscando escapatorias. Queridos lectores, esta misma triste observación puede ser aplicada a algunos de mis lectores ahora. Pueden ser miembros de una congregación que se encuentra siendo visitada por la Gracia Divina de Dios de manera admirable, pero a pesar de eso puede no haber poder presente que opere en sus corazones para sanarlos. Observarán que los que no recibieron esta Gracia no eran las *prostitutas*. A pesar de ser infames en su carácter, sintieron el poder del amor de Jesús y entraron en Su Reino. Vemos que este poder no faltaba entre los *publicanos*, pues vemos un ejemplo en el texto de uno que hizo una gran fiesta en su casa para Cristo.

¿Dónde entonces no había poder? ¿Dónde no era buscado y dónde no era sentido? Era, en primer lugar, entre la gente conocedora: los doctores de la ley. Estos maestros sabían demasiado para someterse a la enseñanza del Gran Maestro. Existe tal cosa como saber demasiado para saberlo todo, y ser demasiado sabio para ser cualquier cosa excepto un tonto. El conocimiento de los doctores era ese conocimiento que infla, no el conocimiento que viene de Dios. ¡Ah, querido lector, ten cuidado del conocimiento de la *cabeza* cuando no hay conocimiento del *corazón*! Ten cuidado de ser tan ortodoxo que te erijas como juez del predicador, y rehúses ser obediente a la Verdad de Dios.

Ten cuidado de decir: “Oh sí, sí, sí, sí, eso es aplicable para Fulano de Tal, y además está muy bien dicho.” No critiques, sino siente. Sería mejor para ti que no fueras más que un simple hombre que va con su arado, silbando una tonada mientras ara, que nunca hubiera escuchado estas cosas hasta hoy, y que ahora las ha escuchado y las ha recibido por primera vez en toda su novedad, y poder, y belleza. ¡Esto sería mucho mejor para ti que haberlas escuchado hasta que timbraran en tus oídos como la campana que has oído cada domingo, de cuya monotonía ya estás cansado! Ten cuidado que no vayas al infierno con una piedra de molino de sana doctrina atada a tu cuello, puesto que si vas a ser condenado, da lo mismo que perezcas conociendo la Verdad de Dios que no conociéndola!

No, si captan la fórmula y se adueñan del credo, y se imaginan ser maestros de otros, es aún más fácil perecer en *ese* estado que si vinieran a oír la Palabra sin haberla escuchado antes en su mensaje de alegría. ¡Estos eran los conociedores que no tenían poder para ser sanados! Más aún, esos que tenían una buena opinión de sí mismos no recibieron ninguna bendición. ¡Los fariseos! ¡No había nadie mejor, desde Dan hasta Beerseba, que los fariseos, si los evaluáramos según su propio testimonio!

Observen con el debido respeto su carácter público. ¿No eran eminentísimos? ¡Vean la amplitud de los bordes de sus vestiduras! ¡Cuán visibles eran sus filacterias! ¡Cuán diligentemente se lavaban las manos antes de comer! ¡Cuán escrupulosos eran acerca de colar los mosquitos del vino! ¡Cuán cuidadosos de entregar el diezmo de la menta, del eneldo y del comino! Sin embargo estas fueron las personas que no obtuvieron ninguna bendición de Jesús. Eran demasiado buenos para ser salvados. ¡Cuánta gente igual no hay! “Bien” dice uno, “sé que nunca le he robado a nadie. He educado respetablemente a mi familia y me he conducido con tal decoro que nadie puede encontrar alguna falla en *mí*. ”

Correcto, y por lo tanto no tendrás a Cristo porque tú estás sano y no tienes necesidad de un médico. “Ah,” dice alguien por ahí, “con toda seguridad si cumplimos con nuestra obligación de la mejor manera que podamos estaremos bien.” ¡Si piensas así encontrarás que cuando has cumplido con tu deber de la mejor manera que puedes, no tendrás ni parte ni participación del Salvador ya que evidentemente, de acuerdo a tu propia demostración, no lo requieres! El Señor Jesús tomará tu propia demostración y dirá: “Nunca te conocí. ¿Cómo podría conocerte? Nunca estuviste enfermo. Nunca me necesitaste. Tú declaraste que estabas sano, y no te quisiste inclinar para aceptar la salvación que Yo, el Salvador, vine a traer.” Así te hablará Jesús pues ahora orgullosamente desprecias Su Gracia.

Una vez más, quienes no obtuvieron la bendición fueron no solamente los sabios y los buenos, sino también los indiferentes. Como podemos observar, no vinieron para recibir la predicación, sino para que Cristo sólo predicara *ante* ellos. Ese era el viejo estilo de los prefacios de sermones: “Un sermón predicado ante el honorable y admirable Señor Fulano de Tal.” Pero esa es la peor manera de predicar en cualquier lugar, predicar *ante* la gente. Predicarle al corazón de la gente es la única predicación digna de ser escuchada y digna de ser predicada. Pero no vinieron para que Cristo los operara, no eran sus pacientes, eran únicamente *visitantes* en los hospitales. Como visitantes iban alrededor de las camas y revisaban las recetas colocadas en las cabeceras de los enfermos y observaban cada caso.

Y cuando vino el médico y comenzó a ejercer su oficio en los enfermos, estaban parados allí observando su tratamiento, imaginando en todo momento que ellos mismos no estaban enfermos. Si hubieran estado en sus lechos de enfermos podrían haber sido sanados, pero sólo se interesaron de manera superficial en la curación, pues no vinieron para participar en ella. ¡Mucho cuidado, queridos lectores, no vayan a los lugares de adoración como simples espectadores! ¡No habrán espectadores en el cielo! ¡Ni tampoco habrán espectadores en el infierno! Mucho cuidado de no jugar a ser espectadores en la adoración de Dios aquí. Cada Verdad de Dios dicha por los siervos de Dios tiene mucho que ver contigo. Si es amenazante y estás en hiel de amargura, es tuya; ¡tiembla al oírla!

Si es la promesa de amor Divino, entonces si no eres partícipe de ella, debes de sentir temor, vergüenza y alarma y volar a Cristo para que puedas participar de ella. Quienes no obtienen ninguna bendición son los que suponen que no la necesitan particularmente, habiendo venido simplemente para ver y ser vistos, pero no para recibir la curación. Quienes no sintieron el poder sanador se burlaban y

dudaban. Más adelante en el mismo capítulo dijeron: “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” Cuando un hombre no obtiene ningún bien del ministerio, es casi seguro que piensa que no hay ningún bien *en* el ministerio. Y cuando él mismo, agachándose a beber, no encuentra agua en el río, concluye que está seco, no se da cuenta que es su propia rodilla terca la que no se dobla o que su boca voluntariamente no se abre para recibir el Evangelio.

Pero si discuten, si hacen preguntas, si disputan, conocemos su raza. Entendemos a qué raza pertenecen, y sabemos lo que les dijo Jesús hace tiempo: “¡Serpientes! ¡Generación de víboras! ¿Cómo os escaparéis de la condenación del infierno?” Si alguien no escapará seguramente serán quienes solamente oyen el Evangelio para hacerlo el motivo de su sarcasmo y el objeto de su ridículo; que miran con desprecio a la Cruz misma con un Salvador agonizante sobre ella y enrollan su lengua contra su mejilla y hacen burla y sarcasmo de las agonías del Redentor del mundo.

¡Tengan mucho cuidado de no tener esas burlas en sus bocas aquí en la tierra, porque luego tendrán que digerirlas en el infierno! Tengan cuidado de que su burla no se vuelva contra ustedes en el Último Gran Día cuando las palabras de Salomón tendrán su cumplimiento: “Pero, por cuanto llamé, y os resististeis; extendí mis manos, y no hubo quien escuchara, yo también me reiré en vuestra calamidad. Me burlaré cuando os llegue lo que teméis.” Había personas, entonces, para quienes el poder presente de sanar de Cristo no sirvió para nada y puede haber tales personas ahora. Amigo mío, ¿eres tú uno de ellos?

IV. En último lugar, quiero que los cristianos observen aquí que CUANDO EL PODER DE CRISTO ESTABA PRESENTE HACÍA FLUIR LA ENERGÍA DE QUIENES ERAN SUS AMIGOS PARA TRABAJAR MIENTRAS ESE PODER ERA MANIFIESTO. Mis queridos hermanos y hermanas, especialmente los miembros de esta iglesia; lo que tengo que decir está dirigido con toda sinceridad a ustedes.

Ustedes podrán percibir que tan pronto como se descubría que el poder de sanar, los corazones amantes deseaban traer a otros para que también pudieran experimentarlo. Cuatro personas tomaron cada esquina de la cama y trajeron a un paralítico que no podía venir por sí mismo. Lo bajaron por el *tejado* en medio con mucha incomodidad. Dios está bendiciendo a la Iglesia ahora. ¡Los cristianos, hombres y mujeres, se unen para orar por los amigos que no pueden o no quieren orar por sí mismos! Y si te encuentras con alguno que sufre de una profunda angustia, que paralizado por la desesperación no puede levantar el dedo de la fe, esfuérzate por traerlo para que oiga el Evangelio. ¡Tráiganlos donde Cristo está haciendo milagros!

Si uno de ustedes no puede prevalecer para traer el caso ante el Señor, únanse *dos* de ustedes. Si dos no bastan, que *cuatro* mezclen sus peticiones. Si cuatro no son suficientes, díganlo a la *Iglesia* y pidan la oración de todos. Pero esfuércense por traer pecadores moribundos donde Cristo está haciendo milagros espirituales. Si leen más adelante en este capítulo, comprenderán cómo se puede traer a algunas personas al Salvador que de otra manera nunca oirían acerca de Él. Leví hizo una gran fiesta, pues pensó: “Quisiera que Jesús viniera y predicara a los publicanos. Son muy grandes pecadores, igual que yo. Si yo lograra que al menos Lo escucharan, podrían ser convertidos.”

“Pero,” pensó él, “si les pregunto dirán que no pueden darse el lujo de perder un día de trabajo. No les interesa oír un sermón. Así que (dijo él) los voy a atraer de esta manera: los voy a invitar a mi casa a una fiesta. Entonces seguramente que vendrán, y después le pediré a Jesús que venga y coma con ellos, y

sé que Él no los va a dejar ir sin darles una buena palabra.” ¡Así que como verán, él usó las artes de los cazadores de pájaros cuando están ansiosos de tomar a su presa! De la misma manera, ¿no podrían ustedes estar alerta y preocupados con los que les rodean como Leví lo estaba? ¿No podrían invitar a los perdidos y a los que no guardan el domingo, a la casa de ustedes o de alguien más, y usar medios para traerlos bajo el sonido de la Palabra de Dios?

¿Qué acaso, si tienen unas pocas flores en su cuarto, cuando llueve en el verano, no las sacan para que reciban la lluvia? Ustedes ponen todas las macetas fuera en el jardín bajo la lluvia. Hagan lo mismo con sus amigos, con sus vecinos, con sus hijos, con sus parientes. Mientras cae la lluvia de la Gracia Divina, traten de ponerlos bajo su influencia. ¡Y si no vienen de una manera, traten otras maneras! ¡Solamente pónganlos donde el poder del Señor está presente, pues tal vez pueda mirarlos y ellos a su vez puedan mirarlo a Él para ser sanados!

Y oh, déjenme decirles para terminar, que si no se salvan tú no tendrás ninguna responsabilidad, de la misma que después de hoy yo no tengo ninguna responsabilidad. Les hemos proclamado a ustedes, muchas veces, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores. Les hemos dicho que el Padre celestial está deseoso de recibir a los pecadores que vienen a Él. Que Él se goza en la misericordia. Que Él puede quitar completamente el pecado. Les hemos dicho que la sangre de Cristo puede limpiar al más sucio, que todo tipo de pecados y blasfemias les serán perdonados a los hombres. Les hemos urgido a salir volando veloces como palomas hacia las heridas de Jesús.

El poder del Espíritu de Dios ha llevado a muchos de ustedes a venir a Él, ¡y ustedes son salvos! Pero debemos lamentar que todavía hay una multitud de personas que no son salvos. Bueno, si ustedes perecen, no es porque Cristo no ha sido predicado en sus calles. Bajarán al infierno, algunos de ustedes, con la luz brillando en sus párpados, pero con sus ojos voluntariamente cerrados a ella. Ustedes van a perecer con la voz de la Misericordia sonando en sus oídos. Y en el infierno ustedes serán un terrible monumento a la justicia de Dios quien entonces les dirá: “Ustedes pecaron contra la luz y el conocimiento, contra el amor y la misericordia.”

Si perecieron los que despreciaron la ley de Moisés, cómo escaparán ustedes si descuidan tan grande salvación? Que el Espíritu Santo ahora, con poderosa energía, aplique la preciosa sangre de Jesús a cada uno de mis lectores, y a Dios sea la gloria por toda la eternidad. Amén—

*“Bendito Salvador, a Tus pies me arrojo,
Para recibir allí mi salvación o morir.
Pero la Gracia prohíbe ese pensamiento doloroso
Porque la Gracia poderosa triunfa aquí.
Tú sacarás el dardo envenenado,
Vendarás y sanarás el corazón herido.
Adorna mi cara con la salud recuperada
Y cambia en luz la lúgubre oscuridad.”*

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #720 – Volume 12

The Gospel's Healing Power

Los Albores del Avivamiento O, La Oración Respondida con Presteza NO. 734

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

10 DE FEBRERO DE 1867,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

"Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado."

Daniel 9:23.

La oración es útil de mil maneras. Es, en el plano espiritual, lo que en el plano natural buscaban conseguir los médicos de la antigüedad, es decir, un catolicón, un remedio de aplicación universal. No hay ningún caso de necesidad, de dilema o de infortunio en el que no se compruebe que la oración es una ayuda muy real. En el caso que estamos considerando, Daniel había estado estudiando el libro de Jeremías y había aprendido que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta semanas, pero tenía la convicción de que le faltaban más cosas por aprender y se propuso saberlas. La suya era una mente noble y sagaz, y con todas sus energías procuró penetrar en el significado profético; pero Daniel no confió en su propio juicio; se entregó de inmediato a la oración. La oración es esa grandiosa llave que abre los misterios. ¿A quién acudiremos en busca de una explicación cuando no podemos entender un escrito, sino al autor del libro? Daniel recurrió de inmediato al Grandioso Autor en cuya mano Jeremías había fungido como la pluma. El profeta se puso de rodillas en solitario retiro y clamó a Dios pidiéndole que le abriera el misterio de la profecía para poder conocer el pleno significado de las setenta semanas y lo que Dios tenía la intención de hacer al término de ellas, y cómo quería que se comportara Su pueblo para obtener la liberación de su cautiverio. Daniel hizo su petición al Señor rogándole que desatara los sellos y abriera el volumen del libro, y fue oído y fue favorecido con el conocimiento que habría buscado en vano por cualesquiera otros medios. Lutero solía decir que algunos de sus mejores comprensiones de la Santa Escritura no eran tanto un resultado de la meditación como de la oración; y todos los estudiosos de la palabra les dirán que cuando los martillos del aprendizaje y de la exégesis bíblica no han podido desentrañar algún texto impenetrable para ellos, la oración a menudo lo ha logrado y se han encontrado pepitas de oro ocultas ahí. A cada estudiante de la palabra de Dios que quiera convertirse en un escriba

bien aleccionado le diríamos: ‘junto con todos los medios que utilices, junto con todas las revisiones de los comentarios y con todos los cotejos con los originales y con todas tus investigaciones entre los doctos teólogos, combina mucha oración ferviente.’ Así como el Señor le dijo a Israel: “En toda ofrenda tuya ofrecerás sal,” así la sabiduría nos dice a nosotros: “Junto con todas tus investigaciones y todos tus estudios, practica muchas oraciones.” Tengan la seguridad de que la antigua máxima: “Haber orado bien es haber estudiado bien,” es digna de ser inscrita no sólo en las paredes de nuestros estudios sino en las tablas de nuestros corazones. Si tú colocas el libro de la inspiración ante tu ojo atento y le pides al Señor que te abra su significado, el ejercicio mismo de la oración será bendecido por Dios para poner a tu alma en el mejor estado en el cual penetrar en el significado que permanece oculto al ojo del sabio mundano, pero que es claramente manifestado a las almas mansas y humildes cuando buscan reverentemente la guía de su Padre celestial.

El punto particular en el texto al cual quisiera dirigir la atención de ustedes en esta mañana es que la oración de Daniel fue respondida *de inmediato*, mientras aun hablaba; sí, en cuanto comenzó a orar. No siempre es así. La oración se detiene a veces cual suplicante a la puerta hasta que sale el rey para llenar su pecho con las bendiciones que busca. Se ha sabido que cuando el Señor ha dado una gran fe la ha probado mediante largas demoras. Ha permitido que las voces de Sus siervos regresen a sus propios oídos cual eco proveniente de un cielo de bronce. Han llamado a la puerta de oro que se ha mantenido inamovible como si estuviera oxidada en sus goznes. Han clamado como Jeremías: “Te cubriste de nube para que no pasase la oración nuestra.” Algunos verdaderos santos han continuado así en paciente espera durante meses, y ha habido casos en los que sus oraciones han esperado incluso años sin respuesta, no porque no hayan sido vehementes ni porque no hayan sido aceptadas, sino porque así le agrado a Aquel que es soberano y que da según Su buena voluntad. Si le agrada ordenarle a nuestra paciencia que se ejercite, ¿no hará lo que quiera con lo Suyo? Los mendigos no deben ser selectivos en lo que respecta a tiempo, lugar o forma. Hermanos, no debemos tomar los retrasos en las respuestas a la oración como negativas: los cheques posdatados de Dios serán honrados puntualmente; no debemos permitir que Satanás debilite nuestra confianza en el Dios de la verdad, señalando nuestras oraciones fallidas. Estamos tratando con un Ser cuyos años son sin término, para quien un día es como mil años; lejos esté de nosotros considerar que el Señor se retarda si medimos Sus actos por la norma de nuestra diminuta hora. Las peticiones sin respuesta no son peticiones desoídas. Dios guarda un expediente para nuestras oraciones que no se lleva el viento sino que son atesoradas en los archi-

vos del rey. Hay un registro en la corte del cielo donde cada oración queda anotada. Oh atribulado creyente, tus suspiros y tus lágrimas no son infructuosos; Dios tiene un vaso lacrimatorio donde se guardan las costosas gotas del sagrado dolor y un libro en el que son contados tus santos gemidos y dentro de poco tu petición prevalecerá. ¿No puedes contentarte con esperar un poco? ¿Acaso no es mejor el tiempo de tu Señor que tu tiempo? En su momento Él aparecerá consoladoramente para gozo de tu alma, y hará que te despojes de tu cilicio y de la ceniza de la larga espera y que te vistas de carmesí y del lino fino de la plena fruición.

Sin embargo, en el caso de Daniel, el varón muy amado, no hubo ninguna espera. En el caso de Daniel esta promesa fue cierta, “Antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído.” Al varón Gabriel se le ordenó que volara con presteza, como si aun el vuelo de un ángel no fuera lo suficientemente raudo para la misericordia de Dios. ¡Oh, cuán rápidamente viaja la misericordia de Dios y cuánto tiempo se demora Su ira! ¡“Vuela”—dijo—“espíritu fulgurante, prueba el poder supremo de tus alas! Desciende a mi siervo que espera, y cumple su deseo.” Hermanos, los deseos de mi corazón y mis ardientes anhelos son que al principio de nuestros ruegos tengamos una respuesta del trono. Este es el principio de nuestros oraciones sólo en un cierto sentido, pues la oración no ha cesado nunca aquí—fervientes hermanos y hermanas han celebrado una reunión pública para orar cada mañana y cada noche durante los últimos meses—pero ahora estamos al comienzo de un mes de oración más especial, y yo anhelo vehementemente una pronta visitación de la gracia. Sería un muy bendito incentivo para nosotros, un estímulo para un ardor más intenso y un argumento para una mayor confianza en Dios, si fuésemos favorecidos igual que Daniel para recibir respuestas positivas a nuestros ruegos en cuanto comenzamos a orar.

Hablando de tal misericordia, es indispensable que consideremos dos puntos: primero, *razones para esperar justamente una bendición tan temprana*; y en segundo lugar, *formas en las que deseamos ardientemente la bendición y la esperamos confiadamente*.

I. Primero, ¿Tenemos algunas RAZONES PARA ESPERAR QUE AL PRINCIPIO DE NUESTROS RUEGOS SALDRÁ EL MANDAMIENTO DE MISERICORDIA?

Tengan la seguridad de que las tenemos si somos encontrados en la misma postura de Daniel, pues Dios actúa para con Sus siervos según una regla determinada. Pongamos en práctica un vigilante autoexamen mientras nos comparamos con el exitoso profeta.

Dios oirá a Su pueblo al principio de sus oraciones si la condición del suplicante es apropiada para ello. Es posible deducir la naturaleza de la idoneidad del estado mental de Daniel y de su modo de proceder. Sobre

esto nuestra primera observación digna de consideración es que Daniel estaba *resuelto a obtener la bendición que buscaba*. Noten cuidadosamente la expresión que usó en el tercer versículo: “Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego.” Este volver del rostro expresa un propósito decidido, una firme determinación, una concentrada atención, una resuelta perseverancia inflexible. “Volví mi rostro a Dios.” Nosotros no haremos nada en este mundo mientras no volvamos completamente nuestro rostro a ese asunto. Los guerreros que ganan batallas son aquellos que están resueltos a vencer o morir. Los héroes que emancipan naciones son aquellos que no consideran los riesgos y no calculan las probabilidades, sino que han resuelto que deben quitar el yugo de la cerviz de su país. Los comerciantes que prosperan en este mundo son aquellos que realizan sus actividades de todo corazón y velan por la riqueza con entusiasmo. El hombre poco entusiasta no está en ninguna parte en la carrera de la vida; es usualmente despreciable a los ojos de los demás, y es una desgracia para sí mismo. Si hay algo que valga la pena hacer, vale la pena que se haga bien; y si no vale la pena que se haga cabalmente, los varones sabios prefieren no involucrarse. Esto es especialmente cierto en la vida espiritual. Los hombres que duermen en sus lechos o que siguen estando dormidos fuera de sus lechos, no realizan maravillas para Dios. Los hombres que a duras penas saben que son salvos o a quienes no les importa serlo, no salvan almas. Los errores no son derribados de sus pedestales por quienes son descuidados con respecto a la verdad y la valoran poco. Las reformas no han sido realizadas en este mundo por personas de espíritu tibio y política contemporizadora. Un fogoso Lutero es de mayor valor que veinte varones semejantes al indiferente Erasmo, que sabía infinitamente más de lo que sentía, y que tal vez sentía más de lo que se atrevía a expresar. Si alguien quisiera hacer algo por Dios, por la verdad, por la cruz de Cristo, tiene que volver su rostro y resolver servir a Dios con toda la fuerza de su voluntad. El soldado de Cristo tiene que poner su rostro como un pedernal contra toda oposición, y al mismo tiempo tiene que volver su rostro hacia el Señor con el ojo atento de la sierva que mira hacia su señora. Si somos llamados a sufrir por la verdad, tenemos que volver nuestro rostro hacia el conflicto al igual que Jesús afirmó Su rostro para ir a Jerusalén. ¡Quien quiera ganar en esta gloriosa guerra y vencer al Señor en el propiciatorio, tiene que tener resolución! Tiene que estar resuelto con toda su alma—después de considerar el asunto seriamente—resuelto por razones que son demasiado perentorias para que las evada, resuelto a que no se alejará del trono de la gracia sin la bendición. Nunca, nunca será infructuoso en la oración el hombre que esté resuelto a ganar la misericordia prometida. Suponiendo que están buscando lo que deberían buscar, que lo están buscando a

través de Jesucristo y por fe en Él, el único requisito recomendado para el éxito, hermanos, es que afirmen sus rostros hacia su consecución. Si hubiese una docena de varones en esta iglesia nuestra que hubieren vuelto sus rostros a tener un avivamiento, con seguridad lo tendremos; mi corazón no alberga ninguna duda al respecto. Aunque sólo hubiese una media docena, como los hombres de Gedeón que lamieron, si no hubiese sino seis que no vacilan y que no se desanimarán por las dificultades ni huirán por las desilusiones, tan ciertamente como que Dios es Dios, Él oirá las oraciones de tales personas. Es más, si sólo fueran dos o tres, la promesa es para dos de nosotros que estemos de acuerdo en lo tocante a algo concerniente al reino; sí, más aún, si no pudieran encontrarse dos personas y sólo quedara un santo fiel, siempre y cuando estuviere provisto del espíritu y del ardor de Daniel, aun así prevalecería como lo hizo Daniel en la antigüedad. No debemos dejar de volver nuestro rostro hacia el Señor. Amados míos en el Señor Jesús, yo le pido humilde pero devotamente a Dios, el Espíritu Santo, que dé tanto a los hombres como a las mujeres miembros de esta iglesia la solemne resolución de que en la obra en la que estamos comprometidos para Dios no estarán satisfechos a menos que nos sean concedidas las más grandes respuestas. Esta fue la primera prueba de que Dios podía dar a Daniel la bendición de inmediato pues el corazón del profeta había adoptado una inmutable resolución y no había forma de que cambiara de opinión; entonces, si un menesteroso está resuelto a recibir su petición, harías bien en darle de inmediato lo que te pida, pues es una pérdida de tiempo tanto para él como para ti darle largas con retrasos; pensamos que lo mejor es darle la ayuda de inmediato, y lo mismo hace nuestro Padre celestial con nosotros.

A continuación, Daniel sentía profundamente la miseria del pueblo por el que intercedía. Lean esa expresión, “Nunca fue hecho debajo del cielo nada semejante a lo que se ha hecho contra Jerusalén.” La condición de aquella ciudad que yacía en ruinas, sus habitantes cautivos, sus hijos más selectos desterrados hasta los confines de la tierra le aquejaban muy severamente. No tenía un ligero conocimiento superficial de los sufrimientos de su pueblo, sino que lo más íntimo de su corazón estaba amargado con el ajenjo y la hiel de la copa de ellos. Hermanos, si Dios tiene la intención de darnos almas, Él nos preparará para ese honor haciendo que sintamos la profunda ruina de nuestros semejantes y la terrible condenación que implicará esa ruina a menos que escapen de ella. Yo quisiera que ustedes se prepararan hasta ser dominados por un horror del pecado del pecador; ¡seguramente esa no es una tarea tan extraña si recuerdan su estado previo y sus tendencias presentes! ¡Cuán ardiente era aquel horno a través del cual pasó tu espíritu cuando la mano de

Dios se agravó sobre ti tanto de día como de noche! Hermanos y hermanas míos en el Señor Jesús, quiero que ustedes tengan una clara visión de la ira de Dios que amenaza a sus propios hijos, a sus propios amigos, a sus compañeros de asiento en la iglesia, a sus vecinos y a su parentela, a menos que sean salvados. Si pudieran insertar en su corazón así como en su credo la sincera convicción de que “los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios”; si pudieran recordar que aun aquellos que oyen el Evangelio no tienen vía de escape si permanecen en la impenitencia, y que si rechazan a Cristo no queda nada para ellos sino “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego”; si tu alma pudiera ser conducida a derretirse por el abatimiento por causa de los ayes de los espíritus perdidos y por causa de que tantos de tus semejantes se perderán en breve, que estarán irrevocablemente perdidos como los otros lo están, más allá de toda esperanza o de todo sueño de alivio, seguramente te volverías pasmosamente denodado por las almas. Oiríamos oraciones de una naturaleza poderosa si los creyentes se identificaran con los hombres en su ruina; entonces las lágrimas y los gemidos no serían tan escasos; entonces sería algo muy ordinario que el alma se derramara en gemidos inefables. Cuando sintamos intensamente la necesidad del pecador prevaleceremos con Dios merced a la sangre preciosa de Jesús. Si hubiera algunos aquí que realmente sienten los terrores del mundo venidero y están atados por esos terrores y son llevados a esperar y a luchar en el propiciatorio hasta que las almas sean rescatadas de sus pecados, tenemos la confianza de que en cuanto comencemos a orar saldrá el mandamiento para bendecirnos.

Además, Daniel estaba listo para recibir la bendición porque *sentía profundamente su propia indignidad al respecto*. Yo no creo que ni aun el Salmo cincuenta y uno sea más penitencial que el capítulo en el que está contenido nuestro texto. Yo les pedí que observaran, mientras lo leíamos, cómo confiesa el profeta el pecado del pueblo y lo designa por medio de tres, cuatro, cinco o más epítetos descriptivos, todos expresivos de su profundo sentido de su negrura. Lean el capítulo y noten cómo reconoce humildemente pecados de comisión, pecados de omisión, y especialmente pecados contra las advertencias de la palabra de Dios y las súplicas de los siervos de Dios. El profeta es muy explícito. Desnuda su corazón delante del Señor; arranca cada membrana de la corrupción de la gente; expone la herida para la inspección del Gran Cirujano y le pide que le envíe salud y alivio. Yo creo que Dios está a punto de bendecir personalmente al hombre a quien le ha dado un profundo sentido de pecado; y ciertamente aquella iglesia que esté dispuesta a hacer una confesión de su propia pecaminosidad e indignidad está en vísperas de una visitación de amor. Acudamos, entonces, a nuestro Dios—yo oro pidiendo que el

Espíritu Santo nos capacite para acudir a Él—cada hombre y cada mujer haciendo una confesión por sí mismo aparte. Se necesita la confesión individual. Yo tengo pecados que tal vez ustedes no descubran en mí, pecados que no sería posible que ustedes cometieran porque no están ubicados en mi esfera. Ustedes, también, tienen en sus familias, en sus negocios, en sus vidas privadas y públicas, pecados con los que no estoy familiarizado. Cada ser humano tiene un punto de pecado donde es separado de sus congéneres; por tanto, cada individuo tiene que hacer su propia confesión, aparte, con la máxima honestidad, con la más profunda humillación; y cada uno tiene que agregar a sus reconocimientos la humilde oración: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos." Mis queridos compañeros, miembros de la iglesia, ¿está consciente cada uno de ustedes de su propia iniquidad personal para con el Señor su Dios? Entonces no permitan que transcurra este día sin que hubieren hecho una plena confesión; y queridos hermanos, si hubiera aún en nosotros, como iglesia, alguna transgresión inconfesada, yo espero que el Señor nos conduzca a confesarla. Si hemos estado orgullosos de nuestros números, si hemos sido exaltados por el éxito, si hubiese algunos altercados entre nosotros, si algún cristiano aquí presente sintiera algún resentimiento hacia otro miembro de la iglesia, que no pase este día sin que se haya quitado ese mal. Yo estoy muy consciente de que mucho pecado puede permanecer encubierto en una iglesia tan grande. ¡Oh, que hubiese grandes propósitos del corazón!

Amados, ustedes ciertamente frustrarán nuestras esperanzas y harán que nos perdamos de la bendición a menos que todo mal sea quitado. Sea este un día de purificar la vieja levadura para que podamos celebrar la fiesta, no con la levadura de malicia, sino en santidad, como conviene a los discípulos de Jesús. Los ídolos tienen que ser abolidos por completo y mientras no los hayamos quitado a todos, no podemos esperar recibir una bendición del Señor nuestro Dios. "Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor." Bendigamos Su nombre por Su bondad grande sobremanera para con nosotros como iglesia, y cantemos a todas Sus misericordias que ha mostrado para nosotros estos trece años. Confesemos nuestra indignidad, nuestra frialdad, nuestra insensibilidad y letargo y descarríos del corazón y la rebelión de muchos entre nosotros, y luego, habiendo confesado nuestras faltas, podemos esperar que Dios nos visite cuando comenzamos a orar. Cuando el cántaro esté vacío, la fuente del cielo lo llenará; cuando el suelo esté seco y agrietado y comience a abrir su boca por la sed, caerá la lluvia que enriquece a la tierra. Cuando sintamos un sentido de necesidad, profundo y aplastante, entonces saldrá una resplandeciente bendición

procedente de la presencia del Altísimo. “Al principio de tus ruegos fue dada la orden.”

Pero además, queridos amigos, no hemos agotado los puntos que en Daniel merecen nuestra imitación; notarán que Daniel tenía *una clara convicción del poder de Dios para ayudar a su pueblo* en su aflicción; su vital sentido del poder divino se basaba en lo que Dios había hecho en la antigüedad. ¡Es interesante advertir en la historia de los judíos cómo en cada oscura y tormentosa hora sus mentes revertían a un punto en particular de su historia! Tal como los griegos recordaban las Termópilas y Maratón en los días cuando Grecia era la Grecia viviente, y sentían que sus ojos chispeaban y que cada músculo se fortalecía ante el pensamiento del heroico día cuando sus padres derrotaron a los persas y quebrantaron el yugo del gran rey, así también, con emociones más nobles por ser más celestiales, los israelitas pensaban siempre en el Mar Rojo y lo que el Señor hizo a Egipto cuando dividió las aguas que permanecieron erguidas como una pared para que Su pueblo atravesara por allí. Daniel dice en la oración: “Ahora pues, Señor Dios nuestro, que sacaste tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste renombre cual lo tienes hoy.” Se aferra a ese acto de la antigua proeza y argumenta en efecto algo parecido a esto: “Oh Dios, Tú puedes hacer lo mismo, y glorificar Tu nombre de nuevo, y enviar liberación a Tu pueblo.”

Hermanos y hermanas míos en los lazos del Señor Jesús, ustedes y yo podemos extraer consuelo en este momento del hecho de que este Dios que dividió el Mar Rojo es nuestro Dios por los siglos de los siglos, y es tan poderoso en esta hora como cuando echó en el mar al caballo y al jinete. Adoramos al Dios que ama ahora a Sus elegidos igual que lo hizo en la antigüedad. Escrito está: “Hizo salir a su pueblo como ovejas,” y así nos conduce a nosotros. Él los condujo a través del desierto y los llevó al reposo prometido y de igual manera nos llevará a nuestro hogar eterno. ¡Oh Dios, Tú que saliste delante de Tu pueblo, sal delante de *nosotros* de la misma manera! ¡Aunque el vaivén de las dudas y de los temores sea delante de nosotros como un mar, suprímelo, te suplicamos! ¡Aunque nuestras iniquidades clamen detrás de nosotros, húndelas en el Mar Rojo de la sangre de Jesús! ¡Aunque marchemos a través del yermo, danos el maná del cielo y que la roca destile vivos torrentes! Aunque no merezcamos ser visitados por Tu amor, ¿acaso no somos pueblo Tuyo y ovejas de Tu prado? ¿No llevamos Tu nombre? ¿No nos compraste con Tu sangre? ¡Llévanos a la tierra prometida! Danos la herencia de Tu pueblo, y bendícenos con las bendiciones de Tus elegidos. Nosotros también, si somos sensibles a las pasadas misericordias para con la Iglesia de Dios, y para con nosotros mismos personalmente, estaremos listos entonces para recibir una misericordia presente.

Pero, además, el punto más aparente acerca de la oración de Daniel es su *peculiar denuedo*. Multiplicar expresiones tales como: “¡Oh Señor! ¡Oh Señor! ¡Oh Señor!” pudiera no ser siempre correcto. Pudiera haber mucho pecado en tales repeticiones por ser equivalentes a tomar el nombre de Dios en vano. Pero no sucede así con Daniel. Sus repeticiones salen con fuerza desde las profundidades de su alma: “¡Oh Señor, escucha! ¡Oh Señor, perdona! ¡Oh Señor, oye y responde!” Estas son las ardientes erupciones volcánicas de un alma que se quema, que está terriblemente agitada. Es simplemente el alma del hombre que necesita un escape. Jesús mismo, cuando oraba más vehementemente, oraba tres veces usando las mismas palabras. La variedad de expresión muestra algunas veces que la mente no está completamente enfocada en el objetivo, sino que todavía es capaz de considerar su modo de expresión; pero cuando el corazón queda sumergido enteramente en el deseo no puede detenerse para pulir y dar forma a sus palabras, sino que se apodera de las expresiones más cercanas a su disposición y continúa sus súplicas con ellas. La mente turbada no tiene ansiedad acerca de sus usos del lenguaje en tanto que Dios los entienda. Daniel, con lo que los viejos teólogos habrían llamado múltiples reiteraciones, gime aquí a lo alto hasta ganar la cima de sus deseos. ¿A qué asemejaré los ruegos del varón muy amado? Me parece como si tronara y lanzara rayos a la puerta del cielo. Estuvo allí delante de Dios y le dijo: “Oh Altísimo, Tú me has traído a este Ulai como llevaste a Jacob al Jaboc, y contigo pretendo quedarme toda la noche y luchar hasta que raye el alba. No puedo dejarte y no te dejaré si no me bendices.” Ninguna oración tiene una probabilidad de hacer descender una respuesta inmediata si no es una oración ferviente. “La oración eficaz del justo puede mucho”; pero si no es ferviente no podemos esperar encontrar que sea eficaz o prevalente. Tenemos que deshacernos de los trozos de hielo que penden de nuestros labios. Tenemos que pedirle al Señor que derrita las cavernas de hielo de nuestra alma y que haga que nuestros corazones sean como un horno de fuego calentado siete veces más de lo acostumbrado. Si nuestros corazones no arden en nuestro interior haríamos bien en cuestionarnos si Jesús está con nosotros. Él ha amenazado con vomitar de Su boca a los que no son ni fríos ni calientes; ¿cómo podemos esperar Su favor si caemos en una condición tan odiosa para Él? Nuestro Dios es un fuego consumidor y no tendrá comunión con nosotros hasta que nuestras almas crezcan para ser también como fuegos consumidores. A menos que tengamos el calor del amor a Dios no podemos esperar que el amor de Dios se manifieste en nosotros en su máximo grado. Ahora bien, yo sé que algunos de ustedes son muy fríos. Le doy gracias a Dios porque contamos con un gran número de cristianos denodados de cálido corazón, vinculados con esta iglesia, cristianos

de quienes tendré el valor de decir aquí que nunca creí vivir para ver a unos santos tan verdaderos y amables. He visto en esta iglesia una vital piedad apostólica; diré como delante del trono de Dios que he visto una piedad tan sincera y verdadera como la que hubieren testimoniado jamás Pablo o Pedro. He visto en algunos que están presentes aquí tal piadoso celo, tal santidad, tal devoción para los negocios del Maestro, que Cristo mismo miraría con gozo y satisfacción. Pero hay otros que son miembros de la iglesia que nunca entran de corazón en nuestros proyectos de trabajo, ni se unen todavía a nuestras solemnes asambleas de oración. ¿Qué diré de ellos? Si fuera a hablar rigurosamente sólo dirían que los reprendí con severidad y eso no me serviría pues deseo sus mejores intereses. Sería mejor que les dijera: "Mis queridos hermanos y hermanas, si en verdad están con nosotros, si tienen comunión con nosotros, y verdaderamente nuestra comunión es con el Padre y con Su hijo Jesucristo, les suplicamos que le pidan al Señor que los haga más denodados de lo que haya sido jamás el más denodado de nosotros, y si han ido rezagados, que los haga tomar la vanguardia. Si han sido tibios, ya sea en la generosidad de sus dádivas o en el fervor de sus ruegos, pídanle al Señor que a partir de ahora redoblen su paso, y que en el tiempo que les queda de vida hagan más que lo que pudieran hacer otros que previamente no han sido tan lentos como ustedes.

Este es un resumen de las cosas que hemos hablado: si la iglesia entra en este lugar fuera conducida a afirmar su rostro, a estar consciente de la profunda necesidad de los pecadores, a confesar su propio pecado, a tener presente la misericordia de Dios, y a estar vehementemente, apasionadamente resuelta a perseverar pidiendo una bendición, no veo por mi parte la más mínima razón por la que al principio de los ruegos no deba salir el mandamiento—

**"¡Oremos! El Señor está dispuesto,
Esperando siempre para oír la oración;
Listo, cumpliendo Sus misericordiosas palabras,
Para ayudar y animar a los corazones fogosos."**

Hasta aquí llegamos con esa primera razón. Podemos esperar una pronta respuesta a la oración cuando la condición del suplicante sea como Dios quiere que sea.

En segundo lugar, yo creo que tenemos suficiente base para esperar una bendición cuando consideramos *la misericordia misma*. Si entiendo bien sus corazones y el mío propio, lo que buscamos como iglesia es precisamente esto: queremos ver que nuestra propia piedad personal sea vivificada y llevada a mayores profundidades, y queremos ver que los pecadores sean salvados. Bien, ¿acaso no es algo tan bueno en sí mismo que no podamos esperar que el dador de toda buena dádiva y todo don perfecto nos otorgue eso? No necesitamos pedirle al sol que brille; ¿acaso

su función no es precisamente hacerlo? Le pedimos a Dios que nos dé esta buena dádiva: ¿acaso no es algo acorde con la naturaleza del Padre de las luces concedernos tales misericordias? Buscamos lo que es para el bien de Su iglesia, de la iglesia que compró con Su propia sangre.

Un hermano comentó en oración en una ocasión que ninguno de nosotros dejaría que nuestro cónyuge pidiera repetidamente alguna buena dádiva pero que se la negaríamos; si estuviera en nuestro poder darle cualquier cosa bajo el cielo, sentiríamos que hacerlo sería nuestro mayor deleite; ¿y acaso la novia, la esposa del Cordero, habrá de descubrir que su esposo es menos amable de lo que somos nosotros, pobres mortales malvados, con nuestras esposas? No. Si la iglesia de Cristo le implora algo a su propio Esposo, no puede recibir una negativa. Tengan la seguridad de que su regio Esposo le dará conforme a Su infinita plenitud.

Lo que pedimos es para la gloria de Dios. No estamos buscando una bendición que nos glorifique o que exalte a algunos de nuestros semejantes. No ansiamos la victoria para las armas de un guerrero; no pedimos el éxito para las investigaciones de un filósofo; no buscamos nada que pueda redundar en honra para algunas proezas humanas o para la sabiduría humana; buscamos aquello que pondrá coronas sobre la cabeza de nuestro bendito Dios, y buscamos eso con el único y puro deseo de que Él sea glorificado. Por encima de todo pedimos lo que es valorado por el corazón de Cristo. Él es el amigo de los pecadores: vivió por los pecadores, murió por los pecadores, resucitó por los pecadores, intercede por los pecadores y por los pecadores reina en gloria; y si venimos a Dios y le decimos: “¡Por la sangre y las heridas de Jesús, por las aflicciones de Getsemani y por los gemidos del Calvario, óyenos!” ¿cómo es posible que nos quedemos esperando? No, yo entiendo que si tal es la carga de la oración, recibiremos respuesta al principio.

En tercer lugar, hay algo más que me anima, es decir, *la naturaleza de las relaciones que existen entre Dios y nosotros*. ¿Acaso no son estas unas palabras selectas: “Muy amado”? “Sí”—tal vez dirás—“es fácil entender por qué Dios envía una respuesta tan rápida a Daniel, pues él era un varón muy amado.” ¡Ah!, ¿acaso tu incredulidad te ha hecho olvidar que tú también eres muy amado? Tú, mi querido hermano, como un creyente en Jesucristo, no serías del todo presuntuoso si te aplicaras a ti mismo el título de “Varón muy amado.” Voy a hacerte unas cuantas preguntas que reivindicarán tu título. ¿No debiste ser grandemente amado ya que fuiste comprado con la sangre preciosa de Cristo como de un cordero sin mancha y sin contaminación? Si Dios no perdonó a Su propio Hijo, sino que lo entregó por ti, ¿no debiste ser grandemente amado? Déjame preguntarte acerca de tu experiencia. Tú vivías en pecado y te entregabas desenfrenadamente a los vicios. ¿No debiste ser grandemente amado por

Dios ya que tuvo paciencia contigo? Fuiste llamado por la gracia y fuiste conducido a un Salvador y fuiste hecho un hijo de Dios y convertido en un heredero del cielo. Vamos, eso demuestra un amor muy grande y sobrabiundante, ¿no es cierto? Desde entonces ya sea que tu ruta fuera áspera con problemas o llana con bondad, no tengo ninguna duda de que ha estado saturada de evidencias de que eres un varón muy amado. Si el Señor te ha disciplinado, no lo ha hecho airado; si te ha hecho pobre, has sido grandemente amado en tu pobreza. Cuando considero mi vida pasada, sé que debo confesar mi indignidad y reconocer mi pecado de manera sumamente sincera, y, con todo, me atrevo a sentir y a decir que soy un varón muy amado por mi Dios, pues Él me ha dado a gozar mercedes muy distinguidas aun cuando no he merecido ni siquiera la más mínima de ellas, por lo que no puedo evitar decir: "Él me corona de favores y misericordias." Yo me glorio en la entrañable misericordia de mi Dios con entera libertad porque estoy seguro de que tú, amado hermano, eres también especialmente amado por el cielo. Entre más indignos se sientan ustedes, más evidencia tienen entonces de que nada sino un amor indecible pudo haber llevado al Señor Jesús a salvar a unas almas tales como las suyas. Entre más indignidad sienta el santo, mayor prueba tiene del grande amor de Dios al haberlo elegido a él y haberlo llamado y haberlo hecho un heredero de la bienaventuranza. Ahora, si hay tal amor entre Dios y nosotros, pidamos con mucha osadía. No vayamos a Dios como si fuésemos extraños, o como si Él estuviese renuente a dar. Nosotros somos muy amados. "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" Ven audazmente, hermano; ven audazmente, hermana, pues a pesar de los susurros de Satanás y de las dudas de su propio corazón, ustedes son muy amados; y Jesús dice: "Pidan lo que quieran, y Yo se los concederé." ¿Quién rehusaría pedir cuando son sugeridos tales estímulos para nuestras mentes?

Pero ya es suficiente. Me temo que voy a cansarlos sobre este punto, y necesitaría mucho tiempo para el segundo punto. Pero como el tiempo se ha agotado, unos cuantos minutos bastarán. Oh tiempo de raudas alas, de buena gana te detendría cuando traemos entre manos un tema como éste.

II. Si hemos de ganar la bendición al principio, ¿DE QUÉ FORMA PREFERIRÍAMOS TENERLA?

Si pudiera ver cumplidos los deseos de mi corazón, yo ansiaría una bendición *para cada uno de ustedes*. Yo quisiera que la bendición recayera sobre mí al principio para que pudiera predicar con mayor poder y orar con más fervor, y que mi propia vida espiritual fuera de un carácter más saludable y vigoroso. Desearía que la bendición recayera sobre us-

tedes, mis queridos hermanos diáconos y ancianos, pues en la administración de una iglesia como ésta ustedes necesitan mayor gracia que la que les corresponde a los hombres ordinarios. Oro pidiendo que ustedes sean constituidos en verdaderos ejemplos para este rebaño, en verdaderos guías en este Israel nuestro. Yo deseo que el Espíritu Santo venga a todos ustedes que son obreros de Cristo y que estén aquí esta tarde. Que el Señor los bendiga, maestros de la escuela dominical. ¡Que lloren hoy en sus clases! ¡Oren por sus niños antes de que comiencen a hablar con ellos! ¡Que mis queridos amigos que enseñan a nuestras concurridas clases de hombres y mujeres tengan una rica bendición esta tarde! ¡Que pueda verse en la clase de la señora Bartlett y en la clase del señor Hanks, y en las otras clases, que el Señor está en verdad con ustedes! Sería una buena señal de bien si en este preciso día sintiéramos las primeras ondas de un gran avivamiento. Yo deseo que venga el poder del Señor sobre algunos miembros de Su pueblo que no hacen nada, para que se sientan terriblemente miserables esta tarde, para que sean tan infelices que no se puedan quedar en casa sino que sean forzados a salir y hacer el bien. Ustedes que están trabajando, que Dios les ayude a trabajar con alma y corazón, no haciéndolo oficialmente como por rutina, sino haciéndolo con su propia vida, como si la sangre de su corazón se calentara en la obra y el aliento de su alma estuviera en cada palabra que hablaran. A ustedes que hacen tan poco, oh que el Señor los constriña a enmendar sus caminos. Sería una señal muy bendita de gracia si cada uno de nosotros sintiera en este día lo siguiente: "Tal vez haya algo más que yo pudiera hacer por Cristo; lo haré de inmediato. Tal vez haya algo que yo pudiera darle a Cristo: algún departamento de la obra cristiana recibirá una donación especial de parte mía. Tal vez tenga un talento que no he usado nunca como una vieja espada que cuelga sin pulir, y en este día de batalla cada arma debe ser usada y yo no he usado la mía. Ahora, delante del Señor alzo mi mano al cielo y pido que si tengo cualquier cosa, aunque sea el más mínimo talento, que no haya usado, que Él me ayude a usarlo de inmediato." Este es un mundo tan oscuro que no debemos desperdiciar la más pequeña linterna. La noche es tan oscura que incluso una luciérnaga no debe rehusar proyectar su débil rayo. Cada uno de nosotros debe prestar un servicio personal a Cristo. ¿No saben que todos los miembros del pueblo de Dios son sacerdotes? Estos sacerdotes mentirosos de hoy en día se ponen sus llamativos atavíos tal como los sacerdotes de Baal, y pasan al frente diciendo: "Nosotros somos sacerdotes." Serán sacerdotes de Dagón, sacerdotes de Baal o sacerdotes del infierno, pero no sacerdotes de Dios. Los sacerdotes de Dios son aquellos que viven de entre los muertos por el poder del Espíritu Santo, y todo varón y toda mujer aquí presentes que amen a Jesús son sacerdotes

para Dios. Oh hermanos, Dios quiere que todos ustedes actúen como sacerdotes, y no que digan: "Tenemos un ministro, que sirva él a Dios por nosotros." Yo no tengo nada que ver con las responsabilidades de ustedes. Sirvan ustedes mismos a Dios; lo mío es todo lo que puedo hacer para servirle; sólo por Su gracia soy sustentado bajo mi propia carga; de hecho, mis propias responsabilidades son tan pesadas que no puedo sostenerlas; pero en cuanto a ser un sustituto para cualquiera de ustedes, no puedo ser nada de ese tipo. Ustedes fueron comprados con sangre personalmente; ustedes esperan entrar en el cielo personalmente; personalmente, entonces, conságrense al Señor en este día, y si lo hicieran, ¡oh, qué bendición sería! Que Dios envíe una nueva vida vivificada a Su pueblo en cuanto comience a orar.

Le daba vueltas en mi mente a la idea de cuán temprana y dulce bendición sería si el Señor nos diera hoy, en esta mañana, en esta noche, en esta tarde, algunas *conversiones*. ¿Por quién rogaremos especialmente? ¿Qué tipo de conversiones deseamos? Qué tal si el Señor llamara por gracia a algunos de los hijos de los miembros de la iglesia; ¡qué bendición sería! ¡Oh que fueran salvados nuestros hijos y nuestras hijas! Oren por ellos, padres, oren por ellos; oren ahora, y el Señor los oirá. O supongan que Él fuera a dar a algún querido hermano aquí presente el alma de su esposa por quien ha estado orando durante tanto tiempo; o que a algunas de ustedes, hermanas mías, les dé a sus esposos que están todavía en hiel de amargura. Consideraría como un favor especial si el Señor nos diera a nuestros más queridos amigos. Yo albergo la esperanza de que en este mes veamos que son salvados algunos en nuestros hogares, nuestros sirvientes, nuestros hijos, y nuestros inconversos amigos y conocidos. Pero no somos egoístas; debemos considerar una bendición inapreciable si algunos de ustedes que han tenido un asiento reservado durante años en esta iglesia fueran a ceder a la gracia soberana. Temo por muchos de ustedes, porque han sentido en alguna medida el poder del Evangelio, pero hay un pecado favorito al que no pueden renunciar y ese pecado será su ruina eterna. Recuerdo que M'Cheyne dice: "Cristo llama una última vez a la puerta." Ese es un pensamiento afflictivo. Él llama a la puerta, pero hay algo así como una última vez, y algunos de ustedes recibirán la última llamada a la puerta en breve; Él no llamará de nuevo nunca; no tendrán ninguna otra advertencia ni otra invitación, sino que dirá: "Dejadlo, dejadlo." Tal vez te quedes muy despreocupado, pero ¡ah!, si no despiertas aquí, te despertarás en el infierno; y si antes de que pase mucho tiempo Dios no te alarma para conducirte al arrepentimiento, te alamarás cuando seas transportado a la eterna desesperación. ¡Oh, que Dios nos dé sus almas en este día! No sería una insignificante merced que el Señor nos diera a muchos de los oyentes casuales que estarán

aquí esta noche, o que están aquí esta mañana. No puedo entender a qué se deba que estos pasillos estén siempre abarrotados, y por qué la noche del domingo las puertas tengan que ser cerradas y miles de personas se queden fuera; por qué los hombres se apresuran a entrar en esta casa tan ávidamente como si vinieran a buscar oro o algún tesoro; parecen tan sinceros y tan ávidos, y se empujan y se pisan unos a otros. Seguramente Dios ha de bendecir a algunos de ellos. No sabemos nunca quiénes están aquí, hombres provenientes de los últimos confines de la tierra, de todas las naciones, razas y lenguas; muchedumbres que nunca oyeron el Evangelio en absoluto. Estoy muy agradecido al pensar en ellos, porque cuando oyen el Evangelio, si no lo oyeron nunca antes, son, tal vez, más probables de ser bendecidos que aquellos que se han endurcido bajo su predicación. ¡Oh, que hubiera un fuerte clamor! ¡Un clamor prevaleciente! ¡Un clamor que conmoviera al cielo! ¡Un clamor que hiciera que las puertas del cielo se abrieran! Un clamor que el brazo de Dios no pudiera resistir; el clamor de todos los santos aquí presentes, entretejido en amor, emitido con santa vehemencia, usando el gran argumento del sacrificio expiatorio, y haciendo de esto el peso de su clamor: "Oh Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos... En la ira acuérdate de la misericordia." Que la benéfica visitación comience en este lugar si así le agradara a Dios, si bien estaríamos igualmente contentos si comenzara en cualquier otra parte. Que Él lance la piedra en la piscina estancada de Su iglesia, y puedo ver el primer círculo extendiéndose alrededor de estos balcones y a muchos de ustedes salvados; puedo ver el siguiente círculo ampliándose a las iglesias vecinas; puedo verlo dispersarse sobre Londres y puedo ver que el anfiteatro se amplía y se apodera de todo este Reino Unido; puedo verlo cruzar el Atlántico para propagar el reino de Dios alrededor del mundo, y puedo ver que vienen días de refrigerio procedentes de la presencia del Señor. Ahora digamos delante de Su presencia que si no le place oírnos al principio de los ruegos, es nuestro deseo esperar en Él hasta que lo haga. Oh Tú, amado nuestro, si no apunta el día y no huyen las sombras, si has de permanecer oculto detrás de los montes de la separación, a pesar de ello nosotros esperamos más que los vigilantes a la mañana, y anhelamos y velamos como espera el sereno la salida del sol. ¡Pero no te demores, oh Dios nuestro! Apresúrate, Amado nuestro; "sé semejante al corzo, o como el cervatillo sobre los montes de Beter," por causa de Tu nombre. Amén

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Daniel 9:1-23.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,

en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #734—Volume 13

THE DAWN OF REVIVAL OR, PRAYER SPEEDILY ANSWERED

Las Inescrutables Riquezas de Cristo

No. 745

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 14 DE ABRIL, 1867,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN AGRICULTURAL HALL, ISLINGTON, LONDRES.

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo.”
Efesios 3:8.

El apóstol Pablo consideraba que era un gran privilegio que se le permitiera predicar el Evangelio. Él no pensaba que su llamamiento fuera un trabajo monótono y fatigoso, o una esclavitud, sino que se entregaba a la tarea con intenso deleite. Todos los siervos enviados por Dios han experimentado mucho deleite en la proclamación del Evangelio de Jesús, y es natural que así sea, pues el mensaje que han llevado es de misericordia y de amor. Si un heraldo fuera enviado a una ciudad sitiada con las noticias de que no se negociaría ningún término de capitulación, antes bien, que cada rebelde, sin excepción, debía morir, me parece que iría con pasos vacilantes, deteniéndose en el camino para desahogar su corazón con sollozos y gemidos. Pero, si en lugar de eso, fuera comisionado para presentarse a las puertas de aquella ciudad con una bandera blanca para proclamar un perdón gratuito, un acto general de amnistía y de olvido, seguramente correría como si tuviera alas en sus tobillos, con una gozosa prontitud, para transmitirles a sus conciudadanos la buena disposición de su misericordioso rey.

¡Heraldos de la salvación, ustedes son portadores del más gozoso de todos los mensajes para los hijos de los hombres! Cuando los ángeles fueron comisionados, por una sola ocasión, para que se convirtieran en predicadores del Evangelio, y no fue sino por una sola ocasión, hicieron que la bóveda celeste resonara a la medianoche con sus cánticos corales: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Ellos no musitaron gimiendo una doliente endecha como las de quienes proclaman la muerte, sino que las buenas nuevas de gran gozo fueron acompañadas de música y anunciadas con gran júbilo y cánticos celestiales. “Paz en la tierra; gloria a Dios en las alturas,” es la nota gozosa del Evangelio, y con ese tono debería ser proclamado siempre.

Encontramos que los más eminentes siervos de Dios ensalzaban frecuentemente su oficio como predicadores del Evangelio. Whitefield solía

llamar a su púlpito: ‘su trono,’ y cuando estaba sobre algún promontorio para predicar a las miles de personas que se congregaban al aire libre, era más feliz que si hubiese asumido la púrpura imperial, pues gobernaba los corazones de los hombres más gloriosamente que un rey. Cuando el doctor Carey se encontraba laborando en la India, y su hijo Félix decidió aceptar el oficio de embajador ante el rey de Birmania, Carey dijo: “El nombramiento de embajador hizo babear a Félix y terminó aceptándolo,” como si considerara que el más elevado oficio terrenal fuera una completa degradación si a cambio de ello el ministro del Evangelio abandonara su excelsa vocación. Pablo bendice a Dios porque le fue dada esta grande gracia: predicar en medio de los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo. El apóstol consideraba que esa tarea no era un trabajo pesado, sino una gracia.

Jóvenes cuyas almas están llenas de amor por Jesús, aspiren a este oficio. Inflamados por un sagrado entusiasmo, procuren los dones mejores, y por amor a Jesús, en la medida de su capacidad, esfuércense para contarles a sus semejantes la historia de la cruz. Hombres de celo y habilidad, si ustedes aman a Jesús, hagan del ministerio su objetivo; entrenen sus mentes para ello; ejerciten sus almas para ese fin, y que Dios el Espíritu Santo los llame al ministerio, para que ustedes también prediquen la Palabra de reconciliación a los miles de moribundos. Los obreiros son pocos todavía; que el Señor de la mies los envíe a ustedes a Su obra.

Pero mientras Pablo agradecía de esta manera por su oficio, su éxito en el ejercicio del mismo lo humillaba grandemente. Entre más llena esté una vasija, más profundamente se hundirá en el agua. Una plenitud de gracia es una cura para el orgullo. Quienes están vacíos, y especialmente quienes tienen poco o nada que hacer, pueden entregarse a un acariciado engreimiento por sus habilidades, porque no han sido probadas; pero quienes son llamados a la rigurosa obra de ministrar en medio de los hijos de los hombres, lamentarán con frecuencia su debilidad, y sintiendo esa debilidad e indignidad, acudirán delante de Dios y confesarán que son menos que el más pequeño de todos los santos. Prescribo a cualquiera de ustedes que esté buscando humildad, que intente el trabajo duro; si quieres conocer tu nada, intenta hacer algo grande a favor de Jesús. Si quieres sentir cuán completamente impotente eres aparte del Dios viviente, intenta especialmente la gran obra de proclamar las inescrutables riquezas de Cristo. Regresarás agradecido de la proclamación porque te fue permitido intentarla, pero vendrás dando voces: “¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo de Jehová?,” y tú sabrás, como nunca lo supiste antes, cuán débil e indigno eres.

Aunque nuestro apóstol conocía y confesaba esa debilidad, hay algo que nunca lo turbó: nunca experimentó perplejidad en lo tocante al tema de su ministerio. En ninguno de sus escritos encuentro al apóstol haciéndose la pregunta: “¿qué voy a predicar?” No, hermanos míos, él había sido instruido en el colegio de Cristo, y había aprendido concienzudamente su único tema, de tal manera que, prefiriéndolo sobre todos los demás, decía con una decisión solemne: “Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado.” Desde su primer sermón hasta el último, cuando colocó su cuello sobre el tajo del verdugo para sellar su testimonio con su sangre, Pablo predicó a Cristo, y solamente a Cristo. Él enarbóló la cruz, y ensalzó al Hijo de Dios que se desangró allí. Su único y exclusivo llamamiento aquí abajo fue clamar: “¡He aquí el Cordero! He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.”

Hago una pausa para solicitar, una vez más, por cuenta propia, las oraciones del pueblo de Dios pidiendo que el Espíritu Santo sea mi ayudador en esta mañana. ¡Oh, no denieguen mi sincera petición! Solicito la atención de todos ustedes para este grandioso tema importantísimo, que monopolizó todos los poderes y los sentimientos de alguien como Pablo, y les voy a rogar que noten, primero, que *se menciona a una gloriosa persona*: el Señor Jesucristo; en segundo lugar, que *se habla de inescrutables riquezas*; y, en tercer lugar, lo cual constituirá nuestra conclusión práctica: que *está implicada una regia intención*, la intención que Jesús tenía en Su corazón cuando mandó a Sus siervos que predicasen Sus inescrutables riquezas.

I. Primero, entonces, pedimos que el Espíritu de Dios nos fortalezca en nuestra debilidad mientras tratamos de hablar acerca de ESTA GLORIOSA PERSONA, el Señor Jesucristo.

El Señor Jesucristo fue la primera promesa que Dios hizo a los hijos de los hombres después de la caída. Cuando nuestros primeros padres fueron desterrados del huerto, todo estaba oscuro delante de ellos. No había ni una sola estrella que dorara la sombría medianoche de sus almas culpables y desesperanzadas hasta que su Dios se les apareció, y les dijo en misericordia: “La simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente.” Esa fue la primera estrella que Dios puso en el cielo de la esperanza del hombre. Los años se sucedieron a los años, y los fieles miraban a esa estrella en lo alto y eran consolados; esa única promesa sustentó el alma de muchos fieles, de tal manera que murieron en la esperanza no habiendo recibido la promesa, pero habiéndola visto de lejos y habiéndose regocijado en sus rayos. Transcurrieron siglos enteros, pero la simiente de la mujer no venía. El Mesías, el grandioso heridor de la cabeza de la

serpiente, no aparecía. ¿Por qué se demoraba? El mundo estaba corrompido por el pecado y estaba lleno de dolor. ¿Dónde estaba el Siloh que debía traer la paz? Las tumbas eran cavadas por millones y el infierno estaba lleno de espíritus perdidos, pero, ¿dónde estaba el Ser prometido, grande para salvar? Él esperaba hasta que viniera el cumplimiento del tiempo; no lo había olvidado, pues tenía la voluntad de Dios en lo más íntimo de Sus entrañas; Su deseo de salvar almas consumía Su corazón; sólo esperaba que la palabra fuera dada. Y cuando fue dada, ¡he aquí!, vino con deleite para hacer la voluntad del Padre. ¿Le buscas? He aquí, Emanuel ha nacido en el pesebre de Belén; Dios está con nosotros. Ante tus ojos está Aquel que fue tanto el Hijo de María como el Hijo del Bendito, un infante y, sin embargo, infinito, de un palmo de longitud y, sin embargo, llenando toda la eternidad, envuelto en pañales y, sin embargo, demasiado grande para ser contenido por el espacio. Vivió en la tierra treinta y pico de años; la última parte de su vida la pasó en un ministerio lleno de sufrimiento para Él, pero cargado de bien para otros. "(Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad." ¡Jamás hombre alguno habló como ese hombre! Era un hombre que ardía de amor; un hombre sin imperfecciones humanas, pero con todas las simpatías humanas; un hombre sin los pecados de la condición de hombre, pero cargando con algo más que las aflicciones de la condición humana. Nunca hubo un hombre como Él, tan grandioso y tan glorioso en Su vida y, sin embargo, Él es el modelo y el tipo de la condición humana. Alcanzó Su mayor grandeza cuando se humilló hasta lo más bajo. Fue prendido por sus enemigos una noche cuando luchaba en oración, habiendo sido traicionado por el hombre que había comido pan con Él; fue arrastrado de un tribunal a otro a lo largo de aquella larga y aflictiva noche, y fue acusado injustamente de blasfemia y sedición. Lo azotaron y aunque ninguna de Sus obras merecía un castigo, los aradores grabaron profundos surcos sobre Sus espaldas. Se burlaron de Él y aunque Él merecía el homenaje de todos los seres inteligentes, con todo, le escupieron en el rostro, y le asestaron golpes con sus puños protegidos con metales, y le decían: "Profetizanos... quién es el que te golpeó." Fue envilecido más que un esclavo; incluso los individuos abyectos abrieron sus bocas para reírse de Él, y los esclavos se mofaban de Él. Para concluir la escena, lo llevaron a lo largo de las calles de Jerusalén por las que había llorado; lo acosaron a lo largo de la Vía Dolorosa y luego, a través de la puerta, hasta el monte donde cumpliría la condena. Me parece verle con los ojos muy rojos de llanto, al momento de voltear a mirar a las matronas de Salem, y alzar la voz diciendo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos."

¿Pueden verlo cargando esa pesada cruz, a punto de desmayarse bajo su peso? ¿Pueden tolerar verle, cuando, habiendo alcanzado el montículo fuera de la ciudad, lo empujaron para que cayera de espaldas, y hundieron el cruel hierro en Sus manos y pies? ¿Pueden soportar ver el espectáculo de sangre y angustia al momento que lo izaban entre cielo y tierra, convertido en un sacrificio por el pecado de Su pueblo? Mis palabras serán escasas, pues la visión es demasiado triste para ser descrita por medio del lenguaje. Él sangra, tiene sed, gime, da voces y al final muere una muerte cuyos desconocidos dolores son inimaginables, y si fueran conocidos, estarían más allá del poder de expresión de una lengua humana.

Ahora, Pablo se deleitaba en predicar la historia de la crucifixión—Cristo crucificado era su tema—esa vieja, vieja historia, que ustedes han oído desde su niñez, la historia del Hijo de Dios que nos amó y se entregó por nosotros. Todos ustedes saben que nuestro Señor, después de que fue bajado de la cruz y colocado en el sepulcro, permaneció allí sólo unas cuantas horas cortas, y luego, al tercer día resucitó de los muertos, siendo el mismo y a la vez no siendo el mismo, un hombre que ya no era más despreciado y desecharo. Tuvo comunión con Sus siervos de una manera familiar pero gloriosa durante cuarenta días, y animó y consoló sus corazones, y luego, desde la cima del Olivar y a la vista del grupo, ascendió al trono de Su Padre. Síganlo con sus corazones, si no pueden hacerlo con sus ojos. Contémplenlo al ser recibido por los ángeles—

***Traen Su carroaje desde lo alto,
Para llevarlo hasta Su trono;
Baten sus triunfantes manos, y claman:
‘La gloriosa obra ha sido consumada’.***

Allá se sienta—la fe lo ve en este preciso día—a la diestra de Dios Padre, y allí intercede con autoridad por Su pueblo; gobierna el cielo, la tierra y el infierno, pues las llaves de esos lugares cuelgan de Su cinturón; y espera hasta descender, sobre la nube voladora, para juzgar a los vivos y a los muertos y para distribuir la venganza o la recompensa. Pablo hablaba de esta gloriosa persona con deleite. El apóstol predicaba las doctrinas del Evangelio, pero no las predicaba aparte de la persona de Cristo. ¿Acaso muchos predicadores no cometen un grave error al predicar doctrinas en vez de predicar al Salvador? Ciertamente las doctrinas han de ser predicadas, pero deben ser consideradas como los ropajes y las vestimentas del hombre Cristo Jesús, y no como si estuvieran completas en sí mismas. Yo amo la justificación por la fe y espero no dudar nunca acerca de esa grandiosa verdad, pero la mejor manera de expresarla me parece que es por medio de la eficacia limpiadora de la sangre preciosa. Yo me deleito en la santificación por el Espíritu, pero ser conformado a la imagen de Jesús es todavía una manera más dulce y más contundente

de verla. Las doctrinas del Evangelio son un trono de oro sobre el que se sienta Jesús como rey, y no una dura piedra fría rodada a la puerta del sepulcro en el que Cristo permanece oculto.

Hermanos, yo creo que ésta es la marca del verdadero ministro de Dios: que él predica a Cristo como su único tema deleitable. En un antiguo relato se nos informa que a la puerta de un cierto salón noble, colgaba un cuerno, y nadie podía hacer sonar ese cuerno sino el verdadero heredero del castillo y de sus vastos dominios. Muchos lo intentaron. Podían producir una dulce música con otros instrumentos; podían despertar los ecos con otras cornetas, pero aquel cuerno estaba mudo, sin importar cómo lo soplaran. Apareció al final el verdadero heredero, y cuando puso sus labios en la boquilla del cuerno, agudo fue el sonido e indisputable el reclamo de su derecho.

Quien puede predicar a Cristo es un ministro verdadero. Si predica cualquier otra cosa en el mundo, no ha corroborado su llamamiento, pero si predica a Jesús y la resurrección, entonces está en la sucesión apostólica. Si Cristo crucificado es el gran deleite de su alma, si es la propia médula de su enseñanza y la grosura de su ministerio, ha comprobado su llamamiento como un embajador de Cristo.

Hermanos, el ministro cristiano debería ser como esas flores doradas de la primavera que nos alegra tanto ver. ¿Las han observado cuando el sol está brillante? ¡Cómo abren sus cálices de oro y cada una le susurra al gran sol: "Lléname con tus rayos!", pero cuando el sol se oculta detrás de una nube, ¿dónde están ellas? Cierran sus cálices e inclinan sus cabezas. Así debería sentir el cristiano las dulces influencias de Jesús; así debería estar sometido el ministro cristiano a su Señor. Jesús debe ser su sol, y el ministro debe ser la flor que se entrega al Sol de Justicia. Feliices seríamos si nuestros corazones y nuestros labios pudieran convertirse en el arpa de Anacreonte que estaba casada con un solo tema y no tocaba ningún otro. Anacreonte quería cantar acerca de los hijos de Atreo y las poderosas hazañas de Hércules, pero su arpa sólo resonaba amor; y cuando hubiera querido cantar acerca de Cadmo, su arpa rehusaba hacerlo, pues sólo cantaría acerca del amor.

¡Oh!, hablar de Cristo únicamente, estar atado y ligado eternamente a este único tema, hablar únicamente de Jesús y del amor asombroso del glorioso Hijo de Dios, que "por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico." Éste es el tema que da a la vez "Semilla al que siembra, y pan al que come." Éste es el carbón encendido para el labio del predicador, y la llave maestra para el corazón del oyente. Ésta es la tonada para los trovadores de la tierra y el cántico para los arpistas del cielo. Señor, enséñanos ésto más y más, y nosotros se lo diremos a otros.

Antes de dejar este tema, me siento obligado a hacer uno o dos comentarios adicionales. Ustedes percibirán que el apóstol Pablo predicaba las inescrutables riquezas de Cristo, no la dignidad de la condición humana o la grandeza de la naturaleza humana. Pablo no predicaba al hombre, sino al Redentor del hombre. Hagamos nosotros lo mismo. Además, él no predicaba ni al clero ni a la iglesia, sino únicamente a Cristo. Algunos de los caballeros que reclaman pertenecer a la sucesión apostólica, no tendrían el descaro de reclamar que son sucesores de Pablo. Yo creo que nuestros modernos sacerdotes están en la sucesión apostólica, pues nunca he dudado de que sean los sucesores lineales de Judas Iscariote, quien traicionó a su Señor; pero ninguno de los demás apóstoles los soportaría ni siquiera por una hora. Miren ustedes, si Pablo hubiera sido su líder, ¿acaso no habría predicado sobre las inescrutables riquezas de la superchería sacerdotal, como lo hacen ellos? ¿Acaso no predicaban acerca de su propio poder sacerdotal? ¿Hizo eso Pablo? ¿No son los únicos grandes temas de ellos las inescrutables riquezas del bautismo, las inescrutables riquezas de la Eucaristía, el pan consagrado y el vino consagrado, las inescrutables riquezas de su confesión y absolución, las inescrutables riquezas de sus albas, de sus dalmáticas y de sus casullas, y no sé qué otros andrajos de la ramera de Babilonia? ¡Un excelente día es éste en que tenemos que regresar a las supersticiones de la ‘edad de las tinieblas’—tan oscuras tinieblas que nuestros antepasados no pudieron soportarlas—y por la inescribible astucia de los sacerdotes debemos renunciar a las inescriutables riquezas de Cristo! Se nos dice que la Reforma fue un error; pero nosotros les decimos a estos falsos sacerdotes en su cara que mienten, y que no conocen la verdad.

Amados, Pablo no le daba ninguna importancia a la superchería clerical, y este Libro tampoco contiene ni una sola palabra en favor de la superchería clerical. Tanto Pablo como este Libro declaran que todos los creyentes en Jesús son sacerdotes y constituyen el único clero de Dios. Pablo nunca pegó carteles sobre las paredes de Jerusalén, con cruces negras en ellos, advirtiendo a los hombres que no serían capaces de conocer a Cristo en el Día del Juicio si no guardaban el Viernes Santo. Pero yo les diré lo que hizo Pablo: escribió a los gálatas: “Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. Me temo de vosotros, que haya trabajado en vano con vosotros.” El apóstol aborrecía por completo toda esta abominación del ritualismo que bajo su primera forma de judaísmo sacudía a su alma entera con indignación; hacía que sus mejillas se encendieran; nunca era más poderoso en denunciar algo que cuando asestaba duros golpes al ceremonialismo; Pablo decía: “Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.” Pablo no predicaba a

ningún sacerdote, ya fuera que viviera en Roma o en Canterbury; él no exaltaba a ninguna clase de hombres que arrogantemente pretendieran tener el poder para salvar. Él no hubiera tenido ninguna paciencia con un conjunto de ilusos ataviados espléndidamente como *Guys* (1), y vestidos como si tuvieran el propósito de divertir a los niños de una guardería infantil. Pablo nunca enseñó la adoración de esos becerros, antes bien, su tema era únicamente Jesús y las inescrutables riquezas de Su gracia.

Por otra parte, observen que Pablo no predicaba las inescrutables riquezas de la filosofía, como hacen algunos. “Sí”—dirá alguien—“debemos agradar a esta edad pensante, a estos señores que reflexionan; tenemos que educar a unas personas que rechazarían cualquier testimonio porque no quieren ser crédulos, que no creerían nada sino aquello que pueden entender, porque, ¡increíblemente, su entendimiento es tan asombrosamente claro, tan perfecto, que sólo le falta ser divino!

No sucedía así con el apóstol. Él les habría dicho a esos caballeros filósofos: “No se acerquen; no tengo absolutamente nada que me empareiente con ustedes; yo predico las inescrutables riquezas de Cristo y no las incertidumbres de la especulación filosófica; yo le doy a la gente algo para creer, algo tangible a lo que aferrarse, algo que no es supersticioso, es verdad, pero que es acreditado divinamente; algo que no es urdido por la sabiduría del hombre, sino revelado por la sabiduría de Dios.”

Mis queridos amigos, debemos regresar al Evangelio de Pablo y pedimos que Dios lleve de regreso a ese Evangelio, de manera cada vez más clara, a todos Sus siervos que ministran, para que no prediquemos ninguna otra cosa excepto aquello que se reúne en torno a la cruz, que resplandece y brilla intensamente como un halo de luz sobre la cabeza del Crucificado, para que no enarbolemos nada sino a Jesús, y digamos: “Lejos esté de nosotros gloriarnos, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.”

II. En segundo lugar, Pablo predicaba LAS INESCRUTABLES RIQUEZAS DE CRISTO. Pablo no les presentaba a unos cuantos un Cristo escatimado, a un Cristo con un corazón estrecho que fuera cabeza de una camarilla exclusiva, a un Redentor débil que podía perdonar a esos leves ofensores que escasamente necesitaban el perdón, sino que predicaba a un grandioso Salvador para las grandes masas, un grandioso Salvador para grandes pecadores; Pablo predicaba al Vencedor con vestidos rojos, que marcha en la grandeza de Su poder, cuyo nombre es “grande para salvar.”

Indaguemos en qué sentido podemos atribuir a nuestro Señor Jesús la posesión de inescrutables riquezas. Nuestra respuesta es, primero, que Él tiene *inescrutables riquezas de amor hacia los pecadores tal como son.*

Jesús amó de tal manera a las almas de los hombres, que sólo podemos usar el ‘*de tal manera*’ pero no podemos encontrar la palabra que corresponda a eso. En la revolución francesa, un joven había sido condenado a la guillotina y se encontraba encerrado en una de las prisiones. Ese joven era muy amado por muchos, pero había uno que lo amaba más que la totalidad de todas las demás personas. ¿Cómo podemos saber eso? Era su propio padre; y el amor que sentía por su hijo fue demostrado de esta manera: cuando se pasó lista, el padre, cuyo nombre era exactamente el mismo que el de su hijo, respondió al nombre, y fue transportado en la sombría carreta al lugar de la ejecución, y su cabeza rodó bajo el hacha en lugar de la de su hijo, como una víctima del amor poderoso.

Vean allí una imagen del amor de Cristo por los pecadores, pues Jesús así murió por los impíos, visto como uno de ellos. Si no hubieran sido impíos, ni ellos ni Él habrían tenido que morir; si ellos no hubieran pecado, no habría habido necesidad de un sufriente Salvador, mas Jesús demostró Su ilimitado amor en “que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.” Tu nombre estaba en la lista de los condenados, compañero pecador, pero, si tú crees en Jesús, descubrirás que tu nombre ya no está más allí, pues el nombre de Cristo es sobrepuerto en tu lugar, y sabrás que Él sufrió por ti, el justo por los injustos, para llevarte a Dios.

¿No es éste el mayor portento del amor divino: que sea derramado sobre nosotros *como pecadores*? Yo puedo entender que Dios ame a pecadores reformados y a pecadores arrepentidos, pero he aquí la gloria de ello: “Dios muestra su amor para con nosotros, que siendo aún pecadores (*aún pecadores*), Cristo murió por nosotros.” Oh, mis oyentes, desde lo más íntimo de mi corazón elevo un ruego para que esta ilimitada riqueza de amor de parte de Jesús hacia quienes eran rebeldes y enemigos, gane sus corazones para que amen a cambio al Amante celestial.

Luego, Jesús tiene *riquezas de perdón para quienes se arrepienten de sus pecados*. Mi Señor Jesús, por Su muerte, se ha vuelto inmensamente rico en poder de perdón, tan rico, en verdad, que ninguna culpabilidad tendría la posibilidad de trascender la eficacia de Su sangre preciosa. Hay un pecado que Él nunca va a perdonar—solamente hay uno—y yo estoy convencido de que tú no has cometido ese pecado contra el Espíritu Santo si tuvieras algún sentimiento de arrepentimiento o algún deseo hacia Dios, pues el pecado que es para muerte acarrea con él muerte para la conciencia, de tal manera que, una vez cometido, el hombre deja de sentir. Pecador, si tú deseas el perdón, no hay razón por la cual no debas recibirllo y tenerlo ahora. La sangre de Cristo puede limpiar la blasfemia, el adulterio, la fornicación, la mentira, la calumnia, el perjurio, el robo y el asesinato. Aunque tú has escarbado en las propias cavernas del in-

fierro y te has ennegrecido hasta adquirir el color de un demonio, con todo, si vienes a Cristo y pides misericordia, Él te absolverá de todo pecado. Sólo debes bañarte en el baño que Él ha llenado con sangre y “si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.”

No me malentiendan pues sólo quiero decir esto: que el Evangelio de Jesucristo no está dirigido exclusivamente a ustedes, personas respetables, que parecieran ser siempre tan religiosas, sino a ustedes, que no tienen religión, y a ustedes, que ni siquiera son morales, o sobrios u honestos. Yo les digo que el Evangelio de Cristo está dirigido a la escoria de la población; está dirigido a los más viles de los viles, a los peores de los peores. No hay ningún escondrijo en Londres donde el Salvador no pueda obrar; no hay ninguna guarida abominable de pecado que sea demasiado inmunda para que Él no la pueda limpiar. Los paganos imaginaron fábulas acerca de su Hércules diciendo que limpió los establos de Augias desviando un río y haciéndolo correr a través de los establos, y así lavó una inmundicia que se había acumulado durante mucho tiempo. Si tu corazón fuera un establo como ése, Cristo es más grande que el muy poderoso Hércules; Él puede hacer que el río de Su sangre limpiadora fluya precisamente a través de tu corazón y entonces, aunque tus iniquidades constituyan un cúmulo de abominaciones, serán quitadas para siempre. En el Señor Jesús hay almacenadas riquezas de amor para los pecadores, y riquezas de perdón para los pecadores arrepentidos.

Además, *Cristo tiene riquezas de consuelo para todos los que lloran*. ¿Tengo la dicha de tener ante mí algunas personas que lloran delante del Señor? Bienaventurados son ustedes, pues serán saciados. ¿Cuál es la causa de su llanto? ¿Es acaso su pecado? Cristo tiene un pañuelo que puede enjugar esas lágrimas. Él puede deshacer sus pecados como una nube, y como niebla sus iniquidades. Si vienen a Él, su dolor más profundo desaparecerá bajo la influencia de Su amor compasivo. ¿Estás afligido porque has perdido un amigo? Él será un amigo para ti. ¿Has sido engañado y traicionado? Mi Señor puede satisfacer esa hambre insaciable de amistad y simpatía de tu naturaleza. Confia en Él, y nunca te desamparárá. ¡Oh!, yo no puedo decirte cuán rico es Él en consuelo, pero el Espíritu Santo puede decírtelo. Si tienes a Jesús, como solía decir Bernardo, encontrarás que Él es “miel para la boca, música para el oído, y el cielo para el corazón.” Gana a Cristo, y no necesitarás nada fuera de Él; aférrate a Él, y dirás con el apóstol: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación”—pues Él ha dicho—“No te desamparé, ni te dejaré.”

Las inescrutables riquezas de mi Señor son también de otro tipo. ¿Tienes sed de conocimiento? *Jesús tiene riquezas de sabiduría.* El deseo de saber ha enviado a los hombres a deambular por todo el mundo, pero aquel que encuentra a Jesús puede quedarse en casa y ser sabio. Si te sientas a Sus pies, sabrás lo que Platón no podría enseñarte, y lo que Sócrates nunca aprendió. Cuando los antiguos escolásticos no podían responder y defender una proposición, solían decir: “Acudiré a Aristóteles; él me ayudará.” Si aprendieras de Cristo, Él te ayudaría a salir de todas tus dificultades y Cristo te enseñaría lo que es más útil para tu alma: el conocimiento que te durará para toda la eternidad. No pienses que el Evangelio de Cristo, por ser sencillo, es un mero juego de niños. ¡Oh, no!, contiene aquello que el intelecto de un ángel que no hubiere sido iluminado por el Espíritu Santo se vería imposibilitado de dominar; los más excelsos rangos de los serafines lo contemplan todavía sumidos en asombro. Vengan a mi Señor, y serán hechos sabios para salvación.

No permitan que los agote con un mensaje tan grandioso. Tal vez lo declare torpemente, pero el contenido del mensaje es digno de sus oídos y digno de sus corazones. *Mi Señor tiene riquezas de felicidad para otorgártelas a ustedes.* Después de todo, Él es el hombre rico que lleva un ‘pensamiento’ en el ojal. El hombre que puede decir: “tengo lo suficiente,” es más rico que el ‘par’ del reino que está descontento. Créeme, mi Señor puede hacerte descansar en lugares de delicados pastos, y puede conducirte junto a aguas de reposo. No hay música como la música de Su gaita, cuando Él es el Pastor y tú eres la oveja, y reposas junto a Sus pies. No hay amor como el suyo, ni tierra o cielo que se le comparan. Con sólo que supieras eso, lo valorarías más allá de todos los gozos de los mortales, y dirías con nuestro poeta—

**“Quienes te encuentran a Ti encuentran una dulzura
Profunda, misteriosa y desconocida;
Muy por encima de todos los placeres mundanos,
Si pudieran reunirse en uno;
Amado mío,
Apresúrate sobre los montes.”**

Hablo por experiencia propia. Yo he tenido más gozo en una comunión con Cristo de media hora, del que he encontrado en meses de otros consuelos. He tenido muchas cosas que pudieran haberme hecho feliz, diversos éxitos y sonrisas de la providencia que han animado y consolado mi corazón; pero todos ellas son como espumarajo en la copa, meras burbujas, como la espuma de la vida y no sus verdaderas profundidades de bienaventuranza. ¡Conocer a Cristo y ser encontrado en Él, oh, eso es la vida, eso es el gozo, eso es la médula y la grosura, y vinos purificados! Mi Señor no trata a Sus siervos groseramente; Él les da como un rey le

daría a otro rey; Él les da dos cielos: un cielo abajo por servirle a Él aquí, y un cielo arriba para deleitarse en Él eternamente.

Y ahora voy a concluir esta pobre plática mía acerca de estas riquezas invaluables, diciendo que *las inescrutables riquezas de Cristo serán mejor conocidas en la eternidad*. Las riquezas de Cristo no son tanto para ser gozadas aquí como *allá*. Él suplirá a la vera del camino y a lo largo del mismo todas tus necesidades; fortaleza de rocas será tu lugar de refugio; se te dará tu pan, y tus aguas serán seguras; pero es *allá*, *allá*, ALLÁ, donde tú oirás el cántico de quienes triunfan, el grito de quienes festejan.

Mi querido oyente, si tienes a Cristo, habrás obtenido riquezas que puedes llevar contigo a la hora de la muerte. El rico cargó sus maletas de dinero, y al ponerlas sobre su corazón, murmuró: “¡no servirán, no servirán; llévenselas de aquí!” Si recibes a Jesús en tu corazón, Él será el mejor antídoto contra la muerte. Cuando tu espíritu incorpóreo abandone ese pobre esqueleto de arcilla, como tendrá que hacerlo, ¿qué harán por ti entonces tu oro y tu plata? Debes dejar todo eso atrás. Incluso si los hombres te compraran un ataúd de oro, o te enterraran en un sarcófago de mármol, con todo, ¿de qué te serviría eso? Pero, ¡oh!, si tienes a Cristo, puedes volar al cielo donde está tu tesoro, y allá serás rico con todos los designios de la bienaventuranza por todos los siglos.

Ahora, queridos amigos, si hubiera podido hablar como hubiera querido, lo habría hecho, pero el tema habría sido el mismo. Pablo predicaba el Evangelio mejor que lo hago yo, pero incluso él no podría predicar un mejor Evangelio. Permitanme concluir este punto con unas cuantas palabras. Mi Señor tiene tales riquezas que ustedes no pueden contarlas ni pueden adivinarlas, ni mucho menos podrían transmitir su plenitud en palabras. ¡Son *inescrutables*! Podrían mirar, y escudriñar y sopesar, pero Cristo es un Cristo más grande de lo que ustedes creen, aun cuando sus pensamientos sean los más sublimes. Mi Señor es más capaz de perdonar, que ustedes de pecar, más capaz de absolver, que ustedes de transgredir. Mi Señor está más dispuesto a suplir, que ustedes a pedir, y diez mil veces más preparado para salvarlos, de lo que están ustedes para ser salvados. No toleren nunca pensamientos ruines acerca de mi Señor Jesús. Sus cálculos más elevados no le darían la honra debida; cuando ponen la corona en Su cabeza, sólo lo coronan con plata cuando Él merece oro; cuando cantan sus mejores cánticos, sólo le brindan una pobre música discordante, comparada con la música que Él merece, pero, ¡oh!, crean que Él es un grandioso Cristo, un poderoso Salvador. Acérquese peccador, acércate a Él y dale honra confiando en Él como un grandioso Salvador. ¡Ven con tus graves pecados, tus grandes preocupaciones y tus

múltiples necesidades! Ven y sé bienvenido. Ven a Él ahora, y el Señor te aceptará, y te aceptará sin reprenderte.

III. Por último, tiene que haber habido UNA REGIA INTENCIÓN en el corazón de Cristo al enviar a Pablo a predicar sobre Sus inescrutables riquezas, pues todo hombre debe tener un motivo para lo que hace, y sin duda alguna, Jesucristo tiene un motivo.

¿Oíste alguna vez acerca de un hombre que empleaba a un número de personas para que proclamaran sus riquezas por todas partes, y reunieran a cientos de personas, y a miles, como en esta ocasión, simplemente para que dijeran que Fulano de Tal era muy rico? Vamos, las muchedumbres dirían: “¿Qué nos importa eso?” Pero si a la conclusión se pudiera decir: “Mas todas estas riquezas él se las presenta a ustedes, y todo aquel de ustedes que desee ser enriquecido, puede serlo ahora gracias a su generosidad.” ¡Ah!, entonces ustedes dirían: “Ahora le vemos el sentido a todo eso. Ahora percibimos el contenido de gracia de todo eso.”

Ahora, mi Señor Jesucristo es muy poderoso, pero todo ese poder está comprometido en ayudar a un pobre y débil pecador para que entre en el cielo. Mi Señor Cristo es un grandioso Rey, y Él reina con irresistible poder; pero Él jura dar todo ese poder soberano a los creyentes para ayudarles a reinar sobre sus pecados. Mi Señor Jesús está tan lleno de mérito como el mar está lleno de sal, pero Él declara que cada átomo de ese mérito lo da a los pecadores que confiesen que no tienen ningún mérito propio y que confían en Él. Sí, y además, mi Señor Cristo es tan glorioso que los propios ángeles no son radiantes en Su presencia, pues Él es el Sol, y ellos son como titilantes estrellas, pero toda esta gloria Él te la dará, pobre pecador, y hará que seas glorioso en Su gloria, si sólo confias en Él. Hay un motivo, entonces, de parte de nuestro Señor para mandarnos que prediquemos a un Cristo pleno.

Me parece que oigo un susurro en algún lugar; hay un pobre corazón que está apretujado en el pasillo, y se está diciendo: “¡Ah! Estoy lleno de pecado; soy débil; estoy perdido; no tengo ningún mérito. Mi querido oyente, tú no necesitas ningún mérito, ni ningún poder ni ninguna bondad en ti mismo, pues Jesús te presenta una abundancia de todo eso en Él mismo. Yo no me voy a preocupar acerca de si tengo dinero en mi propio bolsillo o no, si tengo un amable amigo que me diga: ‘Todo lo que tengo es tuyo,’ si puedo ir y obtener cosas siempre que quiera para todo lo que yo desee; no voy a desear ser independiente de Él, sino que viviré de Su plenitud. Pobre pecador, tú debes hacer lo mismo. No necesitas méritos ni poder, aparte de Cristo; toma a mi Maestro, y Él te bastará y tú cantarás felizmente: ‘Cristo es mi todo.’”

Dos o tres palabras, entonces. La primera es ésta: *¡Cuán ricos han de ser aquéllos que tienen a Cristo por amigo!* ¿No procurarás ser amigo Suyo? Si es cierto que todo lo que Cristo tiene, lo da a Su pueblo—y ésto es aseverado una y otra vez en este Libro—entonces, ¡oh!, cuán indeciblemente bendecidos deben ser aquéllos que pueden decir: “Mi amado es mío, y yo suya.” Los que reciben a Cristo para que sea de su propiedad, son como aquel hombre que, habiendo comido durante mucho tiempo de un fruto de un cierto árbol, ya no estaba satisfecho con tener sólo el fruto, sino que tenía que llevarse el árbol para plantarlo en su propio huerto. *¡Felices aquéllos que tienen a Cristo plantado como el árbol de vida en el terreno de sus corazones!* Ustedes no sólo tienen Su gracia, y Su amor y Su mérito, sino que lo tienen a ÉL MISMO. Todo Él es propiedad de ustedes. ¡Oh, esas dulces palabras: Jesús es mío! ¡Jesús es mío! Todo lo que hay en Su humanidad, en Su deidad, en Su vida y en Su muerte, en Su reinado y en Su segunda venida, todo es mío, pues Cristo es mío.

¡Cuán trascendentamente insensatos, por otro lado, tienen que ser aquéllos que no quieren tener a Cristo cuando se puede tenerlo sencillamente pidiéndolo, que prefieren las baratijas y las burbujas de este mundo, y dejan pasar de lejos el oro sólido de la eternidad! *¡Cavar y trabajar arduamente, y cubrir sus rostros de sudor, y perder su descanso nocturno, y alcanzar el bien pasajero de este mundo, mientras descuidan a Quien es el eterno bien!* ¡Oh necios y tardos de corazón, que cortejan a este mundo prostituido, con su rostro pintado, cuando las bellezas de mi Maestro son infinitamente más ricas y más exclusivas! ¡Oh!, si sólo lo conocieran a Él, si sólo pudieran ver Sus indecibles riquezas, lanzarían al viento sus juguetes, y le seguirían con todo el corazón y con toda el alma.

“¿Pero puedo tenerlo a Él?,” pregunta alguien. ¡Claro que puedes! ¿Quién habría de decirte que no? ¿No acabas de oír las dulces notas del himno: “Vengan y sean bienvenidos, vengan y sean bienvenidos”? Cuando repica la gran campana del cielo, siempre transmite esa nota de plata para los pecadores: “*¡Vengan y sean bienvenidos! ¡Vengan y sean bienvenidos!*” Dejen sus pecados, dejen sus necesidades, dejen su justicia propia. Jesucristo está de pie junto a la puerta abierta de la gracia, más dispuesto a recibirte de lo que estás tú a ser recibido por Él. “*Vengan y sean bienvenidos, vengan y sean bienvenidos.*”

En lo alto del Hospicio de San Bernardo, en medio de la tormenta, cuando la nieve se precipita con fuerza, los monjes hacen repicar la gran campana, y cuando la ruta no es visible, el viajero casi puede oír el camino a la casa de refugio ubicada al otro lado del paraje nevado. Así quisiera tocar esa campana esta mañana. Pobre viajero extraviado, con tus

pecados y tus temores azotando fríamente en tu rostro, “Ven y sé bienvenido, ven y sé bienvenido,” ven a un Salvador que una vez murió y fue enterrado por ti, pero que resucitó y ahora intercede a la diestra de Dios. Si no puedes ver el camino, por lo menos óyelo. “Oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes a David.”

Amado corazón, tú sólo necesitas a Cristo; no necesitas bombear algunas lágrimas de arrepentimiento para ayudar a Cristo, pues Él te dará el arrepentimiento si lo buscas en Él. Tienes que venir a Él para obtener el arrepentimiento; no necesitas buscar la bendición evangélica en ninguna otra parte excepto junto a la cruz. No necesitarás de bautismos ni de Cenas del Señor en lo cuales confiar; como creyente, será tu deber profesar tu fe en Él, y recordarlo a Su mesa, pero estas cosas no ayudarán a tu salvación, pues serás salvado por Jesús y sólo por Él. No necesitas experimentar ningún terror, no necesitas someterte a ninguna preparación, pues Cristo está dispuesto a recibirte *ahora*. Como el cirujano cuya puerta está abierta para todo accidente que pudiera ocurrir; como los grandes hospitales de nuestro lado del río, donde, sin importar cuál sea el caso, la puerta se abre de par en par en el momento que alguien requiera entrar, así es mi Maestro. Inescrutables riquezas hay en Él, aunque haya inescribible pobreza en ti—

*“Que la conciencia no haga que te demores,
Ni que sueños encariñado con la aptitud
Toda la aptitud que Él requiere,
Es que sientas tu necesidad de Él:
Eso Él te lo da;
Es el rayo ascendente de Su Espíritu.”*

A lo largo de toda esta semana yo he estado agobiándome y preocupándome porque no puedo predicarles como desearía, y una vez que ha concluido cada uno de mis sermones predicados aquí, habría deseado poder predicarlo de nuevo de una manera más denodada y ferviente. Pero, ¿qué puedo hacer? Oh, mis oyentes, yo puedo predicarles a Cristo, pero no podría predicarle a Cristo sobre ustedes. Yo puedo decirles a ustedes que si confían en Él, ustedes serán salvos; puedo declararles que como el Hijo de Dios resucitado, Él puede salvar perpetuamente a los que se acercan a Él, pero yo no puedo hacer que se acerquen. Sin embargo, doy gracias a Dios porque desde el domingo pasado me he enterado de algunos que se han acercado; he oído buenas nuevas sobre algunos que, por el poder del Espíritu Santo, han creído en Jesús. ¿No hay más corazones que se enamoren de las bellezas de mi Maestro? ¿Tengo que cortearlos a nombre de Él, y obtener a cambio un retorno tan pequeño? ¿Ha de ser de uno en uno o de dos en dos cuando hay veinte mil personas presentes? ¡Dios no lo quiera! Que Dios nos envíe una proporción mayor

de fruto que ésta, una cosecha cien veces más productiva para una congregación que ha crecido cien veces más. Oren, creyentes, oren pidiendo una bendición. Oren pidiendo que Dios deje mudos estos labios antes del próximo domingo, si Él decidiera hacer más bien por medio de otro predicador que por mi medio. No pidan nada para mí, antes bien, pidan grandes cosas para mi Señor, para el Crucificado. Pidan en verdad para que estas grandes reuniones no se queden sin un resultado permanente que denuncie la impiedad de esta ciudad, sí, y que también haga mella en su piedad, eliminando a la primera y estimulando a la segunda. Que Dios envíe el Espíritu de Su gracia, y a Él sea la alabanza por todos los siglos. Amén.

Nota del traductor:

Guys: efigies quemables en forma de muñecos utilizados en fuegos artificiales.

[**http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html**](http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html)
Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.
Sermon #745—Volume 13
THE UNSEARCHABLE RICHES OF CHRIST

Comercio Espiritual Malsano

NO. 849

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 10 DE ENERO DE
1869,
POR CHARLES HADDON SPURGEON
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.

***“Todos los caminos del hombre son limpios en su propia
opinión; pero Jehová pesa los espíritus.”***
Proverbios 16:2.

Durante los últimos dos años algunas de las más notables reputaciones comerciales han sido destruidas irremisiblemente. En el gran mundo del comercio, algunos hombres a quienes les fueron confiadas cientos de miles de libras esterlinas, en torno a cuyo carácter no se cernía ninguna nube de sospecha y ni siquiera una sombra de duda, demostraron carecer de principios y ser de precaria honestidad. La prueba de fuego ha sido demasiado para la madera, el heno y la hojarasca de muchas firmas gigantescas. Casas de negocios que parecían fundadas sobre una roca y que simulaban ser tan firmes como la mancomunidad británica misma, han sido sacudidas hasta sus cimientos y se han desplomado con un tremendo estruendo. Por todos lados vemos el hundimiento de grandes reputaciones y de colosales fortunas. Hay lamentación en los palacios de la farsa y desolación en los salones de la pretensión. Las burbujas se están reventando, los fuelles sufren colapsos, la pintura se está agrietando y el brillo superficial está desprendiéndose. Probablemente veremos más de esto; habrán de hacerse más revelaciones de una riqueza aparente que cubría la insolvencia así como un lucido papel puede cubrir una pared de lodo; astutos esquemas embaucaban la público con ganancias nunca realizadas y lo tentaban a realizar más atrevidas especulaciones así como el espejismo del desierto se burla del viajero. Hemos visto en los impresos públicos, mes tras mes, frescos descubrimientos de los modos de financiamiento adoptados por la villanía de esta presente edad, para realizar robos respetablemente y cometer fechorías exitosamente. Nos hemos quedado asombrados y atónitos ante los viles trucos y desvergonzados artificios a los que hombres de eminencia han condescendido. Y, sin embargo, nos hemos visto forzados a oír justificaciones de gigantescos fraudes y obligados incluso a creer que sus perpetradores no consideraron que estaban actuando deshonrosamente, porque sus propios éxitos previos aunados al bajo estado de moralidad, los han arrullado para caer en un estado en el que la conciencia, si no muerta, estaba profundamente dormida. Digo que probablemente veremos algo más de esta escuela de deshonestidad; pero es una lástima que tengamos que verlo, y es completamente innecesario, pues todo el negocio de la financiación puede ser examinado ahora por el estudiante diligente con mode-

los y ejemplos vivos, más que suficientes para ilustrar cada porción individual del arte.

Algunas épocas pudieron haber sido grandes en la ciencia, otras en el arte y otras en la guerra, pero nuestra época descuelga entre todas las demás en la pericia de sus bribones; éste es el período clásico del artificio engañoso y la época de oro del fraude. Si un hombre tiene un corazón ruin, una conciencia cauterizada y un plausible modo de hablar, y si resuelve embauchar al público con millones de libras esterlinas, no necesita viajar para aprender el método más sofisticado pues puede encontrar ejemplos muy cerca, en casa, entre los encumbrados profesores y los grandes de la tierra.

Hermanos míos, estos estruendos de torres derrumbadas a la diestra, estos sonidos de murallas almenadas que se desploman a la siniestra, estos gritos de los naufragos por todos lados a lo largo de las costas del comercio, no sólo han despertado dentro de mí muchos pensamientos relativos a ellos mismos y a la podredumbre de la sociedad moderna, sino que me han conducido a meditar en catástrofes similares que siempre están ocurriendo en el mundo espiritual. Sin ningún registro en las publicaciones, y sin ser lamentados por los hombres no regenerados, hay fallas, y fraudes y quiebras del alma que son horribles de considerar. Hay un comercio espiritual igual de pretencioso y, aparentemente, igual de exitoso como el alardeado malabarismo de responsabilidad limitada en los negocios, pero es realmente igual de podrido y va a terminar con la misma seguridad en un derrumbamiento irremediable. La especulación es un vicio espiritual así como un vicio comercial: el comercio sin capital es común en el mundo religioso, y el anuncio de una cosa con un elogio exagerado y con engaño, son prácticas de cada día. El mundo exterior es siempre representativo del mundo interior; la vida que rodea al comercio ilustra la vida que prolifera dentro de la iglesia; y si nuestros ojos fueran abiertos y nuestros oídos fueran capaces de oír, las visiones y los sonidos del mundo del espíritu nos interesarían mucho más y nos entristecerían mucho más, que las acciones que comienzan en la sala de consejo de los directores y que no sabemos dónde terminan. Hemos de ver, en este tiempo, fortunas religiosas colosales disueltas en una abycta pobreza espiritual. Hemos de ver a excelsos profesantes, muy reverenciados y tenidos en alta estima, sumidos en la vergüenza y el desprecio eternos. Hemos de ver a los ricos en asuntos divinos, en quienes los hombres han confiado incautamente como sus guías y consejeros en la materia de los mejores intereses de sus almas, desenmascarados e identificados como engañadores de principio a fin. Me parece que atisbo en el mundo de las cosas espirituales y veo a muchas torres de Babel tambaleantes y a punto de caer; muchos árboles hermosos están pudriéndose en el corazón; muchas sonrosadas mejillas están siendo menoscabas por la enfermedad. Sí, un sonido llega a mi oído proveniente de hombres de la iglesia, aparentemente ricos y con abundancia de bienes, que están desnudos, y son pobres y miserables, y son grandes hombres cuyas excelsas glorias

no son sino flores mortecinas. Siempre ha habido hombres así, y también hay muchos ahora, y los habrá hasta el final.

Es seguro que la provisión de engañadores se mantendrá, puesto que el texto nos dice que todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; hay una propensión en la naturaleza humana que conduce a los hombres, incluso cuando están más equivocados, a juzgarse más rectos. El texto sugiere a la vez la terrible conclusión a la que llegará todo autoengaño, pues el juicio del hombre concerniente a sí mismo no es final, y viene un día cuando el Señor que pesa los espíritus revertirá el veredicto de una conciencia perjura, y hará que el hombre ya no esté más bajo la falsa luz que su altivez ha proyectado en torno suyo, sino bajo la verdadera luz en la que toda la gloria imaginada se desvanecerá como en un sueño.

Viajaba hace algún tiempo en un buque de vapor hacia el Continente y el capitán me dijo que la brújula distaba mucho de ser digna de confianza cuando estaba rodeada de mucho hierro, y que algunas veces, hasta donde sabía, cuando había maniobrado el timón correctamente, se había encontrado fuera de su curso muy considerablemente. Aunque la brújula estaba colocada en alto, para que estuviera lo más lejos posible de la región de la atracción metálica, la desviación y las aberraciones en el caso de su propia brújula habían sido sumamente notables en ocasiones.

De igual manera, nuestra conciencia, como originalmente procedió de Dios era, sin duda, una norma sumamente correcta del bien y del mal, y si hubiésemos navegado conforme a ella, habríamos alcanzado muy seguramente el puerto; pero la conciencia está vinculada ahora con una naturaleza depravada, que impide su preciso funcionamiento. Ahora, si cuando la brújula errara las leyes de la naturaleza variaran para compensar sus defectos, las aberraciones no importarían; pero si el hombre es desorientado por una aguja desviada, podría chocar inesperadamente contra una roca, y se iría a pique tan ciertamente como si el timonel hubiera descuidado por completo revisar la brújula.

Así, si la ley de Dios pudiera ser moldeada para que se adecuara a los errores de nuestro juicio, podría no importar; pero las leyes permanecen siendo las mismas terca e inflexiblemente, y si nos desviamos del camino recto por causa de este falso juicio nuestro, no seremos menos culpables y descubriremos que nuestro destino no será menos terrible.

Por esto, en verdad, con una mayor vehemencia y sinceridad debido a ustedes, y con un mayor quebrantamiento y humildad de espíritu por cuenta mía, esta mañana trato este asunto, deseando hablar con diversas clases de personas entre ustedes, exhortándolos a no dejarse halagar por sus propias concepciones de su posición para no salirse del curso en el que deberían maniobrar y suplicándoles que recuerden que, sin importar cuán bien puedan adularse ustedes mismos con la idea de que su camino es recto y claro, el inevitable día del juicio vendrá a acabar con todos los engaños por placenteros que sean.

Comerciantes espirituales, les hablo a ustedes en este día para recordarles la gran auditoría que se aproxima y para advertirles que no hagan un hermoso espectáculo por un tiempo, terminando al final en una colisión. Estoy seguro que hay mucho comercio espiritual por todas partes, y para salvarlos de eso, le pido al Espíritu Santo que me ayude a hablar de manera clara y escudriñadora en esta mañana.

Pretendo, con la ayuda de Dios, aplicar el texto a diferentes tipos de personas. Nos esforzaremos por ser prácticos a lo largo del sermón, enfatizando para cada uno de ustedes la verdad vital con gran denuedo.

I. LOS CAMINOS DE LOS HOMBRES ABIERTAMENTE MALVADOS son limpios en su propia opinión, pero Jehová pesa sus espíritus.

A primera vista, esta declaración pareciera ser precipitada. ¿Pudiera ser que el borracho, el blasfemo, el quebrantador del día de guardar, sean limpios en su propia opinión? Salomón era un profundo estudioso de la naturaleza humana, y pueden estar seguros de que cuando escribió esta frase sabía lo que escribía. Los mayores conocedores de la humanidad les dirán que la justicia propia no es un pecado peculiar del virtuoso, sino que, muy sorprendentemente, florece donde parecería que hay un suelo menos propicio para él. Esos hombres que, evidente y claramente no tienen ninguna justicia de la que se pudieran gloriar según el juicio de sus semejantes, son precisamente las personas que, cuando te pones a escudriñar en la profundidad de su naturaleza, confían en una imaginaria bondad con la que sueñan y en la que se apoyan.

Tomen por un momento a las personas visiblemente inmorales y comiencen a hablarles de sus pecados y descubrirán que están acostumbradas a hablar de sus faltas bajo nombres muy diferentes de los que usarían la Escritura y la recta razón. Esas personas no llaman a la borrachera: "borrachera," por ejemplo, sino que es: "tomar una copa." No abogarían ni por momento por una clara blasfemia, mas la redefinen como: "un lenguaje fuerte que un individuo tiene que usar si ha de seguir adelante," o es simplemente: "dejar escapar una palabra más o menos fea porque fuiste muy mortificado." Ellos disfrazan al vicio de placer; etiquetan la inmundicia como alborozo, su suciedad como atolondramiento. Hablan de sus pecados como si no hubiera una gravedad en ellos, siendo sólo bagatelas ligeras como el aire, y si estuvieran mal del todo, son temas para el látigo hecho de plumas del ridículo más que para el azote de la condenación. Además, la mayoría de ellos argumentará que no son tan malos como los demás. Hay un punto especial en su carácter en el cual no se adentran tan lejos como algunos de sus semejantes, y este es un punto grandioso y un vasto consuelo para ellos. Confiesan que son pecadores, sin querer decirlo ni por un instante; y si llegaras a puntos específicos y a detalles, si tienen una disposición honesta, ellos retrocederán paso a paso, admitiendo falta tras falta, hasta llegar a un punto particular donde se plantan con virtuosa indignación. "Aquí estoy exactamente más allá de toda censura, e incluso aquí merezco una alabanza. Hasta aquí ha llegado mi pecado, pero ¡cuán completamente sano de corazón

he de ser, que no he permitido nunca que avance más allá!" Esta frase jactanciosa es frecuentemente tan singular y misteriosa en su sentido, que nadie sino el hombre mismo puede ver alguna razón o consistencia en ella; y el satírico que dispara en contra de la necedad cuando ésta vuela, encuentra abundantes blancos para sus flechas. Sin embargo, para ese hombre, detenerse allí es la cláusula salvadora de su vida; mira a eso como la tabla de salvación de su carácter. La mujer cuyo carácter ha desaparecido desde hace mucho tiempo, pero que se jacta de que hay un límite para su libertinaje, lo cual es un mérito en su estima, amerita lo suficiente para hacer que todos sus caminos sean limpios en su propia opinión.

Además, los peores hombres conciben tener algunas excelencias y virtudes que si bien no expían lo suficiente por sus faltas, por lo menos disminuyen grandemente la medida de culpa que les debería ser asignada. El hombre es un derrochador, "pero, amigo, él siempre fue franco y no ha sido enemigo de nadie excepto de sí mismo." El hombre, es verdad, maldeciría a Dios, pero entonces, bien, se trata de un simple hábito, siempre fue un joven impertinente, pero no tenía intención de hacer daño; y además, nunca fue tan mentiroso como Fulano de Tal; y, en verdad, despreciaba decir una mentira sobre cualquier asunto de negocios. Otro ha engañado a sus acreedores, pero era un hombre tan simpático; y aunque el pobre individuo nunca pudo llevar las cuentas o administrar asuntos de dinero, siempre tenía una buena palabra para todo mundo. Si el hombre inmoral se sentara para describir su propio carácter, y convocara toda la parcialidad de la que es capaz, diría: "soy un triste perro en algunos aspectos, sembrando muchísima avena silvestre, pero tengo un buen carácter de trasfondo que, sin duda, se manifestará algún día, de tal forma que mi fin será brillante y glorioso a pesar de todo." Ese último punto que sugerí es muy frecuentemente la justicia de los hombres que no tienen otra, es decir, su intención uno de estos días es enmendarse y mejorar mucho. Para compensar la presente pobreza de justicia sacan un crédito para el futuro. Sus promesas y resoluciones son una suerte de papel moneda, con el cual se imaginan que pueden comerciar durante toda la eternidad. "¿No se hace esto a menudo en los negocios?" Dicen: "Un hombre que no tiene un ingreso en el presente puede tener un interés hereditario en una propiedad; recibe anticipos sobre ello, ¿por qué no habíamos de recibirlos nosotros?" El pecador notorio tranquiliza así su conciencia demasiado predisposta con el cuadro imaginario de su enmienda y arrepentimiento futuros, y comienza a sentirse meritorio y desafía todas las amenazas de la palabra de Dios.

Yo podría estar hablándoles a algunos para quienes estas observaciones son muy aplicables, y si es así, ruego que sean conducidos a pensar seriamente. Persona que me oyes, tú has de saber, o al menos unos cuantos momentos sobrios de reflexión te harían saber que no hay ninguna verdad en las súplicas, excusas y promesas con las que aquietas ahora tu conciencia; tu paz está cimentada en una mentira y es sosteni-

da por el padre de las mentiras. Mientras continúes quebrantando temerariamente las leyes de Dios en tu vida ordinaria, y complaciéndote en el pecado, tú estás bajo la ira de Dios con toda certeza; y estás atesorando ira para el día de la ira, y cuando la medida de tu iniquidad esté colmada, entonces recibirás la terrible recompensa de la transgresión. El Juez de toda la tierra hará la paga efectiva en relación a tus vanas pretensiones que ahora embrutecen tu conciencia. Él no es un hombre que pueda ser halagado como tú te halagas y te engañas a ti mismo. No tendrías la impertinencia de decirle a Él tus excusas. ¿Te atreverías a arrodillarte ahora para hablar con el grandioso Dios del cielo, y decirle todas estas cosas buenas con las que estás emparejando ahora tu camino hacia abajo? Espero que no hayas llegado a un declive tan descarado como ese, pero si lo has hecho, permíteme recordarte esa segunda frase de mi texto: "Jehová pesa los espíritus." Una báscula justa y veraz será empleada contigo en breve. Cuando el Señor pone a personas como tú en la balanza no habrá ninguna necesidad de demoras; la sentencia será pronunciada de inmediato, y no habráapelación para esa sentencia: "Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto." ¡Ah, entonces, mi querido oyente, cuando esa conciencia tuya despierte, cómo te atormentará! Está dormida ahora, drogada por los opiáceos de tu ignorancia y tu perversidad; pero se despertará pronto como un gigante refrescado con vino nuevo, y entonces con fuerza y furia impensadas antes, derribará el templo de tu paz junto a tu oído, así como Sansón mató a los filisteos. Una conciencia despierta en el otro mundo es el gusano que no muere y el fuego que no se apaga.

Oh, señores, es algo terrible ser entregado a la propia conciencia de uno cuando esa conciencia está alistada del lado correcto. Los viejos tiranos tenían a sus terribles verdugos con sus frentes cubiertas con máscaras sombrías y llevando la brillante y refulgente hacha; los antiguos inquisidores vestían a sus allegados con túnicas de estameña y capuchas desde cuyos resquicios brillaban intensamente sus fieros ojo como lobos; pero no hay atormentadores, no, ni demonios del infierno que comprueben ser más terribles para un hombre que su propia conciencia cuando su látigo está tejido con la verdad y pesado con honestidad. ¿Alguna vez deletrearon las letras quemantes de esa palabra: *remordimiento*? En las entrañas de esa sola palabra yace el infierno con todos sus tormentos.

Oh, señores, si fueran despertados aunque fuera levemente por un denodado sermón o por una muerte súbita, cuán viles se sentirían y cuán desesperadamente se sumirían en una renovada alegría y en el libertinaje para ahogar sus pensamientos; pero, ¿qué harán con pensamientos que ninguna disipación puede ahogar, y recuerdos que ningún júbilo puede erradicar? ¿Qué será para ti ser perseguido por tus pecados por los siglos de los siglos? ¿Qué será para ti llegar al convencimiento de que ninguna vía de escape de la culpa y del castigo podría ser descubierta jamás?

Oh, ustedes, que sueñan engañosamente que el camino ancho a la destrucción es el sendero que se remonta a la bienaventuranza celestial, les suplico que aprendan sabiduría y que estén atentos a la voz de la instrucción; consideren sus caminos y busquen la sangre preciosa que es la única que puede borrar sus pecados.

II. Ahora me voy a dirigir a una segunda clase. LOS CAMINOS DEL HOMBRE IMPÍO son limpios en su propia opinión, pero Jehová pesa los espíritus.

El hombre impío es a menudo sumamente recto y moral en su comportamiento exterior con sus semejantes. No tiene ninguna religión, pero se gloria por una multitud de virtudes de otro tipo. Es tristemente cierto que hay muchos que proyectan afabilidad, pero que sin embargo son poco amables e injustos con el único Ser que debería recibir su mayor amor, y que debería ser respetado por ellos en su conducta primero que todo. Cuán a menudo me he encontrado con el hombre impío que ha dicho: “¡Me hablas de temer a Dios! Yo no lo conozco, ni lo respeto, pero soy mucho mejor que aquellos que lo hacen.” Algunas veces dirá: “Yo considero tu religión como una mera farsa; considero que los cristianos están constituidos por dos clases: canallas y necios. O son embaucados por otros, o de lo contrario, están engañando a otros por intereses propios. Tu plática acerca de Dios, amigo, es pura charla insincera; con referencia a algunos de ellos te concedo que no es precisamente eso, pero en ese caso tienen muy escaso cerebro para ser capaces de descubrir que están engañados. Sin embargo, tomando el asunto como un todo, todo es un asunto sin sentido, y si la gente se comportara con sus vecinos como debería, y cumpliera con su deber en la esfera de su vida, eso bastaría.”

Sí, y hay en esta ciudad de Londres, miles y cientos de miles que piensan que esto es buena lógica, y que abren sus ojos con asombro si por un solo instante suponen que estás contradiciendo su declaración de que un estilo de vida así es el mejor y el más recomendable; y, sin embargo, si pudieran pensar, nada podría ser más malsano que su vida y su supuesta excelencia.

Aquí tenemos a un hombre creado por su Dios, quien es colocado en medio de sus semejantes, las criaturas; ciertamente el primer deber que tiene es hacia su Creador. Su vida depende enteramente de la voluntad de ese Creador; tiene que ser su primer deber tenerle respeto a Aquel en cuyas manos está su aliento. Pero este hombre no solamente rehusa ser obediente a la ley de su Creador y respetarlo en sus acciones diarias, sino que acude a sus vecinos, que son simples criaturas como él mismo, y les dice: “voy a tenerles respeto a ustedes, pero no a Dios. Voy a obedecer cualesquiera leyes que me obliguen en mi relación con ustedes pero no voy a considerar ninguna ley que contemple mi relación con Dios, excepto para ridiculizarla y burlarme de ella. Seré obediente con cualquiera excepto con Dios; haré lo recto con cualquiera excepto con el Altísimo. Tengo un sentido de lo bueno y lo malo, pero restringiré su acción para

mis semejantes, y ese sentido de lo bueno y lo malo lo voy a borrar por completo cuando se trate de mi relación con Dios.”

Ahora, si no hubiese ningún Dios, este hombre sería muy sabio, pero como hay un Dios que nos creó, que vendrá ciertamente sobre las nubes del cielo para llamar a cada uno de nosotros a rendirle cuentas por las cosas que hemos hecho en el cuerpo, ¿cuál creen ustedes que será la sentencia dictada para este siervo infiel? ¿Se atreverá a decir a su Rey: “yo sabía que Tú eras mi Hacedor y mi Señor, pero consideré que si servía a mis consiervos eso bastaría; sabía lo que era bueno para ellos pero no consideré hacer nada que fuera recto para contigo? La respuesta será: “Siervo malo e infiel, sabías lo que era bueno y lo que era malo y, sin embargo, para conmigo, teniendo el primer derecho sobre ti, has actuado injustamente, y aunque estabas dispuesto a inclinar tu cuello ante los demás, no quisiste entregarte a Mí. Apártate de Mí, no te conozco. Tú no me conociste, Yo tampoco te conozco. Te peso en la balanza y te encuentro completamente reprobado. Eres echado fuera para siempre.”

Oh hombre impío, que esta advertencia, si estás aquí esta mañana, resuene en tu corazón así como también en tus oídos: no desafies más a tu Creador o vivas en negligencia con Él, sino di: “Me levantaré e iré a mi padre; confesaré que lo he olvidado y lo he despreciado, y buscaré la paz por medio de la sangre de Jesucristo.”

III. Además, voy a dirigirme a otra clase de personas. En todas las épocas de la iglesia, y especialmente en este tiempo, hay numerosas personas que son RELIGIOSAS EXTERIORMENTE, pero cuya religión termina allí.

Ahora, nos parece sorprendentemente extraño a algunos de nosotros que un hombre esté actuando corruptamente, que esté viviendo perversamente, y sin embargo, que piense que sus caminos son limpios porque recibe un sacramento o asiste a cierto lugar de adoración. He de confesar que para mi mente esto parece un fenómeno muy extraño: que existan hombres de inteligencia en este mundo que saben que su conducta es completamente censurable, y sin embargo, que se sienten perfectamente tranquilos porque han observado diligentemente un ritual preferido; como si inclinarse, y hacer ruidos, o cantar o gemir pudieran ser sustitutos de la santidad de corazón.

¡Miren al fariseo, y díganme si no es un portento moral! Devora las casas de las viudas, y está listo para cazar todo lo que le venga a mano; es un hipócrita detestable, pero el hombre está perfectamente tranquilo porque ha extendido los flecos de sus mantos, ayuna dos veces a la semana y cuela el mosquito del vino que bebe; está muy contento consigo mismo y todos sus caminos le parecen rectos, tan rectos, en verdad, que otros hombres que son mejores que él reciben su desprecio cuando pasa junto a ellos, temeroso de que se interpongan entre el viento y su nobleza. Da gracias a Dios porque no es como los demás hombres, cuando, hasta donde podemos juzgar ustedes y yo, él está diez mil brazas más

hundido en la tenebrosa condenación por su carácter horriblemente hipócrita.

Sin embargo, hermanos, alguna forma u otra de esto es muy común. Todos los caminos de un hombre son limpios para él una vez que ha adoptado la idea de que la religión ceremonial, o la conversación religiosa, o la profesión religiosa pueden compensar por el pecado moral.

Ah, hermanos, este mal podría infiltrarse incluso entre nosotros. No seamos tan veloces en condenar al fariseo cuando, tal vez, el mismo pecado puede contaminar nuestras propias almas. He conocido a un hombre que era considerado como un firme calvinista que creía en toda alta doctrina, pero que vivía una vida muy corrupta. Despreciaba a los "armenianos," según decidió llamarlos, aunque algunos de esos seres despreciados vivían muy cerca de Dios y caminaban en santidad y en integridad. El armeniano, piadoso como era, se perdería; pero este hombre ortodoxo, justo con justicia propia, que podía a la vez beber y engañar, pensaba que iba ser salvo porque había sido capaz de ver la verdad de ciertas doctrinas que también el diablo ve así como él.

He conocido a otro que pensaba que tenía una profunda y memorable experiencia, que hablaba largamente de la depravación de su corazón, al punto de que algunas personas pensaban que debería de ser capaz de hablar acerca de eso muy verazmente, pues lo demostraba en su vida; y sin embargo, porque podía repetir frases insinceras, y había adoptado ciertas ricas expresiones de experiencia libresca, pensaba realmente en su interior que no solamente era muy bueno sino un modelo a ser copiado por otros. A diestra y siniestra hombres como estos lanzarán maldiciones y anatemas sobre los mejores y los más sinceros de los santos. Ellos son *los* hombres; la sabiduría morirá con ellos. Habiendo muerto la santidad con ellos, no ha de sorprender que la sabiduría muera también.

¡Ah!, tengamos cuidado para que ni ustedes ni yo absorbamos el mismo espíritu en otra forma. ¡Ah!, predicador, toda tu predicación puede ser muy buena y bastante sólida y correcta, y hasta pudiera ser edificante para el pueblo de Dios, y estimulante para los inconversos. Pero recuerda que Dios no te juzgará por tus sermones, sino por tu espíritu, pues Él no pesa tus palabras, sino tu motivo, tu deseo, tu propósito al predicar el Evangelio.

Diácono de la iglesia, tú podrías haber caminado con todo honor durante muchos años, y pudieras ser universalmente respetado, y tu oficio podría haber sido bien cumplido en todos sus deberes externos, pero si tu corazón no fuera recto, si algún pecado secreto fuera consentido, si hubiera una llaga gangrenosa en tu profesión que nadie conoce sino tú mismo, el Señor, que pesa el espíritu, no tomará en cuenta tu diaconado ni que hayas llevado las copas y el pan en la comunión, sino que será hallado falso y serás echado fuera.

Tú, también, hermano anciano, tus labores y tus oraciones no son nada si tu corazón es maligno. Pudiste haber visitado a otros y haberlos instruido y haber sido un juez de su condición; aun así, si tú no has ser-

vido a Dios y a su iglesia motivado por el puro deseo de Su gloria, tú también, puesto en la balanza, serás rechazado con aborrecimiento. Yo oro a menudo—sin embargo, quisiera pedirlo más—para que ninguno de nosotros en este lugar sea convencido de la idea de que estamos bien si estamos mal. No es tu asistencia al Tabernáculo, no es tu membresía de la iglesia, tu bautismo, tu asistencia a las reuniones de oración, ni que hagas algo, lo que tendrá alguna relevancia en este asunto; es la entrega verdadera de tu corazón a Dios, y que vivas de conformidad con tu profesión; y a menos que la gracia de Dios te sea realmente dada para hacerlo, tus caminos podrían ser limpios en tu propia opinión debido a tu profesión externa; pero el Señor que pesa los espíritus terminará rápidamente con esas burbujas, Él partirá toda esa confitería, destrozará estas falsas apariencias, y dejará al hombre que pensó tener un palacio sobre su cabeza a lo largo de la eternidad, que se siente y tirite entre las ruinas de su Babilonia, y que grite y llore y gima entre dragones y diablos.

IV. Pero prosiguiendo, hay otro carácter que tiene que ser considerado. “Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión”; así son LOS CAMINOS DEL PROFESANTE CODICIOSO.

Es asombroso para algunos de nosotros que un hombre cuyo objetivo en la vida es meramente ganar dinero, y que retiene lo que posee y no lo da a la causa de Dios, adopte la profesión de ser un hombre cristiano, porque ninguno de todos los vicios es más contrario a la verdadera religión que la codicia. ¿Dónde encontrarían un ejemplo de un solo santo en la Escritura que cayera alguna vez en la codicia? Han caído en todos los demás pecados, pero en este, yo no recuerdo que un hijo de Dios mencionado en la Escritura haya descendido jamás. La gracia puede existir donde hay muchos pecados ocasionales, pero nunca donde hay una codicia perdurable. Piensen en las palabras de Pablo: “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adulteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicentes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.” Lutero solía decir: “he sido tentado a todos los pecados excepto a la codicia.” La detestaba tanto que distribuía los regalos que recibía para no tener su porción en este mundo. Adams, en su libro sobre Pedro, bien señala: “Noé se emborrachó una vez con vino, pero nunca con el mundo; Lot fue incestuoso dos veces pero nunca fue codicioso; Pedro negó a su Maestro tres veces, pero no fue el amor del mundo sino el temor del mundo lo que lo condujo a hacerlo. David fue vencido una vez por la carne, pero nunca por la codicia. ¿Por qué ellos no se deshicieron del adulterio, de la ira, y de otros pecados similares? Porque las debilidades de un santo pueden caer en esos pecados, pero si cayeran una vez en la codicia, no queda nada del santo, ni siquiera el nombre. La codicia tiene la marca del odio de Dios en toda su frente.” “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”; y cuando alguien que profesa la fe muestra el amor del mundo en la forma más burda, cuando cede el paso para ser el esclavo de “Mamón,

el menos elevado de los espíritus caídos del cielo,”(1) muestra evidencia— a quienes juzgan rectamente de acuerdo a la Escritura—de que el amor de Dios no está en él, y no puede estar en él; las dos cosas son inconsistentes. Sin embargo, y es extraño decirlo, no conocemos sólo a unos cuantos cuyo camino les parece limpio en su propia opinión. Atornillan aquí y allí, ahora a sus siervos y ahora a sus clientes: la viuda, y los huérfanos no estarían seguros con ellos si pudieran roerles sus huesos. Todos los residuos que desprenden, los sostienen con un apretujón de hierro. Aunque las almas se pierdan no aceptarían el envío de misioneros a costa de su dinero. Aunque este Londres se infecte de pecado, aunque se cubra de las úlceras de la más terrible depravación, no se ven movidos nunca para dar alguna ayuda tendiente a sanar las heridas de la ciudad. Y, sin embargo, mientras su condenación los espera con certeza, y su sentencia los mira en el rostro tan claramente como el sol desde los cielos, sus caminos les parecen limpios. Es extraño que sea así, pero el Señor pesa los espíritus, y qué pesaje será ese, cuando los hombres que escapan la censura de la iglesia porque el suyo fue un pecado que la iglesia no pudo tratar, sean encontrados culpables de cometerlo, y ¡Dios los eche fuera! Vanas van a ser sus pretensiones de que comieron y bebieron en la casa de Dios, pues la respuesta vendrá: “Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber... estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. ¡En verdad os digo, nunca os conocí!”

Oh, dejen que esta verdad, pues es verdad, atraviese como una espada de dos filos en medio de los corazones de cualesquiera de ustedes que están comenzando a ceder frente a este vicio condenador. Clamen a Dios pidiendo que en la medida que les dé riquezas, puedan usarlas para Su gloria. Pídanle que nunca perezcan con una piedra de molino alrededor de su cuello; pues aunque ese peso asesino esté hecho de oro, el hecho de perecer no será mejor por eso.

V. Otro carácter tiene que recibir también una palabra: ahora vamos a notar LOS CAMINOS DEL PROFESANTE MUNDANO.

Es sorprendente cómo algunas personas, haciendo una profesión de religión, la adaptan a su conciencia para poder vivir como viven. No podrías detectar con un microscopio alguna diferencia entre ellas y los mundanos comunes, y sin embargo, piensan que hay una vasta diferencia, y se sentirían insultados si no lo concedieras. Aquí suben a la casa de Dios hoy, pero ¿a cuáles diversiones han asistido durante la semana? ¿Cómo están vestidos? ¿Cómo son educados sus hijos? ¿Oran en familia? ¿Hay alguna cosa en el hogar que sea cristiana? Míralos en el negocio. ¿Acaso no comercian precisamente como quienes no tienen ninguna pretensión de religión? Pregúntales a sus trabajadores, simplemente vé y obsérvalos: mira si no pueden decir blancas mentiras igual que los demás, si no son para todo el mundo como las demás personas inconversas y no regeneradas, así como dos guisantes son semejantes el uno al otro.

Sin embargo, sus caminos les parecen muy limpios, en verdad muy limpios, y su conciencia no los turba de ninguna manera.

Sólo tengo esta palabra que decir con todo afecto a esas personas, deseando sinceramente que puedan ser arrebatados de este fuego, "Jehová pesa los espíritus." Él conoce nuestra vida entera. No nos juzgará sin libro. Cuando venga a la rendición de cuentas, no será como un juez que tiene que enterarse de los hechos; vendrá al juicio final habiendo visto con esos ojos de fuego los pensamientos secretos, los sentimientos privados de nuestra vida. Todos nosotros podríamos decir: Dios sé propicio a nosotros, pecadores; pero Dios, sálvanos especialmente de ser como los impíos.

VI. Una palabra más todavía, y esta está dirigida a todos los profesantes aquí presentes, más o menos: es una solemne palabra concerniente A LOS CAMINOS DE LOS REBELDES LIBRES DE TEMORES.

¿No saben, hermanos y hermanas, que muy a menudo nuestros caminos nos parecen muy limpios cuando no lo son? Yo he aprendido por experiencia de manera muy dolorosa para mi propia alma, que no estoy calificado en lo más mínimo para juzgar mi propia salud espiritual: he creído que he estado avanzando en los caminos de Dios cuando he ido hacia atrás, y he tenido el concepto que ha atravesado mi mente de que ya había vencido a cierto pecado asediante, cuando para mi sorpresa, he descubierto que regresó con mayor fuerza que antes.

Compañero profesante, tú podrías estar caminando en este momento muy rectamente, según lo crees, y seguir adelante muy bien y confortablemente, pero déjame hacerte unas cuantas preguntas: ¿no estás dedicando menos tiempo a la oración en privado de lo que solías dedicarle? ¿No lo haces apresuradamente; no la omites por completo algunas veces? ¿No sales frecuentemente de tu aposento sin haberle hablado a Dios realmente, habiendo cumplido con el formalismo sólo para aquietarte a ti mismo? Tu camino podría parecer limpio, pero ¿no es malo cuando el propiciatorio ha sido descuidado? ¿Qué me dices de tu Biblia, la estás leyendo como solías hacerlo y son sus promesas tan dulces para ti? ¿Se desprenden las promesas de la página de la Biblia y hablan contigo? Oh, pero si tu Biblia es abandonada, hermano mío, podrías ser tan diligente asistiendo a la casa de Dios como solías hacerlo, pero ¿no es el tuyo un triste estado de descomposición? Déjame acercarme más. ¿Hay la vitalidad en torno a tu profesión que solía haber? Hay algunos en esta casa esta mañana, que, si pudieran hablar, te dirían que cuando para su gran dolor cayeron en pecado fue porque, poco a poco, su piedad comenzó a perder su fuerza y poder de vida. Han sido restaurados, pero sus huesos todavía les duelen allí donde fueron quebrados, y estoy seguro de que les dirían a sus hermanos: "Cuídate de permitir que el espíritu de gracia se evapore, por decirlo así, gradual y lentamente. Vigila cuidadosamente sobre eso, para que, sentado sobre tu sedimento, y no siendo vaciado de vasija en vasija, te vuelvas pronto carnalmente seguro y posteriormente caigas en el pecado cometido."

Yo les pregunto a algunos de mis hermanos aquí, y hago la pregunta porque yo me hecho la pregunta sobre mi propia alma y la he respondido bañado en lágrimas, ¿no pudiera ser que algunos nos estemos volviendo de corazón endurecido con relación a la salvación de nuestros semejantes? ¿No amamos menos ahora, de lo que solíamos, a quienes claman a nosotros: "Pasa y ayúdanos"? ¿No pensamos que nos estamos volviendo santos experimentados? No somos los pobres pecadores que solíamos ser antes. No nos acercamos con un corazón quebrantado al propiciatorio como lo hacíamos antes. Comenzamos a juzgar a nuestros hermanos cristianos, y los tenemos en mucho menos consideración de la que les teníamos hace años, cuando solíamos casi amar el terreno que pisaban los santos del Señor, considerando que éramos menos que nada ante sus ojos.

Ahora, si ese fuera el caso en otros, que se están volviendo altivos, o que se están enfriando, o volviéndose duros de corazón, deberíamos decir de ellos que: "se encuentran en un grave peligro," pero, ¿qué hay con nosotros, si ese fuera el caso con nosotros? En lo que a mí respecta, me da horror subir a este púlpito meramente a predicarles porque la hora ha llegado y porque debo completar una hora de predicación, o una hora y media de adoración. Me da horror convertirme en una simple máquina de predicación, sin que mi corazón y mi alma sean ejercitados en este solemne deber; y me da horror por ustedes, mis queridos amigos, que me oyen constantemente, no vaya a ser una mera pieza de pasar el tiempo, que ustedes estén en sus asientos, en ciertos momentos en la semana, y se sienten allí, y oigan pacientemente el estrépito que mi ruido produce en sus oídos.

Hemos de tener piedad vital, y su vitalidad tiene que ser mantenida, y la fuerza y la energía de nuestra religión debe continuar incrementándose día con día, o de lo contrario, aunque nuestros caminos parezcan ser muy limpios, el Señor pesará pronto nuestros espíritus para nuestra confusión eterna.

¿Saben ustedes que para Su pueblo el pesaje divino en disciplina paternal es trabajo rudo?, pues puede poner el alma en una balanza para nuestra propia conciencia, y cuando nosotros pensamos que pesa libras, ¡Él puede revelarnos que ni siquiera llega a dracmas! "Allí está"—dice Él—"¡mira lo que eres!" Y comienza a correr el velo del engreimiento, y vemos la repugnancia y la falsedad de nuestra naturaleza, y nos quedamos completamente pasmados. O, tal vez, el Señor haga algo peor que eso. Permite que nos venga una tentación cuando no la esperamos, y entonces el mal hiere dentro de nosotros, y nosotros, que pensábamos que ya estábamos junto a los querubines, nos descubrimos casi semejantes a los demonios; sorprendidos, también, que tal bestia salvaje hubiera estado dormitando en la madriguera de nuestros corazones, mientras debimos haber sabido que siempre estuvo allí, y debimos haber caminado humildemente con Dios, y habernos vigilado y guardado a nosotros mismos.

Tengan la seguridad, amados, que las grandes caídas y el terrible daño nunca llegan a un cristiano de inmediato, sino que es un proceso lento y gradual; y tengan la certeza, también, que pueden deslizarse sobre las apacibles aguas del río sin soñar nunca que el Niágara está más allá, y sin embargo, podrían estar apresurándose hacia esas cataratas. Una terrible colisión podría sobrevenirle todavía al más elevado profesante entre nosotros, que hará que el mundo resuene con blasfemia contra Dios, y que la iglesia resuene con amargas lamentaciones debido a que los fuertes han caído. Dios guardará a los Suyos, pero ¡qué tal si resulta que yo no soy de los Suyos! Él guarda los pies de Sus santos, pero ¡qué pasa si dejo de vigilar y mis pies no son guardados, y resulte no ser un santo Suyo, sino un mero intruso en Su familia, y un pretendiente a tener lo que nunca tuve! Oh, Dios, por medio de Cristo Jesús, líbranos de esto a cada uno de nosotros.

VII. De haber tenido tiempo, tenía el propósito de hablar en relación al séptimo y último carácter, es decir, LOS CAMINOS DEL HOMBRE ENGAÑADO.

Hay, sin duda, muchas personas en el mundo que nunca descubrirán que sus caminos, que consideraron que eran muy limpios, eran malos, hasta no entrar en el otro mundo. Hay algunos hombres que son cristianos en todo excepto en esto: que no tienen verdadera fe en Jesús. Hay otros que aparentemente son salvos, pero que nunca han nacido de nuevo realmente. Hay muchos que lo tienen todo excepto la única cosa necesaria, y que piensan que tienen eso, y persuaden a sus semejantes que tienen eso. Sería difícil decir cuán cerca puede llegar un hombre de ser cristiano, y sin embargo, perderse de la salvación; pero, ciertamente, puede llegar tan cerca que nadie, ni siquiera los ángeles de Dios serían capaces de explicar la diferencia entre él y un alma salvada, pues únicamente Dios discernirá la diferencia cuando venga a pesar los espíritus.

Oigamos la conclusión del asunto completo, que es ésta. Hemos de acudir, hermanos míos, todos nosotros, al lugar de confesión del pecado, y hemos de reconocer que hemos quebrantado la ley de Dios, y que merecemos Su justa desaprobación. Acudamos con la ayuda de Su Santo Espíritu, que es el Espíritu de suplicación, y confesemos la depravación de nuestra naturaleza, y el error de nuestros corazones. Pidamos orando que en vez de creer que nuestros caminos son limpios, conozcamos que son sucios, y que nos lamentemos por ellos, y que aprendamos a verlos como Dios los ve, como caminos torcidos y caminos errados en sí mismos, de los que no hay que jactarse sino que deben ser recordados con vergüenza y confusión de rostro. Bienaventurado es aquel que es librado de cualquier regocijo en sí mismo. Feliz el hombre que no ve ninguna mota de salud en su propia carne, y que siente que la lepra del pecado le ha cubierto por fuera y por dentro de la cabeza a los pies.

Y, hermanos, si llegamos a tal profunda humillación de espíritu, la siguiente palabra es ésta: vayamos juntos a la gran salvación que Dios ha provisto en la persona de Cristo Jesús. Vamos, uniendo mano con mano,

santo y pecador, todos los pecadores conscientemente ahora, quedémos de pie y veamos donde el pecado ha traspasado el cuerpo del bendito Sustituto con aquellas heridas sangrantes. Leamos las líneas de dolor escritas sobre ese bendito rostro; contemplemos la profundidad de Su alma llena con un océano de angustia, arrojada a una tempestad de sufrimiento; creamos que sufrió en nuestro lugar, y así pongamos nuestro pecado y nuestra pecaminosidad sobre Él. Jesús acepta a un pecador, incluso a un pobre pecador; aunque durante estos veinte años he conocido tu nombre, aun así vengo a Ti como un pecador, yo, el primero de los pecadores.

Ah, hermanos y hermanas, nunca estamos más seguros, estoy seguro, nunca más saludables, nunca en un mejor estado que cuando estamos postrados por completo en el suelo delante de la cruz. Cuando se sienten completamente indignos, han dado con la verdad. Cuando piensan que están haciendo algo y que son ricos y florecientes, son pobres, y están desnudos, y son miserables; pero cuando son conscientemente débiles y llenos de pecado, entonces son ricos. Cuando son débiles, son fuertes; pero, oh Dios, sálvanos de permitir que nuestros caminos parezcan limpios en nuestra propia opinión, que pesemos nuestros espíritus con la ayuda de Tu Espíritu, y nos condenemos para que no seamos condenados por el Señor.

Que el Señor los bendiga ricamente, y libremente, por causa de Su nombre. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Salmo 51.

Nota del traductor:

(1) Es una cita tomada del Libro I del Paraíso Perdido de John Milton, que Spurgeon citaba con frecuencia. Algunos autores escriben la palabra así: Mammón.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #849—Volume 15
UNSOULD SPIRITUAL TRAINING

Cargado por Cuatro

NO. 981

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 19
DE MARZO DE 1871,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Mas él se apartaba a lugares desiertos, y oraba. Aconteció un día, que él estaba enseñando, y estaban sentados los fariseos y doctores de la ley, los cuales habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea y Jerusalén; y el poder del Señor estaba con él para sanar. Y sucedió que unos hombres que traían en un lecho a un hombre que estaba paralítico, procuraban llevarle adentro y ponerle delante de él. Pero no hallando cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa, y por el tejado le bajaron con el lecho, poniéndole en medio, delante de Jesús. Al ver él la fe de ellos, le dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. Entonces, los escribas y los fariseos comenzaron a cavilar, diciendo: ¿Quién es éste que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios? Jesús entonces, conociendo los pensamientos de ellos, respondiendo les dijo: ¿Qué caviláis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa. Al instante, levantándose en presencia de ellos, y tomando el lecho en que estaba acostado, se fue a su casa, glorificando a Dios. Y todos, sobrecogidos de asombro, glorificaban a Dios; y llenos de temor, decían: Hoy hemos visto maravillas.”

Lucas 5:16-26.

Este mismo relato se encuentra en el capítulo noveno de Mateo y en el segundo capítulo de Marcos. Lo que ha sido registrado tres veces por las plumas inspiradas debe ser considerado como triplemente importante y como muy digno de nuestra más atenta consideración. Observen el hecho instructivo de que nuestro Salvador se retiraba y dedicaba un tiempo especial a la oración cuando veía que se juntaban con Él inusuales muchedumbres. Él se apartaba a lugares solitarios para tener comunión con Su Padre, y, en consecuencia, regresaba revestido de un abundante poder de sanar y salvar. No se trataba de que en Sí mismo, como Dios, no poseyera siempre ese poder sin medida, sino que lo hacía por nosotros, para que aprendamos que el poder de Dios sólo descansará en nosotros en la medida en que nos acerquemos a Dios. El descuido de la oración privada es la langosta que devora el poder de la iglesia.

Cuando nuestro Señor dejó Su retiro encontró que estaba rodeado de un enorme gentío que era a la vez grande y diverso, pues aunque había allí muchos creyentes sinceros, se encontraba un mayor número de ob-

servadores escépticos; algunos estaban ansiosos de recibir Su poder de curación y otros estaban igualmente deseosos de hallar ocasión en contra de Él. Así también, sin importar cuán revestido esté el predicador del espíritu y del poder de su Maestro, en todas las asambleas habrá gente de todo tipo; allí se juntarán sus fariseos y doctores de la ley, sus acérrimos censores listos a denigrar y sus impasibles críticos en busca de fallas; al mismo tiempo, elegidos por Dios y atraídos por Su gracia, estarán presentes algunos devotos creyentes que se regocijan en el poder que es revelado entre los hombres, y habrá también sinceros buscadores que desean sentir en carne propia la energía sanadora. Parece que nuestro Salvador, como regla, suplía a cada oyente con el alimento según su especie. Los fariseos encontraban pronto los asuntos que les parecían objetables; el Salvador formulaba Sus expresiones de tal manera que ellos las captaban ávidamente y lo acusaban de blasfemia; la enemistad de sus corazones fluía de esa manera a la superficie para que el Señor tuviera la oportunidad de reprocharla; pero si solo hubieran estado dispuestos, el poder del Señor estaba presente para sanarlos aun a ellos. Por lo pronto, esos pobres seres trémulos que rogaban pidiendo la curación no se vieron decepcionados; el Buen Médico no pasó por alto ningún caso, y, al mismo tiempo Sus discípulos, que buscaban las oportunidades para elogiarlo de nuevo, quedaron plenamente gratificados, pues con ojos dichosos vieron al paralítico restaurado y oyeron que sus pecados le fueron perdonados.

El caso que el relato pone ante nosotros es el de un hombre atacado de parálisis. Esta triste enfermedad pudo haberse prolongado durante mucho tiempo. Hay una parálisis que mata gradualmente el cuerpo reduciéndolo cada vez más a una completa impotencia. El poder de los nervios queda casi destruido; el poder de movimiento es enteramente suspendido y, no obstante, las facultades mentales subsisten aunque grandemente debilitadas, y algunas de ellas casi llegan a su extinción. Hay quienes han pensado que este hombre pudiera haber sido afectado por lo que se conoce como parálisis universal, que muy rápidamente produce la muerte, lo que pudiera explicar la extrema prisa que tenían los cuatro porteadores para acercarlo al Salvador. No conocemos los detalles de su condición, pero lo cierto es que estaba paralizado y, mirando el caso y estudiando los tres relatos, creo que percibo con igual claridad—de una manera o de otra al menos en el juicio del propio individuo—que su parálisis estaba conectada con su pecado. Él era evidentemente un penitente, así como un paralítico. Su mente estaba tan oprimida como lo estaba su estructura corporal. No sé si se le pudiera llamar del todo un creyente, pero es sumamente probable que, estando oprimido por un sentido de pecado, tuviera una débil esperanza en la misericordia divina, a la cual, como a una chispa en una mecha humeante, le resultaría difícil existir, pero aun así, esa débil esperanza estaba verdaderamente

presente allí. La aflicción por la que sus amigos se compadecían de él estaba en su cuerpo, pero él mismo sentía una turbación mucho más severa en su alma, y probablemente no era tanto con miras a ser sanado corporalmente, como por la esperanza de recibir una bendición espiritual, que él estaba anuente a ser sometido a cualquier proceso mediante el cual cayera bajo la mira del Salvador. Yo deduzco esto del hecho de que nuestro Salvador le dirigió estas palabras: "Ten ánimo," insinuando que el paralítico estaba descorazonado, que su espíritu se abatía en su interior, y, por tanto, en vez de decirle de entrada: "Levántate, toma tu lecho," nuestro Señor le dijo con un tierno corazón: "Hijo, tus pecados te son perdonados." Le dio al principio una bendición que los amigos del paciente no habían pedido, pero que el hombre, aun sin decir nada, buscaba en el silencio de su alma. Él era un "hijo," aunque era un hijo afligido; estaba dispuesto a obedecer la orden del Señor una vez que recibiera el poder, aunque todavía no podía levantar ni manos ni pies. Anhelaba con ansias el perdón del pecado pero no podía extender su mano para asirse del Salvador.

Tengo la intención de usar este relato con fines prácticos. Que el Espíritu Santo lo haga realmente útil. Nuestro primer comentario será este:

I. HAY CASOS QUE NECESITAN LA AYUDA DE UN PEQUEÑO GRUPO DE OBREROS ANTES DE QUE SEAN PLENAMENTE SALVADOS.

Marcos, el evangelista, nos informa que este hombre tuvo que ser cargado por cuatro acompañantes; tenía que haber un porteador en cada una de las esquinas de la camilla en la que estaba postrado. Una gran cantidad de personas que entran en el reino de Cristo son convertidas a través de las oraciones generales de la iglesia, por medio de los instrumentos de su ministerio. Probablemente tres de cada cuatro miembros de cualquier iglesia deben su conversión a la enseñanza regular de la iglesia de alguna forma u otra; su escuela, su púlpito y su prensa han sido las redes en las que han sido atrapados. Por supuesto que la oración privada personal ha sido mezclada con todo eso en muchos casos; pero todavía la mayoría de los casos no podrían ser rastreados como para ser atribuidos principalmente a las oraciones o a los esfuerzos individuales. Yo creo que la regla es que el Señor hará que muchos sean llevados a Él por el sonido de la gran trompeta del jubileo en la dispensación del Evangelio por Sus ministros. Hay algunos, además, que son conducidos a Jesús por los esfuerzos individuales de una persona. Así como Andrés encontró a su propio hermano Simón, así también un creyente, por su comunicación privada de la verdad a otra persona, se vuelve instrumental en su conversión, por el poder del Espíritu de Dios. Un convertido traerá a otro, y ese otro a un tercero. Pero esta narración parecería mostrar que hay casos que no serán traídos por la predicación general de la palabra, ni tampoco por la instrumentalidad de una persona; esos casos requieren que haya dos, o tres, o cuatro personas que trabajen en santa

combinación, quienes, de común acuerdo, sintiendo una común agonía de alma, resolverán unirse como un grupo para este único objetivo y no abandonarán nunca su santa confederación hasta que este objetivo sea alcanzado y su amigo sea salvado. Este hombre no podía ser llevado a Cristo por una sola persona; debía tener a cuatro que aplicaran su fuerza para transportarlo, o no podría llegar al lugar de su restauración.

Apliquemos el principio. Por allá está un padre de familia que todavía no es salvo: su esposa ha orado por él durante mucho tiempo pero sus oraciones no han recibido respuesta todavía. Buena esposa, Dios te ha bendecido con un hijo que se regocija contigo en el temor de Dios. ¿Acaso no tienes también dos hijas cristianas? Oh, ustedes son cuatro, tome entonces cada uno de ustedes una esquina de la camilla de este enfermo, y lleven al esposo, lleven al padre, al Salvador. Un esposo y una esposa están aquí y ambos han venido felizmente a Cristo; ustedes están orando por sus hijos; nunca dejen esa suplicación: continúen orando. Tal vez algún amado miembro de su familia sea inusualmente terco. Se necesita una ayuda adicional. Bien, el maestro de la escuela dominical será para ustedes un tercer integrante del grupo; él tomará una esquina de la camilla; y yo sería muy feliz si pudiera unirme para ser el cuarto integrante y formar un bendito cuarteto. Tal vez, cuando la disciplina hogareña, la enseñanza de la escuela y la predicación del ministro vayan juntas, el Señor mirará con amor desde lo alto y salvará a su hijo. Amado hermano, estás pensando en alguien por quien has orado largamente; también le has hablado y has usado todos los medios apropiados, pero todavía no han surtido efecto. Tal vez tu plática sea demasiado consoladora: pudiera ser que no le has presentado esa precisa verdad que su conciencia requiere para que toque las fibras de su ser. Busca aún más ayuda. Pudiera ser que un segundo hermano le hable instructivamente donde tú sólo le has hablado consoladoramente; tal vez la instrucción pudiera ser el instrumento de la gracia. Sin embargo pudiera ser que incluso la instrucción no sea de más ayuda de lo que fue la consolación, y pudiera ser necesario que se llame a un tercero, que tal vez hable con una persuasiva exhortación y con advertencia, lo cual pudiera ser lo que se necesita grandemente. Los dos que ya están en el campo pueden equilibrar su exhortación, que por sí sola podría haber sido demasiado mordaz, y podría haber generado un prejuicio en la mente de la persona, si sólo hubiera existido la exhortación. Los tres juntos comprueban ser los instrumentos apropiados en la mano del Señor. Con todo, después que ustedes tres se combinaran felizmente, pudiera ser que el pobre paralítico no sea todavía afectado salvadoramente; pudiera necesitarse un cuarto integrante, quien, con un afecto más profundo que el de ustedes tres juntos, y tal vez con una experiencia más apropiada para el caso que la de ustedes, intervenga y obrando conjuntamente con ustedes, el resultado se vea garantizado. Los cuatro colaboradores conjuntamente pueden lograr,

por el poder del Espíritu Santo, lo que ni uno, ni dos, ni tres eran competentes de realizar. Pudiera suceder a veces que un hombre ha oído a Pablo predicar, pero su clara doctrina, aunque ha iluminado su intelecto, no ha convencido todavía a su conciencia. Ha oído a Apolos, y el brillo de los elocuentes ruegos del orador ha encendido su corazón pero no ha humillado su altivez. Más tarde todavía ha oído a Cefas, cuyas burdas frases cortantes lo han talado y lo han convencido de pecado; pero antes de que pueda encontrar gozo y paz en la fe, tendrá que oír las dulces palabras afectuosas de Juan. Sólo cuando el cuarto integrante sujeté el lecho y lo impulse con fuerza hacia arriba, el paralítico será colocado en la senda de la misericordia. Yo deseo ansiosamente ver en esta iglesia pequeños grupos de hombres y mujeres que están ligados unos a otros por un celoso amor por las almas. Yo quisiera que se dijeran entre sí: "Este es un caso por el que sentimos un interés común: nos comprometeremos a orar por esta persona; buscaremos unidos su salvación." Pudiera que ser que alguna de las personas que han pagado el derecho de ocupar un asiento en esta iglesia, después de escuchar mi voz los últimos diez o quince años, no haya sido persuadida; pudiera ser que otra persona haya dejado la escuela dominical sin ser salva. Que los cuartetos fraternales se ocupen de cuidarlas con la ayuda de Dios. Movidos por un impulso, forman un cuadrado en torno a estas personas, los acorralan por delante y por detrás, y no les permiten decir: "No hay quien cuide de mi vida." Reúnanse en oración con un propósito definido en mente, y luego persigan ese objetivo por los caminos más probables. Yo no sé, hermanos míos, cuánta bendición podría venirnos a través de esto, pero estoy seguro de que mientras no lo hayamos intentado no podemos pronunciar un veredicto al respecto; tampoco podemos estar muy seguros de estar libres de toda responsabilidad para con las almas de los hombres mientras no hayamos probado cada método probable y posible para hacerles bien.

Me temo que aun en una iglesia grande no hay muchos que quieran convertirse en camilleros. Muchos dirán que el plan es admirable pero dejarán que otros lo implementen. Recuerden que las cuatro personas que se unen en tal labor de amor deberían, todas ellas, sentir un intenso afecto por las personas cuya salvación buscan. Han de ser individuos que no se arredrarán ante ninguna dificultad; que invertirán toda su fuerza para transportar la amada carga y perseverarán hasta haber logrado el éxito. Necesitan ser fuertes, pues la carga es pesada; necesitan ser personas resueltas, pues la obra pondrá su fe a prueba; necesitan ser seres de oración, pues de otra manera laboran en vano; tienen que ser creyentes, o serán completamente inútiles: Jesús vio su fe, y, por tanto, aceptó su servicio; pero sin fe es imposible agradarle. ¿Dónde encontraremos cuartetos como esos? Que el Señor los encuentre y que los envíe a

algunos de ustedes, pobres pecadores moribundos, que hoy yacen paralizados aquí.

II. Ahora proseguimos a la segunda observación, que ALGUNOS CASOS TRANSPORTADOS DE ESA MANERA REQUERIRÁN DE MUCHA REFLEXIÓN ANTES DE QUE EL DESIGNIO SEA CUMPLIDO.

El instrumento esencial por medio del cual un alma es salvada es lo suficientemente claro. Los cuatro porteadores no se preguntaban entre ellos respecto a cuál era la manera de lograr la curación de este hombre; coincidían plenamente en esto: que tenían que llevarlo a Jesús; por algún medio u otro, a todo trance, tenían que ponerlo en el camino de Jesús. Ese era un hecho indudable. La pregunta era: ¿cómo hacerlo? Hay un viejo proverbio mundano que reza: “Querer es poder”; y me parece que ese proverbio puede ser aplicado con seguridad a las cosas espirituales, casi sin ninguna advertencia o salvedad. “Querer es poder”; y si los hombres son conducidos por la gracia de Dios a sentir una profunda ansiedad por alguna alma específica, hay una manera por la que esa alma puede ser llevada a Jesús, pero esa manera pudiera revelarse sólo después de mucha consideración. En algunos casos la forma de impresionar al corazón pudiera ser de una manera extravagante, de una manera extraordinaria, de alguna manera que ordinariamente no debería usarse y que no sería exitosa. Me atrevo a decir que los cuatro camilleros del relato pensaron temprano por la mañana: “Vamos a llevar a este pobre paralítico con el Salvador, y vamos a entrar en la casa por la puerta ordinaria”; pero cuando intentaron hacer eso, las multitudes bloquearon el camino de tal manera que ni siquiera podían acercarse al umbral. “¡Abren paso; abran paso para el enfermo! ¡Apártense de allí y dejen pasar a un pobre paralítico! ¡Por piedad, cedan un poco de espacio y permitan que llevemos al enfermo hasta donde está el profeta sanador!” Sus súplicas y sus instrucciones fueron vanas. Unas cuantas personas compasivas por aquí y por allá se separaban de la multitud, pero la mayoría de las personas ni pudieron ni quisieron quitarse; además, muchas de ellas están involucradas en ocupaciones similares, y tienen iguales razones para tratar de entrar como se pudiera. “Vean”—grita uno de los cuatro—“voy a abrir un espacio”; y empuja y da codazos y avanza un poco hacia la entrada. “¡Vamos, ustedes tres!”—les grita—“síganme, y ábranse paso a la fuerza, pulgada a pulgada.” Pero ellos no pueden hacerlo. Es imposible. El pobre paciente está a punto de morir de miedo; la camilla es sacudida de un lado a otro por la muchedumbre como un barquichuelo o como una cáscara de nuez en medio de las olas del mar; la alarma del paciente aumenta, los portadores están turbados, y se alegran de regresarse otra vez para considerar el caso. Evidentemente es completamente imposible introducirlo por los medios ordinarios. ¿Qué hacer entonces? “No podemos cavar un túnel, pero, ¿no podríamos pasar por sobre las cabezas de las personas, y descolgar al hombre desde arriba? ¿Dónde está la escala-

ra?" Frecuentemente hay una escalera exterior que conduce a la parte superior de una casa oriental; no podemos estar seguros de que hubiera una en este caso; pero si no fuera así, la casa vecina pudiera tener alguna escalinata, y entonces los resueltos porteadores prepararon a lo alto de la casa vecina y pasaron de un techo a otro. Donde no contamos con ninguna información definida se puede dejar mucho a la conjetura; pero esto sí queda claro: por algún medio subieron su desdichada carga al techo de la casa y se proveyeron del aparejo necesario para descolgarlo. El Salvador probablemente predicaba en uno de los aposentos superiores, a menos que se tratara de una casa pobre desprovista de un piso superior. Tal vez la habitación abría a un patio que estaba abarrotado. De cualquier manera, el Señor Jesús estaba bajo la cubierta de un techo, de un sólido techo. Nadie que lea cuidadosamente el original dejará de ver que había un techo real en el que debía hacerse una perforación. Se ha sugerido como una dificultad, que la perforación de un techo podría involucrar un peligro para quienes estaban abajo, y que probablemente generaría una gran asfixia a causa del polvo; y para evitar esto, se han elaborado varias suposiciones, tales como que el Salvador estaba ubicado debajo de un toldo o cubierta de lona, y que los hombres enrollaron la lona; o que nuestro Señor estaba debajo de una veranda con una cubierta muy ligera que los hombres podían descorrer fácilmente; otros han inventado inclusive un escotillón para la ocasión. Pero con toda la debida deferencia para con los eminentes viajeros, las palabras de los evangelistas no pueden ser desechadas tan fácilmente. De acuerdo a nuestro texto, el hombre fue descolgado a través del "tejado," no a través de una lona o de cualquier otro material ligero; prescindiendo de cuál hubiese sido el tipo de tejado, había sido confeccionado con toda seguridad con arcilla quemada, pues ese significado se encuentra en la esencia de la palabra. Además, según Marcos, después de haber perforado el techo, lo cual, yo supongo, quiere decir que quitaron el "tejado," *lo rompieron*, que se parece mucho a abrir un hoyo en el techo. La palabra griega usada por Marcos que es interpretada como "rompimiento" es una palabra muy enfática, y significa hacer una perforación, o una remoción del tejado, lo cual transmite la idea de una labor considerable para poder quitar el material. Se nos informa que los techos de las casas orientales son a menudo fabricados con piedras grandes; eso pudiera ser cierto como regla general, pero no en este caso, pues la casa estaba cubierta de tejas; y en cuanto al polvo y a la caída de escombros, eso pudiera ser una conclusión necesaria o no; pero es tan claro como la luz del mediodía que un techo sólido que requería que se quitaran las tejas y que se quitara el material, quedó con un hoyo, y a través de la apertura fue descolgado el hombre en su camilla. Tal vez hubiera polvo, y posiblemente hubiera peligro también, pero los porteadores estaban preparados para cumplir su propósito prescindiendo del riesgo. Tenían que introducir al hombre de alguna manera.

Sin embargo no hay necesidad de suponer alguna de las dos cosas, pues sin duda los cuatro hombres serían cuidadosos de no incomodar al Salvador ni a Sus oyentes. Las tejas o el yeso podían ser trasladados a otra parte del techo plano, y de igual manera la madera, conforme iban rompiendo el techo; y en cuanto a las vigas, podían estar lo suficientemente espaciadas para dejar pasar la estrecha camilla del enfermo sin que se tuviera que quitar ninguna de ellas. El señor Hartley, en sus 'Viajes' nos informa: "Cuando viví en Egina solía mirar con cierta frecuencia hacia los techos bajo los que me encontraba, y contemplaba cuán fácilmente pudo haberse llevado a cabo toda la transacción del paralítico. El techo estaba construido de la siguiente manera: "una capa de cañas, de especies de gran tamaño, que era colocada sobre las vigas; sobre ella se esparcía una cantidad de brezo; sobre el brezo se depositaba tierra, la cual era apisonada hasta convertirla en una masa sólida. Ahora, ¿qué dificultad habría en quitar primero la tierra, después el brezo, y luego las cañas? Tampoco se incrementaría la dificultad si la tierra tuviera una capa de tejas puestas sobre ella. Ninguna inconveniencia sobrevendría para las personas que estaban dentro de la casa por quitar las tejas y la tierra pues el brezo y las cañas detendrían cualquier cosa que pudiera caer al suelo de alguna manera, y eso sería quitado después de todo lo demás."

Descolgar a un hombre a través del techo era un mecanismo sumamente extraño e impactante, pero contribuye al comentario que tenemos que hacer ahora. Si queremos que nuestras almas sean salvadas, no debemos ser demasiado escrupulosos ni delicados respecto a los convencionalismos, reglas y cosas apropiadas, pues el reino de los cielos sufre violencia. Tenemos que decidirnos a esto: "Todo lo que se interponga entre el alma y su Dios tiene que ser destrozado a golpes o porrazos: no importa qué tejas tengan que ser quitadas, qué yeso deba ser perforado, o qué tablas hayan de ser quebradas, o en qué labor, o en qué tribulación, o en qué gasto tengamos que incurrir; el alma es demasiado preciosa para nosotros para que nos paremos a hacer preguntas corteses. Nuestra política es hacerlo si en alguna manera podamos hacer salvos a algunos de ellos. Piel por piel, sí, todo lo que tenemos no es nada en comparación con el alma de un hombre." Cuando cuatro corazones verdaderos tienen puesta la mira en el bien espiritual de un pecador, su hambre santa abrirá boquetes en las paredes de piedra o en los techos de las casas.

No tengo ninguna duda de que era una difícil tarea subir al paralítico; perforar el techo y quitar las tejas con sumo cuidado tiene que haber sido una tarea laboriosa y tiene que haber requerido mucha habilidad, pero, con todo, la obra fue realizada y el objetivo fue logrado. No debemos detenernos nunca ante las dificultades; sin importar cuán dura sea la tarea, tiene que ser siempre más difícil para nosotros dejar que un alma perezca que trabajar en pro de su liberación de la forma más abnegada.

Los porteadores realizaron una acción muy singular. ¿Quién hubiera pensado en perforar un techo? Nadie sino aquellos que amaban mucho y que mucho deseaban beneficiar al enfermo. Oh, que Dios hiciera que intentemos cosas singulares en pro de la salvación de las almas. Esperemos que brote una santa inventiva en la iglesia, una sagrada creatividad puesta al servicio de ganar los corazones de los hombres. Le pareció a su generación una cosa singular cuando John Wesley se paró junto a la tumba de su padre y predicó en Epworth. Gloria sea dada a Dios porque tuvo el valor de predicar al aire libre. Pareció algo extraordinario cuando ciertos ministros predicaban sermones en los teatros; pero es un feliz asunto que los pecadores sean alcanzados por tales irregularidades que bien pudieran haber escapado de todos los demás instrumentos utilizados. Hemos de sentir nuestros corazones llenos de celo por Dios, y de amor por las almas, y pronto seremos conducidos a adoptar algunos medios que otros pudieran criticar, pero que Jesucristo aceptará.

Después de todo, el método que los cuatro amigos siguieron resultó ser sumamente apropiado a sus habilidades. Yo supongo que eran cuatro individuos muy fuertes para quienes la carga no representaba un gran peso, y la labor de excavación fue para ellos relativamente fácil. El método se adaptaba exactamente a sus capacidades. ¿Y qué hicieron cuando descolgaron al hombre? ¿Contemplar la escena y admirarla? Yo no leo que dijieran una sola palabra, y con todo, lo que hicieron bastó: las habilidades de aquellos hombres para izar y cargar realizaron la obra necesaria. Algunos de ustedes dicen: "Ah, nosotros no podemos ser de ninguna utilidad; desearíamos poder predicar." Aquellos hombres no podían predicar pero no necesitaron predicar. Ellos descolgaron al paralítico y con eso su obra fue consumada. Ellos no podían predicar, pero podían sostener una cuerda.

Necesitamos en la iglesia cristiana no solamente predicadores, sino ganadores de almas que pueden cargar con las almas en sus corazones y sentir la solemne carga; hombres que, pudiera ser, no pueden hablar, pero pueden llorar; hombres que no pueden quebrantar con su lenguaje los corazones de otros hombres, pero que con su compasión rompen sus propios corazones. En el caso que estamos considerando no hubo ninguna necesidad de suplicarle a Jesús: "Jesús, hijo de David, mira arriba, pues un hombre está siendo descolgado y Te necesita." No hubo ninguna necesidad de argumentar que el paciente había estado enfermo durante muchos años. No sabemos si el propio hombre dijera una sola palabra. Indefenso y paralizado, no tenía el vigor de convertirse en un suplicante. Ellos colocaron su cuerpo casi inerte ante la mirada del Salvador, y ese fue un recurso que bastó: su triste condición fue más elocuente que las palabras. Oh, corazones que aman a los pecadores, pongan su condición perdida delante de Jesús; lleven sus casos tal como están delante del Salvador; si sus lenguas tartamudean, sus corazones prevalecerán; si us-

tedes ni siquiera pudieran hablarle al propio Cristo, como desearían, porque no tienen el don de la oración, con todo, si sus fuertes deseos brotaran del espíritu de oración, no podrían fallar. Que Dios nos ayude a utilizar los medios que estén a nuestro alcance, y que no nos sentemos ociosamente para lamentar la carencia de los poderes que no poseemos. Tal vez sería peligroso que poseyéramos las habilidades que ambicionamos; es siempre seguro consagrarse las que tenemos.

III. Ahora debemos llegar a una importante verdad. Podemos deducir con seguridad del relato QUE LA RAÍZ DE LA PARALÍSIS ESPIRITUAL YACE GENERALMENTE EN EL PECADO QUE NO HA SIDO PERDONADO.

Jesús tenía la intención de sanar al paralítico, pero lo hizo diciendo ante todo: “Tus pecados te son perdonados.” En esta casa de oración hay algunos esta mañana que están paralizados espiritualmente; tienen ojos y ven el Evangelio; tienen oídos y lo han oído, e incluso lo han oído atentamente; pero están tan paralizados que les dirán—y lo dirán honestamente—que no pueden aferrarse a la promesa de Dios; que no pueden creer en Jesús para la salvación de sus almas. Si ustedes los exhortaran a orar, responderían: “Procuramos orar, pero la nuestra no es una oración aceptable.” Si les pidieran que tengan confianza, les dirán, aunque tal vez no se los digan con tantas palabras, que están entregados a la desesperación. Su triste cantinela es—

**“Yo quisiera cantar, pero no puedo;
Yo quisiera orar, pero no puedo;
Pues Satanás me encuentra cuando intento,
Y espanta a mi alma.
Yo quisiera arrepentirme, pero no puedo,
Aunque me esfuerzo a menudo;
Este pétreo corazón no cede nunca
Hasta que Jesús lo ablanda.
Yo quisiera amar, pero no puedo,
Aunque sea atraído por el amor divino;
Ningún argumento tiene el poder de mover
A un alma tan ruin como la mía.
¡Oh, que pudiera creer!
Entonces todo sería fácil;
Yo quisiera, pero no puedo; Señor, alíviate;
Mi ayuda ha de venir de Ti.”**

El fondo de esta parálisis es el pecado en la conciencia que obra muerte en ellos. Ellos son sensibles respecto a su culpa, pero son impotentes para creer que la fuente carmesí puede quitarla; sólo están vivos para la aflicción, el desaliento y la agonía. El pecado los paraliza con la desesperación. Les garantizo que en esta desesperación se encuentra contenido en gran medida el elemento de la incredulidad, que es pecaminoso; pero yo espero que también esté contenida allí una sincera medida de arrepentimiento que acarrea consigo la esperanza de algo mejor. Nuestros pobres paralíticos despiertos esperan algunas veces poder ser perdonados.

dos, pero no pueden creerlo; no pueden regocijarse; no pueden arrojarse sobre Jesús; están completamente sin fuerzas. Ahora, el fondo de ello, lo repito, está en el pecado no perdonado, y yo les suplico sinceramente a ustedes, que aman al Salvador, que sean denodados en buscar el perdón para estas personas paralizadas. Ustedes me dicen que *yo* debo ser denodado; en efecto he de serlo; y en efecto deseo serlo; pero, hermanos, sus casos parecieran estar más allá de la esfera de acción del ministro; el Espíritu Santo determina usar otras agencias en su salvación. Han oído la palabra predicada públicamente; ahora necesitan una consolación y una ayuda privadas que provengan de tres o cuatro personas. Préstennos su ayuda, ustedes, hermanos denodados; formen sus grupos de cuatro; agarren los colchones de estas personas que desean ser salvadas, pero que sienten que no pueden creer. Que el Señor, el Espíritu Santo, los convierta a ustedes en los instrumentos de conducirlos al perdón y a la eterna salvación. Han estado postrados en espera durante mucho tiempo; sin embargo, su pecado los mantiene todavía donde están; su culpa les impide aferrarse a Cristo; allí está el punto, y es para tales casos que yo invoco sinceramente la ayuda de mis hermanos.

IV. Procedamos a notar, en cuarto lugar, que JESÚS PUEDE QUITAR TANTO EL PECADO COMO LA PARÁLISIS EN UN SOLO INSTANTE. La ocupación de los cuatro porteadores era llevar al hombre a Cristo pero ahí terminaba su poder. Nuestra parte es llevar al pecador culpable al Salvador; allí termina nuestro poder. Gracias a Dios porque Cristo comienza cuando *nosotros* terminamos y Él obra muy gloriosamente. Observen que Él comenzó diciendo: "Tus pecados te son perdonados." Puso el hacha a la raíz; no deseaba que los pecados del hombre fueran perdonados, ni expresaba un buen deseo en ese sentido, sino que pronunció una absolución en virtud de esa autoridad de la que estaba revestido como el Salvador. Los pecados de aquel hombre, allí, en ese instante, cesaron de existir y él fue justificado a los ojos de Dios. Querido oyente, ¿crees tú que Cristo hizo eso por el paralítico? Entonces yo te exhorto a que creas en algo más, es decir, que si en la tierra Cristo tenía poder para perdonar los pecados antes de haber ofrecido una expiación, mucho mayor poder tiene para hacer eso ahora que ha derramado Su sangre y ha dicho: "Consumado es," y ha entrado en Su gloria y está a la diestra del Padre. Él es exaltado en lo alto, para dar arrepentimiento y remisión de pecado. Si Él enviara Su Espíritu a tu alma para revelarse en ti, tú serías absuelto enteramente en un instante. ¿Te ha ennegrecido la blasfemia? ¿Acaso te mancha una larga vida de infidelidad? ¿Has sido licencioso? ¿Has sido abominablemente perverso? Una palabra puede absolverte, una palabra salida de esos amados labios que dijeron: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Yo te exhorto a que pidas esa palabra absolutoria. Ningún sacerdote terrenal puede dártela pero el grandioso Sumo Sacerdote, el Señor Jesús, puede decirla de inmediato. Ustedes,

grupos de dos y de cuatro personas, que tienen en la mira la salvación de los hombres, aquí hay un estímulo para ustedes. Oren por ellos ahora, mientras el Evangelio está siendo predicado a sus oídos; oren por ellos día y noche, y pongan las buenas noticias constantemente delante de ellos, pues Jesús es todavía capaz de “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios.”

Después de que nuestro Señor hubo suprimido la raíz del mal, observen que luego quitó la propia parálisis, que desapareció al instante. Cada miembro del cuerpo del hombre fue restablecido a una condición saludable; pudo ponerse de pie, pudo caminar, pudo alzar su lecho, y tanto los nervios como los músculos cobraron un inusitado vigor. Un momento basta, si Jesús habla, para hacer feliz al que desespera y para llenar de confianza al incrédulo. Lo que no podemos hacer *nosotros* con nuestros razonamientos y súplicas y ni siquiera con la letra de la promesa de Dios, Cristo puede hacerlo en un solo instante por medio de Su Santo Espíritu, y ha sido nuestro dicha verlo realizado. Este es el milagro permanente de la iglesia, realizado por Cristo hoy al igual que antes. Almas paralíticas que no podían ni querer ni hacer, han sido capaces de hacer valientemente y de querer con una determinación solemne. El Señor ha derramado poder en los desfallecidos y a quienes carecían de poder les ha aumentado la fuerza. Él puede hacerlo todavía. Lo repito para los espíritus amorosos que están buscando el bien de otros, en espera de que esto los anime. Tal vez no tengan que esperar largo tiempo para que ocurran las conversiones que están buscando; pudiera ser que antes de que termine otro domingo la persona por la que oran sea llevada a Jesús; o si tuvieran que esperar un poco, la espera les recompensará con creces, y mientras tanto, recuerden que nunca habló en secreto, en un lugar oscuro de la tierra; no dijo a la descendencia de Jacob: “En vano me buscáis.”

V. Proseguimos, y nos acercamos a una conclusión: DOQUIERA QUE NUESTRO SEÑOR REALIZA EL DOBLE MILAGRO, SERÁ VISIBLE. Él perdonó los pecados del hombre y al mismo tiempo quitó su enfermedad. ¿Cómo fue evidente esto? Yo no tengo ninguna duda de que el perdón del pecado del hombre fue mejor sabido por él mismo; pero posiblemente aquellos que vieron ese rostro resplandeciente que había estado antes tan triste pudieran haber notado que la palabra de absolución fue absorbida en su alma como se absorbe la lluvia en la tierra sedienta. “Tus pecados te son perdonados,” es la frase que cayó sobre él como un rocío del cielo; el varón creyó en la sagrada declaración y sus ojos brillaron. Casi hubiera podido sentir indiferencia respecto a si permanecía paralizado o no, pues era tanto el gozo de ser perdonado, de ser perdonado por el propio Señor. Eso era suficiente, era más que suficiente para él; pero no era suficiente para el Salvador; por eso le ordenó que tomara su camilla y que caminara, pues le había dado la fuerza para hacerlo. La curación del hombre quedó demostrada por su obediencia. Para todos los espectado-

res una activa obediencia se convirtió abiertamente en una prueba indisputable de la restauración del pobre varón. Noten que nuestro Señor le ordenó que se levantara, y él se levantó; el hombre no tenía ningún poder para hacerlo excepto ese poder que acompaña a las instrucciones divinas. Se levantó porque Cristo le dijo: "Levántate." Luego él dobló esa miserable colchoneta: la palabra usada nos muestra que era una cosa muy pobre, insignificante y miserable, y la enrolló tal como el Salvador se lo había ordenado, la puso sobre su hombro y se marchó a casa. Su primer impulso debe de haber sido arrojarse a los pies del Salvador, y decirle: "Bendito sea Tu nombre"; pero el Maestro le dijo: "vete a tu casa"; y yo no encuentro que se haya quedado para rendirle una agradecida pleitesía, sino que abriéndose paso con los codos por entre la multitud, con su carga en la espalda, procedió a irse a su casa tal como le fue dicho, y lo hizo sin discusión o cuestionamiento. Cumplió la orden de su Señor, y lo hizo con mucha alegría. ¡Oh, cuán alegremente lo hizo! Nadie podría saberlo, salvo quienes han sido restaurados de igual manera. Así que la obediencia es la verdadera señal del pecado perdonado y de la parálisis erradicada del corazón. Si tú has sido realmente salvado harás lo que Jesús te ordene; tu petición será: "Señor, ¿quéquieres que yo haga?" y una vez confirmado, lo harás con toda seguridad. Tú me dices que Cristo te ha perdonado, y no obstante vives en rebelión en contra de Sus mandamientos; ¿cómo podría creerte? Tú dices que eres un hombre salvo, y, con todo, eriges intencionalmente tu propia voluntad en contra de la voluntad de Cristo; entonces, ¿qué evidencia me das de lo que dices? ¿Acaso no tengo más bien una clara evidencia de que no dices la verdad? La obediencia a Cristo que es abierta, cuidadosa, pronta y alegre se convierte en la prueba de la maravillosa obra que Jesús obra en el alma.

VII. Por último, TODO ESTO TIENDE A GLORIFICAR A DIOS.

Esos cuatro varones fueron el medio indirecto de dar mucha honra a Dios y mucha gloria a Jesús, y ellos, no lo dudo, glorificaron a Dios en sus propios corazones en el propio techo de la casa. ¡Dichosos hombres por haber sido de tanto servicio para el amigo que se había visto obligado a guardar cama! ¿Quién más se unió en la glorificación a Dios? Pues bien, primero el propio hombre que fue restaurado. ¿Acaso no glorificó a Dios cada uno de los miembros de su cuerpo? ¡Me parece que lo veo! Pone un pie en el suelo para la gloria de Dios, apoya luego el otro para dar la misma nota; camina para la gloria de Dios; carga con su lecho para la gloria de Dios; mueve todo su cuerpo para la gloria de Dios; habla, grita, canta y salta para la gloria de Dios. Cuando un hombre es salvado su ser humano entero glorifica a Dios; se satura con una vida nacida de nuevo que refulge en cada uno de los componentes: espíritu, alma y cuerpo. Como un heredero del cielo, él aporta gloria al Grandioso Padre que lo ha adoptado en la familia y respira y come y bebe para alabanza de Dios. Todos nos alegramos cuando un pecador es llevado a la iglesia de Dios,

pero ninguno de nosotros está tan gozoso y agradecido como lo está él; todos quisiéramos alabar a Dios, pero *él* siente que debe alabarlo más notoriamente, y lo hará.

A continuación, ¿quién más glorificó a Dios? El texto no lo dice, pero nos sentimos seguros de que su familia lo hizo pues se fue a su propia casa. Supondremos que tenía una esposa. Aquella mañana cuando los cuatro amigos vinieron y lo pusieron en el lecho, y se lo llevaron, pudiera ser que ella meneara su cabeza en muestra de amorosa ansiedad, y me atrevería a decir que dijo: “Estoy medio temerosa de confiarlo a ustedes. Mi pobre, pobre criatura, me aterra su encuentro con la muchedumbre. Me temo que es una locura esperar el éxito. Espero que les vaya bien, pero tiembla. Sostengan bien la cama; asegúrense que no se les caiga. Si lo descuelgan a través del techo sostengan firmemente las cuerdas, tengan cuidado de que no le ocurra ningún accidente a mi pobre esposo postrado en cama; así como está ya está lo suficientemente mal, entonces no le causen más miseria.” Pero cuando lo vio regresar a casa, caminando y con la cama sobre su espalda, ¿pueden figurarse su deleite? Cómo comenzaría a cantar, y alabar y bendecir al Señor Jehová-Rafa, que había sanado a su ser querido. Si hubiesen niñitos por ahí jugando frente a la casa, cómo darían voces de alegría: “aquí está papá; aquí está papá caminando de nuevo, y de regreso en casa con el lecho sobre su espalda; está sano otra vez, tal como solía ser cuando éramos pequeños.” ¡Qué casa tan alegre! Se juntarían en torno a él, todos ellos, esposa e hijos, y amigos y vecinos, y comenzarían a cantar: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias.” Cómo cantaría el hombre esos versículos, regocijándose primero en el perdón y después en la curación, y preguntándose cómo es que David sabía tanto al respecto y cómo había expresado su caso con palabras tan apropiadas.

Bien, pero no terminó allí. Una esposa y una familia forman sólo una parte del jubiloso coro de alabanza, aunque una parte muy melodiosa. Hay otros corazones adoradores que se unen en la glorificación del Señor sanador. Los discípulos que rodeaban al Salvador también glorificaban a Dios. Se regocijaron, y se decían unos a otros: “Hoy hemos visto maravillas.” La iglesia cristiana se llena de sagrada alabanza cuando un pecador es salvado; aun el propio cielo se alegra.

Pero incluso la gente común que andaba por ahí glorificó a Dios. Esa gente no había entrado todavía en esa sintonía con Cristo que los discípulos sentían, pero fue impactada por la visión de ese gran portento, y ellos también no podían evitar decir que Dios había obrado grandes maravillas. Yo oro pidiendo que los espectadores, los extranjeros de la mancomunidad de Israel, cuando vean que los desalentados son consolados y que los perdidos son recuperados, se sientan compelidos a dar su testi-

monio del poder de la gracia divina, y sean conducidos ellos también a ser partícipes de eso. Cuando un alma paralizada se llena de agraciada fortaleza canta: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!”

Ahora, ¿va a ser necesario que me ponga de pie aquí, y suplique a los cuatro individuos que carguen a las pobres almas para llevarlas a Cristo? ¿Tendré que apelar a mis hermanos que aman a su Señor, y decir que se junten para ganar almas? Su humanidad para con el alma paralítica lo reclama, pero su deseo de dar gloria a Dios lo exige. Si ustedes fueran en verdad lo que profesan ser, glorificar a Dios debería ser el más caro deseo y la ambición más excelsa de sus almas. A menos que sean traidores a mi Señor e inhumanos para con sus semejantes, ustedes captarán el pensamiento práctico que me he esforzado por presentar ante ustedes, y buscarán a algunos compañeros cristianos y les dirán: “Vamos, oremos juntos por tal y tal persona,” y si saben de algún caso desesperado formarán un sagrado cuarteto para trabajar por su salvación. Que el poder del Altísimo habite en ustedes, ¿y quién sabe qué gloria podría recibir el Señor a través de ustedes? Nunca olviden esta extraña historia del lecho que transportaba al hombre y del hombre que cargaba con su lecho.

Porción de la Escritura leída antes del sermón—Lucas 5:1-26.

Nota del traductor:

Escotillón: puerta en el suelo, por ejemplo para bajar a una bodega.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #981—Volume 17
CARRIED BY FOUR**

La Obra de Marchitamiento del Espíritu NO. 999

**SERMÓN PREDICADO EL DOMINGO 9 DE JULIO, 1871,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Voz que decía: Da voces. Y yo respondí: ¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopló en ella; ciertamente como hierba es el pueblo. Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre.” Isaías 40:6-8.

“Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre. Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre.” 1 Pedro 1:23-25.

El pasaje del Libro de Isaías que acabo de leer ante ustedes puede ser usado como una descripción muy elocuente de nuestra mortalidad, y si se predicara un sermón acerca de la fragilidad de la naturaleza humana, la brevedad de la vida, y la certidumbre de la muerte, basándose en ese texto, nadie discutiría lo adecuado del texto. Sin embargo, yo me atrevo a preguntar si un sermón así estaría llegando al fondo de la enseñanza central del profeta. El texto se refiere a algo más que a la descomposición de nuestra carne física. La *mente carnal*, la carne en otro sentido, es el propósito del Espíritu Santo cuando ordenó a Su mensajero que proclamara esas palabras.

Me parece a mí, por el contexto, que no se requería en este lugar de una simple expresión de la mortalidad de nuestra raza. Difícilmente estaría a la altura de las otras sublimes revelaciones que la rodean, y de alguna manera se saldría del tema tratado en el contexto. La noción de que aquí simple y sencillamente se nos recuerda nuestra mortalidad, no coincide con la exposición que hace Pedro del texto en el Nuevo Testamento, que también estamos presentando hoy como referencia bíblica.

Hay otro significado más *espiritual* aquí, más profundo y de mayor alcance que el que está contenido en la gran verdad obvia que todos nosotros vamos a morir. Analicen el capítulo de Isaías con sumo cuidado. ¿Cuál es su tema? Es la divina consolación de Sión. Sión había sido sacudida al revés y al derecho por serios conflictos. Se había estado doliendo a consecuencia de su pecado. El Señor, para quitar su aflicción, ordena a Su profeta que anuncie la venida del muy esperado Libertador, y el fin y el cumplimiento de todas sus guerras y el perdón de toda su iniquidad.

No cabe ninguna duda que este es el tema de la profecía. Ni tampoco hay interrogantes acerca del punto que sigue: que el profeta procede a predecir la venida de Juan el Bautista como el precursor del Mesías. No encontramos ningún problema en la explicación del pasaje: “Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.” Pues el Nuevo Testamento una y otra vez vincula esto al Bautista y su ministerio. El propósito de la venida del Bautista y de la misión

del Mesías, a quien anunciaba, era la manifestación de la Gloria Divina.

Vayan al versículo cinco: “Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá; porque la boca de Jehová ha hablado.” Entonces, ¿qué sigue a continuación? ¿Era necesario mencionar la mortalidad del hombre en este contexto? Creo que no. Hay una mayor coherencia de sentido en los versículos siguientes si entendemos su significado más profundo. ¿Acaso no quieren decir esto: para crear un espacio para la manifestación de la Gloria Divina en Cristo Jesús y Su salvación, se marchitará toda la gloria de la que el hombre hace alarde? La carne debe verse en su verdadera naturaleza: corrupta y mortal, y sólo la gracia de Dios debe ser exaltada.

Esto se vio primero durante el ministerio de Juan el Bautista, y debe ser la obra preparatoria del Espíritu Santo en los corazones de los hombres, en todo momento, para que la Gloria del Señor sea revelada, y el orgullo humano sea confundido para siempre. El Espíritu sopla sobre la carne, y aquello que parecía vigoroso se vuelve débil, aquello que era hermoso de contemplar es corroído por la corrupción. De esta manera se descubre la verdadera naturaleza de la carne, su engaño queda al desnudo, su poder es destruido, y hay espacio para la dispensación de la Palabra que permanece para siempre, y para el gobierno del Pastor Grandioso, cuyas palabras son espíritu y vida.

El Espíritu marchita, y esta obra es la preparación para la siembra y para la implantación a través de las cuales se obra la salvación. El proceso que marchita antes de la siembra fue cumplido de manera maravillosa en la predicación de Juan el Bautista. De manera muy apropiada, Juan desarrolló su ministerio en el desierto, pues lo rodeaba por completo un desierto espiritual. Él era la voz de uno que clama en el desierto. Su trabajo no era plantar, sino derribar a hachazos. La religión carnal de los judíos estaba en su punto culminante. El fariseísmo deambulaba por las calles paseando toda su pompa (los hombres descansaban de manera complaciente sólo en ceremonias externas) y la religión espiritual iba en una terrible decadencia.

Por aquí y por allá se podía encontrar a Simeón y a Ana, pero como regla general, los hombres no conocían nada de religión espiritual, si no que decían en sus corazones: “A Abraham tenemos por padre,” y esto basta. Qué commoción causaría Juan cuando llamó a los arrogantes fariseos: “¡generación de víboras!” ¡Cómo se sacudiría la nación con la declaración: “Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles”! Severo como Elías, su obra consistía en derribar montañas y abatir cualquier imaginación alta. Esa palabra “arrepentíos,” eran un viento quemante para el bosque de la justicia propia, una bomba mortal para la confianza del ceremonialismo.

Su alimento y su vestido invitaban al ayuno y al gemido. El signo externo de su ministerio declaraba la muerte entre aquellos a quienes predicaba, conforme sepultaba en las aguas del Jordán a quienes venían a él. “Deben morir y ser sepultados, así como Él que va a venir, salvará mediante la muerte y la sepultura.” Este era el significado del emblema que exponía a las multitudes. Su acto típico era tan cabal en su enseñanza como lo eran sus palabras. Y como si eso no fuera suficiente, les prevenía de otro Bautismo aún más inquisidor y exigente en el Espíritu Santo y fuego, y de la venida de Uno cuyo aventador está en Su mano, para limpiar completamente su era.

El Espíritu en Juan soplaba como el poderoso viento del norte, capaz de devastar y marchitar, y lo convirtió en un destructor de la va-

nagloria de la religión de la carne, para que pudiera ser establecida la fe *espiritual*. Cuando el propio Señor apareció, Él vino a una tierra seca, cuyas glorias habían desaparecido. El viejo tronco de Isaí estaba sin hojas, y nuestro Señor era la rama que creció de su raíz. El cetro había sido quitado de Judá y el legislador de entre sus pies, cuando vino Siloh.

Un forastero estaba sentado en el trono de David, y los romanos consideraban como propia la tierra del Pacto. La lámpara de la profecía ardía muy débilmente, aunque aún no se había extinguido por completo. Ningún Isaías había surgido últimamente para consolarlos, ni tampoco ningún Jeremías que lamentara sus apostasías. Toda la economía del Judaísmo era como un vestido viejo. Ya estaba desgastado, listo para desecharse. El sacerdocio estaba en pleno desorden. Lucas nos dice que Anás y Caifás eran sumos sacerdotes ese año (dos en un año o simultáneamente) un extraño arreglo fuera de la ley de Moisés. Toda la dispensación que se concentraba alrededor de lo visible, o como dice Pablo: el santuario “terrenal,” estaba llegando a su fin.

Y cuando nuestro Señor había consumado Su obra, el velo del templo se rasgó en dos, los sacrificios fueron abolidos, el sacerdocio de Aarón fue hecho a un lado y las ordenanzas carnales fueron abrogadas, pues el Espíritu reveló cosas espirituales. Cuando vino Él, que fue establecido como Sumo Sacerdote “no constituido conforme a la ley del mandamiento acerca de la descendencia, sino según el poder de una vida indestructible,” quedó entonces “abrogado el mandamiento anterior a causa de su debilidad e ineficacia.” Tales son los hechos de la historia.

Pero yo no le puedo dedicar mucho tiempo a estos hechos, sino que voy a referirme a las historias *personales* de ustedes, a la experiencia de cada hijo de Dios. En cada uno de nosotros debe cumplirse el hecho que todo lo que es de la carne en nosotros, viendo que es como la hierba, debe secarse, y toda su gloria debe ser destruida. El Espíritu de Dios, como el viento, debe pasar sobre el campo de nuestras almas y debe hacer que nuestra belleza sea como una flor que se marchita. Debe convencernos de pecado de tal manera, y debe hacernos ver cómo somos nosotros realmente, que veremos que la carne de nada aprovecha, que nuestra naturaleza caída es la corrupción misma, y que “los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.”

Se nos tiene que hacer ver la sentencia de muerte sobre nuestra vida anterior legal y carnal para que la simiente incorruptible de la Palabra de Dios, implantada por el Espíritu Santo, pueda estar en nosotros, y habitar en nosotros para siempre. ¡El tema de esta mañana es la obra del Espíritu Santo que marchita las almas de los hombres! Y después de haber comentado el tema, vamos a concluir con unas pocas palabras sobre el trabajo de implantación que siempre viene después que se ha llevado a cabo la obra que marchita.

1. Vamos entonces a analizar la OBRA DEL ESPÍRITU QUE CAUSA QUE LA HERMOSURA DE LA CARNE SE MARCHITE. En primer lugar, observemos que la obra del Espíritu Santo que marchita lo carnal en el alma del hombre, es *muy inesperada*. Observarán que en nuestro texto aún el predicador mismo, aunque indudablemente fue alguien enseñado por Dios, cuando se le ordenó dar voces, dijo: “¿Qué tengo que decir a voces?” Aún él desconocía que para consolar al pueblo de Dios, debe experimentarse primero una visitación preliminar.

Muchos predicadores del Evangelio de Dios, han olvidado que la Ley es el ayo que lleva a los hombres a Cristo. Hemos visto demasiada ac-

tividad que trata de remendar sin usar la aguda aguja del poder de convicción del Espíritu. Muchos predicadores se han esforzado para hacer a Cristo precioso a los ojos de los que se consideran ricos y poseedores de muchos bienes; sin embargo, ha sido una labor vana. Es nuestro deber predicar a Jesucristo aún a pecadores que hacen alardes de rectos, pero es seguro que Jesucristo nunca será aceptado por ellos mientras tengan una alta estima propia.

Sólo los enfermos darán la bienvenida al doctor. La obra del Espíritu es convencer a los hombres de pecado, y hasta tanto no estén convencidos de pecado, nunca serán llevados a buscar la justicia que es de Dios por medio de Jesucristo. Estoy persuadido que siempre que hay una obra real de la Gracia Divina en cualquier alma, comienza con una acción de derribar. El Espíritu Santo *no* construye sobre los viejos cimientos. Madera, heno y hojarasca no son los materiales adecuados para que Él construya. Él vendrá como el fuego, y causará una conflagración en todas las Babeles de naturaleza orgullosa. Él quebrará nuestro arco y cortará nuestra lanza en mil pedazos, y quemará nuestros carros con fuego.

Cuando el cimiento de arena haya desaparecido, y sólo entonces, Él pondrá en nuestras almas una Roca por fundamento, escogida por Dios, y muy preciosa. El pecador que ha despertado, cuando le pide a Dios que tenga misericordia de él, se queda muy asombrado al descubrir que, en vez de gozar de una paz inmediata, su alma es abatida en su interior cuando siente la ira divina. Naturalmente se pregunta: “¿Acaso esta es la respuesta a mi pregunta? Rogué al Señor que me librara del pecado y de mi yo, y ¿esta es la forma en que Él me trata?”

“Yo dije: ‘escúchame’ y he aquí que Él me *hiere* con crueles heridas. Yo dije: ‘visteme’ y he aquí que Él me ha despojado de los pocos harapos que antes me cubrían, y mi desnudez me mira a la cara. Yo dije ‘lávame’ y he aquí Él me ha hundido en el foso de tal manera que hasta mis vestidos me aborrecen. ¿Acaso así se obtiene la Gracia Divina?” Pecador, no te sorprendas: así es. ¿No te das cuenta del motivo? ¿Cómo podrás ser sanado mientras la carne orgullosa recubra tu herida? Debe desaparecer. Es la única forma de curarte permanentemente. Sería una insensatez cubrir tu herida, o sanar tu carne, y dejar que la lepra carcoma tus huesos.

El Médico Grandioso va a cortar con su agudo bisturí hasta quitar la corrupción de la carne, pues sólo así se puede llevar a cabo tu curación. ¿Acaso no puedes ver que es divinamente sabio que, para que puedas ser vestido apropiadamente, debes ser desnudado primero? ¡Qué! ¿Preferirías tener por fuera la lustrosa justicia de Cristo, más blanca de lo que cualquier lavandería podría blanquear, y tener tus inmundos harapos escondidos por dentro? ¡Hombre, deben ser tirados a la basura! Ni uno solo de tus hilos puede ser conservado. Dios no puede limpiarte hasta que no te haya hecho ver *algo* de tu suciedad. Pues nunca podrías valorar la sangre preciosa que nos limpia de todo pecado, si no eres llevado primero que nada, a lamentar que eres integralmente una cosa sucia.

La obra de convicción del Espíritu, siempre que viene, es inesperada, y aún para el hijo de Dios en quien este proceso tiene que continuar, es a menudo sorprendente. Comenzamos a reconstruir aquello que el Espíritu de Dios ha destruido. Habiendo comenzado en el Espíritu, actuamos como si quisieramos ser perfeccionados en la carne. Y entonces, cuando nuestra errónea reconstrucción tiene que ser derribada a nivel del suelo, nos quedamos tan sorprendidos como cuando

al principio se cayeron las escamas de nuestros ojos. Newton se encontraba en una condición semejante a esta cuando escribió—

“Pedí al Señor que pudiera crecer en la fe
Y en el amor y en toda gracia,
Conocer más acerca de Su salvación,
Y buscar con más dedicación Su rostro.
Fue Él quien me enseñó a orar así,
Y Él ha respondido mi oración, confío yo.
Pero ha sido tal Su responder
Que fui llevado al borde de la desesperación.
Yo esperaba que en un momento favorable
Contestara de inmediato mi petición,
Y mediante el poder de contención de Su amor
Subyugara mis pecados, y me diera el descanso.
En vez de esto, Él me hizo sentir
La depravación oculta en mi corazón,
Y dejó que los airados poderes del infierno
Atacaran toda la geografía de mi alma.”

Ah, no te sorprendas, pues así responde el Señor a Su pueblo. La voz que dice: “Consolaos, consolaos, pueblo mío,” alcanza su propósito haciendo oír en primer lugar: “toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo.”

2. Más aún, *esta obra de marchitar es conforme al orden usual de la operación divina*. Si consideramos detenidamente los caminos de Dios, no nos va a sorprender que Él comience con Su pueblo con cosas terribles en justicia. Observen el método de la creación. No me voy a aventurar en teorías dogmáticas de geología, pero parece que hay una alta probabilidad que este mundo fue creado y destruido varias veces antes de su arreglo final para que lo habitara el hombre. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra.” Después vino un largo intervalo, y al final, en el tiempo designado, durante seis días, el Señor preparó la tierra para la raza humana.

Consideren, entonces, el estado de las cosas cuando el Grandioso Arquitecto comenzó Su obra. ¿Qué había en el principio? Originalmente, nada. Cuando Él mandó el ordenamiento de la tierra, ¿cómo estaba? “La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo.” No había ningún rastro de algún plan alterno que interfiriera con el Grandioso Arquitecto. “¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?”

No recibió ninguna contribución para las columnas o los pilares del templo que tenía proyectado construir. La tierra era, tal como lo expresa el hebreo, *tohu y bohu*, sólo desorden y confusión, en una palabra, era el caos. Lo mismo ocurre con la nueva creación. Cuando el Señor nos hace renacer, Él no toma nada prestado del viejo hombre, sino que hace *todas* las cosas nuevas. No repara ni agrega una nueva ala a la antigua casa de nuestra naturaleza depravada, sino que construye un nuevo templo para Su propia alabanza. Espiritualmente nosotros estamos sin forma y vacíos, y las tinieblas están sobre la faz de nuestros corazones, y Su Palabra nos llega diciendo: “Sea la luz,” y la luz es, y muy pronto también la vida es y todas las cosas preciosas.

Tenemos otro ejemplo tomado de los caminos de Dios. Después que hubo caído el primer hombre, ¿cuándo le trajo el Señor el Evangelio? El primer susurro del Evangelio, como ustedes saben, fue: “pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza.” Ese susurro vino cuando el hombre se estremecía ante la presencia de su Creador, sin poder proferir ninguna otra palabra a manera de excusa, sino permaneciendo culpable ante el

Señor. ¿Cuándo vistió el Señor Dios a nuestros padres? No lo hizo sin haberle formulado antes la pregunta: "¿Quién te enseñó que estabas desnudo?" No fue sino hasta que las hojas de higuera habían fallado completamente que el Señor les proporcionó la piel del sacrificio, y los cubrió con ella.

Si ustedes meditan acerca de los actos de Dios para con los hombres, constantemente verán lo mismo. Dios nos ha dado un tipo de salvación maravilloso en el arca de Noé. Pero Noé fue salvado en el arca en conexión con la muerte. Digamos que Noé estaba sepultado en vida en una tumba, y todo el mundo a su alrededor fue entregado a la destrucción. Cualquier otra esperanza se había disipado para Noé, y sin embargo el arca flotó sobre las aguas.

Recuerden la redención de los hijos de Israel cuando los sacó de Egipto. Ocurrió cuando se encontraban en la peor condición, y su clamor llegó hasta el cielo a causa de su esclavitud. Ningún hombre les podía traer la salvación. Entonces el Señor, con mano fuerte y brazo extendido rescató a Su pueblo. En todo momento la salvación viene con la humillación de la criatura, y cuando se desecha la esperanza humana. Como aconteció con los bosques de los Estados Unidos, el hacha del leñador debe tajar y cortar, los majestuosos árboles centenarios deben caer, las raíces deben ser quemadas y el reino original de la naturaleza debe ser turbado, antes de que pueda haber labranza y construcción de ciudades, y las artes de la civilización, y las transacciones del comercio. Lo viejo debe desaparecer para que venga lo nuevo.

De la misma manera el Señor quita lo primero, para poder establecer lo segundo. El primer cielo y la primera tierra deben pasar, pues de lo contrario no puede haber un cielo nuevo y una nueva tierra. Ahora, como ha ocurrido con lo externo, debemos esperar que lo mismo ocurrirá dentro de nosotros. Y cuando este marchitamiento y esta perdida de brillo tenga lugar en nuestras almas, sólo podremos decir: "Jehová es; haga lo que bien le pareciere."

3. Me gustaría que observaran, en tercer lugar, que nuestro texto nos enseña *cuán universal en su alcance es este proceso* en los corazones sobre los que obra el Espíritu. ¿De qué se trata este marchitamiento? ¿Acaso es de alguna parte de la carne y de alguna porción de sus tendencias? No, observen: "que toda carne es hierba, y toda su gloria (su elemento más selecto y escogido) como flor del campo." Y ¿qué le ocurre a la hierba? ¿Sobrevive algo? "La hierba se seca," toda ella. ¿Y la flor, acaso no resistirá? Siendo una cosa tan bella ¿no tiene una cierta inmortalidad? No, se marchita y se cae.

Entonces, en dondequiera que el Espíritu de Dios sopla en el alma del hombre, hay un marchitamiento de todo lo que es de la carne, llegando a comprender que la mente orientada hacia la carne está muerta. Por supuesto, todos conocemos y confesamos que donde hay una obra de la Gracia, debe haber una destrucción de nuestro deleite en los placeres de la carne. Cuando el Espíritu de Dios sopla en nosotros, lo que era dulce se torna amargo. Lo que era brillante se torna opaco. Un hombre no puede poseer la vida de Dios y sin embargo amar el pecado. Si siente placer en los gozos carnales en los que antes se deleitó, entonces todavía es lo que era: le interesan las cosas de la carne y por lo tanto busca la carne, y morirá.

El mundo y las codicias de otras cosas son, para el hombre no regenerado, tan bellos como los prados en la primavera, cuando están adornados de flores. Pero para el alma regenerada son un desierto,

una tierra salada y deshabitada. De aquellas cosas en las que antes nos deleitábamos decimos: "vanidad de vanidades, todo es vanidad." Clamamos para ser librados de los gozos venenosos de la tierra (los aborrecemos) y nos asombramos porque en un tiempo pudimos disfrutarlos. Amados hermanos, ¿saben lo que significa este tipo de marchitamiento? ¿Acaso han visto que los deseos de la carne, y las pompas y todos sus placeres se marchitan delante de sus propios ojos? Deben tener esta experiencia o de lo contrario el Espíritu de Dios no ha visitado sus almas.

Pero observen, siempre que el Espíritu de Dios llega, Él destruye la hermosura y la flor de la carne, es decir, *nuestra* justicia se marchita al igual que nuestra pecaminosidad. Antes de que venga el Espíritu nosotros nos consideramos tan buenos como el mejor. Decimos: "todos estos mandamientos los he guardado desde mi juventud," y preguntamos de manera arrogante: "¿Qué más me falta?" ¿Acaso no hemos sido morales? Más aún, ¿no hemos sido acaso *religiosos*? Confesamos que tal vez hemos cometido faltas, pero las consideramos faltas muy veniales, y nos atrevemos a imaginar, en nuestro perverso orgullo, que, después de todo, no somos tan viles como la Palabra de Dios nos llevaría a pensar.

Ah, mi querido lector, cuando el Espíritu de Dios sopla en la hermosura de tu carne, su belleza se seca como una hoja, y entonces tendrás un concepto diferente acerca de ti mismo. Entonces no encontrarás palabras lo suficientemente severas para describir tu carácter anterior. Escudriñando profundamente en tus motivos, e investigando los propósitos que te inducían a la acción, verás tanta maldad que clamarás conjuntamente con el publicano: "Dios, sé propicio a mí, peccador."

Cuando el Espíritu Santo ha marchitado en nosotros nuestra justicia propia, todavía no ha completado ni el cincuenta por ciento de Su obra. Aún hay mucho que debe ser destruido, y en el saldo total, debe ser desecharo nuestro poder de resolución. La mayor parte de la gente piensa que se puede volver a Dios siempre que decida hacerlo. "Soy un hombre de tal fortaleza de mente," dice alguno, "que si yo me decidiera a ser religioso, no tendría ningún problema." "Ay," dice otro espíritu liviano, "yo creo que uno de estos días puedo corregir los errores del pasado y comenzar una nueva vida."

Ah, mis queridos lectores, las resoluciones de la carne son flores bellas, pero todas se van a marchitar. Cuando somos visitados por el Espíritu de Dios encontramos que aun cuando la voluntad está presente en nosotros, no sabemos cómo llevar a cabo lo que queremos. Sí, y descubrimos que nuestra voluntad es contraria a todo lo que es bueno, y que naturalmente no vamos a venir a Cristo para que podamos tener vida. ¡Qué pobres cosas tan frágiles son las resoluciones cuando son vistas a la luz del Espíritu de Dios! Aún así el hombre dirá: "Después de todo, yo pienso que tengo dentro de mí una conciencia iluminada y una inteligencia que me guiará acertadamente. Voy a usar la luz de la naturaleza y no dudo que si me desvío un poco voy a poder encontrar mi senda otra vez."

¡Ah, hombre! Tu sabiduría, que es la simple flor de tu naturaleza ¿qué cosa es, sino una insensatez, aunque tú no lo sabes? Inconverso y sin ser regenerado, tú no eres a los ojos de Dios más sabio que un pollino de asno montés. Yo quisiera que ustedes fuesen humillados en su propia estima como un niño a los pies de Jesús, y que fueran llevados a exclamar: "Enséñame." Cuando el viento del marchitamiento del

Espíritu se mueve en la mente carnal, revela la muerte de la carne en todos sentidos, especialmente en materia de poder buscar lo que es bueno. Entonces aprendemos la Palabra de nuestro Señor: "Separados de mí nada podéis hacer."

Cuando yo estaba buscando al Señor, no solamente creía que no podía orar sin la ayuda divina, sino que sentía en mi propia alma que no podía. Entonces no me podía sentir bien, ni lamentar como yo quería, o gemir como yo quería. Anhelaba poder anhelar más a Cristo, pero, ay, ni siquiera podía sentir que lo necesitaba a Él como debía sentirlo. Este corazón era entonces duro y terco, tan muerto como esos cadáveres descompuestos en sus tumbas. ¡Oh, qué no hubiera dado yo por una lágrima! ¡Quería arrepentirme, pero no podía! Anhelaba creer, pero no podía. Me sentía atado, enredado, y paralizado. Esta es una revelación humillante del Espíritu Santo de Dios, pero necesaria, pues la fe de la carne no es la fe de los elegidos de Dios.

La fe que justifica el alma es el *don* de Dios, no de nosotros. Necesitamos arrepentirnos del arrepentimiento que es obra de la carne. La flor de la carne debe marchitarse. Sólo la semilla del Espíritu producirá fruto para perfección. Los herederos del cielo no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de varón, sino de DIOS. Si la obra en nosotros no es del Espíritu, sino nuestra, se va a doblar y se va a caer en el momento en que necesitemos más su protección. Y su fin será como la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno.

4. Ven, entonces, la universalidad de esta obra de marchitamiento en nosotros. Pero les ruego que también observen *cuán completa es*. La hierba, ¿qué hace? ¿Se dobla? No, se seca. La flor del campo, ¿qué pasa con ella? ¿Inclina levemente su cabeza a un lado? No, nos dice Isaías que se marchita. Y según Pedro, se cae. No se puede revivir regándola, porque ha llegado a su fin. De esa manera también se les muestra a quienes han despertado, que en su carne no hay nada bueno. ¡Qué obra de marchitamiento y de muerte han tenido en sus almas algunos siervos de Dios!

¡Miren a Juan Bunyan, según se describe a sí mismo en su obra "Gracia Abundante"! Durante muchos meses y aun años, el Espíritu se ocupó en aniquilar todo lo que formaba parte del viejo Bunyan para que se pudiera convertir, por la gracia divina, en un hombre apto para guiar a los peregrinos en su camino hacia el cielo. No todos hemos soportado la dura prueba durante tanto tiempo, pero en cada hijo de Dios debe haber una muerte al pecado, a la ley, al YO. Y esta obra debe ser llevada a cabo antes de ser perfeccionados en Cristo y ser llevados al cielo.

La corrupción no puede heredar la incorrupción. Es por medio del Espíritu que mortificamos las obras del cuerpo, y tenemos vida. Pero ¿no puede ser mejorada la mente carnal? De ninguna manera. Por cuanto "los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden." ¿Acaso no puedes mejorar la vieja naturaleza? ¡No! "Os es necesario nacer de nuevo." ¿No puede aprender cosas celestiales? No. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente."

No hay nada que se pueda hacer con la vieja naturaleza excepto ponerla en la tumba. ¡Debe estar muerta y enterrada, y cuando eso suceda, entonces la semilla incorruptible que vive y permanece para siempre se desarrollará de manera gloriosa! El fruto del nuevo naci-

miento llegará a su madurez y la Gracia será exaltada en gloria. La vieja naturaleza nunca mejora. Es tan terrenal, y sensual, y diabólica en el santo de ochenta años como lo fue cuando vino por primera vez a Cristo. Ni ha experimentado mejoras ni puede mejorar. Es la enemistad misma contra Dios; todo designio de los pensamientos del corazón es de continuo solamente el mal. La vieja naturaleza llamada "la carne" desea en contra del Espíritu, y el deseo del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí. No puede haber paz entre ellos.

5. Prosiguiendo, observemos que toda *esta obra de marchitamiento en el alma es muy dolorosa*. Al leer estos versículos ¿acaso no les pareció que tienen un tinte fúnebre? "Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo. La hierba se seca, y la flor se marchita." Esta es una obra fúnebre, pero debe llevarse a cabo. Pienso que quienes experimentan una buena dosis de esa obra cuando vienen a Cristo por primera vez, tienen una razón poderosa para estar agradecidos. El curso de su vida será, con toda probabilidad, más brillante y más feliz. He observado que las personas que son convertidas con mucha facilidad, y que vienen a Cristo con muy poco conocimiento acerca de su propia depravación, tienen que obtener ese conocimiento más tarde.

Y permanecen durante mucho tiempo como bebés en Cristo y se quedan perplejos ante asuntos que no los hubieran turbado si hubieran experimentado una obra más profunda al principio. No, amigo, si la Gracia divina ha comenzado a construir en tu alma y dejara en su lugar alguna de las viejas paredes de la confianza en ti mismo, tendrá que ser derrumbada tarde o temprano. Puedes estar feliz porque algunas de esas paredes han permanecido, pero realmente se trata de una falsa congratulación. Tu gloriarte en ello no es bueno. Estoy seguro de esto, que Cristo nunca pondrá un remiendo de paño nuevo en vestido viejo, ni echará vino nuevo en odres viejos. Él sabe que el remiendo tira del vestido y se hace peor la rotura, y que los odres se rompen y el vino se derrama.

Todo lo que es producto de la naturaleza debe quedar al descubier-
to. El edificio natural debe caerse, la madera y la argamasa, el techo y
los cimientos, y debemos tener una casa no hecha por manos. Fue
una gran bendición para nuestra ciudad de Londres, que el gran incendio
limpió todos los viejos edificios que eran las madrigueras de la
peste. Después se construyó una ciudad mucho más sana. Y es una
gran bendición para un hombre cuando Dios barre de inmediato toda
justicia propia y su correspondiente fuerza y le hace sentir que no es
nada y que no puede ser algo, y lo lleva a confesar que Cristo debe ser
todo en todo, y que su única fortaleza está en el poder eterno del
siempre bendito Espíritu.

Algunas veces en algún comercio o en una empresa, un viejo sistema ha estado en operación durante años y ha causado mucha confusión y ha dado lugar a mucha deshonestidad. Entonces llegas tú como el nuevo gerente general y estableces un sistema enteramente nuevo. Ahora, intenta si puedes injertar tu nuevo método en el viejo sistema. ¡Cómo te va a complicar la vida! Año tras año te dices a tí mismo: "No funciona; si hubiera acabado con todo lo anterior y hubiera comenzando de cero, limpio desde el principio, no habría tenido ni la décima parte de problemas." Dios no pretende injertar el sistema de Gracia en la naturaleza corrupta, ni hacer que el nuevo Adán crezca a partir del viejo Adán.

Pero Dios quiere enseñarnos esto: "habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios." La salvación no es de la carne sino

únicamente de Dios. Lo que es nacido de la carne es sólo carne. Y sólo lo que es nacido del Espíritu es espíritu. Debe ser solamente la obra del Espíritu, o no será algo que Dios acepte. Observen, hermanos y hermanas, que aunque esto doloroso es *inevitable*. Ya he explicado esto y les he mostrado cuán necesario es que todo lo viejo sea quitado. Pero permítanme mencionar que es inevitable que lo viejo se vaya, porque es, en sí mismo, *corruptible*.

¿Por qué se seca la hierba? Porque es una cosa marchitada. “Su raíz está siempre en su tumba, y debe morir.” ¿Cómo podría brotar del suelo y ser *inmortal*? No es amaranto (flor que nunca se marchita) no florece en el Paraíso. Crece en una tierra en la que ha caído la maldición. Toda supuesta cosa buena que crece de ti es como tú: mortal, y debe morir. Las semillas de la corrupción están en todos los frutos del árbol humano. Aún cuando fueran tan bellos como los racimos del huerto del Edén, deben morir.

Además, sería imposible, hermanos y hermanas míos, que hubiera algo de la carne en nuestra salvación conjuntamente con algo del Espíritu. Pues si así fuera, habría una división del honor. Hasta este momento las alabanzas son para Dios, y a partir de ahora las alabanzas me pertenecen a mí. Si yo fuera a ganar el cielo en parte por lo que yo hubiera hecho, y en parte por lo que Cristo hubiera hecho, y si la energía que me santificó fuera en alguna medida mi propia energía y en otra medida fuera divina, quienes dividen el trabajo también dividen la recompensa. Y los cantos del cielo, aunque serían en parte para Jehová, deberían ser también en parte para la criatura.

Pero eso no ocurrirá. ¡Sométete, carne orgullosa! Humillate, te digo. Aunque te laves y te purifiques como puedas, eres totalmente *corrupto*. Aunque te esfuerces hasta el agotamiento, construyes con madera que será quemada, y con heno que será convertido en cenizas. Abandona toda confianza en ti mismo y deja que la obra pertenezca a quien le pertenece, y que el mérito sea para quien corresponde, es decir, únicamente para Dios. Es inevitable entonces, que haya esta obra de marchitamiento.

7. Concluyo con una palabra de consuelo para cualquiera que esté experimentando el proceso que estamos describiendo, y espero que algunos de ustedes estén en esa condición. Me da mucho gozo cuando escucho que ustedes, inconversos, se sienten muy miserables, pues las miserias que son obras del Espíritu Santo son siempre el preludio de la felicidad. *La obra del Espíritu es de marchitar*. Me encanta la traducción que tenemos: “porque el Espíritu de Jehová soplo en ella.” Es cierto que el pasaje puede ser también traducido así: “el viento de Jehová soplo en ella.”

Como ustedes saben, la misma palabra se usa en el hebreo para designar “viento” y “Espíritu,” y lo mismo es válido en el griego. Pero conservemos aquí la antigua traducción, pues yo pienso que es el significado real del texto. Es el Espíritu de Dios el que marchita la carne. No es el diablo el que mató mi justicia propia. Me daría miedo que fuera así. Ni tampoco fui yo el que se humilló a sí mismo mediante una auto-degradación voluntaria e innecesaria. Fue el Espíritu de Dios. ¡Es mejor ser hecho pedazos por el Espíritu de Dios que ser sanado por la carne! ¿Qué dice el Señor? “Yo hago morir, y yo hago vivir.” Él nunca hace vivir sino a quienes Él hace morir.

¡Bendito sea el Espíritu Santo cuando me mata! Cuando Su espada corta a través de las entrañas de mis propios méritos y de mi confianza en mí mismo, entonces me hace vivir. “Yo hiero, y yo sano.” Él nun-

ca sana a nadie que no haya herido. ¡Entonces bendita sea la mano que hiere! ¡Que siga hiriendo! ¡Que corte y arranque! ¡Que me quede muy claro cuán malo soy, para que pueda ser llevado a desesperar de mí mismo y me deje caer sobre la misericordia inmerecida de Dios y que la reciba como un pobre pecador culpable, perdido, desesperado y arruinado!

Que por Su gracia nos arrojemos en los brazos de la Gracia soberana, sabiendo que Dios debe *dar* todo, y Cristo debe *ser* todo, y el Espíritu debe *obrar* todo. Y el hombre debe ser como barro en las manos del alfarero, para que el Señor pueda llevar a cabo en él lo que le parezca bien. Gócense, queridos hermanos y hermanas, sin importar en qué forma son abatidos, pues si el Espíritu los humilla, Él no quiere ningún mal para ustedes, sino que quiere un infinito bien para sus almas.

II. Ahora vamos a concluir con unas pocas frases relativas a LA IMPLANTACIÓN. Según Pedro, aunque la carne se marchita, y la flor se cae, en los hijos de Dios hay un proceso inverso al marchitamiento que es de otra índole: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.” “Mas la palabra del Señor permanece para siempre.”

Ahora, el Evangelio nos es útil porque no es de origen humano. Si fuera de la carne, todo lo que pudiera hacer por nosotros no nos llevaría más allá de la carne. Pero el Evangelio de Jesucristo es sobrehumano, divino y espiritual. Desde su concepción es de Dios. Su gran don, el Salvador, es un don divino. Y todas sus enseñanzas están llenas de la Divinidad. Si tú, querido lector, crees en un Evangelio que tú mismo has elaborado, o en un Evangelio que es producto del cerebro humano, es de la carne y se va marchitar (y tú morirás) y estarás *perdido* creyendo en él. La única palabra que puede bendecirte y ser una semilla en tu alma, debe ser la Palabra viva e incorruptible del Espíritu eterno.

Y esta es la Palabra incorruptible, que, “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.” Que, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados.” Esta es la palabra incorruptible, que, “Todo aquél que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios.” “El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.”

Entonces, hermanos, ésta es la semilla. Pero antes de que pueda crecer en sus almas, debe primero ser plantada allí por el Espíritu. ¿La recibirán esta mañana? Entonces el Espíritu la va a sembrar en su alma. ¿Se precipitan hacia ella diciendo: “¡Yo creo! ¡Yo la tomo! En el Dios encarnado deposito mi esperanza. Toda mi confianza está en el Sacrificio sustituto, en la completa expiación de Cristo. Yo estoy reconciliado con Dios por medio de la sangre de Jesús?

Y ¿cuál es su resultado? De acuerdo con el texto, nos viene una nueva vida como consecuencia de que la Palabra viva mora en nosotros y que hemos nacido de nuevo por medio de ella. Es una nueva vida. No es la vieja naturaleza que selecciona lo mejor que hay en ella. No es el viejo Adán que se refina y se purifica a sí mismo y que se eleva a algo mejor. No. Ya lo hemos mencionado antes que la carne se seca y su flor se marchita. Es enteramente una *nueva* vida. En la regeneración se convierten en una criatura tan nueva como si nunca hubieran existido, y hubieran sido creados por primera vez.

“Las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” Los hijos de Dios están más allá y por encima de los otros hombres. Los otros hombres no poseen la vida que el hijo de Dios ha recibido. Los otros hombres sólo tienen dos componentes: cuerpo y alma. El hijo de Dios tiene tres componentes: él es *espíritu*, alma y cuerpo. Un principio nuevo, una chispa de la vida divina ha caído en su alma. Ya no es más un hombre natural o carnal, sino que se ha convertido en un hombre *espiritual*, capaz de entender las cosas espirituales y que posee una vida muy superior a cualquier cosa que pertenezca al resto de la humanidad. Oh, que Dios que ha marchitado lo que es de la carne, en las almas de algunos de ustedes, les otorgue muy pronto el nuevo nacimiento por medio de la Palabra.

Observen ahora, para concluir, que dondequiera que esta nueva vida viene a través de la Palabra, es incorruptible, y vive y permanece para siempre. Tratar de arrancar la buena semilla del corazón de un creyente, y tratar de destruir la nueva naturaleza en él, es algo que intentan la tierra y el infierno, pero no lo han podido lograr. Aunque se pudiera arrancar al sol del firmamento, aun así no se podría arrancar la gracia divina de un corazón regenerado. “Vive y permanece para siempre,” dice el texto. No puede corromperse a sí misma ni puede ser corrompida. “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado.”

“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano.” “El agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” Tú tienes una vida natural que morirá, porque es de la carne. Tú tienes una vida espiritual. Acerca de ella está escrito: “Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.” Tú tienes ahora en ti la noble y verdadera inmortalidad. Debes vivir como Dios vive, en paz y gozo y felicidad.

Oh, pero recuerda, querido lector, si no tienes esto “no verás la vida.” Entonces, ¿qué sucederá? ¿Serás aniquilado? Ah, no, pero, “la ira de Dios está sobre ti.” Existirás, pero no vivirás. No sabrás nada de la vida, pues eso es un don de Dios en Cristo Jesús. Serás más bien el desdichado heredero de la muerte eterna, llena de tormentos y de angustia: “la ira de Dios está sobre él.” Serás lanzado al “lago de fuego. Esta es la muerte segunda.” Serás uno más de aquellos que están “donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga.”

¡Que Dios, el siempre bendito Espíritu, los visite! ¡Si Él está luchando con ustedes, no apaguen Su llama divina! No traten con ligereza ningún pensamiento santo que tengan. Si hoy deben confesar que no son nacidos de nuevo, humillense ante eso. ¡Vayan y busquen la misericordia del Señor! Ruéguenle para que los trate con gracia y misericordia y los salve. Muchas personas que sólo han tenido acceso a la luz de la luna, la han valorado, y muy pronto recibieron la luz del sol.

Por sobre todas las cosas recuerden qué es la semilla que da vida y denle reverencia cuando escuchen su predicación: “Y esta es la palabra que por el Evangelio os ha sido anunciada.” Respétenla y recíbanla. Recuerden que la semilla que da vida está toda envuelta en esta frase: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.” “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” Que Dios los bendiga, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #999 – Volumen 17
The Withering Work of the Spirit

Las Condiciones del Poder en la Oración

NO. 1103

**UN SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL
DOMINGO 23 DE MARZO, 1873,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Y cualquiera cosa que pidíremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él. Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado. Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.”

1 Juan 3:22-24.

Pensé en predicarles esta mañana acerca de la importancia de la oración, teniendo el firme propósito de motivarlos para que oren por mí y por la obra del Señor en este lugar. En verdad, no creo que habría podido elegir un tema de mayor relevancia, o uno que tuviera mayor peso para mi alma. Si me fuera permitido hacerles una petición, les haría esta: “Por lo demás, hermanos, orad por nosotros.” ¿De qué serviría nuestro ministerio sin la bendición divina, y cómo podríamos esperar la bendición divina a menos que la Iglesia de Dios la busque? Lo diré incluso con lágrimas: “hermanos, orad por nosotros”: no restrinjan la oración: por el contrario, abunden en la intercesión, pues así, y solamente así, podrá crecer, o simplemente sostenerse, nuestro desarrollo como iglesia.

Pero, entonces, se me ocurrió la pregunta: ¿pudiera haber algo en la iglesia que impida que nuestras oraciones tengan éxito? Esa es una pregunta indispensable que debe ser considerada con toda sinceridad, incluso antes de exhortarlos a la intercesión; porque, hemos aprendido por el primer capítulo de Isaías, que las oraciones de un pueblo impío se convierten pronto en abominaciones para Dios. “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multiplicquéis la oración, yo no oiré.” Las iglesias pueden caer en un estado tal, que incluso sus devociones se vuelven una iniquidad; “las fiestas solemnes” son un fastidio para el Señor. Podrían existir males en el corazón de cualquiera de nosotros que hicieran imposible que Dios, en consistencia con Su propio carácter y Sus atributos, prestara alguna consideración a nuestras intercesiones. Si veneramos a la iniquidad en nuestros corazones, el Señor no nos escuchará.

De acuerdo a nuestro texto, hay algunas cosas que son esenciales para el éxito de la oración. Dios oirá toda oración verdadera, pero hay ciertas cosas que el pueblo de Dios debe poseer, pues de lo contrario sus oraciones no darán en el blanco. El texto nos dice: "Cualquier cosa que pidiremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él." Ahora, el día de hoy, el tema a considerar será: los elementos esenciales para el poder en la oración; lo que debemos hacer, lo que debemos ser, lo que debemos tener, si vamos a prevalecer habitualmente con Dios en la oración. Aprendamos cómo convertirnos en otros Elías y Jacob.

I. Primero, voy a considerar LOS ELEMENTOS ESENCIALES DEL PODER EN LA ORACIÓN. Debemos hacer unas cuantas distinciones de entrada. Entiendo que hay una gran diferencia entre la oración de un alma que está buscando misericordia y la oración de un hombre que ya es salvo. Yo le digo a cada persona presente, quienquiera que sea, que si busca sinceramente la misericordia de Dios por medio de Jesucristo, la tendrá. Cualquiera que hubiera sido tu condición previa de vida, si ahora buscas penitencialmente el rostro de Jehová, a través del Mediador designado, podrás encontrarlo. Si el Espíritu Santo te ha enseñado a orar, no lo dudes más, apresúrate a la cruz, y recibe el descanso en Jesús para tu alma culpable. No sé de ningún requisito previo para la primera oración del pecador, excepto la sinceridad.

Pero tenemos que hablarles de manera diferente a quienes ya son salvos. Te has convertido ahora en miembro del pueblo de Dios, y aunque serás escuchado de igual manera que el pecador sería escuchado, y aunque encontrarás diariamente la gracia necesaria como la que cada buscador recibe en respuesta a su oración, ahora eres un hijo de Dios y estás bajo una especial disciplina específica para la familia regenerada. En esa disciplina, las respuestas a la oración ocupan una elevada posición, y son de un uso eminentemente.

Hay algo que el creyente debe gozar además de la salvación; hay mercedes, y bendiciones, y consuelos, y favores, que hacen que su vida presente sea útil, feliz y honorable, pero estas cosas están íntimamente vinculadas a su carácter. No son elementos vitales en cuanto a la salvación; lo vital es poseído por el creyente incondicionalmente, pues son condiciones del pacto; pero ahora nos estamos refiriendo a los honores y a las exquisitezas de la casa, que son otorgados o retenidos según sea nuestra obediencia como hijos del Señor. Si ustedes descuidan las condiciones que llevan, su Padre celestial no se los otorgará.

Las bendiciones esenciales del pacto de la gracia permanecen sin condiciones; la invitación a buscar misericordia está dirigida a quienes no tienen idoneidad de ningún tipo, excepto su necesidad: pero habiendo

entrado a la familia divina como hombres y mujeres salvos, ustedes descubrirán que otras bendiciones selectas son otorgadas o denegadas de acuerdo a nuestra atención a las reglas del Señor para Su familia. Para darles un ejemplo común: si algún hambriento estuviera a su puerta, y les pidiera pan, ustedes se lo darían, independientemente de cuál fuera su carácter. De la misma manera le dan alimento a su hijo, independientemente de cuál sea su comportamiento; ustedes no le negarán nada a su hijo que sea necesario para la vida; nunca seguirían ningún curso de disciplina en su contra, como para negarle su necesario alimento, o el vestido que le proteja del frío. Pero hay muchas otras cosas que su hijo podría desear, y que ustedes le darían si es obediente, pero que no le darían si fuera rebelde con ustedes. Creo que eso ilustra la forma en que el gobierno paternal de Dios rige este asunto.

Entiendan también que el texto se refiere, no tanto a que Dios oirá de vez en cuando la oración de Sus siervos, pues eso hará, aun cuando Sus siervos anden extraviados de Él, o cuando Él oculta Su rostro de ellos; pero el poder en la oración expresado aquí, es un poder continuo y absoluto con Dios; de tal manera que, para citar las palabras del texto, “Cualquiera cosa que pidiremos la recibiremos.”

Para esta oración hay ciertos prerequisitos y elementos esenciales de los cuales tendremos que hablar ahora, y el primero es: *obediencia infantil*: “Cualquiera cosa que pidiremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos.” Si estamos desprovistos de obediencia, el Señor podría decírnos lo que le dijo a Su pueblo Israel: “Mas vosotros me habéis dejado, y habéis servido a dioses ajenos; por tanto, yo no os libraré más. Andad y clamad a los dioses que os habéis elegido.” Cualquier padre les dirá que si él concediera la petición de un hijo desobediente, estaría estimulando la rebelión en la familia, y se tornaría imposible que pudiera gobernar su propia casa. Es a menudo pertinente que el padre le diga: “hijo mío, no escuchaste lo que te acabo de decir, y por eso, no puedo escuchar lo que tú me dices.” No se trata de que el padre no le ame, sino que debido al amor a su hijo, y por causa de ese amor, se siente obligado a mostrar su disgusto denegando la petición de su vástagos descarriado. Dios actúa con nosotros como deberíamos actuar con nuestros hijos contumaces, y si ve que vamos a caer en pecado y a transgredir, como parte de Su amable disciplina paternal nos dice: “Cuando clames a Mí, no daré cabida a tu petición; cuando Me suplique, no te oiré; no te destruiré, serás salvo, tendrás el pan de vida, y el agua de vida, pero no recibirás nada más: los festines de mi reino te serán denegados, y no poseerás ninguna otra cosa incluyendo el predominio especial de tu oración.”

El Salmo ochenta y uno nos revela que el Señor trata con Su propio pueblo así: “¡Oh, si me hubiera oído mi pueblo, si en mis caminos hubiera andado Israel! En un momento habría yo derribado a sus enemigos, y vuelto mi mano contra sus adversarios. . .les sustentaría Dios con lo mejor del trigo, y con miel de la peña les saciaría.” Vamos, si al hijo desobediente de Dios se le pusiera en sus manos la promesa: “Todo lo que pidiereis en oración. . .lo recibiréis,” con seguridad pediría algo que lo apoyara en su rebelión. Pediría una provisión para sus propias lascivias y ayudas para su rebelión. Esto no puede ser tolerado nunca. ¿Acaso Dios favorecería nuestras corrupciones? ¿Acaso alimentaría las llamas de la pasión carnal? Un corazón obstinado tiene ansias de una mayor libertad para poder ser más obstinado; un espíritu altivo anhela una elevación mayor para poder ser todavía más arrogante; un espíritu holgazán pide una mayor quietud para poder ser más indolente; y un espíritu dominante pide más poder para gozar de mayores oportunidades para la opresión. Según es el hombre, así serán sus peticiones: un espíritu rebelde ofrece oraciones orgullosas y obstinadas. ¿Acaso Dios oirá tales oraciones? No puede ser. Nos dará lo que pidamos si guardamos Sus mandamientos, pero si nos tornamos desobedientes y rechazamos Su gobierno, Él también rechazará nuestras oraciones, y dirá: “Si anduviereis conmigo en oposición, yo también andaré con ustedes en oposición: con los difíciles de soportar, yo me mostraré difícil de soportar.” Felices seremos si por la gracia divina podemos decir con David: “Lavaré en inocencia mis manos, y así andaré alrededor de tu altar, oh Jehová.” Esta no sería nunca una perfecta obediencia, pero sería al menos inocencia del amor al pecado y de la rebelión voluntaria contra Dios.

Junto a esto, hay otro elemento esencial para la oración victoriosa, es decir, *reverencia infantil*. Advierten la siguiente frase: recibimos lo que pedimos, “Porque guardamos sus mandamientos, y *hacemos las cosas que son agradables delante de él*.” Cuando los niños han recibido un mandamiento de su padre, no se les permite que cuestionen su validez o sabiduría; la obediencia termina donde comienza el cuestionamiento. El concepto que un hijo tiene de su deber no debe convertirse en la medida del derecho de mandar del padre: los buenos hijos dicen: “nuestro padre nos ha ordenado que hagamos tal y tal cosa, y por eso la haremos, pues siempre nos deleita agradarle.” La razón más poderosa para la acción de un hijo amante es la persuasión que le agradará a sus padres; y el argumento más poderoso que puede utilizarse para detener a un hijo bondadoso, es demostrarle que tal curso de acción disgustaría a sus padres. Precisamente lo mismo nos sucede con Dios, que es el Padre perfecto, y por tanto, sin temor a equivocarnos, hacer siempre lo que le agrada es

nuestra norma de lo que está bien, mientras que lo que le desagrada, es, con seguridad, la regla de lo que es indebido.

Supongan que cualquiera de nosotros fuera obstinado y dijera: "no haré lo que agrada a Dios, sino que haré lo que me agrada." Observen, entonces, cuál sería la naturaleza de nuestras oraciones: nuestras oraciones podrían resumirse en esta petición: "hágase mi voluntad." ¿Acaso podríamos esperar que Dios consintiera eso? ¿Acaso seremos señores no solamente de la heredad de Dios sino señores del propio Dios? ¿Querrían que el Todopoderoso renunciara al trono para colocar allí a un altivo mortal? Si tuvieran a un hijo en su casa que no tuviera ningún respeto de ningún tipo por su padre, pero que dijera: "quiero hacer en todo lo que se me venga en gana"; si viniera a pedirles algo, ¿le concederían lo que pide? ¿Acaso le permitirían que les dictara su conducta, y se olvidaran de la honra que debe guardarles? ¿Dirían ustedes: "sí, mi querido hijo, yo reconozco tu importancia y serás el señor de la casa, y obtendrás todo lo que pidas?" ¿Qué clase de casa sería esa? Me temo que hay algunos hogares que son así, pues hay padres insensatos que permiten que sus hijos se conviertan en sus señores y de esta manera se fabrican una vara para sus propias espaldas: pero la casa de Dios no tiene este ordenamiento: Él no escuchará a los hijos obstinados, pero sí los oirá en Su enojo, y les responderá con ira. Recuerden cómo escuchó la petición que hizo Israel pidiendo carne, y cuando la carne estaba todavía en sus bocas se convirtió en una maldición para ellos. Muchas personas son disciplinadas cuando obtienen sus propios deseos, así como los rebeldes son llenados con sus propios artificios.

Debemos tener una reverencia a Dios semejante a la de un niño, de tal forma que sintamos: "Señor, si lo que yo pido no te agrada, tampoco me agradaría a mí. Pongo en Tus manos mis deseos para que Tú los corrillas: tacha cada petición que yo ofrezca y que no sea correcta, y, Señor, agrega cualquier cosa que yo hubiera omitido, aunque no la hubiera deseado aun si hubiera podido recordarla. Buen Señor, si yo debí haberla deseado, oyeme como si la hubiese deseado. 'No sea como yo quiero, sino como tú'." Ahora, yo creo que pueden ver que es este espíritu sumiso lo que es esencial para el predominio continuo de la oración ante Dios; lo inverso es un impedimento seguro para la eficacia de la súplica. El Señor será reverenciado por quienes le rodean. Tienen que fijar su mirada en agradarle en todo lo que hagan y en todo lo que pidan, pues de lo contrario Él no los mirará con favor.

En tercer lugar, el texto sugiere la necesidad de *una confianza infantil*: "Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo." En todas partes de la Escritura se habla de la fe en Dios como de algo necesario para una oración exitosa. Debemos creer que hay un Dios,

y que es galardonador de los que le buscan, pues de lo contrario no habríamos orado del todo; en proporción a nuestra fe será el éxito de nuestra oración. Una regla vigente del reino es, “Conforme a vuestra fe os sea hecho.” Recuerden cómo habla el Espíritu Santo por boca del apóstol Santiago: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor.” El texto habla de fe en el nombre de Su Hijo Jesucristo, que entiendo que significa fe en Su carácter manifiesto, fe en Su Evangelio, fe en la verdad concerniente a Su sustitución y salvación. O puede significar fe en la autoridad de Cristo, de tal forma que cuando argumento con Dios diciendo: “hazlo en el nombre de Jesús,” quiero decir, “haz por mí lo que habrías hecho por Jesús, pues estoy autorizado por Él a usar Su nombre; haz por mí lo que habrías hecho por Él.” El que puede orar con fe en el nombre no puede fallar, pues el Señor Jesús ha dicho: “Y todo lo que pidieris al Padre en mi nombre, lo haré.” Pero tiene que haber fe, y si no hay fe, no podemos esperar ser escuchados. ¿Acaso no ven que es así?

Vayamos nuevamente a nuestros símiles de familia. Supongan que un hijo de la casa no cree en la palabra de su padre, y está diciendo constantemente que tiene su mente llena de dudas en relación a la veracidad de su padre; supongan que en verdad les dice a sus hermanos y hermanas que su fe en su padre es muy débil. Menciona ese triste hecho y no le da vergüenza decir tal cosa, y más bien siente que deberían tenerle lástima, como si se tratase de una debilidad que no puede evitar. De alguna manera u otra no cree que su padre diga la verdad, y declara que aunque procura creer en la promesa de su padre, no puede hacerlo. Yo pienso que un padre del que se desconfía tan ruinmente, no tendría mucha prisa de conceder las peticiones de su hijo; más bien, es muy probable que las peticiones del desconfiado hijo no puedan ser cumplidas, aun si su padre estuviera anuente a hacerlo, pues equivaldría a galardonar su propia incredulidad, y constituiría una deshonra para su padre. Por ejemplo, supongan que a este hijo se le metiera en la cabeza dudar que su padre fuera a proveer para su alimentación diaria; podría entonces venir a su padre y decirle: “padre, dame suficiente dinero para que me dure por los siguientes diez años, pues para entonces ya seré un hombre, y seré capaz de mantenerme a mí mismo. Dame dinero para calmar mis temores, pues tengo gran ansiedad.” El padre le respondería: “hijo mío, ¿por qué habría de hacer eso?” Y recibe por respuesta: “lamento mucho decirlo, padre querido, pero no puedo confiar en ti; mi fe en ti y en tu amor es tan débil, que temo que uno de estos días vas a dejar que

me muera de hambre, y por eso me gustaría contar con algo seguro en el banco.” ¿Quién entre ustedes que es padre escucharía la petición de un hijo, si le pidiera algo así? Ustedes se sentirían agraviados si pensamientos tan deshonrosos para ustedes atravesaran la mente de alguno de sus hijos queridos; pero, no le darían nada, y no querrían darle nada.

Permitanme, entonces, aplicar la parábola a ustedes mismos. ¿Han ofrecido alguna vez peticiones que eran de la misma naturaleza? Han sido incapaces de confiar en que Dios les dé su pan de cada día, y por tanto han estado ansiendo eso que ustedes llaman “alguna provisión para el futuro.” Necesitan un abastecedor más confiable que la providencia, una seguridad mayor que la promesa de Dios. Son incapaces de confiar en la palabra de su Padre celestial, y unos cuantos bonos de un gobierno extranjero medio en la ruina son considerados por ustedes como algo mucho más confiable; ¡pueden confiar en el Sultán de Turquía, o en el Virrey de Egipto, pero no en el Dios de toda la tierra! De mil maneras insultamos al Señor cuando imaginamos que “las cosas que se ven” son más sustanciales que la omnipotencia invisible. Le pedimos a Dios que nos dé de inmediato lo que no requerimos al presente, y tal vez no necesitaremos nunca; en el fondo, la razón para tales deseos puede ser encontrada en una ignominiosa desconfianza para con Él, que nos lleva a imaginar que requerimos de grandes provisiones para asegurar nuestra existencia.

Hermanos, ¿no son culpables de esto? ¿Acaso esperan que el Señor ayude e instigue su necesidad? ¿Acaso Dios favorecerá su desconfianza? ¿Les dará montones de oro corruptible y de plata que hurtan los ladrones y baúles de vestidos que servirán de alimento a la polilla? ¿Quisieran que el Señor actuara como si admitiera la validez de sus sospechas y reconociera Su infidelidad? ¡Dios no lo quiera! Por tanto, no esperen ser escuchados cuando su oración sea sugerida por un corazón incrédulo: “Encomienda a Jehová tu camino, y confía en él; y él hará.”

El siguiente elemento esencial para un éxito continuado en la oración es *un amor infantil*: “Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.” Lo mismo que se dice de Dios, “Dios es amor,” se puede decir del cristianismo, “el cristianismo es amor.” Si cada uno de nosotros fuera una encarnación del amor, habríamos alcanzado la semejanza completa con Cristo. Debemos abundar en amor a Dios, amor a Cristo, amor a la iglesia, amor a los pecadores, y amor a los hombres en todas partes. Cuando un hombre no tiene amor a Dios, está en la condición de un hijo que no siente amor por su padre. ¿Acaso prometerá su padre cumplir absolutamente todos los deseos de un corazón desamorado y carente de amor filial? O si un hijo no tiene amor por sus hermanos y hermanas, ¿le confiaría el padre una promesa absoluta diciéndole: “Pedid y se os dará”? Vamos, el hijo desa-

morado empobrecería a la familia entera por sus exigencias egoístas; sin importarle todo el resto de las personas de la casa, sólo se cuidaría de entregarse a sus propias pasiones. Su petición antes de mucho tiempo sería: "Padre, dame toda la herencia"; o "Padre, gobierna el hogar según mi conveniencia, y haz que todos mis hermanos se sometan a mis deseos." Envanecido por su apariencia personal, como Absalón, que estaba orgulloso de su cabello, pronto querría apoderarse del reino. Pocas personas, como José, pueden vestir la túnica de diversos colores sin convertirse en tiranos de la casa. ¿Quién permitiría que un hijo pródigo se largara con todas las posesiones? ¿Quién sería tan necio como para instalar en el sitio de honor a un hermano dominante y codicioso, por encima de sus hermanos? Por esto pueden ustedes ver que no se le puede confiar el poder de la oración al egoísmo. A los espíritus desamorados, que no aman a Dios ni a los hombres, no se les pueden confiar las grandes, amplias e ilimitadas promesas. Debemos amar a Dios para que nos escuche, y debemos amar a nuestro prójimo; pues, cuando amamos a Dios, no oramos por nada que deshonre a Dios, y no deseamos ver que se nos otorgue nada que no fuera también una bendición para nuestros hermanos. Nuestros corazones latirán sinceramente para Dios y para Sus criaturas, y no estaremos arropados en nosotros mismos. Deben deshacerse del egoísmo antes de que Dios les confie la llaves del cielo; pero cuando el ego esté muerto, entonces Él les habilitará para que abran la cerradura de los tesoros, y, como príncipes, tendrán poder con Dios y prevalecerán.

Además de esto, debemos tener también *costumbres infantiles*. Lean el siguiente versículo: "*El que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él.*" Una de las modos de ser infantiles es amar su hogar. El buen niño cuyas peticiones siempre son oídas por su padre, no ama tanto ningún otro lugar como la vieja casa donde viven sus padres. Ahora, se dice que el que ama y guarda los mandamientos de Dios permanece en Él; ha convertido al Señor en su lugar de habitación, y mora en santa familiaridad con Dios. En él se cumplen las palabras de nuestro Señor: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho." La fe y el amor, como dos alas querubicas, han transportado al corazón del creyente por encima del mundo, y lo han depositado cerca del trono de Dios. Se ha vuelto semejante a Dios, y ahora sus oraciones son de tal naturaleza que Dios las responde; pero mientras no sea conformado de esta manera a la mente divina, tiene que haber algún límite a la potencia de sus súplicas. Permanecer en Dios es necesario para el poder con Dios.

Supongan que alguno de ustedes tiene un hijo, que dijera: "padre, no me gusta mi hogar, tú no me importas; y no voy a soportar las restricciones de las reglas familiares; voy a vivir con extraños, pero fíjate, padre,

que voy a venir a ti cada semana, y te voy a pedir muchas cosas; y esperaré que tú me concedas lo que te pida.” Vamos, si ustedes son capaces en lo más mínimo de ser cabezas de familia, dirían: “hijo mío, ¿cómo te atreves a hablarme de esa manera? Si eres tan obstinado como para abandonar mi casa, ¿esperarías que yo cumpla tus órdenes? Si tú me desairas completamente, ¿esperarías que yo te apoye en tu cruel malignidad y perversa insubordinación? No, hijo mío; si no permaneces conmigo y no me reconoces como un padre, no te puedo prometer nada.” Y lo mismo sucede con Dios. Si permanecemos con Él y tenemos comunión con Él, nos dará todas las cosas. Si le amamos como debe ser amado, y confiamos en Él como debemos hacerlo, entonces oirá nuestras peticiones; pero si no lo hacemos, no es razonable que esperemos que nos oiga. Sería una afrenta para el carácter divino si Él cumpliera los deseos perversos y satisficiera los caprichos malvados. “Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón,” pero si no te deleitas en Dios, y Él no es tu morada, no te responderá. Podrá darte pan de aflicción y agua de aflicción, y hacerte amarga la vida, pero ciertamente no te concederá lo que tu corazón desea.

Algo más: Pareciera por el texto que debemos tener un *espíritu infantil*, pues “*Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.*” ¿Qué es esto sino el Espíritu de adopción, el Espíritu que gobierna en todo a los hijos de Dios? Los obstinados que piensan y sienten y actúan de manera diferente a Dios, no deben esperar que Dios se conforme a su manera de pensar y de sentir y de actuar. Los egoístas que son movidos por el espíritu de la altivez, los holgazanes que son motivados por el amor al ocio, no pueden esperar que Dios les conceda lo que quieran. Si el Espíritu Santo gobierna en nosotros, subordinará nuestra naturaleza a Su propia influencia, y entonces las oraciones que brotan de nuestros corazones renovados estarán de conformidad con la voluntad de Dios, y tales oraciones serán naturalmente escuchadas. Ningún padre pensaría en escuchar a un hijo obstinado, a un hijo que dijera: “yo sé que mi padre no desea que tenga esto, pero de todas maneras lo tendré.” Vamos, como hombre adulto no querías ser doblegado por un mozalbete presuntuoso. ¿Nos concederá Dios aquello que pedimos cuando es contrario a Su santa mente? No puede ser así: tal posibilidad no es concebible. Que haya en nosotros el mismo pensamiento que hubo en Cristo Jesús, y entonces seremos capaces de decir: “Yo sabía que siempre me oyes.”

Pero debemos proseguir, y ocupar nuestra atención durante unos cuantos minutos, con otra sección del mismo tema.

II. En segundo lugar observaremos EL PODER DE ESTOS ELEMENTOS ESENCIALES. Si están en nosotros y están en abundancia, nuestras oraciones no pueden ser estériles o sin provecho.

Primero, si tenemos *fe* en Dios, no hay duda de que Dios oirá nuestra oración. Si podemos alegar en fe el nombre y la sangre de Jesús, debemos obtener respuestas de paz. Pero mil objeciones son sugeridas. Supongan que estas oraciones tengan que ver con las leyes de la naturaleza, entonces los científicos estarían en contra nuestra. ¿Cómo? Yo me gloriaré en darles a estos científicos espacio suficiente, y casi diría: darles suficiente cuerda. Yo no sé de ninguna oración digna de ser dicha que no entre en contacto con alguna ley natural o de otro tipo, y sin embargo creo que las oraciones son escuchadas. Se dice que Dios no cambiará las leyes de la naturaleza por nosotros, y yo replico: “¡Quién dijo que lo haría!” El Señor tiene formas de responder a nuestras oraciones, independientemente de obrar milagros o suspender las leyes. Él solía responder la oración por medio de milagros, pero como les he dicho a menudo, esa parece una forma más burda de lograr Su propósito; es como detener una gran máquina por un resultado pequeño, pero Él sabe cómo lograr Sus fines y oír nuestras oraciones por medios secretos que desconozco. Tal vez haya otras fuerzas y leyes que ha dispuesto para que actúen justo en determinados momentos cuando la oración también actúa, leyes tan fijas y fuerzas tan naturales como aquellas que nuestros estudiosos científicos han sido capaces de descubrir. Los hombres más sabios desconocen muchas de las leyes que gobiernan el universo; es más, sólo conocen una pequeña proporción de esas leyes. Nosotros creemos que las oraciones de los cristianos son una parte de la maquinaria de la providencia, dientes de la grandiosa rueda del destino, y cuando Dios guía a Sus hijos a orar, ya ha puesto en movimiento una rueda que tiene que producir el resultado solicitado, y las oraciones ofrecidas se están moviendo y son parte de esa rueda. Si sólo hay fe en Dios, Dios tiene que oír la oración, o dejaría de existir, y cesaría de ser veraz. El versículo anterior al texto dice: “Si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiremos la recibiremos de él.”

La confianza infantil nos conduce a orar como nadie más podría hacerlo. Hace que el hombre ore por cosas grandes que nunca habría pedido, si no hubiese aprendido esta confianza; y lo lleva orar por pequeñas cosas que muchas personas tienen miedo de pedir, porque todavía no han sentido para con Dios, la confianza de los niños. A menudo he pensado que se requiere mayor confianza en Dios para pedirle algo pequeño que para pedirle cosas grandes. Nos imaginamos que nuestras cosas grandes son un poco más dignas de la consideración de Dios, aunque en verdad son muy pequeñas para Él; y luego nos imaginamos que

nuestras cositas son tan irrelevantes que sería casi un insulto traerlas delante de Él; por el contrario, deberíamos saber que lo que es muy grande para un hijo podría ser muy poca cosa para su padre, y sin embargo, el padre no mide esa cosa desde su propia perspectiva, sino desde la perspectiva del hijo.

El otro día oíste llorar amargamente a tu pequeñito. Su madre lo llamó y le preguntó qué le dolía. Era una astilla clavada en su dedo. Bien, eso era algo sin mayor importancia, y no necesitaste llamar a tres cirujanos para que extrajeran la astilla, ni sonar la alarma en la prensa pública. Traes una aguja y pronto está resuelto. Oh, pero qué cosa tan grande fue para el pequeño sufriente, mientras estaba parado allí con ojos llenos de lágrimas de angustia. Era un gran motivo de preocupación para él. Ahora, ¿acaso se le ocurrió a ese niño que su dolor era algo demasiado pequeño para que su madre lo ayudara? Para nada; ¿para qué son los padres y las madres sino para atender las pequeñas necesidades de sus hijitos? Y Dios nuestro Padre es un buen padre, Él se compadece de nosotros como los padres se compadecen de sus hijos, y condesciende con nosotros. Él cuenta el número de las estrellas, y a todas ellas llama por sus nombres, y también sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas. El mismo Dios que enciende al sol, ha dicho: "No apagaré el pábilo que humeare." Si ustedes tuvieran confianza en Dios traerían delante de Él sus cosas grandes y sus cositas, y nunca defraudará su confianza, pues Él ha dicho que la confianza en Él no será avergonzada ni afrentada, por todos los siglos. La fe tendrá éxito.

Pero además, *el amor* tendrá éxito también, pues ya hemos visto que el hombre que ama en el sentido cristiano, está en armonía con Dios. Si limitan su amor a su propia familia, no deberían esperar que Dios les responda, pues no tomará en cuenta las oraciones reducidas a ese círculo. Si un hombre ama su pequeño yo propio, y espera que la cosecha de trigo de todas las demás personas se pierda para que su producto alcance un mayor precio, ciertamente no puede esperar que el Señor esté de acuerdo con ese egoísmo malvado. Si un hombre tiene suficiente corazón para abrazar a todas las demás criaturas de Dios con su afecto, mientras sigue orando especialmente por la familia de la fe, sus oraciones serán acordes con la mente Divina. Su amor y la bondad de Dios corren lado a lado. Aunque el amor de Dios es como un potente río caudaloso, y el suyo es como un arroyuelo semiseco, ambos corren en la misma dirección, y llegarán al mismo destino. Dios oye siempre las oraciones de un hombre amoroso, porque esas oraciones son las sombras de Sus propios decretos.

Además, el hombre de *obediencia* es el hombre a quien Dios oye, porque su corazón obediente le conduce a orar humildemente, y con sumi-

sión, pues siente que su más elevado deseo es que la voluntad del Señor sea hecha. Por esta razón, el hombre de obediente corazón ora como un oráculo; sus oraciones son profecías. ¿Acaso no es uno con Dios? ¿Acaso no desea y pide exactamente lo que Dios quiere? ¿Cómo podría no dar en el blanco una flecha disparada por tal arco?

Si tu alma está sintonizada con el alma de Dios, desearás los propios deseos de Dios. La dificultad radica en que no nos mantenemos, como dice la expresión, *en rapport* con Dios (en una relación con Dios); pero si lo hiciéramos, entonces tocariamos la misma nota que toca Dios; y aunque la Suya sonaría como trueno, y la nuestra como un susurro, sin embargo habría una perfecta concordancia: la nota tocada por la oración en la tierra, coincidiría con la nota emitida por los decretos del cielo.

Además, el hombre que vive en *comunión con Dios* tendrá con seguridad éxito en la oración, porque, si permanece en Dios, y Dios en él, deseará lo que Dios desea. El creyente que está en comunión con el Señor, desea el bien del hombre, y lo mismo hace Dios; desea la gloria de Cristo, y lo mismo desea Dios; desea la prosperidad de la iglesia, y lo mismo desea Dios; desea ser él mismo un modelo de santidad, y Dios también lo desea. Si ese hombre tuviera en cualquier momento un deseo que no es conforme a la voluntad de Dios, sería el resultado de la ignorancia, viendo que el hombre es sólo un hombre y no Dios, y aun en su mejor situación se equivoca; pero él subsana este defecto por la vía de la oración, que siempre tiene este agregado al final: “Señor, si he pedido algo en esta oración que no sea acorde con tu mente, te suplico que no me oigas; y si algún deseo que te haya expresado, aunque sea el deseo que arde en mi pecho por encima de todos los demás deseos, es uno que no es recto a Tus ojos, no me tomes en cuenta, Padre mío, pero en tu infinito amor y compasión, haz algo mejor por Tu siervo de lo que Tu siervo sabe pedir.” Ahora, cuando una oración es expresada así, ¿cómo podría fallar? El Señor mira por las ventanas del cielo y ve esa oración que se dirige a Él, justo como Noé vio a la paloma que regresaba al arca, y extiende Su mano a esa oración, y como Noé introdujo la paloma al arca, así el Señor acerca esa oración y la recibe en Su propio pecho, y le dice: “tú saliste de mi pecho, y te doy la bienvenida de regreso a Mí: mi Espíritu te inspiró y por tanto te voy a responder.”

Y aquí, también, debemos decirlo, nuestro texto habla del hombre cristiano como siendo *lleno del Espíritu Santo*: “Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.” ¿Quién conoce la mente de un hombre sino el espíritu de ese hombre? Así, ¿quién conoce las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios? Y si el Espíritu de Dios permanece en nosotros, entonces nos hace saber cuál es la mente de Dios; hace intercesión en los santos de acuerdo a la voluntad de Dios.

Algunas veces existe la creencia que los hombres que prevalecen en la oración pueden pedir lo que quieran; pero yo puedo garantizarles que cualquiera de ellos les diría que ese no es el caso. Podrías acercarte a ese hombre y pedirle que orara por ti, pero no puede prometerte que lo hará. Hay extrañas limitaciones para tales hombres, cuando sienten: "no saben cómo o por qué, no pueden orar eficaces oraciones fervientes en ciertos casos, aunque desearían poder hacerlo." Como Pablo, cuando intentaba ir a Bitinia, y el Espíritu no se le permitió; así hay peticiones que nosotros naturalmente presentaríamos, pero estamos atados en el espíritu. Aparentemente podría no haber nada objetable acerca de la oración; pero el secreto del Señor está con aquellos que le temen, y Él da insinuaciones secretas acerca de cuándo y dónde Sus elegidos pueden tener esperanza de prevalecer. Él te da la promesa que oirá tu oración de fe, siendo tú un hombre que camina con Él, lleno de Su Espíritu; pero al mismo tiempo, Él no te da fe acerca de todo lo que cualquier persona quiera poner delante de ti: al contrario, Él te da una discreción, un juicio y una sabiduría, y el Espíritu hace intercesión en los santos de acuerdo a la voluntad de Dios.

Pienso que de esta manera he expuesto la doctrina muy claramente. Ahora unos cuantos minutos de aplicaciones prácticas, como solían decir los viejos puritanos. Yo sólo aspiro a que nos sirvan de aplicación a muchos de nosotros.

La primera consideración es que necesitamos orar pidiendo una gran bendición como iglesia. Yo creo que activaría sus peticiones si les dijera que tenemos la intención de orar para que Dios envíe una bendición a la iglesia en general. Muy bien. ¿Contamos con los elementos esenciales para el éxito? ¿Creemos en el nombre de Jesucristo? Bien, yo creo que sí. No creo que se pueda encontrar alguna falla en la rectitud de nuestra fe, aunque mucho debe ser confesado acerca de su debilidad. Prosigamos a la siguiente pregunta. ¿Estamos llenos de amor hacia Dios y hacia nuestro prójimo? El doble mandamiento es que creamos en el nombre de Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros. ¿Nos amamos los unos a los otros? ¿Caminamos en amor? No hay ninguno de nosotros que sea perfecto en eso. Voy a comenzar la confesión reconociendo que no soy lo que debería ser en ese respecto. Que la confesión se difunda por toda la iglesia, y que cada uno piense cuán a menudo hemos hecho cosas desamoradas, y hemos pensado cosas desamoradas, y hemos dicho cosas desamoradas, y hemos prestado atención a la murmuración desamorada, y no hemos extendido una mano amorosa cuando debimos prestar ayuda, y más bien hemos empujado con nuestra mano sin amor al hombre que estaba cayendo. Si en la iglesia de Dios hay una falta de amor, no podemos esperar que la oración sea oída, pues Dios dirá: "Me piden prosperi-

dad. ¿Para qué? ¡Para agregar más personas a una comunidad que no tiene amor para consigo misma! Me piden conversiones. ¡Cómo!, ¿para traer más personas para que se unan a una comunidad que no tiene amor?" ¿Esperan que Dios salve a pecadores que ustedes no aman, y que convierta almas que a ustedes no les preocupan en lo más mínimo? Nuestro amor debe acompañar a las almas a Cristo, pues, bajo la influencia del Espíritu Santo de Dios, el gran instrumento para la conquista del mundo es el amor, y si los cristianos aman más que los musulmanes, y que los judíos, conquistarán a los musulmanes y a los judíos; y si muestran menos amor, los musulmanes y los judíos los conquistarán. La espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, es el arma principal, y le sigue el comportamiento amoroso y la conversación generosa de los cristianos hacia sus semejantes. ¿Cuánto amor tenemos? O más bien debería preguntar: ¿qué tan poco amor tenemos?

La siguiente pregunta es: ¿estamos haciendo lo que es agradable delante de Dios? No podemos esperar respuestas a la oración si no lo estamos haciendo. Háganse todos la pregunta: que cada miembro de la iglesia, especialmente, responda esa pregunta. ¿Has estado haciendo últimamente lo que te gustaría que viera Jesucristo? ¿Está tu casa ordenada de tal manera que agrade a Dios? Supón que Jesucristo visitara tu casa esta semana, inesperadamente y sin ninguna invitación: ¿qué pensaría de lo que habría de ver? "Oh" –dirá alguno– "yo sé que fulano de tal actúa muy inconsistentemente." ¡Amigo, te pido que pienses en ti! Ese es el punto. Corrígete a ti mismo. A menos que los miembros de la iglesia de Dios hagan lo que es agradable a Sus ojos, trancan la puerta para que no entre el crecimiento; impiden que las oraciones de la iglesia tengan éxito. ¿Quién desea ser el hombre que entorpezca el camino del crecimiento de la iglesia de Dios debido a la inconsistencia de su conducta? ¿Quién será culpable de algo así? Que Dios perdone a algunos de ustedes. Podríamos hablar de algunos incluso llorando, pues, ¡ay!, aunque profesan ser seguidores de Cristo, son tan inconsistentes que no son amigos sino enemigos de la cruz de Cristo.

La siguiente pregunta es: ¿permanecemos en Dios? El texto dice que si guardamos Sus mandamientos, Dios permanece en nosotros y nosotros en Él. ¿Es así? Quiero decir, durante el día ¿pensamos en Dios? ¿En nuestro negocio permanecemos todavía en Dios? Un cristiano no es alguien que corra a Dios en la mañana, y otra vez por la noche, y lo use como un abrigo y como un suplemento, como acostumbra hacerlo la gente con un arco o un pórtico, al que corren para protegerse de un aguacero; sino que debemos permanecer en Dios, y vivir en Él, desde la salida del sol hasta el ocaso, haciéndolo el objeto de nuestra meditación, y caminando como delante de Él, sintiendo siempre: "Tú eres Dios que ve."

¿Qué sucede con ustedes, queridos amigos? Que la pregunta circule de banca en banca y de corazón en corazón, y de mente en mente; que cada uno responda por sí mismo.

Por último, ¿nos mueve a actuar el Espíritu de Dios, o se trata de otro espíritu? ¿Esperamos en Dios, diciendo: "Señor, que tu Espíritu me diga qué decir en este caso, y qué hacer; gobierna mi juicio, subyuga mis pasiones, mantén abatidos mis bajos impulsos, y que Tu Espíritu me guíe. Señor, sé para mí mejor que yo mismo; sé alma y vida para mí, y en el triple reino de mi espíritu, alma y cuerpo, buen Señor, sé Tú supremo Señor, para que en cada provincia de mi naturaleza Tu ley pueda ser erigida, y Tu voluntad obedecida. Si todos fuéramos de esta mente, tendríamos una iglesia poderosa; pero entre nosotros hay una multitud de toda clase de gentes, una multitud de toda clase de gentes que salió de Egipto, que cae en las concupiscencias. El mal siempre comienza con ellos. ¡Que el Señor nos salve como iglesia de perder Su presencia! La multitud de toda clase de gentes debe estar con nosotros para probarnos, pues el Señor ha dicho: "Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega," y si intentamos erradicar la cizaña también estaríamos arrancando el trigo. Sin embargo, de cualquier forma, pidamos al Señor que fortalezca al trigo más que la cizaña. Una de dos cosas siempre sucede en una iglesia. Una es que el trigo ahogue a la cizaña o que la cizaña ahogue al trigo. Que Dios nos conceda que el trigo domine a la cizaña en nuestro caso. Que Dios conceda gracia a Sus siervos para que sean lo suficientemente fuertes para vencer al mal que les rodea, y, habiendo hecho todo, que sean para la alabanza de la gloria de Su gracia, que también nos ha hecho aceptos en el Amado. Que el Señor les bendiga, y esté con ustedes para siempre. Amén y Amén.

Porción de la Escritura leída antes del Sermón: 1 Juan 3; Isaías 1:10-20.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermón #1103—Volume 19
THE CONDITIONS OF POWER IN PRAYER**

Vida en Abundancia

NO. 1150

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE ENERO DE 1874,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”
Juan 10:10.

“El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir.” Los falsos maestros, prescindiendo de cuáles sean sus profesiones, dañan y ponen seriamente en peligro las almas de los hombres y al final ocasionan su destrucción; sus fines egoístas sólo provocan la ruina de sus incautas víctimas. El Señor Jesús, el verdadero maestro de los hombres, no le causa daño a nadie ni acarrea la muerte de nadie. Su enseñanza está llena de bien, de amabilidad y de amor, y obra muy eficazmente para la felicidad y beneficio de los hombres. El error es letal, pero la verdad es dadora de vida. La venida de la serpiente antigua obró nuestra muerte; el advenimiento de la simiente de la mujer nos ha proporcionado vida.

Omitiendo todo prefacio, les vamos a pedir que noten que, de acuerdo al texto, Jesucristo vino, primero, *para que Su pueblo tenga vida*; y, en segundo lugar, *para que una vez otorgada la vida, sea gozada en abundancia*.

I. La primera verdad es que JESUCRISTO VINO PARA QUE LOS SERES HUMANOS TENGAN VIDA.

No me voy a detener en el hecho de que incluso la prolongación de la vida natural del pecador se debe, en gran medida, a la venida de Cristo. Ese árbol estéril no permanecería tanto tiempo en el huerto de la vida si no fuera porque el viñador de la viña intercede y clama: “Déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone.” La intervención del Mediador da cuenta de la prolongación de la vida de los viles ofensores cuyos delitos colman la paciencia del cielo. Si las oraciones de nuestro grandioso Intercesor cesaran durante una sola hora, tal vez los impíos que plagan la humanidad se hundirían rápidamente en el infierno, como se hundieron Coré, Datán y Abiram, cuando la ira del Señor se descargó sobre ellos. Sin embargo, ese no es el sentido del texto.

La vida, en el sentido del perdón y de la liberación de la pena de muerte, es el grandioso resultado de la venida de Cristo. Todos los hombres, en su condición natural, están bajo sentencia de muerte pues han pecado, y en breve habrán de ser llevados al lugar de la ejecución para sufrir

allí el pleno castigo de la segunda muerte. Si algunos de nosotros, en este tiempo, hemos sido liberados de la sentencia de muerte y contamos ahora con la promesa de la corona de vida, debemos el cambio a que el Redentor vino para ser un sacrificio por nuestros pecados. Cada uno de nosotros tendrá que descender a la muerte sin fin a menos de que, a través de Aquel que vino a la tierra y colgó del madero como el sustituto del pecador, obtenga la plena remisión de todas las ofensas y el veredicto de *vida* en vez de *muerte*. Hay vida en una mirada a Jesús, pero aparte de Él los hijos de Adán están condenados a muerte.

Además, todos nosotros por naturaleza estamos “muertos en delitos y pecados.” En el día en que nuestros primeros padres quebrantaron la ley murieron espiritualmente y todos nosotros morimos en ellos; y ahora hoy, separados de Cristo, todos nosotros estamos muertos para las cosas espirituales y estamos desprovistos de ese Espíritu viviente que nos capacita para tener comunión con Dios y para gozar y entender las cosas espirituales. Todos los hombres están desprovistos por naturaleza del Espíritu que vivifica para alcanzar la forma más sublime de vida. Los hombres no regenerados cuentan con una vida física y mental, pero carecen de vida espiritual, y no la tendrían jamás excepto si Jesús se las otorga. El Espíritu de Dios sale según la voluntad divina, e implanta en nosotros una simiente viva e incorruptible que es comparable a la naturaleza divina, y nos confiere una nueva vida en virtud de la cual vivimos en el reino de las cosas espirituales, comprendemos las enseñanzas espirituales, buscamos propósitos espirituales y estamos vivos para Dios, quien es Espíritu. Ninguno de nosotros tiene alguna vida de ese tipo por nacimiento; tampoco la recibimos gracias a ritos ceremoniales ni puede ser obtenida por algún mérito humano. Los muertos no pueden volver a la vida a no ser por un milagro y tampoco el hombre puede resucitar a la vida espiritual a no ser por la obra del Espíritu de Dios en él, pues Él es el único que puede vivificarnos. Cristo Jesús ha venido para llamarnos a que salgamos de los sepulcros del pecado. Muchos ya han oído Su voz y viven.

Esta vida espiritual es la misma vida que continuará y será perfeccionada en el cielo. Cuando salgamos de la tumba no recibiremos una vida que no poseemos en la tierra; tenemos que estar vivos para Dios aquí, o tenemos que ocupar nuestro lugar con los que están donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga. En el corazón del creyente late el día de hoy la mismísima vida que gozará de plenitud de gozo en la presencia divina. Aunque hayas mirado a Jesús hace sólo unos cuantos minutos, la vida bendita ya está presente en tu corazón; ya ha sido sembrada en ti

la simiente incorruptible que vive y permanece para siempre. La vida celestial está en tu interior y Jesucristo vino para otorgarnos esa vida.

Que Jesús es el dador de la vida es una verdad que está muy clara en el texto, lo cual nos conduce a las siguientes reflexiones prácticas. Sólo en Jesús puede obtenerse la vida de tu alma. Entonces, si buscas hoy la salvación, aquí encuentras las instrucciones en cuanto a su única fuente. La vida espiritual no resulta de obrar; ¿cómo es posible que los muertos obren *para* tener vida? ¿Acaso no tienen que ser revividos primero, y acaso no es cierto que más bien obran *desde* la vida que *para* la vida? La vida es un don, y cada quien la recibe mediante un acto de Dios. El Evangelio predica vida por Jesucristo.

¡Pecador, allí es donde tienes que mirar! Eres enteramente dependiente de la voz vivificadora de Aquel que es la resurrección y la vida. “Eso”—diría alguien—“es muy desalentador para nosotros.” La intención es que lo sea. Es un acto de bondad desalentar a los hombres cuando actúan basados en principios erróneos. En tanto que pienses que tu salvación puede ser alcanzada mediante tus propios esfuerzos, o mediante tus méritos, o mediante cualquier otra cosa que pudiera provenir de ti mismo, vas por la ruta equivocada y es nuestro deber disuadirte. El camino a la vida va en la dirección opuesta. Tienes que mirar al Señor Jesucristo en vez de mirarte a ti mismo, tienes que confiar en lo que Él ha hecho y no en lo que tú pudieras hacer, y no debes valorar lo que tú pudieras obrar en ti, sino lo que Él obra en ti. Recuerda que Dios declara: “Para que todo aquel que cree en Jesús, no se pierda, mas *tenga* vida eterna.” Por tanto, si eres capacitado a venir y confiar en la sangre y en la justicia de Jesucristo, tienes de inmediato esa vida eterna que todas tus oraciones y tus lágrimas, tu arrepentimiento, tus asistencias a la iglesia o a la capilla y los sacramentos, no podrían darte nunca. Jesús puede dártela libremente en este momento, pero tú no puedes generarla por ti mismo. Podrías imitarla engañándote a ti mismo, podrías hermosear el cadáver y hacer que parezca como si estuviera vivo, y pudieras provocarle algunos movimientos espasmódicos por medio de corrientes eléctricas, pero la vida es un fuego divino y tú no puedes ni robarte la llama ni encenderla por ti mismo; a Dios únicamente le corresponde dar vida y por tanto te exhorto a que mires únicamente a Dios en Cristo Jesús. Cristo ha venido para que tengamos vida; si hubiéramos podido obtener la vida sin necesidad de Su venida, ¿por qué fue necesario que viniera? Si los pecadores pudieran recibir la vida aparte de la cruz, ¿por qué fue necesario clavar al Señor de Gloria al vergonzoso madero? ¿Por qué las heridas sangrantes, Emanuel, si la vida podía venir por alguna otra puerta? Pero, además, ¿por qué el Espíritu de Dios descendió en Pentecostés, y por qué

permanece todavía entre los seres humanos si pudieran ser vivificados sin Él? Si la vida pudiera ser alcanzada prescindiendo del Espíritu Santo, ¿con qué fin obra Él en el corazón humano? El sangrante Salvador y el Espíritu que mora en el hombre son pruebas contundentes de que nuestra vida no proviene de nosotros mismos, sino que proviene de arriba. ¡Oh trémulo amigo, apártate de ti mismo, entonces! ¡No busques entre los muertos al que vive! No busques la vida divina en el sepulcro del yo. La vida de los hombres está en ese Salvador, y todo aquel que cree en Él no perecerá jamás.

II. Pero tenemos el propósito de dedicar la mayor parte de nuestro tiempo a la segunda verdad, es decir, que JESÚS HA VENIDO PARA QUE QUIENES TIENEN VIDA LA TENGAN EN ABUNDANCIA.

La vida es un asunto de grados. Algunos tienen una vida que parpadea como una vela moribunda y que es imperceptible como el fuego del pabilo humeante; otros están llenos de vida y son brillantes y vehementes como el fuego en la forja de un herrero cuando el fuelle sopla a su máxima potencia. Cristo ha venido para que Su pueblo tenga vida a plenitud.

El incremento de vida puede verse de muchas maneras. Puede verse en la recuperación de la salud. Un hombre yace enfermo en su lecho; está vivo, pero apenas puede mover alguna de sus extremidades; depende irremediablemente de quienes le rodean. Tiene vida en él, ¡pero cuán limitado es su poder! Ahora, si ese hombre se recupera, se levanta de su lecho y retoma su lugar en la batalla del mundo, es evidente que tiene vida en mayor abundancia que la que tenía en su enfermedad. Así también hay cristianos enfermos de quienes tenemos que decir: "Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles." Su constitución espiritual es débil y hacen muy poco. Cuando el Señor Jesús los restaura, fortalece su fe, ilumina su esperanza y los vuelve saludables; entonces ya no sólo tienen vida, sino que la tienen en abundancia. Nuestro Señor desea que gocemos de salud espiritual, y para ese fin se convirtió en el médico de nuestras almas: sana todas mis enfermedades, y es la salud de mi rostro.

Con todo, aunque una persona goce de salud, es posible que se le desee mayor vida. Por ejemplo, aquel niñito que está por allá, aunque goza de perfecta salud todavía no puede correr solo. Si lo pones en el suelo, verás que se tambalea un poco y que está a punto de caerse. Sus huesos deben endurecerse y sus músculos deben acumular fuerzas. Cuando el chiquito se convierte en un hombre, tendrá vida en mayor abundancia que cuando era un bebé. Nosotros crecemos en gracia y avanzamos en conocimiento, en experiencia, en confianza y en conformidad a la imagen

de nuestro Señor. De ser bebés en Cristo Jesús pasamos a ser jóvenes, y de jóvenes nos convertimos en padres en la iglesia. Así quiere Jesús que crezcamos; ese es uno de los designios de Su venida; así poseemos vida en abundancia.

Con todo, una persona podría tener salud y experimentar algún crecimiento, y, sin embargo, gozar sólo de una restringida medida de vida. Supongan que el individuo es confinado como un prisionero en un estrecho calabozo donde unas cadenas y unas paredes de granito restringen perpetuamente sus movimientos. ¿Llamarias vida a su existencia? ¿No sería apropiado referirse a él como un muerto en vida y describir su calabozo como un sepulcro viviente? ¿Podría ser vida aquélla a la que se le prohíbe el aire puro que es un bien incluso del hombre más pobre, y a la que se le niega el sol que brilla para todo ser que respira? El hombre vive, pues consume ese trozo de pan seco, y vacía diariamente la jarra puesta sobre el piso de piedra, pero está desprovisto de vida en el más estricto sentido pues le es denegada la libertad. Cuando el pobre prisionero escale una vez más la colina, surque las olas del océano y deambule según su dulce voluntad, sabrá con gratitud en qué consiste tener vida en abundancia.

Ahora, fíjense bien que si el Hijo de Dios los hace libres, serán libres en verdad, y en esa libertad encontrarán una vida rutilante, fulgurante y desbordante como las corrientes de una fuente. Estar en esclavitud debido al temor de la muerte es apenas tener vida; estar continuamente preocupado con desconfianzas, y recibir el espíritu de esclavitud para tener miedo de nuevo, engendra muerte; ¡pero es verdadera vida ser capaz de exclamar: “Tú has roto mis prisiones”!

Todavía puedo suponer que un hombre libre y que goza de salud, pudiera tener vida en mayor abundancia. Es extremadamente pobre y puede vagabundear por donde quiera, es cierto, pero no puede considerar como suyo ni un solo palmo de terreno. Puede vivir donde él elija, si es que puede vivir, pero apenas tiene pan para su cuerpo, abrigo para sus miembros y cobijo para las gotas del rocío de la noche; la penuria lo agujonea severamente. El pobre hombre trabaja desde antes que el sol proclame la mañana y hasta altas horas de la noche, para ganar un sueldo de hambre. Su duro trabajo es exigente a lo sumo, y su remuneración es insuficiente para proveer para lo necesario; apenas puede mantener unidos su cuerpo y su alma. ¿Acaso es vida eso? Llamarla así es casi un sarcasmo. Cuando nos hemos encontrado con personas que se han visto forzadas a dormir sobre el duro suelo o que han estado durante muchas horas sin comer ningún bocado, nos hemos dicho: “Esas pobres criaturas existen, pero no viven.” Es un dicho verdadero. Así también hay

creyentes que existen pero no viven; están muriéndose de hambre porque no se alimentan de las promesas; no disfrutan de las ricas cosas que Cristo ha provisto en el pacto de gracia. Pero cuando el Señor Jesús los capacita para que participen de los “gruesos tuétanos” y de los vinos purificados, entonces no sólo tienen vida, sino que la tienen “en abundancia.”

Puedo suponer todavía que una persona sea libre, saludable y que disfrute de la abundancia, pero que necesite mayor vida en cuanto a sus relaciones con sus semejantes. Es insignificante y despreciado, es un paria y un proscrito. No tiene a nadie que lo ame o que lo mire con respeto, y ni siquiera se respeta a sí mismo. Anda sigilosamente por todas partes como si portara la marca de Caín; ha olvidado la esperanza y se ha despido del amor. Sientes piedad por un hombre así cada vez que piensas en él. Poseer el amor y la estimación de nuestros semejantes es necesario si queremos vivir. Cuando está bajo convicción de pecado el hombre siente ser menos que nada, un pecador indigno de alzar sus ojos al cielo, un leproso digno de ser encerrado con los inmundos, o se siente como un hombre muerto, olvidado y relegado; yo les digo por experiencia propia, que él descubre que es entonces un poderoso enriquecimiento para su vida cuando el Señor Jesús lo levanta del muladar y lo hace sentar con los principes, con los principes de Su pueblo. Hermanos, saber que ustedes ya no son más unos esclavos sino hijos, herederos del cielo y coherederos con Jesucristo, que son alguien de quien los santos son compañeros y a quien los ángeles sirven, eso es tener vida en abundancia. ¿No es cierto?

De esta manera les he sugerido apresuradamente algunos de los puntos en los que se revela el crecimiento de la vida. Ahora voy a exponer el mismo tema de otra manera.

Quiero presentar antes ustedes siete aspectos en que los cristianos deben buscar vida en abundancia.

1) Primero, deben desear un mayor *vigor*. Se tiene que construir un muro de contención, o se tiene que abrir una zanja. Se necesitan obreros. Aquí están sus palas, y sus picos, y sus carretillas, pero se requieren hombres. Vean, unas cuantas personas se ofrecen para ser contratadas. Son muy delgadas, tienen ojos singularmente brillantes, mejillas hundidas y una tos de ultratumba: constituyen un grupo selecto proveniente de un hospital para tuberculosos. ¿Los contratarías? ¿Por qué lo dudas tanto? Esos hombres tienen vida. “Oh, sí”—comentas—“pero yo quisiera que la tuvieran en abundancia; no podrían realizar el trabajo que requiero que se haga.” Tenemos que despachar a esos pobres hombres; tienen que ir a ver al doctor y deben recibir cuidados.

¡Vean, por allá está otro grupo de sujetos robustos y fornidos! Miren sus rostros rubicundos, sus anchas espaldas y sus poderosos miembros; entréguenles los picos, las palas y las carretillas, y verán qué cosas pueden lograr los peones británicos.

¿Cuál es la diferencia entre los dos conjuntos de hombres, esos peones y esos tísicos? Pues bien, la diferencia estriba en la presencia o en la ausencia del vigor en su constitución física. Hay un algo, no podemos decir con exactitud qué es y tal vez ni el mismo médico pudiera identificarlo, pero un conjunto de hombres sin ese algo son débiles, y los otros con ese algo están llenos de fuerza. Nuestro Señor Jesús ha venido para que, en un sentido espiritual, tengamos ese vigor, para que tengamos una vida vigorosa, bien fundada, bien equipada, bien establecida y confirmada, y seamos capaces de un arduo servicio y de una poderosa acción. Quiere que caminemos sin cansarnos, y que corramos sin desfallecer. Quiere que nos comportemos como hombres y que seamos fuertes. Amados, ¿no ven qué gran diferencia hay entre unos cristianos y otros? ¿Acaso no son algunos de ellos inválidos espirituales? Ellos creen, pero su oración favorita es: “¡Creo; ayúda nuestra incredulidad!” Ellos esperan, pero el miedo está casi enteramente en posesión de sus corazones. Sienten amor por Cristo, pero cantan con frecuencia—

“¿Amo al Señor o no?

¿Soy Suyo o no?”

Ellos necesitan medicina y cuidados. Denles cualquier trabajo para el Señor, y verán cuán pronto se cansan; si los descorazonas un poquito se sumen en la desesperación. ¡Oh que el Espíritu de Dios les diera vida en abundancia! Me temo que una gran proporción de cristianos conforman hoy la lista de enfermos, y van en declive por falta de un principio profundamente arraigado y de una sólida vitalidad de piedad, que es a lo que me refiero cuando hablo de vigor. Es triste ver cómo algunos cristianos profesantes son conducidos al descarrío por cualquier error que sea plausiblemente colocado delante de ellos. Si todos los cristianos fueran iguales, entonces el papado fácilmente se pudiera convertir en la religión prevaleciente del país, pues no tienen ningún principio protestante, ningún arraigo en doctrina, ninguna firmeza en la fe. Ellos creen, pero no saben por qué o por cuál motivo lo hacen, y no pueden dar una razón para la esperanza que hay en ellos. Es de temerse que profesan la verdad porque otros siguen esa tendencia, y porque algún elocuente predicador ha ganado su afecto y se ha convertido en su oráculo. Están desprovistos en su interior del material del cual están hechos los mártires y no tienen en su naturaleza un espíritu indomable, no tienen ninguna decisión, ninguna tenacidad de convicción ni ninguna firmeza de agarre; por con-

siguiente, siempre que vengan tiempos de persecución en esta tierra, ellos serán nuestra debilidad. Tendremos que cuidar a tales seguidores pusilánimes y ponerlos en la retaguardia, o de otra forma el enemigo provocará un triste estrago entre ellos. Quienes tienen vida en abundancia son buenos soldados de Jesucristo, han aprendido a permanecer firmes en la verdad, y por la bendición de Dios son más que contrincantes para enfrentar a los maestros del error, pues saben lo que saben y son capaces de silenciar los hermosos discursos de los engañadores; no son llevados por doquiera de todo viento de doctrina, sino que permanecen en la verdad según han sido instruidos. Ellos claman: "Mi corazón está dispuesto, oh Dios." Son "fuertes en el Señor, y en el poder de su fuerza." Yo oro pidiendo que cada miembro de esta iglesia sea un varón de vigor interior y no uno de esos bebés a quienes tenemos que estar cuidando cada día y alimentando con viandas con una cuchara espiritual cada día domingo, sino varones que, por la bendición de Dios, tienen algo en su interior cuyo valor conocen, y a lo que no podrían renunciar aunque todo el mundo los tentara o los amenazara. He comparado a esos sólidos creyentes con navegantes, y no retiraré la comparación, pues necesitamos hombres que puedan decirles a los montes: "Quítate," y a los valles: "Engrandécete"; y es por tales agentes que el Señor enderezará calzada en la soledad para Su marcha de misericordia.

2) En un segundo sentido tenemos vida en abundancia por la *ampliación de la esfera de nuestra vida*. Para algunas formas de vida humana el rango es muy estrecho. El labrador de Wordsworth no tenía gran abundancia de vida, pues—

**"La 'primavera' a la ribera del río
Era una flor amarilla para él,
Y nada más."**

Arar y sembrar, cosechar y segar, constituían su filosofía. Las estaciones no predicaban homilías sagradas para él; los pájaros cantaban, pero habría estado tan complacido si hubieran estado callados; era un fastidio escalar los montes, y la vista desde su cúspide no era nada para él. Su alma estaba dentro de su bata de trabajo y de sus pantalones de corduroy, y nunca deseó ir más allá de eso. Y no sólo en los campos hay tales seres; en nuestras calles pululan hombres de la misma raza vestidos con paños finos, para quienes "la música de las esferas" quiere decir el tintinear de los 'soberanos,' y cuyas citas favoritas se relacionan con el precio de las acciones y los cambios del mercado. Sobre el edificio de la bolsa de valores está escrita esta leyenda: "De Jehová es la tierra y su plenitud," pero ellos leen esa leyenda así: "Esta tierra es nuestro dios, y su plenitud es nuestro todo." Las almas de tales hombres viven como ardillas enjauladas, y su rueda da vueltas cada día; ese es todo el mundo que conocen.

Jesucristo vino para dar a Su pueblo una vida más amplia y más vasta. Cierto, hay muchos seres sobre los cuales Cristo no ha mirado nunca, cuya vida atraviesa áreas más amplias de las que contentan a los seres más bajos. Tales hombres rastrean a las estrellas y miden los océanos; leen la misteriosa historia de las rocas y memorizan las épocas pasadas; son profundos en filosofía y se abren paso en las cámaras secretas donde anidan los principios germinales de las cosas; tienen una vida que está limitada sólo por el tiempo y el espacio. Pero, amados, cuando Jesús viene, Él amplía la esfera de la mente más capaz, y hace que el más grande intelecto sienta que estaba “encerrado, plagiado, confinado,” hasta que es liberado. Jesús nos conduce efectivamente más allá del tiempo y del espacio. La vida que nos ha dado ha sido sacudida en el tormentoso mar del pecado y ha descendido hasta las profundidades del tremendo océano del terror. Hemos sido como Jonás en el fondo de los abismos, donde la tierra con sus barras parecía encerrarnos para siempre. La gracia de nuestro Dios perdonador nos ha puesto ahora sobre una roca, y nos ha permitido contemplar el paraíso del perdón. ¡Qué bendición es ser perdonado, ser amado por el corazón del Padre, y sentir el beso del Padre! Este es un mundo nuevo para nosotros: ¡vivir como viven los que están con Dios, y ver Su sonrisa, y festejar por causa de Su amor! Esta no es una vida de dimensiones insignificantes, pues moramos en Dios y estamos en comunión con el Infinito. Ya no estamos más encerrados en el yo, sino que sostengamos conversación con los espíritus delante del trono y tenemos comunión con todos los santos redimidos por sangre. Ahora hemos visto esos misterios que anteriormente estaban ocultos a nuestros ojos; la senda que el ojo del águila no vio, nosotros la hemos contemplado, y el camino que el leoncillo no pisó, nosotros lo hemos recorrido. Hemos entrado en los misterios de lo invisible y hemos estado detrás del velo. Éramos como pajarillos dentro de sus conchas, pero el Señor ha roto nuestra prisión, y Su Espíritu nos ha conducido a toda la verdad, y nos ha mostrado lo que estuvo oculto por las edades y las generaciones. Tenemos vida en abundancia en ese sentido.

3) En tercer lugar, nuestra vida en Cristo se torna más abundante conforme *nuestros poderes son ejercitados*. Yo supongo que todos los poderes del hombre se encuentran en el niño, pero muchos de esos poderes están dormidos, y sólo serán ejercitados cuando la vida sea más abundante. Ninguno de nosotros sabe lo que pudiera ser pues todavía estamos en nuestra infancia. Cristo vino para darnos una vida más plena de la que hemos alcanzado hasta ahora. ¡Miren a los apóstoles! Antes de Pentecostés eran jóvenes escolares que sólo eran aptos para ocupar los grados inferiores; con frecuencia eran ambiciosos y contenciosos entre

ellos mismos; pero cuando Jesús les dio el Espíritu, ¡cuán diferentes fueron! ¿Creerías que el Pedro de los Evangelios pudiera ser la misma persona que el Pedro de los Hechos? Sin embargo, era la mismísima persona. Pentecostés desarrolló nuevos poderes en él. Cuando lo oigo decir: “No conozco al hombre,” y unas cuantas semanas después lo veo puesto de pie en medio de partos, medos y elamitas, y predicando a Cristo valientemente, yo pregunto: ‘¿qué le pasó a este hombre?’ Y la respuesta es: ‘Cristo le dio vida en abundancia, y él desarrolló poderes que antes estaban escondidos en él.

Amados, ustedes oran; sí, pero si Dios les otorgara más vida, orarían tan prevalentemente como Elías. Aun ahora ustedes buscan la santidad; pero si tuvieran vida en abundancia, caminarían delante del Señor en gloriosa rectitud como lo hizo Abraham. Yo sé que ustedes alaban al Señor; pero si los llenara la vida abundante, rivalizarían con los ángeles en sus cánticos. Repito lo que ya les he dicho antes: no sabemos en qué podríamos convertirnos. De buena gana encendería en ustedes una santa ambición. Oren pidiéndole a Jesús que haga de ustedes todo lo puedan ser. Díganle: “Señor, nótreme con todas las gracias, poderes y facultades por medio de los cuales pueda glorificarte. Usa con plenitud mi condición humana. Envía un torrente desbordante de vida sobre mí para que mi alma íntegra despierte, y todo lo que hay en mi interior te engrandezca. Extrae de mí todo lo que pudiera ser extraído de un ser tan pobre como yo. Que el Espíritu obre en mí para alabanza de la gloria de tu gracia.” Yo deseo, hermanos, tanto para mí como para ustedes, que estemos completamente vivos, pues algunos profesantes parecieran estar más muertos que vivos; la vida sólo ha abarcado una fracción de su condición humana. Bendito sea Dios porque hay vida en sus corazones, pero en sus cabezas sólo hay vida parcialmente pues no estudian el Evangelio ni usan sus cerebros para entender sus verdades. La vida no ha tocado sus lenguas silenciosas ni sus manos ociosas ni sus bolsillos mordidos por la helada. Su casa arde pero sólo en un rincón, y el diablo está haciendo todo lo posible para sofocar la llama. Esos profesantes me recuerdan un cuadro que vi alguna vez, en el que el artista se había esforzado por dibujar la visión de Ezequiel y los cadáveres en el proceso de resucitar. Los huesos se estaban juntando, y la carne los vestía gradualmente, y el artista representa un cuerpo en el que la cabeza está perfectamente formada pero el cuerpo es un esqueleto, mientras que en otro lugar el cuerpo está bien cubierto, pero los brazos y las piernas permanecen en los puros huesos.

Yo digo que algunos cristianos están en una situación muy parecida: están vivos sólo en ciertas zonas, y en algunos debe de ser una zona muy

escondida la que ha sido vivificada, pues poco o nada se puede ver de algo de amor o de celo en la práctica. Oh, necesitamos que haya hombres que estén vivos de la cabeza a los pies, cuya existencia entera esté plétórica de consagración a Jesús y de celo por la gloria divina; ellos tienen “vida en abundancia.”

4) En cuarto lugar, el texto se refiere a *un grado incrementado de energía*. Podemos tener los poderes pero sin ejercitarlos, y sin duda, muchos hombres tienen grandes capacidades espirituales pero permanecen inmóviles por falta de intensidad de propósito. Ahora bien, ¿cuándo está más vivo el hombre? Algunos están vivos cuando están decididos a perseguir un propósito favorito. Han formado una resolución, y pretenden implementarla, y puede verse al hombre entero siguiendo adelante sobre la pista, muy alerta y lleno de avidez. Ahora bien, el Señor nos ha provisto con un propósito que invariablemente nos estimula a la vida energética, pues “el amor de Cristo nos constriñe.” Él nos ha dado un motivo y un impulso que no podemos resistir, y hemos entrado en un pacto con Él que establece que glorificaremos Su nombre en tanto que vivamos. Estamos solemnemente decididos y sinceramente resueltos a buscar Su honor. Esto le da una intensidad a la vida que incrementa su abundancia y despierta todo. Se dice que un hombre está lleno de vida cuando es despertado a la excitación, y es encendido a la pasión. El entusiasmo es vida efervescente, vida en erupción volcánica. Allí donde hay una resolución decidida, si despiertas a un hombre mediante la oposición, verás a su vida entera entrar en acción. Él estaba tranquilo antes, pero has despertado al león en él. Su vida estaba sumida en un sueño casi total pero ahora está llena al nivel de una inundación. El hombre se siente transportado; en mirada y en plática está completamente vivo, y en actos está lleno de energía al máximo grado. Nuestro divino Señor ha encendido la llama de nuestra vida inspirando en nosotros la gloriosa pasión del amor por Él. Esto nos proporciona un estímulo y un ímpetu. Un corazón que está plenamente sometido al amor de Jesús es capaz de pensamientos y de actos que son completamente extraños para las almas más frías. Una vida energética, poderosa y triunfante pertenece a las almas enamoradas de la cruz y desposadas en ardiente amor con el Esposo celestial.

En personas locas es dolorosamente manifiesta una abundancia de un cierto tipo de vida. El endemoniado en la Escritura rompía las cadenas con las que había sido atado, pues tenía una fuerza descomunal cuando el paroxismo de su furia lo poseía. Ahora, si la posesión por un espíritu maligno lleva a los hombres a una fuerza descomunal, ¡cuánto más la posesión por el Espíritu divino ceñirá a las personas de extraordinaria energía! No es posible que supiéramos cuán potente para el bien puede

volverse cualquier persona. Así como el hombre que estaba débil, muy débil antes, cuando quedó poseído de un espíritu maligno rehusó ser mantenido en cautiverio, así el hombre poseído por el Espíritu divino se vuelve sobrenaturalmente fuerte y rehúsa ser un cautivo del pecado o de Satanás. Mira a Martín Lutero; ¿hubieras podido creer que ese pobre monje sacudiría al Vaticano? Y sin embargo, lo hizo en su celo por la verdad y su odio por el error. Miren a otros hombres en otros tiempos que han sido levantados por Dios para un propósito especial; ¡cuán abundante vida les dio su santo ardor! Fueron como Sansón en tiempos antiguos. Acércate a Sansón, palpa su carne y mira sus huesos; no es más grande que otro hombre; aunque sus músculos indican un enorme vigor, no parece sorprendentemente superior a otros. Espera hasta que el Espíritu de Dios lo mueva en el campamento de Dan, y luego ¡ay de los miles de filisteos! ¡Mira cómo los apila en montones sobre montones al tiempo que los elimina de una manera despiadada! ¡Mira cómo sujetan las columnas de su templo y las mece hacia un lado y hacia el otro y derriba el edificio sobre sus cabezas! El Espíritu de Dios está en el hombre y hace maravillas. Si el Espíritu de Dios viene a ti, te hará hacer mayores cosas que esas, y alcanzar victorias más excelsas. Sólo créelo, y ven a Cristo, pues se ha de tener vida en abundancia.

5) Vamos a cambiar la línea de nuestro pensamiento, y llegando al quinto punto, vamos a decir que a menudo se ve abundancia de vida en *el goce desbordado*. En una mañana de primavera, cuando caminas por el campo y ves a las ovejas retozando muy alegremente, has dicho: "Hay vida para ti." Ves un grupo de niñitos, todos gozando de excelente salud. ¡Cómo se divierten, y cuántas travesuras hacen! Dices: "¡cuánta vida hay en esos niños!" Atrapa a uno de esos traviesos pequeñuelos, y ve cómo se zafa de tus brazos, y tú dices: "Vamos, es pura vida." Así es justamente, y de ahí su júbilo. En la juventud hay mucha vida y desborde de espíritus.

Cuando Israel salió de Egipto, era el joven Israel, y cuán alegremente golpeó sus panderos y danzó delante de Jehová. Cuando las iglesias son avivadas, ¡cuánta vida hay en ellas, y luego cuántos himnos surgen! Nunca llega un avivamiento de la religión sin un avivamiento del canto. Tan pronto como llega la Reforma de Lutero, los salmos son traducidos y cantados en todas las lenguas; y cuando Whitefield y Wesley están predicando, entonces Charles Wesley y Toplady tienen que estar elaborando himnos para que el pueblo los cante, pues tiene que mostrar su gozo, un gozo nacido de la vida. Querido amigo, cuando el Señor te dé más vida tendrás también más gozo. Ya no andarás por la casa enjugándote las lágrimas, ni serás considerado melancólico ni deprimido cuando el Señor

te dé vida en abundancia. No me sorprendería que adoptaras el hábito de cantar en tu trabajo, y de tararear tonadas en tus caminatas. No me sorprendería que las personas preguntaran: “¿Por qué Fulano de Tal está tan feliz? ¿Qué hace que sus ojos brillen como con un extraño deleite? Es pobre, está enfermo, ¡pero cuán bienaventurado pareciera ser!” Esto se verá, hermano, cuando no sólo tengas vida, sino cuando la tengas en abundancia.

6) Ahora, en sexto lugar, este es un hecho más o menos peculiar, pero creo que no debe ser omitido. La abundancia de vida será percibida en *una delicadeza de sentimiento*. Sin duda hay una gran diferencia en cuanto a la cantidad de dolor que las personas experimentan ante la misma operación quirúrgica. Hay personas que están constituidas de tal manera que podrías cortarles un brazo y apenas sentirían más de lo que otra persona sentiría si le extrajeran un diente; hay algunos, por otro lado, para quienes el más leve dolor implica un sentimiento de horror, pues son muy sensibles. No podría decir si es una ventaja o una desventaja, pero algunos diestros médicos han observado ciertamente que aquellas personas que tienen constituciones mentales fuertes, que usan mucho sus cerebros, y que tienen una buena organización mental, son usualmente aquellos que sufren más cuando se ven sometidos a un dolor; hay más vida en ellos de un cierto tipo, y son más sensibles por esa razón. Ahora bien, cuando el Señor Jesucristo da a los miembros de Su pueblo la vida en sus formas más sublimes, se vuelven más capaces de sentir dolor. El mismo pecado les hará dolerse cien veces más de lo que solía hacerlo, y se abstendrán de él con mayor ansiedad para evitarlo. Si eres simplemente un cristiano, puedes hacer el mal, y serás penitente; pero si tienes mucha vida y haces el mal, ah, entonces tu corazón se retorcerá de angustia y te despreciarás delante de Dios. El hombre lleno de delicada vida no sólo sufrirá más, sino que probablemente experimente más placer; él es sensible a gozos desconocidos para otros, y su constitución entera se estremece con un placer que otro percibe sólo débilmente. El nombre de Jesús es indecidiblemente dulce para los que tienen vida en abundancia. Sólo tener vida es algo precioso, pero es inapreciable para los que tienen corazones muy tiernos, que desbordan con una vida exuberante. Me he encontrado con algunos cristianos que dicen que no pueden entender el Cantar de Salomón, y no me he sorprendido por ello, pues es un libro de prueba para almas sensibles, y cuando los hombres tienen mucho de la vida de amor, ese sagrado cántico se adecua a sus sentimientos mejor que cualquier otro libro de la Biblia, porque es un tierno libro de amor sagrado, y es deslumbrante como carbones del altar. Oh, yo les ruego que tengan mucho de la ternura de la vida intensa.

Y no he agotado el significado de la delicadeza. También quiero decir esto. Hay una delicadeza de mano que el varón puede adquirir mediante una larga práctica, que convierte a ese maravilloso miembro en un gran obrador de hazañas. Los dedos y la palma rebosan vida, y pueden ejecutar manipulaciones de un tipo sumamente sorprendente. De igual manera la mano de la fe educada no sólo puede asir sino manejar la buena palabra de vida. Cuando estamos dotados de esta facultad, atisbamos en los misterios del corazón de Jesús como otros no pueden hacerlo. Los labios también pueden volverse sensibles. Laura Bridgman aprendió a leer con sus labios las letras resaltadas, y los ciegos tienen muy generalmente una maravillosa vida en las yemas de sus dedos que otros no hemos desarrollado todavía. Así el Señor quiere que Su pueblo goce de una vida sensible de discernimiento que les ha de revelar cosas que de otra manera no hubieran sentido ni conocido nunca. Oh, cuando tu alma es bendecida con una santa delicadeza, cuando cada parte de tu naturaleza se ha llenado con una intensa sensibilidad y la desborda, y, además, con una educada sensibilidad para la mente y la voluntad divinas, entonces estás llegando donde Cristo quiere que llegues.

Además esta delicadeza se muestra en una maravillosa comprensión y en una agudeza de percepción que no habían estado allí antes. El indio pega su oído al suelo y dice: "un enemigo se aproxima," y en cambio tú no puedes oír ni un sonido. Cuando se llega a una curva en el bosque él dice: "hay una pista rumbo a la derecha," y en cambio tú no puedes ver que una varita fue cortada ni que una sola hoja de hierba fue doblada. Sus facultades están llenas de vida, y por eso tiene un mejor oído y un mejor ojo que tú. Recuerda la historia del sitio de Lucknow. Cuando la mujer montañesa dijo: "¿lo oyes? ¿Lo oyes?" ella podía oír el sonido de la música de los montañeses cuando aún estaba muy distante. No dudo de que lo oyera, aunque los demás no lo oían; su oído era más agudo que el de ellos. Jesús quiere que tengamos una rápida percepción en el temor del Señor, de tal manera que podamos decir: "¡Él viene, Él viene! ¡Puedo oír Sus pisadas!" Y el mundo dirá: "Estás loco; comamos y bebamos y casémonos y démonos en casamiento." Necesitamos ser capaces de decir: "puedo oír la voz del Esposo," cuando otros dicen: "no es así, es la pura imaginación." Necesitamos ojos que vean la tierra que está muy distante, para que sean visibles para nosotros las puertas de oro de nuestro hogar celestial. Así tendremos vida "en abundancia."

7) El séptimo punto es este: la vida, cuando es abundante, se vuelve *suprema*. Algunas razas de hombres tienen vida física, pero no la tienen en abundancia. Por ejemplo, los indios cobrizos y las razas australianas tienen vida, pero al cabo perecen y desaparecen de la faz de la tierra,

mientras que otras razas de vida más vigorosa luchan con su ambiente y sobreviven. Los cristianos deberían tener una vida tan abundante que sus circunstancias no deberían ser capaces de vencerlos; una vida tan abundante que en la pobreza sean ricos, en la enfermedad gocen de salud espiritual, en el desprecio estén llenos de triunfo y en la muerte estén llenos de gloria. Gloriosa es la vida que desafía a las circunstancias. Hermanos, Cristo nos ha dado una vida suprema, suprema en su tenacidad; no puede ser destruida, nadie puede cortar su hilo. “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” Ni lo presente, ni lo porvenir podrían hacer eso; tenemos una vida tan abundante que triunfa sobre todo. Lo que deseo más que nada es tener esta vida de una manera tan abundante que sea suprema sobre mi ser entero. Hay muerte en nuestro interior, y esa muerte forcejea con nuestra vida. Nuestra vida ha derribado a la muerte, y la mantiene bajo sus pies; pero tremendo es el esfuerzo de la muerte para levantarse de nuevo y retomar el control.

Hermanos, debemos sojuzgar a la muerte; debemos atarla como con ligaduras de hierro y sojuzgarla y plantar la rodilla de la oración sobre su pecho y presionarla contra el suelo. No hemos de permitir que el pecado tenga dominio sobre nosotros, antes bien, la vida en abundancia, por medio de la gracia, tiene que triunfar sobre la corrupción interna.

Hay todavía muchas cosas más allá de ustedes, hermanos cristianos, pero todo eso es alcanzable. No deben sentarse y decir: “tenemos que ser siempre cautivos de la carne, y tenemos que rendirle obediencia.” Amados, ustedes pueden vencer; si la gracia de Dios está en ustedes, ustedes pueden vencer. No deben congratularse de la perfección de este lado de la tumba; tal jactancia debe estar lejos de ustedes; pero en la fortaleza de Dios, la vida de Dios que está en ustedes puede crecer, y crecerá, pues Cristo vino para hacerla crecer hasta que la muerte sea hollada y ustedes sean más que vencedores por medio de Aquel que los amó.

Mi tiempo se ha agotado. El tema es demasiado grande para mí. Entonces sólo concluyo con esto: si quieren vida tienen que obtenerla de Cristo, y si quieren más vida tienen que acudir a ese mismo lugar. No miren a Cristo para los principios para luego mirar a otro lugar para las etapas finales. Cristo vino para que tengan más vida. Vengan a Él por la fe. No miren a las ceremonias o a los servicios externos ni a ninguna otra cosa para el crecimiento en la gracia, aparte de Jesús; deben acudir a Él y Él se los dará, y serán ricos para todos los propósitos de bienaventuranza. Que Dios nos conceda que todos los miembros de esta iglesia reciban esta gran bendición por Cristo nuestro Señor. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Juan 10.

Nota del traductor:

Soberano: monedas de oro que circulaban en el Reino Unido.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #1150—Volume 20
LIFE MORE ABUNDANT**

Calculando los Gastos

NO. 1159

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 22 DE FEBRERO, 1874,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.”

Lucas 14:28-30.

Este pasaje es exclusivo de Lucas, y él nos informa que en el momento en que nuestro Señor expresó estas palabras, grandes multitudes iban con Él. Podemos observar que nuestro Señor no se deprimía cuando la muchedumbre lo abandonaba, y que tampoco se entusiasmaba cuando Su ministerio ganaba popularidad. Él reaccionaba tranquila y sabiamente en medio de la excitación de las desbordantes multitudes. Este pasaje nos sirve de suficiente evidencia de ello. En esta ocasión nuestro Señor habló con miras a la criba del gran montón conformado por el discípulado nominal que se encontraba frente a Él, para desechar el tamo y conservar el valioso grano. El discurso que estamos considerando nos recuerda el proceso que siguió Gedeón para reducir aquel vasto pero abigarrado ejército del cual dijo el Señor: “El pueblo que está contigo es mucho.” Despues de haberle pedido a los pusilánimes que se marcharan, llevó luego a las aguas a los miles que quedaban, y les ordenó que bebiieran, y entonces conservó sólo a aquellos que lamieron de una cierta manera peculiar que indicaba su celo, su rapidez, su energía y su experiencia. Nuestro Señor probó a Sus seguidores para que con Él permanecieran únicamente aquellos que serían idóneos para la conquista del mundo. Quería seleccionar los vasos que llevarían Su propio tesoro—aquejlos que la gracia había hecho aptos para ser usados por Él—y prescindir del resto.

Nuestro Señor Jesús era demasiado sabio para enorgullecerse por el número de Sus convertidos; a Él le interesaba más la calidad que la cantidad. Se alegraba por un pecador que se arrepentía, pero diez mil pecadores que meramente profesaban haberse arrepentido no le proporcionaban ninguna alegría. Su corazón apetecía lo real y aborrecía lo falso; deseaba vivamente la sustancia y no podría contentarse con la sombra. Su aventador estaba en Su mano para limpiar Su era, y Su hacha estaba puesta a la raíz de los árboles para derribar a los que no daban buen fru-

to. Él ansiaba dejar una iglesia viva, como buen trigo de siembra en la tierra, lo más libre posible de cualquier mezcla. De ahí que en este caso en particular aunque uno pensaría que repelía a los hombres en vez de atraerlos a su liderazgo, en realidad no hizo nada de eso. Él entendía muy bien que la verdad es lo que tiene que ganar verdaderamente a los hombres, que el verdadero amor es siempre honesto y que el mejor discípulo no es aquel que se une apresuradamente a la clase del grandioso Maestro para descubrir luego que la enseñanza no era lo que esperaba, sino que debe ser alguien que busca suspirando el conocimiento que el maestro está dispuesto a proporcionarle. Además, nuestro Señor sabía lo que nosotros tendemos a olvidar: que no hay mayor congoja en el mundo para el obrero piadoso que la proveniente de unas esperanzas frustradas, cuando quienes han dicho: "Maestro, te seguiré adondequiera que vayas," regresan a la perdición, y cuando el tibio aliento que exclamó: "¡Hosanna!" se convierte en un cruel grito lanzado a sangre fría: "¡Crucifícale, crucifícale!" No hay nada más perjudicial para una iglesia que verse invadida por unos miembros desganados, y nada es más peligroso para las propias personas, que se les permita hacer una falsa profesión. Por eso el Señor tuvo sumo cuidado—en un momento en que el cuidado era algo primordialmente necesario—para que no lo siguiera nadie bajo un malentendido, sino que tenían que estar plenamente conscientes de lo que implicaba ser Sus discípulos, para que no fueran a decir luego: "Fuimos desinformados; fuimos seducidos a entrar a un servicio que nos decepciona." A diferencia del sargento reclutador que para ganar a un recluta expone todas las glorias del servicio militar con colores deslumbrantes, el grandioso Capitán de nuestra salvación quiere que Sus seguidores tomen en cuenta todas las cosas antes de unirse a Él.

Esta mañana nuestro texto puede ser tan apropiado y su advertencia puede ser tan necesaria y tan saludable como cuando el Maestro la expresó por primera vez, pues grandes multitudes están siguiendo a Cristo precisamente ahora. Ha llegado un avivamiento que ha commocionado a un buen núcleo de personas. Entre los aspirantes a discípulos (*¡bendito sea Dios!*), hay muchos a quienes el propio Señor ha llamado, y por cada uno de ellos damos gracias de todo corazón, pero junto con ellos, necesariamente, y por supuesto, (pues, *¿cuándo ha sido diferente?*), hay otros que no son llamados por Dios en absoluto, sino que son movidos por el impulso natural de imitar a otros y son sacudidos por sentimientos que no por intensos en el momento dejan de ser fugaces; por tanto, en nombre de Cristo nos corresponde dirigirnos a ustedes tal como Él lo hizo, y advertirles en Sus propias palabras: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque *¿quién de*

vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar."

Para ayudar a nuestra memoria, vamos a dividir nuestra meditación en tres partes. La primera será encabezada de esta manera: *la verdadera religión es costosa*; la segunda llevará este lema: *la sabiduría sugiere que antes de entrar en ella debemos calcular el costo*; y la tercera llevará esta inscripción: *cueste lo que cueste, vale lo que cuesta*.

I. Primero, entonces, partiendo de nuestro texto, es claro que LA VERDADERA RELIGIÓN ES COSTOSA. Lejos de nosotros esté el crear aquí alguna confusión de pensamiento. Los dones de la gracia de Dios no nos cuestan nada y Su salvación no podría ser comprada con dinero, ni con mérito, ni gracias a votos y penitencias. "Si diese el hombre todos los bienes de su casa por este amor, de cierto lo menospreciarían." El lema evangélico es: "sin dinero y sin precio." Nosotros somos "justificados gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús." No obstante, si un hombre es cristiano, le costará algo.

Consideren un momento. Allí está un ciego, sentado a la vera del camino, mendigando; pide que sus ojos le sean abiertos. ¿Le costará algo? No, el Salvador no aceptaría ni todo el oro del mundo por esa curación. Le abre sus ojos gratuitamente; pero una vez abiertos, a ese ciego le costará algo. Al obtener su vista será llamado a cumplir con los deberes de alguien que tiene ojos. Desde ese momento ya no se le permitirá sentarse allí para mendigar, o, si tratara de hacerlo, perdería la simpatía que es acordada a la ceguera. Ahora que sus ojos han sido abiertos, tiene que usarlos para ganar su propio pan. Le costará algo, pues ¡ahora estará consciente de la oscuridad de la noche de la cual no supo nada antes! Y ahora tiene que mirar algunos tristes espectáculos que nunca antes lo habían afligido, pues a menudo el corazón no lamenta lo que el ojo no ve. Un hombre no puede ganar una facultad (como la vista) excepto gastando algo; el que añade conocimiento o la forma de aumentarlo, añade aflicciones y obligaciones.

Tomen otro caso. Un hombre pobre es convertido en un príncipe de pronto: eso le costará tener que renunciar a sus hábitos anteriores y lo llenará de nuevos deberes y cuidados. Un hombre es puesto en el camino al cielo como un peregrino: ¿paga algo por entrar por la puerta angosta? Claro que no. La gracia inmerecida lo admite a la sagrada senda. Pero haber sido puesto en el camino al cielo le costará algo a ese hombre. Necesitará sinceridad para tocar a la puerta angosta, y tendrá que sudar para subir al Monte de la Dificultad; le costará lágrimas encontrar de nuevo su pergamo después de haberlo perdido en el árbol de la tran-

quidad; tendrá que poner sumo cuidado al bajar al Valle de la Humillación; le costará resistir hasta la sangre cuando entre en un conflicto cuerpo a cuerpo contra Apolión; le costará muchos temores cuando tenga que atravesar el Valle de la Sombra de Muerte; le podría costar su vida cuando llegue a la Feria de las Vanidades, si como Fiel, fuera llamado a dar testimonio en la hoguera. La verdadera religión es un don de Dios y no hay nada que podamos hacer para comprarla; pero al mismo tiempo que la recibimos se producen ciertas consecuencias, y tenemos que considerar si seremos capaces de hacerles frente.

Pueden estar seguros de que el costo tiene que ser alto, pues nuestro Señor lo compara con la edificación de una torre. La palabra utilizada aquí como “torre” ha sido empleada a menudo para significar una casa guarneida con torreones, una villa o una mansión campestre. “¿Quién de vosotros”—le pregunta a la gente—“queriendo edificar una mansión para residir con toda tranquilidad, no se sienta primero y calcula los gastos?” El edificio habrá de ser costoso. Doddridge se equivoca al suponer que se tiene la intención de describir aquí una construcción temporal. Es claro que costaría una suma considerable por lo dicho por el Salvador respecto a que un hombre sabio se sienta primero y calcula los gastos. No se pone de pie simplemente y pasa su mano por su frente diciendo: “Esta torre me costará tantos cientos de libras esterlinas,” sino que ha de ser una construcción elaborada, casi un edificio palaciego, y, por tanto, se sienta, como un comerciante en su escritorio, y considera concienzudamente el proyecto; consulta al arquitecto y al ingeniero constructor, y calcula cuál será el costo de las paredes exteriores, cuál será el costo del techo, cuál será el costo de los arreglos interiores y otros componentes similares, y no hace un cálculo impreciso, sino que calcula el gasto de igual manera que los hombres cuentan su oro. Evidentemente es un asunto de consideración para él, y lo mismo es la verdadera religión: no es una nimiedad, sino que es un asunto de suma importancia. Aquel que piensa que una especulación descuidada, atolondrada y carente de un plan definido bastará para sus intereses eternos, es lo contrario de un sabio.

La verdadera piedad es la edificación de un carácter que resistirá el día del juicio. Comienza por cavar profundamente los cimientos en fe, amor y un corazón renovado; se continúa la obra poniendo paciente y cuidadosamente, y a menudo dolorosamente, piedra sobre piedra, los materiales del imponente edificio, añadiendo diligentemente: “a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor.” La obra de nuestra vida consiste en “edificarnos sobre nuestra santísima fe.” ¿No ven que el carácter cristiano es asemejado a un glorioso palacio?

Pero para que no pensemos todavía que el gasto es pequeño, nuestro Señor lo compara con una guerra, y habla del número de tropas involucrado en esa guerra, mostrando que no es ninguna refriega intrascendente entre dos tribus insignificantes. Lo compara con una guerra en la que de un lado hay una formación de diez mil, y del otro lado un ejército de veinte mil. Ahora bien, la guerra es siempre una obra costosa; además del costo de los avíos y de las municiones, está el costo de la vida y de la sangre de los seres humanos, está la supresión de brazos fuertes para la obra en casa, y están los más calamitosos riesgos de una derrota, una cautividad y una devastación. Entonces, el Señor compara a la religión, en sus elementos externos, con una batalla entre el hombre agraciado y los males desenfrenados del mundo exterior. El discípulo de Jesús tiene que defenderse contra un gigantesco enemigo, y tiene dentro de sí un poder que, por sí solo, no es suficiente para la contienda; las posibilidades son temibles: diez mil contra veinte mil. Bien dice el Salvador, en el último caso, que es bueno sentarse primero para consultar. El rey con el ejército más pequeño consulta, pregunta a sus sabios senadores, toma consejo de la experiencia, manda llamar a unos buenos consejeros y debate acerca de la factibilidad del proyecto. De igual manera debemos considerar el asunto de nuestras almas, pues la religión es algo costoso y no debemos entrar en ella, como dijo el francés: "con despreocupación." Esa despreocupación le costó mucho a su nación y así nos costará mucho a nosotros si la consentimos.

Podríamos haber inferido esto, pienso, a partir de algunas otras consideraciones, es decir, primero, del hecho de que la verdadera religión es algo duradero. Dura toda la vida. La falsa religión viene y se va. La verdadera regeneración no se repite nunca, y es el comienzo de una vida que no conocerá un fin ni en el tiempo ni en la eternidad. Ahora bien, cualquier cosa duradera es necesariamente costosa. Puedes dar a colorear tu cristal, si quieres, y buscar lo más barato, pero pronto el sol le quitará toda su belleza. Si quieres conseguir un cristal que retenga su color durante siglos, cada uno de los pasos en el proceso de su fabricación será costoso, involucrando mucha mano de obra y gran cuidado. Lo mismo sucede con la verdadera religión. Puedes conseguirla muy barata, si quieres, y se verá casi tan bien como la religión real, y durante un breve tiempo te proporcionará casi todo el consuelo y el respeto que el artículo genuino te habría proporcionado; pero no durará; pronto se desvanecerá su color, y la pretensión de belleza y de excelencia que había en ella pronto se habrá esfumado. Querido amigo, tú necesitas, (estoy seguro de que la necesitas), tú necesitas una piedad que te dure hasta tu muerte: bien, entonces tiene que costarte algo, ten la certeza de ello.

Recuerda también que la verdadera religión tendrá que soportar mucha tirantez, pues verá una segura oposición. Esta torre no será edifica-

da sin oposición. Igual que sucedió con el muro de Jerusalén, Sanbalat y Tobías querrán con seguridad obstaculizar la construcción. La verdadera religión tiene que ser capaz de soportar la dureza: si no puede hacerlo no sirve para nada. La vieja espada de Toledo le costó mucho al guerrero de inicio, pero una vez que la hubo conseguido, él sabía que penetraría hasta las coyunturas y los tuétanos en el día de la batalla, y no tenía miedo de lanzarse a lo más recio de la refriega, ya que confiaba en su temple sin rival y en su agudo filo. ¿No habría podido encontrar una espada más barata? Yo supongo que hubiera podido encontrarla muy fácilmente, y con poca inversión de oro, pero entonces en el momento en que su espada golpeara el casco de su enemigo, en vez de partirle el cráneo, se quebraría en la mano del guerrero y le costaría su propia vida. Así es la religión barata que muchos adoptan; no hay abnegación en ella, no hay abandono del mundo, no hay renuncia de las diversiones carnales: son exactamente lo mismo que el mundo; su religión no les cuesta nada, y al final, cuando la necesiten, les fallará, y se romperá en el día de la batalla como una espada mal hecha, y los dejará indefensos. ¡Oh, si quieren algo que resista en el conflicto tienen que pagar por eso!

Jesucristo sabía que las personas a quienes les hablaba no serían capaces de soportar las pruebas que les esperaban a Sus discípulos; no sabían que Él sería crucificado, pues justo entonces era popular y esperaban que fuera el Rey de Israel, pero el Salvador sabía que vendrían días oscuros en los que el Rey de los judíos sería colgado de un patíbulo, y Sus discípulos, incluso los verdaderos, lo abandonarían momentáneamente y huirían; y, por tanto, en efecto les dijo: "han de estar preparados para llevar la cruz, han de estar preparados para seguirme en medio de la burla, de la vergüenza y del reproche, y si no están listos para eso, su discipulado es un error. En su caso ese tipo de discipulado no pasó la prueba; esas personas se escondieron cuando llegó el tiempo de la tribulación.

Y recuerden, queridos amigos, y quiero enfatizar este punto, que necesitamos una religión que soporte la inspección del grandioso Juez en el último día. Hay cosas en el mundo que pueden aguantar por un tiempo, pero si se miran de cerca, y especialmente si son colocadas bajo el microscopio, se verá que tienen muchos defectos: ahora bien, ningún examen microscópico puede ser comparado ni por un instante con la mirada de Jehová. Él nos leerá exhaustivamente. Oh, las hermosas profesiones serán fulminadas con la mirada en el día cuando Su ojo de fuego las contempla. Nunca se secan las hierbas ni la mitad de rápido bajo el simún como se marchitarán las hermosas llanuras del pretendido cristianismo bajo la mirada divina en el último tremendo día. Mirará a lo que los hombres llaman cristianismo, que casi se disipará si es que no se disipa por completo, pues "cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la

tierra?" ¿No será, entonces, evidentemente cierto que "muchos son llamados, y pocos escogidos"? "Esforzaos a entrar por la puerta angosta—es todavía la voz de Cristo para todos nosotros—"porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán." Si nuestra religión ha de ser pesada en la balanza, y puede ser tal vez hallada falta, es bueno que nos cuidemos de eso y que sepamos que tiene que ser sincera, genuina y costosa, si ha de pasar esa ordalía.

Entonces, ¿cuál es el gasto? ¿Cuál es el costo de edificar esta torre o de pelear esta guerra? La respuesta es dada por nuestro Salvador, no por mí. Yo no me hubiera atrevido a inventar unas pruebas como las que Él ha ordenado; a mí me corresponde ser el eco de Su voz y nada más. ¿Qué dice Él? Pues bien, primero, que si quieres ser Suyo, y quieres tener Su salvación, tienes que amarlo más que a cualquier otra persona en este mundo. ¿No es ése el significado de esta expresión: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre"? ¡Nombres amados! ¡Nombres amados! "¡Padre y madre!" ¿Acaso vive algún hombre con un alma tan muerta que pueda pronunciar cualquiera de estas palabras sin emoción, y especialmente la última: "madre"? Varones y hermanos, este es un nombre amado y tierno para nosotros; toca una cuerda que emociona a nuestro ser; con todo, mucho más poderoso es el nombre del Salvador, el nombre de Jesús. Menos amados han de ser padre y madre que Jesucristo. El Señor exige precedencia también sobre la muy amada "esposa." Aquí toca otro conjunto de cuerdas del corazón. Esa palabra "esposa" es amada, se trata de la compañera de nuestro ser, el consuelo de nuestra aflicción y el deleite de nuestros ojos: "¡esposa!" Con todo, esposa, tú no debes tomar el lugar principal; tú tienes que sentarte a los pies de Jesús, pues de otra manera, tú serías un ídolo y Jesús no toleraría tu rivalidad. Y los "niños," los amados bebés que anidan en el pecho y se suben a la rodilla y pronuncian el nombre de los padres con musicales acentos, ellos no deben ser nuestro principal amor; no deben interponerse entre nosotros y el Salvador, y no debemos contristar a nuestro Señor por causa suya, ni por darles placer o promover su ventaja mundana. Muchos hijos son señores de su padre, muchas hijas han sido amas de su mamá; pero si es para mal, esto ha de llegar de inmediato a su fin. Si nos tientan al mal deben ser tratados como si los odiáramos; sí, el mal en ellos debe ser odiado por causa de Cristo. Si son discípulos de Cristo, su Señor tiene que ser primero, y luego seguirán madre, padre, esposa, hijos, hermanos y hermanas en su debido rango y en su orden.

Me temo que muchos profesantes no están preparados para esto. Serían cristianos si su familia lo aprobara, pero tienen que consultar con su hermano, con su padre o con su esposa. Ellos se opondrían a los placeres mundanos si otros lo hicieran, pero no pueden tolerar figurar como excéntricos ni oponerse a los puntos de vista de sus parientes. Dicen: "mi

padre lo desea, y no me atrevo a decirle que está mal.” “Mi madre dice que no debemos ser tan mojigatos, y por tanto, aunque mi conciencia me dice que está mal, con todo, yo lo haré”; o por otra parte dicen: “mis hijas están creciendo y tienen que divertirse, y mis hijos tienen que disfrutar de sus placeres, y, por tanto, tenemos que ser tolerantes con el pecado.”

Ah, hermanos míos, si son verdaderamente discípulos de Cristo, no debe ser así. Deben hacerlos a todos a un lado, y los más queridos tienen que ser los primeros en irse antes que abandonar a Cristo; pues, ¿no dice Él en los Salmos: “Oye, hija, y mira, e inclina tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor”? Advierte que demostrarás mejor tu amor a tus parientes optando por lo recto, pues entonces será más probable que ganes sus almas. Ámalos intensamente como para no consentir lo malo en ellos; ámalos tan verdaderamente que odies en ellos lo que te dañaría a ti y los arruinaría a ellos. Tienes que estar preparado para sufrir por causa de quienes están ligados a ti por los lazos más amorosos; el pecado no debe ser tolerado prescindiendo de lo que pudiera pasar. No podemos ceder en el punto del pecado; nuestra determinación es invencible; venga odio o venga amor, tenemos que seguir a Cristo.

El siguiente elemento de costo es éste: el ‘yo’ debe ser odiado. Me temo que hay algunos que preferirían odiar a padre o a esposa que odiar a su propia vida. Sin embargo, esa es la exigencia. Quiere decir esto: que allí donde mi propio placer, o mi propia ganancia, o mi propia reputación, o incluso mi propia vida obstaculicen la gloria de Cristo, yo soy muy pequeño para considerarme algo e incluso tengo que odiarme a mí mismo si el ego se interpone en el camino de Cristo. He de considerar a padre, madre, hermano, hermana y a mí mismo también como enemigos, en la medida en que se opongan al Señor Jesús y a Su santa voluntad. Tengo que amarlos y desear su bien así como también deseo mi propio bien, pero no he de desear ningún bien para ellos o para mí mismo a costa de pecar y de robarle al Señor Jesús Su gloria. En cuanto a mí, si veo cualquier cosa que se oponga a Jesús, tengo que desecharla. Tengo que mortificiar la carne con sus afectos y lascivias, negándome a mí mismo cualquier cosa que contriste al Salvador o que impida alcanzar mi perfecta conformidad a Él.

A continuación, el Salvador prosigue diciendo que si queremos seguirle tenemos que llevar nuestra cruz: “El que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo.” Algunas veces esa cruz viene en la forma de confesar nuestra fe delante de los contradictores. “Ah”—dice el de tímido corazón—“si hiciera eso tendría a todos mis amigos en contra mía.” ¡Toma tu cruz! Es una parte del costo del verdadero discipulado. “Difícilmente sabría cómo conducirme en el hogar si confesara mi religión.” ¡Toma tu cruz!, hermano mío, o no puedes ser discípulo de Cristo.

“Bien, pero implicará un cambio incluso en mi vida diaria.” Haz el cambio, hermano mío, o no puedes ser discípulo del Señor. “Pero yo sé que hay alguien muy querido a quien he considerado como candidato para que sea mi futuro compañero, y él me dejaría si abandonara los caminos del mundo.” Entonces, por muy pesada que sea la pérdida, déjalo ir, si es que no puedes seguir a Cristo y unirte a él, pues debes seguir a Jesús o te perderás para siempre. ¡Qué palabras tan duras son esas! ¡Son excelentes detectores de la hipocresía de muchos cristianos profesantes! ¿Se separaron jamás del mundo? No, ellos no; siguen sus modas igual que los peces muertos flotan con la corriente. ¿Les reprocha alguien por ser demasiado rígidos y demasiado puritanos? ¡Oh, no!, pues la suya es la religión que el mundo alaba, y por consiguiente, la religión que Dios aborrece. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, y el que goza de la sonrisa de los impíos busca la censura de Dios.

Pero, además de esto, el Salvador, como otro elemento de costo, requiere que Su discípulo tome su cruz *y le siga*, es decir, que tiene que actuar como Cristo actuó. Si no estamos preparados a convertir a Cristo en nuestro ejemplo, sí, si no es nuestra sublime ambición vivir como Él vivió y entregarnos a actuar como Él actuó, no podemos ser Sus discípulos.

Por último, tenemos que hacer a Jesús una entrega sin reservas de todo. Escuchen estas palabras: “Cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.” Podría llegarse incluso al punto de que pudiera surgir la persecución, y tendrías que renunciar efectivamente a todo. Tienes que estar preparado para ese evento. Tal vez no tengas que renunciar a nada, pero la entrega tiene que ser tan real en tu corazón como si hubiera sido llevada a cabo en acto y de hecho. Nadie se ha entregado a Cristo verdaderamente a menos que haya dicho también: “Señor mío, yo te doy en este día mi cuerpo, mi alma, mis poderes, mis talentos, mis bienes, mi casa, mis hijos y todo lo que tengo. A partir de ahora voy ser responsable de ellos según Tu voluntad, como un mayordomo bajo Tus órdenes. Ellos son Tuyos; en cuanto a mí, no tengo nada, pues todo te lo he entregado.” Ustedes no pueden ser discípulos de Cristo a ningún costo menor que ese; si posees un cuarto de penique que sea tuyo y no de tu Señor, Cristo no es tu Señor. Todo tiene que ser Suyo, cada iota y cada tilde, y tu vida también, o no puedes ser Suyo.

Estas son palabras escrutadoras, pero quisiera recordarte una vez más que no son mías en absoluto. Si al exponerlas he errado, me aflige que así sea, pero estoy persuadido de que no he errado del lado de una gran severidad. Confieso que pude haber hablado demasiado benignamente. Las palabras del texto ponen el hacha a la raíz, y son demoledoras en sumo grado. ¡Oh, calculen, entonces, el costo! Y si cualquiera de ustedes ha asumido una religión que no le cuesta nada, abandónela y huya de ella, pues será su maldición y su ruina.

¿Hay forma de llegar al cielo sin incurrir en este costo? No. ¿Pero no podemos ser cristianos sin estos sacrificios? Podrían ser falsificaciones de cristianos, podrían ser hipócritas, podrían ser hermanos de Judas, pero no podrían ser verdaderos cristianos. Este costo es inevitable, y no puede ser reducido ni una pizca. Que Dios les conceda que puedan ser capacitados a someterse a él.

II. El segundo encabezado es este: LA SABIDURÍA SUGIERE QUE DEBEMOS CALCULAR EL GASTO. Tú piensas que te gustaría ser cristiano. Querido amigo, dame tu mano. Me alegra que tengas esa inclinación. Pero al tomar tu mano queriendo llevarte gustosamente a Cristo, te miro a la cara y te pregunto: “¿Sabes qué es lo que quieres? ¿Estás seguro de que deseas eso?” Hay hombres que cuando yacen sobre sus lechos de enfermedad claman pidiendo ayuda, pero cuando se recuperan y tienen que salir y que combatir con el mundo, puede llegar un momento cuando digan: “Quisiera que se me concediera estar de nuevo sobre el lecho de enfermo.” No me gustaría que llegara el momento cuando alguno de ustedes dijera: “me uní a la iglesia, pero fue un error. No sopesé el asunto correctamente. Estoy adentro debido a eso, pero lamento estar adentro, pues no debería estar adonde estoy.” Si eres honesto, deberías renunciar a tu profesión, si tal es el caso. Si no tienes gracia, espero que tengas suficiente honestidad común para no adherirte a una falsedad práctica. Me afligiría en verdad si eso sucediera, y, por eso te ruego que calcules el gasto esta mañana, pues advierte que si no calculas el costo, no serás capaz de llevar a cabo tus resoluciones. Se trata de un gran edificio, se trata de una gran guerra. Ningún error puede ser mayor que la idea de que para ser salvados sólo se necesita una medida de emoción durante unos cuantos días, y la creencia ejercida en una hora decisiva. Si yo predicara tales doctrinas estaría engañando a sus almas. La fe y el arrepentimiento no son la obra de una semana o de dos, antes bien, son la obra de toda una vida. En tanto que el cristiano esté en la tierra tiene que arrepentirse, y en cuanto a la fe, no se trata de decir: “yo creo en Jesús y entonces soy salvo,” sino que es una gracia cotidiana, es la confianza de toda una vida. El cristiano permanece creyendo y arrepintiéndose mientras no comience a triunfar en la eterna gloria. Además, la fe produce continuamente resultados santificantes en la vida del creyente, o de otra manera, no está poseído por la fe debida. El que cree en Jesucristo es salvo, pero si hubiese tal cosa como una fe temporal, habría algo así como una salvación temporal. El que se arrepiente verdaderamente del pecado es un hombre renovado, pero si el arrepentimiento del pecado fuera sólo una cosa transitoria y acabara pronto, la vida que indicaba acabaría también. No debes contentarte con una religión falsa y transitoria. Estás comenzando a edificar una torre de la cual la piedra cimera nunca será puesta sino hasta que seas llevado al cielo, y estás

comenzando una guerra que no acabará nunca hasta que intercambies la espada por la rama de palma.

Recuerda, también, que fallar en esta gran empresa implicaría una terrible derrota, pues, ¿qué dice el Señor? Él dice que ser incapaz de acabar te expondría al ridículo. Te ruego que adviertas la forma de ese ridículo: “Todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo unos a otros (pues esa es la fuerza de la expresión): Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.” Nuestro Señor no los describe como diciendo al insensato constructor: “tú comenzaste a construir y no pudiste acabar,” sino como hablando acerca de él como en tercera persona: “Este hombre.” Ahora bien, pudiera ser que los cristianos indiferentes, los hombres religiosos indiferentes no sean objeto de burla en su propia cara en las calles, pero son el común blanco del ridículo tras sus espaldas. Los falsos profesantes son despreciados universalmente. Los mundanos dicen riéndose: “¡Ah, estos son hermosos especímenes de miembros de la iglesia!” El mundo contempla a la iglesia mundana con absoluto desdén, y por mi parte poco lamento que tal irrisión sea arrojada sobre un objeto que tanto lo merece. Ser un mero pretendiente al discipulado cristiano es convertirse en un objeto de escarnio en el tiempo y en la eternidad, y tal será el destino del falso profesante.

Amigo: si pretendes ser cristiano, resuelve, íntegra y decididamente, que eso será lo correcto; pues entonces aunque los hombres no anden rondando y te alaben en tu cara, ellos te honrarán, e incluso quienes te odian conocerán tu valor; pero si sólo eres cristiano a medias, y no lo eres íntegramente, puede ser que no se presenten ante ti para mostrar su desprecio, pero al pasar junto a ti se mofarán y tendrán más respeto por un mundial descarado que por ti, porque él es lo que dice ser y no pretende ser ninguna otra cosa, pero en cambio tú, tú comenzaste a edificar y no pudiste acabar. ¡Qué desgracia es ser un cristiano fingido! Hemos visto algunas veces que algunos especuladores han comenzado y han abandonado grandes edificios, y los vecinos se han referido a ellos como: “la locura de Smith,” o “la locura de Brown,” o “la locura de Robinson,” o cosas parecidas; esos son sólo motivos pasajeros de mofa; pero el aparentador, el hombre que en apariencia comenzó a ser cristiano y luego perdió el ánimo, será señalado con el dedo incluso por los perdidos que están en el infierno. El borracho exclamará: “¿y tú? ¿Has venido tú también aquí? Tú, que eras tan elocuente acerca de la sobriedad y tan propenso a regañar al amante de la bebida.” “¡Ajá!”—exclama otro—“tú eres el hombre que vivía en nuestra misma calle y que hacía todo un espectáculo de su religión; tú me dijiste que yo era muy perverso, pero, ¿en qué eres mejor tú que yo?” He aquí, yo veo a los profanos descarados levantarse de los potros de castigo de su remordimiento para exclamar: “¿Llegaste a ser como nosotros? Tú, un miembro de la iglesia, ¿estás en

el infierno? ¿Está todavía en tus labios el sabor del vino sacramental? ¿Por qué, entonces, pides una gota de agua para refrescar tu lengua? Ese pan sacramental que engulliste tan rápido, ¿no está atorado incluso ahora en tu hipócrita garganta? Tú, un mentiroso delante de Dios y de los hombres, es justo y recto que seas echado fuera igual que nosotros.”

Oh, si han de perderse, piérdanse por cualquier causa excepto por ser hipócritas; si han de perecer, perezcan más bien fuera de la iglesia que dentro de ella. ¡No parodian al Señor de gloria! No conozco ningún acto que sea peor que parodiar las excelencias del Salvador con una insolente imitación de Sus gracias. ¿Qué peor ofensa pudieran propinar a la majestad de Su sagrado poder que parodiar Su santidad y Su perfección?

III. La última palabra será esta, que CUESTE LO QUE CUESTE, LA RELIGIÓN VERDADERA VALE LO QUE CUESTA. Nosotros somos como un hombre afligido con la peste negra que sabe que se está muriendo, y, con todo, tiene a su lado una medicina que lo curará. “Doctor”—dice—“usted exige un precio tan alto que cada gota me cuesta un diamante; está requiriendo más que su peso en perlas escogidas, pero no importa, tengo necesidad de ella. Si no la tomo soy hombre muerto y entonces ¿de qué me serviría haber guardado mi oro?”

Es el caso de cada uno de nosotros aquí presente: hemos de tener a Cristo o pereceremos para siempre, y sería mejor que nos cortáramos el brazo derecho o que nos arrancáramos el ojo derecho, a que fuéramos arrojados en el fuego del infierno.

Fíjense, hermanos, que las presentes bendiciones de la verdadera religión valen todo su costo. ¿Qué importa si tengo que romper un afectuoso lazo? Jesús, Tú eres mejor para mí que un esposo, una esposa o un hijo. Si es preciso que la que se reclina sobre mi pecho me considere su enemigo, Tú estarás en mi corazón, Salvador mío, mejor que una Raquel, o que una Rebeca. Sí, si es preciso que el padre diga: “Si sigues a Cristo nunca entrarás por mis puertas otra vez,” no importa que lo diga, pues cuando me abandonen mi padre y mi madre, el Señor me recogerá. El gozo inmediato recompensará la pérdida inmediata; sí, sin duda puedes estimar todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús nuestro Señor, y no obstante, sigues siendo un ganador.

Y además, qué recompensa por todo el costo incurrido se recibe en el consuelo suministrado por la genuina piedad en el artículo de la muerte. Cuando se está al borde de la muerte, no producirá ningún dolor ser capaz de decir entonces: “fui echado fuera de mi familia por Jesús.” No será ninguna aflicción recordar: “fui ridiculizado por Cristo.” No producirá ningún dolor decir: “fui considerado demasiado exigente y demasiado puritano.” No, hermanos míos, esas no son las cosas que ponen espinas en las almohadas fúnebres. ¡Oh, no!, allá veremos cuán dulce fue haber lle-

vado cualquier parte de la cruz de Jesús; una astilla de Su cruz valdrá el rescate de un rey en el día de la muerte.

Además, en el juicio, cuando la trompeta suene y los muertos resuciten, no diremos: "Sufrí demasiado por Cristo." Cuando Sus elegidos se pongan a Su diestra, y nosotros entre ellos, no miraremos al pasado lamentando el hecho de que perdimos nuestra casta en la sociedad y nuestra posición entre los refinados por causa de Jesús. No lamentaremos haber asistido a un despreciado conventículo, y haber adorado entre los pobres de este mundo por amor a Jesús y por fidelidad a Su Evangelio. ¡Oh, no! Yo les garantizo que en aquel día brillará con mayor refulgencia aquel que fue más ensombrecido por causa de su Señor. En medio de los seres resplandecientes será doblemente resplandeciente el grupo de mártires de quienes el mundo no fue digno, que fueron considerados como la escoria de todas las cosas; y mientras que cada uno de los discípulos recibirá ciento por uno por todo lo que hubo de renunciar por causa de su Señor, ellos se llevarán la mejor porción.

Además, déjenme recordarles, amados, que Cristo no les pide que renuncien a nada que los pueda dañar. Si tienen que odiar a padre y madre es únicamente en este sentido: que no van a ceder a las peticiones equivocadas, ni van a dejar a Cristo por ellos. Si tienen que renunciar a algún placer es porque no es un placer apropiado para ustedes; es azúcar venenosa de plomo y no una verdadera dulzura. Cristo te dará, por mucho, muchos mayores goces.

Además, yo recuerdo que nuestro Redentor no le pide a nadie que haga lo que Él mismo no ha hecho. Ese pensamiento me cala hasta lo más hondo y deseo que pudiera afectarlos a ustedes también. Señor, ¿dices tú que renunciemos a nuestro padre? ¿No dejaste Tú a tu padre? ¿Me pides que deje incluso la casa de mi padre si tiene que ser así por tu causa? ¿No dejaste Tú las gloriosas mansiones del cielo? ¿Qué importa si soy llamado a sobrellevar el reproche? Al Padre de familia llamaron Belzebú. ¿Qué importa si soy echado fuera? A Ti también te echaron fuera. Cuando pensamos en los azotes, en la vergüenza y en los escupitajos que el Señor soportó, ¿qué son nuestras aflicciones? Y si por Su causa fuéramos incluso condenados a muerte, sabemos cómo colgó Él de la cruz, despojado de todo lo Suyo, para salvarnos de la ira venidera.

Oh, creyente, ¿puedes seguir a tu Señor adondequiera que Él vaya? Soldados de la cruz, ¿pueden seguirlo a Él? ¿Acaso es el camino lo suficientemente allanado para esos amados pies Suyos pero es demasiado áspero para ti? Allí está Él en lo recio de la batalla donde los golpes caen con mayor rapidez, ¿lo seguirás? ¿Te atreves a seguirlo, o añoras las tiendas del sosiego y los blandos sillones de los cobardes que se echan para atrás y se pasan al campo enemigo? Oh, por todo lo bueno, si son realmente Sus seguidores, los exhorto a que den estas voces: "Donde es-

tá Él, allí ha de estar Su siervo; según como le vaya, así le ha de ir al siervo; sea nuestra Su humillación en este mundo para que en el mundo venidero podamos ser partícipes de Su gloria.”

Esta predicación es dura, me dicen ustedes, pero el Salvador quiso decir todo lo que yo he dicho. El Suyo era un discurso probatorio, pero hay verdades a ser recordadas que pueden consolarnos mientras las oímos. Es cierto que tú no puedes edificar la torre; Josué le dijo al pueblo en su tiempo: “No podréis servir a Jehová.” Si has calculado el gasto, sabes ahora que no puedes pelear la guerra. Diez mil no pueden enfrentarse a veinte mil. Pero, con todo, tiene que realizarse, la necesidad inevitable presiona por detrás; sin importar lo que hubiere en el frente, no nos atrevemos a dar la espalda. Recuerden a la esposa de Lot. ¿Qué, pues, hemos de hacer? Oigan las palabras del Señor: “Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios.” ¿Estás dispuesto? Entonces el Espíritu de Dios te ayudará. Tú renunciarás al mundo y a la carne sin un suspiro; lucharás contra tus lujurias y las vencerás por medio de la sangre del Cordero. La torre será edificada y el Señor la habitará. Échense sobre Jesús por medio de una fe simple: apóyense en Su poder, y día a día crean en Su fuerza, y Él los llevará seguramente hasta el final.

¿Notan el versículo que le sigue a este pasaje? Me pregunto si algo semejante seguirá a mi sermón. Es asombroso que aunque Jesús tronó como desde de la cumbre del Sinaí, y Sus palabras parecían duras, con todo, está escrito: “Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle,” como si dijeran: “Este hombre nos dice la verdad, entonces, lo oiremos.” Y luego Él comenzó a contarles las preciosas verdades de Su gracia inmerecida, actuando justo como un labrador que pone el arado y remueve la tierra; y cuando ve los terrones que se rompen en el surco entonces arroja la semilla de oro, pero no antes. ¡Oigan, todo aquel que quiera tener a Cristo, venga, y recíbalo! Tú que quisieras tener la salvación, acéptala como el don de Su gracia soberana, pero no la recibas bajo una interpretación equivocada; entiende lo que significa. La salvación no es sólo una liberación del infierno; es liberación del pecado. No es meramente rescatar a los hombres del eterno dolor; es la redención para ellos de los caminos vanos y perversos del mundo. No puede ser dividida, es una túnica sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Si quieres tener la justificación, tienes que tener la santificación; si quieres tener el perdón, tienes que tener santidad; si quieres ser uno con Cristo, tienes que apartarte de los pecadores. Si quieres caminar en las calles de oro en lo alto, tienes que recorrer el camino de la santidad aquí abajo. Que Dios les conceda Su Santo Espíritu para que los capacite a hacerlo, y Suya sea la alabanza por los siglos. Amén.

Porciones de la Escritura leída antes del sermón—Salmo 53; Lucas 14:25-35.

Notas del traductor:

Simún: (viento pestilencial) Viento muy caliente que sopla en los desiertos del Sahara y Arabia, generalmente de poca duración, que arrastra remolinos de arena.

Ordalía: Prueba ritual usada en la antigüedad para establecer la certeza, principalmente con fines jurídicos, y una de cuyas formas es el juicio de Dios.

Artículo de la muerte: in articulo mortis, expresión latina que significa “en el artículo (la coyuntura, la ocasión) de la muerte.

Conventículo: reunión clandestina de personas para tramar cosas.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #1159—Volume 20
COUNTING THE COST**

El Ruego del Espíritu Santo

NO. 1160

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 1 DE MARZO DE 1874,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.”
Hebreos 3:7.

Las circunstancias peculiares en las que ahora nos encontramos como congregación, exigen de mí que mis discursos sean dirigidos principalmente a los inconversos, con el objeto de que quienes han despertado se decidan, que quienes siguen siendo impasibles sean despertados y para que en torno nuestro se propague un deseo de buscar al Señor. Podemos dejar en este momento a las noventa y nueve ovejas en el desierto durante un breve tiempo para ir tras la que se perdió. Usualmente es nuestro deber alimentar a los hijos, pero podemos dejar eso a otras agencias durante un tiempo, para que podamos distribuir el alimento a los que perecen de hambre. Estas épocas de avivamiento no duran para siempre; vienen y se van; y, por tanto, tienen que ser aprovechadas al máximo mientras están con nosotros. El labrador nos dice que debe preparar el heno mientras el sol brilla, y nosotros también debemos ocuparnos en la labor indicada en cada temporada, y me parece a mí que ese deber apunta ahora en la dirección de los indecisos. Mientras Dios hable con tanto poder, nosotros debemos rogar a los hombres que oigan Su voz. Claramente es sabio que digamos: “Amén” a lo que Dios dice, pues cuando nuestra palabra concuerda con la del Señor tenemos la seguridad de que será fructífera, ya que Su palabra no puede volver a Él vacía. Por tanto el tema de mi sermón de esta mañana será el de nuestro autor de himnos—

***“Oigan a Dios mientras habla; por eso óiganlo hoy;
Y oren mientras Él oiga, oren incesantemente.
Crean en Su promesa, confíen en Su palabra,
Y cuando Él manda, obedezcan a Su gran Señor.”***

Escogí este texto con la viva esperanza de que Dios lo bendiga, y espero que el pueblo del Señor bautice el texto en torrentes de ansiosas lágrimas por los inconversos.

I. El primer punto que tenemos para nuestra seria consideración es: LA VOZ ESPECIAL DEL ESPÍRITU SANTO. “Como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz.” El apóstol cita continuamente el Antiguo Testamento, pero no es frecuente que cite de esta manera particular. En el

propio capítulo que sigue, refiriéndose al mismo pasaje, usa la expresión: “Diciendo... por medio de David,” y menciona al autor humano del Salmo; pero en este caso, para dar un énfasis especial a la verdad, cita únicamente al autor divino: “Como dice el Espíritu Santo.” Es cierto que esas palabras son aplicables a todo pasaje de la Escritura, pues podemos decir respecto a todos los libros inspirados: “Como dice el Espíritu Santo”; pero aquí se usa adrede para que el pasaje tenga un mayor peso para nosotros. De hecho, el Espíritu Santo no sólo habla así en el salmo noventa y cinco, sino que constituye una invariable expresión Suya. El Espíritu Santo *dice*, o sigue diciendo todavía: “Oigan hoy su voz.” Él ha revelado una cierta doctrina en una ocasión y una verdad todavía más profunda en otra oportunidad, según se necesitasen o según Su pueblo estuviese preparado para ellas; pero esta aseveración particular es para todo tiempo y para cada día de gracia. El Espíritu Santo, por medio de Pablo, como antaño por medio de David, dice: “Hoy.” Sí, ésa es la carga que aún coloca sobre Sus siervos ministrantes. En todo lugar ellos ruegan y persuaden a los hombres diciendo: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones.”

¿Cómo habla de esa manera el Espíritu Santo? Primero lo dice *en las Escrituras*. Cada mandamiento de la Escritura exige una obediencia inmediata. No nos es dada la ley de Dios para ser puesta en un entrepaño y para que la obedezcamos en algún período futuro de la vida; el Evangelio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo tampoco tiene por fin que le prestemos atención en la hora undécima y que lo desatendamos durante las primeras diez horas. Siempre que el Espíritu Santo exhorta, habla en el tiempo presente, y manda que nos arrepintamos ahora, o que creamos ahora, o que busquemos al Señor ahora. Yo les ruego que cada vez que lean la Biblia, recuerden siempre que es el Espíritu del Dios viviente quien allí los exhorta a rendir una obediencia inmediata. Los llamamientos de la palabra inspirada no son los de Moisés, o de David, o de Pablo, o de Pedro, sino las solemnes afirmaciones del Espíritu Santo que habla a través de ellos. ¡Cuánta dignidad confiere esta verdad a la Santa Escritura, y con qué solemnidad reviste a nuestra lectura de ella! Contristamos al Espíritu de Dios poniendo reparos capciosos a la Escritura, tratándola con ligereza, rebatiendo sus doctrinas o descuidando sus amonestaciones; y esto es adentrarse en un terreno muy peligroso, pues aunque Él es paciente y compasivo, recuerden que del pecado en contra del Espíritu Santo se afirma: “No será perdonado nunca.” No todo pecado en contra del Espíritu Santo es imperdonable; demos gracias a Dios por ello; pero hay un pecado en contra del Espíritu Santo que no será perdonado nunca; por tanto, cuando lo vejamos estamos pisando un terreno

muy delicado, y eso hacemos si al momento de leer Su palabra consideramos que Sus enseñanzas son asuntos triviales. Cuídense, les digo, varones de Inglaterra, ustedes que cuentan con Biblias en sus hogares y entre quienes la palabra del Señor abunda como el pan de trigo, cuídense del trato que le dan, pues, al rechazarla, no sólo rechazan la voz de los apóstoles y de los profetas, sino la propia voz del Espíritu Santo. El Santo Espíritu dice: "Hoy." Él manda a Su pueblo que se apresure y que no se demore en guardar los mandamientos de Dios, y manda a los pecadores que busquen al Señor mientras pueda ser hallado, y que lo invoquen mientras esté cerca. Oh, que oigan Su voz de advertencia para que vivan.

Además, si bien el Espíritu Santo habla en la Escritura en ese sentido, habla de igual manera *en los corazones de Su pueblo*, pues Él es un agente vivo y activo. Su obra no ha terminado. Él aún habla y escribe; la pluma está todavía en Su mano, no para escribir con tinta sobre papel, sino en las tablas de carne de unos corazones preparados. El Espíritu de Dios ha estado ahora en esta iglesia comunicándose con Su pueblo, y el tenor de la comunicación ha sido éste: "Busquen ganar almas," y yo les garantizo esta aseveración: que en ningún caso el Espíritu ha dicho: "Busquen la conversión de los pecadores a finales del año; preocúpense por la salvación de sus almas cuando hayan madurado en años y en juicio"; antes bien, cada hombre y cada mujer que han sido salvados por la gracia y que han sentido el Espíritu Santo en su interior, han experimentado el impulso de buscar de inmediato la conversión de los pecadores. Han anhelado que los transgresores no permanezcan por más tiempo en el pecado, que sean despertados ahora, que se aferren de inmediato a la vida eterna y que encuentren una paz instantánea en Cristo. Que digan mis hermanos si no es cierto. ¿No han sentido que "es ya hora de levantarnos del sueño"? ¿No han sentido la fuerza de la advertencia: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas"? En otros tiempos nos hemos contentado sintiendo que una buena obra se estaba llevando a cabo secretamente, que el terreno estaba siendo preparado para futuras cosechas, que de una manera u otra la palabra de Dios no volvería a Él vacía; pero ahora no nos contentamos tan fácilmente. Sentimos como si tuviéramos que ver que el Señor está obrando en cada uno de los servicios, y abogamos por inmediatas conversiones. Estamos tan ávidos de atesorar almas como los avaros están ávidos de atesorar dinero. No digo que todos ustedes sientan esto, pero digo que todos aquellos que han experimentado de lleno la influencia del Espíritu Santo durante este período de agraciada visitación, se han llenado de agonía por ver la inmediata salvación de las almas. Cual mujer que está de parto, han anhelado con avidez oír el llanto de las almas recién nacidas. Su oración ha

sido: "Buen Señor, responde hoy a nuestras súplicas y conduce hoy a nuestros semejantes a oír Tu voz para que sean salvados." Pido al pueblo de Dios que diga si no es cierto que cuando el Espíritu Santo los induce a ganar almas, les dice: "Hoy, hoy busquen la salvación de los hombres."

Lo mismo sucede cuando el Espíritu Santo habla *a quienes han sido despertados*. Aunque todavía no son contados con el pueblo de Dios, ya tienen preocupación por sus almas y voy a arengarlos a ellos también. Ustedes ya están conscientes de que han ofendido a su Dios; se han alarmado al verse en una condición de alejamiento de Él; necesitan ser reconciliados y anhelan ardientemente tener la seguridad de haber sido realmente perdonados. ¿Desean esperar que pasen seis o siete años para tener esa seguridad? ¿Consideran esta mañana que podrían sentirse perfectamente satisfechos si salieran de esta casa en el mismo estado en que se encuentran ahora? ¿Les gustaría permanecer en ese estado mes tras mes? Si tal demora te dejara satisfecho querría decir que el Espíritu de Dios no ha hablado eficazmente contigo. Sólo has sido influenciado parcialmente—tal como el desdichado Félix—y habiendo dicho: "Cuando tenga oportunidad te llamaré," no sabremos nada más de ti. Si el Espíritu de Dios estuviera sobre ti, estarías clamando: "Ayúdame, Señor, ayúdame ahora; sálvame ahora o pereceré. Apresúrate a socorrerme, Dios mío, no te tardes. Apresúrate, en las alas del amor, a rescatarme del pozo de la destrucción que abre sus fauces debajo de mis pies."—

**"Ven, Señor, alienta a tu siervo desfalleciente,
Que no se demoren las ruedas de Tu carro;
Muéstrate, en mi pobre corazón muéstrate,
¡Mi Dios, mi Salvador, ven de inmediato!"**

Un pecador verdaderamente despierto suplica en todo momento en el tiempo presente, y clama poderosamente pidiendo una salvación inmediata, y es un hecho que siempre que el Espíritu Santo lucha con los hombres, clama urgentemente: "¡Hoy!" ¡Hoy!"

Además, el Espíritu Santo habla así tanto *por Sus actos* como por *Sus palabras*. Tenemos un proverbio muy conocido que reza: 'hechos son amores y no buenas razones.' Ahora bien, los actos del Espíritu Santo para conducir a muchas personas al Salvador en este lugar son muchas invitaciones prácticas, estímulos y mandamientos para otros. La puerta de la misericordia permanece abierta cada día del año, y el simple hecho de que esté abierta es una invitación y un mandamiento a entrar; pero cuando veo a mis semejantes entrar a correntadas, cuando veo, tal como lo hemos visto, que cientos de individuos encuentran a Cristo, ¿acaso al traspasar todos ellos el portal de la gracia, no llaman a otros para que vengan también? ¿Acaso no les dicen: "Esta vía puede ser transitada por gente como ustedes, pues nosotros la estamos hollando; esta vía conduce

con seguridad a la paz, pues nosotros ya hemos encontrado el reposo allí"? Ciertamente así es. Esta forma de hablar del Espíritu Santo ha llegado muy cerca de casa para algunos de ustedes, pues han visto que sus hijos entran en el reino, y con todo, ustedes mismos no son salvos. Algunos de ustedes han visto que sus hermanas son salvas, pero ustedes siguen siendo todavía inconversos. Por allá está un esposo cuya esposa le ha contado con radiantes ojos acerca del reposo que encontró en el Salvador, pero él mismo rehúsa buscar al Señor. Hay padres aquí que han encontrado a Jesús, pero sus hijos son una pesada carga para ellos pues sus corazones no han sido renovados. ¿Vi yo que mi hermano traspasó la puerta de la salvación? ¿No he de tomar eso como una indicación del Espíritu Santo de que está en espera de ser también clemente conmigo? Cuando veo que otros son salvados por la fe, ¿no podría estar seguro de que la fe me salvará a mí también? Puesto que percibo que hay gracia en Cristo para perdonar los pecados de otros que son exactamente como yo, ¿no podría esperar que haya misericordia para mí también? Me aventuraré a esperar y me atreveré a creer. ¿No debería ser esa la resolución de cada quien, y no es ese el punto al que el Espíritu Santo quisiera conducirlos? Cuando lleva a un pecador a Él, ¿acaso no tiene el propósito de atraer a otros?

"El Espíritu Santo dice: hoy." Pero, ¿por qué tanta urgencia, bendito Espíritu, por qué tanta urgencia? Es porque el Espíritu Santo está en sintonía con Dios; está en sintonía con el Padre que anhela estrechar al hijo pródigo en Su pecho; está en sintonía con el Hijo que está pendiente de ver el fruto de la aflicción de Su alma. El Espíritu Santo tiene urgencia porque está contristado por el pecado y no quisiera que continuase ni siquiera por una hora, y cada instante que el pecador rehúsa venir a Cristo es un instante gastado en el pecado; sí, esa renuencia a venir es en sí misma la ofensa más cruel y desvergonzada. La dureza del corazón del hombre para con el Evangelio es la más deplorable de todas las provocaciones; por eso el Espíritu Santo anhela ver que el hombre se desprenda de ella, para que se someta al poder omnípotente del amor. El Espíritu Santo desea ver que los hombres están atentos a la voz de Dios porque se deleita en lo que es recto y bueno. Es para Él un placer personal. A Él le alegra contemplar que Su propia obra en el pecador continúa hasta que la salvación es asegurada. Además, Él espera para ejercer Su oficio favorito de Consolador, y Él no puede consolar a un alma impía ni puede confortar a aquellos que endurecen sus corazones. El consuelo para los incrédulos sería su destrucción. Como le deleita ser el Consolador, y como ha sido enviado por el Padre para actuar especialmente en esa capacidad—la de consolar al pueblo de Dios—vigila con ojos anhelan-

tes a los corazones quebrantados y a los espíritus contritos, para aplicarles el bálsamo de Galaad y sanar sus heridas. Por tanto, “dice el Espíritu Santo: hoy.” Les dejo este hecho. La voz especial del texto no es la de un hombre, sino la del propio Espíritu Santo. El que tenga oídos para oír, oiga—

***“Entonces, mientras se diga hoy,
Oh, oigan el mensaje del Evangelio;
Ven, pecador, apresúrate, oh, date prisa,
Mientras esté disponible el perdón.”***

II. El texto inculca UN DEBER ESPECIAL. El deber que tenemos de oír la voz de Dios. Si así lo leyeron, el texto nos ordena oír la voz del Padre que dice: “Convertíos, hijos rebeldes. Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta... si vuestros pecados fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” O pudiera ser la voz de Jesucristo, pues el apóstol está hablando de Él aquí. Es Jesús quien llama: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” De hecho, la voz que ha de ser escuchada es la de la Sagrada Trinidad, pues junto con el Padre y el Hijo, el Espíritu dice también: “Ven.” Se nos ordena que oigamos, y ese, ciertamente, no es un deber difícil. El gran precepto evangélico es: “Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma,” pues “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.” Entonces, oigan la voz del Señor. “Bien”—dirá alguno—“nosotros la oímos; nosotros leemos la Biblia, y estamos muy dispuestos a oír todo lo que se predica el día domingo.” Ah, mis queridos oyentes, sepan que hay diferentes maneras de oír. Muchos tienen oídos para oír, pero en realidad no oyen. Lo que se nos exige es oír con reverencia. El Evangelio es la palabra de Dios, no la del hombre; es la voz de su Hacedor, de su Señor; es la voz de la Verdad infalible, del Amor infinito, de la autoridad soberana, y, por tanto, no se le debe prestar ninguna atención común. Escúchenla con devoción, y convoquen a todos sus poderes a una atención adoradora. Los ángeles velan sus rostros en la presencia de Jehová, ¿y acaso el hombre actuará con frivolidad en Su presencia? Cuando Dios habla no piensen que se trata simplemente de la voz de un rey a cuyo mensaje sería una traición prestar oídos sordos; piensen que es la voz de su Dios, y que es una blasfemia no estar atentos a ella. Óiganlo atentamente, con ansiedad por saber el significado de lo que dice, abrevando de Su doctrina, recibiendo con mansedumbre la palabra implantada que puede salvar sus almas, inclinando su entendimiento a ella, anhelando comprenderla, deseando ser influidos por ella. “Óigan su voz,” esto es, óiganla obedientemente, ávidos de hacer lo que se les pida, conforme Él los capacite. No oigan para olvidar, como alguien que mira en un espejo y ve su rostro, y luego olvida cómo era. Retengan la verdad en su memoria, pero mejor

aún, practíquenla en sus vidas. Oír en este caso equivale, de hecho, a someterse a la voluntad de Dios, a ser como la arcilla moldeable y que Su palabra sea como la mano que los moldea, o que su corazón sea como el metal derretido, y que la palabra sea como el molde en el cual son vertidos.

Oigan al Señor cuando los *instruye*. Estén dispuestos a conocer la verdad. Con cuánta frecuencia son tapados los oídos de los hombres con la cera del prejuicio, de tal manera que con los oídos oyen pesadamente. Han tomado una decisión en cuanto a lo que el Evangelio debe ser, y no quieren oír lo que es. Se consideran los jueces de la palabra de Dios, en vez de que la palabra de Dios sea su juez. Algunos seres no quieren saber demasiado, pues pudieran sentirse incómodos en sus pecados si lo hicieran y, por tanto, no están ansiosos de que se les instruya. Cuando los hombres le tienen miedo a la verdad hay una sólida razón para temer que la verdad está en su contra. Una de las peores evidencias de una condición caída es cuando un hijo de Adán se esconde de la voz de su Creador. Pero, oh queridos oyentes, oigan hoy Su voz. Aprendan de Jesús, siéntense cual escolares a Sus pies, pues “si no os volvéis y os hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos.” Óiganlo tal como los escolares oyen a su maestro, pues todos los hijos de Sion son enseñados por el Señor. Pero el Señor hace algo más que instruirlos: Él *manda*; porque independientemente de lo que los hombres digan, el Evangelio que debe ser predicado a los impíos no consiste meramente en advertencias y enseñanzas, ya que contiene sus mandamientos solemnes y positivos. Oigan esto. “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.” En cuanto a la fe, la palabra del Señor no viene como una mera recomendación de sus virtudes, o como una promesa para aquellos que la practican, sino que habla en este sentido: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.” El Señor pone la solemne sanción de una amenaza de condenación en el mandamiento para mostrar que no se puede jugar con eso. “Toda potestad”—dice Cristo—“me es dada en el cielo y en la tierra,” y por tanto, revestido con esa autoridad y con ese poder, Él envía a Sus discípulos, diciéndoles: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” La palabra sale con la autoridad divina, diciendo: “Arrepentíos, y creed en el evangelio.” Tan mandamiento de Dios es éste como el que dice: “Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón,” y tiene un contenido mayor de solemne obligación, pues mientras que la ley fue dada por Moisés, el mandamiento evangélico fue dado por el Hijo

de Dios mismo. “El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios?” Oigan ustedes, entonces, los mandamientos de Jesús, pues estén seguros de esto, que Su Evangelio viene a ustedes con la autoridad imperial del Señor de todo.

Pero el Señor hace algo más que mandar. Él *invita* con clemencia; con ternura les pide a los pecadores que asistan a Su banquete de misericordia, pues todas las cosas están dispuestas. Como si suplicara a los hombres y persuadiera de buen grado donde podría exigir, Él exclama: “A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche.” Muchas de las invitaciones del Señor son notables por su extremo pateitismo, como si Él mismo fuera más bien quien sufriera y no el pecador, si permaneciera en su obstinación. Él clama: “Volveos, volveos de vuestras malos caminos; ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?” Como un padre que suplica a su amado pero desobediente hijo que está arruinándose a sí mismo, Dios mismo suplica, como si las lágrimas anegaran Sus ojos; sí, el Dios Encarnado lloró en verdad por los pecadores y exclamó: “¡Jerusalén, Jerusalén... Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” ¿No oirás, entonces, cuando Dios *instruye*? ¿Acaso dará Él la luz y tus ojos estarán cerrados? ¿No obedecerás cuando *manda*? ¿Pretenden rebelarse contra Él? ¿Darán la espalda cuando Dios los *invita*? ¿Habrá de ser tratado Su amor con ligereza y será tratada Su abundancia con escarnio? Que Dios nos conceda que no sea así. El buen Espíritu no pide más de lo que es justo y recto cuando clama: “Oigan la voz del Señor.”

Pero el Señor hace algo más que invitar: *añade Sus promesas*. Él dice: “Oíd, y vivirá vuestra alma; y haré con vosotros pacto eterno, las misericordias firmes de David.” Él nos ha dicho que: “si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” Hay gloriosas promesas en Su palabra que son sumamente grandes y preciosas. Oh, yo les suplico que no se consideren indignos de ellas, pues si lo hicieran, ‘vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza.’

Así como ruega, el Señor también *amenaza*. Él advierte: “Si no se arrepiente, él afilará su espada; armado tiene ya su arco, y lo ha preparado.” Él declara que los menospreciadores se asombrarán y desaparecerán. Él hace que nos preguntemos: “¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” Él dice: “Los malos serán trasladados al Seol, todas las gentes que se olvidan de Dios.” Aunque no quiere la muerte del que muere, antes bien quiere que se convierta a Él y

viva, con todo, de ningún modo tendrá por inocente al malvado, sino que toda transgresión y toda iniquidad tendrán su justa recompensa como remuneración. Si Cristo es rechazado, la eterna ira es segura. Por esa puerta entran ustedes al cielo, pero si pasaran de lejos, incluso Aquel que en este momento está dispuesto a cortejarlos con Sus manos horadadas, en el último gran día vendrá con vara de hierro para quebrantarlos. “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestrros corazones.” Les dejo esos pensamientos. Que Dios nos conceda que dejen huellas donde Su voluntad decida que lo hagan.

III. Nuestro texto ENFATIZA UN TIEMPO ESPECIAL. “Dice el Espíritu Santo: *Hoy*.” Hoy es el tiempo establecido para oír la voz de Dios. Hoy, esto es, *mientras Dios habla*. Oh, si fuéramos como deberíamos ser, en el instante en que Dios dijera: “Buscad mi rostro,” nosotros responderíamos: “Tu rostro buscaré, oh Jehová.” Tan pronto como se oyieran las invitaciones de la misericordia habría un eco en nuestras almas en respuesta a ellas, y diríamos: “He aquí nosotros venimos a ti para ser salvados.” Observen cómo fue oída la voz de Dios en el acto en la creación. El Señor dijo: “Sea la luz; y fue la luz.” Él dijo: “Produczan las aguas seres vivientes,” y de inmediato así sucedió. No hubo ninguna demora. El ‘hágase’ de Dios fue ejecutado instantáneamente. Oh, ustedes, a quienes Dios hizo hombres y los dotó de razón, ¿acaso la insensible tierra será más obediente que ustedes? ¿Abundarán con peces las olas del mar y la tierra se cubrirá de hierba tan pronto como Jehová habla, y acaso ustedes continuarán durmiendo cuando la voz celestial clama: “Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”? Oye a Dios hoy, pues Él habla hoy.

El apóstol dice en el siguiente capítulo: “Hoy... después de tanto tiempo,” y voy a detenerme en estas palabras: “después de tanto tiempo.” Veo que algunos de ustedes ostentan calvas o exhiben abundantes canas. Si son inconversos, bien dice el Espíritu Santo: “Hoy, después de tanto tiempo, oigan su voz.” ¿No es ya suficiente tiempo haber provocado a su Dios estos sesenta años? Varón, ¿no son suficientes setenta años de pecado? Tal vez casi has cumplido tus ochenta años y todavía te resistes a las insinuaciones de la misericordia divina. ¿Acaso una vejez desprovista de gracia no es una permanente provocación al Señor? ¿Cuánto tiempo pretendes provocarlo? ¿Cuánto tiempo pasará antes que creas en Él? Has tenido tiempo suficiente para haber descubierto que el pecado es una locura y que los placeres que produce son vanidad. Seguramente has tenido tiempo suficiente para ver que si ha de haber paz no ha de encontrarse en los caminos del pecado. ¿Cuánto tiempo pretendes quedarte en terreno prohibido y peligroso? ¡Puede ser que no dispongas de

otro día, oh anciano, para considerar tus caminos! Oh, anciana, pudiera ser que no se te conceda otro día para que provoques a tu Dios. “Después de tanto tiempo,” con sagrada urgencia quisiera exhortarte: “Si oyereis hoy su voz.” Yo espero no ser el único que te suplica, sino que confío que el Espíritu Santo también te diga en tu conciencia: “Hoy, está atento a la voz de Dios.”

“Hoy,” esto es, especialmente *mientras el Espíritu Santo está conduciendo a otros a oír y a encontrar misericordia*; hoy, mientras están cayendo las lluvias, hoy, recibe las gotas de gracia; hoy, mientras se ofrecen oraciones por ti; hoy, mientras los corazones de los piadosos se preocupan por ti; hoy, mientras el escabel del trono de los cielos está mojado con las lágrimas de quienes te aman; hoy, no vaya a ser que el letargo se apodere de nuevo de la iglesia; hoy, no vaya a ser que la predicación de la palabra de Dios se convierta en un asunto de rutina, y el propio predicador, descorazonado, pierda todo el celo por tu alma; hoy, mientras todo sea especialmente propicio, oye la voz de Dios. Mientras sopla el viento,iza la vela; mientras Dios se ocupa en misiones de amor, sal a encontrarlo. Hoy, mientras no estás enteramente endurecido, mientras queda una conciencia en tu interior; hoy, mientras estás todavía consciente en alguna medida de tu peligro, mientras haya una última mirada hacia la casa de tu Padre, oye y vive; no sea que, por menospreciar tu presente ternura no regrese nunca, y seas abandonado a la espantosa indiferencia que preludia a la muerte eterna. Hoy, jóvenes, mientras todavía no están manchados con los peores vicios; hoy, ustedes, jóvenes, que acaban de llegar a esta ciudad contaminante, antes que se hundan en sus torrentes de lascivia; hoy, mientras todo les es útil, oigan la amorosa, tierna e insinuadora voz de Jesús, y no endurezcan sus corazones.

El texto me parece muy evangélico cuando dice: “Hoy,” pues ¿qué es sino otra manera de declarar la doctrina de este bendito himno—

“*Tal como soy, sin ningún pretexto*”?

“Hoy,” es decir, en las circunstancias, pecados y miserias en los que te encuentras ahora, oye el Evangelio y obedécelo. Hoy, puesto que te ha descubierto en ese asiento de la iglesia, oye la voz de misericordia de Dios en ese preciso asiento. Hoy, tú que no te has preocupado nunca antes, mientras Dios habla, preocúpate. “Ah”—dices tú—“si viviera en otra casa.” Eres llamado hoy, aunque estés viviendo con los peores pecadores. “Voy a prestar atención una vez que haya gozado de ese placer pecaminoso que me prometí el próximo miércoles.” Ah, si es pecaminoso, huye de él, pues podría constituir un momento decisivo en tu historia y sellar la ruina de tu alma. “Si oyereis hoy su voz.” “Ah, si hubiera asistido a unas cuantas reuniones adicionales de avivamiento y si me hubiese sen-

tido en un mejor estado, obedecería.” No está escrito así, pecador; así no está escrito. No se me dice que predique el Evangelio a quienes estén listos para recibirla ni que les diga: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo, siempre y cuando ya estuviera preparado en alguna medida para creer.” No, antes bien, he de entregarle el mismo mensaje a toda criatura que esté aquí. En el nombre de Jesús de Nazaret, que es también Dios Todopoderoso a la diestra del Padre, crean en Él y vivirán, pues Su mensaje para ustedes es para hoy y no admite ninguna demora. “Pero yo tengo que reformarme, tengo que enmendarme, y luego voy a pensar en creer.” Eso es poner el efecto antes de la causa. Si oyeras Su voz, la reforma y la enmienda vendrán a ti, pero no debes comenzar con ellas como primer paso. La voz de Dios no dice eso, sino que dice: “Cree en el Señor Jesucristo.” Oh, oye esa voz.

Tengo que ocupar un momento para mostrarles por qué el Señor dice en misericordia: “Hoy.” ¿Acaso no te has dado cuenta de que otras personas se mueren? ¿Por qué no habrías de morir tú? Durante el desarrollo de estos servicios varias personas han partido. Al regresar a casa me sorprendí cuando me enteré de cuántos a quienes yo les hubiera pronosticado una larga vida han muerto recientemente. ¿Por qué no podrías tú morir pronto? “Yo soy robusto y estoy sano,” responde alguien. Normalmente los que mueren de pronto son los hombres robustos. Pareciera como si la tormenta pasara por encima de los enclenques quienes se doblan ante ella como juncos y así escapan de su furia, mientras que los de salud vigorosa, cual poderosos árboles del bosque, se resisten a la tormenta y son arrancados de raíz por ella. Con cuánta frecuencia llega de pronto la muerte justo cuando menos la esperábamos. “Si oyereis hoy su voz.” Les voy a hacer la misma pregunta que ese santo varón, el señor Payson, les hace a quienes han despertado. Él les pregunta: “¿te gustaría hacer el siguiente convenio: ‘tú encontrarás a Cristo al final del año pero la prolongación de tu vida hasta entonces dependerá de la vida de una tercera persona’? Selecciona al hombre más vigoroso que conozcas, y supón que todo lo relacionado con tu bienestar eterno habrá de depender de que esa persona viva para ver el siguiente año. ¡Con qué ansiedad te enterarías de su enfermedad y cuán preocupado estarías de su salud! Bien, pecador, tú pones en riesgo tu salvación apostando a tu propia vida, ¿acaso eso es algo más seguro? Si estás aplazando y posponiendo tu arrepentimiento, ¿por qué habrías de estar más seguro acerca de tu propia vida de lo que estarías si todo dependiera de la vida de otro? No sean tan necios como para jugar con sus vidas hasta llegar a la tumba, y como para jugar con sus almas hasta llegar al infierno. No apostarían su fortuna a los dados, como lo hace el jugador enloquecido, y, sin embargo,

están apostando la eternidad de su alma sobre algo que es muy incierto, pues no saben si al quedarse dormidos esta noche se despertarán mañana en su cama o en el infierno. Ustedes no saben si la siguiente respiración que dan por hecho vendrá jamás, y si no viniese serían echados para siempre de la presencia de Dios. Oh, señores, si quieren jugar juegos de azar, apuesten su oro o apuesten sus reputaciones, pero no pongan en peligro sus almas. Las apuestas son demasiado arriesgadas para cualquiera excepto para quienes han enloquecido por el pecado. No arriesguen sus almas, se los imploro, corriendo el albur de que vivirán otro día, antes bien, escuchen hoy la voz de Dios.

IV. Tengo poco tiempo para mi último punto, pero aun así he de tener espacio para él aun si llegara a retenerlos más allá del tiempo acostumbrado de salida. El último punto es este: el PELIGRO ESPECIAL que el texto nos indica: “Si oyereis hoy su voz, *no endurezcáis vuestros corazones.*” Ese es el peligro especial. ¿Y cómo se incurre en él? Cuando las personas sienten una preocupación por su alma, su corazón es en cierta medida ablandado, pero ellos pueden endurecerlo fácilmente, primero, *reincidiendo voluntariamente en su anterior indiferencia*, sacudiéndose el miedo, y diciendo en obstinada rebelión: “No, no voy a aceptar nada de eso.” Prediqué una vez en cierta ciudad, y fui huésped de un caballero que me trató con gran amabilidad, pero en la tercera ocasión en que prediqué, advertí que súbitamente abandonó el salón. Uno de mis amigos lo siguió fuera del lugar y le preguntó: “¿Por qué te saliste del servicio?” “Porque”—respondió él—“yo creo que si me hubiese quedado un momento más habría sido convertido, pues sentí que una gran influencia se estaba apoderando de mí; pero eso no me convendría; tú sabes lo que soy, y eso no me convendría.” Muchas personas son así. Son moldeadas por un tiempo por la sincera palabra que escuchan, pero todo es en vano; el perro vuelve a su vomito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno. Esto es endurecer tu corazón y provocar al Señor.

Una manera común de provocar a Dios y de endurecer el corazón es la indicada por el contexto. “No endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto,” cabe decir, por *la incredulidad*, diciendo: “Dios no puede salvarme, no es capaz de perdonarme; la sangre de Cristo no puede limpiarme; soy un pecador demasiado negro para que la misericordia de Dios trate conmigo.” Eso es una copia de lo que dijeron los israelitas: “Dios no puede introducirnos en Canaán; Él no puede vencer a los hijos de Anac.” Aunque pudieran considerar a la incredulidad como un pecado leve, es el pecado de pecados. Que el Espíritu Santo los convenza de ello, pues “cuando el Espíritu de verdad venga, convencerá al mundo de pecado,” y especialmente de pe-

cado, “por quanto no creen en Jesús.” “El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído... en el Hijo de Dios”; es como si todos los demás pecados fueran insignificantes en su poder para condenar en comparación con el pecado de la incredulidad. Oh, por tanto, no dudes de mi Señor. Ven, tú que eres el pecador más negro y el más inmundo que está fuera del infierno, pues Jesús puede limpiarte. Ven, tú, pecador de corazón duro como el granito, tú, cuyos afectos están tan congelados como un témpano de hielo, de manera que ni una sola lágrima de penitencia brota de tu ojo, pues el amor de Jesús puede ablandar tu corazón. Cree en Él, cree en Él, pues de lo contrario estás endureciendo tu corazón contra Él.

Algunos endurecen sus corazones *pidiendo más señales*. Esto equivale también a imitar a los israelitas. “Dios nos ha dado el maná; ¿puede darnos agua? Él nos ha dado agua salida de la roca, ¿puede darnos también carne? ¿Puede disponer una mesa en el desierto?” Después de todo lo que Dios había hecho, querían que realizara más milagros o de otra manera no creerían. Que ninguno de nosotros endurezca su corazón de esa manera. Dios ya ha obrado para los hombres un milagro que trasciende a todos los demás, y es en verdad el compendio de todos los portentos: Él ha dado a Su propio Hijo tomado de Su pecho para que se hiciera hombre y para que muriera por los pecadores. El pecador que no se contenta con ese despliegue de la misericordia de Dios, nunca se quedará satisfecho con ninguna prueba de ella. Cristo en el madero está en lugar de todos los milagros bajo la dispensación del Evangelio; si no le creen a Dios que “de tal manera amó al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna,” entonces nunca creerán. “Oh, pero yo quiero sentir; yo quiero que la influencia que abunda venga sobre mí de una manera extraña; quiero soñar en la noche, o ver visiones de día.” ¿Lo quieres? Tú estás endureciendo tu corazón; tú estás rechazando lo que Dios da en verdad, y estás pidiéndole que haga el papel de lacayo para ti, y que te dé lo que tu petulante orgullo exige. Aunque tuvieras esas cosas no creerías más. Aquel que tiene a Moisés y a los profetas y los rechaza, no creería aunque alguien viniera a él de los muertos. Cristo en la cruz está delante ti, no lo rechaces, pues si lo rechazas, ninguna otra cosa podría convencerte, y allí has de permanecer endureciendo tu corazón en la incredulidad.

Los que *presumen de la misericordia de Dios* y dicen: “Bien, podemos convertirnos cuando queramos,” también endurecen sus corazones. Ah, descubrirán que la realidad es algo muy diferente. “Sólo tenemos que creer y ser salvos.” Sí, pero descubrirán que “sólo tenemos que creer” es

algo muy diferente de lo que imaginaban. La salvación no es ningún juego de niños, créanme. Me he enterado de alguien que despertó una mañana siendo famoso, pero no encontrarán la salvación de esa manera. “El que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.”

Endurecen sus corazones *si se sumergen en los placeres mundanos*; si permiten que hablen con ustedes compañeros disolutos; si en este día de guardar ustedes se entregan a pláticas ociosas, o prestan atención a un júbilo que no es santo. Muchas tiernas conciencias son endurecidas por la compañía que les rodea. Una joven dama oye un poderoso sermón, y Dios lo está bendiciendo para ella, pero el día de mañana sale para pasar la noche en medio de escenas de liviandad; ¿cómo podría esperar que la palabra de Dios sea bendecida para ella? Eso equivale a apagar deliberadamente al Espíritu, y no me sorprende que Dios jure en Su ira que las personas que hacen eso no entrarán en Su reposo. Oh, no hagan esas cosas, pues corren el riesgo de endurecer sus corazones en contra de Dios.

Ahora tengo que concluir, pero debo presentarles el tema completo. Yo quiero que todo pecador aquí presente conozca su posición esta mañana. Dios manda a todos los hombres en todo lugar que se arrepientan. Cristo manda a los hombres que crean en Él hoy. Tienen que hacer una de dos cosas pues no tienen ninguna otra opción: tienen que decir que no tienen la intención de obedecer el mandamiento de Dios, o de lo contrario, tienen que someterse a él. Tienen que decir como Faraón: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?”, o de otra manera, como el hijo pródigo, tienen que resolver: “Me levantaré e iré a mi padre.” No hay ninguna otra opción. No intenten poner excusas por la demora. Dios acaba pronto con las excusas de los pecadores. Los que fueron invitados a la gran cena dijeron: “Vamos a nuestra labranza y a nuestros negocios; estamos a punto de probar nuestras yuntas de bueyes, o nos hemos casado”; pero todo lo que el Señor dijo al respecto fue: “Ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena.” Allí terminó todo. Había una vez un hombre que tenía un talento, y lo enterró en un pañuelo, y dijo: “sabía que eras un hombre severo,” y así sucesivamente. ¿Qué noticia tomó su Señor de esa expresión? Él meramente le dijo: “Por tu propia boca te juzgo. Sabías que yo era hombre severo, y por esa misma razón debiste haber sido más diligente en mi servicio.” El Señor ve a través de sus excusas; por tanto, no lo insulten con ellas. Esta mañana ustedes están frente a mí, pero ustedes dirán una cosa o la otra delante del Dios viviente y delante de Cristo que juzgará a los vivos y a los muertos. Él les pide ahora que se vuelvan de su pecado y que busquen Su rostro y crean en Su amado Hijo; ¿lo harán o no? ¿Sí o no? Y ese “Sí” o “No” pudiera ser defi-

nitivo. Esta mañana se te pudiera haber hecho el último llamado. Dios ordena, y si el corazón de ustedes tiene la intención de rebelarse, yo los exhorto que digan, si se atreven: "No obedeceré"; entonces sabrán dónde están, y entenderán su propia posición. Si Dios no es Dios, arguméntalo y resuélvelo con Él. Si tú no crees en Él, si Él no es realmente el Señor que te creó y que puede destruirte, y si tienes la intención de ser Su enemigo, asume la posición, y sé tan honesto así como eres tan soberbio como Faraón, y di: "No le obedeceré." Pero, oh, yo te ruego que no te rebelles así. Dios está lleno de gracia; ¿serás rebelde? Dios es amor; ¿por esa razón será empedernido tu corazón? Jesús por Su propia herida te invita a venir a Él, y el propio Espíritu Santo está aquí, y está diciendo en el texto: "No endurezcáis hoy vuestros corazones." Entréguese ahora al amor de Aquel—

*"Que en torno tuyo ahora
Las cuerdas humanas quiere lanzar,
Las cuerdas del amor de Quien te ha sido dado
Para que te aten firmemente a Su altar."*

Que en Su altar puedas estar a salvo en el día de Su venida. Que Dios los bendiga.

Yo les pido a quienes saben orar, que imploren una bendición sobre esta palabra, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

**Porciones de la Escritura leídas antes del sermón—
Números 13:26-33, 14:1-23; Salmo 95.**

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #1160—Volume 20
THE ENTREATY OF THE HOLY SPIRIT

La Guía del Espíritu: La marcha de los hijos de Dios NO. 1220

**UN SERMÓN PREDICADO POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios,
éstos son hijos de Dios.”
Romanos 8:14.***

Se espera que los hijos muestren un cierto parecido con sus padres. Es seguro que los hijos de Dios, nacidos del más grandioso de todos los padres y regenerados por la omnipotente energía del Espíritu divino, mostrarán un alto grado de parecido con su Padre celestial. Nosotros no podemos ser como Dios en muchos de sus atributos divinos, pues son únicos e incomunicables: no es posible que ostentemos Su poder o que poseamos Su infinito conocimiento; tampoco podemos ser independientes ni autoexistentes, ni podemos ser poseedores de la soberanía ni somos dignos de adoración. El hombre no puede ser nunca la imagen del Padre, tan expresamente, como lo es Jesús, pues Él es, en un sentido misterioso, el Unigénito Hijo de Dios.

Sin embargo, podemos imitar a Dios en muchos de Sus atributos, principalmente en aquellos que son de un tipo moral y espiritual. En esas cualidades debemos ser “Imitadores de Dios como hijos amados,” pues, de otra manera, nuestro linaje celestial no podría ser distingible. El punto mencionado en el texto no ha de ser nunca un asunto de cuestionamiento, pues si eso fuese dudoso, nuestra relación filial con Dios no estaría comprobada. Hemos de ser “guiados por el Espíritu de Dios.” Ese Espíritu divino, que está siempre con el Padre y el Hijo, debe estar con nosotros para siempre, para que seamos guiados, instruidos, impelidos, avivados, impulsados e influenciados por Él, pues, de no ser así, no debemos atrevernos a considerarnos hijos de Dios.

Pareciera que el apóstol Pablo no reconoció la idea de una paternidad divina que se extendiera a toda la humanidad, por lo menos, en este texto. Aquí, la paternidad es para algunos, no para todos, y el texto discrimina entre los “que son guiados por el Espíritu de Dios” y el resto de la humanidad que no está bajo tal influencia. En los hombres que están desprovistos del Espíritu Santo, hay otro espíritu, y ese otro espíritu los marca como hijos de otro padre: “ellos son de su padre el diablo, y sus obras hacen.” Ha habido dos simientes desde el principio: la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, y es a la vez falso e inmoral, creer que Dios tiene la misma relación con las dos familias antagónicas. No, hermanos míos, *nuestro Padre* que está en el cielo, no puede ser recla-

mado por los incrédulos como padre, pues a ellos Jesús les dice expresamente: “Si vuestro padre fuese Dios, ciertamente me amaríais.”

El texto nos proporciona una prueba muy sencilla, pero tajante y decisiva, que sería recomendable que nos la aplicáramos a nosotros mismos. Deberíamos emplearla para probarnos a nosotros mismos. Si hubiera dicho: “todos los que son bautizados, éstos son hijos de Dios,” podríamos quedarnos sentados tranquilamente en nuestros lugares, muy satisfechos. Si hubiera dicho: “todos los que comen y beben en la santa celebración de la comunión cristiana, éstos son hijos de Dios,” podríamos recordar que hace muy poco tiempo nos sentamos con los santos alrededor de la mesa de la comunión. Si realizar ciertos actos externos, o musitar ciertas oraciones, o la profesión de principios ortodoxos, o la abstinencia de los más bajos vicios, hubiesen sido la marca real y el sello celestial de los hijos de Dios, habríamos podido tomarlo con calma después de asegurarnos de que estamos bien en cuanto a esas cosas. Si estar unidos a una iglesia entusiasta y ser miembros de una comunidad fiel, hubiera sido divinamente ordenado que constituyera un certificado incuestionable de la condición de hijos del Señor Altísimo, nos habríamos quedado perfectamente satisfechos sin ponernos en el crisol: pero, como estas cosas no han sido dispuestas así, confío que ninguno de nosotros será tan ignorante como para descuidar el examen que el texto sugiere a toda mente prudente.

Vamos, hermanos míos, no den por sentado nada en un tema tan delicado como los intereses eternos de sus almas, y más bien busquen la evidencia y vigilen el asunto como los sabios padres de familia lo harían si toda su riqueza estuviera en juego. Quienes son “guiados por el Espíritu de Dios,” son los hijos de Dios; quienes no son conducidos por el Espíritu de Dios, no son Sus hijos: por tanto, indaguen y vean cuál es el espíritu hay en ustedes, para que puedan saber de quién son hijos.

Para ayudarles en este asunto, propongo que consideremos, primero, adónde guía a los hombres el Espíritu de Dios, para que podamos comprobar si nos ha guiado allí alguna vez.

I. ¿Adónde conduce el Espíritu de Dios a los hijos de Dios?

Antes que nada, los conduce al *arrepentimiento*. Uno de los primeros actos del Espíritu Santo, es guiar a los hijos de Dios, con lágrimas en sus ojos, hasta el propiciatorio. Él nos conduce a los abominables antros de imágenes ocultas en el interior de nuestra naturaleza caída, abre las cerraduras de una puerta tras otra, y coloca ante nuestros ojos iluminados los lugares secretos que están contaminados con ídolos e imágenes repugnantes pintadas sobre las paredes. Señala con Su mano de luz a los ídolos, las imágenes que provocan celos, las cosas inmundas y abominables que se esconden dentro de nuestra naturaleza, y de esta manera nos sobrecoge y nos conduce a la humildad. No habríamos podido creer que tales cosas perversas merodearan en nuestras almas, pero Sus des-

cubrimientos nos desengañan y corrigen nuestra jactanciosa opinión de nosotros mismos.

Luego, con el mismo dedo, señala a nuestra vida pasada y nos muestra las manchas, los errores, los pecados voluntarios, los pecados de ignorancia, las transgresiones graves y las ofensas contra la luz y el conocimiento, que han estropeado nuestra trayectoria desde nuestra juventud hasta ahora: y mientras que, previamente, mirábamos a la página de nuestra vida y la considerábamos hermosa, una vez que el Espíritu nos ha conducido a la luz, vemos cuán negra ha sido nuestra historia, y, llenos de vergüenza y aflicción, damos voces buscando el oído de Dios, para confesar allí nuestro pecado, y reconocer que si nos arrojara al infierno lo tendríamos bien merecido.

Querido amigo, ¿te ha conducido alguna vez el Espíritu Santo al banquillo del arrepentimiento? ¿Hizo que vieras alguna vez cuán ruinmente has tratado a tu Dios, y cuán vergonzosamente has desatendido a tu Salvador? ¿Te hizo gemir alguna vez por tus iniquidades? No hay un camino al cielo excepto a través del arrepentimiento. Aquel que no haya sentido todavía la carga de su pecado, será aplastado bajo su enorme peso cuando, a semejanza de algún risco bamboleante, en la terrible hora del juicio caiga sobre él y lo triture hasta convertirlo en polvo.

Nadie va jamás al aposento del verdadero arrepentimiento en tanto que el Espíritu Santo no le conduzca allí, pero todo hijo de Dios sabe lo que es mirar a Aquel a quien ha traspasado y lamentarse por su pecado. La santa amargura por el pecado es tan indispensable como la fe en la sangre expiatoria, y el mismo Espíritu que nos da paz por medio del grandioso sacrificio, obra también en nosotros un sincero dolor por haber ofendido al Señor.

Si desde tu juventud no has sentido ningún dolor especial por tu pecado, entonces pedimos que Dios se agrade en comenzar la obra de gracia en tu corazón, pues ciertamente la salvación no ha sido obrada en ti. Debes sentir arrepentimiento, pues el arrepentimiento es absolutamente necesario para la vida divina. “Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.” El hijo pródigo debe clamar: “Padre, he pecado”; el publicano debe darse golpes de pecho y orar: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Querer quitar el arrepentimiento, que es el compañero inseparable de vida de la fe, equivaldría a querer destruir una de las válvulas del corazón y, a pesar de ello, esperar vivir.

Una fe sin llanto no es fe en absoluto. Cuando un hombre vuelve su rostro para mirar a Jesús, necesariamente está dando la espalda a sus pecados. Buscar encontrar gracia en el corazón impenitente es igual de inútil que buscar la primavera en el jardín sin la previa caída de la nieve. La fe que no va acompañada por el arrepentimiento, es una fe ilegítima y no es la fe de los elegidos de Dios, pues ningún hombre confía jamás en Cristo mientras no sienta que necesita un Salvador, y no podría sentir que necesita un Salvador a menos que se sienta desfallecido por el peso

de su pecado. El Espíritu Santo conduce a los hombres, primero, al arrepentimiento.

Al mismo tiempo, mientras tienen una baja opinión de sí mismos, los conduce a *tener un alto concepto de Jesús*. Amados, ¿fueron conducidos alguna vez a la cruz? ¿Estuvieron allí alguna vez, y sintieron que la carga se desprendía de sus hombros, y vieron cómo rodaba lejos y entraba en el sepulcro del Redentor?

Cuando el doctor Neale, el eminente ‘ritualista’ tomó el libro de John Bunyan, el *Progreso del Peregrino*, y lo adaptó conforme a la iglesia romana, describió al peregrino llegando a un cierto baño, en el cual fue sumergido y lavado, y fue entonces que quedó liberado de su carga. Él explica que esto es el baño del bautismo, aunque yo no he visto nunca, en ninguna iglesia ‘ritualista,’ un baptisterio lo suficientemente grande para que pueda bañarse en él un peregrino. Sin embargo, de acuerdo con esta falseada edición de la alegoría, Cristiano fue lavado en la pila del bautismo, y todos sus pecados fueron borrados de esa manera. Ese es el modo de la Alta Iglesia para deshacerse del pecado: el modo de John Bunyan, y el modo verdadero, es soltarlo en la cruz. Ahora, fíjense en lo que pasó. De acuerdo a la versión del “Progreso del Peregrino” del doctor Neale, esa carga creció otra vez en la espalda del peregrino, y no me sorprende que así fuera, pues una carga que puede ser quitada por el bautismo retornará con seguridad: pero, la carga que se pierde en la cruz, no retorna nunca jamás. No hay una limpieza eficaz del pecado excepto por medio de la fe en esa incomparable expiación ofrecida de una vez y para siempre sobre el madero sangriento del Calvario, y todos los que son guiados allí por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. El Espíritu de Dios nunca guió a ningún hombre a tener en poca consideración a Cristo, y a tener en una gran consideración a los sacerdotes. El Espíritu de Dios nunca condujo a un hombre a tener en poca consideración la sangre expiatoria y la fe simple en esa sangre, y a tener una gran consideración por las formas externas y las ceremonias. El Espíritu de Dios abate al hombre y ensalza al Salvador, coloca a la carne y la sangre abajo, en la tumba, y le da al hombre una nueva vida en el Señor que resucitó y que también ascendió a lo alto. “Él me glorificará,” dijo Cristo del Consolador; y ése, en verdad, es el oficio del Consolador.

Ahora, mis queridos amigos, ¿ha glorificado alguna vez el Espíritu al Señor Jesús ante sus ojos? Hermanos y hermanas, este es el punto que reviste una mayor importancia que todos los demás. Si el Espíritu Santo no ha hecho precioso a Cristo para ustedes, no saben nada acerca de Él. Si no ha exaltado a Jesús y no ha abatido su confianza en ustedes mismos, si no les ha hecho sentir que Cristo es todo lo que necesitan y que encuentran en Él más que todo, entonces, el Espíritu no ha obrado nunca un cambio divino en su corazón. El arrepentimiento y la fe han de permanecer mirando al Salvador sangrante, o, de lo contrario, la esperanza no se les unirá nunca y no les llevará a la paz como su compañera.

Cuando el Espíritu ha glorificado a Jesús, nos conduce a conocer otras *verdades*. El Espíritu Santo guía a los hijos de Dios a toda la verdad. Otros se descarrían en pos de esta falsedad o de aquella, pero las ovejas de Dios no oyen la voz de líderes extraños, y sus oídos están cerrados a sus lisonjas: “al extraño no seguirán, sino huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.”

Amados, ninguna mentira proviene de la verdad, y nadie que reciba una mentira ha sido guiado a esa mentira por el Espíritu de Dios, diga lo que diga. Por otro lado, la verdad es como una recámara cerrada para el hombre no regenerado; podría leer el índice de lo que está contenido en la valiosa bodega, pero no puede entrar al aposento secreto: hay Uno que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra; y la llave con la que abre es el poder del Espíritu Santo. Cuando Él abre una doctrina para que un hombre la aprenda, ese hombre la aprende correctamente, y nunca podría conocerla de otra manera. Podrías asistir a una universidad y sentarte a los pies del más erudito Gamaliel del presente día, pero no podrías conocer la verdad con tu corazón nunca, a menos que el Espíritu Santo te la enseñe. Nosotros nunca conocemos una verdad en todo su poder mientras no sea grabada en nuestra alma con fuego, como con un hierro candente mediante la experiencia de su poder, o mientras no sea grabada como sobre bronce por medio de la revelación mística del Espíritu. Únicamente el Espíritu puede grabar la verdad en el corazón, y hacerla parte y porción de nosotros mismos, de tal forma que está en nosotros y nosotros estamos en ella. ¿Han sido conducidos de esta manera a la verdad? Si es así, denle la gloria a Dios, pues el Espíritu certifica su adopción de esta manera.

Los hijos de Dios no son solamente guiados al conocimiento, sino también al *amor*. Son llevados a sentir la calidez del amor y a ver la luz de la verdad. El Espíritu de Dios lleva a cada verdadero hijo de Dios a incendiar de amor al resto de la familia. Quien desconozca el amor cristiano desconoce la gracia divina.

Hermanos, nosotros tenemos nuestras disputas, pues moramos allí donde por necesidad surgirán las ofensas; pero querriámos ser lentos para recibir la ofensa y más lentos para propinarla, pues somos uno en Cristo Jesús, y nuestros corazones están ligados por Su Espíritu. Yo entiendo que ningún hombre honesto debería quedarse callado en relación a cualquiera de los errores del día, ya que es una forma ruin de cultivar la tranquilidad para uno mismo, y de ganar una popularidad que no es digna de alcanzarse; debemos decir la verdad ya sea que ofendamos o agrademos, pero esto ha de hacerse *en amor y por causa del amor*. Que Dios nos libre de esa sugerencia de Satanás, que nos aconseja hablar únicamente las cosas gratas que agradan a los oídos de los hombres, pues quien da paso a esta persuasión, es un traidor a la verdad y a las almas de los hombres.

El verdadero hombre de Dios debe hablar en contra de todo mal y de todo falso camino; sin embargo, en su corazón palpita un fuerte afecto hacia todo hijo de Dios, cualesquiera que sean sus errores y sus faltas. El bisturí del cirujano es misericordiosamente cruel para el cáncer, no por causa de mala voluntad para el paciente, sino debido a un honesto deseo de beneficiarle. Tenemos la necesidad de cultivar una semejante fidelidad afectuosa. El amor hacia los santos es la marca de los santos. Hay una iglesia interior formada por los propios elegidos de Dios, dentro de cada una de las denominaciones cristianas, y esa iglesia está constituida por hombres espiritualmente iluminados, que conocen la médula y el misterio del Evangelio, y, siempre que se reúnen, por diversas que sean sus opiniones, se reconocen entre sí por una especie de masonería sagrada; el Espíritu, que es uno y que los vivifica a todos, da saltos dentro de ellos al reconocer a la única vida en los pechos de los demás. A pesar de sus divergencias mentales, de las asociaciones eclesiásticas, y de diferencias doctrinales, tan pronto como los hombres espirituales oyen el santo y seña y captan la señal mística, claman: "Dame tu mano, hermano mío, pues mi corazón es como el tuyo. El Espíritu de Dios me ha guiado a mí y te ha guiado a ti, y en nuestro camino andamos juntos paso a paso; por tanto, hemos de tener comunión entre nosotros."

Los extraños al campamento, la grande multitud de toda clase de gentes que sale de Egipto con nuestro Israel, cae tanto en peleas como en vivos deseos; pero los hijos del Dios viviente, que constituyen el cuerpo central de guardias del arca del Señor, son unánimes de corazón entre ellos, y así deben ser. "Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos."

El Espíritu Santo nos guía a *un intenso amor por las almas de los pecadores*. Si alguien dijera: "No es asunto mío si los hombres son condenados o salvados," el Espíritu de Dios nunca le guió a esa crueldad. Las entrañas de hierro no han sentido nunca el toque del Espíritu de Amor. Si alguna vez el espíritu o la enseñanza de un predicador te han guiado legítimamente a la conclusión de que puedes ver la condenación de tus semejantes con complacencia o indiferencia, puedes estar seguro de que el Espíritu de Dios, nunca le condujo a él o a ti, en esa dirección. El diablo tiene que ver más con la teología despiadada de algunos hombres, de lo que se imaginan. Los ojos de Cristo lloraron por causa de la condenación del pecador, y que el Señor nos libre de pensar en la condenación en ningún otro espíritu.

Quien no ama a su semejante a quien ha visto, ¿cómo podría amar a Dios a quien no ha visto? ¿Acaso mira Dios con complacencia la ruina de nuestra raza? ¿No amó de tal manera a los hombres que dio a Su unigénito por ellos? ¿Y acaso quiere que Sus propios hijos permanezcan fríos, estoicos e indiferentes frente a la pérdida de almas humanas? Amados, si moramos con Caín y clamamos: "¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?", el Espíritu de Dios nunca nos condujo allí; Él nos guía a la ternura, a la

simpatía, a la compasión y al esfuerzo bañado de lágrimas, por si en alguna manera pueda hacer salvos a algunos.

Además, el Espíritu de Dios guía a los hijos de Dios a la *santidad*. No trataré de definir qué es la *santidad*. La *santidad* es vista mejor en las vidas de los hombres santos. ¿Puede ser vista en las vidas suyas?

Amado, si tú tienes un espíritu fiero e implacable, el Espíritu Santo nunca te guió allí; si eres altivo y fanfarrón, el Espíritu nunca te condujo allí; si eres codicioso y ambicionas la ganancia mundana, el Espíritu Santo nunca te condujo allí; si eres falso en tus declaraciones e injusto en tus acciones, el Espíritu Santo nunca te condujo allí. Cuando me entero de que alguien que profesa la religión se encuentra en un salón de baile o en el teatro, yo sé que el Espíritu Santo nunca le guió allí; si yo encuentro a un hijo de Dios mezclándose con los impíos, usando su lenguaje, y realizando sus acciones, estoy persuadido de que el Espíritu Santo nunca le condujo allí.

Pero si veo a un hombre que vive como Cristo habría vivido, que es amoroso y tierno, intrépido, valeroso, honesto, y preocupado de guardar en todas las cosas una buena conciencia delante de Dios y de los hombres, yo creo que el Espíritu de Dios le ha guiado; si veo que ese hombre es devoto delante de Dios, y lleno de integridad delante de sus semejantes, entonces espero y creo que el Espíritu de Dios es su líder y que influye en su carácter. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.”

No deseo hablar severamente, pero creo que debo hablar claramente, y me siento obligado a decir que hay hipocresía en exceso entre el pueblo cristiano profesante. Muchos llevan el nombre de cristianos, pero no poseen en su interior nada más que sea cristiano. Es triste que sea así, pero así es: los falsos profesantes han rebajado la norma del carácter cristiano, y han vuelto a la iglesia tan semejante al mundo, que es difícil decir dónde comienza la una y dónde termina el otro. Nosotros ejercemos la disciplina eclesiástica como mejor podemos, pero, a pesar de todo ello, hay una semilla de maldad que no se desarrolla hasta convertirse en pecado abierto y descarado, que no podemos eliminar mediante la disciplina, pues se nos prohíbe arrancar la cizaña para no arrancar también el trigo conjuntamente con la cizaña.

¡Hombres y hermanos, hemos de ser santos! De nada nos sirve estar hablando acerca de ser ortodoxos en nuestras convicciones: hemos de ser ortodoxos en la vida, y, si no lo somos, entonces, el credo más sano únicamente aumentará nuestra condenación.

Oigo que algunos hombres se jactan de que son ‘no conformistas’ hasta la médula, como si eso fuese el asunto esencial: es muchísimo mejor ser cristianos de corazón. ¿De qué sirve el ‘inconformismo’ eclesiástico si el corazón está todavía conformado al mundo? Otro hombre podrá gloriararse de que es un ‘conformista,’ pero ¿de qué le sirve eso a menos que

sea conformado a la imagen de Cristo? La santidad es la principal consideración, y si no somos guiados a la santidad por el Espíritu de santidad, tampoco somos hijos de Dios.

Además, el Espíritu Santo guía a quienes son los hijos de Dios a *la piedad vital*: la esencia mística de la vida espiritual. Por ejemplo, el Espíritu Santo guía a los santos a la oración, que es el aliento vital de sus almas. Siempre que obtienen un verdadero acceso al propiciatorio, es por Su poder. El Espíritu Santo los guía a escudriñar la palabra, y abre su entendimiento para recibirla; Él los guía a la meditación, y a rumiar la verdad; los guía al compañerismo con Él mismo y con el Hijo de Dios. Él los levanta de inmediato de los afanes mundanos a las contemplaciones celestiales; los transporta lejos, a los lugares celestiales, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, y donde los santos reinan con Él.

Amados, ¿han sentido alguna vez estas guías? Yo estoy hablando acerca de esas guías, pero, ¿las entienden *ustedes*? ¿Las experimentan constantemente? Es fácil decir: "Sí, entiendo lo que estás diciendo." ¿Has sentido esas cosas? ¿Son éstas cosas cotidianas para ti? Pues, vive el Señor, que si no has sido guiado a la oración, y a la comunión con Dios, entonces el Espíritu de Dios no está en ti, y tú no le perteneces.

Además, el Espíritu de Dios guía a los hijos de Dios a *la utilidad*, a unos en algún sendero y a otros en otro, mientras que unos cuantos son conducidos a un servicio muy eminente, y a una autoconsagración del orden más excenso. Bendecimos a Dios por los misioneros que han sido guiados por el Espíritu de Dios entre las tribus más salvajes para predicar a Jesucristo. Damos gracias a Dios por las santas mujeres que, aquí en casa, han sido guiadas a las partes más tenebrosas de esta ciudad para trabajar entre los seres más caídos y depravados, para levantar a Cristo delante de ellos para que Cristo los levante hasta Sí. Benditos sean esos hombres y mujeres que son guiados por el Espíritu de Dios a labores más abundantes, pues más abundante será su dicha.

Me parece que he de recordarles a todos ustedes que, si no están haciendo nada por Jesús, el Espíritu de Dios no los ha guiado nunca a esa holgazanería. Si comes grosuras y bebes vino dulce en la casa de Dios, pero no haces absolutamente nada por tu hogar, el Espíritu de Dios no puede haberte enseñado este abominable abandono. Hay un algo que cada uno de nosotros debe hacer, un talento encomendado al cuidado de cada creyente, y si tenemos el Espíritu de Dios morando en nosotros, Él nos dirá qué es lo que el Señor ha decidido que hagamos, Él nos fortalecerá para que lo hagamos, y pondrá Su sello y bendición sobre eso cuando sea llevado a cabo. Esos pámpanos muertos de la vid, que no producen racimos para el Señor, ya sea por la paciencia en el sufrimiento o por la actividad en la obra, no tienen la evidencia de que son de la casa de la fe. Aquellos que no participan en el trabajo para Jesús, a duras penas pueden esperar que finalmente sean partícipes de Su gloria con Él.

Así, de una manera sencilla, sin sumergirme demasiado profundamente en el asunto, les he dado una respuesta a la pregunta: “¿Adónde guía el Espíritu de Dios a los hijos de Dios?”

II. Ahora voy a responder, con mayor brevedad todavía, otra pregunta: ¿CÓMO GUÍA EL ESPÍRITU A LOS HIJOS DE DIOS?

La respuesta es esta: *el Espíritu de Dios opera en nuestros espíritus misteriosamente*. No podemos explicar Su modo de operación, excepto que probablemente estaríamos en lo correcto si concluyéramos que Él opera en nuestros espíritus de la misma manera en la que nuestros espíritus operan en los espíritus de otras personas, sólo que de una manera más noble.

Ahora, ¿cómo ejerzo influencia en el espíritu de mi amigo? Lo hago usualmente impariéndole algo que sé y que espero que tenga poder sobre su mente sugiriéndole motivos, y de esta manera, influenciar en sus actos. Yo no puedo operar sobre la mente de mi vecino mecánicamente; ninguna herramienta puede tocar el corazón, ninguna mano puede moldear la mente. Actuamos sobre la materia por medio de la maquinaria, pero actuamos sobre la mente por medio de argumentos, por medio de la razón, por medio de la instrucción, y así nos esforzamos por moldear a los hombres como lo deseamos.

Un grandioso instrumento que usa el Espíritu Santo en la mente es la palabra de Dios. La palabra, según la tenemos impresa en la Biblia, es el gran instrumento en la mano del Espíritu para guiar a los hijos de Dios en el camino recto. Si quieres saber lo que has de hacer, di lo mismo que aquel viejo escocés solía decirle a su esposa: “alcánzame esa Biblia.” Ese es el mapa del camino, la guía en la mochila del peregrino celestial; y si eres guiado por la palabra de Dios, el Espíritu de Dios está con la palabra y obra a través de ella, y eres guiado por el Espíritu de Dios. Cita capítulo y versículo para una acción, y, a menos que hubieres desvirtuado el pasaje, puedes estar seguro de que has actuado rectamente. Has de estar seguro de que tal y tal cosa es un mandato de Dios escrito en el libro, inspirado por el Espíritu Santo, y no necesitas una voz de trueno del cielo o un susurro angélico, pues tienes una palabra más segura de profecía, a la cual haces bien en estar atento como a una antorcha que alumbría en lugar oscuro.

El Espíritu de Dios habla también por medio de Sus ministros. La palabra predicada es bendecida con frecuencia, así también como la palabra escrita, pero esto solamente puede darse cuando la palabra predicada es de conformidad a la palabra escrita. Algunas veces, los ministros de Dios parecieran dar a la palabra escrita su propia voz, de tal forma que resuena como si acabara de ser hablada por el visionario que la recibió originalmente. Según van hablando, cae en el oído como la miel cae del panal, y brota como el agua que sale del manantial; y en tales momentos penetra en el corazón, fresca y cálida, incluso con una mayor energía que cuando la leemos solos en nuestra recámara. Cuán a menudo sentimos

realmente, cuando leemos una verdad en un libro (aunque ese libro sea la palabra de Dios), que nuestra indolente condición impide que tenga el mismo poder sobre nosotros, que el que tiene cuando un hombre de Dios, que la ha experimentado, y la ha probado, y la ha manejado, habla de ella como el derramamiento de su propia alma.

Que Dios les conceda que el ministerio al que asisten usualmente, sea para ustedes la voz de Dios. Que sea una guía para sus pies, consuelo para su corazón, una fortificación para su fe, y un refrigerio para sus almas, y que mientras estén sentados en la casa de oración, puedan sentir: “Esa palabra es para mí: vine aquí sin saber qué hacer, pero he recibido dirección; yo estaba desfallecido y cansado, pero he obtenido fuerza y consuelo. La voz del pastor ha sido como el oráculo de Dios para mi alma, y ahora sigo mi camino reconfortado como Ana fue reconfortada cuando el siervo del Señor habló paz a su alma.”

Quisiera hablar con gran precaución sobre otro punto, y quisiera que ustedes pensaran en él con mayor precaución todavía, pues es un asunto que ha sido tristemente abusado y utilizado para propósitos fanáticos. Yo creo que el Espíritu de Dios, *directamente, incluso aparte del mundo, habla en los corazones de los santos*. Hay admoniciones interiores que han de ser obedecidas devotamente, guías misteriosas y secretas que han de ser seguidas implícitamente. No es un tema para una conversación común, pero está destinado al oído del creyentes inteligente que no nos ha de malinterpretar.

Vendrán a ustedes, algunas veces, sin saber por qué, ciertos obstáculos internos, como los que percibió Pablo cuando intentó ir a Misia, pero el Espíritu no se lo permitió. Hay un cierto acto que quisieras hacer o no hacer, pero un impulso viene sobre ti que pareciera decir: “eso no, o ahora no.” No violen esa represión interna. “No apaguéis al Espíritu.” En otro momento, una cosa apropiada, una cosa adecuada fue olvidada por ustedes por un tiempo, pero regresa con una fuerza que debe ser obedecida de inmediato, y por alguna razón, no pueden sacudirse esa impresión. No le hagan violencia a ese impulso. No es a cualquiera que el Espíritu Santo le habla de esa manera; pero Él tiene Sus favoritos, y estos han de guardar celosamente el privilegio, pues, tal vez, si son sordos cuando Él habla, podría no volver a hablarles de esa manera nunca más. Si rendimos una obediencia reverente a las admoniciones, se tornarán muchísimo más cotidianas para nosotros. “Vamos”—dirá alguien—“te estás adentrando en el ‘cuaquerismo.’” No puedo evitarlo. Si esto es cuaquerismo, yo soy entonces un cuáquero: los nombres no me preocupan de ninguna manera. Cada uno de ustedes sabe si su experiencia personal confirma lo que he expresado o no, y que allí acabe el asunto; pues, fíjense, yo expongo esto con cautela, y no establezco tales admoniciones como signos indispensables de un hijo de Dios.

Se cuenta la historia (y algunos de nosotros podríamos contar muchas historias igualmente impactantes) de un cierto individuo que, una noche,

fue motivado a tomar su caballo del establo, y a cabalgar unos diez o doce kilómetros de distancia, hasta una cierta casa en la que vivía un persona a quien nunca había visto. Llegó allí a altas horas de la noche, tocó a la puerta, y le respondió el señor de la casa, quien parecía encontrarse sumido en una gran confusión de mente. El visitante nocturno le dijo: "Amigo, he sido enviado a ti, no sé por qué razón, pero seguramente el Señor tiene alguna razón para haberme enviado a ti. ¿Hay algo peculiar acerca de tus circunstancias?" El hombre, pasmado, le pidió que le acompañara, subieron, y allí arriba le mostró una cuerda atada a una viga. Estaba sujetándose la cuerda alrededor del cuello, para suicidarse, en el preciso instante en que una llamada resonó a la puerta, y decidió bajar para responderla, y después, pensaba regresar a la cuerda y matarse; pero el amigo a quien Dios había enviado, habló con él, logró tranquilizarlo, le ayudó en la dificultad pecuniaria que le avergonzaba, y el hombre vivió y fue un cristiano honorable.

Yo declaro solemnemente que a mí me han guiado admoniciones igualmente poderosas, y sus resultados han sido notables para mí, de cualquier manera. En su mayoría estos son secretos entre Dios y mi propia alma, y no estoy ansioso de romper el sello y contárselos a otros. Hay muchos cerdos a nuestro alrededor como para ser demasiado generosos con nuestras perlas. Si fuéramos obedientes a tales impulsos, aunque no salváramos a los suicidas, podríamos salvar almas, y podríamos ser, a menudo, en las manos de Dios, como ángeles enviados del cielo: pero somos como el caballo, o como el mulo, sin entendimiento, cuya boca ha de ser sujetada con cabestro y freno; no somos lo suficientemente tiernos para ser sensibles a la influencia divina cuando nos llega, y así el Señor no se agrada en hablarnos a muchos de nosotros de esta manera, tan frecuentemente, como lo desearíamos. Sin embargo, es cierto que "todos los que son guiados por el Espíritu de Dios," independientemente de cómo los guíe, "éstos son hijos de Dios."

Permítanme observar aquí que ser "guiados por el Espíritu de Dios" es una expresión extraordinaria. No dice: "todos los que son arreados por el Espíritu de Dios." No, el demonio es un carretero y cuando entra, ya sea en los hombres o en los cerdos, los arrea furiosamente. Recuerden cómo el hato entero se precipitó en el mar por un despeñadero. Siempre que ves a un hombre fanático y salvaje, cualquiera que sea el espíritu que haya en él, no es el Espíritu de Cristo.

El Espíritu de Cristo es potente, obra poderosamente, pero es un Espíritu apacible; no es un águila sino una paloma. Viene como un viento recio, y llena toda la casa donde los discípulos están sentados, pero al mismo tiempo no viene como un torbellino procedente del lado del desierto para azotar las cuatro esquinas de la casa, pues se convertiría en ruinas. Viene como una llama de fuego que se posa sobre cada uno de Sus favorecidos, pero no es una llama de fuego que incendia la casa y destruye a Jerusalén. No, el Espíritu de Dios es apacible; Él no empuja

sino guía. "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios."

El Espíritu nos trata honorablemente al obrar de esta manera; no trata con nosotros como con ganado arreado y enmudecido, o como con olas del mar que no tienen alma; Él nos trata como a seres inteligentes, hechos para el pensamiento y la reflexión. Él nos conduce como un hombre guía a su hijo, o como un individuo dirige a su compañero, y somos honrados cuando sujetamos nuestras mentes y nuestras voluntades a un Espíritu tan divino. La voluntad no es verdaderamente libre nunca hasta que el Espíritu Santo la somete dulcemente a una obediencia voluntaria.

El Espíritu Santo obra así, aunque no podemos explicar el método, pues eso es algo demasiado inefable para nosotros, y es más fácil que conozcamos el rastro del águila en el aire, o el rastro de la culebra sobre la peña. Así como no podemos caminar en busca de los manantiales del mar, así también esto está oculto para todos los vivientes. Hemos dicho algo sobre el tema, y, en la medida de lo posible, hemos respondido a la pregunta: "¿Cómo guía el Espíritu de Dios a los hijos de Dios?", pero nosotros somos de ayer, y nada sabemos, y, por tanto, confesando nuestra ignorancia, proseguimos.

III. La última pregunta es: ¿CUÁNDO GUÍA EL ESPÍRITU A LOS HIJOS DE DIOS? Ah, hermanos, esa pregunta necesita una ansiosa respuesta.

El Espíritu de Dios *quería* guiar siempre a los hijos de Dios, pero, ay, hay veces que los propios hijos de Dios no quieren ser guiados. Son testarudos y tercos y se apartan. La condición saludable de un hijo de Dios radica en ser guiado siempre por el Espíritu de Dios. Pongan atención a esto: guiados por el Espíritu cada día; no únicamente los domingos, ni sólo en los períodos asignados para la oración, sino durante cada minuto de cada hora de cada día. Debemos ser guiados por el Espíritu en las cosas pequeñas así como en los grandes asuntos, pues, observen que aunque fuéramos guiados por el Espíritu en todos los demás asuntos durante todas nuestras vidas, sin embargo, bastaría que se dejara correr una sola acción hasta sus resultados finales, aparte del Espíritu, para que nos arruinara completamente.

La misericordia es que el Señor restaura nuestras almas; pero no hay nunca una sola hora en la que el cristiano pueda permitirse apartarse del camino del Espíritu. Si cuentas con un guía a lo largo de un sendero intrincado, y le permites guiarte durante media hora, y luego le dices: "ahora voy a guiarme yo mismo durante los siguientes cinco minutos," en ese breve lapso perderías el beneficio de haber tenido un guía. Es claro que un piloto que sólo dirige ocasionalmente el barco, es apenas un poquito mejor que nada. Si estuvieras recorriendo una senda difícil y desconocida, harías que todas las direcciones fueran inútiles si fueras a decir: "me dijeron que volteara a la derecha en esta esquina, pero tengo la

intención de probar a la izquierda.” Esa sola vuelta afectaría todo el resto de tu ruta.

Si somos realmente hijos de Dios y erramos, nuestro líder divino hará que desandemos nuestros pasos con lágrimas amargas, y que sintamos cuán malo y amargo fue haber elegido nuestros propios engaños. Si usamos sabiamente a nuestro líder divino, le seguiremos siempre.

Hijo de Dios, el Espíritu debe guiarte en todo. “Bien, pero” —dirás—*¿lo hará?* Ah, “*¿lo hará?*” Sí, para tu asombro. Cuando te encuentres en dificultades, consulta al Espíritu Santo en la Palabra. Oye lo que Dios dice en el inspirado volumen, y si no proviene de allí ninguna luz, entonces arrodíllate y ora. Cuando ves una señal en una carretera del campo, y te dice qué ruta seguir, te da gusto seguir sus direcciones; pero si en tus perplejidades no ves ningún aviso, *¿qué vas a hacer?* *Ora.* Entrégate a la guía divina, y no cometerás ningún error; pues incluso si llegaras a escoger el camino más áspero, será el camino correcto si lo seleccionaste con santa cautela y en el temor de Dios.

Amados, el Señor no permitirá jamás que un barco cuyo timón hubiere sido encomendado en Sus manos, se estrelle contra las rocas. Entrégale el timón a Dios, y tu barca sorteará el estrecho canal serpenteante de la vida, evitará cualquier banco de arena y las rocas sumergidas, y llegará segura a los buenos puertos de la bienaventuranza eterna.

La pregunta: *¿cuándo son guiados por el Espíritu los hijos de Dios?*, debe ser respondida así: cuando son como deberían ser, son siempre claramente guiados por Él; y, aunque debido al pecado que hay en ellos no son siempre obedientes al mismo grado, el poder que influye usualmente en sus vidas es el Espíritu de Dios.

Ahora concluyo usando el texto de esta manera. Primero es una *prueba*. *¿Soy un hijo de Dios?* Si es así, soy guiado por el Espíritu. *¿Soy guiado por el Espíritu?* Me temo que algunos de ustedes no piensan nunca en este asunto. *¿Por quién son guiados ustedes?* Cientos de personas religiosas son guiadas por sus ministros o por algún amigo cristiano, y eso es bueno para ellas; pero su religión será un fracaso a menos que sean guiadas por el Espíritu. Permítome hacerte la pregunta de nuevo para que no la evadas: *¿Eres guiado por el Espíritu?* Si lo eres, tú eres un hijo de Dios, y si no, no le perteneces en absoluto.

Eso me proporciona un segundo uso del texto, es decir, el uso de *la consolación*. Si eres un hijo de Dios, serás guiado por el Espíritu. Ahora, *¿tienes dudas esta noche?* *¿Estás avergonzado?* *¿Estás metido en dificultades?* Entonces, como los hijos de Dios son guiados por el Espíritu, tú serás guiado. Tal vez estés mirando demasiado lejos en el horizonte, y tienes miedo de las dificultades que se presentarán en la ancianidad, o en la muerte de algún pariente.

Ahora, Dios no nos ha dado ojos para hurgar en el futuro, y *¿de qué sirve que estemos atisbando allí donde no podemos ver?* Pónganlo todo en las manos del Padre celestial, y serán guiados, certeramente, por el

Espíritu Santo. Cuando llegas al punto en el que pensabas que habría una dificultad, muy probablemente descubrirás que no hay ninguna. “¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?”, decían las santas mujeres, pero cuando llegaron al sepulcro, he aquí, la piedra ya había sido removida. Prosigue caminando por fe, como un hijo de Dios, con la plena seguridad de que la senda de la fe, aunque no sea fácil, será siempre una senda segura, y todo estará bien, y serás guiado en el camino correcto a las moradas eternas.

La última palabra de todas es esta: el texto es una *seguridad*. Si eres conducido por el Espíritu de Dios, entonces eres un hijo de Dios con toda certeza. ¿Puedes decir esta noche: “me someto a la voluntad del Señor? No soy perfecto aunque quisiera serlo; estoy abrumado por mil debilidades, pero si el Señor me enseña, estoy dispuesto a aprender, y si Él tiene paciencia conmigo me esforzaré en seguirle. ¡Oh, cuánto daria por ser perfectamente santo! Anhelo ser puro por dentro. Deseo sobre todas las demás cosas de este mundo no ofender a mi Dios, sino andar con Él en luz como Él está en luz, y tener comunión con Él, mientras que la sangre de Jesucristo Su Hijo me limpia de todo pecado.”

Hermano mío, ten la plena seguridad de que nadie jamás anheló algo semejante excepto un hijo de Dios. La carne y la sangre no te han revelado esto. Nadie, excepto un heredero del cielo tuvo jamás tales deseos, y aspiraciones, y gemidos por la santidad, y tales tristezas por las fallas y los errores. El texto no dice: “el que corre en el Espíritu es un hijo de Dios,” sino el que es *guiado* por el Espíritu de Dios. Ahora, podríamos tropezar mientras somos guiados; un hombrearía ir muy despacio mientras está siendo guiado; podría ir con muletas mientras está siendo conducido; puede arrastrarse apoyándose sobre sus manos y sus pies mientras está siendo guiado; pero ninguna de estas cosas le impide en lo absoluto ser conducido verdaderamente.

A pesar de todas tus debilidades y deficiencias, el punto es: ¿eres guiado por el Espíritu de Dios? Si lo eres, todas tus debilidades y tus fallas te son perdonadas por mediación de Cristo, y que seas conducido es la marca de que has nacido de nuevo. Regresa a casa y regocíjate en tu condición de Hijo, y si has sido débil, pídele a Dios que te haga fuerte; si has sido cojo, pídele que te sane; y si te has arrastrado sobre tus manos y tus pies, pídele que te ayude a caminar erguido; pero, después de todo, bendícelo porque Su Espíritu te guía en verdad. Si sólo puedes caminar, pídele que te haga correr; y si puedes correr, pídele que te remonte sobre alas de águilas. No te quedes satisfecho con cualquier cosa que no llegue hasta los más excelsos logros; y, al mismo tiempo, si no los has alcanzado, no te desesperes. Recuerda que en la mayoría de las familias hay bebés así como también hay hombres y mujeres: el niñito con faldones largos que es llevado en los brazos y es colocado en el pecho, es tan amado para el progenitor como el hijo que en la plenitud de su hombría marcha junto a su padre, y toma su porción en la batalla de la vida. Us-

tedes son hijos de Dios si son guiados por el Espíritu, por pequeña que sea su estatura y por débil que sea su gracia. La edad, la fortaleza o la educación del hombre, no son esenciales para su condición de hijo, pero la certidumbre de su nacimiento es la cosa que más importa. Asegúrense de ser guiados por el Espíritu, o su nacimiento no es de arriba.

Si has sido condenado por este sermón, entonces acude presto a Jesús, y reposa en Él, penitente y confiadamente. Que el Espíritu de Dios te guíe a hacer eso, y entonces eres un hijo de Dios. Que Él les bendiga ahora. Amén

Porción de la Escritura leída antes del sermón: Romanos 8:1-17.

Nota del traductor:

No conformista o disidente: aquellas personas que rehusaban aceptar las doctrinas y formas de la Iglesia Establecida en Inglaterra y Escocia.

Alta Iglesia: describe a aquellas parroquias o congregaciones anglicanas que emplean muchas prácticas rituales asociadas en la mente popular con la misa católica.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1220—Volume 21

THE LEADING OF THE SPIRIT, THE SECRET TOKEN OF THE SONS OF GOD

Nuestra Urgente Necesidad del Espíritu Santo

NO. 1332

**SERMÓN PREDICADO EL MAÑANA DEL DOMINGO 7 DE ENERO DE 1877,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Por el poder del Espíritu Santo.”
Romanos 15: 13.

“En el poder del Espíritu de Dios.”
Romanos 15: 19.

En este momento quisiera solicitarles su atención a la gran necesidad que existe de la manifestación continua del poder del Espíritu Santo en la iglesia de Dios, si por medio de ella las multitudes deben ser recolectadas para el Señor Jesús. No supe cómo hacerlo mejor que mostrando primero que el Espíritu de Dios es necesario para el propio crecimiento interno en la gracia de la iglesia de Dios. De ahí mi texto del versículo trece: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo,” en el que es evidente que el apóstol atribuye al Espíritu Santo el poder de ser llenados de gozo y paz en el creer, y el poder de abundar en esperanza. Pero, luego, quise mostrarles también que el poder de la iglesia en el exterior, ese poder con el que debe ser agresiva y trabajar en el mundo para reunir a los elegidos de Dios de entre los hombres, es también esta misma energía del Espíritu Santo. De ahí que haya tomado el versículo diecinueve, pues el apóstol dice allí lo que Dios, por medio de él, había hecho “para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios.”

Entonces vean, queridos amigos, que para mantener feliz y santa a la iglesia internamente, antes que nada tiene que haber una manifestación del poder del Espíritu Santo, y, en segundo lugar, que para que la iglesia pueda invadir los territorios del enemigo y conquistar al mundo para Cristo, tiene que estar revestida de la misma energía sagrada. Podemos ir más lejos y decir que el poder de la iglesia para la obra externa es proporcional al poder que mora dentro de ella. Midan la energía del Espíritu Santo en los corazones de los creyentes y podrán calcular cabalmente su influencia sobre los incrédulos. Si la iglesia es iluminada por el Espíritu Santo, entonces reflejará la luz y se tornará para los espectadores: “Her-

mosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden.”

Les voy a mostrar, por medio de dos o tres ilustraciones, que el trabajo hacia el exterior depende siempre de la fuerza interior. En un frío día de invierno ha caído nieve y se ha amontonado una gruesa capa sobre el terreno por el que atraviesas una aldea. Hay una hilera de rústicas casitas y puedes notar que la nieve casi ha desaparecido de uno de los techos, mientras que otra casita soporta todavía un grueso revestimiento de nieve. No te detienes a averiguar la razón de la diferencia, pues sabes muy bien cuál es la causa. Dentro de la primera casita rústica hay un fuego encendido y el calor se expande a través de su techo de tal forma que la nieve se derrite rápido. En la otra casita no vive ningún inquilino; es una casa disponible para renta; no hay ningún fuego encendido en su chimenea y por eso la nieve permanece en el techo. En la misma medida que hay calor adentro habrá derretimiento afuera.

Yo miro un número de iglesias y donde veo que la mundanalidad y el formalismo las recubren con una densa capa, tengo la absoluta certeza de que están desprovistas del calor de la vida cristiana en su interior; pero donde los corazones de los creyentes arden con el amor divino por medio del Espíritu de Dios, estamos seguros de ver que los males desaparecen y que se originan benéficas consecuencias como resultado. No necesitamos mirar en su interior; en un caso así el exterior es un índice que basta.

Tomemos un ejemplo sacado de la vida política. Surge un conflicto entre diferentes naciones; hay espíritus airados que provocan agitación y parecería muy probable que el nudo gordiano de la dificultad nunca podrá ser desatado por la diplomacia, sino que tendrá que ser cortado con la espada. Todo el mundo sabe que una de las esperanzas de la paz radica en la condición de bancarrota de la nación que probablemente vaya a la guerra; pues si cuenta con escasos pertrechos, si no puede pagar sus deudas, si no puede acopiar el material para la guerra, entonces no es probable que busque un conflicto. Un país tiene que ser fuerte en recursos internos antes de que pueda aventurarse prudentemente en guerras extranjeras.

Lo mismo sucede en la gran batalla de la verdad: una pobre iglesia muerta de hambre no puede combatir contra el diablo y sus huestes. A menos que la iglesia sea rica en las cosas de Dios, y potente con la energía divina, dejará generalmente de ser agresiva, y se contentará con seguir con la rutina regular de una obra cristiana, clamando: “¡Paz! ¡Paz!,” donde no debería haber paz. No se atreverá a desafiar al mundo ni a enviar sus legiones para conquistar sus provincias para Cristo, cuando su pro-

pia condición es lastimosamente débil. La fuerza o la debilidad del tesoro de una nación afectan a su ejército en cada marcha y, de igual manera, la iglesia de Dios es influenciada en todas sus acciones por su medida de gracia.

Permítanme otra ilustración más. Si vivieran en Egipto notarían, una vez al año, la crecida del río Nilo y la observarían con ansiedad, porque la dimensión del desbordamiento del Nilo es con mucho la medida de la fertilidad de Egipto. Ahora, la crecida del Nilo depende de aquellos lejanos lagos del centro de África, es decir, depende de si están debidamente llenos por el derretimiento de las nieves o no.

Si hay un escaso abastecimiento en los depósitos superiores, no puede haber mucho desbordamiento en el curso posterior del Nilo a lo largo de Egipto. Traslademos la figura y digamos que si los lagos superiores de la comunión con Dios en la Iglesia cristiana no están bien saturados—si la potencia espiritual del alma no es sustentada por la oración privada y la comunión con Dios—tel Nilo del servicio práctico cristiano nunca llegará a un nivel de inundación.

Lo que quiero decir es esto: no puedes extraer de la iglesia lo que no está contenido en ella. El propio depósito tiene que estar lleno antes de que pueda hacer verter un torrente. Nosotros mismos hemos de beber del agua viva hasta estar llenos y luego de nuestro interior correrán ríos de agua viva; pero no hasta entonces. No se puede distribuir panes y peces de una cesta vacía, por hambrienta que esté la multitud. Un corazón vacío no puede hablar cosas significativas, ni de un alma flaca se puede extraer gruesos tuétanos que alimenten al pueblo de Dios. De la abundancia del corazón habla la boca cuando habla para edificación. De tal forma que lo primero que debemos hacer es revisar bien los asuntos de casa, y pedirle a Dios que nos bendiga y haga resplandecer Su rostro sobre nosotros, para que sea conocido en la tierra Su camino y en todas las naciones Su salvación—

**“Para bendecir a Tu raza escogida,
En misericordia, Señor, inclínate,
Y haz que el resplandor de Tu faz,
Brille sobre todos Tus santos.
Para que así Tu maravilloso camino
Sea conocido por todo el mundo;
Mientras distantes tierras rinden su tributo,
Y reconocen Tu salvación.”**

Esta mañana, al tratar de hablar de la gran necesidad de la Iglesia, es decir, de su necesidad de ser conducida vigorosamente por el poder del Espíritu Santo, pido sinceramente que podamos adentrarnos en este tema con la más profunda reverencia concebible. Debemos adorar mien-

tras estamos meditando; debemos sentir la condescendencia de esta bendita Persona de la Deidad, pues se digna morar en Su pueblo y obrar en el corazón humano. Recordemos que esta persona divina es muy sensible. Él es un Dios celoso. Leemos que se aflige y es vejado, y por tanto, pidamos Su perdón por las muchas provocaciones que debe de haber recibido de nuestras manos. Con el más humilde temor inclinémonos delante de Él, recordando que si hay un pecado que es imperdonable, está referido a Él mismo: el pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado nunca, ni en este mundo ni en el venidero.

En referencia al Espíritu Santo estamos, en verdad, sobre un terreno muy delicado; y si alguna vez velamos nuestros rostros y nos regocijamos con temblor, es cuando hablamos del Espíritu y de esas obras misteriosas con las que nos bendice. En ese espíritu de humildad, y bajo la sombra divina, síganme mientras expongo ante ustedes siete obras del Espíritu Santo que son sumamente necesarias para el propio bien de la Iglesia, e igualmente necesarias para ella en su oficio de misionera de Cristo para con el mundo exterior.

I. Entonces, para comenzar, el poder del Espíritu Santo se manifiesta en la resurrección de las almas a la vida espiritual. Toda la vida espiritual que existe en este mundo es la creación del Espíritu Santo, por quien el Señor Jesús revive a quien Él quiera. Ni ustedes ni yo teníamos suficiente vida para conocer nuestra muerte hasta que Él nos visitó; no teníamos suficiente luz para percibir que estábamos sumidos en las tinieblas, ni el suficiente sentido para sentir nuestra miseria: estábamos completamente abandonados a nuestra propia necesidad; aunque estábamos desnudos, y éramos pobres y miserables, soñábamos que éramos ricos, y nos habíamos enriquecido. Estábamos bajo sentencia de muerte como criminales condenados y, sin embargo, hablábamos de mérito y de recompensa; sí, estábamos muertos y, sin embargo, nos jactábamos de estar vivos considerando que nuestra propia muerte era nuestra vida.

El Espíritu de Dios en infinita misericordia vino a nosotros con Su misterioso poder, y nos hizo vivir. La primera señal de vida fue que nos dimos cuenta de que estábamos en los dominios de la muerte y que experimentábamos una agonía para escapar de allí; comenzamos a percibir nuestra insensibilidad, y, si se me perdona la expresión, vimos nuestra ceguera. Cualquier crecimiento de vida espiritual, desde el primer tierno brote hasta ahora, ha sido también la obra del Espíritu Santo. Así como la verde hierba fue producción Suya, así también lo es el grano maduro. El crecimiento de la vida al igual que la vida inicial, tiene que seguir vieniendo por la operación del Espíritu de Dios, que resucitó a Cristo de los muertos.

Nunca tendrás más vida, hermano, excepto conforme el Espíritu Santo te la otorgue; sí, ni siquiera sabrías que necesitas más, ni gemirías por más, excepto conforme Él obre en ti el desear y agonizar, según Su beneplácito. Vean, entonces, nuestra absoluta dependencia del Espíritu Santo; pues si Él se fuera, recaeríamos en la muerte espiritual, y la Iglesia se convertiría en un osario.

El Espíritu Santo es absolutamente necesario para hacer que viva todo lo que hacemos. Nosotros somos sembradores, hermanos, pero si tomamos semilla muerta en nuestro canasto de semillas, nunca habría una cosecha. El predicador tiene que predicar la verdad viva de una manera viva si espera obtener una cosecha a ciento por uno. Cuánto hay de trabajo de la iglesia que no es nada mejor que el movimiento de un cuerpo galvanizado. Cuánto de la religión es realizado como si fuera llevado a cabo por un autómata, o procesado por alguna maquinaria. En estos días a los hombres les interesan poco el corazón y el alma; ellos sólo miran las funciones externas. Vamos, me he enterado de que han inventado ahora una máquina que habla, aunque ciertamente ya había suficientes charlas sin necesidad de esta adición parisina a la banda de charlatanes. Podemos predicar como máquinas, podemos orar como máquinas, y podemos enseñar la escuela dominical como máquinas. Los hombres pueden dar mecánicamente, y acercarse a la mesa de la comunión mecánicamente; sí, y nosotros mismos lo haríamos si el Espíritu de Dios no estuviera con nosotros.

La mayoría de los oyentes ha experimentado oír un sermón vivo que se estremece por todas partes con plenitud de energía; ustedes saben también en qué consiste cantar un himno de una manera vívida, y han participado en una viva reunión de oración; pero, ah, si el Espíritu de Dios está ausente, todo lo que hace la iglesia estaría sin vida, y sólo sería: el susurro de hojas sobre una tumba, un vuelo de espectros, la congregación de los muertos dando vueltas en sus sepulcros.

Como el Espíritu de Dios es un vivificador que nos revive a nosotros y revive a nuestra obra, entonces tiene que estar especialmente con nosotros para revivir a aquellos con quienes tenemos que tratar por Jesús. Imaginen a un predicador muerto predicando un sermón muerto a pecadores muertos: ¿qué podría resultar de ello? Allí está un hermoso ensayo que ha sido admirablemente elaborado y que es leído con frialdad a un pecador de frío corazón. Huele a aceite de medianoche, pero no tiene la unción celestial, ningún poder divino descansa en él, y, tal vez, ese poder ni siquiera sea buscado jamás. ¿Qué bien podría generarse de semejante producción? Bendecir a un alma por medio de la simple erudición y de la elocuencia, equivale a tratar de calmar la tempestad con poesía o inten-

tar detener al huracán con retórica. Únicamente conforme el Espíritu de Dios venga sobre el siervo de Dios y haga que la palabra que predica caiga como simiente viva en el corazón, es que puede darse algún resultado de su ministerio; y únicamente conforme el Espíritu de Dios siga luego esa semilla y la mantenga viva en el alma del oyente es que podemos esperar que aquellos que profesan ser convertidos echen raíces y crezcan hasta la madurez de la gracia, y se conviertan en nuestras gavillas al final.

Somos completamente dependientes en esto, y por mi parte, me regocijo por esta dependencia absoluta. Si contara con una reserva de poder para salvar almas, que fuera toda mía, aparte del Espíritu de Dios, no puedo suponer una mayor tentación al orgullo y a una vida distanciada de Dios. Es bueno ser débil en el yo, y es mejor todavía no ser nada: ser simplemente la pluma en la mano del Espíritu de Dios, incapaz de escribir una sola letra sobre las tablas del corazón humano excepto según nos use la mano del Espíritu Santo para ese propósito. Esa es realmente nuestra posición y debemos asumirla prácticamente; y haciéndolo clamaremos continuamente al Espíritu de Dios para que nos reviva en todas las cosas, y para que reviva todo lo que hacemos, y que reviva la palabra cuando cae en oídos del pecador. Estoy completamente seguro de que una iglesia que está desprovista de vida no puede ser el instrumento para dar vida a los pecadores a su alrededor. No. Todo actúa de esta manera y tenemos que tener una iglesia viva para hacer una obra viva.

¡Oh, que Dios reviviera a cada miembro de esta iglesia! “¿Cómo”—dirán ustedes—“piensas que algunos de nosotros no estamos vivos para Dios?” Hermanos, hay algunos de ustedes de quienes estoy seguro, hasta donde una persona puede juzgar de otra, que tienen vida, pues podemos verla en todo lo que hacen; pero hay otros entre ustedes de quienes uno tiene que ejercitar una gran cantidad de fe y una mayor cantidad de caridad en cuanto a su vida espiritual, pues no percibimos en ustedes mucha actividad en la causa de Dios, ni algún cuidado por las almas de otros, ni celo por la gloria divina. Si no vemos ningún fruto, ¿qué podemos hacer sino orar sinceramente para que ustedes no resulten ser árboles estériles?

Ese es el primer punto, y creemos que queda lo más claro posible que debemos tener el poder vivificador del Espíritu para nosotros mismos, si hemos de ser instrumentos en la mano de Dios para despertar a las almas muertas.

II. A continuación, uno de los oficios especiales del Espíritu Santo es ILUMINAR a Su pueblo. Lo ha hecho dándonos Su Palabra que Él ha inspirado; pero el Libro, por inspirado que sea, nadie puede entenderlo

espiritualmente aparte de la enseñanza personal de Su grandioso Autor. Pueden leerlo tanto como quieran sin descubrir nunca el sentido íntimo y vital a menos que su alma sea conducida a adentrarse en él por el propio Espíritu Santo.

“¿Cómo”—preguntará alguien—“he aprendido el catecismo breve y me he aprendido el credo de memoria y, sin embargo, no sé nada?”

Yo respondo: has hecho bien en aprender la letra de la verdad, pero todavía necesitas que el Espíritu Santo la convierta en luz y en poder de Dios para tu alma. Puedes conocer la letra, y conocerla mejor que algunos que también conocen el espíritu, y yo no deprecio ni por un instante un conocimiento de la letra, a menos que supongan que hay algo salvador en el mero conocimiento mental; pero el Espíritu de Dios debe venir, y dar vida a la letra para ustedes, y transferirla a su corazón, y prenderle fuego y hacerla arder en su interior, o de lo contrario, su fuerza y su majestad divinas permanecerán ocultas a sus ojos.

Nadie conoce las cosas de Dios salvo aquél a quien el Espíritu de Dios se las ha revelado. Ninguna mente carnal puede entender las cosas espirituales. Podríamos usar un lenguaje muy obvio y evidente, pero el hombre que no tiene entendimiento espiritual es un hombre ciego, y la luz más clara no le capacitaría para ver. Tiene que ser enseñado por el Señor, o morirá en la ignorancia.

Ahora, hermanos míos, supongan que en una iglesia hubiera muchas personas que nunca han sido instruidas de esta manera; ¿acaso no pueden ver que de ello tiene que provenir el mal y que provendrá? El error ciertamente surgirá allí donde la verdad no es conocida en la práctica. Si quienes profesan no son enseñados por el Espíritu, su ignorancia engendrará arrogancia, orgullo, incredulidad y mil males más.

¡Oh, si hubieras conocido más de la verdad, hermano mío, no te habrías jactado así! ¡Oh, si hubieras visto esa verdad que todavía no te ha sido revelada por causa de tu prejuicio, no habrías condenado tan fieramente a quienes son mejores que tú! Con mucho celo para hacer el bien, los hombres han hecho un mundo de daño debido a la falta de instrucción en las cosas divinas. La aflicción, también, viene de la ignorancia. ¡Oh, hermano mío, si hubieras conocido las doctrinas de la gracia no habrías estado tanto tiempo bajo servidumbre!

La mitad de las herejías que hay en la iglesia de Dios no son errores deliberados, sino errores que surgen por no conocer la verdad, por no escudriñar las Escrituras con un corazón enseñable, por no someter la mente a la luz del Espíritu Santo. Como regla deberíamos tratar a la herejía más bien como una ignorancia que debe ser iluminada que como un crimen que debe ser condenado; salvo, ay, que algunas veces se con-

vierte en deliberada perversidad, cuando la mente está ávida de cosas novedosas o inflada por la confianza en sí misma: entonces otro tratamiento podría volverse penosamente necesario.

Amados, si el Espíritu de Dios iluminara a la iglesia plenamente, las divisiones llegarían a su fin. Los cismas son generalmente ocasionados por la ignorancia y por el espíritu altivo que no tolera la corrección. Por otra parte, la unidad real, duradera y práctica, existirá en proporción a la unidad de las mentes de los hombres en la verdad de Dios. De aquí la necesidad de que el Espíritu de Dios nos conduzca a toda la verdad.

Mi querido hermano, si piensas que conoces una doctrina, pídele al Señor que te dé la seguridad de que la conoces, pues mucho de lo que pensamos que sabemos resulta ser desconocido cuando los tiempos de tribulación nos ponen a prueba. No sabemos nada realmente a menos que sea grabado con fuego en nuestras almas como con un hierro candente por una experiencia que únicamente el Espíritu de Dios puede dar.

Creo que ahora pueden ver que, siendo tan necesario el Espíritu de Dios para nuestra instrucción, encontramos en esta agraciada operación nuestra fuerza para la instrucción de los demás de manera preeminente; pues ¿cómo podrían enseñar aquellos que nunca han sido enseñados? ¿Cómo podrían declarar los hombres un mensaje que nunca han aprendido? "Hijo de hombre... come este rollo," pues mientras no lo hayas comido tus labios no pueden exponerlo nunca a los demás. "El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero." La ley de la viña de Cristo es que nadie trabajará allí mientras no conozca primero el sabor de los frutos que crecen en el sagrado viñedo. Debes conocer tú mismo a Cristo, y Su gracia, y Su amor y Su verdad, antes de que puedas ser siquiera un instructor de bebés para Cristo.

Cuando llegamos a tratar con otros anhelando sinceramente instruirlos para Jesús, percibimos nuestra necesidad del Espíritu de Dios incluso más claramente. Ah, hermano mío, piensas que vas a exponer el Evangelio tan claramente que *tienen* que verlo, pero sus ojos ciegos te vencen. ¡Ah!, piensas que lo expondrás tan celosamente que *tienen* que sentirlo, pero sus corazones fríos como arcilla te derrotan. El viejo Adán es demasiado fuerte para el joven Melancton, puedes estar seguro de ello. Podrías pensar que vas a ganar almas por tus argumentos, pero sería igual que si te pusieras a silbarle al viento en la cima de un monte, a menos que el Espíritu Santo esté contigo. Después de toda tu plática, tus oyentes habrían captado, tal vez, *tu* idea, pero tú no puedes impartirles a ellos la mente del Espíritu, el alma real del Evangelio; esto sigue siendo, al igual que la creación misma, una obra que únicamente Dios puede

realizar. Oremos diariamente, entonces, pidiendo el poder del Espíritu como el Iluminador.

¡Ven, oh bendita luz de Dios! Sólo Tú puedes disolver nuestras tinieblas personales, y sólo cuando nos hubieres iluminado podremos conducir a otros a Tu luz. Un cristiano ignorante está descalificado para la gran utilidad; pero aquél que es enseñado por Dios enseñará a los transgresores los caminos de Dios, y los pecadores serán convertidos a Cristo. Tanto para arder por dentro como para resplandecer por fuera debes tener al Espíritu iluminador.

III. Una obra del Espíritu de Dios es crear en los creyentes el espíritu de ADOPCIÓN. “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” Somos regenerados por el Espíritu Santo y así recibimos la naturaleza de hijos; y esa naturaleza, que es dada por Él, es apremiada, y excitada, y desarrollada y madurada continuamente por Él; de tal manera que recibimos día a día más y más del espíritu semejante al de un niño.

Ahora, amados, esto podría parecerles de poca importancia a primera vista; pero es importante, pues la iglesia nunca está feliz excepto cuando todos sus miembros caminan como hijos amados hacia Dios. Algunas veces el espíritu de esclavitud se introduce en nosotros: comenzamos a hablar del servicio de Dios como si fuera algo pesado y agobiante, y estamos descontentos si no recibimos salarios inmediatos y éxito visible, tal como lo hacen los siervos cuando no son idóneos; pero el espíritu de adopción obra por amor sin ninguna esperanza de recompensa, y está satisfecho con el dulce hecho de estar en la casa del Padre, y hacer la voluntad del Padre. Este espíritu da paz, descanso, gozo, valor y santa familiaridad con Dios. Un hombre que nunca ha recibido el espíritu de un hijo para con Dios, no conoce la bienaventuranza de la vida cristiana; desaprovecha su flor, su sabor, su excelencia, y no me sorprende que el servicio de Cristo sea una pesadez para él porque nunca ha alcanzado las cosas dulces, y no goza de los pastos verdes en los que el Buen Pastor alimenta y hace descansar a Sus ovejas. Pero cuando el Espíritu de Dios nos hace sentir que somos hijos, y cuando vivimos en la casa de Dios para no salir nunca, entonces el servicio de Dios es dulce y fácil, y aceptamos la demora del éxito aparente como una parte de la prueba que somos llamados a soportar.

Ahora, fíjense que esto tendrá un gran efecto sobre el mundo exterior. Un cuerpo de profesantes desempeñando la religión como una tarea, gi-

miendo a lo largo de los caminos de la piedad con rostros llenos de miseria como esclavos que temen el látigo, sólo pueden tener un pequeño efecto sobre los pecadores que les rodean. Dicen: "estas personas sirven, sin duda, a un duro capataz, y se están negando esto y aquello; ¿por qué habríamos de ser como ellos?" Pero tráiganme una iglesia constituida por hijos de Dios, un grupo de hombres y mujeres cuyos rostros brillan con la sonrisa de su Padre celestial, que están acostumbrados a tomar sus cuidados y arrojarlos sobre su Padre como deben hacerlo los hijos, que saben que son aceptados y amados y que están perfectamente contentos con la voluntad del grandioso Padre; pónganlos en medio de un grupo de impíos y les garantizo que comenzarán a envidiarles su paz y gozo. De esta manera los santos felices se convierten en operadores sumamente eficientes sobre las mentes de los que no son salvos.

¡Oh bendito Espíritu de Dios! Debemos sentir ahora que somos los hijos del grandioso Padre, y nuestro amor infantil debe ser cálido esta mañana; así seremos idóneos para salir y proclamar el amor del Señor a los hijos pródigos que están en el país lejano en medio de los cerdos.

Pienso que estos tres puntos son evidentes por sí mismos. Ahora pasemos a un cuarto.

IV. El Espíritu Santo es llamado especialmente el Espíritu de SANTIDAD. Él nunca sugirió el pecado ni lo aprobó, ni ha hecho ninguna otra cosa que contristarse por el pecado; pero la santidad es el deleite del Espíritu. La iglesia de Dios lleva en su frente las palabras: "SANTIDAD A JEHOVÁ." Sólo en la proporción que sea santa podría ella reclamar ser la iglesia de Dios. ¡Una iglesia profana! Ciertamente ésta no puede ser aquella de la cual leemos: "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha." La santidad no es simple moralidad, no es la observación externa de los preceptos divinos motivados por un severo sentido del deber, mientras que esos mandamientos, en sí mismos, no son deleitables para nosotros. La santidad es la totalidad de nuestra humanidad consagrada plenamente al Señor y moldeada a Su voluntad. Esto es lo que la iglesia de Dios debe tener, pero que no puede tener nunca aparte del Santificador, pues no hay un ápice de santidad bajo el cielo si no es por la operación del Espíritu Santo. Y, hermanos, si una iglesia está desprovista de santidad, ¿qué efecto podría tener en el mundo? Los burladores desprecian y desdeñan a los profesantes cuyas vidas inconsistentes contradicen sus testimonios verbales. Una iglesia profana puede desear ardientemente el dominio y luchar por él, pero el reino no viene

a los profanos, ni los profanos han entrado en él. El testimonio de los hombres profanos no es más aceptable para Cristo de lo que fue el tributo que el espíritu maligno le rindió en los días de Su carne, al cual Él respondió: “¡Cállate!” “Al malo dijo Dios: ¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes y que tomar mi pacto en tu boca?” El rocío es retenido y la lluvia no desciende a su tiempo sobre la labranza de aquellos que profesan ser siervos de Dios, pero que siembran iniquidad. Después de todo, predicán más al mundo los actos de la iglesia que las palabras de la iglesia. Pongan a un hombre ungido a predicar el Evangelio en medio de personas realmente piadosas y su testimonio será apoyado maravillosamente por la iglesia con la que labora; pero pongan al ministro más fiel en una iglesia profana y tendrá tal peso sobre sí que primero tiene que librarse de él, o no podrá tener éxito. Podría predicar hasta el desfallecimiento, podría predicar hasta que sus rodillas se convirtieran en llagas, pero las conversiones serían severamente obstaculizadas, si es que hubiere conversiones. No hay ninguna probabilidad de victoria para Israel mientras la maldición de Acán esté en el campamento. Una iglesia profana hace decir a Cristo que no puede hacer muchas obras poderosas por causa de su iniquidad.

Hermanos, ¿no ven en este punto nuestra necesidad del Espíritu de Dios? Y cuando llegas al punto de forcejear con el pecador, y tienes que hablarle de la necesidad de santidad, y de un corazón renovado y de una vida piadosa que debe brotar de ese corazón renovado, ¿esperas que los impíos estén encantados con lo que les dices? ¿Qué le importa a la mente irredenta la justicia? ¿Estuvo ávido de santidad jamás un hombre carnal? Tal cosa no se ha visto nunca. Esperar que un corazón irredento estuviera enamorado de la santidad sería lo mismo que esperar que el diablo estuviera enamorado de Dios. Pero el pecador tiene que amar lo que es puro y recto; de lo contrario no puede entrar en el cielo. *Tú* no puedes hacer que ame eso. ¿Quién podría hacerlo sino el Espíritu Santo que hizo que ames aquello que tú también una vez despreciaste? Por tanto, no salgas a luchar contra el pecado mientras no hayas tomado las armas del arsenal del Espíritu Eterno. Las montañas de pecado no se convertirán en llanuras a tu mandato a menos que el Espíritu Santo se agrade en hacer eficaz la palabra. De esta manera vemos que necesitamos al Espíritu Santo como el Espíritu de santidad.

V. En quinto lugar, la iglesia necesita mucha ORACIÓN, y el Espíritu Santo es el Espíritu de gracia y de súplicas. La fuerza de una iglesia puede ser medida con bastante precisión por su grado de oración. No podemos esperar que Dios aplique Su poder a menos que le imploremos que lo haga. Pero toda suplicación aceptable es obrada en el alma por el

Espíritu Santo. El primer deseo que Dios acepta tiene que haber sido provocado en el corazón por las operaciones secretas del Santo de Israel, y cada súplica subsiguiente de cualquier tipo, que contenga un grano de fe viva y que por tanto se eleva como memorial delante del Señor, tiene que haber sido obrada eficazmente en el alma por Aquel que moldea la intercesión en los santos de acuerdo a la voluntad de Dios. Nuestro grandioso Sumo Sacerdote no pondrá en Su incensario ningún incienso excepto aquél que el Espíritu ha compuesto. La oración es la creación del Espíritu Santo. No podemos vivir sin oración, y no podemos orar sin el Espíritu Santo; y de aquí nuestra dependencia de Él.

Además, cuando tratamos con pecadores, sabemos que tienen que orar. "He aquí, él ora," es uno de los más tempranos signos del nuevo nacimiento. Pero, ¿acaso podemos nosotros hacer orar al pecador? ¿Puede alguna persuasión nuestra conducirle a ponerse de rodillas para exhalar el suspiro penitencial y para mirar a Cristo pidiendo misericordia? Si han intentado la conversión de un alma ejerciendo su propia fuerza, sabrán que han fracasado; y así habrían fallado si hubieran intentado la creación de una sola oración aceptable aunque fuera en el corazón de un niño.

Oh, entonces, queridos hermanos, clamemos pidiendo al Padre celestial que nos dé el Espíritu Santo; pidámosle que esté en nosotros más y más poderosamente como el espíritu de oración, haciendo intercesión en nosotros con gemidos indecibles, para que la iglesia no se pierda de la bendición divina por no pedirla.

Yo creo verdaderamente que ésta es su presente debilidad, y una gran causa por la cual el reino de Cristo no se extiende más poderosamente: la oración está demasiado restringida y por esta razón la bendición es retenida; será siempre restringida a menos que el Espíritu Santo estimule los deseos de Su pueblo. Oh, bendito Espíritu, te pedimos que nos hagas orar, por Jesús nuestro Señor.

VI. En sexto lugar, el Espíritu de Dios es, de una manera muy notable, el dador de la comunión. Con la frecuencia que pronunciamos la bendición apostólica oramos para recibir la comunión del Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos capacita para tener comunión con las cosas espirituales. Sólo Él puede tomar la llave y abrir el misterio secreto, para que conozcamos la cosas que son de Dios. Nos da comunión con Dios mismo: por medio de Jesucristo, por el Espíritu, tenemos acceso al Padre. Nuestra comunión es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo, pero es el Espíritu de Dios quien nos lleva a la comunión con el Altísimo.

De igual manera, mis queridos hermanos, nuestra comunión de unos con otros, en la medida que es comunión cristiana, es siempre producida

por el Espíritu de Dios. Si hemos continuado juntos en paz todos estos años, no podría atribuirlo a nuestros buenos temperamentos constitucionales, ni a la sabia administración, ni a ninguna causa natural, sino al amor en el que nos ha bautizado el Espíritu, de tal manera que la naturaleza rebelde ha sido apaciguada. Si una docena de personas cristianas viven juntas durante doce meses en verdadera unión espiritual y afecto inquebrantable, atribúyanlo al amor del Espíritu; si doce cientos, o cuatro veces ese número son capaces de perseverar en un servicio unido, y se encuentran amándose los unos a los otros después de muchos años, más de lo que lo hacían al principio, debe ser considerado como una bendición del Consolador, por lo cual Él ha de ser adorado devotamente. La comunión sólo puede llegarnos por el Espíritu, pero una iglesia sin comunión sería una turba desordenada, un reino dividido contra sí mismo, y por consiguiente no podría prosperar. Se necesita comunión para una fuerza, una guía y un estímulo mutuos, y sin ella su iglesia es una simple sociedad humana.

Si han de dar testimonio en el mundo tienen que ser unidos como un cuerpo vivo. Una iglesia dividida ha sido desde hace mucho tiempo el escarnio del Anticristo. Ninguna mofa que proviene del Vaticano contiene un mayor aguijón que la que ridiculiza a los protestantes por sus divisiones; y lo mismo que sucede con la gran iglesia externa, sucede con una iglesia particular de Cristo. Las divisiones son nuestra deshonra, nuestra debilidad, nuestro obstáculo, y como sólo el benigno Espíritu puede prevenir o sanar estas divisiones dándonos una real comunión amorosa con Dios y con nuestros semejantes, cuán dependientes de Él somos para ello. Clamemos diariamente a Él para que obre en nosotros el amor fraternal y todas las dulces gracias que nos hacen uno con el Hijo, para que el mundo sepa que Dios ha enviado en verdad a Jesús, y que nosotros somos Su pueblo.

VII. En séptimo lugar, necesitamos al Espíritu Santo en ese renombrado oficio que es descrito por nuestro Señor como EL PARÁCLITO, o el Consolador. La palabra tiene otra traducción, que nuestros traductores le han dado en el pasaje en que leemos: "Si alguno hubiere pecado, Abogado (o Paráclito) tenemos para con el Padre." El Espíritu Santo es tanto Consolador como Abogado.

El Espíritu Santo, en este momento presente, es nuestro amigo y *Consolador*, sosteniendo a los espíritus abatidos de los creyentes, aplicando las preciosas promesas y revelando al corazón el amor de Jesucristo. Muchos corazones se quebrantaría si el Espíritu de Dios no los hubiera consolado. Muchos hijos amados de Dios habrían muerto por completo en el camino si Él no les hubiera otorgado Sus divinos consuelos para es-

timular su peregrinaje. Esa es Su obra, y es una obra muy necesaria, pues si los creyentes se tornan infelices se vuelven débiles para muchos aspectos del servicio.

Estoy seguro de que el gozo del Señor es nuestra fortaleza, pues yo lo he comprobado, y he comprobado también la verdad opuesta. Hay ciertos cristianos en la tierra que inculcan la tristeza como el estado apropiado del cristiano, y yo no voy a juzgarlos, pero esto sí diré: que en la obra evangelística no hacen nada y no me sorprende. Así como la nieve que cae sobre la cosecha no madura al trigo, ni la oscuridad hace brotar las flores, ni el mar salado produce racimos que revientan con vino nuevo, así tampoco encontrarán jamás que una religión infeliz promueve el crecimiento del reino de Cristo. Han de tener gozo en el Señor, hermanos, si han de ser fuertes *en* el Señor y fuertes *para* el Señor. Ahora, como sólo el Consolador puede sostenerlos en alto en medio de las inundaciones de la tribulación con las que seguramente habrán de encontrarse, pueden ver su gran necesidad de Su presencia consoladora.

Hemos dicho que el Espíritu de Dios es el *Abogado* de la iglesia—no para con Dios, pues para eso Cristo es nuestro único Abogado—sino para con el hombre. ¿Cuál es el más grandioso argumento que la iglesia tiene contra el mundo? Yo respondo que la morada del Espíritu Santo es el milagro permanente de la iglesia. Las evidencias externas son excelentes. Ustedes, jóvenes, que son afligidos por los escépticos, harían bien en estudiar esas valiosas obras que hombres ilustrados y devotos han producido con mucho trabajo para nosotros, pero, fíjense bien, todas las evidencias de la verdad del cristianismo que pueden ser reunidas de la analogía, de la historia, y de hechos externos, no son nada en absoluto comparadas con las operaciones del Espíritu de Dios. Estos son los argumentos convincentes.

Alguien me dice—“Yo no creo en el pecado, ni en la justicia ni en el juicio.” Bien, hermanos, el Espíritu Santo puede convencer pronto a esa persona. Si me pide señales y evidencias de la verdad del Evangelio, yo le respondo: “¿Ves a esta mujer? Ella fue una gran pecadora en el peor sentido y sedujo a otros al pecado, pero ahora no puedes encontrar más dulzura y luz en ninguna otra parte que en ella. ¿Oyes a este profano blasfemador y perseguidor y renegado? Él habla con pureza, verdad y humildad de mente. Observa a aquel hombre que antes fue un avaro, y mira cómo consagra ahora su dinero. Contempla a aquel espíritu malicioso y envidioso, y ve cómo se vuelve amable, perdonador y amigable debido a su conversión. ¿Cómo explicas esos grandes cambios? Suceden aquí todos los días, ¿cómo llegan a suceder? ¿Acaso es una mentira la que produce la verdad, la honestidad y el amor? ¿Acaso todo árbol no produce

fruto según su género? Entonces, ¿qué será esa gracia que produce tan benditas transformaciones? Los maravillosos fenómenos de cuervos convertidos en palomas y leones convertidos en ovejas, las prodigiosas transformaciones del carácter moral que el ministro de Cristo se goza en ver obradas por el Evangelio, éstos son nuestros testimonios, y son incontenibles.

Pedro y Juan suben al templo y sanan a un hombre lisiado; pronto son detenidos y presentados ante el Sanedrín. Esta es la acusación en su contra: "ustedes han estado predicando en el nombre de Jesús, y este Jesús es un impostor." ¿Qué dicen Pedro y Juan? No necesitan decir nada, pues allí está en pie el hombre que fue sanado; ha traído su muleta con él y la ondea en señal de triunfo, y corre y salta. Él constituye su volumen de evidencias, su apología y su prueba. "Y viendo al hombre que había sido sanado, que estaba en pie con ellos, no podían decir nada en contra."

Si tenemos al Espíritu de Dios en medio de nosotros y las conversiones son constantemente obradas, el Espíritu Santo cumple así Su abogacía y refuta a todos los acusadores. Si el Espíritu obra en tu propia mente, siempre será para ti la mejor evidencia del Evangelio.

Me encuentro algunas veces con alguna muestra de infidelidad y luego con otra, pues nuevas dudas y renovadas infidelidades son engendradas cada hora, y los hombres inestables esperan que leamos todos los libros que deciden producir. Pero el efecto producido en nuestra mente es cada vez menor. Esta es nuestra respuesta: 'de nada sirve que traten de hacernos tambalear, pues ya estamos familiarizados con todo lo que ustedes sugieren; su propia incredulidad natural los ha superado. Hemos tenido dudas de un tipo que ni siquiera ustedes se atreverían a expresar si las conocieran; pues hay suficiente infidelidad y malignidad en nuestra propia naturaleza para hacernos conociedores de los artificios de Satanás. Hemos peleado la mayoría de las batallas sugeridas por ustedes, una y otra vez, en la cámara secreta de nuestra meditación, y hemos vencido. Pues *hemos estado en un contacto personal con Dios*. Se burlan, pero no hay ningún argumento en la burla. Somos tan honestos como lo son ustedes, y nuestro testimonio es tan bueno como el suyo en cualquier tribunal; y nosotros declaramos solemnemente que hemos sentido el poder del Espíritu Santo en nuestra alma en la misma medida que el viejo océano ha sentido la fuerza del viento del norte: hemos sido sacudidos hasta la agonía bajo un sentido de pecado, y hemos sido elevados hasta el éxtasis del deleite por la fe en la justicia de Cristo. Descubrimos que en el pequeño mundo dentro de nuestra alma el Señor Jesús se manifiesta para que lo conozcamos. Hay una potencia contenida en las doc-

trinas que hemos aprendido que no podría pertenecer a las mentiras, pues hemos probado en la experiencia práctica las verdades que creemos. ¿Nos dicen que no hay alimento? Vamos, acabamos de darnos un festín. ¿Nos dicen que no hay agua en la fuente? Hemos estado apagando allí nuestra sed. ¿Nos dicen que no hay tal cosa como la luz? No sabemos cómo podremos demostrarles su existencia, pues ustedes probablemente son ciegos, pero *nosotros* podemos ver. Ese argumento basta para nosotros, y nuestro testimonio es verdadero. ¿Nos dicen que no hay vida espiritual? Nosotros la sentimos en lo más íntimo de nuestras almas. Estas son respuestas que el Espíritu de Dios nos proporciona, y son una parte de Su función de Abogado.'

Vean, además, cuán enteramente dependientes somos del Espíritu de Dios para enfrentar las diversas formas de incredulidad que surgen en torno nuestro; ustedes pueden tener sus sociedades para colectar evidencias, y pueden alistar a todos sus obispos y doctores en teología y profesores de apologética, y ellos pueden escribir rollos de evidencia lo suficientemente largos para circundar el globo, pero la única persona que puede convencer al mundo salvadoramente es el Abogado a quien el Padre ha enviado en el nombre de Jesús. Cuando Él revela el pecado de un hombre, y su resultado inevitable, el incrédulo se pone de rodillas. Cuando quita la balanza y enarbola al Redentor crucificado y el mérito de la sangre preciosa, todos los razonamientos carnales son clavados en la cruz. Un golpe de convicción real de pecado hará tambalear al más obstinado incrédulo, y posteriormente, si su incredulidad retorna, las consolaciones del Espíritu Santo pronto lo consolarán y lo sacarán de allí. Por tanto, igual que les dije al principio lo mismo les digo al final, todo esto depende del Espíritu Santo, y en Él esperemos en el nombre de Jesús, implorándole que manifieste Su poder entre nosotros. Amén.

Porción de la Escritura leída antes del sermón—Romanos 15.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #1332—Volume 23

OUR URGENT NEED OF THE HOLY SPIRIT

El Aceite y las Vasijas

NO. 1467A

UN SERMÓN ESCRITO EN MENTONE, FRANCIA,
POR CHARLES HADDON SPURGEON.

*“Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo:
Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más
vasijas. Entonces cesó el aceite.”
2 Reyes 4:6.*

En tanto que hubo vasijas que llenar, el milagroso chorro de aceite continuó, y sólo cesó cuando ya no hubo más cántaros que lo recibieran. El profeta no pronunció una sola palabra para detener el proceso multiplicador, y el Señor no puso ningún límite al prodigo de abundancia. La pobre viuda no se vio restringida en Dios, sino en su provisión de tinajas vacías. Ninguna otra cosa en el universo redujo el flujo del aceite. Sólo la ausencia de recipientes para guardar el aceite, detuvo la corriente al instante. Las vasijas escasearon primero que el aceite; nuestros poderes receptores se agotarán mucho antes que el poder proveedor de Dios.

Esto es cierto en referencia a NUESTRAS CIRCUNSTANCIAS PROVINCIALES. En tanto que tengamos necesidades, tendremos provisiones, y encontraremos que nuestras necesidades se agotan mucho antes que la liberalidad divina. En el desierto caía más maná del que las tribus podían comer, y corría más agua de la que los ejércitos podían beber, y mientras estuvieron en tierra desértica y requirieron de esta provisión, se les otorgó de continuo. Cuando llegaron a Canaán y se alimentaron del fruto de la tierra, las provisiones especiales cesaron, pero sólo hasta ese momento. De la misma manera, también, el Señor alimentará a Su pueblo hasta que no lo necesite más.

La aparente fuente de suministro de la viuda, era tan sólo una vasija de aceite, que permaneció derramando en abundancia mientras se ponía una vasija tras otra debajo de ella. De la misma manera, lo poco que el Señor otorga a Su pobre pueblo, continuará proveyendo lo suficiente, día con día, hasta que el último día de vida, como la última vasija, haya sido llenado. Algunos no se contentan con esto, sino que quisieran que el aceite abundara más allá de la última vasija, aun después de su muerte, no descansando nunca hasta haber atesorado sus miles, y haber enterrado sus corazones en medio de polvo de oro. Si el aceite corre hasta que la última tinaja esté llena, ¿qué más necesitamos? Si la providencia

nos garantiza alimento y vestido hasta que acabemos nuestra vida mortal, ¿qué más podríamos requerir?

Sin duda, en la dispensación de riqueza y de otros talentos a Su siervos, el Señor considera sus capacidades. Si tuvieran más vasijas, tendrían más aceite. El Dios infinitamente sabio, sabe que es mejor que algunos hombres sean pobres y no ricos; no podrían soportar la prosperidad, y por eso el aceite no fluye, porque no hay una vasija que llenar. Si somos capaces de recibir un don terrenal, entonces será algo bueno para nosotros, y el Señor ha declarado que no negará ningún bien a aquellos que caminen rectamente; pero un talento que no pudiéramos recibir para un uso adecuado, sólo sería una maldición para nosotros, y por ello, el Señor no nos abruma con eso. Tendremos todo lo que podamos absorber: todo lo que realmente necesitamos, todo lo que vayamos a emplear con seguridad para Su gloria, todo lo que ministre para nuestro más elevado bien, Dios lo verterá de Su plenitud inextinguible, y sólo cuando ve que los dones serían desperdiciados para convertirse en superfluidades, o en responsabilidades abrumadoras, o en ocasiones de tentación, Él restringirá Su poder, y el aceite cesará. Puedes estar seguro que la misericordia de Dios se mantendrá a la par de tu verdadera capacidad, y “te apacentarás de la verdad.”

El mismo principio es válido en relación AL CONFERIMIENTO DE LA GRACIA SALVADORA. En una congregación, el Evangelio es como la vasija de aceite, y quienes reciben de ella son almas necesitadas, deseosas de la gracia de Dios. Contamos siempre con muy pocas de estas personas en nuestras asambleas. Muchas son las vasijas de aceite, llenas hasta el borde e inamovibles: el fariseo saciado, el profesante satisfecho consigo mismo, y el mundano arrogante son así: para estos, el milagro de la gracia no tiene un poder multiplicador, pues están listos a derramarse en cualquier momento. Un Cristo lleno es para pecadores vacíos, y únicamente para pecadores vacíos, y en tanto que haya una alma realmente vacía en una congregación, siempre saldrá una bendición con la palabra, y no más. No es nuestro vacío, sino nuestra plenitud, lo que puede obstaculizar las salidas de la gracia inmerecida. Mientras haya un alma consciente de pecado y ávida de perdón, la gracia manará; sí, mientras haya un corazón cansado de la indiferencia y ansioso de ser herido, la gracia brotará.

Alguno dirá: “yo me siento completamente inepto para ser salvado.” Tú estás evidentemente vacío, y, por tanto, hay espacio en ti, para el aceite de la gracia. “Ay,” clama otro, “yo no siento absolutamente nada. Incluso mi propia ineptitud me deja impasible.” Esto únicamente muestra cuán enteramente vacío estás, y en ti también, el aceite encontrará espacio pa-

ra su fluir. "Ah," suspira un tercero, "me he vuelto escéptico, la incredulidad me ha endurecido como una solera de un molino." En ti también hay gran capacidad de almacenamiento para la gracia. Sólo estén dispuestos a recibir. Permanezcan como una vasija de aceite con su boca abierta, esperando que el aceite sea derramado del recipiente milagroso. Si el Señor ha puesto en ti el deseo de recibir, no tardará mucho en darte gracia sobre gracia.

¡Oh, que nos pudiéramos encontrar con más almas vacías! ¿Por qué habrían de interrumpirse los prodigios del Señor por falta de personas que necesitan que esas maravillas sean obradas en ellas? ¿No hay almas necesitadas a nuestro alrededor? ¿Acaso todos los hombres se han vuelto ricos, o es sólo una vana presunción que se apodera de muchos corazones? Hay almas verdaderamente vacías, escondidas en rincones donde lloran hasta agotar todas sus lágrimas y quedarse sin llanto, y tratan de quebrantar sus corazones inquebrantables, y claman delante del Señor porque sienten que no pueden orar, o sienten y odian el pecado; escondidas en los rincones, digo, hay almas verdaderamente vacías, y para ellas el aceite celestial está manando todavía, está manando *ahora*. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados." No se objetó a ninguna vasija en nuestra narración, en tanto que estuviera vacía; sólo había un requisito, y únicamente uno: que pudieran ser llenadas debido a que estaban vacías. Vengan, entonces, almas necesitadas, acudan a la fuente eterna y reciban abundantes bendiciones, otorgadas inmerecidamente, simplemente porque las necesitan, y porque el Señor Jesús se agrada en otorgarlas.

Lo mismo es válido con relación a OTRAS BENDICIONES ESPIRITUALES. En nuestro Señor Jesús habita toda plenitud, y, puesto que no necesita gracia para Sí, está almacenada en Él para brindarla a los creyentes. Los santos confiesan a una voz: "De su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia." El límite de Su efusión es nuestra capacidad de recibir, y ese límite con frecuencia está reducido por nuestras estrechas oraciones: "No tenemos lo que deseamos, porque no pedimos, o porque pedimos mal." Si nuestros deseos estuvieran expandidos, nuestras raciones serían mayor tamaño. Dejamos de traer vasijas vacías, y por tanto, el aceite cesa. No vemos suficientemente nuestra pobreza, y por tanto, no estiramos nuestros anhelos. Oh, que tuviéramos un corazón insaciable para Cristo, una alma más codiciosa que la tumba misma, que no conoce la saciedad: entonces correrían ríos del aceite celestial hacia nosotros, y estaríamos llenos con la plenitud de Dios.

Con frecuencia nuestra incredulidad limita al Santo de Israel. Nada obstaculiza tanto la gracia, como este vicio empobrecedor. "No hizo allí

muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.” La incredulidad declara que es imposible que salga más aceite de la vasija, y por tanto, se niega a traer más vasijas bajo pretexto de tenerle un miedo humilde a la presunción, robando así al alma y deshonrando al Señor. ¡Qué vergüenza, madre del hambre, que secas las fuentes brotantes! ¡Qué habremos de hacer contigo, traidor mentiroso! ¿Qué carbones de enebro serán lo suficientemente voraces para ti, incredulidad perversa? Lamentamos que nuestro gozo haya partido, que nuestras gracias languidezcan, que nuestra utilidad esté restringida. ¿De quién es la culpa de todo esto? ¿Se ha acortado el Espíritu de Jehová? ¿Son estas Sus acciones? No, en verdad, nosotros mismos hemos tapado las botellas del cielo. Que la infinita misericordia nos salve de nosotros mismos, y nos induzca a traer ahora “Vasijas vacías, no pocas.”

El orgullo tiene también un horrible poder para cortar el suministro del aceite divinamente provisto. Cuando estamos de rodillas, no sentimos ninguna necesidad apremiante, ninguna escasez urgente, ningún peligro especial. Al contrario, nos sentimos ricos y con abundancia de bienes, y no necesitamos nada. ¿Nos sorprende, entonces, que no seamos refrescados y no sintamos deleite en los santos ejercicios? ¿No hemos oído decir al Señor: “Tráeme aún otras vasijas”? Y como hemos respondido: “No hay más vasijas,” ¿debería sorprendernos que el aceite cese? Que el Señor nos libre de la influencia abrasadora de la arrogancia. Convertirá a un Edén en un desierto. La pobreza del alma conduce a la plenitud, pero la seguridad carnal crea infecundidad. El Espíritu Santo se deleita en consolar a todo corazón hambriento, pero el alma llena desprecia el panal de Sus consuelos, y es abandonada a sí misma hasta que se está muriendo de hambre y clama pidiendo el pan celestial. Estemos seguros de esto, que hay abundancia de gracia que puede ser obtenida en tanto que tengamos hambre y sed de ella, y jamás un solo corazón dispuesto será forzado a clamar: “el aceite ha cesado,” mientras traiga una vasija vacía.

La misma verdad será demostrada en referencia a LOS PROPÓSITOS DE GRACIA EN EL MUNDO. La plenitud de la gracia divina corresponderá a cada requerimiento de ella hasta el final de los tiempos. Los hombres no serán salvados jamás aparte de la expiación de nuestro Señor Jesús, pero el precio del rescate nunca será considerado insuficiente para redimir a las almas que confían en el Redentor—

“Amado Cordero agonizante, Tu sangre preciosa
No perderá nunca su poder,
Hasta que toda la iglesia rescatada por Dios
Sea salvada para no pecar más.”

Tampoco Su intercesión a favor de aquellos que vienen a Dios por Él, dejará de prevalecer. Hasta la última hora en el tiempo, no se dirá nunca que un solo pecador buscó Su rostro en vano, o que al final fue encontrada una vasija vacía porque Jesús no pudo llenarla.

El poder del Espíritu Santo para convencer de pecado, para convertir, consolar y santificar, permanecerá siendo el mismo hasta el fin de la edad. No se encontrará nunca un penitente que llore, que no sea alentado por Él con una esperanza viva, y conducido a Jesús para eterna salvación, ni se encontrará a ningún creyente que luche que no sea guiado por Él a una victoria cierta y total. Él obrará al final la perfección misma en todos los santos, dándonos una idoneidad para Su santa herencia de arriba. Ninguno de nosotros se abatirá cuando descubramos de nuevo nuestra propia incapacidad y nuestra condición de muertos. Nuestra esperanza no está basada nunca en un poder creado; una esperanza viva tiene su cimiento en la omnipotencia del Espíritu Santo, que no está sujeta a cuestionamiento o cambio. La sagrada Trinidad obrará conjuntamente para la salvación de todos los elegidos hasta que todo sea cumplido.

Cualquier cosa que esté pendiente en lo referente a los propósitos de Dios, Él tiene el poder de alcanzarla. Si está frente a nosotros toda una fila de vasijas vacías, llevando los nombres de Babilonia vencida, los judíos convertidos, las naciones evangelizadas, los ídolos abolidos, y cosas semejantes, de ninguna manera debemos sentirnos descorazonados, pues todas estas vasijas de la promesa serán llenadas a su debido tiempo. La iglesia del presente día es débil, y sus provisiones son muy inadecuadas para la empresa que le espera, sin embargo, así como muchas vasijas fueron llenadas de un solo recipiente de aceite, aun siendo mucho más grandes que él, así, por medio de Su pobre y despreciada iglesia, el Señor cumplirá sus augustos designios y llenará el universo de alabanza, mediante la necesidad de la predicación. “No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino.” Con esta garantía, los creyentes pueden salir valerosamente entre los paganos. Las naciones son vasijas vacías, y no son pocas; Dios ha bendecido nuestra tinaja de aceite, y todo lo que tenemos que hacer es verterla y continuar vertiéndola hasta que no haya ninguna otra vasija. Estamos muy lejos todavía de esa consumación. No todos son salvos en nuestras congregaciones; incluso en nuestras familias, muchos no son convertidos. Por tanto, no podemos decir: “No hay más vasijas,” y, bendito sea Dios, no debemos sospechar tampoco que cesará el aceite. Con entrega esperanzada traigamos las vasijas vacías debajo del sagrado chorro, para que puedan ser llenadas.

¡Cuán gloriosa será la consumación cuando todos los elegidos sean reunidos! Entonces ningún alma que busque quedará sin ser salvada, ni ningún corazón que ore esperará ser consolado, ni ninguna oveja descarriada tendrá que ser buscada. No se encontrará ninguna vasija que necesite ser llenada a lo largo de todo el universo, y entonces el aceite de la misericordia cesará de fluir, y la justicia tendrá sola su juicio. Ay de los impíos en aquel día, pues entonces las vasijas vacías serán rotas en pedazos; como no recibieron el aceite del amor, cada una de ellas será llena del vino de la ira. Que la gracia infinita nos preserve a cada uno de nosotros de esta terrible condenación. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1467A—Volume 25

THE OIL AND THE VESSELS

La Humildad, Amiga de la Oración

NO. 1787

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 22 DE JUNIO DE 1884,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

“Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos.”
Génesis 32:10

El carácter de Jacob no era impecable, pero tampoco era despreciable. Poseía gran fortaleza de carácter y poder de juicio, y esto se convirtió en una especie de trampa para él, de manera que no siempre caminó a través de la vida con el sosiego infantil de Isaac o la regia serenidad de Abraham, sino que a veces era taimado y dado al engaño como sus parientes maternos.

Yo sin embargo me opongo a ese menoscabo del carácter de Jacob, tan común en ciertos círculos, pues utilizó los recursos disponibles para la oración y oró. Nuestro Dios es el Dios de Abraham, de Isaac, *y de Jacob*; y muy frecuentemente es llamado *el Dios de Israel*, y aún *el Dios de Jacob*. “Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos”: y si no se avergüenza de llamarse Dios de Jacob, ningún creyente tiene derecho de avergonzarse de Jacob.

Con todas sus imperfecciones (y ciertamente las tenía) era un hombre noble. Algunas buenas personas están construidas a una escala demasiado diminuta como para manifestar cualidades buenas o malas en algún grado relevante: no les permitamos que vituperen a un hombre tan grande como Jacob. Él ha grabado su carácter sobre numerosas generaciones, y una nación entera lleva su herencia. Era un hombre lleno de energía, activo, aguantador, intrépido, y por ello sus debilidades llegaron a ser más notorias de lo que hubieran sido si hubiera tenido una naturaleza más apacible.

No importa lo que se diga de él, era un maestro en el arte de la oración, y quien puede orar bien es un hombre magnífico. Quien puede prevalecer ante Dios, ciertamente puede prevalecer ante los hombres.

Me parece que una vez que un hombre es enseñado a orar por el Señor, está preparado para enfrentar cualquier emergencia que se pueda presentar. Pueden estar seguros que le va a ir mal a cualquier hombre que luche contra un hombre de oración. Todas las otras armas pueden hacerse a un lado; pero el arma de un hombre de oración aunque sea invisible y despreciada por el mundo, tiene un poder y una majestad que garantizan la victoria. La espada de la oración tiene un filo que traspasa la cota de mallas (armadura de cuero, guarneida con piezas de hierro, que cubría el cuerpo). Jacob fue un príncipe que prevaleció cuando se puso de rodillas.

El doctor Kitto en su admirable libro “Ilustraciones de la Biblia” tiene un capítulo sobre este pasaje que se titula: “La Primera Oración.” Me permito diferir un poco en cuanto a ese título. Difícilmente se puede decir que esta sea la primera oración que está registrada en la Escritura. Admito que este excelente escritor excluya la oración de Abraham por Sodoma

por considerarla una intercesión más bien que una oración; pero hay otras oraciones de Abraham y otros casos de súplicas.

Sin embargo se puede decir que, en verdad, ésta esa la primera oración de un hombre por sí mismo en la Biblia, la cual nos llega en toda su extensión; y siendo la primera, puede verse hasta cierto punto como un ejemplo para los suplicantes que le seguirían. Si ustedes la examinan cuidadosamente, encontrarán que es un modelo valioso, que puede ser copiado por cualquier hijo de Dios en el día de su tribulación.

Jacob comienza recordando el pacto: "Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac." ¿Qué mejor argumento podemos tener que el pacto de un Dios fiel, que ya ha cumplido a nuestros padres? Enseguida Jacob recuerda una promesa especial que se le había hecho: Esa promesa estaba envuelta en los pliegues de un precepto que estaba obedeciendo: "Tú me dijiste: vuélvete a tu tierra y a tu parentela y yo te haré bien."

Mientras nosotros recurrimos al pacto general hecho con todos los creyentes en Cristo, podemos argumentar también de manera particular y especial, cualquier promesa que haya llegado a nuestra propia alma por medio del Espíritu del Dios bendito. Enseguida procedió a mencionar su propia indignidad; por la fe convirtió su propia imperfección en un argumento, como voy a mostrarles: "Menor soy que todas las misericordias." Más aún, continuó suplicándole a Dios, exponiendo su peligro especial: "Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú." También mencionó a su familia y el peligro en que estaban ante Dios; una fuerte súplica ante un Dios de amor como el que tenemos: "No venga acauso y me hiera la madre con los hijos." Luego concluyó con lo que debe permanecer para siempre como una potente súplica a Dios: "Tú dijiste." Le recordó a Dios Su promesa, y virtualmente exclamó: "Haz lo que dijiste." Es sabio recordar la promesa ante quien la hizo, y solicitar su cumplimiento. Podemos apelar a la fidelidad de Dios, y excluir: "Acuédate de la palabra dada a tu siervo en la cual me has hecho esperar."

La primera frase de la oración de Jacob tiene esta característica, que está *impregnada de humildad*; porque, en un principio, él no se dirige al Señor como su propio Dios, sino como el Dios de Abraham y de Isaac: La oración misma, aunque es muy apremiante, nunca es presuntuosa; es humilde y sincera. Considero que aun cuando Jacob en su desesperación se aferró al ángel y dijo: "No te dejaré, si no me bendices," no hablaba con una familiaridad indebida en su santa determinación. Había valentía extraordinaria y determinación invencible, pero eran del tipo que Dios aprueba, de otra manera no lo habría bendecido allí.

Ningún hombre gana una bendición por medio de un acto pecaminoso hacia Dios. A lo largo de toda esta oración veo, en toda su intensidad, un amoroso recuerdo de quién es Jacob, y quién es Jehová, y quien suplica habla en términos adecuados para ser usados por un hombre de corazón humilde, en relación al tres veces santo Dios.

Éste será el tema de nuestro sermón: *la humildad es la actitud adecuada para la oración*. Comenzaremos con "menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo." Luego, en segundo lugar, proseguiremos para hacer notar que *la humildad es estimulada por las mismas consideraciones que motivan a la oración*; eso lo demostraré por medio del texto; y en tercer lugar, *la humildad sugiere y proporciona muchos argumentos que pueden ser utilizados en la oración*.

Un hombre orgulloso tiene muy pocos argumentos que traer ante Dios; pero entre más humilde es un hombre, más numerosas serán sus súplicas que prevalecen. Orar es una actividad muy adecuada para un pecador, y un pecador es la mejor persona para practicar la oración.

I. Nuestra primera observación es que LA HUMILDAD ES LA ACTITUD ADECUADA PARA LA ORACIÓN.

No creo que Jacob hubiera podido orar a menos que se hubiera quitado la vestidura de la justificación propia que usó en su controversia con Labán, permaneciendo desnudo ante la infinita majestad del Altísimo.

Observen que aquí él habla *no como si estuviera ante un hombre, sino ante Dios*; él exclama, “menor soy que todas tus misericordias.” Él había estado negociando con Labán, quien lo había esclavizado, que lo había usado de la manera más mercenaria, y que recién lo había perseguido con aguda ira porque había abandonado su servicio conjuntamente con sus esposas e hijos para regresar a su país natal.

A Labán no le dice, “no merezco lo que poseo,” porque, en cuanto al avaro Labán, Jacob era merecedor de mucho más de lo que se le había pagado jamás en forma de salario. Con Labán utiliza muchas frases llenas de verdad tanto de auto-reivindicación como de justificación.

La riqueza de Labán había crecido grandemente por los incansables cuidados de Jacob. Él cuidaba los rebaños de Labán con diligencia constante, y dice: “de día me consumía el calor, y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos.” Declara que nunca había tomado un carnero del rebaño para alimentar a su propia familia, que de hecho él había trabajado por muchos años sin recibir ninguna retribución, excepto las hijas que llegaron a ser sus esposas; y hasta llega a decir: “si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham, y temor de Isaac, no estuviera conmigo, de cierto me enviarías ahora con las manos vacías.”

El mismo hombre que habla de esa manera a Labán se vuelve y le confiesa a su Dios, “menor soy que todas tus misericordias.” Esto es perfectamente consistente y verdadero. La humildad no consiste en decirte mentiras a ti mismo: la humildad es formarte un concepto correcto de ti mismo. Así, en lo referente a Labán, fue una posición correcta para un hombre que había trabajado tan duro por tan poco, reclamarle que él tenía derecho a lo que Dios le había dado; y, sin embargo, ante Dios fue perfectamente honesto y sincero por parte de Jacob decir: “menor soy que todas tus misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo.”

Ahora bien, siempre que vayas a orar, si previamente has sido forzado a decir alguna cosa más bien grandiosa en lo que respecta a tu integridad o tu diligencia; o, si has escuchado que otros te alaban, olvídalos todo; porque no podrás orar si eso ha tenido algún efecto sobre ti. Un hombre que tiene una buena opinión de sí mismo, no puede orar: lo más que puede hacer es murmurar “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres,” y esa no es ninguna oración.

Una elevada opinión de tu propia excelencia te provocará a mirar hacia abajo con desprecio a tu vecino; y eso es la muerte para la oración. Dios arroja fuera del Templo las oraciones orgullosas: no puede soportar tales provocaciones. Debes quitarte el calzado de tus pies cuando estés en tierra santa, ese mismo calzado que es muy adecuado para ti cuando tienes que pisotear al león y al dragón, ese mismo calzado que te queda bien y que te va bien cuando viajas por este gran desierto terrible.

Ante tu Dios, quítate hasta lo que estás obligado a ponerte frente esos hombres groseros. Cuando vemos a Jesús, decimos de Él, “yo no soy digno de desatar la correa del calzado.” “Señor, yo no soy digno” es nuestro clamor. Como Abraham, reconocemos que no somos sino polvo y cenizas; más pequeños que el más pequeño de todos los santos; honrados porque se nos permite cumplir cualquier ocupación mínima en la casa de nuestro Señor.

Vean, pues, que era esencial que Jacob adoptara esta actitud correcta después de haber discutido con Labán. Era adecuado que al levantar sus ojos al cielo usara el lenguaje más humilde, y de ninguna manera pretender algún mérito en la presencia del Dios tres veces Santo.

Hermanos, *no sería adecuado que alguno de nosotros utilizara el lenguaje del mérito ante Dios*; porque no tenemos ningún mérito, y, si lo tuviéramos, no necesitaríamos orar.

Un anciano teólogo ha hecho la apropiada observación que el hombre que usa como argumento su propio mérito no ora, sino exige lo que se le debe. Si le pido a un hombre que me pague una deuda, no soy un suplicante, sino un demandante que reclama sus derechos. La oración de un hombre que piensa que tiene méritos, equivale a entregar al Señor una orden judicial: no es presentar una petición, sino entregar una demanda. El mérito en realidad dice: “Págame lo que me debes.” Muy poco obtendrá del Señor un hombre así; porque si el Señor sólo nos pagara lo que nos debe, aquel lugar de tormento sería nuestra pronta herencia. Si mientras vivimos aquí, no recibimos más de lo que merecemos, seremos descartados y proscritos. Los mendigos más humildes obtienen más de lo que merecen. La vida misma es un don del Creador; “¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado.”

No importa cuán abajo estemos, aún así debemos reconocer que “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias.” Cualquier otra actitud que no sea la de la humildad sería sumamente impropia y presuntuosa ante la presencia del Altísimo.

Déjenme añadir, además, que *en aquellos tiempos de gran presión en el corazón no hay que temer que se inmiscuya la justicia propia*. Jacob tenía pavor y estaba muy angustiado; y cuando un hombre está sumido en un estado así, el lenguaje más humilde es el más adecuado.

Aquellos que tienen abundancia de pan presumen, mas los hambrientos piden. Que el orgulloso tenga cuidado, no sea que cuando el pan esté todavía en su boca, la ira de Dios venga sobre él. Quien está sumido en la penuria, el que está afligido en su espíritu, quien yace a las puertas de la muerte, no ostenta plumas de pavo real ni despliega sus galas. Entonces busca la misericordia del Señor, y la pide.

Este es su único grito: “Misericordia, misericordia.” Descubre que no puede orar hasta que no haya llegado a su verdadera posición como alguien que no merece nada; pero habiendo llegado a ese punto entonces sí tiene un firme asidero, pues argumenta la absoluta soberanía de la gracia divina, y el amor sin límites del corazón divino como razones sustanciales para la misericordia. Estoy persuadido de que fallamos a veces en nuestras oraciones porque no nos humillamos lo suficiente. Con tu rostro en tierra ante el trono podrás prevalecer. Si tú tienes alguna justicia propia, nunca tendrás la justicia de Cristo. Si no tienes pecado, nunca serás la-

vado en su sangre preciosa. Si eres fuerte, serás abandonado a tu propia debilidad. Si eres rico y próspero, saldrás vacío.

Pero cuando puedas confesar verdaderamente tu nada y estar humildemente postrado ante Dios, Él te escuchará. “De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo.” No hay oraciones que vuelen más rápido a las alturas que aquellas que se levantan de las profundidades. Cuando estés desnudo, el Señor te vestirá; cuando estés hambriento, Él te alimentará; cuando no seas nada, Él será tu todo en todo, porque entonces Él recibe toda la gloria, y Sus misericordias no son pervertidas para alimentar tu orgullo. Cuando nuestras misericordias engrandezcan al Señor, recibiremos muchas más, pero cuando las utilizamos para el engrandecimiento propio, ya no las recibiremos más. Ve, entonces, querido amigo, cuán necesario es que nos aproximemos al Señor con una actitud humilde.

Fijense bien en el tiempo presente del verbo tal como se utiliza en el texto: Jacob no dice, como podríamos haber pensado que hubiera dicho: “Menor fui que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu siervo,” Sino que Él dice “Menor soy.” No solamente alude a su falta de merecimiento cuando cruzó este Jordán con una vara en su mano, un pobre hombre desterrado: él cree que era indigno entonces; pero aún ahora, viendo a sus manadas y a sus rebaños y a su gran familia y a todo lo que había hecho y sufrido, él exclama, “Menor soy.”

¿Qué, acaso toda la misericordia de Dios no te ha hecho digno? Hermanos, la gracia inmerecida ni engendra ni es engendrada por el merecimiento humano. Si obtenemos toda la gracia que jamás podamos obtener nunca seremos merecedores de esa gracia; porque la gracia entra donde no hay merecimiento, y tampoco nos imparte merecimiento después, cuando somos juzgados ante Dios. Cuando hemos hecho todo, siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos.

No puedo soportar al hombre que, en sus necios discursos acerca de su propia perfección, habla como si hubiera llegado a ser digno de la gracia. El Señor tenga misericordia de esos arrogantes y los sujeté con las amarras correspondientes, de manera que reconozcan que no son dignos. Cuando tú y yo lleguemos al cielo, aunque Dios pueda decir “andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos,” nunca será correcto que ninguno de nosotros diga que somos dignos de algo que Dios nos ha concedido. Nuestro salmo debe de ser *Non nobis Domine*: “No a nosotros oh, Jehová, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad.”

Tocar la alabanza que nos viene por medio de las operaciones de la divina gracia, aún con nuestro dedo meñique, sería una traición contra el Altísimo. Asumir por un momento que merecemos algo del Señor Dios, es tan jactancioso, tan falso, tan injusto, que deberíamos aborrecer ese simple pensamiento, y clamar como Jacob: “Menor soy.” Job, que se había defendido previamente con vigor y posiblemente con amargura, tan pronto oyó a Dios hablándole en el torbellino exclamó, “De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza.” Postrarse ante el trono es la actitud adecuada de la oración: en la humildad está nuestra fortaleza para la súplica.

II. En segundo lugar, seguiremos con el mismo pensamiento, pero lo pondremos bajo una luz un poco diferente, al notar que **AQUELLAS CONSIDERACIONES QUE LLEVAN A LA HUMILDAD SON LA FORTALEZA DE LA ORACIÓN.**

Observemos, primero, que Jacob mostró su humildad en esta oración *por medio de un reconocimiento de la obra del Señor en toda su prosperidad.* Él dice de todo corazón: “Todas las misericordias y toda la verdad que has usado para con tu siervo.” Bien, pero Jacob, tú tienes inmensos rebaños de ovejas, y tú los ganaste y por medio de tu cuidado se incrementaron grandemente: ¿No consideras que esos rebaños son logros completos tuyos? Seguramente tú debes ver que tú fuiste muy dedicado, prudente y cuidadoso y ¿no fue así como llegaste a ser rico? No, él hace una revisión de sus múltiples propiedades y habla de ellas como *misericordias*, misericordias que el Señor ha mostrado a su siervo.

Yo no pongo objeciones a los libros acerca de hombres que han triunfado *por su propio esfuerzo*, pero temo que esos hombres que se preocupan por el auto-desarrollo, tienen una gran tendencia a adorar a quienes los escriben. Es muy natural que así lo hagan. Pero, hermanos si somos productos de nuestro propio esfuerzo, estoy seguro que tuvimos un muy mal hacedor, y debe haber muchos defectos en nosotros. Sería mejor que fuéramos molidos hasta volvemos polvo otra vez, y ser hechos de nuevo para ser hombres hechos por Dios

¡Escucha, oh, orgulloso mortal, que eres producto de tu propio esfuerzo! Pues qué, si has ganado todo, ¿quién te dio la fortaleza para ganarlo? Pues qué, si tu éxito es debido a tu sagaz sentido, ¿quién te dio la habilidad y la visión para ver hacia delante? Pues qué, si has sido frugal y trabajador, ¿por qué no permaneciste pródigo como otros, gastando en el desenfreno lo que Dios te concedió? Oh, amigo, si tú eres elevado una pulgada por sobre el estercolero, debes bendecir a Dios por ello, porque es del estercolero de donde te ha sacado. Dios ayuda a sus siervos cuando aun son débiles, pero cuando ellos se imaginan que son fuertes, frecuentemente los humilla.

Cuando exclamamos: “vean esta grandiosa Babilonia que edifiqué,” tal vez Dios no nos abandone, pero Él nos abatirá. Él no descartó a Nabucodonosor, pero permitió que perdiera la razón y que se volviera como las bestias del campo. Si actuamos como brutos, el Señor puede permitir que nos convirtamos en bestias también en otras cosas. El uso de nuestro poder de razonamiento es una dádiva de la caridad celestial, que nos debe llevar a una profunda gratitud, mas nunca al orgullo por causa de nuestras habilidades superiores. Si estamos fuera de la confusión general debemos bendecir al Señor de la manera más humilde.

¿Nos atreveremos a gloriarnos en nuestros talentos? ¿Presumirá el hacha frente a quien la utiliza para cortar con ella? ¿Acaso la red de pescar se exaltará a sí misma ante el pescador que barre el mar con ella? Eso sería una insensatez, seguramente, una insensatez que provoca a Dios. En la medida que Dios hace tanto por nosotros, debemos sentirnos abrumados por el peso de la obligación que el amor acumula sobre nosotros.

Eso puede proporcionarnos un sostén para nuestra oración a Dios, pues ahora podemos decir: “Señor, tú has hecho todo esto por mí: es claro que tu mano ha estado en toda la felicidad de tu siervo; que tu mano esté conmigo todavía.” Oh, hombre que te haces a ti mismo, cuando hayas logrado hacerte, ¿podrás conservar y preservar eso que logres? ¿Tienes la esperanza de ir al cielo y quitarte el sombrero y decir: “Hosanna a mí mismo”? ¿Te das cuenta de esa vanagloria? Si tú buscas tu propia gloria no encontrarás lugar en esa ciudad en donde la gloria de Dios es la omnipresente dicha del lugar. Entonces, pues, lo que tiende a mantenernos

humildes, también se convierte en una ayuda para nosotros en nuestra oración.

El siguiente punto es *una consideración de las misericordias de Dios*. Respecto a mí, nada me hunde más bajo que la misericordia de Dios, y en segundo lugar soy fácilmente sometido por la bondad de los hombres. Cuando el clarín suene para la batalla estaré pie con pie con quien se atreva a enfrentarme, y todo mi hombre interior estará listo para el conflicto; pero cuando todo es paz y quietud, y todo el mundo me desea lo mejor, me maravillo por su bondad, y me hundo en mis zapatos por miedo de llegar a actuar de una manera indigna. El hombre que tiene un debido concepto de su propio carácter, será abatido por las palabras de elogio. Cuando recordamos la misericordia del Señor para con nosotros, no podemos sino contrastar nuestra pequeñez con la grandeza de su amor, y tener un sentimiento de auto-abatimiento.

Está escrito, “y temerán y temblarán de todo el bien y de toda la paz que yo les haré.” Estas palabras son literalmente verdaderas. Tomemos un caso: Pedro salió a pescar; y si hubiera atrapado unos pocos peces, su bote habría flotado normalmente en el lago; pero cuando el Señor subió al bote y le dijo dónde debía arrojar la red, de manera que atrapó una gran cantidad de peces, entonces la pequeña barca comenzó a hundirse.

Se hundía más y más y el pobre Pedro se hundía con ella, hasta que cayó a los pies de Jesús y clamó: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador.” Estaba confundido y abrumado, pues si no, nunca le hubiese pedido al bendito Señor que se apartara: la bondad de Cristo lo había sacudido de tal manera que tuvo miedo de su Benefactor. Ustedes no saben lo que es ser abrumado con infinita bondad, ser oprimido por la misericordia, ser barrido por una avalancha de amor. Yo, cuando menos, sé lo que eso significa, y no conozco ninguna otra experiencia que me haya empequeñecido más ante mis propios ojos.

Me siento menos que la más pequeña de Sus misericordias; me encojo y tiemblo en la presencia de Su generosidad. Si la bondad providencial hace esto, pueden estar seguros que el amor redentor será aún más eficaz. Allí está un orgulloso pecador, haciendo alarde de su justicia propia; no puedes quitarle de encima su auto-glorificación: pero de pronto aprende de que el Hijo de Dios dio su vida para redimirlo, que derramó Su corazón en la cruz del Calvario, el justo por el injusto, para llevarlo a Dios; y ahora tiene otra mente. ¡Ningún hombre habría podido pensar jamás que merecía que el Hijo de Dios muriera por él! Si así lo pensara, estaría loco. El amor agonizante toca el corazón y el hombre exclama, “Señor, no soy digno ni de una sola gota de tu sangre preciosa, no soy digno ni de un suspiro de tu sagrado corazón; no soy digno de que Tú hayas tenido que vivir en la tierra por mí, ni mucho menos de que hubieras tenido que morir por mí.” Un sentimiento de esa maravillosa condescendencia que es la más alta alabanza del amor de Dios, que a su tiempo Cristo murió por los impios, hace que el hombre caiga de rodillas, disuelto por las misericordias de Dios.

Ahora bien, si hay algún hombre hoy que tenga una buena esperanza que mediante la gracia pronto estará con Dios en el cielo, si medita en la visión beatífica, si se contempla a sí mismo con la corona sobre su cabeza, y la palma en su mano, y gozando del eterno aleluya—

**“Lejos de un mundo de dolor y pecado,
Eternamente junto a Dios.”**

Pues bien, la siguiente cosa que hará será sentarse y llorar para que esto se convierta en una realidad para él. ¿Acaso una alma tan pobre, inútil, pecadora como soy yo, puede ser glorificada, y acaso Jesús se ha ido para preparar un lugar para mí? ¿Me da Él su propia seguridad que vendrá de nuevo, y me recibirá para Sí mismo? ¿Acaso soy un heredero juntamente con Cristo, y un hijo favorecido de Dios? Esto nos hace sumergirnos por completo en gratitud plena de adoración. Oh, señores, no podríamos volver a abrir nuestras bocas para jactarnos; nuestro orgullo se ahoga en este mar de misericordia. Si tuviéramos un pequeño Salvador, y un cielo pequeño, y una pequeña misericordia, todavía podríamos desplegar nuestras banderas; pero con un grandioso Salvador, y una grandiosa misericordia, y un cielo grandioso sólo podemos ir como David, y sentarnos ante el Señor, y decir: “¿Por qué se me concede esto a mí?”

Tengo un amado hermano en Cristo que se encuentra muy enfermo, el reverendo Curme, el vicario de Sandford en Oxfordshire, quien ha sido mi querido amigo por muchos años. Él es un espejo de humildad, y divide su nombre en dos palabras: *¿Cur me?* que significa “¿por qué yo? A menudo repetía, y yo podía escucharlo: “¿por qué yo, Señor? ¿Por qué yo?” Verdaderamente yo puedo decir lo mismo: *¿Cur me?*—

*“¿Por qué se me permitió oír Tu voz,
Y entrar donde hay lugar
Mientras miles hacen una elección desdichada
Prefiriendo morirse de hambre, sin entrar?”*

Esta extraordinaria bondad del Señor tiende toda ella a promover la humildad, y a ayudarnos a la vez en la oración; pues si el Señor es tan grandemente bueno, podemos adoptar el lenguaje de la mujer fenicia cuando el Señor le dijo, “No está bien tomar el pan de los hijos, y echarlo a los perrillos.” Ella respondió, “Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.” Así pues iremos y le pediremos a nuestro Señor que nos dé migajas de misericordia, y serán suficientes para nosotros que somos unos pobres perros. Las migajas de Dios son más grandes que los panes del hombre, y si Él nos da lo que para Él es una migaja, eso será una comida completa para nosotros.

¡Oh, Él es un grandioso Dador! ¡Él es un glorioso Dador! ¡No nos merecemos su obsequio más pequeño! No podemos valorar la menor de sus misericordias, ni describirla con plenitud, ni alabarla a Él suficientemente por ella. Sus aguas superficiales son demasiado profundas para nosotros; los pequeños montículos de Sus misericordias nos sobrepasan; ¿Qué podríamos decir de Sus misericordias del tamaño de montañas?

Además, *una comparación de nuestro pasado y nuestro presente* servirá para la humildad y también para ayudar en la oración. Jacob es descrito así: “Con mi cayado pasé este Jordán.” Está completamente solo, no hay ningún sirviente que le ayude; no tiene bienes, ni siquiera una muda de ropa en una maleta, nada sino un cayado para caminar. Ahora, después de unos cuantos años, aquí está Jacob de regreso, cruzando el río en dirección opuesta, y tiene con él dos campamentos. Es un gran ganadero, con cuantiosas riquezas consistentes en todo tipo de ganado. ¡Qué cambio! Quisiera que todos esos hombres a quienes Dios ha prosperado no se avergüencen nunca de lo que fueron antes; no deberían olvidarse nunca del cayado con el que cruzaron este Jordán.

Yo tenía un buen amigo que conservaba el eje de la carreta con la que transportó todas sus pertenencias cuando llegó a Londres por primera

vez. Lo colocó frente a su puerta de entrada, y nunca se avergonzó de contar cómo llegó del campo, cuán duro tuvo que trabajar, y cómo se abrió paso en el mundo. Yo prefiero esto a la falsa alcurnia que olvida la moneda que languidecía solitaria en el bolsillo al llegar a esta gran ciudad. Se enojan si se les recuerda de su pobre padre anciano en el campo, pues fingen que su familia es muy antigua y honorable; de hecho, afirman, uno de sus ancestros vino con el Conquistador.

Nunca he sentido deseo de relacionarme con este conjunto de vagabundos; pero los gustos difieren, y hay algunos que piensan que deben ser seres superiores porque descienden de filibusteros normandos. Cada uno de ellos era un don nadie, pero repentinamente se inflan como si lo fueran todo.

Observen que Jacob no dice: "Hace años estaba en mi hogar con mi padre Isaac, un hombre de vastas propiedades." Ni habla de su abuelo Abraham como un noble proveniente de una antigua familia de Ur de los caldeos, que se codeaba con monarcas. No. Él no era tan insensato como para presumir de aristocracia o de riqueza, sino que francamente reconoce su primera pobreza: "Con mi cayado, yo un pobre hombre, solitario, sin amigos, crucé este Jordán, y ahora estoy sobre dos campamentos." Lo humilla recordar lo que fue, pero al mismo tiempo esto lo fortalece en su oración, pues, en efecto, él suplica, "¿Señor, me hiciste tener dos campamentos para que Esaú tenga más que destruir? ¿Me diste estos hijos para que caigan bajo la espada?" Lo repito de nuevo, lo que lo humilló también le dio aliento: encontró su fortaleza en la oración, precisamente en aquellas cosas que proporcionaban motivos para la humildad.

III. Y ahora, pues el tiempo vuela, debemos quedarnos en el tercer punto, martillando el mismo clavo en la cabeza: LA VERDADERA HUMILDAD NOS PROPORCIONA ARGUMENTOS PARA LA ORACIÓN.

Vean el primer argumento, "*menor soy* que todas las misericordias"; más aún, "*menor soy* que la más pequeña de las muchas misericordias que has mostrado a tu siervo. Has mantenido tu palabra y has sido fiel conmigo, pero no porque yo haya sido fiel contigo. No merezco la verdad que tú has mostrado a tu siervo." ¿Acaso no hay poder en una oración así? ¿No se consigue la misericordia por medio de una confesión de indignidad?

El hombre que más alabó Cristo, hasta donde recuerdo, fue quien usó este mismo lenguaje. El centurión se acercó a Cristo diciendo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo"; y sobre él nuestro Señor dijo: "ni aun en Israel he hallado tanta fe." Tengan la seguridad que si quieren el elogio de Cristo deben ser humildes en su propia estima; Él nunca alaba al orgulloso, sino que honra al humilde. Puesto que el Señor fue tan misericordioso con él cuando no lo merecía, ¿no tenía Jacob un apoyo espléndido al que aferrarse mientras sostenía su lucha con Dios y clamaba: "libérame de Esaú, mi hermano, aunque debido al agravio que le hice no merezco esa liberación?" Siempre tememos en nuestro tiempo de aflicción que Dios nos trate de acuerdo a nuestra indignidad; pero no lo hará.

Nos decimos, "¡por fin los pecados de mi juventud me han alcanzado!; ¡ahora seré tratado de acuerdo a mis iniquidades!" Pero Jacob dijo virtualmente: "Señor, nunca merecí la menor cosa de las que has hecho por mí, y todos tus tratos conmigo son por pura gracia. Me quedo quieto donde siempre debo estar, un deudor de Tu soberano favor inmerecido; yo te suplico, dado que has hecho todo esto por mí, que no merezco nada, te su-

plico, haz todavía más cosas. Yo no he cambiado pues soy tan indigno como siempre, y Tú no has cambiado, pues eres tan bueno como siempre, por tanto libera a tu siervo." Esta es una poderosa súplica al Altísimo.

Entonces, por favor, observen que mientras Jacob argumenta su propia indignidad no deja de referirse a la *bondad de Dios*. Habla con las palabras más expresivas, amplias y llenas de significado. "Soy indigno de la más pequeña de todas *tus misericordias*. No puedo enumerarlas, ¡la lista sería demasiado larga! Me parece que me has dado todo tipo de misericordias, todo tipo de bendiciones. Tu misericordia dura para siempre, y tú me la has dado toda a mí." Cómo exalta a Dios con su boca, cuando dice, "Todas tus misericordias." No dice, "toda tu misericordia", la palabra está en plural: "menor soy que todas las *misericordias*." Pues Dios tiene muchos escuadrones de misericordias, los favores nunca llegan solos, nos visitan en tropel.

Todos los árboles del viñedo de Dios están llenos de ramas, y cada rama está cargada de frutos. Todas las flores en el jardín de Dios florecen dos veces y algunas de ellas florecen hasta siete veces. No solamente tenemos misericordia, sino numerosas misericordias como la arena. Misericordia por el pasado, por el presente, por el futuro; misericordia para mitigar las penas, misericordia para purificar las alegrías, misericordia por nuestras cosas pecaminosas, misericordia por nuestras cosas santas. "Todas tus misericordias": la expresión tiene una vasta carga de significado. Jacob no sabe cómo expresar su sentido de obligación excepto con plurales y universales: el lenguaje es tan pleno que no podría mostrar todo su significado. Parece que le dice al Señor: "Por toda esta gran bondad, te ruego que continúes tratando bien a tu siervo. Sálvame de Esaú, pues de lo contrario se perderán todas tus misericordias. En tu pasado amor ¿no me has dado la promesa de protegerme aun hasta el final?" A través de toda la Biblia, la misericordia y la verdad son reunidas de continuo, "Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad." "Dios enviará su misericordia y su verdad." Estas dos gracias se dan la mano en la oración de Jacob: "Todas tus misericordias y toda tu verdad."

Oh, hermanos, si quisieran luchar con Dios y prevalecer, utilicen mucho estos argumentos maestros: misericordias y verdad. Estas son dos llaves que abrirán todos los tesoros de Dios; estos son dos escudos que los protegerán de cada flecha ardiente. Lo que hizo humilde a Jacob, también lo hizo fuerte en su oración. La gratitud por la misericordia lo hizo inclinarse ante Dios, pero también le permitió asir al ángel con la mano de la importunidad creyente.

Observen, enseguida, cómo dice "*Tu siervo*." Toda una súplica está escondida en esa palabra. Jacob podría haberse llamado a sí mismo por otro nombre en esta ocasión. "Menor soy que todas las misericordias y que toda la verdad que has usado para con tu *hijo*": hubiera sido cierto, pero no hubiera sido adecuado. Supongan que hubiera dicho: "para con tu *elegido*," eso hubiera sido cierto, pero no hubiera sido tan humilde; o "para con *quien hiciste el pacto*,": hubiera sido correcto, pero no es una expresión tan humilde como la que Jacob tenía la necesidad de utilizar en este momento de su aflicción, cuando los pecados de su juventud vinieron a su mente. Parecía decir, "Señor, soy tu siervo. Tú me ordenaste venir aquí, y aquí he venido por ese mandato: por consiguiente protégeme."

Seguramente un rey no quiere ver a su siervo ultrajado cuando está dedicado al servicio real. Jacob estaba en la senda del deber, y Dios que-

ría hacer de ella la senda de la seguridad. Si hacemos de Dios nuestro guía, Él será nuestra protección. Si es Él nuestro Comandante, Él será nuestro Defensor. No permitirá que ningún Esaú ataque con su espada a uno de sus Jacobs.

Cuando nos arrojamos totalmente en el Señor por una obediencia creyente, podemos estar seguros que Él nos sostendrá y nos sostendrá completamente. A los amos se les ordena dar a sus siervos lo que es justo y equitativo, y podemos estar seguros que nuestro Señor en el cielo, hará lo mismo con cada uno de nosotros que Le servimos.

Jacob estaba en peligro por su servicio, y por consiguiente, el honor del Señor estaba comprometido a protegerlo. Puede parecer algo pequeño ser un siervo, pero es un gran argumento en la hora de necesidad; así lo usó David: "Haz resplandecer tu rostro sobre tu siervo." "No escondas de tu siervo tu rostro, porque estoy angustiado; apresúrate, óyeme." "Salva tú, oh, Dios mío, a tu siervo que en ti confia." Estos no son sino ejemplos de las formas en que los hombres de Dios usaban su posición de siervos como un argumento para la misericordia.

Jacob tenía otro argumento que mostraba su humildad, y esa era *el argumento de los hechos*. "Con mi cayado," dice "pasé este Jordán." "Este Jordán," que fluía cerca, y que recibía al Jaboc. Le trae mil cosas a la mente, estar en el viejo lugar otra vez. Cuando lo atravesó primero él iba al exilio, pero ahora regresa como un hijo, para ocupar su lugar con la amada Rebeca y su padre Isaac, y no podía sino sentir que era una gran misericordia ir ahora en una dirección más feliz que antes. Contempló su cayado, y recordó cómo, atemorizado y tembloroso, se había recargado en él cuando seguía su marcha apresurada y solitaria. "Con este cayado: es todo lo que tenía." Lo observa y contrasta su condición presente y sus dos campamentos con aquel día de pobreza, aquella hora de huída presurosa. Esta mirada al pasado le hizo sentirse humilde, pero seguramente fue una fortaleza para él en la oración. "Oh, Dios, si me has ayudado desde la necesidad apremiante hasta tener toda esta riqueza, tú puedes ciertamente preservarme del presente peligro. Quien ha hecho tanto todavía puede bendecirme, y así lo hará."—

***"¿Podría haberme enseñado a confiar en su nombre,
Para ahora entregarme a la vergüenza?"***

¿Acaso Dios se burla de los hombres? ¿Los alienta en su esperanza y luego los abandona? No, el Dios que comienza a bendecir, persevera en su bendición, y hasta el final continúa amando a sus elegidos.

Para terminar, creo descubrir aquí un poderoso argumento en la oración de Jacob. ¿No dio a entender que aunque Dios lo había hecho prosperar tan abundantemente, con ello había venido *una responsabilidad mayor*? Él tenía que preocuparse más que cuando poseía menos. Su deber se había incrementado con el incremento de sus posesiones. Él parece decir: "Señor, cuando antes pasé por este camino no tenía nada, sólo un cayado; sólo de él tenía que preocuparme; si lo hubiera perdido hubiera podido encontrar otro. Entonces tuve tu amada y bondadosa protección, que fue mejor para mí que todas las riquezas. ¿Acaso no la tendré más? Cuando estaba yo solo con mi cayado tú me guardaste, y ahora que estoy rodeado por esta familia numerosa con muchos hijos y mis siervos, ¿no abrirás tus alas sobre mí? Señor, los dones de tu bondad aumentan mi necesidad: dame tu bendición proporcionalmente. Antes pude correr y es-

capar de mi airado hermano; pero ahora las madres y los niños me atan, y debo permanecer con ellos y morir con ellos a menos que me preserves.”

Hermanos míos, en esta hora yo sé cómo utilizar esta misma imploración. Para mí cada avance en mi posición significa más obligación de servir a mi Señor y bendecir mi existencia. Necesito más gracia, o mi caída será más vergonzosa. Indignos como somos de todas estas bendiciones, sin embargo no nos atrevemos a restarles importancia, ni rechazar servir a nuestro Dios con todo nuestra fuerza.

Entre más bueyes se tengan, se tiene que arar más; entre más grandes sean los campos, más arduamente tenemos que sembrar, y entre más grande sea la cosecha, más industrialmente tenemos que recolectarla; para todo esto necesitamos mucha más fuerza. Si Dios nos bendice y nos incrementa en talento, o en riquezas, o en cualquier otra forma, ¿no debemos concluir que entre más grande la confianza, más grande es la responsabilidad? Así las tareas de nuestra vida se vuelven más duras, y más difíciles, y somos conducidos más que nunca hacia nuestro Dios.

Este es nuestro argumento: “Oh, Señor, me has impuesto un servicio más amplio; dame más gracia. En Tu bondad has confiado más talentos al que tenía diez talentos; ¿no me darás más ayuda para poner todo a interés por causa de tu nombre?” Sí, hermano, a medida que Dios te eleve, inclínate más y más a sus pies. Consagra aún más enteramente todo tu ser a Dios. Da gracias si tu dinero te ha producido más dinero; y si Él hace más por ti, no descanses hasta que el dinero se haya duplicado. Deja que la bondad de Dios, en lugar de llegar a ser un manto para tu orgullo, o un lecho para tu pereza, sea un incentivo para tu trabajo, un estímulo para tu celo. Que ayude a tu humildad pero al mismo tiempo aliente tu confianza cuando te acerques a Dios en la oración, para sentir cuán grandemente estás obligado a servir al Señor.

Queridos amigos, el Señor ha estado atento a nosotros como iglesia, y nos bendecirá. Hemos obtenido a través de nuestro Señor Jesús y Su Espíritu, bendiciones tan grandes que yo puedo decir que somos indignos de la más pequeña de esas misericordias. ¿Acaso no las usaremos para la gloria de Dios? Sí, más que nunca: pues estamos decididos a orar más, y a creer más, y a trabajar más, y a estar llenos de valor y denuedo para que el nombre y la verdad de Jesús sean conocidos en cualquier lugar donde se oiga nuestra voz. Mientras las lenguas puedan hablar y los corazones puedan latir, si Dios nos ayuda, viviremos para Jesús nuestro Señor.

Nosotros somos lo que Rutherford llamaría “deudores ahogados;” somos amantes vivientes. Nuestros barcos se están hundiendo en un mar de amor hasta que la misericordia cubra nuestros mástiles. Que así sea. Que así sea. Hemos sido tragados por un abismo de amor. Mi figura nos describe como hundiéndonos, pero la verdad es que de esta forma somos elevados al estar llenos de toda la plenitud de Dios. Con todo mi corazón yo ruego por ustedes, amados. Dios los bendiga por Cristo nuestro Señor. Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #1787 – Volumen 30

Humility the Friend of Prayer

www.spurgeon.com.mx

El Oficio Primordial de Espíritu Santo

NO. 2382

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL JUEVES 26 DE JULIO DE 1888,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES,
Y SELECCIONADO PARA LECTURA EL DOMINGO 14 DE OCTUBRE, 1894.**

**“Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.
Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que
tomará de lo mío, y os lo hará saber.”**
Juan 16:14, 15.

El oficio principal del Espíritu Santo es glorificar a Cristo. Él hace muchas cosas, pero su propósito en todas ellas es: glorificar a Cristo. Hermanos, tiene que ser bueno que imitemos lo que hace el Espíritu Santo; por tanto, esforcémonos en glorificar a Cristo. ¿A qué fines más excelsos podríamos dedicarnos que a algo a lo que Dios, el Espíritu Santo, se dedica? Sea esta, entonces, su continua oración: “¡Bendito Espíritu, ayúdame siempre a glorificar al Señor Jesucristo!”

Observen que el Espíritu Santo glorifica a Cristo haciéndonos saber las cosas de Cristo. Es una gran maravilla que Cristo reciba alguna gloria por mostrarse a tales pobres criaturas como somos nosotros. ¡Qué! Hacernos ver a Cristo, ¿eso le glorifica? Que nuestros débiles ojos le contemplen, que nuestros trémulos corazones le conozcan y le amen, ¿esto le glorifica? Así es, pues el Espíritu Santo escoge esto como Su principal manera de glorificar al Señor Jesús. Él toma de las cosas de Cristo, no para mostrarlas a los ángeles, no para escribirlas con letras de fuego a través de la frente de la noche, sino para mostrarlas a nosotros. Dentro del pequeño templo de un corazón santificado, Cristo es alabado, no tanto por lo que hacemos nosotros, o pensamos, como por lo que vemos. Esto pone un gran valor en la meditación, en el estudio de la Palabra de Dios, y en el pensamiento silencioso bajo la enseñanza del Espíritu Santo, pues Jesús dice: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

Aquí hay una palabra evangélica en el propio inicio de nuestro sermón. Pobre pecador, consciente de tu pecado, es posible que Cristo sea glorificado cuando es mostrado a ustedes. Si le miras a Él, si le ves como un apropiado Salvador, como un Salvador todo suficiente, si el ojo de tu mente lo internaliza, si es eficazmente mostrado a ustedes por el Espíritu Santo, es glorificado por ello. Pecador como eres, aparentemente indigno

de convertirte en la arena de la gloria de Cristo, serás un templo en el que la gloria del Rey será revelada, y tu pobre corazón, como un espejo, reflejará Su gracia—

***“Ven, Espíritu Santo, Paloma celestial,
Con todos tus poderes vivificadores”;***

¡y muestra a Cristo al pecador, para que Cristo sea glorificado en la salvación del pecador!

Si esa grandiosa obra de gracia es realizada realmente al comienzo del sermón, no me importaría aun si nunca lo terminara. Dios el Espíritu Santo habrá obrado más sin mí que lo que yo pudiera haber hecho, y para Jehová Trino será toda la alabanza. ¡Oh, que el nombre de Cristo sea glorificado en cada uno de ustedes! ¿Les ha mostrado el Espíritu Santo a Cristo, el Portador del pecado, el único sacrificio por el pecado, exaltado en lo alto para dar arrepentimiento y remisión? Si es así, entonces el Espíritu Santo ha glorificado a Cristo en ustedes.

Procediendo ahora a examinar el texto con un poco más de detalle, mi primera observación al respecto es esta: *el Espíritu Santo es el Glorificador de nuestro Señor*: “Él me glorificará.” En segundo lugar, *las propias cosas de Cristo son Su mejor gloria*: “Él me glorificará”; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”; y en tercer lugar, *la gloria de Cristo es la gloria de Su Padre*: “Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

I. Para comenzar, entonces, EL ESPÍRITU SANTO ES EL GLORIFICADOR DE NUESTRO SEÑOR. Quiero que guarden esta verdad en su mente, y que nunca la olviden; lo que no glorifica a Cristo no es del Espíritu Santo, y lo que es del Espíritu Santo invariablemente glorifica a nuestro Señor Jesucristo.

Primero, entonces, *tengan un ojo en esta verdad en todos los consuelos*. Si un consuelo que piensan que necesitan, que les parece a ustedes que es muy dulce, no glorifica a Cristo, mírenlo muy sospechosamente. Si, al conversar con un hombre aparentemente religioso, parlotea acerca de una verdad que dice que es consoladora, pero que no honra a Cristo, no tengan nada que ver con ello. Es un dulce venenoso; podría encantarte por un momento, pero arruinará tu alma para siempre si participas de eso. Pero benditos son esos consuelos que huelen a Cristo, esas consolaciones en las que hay una fragancia de mirra, y áloes, y casia, del palacio del Rey, el consuelo extraído de Su persona, de Su obra, de Su sangre, de Su resurrección, de Su gloria, el consuelo tomado directamente de ese lugar sagrado donde pisó solo el lagar. Este es vino del que puedes beber y olvidar tu miseria, y ya no ser más infeliz; pero siempre mira con gran sospecha cualquier consuelo que te ofrezcan, ya sea como un pecador o

un santo, que no venga claramente de Cristo. Di: "No voy a ser consolado hasta que Jesús me consuele. Rehusaré hacer a un lado mi abatimiento hasta que Él quite mi pecado. No voy a ir al señor Civilidad, o al señor Legalidad, para que me quiten mi carga; ninguna mano alzarán jamás la carga del pecado consciente fuera de mi corazón, sino aquellas que fueron clavadas a la cruz, cuando Jesús mismo llevó mis pecados en Su propio cuerpo sobre el madero." Por favor, lleva esta verdad contigo por dondequieras que vayas, como un tipo de prueba decisiva por la cual puedes probar todo lo que te sea presentado como un cordial o un consuelo. Si no glorifica a Cristo, que no te consuele ni te agrade.

A continuación, *tengan un ojo para esta verdad en todos los ministerios*. Hay muchos ministerios en el mundo, y son muy diversos los unos de los otros; pero esta verdad te capacitará para juzgar lo que es recto dentro de todo. Ese ministerio que engrandece a Cristo es del Espíritu Santo; y ese ministerio que lo desaprueba, que lo ignora, o que lo relega al fondo en cualquier medida no es del Espíritu de Dios. Cualquier doctrina que magnifica al hombre, pero no al Redentor del hombre, cualquier doctrina que niegue la profundidad de la Caída y consecuentemente reduzca la grandeza de la salvación, cualquier doctrina que haga menos al pecado, y que por tanto minimice la obra de Cristo, ¡afuera con ella, afuera con ella! Esta será tu prueba infalible con respecto a si es del Espíritu Santo o no, pues Jesús dice: "Él me glorificará." Sería mejor hablar cinco palabras para la gloria de Cristo, que ser el orador más grande que haya vivido jamás, y descuidar o deshonrar al Señor Jesucristo. Nosotros, hermanos míos, que somos predicadores de la Palabra, tenemos un corto tiempo para vivir; dediquemos todo ese tiempo a la obra gloriosa de magnificar a Cristo. Longfellow dice, en su *Salmo de Vida*, que "el arte es largo," pero más largo todavía es el gran arte de levantar al Crucificado delante de los ojos de los hijos de los hombres mordidos por el pecado. Apeguémonos a ese único empleo. Si tenemos solo esta cuerda sobre la que podemos tocar, podríamos hacer brotar tal música en ella que embelesaría a los ángeles, y salvaría a los hombres; por tanto, lo repito, apeguémonos a eso. Corneta, flauta, arpa, tamboril, salterio, dulzaina y toda clase de música son para la imagen de oro de Nabucodonosor; pero en cuanto a nuestro Dios, nuestra única arpa es Cristo Jesús. Vamos a tocar cada cuerda de ese portentoso instrumento, aunque sea con temblidos dedos, y maravillosa será la música que evocaremos de él.

Todos los ministerios, por tanto, tienen que ser sujetados a esta prueba; si no glorifican a Cristo, no son del Espíritu Santo.

Deberíamos tener también *un ojo para esta verdad en todos los movimientos religiosos*, y juzgarlos por esa norma. Si son del Espíritu Santo,

glorifican a Cristo. Hay grandes movimientos en el mundo cada vez y cuando; estamos inclinados a mirarlos con esperanza, pues cualquier sacudida es mejor que el estancamiento; pero, pronto comenzamos a temer, con unos celos santos, cuáles serán sus efectos. ¿Cómo los vamos a juzgar? ¿A qué prueba los someteremos? Siempre a esta prueba. ¿Glorifica a Cristo este movimiento? ¿Es predicado Cristo? Entonces yo me regocijo en eso, sí, y me regocijaré. ¿Son guiados los hombres a Cristo? Entonces este es el ministerio de salvación. ¿Es Él predicado como primero y último? ¿Son los hombres invitados a ser justificados por fe en Él, y luego a seguirle y a copiar su ejemplo divino? Es bueno. Yo no creo que nadie levantara jamás la cruz de Cristo de una manera dañina. Si es solo la cruz la que se ve, es la visión de la cruz, no de las manos que la levantan las que traen la salvación. Algunos movimientos modernos son anunciados con gran ruido, y algunos vienen tranquilamente; pero si glorifican a Cristo, está bien. Pero, queridos amigos, si es alguna nueva teoría la que es propuesta, si es un viejo error revivido, si es algo muy deslumbrante y fascinante, y por un tiempo atrae y arrastra a las multitudes, no piensen nada al respecto; a menos que glorifique a Cristo no es para ustedes ni para mí. “*Aliquid Christi,*” como uno de los antiguos padres dijo: “Cualquier cosa de Cristo a mí me encanta; pero nada de Cristo, o algo contra Cristo, entonces puede ser muy fascinante y encantador, altamente poético, y en consonancia con el espíritu de la época; pero nosotros decimos de eso: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad donde no hay ningún Cristo.” Donde Él es levantado hay todo lo que se necesita para la salvación de una raza culpable. Juzguen cada movimiento, entonces, no por aquellos que se adhieren a él, ni por aquellos que lo admiran y lo alaban sino por esta palabra de nuestro Señor: “Él me glorificará.” El Espíritu de Dios no está en ello si no glorifica a Cristo.

Una vez más, hermanos, les ruego que *miren esta verdad cuando estén bajo un sentido de gran debilidad física, mental o espiritual.* Has terminado de predicar un sermón, has completado una ronda con tus tratados, o has concluido tu labor en la escuela dominical por otro domingo. Te dices: “Me temo que lo he hecho muy pobemente.” Gimes cuando te retiras a tu cama porque piensas que no has glorificado a Cristo. Es muy bueno que gimas si ese es el caso. No lo voy a prohibir, pero voy a aliviar la amargura de tu turbación recordándote que es el Espíritu Santo el que ha de glorificar a Cristo: “Él me glorificará.” Si yo predico, y el Espíritu Santo está conmigo, Cristo será glorificado; pero si yo fuera capaz de hablar con las lenguas de los hombres, y de ángeles, pero sin el poder del Espíritu Santo, Cristo no sería glorificado. Algunas veces, nuestra debilidad podría incluso ayudar a abrir paso para el mayor despliegue del po-

der de Dios. Si es así, podemos gloriarnos en la debilidad, para que el poder de Cristo esté en nosotros. No somos meramente nosotros los que hablamos, sino el Espíritu del Señor es el que habla por nosotros. Hay un sonido de abundancia de lluvia afuera del Tabernáculo; ¡quiera Dios que también hubiera el sonido de la abundancia de lluvia dentro de nuestros corazones! ¡Que el Espíritu Santo venga en este momento, y venga en todo tiempo siempre que Sus siervos están tratando de glorificar a Cristo, y que haga Él mismo lo que tiene que ser siempre su propia obra! ¿Cómo podemos ustedes y yo glorificar a alguien y mucho menos glorificar a Aquel que es infinitamente glorioso? Pero el Espíritu Santo, siendo Él mismo el glorioso Dios, puede glorificar al Cristo glorioso. Es una obra digna de Dios; y nos muestra, cuando pensamos en ello, la absoluta necesidad de que clamemos al Espíritu Santo para que nos tome en Su mano, y nos use como un obrero usa su martillo. ¿Qué puede hacer un martillo sin la mano que lo sujetta, y qué podemos hacer sin el Espíritu de Dios?

Sólo voy a hacer una observación más sobre este primer punto. Si el Espíritu Santo ha de glorificar a Cristo, yo les ruego *que pongan un ojo en esta verdad en medio de toda oposición y contenciones*. Si sólo nosotros tuviéramos la tarea de glorificar a Cristo, podríamos ser derrotados; pero como el Espíritu Santo es el Glorificador de Cristo, Su gloria está en manos seguras. “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?” El Espíritu Santo todavía está al frente; el eterno propósito de Dios de establecer a Su Rey en el trono, y hacer que Jesucristo reine por los siglos de los siglos, tiene que ser cumplido, pues el Espíritu Santo ha asumido verlo cumplido. En medio de los tumultos ondulantes de la batalla, el resultado del conflicto nunca está en duda ni por un instante. Pudiera parecer como si la suerte de la causa de Cristo pendiera de una balanza, y que los platillos estuvieran en equilibrio; pero no es así. La gloria de Cristo nunca se desvanece; tiene que aumentar de día en día, conforme es dado a conocer en los corazones de los hombres por el Espíritu Santo; y el día vendrá cuando la alabanza de Cristo subirá de todas las lenguas humanas. Toda rodilla se doblará ante Él, y cada lengua confesará que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios el Padre. Por tanto, alcen las manos que están colgando, y afirmen las rodillas débiles. Si tú has fallado en glorificar a Cristo por tu discurso como querías, hay Otro que lo ha hecho, y que todavía lo hará, de acuerdo a las palabras de Cristo: “Él me glorificará.” Mi texto pareciera ser una campana de plata, que resuena dulce consuelo en el oído del obrero desalentado, “Él me glorificará.”

Ese es el primer punto, el Espíritu Santo es el Glorificador de nuestro Señor. Mantengan el ojo de su mente enfocado a esa verdad bajo todas las circunstancias.

II. Ahora, en segundo lugar, LAS PROPIAS COSAS DE CRISTO SON SU MEJOR GLORIA. Cuando el Espíritu Santo quiere glorificar a Cristo, ¿qué es lo que hace? No busca nada afuera, sino que viene a Cristo mismo por aquello que será para la propia gloria de Cristo: “Él me glorificará: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber.” No puede haber ninguna gloria agregada a Cristo; tiene que ser su propia gloria que ya tiene, que es hecha más aparente para los corazones de los escogidos de Dios por el Espíritu Santo.

Primero que nada, *Cristo no necesita que le glorifiquen nuevas invenciones*. Hemos dado con una nueva línea de cosas,” dice uno. ¿Lo has hecho? “Hemos descubierto algo muy maravilloso.” Me atrevo a decir que sí; pero Cristo, el mismo ayer, y hoy y por los siglos, no necesita ninguno de tus inventos o descubrimientos, o adiciones a esta verdad. Un Cristo sencillo es siempre el Cristo más codiciado. Vistelo, y lo habrías deformado y difamado. Sácalo tal como es, el Cristo de Dios, nada más que Cristo, a menos que traigas Su cruz, pues nosotros predicamos a Cristo crucificado; ciertamente, no puedes tener al Cristo sin la cruz; pero predica a Cristo crucificado, y le habrás dado toda la gloria que quiere. El Espíritu Santo no revela en estos últimos tiempos ninguna ordenanza fresca, ni ninguna doctrina novel, o alguna nueva evolución; pero Él simplemente trae a la mente las cosas que Cristo mismo habló, trae las propias cosas de Cristo para nosotros, y de esa manera le glorifica.

Piensen por un minuto en *la persona de Cristo como fue revelada por el Espíritu Santo*. ¿Qué le puede glorificar más que veamos Su persona, Dios verdadero de Dios verdadero, y sin embargo, hombre verdadero? ¡Qué asombroso ser, tan humano como nosotros mismos, pero tan divino como Dios! ¿Hubo alguien alguna vez como Él? Jamás.

Piensen en Su *encarnación*, Su nacimiento en Belén. Hubo mayor gloria entre los bueyes en el establo de la que haya sido vista jamás donde esos que nacen en salones de mármol fueron envueltos en púrpura y lino fino. ¿Hubo alguna vez otro bebé como Cristo? Nunca. No me sorprende que los sabios cayeran de rodillas para adorarle.

Miren Su *vida*, la permanente maravilla de todas las épocas. Los hombres que no le han adorado, le han admirado. Su vida es incomparable, única; no hay nada parecido a ella en toda la historia de la humanidad. La imaginación no ha sido capaz jamás de inventar algo que se aproxime a la belleza perfecta de la vida de Jesucristo.

Piensen en Su *muerte*. Ha habido muchas muertes heroicas y de mártires; pero no hay una sola que pudiera ponerse lado a lado con la muerte de Cristo. Él no pagó la deuda de la naturaleza como lo hacen otros; y sin embargo, Él pagó la deuda de nuestra naturaleza. Él no murió porque tuviera que hacerlo; murió porque quiso. El único “tienes que” que le sobrevino fue una necesidad de un amor que todo lo vence. La cruz de Cristo es el portento más grande de realidad o de ficción; la ficción inventa muchas cosas maravillosas, pero nada puede ser contemplado ni por un instante en comparación con la cruz de Cristo.

Piensen en la *resurrección* de nuestro Señor. Si esta fuera una de las cosas que son tomadas, y mostradas a ti por el Espíritu Santo, te llenará de santo deleite. Yo estoy seguro que podría ir a ese sepulcro, donde fueron Juan y Pedro, y pasar una vida entera reverenciando al que derribó las barreras de la tumba, y la convirtió en una vía de conexión con el cielo. En vez de ser un calabozo y un callejón sin salida, al cual todos los hombres parecían ir, pero ninguno podía salir jamás, Cristo, por Su resurrección ha abierto un túnel justo a través de la tumba. Jesús, por Su muerte, ha dado muerte a la muerte para todos los creyentes.

Luego piensen en Su *ascensión*. ¿Pero por qué necesito llevarte por todas estas escenas con las cuales estás benditamente familiarizado? ¡Qué sorprendente hecho ese, cuando la nube le ocultó de la vista de los discípulos, los ángeles vinieron para escoltarlo a Su hogar celestial!—

***“Trajeron Su carruaje de lo alto,
Para llevarlo a Su trono;
Batieron sus alas triunfantes, y clamaron,
La gloriosa obra está hecha.”***

Piensen en Él ahora, *a la diestra del Padre*, adorado por todas las huestes celestiales; y luego dejen que su mente vuele y avance a la gloria de Su Segundo advenimiento, el juicio final con sus terribles terrores, el milenio con su indescriptible bienaventuranza, y el cielo de los cielos, con su esplendor sin paralelo y sin fin. Si el Espíritu Santo te muestra estas cosas, las visiones beatíficas ciertamente glorificarán a Cristo, y tú te sentarás, y cantarás con la Virgen bendita: “Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.”

Así, ustedes ven que las cosas que glorifican a Cristo están todas en Cristo; el Espíritu Santo no recupera nada de fuera, sino que toma de las cosas de Cristo, y nos las muestra a nosotros. La gloria de los reyes radica en su plata y en su oro, en su seda y sus joyas; pero la gloria de Cristo radica en Él mismo. Si queremos glorificar a un hombre, le llevamos regalos; si deseamos glorificar a Cristo, tenemos que aceptar regalos de Él. Así tomamos la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor y al hacer eso glorificamos a Cristo.

Noten, a continuación, que *estas cosas de Cristo son demasiado brillantes para que las veamos hasta que el Espíritu nos las muestra.* No podemos verlas por su excesiva gloria, hasta que el Espíritu Santo tiernamente nos las revela a nosotros, hasta que toma de las cosas de Cristo y nos las muestra.

¿Qué quiere decir esto? ¿No significa, primero, que ilumina nuestros entendimientos? Es maravilloso cómo el Espíritu Santo puede tomar a un necio y hacerle saber las maravillas del agonizante amor de Cristo; y Él se lo hace saber muy rápidamente cuando comienza a enseñarle. Algunos de nosotros hemos sido aprendices muy lentos, con todo el Espíritu Santo ha sido capaz de enseñarnos algo incluso a nosotros. Él abre las Escrituras, y también abre nuestras mentes; y cuando hay estas dos aberturas juntas, ¡qué maravillosa abertura es! Se vuelve como una nueva revelación; la primera es la revelación de la letra que tenemos en el Libro; la segunda es la revelación del Espíritu, que recibimos en nuestro propio espíritu. ¡Oh, mi querido amigo, si el Espíritu Santo ha iluminado alguna vez tu entendimiento, tú sabes en qué consiste que les muestre las cosas de Cristo!

Pero a continuación Él hace esto mediante una obra en el alma entera. Quiero decir esto. Cuando el Espíritu Santo nos convence de pecado, nos volvemos aptos para ver a Cristo, y así el bendito Espíritu nos muestra a Cristo. Cuando estamos conscientes de nuestra debilidad, entonces vemos la fuerza de Cristo; y así el Espíritu Santo nos lo muestra. A menudo, las operaciones del Espíritu de Dios pudieran parecer no ser directamente el mostrarnos a Cristo, pero ya que nos preparan para verle, son una parte de la obra.

El Espíritu Santo algunas veces nos muestra a Cristo por Su poder de vivificar la verdad. Yo no sé si pueda decirles lo que quiero decir; pero algunas veces he visto una verdad de manera diferente de como la he visto antes. Lo sabía desde hacía tiempo, lo reconocía como parte de la revelación divina; pero ahora me doy cuenta, lo sujeto, lo agarro, o lo que es mejor, parece que me sujetara más bien a mí, y me agarrara con sus poderosas manos. ¿No han tenido sumo gozo algunas veces con una promesa que nunca les pareció que fuera algo antes? O una doctrina que ustedes creían, pero que nunca apreciaron plenamente, se ha convertido súbitamente en una joya de la más alta calidad, un verdadero Koh-i-Noor, o, "Montaña de Luz." El Espíritu Santo tiene una manera de enfocar la luz, y cuando cae de esta especial manera en un cierto punto, entonces la verdad es revelada a nosotros. Él tomará de las cosas de Cristo y os las hará saber. ¿No han sentido nunca que están listos a saltar de gozo, listos a dar un salto de su silla, listos a sentarse en su cama en la

noche, y cantar alabanzas a Dios sobre la influencia abrumadora de alguna vieja verdad grandiosa que les ha parecido ser de manera súbita e inmediata muy nueva para ustedes?

El Espíritu Santo también nos muestra las cosas de Cristo en nuestra experiencia. Conforme continuamos viajando en la vida, pasamos una colina y luego un valle, a través de la brillante luz del sol y a través de unas oscuras sombras, y en cada una de esas condiciones aprendemos un poco más de Cristo, un poco más de Su gracia, un poco más de Su gloria, un poco más de la carga del pecado, un poco más de Su gloriosa justicia. Bienaventurada es la vida que es precisamente una larga lección sobre la gloria de Cristo; y yo pienso que así es como debería ser cada vida cristiana. “Toda línea oscura y sinuosa” en nuestra experiencia debería encontrarse en el centro de la gloria de Cristo, y debería conducirnos más cerca y más cerca del poder de gozar de la bienaventuranza a Su diestra por los siglos de los siglos. Así el Espíritu Santo toma de las cosas de Cristo, y nos las muestra, y así glorifica a Cristo.

Amados, la lección práctica que hemos de aprender es esta: *procuremos permanecer bajo la influencia del Espíritu Santo*. Para ese fin, pensemos muy reverentemente en Él. Algunos no piensan en Él para nada. ¡Cuántos sermones hay sin siquiera una sola alusión a Él! ¡Qué vergüenza para los predicadores de tales discursos! ¡Si algunos oyentes vienen sin orar pidiendo la asistencia del Espíritu Santo, qué vergüenza para tales oyentes! Sabemos y confesamos que Él es todo para nuestra vida espiritual; entonces, ¿por qué no lo recordamos con mayor amor y le adoramos con un más grande honor, y pensamos en Él continuamente con mayor reverencia? Tengan cuidado de no cometer el pecado contra el Espíritu Santo. Si alguno de ustedes siente algún toque suave de Su poder cuando estás escuchando un sermón, ten cuidado no sea que endurezcas tu corazón contra él. Siempre que el sagrado fuego viene como una chispa no apagues al Espíritu Santo, sino ora pidiendo que la chispa se pueda convertir en una flama. Y tú, pueblo cristiano, clama a Él pidiendo que no lean sus Biblia sin Su luz. ¡No oren sin que sean ayudados por el Espíritu; sobre todo, que nunca prediquen sin el Espíritu Santo! Parece una lástima cuando un hombre pide ser guiado por el Espíritu en su predicación, y luego saca un manuscrito y lo lee. El Espíritu Santo puede bendecir lo que lee; pero no puede guiarle muy bien cuando se ha atado a lo que ha escrito. Y será lo mismo con el expositor si sólo repite lo que ha aprendido, y no deja ningún espacio para el Espíritu para que le dé un nuevo pensamiento, una fresca revelación de Cristo; ¿cómo puede esperar la bendición divina bajo tales circunstancias? ¡Oh, sería mejor que nos sentáramos tranquilos hasta que algunos fuéramos movidos por el

Espíritu a levantarnos y hablar, en vez de que prescribamos los métodos por los cuales Él debería hablarnos, e incluso escribamos las propias palabras que tenemos la intención de expresar! ¿Qué espacio hay entonces para las operaciones del Espíritu?—

“Ven, Espíritu Santo, Paloma celestial,”

No puedo evitar prorrumpir en esta oración: “Bendito Espíritu, permanece con nosotros, toma de las cosas de Cristo y muéstranosalas, para que así Cristo sea glorificado.”

III. Sólo voy a hablar un minuto o dos sobre el último punto. Es un tema muy profundo, demasiado profundo para mí. Soy incapaz de llevarlos a las profundidades de mi texto y no pretenderé hacerlo; yo creo que hay significados aquí que probablemente no entenderemos nunca hasta que lleguemos al cielo. “Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.” Pero este es el punto, LA GLORIA DE CRISTO ES LA GLORIA DE SU PADRE: “Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso digo que tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

Primero, *Cristo tiene todo lo que el Padre tiene*. Piensa en eso, por favor. Ningún simple hombre se atreve a decir: “Todo lo que tiene el Padre es mío.” Toda la Deidad está en Cristo; no únicamente todos sus atributos, sino su esencia. El Credo de Nicea lo expresa bien, y no es demasiado fuerte en la expresión: “Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero,” pues Cristo tiene todo lo que tiene el Padre. Cuando venimos a Cristo, venimos al omnipotente, al omnipresente, al omnisciente; venimos a la todopoderosa inmutabilidad; venimos de hecho, a la eterna Deidad. El Padre tiene todas las cosas, y todo poder es dado a Cristo en el cielo y en la tierra, de manera que tiene todo lo que tiene el Padre.

Y, adicionalmente, *el Padre es glorificado en la gloria de Cristo*. No cagamos nunca en el falso concepto de que si magnificamos a Cristo, estamos depreciando al Padre. Si algunos labios han hablado alguna vez concerniente al Cristo de Dios como para depreciar al Dios de Cristo, que esos labios se cubran de vergüenza. Nosotros nunca predicamos a Cristo como misericordioso, y al Padre como sólo justo, o Cristo como convenciendo al Padre para que sea clemente. Esta es una calumnia que ha sido arrojada sobre nosotros, pero no hay ni un solo átomo de verdad en ello. Hemos sabido y creído lo que Cristo mismo dijo: “Yo y el Padre uno somos.” Entre más glorioso es Cristo, más glorioso es el Padre; y cuando los hombres que profesan ser cristianos comienzan a hacer a un lado a Cristo, hacen a un lado a Dios el Padre en gran medida. La irreverencia para con el Hijo de Dios pronto se convierte en irreverencia para con el propio Dios. Pero, queridos amigos, nos deleita honrar a Cristo y continuaremos haciéndolo. Aun cuando estemos en el cielo de los cielos, de-

lante del ardiente trono del infinito Jehová, cantaremos alabanzas a Él y al Cordero, poniendo a los dos por siempre en esa divina conjunción en la que siempre han de ser encontrados.

Así, ustedes ven que Cristo tiene todo lo que el Padre tiene, y cuando es glorificado, el Padre es también glorificado.

A continuación, *el Espíritu Santo tiene que conducirnos a ver esto*, y estoy seguro de que lo hará. Si nos entregamos a Su enseñanza, no caeremos en ningún error. Será un gran misterio, pero sabremos lo suficiente de tal manera que nunca nos turbará. Si te sientas y procura estudiar el misterio del Eterno, bueno, yo creo que entre más mires, más te asemejarás a personas que miran al mar desde una gran altura, hasta que se marean, y están a punto de caer y ahogarse. Crean lo que el Espíritu les enseña, y adoren a su Divino Maestro; entonces Su instrucción se tornará fácil para ustedes. Yo creo que conforme nos volvemos viejos, llegamos a adorar a Dios como Abraham lo hacía, como Jehová, el grandioso YO SOY. Jesús no se desvanece en el fondo pero la gloriosa Deidad pareciera volverse más y más aparente para nosotros. La palabra de nuestro Señor a Sus discípulos: “Creéis en Dios, creed también en mí,” conforme envejecemos, pareciera convertirse en esto: “Creéis en mí, creed también en Dios.” Y cuando llegamos a una plena confianza en el glorioso Señor, el Dios de la naturaleza, y de la providencia, y de la redención, y del cielo, el Espíritu Santo nos da a conocer más de las glorias de Cristo.

He hablado con ustedes tan bien como podía sobre este sublime tema, y si no supiera que el Espíritu Santo glorifica a Cristo, regresaría a casa en un estado miserable, pues no he sido capaz de glorificar a mi Señor como querría; pero yo sé que el Espíritu Santo puede tomar lo que acabo de decir del fondo de mi corazón, y puede ponerlo en sus corazones, y puede agregar a ello todo lo que yo he omitido. Vayan ustedes que aman al Señor, y glorifiquenlo. Traten de hacerlo con sus labios y con sus vidas. Vayan ustedes, y prediquenlo, prediquen más de Él, y prediquenlo más alto todavía, y más alto, y más alto. La anciana dama de la que me he enterado, cometió un error en lo que dijo, con todo había una verdad detrás de su pifia. Ella había asistido a una pequeña capilla bautista, donde predicaba un alto calvinista, y al salir dijo que le gustaban más los predicadores del “Elevado Calvario.” A mí también. Denme un predicador del “Elevado Calvario,” uno que hará del Calvario el más alto de los montes. Yo supongo que no era una colina del todo, sino solo un montículo; con todo, alcémoslo más alto y más alto, y digan a todos los demás montes: “¿Por qué observáis, oh montes altos, al monte que deseó Dios para su morada? Ciertamente Jehová habitará en él para siempre.” El Cristo

crucificado es más sabio que toda la sabiduría del mundo. La cruz de Cristo contiene más novedad que todas las cosas frescas de la tierra. ¡Oh creyentes y predicadores del Evangelio, glorifiquen a Cristo! ¡Que el Espíritu Santo les ayude a hacerlo!

Y ustedes, pobres pecadores, que piensan que no pueden glorificar a Cristo del todo, y confiar en Él—

“Vengan desnudos, vengan inmundos, tal como están,”

y crean que Él los recibirá; pues eso le glorificará. ¡Cree, incluso ahora, oh pecador que estás a las puertas de la muerte, que Cristo puede hacerse vivir pues tu fe le glorificará! Mira hacia fuera desde las terribles profundidades del infierno al cual te ha arrojado la conciencia, y cree que Él puede arrancarte de ese terrible pozo y fuera de la ciénaga de lodo, y poner tu pie sobre una roca; ¡pues tu confianza le glorificará! Estás en poder del pecador darle a Cristo la mayor gloria, si el Espíritu Santo le capacita a creer en el Señor Jesucristo. Tú puedes venir, tú, que estás más leproso, más enfermo, más corrupto que cualquier otro; y si lo miras a Él, y Él te salva, ¡oh, entonces tú le alabarás! Tú compartirás la mente de aquel de quien he hablado muchas veces, que me dijo: “Amigo, tú dices que Cristo puede salvarme. Bien, si lo hace, nunca dejará de oír al respecto.” No, y Él nunca dejará de oír al respecto. Bendito Jesús—

***“Y yo te voy a amar en vida, y te voy a amar en muerte,
Y te alabaré en tanto que me prestes aliento;
Y cuando el rocío de la muerte yazca frío sobre mi frente,
Si alguna vez te amé, Jesús mío, es ahora.
En mansiones de gloria y deleite sin fin,
Siempre te adoraré en el cielo tan brillante;
Cantaré con la reluciente corona sobre mi frente,
Si alguna vez te amé, Jesús mío, es ahora.”***

No haremos ninguna otra cosa que alabar a Cristo, y glorificarle, si nos salva del pecado. ¡Que Dios nos conceda que así sea para cada uno de nosotros, por causa del Señor Jesucristo! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermon #2382 - Volume 40

THE HOLY SPIRIT'S CHIEF OFFICE

Dulces Remedios para el Alma Abatida

NO. 2798

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DE UN DOMINGO DEL INVIERNO DE
1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON.
EN LA CAPILLA NEW PARK STREET, SOUTHWARK, LONDRES,
Y LEÍDO EL DOMINGO 28 DE SEPTIEMBRE DE 1902.**

**“Dios mío, mi alma está abatida en mí; me acordaré, por tanto, de ti desde la tierra del Jordán, y de los hermonitas, desde el monte de Mizar.”
Salmo 42:6.**

Aquí encontramos una queja común al pueblo de Dios; y aquí hay dos remedios que David, guiado sabiamente por Dios, administra con discreción. Dirijamos nuestra meditación en este orden: primero, *vamos a hablar de la queja*; y luego, en segundo lugar, *vamos a examinar el botiquín, y a usar los remedios que son provistos allí*.

I. HABLEMOS DE LA QUEJA: “Dios mío, mi alma está abatida en mí.”

No sabemos cuál era la razón precisa por la que el alma de David estaba abatida. Tal vez era porque había sido arrojado fuera de la ciudad real por su propio hijo, el hijo que había mimado y consentido, y que por tanto, había convertido en una vara para su propia espalda. Estamos bastante seguros de que se le había denegado entonces el privilegio de subir a la casa de Dios; ya no podía unirse a la muchedumbre que guardaba el día santo. Probablemente tanto su ausencia del tabernáculo como el motivo de esa ausencia se combinaron para abatir su espíritu.

Sin embargo, no estoy seguro de que la combinación de estos dos motivos hubiera bastado para abatir el espíritu de David, a no ser por la existencia de un ingrediente más amargo en su copa de tristeza. Ha habido buenos individuos que, habiéndose encontrado en circunstancias similares a las de David en aquel momento, pudieron ceñir los lomos de su mente, y esperar hasta el fin. Cuando fueron mordidos por algo que es más filoso que el colmillo de una serpiente, es decir, un hijo malagradecido y la privación de la asistencia a la casa de Dios, incluso entonces, fueron capaces de apoyarse en el Señor y regocijarse en el Altísimo.

La verdadera razón de la congoja del salmista era, sin duda, que Dios había ocultado Su rostro de él, al menos en cierto grado, y por ello, todas las flores de Sus gracias estaban mustias, y su gozo, que en otro tiempo resplandecía a la luz del sol de la faz de Dios, era ahora tenue y sombrío. Los problemas pueden alterar al hombre exterior, pero no pueden perturbar el alma del hijo de Dios mientras sienta que el Señor Jehová es su fortaleza de los siglos.

Sí, sucede algunas veces que la propia presión que sobrecarga el plátano de la balanza de sus esperanzas terrenales, tiende a levantar el plátano opuesto de su paz espiritual. Mientras Dios esté con él, las tribulacio-

nes no son nada, pues las echa sobre Jehová, pero si Dios se retira de él por un tiempo, entonces está turbado; esa montaña que parecía estar firme, comienza a tambalearse y a temblar, y a demostrar la inestabilidad e insuficiencia de todas las bases mortales de la confianza.

Las causas de nuestro abatimiento son muy numerosas. Algunas veces, se trata de un dolor corporal; quizá sea un dolor recalcitrante que pone a prueba los nervios, impide el sueño, distrae nuestra atención, nos despoja de consuelo y oculta de nuestros ojos el contentamiento.

Con frecuencia, también, ha sido una debilidad corporal; alguna secreta enfermedad ha estado minando y socavando el propio vigor de nuestra vida, y no sabíamos que estaba allí, mientras nos acercábamos insensiblemente a las puertas de la muerte. Nos hemos sorprendido por habernos sentido abatidos, cuando habría sido mil veces más sorprendente que no hubiésemos estado deprimidos. Nos hemos asombrado por habernos sentido descorazonados, cuando el médico nos diría que este no era sino uno de muchos síntomas, que comprobaban que no estábamos bien en cuanto a nuestra salud corporal.

Con frecuencia, alguna calamidad aplastante ha sido la causa de la depresión de espíritu. Una prueba ha sucedido a la otra, todas sus esperanzas se han perdido, y sus propios medios de subsistencia les han sido arrebatados. Todas sus necesidades han permanecido, pero las provisiones les fueron retiradas.

En otros momentos, ha sido el luto el que los ha abatido en gran manera. El hacha ha estado activa en el bosque de sus dichas domésticas. Ha caído un árbol tras otro; aquellos de los que tomabas los frutos más maduros de dulce compañía y congenial comunión, han sido derribados por el despiadado leñador. Han experimentado su pérdida definitiva en lo que concierne a este mundo.

O pudiera ser que hubieran sido calumniados. Se ha hablado mal de su bien, sus motivos más santos han sido malinterpretados, sus aspiraciones más divinas han sido tergiversadas, y ustedes han andado girando como con un espada atravesada en sus huesos, mientras los maliciosos les han lanzado improperios, diciendo: “¿Dónde está ahora Jehová tu Dios?”

Los casos de depresión de espíritu son tan diversos que se requeriría en verdad de una rara panacea, de un maravilloso remedio, para que se adecuara a todos ellos. Sin embargo, cuando hablamos de los remedios mencionados en nuestro texto, los encontraremos adecuados para la mayoría de estos casos, si no es que para todos, y adecuados para todos los casos, en algún grado, aunque no lo fueran en toda su más plena extensión.

Pasemos ahora, de las más obvias, a *las causas más sutiles del desaliento del alma*. Esta queja es muy común en medio del pueblo de Dios. Cuando el joven creyente tiene que sufrirla por primera vez, piensa que no puede ser un hijo de Dios; “pues”—dice— “si fuera un hijo de Dios, ¿acaso me sentiría así?” ¡Qué sueños tan hermosos tenemos algunos de

nosotros cuando apenas somos convertidos! Nos imaginamos que vamos a navegar directo al cielo, y que vamos a tener un próspero viaje en todo el camino; el viento será siempre favorable para nosotros, y no ha de haber nunca un mar alborotado, y ninguna nube de tormenta ha de rondar sobre el barco en todo el día; y, si hubiesen noches, las estrellas serán tan brillantes que será tan claro como el día. O, posiblemente, nos imaginamos que hemos llegado a un país donde todas las personas serán amables con nosotros, donde todas las circunstancias nos serán propicias, donde todo propenderá a nutrir nuestra piedad, y nuestros propios corazones, en verdad, se verán libres para siempre de terrores legales y alarmas peligrosas.

¡Oh, qué insensatas criaturas somos cuando soñamos de esa necia manera! No sabemos a lo que hemos nacido en nuestro segundo nacimiento, pues, así como un hombre nace a las tribulaciones en su primer nacimiento, cuando nace una segunda vez, nace a una doble porción de tribulaciones. La primera vez, nació a la tribulación física y mental; pero ahora que ha nacido de nuevo, ha nacido a tribulaciones espirituales; y así como tendrá nuevos gozos, también tendrá una larga lista de nuevas aflicciones.

Todo eso, sin embargo, nos es desconocido al principio y, cuando nos llega, nos sorprende. ¿Me estoy dirigiendo a alguien que está presto a exclamar: "voy a renunciar a toda esperanza; estoy seguro de que no puedo ser un hijo de Dios porque estoy muy abatido"? ¡Oh, tú, alma ignorante, has de saber que los más avanzados santos sufren exactamente de la misma manera! Hombres que han sido seguidores de Cristo durante cuarenta, cincuenta o sesenta años, se quejan de que, algunas veces, se preguntan si han conocido a Cristo en absoluto. Experimentan temporadas cuando preferirían arrastrarse dentro de una ratonera y ocultar sus cabezas, antes que ser vistos en medio del pueblo de Dios, porque temen ser hipócritas, y tienen miedo de que no haya una raíz real en ellos.

Vamos, jóvenes cristianos, yo les digo que los más experimentados creyentes, los hombres que tienen gran conocimiento doctrinal y mucha sabiduría experimental, los hombres que han vivido muy cerca de Dios y han tenido la más extasiada e íntima comunión con su Señor y Salvador, son precisamente los hombres que experimentan sus decaimientos, y sus inviernos, y sus tiempos cuando se preguntan si realmente aman al Señor o no.

Aun el apóstol Pablo no estaba exento de dudas y temores, pues escribió: "De fuera, conflictos; de dentro, temores"; y en otra ocasión comentó: "Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado."

El varón conforme al corazón del propio Dios, David, un hombre de tan profunda experiencia que ninguno de nosotros podría descifrar plenamente, y mucho menos emular; un hombre de tan ferviente amor que unos pocos de nosotros podrían hacer algo más que aspirar a captar esa

santa llama, sin embargo, tenía que clamar en alto, y además con mucha frecuencia: “Dios mío, mi alma está abatida en mí.”

“Pero”—dirá alguien—“este desfallecimiento semejante a la muerte me sobreviene a menudo; por tanto, yo no puedo ser un hijo de Dios.” Ay, pero déjame decirte que, posiblemente, te vendrá con mayor frecuencia; o, si viniera más espaciadamente, si gozaras de semanas de alegría, o incluso de meses de dicha, es justamente posible que tus dudas se vean redobladas en intensidad, y tu alma experimente todavía mayores tribulaciones. Puesto que tan grande Salvador es provisto para nuestra liberación, debemos esperar tener grandes abatimientos de los que necesitaremos ser liberados.

Vamos, creyente, ¿qué valor tendrían la mitad de las promesas si no estuviéremos sujetos a dudas y temores? ¿Por qué nos ha dado tantos ‘Yo haré’ y ‘Así será’ si no fuera porque sabía que tendríamos tantos desafortunados condicionales, como *si y por ventura*? Él no nos habría dado nunca tal provisión de consuelo tan bien surtida, si no hubiese sabido con anticipación que habríamos de tener una medida plena de aflicción. Dios no establece nunca una provisión mayor de la que será necesaria; entonces, como hay abundancia de consolaciones, podemos estar seguros de que habrá también una abundancia de tribulaciones. Habrá mucho temor y abatimiento, para cada uno de nosotros, antes de que veamos el rostro de Dios en el cielo. Esta enfermedad de la depresión del alma es común a todos los santos; no hay ningún miembro del pueblo de Dios que escape por completo de ella.

Permitanme dar un paso adelante, y decir que *la enfermedad mencionada en nuestro texto, aunque es sumamente dolorosa, no es peligrosa en absoluto*. Cuando un hombre tiene un dolor de muelas, aunque se trata de una experiencia muy afflictiva, no le mata. Ha habido algunas personas que, insensata y enojadizamente, han deseado morir para escapar de ese dolor, pero nadie muere por su causa. Las cifras de mortalidad no se ven incrementadas por sus víctimas.

Y, de igual manera, los hijos de Dios son muy hostigados por sus dudas y temores, pero nunca pierden la vida por su causa. Representan un grave problema, pero no son una enfermedad mortal; son sensiblemente vejatorios, pero no son destructivos. ¡Vamos, es posible que tengan una fe real, y, sin embargo, que posean la más afflictiva incredulidad!

“¡Oh!”—preguntas tú—“¿cómo pueden coexistir la fe y la incredulidad?” No pueden vivir en paz juntas, pero pueden morar juntas en el mismo corazón. Recuerden lo que nuestro Señor Jesús le dijo a Pedro: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” No le dijo: “¡Hombre sin fe!”, sino “de poca fe.” Esto es, había alguna fe, aunque también había mucha duda en él.

Entonces, en el salmista había alguna fe—había, en verdad, mucha fe—pues dijo: “Dios mío”, y se requiere de gran fe para decir: “Dios mío.” Y, sin embargo, ¿acaso no hay aquí también una gran incredulidad? De otra manera, ¿habría estado abatida su alma en absoluto? Pero, a la vez,

¿acaso no poseía los intensos anhelos de una esperanza viva en Dios? Si no fuera así, ¿se habría atrevido a decir: "Me acordaré, por tanto, de ti desde la tierra del Jordán, y de los hermonitas, desde el monte de Mizar?"

El hecho es que nosotros somos la más extraña mezcla de contradicciones que se hubiere conocido jamás. No seremos capaces de entenderlos nunca. Dios nos conoce completamente, pero nosotros nunca nos comprenderemos enteramente, al menos en esta vida. Recordarán aquel versículo acerca de las santas mujeres en el sepulcro de Cristo. Después que hubieron oído el mensaje del ángel: "Salieron del sepulcro *con temor y gran gozo.*" ¡Cuán extraña mezcla es esa! Por un lado, tenemos el fruto de oro del gozo; y, por el otro, el negro fruto del miedo. Así que se convierte en un tipo de obra de contrastes: hay blancos y negros, gozos y aflicciones, bienaventuranza y lamento, que están entremezclados. En el cristiano pueden encontrarse el gozo más sublime y la aflicción más profunda, y en el hijo de Dios pueden juntarse la fe más verdadera y las más afflictivas dudas. Por supuesto que sólo se encuentran allí para convertir a su corazón en un campo de batalla, pero pueden encontrarse allí, y su fe puede ser real a la vez que sus dudas son sobrecogedoras.

Me gustaría comentar, adicionalmente, que no sólo es posible que un hombre esté abatido de esa manera y que, sin embargo, tenga verdadera fe en todo momento, sino que *podría estar creciendo efectivamente en gracia mientras está abatido;* ay, y cuando está abatido podría estar colocado realmente más alto que cuando estaba puesto en pie. ¡Es un extraño enigma! Pero nosotros, que hemos pasado por esa experiencia, sabemos que es verdad. Cuando estamos inclinados sobre nuestros rostros, estamos generalmente más cerca del cielo. Cuando nos hundimos más abajo en nuestra propia estima, ascendemos más alto en la comunión con Cristo, y en Su conocimiento.

Alguien dijo: "La ruta hacia el cielo no es hacia arriba, sino hacia abajo." Hay algo de verdad en ese dicho: aunque es hacia arriba en Cristo, es hacia abajo en el yo. Como canta el doctor Watts—

***Entre más me deslumbren Tus glorias,
Más humilde estaré tendido.***

Lo inverso es igualmente cierto: entre más humilde me tienda a los pies de mi Salvador, Sus glorias me deslumbrarán más. El propio abatimiento en el polvo capacita al cristiano algunas veces para soportar una bendición de Dios que no podría haber resistido si hubiera estado de pie. Existe tal cosa como ser aplastado por un peso de gracia, ser doblegado por el tremendo peso de las bendiciones, recibir tales bendiciones de Dios que, si nuestra alma no fuere abatida por ellas, serían nuestra ruina. Es algo bueno para nosotros, algunas veces, que el miedo nos aterrorice y la prosperidad nos turbe. Algunos de ustedes tal vez no entiendan lo que digo, y no lo harán hasta que vivan esta experiencia de la que les he estado hablando; pero sucede, en efecto, que las amarguras limpian y en-

dulzan el paladar espiritual de los hijos de Dios, mientras que hay golosinas que llenan su boca de amarguras.

Yo sé que yo mismo he entonado cánticos en la noche después de haber gemido durante el día; y, a menudo, un golpe saludable proveniente de la amorosa mano de Dios, aunque me haya dolido, me ha curado de algún otro dolor mucho más funesto. Allí donde los besos herían, los golpes han sanado.

La vida cristiana es un enigma, y el pueblo de Dios está sumamente familiarizado con ese enigma en su experiencia. Deben resolverlo antes de poder entenderlo. Así que repito que este abatimiento es consistente con el más elevado grado de piedad. La depresión de espíritu no es un índice de una gracia que declina; la propia pérdida de gozo y la ausencia de seguridad, pueden ir acompañadas del mayor avance en la vida espiritual. Noten que si continúa mes tras mes, y aun año tras año, entonces sería un signo de gran debilidad de fe; pero si sólo viene ocasionalmente, como nubes pasajeras que sobrevuelan nuestro cielo, está bien. No necesitamos lluvia todos los días de la semana, ni todas las semanas del año; pero si la lluvia viene algunas veces, vuelve fértiles a los campos, y llena de agua los arroyos; y después de que ha caído el aguacero, el sol brilla otra vez, y proyecta un nuevo resplandor sobre la faz de la naturaleza, hace que los pájaros afinen sus gargantas y canten un cántico nuevo. La tierra nunca luce tan hermosa como cuando se levanta como alguien que ha lavado su rostro en el arroyo, y muestra la frescura de su verdor en el agua refulgente, y cuenta la historia de la prodigiosa habilidad con la que Dios se ha agrado en adornarla. Lo mismo sucede con el cristiano cuando sale de grandes y agudos problemas, y su arpa ha sido afinada, su salterio resuena con alabanzas, y sus labios confiesan agradecidamente a su Dios: "Aumentarás mi grandeza, y volverás a consolarme."

A pesar de lo dolorosa que es esta enfermedad del abatimiento del alma, es frecuentemente de mucha ayuda para nuestro espíritu cuando nos vemos obligados a clamar, con David: "Dios mío, mi alma está abatida en mí." Con frecuencia, estar abatido es lo mejor que podría sucedernos. Me preguntarás: "¿Por qué?" Porque cuando estamos abatidos, nuestro orgullo es sofocado. Somos propensos a crecer demasiado; entonces es algo bueno que nos veamos obligados a descender un nivel o dos. Algunas veces nos elevamos tan alto en nuestra propia estimación, que, a menos que el Señor nos quite algo de nuestro gozo, seríamos destruidos completamente por el orgullo. Si no fuera por este aguijón en la carne, queríramos ser exaltados más allá de toda medida.

Además, cuando llega este abatimiento, nos pone a trabajar en un autoexamen. Esa religión, que había comenzado a ser un asunto de forma y de rito para nosotros, se convierte en algo que debe ser considerado con más profunda diligencia; la vemos como algo real debido a nuestras dudas reales. A menudo, estoy seguro de que, cuando su casa ha sido sacudida, les ha conducido a ver si estaba cimentada sobre una roca. Mientras su barca sólo encontraba un excelente clima, proseguían nave-

gando presuntuosamente; pero cuando la tempestad amenazaba, entonces fue cuando arrizaron las velas, y buscaron su mapa para encontrar su latitud y longitud, temiendo que pudiera haber peligro más adelante. Así que, cuando son conducidos a examinarse, obtienen un bien para su alma.

Una gran pérdida en los negocios ha ayudado algunas veces a un hombre a volverse rico, pues a partir de entonces ha sido más cuidadoso en sus tratos. Ha comenzado a cambiar un sistema de comerciar que, tal vez, le hubiera acarreado la insolvencia, y así su negocio ha sido colocado sobre un fundamento más sólido que antes. De igual manera, este abatimiento de espíritu, al conducirnos a escudriñarnos, puede ayudar, al final, para hacernos más ricos en gracia. Cuando nuestra alma está abatida en nuestro interior, comenzamos a tener tratos más estrechos con Cristo de los que teníamos antes. Una prolongada continuación de calma induce al descuido. Hay una forma de ser petulantes para con Cristo. Comenzamos a pensar que podemos pasárnoslas sin Él; nos imaginamos que tenemos tal cantidad de dinero disponible que podemos hacer negocios por nuestra propia cuenta. Pero cuando surgen las sombrías dudas, regresamos al lugar en el que comenzó nuestra vida espiritual, y cantamos de nuevo—

***“Nada en mi mano traigo,
Simplemente a Tu cruz me aferro.”***

Existe una tendencia, en todos los pámpanos de la Vid viva y verdadera, de intentar dar fruto sin extraer ningún alimento del tallo; así que el Señor, cada vez y cuando, quita el flujo visible de la consolación divina, para que entendamos de manera consciente nuestra entera dependencia de Él.

Cuando ustedes y yo éramos unos niños pequeños, y salíamos a caminar con nuestro padre a la caída de la tarde, solíamos algunas veces adelantarnos corriendo un buen trecho; pero, de pronto, había un gran perro suelto por el camino, y era sorprendente cómo nos aferrábamos entonces a nuestro padre.

Ustedes recordarán cómo Juan Bunyan pintaba ese rasgo del carácter de los niños que iban en la peregrinación con su madre, Cristiana. “Cuando llegaron al lugar donde se encontraban los leones, los muchachos que iban al frente se aglomeraron en la retaguardia, pues tenían miedo de los leones; así que regresaron y se colocaron atrás. Ante esto, su guía sonrió, y dijo: ‘¿cómo es esto, muchachos, prefieren ir al frente cuando no se aproxima ningún peligro, y deciden ir atrás tan pronto aparecen los leones?’”

Lo mismo sucede con nuestras dudas y temores. Nos adelantamos tanto corriendo, que perdemos de vista a Cristo; cuando algunas cosas espantosas nos alarman, entonces salimos huyendo de regreso a la sombra de Su cruz. Esta experiencia es buena y saludable para nosotros.

Otro beneficio que obtenemos cuando somos abatidos es que *nos prepara para identificarnos con los demás*. Si nunca hubiéramos tenido pro-

blemas, seríamos muy pobres consoladores de otros. Les haría bien a la mayoría de los médicos si, ocasionalmente, tuvieran que ingerir algo de su propia medicina. No sería en detrimento del cirujano que supiera una vez en qué consiste tener un hueso roto; pueden estar seguros de que su mano sería mucho más tierna después; no sería tan áspero con sus pacientes como pudiera haberlo sido si él mismo no hubiera sentido tal dolor. Muéstrenme a un hombre que no haya sufrido nunca una tribulación, y yo les mostraré a un hombre sin corazón. Sobre todas las cosas, librenme del hombre que nunca haya tenido algún problema en toda su vida; no deben permitirme que entre en su casa, o que esté cerca de él en ninguna otra parte. Si estoy enfermo, no le permitan siquiera que pase junto a mi ventana, para que su sombra no se proyecte sobre mí, y me ponga peor; pues, si no ha conocido nunca una tribulación, y nunca ha atravesado el horno de la aflicción, ha de ser un hombre de frío corazón y desprovisto de simpatía.

Yo sé que, siempre que Dios elige a un hombre para el ministerio, y tiene el propósito de hacerle útil, si ese hombre espera tener una vida fácil allí, será el más desilusionado de los mortales del mundo. Desde el día en que Dios le llama a ser uno de Sus capitanes, y le dice: "Mira, te he convertido en un líder de los ejércitos de Israel", él debe aceptar todo lo que incluye su misión, aun si eso implica una medida incrementada siete veces de abuso, de tergiversación y de calumnia. Necesitamos un mayor ejercicio del alma que cualquier miembro de nuestro rebaño, pues, de lo contrario, no podríamos mantenernos al frente de él. No seremos capaces de enseñar a otros a menos que Dios nos enseñe a nosotros. Debemos tener comunión con Cristo en el sufrimiento así como comunión en la fe. Aun así, con todos sus inconvenientes, es un bendito servicio, y no quisiéramos retirarnos de él. ¿Acaso no aceptamos todo esto con nuestra comisión? Entonces seríamos cobardes y desertores si fuéramos a volvemos. Estos abatimientos del espíritu son parte de nuestro llamamiento. Si has de ser un buen soldado de Jesucristo, debes soportar rigores. Tendrás que estar metido en las trincheras, algunas veces, con una bala alojada aquí o allá, con una cortada en tu frente hecha por un sable, o un brazo o una pierna desprendidos; donde hay guerra, han de haber heridas, y ha de haber guerra allí donde ha de obtenerse la victoria.

II. No voy a decir nada más con respecto a nuestro abatimiento. Probablemente ya he dicho lo suficiente acerca de la enfermedad, así que ahora abramos el gran botiquín, y examinemos LOS DOS REMEDIOS que son mencionados aquí: "Dios mío, mi alma está abatida en mí; me acordaré, por tanto, de ti desde la tierra del Jordán, y de los hermonitas, desde el monte de Mizar."

El primer remedio para el abatimiento del alma es: *una referencia de nosotros a Dios*, como dice David: "Dios mío, mi alma está abatida en mí; me acordaré, por tanto, de ti." Si tienes que enfrentar un problema, lo mejor que puedes hacer es no tratar de cargarlo en absoluto, sino colo-

carlo sobre los hombros del Eterno. Si tienes algo que te perturba, el plan más sencillo para ti será, no que trates de resolver la dificultad, sino buscar dirección del cielo en relación a eso. Si en este momento tienes alguna duda que te está desconcertando, tu plan más sabio será, no combatir la duda, sino venir a Cristo tal como te encuentras, y referirle a Él la duda. Recuerda cómo actúan los hombres cuando están involucrados en un litigio; si son sabios, no emprenden el caso por sí solos. Conocen nuestro familiar proverbio: “el que es su propio abogado tiene a un necio por cliente”, así que llevan su caso a alguien que es capaz de manejarlo, y lo entregan en sus manos.

Bien, ahora, si los hombres no tienen la suficiente capacidad para tratar con asuntos que se presentan en las cortes de ley, ¿piensan que cuentan con la habilidad suficiente para argumentar en la corte del cielo en contra de un viejo abogado astuto como es el demonio, que se ha ganado el apelativo de “el acusador de los hermanos”, y bien merece el título? Nunca traten de argumentar en contra suya, sino más bien pongan su caso en las manos de nuestro grandioso Abogado, pues, “si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” Así que refieran su caso a Él; Él intercederá por ustedes, y saldrá airoso. Si intentaran interceder por ustedes mismos, les acarrearía una gran cantidad de problemas, y luego saldrán derrotados después de todo.

A menudo, cuando visito a un cristiano atribulado, ¿saben qué es lo que casi seguramente me dirá? “¡Oh, señor, no siento esto, y en verdad temo eso, y no puedo evitar pensar en lo otro!” Ese grandioso *yo* es la raíz de todas nuestras aflicciones: lo que siento o lo que no siento; eso basta para volver miserable a cualquiera. Es un sabio plan decirle a alguien así: “¡Oh, sí!, yo sé que todo lo que dices acerca de ti es exactamente cierto; pero, ahora, hazme saber qué tienes que decir de Cristo. Durante las siguientes veinticuatro horas al menos, deja de pensar en ti, y piensa únicamente en Cristo.”

¡Oh, mis queridos amigos, qué cambio sobrevendría en nuestros espíritus si todos actuáramos de esa manera! Pues, cuando terminamos con el *yo*, y echamos todos nuestros cuidados en Cristo, no nos queda ningún motivo para preocuparnos o turbarnos o angustiarnos. El dicho de *Juanito el buhonero* (1), que a menudo he repetido, describe la más sublime experiencia, aunque es también la más baja—

***“Soy un pobre pecador, y nada más,
Pero Jesucristo es mi Todo en todo”;***

Es tan simple, y, sin embargo, es tan seguro vivir día a día por fe en el Hijo de Dios, que me amó, y se entregó por mí; ser un niñito, no un hombre fuerte sino un niñito, que no puede pelear sus propias batallas, por lo que le pide a Jesús que pelee por él; ser un niñito débil, que no puede correr solo, sino que ha de ser llevado en los brazos del buen Pastor. Nunca somos tan fuertes como cuando somos débiles, como escribió Pablo: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte”; y nunca somos tan débiles como cuando somos fuertes, y nunca somos tan necios como cuando

somos sabios en nuestra propia opinión, y nunca somos tan tenebrosos como cuando pensamos que estamos llenos de luz. Generalmente somos mejores cuando pensamos que somos peores; cuando estamos vacíos es cuando estamos llenos; cuando estamos llenos es cuando estamos vacíos; cuando no tenemos nada, entonces tenemos todas las cosas; pero cuando nos imaginamos que somos “ricos, y que nos hemos enriquecido, y de ninguna cosa tenemos necesidad”, somos semejantes a los de Laodicea, y no sabemos que somos “unos desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos.” ¡Oh, pidamos gracia para resolver estos enigmas, y así vivir, día a día, fuera del yo, y apoyados en el Señor Jesucristo!

Permítanme darles un ejemplo; se trata del caso fácilmente imaginable de una pobre anciana, que no tiene ningún dinero, pero que cuenta con un amigo rico, que le dice: “Ven a mi casa cada sábado, y yo te daré una cierta cantidad en concepto de una asignación regular; y si hay algo más que necesites, yo lo pagaré; todas tus necesidades serán provistas.” Él no le entrega una gran suma de dinero para que la guarde, porque podría no saber cómo gastarla sabiamente, o podría ser despojada del dinero; entonces se lo entrega semana a semana. Un sábado por la mañana, la anciana está llena de miedo y de alarma. Si de casualidad la visitaras precisamente entonces, la oirías quejarse: “no poseo ni un centavo en el mundo; acabo de gastar mi última moneda de plata (seis peniques). No tengo nada de dinero en el banco, ni casas de las que pueda cobrar una renta; no tengo nada sino estas pocas cosas que ves aquí. ¿Cómo voy a vivir sólo con esto?” Si no supieras nada más acerca de esa mujer, te quedarías sintiendo piedad por ella, ¿no es cierto? Cuando se aproximan las doce del día, ella te dice: “debo irme.” Le preguntas: “¿adónde vas?” Ella responde: “voy a ver a un amigo que me ha dicho que lo busque cada sábado, y él me dará todo lo que necesito.” “¡Cómo!”—exclamas—“necia amiga, me has estado hablando de toda esta historia de necesidad, y provocando mi piedad, cuando realmente eres una mujer rica; simplemente porque no tienes el dinero a la mano, me has estado contando esta historia commovedora que, realmente, no es verdad.”

De igual manera, cuando veo a un heredero del cielo, sentado y lamentándose y llorando porque no tiene esto y porque no tiene lo otro, y cuando busco en las Escrituras y leo: “Todo es vuestro... y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios”, y encuentro promesas como esta: “Todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis”, o esta: “Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad”, si no le dijera esto al que está murmurando sin causa, me lo digo a mí mismo, pues, con frecuencia, he sido un necio como la anciana que acabo de mencionar: “¡Oh, tú, insensato ego, cuán lento de corazón eres para creer! ¡Cuán insensato eres al estar sentado así, deplorando tu propio vacío, cuando Cristo es tuyo, con toda Su plenitud ilimitada, cuando el amor del Padre, y el poder del Espíritu, y la gracia del Salvador, están todos involucrados en llevarte con seguridad a través de tus tribulaciones, en liberarte de tus problemas, y depositarte

triunfantemente en el cielo!" Ten buen ánimo, entonces, creyente atribulado y deprimido, y aplícate este sagrado remedio; recuerda al Señor, refiérele tu caso, y míralo para todo lo que necesites.

El otro remedio de David para su alma, cuando estaba abatida en él, era *el recuerdo agraciado del pasado, cuando, por las misericordias del Señor, fue alzado*: "Me acordaré, por tanto, de ti desde la tierra del Jordán, y de los hermonitas, desde el monte de Mizar." Revisen sus viejos diarios; muchos de ustedes tienen cabellos grises, por lo que sus cuadernos de notas tienen una larga historia. Leamos uno o dos de los registros. ¡Vamos, aquí hay una página brillante! Aunque la que le precede es negra, y llena de aflicción, esta página es brillante de gozo, y jubilosa de cántico. ¿Qué leo? Veo escrito allí—

**"¡Cada día te alabaré!
Ahora que Tu ira se ha alejado,
Brotan consoladores pensamientos
Del sacrificio sangrante."**

Escribiste ese verso en tu diario inmediatamente después de que habías encontrado al Salvador, y tus pecados habían sido perdonados por Su causa. Bien, entonces, aunque tu arpa está ahora desencordada, y no estás alabando hoy a tu Señor, te pido que recuerdes aquella hora cuando conociste por primera vez Su amor, y que digas: "Si nunca hubiese recibido más que una misericordia de Él, he de bendecirle por ella en el tiempo, y bendecirle por ella a lo largo de toda la eternidad."

Aquí está otra página de tu diario; veo que estabas experimentando una tribulación temporal, y que tus amigos terrenales te habían abandonado; pero que, en medio de tu tribulación, justo cuando habría esperado encontrar estas palabras: "estoy completamente abatido, pues Dios me ha abandonado", encuentro que está escrito aquí—

**"Cuando la pena, como tenebrosa nube,
Se ha acumulado y ha tronado fuerte,
Él siempre ha estado cerca de mi alma,
Su misericordia, ¡oh cuán buena es!"**

¿Acaso piensas que no está a tu lado ahora? Si hay fuertes retumbos de truenos, y si hay una densa oscuridad, ¿te dejará Él? En verdad estas reflexiones sobre lo que has experimentado en el pasado, deberían conducirte a confiar en Cristo en el presente; y, al considerar todos Sus tratos con tu alma, muy bien puedes decir—

**"¿Podría haberme enseñado a confiar en Su nombre,
Y haberme traído hasta aquí para avergonzarme?"**

¡Dios no permita que pensemos jamás que Él sea tan cruel como para iluminarnos y consolarnos, y alentarnos y ayudarnos durante tanto tiempo, para luego dejarnos que nos hundamos y perezcamos al final!

En este diario tuyo, también encuentro un encantador registro que representa un gran contraste con tu presente estado triste y sombrío; debes haber tenido una visión de Cristo crucificado, pues escribiste—

**"Aquí me sentaré para siempre viendo
Arroyos de misericordia en los arroyos de sangre;
¡Preciosas gotas!, que riegan mi alma,**

*Intercedan y reclamen mi paz con Dios.
En verdad bendecida es esta estación,
Humilde delante de la cruz me quedo;
Mientras veo a la compasión divina
Flotando en Sus lánguidos ojos.”*

¡Sin embargo, tú, que has estado al pie de la cruz, tienes temor de ser echado fuera al final! ¡Has conocido la dulzura del amor de Jesús, y, sin embargo, estás abatido! ¡Él te ha besado con los besos de Sus labios, Su mano izquierda está debajo de tu cabeza, y Su derecha te ha abrazado, y, sin embargo, piensas que te abandonará al final para que te hundas en el problema! Has estado en Su casa del banquete, y has recibido un alimento que los ángeles nunca probaron, y, sin embargo, ¡sueñas que serás arrojado en el infierno! Quítate esos vestidos de luto, haz a un lado ese cilicio y esas cenizas, baja tus arpas de los sauces, y juntos cantemos alabanzas a Aquel cuyo amor, y poder, y fidelidad, y bondad, serán siempre los mismos.

Si hay algunas personas aquí que son extraños para todas estas cosas, sólo puedo desear que conozcan nuestras aflicciones, para que puedan tener una experiencia de nuestros gozos, para que la atesoren en el recuerdo. Los creyentes en Jesús no constituyen una cuadrilla miserable; tienen cánticos para cantar, y tienen un buen motivo para cantarlos; tienen lo suficiente para ser benditos en la tierra, y para ser benditos en la eternidad.

Nota del traductor:

(1) El señor Spurgeon hace referencia aquí a la hermosa historia de *Jack the Huckster*, un buhonero, un vendedor de baratijas, que habiendo oído esa frase de una señora, la adopta como su confesión de fe.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #2798—Volume 48

SWEET STIMULANTS FOR THE FAINTING SOUL

El Poder con Dios

NO. 2978

SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL JUEVES

16 DE SEPTIEMBRE DE 1875,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES,

Y PUBLICADO EL JUEVES 8 DE MARZO DE 1906.

“Has luchado con Dios.”

Génesis 32:28.

Los hombres tienen en muy alta consideración a cualquiera que ostente poder con la realeza. Si yo dijera, en relación a cualquier persona aquí presente: “Ese individuo tiene gran poder con la reina,” muchísimos de ustedes se voltearían de inmediato para ver a esa persona. Quien tiene un gran poder con algún príncipe terrenal, puede estar seguro de que tendrá muchos aduladores a su alrededor, que le rendirán homenaje por causa del beneficio que esperarían obtener a través de su mediación. Pero, queridos amigos, ¡qué mayor honor es todavía tener poder con el Rey de reyes! El poder con los hombres podría ser algo malo, pero, ¡qué bendición proviene del poder con Dios! ¡Cómo ennoblecen el alma del hombre que lo posee! Este hombre, Jacob, que tiene poder con Dios, es llamado Israel, un príncipe, pues lo es; sólo que los príncipes no tienen una dignidad como la suya, a menos que tengan también poder con Dios, pues es “un príncipe de Dios.”

Qué bendición tan completa debe ser tener poder con Dios, pues quien tiene poder con Dios tiene que tener poder con los hombres. Las criaturas deben someterse allí donde el Creador mismo ha cedido. Si puedes prevalecer con el Maestro, puedes estar seguro de prevalecer también con Sus siervos. El hombre que tiene poder con Dios, está a salvo. “Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?” Ningún arma que sea apuntada contra ese hombre puede prosperar, y más bien puede condenar a cada lengua que se alce contra él en juicio, pues teniendo poder con Dios, será capaz de plantar su pie sobre el cuello de sus adversarios y reinar sobre quienes se rebelan contra él. Un hombre así no puede estar necesitado. Si tiene poder con Dios, le contará acerca de sus necesidades, y todas ellas serán supliditas. Confesará sus pecados y le serán perdonados. Dios tratará bien con el hombre que tiene poder con Él. Hay aquí un rango tan amplio de bendición que no debo detenerme para tratarlo más extensamente. Si ustedes tienen poder con Dios, verán que esta es un arma que, como la espada encendida a la puerta de huerto del

Edén, se revuelve por todos lados. También podría decir de él lo mismo que dijo David de la espada de Goliat: “Ninguna como ella; dámela.” El lenguaje humano no puede expresar nunca ni la milésima parte del valor del poder con Dios.

I. Quiero que noten, primero, LO QUE ESTE PODER NO PUEDE SER: “poder con Dios.”

Casi no necesitan que les diga que este poder *no tiene nada de parecido a la fuerza física en oposición a Dios*. El poder que es mencionado en nuestro texto es poder con Dios, no poder contra Dios. Ninguna criatura, por poderosa que sea, tiene poder alguno para estar en oposición a la Omnipotencia. ¿Quiénes somos nosotros para que nos levantemos alguna vez para oponernos al Altísimo? Que la estopa contienda con la fiera llama, o la cera con el calor abrasador, pero nosotros no contendamos con Dios. Si lo hiciéramos así, como la mariposa en la vela, seríamos totalmente consumidos. Los hombres más fuertes y altivos sólo habrán de ser como hojarasca en el día de la ira de Dios. De hecho, pensar que el hombre tiene algún poder contra Dios es pura locura, pues no tenemos ningún poder en absoluto aparte de Dios. Existimos únicamente porque Él lo quiere. La respiración de nuestra nariz es un don Suyo minuto a minuto; si Él retirara Su mano sustentadora por un solo instante, regresariamos a la nada de la que provenimos. El hombre no tiene poder contra Dios. ¡Oh, pecadores necios que le resisten, renuncien a esa batalla desigual! Los exhorto, delante de Dios, a que calculen el costo de una contienda con su Hacedor antes de comenzarla. Lo mismo da que un tiesto dispute con quien lo moldeó, que ustedes, simples criaturas, contiendan con su Creador. Él los desmenuzará, como vasos de alfarero, en el día de Su ira. Por tanto, sean sabios, y pongan fin a la pelea, y estén en paz con Él.

Este “poder con Dios” tampoco quiere decir *poder mental*. Hay personas que parecieran exaltar su intelecto incluso por encima de Dios mismo. Es algo excelente ser dotado con poderes de argumentación y tener una aguda facultad de razonamiento, pero, al mismo tiempo, para algunas personas, estas son posesiones muy peligrosas. Conozco a ciertos individuos que dicen que nunca creerán aquello que no puedan entender. Si se adhieren a esa determinación, nunca creerán en su propia existencia, pues, en verdad, no pueden entenderla. Buscan demoler la Palabra de Dios y las doctrinas del Evangelio con su ingenio sutil y su pensamiento profundo, pero es pura locura que la insensatez humana pretenda contender con la sabiduría divina. Que los hombres consideren que sus intelectos son un digno contrincante de la omnisciencia de Dios, equivale a la demencia llevada al punto culminante, pues “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres.” Tanto la sencillez del Evangelio—

que es muy sencillo—como “la locura de la predicación”—que en la consideración de algunas personas es total necedad—obtendrán la victoria, mientras que quienes se imaginan que son sabios resultarán ser necios.

Hermanos y hermanas, no debemos intentar argüir nunca ningún caso en oposición a la voluntad de Dios, pues no podemos tener ningún poder con Él de esa manera. Hemos de someter siempre nuestro juicio a la enseñanza de Su Palabra, y conformar nuestra voluntad a Su voluntad. Si pensáramos alguna vez que un cierto curso es el mejor, pero que fuera evidente, por la obra de la providencia de Dios, que Él no lo considerara así, no sostengamos ningún debate con Él ni por un instante, sino que debemos decir, como David: “Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste.” Si Dios hace algo, eso nos basta. Si Dios dice algo, eso nos basta. En vez de alegar y razonar, “Escrito está,” o “dijo Dios,” nos deben bastar para dirimir cualquier dilema que concierna al cristiano.

Es casi indispensable decir—en estos días de superstición—que *nadie puede tener algún poder mágico con Dios*; pues, si bien en estos tiempos la gente se sentiría avergonzada de confesar que cree en las artes mágicas, sin embargo, algo muy semejante a eso pareciera subsistir todavía en la humanidad. Las personas suponen que hay alguna eficacia en la mera repetición de ciertas palabras. Estoy seguro de que han de pensar así, pues no ponen su corazón en sus palabras, sino que están contentos si han galopado a través de una breve plegaria, o de alguna forma establecida de oración.

Otra suposición es que la oración es mucho mejor cuando es ofrecida por un cierto individuo que es ordenado para esa labor especial, así que quienes están enfermos mandan a llamar a un oficial para que venga y “ore por ellos.” Yo he escuchado a menudo esa expresión, como si se pensara que dicha persona, cuando lee una oración de un libro, pudiera, por una suerte de magia, hacer bien al enfermo.

¡Oh señores, las meras palabras ensartadas en una ristra, ya sea que estén en hebreo, en griego, en latín, o en inglés, no sirven de nada delante de Dios! Es la expresión del corazón lo que Él oye, y no deben imaginar nunca que hay alguna excelencia en un cierto arreglo de letras y sonidos, o que ciertos individuos, mediante el uso de estas palabras, pueden atraer de lo alto las bendiciones.

Oh, no; Jacob no poseía ningún *abracadabra*, ni talismán, ni magia, ni hechizo, ni encanto; ¡y Dios no quiera que ustedes y yo seamos jamás semejantes paganos como para creer que hay poder alguno con Dios en tales cosas! Necedades de este tipo no pueden prevalecer ante Dios para que Él otorgue Sus bendiciones. Él las aborrece por completo.

Y, además, cuando hablamos de tener poder con Dios, *no hemos de suponer que algún hombre pueda tener algún poder meritorio con Dios*. Al-

gunas personas han pensado que un hombre puede alcanzar un cierto grado de mérito, y que, entonces, recibirá bendiciones del cielo: si ofrece un cierto número de oraciones, si hace esto o siente aquello o sufre lo otro, entonces gozará de elevado favor con Dios. Muchos están viviendo bajo este engaño, y, a su manera, están tratando de conseguir poder con Dios por lo que son, o por lo que hacen o por lo que sufren. Piensan que alcanzarían poder con Dios si sintieran más el pecado, o si lloraran más, o si se arrepintieran más. Se trata siempre de algo que tienen que hacer, o de algo que han de generar en sí mismos, que deben traer delante de Dios, para que, cuando Él lo vea, diga: "Ahora voy a tener misericordia para contigo, y voy a concederte la bendición que imploras."

¡Oh, queridos amigos, todo esto es contrario al espíritu del Evangelio de Jesucristo! Hay mucho más poder con Dios en el humilde reconocimiento de la condición pecaminosa, que en un jactancioso reclamo de limpieza; mucho más poder al suplicar que la gracia perdone, que en pedir que la justicia sea recompensada, porque cuando argumentamos nuestro vacío y nuestro pecado, estamos argumentando la verdad. Pero cuando hablamos de nuestra bondad y de nuestros actos meritorios, argumentamos una mentira, y las mentiras no pueden tener nunca algún poder en la presencia del Dios de la verdad.

¡Oh, hermanos y hermanas, sacudamos por siempre de nosotros, como sacudiríamos de nuestra mano una víbora, toda idea de que, por alguna bondad nuestra que incluso el Espíritu de Dios pudiera obrar en nosotros, seamos capaces de merecer algo de las manos de Dios, y reclamar algo de la justicia de nuestro Hacedor como un derecho!

II. Ahora, en segundo lugar, investiguemos DE DÓNDE PROCEDE ESTE PODER. Si alguien preguntara: "¿Cómo puede tener un hombre poder con Dios?", la respuesta es: "no es porque el poder esté en él, sino que puede tener poder con Dios debido a algo que está en Dios."

Primero, *el pueblo de Dios obtiene poder con Él por causa del propio carácter de la naturaleza de Dios*. Ustedes verán pronto lo que quiero decir. ¿Has visitado alguna vez a una familia sumida en las profundidades de la pobreza, encontrándola con unos cuantos harapos con los que duermen, sin nada en su alacena, con un niño moribundo por falta de alimento, su madre y su padre con semblantes decaídos, y te dicen que, en las últimas cuarenta y ocho horas no han comido absolutamente nada? ¿Y no sentiste que tuvieron poder sobre ti, de tal forma que no pudiste evitar socorrerles? Estoy seguro de que así ha sido, si tienes un corazón tierno y eres de un espíritu generoso y misericordioso. El poder que tienen sobre ti no se origina en sus riquezas, sino que es totalmente lo contrario, se origina en su pobreza. Su poder sobre ti no radica en que sean respetables y prósperos, sino que es todo lo contrario, ya que el po-

der sobre ti radica en que se encuentran sumidos en la abyecta miseria. Su miseria tiene poder para excitar tu piedad. Debido a que los ves en un estado tan triste, tú, que eres un hombre de espíritu compasivo, eres movido de inmediato a tratar de socorrerles. Hay muchos espectáculos de sufrimiento y aflicción en este mundo, que incluso un hombre fuerte no puede soportar mirar, especialmente si es incapaz de aliviar a quienes están sumidos en la zozobra.

Ahora, si nosotros, siendo malos, reaccionamos ante la contemplación de la miseria humana, cuánto más no es movido a la piedad por la miseria de Sus hijos, nuestro Padre celestial, que es todo bondad, y ternura, y delicadeza y amor. Siempre que ustedes y yo vengamos a Él, es sabio que argumentemos delante de Él nuestra debilidad, para que tenga piedad de nosotros, y nos haga fuertes; que argumentemos nuestra pobreza, para que tenga piedad de nosotros, y nos enriquezca; que argumentemos nuestra terrible necesidad, para que tenga piedad de nosotros y supla toda nuestra necesidad, nuestro abatimiento, nuestro corazón desfallecido, nuestro espíritu trémulo, nuestra completa nada. De esta manera tendremos poder con Él.

Si han acostumbrado visitar al pobre, ustedes saben cómo aquellos que han llegado a ser “veteranos” en recibir caridades, nunca exponen primero su mejor pierna cuando quieren impresionarte con un debido sentido de su necesidad. Si tuvieran algo en la casa, se cuidarían de que no lo vieras. Si hubiera habido cualquier mejora en sus circunstancias desde que los visitaste la última vez, tendrías que pescar un buen rato antes de descubrirlo. Pero son muy propensos a mostrar el lado negro de su caso, porque su poder radica precisamente en eso con quienes tienen un corazón generoso.

Y así, hermanos, nuestro poder con Dios, cuando acudimos a Él como pecadores, no está en lo que somos, sino en lo que Dios es. Él es amor, es misericordia, es ternura, es delicadeza. Él no quiere la muerte del pecador, sino que se deleita en mostrar Su misericordia salvadora, y en manifestar la abundancia de Su gracia. El cimiento de nuestro poder con Dios debe apoyarse siempre en el amor y la ternura de Dios. Él es susceptible de piedad, sí, Él es la ternura misma. Él es un Dios de compasión, y, por tanto, esa es la razón por la que los pobres y débiles hijos de Adán tienen poder con Él.

Pero obtenemos una visión adicional de la fuente de la que proviene este poder con Dios, cuando llegamos al siguiente punto, es decir, *a la promesa de Dios*. Dios ha querido decir en Su Palabra que Él hará esto y lo otro, y que dará esto y aquello. Él era muy libre, una vez, de hacer lo que quisiera, pero ahora que Dios nos ha dado Su promesa, ya no es libre de quebrantarla, y sería inconsistente con Sus gloriosos atributos si

lo hiciera. Tampoco dejará jamás sin cumplimiento una sola sílaba que hubiere brotado de Su boca. Cuando Dios dio Su promesa, se puso efectivamente a Sí mismo, por decirlo así, en poder de quienes saben cómo argumentar la promesa. Cada promesa es una dosis de vigor dada al hombre que tiene fe en esa promesa, pues con ella puede vencer incluso al propio Dios omnipotente.

Vamos, hermanos, si su carácter es lo que debiera ser, y una persona se acercara a ustedes, y les dijera: "tú prometiste darme tal y tal cosa," ¿acaso la persona que puede decir eso no tiene poder sobre ustedes hasta el límite máximo de su promesa? Si tú eres un hombre veraz, te logra vencer de inmediato. Si tú le dijeras: "¿pero cuándo te di yo esa promesa? Podrías haber malinterpretado lo que te dije"; entonces él metería su mano en el bolsillo y sacaría tu promesa en blanco y negro, con tu nombre firmado allí y ya no habría forma de escaparse de eso, ¿no es cierto? Ahora, esa es precisamente la manera en la que Dios nos da poder con Él, pues nos ha dado Su promesa en blanco y negro, y se encuentra aquí, en el Libro que conocemos como Su Libro, Su propia Palabra infalible.

Es una bendición poder llegar delante de Dios de rodillas, y poner tu dedo en una promesa que está en la Biblia, y decir: "Señor, esto es lo que has prometido que harás; yo te suplico que lo hagas, porque Tú eres el Dios de la verdad. Yo sé que Tú no puedes mentir, así que te recuerdo Tu promesa, y te suplico que hagas como has dicho." ¿No ven qué poder tienen con Dios cuando Él les ha otorgado fe para que se aferren a Él de esta manera, trayendo Su propia promesa graciosa en la mano? Hay un poder conquistador en la fe, porque la fe argumenta la promesa de Dios.

De esa manera ustedes ven que hay dos fuentes de poder: la naturaleza de Dios y la promesa de Dios.

Pero el verdadero hijo de Dios conoce otras fuentes de poder con Dios; así, a continuación, *él argumenta las relaciones de gracia*. Dios, en Su infinita misericordia, se ha agradoado en elegir a un cierto grupo de elegidos para que sean Sus hijos. "Vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso." No había en ellos mismos ninguna razón para que fueran Sus hijos e hijas, pero Su gracia soberana los adoptó, y Su Espíritu los regeneró. Pero en el momento en que Dios hizo a cualquiera de nosotros Su hijo, le otorgó otra vez poder con Él—y hablo con toda reverencia—y se puso en sus manos.

¿Quién de nosotros no conoce el poder de un hijo con su padre? Hay algunos hijos que tienen demasiado poder. Hay una historia griega acerca de un pequeño niño que gobernaba Atenas entera, porque gobernaba a su madre, y su madre gobernaba a su padre, y su padre gobernaba el senado, y el senado gobernaba a Atenas; y así, de esa manera, el mucha-

chito prácticamente gobernaba toda la ciudad; y me temo que hay algunos hijos que tienen en gran medida demasiado poder en ese sentido.

Pero nuestro Padre Celestial, aunque es demasiado sabio para no consentirnos de esa manera, es tan bueno que no nos negará ningún privilegio que, por derecho, pertenece a la posición de un hijo. Cuando el hijo suyo apela a ustedes porque hay algo que realmente necesita, pero que no le han otorgado, y les dice, por fin, “pero, padre querido, ¿no me concederás esto?”, o si le han castigado, y les dice: “padre, detén tu mano; ¿no soy acaso tu hijo?”, no pueden resistir su petición. Él tiene poder con ustedes; ustedes saben que lo tiene.

Y qué poder tan maravilloso tenemos cuando podemos decir, en verdad, “¡Abba, Padre!” Tendremos poder con Dios en nuestros tiempos de mayor debilidad si podemos clamar: “¡Abba, Padre!” No puedo olvidar nunca una cierta enfermedad que tuve, cuando fui atormentado con dolor, y fui muy abatido con angustia de espíritu por causa de la naturaleza del mal que me aquejaba, y me sentía impelido casi a desesperar una noche, hasta que me aferré a Dios, en una agonía de oración, y argumenté con Él algo parecido a esto: “si mi hijo estuviera sumido en una angustia como yo lo estoy, yo le escucharía, y le aliviaría si pudiera. Tú eres mi Padre, y yo soy Tu hijo, entonces, ¿no me tratarás como a un hijo?” Casi al instante que presenté ese argumento delante de Dios, mi dolor cesó, y caí en un dulce sueño del que desperté con un “¡Abba, Padre!” en mis labios y en mi corazón. Yo creo que este es un argumento invencible, porque, cuando Dios se llama a Sí mismo Padre, lo dice en serio. Hay algunos padres, en este mundo, que no actúan para nada como deberían hacerlo los padres; deberían sentirse avergonzados, pero eso no se dirá nunca de nuestro Padre Celestial. Él es un verdadero Padre, y tiene entrañas de compasión para con Sus hijos, y no aflige ni lastima voluntariamente a los hijos de los hombres; y cuando sabemos cómo apelar a Su Paternidad, prevaleceremos con Él.

Además, queridos amigos, *el poder que tenemos con Dios proviene también de Sus acciones pasadas*. Miren lo que ha hecho por Su propio pueblo. Primero, Él lo escogió. Bien, entonces, como Él lo escogió, no puede desecharlo, porque Él es un Dios inmutable; como Él hizo Su elección, la mantiene. Pablo pregunta: “¿Ha desechado Dios a su pueblo? Y él responde a su propia pregunta: “No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció.” Eso es lo que no ha hecho nunca.

Luego, además de elegirnos, Él también nos ha redimido; y después de que nos redimió de la destrucción por la sangre de Su Hijo, ¿puede permitir que nos perdamos? ¿Podría pagar por nosotros tal precio, y, sin embargo, desentenderse de guardarnos hasta el fin? Eso no puede ser. Cuando entregó a Su Hijo como recompensa por nosotros, en verdad, se

puso en nuestras manos, pues “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Basta que sepas que Dios entregó a Su Hijo por ti, querido amigo, que sepas que Jesucristo es tuyo, y entonces la lógica de tu oración es bastante clara, y bastante potente cuando dices: “¿qué podrías negarme, oh Padre mío? Tú me has dado a Tu Hijo; entonces, por Su sangre y heridas, por Su vida, y muerte, y por la gloria de la resurrección, concede a mi espíritu la gracia que necesita, puesto que Tú me has dado a Jesucristo.”

¿No ven, queridos hermanos y hermanas en Cristo, que cada misericordia que Dios les ha otorgado les da poder sobre Él? Por eso, ustedes cantan con John Newton—

***“Su amor en tiempos pasados me prohíbe pensar
Que me abandonará al final para que me hunda en la
tribulación;
Cada dulce Eben-ezer al que paso revista,
Confirma Su disposición de ayudarme por completo.”***

Si ha hecho tanto por nosotros, ¿acaso no hará más todavía? ¿Acaso cada bendición que es otorgada por Dios, no nos llega con este mensaje de Su boca: “vendrán más cosas todavía,” ¿y no podemos estar muy seguros de que Él, que nos ha bendecido ahora durante cuarenta años, o durante cincuenta, sesenta, setenta—y veo a algunos que han sumado ochenta años, y que han tenido la bendición de Dios todo el tiempo—entonces, ¿acaso no se ha comprometido y obligado, por todos estos años de favor y misericordia, a bendecirles incluso hasta el final? Ciertamente así es.

III. Ahora noten, en tercer lugar, CÓMO PUEDE SER EJERCIDO, ESTE PODER CON DIOS, POR LOS CRISTIANOS. ¿Qué forma toma el poder con Dios? Por supuesto que toma la forma de la oración. Los cristianos ejercen el poder que tienen con Dios cuando se acercan a Él para pedir bendiciones para ellos y para otros; pero no todo el que ora tiene poder con Dios, o sabe cómo usar el poder que realmente existe. ¿Cuál es la gente que tiene realmente poder con Dios? Les diré.

Primero, *este poder es ejercido por quienes son profundamente sensibles de su propia debilidad.* Nadie que piense que es fuerte tiene poder con Dios, excepto en el sentido en el que Pablo escribió, “Cuando soy débil, entonces soy fuerte.” Yo tengo una idea—y pienso que la Escritura la apoya—y es que Jacob luchó muy intensamente con el ángel, aunque no obtuvo la victoria sino hasta que el ángel tocó en el sitio del encaje de su muslo, y provocó que el muslo se descoyuntara. Entonces, cuando Jacob no pudo estar más de pie, al momento de caer se aferró con toda su fuerza al ángel como si quisiera derribarlo también ya que debía caer,

y el peso de Jacob era mayor aún porque no podía estar de pie. Su misma debilidad fue un elemento de su fuerza, y ese momento de debilidad fue el momento de su victoria.

Ahora, si acuden a Dios sintiendo que están parcialmente llenos, Él no los llenará, sino que esperará hasta que estén muy vacíos antes de que derrame Su bendición en ustedes. Él no mezclará aceite con agua; y hasta que hubiere vaciado toda el agua de la vasija, no comenzará a derramar Su aceite o Su vino. Cuando sienten que tienen un poco de fuerza para orar, pienso que es muy probable que no tengan poder con Dios, pero cuando se llega al punto en que claman: "oh Dios, yo no puedo hacer nada; todo mi poder es convertido en completa debilidad; soy conducido a la necesidad más extrema"; entonces, en la propia desesperación de su debilidad, se aferran al Dios que hace las promesas, y, por decirlo así, derriban al ángel, y obtienen la bendición, como lo hizo Jacob. Es su debilidad la que obtiene la bendición, no su fortaleza.

¿Han tratado alguna vez de acudir a Dios como un hombre plenamente santificado? Yo lo hice una vez. Había escuchado a algunos de los hermanos "perfectos" que van viajando al cielo en el tren de "alto nivel," y se me ocurrió probar su plan de oración. Acudí al Señor como un hombre consagrado y santificado. Toqué a la puerta. Yo estaba acostumbrado a conseguir la admisión al primer llamado, pero, esta vez, no la conseguí. Toqué otra vez, y seguí tocando, aunque no me sentía muy tranquilo en mi conciencia acerca de lo que estaba haciendo. Por fin, clamé ruidosamente para que me dejaran entrar; y cuando me preguntaron quién era yo, respondí que era un hombre perfectamente consagrado y plenamente santificado. ¡Pero ellos replicaron que no me conocían! El hecho era que nunca me habían visto antes en ese carácter. Por fin, cuando sentí que tenía que entrar y tenía que alcanzar una bendición, toqué otra vez, y cuando el centinela de la puerta preguntó: "¿quién anda allí?", respondí: "yo, soy Charles Spurgeon," un pobre pecador que no tiene ninguna santificación o perfección propias que argumentar, pero que confía únicamente en Jesucristo, el Salvador de los pecadores." El portero dijo: "oh, eres tú, ¿no es cierto? Entra; te conocemos lo suficiente, te hemos conocido todos estos años," y, entonces, entré directamente.

Yo creo que esa es la mejor manera de orar, y la manera de tener éxito. Cuando vistes tus mejores galas y llevas tus altos moños es cuando el Señor no te conoce; cuando te hayas quitado todo eso, y acudas a Él tal como acudiste al principio, entonces puedes decirle:

**"Siendo una vez un pecador cercano a la desesperación
Busqué Tu propiciatorio por medio de la oración;
Entonces Misericordia oyó, y lo libertó,
Señor, esa misericordia me tocó a mí";**

y yo soy ese pobre publicano, que no se atrevía ni siquiera a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ‘Dios, sé propicio a mí, pecador,’ y descendió a su casa justificado, antes que el hermano que está allá, que habló muy altivamente acerca de la vida muy enalteceda, pero que descendió a su casa sin una bendición.”

Sí, hermano mío, tú eres fuerte cuando eres débil, y eres perfecto cuando sabes que eres imperfecto, y estás más cerca del cielo cuando piensas que te encuentras más lejos. Entre menos te estimes a ti mismo, más alta es la estima de Dios hacia ti.

Además, *para tener poder con Dios, debemos tener una fe simple*. Nadie que dude puede prevalecer con Dios. La promesa no es para quien es irresoluto, pues Santiago dice: “No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor.” El hombre que obtiene la bendición es el que cree plenamente en la promesa de Dios, y que cree en ella de tal manera que actúa de acuerdo a esa fe.

Nunca olvidaré la fe de un cierto miembro de esta iglesia, que todavía vive. Hace como dieciocho o diecinueve años, yo estaba, en verdad, gravemente enfermo. La mayoría de la gente pensaba que me iba a morir, pero, una mañana, muy temprano, este buen hermano vino a mi casa, y solicitó ver a mi esposa. Era justo al amanecer, y cuando ella lo recibió, él le dijo: “he pasado toda esta noche luchando con Dios por la vida de su esposo. No podemos permitirnos perder a nuestro pastor, y estoy seguro de que él vivirá, así que pensé que caminaría hasta aquí, para decirle esto.” “Muchas gracias, muchas gracias,” le respondió mi esposa. “Estoy muy agradecida por sus oraciones y por su fe.” No es cualquiera el que puede orar a Dios así, y fallamos en obtener las bendiciones que buscamos porque no oramos de esa manera.

Pero, queridos hermanos y hermanas, si creyéramos en Dios, tal como creemos en nuestros amigos, si tuviéramos la misma confianza en Dios que le brindamos a nuestros esposos y a nuestras esposas, ¡cuán potentes seríamos en la fe! Él merece mil veces más confianza de la que podamos depositar jamás en el mejor de nuestros parientes o amigos, y si tuviéramos fe en Sus promesas, prevaleceríamos con certeza. Si confían en Él, no les fallará. Es posible que incluso un buen hombre le falle al que confía en él, pero es completamente imposible que Dios le falle al alma que ha confiado en Él.

Estoy seguro de que si nosotros, los ministros, simplemente creyéramos más en Dios, y predicáramos con más fe, Él nos honraría más. Me imagino que si Dios nos diera bendiciones de Pentecostés, se vería que muchos de nosotros no estamos listos de ninguna manera para recibirlas. Supongan que hubiera cinco mil personas convertidas en un día aquí. Entonces la mayoría de las iglesias a nuestro alrededor dirían: “hay

un chocante estado de excitación en el Tabernáculo; ¡es verdaderamente terrible!" Los hermanos muy "centrados" sentirían que nos habríamos unido al arminianismo, o a algún otro error; y yo pienso que algunos de ustedes dirían, muy tristemente: "¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Nosotros en verdad esperamos que perseveren." El primer pensamiento que sería provocado en muchas mentes cristianas sería el de sospecha. Estoy seguro de que si reportáramos que, en cualquier lugar de Inglaterra, tres mil personas fueron conducidas a conocer al Señor en un día, no habría un cristiano en un grupo de diez que creyera que tal cosa fuera posible, y no habría uno entre cien que pensara que fuera verdad; y, nosotros, los ministros, pensaríamos de manera bastante parecida.

Yo me encontraba predicando en Bedford, y oraba para que Dios bendijera el sermón, y me diera por lo menos algunas cuantas almas esa tarde. Cuando hube terminado, estaba allí un viejo hermano wesleyano que me propinó una buena reprimenda, más que merecida. Él me dijo: "yo no dije 'Amén' cuando tú pedías por la conversión de unas cuantas almas, pues pensé que estabas limitando al Santo de Israel. ¿Por qué no oraste con todo tu corazón para que fueran salvos todos ellos? Yo sí lo hice"—agregó—"y esa es la razón por la que no dije 'Amén' a tu mezquina oración."

Con frecuencia se da el caso que nosotros, los predicadores, no honramos a Dios pues no creemos que Él dará grandes bendiciones, y, por tanto, Él no nos honra dándonos esas grandes bendiciones. Pero si nos mantuviéramos adheridos a la verdad, y tuviéramos una confianza más firme en que la Palabra de Dios no regresará vacía a Él jamás, Él haría cosas muchísimo mayores por nosotros de las que hubiere hecho hasta ahora.

A este sentido de nuestra propia debilidad, y nuestra plena fe en Dios, debemos agregar *la sincera atención a Su Palabra*. Hermano, no puedes esperar que Dios te escuche si tú no quieres escucharle; y cuando le pides a Dios, no debes imaginar que Él te dará lo que le pidas si tú no le das lo que Él te pide. Si un hombre ama el pecado, sus oraciones no pueden prosperar con el Dios de santidad. Cuando Dios le dice a un hombre: "Debes hacer tal y tal cosa," y el hombre responde: "yo no voy a hacerlo," la siguiente vez que acuda a Dios en oración, es muy probable que el Señor le diga: "Como tú no hiciste como yo deseaba, yo no haré como tú deseas." La tolerancia de cualquier pecado conocido nos priva del poder con Dios, y el descuido de cualquier deber conocido impide al hombre que tenga éxito cuando está de rodillas. Si quieres prevalecer con Dios, has de tener "una conciencia sin ofensa." Deben acudir delante del Señor confesando su pecado, y diciendo: "¡Oh Señor, ayúdame a hacer Tu voluntad en todas las cosas! Estoy perfectamente dispuesto a hacerlo,

y deseo ser Tu siervo leal y obediente en todas las cosas.” Si hicieran eso, descubrirían que cualquier cosa que pidieran con fe en la oración, la recibirían.

En adición a todo lo que he dicho, *el hombre que ha de prevalecer con Dios debe ser un hombre que es terriblemente decidido.* ¡Qué hombre tan decidido fue Jacob en aquella noche de lucha! ¡Qué grandiosa expresión fue aquella: “No te dejaré, si no me bendices”! Por decirlo así, las oraciones frías, en efecto, le piden a Dios que no las escuche. Cuando oran por alguna cosa, si no presentan su petición con sinceridad y fervor, no pueden esperar que el Señor los escuche.

Algunas personas, cuando oran, se asemejan a los niñitos de las calles, que tocan al pasar una puerta, y se escabullen; pero el hombre que ora rectamente, se aferra a la aldaba de la puerta de la misericordia, y toca, y toca, y si no hay respuesta, toca una y otra vez, y si todavía entonces no hay una respuesta, vuelve a tocar, y otra vez, y otra vez, y otra vez, y otra vez, y entre más tenga que esperar, más ruidosamente vuelve a tocar hasta que, por fin, pensarías que iba a tomar por asalto la casa, y que haría saltar los postes de las puertas de sus lugares, ya que toca tan fuerte. Ese es el tipo de hombre que tiene éxito con Dios: el hombre que no deja ir al Señor mientras no le bendiga.

Las oraciones de John Knox hicieron descender sobre Escocia muchas copiosas bendiciones porque eran las oraciones de un hombre cuyo corazón estaba encendido con sagrada decisión, y que oraba con toda su alma y espíritu. Nuestro propio Señor Jesús dijo: “El reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan.”

A todos estos requisitos para el poder con Dios hemos de agregar *la santa importunidad.* Luchar no es sólo asir a un hombre, para luego dejarle ir. Me pregunto cómo asíó Jacob a aquel hombre que luchó con él hasta que rayaba el alba. Les garantizo que lo aferraba con firmeza, y me parece que, algunas veces se trataba de trabajo de las piernas, y, luego, de trabajo con el brazo, y, luego, de trabajo con la cintura; pues, cuando los hombres luchan con firme decisión, todos sus nervios, y músculos, y huesos y todos los miembros del cuerpo son ejercitados. Eso debe de haber sucedido con Jacob aquella noche, que se mantuvo aferrando firmemente al ángel, y diciendo en su alma si no es que con sus labios—

***“Tengo la intención de quedarme Contigo toda la noche,
Y luchar hasta que raye el alba”;***

y, por tanto, la bendición le fue dada porque prosiguió esforzándose por conseguirla. Hay algunas misericordias que no serán otorgadas nunca, excepto como respuesta a la oración perseverante e importuna.

¡Oh, hermano o hermana, si sabes cómo seguir argumentando, tú eres quien tiene poder con Dios! Serás llamado Israel si puedes pasar la no-

che entera en una importunidad creyente, humilde, determinada y resuelta; la bendición debe venir, si sientes que no puedes prescindir de ella, porque quieres que te sea otorgada para la gloria de Dios.

Y, queridos amigos, hay gran poder con Dios cuando, en la oración importuna, llegamos al final a *un ruego lloroso*. En Oseas 12: 4, el profeta nos informa que Jacob “venció al ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó.” Moisés no nos dice eso en el Libro de Génesis, pero Oseas tenía también la inspiración del Espíritu Santo, y nos da esta interesante descripción sobre la lucha de Jacob: que “lloró.” Me parece ver al patriarca cubierto de sudor por causa de sus grandes esfuerzos en la lucha, pero, en adición a eso, su corazón está quebrantándose en su interior, y él está suspirando y clamando todo ese tiempo, y las ardientes lágrimas están cayendo en la mano del ángel; y pienso que fueron las lágrimas las que finalmente obtuvieron la victoria.

Ustedes recuerdan que, cuando nuestro Señor Jesucristo se encontraba en el huerto de Getsemaní, “ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oido a causa de su temor reverente”; y el hombre que sabe cómo llorar, si no con un llanto, sí con lágrimas espirituales, el hombre cuya alma se ve incitada a una apasionada agonía de deseo, es el hombre que tiene poder con Dios. Si tuviéramos miembros de ese tipo en esta iglesia—yo creo que contamos con muchos miembros que realmente lloran por las almas de los pecadores—son los hombres y mujeres que harán descender la bendición en respuesta a sus oraciones y lágrimas.

Hermanos y hermanas, si tienen el hábito de llorar por sus hijos inconversos, y, en sus súplicas a Dios por su salvación, tienen la costumbre de llorar a menos que venga la bendición, pueden tener la seguridad de obtener la bendición tarde o temprano. Ustedes son precisamente la fuerza de la iglesia, son los salvavidas de la iglesia, y Dios otorgará con certeza innumerables bendiciones en respuesta a esas oraciones y lágrimas suyas. ¡Que tengamos muchos miembros con ese perfil, pues son gente que tiene poder con Dios!

IV. Concluyo notando brevemente QUÉ USO SE LE PUEDE DAR A ESTE PODER.

Siempre que es otorgado este poder con Dios, *atraerá muchas bendiciones de lo alto sobre la persona que lo posee, y también la convertirá en instrumento de gran bendición para los demás*. Mi tiempo casi se ha agotado, así que sólo voy a reflexionar sobre el segundo punto.

Abraham era un hombre que tenía poder con Dios, pero por allá estaba Lot viviendo en Sodoma, justo como muchísimos cristianos profesantes lo están haciendo hoy día. Espero que sean pueblo de Dios, pero no puedo entenderlos. Les gustan las diversiones mundanas, y gozan con la

conversación mundana; son como Lot en Sodoma. Me pregunto cómo pueden soportar esa atmósfera asquerosa en la que viven. A menudo he repetido que la gracia de Dios puede vivir donde yo no puedo vivir. Hay algunas personas con las que no me gustaría convivir, y, sin embargo, confío que la gracia de Dios está en ellas; al menos, así lo espero, y no debo juzgarlas.

Pero, queridos hermanos, si alguna vez esa parte de la iglesia que es como Lot en Sodoma obtiene una bendición, tiene que ser por medio de ustedes, que son como Abraham, y tienen poder con Dios. Oren por sus pobres hermanos inconsistentes; supliquen al Señor que les impida adentrarse más en el camino del pecado. Pídanle al Señor que no sean destruidos con Sodoma en el día de Su venganza, y el Señor los escuchará, y sacará a Lot de Sodoma a salvo, aunque pudiera ser que Lot tenga que perder todo lo que posee, y perder a su esposa, también, antes de que salga. Ustedes lo sacarán si saben cómo orar por él.

Moisés era otro hombre que tenía poder con Dios. Ustedes recuerdan que, cuando los israelitas hicieron un becerro de oro, el Señor le dijo a Moisés: "Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma; y de ti yo haré una nación grande." ¿Acaso no fue esa una maravillosa oportunidad para Moisés? Él habría de ser constituido en una gran nación, y todo el resto de la gente debía ser destruida. Pero ustedes recuerdan cómo argumentó Moisés con el Señor, y no argumentó en vano. El Señor le dijo: "Ahora, pues, déjame que se encienda mi ira en ellos, y los consuma"; pero pareciera que Moisés se levantó y asió la mano de Dios, en la que sostenía Su vara de venganza, y, por fin, el Señor le dijo que perdonaría a la nación, y la guardaría en respuesta a la súplica de Moisés, el hombre que tenía poder con Dios.

Y estaba también Aarón, cuando la plaga estalló entre el pueblo que había murmurado contra él y contra Moisés, y miles de personas estaban siendo eliminadas. Al mandato de Moisés, tomó un incensario, y lo llenó de carbones hirvientes y de incienso, y corrió hasta el centro de la congregación, justo allí donde la ola de muerte había sobrevenido; "Y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad," pues Aarón, el sumo sacerdote con su incensario, tenía poder con Dios.

El Señor Jesucristo, el grandioso Antitipo de Aarón, está ejerciendo continuamente este poder en favor de Su pueblo, y también ayuda a algunos de Sus siervos a hacer la misma obra, por ejemplo, a Martín Lutero. Cómo parecía estar con el incensario del Evangelio entre los vivos y los muertos. Y en otros tiempos tenebrosos y otras edades peligrosas, Dios ha levantado a muchos siervos eminentes a quienes les ha dado el mismo incensario del Evangelio, que exhala un dulce olor de Cristo con-

forme lo mecen también de un lado al otro, colocados entre los vivos y los muertos.

¡Oh, que Dios concediera poder a muchos de ustedes, queridos hermanos y hermanas en Cristo, en formas parecidas a estas! Recuerden el poder que tuvieron los primeros cristianos con Dios para sacar de la prisión a Pedro. Si ustedes tienen poder con Dios, es un motor que pueden encender de todo tipo de maneras para bendición de sus compañeros cristianos y de los pobres pecadores perdidos.

Por tanto, los exhorto a que lo busquen; y cuando lo obtengan, ¡sosténganlo firmemente, y caminen humildemente delante de Dios para que no les quite este poder, y para que sean fuertes en el Señor, y en el poder de Su autoridad, por Jesucristo nuestro Señor! Amén.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

Sermón #2978—Volume 52

POWER WITH GOD

Recopilado para uso interno de Diarios de Avivamientos